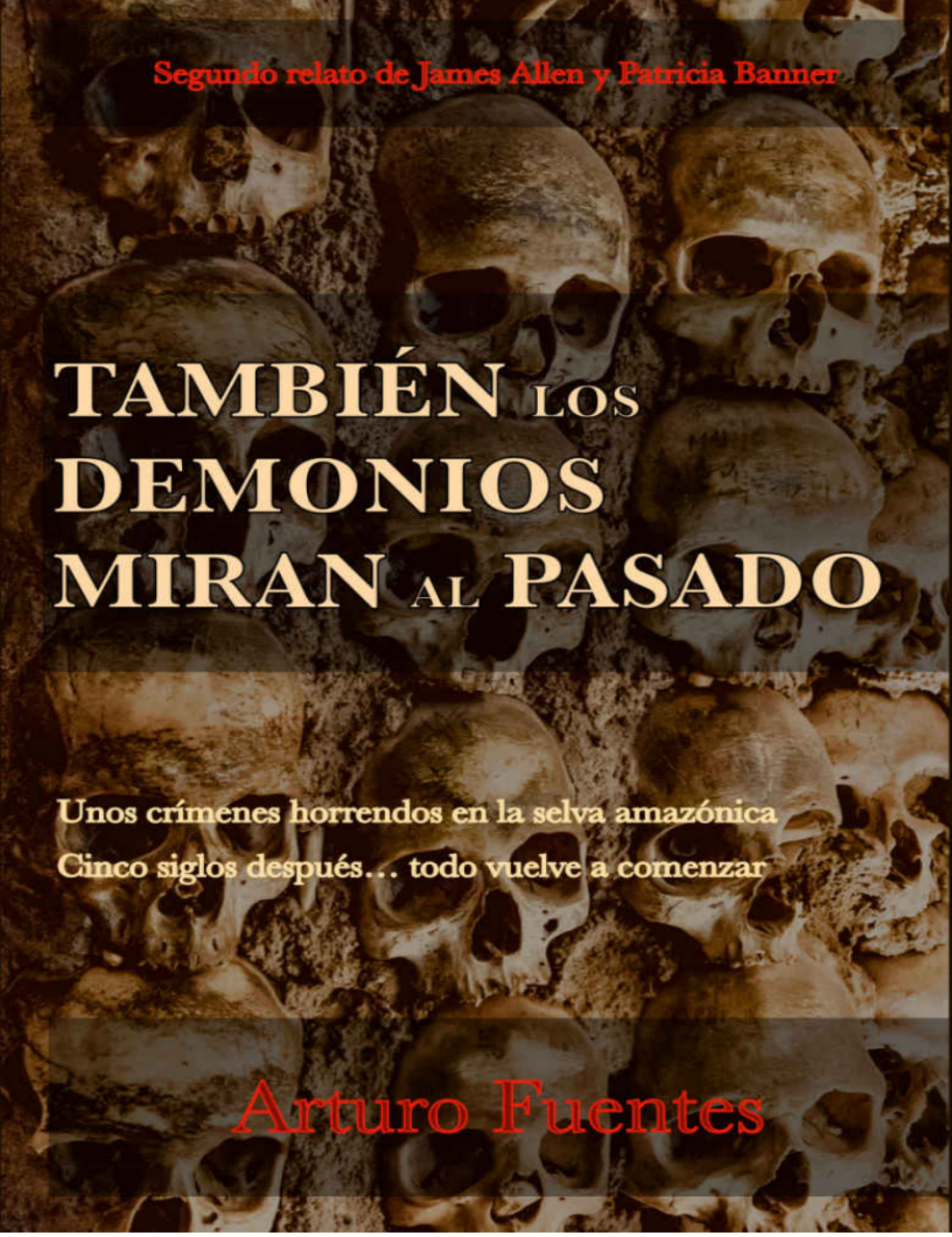
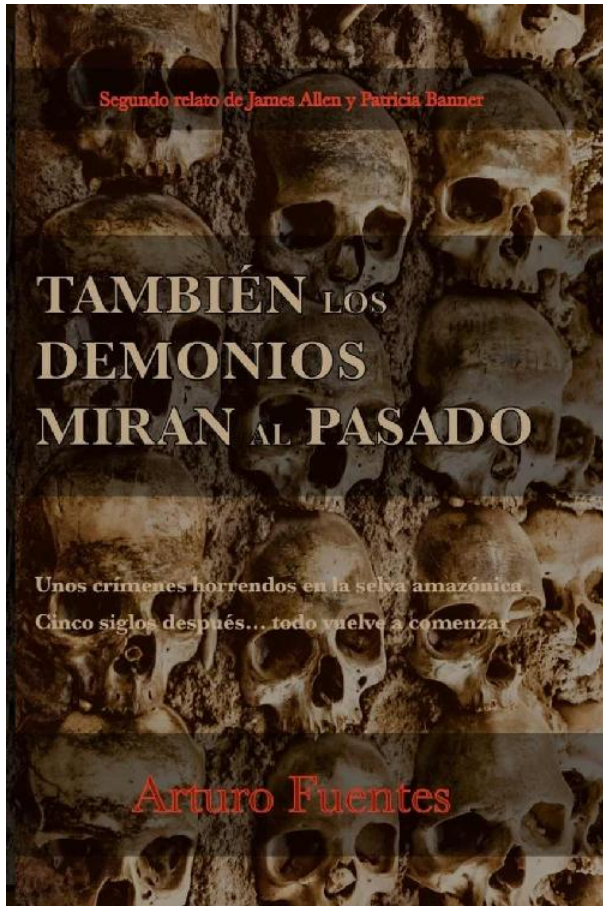
Segundo relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO

Unos crímenes horrendos en la selva amazónica
Cinco siglos después… todo vuelve a comenzar

Arturo Fuentes


Segundo relato de James Allen y Patricia Banner
TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO
Unos crímenes horrendos en la selva amazónica
Cinco siglos después… todo vuelve a comenzar
Arturo Fuentes


Segundo relato de James Allen y Patricia Banner
TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO
Unos crímenes horrendos en la selva amazónica
Cinco siglos después... todo vuelve a comenzar
Arturo Fuentes

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO

Segundo relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO

Arturo Fuentes de la Orden

Primera edición: noviembre 2018
© Arturo Fuentes de la Orden
Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de la Comunidad de Madrid. Inscrito con número de asiento: 16 / 2018 / 4895
ISBN: 978-17-90-53750-1
Diseño de la portada: Arturo Fuentes de la Orden
Imagen: iStock.com
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

Arturo Fuentes de la Orden nació en Huelva en 1968; casado, actualmente reside en la madrileña localidad de Las Rozas. Se graduó en Derecho por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE) y durante veinticinco años se ha dedicado al mundo de la empresa, ocupando diversos puestos de responsabilidad.

La publicación de su primera novela *También los Demonios Tiemblan* (galardonada con el certamen literario «Isla de las Letras» 2018) supuso el comienzo de la saga *También los demonios…* (disponible íntegramente en Amazon). Protagonizada por el arqueólogo marino escocés James Allen y la sargento Patricia Banner de la Policía de Escocia, está inspirada en diferentes mitos y leyendas de todo el mundo.

Twitter: @afuentesorden
Facebook: Arturo Fuentes de la Orden
Instagram: @arturofuentesdelaorden
Mail: afuentesdelaorden@gmail.com
Blog: http://arturofuentes.blog

A mi madre

«Los mitos que se creen tienden a convertirse en realidad.»

George Orwell

«…Y sin embargo, reírse de ello en Londres era una cosa, y otra muy distinta es permanecer aquí, en medio de la oscuridad del páramo, y escuchar un aullido como ese.»

Arthur Conan Doyle
(El sabueso de los Baskerville)

Prólogo

Dos años antes
Jueves, 23:30. Febrero

Solo le quedaban unos minutos de vida. Si lo hubiera sabido, quizá Henry no se habría esforzado tanto. Huía a ciegas y se encontraba fatigado. Y demasiado gordo para admitirlo. El aire no le llegaba a los pulmones y el corazón le palpitaba muy deprisa. Demasiado deprisa. Aun así, sus piernas no se rendían, aunque era consciente de que no podría mantener ese ritmo mucho más tiempo. A su alrededor, el chillido de las cigarras ahogaba el silencio con un sonido agudo y penetrante, cual hienas mofándose de él con la crueldad inocente de un niño. De improviso, el ruido cesó, como si la función ya hubiese acabado y comenzase otra: una de terror. Con los ojos a punto de salirse de las órbitas, echó un breve vistazo por encima del hombro. Buscándolo, sintiéndolo, oliendo su tufo.

Apretó aún más el paso.

Atravesaba a la carrera un sendero ondulante salpicado de charcos, escuchando crujir la gravilla bajo su peso y sintiendo los calcetines húmedos debido al agua que se colaba por un agujero en la suela de las botas. Sabía que esa enorme mancha negra que se proyectaba a su izquierda era el vasto océano; más allá se encontraba el continente…

Inalcanzable.

En una encrucijada tomó el desvío de la derecha, adentrándose en un camino que serpenteaba entre retorcidos pinos y que, a cada paso que daba, se hacía más espeso y lóbrego. Ahora el ruido de las pisadas quedaba amortiguado por la hierba aplastada que cubría el suelo como el moho a la piedra de una tumba. El silencio reinante únicamente se interrumpía por su propia respiración agitada y el murmullo mortecino de la hojarasca moviéndose como por arte de magia.

Henry no podía más.

Con una punzada de dolor en el costado hizo un alto, jadeante. Mareado, se encorvó sobre la cintura y apoyó las palmas en las rodillas mientras el vaho escapaba de su boca a mucha velocidad. No pudo controlar un acceso de tos y escupió parte de la cerveza que había ingerido solo media hora antes, formando en el suelo una mezcla de espuma y barro. Se incorporó, se desabrochó el abrigo y lentamente dio una vuelta completa sobre sí mismo. Se vio inmerso en un laberinto oscuro y aterrador formado por sombras alocadas y dobladas por años de soportar las inclemencias del tiempo. Por encima de su cabeza comenzó a escuchar el tenue murmullo de la lluvia

cayendo sobre los árboles.

En alguna parte, una rama crujió levemente y el hombre se llevó un sobresalto. Se quedó quieto y aguzó el oído. En ese momento, el viento arrastró un escalofriante siseo, algo así como el de unas uñas afiladas deslizándose por la lisa superficie de una pizarra. Había algo en aquel sonido que indujo a Henry una primitiva sensación de miedo. Angustiado, continuó observando en torno a sí, buscando consuelo en algo que hubiese pasado por alto. De repente, como una alucinación, se ofreció a su vista entre las tinieblas el difuminado contorno de una vivienda que se erguía solitaria frente a un abrupto precipicio.

«No mires atrás», se dijo para sus adentros al tiempo que echaba a correr hacia ella.

Aflojó el paso al aproximarse y, cuando la tuvo en frente, se paró sin aliento junto a un viejo y roñoso cartel en el que podía leerse en inglés: «Propiedad Privada: No pasar». Permaneció impasible mirando la casa a fondo con una fascinación hipnótica en tanto un soplo de viento arremolinaba hojas en torno a sus pies.

No resultaba ni grande ni pequeña, si bien a Henry le pareció un palacio comparado con el miniapartamento que alquilaba en Manhattan por cinco mil pavos al mes. Se encontraba recubierta por una gruesa pátina de abandono; sin embargo, rezumaba un encanto que le decía que, sin duda, había vivido una época más gloriosa. Tupidas telarañas ocupaban el espacio que antaño fueron cristales, ahora convertidos en boquetes irregulares y cortantes que finalizaban en un alféizar arañado. Sobre el tejado, una veleta oxidada chirriaba empujada por el viento, y una de las contraventanas golpeaba insistentemente contra el quicio desencajado, concitando un ruido seco y cadente, como si alguien del más allá estuviera enviando señales en código morse. Los árboles que la circundaban se veían marchitos y la maleza, que crecía desigual, lo invadía todo.

La casa estaba muerta y la inquietud regresó a su alma.

De pronto, en medio de aquella visión espectral, captó un movimiento por el rabillo del ojo. Ceñudo, enfocó la vista en dos ventanas abuhardilladas. La de la derecha tenía el postigo cerrado y la de la izquierda abierto, como si la casa estuviera guiñándole un ojo. En el interior, una cortina rasgada y roída por las polillas se batía en movimientos ondulantes. En un primer momento, sospechó de una ráfaga de aire que oía silbar de forma siniestra al colarse por los recovecos de la vieja mansión; sin embargo, la tela quedó suspendida en una posición forzada y antinatural.

Inesperadamente vio un rostro grotesco contra lo que quedaba del cristal. Pálido, inexpresivo, fantasmal. Henry se topó con una mirada atormentada y dio un respingo que casi le hizo perder el equilibrio. En ese momento, un trueno reverberó en alguna parte y se estremeció. De

modo instintivo, apartó la vista de la ventana y echó rápidos vistazos a un lado y a otro. Por último, volvió la cara arriba, a la buhardilla.

Nada. La cortina estaba extendida. En su sitio. Balanceándose con el viento.

Henry sacudió la cabeza con una media sonrisa.

—Maldito lugar.

Desde el bosque le alcanzó de nuevo ese extraño ruido mitad real mitad surrealista; no obstante, esta vez no le cupo duda de lo que había oído, y sintió escalofríos.

Otro crujido de una rama al quebrarse.

Se dio la vuelta a cámara lenta. Las rodillas le temblaban mientras los árboles oscuros se agitaban más violentamente.

En ese momento lo vio. Allí quieto. Estudiándolo.

Durante unos segundos, su cerebro fue incapaz de procesar la información que le llegaba. Cuando tomó conciencia de la realidad, palideció. El hombre, aterrado, retrocedió un paso cuando su mirada se enfrentó cara a cara con un par de ojos que fueron humanos. Sintió que el vello del cuello se le erizaba y su semblante se teñía del sudor frío que provoca el pánico. De repente, advirtió un pinchazo agudo en el antebrazo izquierdo y su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

El corazón, sencillamente, dijo «basta». Se desvaneció allí mismo y no fue testigo de lo que estaba a punto de suceder a continuación.

Por fortuna, la muerte se había cerciorado de que así fuera.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

En la recién descubierta América.

En realidad, el comienzo de todo fue en aquella época.

En el recién conquistado imperio incaico.

En la húmeda e impenetrable selva…

El calor resultaba asfixiante y la disciplina se había relajado tanto que nadie diría que aquella banda era, a fin de cuentas, parte del ejército español que, al mando de Francisco de Pizarro, había derrotado ocho años antes a Atahualpa en la batalla de Cajamarca. El alférez don Pedro Álvarez de Maya carecía de experiencia en el arte del mandar y se mostraba incapaz de imponer orden entre la soldadesca, que lo seguía más porque no tenía otro lugar adónde ir que por respeto a su persona.

La unidad en cuestión la componía, además, un sargento, quince soldados —en su mayoría mercenarios llegados de España en busca de mejor fortuna—, dos indios y un capellán —un fraile agustino enfundado en un hábito negro de mangas anchas y capuchón—. En realidad, partieron con tres soldados más que habían muerto a causa de unas extrañas fiebres.

La expedición marchó de la ciudad de Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba un mes atrás cuando don Juan Pérez de Guevara, lugarteniente del capitán don Alonso de Alvarado, le encomendó la misión de encontrar un poblado indígena que, según la confesión extraída a la fuerza a un indio, atesoraba grandes riquezas en oro y plata. Al principio, se desenvolvieron sin contratiempos, vadearon el río Huallaga y alcanzaron el cauce del Amazonas, que siguieron sin separarse de él. Sin embargo, conforme se adentraban en la región de Omagua el clima tropical los fue envolviendo en una atmósfera más opresiva y asfixiante. Los vientos alisios mantenían el cielo encapotado y no paraban de caer goterones como puños que dolían al estrellarse contra el cuerpo. La selva se hacía cada vez más densa e impenetrable y la humedad convertía el aire en ardiente e irrespirable.

Llevaban muchos días sin ver un alma y el descontento y la fatiga se extendieron entre la tropa tan rápido como el escorbuto a bordo de una embarcación en medio del océano. Asimismo, como era habitual, la

soldada se demoraba otro mes, aunque, a fuer de ser honrados, tampoco había en qué gastar los tres míseros escudos mensuales que recibían.

Una tarde cualquiera de una jornada cualquiera, cuando la luminosidad comenzaba a batirse en retirada, frente a la cabecera de la expedición se agitaron las grandes hojas verdes de una planta tropical. Como en una aparición, se materializaron a la carrera los dos guías indígenas, ataviados únicamente con un taparrabo. La mirada del alférez recaló en ellos, para luego girarse hacia la hilada.

—¡Rodrigo, acercaos!

Un arcabucero alto y flaco con una cicatriz surcándole la mejilla despertó del sopor nada más que oyó gritar su nombre.

—Ya voy, vuestra merced. —Salió de la fila desordenada con desgana, incluso con algo de displicencia, y se aproximó a la cabeza arrastrando los pies. Rodrigo Alvarado era un sevillano de treinta y ocho años que se alistó en el ejército a fin de pagar las nada desdeñables deudas de juego contraídas tiempo ha. Vestía un chaleco acolchado de algodón, calzón de terciopelo rojo y calzas de lana. El tórax lo protegía con una coraza de acero que evidenciaba las escaramuzas en las que había participado durante los tres años que llevaba en América. La cabeza la cubría con un morrión abollado por los bordes. Portaba una espada corta al cinto y un arcabuz que le costó sus buenos cincuenta ducados, pagados con la prima que recibió por los doce años de servicios, y que compró a un maestro fundidor que vivía cerca de la puerta de Valnadú, en la villa de Madrid.

—Mirad a ver qué es lo que dicen —le ordenó don Pedro en cuanto lo tuvo a su altura.

Los indios parloteaban muy rápido, casi atropellados, sin parar de gesticular y señalar a la selva. El soldado los escuchaba asintiendo de vez en cuando. Al cabo, se callaron y aguardaron.

—¿Y bien? —inquirió el alférez, que no había apartado la mirada de los indios en un vano intento de entender algo.

—Dicen que el camino es por allí, don Pedro… o eso creen.

Pusieron atención donde señalaba y se encontraron con una senda casi imperceptible que se alejaba del río y desaparecía dentro de la espesa vegetación. Parecía un túnel angosto y profundo con todo el aspecto de una boca negra que fuera a engullirlos a todos.

—No me jodáis, Alvarado —protestó el mando, dirigiendo al soldado una mirada de censura—. ¡Malditos indios, pardiez!

El traductor se encogió tímidamente de hombros; siempre lo mismo, al final el mensajero pagaba las culpas.

—Vuestra merced, siguiendo el cauce encontraremos pescado, el aire es más fresco y el avance será menos dificultoso —apuntó el vizcaíno Juan Bazán, un veterano sargento de los tercios viejos, que participó en la batalla de Pavía.

Álvarez de Maya miró de soslayo al suboficial. A continuación, posó los

ojos en el caudaloso Amazonas y, finalmente, en el muro de hojas chorreantes que se alzaba inexpugnable frente a él. Se desprendió del morrión, se enjugó una gruesa película de sudor que le cubría la frente y movió lentamente la cabeza a ambos lados.

—Este meandro parece un buen sitio para descansar.

Bazán asintió pensativo según se acariciaba la espesa barba. Veía la indecisión dibujada en el bisoño oficial y, si hubiera podido, le habría puesto una vela a Nuestra Señora de Begoña. Se volvió hacia la tropa y fue entonces cuando voceó:

—¡Vamos a acampar aquí! ¡López Maldonado y Martín, encended una lumbre, y que sea bien grande si no queréis que una fiera os dé un mordisco en el culo mientras dormís! ¡Garniaca, Mansilla y Mendoza, haced la primera guardia!

—Joé, compare, me zuda hasta er culo —dijo un andaluz.

Una risotada recorrió la columna al tiempo que se deshacía tan rápido como un pedazo de manteca al calor del fuego. Cada soldado se ocupó de sus quehaceres según se les había ordenado y los que carecían de labores asignadas aprovecharon para tumbarse a la bartola. En ese preciso instante, un trueno rugió y una lluvia torrencial comenzó a caer rápido, como si Dios estuviera descargando su ira sobre ese rincón olvidado de la cristiandad.

****

1

Toscana, Italia
En la actualidad

CASÉMONOS —soltó James de sopetón.

Los ojos de Victoria aparecieron por encima del libro de Emily Bronte que sostenía entre las manos, y contempló al hombre que yacía bocarriba ocupando todo el sofá, con los brazos cruzados en la nuca y los pies apoyados en un cojín. Sobre su pecho subía y bajaba un ejemplar de *La Repubblica,* doblado descuidadamente por la página de los pasatiempos. En una mesita, sobre un posavasos de madera con detalles étnicos, descansaba un botellín de cerveza Heineken casi vacío; las gotitas de condensación correteaban por el vidrio verde en una carrera sin vencedor.

Sus miradas se encontraron y, por un instante, contempló el rostro de James mediante unas elegantes bifocales de lectura en busca de un atisbo de broma en su cálida sonrisa. No lo halló y, ruborizada, notó cómo se le encendían las mejillas.

—¿Hablas en serio?

James observó divertido cómo ella se había sonrojado.

—Completamente.

A la espalda de Victoria, el sol de la tarde se colaba por la cristalera, que enmarcaba una estampa de viñedos, altos cipreses y un mar de coloridas florecillas silvestres. Después de cerrar el libro con parsimonia y dejarlo, junto con las gafas, encima de un conjunto de mesitas venecianas, se levantó de la butaca y abandonó la estancia por una puerta vidriera.

James Allen era un cuarentón de buen aspecto. No era un hombre guapo en el sentido literal de la palabra; sin embargo, resultaba cautivador por su fiebre aventurera y la forma con que afrontaba la

vida: si algo no le agradaba, sencillamente, procuraba cambiarlo; si bien este modo de pensar le había acarreado más de un problema en el pasado y seguramente lo haría más veces en el futuro. En cuanto Victoria salió de la biblioteca, la persiguió con la mirada, hasta que dobló una esquina y desapareció de su ángulo visual. Estaba seguro de haberla sorprendido. No le molestó su reacción, al contrario, en los últimos meses había aprendido a conocerla y sabía perfectamente la lucha que se estaría desarrollando en su interior.

Con el chasquido de la resina en el hogar, cambió de postura en el tresillo y contempló absorto el fuego de olivo que, tras una rejilla de hierro, ardía con una llama azul. Con indiferencia, se llevó la cerveza a la boca y le dio un trago; cuando dejó la botella vacía sobre la mesa, alzó los ojos hasta la repisa de piedra donde reposaban dos estatuillas de arcilla talladas con esmero. Medirían unos cincuenta centímetros y los escasos conocimientos en iconografía que atesoraba le permitieron especular con que pertenecerían a alguna civilización precolombina. La de la izquierda le procuraba especial repelús y, a decir verdad, le intimidaba un poco. Era una representación zoomorfa de un felino —un jaguar o un puma—, con dos colmillos desproporcionadamente grandes que llegaban hasta el suelo y una serpiente anudada al cuello. Sus ojos redondos mostraban una expresión estremecedora y siempre le suscitaba la inquietante sensación de que lo vigilaba.

Pensando en ello, alcanzó el Walkman de la mesita de café. Antes de taparse los oídos con los auriculares de diadema, escuchó el reconfortante chiflido de una tetera. Con el sonido metálico de su viejo aparato a pilas, volvió a descansar la cabeza sobre el cojín y continuó con el crucigrama del periódico mientras aguardaba a que Victoria tomase una decisión.

Victoria caminaba sin poner atención en las buganvillas de matices rosáceos que cubrían los arcos románicos del porche, traídos *ex profeso* de unas ruinas del sur de Nápoles. Sus pasos distraídos la llevaron hasta un parterre intencionadamente descuidado en el que comenzaban a brotar las primeras yemas de los rosales. Se sentó en un banco cubierto por las ramas alocadas de un sauce llorón y se acomodó sobre el respaldo. Su rincón predilecto. El murmullo del agua escapando de un pilón cercano acallaba los ruidos lejanos que traía la carretera. Con las palmas apoyadas en la piedra y una pierna encima de la rodilla de la otra, se dedicó a disfrutar de los tonos ocre y marrón que exhibían los campos toscanos. En la distancia, sonó el repique de las campanas de bronce de la vieja iglesia de Cortona.

La belleza y sensualidad que rezumaba Victoria la convertían en objeto de deseo de cualquier hombre y la envidia del resto de mujeres.

Nada en ella resultaba anodino. Independiente y audaz, amasó una fortuna invirtiendo con inteligencia el dinero que heredó de sus padres, y con el que adquirió esa antigua casa de labranza del siglo XIX.

Pero ahora era otra mujer.

Cuando conoció a James, todas sus prioridades cambiaron. Dejó atrás el mundo de los negocios y se refugió en su villa. Ahora, le proponía matrimonio. Si aceptaba, el cambio se completaría. ¿Era eso cuanto ansiaba? Desde luego perdería esa independencia que la había protegido durante tanto tiempo, o quizá únicamente fuera un escondrijo interior donde guarecerse cuando huía de sí misma. Había tomado muchas decisiones en la vida; sin embargo, ninguna tan transcendental como aquella. Pensó en James y en su rostro apareció una sonrisa sincera. Su vitalidad la animaba, nunca la agobiaba, sabía mantenerse a distancia si ella necesitaba su espacio, y la abrazaba siempre que su cuerpo requería cariño. Cuando la miraba con esos intensos ojos grises, le hacía sentir que no había nadie más en el mundo…

Un gorrión gorjeó sobre su cabeza y sus reflexiones desaparecieron. Alzó la vista tratando de localizarlo entre la maraña de ramas y hojas alicaídas. Para cuando bajó la mirada, había tomado una decisión. Con el pulso acelerado, se incorporó del banco y emprendió el camino de vuelta, entonces escuchó un violento estallido, se paró en seco y la sonrisa se borró de su rostro. Una segunda detonación la devolvió a la realidad de un golpetazo.

«¿Disparos?». Asustada, echó a correr en dirección a la casa.

Allen bostezó acomodado en el sofá y enfrascado en la resolución de un pasatiempo. Por ese sexto sentido que te hace percibir la inquietante sensación de que alguien te observa, alzó la vista por encima del respaldo del tresillo y descubrió en el umbral de la puertaventana la silueta de una persona recortada contra la luz de la tarde. Por un instante, se le ocurrió que Victoria regresaba con vistas a comunicarle el veredicto; sin embargo, la figura resultaba demasiado fornida. Entrecerró los ojos para protegerse del sol y se fijó en el lento movimiento de la cabeza del intruso. Su mirada recorrió minuciosamente la estancia y se detuvo en los ídolos de arcilla. Compadeciéndose de su mal gusto, lanzó una sonrisa silenciosa. Quizá valiesen mucho dinero, o tal vez no era más que el jardinero en busca de la dueña de la casa. No obstante, algo en aquel tipo despertó su instinto de supervivencia, conque se arriesgó a invertir la situación y sorprenderlo.

—¿Por casualidad no sabrá usted una palabra de siete letras que

significique: carta que se puede aplicar a cualquier suerte favorable?

El visitante dio un ligero respingo y buscó el origen de esas palabras. Cuando sus miradas coincidieron, Allen le lanzó una sonrisa despreocupada y alzó la mano derecha a guisa de saludo. Como respuesta, el hombre hizo desaparecer una mano pálida en las profundidades de su chaqueta militar y la extrajo al instante empuñando un antiguo pero mortífero revólver, uno de esos que había visto tantas veces en manos de Clint Eastwood. De improviso, y por segunda vez en su vida, se encontró mirando el agujero negro de un largo cañón mientras el forastero amartillaba el arma.

Definitivamente, no era el jardinero.

—Nadie tener salir herido, no cometer tontería —amenazó en inglés, consciente de su mala pronunciación.

El intruso movió el revólver con dos golpes rápidos de muñeca, indicándole a Allen que se incorporara. Dejando caer al suelo los auriculares y el periódico, se levantó del sofá con los brazos en alto y se arrimó despacio a la pared.

—¿Qué demonios hace aquí? Hoy no es día de paga —replicó con socarronería.

El individuo le devolvió una mirada furiosa. Ahora se encontraba más cerca, en el centro de la habitación y bajo la araña que colgaba del techo. Llevaba puesto un pasamontañas verde que le cubría el rostro. No le quitaba la vista de encima, pero subrepticiamente no dejaba de mirar la repisa con los dos ídolos.

—Por favor, no subestimar…

No pudo concluir la frase porque la mujer dejó caer una bandeja cargada de cosas, llenando la habitación de una mezcla de ruidos estridentes; luego desapareció a la carrera. James aprovechó la confusión para alargar la mano hacia atrás, agarrar una de las estatuillas de arcilla y arrojársela al hombre, que la esquivó de modo instintivo. Cuando se estampó contra el suelo, fragmentándose en mil pedazos, Allen pudo percibir una expresión de terror perfilada en sus ojos. Antes de que el intruso hubiera terminado de incorporarse, James siguió el impulso de ponerse a salvo y voló encorvado por la biblioteca, saltó sobre los restos de la porcelana y desapareció por el resquicio de la puerta que, un instante antes, había ocupado Anne Marie. En su huida solo tuvo tiempo de ver destellos en la boca del arma, escuchar dos fuertes detonaciones y sentir lascas de yeso cayendo sobre él.

Corrió por el pasillo y se ocultó detrás de la puerta de la cocina. Dio una rápida ojeada por la estancia y descubrió a la mujer sordomuda refugiada bajo una mesa arrimada contra la pared, estremeciéndose débilmente. James se llevó el dedo índice a los labios. La mujer inclinó la cabeza varias veces muy rápido, dando a

entender que comprendía las instrucciones, y se agachó un poco más.

Fuera, se oyeron unos pasos de goma chirriando contra el embaldosado de barro; alguien se movía con precaución. Sin hacer el menor ruido, James se apoyó en la pared, conteniendo el aliento, y asomó cuidadosamente la cabeza por el cristal esmerilado de la puerta.

Una silueta difuminada se aproximaba.

Contó hasta tres y abrió la puerta con ímpetu, golpeando al intruso, quien tropezó y cayó al suelo. El cristal se hizo añicos y las esquirlas volaron por toda la estancia al tiempo que el asaltante soltaba palabrotas en voz alta. James no se lo pensó dos veces, embistió a su agresor y le propinó una patada en la muñeca con toda la fuerza que fue capaz de reunir. El arma se le resbaló de entre los dedos y se deslizó por el suelo, hasta quedar debajo de un aparador de hierro con un tiesto y un helecho con las puntas amarronadas.

Victoria llegó a la puertaventana de la biblioteca y se paró en seco. Cautelosa, se asomó dentro y echó una rápida ojeada. Todo se hallaba manga por hombro. Percibió entonces signos manifiestos de alboroto procedentes del vestíbulo. Se puso a buscar en la chaqueta de lana y sacó el *smartphone*. Con dedos nerviosos marcó el 112 y denunció la intrusión a los *carabinieri*. Tras cortar la comunicación, guardó el teléfono y entró en la casa. Algo chirrió a su paso y miró al suelo: pisaba fragmentos de arcilla.

«¡Las estatuillas precolombinas!».

Posó la vista en la repisa de la chimenea y descubrió que solo quedada una: la del jaguar.

Precavidamente caminó a lo largo de la estancia, salió por la otra puerta y llegó al rellano, donde se topó con James peleando contra un tipo, a todas luces más grande que él. No sabría decir quién estaba ganando, la verdad. Se intercambiaban golpes con violencia y sangre y cristales rotos volaban por todas partes. Atenazada por el miedo, se quedó paralizada y por un instante no supo qué hacer hasta que, por el hueco de la puerta de la cocina, percibió una sombra. Al momento se puso de nuevo en movimiento y, esquivando a los combatientes, se dirigió allí; oyó un gemido y se agachó a mirar bajo la gruesa mesa de pino. Se encontró con Anne Marie acurrucada al fondo y con la cara húmeda, de modo que apartó una silla de bejuco, gateó hasta ella y la apretó contra el pecho. El ama de llaves rompió en angustiosas lágrimas, escondiendo el rostro en el hombro de Victoria. Esta la separó, la miró a los ojos y se señaló los labios.

—Ne…ce…si…to a…yu…dar…le. ¿Es…ta…rás… bien?

La mujer dijo «sí» con un movimiento inequívoco de la cabeza.

Victoria salió de debajo de la mesa y se irguió con presteza. Sus ojos se movieron por la cocina en busca de algo que utilizar como arma. De una zancada larga se plantó ante una robusta alacena, hurgó en el primer cajón y agarró un cuchillo por el mango. Justo en el preciso momento en que se lanzaba de nuevo al rellano, el reconfortante aullido de las sirenas de la policía inundó la casa.

Los luchadores se dieron un respiro. Allen sangraba por la nariz, tenía un feo corte en la frente y el ojo derecho empezaba a adquirir un preocupante tono oscuro. Su oponente no tenía mejor aspecto. Resoplaba profusamente, igual que un toro de lidia sometido a las suertes del capote, y por debajo del pasamontañas le brotaba un hilo de sangre que le recorría el cuello. La reyerta había entrado en un punto muerto y, en ese estado, podría decantarse para cualquier lado. Se pusieron en pie con dificultad y levantaron los puños mirándose con cautela, como dos boxeadores midiendo sus fuerzas.

—Podíamos… parar y tomarnos… una cerveza —dijo James resollando fuerte.

Su contrincante gruñó.

En ese momento, el destello de unas luces estroboscópicas se coló por las ventanas de la casa, llenando la entrada de color azul. La policía estaba al caer. El intruso miró a James fijamente un segundo, luego a la mujer que acaba de aparecer con un cuchillo en la mano, y echó a correr perdiéndose tras las puertas abiertas de la biblioteca.

****

2

Toscana, Italia

MIENTRAS los *carabinieri* acordonaban la escena, dos sanitarios se ocuparon de James, que se encontraba lleno de moretones y sangre. Tras reanimarlo, le sujetaron una máscara de oxígeno sobre la cara y le colocaron una cánula desde el brazo derecho hasta un bote de suero fisiológico. Después, lo tumbaron en una camilla y lo trasladaron a una ambulancia. Victoria los acompañó al exterior.

—¿Se pondrá bien?

—Le harán pruebas en el hospital, pero las heridas, aunque feas, parecen superficiales.

Victoria permaneció plantada, abrazándose a sí misma, observando cómo otro enfermero abría la puerta del lado del conductor y desaparecía dentro del vehículo. Haciendo sonar la sirena, la ambulancia salió disparada, levantando una nube de polvo de albero. El silbido de unos frenos necesitados de recambio, la sacó de su ensimismamiento. A su lado, se detuvo un Alfa Romeo de color negro, con luces en el techo destellando silenciosamente. De pronto, hubo una súbita agitación entre los agentes destacados en las afueras de la casa; apagaron los cigarrillos encendidos, dejaron de jugar con los perros y empezaron a moverse a fin de parecer ocupados. Del lado del acompañante descendió un hombre de mediana edad y rostro cubierto de pelo. Uniformado de negro, se cubría la cabeza con una gorra de plato. Con agilidad y viveza, como quien tiene más cosas que hacer en el día y no quiere perder ni un minuto, se abrió paso entre los agentes, que se cuadraron con marcialidad, y se adentró en la casa. Tras escrutar con profundo interés el escenario de los hechos, el recién llegado se condujo con resolución a la biblioteca, donde la Policía Científica concluía su trabajo forense.

Victoria lo siguió hasta el interior. Nada más entrar, reparó en que

la tensión entre los agentes había aumentado tan apresuradamente como calienta el microondas. Buscó a Anne Marie con la mirada y la localizó conmocionada en un rincón. Su labio inferior se movía con un tembleque compulsivo y se esforzaba por reprimir las lágrimas. Victoria fue a reunirse con ella y la rodeó con los brazos.

—Ya pasó todo, cariño.

Un joven *carabiniere*, alto y de hermosas facciones, que lucía sobre el labio superior un bigotito muy fino a lo Clark Gable, carraspeó junto a las mujeres para hacer notar su presencia.

—¿Señorita Meier, por favor?

Victoria centró toda la atención en el agente e hizo un silente gesto de asentimiento.

—¿Puede acompañarme a la biblioteca? El teniente quiere formularle algunas preguntas.

—Deme solo un minuto.

Victoria acompañó a su fiel ama de llaves al dormitorio, le dio un sedante para que descansara ajena al bullicio de la planta de abajo, y regresó. El minuto se había convertido finalmente en un cuarto de hora cuando siguió al agente hasta la biblioteca. Nada más entrar, se acercaron al teniente que se hallaba plantado sobre una alfombra redonda, junto a un sillón de respaldo alto y orejas. Se mostraba circunspecto y un policía frente a él parloteaba de manera acelerada. Le explicaba a su superior que habían recorrido los alrededores sin hallar el menor vestigio del intruso. Asimismo, le señaló la puertaventana abierta, mostrándole el lugar por donde accedió a la vivienda y por donde, seguramente, también había huido. Después habló el recién llegado, mucho más pausado, pero con un tono de voz indiscutiblemente autoritario. El agente prestaba atención sin mover el rictus; luego se alejó aliviado.

Mientras aguardaba a que terminasen, Victoria realizó un barrido visual. Los muebles se encontraban movidos de sitio y no había ni rastro de los fragmentos esparcidos por el suelo. En el picaporte de la puertaventana y en algunos sitios más donde habían buscado huellas dactilares se extendía una capa de polvillo. En una esquina, un hombre ataviado con un mono blanco estiraba unos guantes de látex y los arrojaba indiferente dentro de un maletín de acero inoxidable. Cuando hubo terminado, le dijo al teniente que tendrían los resultados en cuarenta y ocho horas, se despidió y desapareció por la puerta. Acomodándose en la nariz unas gafas para esquivar la presbicia, el oficial consultó un bloc de notas y se dirigió a la dueña de la vivienda.

—¿Es usted… la señorita Meier? —preguntó cortésmente, pero mostrando una actitud distante.

La mujer asintió con la cabeza.

—Soy el teniente De Luca. —No hizo amago de ir a estrecharle la

mano, pero Victoria no se ofendió; tampoco tenía muy claro cuál era el protocolo en una situación como aquella—. Estoy a cargo de esta investigación y, si no tiene inconveniente, me gustaría aclarar con usted algunos extremos.

La mujer volvió a inclinar la cabeza.

—Muy bien, procuraré no retenerla más de lo estrictamente necesario. Entiendo que fue usted la que llamó a emergencias.

—Así es, en cuanto vi qué ocurría.

El teniente paseó la mirada detenidamente por la habitación.

—¿Puede contarme qué ha pasado aquí?

Durante los siguientes minutos, Victoria le proporcionó con todo lujo de detalles la información que consideró relevante acerca de lo sucedido. De vez en cuando, el teniente dejaba de garabatear notas en la libreta y le pedía alguna aclaración.

—¿Recuerda cómo era el intruso?

Victoria meditó un instante antes de contestar.

—La verdad es que no. Todo fue muy rápido y lo vi solo un momento. Únicamente puedo decirle que llevaba un pasamontañas y que era un hombre alto y fuerte.

—¿Más o menos como ese? —preguntó el teniente, dirigiendo la vista a un agente de un metro ochenta y hombros anchos que caminaba resuelto hacia el exterior.

Victoria lo siguió con la mirada y torció el labio.

—Más o menos.

El oficial tomó nota.

—Entiendo… ¿Alguna cosa más?

—No. Lo lamento.

De Luca asintió con expresión distraída.

—¿Guarda algo de valor en la casa?

Victoria se encogió ligeramente de hombros.

—No sé, alhajas y algunas obras de… —Se interrumpió, y entornó un poquito los ojos con el propósito de enfocar mejor la repisa de la chimenea.

El teniente giró la cabeza hacia donde miraba la mujer.

—¿Sucede alguna cosa?

—Allí, en la repisa… falta algo.

—¿Puede ser más explícita?

—Tenía dos estatuillas. Una está rota. Son los pedazos que su gente ha recogido.

Bajo la gorra del uniforme, el teniente la miró arqueando una ceja intrigado.

—¿Y la otra?

—Estaba ahí. Mientras les llamaba me fijé en ella.

—¿Está segura?

—Completamente.

—Entiendo ¿Puede describírmela?

—Verá, era de arcilla tallada y representaba un felino con una serpiente rodeándole el cuello y dos largos colmillos.

El teniente la miró con curiosidad.

—¿Tenía algún valor?

—No lo creo. Nunca la llevé a tasar. La encontré arrumbada entre las pertenencias que mis padres guardaban en su casa de Grecia.

El oficial la miró con el entrecejo fruncido y volvió a tomar nota en la libreta.

—Señorita Meier, necesito que redacte una lista de todas las pertenencias de valor que guarda en la casa y que repase cuidadosamente si echa en falta alguna.

—De acuerdo, pero tardaré unos días.

—Cuanto antes mejor.

Durante segundos permanecieron callados. De Luca adoptó una pose reflexiva acariciándose el mentón al tiempo que forzaba la vista sobre un óleo colgado de la pared. Al final, golpeando el bolígrafo contra el cuaderno volvió a concentrarse en Victoria.

—¿Conoce algún motivo por el cual un intruso detiene su huida para coger una estatuilla de barro que, según usted, no vale nada y deja ese cuadro en su lugar que, por la firma, parece un Van Gogh, presumo que auténtico?

Victoria bajó la cabeza pensativa, y enseguida la alzó.

—Francamente, no lo sé…

El policía dedicó unos minutos a examinar receloso a la propietaria. Su expresión le decía que la explicación le resultaba poco convincente.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

—No —se apresuró a contestar, si bien antes de concluir le vino a la memoria un incidente que protagonizó en el pasado con algunos de sus antiguos socios; sin embargo, optó por no contar nada de aquello al teniente.

—¿Y a su compañero…? —Dejó en el aire la pregunta.

—James, se llama James Allen, con dos eles. No lo sé, no se me ocurre ningún motivo por el cual alguien quisiera hacerle daño, aunque deberá preguntarle a él.

El teniente inclinó la cabeza dejando a las claras que se ocuparía de ello a su debido tiempo.

—Lo haré. Por cierto, una última cosa, *signorina*. ¿Quién es la otra mujer que vive en la casa?

—Se llama Anne Marie. Es mi… —vaciló—. Cuidó de mí desde pequeña. Es sordomuda y está muy impresionada. Si es posible, le agradecería que no la interrogasen.

El teniente asintió comprensivo, cerro el bloc de un golpe seco y lo

hizo desaparecer en el interior de la chaqueta.

—Con su declaración y la del señor Allen será suficiente, por el momento; aunque, si no tiene nada que objetar, necesitaría tomarle las huellas dactilares y una muestra de ADN. Así podremos reconstruir todos los movimientos que el intruso realizó en la casa. —Y a modo de conclusión, agregó—: Este es un caso con algunos elementos verdaderamente extraordinarios.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Victoria—: ¿Cree usted que esto es obra de un profesional?

El teniente se tomó su tiempo antes de contestar. Con indiferencia, se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo de tela que había aparecido en su mano.

—No me gusta aventurarme con suposiciones y habrá que aguardar a las pruebas forenses —dijo al fin, mientras comprobaba satisfecho que las lentes estaban limpias y volvía a acomodarse las bifocales sobre la nariz—. El hecho de que haya entrado en la casa a plena luz del día podría ir en esa dirección. Un sujeto que no teme a nada ni a nadie. Por el contrario… —Chasqueó los dedos y un policía le acercó una bolsa de pruebas—. ¿Ve este revólver?

Victoria hizo un gesto afirmativo.

—Es un Smith & Wesson del calibre .45, modelo M1917. Lo usaba el ejército americano en la Gran Guerra. Debería estar en un museo. No es un arma de la que se fiaría ningún profesional. De modo que apostaría mi pensión a que se trata de un delincuente ocasional buscando algo que robar. Osado, sin duda, pero no un profesional.

Victoria, aliviada, dejó escapar un suspiro.

—Esto es todo por el momento. Si recordase algo más no dude en llamarme a cualquier hora. —De Luca enfatizó esto último a la vez que guardaba una mano en el bolsillo y hacía aparecer una tarjeta de visita—. Aquí tienen mi número. —Luego intercambió unas palabras con un agente y abandonó la vivienda.

Una hora después, en el interior de la villa volvían a escucharse los grillos. Victoria se hallaba mortalmente agotada, pero necesitaba ver a James, de forma que se dio una ducha y se cambió la ropa de casa por un sencillo y cómodo vestido azul que le caía como un guante. Antes de media hora se encontraba al volante de un Mini azul en dirección a Roma. A esas horas, la autopista se mostraba desierta de vehículos y solamente rodaba por ella algún que otro camión de transporte, de esos de doble juego de ruedas en el eje posterior, que recorrían el país de un extremo a otro.

****

3

Isla de Gavdos, Grecia

Nadie recuerda cuándo comenzaron los horrores. Los más viejos decían que existían desde siempre; los más jóvenes sencillamente no creían en monstruos. Pero lo que resultaba incuestionable era que en aquel lugar ocurría algo malo.

Un cielo despejado y una mar rizada por la suave brisa convertían aquella jornada en una de tantas otras; y sin embargo, cuando George Nikolakopoulos salió de casa seis horas antes, ni por un momento imaginó que jamás regresaría a ella.

Con el *Emma* meciéndose a la deriva por el suave oleaje, el reconfortante olor a sal y un pitillo quemándose en la comisura de los labios, empezó a sentirse mejor. En cierto modo, el día no comenzó bien para él. Nada más levantarse sufrió la visita del cartero, que le entregó un aviso del banco. Ya había recibido otras notificaciones anteriormente, por eso, cada vez que escuchaba el creciente ronroneo de la motocicleta de Alex subiendo la cuesta que llegaba hasta su casa, sus intestinos se retorcían salvajemente en su interior, como si se hubiese tragado una caja llena de alfileres.

El tibio sol de primavera estaba bajo y la luz del día comenzaba a perder la carrera con el crepúsculo. Miró a poniente por encima de la borda mientras agarraba el pitillo entre los dedos y le daba una fuerte calada que le supo a gloria. Luego se encaminó a popa, donde accionó el cabrestante hidráulico que elevó la red por última vez, con un movimiento lento pero cadente. Una bandada de gaviotas volaba en círculos sobre su cabeza, chillando.

Pocos segundos después, la red colgaba fuera del mar, filtrando el agua salada entre los agujeros de la malla. Una vez concluida la maniobra, Niko se arrimó a la borda y volcó el contenido sobre la cubierta. Centenares de crustáceos y peces plateados saltaban y se retorcían. Durante la siguiente media hora, devolvió al mar los peces

más pequeños y almacenó la captura en cajas, que colocó ordenadamente en la proa, una vez las cubrió con el hielo picado en forma de nieve que guardaba en la bodega.

Cuando se disponía a recoger la red, un objeto brillante despertó su interés. Se encontraba enredado en la malla, junto a la relinga de flotadores naranja y mezclado con los restos de la pesca. Se desembarazó de los guantes de pescador y se sentó sobre los talones; apartando bruscamente algunos peces muertos, sus dedos se cerraron en torno a una piedra atravesada por fragmentos de un color plata apagado. Sostuvo el peculiar objeto en la palma de la mano y le dio varias veces la vuelta, contemplándolo con una mirada cargada de curiosidad. Era lisa y tendría unos diez centímetros de largo. Su tacto era rugoso y frío. No tenía la más remota idea de qué podía ser, pero resultaba bonito, conque se enderezó y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros, junto a unas monedas.

De nuevo dirigió una rápida mirada al oeste y de un capirotazo arrojó la colilla fuera de la embarcación. Sin dejar descansar los pulmones, acercó la llama del encendedor a otro cigarrillo. El sol casi se había ocultado y el horizonte desnudo de nubes había adquirido un color rojo tan abrumador que, por un breve instante, le dio la sensación de que un furioso incendio se extendía por la superficie del mar. El viento, que soplaba del sur, casi había encalmado y apenas si hacía ondear la bandera griega que colgaba de un pequeño mástil a popa.

Calculó mentalmente que le quedaría otra hora de luz natural, como mucho. Expulsó el humo, devolvió el pitillo a la boca y se sacudió las palmas entre sí buscando desembarazarse del tardío frío de marzo. Mirando dónde pisaba, se dirigió a la timonera y puso en marcha el motor. El barco reemprendió el camino de vuelta escupiendo bocanadas de humo de gasoil.

En aquellas latitudes la noche caía despacio, muy gradualmente, como a capas. En primer lugar, llegaba el atardecer tiñéndolo todo de diferentes matices de rojo. Con el crepúsculo, en la línea de poniente aún era visible una tenue claridad anaranjada, en tanto que en oriente el cielo ya se encontraba de un azul oscuro. Por último, el ocaso. Todo el cielo se ennegrecía y una hermosa luna brillaba en medio de miles de estrellas titilantes.

Pero no siempre era así. Algunos días como aquel la oscuridad golpeaba de sopetón y lo cubría todo con un manto lúgubre y sombrío. En esas noches, los más precavidos aseguraban puertas y ventanas. Pero la garganta de Niko mandaba y él obedecía; de modo que, con la captura almacenada en la lonja, sustituyó la parka de

nailon mostaza que utilizaba para pescar por un viejo chaquetón marinero y anduvo hasta la taberna con la boca seca y el estómago vacío.

Arropado por la cálida iluminación que emanaba de las ventanas de El Galeón, acompañó la puerta con la mano. A medida que se abría, el silencio de la calle se iba sustituyendo por el sonido de la música y las conversaciones. De techo bajo y suelo embaldosado, el mobiliario era típico y sencillo: barra de madera, mesas desperdigadas con manteles de plástico a cuadros colgando a los lados, y un billar en un rincón. Las paredes blancas estaban cargadas de todo tipo de recuerdos marineros colocados en un ordenado desorden: fotografías sepia de palangreros y atuneros faenando, redes de pesca artesanales, una bitácora de bronce y otros instrumentos de navegación.

Nada más entrar, los isleños que había en el local, apenas un puñado, volvieron la cabeza hacia Niko; una vez saciada la curiosidad, volvieron a enfrascarse en sus asuntos. El ambiente se encontraba cargado de humo y de olor a pescado. Plantado en el rellano, echó una mirada y localizó a un hombre de espaldas sentado a la barra que le resultó familiar. Se abrió camino hasta él despacio, sorteando una mesa con un par de parroquianos taciturnos a los que saludó con una ligera inclinación de cabeza y un murmullo. Antes de subirse a un taburete pintado de bermellón, le dio una palmada en el hombro.

—Althea, guapa, ponme uno doble.

Adrián le dirigió una rápida mirada y se llevó el dedo a la visera de la gorra de pana, a guisa de saludo.

—¿Qué tal la faena de hoy?

El recién llegado juntó los hombros. No estaba dispuesto a hablar más de la cuenta, por muy amigo suyo que fuera.

—Ya sabes —farfulló, e ignorando un plato de boquerones en vinagre se concentró en un recio vaso de cristal con dos dedos de *whisky*, que vació de un trago compulsivo. Luego se dirigió de nuevo a la camarera—: Ponme otro —dijo, y se introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón vaquero para extraer una cajetilla de Assos arrugada, la sacudió y se la llevó a la boca para atrapar uno de los cigarrillos.

—Parece que últimamente las capturas están siendo algo escasas —comentó el hombre a su lado al tiempo que daba vueltas a un vaso vacío—. Rellena también el mío —dijo, sacando de la cartera un billete de cinco euros que deslizó sobre el mostrador—. Esta ronda la pago yo.

La joven y atractiva dueña atrapó el billete entre los dedos y rellenó los vasos.

Niko golpeó el pitillo contra un cenicero al tiempo que expulsaba lentamente volutas de humo por la nariz.

—Gracias compañero —susurró, echándose a la boca uno de los boquerones, luego comió otro y otro. Se limpió con una servilleta de papel que extrajo de un dispensador, y que después arrugó y arrojó al suelo.

Después de cuatro *whiskies* y siete cigarrillos, Niko descansaba el cuerpo acodado en el mostrador, con la mirada perdida y revolviendo con un dedo los cubitos de hielo de la última ronda. Se rebulló en el taburete, algo le incomodaba en el pantalón. Estiró el cuerpo para meterse la mano en el bolsillo y extrajo la piedra que había encontrado esa tarde. Arrugando la frente pensativo, la dejó sobre el mostrador y la volvió a contemplar en silencio.

Adrián profirió un silbido.

—¡Caramba! ¿Qué es eso?

El marinero se encogió suavemente de hombros y chasqueó la lengua.

—No sé. La encontré hoy en la mar —dijo arrastrando las palabras. A renglón seguido, miró a la camarera meneando el vaso vacío.

La mujer le devolvió la mirada con unos resueltos ojos marrones.

—¿No crees que ya has bebido bastante?

—El último, te lo juro, y me marcho a casa. Adrián dile que estoy bien —dijo, guiñándole un ojo a fin de buscar la complicidad de su compañero; sin embargo, este no quiso seguirle la corriente.

—Althea tiene razón, Niko.

—Vaya par —musitó débilmente.

La dueña se dio por vencida. Con los brazos en jarra, respiró hondo y soltó el aire con fuerza.

—El último y luego a casa, que hoy cierro temprano. Pero antes dame las llaves de la furgoneta. —Extendió la mano con la palma abierta hacia arriba.

—¿Las llaves? Mi casa queda lejos —protestó.

—O me das las llaves o no hay *whisky* —dijo tajantemente—. Tú decides.

El hombre contestó con un resoplido de resignación al tiempo que sacaba un juego de llaves del chaquetón; extrajo con dificultad la del coche y se la tendió. La mujer del pelo azul la recogió y la dejó dentro de un bol, bajo la barra. Cumplido el trato, le dio la espalda para coger la botella de Glenfiddich de una estantería combada y rellenó de nuevo el vaso. Niko hizo hueco en el cenicero y aplastó la colilla. Acto seguido, le mostró a Adrián la cajetilla, pero este movió la cabeza en gesto de negativa.

—Gracias, he de marcharme ya.

Niko lo miró extrañado.

—¿Tan pronto?

—Me ha salido un curro para mañana, y de los duros. Mi patrón

quiere que salgamos temprano. A las siete en punto —dijo mirando el reloj de pared, que hasta el día siguiente no volvería a marcar las diez.

—¡Todos deberíais retiraros! —dijo Althea alzando la voz, mientras apagaba la música.

Un murmullo de desaprobación recorrió el local.

—De acuerdo, me voy contigo —dijo Niko, que apuró el líquido ámbar de un golpe seco y, tambaleante, se dejó caer del taburete. Luego se arrebujó bien en el abrigo, se encasquetó el gorro negro y se marchó junto a Adrián.

Ninguno de los dos escuchó cómo los llamaba Althea blandiendo el objeto brillante en la mano. La mujer se encogió de hombros y lo dejó caer encima de la estantería de las bebidas.

Cuando Niko y Adrián salieron a la pálida luz amarillenta de las farolas, a sus espaldas solo quedó el murmullo de las pocas quejas que aún sobrevivían. Plantado en el rellano, Niko ladeó ligeramente la cabeza al tiempo que encendía otro cigarrillo; por un instante, su rostro se iluminó de un naranja tembloroso bajo la llama del mechero. Si bien la temperatura no era precisamente mala, unos diez o doce grados, al raso hacía un frío del demonio debido al viento cortante que procedía del norte. Antes de emprender el regreso a casa, Adrián se subió el cuello del abrigo para resguardar las orejas y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Bajaron los escalones y se deslizaron cuesta arriba, un poco encorvados hacia adelante para vencer la fuerte pendiente. Era tarde y no se cruzaron con nadie.

—Bueno, me quedo aquí —dijo Adrián frente a una modesta vivienda con la puerta azul descamada. Unas gitanillas de tonos rosáceos reposaban en un alféizar y colgaban por entre unas rejas en las que la corrosión ganaba la batalla de manera inexorable.

A solas, Niko continuó calle arriba; tras él, escuchó el quejido de una puerta abrirse y cerrarse. Pasó por delante de más casas habitadas, por cuyos postigos mal encajados se filtraban luces que salpicaban tenuemente el camino. En una encrucijada, tomó un sendero de tierra que serpenteaba hacia el sur. Poco después, pasó frente a una ermita amenazada con derrumbarse. En una nueva bifurcación se detuvo y dudó entre continuar junto a los acantilados, o atajar a través del pinar, que parecía tupido y oscuro. Finalmente, optó por esto último. De inmediato entró en el bosque, repleto del sonido de insectos. Allí no había farolas y la luz de la luna creciente, que penetraba por las espesas copas, no servía más que para crear tétricas sombras alargadas. Niko no fue consciente de lo borracho que estaba hasta que procuró usar la linterna del teléfono móvil. La cabeza le daba vueltas; sin embargo, al final, consiguió encenderla,

provocando que un conejo asustadizo saltase por el repentino golpe de luz. El marinero dirigió una rápida mirada al frente, suspiró y reunió fuerzas para continuar por una senda boscosa poco visible que se abría frente a él.

Pensando en las musarañas, avanzó a trompicones tarareando una vieja canción de marineros a la vez que seguía el haz tembloroso que iluminaba unos pasos por delante, como si llevase la correa de un perro imaginario.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

El día su pueblo celebraba la gran luna del Qhapaq Raymi, la fiesta en honor al Sol. Illari había cumplido ocho veces el ciclo completo de doce lunas y desde su nacimiento su destino había quedado escrito en las estrellas. Cuando esa noche el plenilunio se completara, sería ofrecida en sacrificio a fin de salvar a su pueblo del Demonio. Hacía poco que había amanecido. El sol se dejó ver tímidamente un rato; no obstante, las nubes se movieron rápido y lo taparon de nuevo. Su madre, Sami, y otras mujeres de la aldea la habían desnudado, bañado con delicadeza y ungido con ungüentos a base de aceite de almendras y miel; para concluir con el ritual, la habían perfumado con agua de orquídeas blancas. Los siguientes pasos fueron vestirla con una túnica fina y unos zapatos de piel blanca y adornarla con una diadema de plumas, un brazalete de plata, que había hecho su padre Asiri, y un collar de amuletos. Cuando estuvo lista, todas las mujeres abandonaron la cabaña e Illari quedó a solas. Envuelta en la oscuridad, se sintió angustiada y comenzó a llorar desconsoladamente.

El resto del día lo pasaría en ayunas, orando a Viracocha, el Dios Creador.

Cuando el borde del sol apareció en el horizonte y comenzó a desparramar calor por la selva, Álvarez de Maya pasó del sueño a la consciencia casi de inmediato. Sus ojos se encontraron con los de Juan Bazán y, sin necesidad de decirse nada, este se incorporó de un brinco. Haciendo bocina con las manos, espetó:

—¡Arriba, haraganes!

Un murmullo quejumbroso se extendió por la tropa mientras, a regañadientes, los hombres abrían los ojos y miraban en todas direcciones. Con desidia comenzaron a realizar las labores.

—¡Cagüenlamá! Ya estamos igual que siempre —blasfemó Rodrigo Alvarado, que empezó a colocarse las polainas y calzarse las botas—. Mucho ordenar, pero de nuestra paga na de na.

—Y que lo digáis, compadre —añadió a su lado uno de los rodeleros, haciendo ejercicios de estiramiento. Alonso Trujillo debía su apellido a su

localidad de nacimiento, era el más bisoño de la partida, no tendría más de veinte años. Se embarcó hacía las Américas en busca de aventura y fortuna; sin embargo, habían bastado tres meses en aquellas tierras salvajes para quedar desencantado.

—¡Vamos, vamos, que es para hoy! —La voz del sargento volvió a tronar en la selva, al tiempo que comenzaba a servirse la pitanza.

—¿Y qué, creéis que sabrá ya pa dónde tirar? —dijo el sevillano, mirando con descaro a don Pedro. De una talega sacó un plato de estaño y lo dispuso para recibir su ración: un mendrugo, media libra de pescado, aceite y vinagre. Para beber, una pinta de vino aguado.

—Que me ahorquen si es capaz de sacarnos de esta maldita selva —apostilló el extremeño a su lado, bajando el tono de voz; luego despachó de un mordisco el pan, que estaba más duro que una pelota.

—No apostaría ni una moneda falsa a que nos lleva por el sitio correcto —dijo entonces Lorenzo Martín, apodado el Marino por su pasado en la Armada, uniéndose a la conversación.

Los tres rieron a gusto, revelando dientes tan amarillentos como la cera de una vela, lo que dio pie a que el sargento volviera la cabeza hacia ellos.

—Alvarado, Trujillo y Martín, ¡cómo no! Terminad ya y uníos al grupo de una vez.

—Ya vamos —rezongó el extremeño, incorporándose de mala gana mientras se hurgaba entre los dientes con la uña—. Alvarado, anda, ayudadme con la coraza.

Rodrigo se puso en pie, rodeó a Alonso y le abrochó las correas de cuero que unían el peto y el espaldar.

—Ya está —anunció, y dio un enorme trago al odre del vino, que luego ofreció al extremeño—. ¡Ah!, esto está mucho mejor, aunque cada vez sabe menos a vino y más a agua.

—Gracias, compadre —repuso el extremeño recogiendo el odre y dando un largo trago, antes de pasarlo. Casi de inmediato, se agachó y recogió la rodela de acero y la alabarda.

Cuando estuvieron listos, los tres soldados se unieron a la fila. Don Pedro, con el estómago cerrado, llamó al fraile a su lado.

—Padre Urdaneta, acercaos, que quisiera hablar con vos. —Y juntando ambas manos en la espalda se alejó unos pasos de la tropa en dirección a la orilla. Absorto en sus cavilaciones, contempló en silencio el caudaloso meandro que corría estrepitosamente frente a él.

El fraile se alzó el capuchón para garantizar la privacidad de la conversación y siguió a don Pedro hasta detenerse junto a él. Sin decir nada, esperó a ser preguntado.

—Vos, conocéis a esos indios —dijo el oficial, más como una afirmación que como una pregunta.

El agustino inclinó la cabeza.

—Yo mismo los bauticé en la fe católica.

—¿Y os fiais de ellos?

El religioso titubeó antes de volver a asentir, mas esta vez el gesto fue tan sutil que únicamente su interlocutor pudo apreciarlo. Si la expedición concluía en fracaso, lo que era perfectamente factible, deseaba evitar que la tropa culpase de ello a la Iglesia.

—Entiendo —dijo escueto, dando por terminada la conversación.

El padre Urdaneta tornó sobre sus pasos y dejó solo al oficial, quien desvió la vista de nuevo al río y a la selva que había más allá. Permaneció inmóvil durante un buen rato, hasta que al fin se despojó del morrión y se refrescó la cara con el agua de la orilla. La sensación de alivio solo duró un instante; volvió a cubrirse la cabeza y se acercó caviloso a la formación, dando pasos cortos y lentos. A mitad de camino, lo interceptó el sargento.

—Y bien, ¿qué ordena vuestra merced?

Don Pedro lo miró, tratando de averiguar qué barruntaba el sargento.

—Mal que pese, vamos a internarnos en la selva.

El Vizcaíno no dijo nada, aunque maldita la gracia que le hacía. Al rato, la partida estaba lista. Los indios, como era consabido, salieron a la carrera y se perdieron de vista engullidos por aquella selva siniestra. Los demás comenzaron a caminar despacio y siguieron sus pasos, alejándose del cauce. Al poco, se vieron rodeados de un denso y espeso follaje, pisaban un terreno fangoso y el calor tornó en más sofocante aún. De súbito, sonó una sucesión de truenos y comenzó a jarrear a sus anchas, aliviando una pizca la atmósfera irrespirable.

El Marino miró hacia arriba para que se le mojase la cara y, por un breve instante, experimentó la inquietante sensación de que el agua surgía de los árboles. En aquella selva tropical sin sombras pronto perdieron la noción del tiempo y de la distancia. No había sendas que seguir y a cualquier lado que orientasen la vista solamente aparecían plantas de hojas anchas, arbustos, helechos y árboles, centenares de árboles. De repente, Martín se vio invadido por una inmensa sensación de soledad.

La lluvia torrencial cesó con tanta presteza como empezó y la humedad pegajosa volvió a aferrarse a los maltrechos cuerpos de los soldados que, a duras penas, conseguían avanzar unos pocos centenares de pies sin necesidad de detenerse a recuperar el aliento. La brisa sacudía los árboles tan alto que en el infierno que pisaban no llegaba ni pizca de aire. Con el calor húmedo llegaron los insectos, los había a millones, zumbando a su alrededor. Únicamente los indígenas parecían estar a gusto en aquel entorno tan hostil para el hombre; aparecían a cada rato, marcaban la senda y volvían a desaparecer, zambulléndose de nuevo entre la vegetación. La unidad se mantenía en silencio, las fuerzas no llegaban para caminar y hablar a un tiempo; la ventaja, barruntó el sargento, era que los murmullos de descontento se habían apagado hacía mucho tiempo.

****

4

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

Casia Dimitratos descubrió el cuerpo sin vida de Niko oculto entre unos matorrales de zarzas. Cuando el alba despuntaba tímidamente, paseaba por el bosque mediterráneo con su pointer. Solía hacerlo todas las mañanas, poniendo a prueba el excelente olfato de su perro cazador, el más desarrollado de todos sus sentidos —cien mil veces más potente que el del ser humano—. Los turistas que recorrían la isla a diario solían perder multitud de objetos misceláneos. Su mayor logro fue la vez que encontró una cadena de oro, pero eso había ocurrido tres años antes; la verdad era que, en la mayoría de las ocasiones, no hallaba más que porquerías como preservativos, colillas, pañuelos de papel y cosas por el estilo que desprendían intensos olores y distraían el fino sentido olfativo del sabueso.

Tom, que así se llamaba el perro, enderezó las orejas de improviso y olisqueó furiosamente el suelo con el rabo erguido, se alejó cosa de cien metros y se detuvo inquieto. Ladró y gimió alto, con un timbre agudo de esos que utilizan los perros para llamar la atención de su amo. Casia tardó muy poco en percatarse de que se trataba de un cuerpo humano.

—¡Por todos los demonios! —musitó con la vista fija en la truculenta escena que alguien había preparado ante él; luego se dobló bruscamente y comenzó a vomitar.

En el suelo yacía un cadáver contorsionado en una posición antinatural. Sus ojos como platos le miraban sin mirar y la mandíbula entreabierta en un rictus grotesco reflejaba el agónico sufrimiento que había padecido. Rodeado por un hedor nauseabundo, lo sobrevolaba un manto negro que zumbaba frenéticamente con un ruido parecido al de un transformador eléctrico. Entretanto, el perro permanecía

sentado sobre los cuartos traseros, sacando la lengua ansioso y esperando una recompensa que no llegó.

El cuerpo fue retirado clandestinamente. No se acordonó ni procesó la escena, a pesar de que las evidencias dejaban pocas dudas acerca de una muerte traumática. Tampoco se informó del suceso a la policía de Creta, a la que correspondía la jurisdicción sobre Gavdos. Si bien las circunstancias escabrosas que rodearon la muerte del marinero corrieron por la isla cual reguero de pólvora, conmocionando a los parroquianos, no era la primera vez que oían hablar de un suceso semejante. Dos días más tarde, el sábado por la mañana, y bajo una fina llovizna, enterraron a Niko en el cementerio local. El funeral lo ofició el clérigo ortodoxo Karsten Giannoulatos, y a él asistió buena parte de la comunidad isleña, más por contemplar con sus propios ojos que era verdad lo que se contaba que por amistad con el finado. Durante los días posteriores, fue el único asunto de conversación entre los parroquianos, que recelaban y desconfiaban unos de otros y bajaban la mirada cuando se cruzaban por la calle. Con la atroz muerte de Niko las sospechas se hicieron realidad.

Entre ellos habitaba un monstruo.

La luz del crepúsculo palidecía, atenuando el rojo ocre de la superficie del mar. La luna en cuarto creciente se alejaba del horizonte. Cien metros más abajo el agua brava sacudía los acantilados, provocando un murmullo húmedo que recorría las imponentes paredes verticales de roca caliza. Con cuentagotas, fueron apareciendo por entre los árboles una decena de personas ataviadas con hábitos negros ceñidos con cinturones de esparto y capuchas que ocultaban sus rostros. Pese a que era tarde y esa parte de la isla se hallaba desierta, todas las figuras se esforzaban por aproximarse sin hacer ruido. Con pasos deliberadamente precavidos, pasaron por delante del destartalado cartel de «Propiedad Privada: No pasar».

Recorrieron un camino pedregoso invadido de maleza, subieron a un porche inestable y se acercaron a una puerta llena de rasguños, que esa noche permanecía abierta. Un anciano decrépito y hosco, ligeramente encorvado y cubierto de arrugas los esperaba con un candil encendido en la mano. Vestía un pantalón de pana marrón gastado por las rodillas y un jersey de lana azul poblado de pelusas. Su atuendo resultaba anticuado y harapiento, aunque, siendo honestos, tampoco desentonaba ni con la mansión ni con el entorno.

El primero en unirse al viejo fue una figura alta y esbelta, que le sostuvo un instante la mirada; el viejo se amedrentó y sus ojos descendieron rápidamente hasta el suelo.

—Por aquí, maestro —susurró con aire sombrío.

Sin esperar a los demás, el viejo se dio la vuelta, apartó con la mano unas telarañas que colgaban de una esquina y, cauteloso, cruzó el umbral seguido por el maestro. La casa estaba vacía y olía raro, a una mezcla de rancio y excremento de rata. Con el brazo del candil extendido, el anciano abrió camino venciendo a la oscuridad con una trémula luz anaranjada. La manera de caminar sugería una fuerte artrosis que procuraba disimular con andares firmes y decididos. Los demás hermanos los siguieron haciendo gemir las tablas del suelo bajo su peso. Alguien al fondo tosió.

Pasaron el polvoriento vestíbulo principal y doblaron a la derecha. Al final de un largo y estrecho pasillo, con más telarañas y paredes recubiertas de papel podrido, se encontraron un portón que conducía a un sótano. Era de madera de roble y estaba reforzado con herrajes de hierro cubiertos por una engañosa pátina cobriza. Su aspecto era tan sólido que no encajaba con un entorno tan abandonado.

El viejo colgó el candil de un clavo herrumbroso que sobresalía de la pared y rebuscó en sus bolsillos. Con mano temblorosa extrajo una llave grande que introdujo en una cerradura antigua y oxidada. Un giro a la izquierda. Y otro más. El estrépito del engranaje se elevó sobre el silencio, provocando un sonido tétrico. Un poco encajada por la falta de uso, empujó la puerta con el hombro y se abrió hacia dentro, crujiendo sobre los goznes. El viejo apartó más telarañas y se hizo a un lado para que pasaran las túnicas. Con un indisimulado alivio observó cómo fueron desapareciendo una tras otra. Cuando hubo entrado la última, cerró la puerta de nuevo y echó la llave.

Cybill golpeó repetidamente el portón desde dentro; tras una agónica espera, se abrió chirriando. El viejo se mostró desconcertado; sin embargo, se apartó sin decir nada. La dejó salir, miró dentro y como no venía nadie más, volvió a cerrar la puerta con llave y se esfumó. La mujer desanduvo el camino por aquel roñoso pasillo, siguiendo las huellas de las pisadas impresas en el polvo. Algo gris se deslizó veloz por el suelo y luego desapareció entre cajas viejas apiladas contra la pared. Cybill prefirió no mirar y continuó apresurada, casi corriendo, hasta que salió de la casa. Jadeaba y le costaba respirar, mitad por el esfuerzo físico de la rápida ascensión, mitad por la congoja que sentía.

«No puede ser».

Se apartó la capucha y respiró hondo el aire húmedo de la noche. Sentía los latidos del corazón en la cabeza y las mejillas encendidas de rabia. Sin mirar atrás, rodeó la casa a toda prisa y caminó hasta el precipicio. Dio unos pocos pasos hasta el filo y se apercibió de la brisa salina golpeándole en la cara. Miró hacia abajo y el vértigo le hizo, de modo instintivo, apartarse del borde. Todo estaba negro, pero sabía

que el mar se encontraba allí abajo. Escuchaba el rumor del agua. Sin pensárselo dos veces, se sacó la túnica por la cabeza y la arrojó al vacío. El viento rebulló la tela por un instante, como una cometa intentando volar; finalmente se precipitó y atravesó la negrura. No la oyó caer, se dio la vuelta y se marchó, adentrándose en la noche.

«Tengo que detener esta locura como sea».

Unos minutos después, un jinete se aproximó trotando a lomos de un viejo corcel azabache. Al llegar al borde rocoso del acantilado, el Español tiró de las riendas y su cabalgadura, obediente, se detuvo. Durante un largo rato, permaneció allí oteando con expresión ausente. Inquieto por la proximidad del abismo, el caballo relinchó y piafó, alzando las patas delanteras y rascando el húmedo suelo con los cascos. El hombre parpadeó, volviendo en sí, y se inclinó hacia la cabeza del animal, chasqueó varias veces la lengua y le palmeó ligeramente en el cuello, a fin de calmarlo. Sacó el pie derecho del estribo y desmontó; después guio al caballo hasta un árbol próximo, sujetó la rienda a la rama gruesa de un árbol muerto y se encaminó resuelto hasta la casa abandonada.

****

5

Isla de Gavdos, Grecia
Unos días después

Gavdos era un trozo de tierra muy pequeño, pero antes de que terminase aquel viernes de abril, dos personas morirían.

Cybill entreabrió el visillo de encaje que cubría la ventana y un rayo de sol diagonal la cegó unos segundos. Durante más tiempo del deseado, espió con disimulo el exterior mediante unas gruesas gafas de pasta. Albergaba la inquietante sensación de que la seguían y acumulaba ya varios días sin salir de casa. Llamó a la escuela, donde impartía clases como docente, para anunciarles que había incubado un catarro y estaba metida en cama atiborrada de antigripales.

Todo había comenzado cuando se marchó precipitadamente de la reunión. La gente bajaba la mirada a su paso, las conversaciones se silenciaban cuando ella entraba en un local y oía cómo cuchicheaban a sus espaldas. La situación, lejos de mejorar, se agravó con el transcurrir de los días. Se pasaba las noches enteras en vela, tumbada bajo las sábanas mirando la oscuridad con los cinco sentidos alerta para detectar cualquier movimiento, cualquier susurro. Tenía los nervios a flor de piel y daba un respingo con el vuelo de un mosquito. A veces, conseguía dormirse, pero se despertaba al rato sobresaltada, con el corazón acelerado y la respiración agitada. Entonces, rompía a llorar.

Una vez más, miró en ambos sentidos de la calle con ojos legañosos. Las primeras luces del amanecer empezaban a abrirse camino y sobre el adoquinado irregular del suelo aún eran visibles los últimos vestigios de la humedad que provocaba el rocío de la mañana. Alzó la vista lentamente y contempló en silencio la silueta de tres gaviotas dibujadas contra un cielo celeste; los pájaros graznaron y viraron poniendo rumbo al muelle. Devolvió el visillo a su sitio y se apartó de la ventana para colocarse frente al fregadero. Mientras

limpiaba los restos del desayuno, tomó una determinación.

«No puedo seguir así».

Miró de reojo el reloj de la pared. Estaban a punto de dar las diez y, como todos los días, su madre esperaba su llamada.

Era la hora del recreo en la escuela, y unos veinte niños corrían de aquí para allá alborotados, ajenos al sol de justicia que golpeaba el cemento. En la isla no había muchos jóvenes. La población adulta era escasa y los nacimientos decrecían año tras año. Un tiempo atrás se desplazaba un profesor desde Creta. Venía dos veces por semana en el transbordador, pero un día, simplemente, dejó de acudir y la alcaldesa, Elektra Vryzas, concluyó que había llegado el momento de que la isla tuviera su propia escuela.

Decidida, rehabilitó un granero en ruinas y construyó dos aulas y un despacho. Compró pupitres y sillas, pizarras y algunos ordenadores. Y contrató a una profesora. Cybill Onisse, viuda desde hacía tres años, se ocupaba de los niños más pequeños. La propia alcaldesa, una mujer septuagenaria, de carácter dominante y con un exagerado sentido de lo correcto, impartía clases a los jóvenes adolescentes. A partir de los dieciséis o diecisiete años, generalmente, o se marchaban a Creta a continuar con los estudios, o se ponían a trabajar con sus padres.

Elektra, refugiada tras del ajado escritorio de su pequeño cubículo, miraba sin parpadear el patio por el cristal de la ventana. Con indiferencia, alargó la mano y se hizo con un caramelo de menta de un bol que tenía en la mesa, lo sacó de su envoltorio de celofán y se lo llevó distraídamente a la boca. En diez minutos, los críos volverían a las aulas y ella tendría que ocuparse de la clase de Cybill, que llevaba desde el lunes sin aparecer por la escuela. La llamó el domingo por la noche con el propósito de decirle que se encontraba enferma y en cama; sin embargo, la voz tomada que fingió la delató. De todas maneras, sabía perfectamente qué le ocurría; de hecho, todo el pueblo lo sabía. Ella solita se lo había buscado. Su conducta había sido sencillamente inaceptable…

De repente, otro pensamiento se impuso en su cabeza y sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta. Con dedos temblorosos se desabotonó el cuello de la blusa negra y el aire empezó a circularle por la tráquea con algo más de fluidez.

«No puedo demorarlo más».

Casi sin quererlo, se le escapó una mirada furtiva al primer cajón de su mesa. Sin embargo, algo sobrenatural impedía que Elektra le echara mano a los expedientes de las alumnas que reposaban bajo llave. Era como si una rueda dentada la esperase para convertir su

extremidad en un montón de serrín.

Estridentes timbrazos rompieron de improviso el silencio de la estancia, agenciándole un instante de tregua. Sentada muy erguida, casi al borde de la silla, como era su costumbre, miró el teléfono dudando entre cogerlo o no. Siguió sonando. Sabía quién era. Finalmente, cuando optó por atender la llamada, el aparato se silenció. Con la tranquilidad instalada de nuevo, se percató de que ya no llegaba el bullicio del patio. Lanzó la mirada de nuevo más allá de la ventana y lo encontró desierto, luego desvió la vista hasta el reloj de pared y comprendió que los niños estarían esperándola en el aula. Respiró hondo aliviada de poder postergar su tarea y volvió a encajar el botón en el ojal del cuello de su blusa negra. Luego, deslizando la silla con ruedas hacia atrás, se levantó ayudada por un bastón. Estaba a punto de abandonar el cubículo cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Diga?

—¿Elektra? —preguntó una voz masculina en tono neutro.

La mujer tuvo que apoyarse en el pico de la mesa para mantener el equilibrio.

—¿Qué quieres?

La línea quedó repentinamente en silencio. Luego volvió a oírse la misma voz, esta vez con un timbre más autoritario.

—No puedes demorarlo más.

Tras la llamada, Elektra pasó un momento con la mirada perdida y el auricular agarrado con tanta fuerza que los nudillos se le volvieron blancos; del otro lado de la línea le llegaba un pitido continuo. Incapaz de contener la emoción, las cuencas de los ojos se le llenaron de lágrimas…

—Disculpe, directora, ¿va todo bien…? —La voz de la niña fue apagándose conforme veía el panorama.

Elektra parpadeó varias veces y su mirada regresó a la estancia antes de recalar en unos ojos saltones que asomaban tímidamente por la puerta de cristal.

—Vuelve a clase, Irene. Voy enseguida.

La adolescente desapareció y la oyó trotar sobre los peldaños de piedra que separaban el despacho del pasillo. Elektra recuperó la compostura, dejó el teléfono con suavidad en la horquilla y se enjugó las lágrimas con un pañuelo de tela. Después de estirarse el vestido dio la espalda al escritorio y se dispuso a caminar hacia la puerta; antes de salir del despacho, apagó la luz. La electricidad resultaba cara y más valía no malgastarla.

Nunca supo bien por qué, pero los recientes acontecimientos le evocaron a Cybill el recuerdo de su matrimonio, que duró hasta que su

marido murió tres años atrás. Fue un martes de diciembre. El 22, para ser exactos. Como siempre, el despertador sonó mucho antes del amanecer, aunque ella ya estaba despierta. El murmullo de la lluvia y el silbido del viento recorriendo las calles como la décima plaga de Egipto no le habían dejado pegar ojo en toda la noche. Rogó encarecidamente a Leander que no saliese a la mar, pero él era un hombre de raza y no se acobardaba por unas cuantas gotas y un poco de viento. Esas fueron las palabras casi textuales que le soltó a la cara. Las dijo con tanta convicción que supo que nadie lo haría cambiar de idea, conque le deseó suerte y le hizo prometer que no cometería ninguna locura.

—¡Haré cuanto tenga que hacer, mujer! —le espetó en tono cortante, al tiempo que se abotonaba la misma camisa a cuadros que siempre usaba para faenar.

En ese momento, Cybill se sintió invadida por el terrible presentimiento de que no lo volvería a ver. Le ocultó el rostro para que no le viera los ojos húmedos y ni siquiera se despidió de él. Se encerró en el cuarto de baño y no salió hasta que escuchó el golpe seco de la puerta de la calle al cerrarse. La última palabra que le oyó farfullar fue un «adiós», que sonó atenuado y frío a través de las paredes del baño. Después, sus pasos resueltos bajando las escaleras. Se pasó toda la mañana llorando sin parar pegada al balcón y alternando una mirada cargada de preocupación del cielo a la calle.

Cuando alguien golpeó tímidamente, pero de manera impaciente, la puerta de la casa, Cybill abrió los ojos sobresaltada. Había logrado conciliar el sueño y se había quedado dormida, echa un ovillo, en la butaca del salón. Se despabiló con la sensación de no saber con seguridad cuánto tiempo llevaba en la misma posición; no obstante, un tortuoso dolor en el cuello le indicó que el descanso había sido prolongado y la postura incómoda. Poco a poco, fue enfocando la mirada contra un reloj con carrillón que colgaba de la pared, y ahí se despertó la primera inquietud real…

Leander debería haber regresado hacía más de una hora. Y él nunca se retrasaba. Volvieron a aporrear la puerta, ahora con más denuedo, y ahí se despertó la segunda…

—¡Ya voy! —dijo en voz alta.

Se atusó el pelo con las manos y corrió a la puerta ciñéndose como podía el cinturón de la bata. Nada más abrir comprendió que algo horrible había ocurrido. Lo vio reflejado en sus caras. La alcaldesa Elektra, el clérigo Giannoulatos y otros dos marineros compañeros de Leander se hallaban en la puerta, compungidos y mirando al suelo. Uno de ellos, el más joven, sostenía un gorro negro entre las manos y le daba vueltas hecho un gurruño, visiblemente agitado. Al parecer, un golpe de mar había hecho zozobrar la embarcación. Casia y Adrián

habían podido nadar a tierra. Leander, por contra, desapareció devorado por la fuerte marejada. El mundo se le vino encima. Desde entonces vivió de la caridad del pueblo hasta que la alcaldesa le ofreció la plaza de profesora…

Cybill apartó esos pensamientos ayudada por los dos golpes musicales que marcó el carillón. Tomó aire para calmarse y cogió un bote de plástico con una etiqueta de unos laboratorios farmacéuticos. Se ayudó de un vaso de agua para tragar dos pastillas amarillas y terminó de arreglarse frente al espejo del cuarto de baño.

A la una y media de la tarde sonó el timbre que anunciaba el fin de las clases, aunque la espontánea algarabía que provocaba era tan ensordecedora que Elektra se planteó seriamente suprimirlo. En el estrado, sentada tras el escritorio y con los dedos aún manchados de polvo de tiza, contemplaba a los alumnos mientras abandonaban el aula. Centró la mirada en Eileen, su ojito derecho. La joven volvió la cabeza, como si intuyese que estaba pensando en ella, y le sonrió un poquito, exhibiendo una ortodoncia casi perfecta. La profesora la siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta. Durante un rato, trató de asimilar el hecho de que no la volvería a ver jamás.

****

6

Isla de Gavdos, Grecia

Felicidad de la percha, agarró el bolso y el bastón, y salió presurosa de la ELEKTRA se colocó el abrigo que, solo un instante antes, colgaba escuela. El cielo estaba cerúleo, únicamente enturbiado por algunas nubes rechonchas con sombras negras que se movían lentamente, pero que no amenazaban lluvia. Dejó el coche de cualquier manera, alejado de la taberna y de miradas indiscretas, y taconeó por el adoquinado hasta el final de la calle. No le agradaba ese sitio. Entendía que los hombres necesitaran un espacio de desahogo donde tomar unas copas, charlar con los amigotes y jugar unas partidas de aquello a lo que jugasen. Pero una mujer… eso no le entraba en su recta cabeza. No obstante, ese día era diferente. Miró a ambos lados, albergando la esperanza de que nadie la viese entrar en aquel tugurio, y comenzó a deslizarse por los escalones lo más rápido que sus viejas piernas le permitían…

—Buenas tardes, señora Vryzas —dijo alguien con retintín a su espalda.

Elektra perjuró para sus adentros, detuvo su avance y se volvió exhibiendo una sonrisa impostada.

—Buenas tardes, Fedora. Venía a darle un recado a la señora Paidousi. Es muy urgente y no puede esperar —se apresuró a añadir con la vana esperanza de que no se hiciera una idea equivocada.

—Claro, claro, pues no la entretengo más. —Y prosiguió su camino.

Elektra le lanzó una mirada aviesa mientras la veía torcer por una esquina. Acto seguido, volvió a mirar furtivamente a un lado y a otro, y se adentró en la taberna susurrando algo entre dientes.

Althea aprovechaba esas horas para poner el local a punto para la tarde. Al mismo tiempo que limpiaba el suelo con una fregona

chorreante, la música sonaba alta; por eso, no escuchó el tímido chirrido de la puerta al abrirse, ni unos pasos inseguros que se le aproximaron. Su corazón saltó en el pecho cuando alguien le tocó suavemente en el hombro.

—¡Menudo susto me ha dado, señora Vryzas! —exclamó, volviéndose de sopetón.

—Hemos de hablar, Althea.

Althea no supo cómo reaccionar. Superado el susto inicial una multitud de reflexiones se le agolparon en la cabeza. ¿La alcaldesa en su local? Que ella recordase jamás la había visto allí. Dejó la fregona dentro del cubo, desconectó el equipo de música y se acercó a una mesa con la preocupación escrita en el rostro.

—Siéntese, si es tan amable —dijo, levantando una silla y separándola de la mesa. Ella hizo lo propio con la que se hallaba a su lado.

Elektra ocupó la silla sin llegar a acomodarse del todo, se arregló el vestido y juntó las manos sobre la mesa, buscando el valor suficiente para decirle lo que había venido a contar.

—¿Quiere tomar algo: agua, café, té…?

La alcaldesa cambió de posición.

—No, no, estoy bien, gracias.

—Usted dirá en qué puedo servirla.

—Verá, Althea, quería ser yo quien se lo dijera… —dijo.

La dueña del local empezó a preocuparse de verdad y sus hombros se fueron derrumbando a medida que Elektra iba hablando. Nunca supo el porqué; sin embargo, tuvo una corazonada y pronunció unas palabras que la perseguirían el resto de sus días.

—¿N-no será por Eileen? —preguntó con voz quebrada.

La señora Vryzas tardó en responder; no obstante, su gesto la delató. Inclinó la cabeza tímidamente y fijó la vista en un arañazo de la mesa.

—Lo lamento —empalideció, y le apoyó una mano en el brazo.

Althea se la apartó de un manotazo y se puso en pie tan de golpe que la silla se desplomó de espaldas con un gran estruendo. Tenía los ojos desorbitados y le temblaban las piernas.

—¡No puede ser, por el amor de Dios, Eileen no!

—Por favor, Althea, serénese…

—¡Que me serene! ¡Y una mierda!

La alcaldesa también se levantó y le tendió la mano, procurando acariciarle el brazo. Su gesto se vio correspondió con un tortazo en la mejilla, que sonó hueco. A la señora Vryzas se le incendió el rostro, y encontró apoyo en el respaldo de una silla cercana hasta que recuperó el equilibrio.

—Lo lamento, yo… —balbuceó Althea arrepentida.

Sin decir una sola palabra Elektra recogió el bolso y el bastón de encima de la mesa y, dándole la espalda, abandonó el local muy erguida y orgullosa. Unos minutos después, la madre de Eileen se vio sola y la ira dio paso al desconsuelo. Sintió que le costaba respirar y se dejó caer sobre una silla temblando. Consciente de lo que había ocurrido, rompió a llorar, cubriéndose el rostro con ambas manos.

De pronto, un pensamiento le cruzó por la mente y se incorporó enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

«He de avisar a Bernice. Aún estamos a tiempo de ayudarla. Nos largaremos de aquí en su barco y no volveremos nunca más a este maldito lugar».

Notó cómo se le aceleraba el pulso. Se sonó la nariz con un pañuelo que sacó del pantalón y se levantó. Corrió por el salón y se abalanzó sobre el teléfono, arrancándolo de su horquilla. Con dedos temblorosos marcó el número de su marido. Sostuvo el receptor contra la oreja, mordisqueándose las uñas. Nadie atendió la llamada. Soltó una maldición y lo intentó de nuevo con el mismo resultado. Se dio por vencida y colgó el teléfono con un impacto violento. Aún le temblaban las manos cuando, repentinamente, abrió los ojos como platos y volvió a descolgar el auricular. Llamó a su hija, pero tampoco contestó. Rezongó algo entre dientes. Se encontraba muy nerviosa y le costaba pensar.

Únicamente quedaba una cosa que podía hacer, de modo que se hizo con las llaves del coche y salió precipitadamente por la puerta de la calle, salvó los peldaños saltando sobre ellos y corrió hasta su coche.

Con la mochila colgando del hombro por una de las correas y la sudadera enredada alrededor del cuello, Eileen regresaba a casa canturreando con voz desafinada las canciones de la *playlist* que escuchaba por unos diminutos auriculares. De golpe, la música se interrumpió y sonó el teléfono.

«¡Qué pesada!».

Era su madre. Cerró los ojos, exhaló un fuerte suspiro y dejó que saltase el buzón de voz. La música recuperó su protagonismo. Sus pies se movían junto a los acantilados levantando polvo mientras ella miraba al suelo. Hacía rato que, en la distancia, se veía la espigada silueta del faro dibujada contra el cielo. Una vez, realizó un trabajo sobre él para la escuela. El faro se había convertido en una referencia para los navegantes que cruzaban el Egeo. Si bien su función había caído en desuso debido a los modernos sistemas GPS con los que estaban dotadas las embarcaciones, a los marineros les reconfortaba seguir viendo sus destellos en mitad de la noche. Se construyó en 1880

cerca de la localidad de Ambelos, y se accedía a él por un sinuoso e incómodo sendero. Destruido en 1942, durante un bombardeo de la *Luftwaffe*, fue reconstruido unos años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Estaba formado por una torre troncocónica de catorce metros de altura, alternando bandas blancas con roca natural. Bajo una cúpula por completo acristalada se encontraba la lámpara que, iluminada con lentes de Fresnel, daba una potente luz blanca visible a quince millas náuticas…

—Hola, Eileen ¿te llevo?

Estaba tan distraída que no oyó llegar a un coche que se detuvo a su lado. Cuando notó su presencia, dio un respingo sobresaltada y se soltó el auricular de una oreja. La ventanilla del acompañante se encontraba bajada hasta la mitad y por ella aparecía un rostro conocido.

—Digo que si te llevo —repitió.

La muchacha no se lo pensó mucho, dirigió la mirada al frente valorando la propuesta, y finalmente aceptó juntando los hombros.

—Vale. —Abrió la portezuela del Fiesta, dejó caer la mochila en el suelo y se hundió en el asiento.

El conductor metió primera y hundió el pie en el pedal del acelerador, dejando tras de sí unas marcas de neumáticos y una nube de polvo seco. Fue repentino. Demasiado preocupada por encontrar el anclaje del cinturón de seguridad, no lo vio venir. Del asiento posterior surgió una mano fuerte y un trapo le cubrió la boca y la nariz. Eileen se resistió; sin embargo, el olor resultaba tan nauseabundo y penetrante que no podía respirar y sufrió un acceso de tos. Intentó infructuosamente chillar y patalear a la vez que buscaba ferozmente el poco aire que quedaba atrapado entre su cara y el pañuelo; al momento se sintió mareada y todo a su alrededor comenzó a moverse, igual que si estuviese montada en un tiovivo desbocado. Una lágrima empezó a resbalarle por la mejilla y le llegó a la comisura de los labios.

El último recuerdo de Eileen fue su sabor salado.

Tan pronto como dieron las dos de la tarde, Cybill abandonó la casa sin mirar previamente por la ventana.

«Ya no importa».

Cerró la puerta de su vida y se montó en la bicicleta. Cinco minutos después, el tableteo de las estrechas ruedas contra el empedrado dejó sitio al chasquido de la gravilla, que la acompañó hasta un cruce. Una deslucida señal sujeta a un poste anunciaba, negro sobre blanco, que a la izquierda quedaba el faro de Ambelos y a la derecha Vatsiana. Dejó de pedalear y volvió la cabeza, sintiendo el sudor por el pelo y la

espalda. Únicamente descubrió la nube de polvo que levantaba a su paso. Sin detenerse viró a la derecha y al poco llegó a un pequeño desvío, su destino.

El fuerte viento racheado arremetía con fuerza y Cybill se ajustó el pañuelo de cuello, después de apoyar la bicicleta contra el tronco de una encina mohosa. A continuación, echó a andar hacia la cima del acantilado sin apresurarse, con pasos erráticos. Al pasar frente a la siniestra casa y pensar lo que guardaba en sus entrañas, su alma se ensombreció. No se detuvo ni un segundo, al contrario, aceleró para rodearla y prosiguió un poco más hasta colocarse justo en el borde rocoso, anaranjado por el sol de tarde. Se asomó al despeñadero y miró abajo. La pared estaba ennegrecida y el agua blanqueada. Luego clavó los ojos en lontananza. En días despejados como aquel se podía incluso ver la costa de Creta. El transbordador de las tres acababa de abandonar el puerto, sus potentes hélices batían con fuerza el agua desplegando tras de sí un abanico de espuma.

Cybill se sentía inusualmente feliz. Se apartó el pelo de la cara y se fijó en una gaviota que planeaba frente a ella, libre. Dio un paso al frente y repentinamente no tuvo nada bajo los pies.

Todo se desarrolló muy rápido: pataleó y agitó los brazos cómicamente, como si imitara al pájaro. Mientras caía, tuvo tiempo de pensar en Leander, al que vería pronto. Sus huesos se quebraron al unísono con la misma facilidad con que se resquebraja un vaso de cristal al dar contra el suelo. El mar se tragó cuanto quedó de ella.

Miraba continuamente a ambos lados, pero no se cruzó con ella. Con los dientes apretados en una tensa línea recta, Althea recorrió el trayecto hasta su casa en un tiempo récord. Su viejo Renault Cinco de dos puertas traqueteaba sobre una fastidiosa alfombra de guijarros mientras la conductora era zarandeada de un lado a otro, igual que si estuviera dentro de un barril rodando colina abajo. Con el corazón lleno de ansiedad detuvo el automóvil junto a una cuidada verja de hierro terminada en puntas de flecha. Se apeó de un salto y se dirigió a la carrera hacia la entrada. Un caminillo de pizarra atravesaba por la mitad el césped y finalizaba en una puerta de color azul protegida por un porche. Lo recorrió en un santiamén, aplastando los macizos de flores que encontró en su camino. Con manos temblorosas abrió el bolso y revolvió dentro. Se le escapó de entre las manos y cayó al suelo y su contenido se desparramó entre maldiciones. Se agachó llorosa y palmeó el suelo hasta que al fin encontró las llaves. Volvió a incorporarse y, a la tercera, la introdujo en la cerradura, que pareciese haber empequeñecido. El nombre de Eileen sonó por toda la casa mientras recorría presurosa la planta de abajo.

Nada.

Alzó la mirada desde el pie de la escalera y se precipitó arriba, saltando los escalones. En el rellano de la planta superior volvió a llamar a su hija; sin embargo, con la falta de aire el nombre sonó más apagado.

Tampoco nadie contestó.

La desesperación se apoderó de ella. Se encorvó y apoyó las manos sobre las rodillas. Su abdomen subía y bajaba a gran velocidad, gimiendo. Althea se puso derecha, sorbió por la nariz y se enjugó la humedad con el brazo del jersey. Aspiró fuerte para calmarse y comprobó la hora en el reloj de muñeca. Se tiró escaleras abajo, salió al exterior dejando la puerta de la casa abierta y las cosas del bolso desparramadas en la entrada y, sentada detrás del volante del Renault, deshizo el camino hasta el puerto.

Demasiado nerviosa para permanecer sentada, se bajó del coche y deambuló por el muelle de forma errática. A ratos se detenía, levantaba la mirada hacia la bocana del puerto, echaba un vistazo al reloj y reanudaba el paso. Un cormorán negro que estaba posado al borde abrió las alas y echó a volar. Althea lo siguió con la vista por encima de su cabeza y vio correr las nubes, que dejaron la luna a la vista.

Cuando llegase al cenit todo se acabaría.

Un rítmico traqueteo de gasóleo captó su atención. Bajó los ojos y reconoció la blanca proa del *Argo* recortada contra el horizonte escarlata y sobrevolada por un sinfín de gaviotas chillando. El corazón le dio un vuelco de esperanza y a largas zancadas se acercó al final del embarcadero. Se aferró con fuerza a una barandilla medio oxidada y aguardó otra media hora a que Bernice pusiera pie en tierra. Entonces echó a correr hacia él.

El crepúsculo llegó.

El marinero forzó los ojos al percatarse de que alguien corría hacia el *Argo* moviendo los brazos y gritando. Al instante, reconoció su inconfundible flequillo azul bamboleándose. Preocupado, dejó caer una maroma al suelo y se apresuró a reunirse con Althea. Se encontraron a mitad de camino y Bernice sintió el férreo abrazo de su mujer. La separó, la asió por los hombros y la miró a los ojos.

—¡Por Dios, Althea! ¿Vas a decirme qué sucede?

—Es Eileen…, se la… han llevado… —dijo, hecha un mar de lágrimas.

—¿Llevado? ¿Quién se la ha llevado?

—¡Todos, el pueblo se la ha llevado! —vociferó con los ojos centelleantes.

Varias personas que se encontraban en el muelle dejaron las faenas, los miraron un instante y volvieron a sus labores. Bernice comprendió todo de un golpetazo, sintió que se quedaba sin aire y se tambaleó sobre unos pies flojos. Al poco se repuso y alzó la vista, topándose con los ojos suplicantes de una madre. Sin pensárselo dos veces, la agarró de la mano y ambos arrancaron a correr en dirección al coche.

Les quedaba muy poco tiempo.

Apuró las marchas y el coche, excesivamente revolucionado, salió disparado.

Althea sollozaba en el asiento del acompañante.

—Es culpa mía, debí haberlo intuido. Una madre debe percatarse de esas cosas —recitaba con tono de culpabilidad.

Bernice guardó silencio durante todo el trayecto. Volvieron a casa y llamaron a voz en grito a Eileen sin éxito, deshicieron el camino y pararon junto a los acantilados. Peinaron la zona de un extremo a otro llamándola más veces por su nombre de pila. Después de una hora las esperanzas que abrigaban de encontrarla con vida se desvanecieron y se dieron por vencidos.

Dos siluetas deshechas miraron abatidas el negro horizonte.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

Habían recorrido una legua, pie arriba, pie abajo, el sargento lanzó una rápida mirada sobre su hombro derecho, echando una ojeada inquieta a la tropa que avanzaba en procesión detrás de él. Se le vino el mundo encima. Los soldados arrastraban los pies, sudaban tan copiosamente que les escocían los ojos y caminaban tan encorvados que pareciese que iban a recoger algo que se les hubiese caído al suelo. Únicamente se mantenían en pie por el apoyo que les brindaban las picas, alabardas, o arcabuces, que utilizaban a guisa de bastones. Los cascos, corazas y escudos, fabricados de buen acero español, pesaban tanto como si tuviesen que cargar sobre los hombros un saco de medio quintal mientras ascendían a la carrera una cuesta. En esas condiciones, no serían capaces de enfrentarse a una tribu indígena, incluso con la ventaja que suponía la tecnología militar española.

Preocupado, Juan Bazán aprovechó un claro y se inclinó hacia delante, a fin de aproximarse al hombro de don Pedro y hablarle confidencialmente.

—Vuestra merced, deberíamos parar a reponer fuerzas. Así, no llegaremos muy lejos.

El oficial volvió la cabeza y se fijó en el penoso aspecto de la tropa que lo seguía, luego dirigió la mirada al frente y solo descubrió más follaje enmarañado, entonces asintió con expresión distraída sin mirar a nadie en particular.

—De acuerdo, paremos un rato.

El Vizcaíno, que caminaba a la cabeza pisándole los talones a don Pedro y a un lancero salmantino de nombre Diego Mansilla, se paró y se dio la vuelta. A continuación, se allegaban el fraile y la ristra de soldados.

—¡Vamos a detenernos para descansar! ¡Antes de romper fila, numeraos!

Jamás cumplieron una orden con más obediencia. Se detuvieron bruscamente, no tenían fuerzas ni para alegrarse y, con un murmullo poco audible, empezaron a escucharse los números.

—¡Uno! ¡dos! ¡tres! ¡cuatro!… ¡trece! ¡catorce!

El sargento aguardó un rato y alzó la barbilla mirando ceñudo por

HABÍAN caminado durante media jornada, y después de haber

encima de los hombros.

—¡Cómo catorce! Falta uno. A ver… Alvarado, tú eres el último, ¿quién iba detrás de ti?

Rodrigo se dio la vuelta y solo vio una pared verdosa.

—El Garniaca —dijo, mirando de nuevo al frente.

—¿Y dónde está? —inquirió Bazán.

El andaluz encogió el cuerpo.

—Y yo que sé. Hace un rato se encontraba ahí porque le oí jurar en arameo.

—Bueno, lo esperaremos mientras descansamos. Abrid bien los ojos y no os desperdiguéis mucho. ¡Alvarado, Martín, Núñez, Hernández y Rivera, revisad las llaves de mechas y la pólvora! ¡Si se os han mojado con la lluvia, ponedlas a secar!

Una vez repartidas las instrucciones, el sargento se aproximó con la cabeza gacha al alférez, que se quitó el morrión y de un odre de piel de cabra bebió un trago.

—Falta Garniaca, don Pedro —dijo entonces, y se apresuró a añadir—: El lancero del mostacho. El de Biarritz.

—¿El malencarado?

—Ese.

—Entendido… Mandad a un par de hombres en su busca, quizá esté herido. —Y, como apostilla, agregó—: No podemos permitirnos el lujo de perder más soldados. Llegado el momento, los necesitaremos a todos.

El Vizcaíno paseó la mirada por la tropa, repantingada contra el tronco de un árbol o tumbada sobre el manto verde, tan alto que casi los cubría en su totalidad.

—Con todos los respetos, vuestra merced, los hombres necesitan descansar.

Don Pedro asintió pensativo con un leve movimiento de cabeza. Todo eran contratiempos. Se atusó el mostacho mientras resolvía qué hacer. El sargento tenía razón, los soldados a duras penas eran capaces de levantar el pellejo del vino. Cualquiera les decía que desanduvieran lo andado para ir en busca de un compañero con quien, además, se llevaban mal casi todos.

—Mandad a los indios —dijo al fin.

—Buena idea.

No había terminado de hablar cuando los dos indígenas aparecieron en el claro, uniéndose al grupo. Alvarado, contrariado, se vio forzado a abandonar su descanso y tradujo las nuevas instrucciones. Sin más dilación, los indios fueron en busca del soldado perdido. Al cabo de un rato regresaron portando una lanza y un escudo, que arrojaron al suelo. Sin dejar de gesticular, le explicaron al sevillano que lo habían encontrado muerto un poco más allá. Su cuerpo había sido despedazado por una fiera, acaso un jaguar y que, seguramente, su instinto depredador lo llevaría

hasta ellos. Las palabras de los guías inquietaron a los soldados que, desde ese momento, no quitaron ojo a lo que pasaba a su alrededor.

Miguel López, bajo, aunque fornido, rondaría los veintiséis, mas una fea cicatriz que recorría su mejilla desde la oreja a la boca, y que se hizo en la batalla de Teocaxas, largo tiempo atrás, le hacía parecer mayor. El madrileño era el más veterano en aquellas tierras. Ocho años antes, fue uno de los ciento ochenta soldados que, junto a Francisco Pizarro, desembarcaron en Tumbes.

En aquel instante dormía a pierna suelta, con el jubón desabrochado y roncando ruidosamente. Se había alejado unos pies del resto buscando una ligera corriente de aire que encontró al lado de una yuca. Varios metros sobre su cabeza parlaban los loros y chillaban inquietos los monos araña que, de súbito, se callaron, percibiendo el miedo que impregnaba la atmósfera. El español abrió los ojos. Algo le había arrancado de su placentero sueño; aún tardó un tiempo vital en descubrir qué era: la selva había quedado en silencio, algo por completo imposible.

Hizo un recorrido visual por el entorno, pero no se fijó en una rama retorcida que, a poco del suelo, nacía de un gigantesco árbol de caoba que se hallaba detrás de él. Sobre ella, al acecho, un depredador mortalmente sigiloso y con los colmillos manchados aún con la sangre húmeda de Garniaca. El jaguar adelantó la pata izquierda trasera y después la delantera, y se paró de nuevo. Coordinadamente movió las dos patas derechas y volvió a quedarse quieto, agazapado.

El madrileño meneó la cabeza, se recostó de nuevo sacudiéndose un mosquito que zumbaba al lado de su oreja, y cerró los ojos. Entonces se percató de una presencia a su espalda y oyó un ligero gruñido, que sonó no obstante aterrador. Se incorporó con brusquedad y, haciendo un escorzo, miró atrás lo suficiente para ver saltar sobre él una fiera de color amarillo pálido y castaño rojizo. Antes de que pudiera reaccionar, unas poderosas mandíbulas le asestaron un mordisco letal en la garganta.

Un crujido de huesos.

De la boca del soldado únicamente salió un ligero gorjeo apenas audible y se quedó quieto, bueno, casi quieto, porque su pierna derecha saltaba, aplastando la hierba.

En ese preciso instante sonó un disparo y el felino profirió un gemido lastimoso antes de huir entre la vegetación. Se allegaron varios hombres al desdichado López, que yacía moribundo en el suelo, y lo rodearon.

—¡Mansilla! ¡Mansilla! —vocearon varios a coro.

El padre de Diego Mansilla era médico en Salamanca y, por aquella extraña asociación de ideas, le adjudicaban al lancero unas habilidades que, siendo sinceros, no le eran del todo desconocidas, pero que, ni mucho menos, dominaba. El salmantino se aproximó a paso rápido, casi a la carrera, y todos se hicieron a un lado dejándole hueco. Se acuclilló junto al soldado y, evitando una creciente mancha sanguinolenta, depositó sobre la

hierba un viejo maletín de primeros auxilios que su padre le regaló cuando partió a las Américas.

En cuanto se enfrentó al agónico sufrimiento que se dibujaba en el semblante del herido enmudeció y, volviéndose a la camaradería, sacudió la cabeza. Se levantó despacio, recogió el maletín y marchó cariacontecido. Su sitio lo ocupó el padre Urdaneta. Al ver el cuerpo mutilado de aquella alma cristiana su rostro adquirió un aspecto sombrío.

—¡Vive Dios! —atinó a musitar.

Sin más dilación se arrodilló a su lado y le administró el sacramento de la extremaunción, trazando la señal de la cruz en la frente y en ambas manos. A renglón seguido, comenzó a susurrar.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre… Amén.

Instantes después, el soldado veterano expiró. Todos los presentes se santiguaron y se alejaron, murmurando con la cabeza gacha.

—Era un buen soldado —dijo entonces alguien.

—El mejor —repuso otra voz con un timbre apagado.

—Nunca debimos abandonar la ribera del río —apostilló un tercero con insolencia.

—¡Eh!, chitón, tengamos la fiesta en paz —les reprochó el sargento con los ojos destellando—. Todos estamos afectados, pero no paséis por alto que esto es una unidad militar, y aquí se hace lo que dice el mando y se pone buena cara —terminó, sofocando la pequeña rebelión.

El incidente con López minaría aún más la moral de los soldados, pero al menos no pondrían pegas para ponerse en marcha de nuevo, todos querrían alejarse de aquel lugar sin demora.

—Mandad a los indios a por el cuerpo de Garniaca y que caben dos tumbas. Y decidle al fraile que los entierre como Dios manda —ordenó don Pedro.

El sargento hizo un gesto afirmativo.

—¿Quiénes son los más fuertes? —preguntó el oficial.

Bazán dudó un instante antes de contestar.

—Ribera y Montejo.

—Que lleven las lanzas de López y Garniaca.

El Vizcaíno inclinó la cabeza cariacontecido. Esa orden les sentaría a cuerno quemado. No el enterrar a sus camaradas, ellos también querrían que hiciesen lo mismo con sus cadáveres, llegado el caso, sino cargar con sus pertenencias. Luego que dieran cristiana sepultura al madrileño Miguel López y a Garniaca, reanudaron la marcha. El trabajo y su propia supervivencia les hicieron olvidar pronto los malos augurios que pesaban sobre la expedición. Aún no habían visto ni una onza de oro y ya habían muerto cinco de sus camaradas. ¿Cuántos más habrían de caer antes de cumplir con su quimera?

****

Kirk Allen nunca fue un luchador. A fin de cuentas, se alistó en el regimiento escocés denominado por orden de la reina Victoria *«Queen´s Own»* para saldar una deuda de juego contraída una noche de juerga. Entonces solo contaba con diecinueve años y combatir en Europa se veía como algo valeroso e intrépido, incluso con un tinte épico. Nada más lejos de la realidad. Abandonado en la inmundicia de las trincheras, durante años vio morir a sus compañeros bajo el fuego enemigo, cuando no de enfermedades y penurias.

Kirk fue afortunado y consiguió regresar indemne de la Gran Guerra. Un 15 de abril de 1918 cruzó a pie las montañas que rodeaban el largo y profundo valle de Glen Carron y, cumpliendo la promesa que se hizo a sí mismo una noche durante la batalla del Somme, compró las primeras tierras que vio bañadas por el sol escocés: así nació *«Morning Star»*, un antiguo caserón al más puro estilo georgiano de dos plantas que se convertiría en la residencia de los Allen durante las generaciones venideras.

Unos meses después de su regreso a Lochcarron, Kirk Allen contrajo matrimonio con Mary Campbell. Kirk era más bien feíllo y poca cosa; por el contrario, Mary era una belleza. Pelirroja y pecosa tenía enamorado a medio pueblo. Los Allen eran una familia muy humilde. Sus padres trabajaban en las minas de carbón de Lochore y el propio Kirk, a la edad de nueve años, comenzó a trabajar en ellas. Al principio, se limitaba a llevar cubos de agua de aquí para allá a fin de saciar la ardiente sed de los mineros; años más tarde, al cumplir los dieciséis, comenzó a participar en la extracción del carbón en largas jornadas de catorce horas. Luego vinieron la apuesta y el alistamiento. Cuando regresó a casa, decidió dar un giro a su modo de vida. Con los ahorros compró los terrenos de Glenn Carron, construyó el caserío con sus propias manos y se dedicó en adelante al cuidado del ganado y al cultivo de la cebada necesaria para la elaboración del *whisky* y de la cerveza.

Kirk fue el bisabuelo de James.

Cuando James nació, la vida en Lochcarron era muy diferente. En aquella época, el pueblo había prosperado y se había convertido en el centro de la comarca. Hablamos de finales de los setenta. Era hijo único, una regla no escrita que se había convertido en tradición en su familia. También era varón. Los Allen solamente tenían niños varones. Kirk y Mary tuvieron a Andrew; Andrew y Elisabeth, a James; y,

finalmente, James y Anabelle engendraron un vástago al que pusieron de primer nombre James, como su padre, y Fleming de segundo.

James Fleming Allen junior.

En realidad, «Fleming» fue una petición de su madre. Le encantaba ese nombre, que a James horrorizaba. En el colegio, conservó solo la inicial y se limitaba a firmar como: James F Allen. Pero en cuanto se hizo mayor, la efe se cayó definitivamente.

Desde muy pequeño, se mostró como un niño inquieto y muy inteligente. Cuando los niños de su edad balbuceaban, él ya hablaba. Cuando los demás aprendían las vocales, él construía palabras. Y cuando conseguían hacer sumas, él multiplicaba y dividía. Estudió en la Lochcarron Primary School, donde conoció a Alex Scott, que por aquel entonces ya era un niño flacucho y desgarbado que le sacaría una cuarta de altura. El pelirrojo y el moreno enseguida congeniaron y no tardaron en entablar una sólida amistad que perduraría en el tiempo.

En el deporte, Alex era un aventajado. Su altura y su extrema delgadez lo convertían en un magnífico atleta. James, por contra, más habilidoso, destacaba en fútbol. En tema de amoríos, era Allen quien le llevaba la delantera a Scott. No es que fuera guapo, que no lo era; sin embargo, le rodeaba un aura de triunfador que lo convertía en un chico muy popular. A pesar de ello, a la hora de la verdad, fue Alex quien se llevó el gato al agua con Lee, la joven hija de un diplomático japonés destinado en Glasgow a la que conocieron en una fiesta y de la que rápidamente se prendaron ambos amigos. Alex se casó con ella y tuvieron dos hijos: Mark y Miranda. Pero eso sería mucho tiempo después. Como unos quince años más tarde.

James también era el defensor de las causas perdidas y no dejaba pasar una injusticia; no obstante, su carácter le acarrearía algún que otro problema serio. Con diecisiete años recién cumplidos, se vio envuelto en un turbio asunto con una de sus profesoras: April. Nunca quedó claro qué pasó entre ambos, si es que llegó a pasar algo. Él nunca contó su verdad, ni siquiera a su amigo. Los hechos no fueron muy concluyentes: James golpeó en la cara a Marcus, el marido de April; quien, a su vez, parecía que maltrataba a su mujer. Marcus murió poco después en un accidente de tráfico mientras conducía ebrio. April se mudó de ciudad. Y los padres de James lo enviaron un año fuera de Escocia hasta que al fin se acallaran los chismorreos.

El año que James pasó en Punta Umbría marcó su vida. Cambió un paisaje más rural y en cierto modo intimidante —lagos y páramos, montañas escabrosas y bosques frondosos, cubiertos por densas brumas— por un pueblo pesquero a orillas del Atlántico, de interminables playas de arena dorada bañadas por un sol radiante. Allí, sus padres le alquilaron una casita de pescadores frente al mar.

Era pequeña, pero llena de ventanas por las que entraba la luz a raudales y el olor a salitre. Tenía mucho tiempo por delante y estaba resuelto a aprovecharlo. Aprendió español y la forma correcta de tirar la cerveza; y se encaprichó de algunas de las costumbres locales: su música, sus desayunos y su alegría en el vivir. Sin embargo, y sobre todo, se enamoró del mar. Enseguida trabó amistad con Julián y Joaquín, dos pescadores locales que llevaban a faenar al «escocés» frente a las costas de El Portil. En aquellas aguas también hizo sus primeros escarceos con el buceo y aprendió a navegar.

En cuanto cumplió el año de castigo, muy a su pesar, James se vio obligado a regresar a Lochcarron. Alex y él ya habían cumplido los dieciocho y tocaba ir a la universidad. Ambos amigos se marcharon juntos a Glasgow donde alquilaron un apartamento barato en un ruidoso suburbio al este de la ciudad. Alex ingresó en la Academia de Policía y James en la Universidad de Glasgow, una de las más antiguas del mundo, donde completaría los estudios de Historia. Entretanto, James pasaba las vacaciones estivales con sus padres en *Morning Star*.

Durante uno de aquellos periodos, comenzó su afición por la arqueología marina.

Acababa de cumplir veinte años y aquel verano transcurría con una lenta y exasperante monotonía. Alex no había podido ir por unas prácticas y se sentía solo y aburrido. Un día, leyendo el periódico local, se topó con una curiosa historia. La de un barco vikingo que en el siglo XI se internó en las aguas de *Loch Carron* para no regresar jamás. Las leyendas se sucedieron. Desde que el Demonio del Agua había sido el causante hasta que un golpe de mar lo hundió. Sea como fuere, este episodio despertó el interés de James que vio en ello la oportunidad para salir del hastío y el sopor en el que había caído. Así pues, ni corto ni perezoso, se compró un equipo de buceo completo de segunda mano y se pasó el resto del verano haciendo inmersiones en las gélidas aguas del lago. Si tuvo éxito o no en sus prospecciones nunca lo contó.

Durante los años venideros, se apuntó como becario a proyectos de arqueología marina por las costas del sur de Inglaterra. Pronto, no obstante, le llegaría su primera oportunidad profesional, a través de la universidad. Una empresa privada norteamericana cofinanció con una universidad de Tampa que, a su vez, tenía un programa de intercambio con la Universidad de Glasgow, una expedición para explorar los restos de un galeón español naufragado en el siglo XVII. El *Nuestra Señora de Atocha* zarpó de La Habana rumbo a Cádiz en 1622 cargado de oro, plata y cobre, cuando un fuerte temporal lo hizo zozobrar frente a las costas de Florida. Su participación en la expedición fue muy residual. Prácticamente no pudo bucear y su labor se limitó a catalogar piezas. Pero se despertó en él un ferviente interés

por los enigmas sumergidos que, con el transcurrir de los años, se fue convirtiendo en una pasión que compaginaba con las clases de Historia que impartía en el prestigioso instituto privado San Mungo.

Afincado en Glasgow casi definitivamente invirtió todos sus ahorros en la adquisición de un antiguo taller de carpintería en Huntingdon Road, en el barrio de Sighthill, que transformó en un bonito y confortable *loft* de soltero. La muerte de sus padres, poco después, supuso un duro golpe para él. Por primera vez en la vida, experimentó la triste sensación de verse solo en el mundo. Entró en una profunda depresión y dejó de ir a *Morning Star*, que cayó en un lamentable estado de semiabandono.

Su vida había dado un vuelco radical el verano anterior, cuando su amigo del alma, Alex Scott, le pidió ayuda en la resolución de unos oscuros sucesos que estaban acaeciendo en las Tierras Altas de Escocia, cerca de la localidad natal de ambos. Aquel viaje le sirvió para reencontrarse con el viejo caserío familiar y sus recuerdos. En aquellos días, también conoció a una enigmática mujer de la que se enamoraría perdidamente y por la que cambiaría su manera de vivir. Se tomó un periodo de excedencia en la enseñanza y se marchó a vivir con ella a la Toscana italiana. Esa experiencia también le permitió entablar amistad con Patricia Banner, por aquel entonces policía rasa, y con Collins, un expirata informático que ahora trabajaba para la Policía de Escocia. A pesar de que, siendo sinceros, ninguno de los dos le causó una grata impresión al conocerlos, más que nada por su juventud, con el transcurrir de los días les fue cogiendo cariño hasta convertirse en grandísimos amigos. Y aunque sus vidas los llevaban asiduamente por caminos diferentes, aprovechaban cualquier oportunidad para reunirse de nuevo.

****

Glasgow, Escocia
En la actualidad

El impresionante edificio de ladrillo rojo que acogía la *High Court of Justiciary*, la más alta instancia penal en Escocia, fue diseñado por el arquitecto William Stark a comienzos del siglo XIX. Remodelado antes de la Primera Guerra Mundial mantuvo su característico pórtico de estilo dórico que, con seis largas columnas de granito, se alzaba imperial al final de Saltmarket. Ese día, además de los habituales profesionales con trajes bien cortados portando maletines repletos de documentos, una nube de periodistas y fotógrafos revoloteaba por los alrededores, ávida de truculentas noticias sobre el caso más popular de los últimos años.

El inspector jefe Alex Scott y la jovencísima sargento Patricia Banner acudían a testificar en el juicio contra Darwin Bell, apodado por la prensa sensacionalista como el Carnicero del West End, un joven atormentado que, en un arrebato de ira, acuchilló a su mujer y a sus dos hijos menores, los descuartizó con un hacha y envió los pedacitos por correo a sus suegros. El hecho de que Darwin hubiese superado recientemente un examen psiquiátrico con el propósito de ingresar en el cuerpo de bomberos de la ciudad no hizo más que reavivar la polémica de un caso que había acaparado las portadas de los principales tabloides británicos.

—Solo una pregunta, inspector jefe.

Nada más franquear las puertas de bronce, tras dos horas de declaración bajo la dura mirada del juez Arthur Wells, se vieron atrapados en una selva de cámaras y micrófonos que los obligó a detenerse. Una súbita descarga de *flashes* los cegó y sus oídos se llenaron con la algarabía de periodistas vociferantes formulando preguntas que quedaban sin respuesta.

—Por favor, apártense, no tenemos nada que decir —dijo Scott.

—¿Se ha declarado culpable Darwin? —dijo una joven rubia con un micrófono de la cadena de televisión Sky News.

—No vamos a hacer declaraciones —insistió Alex, sacudiéndose las bolas de gomaespuma como quien aleja un enjambre de moscas.

—¿Se ha mostrado arrepentido? —inquirió otro al fondo.

Otra descarga de *flashes*.

—¿Se ha encontrado cara a cara con la familia de las víctimas? —formuló un tercero.

Scott y Banner no veían la forma de conseguir avanzar los metros que los separaban del aparcamiento. Súbitamente, un trueno retumbó

como si se hubiese roto un cántaro de agua y comenzó a llover fuerte. El grupo de periodistas se deshizo tan rápido como un castillo de arena cubierto por una ola, y corrió en desbandada a guarecerse bajo la marquesina del pórtico del edificio. En un santiamén, Alex y Patricia se encontraron solos y empapados en medio de la escalinata de mármol. Se miraron por un instante, sonrieron pensando lo mismo, y aprovecharon para echar a correr, salvando los escalones en diagonal. Una vez abajo, buscaron el Ford Mondeo en el aparcamiento de superficie y, sin demora, abrieron las portezuelas y se dejaron caer sobre los asientos.

Dentro del habitáculo, reinaba un silencio reconfortante solo interrumpido por el incesante murmullo de la lluvia.

—¿Huíamos de la lluvia o de los periodistas? —preguntó la sargento exhibiendo unos dientes cuidados. Con la mano sostenía un pañuelo de tela y se frotaba con él la cara—. Jamás te había visto correr de esa manera.

Alex soltó una carcajada.

—Anda, vámonos de aquí antes de que esas fieras nos descubran de nuevo.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Patricia puso en marcha el vehículo y, cuando la circulación se lo permitió, rebasó la barrera de seguridad. Tras dejar atrás Jocelyn Square, se incorporaron al intenso tráfico de Saltmarket.

La lluvia arreció y las ráfagas de agua sacudían endemoniadamente el vehículo de camuflaje. Los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro, evacuando el agua. En un momento, las calles se vaciaron de transeúntes y se colmaron de vehículos, multiplicando los embotellamientos de la ciudad. Ambos policías se dirigían al vetusto edificio azul de la División Centro de la Policía de Escocia, ubicado en el número 50 de Stewart Street. En el cruce con la calle Bell se encontraron atrapados entre decenas de vehículos que hacían sonar las bocinas furiosamente. La conductora suspiró sonoramente.

—Aquí se acabó nuestra fortuna.

Cuando sonó, el inspector jefe metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el teléfono móvil. Antes de aceptar la llamada, contempló un segundo la pantalla con un asomo de sonrisa.

—¿Qué tal amigo? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! —dijo Alex al auricular.

Una risotada sonó tan fuerte al otro lado de la línea que se oyó por fuera del aparato. Interesada, Patricia juntó un poquito el entrecejo y volvió la cabeza hacia Alex.

—Estoy seguro de que tú has pensado mucho en mí —contestó James a miles de kilómetros de distancia.

—¿Por dónde andas?

—No te lo vas a creer, saliendo del hospital.

El semblante de Alex cambió.

—¿Del hospital?

Patt, detenidos en el atasco entre dos vehículos de alta gama, miró de nuevo a su compañero.

—Hace unos días entraron a robar en casa de Victoria y… ya me conoces.

—¡Dios! ¿Es que no puedes quedarte quieto? —Alex tapó el receptor con la palma de la mano y le explicó a su compañera bajando el tono de voz—: James, en el hospital, se lio a mamporros con un ladrón.

El comentario provocó que Patricia sonriera en silencio.

—¿Con quién estás? Oigo cómo me difamas.

—Es Patt. Venimos del juzgado, de testificar en el asunto del Carnicero del West End.

—Algo leí en la prensa. Un tema escabroso. Oye, lo que os hemos de anunciar también le atañe a ella —dijo, cambiando de tema.

—¿Os? —inquirió mientras activaba el altavoz. Alex pudo notar la calidez de la sonrisa de su amigo a través del teléfono.

—Sí, Victoria y yo.

—Hola, Victoria, Allen —dijo Patricia, uniéndose a la conversación sin quitar ojo al tráfico que seguía moviéndose despacio. A pesar de que se habían hecho grandes amigos, James no había conseguido que Patricia lo llamase por su nombre de pila.

—Hola, Patt —contestaron al unísono— ¿Por un casual no estará Collins con vosotros?

—¿Collins, cuándo lo has visto fuera de su cuartucho? —respondió la sargento.

Todos rieron.

—Queríamos deciros algo… —Allen cambió el tono de su voz—. Victoria y yo… vamos a casarnos.

—¡¿Cóóóóómo?! ¿Cuándo? —exclamó Alex entre incrédulo y atónito.

Patricia prorrumpió en un grito de júbilo que, por un instante, llenó el habitáculo.

—El próximo domingo —apuntó James.

—¡Pero si estamos a lunes! —intervino Patricia mirando al frente. La circulación se había hecho más fluida y volvían a rodar a una cierta velocidad. Llegaron a una confluencia de calles y giraron a la izquierda, hacia Springburn Road. Al cabo, enfilaron la boca poco iluminada de un túnel y los halógenos del automóvil se encendieron automáticamente, desplegando un abanico de luz.

—Nos encantaría que vinierais. De he…cho, os… he…

La llamada se cortó.

—Maldita cobertura —se quejó Alex, mirando la pantalla fundida en el negro. Apenas habían transcurrido unos segundos cuando comenzó a vibrar el aparato en su mano.

—Se ha cortado. Estábamos atravesando un túnel.

—Ya sabes lo que siempre dice Collins: las compañías telefónicas siempre ganan. Bueno, os decía que os hemos reservado billetes para el viernes.

—Por supuesto, contad con nosotros. ¿Será en Escocia?

—Ya nos gustaría —comentó Allen con disgusto—; sin embargo, ya sabéis que Victoria tiene prohibida la entrada en el Reino Unido durante cinco años, al menos hasta que no se resuelva su apelación. La boda será en Gavdos, una isla…

Scott se puso serio de repente y le cortó.

—¿En Grecia?

James reparó en el tono ansioso de su amigo.

—Sí, Victoria tiene allí una casa. ¿Qué sucede?

—No te lo vas a creer. En mi vida había escuchado hablar de ese sitio y en veinticuatro horas lo he hecho en dos ocasiones. Ayer mismo, me llamó una mujer para decirme que estaba preocupada por su hija. Al parecer vive en Gavdos y lleva algunos días sin poder hablar con ella.

—¿Recuerdas su nombre? —intervino Victoria.

—¿De la mujer desaparecida? —Hubo una breve pausa mientras Alex procuraba recordar el nombre cerrando los ojos con fuerza—. Se llama Cybill *No-sé-qué*.

—¿Cybill Onisse?

—Es posible, ¿la conoces?

Victoria hizo un gesto afirmativo.

—No sé, habré hablado con ella dos o tres veces, pero la recuerdo perfectamente. Un encanto de mujer.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Allen.

—No lo sabemos. Su madre nos dijo que la llamaba a diario, como un reloj, a las diez de la mañana. Ni un minuto antes, ni uno después. Los últimos días la había encontrado… —Alex se interrumpió para elegir la palabra exacta, luego prosiguió—: rara. Algo la tenía preocupada y, aunque le insistió, no consiguió sonsacarle nada.

—¿Estaba casada? —preguntó Patricia, detenidos frente a un semáforo en rojo.

—Por lo que yo sé, enviudó hará unos años —les informó Victoria —. Su marido era pescador. Un día su embarcación zozobró por un temporal. Nunca encontraron el cuerpo.

Todos se callaron y en la línea las respiraciones sustituyeron a las palabras. Esta vez se prolongó más de la cuenta y nadie habló durante un largo rato. Al cabo, intervino James.

—Oye, que nosotros os llamábamos para algo alegre.

—Desde luego, James, perdona. Entonces el domingo. ¿Cómo llegamos a Gavdos?

—Os hemos reservado pasajes en el vuelo de Glasgow al aeropuerto de Chania, en Creta, que sale el viernes a las diez de la mañana. Te mandaré por correo electrónico los datos de la reserva. Allí, os estará esperando un uber que os trasladará al puerto de Skafia, donde podréis tomar un transbordador que os llevará directos a la isla de Gavdos.

»Ah, decídselo a Collins de nuestra parte. Una fiesta de boda sin un friki *millennial* nunca sería lo mismo.

****

9

Glasgow, Escocia

CUANDO finalizaron la conversación, Alex miró el móvil sonriente y meneando reiteradamente la cabeza lo hizo desaparecer dentro de la chaqueta. Contempló en silencio el cielo a través de la ventanilla y descubrió que casi había parado de llover, incluso se atisbaba el sol entre los negros nubarrones que iban dispersándose con una lentitud exasperante. Casi sin darse cuenta, dejaron atrás la calle Maitland y enfilaron Stewart Street. Unos instantes después, emergió ante ellos un edificio de cristal azul. La sargento colocó el coche en un aparcamiento reservado para vehículos autorizados, y se apearon.

—Vaya, vaya, James se nos casa. Casi no puedo creerlo —dijo Alex, encaminándose despacio hacia la puerta de cristal—. Lee creerá que bromeo.

—El hombre solitario encontró por fin su media naranja.

Franquearon el umbral y accedieron al vestíbulo principal. Perkins, el ufano agente de la entrada, agarró un bloc de notas y leyó unas palabras garrapateadas.

—Inspector jefe. Le ha llamado un tal teniente… Spa…nou…lis, de la policía de Grecia. Pidió que lo llamase en cuanto pudiera.

Alex alargó la mano hasta el mostrador en busca del rectángulo de papel que le tendió el agente, lo leyó un instante y se lo guardó en el bolsillo, doblado por la mitad.

—Gracias, Perkins.

Intrigada, Patricia enarcó una ceja a modo de interrogación.

—Lo llamé para preguntarle por la mujer desaparecida.

La sargento asintió sin decir nada.

—Voy a decirle a Collins lo de la boda —dijo Patricia, apartándose del inspector jefe camino de las escaleras de hormigón que conducían al sótano, donde se ubicaban el almacén de pruebas y el *sancta sanctorum* del *exhacker*.

Alex se subió al ascensor y se bajó en la primera planta, accediendo a un espacio abierto y funcional. Paredes blancas, suelo de mármol y grandes ventanales cerrados que ahogaban el sonido de la calle. El inspector jefe se fue a ocupar su sitio, frente a una vieja mesa de formica repleta de papeles. Encendió el ordenador, introdujo su contraseña y navegó entre sus informes hasta que al fin localizó la carpeta del caso «Cybill Onisse». La abrió y repasó una vez más sus anotaciones antes de llamar al teniente Spanoulis. Al cabo de media hora, descolgó el teléfono de la mesa, marcó un número con el prefijo +30 y aguardó. Al tercer timbrazo, una voz atendió la llamada.

—*Spanoulis, στην ομιλία* («Spanoulis al habla»).

—¿Teniente Spanoulis? —preguntó Scott en inglés.

—El mismo —respondió el griego en un correcto inglés, si bien con un pronunciado acento.

—Soy Alex Scott, inspector jefe de la Policía de Escocia.

—Ah, sí, intenté contactar con usted esta mañana. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Verá, teniente, unos padres han denunciado la desaparición de una tal Cybill Onisse en la isla de Gavdos. Al parecer tiene la doble nacionalidad escocesa y griega.

—Feo asunto, inspector jefe Scott. Gavdos es una pequeña isla con no más de cien habitantes. Es un verdadero paraíso en medio del Mediterráneo, pero cuenta con un índice de desapariciones más alto que el de Moscú en plena guerra fría.

Mientras escuchaba en silencio, unas profundas arrugas aparecieron en la frente de Alex.

—Me figuro lo que estará pasando por su cabeza —prosiguió el griego—, se preguntará cómo es eso posible. Verá, Gavdos es una comunidad muy cerrada. Nunca hay denuncias y nadie abre la boca. Una vez encontramos un cuerpo. Fue hace dos años, pertenecía a un hombre adulto. Un turista yanqui.

—¿Qué le pasó?

—No lo sabemos a ciencia cierta —comenzó a explicar Spanoulis—. El cuerpo se enrolló en las redes de un palangrero que faenaba cerca de la costa sur de Creta. Las corrientes debieron de arrastrarlo mar adentro. No pudimos identificarlo. Había sido devorado por los carroñeros del mar.

—Sin embargo, ha dicho que se trataba de un turista norteamericano.

—Solo lo suponemos. Encontramos algunas pertenencias en sus bolsillos. Ya sabe, monedas y esas cosas. Nos pusimos en contacto con su embajada, pero no obtuvimos respuesta.

—Entonces, ¿cómo murió?

—El hombre quedó frito de un infarto agudo. Ni heridas defensivas

ni signos de forcejeo. Todo apunta a que su corazón simplemente dejó de latir.

Alex pareció decepcionado.

—¿Era mayor?

La respuesta del teniente fue algo dubitativa.

—Ni viejo ni joven, entre cuarenta y cuarenta y cinco. Pero estaba muy gordo.

Repentinamente la línea se quedó en silencio.

—¿Le practicaron la autopsia?

—Sí, pero no reveló ninguna información que a la postre haya resultado relevante. Datos físicos descriptivos del cadáver, análisis de sangre y toxicológico, medición y estado de los órganos, decenas de fotografías y poco más… Solamente quedaron al descubierto dos cosas que se salían de lo ordinario: el cuerpo no contenía ni una gota de sangre y se hallaron evidencias de unas marcas en la yugular.

Alex juntó el ceño.

—¿Como perdió la sangre?

—Para eso, los forenses no han encontrado una explicación. Jamás habían visto algo igual.

—¿Identificaron al menos el origen de las marcas en la garganta?

—Bueno, el origen no fue exactamente el problema. Según el patólogo forense la magnitud de las laceraciones era inopinadamente grande.

—¿Entonces…?

—Verá, inspector jefe Scott, no hay animales salvajes en Gavdos, más allá de aves, ardillas, conejos y similares, claro está.

—Es posible que el cadáver procediera de otra parte —conjeturó Alex.

—Lo dudo, señor —le contradijo—, aunque obviamente nada es imposible. Los expertos corroboraron que, por las corrientes marinas de los días previos, el cuerpo debió proceder de aquella isla con una probabilidad del ochenta por ciento.

—¿Preguntaron en la isla?

—Ya se lo dije, nunca saben nada. Pero ahí no acaba el enigma.

El comentario final dejó tras de sí un profundo silencio. Alex se mantuvo a la espera.

—En la herida del cuello —prosiguió al cabo Spanoulis— los patólogos hallaron algo muy enigmático: un germen.

—¿Un germen? —repitió Alex con gesto de incredulidad, incorporándose en la silla.

—Sí, un microorganismo patógeno.

Alex, impaciente, soltó un suspiro exagerado.

—Sé qué es un germen. Pero ¿qué tenía este de especial?

—Su resistencia al transcurso del tiempo. El laboratorio confirmó

que tenía entre cuatrocientos cincuenta y quinientos años de antigüedad.

Las cejas de Scott se juntaron.

—Pensará que es imposible —siguió diciendo Spanoulis—, y tiene razón, lo es. Por eso la investigación no avanzó más. Se archivó por contaminación de las muestras.

—¿Alguna corazonada?

En la línea tornó el silencio, aunque esta vez fue más opresivo. Alex podía escuchar la respiración de su interlocutor por el auricular. Finalmente, inspiró profundamente.

—Extraoficialmente manejamos una teoría alternativa, pero no creo que le agrade oírla. Es… ¿cómo se dice en su idioma…? poco técnica. No sé si me entiende.

—No sé adónde quiere ir a parar, teniente.

—Verá, corre el rumor de que sobre la isla pesa una… antigua maldición.

Extrañado, Alex arqueó mucho las cejas y repitió en voz alta:

—¿Una maldición? ¡Estará de broma!

—No, señor Scott, le hablo muy en serio. No encontrará un agente en todo el departamento que quiera pasar una sola noche en aquel lugar. Si quiere, puedo hacer unas llamadas y preguntar por su desaparecida, aunque ya le adelanto que no conseguiremos nada.

—Se lo agradecería. Le enviaré un correo electrónico con todos los datos de los que dispongo. De todas las maneras, el próximo fin de semana estaré en Gavdos. Casualmente, me han invitado a una boda allí. ¿Le importaría si aprovecho la ocasión para echar un vistazo?

—Todo suyo inspector jefe Scott y si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Gracias teniente.

—Por cierto… —realizó una pausa antes de seguir—, tenga mucho cuidado. Esa isla es un lugar siniestro que esconde un oscuro secreto.

Tras el chasquido seco del teléfono, Alex devolvió el auricular a su sitio muy lentamente. Con expresión ausente, recostó la cabeza contra el respaldo de la silla y desvió la mirada hasta el cielo encapotado que se veía al otro lado de los sucios cristales.

«No puedo creer la conversación que acabo de mantener».

Luego su mirada recayó por un instante en el único despacho de la planta. Deprimido, contempló al superintendente Finnes discutiendo acaloradamente con alguien mientras exhalaba el denso humo de un puro bajo un cartel que prohibía fumar. Ver al gigante negro de casi dos metros enfurecido le trajo a la mente su enfrentamiento con él en el caso de las Highlands, meneó la cabeza y desechó la idea. No estaba dispuesto a pasar otra vez por lo mismo.

Apagó el ordenador e hizo una bola con las notas del «no» caso,

que arrojó a la papelera haciendo parábola, como si fuera un balón lanzado a una canasta de baloncesto. Se iría a Gavdos con Lee y los niños y se lo pasarían en grande en aquel paraíso de arenas doradas. Bucearía y haría surf en sus aguas cristalinas, incluso castillos de arena. Con estos pensamientos cruzando por su cabeza, descolgó la chaqueta de la percha y se marchó a casa.

Pero Alex se equivocaba. Las cosas rara vez salen como uno las planea y cuando regresase de aquel viaje de fin de semana, su vida ya no volvería a ser la misma.

****

10

Toscana, Italia
Al día siguiente

—TESORO, el coche ya está aquí! —gritó James al pie de la escalinata.

Nadie contestó, de forma que resopló con impaciencia y ascendió saltando estrepitosamente sobre los peldaños. Cruzó deprisa el pasillo enlosado y empujó la puerta entornada del fondo. Sin hacer ruido contempló embelesado la espalda desnuda de Victoria que, frente a un largo espejo con molduras, procuraba abrocharse un sujetador negro de encaje. Allen hizo un ejercicio de autocontrol para recordar el propósito que le había llevado hasta allí.

—Digo, que el coche ya está abajo —repitió.

Victoria dio un ligero respingo y ladeó la cabeza.

—Termino enseguida, cielo. Si quieres, puedes ir bajando el equipaje —dijo, mientras se colocaba una blusa negra de seda y comenzaba a abotonársela.

James agarró dos maletas grandes Louis Vuitton, que reposaban en una esquina al lado de una sofisticada cómoda, y las transportó a la planta de abajo. Al pasar frente a la biblioteca hizo un alto para echar una ojeada a la repisa vacía.

Durante un fugaz instante, rememoró en su mente el incidente de unos días atrás, pero un sonoro y desagradable bocinazo procedente del exterior le arrancó de cuajo sus pensamientos. Pasaban unos minutos de las once de la mañana y el día estaba claro y despejado. A pocos metros de la entrada había un sedán negro con el maletero abierto y un hombre trajeado apoyado contra el chasis, fumando desinteresadamente. Nada más escucharlo llegar se puso en marcha, arrojando el cigarrillo al suelo y apagándolo con la puntera del zapato.

Allen no había terminado de acomodarse en el asiento de cuero

trasero cuando Victoria salió de la villa. Echó un último vistazo a la fachada y se dejó caer junto a él, colocándose el neceser sobre el regazo.

—*Aeropuerto di Fiumicino, prego* —dijo James.

Sin decir nada, el conductor puso en marcha el vehículo y enfiló una senda de albero, hasta que llegó a una cancela llena de herrumbre, entonces torció a la derecha y se incorporó a la SR71.

—Mientras te arreglabas, llegó esto para ti —dijo James sacando del bolsillo del Barbour un sobre cerrado.

La mujer cogió el telegrama, rasgó el sobre y lo leyó unos segundos, luego lo dobló y lo guardó en el bolso.

—Es de Anne Marie. Ya ha llegado a Gavdos. Nos ha dejado un coche en el puerto…

Dejó de hablar y volvió la cabeza hacia James, al que encontró con el semblante distraído y tabaleando con los dedos de la mano sobre la rodilla. Tenía la mirada perdida en algún lugar más allá de la ventanilla del vehículo.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

Allen regresó de su viaje mental.

—¿Eh?… ah… sí… el coche en el puerto —titubeó, viendo pasar más árboles.

—¿Te sucede algo? —le preguntó sabedora de que algo le rondaba por la cabeza.

Allen se volvió y respondió con una sonrisa tímida, igual que un niño al que han pillado haciendo novillos.

—No, nada… —dudó entre continuar o no—. Pensaba en el robo del otro día.

—¿Por qué?

—No lo sé, la verdad. Al pasar por la biblioteca lo he recordado.

Por un instante, el silencio se adueñó del espacio y James volvió a mirar los objetos que, ahora más veloces, pasaban por la ventanilla: una gasolinera, colinas al fondo, postes de luz… resultaba obvio que algo lo inquietaba y Victoria aguardó hasta que se animara a contárselo.

—No paro de preguntarme —prosiguió al fin, volviendo la cabeza —, ¿por qué alguien querría robar la estatuilla de arcilla?

—Déjalo, no le des más vueltas. Era solo un ratero.

James chasqueó la lengua, desechando esa idea.

—Me apostaría la paga de un mes a que ese tío buscaba precisamente *esa* figura. Cuando irrumpió en la casa, no le quitó el ojo de encima en ningún momento.

Victoria optó por no seguirle la corriente y suspiró profundamente.

—Siempre buscando misterios. Voy a llegar a pensar que te aburres a mi lado. Déjalo estar, disfruta del viaje —insistió mimosa al tiempo

que lo rodeaba con los brazos y le daba un cálido beso en los labios.

El conductor dejó de mascar chicle y les lanzó una mirada lasciva por el retrovisor interior.

—Solo una cosa más y te aseguro que lo dejo.

Victoria, escéptica, alzó una ceja. Allen alzó la mano derecha con la palma hacia el frente y extendió los tres dedos centrales.

—Promesa de *scout* —dijo solemnemente.

Victoria rio, dándose por vencida.

—¿Qué quieres?

—¿De dónde sacaron tus padres la estatuilla?

—No lo sé. Debieron de adquirirla en alguno de sus viajes por América del Sur.

—¿Nunca la viste de niña?

—James, por favor, no me atosigues con más preguntas.

Allen asintió comprensivo.

—Lo último, te lo juro.

—Lo último —le avisó ella.

—Por casualidad, ¿no tendrás una fotografía de esa cosa?

Durante un instante, Victoria fijó en James una mirada penetrante. Al cabo, dejó escapar un débil suspiro, bajó la vista al bolso y, tras hurgar en él, extrajo el *smartphone*. Pulsó sobre la pantalla varias veces y le mostró a James una instantánea del Van Gogh. A su lado, aparecían las dos estatuillas.

—La hice para el seguro. Son muy quisquillosos con estas cosas.

Allen se hizo con el móvil. Editó la foto, aisló la imagen zoomorfa y clavó los ojos en la figura durante un rato, como si pretendiera averiguar qué pensaba. Cuando retiró la vista de la instantánea y le devolvió el teléfono a Victoria, ya habían dejado atrás Cortona y circulaban por la autopista A1.

—Mándamela, por favor; tengo un amigo en la Universidad de Buenos Aires y me gustaría que le echase un vistazo.

Una vez dispuso de la fotografía, deslizó el dedo sobre la agenda de contactos hasta dar con la persona que buscaba. Miró el reloj Omega Seamaster de buceo y calculó mentalmente la hora que sería en Buenos Aires. Aún era temprano, pero sabía que Arturo solía madrugar mucho, o al menos alardeaba de ello; así pues, pulsó el botón verde y aguardó.

Entretanto, el vehículo adelantó a un camión de varios ejes que transportaba maquinaria pesada y se colocó en el carril de la derecha. Victoria no perdía de vista a su prometido con el rabillo del ojo. James a veces podía llegar a ser obstinado hasta rayar en la irritación; sin embargo, su instinto le había salvado la vida en el pasado, de modo que no lo desdeñó. Varios segundos después, cuando James se disponía ya a colgar, alguien, al otro extremo del Atlántico, atendió la

llamada telefónica.

II

Buenos Aires, Argentina

Arturo Romero era el prominente jefe del Departamento de Historia de la Universidad de Buenos Aires. A sus casi setenta años, lucía una envidiable pelambrera de un distinguido color plateado y un espíritu jovial que le mantenía activo pese al reuma que le atormentaba, especialmente en días húmedos como aquel.

Su vuelo procedente de Boston, donde había participado en un congreso sobre civilizaciones precolombinas, había aterrizado hacía tres cuartos de hora; los diez minutos anunciados de demora se transformaron finalmente en una hora, por eso deslizaba los pequeños pies apresuradamente por el suelo pulido del aeropuerto en dirección a la parada de taxis. Con la mano derecha arrastraba una maleta de cabina gris Samsonite y con la izquierda sujetaba el viejo portafolios marrón de cremallera que le acompañaba desde hacía veinte años.

Al tiempo que aceleraba el paso aún más repasaba mentalmente la ajetreada agenda que tenía por delante y que, por cortesía de American Airlines, empezaría con demora. Por unas puertas correderas de cristal rebasó el umbral del vestíbulo y miró por encima de su hombro hasta localizar los techos amarillos de los taxis. Cargó el equipaje en el primero de la fila y, evitando una quemadura de cigarrillo, se acomodó en el mugriento asiento trasero. Después de indicarle al conductor que su destino era la calle Viamonte 430, el vehículo se puso en marcha adentrándose en la selva que suponía el tráfico en Buenos Aires.

Durante la media hora siguiente, no paró de caer agua ni un momento. Los cristales del taxi se empañaron y el conductor se vio obligado a encender la climatización. Como estaban detenidos en medio de una aglomeración de vehículos, Arturo aprovechó para adelantar trabajo. Apenas si había colocado el gastado maletín en el regazo cuando sonó una melodía infantil.

El taxista contempló a su cliente por el retrovisor interior, revelando dos hileras de dientes amarillos y desiguales. Arturo reparó en que estaba siendo observado y se sonrojó fingiendo sorpresa.

—Es mi nieta, ¿sabe? —explicó—. Yo no sé cómo funcionan estos trastos.

Con torpes movimientos, desabrochó la cremallera del portafolios. El contenido se desparramó por el asiento. Soltó una maldición en voz baja y revolvió todos los departamentos hasta que al fin dio con el

dichoso teléfono. Miró la pantalla y se extrañó de que se tratase de un número extranjero. Por un instante, su rostro se cubrió con un velo de duda. Había escuchado recientemente una noticia acerca de un timo con un número internacional. Descolgabas y se quedaba enganchada la comunicación hasta fundirse tu cuenta corriente. Finalmente, se arriesgó y atendió la llamada, aunque solamente fuera para poner fin a aquella melodía que, ciertamente, sonaba ridícula.

—Doctor Romero, al habla —respondió con precavida cautela.

—¿Arturo? —dijo una voz en español con un marcado acento británico.

El tono se le antojó familiar, pero no acabó de identificar su origen.

—Sí, dígame ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Allen.

El profesor juntó el ceño y se sumió en una silenciosa meditación.

—James Allen —prosiguió la voz—. Nos conocimos hace dos años. Le pedí asesoramiento sobre algunas piezas encontradas en el *Nuestra Señora de la Limpia y Pura Concepción*, aquel galeón español de la flota de la Nueva España que naufragó en 1641, frente a las costas de Cuba.

Repentinamente los ojos de Arturo se abrieron mucho y su rostro se iluminó.

—¡Desde luego! Ahora le recuerdo. Usted fue el director de la expedición. ¿Qué tal las clases por el instituto? Presupongo que la vida de docente es más tediosa que la de arqueólogo marino.

James asintió con expresión nostálgica.

—Las dejé por un tiempo.

—Vaya, es una lástima. Siempre supe que sería usted un buen profesor y mi viejo instinto no suele fallarme en lo que a calibrar a las personas se refiere. —Hubo una pausa, y luego prosiguió—: ¿Qué puedo hacer por usted? ¿No estará pensando en embarcarse de nuevo?

Allen rio.

—Sí, pero por un propósito muy diferente, aunque no es esa la razón de mi llamada. —Dejó de sonreír al instante—. Verá, querría mandarle la fotografía de un ídolo de arcilla para que le eche una ojeada.

—¿Un ídolo de arcilla?

—Quizá no sea nada importante; no obstante, quisiera conocer su opinión.

—Claro, Allen, mándemelo.

Pocos segundos después de colgar, en el taxi sonó el timbre de un wasap.

Arturo lucía una americana de *tweed* con todos los accesorios propios de un profesor: cuadros escoceses, coderas de pana y puños algo raídos. Del bolsillo superior extrajo unas gafas con cordón y se las acomodó en la nariz. Se alejó de la cara un poco el *smartphone* y pulsó

varias veces sobre la pantalla hasta que unos grandes ojos de arcilla lo miraron amenazantes. Un brusco giro del vehículo en un cruce lo zarandeó. Lanzó una mirada malhumorada al conductor, que se disculpó. Devolvió la atención al teléfono y con los dedos de la mano derecha amplió la imagen. La estudió con mirada paciente hasta que comenzó a marearse, entonces salió de la aplicación y contactó de nuevo con James.

—¿De dónde dijo que la obtuvo? —Su tono había cambiado radicalmente por uno más severo.

Allen dudó.

—La compré en un mercadillo.

Arturo frunció los labios. Intuyó que le mentía, pero en su fuero interno estaba seguro de que, aunque insistiera, no le diría la verdad. La gente solía ser muy cautelosa con estas cosas.

—Es muy extraña —dijo al fin saliendo de su mutismo. Miró de reojo al conductor, que seguía atento a la conducción, y bajó la voz—. Jamás había visto nada igual. Desde luego parece precolombina. El tamaño, el material, incluso los trazos caminan en esa dirección; aun así, necesitaré estudiarla más en profundidad para asegurarlo.

—Desde luego. Cuando tenga algo, puede llamarme a este mismo número.

Romero cortó la comunicación sin despedirse y perdió la mirada en las gotas que salpicaban la ventanilla. Aquella imagen lo había dejado estupefacto. Tras cuarenta años estudiando las culturas americanas pensó que ya nada podría sorprenderlo. Claro, que siempre existía la remota posibilidad de que fuera una falsificación sin valor histórico alguno…

Un frenazo lo devolvió a la realidad.

—Ya hemos llegado, señor. Son doscientos pesos.

Arturo sacó de la chaqueta un viejo billetero de cuero, le entregó dos billetes de 100 $a y agregó una generosa propina. A continuación, recogió los papeles desparramados por el asiento, cerró el maletín y se apeó. Con un chirrido el coche negro de techo amarillo se apartó del bordillo y se alejó, envuelto en el tráfico. Romero miró al cielo y descubrió que ya no llovía, aunque podía volver a hacerlo en cualquier momento, de modo que con el equipaje a cuestas se dirigió con prisas al edificio neoclásico que acogía las dependencias de la universidad. Unos minutos después, franqueaba unas enormes puertas de madera con remates de cobre. El alto vestíbulo, que desembocaba en unas amplias escalinatas de mármol, era a esas horas un enjambre de jóvenes cargados de libros moviéndose con premura.

Sin detenerse, se dirigió al ascensor y se bajó en la cuarta planta, enfrentándose a un aburrido corredor de paredes desconchadas por la falta de mantenimiento y suelo pulimentado. Tras varios recodos mal

iluminados, sus pies lo guiaron hasta una placa dorada sujeta por cuatro pequeños tornillos a una puerta: «Dr. Romero». El profesor metió la mano en un bolsillo del pantalón y extrajo un juego de llaves.

En el estudio las líneas estaban difuminadas, de manera que, con cuidado de no tropezar, se encaminó directamente a la ventana. Tras abrir el postigo de par en par, una abundante cantidad de luz se desparramó por la estancia, dotando de forma y color a todos los objetos que la atestaban. El aire olía al polvo acumulado en los libros y revistas especializadas que abarrotaban las arqueadas estanterías. El mobiliario era espartano: una mesa de nogal repleta de papeles y un sillón de piel sintética. Arrimada contra una pared había una vitrina con puertas cargada de esmeradas réplicas de piezas arqueológicas que había ido acumulando a lo largo de años de investigación: puntas de flecha de sílex, figuras de barro, un cuchillo de pedernal, alhajas…

La impresión general era de desorden.

Le dio la espalda a la ventana y rodeó el escritorio para dejarse caer pesadamente en el sillón. Se recostó contra el respaldo y por un momento cerró los ojos. Al cabo, resopló impaciente, se incorporó y buscó el móvil en su cartera. Durante un largo rato le dedicó una mirada contemplativa a la imagen que ocupaba la pantalla del teléfono. Luego se puso de pie y, caviloso, se dirigió a un anaquel. Con la yema del dedo recorrió los volúmenes hasta localizar el que buscaba. Lo extrajo de su sitio y regresó a su asiento. Con poco cuidado despejó la mesa y depositó el libro. Se ajustó las gafas de lectura y lo abrió, pasando con ansiedad las páginas hasta encontrar la que buscaba. Sacó una lupa del cajón y la sujetó contra un grabado.

Veinte minutos y varios murmullos de agitación después, apartó la vista del libro y la posó en la pantalla del móvil y, de ahí, de nuevo a la lupa. Al cabo de más intensos minutos, se enderezó. Su rostro había cambiado y desplegaba ahora un semblante cargado de preocupación. Dejó caer las bifocales, que colgaron del cordón que le rodeaba el cuello, y se restregó los párpados con brusquedad. De seguido, bajó los ojos a un cajón del escritorio, lo abrió y sacó una agenda de contactos.

****

11

Atenas, Grecia

Momentos después de que el doctor Romero hubiese entrado en su despacho, un cambio en la nota de los motores anunció a los pasajeros del Airbus que los pilotos iniciaban la maniobra de aproximación al aeropuerto Eleftherios Venizelos en Atenas. Media hora más tarde las ruedas chirriaron al tocar el suelo y se activó el sistema de frenado. El avión comercial abandonó la pista y rodó despacio hasta que se detuvo completamente. Agolpados en el angosto pasillo enmoquetado, James y Victoria aprovecharon el tiempo para adelantar una hora los relojes de muñeca. Tras desembarcar por una pasarela extensible que conectaba el avión con el dique del aeropuerto, recogieron el equipaje y se encaminaron al mostrador de Avis donde alquilaron un coche.

Al volante de un nuevecito serie 1 de BMW color plata enfilaron la autopista E94 en dirección a la localidad de Lavrio, al sudeste del país. Cuando la conducción se convirtió en monótona, James miró a la derecha un instante y vio que Victoria se había quedado dormida. Nada más salir del aeropuerto, echó hacia atrás el asiento, se descalzó y se puso todo lo cómoda que permitía el asiento de cuero de un coche. El habitáculo se hallaba en silencio, solo interrumpido por el cadencioso murmullo de los neumáticos rodando por el asfalto agrietado. No quiso encender la radio, prefería aprovechar el viaje para hacer balance de lo ocurrido en las últimas horas. No le cupo ninguna duda de que si había alguien sobre el planeta capaz de descubrir qué era aquella cosa, ese era Arturo Romero. Una vez entendiera lo que tenían entre manos podría especular acerca de las motivaciones que habían llevado a aquel tipo a robar la estatuilla.

Victoria había cambiado de posición varias veces durante el trayecto sin despertarse, pero finalmente interrumpió el sueño cuando James tomó la salida de la autopista a demasiada velocidad. Se

disculpó, pero ella le lanzó una mirada de censura mientras se incorporaba en el asiento desperezándose.

En el ambiente reinaba el olor a una mezcla de algas y salitre. Fue lo primero que notaron cuando se adentraron en la localidad costera de Lavrio. Recorrieron sus calles tranquilas durante un rato, hasta que, al final de una ancha avenida, vislumbraron un arco de hierro anunciando la entrada al puerto. Fueron en busca de la oficina de Avis y devolvieron el automóvil.

El cielo estaba blancuzco, como si alguien hubiese extendido pintura con una gigantesca brocha. A esas horas, el embarcadero era un caos de estibadores trasladando con una gigantesca grúa la pesada carga a un portacontenedores de gran magnitud; entretanto, un viejo remolcador esperaba en la bocana con los motores en marcha para empujarlo a mar abierto.

Patearon las instalaciones portuarias, hasta un edificio administrativo de ladrillo naranja y cubierta plana de tejas oscuras. Victoria permaneció fuera custodiando el equipaje mientras James desaparecía tras unas puertas de cristal. Al cabo de un rato, reapareció con una carpeta azul bajo el brazo con el logotipo del puerto y unas llaves náuticas en la mano.

La luz diurna se estaba acabando cuando se dirigieron al muelle tres, donde se encontraron fondeado un aerodinámico catamarán blanco de dieciséis metros de eslora, que se alzaba y bajaba suavemente por efecto de la marea. Cargaron el equipaje y lo acondicionaron para pasar la noche a bordo. Después, se cambiaron de vestimenta y salieron a disfrutar de la vida nocturna que brindaba aquel acogedor pueblecito de la costa griega.

II

Buenos Aires, Argentina

Arturo dejó a un lado la agenda y encendió el ordenador con su clave y usuario. Realizó una búsqueda en Google del licenciado Fuentes y estudió su perfil de Facebook. Tenía cincuenta y cuatro años, natural de Medellín, había vivido por media Latinoamérica… Graduado por la Universidad Nacional de Colombia… Profesor adjunto de la Harvard University… Diversos congresos por medio mundo y más títulos. Satisfecho de lo que leía, probó fortuna, si bien se manejaría con prudencia. Agarró con mano trémula el auricular del teléfono del escritorio y marcó un número.

III

Isla de Gavdos, Grecia

Tras colgar unos minutos después, el Español adoptó una pose pensativa, volviéndose hacia la ventana y mirando más allá del cristal. A la vasta inmensidad del mar azul. Cuando hubo recibido el mensaje, bajó la vista a la pantalla iluminada del móvil y lo abrió. Ahí estaba. Enfocó la imagen buscando una imperfección en el colmillo derecho. Durante un breve instante sus recuerdos vagaron por el tiempo y se centraron en el momento en que una fuerte ola zarandeó violentamente el barco, una noche de tempestad. La estatuilla y su pedestal acabaron rodando por el suelo de la bodega de carga. Apagó el teléfono y permaneció impasible. El tal Romero debía morir. Detestaba esa parte de su trabajo, pero no había otra opción. Era su legado irrenunciable.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

CUANDO la oscuridad empezó a ganar la batalla a la luz, Sami regresó a la cabaña, sorprendiendo a Illari dormida, acurrucada en una esquina sobre un awayo y abrazada a las piernas, que le ocultaban el pecho. La despertó con brusquedad y la reprendió. Sami se ocupó en preparar una infusión a base de hojas de coca y se la dio a beber a su hija en un cuenco dorado. La niña, obediente, lo sostuvo entre las manos y sorbió el contenido. Al momento, Illari se sintió mareada, se le cayó el recipiente al suelo, pero el ruido quedó amortiguado sobre la arena, y se incorporó, trastabillándose.

El miedo había desaparecido de su cuerpo.

Su madre la sujetó del brazo a fin de evitar que se cayera, le atusó el vestido y le ajustó la diadema. La luna estaba en la cumbre, redonda y de un inquietante color escarlata. La música de los instrumentos —la quena, la tinya y la zampoña— y el sonido del canto y la danza reverberaban en el interior de la cabaña: el ritual había comenzado. La acompañó entonces fuera, donde todos las esperaban. Ella estaba preparada.

La tropa habría recorrido otra legua mientras el aguacero no había parado de caer. La luz empezaba ya a atenuarse cuando en la cabecera de la hilada se oyó un grito estremecedor. Almagro, el veterano rodelero que abría la marcha, se detuvo bruscamente y volvió la cabeza esperando a ver la reacción de don Pedro y del sargento. Ambos, pasmados, también se habían detenido. De improviso una peste nauseabunda les llenó las narices. Alarmados e intrigados a partes iguales reanudaron el camino, esta vez más raudos. Removiendo unas malezas que les impedían la visión, siguieron un intenso zumbido, hasta que se encontraron con las espaldas de los dos guías, quienes miraban con desasosiego una densa nube.

Cuanto vieron los horrorizó, y mira que esa soldadesca estaba habituada al espanto de la guerra; sin embargo, sus sentidos jamás habían experimentado nada parecido. Se marearon y, tropezándose, comenzaron a retroceder unos pasos. Paulatinamente fueron uniéndose todos los demás que, curiosos, formaron un círculo en torno al cuerpo sin vida de un

indígena; vamos, suponían que era un indígena por su vestimenta. Un coro de voces apagadas recorrió el grupo. Con una mueca de asco, uno tras otro se santiguó mientras se volvían de espalda; alguno, incluso, no pudo reprimir un acceso de nausea. Nadie les recriminó el gesto ni los tachó de cobardes.

El cuerpo yacía tendido cuan largo era, reseco igual que una mojama y de un color azulado, como si le hubiesen chupado hasta la última gota de sangre. El rostro presentaba la contorsión del horror de la agonía. La falta de la parte superior de la cabeza, como si se la hubiesen arrancado de cuajo y llevado de recuerdo, le confería una expresión espantosa. No hacía falta tener conocimientos en medicina para reparar en que el indígena, a pesar de su aspecto, no llevaba mucho tiempo muerto: el tufo pestilente que desprendía y la infinidad de insectos que lo rondaban, daban buena fe de ello.

Los indios estaban aterrorizados y parloteaban a toda prisa, repitiendo una y otra vez una única palabra al tiempo que señalaban al cadáver primero, y a la espesura de la selva, después.

—¡Yanapuma! ¡Yanapuma!

Don Pedro escrutó sus rostros con expresión inquieta.

—¿Alguien sabe qué dicen?

Todos a su alrededor negaron, unos sacudiendo la cabeza y otros pregonándolo a viva voz, aunque con tono apagado. Sus ojos entonces buscaron al fraile.

—Padre, ¿habéis oído hablar alguna vez de eso que llaman Yanapuma?

El agustino también dijo que no. Entonces, para sorpresa de todos, los indígenas echaron a correr sumergiéndose en la selva. Nunca más los volvieron a ver. Después de aquello reanudaron el paso, pero ya nada fue igual. Del deseo de fortuna con que habían iniciado la expedición un mes antes habían pasado al hartazgo y la fatiga, incluso habían lidiado con algún conato de motín, pero eso era diferente. Lo que se dibujaba en los rostros de aquellos aventureros era… miedo.

No habían terminado aún de reponerse de la impresión cuando un débil sonido rítmico empezó a ocupar su sitio en la selva. El primero en oírlo fue el Vizcaíno, que se detuvo en seco abriendo el oído para escuchar mejor. Serio, alzó la mano derecha y toda la fila se paró, incluido el alférez, dejando a las claras quién mandaba realmente allí, no para Su Majestad Católica ni para Dios, pero sí para la soldadesca. El sargento mandó a callar y ladeó ligeramente la cabeza. Sus sentidos no le engañaban. El lejano ruido de percusión de una tinya aborigen resonaba débilmente. Don Pedro se puso entonces rígido y dirigió una rápida mirada a ambos lados. Detuvo los ojos suplicantes en el sargento, como diciendo: «y ahora, ¿qué?». Como buen soldado y español, el suboficial lo sacó del apuro.

—Vuestra merced, yo diría que el sonido de los tambores no vendrá de más de tres mil pies en línea recta —dijo Bazán, indicando con el brazo

extendido hacia el frente—. A partir de aquí, deberíamos movernos con precaución y sin hacer ruido. Mantengamos la formación, pero juntémonos más y caminemos de a dos. Los lanceros y rodeleros en primer lugar, luego vuestra merced y el fraile, y cerrando la fila, los arcabuceros. Entre la cabeza y la cola no debería haber más de setenta pies.

—¿Algo más, sargento?

—Los arcabuceros deberían preparar las armas.

—Transmitid las órdenes oportunas.

Por un instante, el sargento clavó los ojos en los del oficial, no por insolencia, sino por un simple espíritu de supervivencia, y lo descubrió perlado de sudor. Al cabo, se dio la vuelta y empezó a repartir instrucciones a diestro y siniestro, en un tono de voz tan bajo que muchos tuvieron que acercarse a tiro de plomo para escucharlas. Los arcabuceros colocaron el tubo en posición vertical e introdujeron la pólvora y una pelota. Con un pedernal, encendieron la cuerda, manteniéndola alejada del fogón para que el arma no se descargase accidentalmente. La adrenalina se disparó entre los soldados. En ese momento no había sitio ni para la fatiga ni para el descontento. Ellos mismos impedirían la cobardía o la desidia, incluso a golpetazos, si ello fuera preciso.

****

12

Lavrio, Grecia
En la actualidad

El cielo se encontraba salpicado de nubes blancas y redondas tan perfectas que parecían artificiales, como si alguien las hubiese dibujado y colocado allí. El mar estaba llano, si bien una ligera calima difuminaba el horizonte e impedía discernir dónde acababa la línea que marcaba la curvatura de la tierra y empezaba el cielo.

James y Victoria se desperezaron cuando el sol de la mañana irrumpió oblicuo en el camarote, haciendo brillar los objetos metálicos. La siguiente hora estuvieron amarinando el catamarán. El viento era favorable y soplaba del sureste con una velocidad de diez nudos. Con la vela mayor desplegada pasaron de largo junto a un transbordador que engullía por la panza vehículos y turistas por igual, y abandonaron la bahía de Lavrio rumbo al Sur.

Fuera de la bocana del puerto izaron la génova, que aleteó con el viento hasta hincharse, luego cruzaron el mar Egeo y llegaron a Creta. Rodearon la isla por estribor y siguieron más al sur hasta divisar en la distancia las escarpadas y negras costas de Gavdos, que se erguían imponentes sobre el Mediterráneo, cuyas aguas discurrían mansamente. Allen sujetaba con firmeza la rueda de cabillas del timón cuando un fuerte bocinazo a babor provocó que girase la cabeza. Una patrullera gris, con las palabras «HELLENIC COAST GUARD» grabadas en el costado y que llevaba su mismo curso, los adelantó a un cuarto de milla de distancia. Unos cuantos minutos después, escuchó el batir de las palas de un rotor y buscó el helicóptero por el cielo, haciendo visera con la mano. Enseguida irrumpió sobre sus cabezas un Eurocopter Bo105 azul y blanco, con la palabra «POLICE» impresa en el chasis; volaba tan bajo que, con el aire que levantaba, ondulaba la superficie del mar. James se apartó las gafas de sol y se acercó a la cara unos prismáticos, con los que observó perfectamente a sus ocupantes: dos pilotos y dos pasajeros. Todos uniformados.

Victoria se reunió con él, terminándose de extender por la cara protección solar, y miró con extrañeza el aparato.

—Qué raro. Primero una patrullera y ahora un helicóptero de la policía. ¿Crees que irán a Gavdos?

James bajó los gemelos y se concentró en la pantalla del GPS.

—Según esto, no hay nada más en muchas millas a la redonda, pero ya sabes que por estas aguas hay muchas embarcaciones de inmigrantes. Quizá sea ese el problema —contestó, y volvió la vista a los anteojos.

James acompañó el vuelo del aparato sosteniendo con ambas manos los prismáticos, y observó cómo se inclinaba a la derecha, viraba en un amplio círculo y continuaba avanzando hasta que no fue más que un diminuto punto en el horizonte celeste. Se dirigía hacia la única nube del cielo. De forma lenticular y completamente blanca, se hallaba posada justo encima de la isla, igual que si se tratase del hongo de una explosión nuclear. Si bien aún se encontraban a unas cuantas millas de distancia, James hubiera jurado que la aeronave había desaparecido dentro de ella.

Una hora después, sortearon un arrecife natural y entraron por la bocana del puerto de Karave, sobrevolado por una decena de gaviotas de panza blanca y alas grises, chillando y planeando en busca de corrientes de aire.

La primera impresión de James fue que el puerto de hormigón deslucía el enclave natural que lo rodeaba: colinas desnudas únicamente cubiertas, aquí y allá, por matorrales y monte bajo, igual que una cabeza calva mantenía caprichosamente algunos mechones de cabello en el centro y alrededor de las orejas. En las laderas se levantaban algunas construcciones maltrechas que aparentaban estar en desuso. El ambiente estaba cargado de un abrumador olor a gasoil y sal. Una grúa de carga, unos edificios administrativos que parecían almacenes, y neumáticos negros puestos para evitar que las embarcaciones golpeasen sus cascos contra el hormigón del muelle completaban un paisaje gris. Una decena de pequeñas barcas de pesca, que se balanceaban al son de las suaves olas, daban un poco de colorido a la estampa.

Colocaron la proa del catamarán a sotavento, instalaron las defensas por el costado de babor y arriaron las velas. Mientras iniciaban las maniobras de atraque, percibieron una gran agitación en el puerto. Después de un barrido visual, descubrieron el helicóptero que los había sobrevolado, con las palas aún girando. A poca distancia fondeaba la patrullera; su gris no desentonaba con el entorno. Mientras varios agentes de policía iban de aquí para allá, un grupo de personas curioseaba contenido por una cinta de seguridad amarilla.

—¿Qué habrá ocurrido?

—No lo sé —respondió Victoria. Después se arrimó a James, al timón, y le rodeó la cintura con los brazos. Él la correspondió echándole un brazo alrededor de los hombros.

El catamarán se deslizó dentro de la dársena con ayuda del motor diésel, rodearon un pesquero donde un marinero enganchaba una boya con el bichero mientras otro los miraba con curiosidad, y atracaron donde les había indicado el práctico.

Unos minutos más tarde habían amarrado el barco mediante unos cabos que iban de la proa y la popa hasta unas cornamusas ancladas al

muelle. Recogieron todo y saltaron a tierra. Allen encontró con la mirada el edificio que hacía las funciones de oficina portuaria. Era modular, de chapa y rematado con un techo de uralita. De la fachada colgaba un rótulo ladeado que ponía en inglés: «Port». Lentamente, observando a su alrededor en todas direcciones, se encaminó hacia él. Cuando pasó al lado de un cerquero de casco verde y dos motores diésel, que respondía al nombre de *Emma*, percibió un intenso olor a pescado y arrugó la nariz. Al llegar al edificio, superó unos escalones y se perdió detrás de una puerta de cristal con barras de aluminio.

Victoria caminó despacio hacia la multitud congregada. Se abrió hueco entre cajas de madera, redes puestas a secar y sacos de arpillera, hasta que un cordón de seguridad la detuvo.

—¿Sabes ya qué ha pasado? —le preguntó James desde atrás.

—Parece que alguien ha muerto.

Se movieron un poco a la izquierda y localizaron un ángulo de visión que les permitió contemplar la escena con todo lujo de detalle. Un hombre bajo y rechoncho embutido en un estrecho uniforme negro se abrió camino entre los curiosos; al llegar a la cinta, se agachó y la traspasó. Dos agentes le cerraron el paso; sin embargo, después de una breve charla con ellos, se apartaron.

En el centro había un cuerpo tendido y recogido dentro de una bolsa de plástico negra. Un hombre alto y moreno, enfundado en un pulcro uniforme con divisas de teniente se desplazaba por la zona con un indiscutible aire de autoridad impartiendo órdenes a otros agentes. En un momento dado sacó un móvil del interior de la guerrera y se lo llevó a la oreja. James lo identificó como el copiloto del helicóptero que los había sobrevolado.

II

Glasgow, Escocia

Cuando Alex Scott llegó a la División después de una larga caminata desde su casa bajo un intenso aguacero, lo primero que hizo fue dirigirse a la máquina dispensadora de café y, por un cuarto de libra, extrajo un líquido oscuro que miró con aprensión. Vertió dos sobres de azúcar dentro y removió el humeante mejunje con un palito que luego arrojó a una bolsa negra de basura. Con el vaso de plástico en una mano se encaminó a su escritorio haciendo equilibrios para no derramar el contenido; en ese momento, el móvil comenzó a vibrar dentro del bolsillo. Alex masculló una palabrota, miró a ambos lados y

dejó la bebida sobre una mesa vacía. Hundió la mano en el interior de la gabardina mojada, extrajo el teléfono y, al reconocer el prefijo de Grecia, se apresuró en aceptar la llamada.

—¿Diga?

El fuerte ruido del viento se coló en medio de la conversación, dotándola de una desagradable banda sonora.

—¿Inspector jefe Scott? —preguntó alguien en inglés con un pronunciado acento extranjero y en tono muy alto—. Soy el teniente Spanoulis, de la policía de Grecia.

—Buenos días, teniente, ¿tiene alguna novedad? —inquirió Scott, agarrando el vaso de café y reanudando el paso, ahora más despacio.

—En estos momentos estoy en el puerto de Gavdos.

Alex abrió los ojos y dejó de parpadear. Por un instante detuvo su avance.

El teniente Spanoulis miró en torno para comprobar que se situaba lejos de oídos indiscretos. Aun así, bajó intencionadamente el tono de voz.

—Un pescador encontró flotando en el mar el cuerpo de una mujer.

—¿Cree que pueda tratarse de la mujer que buscamos?

Spanoulis hizo una mueca y se aproximó al final del muelle, allí permaneció mirando al mar.

—Es difícil decirlo. El cuerpo no es más que un despojo cubierto de laceraciones, probablemente causadas por el golpeteo reiterado contra las afiladas rocas de los acantilados. Como se puede figurar está completamente irreconocible —agregó, tras permanecer callado un instante—. Los carroñeros marinos también han hecho bien su trabajo, de modo que no creo que sea factible una identificación visual. Si es realmente Cybill Onisse, atendiendo a la denuncia de sus padres, debe de llevar al menos una semana en el mar.

Scott alcanzó su mesa de trabajo, enterrada bajo montañas de informes. Dando un sorbo al café tomó asiento lentamente. Luego dejó el vaso junto a la base del teléfono y con la mano libre rebuscó entre los papeles hasta encontrar una carpeta amarilla. La abrió y comenzó a tomar notas apresuradamente.

—¿Puede describirme al menos qué ve?

—Desde luego. Deme un segundo.

El teniente regresó y se acuclilló junto al cadáver. Apoyó el móvil entre el hombro y la oreja y abrió una cremallera.

—Η *μητέρα μου!* —exclamó al ver de nuevo el cuerpo lívido y percibir el olor nauseabundo de la putrefacción. De modo instintivo, retiró la cara y respiró por la boca. Sobreponiéndose al mal olor, se dispuso a examinar el cadáver, lo que le llevó unos minutos. Cuando hubo concluido la tarea, se incorporó con un crujido de las rodillas y volvió a dirigirse al auricular—. Es una mujer, de eso no hay duda.

Diría que morena y su altura debe ser… —Chasqueó los dedos para llamar la atención de un agente, y ordenó—: *Ένα μέτρο, γρήγορα!* («¡Un metro, rápido!»).

Se produjeron voces atropelladas y un instante después alguien le acercó una cinta métrica.

—*βοηθήστε με* («Ayúdeme»).

El agente se mantuvo quieto aguantando un extremo de la cinta al tiempo que el oficial la extendía hasta la cabeza. Después la soltó y al instante se enrolló de nuevo. Spanoulis volvió a dirigirse al auricular.

—Metro… sesenta y dos… aproximadamente.

Alex comprobó sus notas.

—Los datos concuerdan con los de Cybill. ¿Hay signos de violencia?

—A simple vista es imposible saberlo. Tendremos que esperar el resultado de la autopsia. En cualquier caso, inspector jefe, quisiera contactar con su familia en Escocia. Necesitaremos alguna muestra de ADN para el cotejo.

—Por supuesto. Le enviaré los datos nada más colgar. Cuando tenga más información relevante, le agradecería que me la hiciese llegar.

—Cuente con ello.

—De todas formas, si me da un instante, voy a comprobar una cosa.

El teniente dejó el móvil en el suelo, sopló dentro de unos guantes de látex que extrajo del bolsillo y se los enfundó. A continuación, introdujo la mano enguantada en la bolsa y palpó entre las ropas que quedaban. Volvió a coger el teléfono y se lo llevó al oído.

—No parece llevar ninguna cartera encima… —Se interrumpió y entornó los ojos, enfocando el dedo anular de la mano izquierda del cadáver.

—¿Sucede algo? —preguntó Alex, dejando el vaso de café a medio camino de la boca.

—Espere un instante, creo que he visto algo.

Spanoulis extrajo un anillo del dedo anular del cadáver y lo sostuvo en la mano, mirándolo al trasluz y haciéndolo girar entre los dedos. Con la forma de una alianza, estaba decorado con relieves repujados en todo el perímetro exterior. Él no era precisamente un entendido, pero una vez se enfrentó a un caso de falsificación y, desde entonces, sabía reconocer una pieza de orfebrería en cuanto la veía y esta, pese al tiempo que llevaba en el agua, imprimía un lustre que le hacía sospechar que desde luego lo era.

Se acercó el anillo de plata a los ojos y enfocó la mirada. En el interior descubrió una frase que leyó en voz alta: «*Fra… ter… ni… ta… ti fie… ri cre… di… de… rit et pro… te… git*». A continuación, había un

número romano: «III». Spanoulis arrugó el entrecejo y la releyó. Era latín, pero su significado no le dijo nada. Finalmente, introdujo la sortija en una bolsa de pruebas y volvió a llevarse el aparato a la oreja.

—La víctima llevaba puesto un anillo con una inscripción en latín. Le haré unas fotografías y se las enviaré; a ver si alguien puede identificarlo.

Alex apuró el café de un sorbo y arrojó el vaso a la papelera.

—Cualquier cosa que nos ayude nos vendrá bien.

****

13

Isla de Gavdos, Grecia

JAMES y Victoria observaron desde la distancia cómo el hombre al mando se guardaba el teléfono y volvía a cerrar la cremallera de la bolsa negra. Acto seguido, se puso en pie y se estiró el pantalón para hacer desaparecer unas inoportunas arrugas; luego hizo una señal a uno de los agentes y le gritó unas órdenes en griego. En respuesta a las instrucciones emitidas, se deslizó una puerta lateral del helicóptero y dos hombres bajaron una camilla, que empujaron hasta el cadáver. Mientras el sonido de las turbinas se incrementaba, colocaron la bolsa con el cadáver encima, la fijaron con dos cintas naranjas de sujeción y la introdujeron en la bodega de carga de la aeronave. El rotor giraba con fuerza, ahogando los sonidos del puerto y provocando ráfagas de viento. El hombre al mando se encorvó ligeramente para evitar el movimiento de las palas y se perdió dentro del aparato. Un instante después, el helicóptero se elevó en el aire, viró al norte y se alejó volando a pocos metros por encima de las olas.

Durante los siguientes veinte minutos, el resto de los policías embarcaron en la patrullera que, con un fuerte bocinazo, se despegó del muelle y también se alejó. Únicamente quedó en tierra el agente que había llegado el último y que, al parecer, representaba la autoridad en la isla. Desde el puerto, vio con expresión de alivio cómo se alejaban el helicóptero y la patrullera. Después giró sobre los talones y se marchó.

—¿Sabe usted a quién pertenecía el cuerpo? —preguntó Victoria en español a la mujer que le quedaba más cerca.

La anciana se volvió hacia ella y la miró precavida. Cuando pareció reconocerla, relajó el gesto.

—Dicen que era Cybill.

Victoria no supo bien cómo interpretar su tono.

—¿Y qué le ha ocurrido? —preguntó James.

La mujer se giró hacia él y pareció traspasarle con la mirada. A ese no lo conocía de nada. Sin contestarle se dio la vuelta y se retiró. James cruzó una mirada con Victoria y se encogió de hombros.

—¿Qué he dicho?

Victoria sonrió con descaro.

—Quizá hayas perdido el atractivo con las mujeres. Tendré que pensarme si me caso contigo o no.

James estalló en carcajadas estentóreas y echó a andar despacio, alejándose.

—Tú te lo pierdes.

Victoria se quedó quieta un instante, dirigió una rápida mirada en torno a sí y descubrió que se había quedado sola. Toda la agitación de unos minutos antes había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos y los ruidos clásicos del puerto habían vuelto a ocupar su lugar. Únicamente quedaba la cinta policial, zarandeada por la brisa, como prueba de lo sucedido.

—Espérame. —Alcanzó a Allen, le tomó la mano entre las suyas y abandonaron el puerto uno al lado del otro.

Tras acomodar el equipaje en el maletero del Land Rover que les había dejado preparado Anne Marie, James ajustó el asiento y los retrovisores, puso la música en un tono suave y arrancó. Enfilaron la cuesta arriba y entre bamboleos dejaron atrás el puerto. Disminuyó enseguida la marcha y se detuvo en un cruce de caminos de tierra.

—Es por ahí —dijo Victoria, señalando con el dedo el que se abría a su izquierda.

Al poco, comenzaron a rodar entre montículos de roca carentes de vegetación, a un lado; y un bosque frondoso salteado de cedros, eucaliptos, pinos piñoneros y encinas, al otro lado. A través de los cristales, más allá de los montículos de roca, se divisaba una vista espectacular del Mediterráneo, que ese día lucía un azul muy intenso, casi cerúleo.

—¡Qué sitio más bonito! Con el ajetreo del puerto no me había fijado —dijo James.

—Los paisajes son lo mejor de la isla. En realidad, son lo único de la isla.

—La verdad es que me ha sorprendido. Cuando me dijiste que veníamos a una isla griega, no sé, me figuraba estampas como las de Mykonos o Santorini. Puertos coquetos, casas blancas, turistas paseando… Y la verdad, es que esto no tiene nada que ver. Es pura naturaleza salvaje —dijo con entusiasmo.

Victoria lo miró extrañada.

—Si esperabas eso, demuestras conocerme muy poco.

James le devolvió una sonrisa, y luego aminoró la velocidad para tomar una curva.

—Cielo, lamento haber dudado de ti.

Durante varios kilómetros apenas sí pronunciaron palabra alguna. Acosada por los recuerdos, Victoria permaneció absorta, con la mirada perdida en el vacío. Tras un suspiro melancólico, dijo:

—Yo crecí aquí, ¿sabes? De pequeña mis padres solían traerme a estos pinares.

Allen la miró de reojo, y volvió a concentrarse en el camino. Nunca le había hablado de su infancia. No sabía por qué, pero era un tema tabú en su relación.

—Parece un lugar un poco pequeño, ¿verdad?

Victoria volvió en sí, lo miró y sonrió con amargura.

—Para una niña todo parece grande.

—Desde esa perspectiva, tienes razón. ¿Conociste aquí a Anne Marie?

Victoria asintió pensativa.

—Sí, por aquel entonces, ella ya vivía con nosotros. Mis padres pasaban mucho tiempo de viaje —dijo hablándole a la ventanilla con tono nostálgico—, y la contrataron para que se hiciese cargo de mí.

James aprovechó que estaba dicharachera para indagar más en su pasado.

—¿Y cuándo te marchaste?

Victoria volvió a perderse en sus recuerdos.

—A los diez años, cuando a mi padre lo trasladaron a Ginebra.

El habitáculo quedó en silencio un largo rato que, finalmente, rompió Allen.

—Nunca me has contado cómo murieron tus padres.

Victoria tardó en contestar tanto que James creyó que no lo haría nunca. Acodada contra la puerta y con la palma abierta sujetando la barbilla tenía la vista concentrada en el horizonte. Con su aliento empañaba el cristal. Tras un rato en la misma posición, se volvió y, por un instante, las miradas coincidieron. Tenía los ojos enrojecidos y una mirada enigmática. En el fondo, dilucidaba si aquel hombre que había irrumpido en su vida desbaratándolo todo, era merecedor de sus secretos más íntimos. Finalmente, con una sonrisa cargada de tristeza, dijo:

—Fue un accidente de tráfico. Subían por una carretera de montaña en Suiza y el coche se despeñó por una ladera.

Allen juntó el ceño a la vez interesado y preocupado.

—¿Cómo ocurrió?

Victoria, con aire ausente, pegó la frente a la ventanilla dejando una marca de maquillaje. No le resultaba sencillo hablar sobre ello.

—La policía encontró marcas de un vehículo azul en el chasis del de mis padres. Pero ahí acabó toda la investigación. Sin pruebas ni testigos no podían continuar.

Por un instante, James se volvió hacia ella y la miró compungido.

—Lo lamento mucho. No era mi intención remover recuerdos tristes para ti.

En esta ocasión, Victoria no respondió. James ralentizó la velocidad a fin de reducir el polvo que levantaban los neumáticos y sorteó a un carromato desgastado tirado por un caballo castaño de largas crines, parecido a los que había visto en el muelle. Victoria le había explicado que lo utilizaban los isleños para trasladar a los turistas por la isla. Lo conducía un hombre de mediana edad, boina y rostro arrugado por la intemperie, que les saludó agitando la mano. En la caja, viajaban dos chicas jóvenes de piel morena con dos enormes mochilas colocadas entre las piernas. Durante un rato prácticamente no se dijeron ni una palabra más.

—¿Qué es eso? —preguntó James al final.

Victoria orientó la mirada hacia un conjunto pedregoso derruido que, no obstante, mantenía un cierto aire de robustez.

—Son los restos de un acueducto —respondió sin emoción—. En la isla, cerca de Lavraka, se han encontrado indicios de lo que debió de ser un gran asentamiento romano. De hecho, se dice que el camino por donde circulamos, en realidad, fue una antigua calzada romana.

—¿Sabías que las vías romanas eran una obra de ingeniería muy compleja? Normalmente se construían sobre caminos existentes y estaban formadas por cuatro capas de cantos y grava que solían alcanzar el metro de profundidad. Encima, se colocaba el pavimento… ¿Y eso? —preguntó indicando con la barbilla hacia una mansión de madera en estado de ruina y con algunas ventanas selladas con tablones—. Parece la casa encantada de una novela de Stephen King.

Victoria volvió la cara hacia la construcción y su semblante se contrajo en una mueca que James no supo interpretar. ¿Miedo?

—Nadie sabe a quién pertenece ni desde cuándo está ahí. Pero te aseguro que las historias que se cuentan sobre ella son estremecedoras.

James quitó la vista de la conducción por un instante y la fijó en la mansión. Sintió un ligero hormigueo en la boca del estómago.

—¿Sabes? —Victoria continuaba mirando los árboles que pasaban despacio—. Cuando era pequeña, vi un fantasma asomado a una de sus ventanas.

James soltó una carcajada; por contra, Victoria permaneció seria.

—Era de noche. Invierno. Y llovía. Llovía mucho. Yo regresaba de casa de tía Marta cuando divisé una luz en la buhardilla. No era de una bombilla, blanca y firme, era… anaranjada y temblorosa. Acaso una vela. Me quedé quieta bajo el aguacero mirando fijamente, como hipnotizada.

»Entonces —prosiguió Victoria con aire ausente sin apartar la vista

de la ventanilla— descubrí una cara blanquecina observándome a través de los cristales rotos. Imagínate el susto. En aquella época, yo tendría unos ocho años. Arranqué a correr y no paré hasta llegar a casa. Salté sobre los peldaños, irrumpí en mi dormitorio y me escondí debajo de la cama. Mis padres no estaban, habían salido, y se lo conté a Anne Marie, que me reprendió y me dijo que me olvidase de aquello, que seguramente no eran más que las invenciones de una niña… —Victoria se calló y permaneció así un rato—. Te parecerá una tontería, pero no he sido capaz de volver a mirar esa ventana.

James la observó con condescendencia y se mantuvo en silencio. Unos instantes después rodaban por las calles adoquinadas de un diminuto pueblo, a cuya entrada colgaba un deslucido cartel que lo identificaba como Kastri, la capital de la isla. James redujo la velocidad hasta casi detenerse y torció en una confluencia de callejuelas, dejando a la derecha una encantadora plazuela en sombra con un pilón gris de piedra en medio. Enseguida llegaron a otro cruce y James pisó el freno: Vatsiana o faro.

—Por la derecha —dijo ella lacónicamente.

El automóvil torció hacia la dirección indicada como «faro» y continuaron por aquel camino un cuarto de hora más. Al fondo se recortaba contra el cielo azul una torre coronada por una cúpula de cristal, que iba haciéndose cada vez más grande. Unos minutos después, llegaron a una bifurcación con un cartel en pésimo estado que rezaba: «La Casa de Cristal».

—Es por ahí, James, a la izquierda. Y conduce con cuidado, el camino es muy estrecho.

—¿La Casa de Cristal?

Victoria sonrió por vez primera, si bien el tono no sonó alegre sino melancólico. Obviamente, no todos sus recuerdos eran aciagos. Allen dirigió una rápida mirada al espejo retrovisor y abandonó el camino principal para enfrentarse a una senda empinada y mal definida que descendía directamente a un precipicio.

«¡Joder! Peligroso es conducir de noche por el Bronx; esto es más bien temerario».

James no quitaba ojo a la conducción mientras el vehículo se tambaleaba aplastando guijarros, como una canoa en medio de un rápido. En el retrovisor interior únicamente encontró el polvo que levantaban los neumáticos. De frente, unos arbustos y el mar azul. Si seguían por ese camino también ellos se despeñarían.

—Antes, en el puerto, me extrañó que le hablaras a esa mujer en español.

Victoria encogió el cuerpo.

—No me preguntes por qué, pero aquí todo el mundo entiende el español.

Cuando parecía que no había más camino que recorrer, un brusco giro a la derecha los salvó de que, inevitablemente, cayeran al abismo. El todoterreno derrapó y James no pudo hacer otra cosa que frenar en seco; por un instante, se quedó sin palabras y solamente fue capaz de soltar un fuerte y largo silbido.

—¡Qué pasada! —exclamó boquiabierto—. Jamás había visto nada parecido.

Frente a ellos emergió de la nada una espectacular vivienda literalmente excavada en el lecho de la roca en la que se incrustaba en perfecta armonía, como si fuera parte de ella. Construida a base de cristal, mampostería de yeso blanco y acero corrugado imitando el óxido, el efecto visual resultaba alucinante. Desde cualquier rincón de las tres plantas únicamente se veían el mar y el cielo. La intimidad era casi nula, pero hubiera sido un crimen que el arquitecto hubiese puesto un solo ladrillo.

Aún avanzaron unos cuantos metros y aparcaron el vehículo al lado de dos grandes tiestos de geranios en flor. Abrieron las portezuelas a un tiempo y se bajaron. No habían terminado de sacar el equipaje cuando la omnipresente Anne Marie abrió la puerta de la casa y salió a su encuentro. Con una sonrisa sincera se reunió en el camino de entrada con Victoria, que la recibió efusivamente entre los brazos y la apretó contra el pecho.

—Me alegro de volver a verte.

—¿Qué… tal… el… viaje? —preguntó Anne Marie con el lenguaje de los signos.

—Genial, tengo muchas cosas que contarte.

Abrazadas entraron en la casa. James no acababa de entender que, en el mundo de la fiel Anne Marie, únicamente existía Victoria. Nada ni nadie importaba lo más mínimo. De modo que, sintiéndose completamente solo e ignorado, agarró las maletas y fue tras ellas.

El interior de la casa estaba decorado con un gusto exquisito. Paredes encaladas en blanco y techos altos con vigas de nogal. Una entrada espaciosa, con decoración mediterránea y plantas verdes, distribuía las estancias del piso de abajo. Justo en frente, una liviana escalera de caracol unía las dos plantas. Subieron al dormitorio principal y Allen se dejó caer encima de una cama de matrimonio extragrande, gruñendo y con los brazos extendidos. Todo el frontal de la habitación era una cristalera con una vista espectacular del mar, y permaneció un largo rato embobado mirando al frente.

—Voy a darme una ducha —anunció Victoria con una sonrisa descarada. Luego se dirigió al baño mientras se deshacía con movimientos sensuales de la ropa.

James sintió un repentino hormigueo en la entrepierna observando la figura desnuda de Victoria perdiéndose tras la puerta del baño. Al

momento, escuchó el agua correr y la vio reaparecer envuelta en una toalla.

—¿Me frotas la espalda? —susurró con voz cálida y sensual.

James suspiró, se incorporó de la cama y siguió el reguero de prendas.

—La dura vida del hombre prometido…

Una hora después, estaban listos para el almuerzo que les había organizado Anne Marie con su consabida eficiencia. Sentados a una mesa de pino maciza devoraron una ensalada de queso feta regada con aceite de oliva, *moussaka* de berenjenas y, de postre, helado de limón artesanal. Cuando hubieron terminado, salieron a la terraza para disfrutar de las vistas y se acomodaron en unas hamacas orientadas al infinito. Recibidos con una suave brisa que soplaba del mar, James tomó un café con hielo y Victoria un té frío. Acompañaron las bebidas con unas *kourabiedes*, o galletas de mantequilla, muy típicas en la zona.

En ese momento se sentían las personas más felices del mundo.

****

14

Buenos Aires, Argentina
Unas horas después

En la bonaerense calle Bartolomé Mitre, poco después del amanecer, el despertador digital del doctor Romero lo arrancó de cuajo de un sueño placentero. Contrariado, encendió la luz que había junto a la cama y apagó aquel estúpido sonido. Con ojos aún legañosos, echó a un lado el edredón y se incorporó lentamente. Mientras esperaba a que el agua de la cafetera se calentase en el fuego, sonó el teléfono móvil. Arturo regresó al dormitorio y recogió el terminal de una bandeja que descansaba sobre un aparador antiguo.

—Doctor Romero al habla.

—Buenos días, doctor. Soy el licenciado Fuentes.

Arturo se despabiló de golpe.

—¿Pudo averiguar algo más de la estatuilla?

El licenciado Fuentes sabía que el mundo académico oscilaba entre la erudición y el ansia de reconocimiento público. Si intimidaba demasiado a su interlocutor, se pondría a la defensiva y lo perdería. Lo que necesitaba era despertar su curiosidad, de modo que optó por soltar algo de sedal.

—Sí —contestó y permaneció callado, imaginándose al doctor mordiéndose las uñas. Cuando el licenciado decidió que había llegado el momento, recogió carrete y confió en que el pez hubiese mordido el anzuelo—. Pero es demasiado crucial para hablarlo por teléfono. Da la casualidad de que acabo de aterrizar en Buenos Aires.

El doctor alzó una ceja sorprendido. Mientras hablaba, no paraba de pasear por la moqueta.

—¡Qué maravillosa coincidencia! ¿Cuándo quiere que nos veamos?

—No tengo mucho tiempo, es un viaje relámpago. Regreso en un vuelo esta misma noche.

Arturo detuvo los pasos y se quedó pensando.

—Conozco una cafetería ideal en el barrio de Almagro —propuso al cabo.

—Suena perfecto.

—Se llama Las Violetas. Está en la Avenida Rivadavia 3899. ¿Le conviene a las ocho?

—Allí nos veremos.

Tras colgar, el semblante de Arturo había cambiado y una sonrisa de satisfacción recorría su rostro de una mejilla a la otra. El silbido de la cafetera italiana lo sacó de su mutismo y regresó a la cocina canturreando un bolero de Machín.

II

Isla de Gavdos, Grecia

Victoria estiró la mano y pulsó un interruptor. Casi de inmediato los cristales clarearon, permitiendo que la luz de tarde coloreara las paredes. James masculló algo inaudible y ocultó la cabeza bajo el almohadón.

—Anda, vago, tenemos cosas que hacer —dijo la anfitriona, zarandeándolo suavemente. Después, tanteó el suelo con los pies hasta dar con las zapatillas, y se levantó.

—¿Qué tenemos que hacer? —protestó Allen, asomando la cara por debajo del almohadón.

Victoria interrumpió el viaje al cuarto de baño y se volvió.

—Yo he de ir a ver al clérigo Giannoulatos. Querría organizar con él lo del domingo.

James terminó de incorporarse sobre la cama.

—Me parece genial. Yo me daré una vuelta por el puerto.

—Pero no te metas en líos —le advirtió ella, perdiéndose tras una puerta blanca.

James hizo un mohín con la boca.

—¿Yo, en líos? No sé de dónde te sacas eso.

Cuarenta minutos más tarde, el cristal delantero del todoterreno se cubrió con la fachada blanca de la sencilla ermita ortodoxa de Agios Nikolaos. James detuvo el vehículo junto a un poste de teléfono que se mantenía en pie milagrosamente, y Victoria se dispuso a bajarse. Nada más abrir la portezuela les llegó el murmullo apagado de unos rezos corales. Allen la siguió con la mirada mientras franqueaba una reja de hierro y se acercaba a una puerta azul ubicada bajo un campanario rematado con un chapitel.

Victoria desapareció detrás de una puerta, que se abrió y cerró chirriando. El interior se hallaba en penumbras y olía a incienso y cera quemada. Imágenes de las vidas de Jesucristo y la Virgen María pintadas con pan de oro, recargaban las paredes.

Momentos después de que James abandonara el lugar, se encontró circulando por las angostas callejuelas de Kastri. Torció a la izquierda en un recodo blanco con un boquete a la altura de un guardabarros, estuvo a punto de atropellar a una señora en bicicleta, que lo increpó; luego tomó la calzada principal, dejó atrás el pinar y llegó al puerto. Aparcó el Land Rover y se apeó. Aspiró hondo y dirigió una lenta

mirada en derredor, con los brazos en jarra. A la izquierda, descubrió una taberna con pinta de agradable.

Encaminaba los pasos hacia ella cuando el zumbido del móvil lo distrajo. Entonces, se detuvo, sacó el teléfono y descolgó.

—Buenas tardes, doctor. —Bajó la mirada al reloj Omega y rectificó —. Buenos días para usted.

—Creo que tengo noticias acerca de su figura, profesor —le informó Romero, yendo al grano.

James lo notó agitado.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí… es que, no sé —titubeó—. Creo que la talla es un ídolo muy antiguo de magia negra.

Esas simples palabras bastaron para captar toda la atención de James que, mientras escuchaba el relato del doctor, andaba despacio, sin un rumbo fijo y con un ceño de preocupación cruzando su frente arrugada. Inconscientemente llegó a un banco de hierro en precario estado y acomodó el cuerpo fibroso en él, mirando al mar llano que centelleaba con el sol…

Tras colgar unos minutos después, James se levantó y se puso a caminar reflexionando sobre la conversación. Hizo un alto frente a la misma barandilla herrumbrosa en la que, pocos días atrás, estuvo apoyada Althea esperando impaciente el regreso de Bernice. En ese momento, un transbordador partía del puerto con un bocinazo, removiendo las calmadas aguas y dejando en el ambiente un denso olor a combustible. Al cabo de un momento sus ojos se iluminaron.

«Si hay alguien capaz de descubrir quién es realmente el tal licenciado Fuentes, ese es Collins».

Sosteniendo el teléfono aún en la mano, después de conversar con el analista de sistemas, James alzó la vista y perdió la mirada lejos. El sol ya estaba bajando, si bien todavía golpeaba con descaro y bañaba el cemento del puerto dotándolo de un curioso color añil. En el horizonte comenzaba a formarse un frente de nubes tan blanco y compacto que el cielo había adquirido la apariencia de una gran avalancha de nieve resuelta a engullir la isla con todo cuanto hubiera en ella. Giró en redondo y se encaminó pensativo hacia El Galeón.

Nada más entrar, recorrió visualmente el local. Era pequeño y sencillo, aunque la atmósfera que lo rodeaba era marinera y agradable. Calculó que habría unos diez parroquianos de aspecto rudo, probablemente pescadores —rostros ajados y manos encallecidas —, que suspendieron en el acto las conversaciones y se giraron para observar al forastero que acaba de entrar. Lo hicieron con tanto descaro y hostilidad que le hicieron sentir incómodo. James los ignoró, encontró un sitio vacío en la barra y se abrió camino hasta él. Algo chisporroteaba en una plancha de gas y sus tripas respondieron

con un gruñido al agradable olor a colesterol.

Tras la barra había una mujer y James la observó con la curiosidad del recién llegado. Era delgada, casi demacrada, y en su rostro empezaban a hacerse excesivamente visibles los huesos de los pómulos. Iba enfundada en unos tejanos ajustados y llevaba el pelo teñido de morado. La tabernera alzó una pizca la barbilla y le dedicó una sonrisa lo suficientemente esbozada para parecer amable, pero carente de alegría. James tenía ante sí el semblante de alguien a quien la suerte había sido esquiva en la vida.

—τώρα είμαι μαζί σου.

Esperando, James vio cómo la mujer salía de la barra con varios cartones de tabaco que había extraído de una caja y se dirigía a la máquina expendedora. Los abrió y colocó las cajetillas en los dispensadores. Después, cerró la máquina y volvió tras la barra. Aún tuvo que esperar otro rato mientras colocaba en un plato el resultado de la plancha y lo llevaba a una mesa ocupada por dos tipos; entre tanto, James cambió varias veces de posición, apoyó el codo derecho en la barra, luego el izquierdo, y finalmente ninguno; tamborileó con los dedos sobre la madera del mostrador y se giró varias veces sobre el taburete para mirar la puerta cuando se abría.

—Τι θέλετε να πάρετε? —preguntó alguien a su espalda.

Allen se volvió y encaró a la mujer que le miraba con curiosidad a través de un suave flequillo que le caía por la cara, entonces se acordó de lo que le había dicho Victoria acerca de que los isleños solían entender el español.

—Disculpe, señorita, no la he entendido —respondió.

—Le preguntaba qué desea tomar.

—¿Tiene cerveza?

—Desde luego: ¿alemana, inglesa o griega? —respondió, girándose hacia una estantería colmada de diferentes clases de cerveza.

Allen era un entusiasta de la bebida fabricada a base de cebada y la miró indeciso.

—Griega, nunca la he probado.

La mujer sonrió sinceramente, exagerando las patas de gallo que se dibujaban en el extremo externo de sus ojos y revelando unos graciosos hoyuelos en la comisura de los labios.

Acodado en la barra, James dirigió una mirada alrededor.

—Qué nombre más curioso para una taberna en medio del Mediterráneo.

La dueña no le contestó. Como solía decirse, la mejor forma de no contestar a una pregunta incómoda era contraatacar formulando otra.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? Es pronto para recibir turistas.

James negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa clavando en la dueña sus penetrantes ojos grises. Su aire de ciudad lo había delatado.

—¿Tanto se me nota? Soy británico. Por cierto —dijo tendiéndole la mano—, me llamo Allen. James Allen. Pero puede llamarme James a secas.

La mujer miró a ambos lados de la barra y correspondió al saludo con ciertas reservas.

—Yo soy Althea Paidousi. La dueña del local. —Tras un instante y retirando la mano, añadió—: Muy bien, James a secas le voy a poner una Fix Hellas. Es nuestra cerveza más internacional. Tiene un sabor parecido a la Carlsberg, aunque ya sabe que, a diferencia de ustedes los ingleses, aquí la cerveza nos gusta bien fría.

Allen mostró la mejor de sus sonrisas.

—A mí me encanta la cerveza helada. Quizá porque, en realidad, soy escocés.

La mujer enarcó una ceja recelosa por aquel peculiar individuo que se había presentado en su local, y le dio la espalda. Sacó una copa del congelador, la llenó de cerveza con espuma y se la puso enfrente. Luego se agenció un cuenco de loza, lo cubrió de aceitunas aliñadas con un caldo casero elaborado a base de hinojo, tomillo, orégano y laurel, y lo dejó junto a la bebida.

James la miró con censura.

—¿Qué sucede, no es de su agrado? —le preguntó Althea.

—Si no sabe tirar una cerveza como Dios manda, es mejor el botellín. —Ahora, la mirada era burlona e iba acompañada de una sonrisa traviesa.

La mujer le siguió la corriente.

—¿Sabe hacerlo mejor?

James asintió.

—¿Me permite?

Althea lo miró arqueando una ceja intrigada y, a modo de respuesta, se echó hacia atrás.

—Todo suyo.

James se bajó del taburete y rodeó el mostrador, buscando con los ojos una jarra.

—Lección número uno: La copa debe estar fresca no congelada. —Abrió el grifo de agua y la dejó correr un rato; después, llenó la copa y la vació varias veces.

Althea intercambió una mirada con James.

—Vale, ¿y ahora qué?

—La lección número dos: El tiro. —Colocó la jarra inclinada muy cerca de un grifo con un escudo triangular en blanco y azul, y tiró de él con pericia. Cuando estuvo llena en sus tres cuartas partes, enderezó la jarra y completó el contenido con más cerveza y espuma —. Y ahora viene lo más importante. La lección número tres. —Con parsimonia, colocó un posavasos sobre la encimera y depositó la jarra

encima de él.

La dueña del local arrancó a reír y retiró la copa servida por ella.

—Vaya, muy impresionante, pero me temo que a esta gente no les importa cómo tire la cerveza.

—Pues a mí, sí. —Volvió al otro lado de la barra y se subió de nuevo al taburete. Agarró la jarra y dio un largo trago a la bebida dorada, después la devolvió cuidadosamente a su sitio. De un dispensador, extrajo una servilleta y se limpió la espuma de los labios —. Muy buena, sí señor.

La mujer no lo oyó. Se había dado la vuelta y atendía, al final de la barra, a un hombre con el rostro surcado como un campo arado. Otro marinero, presupuso James. Engulló una aceituna verde y dejó caer el hueso en un cenicero, comprobó la hora y paseó una mirada ausente por la exposición de bebidas alcohólicas que había tras el mostrador. Su vista se detuvo en un extraño objeto que reposaba al lado de una botella de Glenfiddich. A ojos poco entendidos parecía una piedra del montón; sin embargo, los destellos plateados que desprendía, a pesar de estar recubierto por una gruesa capa de polvo, llamaron poderosamente su atención…

—¿Me invita a una cerveza?

James se movió cuando escuchó una voz de mujer intencionadamente sexy. Frente a él, se encontró a una exuberante joven. La observó con detenimiento, pero sin un exceso de interés. Exhibía una bonita sonrisa mientras se retiraba coquetamente el pelo de la cara. No diría que era un bellezón; aunque, sin duda, resultaría atractiva para la mayoría de los hombres. Vestía una falda corta y un top claro pegado al cuerpo como si fuera una segunda piel. Por el escote sobresalía la parte superior de sus generosos pechos al tiempo que la parte de abajo mostraba una piedra en el ombligo. James se percató de que procuraba ocultar la mano derecha.

—Claro.

Los ojos de la mujer se posaron en su copa. Después, volvió a mirar a James y sus labios pintaron una sonrisa descarada.

—Una Fix y… repítame el numerito de antes. —Rio como una tonta.

Allen sonrió.

—Althea, por favor.

La mujer se le acercó y lanzó una mirada desdeñosa a su nueva acompañante.

—Otra cerveza para…

—Helena —dijo la joven, que se inclinó hacia James y, sacando los morros, le plantó dos besos rojos en las mejillas; después, agarró un taburete y se subió a él, dejando a la vista dos carnosas piernas.

—Yo soy James…

—¿Qué tal está Omar? —atajó Althea, dirigiéndose a la recién llegada con un natural desdén—. No hará ni una hora que se ha marchado de aquí, si te apresuras, quizá aún puedas alcanzarlo.

Si fuera verdad aquello de que «hay miradas que matan», Althea habría caído fulminada en el acto. Después, la sonrisa de Helena se desvaneció y volvió su atención a James.

—He de irme. He olvidado algo. Mejor dejamos esa cerveza para otro momento. —Esto último, lo dijo con retintín y subiendo un poco el tono de voz con el propósito de que la dueña del local pudiese oírlo con claridad. Ya no intentaba ocultar la alianza en la mano derecha.

—Estaré encantado —respondió James cortésmente.

La mujer recogió el bolso y abandonó el local contoneándose provocativamente sobre los tacones. James la siguió con la mirada y volvió la vista al frente en cuanto hubo desaparecido por la puerta. Althea fregaba unos vasos frente a él.

—Créame, le he hecho un favor —dijo, sin alzar la vista de la pila.

—¿Qué es eso? —preguntó James señalando con la barbilla, luego dio un trago a la cerveza.

Sin dejar de fregar, la mujer se volvió haciendo un escorzo y dirigió la mirada hacia donde le indicaba. Su rostro se apagó.

—¿La piedra? Se la dejó olvidada un cliente. —Se apartó del grifo, que seguía soltando agua, se puso de puntillas para agarrarla y la dejó caer en la palma extendida de James.

James se enderezó en el taburete y la sostuvo suavemente en alto, estudiándola al trasluz con vivo interés. Devorado por la curiosidad, rascó la superficie con el fin de eliminar el polvo.

—Si le gusta, quédesela.

—¿Sabe dónde la encontró su cliente? —preguntó interesado.

La mujer dejó un vaso a medio camino y miró al techo.

—Le oí decir que se había enganchado en la red.

—¿Por dónde solía pescar?

Althea sacudió la cabeza negando al tiempo que dejaba el vaso encima de una repisa y sacaba otro mojado del fondo del seno del fregadero.

—¿Nunca le han dicho que hace demasiadas preguntas?

James le sonrió con descaro, pero con amabilidad. La reticencia de la camarera a contestarle directamente no había hecho sino avivar su curiosidad por ese objeto.

—A veces. Es un defecto de infancia. —Y dio otro trago a la cerveza, este más generoso.

La mujer dejó escapar un sonoro suspiro y se rindió.

—Él quizá lo sepa. Era su amigo —dijo, señalando con la cabeza—. Se llama Adrián.

James giró el cuerpo sobre el taburete y se fijó en un tipo grande y

calvo que no tendría más de treinta y tantos años, aunque su aspecto abatido le echaba encima otros diez más. Una idea cristalizó en su cabeza cuando lo vio ensimismado, mirando un vaso vacío al que daba vueltas sobre la mesa.

—De modo que Adrián —repitió, asintiendo despacio— ¿Qué está tomando?

Allen se guardó la piedra en el bolsillo y, con un par de bebidas en las manos, se fue directo hacia él.

****

15

Isla de Gavdos, Grecia

DESDE hacía diez años no faltaba una sola noche a su cita con El Galeón. Incluso ahora, que se encontraba en paro desde que Leander muriera ahogado, acudía allí todos los días a gastarse los pocos euros que recibía del fondo de desempleo. Pasaba en esa taberna más tiempo que en su propia casa, aunque últimamente no le procuraba ninguna sensación de bienestar. Seguía enamorado de Althea desde que fueran novios en su juventud. Por aquel entonces, ella se quedó embarazada del desalmado de Maurice y se casó con él, pero un buen día las abandonó a ella y a Eileen. Ahí, tuvo de nuevo una oportunidad, pero se quedó sin empleo y no tenía nada que ofrecerle. Por cobarde, se le adelantó Bernice, la conquistó y se casó con ella. Desde aquel día se la vio feliz, hasta aquella noche de abril en la que todo cambió. El Demonio había asesinado a su amigo Niko y Eileen había pagado el pato, igual que Cybill: todos lo sabían y estaban conmocionados, pero nadie hablaba de ello…

—¿Puedo invitarle a una ronda?

Cuando estas palabras cercenaron el hilo de sus pensamientos, en el fondo, se sintió aliviado. Le hubiera agradado hablar de estas cosas con alguien; pero, en aquella maldita isla, no había nadie con quien hacerlo. Alzó un poco la cara y, por debajo de la visera de una gorra de pana marrón, miró con desconfianza al forastero que tenía plantado frente a él. Luego sus ojos enfocaron ávidamente las bebidas que llevaba en la mano y juntó los hombros con indiferencia.

—Claro. Una buena copa siempre es bien recibida.

James apartó una silla y, sin esperar invitación, se sentó frente a él.

—Me llamo Allen, James Allen.

—Llámeme Adrián.

James se fijó en que era un tío de lo más normal, exceptuando una singular cicatriz que le recorría la mejilla; con la forma de un rayo, le

recordó la de Harry Potter en la frente, si bien esta era más alargada y, obviamente, no dotaba de poderes mágicos a su poseedor, a lo sumo le hacía parecer duro, pero nada más. Durante un rato bebieron sin hablar de nada en particular. Del tiempo, de la isla, de la pesca… Media hora después, el muro de la desconfianza se había derrumbado entre ellos. Pidieron otra ronda, y una tercera. Adrián se hizo con una cajetilla de tabaco griego que se encontraba sobre la mesa, sacó un cigarrillo y lo encendió. Allen lo vio relajado y aprovechó la ocasión. De los Levi's sacó la piedra y la puso sobre la mesa.

—Adrián, ¿habías visto esto alguna vez?

Al ver el objeto, la cara del marinero cambió radicalmente y James sintió una punzada de culpabilidad.

—Era de Niko. Se topó con ella el día que murió.

—¿Cómo murió?

Adrián abrió la boca para decir algo, pero finalmente cambió de opinión y no lo hizo, volviendo a refugiarse en la bebida, a la que dio un largo trago. James presintió que lo perdía y su confianza recién ganada se esfumaba; así pues, cambió de táctica.

—¿Por dónde solía pescar Niko?

El marinero se encogió de hombros, expulsó el humo del cigarrillo y dejó caer la ceniza al suelo.

—Nunca lo decía. Aquí nadie lo cuenta, en realidad. Cada uno va a lo suyo, pero todos sabíamos que había descubierto un filón. Pescaba más que nadie.

James asintió lentamente mientras un brillo de decepción cruzaba por sus ojos. Involuntariamente soltó un chasquido con la lengua. No obstante, dejó de parpadear enseguida. Una brillante idea se abrió camino en su mente: un barco naufragado podía convertirse en una atracción para peces.

—¿Hay algún sitio por aquí que rehúyan los pescadores por que pierden aparejos con frecuencia?

Adrián alzó la cabeza pensativo y se la rascó.

—Hay uno frente a la cala —confirmó volviendo la vista hacia una de las paredes del local.

James siguió su mirada hasta un mapa topográfico de la isla.

—¿Podrías decirme exactamente dónde?

El marinero resopló, empujó la silla hacia atrás y se levantó a regañadientes. Allen lo acompañó por el local, hasta quedar a pocos centímetros del mapa, que estaba dibujado a una escala tan pequeña que se apreciaban los accidentes del terreno con todo lujo de detalle. Adrián apuntó con el mentón una zona de la costa norte de la isla.

—Por aquí. Frente a la cala de Sarakiniko.

James permaneció quieto, mirando sin pestañear el lugar indicado. Cuando hubo memorizado la ubicación, desvió la vista al fornido

marinero y le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Muchas gracias, compañero.

Al tiempo que Adrián se apagaba de nuevo en el rincón junto a la bebida, Allen se arrimó a la barra y se inclinó hacia la dueña.

—¿Qué le debo?

—Son diez euros.

James sacó la cartera y deslizó quince sobre la barra.

—¿Sabe si hay algún lugar para alquilar una embarcación y un equipo de buceo?

—Sí, en el puerto —respondió la mujer, recogiendo el dinero.

James le guiñó un ojo y golpeó suavemente el mostrador con la palma de la mano.

—Muchas gracias.

—Espero verle más por aquí.

Allen asintió con expresión risueña.

—Delo por hecho.

Franqueando la puerta del local, James sintió varios pares de ojos clavados en la nuca. Era consciente de que había revolucionado la serenidad de aquel sitio, más habituado a las repetidas partidas de dardos que al hecho de que apareciera un forastero formulando preguntas. «La curiosidad mató al gato», rezaba el dicho popular; sin embargo, aquel objeto había despertado su interés y, mientras le quedara alguna de sus nueve vidas, intentaría descubrir de dónde había salido.

Miró a poniente y descubrió que el sol había cambiado de sitio, así que decidió apresurarse. En Kastri, paró un momento en una droguería y compró unos productos químicos que necesitaría para el proceso casero de restauración. Diez minutos después, detuvo el vehículo frente a la cancela de hierro de la ermita. Dejó el objeto encima del salpicadero del Land Rover y observó detenidamente el fulgor apagado que exhibía.

Con la luz del crepúsculo alumbrando tenuemente, la puerta azul se abrió y Victoria salió por ella caminando distraídamente. Se detuvo un instante y cuando localizó el Land Rover reanudó los pasos hasta él.

—¿Has hablado con el clérigo? —le preguntó James, mirándola mientras abría la portezuela y ocupaba el asiento.

Victoria inclinó la cabeza.

—No hay inconvenientes para casarnos el domingo.

—¡Genial! —contestó, a la vez que giraba la llave y el motor del todoterreno cobraba vida.

—¿Qué es ese pedrusco viejo? —preguntó Victoria.

James acompañó sus ojos hasta el salpicadero del vehículo

—Viejo, seguro, pero no es un simple pedrusco. —Apartó la mano del volante para pulsar un interruptor del techo. Al instante, un

pequeño haz de luz se proyectó sobre el objeto—. ¿Ves cómo brilla? Es plata.

Victoria alzó una ceja mientras James aceleraba sobre el polvo.

—No lo parece. ¿Qué es esa especie de costra que la rodea?

—Esa costra, como tú la llamas, es concreción marina que ha ido adhiriéndose durante los siglos que ha permanecido bajo el agua. Para eliminarla, tendré que someterla a un baño químico.

—¿Dónde la has conseguido?

—Me la ha regalado Althea, una chica muy agradable.

—¿Althea?

—Sí, una mujer con el pelo de colores que regenta la taberna.

—¿Es la autora de eso? —le preguntó, señalando una marca de carmín bermellón.

James desvió la vista al espejo retrovisor y frotó con fuerza los dedos contra la mejilla.

—No, esto es obra de Helena… —Y ante la mirada suspicaz de Victoria, se apresuró en añadir—: Mejor no preguntes.

Victoria sacudió la cabeza incrédula. En el tiempo en que ella había permanecido en la ermita, James había trabado amistad con personas que ella, en años, había sido incapaz de conocer.

—Cambiando de asunto, ¿tenemos planes para mañana?

Victoria frunció los labios recelosa mientras Allen, que empezaba a conocer cómo moverse por la isla, seguía recto en un cruce. Ocupando el centro del parabrisas delantero se perfiló la torre del faro dibujada contra un cielo cada vez más oscuro; en la parte superior, una brillante luz centelleaba.

—Podríamos alquilar un barco y, no sé, navegar y bucear.

—No sé por qué, pero me da que ese interés tuyo en bucear tiene algo que ver con ese pedrusco que te ha regalado tu nueva amiga —dijo, poniendo un énfasis sarcástico.

James le lanzó una mirada maliciosa y prorrumpió en una estruendosa carcajada.

—Siempre tan mal pensada. —Pero sus ojos brillaban con un inconfundible destello de entusiasmo.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

ILLARI y Sami salieron a la luz de la luna de sangre. Una fila de hombres y mujeres portando antorchas en las manos les marcaban el camino. Lanzaban a la noche conjuros rituales y danzaban sobre su sitio, levantando la rodilla derecha y a continuación, la izquierda. Hombres y mujeres lucían el torso desnudo únicamente cubierto con collares de semillas polícromas que se bamboleaban al ritmo de la danza; de la cintura para abajo, unos breves faldellines —unos fabricados a base de hojas secas y otros de plumas de aves—. En la cabeza llevaban diademas de plumas. Alejados, los músicos. Vestían casi igual que los demás, salvo porque lucían una guirnalda de varios colores que les colgaba desde la parte trasera de la cabeza hasta los pies. Eran seis: dos tocaban la quena, instrumento similar a la flauta; otros dos la tinya, instrumento de percusión parecido al tambor; y otros dos, la zampoña, instrumento de viento compuesto de varios tubos de caña de distinto tamaño unidos entre sí y dispuestos en dos hiladas.

A medida que madre e hija avanzaban, todo el pueblo las seguía, cerrando fila en pos de ellas. Como dictaba el protocolo, el cortejo mortal lo encabezaba Sayri, el cacique. Portaba un bastón de mando y un pectoral de oro macizo. La niña estaba hermosísima. Su túnica blanca refulgía bajo la pálida luz rojiza que proyectaba la luna. Su caminar era errante y Sami la agarraba con suavidad del brazo para mantenerla recta. El efecto de las hojas de coca aún se mantenía. Era por su bien, así no sentiría el dolor amargo de la muerte.

Cuando hubieron dejado atrás la última cabaña, siguieron por un sendero de tierra iluminado con hogueras, hasta un rudimentario altar de roca, en donde los esperaba el chamán. El brujo era el hombre más anciano de la tribu y ocultaba el rostro bajo una máscara ritual multicolor.

Con la música y los cánticos ceremoniales aún sonando, cubrieron la distancia que los separaba del ara. Cuando hubieron llegado al tronco seco de un sauco, Sami asió por los hombros a su hija y le dio un beso maternal en la frente, luego se alejó unos pasos, uniéndose al resto del pueblo. Dos hombres de la tribu agarraron a Illari por las axilas y los pies y, de un gesto brusco, la colocaron en posición horizontal sobre sus hombros y la

depositaron con suavidad sobre el altar. La piedra estaba fría y la niña tembló.

La ceremonia la presidía un ídolo de arcilla tallada con esmero que reposaba sobre una mesa de ofrendas con diseños ornamentales de felinos. No mediría más de dos manos sobrepuestas y representaba un puma con una serpiente en relieve rodeándole el pescuezo. En una cavidad situada bajo el vientre se conservaba el polvo de los corazones de los sacrificados.

El brujo alzó los brazos y susurró oraciones. Al cabo, se giró e hizo lo propio ante el ídolo zoomorfo. Volvió a enfrentar a Illari. En esta ocasión blandía una navaja de pedernal.

Tras una hora siguiendo la música, la selva se acabó bruscamente y ante ellos se abrió un ancho claro débilmente iluminado. La tropa se detuvo y se parapetó. A la derecha, las cabañas de un poblado. A la izquierda, alejados unos cuatrocientos pies, un grupo numeroso de indígenas —el Vizcaíno paró de contar en cien— que se arremolinaban en torno a un altar. Encima de él parecía haber un cuerpo que yacía postrado sobre la espalda y, a su lado, otro indio vestido para un ritual: un chamán.

Los soldados estaban absortos. Cuanto se ofrecía a sus ojos no lo había visto ningún hombre blanco. En ese momento, el brujo alzó un brazo y clavó lo que parecía un cuchillo tosco en el pecho de la víctima, que pataleó unos segundos antes de volver a quedarse quieta. Hurgó con él y extrajo un corazón aún palpitante y chorreando sangre. Para asombro de los españoles, el chamán le dio un mordisco. El resto lo colocó sobre una pira y se hizo cenizas. Durante los minutos siguientes, el brujo desolló a la víctima y se colocó la piel encima, a modo de capa. Mientras esto ocurría, la música sonaba y el pueblo danzaba como poseído.

—Vuestra merced, no podéis consentir aquesta obra de Satán —intervino el agustino, sacando de su mutismo a don Pedro Álvarez de Maya, que contemplaba obnubilado la escena.

—Sargento, disponga a los hombres para la batalla.

Al Vizcaíno se lo llevaban los demonios. No le gustaba un pelo atacar de noche. Había reglas del combate, incluso en aquel rincón olvidado de Dios. Dirigió la mirada al frente y observó el campo que se abría ante él, iluminado por el resplandor crepitante de varias hogueras y por la luz demacrada que desprendía el plenilunio.

—Todos listos y atentos a la orden de ataque.

Eran quince soldados. Con tal número no había táctica que valiese, únicamente valor. Don Pedro desenvainó el estoque con un sibilante ruido metálico y lo enarboló en alto, como un estandarte. Se puso en pie de un salto y echó a correr.

—¡Santiago y cierra, España! —gritó con furia.

Siendo justos, barruntó el Vizcaíno, valor, lo que era valor, no le

faltaba.

****

16

Buenos Aires, Argentina
En la actualidad

ROMERO alzó la vista de un informe sobre la civilización incaica y miró despreocupadamente el reloj de pared de su estudio. En una hora había quedado con el licenciado Fuentes en el otro extremo de la ciudad y, si quería evitar llegar tarde, debía partir de inmediato. En un rato empezaría la hora punta y el tráfico se volvería un infierno. Con parsimonia juntó los papeles, los cuadró de un golpe contra la mesa y los devolvió a un cajón del escritorio. Tras tirar del picaporte para asegurarse de que estaba bien cerrado, se puso en pie ayudándose de las manos y se acercó al perchero donde se enfundó una vieja americana de cuadros escoceses. Antes de apagar las luces echó una última ojeada. Cuando se percató de que había dejado olvidado el móvil en una bandeja de la oficina, ya era demasiado tarde para volver.

II

Isla de Gavdos, Grecia

Acababan de quedarse dormidos cuando el teléfono chirrió con estridencia. Victoria se rebulló bajo las sábanas y James abrió lentamente un ojo.

—Creo que es el tuyo —susurró ella.

James se volvió sobre la mesilla de noche con el brazo extendido y tomó el aparato entre los dedos; con los ojos entornados por el centelleante brillo, miró la pantalla: Collins.

Se desperezó bruscamente y contestó al tiempo que dejaba escapar un largo bostezo. Presa de una creciente preocupación Victoria observó, desde su lado de la cama, cómo James encendía la luz de la mesilla, se levantaba y, mientras hablaba, se paseaba inquieto por delante de la ventana. De cuando en cuando, soltaba alguna que otra exclamación. Después de diez minutos, cortó la comunicación y permaneció quieto y callado.

—¿Qué sucede? —preguntó ella—. Estás empezando a preocuparme.

James alzó la mano y volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—Espera un momento, cielo.

Su semblante serio le indicó a la anfitriona que era mejor no

discutir y esperó mientras James procuraba, infructuosamente, contactar con alguien. Finalmente, James resopló, se sentó en la cama con los pies en el suelo y, dándole la espalda a Victoria, dejó el aparato junto a la lámpara de noche.

—Es acerca de tu estatuilla —dijo por fin, girando el tronco—. Sabes que contacté con un amigo de la Universidad de Buenos Aires.

Victoria asintió atenta.

—Me contó que era un ídolo que se utilizaba en algunas tribus indígenas para conjuros y rituales de magia negra. —Se quedó callado un segundo y cuando prosiguió bajó involuntariamente el tono de voz —: Sacrificios de niños.

—¡Jesús, qué horror! —susurró Victoria con la misma mueca de asco que si hubiese metido la cabeza en un cubo de basura—. No sabía nada.

—Mira, no sé por qué la robaron de tu casa, pero este asunto no me gusta un pelo. El doctor Romero contactó con un colega, un tal licenciado Fuentes. Collins me ha confirmado que es un fraude, que ha suplantado la personalidad de otro profesor. Y ahora estoy intentando localizar a Arturo para advertirle, pero no me coge el teléfono. Estoy preocupado.

Victoria le dirigió una mirada cargada de escepticismo. Apartó la ropa y se levantó, rodeó la cama y se sentó a su lado. Enfundada en una camisa de manga larga que formaba parte de un pijama de algodón suave con estampado celeste, le acarició el pelo y le besó en la mejilla.

—No hay duda de que se trata de una historia muy inquietante —le dijo con un deje de condescendencia—; sin embargo, creo que estás sacando todo esto de contexto. Estoy segura de que hay una explicación razonable. ¿Por qué no vuelves a la cama?

James clavó en ella los ojos y le agarró la mano con suavidad.

—Hay algo que aún no te he contado.

Victoria le devolvió la mirada con expresión ceñuda.

—Verás, Collins ha averiguado que la página *web* del verdadero licenciado Fuentes se pirateó desde un servidor ubicado en algún lugar de esta isla.

La mujer se separó y cerrando los ojos suspiró.

—¿Y eso qué significa?

—Aún no lo sé. Quizá tengas razón y estoy llevando esto demasiado lejos, vamos a dormir y mañana quizá veamos este asunto con más claridad.

Ambos se arrebujaron de nuevo bajo las sábanas de raso. James no pudo conciliar el sueño. A través de la amplia cristalera que temblaba ligeramente le llegaban los aullidos amortiguados de la fuerte ventisca que azotaba el exterior. La preocupación se había instalado en su

cabeza y, postrado bocarriba con los ojos abiertos mirando la oscuridad, procuró ordenar todos los elementos de que disponía. Tras un rato en la misma posición silenció sus pensamientos y se rindió al sueño.

Justo en aquel momento, el desdichado Arturo Romero iba camino de su cita.

III

Buenos Aires, Argentina

Sentado a una mesa redonda de mármol ligeramente coja, Romero volvió a consultar el reloj de manecillas que colgaba de la pared. Pasaban de las ocho y su cita aún no había ofrecido señales de vida. Bebiendo sorbos del café, reflexionó sobre ello. Impaciente, volvió a recorrer la cafetería con la mirada y apuró el café negro que quedaba en la taza de porcelana. Hizo memoria, procurando recordar el sitio y la hora: «Las Violetas, a las ocho». Estaba segurísimo de que esas habían sido las instrucciones precisas.

Nunca había visto al tal licenciado Fuentes más que por una fotografía colgada en su mural de las redes sociales. Aun así, repasó uno a uno a todos los clientes por si alguno se le pareciese. Tras el fracaso de la prospección se puso de pie abotonándose la americana y anduvo hasta la barra, donde preguntó a un joven camarero que le respondió con amabilidad que no conocía de nada a su invitado.

A las ocho y media había perdido la paciencia y resolvió abandonar el local con un semblante que no ocultaba el enojo que sentía. Cuando salió a la avenida Rivadavia, la luz de las farolas teñía las calles con una inquietante pátina amarillenta, como una instantánea antigua en color sepia. Miró a ambos lados, pero no vio ni rastro del licenciado Fuentes. Se reprochó el haberse dejado el teléfono en el despacho, quizá le había mandado un mensaje anunciando la demora. Torció a la derecha y echó a caminar por la concurrida calle Medrano, albergando la esperanza de pescar un taxi libre. El viento era fresco, de modo que se ajustó el pañuelo al cuello.

A punto de llegar a la esquina con Bartolomé Mitre sus ojos se toparon con los de un hombre alto y fornido que caminaba por su misma acera, en sentido opuesto. Le pareció que le sonreía con despreocupación, pero desechó la idea en la cabeza. Sus pasos se cruzaron unos segundos después y Romero apenas percibió un ligero roce en la muñeca derecha. Aceleró un poco para sortear a una joven pareja de transeúntes haciéndose arrumacos y empezó a sentir que el suelo se inclinaba a sus pies. La sensación de malestar fue creciente y

comenzó a tambalearse hasta que se desplomó unos metros más adelante, cual marioneta a la que cortan los hilos. En un momento, se formó un corrillo de personas a su alrededor. Gritos ahogados por el alboroto pidieron la presencia de un médico. Cuando llegó la asistencia, quince minutos más tarde, el ilustre profesor había dejado de respirar.

Intencionadamente ajeno al bullicio que se había despertado a su espalda, el Español se encaminó como si tal cosa a la parada de autobús más próxima. Mientras aguardaba pacientemente la llegada del siguiente autocar de línea, acomodado en un banco bajo una marquesina de cristal, cerró con sumo cuidado la tapa de un viejo anillo de plata, cubriendo una aguja hipodérmica impregnada con curare.

Media hora después se apeó del autobús en la calle Viamonte y salvó los doscientos metros que lo separaban del edificio de la universidad. Con aire resuelto de quien sabe adónde se dirige, atravesó el vestíbulo hasta detenerse frente a una vitrina, donde una joven con libros apretados contra el pecho comprobaba los horarios del día siguiente. Estudió el plano del edificio durante un breve instante y se subió al ascensor. Se dio la vuelta nada más entrar y esperó hasta que se detuvo en la cuarta planta. Entonces salió. Sus zapatillas de deporte no hicieron el menor ruido mientras recorría los pasillos penumbrosos, volviendo a ratos la cabeza. A la vuelta de una esquina encontró el estudio del doctor Romero. Frente a la puerta, se enfundó unos guantes de algodón y giró el pomo.

«Cerrada con llave».

Sin inmutarse, escondió la mano bajo el abrigo e hizo aparecer un juego de ganzúas. Después de manipular la cerradura, cerró de nuevo los dedos en torno al pomo y, ahora sí, la puerta cedió. Antes de entrar, echar un rápido vistazo a izquierda y a derecha, y cerró la puerta por dentro sin hacer ruido.

Sin moverse de la entrada barrió la estancia con una linterna. Era el típico estudio de profesor, atestado de libros, publicaciones y objetos de culto. Rodeó el escritorio y se puso a husmear con minuciosa labor entre los papeles que había dispersos en montones pulcramente ordenados. Dio con un libro que tenía marcada una página. Lo abrió por ella y reconoció una litografía poco afortunada. Cuando hubo terminado de espiar los cajones, abandonó el escritorio y dejó el libro en el hueco de una estantería.

Fue entonces cuando sonó un teléfono móvil.

El intruso volvió la vista a una pequeña bandeja artesanal. Guiado por los destellos de la pantalla, se aproximó y descubrió que la

llamaba procedía de alguien llamado James Allen. Aguardó unos segundos a que el aparato dejara de sonar y lo cogió entre las manos. No tenía contraseña. Buceó por su interior hasta que se topó con un mensaje que contenía la fotografía del ídolo. La eliminó. Justo en ese momento, a través del cristal de la puerta, se filtró el rumor de pasos y el haz oscilante de la luz de una linterna.

Alertado, deslizó el móvil en el interior de su chaqueta y se apostó detrás de la puerta. Echó de menos su viejo revólver, y de un bolsillo oculto en la pernera del pantalón extrajo un cuchillo de hoja gruesa. Sus pulsaciones apenas se alteraron. Un silbido melódico y desafinado se fue acercando, alcanzó el cenit frente a la entrada del despacho, y se fue apagando hasta silenciarse.

Al cabo de varios minutos de quietud, el hombre comprobó el pasillo. Volvían a reinar el silencio y la oscuridad. Con cuidado cerró la puerta y se alejó del lugar con pasos delicados. Debía apresurarse, en una hora despegaría el avión que le llevaría de regreso a casa. Durante el vuelo pensaría en cómo atar el siguiente cabo suelto: un tipo llamado James Allen.

****

17

Isla de Gavdos, Grecia

Al despuntar el día, James y Victoria desayunaban en la terraza cubierta, bañados por los rayos crepusculares y envueltos en un delicioso aroma a café recién hecho. El día prometía ser primaveral. Él iba ataviado con un polo Fred Perry en azul marino y unos vaqueros desteñidos, y ella con unos pantalones de algodón y una rebeca de punto. Allen permaneció un buen rato ensimismado, pensando acerca de lo impredecible que resultaba la naturaleza. Con dos simples elementos —nubes y sol— no recordaba haber visto dos cielos iguales en la vida.

—¿Estás seguro de que quieres ir a navegar hoy? —preguntó Victoria, mirando abstraída cómo se agitaba la copa de un pino tan inclinado que ponía a prueba la teoría de la gravedad.

James hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y esperó a tragar para contestar.

—Sin duda. El día es magnífico.

Victoria acercó las cejas poco convencida, si bien no dijo nada. Sabía que detrás del interés de James en navegar se escondía algo más; no obstante, lo dejó pasar.

—He escuchado en la radio que se acerca mal tiempo. Quizá para el fin de semana llueva. —Chasqueó suavemente la lengua y añadió—: Sería una pena.

Allen miró al otro lado del vidrio, donde un jardinero de rostro oscurecido recortaba un macizo de hortensias mientras le lanzaba a él miradas poco amistosas. El escocés tenía la impresión de que todo el mundo que trabajaba para Victoria lo miraba mal, incluida la buena de Anne Marie. Ninguno hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar su animadversión hacia él. Quizá, sospechó, lo veían como un cazafortunas que, más pronto que tarde, acabaría haciéndole daño a su patrona o, simplemente, no les agradaban los cambios que se

avecinaban en sus modos de vida. Tampoco era un tema que le preocupara, si bien le resultaba ciertamente incómodo tener esa inquietante sensación de que siempre había un par de ojos escudriñándolo desde algún rincón. Reflexionó sobre ello mientras bebía a sorbos el café. Luego dejó la taza vacía encima del plato y se frotó los labios con una servilleta blanca.

—Cielo, nada enturbiará nuestro día. Te lo prometo.

Victoria puso la mano sobre la de él, esbozando una sonrisa.

—Por eso te quiero. Nada puede con tu optimismo jovial.

—No es optimismo, es convicción —dijo, y se llevó a la boca cuanto quedaba de una tostada con aceite de oliva, tomate rojo triturado y una pizca de sal.

El puerto mostraba una actividad abundante. Una fina película oleaginosa cubría la superficie más cercana al embarcadero, donde flotaban restos de algún recipiente de plástico amarilleado por el sol. El todoterreno cubrió un hueco libre que había junto a una furgoneta vieja que fue azul, y salieron del coche frente a una nave igual que todas. Fachada metálica sin ventanas, techo de planchas y unas enormes puertas corroídas por el ambiente abiertas de par en par. Clavado a la pared, un rótulo descolorido por el sol informaba de que, en aquel lugar, se alquilaban embarcaciones y equipos de buceos. Mientras Victoria deambulaba por el puerto, James se perdió en el interior del local.

—Buenos días —dijo, dirigiéndose a un hombre enfundado en un mono manchado. Encorvado y con un cigarrillo en la comisura de los labios manipulaba un motor Mercury de seis cilindros.

No recibió respuesta.

—¿Hola? —insistió.

El hombre alzó los ojos y lo miró con desconfianza. Al cabo de un momento, dejó ruidosamente una llave inglesa encima de una estantería metálica y se enderezó, limpiándose la grasa de las manos con un trapo sucio. James comprobó que era tan alto como ancho.

—Quería alquilar una embarcación.

—¿Qué clase de embarcación? —preguntó el dueño con el tono suspicaz con el que en los pueblos se recibe a los forasteros.

—Verá, querría pescar y hacer algo de buceo, así que necesitaría alguna que dispusiese de un sonar activo. —Y a modo de justificación, añadió—: Soy aficionado a buscar cosas en el agua.

El propietario asintió con expresión distraída al tiempo que se acariciaba la espesa barba. Paseó la mirada por la nave y detuvo la búsqueda en un barco elevado por una grada, al lado de otra embarcación a la que estaban limpiando la obra viva de fauna marina

adherida. Su aspecto resultaba poco elegante. El casco de fibra de vidrio era estrecho y de un vívido color azul con una banda horizontal en blanco; sobre él, se erguía una cabina acristalada desproporcionadamente alta.

—Disponible, tengo aquel —dijo, y se encaminó hacia el fondo de la nave arrastrando los pies.

James lo siguió, sorteó una caja de herramientas que había en el suelo, y se colocó a su lado.

El propietario le dio varias palmaditas cariñosas al casco.

—No es el más bonito del mundo, pero esta maravilla tiene un motor diésel de ciento cincuenta caballos. En cuanto al alquiler… —torció el gesto—, son doscientos euros diarios más el combustible.

—¿Dispone de sonar?

El hombre de pelo corto y puntiagudo agitó la mano.

—Tiene un sistema de ecosonda que es perfecto para localizar bancos de peces. Lo instalé yo mismo hará un par de meses. La pantalla es de la marca Raymarine, de LCD, panorámica y tiene una resolución de 640x480 píxeles.

—¿Cuál es la frecuencia?

—Baja. Cincuenta kilohercios.

—Genial. Me valdrá. Lo necesitaré para dos días. Ah, incluya un equipo completo para buceo y otro de pesca.

—Pues con los equipos el precio subirá a trescientos.

—De acuerdo —aceptó Allen, que contó seiscientos euros y se los alargó.

—Muy bien, en una hora se lo tendré listo en el punto de amarre tres —dijo, guardándose el dinero en el bolsillo. Luego, a modo de explicación, añadió—: Es el tercero empezando por la derecha.

Mientras contemplaba cómo desaparecía el cliente tras la puerta de chapa, el hombre del mono arrojó al suelo el cigarrillo consumido y aplastó la colilla con la suela de las deportivas. A continuación, se encaminó a la oficina, tomó asiento tras una vieja mesa de aluminio y descolgó el teléfono.

James salió de nuevo a la luz del día y localizó a Victoria de espaldas, a unos cincuenta metros. Recortada contra el mar, su pelo rubio ondulaba. Estaba perfecta. A grandes pasos se reunió con ella, entrelazó las manos en su cintura y le dio un beso en el cuello.

—Ya tenemos barco. No es muy bonito, pero será perfecto para nuestro fin.

A la hora prevista, se plantaron en el punto de amarre indicado y encontraron fondeada su embarcación. A la luz del día el barco resultaba más feo aún. El color del casco, que dentro de la nave parecía azul marino, era, a decir verdad, de una tonalidad lavanda casi morada. De la bañera sobresalían a popa dos largas cañas de

pescar. No obstante, para James, lo más caricaturesco de todo resultó su nombre.

—*Picnic*. Qué gracioso —apuntó Victoria con una sonrisa despreocupada.

Allen se volvió hacia ella mirándola con desdén, como diciendo «si tú lo dices».

—Pues a mí me gusta, no me parece tan feo como decías. ¿Por qué no hemos usado nuestro catamarán?

—Necesitaba un sistema de sonar.

Victoria alzó una ceja, mirándolo con recelo.

—Vamos a cazar atunes —replicó James con una sonrisa burlona. Calzado con unos náuticos azules de suela de goma, saltó a bordo y comprobó el equipo. Tan pronto como hubo terminado, se colocó las gafas de sol Ray-Ban, introdujo la llave y la hizo girar. El motor cobró vida en el acto con un lastimero tosido y una densa nube de humo negro salió de la popa en tanto el agua se agitaba en una mezcla de burbujas y gasóleo. Después, lo mantuvo un rato al ralentí con un cadencioso ronroneo para que se calentase. Una vez que Victoria hubo soltado las amarras del muelle, le tendió una mano y la ayudó a embarcar.

Con un golpe de la palanca de velocidad se apartaron del muelle, sortearon las embarcaciones que oscilaban suavemente en la bahía y asustaron a dos cormoranes negros que descansaban plácidamente apretujados sobre una roca. Chocando la proa contra las olas, el *Picnic* dejó la escollera por estribor y viró al norte, alejándose del puerto y siguiendo la línea de la costa.

James echó un vistazo por encima del hombro y encontró a Victoria sentada en el banco de popa, con la cabeza alta y los ojos cerrados. La brisa le revolvía los cabellos dorados.

—Anda, ven un momento y coge el timón.

Victoria subió los párpados y puso cara de sorpresa. Tambaleándose por el movimiento de la embarcación, ocupó el lugar de James y empuñó la rueda con tanta fuerza que, sin percatarse, contenía la respiración.

James miró su cara asustada y soltó una carcajada.

—Si sigues así te vas a asfixiar. No hace falta que aprietes tanto. Disfruta, aprovecha las corrientes y deja que el mar te lleve —le dijo, y se colocó detrás de ella, acercando el rostro al suyo hasta que sus labios casi rozaron su mejilla y poniendo las manos sobre las de ella —. Eso es, con suavidad.

Victoria sintió la respiración de James en la nuca y se le erizó el vello de los brazos; sin embargo, surtió efecto. Dejó de hacer fuerza y se relajó.

—¿Así?

—Mucho mejor. Si te mareas, un consejo. Fija un punto en el horizonte y mantén la vista en él. Por ejemplo… —James apuntó con la barbilla hacia la playa, donde refulgía la popa varada de un barco mercante que por su aspecto se diría que llevaba muchos años abandonado—, aquel barco.

Allen conectó el monitor de LCD en color de la ecosonda y recibió al instante lecturas precisas acerca de la profundidad, el tipo de fondo marino y la presencia de objetos móviles o quietos. El aspecto era el mismo que el de los videojuegos de los años ochenta, aunque la fiabilidad era perfecta. El sistema detectaba, por medio del transductor del espejo de popa, los cambios de densidad respecto al agua y establecía hipótesis de qué podía tratarse. Desde luego, en cuanto a la funcionalidad del aparato se refería, el tipo que le había alquilado la embarcación no fanfarroneaba.

—¿Qué es eso?

—La pantalla del sonar. Si hay algo ahí abajo, este aparatito lo encontrará.

—¿Qué esperas encontrar exactamente?

James le guiñó un ojo.

—Un barco.

Victoria le devolvió una mirada cargada de curiosidad.

—¿Qué clase de barco?

—¡Ah! —fue su respuesta—. Esa es una buena pregunta. El barco de donde ha salido esto. —Y le mostró un reluciente trozo de plata, ya limpio después de haberlo sometido durante toda la noche a un baño químico, casero pero eficaz. Después, James hurgó en su mochila Altus negra y extrajo una carta náutica manoseada de la costa norte de Gavdos doblada en cuatro; luego la desplegó y la apoyó contra un mamparo. Sus esquinas se doblaban por el fuerte viento.

Victoria se lo quedó mirando estupefacta.

—¿De dónde has sacado todo este material?

—La carta marina se la pedí a Armand Duperré, un capitán de navío francés que conocí el año pasado en Abukir. Me la mandó ayer por correo electrónico y la he impreso esta mañana cuando esperábamos a que nos tuvieran lista la embarcación —repuso sin mirarla, mientras cotejaba la carta con la sonda. De vez en cuando alzaba la vista buscando referencias en la costa montañosa.

Continuaron a buen ritmo durante otra media hora más, hasta que se encontraron frente a la cala de Sarakiniko, una coqueta bahía salvaje de arena dorada y aguas cristalinas en la que los matorrales llegaban hasta la orilla. En ese punto, Allen tomó de nuevo el mando de la nave y, durante el resto del día, recorrieron la costa en zigzag. En todo el trayecto, el monitor del sonar no mostró ninguna alteración significativa. Cuando el sol comenzaba a tocar el mar, dieron por

finalizada la excursión y pusieron proa al puerto. Un destello en lo alto de los acantilados atrajo la atención de James. Tras barrer la zona con unos potentes prismáticos, sacudió la cabeza pensando que habría sido una ilusión óptica, y devolvió las lentes a su sitio.

Ya de regreso en casa, James y Victoria reposaban la cena acomodados en dos hamacas de mimbre que miraban al mar. Allen apoyaba los pies sobre la barandilla, sosteniendo un *gin-tonic* de Martin Millers y enebro. Victoria se encontraba acurrucada bajo un *plaids* de lana *mohair* en rayas grises y rojas. En silencio, contemplaban el horizonte crepuscular, que empezaba a cubrirse de estrellas. La luna casi había llegado al plenilunio y proyectaba una chisporroteante franja de luz plateada sobre las aguas que se abrían ante ellos. Unas pocas nubes oscuras como el carbón, que se movían despacio, intentaban aguar tan fascinante espectáculo.

—Tienes hasta el sábado —dijo repentinamente Victoria sin retirar la vista del frente. Su voz sonaba sosegada, como era habitual en ella; no obstante, James captó un tono admonitorio en sus palabras.

Allen dio un sorbo a la copa y desvió la vista lentamente hasta posarla en la hermosa joven.

—¿A qué te refieres?

—A lo que sea que estás buscando.

Las miradas de James y Victoria coincidieron varios segundos.

—El lunes —siguió la mujer— tomaremos el transiberiano hasta China, y no quiero volver a oír hablar de estatuillas, ídolos, sacrificios o barcos hundidos. ¿Está claro?

Allen soltó una sonora risotada.

—Trato hecho. —Y echando mano de la copa, apuró la bebida de un trago.

****

18

Isla de Gavdos, Grecia

A LLEN retiró las sábanas y abandonó la cama a hurtadillas. Evitando hacer cualquier ruido que pudiera despertar a Victoria, se enfundó la ropa de deporte. Antes de salir de la habitación, echó una ojeada sonriente a la enmarañada mata de pelo rubio que ocultaba el precioso rostro de Victoria y el suave hombro desnudo que sobresalía por encima de las sábanas. Por un segundo, estuvo tentando de despertarla y hacerle el amor.

El viernes había amanecido con una niebla tan densa que impedía ver más que los propios reflejos en los amplios ventanales de la Casa de Cristal. Parecía que las predicciones más pesimistas iban a hacerse realidad. Aun así, James seguía resuelto a salir a navegar. El ultimátum que le lanzó Victoria vencía en dos días y no estaba dispuesto a desperdiciar ninguno.

Una hora después, regresó de patear los alrededores y se sentó en el comedor a tomar un desayuno a base de zumo de naranja y fruta del tiempo. La estancia era grande, de forma rectangular y todo el frontal largo lo constituía una enorme vidriera sin perfiles. James se preguntó cómo se las apañarían para mantener los cristales siempre tan limpios. Encima de la amplia mesa de pino había desplegado la carta náutica de la cala, formada por seis folios unidos por celofán, y la estudiaba con sumo interés. Acompañado de un compás, una calculadora y un lápiz, se empeñaba en realizar cálculos matemáticos de mareas y rumbos.

Un rato más tarde, se sumó Victoria, enfundada en una liviana bata de raso morada ceñida a la cintura y que dejaba entrever sus líneas perfectas.

—Hoy has madrugado mucho —le dijo, tras rodear la mesa y darle un beso cariñoso en los labios.

James se agenció un kiwi y lo peló con un cuchillo. Luego lo cortó a rodajas y lo cubrió de azúcar.

—Ya sabes aquello de que «A quien madruga…». Si quiero aprovechar el tiempo que me has concedido no tengo más remedio que salir a navegar temprano.

Victoria depositó la mirada más allá de la cristalera.

—¿De verdad que vas a salir a navegar con esta niebla?

James la miró sonriendo y se llevó a la boca una fracción de kiwi trinchado.

—Para mí, la niebla es tan familiar como el noticiario. No olvides que crecí en las Highlands. Así que no lo dudes, guapísima. Saldré a navegar. ¿Tú no vienes?

La mujer meneó la cabeza desechando la proposición. Cogió un vaso con zumo de naranja, bebió un sorbo y lo devolvió a la mesa.

—Me quedaré en casa, leyendo. No se me ha perdido nada en el mar en un día como este.

No eran todavía las diez de la mañana cuando el *Picnic* traqueteaba rumbo Norte. Esa tarde llegarían sus amigos desde Escocia, de manera que no había tiempo que perder. La mar, habitualmente llana y cristalina, se encontraba encrespada y la niebla se había propagado por toda la isla.

Frente a la cala de Sarakinito prosiguió la prospección del lecho marino siguiendo las cuadrículas marcadas en la carta náutica. Después de cuatro horas, empezó a cundirle el desánimo, pese a que él, mejor que nadie, sabía de la dificultad extrema que conllevaba la labor de encontrar un barco perdido. La niebla seguía sin levantar y el frío se le colaba en los huesos hasta hacerle tiritar. Para combatirlo se deshizo de los tejanos y la camiseta y se enfundó un traje de neopreno negro.

Tras echar una ojeada al reloj de buceo Omega, detuvo el motor del barco, que quedó al pairo tras recorrer una breve distancia por la propia inercia de la marcha. Se resguardó bajo la toldilla de popa, que se agitaba por el viento, y de una nevera portátil extrajo un botellín helado de cerveza y un sándwich de carne envuelto en papel de aluminio. Devoró con avidez el almuerzo mientras volvía a cotejar con gran atención la carta marina y la información recogida en la pantalla de la ecosonda. Cuando hubo terminado, devolvió los restos al interior de la nevera. Anotó mentalmente felicitar a Anne Marie por la pitanza, que no sería digna de un restaurante con estrellas Michelín, aunque sí de una excursión como aquella…

Fue repentino y fugaz, pero tuvo una inquietante sensación y alzó la cara, igual que un sabueso cazador alza el hocico olisqueando el aire. Le había parecido oír un ligero rumor en el agua. De sopetón, el lejano y siniestro bocinazo del faro, que en días de niebla sustituía la

señal de aviso lumínica por una acústica, le llegó ahogando cualquier otro sonido. Miró alrededor y, por un breve espacio de tiempo, se sintió atrapado en aquella masa gris imaginándose que entre la bruma aparecían aquellos siniestros espíritus de piratas de la película *La niebla* de John Carpenter, con la intención de abordarle. Desde luego, si había algún sitio en el mundo para tal locura, seguro que era aquel, y se alegró de que Victoria hubiera preferido permanecer en casa. Viviendo en la Toscana había descubierto que los días eran azules y alegres, las tardes rojas y melancólicas, y las noches estrelladas y cautivadoras. En cambio, en las Tierras Altas de Escocia los días, las tardes y las noches eran grises y misteriosos; en ese momento, sintió cuánto echaba de menos su casa.

De vuelta a su cometido arrancó el motor y, empuñando el timón por dos rayos, viró a estribor para cambiar el curso. Orientó la proa hacia la última cuadrícula, repartiendo la atención entre la pantalla del sonar y la navegación. Mientras la lancha avanzaba, la brisa le humedecía la cara. Después de ese último intento, se volvería a casa con el rabo entre las piernas. Sería la primera vez que la intuición le…

Detuvo sus pensamientos y posó la mirada en la pantalla de LCD, entornando los ojos para enfocar mejor las líneas dibujadas.

A veinte metros de profundidad, la imagen no mostraba un perfil natural. Tiró de la palanca de velocidad hacia sí y desconectó el motor. Con los ojos pegados al monitor, repasó los datos: el sistema lo identificaba como un banco de jureles. No era de extrañar, la ecosonda había sido diseñada para la pesca y cuando localizaba algún objeto con una densidad diferente a la del agua, tiraba de una base de datos para catalogarla. Pero aquel banco de jureles no se movía. Tenía una eslora de diecisiete metros y una manga de nueve. Demasiado pequeño para un barco como el que buscaba, pero grande para un banco de peces, aunque no imposible. Era su mejor pista y no estaba dispuesto a desdeñarla. Resuelto, anduvo por la cubierta de la embarcación hasta el balcón de proa, abrió la tapa de una escotilla y extrajo el ancla, que arrojó por encima de la borda. Un instante después escuchó un sonoro chapoteo y el barco quedó fondeado en medio de la niebla.

El siguiente paso fue meditar acerca de la inmersión. El agua estaría a unos 17 °C. A esa temperatura resultaba imprescindible un buen aislamiento térmico, que el neopreno le proporcionaría. Calculó mentalmente que debería hacer una parada de descompresión de tres minutos a cinco metros de la superficie, si deseaba evitar que el nitrógeno sobrante en su sangre no se disolviese, causándole la tan dolorosa enfermedad del buzo.

Allen verificó el equipo de buceo, se colocó el arnés del chaleco hidrostático con la botella a la espalda, las aletas, se ajustó las gafas y

se introdujo el regulador en la boca. Cuando estuvo listo, se dejó caer de espaldas por la borda y, entre burbujas, desapareció bajo la superficie.

Nada más zambullirse sintió el latigazo del agua en su cuerpo. Enseguida se orientó y comenzó a adentrarse en otro mundo. Un mundo lúgubre de sombras y supersticiones donde el ser humano se encuentra fuera de su hábitat natural y donde los movimientos son torpes y lentos. Se apretó la nariz para equilibrar los oídos, después sacó la linterna del cinturón, la encendió e iluminó alrededor. La tenue luminosidad que desprendía apenas si conseguía mitigar el efecto claustrofóbico que suscitaba la mezcla de oscuridad y soledad. Allí abajo el silencio era absoluto. Un silencio que solo alteraba el sonido mecánico provocado por la circulación del aire desde la botella al regulador. Con los brazos en aspas pegados al pecho para reducir la resistencia batió las dos piernas acompasadamente para descender lo más rápido posible a un lugar cada vez más hondo y negro. Una rápida mirada a la esfera luminiscente del reloj de buceo le sirvió para comprobar que se encontraba a una profundidad de diez metros y que, por tanto, le quedaban otros tantos por delante.

Se cruzó con un banco de sardinas que se abrieron y lo rodearon en una maniobra similar a la que realiza un pelotón de ciclistas para esquivar una glorieta. Una vez lo sobrepasaron, volvieron a juntarse en un movimiento uniforme y coordinado, y prosiguieron su camino. Recordó haber leído en alguna parte que los peces pequeños se agrupaban en cardúmenes —compuestos a veces por millones de individuos y varios kilómetros de largo— con vistas a moverse gastando menos energía y protegerse de los depredadores. ¿Sería aquello lo que había detectado la ecosonda?

Siguió impulsándose con los pies un rato más, hasta que alcanzó el fondo arenoso, momento en el que reguló el aire del chaleco hidrostático para mantener la flotabilidad neutra. Varió el rumbo entonces nadando en paralelo al lecho marino hasta que una figura espectral y amenazante se abrió ante él. James había explorado muchos pecios en la vida y sabía del efecto magnético que provocaban en un submarinista, pero al momento sucumbió a la sensación de inquietud y desasosiego que este le produjo.

Indudablemente, se trataba de la popa de un barco que, con el transcurrir de los siglos, debería haberse convertido en un espectacular banco de coral colonizado por multitud de especies de flora y fauna marina. En cambio, ante sus ojos se abría un lúgubre costillar de madera recubierto de tablones podridos por el efecto del agua salada, y oculto bajo una gruesa capa de sedimentos y costra. Era como si la vida en el mar lo hubiera ignorado, igual que los compradores a una casa con fantasmas; quizá por eso no le sorprendió

no haber leído nada acerca de él en la guía de actividades subacuáticas de la isla.

Con la cámara de fotos tomó una sucesión de imágenes del exterior de la embarcación. Sin salir de su asombro, observó que el navío se hallaba partido en dos, probablemente debido a una explosión a la altura del palo mayor. Del resto de la nave no encontró rastro alguno. Recorrió el perímetro por babor y estribor. Comprobó que habían transcurrido solo siete minutos desde que se había lanzado desde el *Picnic*. Con suficiente tiempo por delante, se introdujo por una abertura del espejo, que antaño debió ser un ventanal, y se desplazó por sus entrañas. Le pareció un galeón y, por la disposición de los baos y de las cubiertas, apostaría que español.

En lo que debió de ser la bodega de carga, junto a la sentina, descubrió un arcón rodeado de un duro manto de corrosión y óxido. Cauteloso, buceó por lo que quedaba de la cubierta hasta colocarse a su lado. Antes de manipularlo, le hizo un par más de fotografías. Después, intentó infructuosamente levantar la tapa. Con el cuchillo de buceo rascó la superficie e hizo palanca. Por fin, la tapa cedió y el arcón reveló sus secretos. Cuando ocurrió, James abrió los ojos como platos y se echó bruscamente hacia atrás, dejando escapar un grito ahogado y rodeándose de un torrente de burbujas de aire.

Después de aquel hallazgo, abandonó el pecio con el corazón aún palpitante. Empezó a sentirse fatigado y consultó de nuevo la hora. Calculó que llevaba veinte minutos abajo.

«Es la hora de ir pensando en subir».

En ese momento, James escuchó nítidamente el lejano rumor de un motor en la superficie. Instintivamente miró hacia arriba. Pero veinte metros en aquella oscuridad eran suficientes para no ver más que un gran manto negro recubriéndolo todo.

En el friso del castillo de popa descubrió una cartela, que fotografió antes de arrancarla. Se desprendió con facilidad y la introdujo en una bolsa hermética que llevaba sujeta al cinturón con una brida de plástico. Quizá, con una pizca de fortuna, encontraría en ella el nombre del barco. Junto a los restos del naufragio, halló otras dos muestras de plata similares a las que le había regalado Althea. También las introdujo dentro de la bolsa, junto con la cámara fotográfica, después de sacar las correspondientes instantáneas.

Estaba tan entusiasmado que no reparó en las ligeras vibraciones que se dejaron sentir en el agua…

Un arpón punzante atravesó el agua y le rozó la pierna derecha; desgarró el traje isotérmico, le arrancó parte de la piel y se alejó, dejando a su paso una estela de burbujas. James se alarmó en cuanto sintió como si le aplicaran sobre la pierna un hierro candente. Dirigió la vista abajo y reparó en la mancha roja que se extendía por el agua.

Trataba de formular en su cabeza una teoría acerca de qué podía haber ocurrido cuando alguien lo agarró por la garganta, apretándole la nuez y cortándole la respiración como una serpiente a su presa. Las burbujas de aire del regulador de James aumentaron mientras forcejeaba; sin embargo, el brazo era fornido y le rodeaba el cuello con la fuerza del collar de hierro del garrote vil.

El tiempo se consumía y la botella de aire estaba casi vacía.

Comenzó a sentirse mareado y las pulsaciones se aceleraron. Dio manotazos hacia atrás procurando quitarle las gafas de buceo a su oponente. Un ardid poco elegante, si bien muy efectivo en la lucha submarina, a pesar de que en esta ocasión no tuvo éxito. A la desesperada y tras un brevísimo instante de pánico, se tanteó la pernera del neopreno hasta encontrar el cuchillo de buceo. Lo sacó de la funda y se lo clavó en el brazo a su atacante.

El mar se tiñó al momento de sangre, que se oscureció al mezclarse con el agua salada, y la presión se aflojó lo justo para permitirle zafarse. Impulsándose con los pies se alejó de la reyerta para recuperar el fuelle. Aún blandiendo el cuchillo se giró de golpe sobre sí mismo, desorientado. En la oscuridad captó un movimiento a la izquierda. Se volvió y descubrió la sombra del morro aplanado en forma de te de un tiburón martillo; probablemente, las ampollas de Lorenzini habían detectado la sangre y había acudido atraída por ella. Era una hembra y calculó que tendría unos cinco metros de envergadura. James luchó consigo mismo, hasta dominar el pánico.

No era la primera vez que se enfrentaba a una situación así; el verano pasado, buceando en el Mediterráneo, se había visto acechado por un gran tiburón blanco y salió airoso. Había aprendido que, realmente, esos peces se sentían tan acojonados como uno mismo y la mejor forma de enfrentarlos era no mostrarles miedo ni provocarlos. El escualo pasó por encima de Allen con la boca abierta mostrando una hilera de dientes triangulares afilados. De un golpe de la aleta dorsal se alejó, hasta que se lo tragó la negritud. James no se dejó engañar, sabía que esos jaquetones tenían la habilidad de camuflarse en las profundidades, y no albergaba ninguna duda de que, aunque no lo viera, permanecería alerta fundido con la oscuridad; de modo que infló el chaleco hidrostático y no perdió el tiempo en salir a la superficie.

Realizó la parada de descompresión en horizontal, sorteó un banco de fastidiosas medusas que danzaban grácilmente cerca de la superficie y emergió a pocos metros de su embarcación. El mar se hallaba ahora tan sereno que parecía un gigantesco espejo de un inusual color grisáceo. Escupió agua salada y batió las aletas hasta rozar el casco del *Picnic*. Impulsándose con las manos contra el casco, fue bordeándolo hasta llegar a la popa. Aún en el agua, se despojó de

las gafas y parpadeó varias veces, después hizo lo propio con las aletas y las lanzó por encima de la borda; por último, aferró con ambas manos la escalerilla fija de popa y trepó por ella. Una vez en la bañera, se desprendió del equipo de respiración, se dejó caer al suelo y aspiró hondo varias veces, mirando al cielo gris.

Ahí seguía la niebla.

La herida de la pierna empezó a escocerle horrores por la sal, y no encontró otro remedio que frotársela vigorosamente con la mano. Su mirada recayó entonces en la bolsa impermeable. Introdujo el brazo en ella hasta el codo, buscó a tientas y extrajo la cartela. Le quitó con la mano una gruesa capa de sedimentos y para su gozo descubrió un nombre español medio borrado, aunque perfectamente legible: *Nu… tra Señ… de Guía*.

Entonces lo volvió a escuchar y una alarma se disparó dentro de su cabeza.

****

19

Isla de Gavdos, Grecia

El desvencijado automóvil necesitaba perentoriamente una revisión, pero Casia no pensaba igual. Se había convencido de que era malgastar el dinero y, después de treinta años de matrimonio, era plenamente consciente de lo tozudo que podía llegar a ser cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Hacía días que ella venía detectando un ligero olor a quemado cada vez que encendía las luces. El polvo acumulado, decía su marido, pero ella sabía que algo se quemaba bajo ese chasis corroído.

Avanzaba muy despacio por ese sendero ondulante de tierra, la visibilidad apenas si alcanzaba unos metros y los faros encendidos creaban halos de humedad. La niebla ese día era espesa y gris como nunca recordaba Fedora haber visto en los años que llevaba afincada en la isla. Encima, se estaba acercando un frente tormentoso de muy señor mío, según le había escuchado decir por la mañana a Argus Megalos, un popular locutor radiofónico de la emisora local del 88.8 de FM. Inclinada sobre el volante a pocos centímetros del cristal entornaba los ojos, intentando escudriñar la pegajosa bruma. Miró los anticuados mandos de la radio, pero no se atrevía a encenderla para no sobrecargar el sistema eléctrico.

De repente, el Ford Escort se sacudió mientras el olor a quemado se intensificaba y una nube negra, más espesa aún que la propia niebla, se filtraba por el capó. Casi al instante, se pusieron en rojo todos los testigos y las agujas del panel de mandos cayeron inertes. Los limpiaparabrisas se detuvieron a mitad de camino, como si alguien hubiese pintado dos rayas negras paralelas en medio del cristal. Con la dirección bloqueada, la inercia del vehículo lo arrastró unos pocos metros más, hasta que se detuvo completamente escorado a la izquierda.

Fedora le dio un puñetazo al volante. Se sentía furiosa con Casia.

Volvió a girar la llave. El coche tosió. Probó otra vez, y otra, y otra más. Cada vez la tos sonaba más asmática, hasta que no fue más que un débil gorgoteo. Había ahogado el motor. Apoyó la frente contra el volante y a punto estuvo de echarse a llorar de pura rabia. Ya más serena, llamó a su marido, quien le dijo que en cuanto terminara unos recados pasaría a recogerla.

A la media hora, se había cansado de esperar. La humedad se había pegado a las ventanillas del coche, empañándolas, y frotó la suya con la manga del jersey a fin de poder otear el exterior. De pronto, se le ocurrió una idea. Se desabrochó el cinturón de seguridad y buscó a tientas bajo el volante. Nada más tirar de una palanca, un sonido sordo y metálico liberó el capó. Salió del vehículo y lo rodeó hasta detenerse frente a la parrilla delantera. Tras apartar el seguro, como había visto hacer a Casia en alguna ocasión, levantó la enorme chapa de metal y miró dentro. Un intenso olor a goma quemada le inundó las fosas nasales y Fedora retiró la cara con una mueca de asco. Realmente, no sabía por qué lo había hecho; ella de mecánica no sabía nada, pero confiaba en encontrarse un tubo fuera de lugar o algo así. No obstante, lo único que descubrió fue una maraña de cables, tapones de plástico, tornillos oxidados y estructuras amorfas de metal renegridas; de modo que, con expresión circunspecta, soltó la palanca que sostenía el capó y este cayó con un golpe seco; después, se apoyó de espaldas contra el chasis mirando hacia la opaca niebla.

Quizá si hubiese mirado mejor lo hubiera visto.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

SANTIAGO Y CIERRA, ESPAÑA! —repitió, a coro, la tropa, al tiempo que saltaba de su posición y corría tras el alférez, en pos de gloria y fortuna.

El ritual llegaba a su fin. Con este sacrificio el Demonio quedaría satisfecho hasta la próxima gran luna. Todo el poblado danzaba y cantaba poseído. De pronto, un grito visceral y salvaje se abrió camino entre la música ceremonial, y el suelo retumbó. El estampido procedía de las lindes de la selva.

El cacique ladeó un poco la cabeza y quedó estupefacto: los atacaban. Desconcertado, aunque sin demora, repartió órdenes en quechua. Los hombres se armaron con arcos y lanzas, y se enfrentaron a sus enemigos. Las mujeres y los niños corrieron a refugiarse. Los menos, en el poblado y en la selva, los más.

Luego el choque y el combate.

Los indios caían con facilidad bajo las toledanas y las picas. Los arcabuceros se mantuvieron a distancia de tiro, formando una línea. Como era de noche, debieron aproximarse a la acción más de lo que las normas de combate aconsejaban.

—¡Voto a Dios! ¡Por España! —gritó Rodrigo mientras apoyaba el tubo de hierro sobre una horquilla clavada en el suelo y soplaba la cuerda prendida.

Se escucharon cinco truenos con una ligera cadencia, y luego los zumbidos de las pelotas de plomo. Dos indígenas cayeron fulminados como sacos de patatas y un tercero fue lanzado hacia atrás impulsado por la fuerza del proyectil, los otros dos disparos mordieron la arena. Tras la andanada, el sevillano desvió la mirada a la izquierda.

—Hernández, a ver si apuntáis mejor —recriminó al camarada su fallo.

—Es de noche, Rodrigo, y no se ve muy bien.

—Qué noche, ni qué noche. La habilidad se tiene o no.

Entretanto, en el campo de batalla, los soldados se batían con valentía. No quedaba estoque o pica, morrión o armadura, que no estuviese teñida de muerte. Un rodelero conquense, de nombre Alonso de Ojeda, resultó

muerto por una flecha que zumbó cruel desde algún lado. Se le clavó en el cuello sorteando la protección del peto; antes de morir, ensartó a un indio arremetiendo con furia a un costado. La batalla cuerpo a cuerpo estaba siendo encarnizada y la arena del suelo cada vez se oscurecía más. Don Pedro asestó un tajo a un indio y le partió el cráneo en dos. A su vez, el cacique hundió la hoja con furia atravesando el pecho de Diego Beltrán; el lancero, de no más de veinte años, que le dirigió una mirada asustadiza, se despidió de la vida tan prestamente como la vivió. En un instante, otro chasquido de pólvora, el zumbido de más pelotas volando y más arena saltando. El cacique se detuvo en seco y, con los ojos muy abiertos mostrando incredulidad, bajó la barbilla y se miró el pecho dorado, descubriendo un agujero perfectamente redondo a la altura del corazón; las piernas le temblaron, cayó de rodillas y, tras poner los ojos en blanco, se desplomó junto al desdichado Beltrán.

—Eso está mucho mejor, Hernández —dijo Rodrigo a su compañero, dándole un golpe en el hombro.

De improviso, un extraño murmullo, como el de un millón de insectos volando a la vez, se abrió paso tras la descarga de pólvora. El sevillano desvió la vista a la izquierda y descubrió a un indígena haciendo girar en el aire un extraño artilugio compuesto de tres bolas pesadas entrelazadas por una maroma. Al cabo lo soltó y el arma mortífera voló por los aires. Antes que pudiera decir esta boca es mía, la cabeza de Hernández, que aún sonreía por su afortunado disparo, reventó y una masa sanguinolenta lo cubrió todo.

—¡Cagüenlamá! —dijo Rodrigo, salpicado por la sangre de su compañero. Turbado, dejó caer el arcabuz al suelo y, blandiendo una espada por el puño, arremetió contra el indígena de rostro desafiante. Este, incrédulo por el feroz ataque, abrió los ojos como platos y vio cómo el acero español lo atravesaba por el vientre desnudo y le salía por la espalda con pasmosa facilidad. El español jaló del pomo mientras su enemigo caía de costado; luego, allí plantado, contempló con dureza cómo se retorcía y gemía, arañando la arena y procurando levantarse de nuevo.

—¡Que te jodan! —dijo Rodrigo, que lanzó un escupitajo sobre el maltrecho indio.

Repentinamente, el cielo se cubrió de nubes negras y comenzó a llover a cántaros; transcurridos pocos minutos, el campo se anegó y se embarró. Cuando la batalla era ya un revoltijo de indios y españoles, ni los arcabuces ni las picas ni las alabardas resultaban ya útiles, de modo que las dejaron caer al suelo y, con la espada en ristre y la protección de los escudos, quien lo tenía, continuaron el combate. De pronto, en medio del griterío y las expresiones de dolor, alguien gritaba aquello de ¡por Santiago y por España! e insuflaba valor a los demás, que intensificaban el golpeo del acero contra los desnudos cuerpos de los enemigos del imperio.

Una hora más tarde, el combate bajó de intensidad. Los gritos de

auxilio resonaban con más fuerza que los golpes de espada y los indios ahuecaban el ala en dirección a la selva, perdiéndose tras la espesa vegetación. Los soldados españoles, exhaustos, carecían de fuerzas y ganas para perseguirlos.

Al cabo de un momento, todo cesó.

Cuando el Vizcaíno, pringado de sangre ajena, miró en derredor, sus ojos solo encontraron decenas de cuerpos tumbados, unos quietos, muertos del todo, y otros moviéndose un poco y quejándose. No vio a ningún indio en pie y envainó el estoque empujando bien fuerte. Barrió con la mirada el campo de batalla y encontró a don Pedro a unos pies a la izquierda, con las dos rodillas en un charco, procurando mantener los intestinos en su sitio, aunque estos, tercos, se le escapaban entre los dedos y caían al suelo, formando un batiburrillo con el barro. Por un instante cambiaron una mirada. La del oficial era suplicante, la del sargento inexpresiva.

El padre Urdaneta surgió de la nada, como por arte de ilusionismo, y se dedicó a aplicar la extremaunción a los moribundos y a dibujar la señal de la cruz sobre los caídos. Arrodillado al lado del oficial, Alonso Trujillo lo oyó susurrar:

—In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

Ahí acabó la historia militar de don Pedro Álvarez de Maya, alférez del ejército español: muerto por la Patria y por Su Majestad Católica.

****

20

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

DENTRO de la bañera del *Picnic* James escudriñó la niebla con el oído alerta. Y entonces lo escuchó. Era como el suave traqueteo de un viejo tren de vapor abriéndose camino en un mar de raíles. Devolvió la cartela del galeón a la bolsa impermeable y se arrimó a la borda de popa con el cuello estirado. Sus ojos atisbaron entonces una figura fantasmagórica surgiendo de la nada: era un barco de pesca verde de unos doce metros de eslora, igual que los que había visto amarrados en el puerto estos días… ¡No!, eran dos embarcaciones navegando tan juntas que el ruido de los motores se había entrelazado.

Para su consternación, descubrió que las trayectorias convergían en él y en su cabeza se activaron todas las alarmas. Con el pulso acelerado corrió hacia la proa tropezándose con el cabeceo que, un mar cada vez más encrespado, provocaba en la embarcación. Alzó el ancla sin miramientos y la ocultó en su cajón. Luego se apresuró hacia la timonera, conectó el motor y empujó la palanca de avanzar hasta el fondo. El *Picnic* apenas sí había comenzado a moverse cuando sintió dos golpes violentos perfectamente sincronizados: uno a babor y el otro a estribor. James se vio zarandeado y volvió la cabeza alternativamente a ambos lados, odiándose a sí mismo por tener siempre razón.

Ya no gobernaba la embarcación, apresado por dos recios cabos anudados furtivamente a las bitas de borda, los barcos pesqueros efectuaron un largo giro hasta que Allen fue consciente de cuál era su destino: le llevaban en volandas hacia las formaciones rocosas, igual que los costaleros un paso en la Semana Santa onubense, solo que su suerte no serían vítores y aplausos sino la muerte.

II

La niebla era húmeda, de esa que te cala hasta los huesos y no puedes eludir el castañeo incontrolable de los dientes. Fedora se abrazó a sí misma y golpeó con el pie en el suelo varias veces intentando desembarazarse del frío. Hacía un buen rato que había llamado a su marido y Dios sabía cuándo aparecería. Aseguró el coche y se dispuso a caminar con el único fin de mover las piernas. En los alrededores reinaba un silencio tan inquietante como el que precede a las

catástrofes. Cuando escuchó un aleteo sobre su cabeza, alzó la vista y escrutó la niebla, pero únicamente descubrió una capa gris, y resopló. Después, volvió la quietud. La calma chicha, que diría un marinero.

De pronto le pareció que la niebla susurraba. Se quedó quieta, sin parpadear y volvió a escucharlo.

Sonó frío y más cercano. Mucho más cercano.

Ahora estaba segura. Envuelto por la densa bruma se ocultaba alguien… o algo.

Una sombra más oscura que la niebla se desplazó despacio, guardando la distancia.

La siniestra atmósfera que la rodeaba hizo mella en Fedora y el pánico empezó a derrotarla. Aguardar la llegada de su marido cobijada en el coche ya no le parecía tan mala idea. Su instinto le repetía que se largase de allí. ¡Rápido! Miró para todas partes con un semblante repleto de inquietud y se asustó al no localizar el viejo Ford. No había sido consciente de que se hubiera alejado tanto. Bajó la vista al suelo y descubrió que se hallaba rodeada por una manta de helechos. Respiró hondo y trató de serenarse. Volvió a intentarlo y entre la niebla atisbó, a unos diez metros, el perfil desdibujado de un chasis. Dejó escapar un suspiro de alivio y se aproximó lo más rápido que pudo.

La sombra también se movió.

Bruscamente Fedora se detuvo paralizada por el miedo y la frente se le pobló de un sudor frío. Retrocedió unos cuantos pasos sin quitar ojo a la niebla. Fedora pronunciaba débilmente el nombre de su marido al tiempo que se daba la vuelta y echaba a correr, internándose más y más en la densidad de la bruma. No veía por dónde pisaba. Trastabilló cuando sus zapatos resbalaron, y cayó al fango. Se mordió la lengua y los dientes se le llenaron de un líquido viscoso y rojizo, como si se hubiera comido un pastel de frambuesa. Escupió sangre.

Por un momento, Fedora quedó despatarrada en medio del fango. Intentó incorporarse y miró arriba. A escasos centímetros de su cara descubrió un semblante terrorífico.

Y negro.

Se quedó petrificada. Cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos con la esperanza de que todo aquello no hubiera sido más que una atroz pesadilla, que no estaba ocurriendo en realidad.

Pero no estaba sola.

Fedora siempre sintió curiosidad por saber qué pasaba por la cabeza de alguien que se encontraba a las puertas de la muerte, y ese día tuvo ocasión de comprobarlo. Algunos decían que veían transcurrir su vida en fotogramas proyectados a toda velocidad, otros que veían colores y sentían olores que le evocaban momentos

nostálgicos. Pero en su caso, todo fue muy decepcionante: únicamente dolor, estertores agónicos y pataleo. Nada más. Luego, oscuridad y tinieblas.

III

James, frenético, repartía la atención entre los barcos que tenía a los costados y los acantilados al frente. Si bien la niebla le impedía verlos, el devastador rugido del agua rompiendo contra la abrupta costa resultaba ahora tan perfectamente audible que se imponía al ronroneo que provocaban los motores de las embarcaciones. El mar estaba blanco de espuma y el *Picnic* saltaba entre las olas. El escocés intentó en vano algunas maniobras para liberarse.

Y entonces, asumió su destino y se ocupó en prepararse para él.

Se ciñó el neopreno y se ajustó las gafas de buceo. Luego salió a la bañera, plegó un mamparo y localizó un recipiente estanco que almacenaba el combustible del motor. Lo vació con el propósito de evitar que la embarcación estallase con el choque y regresó rápido a la minúscula cabina acristalada, donde dedicó los últimos segundos a lanzar por la borda todos los elementos que pudieran convertirse en un arma arrojadiza. De súbito, los dos cabos que le unían a sus atacantes se destensaron y los extremos opuestos desaparecieron bajo las aguas. Miró por la ventanilla de la timonera y descubrió que los cerqueros se apartaban, abriéndose en un giro imposible, uno a izquierda y el otro a derecha.

Allen se puso tenso. Eso solo podía significar una cosa.

Pocos segundos después, contempló boquiabierto cómo se levantaba frente a él una amenazadora pared negra que se agigantaba por segundos. Intentando amortiguar el impacto, puso la palanca de velocidad en marcha atrás y aceleró todo cuanto pudo hasta que el motor consumió las últimas gotas de combustible.

James tuvo el tiempo justo de arrojarse contra el suelo intentando ponerse a cubierto bajo una mesa auxiliar anclada al mamparo. El golpe fue devastador para la frágil embarcación que se fue arrugando hacia él, como el fuelle de un acordeón. Todo a su alrededor crujía y se retorcía como hojas de papel, y los cristales se hacían añicos esparciendo esquirlas por toda la cabina. El hombre fue empujado hacia adelante con la misma fuerza que si se hubiese arrojado al vacío desde un cuarto piso. El golpe con la rueda del timón le robó todo el aire de los pulmones y, en medio de aquel caos, quedó tendido bocabajo sin conocimiento.

Cuando Casia vio las ruinas, aminoró la marcha. Localizó momentos después el Escort blanco de su mujer en la cuneta y detuvo la motocicleta. Se aproximó hasta el automóvil e intentó abrir la portezuela del conductor, pero se encontraba cerrada. Miró al interior apoyando la frente contra el cristal, que se cubrió del vaho de su respiración. Estaba vacío. Se incorporó y dio una vuelta entera sin moverse del sitio. La niebla había levantado en parte y el cielo se veía ahora gris casi negro. Parecía que las previsiones que hablaban de una señora tormenta se iban a hacer realidad. Puso la mano sobre el capó del vehículo y notó el calor.

Llamó a gritos a Fedora.

No hubo respuesta.

A la derecha quedaba el pinar. De frente y atrás, el camino. A la izquierda, unas colinas ondulantes. Sacó el móvil de la cazadora y marcó el número de su mujer. Una melodía que le resultaba familiar sonó dentro del coche. Frunció el ceño irritado y despotricó de Fedora por no haber permanecido allí quieta, como le había pedido. ¡Tampoco era tan difícil seguir unas simples instrucciones!

El viento cada vez soplaba con más fuerza y entre tanta roca producía un siseante sonido melancólico. Enojado, golpeó un guijarro con el pie. Mientras rodaba, lo acompañó con la mirada hasta que se detuvo al otro lado de la carretera, junto a un objeto reluciente medio enterrado. Casia se acercó y se acuclilló. Adelantando una mano apartó la tierra de encima y recogió un pendiente de plata con una piedra ónix verde en el centro. Lo sostuvo en el aire y sopló sobre él para sacudir los restos de arena. Estaba seguro de que pertenecía a su mujer. Él mismo había comprado esos pendientes en una tienda de Atenas hacía pocos meses. Recordaba que le costaron sus buenos doscientos pavos. Con una expresión preocupada en el rostro se puso derecho y comenzó a gritar a pleno pulmón el nombre de su mujer.

****

21

Isla de Gavdos, Grecia

La embarcación orzó a babor peligrosamente y la timonera del *Picnic* se llenó en un momento de agua. El frío y húmedo contacto del líquido contra su piel lo despabiló. Aún aturdido, se acomodó las gafas de bucear y abrió los ojos. Alrededor de él no había más que turbia oscuridad. Atrapado bajo el agua James recibió con total nitidez la señal de alerta que le enviaba su cerebro.

«Necesito respirar».

Tanteó las paredes buscando una bolsa de aire que encontró al lado de un mamparo arrugado. Hiperventiló, casi con angustia. Se concentró en la respiración e inhaló y exhaló más lentamente, hasta que al fin se serenó. Antes de volver a sumergirse aspiró rápido una última bocanada de aire, cada vez más viciado. Sus ojos miraron en derredor, procurando encontrar una vía de escape. Un dolor punzante y agudo le golpeó los oídos, señal de que las profundidades succionaban el barco a gran velocidad. La presión y las burbujas de aire atrapadas en sus pabellones auditivos hacían el resto. Si quería evitar que le reventaran los tímpanos debía ocuparse de aquello de inmediato. Se apretó la nariz y sopló con fuerza. La presión se alivió repentinamente y los oídos se destaparon. Descubrió un cristal roto y se deslizó por él. Miró hacia abajo y vio cómo el *Picnic* se escoraba y desaparecía en la oscuridad.

No había tiempo que perder. Se sentía al límite del agotamiento y los músculos de los brazos y las piernas se le entumecían. A menudo James había practicado el buceo libre y mostraba una alta capacidad pulmonar. Su récord sin respirar bajo el agua estaba en dos minutos y medio, aunque no estaba seguro de cuánto de ese tiempo había agotado ya. Además, la clave para practicar la apnea estribaba en liberar el cuerpo de cualquier actividad física y mental y producir así el menor dióxido de carbono posible, y en sus circunstancias no se

hallaba en disposición de hacer ni una cosa ni la otra.

Se desorientó. Su visión empezaba a nublarse por la falta de oxígeno y los pulmones le ardían como un papel de cigarrillo. Sentía que se ahogaba.

A punto ya de dejarse llevar, asomó la cabeza sobre el agua, golpeando frenéticamente la superficie con los brazos. Abrió la boca todo cuanto pudo y aspiró profundamente una bocanada de aire limpio. Más calmado, controló la respiración y evaluó la situación. Aún no había desaparecido el peligro. Dos olas seguidas pasaron sobre él en un intervalo de pocos segundos. El sonido resultaba ensordecedor y se encontraba en medio de un mar de espuma blanca, lo que significaba que los rompientes se hallaban cerca. Peligrosamente cerca.

Cualquier golpe de mar lo lanzaría contra las rocas como una pelota de béisbol bateada por Babe Ruth. Sacó fuerzas de flaqueza y nadó a contracorriente procurando alejarse del litoral. No podía más. Le faltaba el aliento y cada vez escuchaba con más fuerza el brutal choque del agua contra la roca. Una ola de dos metros lo sumergió y lo arrastró, perdió la orientación a la tercera vuelta, abrió los ojos justo para verse a dos metros de un muro gris. En los instantes previos al golpe solo pudo extender los brazos y protegerse con las manos.

Después, todo fue oscuridad.

II

Victoria miró de reojo el reloj que colgaba de la pared y arrugó la frente. Hacía muchas horas que James se había marchado y aún no tenía noticias de él. Intranquila, se levantó del sillón y caminó arriba y abajo por la habitación.

Detuvo los pasos frente a la cristalera con los brazos entrecruzados en el pecho y contempló la unión del mar con el cielo. En el horizonte se empezaba a dibujar un frente tan negro como la misma noche. Un repentino relámpago, que centelleó en el cielo, y un liviano velo que unía las nubes con la superficie del agua le indicaban que en la lejanía estaba lloviendo. El temporal pronto se abatiría sobre ellos. Aparcó sus temores y se dirigió a un aparador, tomó el iPhone y, tras desbloquearlo con el dedo, marcó el número de James.

Sin señal.

Chasqueó la lengua y llamó a emergencias. Preguntó si habían recibido alguna señal de socorro procedente de una embarcación llamada *Picnic* y le respondieron que, en salvamento marítimo, no costaba ninguna incidencia en todo el día. Colgó. Demasiado nerviosa para sentarse, continuó vagabundeando por la habitación hasta que se cansó de esperar. Entonces cogió las llaves del coche y, presurosa, se

encaminó a la entrada.

III

Una ola le pasó por encima y lo trajo de vuelta de su letargo. Trató de respirar; no obstante, la arena le obstruía las vías respiratorias y tosió. Allen abrió los ojos paulatinamente y tuvo náuseas. La luminosidad lo cegó por un instante. Aún vuelto de costado vomitó agua, volvió a toser y escupió restos de algas marinas. Se incorporó sobre los codos para no ahogarse y respiró hondo hasta recuperar un ritmo más o menos normal.

Se sentía extenuado y desorientado, y sacudió la cabeza para despejarse; después, a duras penas, se colocó bocarriba, se sentó y miró en torno. Estaba en la orilla de una estrecha lengua de arena dorada. Las olas rompían con monotonía a su alrededor lanzando sobre él una manta de agua que, instantes después, se retiraba de nuevo al mar con un largo siseo. Hizo memoria. Su última visión fue aquella ola que lo lanzó contra el muro de roca y la imagen borrosa de alguien sacándolo del agua. Después, los recuerdos se quedaban en blanco. La marea debió de arrojarlo contra la playa. Un intenso dolor de cabeza le martilleaba con saña. Se frotó la cara con las manos y se sacudió la arena.

Poco a poco, fue poniéndose de pie. Le flaquearon las piernas y a punto estuvo de caer. A trompicones, se internó en el mar hasta que el agua le cubrió las rodillas. Cada ola se quedaba más corta que la anterior: la marea bajaba. Sintió un repentino dolor en el pecho y se deslizó el neopreno por los hombros hasta la cintura. Un moretón de forma circular le ocupaba gran parte del tórax. El volante del *Picnic*. Sumergió la cabeza bajo el agua y aquella sensación húmeda lo reconfortó un poco.

Permaneció un rato plantado de pie, con ambos brazos en jarra, mirando al infinito. La niebla se había disipado y recorrió el horizonte con la mirada sin descubrir ni rastro del *Picnic* ni de ninguna otra embarcación. Las rachas de viento ondulaban la superficie del mar y la pintaban de distintas tonalidades de azul, desde el turquesa hasta el más intenso, casi negro. Orientándose, buscó el sol a su izquierda, y lo encontró ocultándose ya detrás de la isla. Calculó que debían de ser cerca de las cuatro de la tarde. En el cielo algunas nubes pasaban rápido, si bien el horizonte se había oscurecido con nubarrones del color del carbón. Hizo el esfuerzo de recuperarse y todos los recuerdos le vinieron de golpe. El intento de asesinato mientras buceaba y aquellos dos pesqueros que lo habían arrojado contra los acantilados. Ahora, sabía que todo aquello no había sido fruto de su imaginación.

Algo siniestro ocurría en aquella isla y él se había metido en medio…

Cuando percibió unos pasos veloces detrás de él, se giró y echó un vistazo sobre su hombro izquierdo. Victoria corría por la arena hacia él. Trató de sonreír y el gesto le arrancó una mueca de dolor. Regresó a la playa chapoteando sobre el agua. Con un rostro colmado de preocupación, Victoria lo recibió entre los brazos y lo besó ansiosamente por toda la cara.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó al fin, separándose de él.

Allen esbozó una sonrisa de circunstancias, que se esfumó enseguida, y se echó la mano al pecho, a causa del dolor.

—Me parece que en esta… isla no le caigo bien a… alguien —logró decir, aunque le costaba hablar.

El color del rostro de Victoria demudó.

—Ahora, vamos a visitar al médico y luego me lo cuentas todo.

—A eso no voy a decirte que no.

Media hora después de abandonar la consulta del doctor Sanna, Victoria detuvo el vehículo frente al camino de acceso de la Casa de Cristal. Zarandeó el hombro de James para despertarlo, y este abrió los ojos aturdido. Se sentía más cansado y dolorido de lo que había pensado. Anne Marie la ayudó a subirlo al dormitorio y lo recostaron encima del colchón.

—¿Cómo sabías que me encontraba en la playa? —preguntó James.

—No lo sabía, pero sí que estarías frente a la cala buscando tu barco.

El escocés asintió.

—En los acantilados… Alguien me sacó del agua. Si no hubiera sido por él…

Victoria junto el ceño.

—¿Que alguien te ayudó? ¿Pero quién? Cuando llegué, estabas solo.

James meneó la cabeza.

—Las imágenes están muy borrosas en mi mente. —Hizo un esfuerzo por incorporarse—. En un rato llegan los chicos.

Victoria se lo impidió, colocando la mano contra su hombro. Vencido, volvió a reclinarse.

—Ni se te ocurra moverte. Ya has escuchado al doctor. ¿La palabra reposo te dice algo? Que el golpe no sea más que superficial ha sido pura chiripa, pero no tientes a la suerte. Yo iré a por ellos. Además —dijo consultando el reloj de la mesilla de noche—, aún quedan un par de horas para que atraque el transbordador.

—Cielo —dijo repentinamente Allen—, muchas gracias. Una vez más me has salvado la vida. Empiezo a dudar de cómo he podido

llegar hasta aquí sin tu ayuda.

Victoria cogió la mano de James entre las suyas y le devolvió la sonrisa, pero la suya era amarga.

—Encontrarte maltrecho empieza a ser un *déjà vu* en nuestra relación. Prométeme que no tendré que volver a hacerlo. Ahora, no sabría muy bien cómo seguir adelante sin ti.

—Trato hecho. Pero mañana hemos de hablar de lo que ha ocurrido. Algo está pasando en esta isla.

—Cuando lleguen Alex y Patricia, lo hablaremos todos juntos; a fin de cuentas, los policías son ellos, pero hasta entonces debes descansar.

James asintió lentamente.

—De acuerdo.

Victoria se inclinó hacia él y le dio un corto y delicado beso en la boca. Se incorporó y pulsó un interruptor que provocó que los vidrios de la habitación se oscurecieran. Después se puso en pie y abandonó el dormitorio. James escuchó la puerta cerrarse y unos pasos amortiguados bajando las escaleras. Cuando se hubieron apagado del todo, giró la cabeza sobre el almohadón y estiró la mano para atraer hacia sí el iPad que descansaba en la mesilla. Lo encendió y la luminosidad de la pantalla cubrió tenuemente la habitación. Venciendo el cansancio, buscó entre sus contactos a Ernesto del Cabo, un conservador español que trabajaba en el Archivo General de Indias en Sevilla, y al que había conocido algunos años antes en una expedición arqueológica frente a las costas de Trafalgar, en Cádiz.

Luego le escribió un *email*.

De: jamesallen@gmail.uk.com
A: e.delcabo@archivodeindias.org
25/04/2017
18.02
Asunto: INFORMACIÓN PECIO

Estimado Ernesto:

¿Qué tal van las cosas por el Archivo? Imagino que, como siempre, hasta arriba de papeles. Te escribo porque me gustaría pedirte un favor. Me he topado con una historia y no sé muy bien cómo encaja en ella un galeón naufragado frente a las costas de una isla griega llamada Gavdos, al sur de Creta. Realmente solo he encontrado una parte, desde el palo mayor hasta el codaste; sin embargo, detalles en su arquitectura me hacen pensar que se trata de un navío español de mediados del siglo XVI. Asimismo, hallé una cartela con un nombre: Nuestra Señora de Guía, y varias muestras de plata sin manipular.

Cualquier información que puedas aportarme será bienvenida. ¡Ah!, por cierto, confía en mí y cuídate de compartir esto con nadie. Ni siquiera con colegas.

Un abrazo, y recuerdos para Ana María y los niños.

James devolvió la tableta a su sitio y, con un suspiro, volvió a descansar la cabeza sobre el almohadón, con la mirada puesta en el techo. El cansancio por una dura jornada y todos los hechos de los que había sido protagonista en las últimas horas le impedían pegar ojo, aunque era consciente de que debía descansar; así pues, cerró los ojos y se esforzó en borrar su mente.

IV

Cuando sonó el teléfono, Elektra casi había terminado de recoger su escritorio. Sin mirar, agarró el receptor y se lo llevó a la oreja.

—¿Diga?

—Elektra —dijo alguien—, ha habido otro ataque.

La mujer despegó la espalda de la silla y echó el cuerpo hacia adelante, reclinándose sobre la mesa.

—¿Quién? —preguntó angustiada.

—Fedora. Casia la encontró en el bosque.

Elektra dirigió la vista a la ventana mientras se enrollaba el cable negro en torno a un dedo.

—Fedora, no —gimió, con los ojos húmedos.

—No te demores en tu respuesta.

Antes de que pudiera replicar, la alcaldesa escuchó un chasquido en la línea. Con parsimonia, desenrolló el cordón y lo devolvió a su sitio envuelta en una certeza descorazonadora. Tomó aire para calmarse y abrió un cajón de su escritorio. Con lágrimas en los ojos, extrajo un montón de expedientes y los dejó caer pesadamente sobre la mesa. Casi sin parpadear, se puso de pie, agarró los documentos y se marchó del despacho. Después de esa llamada, había envejecido cinco años.

****

22

Sevilla, España

El Archivo General de Indias se ubicaba en un antiguo palacio renacentista del siglo XVII bellamente encajonado entre la Catedral de Sevilla y las murallas del Alcázar. De planta cuadrada y patio central, los planos los proyectó Juan de Herrera y la construcción se llevó a cabo en 1572, durante el reinado de Felipe II, inicialmente para acoger la Lonja de Mercaderes de la ciudad. Carlos III cambió su destino en 1785, creándose un espacio oficial para almacenar todos los documentos relativos a la colonización española en América y Filipinas. En la actualidad, sus archivos guardan catalogados más de cuarenta mil documentos y siete mil mapas, y atesoran toda la información existente acerca de la administración colonial, incluidos los viajes de las flotas de Indias que, entre los siglos XVI y XVIII, trasladaron las riquezas desde el Nuevo Mundo a España, cubriendo la ruta desde Veracruz a Sevilla.

Para Ernesto del Cabo, licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla, resultaba todo un desafío trabajar de conservador en un edificio así. Ese día, a las ocho y media en punto de la mañana, salió de su casa en la trianera plaza del Altozano y cubrió a pie el mismo trayecto de todos los días: cruzó el puente de Triana, enfiló las calles Adriano, García de Vinuesa y Alemanes y pasó por la puerta de la Catedral. Exactamente veinte minutos más tarde, entró por la puerta y tomó el ascensor del vestíbulo principal. Tres plantas más arriba, accedió a un hermoso corredor con baldosas ajedrezadas en negro y blanco, paredes artesonadas en piedra pulida, y una hilada de grandes vidrieras emplomadas, a través de las cuales el sol primaveral proyectaba haces de colores.

Le encantaba el edificio. Tanto que, para llegar a su despacho, solía dar un rodeo disfrutando de las galerías abovedadas y las lustrosas

escalinatas de mármol rosáceo. Como siempre, tras dejar atrás la zona de acceso público, se adentró en el área de investigación; más austera, pero no carente de encanto. Después de caminar por estrechos pasillos de madera, dio con la puerta de su oficina. Se podía sentir agradecido de disponer de una pequeña ventana a la calle de Fray Ceferino, dado que el resto de los despachos eran interiores y estaban iluminados exclusivamente por los fríos haces de luz artificial que despedían unos deprimentes tubos fluorescentes. «Cuánto esfuerzo dedicaron en su construcción los hombres del siglo XVI y con qué poco mimo lo cuidan los hombres del siglo XXI», solía decirse Ernesto. Una vez dentro, rodeó la mesa sobrecargada de trabajo y acomodó su cuerpo delgado en un viejo sillón, en el cual cada vez resultaba más difícil encontrar la posición. Después conectó el ordenador, introdujo la contraseña y aguardó pacientemente hasta que Windows decidiera que era hora de comenzar a trabajar.

Muchas horas más tarde, Ernesto dirigió la vista al frío reloj de oficina que colgaba de la pared y vio que ya pasaban unos minutos de la siete. Hacía más de una hora que el edificio estaría vacío, pero cuando se enfrascaba en un asunto perdía la noción del tiempo. Antes de apagar el ordenador y dar por finalizada la jornada de trabajo, repasó con la mirada la bandeja de entrada del correo electrónico. Sus ojos se detuvieron en uno que había entrado a las 17:02 y que procedía de James Allen. El asunto decía: «Información pecio». Alzó una ceja interesado y, por un breve instante, estuvo tentado de dejarlo para el día siguiente; sin embargo, conocía a Allen y sabía que nada que viniera de él podía ser banal. Finalmente, movido por la curiosidad, lo abrió y lo leyó rápido. Presa de un creciente interés volvió a releerlo dos veces más mientras unas arrugas se formaban en su frente.

El *Nuestra Señora de Guía* no le sonaba de nada, pero dentro de cuanto cabía eso resultaba normal, lo que no lo era tanto era ver un galeón español del siglo XVI en el Mediterráneo oriental. Esos pesados barcos, por su calado y resistencia a los embates del océano, se usaban generalmente para el transporte a través del Atlántico; pero en cambio, en esa época, la navegación por el Mediterráneo aún era de cabotaje, sin perder de vista la costa, y para eso las mejores embarcaciones eran las galeras, más ligeras y maniobrables; o incluso otras embarcaciones a vela más pequeñas, pero ¿un galeón? Inconscientemente, Ernesto se respondió para sus adentros negando con la cabeza.

Desde el primer momento, Del Cabo se interesó vivamente por esa historia y con un movimiento de puro automatismo, descolgó el teléfono y avisó a su familia de que no lo esperasen para cenar. Haciendo caso omiso a las protestas de su mujer interrumpió la

comunicación, se preparó una cafetera bien cargada y se dedicó a resolver aquel enigma tan interesante.

Un rato después se encontraba tan absorto en sus cavilaciones que no se percató de que el picaporte de la puerta de su despacho giraba lentamente en un movimiento casi furtivo. En cuanto la puerta chirrió movió la cabeza y se llevó un sobresalto.

Una silueta se había materializado en el umbral.

II

Isla de Gavdos, Grecia

Sosteniendo la taza de té en alto, Victoria alzó la barbilla cuando se apercibió de la oscuridad que la rodeaba; extrañada, dirigió la mirada al vasto horizonte y descubrió el origen en la negrura del cielo. El rumor de unos pasos cautelosos a su espalda la devolvieron a la realidad. Se giró sobre el asiento y vio a James bajando el último tramo de escaleras muy despacio, ayudándose del pasamanos; al apoyar la pierna derecha exhibía una ligera cojera.

—¿Adónde crees que vas? Deberías estar en la cama —le dijo en tono maternal.

James le respondió con una sonrisa despreocupada.

—Un par de ibuprofenos y un ligero dolor de cabeza; por lo demás, estoy listo para el siguiente combate. A propósito, nuestros invitados deben de estar a punto de llegar al puerto. ¿Nos vamos?

Victoria enarcó un poco las cejas y lo miró con curiosidad.

—¿Nos? Creí que habíamos quedado en que *yo* —enfatizó— bajaría a recogerlos.

James acercó una silla y tomó asiento junto a Victoria. Distraído, acercó una mano al plato de las galletas y se llevó una a la boca. Victoria fijó en él la vista durante unos segundos y se retiró un mechón que le caía por la cara.

—Alex no me perdonaría que no estuviera allí.

—¿Alex? Ya. Lo que te pasa es que eres incapaz de permanecer quieto.

En ese momento los cristales temblaron y James dedicó una mirada ausente por la ventana. El agua caía casi horizontal barriendo la superficie.

— ¡Qué barbaridad! Menudo temporal. ¿Es esto normal?

—Qué va. Nunca había visto algo así. Espero que los chicos no tengan contratiempos con la travesía.

James la miró juntando el entrecejo. No lo había pensado; sin embargo, desde allí arriba el estrépito del mar chocando con las

formaciones rocosas era perfectamente audible, pese a la altura y a que el viento aullaba descontrolado, agitando los árboles tanto que pareciese que fuera a arrancarlos de cuajo.

—Vámonos —dijo Allen—. Cuando pueda hablar con el práctico del puerto, me quedaré más tranquilo.

Victoria era consciente de que no valía la pena discutir con él, de modo que asintió, se levantó y marchó escaleras arriba. Unos minutos después, descendió enfundada en un jersey de lana crudo elaborado en las islas de Aran, unos vaqueros y unos botines amarillos. La lluvia arreciaba y, para no mojarse demasiado, corrieron hasta el vehículo.

****

23

Cuando Gertrudis, la sexagenaria limpiadora, devolvió la puerta a su sitio, el conservador relajó el gesto y regresó a sus cavilaciones. ¿Un galeón de la Flota de Indias? Se arrellanó en su asiento y cerró los ojos con fuerza procurando recordar qué sabía acerca de aquella ruta: Los Reyes Católicos fundaron en 1503 la Real Casa de Contratación de Indias para regular todo lo relativo al comercio de oro, plata y especias con el Nuevo Mundo. Su sede estuvo en Sevilla y alcanzó su máximo esplendor bajo el reinado de Carlos I. Debido al alto riesgo que suponía el traslado de las riquezas por el océano Atlántico —huracanes y piratas—, el 13 de junio de 1522 se dictó una Real Provisión para proteger las Flotas de Indias. Veinte años más tarde, se organizaron los envíos en dos flotas anuales que partían de Sevilla en marzo y septiembre e iban fuertemente protegidas…

—¡DISCULPE, profesor. Creí que no había nadie —dijo la mujer.

Repentinamente los ojos de Del Cabo se dilataron mucho, había recordado algo. Se incorporó de la silla y cruzó el despacho hasta una estantería de metal. Sus ojos recorrieron el lomo de los volúmenes hasta detenerse en uno titulado: *Guía de navíos españoles de los siglos XV al XVII*. Adelantó una mano y lo extrajo. Allí mismo, lo abrió por la letra ene y apareció ante él una lista interminable de nombres. Deslizando el dedo índice de arriba abajo sobre la página recorrió absorto todos los que figuraban:

(…)
Nuestra Señora de la Almudena
Nuestra Señora de Begoña
Nuestra Señora de la Concepción
(…)

Pasó a la siguiente… y a la siguiente, hasta llegar a la letra o.

Nada.

Resopló decepcionado.

«Habría sido demasiado fácil».

De un golpe seco cerró el libro, que expulsó una nube de polvo, y lo devolvió a su sitio. Se acordó entonces del profesor De la Rosa, experto en arquitectura naval, pero le vino a la mente una inquietante mención en el correo electrónico de Allen acerca de no consultar con otros colegas y optó por seguir su consejo.

Con otra idea rondándole por la cabeza, volvió a su sitio, desconectó el ordenador y salió al pasillo. En medio de la quietud y el silencio sus pasos veloces resonaron sobre el mármol como si de un

desfile militar se tratase. A ese ritmo, salvó la distancia que lo unía con la biblioteca en apenas unos minutos. La estancia era rectangular y gigantesca. Tres de las cuatro paredes se encontraban recubiertas de anaqueles con libros hasta el techo. En la otra, grandes vidrieras de colores abrían la estancia a la ciudad. Se dirigió a una mesa aislada y se sentó frente a un ordenador, que cobró vida en cuanto pulsó una tecla. Paseó el puntero por el monitor y lo situó sobre una carpeta amarilla llamada «Directorio». Durante un rato buceó interesado entre sus archivos mientras en una cuartilla de papel anotaba nombres y ubicaciones de libros. Con ellos bajo el brazo, tomó asiento a una mesa maciza que ocupaba el centro de la estancia y los apiló a su lado.

Ya eran casi las nueve de la noche cuando posó los ojos cansados en la cristalera y solo vio oscuridad mitigada por las tenues luces que se filtraban a través de las cortinas de otras ventanas. Tras dos horas de infructuoso trabajo, Ernesto estaba a punto de arrojar la toalla. Había repasado todos los libros y no había encontrado ninguna referencia a un galeón llamado *Nuestra Señora de Guía*. Quizá, después de todo, James estuviera errado…

Entonces le golpeó una revelación.

II

Isla de Gavdos, Grecia

Victoria ralentizó la marcha en cuanto penetraron en las instalaciones del puerto. Como el aparcamiento estaba vacío, estacionó el Land Rover de cualquier forma frente al edificio administrativo, que se movía peligrosamente zarandeado por las fuertes rachas de viento. Corrieron encorvados hasta la puerta y se precipitaron dentro para esquivar la lluvia torrencial.

Seis ojos se volvieron hacia ellos y percibieron la tensión en el ambiente.

—Ποιος είσαι εσύ? («¿Quiénes son ustedes?») —preguntó un hombre de pelo alborotado que un instante antes miraba, preocupado, una pantalla de plasma con un perfil de la costa y un punto rojo parpadeante.

—El ferri —se apresuró a contestar Victoria, en español—. Unos amigos nuestros viajan en él.

—Hace una hora lanzaron una señal de *mayday*. Esos barcos altos y de culo bajo están preparados para las calmadas aguas del Mediterráneo, no para soportar un oleaje de ocho metros.

—¿Quieren un café? —dijo un cuarentón sentado ante un aparato de comunicaciones. Las cejas alocadas que sobresalían por encima de

unas gruesas bifocales de pasta y la barba enmarañada le conferían el aspecto de un científico loco—. Sírvanse a su gusto, la tarde va a ser larga —añadió, señalando con la cabeza una cafetera de depósito y una mesa portátil.

James y Victoria agradecieron el ofrecimiento; sin embargo, rehusaron amablemente. La sala era pequeña y de una sencilla forma rectangular. Albergaba dos ventanas que daban al exterior y que, en ese instante, estaban parcialmente cubiertas con un manto de agua que se derramaba desde los canalones, igual que si alguien estuviera volcando cubos de agua. El continuo tableteo contra la uralita provocaba un ruido sordo similar al de una ametralladora disparando. Más allá de los cristales solo se veían un cielo negro que se iluminaba a ratos con un resplandor eléctrico muy vivo, y un mar furioso que se batía con insistencia espartana contra el dique exterior, como queriendo recuperar el espacio que un día la mano del hombre le arrebató. Las instalaciones eran sencillas y, según la opinión entendida de James, bastante anticuadas. Mirando lo que se abría ante sus ojos rezó para que el capitán del ferri fuera un hombre extraordinario.

—¡Todos atentos! —dijo el práctico elevando el tono de voz. Era el tercer hombre de la sala y hasta ese instante se había mantenido en silencio. Sus ojos se ocultaban tras unos prismáticos enfocados al exterior—. Ahí está el *Daskalogiannis*.

Un silencio sepulcral cargado de tensión se adueñó de la sala. Los otros dos operarios clavaron los ojos en sus pantallas, y James y Victoria se aproximaron a la ventana que no ocupaba el práctico. Sin necesidad de binoculares vieron la alta estructura blanca del transbordador a punto de esquivar el arrecife natural. En una hábil maniobra el barco viró a babor, cabeceó sobre una ola, escorándose peligrosamente, y embocó la entrada del puerto. Protegido por las barreras de hormigón la embarcación abordó el muelle sin más contratiempos y se detuvo. Dos operarios se abalanzaron sobre las maromas que les lanzaron desde la cubierta y aseguraron el barco en las bitas del puerto. Las máquinas del *Daskalogiannis* dejaron de rugir y una pasarela de metal se extendió hasta la plataforma de cemento.

James y Victoria salieron a la lluvia y se dirigieron a la carrera hasta el muelle. Con vivo interés, observaron el desalojo del barco hasta que vieron aparecer por ella a Alex con Miranda en brazos, a Patt, a Lee, a Collins, que llevaba al hombro un petate como el que usan los soldados y un maletín para ordenador portátil, y al pequeño Mark, que caminaba agarrado a las piernas de su madre.

El aguacero era intenso y no hubo tiempo para saludos. Arrastrando el equipaje de mano, se apresuraron hasta el Land Rover y, apiñados, se subieron en él.

III

Sevilla, España

Después de recorrer laberintos de cemento interminables y salvar escaleras angostas con olor a humedad, Del Cabo cruzó una pesada puerta metálica y accedió a una sala en penumbra llena de cámaras de seguridad, donde se almacenaban los legajos históricos. La temperatura bajó unos grados y se frotó las manos mientras soltaba aire sobre ellas. Tanteando las paredes conectó dos fluorescentes, que parpadearon un rato. Luego acomodó el cuerpo ante un ordenador que reposaba sobre una mesa.

Había enfocado mal el asunto desde el principio, dando por sentado que se trataba de una travesía oficial, pero ¿y si no era así? Buceó por los registros y dio con lo que buscaba. A continuación, deslizó una escalera de madera hasta enfrentarla con la estantería B-4 y escaló tres peldaños. Localizó con la mirada una caja y alargó la mano para extraerla. Satisfecho, volvió a su asiento, abrió los cierres y miró dentro. Al fondo, descubrió un grueso fajo de correspondencia en papel amarilleado y cubierto de grietas como venillas. Con las manos enguantadas, lo extrajo casi con veneración. Al desatar la cuerda que lo anudaba le llegó el olor a tinta vieja y aspiró hondo como si disfrutase del aroma de un buen habano. Se trataba de Reales Órdenes dictadas sobre el Consejo de Indias. Las examinó una a una, hasta que al fin dio con la que buscaba, escrita con caligrafía esmerada por el mismísimo secretario del Consejo de Guerra.

> Ilustre Señor,
> Su Magestad manda, quela nao Nuestra Señora de Guía, de 75 toneles, que salió furtivamente del puerto de Tumbes, por enero, con oro y plata, sea capturada y que, por algunas cosas graves fechas y cometidas por sus tripulantes en deservicio del Rey, queden presos en el momento y sean llevados ante la justicia.
> Dios guarde a V.m.
> En Madrid, 17 Marzo 1542.

****

Año 1540 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

I

Tras la muerte de don Pedro, el sargento Juan Bazán asumió el mando

A su primera orden fue que Diego Mansilla atendiera a los heridos españoles, que ni eran muchos ni de gravedad. Solamente algún que otro rasguño y una pierna dislocada provocada por una caída accidental. A los indios los examinó después; aquí, la cosa resultó distinta. Había una docena con feas laceraciones de arma blanca y un agujero de arcabuz en el abdomen.

El salmantino poco pudo hacer por ellos y fueron muriendo a lo largo de la noche. Dieron cristiana sepultura a los españoles, que finalmente resultaron ser cuatro: Pedro Álvarez de Maya, Diego Beltrán, Alonso de Ojeda y Diego Hernández. Los indios se negaron a que sus muertos fueran sepultados bajo tierra y el Vizcaíno permitió que se los llevaran a la selva. Qué fue de ellos, nunca lo supo.

Arracimaron a empellones a todos los indígenas vivos: cuatro hombres, veinticinco mujeres y ocho niños. El resto, estaba muerto o huyó a la selva. Bazán repasó sus semblantes. El de los hombres era una mezcla entre avergonzados y desafiantes. En los de las mujeres y los niños solo halló terror ante lo que les esperaba.

—Estos nos darán problemas —le dijo alguien desde atrás—. Quizá fuera mejor matarlos.

El sargento giró la cabeza y se encontró con el extremeño mirando a los cuatro guerreros. Volvió la vista al frente y meneó la cabeza, indeciso.

—Ya veremos, Trujillo.

Súbitamente, se produjo un alboroto en la aldea cuando un grupo de soldados agarraba de malas formas al chamán. El brujo gritaba y se agitaba.

—¡Mirad el pájaro que hemos encontrado! —Y soltaron una sonora risotada. Luego lo arrojaron a los pies del sargento.

El anciano se puso de pie con dignidad. Mientras lo hacía, sus ojos se detuvieron un momento en una estatuilla de arcilla arrumbada al lado de un montón de otras cosas. Era más bajo que su enemigo, de modo que se estiró todo lo que pudo y, aun así, tuvo que levantar la barbilla para quedar a la altura de sus ojos. Su mirada era altiva y orgullosa y sus ojos

refulgían de rabia contenida.

El Vizcaíno no pudo sostenerla y la desvió.

Entonces el chamán alzó los brazos, puso los ojos en blanco y de su boca fue saliendo una retahíla de palabras que a todos los presentes sonaron tenebrosas. Eran sonidos demasiado fuertes para proceder de un cuerpo tan frágil.

En ese preciso instante, un trueno reverberó y varios relámpagos alumbraron la noche, conformando una telaraña en medio del cielo negro.

Los españoles retrocedieron entonces y miraron arriba con ojos asustadizos. Sobre sus cabezas sonaban más truenos y destellaban más relámpagos. Las antorchas prendidas temblaron y algunas se apagaron.

Con una celeridad inusitada, que tomó a todos desprevenidos, el viejo extendió la mano y asió por el mango un cuchillo que el español llevaba al cinto; antes que nadie hiciera nada se encaró la hoja de acero y se la clavó en el corazón. Un relámpago mantuvo iluminada la aldea un segundo. Antes de desplomarse, el chamán se encontró mirando la estatuilla zoomorfa que pareció sonreírle desafiante. En un abrir y cerrar de ojos, tornaron la oscuridad y el silenció. Las tinieblas se instalaron en aquella planicie en medio de la selva.

—Quillo, eso ha sido una maldición en toda regla, como que yo soy de Triana —soltó un andaluz, besándose el pulgar de la mano derecha.

—Sssssh —siseó otro—. No mientes al demonio, que ya somos demasiados aquí.

Los días posteriores los pasaron en el poblado ocupados en recuperar las fuerzas gastadas en el combate. El fraile comenzó a evangelizar en la fe católica a aquellas gentes, y no le faltaba trabajo. De los indígenas huidos nunca más se supo y los cautivos pronto empezaron a sentirse cómodos entre los españoles, que, poco a poco, fueron dándoles más cuartelillo. Al cabo, andaban con total libertad por el pueblo y comenzaron a estrechar lazos con los invasores. Los días pasaron deprisa y se convirtieron en semanas, y estas en meses. Un año después, los soldados se habían acomodado, se habían desposado con mujeres indígenas y habían comenzado a nacer los primeros niños mestizos. Ya nadie recordaba que un día fueron soldados de España.

Nunca más se volvieron a hacer sacrificios humanos.

****

24

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

El mal tiempo acompañaba la melancolía que recorría la isla.

En el horizonte refulgían relámpagos y retumbaban truenos, mientras los fuertes vientos descuajaban los árboles. El intenso aguacero cubrió los caminos y las alcantarillas se desbordaron, anegando todo cuanto encontraron a su paso. El mar que rodeaba la isla se enfureció.

Si había un día del Juicio Final, sin duda que sería aquel sábado.

Victoria se despertó más temprano de lo habitual con el temblor de los cristales. Cambió de posición y echó una ojeada al reloj digital de la mesilla: Las 04:17; luego se movió bajo las sábanas hasta acurrucarse contra el cuerpo de James. Media hora después, unos pasos amortiguados por el pasillo, seguidos de unos murmullos quejumbrosos, volvieron a despertarla. Su mirada recaló de nuevo en el reloj. En esta ocasión descubrió que la pantalla estaba apagada. Se había ido la corriente eléctrica. Victoria abandonó el confort de la cama tratando de no despertar a James, se enfundó su bata de raso y furtivamente salió de la habitación, topándose en el pasillo con un Alex dubitativo.

—¿Sucede algo? —le susurró.

—Los niños están asustados con la tormenta —dijo en voz baja—. Estaba intentando encontrar la cocina para llevarles un vaso de agua, pero está claro que me he perdido. Lamento haberte despertado.

—No te preocupes, con este tiempo no podía dormir. No recuerdo nada ni remotamente parecido. Anoche escuché en un noticiario que dos palangreros procedentes de Ierapetra naufragaron y sus trece marineros habían sido dados por desaparecidos. La Guardia Costera se ve imposibilitada para iniciar labores de rescate, así que las autoridades han ordenado cerrar todos los puertos.

—Adiós a mi surf —dijo Scott con un suspiro.

Victoria dio un paso hasta una consola arrimada contra la pared y del cajón superior sacó una vela, que colocó sobre un candelero de latón; a renglón seguido, acercó la llama de un mechero a su pabilo. Con la trémula iluminación volvió de nuevo junto a Alex.

—Toma la vela. Encontrarás la cocina abajo. Segunda puerta a tu izquierda.

Alex agarró el candelero por el asa y desapareció escaleras abajo.

Victoria volvió a la habitación, colgó la bata en el perchero y se

arrebujó de nuevo bajo las sábanas. Aproximadamente diez minutos más tarde, se filtró por debajo de la puerta de su dormitorio la temblorosa luz naranja que proyectaba la vela. Aún permaneció un rato despierta, escuchando el tamborileo reconfortante de la lluvia. Algo después, sucumbió al sueño y se durmió.

II

La mansión de Demis Samara estaba ubicada en el punto más al noroeste de la isla. Junto con la Casa de Cristal eran las dos propiedades inmobiliarias más impresionantes de Gavdos. Pero, si bien la de los Meier resultaba elegante y sofisticada, la del empresario griego era el fiel reflejo de su personalidad: ostentosa y aburrida. De estilo neoclásico, exhibía un pórtico en la entrada con columnas de mármol, dos plantas con frontones encima de las ventanas y un vasto jardín de césped y árboles que lindaba con los acantilados y en cuyo centro se hundía una piscina perfectamente rectangular. Un helicóptero Airbus H120 negro reposaba anclado sobre una plataforma de hormigón.

A pesar de su tamaño, en la casa únicamente vivían dos personas: el propietario y su fiel guardaespaldas, un hombre de origen chino llamado Chang Zhāng que le servía con devoción desde hacía más de veinte años cuando pagó una suma ingente de dinero para rescatarlo de una organización mafiosa resuelta a traficar con él.

Samara se encontraba sentado en el sillón de piel del lujoso estudio, decorado con varias obras de arte moderno, dos exuberantes alfombras persas de colores apagados y una chimenea. Tras una lustrosa mesa de caoba, perfectamente ordenada, sus facciones expresaban un aire preocupado. Con las dos manos juntadas sobre el estómago y tabaleando un dedo, desvió la vista al teléfono y luego al reloj de sobremesa: Las 07:27.

Un leve brillo se dibujó en su frente. Sin inmutarse, alzó el índice y apartó la incipiente gota de sudor. Una lámpara dorada encendida proyectaba un círculo de luz amarilla remarcando una cuartilla doblada por la mitad. Demis se hizo con ella, la alisó sobre la mesa y volvió a leer su contenido:

> Sé lo que busca. Si no quiere que vaya a la policía *m*e entregará 100.000 € en *m*etálico. Tiene hasta *m*añana por la tarde o será de*m*asiado tarde.

Sin mover la cabeza, posó de nuevo los ojos en el reloj: las 07:28. Soltó un suspiro.

Alguien de la isla le hacía chantaje, pero estaba cerrando el círculo

y se hallaba muy cerca de encontrar a su responsable. Las notas habían sido escritas con una vieja máquina de escribir y la letra eme se le iba. Volvió a doblar la hoja en dos y la depositó en un cajón, junto a otras siete notas similares que había recibido en el último mes. Ahora no podía ocuparse de esas nimiedades. Todo a su debido tiempo.

Se incorporó en el sillón y orientó la mirada al reloj. El último dígito cambió: las 07:29.

Solamente había transcurrido un minuto. Sesenta segundos.

Cansado de esperar sentado, se puso en pie apoyándose en los brazos del sillón y deambuló por el despacho con ambas manos en la espalda. Cuando pasó junto al hogar encendido, se detuvo, agarró el atizador de hierro y removió los troncos carbonizados. Sonó un ligero chisporroteo y las llamas se avivaron por un breve instante para volver enseguida a su languidez…

Pese a que esperaba esa llamada, el sonido del teléfono lo sobresaltó. Volvió la vista hacia su escritorio y al reloj que reposaba encima de él: las 07:30.

«Puntual como siempre».

Rodeó el escritorio y volvió a su asiento, desabotonándose la americana. Número oculto. Dejó que sonaran dos timbrazos más antes de descolgar y llevarse el auricular lentamente a la oreja. De modo instintivo se pasó la lengua por los labios resecos.

—Diga —dijo lacónicamente.

—¿Señor Samara? —contestó una mujer con voz átona.

A su interlocutor le gustaba humillarlo, obligándole a hablar con su secretaria.

—Sí.

—Un momentito, por favor, no se retire.

Con el auricular en la oreja, esperó con paciencia mientras sonaba una melodía instrumental que conocía bien: *El lago de los cisnes* de Tchaikovsky. Su interlocutor era un tipo soez y vulgar. Jamás debió de hacer tratos con una persona así, aunque ya no tenía solución. Ahora únicamente podía hacer una cosa, y era devolverle el dinero. Cuando comenzaba a hartarse de la espera, un chasquido en la línea puso fin a la música.

—Hola, Demis —dijo una voz melosa y suave que arrastraba las palabras. Su inglés mostraba un pronunciado acento de algún país del Este, pero Samara no era capaz de identificar el origen exacto: ¿ruso, croata, serbio…? Todos le sonaban igual.

El griego se limitó a respirar hondo para dar a entender a su interlocutor que estaba escuchando.

—Demis, Demis, siempre tan aburrido —continuó la misma voz con ese tono habitual de seguridad de quien sabe que maneja la situación.

Samara no se dejó intimidar.

—¿Qué quiere?

Su interlocutor se echó a reír y se acalló al instante, poniéndose serio.

—¡No me preguntes qué cojones quiero!

A Demis se le incendió el rostro, resopló fuerte y aguardó.

—Aún quedan cuarenta y ocho horas —respondió al fin. Luego se quedaron callados hasta que el silencio resultó opresivo.

—¿Sabes, Demis? —El tono de voz sonó con un deje de condescendencia, recuperando el ritmo pausado de antes—, solo quiero saber si estarás en disposición de cumplir con tus compromisos.

—¿Adónde he de llevar el dinero?

La voz de hombre al otro extremo del hilo dejó escapar una sonora carcajada.

—Eso está mejor, querido amigo. Toma nota de cuanto te voy a decir porque no pienso repetirlo. —Durante un minuto le dictó unas señas en Estambul—. Recuerda: el lunes a las siete… Y procura ser puntual.

Samara dejó la estilográfica sobre la mesa y cerró el cuaderno de pastas de cuero.

—Habrá visto en las noticias que una fuerte tormenta está azotando esta parte del Mediterráneo. Quizá me demore un poco.

—Más te vale no hacerlo, querido, o conocerás a un socio mío que no es tan paciente como yo. Tic… tac, tic… tac…

Al otro lado de la línea se oyó un chasquido y luego un pitido continuo. Demis devolvió el receptor a la base con un golpe seco. La llamada lo había alterado. Pasó un momento con los ojos cerrados y recuperó su equilibrio habitual. Absorto, alzó la vista, que fijó en un punto más allá de la vidriera. La ventisca parecía ir en aumento. Eso dificultaría sus planes, pero tenía que acelerarlos y sabía cómo hacerlo. Volvió a descolgar el teléfono y descubrió que la línea estaba muerta. Soltó una maldición con furia contenida y devolvió el aparato a su sitio.

Todo parecía volverse en su contra.

Un rayo había alcanzado la antena para comunicaciones emplazada junto al faro y todas las señales de teléfono, radio y televisión de la isla se cayeron. A las siete y cuarenta minutos, Gavdos, simplemente, había dejado de existir para el resto del mundo. A partir de ese instante, nada ni nadie podría entrar ni salir de la isla. Todos los isleños quedaron confinados a su destino.

El de la mayoría sobrevivir, el de algunos morir.

****

25

Victoria abrió los ojos y orientó la mirada de nuevo al reloj, que en esta ocasión parpadeaba con cuatro rayas horizontales. Luego encendió la lámpara con tulipa que había junto al cabecero y se volvió hacia James, al que despertó susurrándole al oído. En el exterior, persistían los nubarrones oscuros como sombras, el viento y la lluvia.

—Alguien ha debido activar el generador de emergencia de la isla —conjeturó, devolviendo la hora correcta al reloj.

—Y no hay cobertura —añadió James, con el teléfono móvil en la mano.

—Qué raro, espera… —Victoria se levantó y se acercó a una radio que descansaba en una balda con forma curva. La conectó y recorrió con el dial todas las emisoras. Únicamente encontró el chisporroteo de los parásitos—. Tampoco hay radio —concluyó decepcionada. Después se dirigió a la mesilla de noche, descolgó el auricular del teléfono fijo y se lo llevó al oído. Pulsó varias veces el interruptor y lo devolvió al gancho; finalmente, se sentó en el borde de la cama—. Ni teléfono ni radio. Estamos aislados.

James atenuó la luz hasta crear un ambiente seductor. Luego gateó sobre el colchón y hundió la cara en el pelo de Victoria, besándola en la nuca.

—Bueno, se me ocurren un par de cosas que podemos hacer.

Una hora después, se unieron a Collins y a Patricia en el comedor. El analista de sistemas terminaba de extender una capa de mermelada de melocotón sobre la mantequilla de su tostada. Después de intercambiar saludos efusivos, los recién llegados tomaron asiento alrededor de la mesa cuadrada.

—Esta casa es una verdadera pasada —dijo alegremente Collins con la boca llena—, aunque la tele no funciona —añadió, mirando una pantalla de plasma que colgaba de la pared.

—Tampoco hay radio ni teléfono —anunció Victoria.

—Ni Internet —añadió Collins mirando su MacBook portátil cerrado sobre la mesa.

En ese instante, se abrió la puerta y apareció la familia Scott al completo. Los primeros en entrar fueron los niños, Mark y Miranda. Lo hicieron a la carrera, como un torbellino, ganándose la reprimenda de su madre. Tras dar los oportunos «buenos días», Alex y Lee retiraron dos sillas y se sumaron a los demás. Los pequeños se inclinaron sobre la mesa, miraron con descaro todos los platos y finalmente se

decidieron por los *donuts*. Agarraron uno cada uno y se alejaron hasta la ventana, pegaron la nariz contra el cristal y apoyaron las palmas de las manos, mirando alucinados los efectos devastadores de la tormenta.

«Estos críos serán un auténtico desafío para los encargados de mantener los cristales tan perfectamente limpios», se le ocurrió a James riendo por lo bajo.

Las ráfagas de agua empujadas por la ventisca azotaban con fuerza la cristalera. El suelo de la terraza exterior se encontraba cubierto de pétalos arrancados de las flores, que se movían haciendo remolinos.

—Menudo tiempecito —intervino Lee, sirviéndose zumo de naranja.

—Yo me he traído el bañador —dijo Alex tomando un cruasán, que se llevó a la boca—, espero que el tiempo mejore antes de irnos.

James movió la cabeza de un lado a otro.

—Me temo que esto no tiene buena pinta.

Anne Marie apareció en la habitación, retiró la jarra vacía de zumo de naranja y la sustituyó por otra llena.

—¿Qué ocurrió ayer durante la travesía? —preguntó James, cambiando de tema.

Patricia dejó escapar un débil suspiro.

—Fue una auténtica pesadilla. No lo había pasado tan mal en mi vida. Os juro que hubo un instante en que pensé que nos íbamos a pique.

El rostro de la anfitriona se ensombreció.

—Siento mucho haberos metido en este lío. Nada está saliendo como habíamos planeado —dijo con una sentida tristeza, mientras observaba las espaldas de los dos niños que jugaban a contar en voz alta el tiempo que transcurría entre los relámpagos y los truenos. Recordó que su padre le enseñó que, si el tiempo se iba acortando, la tormenta se acercaba.

—Nadie podía saber esto, cielo —trató de animarla James.

—Quizá, pero me siento culpable.

James se puso serio y aprovechando que todo el mundo se hallaba reunido en el comedor planteó una cuestión que le rondaba por la cabeza.

—Hablando de otra cosa —dijo con gravedad—, me gustaría que tratáramos un asunto de suma importancia. Pero —giró la vista hacia los niños— será una conversación de dos rombos.

—¿Dos rombos? —inquirió Collins, intrigado.

—Hasta los años ochenta, las cadenas públicas catalogaban el contenido que exhibían con uno o dos rombos según fuera o no apto… Déjalo, no lo entenderías —dijo James haciendo un ademán con la mano—. Esto pertenece a la Era analógica.

—Me los llevaré al dormitorio —dijo Lee, que se levantó y recogió a los niños, que protestaron mientras salían de la habitación entre más gritos y carreras.

Durante un prolongado tiempo, únicamente el alboroto de la tormenta alteró el silencio que reinaba alrededor de la mesa. El hecho de la existencia de tanta cristalera acrecentaba una inquietante sensación de fragilidad. Todos miraban a James esperando que dijera algo.

—Tenemos un problema —dijo al fin.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Patricia.

—Creo que en esta isla se esconde un secreto. Hay varias piezas sobre la mesa, pero aún no sé cómo encajan entre ellas.

—¿Otro cubo de Rubik, como en Escocia? —apuntó Patt—. Qué divertido.

James la miró a los ojos muy serio.

—Me da que este tampoco tendrá nada de divertido.

—A ver, James, cuéntanos qué sucede y entre todos le buscaremos la lógica —dijo Alex, uniéndose a la conversación.

James asintió lentamente.

—Veréis, han intentado asesinarme.

—¡¿Cóóómo?! —saltaron a una Alex y Patricia. Collins no dijo nada; sin embargo, abrió mucho los ojos.

—Todo ocurrió ayer mientras buceaba. Veréis, hace un par de días me topé por casualidad con esto. —Se palmeó el bolsillo del pantalón y extrajo el fragmento de plata que dejó caer sobre la mesa.

El primero en hablar fue Collins.

—¿Qué es?

—Parece algún tipo de aleación —apuntó Alex.

—Es plata —aseguró James, cortando las especulaciones—. Obviamente, no la encontré así; se hallaba cubierta de una gruesa capa de costra. Me desconcertó su estado. En mis expediciones he visto cientos de piezas de plata: vajillas, monedas, candelabros… incluso lingotes, pero jamás había encontrado una pieza tal y como se extrae del yacimiento. Eso me llamó poderosamente la atención y despertó mi interés. Lo primero que pensé fue que procedería de algún naufragio. De modo que alquilé un barco y rastreé la zona.

—¿Y? —preguntó Patt interesada.

Sin contestar, James se dirigió a un aparador, revolvió en un cajón y volvió con un mapa en la mano. Tras hacer sitio en la mesa desplegó una copia arrugada de la carta náutica que llevaba a bordo del *Picnic*. En cada esquina colocó un peso para que no se doblase. Mientras todos se inclinaban sobre la mesa, con un bolígrafo dibujó un círculo frente a la cala de Sarakiniko.

—Aquí, a unos veinte metros de profundidad, entre los restos de un

galeón español, descubrí un arcón en la bodega.

En ese punto de la historia, todos escuchaban atentamente sin ni siquiera pestañear.

—¿Qué había en el arcón? —preguntó Patt intrigada.

James apoyó los puños sobre la mesa y se inclinó hacia ellos.

—Cráneos humanos. Y a todos les faltaba la parte frontal y parietal. —Se levantó de su silla y comenzó a caminar sobre las baldosas mientras les ponía al día de todo lo que sabía. A medida que avanzaba el relato, la expresión de sus oyentes mudó de atónita a escéptica.

—¿Lo has denunciado a la policía? —preguntó Patricia cuando acabó.

—No —repuso él con rotundidad—. Por lo visto, solo hay un agente en la isla y no creo que mueva un dedo. Siendo francos, ni vosotros mismos os terminái de creer esta historia.

Algo avergonzada, Patricia se limitó a bajar la mirada.

—Como conclusión —intervino Alex—, tenemos algunos hechos que podemos dar por ciertos: el barco hundido, tu intento de asesinato, el robo en casa de Victoria y la existencia de un impostor que suplantó la personalidad de un profesor en Sudamérica. El resto de los elementos para completar la cadena de acontecimientos son teorías, más o menos plausibles, que hablan de galeones españoles, personajes misteriosos que te salvan la vida, tesoros, brujos y maldiciones milenarias. —Alex dejó escapar un suspiro y puso los ojos en blanco mientras sacudía la cabeza mostrándose escéptico—. ¿Hay algún sitio decente para tomar una pinta por aquí? Veo que se está despejando.

Todos miraron hacia los cristales y, efectivamente, repararon en que había dejado de llover, incluso se atisbaban algunos débiles rayos de sol que al atravesar las gotas de agua habían formado un pálido arco iris; sin embargo, al fondo, el horizonte seguía negro como el carbón.

—Estamos en medio de lo que los meteorólogos conocen como el ojo de la tormenta —explicó Collins pedagógicamente—. Eso significa que tendremos un rato de tregua.

—¿Cómo de larga será la tregua? —preguntó Victoria, que había permanecido en silencio para no condicionar la opinión de sus amigos; si bien, en el fondo, al igual que ellos, pensaba que James estaba yendo demasiado lejos con aquella historia.

Collins se había encogido de hombros.

James se volvió hacia el analista de sistemas y no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Es que sabes de todo?

—No sé, tú sabes de enigmas y barcos hundidos, y yo de estas cosas.

****

26

Isla de Gavdos, Grecia

La alcaldesa se levantó enfurruñada. Pero nada tenía que ver con lo de Fedora. Esa mañana la enterraban en el cementerio de la isla, si el tiempo lo permitía. No pensaba acudir al sepelio. Eso estaba claro. No soportaba las miradas que sus vecinos le lanzaban en esos momentos. ¡Como si ella tuviera la culpa de algo! Su desasosiego se debía más bien a lo otro. Sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros y era consciente de que no podía pasar de ese día sin facilitar otro nombre. Nunca había entendido el exagerado interés del maestro por este asunto; sin embargo, después de lo sucedido con la pobre Cybill, ninguno de los hermanos se atrevería a contradecir una orden que proviniese de él. Encima estaba ese tiempo tan molesto para sus articulaciones. Lo único que la animó esa mañana fue saber que las líneas de teléfono se habían caído en toda la isla; así al menos se libraría por unas horas de la presión que él ejercía sobre ella. Elektra aprovechó que había escampado para salir a hacer unos recados. Llevaba todo un día metida en casa y no hubiera soportado permanecer encerrada ni una hora más.

Perdida en esos pensamientos los pasos la guiaron, casi sin percatarse, hasta la entrada de la tienda de ultramarinos; uno de esos comercios muy típicos de los sitios pequeños en donde puedes encontrar todo cuanto necesitas, desde quincallería hasta productos de alimentación. El local se situaba en el rincón más coqueto de Kastri. Las macetas coloridas de petunias que habitualmente adornaban la fachada exhibían, después del chaparrón, un aspecto patético. En un pequeño rótulo negro, colgado sobre un escaparate colmado de trastos a la venta, podía leerse el nombre de la propietaria.

Elektra empujó el pomo y la puerta se abrió hacia dentro, produciendo un ligero tintineo de campanillas. En el interior, penumbroso y pequeño, se encontró con Adrianne de pie tras un

mostrador de granito, afanándose en devolver el brillo a un candelabro dorado que frotaba con fuerza. Alertada por el sonido del avisador, la propietaria alzó la vista y, sin dejar de restregar, sonrió al reconocer a su clienta a través de unas anticuadas gafas de visión.

—Buenos días, Elektra. Me alegro de verte —dijo, sonrojada por el esfuerzo.

Apoyándose en el bastón, la alcaldesa salvó los dos escalones de piedra y anduvo hasta el mostrador.

—Lo de buenos será por decir algo —contestó con tono impertinente.

Aun así, la dependienta detuvo sus quehaceres y mostró su rostro más amable.

—Tienes razón, qué tiempecito. No recuerdo otra tormenta igual. ¿En qué puedo ayudarte?

—Mira, querida, buscaba un producto de esos para limpiar la plata. Me da la sensación de que pasaré el fin de semana en casa y quiero aprovechar para repasar todas las piezas. Ya sabes, con el tiempo adquieren ese tono negro tan feo…

—Justo esta semana recibí uno que dicen es muy bueno, lo tengo en la trastienda. Voy a buscarlo y vuelvo enseguida.

Adrianne le dio la espalda y desapareció tras una cortina de tiras de plástico antimoscas. Pasó un minuto, y luego otro, y otro más. Elektra comenzó a aburrirse y dejó vagar su mirada por el establecimiento. Las paredes se hallaban repletas de estantes y sobre ellos había dispuestos cientos de productos de manera pulcra y ordenada. Todo perfectamente identificado y etiquetado a mano con su precio correspondiente. Había estado en la tienda un millón de veces, pero nunca se había fijado en ese bonito anaquel esquinero con frascos de boticario *vintage* y rótulos de *poison*, *belladonna*, *wolfsbane*… Por encima del olor que desprendían los artículos expuestos percibió un ligero y dulzón perfume de lavanda que procedía de unas cestas con flores secas de tono violáceo…

«Mark, eso no se hace, así no juego. ¡Mamáááá!».

Elektra se acercó al escaparate y, a través de su cristal, observó un grupo de turistas paseando calle abajo. Reconoció a la mujer rubia como la dueña de la Casa de Cristal, el hombre insulso que caminaba a su lado debía de ser su prometido. James Allen le parecía que se llamaba. El padre Giannoulatos le había dicho que, por lo visto, pretendían casarse mañana. Si era así, no podían haber escogido una fecha peor, aunque, después de todo, nadie podía haber previsto la gravedad de la tormenta.

Elektra contó otros cuatro adultos: dos hombres —uno alto y pelirrojo y otro con aspecto desaliñado— y dos mujeres, una asiática y la otra alta y con un larguísimo pelo rubio recogido en una cola.

Asimismo, había dos niños.

Debían de ser amigos del novio, de la novia o de ambos y sospechó que habían venido con motivo del enlace nupcial. Devolvió la mirada a la cortina de tiras que todavía se movía ligeramente y alargó el brazo para consultar el reloj.

«Pero… ¿cuánto tiempo lleva esta mujer en la trastienda?».

Tuvo una idea.

Alzó la cabeza, volvió a lanzar la vista a la calle y la posó otra vez en la familia feliz. Los adultos estaban detenidos contemplando con entusiasmo una pared repleta de macetas colgantes. Mientras tanto, los niños saltaban sobre los charcos que había dejado la lluvia.

—Aquí tienes, Elektra —dijo Adrianne a su espalda.

La alcaldesa se giró con la mente en otro sitio y sobre el mostrador encontró un bote negro de la marca Hagerty. Se lo acercó mucho y trató de leer la pequeña etiqueta entrecerrando los ojos. Al estar escritas en inglés, no entendió más que la palabra «*silver*».

—¿Quieres que te lo envuelva?

Elektra desechó la idea con un ademán.

—Así está bien, tengo un poco de prisa. ¿Qué te debo?

—Tres euros. ¿No vas al funeral de Fedora? Yo voy a cerrar enseguida; si no, llegaré tarde.

Elektra contestó con un murmullo y, tras dejar caer sobre el mostrador tres monedas con un ligero tintineo, se guardó el bote y el monedero en su bolso negro de piel y, mostrando una sonrisa agria, se marchó a toda prisa. Nada más salir, buscó con la mirada a los forasteros y los encontró más abajo, a punto de perderse por una bocacalle.

Sus ojos marrones permanecieron embelesados en la niña.

Calculó que tendría unos siete u ocho años, nueve quizá. Era pelirroja con unos exóticos ojos almendrados. Reconoció al instante a sus padres: el larguirucho pelirrojo, que parecía el estereotipo de escocés, y la oriental, que, por la elegancia que exhibía, hubiera jurado que era japonesa.

—Hola, Elektra —dijo Althea a su espalda, con un tono tan medido que no denotaba más que la simple cortesía.

La mujer giró sobre los talones, le devolvió el saludo con cierta frialdad y marchó apresurada calle arriba. La dueña de El Galeón la persiguió con la mirada durante unos segundos antes de volver la vista y encontrarse con la familia de turistas, entre los que reconoció al tipo de la cerveza. Entonces volvió a mirar la espalda de la alcaldesa hasta que se perdió tras un recodo, y su rostro se ensombreció.

Mientras recorrían el pueblo dando un tranquilo paseo por calles

adoquinadas, James se fijó en una mujer mayor que salía del mismo comercio donde él había comprado los productos químicos que usó para limpiar el trozo de plata. Era alta y desplegaba un porte elegante y no les quitaba el ojo de encima mientras se iba alejando ayudada de un bastón. En un momento dado, se cruzó con la dueña de la taberna y, tras saludarse fríamente, había salido escopetada calle arriba. Allen contempló la escena extrañado, pero lo achacó al carácter reservado de la gente en los sitios pequeños.

«En eso —sonrió con el pensamiento—*, no son tan diferente Gavdos y Lochcarron»*.

Se encogió de hombros y se apresuró hasta dar alcance al grupo. Paseando llegaron hasta la entrada de la ermita donde un grupo de personas, presididas por el clérigo, se congregaba en la parte trasera en torno a un féretro.

—Otro entierro —dijo James—, parece que es el deporte nacional de esta isla.

—El jardinero me ha dicho que es una mujer llamada Fedora —explicó Victoria, mirando al sepelio—. Parece que la encontraron muerta ayer en el camino, junto al pinar.

Continuaron andando hasta el coche y en él llegaron al puerto de Karave. En un momento dado, el cielo se cubrió de nuevo, cayó un chaparrón y volvió a despejarse. Cerraron los paraguas y Collins les advirtió de que la tregua llegaba a su fin, «Igual que el color ámbar de los semáforos», dijo textualmente. Recorrieron el puerto con la vista y les pareció carente de cualquier encanto, ratificando la impresión que se habían llevado la tarde anterior, cuando llegaron. El *Daskalogiannis* seguía amarrado y, por un instante, los aciagos recuerdos de lo vivido se agolparon en sus retinas. Después, se encaminaron hacia la taberna.

Subieron unos escalones flanqueados por macetones y empujaron la puerta pintada de color azul. El local estaba lleno de ruido y de humo. James guio al grupo a una mesa junto a una pared con ventana y tomaron asiento alrededor de la misma. Después fue a la barra.

—Buenos días, Althea —la saludó.

La mujer respondió intentando sonreír. Lo hizo forzadamente y la sonrisa se desvaneció al instante.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

James fijó en ella la vista tratando de descifrar sus pensamientos.

—Cuatro cervezas Fix Hellas, bien frías, una Coca-Cola *zero* y un Redbull.

Althea se dispuso a preparar las bebidas.

—¿Todo bien? —le preguntó James.

La mujer le devolvió una mirada cargada de inquietud. A renglón seguido, alzando la vista sobre los hombros de James, recorrió con disimulo el local; en un movimiento estudiado, inclinó la cabeza hasta

quedar todo lo cerca que pudo de él.

—¡Marchaos de la isla! ¡Y por el amor de Dios, llevaos a los niños de aquí!

****

27

Isla de Gavdos, Grecia

Después de salir de la tienda de ultramarinos, Elektra taconeó a toda prisa hasta su viejo automóvil, sacó las llaves y se sentó tras el volante. Media hora más tarde, comenzó a aminorar la velocidad hasta detenerse frente a una cancela con adornos arabescos. Girando la manivela, bajó la ventanilla y pulsó el interruptor que sobresalía de un poste. Al instante, sintió un ojo fisgando por una lente. Después, nada. Transcurrieron unos minutos más hasta que escuchó un sonido sordo y las hojas de la puerta empezaron a deslizarse chirriando. Con el acceso libre, recorrió una vereda bordeada por altos árboles y cubierta de charcos. Al final, rodeó una isleta con palmeras y detuvo el R19 plateado frente a un pórtico con escaleras y grandes columnas. Antes de bajarse espió los alrededores por las ventanillas. Había oído hablar de los perros de Samara y no albergaba el menor interés en conocerlos. Por lo visto, ellos tampoco a ella porque no vio ni rastro de los animales. En todo caso, se apeó apresuradamente y, sin molestarse en asegurar con llave el coche, anduvo hasta la puerta sin perder un segundo.

Aún no había terminado de subir los tres escalones cuando se abrió una de las dos pesadas hojas y apareció el sirviente chino de Demis, pálido cómo un vaso de leche y totalmente vestido de blanco. Sobrecogida por el terror psicológico que suponía la mera presencia de los perros, echó una última mirada atrás antes de perderse con alivio dentro de la mansión. El hombre la guio por un ancho pasillo de mármol hasta llegar a una puerta doble con cristal. Zhāng llamó discretamente con los nudillos. Cuando escuchó un murmullo desde el interior, el sirviente abrió la puerta hacia dentro, acompañándola con la mano. Anunció la visita, invitó a la mujer a pasar y se retiró con discreción.

La señora Vryzas accedió a una estancia recargada de roble y libros

y, amedrentada como todo el mundo que visitaba la mansión, miró tímidamente para todas partes mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. Permaneció de pie con las manos juntas sobre el bastón, esperando a que su anfitrión reparase en su presencia. Demis ocupaba el único asiento de la sala, un mullido butacón de brazos junto a una pared de cristal. Tenía las piernas cruzadas y cubiertas con un elegante pantalón de algodón perfectamente planchado; entre las manos sujetaba un ejemplar del diario británico *The Times*.

El hombre dejó pasar varios segundos hasta que alzó la vista sobre el periódico, lo dobló pulcramente y lo depositó sobre una mesita auxiliar. Casi de inmediato, se levantó abotonándose la chaqueta y fue al encuentro de la alcaldesa exhibiendo una sonrisa radiante.

—Mi querida Elektra, siempre es un placer recibirte —dijo en un tono que sonó falso al tiempo que estiraba hacia ella una mano de dedos largos y finos acostumbrada a la manicura.

—El placer es mío —correspondió la mujer recibiendo suavemente la extremidad del anfitrión.

Samara no la invitó a sentarse. Tampoco había donde hacerlo. Resultaba evidente que la visita lo había incomodado y no esperaba que se alargase por más tiempo del estrictamente necesario.

—¿En qué puedo ayudarte, querida?

—Tengo algo para ti.

Habituado a que la gente fuese a su casa a pedir, recelaba de estas palabras.

—¿Un nombre, quizá?

La mujer permaneció en silencio un instante para regodearse del momento.

—No, algo mejor.

II

James se quedó sin habla y antes de que pudiera reaccionar, Althea le dio la espalda y se marchó a la cocina empujando con fuerza una puerta de vaivén de dos hojas. No estaba del todo seguro, pero juraría que en sus ojos había visto reflejado el miedo y eso despertó en él la necesidad de averiguar de qué… o de quién. Guiado por un impulso inconsciente, James recorrió las caras de los parroquianos congregados en el local. Al fondo, junto a la máquina de música, su mirada se topó con dos hombres que, a su vez, lo observaban fijamente con descaro. Al cabo, el rubio y más enclenque sacó tabaco de un bolsillo y se lio un cigarrillo. Acto seguido, y sin quitarle la vista de encima, prendió un fósforo, lo llevó a la punta del pitillo y chupó con fuerza.

James apartó la vista de ellos y la devolvió a la barra, donde las bebidas se acumulaban frente a él. Las recogió y regresó a la mesa con sus amigos. Los siguientes minutos los pasó llevándose el botellín de Fix Hellas a los labios sin apenas pronunciar palabra.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Victoria, que miró al trasluz su vaso de cristal, limpió el borde con un *kleenex*, y se sirvió la Coca-Cola —. Desde que has vuelto casi no has abierto la boca.

Las palabras sonaron más altas de lo que pretendía y la conversación de la mesa se apagó. James miró a Victoria y, a continuación, a los demás. Entonces se inclinó hacia ellos y bajó tanto la voz que sus amigos tuvieron que arrimarse para escucharlo.

—Es la mujer de la barra, me ha dicho que nos larguemos.

—¡Qué maleducada! —dijo Alex ruidosamente, y resopló meneando la cabeza.

James desechó el comentario de su amigo con un enérgico ademán.

—No, no, Alex, no era eso. —Se interrumpió un instante para mirar furtivamente por encima de su hombro, y prosiguió con un tono susurrante—: Nos estaba advirtiendo.

—¿Advirtiendo de qué? —intervino Patricia suspicaz.

—No lo sé, antes de poder decirle nada desapareció tras aquellas puertas; sin embargo, parecía asustada.

—James, James… —dijo Alex con un tono que sonó intencionadamente condescendiente—. ¿No habíamos quedado en que solo veníamos a tomarnos unas cervezas?

James pasó por alto el comentario sarcástico de su amigo.

—También me dijo que nos lleváramos a los niños.

Lee detuvo su botellín a medio camino de la boca y tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Cómo? —Su tono sonó alto y algunos isleños levantaron las miradas curiosas.

Alex le puso una mano sobre el brazo y le dio unas ligeras palmaditas.

—Tranquilízate. A los niños no les pasa nada. No te dejes arrastrar por su neurosis.

Lee ignoró las palabras de su marido y miró por todas partes, visiblemente nerviosa.

—¿Dónde están los niños?

Alex inspiró profundamente y todos, salvo Collins que estaba a lo suyo con un *smartphone* entre las manos, los buscaron con la mirada por el local.

—Cariño, estarán fuera.

Lee le agarró la mano y la acarició.

—¿Te importaría comprobarlo?

Scott dejó escapar un sonoro suspiro y, mirando con desdén a

James, asintió lentamente. Luego arrastró hacia atrás la silla, se levantó trabajosamente y abandonó el local. Unos minutos después regresó y ocupó de nuevo su asiento

—Están jugando fuera. ¿Y ahora, puedo terminar mi cerveza?

—Deberíamos regresar a casa. Aún tenemos un trecho —dijo Victoria.

Todos se mostraron conforme.

—Voy a pagar —dijo James, poniéndose de pie el primero.

Victoria permaneció un segundo plantada en la puerta viendo cómo James se acercaba al mostrador rebuscando la cartera en el bolsillo del pantalón.

Uno de los dos marineros de antes, el rubio, se había colado detrás de la barra, asía a Althea por el codo y la arrastraba de manera impertinente hacia una esquina. James arrugó la frente y se arrimó lo justo para escuchar cómo le mascullaba algo al oído.

—Τι διάολο νομίζεις ότι κάνεις…? —Dejó la frase inconclusa. La presencia del extranjero lo perturbó. Visiblemente enojado, clavó en él unos ojos marrones cargados de furia. —¿Tú, qué cojones quieres? —le espetó con agresividad en español mientras le apuntaba con el dedo.

Las conversaciones se interrumpieron repentinamente y el local quedó sumido en el silencio. Todas las miradas convergieron en la escena. A su espalda, James escuchó el estridente chirrido de una silla al echarse hacia atrás seguido de un golpe sordo. Giró el tronco y descubrió al compañero del rubio, el moreno, entrelazando los dedos de las manos y haciendo crujir los huesos en un claro gesto amenazador. Era tan alto y ancho como un armario, pesaría al menos ciento veinte kilos y tenía remangado un chaleco beis hasta los codos, dejando a la vista dos enormes brazos como troncos de árbol completamente tatuados. Su nuez, grande cual bola de golf, subía y bajaba a gran velocidad.

Lo de la flema británica era un mantra que se había repetido tanto a lo largo de la historia que había acabado por considerarse un hecho irrefutable. James no era una persona fría y calculadora que permanecía impasible ante las cosas que ocurrían a su alrededor. Se consideraba más bien un hombre temperamental y siempre que veía una injusticia actuaba, aunque no solía perder los estribos. James se mostraba convencido de que aquella escena era parte de una obra mayor, y si quería llegar hasta el final debía demostrar al menos un ápice de sentido común. En esa situación, se dominó y evaluó sus opciones. No pretendía mostrar sus cartas ni tampoco que Althea sufriera las consecuencias de un arrebato. De forma que intentó poner su cara más despreocupada.

—¿Yo? —respondió simulando sorpresa—. Pagar. —Y sacudió en

alto el billetero.

El rubio resopló, lanzó una última mirada amenazante a Althea, que estaba visiblemente asustada y con los ojos húmedos, y le soltó el brazo. Rodeó la barra y se acercó mucho a James invadiendo su espacio personal y desafiándolo con la mirada. Su aliento olía a *whisky*. James contuvo el impulso de dar un paso atrás. Tras unos segundos en la misma posición, el marinero lanzó un escupitajo al suelo y se largó. Su compañero, el mazas, lo siguió arrastrando los pies como si un camión *dumper* de trescientas toneladas hubiera irrumpido a la fuerza.

Cuando los dos marineros se hubieron marchado, volvió la algarabía habitual. Los labios de Althea comenzaron a moverse silenciosamente como si estuviera haciendo cálculos mentales.

—En total son trece euros —dijo con voz trémula.

—¿Está bien? —preguntó Allen, que extrajo dos billetes de la cartera y los deslizó sobre la mesa.

La mujer parecía estar a punto de decir algo, pero finalmente se guardó las palabras y se limitó a asentir mientras recogía el dinero. Acto seguido, se dio la vuelta evitando en todo momento el contacto visual con James y desapareció tras las hojas batientes.

****

28

Isla de Gavdos, Grecia

James salió a la luz del día y entrecerró los ojos a la luminosidad, hasta que se colocó las gafas de sol.

—¿Qué te ha entretenido ahí dentro? —le preguntó Alex, en cuanto vio aparecer la figura de su amigo.

—No tenían cambio.

—Hemos visto salir a dos bestias con cara de malas pulgas y pensamos que te habías vuelto a meter en líos.

Junto al muelle, los niños jugaban con otro chico que, más o menos, tendría la misma edad de la niña. Se acercaban furtivamente a una gaviota posada, esta descubría su presencia y echaba a volar, entonces corrían tras ella.

—Alex, ¿te importa ir a por ellos? —le dijo Lee, aún preocupada por la conversación de antes.

—Te acompaño —se apuntó James.

Ambos se alejaron del grupo y se acercaron con parsimonia al muelle. James no deseaba, de ninguna manera, cargar más a su amigo con sus problemas y, aunque no paraba de darle vueltas a lo ocurrido en la taberna, decidió aprovechar el corto recorrido para ponerse al día sobre sus vidas y esbozar sus planes para el futuro más inmediato. Los barcos, que se hallaban amarrados a boyas igual que perros a sus correas, miraban todos en la misma dirección por efecto de la bajamar. El catamarán y el *Daskalogiannis* seguían en el mismo sitio. El almacén donde alquiló el *Picnic* continuaba cerrado. En cuanto pudiera, tendría que acercarse a contarle al dueño lo ocurrido para que diera parte al seguro; aunque intuyó que, a esas alturas, ya lo sabría. Alex llamó a gritos a sus hijos, que se volvieron y se acercaron corriendo.

—Venga, chicos, nos vamos a casa.

—¿A Glasgow? —preguntó Mark con inocencia.

Alex esgrimió una sonrisa y le revolvió el pelo.

—No, hijo; a Glasgow, todavía no.

Sin despedirse del otro niño, arrancaron a correr cuesta arriba hacia donde se encontraba su madre. Alex los acompañó con la mirada mientras se alejaban, después descubrió que James se había separado de él un par de metros y observaba fijamente un pesquero de color verde amarrado a unos metros de donde se encontraban. Sobre la cubierta, un tipo con gorro negro, jersey de lana blanco, pantalón caqui y guantes gruesos trajinaba cargando dos cubos que parecía llevar de un sitio a otro sin un plan de trabajo preestablecido. Alex se acercó a su amigo por la espalda.

—¿Qué miras con tanto interés?

James no se volvió, seguía con la vista clavada en aquel marinero rubio que reconoció de la taberna. Era quien amenazaba a Althea. Del otro tipo, de la mala bestia, no había ni rastro.

—¿Ves ese barco?

Alex hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Creo que es uno de los que me atacó. Aguarda aquí un momento, necesito comprobar algo…

No terminó de hablar cuando se alejó de Scott dando largas zancadas en dirección a la embarcación.

—Espera, James, no sigas con esto…

Cuando las líneas de la embarcación comenzaron a definirse, se fijó en su costado de estribor. Tenía una raspadura morada desde la aleta, en la popa, hasta la amura, en la proa. Ya no abrigaba ninguna duda:

«Ese tío es uno de los que me intentó matar».

Justo en ese instante, las miradas se cruzaron y decidió que ¡a la mierda la estrategia y el autocontrol! Él era un tipo temperamental y estaba a punto de estallar como una olla a presión con la válvula del vapor obstruida.

Adrastos aprovechó la tregua de la tormenta para concentrarse en ordenar y limpiar la cubierta del *Ares* que estaba hecha un desastre. Desde la víspera no había tenido tiempo de hacerlo y todo se encontraba manga por hombro. También había adquirido pintura verde y blanca para repasar el rasponazo que se había hecho…

Detuvo en seco sus cavilaciones y, a través de los sucios cristales verdes de las gafas de sol, reparó en un tipo que se le aproximaba resuelto. De súbito lo reconoció. Era el tal Allen; sin embargo, parecía más enfurecido que hacía un rato en la taberna. Mostraba un semblante contraído por la rabia y sus puños se apretaban y distendían, y eso solo podía significar que había reconocido el barco.

«Naturalmente, los arañazos».

Se contrarió por su torpeza. Unos metros detrás venía otro tío. Alto, delgado y fibroso. Dos contra uno. Sus opciones se redujeron rápidamente. Únicamente le quedaba una alternativa: escapar. Sin perder la calma, dejó caer los dos cubos sobre la cubierta y saltó a tierra. Clavó los ojos en el forastero y, por un momento, todo permaneció impasible. Luego dejó de pensar y echó a correr.

—¡Eeeeh! —le gritó James, cuando lo miró salir pitando. Entonces hizo lo mismo y fue tras él.

Alguien gritó a su espalda.

—¿James, adónde vas? —Y también Alex salió a la carrera en pos de su amigo.

El marinero era fuerte y corría veloz, dejó atrás el puerto y pasó frente a la entrada de la taberna, donde Patt, Lee, Victoria y Collins miraron atónitos cómo enfilaba la cuesta arriba y su espalda se hacía cada vez más pequeña.

Un par de minutos después James pasó por el mismo sitio. No se detuvo y ni siquiera les dirigió la mirada. Concentrado en la persecución, no puso interés en las voces que coreaban su nombre. Tras él, apareció Alex. Él si aflojó la marcha y se paró un momento jadeante delante del grupo.

—Ese tío… James dice que… es uno de los marineros… que intentó matarlo el otro día —resumió atropelladamente con una respiración que sonaba fuerte.

El sonido de un trueno sobre sus cabezas, ahogó una exclamación de Victoria.

—El tiempo está… empeorando, volved a casa… y esperadnos allí. —Y sin aguardar respuesta, Alex echó de nuevo a correr en la misma dirección en que habían desaparecido James y el marinero.

****

Año 1541 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

UNA mañana de septiembre las mujeres indígenas se reunieron en la plaza central y aguardaron a que sus maridos salieran de las cabañas. Cuando aparecieron, legañosos y adormilados, se produjo un cruce de miradas intrigadas entre ellos. Sin decir palabra, las mujeres les dieron la espalda y salieron del poblado, internándose en la selva. Si bien la disciplina militar ya no existía, todos respetaban al Vizcaíno como su jefe, de modo que esperaron a ver qué hacía. Bazán encogió el cuerpo y comenzó a caminar tras ellas por una senda que solamente se adivinaba.

Al cabo de lo que debieron de ser dos horas, las mujeres llegaron a un recodo y el camino se terminó junto a un claro, entonces se pararon y miraron atrás. Los españoles las alcanzaron un poco más tarde y se detuvieron, clavando en las mujeres miradas interrogadoras. Estas les señalaron un montecillo de piedras.

—Pardiez, ¿que querrán que hagamos con eso? —preguntó el trianero.

—No sé por qué, pero creo que pronto lo averiguaremos —apuntó Montejo.

En efecto, ante la estupefacta mirada de los hombres, las mujeres empezaron a retirar piedras. Finalmente, también ellos se unieron a la faena y, en un periquete, todas quedaron arracimadas a un lado. Para perplejidad de los presentes, quedó al descubierto lo que parecía la entrada a una cámara soterrada. El Vizcaíno entrechocó un pedernal con un trozo de pirita y prendió una antorcha, luego se asomó a la entrada y se perdió de vista. Al cabo de un rato reapareció. Su rostro no podía disimular la estupefacción: tenía los ojos abiertos como platos y lucían el brillo inconfundible de la codicia. En cuanto dejó el hueco libre, todos los hombres se abalanzaron a la entrada, bajaron en tropel por unos peldaños húmedos y se detuvieron atónitos: en aquel lugar había más oro y plata del que sus ojos eran capaces de abarcar.

Una vez encontrado el tesoro, todo cambió. Las trifulcas eran airadas y giraban en torno al uso que le iban a dar. Prestamente se formaron dos bandos: uno, encabezado por el Vizcaíno, era partidario de dejarlo en su sitio y continuar con sus vidas, al fin y al cabo, en aquel rincón perdido del mundo no les servía para nada. Otro, liderado por Rodrigo Alvarado,

proponía salir de aquel agujero e ir en busca de algún destino donde poder vivir ostentosamente el resto de sus días.

En ello estaban, cuando un día soleado de octubre se presentó en el poblado una unidad expedicionaria española compuesta de diez hombres y mandada por don Sebastián Lope de Aguirre. Los españoles recibieron con recelo y desconfianza a los recién llegados, quienes, a su vez, no veían con buenos ojos la comunión que mantenían aquellos con los indígenas. Con el transcurrir de los días, las rencillas se hicieron cada vez más frecuentes y el ambiente torno en irrespirable.

Una mañana gris Lope de Aguirre puso fin a las cuitas, ordenando que todos emprendieran el regreso a Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba, donde las autoridades juzgarían la conducta del Vizcaíno y sus hombres. Si era menester, los llevaría de vuelta encadenados. En lo que se refería a los indígenas y sus mestizos, podían hacer cuanto les viniera en gana: o quedarse allí en la selva o irse con ellos a la ciudad.

La noche antes de la partida fue particularmente lúgubre. Truenos y relámpagos retumbaban por doquier, los árboles se sacudían por la ventisca y el agua caía con especial virulencia, anegándolo todo. Un lancero onubense de guardia se sobresaltó con un rayo que cayó a pocos pies de la aldea, al lado de un túmulo de rocas invadido por la maleza. La tenebrosa luminosidad dejó a la vista una talla de arcilla con la forma de un puma y una serpiente rodeándole el pescuezo. Se hubiera jugado la soldada de un mes a que antes no se encontraba allí. Intrigado, se aproximó cauteloso y clavó los ojos en ella…

Una poderosa descarga de electricidad iluminó de nuevo la estatuilla. Mostraba dos grandes colmillos manchados de sangre reciente que había formado un pequeño charco pardusco a sus pies. El soldado dio un brinco y se alejó unos pasos, caminando de espaldas. Se sentía tan asustado que ni siquiera intuyo lo que se le vino encima. Una navaja de pedernal le sajó la garganta de oreja a oreja. El onubense intentó chillar, si bien las palabras permanecieron en la garganta ahogadas en su propia sangre, al tiempo que se echaba las manos al cuello en un infructuoso intento de evitar que la vida se le escapase a borbotones. Desde arriba, unos ojos se lo quedaron mirando a través de una máscara ceremonial.

Lope de Aguirre y sus hombres de confianza, drogados por un brebaje a base de hojas de coca, también fueron pasados a cuchillo por las mujeres de la aldea. Los rayos seguían cayendo y los sórdidos conjuros volvieron a sonar. A los supervivientes les dieron la opción de unirse a ellos o marcharse por donde habían venido. Como no estaban muy convencidos de sobrevivir solos en la selva, todos se quedaron. Renunciaron a España y al Rey Carlos y aceptaron la autoridad del Vizcaíno. El padre Urdaneta, en cambio, quedó horrorizado por lo ocurrido. Todos lo respetaban; sin embargo, lo invitaron a marcharse de allí… y que la selva se ocupase de él.

Después de lo ocurrido, el Vizcaíno se mostró de acuerdo en que la

aldea ya no resultaba un lugar seguro. Él y Rodrigo esbozaron meticulosamente un plan que sometieron a los demás. Al momento, comenzaron los preparativos y, al romper el alba del 3 de noviembre de 1541, emprendieron la marcha. El grupo lo formaban dieciséis españoles, tres indígenas, veinte mujeres nativas y diez niños. El oro y la plata lo cargaron en sacos sujetos con albardas a lomos de una veintena de animales de carga, que los españoles no habían visto nunca, y que habían traído los indios. Aquello que no pudieron llevar, lo dejaron atrás. En el momento de la partida su única preocupación era encontrarse con más soldados; sin embargo, en los días venideros se enfrentarían a algo mucho más espeluznante.

Con los niños y mujeres a cuestas, la travesía se trocó pronto en un calvario. El clima resultó ser mucho más húmedo que en la aldea, casi siempre estaba encapotado y con frecuencia llovía a cántaros. Aún faltaban muchas leguas para llegar a su destino y el desánimo empezó a extenderse con una facilidad pasmosa.

—¿Creéis que falta mucho? —le preguntó Rodrigo al Vizcaíno, aprovechando una pausa para almorzar.

Bazán sacudió lentamente la cabeza y, con la palma de la mano, aplastó un mosquito en su frente.

—No lo sé, compadre. Confío en que Killinchu nos lleve por el camino correcto.

El sevillano asintió con aire de resignación. A continuación, se desabrochó el jubón y se recostó sobre un manto mullido de hojas.

—¿Habéis barruntado acerca de qué haremos después?

Antes de poder responder, se allegaron a la carrera el Marinero y Mansilla. Sus semblantes estaban desencajados.

****

29

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

ZHANG, prepara el coche, voy a salir —ordenó.

El asistente le extrañó la petición, pero con los años había aprendido a no cuestionar las órdenes que recibía, conque realizó una reverencia y abandonó el despacho, cerrando la puerta tras de sí. Demis subió a su dormitorio y se cambió la ropa formal que lucía por unos pantalones cargo y un chubasquero gris, mucho más adecuados para el cometido que tenía por delante. Antes de salir, abrió un armario e introdujo una clave alfanumérica en un teclado electrónico. Cuando el portón acorazado quedó liberado, metió una mano en la caja de seguridad y extrajo una pistola Glock 17, que hizo desaparecer debajo del cinturón y cubrió con el faldón del jersey. Diez minutos más tarde, circulaba en dirección al faro por un camino embarrado que cruzaba el pinar.

II

Adrastos era consciente de que no podría aguantar mucho esa carrera en cuesta arriba. Amén de que tenía un largo camino subiendo y bajando colinas antes de poder perderse entre las calles de Kastri. Mientras tanto, a su espalda escuchaba nítidamente el susurro de la gravilla…

Cada vez más cerca.

«Necesito un vehículo o me dará alcance».

Justo en el preciso instante en que el aguacero empezaba a caer de nuevo, un silbido de frenos atrajo su atención. Un Ford rojo se había parado frente a la entrada envejecida de una casa de piedra. De los asientos delanteros saltaron un hombre y una mujer, ambos de edad

avanzada. En el tiempo en que esta última se apresuraba hasta la puerta, introducía una llave en la cerradura y desaparecía para guarecerse de la lluvia, el hombre se dirigió al maletero, hurgó en él y agarró dos bolsas de plástico de un supermercado, que llevó deprisa hasta la casa.

La misma idea se apoderó de James y Adrastos. El griego, no obstante, obró con más celeridad, cambiando de dirección. Cuando alcanzó al automóvil, abrió de un golpe la puerta del lado del conductor, se dejó caer en el asiento y echó el pestillo.

—¡Ehhh! ¿Qué hace en mi coche? —protestó el dueño, que había dejado las bolsas del supermercado en el suelo, se había acercado de nuevo y golpeaba suavemente el cristal de la ventanilla con la palma de la mano.

El tiempo apremiaba. Adrastos buscaba frenéticamente la llave hasta que al fin la localizó puesta en el contacto. Sin perder ni un segundo arrancó el motor…

De improviso, un ruido estridente consiguió que mirase el retrovisor interior. La luna trasera hecha pedazos y la cara sonriente de Allen ocuparon toda su visión. Al instante, oyó los gritos histéricos del dueño, que agitaba los puños en alto; no estaba claro si reprendiendo a Adrastos por robarle el coche o a James por romper el cristal.

Cuando el Fiesta chirrió, el anciano saltó hacia atrás para evitar que las ruedas pasasen sobre sus pies; el automóvil llegó enseguida a una confluencia de calles y torció por la que salía hacia la izquierda, perdiéndose de vista. James maldijo su mala suerte. De pie, y empapado por el agua que le chorreaba desde el pelo, se enjugó los ojos y, sin tomar siquiera en cuenta las airadas protestas del anciano, miró rápido alrededor en todas direcciones valorando sus opciones. Se encontraba demasiado lejos para volver al puerto a por el todoterreno. En ese tiempo, el tipo ese se esfumaría. Fue entonces cuando localizó una Ducati Classic negra con el tanque de combustible en amarillo. Su dueño, un joven con la cara moteada de acné juvenil, la arrastraba por el manillar para cobijarla bajo el techado de un garaje.

—James —dijo Alex jadeante a su espalda—, he visto como ese tipo… huía en el coche… rojo. Una putada. —Se encorvó apoyando las manos en las rodillas y respiró hondo varias veces. Luego se incorporó y, ceñudo, siguió la dirección de la mirada de su amigo hasta la moto. Su cara lo decía todo, y al instante supo lo que estaba pensando—. Ah, no, no, ni se te ocurra hacer esa locu…

No terminó la frase. James arrancó a correr hasta la puerta del garaje entreabierta y se abalanzó sobre el chico, lo empujó contra el suelo y agarró el manillar para que la motocicleta no se cayera. De inmediato, pasó la pierna derecha por encima del asiento de cuero

mojado y se subió a ella. Dirigió una rápida mirada al panel, localizó la llave en el llavín y pulsó el botón de arranque. Un potente rugido llenó la plaza y, por un instante, ahogó el sonido del agua golpeando contra el empedrado.

—Γεια σου, το ποδήλατό μου! —protestó el chico desde el suelo.

James lo miró inexpresivo.

—No te preocupes, te la devolveré intacta. —Puso primera, aceleró, envolviéndose en un humo blanquecino, y salió zumbando con un lacerante chirrido de neumáticos, la rueda trasera derrapó en un charco, se niveló y desapareció zigzagueando por donde se había perdido el automóvil.

—¡James, James! —gritó Alex a su espalda—. ¡Menuda mierda! —rezongó, golpeando la bota contra el suelo. Enseguida se fijó en el muchacho, se sacudía las manos y murmuraba—. Oye, chico. ¿Estás bien?

El joven lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Es amigo de ti? —le respondió en un mal inglés.

Alex asintió con energía.

—La recuperarás, seguro.

El muchacho resopló hondo y se perdió en el interior del garaje. Al instante, un motor sonó y la puerta se cerró.

Alex dirigió la mirada hacia la esquina donde James había girado y espetó entre dientes:

—Joder, James, estás como una cabra.

III

Aquello que había empezado como una excursión había terminado convirtiéndose en una nueva pesadilla. Allen había desaparecido y a Alex lo habían recogido en la carretera caminando cabizbajo y calado hasta los huesos. Para más *inri* la tormenta volvía a azotar la isla y el fin de la tregua que pronosticó Collins era ya una realidad.

—Victoria, Allen sabe cuidarse solo —dijo Patricia, echando el brazo sobre los hombros de la anfitriona.

—Lo sé, es que… —Su voz se quebró y no pudo concluir la frase. Se liberó de Patricia y subió la escalera con prisas.

Patt miraba las espaldas de la mujer mientras se alejaba.

—Mira que quiero a Allen, pero a veces no sé en qué piensa.

—James es así y las dos tenéis que entenderlo —intervino Alex con el gesto fruncido, metiéndose en medio de la conversación—. Lo conocéis hace un año, pero es mi amigo desde que éramos niños.

La sargento lo miró, pero no se dio por vencida.

—Pero ahora va a casarse y a formar una familia. Ha de madurar

—insistió, y tras una pausa añadió—: Si sigue así, la perderá y encontrar a una mujer como Victoria es lo mejor que le ha podido pasar en la vida. —Sin esperar respuesta le dio la espalda a Alex y a Lee, rodeó un cómodo tresillo de tela beis y se acercó a la cristalera. Absorta, permaneció de pie mirando cómo el agua caía con tal violencia que parecía que fuese a atravesar la pared.

«Allen, Allen, ¿dónde estarás?», murmuró para sus adentros.

IV

Circulaba a casi noventa kilómetros por hora con un coche que probablemente no admitiría ni la mitad e iba dando tumbos y sacudidas de un lado para el otro. Miró por el retrovisor interior. Por el hueco donde antes hubo un cristal y ahora se colaban las ráfagas de agua, descubrió una motocicleta de gran cilindrada que lo perseguía. Redujo a tercera con un quejido de la caja de cambios y pisó a fondo el pedal del acelerador. Al coche le costó responder a la orden, pero, poco a poco, fue aumentando aún más la velocidad. El Ford vibraba y cada tuerca del chasis se quejaba, igual que un submarino que hubiese superado la máxima profundidad permitida. Tenía la sensación de que empezaría a perder piezas en cualquier momento. Entonces llegó al bosque de cedros y tomó un camino lleno de curvas que cada vez estaba más embarrado e intransitable. Sorteó el tronco muerto de un árbol cruzado en el camino y lo dejó atrás, ascendió una colina y la bajó.

Todo alrededor de James parecía borroso. No había podido agenciarse un casco y la lluvia y el aire frío le golpeaban la cara llenándole los ojos de lágrimas, por esa razón parpadeaba muy deprisa mientras un paisaje gris iba desfilando ante sus ojos. Con un brusco giro, salió del camino para rodear un viejo pino descuajado por el viento. Aun así, no aflojó lo más mínimo. A unos cincuenta metros por delante de él podía ver el coche rojo. Su cuerpo todavía maltrecho se quejó cuando la Ducati saltó con los baches de un camino cubierto de charcos y barro. En un par de ocasiones estuvo a punto de caerse; sin embargo, recuperó el equilibrio moviéndose de un lado a otro y siguió adelante. Tras un giro a la derecha, ascendió una cuesta, y al alcanzar la cima se topó de bruces con el Ford Fiesta.

La motocicleta había recortado la distancia que los separaba, colocándose a la altura de la portezuela del conductor. El marinero

giró la cabeza y, a través del cristal de la ventanilla, le lanzó una mirada cargada de ira. Dio un volantazo y el Ford viró bruscamente a la izquierda, rozando el espejo retrovisor de la Ducati. James pudo ver la maniobra con el rabillo del ojo y se abrió en un arco, lo justo para evitar el golpe. Un pedrusco en el camino lo obligó a desviarse, rodar unos metros campo a través y volver de nuevo a la pista unos metros por detrás del coche.

James aumentó la velocidad haciendo girar el puño del acelerador, se encorvó contra el manillar para reducir la resistencia al viento racheado y le dio alcance momentos después. El marinero desvió la mirada el tiempo preciso para perder la concentración en la conducción. En una curva interminable, Adrastos soltó el acelerador demasiado tarde y el Fiesta derrapó, estampándose de lado contra el tronco de un pino mientras el metal se arrugaba con un lacerante chirrido. El automóvil rebotó y se fue justo hacia el otro lado, pasó por encima de un pedrusco que desató una lluvia de chispas debajo del chasis. El Ford se bamboleó exigiendo el máximo a sus viejos y gastados amortiguadores; por un instante, James se convenció de que volcaría, pero milagrosamente recuperó el equilibrio y continuó su camino, aunque tras él empezó a dejar el reguero de un líquido viscoso.

****

30

Isla de Gavdos, Grecia

El Range Rover se detuvo a medio kilómetro del faro. Durante un rato, su conductor permaneció impasible barruntando acerca de sus próximos movimientos. No le agradaba la idea de improvisar. Él siempre calculaba todas las jugadas con antelación y solamente cuando sabía que tenía la mano ganadora, apostaba. Pero ahora no había tiempo. Resuelto, se encasquetó la capucha del chubasquero y se bajó. Caminó un buen trecho bajo el aguacero. Cuando divisó en la distancia el faro, se encorvó para reducir la silueta y con cautela se apostó a cobijo del ancho tronco húmedo de un pino. De un bolsillo extrajo unos prismáticos pequeños. Con la espalda mojada apoyada contra el árbol, asomó la cabeza y enfocó las lentes hasta que cobró nitidez la casa adosada al faro. Durante un rato, la espió en la seguridad de que su propietario le llevaría directo hasta aquello que tanto ansiaba. Unos minutos después de que descubriera movimiento tras las cortinas, la puerta se abrió hacia dentro y una silueta que conocía perfectamente apareció en el umbral.

Quizá por la melancolía que le suscitaban las lluvias torrenciales, el Español se sentía invadido esa mañana por la inquietante sensación de que su mundo se desmoronaba. ¿Sería ese el final? Desde luego, si lo era, él estaba preparado. Se sentía cansado y su cuerpo ya no tenía la fortaleza de antaño. Pero, mientras tanto, debía garantizar que todo se mantuviera en orden. Había sido así desde el principio. Por eso se vio obligado a ocuparse del doctor Romero. Sabía que podría haber llegado hasta el secreto que ocultaba el ídolo. Hacía años, había creado el perfil del licenciado Fuentes para poder controlar el mundo académico. Y había funcionado.

Después estaba la aberración. La pieza fundamental del

rompecabezas.

A esas alturas estaba descontrolada y nadie en la isla se encontraba a salvo de ella. La Hermandad no era más que un patético intento de frenarla, y a lo largo de los siglos se había demostrado la inutilidad de aquello…

Quizá el tal Allen por fin pudiese acabar con ella. Él ya se había cansado de luchar. ¿Por eso evitó que muriera ahogado? Parecía un tipo listo y de recursos. Estaba al tanto de la existencia de las otras dos piezas del puzle: el ídolo y el galeón. Y aunque no supiera aún cómo encajaban, albergaba pocas dudas de que con el tiempo llegaría a averiguarlo. Jamás se había enfrentado a un rival tan peligroso. Seguro que no era el más fuerte, pero sí el más listo.

El hombre deambulaba por el salón arriba y abajo vagando con sus cavilaciones mientras las rachas de viento zarandeaban la frágil construcción de tablones.

En ese instante de zozobra, se acordó de la cuarta pieza del rompecabezas.

Aquello era lo único que anestesiaba su mente atormentada, le traía los recuerdos de otra vida que cada vez estaban más borrosos… Sabía que Demis lo deseaba. Se lo veía en los ojos siempre que estaban juntos. Colaboraban con una única finalidad: mantener a salvo el secreto de la maldición que pesaba sobre la isla, aunque la motivación de ambos resultase ser bien distinta.

Indeciso, se detuvo ante la puerta. Era consciente de que no debía hacerlo, pero casi sin darse cuenta se encontró en el exterior bajo la lluvia.

II

El rugido de la Ducati revolucionada silenciaba el siseo del agua que llegaba a ráfagas. Cuando abandonó el bosque, el olor a eucaliptos dejó sitio al de la turba mojada que ahora impregnaba el ambiente. En ese instante, el sendero corría por colinas moteadas de pequeño monte bajo, lo que dotaba al entorno de un aspecto salvaje y desértico. Por un instante, el paisaje le recordó a James los páramos escoceses; incluso la lluvia parecía haberse aliado con él para hacerle sentir como en casa. Pasó por un puente de piedra que se arqueaba sobre el caudaloso lecho de un riachuelo que serpenteaba desde una colina y se perdía tras otra. Nada más dejarlo atrás, se enfrentó a una larga curva a la izquierda y acortó la trayectoria cruzando sobre un suelo irregular, saltó por los aires en una pequeña rampa natural, que le disparó el estómago hasta la boca, y rebotó conforme los neumáticos golpeaban el firme, luego prosiguió la persecución. Alzó la cabeza

para mirar en la distancia y descubrió casas, debían de estar aproximándose a Kastri. Quizá entre sus calles la moto se moviese con más facilidad que el coche y acortase las distancias. Entonces pasó algo inesperado.

El Ford Fiesta se salió del camino, se paró y se abrió la portezuela del conductor.

III

—Alex, creo que este asunto se está descontrolando —dijo Patt visiblemente nerviosa, mientras recorría la estancia incapaz de permanecer sentada ni un minuto más.

—¿Tú qué opinas, Collins? —preguntó Scott, sentado en el filo de un sillón frente al hogar apagado.

El analista de sistemas parpadeó y sacudió la cabeza, como saliendo de un trance. Sentado a una mesa de cristal, tenía los ojos pegados al monitor del MacBook.

—Perdón, ¿me decías?

Alex cerró los ojos y suspiró.

—Te preguntaba qué opinas de todo esto.

Por un instante, Collins miró por la ventana. Una telaraña luminiscente iluminó el cielo negro y un trueno retumbó en la habitación. Los amplios ventanales temblaron.

—Yo confío en James.

—¡Joder, y yo! —replicó Scott, levantándose bruscamente—. Pero ¿no crees que está sacando esto de quicio?

Collins mantuvo una mirada indescifrable.

—A lo mejor, no le estáis prestando la ayuda que necesita.

Patricia dirigió la vista hacia un reloj que colgaba de la pared y que marcaba las tres y cuarto.

—Collins tiene razón. Ya debería haber vuelto.

—Voy a ir a buscarle —dijo Alex.

—Te acompaño.

Scott volvió la mirada al analista de sistemas.

—Collins, debemos hablar con el teniente Spanoulis y contarle lo que está sucediendo aquí.

—Ya os digo que es difícil de narices.

Alex lo miró comprensivamente.

—Lo sé, pero si alguien es capaz de hacerlo, ese eres tú.

A Collins se le hinchó el pecho como a un pavo real y se regodeó en las palabras.

—Si baja —dijo Patt, refiriéndose a Victoria—, dile adonde hemos ido.

Collins escuchó el golpe de la puerta de la casa al cerrarse y el ronroneo de un motor alejándose hasta desaparecer del todo, después volvió a sumergirse en el ordenador.

IV

Ahora que se adentraba en las calles de Kastri, Adrastos ralentizó la marcha y condujo en segunda. Volvió a mirar por el retrovisor interior por enésima vez en los últimos minutos. Estaba seguro de que ese tipo no iba a dejar de perseguirle.

De repente, el Fiesta dio tirones y su conductor contempló con desazón cómo el motor dejaba de funcionar mientras una densa humareda negra empezaba a salir por el capó. El testigo del aceite estaba encendido con un rojo que no dejaba lugar a dudas: el motor se había gripado. Maldiciendo, golpeó con saña el volante. Luego, sin perder más tiempo, se tiró fuera del coche. Bajo el intenso aguacero, un ruido sordo llamó su atención. Antes de echar a correr, miró rápido hacia atrás y vio la motocicleta muy cerca.

James alcanzó el vehículo parado a un lado y con la puerta abierta, y detuvo la motocicleta junto a él. A continuación, la apoyó con la pata de cabra y desmontó, analizando la situación. La calle Agkiras se encontraba cortada con una valla de obra que le impedía el acceso. Tampoco estaba familiarizado con el pueblo como para dar un rodeo; así pues, no tenías más opción y comenzó a correr detrás del marinero torciendo a la derecha en una bocacalle; por un instante dudó ante un cruce de estrechas callejuelas; sin embargo, al fondo descubrió una sombra que rápidamente se perdía a la izquierda, de modo que saltó sobre unas escaleras y la siguió.

V

Envuelto en la fuerte ventisca, Samara anduvo tras el Español a buen ritmo durante quince minutos, hasta que torció por una cornisa angosta y sinuosa que corría bordeando los acantilados. El camino se hizo entonces más dificultoso. La lluvia había convertido el sendero en un vericueto resbaladizo y traicionero; si daba un paso en falso caería al vacío.

Pensaba justo en eso cuando un golpe de viento le desequilibró y Samara tuvo que aferrarse a la frágil raíz de un arbusto de jara para no despeñarse. Con la respiración agitada permaneció quieto un

minuto. Recuperada la estabilidad resopló fuerte y continuó avanzando con precaución y vigilando sus movimientos. Descendieron unos metros y llegaron a un ensanchamiento; al pasar por una abertura en la pared, Demis aprovechó para cobijarse en ella y recuperar el aliento. Se puso en cuclillas y miró abajo. Vio la espuma blanca que cubría la superficie del mar y calculó mentalmente que no debía de estar a más de cuarenta metros de altura de los rompientes. No habrían pasado más de treinta segundos; no obstante, cuando se incorporó de nuevo para continuar con la persecución, el Español se había esfumado. Demis se mostró desconcertado, y miró para todas partes.

El agua seguía cayendo a mares cuando oyó un sonido sordo a su espalda. Un golpe de piedra contra piedra. Se agazapó de nuevo en la abertura y permaneció quieto, esforzándose por no hacer ruido. Estuvo en la misma posición al menos diez minutos y ya empezaban a entumecérsele las piernas cuando alguien pasó a su lado. Se arrimó aún más hasta casi fundirse con la pared y vio la espalda del hombre pasando de largo. Decidió aguardar otros cinco minutos más, que finalmente se convirtieron en diez, y se irguió.

Fue hacia el lugar de donde había venido el Español, hasta que el sendero se acabó súbitamente. Estaba muy cerca del filo de los acantilados y el viento lo barría todo. Le llevó varios minutos de minuciosa labor escrutar el entorno y repasar cada centímetro cuadrado de pared. Al cabo, descubrió una grieta cubierta de arbustos que parecía lo suficientemente ancha para que cupiera por ella una persona. Ahora estaba seguro de que ese era el lugar.

La tormenta arreció y empezó a sentirse incapaz de resistir el vendaval que desplazaba su cuerpo hacia el vacío. Tenía que marcharse. Ahora que sabía dónde buscar volvería en otra ocasión más propicia. Alcanzó la cima de nuevo y dando un rodeo para evitar el faro llegó al todoterreno. Con el cuerpo chorreante resopló hondo, introdujo la llave y arrancó el motor, que rugió en medio del bosque. Metió la marcha atrás y desvió su atención al espejo retrovisor interior…

El corazón le dio un vuelco.

Un hombre inclinado sobre el asiento delantero lo miraba furiosamente con la hoja negra de un cuchillo de combate Ka-Bar a un centímetro de su cuello. Ni por un momento dudó de que estaba dispuesto a utilizarlo.

****

31

Isla de Gavdos, Grecia

Brasios no podía correr más rápido. Las malditas botas de agua le estaban destrozando los pies. A su espalda, oía claramente el golpeteo de unos zapatos contra el adoquinado y entendió que su perseguidor no tenía intención de rendirse. Saltó sobre unos escalones y dobló una esquina. Se detuvo un instante, apoyando la espalda contra una pared ennegrecida por el agua. Jadeando, asomó la cabeza furtivamente y en la distancia vislumbró a un hombre corriendo en su dirección. Sintió un acceso de náuseas y vomitó las cervezas que se había echado al cuerpo antes.

Si volvía a fallar, no tendrían piedad de él. Esa gente no resolvía las cosas de manera expeditiva. Lo suyo era el terror psicológico y él no era tan fuerte como para sobreponerse a eso.

«Llegado el momento, sabré qué hacer».

El corazón estaba a punto de salírsele por la boca y en los pulmones no le quedaba ni pizca de aire. Sabía que más pronto que tarde aquel hombre lo atraparía corriendo. Decidió cambiar de táctica y tenderle una emboscada. Se incorporó y echó una rápida mirada por los alrededores, entonces se apresuró hasta un naranjo y se colgó de una rama que cimbreó por el peso, quebrándose. La agarró con fuerza con ambas manos y se apostó tras un recodo.

James accedió a un estrecho callejón, había visto al marinero girar por la esquina siguiente, que debía de ser la parte trasera de un restaurante, a juzgar por los dos contenedores de basura que había arrimados junto a una puerta de metal entreabierta. Sabía que le estaba dando alcance y la distancia se había reducido a tiro de piedra. A no mucho tardar lo atraparía y le ajustaría las cuentas. Subió de dos en dos unos escalones y se acercó al recodo. Seguía jarreando y el agua que se derramaba por el pelo le nublaba la vista; sin detenerse,

se enjugó los ojos con el brazo…

De improviso, una rama golpeó a James en la cara, se trastabilló y cayó de espaldas. Profirió un improperio en voz alta y cuando intentaba incorporarse una sombra se acercó veloz y le propinó un fuerte puntapié en el estómago. Allen gruñó desde el suelo. Junto a su lado, el marinero soltó una siniestra carcajada, que provocó en James un estremecimiento.

—Είσαι λίγο νευρικός, *βλασφημία* («Eres un metomentodo, maldito cabrón») —dijo mientras levantaba la rama.

James lo vio dudar un segundo y en un movimiento veloz lo agarró de los dos tobillos y tiró de ellos hacia sí. Adrastos, desequilibrado, se tambaleó y cayó de culo. Cual resorte, ambos se pusieron de pie y se prepararon para una pelea cuerpo a cuerpo.

II

—Joder, qué susto me has dado, Español —dijo Samara sin retirar la vista del espejo.

—¿Qué haces aquí?

Demis necesitaba algo de tiempo extra. Apagó el motor y se volvió lentamente, entonces se fijó en que una de las ventanillas traseras no estaba y había fragmentos de cristal por todas partes.

—Yo… —titubeó, pero se recompuso y recuperó la seguridad en sí mismo—, venía a verte.

El Español no parecía estar muy convencido.

—¿En un día como este?

—Es absolutamente crucial que hablemos. No puede esperar.

Se produjo un repentino silencio en el habitáculo.

—Hablar de qué.

Entonces tuvo una idea genial.

—Del tipo que está con la hija de los Meier.

—Me ocuparé de él a su debido tiempo —dijo, retirando un poco el cuchillo.

Samara suspiró. Su táctica comenzaba a dar resultado.

—No lo subestimes. Yo lo hice y me ha costado caro.

Al Español le alegró oír aquello.

«Ese hijoputa de Allen empieza a caerme bien».

Sin decir nada más abrió la portezuela y se apeó del todoterreno.

—Deja en paz a Allen. Es mío. —Lo amenazó esgrimiendo el cuchillo. Acto seguido, cerró de un portazo y desapareció por entre los árboles.

A solas, Demis apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos con fuerza.

—Solo quiero saber quién le ordenó matarme y podrá irse —dijo James.

Adrastos cerró los ojos un instante y echó la cabeza hacia atrás soltando una risotada; sin embargo, no sonó sarcástica sino resignada.

—¿Irme? Continúa sin entender nada, ¿verdad? —Y tras resoplar en gesto de desprecio, siguió diciendo—: Esto le viene grande, no sabe con qué se enfrenta.

James vio la duda reflejada en su semblante. Bajó la guardia y le ofreció la mano, en señal de paz.

El hombre volvió la mirada por un segundo. Tras él, a unos metros, finalizaba el pueblo y, más allá, podía ver los acantilados y el mar. Una cadena de relámpagos alumbró por un instante la estrecha callejuela, para sumirla al momento en la penumbra.

—Lo lamento, no puedo. Samara no me lo perdonaría nunca. —Giró sobre las rodillas y corrió sobre las piedras.

Allen lo persiguió hasta acercarse peligrosamente al filo de los acantilados. El marinero se había parado, dándole la espalda. James se detuvo a unos pocos metros. El viento soplaba tan fuerte que el aullido impedía la conversación

—Créame, puedo protegerle. Iremos juntos a la policía.

El hombre giró y las miradas coincidieron. A pesar de la lluvia una capa de sudor le cubría el rostro.

—Nadie puede ayudarme. —Retrocedió un poco y unas piedrecillas cayeron al vacío.

—¡Espere!

James no pudo hacer otra cosa que observar con impotencia cómo el hombre daba un traspié y se precipitaba de espaldas al abismo mirándolo con los ojos desorbitados. En un instante había desaparecido, como si nunca hubiese estado allí.

****

32

Isla de Gavdos, Grecia

MIENTRAS James se daba una ducha caliente para quitarse la porquería de encima, un intenso dolor le recorría toda la espalda. Su cuerpo aún no se había recuperado del todo de la tensión sufrida durante el naufragio del *Picnic* cuando había vuelto a someterlo a un nuevo estrés. El vapor lo empañaba todo. Con la cara bajo el chorro de agua, comenzó a sentirse más relajado. Aprovechó entonces para meditar acerca del comportamiento tan insólito de aquel tipo. Nadie lo creería, pero él había visto sus ojos y no abrigaba dudas de que ese tío se había lanzado al vacío en una maniobra desesperada. Cuando Alex y Patt lo recogieron junto a los acantilados y lo llevaron de vuelta a casa, le advirtieron de que Victoria no se encontraba bien. Se había enclaustrado en su cuarto y allí seguía; sin embargo, cuando entraron por la puerta, los recibió en el rellano con una sonrisa de oreja a oreja. Se disculpó ante todos por su conducta tan infantil y se interesó vivamente por lo que le había sucedido a él.

Media hora después, James bajó casi al trote las escaleras sin rastro de su última aventura y accedió al salón, decorado con armonía y sencillez. El grupo se había reunido frente a las llamas de una chimenea que, ahora sí, estaba encendida, aunque languidecía. Permanecían callados y, nada más entrar, todos los ojos se clavaron en él.

—¿Cómo estás? —preguntó Alex, acomodado en un sillón.

Una sonrisa despreocupada afloró en los labios de James.

—Como nuevo —respondió dirigiéndose al sofá, donde tomó asiento junto a Victoria; le cogió la mano y entrelazaron los dedos.

Patricia cambió de postura descruzando las piernas e inclinándose sobre el asiento. Otro butacón tan ancho que la hacía parecer una niña.

—Chicos, esto está descontrolado. Debemos denunciar los hechos a

la policía. Un hombre acaba de morir y, según Allen, se suicidó arrojándose por los acantilados.

James la miró con recelo y la tensión volvió a su cuello.

—Sé que cuesta trabajo entenderlo, pero *yo* estaba allí.

—No dudo de ti, Allen. Ni por un momento —dijo Patricia, lanzándole una sonrisa sincera—. Pero si se malinterpreta lo ocurrido podrías tener problemas con la justicia.

James se levantó del tresillo, anduvo hasta la chimenea y la miró un rato fijamente atraído por el efecto hipnótico del fuego. Atizó el hogar, que chisporroteó y cobró vida de nuevo. Después se dio la vuelta. Permaneció de pie reclinado contra la repisa y con el atizador en la mano.

—Collins, ¿conseguiste contactar con Spanoulis? —preguntó Alex, dejando el teléfono sobre el cristal de la mesita que tenía delante.

Desde la mesa grande, el analista de sistemas meneó enérgicamente la cabeza y mostró un rostro decaído.

—Es casi imposible acceder a los satélites.

Sin nada que añadir, la sala se sumió en un repentino silencio. Mientras Allen se masajeaba el cuello, clavó los ojos en la pantalla aún brillante del móvil de Alex. Se inclinó hacia él.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigado.

—Un anillo. Creemos que perteneció a Cybill Onisse.

James sostuvo el teléfono en la mano. La fotografía correspondía al exterior de la alianza.

—Parece un buen trabajo de orfebrería —dijo perplejo, y amplió la instantánea con los dedos para estudiar los grabados—. Creo que son pictogramas precolombinos. Este de aquí parece una representación de Viracocha, el Dios Creador de la civilización inca… Y esto parece un felino, un jaguar quizá; el otorongo era un animal muy común entre las culturas de la Selva Amazónica… el resto de los símbolos no los reconozco.

Desplazó el índice de derecha a izquierda sobre la pantalla táctil y pasó a la segunda instantánea. Correspondía a la parte interior del anillo. Había unas palabras grabadas. Con un movimiento de los dedos amplió la imagen y forzó los ojos.

—*Fra… ter… ni… ta… ti fieri cre… di… de… rit et pro… tegit* —dijo y tras un brevísimo instante de silencio, tradujo—: Es latín. La fraternidad cree y protege. ¿Qué significará?

Al final fue Lee la que puso voz al pensamiento de todos.

—Ni idea. —Se levantó y se dirigió a su marido—: Os dejo aquí jugando a polis y ladrones, yo voy a ejercer de madre.

—Cielo —dijo James a Victoria—. ¿Conoces a un tal Samara?

—Demis Samara. Es el *factótum* de la isla. Hasta donde yo sé, en Gavdos no se mueve una hoja sin que él lo diga. Vive en una mansión

que hay al norte, al otro extremo de la isla…

Justo en ese instante, alguien llamó a la puerta. Y no una, sino dos veces. Un minuto después, emergió la figura del jardinero en el umbral de la entrada al salón.

—Señora —dijo mirando a Victoria. Luego hizo una pausa y con voz áspera, y lo que a James se le antojó una nota de triunfo, añadió —: Es la policía. Preguntan por el señor Allen.

II

Después de su encontronazo con el forastero en la taberna, Aeneas había dejado a su colega Adrastos en el puerto y había regresado a casa, por llamar de alguna manera a aquella pocilga en la que vivía en Vatsiana, la más pequeña de las tres localidades de Gavdos. Cualquiera que pasara por su puerta hubiera visto que se trataba de una vivienda necesitada de acuciantes reparaciones. La propiedad estaba rodeada por una valla de madera podrida por la inclemencia y un pequeño jardín descuidado e invadido de maleza y malas hierbas. El agua y el viento amenazaban a una construcción que parecía a punto de desmoronarse.

Por dentro, la casa ofrecía el mismo aspecto decrépito que por fuera. Muebles baratos, cortinas raídas y alfombras gastadas. Un cierto olor a rancio, mitad por el tabaco y mitad por la falta de limpieza, se había agarrado a todas las paredes de las habitaciones como una lapa.

Su propietario se ganaba la vida con la pesca y con algunos trabajillos que hacía para Demis, pero él no pensaba seguir viviendo de esa manera y tenía una jugada maestra en ciernes que le reportaría jugosos beneficios. Sentado en un tresillo mordisqueado por ratones, bostezó abriendo bien la boca y soltó una ventosidad con una cadencia musical que le hizo reír a carcajadas. Sentía la boca reseca. Retiró los pies desnudos de la mesa, se levantó y se dirigió descalzo al cuarto de baño. Tras orinar ruidosamente salió de él y se encaminó a la cocina. Algunos azulejos estaban hechos añicos y esparcidos por el suelo, la formica desprendida de los muebles y unas cuantas moscas sobrevolaban una inestable pila de platos sucios que descansaba en el seno del fregadero. Aeneas abrió la nevera, espió dentro mientras se introducía la mano dentro de los calzoncillos y agarró un *pack* de seis latas de cerveza Heineken que trasladó al salón. Tres minutos después, volvía a estar acomodado en el sofá. Con el mando encendió el televisor de cuarenta pulgadas y cambió de canal hasta encontrar un partido de fútbol.

Las vigas gimieron con desesperación. Aeneas conocía de sobra ese sonido. Cada vez que llovía se repetía una y otra vez, como si a la casa

no le gustase el agua.

«¿Y a quién coño le gusta?».

La tenue iluminación que desprendía el aparato de televisión generaba una luz temblorosa sobre una habitación en penumbras. Descuidadamente apartó hacia una esquina una vieja máquina de escribir que reposaba en la mesa y colocó los pies sobre unas revistas *Playboy* manoseadas.

Estaba tan idiotizado mirando absorto la caja tonta que no se percató de que no estaba solo.

Aeneas abrió una lata de cerveza y le dio un largo trago, después se lio un porro con la hierba que sacó de una bolsa y se lo llevó a los labios. Fue entonces cuando oyó el chirrido de una puerta. Arrugó el ceño extrañado, agarró el mando a distancia y desconectó el volumen del televisor.

Aguzó el oído. Silencio.

Un trueno en el exterior retumbó en toda la casa. La lluvia seguía martilleando la delicada techumbre y varias goteras filtraban el agua. Gruñó con la colilla insertada en la comisura de los labios, y volvió a darle caña al sonido.

Otro ruido. Esta vez sonó detrás de él y fue perfectamente audible.

—¡Me cago en la leche! —soltó la mole de cien kilos mientras se incorporaba de un salto. Oteó por todas partes, pero seguía solo. Dejó la lata de cerveza encima de la mesa y fue a recorrer la casa.

III

—Buenas tardes. Soy el agente Caristeas y quería hablar con un tal… James Allen —dijo con gravedad, consultando un bloc de notas sobre una prominente barriga que con verdaderos esfuerzos contenía los botones de la camisa del uniforme. Bajo sus pies se formaba un ligero charco con el agua que se escurría de su ropa.

James se levantó del tresillo y se reunió con el policía.

—Yo soy el tal James Allen —dijo con un tonillo sarcástico, tendiéndole una mano.

Reticente, el agente le correspondió estrechándosela y dejando a la vista dos aureolas de sudor bajo las axilas. Luego carraspeó y volvió a la seguridad que le otorgaba el cuaderno.

—Verá, señor Allen, tenemos una denuncia contra usted por robo.

Las cejas de James se arquearon en un claro gesto de sorpresa.

—¿Robo?

—Así es. Un joven dice que esta tarde usted le sustrajo a la fuerza su moto, una… —Volvió a concentrase en el bloc y leyó—: Ducati Classic.

—¿Cómo supo que era yo?

El agente pareció desconcertado con la pregunta.

—Eso es irrelevante ahora. ¿Robó usted esa motocicleta?

—Únicamente la tomé prestada. Podrá encontrarla intacta a la entrada de Kastri.

El agente lo miró a los ojos y lo observó durante un instante.

—Lo sé, la hemos localizado hace un rato… —Se hizo un breve, aunque embarazoso, silencio. El agente se pasó la mano por la barbilla con aire pensativo, y prosiguió—: Eso me lleva a preguntarme para qué querría en esta isla alguien tomar prestada una moto.

James meditó la respuesta durante un segundo.

—Perseguía a un tipo que intentó matarme ayer con su barco.

El agente abrió mucho los ojos, como si de pronto algo hubiera cobrado sentido.

—Usted debe de ser al que atendió el doctor Sanna en su dispensario. Pero la información que me facilitó hablaba de un naufragio, no de un intento de asesinato.

—Vaya, veo que las palabras «secreto de profesión» guardan un sentido diferente en Gavdos —dijo James en tono cortante.

El policía carraspeó visiblemente incómodo.

—Bueno, señor Allen, esta es una comunidad pequeña y tranquila. —Y a modo de colofón, agregó—: Todos los que vivimos aquí velamos porque así sea, especialmente yo.

Ambos guardaron silencio mientras Caristeas terminaba de garrapatear unas notas con un bolígrafo barato que escupía bolas de tinta tiñendo sus dedos de azul.

—Supongamos que eso que dice fuera verdad…

—¿Supongamos? —lo interrumpió James irritado.

El poli entrecerró los ojos.

—Supongamos que fuera verdad —insistió con retintín—, ¿qué ha sido de ese hombre?

James sopesó la respuesta antes de lanzarla; sin embargo, no encontró más forma de contarlo que ser directo.

—Se precipitó por los acantilados.

El agente lo miró con suspicacia.

—¿Se cayó o lo empujó?

Intranquilo con la deriva que tomaba la conversación, Alex se le acercó.

—James, no contestes. Avisaremos al consulado y te mandarán un asesor legal.

La mirada perspicaz de Allen recayó por un instante en la mano izquierda de Caristeas; después, levantó una mano para detener a su amigo. Su rostro dibujaba una sonrisa.

—No te preocupes, no tengo inconveniente en responder a sus

preguntas. —Clavó los ojos en el agente, y dijo tajante—: Ni una cosa ni la otra. Se tiró.

—O sea, que según su versión de los hechos tomó una motocicleta que no era suya, persiguió por la isla a un hombre y, cuando le dio alcance, se lanzó voluntariamente al vacío en los acantilados —recapituló el policía con escepticismo.

James asintió despacio.

—Esa versión se aproxima bastante a lo que realmente ocurrió, aunque escuchada en su boca, con ese tono… tan arrogante, suena mucho peor.

El rostro del policía mudó a un semblante que no podía esconder la irritación que sentía e involuntariamente apoyó la mano sobre la culata de la pistola.

—Pero ¿qué se ha creído? No puede hablarme así.

James, mirándolo con la dureza de un diamante, aproximó su rostro al del policía más de lo conveniente.

—Le hablaré como me dé la gana.

Alex le agarró de un brazo y tiró de él.

—James, por favor, no empeores las cosas.

El agente pareció empequeñecerse; sin embargo, enseguida recobró la confianza.

—Lo lamento, creo que va a tener que acompañarme —le conminó, echando mano a un juego de esposas que reposaban en un cinturón sobrecargado.

—De acuerdo —dijo James, extendiendo los puños.

En más de una ocasión sus amigos habían sido testigos de las impertinencias de James, especialmente cuando se debían a una autoridad que ejercía su poder con prepotencia; no obstante, no imaginaban cómo saldría de aquella embarazosa situación, de modo que Scott acudió en su auxilio.

—No puede hacer…

James lo detuvo alzando la mano.

—Espera. Quizá sea lo mejor… Tengo muchas ganas de poder contarle a la policía de Creta todo lo que está pasando en esta isla, incluido el papel de Demis Samara en todo este embrollo.

La mención del hombre más poderoso de la isla surtió el efecto deseado y la expresión del agente se relajó. Su gesto arrogante se había esfumado por completo.

—B-bueno, h-hombre —farfulló, devolviendo las esposas a su sitio —, quizá no sea necesario todo esto. —Bajó la vista al suelo y meditó un instante. Finalmente, alzó la barbilla y, de nuevo, miró a James a la cara con los ojos abiertos, como si hubiese tenido una idea brillante. Cuando habló, su voz había recuperado la cordialidad:

»Hagamos una cosa. Yo paso por alto sus pequeños incidentes y

usted me promete que no volverá a meterse en líos hasta que el tiempo le permita marcharse de la isla.

James frunció los labios y le devolvió una sonrisa forzada.

—Palabra de *boy scout*.

—De acuerdo, pues —dijo el policía levantando el dedo—. No lo olvide, me lo ha prometido. —Luego se despidió y, ajustándose el sombrero, volvió sobre sus pasos y salió de la casa.

—¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó incrédula Patricia, cuando se quedaron solos de nuevo en el salón.

—¿No os habéis fijado? —dijo James, mirándolos con esa sonrisa burlona que tan bien conocían.

Scott frunció el entrecejo extrañado.

—¿Fijarnos en qué?

—Jajaja —rio James—. ¿Y vosotros os llamáis polis?

****

33

Isla de Gavdos, Grecia

ENEAS estaba verdaderamente furioso. Si había entrado alguien en su casa se las vería con él. Recorrió los cincuenta metros de la vivienda en un momento, abriendo bruscamente las puertas, incluso registró dentro de los armarios y se arrodilló para inspeccionar bajo el somier.

Nada.

—¡Joder! —rezongó en voz alta.

Volvió al salón, aplastó el porro contra el cenicero y le dio otro trago a la cerveza hasta terminarla. Estrujó la lata entre los dedos mientras eructaba y la dejó caer arrugada sobre la mesa. Antes de volver a sentarse, notó que había alguien detrás de él y se giró de golpe.

«¿Qué cojones haces tú aquí?» fueron las últimas palabras que salieron por su boca.

II

James dio un breve vistazo al reloj de la pared, que marcaba las 13:32, y se aproximó al ventanal. Fuera, el viento soplaba con furia y la lluvia no cejaba en su empeño de horadarlo todo, arrastrando la tierra que lanzaba al mar desde los acantilados en improvisadas cascadas de agua y barro. En medio de una masa de nubes de distintos matices de gris una abertura irregular permitía que los rayos del sol alcanzaran la superficie del mar en una imagen bíblica. Sin retirar la vista del espectáculo que le brindaba la naturaleza, dijo:

—Chicos. He de hacer una gestión. Espero estar de vuelta en un rato.

Extrañada, Victoria se reunió con él y lo agarró con suavidad pero

con firmeza del brazo.

—¿Adónde tienes que ir? —le preguntó en un susurro; sin embargo, como todos permanecían en silencio y mirándolos lo oyeron perfectamente.

James se soltó de la mano de Victoria y desvió la atención hacia el grupo.

—Siempre he querido conocer una mansión por dentro.

Todos se quedaron boquiabiertos viendo cómo James abandonaba la habitación en dirección a la puerta de la calle. Abrazándose a sí misma, Victoria clavó una mirada indescifrable en su espalda mientras desaparecía. Después, se giró y permaneció pensativa mirando la vasta superficie que se abría tras los cristales. Patt se levantó del sillón y se le acercó hasta rozarle el hombro.

—¿Qué tal estás? —le preguntó en voz baja.

La mujer no respondió en el acto, se mostraba convencida de que la voz se le quebraría. Cuando se recompuso, sorbió suavemente por la nariz y, sin desviar la vista de la tormenta, le dijo:

—No puedo con esto. Lo he intentado, pero no puedo.

—¿A qué te refieres?

La respuesta congeló a Patricia.

III

Sentado al volante del viejo Touareg de la policía, el agente Caristeas circulaba muy despacio por el sendero interior de la mansión de Samara. Los árboles que flanqueaban el camino se batían por el fortísimo viento, como si quisieran impedir que siguiera avanzando. Si bien era consciente de que al anfitrión no le agradaban las visitas inesperadas, era absolutamente crucial que le contara su conversación con el extranjero.

El dueño de la casa se cambiaba de atuendo en el vestidor. A su lado, sobre la moqueta, había un cestillo que acumulaba ropa mojada. Con el torso desnudo y una toalla sobre los hombros se enfundó unos pantalones con la raya perfectamente definida y una camisa confeccionada a medida. Antes de abotonársela se secó la cabeza con la toalla y la arrojó al montón de la ropa sucia. Se dirigió a un mueble brillante y abrió el primer cajón. Sus ojos recorrieron el interior y escogió unos gemelos de oro y un reloj automático Audemars Piguet, que giraba aburrido sobre una plataforma que lo mantenía en funcionamiento.

Parecía de muy buen humor. La excursión había sido del todo

provechosa y si bien no había visto lo que buscaba con sus propios ojos, su instinto le decía que lo encontraría tras esa grieta que descubrió en la pared; sin embargo, el recuerdo del Español amenazándolo con un cuchillo le borró la sonrisa de la cara. La sociedad con él había funcionado durante estos últimos años, pero quizá había llegado el momento de disolverla…

Apenas se percató de una presencia hasta que oyó un suave carraspeo a sus espaldas. Contrariado se volvió y se encontró a su fiel Chang materializado en el umbral de la puerta del vestidor. Siempre tan inquietantemente silencioso.

—Señor, tiene visita —anunció, bajando la vista.

Samara le lanzó una mirada interrogadora sin dejar de ajustarse la correa de piel del reloj.

—Es el señor Caristeas. —Y para justificar la interrupción, se apresuró a añadir—: Dice que necesita verle y las líneas de teléfono no funcionan.

—Llévalo a la biblioteca. —De inmediato se volvió y prosiguió colocándose los gemelos en los ojales de los puños almidonados. Se apercibió de que su sirviente seguía de pie en la entrada y se volvió hacia él—. ¿Algo más?

—Sus suposiciones acerca de Aeneas resultaron correctas, señor. Por cierto, sería recomendable que se deshiciese de esas cartas que le envió. Podrían resultar incriminatorias.

El rostro de Samara dibujó una débil sonrisa de triunfo; realmente, el reto había sido bastante sencillo.

—Gracias, Chang. Siempre pensando en todo.

Sin esperar respuesta, le dio la espalda a su sirviente, que inclinó ligeramente la cabeza y desapareció. Se contempló a sí mismo en el espejo de cuerpo entero del vestidor. Estaba perfecto; aun así, se pasó las palmas de las manos por el pelo, de adelante atrás, y se tomó unos segundos en ajustarse el nudo de la corbata.

El agente de policía se rebullía sobre una silla de caoba estilo Imperio que era tan incómoda como parecía. En varias ocasiones cruzó las piernas y volvió a descruzarlas incapaz de encontrar la posición adecuada en un espacio tan reducido. Con desgana pasaba las páginas de una revista científica cuando Samara accedió a la biblioteca a través del despacho. Nada más ver entrar al dueño de la casa, cerró la revista de golpe y la dejó de cualquier forma sobre una mesita auxiliar, como si lo hubieran cazado haciendo algo inapropiado, y se incorporó de un salto.

Los penetrantes ojos negros de Demis solían intimidar mucho a las visitas, de hecho, le agradaba explotar esa habilidad, incluso le

divertía en circunstancias como aquella. En un segundo, como respondiendo a sus pensamientos, Caristeas bajó la vista a sus zapatos sucios de barro. Cuando descubrió que habían llenado de huellas la alfombra oriental que parecía carísima, tragó saliva y cambió el punto de apoyo por enésima vez. Había dos tipos de personas que Samara detestaba sobremanera: a los que abandonaban su cuerpo y a los pusilánimes, y frente a él tenía un espécimen que reunía ambas condiciones.

—¿Qué es eso tan perentorio de lo que quería hablarme? —inquirió con brusquedad, mientras se acercaba la muñeca para comprobar la hora en el reloj de pulsera—. Tengo prisa.

Caristeas se humedeció los labios resecos.

—Vera, señor Samara… —titubeó—, he estado interrogando al extranjero.

El anfitrión lo miró esperando a que continuase.

—Adrastos ha muerto.

Demis se mostró sorprendido.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Según el forastero, se suicidó tras una pelea en la que se enzarzaron cuando descubrió que había sido Adrastos quien hundió su barco.

Demis asintió comprensivamente.

—El mundo será mejor sin ese tipo. ¿Te contó algo más?

—Nada más. Le advertí que debía marcharse de la isla o le detendría.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Samara, intrigado.

Caristeas hizo una mueca y su rostro se cargó de confianza. A cada minuto se sentía más seguro de sí mismo. Incluso separó las manos y se relajó un poco.

—Aceptó sin remisión. ¿Qué otra cosa podía hacer? Le puse entre la espada y la pared —concluyó, dando golpecitos a las esposas.

Demis enarcó una ceja escéptico, incapaz de imaginarse a esa piltrafa amenazando al tal Allen. Quizá la imagen que se había forjado del extranjero había sido precipitada…

El ligero chirrido de la puerta de la biblioteca al abrirse arrancó su razonamiento de cuajo, giró la cabeza y descubrió a Zhāng. Le hizo una señal con la mano y el sirviente se adelantó en silencio. A su lado, le susurró al oído:

—Señor, hay alguien en la cancela exterior.

Demis conocía sobradamente a Chang y sabía que jamás le habría perturbado con una nimiedad.

—Acompáñame —se limitó a decirle, después miró a Caristeas—. Usted, quédese aquí.

Cuando los vio desaparecer tras las puertas, que se cerraron,

Caristeas resopló y volvió a la silla Imperio que, después de todo, ahora no le parecía tan incómoda.

Demis se apresuró en cruzar la estancia y se dirigió a un armario. De un bolsillo del pantalón consiguió una anilla con llaves y seleccionó una pequeña que introdujo en una cerradura. Tras abrir las dos hojas aparecieron seis monitores de alta resolución que mostraban las imágenes de otras tantas cámaras de seguridad. Enfocó la mirada en la marcada con el número tres y que tenía un rótulo que rezaba: «Cancela exterior». Lo que vio lo dejó boquiabierto, pero solo hasta cierto punto, y se alegró de descubrir que su intuición seguía funcionando a las mil maravillas: una cara asomaba por la ventanilla del conductor de un viejo Land Rover y se había acercado a pocos centímetros del iris de la cámara de vigilancia.

—Es el extranjero. El señor Allen —le informó Zhāng.

Samara pulsó un interruptor bajo una placa dorada que ponía: «Sonido» y, mediante unos altavoces, escuchó una voz grave con un cierto tono sarcástico:

—¡Hola, hola! ¿Hay alguien en casa? Me estoy mojando… Hola…

Samara chasqueó la lengua, desconectó el sonido de las pantallas y aseguró de nuevo las puertas del armario.

—Ese hombre es irritante. Chang, déjalo entrar y llévalo a la biblioteca. Ah, y echa al policía, que retire el coche y se vaya por la parte de atrás.

****

Año 1541 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

Sin decir palabra, Alvarado y Bazán levantaron la vista hacia sus camaradas y se dispusieron a seguirlos por una torcida senda medio oculta por maleza y helechos. No habían sino dado unos pasos cuando una peste horrenda y un zumbido incesante les trajeron a la mente un suceso de infausto recuerdo. Y entonces lo vieron, se detuvieron bruscamente y se santiguaron: un cuerpo seco y mutilado yacía al lado del tronco grueso y retorcido de un shihuahuaco. Las raíces, grandes como mástiles de barco, brotaban de la tierra igual que si se tratase de las patas de una araña gigante. Al cadáver le faltaba parte de la cabeza, la de más arriba, e iba ataviado con un jubón, calzones largos y botas. Del cinto pendía una espada y, a unos pasos de él, el casco se encontraba tirado de cualquier manera, abollado y con visibles manchas de sangre.

—¿Decís que este pobre desgraciado es Núñez? —preguntó Alvarado, ceñudo.

Mansilla asintió de forma rotunda.

—Sí, las botas son las suyas. Yo mismo se las remendé hará cosa de un año.

—¿Sabéis qué le ha ocurrido? —intervino el Vizcaíno.

—Cuando paramos a descansar, Paco se alejó para aliviar la vejiga y… —El Marino encogió el cuerpo.

Rodrigo y Bazán cambiaron una mirada preocupada. No existía ningún animal capaz de hacer algo así, o al menos ellos no lo conocían. Mandaron llamar a Killari, la mujer del infortunado. Mansilla desapareció de su vista y reapareció en un santiamén. En pos de él se allegaba una mujer india joven con un vestido blanco y una cinta en el pelo. Nada más ver el panorama, profirió un gemido lastimero y se arrojó al suelo, al lado del cadáver. Los gritos atrajeron a los demás, y pronto se arremolinaron allí mismo, manteniendo las distancias.

Por encima de sus cabezas, los monos parecía que se agitasen y chillasen con más vigor y los insectos fueran más incisivos que nunca. Bazán se sacudió un mosquito que le rondaba por la cara mientras escrutaba al grupo. No le pasó desapercibido el rostro de los indios. Su piel, habitualmente desgastada por el sol, había adquirido una palidez

cadavérica y estaba ahora casi blanca. Todos permanecían callados y taciturnos. Únicamente se escuchaban los llantos de la india que, repentinamente, enmudeció, volvió la cabeza hacia los otros indios y empezó a hablarles en quechua.

Pese al tiempo que llevaban juntos, los españoles se mostraron incapaces de entender su idioma. No obstante, entre aquellas palabras que salían atropelladamente por su boca entendieron una que no habían escuchado desde hacía un año: Yanapuma.

—¡Sayani! —dijo el Vizcaíno subiendo el tono de voz y acallando a los indios.

Una mujer con una larga cabellera que le caía por la espalda hasta la cintura se hizo sitio entre la gente, vaciló un instante y finalmente se aproximó a Bazán y se detuvo frente a él, cabizbaja. El hombre le puso suavemente la mano en la barbilla y le alzó la cara hasta que sus miradas se encontraron.

—Sayani, ¿qué es el Yanapuma?

La mujer le sostuvo la mirada; sus ojos no ocultaban que se sentía atemorizada. Abrió la boca para contestar y volvió a cerrarla. Titubeó y, en un tono poco audible, susurró:

—S-supay.

—¿Supay? *¿Qué diantres significa* supay*?*

Entre ellos todo seguía en silencio mientras esperaban la respuesta de Sayani.

—Ser Demonio —repuso una voz fuerte entre el grupo.

Bazán levantó la cabeza para mirar por encima de los hombros de Sayani y sus ojos se toparon con una mujer anciana y arrugada que lo miraba con arrogancia: Killa. Las malas lenguas decían que era bruja. Los españoles a su lado, cohibidos, se echaron al costado. Repentinamente la vieja quedó sola en medio de un círculo, cual gota de aceite en un vaso de agua.

****

34

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

Un chasquido liberó la cancela de hierro, que se desplazó suavemente hacia el interior como un libro abriéndose. James se puso derecho en el asiento y avanzó por un camino que, a esas alturas, estaba repleto de charcos y barro. En el breve trayecto se fijó en las cámaras de seguridad que seguían sus movimientos, como si alguien no se fiara que no fuera a robar la plata. También descubrió dos pastores alemanes que se lanzaron aullando contra el lateral del coche a medida que el vehículo pasaba frente a ellos. Estaban atados por una larga cadena que se veía resistente, o al menos en eso confiaba.

Cuando divisó un todoterreno con la ventanilla trasera rota parado en una rotonda, aminoró la velocidad y se detuvo detrás de él. Para evitar la lluvia superó los tres peldaños de mármol que le separaban de un enorme portón de estilo arabesco, que tendría unos cuatro metros de alto. Antes de llegar a él se abrió una de las hojas y el umbral lo ocupó la figura de un hombre engañosamente bajo, ataviado con una chaquetilla blanca de cuello mao. Mientras se iba acercando, James sintió que lo escrutaba con unos intensos ojos almendrados. Cuando llegó junto a él, el sirviente se apartó cortésmente.

—Si me entrega el impermeable, señor —dijo en un pulcro inglés con un fuerte acento oriental.

James se deshizo del Barbour mojado y se lo alargó al sirviente, que lo sacudió fuera antes de colgarlo de un perchero.

—Tenga cuidado con él. Le tengo mucho cariño.

El oriental, sin comprender el sarcasmo, le hizo un ademán para que lo siguiera y lo condujo por un pasillo de mármol y paredes con frisos. Como un turista, miraba cohibido a todas partes. La mansión era verdaderamente espectacular y no le faltaba detalle. Demasiado

ostentosa para su gusto y a Victoria le hubiera horrorizado; aun así, debía reconocer el gusto refinado de su propietario. En la casa reinaba la quietud más absoluta, únicamente perturbada por el taconeo de sus propios zapatos, lo que le hizo sentir incómodo. El sirviente llevaba unas zapatillas planas insonoras, y descubrió otra manía de su propietario: el silencio.

Un par de minutos después, tras un recodo, se toparon de frente con una puerta de roble y cristal de doble hoja, que Chang abrió, girando con delicadeza un pomo dorado. Eliminado el escollo, James accedió a una estancia con paredes revestidas y techo artesonado, donde se vio rodeado de anaqueles llenos de libros artificialmente impolutos. Él siempre soñó con poseer una biblioteca como aquella, en la que se respirase una atmósfera real, no impostada.

—El señor Samara vendrá enseguida; ¿puedo ofrecerle algo de beber mientras espera?

—¿Tiene *whisky* de malta?

—Por supuesto, señor.

El oriental inclinó la cabeza y se marchó, tornando sobre sus pasos. No habrían transcurrido más de tres o cuatro minutos cuando reapareció portando una bandeja de plata con una copa de balón llena hasta la mitad de hielo y de un líquido color miel.

—Gracias —dijo el invitado, alargando la mano para retirar la bebida.

El sirviente agradeció el gesto con un leve movimiento de cabeza y volvió a desaparecer por la puerta, que se cerró con suavidad detrás de él. James se quedó a solas en aquella habitación tan impresionante. La espera se hizo más larga de lo que la cortesía establecía y estuvo seguro de que la tardanza del anfitrión era intencionada.

«Quiere dejar claro quién tiene el control».

Deambuló por la biblioteca con parsimonia, con la copa en una mano y la otra remetida en un bolsillo de los pantalones chinos. Bostezó impasible. Si lo estaban observando, cosa de la que albergaba pocas dudas, deseaba transmitir la sensación de serenidad. Él también sabía jugar sus cartas y aquella era una partida de póker entre dos buenos jugadores. Pasó por encima de una alfombra sorprendentemente manchada de barro y se arrimó a las llamas de la chimenea, dejando que el calor secase su ropa húmeda. Mientras tanto, apartó la vista de las brasas, la dejó volar por la extensa habitación y la posó en los delicados artesones del techo.

De vuelta al hogar, sacó los cubitos de hielo de la copa y los arrojó al fuego, removió el licor y lo saboreó. El aroma a barrica de roble le evocó al valle escocés de Speyside, conocido mundialmente por los *whiskies* de malta. Probablemente era un Cardhu de 12 años. Dejó la copa encima de la repisa de piedra y echó una ojeada al reloj de

muñeca. Comprobó que llevaba allí quince minutos. Con las manos juntas en la espalda, se acercó distraídamente a una estantería cerrada con puertas de cristal, en la que dedicó unos minutos a examinar uno por uno los lomos de los libros.

«Ediciones baratas de escritores vulgares y corrientes. Apostaría que comprados al peso en algún anticuario con el único propósito de crear una atmósfera acogedora en una estancia tan grande…».

James se giró ciento ochenta grados cuando sintió unas livianas pisadas detrás de él, y se enfrentó a un hombre seguro y con todo el aspecto de haberse forjado a sí mismo. El recién llegado estaba pulcramente encajado en un carísimo traje y una camisa inmaculada que se cerraba en el cuello con una corbata de seda de color burdeos. El anfitrión clavó en él la vista durante unos segundos, revelando un semblante inexpresivo. Su indumentaria contrastaba con la vestimenta deportiva que portaba su invitado. Ni por un momento, se dejó engañar por las apariencias.

James, impertérrito, le sostuvo la mirada.

Durante un breve instante ninguno de los dos dijo nada, solo se observaron. Finalmente, Samara le tendió la mano forzando una sonrisa y James, sin interrumpir el contacto visual, le correspondió con un fuerte apretón.

—Me alegra conocerlo al fin —dijo el anfitrión en un perfecto inglés… ¿de Oxford?

—No puedo decir lo mismo —repuso James con cierto desdén.

Samara carraspeó incómodo y oteó alrededor hasta localizar la copa sobre la chimenea.

—Veo que Zhāng le ha servido un Cardhu de 12 años, es mi mejor *whisky*.

James sonrió con malicia.

—Espero que no lo reprenda por ello.

El griego lo observó con gravedad; a pesar de estar a punto, no perdió la paciencia.

—Señor Allen, se empeña usted en ser grosero conmigo.

—Discúlpeme, pero me refería al hecho de que me lo haya servido con hielo —lo dijo en un tono como si hubiese cometido la mayor de las incorrecciones.

Samara lo miró y frunció los labios esbozando una sonrisa.

—Me he esforzado mucho por educar a Chang en las buenas artes, pero me temo que hay sensibilidades que, o se poseen, o no se pueden aprender.

—Se ha ido muy lejos para encontrar un sirviente.

—Lamentablemente, Grecia no es un buen sitio para contratar empleados leales y menos en los tiempos que corren. La gente suele estar más interesada por el dinero que por el trabajo.

—Espléndida casa —dijo James mirando en todas direcciones.

—Agradezco su cumplido, especialmente viniendo de un hombre como usted. Lástima del tiempo, lo verdaderamente maravilloso está ahí fuera —dijo, dirigiendo la barbilla hacia la puertaventana.

De repente, un silencio largo e incómodo envolvió a los dos hombres mientras miraban absortos el exterior. Finalmente, el griego se volvió hacia James.

—¿Puedo preguntarle qué le ha traído hasta mi casa, señor Allen?

—Desenmascarar al hombre que ha intentado matarme, y preguntarle por qué —respondió sin ambages.

El anfitrión echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una sonora carcajada.

—Empiezo a pensar que es usted único en su especie. Señor Allen, ¿puedo invitarle a comer?

—Será un placer.

Samara se acercó a una mesa supletoria y pulsó un botón en una consola, casi de inmediato apareció el sirviente.

—Zhāng, seremos dos para almorzar —anunció secamente.

—Muy bien, señor —Y tras inclinarse servilmente, desapareció de la vista.

—Comprobará usted que mi sirviente es tan buen cocinero como eficaz en su trabajo.

—No lo he dudado ni por un instante —replicó James con un cierto tono de sarcasmo que pretendía zaherir a su interlocutor y minar su confianza en sí mismo.

Diez minutos más tarde, en los que hablaron fundamentalmente de la crítica situación económica que sufría el país, abandonaron la biblioteca. Cruzaron una hermosa galería acristalada y un patio porticado con una fuente en el centro, y llegaron a una doble puerta corredera de cristal. El anfitrión asió los tiradores y deslizó las hojas, una a la derecha y la otra a la izquierda. James se adentró en una estancia espectacular iluminada con dos arañas de cristal que pendían de un techo abovedado. El centro de la habitación lo ocupaba una lustrosa mesa rectangular, rodeada de doce sillas de respaldo alto y brazos.

—Tome asiento, por favor —dijo señalando una silla acolchada. Samara, como era habitual, escogió la ubicada en la cabecera.

Enseguida apareció Zhāng y descorchó con mano experta una botella de Château Lafite del 99. Vertió un poco en la copa del anfitrión y aguardó a recibir su beneplácito, solo entonces sirvió el vino y se marchó. Ambos tomaron las copas y saborearon el caldo en silencio.

—¿Me permite una pregunta personal? —dijo al cabo James, devolviendo la copa casi vacía a la mesa.

El griego lo miró con intensidad y separó los brazos con las palmas hacia arriba, luego cogió la botella de vino y rellenó ambas copas.

—Naturalmente que sí.

—¿Qué hace un tipo como usted en un sitio como este?

Samara alargó la mano y abrió una pitillera de plata que descansaba sobre la mesa.

—¿Le importa?

James negó con la cabeza y el anfitrión escogió un cigarrillo que encendió con un mechero de oro. Enseguida, brotaron nubecillas alargadas de humo que se disipaban en cuestión de segundos.

—Me gusta fumar antes de la comida, es una vieja costumbre.

—Tenga cuidado… hay placeres que matan.

Por un instante se miraron fijamente. Al final, el anfitrión se llevó la húmeda boquilla del pitillo a los labios, dio una larga calada y exhaló el humo.

—Verá, señor Allen. Mi padre era limpiabotas. —Samara se interrumpió para meditar acerca de cómo continuar—. Durante años soportó estoicamente el desprecio de la gente con dinero que no se dignaba ni a mirarle a la cara. Yo me ofendía muchísimo, pero él siempre me reprendió por ello y me enseñó que nunca se debe morder la mano que te da de comer. Con los años aprendí a odiar en silencio y cuando mi padre falleció de una pulmonía, dejé atrás esa vida y me marché a Londres. —Con el cigarrillo entre los dedos, el anfitrión dio un sorbo a la copa de vino—. Con quince años, entré a trabajar al servicio de *Lord* Wedgwood Bee, vizconde de Stansgate. Allí aprendí todo este… —abrió los brazos, haciendo el ademán de abarcar cuanto les rodeaba— buen gusto. Al cumplir los dieciocho, me pagó los estudios en la Universidad de Oxford.

—¿Y cómo acabó en Gavdos? —preguntó James, tras apurar su segunda copa.

En ese instante, apareció Chang y sirvió los entrantes a base de mariscos y crustáceos de la bahía. Rellenó de nuevo las copas de vino y desapareció. Samara aplastó la colilla contra un cenicero limpio.

—Mi sitio no era aquel, señor Allen —continuó—. Yo no era más que el hijo de un limpiabotas. Al fin, comprendí que mi educación no había sido más que… una obra benéfica —concluyó con un cierto tono de resentimiento.

James extrajo un pedacito de carne del cascarón seccionado de un cangrejo rojo y se lo llevó a la boca.

—Está delicioso, no me diga que también lo ha pescado su sirviente.

Samara se echó a reír y alzó las manos de la mesa.

—No, señor Allen, me temo que entre las habilidades de Zhāng no está la de pescar.

James juntó el ceño y observó sumamente interesado la mano izquierda de su anfitrión. El gesto no pasó inadvertido para este que persiguió su mirada y descubrió el objeto de interés de su invitado.

—Ese anillo… —dijo James.

Samara se reclinó en la silla y unió las puntas de los dedos. Durante un segundo miró a James fijamente mostrando un rostro impertérrito.

—No es la primera vez que lo ve, ¿verdad?

Allen sacudió la cabeza y dio un sorbo a la copa de vino, como si tal cosa.

—En realidad, es la tercera.

Esta vez, el semblante del griego pareció reflejar perplejidad, arqueando las cejas; sin embargo, permaneció callado con los ojos clavados en su interlocutor.

—La primera vez —comenzó a explicarse— fue hace un rato, en una fotografía obtenida de un cadáver en el muelle. Creo que pertenecía a una tal Cybill… se llamaba así, ¿no? La segunda, en el dedo de ese grasiento policía de quien no recuerdo su nombre y, la tercera, ahora mismo.

Demis frotó con delicadeza la servilleta por los labios. Luego la extendió de nuevo en el regazo.

—Es usted un hombre observador, señor Allen.

—¿Qué es la *Fraternitati*? —preguntó a bocajarro.

El griego se lo quedó mirando sin pestañear. La presencia de Zhāng le hizo ganar tiempo. El sirviente sustituyó los platos y dejó una bandeja de ostras sobre un lecho de hielo picado.

—Es una palabra en latín que significa: la Hermandad —dijo Samara, mientras estrujaba un limón sobre los moluscos. Después, se llevó una valva a la boca, sorbió y la dejó vacía en el plato—. Hasta una isla pequeña como esta necesita unas normas de funcionamiento.

—Y estoy seguro de que usted las aplica con mano de hierro.

Demis pareció a punto de decir algo; no obstante, prefirió guardarse sus palabras.

—¿Qué le sucede a las ovejas descarriadas? —insistió James, tras sorber una ostra, y antes de que su interlocutor contestara, chasqueó los dedos y se aventuró con la respuesta—: ¡Naturalmente! Cybill debió incumplirlas de alguna manera y acabó en el mar después de un viaje desde las alturas, igual que aquel desgraciado, que prefirió suicidarse antes de tener que rendirle cuentas a usted.

Samara apretó la mandíbula y clavó en él los ojos negros.

—Señor Allen, creo que se está usted aventurando en terrenos pantanosos. No le he invitado a almorzar para ver cómo me insulta —dijo con gravedad.

James se hizo con otra ostra y miró a su anfitrión con indiferencia, sabía que estaba haciendo mella en su férrea voluntad y eso, tarde o

temprano, lo llevaría a cometer una equivocación.

—Lamento si lo he ofendido —dijo, dejando otra concha vacía en el plato.

—Durante siglos, muchas personas han formado parte de la Hermandad… —Hubo una pausa, tras la cual añadió—: Incluidos los padres de su querida Victoria Meier.

Ahora el sorprendido fue James, al que estas palabras golpearon con la fuerza de una locomotora.

—Veo que se ha quedado sin habla —dijo Demis, saboreando su pequeño triunfo—. Así es —continuó con una mirada triunfante—, Mark y Lilly fueron dos miembros muy activos de nuestra comunidad.

James seguía boquiabierto cuando, súbitamente y como una descarga eléctrica, varias piezas empezaron a encajar en su cabeza: Victoria le había dicho que encontró el ídolo de barro en una caja de pertenencias de sus padres, luego estaba lo de su muerte en extrañas circunstancias en aquella carretera de Suiza, el posterior robo de la talla…

—Ellos ocultaron el ídolo de barro —dijo al fin James con sagacidad—, y usted decidió recuperarlo, por decirlo de alguna manera. Pero ¿por qué tanto empeño en una figura sin valor alguno?

Antes de dar un último sorbo, Samara removió el vino, observando cómo se adhería al cristal. A continuación, se secó con la servilleta y la dejó sobre la mesa.

—Señor Allen, creo que la comida ha terminado. No puedo decir que haya sido un placer… aunque sí interesante. En esta isla es difícil encontrar un conversador a la altura.

—No se equivoque, Demis —dijo con serenidad, mirándolo a los ojos—, voy a descubrir qué está pasando en esta isla y voy a desenmascararle a usted y a esa maldita Hermandad.

—Que tenga suerte en el empeño —replicó sin inmutarse—. Zhāng —dijo, dirigiéndose a su sirviente, que permanecía quieto en una esquina como un mueble más de la estancia— acompaña al señor Allen a la salida. Ya se marcha.

James se lo tomó con calma y, antes de abandonar la mesa, apuró el resto de la copa de un trago.

****

35

Isla de Gavdos, Grecia

Justo después de abandonar la mansión de Samara, Natla más hacerle le sobrevino la intuición de que algo no iba bien. La casa se hallaba completamente en silencio y ni siquiera oía corretear a los niños. Recorrió la planta baja metiendo la cabeza en todas las estancias, hasta que al fin, en el salón, descubrió el perfil de Victoria sentada en el sofá contemplando abstraía el vivo fuego de la chimenea.

—Ah, cariño, estás aquí. ¿Por qué está todo tan silencioso?

Se arrimó a ella y la besó en la cabeza. La mujer ni se inmutó, solamente soltó un murmullo que podía haber significado cualquier cosa. En todo momento eludió el contacto visual con él y mostró una actitud distante. James torció el gesto extrañado y tomó asiento junto a ella.

—¿Vas a contarme qué sucede?

Victoria colocó la mano en la mejilla de James.

—Tenemos… que hablar… —balbuceó con labios trémulos.

Allen abrió mucho los ojos y se levantó del tresillo con precipitación.

—Ah, no, no… la última vez que me miraste así y soltaste esas palabras todo se vino abajo.

Victoria esgrimió una sonrisa triste mientras le vino a la mente aquel atardecer en el puerto pesquero de Slumbay, en Lochcarron. Desterrando estas imágenes, alzó la mirada hasta encontrarse con la de James.

—No puedo seguir con nuestra relación.

Los hombros de James se derrumbaron. Pareció que le costase respirar y que las piernas no eran capaces de aguantar el peso de su cuerpo. Tomó asiento a cámara lenta en el sillón, tratando de asimilar las palabras que acaba de escuchar.

—Pero… ¿por qué?

—Mira, James, toda mi vida he sido una persona muy independiente. Cuando te conocí, pensé que era hora de cambiar eso, pero tu manía de meterte en problemas, aun a riesgo de tu vida, me ha hecho darme cuenta de que esta relación, en el fondo, me hace sentir vulnerable. —Detuvo sus palabras y tomó aire—. En estos últimos días, cada vez que salías de casa me preguntaba si volverías de una pieza y qué sería de mí si te pasaba algo…

—Pero es que algo grave sucede en esta isla y ninguno queréis verlo —protestó, interrumpiéndola.

Victoria agachó la cabeza y la sacudió amargamente varias veces.

—¿Es que no te escuchas? Mañana nos hubiéramos casado. Estos debían ser días de felicidad y los has convertido en una auténtica pesadilla.

El escocés pasó por alto su comentario e insistió.

—He hablado con Samara y me ha dicho algo que creo deberías saber.

Victoria resopló hastiada; sin embargo, le pudo la curiosidad, de forma que alzó la barbilla y aguardó a que le contase aquello tan relevante.

—Conoció a tus padres.

Victoria frunció los labios.

—Mucha gente de aquí conoció a mis padres. Vivieron en esta isla muchos años.

—Ya, pero Samara los llegó a conocer muy bien.

Unas arrugas recelosas cruzaron la frente de Victoria.

—¿Qué quieres decir con muy bien?

James permaneció callado y entre ellos se instaló un silencio que, por vez primera en su relación, se antojó embarazoso.

—En esta isla —prosiguió al fin— hay una especie de organización llamada la Hermandad. Creo que Samara es el jefe. Sus miembros se identifican porque llevan un anillo de plata, igual al que nos mostró Alex en la fotografía y que perteneció a Cybill. Samara y el policía que estuvo en casa también llevaban uno.

En ese momento del relato, Victoria lo miraba con desconcierto.

—¿La Hermandad? ¿Qué tienen que ver mis padres con esto?

James se humedeció los labios.

—No sé exactamente cuál es su finalidad —respondió escogiendo las palabras con tiento—; sin embargo, creo que las muertes de Cybill y del marinero al que perseguí están relacionadas con ella…

La cara de Victoria enrojeció y su rostro se afeó por la rabia.

—¿Me estás diciendo que mis padres eran unos asesinos? —vociferó sin poder reprimirse. Sus gritos resonaron en toda la casa—. ¡Por Dios bendito! —Se levantó de un brinco y se acercó a la

cristalera. De espaldas a James, permaneció impasible mirando al vacío.

James se quedó mudo de asombro. Jamás había visto a Victoria tan encolerizada y al instante se arrepintió de su torpeza a la hora de plantear la cuestión. Dejó pasar unos segundos para que la tensión se rebajase y volvió a hablar, tratando de escoger con más cuidado sus palabras.

—Cielo, no es eso lo que quería decir, ni siquiera pretendía insinuarlo. Jamás se me pasaría por la cabeza pensar en algo tan cruel. Lamento mucho si es eso lo que han dado a entender mis palabras.

El tono de voz de James sonó sincero y, aunque Victoria se hallaba de espaldas, por un brevísimo instante percibió que la tensión de sus hombros, involuntariamente juntos, se relajaba ligeramente. Reflexionó sobre cómo decir lo que aún le faltaba por contar y guardó silencio durante un rato.

—Hay algo más que debo contarte —dijo al fin.

Sin apartar la mirada de la lluvia, el pecho de Victoria comenzó a subir y bajar con rapidez.

—Samara también me insinuó que tus padres se llevaron la talla de arcilla… —en ese momento, los hombros de Victoria volvieron a empinarse— y que pudieron morir por esa razón.

Victoria no dijo nada, se volvió dejando atrás la ventisca y se dirigió a una butaca. Los ojos se le humedecieron y ocultó la cara bajo las palmas de las manos. Entonces una oleada de indignación arraigó en ella, sorbió y alzó la cabeza hasta clavar su mirada pétrea en James, mirándolo como si fuera un completo desconocido. Su rostro parecía frío, algo así como el de una estatua. Con movimientos delicados se extrajo un anillo de diamantes del dedo anular de la mano izquierda y lo dejó sobre la mesa. Con una voz que sonó débil pero firme, le dijo entonces:

—Por favor, coge esto y márchate de mi casa. No quiero volver a verte.

Media hora más tarde, James conducía bajo un fuerte aguacero y con la mente confusa. Alex estaba a su lado —al verlo marchar tan afectado no quiso dejarlo solo, de modo que había resuelto acompañarle adónde fuera que se dirigiese—, pero apenas si habían cruzado palabra alguna durante el trayecto. Al volante de un Volkswagen Polo, que había aparcado en el garaje, recorrían el camino embarrado que llevaba a Kastri con el único sonido de las gomas de los limpiaparabrisas batiéndose de un lado a otro.

James no podía entender cómo habían llegado a esa situación y se recriminó interiormente su insensibilidad a la hora de plantearle la

cuestión de sus padres. Cuando todo se calmase, retomarían la conversación. Se amaban profundamente, de eso estaba completamente seguro, y en cuanto consiguiera demostrar que sus conjeturas ofrecían una base fundada, confiaba en que las aguas volverían a su cauce. Ese pensamiento le insufló ánimos y volvió por un segundo la cabeza hacia su compañero.

—Alex, has de ayudarme —el tono sonó perentorio.

—James, detesto esta situación tanto como tú, pero creo que te has obsesionado con esta historia…

—Escúchame atentamente —interrumpió a su amigo y le contó toda la conversación mantenida con el *factótum* de la isla y la posterior discusión con Victoria, sin omitir ningún detalle—. Ahora, dime que estoy loco y que todo esto no es más que el fruto de mi imaginación.

Alex permaneció en silencio. Tomaron una curva cerrada a la derecha y el vehículo botó al pasar sobre un socavón que la lluvia había cubierto de agua. Momentos después, circularon frente a una señal clavada en un poste de metal que proclamaba que Kastri se situaba a dos kilómetros de distancia.

—¿Sabes adónde nos dirigimos?

—Recuerdo haber pasado frente a una pensión. No parecía gran cosa, pero con suerte podremos agenciarnos dos buenas habitaciones con vistas al mar.

Alex lo miró y arrancó a reír.

—¿Me vas a ayudar? —dijo James con brusquedad.

Alex asintió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Claro que sí.

Unos minutos más tarde, se adentraron en las calles de Kastri y aparcaron dando marcha atrás frente a la entrada de un establecimiento al que la lluvia y la oscuridad dotaban de un aspecto más funesto si cabía. Alex juntó el ceño extrañado y a través del cristal observó un luminoso que colgaba de la fachada descascarillada, anunciando que se alquilaban habitaciones

—¿Estás seguro de que esto es un hotel?

****

36

Isla de Gavdos, Grecia

DESPUÉS de la precipitada marcha de James y Alex, la tristeza se abatió sobre el grupo. El tiempo tan melancólico no ayudaba en nada a levantar los ánimos. A las nueve en punto, Anne Marie anunció que la cena estaba lista y una hora después todos reemprendían el camino de vuelta a sus aposentos. Jamás se le antojó a Victoria tan larga la escalera que llevaba a su dormitorio como esa noche. Tras cerrar la puerta a sus espaldas se enfrentó a la soledad por primera vez en los últimos meses. Creyó que liberada de su relación se sentiría mejor; sin embargo, descubrió con amargura que ni mucho menos era así. Triste y decaída, se metió directamente en la cama.

En el cuarto de los chiquillos, Lee esperaba mientras sus hijos se enfundaban el pijama y se encaminaban al cuarto de baño. En su opinión, Victoria había sido demasiado dura con James. Echarlo de esa manera de la casa, en mitad de aquella tormenta, le pareció de niña malcriada.

—Niños, lavaos los dientes, que no os lo tenga que repetir.

—Jo, mamá —rezongó la chica desde el baño—, es que sabe mal.

—¿Qué es lo que sabe mal?

—La pasta de dientes —intervino Mark.

—Es de otra marca distinta de la que usamos en casa, ya está, pero no tiene nada de malo.

Unos minutos y varios murmullos quejumbrosos después, los niños apagaron la luz del aseo, atravesaron el dormitorio y se deslizaron bajo las sábanas. Mark era más miedoso y escogió la cama de la izquierda, la pegada al balcón, y Miranda la que se situaba más cerca del pasillo. Lee se acercó a la ventana, comprobó que estuviera bien cerrada y corrió las cortinas. Luego se inclinó hacia sus hijos, los arropó, como solo las madres saben hacer, y les besó en la frente dándoles las buenas noches; después apagó la luz, cerró la puerta y se

dirigió a su dormitorio.

Patricia se sentó en una esquina de la gran cama de matrimonio con la cabeza gacha y mirando la alfombra que había a sus pies. Estaba atónita con lo que estaba ocurriendo. Unos meses antes, jamás hubiera pensado que las cosas entre ellos acabaran así de mal…

Dejó su pensamiento a medias. Rápidamente, su mente de policía la llevó a los enigmas que rodeaban la isla. ¿Tendría razón Allen y allí estaba fraguándose algo horrible y siniestro? Desde luego, él se mostraba tan convencido que había arriesgado la relación con el amor de su vida… Pero lo cierto era que la historia sonaba poco verosímil.

Se despojó de la ropa y se dejó caer desnuda sobre el colchón. El sonido monótono de la lluvia se introdujo en ella con el mismo resultado que un narcótico, y pronto se entregó al sueño.

Collins era el único que a las diez y media de la noche seguía despierto en la Casa de Cristal. No recordaba la última vez que se había marchado temprano a dormir y, sentado en la posición de loto sobre la ropa de la cama, seguía aporreando desesperadamente el teclado del portátil. Para acceder a los satélites necesitaba traspasar la inexpugnable barrera que había levantado esa tormenta. No había nacido el ser humano que pudiera vencerle; sin embargo, jamás se había encontrado con un enemigo más pertinaz que la propia naturaleza. En ese momento, se acordó del rey de España Felipe II y aquello de «Yo no mandé a mis barcos a luchar contra los elementos», cuando un temporal desarboló a la Armada Invencible que había enviado para la conquista de Inglaterra.

Él no perdía un segundo en barruntar qué había ocurrido entre Victoria y James. Sinceramente, le importaba un bledo. Él era de los que pensaban que las relaciones humanas eran demasiado complicadas y huía de ellas como si fueran la peste, por eso nunca había tenido amigos, ni mucho menos novia. Patt, Alex y James eran lo más parecido que tenía a una familia. Collins estaba tan absorto en resolver su problema tecnológico que no hubiese escuchado el ruido de una estampida a diez metros.

En el interior de la Casa de Cristal reinaba el silencio.

En el exterior jarreaba. Una sucesión de relámpagos iluminó el cielo, mostrando una sombra que se deslizaba sigilosa.

II

Alex se despertó de sopetón hundido en el centro del camastro, y se removió incómodo. Sentía los muelles del somier clavándose en su espalda y la columna arqueada estaba matándolo. Se giró varias veces sobre la almohada buscando una postura más cómoda, pero no la

halló. Tras media hora de tortura y resoplidos, se sentó en el borde del colchón.

—¡Al diablo! —soltó en voz baja, levantándose.

Antes de salir de la habitación escribió una nota destinada a James. Al pasar por su puerta la introdujo por la ranura de abajo y salió zumbando de aquel sitio. Luego, al volante del Volkswagen, emprendió el camino de regreso a la Casa de Cristal. Esa noche dormiría en una cama en condiciones.

El recorrido no era muy largo; no obstante, entre la lluvia, la noche y las curvas interminables, más le valía ser precavido. Pese a no superar los cuarenta por hora, no dejaba de bambolearse de un lado para el otro. Cuando desaparecieron del espejo interior las últimas luces de Kastri, se sintió solo atravesando la oscuridad bajo un manto de agua. De fondo, veía los destellos del faro y se sintió reconfortado.

«Algo que funciona con normalidad».

Buscando compañía, apartó una mano del volante para encender la radio y recorrió todas las sintonías; desistió cuando no paró de escuchar ruido de estática. Entonces abrió la guantera y buscó a tientas hasta que sus dedos se cerraron en torno a una vieja cinta de casete. Mientras devolvía la mano al volante, empezó a deslizarse la música por los altavoces delanteros, silenciando el tamborileo de la lluvia. Acabó una canción de Eagles y, casi de inmediato, los Rolling Stones comenzaron a tocar uno de sus temas favoritos: *Paint it Black*, y se puso a entonarla en voz alta:

—*I see a red door and I want it painted black*…

La forma que emergió de la noche abalanzándose sobre él lo cogió alargando la mano para subir el volumen. Soltó una obscenidad en voz alta, dio un volantazo y se salió de la calzada. Rodó por el campo unos metros saltando entre los boquetes encharcados y arrancando los matorrales bajos con los que se cruzaba. De otro golpe de volante volvió al camino y frenó en seco, bajo un estruendoso chirrido de los neumáticos.

Agarrado con fuerza al volante, respiró hondo y dirigió una rápida mirada al retrovisor, enfrentándose a más oscuridad. Durante un instante dudó si no habría sido el efecto del cansancio…

Pero desechó la idea.

Más calmado, reanudó la circulación. Apagó la música y el habitáculo quedó en silencio. El resto del trayecto lo realizó sin superar apenas los veinte kilómetros por hora y no apartó la vista del frente más que para mirar por los espejos. Diez minutos más tarde, ralentizó la marcha cuando vio la fachada de la casa y detuvo el Polo frente a la entrada. Se inclinó hacia el volante y, por el cristal delantero, recorrió con la mirada el exterior, sin que viera ninguna luz encendida.

Tiró del freno de mano, salió y corrió a guarecerse de la lluvia. En la entrada se sacudió el barro de los zapatos y miró el timbre; finalmente, se decidió por golpear suavemente la puerta con la aldaba de bronce: dos golpes breves y secos. Luego aguardó. Un rato después y cuando había resuelto llamar de nuevo, oyó pasos que se aproximaban al otro lado de la puerta y advirtió un ojo examinándolo por la mirilla. Enseguida sonaron los engranajes de la cerradura funcionando y la puerta se abrió. Anne Marie se echó hacia atrás, para que Alex entrara.

—Muchas gracias, Anne Marie; si no fuera por usted, ahora estaría mojándome —dijo mientras se desprendía del chubasquero empapado y lo colgaba en un gancho del recibidor.

A la altura del salón, sintieron una ráfaga de viento. Miraron dentro a la vez y descubrieron la puertaventana abierta y el agua colándose dentro de la estancia. Anne Marie encendió la luz y se dispuso a entrar cuando Alex se lo impidió agarrándola del brazo. Al momento señaló con la barbilla el suelo, donde se apreciaba un rastro de pisadas de barro que llegaban y otras que iban. El inspector jefe las inspeccionó con detalle.

«Son pequeñas, de un treinta y nueve o un cuarenta».

Las siguió con la mirada: cruzaban el salón de manera decidida… A partir de aquí el movimiento resultaba más errático, recorrían el pasillo…, se detenían delante de la entrada del dormitorio que ocupaba la fiel ama de llaves…, volvían hacia atrás… y se detenían de nuevo frente a las escaleras.

«Es obvio que el intruso buscaba algo o a alguien».

Alex agarró con suavidad de los hombros a la mujer sordomuda, se agachó mucho hasta que sus ojos quedaron a la misma altura y le habló despacio para que ella pudiera leerle los labios:

—Quédese aquí y espéreme.

La cara de Anne Marie lo decía todo. Scott comprendió al acto la causa de su preocupación y lo descartó con un ademán.

—No se preocupe. Mire. —Le señaló de nuevo otro juego de huellas con la puntera dirigida hacia la puertavidriera—. Quien fuera ya se ha marchado y…, a juzgar por la imprimación del barro en el suelo, apostaría a que se llevó algo de peso.

La mujer respiró algo más aliviada, pero en absoluto convencida y permaneció allí plantada en alerta viendo cómo el policía se alejaba siguiendo las huellas hasta la escalera de caracol. Con un pie en el primer peldaño, Alex dirigió la mirada arriba y luego a la pared tratando de localizar un interruptor. Con la luz encendida inició el ascenso, lo que realizó con pies de plomo y esquivando las huellas.

Cuando llegó al rellano de la primera planta, Alex volvió a detenerse y examinó de nuevo el suelo. Allí plantado se percató, con

creciente preocupación, de que las marcas de barro se dirigían hacia la habitación de Patricia y, a continuación, a la de enfrente.

La que ocupaban sus hijos: Mark y Miranda. Y de allí comenzaban el regreso.

«No, no, no».

El corazón le dio un vuelco y se precipitó a la puerta de la derecha. Asió el tirador con vigor y la abrió de par en par. La luz del pasillo se fue desparramando gradualmente por la estancia.

Vacío. El lecho más próximo a la puerta tenía la ropa apartada y estaba vacío.

En la otra cama, la sábana se deformaba con una forma humana y una pequeña cabeza asomaba por encima. El niño tenía la cara cubierta con el brazo y el pulgar dentro de la boca. Lo retiró despacio y, deslumbrado por la repentina iluminación, miró hacia la puerta con los ojos entornados.

—¿Qué pasa, papi? —murmuró, reconociendo la silueta.

—Nada, cielo, ¿has visto a tu hermana?

El niño desvió la mirada hacia la cama vacía de Miranda y volvió la cabeza, cariacontecido.

—Se la ha llevado el monstruo —susurró entre dientes. Parecía a punto de echarse a llorar.

Alex se sintió conmovido y alarmado a un tiempo. Fue a la cama de su hijo y se apoyó en el borde.

—¿Por qué dices eso?

El niño pareció dudar y abrió la boca:

—Porque… —Finalmente la cerró y volvió a girar la cabeza.

Alex le revolvió el pelo.

—Hijo, los monstruos no existen…

—¡Sí existen! —replicó repentinamente con una fuerza que sorprendió a su padre. Luego pareció calmarse y, como para darle consistencia a su argumento, agregó—. Me lo dijo Evander…

Alex abrió mucho los ojos.

—¿Quién es Evander, el chico con quien jugabas esta mañana en el puerto?

Mark asintió.

—De acuerdo, anda, vuelve a dormirte.

Alex le dio un beso en la frente y se irguió.

—Papá.

Se volvió.

—Dime, hijo.

—No le digas a nadie lo del monstruo. Evander me dijo que es un secreto.

Alex asintió despacio; sin embargo, su frente la cruzaban varias líneas paralelas. Abandonó el dormitorio y cerró la puerta hasta que

encajó en el quicio con un suave clic. La luz, obediente, también abandonó el espacio, dejándolo sumido de nuevo en la oscuridad. En dos zancadas salvó la distancia que lo separaba de su habitación, golpeó suavemente con los nudillos y sin esperar respuesta irrumpió en el cuarto. La luz también le persiguió al interior. A pesar de que disponía de la cama de matrimonio entera para ella, Lee dormía en su lado habitual. El derecho.

La ropa del izquierdo se veía plana.

Por un instante se quedó paralizado. Desembarazándose de esa extraña sensación, cruzó la estancia de un salto, se inclinó sobre su mujer y la zarandeó sin compasión.

—Lee, Lee, despierta.

La mujer se rebulló ligeramente bajo las sábanas.

—¿Qué… hora es…? ¿Qué… pasa? —preguntó desorientada mientras procuraba recuperar la conciencia. Abrió los ojos un poco, y luego mucho. Miró a su marido y se sorprendió de encontrarlo allí—. ¿Alex…? ¿Qué pasa?

—Es Miranda… no está.

—¡¿Cómo?! —Lee se despabiló de golpe, como si le hubiesen echado un cubo de agua fría por encima, y se incorporó de la cama sin mirar siquiera a su marido; frenética, se enfundó una bata de algodón colgada en el respaldo de una silla.

»¿Cómo que no está? ¿Qué significa eso? ¿Dónde está mi hija? —lo acribilló a preguntas sin respuesta al tiempo que elevaba de modo inconsciente el tono de voz y salía a la carrera de la habitación.

Enseguida le llegó a Alex el sonido de la confusión. Puertas que se abrían, pasos apresurados, voces y gritos ahogados que recorrían el pasillo… Se puso en pie y abandonó la estancia mientras un mal presagio le caía encima como una losa funeraria.

****

Año 1541 d. C.
En algún lugar de la Amazonia peruana

Y anciana ser un antiguo brujo que alcanzar la inmortalidad mediante pactos con demonios de selva. Según leyenda inca, la aberración alimenta únicamente de sangre humana y parte cabeza. El resto del cuerpo —enmudeció mirando el cadáver del español— dejar intacto.

Ante las palabras de Killa todos se quedaron sobrecogidos y en silencio. Los españoles eran temerosos de Dios; no obstante, tras mucho tiempo viviendo en aquellas tierras habían aprendido que quizá no lo sabían todo acerca del mundo sobrenatural.

—¡Ojeda, Almagro!, coged una pala y cavad una tumba —dijo entonces el Vizcaíno, devolviendo a la realidad a los presentes, si bien su tono de voz sonó apagado—. No podemos dejar ahí a Núñez.

Un rato después levantaron el campamento y siguieron su camino. Para evitar cualquier contacto con expediciones españolas se mantuvieron alejados del cauce del Amazonas. Ese trayecto resultaba más seguro; por contra, el calor era sofocante y la humedad dulzona. Los semblantes evidenciaban las consecuencias de las penurias por las que atravesaban. Los indios no se quejaban y parecían soportarlas mejor que los españoles. Comían insectos y otros animales que proveía la selva, cazando con ballestas y arcos, y bebían agua de lluvia que recogían en barriletes. Después de la muerte de Núñez, no volvieron a hablar del asunto del puma negro y de las palabras de la anciana Killa, aunque las mantenían muy presentes y seguían flotando en el ambiente como pájaro de mala sombra. Habían transcurrido ya dos semanas de viaje y no parecía adivinarse el final de la selva. Aunque Rodrigo y Bazán mantuvieron en el pasado sus rencillas por hacerse con el mando, con el tiempo aprendieron a respetarse. Al final, incluso se hicieron buenos amigos. Caminaban a la par y charlaban acerca de sus vidas. Juan le hablaba de Orduña, su pueblo natal, de sus montañas, del río Nervión y de sus bosques; y Alvarado, de Sevilla; del olor a azahar, de su gente… En aquel inhóspito rincón olvidado por Dios y por la civilización había mucho espacio para la morriña.

—¿Crees que volveremos a ver la tierra que nos vio nacer?

Alvarado meneó la cabeza de un lado para otro varias veces.

—Ahora somos enemigos de España y prófugos de su justicia.

Bazán exhaló un suspiro melancólico y se sacudió los pensamientos.

—Sí, lo sé…

—¡Vizcaíno, Rodrigo! —gritó alguien.

La pareja detuvo la conversación y se volvió al unísono. Un soldado veterano nacido en Mérida, que respondía al nombre de Francisco Mendoza, se les allegaba a paso rápido; tampoco estaban las fuerzas para hacer un derroche de energía, por eso tardó aún unos instantes en alcanzarlos.

—Ha desaparecido… —anunció con la respiración entrecortada.

—¿Quién ha desaparecido? —inquirió Rodrigo ceñudo.

El recién llegado no respondió de forma inmediata y se tomó su tiempo, para desesperación de ambos que vieron cómo alargaba la mano, se descubría la cabeza y se limpiaba el sudor con la manga del jubón. De seguido respiró hondo y soltó el aire de manera sonora.

—Uno de los nuevos, un tal Vázquez. Desde el descanso de esta mañana naide lo ha visto. Hemos preguntado a sus compañeros, pero tampoco saben na.

El revuelo atrajo al grupo de nuevo que volvió a concentrarse en torno a Bazán y Rodrigo.

—¿Qué sucede ahora? —inquirió alguien.

—Uno de los nuevos, que parece que se ha largao —se apresuró a contestar otro.

—A ver —dijo el Vizcaíno subiendo el tono de voz para dejarse oír—, ¿dónde están los nuevos?

Cuatro soldados se abrieron paso a empellones y se plantaron frente a Bazán. Uno de ellos, el más joven y con pinta de espabilado, tomó la palabra:

—Aquí´estamo: Migué, Ignasio, Cristoba y yo mismo, Alonso de Ojeda

—¿Qué ha ocurrido con vuestro camarada Vázquez? —El Vizcaíno clavó la vista en los cuatro y observó sus expresiones. Se miraban entre sí, juntando los hombros.

—No lo zabemos, vuestra mercé —dijo por fin el andaluz de Palos de la Frontera—. La verdá es que no nos hablamo musho con él. Ez un tío un poco raro. Vo ya me entendéis.

—No, no os entiendo —contradijo Bazán—. ¿A qué os referís?

—Pué que ze llevaba pero que mu requetebién con er alférez y, con nozotro, cazi ni hablaba.

—¿Ha podido extraviarse?

—No lo creo. Venid, que os enseño algo —intervino el Marino, uniéndose a la conversación.

El trío abandonó el grupo y todos los siguieron unos pasos por detrás. Se dirigieron al lugar en que reposaban los animales de carga, los sortearon y se acercaron a las sacas que portaban el tesoro. A salvo de oídos

indiscreto, el Marino les dijo al Vizcaíno y a Rodrigo:

—Mirad —Extendió el brazo derecho señalando una correa desabrochada.

Bazán y Alvarado se acuclillaron, abrieron la saca y miraron en el interior. Con la sorpresa pintada en el rostro se cruzaron la mirada.

—Parece estar todo —dijeron casi a un tiempo con la cabeza vuelta hacia el Marino.

—Todo no, faltan un par de onzas. Lo he contado.

Alvarado enarcó una ceja extrañado y ambos volvieron la vista a la talega, la abrieron de nuevo, volcaron el oro, lo contaron y lo devolvieron de nuevo al interior.

—Tenéis razón, pero… ¿para qué querría llevarse solo dos onzas?

—Quizá para demostrar que existe el tesoro —apuntó el Marino.

—Eso significa que ese malnacido habrá volado en busca del ejército —conjeturó el vasco.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —inquirió el sevillano.

Juan Bazán, caviloso, se pasó la mano por la barba varias veces.

—Calculo que una semana para llegar a Moyobamba, dos o tres días más para avituallar al ejército, y otra semana más en darnos alcance.

—No tenemos tiempo que perder, debemos ponernos en marcha ya si no queremos que nuestros planes se vayan al traste —apuntó Rodrigo.

El Vizcaíno inclinó la cabeza y se puso en pie. Con el rostro sombrío miró con cuidado alrededor. Únicamente encontró semblantes sucios y sudorosos, barbas sin afeitar y cansancio, y rezó para que no tuvieran que enfrentarse a un ejército bien pertrechado. Para sobrevivir deberían hacer un esfuerzo aún mayor. Sabía que muchos no lo conseguirían, se habían aventurado en una carrera en la que no había premio de consolación.

Justo en ese instante, la lluvia empezó a caer de nuevo. En pocos minutos el suelo se anegó y el cielo se puso tan negro que auguraba una jornada muy, pero que muy larga.

****

37

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

Ante el caótico escenario que se abría frente a ella, Patricia cobró protagonismo.

Lee, enfundada en una bata, se movía de aquí para allá sin parar de murmurar. A ratos, alzaba la vista y clavaba unos ojos acusadores en su marido y en Victoria: «Si hubieras estado en casa, ese desalmado no se habría atrevido a llevársela; y si tú, no te hubieras comportado como una niña malcriada, Alex y James habrían estado aquí para protegerla», parecía querer decirles con la mirada.

Alex, entretanto, estaba sentado en un sillón con la espalda encorvada hacia adelante haciendo un esfuerzo por encontrar la lógica de lo que había sucedido. Con el pasar de las horas, se había venido abajo cual castillo de naipes azotado por la mano traviesa de un niño, y toda su energía se había evaporado.

Victoria, por su parte, permanecía callada y sentada en el sofá con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas en el regazo. Sus facciones contraídas delataban el sentimiento de culpabilidad que la corroía por dentro. Todo aquello era por su causa y aquel viaje no había traído más que la desgracia a todo el mundo: Allen casi muere ahogado, su relación había saltado por los aires y ahora, para remate, Miranda había desaparecido.

Por último, estaba Collins. Patricia tenía la sensación de que vivía en un mundo paralelo. Lo conocía desde hacía escasamente un año y no dejaba de sorprenderla. Reaccionaba ante las relaciones humanas de manera tan diferente a cualquier persona que ella hubiese conocido, que un psiquiatra habría podido hacer un doctorado con el estudio de la personalidad de aquel muchacho de pelo alborotado y un continuo desdén por las normas sociales de convivencia.

Y ahí estaba ella. De pie junto a la chimenea, mirándolos.

Cuando Allen los invitó a su boda, se tomó el viaje como unas merecidas vacaciones; sin embargo, desde que habían llegado, las desgracias y los enigmas se habían sucedido hasta llegar al punto donde se encontraban. Ya no se trataba de si James tenía o no la imaginación desbocada, o si mostraba una habilidad innata para inmiscuirse en asuntos que no eran de su incumbencia. Esto era mucho más serio:

«Una niña ha podido ser secuestrada».

Todos estaban en *shock*, de modo que resolvió tomar el mando de aquella situación.

—Alex —dijo, rompiendo el silencio opresivo que envolvía la estancia.

El inspector jefe alzó la vista sin levantar el mentón.

—Hemos de ponernos en marcha ya. Cada minuto cuenta y las primeras horas son esenciales.

Scott se enderezó.

—¿En qué estás pensado?

—¿Por qué no vamos a la policía? —propuso Lee, desesperadamente convencida.

La sargento sacudió la cabeza como si no estuviera de acuerdo.

—Ese policía no es de fiar. No, Lee, esto hemos de resolverlo nosotros.

—Patricia está en lo cierto —apuntó Alex, siguiéndole la corriente —. Solo podemos confiar en la policía de Creta, pero de momento no podemos contactar con Spanoulis.

La estancia volvió a sumirse en el silencio.

—Yo me marcho a buscar a Allen —dijo la sargento con expresión circunspecta.

Scott se levantó del asiento y se le acercó.

—Es muy tarde y mira como llueve —le dijo bajando el tono de voz.

La mirada de Patricia recayó por un instante sobre Lee, que tenía los ojos clavados en ellos, luego se inclinó hacia el hombro del inspector jefe y le habló al oído en un susurro.

—Alex, si Allen está en lo cierto también en lo que respecta a las desapariciones de los niños… —Dejó el resto de la frase en el aire, pero no hizo falta concluirla.

Scott supo enseguida a qué se refería y, rendido, se limitó a asentir con amargura.

—¿Dónde se aloja?

—Voy a acompañarte, se trata de mi hija.

Patricia negó rotundamente con la cabeza, rechazando la idea.

—Deberías quedarte aquí. Tu familia te necesita; además, alguien debe quedarse para protegerlos. Realmente, no sabemos contra qué o

quiénes nos enfrentamos.

Durante un brevísimo instante, ambos permanecieron callados.

—De acuerdo —respondió al tiempo que asentía —. Se aloja en una pensión a la entrada de Kastri. Cuando veas el edificio más cochambroso de todos, para. Es ahí. ¿Cuál será el siguiente paso?

La sargento frunció los labios.

—Lo primero que quiero es hablar con Allen. Sabe más de esto que todos nosotros.

Entre ellos se instaló un repentino silencio. Patricia advirtió que algo preocupaba a Alex.

—¿Qué sucede?

—No sé, quizá no sea nada —dudó—, pero cuando regresaba casi colisiono contra un coche con las luces apagadas. —Al percatarse de algo se quedó callado. Enseguida añadió cariacontecido—: Es posible que mi hija fuera dentro.

Patricia le lanzó una mirada de comprensión y le pasó la mano por el brazo.

—No te culpes, eso ahora no nos sirve para nada.

Scott respiró hondo, viéndola marchar. Patricia no había sino dado unos pasos en dirección a la puerta cuando sintió que alguien la sujetaba del brazo con fuerza. Se volvió y se encontró a Lee, mirándola con ojos suplicantes.

—Tráemela de vuelta, por favor.

II

Cuando sonó el repiqueteo de alguien aporreando su puerta, James se hallaba en ese primer sueño que es profundo y reparador… Nuevos golpes cargados de impaciencia acabaron de despabilarlo.

—¡Ya voy! —rezongó, retirando a un lado el edredón con un movimiento de las piernas. Pisando el frío suelo embaldosado, se pasó las manos por la cara y pulsó el interruptor de la luz, entornando los ojos legañosos por la repentina claridad. Una vez que las líneas volvieron a perfilarse, se acercó el reloj de muñeca y comprobó la hora.

Esta vez sonaron puñetazos contra la puerta.

—Me cago en la leche… ¡he dicho que ya voy! —replicó poniéndose de pie y encaminándose hasta la puerta, observó un instante por la mirilla y abrió. De pie frente a él había una mujer con la ropa empapada y con el largo cabello rubio tan apelmazado por el agua que pareciese que se hubiese volcado por encima una botella de aceite.

—¡Ya era hora de que abrieras! —dijo Patricia, ofuscada.

«Yo también me alegro de verte».

—Pasa, estás en tu casa —dijo James, apartándose para que la sargento entrase en la habitación. Una vez que lo hizo, se asomó al pasillo y, cuando comprobó que venía sola, cerró la puerta. Al hacerlo, algo llamó su atención en el suelo. Se agachó para coger una hoja de papel plegada por la mitad y la desdobló—. Será cabrón… —dijo tras leer la nota de Alex, luego hizo una bola con ella y la tiró a la papelera. Patricia miraba a James de pies a cabeza. Llevaba una camiseta vieja rota por los hombros y un pantalón de pijama largo.

—Vístete, tenemos cosas que hacer.

—Espera un momento, ¿qué sucede?

—Luego.

—Te presentas en mi habitación en mitad de la noche y aporreas mi puerta metiéndome prisa…

—Te he dicho que luego —insistió.

James optó por no discutir y se perdió dentro del cuarto de baño. Reapareció al instante con una toalla blanca de algodón en la mano, que le tendió a Patricia.

—Toma, sécate. Cogerás una pulmonía. Es un poco áspera, así que no te frotes muy fuerte si no quieres que tu piel se vuelva tan tersa como las escamas de un pez.

La joven se la pasó por la cara y se encorvó por la cintura hacia adelante echándose la larga melena rubia por encima de la cara, luego comenzó a frotarse el pelo con vigor. James volvió a desaparecer en el cuarto de baño. Un instante después el ruido de la ducha llenó débilmente la pequeña habitación y el vapor del agua caliente empezó a condensarse por espejos y azulejos.

Cuando hubo terminado de secarse, la agente contempló la habitación, comprobando el aspecto tan cutre que tenía. Una cama hundida, un anodino aparador con cajones y una alfombra ocre deshilachada por los bordes de tantos lavados. Las paredes se veían desconchadas, había un cuadro con una fotografía de los acantilados y un crucifijo ortodoxo de madera encima del cabecero. Dio unos cuantos pasos hacia la ventana, retiró la cortina y miró fuera. Una farola sin el menor elemento decorativo alumbraba la lluvia y la estrecha calle mojada. Más adelante solo había oscuridad. Mirando la bombilla, Patricia comprobó que la intensidad de la lluvia no había menguado y suspiró con melancolía. Si bien ella había nacido en Edimburgo, vivió en París desde los cinco años. Cuando regresó a Escocia, después de haber estudiado derecho, ingresó en el cuerpo de Policía, pero enseguida se marchó a la academia de Quantico, en Virginia, donde participó en un programa de intercambio con el FBI. De modo que no estaba aún muy acostumbrada a esos climas tan grises y húmedos que seguían despertando en ella un sentimiento de

nostalgia…

—Veo que sigue lloviendo.

Cuando la voz de James sonó a sus espaldas, se volvió. Llevaba una toalla anudada a la cintura, mostrando el torso desnudo moteado de gotas de agua. Terminaba de acomodarse el pelo, pasándose la mano sobre la raya de izquierda a derecha.

—Así es —contestó confirmando lo que era evidente.

—Bueno, ¿qué es eso tan perentorio que te ha traído hasta aquí?

Patricia le dio la espalda a la ventana y lo miró seriamente.

—Es Miranda…

Unas arrugas paralelas surcaron la frente de James.

—Ha desaparecido.

El corazón de James se detuvo de golpe. Para él, Miranda era como de su propia familia. Incluso los niños le llamaban Tío James, pese a que no les unía ningún vínculo de parentesco. Incapaz de asimilar las palabras que acababa de escuchar se quedó petrificado mirándola sin pestañear.

—¡¿Como que ha desaparecido?!

La sargento juntó los hombros.

—Alguien entró en la casa y se la llevó… —Patricia consultó el reloj—, hará cosa de hora y media.

James se movió muy despacio y, apoyando primero una mano, se sentó a los pies de la cama con la mirada perdida en el suelo.

—¿Alguna pista?

—Solamente unas huellas de pisadas de barro en casa y un vehículo que salió de la oscuridad.

Allen respiró hondo y levantó el mentón.

—No hay tantos coches en la isla.

—Ya, pero no tenemos tiempo ni autoridad para investigarlos a todos.

James asintió cariacontecido.

—¿Cómo están Lee y Alex?

—Imagínatelo.

—¿Y Victoria?

Patricia lo miró con expresión maternal.

—Mal. Cuando te fuiste, se vino abajo. Pero ahora no hay tiempo para lamentos. Debemos ponernos las pilas y comenzar a buscar a Miranda, ¡ya!

—¿Tienes algún plan?

La sargento dejó escapar un suspiro.

—Esperaba que tú me ayudaras en eso.

James se puso de pie y deambuló pensativo por la habitación. Súbitamente, algo cobró sentido en su cabeza y se paró; volviéndose, chasqueó los dedos y exclamó:

—¡Claro, el entierro de ayer!

Intrigada, la sargento arqueó una ceja y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Vamos. Necesitamos un par de palas.

—¿Unas palas?

Cuando vio que los ojos de Allen centelleaban, Patricia no le llevó la contraria. Había visto esa mirada anteriormente y ante ella únicamente podía hacer una cosa: seguirle sin rechistar. En un abrir y cerrar de ojos Allen se enfundó unos vaqueros y una camisa, y se marcharon de la habitación a la carrera.

****

38

Isla de Gavdos, Grecia

Diez minutos más tarde, James estaba sentado al volante del Polo circulando por los caminos enfangados de las afueras de Kastri. Conducía traspasando los límites de lo seguro. Patricia estaba tan pálida que su rostro refulgía en medio de la noche y su mano rodeaba con fuerza el asidero situado encima de la ventanilla. Un repentino socavón en la calzada hundió el vehículo, para de inmediato volver a recuperar la tracción. Los ocupantes fueron lanzados hacia arriba y el tapizado del techo amortiguó el golpe de sus cabezas.

—¡Au! Allen, ¿es necesario correr tanto? —inquirió Patt, sin dejar de mirar al frente—. Hace tiempo que cené, pero si sigues conduciendo así me temo que voy a vomitarlo todo.

James la miró por un momento dibujando una sonrisa con los labios. Después suspiró y levantó el pie del acelerador. Siguiendo las órdenes del conductor, el vehículo fue perdiendo paulatinamente velocidad hasta alcanzar una más moderada.

—Eso está mejor —dijo aliviada.

El receptáculo se quedó en silencio y se mantuvo así varios minutos más. Finalmente, fue Patricia quien lo rompió.

—No me has dicho adónde nos dirigimos —dijo, mirando por el cristal.

Justo en ese momento, James redujo a segunda, utilizando el freno motor para aminorar la velocidad, y detuvo el Polo frente a la cancela de la ermita ortodoxa. Para sorpresa de Patricia, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del automóvil. Inclinado hacia adelante y chapoteando sobre el barro, James se abrió camino entre la lluvia hasta la verja de hierro, que superó con facilidad cayendo del otro lado.

Patricia aspiró fuerte, abrió la portezuela y fue tras él.

—Vamos, es tu turno. Cuidado con los barrotes, están resbaladizos.

Patricia repitió sus movimientos y entró en el recinto. Sacudiéndose el barro de las manos, se reunió con su compañero.

—Me parece que vamos a tener que dejar el baile de gala para otro momento —dijo James, mirando el aspecto de la sargento.

—¿Tan mala pinta tengo?

Los labios de él se entreabrieron en una sonrisa maliciosa.

—Bueno, no creo que vayas a ganar el concurso de *Miss* Gavdos. —Y gesticulando con la mano, la apremió—: Vamos, tenemos mucho trabajo por delante.

James arrancó a correr. Patricia siguió sus pasos. Rodearon la ermita y llegaron al cementerio. Era una superficie rectangular y flanqueada por una decena de cipreses altos que susurraban por efecto del viento. Había cientos de lápidas de granito erosionadas y emplazadas de forma asimétrica, sobresaliendo del suelo igual que los dientes de una boca mal cuidada. Algunas eran muy antiguas y se veían cubiertas por un colchón de musgo negro, otras estaban rotas e inclinadas hasta casi rozar el suelo; sin embargo, la mayoría se conservaba en buen estado y tenía flores de recuerdo que la tormenta de los últimos días había convertido en tallos desnudos.

—¿No te parece que hay muchas tumbas para una isla tan pequeña? —preguntó Patricia cuando alcanzó a James, que estaba parado y con expresión cavilosa.

—Me has quitado las palabras de la boca.

—¿Qué buscamos? —preguntó la sargento.

—Personas fallecidas recientemente.

—De acuerdo. Tú ve por allí, yo empezaré por aquí. Nos encontraremos en el centro.

Encendieron las linternas y recorrieron los pasillos que formaban las losas de granito a uno y otro lado. Avanzaban en silencio sobre el barro. De cuando en cuando se detenían ante una lápida, leían las palabras grabadas y continuaban.

—¡Allen! —gritó Patricia—. Aquí hay alguien de ochenta años que murió hace una semana.

—Tan mayores no nos valen —apuntó James desde la distancia.

—¿De qué edad los buscas?

—No sé, pero más jóvenes. De unos cuarenta y cinco para abajo.

Continuaron otro rato callados. Finalmente, fue Patricia la que volvió a romper la quietud.

—¡Allen!

Los ojos de James la encontraron, y se aproximó trotando.

—¿Qué has encontrado?

Enmarcado en un círculo de luz Patricia leyó el texto grabado en una piedra que empezaba a ennegrecerse.

—Aquí está la tumba de un tal George Ni… ko… la… *No-sé-qué*.

Murió el veinte de marzo pasado.

James juntó el hombro al de Patricia y repitió el nombre.

—George Nikolako… —Chasqueó los dedos—. ¡Claro!, debe de ser Niko.

—¿Quién?

—Es una larga historia. Esta tumba me vale, pero necesito más —dijo, alejándose.

—¿Más? ¿Para qué? —preguntó con los brazos en jarra.

James no le contestó, y durante la siguiente media hora continuaron deambulando por el cementerio. La lluvia parecía que les ofrecía una ligera tregua y caía ahora con menos fuerza. James revisaba con meticulosidad todas las lápidas que se encontraban en su zona de búsqueda. Estaba bastante convencido de que, en aquel lugar, se hallaba la clave para entender el secreto que ocultaba aquella isla. Entonces, se detuvo y volvió atrás un paso. Alumbró una lápida que aún conservaba la veta de color de la cantera. Pertenecía a una tal Eileen Paidousi. Había nacido el 3 de marzo de 2005 y fallecido el 20 de abril de 2017. Solamente tenía doce años…, pero no era eso lo que había despertado su interés.

Debajo de la fecha de defunción había una frase: «Tus padres, Althea y Bernice, no te olvidarán».

En ese momento entendió muchas cosas.

Grabó en su mente la localización y prosiguió. Unos cuantos metros adelante descubrió otra que atrajo su mirada. Impresa en el granito figuraba el nombre de una mujer fallecida… el viernes. Debía de tratarse del entierro que vieron por la mañana. Cuando hubo acabado, fue al encuentro de Patricia.

—Allí hay otras dos que me interesan —le dijo, señalando con el índice hacia el lugar de donde procedía. Y tras una breve pausa, añadió—: Con estas tres tendremos bastante.

—¿Vas a contarme de una vez que diantres hacemos aquí?

James la miró como si fuera obvio lo que venía a renglón seguido.

II

El Español salió de la casa tambaleándose. Un sudor frío le recorría la espalda y su rostro empezaba a desencajarse. Sabía perfectamente qué estaba ocurriéndole y, si algo había aprendido en este tiempo, era que no podía hacer nada por controlarlo. A pesar de ello, siempre procuraba resistirse. Un rayo cayó cerca. Se sentía mareado y le costaba respirar. A trompicones, llegó hasta una piedra grande y tomó asiento muy despacio.

«Eso está mejor».

Pensó en su mujer, en su hija y en su amigo; sin embargo, nada de eso funcionó. En medio de la noche su cuerpo comenzó a contorsionarse.

—No, no, no… ¡Noooooooooo!

III

—Vamos a desenterrarlos y a hacerles una autopsia sobre la marcha. Creo que los polis lo llamáis «reconocimiento visual de cadáveres».

Patricia abrió mucho los ojos, mostrando una expresión severa.

—¡¿Estás loco?! ¡Lo que pretendes hacer es ilegal!

—Patt no podemos perder más tiempo. La vida de Miranda está en juego. Si esperamos a que pase la tormenta para contactar con la policía de Creta, puede que sea demasiado tarde.

La sargento permaneció un rato en silencio. La seguridad de Allen le decía que no iba a cambiar de opinión y que, con ella o sin ella, estaba resuelto a exhumar esos cadáveres…, si bien con ella tardaría menos. Al final, resopló fuerte y alzó la vista.

—De acuerdo. Te ayudaré, pero que conste que esto es una locura.

James le sonrió satisfecho. En el fondo no había esperado otra cosa.

—No sé si lo has pensado, pero ¿cómo piensas que lo hagamos?

Allen no respondió de inmediato y se puso a mirar alrededor hasta que su vista se centró en un cobertizo, emplazado a unos metros de donde se encontraban.

—Espera aquí —se limitó a decir y salió corriendo.

—¿Adónde vas?

—¡Quédate ahí!

—No pienso quedarme aquí sola. —Y fue tras él.

Se alejó de Patricia un poco y anduvo hasta el cobertizo que, si su intuición no le fallaba, tenía todo el aspecto de ser el lugar donde los sepultureros guardarían sus herramientas. Examinó la construcción. Tendría unos dos metros de alto y un frente de unos cuatro; para su decepción carecía de ventanas. Entonces se centró en la puerta. Estaba asegurada con un viejo candado renegrido por la roña y una cadena llena de óxido y más roñosa todavía que no se veía muy resistente. Al fin y al cabo, ¿quién querría robar sus pertenencias? Antes de hacer nada tuvo la precaución de echar un vistazo alrededor. Resuelto, retrocedió entonces unos cuantos pasos para tomar carrerilla y se lanzó contra ella. Su hombro golpeó la puerta y un intenso dolor le recorrió todo el brazo. El cerrojo saltó por los aires, la madera crujió y se abrió de par en par golpeando la pared con un ruido seco. La cadena se soltó y, con un siseó, se salió del engranaje cayendo al suelo.

—No deberías jugar con cadenas en un cementerio —bromeó

Patricia.

James se enderezó y se masajeó el hombro durante un instante. Después recorrió el interior con la luz de la linterna, buscando por todas partes. Era la típica caseta hecha de tablones para aperos: estantes atiborrados de cosas y herramientas apiladas en las esquinas. Mucho polvo y telarañas. Finalmente, dos palas que colgaban de ganchos en un rincón quedaron dentro del oscilante círculo de luz.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecho y se perdió dentro. El interior de la caseta lejos de ensordecer el ruido de la lluvia lo intensificaba, provocando un sonido sordo y hueco. Al poco, salió con las dos herramientas y le tendió una a Patricia.

Se alejaron de la caseta y volvieron a las tumbas.

—Patt, tú cava en esa —le dijo señalando la tumba de Niko—. Yo me ocuparé de la otra.

Patricia miró en derredor. Llovía a mares, estaba llena de barro, se encontraban en un cementerio de noche, con una pala en la mano y a punto de desenterrar un cadáver.

—Allen, tú sí que sabes cómo hacer que una chica se divierta. No sé cómo pudiste conquistar a una mujer como Victoria. —Y sacudiendo la cabeza se dio la vuelta y se alejó.

Antes de comenzar los trabajos, James se quiso cerciorar de que estaban solos y se dio una vuelta por los alrededores. Cuando regresó satisfecho, alzó el pulgar a Patricia y, cada uno en una tumba, comenzaron a cavar bajo la intensa lluvia. La tierra estaba muy blanda y eso facilitó el trabajo. James clavó la pala y echó fuera del agujero una abundante cantidad de tierra mojada. Luego otra vez y otra y otra. Tras dos horas, el cuerpo de James empezó a recordarle el vapuleo al que lo había sometido hacía apenas veinticuatro horas y detuvo el trabajo para tomarse un respiro. Apoyó la pala contra la pared de turba, se pasó la mano por la frente, dejando un rastro de color oscuro, y saltó fuera del hoyo.

Dirigió la mirada hacia donde excavaba Patricia y descubrió la pala asomando de la nada y volviendo a desaparecer en movimientos firmes. Cavaba rápido y pronto acabaría. Él, por contra, se sentía extenuado. A pesar de que el agua de la lluvia lo refrescaba, el sudor se concentraba en sus axilas, se extendía por toda la espalda y se perdía entre los glúteos. Realizó unos ejercicios de estiramiento y sus vértebras crujieron, entonces le llegó un sonido seco de metal contra madera. Volvió a mirar hacia el lugar donde estaba cavando Patricia y vio cómo salía volando la herramienta del interior para aterrizar en el suelo junto al boquete. Entonces se le acercó al trote y la observó desde arriba.

—¿Has encontrado algo?

Estaba a gatas y retiraba la tierra mojada con las manos, perfilando

una caja de madera agrietada por el centro y encajonada en una cárcel de turba mojada. La sargento alzó la barbilla, sin interrumpir lo que hacía.

—Sí… Anda, baja… y ayúdame.

Allen no se hizo de rogar, saltó los dos metros que lo separaban del fondo de la tumba y comenzó a retirar la tierra del lado opuesto. En pocos minutos la tapa del ataúd quedó despejada.

—¿Estás seguro de que abrirlo es una buena idea? —preguntó Patricia.

—No, pero no tenemos un plan mejor.

Patricia estudió las cerraduras y procuró liberar los pasadores; pese al esfuerzo, el mecanismo estaba tan oxidado que no hizo el menor amago de ir a moverse de su sitio.

Allen salió de la tumba, cerró los dedos en torno al mango de la pala y volvió dentro con ella.

—Apártate un momento.

Patricia se apartó a un lado y observó cómo James introducía el filo por debajo de la tapa y ejercía presión hacia abajo. Su cara se retorció del esfuerzo. Súbitamente, un crujido y un intenso hedor mareante les dijeron que habían vencido la resistencia.

—¡Jesús, qué peste! —dijo, arrugando la cara.

—¿Y ahora qué? —inquirió Patricia—. Aquí no hay espacio para maniobrar.

James la miró pensativo y se rascó la barba hasta que se le ocurrió una idea.

—Espera un momento —dijo James—, no te muevas, ahora vuelvo. —Y desapareció de su vista.

—Qué gracioso, que no me mueva. No sé adónde piensa que voy a ir.

Habrían transcurridos pocos minutos cuando James reapareció con una soga en la mano.

—Anúdala en esas abrazaderas laterales.

Patricia lo miró ceñuda.

—¿Por qué me toca a mí siempre bailar con la más fea? —dijo, según agarraba la maroma que Allen le tendió y hacía un nudo. Después saltó fuera del agujero.

—La próxima vez te quedas tú abajo, que no veas la peste que echa tu amigo Niko.

James, sonriente, le entregó el extremo de la cuerda.

—Cuando cuente hasta tres, jala fuerte.

—De acuerdo.

—A la de uno, a la de dos y a la de… ¡tres!

Ambos tiraron y los músculos de los brazos se tensaron. Paulatinamente la tapa del féretro fue emitiendo un chirrido siniestro,

como el maullido de un gato, que quedó flotando en el ambiente. En un instante, el olor a lluvia y a tierra mojada fue eclipsado y sus fosas nasales se llenaron del tufo pestilente de la carne en descomposición.

—¡Virgen Santa! —soltó Patricia, que retiró la cara intentando contener la respiración. Se hurgó en el bolsillo de los vaqueros y extrajo un pañuelo de tela para cubrirse la nariz y la boca.

James se echó la mano a la boca, dio media vuelta y rehizo sus pasos. Se inclinó por la cintura apoyando las palmas en las rodillas y reprimió un acceso de náuseas, tosiendo varias veces.

—Ya somos oficialmente profanadores de tumbas. Eso quedará genial en mi currículum.

James obvió el comentario sarcástico de Patricia.

—¿No habrás traído por casualidad ese equipo tuyo para autopsias improvisadas?

Patricia procuró sonreír, pero fue incapaz. Hicieron el esfuerzo de recuperarse y se atrevieron a mirar dentro del ataúd. James apuntó el haz de la linterna hacia el cadáver y, curioso, ladeó la cara.

—Yo no entiendo nada de patología forense, pero juraría que eso no es muy normal.

—Cuando estuve en Estados Unidos, en el programa de intercambio con el FBI, trabajé en la Granja de Cuerpos.

—¿La qué?

—La Granja de Cuerpos —repitió Patricia mirando a su compañero —. En realidad, se trata de un centro de investigación perteneciente al Departamento de Antropología Forense de la Universidad de Tennessee. Consiste en un espacio al aire libre donde han dejado decenas de cadáveres humanos para estudiar su descomposición en distintas condiciones naturales. —Y tras una pausa, agregó con solemnidad—: Te puedo asegurar que ninguno mostraba este aspecto.

Los dos volvieron la mirada hacia el finado. Arrugando la nariz, Patricia se agachó para examinarlo más detenidamente.

—Bajo tierra, la descomposición se ralentiza; aun así, no debería tener esa pinta.

—Parece como si estuviera reseco —apuntó James.

—Y mira su cabeza —agregó la agente—. Jamás oí hablar de una mutilación así.

El cadáver había empezado a pudrirse y los cabellos y las uñas se habían desprendido casi en su totalidad. Hasta ahí, lo normal. El resto, no era nada común. Presentaba un aspecto amortajado y le faltaba la parte frontal y parietal de la cabeza, que habían sido arrancadas con precisión.

—¿No te recuerda a algo?

—A la descripción que hizo el teniente Spanoulis de aquel tipo que encontraron en el mar.

James sacudió la cabeza.

—Yo me refería a los cráneos que encontré en el galeón. ¿A qué tipo te refieres?

—Alex me contó que, hará cosa de dos años, un pescador encontró enredado en las redes el cadáver de un americano. El cuerpo estaba sin una gota de sangre y… agárrate, a la cabeza le faltaba la parte superior. También habló de marcas en el cuello.

—¿Como esas? —preguntó James orientando el haz de la linterna hacia la garganta del cadáver.

La sargento forzó la vista, pero se hallaba demasiado lejos. Aspiró hondo y contuvo la respiración, después saltó dentro del hoyo y se arrimó mucho al cuerpo de Niko. Observó dos marcas circulares del tamaño de monedas de cinco céntimos.

—Parecen marcas… de colmillos —aventuró—. Pero debieron de ser muy grandes. Fíjate en el diámetro —apuntó Patricia poniéndose en pie. Entonces volvió a acuclillarse.

—¿Pasa algo?

—Quiero comprobar una cosa.

Patricia acercó la mano a la camisa blanca que cubría el torso del difunto. Era su camisa de los domingos. Nada más cogerla entre los dedos la tela se deshizo. Patricia miró ceñuda.

—¿No ves nada raro? —le preguntó a James.

—Nada de lo que veo me resulta normal.

—No veo los puntos de sutura negros en forma de i griega.

James la interrogó con su expresión y Patricia se explicó:

—Cuando a un cuerpo le hacen la autopista, lo abren con un escalpelo desde los hombros hasta el esternón, y desde ahí hasta la cintura. Después lo cosen con hilo negro. ¿Por qué no lo harían?

—Quizá ya sabían cuál era la causa de la muerte.

—Es posible —fue la lacónica respuesta de Patricia—. Anda, ayúdame a salir de aquí.

Ya fuera de la tumba, James desató la cuerda y la tapa volvió a su sitio con un estruendo.

—Vas a despertar a los huéspedes del hotel, aunque ahora que lo pienso —dijo, mirando alrededor—, no hay una gran diferencia con el cuchitril en que te alojabas.

—Jo, jo —rio James con desgana—. Veo que te has vuelto muy graciosilla.

Media hora más tarde, miraban el cadáver de Fedora desde arriba. El aspecto era parecido al de Niko y encontraron la misma sintomatología, solo que, en este caso, aún no se le había pasado el *rigor mortis* y el grado de descomposición estaba menos avanzado. A ese cuerpo, tampoco le habían practicado la necropsia. Para completar la inspección también excavaron la tumba de Eileen, la más joven de

las tres víctimas. Perplejos, encontraron el ataúd vacío.

—Hemos hallado dos cuerpos mutilados de modo similar y una caja vacía. ¿Tienes alguna teoría?

A pesar de la oscuridad que los circundaba, Patricia percibió cómo el rostro de James se ensombrecía.

—Creo que hay algo monstruoso rondando por esta isla —explicó —. El porqué esta gente lo está ocultando al mundo es algo que no me atrevo a aventurar…

Justo en ese momento, un ruido procedente de la oscuridad los interrumpió. Ambos lo habían escuchado con nitidez.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la agente con un tono de inquietud.

Se oyó un nuevo siseo de hojas. Ahora no albergaban ninguna duda. Dentro de la oscuridad había algo emboscado.

****

39

Isla de Gavdos, Grecia

CUANDO sintió que algo reptaba por el brazo, Miranda despegó los ojos lentamente y se vio envuelta en una absoluta tiniebla. De improviso, justo cuando se disponía a rascarse, las cosquillas cesaron y un suave repiqueteo producido por unas patas minúsculas se fue desvaneciendo. Comenzó a toser entonces tan fuerte como aquella vez que tuvo pulmonía. La cara se le puso roja y las lágrimas rodaron por las mejillas. Se imaginó en su cama cubierta con la colcha de Frozen, en su dormitorio de paredes rosas y estrellas colgando del techo, en su casa cuadrada…. No transcurrió mucho tiempo hasta que tomó conciencia de que no era así. Yacía tumbada sobre un catre de paja en posición fetal y acurrucada contra una pared húmeda y rocosa.

Volvió a cerrar los ojos y permaneció así un rato hasta que volvió a abrirlos con la esperanza de que todo aquello no fuese más que una pesadilla. Pero nada había cambiado y seguía en aquel horrible lugar. Tocó la pared y estaba mojada. La caliza de las paredes rezumaba una humedad que se colaba bajo el pijama y la hacía tiritar. Tosió de nuevo. Aún tardó un rato en recuperar la consciencia mientras una creciente sensación de temor arraigaba en su cabeza.

Tenía el rostro pálido y la frente febril. Llamó débilmente a su madre, luego a su padre y, como último recurso, a su hermano. Pero nadie contestó. Le dolían las muñecas y descubrió que las rodeaban unos grilletes oxidados que, a su vez, se encontraban sujetos a unas cadenas herrumbrosas que, a su vez, terminaban en unas argollas ancladas a la pared.

Procuró sin mucho éxito acondicionar la vista a la oscuridad. Se desesperó y comenzó a agitarse con más fuerza. Entonces rompió a llorar desconsoladamente, eso siempre funcionaba. Pronto escucharía a Mark protestando y quejándose porque estaba lloriqueando otra vez, y su mamá acudiría a consolarla.

«Eso es, solo tengo que llorar y esperar».

II

El ruido había sonado demasiado claro, como si alguien o algo habituado al sigilo quisiera que lo escucharan. El terror psicológico sobre la mente humana resultaba devastador.

—Deprisa, agáchate —la apremió Allen.

Ambos se pusieron en cuclillas para reducir el perfil y, tras desconectar las linternas, buscaron un sitio donde ocultarse.

—Más vale que nos separemos —susurró Patricia.

James se mostró de acuerdo.

—Yo iré por allí. —Se enderezó lo suficiente y se alejó corriendo en dirección a la caseta de los aperos. Llegó a ella y se apoyó de espaldas contra una de las paredes.

Patricia lo imitó, marchándose en la dirección opuesta; llegó a la ermita e intentó entrar. Se la encontró cerrada. Recorrió el perímetro revisando todas las ventanas. Eran demasiado estrechas. Cuando volvió al punto de partida, soltó una palabrota y se dio la vuelta, mirando a la lluvia.

Fue entonces cuando entrevió movimiento en los arbustos que tenía enfrente.

Tragó saliva con esfuerzo y advirtió cómo se le aceleraba el pulso. Interrumpió el movimiento instintivo de la mano en busca de una pistola inexistente, y examinó alrededor buscando en vano algo que usar como arma. En ese momento, lamentó haber dejado la pala junto al hoyo.

Una sombra gigantesca se movía sigilosa a unos veinte metros de donde se encontraba. Si bien la visibilidad era casi nula, al fondo había una farola encendida y la luz, que alumbraba justo detrás, desaparecía entre las ramas para volver varios segundos después. A juzgar por el tiempo que tardó en reaparecer la luminosidad sospechó que aquella cosa sería muy grande. Mucho. Enorme. A Patricia le vino a la mente el aspecto de los dos cadáveres que acababan de examinar y un estremecimiento de miedo le recorrió la espalda.

—Allen, Allen —susurró, temblándole la voz.

No hubo respuesta. Estaba sola.

Sin más aviso, la sombra emergió de la noche, dejando atrás la cobertura de los árboles, y se acercó muy lentamente. La sargento entornó los ojos para ver mejor entre la lluvia, pero solamente pudo atisbar un pelaje negro y unos ojos redondos de color miel, perversos y llenos de maldad. La cosa se aproximó despacio al agujero donde reposaba el cuerpo de Niko y desapareció dentro.

Patricia aprovechó la ocasión y apretó a correr hacia la dirección en que había ido Allen. Alzó la vista del suelo y descubrió la caseta. Aceleró. Se introdujo dentro y cerró de un portazo. Echó el pestillo y se apoyó contra la puerta, que cerraba mal después de que James la derribase un rato antes. Respiró fuerte varias veces. Tras un fugaz momento de pánico, se calmó, encendió la linterna y espió el interior. No había ni rastro de Allen, de modo que se centró en las estanterías de metal atiborradas de cosas desordenadas. En una columna de la derecha, dentro de una caja de herramientas negra, sobresalía el mango de un martillo. Sin pensárselo dos veces se abalanzó sobre él, lo agarró con decisión y volvió a su posición…

Justo en ese momento algo golpeó la puerta con fuerza y esta se bamboleó sobre los goznes. Patricia rebotó y contrarrestó los empellones clavando los talones en el suelo con más ahínco. Para su desesperación, la mujer comprobó que el pasador de la bisagra de arriba se hallaba casi fuera de su posición.

Otro golpe violento. El pasador saltó por los aires, la madera del quicio crujió y la puerta se combó. Patricia llegó a la terrorífica conclusión de que no aguantaría otro embiste.

Después de que James hubiera abandonado la caseta de aperos con un rastrillo de puntas de metal, de esas que usaban los jardineros para acumular las hojas caídas, se alejó hacia el bosque. Fuera lo que fuese lo que estaba rondándoles, él no iba a quedarse quieto. Tramaba sorprenderlo por detrás. Corría ligeramente encorvado hacia adelante hasta que su silueta se difuminó entre los cipreses, que no paraban de moverse. Momentos después de agazaparse, percibió un ligero movimiento entre los árboles. Era muy sutil, casi liviano. Forzó la vista y se quedó petrificado con lo que vio: una inefable figura oscura deslizándose fuera de la hilada de cipreses y sumergiéndose en la tumba de Niko. Justo en ese momento vio a Patt correr y refugiarse en la caseta. Luego la bestia la siguió y embistió la puerta. No aguantaría. Había quedado muy maltrecha y aquel monstruo pesaría algo más de una tonelada. Lo que hizo a continuación no lo pensó racionalmente. Únicamente se dejó llevar por el ánimo de salvar a su amiga. Enarbolando el rastrillo, abandonó el cobijo de la noche y corrió hacia el monstruo gritando como un poseso.

Patricia asió con toda la fuerza que le quedaba el mango del martillo y se preparó para el momento más difícil de su corta vida como policía. Pero nunca llegó. Tras unos minutos de calma, después de aquel grito visceral que inundó el cobertizo, se atrevió a abrir la puerta y,

blandiendo el martillo, se asomó fuera.

—¿Estás… bien? —le preguntó James, jadeante.

La mujer asintió con un leve movimiento de cabeza y se derrumbó, impactada por lo que acababa de ocurrir. El martillo se le escapó de las manos y comenzó a llorar liberando la tensión acumulada. James soltó el rastrillo, la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho.

—Tranquila, ya pasó todo. Creo que se ha marchado.

Al cabo de un momento, Patricia se repuso, sorbió por la nariz y se pasó las manos por la cara.

—Vale, estoy bien —dijo retirándose de James—. ¿Qué. Coño. Era. Eso?

James no le contestó enseguida, en cierto modo, tampoco sabía qué decir.

—No estoy seguro. Me tenía a su merced. Sentí su fría mirada clavada en mí. Durante un instante, supe que aquel sería mi final, pero no me atacó. Simplemente, se dio la vuelta y se marchó.

—¿Así, sin más?

James asintió pensativo.

—Sí. No sé, estaba como… desconcertado.

James dedicó una mirada al este y se percató de que la claridad del día empezaba a extenderse bajo una capota de nubes de tormenta. En ese momento no llovía y el viento soplaba entre los árboles devolviendo al cementerio su habitual atmósfera tenebrosa.

—Allen.

—¿Sí? —respondió de espaldas a ella.

Patricia se miró los brazos y notó que se le había puesto la carne de gallina

—Ahora, sí he sentido miedo.

—Yo también —susurró para sus adentros—. Yo también.

****

40

Isla de Gavdos, Grecia

James y Patricia salieron del recinto de la ermita y regresaron al coche deprisa. Allen puso el motor en marcha, encendió la calefacción y esperó mientras los cristales se desempañaban. Durante ese rato guardaron silencio.

Las piezas del puzle empezaban a encajar; no obstante, aún quedaban muchos puntos por resolver. Por ejemplo, el papel de la Hermandad en todo aquello.

La voz de Patricia quebró el silencio del habitáculo.

—¿Tienes alguna idea de por dónde continuar?

James la miró y asintió de forma rotunda.

—Sí, vamos a visitar a una amiga. Ya es hora de empezar a poner los puntos sobre las íes.

El Polo retrocedió sobre el barro y se apartó de la verja, giró ciento ochenta grados y enfiló el camino en dirección al puerto.

Media hora más tarde se acercaron a las proximidades de la taberna y aminoraron la velocidad, hasta detenerse junto a unos contenedores de basura. Muy cerca del vehículo, James descubrió una figura corpulenta enfundada en un amplio chubasquero de pescador verde oliva que caminaba a toda velocidad para guarecerse del agua bajo la marquesina de un viejo edificio.

Por los andares timoratos supuso que era una mujer mayor.

—Espera aquí —dijo James, antes de tirar de la manilla de la portezuela.

Una vez en la calle, corrió tras la mujer hasta que le dio alcance.

—Buenos días, señora —dijo en español a sus espaldas.

La mujer se paró y se giró.

Efectivamente, era una mujer de edad indefinida, pero de no menos de sesenta. Sus mejillas estaban sonrosadas y unas profundas grietas le surcaban el rostro. Al ver a James su semblante se contrajo en una

mueca que reflejaba a partes iguales sorpresa y suspicacia.

—¿Quién es usted, joven?

—Soy amigo de la hija de los Meier —repuso—. ¿Sabe usted dónde vive Althea?

La mujer lo escrutó por un instante. Al cabo, dejó escapar un suspiro.

—Viven en Ambelos, cerca del faro. Es una casa solitaria con un precioso jardín…

—Ha sido usted de mucha ayuda —dijo James, que besó a la señora en la cara y salió corriendo.

Las mejillas de la mujer no habían recuperado su color habitual cuando James se colocaba al volante del Polo, arrancaba el motor y salía disparado.

II

Samara se despertó el domingo de muy buen humor. Ese día sería el definitivo. A la mañana siguiente, volaría a Estambul a saldar su deuda, si esa maldita tormenta se lo permitía, y por fin sería un hombre libre.

—¡Adelante! —dijo desde la cama, tras oír un ligero golpe de nudillos.

La puerta se abrió y entró Chang. Sujetaba una bandeja redonda en la mano y el aroma a café recién hecho inundó la estancia.

—Son las seis y media, señor. Lo lamento, hoy no hay periódicos.

El sirviente cruzó la habitación hasta una mesita de mármol. Con delicadeza, dispuso el desayuno sobre ella y, tras hacer una reverencia, comenzó a retirarse.

—Zhāng —lo llamó Samara antes de que abandonase la habitación.

El sirviente caminó de vuelta sobre sus propios pasos.

—¿Señor?

—Saldremos en cuanto termine el desayuno. Estate listo.

Samara saltó fuera de la cama y se enfundó una bata de algodón azul. Después acomodó la espalda en un sillón y acercó la mano a la taza de café.

III

La noche se había hecho interminable. Después de que Patricia se hubiese marchado todos habían regresado a los dormitorios, aunque ninguno había podido pegar ojo, salvo Collins, que había dormido a pierna suelta. A primera hora de la mañana, volvieron a reunirse en

torno a la chimenea prendida del salón. Lee seguía moviéndose nerviosa. Estar en casa sin hacer nada, mientras su hija podía estar en manos de un desalmado, la estaba matando.

—¿Dónde estarán? —murmuró entre dientes.

Alex se removió en su asiento y miró el reloj.

Victoria no soportaba más aquella atmósfera tan opresiva, de forma que se levantó y salió al pasillo. Desde que James le había contado lo de sus padres, no había dejado de darle vueltas a aquello de que hubieran formado parte de la Hermandad y estuvieran involucrados en las desapariciones que se habían venido produciendo en la isla durante años. Se negaba a aceptar esa realidad, pero en verdad ¿qué sabía acerca de ellos? Ciertamente, muy poco. Murieron cuando apenas era una niña.

Para buscar respuestas fue hasta el final del rellano de la planta de arriba. Abrió una puerta pequeña que daba a un tramo de empinados escalones, se agachó un poco y subió al desván. Nada más entrar, crujió el suelo bajo su peso y le embargó una abrumadora sensación de desasosiego. Sintiendo que le faltaba el aire respiró hondo antes de continuar. El ambiente olía a polvo, y tosió hasta que los pulmones se acostumbraron.

Todo se hallaba a oscuras y el agua cayendo sobre la cubierta provocaba ahí arriba un ruido parecido al del fuego devorando un bosque. Tanteó con la mano en la penumbra hasta que encontró un interruptor, y una bombilla desnuda de escasa potencia iluminó tenuemente el espacio, provocando más sombras que luz. «No subas jamás al desván, hay fantasmas», le decía su madre cuando era una niña. La estancia era estrecha y alargada y los techos abuhardillados. Los laterales los ocupaban dos divanes pintados de blanco y cajas de cartón perfectamente apiladas en el fondo.

Decidió empezar por estas últimas y dirigió a ellas la mirada. Como el techo resultaba bajo, caminó encorvada hasta el fondo. Parecían en buen estado, aunque después de años estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo; frente a ellas, apartó con las manos una telaraña y abrió las solapas de la caja que se hallaba arriba del todo. En un instante se creó una nube de sedimento alrededor de ella. Más estornudos. Cuando se hubo dispersado el polvo, husmeó dentro y descubrió que estaba a rebosar de artículos de porcelana cuidadosamente envueltos por separado en papel de seda.

Inspeccionó las dos siguientes y contenían más de lo mismo. La última almacenaba documentos y ejemplares de revistas y periódicos, los revisó durante diez minutos, pero no halló nada de interés. Cerró las solapas, volvió a ordenar las cajas y regresó a los divanes.

Se sentó en el suelo frente al primero de ellos y permaneció un rato absorta rascando una veta descolorida en la madera. Sabía lo que

había dentro y el efecto que provocaría en ella. Quizá era el momento de exorcizar los recuerdos y levantó la tapa que se desplazó con el chirrido propio del abandono. Eran pertenencias de sus padres. Nada más verlas sus ojos se anegaron y los labios dibujaron una sonrisa triste. Registró el interior hasta que su vista recayó en la pitillera de plata de su padre con las iniciales «MM» grabadas. Extendió el brazo y la sacó fuera. La sostuvo un rato en la mano hasta que la devolvió al interior, cerró la tapadera con suavidad y se movió hasta el siguiente diván.

Antes de abrirlo, sacó un pañuelo de tela que llevaba en un bolsillo de la chaqueta y se enjugó las lágrimas. Tiró del asa de la tapadera y miró dentro. Sacó un álbum de fotografías encuadernado en piel. Deslizó la mano por la tapa, arrancándole una pátina de olvido. Después, lo abrió con un cuidado reverencial, como a cámara lenta. Durante los siguientes veinte minutos, pasó todas las hojas entre sonrisas y lágrimas, se vio retratada a sí misma en casi todas las imágenes, y recordó con nostalgia cada momento inmortalizado: viajes, cumpleaños, encuentros familiares… Finalmente, cerró el álbum y lo dejó a un lado.

Introdujo de nuevo la mano y hurgó entre la ropa. Sus dedos rozaron algo rugoso al tacto, lo agarró y tiró, deshaciendo el orden con que todo se hallaba dispuesto. Con el entrecejo fruncido miró aquella túnica negra. Un cinturón de esparto era lo que le había provocado aquella sensación áspera. La dejó caer sobre el álbum y sus ojos se clavaron en la manga. Un número romano bordado con hilo dorado: III.

El corazón le comenzó a palpitar con fuerza y, con impaciencia, volvió a meter la mano en el arcón. Asió otro trozo de tela y tiró para sí. Otra túnica igual, aunque una pizca más pequeña. En la manga descubrió otro número bordado: IV. Podía ser cualquier cosa, un disfraz para una fiesta, por ejemplo; y sin embargo, su instinto le gritaba que no era así.

Con la respiración agitada volvió a husmear en el interior. Necesitaba más. Aquello no era suficiente. No para ella. Comenzó a sacar las cosas con celeridad, arrojándolas al suelo de forma desordenada. Repentinamente sus movimientos se ralentizaron mientras su mirada recaía sobre un estuche negro con ribetes dorados. Lo atrapó entre los dedos. Era liviano. Se lo acercó a la cara y con temor a lo que pudiera descubrir, lo abrió.

El crujido de las lamas del suelo, la cogió desprevenida.

****

41

Isla de Gavdos, Grecia

Un rato después de dejar atrás el desvío hacia la Casa de Cristal, James y Patricia avistaron un cartel en pésimo estado en el cual interpretaron que se aproximaban a la pequeña localidad de Ambelos. Siguieron por el mismo camino un kilómetro más, hasta que se encontraron con una vivienda solitaria de forma rectangular y color ocre.

James aparcó el Polo junto a la cancela y tiró del freno de mano, luego se deshicieron de los cinturones de seguridad y se bajaron. En ese momento la lluvia parecía amainar y caía con menos fuerza, aunque con la suficiente intensidad para alimentar los charcos que salteaban el suelo; sin perder ni un instante, franquearon la verja y con una suave carrera recorrieron un sendero de pizarra que desembocaba en un porche cubierto con una marquesina. El césped a su alrededor se veía descuidado. Los postigos de las ventanas estaban cerrados; aun así, Patricia espió por la ranura de uno de ellos con la esperanza de atisbar algún movimiento en el interior.

—Es muy temprano, quizá aún duerman —apuntó la agente volviendo junto a James. De pronto, lo miró y se echó a reír cubriéndose la boca para no hacer mucho ruido.

—¿Qué?

—¿Has visto la pinta que tenemos?

James bajó la mirada y comprobó que su ropa estaba mitad mojada mitad llena de barro. Bajo los zapatos había crecido otra suela de fango de varios centímetros de grosor. El aspecto de su compañera no era mucho mejor y tenía el largo pelo rubio pegado a la cabeza y oscurecido por el agua.

—Al menos descalcémonos —dijo, deshaciéndose de los zapatos.

Patricia lo imitó, luego llamó a la puerta.

Pasados unos minutos sin que nadie contestara, una ventana de la

planta de arriba se iluminó. Transcurrieron al menos otros dos minutos hasta que una mano apartó una cortina, esta vez de la planta de abajo. Una cara somnolienta los escrutó a través del cristal. Después de un momento, la tela de encaje volvió a su sitio y, tras el ruido de una llave girando, la puerta de la casa se abrió hacia dentro.

En el umbral apareció un hombre corpulento de unos treinta y cinco con la cara adormilada. Estaba descalzo y tenía el pelo alocado. Una mata de vello negro sobresalía por la parte superior de una camisa de cuadros abotonada a la ligera, en la que los botones no se correspondían con los ojales. Repasó a los visitantes con la mirada de cabeza a pies y, por un instante más de la cuenta, se detuvo en los pequeños pechos de Patricia cuyos pezones se marcaban en su fina camisa empapada. La mujer se percató y el hombre, que alzó rápidamente los ojos, se sonrojó ligeramente.

—¿Quiénes… son ustedes? —preguntó con recelo y desconfianza.

—Me llamo James Allen y ella es Patricia Banner. Necesitamos hablar con Althea.

El semblante del marinero adquirió una pizca de irritación mal disimulada.

—¿A las nueve de la mañana de un domingo? Si quieren hablar con ella vayan a la taberna… —replicó, retirándose del umbral y comenzando a cerrar de nuevo la puerta. Un pie que emergió de la nada se lo impidió.

La cara de Bernice era ahora de contrariedad.

—Una niña ha desaparecido…, necesitamos su ayuda —intervino James con tono suplicante.

—Déjalos pasar, Bernice —dijo repentinamente una voz femenina a su espalda— ¡Basta de mentiras! No consentiré que le ocurra lo mismo que a Eileen. No, si puedo evitarlo.

James no podía verla, pero reconoció el timbre de voz de Althea. Finalmente, Bernice inclinó la cabeza con lentitud y se retiró, dejando el acceso libre.

—Gracias por recibirnos.

La mujer les devolvió una sonrisa cargada de complicidad y los guio al salón por un arco de escayola. Como el interior estaba en penumbras, Bernice se dirigió hacia las contraventanas y las abrió, derramando la tenue claridad del día sobre la habitación; luego se acomodó en un sillón con orejeras y brazos, ocultando con la cabeza un tapete de encaje colocado sobre el respaldo.

—¿Quieren tomar un café o un té? —ofreció Althea.

—Gracias. Cualquier cosa caliente nos vendría bien —contestó Patricia.

Bernice, incómodo, tamborileaba sobre una de sus rodillas y consultaba con frecuencia la esfera del reloj.

Patricia, con una pierna descansando sobre la otra, recorrió con la mirada la modesta estancia. Las paredes blancas se veían pobladas de fotografías familiares enmarcadas.

James no descubrió ni un solo libro.

Cuando el silencio empezaba a hacerse incómodo, un silbido acudió en su rescate. Enseguida reapareció Althea con tazas, una tetera, una jarra con leche y un azucarero.

—Ah, querida, ya estás aquí —dijo Bernice, ligeramente aliviado.

La mujer dispuso todo sobre la mesa de centro y se sentó al borde del sillón gemelo al que ocupaba su marido. El silencio volvió a adueñarse de la habitación.

—Me gustaría preguntarles qué pasó con su hija —dijo Patt.

Bernice se echó hacia delante con el ceño fruncido.

—¿Qué tiene que ver en esto Eileen? —protestó.

—El té ya estará listo —intervino Althea, rebajando la tensión. Cogió la tetera y rellenó las dos tazas de porcelana con un líquido verdoso y humeante—. ¿Leche?

James alargó la mano con la taza.

—Lo que le ha ocurrido a su hija —intervino Patricia— podría pasarle a Miranda.

Con la tetera aún en la mano, Althea intercambió una mirada silenciosa pero elocuente con Bernice.

James habló por primera vez.

—Solo tiene nueve años. Mirad, aquí tengo una foto. —Sacó del bolsillo trasero de los tejanos una cartera, hurgó en ella y extrajo una fotografía familiar—. Es la del centro —dijo, dándole un golpecito con el dedo.

El matrimonio observó la imagen y sus semblantes pintaron una sonrisa triste.

—Es muy guapa… —dijo Althea con un hilo de voz—. ¿Es su hija?

—No, pero como si lo fuera. Anoche, alguien forzó la entrada y se la llevó.

Bernice y Althea intercambiaron miradas de circunstancia.

—Althea —dijo James clavando sus ojos grises en la mujer—, necesitamos ayuda.

La mujer dejó la tetera sobre la mesa muy despacio y soltó de sopetón:

—Cuando esta noche la luna llena alcance el cenit, la niña morirá.

****

42

Isla de Gavdos, Grecia

CUANDO vio a Anne Marie de pie en el umbral, se serenó. Estaba quieta. Su vista voló de las túnicas hasta el estuche abierto que Victoria sostenía en la mano, y que contenía dos anillos de plata repujada. Su rostro denotaba preocupación. El ama de llaves no supo qué hacer y permaneció allí de pie.

—¿Tú sabías esto? —inquirió Victoria con una punzada de irritación.

La mujer sordomuda se limitó a asentir y recibió por respuesta una mirada cargada de reproche.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

El ama de llaves se acercó y se sentó al lado de Victoria, rozándole las rodillas con las suyas.

—Tus padres… me hicieron prometerles… que jamás te lo… contaría —dijo con el lenguaje de los signos, acompañados de un sonido gutural casi incomprensible.

Los ojos de Victoria se humedecieron y alzó la barbilla intentando en vano retener las lágrimas.

—James tenía razón —dijo compungida—. Mis padres eran unos asesinos.

Anne Marie empezó a agitar la cabeza y agarró la mano de Victoria entre las suyas. Con una voz profunda y casi primitiva murmuró:

—No, no…, tus padres te… querían.

Victoria se soltó y miró para otro lado.

—¿Por qué lo hicieron?

Anne Marie juntó los hombros.

—No lo sé…, te lo juro.

—¿Por esto se fueron a Suiza?

La mujer asintió con un leve pero firme movimiento.

—Tú entonces… tenías diez años y… querían protegerte. No

querían… más muertes. Por eso, un día robaron… el ídolo y lo ocultaron… Un poco más tarde se marcharon… para no volver… jamás.

—Su muerte… —Dejó la frase a medias.

—No lo sé… Tus padres siempre… vivieron con temor. Estaban seguros de que… en algún momento los alcanzaría… Decían que de ella no se podía… huir.

Victoria la miró extrañada.

—¿Qué es lo que los alcanzaría?

Por un instante, Anne Marie se calló hasta que balbució:

—La maldición del Yanapuma.

II

James y Patricia se miraron turbados, luego volvieron la vista al frente.

—¿Sabes quién la retiene?

La mujer cerró los ojos y apretó los párpados con vigor haciendo un esfuerzo por reprimir las lágrimas. Luego aspiró hondo.

—La Hermandad.

James cambió de posición en su asiento.

—¿Quién forma la Hermandad?

—Son diez miembros —explicó Althea—. Cuando se queda alguna plaza vacante, los restantes escogen a su sucesor. Lleva siendo así desde que yo lo recuerdo.

—¿Y cuál es su misión?

—Protegernos. —En esta ocasión fue Bernice quien contestó.

—¿Protegeros de qué?

—De la maldición que pesa sobre esta isla.

Patricia meneó la cabeza. Por mucho que se esmeraba, no acababa de entender esa manera de concebir las cosas; ya había tenido que lidiar contra algo parecido el verano pasado en las Highlands y no estaba dispuesta a hacerlo de nuevo; de modo que cambió el asunto.

—¿Dónde retiene la Hermandad a Miranda?

—Solo sabemos que el ritual se celebra en un sitio llamado la cueva de Calypso.

—¿La cueva de Calypso? —inquirió Patricia ceñuda.

—Sí, es una caverna que está en alguna parte de los acantilados del sur de la isla, pero solo los miembros de la Hermandad saben realmente dónde se encuentra… —La voz se le quebró y no pudo terminar la frase, se cubrió la cara con ambas manos y se echó a llorar amargamente durante unos minutos—. No tuvimos nada que enterrar.

«La tumba desierta de Eileen».

El brazo de Bernice rodeó cariñosamente el cuello de Althea, y le apretó el hombro.

—¿Por qué soportan esto? —preguntó Patricia.

—Es nuestro sino —dijo Bernice con un timbre de voz que sonó resignado.

Patricia y James se cruzaron una mirada que lo decía todo.

—Sentimos no poder ayudar más —dijo Althea.

—Habéis hecho bastante —replicó James levantándose del asiento —. Ahora, debemos irnos. El tiempo apremia.

La sargento lo imitó, se despidieron y, en calcetines, salieron a la calle. Seguía lloviendo y, tras calzarse en el porche, regresaron trotando hasta el automóvil.

—¿Cómo localizaremos esa cueva? —preguntó Patricia, sentada en su asiento.

James se mantuvo callado.

—Podríamos obligar a Samara —continuó ella.

Allen chasqueó la lengua.

—Samara no hablará, seguro.

—¿Y otros miembros de la Hermandad…? No sé, ¿el policía?

James volvió a sacudir la cabeza.

—Créeme, he visto de lo que son capaces. Olvidas que aquel marinero prefirió arrojarse por los acantilados antes de pronunciar una sola palabra. Será una pérdida de tiempo —agregó, tras una pausa.

En el habitáculo se hizo el silencio.

—Necesitaremos un milagro para encontrarla a tiempo —suspiró al fin Patricia.

Mientras hacía girar la llave y el motor cobraba vida de nuevo, James la miró con esos ojos llenos de confianza que la sargento conocía tan bien.

—Conozco a alguien capaz de hacerlos.

****

Año 1541 d. C.
Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba

En el amanecer de un plomizo 23 de noviembre, seis jornadas después de su huida, Juan Vázquez se encontraba rodeado por un mar de orquídeas cuando escuchó el cercano tañido de una campana española. Exhibiendo un asomo de sonrisa, levantó la cara y divisó en lontananza el campanario de la iglesia de Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba. Apretó el paso y media hora después transitaba entre sus estrechas callejuelas, donde ya reinaba el ajetreo. La ciudad, ubicada al norte del imperio inca, se fundó el 25 de julio de 1540 por don Juan Pérez de Guevara, lugarteniente del capitán don Alonso de Alvarado. Fue la primera ciudad fundada por los españoles en la selva y su nombre se debía a ocho valles que acogían a otros tantos afluentes del río Mayo. Con el tiempo, se convirtió en el punto de partida de numerosas expediciones españolas enviadas a la selva en busca del Dorado, aquel mito acerca de un tesoro legendario.

Tras una estrecha y húmeda bocacalle, el soldado accedió a la Plaza de Armas, que estaba muy concurrida; luego anduvo directo hacia un edificio imponente que acogía el cuartel del capitán don Juan Pérez de Guevara, y preguntó por él. Tras recibirlo en audiencia, le relató lo acontecido con la misión del Alférez Lope de Aguirre y cómo fue vilmente asesinado a manos del antiguo sargento del ejército español Juan Bazán y sus hombres, de los que hizo una detallada descripción, con nombres y rango. El capitán encolerizó con la información recibida. Se acordaba perfectamente de la misión que, más de un año antes, envió él mismo a la selva y de la que jamás volvió a tener noticias. A los pocos meses se los dio por muertos, incluso se ofició una misa por sus almas, y resulta que esos miserables habían desertado del ejército y mancillado el nombre de Dios y de España.

La segunda parte de la crónica de Vázquez, cuando le mostró al capitán las dos onzas del oro inca y le contó los planes de Bazán, captó su plena atención. La codicia se apoderó de él y convocó de inmediato un consejo de guerra. Dos jornadas después, con el cielo aún rojizo del amanecer, partía de la ciudad una misión de cuarenta soldados al mando de don Francisco de Benavides y Acuña, un militar leal y despiadado con un encargo personal del capitán: acabar con los insurrectos de forma

ejemplarizante y traer el tesoro. Era imperativo que los interceptasen en la selva o se verían obligados a compartir el oro y la gloria. Perfectamente pertrechada, la unidad se dirigió al noroeste, siguiendo la cuenca del río Mayo y, tras una semana de marcha, se apostó en la orilla occidental del río Marañón, al lado de un meandro por donde el agua corría más despacio y las riberas se estrechaban hasta casi tocarse la una con la otra. El punto por donde, según Juan Vázquez, se disponían a cruzar Bazán y sus hombres.

Después de la huida de Vázquez, extremaron la vigilancia. Sabían que los españoles, en cuanto tuvieran noticias de la existencia del oro, no cejarían en su empeño de darles caza. Ampliaron el radio de seguridad que los indígenas batían, abandonaron aquellas pertenencias que no fueran esenciales y subieron a los infantes a lomos de los animales de carga, aun a sabiendas de que los estaban sobrecargando en exceso. Era un riesgo que tenían que afrontar si querían avanzar con más celeridad. Diez días más tarde, alcanzaron la orilla oriental del río Marañón y acamparon en un claro al lado de un meandro. Mientras los hombres establecían las defensas, las mujeres se acercaron a la orilla y se dispusieron a pescar.

—Este es el final de la selva —apuntó el Vizcaíno, que reunió a todos los hombres en torno a una crepitante hoguera—. Una vez vadeemos el río, todo será más sencillo —apostilló.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo.

—¿Y qué pasará después? —preguntó alguien a la derecha.

—Iremos a Tumbes y nos largaremos de aquí —explicó Alvarado.

—¿Ellas querrán venir? —preguntó Ribera. Se refería a las mujeres incas.

—Se lo tendremos que preguntar, pero si nos han seguido hasta aquí… —La frase quedó a medias.

—¿Y de los soldados sabemos algo?

El Vizcaíno chasqueó la lengua.

—Puede que no creyeran al renegado —apuntó el Marino.

—Para España no hay nada más importante que el oro y la plata. Tengo la intuición de que nos esperan en algún sitio. —Y con el rostro sombrío Bazán dirigió una larga mirada a las revueltas aguas del río y más allá, a la otra orilla.

Cuando hubieron terminado con la cena, el grupo se deshizo y los hombres fueron a arrebujarse con sus mujeres. El cielo se veía estrellado y no había ni vestigio de nubes, de modo que, después de todo, parecía que la noche iba a ser tranquila. Para fastidio de los elegidos, Bazán ordenó doblar la vigilancia, estaban cerca y no había que bajar la guardia ni por un instante. Durante un rato las sacudidas de euforia y los suspiros de gozo ahogaron los sonidos nocturnos de la selva.

Con las primeras luces del alba, Juan alzó los párpados ligeramente, ajustó la vista y se desperezó gruñendo. Los ojos le brillaban alegremente, si bien apenas pudo conciliar el sueño invadido por un mal presagio. Los irritantes chirridos de las chicharras y el croar de las ranas desaparecieron para dejar espacio a los ruidos del día: el chillido de los primates y el alegre gorjeo de los pájaros. Junto a él, dormía su bella esposa y, aunque no entendía nada de lo que le decía —para charlar ya tenía a Rodrigo—, había aprendido a amarla a su manera. Unos meses antes, habían tenido un niño, al que llamaron Wari, que en castellano significaba «indomable». Cuando los ojos de Sami se abrieron, cubriendo su rostro de un azul intenso, Bazán la rodeó con sus brazos e hicieron el amor sin apenas hacer ruido.

Con el agua por la cintura, Achik y Akapana cruzaron el meandro y alcanzaron la orilla opuesta. Siguiendo las instrucciones de Bazán, tendieron una cuerda que serviría de guía a las mujeres y a los niños. Los siguientes en vadear el río fueron Rodrigo Alvarado y seis hombres, que debían asegurar el punto de cruce. Los siguieron las mujeres y los infantes. Por último, la otra mitad de los hombres y el Vizcaíno.

El estruendo cogió al antiguo sargento detenido en mitad del cauce con la vista vuelta atrás. Sobresaltado, se llevó la mano a la espada viendo desplomarse los cuerpos de sus amigos.

****

43

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

Demis y Zhang se plantaron en los acantilados sin contratiempos. Recorrieron la cornisa con precaución durante diez minutos y llegaron a la grieta que zigzagueaba en la pared, como una mala cicatriz en la cara después de una reyerta a navajazos. Dejaron el equipo en el suelo y entre los dos retiraron unos matorrales que la ocultaban de ojos indiscretos.

—Espera aquí —le ordenó Samara a su criado.

Agachándose, Demis entró por la estrecha abertura. Nada más hacerlo, notó una profunda humedad y un penetrante olor a moho. Conectó la linterna y orientó la luz hacia el frente. Luego prosiguió por el pasadizo sin quitar la vista del suelo resbaladizo. El corredor enseguida se hizo tan inaccesible que se preguntó cómo podría caminar por él un hombre tan corpulento como el Español. Para más *inri*, el techo bajó de nivel y tuvo que caminar doblado por la cintura para no golpearse la cabeza. Avanzaba demasiado despacio. Tras un recodo a la derecha le llegó un hedor a amoniaco casi insoportable. Se paró y extrajo de un bolsillo un pañuelo de tela, y se tapó la nariz y la boca. Dio unos pocos pasos y volvió a detenerse. El duro firme de roca había dejado sitio a otro… pastoso. Dirigió la linterna hacia el suelo y descubrió una masa negra y fangosa. Ahí, la pestilencia se intensificaba. Escuchó un ruido y entonces se quedó muy quieto. Si no fuera imposible, habría jurado que se trataba del rotor de un helicóptero.

El sonido cada vez se hacía más intenso, levantó la linterna y apuntó al frente. Desde la oscuridad aparecieron miles de sombras negras voladoras que lo rodearon como un río a una roca. El batir de las alas fue desvaneciéndose a medida que los murciélagos se alejaron y todo volvió a quedar en silencio. Cuando regresó la quietud a la cueva, respiró hondo y continuó deslizándose otro rato más hasta que, repentinamente, el techo y las paredes se alejaron mucho. Samara se enderezó. Perplejo, osciló la linterna barriendo la caverna que se abría ante él. En un rincón algo destelló y enfocó en él la luz. Abrió mucho los ojos y profirió un grito de júbilo.

Por vez primera en su vida, Demis Samara perdió el control sobre sí mismo.

Victoria dedicó a Anne Marie una mirada penetrante. Por fin lo había comprendido todo. Se acordó de James y su rostro se desazonó. Él tenía razón, pero ella no quiso hacerle caso y lo echó de su lado. Siempre hacía lo mismo. Cuando creía que algo podía debilitarla, sencillamente lo apartaba. Nada te hacía más débil que amar a alguien.

Angustiada, se incorporó y se compuso el vestido, se arrimó a Anne Marie y la estrechó entre los brazos.

—Lo siento. Lo siento mucho. De verdad.

La mujer sordomuda no podía oírla ni leerle los labios; y no obstante, comprendió sus sentimientos. Sus ojos se llenaron de lágrimas y le devolvió el abrazo. Permanecieron así un buen rato. Al final, se separaron y juntas volvieron a guardar todas las cosas en el interior de los divanes. Luego apagaron la bombilla y abandonaron la buhardilla.

Victoria puso una tetera de cobre sobre el fogón, más que nada por mantenerse ocupada. Mientras tanto, se acercó a la ventana y dirigió la mirada fuera, procurando serenarse. El cielo continuaba muy negro, si bien llovía despacio. Se arrebujó bien en su jersey de lana y se lo apretó cruzando los brazos alrededor de la cintura. Con el chiflido de la tetera, se volvió y se sirvió una taza. Sorbiendo el té deambuló por la casa, que estaba silenciosa, y llegó al salón. Deslizó la puertaventana y salió al exterior, buscando aire fresco. Abstraída en sus pensamientos se alejó paseando por el jardín. Las rachas de viento revolvían sus cabellos, y de cuando en cuando bebía de la taza mirando al oscuro horizonte y escuchando el murmullo del mar picado.

Desde que había salido de la casa dos ojos asesinos la observaban fijamente.

Collins deseaba ayudar, y saltar el muro que suponía esa tormenta para las comunicaciones era la única forma en que podía hacerlo. Él no era un hombre de acción, y aunque se sentía muy orgulloso de su comportamiento la única vez que su vida se vio amenazada, no era su fuerte. Después de aquella traumática experiencia en las Highlands, había prometido apuntarse a un gimnasio y ponerse en forma. Pero allí estaba él, rodeado de envoltorios de papel manteca de magdalenas y dos botes vacíos de chocolate líquido.

—¿Qué tal vas? —preguntó Alex, apoyando las manos en los hombros del analista de sistemas.

—Si consigo superar el cortafuego de un servidor de la Agencia Estatal de Medio Ambiente, creo que podré acceder al satélite

meteorológico.

—Collins, necesito resultados, y los necesito ya —replicó Scott con un tono que sonó áspero.

Desconcertado, Collins se volvió y miró ceñudo a su jefe. Nunca le había hablado así, pero comprendió el momento tan duro por el que estaba atravesando. Su aspecto era desaliñado, unas enormes ojeras cubrían los mofletes y era obvio que no se había afeitado en dos días.

—Lo siento. Esto es tan frustrante… —Y golpeando con fuerza el respaldo de la silla, agregó—: ¿Dónde se habrán metido Patt y James? —Ya más calmado dijo—: Voy al baño, vuelvo enseguida.

Los dos gritos lo cogieron subiéndose la cremallera del pantalón y se mezclaron con el ruido de la cisterna llenándose de agua. Uno, sin duda, era de alegría, y juraría que procedía de Collins; del otro no se mostraba tan seguro, había sonado lejano y aterrador. Ceñudo, quitó el pestillo, abrió la puerta y regresó al salón.

—¡Lo conseguí! —exclamó Collins en cuanto lo vio entrar.

—Genial… —dijo Alex con poco entusiasmo, y añadió—: ¿No has oído otro grito?

—He accedido al satélite y a todo lo que queramos: correo electrónico, cartografía…

Scott siseó y lo mandó callar.

—Ha sonado fuera.

El analista de sistemas sacudió la cabeza sin retirar la vista de la pantalla plana del MacBook. En ese momento, ni un terremoto lo habría arrancado de allí.

—Contacta con Spanoulis y cuéntale lo que está pasando aquí. Que nos envíe ayuda lo antes posible. —Alex se apartó de Collins y se encaminó hacia la puertaventana. Espió con la mirada el exterior hasta que finalmente agarró el tirador y la deslizó. Salió y comenzó a buscar por los alrededores. Rodeó la casa y se internó en el bosquecillo que se abría hasta los acantilados. En penumbras y rodeado de pinos moviéndose, los sonidos del viento y del agua batiéndose contra la roca quedaron ahogados. Alex se detuvo atento a cualquier ruido.

Todo estaba inquietantemente silente.

De repente, como si alguien hubiese pulsado un interruptor, regresaron los ruidos de los animales y Alex experimentó esa reconfortante sensación de que todo volvía a su sitio. Sacudió la cabeza sospechando que aquel grito que le pareció haber escuchado tan nítidamente no había sido más que el fruto de su imaginación. Se sentía extenuado y llevaba muchas horas sin dormir; además, tenía la cabeza en otra parte. Con estas reflexiones dio media vuelta e inició el camino de vuelta a la casa. Del cielo empezaron a caer goterones de lluvia y aceleró un poco el paso. Abandonó el bosquecillo y pasó por

el jardín…

De súbito, volvió a detenerse y retrocedió unos cuantos pasos. Se acuclilló junto a una roca con moho y observó con interés manifiesto un reguero de manchas oscuras que salpicaban el suelo. Parecían húmedas y pegajosas.

Presa de una creciente preocupación se enderezó y arrancó a correr hacia la casa. Accedió por la puertaventana, que había dejado entreabierta, y cruzó rápido la estancia ante la mirada desconcertada de Collins. Voló sobre los peldaños de la escalera hasta la planta de arriba y entró en su dormitorio a toda prisa, dirigiendo la mirada a la cama donde descansaban dos personas: Lee y Mark. Entonces respiró hondo. Su mujer lo miró con ojos enrojecidos; cuando entendió que no traía noticias nuevas, indiferente devolvió la vista al frente.

«Aún me culpa por la desaparición de Miranda».

Sin decir nada, cerró la puerta y se plantó ante el dormitorio de Victoria. Golpeó suavemente con los nudillos y, girando el pomo, entreabrió la puerta con delicadeza, llamándola en voz alta. Como no obtuvo respuesta la abrió de par en par y miró dentro.

El cuarto estaba vacío.

Recorrió de vuelta el pasillo y trotó sobre los escalones ruidosamente. Irrumpió en la cocina y se acercó a Anne Marie.

—¿Has visto a Victoria? —le preguntó muy despacio, haciendo un esfuerzo por vocalizar todo lo posible.

La mujer asintió y, tomando una libreta y un bolígrafo, que había en la mesa, garrapateó unas palabras. Después giró el papel hacia Alex:

10 minutos

La mujer volvió a escribir algo en el cuaderno y lo volvió de nuevo hacia Scott:

¿Ocurre algo?

—Espero que no —dijo antes de volverse y salir de la estancia.

Anne Marie seguía de cerca a Alex mientras iba recorriendo la casa. Nada más verlos entrar, Collins orientó la mirada hacia ellos y bromeó:

—¿Qué os pasa? Parece que hayáis visto un fantasma.

—Es… Victoria —dijo Alex confuso—. Creo que también ha desaparecido.

III

Un rato después de la desaparición de Victoria, Chang esperaba el

regreso de Samara con la espalda apoyada contra la roca. Echó un rápido vistazo al reloj y comprobó que hacía casi media hora que su jefe se había marchado. Dudó si entrar a buscarle, si bien sus instrucciones habían sido tajantes: «Espera aquí». Quince minutos antes, había visto salir de la pared a una bandada de murciélagos que habían dado vueltas sobre su cabeza antes de desaparecer otra vez en la grieta uno tras otro. Y luego hubiera jurado escuchar un grito jubiloso…

Entonces se percató de una inquietante presencia a su espalda y oyó un ruido, como el de un motor arrancando lentamente. Con movimientos lentos se enderezó mientras alargaba la mano hasta la cintura y extraía un cuchillo. Armado, se giró bruscamente sobre los talones y se enfrentó a la amenaza.

Samara contemplaba boquiabierto el tesoro que tenía ante él. Había cientos de cajas de madera corroídas por el tiempo y bolsas de cuero desgarradas por la podredumbre. Abundantes piezas de plata y oro, piedras preciosas y alhajas se habían desparramado por el suelo. Se agachó y sujetó entre los dedos una gema de color bermellón del tamaño de un huevo. La contempló con admiración y le dio vueltas en la mano. El valor de todo aquello era incalculable y solo un pedrusco de esos sería suficiente para saldar toda su deuda.

Rápidamente, su mente analítica se puso a trabajar. Calculó que aquel tesoro pesaría alrededor de una tonelada y entre dos personas tardarían una eternidad en sacarlo de allí y más con un acceso tan complicado. De improviso una idea fue formándose en su cabeza.

«¿Por qué trasladarlo?».

Ese sitio parecía más seguro que Fort Knox y podía ir y venir cuantas veces quisiera. Solo tenía que enviar a Zhāng, en él confiaría su vida. No obstante, en ese plan había un punto débil: el Español. Entonces comprendió lo inevitable.

«Debe morir».

En el fondo siempre supo que eso ocurriría, y ese momento había llegado.

Se agenció otras dos gemas brillantes del suelo y se incorporó. Se guardó las piedras en los bolsillos y se dio la vuelta resuelto a iniciar el regreso. En ese instante reparó en una cosa que hasta entonces le había pasado desapercibida. La alegría del descubrimiento del tesoro había eclipsado esa otra sensación: una peste horrenda. Arrugó la nariz y olfateó el aire. No olía como los excrementos de los murciélagos. Este olor era más desagradable. Mucho más nauseabundo y, en cuanto penetró en su cuerpo, le provocó arcadas. Inspeccionó la cueva de nuevo, recorriéndola con la luz de la linterna. Descubrió el

origen en la esquina opuesta de donde se situaba el tesoro. No llegó a acercarse, no hacía falta. Desde su posición podía ver que se trataba de un osario. Cientos de calaveras mutiladas se amontonaban desordenadas en un macabro Tetris. Algunas tenían aún adheridas pedazos de carne. Incluso atisbó el cuerpo desmembrado de una niña. Tirada como una muñeca de trapo. El pecho desgranado y el pelo rubio apelmazado le provocaron la idea de que quizá fuera la hija de la tabernera.

Al instante sufrió un acceso de pánico y el corazón se le disparó. Acaba de descubrir la guarida de la bestia. Asustado, osciló la linterna para alumbrar la cueva. Tomó aliento y, recuperando el control, volvió el hombre reflexivo. Regresó al túnel y desanduvo el camino deprisa. De repente se detuvo oyendo un siseo continuo e iluminó delante. Una sombra horizontal se dibujó de negro en la pared, justo en un recodo. Arrastraba algo con la boca. Otro cuerpo. Apagó la linterna y se ocultó en un acceso estrecho. Y esperó.

Todo estaba en tinieblas y en silencio. Demis se cubrió la boca con la palma de la mano para acallar el sonido de su propia respiración. Unos segundos después notó una presencia pasando frente a él. Por un brevísimo instante percibió que se detenía y aspiraba con fuerza, igual que un asmático pugnando por una bocanada de aire. Suerte que el suelo se encontraba cubierto de guano. Allí, de ninguna manera se podría oler otra cosa que excrementos de murciélagos. Al menos un ser humano.

****

44

Isla de Gavdos, Grecia

—¡Ya estamos en casa! —dijo Patricia en voz alta, cruzando el umbral sucia y mojada.

No había terminado la frase cuando Alex apareció desde el salón y se precipitó a su encuentro.

—¿Habéis conseguido averiguar algo? —preguntó.

—Sentémonos —dijo James, que alzó la vista y se encontró a Lee en lo alto de la escalera mirándolo fijamente, su rostro le dijo que no eran las noticias que ansiaba.

Se movieron hasta el salón, donde Collins escribía con rapidez inclinado sobre el teclado del ordenador. De cuando en cuando, levantaba la vista y soltaba una palabrota. Anne Marie, cariacontecida, sostenía una taza de té caliente entre las manos. Nada más entrar, James miró por la estancia.

—¿Dónde está Victoria?

Anne Marie bajó aún más la cabeza y James, que se percató del gesto, arrugó el ceño extrañado.

—¿Dónde está Victoria? —repitió la pregunta; sin embargo, su tono sonó más serio.

—Verás —intervino Alex—, en realidad no lo sabemos.

—¡¿Cómo que no lo sabéis?!

—Date una ducha y serénate. Entonces hablaremos.

—No pienso ir a ninguna parte hasta que me digas dónde. Está. Victoria —dijo con brusquedad.

Alex cerró los ojos y suspiró rendido y cuando reunió el valor necesario, lo soltó:

—También ha desaparecido. Debió de salir y…

James clavó en él unos ojos crispados y no esperó a que concluyera. Atravesó la habitación de un salto y salió al exterior. Recorrió los alrededores llamándola a gritos por su nombre. Cuando

regresaba abatido, Alex y Patricia se reunieron con él. Su amigo le puso una mano en el hombro.

—James, créeme. Sé lo que sientes, pero en este estado de nervios no le haces ningún bien.

—Alex tiene razón, debes calmarte. Así no serás de gran ayuda —apuntó Patricia.

—De acuerdo —dijo resignado—. Voy a tomar esa ducha y luego hablamos.

Media hora después volvieron a reunirse en el salón con café recién hecho. Aún tardaron un rato en volver a hablar. Solamente se escuchaban los tintineos de las cucharillas dando vueltas en torno a las tazas de porcelana.

—Collins ha conseguido acceder al satélite —dijo Alex al fin.

Patricia lo miró forzando una sonrisa.

—Es una buena noticia. ¡Gran trabajo, Collins!

—Es más que eso, es un milagro —apuntó James.

Collins no cabía en sí de gozo. En general, el *exhacker* resultaba ser un hombre retraído y modesto, sin más pretensiones en la vida que poder tener un equipo informático entre las manos; sin embargo, en lo que concernía a su trabajo era muy vanidoso y no dejaba pasar un elogio sin exhibirlo ante los demás.

—Ha sido extremadamente difícil, no voy a engañaros. —Y alzando la cabeza con aire pensativo, agregó—: Quizá uno de los retos más complicados a los que he tenido que enfrentarme.

—Hemos contactado con Spanoulis —intervino Scott—, pero, hasta que no cese la tormenta, no puede hacer nada.

Lee ahogó un llanto.

—Nosotros hemos descubierto el lugar al que se han llevado a Miranda —dijo James; su tono denotaba un cierto aire de derrota.

Alex y Lee clavaron su vista en él.

—¡¿Sabes dónde está mi hija?! —preguntó Lee con ansiedad, saltando de golpe de la silla—. Gracias a Dios —añadió a continuación, y soltó un sonoro suspiro. Como nadie se movía, arrugó el entrecejo—. ¿A qué esperáis? Vamos a por ella.

—No es tan sencillo —apuntó Patricia.

La mujer oriental los miró fijamente.

—Pero… ¿lo sabéis o no? —los apremió.

James dio un sorbo a la taza de café, que ya estaba tibio, y la devolvió a la mesa.

—Sabemos que la retienen en un sitio que se llama la cueva de Calypso. Es una caverna que está en algún lugar de la costa sur de la isla, pero no conocemos su ubicación exacta. Collins, necesitamos otro

milagro.

Lee hundió los hombros y sintió la necesidad de sentarse.

—Puedo obtener una cartografía de la isla, aunque necesitaría alguna pista.

James y Patricia cruzaron más miradas procurando dilucidar quién empezaba.

—El nombre viene de la ninfa llamada Calypso. Según la mitología griega habitaba desterrada en una isla llamada Ogigia —explicó Patricia—. Hay quien piensa que Gavdos era esa isla.

—No sé, busca referencias históricas, algo que se le haya escapado a todo el mundo —añadió James—. Intuyo que debe de ser una cueva grande y la costa sur no medirá más de diez kilómetros.

—De acuerdo. No me lo ponéis fácil, pero este debe de ser mi destino: poner a prueba mi talento.

—Otra cosa, Collins —dijo James.

El analista de sistemas se volvió hacia él y alzó una ceja.

—No me gusta nada esa mirada.

—¿A qué hora alcanzará hoy la luna el cenit?

Todos, menos Patricia, se lo quedaron mirando con extrañeza.

—Espera un momento y te lo digo.

—¿Qué es el cenit? —quiso saber Scott.

—Es el punto más alto que un astro alcanza en el cielo formando un ángulo de noventa grados respecto a la horizontal de la tierra —explicó Collins, sin apartar la mirada del MacBook. Luego se instaló el silencio mientras terminaba su búsqueda—. Exactamente, a las 22:47.

James giró el bisel del reloj de pulsera e inició una cuenta atrás.

—Ahora son… las dos y… treinta y cuatro minutos, eso significa que tenemos ocho horas y trece minutos para encontrar a Miranda. Después, será tarde.

Lee se inclinó hacia la mesa, saliendo de su mutismo.

—¿Cómo que será tarde? ¿PARA QUÉ SERÁ TARDE? —vociferó, mientras sus ojos se desplazaban alocadamente de James a Patricia.

—¿Qué es lo que no nos habéis contado? —preguntó Alex.

Allen dejó escapar un suspiro e intercambió con Patricia una mirada cómplice.

—A Miranda la tiene retenida la Hermandad —intervino la sargento—. Y justo a las diez y cuarenta y siete… la sacrificarán.

—¡Por Dios bendito! ¡¿Qué estás diciendo?! —gritó Lee con los ojos desorbitados.

Alex se levantó de la silla para reunirse con ella y la rodeó entre los brazos.

—Calma, mamá. Escúchame, te juro que la encontraremos y la traeremos sana y salva.

Lee se ladeó para mirar a su marido a la cara. Sus mejillas ardían

por la ira.

—Más te vale no faltar a tu promesa. —A renglón seguido, dio media vuelta y abandonó la estancia corriendo. Sus fuertes pisadas resonaron en los escalones.

Tras el momento de tensión todos permanecieron callados.

—¿Tenéis una teoría acerca de qué le ha podido ocurrir a Victoria? —preguntó al fin Alex.

—Es posible que se la llevara… el monstruo —dijo Patricia.

—¿Qué? ¿Estáis locos? —atinó a murmurar.

James sacudió la cabeza mostrando su disconformidad.

—No hemos estado tan alejados de la verdad todo este tiempo. En esta isla hay un monstruo suelto. No sabría decirte qué es exactamente… Aquella mirada asesina con sus ojos color miel, sus largos colmillos que llegaban al suelo, su pelaje negro… —La frase se quedó a medias—. Lo vimos con nuestros propios ojos.

Alex dirigió su mirada alternativamente a uno y a otro. No daba crédito a lo que estaba escuchando, pero no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

—De acuerdo —dijo al fin, levantando ambas manos—. Esa información, ¿en qué nos beneficia en estos momentos?

—Tú mismo has dicho que hallaste poca sangre —dijo Patricia—. Eso significa que estaba viva cuando se la llevó.

—Entonces, debemos averiguar adónde se la llevó —intervino Alex, despegando la espalda de la silla.

—¿Otra cueva? —apuntó Patricia.

—Es una buena teoría —intervino James—. En esta isla no hay muchos sitios para ocultarse; en cambio, cuevas hay todas las que queráis.

—¡Dios mío! —Alex se pasó la mano por la frente que estaba empezando a cubrirse con gotas de sudor—. Tenemos unas pocas horas para encontrar dos cuevas en una isla que no conocemos de nada.

James sonrió por primera vez en mucho tiempo. Estaba claro que había dejado atrás la pena y la melancolía, y su mente se había puesto de nuevo a funcionar.

—Te olvidas de Collins. Es nuestra mejor baza.

Los tres se levantaron de la silla y se marcharon a la estancia contigua, donde se había mudado Collins buscando un poco de serenidad. James cerraba la marcha cuando una mano cayó sobre su hombro. Detuvo los pasos bruscamente y se dio la vuelta. Frente a él estaba Anne Marie, tenía los ojos enrojecidos y el temblor de su cuerpo procedía de unos hipidos incontrolables. Alzó un cuaderno de notas y le mostró lo que había escrito en inglés:

Tú y yo Sé que la quieres.

James asintió, pero no dijo nada. La mujer siguió garabateando notas:

Y ella a ti. Tienes que Necesito que me la devuelvas con vida, por favor.

Allen la miró con ternura y puso la mano en su mejilla, que estaba húmeda y caliente.

—Haré todo cuanto esté en mi mano. Lo juro —dijo vocalizando mucho. Después la soltó y fue tras sus amigos, hasta que desapareció dentro del comedor. Del otro lado de la puerta cerrada le llegó el sonido de un llanto amortiguado.

****

45

Isla de Gavdos, Grecia

MAMÁ, ¿dónde estás?… ¿Papá? —murmuró una voz que sonaba apagada e insegura.

Miranda se había despertado sobresaltada y con la misma sensación de angustia con la que se había quedado dormida. No sabía con seguridad cuánto tiempo había pasado. No obstante, la tozuda realidad la golpeó de nuevo, las tinieblas seguían envolviéndolo todo y aquellas cadenas que le sujetaban las manos le impedían moverse. Únicamente deseaba salir de allí.

—¡Socooooorro! —chilló enloquecida y su propio eco propagándose por la estancia la asustó terriblemente. Luego agitó los brazos con toda la fuerza que fue capaz de reunir, esforzándose por liberarlos de su yugo; empezaron a dolerle las muñecas y paró. En ese momento escuchó pasos que retumbaban entre las paredes de piedra y se quedó quieta. Muy quieta. Y sonrió alegre.

«Por fin, mis papás vienen a buscarme».

II

Cinco horas y trece minutos para el cenit

—¿Tienes algo, Collins? —preguntó James nada más entrar en la habitación.

Mordisqueando el capuchón de un bolígrafo, el expirata informático agitó la mano dubitativo.

—Puede. Venid, os lo voy a mostrar.

El trío se arremolinó tras la silla que ocupaba Collins y todos los ojos se concentraron en la pantalla del ordenador. El analista de sistemas se sacó el boli de la boca y lo sostuvo en la mano, usándolo a

modo de improvisado puntero.

—Gavdos es una de las localizaciones utilizadas mundialmente para la calibración de satélites de información geográfica y cambio climático. A partir de ahí, he conseguido descargarme un mapa geológico de la isla y, con el *software* adecuado, he podido construir hipótesis sobre cavidades bajo tierra.

—¿Cómo funciona? —preguntó Patricia.

—Utiliza las diferencias de temperatura para detectar anomalías subterráneas.

—¿Cómo puede ver bajo tierra? —intervino Alex.

—No puede —explicó Collins—. El *software* únicamente plantea hipótesis a partir de escalas de frío y calor que capta en el medio ambiente. Tiene una base de datos con las temperaturas medias de la isla de los últimos años. Por tanto, si nos centramos en la costa sur… —Collins se calló mientras tecleaba unos comandos—, podemos obtener un plano con todos los accidentes geológicos de la zona… ¡Tachán! —exclamó teatralmente al tiempo que una sucesión de cifras y datos en el monitor dejaba paso a un mapa en tres dimensiones lleno de símbolos y colores.

El entusiasmo de Collins no tuvo la réplica esperada en sus compañeros.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó James, inclinado hacia la pantalla.

Collins volvió la cara y lanzó una mirada cargada de incomprensión.

—¿De verdad que no lo veis?

Todos contestaron que no y Collins chasqueó la lengua no entendiendo su falta de imaginación.

—Estas zonas azules —dijo, haciendo saltar la punta húmeda del bolígrafo sobre la pantalla—, son vuestras cuevas o al menos lo que el *software* interpreta como cuevas.

Entonces el rostro de James se iluminó por un segundo, para volver a apagarse al instante.

—Según esto, podría haber seis… no, siete cuevas en la costa sur —apuntó James, sacudiendo la cabeza—. Demasiadas para explorarlas en tan poco tiempo.

—Espera —dijo Patricia—. Si se practican rituales es de suponer que tendrán alguna sala especialmente grande para llevarlos a cabo.

—Pues solo hay dos que cumplan esas especificaciones —intervino Collins—. Y son esta y esta —dijo, señalando una mancha azul en cada extremo de la isla—. Las demás, no son más que unos pequeños túneles que no conducen a ninguna parte.

James, impasible y con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba interesado la forma de las dos cuevas. Al cabo de un

momento, se pasó las manos por los ojos y dijo:

—Yo me inclino por la que está en la zona oriental. Estos hilos azules demuestran la existencia de un laberinto de túneles subterráneo que finalizan en una sala que… —Desvió la mirada a Collins—. ¿Podemos saber cuánto mide?

—Sí, claro. Espera. —Recuperó el control del ordenador y escribió unas órdenes. Impaciente, tamborileaba con los dedos en la mesa. Al momento apareció un resultado—. La hipótesis es que se trata de una sala de quince metros de largo por diez de ancho y —soltó un silbido — treinta de alto.

—¿Podemos obtener un mapa del laberinto? —preguntó Alex.

Collins negó rotundamente.

—Me temo que eso es harina de otro costal. De todas formas, hay un problema con esa cueva.

—¿Qué problema? —preguntó James.

—Está justo debajo de una construcción… Parece una casa. ¡Qué raro!

Las miradas de Patricia y Alex buscaron a James, que se había alejado de la mesa. Estaba absorto delante del cristal. De improviso, se volvió con los ojos destellando.

—¡Claro, la casa encantada!

—¿La qué? —preguntaron los tres al unísono.

James se acercó deprisa a la mesa y permaneció de pie.

—La casa encantada. Veréis, Victoria y yo pasamos por ella el día que llegamos. Es una casa de madera con una apariencia de abandono y ruina; sin embargo, está claro que solo es una fachada.

El trío lo observaba sin comprender.

—¡Una fachada, un teatro! —prosiguió—. Para mantener alejados a los turistas, pero en el fondo no es más que un enorme portal que protege la auténtica entrada a la cueva de Calypso. Sopesadlo bien, ¿quién la buscaría en el sótano de una casa roñosa con fantasmas?

Permanecieron callados, hasta que James volvió a hablar.

—Es ahí, seguro.

—De acuerdo, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Patricia.

Durante varios minutos, Allen observó la pantalla del ordenador estudiando el plano de la cueva. Con una mano en la barbilla, permaneció en la misma posición sin mover un solo músculo de la cara mientras ordenaba sus ideas. Entretanto, la habitación se mantuvo en un silencio hermético.

—Bien —dijo James al final—, siguiendo el mapa podemos observar que hay dos entradas —continuó, señalando dos puntos con el índice extendido—. Una por la superficie, que presumo será la que utilizan los miembros de la Hermandad y que probablemente esté vigilada, y otra por aquí, por el mar. Si observáis este hilo azul

zigzagueante, conduce a la sala. —James se calló y alzó los ojos buscando la confirmación de sus compañeros.

Patricia lo miraba atónita.

—¿Pretendes sumergirte con este mar revuelto y buscar a ciegas la entrada de una cueva? Estás majara solo de pensarlo.

—Además, ¿de dónde sacaremos un barco? —inquirió Alex.

Antes de contestar, James los miró gravemente.

—No *voy* a sumergirme, *vais* a sumergiros. Yo debo ir en busca de Victoria.

La sala quedó repentinamente en silencio y a Patricia le invadió una incómoda sensación. El inspector jefe agarró por el brazo a su amigo, y lo apartó un poco.

—James —suspiró y le habló al oído—, necesito que me ayudes a encontrar a Miranda, nosotros solos no podemos hacerlo. Te prometo que luego buscaremos a Victoria.

James lo miró fijamente sin pestañear; finalmente, resopló mientras asentía varias veces.

—Gracias, hermano —dijo Alex, sinceramente agradecido.

James y Alex volvieron a la mesa.

—Está bien —dijo, retomando la conversación—. Sé dónde hay un barco, solo necesito que Collins me consiga un tutorial acerca de cómo hacerle un puente a un pesquero.

III

Cuatro horas y treinta minutos para el cenit

Los pasos resonaban cerca y Miranda miró hacia un tenue resplandor naranja que iluminaba un túnel que salía a la derecha. Al momento, sombras alargadas se reflejaron en la piedra y no pudo controlar un acceso de pánico. Los fantasmas siempre le habían puesto los pelos de punta.

—¿Mamita? —susurró con un aterrorizado hilillo de voz.

Su llamada desesperada no tuvo el desenlace esperado. Tres figuras con túnicas negras y capuchas alargadas accedieron al interior y se acercaron a ella. La niña no fue capaz de articular palabra alguna y sus ojos empezaron a derramar lágrimas sin parar.

—Incorpórate —le ordenó una voz junto al catre.

Aterrada, la niña obedeció y lentamente se puso en pie. La recién llegada liberó sus muñecas de las argollas, utilizando una llave que había hecho aparecer de debajo de su túnica.

—Ahora, levanta los brazos.

Dos manos agarraron la camiseta del pijama por el borde inferior y

la sacaron del revés por la cabeza. Después repitieron la operación con los pantalones y las braguitas. Miranda se quedó desnuda temblando. El castañeo de sus dientes, por un fugaz instante, fue el único sonido que se escuchó en la pequeña estancia. Las otras dos túnicas, que hasta entonces habían permanecido apartadas, se aproximaron, cogieron el aguamanil y rellenaron la palangana de agua. Luego abrieron unos tarros de esencias y los volcaron en el recipiente. Miranda estaba aterrada. Su propia desnudez la intimidó e intentó inocentemente cubrirse. Cuando hubieron finalizado los conjuros, le apartaron las manos con brusquedad. Una túnica se hizo con una esponja, la remojó en el agua y comenzó a frotar con suavidad su cuerpo tierno, creando decenas de meandros que se abrían paso entre las imperfecciones de su piel, hasta terminar en el suelo. Sorprendentemente, el agua tibia la reconfortó un poco.

—¿Cuándo… me… van… a… llevar… a… casa? —dijo con voz trémula.

Nadie le respondió. Unos minutos más tarde, la tarea concluyó. Entonces la secaron, la maquillaron y la vistieron con una túnica blanca y ribetes de flores en los bajos y alrededor del cuello. Las tres mujeres se alejaron un poco y la miraron. Estaba preciosa. Estaba lista.

Quedaban tres horas y cuarenta y cinco minutos para el cenit.

****

46

Isla de Gavdos, Grecia

Y en casa los de sus padres. Vuelvo enseguida —James salió de la habitación y regresó con trajes de neopreno, gorros, guantes, linternas y gafas con tubos, que dejó caer sobre la mesa—. Espero que os estén bien. También he encontrado esto —dijo, exhibiendo dos pistolas con arpones.

—No tengo mi propio equipo de buceo y creo que Victoria guarda

Patt, Alex y James cogieron los equipos, salieron de la casa y los echaron en el maletero del Land Rover. Cuarenta minutos más tarde llegaron a su destino. Aparcaron el todoterreno a la entrada del puerto, muy cerca del bordillo, cuya pintura blanca casi había desaparecido imponiéndose el triste gris del hormigón, y se bajaron deprisa.

Bajo la lluvia, James inspeccionó con la mirada los alrededores durante un instante, y luego arrancó a correr. Patricia y Scott lo siguieron de cerca hasta que los tres se detuvieron frente a un barco de pesca que respondía al nombre de *Ares*.

—Patt —dijo Allen—, quédate aquí y, cuando te lo diga, suelta las amarras de proa y popa.

Con los equipos a cuesta, James y Alex abordaron la embarcación y se dirigieron a la timonera.

—¿Este no es el barco del tipo que perseguiste ayer? —le preguntó Scott, caminando con precaución sobre la cubierta, que estaba resbaladiza y atestada de cachivaches.

—Sí, y no creo que venga a reclamarlo.

Sortearon unas cajas de madera apiladas en el suelo y llegaron a la cabina, forzaron la entrada y accedieron a ella.

—Ahora comprobaremos si ese tutorial de Youtube ha valido la pena.

Los siguientes minutos se los pasó James en las entrañas de la

embarcación. Finalmente, regresó a la timonera con cara y manos ennegrecidas, y pulsó el botón de arranque. Nada. Maldijo en alto y volvió a pulsar. En esa ocasión, una nube de humo negro salió del motor y el agua se agitó a popa.

—Eres un hacha —dijo Scott, dándole una palmada en la espalda.

James salió del pequeño habitáculo, se asomó por la borda y le lanzó un grito a Patricia:

—Patt, suelta las amarras y sube. Alex, ayúdala.

Cinco minutos después, la embarcación abandonaba la ensenada moviéndose por la espuma y sufriendo los embates de un mar agitado. El trío se cobijó del chaparrón en la estrecha timonera y se enfundó los trajes de neopreno. Según avanzaba, la proa de la embarcación subía y bajaba con el oleaje y el agua del mar barría la cubierta en cada uno de estos ciclos, escapándose a chorros por los imbornales. El zarandeo al que era sometido el pesquero le provocó náuseas a Alex que lívido tuvo que asomarse por la amura de babor y vomitar en dos ocasiones.

Después de media hora, llegaron al sur de la isla. James redujo la velocidad sin llegar a parar del todo. Su preocupación era evitar que la corriente arrojase el barco contra los negros acantilados que se alzaban frente a ellos, a escasos cien metros de distancia.

—Este es el lugar —dijo James, que sacó un mapa de la zona, lo desdobló y, forcejeando con el fortísimo viento, lo apoyó contra la rueda del timón. Durante unos segundos, lo cotejó con la línea de costa—. Según esto, la entrada debería estar en frente. —Y apuntó con el mentón en dirección al rompiente mientras arrugaba el mapa y lo arrojaba al suelo.

Alex dirigió la mirada hacia el mar picado, luego a las rocas y sacudió la cabeza.

—Debemos de estar locos, James.

Allen chasqueó la lengua y comprobó el reloj.

—Alex, solo nos quedan dos horas y media. Como no espabilemos será tarde. Lo lamento, no conozco otra forma de hacerlo.

Los pensamientos de Scott saltaron a su hija Miranda, entonces asintió decidido.

—De acuerdo, vamos allá.

Terminaron de prepararse y recogieron el equipo. Patricia y Alex se hicieron con las pistolas de arpones.

—Ahora, viene la parte más delicada —les explicó James—. Nos acercaremos todo lo posible y saltaremos. Nada más emerger, debéis buscar una referencia en la costa, después nadad hacia ella aprovechando la corriente.

Alex y Patt asintieron. Después James se volvió hacia el panel de mando y aceleró la embarcación lo justo para vencer el oleaje y la

fuerte corriente. Giró el volante tres cuartos y el barco cambió el rumbo hasta poner proa hacia la pared de roca. Pocos minutos después, apagó el motor.

—Ha llegado el momento.

Se colocaron las gafas y salieron a cubierta. James se acercó a la borda, colocó la aleta derecha sobre ella y se impulsó hacia arriba y adelante. Voló sobre la superficie del mar unos instantes antes de zambullirse con los pies por delante. Unos segundos más tarde su cabeza reapareció entre olas a diez metros de la embarcación, y agitó la mano.

—Visto así, parece una tarea sencilla —dijo Patricia.

Alex la animó.

—Lo es. Salta tú, yo me quedo el último.

La agente lo miró y asintió.

—De acuerdo.

Repitió los movimientos de James, si bien su salto fue menos estético y sus largas piernas se abrieron en el aire. Golpeó con la barriga contra una ola y desapareció bajo la espuma. Alex arrugó la cara y comenzó a contar mentalmente como aprendió en la Academia de Policía.

«Cero Mississippi, uno Mississippi, dos Mississippi…»

Nada.

Barrió con la mirada la extensión gris y blanca que se abría frente a él, buscando la cabeza de Patricia entre el fuerte oleaje. Alzó la vista hasta cruzar una mirada preocupada con James y juntó los hombros a la vez que extendía las dos manos en sentidos opuestos. Allen comenzó a bracear en dirección al barco. De vez en cuando se detenía, movía la cabeza y gritaba el nombre de la sargento.

«Diez Mississippi, once Mississippi, doce Mississippi…»

Nada.

James comenzó a agitar frenéticamente los brazos, con una expresión de alarma en el rostro. Alex descubrió lo sorprendentemente cerca que se encontraba el barco del muro de roca. Sin demorarlo más, contuvo la respiración, se apretó la nariz con los dedos y también él saltó de la embarcación. Sintió el latigazo del agua fría nada más entrar en contacto con ella y se quedó sin aliento. Agitó las piernas y braceó hasta que salió a la superficie. Había dejado de contar, pero estaba seguro de que había pasado casi un minuto desde que Patricia se sumergiera. Si no aparecía ya, quizá no lo hiciese nunca.

Los amigos se reunieron en el agua, se subieron las gafas por encima de la frente y comenzaron a mirar alrededor frenéticamente. James fue el primero que la divisó.

—¡Allí! —gritó, señalando hacia un cuerpo moviéndose al vaivén de las olas.

Ambos nadaron con rapidez a su encuentro. A escasa distancia vieron las extensiones rubias de Patricia flotando en el agua, como algas marinas dejándose llevar por la corriente. Cuando la alcanzaron, la pusieron bocarriba y sacaron del agua su cabeza para que el oxígeno empezase a fluir de nuevo por las vías respiratorias. Al poco, Patt recuperó la consciencia, tosió, y escupió agua salada.

—Estoy… bien —dijo, aunque su aspecto decía lo contrario.

El estruendo del metal arrugándose suspendió la conversación. De inmediato le siguió una explosión de llamas, que refulgieron durante unos segundos como fuegos de artificio. Como colofón, el *Ares* se fue a pique engullido por el mar.

II

Una hora y treinta minutos para el cenit de la luna

Tras recorrer las entrañas de la vieja mansión, los miembros de la Hermandad fueron desapareciendo uno a uno por el portón. Al otro lado, accedieron a una antesala socavada en la roca y tenuemente iluminada por un candil colgado de un gancho oxidado en la pared. En un rincón había tres toneles de roble enmohecidos. Una pared estaba llena de estantes con huecos cilíndricos, algunos ocupados por botellas polvorientas y otros vacíos, pero todos estaban recubiertos de espesas telarañas grises. Al fondo, un agujero negro.

El acceso a la cueva de Calypso.

Siguiendo una procesión de velas consumidas colocadas en el suelo, enfilaron una angosta y empinada escalera natural que descendía entre paredes húmedas y un suelo resbaladizo. Al cabo de un rato de transitar por oscuros e intrincados laberintos, el largo túnel se niveló y siguieron en línea recta unos pocos metros más. Tras un brusco giro a la izquierda, el espacio se abrió a una tenebrosa caverna.

Era un lugar del cual hasta la muerte se espantaría.

La enorme cámara se encontraba alumbrada por la trémula luz que desprendían dos sólidos candelabros de latón que reposaban encima de un ara de piedra natural. Una de las paredes estaba grabada con pictogramas y símbolos precolombinos que representaban el ritual del sacrificio. En otra, había cientos de calaveras humanas adheridas con argamasa. A través de sus inquietantes cuencas negras y de sus bocas desdentadas juzgaban sórdidamente a los visitantes desde las tinieblas. Del suelo brotaban estalagmitas de forma cónica. Las irregulares paredes de roca rezumaban gotas de agua, y la humedad era tan fuerte que los asistentes tiritaban en silencio. Varios túneles salían de la caverna formando un recinto laberíntico y conformando un ambiente

tan confortable como un camposanto la noche de *Halloween*.

Con una antorcha en alto, tres mujeres se alejaron por un pasaje en busca de la niña. Cuando llegaron a la sala donde se hallaba retenida Miranda, la encontraron despierta, acurrucada contra la fría pared de piedra. Elektra se le acercó y la liberó de las cadenas que le impedían moverse.

Miranda se puso de pie despacio.

—¿Nos… vamos… ya… a… casa? —balbuceó sin poder reprimir el incesante castañeo.

La hermana de la túnica la miró de frente y le atusó el vestido. Después se alejó y se aproximó a la pared de enfrente. Se agachó y abrió una caja de madera ricamente labrada. Extrajo un collar que centelleó ante la luz naranja y volvió al lugar donde la niña permanecía de pie. Le colocó la joya en torno al pecho y se la abrochó por la espalda.

Elektra hizo un gesto con la mano y otra de las hermanas se acercó portando un cuenco de barro cocido lleno de un brebaje.

—Bebe.

La niña agarró el cuenco. Dudó un instante.

—¡He dicho que bebas! —repitió subiendo el tono de voz.

Miranda se llevó el recipiente a los labios y dio un sorbo. Estaba amargo pero rico.

—Termínatelo todo —insistió la misma voz.

La niña tragó el contenido del bol. En un primer momento no percibió nada; enseguida eso cambió y empezó a parpadear muy deprisa. Una deliciosa sensación de confort le recorrió el cuerpo. Se sentía extraña. No mareada, sino… eufórica. La vista se le nubló y el cuenco se le resbaló de entre los dedos. De repente, el frío había desaparecido y le apetecía saltar, cantar y reír. Se tambaleó y a punto estuvo de perder el equilibrio. Soltó una carcajada que sonó siniestra en aquel entorno. Entre dos de las mujeres la agarraron por las axilas y comenzaron el peregrinaje de vuelta a la sala de los rituales, en una procesión mortal que encabezó Elektra portando la antorcha que rompía la oscuridad del camino. El único sonido que se escuchaba lo provocaban las piedras que llevaba Miranda al cuello y que tintineaban al ritmo de sus pasos.

III

Las cabezas de los tres sobresalían entre la espuma junto a los acantilados. El ruido era ensordecedor y se sentían exhaustos por el esfuerzo. Durante un minuto, dejaron que las olas los llevasen de aquí para allá. Ninguno perdió la oportunidad de recorrer con la mirada la

inmensa pared vertical que se levantaba frente a ellos, buscando la abertura.

—Creo que la he visto —dijo Patricia en voz alta para dejarse oír sobre el fuerte murmullo.

—¿Dónde? —preguntó Alex.

—Allí, ¿lo veis? Justo debajo de aquel saliente puntiagudo.

James y Scott miraron hacia el lugar e intercambiaron una mirada cargada de preocupación. Parecía una zona bastante inaccesible y que las olas azotaban con especial furia.

—Creo que tienes razón —dijo Allen, tras escupir agua salada.

—Pues vamos allá —apuntó Alex dando brazadas y adelantándose a sus compañeros.

Agarrados a unas rocas cortantes, esperaron el momento en que el agua se retiró.

—¡Rápido, ahora! —gritó James.

Los tres subieron a las rocas y, gateando sobre ellas, atravesaron una grieta en la pared justo cuando una manta de agua barrió de nuevo la superficie por la que habían transitado solo un segundo antes. Absortos, miraron alrededor, entornando los ojos hasta que se adaptaron a la exigua claridad que se filtraba del exterior. Amplificado por la acústica de la cueva, el rumor del agua sonaba más grave y profundo. Sin perder más tiempo, se deshicieron del equipo que no iban a necesitar. James encendió la linterna de minero que llevaba sujeta en la frente y comenzó a girar lentamente la cabeza. En su recorrido visual localizó un boquete del tamaño de una persona y negro como el alma de Judas, que se internaba en dirección este.

—Comprobad las armas —dijo James—. Son nuestra única defensa.

Alex y Patricia se aseguraron de que las pistolas con arpones estaban listas para disparar, pusieron el seguro y las devolvieron a su soporte en la pernera. Antes de abandonar la caverna, James asomó la cabeza por la abertura en la pared y dirigió la mirada al este. Las nubes negras se estaban disipando y pudo observar que ya casi había anochecido.

La luna de sangre estaba muy próxima a su cenit. Demasiado cerca.

IV

Victoria se despertó a medias. Luego volvió a dormirse y finalmente consiguió abrir los ojos. Todo alrededor de ella estaba envuelto en la oscuridad. Palpándose las manos y los pies confirmó su intuición de que nada la retenía. Tenía el cuerpo dolorido. Lo siguiente que hizo fue habituar su vista a la oscuridad. Se incorporó demasiado deprisa, se mareó y volvió a tumbarse. Permaneció allí quieta otro rato, hasta

que se sintió mejor. Lo intentó de nuevo entonces, pero más despacio y quedó sentada sobre el frío suelo de roca. Un terrible dolor de cabeza le hizo cerrar los ojos y se masajeó las sienes intentando que desapareciese o al menos menguase a niveles más soportables. Estuvo en aquella posición un poco más. Se llevó la mano a la coronilla y se percató de que tenía el pelo cubierto de una sustancia viscosa. Se frotó los dedos, luego los acercó a la nariz y percibió el característico olor metálico de la sangre.

Estaba confusa y no entendía qué había ocurrido ni cómo había llegado hasta allí. Únicamente era capaz de recordar que estaba paseando por los jardines de su casa; después, todo en su mente estaba en blanco. De improviso fue consciente de la peste horrenda que la envolvía, y arrugó la nariz antes de moverse a un lado y vomitar bilis. Las sacudidas le devolvieron el dolor de cabeza y le dejaron un sabor amargo en la boca.

Al cabo de unos minutos se acostumbró al tufo y se animó a moverse. Tanteó alrededor de ella y sus dedos se cerraron en torno a un palo. Era estrecho por el centro y abultado por los extremos, y le intrigó lo liviano que resultaba. Volvió a dejarlo en el suelo. Siguió palpando y encontró más estacas iguales. Montones de ellas. Entonces una idea se abrió hueco en su mente:

«¿Huesos?».

Ahogó un grito de asco, lo soltó rápidamente y se enderezó de manera brusca. Todo comenzó a dar vueltas y se mantuvo quieta con los ojos muy abiertos, procurando fijar la vista en la oscuridad. Se le ocurrió una cosa entonces y del bolsillo del vestido sacó el móvil. Sabía que estaba sin cobertura, pero se había habituado a llevarlo siempre encima. Los *smartphones* servían para muchas más cosas. James solía lamentarse diciendo que eran los sustitutos modernos de las navajas suizas. Tocó la pantalla y comprobó la hora: las diez y diez. Después, encendió la linterna.

Sus ojos saltaron sin pausa de un sitio a otro. Se encontraba en una cueva. Poco a poco, consiguió ponerse de pie aferrándose a una pared de piedra. Miró hacia atrás y confirmó sus sospechas. Tras ella había una montaña de restos desmembrados, huesos y pedazos de carne y cartílagos. Dio unos pasos atrás procurando alejarse de aquel horrible lugar, como si alguno de aquellos pobres desgraciados fuera a levantarse y arrastrarla a un mundo de tinieblas. Después recorrió la estancia. El haz de luz provocó un tenue fulgor en un rincón, se aproximó cautelosa al sitio de donde procedía y descubrió el fabuloso tesoro. Por un momento, se vio tentada, y permaneció obnubilada intentando asimilar la riqueza que se mostraba ante sus ojos. Cuando se impuso su espíritu de supervivencia, se puso en marcha.

Localizó un túnel en el lado opuesto a su ubicación y se dirigió

hacia allí, arrastrando los pies con inseguridad. Al pasar sobre una piedra resbaló con la humedad, precipitándose al suelo y golpeándose en la cadera.

—¡Diablos!

Dolorida, se incorporó y se descalzó. El suelo estaba frío y mojado. Unas sombras negras aletearon por encima de ella en un vuelo eléctrico, antes de devolver el silencio a la caverna. En ese instante escuchó un ronroneo que provenía del interior del túnel y que en aquella atmósfera lúgubre sonó aterrador. Se aconsejó a sí misma no ponerse nerviosa. Mientras buscaba frenética un sitio donde ocultarse, sus ojos captaron un movimiento…

Entonces una idea desesperada solo pensada a medias, brotó en su mente.

****

Año 1541 d. C.
Ribera occidental del río Marañón

Las tropas de Benavides y Acuña se habían apostado en el margen occidental del río. El militar no sabía qué tramaba su oponente; sin embargo, él era concienzudo y había repasado mil veces la cartografía de la zona, e interrogado a sus indios y a otros que apresó por el camino. Por esa razón, se mostraba convencido de que la información de Vázquez era correcta. Si los hombres de Bazán transportaban el tesoro a lomos de animales, y en su grupo viajaban mujeres y niños, no había sitio más seguro para vadear el Marañón en muchas leguas a la redonda.

Tres días después de su llegada, sin noticias de los renegados, empezaron a cruzarse apuestas entre la soldadesca acerca de si su oficial estaría en lo cierto o no. El mismo don Francisco se sentía igual que un león enjaulado. Su humor era de perros. La víspera mandó azotar a un soldado que se durmió en su guardia y ahorcar a un indio que encontraron merodeando por los alrededores del campamento.

—Vuestra… merced… —dijo un soldado titubeante desde la entrada de su tienda.

—¿Qué sucede? —repuso el oficial con tono desabrido.

—Un fuego en la orilla de enfrente.

Benavides hizo un gesto de triunfo.

«¡Sabía que estaba en lo cierto!».

Se encasquetó el morrión y salió a la noche pegajosa. Con pasos largos se aproximó a la orilla, alargó un catalejo que se llevó al ojo derecho y lo enfocó. Durante unos minutos examinó a conciencia la ribera oriental, barriéndola de izquierda a derecha. Luego cerró de un golpe seco el anteojo y se dirigió al sargento.

—Redoblad la guardia y que se preparen los hombres, mañana iremos de caza.

En cuanto los rayos horizontales del alba golpearon la selva, la temperatura se disparó y la alta humedad se volvió a instalar con terquedad. Detestaba la selva porque igualaba a todos los hombres: oficial y soldado, noble y plebeyo. Sudaba copiosamente y la higiene brillaba por su ausencia, pero pronto acabaría todo y volvería a las comodidades que su posición le permitía disfrutar en la ciudad.

Su mozo personal se encargó de colocarle la cota de malla y ajustarle el peto y el espaldar. También pulió con esmero su espada: un estoque de cuatro esquinas fabricado en acero toledano y cuya empuñadura estaba envuelta en piel de cabra, que había permanecido en su familia durante dos generaciones. Cuando salió de la tienda, lo recibió un golpe de calor; no obstante, lo que vio le satisfizo: cuarenta hombres serios y armados hasta los dientes.

Dispuso una línea con veinte arcabuceros, que clavaron las horquillas en el suelo arenoso y a los que mandó prender la mecha. Oculto entre la maleza, y sin apartar el ojo del catalejo, espió ansioso los preparativos de Bazán y su gente. Desde lejos, contempló inerte cómo iban vadeando el río por grupos, hasta que se dispuso a cruzar el último: otros siete españoles también vestidos de guerra. Más arcabuces y más picas. Uno de ellos con un gran mostacho se rezagó del grupo y se volvió para mirar atrás…

Alzó la mano y una orden corrió en voz baja de hombre a hombre. Los arcabuceros soplaron sobre la cuerda y avivaron la mecha. Dio la orden de fuego y entonces se desató el infierno.

Veinte pelotas de plomo salieron cagando leches y un ruido lacerante sacudió la selva. Los monos araña y los pájaros enmudecieron por un instante para volver a chillar con más fuerza, las ramas de los árboles altos se agitaron. El humo de la arcabucería se disolvió en el aire. El oficial alzó de nuevo el anteojo y contó hasta seis cuerpos desplomados y tres animales muertos. El resto corría en desbandada a parapetarse y se arrojaban al suelo. Benavides alzó la mano derecha de nuevo y redobló un tambor.

—¡Por Santiago y por España!

Aquel gritó de guerra tan bien conocido por Bazán y sus hombres infligió pavor en sus filas, y ahora entendieron qué sentían los enemigos de España cuando lo escuchaban en el campo de batalla. Alvarado lanzaba órdenes a diestro y siniestro cuando un tropel de hombres armados con picas y espadas surgió de entre los manglares, descargando sobre ellos su furia.

—¡Calad picas! —espetó y ocho hombres, al unísono, colocaron las picas horizontales, enfrentándolas al enemigo.

Los arcabuceros dispararon las pelotas. Cuatro soldados españoles se desplomaron en el acto y quedaron muertos del todo, o casi, porque alguno gemía lastimosamente. Los demás no se detuvieron, siguieron cargando y gritando más encolerizados aún, si cabía. Todavía hubo tiempo para recargar las armas y lanzar otra andanada, pero esta, por acelerada, fue menos efectiva y solo dos lanceros dieron de bruces contra la hierba.

Los hombres de Bazán no sabían qué gritar, pero Juan, ni corto ni perezoso, vociferó:

—¡Por España, por Santiago!

—¡Por España, por Santiago! —gritaron todos a su lado con un fervor

casi primitivo.

El choque de acero contra acero fue devastador. Unos luchaban por oro, los otros por un ideal. Los hombres de Juan Bazán y Rodrigo Alvarado habían formado una línea con todos los hombres y algunas mujeres que enarbolaban armas indígenas con mucha habilidad. Detrás quedaron el resto de las mujeres, los niños y los animales. No había margen de error. La orden era simple: no podía cruzar ni un solo enemigo. Del primer encontronazo cayeron algunos de ambos bandos, las espadas sustituyeron a las picas y comenzaron a batirse con ferocidad. El sol llevaba tres horas fuera y ya estaba muy arriba. El calor y la humedad eran sofocantes y los hombres de Benavides y Acuña, menos acostumbrados al clima tropical de la selva, empezaron a dar signos de fatiga y se retiraron. De camino, recogieron a algunos heridos y desaparecieron tras los manglares.

—¡Se retiran! ¡Se retiran! —vitorearon jubilosos.

Ajeno a la algarabía que lo rodeaba, el Vizcaíno comenzó a repartir órdenes.

—Sevillano, deberíamos hacer una barricada con todo cuanto tengamos a mano, incluso los animales. Deja algunas llamas vivas y mata a las demás.

—¡Mansilla, ocúpate de los heridos!

En un periquete, habían levantado un muro de cuatro pies de alto y cien de largo. Agruparon a los heridos y el médico se ocupó de ellos; salvo algún corte feo, el resto eran laceraciones de poca monta.

—Vizcaíno —dijo Alvarado cariacontecido al oído de su amigo—. Ven, quiero mostrarte algo.

Con el temor dibujado en el rostro, Bazán lo siguió con la cabeza gacha. Se aproximaron a un grupo de mujeres plañideras que arrodilladas ocultaban el objeto de sus llantos. A Juan se le cortó la respiración. Las mujeres lo vieron llegar y se fueron retirando una tras otras, dejando a la vista la figura impasible de Sami. Un agujero negro en un ojo desfiguraba su bello rostro. Junto a ella yacía el cuerpo sin vida de un bebé.

—Lo lamento, amigo. —Rodrigo le dio una palmada en el hombro, pero Bazán lo rechazó.

Repentinamente estalló en un alarido lastimero que sonó inhumano, casi animal, y cayó de rodillas. Con las manos se tapó la cara y se dobló por la cintura hasta dar con la frente en la arenilla, roto en sollozos desconsolados. Al cabo, el Vizcaíno se incorporó, se enjugó las lágrimas con la manga del jubón y se recompuso. Sus ojos estaban rojos de ira, sus mandíbulas se tensaron y apretó los puños con fuerza según se alejaba hacia la orilla. Varios hombres se aprestaron a reconfortarlo, mas Alvarado extendió el brazo y los detuvo. Había momentos en que uno debía enfrentarse solo a sus demonios. Y ese era el peor.

Aquel ataque violento sesgó la vida de cuatro mujeres indígenas, tres

niños y cuatro soldados: Ribera, Almagro y dos de los nuevos: Hidalgo y Lope. Aún quedaban diez hombres para luchar. El calor empezó a descomponer los cuerpos con celeridad y una nube de insectos voladores los cubrieron en cuestión de minutos. El olor a carne y sangre atrajo a unos visitantes inesperados. Tres caimanes negros adultos salieron del río, se aproximaron despacio y empezaron a despedazar los cadáveres de los soldados muertos. El ruido de unas mandíbulas mordisqueando los huesos se hizo insoportable y las mujeres empezaron a cantar para ocultar el bramido de las fieras que lagrimeaban devorando a sus presas.

Una hora después volvió a sonar el redoble de un tambor.

El sonido que proclamaba la muerte, el sinsentido, el horror.

El sonido que avisaba de la llegada del infierno.

Luego el silencio…

El sobrecogimiento y el miedo. El terror.

Luego los sonidos guturales, bestiales.

Las pisadas fuertes que retumbaban por doquier como una estampida.

El combate.

Los españoles cargaron con las picas caladas. Debían de ser unos treinta, pero su ánimo no era ya tan jubiloso. Ahora sabían con quién se las gastaban y que sus enemigos derramarían hasta la última gota de su sangre antes de rendirse. Protegidos tras las barricadas los hombres y mujeres lanzaron toda suerte de proyectiles contra los atacantes: pelotas de los arcabuces, flechas de los arcos y ballestas, incluso hondas y boleadoras incas. Algunos de los soldados cayeron desplomados, si bien la mayoría saltó la barricada y arremetió con fiereza contra los defensores, que resistieron bien repartiendo golpes. Un indígena colocó una saeta en su arco y tensó la cuerda. Orientó la punta de hierro hacia un soldado que corría poseído y con las facciones contraídas como únicamente la guerra consigue, y soltó la mano.

No sabría decir cuánto tiempo pasaron luchando. Las fuerzas volvían a abandonarles y aquello no parecía decantarse de ninguno de los dos bandos; por esa razón, un oficial español, que se había mostrado especialmente despiadado, hizo un gesto con la mano y el tambor redobló. A la señal, los atacantes se retiraron a la carrera.

Esta vez no hubo gritos de júbilo, solo quejidos y lamentos de los heridos. El Vizcaíno, manchado de sangre propia y ajena, recorrió el campo de batalla rematando a espada a los heridos que no pertenecían a su bando. El Marino se reunió con él y lo agarró del brazo.

—Juan —le dijo—, eso no está bien. No es cristiano.

Bazán lo apartó de un golpe. Tenía los ojos inyectados en sangre y la ira cubría su rostro, igual que el velo la cara de un fantasma. No dijo nada, y tampoco fue necesario. El Marino lo soltó impresionado y se alejó. Aquel ya no era su amigo.

El crepúsculo se abatió sobre la selva y, con aquella tibia luz, no era de

esperar un nuevo ataque hasta que rompiese de nuevo el alba. Encendieron un fuego y se sentaron en torno a él. Mansilla se acercó al antiguo sargento, quien, absorto, removía las brasas con un palo, y se inclinó para hablarle al oído de manera confidencial.

—Vizcaíno, Rodrigo quiere hablarte.

El antiguo sargento no se volvió.

—Déjame, Mansilla. No quiero hablar con nadie —le respondió, mirando la lumbre.

—Deberías verle —se empecinó, deprimido.

Bazán respiró hondo el ardiente aire, se puso en pie y siguió al médico hasta un hombre que estaba sentado con la espalda apoyada contra la barricada. A su lado, tirados de cualquier manera sobre la arena de río, se encontraban su jubón y su peto. Tenía la mano derecha puesta sobre la barriga, la camisa se veía roja y el rostro del color paliducho que deja la pérdida masiva de sangre. El Vizcaíno dirigió una mirada inquisitiva a Mansilla y este meneó la cabeza sutilmente, luego se retiró unos pasos y dejó solos a los amigos. Juan se sentó y se arrimó al hombro de Rodrigo hasta tocarse. Rodrigo abrió los ojos.

—Me parece amigo… que no veré… más mi Sevilla —susurró entre dientes. El esfuerzo por hablar le arrancó una mueca dolorida.

El Vizcaíno le puso una mano encima del brazo.

—No te preocupes ahora por eso. Lo primero es recuperarte.

—Hasta un niño mentiría… con más convicción.

Los labios morados de Bazán perfilaron una sonrisa triste.

—¿Cuidarás de mi mujer… y de mi… hijo, Vizcaíno?

—Como si fueran de mi propia familia.

Aguardó callado a que le contestara, mas Rodrigo no lo hizo. Exhaló un último suspiro y su cabeza se venció. El Vizcaíno le cerró los ojos con la palma de la mano y permaneció sentado a su vera. Silencioso y mirando al más allá. Se maldijo porque no le hubiera quedado ni una lágrima que derramar por su amigo. Al día siguiente morirían todos y se reuniría de nuevo con él, con Sami y con su hijo. Diezmados no podían vencer. Habían resistido dos ataques, si bien a un precio muy alto. Miró en torno a sí y únicamente encontró un atajo de hombres desfallecidos y alicaídos, y a un grupo de mujeres y niños atemorizados. Imaginó a los soldados españoles en su campamento, reponiendo fuerzas y descansando; preparándose para asestar el golpe final…

Un chapoteo en la ribera del río lo sacó de su ensimismamiento. Alzó la barbilla y sus ojos se encontraron con los de ella. Lo miraba fijamente, sin pestañear. Entonces se dio la vuelta y se alejó por la orilla. El Vizcaíno se puso en pie y persiguió sus pasos. Alcanzó a la bruja unos metros más adelante, estaba de espaldas y mirando la luna de sangre. En ese preciso instante, se percató de que no la había visto durante los ataques, ni siquiera la recordaba vadeando el río. Sacudió lentamente la cabeza y le

habló:

—Sabéis cómo vencerlos, ¿cierto?

****

47

Isla de Gavdos, Grecia
En la actualidad

CUANDO faltaban treinta minutos para el cenit, Elektra fue la primera en entrar en la sala ritual, anduvo hasta un soporte de hierro oxidado y dejó la antorcha prendida. Tras ella, aparecieron otras dos mujeres encapuchadas llevando en volandas a Miranda. En la estancia silenciosa había otras siete personas también ataviadas con túnicas negras y sandalias, salvo una que llevaba puesta una máscara policroma. En un instante se reunieron con las recién llegadas dos figuras más corpulentas y sustituyeron a las mujeres en el cometido de transportar a la niña hasta el ara ceremonial. Casi sin esfuerzo, la elevaron por encima de sus hombros y la depositaron, bocarriba, sobre la superficie. Miranda se removió cuando notó el frío de la piedra a través de su vestido de lino. Entonces el hombre de la máscara de colores se aproximó y elevó los brazos sobre ella murmurando conjuros rituales. Las tinyas comenzaron a resonar de nuevo.

El ceremonial del sacrificio había dado comienzo.

II

En la boca del túnel, James apuntó su linterna al frente y la luz mostró una estrecha y larga cavidad que penetraba en las entrañas de los acantilados. Confiado, se internó en ella. Alex y Patricia lo imitaron y fueron detrás de él. La oscuridad, que se desvanecía unos metros por delante mientras avanzaban, aparecía rápidamente a sus espaldas. A su alrededor, el aire olía a piedra húmeda. Las respiraciones agitadas y el correr del agua, que se filtraba a chorros por las grietas de las paredes, eran los únicos sonidos que los acompañaron durante un rato. No sabían muy bien qué les esperaba unos metros más allá, ni siquiera estaban seguros de que aquel camino terminase en la sala de los rituales o si un desprendimiento les cerraría el paso en cualquier momento, dando al traste con las exiguas esperanzas que abrigaban. En todo caso, no tenían más opción. Los segundos parecían minutos y los minutos horas, y eso los descomponía.

Tempus fugit.

El camino era sinuoso pero ascendente, lo que era buena señal. Como el techo era bajo y ellos tres de buena estatura caminaban ligeramente inclinados hacia adelante, lo que acrecentaba la sensación de claustrofobia. Marchaban a buen ritmo concentrados en dónde

ponían los pies para no resbalar. James esquivó un carámbano que colgaba del techo y se paró algo sofocado, sintiendo una capa de sudor cubriéndole todo el cuerpo. Se desprendió del gorro y de los guantes y se bajó un poco la cremallera del neopreno. Al instante sintió una ligera, aunque momentánea, sensación de alivio.

—Cuidado con esto —anunció, mirando atrás.

Patricia y Alex se habían quedado rezagados, no porque estuvieran más cansados sino porque los casi dos metros de altura de Alex, que iba en segundo lugar, dificultaban en exceso el avance por esos túneles tan angostos. Cuando alcanzaron a James, se detuvieron tras él y respiraron hondo varias veces, procurando recuperar el fuelle. Luego imitaron a su amigo y se deshicieron del equipo que ya no necesitaban.

—¿Sabéis por dónde andamos? —preguntó Patricia en un susurro.

James meneó la cabeza y se puso en marcha de nuevo. Unos cuantos metros adelante se paró y se agachó. Orientó la linterna hacia el suelo, a una ranura que se introducía en la piedra. Introdujo el dedo y lo movió con destreza hasta que extrajo algo. Lo miró con detenimiento y lo volvió a arrojar al suelo. Se enderezó y se puso en marcha de nuevo.

—Vamos, sigamos por aquí. Este es el camino, seguro.

—¿Qué era eso? —preguntó Alex.

—Una colilla —respondió sin detenerse.

Sus palabras sonaron resueltas, pero, en el fondo, no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraban ni si llegarían a tiempo. Lo que había recogido del suelo resultó ser un palo pequeño. Había mentido porque Alex estaba frenético y lo oía murmurar y resoplar a sus espaldas.

Unos minutos más tarde se toparon con una encrucijada e hicieron un alto para orientarse. Dudaron entre seguir al frente o tomar el camino de la derecha. El de la izquierda lo descartaron sobre la marcha porque era muy estrecho y apenas si cabría por él un niño. Finalmente, optaron por el pasaje que seguía de frente y que parecía continuar en línea ascendente. Doblaron por un recodo enseguida y se encontraron un estrechamiento.

—Parad un momento —dijo James.

Alex y Patricia se arrimaron a su espalda y tres círculos luminosos alumbraron el hueco que había frente a ellos.

—Por ahí no podemos continuar —dijo Patricia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alex cuyo timbre sonaba desalentador.

—No nos queda otra que retroceder hasta la bifurcación que vimos antes y tomar el otro camino, el de la derecha —expuso James, que se pasó el brazo por la frente para deshacerse del sudor.

—Pero ese otro corredor descendía —apuntó Patricia.

—Está claro que por aquí no podemos seguir —replicó James con lógica.

Alex y Patt asintieron con la cabeza, se dieron media vuelta y deshicieron el camino. Cuando llegaron de nuevo a la encrucijada, se vieron obligados a girar a la derecha. Al principio descendieron un poco; sin embargo, el túnel pronto hizo una curva pronunciada y comenzó a ascender. Revitalizados, aceleraron el paso. De cuando en cuando, se detenían buscando algún indicio de que por allí hubieran pasado otros seres humanos; para su desazón, no encontraron rastro alguno.

James comprobó en el reloj que solo llevaban quince minutos dentro de los túneles, aunque él hubiera jurado que habían estado deambulando por ellos durante más de una hora. Había impuesto un ritmo de marcha infernal y si bien todos sudaban copiosamente y las piernas empezaban a quemarles del esfuerzo, lo seguían con disciplina y tenacidad…

De repente, James se detuvo en seco y aguzó el oído para oír mejor. En realidad, los tres escucharon sin esfuerzo alguno la percusión de unos tambores.

III

Cuando Collins se disponía a pulsar una tecla del ordenador, notó que una débil luz plateada iluminaba tenuemente una esquina de la mesa. Echó hacia atrás la silla procurando no arrastrarla por el embaldosado y muy despacio se acercó a la ventana; permaneció allí, pasmado, mirando más allá del cristal. La tormenta había desaparecido y contemplaba un perfecto cielo negro estrellado.

El sonido de un teléfono móvil lo cogió desprevenido.

«Pues claro, sin tormenta han vuelto las comunicaciones».

Rápidamente, giró sobre sí, volvió a la mesa a toda prisa y revolvió unos papeles… Sus ojos buscaron por la estancia hasta que localizó el sonido junto a la chimenea. Fue directo allí y, sobre la repisa, descubrió una luz destellando: el teléfono de Alex. En ese preciso instante, Lee irrumpió en la sala con el rostro demacrado y ojos enrojecidos. Lo miró esperanzada y se arrimó al analista de sistemas mientras este se apresuraba en contestar.

Por el altavoz se escapaba un ruido ensordecedor provocado por el rotor de un helicóptero.

—¿Diga? —preguntó, alzando el tono de voz.

Entonces escucharon un clic metálico y el sonido exterior quedó amortiguado.

—¿Con quién hablo? —dijo una voz en inglés cargada de acento extranjero.

—Soy Collins, ¿y usted quién es?

—Ah, usted me envió un correo electrónico. Soy el teniente Spanoulis. En cuanto la meteorología nos lo permitió nos pusimos en marcha. Acabamos de despegar de Atenas, llegaremos en unos… —la línea quedó en silencio y se imaginaron a Spanoulis consultando el reloj—, cincuenta minutos, más o menos.

Los hombros de Collins cayeron.

—¿Qué sucede? —inquirió Lee.

Collins se mantuvo callado.

—¿Qué sucede? —repitió a su lado.

El *exhacker* la ignoró y volvió a dirigirse al micrófono.

—Teniente, tienen que apresurarse. Cincuenta minutos son demasiados. Para entonces, todo habrá terminado.

—De acuerdo, haremos lo imposible por llegar cuanto antes. Envíeme a mi *smartphone* las coordenadas de destino.

—Cuente con ello.

Collins no sabía cómo afrontar las situaciones personales delicadas, por eso él no se relacionaba con nadie. Tenía a su lado a Lee, la mujer del inspector jefe que lo miraba expectante, como si él fuese el último bote salvavidas. Evitó en todo momento el contacto visual con ella. Al final, sacudió la cabeza.

—No llegarán a tiempo.

Lee se desplomó sobre una silla y se cubrió el rostro con las manos. Collins ni se percató de que rompía a llorar.

IV

Victoria retiró la mano de la boca cuando la aberración se marchó y resopló aliviada. Inconscientemente había mantenido apretada la mandíbula con fuerza. El aire que respiraba era de una fetidez insoportable, sufrió un acceso de náuseas y se levantó de golpe desparramando la montaña de huesos, calaveras y vísceras bajo el que se había ocultado para camuflar su propio olor corporal. Se alejó del lugar varios pasos, se detuvo y aspiró y espiró bocanadas del aire menos viciado hasta que se recuperó. Alumbrándose con la linterna dirigió la mirada de nuevo hacia el tesoro. Como en las películas de piratas, se acumulaba en arcones y sacas que, con el tiempo, se habían sajado desperdigando monedas y piedras preciosas por doquier.

Muy a su pesar, ahora tocaba salvar la vida.

****

48

Isla de Gavdos, Grecia

APENAS faltaban unos minutos para el cenit y todo se encontraba ya preparado en la sala ritual. El brujo había concluido los cánticos y los otros nueve hermanos aguardaban atentos el desenlace. Ninguno disfrutaba con aquel espectáculo dantesco; sin embargo, al cabo de los años, habían aprendido a entender que no había otra forma de aplacar al Demonio. Así se lo habían enseñado sus ancestros, y así se lo enseñaban ellos a sus hijos.

En ese instante de la ceremonia, el maestro se encaminó hasta un pequeño arcón ricamente labrado, depositado sobre una mesa de piedra. Lo abrió y extrajo de él un rudimentario cuchillo de pedernal que alzó por encima de sus hombros.

Los cánticos volvieron.

El brujo se acercó a paso lento hasta la virgen, plácidamente entregada sobre la tarima de roca. Entonces ocurrió algo sorprendente. La niña abrió muchos los ojos y se incorporó por la cintura. A renglón seguido, saltó del ara ceremonial y echó a correr hacia la salida.

—¡Atrapadla! —ordenó el hombre enmascarado.

Prestamente, los nueve hermanos se movieron por toda la sala, pero Miranda sorteó a los adultos con agilidad. Pasó junto al doctor Sanna, que alargó el pie para que tropezara, aunque su artrósico movimiento fue demasiado lento para la agilidad de la niña, y saltó sobre él sin demasiadas complicaciones. Estaba a punto de enfilar la salida cuando una mano alargada y nervuda la agarró del vestido. Se trastabilló, cayó al suelo de bruces, y resbaló un metro sobre la roca. Las rodillas y los codos adquirieron el mismo aspecto que si hubiesen sido lijadas con un papel de grano grueso. Caristeas, el policía de Gavdos, la alcanzó y con dos brazos fuertes la levantó del suelo. Miranda alzó la vista horrorizada hacia la silueta negra que la

amenazaba.

—Déjame… ¡Mamáááá! —berreó, mientras se revolvía y pataleaba con furia. Estaba histérica y agitaba la cabeza de un lado a otro. Para estupefacción de todos se abalanzó sobre la mano que envolvía su antebrazo y la mordió con toda la fuerza que fue capaz de reunir. De inmediato escuchó un grito ahogado y se vio liberada. Sin pensar en otra cosa, echó a correr.

—Maldita cría —dijo Caristeas entre dientes mientras veía la espalda de la niña desapareciendo dentro de la oscuridad del túnel.

Después de un brusco giro a la izquierda, el túnel se amplió. El trío se enfrentó a una sala húmeda y oscura, pero pronto se desencantaron. No era la que buscaban, esta era más pequeña, mucho más pequeña. Barrieron la estancia con la vista hasta que sus ojos recayeron en un camastro de paja, unas cadenas y una caja artesonada de madera que estaba en el suelo, abierta y vacía. De ahí, sus miradas saltaron hasta unas prendas arrojadas al suelo de cualquier manera, junto a un cuenco de barro y una cuchara. Alex se abalanzó sobre ellas y las agarró entre las manos.

—Son de Miranda —dijo angustiado—. Es su pijama. —Después se volvió al cuenco, lo sostuvo entre las manos y se lo acercó a la nariz; introdujo el dedo meñique hasta el fondo pringoso, se lo llevó a la boca y lo chupó—. Parece algún tipo de droga. Apostaría a que cocaína. —De inmediato, se incorporó y se reunió de nuevo con James y Patricia.

El sonido de la percusión les recordó que se encontraban cerca de conseguir su objetivo.

«¡Mamáááááááá…!».

De pronto, otro grito estremecedor se abrió camino en la quietud del lugar. El trío se miró entre sí y no dijeron nada. Tampoco hacía falta. Volvieron la vista al frente y echaron a correr por el túnel angosto que se abría ante ellos. Hacía tiempo que ni siquiera Alex consultaba el reloj. Sabían que ya había llegado la hora; sin embargo, los gritos recientes y el vibrar de la percusión les indicaba que aún no había terminado la ceremonia. Que aún había tiempo. Al poco encontraron una nueva encrucijada con dos túneles y se detuvieron en seco.

—¡Joder! —dijo James vencido por el desánimo—. Creo que… es por aquí… —dudó señalando al que salía hacia la derecha de su posición.

Alex frunció el ceño pensativo.

—¿Estás seguro? —preguntó, mientras miraba a su amigo, buscando una confirmación.

James asintió sin la suficiente convicción.

—¿Por qué… no nos… dividimos? —dijo Patricia con la respiración alterada.

Los dos amigos la miraron y asintieron mostrando su conformidad con la propuesta.

—Es buena idea. James, tú y Patt id por ahí. Yo iré por el otro túnel.

—De acuerdo. No perdamos más tiempo —los apremió la sargento.

Cuando las últimas luces de la sala ritual se sofocaron, todo alrededor de ella se volvió completamente oscuro. Miranda no podía ver por dónde caminaba, de modo que disminuyó la velocidad y comenzó a desplazarse muy despacio, arrastrando los pies con las manos hacia adelante para tantear cualquier obstáculo que tuviera en frente. De vez en cuando giraba la cabeza y veía cómo la perseguía una luz temblorosa, que teñía de naranja las paredes. También le llegaba el murmullo apagado de las voces de esas personas con túnicas que deseaban hacerle daño. Las rodillas y los codos comenzaron a palpitarle sordamente, y se detuvo. Se escupió en la mano y frotó las heridas. Era un truco que usaban en el patio del colegio y que solía funcionar. Entonces oyó voces más claras acompañadas de un resplandor que salían del túnel a escasa distancia de donde ella estaba escondida. Se puso tan derecha que su profesora de gimnasia se habría sentido orgullosa y se aferró tanto como pudo a la pared hasta casi fundirse con ella.

—Vamos, niña. El juego se acabó. La luz naranja cada vez se hacía más intensa y sobre ella comenzó a dibujarse una sombra fantasmagórica. El túnel era estrecho y si aquel hombre pasaba por allí se chocaría de bruces con ella. Tenía que reaccionar ya.

—Vamos, niña. Papá te va a regañar…

La voz le llegaba con un timbre musical, casi como si estuviese canturreando las palabras, de esos que se usan cuando se les habla a los niños. Sonaba aterradoramente cerca. El corazón se le aceleró y la inundó una oleada de pánico.

La pared que tenía en frente se iluminó por completo, incluso pudo ver un brazo negro alargado portando una antorcha. Miranda cerró los ojos.

—Caristeas, vamos, Demis nos llama de vuelta a la sala de rituales —dijo otra voz.

Escuchó un susurro quejumbroso y la luz detuvo su bamboleo antes de comenzar a disiparse, hasta dejar el pasillo de nuevo sumidos en la quietud. Miranda respiró hondo varias veces y echó a correr de nuevo con todas sus fuerzas, sin preocuparse de si se chocaba o no contra

una pared. Solo quería alejarse de allí. Rápido. Sus pies desnudos se agarraban mejor sobre esa superficie tan lisa y húmeda. Tomó una curva cerrada de noventa grados, volvió a enfilar una recta y volvió la vista atrás, por encima del hombro, para ver si la seguían…

En ese momento, chocó con algo, rebotó y cayó de culo.

James y Patricia se habían aventurado por el túnel que salía a la derecha. La decisión de separarse no les gustaba un pelo. Si daban con la Hermandad, necesitarían la fuerza de los tres para controlar la situación, pero eran conscientes de que el tiempo apremiaba de verdad y no había otra solución. Alex estaba sobradamente preparado para hacer frente a una situación hostil, además, iba armado con una de las pistolas con arpón.

El sonido de los tambores y el compás de un cántico ceremonial resultaban desquiciantes. Por un momento, James experimentó la sensación de que el sonido se alejaba. Aquel maldito laberinto era ciertamente tortuoso e impenetrable. Aumentaron un poco el ritmo, giraron dos veces a la derecha y una a la izquierda, y de improviso James se detuvo bruscamente. Patricia llegó un instante después y casi se chocó con su espalda. Los dos se quedaron inmóviles y en silencio mirando al frente. Un muro infranqueable se había revelado ante ellos.

Patricia se adelantó unos pasos y, sin reprimir su frustración, golpeó la pared con el puño.

—¡Oh, mierda!

—Patricia.

—¿Qué sucede? —preguntó ella volviéndose.

James siseó.

—Escucha.

La sargento ladeó la cabeza, procurando oír mejor.

—No oigo nada. ¿Qué debería escuchar?

James la miró apesadumbrado.

—Los tambores… han cesado.

Alex eligió el túnel de la izquierda y se precipitó hacia él siguiendo la luz de la linterna. La percusión seguía sonando.

«Buena señal».

Comprobó en el reloj que ya eran las once de la noche. Quizá la teoría de James de que los sacrificios los hacían coincidir con la posición de la luna no era más que una estimación, lo que le concedía aún una oportunidad de encontrar a su hija con vida…

Entonces oyó pasos cortos y presurosos que procedían de enfrente,

de más allá de la luz, y sus cavilaciones se vieron interrumpidas. Con cautela apagó la linterna y prosiguió avanzando muy despacio. Se esforzó por oír mejor y desde el otro lado de un recodo le llegó una respiración agitada. Se echó mano al muslo y separó con un siseo el velcro que retenía la pistola de arpón.

Se acercó a la curva… sus ojos captaron un movimiento…

Súbitamente alguien chocó con él, y salió rebotado hacia atrás. Alex dio dos pasos al frente, encendió de nuevo la linterna y dirigió la mirada abajo.

—¡¿Miranda?! —dijo con un tono de voz que sonó mitad desconcertado mitad exultante.

La niña estaba sentada en el suelo y miraba arriba con la mano haciendo pantalla sobre los ojos, en un intento de evitar el deslumbramiento que le producía la intensa luz de la linterna.

—¿Pa… pá? —balbuceó.

Alex, perplejo, parpadeó dos veces y en su rostro se dibujó una sonrisa que se desvaneció al momento. Se agachó rápidamente al tiempo que abría los brazos y envolvía con ellos a su hija.

—Sí, cariño. Papá está aquí. Ya estás a salvo —le decía acunándola en el suelo y besándole los cabellos.

El sonido de los timbales llegó de nuevo a sus oídos. Entonces, se separó de su hija y la miró a los ojos.

—Pequeña, ahora tenemos que salir de aquí. Sígueme y procura no hacer ruido.

****

49

Isla de Gavdos, Grecia

James y Patricia se dieron media vuelta y desandaron el camino hasta la encrucijada de antes. En esta ocasión enfilaron el túnel que conducía hacia la izquierda, siguiendo los pasos que había tomado Alex un rato antes. No hablaron durante un tiempo. La ausencia de los timbales les daba mala espina, pero ninguno dijo nada al respecto. Apenas llevaban unos minutos por el nuevo túnel cuando sus linternas alumbraron un bulto tendido delante.

—¡Alex! —gritó Patricia.

Se acercaron a la carrera y se arrodillaron junto a él. Lo colocaron bocarriba y procuraron reanimarlo. Finalmente, Alex soltó un gruñido mientras se incorporaba sobre la cintura y se llevaba la mano a la nuca. La mostró manchada de sangre.

—¿Dónde estoy? ¿Y mi hija?

James y Patricia intercambiaron una mirada.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó ella.

Alex abrió un poco los ojos y los miró con la frente arrugada por el dolor.

—Encontré a Miranda, la tuve entre mis brazos. Luego sentí un fuerte golpe y… —Su voz se fue apagando poco a poco.

Allen y la agente volvieron a mirarse.

—¿Estuvo aquí? ¿Cuándo?

—No lo sé. La última vez que miré la hora eran las once y justo después la encontré.

James miró el reloj: las once y diecisiete. Sus ojos volvieron a encontrarse con los de Patricia.

—¿Puedes levantarte? —preguntó James introduciendo su brazo bajo la axila de Alex.

—Vale, vale, ya estoy mejor. Tenemos que seguir —dijo, dando pasos vacilantes.

James y Patricia fueron en pos de él. En un primer momento el caminar de Scott era renqueante; sin embargo, la adrenalina empezó enseguida a dispararse y sus movimientos adquirieron más destreza. Unos minutos más tarde, volvían a correr por el laberinto que serpenteaba ora a izquierda, ora a derecha…

Las cuencas vacías de cientos de calaveras los recibieron cuando accedieron a una gran sala iluminada únicamente con la tímida luz que desprendían unos cirios prendidos; la humedad que chorreaba por la piedra dejaba la macabra sensación de que estuvieran llorando y sus bocas entreabiertas parecían mostrar la mueca de una risa demencial.

Los tres se detuvieron de golpe y el tiempo pareció detenerse.

Los ojos de Alex se abrieron mucho, como si quisieran grabar a fuego la espantosa escena que se proyectaba ante él. Siempre la recordaría. La recordaría muy bien.

Un altar de roca y una niña tumbada bocarriba encima de él.

Su rostro angelical mirándolo y su pelo rubio teñido ahora de rojo colgando lacio de los lados.

Un bracito extendido con la palma abierta en posición suplicante.

Sangre. Mucha sangre. Sangre por todas partes.

De súbito, la inquietante realidad le alcanzó con extrema dureza.

Su niña yacía muerta.

Todo alrededor de él comenzó a dar vueltas. Rápido. Muy rápido. Se agarró el estómago y profirió un alarido desgarrador, casi inhumano, que salió a borbotones por una boca desmesuradamente abierta. Bajo esta atmósfera de sobrecogimiento y terror, el rostro de Alex se fue descomponiendo y sus hombros se cayeron dejándole sin respiración. Se desplomó de rodillas sobre la piedra del suelo al tiempo que comenzaba a sollozar cubriéndose el rostro con ambas manos.

Patricia y James permanecían a su lado impertérritos y sin parpadear, incapaces de articular palabra alguna ni de reaccionar, como si aquella escena, a fin de cuentas, no fuese más que el fotograma de una película de terror *gore*. Frente a ellos, en el otro extremo de la caverna, había un hombre alto con una máscara ritual cubriéndole el rostro. Sus dedos parduscos rodeaban la empuñadura de un cuchillo. Goteaba sangre de la hoja.

El golpeteo de cada gota que caía en el suelo sonaba amplificado en sus oídos, igual que si alguien estuviera golpeando el fondo de una cacerola con un martillo. El brujo tenía los ojos clavados en ellos tres. James reconoció la fría mirada de Demis Samara y pudo apreciar que, a través de la máscara, los labios del griego dibujaban una media

sonrisa de prepotencia. Sintió que se le encendían las mejillas de ira y los ojos se le inyectaban en sangre. Junto al brujo y dándoles la espalda, se encontraban más personas con túnicas negras y capuchas que, desconcertadas por el grito, también volvieron sus rostros y, con mudo asombro, se quedaron miraron a los intrusos.

Al lado del altar ceremonial había una figura de arcilla que sostenía una sonrisa malévola. Era la misma que había desaparecido de casa de Victoria.

En ese instante, se produjo un barullo en el otro extremo de la sala. Una docena de militares de las fuerzas especiales, con uniformes manchados de gris y negro, cascos y gafas de visión nocturna, llenaron el lugar de voces atribuladas y de puntitos rojos de las miras láser.

Una silueta con túnica agarró el cuchillo de pedernal y atacó a uno de los soldados. Antes de poder siquiera acercarse a él resonó el tableteo de armas tácticas y se desplomó. Una mancha de sangre empezó a extenderse por el suelo de piedra, justo debajo del cuerpo inerte. Entre chillidos nerviosos, James buscó a Demis con una mirada cargada de odio.

No estaba.

Se acercó al altar y miró por todas partes. Centró la vista entonces en una máscara tirada sobre la roca; después, la desvió a la pared, donde descubrió una ligera apertura por la que cabía una persona. Se acuclilló y recogió la máscara, la sostuvo en la mano un rato mirándola absorto. Al cabo de un momento se levantó, justo cuando Patricia se aproximó a él. La mujer se inclinó hacia Miranda y le puso el pulgar e índice en la carótida. Buscó con la mirada los ojos de James y, cariacontecida, sacudió la cabeza.

No había pulso. Le pasó la mano por la carita y le cerró los ojos. Un soldado joven, de no más de veinte años, pero con una mirada que indicaba que no dudaría en apretar el gatillo, les apuntó alternativamente a los dos y les gritó algo en griego, indicándoles que se alejaran del altar.

Patricia alzó la vista sobre el hombro del comando procurando encontrar al oficial al mando. Sus ojos se cruzaron con un hombre alto, moreno y con un fino bigotito que portaba en las hombreras las divisas de teniente. James lo reconoció al instante como el policía que estaba en el puerto, junto al cadáver de Cybill, el día en que llegaron a Gavdos.

—¡Spanoulis! ¡Teniente! —dijo ella en voz alta.

El militar se volvió a la mujer, y se le acercó.

—¿Quién es usted?

—Soy Patricia Banner, sargento de la Policía de Escocia y compañera del inspector jefe Alex Scott. Este de aquí… —No completó la frase. Pasmada, se encontró mirando a un espacio vacío que, solo

un segundo antes, había ocupado James.

—¿Sabe de quién se trata? —dijo Spanoulis, señalando al cadáver de la niña.

Patricia volvió en sí y asintió muy lentamente. Su rostro se cargó de culpabilidad.

—La hija del inspector jefe. Llegamos tarde… —La voz se quebró y sus ojos se humedecieron.

El teniente, comprensivo, relajó el gesto.

—Todos llegamos tarde. ¿Y el inspector jefe?

Patricia señaló con la barbilla a un hombre deshecho que estaba arrodillado, con la cabeza caída sobre el pecho. En toda la operación no se había movido del sitio.

—Entiendo. —Y se aproximó a él con Patricia siguiéndole los talones.

—¿Inspector jefe Scott? —preguntó tendiéndole una mano.

Alex alzó la cabeza, aunque evitó el contacto visual con el oficial. Con unos ojos enrojecidos y un rostro pálido como la muerte, aceptó su mano y se incorporó.

—Siento de veras cuanto ha ocurrido aquí y le juro que se hará justicia —dijo entre dientes mirando al grupo de hombres y mujeres que, desenmascarados, gimoteaban mirando al suelo. Una decena de rifles de asalto M16 de fabricación americana les apuntaban esperando el más mínimo movimiento para entrar en funcionamiento.

Patricia volvió a buscar a James por la sala. Como un acto de prestidigitación se había volatilizado de una estancia con dos accesos repletos de soldados.

«¿Dónde se habrá metido?».

Después bajó la vista a su pernera y descubrió que la funda de la pistola con arpón estaba vacía, entonces tuvo la desagradable sensación de aquello aún no había terminado.

****

50

Isla de Gavdos, Grecia

Después de continuas subidas y giros a derecha e izquierda por un oscuro túnel, James se encontró de nuevo a cielo abierto. Las nubes se habían retirado por completo y el plenilunio brillaba alegremente, con un color rojizo fruto del eclipse. Se inclinó suavemente para reducir su silueta y corrió esforzándose por no hacer ruido hasta agazaparse detrás del grueso tronco de un cedro. Asomó la cabeza con cuidado y permaneció quieto observando la escena que se desarrollaba frente a él.

Dos círculos de luz procedentes de unos potentes reflectores rastreaban los alrededores de la vieja mansión. Tres helicópteros de respuesta rápida Eurocopter Bo-105 azul y blanco de la policía reposaban sobre la carretera. Junto al aparato del centro, otros tantos pilotos charlaban despreocupados fumando un cigarrillo. Varios policías patrullaban por la zona para asegurar el perímetro, y un soldado vigilaba a un anciano encorvado que gemía y se retorcía con las manos sujetas a la espalda. El silencio que imperaba se interrumpía de cuando en cuando con el chisporroteo de un *walkie-talkie*. Después, volvía la calma tensa.

Pero no había ni rastro de Demis.

James había aprovechado un momento de confusión en la sala ritual para desaparecer por la abertura en la pared. Estaba bastante convencido de que Samara había escapado por allí y no estaba dispuesto a permitir que aquel hombre se marchase impune del horrendo crimen que había cometido. Pensar en ello lo encendió y la ira cubrió su rostro como una mortaja. Más confiado que nunca se enderezó y barrió con la mirada los alrededores: cueva, carretera, bosque y acantilados. Los dos primeros estaban controlados por las fuerzas de seguridad y, salvo que Samara hubiera aprendido a volar, los acantilados podían descartarse por razones obvias.

Entonces quedaba el bosque.

Centró en él su atención. Estaba oscuro y las rachas de viento cimbraban las ramas dando pie a un lacerante silbido que alteraba el sepulcral silencio. Antes de exponerse de nuevo a la claridad mortecina, la mirada de James volvió a recalar en las patrullas de policías; después, la desvió a la arboleda, contó mentalmente hasta tres, y echó a correr velozmente. Antes de que los soldados se percatasen de su presencia, se había refugiado en la noche.

Demis atravesó el pinar a la carrera rumbo a la explanada donde había aparcado el Range Rover. Por el camino se despojó de la túnica, que se le enganchaba en los matorrales, y la arrojó al suelo. Con la mano temblorosa, más por la rabia que lo carcomía por dentro que por temor, accionó el mando a distancia y abrió la portezuela del lado del conductor. Sentado tras el volante arrancó el motor, puso la palanca del automático en D y, tras maniobrar entre más vehículos, se alejó de aquel maldito lugar.

Desde el primer momento, supo que el tal Allen le acarrearía problemas, y al final así había sido. Descubrir al fiel Chang despeñado frente a la cueva del tesoro había sido muy doloroso para él. Y ahora, encima, todos sus planes habían sido desmontados. Por todo ello, ante sí solo tenía un camino: huir. Se acercaría a la cueva, se haría con todas las gemas que pudiese cargar y se marcharía de aquella isla en su helicóptero. Después de saldar su deuda, se perdería en algún rincón olvidado. El mundo era muy grande y, si él no quería, nadie lo encontraría.

El camino estaba solitario y aún podía apreciarse el rastro de la tormenta en la tierra embarrada y los charcos que salpicaban el firme. Circulando con las luces apagadas para no llamar la atención, echó un enésimo vistazo al espejo retrovisor interior, pero todo seguía negro. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa de satisfacción y devolvió la mirada a la conducción.

De repente, abrió los ojos sobresaltado y pisó el freno a fondo. El todoterreno redujo la velocidad patinando y finalmente se detuvo. Caminando muy sigilosamente por la carretera, casi flotando, vio un fantasma blanco que se dirigía derecho hacia él.

A Victoria le valió un mundo ponerse en marcha para salir de la cueva. Al terror que sentía se le unió el dolor intenso y la desorientación. Sin embargo, ella era una superviviente. Siempre lo había sido. Y no se iba a dejar dominar por el pánico. No ahora que tenía tantos planes por delante. Cuando un tímido fulgor se abrió

camino al fondo, entre las tinieblas del túnel, el hedor de la podredumbre fue sustituido por el aire salado. Corrió más y salió de la cueva.

Allí plantada, al filo del barranco, descubrió un firmamento negro provisto de miles de estrellas que volvían a brillar en la noche. La luna estaba llena y formaba un camino de sangre en la superficie oscura del mar. Respiró profundamente purificando el aire de los pulmones. Después, enfiló la cornisa y con pasos lentos y cautelosos caminó atenta a cualquier sonido. Detrás de cada recoveco temía que aquella bestia estuviera agazapada, dispuesta a poner fin a su aventura de escapar; no obstante, consiguió llegar a la cima de los acantilados sin más contratiempos.

Frente al camino de grava movió la cabeza en ambos sentidos sin saber bien dónde se encontraba. Repentinamente, le llamó la atención un fugaz centelleo: el faro.

Orientada, tomó el camino en dirección contraria. A esas horas de la noche no esperaba encontrarse con nadie; aun así, siguió la carretera principal por si las moscas. Si no estaba equivocada en algo más de una hora estaría en casa.

Se moría por tomar un baño y quitarse la mugre y el mal olor que cubrían su maltrecho cuerpo. Su aspecto era fiel reflejo de la amarga experiencia vivida en las últimas horas. Se miró el vestido blanco que llevaba puesto y, con cierta melancolía, se percató de que sus días habían llegado a su fin. Amén de estar tan sucio que apenas sí se reconocía su color original, tenía varios *sietes* sin solución. Tampoco es que fuera caro, ni nada por el estilo, lo había adquirido en un mercadillo en Roma, pero siempre había sido uno de sus predilectos. Con un molesto cosquilleo en las piernas, caminaba con la cabeza gacha y sin quitar ojo al sitio donde ponía los doloridos y ensangrentados pies descalzos…

Un repentino chirrido de neumáticos la arrancó bruscamente de sus pensamientos. Recortada contra la noche, vio una masa oscura detenida a unos metros frente a ella. El suave ronroneo de un motor ahogaba el silencio que la envolvía.

«¿Un coche circulando con las luces apagadas?».

El corazón le dio un brinco, los cinco sentidos se despertaron de golpe y se puso alerta. Repentinamente dos potentes halógenos brillaron en medio de la noche y la cegaron. De modo instintivo, Victoria puso una mano delante de la cara y entornó los ojos valorando la amenaza.

El vehículo avanzó muy lentamente y frenó a su altura. Las luces al menos ya no la deslumbraban, aunque todavía veía destellos en los ojos. Al momento, el cristal de la ventanilla comenzó a bajar con un siseo mecánico. Parpadeó varias veces seguidas y las lucecitas

desaparecieron de su visión. Entonces dirigió la mirada al interior y, de un sobresalto, dio un salto atrás.

El cañón de una pistola apuntaba directamente a ella.

James se movió con rapidez por una ondulante pista rural. A cada paso que daba el bosque se espesaba más y más hasta que llegó a un punto donde, mirase adonde mirase, solamente encontraba altos troncos retorcidos y más oscuridad. En esos momentos, le guiaba únicamente su deseo de encontrar a Demis. No sabía por qué, tenía la intuición de que ese hombre sería la clave para dar con Victoria, que ahora era su prioridad. Después de eso, haría caso a su corazón y se ocuparía de lo otro. Venganza.

Samara le llevaba ventaja, mucha ventaja; además, estaba familiarizado con el terreno por donde se movían mucho mejor que él, pero a cambio tenía a su favor la fe inquebrantable y estaba seguro de que más pronto que tarde lo atraparía, aunque tuviese que perseguirlo por toda aquella maldita isla…

Llegó a un cruce de caminos y de nuevo se vio obligado a tomar una decisión. Optó por seguir la senda, si bien una sombra oscura a la izquierda captó su atención. Se detuvo bruscamente, se acercó y se acuclilló. Bajo la pálida luz que se filtraba entre las copas descubrió que se trataba de una túnica negra; en la manga aparecía grabado el número romano I.

«Demis».

Su ubicación, justo al comienzo de un sendero aún más invisible que por donde discurría, indicaba que su presa había variado el rumbo y, por un momento, se mostró dubitativo. La lógica le decía que debía de seguir por la senda principal, pero aquella prueba… Era cierto que podría tratarse de una trampa que le hubiese tendido Samara para desorientarlo, aunque probablemente el hombre no sabía que él lo perseguía, de forma que se dejó guiar por su instinto y cambió de dirección.

Se incorporó de un brinco, salió de la senda y echó a correr de nuevo. Aflojó la marcha cuando escuchó el ronroneo cercano de un motor, sustituyendo la rapidez por la cautela. Se encorvó y avanzó, ocultándose de árbol en árbol hasta que dio con un grupo de vehículos aparcados furtivamente en un claro del bosque. Sospechó que pertenecerían a los miembros de la Hermandad. Se agazapó tras el nervudo tronco de un pino y observó la escena. Frente a él, un vehículo oscuro se puso en movimiento, sorteó un coche rojo y se alejó bamboleándose por el bosque. Circulaba con las luces apagadas; aun así, identificó la silueta de un Range Rover negro idéntico al que vio aparcado en casa de Demis Samara el día que fue a visitarlo.

Cuando el todoterreno hubo desaparecido, salió de su escondite.

Pasó la mirada sobre dos bicicletas, una moto y un automóvil de color rojo, hasta que los ojos de James recayeron en un todoterreno Touareg de la policía de Gavdos que debía pertenecer a aquel agente estúpido que fue a visitarlo a la Casa de Cristal. Sus labios esbozaron una media sonrisa y dio unos pasos hasta él. Se detuvo frente a la portezuela del conductor, barrió con la mirada el suelo que pisaba hasta que encontró un pedrusco lo suficientemente grande, y lo levantó por encima de su hombro para golpear la ventanilla. Detuvo el movimiento a mitad de camino, y dejó caer de nuevo la piedra al suelo. Sus dedos asieron el tirador de la puerta y entonces la abrió.

«Claro, ¿para qué iban a cerrar con llave los vehículos?».

Sin perder un segundo se dejó caer en el asiento del conductor, dejó la pistola de arpón que le había sustraído a Patricia sobre el asiento del acompañante y buscó la llave, que resultó estar tras el parasol. La introdujo en el llavín y arrancó el motor.

—Si es tan amable de subir… —le dijo Samara a Victoria.

Victoria no se dejó engañar por el tono amable y educado. Era consciente de que no la estaba invitando; aun así, vaciló un momento antes de avanzar hasta el coche. Abrió la puerta y se dejó caer en el asiento del acompañante.

—Está usted loco, Demis. Lo atraparán.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Con la Glock en la mano derecha, pisó el acelerador y continuó la marcha en la misma dirección de donde procedía Victoria.

—¿Adónde me lleva?

—Ya lo verá.

El resto del trayecto fue silencioso y tenso hasta que, veinte minutos después, Samara redujo la velocidad y detuvo el todoterreno al filo de los acantilados. Victoria reconoció el lugar de inmediato. Para su desasosiego se hallaba en el mismo sitio de donde acababa de huir.

—Baje, por favor, y no se le ocurra hacer ninguna tontería.

Los dos descendieron del vehículo. Samara recorrió visualmente los alrededores, hasta que quedó satisfecho. No se escuchaba un alma, solo el lejano rumor del oleaje muchos metros más abajo. El viento había amainado y la iluminación que proveía el cielo era más que suficiente para su pequeña aventura. En sus planes de huida no entraba la señorita Meier, pero él sabía encontrar una oportunidad donde otros no veían más que contratiempos. El tal Allen había demostrado ser un hombre muy perseverante y hasta que no estuviera bien lejos de la isla le convenía tener un seguro de vida. Y la mujer

que tenía delante sin duda era de los mejores. En mitad del Mediterráneo, a bordo de su helicóptero, ya resolvería ese cabo suelto.

Apuntó a Victoria con la pistola y señaló el comienzo de un camino con la cabeza.

—Por ahí.

Ahora, Victoria sabía cuáles eran los planes de Samara. Lo que ya no tenía tan claro era cómo encajaba ella en toda esa historia.

«He de ganar tiempo y esperar mi oportunidad».

Victoria aflojó intencionadamente el paso y lanzó una mirada sobre su hombro derecho.

—Vaya, vaya, conque también quiere el tesoro.

Había dado en el blanco. Demis se detuvo de golpe y enarcó las cejas realmente atónito.

—Es usted una caja de sorpresas, señorita Meier. Jamás sospeché que conociese su existencia. Veo que es tan astuta como sus padres… Una lástima su muerte.

La cara de Victoria se encendió y, dándose la vuelta, miró de frente a Samara con los puños apretados con fuerza.

—¡Es usted un canalla! —Las palabras sonaron con una enorme frialdad.

Demis le devolvió una media sonrisa cargada de arrogancia y de su tono desapareció todo rastro de cordialidad.

—¿Qué va a hacerme? Está pasando por alto que soy yo quien está armado.

Victoria inspiró hondamente, giró sobre los talones y prosiguió caminando más despacio todavía. A partir de ese momento guardaron silencio. Solo prestaban atención a dos cosas: al barranco que caía a plomo a la derecha y a los matorrales de espinos que les obligaban a acercarse peligrosamente al filo. Victoria dejó que Samara se arrimara mucho a su espalda. Y entonces agarró una de las ramas y la dobló todo cuanto pudo sin que se quebrase, tras su paso la soltó y cimbró bruscamente hasta golpear en la cara de Samara. El hombre blasfemó y se trastabilló. Mirando abajo descubrió que un pie pisaba el aire. Manoteó, sus dedos se cerraron en torno a las frágiles ramas del matorral, y volvió a la solidez de la cornisa, respirando fuerte varias veces. Encolerizado, descubrió que la mujer se había alejado…

Y entonces apuntó y apretó el gatillo.

Al instante, Victoria se tropezó y cayó al abismo.

****

51

Isla de Gavdos, Grecia

JAMES también conducía con las luces apagadas tratando de seguir una senda con la hierba aplastada que corroteaba entre pinos. Al final, el bosque clareó y los árboles desaparecieron, enfrentándose a una carretera de gravilla que cruzaba frente a él. Detuvo el vehículo e inclinándose sobre el asiento del acompañante, pulsó un botón de la guantera, que cayó silenciosa como la boca de un payaso de juguete. Frenético, apartaba bruscamente papeles con la mano, hasta que dio con una linterna. Con ella en la mano, abrió la portezuela y se apeó del coche, que permanecía al ralentí. Rodeó el capó tratando en vano encender la linterna. Perjuró en voz baja y la agitó golpeándola contra la mano libre. Probó de nuevo y esta vez emitió un potente haz de luz, que mitigó poniéndole la mano por encima. Encontró enseguida unas rodadas recientes grabadas en el barro que se dirigían al sur.

Se enderezó y escudriñó la noche. Al cabo, apagó la luz y volvió a sentarse al volante del Touareg. Pisó el acelerador y torció hacia la derecha. Continuó por ese camino durante un buen rato. Dejó atrás Kastri y la Casa de Cristal, hasta que descubrió el Range Rover estacionado fuera del camino. Entonces frenó súbitamente y se detuvo a unos metros de él.

Se acercó andando con sigilo y espió el todoterreno. Estaba vacío y masculló unas palabrotas.

«¿Y ahora qué?».

El cercano eco de una detonación propagándose por los acantilados lo pilló acuclillado inspeccionando dos pares de huellas de zapatos recientes. Se incorporó y con paso resuelto se asomó al precipicio. Con asombro, descubrió un estrechísimo sendero que serpenteaba peligrosamente por el filo del acantilado, como un balcón con unas impagables vistas al mar pero sin barandilla. Se internó por él avanzando todo lo rápido que la dificultad del terreno le permitía.

Una rama que sobresalía de las demás le arañó la camisa y sus espinas se le clavaron en el brazo. La herida comenzó a sangrar de inmediato. Se miró el corte, era feo, aunque no moriría de eso, seguro. Se arrancó dos espinas y siguió adelante pegándose todo cuanto pudo a la pared vertical.

El viento soplaba ahora a ráfagas y la luna, que estaba enfrente y que había recobrado su habitual tono blanquecino, iluminaba la cornisa lo suficiente como para no necesitar luz artificial. Pisó un guijarro con los bordes redondeados y se trastabilló, torciéndose hacia el precipicio. Durante un instante, sus ojos se clavaron en la blancura de la espuma que se desplegaba mortalmente cerca. Agitó airadamente los brazos hacia atrás para recuperar el equilibrio, y se enderezó. Respiró hondo varias veces y continuó.

De improviso, un grito ahogado le hizo detenerse en seco. Giró lentamente ciento ochenta grados, procurando dilucidar su origen. Volvió a escucharlo. No podía creerlo, procedía de abajo. Del precipicio.

Con precaución dio un paso hacia el filo, se asomó y abrió los ojos como platos.

—¡¿Victoria?! —gritó, poniendo una rodilla en tierra y estirando un brazo hacia la mujer.

Su mano se quedó corta.

Victoria se mantenía agarrada con los dedos a un espolón afilado de forma triangular que sobresalía de la pared. Sus dos piernas desnudas pataleaban en el aire. Debajo no había nada, solamente negrura y el murmullo lacerante del oleaje rompiendo contra las rocas. Su vestido largo se agitaba movido por el viento.

—No puedo… más, me estoy resbalando.

—Cariño —le dijo Allen procurando aparentar calma—, mírame a los ojos.

La mujer lo hizo.

—Lo vamos a conseguir.

Victoria asintió, aunque su rostro expresaba lo contrario. James se tumbó en el suelo y sacó medio cuerpo por el filo del risco. Con ese movimiento su brazo derecho bajó lo suficiente para salvar la distancia que lo separaba de la mano de Victoria. Sus dedos se cerraron con fuerza en torno a la muñeca izquierda de ella.

—Cielo, ahora viene lo más difícil. Debes soltarte.

Los ojos de la mujer mostraron el pánico que sentía. Miró abajo y sacudió la cabeza.

—No, no. Cielo, no mires abajo. Solo mírame a mí. —Su voz sonó tranquilizadora.

—No… puedo… hacerlo.

—Sí que puedes. ¿Confías en mí?

Victoria asintió convencida.

—Pues suéltate. No te voy a dejar caer. Te lo prometo.

Entre ellos se produjo un silencio. Un silencio que solamente rompía el oleaje que, con una cadencia exasperante, les recordaba qué le esperaba a Victoria al final de la oscuridad. Sus ojos nerviosos se movían mucho hasta que se detuvieron en los de James. Entonces lo miró como nunca lo había hecho, y se soltó.

No pasó nada.

Seguía flotando en el aire sujeta ahora por el fuerte brazo de James, que tensó todos los músculos y tiró de ella hacia arriba. Durante unos segundos, que se hicieron interminables, Victoria notó que su cuerpo se elevaba. De nuevo en la cornisa, rodó sobre ella y quedó tumbaba de espaldas, respirando agitadamente. Repuesta, la mujer se incorporó y miró a James, que se encontraba sentado a un metro de ella, reclinado contra la pared y mirándola fijamente. Sus labios dibujaban una sonrisa que significaba muchas cosas: alivio, agradecimiento, amor…

Las miradas de ambos se cruzaron en silencio y se mantuvieron así un rato prolongado.

—Esto me va a costar una hernia —dijo él, esbozando una sonrisa.

Victoria rio y se movió hasta quedar sentada, hombro contra hombro, junto a James. Sus miradas volvieron a coincidir. James la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. Permanecieron en la misma posición mucho tiempo, pero que a los dos se les antojó demasiado efímero. Finalmente, se separaron y James descubrió que Victoria tenía la cara y el pelo manchados de sangre.

—¿Estás bien?

Victoria asintió con firmeza y le restó importancia.

—Solo es un rasguño.

James permaneció sentado con la mirada perdida en algún punto del infinito. Victoria se percató de que sus ojos estaban cargados de amargura. Una idea espeluznante cruzó por su mente.

—¿Cómo está Miranda?

James la miró con seriedad. Sacudió la cabeza, bajó la vista y se puso a jugar con dos guijarros.

—¡Dios mío, no puede ser! —Victoria le agarró la mano y se la apretó con fuerza.

James se recompuso, sintió un arrebato de rabia al recordar a Miranda, y endureció el rostro.

—Esto aún no ha terminado. ¿Dónde está Demis?

Con la cabeza ella señaló al frente del desfiladero.

—Más adelante, hay una cueva. Allí está el tesoro. Ese que procedía de tu galeón español. —Su timbre sonó a disculpa.

El escocés asintió en silencio y se puso en pie.

—Espérame aquí. He de acabar un trabajo. —Recogió la pistola de arpón del suelo y se dio media vuelta.

—James. —Victoria también se incorporó.

Allen se detuvo y volvió la cabeza.

—En esa cueva, además del tesoro encontré otra cosa…

En ese momento, un gruñido fantasmagórico la interrumpió, apagando las palabras en su garganta. Se miraron ceñudos, alzaron la vista y, paralizados, tragaron saliva. La tenue luz a su espalda recortaba un perfil negro contra la oscuridad de la noche.

El monstruo los acechaba desde un saliente rocoso con dos ojos salvajes que no parpadeaban. Sus larguísimos colmillos laceraban la roca y de las zarpas salían garras como cuchillos afilados. Otro gruñido.

El olor fétido que desprendía su boca los envolvía en un halo hediondo. Con movimientos muy pausados y sin quitar los ojos de la bestia, James apartó a Victoria y la emplazó justo detrás de él. La criatura negra se movió marcando todos los músculos de los hombros. Después se impulsó con los cuartos traseros y saltó sobre ellos.

James reaccionó en un instante, levantó la pistola de arpón y apretó el gatillo. Un profundo aullido agónico se impuso sobre el silbido del viento que barría la cornisa. La bestia se tambaleó y se alejó unos metros. Cuando el animal se dio la vuelta, y se movió hacia ellos, vieron el arpón clavado en su vientre. Aunque su mirada seguía siendo asesina, algo había cambiado en ella. James nunca supo explicar qué fue. Su enorme cuerpo ocupaba casi toda la cornisa, pero el escocés tuvo la extraña sensación de que el monstruo se arrimaba demasiado al filo. Con movimientos exageradamente lentos volvió a recargar la pistola con otro arpón. Esta vez, apuntó a la pata izquierda delantera, la que estaba más cerca del filo, y disparó.

El animal negro dio un respingo, seguido de un lastimoso quejido, resbaló y cayó al vacío. Durante unos instantes, la noche se llenó de un roto murmullo de dolor que se fue desvaneciendo gradualmente.

De pronto, volvieron el viento y el oleaje, y James se giró hacia Victoria.

—¿Estás bien? —le preguntó, abrazándola.

La mujer, con el terror aún reflejado en su rostro, asintió lentamente.

—¿Qué era eso? —preguntó con voz trémula.

—Ya te lo contaré —repuso él, recargando la pistola con otro arpón. Acto seguido, inicio de nuevo el camino hacia su venganza. Victoria lo sujetó del brazo.

—James. —El tono de voz sonó suplicante.

El hombre se detuvo.

—¿De verdad quieres hacer esto? Si entras en esa cueva nunca

volverás a ser el mismo.

—Pero Miranda… —Su voz se quebró, aunque se repuso rápido—. Tú no la viste. Solo tenía nueve años y estaba allí, tendida sobre esa piedra fría. —Inconscientemente había elevado el tono.

—James, lo que le ha ocurrido a Miranda es una tragedia y estoy segura de que los autores lo pagarán caro, pero la justicia que tú buscas no la encontrarás en la venganza.

Allen bajó la vista al suelo y sacudió la cabeza.

—Anda, vámonos a casa —le dijo Victoria alargando la mano hacia él.

Entre ellos se instaló un prolongado silencio. Indeciso, James miró a Victoria a los ojos, luego volvió la cabeza hacia la entrada de la sima. Por último, desvió la mirada a la pistola con arpón que sostenía en la mano, suspiró sonoramente y la lanzó al vacío. Sacó el teléfono móvil del bolsillo, habló con Patricia durante unos minutos y colgó.

—De acuerdo, volvamos a casa —dijo aceptando con una sonrisa triste la mano que le tendía Victoria.

****

52

Isla de Gavdos, Grecia

Samara descendió del Range Rover tan apresuradamente que no se molestó ni en cerrar el vehículo. Únicamente le importaba una cosa: el saco de arpillera que cargaba sobre el hombro derecho repleto de rubíes, gemas y esmeraldas. Con pasos vacilantes, a causa del peso que soportaba, ascendió los tres peldaños que le separaban del portón de su casa. Durante los veinte minutos siguientes se dedicó a recoger lo imprescindible para su huida.

Con todo preparado fue directo a la biblioteca, cruzó la estancia hasta la puertaventana que daba al jardín posterior, y la abrió. Antes de salir echó un último vistazo melancólico a su casa. No lo había planeado así y no debería haber tenido que escapar de esa manera. No obstante, no todo estaba perdido. Con la considerable fortuna que cargaba al hombro, podría elegir el sitio del mundo que quisiera para vivir…

Samara volvió en sí y, a través del jardín, se encaminó al helicóptero, que reposaba plácidamente sobre una plataforma de hormigón. Cuando liberó los anclajes del suelo, abrió la portezuela trasera y dejó caer el saco con el tesoro dentro. Acto seguido, se instaló en el asiento del piloto y encendió las baterías. Con el fluido eléctrico chequeó todos los niveles. Por último, arrancó el motor y las palas empezaron a zumbar; en cuanto el rotor alcanzó la velocidad óptima, tiró del mando colectivo y el aparato comenzó a elevarse entre sacudidas. Apenas se hallaba a un palmo del suelo cuando dos potentes reflectores alumbraron la cabina de la aeronave, deslumbrándolo.

La voz autoritaria del teniente Spanoulis resonó por un megáfono, justo cuando dos helicópteros de combate invadían su jardín alborotando las copas de los árboles.

****

53

Isla de Gavdos, Grecia

A El Yanapuma le costaba respirar. Sus otrora pasos gráciles se habían convertido en torpes movimientos agónicos y un chorro de sangre salpicaba la roca del saliente de la cornisa, donde había caído. Los ojos ambarinos ya no mostraban fiereza, sino angustia. El animal soltó un profundo estertor y se tumbó. Los músculos agotados ya no aguantaban su peso. Su mundo de tinieblas tocaba a su fin.

Cada seis segundos le llegaba el fulgor luminoso del faro. Su lugar favorito. Él lo vio construir; asimismo, estuvo presente cuando una escuadrilla de Junkers Ju 88 lo destruyó aquella noche lluviosa de marzo. Los nazis ordenaron arrasar la isla pensando que era utilizada por los aliados como una base de operaciones secreta. También desfilaron por su mente los recuerdos de Sami, de su hijo Wari y de su compadre Rodrigo. La alegría de que pronto se reuniría con ellos le dio fuerzas para afrontar la muerte.

Aquella anciana le avisó de que el precio de la venganza sería alto, si bien jamás se figuró cuánto. Después de casi cinco siglos vagando por el mundo convertido en un vil asesino, su plan para ponerle fin a su vida había funcionado. Por un momento, a punto estuvo de estropearlo todo en el cementerio. Pero aquel grito salvaje y primitivo que soltó el extranjero mientras lo acometía blandiendo aquel rastrillo, le trajo a la memoria el recuerdo del cruento combate a orillas del río Marañón, creándole el momento justo de confusión en el que la bestia no supo qué hacer.

Unos minutos después, el Yanapuma exhaló su último aliento, que sonó como un susurro apagado. Enseguida, comenzó la transformación: las garras se convirtieron en brazos y manos, el grueso pelaje que cubría su cuerpo desapareció, los colmillos se redujeron a simples molares, la espalda se tensó y curvó mientras los huesos se reajustaban a la nueva morfología…

Las viejas sombras desaparecieron.

Su boca dibujaba una sonrisa de esperanza.

Por fin, todo había terminado.

Por fin, el sargento de los tercios de España, Juan Bazán, el Vizcaíno, había muerto.

****

«Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.»
Friedrich Nietzsche

Año 1541 d. C.
Ribera del río Marañón

La anciana se volvió hacia él. Con ojos vacíos contempló en silencio durante un rato a Bazán y lo que se encontró fue un semblante sin rastro de humanidad. Al final, asintió pensativa.

—Precio… ser alto —repuso.

—Estoy dispuesto a pagarlo. Ya no tengo nada que perder.

Killa lo escrutó con la mirada. Los ojos de Bazán refulgían.

—Siempre haber que perder.

—Hoy, he perdido a mi mujer, a mi hijo y a mi amigo, ¿qué puede ser peor?

La vieja tardó en contestar; sin embargo, luego lo hizo.

—Vivir sin vida —respondió lacónica.

—No importa. Pagaré el precio que sea —dijo con resolución.

Los ojos de Killa buscaron a otras mujeres que, de inmediato, se levantaron del fuego, se separaron de sus maridos y se aproximaron. Durante un rato intercambiaron palabras en quechua y desaparecieron con sigilo en la selva. Al cabo volvieron y depositaron en el suelo hojas y flores. La bruja las cercenó con un cuchillo de pedernal para rituales y las echó al fuego dentro de una cacerola de cobre. Con el agua hirviendo, retiró la mezcla del fuego, la vertió dentro de un cuenco y la molió con un almirez al tiempo que recitaba una retahíla de palabras ceremoniales. Las demás mujeres, sentadas a su lado en la posición del loto, cantaban y se agitaban. Los hombres miraban la escena perplejos, pero no dijeron nada, se mantuvieron retirados y con la cabeza gacha.

Los niños lloraban.

El cielo se cubrió de nubes negras y la luna se ocultó.

Los relámpagos pintaron el cielo negro.

Repentinamente, los cánticos cesaron y la selva quedó en silencio.

La anciana se incorporó y anduvo hasta el Vizcaíno con los brazos extendidos y el cuenco sostenido entre las manos.

—Bebe —ordenó con un tono conminatorio que no admitía discusión.

El estómago de Bazán estaba cerrado, pero no titubeó. Tomó el recipiente, se lo llevó a la boca y bebió todo el contenido de un trago. En un primer momento, no sintió nada, únicamente un regusto amargo…

«Mmmm». *Algo comenzó a no ir bien.*

Cuando empezó a sentirse mareado y las piernas se tambalearon, se dejó caer al suelo y se sentó, parpadeando muy rápido para enfocar la vista borrosa. Miró en todas direcciones y se encontró solo. Las mujeres se hallaban al lado de sus maridos, sentadas a la luz de la lumbre. Buscó a la vieja, mas no había ni rastro de ella. Arrugó el ceño con expresión inquieta y sacudió la cabeza con fuerza…

El mareo aumentaba.

No había podido imaginarse todo eso, ¿o sí? Mientras se retorcía violentamente, se contempló el antebrazo y descubrió que le brotaban pelos fuertes y negros, y de las manos largas uñas…

¿Era real aquello?

Los gritos y alaridos cogieron a Don Francisco de Benavides y Acuña descansando en su tienda. La jornada no había transcurrido según lo planeado. Los renegados habían presentado más resistencia de la esperada, pero al día siguiente todo acabaría. Los aplastaría y no tendría piedad ni de las mujeres ni de los niños. Ese oro sería para él…

Se levantó del camastro como un resorte, cerró los dedos en torno a la empuñadura de su espada y en calzones abandonó la tienda. Lo que sus ojos le mostraron lo dejó sobrecogido. Todos los hombres yacían muertos, desmembrados. Junto a ellos un monstruo se daba un festín. Completamente negro volvió la cabeza y se enfrentó a unos ojos color miel que le miraron con fiereza. Rugió. El morro y los largos colmillos afilados rezumaban la sangre de los soldados. El salto fue tan repentino que el militar no lo vio venir. Lanzó gritos hasta que unas poderosas mandíbulas le mordieron el cráneo con los colmillos, perforándolo con pasmosa facilidad. Aún seguía vivo cuando escuchó los ruidos de la masticación.

Después, nada.

En cuanto hubo terminado, la bestia se bebió la sangre de sus víctimas y marchó, silenciosa.

Los relámpagos cesaron y las nubes se retiraron.

La gran luna volvió a brillar y las estrellas a titilar.

Los sonidos de la noche regresaron.

Con las primeras luces del día los hombres, mujeres y niños apostados en la orilla del río Amazonas aguardaron atemorizados que volviera a escucharse el redoble del tambor. Pero no lo hizo. Al cabo de dos horas, Bazán, los dos indios y Alonso Trujillo rodearon la barricada y con extrema cautela se adentraron en la selva. No podía ser que hubiesen desistido: el oro resultaba demasiada recompensa y ellos una presa demasiado fácil para dejarse vencer sin luchar.

En el campamento español encontraron diseminados los cuerpos sin vida de muchos soldados cuyos semblantes reflejaban un sufrimiento extremo. Achik y Akapana enmudecieron y sus rostros palidecieron. El Vizcaíno sintió que las piernas no le sostenían y se apoyó contra un árbol retorcido que crecía hasta el cielo. Trujillo contó hasta treinta cadáveres, incluyendo el de un oficial a la entrada de una tienda. Advirtieron que los muertos tenían el mismo aspecto que ya habían visto en otras dos ocasiones: secos, como si estuviesen momificados, y sin la parte superior de la cabeza.

—No puedo decir que me dé pena —dijo el extremeño, mirando en derredor.

—Alonso, vuelve al campamento y trae a los hombres. Debemos recoger todo cuanto sea de utilidad y marcharnos de aquí cuanto antes —ordenó el Vizcaíno, repuesto.

Trujillo desapareció tras una mata de árboles bajos y reapareció sin que pasara mucho tiempo con cinco hombres. Durante la siguiente hora recorrieron el campamento y apilaron víveres, armas y munición de los arcabuces, renovaron las armaduras de guerra, y se cambiaron el calzado y la ropa interior. Cuando hubieron terminado, regresaron al río. Sobrecargaron a los animales que quedaban vivos con el oro que pudieron, el resto lo tiraron al río.

Bazán se sentía inquieto. Pese a que el ejército español había desaparecido y milagrosamente volvían a tener el camino despejado, algo lo incomodaba sobremanera. Con gesto preocupado se acercó a la viuda de Rodrigo y le preguntó por Killa, la anciana que anoche le dio a beber aquel brebaje de sabor tan extraño.

—¿Killa? —le respondió torciendo el gesto—. Killa quedar en poblado. Nunca venir con nosotros.

La respuesta lo dejó atónito. Con todo listo se pusieron en camino y en una semana sin más contratiempo llegaron a las proximidades de Tumbes, en la costa. El Vizcaíno, acompañado de Oñate y del Marino, se acercaron a la ciudad, anduvieron por sus calles como unos españoles más y se acercaron al puerto, que espiaron con discreción.

—¿Cómo llegaremos al Atlántico? En estas condiciones no podremos ir a Panamá, cruzar el istmo a pie y volver a agenciarnos otro navío en el golfo.

»Además, aunque lo lográsemos, nos meteríamos de lleno en la ruta de las flotas de India —dijo Bazán.

—Podemos ir por el estrecho de Magallanes —apuntó como idea Oñate.

—No iremos a Panamá, ni por el estrecho de Magallanes. Darían con nosotros —anunció lacónicamente el Marino, interviniendo en la conversación.

Sus dos compañeros lo miraron fijamente.

—Veréis —siguió diciendo—, hace años coincidí con un marino

llamado Francisco de Hoces y me refirió una historia. En 1525, mandaba una carabela llamada San Lesmes *en el estrecho de Magallanes. A causa de una tormenta se vio forzado a viajar al sur, hasta los cincuenta y cinco grados, y descubrió un paso que une los océanos Pacífico y Atlántico. Hay que bordear una isla llamada Hornos. La identificaremos fácilmente porque más al sur ya no hay nada.*

Oñate lo miró atónito.

—¿Y qué condiciones de navegabilidad tiene? —preguntó.

—Malas, Oñate, muy malas a decir verdad. Los vientos son fuertes y el oleaje pone a prueba al buque más resistente. Pero el principal peligro son los icebergs.

—¿El qué? —preguntó el Vizcaíno.

—Los icebergs —le explicó Oñate— son masas de hielo de gran tamaño que quiebran la madera con la facilidad con la que un cuchillo caliente corta la manteca.

Sus palabras los sumieron en el silencio y los tres se miraron entre sí durante un rato. Finalmente, el Vizcaíno dijo:

—Nos arriesgaremos. No hay alternativa.

El sol casi tocaba el mar y pintaba el agua de la bahía de un color rojo ocre. De entre todas las embarcaciones fondeadas eligieron un galeón de carga de la Flota de Indias, tendría unos cuarenta metros de eslora y nueve de manga, y estaba a oscuras. Necesitaban un buen barco o, en lo que coincidieron Oñate y el Marino, no sobrevivirían.

Aquel en el que pusieron los ojos parecía el más duro y resistente. Desplazaría unas trescientas cincuenta toneladas y levantaba tres palos —mesana, mayor y trinquete—, que vestían velas cuadras; salvo el mesana, que era latina; un alto castillo en la proa y otro en la popa. En cuanto al armamento, portaba cuatro cañones en cada costado y dos falconetes en la cubierta. Y lo que era más crucial, estaba pertrechado, probablemente para hacerse a la mar con la primera marea del alba.

Oñate permaneció vigilando y los otros dos emprendieron el regreso al campamento. En cuanto las luces del día se apagaron del todo y la oscuridad reinó de nuevo, volvieron a la ciudad, la atravesaron con sigilo esquivando las patrullas y se plantaron de nuevo en el embarcadero. El aire olía a salitre y brea. El navío se hallaba fondeado al lado del muelle. A bordo únicamente se hallaba un vigilante. El Vizcaíno se reclinó a fin de reducir la silueta. Con pasos cautelosos se deslizó dentro del galeón por una pasarela suspendida y tomó una cabilla de una mesa. Sigilosamente se aproximó por la espalda al guardia y lo golpeó con fuerza en la cabeza. El hombre, con expresión perpleja, puso los ojos en blanco y se desplomó contra la madera de la cubierta.

A continuación, Bazán realizó un gesto con la mano y todos abordaron el navío. Dos hombres agarraron al marinero inconsciente o muerto, tampoco se detuvieron a reparar en ello, y lo largaron por encima de la

borda. El cuerpo salió volando y cayó a plomo impactando contra el agua. El ruido del chapoteo provocó un gesto de disgusto en el Vizcaíno y el encogimiento de hombros en los lanzadores. No había tiempo que perder, por esa razón estibaron todos los fardos en cubierta y, sin demora, jalaron de los cabos y aparejaron el barco para navegar.

Siguiendo las instrucciones de Oñate y del Marino, que se había puesto a la caña, levaron anclas y se alejaron, poco a poco, del amarradero, dejando atrás un bosque de mástiles. En mar abierto, orzaron a estribor y, antes de que hubiera despuntado el alba, navegaban rumbo Sur con todo el velamen hinchado por el viento. Con el fanal de popa apagado, se alejaron de la habitual Ruta de las Indias, donde las probabilidades de encontrarse con otros galeones españoles eran altas. En dos horas, la tierra firme únicamente era una ligera línea difusa en el horizonte, visible solo con un catalejo desde la cofa del mayor. La nave respondía al nombre de Nuestra Señora de Guía*, y además de resistente resultó ser muy marinera.*

La vida a bordo fue más confortable de lo esperado. Realmente el galeón estaba pertrechado para acoger setenta marineros más ciento treinta soldados, en tanto ellos apenas llegaban a la treintena, entre hombres, mujeres y niños; así pues, gozaban de una cierta intimidad y comodidad. El Vizcaíno se instaló en la cámara del capitán, y el Marino y Oñate, en la del piloto, ambas a popa; el resto, se distribuyó en coys colocados a lo largo de las toldas para eludir las inclemencias de la intemperie. El tesoro lo guardaron en la bodega de carga, junto a los víveres.

Navegaron hasta los cincuenta y cinco grados latitud sur y llegaron a los confines de la tierra. Bordearon la isla de Hornos. Como era de esperar sufrieron fuertes vientos y olas gigantescas, aunque no divisaron ningún iceberg, y muy pronto se encontraron en medio del Atlántico, lejos de cualquier signo de civilización.

Un anochecer, cuando el galeón navegaba a una velocidad constante de cuatro nudos, Oñate deambulaba por la cubierta principal. Detuvo los pasos junto a la borda de estribor. La mar estaba rizada y el barco cabeceaba con el choque de las olas. Permaneció embelesado observando cómo la luna llena subía. Jamás había visto tantas estrellas juntas. La refrescante brisa nocturna le revolvía el largo cabello. Alzó la mano derecha con el astrolabio y apuntó con la mira hacia la Osa Mayor. Procuraba fijar la posición de las estrellas para determinar la latitud y confirmar que el rumbo de la embarcación era el correcto. El rumor del agua pasando por los costados del barco le impidió escuchar unos pasos que se aproximaban.

—Parece el paraíso —dijo alguien a su espalda.

El salmantino se volvió, y se relajó cuando reconoció al Vizcaíno.

—Con lo que hemos pasado… —respondió a modo de explicación.

Bazán inclinó la cabeza.

—Lo siento por los que no están —dijo.

Entre ellos hubo un prolongado silencio.

—Mira, Vizcaíno —murmuró al fin Oñate—, nunca tuve ocasión de decirte cuánto sentí lo que te ocurrió. Fue horrible. Ningún padre debería tener que enterrar a sus hijos.

Juan permaneció ensimismado unos minutos mirando el océano que, inmenso, se abría a su alrededor iluminado únicamente por una franja plateada. Al cabo de un momento, cuando Oñate pensaba que quizá no le había escuchado, el Vizcaíno asintió muy despacio y se volvió hacia él.

—Gracias. —Le dio una palmada en la espalda y desapareció bajo la toldilla. Esa noche se sentía mareado y el corazón le latía desbocado: necesitaba descansar. Comió y bebió bien, pero no se sentía satisfecho, necesitaba más. En su cámara, se despojó de la ropa, sopló sobre el pabilo del cirio prendido, y se sentó en el borde del camastro. Sintió que algo iba mal en su cuerpo y se pasó la mano por la cara para barrer el sudor que la cubría, luego se tumbó de costado y comenzaron los temblores y el castañeo de dientes. Recordaba vagamente la última vez que experimentó esa misma sensación. Fue en la playa… después de que la vieja le diera a beber aquel brebaje… ¿o todo eso no fue más que el fruto de su imaginación?

Transcurridos unos minutos, una fiera negra, perversa y llena de maldad recorría las entrañas del galeón…

En el exterior, el cielo se oscureció con densos nubarrones y el viento, que soplaba del este, venía cargado de mucha humedad. La lluvia no tardó en hacer acto de presencia y el mar se alteró. Bajo la intensa tormenta el galeón cabeceó fuertemente al vaivén de las olas y las cuadernas crujieron, hasta el límite de su resistencia.

A la mañana siguiente, salvo en la cubierta, que se hallaba algo alborotada y sembrada de aparejos, no quedaba ni rastro de la tormenta. El cielo se veía despejado y unas nubes blanquecinas se movían gráciles con el ligero viento que rolaba ahora del sur. Aún no se había acabado de desperezar el sol cuando el grito de angustia de una mujer despertó al barco. En un momento reinó la confusión y todos se aprestaron a la carrera hacia el lugar de donde procedía el alarido. Para su desasosiego, encontraron el cuerpo mutilado de uno de los hombres: seco y sin la parte superior de la cabeza. Se oyó una palabra olvidada por todos: Yanapuma.

En las semanas posteriores se produjeron más ataques. El terror se adueñó de la tripulación y la maldición que lanzara el chamán en el poblado antes de morir estuvo más presente que nunca. Por fin, tomaron una decisión para poner fin a aquellos ataques. Comenzaron por los animales de carga e improvisaron un ara en el combés, donde colocaron el ídolo de arcilla. Pero las muertes continuaron. Unas semanas después, sacrificaron al primer niño. Cada luna grande que pasaron en el mar, el

altar ceremonial volvió a cobrarse una vida. Con el transcurrir de los días el puma negro simplemente desapareció y, por fin, cerraron el arcón donde, según la tradición, guardaban los cráneos mutilados.

Habían transcurrido tres meses desde que salieran de Tumbes cuando las aguas bravas del océano Atlántico dejaron sitio a un remanso de calma y serenidad. En la espartana cámara del capitán se celebró una reunión a la que asistieron el Vizcaíno, el Marino, Oñate y Mansilla, que gozaba del favor de los hombres en sustitución del malogrado Rodrigo Alvarado. Los cuatros se encontraban de pie en torno a una mesa llena de arañazos y quemaduras de cera. Bazán hizo sitio y extendió encima de ella un mapa cartográfico del Mediterráneo, que estudiaron con interés durante un rato. Una jarra de vino, de la vajilla del capitán, reposaba en una alacena próxima, y cada uno sostenía una copa llena del licor en la mano. La estancia estaba iluminada por la luz que proyectaba el pabilo ardiendo de una vela, sujeta en una palmatoria de latón, y que temblaba por la brisa que se colaba por los ventanales emplomados de la cabina, que permanecían abiertos.

—No podemos pasarnos toda la vida en este barco. Necesitamos encontrar un sitio donde establecernos —apuntó Mansilla—. El agua y los alimentos escasean y pronto empezarán a extenderse las enfermedades: fiebres, escorbuto… Amén de que los hombres cada vez le dan más al ron y las cuitas están a la orden del día. Vizcaíno —dijo, mirándolo a la cara —, este es un sitio insalubre para criar a los niños.

Bazán dirigió la mirada a los demás esperando escuchar sus opiniones; entre tanto, echó mano de la copa y dio un largo trago de vino, luego la volvió a dejar encima de la mesa.

—Mansilla tiene razón —intervino el Marino—. Además, está la cuestión del… —dijo vacilante—. Bueno, ya sabéis. —No fue necesario que concluyera la frase, todos sabían lo que quería decir.

—Y vos, Oñate ¿qué pensáis? —le preguntó Bazán.

Oñate abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Dudó, aunque finalmente dijo:

—Yo prefiero vivir aquí. Sopesadlo, tenemos espacio de sobra y estamos a salvo. No olvidéis que Carlos nos busca para ahorcarnos. Si necesitáis aguar —y desvió la mirada a Mansilla—, podemos hacerlo en algún puerto o isla.

—¡Válgame Dios, qué disparate! —soltó Mansilla— ¿Cuánto tiempo creéis que tardaremos en cruzarnos con algún barco español? ¿Y entonces, qué? ¿Nos enfrentaremos a ellos con cuatro cañones y una dotación llena de mujeres y niños?

—¡Calmaos todos! —intervino el Marino, poniendo paz—. Si nos decidiéramos por afincarnos en algún lugar, ¿adónde iríamos?

Bazán carraspeó para llamar la atención de los presentes. Sus ojos buscaron en el mapa, estiró el brazo y colocó el dedo índice sobre un

punto. Los otros tres se inclinaron hacia adelante a fin de acercarse más.

—Gavdos. Es una isla al sur de Creta. Oí decir una vez que está deshabitada. Ahí no nos faltará de nada y gozaremos de buen clima.

El Marino examinó el mapa con ojos interesados y estudió los accidentes geográficos rascándose la barba.

—Parece muy montañosa. En la costa norte… por aquí —dijo, señalando con el dedo— hay una playa donde podríamos fondear.

—Exactamente, Marino. Es el único acceso. La isla es fácil de proteger. El resto de la costa lo forman acantilados. Únicamente tendríamos que vigilar un punto. Sería coser y cantar.

En la cámara todos quedaron pensativos.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Mansilla saliendo de su mutismo.

El Marino inclinó la cabeza.

—Yo también.

Todos miraron a Oñate, que se apoyaba con los dos puños sobre la mesa. Les dio la espalda y anduvo hasta los ventanales abiertos; por un instante, paseó la vista por el mar y el crepúsculo. Bajó la mirada al abanico de espuma que desplegaba el barco al surcar las aguas del Mediterráneo y llenó los pulmones con la fresca brisa marina; entre tanto, sentía seis ojos clavados en la nuca. Al cabo dejó escapar un suspiro, y dijo:

—Está bien, me apunto.

Todos rieron y aclamaron la idea. Jubilosos, sellaron el acuerdo entrechocando las copas y apurando el contenido. Estaba decidido: se quedarían a vivir en aquella isla. Reunieron a los tripulantes en el combés, en torno al palo mayor, y les contaron los planes. La propuesta fue recibida por todos con entusiasmo y se mostraron contentos de poder abandonar el cascarón que había sido su hogar durante los últimos meses. También sintieron alivio. No hablaban de ello; sin embargo, la presencia inexplicable del Yanapuma en el barco les había alterado el estado de ánimo y abrigaban la esperanza de dejarlo atrás cuando desembarcaran.

El Vizcaíno mandó soltar todo el trapo y navegaron de bolina a barlovento. El Nuestra Señora de Guía *se inclinó con el viento de cara y avanzó con celeridad por las calmadas aguas del Mediterráneo. Mostraban prisa por llegar a su destino y lo alcanzaron en pocos días. Francisco de Montejo fue el primero en avistar la isla el 7 de abril de 1542. Un cielo anodino aún presentaba un tono rojizo y los tempranos rayos del alba chisporroteaban sobre el agua, que iba adquiriendo un brillante color cerúleo. Una bandada de pájaros formando una uve sobrevoló el galeón regresando a latitudes más cálidas. El marinero que cumplía la guardia en la cofa de serviola oteaba el horizonte haciéndose sombra en la cara con la mano. Repentinamente forzó los ojos y sobresaltado vociferó aquello de:*

—¡Tierra a la vista!

Una gran tribulación recorrió todos los rincones de la embarcación y

sus habitantes salieron en tropel al combés, rodearon el bote salvavidas, subieron al castillo de proa, y se apiñaron curiosos junto a las bordas de babor y estribor. A poco más de una milla frente a ellos y recortada contra un cielo azul intenso, se alzaba una imponente pared vertical de roca desnuda y perfil aserrado, sobrevolada por una pareja de rapaces. El mar picado rompía con fuerza contra los acantilados en una explosión de espuma plateada y trueno.

Nadie hablaba, únicamente observaban anonadados el paisaje rocoso que se abría ante ellos y la multitud de colores de las aguas que circundaban la isla. El Marino hizo virar la embarcación, que orzó con el cambio de rumbo, y bordeó la costa hasta el norte de la isla. Frente a una cala de arena dorada y agua cristalina, recogieron el trapo y fondearon, alejado de los bajíos. Arriaron el bote y bajaron a tierra el Vizcaíno, Mansilla y dos hombres más. Durante tres días con sus noches, exploraron la isla de un extremo a otro y cuando estuvieron seguros de que no había peligros y hubieron elegido el mejor sitio para levantar el campamento, regresaron al galeón y comenzaron los preparativos para el desembarco. Completada la tarea, resolvieron que lo mejor era hacer desaparecer la nave. Eso los condenaba a permanecer en la isla, pero en aquel mar tan azul refulgía igual que un fuego en la noche, era visible a muchas millas y podría atraer a ojos curiosos. Apostados en la orilla, los hombres, mujeres y niños escucharon perplejos la abrumadora detonación. El galeón saltó por los aires, se partió en dos y desapareció bajo aquellas aguas en un abrir y cerrar de ojos. No lo lamentaron, el Yanapuma moría con él y su pasado también.

Al poco comenzaron a levantar la aldea a partir de los restos de un asentamiento pirata con pinta de haber sido abandonado recientemente y, en un año, estuvo completamente terminada. Buscaron un emplazamiento para ocultar el tesoro y el Vizcaíno quedó como su custodio. En una exploración más a fondo de la isla, los indios encontraron oculto en la roca un complejo y tortuoso laberinto de cuevas naturales que finalizaban en una amplia caverna de forma rectangular. Sin saberlo, habían dado con la cueva de Calypso que había permanecido oculta al ojo humano durante milenios. En aquel espacio alzaron un ara de piedra, imitando al que había en su poblado, a muchas lunas de allí, y depositaron sobre ella el ídolo de arcilla.

Comerciaron con los pueblos cercanos. Adquirieron útiles de labranza, semillas y animales domésticos, y comenzaron a cultivar la tierra. Pasaron los años. Todos envejecieron y murieron, salvo el Vizcaíno, que pareciese haber hecho un pacto con el diablo.

Con el paso del tiempo, se fue transformando en un hombre cada vez más solitario y huraño.

Un buen día, el Yanapuma tornó como un maleficio y la población de la isla, heredera del espíritu y las tradiciones del Amazonas, resolvió

protegerse creando la Hermandad. Eligieron a diez personas representativas de la vida en la isla y, como símbolo de su pertenencia, fundieron anillos con la plata traída del Perú. En su interior, grabaron un mensaje conmemorativo: Fraternitati fieri crediderit et protegit. *Su misión era organizar los sacrificios humanos, que resultaban ser la única arma que se había mostrado eficaz para mantener a raya al engendro de artes milenarias, y así se mantuvieron a través de los siglos hasta la actualidad…*

****

Epílogo

Lochcarron, Tierras Altas de Escocia
Cinco meses después

El día en Lochcarron había amanecido encapotado y gris, amenazando lluvia. La negra silueta del pico Sgorr Ruadh, con sus 962 metros de altura, se alzaba imponente sobre el valle. Poco a poco, la típica bruma escocesa comenzaba a desparramarse por la falda de la ladera. Habría que apresurarse, porque en una o dos horas no se vería nada a medio metro de distancia.

El caserío *Morning Star* parecía una insignificancia en medio de Glen Carron. La fachada de granito renegrido estaba casi escondida bajo un manto de hiedra y las balconadas de hierro recubiertas por una pátina cobriza de óxido. Del tejado de pizarra sobresalían los tiros de dos chimeneas que, en ese momento, dispersaban el humo blanco procedente de dos hogares encendidos para contrarrestar la humedad otoñal de las Highlands. El magnífico caserón estaba circundado por unos terrenos a los que se accedía por un antiguo puente de piedra.

Junto a un nervudo y centenario pino escocés, había levantada una carpa beis adornada con flores blancas y cirios altos prendidos. Diez bancos corridos de madera oscura flanqueaban un pasillo central recubierto por una alfombra roja y pétalos de rosa. Los invitados del novio se sentaron en la bancada de la derecha, como marcaba la tradición, y los de la novia en la de la izquierda. Habían intentado mezclarse, pero el párroco se había opuesto de manera tajante bajo amenaza de no celebrar el enlace. Como Victoria no era de allí y, salvo Anne Marie, carecía de familiares, James le había «prestado» algunos amigos comunes —Patricia, Collins y Alex— para que sus asientos no estuvieran tan desiertos, incluso había convencido al viejo párroco de que Abigail, la sexagenaria directora del reputado instituto de Glasgow San Mungo, en el cual James había sido profesor de

Historia, coló como una tía lejana de Victoria.

Los hombres lucían el tradicional *Highland kilt* y las mujeres vestidos largos de noche, cuidadosamente confeccionados para la ocasión, y grandes pamelas. Un grupo de gaiteros anunció con sus instrumentos la entrada de la novia, tocando la *Marcha nupcial* de Mendelssohn.

—Estamos aquí reunidos a fin de unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio…

El párroco McGregor, un anciano enjuto de casi noventa años, oficiaba la ceremonia tras un altar de nogal y oro traído del pueblo *ex profeso* para la ocasión. Frente a él, los novios: James y Victoria, quien lucía un espectacular y atrevido vestido de encajes blanco y larga cola, que había levantado murmullos de admiración. Los padres de ambos habían fallecido y carecían de hermanos u otros parientes; de modo que Ellen, la mujer de Matthew, el viejo matrimonio que cuidó de Allen, hizo de madrina del novio; y Alex, el mejor amigo de James, fue el encargado de llevar a Victoria al altar cogida de su brazo.

—Por consiguiente, si alguno de los presentes conoce alguna razón legal para que esta unión no pueda llevarse a cabo, que se levante y lo declare o calle para siempre…

Todos los asistentes echaron de menos a Lee, la mujer de Alex, que no había podido superar el mazazo de la muerte de su hija Miranda, y se había marchado con su otro hijo, Mark, a Japón, a pasar una temporada con sus padres. Desde entonces, Alex no había levantado cabeza. Se había mostrado reservado y poco comunicativo con los demás, y su antaño rostro jovial se veía ahora cubierto por el manto de una desazón que aún tardaría años en mitigarse. Nada más verle, James tuvo la certeza de que su amigo nunca volvería a ser el mismo.

—James Fleming, ¿tomas a esta mujer, Victoria, como tu legítima esposa…?

Victoria se inclinó hacia James.

—¿Fleming? —le dijo al oído en un susurro.

James exhibió un asomo de sonrisa e hizo una mueca.

—Era un secreto de familia. Pensé que si conocías mi verdadero nombre no querrías casarte conmigo.

—¿Algún secreto más que deba conocer?

—Ninguno tan relevante como este.

El párroco carraspeó fastidiado por la interrupción.

—¿… y en la enfermedad? ¿Prometes serle siempre fiel y mantenerte siempre a su lado hasta que la muerte os separe?

James buscó con la mirada los ojos de Victoria; por un instante, se le pasó por la mente que aún estaba a tiempo de darse la vuelta y salir de allí como un hombre soltero; sin embargo, asintiendo con solemnidad proclamó:

—Lo prometo.

—*Victoria, ¿tomas a este hombre, James Fleming, como tu legítimo esposo y en presencia de Dios prometes amarlo, honrarlo y cuidarlo en la salud y en la enfermedad? ¿Prometes serle siempre fiel y mantenerte siempre a su lado hasta que la muerte os separe*?

Victoria miró a James con ojos húmedos.

—Lo prometo.

Después, intercambiaron los anillos y el párroco los bendijo.

—Hijo, puedes besar a la novia.

James levantó el velo que cubría el rostro de Victoria, la atrajo hacia sí y la besó tiernamente, en tanto una algarabía jubilosa llenaba la carpa ensordeciendo la música de los gaiteros.

—Bueno, muchacho, esto se acabó —le dijo el viejo Matthew a Collins, echándole el brazo sobre los hombros—. Vayamos ahora a por esa copa de *whisky*.

Sobre la repisa de una consola de roble del vestíbulo del caserón yacía un ejemplar del periódico local doblado descuidadamente por la mitad. Algún invitado lo habría olvidado allí. Un pequeño titular encabezaba un minúsculo artículo: «Encuentran en la Amazonia peruana el cadáver momificado de un hombre al que le faltaba media cabeza».

****

Agradecimientos

Con esta mi segunda novela, he podido seguir experimentando la magia de la escritura. Trasladar a un papel todo aquello que te fluye en la mente, de una forma más o menos ordenada, no puede ser considerado de otra manera. Este viaje mágico, sin embargo, no puede hacerse solo. Necesitas de otras personas que te ayuden a completarlo; lo que, por otra parte, lo hace verdaderamente fantástico. Por eso, me resulta imprescindible mostrar mi más sincero reconocimiento a todos aquellos que me han ayudado. Si me olvido de alguien le pido que me perdone, no ha sido intencionado.

«El Winchester» de Las Rozas se ha convertido realmente en el sitio perfecto donde encuentro la inspiración que necesito. Acaso, personas como Jerusalem o Pepi me ayudan mucho en eso. Gracias de todo corazón. En cada esquina de su confortable terraza sigo viendo a mi añorado Ronete tumbado sobre la alfombra de césped. Te echo de menos, amigo.

Gracias de nuevo a mis primeros lectores por dedicar su tiempo libre a ayudarme a mejorar el manuscrito. A Loles, mi suegra, una devoradora de libros; a mi hermano, Jose Antonio, por hacer el esfuerzo de leer con todo cariño y corregir mi manuscrito cuando ni siquiera le gustan este tipo de novelas; y a Elisa Moreno: si fueras un personaje de ficción, sin duda que James Allen se enamoraría de tu pasión. Tus comentarios, han hecho mejores a mis personajes.

Como siempre, gracias también a Ángeles, mi amiga, que sigue creyendo en este proyecto sin desánimo.

Gracias a mi mujer, Beatriz, por su apoyo y por facilitar que pueda dedicarme a esta pasión. Yo solo jamás lo podría hacer.

Por último, me gustaría decir que si algún día puedo ver cumplido el sueño de que mis personajes dancen por la televisión, será gracias a dos personas: José Miguel Romaña, mi agente, que se está empeñando en ello; y a David, mi cuñado, a quien agradezco de corazón sus ideas creativas y su ayuda para entender el mundo audiovisual.

RELATOS DE JAMES ALLEN Y PATRICIA BANNER

TAMBIÉN LOS DEMONIOS TIEMBLAN (1)

Las brumosas Highlands sirven de marco ambiental a un asombroso relato de misterio. El espeluznante hallazgo de las vísceras de cuatro adolescentes en los páramos escoceses tiene aterrorizada a la población de la pequeña localidad de Lochcarron, que ve en estas mutilaciones la mano de «el Que Susurra», un espíritu celta ancestral que habita en los lagos.

Un *thriller* ingeniosamente construido en el que el arqueólogo marino James Allen y la agente novata Patricia Banner, de la Policía de Escocia, pondrán a prueba sus creencias en una encarnizada lucha contra un oscuro adversario.

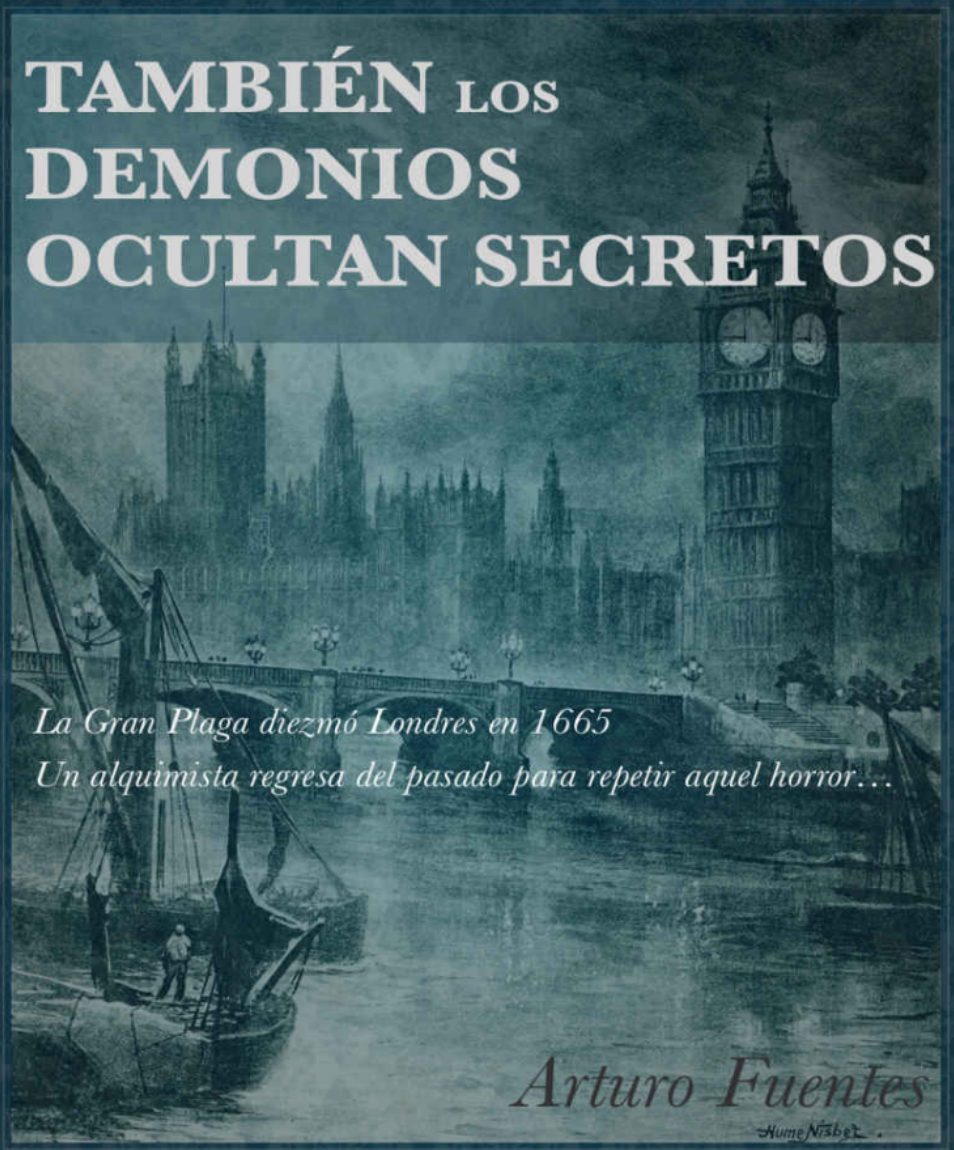
James Allen y sus compañeros se verán envueltos de nuevo en una realidad aterradora. Lo que comenzó como unas vacaciones para preparar una boda en la isla griega de Gavdos, se convertirá en un episodio trágico de funestas consecuencias. Fuera de su hábitat, no solo deberán hacer frente a un siniestro grupo denominado la Hermandad, sino también a una oleada de asesinatos idénticos a los acaecidos casi cinco siglos atrás, a once mil kilómetros de distancia.

Tras impartir una conferencia en la Universidad de Chicago, James Allen conocerá a Alessia, una joven italoamericana que le pedirá ayuda para encontrar a su padre, secuestrado por un poderoso grupo denominado Sol Negro. El rescate: un maletín de la Ahnenerbe, una siniestra organización nazi, que lleva más de setenta años ocultando un terrible secreto en su interior.

Junto a una brillante agente especial del FBI, el escocés y Patricia Banner se enfrentarán a una serie de extraños asesinatos. Sin poder evitarlo, se verán envueltos en una conspiración que implicará al mismísimo presidente de Estados Unidos.

Tercer relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS

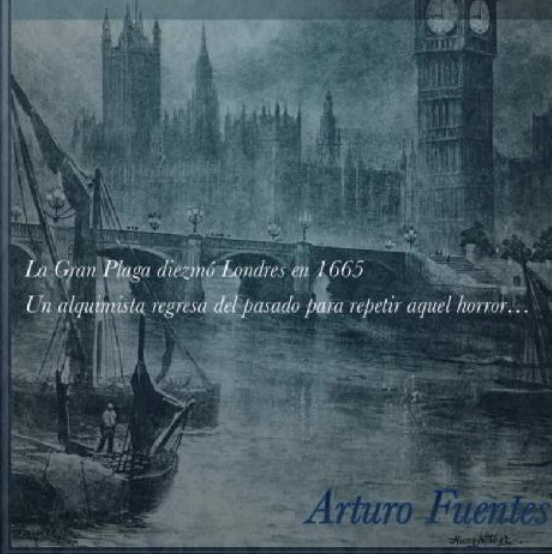


La Gran Plaga diezmó Londres en 1665
Un alquimista regresa del pasado para repetir aquel horror…

Arturo Fuentes

Tercer relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS



La Gran Plaga diezmó Londres en 1665
Un alquimista regresa del pasado para repetir aquel horror…

Arturo Fuentes

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS

Tercer relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS

Arturo Fuentes de la Orden

Edición octubre 2019
© Arturo Fuentes de la Orden Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de la Comunidad de Madrid. Inscrito con número de asiento: 16 *2019* 278
ISBN: 978-10-81-52914-7
Diseño de la portada: Arturo Fuentes de la Orden Imagen: iStock.com
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

Arturo Fuentes de la Orden nació en Huelva en 1968; casado, actualmente reside en la madrileña localidad de Las Rozas. Se graduó en Derecho por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE) y durante veinticinco años se ha dedicado al mundo de la empresa, ocupando diversos puestos de responsabilidad.
La publicación de su primera novela, *También los demonios tiemblan* (galardonada con el certamen literario «Isla de las letras» 2018), supuso el comienzo de la saga *También los demonios…* (disponible íntegramente en Amazon). Protagonizada por el arqueólogo marino escocés James Allen y la sargento Patricia Banner de la Policía de Escocia, está inspirada en diferentes mitos y leyendas de todo el mundo.

Twitter: @afuentesorden Facebook: Arturo Fuentes de la Orden Instagram: @arturofuentesdelaorden Mail: afuentesdelaorden@gmail.com Blog: http://arturofuentes.blog

A Beatriz

«Vi dos o tres casas marcadas con una cruz roja en sus puertas, y "Que Dios se apiade de nosotros", escrito en ellas; lo cual fue triste para mí, pues, que yo recuerde, fueron las primeras que vi.»

Entrada del miércoles 7/6/1665
Diario de Samuel Pepys

Prólogo

Londres, Inglaterra

30 de marzo, 1665

SOBRE un Támesis crecido por las lluvias, un mercante de tres palos y bandera holandesa cabeceaba fondeado en una dársena móvil, junto a un ballenero de nombre Intrepide. *A bordo, bajo un intenso aguacero, los marineros se afanaban en trasladar los últimos fardos a las tres barcazas arrimadas a su costado de babor, usando para ello poleas, cuerdas y ganchos. No bien terminaron, el capitán comenzó a impartir órdenes a fin de desatracar. Procuraba adelantarse a la fuerte tormenta que se avecinaba y cumplir con su próximo compromiso. Con destreza, los lancheros separaron del filibote las abarrotadas embarcaciones y, remando fatigosamente, fueron aproximándose al puerto.*

Aún no habían salvado del todo la distancia cuando el buque mercante se desvanecía a lo lejos entre la ventisca y la niebla, orzado de babor y con el velamen hinchado por el viento. Poco tiempo después, solo quedó en la lejanía la precaria iluminación de su fanal de popa. Las barcazas avanzaron un poco más. Mientras tanto, miembros del gremio de cargadores aguardaban en el quebradizo embarcadero de madera. Chorreando agua y pasando frío estibarían en los almacenes aquella última remesa de mercancías. Sus gaznates secos les reclamaban el áspero roce del whisky*, que no les costaría encontrar en las tabernas que poblaban la zona. Borrachos, en el catre con una puta o envueltos en alguna reyerta era como acabaría aquella jornada, que ya se hacía larga y tediosa.*

—Esa caja no —ordenó un fulano, protegido del chaparrón con un

sombrero de piel de ala ancha y una capa de paño negro usada—. Esa cargadla en aquel carro.

En respuesta a sus palabras, un mozo que trataba de combatir el frío soltando aire sobre las manos se puso en marcha con displicencia. Agarrándola por las abrazaderas, trasladó una pequeña caja de cedro, de unos veinte centímetros de larga, hasta la parte posterior de un coche de dos ruedas que aguardaba cerca de la dársena. El cargador la empujó hasta el fondo y la caja quedó medio oculta entre marañas de paja húmeda. Satisfecho, se sacudió las manos y se alejó del carro entre la bruma, derecho al alboroto que provocaban varios tipos pegándose a la entrada de un tugurio maloliente.

Respondiendo al golpe de fusta, dos mulas arrancaron a andar sobre el irregular empedrado que cubría el pavimento repleto de charcos. Con un ligero traqueteo, el carro dejó atrás el puerto y el London Bridge, y se internó en las callejuelas mal iluminadas de la ciudad. A esas horas de la noche, no requirió ni diez minutos en llegar a Pudding Lane, donde torció a la izquierda en una confluencia de calles y abordó New Fish Street. Pese a los cuatro faroles del alumbrado público que las patrullas habían encendido al caer la noche, desembocó en una plazuela que se mantenía en tinieblas. Ocupando el lado norte, su destino: el contorno desdibujado de la iglesia de St Margaret, que se elevaba de la plaza con cierto aire fantasmal.

El cochero aminoró la marcha para bordear la plaza. Al grito de «so», tiró de las riendas y el carro se fue deteniendo, hasta quedar frente a unas amplias escalinatas de piedra que morían en la bruma. Al lado del bordillo, aguardaba un tipo soportando la lluvia.

—¿Es usted el doctor Wilhelm?

—¿Lo traéis?

El cochero, con el rostro embozado en un pañuelo y un sombrero de fieltro calado hasta las orejas, se limitó a mover la cabeza, apuntando a la parte posterior del carromato. El desconocido echó a andar con presteza hacia el montón de paja, haciendo crujir su capote. Rebuscó con la mirada en un primer instante y con las manos después, hasta que sus dedos se cerraron en torno a una abrazadera de cáñamo. Jaló entonces de ella, atrayendo hacia sí una pequeña caja con unos caracteres orientales escritos en la parte superior, y se la quedó mirando un momento. «Si no fuera por su contenido, pasaría por una caja de lo más convencional». Con ella bajo el brazo y exponiéndola a la lluvia, dio un rodeo al carro para volver a la parte delantera.

—Aquí tenéis —dijo, para, acto seguido, alargarle al cochero una talega de piel repleta con libras—. Está todo, podéis contarlo.

El cochero agarró la bolsa, la abrió y posó los ojos en las monedas de plata; luego volvió a cerrarla y la hizo desaparecer bajo el capotillo. Aprovechando el viaje, de un bolsillo del jubón extrajo una hoja plegada por la mitad, que entregó al desconocido.

—Esto es para vos. Vuestra copia del contrato. —Y dando por concluida la transacción, azuzó a las mulas sin esperar respuesta y salió pitando como alma que lleva el diablo.

Aún retumbaba el eco de los cascos en la solitaria plaza cuando el hombre ocultó el documento mojado y dio media vuelta. Todo lo rápido que pudo, trepó los escalones en diagonal y se plantó ante un pesado portalón de dos hojas, poblado de tachones de hierro oscurecidos por el tiempo. De un bolsillo sacó un llavero con dos llaves. Escogió la más grande y la hizo girar en una cerradura, que no ofreció resistencia. Una de las hojas se abrió como un libro, revelando un recinto aún más silencioso y oscuro que la propia calle. Antes de volver a cerrarla, se asomó y miró afuera, escudriñando la niebla.

Con un candil encendido en una mano y la caja pegada a la axila, se deslizó a paso enérgico sobre la nave lateral del recinto sagrado. Sus pisadas resonaban entre las columnas de mármol como si de un desfile militar se tratase. Entonces se paró delante de una puerta de rejas. Dejó la luz en el suelo y usó la otra llave, esta más diminuta. Una vez que oyó el estruendo del mecanismo, cerró los dedos en torno a un barrote de hierro y tiró de la cancela, que se abrió hacia fuera con un chillido estridente, como de cadenas arrastrándose por el pavimento. De nuevo guardó las llaves, agarró el candil y bajó dos tramos de angostos escalones, adentrándose en el interior de una húmeda cripta. Atravesó un arco descentrado y fue directo al extremo oeste de la estancia. Bajo una bóveda nervada había una trampilla que ocultaba más tramos de escaleras.

****

Londres, Inglaterra

2 de septiembre, 1666

—CUANTO os digo es cierto —afirmó, bajando la voz.

El resto lo miró con aire escéptico.

—No sé… —se atrevió a decir uno, poniendo voz al pensamiento de todos.

—¡¿Dudáis de mi palabra?!

Las conversaciones de las demás mesas se silenciaron y un centenar de ojos se clavaron en aquel hombre cuyos modales no parecían corresponderse con su aspecto elegante. La taberna The Old Shades se veía concurrida, si bien menos que antes de la epidemia que cubría los cuerpos de bubones. También se notaba en la algarabía. Un año atrás, el espacio estaría lleno del ruido de conversaciones altas y risotadas; pero, desde entonces, casi cien mil londinenses habían muerto de una forma horrible y

la desconfianza se había instalado en la ciudad.

—No dudo de vuestra palabra, Lord Hanson, ninguno lo hace. Ahora bien, si pudiera mostrarnos alguna prueba de su certeza…

El caballero, que seguía de pie con los puños en la mesa, relajó el gesto y se estiró el sayo de paño fino. Luego volvió a tomar asiento.

—No soy ajeno a la hipótesis oficial de que las ratas pudieran ser las causantes de esta pandemia; no obstante, yo manejo otra teoría. —Su voz se apagó momentáneamente para mirar de soslayo de un lado a otro—. Un tipo que dice ser doctor lleva tiempo haciendo experimentos en el sótano de la iglesia de St Margaret, en New Fish Street.

—¿Un católico? —preguntó alguien, sentado al otro extremo.

El hombre realizó un silente gesto de asentimiento, sin dejar lugar a las dudas.

—Y extranjero —añadió—. Me lo ha dicho mi ama de llaves. Su palabra no ofrece duda alguna. Lleva años sirviéndome.

Los demás lo observaron con repentino interés, exigiéndole más información.

—Hará cosa de un mes contraté una ayudante de cocina que, según sus referencias, trabajó hasta hace bien poco en la iglesia…

La dueña de la taberna The Old Shades, una mujer de pechos generosos que sobresalían por encima de los volantes del escote cortó la charla plantándose al lado de la mesa.

—¿Quieren algo más de beber, sus mercedes?

Al unísono, las miradas de los seis hombres recayeron en sus jarras vacías.

—Más vino y cerveza para mis amigos —ordenó Lord Hanson.

—Como deseéis —repuso la tabernera, volviéndose según se iba secando las manos en el mandil que cubría su falda. Camino de la barra, sorteó una mesa vacía y pasó junto a las espaldas de un hombre hundido en sus pensamientos que daba vueltas a un vaso lleno de un líquido transparente. Aquel tipo le daba mala espina, sin embargo, los tiempos no estaban para desdeñar a un cliente, y menos a uno que siempre saldaba su cuenta. Desde hacía un año, día arriba día abajo, venía cada jornada y siempre bebía lo mismo. Después de casi cincuenta años, pensó que ya lo había visto todo en la vida, y va y pide un vaso de aloja bien frío. Ella no tenía ni la más remota idea de qué podía ser eso. «Aquí no servimos cosas raras; si queréis, hay vino o cerveza o putas; y si no, ahí está la puerta», le espetó con todo el aplomo posible, pero entonces aquel hombre la miró con unos ojos tan zainos como la muerte y, calmado, le explicó cómo elaborar la bebida a base de agua, miel y especias.

Sintió tales escalofríos con su forma de hablar —ese maldito acento extranjero— que, desde aquel momento, jamás volvieron a cruzar palabra alguna. En cuanto lo veía entrar por la puerta, preparaba el mejunje sin rechistar y se lo servía en la mesa para dos del rincón, cerca de la ventana

desde la que se veía el puerto, ahora desierto de barcos cargando y descargando. De tarde en tarde pedía una prostituta. Siempre la misma: la Flaca; pero hace un mes falleció de la enfermedad y las demás rameras huyeron.

«Extranjeros. ¡Qué raros son!».

Así, finiquitó el tema y dejó de pensar en ello al punto.

Pero aquel hombre no estaba hundido en sus cavilaciones. Forzaba el oído, mostrándose interesado en la conversación que se mantenía a dos mesas de la suya. Lanzó un juramento en voz baja. Desde hacía tiempo, sospechaba que esa arpía se inmiscuía en sus experimentos; por esa razón, la instó a no volver. Ahora, visto lo visto, por descontado que debió ser más expeditivo. Al fin y al cabo, a nadie le hubiese importado un muerto más en aquella ciudad moribunda. Sin embargo, ya era tarde y el daño estaba hecho. A partir de ese momento, solo podía disponerse a afrontar sus consecuencias. Lo tenía todo listo y adelantaría su marcha al norte, a la isla de Skye. Allá, encontraría la tranquilidad necesaria para continuar sus experimentos. Pero ahora necesitaba toda la información posible. Así pues, despejó la mente de ideas que no conducían a ninguna parte y persistió en la escucha mientras bebía a sorbos la aloja…

—¿Decís, milord, que mañana la guardia va a ir a prenderlo?

—Al alba, y confío en estar allí para verlo.

…Ya había oído bastante. Conteniendo el impulso de salir corriendo, se levantó de la silla con movimientos lentos y se echó la capa por los hombros. Después de agarrar su sombrero, dejó unos peniques y se marchó sin decir esta boca es mía. La tabernera, quien sentía cierto alivio cada vez que veía las espaldas de aquel tipo saliendo por la puerta, se acercó sin demora hasta la mesa del rincón y recogió el vaso, aún medio lleno, y las monedas.

«Vaya, parece que hoy teníamos prisa».

Nada más salir al raso, la humedad del Támesis, que discurría mansamente con un oscuro color, se le metió hasta los huesos. Se caló el sombrero bien hondo y se arrebujó aún más en la capa. Los relojes de la ciudad ya habían marcado las siete hacía rato y el sol ya no volvería aparecer hasta el día siguiente. El contorno del puerto se había desvanecido, ocultando esqueletos de antiguos almacenes de carga. Las prostitutas habían abandonado las calles y las peleas tan populares ya eran cosa del pasado. Alumbrándose con las luces de los faroles se puso en marcha, dejando atrás el tímido rumor que desprendían los tugurios. Abandonó el muelle sin cruzarse con nadie y siguió un rato más paralelo a la orilla norte del Támesis, hasta que alcanzó New Fish Street, torció entonces y subió por ella.

Todo al lado del puerto se veía decrépito y lleno de herrumbre; en cambio, esa calleja resultaba diferente. Antes de que se hubiera desencadenado la epidemia, fue una de las más populares de Londres. Por

las mañanas era un hervidero de maestros y artesanos vendiendo sus mercaderías; si bien, ahora, hasta donde alcanzaba su vista, se exhibía asediada por la putrefacción y los lamentos. De fondo, las campanas de bronce no paraban de doblar. Recortadas contra los pesados nubarrones, incontables columnas de humo y ceniza se elevaban desde los tejados. Un hedor acre a carne quemada flotaba por doquier. Algunas veces, se filtraban velas prendidas a través de los cortinajes de las casas señoriales y se proyectaban en ellos sombras moviéndose; no obstante, a menudo mostraban las velas apagadas, los cristales sucios y una cruz roja pintada en sus puertas. Los enfermos se pasaban la muerte de unos a otros. De aquel terror invisible, no había escape posible.

No llevaría ni la mitad de la calle recorrida y a su espalda pudieron escucharse pasos decididos que amortiguaban el sonido de la muerte. Volvió la vista atrás sin detenerse. A pocos metros, se topó con una figura envuelta en una túnica de tela encerada, una máscara con forma de pico y un sombrero y guantes de piel de cabra. Caminaba apoyándose en una vara que golpeaba rítmicamente contra el empedrado, parecía que anunciando su llegada. Al poco, el doctor de la peste hizo un alto ante un portón con una cruz roja y golpeó la aldaba de bronce con impaciencia.

El eco de la puerta al cerrarse todavía resonaba en la calle mientras el hombre doblaba la esquina en dirección a Pudding Lane. Sobre el empedrado, se topó con los rescoldos de una hoguera humeante y los restos de enseres carbonizados. Las fachadas de las viviendas colindantes estaban tiznadas de hollín. El resoplido de un caballo lo alertó y, de un salto, se apartó de la trayectoria de un carro de cuatro ruedas que transportaba decenas de cadáveres hacinados unos encima de los otros, sin distinción de sexo, edad o posición social. El traqueteo se fue sofocando al tiempo que un trueno retumbaba sobre su cabeza como el cañonazo de un viejo galeón. Una vez que el silencio volvió a reinar en la calle, los ojos del hombre se posaron en la fachada a oscuras de la panadería del señor Farriner, un local emplazado a escasos sesenta metros de su laboratorio de alquimia. Dedicó unos minutos a examinarla. Entonces forzó la entrada, miró en derredor furtivamente y, con disimulo, se introdujo dentro del local.

En el interior, todo permanecía oscuro y calmado. Se tomó su tiempo, hasta que su vista se acomodó al entorno. Un agradable olor a pan horneado aún flotaba en el aire. El tipo conocía la panadería a la perfección; no en vano, acudía a ella a diario. Sin titubear, esquivó el mostrador y se dirigió hacia el fondo, deslizando sus pies sobre el barro cocido del pavimento. Al cabo de un momento, el leve fulgor anaranjado que provocaban las ascuas de leña en el horno guio sus pasos firmes entre restos de hogazas.

Horas después, un pavoroso incendio —el Gran Incendio— consumía la ciudad de Londres.

****

Isla de Skye, Highlands

12 de febrero, 1987

UNA puerta que alguien había dejado ligeramente entornada escondía unas escaleras de caracol que bajaban de forma abrupta hasta un sótano de paredes deslucidas por el moho. Margaret Hamilton yacía recostada de cualquier manera sobre un camastro con los muelles gastados. Desnuda, aterida, abrazada a sí misma.

Aquella noche de jueves el viento resultaba helador y soplaba con violencia. Los árboles que rodeaban la vieja mansión desde mucho antes de que esta se construyera se agitaban provocando extraños sonidos. La lluvia se había prolongado durante horas, hasta casi anegarlo todo. En el salón, destellos azules y rojos rompían la oscuridad reinante y el silencio se desvanecía expulsado por las voces reforzadas que salían de un megáfono. Oculto detrás de una ventana, un hombre grosero entreabrió el visillo con el cañón de un revólver y atisbó el exterior con los ojos entornados, sopesando sus escasas opciones.

En el camino de acceso de tierra estaban desplegados cinco o seis coches de la policía. Detrás de ellos, un montón de agentes apuntaban a la vivienda con sus fusiles amartillados.

La puerta entreabierta se movió empujada por el viento y crujió un poco. El hombre miró hacia el sótano. Aprovechando el compás de espera del megáfono, los gemidos apagados que ascendían por el hueco de la escalera ocupaban ahora el espacio.

—¡Haz que se calle y cierra esa puta puerta! —masculló, y su atención volvió a centrarse en el exterior de la casa.

Una mujer entrada en carnes, sonrosada y de pelo rizado, atenazada por el miedo, lo miraba paralizada en mitad del pasillo. Incapaz de articular palabra, se refugió aún más en la penumbra.

—¡Vosotros, volved a vuestro cuarto u os sacudo! —tronó de nuevo la misma voz, dirigiéndose a cuatro ojos infantiles que contemplaban lo que ocurría desde el piso de arriba.

Los niños, que permanecían sentados sobre la madera y aferrados a la balaustrada, desaparecieron de inmediato. Fuera, el megáfono volvió a funcionar; esta vez, el tono de las palabras que escupió fue más admonitorio. Con la empuñadura del revólver, el hombre rompió el cristal de una ventana, apuntó y descerrajó tres disparos. Dos levantaron la tierra del suelo y el tercero se incrustó en el chasis de uno de los coches patrulla. En respuesta, una decena de fusiles tronaron, convirtiendo la casa en un infierno.

La mujer, que gemía acurrucada contra la pared desconchada, hundió la cabeza entre los hombros y se tapó las orejas con las palmas de las manos…

Los niños se metieron debajo de la cama…

Margaret quiso sonreír, pero el movimiento de los labios le provocó un intenso dolor…

****

EL PÁJARO DIABLO

«Hemos escuchado un grito de espanto; no hay paz, sino terror»

Libro de Jeremías

1

Isla de Skye, Highlands
En la actualidad

La mezcla del aire viciado con el olor a productos químicos resultaba nauseabunda. Debajo de una carcasa de luz, una camilla de hierro, cuyo color fue el blanco, se sustentaba sobre cuatro patas herrumbrosas. Sobre ella, el cuerpo desnudo y maltrecho de una mujer. Una pátina del sudor que provoca el miedo lo recubría como una mortaja brillante. Tenía los brazos extendidos y las piernas juntas, formando una cruz. Ligaduras de cuero impedían que se moviese más de lo preciso. Un par de ojos desorbitados apuntaban en todas las direcciones, pero su posición limitaba su campo de visión. El siseo del fluorescente acompañaba unos tímidos gemidos ahogados en la garganta, interrumpiendo el apabullante silencio de la lóbrega estancia.

—Guarda silencio, por favor, pronto acabará. —La voz sonó distorsionada y el timbre, abominablemente sosegado, provocó en ella más espasmos.

Ante una ajada mesa de trabajo, una persona envuelta en una túnica negra manipulaba con pericia un antiquísimo instrumental de laboratorio. Todos sus movimientos eran cuidadosos, sin prisas. Con una mano enguantada se acercó un recipiente galvanizado bien sellado, hasta que su grifo regulador quedó justo encima de un tubo de ensayo encajado en un soporte de madera, de cuya boca sobresalía un embudo. Ahora llegaba la parte más delicada. Trasvasar la mezcla desde el recipiente a la probeta de cristal y de ahí al alambique. Un simple desliz y todo concluiría de manera precipitada. Conteniendo la respiración, cerró los dedos en torno al grifo regulador y lo giró media vuelta. Sin nada que lo retuviera, un líquido negro y viscoso comenzó a fluir como un río de petróleo. Rápidamente, un olor dulzón

impregnó el ambiente.

La boca de la joven temblaba y el sonido que soltó no fue más que un gimoteo, una ligera gárgara apenas audible.

—Si me distraes haciendo ruido… —esta vez se ladeó un poco, prestándole más atención—, me encargaré de que sientas más dolor. Mucho más dolor.

La mujer tendida bocarriba forzó la vista hacia la voz y se estremeció con lo que vio: una espeluznante máscara de cuero mirándola. Los ojos eran unas redondas y gruesas lentes de vidrio; la nariz, que sobresaldría unos quince centímetros, era cónica y con la forma del pico de un pájaro, con dos agujeros al final.

Casi de inmediato, los sonidos se apagaron, devolviendo a la habitación un silencio opresivo.

Una última lágrima seguía recorriendo las imperfecciones de la cara contraída de la mujer cuando las manos enguantadas volvieron a la faena, cerrando el grifo del recipiente. A continuación, tomó con delicadeza el tubo de ensayo entre dos dedos y vació su contenido en la caldera de un alambique, dispuesto asimismo sobre la mesa de roble. Tan pronto como hubo completado el proceso, la figura enmascarada dio un paso hacia atrás y se limitó a observar. En un extremo del invento casero, la caldera calentó la mezcla hasta la evaporación. Los fluidos pasaron entonces por un tubo de cobre de forma espiral colocado dentro de un receptáculo refrigerado con agua. El resultado de la condensación se fue vertiendo, gota a gota, dentro de un vaso de precipitado, situado al otro extremo.

Gota a gota.

Las conducciones de la calefacción que recorrían el techo de la estancia crujieron con el paso de los vapores. El calor, de por sí sofocante, aumentó. Mientras aguardaba a que concluyese la destilación, la figura dejó caer la mirada sobre el pomo de un cajón de la mesa. Tiró de él y comenzó a apartar objetos desordenados hasta que localizó una goma elástica, una jeringuilla y un envoltorio de papel hermético con una aguja hipodérmica. Rasgó el envoltorio, colocó la aguja en la boca de la jeringuilla y se quedó con ella en la mano hasta que cayó la última gota. Entonces hundió la jeringa en el vaso de precipitado y echó el émbolo hacia atrás, cargándola con el líquido letal. Sin expulsar las burbujas de aire, se aproximó a la camilla.

Al entrar la siniestra figura en su campo de visión, los ojos de la mujer comenzaron a perseguir sus movimientos. La mezcla de semejante máscara y la jeringuilla llena de un líquido negro esgrimida en alto, suscitó en ella tal estado de pánico que no pudo reprimirse. De su garganta comenzaron a brotar alaridos al tiempo que forcejeaba violentamente contra las ligaduras que la atenazaban. Su rostro se

congestionó, llenándose de lágrimas, saliva y mucosidad. Con el suave roce de la máscara, los sonidos guturales se convirtieron en meros sollozos.

—¡Chist! —siseó la figura al oído, acariciándole el cabello apelmazado—. Tranquilízate. Pronto habrá acabado. —El tono fue condescendiente, como el de un adulto hablándole a un niño para que se duerma. Luego dejó un momento la jeringuilla sobre la camilla y sacó del bolsillo la goma elástica con la que le practicó a su prisionera un torniquete en el brazo. Comenzó a palpar entonces con el índice, hasta que notó la vena…

Suave, esponjosa.

Con una impotencia aterradora, la mujer sintió el acero penetrando en su piel. Al cabo de un momento, con el corazón desbocado, vio cómo el contenido comenzaba a desaparecer, poco a poco, dentro de su cuerpo. Mientras ese líquido negro recorría su flujo sanguíneo, sintió un dolor que jamás creyó posible.

La figura de la máscara extrajo con descuido la aguja y su lugar lo ocupó un moretón, que fue creciendo de tamaño. Entonces regresó a la mesa de trabajo, depositó la jeringuilla vacía en un envase metálico y lo cerró. A continuación, se deshizo de los guantes y los arrojó a una papelera recubierta con un plástico.

«Pronto acabará».

En cuanto los gemidos se intensificaron a su espalda, sus ojos buscaron una videocámara. Con ella en la mano, regresó a la camilla quirúrgica. Después de encuadrar el cuerpo dentro de una pequeña pantalla de LCD, unos dedos finos y venosos pulsaron un botón rojo. REC.

—Su respiración continúa alterada —susurró pedagógicamente al micro—. El aire saliendo y entrando de su nariz es audible y su abdomen sube y baja deprisa…

Apartó la mirada de la cámara y la puso un momento en la esfera del reloj.

—Son las cinco y veinticinco y… treinta segundos.

Transcurrió un minuto… Y otro… Y un tercero…

Nada. Las cinco y veintiocho.

Impaciente, tomó aire con fuerza y, devolviendo la mirada a la pantalla, se percató de que algo comenzaba a cambiar. Ceñuda, apretó el zoom y acercó la cara de la mujer.

Un instante después, se desató el infierno.

Empezó a convulsionar y a tartajear, con la vista fija en el techo, en ninguna parte. Lo hizo con tanto vigor que las sujeciones de las correas de cuero se holgaron y los hombros se dislocaron. Comenzó a sufrir hemorragias. Tras un par de minutos de agónico sufrimiento, en el que el tiempo pareció detenerse, la cobaya se quedó completamente

quieta. Sin aliento.

Siguió grabando aún otro rato más, captando todos los detalles del cuerpo apagado. Al fin, ofreciendo una sonrisa triunfante, pulsó otro botón. STOP.

Las cinco y treinta minutos y cuarenta segundos.

Sacó el cadáver del encuadre y regresó a la mesa de trabajo. Tras dejar la cámara a un lado, tomó entre sus manos un viejo libro con cubiertas de piel, lo abrió por una página en blanco y dedicó la media hora siguiente a escribir en él con una pluma. El experimento había sido todo un éxito. Cada vez estaba más cerca de conseguir su objetivo: crear el «Génesis».

«¿Ves? Te dije que pronto acabaría todo».

****

2

Glasgow, Escocia

Los dientes de calaveras lo miran por sus cuencas vacías, abriendo la boca desdentada y soltando carcajadas, igual que un payaso de juguete. Procura gritar, si bien los sonidos que huyen de su garganta se quedan en simples gorjeos. Entonces siente el cuchillo hundiéndose paulatinamente en su pecho. Una mano huesuda hurga en sus entrañas y reaparece rodeando su corazón, aún palpitante. Las calaveras siguen riéndose. Riéndose horrores. En ese momento, una de ellas se transforma en la cara de una niña, «su» niña, y lo mira como jamás olvidará… De repente sus ojos azules se desvanecen, dejando en su lugar dos agujeros negros. Muertos. Y le habla con un deje suplicante: «papi, ¿por qué dejaste que me hicieran esto?»; al mismo tiempo, Lee se aparece al lado de ella y esgrime un dedo esquelético ante él, acusatorio: «Tú, abandonaste a tu hija».

A punta de un cuchillo chorreando sangre avanza hacia él mientras

«Papi, ¿por qué dejaste que me hicieran esto?».

«Tú, abandonaste a tu hija».

Alex Scott se despertó sudando entre jadeos. Envuelto en la oscuridad que proporcionaba la doble cortina del dormitorio, abrió el cajón superior de la mesita de noche y a ciegas dio con el bote de pastillas. Se llevó un par a la boca y se ayudó de un vaso de agua para tragarlas. Después de varios sorbos, el ritmo de su corazón bajó. Fue entonces cuando cobró conciencia del sonido de la lluvia escurriéndose por los cristales, pero su efecto hipnótico no supuso ningún bálsamo para él. Tras devolver el vaso a la mesilla, recostó la cabeza sobre el almohadón.

Sin apartar la vista del techo, orilló el pensamiento de su hija y se descubrió rememorando el momento en que recibió un escueto telegrama.

Muy Señor mío:

En respuesta a su demanda de traslado, se le comunica que este se hará efectivo el próximo 15 de noviembre, fecha en la cual deberá presentarse en la Comisaría de la Policía de Escocia de la localidad de Kyle of Lochalsh.
Atentamente.

Sup. Kenny Finnes
División Centro de Glasgow City

Así, sin más. Ni un simple «gracias» o un «que le vaya bien» por todos los años de servicio a las órdenes de Finnes, por tantas noches de desvelo, por sacrificar su vida personal, por ayudar a poner en marcha un cuerpo policial que se conformó pocos años atrás, por convertirse en el inspector jefe más joven del Departamento de Policía de Escocia… Nada. Solo frialdad burocrática. Pues bien, eso recibieron de su parte: indiferencia.

Aún quedaban unos cuantos días para personarse en su nuevo destino; no obstante, a la mañana siguiente de recibir la misiva se presentó ante Annabel, la secretaria del superintendente, y le anunció su intención de tomarse unos días de vacaciones. Sin despedirse de nadie, abandonó el edificio de cristal azul del 50 de Stewart Street con una caja de cartón entre las manos. Directo a casa. Una casa que ahora estaba vacía. Como su vida.

Suspiró.

Una vez más, se sorprendió pensando que, apenas unos meses atrás, aquellas cuatro paredes eran un hogar donde él y Lee criaban a sus dos hijos. Y como siempre, sintió un dolor intenso y agudo en el pecho, algo así como si le estrujasen con fuerza el corazón. No se lo arrancaban. Oh, no, eso hubiera hecho las cosas más sencillas para él. Seguía en su sitio, latiendo, obligándolo a vivir con aquel remordimiento…

«Papi, ¿por qué dejaste que me hicieran esto?».

«Tú, abandonaste a tu hija».

Un distante ruido mecánico, como el de un robot moviéndose, llegó amortiguado desde la calle, aliviándole de sus cavilaciones. Alex giró la cabeza sobre el almohadón y comprobó la hora en el despertador de la otra mesilla de noche, la del lado de Lee. El neón marcaba las 07:17. Apartó el edredón con desgana, bajó los pies al suelo y permaneció sentado al borde de la cama, sin prestar atención a un par de zapatillas acolchadas. Antes de levantarse, soltó un jadeo exagerado y se pasó las manos por la cara. Detrás de la puerta del dormitorio colgaba de una percha una bata de algodón de cuadros

azules, regalo de sus hijos por el último Día del Padre. Por aquel entonces eran una familia.

Ciñéndose el cinturón de la bata se abrió paso descalzo hasta la ventana, sorteando cajas de cartón con las solapas abiertas y atestadas con las cosas que suelen meterse en una mudanza. Apartó una de las cortinas y, mientras bostezaba, sus ojos hinchados miraron el amanecer. Un camión se tragaba la basura de unos contenedores, un perro ladraba y algunas ventanas comenzaban a encenderse, alumbrando jardines envueltos con setos cuidados.

Scott se apartó de la ventana y salió al pasillo, deambulando como un espectro. Todo en torno a sí se ofrecía cargado de un silencio nostálgico. Las puertas cerradas. Los cuartos de los niños acumulando el polvo del olvido. Terminó de bajar los diecisiete escalones y cruzó el recibidor camino de la cocina, abarrotada de más cajas de cartón arrimadas a las paredes. Mientras esperaba que el agua de la cafetera se calentase, fijó la mirada en la botella de *whisky* vacía que descansaba sobre la encimera, junto a un cerco seco de café. Entonces la pantalla de su móvil brilló en medio de la oscuridad del bolsillo de su bata. Lo cogió y observó un instante la foto que aparecía.

—Hola, Patt —dijo sin ningún entusiasmo.

—Recuerda, en una hora llegaré a tu casa.

—Claro, estaré listo.

Con James, su amigo desde la infancia, de viaje por algún rincón de Asia, Patricia era el único apoyo que evitaba que se desmoronase del todo; así que ella había pedido también unos días de permiso para ayudarlo a instalarse en su nuevo destino. El inspector jefe se tomó el café de pie, mirando embelesado por la ventana de la cocina y escuchando el rumor melódico de la lluvia. Cuando hubo acabado, tiró la botella vacía de *whisky* a la basura, junto a las demás, y se marchó escaleras arriba para arreglarse.

Una hora más tarde, el tímido sonido de un claxon lo pilló desprevenido, terminando de apilar cajas en la parte posterior de la furgoneta de alquiler. Se asomó justo a tiempo de ver una berlina metalizada apartándose de la calle y subiendo por el paseo de entrada de su casa, que cortaba en dos un estupendo jardín. Finalmente, se detuvo a pocos metros de la furgoneta. A través del cristal mojado distinguió a Patricia, apartándose el pelo de la cara para besar en la mejilla al conductor. Alex quiso sonreír, pero finalmente se limitó a levantar la mano un segundo.

Patricia Banner era sargento de la Policía de Escocia. Su carrera estaba siendo meteórica y se había convertido en la niña mimada del cuerpo. Su ascenso a sargento se produjo el año anterior al resolver unos terribles sucesos acaecidos en los alrededores de *Loch Carron*, en las Highlands escocesas. Fue entonces cuando trabó una gran amistad

con Alex, Collins y James, formando desde aquellos días un cuarteto inseparable. Con una bolsa de viaje en peso, Patt bajó del coche y se apresuró bajo la lluvia hasta la furgoneta. Soltó la bolsa en la parte posterior. Abrazó a Alex, frotándole la espalda. Al cabo, apartó la cara y, sin soltarlo, lo miró a los ojos: hundidos y enrojecidos. En el acto, reconoció esos síntomas. Cuando quedó viudo, también su padre los sufrió.

—¿Has vuelto a beber?

—No eres mi madre —repuso él, separándose.

—¡No, no soy tu madre! Pero eso no hará que Miranda vuelva.

Alex resopló y regresó a la casa. Patricia miró cómo se iba, luego se volvió forzando una sonrisa y agitó la mano en alto, despidiéndose de Ben, que ya se alejaba marcha atrás por el camino de acceso. Cuando se quedó sola en la entrada, escapó de la lluvia en el asiento del conductor de la furgoneta. No iba a permitir que Alex condujera. No en esas condiciones. Ajustó el asiento y los espejos, comprobó que las llaves estaban puestas y esperó.

En el vestíbulo, Alex descolgó el chaquetón de una percha y lanzó un último vistazo general. Por un segundo, un torrente de recuerdos se amontonó en su retina y toda la vida familiar desfiló ante él como un *flashback*. Cuando no pudo soportarlo más, apagó la lámpara que colgaba del techo, cerró la puerta con suavidad y comenzó a caminar, dejando atrás una vida entera.

Tenían casi cinco horas de viaje por delante hasta Broadford, un minúsculo y apacible pueblecito enclavado en la isla de Skye, a pocos kilómetros de Kyle of Lochalsh. En tanto encontraran un alojamiento más permanente para Alex, Patricia había reservado mediante una página *web* dos habitaciones en un hotelito rural llamado The Mountain Creek House. Durante buena parte del viaje casi no hablaron. Los únicos sonidos que los acompañaron fueron el monótono barrido de los limpiaparabrisas y el tamborileo de la lluvia. Poco tiempo después de que las moles de ladrillo rojo de los suburbios de Glasgow fueran sustituidas por unas verdes y silenciosas campiñas, una melodía reverberó en el habitáculo. Alex, que soltó la primera sonrisa en varios días, se dispuso a hablar con su amigo del alma. ¡Cómo echaba de menos los tiempos en que todo era más sencillo!

****

3

El Oro de los Zares*, estepas rusas*

Y nada más colgar el móvil...

—A han salido para la isla de Skye —le dijo James a Victoria, —¿Han? Creí que Alex viajaba solo.

Allen negó con la cabeza mientras recorrían en fila india pasillos enmoquetados en dirección al coche-restaurante.

—Al final, Patt se ha ido con él. Le vendrá bien estar acompañado. ¡Mira!

La pareja se detuvo en seco en mitad del vagón para mirar por la ventanilla panorámica. Con el sol del atardecer a su espalda, se recortaba el perfil de una manada de caballos salvajes galopando sobre un desierto helado. Parecían estar retando en una carrera a la bestia de acero.

—¡Qué maravilla! —exclamó ella—. Me alegro de que finalmente hayamos hecho el viaje en tren. A doce mil metros de altura es imposible contemplar estas cosas.

Con las heridas aún sin cicatrizar, después de los trágicos acontecimientos ocurridos en la isla griega de Gavdos, James y Victoria dudaron en realizar aquel viaje; no obstante, animados por el propio Scott y ante la promesa de Patricia de pasar el mayor tiempo posible con él, la pareja llegó a la conclusión de que, después de todo, un cambio de aires quizá fuese lo más beneficioso. Viajar en ferrocarril fue idea del escocés, a quien le parecía un modo más romántico de hacerlo en una luna de miel. Por su parte, Victoria era más pragmática y prefería un cómodo asiento de primera en uno de esos mastodontes del aire que recorrían medio mundo en cuestión de horas. Al final, encontraron un término medio. Tomaron un vuelo desde Glasgow hasta San Petersburgo. El resto del trayecto lo harían

en tren. Hasta Moscú, a bordo del mítico *Flecha Roja*; y desde ahí, siguiendo la ruta del Transiberiano en uno de los trenes más lujosos del mundo: el *Oro de los Zares*. Durante siete días, cruzarían parte de Asia hasta su destino final: China.

Los frenos chirriaron un poco ante un cambio de agujas, sacándolos de su ensimismamiento. Poco a poco, el convoy granate fue ganando velocidad de nuevo mientras serpenteaba sobre una vasta superficie carente de vegetación, como un gusano de la muerte en el desierto del Gobi. En el exterior, el tiempo era extremo. Despejado, pero con una temperatura inferior a quince grados bajo cero. El matrimonio accedió al comedor resuelto a saciar su apetito. Paredes forradas de tela, mesas con tapete y sillas tapizadas, todo ello en colores grana y azul, conformaban una decoración barroca, pero que en absoluto desentonaba con la atmósfera decimonónica que se respiraba en todo el convoy. Un *maître*, con traje y corbata bien ceñida, los abordó ofreciéndoles la única mesa para dos disponible.

Mientras aguardaban la cena, el tren vadeó las heladas aguas del lago Baikal por un puente de hierro, tomó una amplia curva y aminoró la marcha hasta detenerse bajo la marquesina que cubría los raíles de la estación de Ulán-Udé, al sur de Siberia. Llevaban cinco días de viaje y habían recorrido ya más de cinco mil kilómetros. A tan solo trece de allí, se desviarían de la ruta tradicional y tomarían la intersección hacia Mongolia. James entreabrió la cortina de terciopelo. Dando sorbos a su jarra de cerveza observaba viajeros con equipaje en el andén. De repente, algo despertó su curiosidad. Unos tipos altos con mochilas de lona marrón colgando de sus hombros, separándose por el andén…

—Mmm, este bacalao está delicioso —afirmó Victoria.

Acariciándose el labio con el índice, James no le hacía caso.

—Cuando pones esa cara —dijo ella—, se avecinan contratiempos.

El contenido de las copas se agitó cuando la locomotora volvió a ponerse en marcha con un resoplido. Varias personas en el andén se despedían agitando manos.

—¿Qué cara? No sé a qué te refieres —respondió él, mirándola un segundo.

—A esa que pones. —Victoria echó mano de su copa de champán y bebió un sorbo.

James sopesó la pregunta unos segundos mientras fijaba de nuevo la mirada en los ventanales y veía pasar cada vez más rápido los últimos vestigios de civilización que encontrarían en horas. A continuación, James soltó la cortina, que volvió a su sitio.

—Esos tipos…

—¿Qué tipos?

—Unos que he visto subiendo al tren.

—¿Qué les sucede?

—No sé… llámalo intuición, pero no me han dado buena espina.

A Victoria se le entrecerraron los ojos mientras dejaba escapar un suspiro sonoro, luego dejó el tenedor sobre el plato demasiado rápido, provocando que todas las cabezas del vagón se volvieran hacia ellos. Algo avergonzada, bajó el timbre hasta convertir su voz casi en un susurro.

—James, ya hemos pasado por esto antes. ¿Recuerdas lo que te dije aquella noche en Gavdos?

El deje de amargura no pasó desapercibido para el escocés, que lo recordaba a la perfección. Si bien eran otras circunstancias, Victoria le concedió un ultimátum cuando su habilidad para atraer problemas a punto estuvo de dinamitar su relación. Y es que, aficionado a la arqueología marina, James Allen siempre se había visto seducido por cualquier enigma enterrado o sumergido. Para él eran como una droga y, sencillamente, no podía dejarlos pasar. Pero ahora era distinto. Estaba casado con una mujer increíblemente hermosa y el tiempo de aventuras había quedado atrás. En ese momento, pensó que nada en el mundo podría estropear aquello. Se equivocaba. Los planes nunca salen como uno prevé y pronto se daría cuenta de ello.

—Lo sé, cielo, pero… no sé… mochilas iguales, pelos al cepillo, botas militares… Vale, déjalo. Yo no puedo comer más —dijo, llevándose la mano a la barriga—. ¿Quieres un café?

Victoria chasqueó la lengua dos veces, declinando la propuesta.

—Me duele un poco la cabeza; si no te importa, prefiero tumbarme un rato.

Saldaron la cuenta y regresaron a su cabina en el último coche del convoy. Antes de meterse en la cama, ya habían entrado en Mongolia y el paisaje que se veía por la ventanilla había cambiado drásticamente. Con un suave traqueteo atravesaban la cordillera de Khentii, enterrada bajo un manto de nieve. Una violenta ventisca azotaba la zona, oscureciendo aún más el exterior.

—¿Sabías que la línea de ferrocarril desde San Petersburgo a Moscú, por la que pasamos con el *Flecha Roja*, no tiene una sola curva? —dijo Victoria, recostada contra el cabecero de la cama doble y con una guía de viajes abierta sobre su regazo.

James, tendido a su lado, bajó el periódico y asomó la cara.

—No siempre fue una línea recta. En su trazado original hacía una pequeña curva.

Victoria se apartó unas gafas de montura metálica y lo miró curiosa.

—¿Y eso?

—Se cuenta que Nicolás I cogió una regla y dibujó él mismo el trazado sobre un mapa. Al hacerlo, la mina del lápiz bordeó por error

su dedo.

El vagón se sacudió al cruzarse con un tren que circulaba en sentido contrario.

—Si se trataba de un error… ¿por qué los ingenieros no lo rectificaron?

James no pudo contener la risa.

—Nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a contrariar al zar del imperio.

Ella puso las gafas y la guía de viajes en la mesilla y lo besó, brindándole una cálida sonrisa.

—¿Piensas seguir leyendo toda la noche?

—¿Qué hay de tu dolor de cabeza?

Ante la expresión seductora que desplegaba el semblante de Victoria, James dejó caer el periódico. Atraído por la violencia con que caían los copos de nieve, miró un instante la ventanilla por encima del hombro de Victoria. Luego se arrebujó con ella bajo las sábanas.

—Menos mal que no estamos ahí fuera…

Justo en ese momento, el *Oro de los Zares* frenó bruscamente hasta detenerse por completo, provocando el caos en el interior del convoy.

****

4

Fort Williams, Highlands

En el preciso instante en que el *Oro de los Zares* descarrilaba a miles de kilómetros de allí, un cartel anunció a Alex y a Patricia que la localidad de Fort William se hallaba a tan solo cuatro kilómetros de distancia. Las campiñas hacía tiempo que habían dejado sitio a un paisaje más rural y en cierto modo intimidante: lagos interminables de agua tan plateada como el mercurio, montañas escabrosas y tupidos bosques. Unos kilómetros antes la lluvia amainó y, si bien el cielo seguía encapotado, la luminosidad había aumentado hasta tal extremo que Patricia necesitó colocarse unas gafas de sol para conducir.

—¿Paramos para almorzar? —sugirió Alex—. Comienzo a tener hambre.

Como caído del cielo, se ofreció ante ellos el luminoso de una gasolinera BP. Patricia accionó el intermitente y tomó una salida convenientemente señalizada; durante los siguientes minutos, circularon por un camino vecinal mal asfaltado, hasta que llegaron a un recinto con una gasolinera y un restaurante llamado, en un ejercicio de originalidad, Fort William. El local carecía por completo de interés. Estaba casi vacío y una dulzona canción escocesa sonaba de fondo. Como nadie acudió a atenderlos, se sentaron frente a frente en una de las mesas vacías que había pegadas a la ventana. Una joven con un *piercing* en la nariz no tardó casi nada en acercárseles; pasó una bayeta con desinfectante por la mesa y les entregó dos cartas llenas de manchas de grasa, que mostraban fotos y descripciones de los platos.

—De menú del día tenemos puré de avena y pastel de carne.

—Yo tomaré eso y una cerveza —dijo Alex, cerrando la carta.

Patricia se lo quedó observando un segundo. Luego repasó las imágenes y se decantó por las verduras a la plancha.

Elsie, que así se llamaba la camarera, según indicaba una etiqueta sobre su uniforme, retiró las cartas y se marchó directa a la cocina, desde donde se la escuchó cantando la comanda como quien recita un salmo en la iglesia.

—Te toca conducir a ti. No deberías beber —le recriminó ella.

—Pues conduce tú, *mamá* —le replicó con retintín. A renglón seguido, sacó su teléfono Samsung del bolsillo del chaquetón y miró la pantalla para ver si tenía algún mensaje de Lee. Con la decepción reflejada en su rostro, lo relegó a un lado con un fuerte resoplido.

Patricia fue a decir algo, pero finalmente optó por guardarse sus palabras. Trataba de entender por lo que estaría pasando su amigo, pero es que a veces se lo ponía tan difícil… Sobre la barra, en una esquina, descubrió el ejemplar arrugado de un periódico. Como Alex no se mostraba muy hablador que se dijera, se levantó para cogerlo. Era el *Scots Independent* de hacía una semana, pero cualquier cosa mejor que estar mirándose la cara mientras comían. Patricia desplegó el periódico sobre la mesa y comenzó a pasar hojas manoseadas, empezando por las últimas. A los pocos minutos, surgió Elsie haciendo equilibrio con una bandeja llena de cosas, que dispuso delante de ellos: servilletas de papel, cubiertos de acero inoxidable, bebidas y platos de comida.

Alex agarró su jarra de cerveza y, como retando a su compañera, bebió un generoso trago.

—¿Cuándo vas a presentarte en la comisaría? —preguntó Patt, haciendo caso omiso a la provocación. Se había propuesto evitar las discusiones, o el viaje sería insoportable.

Alex encogió los hombros.

—No sé, aún me queda una semana. Tal vez lo haga mañana.

Patricia pasó otra página mientras se llevaba a la boca un tenedor cargado con un bastón de berenjena y una rodaja de calabacín. En ese momento, regresó Elsie y llenó su taza de té verde.

—Gracias —le dijo a la camarera; luego, mirando a Scott, señaló—: Bien, pero mañana mismo empezamos a buscar casa. ¿Tienes alguna idea…? —dejó el interrogante en el aire. Masticando las verduras, leyó una noticia que ocupaba la página doble central. Se ilustraba con la fotografía de un castillo que parecía recién sacado de una película de aventuras.

UNA TURISTA ASESINADA EN DUNVEGAN
Por Margaret Hamilton

DUNVEGAN, ISLA DE SKYE.— En la tarde de ayer, un empleado de

mantenimiento descubrió el cuerpo desnudo de una mujer en las escaleras de la torre del homenaje del popular castillo de Dunvegan. Las circunstancias en que se perpetró el asesinato aún siguen sin esclarecerse, y habrá que esperar al resultado de la autopsia.

Según fuentes de la investigación, el cadáver presentaba un aspecto inquietante: hemorragias en ojos, nariz, boca y oídos. También mostraba evidencias de agresión sexual. No obstante, lo más desconcertante para la Policía de Kyle of Lochalsh es un mensaje críptico que el asesino dejó escrito con sangre en la pared: «Que Dios se apiade de nosotros».

Aunque no ha trascendido la identidad de la víctima, esta periodista ha podido confirmar que la mujer, de casi cuarenta años y nacionalidad canadiense, se hallaba en la isla haciendo turismo con su marido. Este denunció la desaparición tres días antes de que se hallaran los restos.

El castillo permanecerá clausurado y los aledaños acordonados mientras la Policía Científica siga recabando pruebas forenses. Durante toda la noche de ayer, hubo un gran movimiento policial y numerosos medios de comunicación se personaron en el lugar, así como un coche fúnebre que, a posteriori, trasladaría el cadáver al anatómico forense, donde se le practicará la autopsia en los próximos días.

La Policía se muestra desorientada y apenas tiene pistas que seguir para resolver un crimen que ha llenado de preocupación a los habitantes de la sosegada isla de Skye…

—¿Has visto esto? —Patt dobló el periódico, dejando la noticia a la vista, y se lo pasó por encima de la mesa a su compañero.

El inspector jefe lo ojeó durante un minuto sin mucho interés y volvió a dejarlo en la mesa.

—Señorita —reclamó a Elsie, alzando la mano—. ¿Le importaría traerme un pudín de pasas?

Banner le dedicó una mirada desaprobadora y soltó un suspiro.

—Alex, no puedes seguir así.

El inspector jefe le devolvió por fin la mirada.

—¿Seguir cómo?

El tono sonó cortante y la sargento perdió la paciencia.

—Sabes bien a qué me refiero. Has de aceptar de una vez que Lee se ha llevado a Mark a Japón, y que quizá no vuelvan.

Alex expulsó el aire haciendo ruido.

—Gracias por recordármelo —le dijo con amargura, desviando la vista a la ventana. Una cortina a cuadros impedía la visión de la mitad inferior. Por la parte superior, se veía el luminoso de la gasolinera BP y nubarrones del color del carbón desplazándose sobre un cielo plomizo.

Entre ellos hubo un silencio incómodo, que se prolongó hasta que la camarera apareció con una ración rectangular del pastel.

—Aquí tienes, encanto.

—Se me ha quitado el apetito —dijo Alex, hablándole con desdén a la ventana—. Tráiganos la cuenta, por favor.

****

5

El Oro de los Zares, *cordillera de Khentii*

La Almería lanzó a la pareja fuera de la cama y los empujó contra los mamparos. Los armarios se abrieron de sopetón y todos los enseres almacenados en ellos se desparramaron por la cabina. En un abrir y cerrar de ojos, el pasillo del vagón se llenó con los sonidos propios de la confusión.

—¿E-estás bien, cielo? —preguntó James aturdido, incorporándose del suelo y llevándose una mano a la sien, que retiró manchada de sangre. Le dolía el pecho al respirar.

Victoria tuvo más fortuna. El asiento amortiguó el golpe.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Qué habrá ocurrido?

Allen se asomó a la ventanilla y echó una mirada a un lado y a otro de la vía. Entre la ventisca y la creciente oscuridad las siluetas se veían imprecisas. Luego le dio la espalda a la ventana y, saltando sobre los objetos desperdigados por el suelo, se fue derecho a la puerta.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

Victoria hizo un mohín con la boca y fijó los ojos en el reguero escarlata que recorría ahora toda la mejilla de James.

—Tú no vas a ninguna parte sin que antes te mire eso.

Sin tomar en cuenta las protestas de James, localizó el neceser y extrajo un poco de algodón desmaquillador. Lo colocó debajo del chorro de agua del grifo y se lo aplicó en la herida.

—Ya está. No es más que un pequeño corte, aunque deberían darte puntos.

Mientras ella le curaba la herida, la mente de James trabajaba sin descanso. Odiaba tener razón. Intuía que detrás de aquella parada

accidentada estaban los tipos que había visto subir al tren…; o tal vez no era más que un contratiempo provocado por la acumulación de nieve en las vías. Con estas cavilaciones se asomó al pasillo, donde el desorden y el desconcierto lo alcanzaron de pleno. Las puertas de las siete cabinas de su vagón se veían abiertas de par en par y personas que no había visto durante el viaje ocupaban la moqueta hablando entre sí atribuladamente. Sorteándolas avanzó hacia el siguiente coche, que se mostraba igual de concurrido por pasajeros mirándose y reclamando respuestas en diferentes idiomas.

Nada más asir la manija de la puerta deslizante del coche-restaurante, el tableteo de armas automáticas acalló las acaloradas conversaciones que se mantenían a su espalda. Él se agachó.

«Adiós a la teoría de la nieve obstaculizando las vías».

Al sonido de los disparos siguió un instante de silencio. Un silencio impregnado de tensión, como el que precede a las catástrofes, tras el cual los gritos histéricos reclamaron su sitio. Era como si alguien hubiese abierto la caja de Pandora y desatado el caos. Todo el mundo desapareció de los pasillos, refugiándose en sus cabinas y asegurándolas con precarios pestillos que solo servían para garantizar un poco de privacidad.

Los sentidos de Allen se pusieron alerta y, a partir de ese momento, fue más cauteloso. Se incorporó y, antes de que acceder al restaurante, dio una ojeada por la ventana de la puerta corredera. Las luces envueltas en tulipas que colgaban de las paredes iluminaban el vagón. Las mesas y las sillas seguían en su sitio, probablemente ancladas al suelo con fijaciones. De no ser por los manteles descuadrados y la moqueta regada con los tiestos y helechos que adornaban las mesas, el espacio daba la impresión de estar listo para servir la cena.

No había nadie.

Reduciendo la silueta, atravesó el coche-restaurante de puntillas y el contiguo, que albergaba la cocina. Al final de este, se asomó con discreción al cristal de la puerta, que según recordaba de un plano con la disposición del convoy, era el primero de los tres vagones con asientos para la clase turista. Tras un breve examen, se quedó helado.

En el pasillo que separaba dos hileras de asientos, tres paramilitares sostenían fusiles de asalto AK-47 soviéticos y amenazaban con ellos al pasaje. Este, aterrorizado, acataba sus órdenes, saltando de sus asientos y tumbándose en el suelo bocabajo, con las manos en la nuca y encogidos de miedo. El pasillo era estrecho. Los cuerpos se amontonaban. James se quedó mirando a una mujer europea sentada en el otro extremo del coche, en un asiento que daba hacia él. Tenía aspecto de ejecutiva en viaje de negocios: traje de chaqueta y reloj caro —quizá con destino a Ulán-Bator, capital de Mongolia y centro administrativo de la región—. Sobre la bandeja desplegada descansaba

un ordenador portátil abierto. Desde su posición, James vio como hundía la mano con disimulo en su costoso bolso de piel y extraía un teléfono móvil de última generación, en el que empezó a marcar números.

«No, no, no».

En ese momento, una pistola rugió. Aún no había llegado el casquillo del calibre 9 a la moqueta y un humeante agujero negro se abrió en su frente, recordando a una muñeca de cera a la que hubiesen aplicado el calor de un cigarrillo. La ejecutiva se quedó inerte en el acto, con la cabeza echada hacia atrás; tenía los ojos y la boca abiertos por completo en un claro gesto de incredulidad, como si acabase de pillar a su marido en la cama con su mejor amiga. En cuestión de un segundo, su brazo se aflojó y el teléfono acabó en la moqueta, aplastado bajo la suela de una bota militar del cuarenta y seis.

A través de la puerta le llegaron, amortiguados, más gemidos de terror. James soltó una maldición entre dientes y se agachó. No tenía la más remota idea de qué buscaban esos tipos, aunque había visto lo que estaban dispuestos a hacer por conseguirlo. Tal vez, unirse a los rehenes fuese una opción, pero no iba a exponer la vida de Victoria al capricho de alguno de aquellos matones de gatillo fácil. Con un plan temerario urdido en su cabeza, giró sobre sí despacio y, esforzándose por no hacer ruido, se dispuso a deshacer el camino que lo conduciría de vuelta a su cabina.

A punto de abandonar la cocina, sus pasos cautelosos se detuvieron con una idea formándose en su mente. Se introdujo tras un panel y se enfrentó a varios estantes metálicos cargados de alimentos. Sin pérdida de tiempo, recorrió la estancia con la mirada hasta que dio con una bolsa de plástico; se hizo con ella y echó dentro algunas latas de conservas escogidas de forma azarosa. A continuación, regresó al pasillo. De improviso se quedó de piedra escuchando voces a sus espaldas. Tornó la cabeza hacia el ruido y se topó con uno de los rusos al otro lado de la puerta del coche, enfrascado en su apertura.

Por un instante sus miradas se cruzaron. La del ruso era poco amistosa.

****

6

El Oro de los Zares, *cordillera de Khentii*

Descubierto, James soltó un juramento y, sin titubear, echó a correr. En el instante en que abandonaba el vagón cocina, oyó el estruendo de disparos. Escondió la cabeza entre los hombros y continuó volando a través del restaurante y de pasillos, ahora despejados de pasajeros, hasta que llegó a su cabina. Victoria casi había terminado de arreglar el desorden; si acaso, quedaban algunas prendas de ropa tiradas sobre la moqueta. Allen aseguró la puerta, soltó la bolsa de plástico con las latas de conserva sobre la cama y, de dos bruscas zancadas, se plantó ante ella.

—Cariño, necesito que me prestes mucha atención.

Victoria depositó un pantalón sobre el respaldo del asiento y lo miró con fijeza. Fuera del vagón ya había oscurecido y la ventisca de nieve arreciaba. El techo del convoy comenzaba a tapizarse de blanco.

—¿Qué está pasando?

—No hay tiempo para explicaciones. Vístete deprisa con toda la ropa de abrigo que puedas.

—Pero ¿qué…?

James no la dejó concluir, la sujetó por las muñecas y apretó hasta hacerle daño.

—¡Escucha lo que te digo! —exclamó con vehemencia—. Si no me haces caso… vamos a morir.

En ese momento, volvieron a escucharse más gritos provocados por el temor. James liberó a Victoria y se asomó fuera del compartimento; al cabo, volvió a cerrar la puerta.

—¡Vamos! Están en el coche de al lado, pronto llegarán aquí.

Victoria no volvió a abrir la boca, se deshizo de un golpe del salto de cama con el que pensaba impresionar a su marido, y se embutió en

una camiseta de lana, una camisa, un jersey grueso de cuello alto y el plumífero acolchado con capucha que utilizaba para esquiar.

—No olvides ponerte dos o tres pares de calcetines y botas altas —le recordó Allen, mientras iba vaciando el contenido de la bolsa de plástico dentro de la mochila. Luego también él se dirigió hacia un armario ropero y escogió las prendas de vestir más gruesas.

Victoria Meier no dudó en dejar atrás sus pertenencias más valiosas y no gastó un segundo en agarrar su joyero, que contendría alhajas por valor de varias decenas de miles de euros. No sentía el menor apego por las pertenencias materiales que podía reemplazar con facilidad. En ese sentido, era una mujer resuelta e independiente que, tiempo atrás, dirigió uno de los *lobbies* de influencia más relevantes del mundo. Cuando conoció a James, y harta de las imposiciones que acarreaba su cargo —y que no siempre encajaban con su modo de entender los negocios—, optó por dejar atrás esa vida. No tenía claro qué haría en el futuro, pero, de momento, estaba dispuesta a disfrutar cada segundo junto a aquel hombre que había puesto su mundo patas arriba. Por contra, Allen chasqueó la lengua contrariado al verse obligado a dejar atrás su queridísimo Barbour marengo, una prenda gastada que le había acompañado durante más de diez años por medio mundo, pero que le sería de poca ayuda a veinte grados bajo cero.

—Guarda esto en la mochila —dijo Victoria, tendiéndole un bote de protector solar.

Cuando estuvieron listos, James deslizó despacio la puerta de la cabina y asomó un poco la cara al pasillo, que seguía vacío, aunque las órdenes y voces conminatorias sonaban cada vez más altas. En el ambiente flotaba un tibio olor a pólvora. Por un momento, permaneció quieto valorando la situación. Jugaba a un juego muy peligroso en el cual no había margen al error. Las opciones, tal como él las veía, se simplificaban en dos: vivir o morir.

Escogió la primera.

De frente, se hallaban los amplios ventanales que recorrían el vagón de un extremo al otro; por ellos, no se veía más que oscuridad y nieve cayendo oblicuamente, impulsada por un ventarrón que soplaba del norte. A su izquierda, en el coche contiguo, los mercenarios arrastraban sin miramientos a una joven por el pelo y la arrojaban fuera de una de las cabinas. A continuación, se escuchó una detonación. A la derecha, a unos pocos metros de su camarote, la puerta que ponía fin al vagón y al convoy. La mitad superior era de cristal de seguridad doble. Por él se veían los brillantes raíles que habían ido dejando a su paso, y que comenzaban a cubrirse de nieve.

A hurtadillas salieron al pasillo. Pegados a los mamparos, salvaron los siete metros que los separaban del final del vagón. James no tenía ni la más remota idea de cómo abrir la puerta para abandonar el tren.

Miraba a su alrededor desesperado, estrujándose el cerebro por encontrar una solución. Victoria dio entonces un paso hasta una pequeña caja de PVC colgada de la pared. En una pegatina ponía en inglés y en ruso: «En caso de emergencia, rómpalo y gire la manivela». Bajo la atenta mirada de James, rompió la carcasa de PVC con el codo y bajó la manivela.

—Esa es mi chica —le dijo, cogiendo el martillo de color rojo que ella enarbolaba.

James echó un último vistazo. En ese momento, no se veía ningún comando; tal vez, estuvieran registrando los compartimentos en busca de divisas y joyas. Sin demorarse más, golpeó el cristal con todas las fuerzas que pudo reunir. No se rompió, pero se cubrió de telarañas. De nuevo volvió a golpearlo. Esta segunda vez, se hizo añicos con un estruendo. En un santiamén, los embistió una corriente de aire gélido que llenó el pasillo del vagón de nieve y frío. Con cuidado de no cortarse, James se afanó en retirar todas las esquirlas de cristal de los bordes, liberando un espacio del suficiente tamaño para que cupiese por él un cuerpo adulto.

—Vamos, pasa, y ten cuidado de no engancharte —apremió a Victoria, mientras se apartaba sin retirar la vista del pasillo en ningún momento.

Desde el otro lado de la puerta, de pie sobre una plataforma de hierro cerrada por una barandilla, Victoria sostuvo la mochila que James le ofreció y aguardó hasta que se unió a ella. De un extremo de la plataforma, colgaba una escalerilla de mano sujeta con un pasador. Lo soltaron sin que ofreciera demasiada resistencia y, con un siseo que quedó apagado por el estruendo del viento, la escalerilla se deslizó hasta la nieve. Con James detrás apremiándola, Victoria comenzó a bajar.

Aún no habían terminado de hacerlo cuando escucharon gritos en el pasillo.

Los habían descubierto.

****

7

Isla de Skye, Highlands

Seis horas después de la partida, Alex y Patricia se adentraban en la furgoneta por la localidad costera de Kyle of Lochalsh, emplazada en una región montañosa de castillos medievales y lagos. Tras dejar atrás un puerto sobrevolado por gaviotas, cuyos lejanos gritos extrañamente sonaban como los maullidos de un gato, cruzaron el Skye Bridge, un puente de hormigón de quinientos metros de longitud arqueado sobre las heladas aguas de *Loch Alsh*.

La isla de Skye los recibió con el típico clima británico: cielo color ceniza y una fina llovizna que caía tan despacio que las gotas pareciese que flotaban en el aire. Condujeron hacia el norte siguiendo la línea de la costa durante veinte minutos más, hasta que llegaron a Broadford, su destino final. La elección de este pueblo no fue azarosa. Además de situarse a escasa distancia de su nuevo lugar de trabajo, contaba con uno de los mejores hospitales de la zona: el Dr. Mackinnon Memorial. En el fondo, Alex abrigaba la esperanza de que, algún día, Lee fuera capaz de perdonarlo y volviera junto a él. Si tal cosa sucedía, ella tendría un excelente lugar donde ejercer su profesión de cirujana.

—El navegador indica que es aquí —dijo Patricia.

Se metieron por un camino privado que dividía una pradera de césped. Los parterres invernales ofrecían colores violetas de los crisantemos. Pararon al lado de un Nissan de color negro, con los bajos salpicados de barro. Permanecieron sin moverse durante un rato, sin apenas apartar la vista de la hermosa fachada que se alzaba ante ellos. The Mountain Creek House resultó no ser un hotel rural sino una encantadora casita de campo de piedra oscura medio cubierta de hiedra salvaje, y con una magnífica cristalera proyectada hacia el exterior en el piso de abajo. Nada más verla, Patricia advirtió que las

fotografías de la *web* no le hacían justicia.

Se deshicieron de los cinturones de seguridad y abandonaron el vehículo. Al tiempo que un puñado de golondrinas abandonaba los nidos sujetos al voladizo del techado, respiraron hondo el aire y estiraron los músculos. Les llegó el ruido de un cortacésped.

—¡Eres un maldito cabrón! ¡Lárgate del pueblo!

Alex y Patricia volvieron sus cabezas hacia el repentino alboroto que se desarrollaba al otro extremo del jardín, junto al tronco de un roble inglés y una podadora de césped de gasolina ronroneando. Cuatro bravucones amedrentaban a un acobardado hombre de mediana edad, al que uno de ellos mantenía aferrado por el cuello. En un momento dado, lo empujó con fuerza y el hombre, desequilibrado, cayó de espaldas sobre un montón de hojarasca.

—¡Eh! —gritó Scott, que de inmediato se dirigió hacia allí.

Patricia fue detrás de él.

El líder de la banda avanzaba hacia la víctima mientras hundía la mano tatuada en el bolsillo de los vaqueros y sacaba una navaja. De repente, detuvo su zancada y los miró fijamente. Tenía un rostro joven, de veintipocos, y sus ojos reflejaban la furia que sentía.

—¡Meteos en vuestros asuntos! —les espetó.

Alex llegó hasta él y, sin mediar palabra, le soltó un puñetazo en el plexo solar. El joven jadeó, se dobló sobre sí mismo y soltó la navaja. A renglón seguido, el inspector jefe lo cogió por la muñeca y le retorció el brazo sobre la espalda.

—¡Ahhhhh! ¡Vas a romperme el brazo!

El resto de la banda no sabía bien qué hacer. Para disuadirlos de cualquier acción, con la mano libre, Scott extrajo del chaquetón la identificación de inspector jefe y la enarboló en alto.

—¿Queréis pasar el resto del día en el calabozo?

—¡Alex, suéltalo! ¿Qué crees que haces? —le espetó Patricia, cuando llegó a su lado.

Alex la miró ofuscado, pareció recapacitar y soltó el brazo del joven, que se apartó sujetándoselo con una mueca de dolor.

—Tío, estás como una cabra —gruñó. Luego recogió con disimulo la navaja de la hierba y la escabulló debajo de la camisa—. Esto no ha acabado, capullo —amenazó con aspereza al hombre tendido, apuntándole con el dedo—. Y tú, poli de mierda —graznó, desafiando con la mirada a Alex—, no sabes con quién te la estás jugando. Ya se ocupará mi padre de ti. Vámonos.

Alex fue a dar un paso hacia él, pero Patricia se lo impidió con una mirada reprobatoria.

—No empeores las cosas —le dijo, más calmada.

Scott prefirió guardar silencio mientras la banda desaparecía dentro de un Corvette rojo chillón. Con la música sonando a todo volumen, el

deportivo se incorporó a la carretera derrapando sobre las ruedas traseras. En cuanto desapareció tras una curva, Alex se dirigió hacia el hombre tumbado en el suelo y le tendió la mano, ayudándolo a incorporarse.

—¿Está usted bien?

El tipo asintió mientras se sacudía la hojarasca de la ropa.

—Gracias por su ayuda. Me llamo Gordon, Will Gordon.

—Yo soy Alex Scott y ella es Patricia Banner.

Will miró a la joven y la saludó gesticulando con la cabeza.

—Encantado. Disculpen que no les dé la mano —se excusó, mostrando las palmas sucias.

—¿Quiénes eran esos tipos? —quiso saber la sargento.

La pregunta quedó sin respuesta porque una puerta de la casa de campo se abrió de par en par y ante ellos apareció una pareja acercándoseles rápido, pero sin correr. La mujer estaba en la flor de la vida, morena y con el pelo recogido en una coleta que bailoteaba de un lado a otro. El hombre era alto y apuesto, y vestía un mono azul de trabajo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella en voz alta—. Hemos oído el jaleo desde la cocina.

—Nada, Susan —contestó Gordon—. Era Andy Graham.

—Pero ¿tú estás bien? —preguntó ahora él.

Will movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Hector, estos señores llegaron justo a tiempo.

El interés de Hector y Susan se desplazó desde Patricia y Alex a la furgoneta aparcada junto a su coche.

—¿Eres Alex Scott? —preguntó Hector.

El inspector jefe relajó el gesto y estrechó con fuerza la mano de su anfitrión; a continuación, hizo lo propio con la de Susan y presentó a Patricia. Los ojos de la sargento y de Hector coincidieron un fugaz instante. Al notar la suave mano de él rodeando la suya, la joven se turbó ligeramente.

—Venga, entrad —dijo Susan—, os mostraré vuestras habitaciones y prepararé una taza de té.

Susan caminó en dirección a la casa cogiendo del brazo a Patricia.

—Las cosas de la furgoneta… —dijo Alex.

La vista de Hector recaló en una pequeña edificación de madera adosada a la casa.

—Puedes dejarlas en el cobertizo hasta que encuentres casa. Will te ayudará a descargarlas.

—Claro —repuso este, que desconectó la cortadora de césped y acompañó a Alex y a Hector hasta los vehículos.

—Yo me marcho, me esperan en el trabajo —dijo Hector, subiendo al Nissan.

—Los Anderson son buenas personas —dijo Gordon, viendo alejarse por el camino de entrada el coche de Hector. A renglón seguido, agarró una pesada caja de cartón de la furgoneta y la llevó al cobertizo. Haciendo malabarismo, sacó una llave del bolsillo y abrió el candado que aseguraba el portón.

—¿Los conoces hace mucho? —curioseó Scott, a su lado, portando otra caja en peso.

—Sí, hará un año o así —respondió, empujando con fuerza la puerta corredera.

Cuando toda la carga de la furgoneta quedó apilada en el cobertizo, Alex se despidió de Will y accedió a la casa con dos bolsas de viaje, una suya y otra de Patricia. Construida a la antigua usanza, el interior resultaba muy confortable. Una chimenea encendida dejaba en el ambiente un agradable olor a leña.

—Ah, ya estás aquí —dijo Susan, mirándolo desde el salón, donde tomaba con Patricia una taza de té. Al momento ambas mujeres se levantaron y se reunieron con él en el recibidor.

»Os llevaré a vuestras habitaciones para que podáis instalaros.

Siguieron a la anfitriona por unas escaleras en curva hasta el rellano del piso de arriba. Frente a ellos se abrió una galería bien iluminada por un tragaluz. A un lado había puertas cerradas; al otro, se vislumbraba el salón. Susan anduvo por la galería de un extremo a otro, y se detuvo delante de las dos últimas puertas.

—Os he reservado las habitaciones que más me agradan —dijo con una sonrisita, a la vez que sacaba una llave del bolsillo y la hacía girar en una cerradura—. Tienen vistas al puerto y están a un paso del cuarto de baño.

—¿Hay alguien más alojado en la casa? —preguntó Patricia.

—No. Es invierno. Ahora solo estamos nosotros, que dormimos abajo —se explicó. Luego se apartó a un costado, dejando sitio a Patricia, a la que invitó a entrar con un gesto. Seguidamente, se dirigió hacia la puerta contigua, y también la abrió—. Ahora, os dejo. Cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que pedirla.

Alex entró un momento en el cuarto de Patricia y soltó la bolsa de viaje de ella sobre la cama. Las habitaciones resultaban luminosas y de tamaño suficiente y, efectivamente, ambas tenían una ventana con unas excepcionales vistas del lago.

Con la espalda acomodada en el sofá y las piernas cruzadas con elegancia, Susan escuchó los pasos de sus invitados en la escalera. Tras someterse al chorro caliente de una ducha reconfortante y a un cambio de ropa, Alex y Patt bajaron al salón poco después, donde

continuaba dispuesto el té, solo que Susan había añadido al delicado juego de porcelana una taza más y una bandeja con dulces. Según se acomodaba en un butacón, Alex contempló mejor a la anfitriona. Tenía un rostro anguloso y unos bonitos ojos marrones; a pesar de que no sabría decir si era guapa o no, irradiaba un indiscutible «saber estar».

—Bueno, contadme, ¿qué os trae por aquí? —preguntó Susan.

Alex se removió hasta colocarse al borde del asiento y contestó:

—Soy inspector jefe y me han trasladado a la comisaría de Kyle of Lochalsh. Patricia va a ayudarme mientras me instalo.

A la vez que Alex hablaba, Susan sirvió el té.

—¿Leche y azúcar?

—Yo sí, por favor —dijo Patricia, acercando su taza.

—Yo preferiría un vaso de agua, si es posible —contestó Alex.

La anfitriona se levantó y fue hasta la cocina. Desde el salón oyeron cómo se abría y cerraba un armario y el murmullo del agua del grifo. Al cabo, reapareció y depositó un vaso de agua fresca en la mesita, delante de Alex. Luego se recogió un poco la falda por detrás y volvió a sentarse en el tresillo.

—Broadford —siguió la anfitriona— es tranquilo y la vida sencilla… —Su rostro mostró un semblante de inquietud—. O al menos lo era.

Patricia dejó caer un terrón de azúcar dentro de la taza y dio vueltas con la cucharilla.

—¿Lo dices por lo del asesinato de la turista canadiense? Lo leí en el periódico.

Susan cambió de postura y asintió apesadumbrada.

—El año pasado oímos hablar de las chiquillas que desaparecieron en Lochcarron. Estábamos seguros de que algo así jamás ocurriría en Skye —exhaló un suspiro—, y ya veis.

Los policías intercambiaron una mirada elocuente.

—Tenéis una casa preciosa —dijo Patricia, a fin de interrumpir el silencio que se había hecho.

La sonrisa que mostró Susan, agradeciendo el cumplido, resultaba cálida y contagiosa.

—Hector y yo vivimos aquí desde hace…, buff, una eternidad —añadió, con un brillo en los ojos—, y nos encanta. Por favor, probad uno, son deliciosos —dijo, señalando los dulces.

—No tenías que haberte molestado —dijo Patricia.

Alex acabó de beber el agua y alargó una mano en busca de un rollito de canela, que se llevó entero a la boca.

—Mmm, está buenísimo.

—Son de la pastelería de Laren, una mujer con un don especial para los dulces.

—¿Y a qué os dedicáis tu marido y tú? —preguntó Patricia.

Antes de contestar, Susan despegó la espalda del tresillo y fue en busca de la tacita de porcelana. Dio un sorbito y volvió a dejarla sobre el platillo a juego.

—Hector trabaja en una empresa de mantenimiento. Yo soy administrativa en un centro médico. No es gran cosa, pero nos da para vivir.

—Susan, ¿quién es Andy Graham? —preguntó Scott.

—Es el hijo del superintendente de la Policía, y cree que eso lo autoriza a hacer cuanto le venga en gana. Algún día se topará con la horma de su zapato.

—Vaya, acabo de llegar y me busco problemas con el hijo del jefe —se lamentó Scott.

Patricia le puso una mano en la rodilla.

—Si no hubieras intervenido ese pobre hombre lo habría lamentado de veras.

—Will nos hace labores de jardinería —les explicó Susan—. Sé que tuvo algún problema con la justicia, pero ha rehecho su vida. Se casó con una maestra y tienen un bebé —soltó un suspiro—, pero ya sabéis que en los pueblos la vida para un exconvicto puede ser muy difícil…

La melodía de *Juego de tronos* silenció un momento la conversación. El inspector jefe rebuscó el teléfono por los bolsillos de la *blazer* azul.

—Perdonadme, he de contestar —dijo, poniéndose de pie. Se alejó unos pasos. Al cabo, colgó y volvió a unirse a ellas. Su semblante había cambiado—. Vamos, ha habido otro asesinato.

****

8

El Oro de los Zares, *cordillera de Khentii*

—¡APRESÚRATE! —apremió a su esposa, ya sobre la nieve.

Comenzaron a alejarse del convoy. La nieve les cubría hasta las rodillas y avanzar con rapidez se hacía casi imposible. Al cabo de unos pocos pasos, James sentía que le ardían los músculos de las piernas. Entonces escuchó un murmullo a sus espaldas y se quedó quieto en el acto.

—¿Por qué te paras? —alzó la voz Victoria por encima del viento.

Allen se llevó el índice a los labios y volvió la vista atrás.

—¿Lo has oído?

Iluminado por la luz que se escapaba del convoy distinguió sobre la nieve un bulto quejumbroso cerca de las ruedas de uno de los vagones. James no llevaba capucha y bastaron unos minutos a la intemperie para que su cabello estuviera por completo cubierto de nieve.

—No podemos dejarlo ahí. Morirá. —Entonces dio media vuelta y caminó encorvado sobre sus propias huellas, acercándose de nuevo al tren.

Victoria, congelada, se acurrucó aún más dentro de su plumífero y se golpeó los brazos mientras contemplaba cómo James socorría al desconocido, alzándolo en alto y colocándoselo sobre los hombros. Como el pastor de un belén cargando una oveja, James salvó tambaleándose los veinte metros que lo separaban de Victoria. La noche ya había caído y en un suspiro la ventisca cubriría las huellas que dejaban en la nieve.

Llevarían recorridos unos doscientos metros cuando pararon a recuperar el aliento, aprovechando el abrigo que les proporcionaba una enorme roca. Con la ayuda de Victoria, James dejó caer al suelo a

aquel hombre y apoyó con delicadeza su espalda en la roca. Se quitó entonces la mochila de la espalda y buscó unos prismáticos, que enfocó hasta que el tren cobró nitidez.

Victoria aprovechó la ocasión para contemplar al desconocido, cuyo rostro estaba semioculto bajo una capucha. Era un anciano arrugado como una pasa y con una tez estropeada por una vida a la intemperie. Tenía rasgos mongoloides y vestía un atuendo rústico confeccionado a base de pieles. Permanecía plácidamente en silencio, con los párpados bajados.

—Han descendido dos comandos del tren… Uno está ofreciéndole un cigarrillo al otro… Examinan los alrededores con linternas… —le fue informando James en voz baja, casi susurrando.

—¿Nos descubrirán?

James realizó un gesto de negación, sin apartar la vista de las lentes.

—Aquí estaremos a salvo mientras este se recupera un poco. Ahora, lo más apremiante es protegernos del frío. Debemos encontrar un refugio donde pasar la noche o moriremos congelados.

En ese momento, el hombre se movió y subió los párpados. Sonriéndoles con una fila de dientes cariados y desiguales, pronunció palabras que, para ellos, eran ininteligibles. James apartó la vista de los prismáticos y la centró en el anciano. Lo miró a los ojos y se asombró de su viveza.

—Ella, Victoria. Yo, James —dijo, gesticulando con las manos.

El hombre respondió algo, que tampoco comprendieron. Se irguió entonces un poco y, con un dedo, dibujó trazos simples e infantiles sobre la nieve. Parecía una equis, una casa y una línea recta que unía ambas.

—Debe de vivir por aquí —conjeturó Victoria, interpretando el dibujo.

Sorprendentemente recuperado, el anciano se puso en pie y comenzó a moverse con resolución, seguro del camino a tomar. No llevaría ni diez metros recorridos cuando se detuvo, se giró por la cintura y les hizo señas con la mano, invitando a la pareja a seguirlo. James intercambió una mirada con Victoria y se encogió de hombros. Sin titubear, guardó de nuevo los prismáticos, se ajustó la mochila a la espalda y también ellos se pusieron en marcha, preguntándose en silencio adónde diablos los llevaría aquel tipo.

Durante dos horas, ascendieron en procesión por una colina que se hacía interminable bajo una intensa nevada. Algunos tramos resultaban tan empinados que, más que caminar, trepaban ayudándose de las manos. A Victoria, que iba detrás del anciano, le costaba seguir el ritmo que este había impuesto y pronto quedó rezagada hasta que aquel extraño se convirtió en una sombra entre

remolinos de nieve. En un momento dado, el mongol hizo un alto en el camino, dando tiempo a que lo alcanzaran. Al cabo de un instante, cuando pareció orientarse, se desvió a la derecha, dirigiéndolos hacia una pared rocosa de aspecto negruzco y amenazador que se alzaba sobre una cornisa escarpada.

Cada vez más exhaustos, James y Victoria penetraron en la cornisa y comenzaron a rodear la montaña, haciendo crujir el hielo con sus botas. A la izquierda de la marcha, un profundo corte abría una oscura garganta que engullía toda la nieve que caía y que también lo haría con ellos, si daban un traspiés. Caminaban despacio, arrimados cuanto podían a la pared. Allí, el viento soplaba con más violencia y el aullido que provocaba sonaba aterrador. Desprendimientos recientes habían hecho desaparecer parte del camino, creando boquetes que salvaban con pequeños saltitos, pero que les obligaban a extremar la precaución.

Tras un recodo, una abertura se abrió en la pared. El trío fue desapareciendo dentro de ella, uno detrás del otro. Al amparo de la tempestad, disfrutaron de la reconfortante sensación que suponía dejar de sentir agujas clavándose en sus rostros. A pesar de que el olor a piedra húmeda se intensificó, se imponía una fuerte pestilencia a establo. James descargó la mochila en el suelo y buscó la linterna dentro.

—Este sitio será perfecto para pasar la noche —dijo, al tiempo que barría la cueva con la luz de la linterna, revelando una estrecha y larga cavidad que penetraba unos metros en las entrañas de la montaña, para ensancharse al final.

—¡Brrrr! ¡Qué frío! —la voz de Victoria salió del interior de la capucha de su plumífero acompañada de nubes de vaho—. Parece que… ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

James detuvo en seco el movimiento de su mano.

—¿El qué?

—Allí —repuso Victoria, señalando con el dedo.

Allen movió a la izquierda la linterna hasta que dentro del cerco de luz aparecieron dos formas humanas, sentadas en el suelo y con la espalda apoyada en la roca. Esquivando boñigas de ganado y leña partida, se adentró en la caverna. Junto a los cuerpos momificados por el efecto de la congelación, habían esparcidas por el suelo unas latas oxidadas de raciones militares y una linterna corroída por el ácido de las pilas.

—¿De qué morirían? —preguntó Victoria, a su lado.

James se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que de frío. No hay otra causa aparente.

—Me pregunto quiénes serían.

Allen acercó la linterna para ver mejor los jirones de tela camuflada

adheridos a los cuerpos. Entonces se inclinó sobre uno de ellos y descubrió una chapa identificativa circular colgada al cuello. Jaló fuerte de ella y rompió la cadena que la sujetaba.

—Comandante Smith. 2 de febrero de 1975. Grupo sanguíneo cero positivo. CE —leyó en voz alta.

—Parecen militares.

—Ingleses para ser precisos, al menos este —dijo, señalando al que tenía la chapa metálica.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó ella.

James le mostró la chapa.

—CE. Es un código de dos letras para identificar la Iglesia de Inglaterra. —Luego, la guardó en un bolsillo de la parca.

Entretanto, el anciano, que no había dado muestra alguna de interés por los cadáveres, se dirigió al fondo, donde el goteo de una filtración de agua resultaba más audible. Por el camino fue recogiendo leña y boñigas y se ocupó de preparar una hoguera. Entonces escogió dos palos, uno plano, que colocó en el suelo, y otro alargado que empezó a frotar con ambas manos.

—Espere —dijo James, que fue a la entrada a buscar la mochila; metió la mano en un bolsillo y sacó un mechero.

Con la hoguera chisporroteando, la impresión de confort aumentó rápidamente en la cueva. Los tres permanecían sentados circundando el fuego. Con las manos extendidas hacia él, procuraban entrar en calor. El castañeo de los dientes de Victoria arrancaba ecos que rebotaban en las paredes de la caverna. James la miró con una media sonrisa y la envolvió con sus brazos.

—¿Tienes frío?

Ella asintió varias veces.

—Un p-poco s-sí —repuso tartamudeando.

—¿En qué piensas?

—En que eres único organizando escapadas románticas. —Las tripas de Victoria hicieron ruido—. Jolines, estoy hambrienta.

Allen no pudo aguantar la risa.

—Espera, tal vez con esto gane puntos. —En un escorzo, giró el cuerpo hacia la mochila y extrajo varias conservas de atún, sardinas y mejillones, que fue repartiendo entre los tres.

Los ojos de Victoria se clavaron con avidez en la comida.

—¡Cómo me gusta tu previsión!

Con la barriga llena, se acurrucaron cerca de la lumbre y se dispusieron a pasar la noche.

****

9

Isla de Skye, Highlands

QUIÉN te ha llamado antes? —le preguntó Banner, mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

—La secretaria del jefe Graham —contestó Alex, echando para atrás el asiento y arrancando el motor de la furgoneta. Antes de maniobrar, introdujo una dirección en el navegador—. No sé cómo; pero, de algún modo, se han enterado de que ya estaba por la zona. —Scott se concentró por un momento en la conducción. Mirando por los retrovisores laterales, echó marcha atrás hasta franquear el seto de la entrada y se incorporó a la A87 en cuanto el escaso tráfico se lo permitió.

—¿Adónde vamos?

—A dos kilómetros al norte de aquí hay una casa de labranza del siglo XVIII convertida en una atracción turística.

No habrían transcurrido ni cinco minutos y se toparon con un reguero de furgonetas de diferentes cadenas de televisión aparcadas en fila india a ambos lados de la carretera. Todas blancas y con una antena redonda saliendo del techo. Alex aminoró un poco y fue pasando frente a la hilera de vehículos, hasta que localizó a la izquierda una bifurcación bloqueada por una motocicleta de la policía. El inspector jefe detuvo el vehículo junto a una agente ataviada con un chubasquero amarillo, que le hacía señales con la mano. Inmediatamente, repararon en la mascarilla de carbón activo que colgaba de su cinturón. La Policía contaba con equipamiento contra ataques químicos o bacteriológicos, pero jamás habían llegado a verlo. Alex bajó el cristal de la ventanilla, le mostró la placa y habló brevemente con ella. Cuando la agente los dejó pasar, cruzaron una verja abierta. A partir de ahí, circularon unos minutos rodeados de árboles, hasta que llegaron a la altura de un cartel lustroso escrito en

mayúsculas: «CORRY LODGE».

Dejaron la furgoneta sobre el manto mullido y rojizo que formaban centenares de hojas de haya. Ante ellos, se abría una amplia alameda sembrada de hojarasca y flanqueada por tilos y hayas. Los troncos de los árboles se veían cubiertos de musgo color mostaza y a sus oídos llegaba el reclamo de alegres pájaros posados sobre sus ramas desnudas. Aún había suficiente claridad, si bien la tarde comenzaba a languidecer, de modo que deberían apresurarse si deseaban aprovechar la luz natural.

Embozados en capuchas, recorrieron los últimos metros a pie bajo el sonoro chapoteo que provocaban sus botas. Al final de la avenida arbolada en pendiente se atisbaba Corry Lodge: una espectacular vivienda de fotografía en sepia. La granja, poblada de altos y frondosos árboles, exhibía un aroma añejo que hacía las delicias de los que la visitaban.

Cuando terminaron de recorrer el paseo, ya había dejado de llover. Se encontraron el acceso bloqueado con una cinta blanca policial con la leyenda «POLICE LINE — DO NOT CROSS» escrita en azul. Delante, una nube de periodistas aguardaba noticias con los micrófonos en ristre y las cámaras al hombro. Alex y Patricia levantaron un poco la cinta y la sortearon por debajo. Nada más hacerlo, otro agente despertó de su aburrimiento y, levantando las manos con la intención de detener su avance, dio dos pasos hacia ellos. De su cinturón también colgaba una mascarilla. Una vez que descubrió las placas al cuello, se ajustó la gorra sobre la frente y regresó a su estado de sopor.

Durante un breve paréntesis, se detuvieron ante la casa de campo para hacerse una composición del lugar. Justo enfrente, se encontraron dos coches patrulla aparcados como si los conductores hubiesen tenido prisa por abandonarlos, una ambulancia del condado y una furgoneta blanca de la Policía Científica. Justo detrás de ellos, apareció un furgón negro que trasladaría el cadáver a la morgue.

A su alrededor había un hervidero de policías moviéndose por todas partes y *walkie-talkies* crepitando de cuando en cuando. Banner contó a vuelapluma doce agentes, más los dos que les habían impedido el acceso, hacían un total de catorce; y eso solo a simple vista. Se aventuró a pensar que debía de ser el destacamento completo de Kyle of Lochalsh. Quizá la nutrida presencia de periodistas explicase aquella movilización y el nerviosismo que se palpaba en el ambiente.

Scott se puso de nuevo en movimiento y se aproximó hasta un policía que tenía una barriga tan prominente que parecía un milagro que los botones centrales de la camisa del uniforme se mantuvieran en su sitio.

—Agente, soy el inspector jefe Scott, ¿podría indicarme quién está al mando?

El policía se enderezó todo cuanto su gordura le permitió.

—S-señor… —titubeó—. Diríjase al cobertizo —dijo con un pronunciado acento de Dundee, indicando con la punta del dedo hacia una gran construcción de madera con techo de teja y ventanas, adosada al edificio principal—. Allí encontrará al sargento McAlley.

La pareja se encaminó hacia allí con resolución. Una agente uniformada destacada ante la puerta abierta les saludó con la cabeza y se hizo a un lado, dejando libre la entrada. Nada más pisar el umbral se percataron de que aquel era el verdadero escenario del crimen y, durante un rato prolongado, permanecieron inmóviles paseando la mirada por las cuadrículas de búsqueda y siguiendo los números correlativos de las marcas amarillas de plástico que habían dejado los técnicos criminalistas, como un juego de niños consistente en conectar puntos.

Dos potentes reflectores portátiles provocaban que los objetos que había dentro proyectasen sombras alargadas contra el suelo y las paredes. En el centro del cobertizo, sobre un montón de paja, yacía un cadáver de costado. Por todo el recinto revoloteaba un grupo de personas enfundadas en trajes de bioseguridad criminalístico, rastreándolo todo con el propósito de recabar pruebas forenses. Los *flashes* de una cámara de fotos eran ya esporádicos.

Varios agentes llevaban puestas sus mascarillas de carbón activo.

Antes de dar un paso, Scott y Banner se colocaron guantes y chanclos de látex que sacaron de una caja colocada en el suelo, junto a la puerta, y cogieron una mascarilla cada uno, aunque no se las pusieron; a continuación, Alex encontró con la mirada a un hombre uniformado calvo y robusto que departía con dos agentes más, y anduvo hasta él.

—Buenas tardes, ¿es usted el sargento McAlley? —preguntó alguien a sus espaldas.

El trío enfocó su atención en el larguirucho de pelo azafranado que se había materializado junto a ellos. Resultaba el reflejo caricaturesco de uno de los hermanos Wesley en las películas de Harry Potter, y reprimieron unas risas de mofa.

—Sí, soy yo —confirmó el hombre con divisas de sargento en su uniforme, luego juntó el entrecejo y preguntó con desconfianza—: ¿Y usted es…?

—Soy el inspector jefe Scott.

Uno de los agentes carraspeó, incómodo.

Todos en la comisaría habían oído hablar de él, y se temían lo peor. Un inspector con su currículum que dejaba la ciudad por el campo solo podían significar dos cosas: o huía de algo o lo habían desterrado, y cualesquiera de las dos opciones denotaba la presencia de un fracasado.

—Creí que se incorporaba en unas semanas —dijo McAlley.

—Yo también, sargento. —Y tras un breve silencio, preguntó—: ¿Qué ha ocurrido?

—Mujer asesinada, treinta y pocos. Por su aspecto, diría que es escocesa —explicó el agente más joven, cobrando protagonismo.

—Apostaría mi pensión a que también ha sido violada —añadió el sargento, mostrando un tono de suficiencia.

«Estoy seguro de que lo harías», se dijo Alex mientras iba tomando notas en una libreta que había sacado del chaquetón.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo, agente…? —preguntó, dirigiéndose al policía joven.

—Clarke, señor —respondió—. Un vigilante de seguridad. A eso de la una. Vino a comprobar una alarma.

—Ya lo hemos interrogado —volvió a intervenir el sargento.

Alex miró un segundo a McAlley y movió la cabeza en señal de asentimiento, luego apuntó más cosas en la libreta.

—¿Cómo es posible que hayan traído el cadáver hasta aquí sin que nadie lo haya visto?

Al sargento no se le había ocurrido aquello y, si bien calibró la respuesta unos segundos, no supo qué decir.

—Los lunes cierran por descanso del personal —apuntó Clarke, como una hipótesis.

El inspector jefe sopesó la información. «Este chaval parece agudo y rápido».

—¿Se han revisado las grabaciones de las cámaras de tráfico? —preguntó Scott.

El sargento sacudió la cabeza.

—En toda la isla solo hay en el puente, las instalaron el año pasado.

—¿Y qué me dice del sistema de vigilancia de la instalación? —insistió el inspector jefe.

—Pediré las imágenes, señor —dijo el agente Clarke, que abandonó el grupo.

—¿Alguna cosa más de interés?

—Han estado aquí los del Departamento de Salud con sus aparatejos de detección viral, pero no han descubierto el menor indicio de que hubiera riesgo biológico —terció el sargento.

Scott arqueó las cejas en un gesto de inquietud.

—En cuanto vea el cadáver, lo comprenderá —se limitó a decir.

En ese momento, los abordó un hombre moreno con el rostro cubierto de sudor. Vestía un mono blanco, tenía la capucha echada hacia atrás y las gafas protectoras puestas en la frente.

—Nosotros ya hemos acabado. El cadáver es todo suyo, McAlley.

****

10

Isla de Skye, Highlands

AGACHADO ante el cadáver había un sesentón cubierto por una gabardina beis clásica extravendo un punzón del costado derecho del cuerpo. Lo contempló con gran atención y, cuando sintió una presencia a su lado, movió la cabeza hacia los recién llegados, mirándolos por unas bifocales de montura metálica fina.

—Bryceton —le llamó el sargento.

Enderezándose, el hombre canoso se deshizo de los guantes quirúrgicos, y luego dio dos pasos hacia los recién llegados.

—El mismo que viste y calza.

—Le presento al inspector jefe Scott. Viene a sustituir a Bowie.

Con una levísima sonrisa de bienvenida le tendió la mano.

—Soy el patólogo forense Bryceton.

El inspector jefe devolvió el saludo con un firme apretón de mano. De inmediato fue al grano.

—¿Ha tenido ocasión de determinar la hora del fallecimiento? —le preguntó, mirando el termómetro que el forense sostenía con la mano izquierda.

Bryceton alzó los ojos, calculando.

—Diría que lleva unas once o doce horas muerta.

Alex comprobó la hora en su reloj de pulsera. El cuerpo humano pierde un grado de temperatura por hora desde el fallecimiento. Se comprueba punzando el hígado, que es el órgano que mantiene el calor corporal por más tiempo.

—O sea, la mataron entre las cuatro y las cinco de la mañana.

El médico forense se mostró conforme con aquel cálculo.

—¿Causa del fallecimiento?

Bryceton movió la cabeza de un lado para otro.

—A simple vista es imposible determinarla. Tiene una especie de

llaga en el antebrazo derecho y un moretón, pero habrá que esperar a practicarle la autopsia —dijo; a renglón seguido, recuperó su instrumental y lo guardó dentro de una bolsa de cuero gastado, de esas que utilizaban los médicos rurales.

»Si no requieren nada más de mí, me marcho. Esperaré el cuerpo en el anatómico forense. Inspector jefe…, McAlley. —Se despidió de ambos, con un gesto de la cabeza. Luego se alejó en dirección a la puerta corredera.

—Espere, Bryceton —lo llamó el sargento, volviéndose—. Voy a fumar un pitillo. —Y fue detrás de él.

Ya a solas, Alex dio los últimos pasos hasta el cadáver y se enfrentó a él por vez primera. De un simple vistazo, comprendió a qué se refería el sargento cuando dijo que habían estado allí los del Departamento de Salud. El rostro, parcialmente cubierto por el cabello, semejaba el de una persona enferma, y su palidez no se correspondía con la lividez *post-mortem*. No obstante, lo que más llamaron su atención fueron las hemorragias en ojos, nariz, boca y oídos. La sangre coagulada pintaba un cuadro de terror.

A pesar de las pruebas realizadas *in situ* por el Departamento de Salud, él no las tenía todas consigo y se mantuvo alejado del cuerpo, guardándose de entrar en contacto con él. A continuación, se acuclilló y dedicó unos minutos en un minucioso recorrido visual. El cuerpo desnudo correspondía a una mujer caucásica y rubia. Aventuró que algo más joven de lo que le había dicho el agente Clarke. Tal vez de entre veintimuchos y treinta años.

«Debió de haber sido muy atractiva».

Tumbada de lado, algo desentonaba en la posición. Era forzada, antinatural. Como si la hubiesen dejado caer.

Sus ojos puestos en el infinito aún reflejaban el agónico sufrimiento padecido. Los labios se veían pálidos y las palmas de las manos y los pies de un visible tono azulado; además, el *rigor mortis* era casi total, lo que apoyaba la teoría de la hora de defunción. En la mano derecha tenía dibujada una cruz con lo que parecía ser sangre, casi con seguridad de la misma víctima. También se fijó en la inflamación purulenta del brazo. Para aquello no encontró un adjetivo mejor que asqueroso. No tenía la más remota idea de qué podía ser. Jamás había visto nada parecido. Era como si le hubiese picado algo. Estaba dentro de un moretón redondo, del tipo que deja una inyección puesta sin cuidado. Siguiendo el protocolo, el cadáver tenía las manos envueltas en fundas de plástico con la intención de preservar posibles pruebas forenses.

—Mira las contusiones. —Patricia respiró hondo, de pie al otro lado del cuerpo—. Tiene pinta de agresión sexual.

—En tobillos y muñecas —añadió él—, tiene marcas de ligaduras.

—El aspecto de la víctima me recuerda al artículo del periódico. *Ese* que no quisiste leer.

Durante un momento, Alex alzó ligeramente la barbilla para mirarla, y en el acto volvió a centrarse en el cadáver.

—Ven, quiero que le eches un ojo a algo —le dijo ella.

Patricia lo condujo por el cobertizo; pasaron por delante de una exposición de enseres envejecidos y que, en algún momento, debieron de decorar la casa de campo: máquinas de coser, muebles y sillas doradas estilo Imperio, aguamaniles de porcelana…

—¿Adónde me llevas?

—Aquí, mira esa pared.

Alex, atónito, puso los ojos como platos.

—¿Qué diablos…?

****

11

Isla de Skye, Highlands

Olvé Alex de la pared que tenía enfrente. La sangre con la que estaba escrito se había corrido, alargando las palabras y dejando una imagen un tanto siniestra.

IRÁN a la rameta y la quemarán por completo con fuego»

Los dos permanecieron sin decir nada durante un minuto al menos. Solo miraban absortos la inscripción. En un momento dado, Patricia sacó su teléfono móvil y tomó una fotografía.

—¿Qué crees que significa? —preguntó él.

Patricia meneó la cabeza.

—Ni idea. El asesino trata de decirnos algo, pero ¿qué?

—Parece un pasaje de la Biblia. —El inspector jefe había sacado un bloc con tapas de piel del interior de su chaquetón. Permaneció un momento mirándolo y su semblante se entristeció al recordar que fue un regalo de Lee. A continuación, comenzó a hacer anotaciones.

—Esto lo ha escrito un zurdo —afirmó Patricia.

Scott dejó de escribir y, levantando una ceja escéptico, movió la cara hacia su compañera.

—¿Cómo diantres sabes eso?

—Fíjate en el trazo de la letra *t* de *completo*, y *f* de *fuego*. —Y ante la mirada interrogadora de Alex, se explicó—: Los zurdos hacen los trazos de derecha a izquierda.

Cuando hubo terminado de apuntarlo todo, Scott encontró a Patricia a un paso del cadáver, observándolo con la cabeza ladeada. Escondió el bloc y cubrió la distancia que los separaba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó desde la espalda.

—Esto es muy raro. ¿Ves esa cruz? —dijo, señalando la mano derecha de la víctima.

Alex asintió.

—Esta, sin embargo, la ha dibujado un diestro.

—¿Estás segura?

—Completamente. Participé en un curso de grafología en Quantico.

—Entonces… ¿el asesino es ambidiestro? —se apresuró en concluir.

—No sé —Patricia mostró sus dudas moviendo la cabeza—. Solo un porcentaje mínimo de la población es ambidiestra. Nadie aceptaría ese patrón para establecer un perfil.

A esas palabras, siguió un largo silencio.

—Este escenario ha sido preparado —dijo Patricia, chasqueando la lengua.

—¿Y eso qué significa?

La sargento tardó en contestar, si bien cuando lo hizo su voz sonó grave.

—Que te enfrentas a un asesino metódico y extremadamente listo. Dudo que la científica encuentre una sola prueba incriminatoria. Por ejemplo, la sangre del mensaje de la pared.

—¿Qué sucede con la sangre?

—Se necesitó una gran cantidad, y las heridas del cuerpo de la víctima no la justifican.

Patricia sabía que la mayoría de las pruebas que aparecían en un escenario solo pretendían confundir a la Policía. Discernir las manipuladas de los errores cometidos por el asesino podía convertirse en una ardua tarea. Y en eso radicaba la diferencia entre un buen investigador y uno que no lo fuera tanto. Miró de soslayo a Scott, tratando de ocultar su creciente preocupación. No dudaba de su cualificación. Era un buen poli. De los mejores. Pero su decaído estado de ánimo y el autocastigo que se infligía no eran la mejor receta para afrontar un caso tan complejo como el que tenían ante sí. Un fracaso ahora podría arruinar su brillante carrera.

—Creo que no la mataron aquí —especuló el inspector jefe, y sin esperar respuesta, prosiguió—: No hay el menor signo de violencia.

—O sea, que no es la escena primaria —concluyó Patt, diciendo lo evidente.

Pero entonces fue Scott quien no contestó, se limitó a llamar a un agente con la mano y le pidió que fuera a buscar al vigilante de seguridad que descubrió el cadáver y al encargado de Corry Lodge. En unos minutos, aparecieron ambos; uno, enfundado en un uniforme gris con un cinturón sobrecargado de herramientas que le caía por debajo de la barriga; y el otro, un tipo estirado con un traje caro, que presidía la fundación propietaria del edificio.

Según les formulaba algunas preguntas de rigor, llegó el juez instructor. Nada más concluir con el papeleo oficial, un equipo forense encerró el cuerpo en una bolsa para cadáveres y lo arrastró fuera del cobertizo sobre una camilla. Cuando Scott y Banner dieron por

concluida su labor, también ellos abandonaron el lugar. Volvía a lloviznar y el mecanismo automático ya había encendido el alumbrado público, que llenaba de luz naranja el recinto. Alex comprobó en el reloj Breitling —regalo de los padres de Lee por el anuncio de su compromiso de boda— que habían permanecido dentro más de una hora. La furgoneta forense no estaba y su lugar lo ocupaba un carísimo Mercedes azul, propiedad, casi con seguridad, del director de la fundación.

Era tarde y la jornada había sido más dura de lo esperado. Esa mañana, Alex se despertaba solo en su cama de Glasgow y ahora se encontraba saliendo de la escena de un crimen a más de cuatrocientos kilómetros de distancia. Quizá Patricia tuviera razón. Su vida era ahora esa. Una vida rural. Una vida solitaria. ¡Cómo podían cambiar tanto las cosas en tan poco tiempo!

En cuanto se llevaron el cadáver, los efectivos de la policía comenzaron a marcharse. En aquel paraje hacía un frío que pelaba. Patricia tiritó con una ráfaga de viento gélido, de modo que se colocó la capucha y se subió la cremallera hasta protegerse el cuello. Con el cuerpo encogido, echó a andar al lado de Alex, iniciando el camino de vuelta a la furgoneta. Al cruzar la cinta policial que cerraba la alameda, los *flashes* de las cámaras se dispararon y las grabadoras empezaron a funcionar. Los reporteros no estaban al tanto de quiénes eran esos dos, pero, si procedían del escenario, debían de poseer alguna información de utilidad.

—Por favor, apártense, no tenemos nada que decir —dijo Scott, abriéndose paso.

—¿Es cierto que han asesinado a otra mujer? —Una grabadora conectada se acercó a su cara.

—¿Tiene algo que ver este asesinato con el de hace una semana en el castillo de Dunvegan? —La pregunta llegó desde cuatro periodistas a un tiempo.

Scott, en un arrebato, arrancó el micrófono de la mano de una periodista y lo arrojó a lo lejos.

—¡Iros a la mierda! —les espetó.

Airadas protestas ocuparon el espacio. Patricia agarró del brazo a su amigo y lo apartó del grupo de reporteros, quienes viendo que no iban a contestar a sus preguntas volvieron junto a la cinta policial.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —le dijo ella, en cuanto estuvieron a solas.

Alex resopló mirando al suelo, concentrado en esquivar los charcos que cubrían la vereda.

—Odio a esos buitres —musitó.

Patricia lo miró un segundo y decidió cambiar de tema.

—¿Qué opinas de la última pregunta? ¿Crees que se trata de un

asesino en serie?

—Por favor, Patt, estoy cansado y es tarde. No le sigas el juego a la prensa sensacionalista.

Entre ellos se hizo el silencio. A medida que se adentraban en el paseo, la iluminación procedente de Corry Lodge se iba desvaneciendo. Ante ellos solo había oscuridad.

—¿Cómo crees que le irá a James por Asia? —preguntó ella, buscando un tema de conversación menos conflictivo.

—Bien. A James siempre le va bien.

Patricia percibió un tonillo sarcástico en las palabras de Alex y puso cara de sorpresa. Era lo más parecido a la envidia que jamás hubiera percibido en él cuando se refería a su amigo del alma, al que adoraba. Obviamente, no estaba de humor; de modo que, a partir de ese momento, permanecieron callados, absortos en sus propios pensamientos y con el ruido de la gravilla crujiendo a cada paso. Durante el resto de la caminata a lo largo de la alameda, Alex no paró de darle vueltas a lo que había dicho Patt. Las palabras «asesino en serie» le martilleaban en la cabeza como el goteo de un grifo mal cerrado.

Asesino. En. Serie.

****

12

Cordillera de Khentii, Mongolia

Los rayos del sol matutino encontraron la forma de colarse en la cueva, refractándose en decenas de haces que coloreaban la roca. La combinación de luz y gotas de condensación hacía que brillase como si fuera una mina de diamantes. Con la cabeza de Victoria apoyada en su hombro, James recorrió la cueva con la mirada. Localizó su mochila, los dos cadáveres de piel apergaminada sentados mirando al frente y los troncos de la hoguera ardiendo tímidamente; sin embargo, no halló el menor indicio de su nuevo compañero de viaje. Entonces zarandeó con suavidad a Victoria.

—Cariño, despierta, ya ha amanecido.

Victoria se rebulló de mala gana y se despertó poco a poco con una terrible tortícolis. James se puso de pie y se estiró, tratando de mitigar la rigidez de su cuerpo. Echó a andar renqueante hacia la boca de la caverna y salió al fulgor casi cegador que provocaba la resplandeciente manta de nieve. Aún somnoliento, parpadeó veloz y se hizo sombra en la cara con la mano, hasta que sus ojos se acomodaron a la repentina luminosidad. De un bolsillo del anorak extrajo unas Ray-Ban. A unos diez metros, sobre la cornisa, había una imponente águila despedazando su última presa. En cuanto se apercibió de su presencia, el ave de cuello dorado arrancó a volar con un chillido. Con una envergadura de tres metros, planeó sobre las corrientes de aire que recorrían el espectacular valle.

James acompañó su vuelo con la vista. Solo entonces fue consciente de la inmensidad que se abría ante él. Victoria se le unió, rodeando su cintura con los brazos. Permanecieron embelesados mirando al vacío, incapaces de apartar la vista del increíble paisaje. Momentáneamente, pasaron por alto la presencia del otro. El cielo estaba de un cerúleo intenso y casi despejado, excepto por alguna que otra nube sin más

misión que la de completar un decorado. El sol sobresalía por encima de la cordillera que tenían enfrente, dando brillo a los riscos…

El matrimonio abandonó su ensimismamiento nada más ver llegar al anciano, caminando por la cornisa como si estuviese dando un paseo. Con la mano arrugada tendida, señalaba al sudoeste y sonreía con esos dientes que no habían visto una ortodoncia en su dilatada vida.

«De acuerdo, vayamos al sudoeste; al menos el terreno desciende», caviló James.

Después de media jornada bajando por una suave pendiente, la capa de nieve se volvió más fina hasta que apenas si les llegaba a los tobillos. En la distancia, algo atrajo toda la atención del grupo. Era un bulto de color marrón tirado sobre la nieve.

—¿Qué es eso? —preguntó Victoria, echándose hacia atrás la capucha y aguzando la vista.

James notó el rostro ceñudo del mongol y nuevamente extrajo los prismáticos de la mochila. Sosteniéndolos con ambas manos, se los arrimó a la cara y ajustó la visión.

—Parece una persona… o quizá sea un animal —se aventuró a decir, bajando los binoculares y devolviéndolos a su sitio—, no lo veo bien.

En pocos minutos, salvaron la distancia que los separaba de aquel cuerpo que, poco a poco, fue adoptando una forma humana vestida con un atuendo similar al que llevaba el anciano que los acompañaba. El matrimonio vio cómo este se adelantaba y, doblando las rodillas, se inclinaba hacia el cuerpo. Luego le dio la vuelta y comenzó a agitarse y a soltar palabras de dolor que se atropellaban en su boca. Se miraron con expresión preocupada y apretaron a correr para darle alcance. Tumbado sobre la espalda había un cuerpo humano sin vida y con signos manifiestos de congelación. Sus rasgos eran mongoles y, por la reacción de su acompañante, que lo había incorporado un poco, introduciendo el brazo por detrás de su cabeza, intuyeron que aquel individuo no le resultaba desconocido.

Pero no fue eso lo que asustó a Victoria y a James, sino su apariencia.

La apariencia de un hombre enfermo. Muy enfermo.

Exhibía un rostro desencajado. Por todas partes le emergían regueros de sangre escarchados, igual que meandros de un río congelados por un repentino desplome de las temperaturas; en cambio, al anciano no parecía causarle impresión alguna, y el escocés sospechó que no era la primera vez que veía algo así…

Súbitamente, el muerto resucitó. Puso los ojos redondos como platos, pero no en un gesto de sorpresa sino de terror. Reunió sus últimas fuerzas y se aferró a las solapas del abrigo de su antiguo

amigo, aproximándose a pocos centímetros de su rostro. Con el movimiento, dejó a la vista un profundo corte en el antebrazo convertido en una feísima erupción supurante. Su boca se abrió, mostrando unos dientes sanguinolentos, y su garganta escupió dos palabras susurrantes:

—*¡Ulama, Ulama!*

Acto seguido, expiró. El mongol lanzó quejidos lastimeros al tiempo que acunaba el cadáver contra su pecho. Al cabo, recuperando la serenidad, le cerró los párpados, lo depositó de nuevo sobre la nieve y rezó unos minutos, juntando las palmas de las manos.

James y Victoria asistían a la escena apenados. Solo conocían a aquel individuo de la víspera, pero le habían cogido cariño y verlo así, sobrecogido cuando siempre parecía tan sereno, los compungió. Manteniéndose alejados unos pasos, decidieron aguardar a que el anciano estuviera listo para proseguir el camino. En aquel remoto paraje se respiraba una paz sorprendente. No se oía el menor ruido, más allá del provocado por ellos mismos o por las rachas de viento que, de vez en cuando, llegaban levantando polvo de nieve a su alrededor.

—No iremos a dejarlo ahí —dijo Victoria.

James rodeó su espalda con un brazo, la atrajo hacia su hombro y le besó los cabellos.

—No podemos hacer nada por él. No tenemos ni fuerza ni herramientas para cavar una tumba, y menos con la capa de hielo y nieve… —La frase quedó a medias. James apartó a Victoria, se aproximó al mongol y le tocó en el codo. El hombre detuvo sus rezos y alzó la barbilla. Luego movió lentamente la cabeza de arriba abajo y se incorporó poco a poco.

Victoria los miraba con expresión ceñuda.

—¿Qué es lo que…?

Aullidos escalofriantes se impusieron sobre el silencio de la montaña. Como respondiendo al sonido de una llamada, tres lobos tibetanos aparecieron sobre la colina, a unos cincuenta metros de ellos. Si no fuera porque su vida corría serio peligro, la estampa resultaría digna del *National Geographic*. Los tres bellos animales, con pelaje claro en su parte inferior y parduzco casi zaino en la superior, dibujados contra el azul del cielo, los miraban amenazadores. Sus hocicos temblaban, mostrando con ferocidad sus poderosos colmillos. El macho alfa, que ocupaba el centro del grupo, dobló el cuello hacia arriba y volvió a aullar. Los otros dos comenzaron a separarse gruñendo; uno a la izquierda y el otro a la derecha.

—Hora de marcharse —dijo James susurrando entre dientes.

Mirando subrepticiamente a los depredadores, el trío se puso en marcha y fue alejándose con pasos ejecutados cautelosamente. A unos

treinta metros, volvieron la vista atrás y solo vieron a los tres lobos hambrientos, con las cabezas agachadas.

La nieve alrededor del cadáver se había vuelto roja.

Una hora más tarde, en la distancia, divisaron un campamento. Aún tardarían cuarenta minutos largos en alcanzarlo, y mientras avanzaban sobre la nieve, cada vez menos escasa, James tuvo tiempo de contemplarlo con detenimiento. No era más que una serie de… siete, ocho, nueve tiendas blancas y redondas, instaladas cerca de un caudaloso y brillante río que corría montaña abajo. Dos perros escuálidos correteaban entre ellas. De algunas tiendas se elevaban volutas de humo blanquecino que, antes de disiparse, dejaban la impresión de que una nube se hubiese posado sobre ellas.

Cuando pasaron a unos metros de un montón de piedras, maderas y telas artificiales, que transmitía cierto aire ritual, el anciano se detuvo. Se puso a buscar por el suelo con la mirada hasta que se agachó, apartó un poco de nieve con la mano y agarró un guijarro. Entonces dio los últimos pasos hasta el túmulo y lo circundó tres veces en el sentido de las agujas del reloj. Al concluir, depositó su piedra sobre las demás.

Victoria había aprovechado la ocasión para descansar. Se había sentado sobre una piedra y estiraba sus piernas entumecidas al tiempo que daba tragos a una botella de agua de plástico. Desde su sitio contemplaba embelesada el ceremonial. Le hubiera encantado poder entenderse con aquel hombre tan peculiar para que le contase qué significaba todo aquello.

James, entre tanto, seguía estudiando el campamento. Su espíritu de supervivencia se imponía a un espectáculo tan poco común. A la derecha, al lado de un montón de troncos apilados, un hombre fornido ejecutó el gesto del molinete con un hacha y cercenó un tronco, que cayó partido en dos. Próximo al leñador, había un cercado que cobijaba un rebaño de ovejas y cabras negras. Calculó a vuelapluma un centenar de ejemplares, entre unas y otras. Una mujer anduvo hasta el río e introdujo un cubo de aluminio. Luego lo trasladó a otra cerca donde había… seis caballos marrones, y vertió el agua para que abrevasen los animales. Entonces fue cuando los vio. La mujer dejó despacio el cubo de metal en el suelo, alzó el mentón y, haciendo pantalla con la mano, miró en su dirección. A continuación, con aspavientos se aproximó rápido a una campana sujeta a un poste, y la hizo sonar con fuerza.

Casi de inmediato, varias personas comenzaron a salir del interior de las yurtas y a congregarse en torno a ella mientras alargaba el brazo, señalándolos. Armados con Kalashnikov, cuchillos y arcos, un puñado de hombres inició el ascenso por la ladera.

****

13

Isla de Skye, Highlands

Más o menos a la vez que James estudiaba el campamento nómada, Alex regresaba jadeante después de un fallido intento de hacer *running*. En los últimos meses había perdido la buena forma. Ya no reconocía la versión de sí mismo que veía frente al espejo. Mientras bajaba aseado las escaleras, reapareció la misma opresión en el pecho que lo venía acompañando los últimos meses. El agradable aroma a café recién hecho que percibió nada más entrar en la cocina no consiguió reconfortarlo.

Con una taza humeante en la mano se asomó a una larga cristalera en saledizo. El día parecía ventoso, a juzgar por cómo se inclinaban las copas de los árboles y los remolinos que formaban las hojas caídas. En el cielo comenzaban a acumularse a gran velocidad nubes de tormenta. Bebió un sorbito del café e hizo una mueca, aún estaba demasiado caliente. Le dio entonces la espalda a la ventana y tomó asiento a una mesa vestida con un camino de encaje. Del interior de la chaqueta sacó una petaca y vertió un poco de su contenido en la taza. Taciturno, hizo ademán de coger el ejemplar del *Scots Independent* del día, que Susan o Hector habían dejado sobre la mesa. No completó la acción. Tan pronto vio el titular por poco no se atragantó.

ASESINO. EN. SERIE.

Apoyada de costado contra el quicio de la puerta de la cocina, Patricia contempló la imagen deprimente de Alex durante unos segundos, sin hacer notar su presencia. Lo encontró más apático y distante de lo que la tenía acostumbrada. Como si estuviera en trance, le daba vueltas en el dedo a su anillo de casado. Sobre la mesa había una taza de café frío, una petaca abierta y un periódico tirado de cualquier forma. A

Patricia le parecía que las imágenes privilegiadas del puerto, el lago y las montañas —por este orden— que se apreciaban desde aquella ventana, eran como tener la naturaleza dentro de tu propia casa.

—Bonitas vistas —dijo ella, que optó por no machacar más a su amigo.

El inspector jefe parpadeó, si bien se mantuvo callado. Patricia se acercó a los fogones y puso a calentar una tetera con agua, a renglón seguido fue hasta la mesa y se hizo con el periódico. Lo desplegó en el aire y leyó durante unos minutos la primera plana. Esta vez, dos fotografías ilustraban el artículo: una en la que reconoció la fachada de Corry Lodge y otra de Alex furioso lanzando el micro de la periodista.

UN ASESINO EN SERIE VUELVE A MATAR
Por Margaret Hamilton

PORTREE, ISLA DE SKYE.— Otro brutal asesinato, el segundo en una semana, tiene aterrorizada a la población de la, hasta ahora, tranquila isla de Skye. Las circunstancias en las que se produjeron las dos muertes dejan poco lugar a la duda de que son obra de un asesino en serie. Aunque la Policía mantiene el hermetismo en torno a estos asesinatos, esta periodista ha podido saber que ambas víctimas tienen en común que son mujeres de entre treinta y cuarenta años.

Esta vez, el macabro escenario del crimen se ha trasladado a una casa de campo del siglo XVIII, conocida como «Corry Lodge». En la tarde de ayer, un vigilante de seguridad, haciendo una ronda de inspección rutinaria, descubrió el cuerpo mutilado en el cobertizo de la propiedad. Fuentes bien informadas han confirmado a este medio que las circunstancias en que se halló el cadáver coinciden con las de la anterior víctima; incluso se ha encontrado otro mensaje críptico en el lugar del crimen escrito con la propia sangre de la mujer asesinada. Además, la presencia de nuevo del Departamento de Salud en busca de contaminación viral no hace sino añadir más tensión e incertidumbre sobre el caso.

Tampoco ha trascendido la identidad de la fallecida; no obstante, se especula con que, en esta ocasión, se trate de una isleña. La atracción turística permanecía esta mañana cerrada y se desconoce cuándo podrá reabrirse al público. El desarrollo de la investigación está en manos del inspector jefe Scott, que acaba de incorporarse a la comisaría de Kyle of Lochalsh procedente de Glasgow, y que ya ha tenido su primer encontronazo con los compañeros de la prensa. De su competencia dependerá el futuro económico de esta zona, cuya principal fuente de ingresos es el turismo…

En cuanto terminó, comprendió el estado de melancolía de su compañero. También supo al instante que Alex necesitaría mucha

ayuda para resolver aquel caso.

—Voy a quedarme aquí más tiempo. Hasta que encuentres al asesino.

Scott exhaló un suspiro, volviendo en sí.

—No necesito tu ayuda, sé apañármelas solo. —Como su tono había sonado algo brusco, añadió—: Agradezco de veras lo que tratas de hacer, pero tienes que volver a la División. Conozco a Finnes y no es una persona paciente.

El chiflido de la tetera los interrumpió. Patricia se sirvió una taza, sopló sobre ella y se la bebió deprisa, en dos sorbos. Luego fregó los cacharros, incluidos los utilizados por Alex.

—Ya está decidido. He hablado esta mañana con Finnes y he ampliado una semana más mis vacaciones. Conque acostúmbrate, no vas a librarte de mí. Te espero fuera y, por el amor de Dios, ¡deshazte de una puta vez de esa petaca!

Alex la siguió con la mirada mientras se marchaba de la cocina. Entonces también él se levantó, enroscó el tapón en la petaca y la escondió en el interior de su americana; tras arrimar la silla que había utilizado a la mesa, fue tras ella, remetiéndose la camisa en el pantalón. Aún no se había personado en la comisaría de Kyle of Lochalsh. Pensaba hacerlo esa misma mañana, si bien antes debía resolver un par de gestiones en Broadford. De camino a la comisaría se pasaron por el concesionario Hertz e intercambiar la furgoneta que habían utilizado para la mudanza por un Jeep Cherokee, más apropiado para moverse por esa zona de maltrechas carreteras.

Acomodados en el nuevo todoterreno, se dirigieron al hospital. El anatómico forense estaba ubicado dentro de sus instalaciones y Álex deseaba hablar con Bryceton en busca de algunas respuestas. Tomaron la A87 en dirección al norte y circularon por ella durante unos minutos. Aún podían verse furgonetas de la prensa desperdigadas por el arcén cerca del desvío a Corry Lodge. A partir de ese punto, tuvieron la carretera para ellos solos. En un cruce bien señalizado, doblaron a la derecha y enfilaron High Road, un camino parcheado de un solo carril que moría en el hospital. Poco después de salvar un paso a nivel con barreras, alcanzaron una rotonda con macizos florales. Un cartel recién puesto anunciaba: «Doctor Mackinnon Memorial Hospital».

Alex buscó el aparcamiento para el público y colocó el Jeep en un hueco libre cerca de la entrada principal, junto a los sitios reservados para minusválidos. Antes de entrar echaron una ojeada general por los alrededores. El hospital resultó un agradable complejo de construcciones de una sola planta que miraban al lago. Qué duda cabe, nada tenía que ver con el Queen Elizabeth University de Glasgow, donde había trabajado Lee, pero gozaba de una buena

reputación.

Siguiendo las indicaciones de una recepcionista, fueron rodeando el edificio principal hasta toparse con un cartel sobre una puerta en el que leyeron: «Morgue». Nada más traspasar el umbral, les llegó un tenue pero inconfundible hedor a descomposición. Habituados, Alex y Patricia comenzaron a recorrer un pasillo bien iluminado con tubos en el techo; en un momento dado, doblaron un recodo y llegaron a la sala de autopsias, que no era más que un cuarto en penumbras con una camilla situada justo en el centro, bajo un foco apagado. En lo único en que se asemejaba al anatómico forense de Glasgow era en el acero inoxidable que los rodeaba. La temperatura bajó unos grados y Patricia tembló.

—¿El doctor Bryceton? —preguntó Alex a un celador que empujaba una camilla con un cuerpo envuelto en una funda negra.

El hombre se quedó parado por un momento, y pareció dudar.

—Acabo de verle ir hacia su despacho. Por aquel pasillo.

Continuaron por donde les había indicado y se encontraron de frente una puerta con un cuadrado de cristal esmerilado. Adherido a ella un rótulo con una leyenda: «PATÓLOGO FORENSE». Después de llamar y escuchar un murmullo del interior, se metieron dentro. El despacho era un modesto espacio panelado, con un escritorio, dos archivadores metálicos pegado a la pared y una ventana al exterior por la que entraba luz natural. El ocupante de una silla negra desvió la atención de la pantalla de su ordenador a sus visitantes.

—Buenos días, doctor. Nos conocimos ayer. Soy el inspector jefe Scott —dijo, estrechándole la mano por encima de la mesa—. Ella es la sargento Patricia Banner.

También se dieron la mano, si bien Patricia tuvo la ligera impresión de que la retenía más de la cuenta. A la vista estaba que frente a ella tenía un hombre maduro que se preocupaba de su aspecto. Con un pelo cano colocado en su sitio, vestía una inmaculada bata blanca con una tarjeta prendida al bolsillo izquierdo en la que ponía: «Dr. Bryceton». Tuvo la impresión de que la lucía, no con orgullo, sino con pedantería.

El doctor los invitó a sentarse.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó, juntando las manos encima de la mesa.

Quien habló fue Scott.

—Venía por las autopsias de los cadáveres de las dos mujeres asesinadas.

El patólogo asintió despacio.

—Entiendo, usted dirá.

El inspector jefe hundió la mano dentro de la *blazer* y sacó su libreta de piel. La abrió y, durante unos segundos, se puso a pasar

páginas.

—En primer lugar, ¿puede decirme las causas de las muertes?

Bryceton hizo un gesto negativo con la cabeza y cambió de posición las manos, algo incómodo.

—Es la primera vez en toda mi carrera que debo contestar que no a esa pregunta.

Alex abrió los ojos por completo. Luego realizó unas rápidas anotaciones en la libreta.

—Me hago cargo de su perplejidad, inspector jefe, pero sometimos los cadáveres a todas las pruebas forenses que marca el protocolo, sin que halláramos evidencia sobre una única causa que provocara las muertes. Técnicamente —siguió explicándose—, los decesos se debieron a un fallo multiorgánico. Todos sus órganos estaban licuados, como si alguien los hubiera pasado por una batidora, pero no hemos podido establecer el origen de tal estado.

—¿Y ha podido esclarecer qué causó la pústula del antebrazo? Parecía la picadura de algún insecto.

—Ambos cadáveres mostraban la misma marca, en el mismo sitio. —El doctor frunció los labios—. Pero no, no hemos encontrado ninguna correspondencia en la base de datos. Es muy extraño. En todos mis años de profesión, nunca había visto nada ni remotamente parecido.

—¿Quizá algún virus o una sustancia química? —apuntó Scott.

—Lo pensé, pero todos los análisis dieron negativo y algo así, tan altamente patógeno, dejaría rastro. —Bryceton recostó la cabeza en el sillón y se rascó la barbilla con aire pensativo—. Yo me inclino a pensar que pueda tratarse de algún tipo de reacción alérgica a un medicamento desconocido… Lo consultaré con algunos colegas.

—¿Alguna otra cosa de interés, doctor? —continuó Scott.

Bryceton volvió a su postura inicial. Se inclinó hacia adelante y entrelazó las manos sobre su escritorio.

—Ambas mujeres fueron violadas de forma brutal, pero antes de que lo pregunte, le diré que no hallamos ningún fluido corporal, aunque sí agentes lubricantes que usan la mayoría de los preservativos que puedan encontrase en cualquier supermercado. Ah, la primera víctima tenía los hombros dislocados y hemos aislado hebras de cuero en las marcas de los tobillos y las muñecas.

—¿Podría ver los cuerpos? —inquirió el inspector jefe.

El patólogo forense se rebulló en su asiento.

—Verá, el primer cadáver, el de la turista canadiense, se lo entregamos a la familia hace unos días —afirmó Bryceton.

Alex no dijo nada y sintió los ojos de Patricia clavados en él, censurándolo. Entonces la sargento, perpleja, experimentó un repentino acceso de ira.

—¿Que se lo entregaron a su familia sin conocer la causa de la muerte?

El patólogo inspiró profundamente.

—Mire… —carraspeó—, señorita…

—Soy sargento. Sargento Banner, no *señorita* —lo cortó, encendida.

Bryceton asintió.

—Muy bien, Sargento Banner —dijo con tonillo irónico—. Esto no es Glasgow, aquí se hacen las cosas de otra manera. A mí manera. Una vez realizadas todas las pruebas, no encontré ningún propósito para privar a un marido del derecho a enterrar el cuerpo de su esposa.

—¿Y podríamos ver el de ayer? —preguntó Scott.

Los ojos del médico se movieron del uno al otro. Luego asintió con indiferencia y se puso en pie.

—Naturalmente, si me acompañan.

Bryceton los guio por pasillos asépticos hasta el depósito de cadáveres y se dirigió hasta una zona frigorífica con una hilera de cuatro puertas cuadradas de acero empotradas en la pared. Tras colocarse unos guantes de látex, abrió la puerta de la izquierda y tiró con ambas manos de un asa metálica. Con un siseo suave se deslizó hacia ellos una plataforma de acero sobre la que yacía un cadáver cubierto con una sábana. Ante la atenta mirada de Alex y Patricia, el forense retiró la sábana hasta la cintura sin muchas contemplaciones, revelando el cuerpo desnudo de la misma mujer que la víspera encontraron tirada sobre la paja del cobertizo de Corry Lodge. El cuerpo se veía limpio y frío, y había adquirido un apagado tono ceniciento. Los gruesos puntos de sutura con hilo negro formaban una i griega que iba desde los hombros hasta el esternón, y desde ahí hasta la cintura. Bryceton adoptó una pose aburrida, con los brazos cruzados en el estómago, mientras Patricia y Alex lo estudiaban esforzándose por encontrar algo que se les hubiera pasado por alto.

—¿Satisfechos? —dijo al fin el patólogo forense con un soniquete que sonó algo sarcástico, al tiempo que empujaba la plataforma metálica, que comenzaba a desaparecer en su oscuro agujero.

Pero no, Patricia no estaba satisfecha.

—Alex —le dijo a su compañero—, deberías pedir una segunda opinión.

Bryceton detuvo la plataforma de acero a mitad de camino. La mirada que lanzaba a la sargento sugería que no le estaba gustando la deriva que tomaba la conversación.

—No sé qué pretende insinuar, sargento, pero en la isla no hay nadie más capacitado para hacer una autopsia —dijo, y terminó de recoger el cadáver.

—En Glasgow está la jefa de patología forense, la doctora Caroll Fraiser —replicó.

—No sé… —vaciló el inspector jefe, mostrándose dudoso.

—¿Qué es lo que no sabes? —musitó Patricia—. Tienes dos asesinatos y la única pista puede estar ahí —le reprochó, apuntando a la puerta de acero cerrada.

—De acuerdo…

—Oigan… —Bryceton, cuyo rostro había adquirido un tono amoratado, no lo dejó concluir—. No pueden hacer eso.

Cargado de confianza, Alex ignoró su comentario.

—Necesitaré el informe forense… y voy a solicitar una nueva autopsia —dijo al fin.

Bryceton exhaló un suspiro hastiado.

—Usted no tiene autoridad. Tendrá que hablar con el superintendente Graham.

—En eso tiene razón, Alex —terció Patricia.

El inspector jefe se pasó las manos por la cara.

—De acuerdo, Bryceton, haremos las cosas a su manera.

****

14

Cordillera de Khentii, Mongolia

Con el fin de captar su atención, James tomó del brazo al anciano y apretó suavemente. También Victoria se había fijado en el grupo armado que se les aproximaba. Comprendiendo el propósito de su preocupación, el mongol movió ambas manos de arriba abajo, en señal de serenidad. El gesto lo acompañó de una sonrisa que se extendía por toda la cara. Después los abandonó y caminó lo más rápido que pudo para reunirse con los que resultaron ser familiares. Al reconocerlo, estos corrieron hacia él, gritando de júbilo y disparando sus armas al aire. Uno de los mongoles, vestido con un gorro de lana y una especie de abrigo azul anudado a la cintura con una tela naranja, se dio la vuelta y gritó algo al campamento. Varias mujeres y jóvenes se unieron entonces a la algarabía. Transcurrido el momento de abrazos y bienvenidas, el anciano abandonó el grupo y regresó con ellos dos. Empujándolos por la espalda, los invitó a bajar y a participar de la celebración.

Una vez alcanzaron el campamento nómada, el mongol los condujo hasta una de las yurtas. Nada más entrar, Victoria y James quedaron impresionados. Resultaba espaciosa. Muy espaciosa. Quizá por el efecto que provocaba su altura de dos o tres metros. El sol entraba a raudales mediante una claraboya abierta en la parte superior, esparciendo una brillante luminosidad por todo el interior. Además, hasta el tragaluz, ascendía un largo tubo algo corroído que finalizaba en una estufa de hierro, que asimismo hacía las veces de cocina. Las tiendas estaban confeccionadas con lana y las paredes revestidas con planchas de madera, igual que el suelo, solo que este estaba cubierto por gruesas mantas. Muebles decorados en vivos colores bordeaban el perímetro, de unos veinticinco metros, calculó James a ojo de buen cubero. El principal inconveniente era el tufillo que reinaba. Una

mezcla de falta de higiene y olor a establo.

En una esquina, sobre una mesa, descansaba un televisor que emitía una vieja película en blanco y negro. Frente a la pantalla, un joven de unos diecisiete años tornó la cabeza hacia los recién llegados en cuanto los escuchó. El anciano le habló y el joven lo ignoró; volvió a hablarle con un tono más severo y esta vez el muchacho se hizo con el mando a distancia y pulsó un botón. Con la pantalla fundida en el negro, se levantó de un cojín murmurando y se reunió con el trío.

—Yo llamar Negüi, y él mi padre, Ganzorig —dijo en inglés con un abominable acento.

—¿Tu padre?

La pregunta escapó de la boca de Victoria.

El joven inclinó la cabeza.

—Vida aquí ser dura.

—¿Y tu madre? —quiso saber Victoria.

Antes de responder, el chico soltó un suspiro de amargura y un velo de oscuridad cubrió su rostro.

—Morir invierno pasado.

Sus palabras provocaron un silencio inmediato que se prolongó unos segundos.

—Vaya, lo sentimos. Yo soy James y ella es Victoria. ¿Cómo es que hablas inglés?

El chico apuntó al televisor con la barbilla.

James, admirado, realizó un gesto de comprensión con la cabeza. Los interrogantes se le acumulaban en la punta de la boca, si bien resolvió esperar a saciar su curiosidad. El no tan anciano Ganzorig volvió a hablar en mongol y, en respuesta a sus palabras, el chico acompañó al matrimonio a una esquina de la tienda y entreabrió un cortinón que colgaba de una cuerda, revelando un catre hecho a base de paja y mantas.

—Dormir aquí —les indicó.

—¿Y vosotros? —preguntó Victoria.

—Nosotros, allá —repuso, señalando un montón de fardos apilados en el lado opuesto de la tienda.

—De ninguna manera queremos…

El chico no la dejó hablar.

—Mi padre jamás permitir. Nosotros pueblo hospitalario, y ahora vosotros invitados.

En ese momento accedió una mujer a la tienda y dijo algo en mongol.

—Hora almorzar —les tradujo el joven, según se dirigía hacia la entrada calzando unos zapatos de piel con una curvatura en la punta para conservar el calor.

De nuevo expuestos al sol, siguieron a Negüi y a su padre por el

campamento, hasta la entrada de otra tienda. Por dentro, era similar a la que ya habían visto, solo que sobre los malos olores se imponía un aroma a especias. Ante la estufa-cocina, una gruesa mujer con el pelo cubierto por un pañuelo azul removía el contenido burbujeante de una cacerola. Cerca del fuego, dos hombres sentados apuraban cigarrillos y vodka. Uno parecía estar en edad crepuscular; al menos era mucho más viejo y arrugado que el otro, que tendría una edad similar a Ganzorig. Físicamente, todos eran bastante parecidos; probablemente fuesen parientes, más o menos cercanos, aunque sus rostros ajados y oscurecidos por la intemperie dificultaba en extremo su identificación.

El que parecía más joven, y que resultó llamarse Tömörbaatar, les dedicó una sonrisa desdentada, ofreciéndoles por señas que tomaran asiento al lado de ellos. El cuarteto —James, Victoria, Ganzorig y Negüi— se acomodó sobre más cojines mullidos y de bellos colores, formando un círculo.

—Negüi —dijo James—, ¿puedes preguntarle a tu padre de quién era el cuerpo que encontramos en la montaña?

A medida que traducía la pregunta, la expresión de su padre se iba ensombreciendo. Luego apartó el cigarrillo de la boca y, con voz apagada, casi susurrante, Ganzorig la respondió.

—Cuerpo pertenecer tío Otgonbayar —tradujo de nuevo Negüi al inglés. Luego, de su propia cosecha, agregó—: Él y Batbayar, mi primo, ir con extranjero al monte Asralt-Khairkhan-Uul.

Unas arrugas, de curiosidad más que de preocupación, surcaron la frente de James.

—¿Qué extranjero?

—No saber —contestó el joven mongol, juntando los hombros—. Hará cosa de un mes, llegar inglés campamento y pagar muchos tugrik[1] por dos guías.

En ese momento, la mujer se les acercó y entregó a cada uno de los comensales un plato de barro repleto de un guiso de cordero, y un trozo de pan. Tömörbaatar se levantó y regresó casi de inmediato con otra botella de vodka en una mano y cuatro vasitos tintineando en la otra. Repartió los vasos a sus invitados, desenroscó el tapón de la botella y vertió dos dedos de licor bien frío en cada uno de ellos; seguidamente, la dejó a un lado, a su alcance.

—Mis felicitaciones, está exquisito —dijo Allen, después de probar el guiso y vaciar su vaso de un trago.

El resto de los comensales, en cuanto Negüi tradujo sus palabras, respondió al cumplido con asentimientos y gruñidos de satisfacción. Tömörbaatar rellenó los vasos.

—Negüi, ¿qué tiene de especial ese monte que has mencionado? —preguntó el escocés.

El joven tomó entre sus dedos un buen trozo de cordero y, con la

boca llena, se limitó a encogerse.

—Otra cosa, ¿qué significa… Ulama? —insistió Allen.

Nada más terminar de formular la pregunta, y sin necesidad de traducción, las conversaciones se interrumpieron y un silencio tenso se adueñó de la estancia. Incluso el anciano, con la cabeza gacha durante toda la comida, alzó el mentón por vez primera con la boca abierta; parecía a punto de decir algo, pero guardó para sí sus pensamientos y entró de nuevo en letargo. Tömörbaatar y Ganzorig cruzaron miradas significativas. Incapaces de pronunciar palabra alguna se refugiaron en sus vasos de vodka.

—¿He dicho alguna inconveniencia? —preguntó Allen.

—No, señor —intervino el muchacho—. Ulama ser Pájaro Diablo. Según leyenda, anunciar llegada de muerte con grito terrorífico. Los que escuchar… —dejó la frase en el aire un instante— dormir con los muertos.

Durante un buen rato, todos permanecieron callados y se dedicaron a dar cuenta del guiso. Al final, reapareció la esposa de Tömörbaatar y recogió los platos vacíos. El anfitrión acercó otra vez la botella de vodka y rellenó una vez más los vasos.

—*эрүүл мэнд* («¡Salud!») —dijo, alzando el suyo. Luego prendió un cigarrillo poniendo las manos alrededor de un mechero cromado, que volvió a guardar en un bolsillo.

Victoria sufrió un golpe de tos, atragantada por la bebida y por el exceso de humo.

—Negüi, antes has dicho que el extranjero era inglés. ¿Por qué lo sabías, acaso lo dijo él?

—¡Qué va! Pero su… ¿cómo decir?… Ah, sí, acento ser como actores Downton Abbey, solo que poco más raro. —Y ante el asombro que reflejaba el rostro de Victoria, añadió—: ¡Encantar serie televisión!

—Negüi —intervino James—, ¿sabéis que ocurrió en el tren?

El muchacho tradujo la pregunta. Durante unos instantes se entabló una conversación entre Tömörbaatar y Ganzorig.

—Delincuentes rusos. En frontera haber muchos. Buscar joyas y dinero. Ser muy sanguinarios.

—Lo sé, vi cómo trataron a los pasajeros.

Cuatro vasos de vodka más tarde, James comenzaba a sentirse algo mareado.

—Negüi, por favor —le dijo, mirando a Tömörbaatar—. ¿Podrías transmitirle las gracias por tan caluroso recibimiento?

Después de hacerlo, el anfitrión, con expresión risueña, agachó la cabeza varias veces. Entonces los invitados se levantaron y se marcharon, excepto Ganzorig, que permaneció sentado liando cigarrillos y bebiendo vodka. Mientras el sol se ocultaba tras las

montañas y la temperatura comenzaba a desplomarse, Victoria y James paseaban con Negüi por el campamento nómada.

—Un vaso más de vodka me habría dejado KO —dijo Allen, sonriendo.

—Aquí, hombres beber mucho. El frío —aclaró.

—Antes, en tu tienda, vi un televisor ¿de dónde obtenéis la electricidad?

—Cada yurta tener propio… ¿cómo decir?… panel solar y antena parabólica.

Se aproximaron al río, donde tres mujeres ataviadas con faldas largas y prendas de abrigo se afanaban en el lavado de la ropa. Al fondo, se abría una enorme pradera blanca con ligeras superficies amarronadas, y más allá, otra formación rocosa aserrada que comenzaba a oscurecerse, excepto por los picos, que aún brillaban un poco.

—¿A qué se dedica tu pueblo? —preguntó Victoria.

—Pastores nómadas. En primavera, vender cachemira de cabras. Sacar unos doscientos cincuenta gramos de lana de cada una.

James se subió el puño del anorak y miró el reloj.

—En Escocia hay siete horas menos, voy a llamar a Alex, a ver qué tal le va.

Victoria sacó el teléfono móvil del bolsillo de su parka y miró la pantalla un momento.

—Pues me temo que no vas a poder —le contestó—. No hay cobertura.

—¡Vaya! —exclamó el muchacho con el rostro iluminado—. Ser iPhone X.

—Tenemos un amigo, Collins, con quien harías buenas migas —dijo ella, muerta de risa.

—¿Qué hacéis aquí para manteneros ocupados? —preguntó Allen.

—Mañana, si queréis, poder montar a caballo y cazar lobos —propuso el chico.

—Montar a caballo parece una idea excelente, Negüi, pero ahora debemos ponernos a cobijo, en un rato estar al raso será peligroso.

****

15

Isla de Skye, Highlands

Media hora después de abandonar el hospital entraban en Kyle of Lochalsh por el Skye Bridge, rodeados de coches. Las ráfagas de aire ondulaban la superficie del mar, salpicada con un ferri y coloridos barcos de pesca. Poco más tarde, circulaban por las estrechas callejuelas de la localidad, en busca de la comisaría. Ya no había ninguna razón para que Alex Scott retrasara su presentación oficial.

La comisaría era una pequeña edificación rectangular de una sola planta completamente encalada en blanco. Justo enfrente, había un aparcamiento asfaltado para diez o doce coches. A Alex le costó encontrar un sitio libre. Finalmente, tuvo que maniobrar marcha atrás hasta encajarlo entre dos coches patrulleros. Con dificultad abrieron las portezuelas y él y Patricia salieron de perfil. Luego se dirigieron hacia la entrada principal.

—Yo te espero aquí —dijo la sargento, sentándose en un banco de madera del sobrio vestíbulo. Rebuscó en el bolso, sacó un *smartphone* y se puso a intercambiar mensajes.

El teléfono de la recepción no paraba de lanzar timbrazos, convirtiendo el vestíbulo en un lugar molesto. Scott encaminó sus pasos hacia el mostrador, donde un agente con sobrepeso hacía marcas en un albarán con un bolígrafo de tinta azul.

—¡Vaya día! —dijo, rezumando hastío, tras devolver de un golpetazo el auricular a su base—. ¿Qué desea?

—Soy el inspector jefe Scott y querría ver al superintendente Graham.

El agente detuvo el bolígrafo en alto, alzó la barbilla un momento y lo miró con curiosidad, enseguida volvió a su albarán.

—Lo encontrará por aquel pasillo, el de la derecha. No tiene pérdida.

Tratando de interpretar el deje de las últimas palabras, Alex se alejó y siguió las indicaciones. En cuanto tomó el pasillo, los sonidos del teléfono se amortiguaron hasta convertirse en lejanos zumbidos. El suelo aún estaba húmedo de la limpieza matutina y la goma de sus botas chirriaba. Pasó por delante de dos oficinas cerradas con cristales rectangulares en las puertas, sorteó una escalera con un operario cambiando un tubo fluorescente del techo, torció a la derecha y se dio de bruces con una puerta entreabierta de caoba reluciente. Sujeta por dos tornillos dorados había una placa lustrosa en la que ponía: «SUPERINTENDENTE».

«No tiene pérdida».

Penetró sin llamar y dio con un antedespacho de madera. Sobre un escritorio reposaba un ordenador, un teclado, un ratón, diferente material de oficina y un marco para fotos. El asiento de una silla de ruedas giraba fuera de su sitio. No vio a nadie. Al fondo, había otra puerta también reluciente. Sin placa. Medio abierta. Avanzó hacia ella. Del interior se escapaba un monótono murmullo, de modo que llamó tímidamente con los nudillos y metió la cabeza.

—Para mí será un placer asistir a la… —Un hombre de unos cincuenta años, medio calvo y barba poblada que, sentado en el pico de la mesa, dictaba algo a una secretaria como un político en el senado romano, se detuvo y lanzó una mirada a la puerta.

—Scott, ¿no? —preguntó con una sonrisa impostada—. Pase, pase, hombre, no se quede ahí plantado como un pasmarote.

Alex terminó de empujar la puerta y entró. Un olor dulzón le llenó las narices.

«¿A qué demonios huele, a lavanda?».

—Continuaremos luego, Jane —le dijo a la joven, ataviada con un sobrio traje negro. Esta cerró un cuaderno de inmediato, se levantó y, tras alisarse la falda con recato, abandonó el despacho como a saltitos y cerró la puerta.

El jefe Graham, todo lo corpulento que era, se puso de pie e interceptó a Alex en mitad del enorme y distinguido despacho. Con un vigoroso apretón de manos y una risotada le dio la bienvenida y lo invitó a sentarse en un conjunto de tresillos de piel de estilo Chester, dispuesto con prestancia en un rincón. Alex jamás había estado en un despacho con obras de arte que parecían buenas colgadas en las paredes y se preguntó de dónde saldría el presupuesto para sufragar aquel dispendio.

—Para que no haya malentendidos, me gusta que me llamen «jefe Graham» o «señor» —dijo Graham, arrellanándose ruidosamente en uno de los sillones. Sus labios dibujaron una sonrisa desagradable, que desapareció al instante. Ahí acabaron los gestos de cordialidad.

«Menudo capullo», se dijo Alex al tiempo que ocupaba el sillón de

enfrente.

—¿Y bien? —prosiguió Graham con el ceño algo fruncido—, ¿qué novedades tenemos?

Sobre una mesita redonda de cristal interpuesta entre ambos Alex vio de reojo la edición del *Scots Independent* abierto por el artículo de Margaret Hamilton, junto a un centro floral fresco; entonces, aquel sillón de cuero que lo había engullido comenzó a resultarle condenadamente incómodo y cambio varias veces de posición. Finalmente, quedó casi en el filo.

—Acabo de estar con el forense Bryceton. No ha sido capaz de determinar qué pudo causar el fallecimiento de las dos víctimas.

El jefe carraspeó, descruzó las piernas e irguió la espalda en el asiento.

—Scott este es un asunto muy feo y no quisiera que se nos escapase de las manos. —El jefe agarró el periódico y lo enarboló en alto, como si fuera una antorcha olímpica—. No sé si ha leído este maldito artículo. Si se corre la voz de que un asesino en serie anda suelto por la isla, cundirá la psicosis.

Scott asintió.

—Sí, señor, lo he leído. Es bastante sensacionalista.

Graham devolvió el periódico a la mesita, como si tratara en realidad de matar una mosca.

—¿Y qué piensa hacer al respecto?

Alex suspiró y agachó la cabeza. Sospechaba que lo que se disponía a proponerle no iba a gustarle un pelo.

—Quisiera enviar el cadáver de la última víctima al anatómico forense de Glasgow. Sería crucial una segunda autopsia.

El superintendente cambió de expresión y no lo dejó concluir.

—Olvídelo, Scott. ¿Quiere que sea el hazmerreír?

—Señor, la única pista fiable que tenemos es ese cuerpo. Si no podemos indagar sobre qué causó el fallecimiento, nos resultará más difícil…

El superintendente no dio su brazo a torcer y lo atajó.

—¡Le he dicho que no!

Scott resolvió no insistir.

—De acuerdo. Pero me gustaría retener el cuerpo un poco más. Al menos hasta que tengamos los resultados de las pruebas.

Tras una larga mirada escrutadora a la que Graham sometió al inspector jefe, la sonrisa impostada regresó a sus labios. El jefe se retrepó y puso las dos manazas sobre los anchos brazos de piel del sillón.

—Me alegra que empecemos a entendernos.

Hubo un silencio, tras el cual, el superintendente se puso de pie impulsándose con las manos y se abotonó la americana de un traje que

le caía desastrosamente mal.

—Si no desea nada más, soy un hombre ocupado —dijo, dándole la espalda y dirigiéndose a su escritorio, vacío de papeles.

Mientras Alex deshacía el camino de vuelta por el pasillo, ya seco, solo pensaba en una cosa: cómo explicarle a Patricia que el cuerpo se quedaría donde estaba. Vamos, que no habría segunda autopsia.

—¡No me puedo creer que te dijera eso! —le recriminó Patricia, que buscó una palanca y retiró un poco el asiento del copiloto con el fin de acomodarlo a su gusto.

Alex estaba concentrado en la carretera, circulando de vuelta a The Mountain Creek House.

—Patricia, no te figuras cómo es ese hombre. Su genio es peor aún que el de Finnes. —Suspiró de manera exagerada.

—Al menos le dirías que es un inepto, ¿no?

—Ja, ja, ja —fingió reír—. Por favor, ahórrate los sarcasmos.

Patricia se mordió el labio inferior, ya habían discutido sobre aquello con anterioridad y no pretendía presionar más a Alex.

—Mira, haz lo que quieras, es tu caso, no el mío —dijo, con una punzada de decepción.

Durante el resto del trayecto, Patricia se limitó a contestar con monosílabos a las preguntas de Alex, hasta que este se cansó de hablar. Cuando entraban en Broadford, la luz del día decaía. Alex encendió los faros, que desplegaron un abanico de luz ante ellos, y bajó el cristal de la ventanilla en busca de un poco de aire fresco.

—El aire huele a lluvia. Se avecina mal tiempo.

Patricia se limitó a asentir a la ventanilla y, en cuanto el Jeep abandonó la carretera para tomar el camino de entrada, se colocó bien en su asiento, se calzó las botas y se ató los cordones. Aunque era tarde, parecía no haber nadie aún en casa. Ni se veía el Nissan de los caseros ni se filtraba luz alguna por las ventanas. La joven seguía retraída mientras superaba unos escalones y cruzaba un agradable porche con dos mecedoras de mimbre. Bajo un farol apagado que colgaba del techo sacó las llaves del bolso. Entonces se percató de que la puerta estaba entreabierta. La empujó un poco y se abrió algo más, soltando un chirrido decadente que recordaba al del tambor de un revólver dando sus últimos giros.

El interior estaba oscuro y silencioso. Ella y Alex intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Hay alguien en casa? —dijo Alex, anunciando su presencia en voz alta; luego terminó de abrir la puerta empujándola con la puntera de la bota.

Nadie respondió.

El inspector jefe quitó la tira de cuero que aseguraba su pistola y extrajo una Heckler & Koch, le quitó el seguro y apuntó hacia el suelo.

—¡Policía armada!

Su voz resonó en el silencio. Volvieron a mirarse entre sí.

Alex avanzó hasta traspasar el umbral. Luego dio otro paso.

La sargento tanteó las paredes en busca de un interruptor y conectó las luces del recibidor. Una forma humana se les echó encima. Se abrió paso a empujones, tropezó con los escalones del porche, recuperó el equilibrio y salió corriendo por la vereda.

—¡Eh, alto! —exclamó Alex. Luego dio media vuelta y fue tras el intruso.

Siguiendo a una gruesa silueta convertida en una sombra por la oscuridad creciente, Scott atajó por el césped. Estaba a punto de atrapar al intruso cuando este desapareció de su vista protegido por el seto que rodeaba el jardín de la casa. En cuanto salió a la carretera, Alex lo miró subirse a una bicicleta apoyada a un muro de piedra y comenzar a pedalear endiabladamente cuesta abajo. Scott se dio por vencido, jamás lo alcanzaría, y menos en su deplorable estado de forma. Con la espalda doblada y las manos sobre las rodillas, se detuvo a recuperar el aliento.

—Alex, ¿qué ocurre? —preguntó una voz femenina.

El inspector jefe se enderezó y miró a su izquierda. Un coche se había detenido a su lado y la cara de Susan asomaba por el hueco de la ventanilla. Los ojos preocupados de la conductora se habían posado en la pistola que aún empuñaba su nuevo inquilino.

Los labios de Alex se entreabrieron en una mueca y, mientras ponía el seguro al arma y la devolvía a la pistolera, se aproximó al vehículo hasta colocarse a la altura de la ventanilla.

—Hola, Susan —dijo, aún jadeante, con las manos apoyadas en el techo del coche—. Hemos sorprendido a un intruso.

—¿Ese? ¿El de la bici? —Y profirió una carcajada.

Scott la miró sin comprender.

—Es Samuel, y no mataría ni a una mosca. Venga, aparco y os cuento la historia.

Alex regresó caminando hasta la casa. Patricia lo aguardaba en el umbral de la entrada, charlando animadamente con Susan.

—¿Quién es Samuel? —preguntó, tras subir al porche.

—Es el hijo de Laren.

—¿La de los dulces que nos pusiste ayer? —dijo Patricia.

—Sí. Samuel aún vive con su madre. Es un poco retraído y no se relaciona con nadie, pero nunca ha dado un problema. El padre no se sabe quién es. De joven, Laren era…, cómo decirlo, algo alocada. Ahora regenta una panadería y Samuel hace los repartos a domicilio,

pero desde el incidente, nunca fue el mismo.

—¿A qué incidente te refieres? —inquirió Scott.

Susan prefirió cambiar los derroteros de la conversación.

—Solo habrá venido a dejar el pan. Lo hace dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Cuando no estamos en casa, coge la llave que hay bajo el macetero del rosal y entra.

—Y ¿por qué ha salido corriendo? —preguntó Patricia.

—Quizá se asustó —especuló Susan—. Vamos dentro. Aquí afuera empieza a hacer frío.

Después de cerrar la puerta, se encendió el farol que colgaba del techo, expulsando del porche los blancuzcos reflejos del plenilunio. Como había intuido Alex, esa noche cayeron chuzos de punta, y al día siguiente también. De hecho, la lluvia no daría tregua durante toda la semana siguiente.

****

16

Cordillera de Khentii, Mongolia

Mucho antes de que amaneciese, James entreabrió los ojos a la oscuridad. Miró a izquierda y derecha, algo desorientado. Victoria se revolvió a su lado y se dio la vuelta, acurrucada bajo las mantas. Ráfagas de viento zarandeaban la yurta en medio de silbidos. Dio varias vueltas en el camastro tratando de conciliar de nuevo el sueño, hasta que desistió. Entonces, optó por quedarse postrado bocarriba mientras procuraba poner en perspectiva todo cuanto habían vivido en las últimas veinticuatro horas… De repente, del exterior se filtró un sonido de voces que silenció sus cavilaciones. James abrió el oído. Sonaban agitadas e identificó hasta tres timbres diferentes.

Con la mayor suavidad posible, para no interrumpir el sueño de Victoria, abandonó la cama, apartó un poco el cortinón que separaba su dormitorio y buscó con los ojos a Ganzorig y a su hijo por la tienda. No los halló. Con el pelo desgreñado y los cordones de las botas sin atar, salió al raso, donde le golpeó un viento glacial que le hizo estremecerse de frío, a pesar del anorak. El cielo nocturno se veía salpicado por miles de estrellas titilando. La misma luna llena que brillaba sobre Broadford, marcaba aquí un camino plateado sobre la inmensa pradera que se abría ante él.

Persiguiendo las voces, James fue bordeando la tienda hasta que se topó con Ganzorig, Negüi, Tömörbaatar y un cuarto hombre que no conocía. Estaban equipados con gruesos abrigos forrados, bastones y raquetas de nieve en los pies. A sus espaldas portaban mochilas y, excepto el joven Negüi, llevaban anticuados Kalashnikov colgados al hombro.

—¿Vais a algún sitio? —dijo a sus espaldas, y los cuatro se giraron hacia él.

Durante unos momentos intercambiaron entre ellos unas palabras

en mongol; al cabo, Negüi dio un paso, separándose del grupo.

—Subir a cumbre de Asralt-Khairkhan-Uul. Buscar primo Batbayar.

James lo interrogó con la mirada.

—En comida no decir, primo… nunca regresar.

—Si me dais cinco minutos, os acompañaré.

El joven lo miró desconcertado.

—Viaje ser duro. Monasterio estar a tres días de marcha.

—No me importa, iré —afirmó, mostrándose decidido.

Entonces, el joven volvió a juntarse con los mongoles y les comunicó las intenciones del extranjero. Estuvieron un rato discutiendo. Ganzorig miró, uno a uno, a todos sus compañeros, hasta que paró en James. Movió lentamente la cabeza de arriba abajo. Sin titubear, el escocés desapareció a la carrera, entró en la tienda, la cruzó y se sentó al borde del camastro.

—Cielo, despierta.

La joven abrió los ojos y lo miró con la cara arrugada.

—¿Sucede algo?

—¿Recuerdas al primo de Negüi?

Victoria se irguió sobre su espalda y permaneció sobre los codos, mirándolo mientras asentía.

—Van a ir a buscarlo a la montaña… y voy a ir con ellos.

—Pues si tú vas, yo también.

James trató de disuadirla.

—¡No pienso quedarme aquí sola! —dijo. Decidida, se levantó, buscó sus botas y se las colocó—. ¿Cuándo nos vamos?

Aquella fue la peor decisión que Victoria había tomado en su vida.

Transcurridos quince minutos, el grupo de seis personas se alejaba del campamento en fila india. En poco tiempo, pasaron junto al túmulo ritual y los cuatro mongoles cumplieron con el mismo ceremonial que Ganzorig realizó la víspera. Dieron tres vueltas completas a su alrededor y, cada uno, depositó una piedra.

—¿Qué significa esta ceremonia? —le preguntó James a Negüi, en cuanto volvieron a ponerse en marcha.

—Llamar *ovoo*. Orar montaña para viaje seguro.

A medida que ganaban altitud, la capa de nieve iba adquiriendo más espesura y, con ello, el camino se hacía más dificultoso. Clavaban la puntera de los zapatos en la nieve y se ayudaban de los bastones para avanzar. Una hora después de la partida, el sol asomó por la cordillera que los rodeaba, provocando reflejos cegadores. Ganzorig guio al grupo hasta los restos de Otgonbayar, que no eran más que un conjunto sanguinolento de vísceras y huesos. Lo enterraron y oraron.

Encaramarse hasta los dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar entre tormentas de nieve, fuertes vientos racheados y temperaturas que rondaban dos dígitos bajo cero, fue más duro de lo que James y Victoria habían figurado. Por contra, sus compañeros de viaje parecía que llevasen la pesada carga con más ánimo. Marchaban sin pausa, charlando animosamente entre ellos y sin apenas mostrar signos de fatiga. Paraban cuando anochecía, y siempre en refugios que conocían bien de pastorear al ganado.

En la cuarta jornada, al romper el alba, por fin alcanzaron su destino.

—¡Mira, cariño! Seguro que no has visto nada semejante en tu vida —dijo James, resollando, a Victoria. Esta, que caminaba mirando al suelo, alzó un poco el mentón y luego mucho. Entusiasmada, su rostro se iluminó.

Los demás seguían a su ritmo mientras las miradas del matrimonio convergían en la imagen que se abría ante ellos. A unos trescientos metros de distancia, sobre un blanco saliente rocoso, se erguían unas coloridas construcciones que, desde lejos, daban la impresión de colgar sobre una descomunal garganta carente de vida. Los rayos del sol matutino marcaban sobre la nieve un angosto sendero en zigzag que moría en un muro de piedra y en una puerta cerrada.

—Monasterio budista —les explicó Negüi—. Nombre «Tövkhön». Tener cuatro siglos.

Tömörbaatar permaneció unos segundos observando con gesto preocupado un grupo de buitres que sobrevolaba el santuario.

En un momento dado, el sendero se estrechó y se convirtió en una tambaleante pasarela de tablones suspendida sobre un interminable precipicio. Con precavida cautela la salvaron en procesión, hasta que dieron con un corto tramo de escaleras de piedra natural, que conducía a una puerta de madera sencilla, sin tachuelas ni remaches. A su lado había un gong de bronce y un mazo. Tömörbaatar se apartó del grupo y agarró con fuerza el mazo. Con él, percutió en el centro del gong y un estruendo profundo reverberó en el valle durante unos segundos.

Nadie acudió.

Tras unos minutos de espera, Tömörbaatar depositó el mazo en el suelo y empujó la puerta con ambas manos. Para sorpresa de todos, la puerta se movió un poco hacia dentro, crujiendo. Ganzorig le hizo una seña al cuarto hombre, el cual se descolgó el Kalashnikov de su hombro y le quitó el seguro. Luego se adelantó a todos y, empujando con el cañón del arma, terminó de abrir la puerta; a continuación, entró y desapareció.

Los minutos siguientes fueron de una tensa espera. Los otros mongoles también se habían descolgado sus fusiles y apuntaban con

ellos hacia el resquicio de la puerta. Volvieron a mirarse como diciendo: «¿Qué hacemos ahora?». En ese momento, regresó el mongol y abrió las puertas de par en par. Los seis accedieron al reciento sagrado. El silencio resultaba tan apabullante que el borboteo de una fuente natural resonaba en sus oídos como un concierto de rocanrol. Enclavadas en la montaña, se levantaban dos pequeñas cabañas de cedro pintadas de vivos colores —ámbar y escarlata—. El techado, en forma de pagoda de color verde, se mostraba cubierto de nieve. Una cerca contenía tres cabras que lanzaron lastimosos balidos en cuanto sintieron la presencia humana. Al lado de ellas, había otros tantos animales muertos.

Se les aproximó trotando un perro de color negro y fuego. Un macho de mastín tibetano de cabeza ancha y cuerpo poderoso, al que comenzaba a hacer mella la falta de alimentación. Entre todos los humanos escogió a Victoria, a quien acercó la cabeza, mirándola como si le sonriese. La joven se agachó, hundió los dedos de las manos en su pelaje y le rascó tras las orejas. El perro respondió a los arrumacos ronroneando como si a una motocicleta le dieran gas. Luego, le dio a comer un trozo de pan, que devoró sin remilgos.

—Santuario izquierda contener sala de oración. Derecha, estancias privadas de monjes —les explicó el joven a los europeos.

Primero se dirigieron a la cabaña de la derecha. Tan pronto como abrieron la puerta, un hedor nauseabundo les llenó las fosas nasales. Contuvieron la respiración. James había tenido la desagradable experiencia de oler un cuerpo humano en descomposición cuando desenterró unos cadáveres en un cementerio de la isla de Gavdos. No resultaba tan intenso como aquel, si bien sí lo suficiente para advertirle que la muerte había visitado el lugar, y aún no se había marchado.

Dentro del recinto, la temperatura alcanzaba el límite de la supervivencia. Se adentraron en un pasillo largo con puertas. A un lado había tres y al otro, dos. Todas abiertas. Comenzaron la exploración por las primeras, que resultaron ser las celdas de los monjes. Eran idénticamente espartanas. Desprovistas de casi todo, excepto un tablón en el suelo; un desvencijado escritorio, encima del cual había un candelabro apagado, papel, un tintero y una pluma; y un colgador de ropa. Motas de polvo flotaban dentro de un haz de sol que entraba en diagonal por un ventanuco protegido por una cruz de hierro.

Las celdas estaban vacías.

El grupo se desplazó hacia las otras estancias. La primera se correspondía con la cocina, que mostraba signos de abandono. Un fogón y una estufa apagados, cántaros de barro, y una ristra de ajos ennegrecidos y cacerolas de cobre colgadas en la pared. La segunda

habitación era el comedor. La estancia la presidía una pequeña figura de marfil de Buda sobre un pedestal de mármol. De color negro, en la posición de loto y con su consabida mirada serena. Ocupando el centro, una mesa llena de arañazos. Enfrentados de dos en dos, cuatro personas sentadas en duros sillones con brazos. Tres eran monjes, con cabezas rapadas y envueltos en túnicas de color bermellón y azafrán. Parecían listos para el almuerzo. Erguidos contra el respaldo, mirando al frente.

Negüi lanzó un grito de júbilo al reconocer entre ellos a su primo Batbayar.

****

17

Cumbre de Asralt-Khairkhan-Uul, Mongolia

En la escena había algo que no encajaba, como un cuadro desnivelado en una habitación de líneas rectas. Entonces, la realidad los golpeó con crudeza: los cuatro estaban muertos. Cordeles deshilachados sujetaban sus muñecas a los brazos de las sillas. El frío helador del entorno había conservado los cuerpos en buen estado. Las hemorragias y el corte y la llaga en el antebrazo le recordaron a James de inmediato al mongol que encontraron en la nieve, y una conclusión se adueñó de su pensamiento: lo mismo que lo mató también había acabado con la vida de estas personas.

Ulama. Pájaro Diablo.

Todavía abatidos e impresionados, abandonaron la estancia. El mastín tibetano los recibió a la luz del día moviendo la cola y los siguió, pegado a Victoria, hasta el otro edificio: el santuario. Nada más acceder a él, los viajeros se toparon con una sala rectangular envuelta en penumbras. Al fondo, otra escultura de Buda, dorada y más grande. El ligero olor a incienso y la quietud casi fúnebre que reinaba ayudaban a crear un remanso de paz.

James sacó un encendedor de la mochila y prendió el pabilo de unas velas colocadas sobre palmatorias de cobre; en cuestión de segundos, alumbraron con un trémulo fulgor anaranjado la sala de oración, revelando frescos en las paredes.

Ganzorig posó los ojos en un incensario apagado.

Victoria se bajó la capucha, dejando al aire su coleta rubia, y dedicó unos minutos a examinar todo cuanto había en torno a sí, consciente del privilegio que suponía aquello. Con cada paso que daba provocaba chirridos. Bajó la vista y su mirada recaló en un reguero de fragmentos de porcelana que llegaba hasta un sencillo altar de madera, pegado a la estatua de Buda. Se sentó sobre los talones,

quitándose el guante de la mano derecha, y se aproximó un fragmento bien grande a pocos centímetros de los ojos. Durante unos segundos, se deleitó de su exquisita decoración.

La mano de James golpeó sobre su hombro.

—¿Has encontrado algo, cariño?

Victoria estaba tan inmersa en lo que hacía que se llevó un sobresalto. Con un movimiento reflejo, la pieza de porcelana resbaló de entre sus dedos y se precipitó al suelo de madera, fragmentándose aún más. Su filo cortante le provocó una buena herida en la palma de la mano y comenzó a sangrar profusamente. Allen limpió la sangre de su mano y anudó un pañuelo cubriendo la herida.

—Negüi —lo llamó James—, ¿qué suelen contener estos jarrones chinos?

El joven fue a hablar con su padre, entonces Ganzorig se acercó, se agachó y cogió otro fragmento entre sus dedos. Le dio varias vueltas al tiempo que lo estudiaba con atención, se lo llevó a la nariz y olió unas manchas negruzcas que recubrían la parte interior. Volvió a dejarlo en el suelo, se incorporó y dio un par de pasos hasta el altar, donde siguió escudriñándolo todo. Por fin, ladeó sus hombros y entonces dijo:

—*Moksha*.

Unas líneas paralelas aparecieron en la frente de James.

—Los budistas buscar inmortalidad —le explicó Negüi—, para ello manejar la… —Chasqueó los dedos—. ¿Cómo decir?

—¿Alquimia? —dijo James.

El joven asintió con fuerza.

—Es probable que jarrón contener planta medicinal. —Tras un momento de duda, negó con la cabeza—. Pero no seguro.

—Me encuentro bien, es solo un corte —dijo Victoria.

Tal vez estuviese exagerando, pero, en ese momento, James solo podía pensar en que todas las personas que había visto solo con un corte, estaban muertas.

Después de enterrar a los tres monjes y a Batbayar y de no encontrar ni rastro del inglés que organizó la expedición, emprendieron el camino de regreso al campamento, llevándose consigo a los animales que permanecían vivos. Durante los días posteriores, recorrerían sendas inaccesibles que discurrían entre valles, precipicios vertiginosos y paredes de granito. Victoria se sintió indispuesta enseguida, con mareos y vómitos. La preocupación caló en James, que no se apartó de su lado ni un momento. Igual que el mastín, que definitivamente había adoptado a Victoria como ama.

Al segundo día, el viento cambió y el cielo se llenó rápido de nubarrones oscuros como sombras que cubrieron el valle de oscuridad tormentosa. Poco después, arreció una tormenta de nieve, que los azotó con dureza. Con el crepúsculo de la última jornada de viaje, comenzaron la fiebre y los temblores. La palma de la mano de Victoria se cubrió con una fea ampolla roja y húmeda y su rostro adquirió un tono lívido. Como apenas era capaz de sostenerse en pie improvisaron una camilla con palos y telas, tendieron su cuerpo flácido sobre ella, y lo transportaron el resto del viaje.

En cuanto llegaron al campamento, las mujeres se ocuparon de Victoria. La despojaron de la ropa y la tendieron sobre el lecho. A continuación, echaron ungüentos en el corte y le dieron a beber un brebaje preparado a base de plantas calentadas en un recipiente de hierro; luego la volvieron a vestir y la dejaron reposar, abrigada bajo mantas de piel. Al otro lado de la cortina, cuando aún las mujeres la atendían, James se paseaba hecho un manojo de nervios por la tienda, como un padre primerizo esperando el nacimiento de su hijo.

—Ahora, solo esperar —le dijo Negüi a un Allen cada vez más apesadumbrado.

Durante la noche, James permaneció junto a su esposa. Su bello rostro se había cubierto de sudor y su cuerpo se agitaba entre delirios inconexos. Por primera vez en su vida, Allen se sentía bloqueado y asustado. Él no creía en la medicina natural, pero tampoco estaban ni remotamente cerca de algún hospital. Se mostraba agradecido a aquella gente que hacía lo indecible para que mejorase, aunque la realidad era que, a su juicio, a medida que avanzaba la noche, ella empeoraba.

Unos pasos silenciosos en la tienda sorprendieron a James dormido. Se despertó de golpe. Miró a Victoria, que descansaba con una respiración acompasada. Le pareció que tenía mejor aspecto. Se sentó en la cama y le puso la mano en la frente. Con alborozo, advirtió que su estado febril había remitido, si bien la lividez de su rostro y los labios amoratados se mantenían.

—Señor —dijo Negüi, cuya cabeza había aparecido por el resquicio de la cortina entreabierta—, mi padre querer hablar.

El hombre lo miró, desperezándose.

—Salgo en un minuto.

Volvió a humedecer el pañuelo en un recipiente de agua que tenía a su lado y se lo colocó a Victoria sobre la frente. A continuación, se puso en pie, se calzó y salió al frío. A medida que el sol asomaba sobre la cumbre, una franja de claridad avanzaba por el valle expulsando la oscuridad, que se batía en retirada. La parte de las montañas que no aparecía cubierta de nieve había adquirido un todo violáceo. Todo a su alrededor daba la impresión de estar en calma. Negüi y Ganzorig,

que chupaba un cigarrillo con evidentes muestras de nerviosismo, lo esperaban fuera.

—¿Qué sucede? —les preguntó encogido, echando volutas de vaho por la boca y con las manos escondidas bajo las axilas. Se había dejado el anorak dentro y el frío era intenso.

—Mi padre decir que llevar mujer a capital —dijo el joven, ante la atenta mirada de su padre, quien lanzó la colilla al suelo y la aplastó con el zapato. Sin dejar descansar los pulmones, extrajo una cajetilla arrugada del abrigo, la sacudió y se la llevó a la boca, atrapando la boquilla de un cigarrillo entre los labios.

—¿Cuándo salimos?

—Ahora.

James volvió a la yurta. Encontró a Victoria donde la había dejado, aunque, para su sorpresa, se había sentado en la cama y tenía los ojos febriles muy abiertos.

—¿Puedes darme un poco de agua?

—Claro, cielo —respondió dirigiéndole una sonrisa. Luego rodeó la cama, se encorvó hacia ella y la besó en la frente—. Parece que la fiebre ha remitido un poco. ¿Cómo te encuentras?

Ella exhaló un suspiro.

—Como si hubiese subido esas montañas a la carrera.

Si bien su semblante aún palidecía, a James le procuró cierto alivio que hubiese recuperado el buen humor. Abandonó el habitáculo y regresó un rato después con una cantimplora en la mano.

—Toma, pero bebe despacio. El agua es del río y estará helada.

Victoria se llevó la cantimplora a los labios, dio un corto trago, descansó un instante y volvió a llevársela a la boca. Saciada la sed, James volvió a enroscar el tapón y dejó la cantimplora a un lado, sobre la manta. Entonces, tomó asiento en el filo de la cama y ocultó las manos de Victoria entre las suyas. Las notó frías y las frotó un poco, procurando que entraran en calor.

—Nos vamos a casa. Tendría que verte un médico. Además, este corte —le dijo, dejando a la vista un vendaje oscurecido por la infección—, está demasiado inflamado y no tiene buen aspecto.

Victoria se mostró de acuerdo con él.

—Negüi y Ganzorig nos acompañarán hasta Ulán-Bator. Tomaremos un vuelo que haya a Roma. ¿Podrás montar a caballo?

Los labios de Victoria se tensaron en una sonrisa.

—Cualquier cosa por llegar a un sitio con una ducha.

****

18

Isla de Skye, Highlands

A cuatro mil kilómetros al oeste de Mongolia, los días tormentosos se habían sucedido. En realidad, fue más que eso. El tiempo fue infernal, incluidas rachas de viento que arrancaron carteles de las calles. La depresión de Alex iba en aumento y Patricia no sabía bien cómo ayudarle. Cuando estaban en casa, él se pasaba todo el tiempo en su habitación con actitud retraída. En el trabajo, tampoco las cosas mejoraban. Durante la semana que les llevó a James y Victoria subir hasta el monasterio de Tövkhön y regresar al campamento nómada, las pesquisas por los dos asesinatos no habían avanzado casi nada y la investigación naufragaba. La falta de nuevas pistas se había convertido en un verdadero quebradero de cabeza. Resultaba descorazonador.

Ella, no obstante, lo vio claro desde el principio. Estaban en un callejón sin salida y la única alternativa era volver a hacerle la autopsia a la última mujer asesinada, que resultó ser una vecina de la cercana localidad de Portree. Encima, Alex le había dicho que en un par de días se lo entregarían a la familia para que pudiese ser enterrado… y ella no iba a permitir que tal cosa ocurriese. Una noche, después de la cena, salió a hurtadillas al porche con el teléfono en la mano.

—Collins —dijo, bajando la voz—, necesito un favor… Exacto, de esos que no puedes contar a nadie. En esta ocasión ni a Alex… De acuerdo, me hace falta una tarjeta de identificación del Departamento de Salud… ¿Que a qué nombre?, no sé… Helen Mirren estará bien. Siempre me gustó esa mujer. Cuando la tengas, llámame y te digo cómo enviármela… ¡Qué haría sin ti…! Ja, ja, ja. —Soltó una risa y cortó la llamada.

—¿Señor Bryceton? —preguntó una voz femenina con tono distante.

—Está hablando con él.

—Soy la secretaria del superintendente Graham. ¿Podría venir a reunirse con él? —Patricia no sabía en realidad si el patólogo reconocería o no la voz de la secretaria de Graham, si bien decidió jugársela. En cuanto lo vio la primera vez, tuvo claro que era de esa clase de tipos que creían que el mundo giraba en torno a ellos. Y un hombre así, jamás se fijaba en los detalles.

—¿Ahora mismo? Verá, es que estoy ocupadísimo.

—Lo siento, doctor. Es urgente y el superintendente ha de marcharse a una reunión con el alcalde —insistió.

Durante unos segundos, se produjo un silencio en la línea.

—¿Sigue ahí, señor Bryceton?

Al final, el médico suspiró.

—Sí, sigo aquí. ¿Cuál es el asunto?

—No lo sé, pero si me permite una confidencia… —repuso ella con un timbre íntimo.

—Por supuesto.

Ya lo tenía en el bote. A través de la línea, acertó a imaginar a Bryceton relajándose y recostándose contra el respaldo de su sillón.

—Creo que quiere comentarle algo respecto a la intención del inspector jefe Scott de solicitar otra autopsia.

—No estará sopesando esa memez. —Suspiró—. De acuerdo, llegaré en… veinte minutos.

—Es muy amable. Avisaré al superintendente.

Patricia colgó el móvil y esperó sentada tras el volante del Cherokee. El motor estaba apagado para no llamar la atención y el habitáculo comenzaba a enfriarse. Se frotó las manos esforzándose por conservarlas calientes. No habían transcurrido ni cinco minutos y descubrió la figura de Bryceton con la misma gabardina beis que vestía en Corry Lodge. Encogida, para que no la viera, lo persiguió con la mirada mientras caminaba por el aparcamiento, eludiendo los charcos que salpicaban el suelo. A unos metros de distancia de varios coches aparcados en hilera, Bryceton apuntó con un mando a distancia y los cuatro intermitentes de un Volkswagen Tiguan plateado centellearon al tiempo que sonaba un doble pitido. Lo vio subirse, encender las luces, sacarlo de la plaza y comenzar a rodar despacio sobre el hormigón del aparcamiento. Directo hacia ella.

Mientras el Tiguan pasaba ante el Cherokee, Patricia escondió la cabeza detrás del volante. Una vez que Bryceton hubo abandonado el lugar, se hizo con el bolso y se apeó del todoterreno. Deseaba evitar llamar la atención, de modo que, controlando sus emociones, se

internó por el complejo sin acelerar el paso, incluso le dedicó una sonrisa a un facultativo que se cruzó en su camino. En ese momento, comenzaron a revolotear a su alrededor diminutos copos de nieve. Lo hacían con cierta elegancia, flotando de aquí para allá empujados por el viento. El aire se enfrió de tal modo que se subió el cuello de la cazadora y hundió las manos en los bolsillos.

Con el pulso acelerado abrió la puerta del anatómico forense con discreción. El interior la recibió con el aire caliente de la calefacción. Como no se topó con nadie, echó a andar por el corredor principal hasta la sala de autopsias. De nuevo con precaución miró dentro antes de acceder a la sala, que estaba penumbrosa. Tampoco debían de tener mucho trabajo. La isla de Skye no resultaba precisamente el centro neurálgico del crimen organizado y, siendo sincera, nadie con un mínimo de ambición profesional habría solicitado un destino así.

Atravesó la sala de autopsias en silencio y, casi de puntillas, recorrió el pasillo que llevaba al despacho de Bryceton, echando a ratos rápidas miradas por encima del hombro. Delante del cartel de «PATÓLOGO FORENSE» se colocó unos guantes de algodón, pegó la oreja al panel de cristal esmerilado, y giró el pomo de la puerta. Cerrada con llave.

No se creía lo que estaba a punto de hacer. Si salía mal, aquello podía acabar antes de tiempo con su prometedora carrera en el cuerpo, pero, por muchas vueltas que le había dado en su cabeza, no había sido capaz de hallar una solución mejor. Medio muerta de miedo, escondió la mano bajo la cazadora e hizo aparecer un juego de ganzúas.

«¡Date prisa, vamos!».

Manipular la cerradura le resultó particularmente sencillo. Antes de colarse en el despacho, lanzó un rápido vistazo a un lado y a otro del pasillo. Luego se metió dentro, cerró la puerta con el tacón y se puso a mirar para hacerse una idea. La luz diurna se filtraba por entre las lamas metálicas de un estor. Avanzó hacia la ventana y apartó dos lamas con los dedos. Estudió la vasta extensión de agua que representaba el lago y el aparcamiento. La plaza de Bryceton seguía vacía.

«¡Vamos, vamos!».

Satisfecha su curiosidad, dio la espalda a la ventana, se dirigió hacia los archivadores metálicos y trató de abrirlos. Cerrados con llave. Después de examinar las pequeñas cerraduras, fue al escritorio y dejó caer la mirada sobre dos cajones. Abrió el superior y se puso a apartar cosas propias de una oficina, hasta que localizó cinco llaves pequeñas sujetas por una argolla de aluminio. Con ellas en la mano volvió a los archivadores y las fue probando hasta que una encajó a la perfección, entonces la giró y escuchó un ligero clic.

«¡Deprisa, deprisa!».

Llevó los expedientes hasta la mesa. Aún seguía revisándolos cuando un sexto sentido la avisó. Se detuvo con una página en alto. Entonces se filtró el rumor de pasos a través del cristal de la puerta. Patricia murmuró una palabrota, recogió deprisa las carpetas de acordeón, las colgó de nuevo de las barras del archivador y lo cerró de golpe. Luego sus ojos recorrieron frenéticamente el despacho.

Para su desesperación, no halló ningún lugar donde ocultarse.

****

19

Isla de Skye, Highlands

Alguien usó una llave y la puerta se abrió. Dio un paso dentro del despacho. Se quedó quieto un momento. Aspiró hondo, como un asmático. Otro paso hasta la mesa. Podía ver unos lustrosos zapatos negros. Se dio la vuelta. Se alejó. La puerta se cerró.

Cuando todo volvió a quedar tranquilo, Patricia se asomó por debajo de la mesa. Sin reparar en ello había estado conteniendo la respiración. Con el corazón aún desbocado, se puso derecha poco a poco y regresó a los archivadores con la máxima cautela. En cuanto fotografió con el móvil los informes *post-mortem* de las dos víctimas, los colocó en su sitio, cerró los archivadores y volvió a dejar las llaves en el cajón superior del escritorio.

Ahora venía la segunda parte. Paseó la mirada por el despacho hasta detenerla en una estantería. En una gruesa carpeta de anillas. Escrito a mano en vertical, leyó: «Formularios». Sin dudar cruzó la estancia en dos zancadas, cogió la carpeta, rodeó el escritorio con ella bajo el brazo y ocupó el sillón de Bryceton. Pasó deprisa varias hojas, hasta dar con lo que buscaba: un formulario rosa M-180 para traslados de cadáveres. Lo extrajo de una funda de plástico, cerró la carpeta y la apartó a un lado. A continuación, buscó entre las fotografías que acababa de hacer con el móvil y amplió la firma del forense. Durante un largo rato, la examinó con gran atención. El grosor, la inclinación y el orden del trazo.

Tras devolver la carpeta de anillas a la estantería, Patricia echó un último vistazo con el propósito de ver que todo estuviera en orden. Satisfecha y aliviada a partes iguales, abandonó el despacho, escondió los guantes en un bolsillo de la cazadora y fue a buscar a un celador, con un formulario M-180 en la mano, firmado por el mismísimo Bryceton y una sonrisa de oreja a oreja.

Bryceton iba al volante del Tiguan, por la A87. A pesar de considerarlo un palurdo de bruscos modales, él respetaba al superintendente Graham, y creía que también este lo respetaba a él. Cuando tenían que decirse algo, sencillamente, descolgaban el teléfono y se lo decían a la cara. Por esa razón, se le antojó de lo más irritante recibir esa llamada de su secretaria. Nunca le había hecho algo así en los años que llevaba en la isla. Se instaló en Skye después de su segundo divorcio. Aquella arpía le vació los bolsillos y se apropió de su espléndido apartamento en Edimburgo con vistas únicas al castillo. Por aquel entonces, él era un reputado cardiólogo rebosante de confianza en sí mismo; sin embargo, su sueldo no daba para sustentar a dos ex y a cuatro adolescentes; de forma que, en cuanto vio la vacante de patólogo forense en la isla de Skye, no se lo planteó dos veces; hizo las maletas y puso distancia de por medio con todos los chupópteros que pretendían vivir a su costa.

Al principio, el cambio de la gran ciudad al mundo rural fue duro. En su anterior vida estaba acostumbrado a que lo invitasen a fiestas de gala, acudir a conciertos en el Royal Lyceum Theatre, o visitar exposiciones de Gauguin en la Scottish National Gallery; en cambio, en aquella isla no podía hacer otra cosa que ir de pesca o comer frambuesas… Las mujeres eran otro problema, o más bien la ausencia de ellas. A sus cincuenta y ocho años, Bryceton se consideraba un hombre apuesto y sexualmente activo. Él prefería relacionarse con jovencitas que le aportaban la vitalidad que necesitaba un hombre con su espíritu. Esa clase de compañía, sin embargo, brillaba allí por su ausencia. Los jóvenes huían a la capital o a Glasgow, incluso a ciudades más pequeñas como Inverness, y solo las mojigatas permanecían en un pueblucho como aquel. Quizá venían un fin de semana, pero él era de la antigua escuela y el arte de la seducción requería de tiempo y buen gusto…

Entonces acudió a su cabeza la imagen de la sargento… ¿Cómo se llamaba? Definitivamente se estaba oxidando en aquel sitio. Esa joven cumplía con sus exigencias: atractiva, alta, rubia… y joven. No tendría más de veinticinco o veintiséis. Si bien tenía el aspecto de una escocesa, de eso no cabía duda —y él era un experto en calar a las personas—, tenía un aire sofisticado adquirido con seguridad en el extranjero. El único problema que tenía era su carácter endemoniado, pero ya se ocuparía él de calmarla. Llevaba tiempo sin una buena cita y aquella joven, sin asomo de duda, sería un buen reto…

Con estos pensamientos y unos acordes de Beethoven sonando en el coche, avanzó sobre *Loch Alsh* serpenteando entre el tráfico. La aguanieve que caía cuando dejó el hospital se había convertido ahora

en una intensa nevada, la primera de un tedioso invierno que estaba por venir. Cuando se plantó en la comisaría de Kyle of Lochalsh, veinte minutos después, la nieve comenzaba a acumularse en los contornos más sombríos.

En aquel sitio, todo el mundo lo conocía, de modo que nadie lo detuvo hasta que llegó a la mesa de Jane No-sé-qué. Aquella joven tampoco estaba nada mal, lástima que estuviese casada. No es que tal cosa le importase en exceso; no obstante, las mujeres en los pueblos resultaban más recatadas por el «qué dirán». En todo caso, se mostraba completamente seguro de que Graham le tiraría los tejos y él, en eso, era muy respetuoso.

—Hola, doctor Bryceton. No le esperábamos hoy —dijo la joven extrañada, levantando la vista del tecleado de su ordenador. Un velo de inquietud cubrió su rostro. Al marcharse, el superintendente le preguntó si tenía alguna cita, y ella recordaba con claridad lo que respondió: «no, señor». Ella mejor que nadie sabía lo intolerante que podía ser su jefe con los errores humanos, y con un sudor frío recorriéndole la espalda, posó la mirada en la agenda.

El patólogo forense subió las cejas, pasmado.

—¡Pero si me ha llamado no hará ni media hora para decirme que su jefe deseaba verme!

Ahora la pasmada fue la secretaria.

—Perdone, doctor Bryceton —repuso con un hilillo de voz—, creo que debe existir algún malentendido. Yo no lo he llamado. Además, el superintendente no está.

El rostro del patólogo ardió.

—¿Cómo que usted no ha sido? Entonces, ¿quién lo ha hecho?

Ella sacudió la cabeza con timidez.

—No lo sé, doctor Bryceton. Puedo asegurarle que, desde luego, yo no he sido.

El doctor soltó el aire como una manada de hipopótamos emergiendo de un río.

—¡Como coja al gracioso que me ha gastado esta broma…!

Seguidamente, sin despedirse siquiera de la señorita Dewar, dio media vuelta, salió del antedespacho de Graham y se marchó por el pasillo, pisando fuerte y murmurando.

—Esto es muy irregular —dijo un joven celador, leyendo el formulario rosa M-180.

Patricia lo miró, procuraba engatusarlo apartándose un mechón negro que le caía sobre la cara. Detestaba usar esas técnicas, si bien la situación era desesperada y sabía que solía funcionar con los

hombres… sin embargo, en ese caso, no lo pareció.

—¿Cuál es el problema? ¿No están en orden los papeles?

El joven de la bata blanca meneó la cabeza tan rápido que se le movió el flequillo.

—No, no, los papeles están en orden, es que… no sé —titubeó escéptico—, me resulta raro que el doctor Bryceton haya autorizado esto.

—Pues vaya a su despacho a confirmarlo.

—No está, se marchó hará cosa de media hora.

Guardaron silencio durante unos segundos.

—Voy a llamarlo. Espéreme aquí.

El muchacho se marchó por un frío corredor, llevándose la orden de traslado con él. Sus taconeos inseguros resonaron por las paredes. Patricia se puso nerviosa. Si hablaba con Bryceton todo acabaría. La expulsarían del cuerpo y, probablemente, la encarcelarían; y eso, sin pensar en lo que pudiera ocurrirle a Alex. Nadie se creería que ella estaba actuando *motu propio*. En esa encrucijada, solo tenía una opción: salir corriendo y confiar en que su peluca negra fuera suficiente para despistar a la policía, si el celador la delataba. Echó a caminar y paró cuando tuvo otra idea. Buscó en el bolso el teléfono móvil y, con dedos hábiles, lo desbloqueó y pulsó un número de su lista de marcación rápida.

—Collins, escucha… No, atiende —murmuró entre dientes para no elevar el tono de voz—. No hagas preguntas y haz cuanto te diga. Localiza el móvil de un tal Bryceton… No, no sé su nombre de pila. Es patólogo forense en el Doctor Mackinnon Memorial Hospital de Broadford.

Guardaba silencio mientras escuchaba a su interlocutor escribiendo en el teclado.

—¿Lo tienes…? Perfecto. Ahora bloquéalo, que no pueda recibir llamadas durante diez minutos, y ¡hazlo ya! —Después de colgar deshizo el camino andado y esperó al celador, que no tardó en llegar. Por el semblante contrariado que traía, dedujo que Collins había tenido éxito en sus «gestiones».

Bryceton tenía un cabreo de mil pares de demonios. De pronto, recordó el olor que había percibido al volver a su despacho a recoger las gafas. No le dio transcendencia entonces, pero de golpetazo le vino como una revelación:

—¡Perfume! —exclamó al volante.

Se despertó en él una repentina necesidad de regresar al despacho lo antes posible y apretó más el acelerador, mientras el cuatro por

cuatro aumentaba de velocidad hasta sobrepasar todos los límites de lo seguro. De manera inconsciente, ocupaba el centro de la carretera al tomar las curvas. Los limpiaparabrisas apartaban la nieve que caía sobre el cristal. Repasó mentalmente qué había en su despacho y no halló nada que pudiera valer la pena. ¿O sí?, y él no era consciente. Cruzó el Skye Bridge de vuelta y continuó por la A87 a buena velocidad. Entre bocinazos frenó un poco para adelantar a un Skoda verde conducido por un vejestorio que iba pisando huevos, y volvió a acelerar con los cinco sentidos puestos en la carretera. Miró el reloj. En algo más de cinco minutos estaría de vuelta.

—Mire, señorita Mirren, no he tenido la ocasión de contactar con el patólogo forense… Tal vez deberíamos esperar a que vuelva. No suele pasar mucho tiempo fuera de la oficina.

Patricia resopló.

—Señor… Merton —dijo, mirando el nombre que aparecía en una etiqueta prendida a la bata con un imperdible—, no sé qué clase de jefe es el suyo, pero si es la mitad de capullo que el mío, créame, lo último que querría sería contrariarlo. Hace un rato que ha llamado para decirme que está sin comer esperando el cadáver.

Merton rio por lo bajo. Aquello era imposible. En una escala de capullos, Bryceton estaría en la cúspide.

—De acuerdo —dijo al fin, dándose por vencido—. Le diré al conductor de guardia que lo lleve en una ambulancia.

—Conduciré yo misma. —Y ante la expresión de perplejidad que esbozó el celador, añadió—: No se preocupe, le prometo que se la devolveré.

A causa de un rebaño de ovejas que cruzaba la carretera, los cinco minutos se habían convertido en veinte cuando el todoterreno de Bryceton cubrió su plaza acostumbrada. No tenía su nombre, pero nadie en aquel lugar osaría poner a prueba su paciencia. Se apeó con el motor aún chascando y, a largas zancadas, se dirigió al anatómico forense. Una fina capa de nieve cubría ya el suelo. Por el camino, se cruzó con una ambulancia moviéndose con lentitud por las umbrosas callejuelas del complejo. Tuvo el tiempo suficiente para intercambiar una breve mirada con la conductora, una chica con el cabello azabache que le resultaba ligeramente familiar. Se precipitó dentro del edificio sin mirar a nadie y, mientras apretaba aún más el paso, se sacudió la nieve de encima.

—¡Doctor Bryceton! —le llamaron a su espalda.

—Ahora no, Merton —repuso sin detenerse.

—Es urgen…

—Le he dicho que ahora no.

El patólogo forense sacó un juego de llaves del bolsillo, abrió bruscamente la puerta de su despacho, entró y se tomó un minuto para escrutarlo. Todo parecía estar en orden…, pero algo desentonaba. Allí seguía ese olor dulzón en el ambiente… Unos golpecitos en el quicio de la puerta vinieron a interrumpirlo. Bryceton se volvió en redondo hacia la puerta y sus ojos se toparon con Merton, jadeando de pie en el umbral.

El médico resopló.

—¿Qué quiere, Merton?

—Ya se han llevado el cuerpo, doctor.

Bryceton lo miró sin parpadear.

—¿Qué cuerpo?

—El traslado que usted autorizó.

Bryceton se lo quedó mirando como si fuera un ser de otro mundo.

****

20

Ulán-Bator, Mongolia

JAMES se quedó rezagado, mirando en derredor y despidiéndose mentalmente de aquel campamento que, con absoluta probabilidad, no volvería a ver jamás. Acariciando la enorme cabeza del mastín tibetano, que había acudido a despedirlos, volvió la vista al frente, a las espaldas de Victoria, que se bamboleaba a lomos de un pequeño caballo de machas marrones esforzándose por conservar el equilibrio. Estaba desbordado con los acontecimientos y su rostro reflejaba una honda preocupación por el estado de salud de Victoria.

Alcanzaron los suburbios del norte de la capital, una jornada más tarde. Aunque el sol estaba en su cenit, apenas era visible difuminado entre una densa capa de polución que ocultaba Ulán-Bator como si de un día de niebla se tratase. Ganzorig detuvo un taxi, le proporcionó instrucciones al conductor y pagó la carrera. Mientras, Negüi sujetaba los animales.

—Bueno, Negüi, nuestros caminos se separan aquí —dijo el escocés, dándole un golpecito en el hombro.

El chico no pudo reprimir una sonrisa triste. Acto seguido, James se dirigió a su padre:

—Ha sido un honor conocerlo.

Ganzorig juntó las manos como si fuera a rezar y se dobló por la cintura. La sonrisa no abandonó sus labios en ningún momento. Mientras tanto, Victoria revolvió en su bolso, sacó el teléfono móvil y se lo tendió al joven.

—Esto es para ti —le dijo casi en un susurro.

Negüi volvió a sonreír mientras aceptaba el obsequio. El taxista se impacientó e hizo sonar el claxon a sus espaldas.

—Hemos de marcharnos —dijo James.

Cuando el viejo vehículo arrancó, Victoria y James se despidieron

de padre e hijo con la mano por la ventanilla. Mientras se alejaban, los vieron montarse en los caballos y dar la vuelta. En cuanto el taxi se adentró en el caótico tráfico de la ciudad, los perdieron de vista. Rodeados de motocicletas, coches y carros, pasaron por delante de un edificio rojo y blanco que debía de albergar algo relevante y una serie de casas bajas de aspecto abandonado. Media hora después, dejaron atrás el claxon de los conductores y el taxista los condujo por una carretera parcheada durante otros quince minutos más. Al final, llegaron a la terminal internacional del aeropuerto Gengis Kan.

Nada más rebasar unas puertas automáticas repararon en que algo no marchaba bien. Muchos mostradores de líneas aéreas permanecían con sus cierres metálicos echados, y una multitud abarrotaba la terminal: unos, tumbados sobre el pavimento, reposando sus cabezas sobre mochilas rebosantes; y otros, apiñados frente al mostrador de información, vociferando encendidas protestas a los atribulados empleados del aeropuerto. En los paneles informativos de los vuelos predominaba la palabra «Cancelado» escrita en rojo. Victoria y James se miraron uno al otro intrigados y se dirigieron hacia el mostrador de Turkish Airlines, caminando despacio. James se percató de que ella apenas podía levantar los pies del suelo.

Por fortuna, lo encontraron abierto. No obstante, una azafata de tierra con camisa blanca, chaleco azul y pañuelo al cuello se deshacía como podía de todas las personas que se aproximaban. James dejó a Victoria sentada en una butaca de plástico duro y él hizo la cola, hasta que llegó su turno.

—Necesito dos billetes para Estambul, en el primer vuelo.

La azafata lanzó una mirada desdeñosa y torció la boca.

—El personal de tierra está en huelga y los vuelos están cancelados. Esta ventanilla es solo para reclamaciones.

—¿Y para otra parte de Europa?

—Hay huelga —repitió.

—Usted no lo entiende. Mi esposa —dijo, señalando a Victoria— está enferma. Es acuciante que salgamos de aquí.

La empleada se enderezó tratando de aparentar serenidad.

—Lo entiendo, señor, pero *no hay vuelos* —enfatizó.

James persistió en su intento, esta vez, su tono fue de indignada protesta.

—Quiero hablar con alguien más.

La paciencia de la azafata se esfumó.

—Usted y mil más —repuso con desdén, y mirando sobre el hombro de James, añadió—: Siguiente, por favor…

Sintiendo que la frustración y la rabia se apoderaban de él, James golpeó el mostrador con las palmas de las manos. La azafata brincó con el sobresalto.

—No me ignore —su tono de voz fue gélido.

Irritada, la joven dio un paso hacia atrás y devolvió a Allen su atención, clavando en él sus ojos marrones.

—Señor, si no se marcha tendré que llamar a seguridad —lo amenazó, acercando la mano a un teléfono de baquelita rojo…

—¿James, eres tú? —preguntó alguien a sus espaldas.

Allen se giró en redondo y, por un breve instante, no supo quién le hablaba. Detrás de él, se agolpaba una decena de personas, murmurando y mirándolo como si tuviera la peste.

—Aquí —dijo alguien, agitando el brazo en alto.

James entrecerró los ojos para forzar la vista, entonces vio a un hombre sobresalir por encima del mar de cabezas.

—¡¿Carmichael?! —Allen se apartó del mostrador y su sitio lo ocupó al momento una señora con un crío colgado de su pierna. La azafata dio comienzo otra vez al ciclo con una sonrisa educada.

Un hombre esbelto y ancho como un armario y con los ojos ocultos tras unas gafas Randolph Aviator exhibía una sonrisa de dientes blancos perfectos que resaltaba sobre su piel mulata. Ambos hombres se juntaron y se rodearon con los brazos, intercambiando sonoras palmadas en las espaldas. James medía en torno a un metro ochenta; aun así, hubo de levantar la barbilla para mirar a los ojos a su amigo.

—No nos veíamos desde aquel incidente en Madagascar con aquellas dos rubias —dijo James.

—De eso hace tantos años que ya ni me acuerdo. Entonces aún éramos jóvenes.

Se separaron y prorrumpieron en carcajadas estentóreas, que contrastaron con el ambiente deprimido y quejumbroso que los rodeaba. Carmichael lo miró de cabeza a pies. La preocupación que veía reflejada en Allen ensombrecía su rostro requemado por el sol, además, estaba ojeroso y desgreñado, calzaba unas botas polvorientas y su olor hubiera atraído a un depredador a un kilómetro de distancia contra el viento.

—¡Tienes mal aspecto! No me extraña que esa azafata haya acabado contigo… Por cierto, ¿qué has hecho con tu Barbour? Pensé que esa prenda era como tu segunda piel.

Allen torció los morros.

—Lo dejé olvidado en un tren.

Carmichael enarcó una ceja, interrogante.

—Es una larga historia… y tú, cuéntame, ¿qué haces aquí?

—Ya ves —repuso, señalando su vestimenta —una vieja cazadora de aviador y unos pantalones cargo color caqui——, estoy trabajando.

James arrugó un poco el entrecejo, intrigado.

—Ahora eres… ¿qué eres?

—Al morir mi padre, me cansé de estar sentado ante un escritorio y

ahora piloto mis propios aviones. Recorro el mundo… digamos que transportando cosas de un sitio a otro. ¿Y tú, qué haces tierra adentro? Por aquí no hay más que polvo y gente.

El rostro de James se apagó.

—Necesito viajar a Roma con urgencia y todos los vuelos han sido cancelados debido a una inoportuna huelga.

—¿Huyendo de alguna mujer? —le contestó con una nota de sarcasmo.

Allen lo miró con seriedad y exhaló un suspiro.

—¿Ves aquella joven de allí? La tercera empezando por la derecha.

Los ojos de Carmichael siguieron la dirección indicada.

—Es mi esposa.

—¡¿Disculpa?! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. Tú… ¡¿casado?!

—Esa es otra larga historia. La cuestión es que estuvimos en las montañas y ha contraído algún tipo de enfermedad —señaló con un nudo en la garganta—. Necesito llevarla a un hospital.

El piloto parecía escéptico.

—No será algo contagioso.

—Vamos, Dave, necesito tu ayuda.

Carmichael adoptó una pose pensativa, acariciándose el mentón. Por fin, dijo:

—Creo que podré solventarlo. Ese encargo que tenía que hacer resultó ser una mierda. Además, aquel tío ni me pagó. —Se calló un segundo—. ¿Por qué no? ¡Vayamos a Roma!

James respiró sonoramente, aliviado.

—Gracias, de verdad. Me salvas la vida.

—Ve a por ella y esperadme en la terminal de vuelos de carga; mientras, cambiaré el plan de vuelo.

****

21

Ulán-Bator, Mongolia

CUARENTA minutos más tarde, una antigualla de los años cincuenta con el escudo del clan escocés de los Carmichael impreso sobre las alas estaba detenido en la cabecera de la pista de despegue, a la espera de la autorización de la torre de control. Los partes preveían un tiempo perfecto durante todo el trayecto.

—Vuelo Charlie-Quebec-Cinco-Ocho-Cinco. Aquí torre del aeropuerto Gengis Khan. Pista dos. Autorizado despegue.

Una vez que la radio crepitó las palabras favoritas de Carmichael, el aparato comenzó a rodar por la pista. Bruscamente aumentó el sonido de los dos motores de hélice hasta que alcanzó la velocidad de ascenso, momento en el cual el hormigón desapareció bajo sus ruedas. Con su fuselaje de aluminio plateado destellando por el sol, se perdió en el aire ante la incrédula mirada del personal del aeropuerto. James se asomó por la ventanilla ovalada y observó cómo el aparato se inclinaba, variando el rumbo; luego el piloto niveló el avión y se dirigió hacia el Sur.

El Fairchild C-119 fue diseñado más como un avión de transporte que para el viaje de pasajeros. En la bodega, separados por una red, convivían la carga y seis asientos dispuestos en tres filas de dos. James y Victoria eran los únicos pasajeros a bordo. Sentados en la primera fila de asientos, Allen se reclinó sobre ella para esquivar el sonido atronador de los motores.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —le preguntó.

Victoria lo miró con unos ojos apagados. Parecía costarle respirar y pugnaba por cada bocanada de aire. Entonces tosió y expelió gotas de sangre, que mancharon sus ropas.

—No muy bien —susurró en un tono tan bajo que James casi no pudo oírla. En ese momento, soltó un prolongado estertor y sus ojos se

cerraron.

—Cariño, cariño —dijo Allen, zarandeándola suavemente. Luego le puso la palma de la mano en la frente y la encontró ardiendo de fiebre. Comprobó su pulso y vio que era estable, de modo que la recostó en el respaldo del asiento—. Aguanta, mi amor. Tú, aguanta—. A continuación, se desabrochó el cinturón de seguridad, se puso en pie de un brinco y se dirigió hacia la cabina de vuelo, dejando atrás cajas metálicas sujetas por correas.

—Carmichael, ¿cuándo llegaremos? —preguntó, asomando medio cuerpo por el hueco de la puerta de la cabina.

El piloto se bajó los cascos hasta quedar colgados del cuello y ladeó la cabeza, mirándolo mediante unas gafas de sol.

—Tendremos que hacer escala en Estambul para repostar. Calculo que unas… treinta horas. Por cierto, este es Kieran Murphy, mi copiloto —dijo, mirando a un irlandés pelirrojo que rondaría los sesenta.

—Encantado —dijo este ufano, con un puro encendido agarrado entre los dientes.

A James se le dibujó una arruga en la frente.

—¿Se puede fumar aquí?

—James, ¿cuándo te has vuelto un aguafiestas? —dijo Carmichael, que escondió la mano en un mamparo y la sacó con una botella de *whisky* irlandés Kilbeggan—. ¿Un traguito? Anda, siéntate aquí —dijo, apartando un mapa y palmeando el asiento vacío del radio operador —. Nos pondremos al día.

James movió sus ojos por los anticuados instrumentos de vuelo del panel de control. Muchos botones y relojes y ninguna pantalla de LCD ni componentes electrónicos.

—¿De dónde has sacado este… montón de chatarra?

Carmichael rompió a reír, escupiendo *whisky* por todas partes.

—Eih, eih… gané este montón de chatarra a un tipo en una partida de póker en Hong Kong, hará cosa de… cinco años, pero no te preocupes, nos llevará a nuestro…

En ese momento, un grito estridente procedente de la parte posterior del avión eclipsó de golpe su conversación. James y Carmichael se miraron un instante y aquel salió corriendo.

—Ocúpate de los mandos —le dijo a Murphy, mientras dejaba la botella en su sitio, se deshacía del arnés de pilotaje e iba tras su amigo.

Se encontraron a Victoria cabeceando y gritando; con las manos se tapaba las orejas.

—¡Cállate de una vez!

James paró en seco frente a ella, y el piloto chocó con su espalda.

—Cielo, ¿qué te sucede? —le dijo a Victoria, inclinándose sobre ella

y apartándole las manos de las orejas. El sudor la mantenía empapada y la piel que circundaba sus ojos había enrojecido.

Victoria subió los párpados y lo miró con desesperación.

—Haz que calle, por favor —dijo, con una voz sorprendentemente fuerte. A continuación, volvió a perder el conocimiento. Un hilillo escarlata comenzó a salir del lagrimal de sus ojos.

Por un momento, Allen recordó al hombre casi muerto que se encontraron en la nieve, y sus hombros se derrumbaron. Tras cortar la hemorragia y comprobar sus constantes vitales, regresó a la cabina. Durante la siguiente hora, Allen les habló del *Oro de los Zares*, del campamento nómada, del monasterio tibetano y del jarrón chino de porcelana. Carmichael lo escuchaba sin perder detalle. Fue tan sutil como imperceptible, pero Dave hizo una mueca de disgusto con la boca cuando James le relató el episodio de los dos cadáveres momificados en la cueva y le mostró la chapa de identificación que le quitó a uno de ellos del cuello.

«Smith».

Treinta horas y catorce minutos más tarde, un cambio en la nota del motor del aeroplano alertó a James de que habían comenzado la maniobra de aproximación al aeropuerto Fiumicino, en Roma. Sentado junto a Victoria, quien continuaba inconsciente, se asomó por la ventanilla y vio varias pistas de aterrizaje haciéndose cada vez más grandes. Momentos después de abrirse el compartimiento del tren de aterrizaje, rodearon una enorme torre de control y tomaron tierra con suavidad en la terminal de vuelos de carga. El bimotor se aproximó poco a poco a una ambulancia que aguardaba a pie de pista, hasta que se detuvo completamente y las hélices dejaron de girar. Sin demorarse, dos sanitarios con una camilla ascendieron al avión por una escalerilla.

Deambulando por la sala de espera del hospital, James sacó la mano izquierda del bolsillo y consultó el reloj por enésima vez. El tiempo parecía haberse detenido desde que se llevaron a Victoria por aquella puerta batiente. Le dijeron que esperara como una hora y ya iban por tres. En ese tiempo se había sentado, levantado, interrogado a cualquiera con una bata azul, vuelto a sentar y, finalmente, puesto de pie… De improviso, unos pasos, que resonaban en el pavimento arrancando ecos, lo devolvieron al presente. Detrás de un recodo, surgió una mujer de piel clara enfundada en una bata blanca dirigiéndose directa hacia él, con una carpeta sujeta contra el pecho y unas gafas bamboleándose sobre un cordón que le rodeaba el cuello.

El corazón le dio un vuelco.

Durante los veinte segundos que tardó en salvar la distancia que los separaba, estudió cada gesto de su rostro. Eludía el contacto visual… acaso, simplemente, le resultaba incómodo sostener la mirada a alguien a quien no conocía. Tampoco sonreía, y aquello no era una buena señal… o tal vez solo procuraba mostrarse profesional. O acaso lo preparaba para las malas noticias…

—¿Señor Allen?

Pese a ver cómo se acercaba, sus palabras, pronunciadas en un correcto inglés, lo pillaron por sorpresa, devolviéndolo a la realidad de un manotazo.

—Soy la doctora Parisi, jefa de patología del San Raffaele.

La doctora no hizo amago de ir a darle la mano. Por alguna extraña circunstancia los médicos son reacios a mantener contacto físico con otras personas ajenas a la profesión. No habían transcurrido ni cinco segundos y James ya se había olvidado de su nombre.

—¿Cómo se encuentra Victoria? —preguntó, aterrado.

Ella lo miró sin revelar sus pensamientos, luego señaló un ascensor.

—¿Podemos hablar en mi consulta?

La doctora llevó a James a la planta tercera, por el ascensor. Continuaron por una sucesión de pasillos asépticos, hasta una puerta panelada que Parisi abrió con una llave obtenida del bolsillo de su bata. Un cartel intercambiable decía: «Dra. Parisi». El cubículo al que accedieron era minúsculo y funcional. Parisi encendió la luz del techo, esquivó una camilla para atender a pacientes, bordeó un escritorio poblado de papeles y se acomodó en su silla mientras dejaba la carpeta y se colocaba las gafas en la nariz. Con un gesto, ofreció a James una de las dos sillas que tenía delante.

El hombre escogió al azar, se sentó y permaneció inmóvil, mirando cómo la doctora encendía el ordenador, empezaba a teclear algo y movía el ratón sobre una alfombrilla de publicidad de un laboratorio farmacéutico. Finalmente, el ratón dejó de menearse y la doctora permaneció una eternidad con la cabeza quieta, leyendo la pantalla. Sus ojos se desplazaban de izquierda a derecha y vuelta a empezar. Al cabo de unos minutos, apartó los ojos del ordenador y dejó caer las gafas, que colgaron de la cinta que llevaba al cuello. Tomándose unos segundos para ordenar sus ideas, se apretó el puente de la nariz con los ojos cerrados. Al cabo, alzó la barbilla y sus ojos verdes buscaron a los de James.

—Verá, señor Allen, me temo que las noticias son muy preocupantes.

El énfasis que puso la doctora lo sumió en un estado de terror. James cerró los ojos y soltó un profundo suspiro. A decir verdad, solo había albergado una mínima esperanza de que la respuesta fuera otra.

—¿Qué le sucede a mi esposa, doctora?

La médico movió la cabeza de un lado para otro y frunció los labios. Al gesticular, unas elegantes patas de gallo se dibujaban en el extremo externo de sus ojos.

—No lo sabemos. Le hemos hecho todo tipo de pruebas: analítica, resonancias, incluso un TAC. Las hemorragias y la erupción de la mano nos hicieron conjeturar con que se trataba de algún patógeno viral; no obstante —separó las manos—, nada ha sido concluyente. Señor Allen, hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano y no hemos hallado ninguna sustancia antigénica.

—Entonces… ¿qué le pasa? —inquirió Allen, sin comprender.

La doctora se aclaró la garganta y, entonces, soltó la bomba.

****

22

Glasgow, Escocia
Instituto Anatómico Forense

—ESTA autopsia, Henry, es inusualmente rara —dijo una elegante mujer negra, enfundándose unos guantes quirúrgicos celestes. Un hombre de aspecto afable se colocaba una mascarilla a su lado.

—¿Qué tiene de rara?

—De entrada, nada que proviene de la sargento Banner es normal, en un sentido académico del término —dijo, recogiéndose el pelo rizado bajo un gorro de plástico.

Muerto de risa, Henry contraatacó:

—Pero has de reconocer que esa chica te agrada.

La patóloga forense jefe echó a andar hacia el centro de la sala de autopsias, donde un cuerpo pálido de mujer yacía desnudo sobre una camilla de acero inoxidable. Alumbrado por un potente foco, tenía el cuero cabelludo afeitado y una fea i griega cosida en el torso con un grueso hilo negro. Con indiferencia miró la pulsera identificadora que el cadáver tenía sujeta a la muñeca derecha y comprobó los datos con un iPad que llevaba consigo.

—¡Claro que me gusta! Desde que la conocí el año pasado supe que esa joven daría de qué hablar, solo que… ¿por qué nos enviará un cadáver al que ya le han practicado la autopsia?

Henry había ejercido de ayudante de la patóloga forense jefe Caroll Fraiser durante los últimos cinco años. Hacían buen equipo y sabía que cuando lanzaba preguntas al aire, no esperaba respuestas. De modo que se limitó a acercarse al cadáver, empujando un carrito de acero sobre el cual había dispuesto todo el instrumental en bandejas metálicas.

—Esta herida abierta del antebrazo —continuó la patóloga— tiene un aspecto un tanto raro. Nunca había visto nada parecido. Antes de

comenzar, quisiera hojear de nuevo los informes *post-mortem* que nos envió la sargento. ¿Serías tan amable de imprimirlos?

Mientras se marchaba a un despacho con paredes de cristal, Henry se apartó la mascarilla de la boca y se sacó los guantes. Caroll terminaba de revisar el instrumental que necesitaría: bisturíes, tijeras, escalpelos, fórceps, sierras, sondas, placas, hojas de cuchilla, una regla… De fondo escuchaba el siseo de la impresora funcionando. Pasados unos minutos, vio reaparecer a su ayudante leyendo la primera de un montón de páginas. De repente, se detuvo en seco a mitad de camino y, con el rostro arrugado, alzó la barbilla. Nada más encontrarse las miradas, la patóloga forense supo que la rareza de aquel cadáver no estribaba en que ya le hubieran hecho la autopsia.

—¿Qué sucede, Henry? —preguntó, repentinamente preocupada—. Parece que hubieses visto un fantasma.

—No toques el cadáver. Aléjate de él —fue lo que dijo.

****

23

Roma, Italia

—Señor Allen… se lo diré sin ambages. Su esposa se está muriendo.

Las palabras de la doctora Parisi resonaron en sus oídos como un cañonazo. James se encorvó hacia la mesa con el rostro demudado.

—¿Que se está…? —El resto de la frase quedó en su garganta.

—Su vida se apaga, sin más. Le hemos inducido el coma, pero no podremos mantenerla así eternamente. Cualquier información que nos facilite puede ser crucial.

Por un momento, James escondió la cara entre las manos. Estaba sentado en el filo de la silla. Luego se quedó mirando una caja de luz que había en una pared, con unas radiografías.

—Ya se lo dije. Venimos de Mongolia, donde se cortó con un jarrón de porcelana que encontramos en un monasterio tibetano. —Y tras una pausa momentánea, agregó—: No sé qué contenía exactamente…

—Señor Allen —lo cortó—, indague sobre el contenido de ese jarrón y sabremos contra qué luchamos. Entretanto, lo lamento, pero no podemos hacer mucho más por ella.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

La doctora carecía de respuesta para aquella pregunta y se limitó a levantar un poco los hombros.

—Puede ser un día, una semana, un mes… Siento no poder ser más concreta.

James asintió decaído y se puso de pie, alargando la mano hacia la doctora por encima de la mesa. A regañadientes, Parisi correspondió al saludo con un apretón liviano.

—Gracias por todo, doctora.

Antes de abandonar el despacho, James se giró por la cintura y le habló con resolución, esgrimiendo el índice ante ella:

—Usted, manténgala con vida y yo averiguaré qué contenía aquel maldito jarrón.

Allen abandonó el edificio del hospital y salió al ruido de la Via Giovanni Giolitti. Aún bajo el *shock* que había supuesto la conversación con la doctora Parisi, se sentó en el bordillo que rodeaba un modesto jardín apagado por el invierno. Si pretendía ayudar a Victoria necesitaba pergeñar un plan; sin embargo, no recordaba cuándo fue la última vez que había dormido y se sentía extenuado. En su estado actual, no sería capaz de hilar dos pensamientos seguidos…

Una señora de edad avanzada, tirando de una correa que acababa en el cuello de un pequinés que la seguía sin muchas ganas de caminar, pasó por delante de aquel mendigo desaliñado, y se detuvo sin siquiera mirarlo a la cara. Hurgó en su bolso y dejó caer dos euros sobre los adoquines que cubrían el suelo. El tintineo de la moneda provocó que las elucubraciones de James se desvaneciesen al instante, y parpadeó, alzando la vista.

—*Non spenderlo con l'alcol* —le reprendió la anciana, agitando su dedo índice con energía.

¡Que no lo gaste en alcohol! Por un brevísimo momento, James dudó entre echarse a reír o espetarle algún improperio. Entonces optó por la primera y soltó una sonora carcajada. Tras una mirada de reproche, la anciana arrancó a caminar a toda prisa. No podía negar que su facha no debía diferir mucho de la de un vagabundo. Llevaba casi diez días con la misma ropa arrugada y sucia, sin afeitarse, y con el cabello hecho una maraña, conque resolvió que lo primero sería despojarse de esa ropa maloliente, tomar una buena ducha vigorizante y dormir un rato.

Ya más repuesto, James apareció en medio de una nube de vapor con una toalla anudada a la cintura y el torso desnudo moteado de agua. Su cabello moreno estaba en su sitio y su cuerpo, habitualmente tonificado, delataba los signos de la pobre alimentación de los últimos días. Caminó descalzo a lo largo de la habitación del hotel y se sentó en una esquina de la cama, junto a la almohada, con los pies desnudos sobre la moqueta. Alargó la mano hasta la mesilla y se acercó el auricular del teléfono a la oreja. A la vez que marcaba el 0 y pedía la cena al servicio de habitaciones, miraba la CNN en un televisor que, con el volumen apagado, colgaba de la pared.

A continuación, desconectó el iPhone del cargador y mandó un mensaje a Anne Marie. Su relación con la fiel ama de llaves de Victoria nunca fue buena, tal vez porque ella lo veía como alguien capaz de hacerle daño a su «hija adoptiva»; de forma que,

sencillamente, se trataban con educación y cortesía. Victoria poseía una villa en Cortona, en pleno corazón de la Toscana italiana, donde vivía con Anne Marie y sus dos labradores retriever, Zeus y Diana. Anne Marie era sordomuda. James creía que de nacimiento, pero tampoco sabría decir. En el mensaje la puso al corriente de lo sucedido y le rogó que viajase a Roma para quedarse junto a Victoria mientras él investigaba sobre su extraña enfermedad.

Lo siguiente que hizo fue consultar sus contactos favoritos, y llamó al número de teléfono de Alex Scott. Al segundo tono, una voz familiar le resultó reconfortante.

—¿Qué tal amigo? ¿Cómo os va por China?

—Te llamo desde Roma.

Scott percibió al instante el deje apagado de su amigo.

—¿Ocurre algo?

—Es Victoria… —Su voz se quebró y dejó escapar un sollozo.

—¿Qué le pasa a Victoria?

Durante un rato, ambos permanecieron mudos. Por fin, James se puso en pie y dio vueltas por la habitación, contándole todo por lo que habían pasado durante los últimos días. En un momento de la conversación, se agachó frente al minibar, tiró de la puerta y extrajo una botella de agua. La línea volvió a quedar en silencio, excepto por las respiraciones.

—Dime qué puedo hacer, James.

Allen exhaló el aire lentamente y se situó ante la ventana; con la mirada puesta en el Monumento Nacional a Víctor Manuel II, desenroscó el tapón de la botella y se la llevó a los labios. Antes de volver a hablar apoyó la botella en el quicio de la ventana.

—Necesito descubrir qué había en aquel jarrón chino…, pero no sé por dónde empezar —dijo alicaído, pasándose la mano libre por la cara.

—Hablaré con Patt, quizá ella piense en algo. —Y tras una pausa, sentenció—: No vamos a dejarte solo.

—Lo sé. ¿Te has instalado ya? —le preguntó, cambiando de asunto.

A través de la línea le llegó un suspiro derrotado.

—Por aquí, las cosas tampoco han comenzado muy bien… El ambiente en la comisaría, por decirlo suavemente, no es… demasiado cordial para los recién llegados. —Chasqueó la lengua—. Mi antecesor, un tal Bowie, dejó huella.

—Te conozco y sé que te los ganarás pronto.

—Yo no estoy tan seguro. Además, un conflicto reciente con el traslado no autorizado de un cadáver no ha hecho sino empeorar las cosas. —Entonces, hizo una pausa y soltó un gemido de abatimiento —. No sé por qué, pero tengo para mí que Patricia está implicada. Solo que, por descontado, ella lo niega.

—¿Patricia?

—¿Sabes? No eres una buena influencia para ella. Desde que te conoce ha demostrado un cierto desdén por las normas, y eso no es bueno si eres policía.

Los labios de James se alargaron en una sonrisa. Los dos sabían que era así.

—¿Me lo cuentas?

—Por hacerte la versión corta, el superintendente y el forense local están que fuman en pipa. Aún tratan de averiguar *quién* falsificó un formulario y se llevó a Glasgow el cadáver de la mujer asesinada. No sé por qué, pero todas las miradas apuntan hacia mí.

—¿Qué mujer asesinada?

—En la última semana, dos mujeres han sido asesinadas en la isla de Skye en circunstancias, cuanto menos, inquietantes.

—¿Qué tienen de extrañas? —quiso saber James.

—Para empezar, el estado de los cuerpos daba repelús. Esas hemorragias…

James acercó las cejas, desconcertado, y le cortó.

—Espera, ¿dices que tenían hemorragias?

—Sí, sangraban por los ojos, por la nariz y por los oídos. Era espeluznante. Además, estaba esa erupción de aspecto horrible en el brazo. Hasta avisamos al Departamento de Salud…

Allen dejó de escuchar a su amigo mientras su corazón empezaba a latir más deprisa por la adrenalina. Con multitud de ideas en la mente, tomó la botella de agua y, dándole la espalda a la ventana, se puso a dar vueltas descalzo por la habitación.

—Alex —dijo al cabo—, necesito saber más sobre tu caso. Todos los hombres que encontramos muertos en aquel monasterio mostraban los mismos síntomas que tus cadáveres. De hecho, Victoria ha empezado a mostrarlos también.

—¿Crees que pueda existir alguna relación entre ellos? —preguntó con suspicacia.

—Francamente, no lo sé, pero tengo una intuición. Nuestros anfitriones en Mongolia nos contaron que un inglés estuvo allí, hará un mes y medio, y pagó una expedición al monasterio donde Victoria se cortó con aquel fragmento de porcelana. —Antes de continuar, hizo una pausa valorativa—: Llámalo casualidad, pero tus asesinatos encajan con las fechas.

Allen se detuvo a los pies de la cama y dio un último sorbo a la bebida, a continuación, arrojó la botella a la papelera.

—¿Y si… —continuó Allen especulando— ese inglés se llevó algo de aquel monasterio, mató a los monjes y a sus guías, regresó a Escocia, y ahora está asesinando allí?

—No corras tanto, James. Sabes que la probabilidad de que eso sea

verdad es mínima.

Un repentino silencio se instaló en la línea. Esta vez, fue prolongado mientras los interlocutores barruntaban sobre las palabras vertidas.

—Alex, ¿sigues ahí?

—Aquí estoy.

—En cualquier caso —continuó entonces Allen, cuyo entusiasmo momentáneo había desaparecido—, esto tampoco nos conduce a ningún sitio. Seguimos sin pistas y para cuando detengáis al culpable puede que sea demasiado tarde para Victoria.

—Tal vez eso no sea del todo cierto —aventuró.

James alzó una ceja confundido.

—¿Qué no es cierto?

—Sí tenemos una pista.

Antes de ver saciada su curiosidad, llamaron a la puerta de la habitación.

—Espera un momento, debe de ser el servicio de habitaciones.

James fue a la puerta y abrió. Un botones con una bandeja cruzó la habitación y depositó sobre la mesa un plato cubierto por una tapadera de aluminio. Con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, firmó la nota y entregó al camarero un billete de cinco euros de propina.

—Gracias, señor —dijo el joven, luego se marchó y cerró la puerta tras de sí.

—Me decías que tal vez tuvierais una pista…

—Sí, después de todo, el traslado a Glasgow del cadáver no fue tan mala idea. La patóloga forense jefe descubrió un orificio microscópico en medio de la fea erupción del antebrazo. La conclusión más evidente es que le inyectaron algo con una aguja hipodérmica, aunque las pruebas toxicológicas no fueron concluyentes.

—¿Y en qué nos ayuda eso? —dijo James mientras retiraba la tapadera de aluminio y revisaba el plato de sushi. Hasta entonces no había sido consciente del hambre que tenía.

—Escucha, impaciente. Lo más interesante es que, por lo visto, un colaborador suyo imparte clases en la universidad y comparó el aspecto del cadáver…, agárrate, con las víctimas de la Gran Plaga. En cuanto se ha corrido la voz por la isla, ha cundido el pánico y, con las elecciones a la vuelta de la esquina, la presión, como puedes imaginar, se ha disparado.

James sintió la necesidad imperiosa de sentarse. Pegado a la mesa había un butacón de respaldo alto, apartó un ejemplar atrasado del *The Times* y tomó asiento con lentitud.

—¿Te refieres a la Gran Plaga de 1665? —dijo anonadado.

La pregunta sonó tan increíble que quedó en el aire, flotando.

—A esa misma —confirmó Scott.

¡Claro! Aquello le cuadraba. Repentinamente acudieron a su memoria cientos de imágenes de lo que la peste bubónica podía provocar en los enfermos… James reflexionó, procurando recordar todo cuanto sabía sobre aquella pandemia que diezmó Londres, pero no era su especialidad, y únicamente estaba familiarizado con lo que se podía leer en cualquier libro. Entonces una idea desesperada, solo pensada a medias, arraigó entre tanto caos.

—Debo ir a Londres —anunció, enderezándose a toda prisa en el asiento.

—¿A Londres? —inquirió Scott—. ¿Qué hay en Londres?

—Respuestas, Alex… respuestas.

****

EL DOCTOR DE LA PESTE

«Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, la marca de la bestia.»

Libro del Apocalipsis

24

La historia de Dave Colman Carmichael Razwan se inició un mes de mayo de 1977 por una sucesión de casualidades. Su padre —o más bien su «futuro» padre—, Tavish Carmichael, se dedicaba a la ganadería en el condado de Lanark, en las Lowlands escocesas. Impulsado por el deseo de ver crecer su modesta empresa familiar, comenzó a viajar a Bridgetown. Barbados siempre fue un punto estratégico en el desarrollo internacional de las empresas británicas. La histórica vinculación de la isla con el Reino Unido facilitaba las relaciones comerciales entre ambos países. Además, las Antillas eran un lugar perfecto desde donde lanzar una expansión por todo el continente americano.

Tras cinco años, aquellos viajes se convirtieron en rutinarios. Tomaba un vuelo desde Edimburgo, mantenía reuniones de negocio, hacía surf y regresaba a casa. Total, cuatro días. Sin embargo, aquel mes de mayo del 77, le ocurrió algo a Tavish que cambiaría el curso de su vida: se enamoró de Elinor.

Era el primer día de la semana. El sol abrasador derretía el asfalto convirtiéndolo en una goma que se adhería a las suelas de los zapatos. Ataviado con camisa y pantalón de algodón, caminaba distraído por la colorida y ruidosa Broad Street en dirección al despacho de abogados Baker & Fitch, sus representantes en la isla caribeña. El socio principal, Collin Reifer, había cerrado un acuerdo con una empresa norteamericana que garantizaría la distribución de su lana por Estados Unidos. Ese acuerdo comercial lo catapultaría hacia el éxito.

Además, Carmichael llevaba consigo la delegación de un nutrido grupo de pequeños explotadores ganaderos de Lanarkshire, rendidos al convencimiento que mostraba el propio Tavish de que el futuro estaba precisamente en las transacciones con el exterior.

Una vez firmado el acuerdo, fueron a almorzar a la casa de comidas

favorita de Carmichael en Barbados. El Round House era un pintoresco chiringuito con el techo de paja emplazado al otro extremo de la isla, junto a la playa de poniente. Servían langosta recién pescada en las cristalinas aguas que circundaban el restaurante. Quiso la casualidad que se topara con ese local un año antes, cuando venía de hacer surf en la cercana playa de Sowp Bowl, una de las más peligrosas del mundo por el afilado arrecife de coral y por los grandes tiburones blancos que la rondan.

Al grupo lo atendió una isleña mulata llamada Elinor Rizwan, a quien Tavish no recordaba haber visto en ninguna de sus anteriores visitas. Sus ojos turquesa lo cautivaron en cuanto la vio cruzando el salón envuelta en un pareo florido en dirección a su mesa. El flechazo fue inmediato y nunca más volvieron a separarse. Tres meses después de aquel encuentro contrajeron matrimonio en la Iglesia Parroquial de Hamilton, y nueve meses después —un 9 de mayo de 1978, un minuto pasadas las dos de la tarde—, vino al mundo un nuevo Carmichael. Su primogénito. Un niño mulato que midió cincuenta y tres centímetros y pesó tres kilos y medio.

Su nombre: Dave Colman Carmichael Rizwan.

Su epitafio podía haber sido: «La fortuna siempre le sonrió».

A todo el mundo le gustaba Tavish Carmichael y estaba seguro de que también les gustaría su hijo. Sin embargo, en eso se equivocaba. Por derecho de nacimiento, Tavish pertenecía al clan escocés de los Carmichael. Su padre era un Carmichael, igual que su abuelo, su tatarabuelo, y muchos otros tatara-no-sé-qué. Había sido así desde el siglo XIII. Desde el comienzo. Tavish era un Carmichael de pura cepa.

Consideraciones genealógicas aparte, el mestizaje con Elinor le supuso una confrontación con el tradicional modo de pensar de su familia, que solo el transcurrir del tiempo consiguió mitigar un poco. No fue hasta varios años después, durante el mandato del actual jefe del clan, Richard Carmichael of Carmichael, cuando, a sus veintitrés años, el hijo mulato de Tavish y Elinor fue admitido como miembro de pleno derecho del clan, y es que, en sus más de ochocientos años de existencia, jamás había ocurrido un escándalo parecido.

Desde una edad temprana, Dave Colman Carmichael Rizwan desarrolló un interés especial por pilotar. Por aquel entonces, Tavish ya era un hombre rico, con una fortuna valorada en más de diez millones de libras esterlinas. Sus negocios por América prosperaban y se había convertido en unos de los empresarios ganaderos más reputados de todo el condado de Lanark. Llegó a rumorearse que, si no fuera por el origen de su esposa, hacía tiempo que la Corona lo hubiera nombrado Caballero de la Orden del Imperio Británico; algo que le hubiera hecho mucha ilusión, pero que, ni por un momento, puso en duda el profundo amor que seguía sintiendo por Elinor.

Curiosamente, la gracia le llegó un año después del fallecimiento de su esposa. Carmichael rechazó entonces el honor que le concedía la reina Isabel II, lo que le granjeó algunos enemigos en Londres y el reconocimiento de sus conciudadanos escoceses, quienes celebraron aquel gesto como un acto de rebeldía ante Inglaterra.

A los catorce años, Dave cogió los mandos de un avión por vez primera. Fue de la mano de Kieran Murphy, un expiloto irlandés de la Royal Air Force que participó en la Operación Escudo del Desierto en Irak, en 1990. Al poco de licenciarse del ejército, Tavish lo contrató como mecánico personal y responsable del mantenimiento de su avión privado. El pequeño Carmichael disfrutaba con su compañía y pasaba todo el tiempo libre en el hangar que su padre tenía alquilado en un aeródromo de las Fuerzas Aéreas, en la remota localidad de Prestwick.

Dos momentos tristes contrarrestaron la felicidad casi divina con la que Dave se deslizaba por la vida. El fallecimiento de Elinor en un accidente de tráfico sumergió a la familia en una profunda desazón. Su padre jamás volvió a ser el mismo. Recluido en sus negocios se convirtió en un hombre huraño e inaccesible. Nada más cumplir los dieciocho, su padre le «regaló» un ingreso en el King's College de la Universidad de Aberdeen, donde Dave se vio obligado a cursar estudios en Economía. Durante su paso por la universidad, el hijo único de Tavish y Elinor terminó de convertirse en un hombretón. A pesar de que fue reclutado para el equipo de rugby por su envergadura —por esa época ya medía casi un metro noventa y pesaba más de noventa kilos—, destacó como apertura del equipo por su rapidez. En cuanto a chicas, tuvo varios escarceos amorosos que no condujeron a nada serio.

Fue precisamente en su último año de universidad cuando coincidió por primera vez con James Allen. Fue durante un curso de posgrado del Departamento de Estudios Celtas, al que Allen fue invitado como ponente para conferenciar acerca de la leyenda del Demonio del Agua. James y Dave congeniaron de inmediato y comenzaron a cimentar una sólida amistad.

Al año siguiente de su graduación, la vida volvió a hacerle una jugarreta: Tavish falleció de un infarto. Si bien padre e hijo se habían distanciado a raíz de la muerte de Elinor, el golpe fue devastador. En el fondo, algo los unía más de lo que jamás quisieron reconocer en vida: la pasión desbordante que ponían en todo cuanto hacían.

Sin su padre, nada era lo mismo, de modo que vendió el negocio familiar a su tío Henry Carmichael y retomó su sueño de pilotar. Con el dinero obtenido de la venta fundó una pequeña compañía de aerotaxis a la que llamó «Flying Spike»[2], en honor al escudo del clan Carmichael, más por homenaje a su padre que por simpatía al clan, al que no le perdonaba los desaires a su madre. Se asoció con Kieran

Murphy, a quien regaló el treinta por ciento de las acciones de la compañía y convirtió en su jefe de mantenimiento y copiloto personal para las operaciones más delicadas. En cierto modo, el viejo irlandés era más que eso. Con sus padres fallecidos, asumió la figura paternal que Dave tanto echaba de menos, convirtiéndose en su mejor amigo y consejero.

Kieran y Dave adquirieron al gobierno el hangar de la base aérea de Prestwick, y fijaron allí su nueva residencia. A los dos años de funcionamiento, la empresa llegó a alcanzar una flota de tres aviones: un Cessna Citation Jet 4, un Embraer Phenom 300 y un Gulfstream 150. Todos sus aviones lucían en las alas una escarapela tricolor —azul, blanca y azul— en honor a Escocia, y el escudo de los Carmichael pintado en el fuselaje.

A Dave, en cambio, lo que le entusiasmaba era pilotar sus propios aviones, delegando asiduamente en Murphy las gestiones cotidianas de la compañía. En sus inicios, Flying Spike se especializó en viajes a Berna, Amsterdam, Londres y Pretoria, siguiendo la ruta de los diamantes. Con el tiempo, amplió su clientela y comenzó a trasladar pasajeros por medio mundo.

Por su trigésimo tercer cumpleaños, el 9 de mayo de 2011, Dave recibió un obsequio especial.

—Perteneció a mi padre, cuídala —le dijo Kieran Murphy.

Colin Murphy fue piloto del famoso caza británico Spitfire. Durante la Segunda Guerra Mundial, sirvió en el 222.º Escuadrón de la Royal Air Force y derribó cuatro Messerschmitt 109 alemanes sobre el Canal de la Mancha. El Ministerio del Aire británico aprobó en 1932 un modelo de cazadora de piel de oveja para sus pilotos, a fin de protegerles frente a las bajas temperaturas que alcanzaba la cabina cuando los aviones volaban a mucha altitud.

Algunos meses después de aquel cumpleaños, un martes tormentoso cercano al otoño, Carmichael recibió una curiosa visita en el hangar de Prestwick. Esa visita haría girar su vida, como una pelota de goma rebotando contra el suelo. Un hombre trajeado, que se identificó como Jack *Smith*, miembro del Ministerio de Relaciones Exteriores británico, le encargó trasladar a una persona, cuya identidad debía permanecer en secreto. Duplicó el importe de sus honorarios acostumbrados, a cambio de no hacer preguntas. Ni por un momento Carmichael dudó de que la identidad de su contratante era falsa. Los espías británicos siempre tenían apellidos como Smith, Jones, Williams o Brown. A pesar de que Kieran expresó sus dudas con el encargo, Dave supo ver una oportunidad y no puso objeciones. Aquello era lo que siempre había estado esperando. Estaba seguro.

Nunca había volado tan lejos, pero los casi siete mil kilómetros del trayecto no le amedrentaban en absoluto. No obstante, no sería ese el

viaje más largo que haría. Unos años más tarde, volaría hasta Hong Kong, enviado por otro *Smith*. Allí, viviría una noche que transcurriría en su memoria repleta de sombras. Únicamente, sería capaz de recordar que se despertó en una mugrienta habitación de un motel de carretera, con tres cosas que no tenía la víspera: las llaves de un avión Fairchild C-119 —que según dijeron ganó a un tipo en una partida de póker—, una *geisha* con una catana tatuada en el bíceps del brazo izquierdo, y un terrible dolor de cabeza… pero esa es otra historia.

Dos días después de la visita de Jack *Smith*, ya de noche cerrada, irrumpió en las instalaciones de la compañía una berlina negra de la que descendieron dos hombres trajeados. Uno de ellos, «el pasajero», con el rostro semicubierto por un sombrero y una anodina gabardina, se mantuvo en las sombras que le proporcionaba un paraguas. El otro, por contra, ataviado en un traje negro que daba la impresión de haber sido confeccionado para su cuerpo, se presentó a Dave Carmichael como comandante *Smith*. Sería su copiloto durante el vuelo. Dave aceptó de mala gana que le impusieran un copiloto al que no conocía de nada; no obstante, en aquel extremo, su contratante se mantuvo inflexible.

Deseaba impresionar al gobierno así que, para ese encargo, eligió el lujoso Gulfstream 150. Su autonomía era de casi seis mil kilómetros, lo que obligaría a repostar antes de llegar a su destino final. Desde la cabina de vuelo, Dave miró por la ventanilla la puerta del hangar, donde Kieran permanecía de pie bajo la lluvia, fumando impertérrito un puro y mirándolo fijamente. Su expresión parecía decirle: «Ve con cuidado, hijo». Bajo un intenso aguacero, el *jet* se movió con sigilo por la pista y en pocos segundos estaba en el aire. Solo cuando su elegante perfil blanco se perdió dentro de los negros nubarrones, Murphy volvió a la cobertura que le brindaba el interior del hangar.

El comandante *Smith* tampoco resultó ser muy conversador. A punto de abandonar el espacio aéreo de Ucrania, Carmichael le informó de que tomarían tierra en la ciudad de Astaná para repostar. *Smith* lo miró y se limitó a decirle.

—No hará falta.

En efecto, no hizo falta. Un puntito rojo surgió en el radar y Dave tardó solo unos minutos en descubrir, con estupefacción, un avión nodriza Boeing KC-135 Stratotanker norteamericano materializándose entre las nubes para reabastecer al Gulfstream en el aire. A trece mil metros de altura y a una velocidad que rondaba los ochocientos kilómetros por hora sobrevolaron los espacios aéreos de la Federación Rusa y Kazajistán, y se adentraron en territorio mongol. Justo en ese momento, el comandante *Smith* buscó en el interior de la chaqueta un aparato electrónico y le mostró a Carmichael la pantalla con unas coordenadas GPS.

—Tome tierra aquí, por favor —le dijo.

Dave no se dejó engañar por la aparente gentileza. Las palabras habían sonado como una orden, y no cuestionó las nuevas instrucciones, aunque maldita la gracia que le hacían. Introdujo en el sistema de navegación de vuelo las coordenadas recibidas —48 grados 31 minutos de latitud norte, 106 grados 28 minutos de longitud este— y en una pantalla electrónica apareció un punto entre Ulán-Bator y una cordillera montañosa llamada Khentii.

—Ahí, no hay nada —dijo Carmichael, interpretando la pantalla LCD—, solo campo.

—No crea todo cuanto ve en esos cacharros —sugirió *Smith*, luego se desabrochó el cinturón de seguridad y se asomó por la puerta de la cabina—. Vaya preparándose —le dijo al *pasajero*.

El sol acababa de desaparecer por detrás de las montañas cuando el Gulfstream se zarandeaba sobre una improvisada pista de aterrizaje de tierra, iluminada por dos hiladas de antorchas sujetas sobre bidones corroídos. Carmichael rezó para que al menos la pista tuviese una longitud de setecientos metros. Gracias al sistema de empuje inverso de los motores, el *jet* se detuvo a escasos metros de un negro barranco. Para su satisfacción, descubrió que *Smith* se había agarrado a los mandos con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Veo, señor Carmichael, que la reputación que le precede es bien merecida —dijo *Smith*, una vez su rostro hubo recuperado su acostumbrado color rosado.

Ni por un momento, Carmichael pensó que la elección de su compañía había sido casual. Esos tíos del gobierno no cogían las páginas amarillas y, sin más, buscaban un aerotaxi; no obstante, aquel comentario se lo ratificó.

—Ahora va a pasar lo siguiente —comenzó a explicar *Smith*, más sereno—: El pasajero y yo nos vamos a bajar. Estaremos de vuelta antes… —miró el cronógrafo militar de su muñeca y pulsó un botón lateral—, de cuarenta y ocho horas.

Paró un momento y miró a Dave fijamente. El escocés no olvidaría aquella mirada.

—Carmichael, esto es importante. Necesito que me preste mucha atención y no haga preguntas —lo conminó—. Lo primero que hará, en cuanto nos marchemos, será apagar las antorchas y encerrarse en el avión. Durante el tiempo de espera usted no contactará, ni por radio ni por el móvil, con nadie. Si no estamos a la hora prevista, o sea, a las veintidós cero cero de pasado mañana, deberá marcharse y regresar a su base. Allí, llamará a este número de teléfono de Londres —le pasó un trozo de papel— y le dirá a quien le atienda que no hemos regresado. ¿Me ha entendido?

Dave solo dijo «sí» con la cabeza antes de guardar el papel doblado

en un bolsillo de los pantalones. Luego, en la cabina del pasaje, el copiloto y el pasajero cambiaron sus trajes a medida por ropa con camuflaje para la nieve. Con gorros de lana calados hasta las cejas se desvanecieron en la oscuridad reinante, cargando al hombro abultadas bolsas de loneta marrón y acompañados de una persona anónima que los esperaba en el exterior.

En el futuro, Carmichael volvería a encontrarse con otros «*Smith*»; sin embargo, nunca más volvió a ver a «ese» *Smith*, ni tampoco al enigmático pasajero que lo acompañaba. Solo años después, por James Allen, supo de su trágico destino. Arrebujado en su cazadora —el termómetro exterior marcaba los cuatro grados sobre cero, y bajando —, Carmichael permaneció enlatado en el avión e incomunicado, como se le había ordenado. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas que tuvo por delante, le asaltaron toda clase de dudas respecto a la legalidad de lo que estaba haciendo. Aquel cacharro costaba millones y no tenía claro cómo reaccionaría el seguro si le ocurría algo en aquellas circunstancias que calificarían, cuanto menos, de inusuales.

Cumplido el plazo resolvió concederles más tiempo, hasta que tomó conciencia de que aquellos hombres no iban a regresar. Entonces puso los motores en marcha y despegó. Con cierto alivio, sobrevoló unas cumbres que empezaban a cubrirse de nieve y dejó atrás esa desértica tierra. Doce horas más tarde, aterrizó en el aeródromo de Prestwick. Antes siquiera de saludar a Kieran, cogió su teléfono móvil y, con dedos temblorosos, marcó un número de Londres.

****

25

Londres, Inglaterra
En la actualidad

Cuando Allen lo telefoneó la víspera, pidiéndole que lo ayudara en la investigación que se traía entre manos, no lo dudó ni un segundo. Nada más colgar, compró un billete de avión a Heathrow y se lo descargó en una aplicación de su teléfono móvil. Acto seguido, agarró su MacBook portátil, sin el que no iba a ningún sitio, y salió por la puerta de la División Centro de Glasgow. Sabía que nadie lo echaría de menos. No porque su trabajo fuese irrelevante. Todo lo contrario. Era notorio que los ciberdelitos habían descendido desde que la Policía de Escocia contrató sus servicios. Lo que ocurría era que siempre trabajaba solo y a deshoras, y su despacho estaba en el sótano del edificio, junto al almacén de pruebas; de modo que simplemente no existía para la mayoría de los miembros del cuerpo.

Ahora volaba a Londres a bordo de un 747 de la British Airways, tratando de suponer en qué lío andaría metido James para reclamar su presencia con tanta urgencia. Le había pedido que localizara historiadores reputados ingleses. Daba la impresión de ser una tarea sencilla; no obstante, su experiencia con Allen le había demostrado que nada era lo que parecía a simple vista. Así pues, se tomó en serio su trabajo y, cuando el vuelo BA1491 rodaba hacia la pasarela extensible, ya había confeccionado una lista.

En el lugar convenido de la Terminal 5, los dos amigos se reunieron. Llevaban tiempo sin verse y el abrazo entre ambos fue afectuoso.

—Tengo tres nombres —anunció Collins, sin rodeos.

No preguntó por Victoria…

Ni por cómo le iba…

Ni qué hacían en Londres.

Al principio le resultaba chocante, pero James se había habituado a la forma de ser del antiguo pirata informático. Por decirlo de alguna manera, tenía una habilidad innata para economizar en el lenguaje y en los movimientos; a veces incluso pasando por encima de las normas sociales más convencionales. En ese momento, lucía la misma camiseta de Homer Simpson que llevaba el día que lo conoció, y esto le trajo a la memoria el recuerdo de la mala impresión que le causó. Fue en junio del año anterior. La mañana de un lunes inusualmente despejado en el valle de Glenn Carron, en las Highlands. Alex se presentó en el caserío de Lochcarron, donde James pasaba sus vacaciones de verano, con dos compañeros que, a la postre, se convertirían en grandes amigos: Patricia y Collins. La apariencia del joven, vistiendo una camiseta negra y mascando chicle, le pareció desaliñada. Asimismo, recordaba con claridad que, pese al inconmensurable paraje que lo rodeaba, no levantó la vista del suelo en ningún momento.

—Tres serán suficientes, habrá que averiguar su disponibilidad —le contestó James, mientras se deslizaban por los amplios pasillos de la terminal en dirección al aparcamiento.

James no osó preguntarle por el exiguo equipaje que traía colgado al hombro —un macuto verde como el que llevan los soldados y un maletín de lona negro para un ordenador portátil—. En pocos minutos, montados en un Audi de alquiler, circulaban por la concurrida autopista M4 de vuelta a Londres. Los rápidos vientos que corrían habían traído un frente nuboso que, en ese momento, amenazaba con soltar mucha agua sobre la ciudad. Hasta que empezaron a rodar por Regent´s Park se mantuvieron callados, cada uno recluido en sus propios pensamientos, con la radio sonando de fondo. Mientras James se enfrentaba al tráfico, la vista de Collins se posaba en el paisaje que desfilaba por su ventanilla. Una cadena de relámpagos alumbró un instante el *skyline* de la ciudad para sumirlo nuevamente en las tinieblas.

—No venía a Londres desde niño. Mis padres me trajeron una vez al Circo del Sol —dijo Collins, abstraído, apartando apenas la vista de la ventanilla—. La verdad es que mola.

Una sonrisa cruzó el semblante de James.

—Háblame de los tres nombres que has encontrado.

Collins volvió en sí, sacó el portátil del maletín y, colocado en su regazo, lo abrió. Mientras aguardaba a que se encendiese, se cumplieron las previsiones meteorológicas y se puso a llover. En un primer momento despacio y algunos minutos después con la fuerza suficiente para empaparlo todo. En un abrir y cerrar de ojos, la visibilidad se redujo a pocos metros y las calles se colapsaron con vehículos atascados. Automáticamente se conectaron los faros y el

limpiaparabrisas del Audi. Durante un rato avanzaron penosamente arrancando y parando continuamente.

—¡Jesús, la que está cayendo! —exclamó Allen, detenido en un semáforo de la calle Harley.

—Te digo los nombres, a ver si te suenan —dijo Collins, ajeno al caos circulatorio que se había desatado a su alrededor.

James apartó una mano del volante y desconectó la radio.

—El primero de la lista es Henry Wilde… Nacido en 1939… doctor por la London University…, París, muchos premios… bla, bla, bla… Realizó su tesis sobre la Inglaterra del siglo XVII.

Nada más ponerse en verde la luz del semáforo, James aceleró, pero poco; enseguida tuvo que detenerse. En aquel punto, el tráfico se movía muy despacio.

—No lo conozco. ¿El siguiente?

—La siguiente —matizó—. Es una mujer: Lisa Briggs… Nacida en 1949… Oxford University… multitud de títulos honoríficos.

—Oí que ahora vivía en Canadá.

En un cruce, viró a la derecha hacia la calle Green, donde el tráfico parecía aligerarse.

—En Nueva Edimburgo. Está casada con un alto cargo del gobierno canadiense.

—¿Y el último?

Collins devolvió la vista a la pantalla brillante del portátil.

—El último es un tal Alan Ethans… Nació en el 44…

El limpiaparabrisas redujo su cadencia. Prácticamente había dejado de llover. James pisó un poco el freno y el Audi comenzó a reducir la marcha hasta detenerse detrás de un moderno autobús de línea. A James le encantaban los antiguos rojos de dos pisos, pero los habían retirado por contaminantes o algo así.

—Espera, ¿has dicho el profesor Ethans?

—¿Lo conoces?

James volvió a mirar al frente y pisó el acelerador cuando pudo. Dobló a la izquierda y abordó Park Lane. A su derecha, quedaba la inmensa y cuidada pradera de Hyde Park, en las que no había ni un alma a causa de la tormenta.

—Es uno de los historiadores más respetados de toda Inglaterra. Una vez, asistí a una de sus conferencias y, desde entonces, hemos mantenido algo de contacto. Si la memoria no me falla, da clases en la Universidad de Oxford. A ver si puedes averiguar su horario.

A la altura del número cincuenta y tres de Park Lane accionó el intermitente y abandonó la calle para rodear una rotonda con setos y parterres florales cuidados. Al final, se paró delante de una corta escalinata que llevaba a una puerta de cristal giratoria con perfiles dorados. Flanqueada por dos abetos sembrados en maceteros negros,

estaba cubierta por una marquesina.

Collins cerró la tapa del portátil, lo guardó en el maletín y miró por la ventanilla.

—¡¿Vamos al Dorchester?!

Aún no habían terminado de desabrocharse los cinturones de seguridad y una legión de hombres ataviados con chistera y librea azul con faldones rodeó el Audi. James suspiró al verlos desplegarse, en aquel hotel volaban los billetes de cinco libras esterlinas. Uno de ellos abrió la portezuela del conductor, cubriendo su salida con un paraguas. Otro hizo lo propio con Collins, mientras un tercero, este un botones, abría el maletero y asía con cierta aprensión el sucio petate. Un cuarto, ocupó el lugar del conductor y retiró el vehículo, que desapareció tragado por una rampa descendente. Con suma eficacia los cuatro empleados completaron la operación en cuestión de segundos.

Los paraguas los escoltaron hasta conseguir la protección de la marquesina y James premió a sus portadores repartiendo billetes. Allen y Collins cruzaron el fastuoso vestíbulo, caminando hacia los ascensores entre alfombras artesanales, elegantes tresillos y centros florales. El botones los seguía de cerca empujando sobre el mármol un carrito portaequipajes dorado.

—¡Vaya hotel! —exclamó Collins, cambiándose el maletín de hombro y mirando impresionado para todas partes.

Sin dejar de andar, James volvió la cara hacia él componiendo una sonrisa.

—No me avergüences demasiado.

Las puertas del ascensor se deslizaron en la última planta, dándoles acceso a un pasillo decorado con cuadros y moqueta, que recorrieron hasta dar con una puerta de nogal. En una chapa lustrosa leyeron «Belgravia Suite», escrito con letras doradas. James abrió la puerta con una tarjeta electrónica que sacó del abrigo, entró por delante de Collins y encendió las luces. El botones dejó el carrito en el rellano y entró con el petate en la mano. La *suite* había sido suntuosamente decorada. Contaba con dos dormitorios con baño propio y camas con dosel, un amplio salón, cortinas pesadas en las ventanas y unas excelentes vistas de Hyde Park.

—Por favor, deje la bolsa en aquel dormitorio —le pidió James al botones, señalando una puerta cerrada en un extremo del salón.

Collins apoyó la bolsa con el portátil sobre una mesa redonda de mármol, que ocupaba el centro de la estancia, y persiguió al botones a lo largo de la habitación. James, entretanto, se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el respaldo de un sillón con brazos. Se acercó a mirar por la ventana… Los que lo conocían sabían que él era cualquier cosa menos una persona ostentosa, y el lujo que exhibía el Dorchester no

había tenido nada que ver con su elección como cuartel general. En aquel hotel tendrían todas las comodidades al alcance de su mano y sus empleados se desvivirían por satisfacer sus necesidades, por extravagantes que pudieran parecer. Incluso, disponía de un servicio de helicóptero para desplazar con urgencia a sus clientes a cualquier punto de la ciudad o su extrarradio. Él no era un hombre a quien asustasen los retos, pero tenía ante sí una tarea titánica, y proponía guardarse de toda distracción que pudiera alejarlo de su empeño. El coste tampoco representaba un problema. La American Express Centurión de Victoria era una tarjeta de crédito de titanio que abría todas las puertas del mundo.

Necesitaba averiguar el contenido del jarrón chino que estaba abocando a Victoria a una muerte lenta. La doctora Parisi, que le pareció muy competente, le había hablado con claridad en Roma. No sabían contra qué luchaban y, por tanto, no podían administrarle ningún tratamiento específico. Los médicos se limitaban a mantener a la paciente hidratada y a controlar sus constantes vitales, pero poco más podían hacer por ella.

La única pista con la que contaba se la había facilitado Alex Scott. Las hemorragias que sufría Victoria eran similares a las que presentaban dos mujeres recientemente asesinadas en la Isla de Skye y que, en el anatómico forense de Glasgow, habían vinculado con la Gran Plaga que asoló Londres trescientos cincuenta años atrás. A partir de ahí, y en paralelo a las investigaciones que sus amigos llevaban a cabo en Skye, él decidió indagar sobre aquel episodio histórico. Ese era su terreno y en él se movía como pez en el agua. Solo pugnaba contra un elemento que no podía controlar y que lo mantenía sumido en un estado de agitación.

Tempus fugit.

La doctora Parisi no le había dado un espacio temporal. «Puede ser un día, una semana, un mes» habían sido sus palabras.

Tictac, tictac.

Cada vez que sonaba su teléfono el corazón le daba un brinco. Con el transcurrir de los días, sin embargo, había aprendido a vivir con esa espada de Damocles sobre su cabeza…

La irrupción del botones en el salón acabó con sus elucubraciones. James sacó el último billete de cinco libras de la cartera y se lo entregó al mozo, que se despidió inclinando la cabeza. Collins no tardó en reaparecer en la sala con un cable de alimentación en una mano. Fue a la mesa, descargada de los acostumbrados adornos, excepto una pila de libros de historia que pensó serían de James. Sacó el ordenador de su maletín, buscó un enchufe y conectó el cable. A continuación, se sentó y sus dedos comenzaron a volar sobre el teclado mientras se descalzaba empujando los talones de sus zapatillas

de deporte con las punteras.

James permanecía de pie ante una de las ventanas con el teléfono en la oreja. En cuanto Collins ocupó su sitio, colgó.

—Acabo de hablar con el profesor Ethans. Sigue dando clases en el Merton College y me recibirá durante su hora de descanso. —Miró su reloj—. De manera que, si quiero llegar a tiempo, debo marcharme ya. Aún tengo dos horas de coche por delante.

—¿Sabes quién impartió clases en Merton en 1945? —le preguntó Collins, retirando por un momento la vista de la pantalla.

—Ni idea, pero estoy seguro de que me lo vas a decir.

—J.R.R. Tolkien. ¿No me digas que no es fascinante?

James sacudió la cabeza mientras se guardaba las llaves del coche en el bolsillo del pantalón y recogía el abrigo del respaldo del sillón donde lo había dejado.

—Tardaré en volver. Si quieres algo, solo tienes que descolgar el teléfono y pedirlo.

****

26

Isla de Skye, Highlands

La noticia de que los cadáveres tenían el aspecto de las víctimas de la Gran Plaga de 1665 corrió por todos los rincones de la isla como un reguero de pólvora. El foco mediático se desplazó al instante de las víctimas a las hemorragias y las pústulas, y cientos de imágenes rescatadas de libros olvidados ocuparon la primera plana de los medios nacionales. Para completar el circo, los tabloides apodaron melodramáticamente al asesino como el «Doctor de la Peste», contribuyendo con su granito de arena a acrecentar el estado de pánico general. Con unas elecciones a la vuelta de la esquina, las autoridades locales se pusieron nerviosas. La idea de que un asesino perturbado anduviera suelto por la zona contagiando a sus víctimas una espantosa enfermedad no era el mejor cartel publicitario con el que afrontar unos comicios que, según las encuestas recientes, se presentaban más reñidos que nunca. A partir de ahí, había comenzado a rodar lo que el inspector jefe Scott calificaba como «la bola de nieve del histerismo».

Aún no eran ni las diez de la mañana y el superintendente Graham ya había recibido una docena de llamadas de teléfono, a cuál más patética e impertinente. Algo inusual en él, se había desprendido de la americana, que colgaba por el cuello del perchero, y los puños de su camisa estaban remangados a la altura de los codos. Hundido en el sillón de su enorme despacho, mientras un puro se consumía en un cenicero, pensaba con creciente inquietud que su futuro estaba en manos del nuevo inspector jefe. Resopló. Venía bien recomendado, pero le ponía nervioso jugárselo todo a una carta que desconocía. Pensar en ese feo asunto del cadáver que alguien había enviado a sus espaldas al anatómico forense de Glasgow terminó de irritarlo. Se rebulló en el asiento. Si descubría que detrás de ese acto estaban o el inspector jefe o su amiguita la sargento Como-Se-Llame, les daría una

patada en el culo y los mandaría bien lejos de su jurisdicción. ¡Menudo era él! Miró el reloj. En una hora daría comienzo la rueda de prensa. ¡Lo que le faltaba…!

Sus pensamientos quedaron ahogados entre más timbrazos del teléfono, que esa mañana le parecían especialmente desagradables. Antes de contestar, miró de soslayo el aparato negro y se pasó las manos por la cara a la vez que suspiraba. En cuanto oyó la voz grave que tan bien conocía al otro extremo de la línea, el rictus mustio que ofrecía su rostro se sustituyó por una falsa sonrisa.

—Buenos días, señor alcalde.

Abrumado por la presión, Graham se había visto obligado a convocar una rueda de prensa, aunque se mostraba reticente. Los periodistas siempre lo sacaban todo de contexto y retorcían las palabras hasta parecer que habías dicho precisamente lo que no pretendías decir. En *petit comité* solía apuntar que la prensa era un mal necesario; sin embargo, en público, se mostraba de lo más solícito y condescendiente con el, en su opinión, mal llamado «cuarto poder».

Graham le había pedido a Scott que fuera él quien lidiase con los reporteros. Al fin y al cabo, era el responsable de la investigación y estaba familiarizado con los detalles del caso. En el fondo, el superintendente necesitaba un chivo expiatorio por si acaso algo salía mal, cosa nada desdeñable cuando había periodistas de por medio. Alan Hendry había mandado despejar el *hall* de la pequeña comisaría e instalar un atril y cinco filas de sillas de tijera delante de él. Una empresa local, propiedad de un cuñado del propio Hendry, se había ocupado del trabajo por el módico precio de cuatro mil libras esterlinas. Ante el mayor acontecimiento que había vivido la localidad, desde que la princesa Anne visitara Kyle of Lochalsh en 2007, los permisos se habían suspendido y todos los agentes estaban de servicio para garantizar el orden.

Poco a poco, el aparcamiento se fue llenando de automóviles, y el habitualmente tranquilo edificio se convirtió en un ir y venir de equipos de televisión y periodistas que se aglutinaban en corrillos y se ponían a hablar, pareciese que todos a un tiempo. Pasados unos minutos de las once, el inspector jefe Scott accedió al *hall* con Hendry pisándole los talones. Acaparando todas las miradas, fueron directos al atril. A su paso, las conversaciones se fueron silenciando mientras todo el mundo comenzaba a ocupar un asiento.

Una súbita descarga de *flashes* los cegó momentáneamente. Hendry ajustó la altura del micro, pulsó un botón y dio unos golpecitos en la rejilla del micrófono, que resonaron a través de tres altavoces.

—Por favor, vayan ocupando sus asientos. Vamos a comenzar —anunció.

Unos pocos reporteros de pie buscaron asientos libres y encendieron sus grabadoras. Los últimos *flashes* se dispararon.

—Muy bien. Veo muchas caras desconocidas. Me llamo Alan Hendry y soy el jefe de comunicación de la comisaría. A mi lado, está el inspector jefe Scott, responsable de la investigación, el cual les hará un resumen de la situación; a continuación, abriremos el turno de preguntas.

Hendry se retiró a un costado y cedió el micrófono al inspector jefe, que al momento se convirtió en el centro de atención de las cámaras. A pesar de su dilatada experiencia, era su primera conferencia de prensa y se sentía un poco intimidado. Como quien dice, acabada de llegar a Kyle of Lochalsh y se presentaba en sociedad a lo grande. Desde que se había levantado esa mañana sentía un malestar en el estómago. Patricia seguía el evento de pie en una esquina, con la cadera contra una pared y el peso del cuerpo apoyado sobre la pierna derecha. Ella había escogido la *blazer* azul, los pantalones de pinzas, la camisa bien planchada y la corbata de seda azul que lucía el inspector jefe. En la zona no se hablaba de otra cosa que de los asesinatos. La población estaba al borde de la psicosis y todo el mundo se preguntaba quién sería la próxima víctima. En tales circunstancias resultaba esencial transmitir que el caso se hallaba en las mejores manos.

Scott miró al frente con gesto grave y pasó la vista por los periodistas congregados. La sala estaba en silencio y decenas de ojos expectantes estaban clavados en él. Se aclaró la garganta.

—Buenas tarde a todos…

Pudieron oírse algunos clics de cámaras fotográficas.

—Como ustedes conocen —prosiguió con voz firme—, durante el transcurso de las últimas semanas dos mujeres han sido asesinadas en la isla de Skye. Una, en el castillo de Dunvegan y la otra, en Corry Lodge. Para la Policía este caso es prioritario y puedo asegurarles que no descansaremos hasta dar con el asesino. Esta siempre ha sido una zona tranquila y pondremos todo nuestro firme empeño en que aún continúe siéndolo. También querría aprovechar la oportunidad para pedirles responsabilidad a la hora de publicar informaciones.

»Por último —sujetó el atril con las dos manos—, quisiera transmitir un mensaje de serenidad a la población. Sigan con sus vidas, pero sean prudentes. Sobre todo, las mujeres. Eviten lugares solitarios. Estamos trabajando sobre pistas sólidas y esperamos poder aportar algo de luz en los próximos días. Eso es todo.

En cuanto concluyó, se hizo la algarabía. El inspector jefe se enfrentó a un bosque de manos levantadas y preguntas lanzadas al

aire que rápidamente aplacó el jefe de prensa, dando un paso adelante y tomando la palabra: —Por favor…, por favor…, guarden silencio…, antes de hacer sus preguntas, indiquen su nombre y el medio para el que trabajan. Gracias.

«Qué empiece el combate», pensó Scott, haciendo oscilar la mirada entre todas las manos alzadas.

—La señorita del gorro naranja… —dijo, dando paso a la primera pregunta.

Una joven alta con nariz aguileña sentada en la segunda fila se levantó con el micro inalámbrico en la mano.

—Soy Annie Gibson del *Highlands News*. ¿Hay riesgo de que se repita la pandemia de 1665? ¿Qué medidas de control está adoptando el gobierno?

Alex carraspeó. Primera pregunta. Primera pregunta incómoda. La periodista se sentó, recogiéndose la falda por detrás.

—Cuando antes les pedía responsabilidad en el tratamiento de las informaciones, me refería precisamente a esto. No hay ninguna prueba —hizo una pausa dramática y continuó hablando despacio—; repito, ninguna prueba que vincule la Gran Plaga con estos asesinatos. No sé de dónde han sacado esta absurda idea. Siguiente pregunta… usted.

—Sophie Williams, *Sunday Post.* ¿Tienen algún sospechoso?

—Aún es pronto para hablar de sospechosos. Trabajamos con varias hipótesis, solo que, por el momento, no puedo darles más información sin comprometer el desarrollo de la investigación. Aunque les rogaría a todos ustedes que no especulasen al respecto. Esta es una comunidad pequeña y cualquier información imprudente, además de entorpecer, puede causar un daño irreparable a personas inocentes.

Más brazos en alto.

—El caballero del fondo… sí usted, el del abrigo azul.

—Adams, *The Herald.* ¿Existe alguna conexión entre las víctimas?

Scott no contestó de inmediato. Precisamente lo más difícil de estas conferencias de prensa era medir cuánto debías decir sin entorpecer la investigación o quedar atrapado en tus propias palabras. Por esa circunstancia, resultaba esencial utilizar modalizadores en el discurso, evitando afirmaciones asertivas que pudieran volverse en contra de uno como un bumerán. Mejor un «tal vez» o «es probable», que un «sí» categórico.

—Que sepamos, hasta ahora, no. El único elemento en común entre ambas era el sexo…

—¿Significa eso que el asesino es un depredador sexual?

—Perdón, señorita, ¿usted es…?

Una periodista de unos cincuenta con rasgos afilados, como recién salida de un cuadro de Picasso, que estaba sentada a la derecha en la segunda fila, se puso de pie. Su anorak naranja refulgía como un

incendio.

—Margaret Hamilton, *Scots Independent*.

«Vaya, vaya, de modo que es esa», se dijo Scott.

—Verá, por respeto a las familias me reservo la respuesta.

—¿Significa eso que sí? —insistió imponiéndose sobre el revuelo.

Scott hizo un esfuerzo por conservar la serenidad.

—Significa que por respeto a las familias me reservo la respuesta —repitió.

La periodista abrió la boca para volver a hablar.

—Por favor, Margaret —dijo Hendry—, respeta los turnos.

La periodista se sentó indignada y las manos volvieron a alzarse sobre las cabezas. Scott apuntó a un hombre de mediana edad escondido bajo unas gruesas lentes bifocales que había levantado un bolígrafo.

—Buenos tarde, inspector jefe. Me llamo Andrew Thompson de la BBC Scotland. Tenía dos preguntas para usted. La primera, ¿qué significado tienen los mensajes crípticos que han aparecido en los escenarios? Y la segunda, si la sangre con que fueron escritos era o no de las propias víctimas.

«Vaya, los de la BBC tan educados como siempre», admitió Scott para sí.

—Gracias por sus preguntas, señor… Thompson. Los forenses están trabajando sobre un perfil psicológico del asesino. En cuanto esté concluido, podremos especular acerca del significado de esos mensajes. En cuanto a la segunda pregunta…

—Lo de la sangre —le recordó Hendry.

Alex hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, en efecto. Los informes forenses han confirmado que, en ambos casos, la sangre correspondía a las víctimas. Parece que se la extrajeron previamente con una jeringuilla.

Margaret se removió en su silla y soltó un bufido. Volvió a ponerse de pie de golpe.

—¿Tiene motivo la población para estar preocupada…?

—Margaret… —la cortó de inmediato Hendry, hastiado.

—¿…porque un asesino en serie —enfatizó— ande suelto?

—Señorita Hamilton…

—¿Por qué tienen tanto miedo a contestar?

Entre murmullos, los demás reporteros asistían al duelo con expectación, moviendo las cabezas de Margaret al atril, y de nuevo a Margaret, como si estuvieran en un partido de tenis.

Scott se volvió hacia el responsable de prensa y alzó la mano. Hendry retrocedió.

—No tenemos miedo a contestar sus preguntas, señorita Hamilton —la recriminó Scott, todo lo sereno que pudo—. Consideramos…

considero irresponsable hablar de asesino en serie. Aún no tenemos elementos suficientes para tal calificativo. Entendemos la preocupación de la población; sin embargo, bastará con proceder con sentido común. Nada más.

Alan Hendry se adelantó colocándose a la altura de Alex. El reloj de la comisaría marcaba ya la una pasada.

—Una última pregunta, por favor. Kate…

Una periodista vestida con un traje de chaqueta efectuó su pregunta sin terminar de ponerse de pie.

—Kate Dewar, de la cadena de televisión Sky News. ¿Cuál fue el arma homicida?

«Era ineludible que surgiese esa pregunta».

—El *modus operandi* utilizado en ambos asesinatos es similar. Las autopsias demostraron que a las dos mujeres les fue inyectada alguna sustancia en el brazo. El patólogo forense está trabajando en ello…

—¿Es verdad que ordenó trasladar el cadáver de Regina Stone a Glasgow porque no se fía del doctor Bryceton? —preguntó Margaret Hamilton, interrumpiendo.

Los murmullos en la sala se desataron.

—Señoras y señores, damos por concluida la rueda de prensa —informó Hendry en voz alta.

—¿No es cierto que fue la patóloga forense jefa de Glasgow la que vinculó las muertes con la Gran Plaga y que, por tanto, las hemorragias que presentaban las víctimas pueden deberse a algún virus peligroso para la población? —se empecinó la periodista, de pie, con el rostro encendido.

—Muchas gracias a todos por su presencia —concluyó Hendry, ignorando las últimas preguntas.

Aún flotaban en el aire las preocupantes palabras de Margaret Hamilton cuando los periodistas se fueron poniendo en pie y disolviéndose camino de sus redacciones. Con suerte, aún podrían incluir la rueda de prensa en sus ediciones vespertinas.

****

27

Oxford, Inglaterra

Había dejado de llover y ahora soplaba un viento frío que había alejado parte de los nubarrones hasta el sur de la ciudad. Con el tráfico reordenado, a James no le llevó más de dos horas llegar a la ciudad universitaria por la autopista M40. Durante un rato, callejeó en dirección suroeste entre extensas praderas de césped bien cortado y construcciones góticas y victorianas. Buscaba el Merton College, una institución fundada en la Edad Media por Lord Walter de Merton que acogía uno de los *colleges* que conformaban la prestigiosa Oxford University.

Cuando el navegador le avisó de que había llegado a su destino, estacionó el automóvil junto a la acera, se bajó y consultó la hora. Solo hacía seis minutos que habría comenzado el descanso del profesor Ethans, de modo que le dio algo más de tiempo para que llegara al lugar de la cita: la biblioteca. Con el cuello del abrigo subido, empezó a cruzar tranquilamente el vasto jardín delantero del Merton College, como si no quisiera perderse nada de cuanto lo rodeaba.

Más o menos a la hora en que finalizaba la conferencia de prensa en Kyle of Lochalsh, Allen accedía al vetusto edificio por una sólida puerta tachonada. Rodeado de amplios ventanales emplomados, se deslizó sobre el mármol de angostos pasillos. Todo estaba igual que lo recordaba. Ni el menor cambio en quince años. Eso era Oxford. Una papelera aquí y otra allá, una boca de riego, una antena sobresaliendo de los techados… Casi con total seguridad, lo demás seguiría igual ocho siglos después.

Un poco agachado cruzó una arcada, saliendo de nuevo a la luz del día, y atravesó el pequeño y afamado Mob Quad, un patio rodeado de edificios de piedra sujetos por arbotantes. Desde ahí, accedió a una

estancia de techos artesonados y bancos de madera enfrentados a anaqueles atestados de libros desordenados y páginas descosidas. James se quedó parado un instante y alzó la barbilla respirando la atmósfera que lo rodeaba, igual que si inhalase el aroma de un buen *whisky*. Pese a los estudiantes que llenaban la sala, el silencio solo se alteraba con el evanescente sonido de las páginas de los libros rozándose entre sí bajo la iluminación de unas lamparitas de mesa.

Después, continuó caminando sobre baldosines en forma de rombos hasta que, cerca de una de las pocas ventanas que dotaban de luz la sala, distinguió la silueta de un septuagenario con chaqueta de *tweed* verde y coderas raídas, sentado a una mesa cuyos arañazos evidencian el paso del tiempo. Concentrado, tenía la vista enfocada en las páginas de un voluminoso libro de pastas duras.

Los profesores tampoco cambiaban en aquella institución. Con ese pensamiento, el rostro de James compuso una sonrisa según lo abordaba por detrás.

—¿Profesor Ethans? —preguntó bajito Allen.

El hombre volvió la cabeza. Su gesto contrariado por la interrupción cambió en cuanto reconoció a James. Antes de hablar, se retiró la pipa apagada que mordisqueaba entre los dientes.

—Profesor Allen, cuánto tiempo sin verlo —lo saludó, levantándose. Sus rodillas chascaron.

Ambos se estrecharon la mano con vigor.

—Mientras venía hacia aquí, procuré recordar cuándo fue nuestro último encuentro —dijo James.

—Creo que fue en… Glasgow, en aquel simposio sobre la cultura celta. Entre nosotros —se inclinó hacia James, apoyándose en su brazo, como si fuera a hacerle una confidencia—, fue decepcionante.

Allen asintió lentamente.

—Pero siéntese, siéntese —lo invitó Ethans, señalando una silla vacía que había a su lado.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio.

—Cuando me llamó antes —dijo Ethans—, no me quedó claro sobre qué deseaba que versara nuestra reunión.

James parecía nervioso, entrelazando los dedos de sus manos. Hasta ese momento, no había pensado cómo plantear la cuestión.

—Quería preguntarle sobre el origen de la Gran Plaga.

Si la pregunta desconcertó al profesor Ethans, no lo aparentó. Volvió a mordisquear la pipa mientras se recostaba sobre la silla y levantaba la cabeza. Su mirada concentrada indicaba que estaba haciendo memoria.

—No existen evidencias directas que identifiquen el origen de esta —explicó, sacando la pipa de la boca—. Debe entender que en aquella época la visión anatómica del cuerpo humano distaba mucho del

conocimiento moderno. Además, imagínese el pánico que debió cundir entre la población. La falta de higiene propagó la epidemia entre las clases más bajas como un resfriado en una clase llena de niños. —Se aclaró la garganta y siguió—:

»Las puertas de las casas donde había contagiados se marcaban con una cruz roja. La única medida de contención que se aplicaba era la incineración. Los cuerpos se quemaban por decenas, junto a enseres y demás pertenencias. No quedaba vestigio alguno del contagiado. El humo de las piras oscureció Londres durante un año. Nadie en su sano juicio hubiera osado diseccionar un cadáver contagiado.

—Pero habría teorías…

Las piernas del profesor Ethans se cruzaron.

—¡Por descontado que hubo teorías! Se especuló con que las ratas fueron las portadoras del agente biológico, aunque… asimismo se manejaron teorías más estrambóticas.

—Precisamente, profesor, me interesan esas otras teorías.

Ethans agarró la pipa por la cazoleta e hizo una mueca con la boca.

—Hablamos de una época donde aún se quemaban a las brujas, de modo que ya podrá figurarse, las clásicas: los judíos, los católicos… si bien lo único incontestable es que no se tiene certeza respecto al tipo de enfermedad. Hay estudios bien fundados que la identifican con la peste bubónica, pero otros, en cambio, hablan de una fiebre hemorrágica viral desconocida.

James comenzaba a quedarse sin preguntas y aquella conversación no le estaba conduciendo a ningún sitio. El profesor Ethans sacó del bolsillo de la chaqueta un reloj con la caja finamente tallada sujeto a un botón de su chaleco por una cadenilla de plata.

—Joven, mi tiempo se ha terminado. Debo marcharme. En pocos minutos dará comienzo mi próxima clase. —Se puso en pie, cerró la tapa del reloj y lo guardó—. Espero haberle sido de ayuda.

James también se levantó y se abotonó el abrigo.

—¿Puedo acompañarlo por el campus?

Salieron de la biblioteca y llegaron de nuevo al patio Mob Quad que, en esta ocasión, estaba concurrido de estudiantes moviéndose con libros entre las manos. Como si ellos dos fueran portadores de una plaga contagiosa, los alumnos se apartaban a su paso igual que un río sortea una roca.

—¿Cuándo comenzó la plaga? —preguntó James.

—Mmm —el profesor se frotó la barbilla mientras seguía andando sobre el empedrado—, también sobre esto hay muchas sombras. El primer caso documentado es el de Margaret Porteous… el 12 de abril de 1665…; no obstante, es probable que antes hubiera otros.

Terminaron de rodear el patio y volvieron a la semipenumbra por una arcada adornada en su parte superior con tracerías de piedra. Casi

de inmediato, comenzaron a subir unas claustrofóbicas escaleras de caracol. Eran tan angostas que James debía caminar detrás del profesor. Las gotas de humedad se condensaban en las paredes y una ligera capa de verdín crecía desde las pequeñas aberturas. El deslizar de las suelas contra la piedra sonaba como si estuvieran lijando un trozo de madera.

El tiempo se agotaba.

Las preguntas se agotaban.

—Profesor… ¿alguna vez oyó alguna teoría acerca de que la pandemia procediese de Mongolia?

El profesor detuvo su ascenso y, por un momento, James sintió en la oscuridad los ojos de Ethans clavados en él. Inmediatamente después, volvió la vista al frente y reanudó el ascenso.

—Tengo la impresión, señor Allen, de que me oculta algo. Si tiene alguna nueva teoría me encantará escucharla… en otra ocasión —dijo, resollando por el esfuerzo.

Ya habían llegado a un rellano rodeado de más piedra. Al cruzar los ventanales, los rayos del sol de mediodía se dividían en haces multicolores. El profesor guardó la pipa en un bolsillo de la chaqueta y dio un paso hacia la puerta entornada de un aula. Era de roble oscurecido, con remaches de hierro. James lo detuvo.

—Por favor…

Ethans resopló y se volvió. Durante un momento prolongado, escrutó el rostro de James Allen. No encontró la ambición de un joven por construir una teoría que le granjease el favor de la comunidad científica. Solo vio desesperación, y se estremeció. Hoy en día, con los avances en el campo de la medicina, resultaba casi inimaginable la propagación de plagas como aquellas. La peste negra y la gripe española fueron las mayores pandemias a las que ha tenido que enfrentarse la humanidad. Ambas fueron las causantes de casi trescientos millones de muertes. Durante la historia, el ser humano ha sentido terror ante los enemigos a los que no podía ver, a los que no podía atravesar con una espada o a los que sobrevivían a la energía liberada por la explosión de una bomba.

—Jamás he oído hablar de que la enfermedad procediese de Mongolia —dijo al fin—; no obstante, en esa época el puerto de Londres era el más activo del mundo y había mucho comercio con los cinco continentes, de modo que no es descabellado pensar que un barco mercante, seguramente holandés haciendo la Ruta de la Seda, trajese en sus bodegas la enfermedad. Recuerde, Allen, que en el siglo XVII estaban de moda todos los artículos procedentes de las Indias Orientales.

James asintió con afecto y le estrechó la mano al viejo profesor.

—Muchas gracias por su tiempo, profesor Ethans.

Sin responderle, Ethans se perdió dentro del aula y, mientras cerraba la puerta tras de sí, todas las voces del interior se acallaron.

****

28

Isla de Skye, Highlands

MARGARET Hamilton abandonó la conferencia de prensa convencida de que la Policía estaba ocultando las verdaderas circunstancias en que se habían producido los dos brutales asesinatos, o al menos no estaban diciendo toda la verdad, que, para el caso, venía a ser lo mismo. Sus colegas sumisos podían tragarse las patrañas que había soltado el nuevo inspector jefe, pero ella no.

Ella mejor que nadie podía imaginar el sufrimiento que debían haber padecido las dos víctimas. Desde el «suceso», jamás había vuelto a dormir de un tirón. Se despertaba de sopetón en mitad de la noche atropellada por sus amargos recuerdos, sofocada y jadeando.

Todas. Las. Noches.

Todas las noches desde aquel siniestro febrero de 1987. A diario se preguntaba si no habría sido mejor morir en aquel inmundo sótano. Ninguna otra mujer pasaría por lo mismo. No, si ella podía impedirlo. Por esa razón estaba resuelta a no permitir que la cuestión quedara así.

Mientras estos pensamientos fluían por su mente como un río camino del mar, notaba cómo su cabreo iba en aumento. Sin percatarse había apretado el paso por el aparcamiento, brujuleado entre vehículos estacionados, abierto el coche con el mando a distancias y tomado asiento detrás del volante de su Ford Focus color azul. Respiró hondo y comenzó a calmarse. Cuando sintió que ya no estaba soliviantada, rebuscó en el bolso y echó mano de un cuaderno de notas, que abrió y apoyó contra el volante. La tormenta de ideas que la abrumó solo un rato antes había escampado. Con determinación escribió con una letra poco esmerada:

1.- ¿POR QUÉ el inspector jefe deja Glasgow y pide destino en el culo del mundo?
2.- ¿POR QUÉ el cadáver de Regina Stone había sido enviado a Glasgow? ¿Por qué los nervios se dispararon en cuanto llegaron los resultados?
3.- ¿Cuál fue la CAUSA REAL del fallecimiento de Sacha Martin y Regina Stone?
4.- ¿LA GRAN PLAGA? Investigar.

Con mucho trabajo por delante, la reportera cerró el cuaderno y lo depositó en el asiento del acompañante, junto al bolso; de seguido, puso en marcha el coche y dejó el aparcamiento.

El *hall* de la comisaría fue recuperando poco a poco la normalidad. Los periodistas habían desaparecido y unos operarios desmontaron el atril y recogieron las sillas en un periquete. Scott y Hendry conversaban acerca del resultado de la rueda de prensa cuando se les unió un satisfecho Graham.

—Excelente, Scott, ha estado excelente —dijo.

—Gracias…

—Pero no se confíe —siguió diciendo Graham, sin darle tiempo a responder—, seguimos necesitando resultados ¡ya!

Graham dio media vuelta y enfiló el pasillo que finalizaba en su despacho. Antes de desaparecer del vestíbulo tras una esquina se dio la vuelta para mirar a la pareja.

—Alan, ven un momento, quiero comentar un asunto contigo.

Al inspector jefe no le pasó desapercibida la familiaridad con la que el superintendente se dirigió al jefe de prensa, en clara contraposición al formalismo que siempre utilizaba con él. En cuanto se quedó solo en el vestíbulo, desvió la mirada a Patricia, sentada en el banco.

—Necesito un poco de aire. Tomemos un café —propuso Alex.

Ambos salieron fuera, al sol. El aparcamiento se hallaba casi vacío, y comenzaron a atravesarlo sin más conversación. Por delante de ellos pasó despacio un Focus azul y Alex identificó el anorak naranja chillón de la conductora. Sus miradas coincidieron un momento.

—Detesto a esa periodista —dijo, haciendo una mueca.

El automóvil llegó a la carretera, torció a la izquierda y aceleró.

—Tú detestas a todos los periodistas.

Junto a la carretera esperaron el momento propicio para cruzar. Al otro lado, se mostraba la fachada blanca de un hotel con una cristalera a la calle donde se ofrecía servicio de cafetería. Detrás de un Volkswagen apareció Samuel en su bicicleta. En la parte de atrás, sujeta con unos cables extensores, portaba una caja de cartón llena de

pan. Con el rostro desencajado por el esfuerzo, pedaleaba hacia ellos. Alex lo siguió con la mirada mientras los rebasaba.

—Ese muchacho no me gusta un pelo. No sé, su mirada me da repelús.

Los ojos de Patricia convergieron en el joven.

—¡Venga, Alex! Solo es un chico ganándose la vida en un mundo hostil para quien no es perfecto.

Scott se quedó mirando fijamente la espalda de Samuel mientras se alejaba aumentando el ritmo de pedaleo para coronar una pendiente.

****

29

Isla de Skye, Highlands

Regresaron a la comisaría después de que el inspector jefe recibiera una llamada telefónica de la señorita Dewar, la secretaria del jefe Graham, convocándolo a una reunión urgente.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo Scott a Patricia mientras atravesaban de vuelta el vestíbulo.

La pareja se detuvo en una encrucijada con dos pasillos.

—Llama por favor al marido de Sacha Martin, la primera víctima —siguió Alex—. Llevo días intentando localizarlo. A ver si tú tienes más suerte que yo. Encontrarás todos los datos de contacto dentro de una carpeta… que debe de estar sobre mi mesa.

—¿Dónde encuentro tu despacho?

—Toma ese pasillo… Agente Clarke, venga un momento, por favor —dijo en voz alta, mirando por encima de los hombros de Patricia.

Un jovencísimo agente avanzó hacia ellos.

—Diga, inspector jefe.

—¿Puede acompañar a la sargento Banner a mi despacho?

Clarke sonrió afablemente.

—Claro, si me acompaña…

Patricia siguió al agente John Clarke por el pasillo de la izquierda, en tanto que Alex se marchaba por el de la derecha. Al doblar una esquina se toparon de bruces con Andy. Vestía una camisa negra desabotonada hasta el pecho, dejando a la vista una gruesa cadena de oro. El flequillo oscuro le ocultaba los ojos.

—¡Eih, eih! —dijo con tono chulesco, luego se fijó en la mujer, retrocedió un paso para verla de cuerpo entero y profirió un silbido largo y agudo—. Si vas sola por estos pasillos puede ocurrirte *algo.* —Y lanzó un mordisco al aire seguido de una risotada siniestra. Luego, ignorando al agente Clarke, se alejó de espaldas imitando el baile más

famoso de Michael Jackson sin apartar los ojos de la joven policía.

Fue la forma en que dijo «algo» lo que provocó un escalofrío en Patricia.

«Ese sí me da repelús», pensó.

—No le haga caso, sargento —dijo Clarke—. Ya sabe lo que dicen: Perro ladrador…

Llegaron a la zona común al cabo de un momento y Patricia se sintió extrañamente reconfortada al verse rodeada de más policías. Al fondo, había dos cubículos idénticos con paredes de cristal: escritorio, silla, archivadores e iluminados con la luz natural que procedía de una pequeña ventana que miraba a la parte de atrás del edificio. Ambos estaban vacíos. Clarke la condujo hasta el despacho de la derecha.

—¿Quiere algo para beber? —le preguntó con amabilidad.

Mientras entraba, Patricia le devolvió una sonrisa.

—No me vendría mal un té, si puede ser. Sin azúcar ni leche, por favor.

—Preguntaré al barman —bromeó y se marchó, dejando la puerta cerrada.

Si de algo estaba seguro Alex, en el poco tiempo que llevaba en la comisaría, era del dolor de estómago que sentía cada vez que se acercaba al despacho de Graham. No aguantaba a ese tío. Era prepotente y soez, y estaba casi convencido de que era un poli corrupto, solo que, claro, eso no podía demostrarlo y jamás se le ocurriría comentarlo con nadie, ni siquiera con Patricia. Tal vez no fueran más que prejuicios; a fin de cuentas, era su nuevo destino y Graham su nuevo jefe, de modo que tendría que hacer un esfuerzo por integrarse. De momento, de todos los policías que había conocido, el único que le había causado una grata impresión era el agente Clarke. A pesar de su bisoñez, parecía competente y rebosaba entusiasmo, algo que, por otra parte, brillaba en la comisaría por su ausencia…

—Pase, inspector jefe, lo están esperando —anunció la señorita Dewar.

«¿Están?», pensó Scott mientras movía el tirador hacia abajo y abría la puerta de caoba.

Nada más entrar, obtuvo la respuesta a su pregunta. Graham exhibía su acostumbrada pose de «dueño del mundo»: repantingado tras su enorme escritorio y con un puro encendido entre los dedos. Con suficiencia se lo llevaba de vez en cuando a la boca y exhalaba volutas de humo blanco que se disolvían sobre su cabeza medio descubierta de pelo.

—Ah, Scott, pase, pase y siéntese —dijo, ampliando la sonrisa y

apuntando con el mentón la silla que quedaba vacía al otro lado del escritorio.

La otra silla la ocupaba el sargento McAlley, que ladeó un poco la cabeza y lo saludó con un gesto. Scott tomó asiento intuyendo que la reunión no iba a gustarle un pelo.

Cuando Clarke estuvo de vuelta en el despacho, con los dedos cerrados en torno a un vaso de té, se encontró a la sargento instalada delante del escritorio del inspector jefe con una carpeta de las que usaban para los expedientes abierta en su regazo. De espaldas a la puerta, ella volvió medio cuerpo en cuanto la sintió abrirse y alargó la mano para recibir el vaso desechable.

—Está caliente. Tenga cuidado. Si necesita alguna otra cosa, mi sitio es aquel, el del fondo —dijo, levantando el dedo y señalando.

—Es usted muy amable.

Clarke era alto, delgado y apuesto, se dijo Patricia. Su edad rondaría los dieciocho y su acento sin duda era escocés, si bien no le sonaba de aquella parte de Escocia, quizá del oeste. Sí, Inverness, eso era. Una vez tuvo una amiga, Cathy, que procedía de allí y su timbre de voz sonaba del mismo modo. Con movimientos torpes el agente volvió a salir del despacho, cerrando la puerta tras de sí y devolviendo el habitáculo al silencio en que estaba. A solas de nuevo, Patricia le dio un ligero sorbo a la bebida. Después del olor de las salas de autopsia, lo que más le había costado como policía fue acostumbrarse a aquel sabor a plástico del té que salía de las máquinas expendedoras. A su alrededor todo se había oscurecido. Se levantó con el expediente de Sacha Martin en la mano y fue hasta la ventana. Fuera, todo se veía de color ceniza, como si alguien hubiese corrido unas cortinas de niebla que le impedían ver nada más que su propio reflejo en el cristal. Camino de su silla, encendió el fluorescente del techo. La luz era blanca y fría.

Dio otro sorbo al té y abrió la carpeta. Con un ramalazo de culpabilidad, relegó a un lado el informe de patología. Entonces, se concentró en las fotografías tomadas en el escenario del crimen. Las fue pasando de una en una y observándolas con gran atención. El escenario era similar al que se habían encontrado en Corry Lodge: mujer, cuerpo desnudo, cruz en la mano derecha pintada con la propia sangre de la víctima y cardenal en el antebrazo. En la pared del primer tramo de las escalinatas el asesino también había dejado escrito un mensaje críptico: «Que Dios se apiade de nosotros». Reparó en la *t* y se reafirmó en que el texto asimismo lo había escrito un zurdo. La cruz de la mano, un diestro.

No había ninguna duda de que ambos asesinatos respondían al mismo *modus operandi*. Dos asesinatos. Un asesino. Extremadamente peligroso y organizado. ¿En serie? Eso eran palabras mayores. En su etapa de formación en Quantico, había aprendido del FBI muchas cosas respecto a los *«serial killer»*, como ellos los llamaban. En el caso coincidían tres de los cuatro parámetros de costumbre: a) patrón en las víctimas —mujer, blanca, entre treinta y cuarenta años—; b) lugar —isla de Skye—; y c) modo de asesinarlas —trasladadas al escenario desde otra parte, desnudas, violadas, marcas corporales, hemorragias, mensajes en las paredes…—. Lo único que aún fallaba era el cuarto elemento. Para que un asesino fuese calificado como «serial», hacían falta al menos tres víctimas. No obstante, la sargento sospechaba que no tardarían en llegar a esa cifra.

Esta calificación podía parecer un simple tecnicismo, pero ella sabía que no era así. Resultaba esencial tener claro el perfil del asesino al que se enfrentaban. Establecer posibles pautas de comportamiento y delimitar el espectro de futuras víctimas podría permitirles, con un poco de suerte, adelantarse a sus próximos movimientos. Además, habría otras líneas de investigación a considerar. Para empezar, sería esencial que un especialista elaborase un perfil psicológico. Pese a lo que Alex había dicho en la rueda de prensa, Graham no había accedido a contratar uno. «¿No creerá usted en esas pamplinas?», fueron, al parecer, las palabras casi textuales que soltó cuando Alex le planteó la cuestión. Aun así, anotó en la cabeza insistir a su amigo sobre ese extremo. Aquella situación, le hizo recordar que, en la mayoría de los casos, esta clase de personas habían sufrido abusos durante su infancia, de modo que también anotó sugerir a Alex que lo investigara.

Una vez concluyó la revisión de las fotografías, se centró en un pósit amarillo con un nombre y un número de teléfono de Toronto escritos a mano: Ronald Martin +1416.597.9725. Un rato más tarde, Patricia seguía concentrada y tomándose el té frío a pequeños sorbos, cuando Alex irrumpió en el despacho resoplando.

—¡Menudo gilipollas! —espetó, mientras rodeaba el escritorio y se dejaba caer en su asiento. Se pasó ambas manos por la cara y volvió a resoplar.

—¿Graham?

Scott la miró y asintió lentamente.

—La tiene tomada conmigo… y contigo.

Patricia abrió mucho los ojos.

—¿Conmigo?

—Quiere verte fuera de esta comisaría. Dice que siempre que mira a una esquina, allí estás. Incluso ha telefoneado a Finnes.

—¿A Finnes? ¿Para qué?

—Para saber qué hacías aquí. Le ha dicho que estabas de permiso. —Alex se incorporó, inclinándose sobre la mesa, y se apoyó en los codos—. Patricia, te agradezco cuanto intentas hacer por mí, pero no quiero que esto te perjudique. Sabes que a Finnes no le gusta que le toquen las pelotas.

Patricia separó la espalda de la silla.

—Si Graham me quiere lejos de la comisaría, eso haré. Me mantendré alejada de él. Ya está, pero quiero que te quede claro que no pienso regresar a Glasgow —aseveró con vehemencia, apuntándole con el índice.

Después de estas palabras, entre ellos se instaló el silencio. Patricia cruzó las largas piernas y se volvió hacia la ventana. Estaba enojada. Muy enojada. Ahí, seguía la niebla. La humedad se había condensado en la fría superficie de cristal, poblándola de gotas de agua que se deslizaban despacio cristal abajo dejando un surco tras ellas, como las babas de un caracol.

Alex se recostó en el respaldo de la silla y, con las manos cruzadas en la nuca, no dejó de mirar a su compañera.

—¿Sabes…?

—He hablado…

Se miraron el uno al otro, y rieron.

—Tú primero —dijo Alex.

Patricia se incorporó y descruzó las piernas.

—He hablado con Ronald Martin.

—¿Y?

—Pues que viajaron a Escocia para conmemorar los diez años de matrimonio.

Alex exhaló un suspiro.

—Vaya forma de acabar una celebración.

Banner asintió.

—Y eso no es todo, regresaban a Canadá justo al día siguiente.

—Por dios —murmuró—. ¿Algo de interés?

—Se alojaban en Portree. En un hotelito panorámico que daba al puerto.

Scott se removió en su asiento.

—¿No era de Portree la segunda víctima?

—Sí, pero puede no querer decir nada. Portree es la ciudad más grande de Skye. Todo el mundo se aloja allí —dijo Patt.

—Todos no. Nosotros estamos en Broadford.

—¿Adónde pretendes ir a parar? —quiso saber Patricia.

—No lo sé. Solo es un dato a considerar —dijo, y sacó su bloc de notas para escribir algo en él.

—Según su marido —continuó la sargento—, la mañana del 26 de octubre, Sacha salió temprano del hotel para dar un paseo. Alrededor

de las once telefoneó a su marido desde la biblioteca, donde había entrado para devolver una guía de viajes local. Fue la última vez que supo de ella. No recuerda ningún incidente durante el viaje.

Alex terminó de hacer anotaciones, cerró el bloc y se lo guardó junto al bolígrafo en el bolsillo interior de su chaqueta, luego se acercó la muñeca a la cara para ver la hora.

—Ya es tarde, anda, volvamos a casa —propuso poniéndose de pie.

****

30

Londres, Inglaterra

APROXIMADAMENTE a la hora en que Patricia y Alex salían de la comisaría, James volvía a entrar por la puerta de la *suite* del Dorchester. El tenue fulgor tembloroso que generaba la televisión encendida se reflejaba en las paredes oscurecidas. Las imágenes en blanco y negro mostraban una nave espacial muy cutre cruzando un cielo negro estrellado. Todo parecía cartón piedra. Collins yacía en el sofá, envuelto en las sombras y con los pies sobresaliéndole por fuera de una manta. James no le veía la cara; sin embargo, la imaginaba con los ojos abiertos del todo y clavados en la pantalla. Ante el tresillo, sobre una mesita baja, había un bol de cristal con restos de palomitas, dos latas de Red Bull arrugadas por el centro y tres envoltorios rasgados de chocolatinas Twix.

Allen buscó a tientas el interruptor y encendió la luz, que irrumpió en la estancia como un fogonazo.

—Hora de trabajar —dijo.

El cuerpo de Collins se movió y su cara arrugada surgió por encima del respaldado del sofá. Tenía los pelos engreñados.

—Ah, ya has vuelto. —Se volvió hacia el aparato de televisión y, pulsando un botón del mando a distancia, lo desconectó—. Esto del servicio de habitaciones es una pasada —dijo, incorporándose.

—Con esa porquería que ves se te va a freír el cerebro.

—Oye, que la *Cuarta dimensión* es una serie mítica.

Sacudiendo la cabeza, James se deshizo del abrigo y se descalzó; acto seguido, se desplomó exhausto sobre un cómodo sillón, soltando un gruñido, y alargó los pies sobre un puff. Tantas horas metido en un coche empezaban a pasarle factura a su espalda y necesitaba descansarla. Collins se sentó frente al Mac, introdujo su contraseña y abrió Google.

—¿Qué necesitas?

James se apretó los ojos y se incorporó un poco en el sillón.

—Que encuentres algo —dijo, enigmático.

Collins seguía mirándolo. Sus cabellos castaños habían vuelto a ordenarse en su cabeza como por arte de magia.

—Tendrás que ser más explícito. Soy muy bueno, pero…

Cuando Allen habló, lo hizo despacio, pensando sobre la marcha.

—Tenemos que localizar un mercante holandés procedente de Oriente… que atracó en el puerto de Londres…, digamos que en el mes previo al 12 de abril de 1665 —meneó la cabeza y abrió los brazos—. Lo lamento, es toda la información de la que dispongo.

En lo que concernía a James, Collins era el mejor analista informático que existía en el mundo. Si algo parecía imposible, él siempre encontraba la forma de hacerlo.

—Sé que lo que te pido es más difícil que atinar dos veces seguidas los números de la lotería nacional —siguió diciendo James—; pero, por alguna razón, el ingenio del cual sueles hacer gala no deja de sorprenderme. —James procuraba motivar a Collins y sabía que pocas cosas despertarían en su amigo el estado de excitación preciso como alimentar su inconmensurable vanidad.

—¿Sabes? Una vez me tocó la lotería. Tres veces seguidas. Pero entonces, yo era un chico malo.

Allen se lo quedó mirando, y sacudió la cabeza.

—Lo más difícil —continuó Collins, volviendo al tema— será encontrar documentos fiables en la red. Hablamos de hace casi tres siglos y medio.

—Tú haz lo que…

La estridente melodía del teléfono móvil de James ahogó la tranquilidad de la habitación. Allen se retorció en el asiento y extrajo el teléfono del bolsillo delantero de los vaqueros. En cuanto leyó «Doctora Parisi» en la pantalla, sus palpitaciones cardíacas se alteraron.

—¿Sucede algo, doctora? —se atrevió a preguntar, casi en un susurro.

—No, señor Allen, todo sigue igual. Me dijo que lo llamara a diario, y eso hago.

James recordó que le había rogado que todos los días, antes de marcharse a casa, le diera el parte con el estado de situación de Victoria, y se calmó un poco. Comprobó la hora en el reloj Omega sujeto a su muñeca y calculó mentalmente que en Roma serían las seis y media de la tarde. Con el teléfono pegado a la oreja se levantó y se dirigió hacia su dormitorio.

—¿Alguna mejoría?

La respiración de la doctora ocupó la línea un segundo.

—Ninguna. Sus constantes siguen bajas pero estables. Aunque la herida que le provocó el corte está adquiriendo un aspecto más que preocupante. No somos capaces de detener la infección.

James se acercó a la ventana de su dormitorio y volcó la mirada al este. Desde la séptima planta, la vista de Londres era magnífica. En la distancia, el London Eye refulgía a orillas del Támesis.

—De acuerdo. Gracias por llamar.

James colgó y permaneció quieto un rato con el teléfono apoyado en el labio inferior, mirando hipnotizado el movimiento circular de la gigantesca noria. Después, puso el móvil a cargar en la mesilla de noche y volvió a la sala de estar, donde Collins seguía trabajando. Tomó asiento frente a sus libros y los desplegó.

No sabía cuánto tiempo llevaban sumidos en sus tareas cuando el tamborileo impaciente de Collins con los dedos en la mesa, lo distrajo. James estuvo constantemente mirándolo de reojo hasta que por fin el analista de sistemas realizó un silencioso gesto de triunfo cerrando los puños, y habló:

—James.

Allen abandonó la lectura de un grueso libro de tapa dura titulado *Ruta de la seda*, de Thomas Hollmann.

—¿Has encontrado algo?

—Podría ser, quizá. ¿Conoces el *The London Gazette*?

Estas palabras sirvieron para captar la plena atención de James, que cerró el libro que tenía entre manos. Al hacerlo, un ruido sordo, parecido al de un grano de maíz explotando en un microondas, llenó el espacio.

—Es el periódico más antiguo del Reino Unido.

—Verás, rebuscando entre viejos documentos digitalizados he localizado un ejemplar en los archivos de la Biblioteca Británica.

James se retrepó en la silla y estiró los brazos en alto.

—¿Y qué tiene de especial? —su voz sonó distorsionada por el estiramiento.

—Parece ser que se conserva debido a su relevancia histórica: por un lado, fue el último que se editó desde Londres antes de que la corte del rey Carlos II se trasladara a la ciudad de Oxford, escapando de la Gran Plaga. Por otra parte, marcaba la interrupción del comercio marítimo en el puerto de Londres. Ningún barco deseaba atracar en él —aclaró, innecesariamente.

James, interesado, se mantuvo a la espera.

—En él se hace referencia al hundimiento el 31 de marzo de 1665 de un buque mercante al sur del estuario del Támesis, cerca de Dover, en una barrera arenosa llamada…

—Los Goodwin Sands. —Se le adelantó el historiador.

Allen recordó que esa zona era una de las más traicioneras para la

navegación, a causa de los bancos de arena a poca profundidad.

—Eso es. Durante siglos —continuó Collins—, se ha ido convirtiendo en un cementerio donde reposan los restos de más de dos mil buques y alrededor de sesenta aviones derribados durante la Batalla de Inglaterra en 1940. Se han identificado Spitfires y Hurricanes británicos; y Messerschmitts, Dornier Do 17s y Junkers Ju 88s alemanes…

—Esto es muy interesante —atajó secamente—, pero te recuerdo que buscamos un mercante holandés, no chatarra aérea.

—¿Tienes idea de qué es un filibote?

—Era un tipo de buque del siglo XVII originario de los Países Bajos. Parecido a los galeones. Se utilizaba para el transporte transoceánico.

—Vale. Pues el barco naufragado era un filibote que pertenecía a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y su destino, agárrate, era el puerto chino de Hangzhou…

James se echó hacia delante y ladeó la cabeza un poco.

—Por casualidad no tendrás su nombre, ¿verdad?

—No, pero mira la parte positiva; ahora, sabemos que hay una aguja y en qué pajar se perdió. Solo falta encontrarla.

—¿Y cómo propones hacerlo?

Collins lanzó una sonrisa enigmática, de esas que presentan los magos antes de ejecutar uno de sus trucos. Allen se había acostumbrado a los gestos teatrales con los que solía acompañar sus descubrimientos; de forma que se armó de paciencia.

—Gracias al servicio de cartografía de la Armada he encontrado una carta náutica de lo más interesante. Si consigues que nos la impriman, sabrás a qué me refiero. —Entonces introdujo un lápiz de memoria en un puerto USB del MacBook y procedió a descargar un archivo. Luego, lo extrajo de la ranura y se lo dio a James.

Allen sabía que no obtendría más información del exhacker, de modo que ni lo intentó. Pasó la mirada de Collins al reloj de péndulo dorado que descansaba sobre una consola de mármol. Era tarde y estaban cansados después de un día agotador. Como no podían avanzar más, decidieron parar y pedir la cena al servicio de habitaciones. Mientras esperaban, James cogió su móvil y llamó a Alex. Últimamente, no le había prestado mucha atención a su amigo, pero se juró que, en cuanto superaran la crisis de Victoria, pasaría con él todo el tiempo posible.

****

31

Isla de Skye, Highlands

El banco de niebla se disipó muy pronto y el trayecto de vuelta fue tranquilo. Mientras Alex y Patt conversaban con James por los altavoces del Cherokee alquilado, enfilaron la A87, cruzaron el Skye Bridge y llegaron a Broadford. Cortaron la comunicación cuando tomaban el sendero privado de The Mountain Creek House. La luz crepuscular estaba a punto de decaer. El mes de noviembre avanzaba y cada vez los días resultaban más cortos.

—Voy a llamar a Lee —le dijo Scott con la cabeza gacha, cuando Patricia vio que se quedaba rezagado—. Sé que en Japón es tarde, pero necesito hablar con ella.

Patricia esbozó una cálida sonrisa.

—Ten cuidado, Alex. Yo te espero dentro —dijo. Terminó de subir los peldaños del porche y dejó solo a su amigo.

Alex se retrepó en una de las dos mecedoras de mimbre del porche, mirando la noche. El farol que colgaba del techo estaba encendido. Entonces detuvo el balanceo y rebuscó en los bolsillos de la gabardina azul hasta que dio con el teléfono móvil.

Patricia entró en la casa, se deshizo del anorak y se descalzó en el zaguán. La leña ardía en la chimenea dejando un inconfundible olor a pino.

—¡Hola, Hector! —saludó a su anfitrión, que estaba repantingado en un sillón sin apartar la vista de la ventana. Con un vaso de *whisky* entre las manos, se le veía con los hombros relajados mientras sonaban de fondo acordes de trompeta de Miles Davies. Las cortinas estaban descorridas y la escasez de luz solo permitía ver el difuso contorno de las cosas que había fuera.

El hombre dio un sorbo a la bebida y volvió la cabeza. Mostraba unas oscuras ojeras.

—¿Qué tal, Patricia? —su tono sonó cansado.

—¿Un día duro?

Hector asintió, apretando los labios.

—Ah, hola, Patricia, ya habéis llegado —dijo Susan a su espalda, proclamando lo evidente.

La anfitriona había aparecido en el umbral de la puerta de la cocina, limpiándose las manos en un mandil. Patricia la miró y sonrió, mostrando unos dientes casi perfectos.

—Alex está fuera al teléfono, entrará enseguida —dijo, respondiendo a la mirada inquisitiva de Susan.

—Muy bien, la cena está casi lista. *Roast beef* con puré.

—Suena genial —dijo Patt—. Si tengo tiempo, quisiera darme una ducha.

—Claro, querida, no seas tonta… Uy, me voy dentro, que tengo la carne en el horno y no quiero que se me queme —dijo, y volvió a desaparecer dentro de la cocina.

Patricia subió los escalones y recorrió la galería hasta su habitación. Como en la casa solo se alojaban los cuatro nunca cerraba la puerta con llave, de forma que se limitó a girar el picaporte y a empujar la puerta con suavidad. Una vez dentro, encendió la luz y, soltando un suspiro, depositó el bolso sobre un cómodo sillón con orejas que hacía la función de consola. Luego se desvistió, dejándose puesta la ropa interior, se envolvió con un albornoz azul de algodón y volvió a salir al pasillo.

Cuando la puerta del cuarto de baño se abrió chirriando como cualquier puerta, Alex seguía en el porche, inmerso en la conversación con Lee. Se había levantado de la mecedora y caminaba sobre la madera gesticulando y discutiendo con su esposa.

Hector apuraba la copa de *whisky* en el salón sin retirar la mirada de la ventana, a pesar de que por el cristal no se veía nada.

Susan se afanaba en hornear el *roast beef* para dotarlo de una textura crujiente. Su gran secreto culinario.

Banner buscó a tientas sobre los azulejos de la pared, hasta que localizó el interruptor de la luz. Con la estancia iluminada, cerró la puerta por dentro y echó el pestillo. El baño resultaba casi más grande que el apartamento que poseía en un tranquilo suburbio a las afueras de Glasgow. Ya a solas, Patricia desató el nudo del cinturón, se desprendió del albornoz y lo colgó de un gancho en la parte posterior de la puerta. Contra la pared había una enorme bañera de las antiguas: blanca, de hierro fundido y con patas pintadas de color negro. Sobre ella había dos cuadros de pájaros. Todo muy bucólico. Apartó un poco la cortina que rodeaba la bañera y abrió los grifos de la ducha.

Oyendo correr el agua mientras se iba calentando, observó su

reflejo en el espejo que había junto al lavamanos de porcelana. Primero de frente y luego de perfil. Patricia se mantenía en forma. Era cierto que aún era joven, pero su esfuerzo le costaba. No solo era una cuestión de coquetería, también lo consideraba esencial para hacer bien su trabajo. Cuando nubes de vapor comenzaron a salir por encima de la cortina, se deshizo de la ropa interior y entró en la bañera. Ajustó la temperatura del agua y permaneció un rato con los ojos cerrados disfrutando del vigorizante chorro cayendo sobre su cuerpo. Eso era exactamente cuanto necesitaba. Nadie entendía a las mujeres mejor que una buena ducha. Al cabo, rebuscó con la vista por la bañera, hasta depositarla en unos botecitos colocados en fila sobre una repisa de porcelana. Cogió el del champú, lo sacudió contra la mano y se extendió el jabón por el largo cabello rubio. Volvió a colocarse debajo de la alcachofa y dejó que el pelo se aclarase…

De repente le invadió la inquietante sensación de que la observaban, y abrió los ojos. Sobresaltada, asomó la cara recubierta de jabón por la cortina. A pesar del escozor, comprobó la estancia.

Nada.

Había sido una mala jugada de su imaginación. Pasó la cara por el agua, se frotó deprisa el cuerpo con la esponja, volvió a aclararse, cerró los grifos y salió de la bañera. El vapor del agua caliente se había adherido a cristales y azulejos.

La joven cogió una toalla de algodón de color rosa doblada sobre una banqueta de madera y se la pasó por la cara y por el cuerpo. A continuación, dio un paso hasta el lavamanos y girando la cara un poco se retorció la larga melena para descargarla del exceso de agua. Nada más incorporarse sintió una corriente de aire helado que le puso la piel de gallina.

Con pudor, se envolvió veloz el cuerpo con la toalla húmeda y se giró hacia la ventana cubierta de vapor, que daba a un lateral de la casa.

«Juraría que antes estaba cerrada».

Ceñuda se aproximó hasta ella, terminó de abrirla y asomó medio cuerpo por fuera. Casi a la misma altura de la ventana quedaban las ramas alocadas de un pino alto que se zarandeaban con el viento. Miró en derredor, escudriñando la oscuridad, si bien todo parecía calmado. La joven meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

Metió el cuerpo de nuevo para dentro y adelantó la mano para cerrar la ventana… Se quedó quieta. Fue entonces cuando se fijó en que había algo escrito en la condensación del cristal. Cerró la ventana y se echó un poco hacia atrás. Con claridad pudo leer cinco letras: Z-O-R-R-A.

****

32

Isla de Skye, Highlands

—¡A cenar! —anunció la voz de Susan.

Los pasos de Patricia sonaron recorriendo el piso de arriba y luego descendiendo los dos tramos de escalera. Abajo, la sargento se cruzó con Alex, quien entraba del porche para dirigirse a la cocina, y se arrimó a su hombro.

—Alex, por curiosidad, ¿has visto a alguien ahí fuera? —le preguntó en un susurro.

Scott juntó un poco el entrecejo y meneó la cabeza despacio, haciendo memoria.

La sargento se sacudió, esbozando una ligera sonrisa de circunstancias.

—No importa. ¿Qué tal esa llamada?

Alex hizo una mueca con la boca.

—Aún me culpa de la muerte de Miranda. —Se quedó callado y sus ojos se humedecieron; antes de proseguir sorbió por la nariz y se pasó por ella el dorso de la mano—. Nunca me va a perdonar. Ahora lo sé —sentenció, y se apartó de ella para entrar en la cocina.

Patricia permaneció un instante de pie y siguió con mirada preocupada a su amigo mientras se iba alejando. Luego suspiró y fue tras él. La recia mesa de haya se mostraba dispuesta para la cena con mantelería bordada, platos de porcelana fina y cubiertos de acero inoxidable. Hector ocupaba su sitio de costumbre en una de las cabeceras, para matar el hambre mordisqueaba un trozo de pan de la panadería de Laren. La silla de Susan, al otro extremo de la mesa, estaba vacía. La anfitriona permanecía de pie, afanándose en colocar el *roast beef* en una fuente de cristal que había sacado de una alacena. Alex y Patricia se sentaron frente a frente. La cristalera salediza no ofrecía más que un cuadro completamente negro, salvo la luz que

desprendía una triste farola y que se mezclaba con el reflejo de la propia mesa y los comensales.

—¿Cómo os estáis adaptando a esto? —pregunto Hector, iniciando la conversación.

Patricia fue quien contestó primero.

—Esta parte de Escocia es preciosa, yo no la conocía.

Hector se levantó un momento, fue al frigorífico y sacó una botella de vino blanco.

—¿Queréis un poco?

—Yo sí, gracias —dijo Alex.

—Ponme a mí también —dijo Susan a sus espaldas, contorsionándose mientras retiraba del fuego de gas una cacerola con puré de patatas.

Hector rompió la cápsula de plástico de la botella y la descorchó. Acto seguido, llenó hasta la mitad las cuatro copas, y volvió a sentarse.

—Y tú, Alex, ¿qué tal por la comisaría? —dijo Hector.

—Adaptándome. Cada sitio tiene sus peculiaridades…

El reloj del salón dio las ocho.

—La cena ya está aquí. —Susan dejó en el centro dos fuentes de cristal, una con la carne y otra colmada de puré de patatas—. Dadme los platos, que os sirvo.

—A mí, poca cantidad, por favor —dijo Banner, acercándole su plato.

A continuación, sirvió dos trozos de carne a Alex y un cucharón de puré; cuando se disponía a cargar el segundo, la detuvo.

—Ya está bien, gracias.

—¿Y tú, Hector, como siempre?

Su marido asintió mientras Susan le servía tres filetes de carne y dos cucharones de puré. A renglón seguido, sacó su silla de debajo de la mesa y tomó asiento; antes de comenzar, bendijo la cena.

—¿Cómo vais con la búsqueda de casa? —preguntó Susan, que se apresuró en añadir—: No es que queramos que os vayáis, todo lo contrario, estamos encantados de teneros de huéspedes.

—No tenemos mucho tiempo libre, la verdad. Los asesinatos nos traen por la calle de la amargura.

Hector tragó un trozo de carne.

—El Doctor de la Peste ha alterado por completo el modo de vida de la zona.

—Por favor, Hector —intervino Alex—, no lo llames así.

Hector removió el vino y dio un primer sorbo con indiferencia.

—¿No es así como lo llama la prensa?

Quien habló fue Patricia.

—A Alex no le agradan los apodos que ponen los periodistas.

—De todas formas —apuntó el inspector jefe—, no deberíais dejaros impresionar por lo que dicen los tabloides. Además, estoy seguro de que pronto lo atraparemos.

Susan se detuvo cuando iba a coger el tenedor.

—¿Tenéis ya algún sospechoso? Esta mañana, escuché en la radio la rueda de prensa y me pareció entenderte lo contrario.

—No, Susan, estás en lo cierto —repuso Alex con la boca un poco llena. Dejó de hablar, tragó y le dio un sorbo a su copa de vino—. Esta es una isla pequeña y no hay muchos sitios donde ocultarse. Más pronto que tarde, el asesino cometerá un error.

—Buff, no puedo más —dijo Patricia cuando tomó el último bocado de su plato—. Como siempre, estaba espectacular.

—Gracias querida, eres muy amable —contestó Susan, obsequiándola con una sonrisa afable—. Voy a recoger la mesa y fregar los platos —concluyó, poniéndose en pie.

—Te ayudo —añadió Banner, e hizo amago de ir a levantarse.

Susan se mostró tajante y le presionó suavemente en el hombro.

—Tú, quédate ahí. Yo me ocupo de esto en un periquete.

—¿Alex, te apetece que tomemos una copa en el salón? —le preguntó Hector.

Scott agitó la mano.

—Te lo agradezco, pero quiero dar una vuelta. —Desvió la vista a la cristalera. La luna comenzaba a proyectar una leve iluminación—. Parece que hace buena noche.

—Te pierdes un excelente *whisky* de malta. Lo destila un amigo nuestro cerca de aquí —insistió.

—Te lo agradezco, de veras, pero necesito ese paseo. Tengo muchas cosas en qué pensar.

—¿Quieres que te acompañe? —propuso Patricia.

Alex la miró y movió la cabeza en gesto de negativa.

—Preferiría estar solo. La velada ha sido fantástica —dijo a sus anfitriones, levantándose.

—Claro. —Patt se volvió hacia el anfitrión y preguntó entonces—: Hector, ¿me invitarías a mí a esa copa?

—Será un placer.

El trío abandonó la cocina, dejando a sus espaldas a Susan y el murmullo del agua cayendo sobre el fregadero como una catarata. Patricia y Hector fueron camino del salón. Ella acomodó la espalda en un sillón de orejas buscando la calidez de la lumbre, y se echó un *plaid* a cuadros sobre las piernas. El anfitrión anduvo hasta una camarera, le quitó el tapón a una botella de cristal para licores y llenó dos vasos. Patricia miró una especie de utensilio antiguo colgado de la pared. Consistía en un tubo de cristal y un recipiente de cobre. Hasta ese momento, no se había fijado en él.

—¿Qué es eso? Es muy curioso —preguntó Patricia.

Hector volvió la cara y siguió la mirada de Patricia hasta la pared. Por un breve momento, detuvo el vertido del licor, pero de inmediato devolvió la atención a su tarea.

—No es nada —dijo, restándole importancia—, una antigualla que encontramos en un mercadillo. Acto seguido, se reunió con Patricia con un vaso lleno en cada mano; le entregó uno a ella y se dejó caer en el otro sillón con un suspiro; comenzaron enseguida a charlar de asuntos banales.

Scott se sentó un momento en una banqueta del zaguán, se ayudó de un calzador para colocarse las botas, y luego descolgó su chaquetón. Con él aún en la mano, abrió la puerta y salió de casa. Aunque fría y algo ventosa, la noche estaba para dar un paseo. En Escocia era difícil que las nubes no interrumpieran la visión de la luna, pero cuando ocurría, el firmamento se llenaba de miles de estrellas alcanzando cotas inimaginables de belleza. Con la vista puesta en el cielo, Alex se colocó el chaquetón y se subió la cremallera hasta arriba. Luego bajó los peldaños de piedra que empezaban a cubrirse de musgo y, para esquivar el relente de la noche, recorrió el camino de entrada con las manos guardadas en los bolsillos y los hombros pegados al cuello. Caminó durante un buen rato por las desiertas calles de Broadford, sin un rumbo fijo. Al torcer a la derecha en una esquina, junto a una cabina roja de teléfono, se topó con un *pub* de fachada oscura y un cartel algo deslucido en el que podía leerse: «The Rose & Crown». Sus cristales esmerilados en tonos ambarinos dejaban escapar una cálida luminosidad que atrajo su curiosidad.

Por un instante, dudó entre seguir adelante o entrar. Finalmente, optó por tomar una cerveza y empujó la puerta. Salvó unos escalones y se introdujo en la oscuridad del local. A medida que la puerta volvía a su sitio, el silencio de fuera se fue sustituyendo por bullicio. Se paró en la entrada y miró el interior. El *pub* tenía la madera justa para resultar acogedor, pero los suficientes parroquianos fumando y charlando para que el ambiente estuviera cargado y agobiante. Instantáneas en blanco y negro de la zona cubrían las paredes del techo al suelo. Volvió a dudar si marcharse; sin embargo, inconscientemente, sus pasos lo llevaron hasta la barra, donde se sentó en un taburete.

—Una pinta de Carlsberg, por favor. —Se oyó pidiéndole al camarero, al tiempo que se quitaba el chaquetón y lo colgaba de un gacho que sobresalía por debajo de la barra.

Por los altavoces sonaban canciones que a Scott le parecían algo pasadas de moda, aunque tampoco él era un erudito y, al fin y al cabo, estaba en un pueblo.

—¿Alex?

Scott retorció su cuerpo al oír su nombre y se topó de frente con Will Gordon. Bien afeitado, oliendo a colonia y vistiendo una camisa a cuadros remetida por dentro de los vaqueros su aspecto resultaba bien distinto del que tenía cuando trabajaba de jardinero en casa de los Anderson. Colgado del brazo llevaba una prenda de abrigo verde.

—¡Hola, Will! —respondió con entusiasmo y le estrechó la mano tendida.

—¿Qué haces por aquí? Nunca te había visto por el The Rose & Crown.

—Me apetecía una cerveza.

Justo entonces, el camarero colocó ante él un posavasos de propaganda y encima una jarra llena de cerveza, asimismo dejó un cuenco de loza con galletitas saladas.

—Anda, anímate, te invito a una —le propuso a Will—. Mira, en aquel rincón se acaba de quedar una mesa vacía.

Scott bajó del taburete, echó mano del vaso largo de cerveza y descolgó el chaquetón. Siguió a Will por el local. Acababan de sentarse cuando apareció una camarera rubia con un mandil negro atado a su cintura de avispa y tomó nota de lo que Will quería para beber.

Durante un rato no hablaron. Sentían la incomodidad de dos personas que, si bien se veían a diario, jamás habían intercambiado más palabras que: «buenos días», «parece que hoy va a llover» y frases insustanciales parecidas. Sin embargo, se caían bien. Will le estaba agradecido a Scott por acudir en su ayuda cuando la pandilla de Andy lo acosó, hacía ya unas semanas.

—¿Qué tal te va por aquí? —preguntó al cabo Will.

Scott dio un sorbo a su vaso y se lamió el bigote de espuma.

—Cuanto más tiempo paso en este pueblo, me siento más forastero —dijo con seriedad. No sabía por qué, pero sentía que con aquel hombre podía sincerarse más que con Patricia, que siempre parecía estar juzgándolo. A pesar de sus veinticinco años, a veces le recordaba a la señorita Rottenmeier, aquella institutriz estirada de la serie de animación *Heidi*.

—Te entiendo perfectamente. Cuando Mariam y yo nos instalamos en Skye, pensamos que podríamos dejar atrás mi pasado; no obstante, ya ves…, siempre te acaba atropellando.

—Perdona si me inmiscuyo en tu vida privada, pero ¿qué te ocurrió?

—Estuve en la cárcel. Cuatro años.

—¿Qué hiciste?

Daba la impresión de que Will estaba cada vez más incómodo con la deriva que estaba tomando la conversación y se refugió en su

bebida: un *whisky* con agua.

—Preferiría no hablar de ese tema, si no te importa.

El silencio volvió a instalarse entre ellos.

—¿Y tú, por qué dejaste Glasgow?

Alex desvió la mirada a una de las fotografías colgadas en la pared. El color estaba desvaído por el paso del tiempo. Era una isla, seguramente alguna de las Hébridas, pero le trajo recuerdos amargos.

—También preferiría cambiar de tema.

Will asintió y alzó su vaso.

—Por los oscuros pasados que querríamos olvidar.

Estas palabras le devolvieron la sonrisa a Alex, que levantó su jarra y la entrechocó con el vaso de Gordon.

—Por los oscuros pasados que querríamos olvidar —brindó en un susurro, luego le dio un generoso trago a la Carlsberg hasta casi vaciar la jarra.

—¿Tienes hijos, Alex?

Alex exhaló un suspiro.

—Do… Uno —rectificó—. Mark, un niño de siete años.

—¿Y dónde está? —curioseó Will.

—En Japón, con su madre —su tono sonó amargo.

—Japón está muy lejos…

Scott se limitó a asentir mirando su jarra casi vacía.

—¿Otro asunto espinoso? —preguntó Gordon.

Aprovechando que la camarera de la cintura de avispa pasaba por su lado, Scott le pidió otra pinta de cerveza.

—El mismo asunto espinoso, y tú, Will ¿tienes hijos?

Una sonrisa de indisimulado orgullo cubrió su rostro.

—Sí. Un bebé de ocho meses. Robin. Mira por aquí tengo una foto suya. —Levantó un poco el trasero de su asiento y sacó una cartera de piel gastada del bolsillo de los tejanos. La abrió, rebuscó entre los departamentos y sacó una fotografía pequeña. —Es este de aquí —dijo, golpeando con el índice sobre la fotografía.

Alex sonrió para sí. En la instantánea había dos adultos —Will y la que debía ser Mariam— y un bebé. De modo que resultaba obvio cuál de ellos era el recién nacido.

Cintura de avispa apareció, sustituyó la jarra casi vacía por otra colmada y se fue, reclamada por alguien.

—Muy guapo. De mayor será grande como su padre.

De improviso, Will miró a su nuevo amigo directamente a los ojos, y le cogió con fuerza de la muñeca.

—Alex, te juro que pienso hacer lo posible porque tenga más oportunidades en la vida de las que yo tuve.

Scott cogió la cerveza y la apuró. Se sintió mareado.

—Eres un buen hombre, Will. —Y tras un breve silencio, Alex se

puso de pie tropezándose y dijo—: Se hace tarde y mañana debo madrugar.

—El mal no descansa, ¿eh?

—El mal no descansa —repitió Scott casi en un susurro.

****

33

Londres, Inglaterra

Pasado el amanecer, James se puso en marcha. Tomó una ducha, se cepilló los dientes y se vistió con unos chinos y una camisa. Con el *pendrive* en el bolsillo abandonó la *suite*. Estuvo fuera una hora aproximadamente. Cuando regresó, lo hizo con un portaplanos cilíndrico en una mano. Una vez vació la mesa de cosas, extendió a lo largo de ella una carta náutica.

Con libros en las cuatro esquinas para que no volviera a enrollarse, James y Collins la estudiaron cuidadosamente. Era una representación a escala 1/25 000 de la zona de los Goodwin Sands. Aparte de las características de costumbre para facilitar la navegación náutica —profundidades, composición del lecho marino, línea de costa, corrientes, faros…—, recogía múltiples imágenes de sonar de los pecios catalogados por la Armada junto con un número de referencia. Una memoria adjunta detallaba la información disponible para cada referencia.

Collins marcó con círculos rojos diecisiete barcos que, según la información disponible, se construyeron en la segunda mitad del siglo XVII. De entre ellos, a su vez, James seleccionó seis. El resto los descartó porque tenía un calado demasiado pequeño para acometer una travesía tan larga.

De los seis buques escogidos, cinco estaban identificados en la memoria. Eran británicos y pertenecían a la *Royal Navy*. Uno era el *HMS Vanguard* —un navío de línea de noventa cañones embarrancado en 1690—. Los otros cuatro —tres navíos de línea de setenta cañones: el *HMS The Stirling Castle*, el *HMS Restoration* y el *HMS Northumberland*; y una fragata de cincuenta cañones, el *HMS Mary*— naufragaron a causa de la Gran Tormenta de 1703, el peor desastre natural de la historia de las Islas Británicas.

En cambio, del sexto buque no constaban datos. Su leyenda solo

hacía referencia a un mercante con un arqueo de setenta toneladas. James sabía que esto era habitual. La identificación de los naufragios suponía un elevado coste para el erario y no tenía más interés que el puramente arqueológico. Tal vez se estaba dejando llevar por el entusiasmo, pero James intuía que se trataba del mercante holandés que buscaban. Tras media hora más ante la carta náutica, se persuadió de que solo había una forma de confirmarlo.

Como el tiempo parecía mejorar, Allen se dio un paseo por el londinense barrio de Chiswick y visitó Mike's Dive Shop, una tienda especializada en submarinismo. Mientras iba empujando un carrito por los repletos pasillos de la tienda, consideró la inmersión, sopesando todos los factores. Los «pros»: el fondo arenoso estaba a poca profundidad y los restos del naufragio descansaban a no más de quince metros de la superficie y a una media milla de la costa. Los «contras»: la baja temperatura del agua —12 ˚C— y los chubascos tormentosos que, según el parte meteorológico de la Guardia Costera, azotarían la zona de la inmersión.

A la mañana siguiente, con la espalda pegada al asiento de cuero del Audi, Allen tomó la autopista A2 en dirección al condado de Kent, al sureste de Inglaterra. Después de casi dos largas horas de conducción, el penetrante olor salado y el chillido de las gaviotas le indicaron que se aproximaba a su destino. Sobre su cabeza rugieron truenos.

Ramsgate fue un transitado puerto marítimo durante el siglo XIX. Hoy en día, con casi cuarenta mil habitantes, se había convertido en un apreciado destino turístico por la vida nocturna y sus pequeñas playas doradas. A las puertas del invierno, no obstante, las calles que circundaban el paseo marítimo, acostumbradamente ruidosas, se habían despejado de turistas y la nutrida flota de barcos de recreo se balanceaba anclada a sus puntos de amarre.

Allen esperó a que maniobrara una furgoneta de reparto y dejó el coche bien aparcado en Rose Hill Street, una vía orientada al puerto. Nada más bajarse sintió gotas de lluvia cayendo sobre su cara y alzó la mirada al cielo, que se veía negrísimo; para refugiarse del pésimo tiempo que se avecinaba, trotó hasta una *trattoria* llamada La Magnolia, donde aprovechó para almorzar una ensalada de gambas y una cerveza Tennent´s, su predilecta. El resto de la tarde lo dedicó a ultimar los preparativos y, bajo un intenso aguacero, a estudiar la zona de inmersión desde la costa rocosa.

En cuestión de segundos, descubrió una brecha en su plan.

La marea estaba alta y el fondo arenoso había desaparecido a la vista. Además, el viento y la lluvia arreciaban, provocando un mar

tempestuoso con olas de tres o cuatro metros de altura que batían estruendosamente los escarpados acantilados.

James había previsto desplazarse hasta el lugar del pecio en un pequeño bote de goma que había adquirido la víspera en Mike' s Dive; sin embargo, la fuerte marejada lo haría zozobrar antes de recorrer la media milla de distancia que lo separaba de la costa, arrojándolo sin piedad contra los acantilados. El verano pasado ya había sobrevivido a una experiencia similar y no tenía el más mínimo interés en volver a jugársela. Este sentimiento nada tenía que ver con el temor. Resultaba algo tan sencillo como que, si le ocurría algo a él, nadie se ocuparía de ayudar a Victoria. Esa responsabilidad caía sobre sus hombros como una pesada losa y la tenía presente en todas y cada una de las decisiones que tomaba.

Discurriendo acerca de cómo solucionar el dilema al que se enfrentaba, Allen regresó al centro de Ramsgate, estacionó cerca de donde lo había hecho por la mañana y se puso a caminar por el paseo marítimo, encogido y con las manos escondidas en los bolsillos del tres cuartos verde. Las farolas se encendieron en una sucesión armoniosa, alumbrando la lluvia y los conjuntos florales. Mientras andaba observó un pesquero de bajura entrando por la bocana del puerto, formada por dos espigones de hormigón y piedras que terminaban en dos pequeños faros. En el de babor destellaba una luz roja; y en el de estribor, una luz verde. James sabía que ni la elección de esos colores ni su posición era aleatorio. El verde y el rojo son colores complementarios y la retina humana distingue perfectamente el uno del otro en situaciones de poca visibilidad; además, la luz roja siempre a babor permite al marino saber si otra embarcación se acerca o se aleja…

De repente, sus pensamientos se acallaron y James se abalanzó sobre una balaustrada de hierro con ligeras manchas de óxido. Echado hacia delante entornó los ojos para aguzar la vista entre la lluvia, y soltó una carcajada. La diosa Fortuna había vuelto a aliarse con él.

****

34

Ramsgate, Inglaterra

BOQUIABIERTO, James se quedó contemplando unos segundos un barco de color naranja que conocía a la perfección. Estaba amarrado al otro extremo del puerto, junto al espigón sur. Él mismo había estado a bordo de aquel buque de investigación oceanográfica francés durante una expedición arqueológica en Egipto.

Superada la perplejidad inicial, deshizo el camino por el espigón norte y dio un rodeo al embarcadero a paso enérgico hasta colocarse a la altura del *Apollon*, donde un oficial enfundado en un poncho verde, soportando el aguacero, conversaba con el práctico del puerto. A su lado, el viento empujaba dos cajas de madera que se balanceaban de una eslinga mientras subían tiradas por un cabrestante. Interrumpió la conversación y, en francés, le preguntó por el capitán Duperré. El oficial, al principio, se mostró reticente; no obstante, acabó enviándolo a una taberna portuaria llamada Ship Shape, o algo así, emplazada detrás de la oficina del puerto. James recordaba con claridad haber visto su fachada negra.

Nada más entrar, el calor del hogar encendido lo reconfortó. Todavía en el umbral, sacudió con las manos el agua de las mangas del tres cuartos y se peinó el pelo empapado con los dedos. El ambiente estaba cargado de humo de cigarrillos, música y voces. James ya había experimentado que la prohibición de fumar en sitios públicos se relajaba a medida que uno se alejaba de las grandes ciudades. La decoración no difería de la que podría encontrarse en cualquier taberna de puerto: madera, objetos náuticos, cristales emplomados.

Había mucha gente, pero James conocía a aquel viejo lobo de mar

y buscó a un hombre sentado solo. Lo halló en una mesa escondida en un rincón íntimo, envuelto en nubecillas de humo que se disipaban en el aire. Antes de acercarse, se deshizo de la parka y la colgó en el respaldo de una silla, frente al fuego de la chimenea. A continuación, fue hasta él sorteando parroquianos.

—¿Puedo invitarle a un *whisky*, capitán? —dijo en un correcto francés. James había trabajado muchas veces para el gobierno francés. La última vez, precisamente cuando conoció al capitán Duperré. El Ministerio de Cultura le nombró director de una expedición para explorar los restos del *L'Orient*, un buque insignia francés hundido en agosto de 1798 durante un combate naval librado ante las costas de Egipto.

El hombre de barba cana se dio la vuelta, ofreciéndole su acostumbrado gesto adusto. Si James entrevió un atisbo de alegría en sus ojos, este desapareció en un instante.

—Vaya, es usted la última persona a quien hubiera esperado encontrarme aquí —dijo con gravedad, con el puro en los labios.

Tosco y directo. Como siempre. Se miraron un segundo y se estrecharon la mano, sacudiendo con fuerza. James apartó una silla vacía y se sentó, sin esperar invitación. Una camarera de piel morena con una camiseta negra con publicidad de Bombardier repartió un vaso de *whisky* y un botellín de la cerveza escocesa Tennent´s. James le tendió un billete de diez libras esterlinas.

—Y bien, Duperré, ¿qué le trae por Ramsgate?

El marino cincuentón se apartó el puro de la boca.

—Una parada técnica camino de la base naval de Brest. Arribamos a puerto hace unas horas. Venimos de una expedición en el Ártico. Ha sido un año y medio muy duro —añadió, tras hacer una pausa que aprovechó para dar un trago al *whisky*—. ¿Y usted, Allen?

James sopesó sus palabras y ganó tiempo llevándose el botellín a los labios. Necesitaba la ayuda de Duperré. A bordo del *Apollon* encontraría la solución a sus problemas, pero era un barco gubernamental de bandera francesa y Duperré un capitán de navío reconocido en la *Marine National*.

Resopló.

—He de confesarle algo, capitán. No ha sido una coincidencia que haya entrado en este local. Un oficial suyo me dijo dónde encontrarle.

Duperré volvió a colocarse el puro entre los labios y chupó con fuerza. Remolinos de humo blanco ocultaron por un segundo su rostro. Aun así, James sintió sus ojos de halcón clavados en él.

—Necesito su ayuda…

Mientras Duperré acercaba la llama del mechero al puro y la camarera de la camiseta negra sustituía las bebidas por otras nuevas, James le refirió su pequeña aventura y la situación de Victoria.

El viejo lobo de mar soltó un silbido, impresionado.

—Se supera usted, Allen.

Entre ellos reinó un silencio hermético. El de Duperré era valorativo. El de James expectante. La música que salía de los altavoces cambió dos veces y la puerta del local se abrió y cerró unas cuantas más. Llevaba tanto tiempo callado que a James se le ocurrió por un momento que Duperré no iba a contestar a su demanda, si bien al final lo hizo. Regresó de donde fuera que estaba y movió la cabeza hasta mirarle a los ojos.

James y Duperré salieron de nuevo a la noche lluviosa y regresaron al buque oceanográfico. El capitán habló al oficial del impermeable fluorescente, que seguía en el muelle pertrechando el buque para la etapa final del viaje. Durante un rato conversó con él. Entretanto, el escocés los contemplaba retirado unos pasos. Solo veía hablar a Duperré. El oficial se limitaba a asentir y, de vez en cuando, desviaba la vista hacia Allen. Al final, la pareja de marinos se unió de nuevo a él.

—Señor Allen, le presento al teniente de navío Ferrec.

Ambos hombres se saludaron inclinando la cabeza.

—Le ayudará en todo cuanto necesite.

—Gracias, capitán. No lo olvidaré —dijo James, tendiéndole la mano.

Duperré la aceptó y volvieron a estrujársela con fuerza.

—Sé que es usted un hombre de palabra, Allen. Algún día le cobraré el favor. —Duperré dio media vuelta y accedió al *Apollon* por una pasarela metálica. Pese a la lluvia que caía, su caminar fue deliberadamente lento. Sospechaba que su segundo lo escudriñaba por la espalda. Tenía fama de que nada lo alteraba y pretendía que siguiera siendo así. Bueno, casi nada lo alteraba. Con una sonrisa sardónica recordó la primera vez que vio al escocés y la irritante capacidad que demostró para sacarlo de sus casillas.

****

35

Ramsgate, Inglaterra

La misma noche, ya de madrugada, James condujo hasta las afueras de Ramsgate y acercó el automóvil a un tramo solitario de la costa, donde lo dejó medio oculto entre los troncos de unos robles. Del maletero sacó un traje de inmersión, gorro y guantes, y se los puso. En el punto convenido con Ferrec había una lancha varada sobre la arena. Fuera del agua reposaba ligeramente inclinada sobre el costado de babor, dejando a la vista un casco de fibra de vidrio negro y calado bajo, limpio de algas, perfecta para evitar los traicioneros bancos de arena. Una figura envuelta en un impermeable oscuro aguantaba el chaparrón caminando de arriba abajo con los ojos puestos en la arena mientras fumaba de forma masculina, sujetando el cigarrillo entre el pulgar y el índice. En cuanto se apercibió de la presencia de James se desprendió del pitillo y lo aplastó, hundiéndolo en la arena. Acto seguido, empezó a acortar la distancia que los separaba.

Al tenerla enfrente, Allen descubrió que se trataba de una joven de unos treinta años, uniformada con un traje de camuflaje y con pintura marrón oscura distribuida por toda la cara para disimular el contorno facial. Casi no intercambiaron palabra alguna. Ella lo ayudó a trasladar todo el equipo de buceo —aletas, gafas, chaleco hidrostático con su botella, bolsa impermeable y la linterna— desde el maletero de su Audi hasta la lancha semirrígida RHIB. Luego empujaron la embarcación sobre la arena hasta devolverla al mar y, cuando el agua les llegaba por la cintura, subieron.

La militar conectó el potente motor fueraborda y, con un golpe de la palanca de velocidad, se apartaron de la orilla saltando sobre las olas. Mientras avanzaba, desplegando tras de sí un abanico de espuma, la proa de la embarcación subía y bajaba con el intenso oleaje. Gritando por encima del rugido del motor diésel y la tormenta,

James le cantó las coordenadas de destino. Ella las memorizó con la facilidad de quien está habituada a manejarse con latitudes y longitudes, y las introdujo en un aparato GPS. Enseguida, movió el volante y la embarcación orzó a estribor, orientando la proa hacia su nuevo rumbo, que apareció en una pantalla de LCD como un punto azul parpadeante.

Navegaron bordeando la costa, pero alejados de los bajíos. Sufriendo los embates de la marejada, alcanzaron su destino en apenas veinte minutos. En el minúsculo espacio del que disponía, James terminó de equiparse.

—Le estaré esperando aquí mismo —dijo la militar, mientras le ayudaba a ajustarse las cintas del chaleco hidrostático.

—*Merci*…

—*Sergent*.

James asintió y se sentó sobre el flotador de PVC para calzarse las aletas. Inmediatamente después, hizo una señal con el pulgar hacia arriba y, tras ponerse la palma de la mano abierta sobre las gafas de buceo, se dejó caer de espaldas. Al instante, envuelto en burbujas, desapareció bajo las negras y turbias aguas del Canal de la Mancha.

Pese al traje isotérmico, nada más sumergirse, el frío lo dejó sin aliento. Necesitaba moverse para entrar en calor. Tras orientarse, se colocó las manos sobre el pecho para reducir la resistencia y movió las piernas en movimientos de tijera. Los rugidos que provocaba la tormenta desaparecieron y pronto se rodeó de un silencio casi total. Su única compañía eran los sonidos mecánicos de cada inhalación y exhalación.

La tormenta había removido los sedimentos del fondo y todo a su alrededor se veía turbio y oscuro, como un día de niebla. Encendió la linterna que llevaba sujeta a la frente; sin embargo, apenas si consiguió que la visibilidad penetrase un metro dentro de la nube de partículas en suspensión que lo rodeaba. Siguió descendiendo hasta que delante se perfiló el limoso lecho marino, que se ofrecía sembrado de escombros.

Allen infló el chaleco hidrostático lo preciso para suspender la flotabilidad negativa y, de pie sobre el fondo arenoso, dio un giro de trescientos sesenta grados procurando descubrir algo entre la densa cortina ceniza que lo rodeaba. Volvió a consultar el GPS que llevaba sujeto a su muñeca y se deslizó hacia el este, pegado al fondo que ahora se había vuelto ondulante.

Enseguida, se topó de bruces con los restos amenazantes de uno de los tres navíos de línea de dos puentes y se vio invadido por un sentimiento de melancolía. Allí, olvidado y cubierto de cieno, parecía un frágil cascarón; pero aquellos milagros de la ingeniería fueron auténticos demonios de la guerra. Comprobó su reloj de buceo y

descubrió que solo llevaba ocho minutos bajo el agua. Sus ojos enfocaron otra forma borrosa oculta dentro de una opaca niebla, mostrando un cierto aire espectral. Cuando llegó hasta ella, se dio cuenta de que se correspondía con la silueta de un barco más pequeño que el navío de línea que había dejado atrás. De inmediato entendió que algo marchaba mal. Su inclinación resultaba demasiado forzada, antinatural. Guiado por la ansiedad, aumentó el ritmo de las piernas hasta que llegó a su proa, donde se topó con un mascarón en forma de león tallado carcomido por los estragos del tiempo que había pasado sumergido.

La primera sacudida lo cogió rodeando la proa hacia el costado de babor.

Alargó los brazos para aferrarse a una costilla del esqueleto del barco, bajo el castillo de proa. Todo a su alrededor se agitó y en el fondo se levantó otra nube de limo, que volvió el lugar más lóbrego aún. James percibió con total nitidez cómo los restos del naufragio se desplazaban. Miró hacia abajo y no alcanzó a ver nada. Solo negrura. Cuando todo se hubo calmado, descubrió que el viejo mercante se sostenía peligrosamente inclinado sobre el borde de una sima marina, a un paso de perderse para siempre en las profundidades. La tormenta que azotaba la zona, la mayor en veinte años según había oído en la BBC, se ocuparía del resto.

Debía apresurarse.

Necesitaba encontrar el nombre del barco en algún sitio. En primer lugar, rodeó el pecio y se condujo hacia la popa, en busca de la cartela. El agua salada había consumido el espejo. En su lugar se encontró un enorme boquete y se internó por él en lo que quedaba de aquel mercante, que era poco. Realizó una inspección minuciosa de la nave. Una cubierta alargada y estrecha, castillos de proa y popa demasiado bajos y otros detalles técnicos confirmaron sus sospechas de que, sin margen de duda, se trataba de un filibote de mediados del XVII, pero seguía sin descubrir su nombre.

Ocurrió de repente, sin previo aviso. La segunda sacudida fue más violenta y lo cogió en la cubierta inferior de la bodega.

****

36

Ramsgate, Inglaterra

La sargento miró el cronómetro por cuarta vez en los últimos minutos. No le hacía gracia soportar aquel aguacero para cumplir una misión que ni siquiera tenía del todo claro que fuera legal. El teniente de navío Ferrec había sido muy preciso con las instrucciones: «Vaya a este punto de la costa, recoja al hombre que encontrará allí y llévelo adonde le indique. Cuando concluya su trabajo, devuélvalo al punto de recogida».

A continuación, recibió una inquietante advertencia: «Es imperativo que no la descubran. Si está en riesgo, abandone la misión».

La lancha cabeceaba violentamente sobre las olas y el agua barría la cubierta. A esas alturas, la humedad se había instalado en sus huesos, provocándole espasmos de frío. Escuchó el lejano murmullo ahogado de un motor diésel y se inclinó sobre el flotador de estribor, forzando la vista. En la distancia distinguió los destellos de un potente foco moviéndose para todas partes.

Sobre un arco rígido se veía una luz azul.

Los guardacostas buscaban algo. Acaso su embarcación.

—*Merde!* —musitó. Indecisa, alejó su pensamiento del misterioso buzo y lo puso en las órdenes que había recibido. Entonces tomó una decisión.

****

37

Ramsgate, Inglaterra

A quince metros bajo la superficie, James escuchó con nitidez angustiosa el chillido que provocaba el rozamiento y notó cómo la madera podrida se movía bajo sus pies. Debía salir de las entrañas del barco naufragado antes de que fuese demasiado tarde. Y debía hacerlo. ¡Ya!

En ese momento, la sujeción de una viga del sollado se soltó y esta se desprendió. Su reacción no fue lo suficientemente rápida y la pierna quedó atrapada bajo el tablón de pino. Por un instante, se dejó dominar por el pánico y manoteó fuera de sí, viéndose envuelto en un remolino de burbujas que huían del regulador. Una cuenta atrás iniciada en el ordenador de buceo no le ayudó.

05:00

Cinco minutos de oxígeno. La vibración en el casco y los chasquidos a su alrededor aumentaron, igual que un submarino que hubiese superado la máxima profundidad permitida. Todo parecía estar a punto de desmoronarse. Se obligó a tranquilizarse y ralentizó la respiración. En un intento desesperado, procuró sacar la pierna, pero fue inútil. Despotricó para sus adentros mientras se devanaba los sesos buscando una salida.

04:32

A dos metros de su posición localizó un gancho de hierro recubierto de una costra de color naranja. Estiró el brazo. Alargó los dedos.

Tensó los músculos hasta el dolor. Pero le faltaba un poco para alcanzarla. Volvió a maldecir. Más restallidos y crujidos. Retorció el brazo todo cuanto pudo. Con la punta del índice llegó a tocar el gancho y lo movió un poquito. Lo justo. Al fin, sus dedos se cerraron en torno a él. Aliviado lo atrajo hacia sí, lo introdujo debajo del tablón y aplicó presión con fuerza hacia abajo. Nada.

03:47

El barco se inclinó más, desaparecieron los costados y se encontró mirando una nube negra que lo succionaba todo como si fuera una enorme aspiradora. Sintió un dolor punzante y agudo en los oídos, señal de que el barco comenzaba a hundirse en la fosa. Para evitar que le reventaran los tímpanos James se apretó la nariz y sopló con vigor. La presión se alivió y los oídos se destaparon. Con el último movimiento del pecio, el tablón se había movido. Sintiéndose liberado, tiró de la pierna y se preparó para salir del ataúd en que se había convertido el barco. El haz de luz de la linterna provocó un repentino destello en una esquina. James dudó.

01:49

La presión volvió a concitarle un intenso dolor de oídos y el ordenador de buceo no paraba de emitir un pitido. Entonces pensó en Victoria y el propósito por el cual estaba cometiendo esa locura. Se movió, desplazando las manos y los pies, y avanzó hacia un mamparo. Apartó unos escombros y halló un objeto metálico pesado. Parecía una campana pequeña. Sin más demora, la agarró y la guardó en una bolsa de lona impermeable que llevaba a la espalda, luego abandonó el lugar sin perder un segundo.

01:05

Ya en mar abierto, infló el chaleco hidrostático al máximo y se deslizó hacia la superficie. Como la inmersión había sido a poca profundidad no había riesgo de que se acumulase nitrógeno en su sangre, de forma que no debía hacer parada de descompresión.

00:00

Como Allen sentía que su ascenso se ralentizaba por los treinta kilos de la botella, se desabrochó el chaleco y lo dejó caer, al momento se desvaneció engullido por la profunda oscuridad reinante. Continuó pataleando y batiendo los brazos de manera frenética pero coordinada. Su vista se llenó de puntitos blancos. Cuando comenzaba a sentirse mareado debido a la falta de oxígeno, emergió golpeando la superficie con fuerza con ambas manos. Tomó grandes bocanadas de aire hasta que su respiración se normalizó. Entonces, envuelto en espuma blanca y al vaivén de las olas, miró en derredor, y si bien sus ojos la buscaron con denuedo, no hallaron el menor indicio de la lancha, ni de la sargento.

Sumido en la oscuridad y manteniéndose a flote en el agua, lo primero que James debía hacer era localizar la costa. Entonces, entre las cortinas de agua, vio un destello. El faro de North Foreland fue el primero de los tres faros construidos en 1636 para delimitar la zona de los Goodwin Sands. A su izquierda, vislumbró más destellos: el faro gemelo de South Foreland. Por lo que recordaba, la playa quedaba entre ambos, a una distancia de una media milla. Entonces se puso en movimiento, agitando los brazos y batiendo las aletas. De tanto en tanto se detenía, tomaba aire, y continuaba. Para cuando divisó las luces de las casas emplazadas en primera línea de playa, ya estaba agotado. Aún tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo, hasta que apoyó los pies y notó la arena bajo ellos. La orilla quedaba lejos, a unos cien metros; sin embargo, los bajíos arenosos causantes de tantos naufragios acercaban el lecho marino a escasamente medio metro de la superficie. Sacando las rodillas por encima del agua, caminó mientras los músculos de las piernas le ardían cada vez más.

Alrededor de las cinco de la madrugada, consiguió ganar la orilla. Salió del agua y, maltrecho, se dejó caer bocarriba sobre la arena mojada, dejando que la lluvia se estrellase contra su cuerpo. Su estado era demasiado precario para ponerse de pie y mucho menos para andar, de modo que se vio obligado a permanecer allí postrado, hasta que perdió el conocimiento.

****

38

Isla de Skye, Highlands

La mañana del entierro de Regina Stone el cielo se fue oscureciendo por momentos. Varias semanas después de su asesinato, sus restos habían sido entregados a la familia y por fin recibirían cristiana sepultura en el cementerio de Portree. Mientras el Cherokee circulaba hacia el norte por la A87, estalló la tormenta. Ráfagas de viento lanzaban cortinas de agua contra el parabrisas y el fragor de los truenos hacía temblar el vehículo. El paisaje invernal resultaba espectacular. A un lado, montañas que empezaban a cubrirse de nieve; y al otro, el desafiante Mar de las Hébridas batiéndose contra los acantilados.

En el asiento trasero descansaba un ejemplar del *Scots Independent* de la víspera. Encima de la reconocible fotografía de la periodista Margaret Hamilton un gran titular que rezaba: «La Policía no tiene sospechosos». A continuación, el artículo refería la rueda de prensa, repartiendo palos a diestro y siniestro: «…un inspector jefe frustrado que viene trasladado de Glasgow, tal vez buscando un retiro dorado»; para concluir con una pregunta malintencionada: «¿Se merecen los contribuyentes una Policía que no les diga la verdad?».

Al salir de una curva cerrada, surgió la apacible localidad de Portree, elevada sobre una colina. Un velo negruzco, como un enjambre en movimiento, cubría el horizonte desluciendo el puerto enmarcado por abruptos acantilados. Una vez en la ciudad, Alex y Patricia buscaron la iglesia y aparcaron donde pudieron. Había coches subidos a las aceras, taponando los caminos y cubriendo los pasos de cebra; únicamente había quedado libre un estrecho pasillo que llevaba directo hasta la entrada de la ermita.

La campana de la torre doblaba llamando a funeral. Dos toques lentos. Silencio. Dos toques lentos. Silencio. El resultado era

sobrecogedor. Desde la cima de una pequeña colina, vieron cómo seis jóvenes vestidos de negro sacaban un féretro de un coche fúnebre. Acto seguido, portándolo a hombros, encabezaron el cortejo a son de campana tañida. Justo detrás, caminaba un hombre conmocionado que aferraba con fuerza las manos de dos niños que andaban mirándose los zapatos brillantes de los domingos. Siguiéndolos varios pasos por detrás, unas cuantas decenas de personas, todas enfundadas en ropas de luto, avanzaban ocultas bajo un mar de paraguas negros que entrechocaban entre sí, como una legión romana formando en testudo.

Poco a poco, el cortejo fúnebre fue desapareciendo dentro de la iglesia y la campana enmudeció. Cuando Alex y Patricia cruzaron el portalón de medio punto, el servicio ya había comenzado. Sus ojos tardaron unos minutos en acostumbrarse a la penumbra. A la ceremonia habían asistido personas no solo de Portree sin también de otras localidades como Broadford o Glenmore. Casi todos los bancos estaban ocupados y en sus extremos se amontonaban los paraguas cerrados soltando el agua sobre el mármol del suelo. Entre los asistentes reconoció a los Anderson, el amorfo perfil de Samuel y a la que debía ser su madre, a algunos compañeros de la comisaría, incluso a Will y su familia.

Alex y Patricia optaron por quedarse atrás, de pie uno al lado del otro junto a una robusta columna de madera. En el banco de la primera fila estaban sentados el viudo y los dos hijos. Todos juntos. Con las ropas empapadas. El ataúd estaba colocado al final del pasillo central, delante del altar. Los tres le lanzaban miradas furtivas a la caja de pino reluciente, como si no acabaran de creerse cuanto les estaba ocurriendo. Sollozos desconsolados no paraban de llegar desde todos los rincones del recinto, interrumpiendo constantemente las palabras del párroco sobre la vileza humana y el consuelo divino.

Algunos parroquianos que ocupaban las últimas filas reconocieron al inspector jefe y comenzaron a lanzarle indisimuladas miradas insidiosas. Le daban codazos a las personas que tenían al lado, los cuales asimismo volvían las cabezas y clavaban sus ojos en ellos. Scott no deseaba cobrar ni un ápice de protagonismo, de modo que, viendo que las exequias se alargaban y comenzaba a sentirse incómodo, abandonó la iglesia escoltado por Patricia. Cobijados de la lluvia en el pórtico, los policías esperaron a que terminase el funeral.

—No sé si ha sido buena idea venir hasta aquí, quizá debimos haber escogido otro momento para hablar con Robert Stone —le comentó Patricia a Alex, casi al oído.

En ese momento, les llegó del interior el sonido apagado de un coro de voces entonando una canción religiosa. Luego todo quedó en silencio, hasta que la campana volvió a doblar. Casi al momento las

dos hojas del portalón se abrieron y reapareció el cortejo fúnebre, que cruzó el pórtico, rodeó la iglesia y, recorriendo un sendero embarrado, fue al cementerio, que estaba ubicado en la parte trasera. Seguía lloviendo y los paraguas volvieron a abrirse, provocando el sonido sordo del agua golpeando contra la tela. Scott y Patricia siguieron al cortejo, manteniendo las distancias. La multitud se congregó en torno a un agujero rectangular excavado en una colina orientada al mar y rodeada de pinos y cipreses. El lugar era idílico y Patricia se dijo que las palabras «descanso eterno» cobraban allí bastante sentido.

El sepelio fue breve. Más palabras del párroco y más llantos desconsolados mientras el féretro iba desapareciendo dentro del agujero. Aún no se había disuelto la multitud y unos operarios se afanaban en echar montones de tierra para cubrir la tumba. Apartados del grupo y protegidos de la lluvia bajo las frondosas ramas de unos árboles, la pareja de policías observó cómo muchas personas se acercaban al viudo para transmitirle las condolencias. Él los recibía como un autómata, respondía a los apretones de mano y a los abrazos sin decir palabra, limitándose a agachar la cabeza y apretar los labios. Los más allegados se acuclillaban frente a los niños, que seguían con las cabezas bajas haciendo pucheros, les decían algo y los besaban en ambas mejillas; los demás, les revolvían el pelo mojado y se marchaban.

A medida que los asistentes pasaban al lado del inspector jefe volvían las miradas desdeñosas y las murmuraciones.

—Hay que tener poca vergüenza para presentarse aquí después de lo que le hizo al cuerpo de la pobre Regina —comentó una señora de edad avanzada a otra, que bien podría pasar por su hija. Ambas vestían de negro. La más anciana, además, llevaba el rostro cubierto por un velo que se movía agitado por el viento.

Mudos de asombro, Patricia y Alex se miraron entre sí. De modo que aquella gente culpaba al inspector jefe de haber retenido el cadáver. Sin asomo de duda, Bryceton debía de haber cargado las tintas sobre Alex para justificarse ante sus paisanos. En ese momento, Banner sintió un ramalazo de culpabilidad. En cierto modo, ella había sido la responsable. Y, a pesar de que seguía reafirmándose en que había sido una buena idea, había puesto a Alex en una difícil situación. Casi sin advertirlo, el cementerio fue despejándose hasta que solo un puñado de personas permanecían ante la tumba, ahora ya cubierta de turba mojada. Todo cuanto quedaba de Regina Stone resultó ser una lápida de piedra con sus fechas de nacimiento y defunción y un «Tu familia nunca te olvidará». Robert Stone volvió a agarrar a sus hijos de la mano e inició el peregrinaje de vuelta a su nueva vida. Una vida de recuerdos y soledad. A pocos metros de ellos, Scott y Patricia pudieron fijarse bien en su rostro desmejorado.

—Señor Stone, verá…, yo… nosotros… sentimos por lo que está pasando —le dijo el inspector jefe dando un paso al frente en cuanto tuvo al viudo a su altura.

El golpe fue repentino. Un hombre que caminaba con la familia se movió con rapidez, cerró la enorme manaza y antes de que nadie pudiese intervenir, propinó al inspector jefe un puñetazo que le dio de lleno en la nariz. Scott gruñó perplejo al tiempo que se balanceaba y caía de culo en el suelo embarrado. Al momento comenzó a sangrar a borbotones.

—¡Oh, joder! —atisbó a mascullar.

—¡Deje a nuestra familia en paz! ¿No cree que ya le ha hecho suficiente daño? —le espetó el hombre, mirándolo desde arriba. Acto seguido, escupió en el barro y mantuvo sobre Alex una mirada desafiante.

Patricia se fue directa al agresor y le inmovilizó los brazos, sujetándoselos a la espalda con una rápida llave.

—¡Eh, Eh! Estese quieto.

—Déjalo, Patt, no pasa nada —dijo Alex apretándose la nariz, que comenzaba a hincharse. Manchas rojas ocupaban la pechera de su camisa blanca.

—Por favor, Daniel —intervino Robert, poniendo la mano en el hombro de su hermano y procurando imponer la paz—, ya basta de dolor.

Una pareja rezagada se dio la vuelta para mirar el altercado.

Por un momento, todos se quedaron callados y el murmullo de la lluvia los acompañó unos segundos. Transcurrido ese tiempo, el ambiente se relajó un poco. Alex se incorporó y se cubrió la nariz sangrante con un pañuelo blanco que se tiñó de escarlata. Patricia soltó al tal Daniel, que se alejó del grupo tal vez barruntando la estupidez que acababa de cometer: golpear a un policía. Los niños, siguiendo una indicación de su padre, fueron con su tío.

Robert permaneció allí, de pie.

—Siento el comportamiento de mi hermano, espero que sepan disculparlo.

—Claro, por mí está olvidado —repuso Alex, con voz nasal. El inspector jefe apartó el pañuelo de la nariz y se pasó la mano. Ya no sangraba, aunque la hinchazón y el dolor durarían unos días.

—Nos gustaría hablar con usted —dijo Patricia, dado que a su compañero le costaba hablar.

Robert asintió despacio.

—Supongo que es ineludible —su voz sonó casi en un susurro—, de manera que, cuanto antes, mejor. Si quieren seguirnos hasta casa, allí podremos hacerlo.

Media hora después, Patricia aparcó el coche en Home Farm Road.

El cielo se había despejado, si bien los caminos estaban repletos de barro. Se bajaron y siguieron a algunas personas hasta una vivienda independiente que no tenía nada de especial. Para evitar más altercados, Robert los esperaba en la puerta. Entraron y subieron directos al piso de arriba. Por el hueco de la escalera les llegaban los murmullos de las conversaciones del piso de abajo.

Robert los guio por un pasillo recién pintado hasta una puerta. La mantuvo abierta mientras entraban los policías. Luego la cruzó él y cerró. Los rumores de las conversaciones se desvanecieron.

—Este es… era nuestro dormitorio —dijo con voz quebrada y con los ojos lagrimosos, mientras se sentaba a los pies de la cama, ayudándose de ambas manos.

—Nos hacemos cargo —dijo Patricia—. Tómese su tiempo.

Unos golpes de nudillo acompañaron la apertura de la puerta y Daniel asomó medio cuerpo. No terminó de entrar en la habitación, sino que permaneció en el umbral, con la mano en el picaporte. Posó la mirada sobre su hermano.

—¿Estás bien, Robert?

Robert se recuperó y le devolvió la mirada a su hermano con un atisbo de sonrisa forzada.

—Sí, Daniel, estoy bien, gracias. Ahora mismo bajo.

Daniel asintió mientras clavaba los ojos en Alex, dedicándole una mirada impregnada de reproches. Acto seguido, desapareció y la puerta volvió a cerrarse.

Durante un rato nadie habló. Patricia curioseó la habitación y detuvo los ojos en una fotografía familiar. Dio dos pasos hasta ella y la cogió entre las manos.

—¿Son sus hijos?

—Sí. Ewan y Lain —respondió. Era obvio que se conocía a la perfección la foto porque Patricia se interponía en su visual.

La sargento se volvió y miró sonreír al señor Stone. La sonrisa era amarga, pero era un paso.

—Señor Stone… —comenzó a decir Scott.

—Robert, por favor. Llámenme Robert.

—De acuerdo, Robert. ¿Recuerda algo que pueda ayudarnos en la investigación? No sé, cualquier cosa fuera de lo común.

Stone permaneció callado. Un segundo, dos, tres. Al cabo, sacudió la cabeza.

—Nuestra vida era muy sencilla. Regina tenía una floristería y yo soy abogado, pero no llevo casos conflictivos, solo ayudo a mis clientes en gestiones administrativas.

—¿Le importa si echamos un vistazo? —preguntó Scott.

Robert alzó las manos.

—Claro, miren cuanto quieran.

Durante un cuarto de hora, Scott y Banner abrieron y cerraron cajones. Rebuscaron en armarios y husmearon en bolsillos de pantalones y abrigos. Sobre el aparador había una agenda de piel. Patt buscó en los días previos a su desaparición. Robert tenía la mirada puesta en la ventana, con la vista interrumpida por una cortina de encajes que dejaba pasar un poco de la claridad del día.

Sorprendida, la sargento preguntó:

—Robert, ¿recuerda que su esposa fuera a la biblioteca?

El hombre contestó sin salir de su mutismo.

—Iba mucho. A Regina le encantaba leer.

Las miradas de Patricia y Alex se encontraron. Sin necesidad de hablar sabían qué pensaba el otro. ¿Coincidencia? Podría ser. Solo que eran demasiado racionales para no ver que entre las dos víctimas comenzaban a haber cosas en común. De momento dos: Portree y su biblioteca.

****

39

Ramsgate, Inglaterra

CUANDO recuperó la conciencia, hacía rato que habían enterrado el cuerpo de Regina Stone. Las porosas nubes negruzcas que quedaban en el cielo se alejaban empujadas por el viento. James arrugó la cara, golpeada por la luz del día, y se incorporó despacio por la cintura. Le castañeteaban los dientes y tenía los labios amoratados. La tiritona que le producía el intenso frío le recordó que todos los músculos del cuerpo le seguían doliendo. Las olas sacudían suavemente la orilla, lanzando sobre él una manta de agua helada, y se retiraban con un prolongado siseo.

Acometido por una irrefrenable sensación de angustia, palmeó la arena que había en torno a sí. Cuando sintió la bolsa impermeable, respiró con alivio. La atrajo hacia sí, la abrió y sacó la campana. La sostuvo entre las manos y la hizo rotar. Era la única esperanza que albergaba de encontrar el nombre del mercante holandés, pero antes necesitaba quitarle esa gruesa capa de costra que la envolvía. Dejó otra vez la campana en la bolsa y, con dificultad, se puso de pie. A trompicones, caminó sobre la arena primero y sobre un sendero de travesaños después, hasta llegar a los árboles que formaban el linde de la playa. Cuando encontró el coche, recuperó la llave del neumático trasero, lo abrió y se desplomó sobre el asiento del conductor. Después de soltar la bolsa impermeable en el asiento de atrás, inició su regreso a Londres.

Habrían transcurrido dos horas de reloj cuando los ojos enrojecidos de James divisaron el Big Ben y las Casas del Parlamento; sin que pasara mucho tiempo más, vadeó el Támesis por el Westminster Bridge y llegó al 53 de Park Lane. Un empleado del hotel se hizo cargo del coche después de que otro le abriera la puerta dándole los buenos días; eso sí, después de repasarlo ceñudo de cabeza a pies. En esta

ocasión, no hubo billetes de cinco libras. Con el neopreno mojado y lleno de arena, descalzo y arrastrando la bolsa impermeable cruzó sobre el vestíbulo camino de la hilera de ascensores, ante la expresión de sorpresa de los recepcionistas.

—¿Va todo bien, señor Allen? —preguntó el conserje, boquiabierto, instalado tras un largo mostrador de caoba.

—Perfectamente, solo he ido a darme un baño —repuso James, con una sonrisa indiferente.

Tras someter a sus doloridos músculos al agua fría y caliente de una ducha reconfortante, volvió a la calle en busca de una droguería. Collins aún dormía cuando regresó a la habitación y sumergió la campana en un baño químico. Durante las horas posteriores, no podía hacer nada más que esperar, de modo que se puso el pijama, se tendió en la cama y se quedó dormido al instante. Unos suaves golpecitos de nudillo contra la puerta de la *suite* interrumpieron su descanso. Con los ojos entreabiertos, esperó a que Collins se ocupara de la puerta, pero no lo hizo porque el repiqueteo se repitió, esta vez con más denuedo.

—Ya voy —dijo James, levantándose con un largo quejido.

Allen abrió la puerta de la habitación y se topó con el conserje en el umbral. Vestido de manera elegante, como correspondía a un hotel de la categoría del Dorchester, se lo quedó mirando circunspecto. En una placa pegada al traje oscuro figuraba su apellido: «Peel».

—Verá, señor Allen, esto es muy embarazoso… —comenzó a decir, titubeante, mientras lanzaba miradas curiosas sobre los hombros de James—. Los huéspedes de la planta se han quejado del mal olor que sale de su habitación. Si pudiera…

James no se movió de su sitio, impidiéndole al conserje el acceso a la *suite*.

—A mí no me huele a nada. Busque en otro sitio. —Y cerró.

James ignoró los golpes contra la puerta, en los ya que no había ni atisbo de cortesía. Desde el otro lado, le llegaba el murmullo de protestas y lo que le pareció un «voy a llamar a la policía». En dos pasos, Allen se plantó ante la mesa de mármol. Dentro de un recipiente de cristal con forma de prisma rectangular descansaba la campana en un líquido transparente que desprendía un fortísimo olor a disolvente químico. La capa de costra casi había desaparecido y lucía con un dorado apagado, como si la hubiesen frotado con un papel de lija de grano grueso.

James dejó la mesa y abrió las tres ventanas de la *suite*, buscando ventilarla antes de que llegase la policía, si es que el conserje cumplía con su amenaza, cosa que no dudaba a tenor de la fría mirada, por no decir glaciar, que le lanzó mientras la puerta de la habitación se cerraba contra sus narices. Luego regresó al recipiente, se enfundó las

manos en unos guantes especiales y sacó la campana. Tras secarla con un paño, que luego extendió sobre la mesa, la puso sobre él.

—¿Qué es eso? —preguntó Collins, a su espalda. Ni una palabra sobre el intenso olor que destilaba el líquido transparente.

—Ayúdame. Tenemos que deshacernos de esto.

Entre los dos cogieron el recipiente y vertieron el contenido por la taza del inodoro. James tiró dos veces de la cisterna y se deshizo de los guantes.

—Deberías recoger un poco eso —le dijo Allen, mirando los restos acumulados en la mesita que había delante del televisor—. Vamos a tener visita…

No había concluido la frase cuando la puerta de la *suite* se abrió de par en par, y el conserje irrumpió en la habitación con dos agentes uniformados de Scotland Yard.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —inquirió James, mirando al grupo con falsa indiferencia.

A excepción de que estaba un poco revuelta, todo en la habitación daba la impresión de estar en orden. Los agentes intercambiaron una mirada entre sí, levantando las cejas inquisitivamente. El conserje paseó la mirada por todas partes hasta que detuvo los ojos en las ventanas abiertas.

—Usted no me engaña, señor Allen. Aquí está pasando algo raro y voy a averiguar qué es. Agentes, por favor, registren la *suite*.

Collins se echó a un costado para que uno de los policías entrara en su dormitorio. Un tal Stephenson, según una etiqueta cosida a la solapa de su chaleco negro. Su compañera, la agente Blair, se perdió en el dormitorio que ocupaba James. Este, entretanto, tomó asiento en uno de los sillones y cruzó las piernas, observando con una sonrisa enigmática al conserje.

—¿Qué es esto? —le preguntó el conserje a Collins.

El analista de sistemas juntó los hombros.

—¿Una campana?

Peel hizo un gesto de desdén y permaneció de pie a la espera de que los agentes de policía concluyeran su registro. No habían pasado ni cinco minutos, y Stephenson y Blair volvieron a reunirse en el salón, cruzaron miradas e hicieron muecas con la boca.

—Señor Peel —dijo Blair, tomando la iniciativa—, siento decirle que todo parece en orden.

El conserje se sacudió y se aclaró la garganta.

—¿Cómo que en orden? Esta mañana, este señor —señaló a James, que seguía en pijama recostado en el sillón— ha aparecido en el hotel con un… traje de esos de buceo y ha recorrido mi vestíbulo dejando un rastro de agua y arena tras él. Luego esa peste tan horrenda que salía de la habitación… ¡Aquí, está pasando algo! —vociferó fuera de

sí con voz histérica.

—Serénese, señor Peel —quien habló en esta ocasión fue Stephenson—. Le aseguro que no hemos encontrado nada fuera de lugar. Bucear en invierno puede resultar un tanto excéntrico, pero no es un delito en el Reino Unido. De modo que nos marchamos.

—Sentimos la intromisión, señor —se disculpó Blair, mirando a James, quien, ahora sí, se puso de pie para despedir a los agentes.

—Solo cumplen con su deber —dijo, acompañándolos a la puerta.

—Esto no acabará así —graznó el conserje—. Pienso hablar con el director para que los eche a patadas a usted y al… *guarro* de su compañero.

James cerró la puerta con suavidad y suspiró con fuerza.

—Nos hemos librado por poco.

—¿Por qué ese tío con cara de estreñido me ha llamado guarro?

—Veamos el resultado —dijo James, riendo. Concentrado, rodeó la campana con las manos y la alzó con veneración, igual que si sostuviese el mismísimo Santo Grial.

****

40

Isla de Skye, Highlands

Portree. DESDE lo alto de la colina, Patricia contemplaba la bahía de El puerto estaba bordeado por bellas casitas pintadas recortadas sobre un fondo montañoso, que lucía a caballo entre blancuzco y verdoso. Pequeñas embarcaciones de colores se balanceaban suavemente sobre las serenas aguas de un mar ceniciento, orientadas mar adentro por efecto de la marea. Había dejado de llover y se atisbaba un poco el sol. En el horizonte lejano, la lluvia se veía como una liviana cortina.

La sargento abandonó el mirador y descendió paseando una empinada calle repleta de tiendas para turistas, que la llevó al puerto. El olor a fritura que desprendían los *fish & chips* se entremezclaba con el olor a salitre y gasoil. Las sombras de unas gaviotas se deslizaban sobre el empedrado. Por un momento se quedó parada y dejó vagar su mirada. El sitio era maravillosamente sosegado, y estaba como a ella le agradaba: casi vacío de gente. Solo algún que otro parroquiano que habría bajado hasta allí en busca de pescado fresco del día. Nada de turistas. Estábamos a las puertas del invierno y estos preferían otras zonas menos inhóspitas.

Alex había regresado a la comisaría, asuntos urgentes aguardaban sobre su escritorio. Se había ofrecido a llevarla en coche hasta Broadford, pero ella había preferido quedarse allí. Deseaba conocer Portree. No sabía bien por qué, pero su fino instinto de policía le gritaba que aquel lugar era clave en la comisión de los asesinatos. El caso no era suyo, pero se sentía atrapada por él como una drogadicta. Ya no lo hacía por ayudar a Alex, lo hacía por ella misma. Sopesando todo ello recorrió el embarcadero a paso de tortuga, alternando la vista de la bahía a la hilada de construcciones de dos plantas con fachadas de llamativos colores: rosa pálido, azul eléctrico, verde

esperanza y calabaza. Al final del muelle localizó una tienda que alquilaba bicicletas. Entró y preguntó por la biblioteca.

Pedaleando cuesta arriba llegó hasta Viewfield Road. Arquitectónicamente hablando, el edificio que acogía la biblioteca no era nada del otro mundo. Rectangular y con dos plantas, la fachada encalada tenía muchas ventanas. Demasiado moderno para un entorno tan rústico. Tras asegurar la bicicleta en la pata de un banco, y antes de entrar, Banner merodeó por los alrededores buscando sin éxito cámaras de vigilancia.

El interior lo recorrió con la mirada. Como era domingo había pocos usuarios y las mesas de lectura se mostraban casi vacías. Instalada tras un mostrador, había una mujer de unos sesenta años con unas finas bifocales de color rosa montadas sobre su afilada nariz y sujetas alrededor del cuello por un cordón delgado repleto de piedrecitas. En ese momento, tenía un pequeño archivador entre las manos y movía pequeñas fichas rectangulares de cartón, pareciese que ordenándolas. Patricia dirigió sus pasos hacia ella.

—Buenos días, ¿podría hablar con la bibliotecaria?

La mujer detuvo sus movimientos y, con una ficha de cartón en la mano, miró a Patricia por encima de las gafas.

—¿Y usted es? —Su tono sonó redicho.

—Me llamo Patricia Banner.

—¿Y qué desea?

Patricia se descolgó a medias el bolso del hombro y rebuscó dentro. Con el móvil en la mano, pulsó varias veces sobre la pantalla brillante. A continuación, le dio la vuelta y se lo mostró con una imagen de Sacha Martin.

—¿Recuerda haber visto a esta mujer en la biblioteca?

La bibliotecaria depositó la ficha de cartón sobre la mesa y empujó las gafas hasta encajarlas en el puente de la nariz; a renglón seguido, se inclinó sobre el teléfono y aguzó la vista.

—¿No es una de las mujeres asesinadas?

—¿La ha visto entonces?

La bibliotecaria se apartó y agitó la mano.

—Vi su cara en los periódicos.

—¿Podría confirmar en sus archivos si retiró algún libro?

La mujer entrecerró los ojos y la miró con aire escéptico.

—¿No será usted de la prensa?

—No, soy sargento de la Policía de Escocia.

La mujer no se dejó convencer.

—¿Podría ver su identificación?

Banner suspiró. Volvió entonces a descolgarse el bolso, descorrió la cremallera de un bolsillo interior y sacó una placa. Solo después de un minucioso escrutinio, pareció conformarse y se derribó en parte el

muro de la desconfianza.

—¿Cómo me dijo que se llamaba la mujer de la foto?

—Martin. Sacha Martin. Como suena.

La bibliotecaria le dio la espalda a la sargento, fue hasta un modesto escritorio donde reposaba un ordenador algo obsoleto, y se sentó. Mientras Patricia la veía inclinada sobre el teclado, buscando cada letra antes de pulsarla, ella permaneció con un codo apoyado en el mostrador, tabaleando impaciente en la madera.

—Pues sí —dijo al fin—, se hizo con un libro… una guía de viajes de Portree, el 21 de octubre pasado, y la devolvió cinco días más tarde. El 26.

Patricia volvió a tocar la pantalla de su *smartphone*, buscando otra fotografía.

—¿Conoce a esta otra mujer?

La bibliotecaria se levantó y arrastró los pies hasta el mostrador. En esta ocasión, la mirada fue breve y su rostro se ensombreció al instante.

—Era Regina.

—¿Era amiga suya?

—No diría tanto como eso, pero en el pueblo todos nos conocemos.

—¿La vio últimamente por aquí?

La bibliotecaria adoptó una pose pensativa.

—Vendría… a finales de octubre.

—¿Buscaba algo en particular?

—Una novela.

—¿Por qué está tan segura?

—A ella le encantaban las novelas de amor de Rosamunde Pilcher —recordó con una sonrisa un tanto triste—, y aquí las tenemos todas.

Patricia, asintió. La fecha no le encajaba, eso debió ser antes de su desaparición.

—¿Y no volvió más tarde? —insistió.

—Ahora que lo menciona… —murmuró, asintiendo—, sí, la volví a ver.

—¿Cuándo?

—Déjeme pensar… sí, poco después, hacia primeros de noviembre. Además —frunció el ceño—, fue un poco raro.

Patricia tenía sus ojos clavados en ella, apremiándola con la mirada.

—Me acuerdo de haberla visto cruzar hacia la estantería donde están las novelas románticas… Incluso, alzó la mano para saludarme, pero, ahora que lo pienso, nunca vino al mostrador. Espere, voy a comprobar una cosita.

La mujer volvió a sentarse ante el ordenador y movió el ratón hasta depositar el cursor sobre una carpeta amarilla: «Registro». Hizo doble

clic. Transcurridos un par de minutos, movió un poco la cabeza hacia Patricia.

—En efecto, ese día no se llevó ninguna novela nueva, y todavía consta en su poder *Voces de verano*. ¿Usted cree que podremos recuperarla para el fondo de la biblioteca? Sería una pena tener la colección incom…

Banner se apartó del mostrador un poco y se ensimismó. Ni remotamente dudó de la bibliotecaria, esas mujeres eran cualquier cosa menos desmemoriadas. Así pues, la señora Stone, el día en que pudo desaparecer, acudió a devolver un libro y a coger otro. Sin embargo, no hizo ni una cosa ni la otra.

«Entonces…, ¿qué ocurrió?».

II

—Inspector jefe, ¿puedo pasar? —dijo el agente Clarke, a la puerta de su despacho.

Alex alzó la vista de unos informes y le hizo señas con la mano.

—Entra, John, entra.

El joven agente cruzó el umbral y, sin siquiera esperar permiso, movió una silla y se sentó ante él.

—¿Qué le ha ocurrido en la nariz? —le preguntó, viéndola hinchada y amoratada.

—Nada de importancia, y tú, dime ¿qué es tan urgente?

—¿Se acuerda de que me ordenó investigar antecedentes de abusos en la población isleña?

Scott asintió y, dejando lo que estaba haciendo, juntó el ceño un poco y se lo quedó mirando.

—Pues he encontrado algo.

—¿Alguien sufrió abusos en su infancia?

Clarke movió la cabeza de un lado a otro.

—Alguien cometió abusos sexuales. Resulta que en Broadford vive un hombre que cumplió condena en la prisión de Inverness por un delito sexual.

Scott no sabía qué decir.

—¿De quién se trata?

El agente puso en la mesa un cuaderno, lo abrió y empezó a pasar páginas.

—Es un tío de cuarenta y siete años… y su nombre es…

—Vamos, joder. El nombre —lo apremió. Sin percatarse se había inclinado sobre la mesa y contenía la respiración.

—El nombre es…

El inspector jefe volvió a recostarse en su asiento lentamente. Cerró los ojos y se masajeó la frente. No sabía por qué, pero se lo había imaginado.

****

41

Londres, Inglaterra

James Allen volvió a dejar la campana en la mesa con su cabeza alborotada de ideas. Ya sabía cómo se llamaba el mercante holandés naufragado en el Canal de la Mancha en 1665. El siguiente paso sería conocer su carga y su origen. Al analista de sistemas se le ocurrió consultar en los archivos de la compañía Lloyd' s of London que, en el siglo XVII, fue pionera asegurando los cargamentos marítimos, y se afanó en ello durante horas. En todo ese tiempo, casi no se movió de la silla. De cuando en cuando se levantaba, daba una vuelta concentrado a la habitación, volvía a sentarse y comenzaba a escribir en el teclado a una velocidad increíble. Todo ello sin decir esta boca es mía.

—James, creo que tengo algo —informó, rompiendo el silencio de la estancia.

Allen cerró el periódico y lo depositó doblado sobre una mesita baja. Se levantó del sillón, rodeó a Collins y apoyó las manos sobre sus hombros, de cara a la pantalla.

—Cuéntame.

El *exhacker* movió el puntero del ratón sobre la pantalla del MacBook y clicó sobre un enlace, abriendo una página *web*.

—Verás, desde sus orígenes —comenzó a explicar Collins—, empleados de Lloyd's vienen anotando a mano todos los naufragios de buques cuyas mercancías aseguraba la compañía. Lo hacen en lo que llaman Libros de siniestros o *Loss Books*. Claro que, actualmente, esto se mantiene solo por tradición.

—¿Dónde podemos encontrarlos? —preguntó James, cada vez más interesado.

—Hay uno expuesto en el vestíbulo de la sala de Suscripción, junto

GRABADO en letras doradas vio un nombre: *Flying Dutchman*.

a la campana rescatada del *HMS Lutine* en 1779… ¿Sabías que aún hoy en día se hace tocar cuando un navío naufraga?

James inspiró y se apartó unos pasos.

—Collins, por favor…

—De acuerdo, de acuerdo —repuso, alzando las manos en señal de rendición—, al que le gustan las historias de barcos es a ti… En fin, el resto de los *Loss Books* están almacenados en los archivos.

El rostro de James resplandeció. Controlando el impulso de echarse sobre Collins para abrazarlo, dio un rodeo a la mesa hasta situarse frente a él.

—¿Incluso los de 1665?

—Es de suponer que sí.

Regocijándose, Allen dio un golpe con las palmas de las manos, una contra la otra.

—Genial, ¿puedes conseguirlos?

—Lo siento. Me he colado en su sistema informático —señaló— y he descubierto que los documentos históricos no están en formato digital.

—Entonces…

—Solo se pueden consultar presencialmente.

—Pues vamos a sus oficinas.

—No es tan sencillo, James. Es necesaria una demanda basada en motivos culturales.

—Joder. —Allen se lamentó y comenzó a recorrer la sala con un gesto pensativo. Entonces paró y chasqueó los dedos.

»¡Claro! Yo soy profesor de Historia. Podría argumentar… no sé…, que estoy preparando una tesis doctoral, ¿qué te parece?

—No sé, James —dijo reticente—, estos procedimientos administrativos suelen durar semanas.

El rostro del escocés se apagó.

—Victoria no tiene ese tiempo.

La habitación se sumió en un prolongado silencio.

—Claro que hay otra forma… —dijo Collins, mostrando los dientes.

****

42

Isla de Skye, Highlands

LEVABA callado tanto tiempo que la situación comenzaba a ser incómoda. Clarke, sentado ante él, no sabía ya hacia dónde mirar. Enterarse de que aquel hombre había estado en la cárcel por abusar de una mujer fue un golpe durísimo para él. No era tan ingenuo para no pensar que esto lo convertía en el sospechoso principal. El ambiente seguía tenso entre los isleños y, si se corría la voz, lo lincharían sin contemplaciones. Ante esta diatriba, Alex se levantó de un salto.

—Acompáñame, vamos a Broadford. Coge un coche patrulla y sígueme. —Scott Descolgó su chaquetón del perchero y dirigió sus pasos hacia la puerta.

—Tengo que recoger mis cosas.

—Date prisa. Te espero en el aparcamiento —dijo Scott.

Cuando el agente Clarke abandonó el edificio enfundado en un impermeable fluorescente y la gorra de plato en la cabeza, el inspector jefe lo aguardaba con el motor en marcha. Lo vio introducirse en un coche, sacarlo del aparcamiento y colocarse detrás de él. Entonces, Scott arrancó y ambos abandonaron el aparcamiento en fila india, recorrieron el puente y se plantaron en Broadford en un tiempo récord. Scott se apeó y fue al coche policial. Golpeó con los nudillos el cristal del conductor y Clarke lo bajó.

—Espera aquí.

Alex puso la mirada en una vivienda. Era una casa familiar como muchas de la zona. Tenía un modesto jardín cubierto de nieve a trozos. El camino de pizarra que lo atravesaba había sido barrido y montoncitos de nieve sucia se acumulaban en los laterales. A unos metros, había un parque infantil solitario donde un columpio sujeto con cadenas a una estructura de madera se mecía despacio impulsado por la brisa. La chimenea exhalaba volutas de humo blanco que se

disipaban rápidamente. A un lado había un tendedero con ropa colgada moviéndose con el aire. Del edificio partía un estrecho sendero de tierra que parecía bajar hasta el lago. A través de las ventanas veía las luces del piso de abajo encendidas. Las del primer piso estaban apagadas.

Apesadumbrado, Scott cruzó la verja verde y recorrió el corto camino de acceso. Sus pisadas rechinaban. Alguien había esparcido sal para evitar que se formaran capas de hielo. Con los nudillos llamó a la puerta y esperó. Nada más abrirse, Alex se encontró una mujer esperando. Envuelta en un jersey de lana color crema, era de una belleza desacostumbrada. Se quitó las gafas de sol y las sujetó por la patilla en el bolsillo superior del chaquetón, luego, algo incómodo, se aclaró la garganta.

—Buenas tardes… usted debe de ser Mariam, ¿no?

Ella miró primero a Alex y luego, por encima del hombro de este, al coche patrulla aparcado al comienzo del camino, con un policía uniformado dentro.

—¿Sucede algo? —preguntó, echándose mano a una cadenita de oro que le colgaba del cuello.

—No. Venía a hablar con Will.

Gordon surgió en el umbral, detrás de su esposa.

—¡Ah, hola, Alex! —Y, dirigiéndose a Mariam, le dijo—: Es Alex. Scott. ¿Recuerdas? Te he hablado de él.

Ella asintió despacio. El gesto de preocupación no se había retirado de su rostro cuando se fue a atender los llantos de un bebé.

—¿Quieres pasar? —preguntó Will, con expresión risueña. Se percató entonces de la presencia del Volvo de la Policía y la sonrisa se esfumó de su cara al tiempo que notaba cómo el pulso se le aceleraba.

—Preferiría que diéramos un paseo —contestó, dando un paso hacia atrás, hasta bajar el escalón que conducía a un entarimado.

—Esta visita no es amistosa. ¿Verdad?

No necesitó respuesta.

—Mariam, cariño, ahora vuelvo. Voy a fumarme un cigarrillo —dijo en voz alta, hacia el interior de la casa.

Will salió al entarimado, dejando entornada la puerta de la casa. Se unió a Alex y comenzaron a pasear, uno al lado del otro, sin decirse nada; pasaron por delante del parque infantil y se acercaron al borde de la colina, donde nacía el sendero que efectivamente caía hasta morir en la orilla del lago. Mientras, la esposa de Will los observaba desde una ventana. Un llanto consiguió que se retirase, devolviendo la cortina a su sitio. El sol se hallaba cerca de fundirse con el horizonte.

Scott apoyó un pie contra una cerca inestable.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió al fin, mirando la superficie grisácea del lago y las montañas del fondo.

Will resopló y metió dos dedos en el bolsillo superior de su camisa. Sacó un paquete de Lucky Strike y encendió un cigarrillo. Mirando al vacío expelió el humo y soltó la ceniza.

—¿Cómo pude ser tan ingenuo de pensar que podría dejar atrás algo así? —dijo, más para sí que respondiendo al inspector jefe.

El silencio volvió a reinar entre ellos. De la carretera llegaba el murmullo del tráfico ocasional mientras el pitillo se consumía entre los dedos de Will.

—Mariam no sabe nada.

—Joder, Will —le recriminó Alex.

—¿Cómo podrá siquiera mirarme a los ojos? —preguntó con la voz entrecortada y exhaló un suspiro. Con la cara orientada al infinito su mirada se volvió borrosa.

Alex retiró el pie de la cerca y puso una mano en el hombro de su amigo.

—Will, lo lamento, pero te aseguro que me tendrás a tu lado.

Gordon le apartó la mano y lo miró a los ojos. La ceniza se cayó al suelo con el brusco movimiento.

—No soportaría volver a la cárcel. Lo sabes, ¿verdad?

Alex no tenía claro si estaba desahogándose o procuraba decirle algo más.

—Trataré esto de la manera más discreta posible, pero sabes que no puedo dejarlo pasar.

Volvieron a quedarse callados. Esta vez el rato fue largo. Will apuró el cigarrillo, frotó la colilla contra la cerca y la arrojó a la hierba. Con la luz del crepúsculo, las formas que tenían enfrente empezaron a desdibujarse, como en un cuadro impresionista.

—¿Por qué has venido acompañado?

Este no contestó.

—¿No te fías de mí?

—No es eso, Will. —Pero en el fondo, sí era eso, y Alex se sintió avergonzado.

Volvieron las miradas al frente, a las aguas de *Loch Portree*, que se iban ennegreciendo.

—¿No vas a preguntarme si fui yo quien violó y asesinó a esas dos mujeres?

La pregunta pilló por sorpresa a Alex.

—¿Lo hiciste? —preguntó con un nudo en el estómago.

Will le sostuvo la mirada un segundo antes de bajar la suya a la hierba. Le bastó ese tiempo para leer en los ojos de Alex su duda.

—¡Vete a la mierda! —dijo, y se marchó.

Desde el borde de la colina Alex vio cómo entraba en casa y cerraba de un portazo. El ruido resonó como un disparo. Mientras caminaba al coche, vio la silueta de su amigo a través de las cortinas. Entre sus

brazos, acunaba a un bebé.

****

43

Isla de Skye, Highlands

Scott se despidió de Clarke y subió a su coche. Apesadumbrado, arrancó y condujo hasta The Mountain Creek House. Todo el camino fue dándole vueltas a la cabeza. Antes de bajarse, llamó por teléfono a Clarke.

—John, por favor, no comentes a nadie lo de Gordon. Quiero consultar con la almohada cómo afrontar este asunto.

Alex, concentrado, recorrió el camino de entrada y subió al porche. La luz de la cocina estaba encendida y vio a Susan por la cristalera, moviéndose. No tenía ganas de hablar con nadie, de manera que se arrellanó contra el respaldo de una de las mecedoras y empezó a balancearse con los ojos cerrados. Una repentina luminosidad y el traqueteo de rodadas lo despertaron de golpe. Entreabrió los ojos y se incorporó un poco. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero no debía de ser mucho. Seguía oyendo a Susan en la cocina. Un coche oscuro se detuvo delante del porche. El motor se paró y los halógenos se apagaron. Cuando las portezuelas se abrieron, el habitáculo se iluminó un instante, mostrando los rostros de Hector y Patricia, para volver a sumirse en la oscuridad cuando las portezuelas se cerraron.

Estaban riéndose.

Salvaron los tres escalones juntos, casi rozándose, y llegaron al porche. Alex tosió un poco, haciendo notar su presencia.

—¡Vaya susto! —exclamó Patricia, con la mano en el pecho.

—Hector…, Patt. —Su tono de voz sonó serio.

Hector hizo un gesto con la cabeza.

—Verás —empezó a decir Patricia—, en Portree me encontré con Hector y me ha traído de vuelta. —Alex apreció una cierta vibración dubitativa en el timbre de su amiga.

Al anfitrión se le escurrieron las llaves de las manos y fueron a parar al suelo. Se agachó para recogerlas y las introdujo con premura en la puerta.

—Ya estamos en casa —anunció Hector, luego cruzó el umbral, adelantándose a Patricia.

La sargento se quedó quieta, mirando a Scott, y frunció la cara.

—¿Va todo bien?

Alex la miró y sacudió la cabeza.

Patricia entornó la puerta de entrada y fue a sentarse en la otra mecedora. Permaneció con la espalda separada del respaldo, bloqueando el balanceo, y le puso una mano en la rodilla.

—¿Vas a contarme qué sucede? —le preguntó, en voz baja.

Alex volvió la cara hacia ella.

—Es Will —repuso, en un tono tan bajo que apenas se entendía.

Patricia alzó la ceja, con aire inquisitivo.

—¿Recuerdas que Susan nos contó que estuvo en la cárcel?

Patricia asintió tan levemente que en la penumbra casi no se apreció su gesto.

—Lo condenaron por agresión sexual. —Su voz apenas era un susurro para que nadie más pudiera oír sus palabras.

Ahora sí que Patricia se echó hacia atrás en la mecedora y se puso a mirar el cielo estrellado. Permanecieron así un rato que se prolongó más de la cuenta. Callados. Patricia volvió a erguir la espalda.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

Patricia se enfadó.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó, alzando la voz—. ¡Tienes que denunciarlo!

—Por favor, Patt, baja la voz —le pidió, mirando de reojo la delgada columna de luz que se filtraba por la puerta entreabierta.

—¿Has hablado con él?

—Vengo de hacerlo. Joder. Su esposa no sabe nada. Patt, es imposible que él sea nuestro asesino, y si lo denuncio, su vida se convertirá en un infierno.

Patricia exhaló un suspiro y rebajó el tono desaprobador que venía manteniendo, sustituyéndolo por otro casi paternalista.

—Entiendo lo que dices, Alex, pero más pronto que tarde saldrá a la luz. Debes adelantarte.

—Lo sé —dijo Scott, poniéndose de pie con un jadeo—. Ese es el problema.

Patricia lo imitó.

La puerta de la casa se abrió y Susan apareció en el porche.

—Pareja, la cena estará lista en cinco minutos.

—Gracias, Susan, entramos enseguida —dijo Alex.

Susan volvió a la casa y cuando Patricia se encaminó hacia el rectángulo de luz, se paró.

—¿No vienes?

—No tengo hambre. Por favor, discúlpame ante Susan y Hector, prefiero dar una vuelta. Tengo mucho en qué pensar.

Patricia seguía en el umbral, sin acabar de entrar.

—Otra cosa. —Patricia lanzó una breve mirada furtiva a la puerta y bajando la voz hasta convertirla en un murmullo, señaló—: En cuanto a lo de antes, no saques conclusiones precipitadas. Entre Hector y yo no pasa nada.

—Ya eres mayorcita para saber lo que haces —le dijo, dio media vuelta y bajó del porche.

Sus pasos lo guiaron hasta el The Crown & Rose. Cuando entró, confiaba en encontrarse con Will y poder charlar con él; sin embargo, lo buscó sin éxito por el local. Llevaba varios días sin probar el alcohol, pero esa noche le apetecía algo fuerte, así que escogió una mesa en un rincón y pidió un *whisky* con hielo, al que siguieron dos más.

Era tarde. Su reloj de muñeca marcaba las diez y la cabeza comenzaba a darle vueltas, pero no deseaba marcharse. Absorto y con la vista perdida agarró la última copa y se la llevó a la boca. Volvió a dejarla sobre la mesa y se limpió los labios con la palma de la mano.

—¿Me invitas a una? —La voz procedía de una mujer resultona. Tendría poco más o menos la edad de Alex, el pelo moreno recogido en una trenza y, por debajo de un abrigo de lana azul, lucía dos finas piernas cubiertas por medias negras de seda.

Necesitaba compañía y Alex gesticuló para que se sentara con él. La chica lo hizo y cruzó las piernas, mostrándolas más de lo debido en un gesto estudiado para llamar la atención sobre ellas.

—¿Qué estás tomando? —Su voz sonó seductora.

—*Whisky*, ¿quieres uno?

Ella le ofreció una sonrisa blanca y asintió. Mientras Scott pedía, la joven introdujo la mano en su bolso y pulsó el botón de una grabadora.

—Bueno, bueno —le dijo ella—. ¿Por qué pareces tan triste?

****

44

Isla de Skye, Highlands

IGUAL que los cambios de períodos en la Historia, acostumbraba a decir Brian, venían marcados por grandes acontecimientos —la Edad Antigua acabó con la caída del Imperio Romano, la Edad Media con el descubrimiento de América, o la Moderna con la Revolución Industrial —, su vida también se movía al compás de regulares acontecimientos. A los nueve años de edad, sus padres se divorciaron; nada más cumplir los dieciocho, hizo el amor por vez primera con la preciosa Stacy; nueve años más tarde, a los veintisiete, se casó con Erin; y a los treinta y seis nació Emille, su hija mayor.

Él siempre la llamaba así, «la mayor», a pesar de que era su única hija. No siempre fue así. Hubo una época en que Emille tuvo una hermana pequeña, Martina; sin embargo, un día después de su noveno cumpleaños falleció de meningitis. Entonces su vida dio el primer giro considerable. Nueve años más tarde, su vida volvió a cambiar. Fue cuando se mudaron a Portree. Lo primero que hizo en cuanto recibió la llamada de Griffiths & Warehouse para ofrecerle un trabajo en una agencia de mediación de seguros, fue acudir a un mapa y buscar Portree. A la familia se le antojó una idea regular pero accedieron, y pasaron de página en la historia de los Curtis. Ahora, a punto de cumplirse otro ciclo de nueve años, algo volvería a cambiar.

Ese día, Brian Curtis iba a morirse.

Bueno, para ser preciso, lo haría en la madrugada del día siguiente.

Brian estaba acodado en la barra del *pub* Sixpence de Portree, donde acudía asiduamente después del trabajo. Con la mano derecha, sostenía por la panza un botellín de cerveza Carling. Del mostrador iba a su boca en movimientos cadenciosos casi perfectos. Veintitrés segundos en la barra, dos segundos en el aire, dos segundos pegados a los labios, y vuelta a empezar.

Después de la primera botella empezó a sentir ganas de ir al baño. No pasaba nada, sabía que su vejiga aguantaría aún otro rato más. Con la tercera botella aquello comenzaba a desbordarse.

«Qué raro, hoy no he podido terminarla».

Barruntando acerca de la idea de tener algún problema con la próstata, apoyó la cerveza a medias sobre la barra, se bajó del taburete y se dirigió hacia el lavabo de caballeros sin hacer escalas.

El sonido de la campanilla que había sobre la puerta lo cogió

subiéndose la cremallera. Despreocupado, Brian volvió a ocupar su sitio, aún caliente, y echó mano de la cerveza. Con un gesto ceñudo, devolvió la botella vacía al mostrador. Este último trago le había sabido raro. Cuando salía del *pub*, después de casi una hora, sintió que todo se movía a su alrededor, igual que si estuviera en la cubierta de un barco en medio de un temporal. Apoyándose en las paredes, anduvo hasta casa y se fue directo a la cama. Luego empezaron los vómitos y la tos seca. Erin, su mujer, no empezó a asustarse hasta que, de madrugada, llegaron las hemorragias. Entonces llamó a emergencias.

Para cuando llegaron las asistencias, varios minutos después, Brian Curtis ya era historia.

****

45

Isla de Skye, Highlands — *API, ¿por qué dejaste que me hicieran esto?»*

La pesadilla, dolorosamente desgarradora, se evaporó al instante en cuanto sus ojos se abrieron. Estaba agitado y tenía la frente sudorosa. El despertador marcaba las 6:39. Las sienes le palpitaban y en la boca aún podía sentir la aspereza de la última copa de *whisky*. Antes de volver a quedarse dormido, gruñendo, apartó la manta con los pies y se sentó al borde de la cama, donde permaneció unos minutos desperezándose. Luego fue al aseo, hizo pis, se mojó la cara con agua fría y se lavó los dientes para quitarse el mal sabor de boca que le propinaba la resaca.

Unos minutos después, corría por el arcén, en el que apenas sí quedaban acumulados pequeños montículos de nieve. Necesitaba expulsar el alcohol de su cuerpo, o la señorita Rottenmeier lo notaría y le soltaría la charla. Su forma había mejorado algo, pero después de la borrachera de la noche anterior, todo se había esfumado. Con un incipiente dolor de flato en el abdomen, pasó por delante del quiosco de prensa, que aún permanecía cerrado, y se desvió en dirección al lago. Cuando aún recorría la orilla del lago, lo alcanzó un amanecer de un claro tono ocre. El día prometía estar despejado. Al menos eso era lo que había asegurado el hombre del tiempo, aunque Alex sabía a la perfección que la meteorología en las Tierras Altas era cualquier cosa menos predecible.

Subiendo por una empinada cuesta, abandonó la costa dos kilómetros más allá y se internó en un ondulante sendero boscoso, donde los rayos de sol apenas sí se abrían camino entre los árboles. Excepto por el trinar de los pájaros y del ruido que hacían las ramas de los abedules, el silencio resultaba sobrecogedor. En una encrucijada, tomó el ramal de la derecha, pasó por delante de un banco cubierto de musgo húmedo, y enfiló una pista de grava en penumbra semienterrada entre helechos y acículas de pino.

A esa altura del recorrido, el incipiente flato se había convertido en un molesto dolor y el aire le llegaba con dificultad a los pulmones. Se detuvo, encorvó la espalda y apoyó las manos en las rodillas. Cuando recuperó el aliento, continuó un rato caminando. En cuanto el dolor remitió, otra cosa ocupó su mente: aquella extraña muchacha que conoció en el The Crown & Rose. Después de sacarle unas cuantas

copas y vaciarle la cartera, desapareció sin más. Para olvidarla, volvió a correr. Los árboles desaparecieron de su vista y subió y bajó por las pequeñas colinas de Faerie Glen, la parte preferida de su ruta; sin embargo, ese día llevaba la cabeza demasiado gacha para disfrutar del paisaje. Solo miraba sus zapatillas de deporte embarradas. Sentía los calcetines húmedos por el rocío acumulado en el tapiz verde que pisaba. Unos siete kilómetros después, abandonó el Valle de las hadas e inició el camino de vuelta a casa. Sus fuerzas estaban al límite, así que atajó por un amplio prado vallado y regresó a la carretera principal justo a la altura de una casa de piedra encarcelada entre las ramas de rosales trepadores.

Freddy ya había abierto el quiosco de prensa y, sobre un tablón alargado, terminaba de exponer todos los diarios. Alex se apartó los auriculares de las orejas.

—Buenos días, Freddy —lo saludó, alzando la mano.

—Hoy vienes más temprano de lo acostumbrado.

Sin resuello y sudoroso, Alex se paró y paseó los ojos por las primeras planas. Le gustaba hacerlo todas las mañanas. De una ojeada, se formaba una idea bastante aproximada de lo que ocurría en el país: Surrey en alerta por terremoto… Dos ciudadanos británicos expuestos al agente nervioso Novichok… Hallado el cuerpo de una niña de cuatro años al sur de Gales… El gobierno prepara el funeral de la reina Isabel II en una operación llamada «London Bridge»… Buscó el *Scots Independent* y dio con él al final de la tabla.

Cuando vio el titular, el alma se le cayó a los pies.

****

46

Londres, Inglaterra

AQUELLA mañana invernal el inspector Shaw apretaba el paso por Victoria Embankment, con las manos dentro de unos guantes de piel y los hombros subidos. Junto al río la típica niebla londinense comenzaba a disiparse, dejando entrever otro cielo nublado. Cuando llegó a la sede central de Scotland Yard, entró.

Era demasiado temprano incluso para él. Shaw tenía fama de madrugador; sin embargo, cuando se sentó detrás de su escritorio con forma de ele, la manecilla del horario no había llegado aún al siete. Apenas una hora antes, había recibido una llamada telefónica del superintendente, que a su vez había recibido otra del director del Dorchester, poniéndole sobre aviso respecto a un huésped díscolo que ocupaba la *suite* Belgravia, la más emblemática del hotel. Al parecer, ahora, Scotland Yard se dedicaba también a los clientes que no pagaban o que hacían demasiado ruido. A lo largo de su dilatada experiencia, no obstante, Shaw había llegado a entender que, en Inglaterra, casi todo podía pasarse por alto, excepto ofender a las tradiciones; y mancillar el nombre de un hotel centenario que contaba entre sus ilustres huéspedes con la mismísima Isabel II se encontraba entre una de ellas.

El director del Dorchester lo quería fuera del hotel esa misma mañana, y eso resultaba un problema si no había una causa legal. Así era Inglaterra. Sobre su escritorio encontró una delgada carpeta que abrió con cierta pereza. El dosier se componía de dos hojas. Antes de tomar entre los dedos la primera y leer su contenido, se colocó unas gafas de lectura. Leyó el documento en un minuto, lo dejó en su sitio y se hizo con la segunda hoja. Con el papel entre las manos, el inspector se recostó en la silla y dejó vagar sus ideas.

El informe policial hablaba de fuertes olores a productos químicos; de un huésped llegando al hotel enfundado en un traje de inmersión; y lo más excéntrico de todo: una campana antigua sobre la mesa del salón de la *suite*. La declaración de los agentes Stephenson y Blair indicaba que no habían apreciado ninguna circunstancia extraordinaria en su inspección visual. Pero Shaw no se dejaba engañar y su olfato de sabueso le decía que, en aquellos papeles, encontraría la forma de satisfacer a su jefe.

Las cámaras de tráfico de la autopista A2 habían captado un Audi

A1, matrícula KE02 EWW, circulando en dirección a Ramsgate. El titular del contrato de alquiler del vehículo con Auto Europe era el mismo que figuraba registrado en el hotel Dorchester: James Allen. Un profesor de Historia escocés…

El inspector recordó algo y se incorporó en su asiento. Rodó sobre la silla y se acercó al ala de su escritorio. Inclinado sobre la mesa de trabajo, rebuscó entre un montón de carpetas apiladas y extrajo una de la mitad. Volvió a su sitio. Dentro de la carpeta localizó un informe de la Guardia Costera de hacía dos días, denunciando una actividad sospechosa en la zona de los Goodwin Sands, considerada Área de Relevancia Arqueológica.

De golpe, todas las piezas del dominó comenzaron a caer una tras otra: traje de inmersión, Ramsgate, Goodwin Sands, campana antigua. Si aquel tipo había extraído un objeto de uno de aquellos naufragios podría acusarlo de la comisión de un delito contra el patrimonio arqueológico. De cinco a ocho años de cárcel.

Satisfecho, Shaw alargó la mano hasta el teléfono.

****

47

Isla de Skye, Highlands

Alex entró corriendo en casa, subió directamente y se dio una ducha rápida. Minutos después, conducía zigzagueando las curvas. Nada más entrar por la puerta de la comisaría, percibió la tensión que flotaba en el ambiente.

—Inspector jefe —dijo el agente de recepción, abandonando un instante sus labores rutinarias—, el superintendente lo espera.

Scott asintió sin detenerse y tomó el pasillo que le provocaba dolor de estómago. La señorita Dewar le indicó con un simple gesto que debía entrar. Le bastó con ver su cara para comprender la razón de la urgencia: a Graham le habría irritado sobremanera enterarse de la noticia del agresor sexual por la prensa…, ¿o se le escapaba algo?

Alex cerró los dedos en torno a la manilla de la puerta de nogal y sopló con fuerza antes de empujarla hacia abajo. A un lado del despacho, de pie, estaba el agente Clarke, cariacontecido y con la mirada clavada en la punta de sus zapatos, como un alumno al que el director de la escuela acaba de reprender por una travesura. Sentado en una silla y reprobándole con la mirada estaba Alan Hendry, el responsable de comunicación.

—¡¿Qué mierda es esta, Scott?! —vociferó Graham desde su sillón, dando un golpetazo en la mesa con un ejemplar del *Scots Independent* del día, como si tratase de acabar con una mosca.

Alex dio unos pasos hasta el escritorio y desvió la mirada al periódico. Negro sobre blanco el gran titular que ya conocía: «La Policía sospecha de un agresor sexual». Como no le habían invitado a sentarse, Alex permaneció de pie.

—No lo sé señor, me acabo de enterar… —Trató de defenderse.

Con el rostro encendido, Graham se levantó un palmo del sillón y apoyó los puños en la mesa. Las mangas de la camisa blanca volvían a

estar dobladas hasta los codos, dejando a la vista un Rolex de oro en la muñeca izquierda.

—¡No me tome por gilipollas, Scott! —bramó, atajándolo—. Algo más sereno, volvió a sentarse y miró a su derecha—. Hendry, por favor.

El responsable de comunicación agarró el periódico entre sus manos y lo abrió por la noticia. Tras buscar con los ojos, leyó:

—«Según ha confirmado a esta redacción el inspector jefe Scott, responsable de la investigación de los asesinatos del Doctor de la Peste, la Policía sospecha de un vecino de Broadford con antecedentes penales por agresión sexual». —Se interrumpió para pasar la página—. «William Gordon, que así se llama, pasó varios años en una prisión de Inverness…».

—Ya basta, Hendry —dijo el superintendente.

Alan dejó de leer, cerró el periódico y lo soltó doblado sobre la mesa. Así que era eso. La zorra de anoche. Debía de trabajar para Margaret Hamilton. Le había tendió una trampa y él había caído como un novato. En ese momento, se arrepintió de no haberse mordido la puta lengua.

«Maldita sea», perjuró para sus adentros.

—Le juro, señor, que yo no hablé con esa periodista.

El rostro de Graham se congestionó y la vena del cuello se volvió palpitante.

—¡¡Cállese, Scott!! —le paró en seco Graham—. No solo me oculta información relevante para el caso, sino que encima va y se lo cuenta a la prensa.

—No sé qué decirle. Si quiere mi dimisión la tendrá en una hora.

Al superintendente pareció que le enfureció aún más la propuesta.

—Llevo toda la mañana al teléfono justificándome con el alcalde mientras metía su polla en mi culo, de modo que NO, no quiero su dimisión, de momento. Lo que quiero es que detenga a ese tal Gordon y me lo traiga. —Tras guardar un instante de silencio, agregó—: Y ahora, salgan de mi vista. Tú no, Alan. Tú quédate, por favor. A ver cómo podemos arreglar este desaguisado.

El agente Clarke se movió por primera vez en los últimos veinte minutos y abandonó el despacho siguiendo a Scott y cerrando la puerta tras de sí. Dewar tenía los ojos puestos en la pantalla del ordenador, aunque su atención estaba en los dos hombres detenidos ante ella.

—Y-yo lo s-siento —balbuceó Clarke—. Me cogió desprevenido. No tuve tiempo de avisarle.

Alex agitó la mano para restarle importancia.

—No es culpa tuya…

No pudo concluir la frase a causa del sonido de su teléfono móvil.

El inspector jefe tanteó sus bolsillos hasta que encontró el aparato. En la pantalla se leía «Patricia». Suspiró

—No estoy para más charlas, Pa…

—¡Rápido! Es Gordon, van a lincharlo.

****

48

Londres, Inglaterra

SIGUIENDO el plan trazado, Collins obtuvo del registro municipal los planos de la sede central de la corporación Lloyd's of London. Sus hábiles dedos asimismo consiguieron falsificar una acreditación oficial para que James pudiese acceder a todo el recinto, usurpando la personalidad de un tal Daniel Rawson del departamento jurídico. Raramente Collins se había sentido tan complacido consigo mismo como esa mañana, de manera que, cuando vio entrar en la sala de estar a James enfundado en un traje de rayas diplomáticas, que había de reconocer le caía como un guante, torció el gesto y soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes, es que no parezco un abogado?

—Con esa barba de tres días, pareces más un abogado de la Mafia que de la City.

—No me vengas con esas…, llevo con esta barba cinco años. Vale, vale, me la afeitaré —dijo a regañadientes, mientras regresaba al cuarto de baño.

Con algún corte en su rostro rasurado, James tomó un taxi hasta Lime Street. Desde la acera de enfrente, forzó el cuello para contemplar la torre futurista de hormigón y cristal que acogía la sede del mercado de seguros Lloyd' s. Cruzó la calle esquivando a una ciclista, salvó con prisas dieciocho escalones cubiertos por una marquesina de cristal y se metió dentro del edificio, procurando ocultar su nerviosismo.

Impresionado, se detuvo un momento y miró hacia arriba devorado por la curiosidad. A sesenta metros de altura, suspendida sobre perfiles tubulares de color blanco, había una frágil bóveda acristalada.

Un hormiguero humano se movía de aquí para allá como si supiera en todo momento adónde se dirigía. En el centro del atrio descubrió la campana del *HMS Lutine* y escaleras mecánicas subiendo y bajando atiborradas de personas ataviadas como ejecutivos. A ambos lados, se distribuían puestos de trabajo en un interesante concepto de espacio abierto.

Cuando hubo terminado de repasar el entorno, James se colocó dos minúsculos auriculares.

—Collins, ¿me recibes? —dijo entre dientes.

—Alto y claro.

James oía a su amigo como si lo tuviese metido en la cabeza. No había ni rastro de estática o interferencias.

—Ya estoy en el vestíbulo. ¿Adónde me dirijo?

—Bien, de frente, a tu derecha, verás los ascensores. Toma uno hasta el sótano cuatro.

—Entendido.

James se movió con paso firme hacia los ascensores. Delante, había una fila con seis tornos con lectores digitales. Nunca había dudado de Collins, sin embargo, en el momento en que aproximó la tarjeta al lector digital, tragó saliva ruidosamente.

Un testigo de color rojo se iluminó y, cuando dio un paso al frente, topó contra los brazos inmóviles del torniquete.

—¿Estás dentro? —preguntó la voz de Collins en su oído.

—Cuando te vea, te voy a matar —murmuró en voz bajísima—. Esto no funciona.

—Perdón, perdón, culpa mía. Esos ascensores van al sótano y los del departamento legal no tienen acceso a ellos, espera un segundo mientras te amplío la autorización…

En su cabeza, sonaba alguien tecleando.

Un vigilante de seguridad, con el hombro apoyado contra una columna, se enderezó un poco y lo miró con expectante curiosidad.

—Apresúrate…

James probó por segunda vez. Luz roja. El pulso se le aceleró.

El vigilante se enderezó del todo.

—Ya casi está, impaciente… ¡Ya! Pásala de nuevo.

James estudiaba los movimientos del vigilante con el rabillo del ojo al tiempo que acercaba la tarjeta por tercera vez. En esta ocasión, para su alivio, el torno se liberó tras mostrar una reconfortante luz verde. El vigilante abortó el movimiento y James le medio sonrió despreocupadamente antes de desaparecer tras las puertas del ascensor. Dentro de la caja de acero, pulsó un botón y el ascensor de alta velocidad comenzó a moverse.

—Estoy bajando.

—Hombre de poca fe…

James aprovechó el corto viaje para colocarse unos guantes de algodón blanco, que sacó del bolsillo de su abrigo de lana azul. Cuatro plantas más abajo, los modernos dispositivos de frenado amortiguaron la parada. Sonó una campanilla y las puertas se abrieron. James accedió a un solitario corredor de hormigón, con tuberías colgadas del techo y un cierto olor a humedad. Durante un instante consultó en la pantalla de su *smartphone* el plano del sótano que Collins le había descargado. Caminó un rato en línea recta hasta que dobló a la derecha en un recodo. Las suelas de cuero de sus zapatos Oxford hacían resonar sus pisadas mientras avanzaba por aquel tubo cavernoso. En una confluencia de corredores, consultó el móvil y tomó el de la derecha. Al rato, se paró.

—Collins, estoy en una bifurcación que no aparece en el plano.

—Espera. Dime el color de la conducción que va por el techo.

James miró hacia arriba, a la unión entre la pared y el techo.

—Hay dos tuberías. Una color cobre que sigue de frente y otra roja de PVC que hace un codo y sigue por el pasillo de la derecha.

—De acuerdo, pero no es PVC sino polipropileno. La tubería roja pertenece al sistema contraincendio. Si mi teoría es correcta debería llevarte hasta el archivo, así que síguela.

James cumplió la orden. Dejó varias puertas sin acabar atrás, hasta que llegó a una de acero plomizo con otro lector digital. En aquella profundidad solo se oían las entrañas del edificio.

—He llegado a la puerta del archivo —informó a Collins.

Acercó la tarjeta de acceso al visor. En esta ocasión, un testigo apagado se puso verde y emitió un clic. Empujó la puerta, que se abrió hacia dentro dibujando un arco. Detrás estaba oscuro. James tanteó la pared hasta que encontró un interruptor. Lo pulsó. Varios fluorescentes parpadearon a un tiempo hasta que la luz se quedó fija, alumbrando una enorme estancia. A un lado y a otro de un pasillo enlosado había cámaras de seguridad con teclados en las puertas. Una corriente de aire acondicionado le provocó un ligero escalofrío. Antes de meterse dentro, James sacó del bolsillo una gorra de visera ancha y se la puso en la cabeza.

—Bien, busca un cartelito que ponga: «AB-134».

Allen avanzó poco a poco, mirando de un lado para otro y fijándose en los rótulos hasta que localizó el que buscaba. La puerta a la que estaba atornillado era lisa por completo, de algún tipo de aleación liviana pero firme. Junto a ella había un teclado.

—Necesito una contraseña.

—Espera… A ver, pulsa: 1-3-5-7-b-N.

James hizo cuanto le dijo. En el acto, escuchó un ruidito mecánico y la puerta fue desapareciendo en un espacio minúsculo al tiempo que quedaban a la vista baldas horizontales con cajas metálicas. Grabadas

en el frontal de cada una de ellas figuraban las palabras «*Loss Books*» encima de fechas. Buscó con la mirada y encontró una que ponía: «1660-1670».

Extendió el brazo hacia ella, agarró el asa y tiró de ella.

Un rayo rojo se cortó bruscamente.

****

49

Isla de Skye, Highlands

La estridencia de las sirenas no conseguía acallar los gritos de una multitud alborotada y vociferante que, pese a la repentina lluvia, se había congregado enfrente de la casa de Will Gordon. Encabezada, cómo no, por Andy Graham, agitaba sus manos y lanzaba proclamas e insultos desgarradores. Algunos enarbolan pancartas ofensivas contra Gordon. Una piedra salió volando de la multitud y un cristal de la casa reventó, hecho añicos. La manifestación comenzaba a tomar un cariz violento.

—¡Fuera de aquí, violador! —dijo alguien a voz en grito.

—¡Márchate de Skye, asesino! —continuó otro.

—¡No queremos que vuestro bastardo juegue con nuestros hijos! —vociferó un tercero.

Los vecinos intrigados contemplaban la escena asomados a las ventanas o delante de las puertas de sus casas. Alex se abrió paso casi a empellones entre la multitud y se encaminó con decisión hasta la puerta de la casa. Clarke lo seguía apretando la marcha para mantenerse a su altura. El resto de los agentes, unos diez, montaron un cordón de seguridad para procurar contener a la turba. No había dado ni dos pasos cuando Alex sintió que alguien lo sujetaba del brazo, se dio la vuelta con cara de incomprensión y se topó con el rostro al tiempo suplicante y encolerizado de Robert Stone, el marido de Regina, la segunda mujer asesinada.

Alex se zafó.

—Ese cerdo le hizo *eso* a mi esposa ¿verdad? Y pensar que el cabrón estuvo en el entierro.

Un torrente de aplausos espontáneos convirtió a Robert en un héroe local.

—Márchese a casa, señor Stone o tendré que detenerlo —le

contestó Scott, procurando no perder la calma—. Clarke, por favor, ocúpate de él.

El agente acompañó al hombre, que se fue a regañadientes, detrás del cordón policial. Acto seguido, Clarke regresó junto al inspector jefe.

Patricia se bajó de la bicicleta y la empujó hasta un árbol, donde la dejó apoyada, y avanzó hacia la muchedumbre con la cabeza cubierta con una capucha. Al pasar por delante de un Corvette rojo subido al bordillo, volvió a despertarse en ella la intensa sensación de que alguien la observaba. Miró para todas partes, pero no distinguió a nadie que no tuviera su atención puesta en lo que ocurría en casa de Gordon.

Abucheos dirigidos contra Alex mostraban el creciente malestar del grupo.

—¡Para el recién llegado las víctimas son los culpables! —dijo a voces Andy Graham, incitando a la gente.

Más abucheos para Scott y más aplausos para el «marido coraje».

—¡Vete a Glasgow, Scott! —comenzaron a gritar varias personas a coro.

Los agentes no sabían bien cómo proceder y Alex dudaba de que, llegado el caso, se mostrasen contundentes contra sus propios vecinos, conque decidió acabar con aquel circo lo más rápido posible. Volvió a mirar al frente y aceleró el paso hasta la casa. En ese momento, el chirrido de unos frenos necesitados de mantenimiento quedó ahogado por el griterío. De una furgoneta de la cadena de televisión Sky News saltaron una reportera, con un micrófono en una mano y un paraguas transparente en la otra, y un joven con una cámara al hombro. Enfundados en chubasqueros amplios, buscaron una posición con una buena visual y comenzaron a emitir en directo. Otros reporteros siguieron sus pasos.

Alex miró atrás y observó el despliegue de medios.

«Genial, la prensa, lo que faltaba».

Un primer plano del inspector jefe Scott que golpeaba una puerta con una aldaba de bronce ocupaba la pantalla de televisión de miles de hogares escoceses. Una detención en directo. Al cabo de un momento, una cortina se movió y Alex reconoció la cara desencajada de Will mirándolo a través del cristal. Unos segundos después, la puerta se abrió.

Los gritos e insultos desde todas direcciones se intensificaron.

Alex sintió que Gordon clavaba en él una miraba de desprecio.

—Lo lamento, Will. Traemos una orden judicial para detenerte —anunció Alex compungido, alargándole un papel oficial.

Gordon no dijo nada durante unos minutos, solo leyó y releyó la orden judicial. Al final, la dobló en tres y se la devolvió al inspector

jefe, que la retuvo un segundo en la mano antes de volver a guardársela en un bolsillo interior de la chaqueta. Will pasó los ojos por el interior de la casa y después, alzando el cuello, los dirigió a la encrespada muchedumbre.

—¿Qué será de ellos sin mí? —se lamentó con sombría resignación.

—No te preocupes, te garantizo que protegeremos a tu familia.

Will asintió y dejó caer los brazos. Bastó una simple mirada de Alex a Clarke, para que este rodease al sospechoso, sacase unas esposas de la parte de atrás del cinturón y las cerrase en torno a sus muñecas. Luego le fue leyendo sus derechos al tiempo que recorrían el camino de vuelta hacia el coche de patrulla. Ahora que quedaba liberada la entrada, unos miembros del servicio forense irrumpieron en la vivienda y comenzaron a ponerlo todo patas arriba.

A medida que el detenido se aproximaba, la turba se fue enfureciendo más. Los agentes tuvieron que poner todo de su parte para evitar el linchamiento. A esas alturas, había muchos medios de comunicación disparando sus *flashes* y grabando con sus cámaras. De pie, cubriendo con un paraguas a Margaret Hamilton como un lacayo, Alex reconoció a la mujer castaña que anoche se sentó frente a él en el *pub*. Mientras caminaba, clavó en ella unos ojos asesinos. Ella, por contra, se lo quedó mirando con cierto aire de culpabilidad, pero algo en su rictus daba la impresión de querer decirle: «lo lamento, es mi trabajo».

Introdujeron al detenido en el asiento trasero, bajándole la cabeza para que no se dañase con el chasis de la puerta. Entonces el vehículo policial arrancó y abandonó despacio el lugar, para no atropellar a nadie. La multitud parecía enajenada e histérica y, a su paso, zarandeaba y golpeaba al vehículo. Los cristales de las ventanillas se cubrieron de escupitajos que se confundían con las gotas de lluvia. Una vez se marchó el coche, el estruendo fue calmándose poco a poco y la multitud comenzó a disolverse.

Como Gordon tenía antecedentes penales no fue preciso hacerle ficha policial, de forma que Alex lo condujo directamente por un pasillo en semipenumbra, hasta una puerta de acero sólida con un ventanuco de cristal protegido por barras. Un policía, que aguardaba de pie a un lado de la puerta con un manojo de llaves en la mano, escogió una y abrió; luego se apartó para que el detenido y el inspector jefe cruzaran el umbral, los siguió al interior, y volvió a cerrar la puerta.

En un pequeño cuarto anexo, observando el interrogatorio a través de un cristal unidireccional se hallaban el superintendente Graham y Hendry. El primero se mantenía recto, con las manos unidas en la espalda y sonriendo satisfecho.

—Conque ese es el rostro de un depravado —dijo triunfante, y su

sonrisa se amplió.

El segundo, se mostraba alterado. La forma en que el inspector jefe estaba llevando el caso había provocado que la popularidad de la comisaría cayese por los suelos. Levantar aquello, iba a costarle sudor y lágrimas.

—No va a decir nada, seguro —conjeturó Hendry.

—Eso ya lo veremos —replicó Graham, con la vista clavada en el otro lado del falso cristal.

A petición del inspector jefe, el agente uniformado le quitó las esposas al detenido, lo obligó a sentarse en una silla metálica intencionadamente incómoda y se fue a una esquina. Superado por los acontecimientos, Will, aún con el cabello apelmazado por la lluvia, se mostraba circunspecto y no había soltado una palabra desde su detención. Inmóvil, como una estatua de piedra, tenía las manos entrelazadas sobre la mesa y la mirada fija en una muesca que había en la pared.

Scott rodeó la mesa anclada al suelo, agarró otra silla por el respaldo y, con un chirrido, la apartó para sentarse. Antes de hacerlo, dobló la *blazer* sobre el respaldo y se aflojó un poco el nudo de la corbata. Luego, con parsimonia, emplazó a un lado una carpeta, una grabadora y un paquete de tabaco arrugado y un mechero, que había pedido a Clarke.

—¿Te apetece un cigarrillo, Will? —preguntó Scott, y extendió hacia él la cajetilla y el mechero, mostrando el puño mojado de una camisa azul.

Gordon cogió el paquete con manos temblorosas, lo sacudió y se lo acercó a la boca para agarrar con los dientes uno de los pitillos. Estaba tan nervioso que requirió dos intentos para hacerlo. A continuación, aproximó la llama del mechero hasta prenderlo con una larga calada. Cuando hubo terminado, volvió a colocar el encendedor sobre el paquete de cartón, y exhaló el humo por la nariz. Aquel ademán tan rutinario pareció reportarle un poco de serenidad.

Alex se sentía confuso. ¿Serían aquellos ojos amedrentados los de un asesino frío y despiadado? Le costaba imaginarlo, pero él, mejor que nadie, sabía que la frase «Las apariencias engañan» no era un tópico. Por otra parte, estaban Mariam y su hijo. Las veces que había estado con Will se lo veía un hombre enamorado de su familia…

De una u otra forma, allí estaban. Sentados frente a frente. Sin siquiera mirarse a la cara. Como dos desconocidos. Peor. Como dos hombres que se odiaran. Si no hubiera sido por las premuras de Graham, más preocupado por la prensa que por ser eficaz, él jamás habría ordenado la detención de Will. No tenían armado el caso. Él hubiera preferido investigarlo un poco más, incluso ponerle una discreta vigilancia, pero todo había saltado por lo aires por su maldita

indiscreción, y volvió a reprenderse por ello. ¿Cómo podía habérsele ocurrido hablar de Will a una mujer que acababa de conocer en un *pub*? Desde la muerte de Miranda, todas las decisiones que había tomado habían sido malas. Incluso pedir el traslado de Glasgow. Pero ninguna como aquella. Él era el único responsable de que la situación se hubiera descontrolado, quizá de manera irreversible. Tampoco podía culpar a Will. Su mirada cargada de desprecio seguía persiguiéndolo desde el momento en que se presentó en su casa para arrestarlo. Delante de su familia. Ante las cámaras. Medio país había asistido a la detención en directo. ¡Por Dios!

Scott pulsó el botón rojo de la grabadora y la empujó hasta el centro de la mesa.

—Will.

Gordon se rebulló en el asiento, le dio una calada al cigarrillo y alzó un poco la barbilla. El labio inferior le temblaba.

—Te voy a explicar lo que va a ocurrir —comenzó a decir. Su tono era bajo y tranquilizador—. El interrogatorio se está grabando en video. Vendrá un agente enseguida a tomarte una muestra de ADN, a la que no puedes negarte. Una vez que conozcamos el resultado de las pruebas practicadas, la Policía decidirá si formula contra ti una acusación o te deja en libertad. Podemos retenerte veinticuatro horas antes de ponerte a disposición judicial. ¿Lo has entendido?

Gordon se frotó los ojos vidriosos y afirmó moviendo la cabeza. Su mente parecía estar muy, pero que muy lejos de aquel lugar. Scott miró al policía que permanecía en una esquina y le hizo una seña. Este desenganchó un *walkie-talkie* de su cinturón, se lo llevó a la boca y susurró algo. Al cabo de un momento entró en el frío cuarto de interrogatorios otro agente, pelirrojo y más alto, con una bolsa de plástico cerrada, que rasgó después de enfundarse un par de guantes quirúrgicos.

—Sáquese el cigarrillo de la boca y ábrala, por favor —le dijo al detenido, enarbolando en su mano derecha un bastoncillo algodonado en un extremo.

Will se sacó el pitillo y lo dejó apoyado al borde de la mesa, donde continuó consumiéndose; a continuación, abrió la boca. El agente le introdujo el bastoncillo en la cavidad bucal y lo frotó por el paladar, la lengua y el interior de las mejillas; cuando hubo terminado, lo guardó en un tubo de ensayo y lo cerró. Acto seguido, se despojó de los guantes y se marchó.

Una nube de humo extendiéndose por la sala envolvía un tubo fluorescente fijado al techo y protegido por una tela metálica.

—Vamos a comenzar. Tu nombre, por favor —dijo Scott.

—W-William Gordon. —Cogió el cigarrillo encendido y se lo puso entre los labios.

—¿Tienes alguna idea de por qué has sido detenido?

—En realidad, no —repuso, casi en un susurro.

—Eres sospechoso del asesinato de Sacha Martin y de Regina Stone. ¿Las conocías?

—No las he visto en mi vida —enfatizó para que no hubiera dudas con su respuesta.

Alex se acercó la carpeta y la abrió. Cogió dos ampliaciones en color de tamaño A4, se levantó de la silla y las colocó sobre la mesa frente a Will, una al lado de la otra.

—¿Puedes mirar estas fotos?

Will dejó de rascarse el brazo y lo hizo. Volvió a negar.

—De acuerdo —Alex recogió las instantáneas, regresó a su asiento y las devolvió a la carpeta—. ¿Recuerdas dónde estuviste el 26 de octubre? —preguntó, después de comprobar sus notas.

—Joder, Alex, de eso hace casi un mes. Casi no me acuerdo de lo que hice ayer…

—Has de hacer un esfuerzo por recordarlo —replicó con cierto deje paternalista—. Es importante. Si tienes una coartada, aún puedes salir bien parado de esto…

—No. Necesito. Una. Coartada —dijo Will, siguiendo el ritmo de cada palabra con un golpe en la mesa—. Yo no las maté. No sé cómo quieres que lo diga, y deja el rollo del poli bueno.

Scott cerró los ojos y suspiró de nuevo.

—¿Y recuerdas qué hiciste el 7 de noviembre?

Esta vez, Will no contestó la pregunta, tiró la colilla al suelo y la aplastó con la bota.

—Quiero un abogado —fueron las palabras que salieron de su boca.

En ese momento, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió de par en par. El agente Clarke cruzó la estancia a pasos veloces y se aproximó al inspector jefe, tanto como para hablarle al oído. Alex abrió primero mucho los ojos y asintió después, luego lanzó una mirada a Will Gordon, que este no supo bien cómo interpretar, y desconectó la grabadora.

****

50

Londres, Inglaterra

¡¡ESPERA!! —chilló Collins dentro de su oreja.

Cuando James detuvo el movimiento, ya era tarde.

—¿Qué sucede?

—Ha saltado una alarma silenciosa. Calculo que tienes cinco minutos para salir de ahí.

—¡Oh, joder! —farfulló James. Por un momento, dudó. Al cabo se serenó y volvió la mirada a la caja. Con movimientos acelerados, la extrajo y la depositó sobre las baldosas del suelo. Se acuclilló y levantó la tapa. Sin cuidado, fue sacando libros.

—Collins, dime algo.

—La policía acaba de llegar al edificio. Tienes tres minutos, como máximo.

Con el cuarto libro, James se detuvo. Le pasó la mano enguantada por la cubierta bermellón, como si retirase una invisible capa de polvo. Era un hábito adquirido después de años de estudiar libros antiguos. Comenzaban a descoserse las costuras. Sobre un rectángulo dorado, una leyenda: «1665». Sin demora, se puso a pasar hojas recubiertas de venillas ocre…

—Dos minutos.

Aunque escuchaba el alboroto de pasos apresurados y órdenes coercitivas, no se distrajo de su cometido. Entonces vio una entrada manuscrita con pluma y el pulso se le aceleró: Flying Dutchman. Hundido en los Goodwin Sands, el 31 de marzo de 1665.

—James, un minuto. Sal de ahí cagando leches.

—Aún no he terminado.

—¡¡No tienes más tiempo!!

Su tímpano tembló ante el grito de Collins y James arrugó la cara. Miró a la izquierda, hacia el fondo del pasillo que concluía en la

puerta de entrada al archivo, y de nuevo al libro. Acercó su mano y sujetó varias hojas. Se lo pensó dos veces y tiró de ellas.

****

51

Isla de Skye, Highlands

DESDE el otro lado del falso cristal, Graham vio cómo el agente que estaba en la esquina volvió a ponerle las esposas al detenido y lo sacó del cuarto de interrogatorios.

—¿Qué coño está pasando? ¿Adónde ha ido Scott?

En ese momento, sonó la melodía del teléfono móvil de Hendry. En la pantalla parpadeante figuraba un nombre: «Gibson *(Highlands News)*». El responsable de comunicación se dirigió hacia una esquina y respondió en voz baja, casi inaudible para el superintendente.

—Mira, Annie, ahora es un mal momento… ¿Otro asesinato…? No. No tengo ningún comentario que hacer.

Nada más colgar, se volvió hacia Graham, que lo miraba impaciente.

—Jefe, parece que ha habido otro asesinato, en Portree.

—¡Diablos! ¿Por qué siempre soy el último en enterarme de todo? —dijo, mientras abandonaba la sala dando portazos.

II

Bank Street se encontraba cerrada por una cinta custodiada por una policía. Delante, se congregaba una amalgama de transeúntes movidos por la curiosidad y periodistas cámara en ristre. Algunos vecinos contemplaban también el tétrico espectáculo apoyados en el alféizar de sus ventanas. La agente de negro liberó el acceso a la calle en cuanto vio acercarse el vehículo del inspector jefe. El todoterreno sorteó unas jardineras de piedra, entró en una zona peatonal y paró a pocos metros de distancia de una furgoneta del servicio forense y de

una ambulancia. La pareja —Alex y Patricia (a la que había recogido por el camino)— se bajó y se dirigió hacia el número 45 de la calle, lugar del que había procedido la llamada al 999 de emergencias. Otro agente destacado se hizo a un costado en la puerta y los saludó al pasar. Nada más entrar en la casa se encontraron con el caos que provoca una intervención policial.

A la derecha estaba el salón, decorado de modo convencional. A través de la puerta abierta atisbaron a la viuda, Erin Curtis, sentada en un sillón con la espalda arqueada y retorciendo un *kleenex* con el que, de tanto en tanto, se secaba los ojos y se sonaba la nariz. Sobre una mesita de café, reposaba una taza de porcelana junto a más pañuelos de papel hechos un ovillo. Hasta el vestíbulo llegaban sus lamentos. Una agente de pie garrapateaba en un cuaderno las notas de su declaración. A la izquierda, la cocina. Alguien enfundado en un mono blanco examinaba el fregadero, poniendo especial énfasis en un vaso de cristal con evidentes manchas de color escarlata que sostenía en el aire. De frente, unas escaleras de piedra que ascendían y por la que subían y bajaban personas de manera ruidosa, evitando unas manchas de sangre coagulada marcadas con un testigo numerado con el treinta y dos.

En cuanto la escalera quedó vacía, subieron por ella. Desde el rellano del piso de arriba, observaron un rastro rojo oscuro sobre la piedra del suelo que conducía hasta un cuarto al fondo del pasillo. Fueron directos hacia allí sorteando más personal forense, algunos con mascarillas. Por el camino, se colocaron guantes en las manos y protectores de plástico en los zapatos. Cuando llegaron al umbral de la puerta del dormitorio y miraron dentro, se encontraron con un cuadro espeluznante.

—Aquí está el tercero —apuntó Patricia Banner casi en un susurro.

Un hombre de unos cincuenta y pocos vestido con un clásico pijama de franela yacía muerto en la cama, tumbado sobre la espalda, con los ojos mirando sin mirar y la mandíbula abierta, como si aún estuviera chillando. El rostro contorsionado en un rictus grotesco le confería una expresión de sufrimiento. De los ojos, nariz y oídos emanaban regueros de sangre coagulada que habían teñido de rojo las sábanas. Multitud de llagas supurantes cubrían su cuerpo, como si un enjambre de avispas se hubiese cebado con él. La lámpara de la mesilla seguía encendida.

Varios miembros del equipo forense inventariaban muestras de todo y las depositaban, en bolsas herméticas, dentro de cajas llenas de compartimentos. Una linterna de aluminio proyectaba una iluminación multicolor en busca de rastros biológicos. La científica aún tardó media hora en concluir su laborioso trabajo. Cuando se marcharon, su lugar en la habitación lo ocuparon Banner y Scott.

Cada uno se colocó a un lado de la cama. Tras un rato de observación visual apartaron los ojos del cadáver y cruzaron una mirada cómplice. Resultaba evidente que los síntomas del fallecimiento eran casi idénticos al de los dos casos anteriores, con la excepción de las llagas, que ya no estaba localizada en un punto, el antebrazo, sino que se veían por todo el cuerpo, lo que lo hacía más aterrador aún. Por contra, el *modus operandi*, era diferente. Para empezar, se trataba de un varón y no había el menor indicio de agresión sexual. Tampoco había cruz en la mano derecha ni mensaje en las paredes. Además, había otra diferencia esencial. La cantidad de sangre encontrada demostraba que el dormitorio, a diferencia de los dos casos anteriores, sí era la escena primaria del crimen. En ese lugar, había muerto la víctima.

Desconcertados, descendieron de nuevo a la planta baja. En mitad de la escalera se cruzaron con Bryceton y el sargento McAlley, que subían. Se saludaron con un simple movimiento de cabeza, lo mínimo que denotaba la mera cortesía, y continuaron sus caminos. Patricia y Alex se encaminaron al salón. La viuda se encontraba sola y sentada en la misma postura. Mantenía la cara escondida tras las palmas de las manos, sollozando entrecortadamente. Junto a un sillón con brazos tapizado en flores, Alex carraspeó para llamar su atención.

La mujer apartó las manos y los miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Señora Curtis, ¿podemos hacerle unas preguntas?

Erin sorbió por la nariz y se repasó los ojos enrojecidos con un pañuelo.

—Una agente me ha dicho que tal vez mi marido haya sido… asesinado —dijo con voz susurrante—. ¿Cómo es posible?, si todos querían a Brian…

Alex la detuvo.

—No se alarme, señora Curtis. Aún no sabemos qué ha causado la muerte de su marido. Cuando tengamos los resultados forenses, lo sabremos a ciencia cierta. Debemos manejar todas las hipótesis. Solo es eso…

Un chillido histérico en el vestíbulo cortó la conversación. Una joven, de unos veinte años, tal vez, accedió al salón hecha un mar de lágrimas y se echó encima de su madre. Más llantos desgarradores y besos de tristeza. Visiblemente incómodos, Alex y Patt apartaron la mirada de la escena sabedores de estar entrometiéndose en un momento íntimo de sufrimiento. Al rato, madre e hija parecieron calmarse y se separaron. La joven se sentó en el brazo del sillón y rodeó con su brazo el hombro de Erin, acercándola a ella. Luego lanzó a los policías una mirada de incomprensión.

—¿No pueden aguardar a otro momento? —les reprochó,

apartándose un mechón de la cara.

Patricia la miró con emoción.

—Cariño, es muy importante que hablemos con tu madre ahora.

Erin asintió y escapó del abrazo de su hija.

—Déjalo, Emille, estoy bien. —Se pasó los dedos por debajo de los ojos y se mesó el cabello con las manos—. Pregunten cuanto quieran —dijo, tras recuperar la compostura.

Entre hipidos y con una mano aferrada con fuerza a la de su hija, Erin les refirió con voz trabada cómo su marido regresó a casa a la misma hora de siempre. Cómo le dijo que se sentía mareado y le juró que no había bebido más que de costumbre: tres botellines de la cerveza que solía beber, cuya marca no recordaba. Se lo había dicho millones de veces, pero todos los nombres le sonaban igual. Cómo Brian no quiso cenar y fue derecho a la cama. Ahí, Erin hizo una pausa para recuperar el aliento y prosiguió contando que, cuando ella subió, a eso de las diez, lo encontró durmiendo plácidamente. Asimismo, les refirió cómo, a las tres de la mañana, su marido se despertó sudando y jadeante. Que bajó a la cocina y bebió agua, y que entonces fue cuando comenzó a toser sin parar. Regresó a la cama y media hora más tarde empezó a gritar, implorando que cesaran aquellos chillidos, que ella no escuchaba. Por último, cuando expelió sangre con los accesos de tos, se asustó de verdad y telefoneó al 999. Su agonía fue horrible. No. Su marido no tenía enemigos y ella tampoco; y no, no recordaba nada extraño en los últimos días.

Con este último recuerdo volvieron los llantos entre madre e hija y resolvieron dar por concluida la entrevista.

—Por cierto, ¿qué quisiste decir antes con lo de «aquí está el tercero»? —le preguntó Alex a Patricia mientras, de nuevo bajo la luz del día, caminaban despacio hacia el coche.

Patricia miraba el suelo que pisaba frunciendo los labios.

—Para tener un asesino en serie hacen falta tres víctimas.

Antes de continuar, Alex resopló fuerte.

—No empieces tú también con eso. Bastante tengo con soportarlos a ellos —remató, dirigiendo la vista a los reporteros que se agolpaban ante la cinta de seguridad.

—Alex, has de considerar esta posibilidad en serio —replicó.

Scott apartó la mirada. No tenía ganas de discutir y menos delante de tanta gente; así pues, optó por guardar silencio.

—¿No contó James que Victoria también decía escuchar gritos en su cabeza?

Alex asintió.

—Todo esto es muy raro.

—Quizá hemos enfocado mal el asunto desde el principio.

Scott detuvo su avance un segundo y miró a Patricia con expresión interrogante.

—¿A qué te refieres?

—Verás, hasta ahora, hemos dado por supuesto que el denominador común de los asesinatos eran las víctimas. Todos, y me incluyo, hemos pensado que la violación era el *leitmotiv* de los crímenes… Pero ¿y si no es así? ¿Y si lo relevante no son las víctimas sino el modo en que están muriendo?

****

52

Londres, Inglaterra

Por decirlo de alguna manera, Collins había encontrado una puerta trasera en el sistema informático de la Policía de la City, y se había colado por ella. Desde su portátil seguía todos los pasos que daban. En aquel momento, estaba tan concentrado en informar a James que cuando fue consciente de lo que se le venía encima, ya era demasiado tarde.

Nada más gritarle a su amigo que el tiempo se le acababa, le llegó el sonido de sirenas amortiguadas por el doble acristalamiento de la habitación. Intrigado, fue a la ventana que tenía más cercana. Desde ella, pudo ver cómo dos coches de policía se detenían en la rotonda de acceso al hotel y cuatro agentes armados se apeaban y se perdían bajo la marquesina. Sabía a dónde se dirigían.

A la *suite* Belgravia.

Sin tiempo de reacción, Collins se apartó de la ventana a la carrera, cerró la tapa del Mac y lo desconectó de la corriente. Con el ordenador debajo del brazo, salió en pijama y zapatillas al rellano de la séptima planta…

En el instante en que los policías golpeaban sin miramientos la puerta de la *suite*, otra puerta, que llevaba a las escaleras de servicio, se cerraba en silencio gracias a un freno retenedor.

****

53

Isla de Skye, Highlands

HACIÉNDOSE los esquivos ante los periodistas que lanzaban preguntas a gritos desde el otro lado de la cinta policial, llegaron al todoterreno y se montaron en él. Banner se acomodó el asiento y los espejos, y arrancó. Luego maniobró marcha atrás para salir de Bank Street. El silencio del habitáculo se prolongó mientras recorrían despacio las calles aledañas buscando el *pub* Sixpence, el último lugar donde Brian Curtis estuvo con vida antes de regresar a su domicilio. Doblaron entonces a la derecha en un cruce de calles y se dieron de bruces con su fachada azul. La sargento accionó el intermitente y se echó a un lado de manera brusca, las ruedas del cuatro por cuatro subieron y bajaron del bordillo de la acera, y se detuvieron.

A esas horas vespertinas, el *pub* se mostraba casi vacío, solo un par de parroquianos en la barra y un camarero pelirrojo tedioso enviando mensajes por el teléfono móvil. Con el tintineo de la puerta, el camarero apartó los ojos del teléfono y los posó en la guapa rubia que acompañaba al tío larguirucho. No estaba acostumbrado a ver mujeres como aquella en el *pub*. Con la mirada, persiguió a la pareja mientras bajaba los escalones y se acercaba hasta él.

—Buenas tardes, soy el inspector jefe Scott, de la Policía de Escocia —dijo el larguirucho, mostrando su placa.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿Estuvo usted de servicio ayer por la tarde?

El joven negó precipitadamente. El sonido de un mensaje entrante en el móvil del camarero reverberó entre ambos.

—Ayer libraba. Por la tarde…, debió de ser el turno de Karen.

Alex tomó notas en su cuaderno.

Otro mensaje entrante, y otro más.

—¿Podría apagar eso? —dijo Scott.

—Claro, perdone. —El camarero sostuvo en la mano el móvil y desconectó el sonido. Acto seguido, lo hizo desaparecer en el bolsillo delantero de sus tejanos.

—¿Karen *Qué-más*? —preguntó Scott, volviendo al asunto.

—No lo sé. Todos la llamamos Karen, sin más.

Alex desvió su mirada del cuaderno a los ojos del camarero.

—¿Y dónde podemos encontrarla?

—Hoy ya no vendrá por aquí; sin embargo, le escuché decir que había pillado una ganga de alquiler en el puerto. En una casita con la fachada rosa.

—Una última cosa —dijo Scott, golpeando el bolígrafo contra la barra—, descríbame a Karen.

El camarero se paró a pensar.

—Pues no sé, normal, metro sesenta, morena, con el pelo liso por aquí —dijo, señalando justo debajo de sus orejas.

Alex lo apuntó todo y volvió a esconder el cuaderno dentro de la gabardina azul.

—Eso es todo. Ha sido usted muy amable.

A la luz del día, se quedaron un rato sin moverse ante la puerta del local. Alex se mostraba cariacontecido y aquello no le pasó por alto a Patricia.

—¿Qué te pasa?

—Pensaba en Will —dijo Scott.

Silencio.

—Siento que le he fallado —prosiguió, mirando al suelo—. En realidad, siento que os he fallado a todos, a Miranda, a Lee, a ti…

—Alex, no…

—Estaba borracho —la atajó, con sinceridad.

Patricia se lo quedó mirando fijamente.

—¿Cómo que estabas borracho?

—Anoche, en el *pub*, toqué fondo. Había bebido más de la cuenta y le hablé de Will a una chica que se sentó conmigo. Luego resultó que trabajaba para Margaret Hamilton. La vi hoy ante la casa de Gordon, durante la detención —concluyó.

Patricia fue a decirle aquello de «no será porque no te lo advertí», pero vio tan hecho polvo a su amigo que decidió guardarse para sí sus pensamientos. En cambio, le dijo:

—Alex, lo que hiciste ya no tiene solución, pero aún puedes ayudar a Will.

Scott alzó un poco la barbilla y miró a Patricia con la expresión que ponen los perros cuando saben que han hecho algo indebido.

—Deja de autocastigarte y céntrate —continuó la sargento—. Ahí dentro —le apuntó al pecho con el dedo—, hay un buen poli. Encuentra al verdadero culpable.

Alex asintió, extendió los brazos y rodeo con ellos la espalda de Patricia.

—Gracias, eres una buena amiga.

La pareja se separó para arrimarse a la fachada del *pub* y dejar paso en la acera a una familia abrigada hasta las orejas. El hombre, alto y delgado, empujaba un cochecito vacío y la mujer, esbelta y guapa, llevaba acomodada en la cadera a un niño de unos tres años que bostezaba sujeto con los bracitos alrededor del cuello de su madre. A dos metros de ellos, la madre se quejó de la espalda y el hombre extendió los brazos en busca del niño al que llamó por su nombre: Félix.

Cuando la familia se alejó, Scott le indicó a Patricia con la barbilla que mirara el primer piso del edificio que tenían justo delante, al otro lado de la calle.

—¿No dijo Erin Curtis que su marido trabajaba en una agencia de seguros?

—Griffiths & Warehouse. Es esa, vamos a hacerles una visita —dijo Patricia con la vista puesta en un cartel luminoso que se atisbaba por entre las ramas de los árboles.

—¿Qué opinas de la muerte de Brian Curtis? —preguntó Scott mientras cruzaban la calle.

Patricia se lo planteó un momento.

—Que el único punto en común aparente entre las tres muertes es la causa que las provocó.

—¿Y qué crees que significa eso?

Patricia sacudió la cabeza abatida.

—No lo sé. —Y casi en un susurro, añadió—: Pero Allen siempre tuvo razón.

El inspector jefe la miró frunciendo la cara.

—¿James? ¿Qué pinta en esto?

—Pues que Allen está en Londres, buscando el origen de la Gran Plaga, y quizá, solo quizá, el destino lo guíe aquí —repuso enigmáticamente, y entró en el portal.

****

54

Londres, Inglaterra

CUANDO tres agentes con chalecos reflectantes amarillos irrumpieron a la fuerza en la sala de archivos, se encontraron una cámara abierta y varios libros desparramados por el suelo.

—Vamos, Collins, sácame de aquí —lo apremió James, hablando bajito, escondido de pie, estirado, detrás de un armatoste de acero. Se quitó el auricular de la oreja izquierda para dividir la atención entre Collins y lo que ocurría a su alrededor. Desde su escondrijo escuchó las conversaciones agitadas de los agentes y cómo convenían en dividirse para inspeccionar la zona.

—Collins… ¿dónde coño estás?

Silencio.

Allen asomó la cabeza y vio una sombra negra alargándose en el suelo. Respiró hondo y, de puntillas, cambió de sitio. En cuanto unos pasos precavidos pasaron de largo, volvió a salir de su posición y recorrió un pasillo largo y estrecho, flanqueado por más archivadores que llegaban al techo. James se movía silenciosamente, mirando atrás de vez en cuando. En un primer momento, unos tubos en el techo iluminaban con luz fría sus movimientos, si bien enseguida estos se hicieron cada vez más escasos y volvió a reinar el mundo de las sombras.

El auricular crepitó y James se escabulló de perfil entre dos armarios.

—¿Collins? —musitó Allen.

—James, ¿me oyes?

—Ya era hora, ¿por qué hablas tan bajito?, casi no te oigo.

—No se cómo decírtelo, creo que tu American Express se ha quedado sin crédito.

—¿Qué ha pasado?

—Ha venido la policía y he tenido que salir pitando de la habitación…

James siseó, mandándolo callar, y aguzó el oído para cerciorarse de que aún no lo habían localizado. Cuando se quedó conforme, continuó:

—¿Y dónde estás ahora?

—Escondido en un cuarto de limpieza —contestó Collins.

James sacudió la cabeza. Todo eran contratiempos.

—Aquí la situación no es mejor. La policía me tiene acorralado —susurró, comprobando el pasillo—. Tienes que sacarme.

Tras el largo silencio que se instaló entre ellos volvió a escuchar la voz susurrante de Collins.

—Hay otra salida. Una de emergencia. Sigue de frente. —Collins lo tenía localizado con un transmisor GPS que James llevaba instalado en el *smartphone*.

Allen salió de su escondite, miró a un lado y a otro, y empezó a caminar con sigilo. Llegó a una confluencia de pasillos y se paró, expectante, a recibir nuevas instrucciones.

—Coge el pasillo que sale a tu izquierda, en oblicuo.

Torció a la izquierda y se vio rodeado de estantes a ambos lados repletos de arriba abajo con cosas pertenecientes a naufragios. Había un reloj de bolsillo parado a la dos menos diez que perteneció a un pasajero del *RMS Titanic*, unos binoculares, botes de perfume, amasijos de monedas…

Entonces, el cerco de luz de una linterna alumbró su espalda.

—¡Alto, policía armada!

El escocés atisbó el movimiento de alguien corriendo hacia él y apretó aún más el paso. Viró a la derecha, luego a la izquierda; inmediatamente después, de nuevo a la derecha. Permaneció agazapado en la penumbra, a la escucha. Los pasos y las voces agitadas sonaban ahora más lejanos. James sentía la camisa pegada al cuerpo a causa de la transpiración.

«Adiós a mi elegante traje».

Collins volvió a susurrarle indicaciones al oído y se puso en marcha de nuevo. Volvió sobre sus pasos hasta la esquina anterior. Aguzó la vista y entrevió un cartel luminoso: *Exit*. La respiración se le aceleró y fue derecho a la luz verde dando largas zancadas, casi corriendo.

Otro teclado.

—Collins —dijo en voz baja—, estoy en la salida de emergencias, pero necesito otro código.

—Lo estoy buscando. Dame un minuto.

Mientras esperaba el número, se apartó a un costado y se pegó a la pared, oculto en la sombra que provocaban una estantería metálica con cajas de cartón cerradas y una bombilla desnuda colgada de un

casquillo. El minuto se había convertido ya en dos, y el abdomen de James subía y bajaba con rapidez, fruto de la impaciencia.

En un pasillo a su lado escuchó pisadas de botas acercándose.

—Venga, Collins —le dijo entre dientes.

—Casi está…

Entonces oyó un grito, seguido de otros más. Después, carreras y radios crepitando. Haces de luces provenientes de varios sitios lo alumbraron a la vez.

Estaba atrapado.

****

55

Isla de Skye, Highlands

A. Lex y Patricia subieron a la primera planta del edificio de oficinas. La tercera puerta a la derecha tenía un cartel que anunciaba la agencia de seguros. Después de llamar, la puerta de cristal se desbloqueó a distancia con un zumbido y accedieron a un espacio abierto enmoquetado, donde los recibió una atractiva recepcionista sentada detrás de un mostrador lustroso. Una vez se identificaron, pidieron hablar con el gerente del negocio. La noticia del fallecimiento de Brian había corrido entre sus compañeros como la pólvora, y la presencia de la policía terminó de alterar la acostumbrada serenidad que se respiraba en la oficina.

John Barnsley, gerente de Griffiths & Warehouse desde hacía siete años y medio, los recibió de inmediato en su luminoso despacho. Durante media hora hablaron acerca de Brian: a qué se dedicaba, si tenía problemas con algún compañero, a qué hora se marchó la víspera… Aquella visita solo sirvió a Scott y Banner para comprender que Brian era un tipo común, con una vida de lo más anodina y monótona. Sin necesidad de compartir en voz alta sus pensamientos, ambos policías llegaron a la misma conclusión: ¿Quién querría asesinar a un tipo así?

Mientras transitaban hacia el puerto en busca de la casa de fachada rosa en la que vivía Karen, la camarera del Sixpence que atendió a Curtis la víspera de su muerte, la sargento barruntaba que la elección de las víctimas nunca era azarosa para un asesino en serie. Ella estaba convencida de que la clave sería encontrar un patrón predeterminado en esa acción. Sin embargo, por mucho que se esforzaba, Sacha Martin, Regina Stone y, ahora, Brian Curtis no parecían tener nada en común, salvo su vinculación con Portree. Aunque esto se chocaba de bruces con los ríos de tinta que se habían escrito respecto a los

asesinos en serie, había aprendido a mantener la mente abierta. El mayor error que se podía cometer en una investigación era preconcebir una hipótesis de trabajo y retorcer todos los nuevos hallazgos hasta encajarlos en ella.

Con estas elucubraciones llegaron al puerto por una empinada cuesta. Todo permanecía tal como Patricia lo recordaba de su anterior visita, solo que, en esta ocasión, el día llegaba a su ocaso y el sol casi tocaba la punta de las montañas que se veían al fondo, cambiando la coloración del agua a un tono cobrizo. Los comercios habían cerrado y el traqueteo del motor diésel de un barco de pesca que regresaba de faenar y una bandada de siete u ocho gaviotas hambrientas acosándolo eran todos los sonidos que se escuchaban.

No tardaron casi nada en encontrar la casa rosa. Era la cuarta empezando por el lado norte. La fachada presentaba el desgaste que provocan el salitre y la intemperie. Buscaron con la mirada signos de vida, sin hallarlos. Ventanas cerradas a cal y canto y cortinas echadas. No obstante, salvaron los dos peldaños que los separaban de la puerta de entrada y tocaron el timbre. Unos segundos después, escucharon un «Ya voy» apagado procedente del interior, seguido de pasos apresurados bajando una escalera.

Alguien deslizó una cadena de seguridad y la puerta se entreabrió. En el resquicio apareció la cara de una chica joven que encajaba con la sucinta descripción que de ella había hecho el camarero del *pub*. Vestía un salto de cama largo con el cual casi barría el suelo y tenía los pelos revueltos y los pies desnudos. Parecía haberse vestido con prisas.

—¿Sí?

Quien habló fue Alex.

—¿Es usted Karen?

Ella observó a la pareja que tenía delante y asintió.

Alex escondió la mano dentro de la gabardina azul y la sacó portando la identificación.

—Soy el inspector jefe Scott, de la Policía de Escocia. Querría charlar con usted un momento.

La joven orientó la mirada hacia el interior un instante, y abrió un poco más la puerta; pero, aparte de eso, no realizó el menor gesto que invitase a los policías a entrar en su domicilio.

—¿Sobre qué quieren hablar? —preguntó bajando la voz, un tanto desconfiada, mientras echaba mano de una chaqueta roja de lana colgada de un gancho junto a la puerta.

—Verá, querríamos preguntarle sobre un cliente del Sixpence —dijo Scott, mostrándole el móvil con el rostro de Brian.

Mientras se cerraba la chaqueta cruzando los brazos en su cintura, Karen acercó la cara y observó la fotografía.

—No sé cómo se llama, el tío casi no habla, pero viene todas las tardes. ¿Le ha ocurrido algo?

—Ha muerto —repuso Scott.

Si la camarera se apenó no lo demostró.

—No sería de un infarto. —Y profirió una carcajada que acalló al momento, aclarándose la garganta—. Perdón, yo…

—Lo han asesinado —dijo Patricia.

Repentinamente preocupada, Karen cambió la pierna de apoyo.

—¿Asesinado? Oiga, ¿eso no tendrá nada que ver conmigo?

—Nada, señorita…

—Nilsson. Mi apellido es Nilsson. Mi padre es sueco —aclaró—. Dos eses e i latina.

«Cariño, sube de una vez», se oyó decir a una voz masculina proveniente del piso de arriba.

—¡Ya voy! —gritó con mal genio vuelta hacia el interior de la casa, luego volvió la cara a los policías y dulcificó el gesto.

—Señorita Nilsson —prosiguió Scott—, ¿recuerda haber visto a alguien con el señor Curtis?

Karen adoptó una pose pensativa.

—No. Ya le digo. Ese tío siempre estaba solo. Llegaba, tomaba sus tres cervezas Carling y se marchaba… —Dejó la frase inconclusa y perdió la mirada, como si le hubiese acometido un repentino recuerdo al que procuraba dar forma.

Alex paró de escribir.

—Ahora que lo dice… —siguió diciendo Karen—, cuando fue al baño, una mujer se sentó en su taburete hasta que reparó en la cerveza a medias, entonces se bajó y se marchó del local sin pedir. Fue un poco raro.

—¿Una mujer? ¿Consiguió verla? —preguntó Scott.

—Todo fue muy rápido y yo estaba poniendo un café.

—¿Algún detalle? Altura, ropa, color del pelo…

—Un abrigo —dijo Karen de improviso—. Llevaba un abrigo de piel marrón oscuro con un cuello de pelos. Me fijé en él mientras caminaba de espaldas hacia la puerta preguntándome dónde habría comprado esa monada. En este pueblucho seguro que no.

—Un abrigo —repitió Scott mientras escribía. Cuando hubo concluido, cerró el bloc y lo guardó junto con el bolígrafo—. De acuerdo, eso es todo, señorita Nilsson. Si recordara algo más, por nimio que le parezca, por favor, llámeme —concluyó alargándole una tarjeta de visita. La chica la contempló un segundo antes de llevársela al bolsillo de la chaqueta roja.

Alex y Patt regresaron a los viejos adoquines del puerto. A sus espaldas, Karen cerró la puerta cautelosa mientras gritaba algo parecido a «¡Ya subo, pesado!».

—¿Qué te ha parecido? —preguntó el inspector jefe.

Patt se quedó sin contestar. Una melodía los interrumpió.

—¿Qué sucede Clarke? —Mientras escuchaba, el rostro de Alex se volvió sombrío—. ¡Joder! Voy volando.

****

56

Londres, Inglaterra

—A lo tengo —anunció Collins.

James saltó de su escondite, introdujo la clave alfanumérica sin demora y oyó dos clics seguidos. Con un abrumador alivio, empujó la puerta de metal y la cruzó, enfrentándose a una fila de cuatro ascensores. Sin dudar, se abalanzó sobre uno de ellos y pulsó frenéticamente el llamador.

Mientras aguardaba, miraba con el rabillo del ojo la puerta volviendo a su sitio con una lentitud exasperante. Al final, escuchó otro reconfortante clic. Retrocedió un paso y miró los cuatro luminosos que indicaban el número de planta en que se hallaba cada ascensor. El de la derecha del todo mostraba el dos. De repente se encendió una flecha que señalaba para abajo, se apagó el dos y se encendió el uno. Todo ocurría con una dilación agonizante.

James se colocó delante del ascensor. La pierna derecha le temblaba y, con los ojos cerrados, susurraba: «Vamos, vamos». Al otro lado de la puerta metálica, alguien pedía el código por radio con gritos apremiantes.

En el panel, se iluminó el cero, luego el menos uno.

Con total nitidez escuchó la radio escupiendo el mismo código alfanumérico que le había transmitido Collins. Desesperado, volvió la vista al panel luminoso, como si con ese simple gesto pudiese hacer que el ascensor bajase más veloz.

Menos tres…

El soniquete musical que provocaba la pulsación de las teclas traspasaba las paredes.

Cuando la pequeña puerta de metal se abrió de golpe, James ya se encontraba dentro del ascensor golpeando la tecla que ponía: LOBBY. Unos eternos segundos después, volvía a encontrarse dentro del

hormiguero humano que recorría el atrio del edificio. Aparentando serenidad, se escabulló directo hasta la entrada principal, sin hacer caso a la actividad que se había desatado a su espalda. En el trayecto en ascensor se había deshecho de la gorra y los guantes y los había guardado en el bolsillo del abrigo. Mientras caminaba, tenía la inquietante impresión de que todo el mundo estaba pendiente de él y que, en cualquier momento, una mano iba a caer sobre su hombro.

Sin embargo, no ocurrió nada de eso y, antes de ser consciente, lo recibió el ruido de la calle. Debajo de la marquesina, James se tomó medio minuto para valorar la situación. Podía escuchar el batir de las palas de un rotor por encima de los edificios y la silueta de un helicóptero reflejada por las fachadas de cristal. Al pie de la escalinata había dos *bobbies*. Uniformados en negro, camisa blanca, corbata y sus característicos cascos alargados hacia arriba cubriendo sus cabezas. Armados solo con porras. Estaban esperándolo a él.

En Lime Street, delante del edificio, dos Volvos con cuadros amarillos y azules de la Policía Metropolitana cortaban la circulación. Tenían los morros blancos enfrentados y las luces de emergencia centelleaban. Habían provocado un pequeño embotellamiento y los automovilistas, hastiados de tocar el claxon, habían apagado los motores y abandonado los vehículos. Apoyados en las portezuelas abiertas, Allen podía ver sus rostros exasperados. Tras ellos, un grupo de curiosos apiñados observaban los acontecimientos mientras un tercer agente hacía esfuerzos ímprobos por mantenerlos a raya. Un cuarto *bobby* caminaba calle abajo probablemente para desviar el tráfico.

Aprovechando que un grupo de cinco ejecutivos bien trajeados salió del edificio y comenzó a bajar los escalones de entrada, James se unió a él y se puso a charlar sobre el tiempo con quien caminaba en último lugar. El hombre lo miraba desconcertado, limitándose a contestarle con monosílabos. Una vez abajo, se despidió con la mano del ejecutivo y se alejó del grupo en dirección contraria, caminando con aire despreocupado.

—¡Oiga, señor! —lo llamó a gritos una voz autoritaria a su espalda. Acto seguido, unos dedos se cerraron en torno a su brazo derecho.

****

57

Isla de Skye, Highlands

Cuando James escapaba del edificio de la corporación Lloyd's en Londres, el inspector jefe entraba por la puerta de la comisaría en Kyle of Lochalsh. En el vestíbulo, se cruzó con Will Gordon. A su lado, caminaba un hombre trajeado con un portafolios de piel en la mano derecha. Will y Alex se miraron uno al otro durante una fracción de segundo. El inspector jefe no fue capaz de interpretar su expresión, pero sabía que se acercaba a una mezcla de decepción e incomprensión. Tal vez, incluso odio.

—Will… yo…

El hombre del portafolios de piel se mostró tajante y lo atajó.

—Ni se le ocurra hablar con mi cliente o lo denunciaré por acoso.

Scott los siguió con la mirada hasta que abandonaron el edificio. Luego fue a la mesa de Clarke, sin detenerse por el camino.

—Hemos tenido que soltarlo —le dijo el agente, en cuanto lo vio aproximarse.

—¿Por qué? —quiso saber Scott.

—Su abogado. Un tal Arthur Wells. Un pájaro de cuidado.

Scott asintió.

—Acabamos de recibir el informe forense del registro de la casa de Gordon —continuó explicándose el agente Clarke—. No se ha encontrado el menor indicio incriminatorio. También han llamado del laboratorio criminalístico de Inverness, donde enviamos las pruebas de ADN.

—¿Y?

Clarke sacudió la cabeza.

—Nada le vincula con ninguno de los dos asesinatos.

Alex respiró hondo. En el fondo, se sentía aliviado con la noticia. Imaginó a quién no iba a hacerle ni pizca de gracia, y su rostro se

cubrió con el velo del abatimiento. Resultaba difícil de por sí enfrentarse a una mente criminal para tener que luchar contra tus propios compañeros…

—¿Qué cree que está haciendo, Scott? —espetó Graham irrumpiendo en el habitáculo.

El inspector jefe apretó los dientes y se volvió. Frente a él se encontró al superintendente. Tenía la cara colorada, como si hubiese estado tomando el sol sin protección, y la vena de la sien latiéndole con fuerza.

—Señor, no existen pruebas para mantenerlo retenido —procuró hacerle ver.

Graham soltó una especie de gruñido, dio media vuelta y se marchó haciendo aspavientos y farfullando palabras sin sentido.

Delante de la casa, se entretuvo un rato contemplándola con la espalda apoyada en la carrocería del Cherokee. Se sintió desolado. La fachada se veía llena de pintadas vejatorias del tipo: «cerdo», «violador», o «asesino»; los cristales de algunas ventanas seguían rotos; y las plantas que con tanto esmero había mantenido Mariam bien recortadas yacían arrancadas de sus tiestos y desperdigadas por el suelo. Reparó en el tendedero que, en esta ocasión, estaba vacío de ropa. Sin tomar en consideración las amenazas del abogado, recorrió cabizbajo el sendero de pizarra. Las lluvias recientes lo habían despejado de nieve. Al llegar a la puerta, se detuvo y permaneció inmóvil un momento. Luego, llamó.

Nadie contestó. Alivio.

Ya se iba a marchar cuando una luz en el salón se encendió. Durante un instante, Scott sintió un ojo fisgando por la mirilla. Al cabo, sonó el mecanismo de la cerradura funcionando y la puerta se abrió, encuadrando la silueta de un hombre demacrado por el dolor. Estaba sin afeitar, con el pelo desgreñado y llevaba la camisa por fuera. Con la mano izquierda agarraba una botella de vodka por el cuello.

—¿Qué se te ofrece, *poli*? —dijo Will desde el umbral con mirada hosca. Articulaba mal; sin embargo, la palabra «poli» sonó como deseaba: ofensiva.

—¿Estás ebrio? —le preguntó Alex, mirando la botella, aunque el aspecto desaliñado y los ojos enrojecidos respondían por sí solos.

Will ejecutó un gesto desdeñoso con la mano.

—¿A ti qué te importa?

—Lo lamento…

—¿Que lo lamentas? ¿Que lo lamentas? Mariam se ha marchado a

casa de su madre, en Edimburgo, y se ha llevado a Robin con ella. —Ya más sereno, añadió—: Cuando te vayas, ten la bondad de mirar la casa y verás en qué has convertido mi vida. Muchas gracias, *amigo* —fueron sus últimas palabras antes de cerrarle la puerta en las narices.

****

58

Londres, Inglaterra

Jadeante, hizo lo único que cabía esperar: detenerse y girarse. Por encima de las azoteas de los edificios seguía llegándole el estruendo del helicóptero.

Antes sintió que el corazón dejaba de latirle en el pecho; no

—Se le ha caído esto —le dijo un agente de policía, entregándole unas hojas amarillentas dobladas con descuido.

Allen aceptó los papeles que había arrancado del *Loss Book*, tragó saliva y se los volvió a guardar en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Gracias, agente —dijo, exhibiendo la mejor de sus sonrisas—. Si llego a perder estos papeles, mi jefe me habría matado.

Con un resoplido de alivio, se alejó del lugar y llegó a Leadenhall Street. Sobre los edificios de ladrillo sobresalía la silueta en forma de pepinillo de un rascacielos modernista. Su mirada persiguió un autobús rojo de dos plantas con el número veintinueve que pasó por delante de él, y salió corriendo detrás. Unos cuantos metros después, frenó en la parada de Mary Axe. James llegó jadeante, pero a tiempo de subirse de un salto antes de que volviese a iniciar la marcha.

No se había cumplido aún una hora, cuando James accedía a Trafalgar Square por el lado norte de la plaza. Dejando atrás la National Gallery, echó a andar hacia la columna de Nelson, donde lo aguardaba Collins. Con un portátil plateado debajo del brazo, cubierto por un abrigo, a todas luces dos tallas más grandes que la suya, y con los pies enfundados en… ¡¿zapatillas de estar por casa?! se movía hecho un manojo de nervios arriba y abajo mirando para todos los lados. En un momento dado, dio un respingo con la sirena de una ambulancia que procedía de Strand y enfilaba The Mall, cruzando bajo Admiralty Arch.

—¡Hola, Collins! —lo saludó, a su lado.

Collins volvió a sobresaltarse y se llevó la mano libre al pecho. En cuanto reconoció a su amigo, resopló fuerte y rio nerviosamente.

—Vas a matarme de un susto. ¿Lo conseguiste?

James se palmeó el abrigo azul, a la altura del corazón.

—Vamos a comprarte algo de ropa; con esa facha no puedes seguir. Después, buscaremos otro hotel, necesitamos un lugar de trabajo.

Cargados de bolsas de los almacenes Selfridges, Collins y James tomaron un taxi hasta Heathrow. En alguno de los hoteles cercanos al aeropuerto llamarían menos la atención, pues estaban más habituados al trasiego de huéspedes que iban y venían. Ahora eran prófugos de la justicia y debían andarse con cuidado. En honor a la verdad, era Allen el más expuesto. Su nombre estaba en la reserva del Dorchester y en el alquiler del Audi y, con toda seguridad, a esas horas su rostro estaría en todas las comisarías de Londres. Collins, de momento, era invisible para las autoridades, de modo que hicieron la reserva a su nombre y pagaron en efectivo.

La habitación 101 era limpia y funcional, y aunque no tenía nada que ver con la exuberancia de la *suite* del Dorchester, a Collins pareció darle igual. James se deshizo del traje y se dio una buena ducha. Cuando volvió, envuelto en un albornoz áspero como un papel de lija, Collins se había deshecho del abrigo que había robado en la tintorería del hotel y, con el mismo pijama que llevaba puesto, estaba sentado sobre una de las dos camas, con el MacBook abierto sobre las rodillas y comiendo *pizza* de una caja.

—¿Quieres un poco? —le preguntó con la boca llena. Con la lengua, atrapó una hebra de queso.

James escogió un trozo pequeño, se sentó en el borde de su cama y le dio un bocado. En el tiempo en que James se reponía, el analista de sistemas había procesado la información contenida en las hojas del *Libro de siniestros*. Juntos, repasaron minuciosamente el manifiesto marítimo. El puerto de origen del *Flying Dutchman* fue Chang'an en China, donde se estibó gran parte de la carga: seda, porcelanas, especias y marfil. Después, hizo escala en el puerto de Karakórum en Mongolia. Allí se cargó una caja de pequeñas dimensiones. Entonces Collins soltó una palabrota.

—Es extraño, pero no consta su contenido.

James se puso a recorrer la habitación con una pose pensativa. Acariciándose la barbilla, cubría los seis metros que separaban el armario y la ventana. Una y otra vez. De repente, se quedó parado mirando el símbolo de la manzana mordida del portátil de Collins y subió las cejas con una idea. Dio dos bruscos pasos hacia Collins y cogió los papeles que tenía a su lado. Los revolvió hasta que localizó los contratos de fletamento. Entre ellos, localizó uno suscrito por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales con un hombre llamado

Lange Wilhelm.

- Objeto del contrato: caja de madera de cedro; dimensiones: 20x7x5 cm.
- Puerto de origen: Karakórum, Mongolia.
- Domicilio de entrega: iglesia de St Margaret, New Fish Street, City de Londres.
- Fecha de entrega: 30 de marzo de 1665.

—Collins —dijo Allen, ahogando el silencio en que se encontraba sumida la habitación—. Busca algo, lo que sea, respecto a Lange Wilhelm.

El exhacker pasó el resto del día pegado a su portátil haciendo búsquedas en Google. James, por contra, estaba que se subía por las paredes. No podía salir de aquella habitación sin exponerse al riesgo de que lo detuviesen. No ahora que se sentía tan cerca. Tenía una teoría esbozada; sin embargo, necesitaba confirmarla con la última pieza que probablemente le proporcionaría conocer mejor al misterioso holandés.

—He encontrado una referencia a un tal doctor Lange Wilhelm —dijo Collins.

Allen, postrado en su cama y mirando hastiado al techo, se sentó de golpe y plantó los pies en el suelo. Durante un instante, se sintió algo desorientado. Había perdido toda noción del tiempo y miró un instante por la ventana. Las nubes en movimiento dejaban entrever, de cuando en cuando, un trozo de la luna. Oía el murmullo del intenso tráfico de la autopista que pasaba a escasos cincuenta metros del hotel.

Concentró al punto toda su atención en Collins, que estaba inclinado sobre el Mac.

—Hijo de Harm Wilhelm —comenzó este a leer lo que ponía en la pantalla—, un rico comerciante holandés afincado en Londres… y de lady Margaret Aldrich, una señora inglesa perteneciente a la nobleza… Nació el 2 de mayo de 1625, en Amsterdam… Se trasladó siendo joven a Londres… Estudió medicina en el Gonville and Caius College en Cambridge… Su padre fue decapitado en 1662, acusado de católico… Parece ser que la acusación la formuló un tal Lord Hanson, que se apropió de sus tierras… Su madre, desposeída de títulos y propiedades, falleció poco después… Al propio Lange se le dio por muerto en el Gran Incendio, aunque nunca se halló su cuerpo.

—Sigue, Collins —dijo James, cada vez más interesado.

—Lange Wilhelm también profesaba la religión católica… El Lord Mayor de Londres, Sir Thomas Bloodworth, ordenó su detención el 2 de septiembre de 1666… no obstante esta nunca llegó a ejecutarse porque, esa misma noche…

—Comenzó el incendio. —James completó la frase por él—. ¿Constan los motivos de la orden de detención?

Collins movió el ratón y pulsó sobre el botón derecho dos veces. Volvió a moverlo, escribió y por fin alzó las cejas.

—Parece ser —siguió leyendo en la pantalla de su portátil— que el mismo Lord Hanson, que acusara a su padre años antes, también lo denunció a él por conspiración… Según Hanson, Wilhelm hacía experimentos en el sótano de la iglesia de St Margaret New Fish Street. —Fruto del entusiasmo, Collins había subido el tono de voz y aumentado la velocidad de lectura, como si quisiera llegar al final de una novela de misterio.

Cuando hubo concluido, ambos se quedaron callados un rato prolongado y la estancia se sumió en un profundo silencio, parecía la sala de un cine tras el final impactante de una película. A esas alturas, James ya no albergaba —o no deseaba albergar— ninguna duda acerca de que la enfermedad que estaba desgastando poco a poco a Victoria resultaba la misma que Wilhelm introdujo en Londres a bordo de un carguero holandés en 1665, es posible que para vengarse de un sistema que había acabado con la vida y reputación de sus padres. Casi con toda seguridad, se valió para ello de la red comercial utilizada por su propio padre antes que él. Ahora bien, aquella información no era del todo suficiente. Llegados a este punto necesitaba saber con exactitud de qué enfermedad se trataba…

Y James no sabía cómo continuar con esa cruzada.

Su imaginación lo transportó hasta la iglesia de St Margaret New Fish Street. Intuía que esa era la clave. Sabía que la iglesia se destruyó por completo en el Gran Incendio. Un incendio que arrasó buena parte de la City entre el 2 y el 5 de septiembre de 1666. *A posteriori*, cuando el rey Carlos II encargó al reputado arquitecto y científico británico Christopher Wren la reconstrucción de la ciudad, la iglesia de St Margaret quedó fuera del programa; sin embargo, sobre sus ruinas se resolvió levantar un monumento conmemorativo de la efeméride.

The Monument era una columna dórica de sesenta y un metros de altura rematada con una urna dorada en forma de llama. Se construyó entre 1671 y 1676, exactamente a sesenta y un metros de la panadería de Thomas Farriner donde, según todos los historiadores convenían, comenzó el incendio por unas brasas del horno mal apagadas.

James no cabía en sí de gozo. Justo en el lugar donde trabajó Wilhelm había un edificio que llevaba en pie desde el siglo XVII, evitando así que el nivel del suelo original hubiera sufrido

transformaciones por causa de futuras construcciones.

—Mañana iremos de compras. Necesitaremos un pico y una pala —dijo James, poniéndose de pie de un salto.

El analista informático permaneció un segundo con la mirada fija en Allen, dilucidando si bromeaba o no; pero, en su lugar, percibió un inconfundible brillo en los ojos de su amigo. Lo había visto antes y sabía que no le traería nada bueno.

****

59

Isla de Skye, Highlands

Hacía ya media hora que había enviado su artículo a rotativas, y la redacción del *Scots Independent* se había quedado casi desierta, pero ella aún tenía algo que hacer. Entretanto recibía la llamada que esperaba, volvió a releer el titular del día siguiente: «Nueva víctima del Doctor de la Peste». Debajo, un subtítulo: «¿Hasta cuándo deberán soportar los vecinos la incompetencia del inspector jefe Scott?». El artículo decía a las claras que si hubiesen detenido antes a Gordon se podría haber evitado el último asesinato. La noticia de la puesta en libertad del sospechoso también tenía su espacio. «Aberrante» o «precipitada» eran algunos de los epítetos que describían la torpe maniobra de la policía…

Antes que el teléfono de su pequeño escritorio diera el segundo timbrazo, Margaret ya se había abalanzado sobre él. Después de siete minutos de conversación, depositó el bolígrafo sobre su cuaderno de notas y devolvió el auricular a la horquilla. Sus dedos comenzaron entonces a bailar a toda velocidad por el teclado de su ordenador. Trataba de contrastar una información que daría un vuelco al caso del Doctor de la Peste. Ella, Margaret Hamilton, se había adelantado a la policía en la resolución de los asesinatos y su nombre se citaría en los medios de comunicación de todo el Reino Unido. ¿Un puesto de redactora en la BBC? Por qué no.

Pasados unos minutos correteaba por el aparcamiento del periódico con las llaves del coche en una mano y el anorak naranja chillón en la otra. Conduciendo su Focus de color azul se perdió en la oscuridad de las sinuosas carreteras de la isla de Skye. Su fuente le había confirmado el resultado de la autopsia practicada a Sacha Martin en Glasgow, y la verdad sobre la causa de los fallecimientos resultaba más aterradora de lo que jamás llegó a suponer. La Policía estaba

ocultándolo a la opinión pública. Ella se ocuparía de que eso no durase mucho más tiempo; sin embargo, antes necesitaba aclarar un último extremo…

Febrero del 87.

Como un relámpago irrumpió en su mente el recuerdo de aquellos días terribles, y se estremeció. Siempre le rondó por la cabeza la inquietante sensación de que todo estaba relacionado, y ahora sabía por qué. Teddy Henderson murió a balazos aquella noche. Su asquerosa mujer se suicidó arrojándose a las vías del tren. Y los hijos pasaron a manos de los Servicios Sociales… ¿Cómo era posible que no se hubiera percatado de aquello? Todo este tiempo lo había tenido delante de sus propias narices…

Cuando fue consciente de que debía de haberse pasado el desvío, dio la vuelta y deshizo el camino poniendo esta vez más atención en lo que hacía. Nada más salir de una curva, lo encontró. Aminoró bruscamente y, sin poner el intermitente, abandonó la carretera para internarse en una pista de servicio forestal, que recorrió hasta que llegó a una encrucijada. Giró a la izquierda y enfiló un tortuoso sendero que se mostraba ante negrísimo. Después de rodar entre coníferas durante un rato, detuvo el automóvil junto a un riachuelo.

A la intemperie, se vio rodeada de un lóbrego paraje en el que se respiraba la quietud más absoluta que una persona pueda imaginarse. El viento era gélido. Le dio otra vuelta a la bufanda alrededor del cuello y se subió la cremallera del anorak naranja, que refulgía en mitad de la noche como un incendio. Ascendió por la pronunciada colina que había ante ella, lo que la ayudó a entrar en calor. Una vez en la cima, atisbó enseguida la mansión por entre las ramas de unas coníferas repletas de liquen de color cobalto. Entonces, se agazapó resollando.

Durante un tiempo que no pudo recordar, pero que debió de ser mucho, a juzgar por el principio de congelación que llegó a notar en los dedos de los pies, permaneció allí inmóvil, contemplándola absorta. Semioculta entre la niebla que surgía del suelo, la casa se erguía tan desangelada y sombría como la recordaba, solo que recubierta por una pegajosa pátina de abandono. Parte del tejado estaba desplomado, los quicios desencajados y las ventanas cruzadas con travesaños claveteados a los quicios. Los hierbajos se habían adueñado del camino de acceso y las alocadas ramas de los árboles cercanos trepaban por el torreón. Como truenos en una tormenta, retumbaron en su cabeza los recuerdos de aquel día en que volvió a nacer. Cuando la policía entró en el sótano, salvándola de las garras de aquel monstruo, se sintió colmada y dichosa. Aunque, en ese momento, no podía imaginar que su pesadilla estaba por comenzar.

Apartando esos pensamientos de su cabeza, se irguió y se encaminó

hacia la casa, rodeó un antiguo pozo sellado y fue bordeando la fachada con sigilo, hasta que se plantó en el porche delantero. Solo el repentino ulular de un búho le provocó un ligero sobresalto. Sin perder de vista cuanto sucedía a su alrededor, revolvió en el bolso en busca del teléfono móvil y activó la linterna. Como se encontró la puerta de la casa entreabierta y algo encajada entre tanta cochambre, respiró hondo, y la empujó con el hombro. Un quejido lastimoso y estridente llenó el espacio, y casi de inmediato percibió un olor a rancio de casa cerrada. Con una mueca de asco alumbró el interior con la linterna. La casa por dentro se hallaba cubierta de telarañas, todo cuanto podía oxidarse estaba herrumbroso y el suelo lleno de excrementos de ratas. Aún eran visibles en las paredes del salón los agujeros de las balas que se dispararon aquella noche. Los técnicos criminalistas habrían retirado todos los casquillos; sin embargo, los agujeros negros permanecían como un recuerdo inexorable. Luego se armó de valor y comenzó a recorrer el interior. Con cada chirrido de la madera se le oprimía más el pecho, dificultándole cada vez más la respiración. La cocina estaba mugrienta y desprendía un hedor repugnante. Churretes oscuros salpicaban los muebles y el zumbido de las moscas sonaba como un frigorífico enchufado. La puerta que conducía al sótano permanecía cerrada y Margaret sintió un escalofrío al verla. No estaba dispuesta a volver a bajar ahí ni por todo el oro del mundo.

Una vez recorrió todas las dependencias del piso de abajo, se deslizó escaleras arriba, agarrándose al maltrecho pasamanos. A pesar de que ejecutaba sus movimientos pausadamente, no consiguió acallar los quejidos con que cada peldaño respondía a su avance. Nunca había estado en esa parte de la vivienda. En la planta de arriba se encontró con tres habitaciones separadas entre sí por un pasillo con vistas al salón. Apartó más telarañas y procedió a registrarlas todas. En la que supuso debió de ser la alcoba principal, en el cajón superior de un aparador, halló una caja de cartón de color celeste decorada con flores violetas. Al verla le sobrevino un oscuro presagio. La extrajo del cajón con delicadeza y se sentó con ella en el filo de la cama, aún vestida con una colcha de encaje renegrida por la suciedad. Los muelles del colchón sonaron con su peso. Cargada de curiosidad retiró la tapa de la caja y rebuscó dentro con la mirada. Lo que contenía era una pila de fotos en blanco y negro. A medida que las iba pasando, una a una, su rostro se arrugaba cada vez más…

En ese preciso momento, algún tablón de la casa chascó. Echó de inmediato las fotografías dentro de la caja y dejó esta sobre el colchón. Cuando se incorporó, y a pesar de que se esmeró en lo contrario, los muelles volvieron a rechinar. Empuñando la linterna como si fuera un arma, encaró la puerta, se asomó al pasillo y,

rezando para sí, se atrevió a dirigir el haz de luz al frente.

—¿Hay alguien ahí? —Su voz salió más trémula de lo que hubiera deseado.

Se apercibió entonces de que la mansión había vuelto a sumirse en el completo silencio. Nada parecía fuera de lugar. Sin embargo, para librarse de la inquietante sensación de que alguien la acechaba, dio unos pasos cautelosos por el descansillo hasta la balaustrada, y se asomó al salón desde lo alto, pero tampoco vio nada anormal. Sacudiendo la cabeza, regresó a la alcoba principal. En cuanto entró, apuntó a la cama con la linterna, buscando la caja. Se quedó completamente quieta mirando aquel fantasma del pasado. Con los ojos desorbitados, dejó caer el teléfono móvil al suelo al tiempo que de su boca se escapaba un alarido de terror…

****

60

Londres, Inglaterra

El inspector Shaw continuaba visionando las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Lo hacía por tercera vez. Si creía ver algo de interés, congelaba la imagen con el ratón y se inclinaba hacia la pantalla. Luego resoplaba y reanudaba la secuencia. Así llevaba más de dos horas, encorvado hacia una pantalla de ordenador con los ojos enrojecidos y consumiendo cigarrillos sin cesar.

Que aquel tipo no era un profesional se notaba a la legua: andares, gestos…, cosas de esas. Había descubierto un minúsculo auricular en su oído, y eso significaba que estaba recibiendo ayuda. ¿Pero ayuda de quién? Había entrado en el edificio a las 09:35, y había permanecido en él cuarenta y ocho minutos. ¿Qué buscaría? Al acceder a la sala de archivos, llevaba puesta una gorra para ocultar el rostro y guantes para no dejar huellas; además, procuraba no mirar hacia arriba, eludiendo las cámaras…

Tipo listo

Shaw le dio otra calada al cigarro y lanzó el humo contra el plasma.

En cuanto visionó la imagen del intruso abriendo la cámara de seguridad, Shaw volvió a detener la grabación y fue avanzándola fotograma a fotograma hasta que su rostro nítido ocupó toda la pantalla. Con la imagen fija, el inspector alzó la fotografía ampliada de un pasaporte, y alternó la mirada de la pantalla a la fotografía y viceversa. No había duda. En el vídeo aparecía sin barba; sin embargo, se trataba de la misma cara.

—¡Hola, señor Allen! —dijo Shaw en voz alta.

Después de todo, no era tan listo. Ejecutó doble clic sobre un icono e imprimió la captura de pantalla. Una impresora colocada en una mesa auxiliar se puso en marcha y casi de inmediato escupió una hoja. Con la impresión a color entre los dedos regresó al escritorio y la dejó

en una carpeta abierta, sobre otras tres impresiones granuladas: bajando de un taxi en Lime Street, una ampliación de la oreja y usando en los tornos la tarjeta de acceso de un tal Rawson.

Pulsó la tecla de PLAY en la pantalla y el vídeo de seguridad se puso de nuevo en marcha. Pasó la secuencia a cámara rápida hasta que el tipo depositaba en el suelo uno de los libros, lo abría y se ponía a pasar páginas. Entonces volvió a la velocidad real. Aquel era el momento más insólito. Allen, con una rodilla en el suelo, miraba a la izquierda, hacia la puerta de entrada. Luego se inclinaba sobre el libro y arrancaba varias hojas antes de ponerse en pie de un salto y salir corriendo. Veinte segundos después, llegaban los agentes.

Mordisqueando el filtro del último cigarrillo, Shaw rebobinó las imágenes a cámara lenta, hasta que la página por la que estaba abierto el libro quedó enfocada. La amplió. Separó la espalda de la silla y se inclinó hacia la pantalla, hasta casi rozarla con la punta de la nariz. Su rostro en el plasma se mezclaba con la imagen y apagó el flexo para evitar el reflejo. Torció un poco la cara. Forzando la vista, entrevió el nombre de una… iglesia: St. Margaret. New. No-Sé-Qué. Asimismo, constaba la información de un barco hundido en 1665. Aquel nombre holandés le sonaba de algo…

Dejó el cigarrillo sobre el cenicero rebosante de colillas y abrió la primera carpeta de un montón que había en una esquina de su mesa, cogió la hoja de encima y se la acercó a los ojos, manteniéndola a la distancia suficiente para esquivar la presbicia. Era el informe de la policía del asalto a la *suite* del Dorchester de esa mañana. Cuando hubieron logrado acceder a la habitación, ya se encontraba vacía. El pájaro había volado de la jaula —ahora sabía adónde había ido—, en cambio, habían podido recuperar la campana. Reposaba sobre la mesa de la sala de estar. Sobre un paño húmedo. Era antigua; del siglo XVII, habían dicho los expertos. Por lo visto, Allen la había sometido a un baño químico para quitarle la costra que se le adhiere al metal debajo del agua, y había quedado a la vista un nombre grabado. El mismo nombre que sus ojos miraban en la pantalla del ordenador, en la página del libro…

El inspector Shaw juntó las cejas y volvió a llevarse el cigarrillo a la boca. Expelió el humo e imprimió la captura.

«¿Qué está buscando, señor Allen?».

****

61

Isla de Skye, Highlands

Patricia acompañó a Alex en su ejercicio matutino. Cuando se acostó, olvidó echar las cortinas y la claridad del día la había despertado antes de tiempo. Abrió las ventanas de su dormitorio para que entrara el aire y se entretuvo un rato apoyada en el alféizar, mirando el lago. La mañana se encontraba neblinosa, pero no impedía que los rayos oblicuos del sol centelleasen en la superficie del agua. Mientras el tibio sol de noviembre apenas si calentaba, una ligera brisa arrastraba olor a salitre. Se apartó de la ventana e hizo la cama, luego se enfundó un cortaviento azul y unos pantalones negros que se ceñían a sus piernas musculadas, y salió de la habitación.

De regreso, ella y Alex se detuvieron en el quiosco de prensa de Freddy. Alex se desprendió de los guantes y, como siempre, ojeó los titulares. En cuanto vio la primera página del *Scots Independent*, su humor cambió a peor.

—No puedes consentir que te afecte tanto lo que escriba esa periodista —dijo Patt con la respiración agitada, haciendo estiramientos.

—Para ti es fácil decirlo. Estás de vacaciones.

A la sargento le zahirió la insinuación, pero optó por el silencio. Echaron a andar a buen paso por el arcén hacia The Mountain Creek House.

—Lo lamento, de veras —se excusó él.

Se mantuvieron un rato callados. El lago se veía calmo y las gaviotas en la distancia comenzaban su rutina diaria, planeando en círculo sobre las redes que los pescadores echaban a la mar.

—He pensado que podíamos ir al castillo de Dunvegan, a echar un vistazo —dijo Alex.

Patricia tenía que apremiar el paso para mantenerse a la altura del

inspector jefe, y eso la alegró. Parecía que cumplía su promesa de cuidarse.

—Nos vendrá bien cambiar de aires; además, siempre he querido conocer esa zona de la isla —añadió ella.

Después de dejar a los Anderson una nota manuscrita en la cocina, más que nada para que no los esperasen esa noche, se montaron en el Jeep y condujeron un rato hacia el norte por la A87. En un cruce, la abandonaron para incorporarse a la A850, por la que rodaron durante treinta kilómetros en dirección al oeste. Tardaron cuarenta minutos en alcanzar la pequeña localidad de Dunvegan, famosa por el castillo medieval del siglo XIII que había sido residencia ininterrumpida del jefe del Clan de los MacLeod durante ochocientos años.

Alquilaron dos habitaciones en el *bed & breakfast* Hunter Pony, un establecimiento con encanto y unas excelentes vistas a *Loch Dunvegan*. Una vez instalados, decidieron dar una vuelta por los alrededores del castillo para captar una primera impresión. Llegaron en pocos minutos, después de abandonar la carretera principal y circular por un sendero arbolado de tierra y grava. Los muros y las torres con almenas defensivas del castillo se alzaban imponentes sobre un promontorio a orillas del lago. No lo habían visto nunca y quedaron impresionados.

Unos minutos antes de las tres, después de almorzar en un restaurante cercano, regresaron. En una explanada de tierra, un autobús con las puertas abiertas vomitaba un ruidoso grupo de turistas que iba directo a canjear sus boletos. Además, había una docena de coches particulares aparcados en batería. Pegado al cristal por dentro de las taquillas había un cartel en el que podían leerse los horarios de visita: «Abierto del 1 de abril al 30 de noviembre de 10:00 a 17:30». Para poder husmear a su gusto prefirieron no identificarse, de modo que adquirieron dos tiques por catorce libras cada uno, y se dirigieron hacia una antigua verja de hierro finalizada en puntas de flecha, que un operario, armado con un bote de pintura y una brocha, se afanaba en devolver al color negro.

Rodeando el castillo por la parte delantera había un magnífico jardín de rododendros de comienzos del siglo XIX. Lo cruzaron a pie por una pista que zigzagueaba entre árboles y moría en el foso del castillo. Vadearon el foso por un puente de piedra arqueado y, después de salvar tres escalones de piedra enmohecida, franquearon un enorme portalón tachonado y curva de medio punto, que permanecía abierto al público. Nada más entrar, se encontraron de frente con unas anchas y robustas escalinatas de roble que llevaban al piso de arriba. La decoración interior del castillo se alejaba de la Edad Media y se aproximaba más a la de la época victoriana, con techos decorados con artesones de nogal, sofás oscuros de piel, grandes alfombras persas y cuadros con marcos de arabescos dorados cubriendo el papel pintado

de las paredes; colgando de los techos de las habitaciones más lujosas lucían espectaculares lámparas de araña que desplegaban una generosa iluminación.

Alex y Patricia realizaron el *tour* turístico durante una hora. El recorrido estaba indicado con carteles y, de vez en cuando, se hallaban puertas cerradas con rótulos atornillados: «PRIVADO» o «ACCESO RESTRINGIDO». Cruzaron el patio de armas y, por una arcada gótica que se abría en un extremo, accedieron a la torre del homenaje. Bajo una enorme bóveda de crucería se toparon con las escalinatas de mármol donde encontraron el cuerpo sin vida de Sacha Martin. Por el morbo que las cosas luctuosas despiertan en el ser humano, había un grupo de turistas orientales arremolinados en torno al lugar disparando *flashes* al tiempo que un guía local les relataba con tono melodramático que, justo en ese sitio, habían encontrado no hacía mucho el cadáver de una turista canadiense. Incluso, señalaba unas marcas oscuras adheridas a la piedra que, según les explicaba, correspondían a la sangre de la víctima. Todos los turistas se inclinaron sobre ellas murmurando sonidos de admiración y descargando sus cámaras de fotos.

—Se dice que por las noches se oyen sus pasos recorriendo los oscuros pasillos en busca de venganza —dijo el guía, susurrando.

Alex y Patricia se miraron entre sí, partidos de la risa. Concluida la visita turística, resolvieron separarse para husmear por las zonas de acceso restringido.

—Tú por arriba y yo por abajo —propuso Alex.

Como los teléfonos móviles carecían de buena cobertura, acordaron encontrarse en el coche a la hora de cierre. Patricia subió las escaleras de mármol, alcanzó el rellano de la planta superior y desapareció por una puerta de madera con herrajes bien pulidos. La sargento enseguida se percató del cambio de decoración. La piedra lisa sustituía a la moqueta y al papel pintado. La luz se esfumó, envolviéndolo todo en la penumbra, de modo que hubo de utilizar la linterna del móvil para marcar el camino.

A medida que avanzaba por un pasillo largo y angosto sus tacones resonaban por todas partes. Fuera de la climatización de las zonas de visita, la humedad también era más intensa. Se abotonó el abrigo; aun así, sentía el frío recorriendo su cuerpo. A su paso, abría todas las puertas que se encontraba y echaba un efímero vistazo dentro. Las estancias eran pequeñas y estaban vacías. Al cabo de media hora de subir y bajar escalones, torcer a derecha e izquierda, y cruzar estancias aquellos pasillos se habían convertido en un intrincado laberinto. Al final, siendo honesta, no podía por menos de reconocer la realidad: se había extraviado. Empezó a preocuparse porque el tiempo apremiaba y no tenía ningún interés en quedarse allí encerrada

toda la noche.

En la planta de abajo, Alex giró un pesado tirador de hierro y una puerta se abrió. Encendió la luz. Parecía un despacho decorado para alguien que pasase poco tiempo en él. Sobre la alfombra raída, sus zapatos dejaron de hacer ruido. Fue tras un escritorio de nogal y se sentó en un sillón de piel marrón con los brazos desgastados por el roce. Con la espalda apoyada volvió a hacer un recorrido visual por la estancia, primero; y por la mesa, después. No descubrió nada fuera de lugar. Bibliotecas de cristales con libros y recuerdos familiares. Bajó la vista y probó a abrir los tres cajones, pero se hallaban bajo llave. Se levantó, apagó la luz y abandonó la habitación. Mientras cerraba la puerta, un violento golpe en la base del cráneo lo volvió todo negro.

Nada más consultar el reloj por enésima vez en los últimos diez minutos, Patricia lo escuchó y se detuvo en seco con el pecho agitado. ¿Eran pasos cautelosos? Había perdido el sentido de la orientación y no se atrevía a asegurar de dónde procedían. Miró en torno a sí, pero no vio nada. Continuó caminando por el pasillo, ahora más despacio, prestando atención. Pasó por delante de otra puerta y constató que se encontraba cerrada con llave. Volvió a echar una rápida mirada hacia atrás sobre su hombro izquierdo. Llegó a una confluencia de pasillos y dudó antes de elegir.

Percibió que la ansiedad le iba venciendo y procuró serenarse. Entonces volvieron a resonar en sus oídos los pasos, esta vez más apresurados, y el corazón le dio un vuelco. El sonido había llegado con la suficiente nitidez como para ser consciente de que no era fruto de su imaginación. Patricia se lamentó de no llevar su arma reglamentaria encima. Estaba de vacaciones y su presencia allí no había sido autorizada. El miedo empezó a nublarle la mente y no pensaba con claridad.

«Tranquilízate».

Comprobó en el reloj que ya había transcurrido la hora de cierre y ella seguía… de hecho, no sabía dónde seguía. Procuró orientarse; sin embargo, se sentía incapaz de deshacer el camino. Pensó en Alex, llevaría ya diez minutos esperándola junto al coche. Avisaría a alguien y vendrían a buscarla. Solo tenía que esperar. Tomó aire para calmarse y se apoyó contra la piedra húmeda. A pesar del frío y la humedad rompió a sudar. Se pasó las manos por la cara. Se quitó una goma de la muñeca derecha y se recogió el pelo en una cola… Delante

había otra puerta. Una de las antiguas, del siglo XIII o XIV; bueno, no tenía ni idea, pero de lo que no cabía duda era de que tenía un montón de años encima. Como casi todas, finalizaba en un arco de medio punto, y la madera se hallaba combada, por algunos sitios incluso carcomida. Los herrajes y las bisagras asimismo parecían viejos. El óxido se había adueñado de ellos. Sin tomar siquiera en consideración el letrero que prohibía el acceso separó la espalda de la pared y adelantó la mano hasta el tirador, aplicó presión hacia abajo y la puerta cedió.

Desde el umbral, recorrió la estancia con la linterna del móvil, provocando sombras puntiagudas. Era una estancia enorme y llena de objetos viejos y recovecos. Históricos, la corregiría Allen. Había pasillos separados por largas hiladas de vitrinas con cristales repletos de cascos, cuchillos, copas, platos, libros, y cosas así. Todo se encontraba identificado con etiquetas. Algunas paredes estaban cubiertas de tapices. En otras, había escudos heráldicos, ballestas y espadas; y en las esquinas, armaduras completas, algunas bien pulidas y brillantes, y otras envueltas en plásticos.

Aún en la puerta, se mostró indecisa sobre qué camino tomar. O entraba o seguía por el pasillo. Un extraño sonido cercano, una especie de jadeo sibilante, le provocó un espasmo de miedo. Ladeó la cara, apuntó con la linterna y vio una sombra chinesca impresa en la pared. Sin duda era una figura humana moviéndose entre los pliegues de la piedra. Pareciese que llevaba un sombrero de copa y la nariz sobresalía en exceso, como el pico de un pájaro grande. Un estremecimiento recorrió su espalda.

En ese momento, su teléfono emitió un pitido corto, y Patricia desvió la mirada a la pantalla. Solo le quedaba un diez por ciento de batería. Entonces tomó una dolorosa decisión: desconectó la linterna.

Las sombras desaparecieron.

Aquella siniestra figura aproximándose facilitó su decisión. Entró en la estancia y cerró la puerta tras de sí. En medio de la oscuridad reinante, avanzó poco a poco arrastrando los pies y con las manos hacia delante para tantear cualquier escollo que tuviera enfrente. De improviso topó contra algo, que se cayó al suelo entre un estruendo enorme. Metálico. Se quedó quieta. En ese momento, a su espalda, reconoció los chirridos de la puerta abriéndose y cerrándose de nuevo.

—¿Hay alguien ahí? —Su voz sonó insegura, más de lo que hubiese deseado.

Silencio y pasos. Otra vez aquella respiración… asmática.

Su corazón se agitó y forzó la vista intentando atisbar algo entre tanta negritud. Un siseo a su derecha, como de algo arrastrándose, la sobresaltó. El miedo la tenía agarrotada; sin embargo, el espíritu de supervivencia acabó imponiéndose. Decidió moverse, dio media vuelta

y se deslizó despacio. Su vista se había acomodado todo lo posible y al menos era capaz de discernir borrosas manchas de sombra. Llegó a una confluencia con más pasillos y estantes, y procuró calmarse.

Miró a su lado y dio un respingo. Junto a ella vio un yelmo de aspecto feroz con el brillo apagado. Su misión era atemorizar a los enemigos. En una etiqueta ponía que Malcolm MacLeod, el tercer jefe del Clan, lo llevó en la famosa batalla de Bannockburn, en 1314. Volvió la mirada al frente dilucidando hacia dónde tirar. Solo deseaba alejarse del sonido, de modo que escogió al azar y torció a la derecha. Acompasado con sus propios pasos sentía que alguien también se desplazaba, movió la cabeza a la izquierda y, entre sombras, entrevió un movimiento. Avivó el paso, respirando más deprisa, tropezó de nuevo y una estantería se tambaleó. Varios objetos cayeron al suelo a un tiempo, provocando un ruido estridente.

En ese momento, una mano la agarró por detrás. Dejó escapar un grito. A ciegas forcejeó y soltó los codos, que golpearon contra algo. Un gruñido. Libre. Arrancó a correr de nuevo. A la porra las estanterías y sus reliquias. A su espalda, alguien corría también. Decidió agotar la batería que le quedaba en orientarse, y conectó de nuevo la linterna. Necesitaba una puerta.

Volvieron las sombras.

Los pasos se acercaban. Ahora se escuchaban en un pasillo paralelo por donde discurría, o tal vez eran dos más allá. De repente la vio. Delante de ella, a diez metros, había una puerta.

La alcanzó. Había un interruptor. Lo pulsó. La luz de varios tubos colgados del techo le transmitieron la serenidad que necesitaba, y el ritmo de su corazón empezó a calmarse. Apagó la linterna y miró para todas partes, procurando oír. Todo permanecía quieto y sosegado. Al fondo del pasillo vio desparramados por el suelo un batiburrillo de objetos que destellaban tenuemente con la luz. Se volvió y abrió la puerta, revelándose un oscuro pasillo. Dejó la puerta abierta para alumbrarse un poco y caminó deprisa hacia la derecha. Al doblar por un largo recodo circular volvió la oscuridad, se deslizó otro rato más y dio con una puerta que se hallaba entornada.

Encendió la linterna y se asomó dentro, mostrando lo que parecía un cuarto de limpieza, lleno de cubos, fregonas y otros trastos. Echó un último vistazo al pasillo y cerró la puerta con tiento de no hacer ruido, luego cruzó el cuartucho hasta el fondo y se acurrucó contra la pared.

****

62

Londres, Inglaterra

Allen dejó el coche en la calle Pudding Lane, irónicamente frente al lugar que ocupó la antigua panadería de Farriner, hoy convertido en un edificio de viviendas en rehabilitación. La noche era fría y comenzaba a lloviznar. Embozado en un anorak negro con capucha y con una bolsa alargada de lona al hombro, recorrió a pie los últimos sesenta metros que lo separaban de Monument Square, en pleno distrito financiero. En la plaza y calles adyacentes, pasadas las doce, no se movía un alma.

En los oídos volvía a llevar los minúsculos auriculares que lo mantenían en permanente contacto con Collins, a quien había pedido que estuviera atento ante cualquier dispositivo policial. Los lunes, el monumento permanecía cerrado para los turistas; de modo que el plan consistía en que Allen pasara la noche del domingo escondido en él, y esperara a la mañana siguiente para iniciar los trabajos, cuando el trasiego de la City amortiguara el ruido que él mismo haría. Y en eso, muy a su pesar, lo ayudaría Collins.

James llegó a la base cúbica del monumento. En la única pared sin bajorrelieves sobre la efeméride del incendio había un acceso protegido por una cancela. Acceso que utilizaban los turistas que quisieran subir los trescientos once peldaños hasta la cima de la columna. Oculto entre la oscuridad que le propinaban la noche y la lluvia, forzó la entrada. Entró como un rayo y cerró la puerta tras de sí, enfrentándose a un habitáculo cuadrado y penumbroso. Depositó en el suelo la bolsa de lona y buscó en el bolsillo del anorak una linterna. La encendió. El haz de luz recorrió el espacio. Representaciones de Londres del siglo XVII en las paredes de mármol, una taquilla, un banco de pino y la base de las escaleras que ascendían

ATRICIA dormía en aquel cuarto de la limpieza cuando James

en espiral. De la bolsa de lona extrajo un saco de dormir, se desprendió del anorak, se sacó los zapatos y se metió dentro. Repasando los planes del día siguiente le venció el sueño y se durmió.

A eso de las nueve y cuarto de la mañana del lunes, con la City convertida en un reguero de automóviles y personas moviéndose bajo un cielo nuboso, surgió en Monument Square una furgoneta del servicio municipal de reparaciones del alcantarillado. Se detuvo en mitad de la plaza con los intermitentes de emergencia destellando, y se bajó de ella un hombre joven vestido con pantalones vaqueros y un chaleco naranja con tiras reflectantes. Un casco de obra sobre su cabeza ocultaba unos pelos desgreñados. El viento hacía revolotear a su alrededor páginas de los periódicos de la víspera. Cualquiera que se hubiera fijado en él, diría que hablaba solo.

—James, ¿me escuchas?

—Perfectamente.

—Ya estoy en la plaza.

—Entendido.

—Me van a coger…

—Serénate, nadie te va a detener. Solo haz tu trabajo con indiferencia.

—¿Y cómo se hace eso?

—No sé, muévete con displicencia, masca chicle, cosas así.

El operario abrió las puertas traseras del vehículo, desplegó unas vallas de obra amarillas delimitando un triángulo y, a la hora convenida, comenzó a taladrar el hormigón, provocando un estruendo infernal que casi pasaba desapercibido entre la obra de rehabilitación de un edificio unos metros más allá y la intensidad del tráfico.

Justo a la misma hora, James ya se encontraba preparado en el interior del monumento. Con un martillo neumático conectado a un compresor, empezó a abrir un boquete en el suelo. Tras dos horas de arduo trabajo, el suelo de piedra se vino abajo, levantando una densa nube de polvo. Allen se apartó del agujero, con los ojos cerrados y tosiendo. Cuando el aire se hubo aclarado un poco, volvió a acercarse. Hincó una rodilla en el suelo, asomó la cabeza dentro del agujero y el débil círculo de luz de su linterna de minero rompió tenuemente un ambiente nebuloso.

Mientras aguardaba a que su vista se acondicionase, le golpeó un

asfixiante olor a tierra podrida por la falta de ventilación. A un lado, habían quedado amontonados fragmentos de piedra desiguales y tierra de un marrón oscuro, casi negro. Excitado, se apartó y se sentó en el suelo un momento para recuperar el fuelle. De la bolsa sacó una botella de agua, le dio unos tragos y volcó el resto sobre su cara para eliminar la mezcla de suciedad y sudor adheridos a su piel.

—Collins, ya he terminado. Puedes recoger y marcharte.

—Vale, me largo de aquí.

James oyó un resoplido de alivio en su oído. Entendía lo mal que lo estaría pasando su amigo. Collins era un ratón de biblioteca, no un hombre de acción. De nuevo su mente volvió al subterráneo. Era consciente de que estaba cometiendo una aberración arqueológica, pero no había tiempo para hacer las cosas de manera más ortodoxa y académica. Sin más dilación, apoyó las manos en el pavimento de mármol y metió el cuerpo por los pies en el boquete, que estaría a una altura de unos dos metros del subsuelo. Luego, esperanzado, se dejó caer dentro de él.

—Buenos días, ¿qué está haciendo aquí?

A dos pasos de la furgoneta, Collins se detuvo en seco mascullando para sus adentros. El *exhacker* se dio la vuelta despacio y se topó con la mirada suspicaz de un *bobby* que mediría al menos dos metros o más, o eso le pareció, y que se le había acercado sin que él se percatara.

—¿O-ocurre algo, agente? —preguntó, titubeante.

—¿Qué está haciendo aquí? —repitió.

Collins empezó a mascar el chicle abriendo mucho la boca y encogió los hombros señalando el rótulo de la furgoneta.

—Alcantarillado. —La voz sobreactuada parecía decir: «¿Es que no está claro, so imbécil?».

Unas arrugas surcaron la frente del policía y mirando el pavimento triturado dijo:

—Que yo sepa, por aquí abajo no pasan alcantarillas.

Collins se puso lívido.

—Pues… verá… yo…

—Déjeme ver su permiso de obra —dijo el policía, sin ninguna cortesía.

El analista informático se tragó el chicle.

—Claro, agente. Lo tengo en la furgoneta.

Collins echó a andar hacia el vehículo aparentando calma y lo rodeó por delante, mirando de soslayo al policía. Por primera vez se fijó en las esposas que colgaban del súper cinturón cargado de

herramientas para someter a delincuentes como él. Aterrado, abrió la portezuela del acompañante e hizo desaparecer medio cuerpo dentro de la cabina. Se sintió aliviado de perderlo de vista.

«Es para hoy», oyó decir al agente en voz alta.

—James, tenemos un problema —anunció entre dientes.

Nadie contestó.

Collins reapareció con una carpeta marrón en la mano, y fue a reunirse de nuevo con el policía, que le esperaba con las manos en las caderas, en un claro gesto de impaciencia. Collins apartó las gomas elásticas que cerraban la carpeta, y rebuscó dentro; acto seguido, le tendió un permiso lleno de sellos municipales falsificados con pericia.

El policía lo hojeó con interés manifiesto. Al final, alzó la barbilla y le dijo a Collins:

—No se mueva de aquí, he de hacer una comprobación. —El *bobby* se alejó de él unos metros y se puso a hablar por la radio.

—James, ¿me oyes? —susurró—. James, James…

—¿Qué… p-pasa…?

La comunicación se entrecortaba.

—La policía me ha pillado, he de salir de aquí cagando leches.

Tampoco hubo respuesta.

Para cuando regresó el agente de policía con cara de pocos amigos, la furgoneta y el operario habían volado, dejando atrás un cristo que le costaría todo el día solventar. Y hoy pretendía irse a casa temprano para ver el partido del Arsenal.

****

63

Isla de Skye, Highlands

Sun tortuoso dolor en la espalda la llevó a recordar la posición poco y unos ruidos al otro lado de la puerta la despertaron. Se movió un tan incómoda en la que se había dormido. Miró su reloj y constató que ya era por la mañana. Otra vez el ruido. Pese a ello, no se sentía asustada; no se correspondían con alguien que pretendiese ocultar su presencia. Cuando trataba de incorporarse, la puerta se abrió y surgió ante ella una mujer ataviada para la limpieza. Al ver a Patricia con los pelos revueltos y la cara hinchada por un mal descanso, soltó un chillido.

En pocos minutos, el pasillo se llenó de revuelo. Alex, acompañado de dos vigilantes de seguridad, apareció corriendo por el fondo, abordó a Patricia y la envolvió con sus brazos.

—¿Estás bien?

Patricia asintió y le dijo, mirando el vendaje de su cabeza: —Y a ti, ¿qué te ha pasado?

—Alguien me golpeó.

Patt se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él.

—Me imaginaba lo que diría Allen: «¡Qué desperdicio de habitaciones pagadas en el hotel!» —dijo imitando su tono de voz.

****

64

Londres, Inglaterra

Bajo el suelo del monumento el silencio era abrumador. Un intenso hedor a podrido y una nube de polvo flotando convertían el aire casi en irrespirable. James tosió violentamente y se colocó un pañuelo alrededor de la boca y la nariz. Haciendo oscilar la linterna de minero que llevaba sujeta a la frente, trató de formarse una idea de dónde estaba. El habitáculo era rectangular, pequeño y de techo bajo, con paredes recubiertas de adobe moldeado en forma de ladrillos y suelo de arena prensada. Más allá de algún tablón ennegrecido y astillado, en aquel sitio no había rastro del incendio que consumió la iglesia en 1666.

Allen anduvo paso a paso, sorteando escombros. Cuando creía ver algo, se agachaba, se acercaba a la cara algún objeto y volvía a dejarlo en el suelo. Continuó avanzando con la única compañía del crujido que provocaban sus zapatillas al andar. Apuntó la linterna al frente. Donde debió existir una pared había un montón de ladrillos. A su derecha, quedaba una escalera de caracol empinada e irregular que terminaba en una plancha de hierro llena de herrumbre. Imaginó que sería la entrada original.

Rodeó el montón de ladrillos y cruzó a otra estancia mientras sufría otro acceso de tos. El espacio se agrandó algo más. La luz alumbró por partes un techo nervado. El mal olor persistía, pero al menos las partículas de polvo permanecían en su sitio: el suelo. Se apartó el pañuelo de la boca y lo guardó en el bolsillo del pantalón. Inmóvil en la base de la escalera contempló la nueva estancia. Poco a poco, fue juntando el ceño desconcertado. Parecía una especie de laboratorio alquímico. Todo se encontraba recubierto por gruesas telarañas. En el centro había una mesa carcomida y desplomada, contra una pared se apoyaba un anaquel con libros y tarros de cristal, y en la pared

opuesta un horno de atanor.

El desconcierto de James cedió el sitio a la estupefacción. Muy despacio, se aproximó al horno, una obra de ingeniería que en el siglo XVII se convirtió en la herramienta esencial de los alquimistas. Había leído sobre ellos, pero jamás había visto ninguno con sus propios ojos. Construido en barro cocido, era cuadrado y se hallaba cubierto con una cúpula. Tendría un metro de largo y uno de ancho. Frente a él, y esparcido por el suelo, había fragmentos renegridos de cazuelas de arcillas.

Allen se acuclilló concentrado y cogió uno de aquellos pedazos. Indiferente, sopló sobre él, arrancándole una capa de olvido de más de tres siglos. Volvió a dejarlo en el suelo y se irguió, sacudiéndose las manos contra los pantalones. Dentro del cerco de luz apareció ahora el anaquel de nogal, que se sostenía por puro milagro. Dio unos pasos hacia él. Apartó una telaraña y algo se movió deprisa, desapareciendo entre libros de astrología. Agarró un frasco de cristal, lo destapó y se lo acercó a la nariz. Arrugó la cara. Parecía azufre. Volvió a colocarle el tapón al frasco y lo puso en su sitio, una balda combada, junto a más tarros de vidrio llenos de sustancias apelmazadas de diferentes colores…

Le dio la espalda al anaquel y se centró en la mesa desplomada en el centro. Apuntó con la linterna el tablero y lo fue vislumbrando por partes. Al principio enfocó dos agujeros en el lado derecho y en el izquierdo de un extremo, y luego un tercero a mitad de distancia de los otros dos, en el otro extremo. Mentalmente, los unió con dos ejes perpendiculares y formó una cruz imaginaria. Especuló con la idea de que las aberturas bien podrían servir para sujetar a una persona por las muñecas y los tobillos.

Según se dirigía hacia el tablero, restos de cristales tan finos como un folio crujieron bajo las suelas de goma. Los restos de un alambique. Volvió a agacharse. Sentado sobre sus talones, revolvió entre los deshechos durante un rato. Bajo la luz aparecieron trozos de cuero curtido, tubos de ensayo y unas tenazas oxidadas y deformadas. De improviso, sus dedos tocaron algo distinto. Con cuidado, apartó de encima piedras y tierra, dejando a la vista lo que parecían pergaminos. Los cogió con cuidado y se los acercó a los ojos envueltos en un círculo de luz amarilla. Sopló para expulsar los últimos restos de suciedad adheridos a la superficie. Efectivamente, se trataban de tres pergaminos. Pequeños. Más o menos del tamaño de lo que hoy sería un cuaderno. A pesar de haber sufrido el transcurso del tiempo y del abandono, la grafía era clara y legible. El corazón empezó a latirle con más fuerza.

Con bullente inquietud, dedicó los siguientes minutos a devorar las palabras, las frases y los párrafos. Cuando hubo terminado, volvió a

leerlo todo de cabo a rabo. Estaba escrito en inglés culto. A pesar de que no había ninguna referencia directa a los experimentos de Wilhelm, saltaba a la vista que se trataban de anotaciones inconclusas del alquimista. Si una de las quimeras de la ciencia medieval fue encontrar la Panacea, un remedio para prolongar la vida, este parecía buscar todo lo contrario. La madre de todas las enfermedades: Génesis.

El escrito asimismo mencionaba a una de sus pacientes. Margaret Porteous se personó en su consulta en busca en un tratamiento contra un dolor de muelas…

«Porteous, Margaret… Porteous».

James le dio vueltas a la cabeza procurando recordar de qué le sonaba tanto ese nombre, hasta que cayó en la cuenta. El profesor Ethans le contó que fue el primer caso reconocido de la Gran Plaga. Aparte de eso, que le ayudaba a confirmar que se encontraba en la buena senda, no había más información. Solo menciones a las posiciones del sol y de la luna, y otros datos sin interés sobre astronomía. Hastiado y decepcionado, se incorporó, irguiendo la espalda, y enrolló los pergaminos con cuidado de no dañarlos. Luego los guardó en el bolsillo lateral de sus pantalones cargo. Dedicó otro rato más a inspeccionar el laboratorio. Al comprobar la hora en su reloj, se sorprendió de que las agujas marcaran las dos y media pasadas. Había perdido toda noción del tiempo y su viaje al pasado había durado más de tres horas.

En cuanto lo recibió la luz del día, el aire contaminado de la ciudad se le antojó el más puro del mundo. Ante la puerta del monumento, permaneció un instante de pie, con la barbilla levantada y los ojos cerrados, inhalando y exhalando con rapidez y dejando que el agua de la lluvia le arrebatase la mugrienta capa de polvo.

Fue repentino y todo lo que sucedió a partir de ese momento quedó borroso en su memoria. Unas manos poderosas le agarraron sin remilgos de los brazos y lo arrojaron al suelo, de espaldas. Mientras sentía una rodilla clavada en sus riñones, unos aros de acero niquelado se cerraban en torno a sus muñecas. Con la cara apretada contra el pavimento encharcado Allen escuchaba, como un murmullo lejano, una retahíla de advertencias legales recitadas de carrerilla. No obstante, él solo podía pensar en una cosa. Aquello era el fin de Victoria, y una lágrima recorrió su mejilla, confundiéndose con las gotas de lluvia.

****

65

Isla de Skye, Highlands

UNA sombra se movía con torpeza sobre las baldosas envejecidas de un sótano con las paredes de yeso desconchadas. Un dedo afilado pulsó un interruptor y una luz pálida y blanca titiló en el techo. Siseante. La figura adquirió el color negro de su bata y dirigió sus pasos hacia un estante, de donde extrajo su viejo libro por el lomo de piel. Con un cuidado reverencial, lo acercó a la mesa de trabajo y lo depositó encima. Uno a uno, pasó los pergaminos escritos bajo la iglesia de St Margaret, en Londres, leyéndolos una vez más. Tras la última anotación, cogió el tintero y la pluma y se puso a escribir. Media hora más tarde, cerró la tapa del libro y lo devolvió a su lugar.

Durante minutos, permaneció observando una pequeña caja de cedro, de unos veinte centímetros de larga, que había sobre la mesa. Escritos en la parte superior había unos caracteres orientales. Con el tiempo, había modificado su interior, moldeando en gomaespuma tres compartimentos a medida. En cada uno de ellos había asegurado un frasco de cristal que contenía un líquido negro y espeso. La evolución del Génesis. Su homenaje póstumo.

Pero la caja no era lo único que había modificado. A partir de los escritos originales, diseñó un agente viral más infeccioso y letal aún que el que causó la Gran Plaga. No dejaba rastro en el organismo, ni se transmitía por el aire. Solo quien entraba en contacto directo con él sufría sus terribles consecuencias. El asesino perfecto. Cuando los análisis fuesen capaces de detectarlo y los virólogos a entender su comportamiento, ya sería tarde. Demasiado tarde. El virus se habría liberado y todos estarían infectados. La nueva pandemia sería incontrolable.

Ahora, solo faltaba el último paso. Constatar su eficacia en dosis mayores, y para eso ya tenía un plan preconcebido. Asistiría a una fiesta. Con la respiración más pausada, se dio media vuelta cuando la luz del techo se apagó, y subió las escaleras. En el suelo quedó un bulto arrinconado. No respiraba. No se movía. Como un incendio en mitad de la noche, un anorak naranja refulgía en medio de la oscuridad.

****

66

Londres, Inglaterra

Sentado al borde del camastro de acero de un calabozo, James se sentía deprimido y frustrado. Con la cabeza escondida entre las manos le sobrevinieron un montón de pensamientos. No había vuelto a saber nada de Collins y sin el móvil, que le habían confiscado, no podría tener noticias de la doctora Parisi. Intentó cruzar las piernas y sonó un ligero susurro. Se llevó la mano a la pernera y notó los pergaminos de Wilhelm en el bolsillo lateral. Alejando de él todas las ideas, abrió el corchete a presión y sacó los rollos. Los estiró y volvió a leerlos por tercera vez. En las últimas líneas había algo interesante que antes le había pasado desapercibido y que despertó repentinamente su interés, levantándole un poco el ánimo.

Wilhelm hablaba de que tenía todo listo para su inminente partida a Escocia, en busca de la serenidad necesaria para continuar con sus experimentos… James reflexionó sobre los asesinatos de la isla de Skye y qué relación podían tener con Lange Wilhelm, un alquimista del siglo XVII.

El Doctor de la Peste.

No había que ser muy espabilado para advertir que ambas acciones no podían ser fortuitas. Misma enfermedad y mismo lugar, solo que trescientos cincuenta años más tarde. ¿Quién podía estar haciendo esto? Sabía que alcanzar la inmortalidad había sido una obsesión del hombre durante la historia. Pero no podía ser. Su mente racional le decía que aquello era una quimera. Un imposible.

O no.

También el Demonio del Agua, o el Yanapuma, o el Pájaro Diablo lo eran… pero…

Entonces comprendió que debía viajar a Escocia, donde sus amigos se enfrentaban a los monstruosos planes de un asesino que había

vuelto del pasado para concluir su trabajo: El Génesis.

Con el hilo de las cavilaciones su pulso se había acelerado. No sabía de cuánto tiempo disponía para salvar a Victoria. La lentitud con que le estaba afectando la enfermedad podía tener que ver con el hecho de que se contaminó colateralmente al cortarse en el monasterio tibetano de Mongolia. Sin embargo, confinado tras aquellos barrotes, no podría ser de ayuda para nadie…

El ruido de un mecanismo funcionando le devolvió a la realidad del momento. Bajo el umbral de la puerta de barrotes del calabozo había un hombre alto y corpulento ataviado con un traje barato. Lo observaba con curiosidad mientras hacía notar su presencia, tosiendo un poco.

—Buenas tardes, señor Allen, soy el inspector Shaw. —Su acento sonó del sur de Londres.

James se puso de pie de un salto y dio una rápida zancada hasta quedar cerca de él. Shaw no hizo amago de ir a defenderse.

—Inspector —dijo el prisionero, suplicante—, usted no lo entiende, pero debo salir de aquí.

Shaw conservó el rictus, aunque a James le pareció que sonreía.

—En una cosa tiene usted razón, Allen. No entiendo lo que está pasando y espero que algún día vuelva para contármelo… con una cerveza.

James mostró un rostro desconcertado.

—En efecto, es usted un hombre libre para marcharse —dijo, y se echó hacia atrás—. ¿Sabe? Tiene amigos muy persuasivos. En el mostrador del vestíbulo le entregarán un sobre con sus pertenencias.

—Gracias, inspector Shaw —dijo James, que evitó al policía y de inmediato comenzó a trepar las escaleras corriendo.

—Señor Allen, una última cosa —dijo Shaw alzando la voz.

James se paró entonces y volvió la cabeza hacia Shaw.

—No siga metiéndose en líos, lo único seguro respecto a la suerte es que siempre cambia.

Al tiempo que descendía los escalones del edificio New Scotland Yard en dirección a la calle, James repasó los mensajes de su teléfono móvil. Entre ellos, encontró uno muy enigmático de Dave Carmichael con dos palabras: «Buena suerte». Rebuscó en su memoria el momento en que había puesto al corriente a su viejo amigo de sus pasos; pero, aparte de lo que le contó en el vuelo desde Mongolia, no lo halló. De forma que abandonó la idea. Sin embargo, otra cosa lo inquietó más y, con la frente surcada de arrugas, se detuvo en mitad de las anchas escalinatas.

Tenía siete llamadas perdidas de la doctora Parisi. La última, de las siete menos veinte de la tarde. Miró el reloj. Hacía tan solo ocho minutos.

Sin perder un segundo pulsó la rellamada y esperó. Al segundo pitido alguien descolgó. De algún modo lo supo por el tiempo que tardó la doctora en decir su primera palabra. Como escogiéndola con tiento. Las piernas empezaron a flaquearle al mismo tiempo que le sobrevenía una apabullante sensación de desesperanza. Incapaz de sostenerse por más tiempo en pie se obligó a sentarse en el escalón donde se había detenido. Lo hizo despacio, ayudándose de la mano libre, con la mirada perdida en el río y los oídos zumbándole. Mientras la conversación se desarrollaba, James no dijo nada. Solamente asentía. Al cabo de los dos o tres minutos más largos de su vida, colgó y dejó caer el teléfono al suelo.

Mirando el Támesis bajo un cielo encendido de rojo y naranja, James permaneció inmóvil durante un larguísimo rato. Cuando no pudo seguir conteniendo las lágrimas, lloró consternado. Ya era bien entrada la noche cuando volvió a levantarse. El desconsuelo y la desazón habían dejado sitio al odio, un sentimiento que lo empujaba con fuerza a hacer lo que debía.

Con la fría determinación de ajustar cuentas al responsable de la muerte de Victoria se levantó y se alejó siguiendo la ribera del río.

****

67

Isla de Skye, Highlands

Un año antes, Bruce era el capitán del equipo de fútbol del Portree High School. En las semifinales del campeonato interregional sufrió una grave lesión de menisco que lo mantuvo apartado de los terrenos de juego durante seis meses. A menudo, Bruce sostenía que la vida del deportista de instituto era efímera y frágil. Si estabas de moda todo rodaba cuesta abajo. En cambio, todo eso se esfumaba con un chasquido de dedos, en cuanto te quedabas fuera. Esta temporada, sin embargo, todo parecía volver a su sitio natural. Tras unos buenos encuentros, Bruce recuperó la capitanía y con ello la popularidad. Lo demás, vino solo: las chicas y los aprobados.

Bruce había decidido celebrar una fiesta esa noche. Su casa era grande. Tres plantas acristaladas, un porche adosado y un vasto jardín de césped y árboles que lindaba con los acantilados, y en cuyo centro se hundía una piscina rectangular. A decir verdad, más que una casa era una mansión, o una casa de campo, como gustaba decir a las personas adineradas, y sus padres, Lord y Lady Woodman, tenían pasta. Mucha pasta.

Sheena era la invitada estrella, la razón oculta de la fiesta. Aunque alardeaba continuamente de sus conquistas, Bruce aún era virgen, pero había planeado que ese día dejaría de serlo. Junto al lago, la humedad y el frío resultaban intensos; aparte de eso, la noche se mostraba estrellada. Perfecta. Apoyado contra una columna de piedra que sustentaba el techo del porche, Bruce encendió su encendedor Zippo y acercó la llama a un pitillo mientras contemplaba a Sheena saliendo de su coche y avanzar hacia él. Se había hecho dos coletas con su pelo castaño y se bamboleaban juguetonas al ritmo de sus pasos. Estaba preciosa. Debajo del abrigo desabotonado dejaba entrever un vestido negro corto por encima de las rodillas. Se sabía guapa y como siempre se contoneaba sobre sus tacones disfrutando del interés que despertaba a su paso. Tenía una sonrisa que desarmaba a los tíos solo con mirarlos. Besó fugazmente a Bruce en las mejillas y se colocó pegada a su hombro. Con descaro, le arrebató el cigarrillo de la mano, le dio una calada y se lo devolvió con la boquilla manchada de carmín.

Por los altavoces Pioneer salían las voces de Charlie and The Bhoys, Sigrid, Rihanna, Taylor Swift y otros cantantes de moda. Bruce había

organizado la pista de baile en el salón-biblioteca, la estancia más grande de la casa. Junto a un par de amigos del equipo se habían pasado el día retirando muebles y doblando alfombras carísimas. Rodeados de libros viejos, los cuerpos de los jóvenes se retorcían sobre las tablas del parqué. Contra la pared, había dispuesto un tablero con bebidas. Había botellines de cerveza John Smith´s colocados como una formación militar en un desfile, que iban desapareciendo como si los fuesen eliminando de la partida. Asimismo, había un cubo con ponche casero. La especialidad del anfitrión. La bebida preferida de las chicas. En teoría no tenía alcohol, pero todos sabían que eso no era del todo cierto.

Esa noche, Bruce hubo de reponer el cubo del ponche al menos dos veces. Estaba siendo un éxito clamoroso. Menos mal que hizo suficiente cantidad. Llevaba cuatro cervezas encima y empezaba a sentir el efecto del alcohol, así que decidió echar el freno si no quería arruinar sus planes. Sheena lo provocaba agitando las caderas frente a él y Bruce no dejaba de mirar el reloj deseando que llegara la hora de despachar a todos los invitados. Luego le pediría que se quedara para ayudarle a recoger, y una cosa llevaría a la otra. Todo estaba planificado en su cabeza, como una jugada de estrategia durante un partido.

Sheena llevaba consigo un vaso de plástico lleno de ponche. Había perdido la cuenta del número que hacía. La música seguía fluyendo del iPod a través de los altavoces. Súbitamente, ella dejó caer el vaso al suelo y el líquido se derramó por el parqué. En un pispás desapareció, absorbido por la madera. Cuando Bruce le lanzó una mirada cargada de reproche, vio que algo en el rostro de ella no iba bien. Su rictus había cambiado. Se estaba… ¡hinchando! Y sangraba. Sangraba por la nariz, por los ojos, incluso de los oídos le salía aquel liquidillo escarlata que no debería estar ahí. Debería estar circulando por venas y arterias en un circuito cerrado. Pensando que había contraído algo raro, él se apartó un metro y, entonces, Sheena se tapó las orejas con las manos y agitó la cabeza mientras gritaba que pararan aquellos chillidos estridentes.

Todos se volvieron a mirarla.

La música seguía sonando a todo volumen.

A unos pasos de ellos, otro vaso se escapó de otras manos. En esta ocasión de las de Sela. También sangraba, también comenzaron las erupciones y también chilló. Luego una tercera chica, Kim, y una cuarta, Melissa. Bruce estaba aterrado y no sabía hacia dónde mirar. Antes de que nadie pudiera reaccionar, el suelo se había cubierto de personas tiradas de cualquier forma. Como fulminadas por rayos. Los regueros de sangre se convirtieron en charcos y la porosidad de la madera los hizo desaparecer, oscureciendo el roble. La estancia se

llenó de histeria, gritos y carreras. En medio de aquel caos, alguien sensato descolgó un teléfono y llamó a emergencias.

****

GÉNESIS

«El infierno está vacío, y todos los demonios están aquí.»

William Shakespeare

68

Isla de Skye, Highlands

SAMUEL no siempre fue un chico raro. Fue a partir de primaria cuando todo se torció. Hasta entonces, podría decirse que su vida resultaba de lo más común, si exceptuamos el detalle de que jamás tuvo padre, o eso al menos fue lo que siempre dijo su madre. Laren no tendría más de veinte años cuando Sammy vino al mundo. El parto se complicó y aunque le dijeron que todo había marchado bien, ella siempre supo que aquel día algo se estropeó en la cabeza de su hijo. Por esa razón debía protegerlo. Al principio, se vio en la obligación de protegerlo de los chicos de su edad, más tarde de las mujeres y, por último, de él mismo. Solo ella, Laren, su madre, sabía lo que más le convenía.

Ir al colegio, fue una experiencia traumática para Sammy. Cuando no regresaba a casa sin zapatillas o con un ojo morado, lo hacía con la cara embadurnada con excrementos de perro. Laren puso una denuncia tras otra, pero, al final, la directora le sugirió amablemente que Samuel debía cambiar de centro. «Es un chico muy… raro», le dijo. Entretanto, Sammy fue cumpliendo años y cogiendo kilos. Pasaba todo el tiempo enclaustrado en su cuarto, enchufado a la videoconsola o leyendo *cómics* de Marvel, con un plato a rebosar de esos canutillos rellenos de crema con canela. Eran sus predilectos y en una tarde completa podía zamparse media docena de ellos tranquilamente.

En su decimoctavo cumpleaños, le dio un disgusto a su madre.

—Quiero ir a la universidad, mamá. Voy a ser científico.

Laren procuró disuadirlo por todos los medios. Sabía lo que ocurriría y anhelaba ahorrarle el bochorno por el cual, seguro, pasaría. Pero Samuel se había emperrado y cuando algo se le metía entre ceja y ceja, no había quien lo hiciera cambiar de opinión. Era cabezón como su padre. Fue la única vez que Laren se acordó de su

progenitor. Una noche de verano, a los diecinueve años, se dejó embaucar por un chico del municipio. Un chico guapo, eso sí. Echaron un polvo en el asiento de atrás de un vetusto Honda Civic, y luego si te he visto no me acuerdo. Cuando Laren se percató de su propio embarazo, ya habían transcurrido seis meses de gestación. Casi no le había crecido la barriga, y sí, notaba algunos cambios en su cuerpo, como la ausencia de la menstruación; pero, a fin de cuentas, tampoco sabía bien cómo funcionaba aquello.

Aún recordaba las primeras palabras que pronunció su padre en cuanto soltó la bomba. Permaneció un rato prolongado mirándola con gesto severo, y luego le espetó:

—Eres la deshonra de la familia. Tú y tu bastardo, abandonad esta casa.

Durante años odió a su padre por echarla a la calle embarazada. Y a su madre también, por no salir en su defensa, aunque más tarde comprendería que no lo hizo probablemente por temor. Poco después, sus padres fallecieron. Aunque ella tenía un hermano, llevaba años en paradero desconocido; de modo que Laren heredó la casa y el negocio familiar: una panadería.

Al final, Samuel se salió con la suya e ingresó en la Universidad de Edimburgo. Los dos primeros años las cosas parecían irle bien. Pero un día se presentó en la panadería con las maletas. Laren estaba terminando de hornear una bandeja de dulces. Era temprano. Poco después del amanecer, y nevaba. Nevaba tanto que las calles de Broadford se volvieron blancas y las aceras desaparecieron de la vista. Que no quería seguir estudiando fue la única explicación que ella pudo obtener de él. Nunca supo qué ocurrió de verdad. A partir de entonces, siempre que Laren sacaba el tema, Samuel se ponía muy nervioso y se enfadaba. Se enfadaba mucho. Con rabia. Y cuando eso pasaba, hasta Laren sentía miedo. Por eso, desde ese momento, siempre que se referían a su precipitada vuelta de la universidad lo hacían llamándolo el «incidente».

Desde aquel funesto día, todo cambió en las vidas de Samuel y Laren. Su intensa relación se quebró. El chico se retrajo aún más. Se pasaba las horas, incluso los días enteros, encerrado en aquel cobertizo que su abuelo utilizaba como almacén, en las afueras de Broadford. Su madre no sabía lo que hacía, pero él le prohibió acercarse. Y lo hizo con esa cara tan desencajada que a veces ponía, en la que no era capaz de reconocer a su chiquitín.

Aun así, lo seguía queriendo. Era su hijo. Su chiquitín. Su bastardo. Se alojaba con ella y, con una bicicleta algo vieja, la ayudaba con el reparto a domicilio de la panadería. Ella lo entendía como nadie. Ella lo protegía. Y jamás ninguna persona le haría daño.

Nadie.

Por encima de su cadáver.

****

69

Isla de Skye, Highlands

Hace tres días que siete jóvenes fallecieron en una fiesta en casa de un miembro de la Cámara de los Lores; y la Policía sigue sin dar respuestas». La noticia del *Scots Independent* afirma, y leo textualmente, que «fuentes bien informadas de la Policía no descartan que se trate de un nuevo caso del Doctor de la Peste».

—Lo he leído, alcalde —dijo con el auricular en la oreja.

—Señor alcalde —lo enmendó.

Graham estaba pálido. Gotas de sudor comenzaban a brotar como setas en su frente.

—¿Y que piensa hacer al respecto? —insistió el alcalde.

—Señor alcalde, esto es desconcertante. El inspector jefe Scott trabaja con la teoría…

—¿Es el mismo Scott a la que mi amiga Margaret Hamilton califica de incompetente?

La línea se mantuvo en silencio durante unos segundos. Graham se aflojó el nudo de la corbata.

—Verá, Graham —siguió diciendo el alcalde con su exasperante voz meliflua—, si me permite un consejo, ponga a otro al mando.

El superintendente se mostró alicaído.

—Comprendo su preocupación…

—¿Que comprende mi preocupación? ¿Sabe cuántas llamadas he tenido que atender esta mañana? Hasta me han llamado del gabinete del primer ministro. ¡Por Dios bendito! ¡Era la casa de Lord y Lady Woodman! ¡Su hijo pudo morir! ¿Sabe lo que significa…?

Graham apartó el auricular de la oreja y dejó gritando al alcalde, cuando el tono se relajó, volvió a acercárselo y suspiró.

—Señor, le prometo que en veinticuatro horas tendrá respuestas.

—Kevin…, se llama así, ¿no? Bien, Kevin —repitió con una

engañosa familiaridad—, si mañana a las… digamos las diez de la mañana no tiene un detenido, vale más que se vaya buscando otro empleo. Al final, encontraré a alguien que resuelva este maldito caso.

La comunicación se cortó y el superintendente se quedó escuchando un pitido continuo. Entonces una idea brotó en su cabeza y el rictus mustio dejó paso a un rostro iluminado. Con lentitud devolvió el auricular a la horquilla. Si Scott no era capaz de encontrar al asesino, él lo haría. A grandes males, grandes remedios. Hacía ya… siete años que abandonó las calles. ¡Cómo pasaba el tiempo! Sin embargo, el instinto policial no se perdía; y el suyo le decía a gritos que la implicación de ese tal Gordon era mayor de la que había querido mostrar. Scott ordenó ponerlo en libertad porque las pruebas eran insuficientes, ¡Y una mierda! Él le apretaría las clavijas a ese degenerado hasta que lo confesara todo.

Con un plan pergeñado, se levantó de un brinco del mullido sillón y cruzó a largos pasos su despacho. La señorita Dewar se llevó un sobresalto con la impetuosa apertura de la puerta y derramó parte del café sobre su escritorio.

—Jane, avise al sargento McAlley. Lo quiero en mi despacho de inmediato.

—Creo que está en una reunión que ha convocado el inspector jefe Scott.

—Inmediatamente, Jane. Ah —añadió, volviéndose— y póngame con Margaret Hamilton, del *Scots Independent*, si es amiguita del alcalde démosle un motivo para estarnos agradecida.

Sentadas en torno a una mesa rectangular, seis personas se disponían a repasar el estado del caso. La isla nunca había vivido unos sucesos semejantes y la situación se había vuelto insostenible. La sala de conferencias era estrecha y funcional, carecía de ventanas y toda la iluminación procedía de un tubo en el techo. El color de las paredes no se apreciaba; no quedaba un solo hueco sin cubrir con ampliaciones de fotografías, anotaciones, mapas y recortes de periódicos.

—Por favor, vamos a comenzar —tomó la palabra Scott, sintiendo que la tensión volvía a su cuello. Según se acallaban los murmullos de la sala, agarró una cafetera por el asa, rellenó su vaso desechable hasta la mitad y le dio un sorbo—. ¿Alguna novedad?

—Verá, inspector jefe —intervino Clarke—, justo antes de entrar a la reunión hemos recibido una denuncia por la desaparición de… —consultó un cuaderno manoseado— Margaret Hamilton, reportera del *Scots Independent*. Al parecer, en la redacción llevan varios días sin

saber nada de ella, y es inusual, porque se había involucrado mucho con este caso.

Alex juntó el ceño. Lo que le faltaba. Hacer de niñera para esa periodista.

—Vale —dijo Alex—. En cuanto concluyamos ponte con ello. Habla con la familia y sus compañeros. ¿Preguntas?

Una agente de ojos grandes y piel morena sentada justo enfrente de Alex se enderezó.

—¿Qué sabemos de la causa de las muertes?

—Esa es una buena pregunta, Arya. —Scott se puso de pie y se acercó al mural de información colgado en la pared que había detrás de él, justo en el lado opuesto a la puerta. Durante unos segundos se quedó mirándolo mientras ordenaba sus ideas—. Seguimos a ciegas. El doctor Bryceton está casi seguro de que a todas las víctimas las mató un agente altamente infeccioso, pero, hasta ahora, nadie ha sido capaz de aislarlo. Así que estamos como al principio.

Alex dejó pasar los segundos, se aproximó al borde la mesa y dio otro sorbo a su café. Entretanto, los timbrazos del teléfono de la comisaría se habían convertido en el hilo musical de la reunión. Las terroríficas imágenes del último escenario, con siete adolescentes muertas de aquella manera tan horrible, se habían filtrado a la prensa. Todo el mundo en la isla se había puesto histérico y la psicosis se había desatado como ratas huyendo del exterminador.

»Estoy seguro de que a Sacha Martin y a Regina Stone —prosiguió con el café en la mano— les inyectaron el patógeno de manera intravenosa. El caso de Brian Curtis fue diferente. La teoría más plausible es que a él se lo pusieron en la cerveza que tomó en el Sixpence, poco antes de su muerte; en cuanto a las siete víctimas de la fiesta, aún no tenemos los resultados forenses, pero me inclino a pensar que envenenaron el ponche.

—¿El ponche? —inquirió Clarke.

Scott dejó el vaso en la mesa y miró a todos los presentes.

—En la fiesta había casi cincuenta personas; sin embargo, según las declaraciones, solo las que bebieron ponche se vieron afectadas. La Policía Científica está analizando la bebida en los laboratorios de Inverness. Clarke, por favor, llámales y que se den toda la prisa posible.

—Claro, pero si envenenaron el ponche, debió de haber sido alguien de la fiesta.

Un agente pelirrojo sentado junto a Arya frunció la boca y cobró protagonismo.

—No es tan sencillo, John. Yo hablé con Bruce, el hijo de los Woodman…

—Magnífico futbolista —interrumpió McAlley. A continuación,

carraspeó incómodo.

Alex lo miró un segundo y devolvió toda la atención a Adam, quien continuó hablando.

—Bruce declaró que preparó el ponche personalmente a media mañana y la fiesta comenzó a las ocho de la tarde. Entre ambos momentos, nadie vigiló la bebida. Cualquiera pudo aprovechar ese espacio de tiempo para verter el agente. Tampoco hubo empresa de catering. Él y unos compañeros del equipo se encargaron de comprar las bebidas en el supermercado.

—¿Cómo es posible que no se haya encontrado rastro del patógeno? —inquirió Arya.

Alex se puso a caminar de nuevo con las manos unidas en la espalda y la mirada en el suelo, como un conferenciante sobre un entarimado.

—El doctor Bryceton tiene la teoría de que el asesino ha alterado los atributos del virus para que resulte indetectable con los medios actuales.

—Yo no entiendo mucho de eso —comenzó a decir McAlley—, pero, para hacer algo así, el asesino debe contar con un extenso conocimiento científico y un laboratorio adecuado. ¿No?

Alex observó durante un segundo al sargento. Debajo de aquella costra de apatía y desidia, alguna vez hubo un buen poli. Enseguida, otra idea cruzó por su mente. El perfil. Si le hubiese hecho caso a Patricia y hubiesen encargado un perfil del asesino a un psicólogo forense, quizá no habrían perdido tanto tiempo.

—Buen apunte, sargento. ¿Por qué no investigas las compras de aparatos de alta sofisticación? No debe de ser un mercado muy amplio.

El sargento asintió a regañadientes. El inspector jefe no había entendido la ironía de sus palabras. Estaba claro que, en la ciudad, les gustaba complicar las cosas. De estar él al mando, tenía clarísimo cómo procedería.

—En todo caso —continuó Scott—, con la sobrecarga de trabajo que suponen las siete autopsias, hemos pedido ayuda a otros institutos forenses del país. A ver si alguien descubre algo —añadió con tono resignado, tras una pausa—. Arya, ocúpate tú de coordinarlas todas.

—Luego te digo a qué institutos forenses han enviado los cuerpos —dijo Clarke.

—Gracias, John —le respondió Arya, con una sonrisa.

Alex apuró el café de un trago y rellenó el vaso.

—Clarke, ¿qué tenemos de los informes de criminalística?

El joven agente cogió su cuaderno y pasó varias hojas hacia atrás.

—Poco, la verdad. Aún falta el de la vivienda de los Woodman, pero, hasta ahora, no hay hallazgos relevantes. Las pruebas conducen

a que las dos primeras víctimas fueron violadas y asesinadas en otro lugar y trasladadas posteriormente…

—Entonces es vital encontrar la escena primaria y cuanto más tiempo pase, más pruebas se destruirán —apuntó Adam.

Alex veía con desazón la ausencia de avances y respiró hondamente.

—Pero no sabemos por dónde empezar, ¿alguna idea?

La sala quedó en silencio, interrumpido por el murmullo del aparato de climatización. Cinco brazos se extendieron para buscar sus vasos de café y los cuerpos se retreparon en las sillas.

—Clarke, continua, por favor —dijo Alex.

El agente posó los ojos en su cuaderno abierto sobre la mesa.

—Tampoco se hallaron restos biológicos en ninguno de los escenarios. Tan solo surcos en la tierra, en Corry Lodge, que bien pudieron ser realizados con una esterilla para ocultar pisadas.

—¿ADN, huellas dactilares…, nada? —preguntó el agente pelirrojo.

Clarke chasqueó la lengua al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

—Nada. El asesino fue muy cuidadoso —sentenció.

—¿Y qué hay de los mensajes en los dos primeros escenarios? —inquirió Scott.

Clarke volcó de nuevo su mirada sobre sus anotaciones.

—En ambos casos, los grupos sanguíneos coinciden con los de las víctimas. A^+ en el primer caso y 0^- en el segundo. El que apareció en Dunvegan —bajó la mirada y leyó—: «Que Dios se apiade de nosotros» tiene miles de entradas en Google; sin embargo, y aunque sé que no le gusta, enfoqué la búsqueda en la Gran Plaga… y *¡voilà!* Samuel Pepys, el famoso diarista inglés, escribió esta frase el miércoles 7 de junio de 1665. Su diario ha sido una fuente de valor incalculable para conocer, de primera mano, lo que ocurrió por aquella época.

—¿Y la que apareció en Corry Lodge? —insistió Scott.

—Esa fue más fácil. Es parte del *Apocalipsis* de San Juan.

—¿Alguna cosa más? —dijo Alex.

—Aparte de que a nuestro asesino le gusta jugar, falta lo más curioso. Según el experto calígrafo, las frases de las paredes, en ambos casos, fueron escritas por un zurdo; en cambio, la cruz que apareció en las muñecas de Sacha Martin y Regina Stones, lo fueron por un diestro.

Alex se acordó de Patricia y se lamentó de no poder contar con ella en el equipo.

—O sea, que el asesino puede ser ambidiestro —puntualizó uno de los asistentes, rompiendo el hilo de los pensamientos de Scott.

—Eso parece.

—¿Alguna pregunta más? ¿No tenéis calor? —dijo Scott, que

desconectó el aparato de climatización con el mando a distancia.

Con los murmullos de aprobación aún resonando, una mano se alzó al fondo. Un agente, que hasta ese momento se había limitado a tomar notas, preguntó: —¿Por qué el asesino dejó esos mensajes? ¿Y por qué no lo hizo en los últimos casos?

—Tampoco tengo respuesta para eso, Harry. Quise solicitar un perfil psicológico del asesino, pero no había presupuesto. —Durante un instante, guardó un silencio incómodo—. Aparte de que quizá sea ambidiestro, la única pista es Portree. A Sacha Martin se la vio por última vez en su biblioteca y las demás víctimas vivían allí, así que quiero que os dividáis en parejas y vayáis puerta por puerta. Interrogad a todos los vecinos si vieron u oyeron algo fuera de lo común. Ah, una última cosa, Harry. Quiero que investigues a fondo a un tal Samuel. Es hijo de Laren, una mujer con una pastelería en Broadford.

—Esa mujer tienen un don. Mi mujer compra allí los pasteles.

—¿Sospecha de él? —quiso saber Clarke, ceñudo.

—Es una intuición. Pero en un caso tan enrevesado no quiero dejar ningún cabo sin atar.

—¿Y qué hay del tal Gordon? —preguntó McAlley con mirada aviesa—. En realidad, no sabemos si todas las muertes están relacionadas entre sí. Tú mismo has dicho que el *modus operandi* es completamente diferente. Es más, estas últimas bien podrían deberse a la ingesta de algo en mal estado… En cambio, sí estamos seguros de que alguien ha violado y asesinado a dos mujeres y, perdóname, pero todas las flechan apuntan a una misma persona: el tal Gordon.

Scott se mordió la lengua y procuró conservar la serenidad.

—No hay nada que lo inculpe. La científica puso su casa patas arriba y no halló el menor indicio que haga pensar que pueda estar involucrado. En cualquier caso, seguimos investigando.

El sargento se rebulló en su asiento. ¿Investigarlo? Si por él fuera ya estaría pudriéndose en la celda más oscura del país. En ese momento, Jane Dewar se asomó por la puerta de la sala de reuniones y todos se la quedaron mirando.

—Perdón, buscaba al sargento McAlley —dijo, recorriendo la habitación con la mirada hasta que la detuvo en su objetivo—. El superintendente quiere verte. Ya.

Alex siguió con mirada ceñuda al sargento mientras abandonaba la estancia, y no pudo evitar una mueca de contrariedad. Su instinto le decía que se avecinaban problemas, y de los gordos.

****

70

Isla de Skye, Highlands

Permanecieron abrazados durante un buen rato. Patricia sorbió por la nariz irritada. No se dijeron nada, no hacía falta. James agarró su bolsa de viaje. Con el brazo libre rodeó los hombros de su amiga mientras comenzaban a caminar por el andén, siguiendo las flechas que marcaban la salida. Ella apoyó la cabeza en su hombro y entrelazó los dedos de su mano con los de él.

La estación de ferrocarril de Kyle of Lochalsh estaba emplazada cerca del embarcadero del ferri. En una estampa espectacular, lo primero que vislumbraban los viajeros al bajarse del tren eran las oscuras aguas del Mar de las Hébridas y las montañas al fondo. Se había pasado todo el día lloviznando; sin embargo, justo a la hora en que Patricia pasó a recoger a James, el frío se había intensificado tanto que el agua se había convertido en aguanieve.

—Alex no ha podido venir, te verá luego. Había convocado una reunión a primera hora —comentó Patricia—. Te hemos reservado una habitación donde nos alojamos nosotros.

James asintió y apretó a su amiga un poco más contra su hombro.

—¿Cómo fue el entierro?

Allen pospuso la respuesta mientras medía las palabras.

—Íntimo, pero no quiero hablar de eso, ya habrá tiempo. Ahora tenemos mucho que hacer —añadió, y la determinación volvió a sus ojos.

Se mantuvieron callados, hasta que llegaron al Jeep. James soltó la bolsa en el maletero.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó, después de abrocharse el cinturón de seguridad.

Patricia arrancó el motor, metió la marcha y el todoterreno rodó lentamente por el aparcamiento, aplastando gravilla.

—No avanza como debiera. Además, el asesinato de las siete jóvenes en la fiesta no ha hecho sino aumentar la presión sobre Alex.

—No puede ser casualidad que Wilhelm huyera a la isla de Skye en 1666 y ahora, tres siglos y medio después, se estén produciendo estas muertes aquí —argumentó James.

El Cherokee se sumó al tráfico y Patricia pisó un poco el acelerador.

—Pienso como tú. El equipo de investigación aún sigue buscando la conexión entre los crímenes, pero yo lo tengo claro.

James apartó los ojos de la ventanilla y la puso en ella.

—Las hemorragias y los bubones son la conexión —siguió diciendo la sargento—, pero si Wilhelm no ha sobrevivido estos siglos, lo cual obviamente es imposible, ¿quién está haciendo esto? También está el detalle de los gritos.

—¿Los gritos? —inquirió Allen.

—Sí. La viuda de Brian Curtis nos dijo que su marido, antes de morir, empezó a decir que oía gritos dentro de su cabeza; y los testigos de la fiesta también afirmaron que las víctimas gritaban lo mismo mientras se desplomaban. Incluso tú dijiste algo parecido de Victoria, ¿verdad?

—El Pájaro Diablo.

Patricia levantó el pie del acelerador y pisó un poco el pedal del freno para tomar una curva.

—¿El qué?

—El Pájaro Diablo es una leyenda nepalí. Según parece, anuncia la llegada de la muerte con un grito terrorífico. El que escucha su canto, muere —sentenció.

Entre ellos se impuso el silencio solo roto por el rítmico deslizamiento de la pareja de limpiaparabrisas. Patricia ralentizó la marcha para acomodar la velocidad a la de un monovolumen blanco cargado de niños que circulaba a poca velocidad por el Skye Bridge.

—Estoy seguro de que el patógeno procede del monasterio que encontramos en Mongolia. Tal vez contenga algún tipo de alucinógeno que provoca en las víctimas esa reacción. —Dejó de hablar unos segundos—. No se me ocurre otra explicación lógica.

Patricia empezaba a desesperarse y redujo la distancia de seguridad para intentar adelantar al monovolumen; no obstante, el intenso tráfico se lo impidió.

—¿Cuál debería ser el siguiente paso? —preguntó Banner.

—Estuve en el laboratorio de Wilhelm en Londres —dijo James con vehemencia—. Lo pisé. Y te aseguro que era un hombre metódico.

Patt lo miró un segundo y volvió la vista al frente.

—¿Adónde pretendes ir a parar?

La conductora se asomó un poco al carril derecho y, como no venía ningún coche en sentido contrario, hundió el pie en el pedal del

acelerador y por fin adelantó al monovolumen.

—A que debió anotar en un libro todos sus hallazgos. No puedo imaginar la cantidad de muertes que podría causar una mente perturbada con esa información.

Volvieron a quedarse callados. Esta vez, el silencio se prolongó hasta que entraron en Broadford. Entonces, Patricia golpeó el volante con la palma de la mano.

—¡Claro! Una situación de víctimas en masa.

—¿Cómo?

—Siempre defendí la teoría de que nos enfrentábamos a un asesino en serie, pero no era así.

—¿Qué relevancia tiene eso?

—Mucha, Allen, mucha. El asesino en serie escoge minuciosamente a sus víctimas y organiza su muerte como un ritual. En cambio, al asesino de masas sólo le interesa a cuántas puede matar.

—¿Y?

—Pues que, en el primer caso, es vital centrarse en el quién, mientras que, en el segundo, lo esencial es el cómo.

—Y ahí es donde entra en juego el patógeno.

—En efecto —dijo la sargento satisfecha.

—Entonces… ¿crees que lo peor está por venir?

—Tengo la impresión de que el asesino solo ha estado haciendo probaturas.

Aún flotaban en el aire las palabras de la sargento como pájaro de mal agüero cuando la melodía de su teléfono móvil vino a inundar el habitáculo. El *bluetooth* del vehículo conectó el aparato con los altavoces.

—¡Patt! —la llamó a voces Alex, nervioso—. Graham y McAlley han salido en estampida hacia casa de Will Gordon. Van a colgarlo en la plaza pública.

II

Will se había levantado esa mañana deprimido. Desde que Mariam se marchó con su hijo no había conseguido hablar con ella. Cada vez que la llamaba por teléfono, su madre o su padre se lo impedían. Como un cortafuegos. Él nunca quiso defraudar a nadie; sin embargo, a pesar de su empeño, siempre acababa cagándola. Acaso, después de todo, el mejor sitio para él fuera la cárcel donde no pudiera hacer daño a las personas que quería. Donde no pudiera hacer daño, punto. Cuando se miraba al espejo, veía al monstruo que llevaba en su interior. Nadie mejor que él sabía de lo que era capaz. Y lo que había hecho era

horrible…

Sus cavilaciones se quebraron con el creciente aullido de sirenas. Llegó entonces a la inevitable conclusión de que solo había una forma de solventar sus problemas definitivamente, y no era llamando a un abogado. Sin perder un minuto, se levantó del sofá y fue al baño. Con los dedos desprendió la argamasa que rodeaba una baldosa, y la retiró. De un hueco extrajo una bolsa de plástico con un revólver y nueve balas. De una en una, fue metiéndolas en el tambor.

Las sirenas aumentaban de volumen.

Will ocultó la pistola por dentro del pantalón y salió corriendo hacia la puerta de atrás de la casa, donde esa mañana había dejado aparcado su todoterreno.

Nadie lo apartaría de su familia.

****

71

Isla de Skye, Highlands

Una vez que James se hubo instalado en su habitación, que olía a velas aromáticas, fue a reunirse de nuevo con Patricia en el piso de abajo. Encontró a las dos mujeres enfrascadas en una charla intrascendente en el salón, al calor que desprendía la chimenea.

—¿Quieres una taza de café o té? —le preguntó Susan.

James desechó el ofrecimiento.

—Gracias, estoy bien. ¡Vaya, esto es extraordinario! —dijo Allen. Se refería al utensilio antiguo colgado de la pared. Se detuvo a un palmo de él y lo estudió con un vívido interés. Encajonado en una estructura de madera algo corroída, a modo de un cuadro, consistía en un tubo cilíndrico de cristal de una altura aproximada de un metro colocado sobre un recipiente de cobre. El tubo estaba relleno casi hasta arriba de una sustancia oscura que parecía mercurio. El nivel oscilaba.

—Hector me dijo que lo comprasteis en un mercadillo —dijo Patricia desde su asiento.

—Lo escogió él, supongo que porque resultaba bonito, pero en realidad, no sabemos lo que es.

—Es un barómetro de Torricelli —explicó James sin apartar los ojos del instrumento—. Si no me equivoco… del siglo XVII. —Ahora sí, se volvió hacia Susan—. Tenéis una pieza de museo, debe de haber un puñado en el mundo. Patt, ¿puedo hablar contigo? —dijo, a continuación.

La sargento frunció el ceño intrigada y se levantó del sillón.

—Claro, vayamos fuera.

Antes de salir al porche, Patricia cogió el anorak del recibidor y se lo puso. James la siguió un paso por detrás y cerró la puerta de la casa tras de sí, con suavidad.

—¿Damos un paseo? —sugirió él.

Banner lo miró un segundo con los ojos entornados.

—¿Un paseo? ¿Estás loco? ¿Has visto el tiempo?

Pero él no movió un solo músculo de la cara.

—Necesito continuar con la conversación de antes. —Y sin más, bajó los peldaños del porche, donde le recibió la lluvia.

La pareja caminó un rato en silencio. James procuraba ordenar sus ideas. Con la locura de los últimos días, incluido el viaje relámpago a Cortona para asistir a las exequias de Victoria, no había tenido tiempo de analizar cómo afrontar lo que venía a continuación, y necesitaba tomarse un tiempo para reflexionar. James andaba rápido y Patt se esforzaba por mantenerse a su lado. En pocos minutos habían dejado atrás el seto que circundaba la casa, cruzado la carretera principal, bajado por la abrupta senda que desembocaba en el lago, y llegado hasta la orilla de piedras. Allí, se detuvieron y se quedaron mirando las negras y turbias aguas rizadas por el viento. Ese día no se veían barcos, ni de pesca ni de recreo. A la espera de que James hablase, Patricia se apartó de la cara mechones de pelo encharcado y protegió las manos en los bolsillos del anorak.

—Para continuar con esto —dijo por fin James— necesito seguir los pasos de Wilhelm, y no tengo ni la más remota idea de por dónde hacerlo.

Patricia lo miró un momento.

—¿Por qué lo haces?

James le devolvió la mirada y resopló.

—Tú no lo entiendes —repuso con voz susurrante.

—¿Qué no entiendo? ¿Que buscas venganza por la muerte de Victoria?

—¡Sí! —le espetó a la cara; acto seguido, con los dientes apretados, se quedó contemplando el chapoteo de las gotas de agua sobre la superficie del lago—. Necesito hacerlo.

Banner soltó un suspiro, volvió a apartarse el pelo del rostro y se agarró del brazo de James. El estruendo de varias sirenas rompió la serenidad. La sargento volvió la cabeza y miró hacia arriba. A la carretera. Ceñuda, vio pasar a toda pastilla varios coches de la policía. Cuando el ensordecedor sonido se desvaneció, el murmullo de la lluvia recuperó el protagonismo.

—La biblioteca de Portree. Es la más grande de la isla. Además, tengo la intuición de que aquel sitio es la clave de todo este embrollo. El último lugar en el que se vio con vida a las dos primeras mujeres asesinadas fue precisamente la biblioteca. Allí empezó todo. —A renglón seguido, sacó la otra mano del bolsillo del anorak y le mostró las llaves del Jeep.

James puso la palma hacia arriba y ella las soltó.

—Gracias. —La besó en la mejilla y salió corriendo.

II

Cuando el inspector jefe Scott y el agente Clarke llegaron a casa de Gordon, en Broadford, la encontraron asediada por coches patrulla y hombres uniformados apuntando sus armas de reglamento. Scott encontró al superintendente cobijado de la lluvia bajo un paraguas que sostenía en alto un agente. Con un micrófono en la mano ordenaba a Gordon que se entregase. Fue hacia él todo lo veloz que pudo sin llegar a correr y lo abordó. Graham apartó el micro de la boca y lo miró con la frente arrugada.

—¿Qué hace aquí? Este ya no es su caso, ahora es el mío.

—No voy a permitir que lo linche —dijo, con toda la serenidad que fue capaz de reunir.

—¡¿Cómo ha dicho?! —explotó Graham— ¡Quitadme de en medio a este mamarracho! —vociferó. De inmediato, recuperó su rictus, apartó la mirada de Scott con un resoplido de desprecio, y volvió a pegarse el megáfono a la boca.

—¡GORDON, SI NO SE ENTREGA, ENTRAREMOS POR LA FUERZA!

—Acabo de cruzarme con el Touareg de Gordon. Iba hacia el norte —dijo Alex.

El jefe bajó el megáfono poco a poco y lo miró con expresión ceñuda, procurando asimilar el alcance de sus palabras. De inmediato, puso los ojos en el agente que tenía al lado.

—Tú, acércate a la casa y compruébalo. Los demás, cubridle.

Los agentes amartillaron sus armas y movieron sus cañones hacia las ventanas.

En un primer momento, el policía lo miró asustado. Después, sin bajar la pistola, sorteó la protección que le brindaba la carrocería del coche y encaminó sus pasos a la casa, moviéndose como si llevase zapatos de plomo y resuelto a lanzarse al suelo al menor indicio de peligro. Un minuto después, miró a través de una ventana rota. Efectivamente, parecía vacía. Se dio la vuelta hacia la barricada de coches y juntó los hombros.

Fue entonces cuando, a otra orden de Graham, se reunieron con él media docena de agentes con casco y gruesos chalecos antibalas. Al final, con un ariete de acero, derribaron la puerta y entraron en tropel. Recorrieron la casa de arriba abajo. Buscaron en armarios y bajo las camas. Estaba vacía.

—¡Vamos, a los coches! Lo perseguiremos al norte, y avisad al puesto de Portree para que corten la carretera —ordenó Graham, que se volvió hacia Scott para decirle—: ¿Aún sigue pensando que es inocente?

Alex meneó la cabeza mirándose los zapatos mojados. No supo qué contestar.

****

72

Isla de Skye, Highlands

Con las manos aferradas al volante, Will circulaba todo lo rápido que el firme empapado le permitía. Encajonada entre montañas y acantilados, la serpenteante carretera solo brindaba la protección de unos bloques de hormigón colocados de manera intermitente en el lado de los acantilados. Desde esa altura, el mar se veía gris y calmado. Gordon apartó la mano izquierda del volante y conectó la radio, a ver si informaban algo respecto a su fuga. Con el rabillo del ojo, no quitaba la vista al revólver que descansaba en el asiento contiguo.

Nueve balas.

La transmisión del cuatro por cuatro chirriaba con cada curva y él se bamboleaba de un lado a otro. La atención de Will se alternaba entre la conducción y los espejos retrovisores. Desde hacía un rato veía por ellos lejanos destellos azules que aparecían y desaparecían al vaivén del trazado. No sabía adónde ir. No tenía ningún plan preconcebido. Solo tirar para adelante. Hasta el fin del mundo. Le vino a la mente esa película americana de los noventa en la que dos mujeres montadas en un clásico descapotable se veían arrastradas por tal vorágine de desastres que su única salida fue lanzarse por un barranco; procuró recordar cómo se llamaba…

El trazado se apartó del borde de los acantilados y las montañas rocosas de su izquierda se sustituyeron por vastos páramos. Estaba llegando a Portree. De súbito, tras una curva cerrada a la derecha, se topó con la carretera bloqueada con un coche patrulla. Dio un brusco volantazo, se salió del asfalto dando bandazos y derrapó, estampándose de lado contra una roca. El metal del Touareg se arrugó con un lacerante chirrido y los cristales del lado izquierdo saltaron en mil pedazos. El todoterreno rebotó lo justo para golpear en la aleta

posterior del coche colocado de barricada y esquivarlo. Rodando campo a través pasó por encima de un pedrusco que desató una lluvia de chispas debajo del chasis, y volvió a la carretera con un grito jubiloso fruto de la adrenalina. Mirando por el espejo retrovisor, vio cómo un agente corría para perderse dentro del asiento del conductor, enderezaba el vehículo y se lanzaba tras él con la sirena puesta.

El todoterreno cruzó a toda velocidad las calles de Portree, donde a punto estuvo de atropellar a una pareja de ancianos que, a última hora evitó el coche dando un salto. Tardó solo unos minutos en dejar atrás las últimas casas de la ciudad, y se internó de nuevo en el paraje inhóspito que ofrecía la isla en invierno. En ese momento, oyó el chillido de unos neumáticos tras él y puso los ojos en el retrovisor. Emergiendo entre una nube de polvo, vio el morro de un Corvette bermellón enmarcado en el espejo.

—¡Mierda! —masculló, y lanzó otra mirada furtiva al revólver.

—¡Dale fuerte a ese caraculo!

—¡Mata a ese cabrón!

En un sucio callejón trasero, los tres amigos de Andy Graham contemplaban excitados como una jauría de hienas cómo su colega golpeaba sin piedad a un turista que había osado discutirle la vez para entrar en el baño. Entre los cuatro, lo habían sacado arrastras por la puerta de la cocina del local y Andy se estaba ocupando de él. Con silbidos y palmas recompensaron el puñetazo que le asestó en el estómago. El turista, un muchacho apocado de no más de veinte años, recibió el golpe con un gruñido mientras se doblaba por la cintura sujetándose la barriga con las manos. Con los ojos inyectados en sangre, el hijo del superintendente lo agarró por el pelo para levantarle la cara amoratada y sanguinolenta y, con la diestra, le mandó un golpe que impactó violentamente en la nariz. El chasquido resonó en todo el callejón y la sangre comenzó a brotar a borbotones. El joven turista soltó un graznido, se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas sobre bolsas de desperdicios amontonadas junto a unos contenedores.

Andy, en un acceso de ira ciega, se echó encima de él y comenzó entonces una lluvia de puñetazos en la cara del turista, hasta que consideró que ya era suficiente. Jadeante, se puso de pie y le metió una fuerte patada en el estómago con sus botas militares. Acto seguido, se inclinó sobre la piltrafa humana, que resollaba encogido como un perro apaleado, y le escupió a la cara.

—La próxima vez te lo piensas mejor.

A una señal de su jefe, dos de sus esbirros levantaron en volandas al

turista y lo arrojaron dentro de uno de los contenedores. Entre carcajadas estentóreas, el tercero agarró la mochila que llevaba consigo, la abrió, se quedó con la cartera y la tableta electrónica y vació el resto en el contenedor de orgánico.

—Eh, Andy, esto te va a gustar —dijo alguien, asomando la cabeza por la puerta trasera del local.

El matón, jadeante por el esfuerzo, se limpió un poco de sangre de la cara con la manga de su cazadora de cuero negro.

—Y tú, ¿qué quieres?

—Acabo de oír en la televisión que la policía está persiguiendo al degenerado de Gordon. Está huyendo en un Touareg negro por la A87, hacia el norte. Acaba de pasar por aquí…

Justo en ese momento, los aullidos de las sirenas inundaron el angosto callejón y, por un extremo, vieron pasar raudos a cinco o seis coches con las luces azules centelleando.

Los labios de Andy se estiraron en una mueca cruel.

—Vamos de caza chicos —les dijo a sus colegas.

Los cuatro comenzaron a correr, salieron del callejón y se montaron en el Corvette rojo, mal aparcado en la misma puerta de un local de copas. Sentado al volante, Andy puso en marcha el motor, pisó a fondo el acelerador provocando un estruendo atronador y, haciendo chirriar las ruedas, se lanzó a la caza y captura del fugitivo.

Él se conocía perfectamente ese pueblo, de modo que, en lugar de perseguir la comitiva, atajó por callejuelas hasta dar con una pista de tierra que circundaba el municipio. Dando tumbos sobre el firme irregular, divisó en la distancia el Touareg negro. Con una siniestra sonrisa dibujada en su cara, pisó un poco más el pedal del acelerador y, envuelto en una nube polvorienta, se incorporó a la carretera haciendo una cabriola.

****

73

Isla de Skye, Highlands

CUANDO Patricia estuvo de vuelta en The Mountain Creek House el Cherokee ya no estaba. Mientras recorría cabizbaja el camino de entrada, pensó en Allen y su frente se arrugó aún más. Lo conocía bien y sabía que era un hombre impulsivo; sin embargo, cuando lo miró a los ojos, a orillas del lago, vio tanta oscuridad en ellos que se asustó. El desasosiego se apoderó de ella al pensar que jamás volvería a ver a aquella enigmática mujer que había sido capaz de cautivar el corazón indómito de Allen. Cómo afectaría esta pérdida a su amigo aún estaba por verse.

En los escalones que llevaban al porche, alzó la barbilla y vio a Susan a través de la cristalera de la cocina. Le correspondió con una sonrisa y, entonces, le mostró una taza que sujetaba con ambas manos. Patricia aceptó la invitación con un gesto y penetró en la casa. Tras descalzarse y colgar el anorak, se condujo hacia la cocina, frotándose las manos para desembarazarse del frío.

—Anda, toma algo caliente, que estarás helada —le dijo Susan, mirándole la punta de la nariz enrojecida. Entonces alcanzó la tetera y llenó una taza.

—Gracias, Susan, me vendrá bien —dijo la sargento, dejándose caer en una silla.

Ambas mujeres guardaron silencio mientras bebían a sorbitos el té con las miradas ausentes. Patricia se sintió entonces observada. Al otro lado de la cristalera, se topó con dos ojos marrones que se abrieron mucho y desaparecieron. Para perplejidad de Susan, Patricia saltó de su asiento, que cayó hacia atrás con estruendo, y corrió fuera de la casa. Con los pies desnudos, saltó sobre los tres peldaños del porche y comenzó a rodear la casa pisando la hierba helada.

II

James circulaba atento a las indicaciones que le lanzaba el GPS. Cuando la carretera se lo permitía, disfrutaba de las excelentes vistas de los páramos y del Mar de las Hébridas. A pesar de que él había nacido y crecido cerca de allí, rara vez había visitado la isla de Skye. Las brillantes fachadas de las casitas del puerto de Portree, el castillo de Dunvegan, el faro de Nest Point, Faerie Glen y algunas otras atracciones turísticas, pero poco más…

A cinco kilómetros de Portree, lo adelantó como un rayo un Touareg negro. Pasó tan pegado a él que su Jeep, aún siendo un vehículo grande y pesado, se bamboleó un poco. James protestó haciendo sonar el claxon. No habrían pasado ni dos minutos, cuando se vio forzado a echarse bruscamente a un lado, aprovechando uno de los ensanchamientos de la calzada, y detenerse para dejar pasar a cinco coches blancos de la policía. Iban lanzados y con las luces de emergencia destellando. Juraría que, en el último, había reconocido el perfil inconfundible de Alex. Una vez hubieron pasado todos los vehículos, volvió a la carretera. Un poco después, ya a la entrada de Portree, vio unas marcas de goma haciendo eses impresas en el firme, junto a fragmentos del plástico que protege los faros y otros restos de carrocería. Aminoró la velocidad y los sorteó.

Encontrar la biblioteca le llevó apenas unos minutos, y colocó el Jeep en un hueco que acababa de quedarse vacío cerca de la puerta principal y pegado a un buzón de correos rojo. James salió del coche y cerró con el mando a distancia. Aún lloviznaba, de modo que solo gastó un segundo en mirar en derredor y echó a andar a paso enérgico hasta la puerta. En el recibidor, se sacudió un poco el agua de encima y volvió a mirarlo todo. Acto seguido, fue al mostrador.

—Buenos días, soy la señorita Gourlay ¿en qué puedo ayudarlo?

—Buscaba información.

—¿De qué tipo? Aquí almacenamos mucha.

James le ofreció su blanca sonrisa y se hizo con ella.

—Me llamo James Allen y soy profesor de Historia en el instituto San Mungo de Glasgow. —Eso no resultaba del todo cierto. Hubo una época en que lo fue; sin embargo, cuando conoció a Victoria, decidió tomarse un tiempo sabático de la docencia.

—Ah, buena institución, señor Allen.

James volvió a sonreír.

—Buscaba documentos históricos del siglo XVII.

La bibliotecaria alzó levemente la barbilla. Era manifiesto que intentaba hacer memoria.

—Cuando se abrió la biblioteca, de eso hace ya unos cuantos años, se recibieron multitud de legados de textos antiguos que habían permanecido dispersos en iglesias y en edificios públicos, incluso en domicilios particulares, pero lamento decirle que la mayoría aún está sin catalogar —soltó un gemido, lamentándolo—. Ya sabe, falta de recursos. Así que los tenemos en el sótano.

—¿Podría empezar por los que sí están catalogados?

El rostro de la mujer se iluminó.

—Por supuesto. Los encontrará en el pasillo que hay después del tercer estante.

James no tardó en reaparecer cargado con una caja de cartón. Mientras la dejaba sobre una mesa vacía, intercambió una sonrisa con la amable señorita Gourlay, quien no le quitaba ojo de encima. Repitió la operación tres veces más. Con las cuatro cajas apiladas, tomó asiento y suspiró. Le aguardaba una larga jornada de trabajo hasta revisar toda aquella documentación.

III

Tratando de dejar atrás a sus perseguidores, nada más salir de Portree, Will abandonó la vía principal en un cruce de caminos; doblando a la derecha, tomó la A855 que lo llevó de nuevo a los acantilados. La carretera se estrechó aún más y el firme empeoró. A medida que iba más al norte, las sosegadas aguas del Mar de las Hébridas se embravecían más. Al momento advirtió que su treta no había tenido éxito. El Corvette también había tomado el desvío y ya estaba muy cerca.

El tiempo empeoró. El viento soplaba con fuerza y desestabilizaba el todoterreno cuando tomaba curvas a demasiada velocidad. Instantes después, se acercó al mirador de Kilt Rock, donde una espectacular cascada de cincuenta metros devolvía el agua al mar en una vorágine de ruido y espuma. Justo en el momento que pasaba por delante del cartel que, en gaélico e inglés, anunciaba la atracción turística, sintió una violenta embestida que lo lanzó bruscamente contra el respaldo del asiento.

Con un dolor en la zona del cuello, Gordon miró por el retrovisor. Esta vez, contempló boquiabierto de horror los dientes amarillentos de Andy Graham, sonriéndole. No estaba dispuesto a acabar sus días a manos de aquel niñato, de modo que pasó la conducción del todoterreno a manual y pisó a fondo el pedal del acelerador. En cuestión de segundos, abrió una brecha con el Corvette. Para su sorpresa, el deportivo paró bruscamente chirriando y levantando una

nube de humo blanco.

Andy maldijo fuera de sí al ver alejarse un poco el Touareg. Su coche era rápido, muy rápido, pero pesaba demasiado con cuatro personas a bordo. Sobre todo con el gordo y sus ciento veinte kilos. Él no necesitaba a nadie. Se las bastaba solo para ajustarle las cuentas a aquel bastardo violador; conque, ni corto ni perezoso, pisó a fondo el freno y, haciendo zigzag, detuvo el vehículo en medio de la carretera, junto a una solitaria cabina roja de teléfono.

—¡Bajaos! —ordenó, vuelto hacia el asiento de atrás.

—Pero… —empezó a protestar el gordo.

—¡¡Que os bajéis, coño!!

—¿Y cómo vamos a regresar?

Andy endureció la mirada hasta dar miedo.

—Gordo, o te bajas ya, o no tendrás que preocuparte de cómo volver a casa. Tú, no —le dijo al copiloto, poniéndole la mano en el brazo cuando se disponía a desabrocharse el cinturón de seguridad. Por si acaso, decidió quedarse con algún refuerzo, y Martin, a fin de cuentas, era el mejor. Ahora que se iba a desprender de casi doscientos kilos, su coche volaría.

Gordo y Stuart no dudaron. En cuanto Martin dejó hueco se contorsionaron y salieron por la puerta del copiloto. Nada más oír el portazo, Andy arrancó. Su Corvette salió patinando sobre el asfalto húmedo y continuó por una serpenteante línea gris incrustada en un manto verde.

La ilusión de dejar atrás a Andy duró poco tiempo. En cuanto redujo la velocidad para descender por la sinuosa carretera que bordeaba los montes de Quiraing, volvió a ver el morro del Corvette en el espejo. Will golpeó el volante y aumentó un poco más la velocidad. La lluvia había arreciado y todo a su alrededor se había vuelto borroso. La ventisca se colaba dentro del vehículo por los cristales rotos de las ventanillas, empapándolo todo. Tomó una curva cerrada, después, en una ese casi perfecta, dobló hacia la izquierda. Miró hacia abajo, hacia las estribaciones de la montaña, y cuando vio más curvas cerradas y ni una sola recta, resopló hondo. En ese momento, volvió a notar un fuerte empellón.

Andy redujo a tercera, entre quejidos de la caja de cambios. Cuesta abajo, el coche respondió al instante a la orden y fue aumentando aún más la velocidad. Hasta los noventa kilómetros por hora. La parte posterior del Touareg mostraba la abolladura que le había provocado el ariete de acero que Andy le había incorporado a su coche en el taller de un colega. Claro que era ilegal, pero la poli, sabiendo quién era, acostumbraba a hacer la vista gorda. Martin no había dicho una sola palabra. Sus dedos estaban cerrados en torno al asidero que había encima de la portezuela.

—¿No pensarás vomitarme en la tapicería? —le espetó Andy, viendo su creciente palidez.

Martin no contestó. No osó abrir la boca. Solo sacudió la cabeza muy rápido.

Nada más salir de una curva a la izquierda, se dio de bruces con el Touareg y volvió a embestirlo. Andy soltó una carcajada. Se lo pasaba en grande. El todoterreno dio un bandazo y, por un momento, Andy pensó que Gordon había perdido el control.

Entonces el Touareg realizó una maniobra extraña. Frenó en seco.

El Corvette se empotró contra la parte posterior del todoterreno y patinó sobre el suelo mojado. Golpeó contra un quitamiedos, que arrancó de cuajo, y saltó al vacío.

El vómito salió disparado por la boca de Martin.

El habitáculo se llenó de alaridos.

Lo último que vieron los ojos malvados de Andy fue el suelo de rocas acercándose a cámara lenta.

****

74

Isla de Skye, Highlands

PATRICIA continuó circundando la casa a la carrera. Al doblar una esquina se chocó con alguien y ambos cayeron de espalda sobre la hierba empapada. La sargento se levantó de un salto, agarró al intruso de la muñeca, le dio la vuelta y le torció el brazo a la espalda. Tumbado bocabajo, lo escuchó sollozar y aflojó un poco la presión.

—M-me h-haces d-daño —su timbre de voz sonó algo infantil.

—¿Qué haces aquí, Samuel? ¿Por qué me espías?

El muchacho titubeó.

—Y-yo no te e-espío…

—¡No me mientas! —le espetó, y le tironeó un poco más del brazo hacia arriba.

—¡Ay! —se quejó—. No me hagas más daño, por favor —su voz acabó quebrándose.

—De acuerdo, te voy a soltar, pero no intentes huir.

Finalmente, Patricia lo soltó y se irguió. Poco a poco, Samuel se fue poniendo de pie. Con la cabeza gacha, permaneció en silencio frotándose el barro de los codos.

—¿Por qué me espías? —repitió.

—Es que… Es que… —vaciló—. Eres muy guapa —dijo al fin, con la vista en el suelo.

Patricia se conmovió un poco; sin embargo, no varió su rictus.

—¿Fuiste tú el que escribió «zorra» en mi ventana?

El muchacho asintió y sorbió por la nariz.

—Yo… lo siento.

—Samuel —lo atajó—. ¡Mírame!

El muchacho alzó ligeramente la barbilla hasta que se encontró con unos determinantes ojos clavados en él. Su rostro se encendió como si hubiese mordido un chile habanero.

—Samuel, lo que has hecho está mal —dijo con tono condescendiente—. No puedes merodear por las casas y espiar a la gente.

—Solo quería asustarte… ¡Jamás te haría daño! —dijo con repentino entusiasmo.

Banner juntó el ceño y le puso las manos sobre los hombros.

—¿Por qué querías asustarme?

Samuel le sostuvo un segundo la mirada, volvió a turbarse y puso los ojos en sus zapatos.

—Q-quería p-protegerte de ellos —tartajeó—. Son malos. Los he visto.

Banner arrugó aún más la frente.

—¿De qué me hablas, Samuel?

El muchacho no contestó. Permaneció un rato mirando al suelo. Patricia oía sus pucheros. Al cabo de un momento, levantó un poco la barbilla.

—¿Puedo irme? Mi mamá me espera.

Seguía lloviendo, aunque menos, y Patricia se apartó el agua de la cara. En el rato que llevaba ahí se había empapado. Posó la mirada en aquel muchacho apocado con la ropa salpicada de barro y el pelo apelmazado, y se compadeció de él.

—Claro, márchate, pero recuerda: nada de espiar.

Samuel murmuró una especie de «gracias» y salió corriendo trabajosamente. Pisó un charco y salpicó más barro a los bajos de los pantalones. Patricia lo acompañó con la vista mientras recogía una bicicleta apoyada en el tronco de un árbol y desaparecía pedaleando calle abajo.

II

Tras varias horas de lectura, James devolvió los últimos documentos a su caja. Retrepándose en la silla, suspiró con las manos entrelazadas en su nuca. No había encontrado nada de interés, salvo montones de documentos legales que indicaban que aquella biblioteca se había construido sobre una antigua casa de campo del siglo XVII. En el silencio de la estancia, se preguntó qué hacía allí. Qué hacía allí de verdad. La única respuesta válida para aquella pregunta era que necesitaba mantenerse en movimiento para no echar de menos a Victoria. De alguna manera, continuar con la búsqueda de su asesino evitaba que se derrumbase…

El ruido de sus tripas lo sacó de sus cavilaciones. Miró la hora. Recordaba haber visto máquinas expendedoras en alguna parte y fue

en su busca. Por cincuenta peniques extrajo una Coca-Cola y por otros cincuenta un sándwich de pavo y mermelada. Abrió la lata con un chasquido, le dio un sorbo y la depositó sobre la mesa. A continuación, cogió el sándwich y se prestó a quitarle el envoltorio transparente de plástico. Varios golpecitos de un dedo contra su hombro lo detuvieron. Volvió la cabeza.

—Señor Allen, aquí no se puede comer —dijo la señorita Gourlay con mirada desaprobadora.

—Perdón —se disculpó y guardó el sándwich a medio abrir. Entonces, cargó con las cajas para devolverlas y regresó con otras dos. Las últimas.

III

Al poco de tomar el desvío, Alex advirtió por la ventanilla que había dos tíos dentro de una solitaria cabina de teléfono. Sacudió la cabeza y volvió la mirada al frente. La radio de la policía había informado de que el fugitivo había esquivado el cordón montado a la entrada de Portree.

«¡En qué coño piensas, Will!».

De repente, el vehículo en que circulaba perdió velocidad.

—¿Por qué frenas, Clarke?

—Ahí delante pasa algo.

Scott escudriñó el aguacero. Uno de los coches patrulla se hallaba detenido al lado del vacío que había dejado un quitamiedos. Esparcidos por el suelo se hallaban restos de un fuerte golpe. Varios agentes uniformados colocándose con prisas chubasqueros examinaban la zona.

Clarke se detuvo al lado de uno de los agentes y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Qué ha pasado, Lukas?

El agente pelirrojo hizo una mueca con la boca.

—Mal asunto, John. Un coche se ha despeñado —repuso, mirando al barranco.

—¿Es reciente? —inquirió Scott, inclinado hacia el asiento del conductor.

—Parece que sí, inspector jefe. Desde aquí arriba aún se aprecian las llamas.

—¿Qué clase de vehículo es? —insistió.

—No lo sé, señor. El barranco es profundo. Rojo seguro. Hemos pedido equipos para bajar.

En ese momento, tronó la voz de Graham en medio del viento y

todos los agentes, menos Lukas y su compañero, volvieron a sus coches. Clarke subió el cristal de la ventanilla y también arrancó. Durante varios kilómetros más siguieron un rastro oleaginoso que se diluía poco a poco con la lluvia y que los condujo hasta un Touareg abandonado junto a la carretera, con la carrocería hecha una pena. La comitiva paró y todos los agentes uniformados rodearon el vehículo, prescindiendo de la cautela y empuñando sus armas listas para abrir fuego.

No había nadie dentro.

La tormenta había amainado. Mientras los agentes terminaban de equiparse con chalecos antibalas, Scott paseó la mirada. Se encontraban en campo abierto, en una zona de páramos. En medio de las órdenes que lanzaba Graham para que el equipo se desplegase, escuchaba el rumor de las olas contra la piedra. Echó a caminar despacio por un estrecho sendero que salía de la carretera y desembocaba en el faro de Nest Point, una silueta blanca recortada contra el cielo grisáceo. A los pocos metros, Alex se paró y se acuclilló. En el barro habían impresas huellas de pisadas. Pasó el dedo por ellas. Recientes. Se irguió entonces apoyándose en las rodillas y se sacudió el barro de las manos; luego miró hacia atrás y, muy a su pesar, avisó a los demás.

****

75

Isla de Skye, Highlands

QUÉ ha ocurrido antes? —le preguntó Susan, en cuanto Patricia reapareció por la cocina.

Se había secado el pelo y sustituido la ropa sucia por unos vaqueros negros y un holgado suéter de lana que solía usar para estar en casa. Patricia le restó importancia y volvió a la mesa.

—No es nada. De veras. —Y agarró del asa la tacita de porcelana sin poder quitarse de la cabeza la conversación con Samuel: ¿A quién se referiría?

—Ya estará frío. ¿Quieres otra? —le dijo Susan.

Patricia no paraba de rebullirse en la silla.

—No hace falta, así está bien, gracias —dijo, y bebió un sorbito de infusión.

«Son malos»…

—Vuestro amigo, James, es un poco raro, ¿no? —preguntó Susan, tras un rato en que ambas permanecieron en silencio—. Lo he visto regresar corriendo y marcharse en vuestro todoterreno.

«Solo quería protegerte de ellos»…

Patricia salió de su mutismo y dejó la tacita sobre el plato con un ligero tintineo.

—Está pasando por un mal momento. Su esposa falleció hace unos días.

—¡Jesús, qué horror! —exclamó—. Lo lamento. —Susan estiró el brazo y sacó el teléfono móvil de un bolso rectangular de asas cortas colgado del respaldo de la silla que tenía a su lado. Introdujo el pin, comprobó la pantalla un instante y mandó un mensaje—. Vaya, se me hace tarde. Lamento dejarte sola, pero he de irme. ¿Patricia?

«Los he visto»…

Patricia no le contestó de inmediato. Los pensamientos seguían

agolpándose. Necesitaba ordenarlos, pero con Susan hablándole no podía. ¿Por qué le diría Hector que aquel instrumento colgado en la pared era una baratija de un mercadillo cuando se trataba de una pieza del siglo XVII digna de un museo? James tenía buen ojo para esas cosas y estaba segura de que no se equivocaba. Se descubrió mirando fijamente la mano de Susan mientras sostenía el móvil en alto. Llevaba semanas conviviendo con ellos; pero, hasta ahora, no se había percatado de que su anfitriona era zurda. Viéndola allí, escribiendo en el móvil con la mano izquierda, se le reveló de golpetazo una certeza aterradora.

«No, es una bobada», barruntó, desechando la idea; sin embargo…

«Los he visto».

—Querida, ¿te sucede algo? —preguntó Susan, que se había puesto de pie y empujaba la silla hacia su sitio.

Banner parpadeó, volviendo en sí. Su rostro sin maquillaje se había ruborizado, como si sus pensamientos hubiesen quedado expuestos.

—Eh… nada, perdona. ¿Te marchas ya? —preguntó con voz trémula.

Susan recogió su taza, le pasó un agua en el fregadero y la puso a secar bocabajo.

—Sí, me esperan en el trabajo. Ya sabes, el interesante mundo del papeleo.

Cuando Patricia oyó la puerta de la casa cerrarse, su corazón comenzó a palpitar tan violentamente que pensó que se escucharía desde la calle. Se percató entonces de que Susan había olvidado el bolso.

Colgado del respaldo de la silla.

Indecisa, aguardó un par de minutos más por si regresaba. Sin apartar la mirada del reloj de la cocina, siguió la aguja del segundero mientras daba una vuelta completa. Luego otra. Mirando pasar el tiempo tamborileaba impaciente con las uñas sobre la mesa. Sus ojos espiaron a través de la cristalera tratando de apreciar algún movimiento fuera. Nada de nada. Había dejado de llover, pero el cielo seguía amenazando con descargar de nuevo. Devolvió la vista al reloj. Los dos minutos se habían convertido en casi cinco.

Entonces, se decidió.

Con disimulo, alargó la mano y se hizo con el bolso por un asa.

Dudó y volvió a mirar hacia la puerta. Respiró hondo y volcó su contenido sobre la mesa.

«Tranquilízate, Patricia Banner», se aconsejó a sí misma en un susurro.

Sus ojos comenzaron a volar sobre un sinfín de cosas: *kleenex*, pintalabios, barra de cacao, espejito, salvaslip, juego de llaves, funda para gafas de sol… y una cartera de mano.

En ese momento, la puerta de la casa chirrió un poco y oyó unos pasos recorriendo el salón.

****

76

Isla de Skye, Highlands

MIENTRAS el ruido de los tacones crecía, Patricia siguió rebuscando en la cartera con un ojo puesto en la puerta de la cocina. Todo había sido tan rápido que no había tenido tiempo de inventar un pretexto para el caso de que Susan la pillara con las manos en la masa, pero ahora no había tiempo para eso. Llegado el caso, improvisaría. Con el tiempo casi agotado, localizó una tarjeta de visita arrugada entre una multitud de recibos de compra y boletos de descuentos. La extrajo del fajo y se la quedó mirando un instante con el ceño fruncido…

—Ah, está aquí. ¡Vaya cabeza la mía! —dijo Susan para, acto seguido, agarrar el bolso por un asa. Al girarse para volver a salir, reparó un momento en una barra de cacao que parecía haber rodado por la mesa, hasta detenerse contra un tiesto con un kalanchoe. Una arruga surcó su frente.

Patricia se dio cuenta y se puso colorada.

—Sí, te habías dejado el bolso —su voz sonó algo trémula—. Lo cogí para dártelo, pero ya te habías marchado. Lo lamento, pero al hacerlo se me cayó y algunas cosas salieron despedidas.

Susan recuperó el cacao y lo echó al bolso. Al instante, volvió a sonreír.

—Lo llevo tan lleno de cosas que no sé cómo no me explota.

Con la sonrisa puesta, Susan abandonó la casa. Cuando lo hubo hecho, Banner soltó el aire de sus pulmones. Dejó pasar un rato para que su corazón se calmara un poco. Para ello, se levantó despacio y abrió un mueble alto, sacó un vaso y lo llenó de agua en el grifo del fregadero. Apoyada contra la encimera dio dos sorbos con las piernas aún temblorosas. Luego vació el resto del agua, secó el vaso con un paño y volvió a dejarlo dentro del armario. Más serena, le dio la

espalda al fregadero y sacó la tarjeta de visita que había guardado en el bolsillo del tejano. Se la quedó mirando con estupefacción. Sacó entonces el teléfono móvil.

—Alex, ¿recuerdas dónde trabajaba Brian Curtis?

—Aguarda, creo que lo tengo por aquí. —Scott hizo una pausa—. Aquí está, es… Griffiths…

—And Warehouse —terminó ella.

—Eso es, ¿sucede algo?

Patt dudó. El estruendo del viento se coló en la línea.

—No es nada, no te preocupes. ¿Dónde estás?

—En el faro de Neist Point. Al norte de la isla. Will se ha atrincherado dentro. ¡Menudo follón!

Patricia se quedó pensativa cuando la conversación se cortó. ¿Por qué la habría engañado al respecto? Susan siempre decía que trabajaba en un centro médico; sin embargo, en su mano tenía una tarjeta de visita a nombre de Susan Anderson, en la que ponía que era técnico de seguros en la misma consultora donde trabajaba una de las víctimas, Brian Curtis. Con el móvil aún en la mano, telefoneó a Collins y le pidió que investigase a su casera, a ver qué encontraba. Seguramente no sería nada más que el resultado de su febril imaginación, pero, por probar, no se perdía nada.

II

Nada más colgar el teléfono, lo guardó en el bolsillo de la gabardina y avanzó con aire ausente hacia los coches de policía, dispuestos formando una fila a unos cien metros del faro. Desde su posición, Alex oía perfectamente los rompientes. En el horizonte, el cielo y el mar, grises, se confundían en una línea difusa. El faro llevaba unos minutos destellando. Los gestos de Graham delataban que su paciencia se hallaba al límite. Enterarse de que su hijo Andy había quedado aplastado dentro del Corvette había terminado de encenderlo.

Solo quedaba una hora para que se cumpliera el ultimátum que le había dado a Gordon: o se entregaba sin condiciones, o sus agentes entrarían en el faro. Y encima, desde hacía veinte minutos, un enjambre de reporteros revoloteaba por la zona, a la espera de acontecimientos.

—Superintendente —le dijo Scott, reuniéndose con él—, podría intentar hablar con él.

Graham se dio la vuelta despacio y lo miró a los ojos. Tenía el semblante desencajado y era la viva imagen del odio.

—Esto lo voy a resolver yo, exactamente en… —se acercó el Rolex

a la cara— cincuenta y cuatro minutos. ¡McAlley, prepare a sus hombres! —dijo a gritos, haciendo bocina con las manos.

****

77

Isla de Skye, Highlands

Ese a que aguardaba la llamada, el sonido del teléfono la tomó desprevenida. Su estado de nervios era tal que la taza que sostenía casi se resbala de sus dedos. Antes de contestar, la apoyó en la encimera, sobre un cerco húmedo. No sabía cuánto tiempo llevaba ensimismada, pero debía de haber sido mucho porque el cielo, en aquella parte de la isla, había adquirido un tenue color anaranjado.

—¿Qué has podido averiguar?

—Tus Anderson están muertos… y resucitados. Ahora tienen unos veinte años, ella, y dieciocho, él —dijo Collins.

Patricia alzó las cejas, desconcertada.

—¡¿Cómo que muertos y resucitados?! ¿De qué me hablas?

—Susan y Hector Anderson fallecieron en un accidente de tráfico en Inverness la noche de 13 de septiembre de 1998. Su utilitario se empotró contra un camión que circulaba en dirección contraria. El conductor duplicaba la tasa de alcoholemia. Dos meses después… *¡Voilà!* El matrimonio reapareció con los mismos números de la seguridad social en Broadford.

—Debe haber algún error…

—No creo. Aunque los NIN[3] se reciclan, ¿qué probabilidades hay de que se repitan en un matrimonio con los mismos nombres?

Ambos se quedaron callados unos segundos.

—Con más información, quizá pudiese averiguar alguna otra cosa —dijo Collins.

—¿Te ayudaría una fotografía?

—Puede —dijo Collins con poco optimismo.

—Aguarda un momento. No me cuelgues. Voy a buscar una.

Dejó el teléfono sobre la mesa y salió de la cocina. Sabía que en el salón no había ninguna fotografía de ellos dos, de modo que pasó de

largo por él, tomó el pasillo y fue directamente al dormitorio de Susan y Hector. Venciendo un repentino ramalazo de culpabilidad, bajó el picaporte y empujó la puerta. Aún en el umbral, barrió la estancia con los ojos. Tenía un cierto aire anticuado y cursi. A Patricia le extrañó ver dos camas separadas, pero había oído que muchos matrimonios dormían así. También había una chimenea con rescoldos carbonizados. Sobre la repisa descansaban dos o tres marcos con imágenes de los dos que, a juzgar por el aspecto, debían de ser recientes.

Patricia cruzó la habitación y escogió aquella fotografía en la que se los veía con más nitidez. Le dio la vuelta al marco, dobló hacia fuera las cuatro pestañas, sacó la instantánea y la dejó sobre la cama. Regresó de la cocina con el teléfono en la mano y la fotografió. A continuación, se la envió a Collins por un wasap, lo apremió con la respuesta y cortó la llamada. Devolvió el marco a su sitio y se apresuró en salir de la habitación. Con el picaporte aún en la mano, se quedó parada. Una repentina idea había arraigado en su cabeza. Entonces encaminó sus pasos hacia un robusto armario ropero. Lo abrió, tirando de las dos puertas hacia fuera, y fisgó su contenido. Con un mal presentimiento fue pasando con la mano las prendas de mujer colgadas de perchas. Con un grito ahogado se llevó la mano a la boca.

****

78

Isla de Skye, Highlands

DEAMBULANDO por la casa como un zombi, Patricia no era capaz de quitarse de la cabeza aquel abrigo marrón con cuello de pelos que había visto colgado en el armario, la tarjeta de visita de Griffiths And Warehouse, y la historia tan extraña sobre los NIN repetidos. ¿Qué significado tenía todo aquello?

La llamada de Collins la pilló haciendo pis. El móvil sonaba en el salón, de modo que se lavó las manos, salió corriendo por la galería, bajó de inmediato la escalera, entró en el salón y, sin aliento, se abalanzó sobre el teléfono, que se desplazaba con la vibración por el cristal de la mesita de café.

—¿Qué… has… podido… averiguar? —le preguntó con la respiración agitada.

—Los rostros de la fotografía no corresponden con Hector y Susan Anderson.

El corazón le dio un vuelco y, sintiendo una irrefrenable necesidad de sentarse, se dejó caer sobre uno de los sillones. Apartó un cojín que le molestaba y acomodó el cuerpo.

—¿Qué tratas de decirme?

Collins tenía una forma particular de afrontar las cuestiones que le planteaban. Primero lanzaba un titular y después, cuando se le pedían más detalles, se explayaba de una forma un tanto caótica. Los que conocían a Collins sabían que su horario era impredecible y el único reloj por el que se movía era el biológico: sencillamente comía cuando tenía hambre y dormía cuando tenía sueño; el resto del tiempo, lo dedicaba al ordenador. Patricia era de las personas que mejor habían llegado a conocer al *exhacker*, de modo que sabía a la perfección cómo extraer de él la máxima información en el menor tiempo posible.

—Pasé la imagen por mi *software* de identificación biométrico.

Después de analizar la estructura ósea, las curvas alrededor de la cuenca de los ojos, la nariz y otros aspectos…

—¡Collins, al grano!

—Vale. Los de la fotografía son Andrew y Gina Henderson. El margen de error es del 0,8 %.

De repente, los ojos de Patricia se dilataron mucho.

—¿Hermanos?

—Los hermanos Henderson. Tienen un amplio historial de problemas mentales a sus espaldas. Sus padres fallecieron cuando apenas contaban diez años la niña y ocho el niño.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó, cada vez más interesada.

—El 12 de febrero de 1987. La policía rodeó su vivienda. Una cabaña de madera en las afueras de Broadford. Teddy Henderson fue tiroteado aquella noche, y su mujer, Gina, se quitó la vida poco después. Se los acusaba de secuestrar y violar a varias menores. Los agentes rescataron con vida a su última víctima, una tal… Margaret Hamilton, que ahora es periodista.

Patricia se mostraba tan interesada con el relato que no aguantaba más tiempo sentada, de forma que se puso de pie y caminó por el salón y la cocina con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Qué fue de los hermanos?

—Al quedarse huérfanos, Andrew y Gina fueron enviados al orfanato público de Kyle of Lochalsh, donde debieron de crecer en un ambiente de hostilidad y marginación.

—¿Al orfanato? ¿No había ningún familiar que pudiera ocuparse de ellos?

—Sí y no. A ver, la madre tenía una hermana que vivía en Glasgow, pero no consta que iniciara ningún procedimiento de adopción. No sé si porque nunca llegó a enterarse de lo sucedido, o porque no se hablaban. —Tras una pausa añadió—: Yo me inclino por esta última teoría. El caso apareció en todos los medios de su época.

—¿Y qué pasó después?

—Al cumplir los dieciocho, en 1995, Gina ingresó en la Universidad de Química de Edimburgo, gracias a una beca pública para niños huérfanos. Según consta en su expediente, fue expulsada tres años más tarde, debido a problemas de conducta. Al parecer, en las pruebas de laboratorio se mostraba especialmente cruel con los animales. Eso le acarreó numerosos conflictos con sus profesores y compañeros, hasta que, por fin, el Consejo Rector de la Universidad acordó su expulsión.

Patricia tenía la vista puesta más allá de las amplias cristaleras. Le costaba reconocer las siluetas de las montañas del fondo por la creciente falta de luz.

—¿Y qué fue del niño? —quiso saber.

Sonó un chasquido en la línea.

—Una mala pieza. Durante el tiempo que Andrew estuvo en el orfanato fue acusado dos veces por delitos sexuales. Ingresó en un correccional hasta que cumplió los dieciocho; entonces pasó a la cárcel de Inverness, donde terminó de cumplir condena. Salió a la calle por buena conducta un año más tarde, pocos meses después de que su hermana fuera expulsada de la universidad. A partir de ahí se esfuma todo rastro de ambos hermanos.

Banner soltó un suspiro y apartó la mirada de su propio reflejo en la ventana.

—Lo más curioso de todo —continuó Collins— es que justamente en 1998, coincidiendo con la desaparición de los hermanos Henderson, nació el matrimonio Anderson de Broadford.

—Si no tenían cuentas pendientes con la justicia, ¿por qué cambiarían de identidad? —reflexionó Patricia en voz alta.

—No lo sé —repuso Collins—, tal vez solo pretendían pasar desapercibidos. Su pasado no era la mejor carta de presentación para iniciar una nueva vida en una localidad que, posiblemente, aún recordase los horrores que habían cometido sus padres.

Patricia permanecía valorando la información reunida.

—Quizá, pero las personas con esos historiales no se rehabilitan de la noche a la mañana. Además, ¿por qué hacerse pasar por un matrimonio? Claro, que también hay otra posibilidad… —Pensativa, dejó la frase a medias.

»También cabe la posibilidad —siguió diciendo— de que estuvieran pergeñando un plan para vengarse por todo cuanto les había ocurrido y, para ello, adoptaran personalidades falsas.

—Haciéndose pasar por un respetable matrimonio. Dos hermanos viviendo en la misma casa y sin relaciones con otras personas habría terminado por provocar habladurías en el pueblo.

—Exacto. Por cierto, ¿has indagado algo respecto a los trabajos de Hector y Susan? —preguntó, cambiando de asunto.

—Sí… tengo por aquí… sus vidas laborales…

La línea quedó unos segundos en silencio. La sargento escuchaba cómo su compañero lanzaba instrucciones al ordenador por el teclado.

—Actualmente, ambos están en el paro.

Patricia volvió a juntar el ceño, aunque, a esas alturas, ya no le sorprendía casi nada.

—Susan me dijo que trabajaba en un centro médico y Hector en una empresa de mantenimiento.

El analista informático chasqueó la lengua dos veces.

—Te mintieron. Susan no ha trabajado en ningún centro médico. Desde 1998 hasta 2002 tuvo varios trabajillos en los que no permaneció mucho tiempo. Desde entonces, consta una relación laboral de casi quince años en una consultora de seguros domiciliada

en Portree… Griffiths & Warehouse, pero abandonó el trabajo… hace ahora un año y medio.

»En cuanto a Hector —prosiguió, tras una pausa para tomar aliento y cambiar de pantalla—, solamente consta un trabajo en todo este tiempo; en una empresa de mantenimiento que se llama… AM Building Maintenance; sin embargo…, ya no trabaja en ella… Fue despedido hace seis meses. Lo siento, no consta la causa.

Patricia tuvo una idea repentina.

—Collins, puedes mirar los contratos de mantenimiento de AM Building Maintenance.

La línea volvió a quedar ocupada por el sonido de unos dedos sobre un teclado. Esta vez, el silencio se prolongó por más tiempo. Apoyada con la cadera en el respaldo del sofá, se enderezó en cuanto volvió a escuchar la voz de su compañero.

—Actualmente, tiene numerosos contratos por toda la isla de Skye…

—¿El castillo de Dunvegan y Corry Lodge están entre ellos? —preguntó la sargento.

—A ver… ¡Bingo!

—¿Y la biblioteca de Portree?

—Vamos a ver… ¡También!

¡Claro! De repente lo vio todo con total nitidez. Hector se conocía a la perfección la biblioteca, donde desaparecieron las dos primeras víctimas, y los escenarios donde encontraron los cuerpos. Pudo desconectar las cámaras de vigilancia y entrar y salir sin que nadie lo advirtiese; sin embargo…

—Hay algo en todo esto que no acaba de encajar… —dijo, y se quedó callada con el teléfono apoyado en el labio, recordando la conversación con Allen y la idea de que buscaban a un asesino de masas, cuyo gran acto aún estaba por llegar—. ¿Collins?

—Aquí sigo.

—¿Hay algún contrato de mantenimiento para un edificio con muchos empleados?

—No sé, déjame ver… Nada. Casi todo son instalaciones con poco personal.

Patricia hizo una mueca desilusionada y se frotó la barbilla.

—¡Espera! —exclamó el analista de sistemas.

La sargento dio un respingo y contuvo la respiración.

—¿Te sirve un sistema de alcantarillado?

—¿Cuál?

—El de Kyle of Lochalsh. Abastece a un total de diez mil personas, incluyendo la isla.

Patricia se quedó sin habla. Con movimientos lentos finalizó la llamada de Collins, sin despedirse siquiera. Buscó en su agenda de

contactos el de Alex, y pulsó sobre su número. En ese momento, percibió una presencia a su espalda. Antes de poder darse la vuelta, una mano enguantada la rodeó por detrás y le tapó la boca con fuerza, echándole la cabeza hacia atrás. Sin darle tiempo a forcejear sintió una punción en el cuello. Dominada por el pánico, el teléfono se escurrió de entre sus dedos y, mientras oía gritar su nombre por el auricular del aparato, todo comenzó a dar vueltas a su alrededor, igual que si estuviese montada en una atracción de feria…

Una mano recuperó el teléfono móvil del suelo y cortó la llamada.

****

79

Isla de Skye, Highlands

Alex hizo dos llamadas al teléfono móvil de Patricia. Saltaba el buzón de voz. Se extrañó un poco, pero no demasiado. Su amiga acostumbraba a hacer cosas así. Si quería algo, volvería a llamar. Entonces, se concentró en la tarea que tenía ante sí. La situación en el faro era tensa. Había vencido el plazo que Graham le había concedido a Will para que se entregase y el equipo terminaba de prepararse. Luego, entrarían por la fuerza y lo acribillarían.

Las rachas de viento que se sucedían habían despejado el cielo nocturno. La luna brillaba fuerte y el batir de las aguas contra los muros negros de piedra se entremezclaba con el estrépito del helicóptero que sobrevolaba el faro, enmarcándolo dentro de un tremuloso círculo de luz.

Hacía una hora al menos que no se apreciaba ningún movimiento en el interior. Era posible que Will también se estuviera preparando. Aquello iba a ser una carnicería. Si quería hacer algo, debía ser ya. Intentar convencer al superintendente quedaba descartado. Estaba fuera de sí y no atendería a razones, y menos con él. Asimismo, había intentado hablar con el sargento McAlley, con idéntico resultado. Ambos estaban cortados por el mismo patrón. Eran de los que decidían que alguien era culpable y no necesitaban nada más. Cuando Harry lo llamó para decirle que habían descubierto un cobertizo en las afueras de Broadford a nombre del abuelo de Samuel, una débil esperanza se abrió paso en su interior. Si Samuel resultaba ser el culpable, Will tendría una oportunidad de rehacer su vida. Pero cuando lo registraron y no hallaron más que material pornográfico, su mundo volvió a desmoronarse. Quizá hubiera algo delictivo entre aquella basura, pero sin duda nada que lo relacionara con los asesinatos…

Volvió en sí cuando los agentes con casco y chalecos antibalas comenzaron a moverse, con sus armas tácticas colocadas a la altura del hombro.

Entonces Scott se puso a correr, sorteó la barricada y se dirigió hacia la entrada del faro.

—¡¿Qué hace ese imbécil?! ¡Scott, deténgase y vuelva! —vociferó Graham a la espalda de Scott, quien no podía oírlo a causa del viento.

—¿Qué hacemos, jefe? Todos están listos —le dijo a su lado McAlley.

Graham resopló fuerte y dio una patada a un guijarro.

—¡Maldita sea! Cubridle. Lo ultimo que necesito es la imagen de un inspector jefe abatido abriendo todos los informativos.

Scott ralentizó la marcha en cuanto estuvo a tiro de piedra del faro y empezó a caminar muy despacio con ambas manos en alto. A escasos metros de la puerta principal, se detuvo.

—¡Will, soy yo, Alex! ¡Voy desarmado! —le dijo a voz en grito por encima del viento y del zumbido del helicóptero.

Scott miraba por el rabillo del ojo las ventanas, pendiente de cualquier movimiento, pero no lo hubo. Todo en el interior se veía negro. El círculo de luz se movió y ahora se veía dentro de él. Estaba seguro de que Gordon no le dispararía. Aun así, y a pesar de que el aire era helador, sintió que su frente se perlaba de gotas de sudor. Después de permanecer inmóvil durante lo que se le antojó un larguísimo minuto, se puso de nuevo en movimiento. Con pasos lentos y cortos se encaminó hasta la puerta.

El círculo de luz lo siguió.

Subió uno a uno los tres peldaños de piedra y llegó a un portón enmarcado en una celosía de piedra natural.

—¡Will, voy a entrar! —dijo en voz alta.

Acompañó la puerta con la mano tímidamente mientras se iba abriendo hacia dentro. El interior se hallaba sumido en la oscuridad. Se escuchaba un extraño crujido.

Cadente.

Esperó un segundo mientras sus ojos se acostumbraran a la falta de luz.

—Will, soy Alex. No voy armado —repitió, en un tono de voz que fuera entendible—. Solo voy a meter la mano en el bolsillo de la gabardina para sacar la linterna.

Sus palabras provocaron ecos. Ahí seguía el crujido. Con el móvil en la mano, encendió la linterna y apuntó al frente. En el enorme recibidor y colgado del extremo de una soga atada a una viga, se bamboleaba el cuerpo sin vida de Will Gordon.

Su lengua hinchada entre los dientes.

Sus ojos abiertos lo miraban directamente a él.

****

80

Isla de Skye, Highlands

CUANDO James acabó con todos los papeles, hacía tiempo que se había puesto el sol. La señorita Gourlay lo censuraba con la mirada. Finalmente, se cerró la rebeca con las manos, rodeó el mostrador y fue a su encuentro.

—Señor Allen, mi paciencia tiene un límite. Hace una hora que debería haber cerrado —dijo en tono educado, aunque firme.

James alzó la vista del último documento que reposaba en la mesa y la miró, esbozando una sonrisa zalamera.

—Sé que estoy agotando su paciencia, pero si me concediera solo una hora más…

—Eso me dijo hace una hora y ya no puedo esperar más. Una tiene sus compromisos.

—Señorita Gourlay…

El deje adulador cambió el semblante de la bibliotecaria. James percibió que en su coraza se abría una pequeña ranura e introdujo el pie para que no se cerrara.

—Yo mismo la llevaré a cenar al mejor restaurante de Portree.

La bibliotecaria soltó un suspiro.

—Una hora, y ni un minuto más.

—Necesito que me deje consultar los archivos del sótano. Seré muy rápido. Se lo prometo.

James acompañó a la señorita Gourlay por la biblioteca desierta, hasta una puerta metálica, ubicada al fondo de la estancia. La bibliotecaria usó una llave del juego que tenía en la mano para abrir la puerta y encendió una bombilla colgada del techo. Ante ellos se reveló una escalera de hormigón empinada que se perdía en la oscuridad.

—Tenga cuidado al bajar. Lo último que necesito es que se tuerza

un tobillo —dijo en tono maternal—. Cuando llegue abajo, encontrará otro interruptor.

La mujer sexagenaria se echó atrás para dejarle hueco a James. Cuando se encontraba a mitad de la escalera, lo llamó.

—Señor Allen, cuando acabe, deje todo en su sitio.

James la miró y asintió. Luego continuó bajando con cuidado de dónde ponía los pies. Tampoco él pretendía acabar con un tobillo torcido. El fresco de la sala de lecturas le resultó confortable en comparación con la profunda sensación de humedad con que lo recibió el sótano. Echó en falta el tres cuartos que había dejado colgado del respaldo de la silla, pero le dio pereza volver a buscarlo. Siguiendo las instrucciones de la bibliotecaria, encontró el interruptor y lo pulsó. Un tubo fluorescente se encendió, provocando que el sótano se llenase de sombras alargadas.

Le dio la impresión de que la estancia era rectangular y alargada, y tremendamente grande, pero infinidad de estanterías, mesas y sillas desencoladas, y cajas apiladas fuera de sitio dificultaban una correcta definición del contorno. El yeso de las paredes se hallaba invadido por moho negruzco y unas gruesas tuberías galvanizadas sujetas por arandelas desvencijadas cruzaban por el techo de un extremo a otro.

Entre los documentos que había hallado y las explicaciones de la señorita Gourlay, sabía que en el lugar que ahora ocupaba la biblioteca hubo un antiguo *cottage*. La casa de campo más grande de la isla. De aquella construcción original solo quedaba parte del sótano. Cuando años más tarde, el municipio decidió construir la biblioteca, el presupuesto no alcanzó para remodelar el sótano completo, de forma que se limitaron a una capa de pintura y poco más.

Después de orientarse, torció a la izquierda y se puso a contar estanterías. Nada más llegar a la cuarta, alzó la barbilla y, en la última balda, localizó tres cajas de cartón con etiquetas blancas y algo escrito con una letra tan pequeña que desde esa distancia no podía leerla. Sus ojos buscaron a izquierda y derecha y localizaron una escalera de cinco peldaños. La colocó delante de la estantería y se subió a ella. Con los brazos levantados sobre la cabeza atrapó dos cajas y bajó de espaldas haciendo malabares.

Allen dejó las cajas sobre una mesa con las esquinas gastadas y, tras instalarse en ella, encendió un flexo que tenía encima un montón de años. Al instante, un círculo de luz se dibujó en la mesa, igual que un foco alumbrando una atracción en el circo. El silencio a su alrededor resultaba tan absoluto que escuchaba con nitidez los sonidos del interior de sus propios oídos. Con mucha paciencia, abrió la primera caja, sacó un fajo de papeles, que comenzaban a arrugarse por las esquinas, y los puso bajo la luz…

—¡Señor Allen, le quedan veinte minutos!

La voz de la señorita Gourlay bajando por el hueco de la escalera lo desconcentró de la tarea en que se hallaba sumido. Se frotó los ojos cansados, miró un momento el reloj e inspiró profundamente. Llevaba ya cuarenta minutos ahí abajo y seguía sin encontrar nada… De repente lo alcanzó un ruido y juntó el ceño. Solo fue momentáneo y le sonó casi como un grito ahogado. Entonces abrió los oídos por si acaso se repetía. Debido a su curiosidad innata, Allen se levantó de una incomodísima silla de hierro y empezó a recorrer el sótano, atento a cualquier otro sonido. Por el camino, se hizo con una llave inglesa de uno de los estantes, y la blandió con la mano derecha a guisa de arma defensiva. Al pasar por delante del interruptor de los fluorescentes del techo, se le ocurrió una idea: lo pulsó y la estancia se vio sumida en la oscuridad. El zumbido que despertaba el tubo de luz desapareció. Se paró a escuchar.

Nada.

Silencio.

Utilizando a veces la linterna del móvil, torció en un recodo y continuó caminando. Se detuvo, retrocedió un paso y se agachó un poco. Debajo de un estante lleno de cajas hasta arriba advirtió una tenue línea de luz junto al suelo; era tan liviana que casi se la pasa de largo. Interesado, dedicó los siguientes minutos a apartar caja tras caja. Procurando hacer el mínimo ruido, las fue apilando en el suelo, a un lado.

Cuando hubo liberado las baldas de en medio, se dio cuenta de que al otro lado había una puerta. Era relativamente moderna, con la pintura blanca descascarillada. Del mismo color que las paredes. Y eso le hizo recordar que la señorita Gourlay también le explicó que hubo una parte del sótano que no se tocó con la reforma. La contrata levantó un muro y quedó tapiada, pero no le había dicho nada de una puerta. Con febril determinación, acabó de retirar las cajas y empujó un poco la estantería hasta conseguir apartarla lo justo para poder pasar de costado por el resquicio que había liberado.

Recuperó la llave inglesa y empujó el pomo hacia abajo. La puerta cedió sin resistencia, revelando un lóbrego pasillo cavernoso con las paredes de ladrillo. Recorriendo el techo había conductos en desuso y oxidados. La linterna le estaba mostrando la parte original del sótano de la casa de campo. Avanzó con sigilo. El aire estancado olía como el laboratorio de alquimia que encontró bajo The Monument. Las suelas de goma de sus botas lo aislaban de los charcos alimentados por las filtraciones. El incesante goteo del agua era el único sonido que lo acompañaba. El pasillo era casi recto, de modo que, para aguzar sus

sentidos, apagó la linterna y guardó el teléfono. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra, continuó. De inmediato, la oscuridad se rompió al fondo con una tenue luz alumbrando el suelo.

Cuando llegó a su altura, dio con una escalerilla metálica de mano anclada a la pared. Parecía precaria y conducía hacia arriba. Echó la cabeza hacia atrás y se descubrió mirando la luna llena por entre unos barrotes que estarían a unos tres metros de altura. Metió la llave inglesa en el cinturón y, tras constatar que aguantaría su peso, trepó con prudencia hasta que se topó con un enrejado recubierto de una costra de cochambre. Con los dedos de las manos rodeó dos barrotes y empujó con fuerza. La rejilla redonda no ofreció resistencia alguna, se movió con un chirrido propio de bisagras corroídas y cayó a un lado amortiguada por la hierba. Entonces asomó la cabeza por fuera y se vio rodeado de matorral bajo. Al lado del acceso, en el suelo, había un candado reluciente abierto. Volvió la cara al viento y, a unos cien metros, vio dos ventanas iluminadas de la biblioteca. Comprobó en el reloj que había superado con creces la hora concedida por la señorita Gourlay, y se la imaginó desesperada llamándolo a voces por el hueco de la escalera.

Por encima de los sonidos de la noche, le pareció oír de nuevo aquel lamento. Ahora estaba casi seguro. Descendió la escalerilla y de nuevo regresó al sótano. Empuñó la llave inglesa y continuó por el pasillo hasta que, unos metros por delante, en la pared, vio una línea de luz perfilada en un rectángulo deformado por la perspectiva. Aumentó la prudencia y James se aproximó evitando hacer cualquier sonido. A la derecha, había otra puerta. Esta de madera, vieja, le faltaban herrajes.

Pegó la oreja y oyó movimiento. Con un mal presagio, cerró los dedos en torno a un picaporte roñoso. Muy despacio lo empujó hacia abajo.

Clic.

El pestillo se recogió.

La puerta se entreabrió al tiempo que el pasillo se iluminaba. Los goznes chirriaron un poco. De espaldas a él había un hombre. Alto y delgado. Se hallaba de pie, frente a una camilla de hierro en la que yacía alguien a quien no podía ver la cara, pero sí las piernas desnudas magulladas, desde las rodillas a los pies. James no tuvo tiempo para nada más, el hombre se volvió bruscamente esgrimiendo en la mano una jeringuilla con una aguja hipodérmica, y se abalanzó sobre él. Allen consiguió esquivarlo, empujó la puerta del todo y golpeó con ella en la mano de su contrincante. Tras un gruñido, la jeringuilla cayó al suelo y rodó hasta un zócalo de piedra. Sin permitir que se recuperase de la sorpresa, James soltó el brazo con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

La llave inglesa aterrizó en la sien del hombre, que puso los ojos en blanco y se desplomó como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Allen no era un luchador y no había buscado un golpe tan certero, le había salido sin más, pero es un hecho demostrado científicamente que los movimientos bruscos laterales son más dañinos para el cerebro que los que se producen de delante hacia atrás. James encontró una soga y, con nudos marineros, le ató con fuerza los pies y las manos a la espalda.

Un nuevo gemido lo devolvió a la realidad de la situación. Con aquel hombre fuera de combate enfocó toda su atención en la camilla y en la persona tumbada sobre ella. Patricia.

Muñecas y tobillos permanecían sujetos con correas de cuero. La joven volvió la cara hacia James. Una lágrima recorría su mejilla. Su semblante reflejaba a partes iguales vergüenza y agradecimiento. Sin perder un segundo, buscó el mecanismo y soltó las ligaduras. Los brazos desnudos de Patricia se aferraron con fuerza a su espalda. James se inclinó sobre ella.

—¿Estás bien? —le susurró él al oído.

—Ahora sí. —Su voz temblaba—. Si no hubieses llegado…

Allen siseó, mandándola callar suavemente mientras le acariciaba su larga cabellera rubia.

—Lo importante es que estoy aquí, y no voy a dejarte sola.

Aún aturdida por los efectos del narcótico, Patricia se enderezó con esfuerzo por la cintura y se quedó sentada con las piernas colgando fuera de la camilla. James se apartó para echar mano de una gabardina larga, que colgaba de una percha, y la envolvió con ella.

—¿Cómo has acabado aquí? —quiso saber él.

Patt sacudió la cabeza.

—No lo sé. Estaba en casa… noté un pinchazo… todo se volvió negro —divagó.

—Bueno, no te preocupes por eso ahora, ya habrá tiempo. Lo primero es volver arriba. Aquí abajo no hay cobertura y tenemos que llamar a una ambulancia.

—Espera —dijo Patt—. ¿Qué hacemos con él?

—¿Lo conoces?

Patricia asintió.

—Es Hector, el hermano de Susan. Aunque sus verdaderos nombres son Andrew y Gina.

James alzó una ceja a modo de interrogación.

—Es una larga historia. En otro momento te la contaré. —Patricia hizo un esfuerzo y se puso de pie. Se tambaleó un poco y se sujetó al borde de la camilla para no caerse. James, veloz, le echó una mano—. Estoy bien, de verdad, un poco aturdida pero bien.

Allen paseó la mirada por la estancia. Al momento comprendió que

era una reconstrucción casi idéntica del viejo laboratorio que descubrió debajo de *The Monument*. Había una máscara y una túnica del doctor de la peste colgada de la pared. Al mirarla, se estremeció.

—De aquí debieron de sacar el barómetro de Torricelli —especuló James mientras seguía recorriendo la estancia con los ojos.

De improviso detuvo su observación en un anaquel combado y dio unos pasos hasta él.

—¡Vaya, qué sorpresa! Les gustaba Rosamunde Pilcher —dijo, con una novela titulada *Voces de verano* en la mano.

Patricia se puso a su lado.

—No era de ellos. Era de la segunda víctima. La señorita Gourlay se va a alegrar mucho de recuperarla.

Colocado horizontalmente sobre una balda, James encontró el diario de Lange Wilhelm. Un puñado de pergaminos bien recortados y cosidos con una cuerda. Dejó la novela, cogió el manuscrito y se puso a hojearlo. La letra era la misma que en los pergaminos que halló en Londres.

—Aquí cuenta toda la historia —dijo, con los ojos puestos en unas hojas amarillentas—. En este sótano, Wilhelm instaló su laboratorio de alquimia en 1666, cuando huyó de Londres tras provocar el Gran Incendio. — James pasó una hoja y otra más.

»Describe cómo creó en 1665 un patógeno mortal a partir de unas plantas alucinógenas altamente venenosas que le trajeron por barco de un monasterio budista llamado Tövkhön, en los montes de Asralt-Khairkhan-Uul en Mongolia. Lo probó con una paciente. Margaret Porteous. Demostrada su eficacia, lo soltó en el sistema de aguas de Londres.

Patricia se apretó más a él, entornando los ojos para enfocar las palabras escritas.

—Mira, a partir de aquí la letra cambia. Estas anotaciones comienzan el 3 de enero de 1999 —dijo ella.

Leyeron cómo Andrew encontró como por casualidad el sótano mientras hacía labores de mantenimiento. Cómo le entregó el diario a su hermana, pensando que le agradaría. Hablaba de fórmulas químicas, probetas y ensayos. Cómo a partir de ahí, Gina se obsesionó con la idea de reproducir el patógeno de Wilhelm. Cómo lo bautizó con el nombre de «Génesis». Cómo Andrew viajó a Mongolia, localizó el monasterio y regresó con la planta medicinal…

Ahí estaba todo.

El rostro de James cambió. Se endureció. Cerró el diario y se lo entregó a Patricia, luego atravesó la estancia veloz, se agachó frente a Andrew y lo agarró del cuello de la camisa.

—¡Tú la mataste! —le espetó, tan cerca de su rostro que las narices casi se tocaban.

—No sé a quién te refieres. He matado a muchas personas.

—Allen, deja que la justicia se ocupe de él —le dijo Patricia.

James la ignoró.

—Si mato a esta basura, nadie lo echará de menos.

—Por favor… —insistió su amiga.

—Creéis que esto ha terminado —dijo Andrew envalentonado. Su voz sonó siniestra—. El Génesis solo es el comienzo.

—Tiene razón, Allen —dijo Patricia—. Según el diario, han fabricado cincuenta litros del patógeno. Aquí, no hay esa cantidad.

Sin soltar a Andrew, James dio una vuelta visual rápida a la estancia.

—¿Dónde está el resto del patógeno? —le dijo gritándole a la cara.

Una risa estridente llenó de terror el laboratorio. James sabía que no se lo diría, de modo que lo empujó contra la pared. Luego se incorporó y volvió a reunirse con Patricia.

—Allen —dijo Banner de repente—, creo que sé dónde están Gina y el patógeno.

—Te escucho.

—Antes, dijiste que Wilhelm soltó el patógeno en el sistema de aguas de Londres…

—Eso es.

—Acabo de recordar una cosa que me dijo Collins.

Cuando terminó de hablar, James volvió la mirada a la esquina. Andrew ya no reía. Su rictus le decía que Patricia se hallaba en lo cierto.

****

81

Isla de Skye, Highlands

Era el día señalado en el calendario. Había estado planeando aquello desde hacía casi veinte años y le hubiera gustado compartir el momento con Andrew, pero llevaba un rato llamándolo por teléfono y no lo cogía.

«Estará divirtiéndose con ella», se dijo, mirando la carretera con los faros de su coche.

Era lo único que le importaba. Hacerles daño a esas mujeres. En eso era igualito que su padre. Desde el principio se dio cuenta de que Andrew se había obsesionado con Patricia. Le había advertido muchas veces que solo les acarrearía problemas, y al final casi arruina todo el plan. Menos mal que siempre estaba la hermana mayor para solucionarlo todo.

Ella, por contra, anhelaba un fin mayor. El Génesis la haría entrar en la Historia. Entonces todos aquellos incompetentes que la expulsaron de la universidad no tendrían más remedio que reconocer su trabajo. Pronto les demostraría que nunca habían estado más errados. Para crear el virus, se valió del instrumental de Wilhelm que había encontrado en aquel sótano. Con algunos retoques y la ayuda de algún equipo auxiliar moderno que fue sustrayendo de los laboratorios de la universidad, había sido capaz de concluir el trabajo. La ciencia moderna estaba tan ciega que pensaba que solo en un laboratorio de bioseguridad podría crearse un patógeno infeccioso así. Pero Wilhelm, trescientos cincuenta años atrás, había dejado a todos en evidencia…

Asediada por estos pensamientos, dejó atrás el Skye Bridge al volante de una furgoneta pequeña de alquiler, tomó Main Street y, por último, torció en Plock Road. En un momento dado, aminoró la marcha y se desvió por un camino de tierra lleno de socavones. Al final del camino y dibujado contra la noche, se elevaba el depósito municipal de agua.

James volaba en el Jeep por la A87 hacia el sur. Era tarde y la carretera estaba despoblada de coches. Había dejado atado a Andrew a una columna robusta de la sala de lectura y a Patricia bajo el cuidado de la señorita Gourlay. Nada más subirse al coche, contactó con Alex y le contó lo ocurrido. A través de la línea, escuchó a su

amigo maldiciendo. No había agentes disponibles. Todos los recursos permanecían en el otro extremo de la isla, persiguiendo a un inocente. El helicóptero había regresado a su base y, habiendo ya oscurecido, tardaría más de una hora en regresar, de modo que hizo lo único que pudo: indicarle cómo llegar al depósito y prometerle que haría todo lo posible porque tuviera refuerzos.

Gina detuvo la furgoneta cuando el sendero se acabó. Se quedó un rato sentada mirando la noche cerrada por la ventanilla. Había llegado al destino final de su viaje. No había vuelta atrás. Apagó el motor, se bajó y se dirigió hacia la parte posterior. Todo estaba tranquilo. Se ajustó a la espalda una mochila con el equipo que necesitaría para manipular el patógeno. Luego cargó los tres recipientes galvanizados sobre una carretilla y los trasladó hasta la puerta principal de las instalaciones, guiándose por el resplandor de la luna. Con unas tenazas cortó la cadena de seguridad y cruzó la puerta. El vestíbulo estaba oscuro y desierto. Sabía adónde tenía que ir. Andrew le había dibujado un plano detallado de la instalación.

A una distancia de ochenta metros, unos prismáticos de visión nocturna seguían todos los movimientos que ejecutaba Gina. En cuanto desapareció en el interior del recinto, dos siluetas emboscadas en las sombras de una arboleda comenzaron a desplegarse.

James pisó a fondo el acelerador en cuanto se aproximó a un paso a nivel, cuya barrera levadiza comenzaba a bajar entre luces destellantes y avisos acústicos. Pasó sobre las vías por los pelos y su coche se sacudió con el viento levantado por un tren de mercancías. A James le tomó menos de media hora llegar a las instalaciones. Cuando frenó en seco detrás de una furgoneta blanca con las portezuelas traseras abiertas, una nube de polvo lo cubrió. Saltó del Jeep y se acercó.

Vacía.

Gastó unos segundos en mirar a su alrededor. Una explanada, una línea de árboles a la izquierda, a unos ochenta metros, y el contorno difuso de otros edificios en la lejanía. Todo silencioso. Ni un alma a la vista. Finalmente, detuvo su inspección en la puerta principal del depósito municipal del agua y empezó a correr por el caminillo de entrada. Cuando llegó, se detuvo. Observó una cadena en el suelo, tiró de la puerta acristalada y atravesó el umbral. Ahí se acababan sus

ideas. Se quedó quieto, estudiando la instalación. El depósito era un cilindro hueco de hormigón de cuarenta metros de altura. Mirando hacia arriba distinguió hasta cinco niveles, protegidos por barandillas de aluminio relucientes. A su lado había escaleras y montacargas, y al fondo dos oficinas con las luces apagadas en las que se veían paneles llenos de testigos rojos, verdes y ámbar. La instalación carecía de seguridad y todo el sistema estaba informatizado. Probablemente, si se producía alguna avería saltaría una alarma en algún sitio de la ciudad y en pocos minutos acudiría personal técnico…

Escuchó un golpe metálico y al instante alzó la barbilla. En la última planta atisbó movimiento. Entró en el montacargas más cercano. Pulsó el cinco. Con la lentitud de un desactivador de explosivos, las puertas se cerraron, el ascensor se puso en marcha, se paró y las puertas volvieron a deslizarse.

Con precaución abandonó el elevador y caminó despacio, atento. Se asomó por la barandilla y, desde la altura, vio el recibidor vacío. La planta era circular. Había puertas cerradas y dos pasillos formando una cruz. Un cartel anunciaba con una flecha el depósito. En ese momento, sonó en el recinto una sirena estridente y varias luces de seguridad comenzaron a destellar.

Gina se hallaba delante de la boca de una enorme tubería. Después de introducir el código alfanumérico que le facilitó Andrew, había girado la rueda y abierto la compuerta. Una alarma comenzó a sonar. No había problema. El personal técnico tardaría media hora en llegar, tiempo más que suficiente. Se quitó la mochila de la espalda y la abrió. Con los guantes protectores y una máscara de respiración autónoma, bajó el primer recipiente de la carretilla y alargó la mano hasta la boquilla de seguridad. Tres vueltas. Uno, dos y tres.

Primera vuelta, otra más, y…

Se detuvo y bajó la vista. Sobre su pecho habían aparecido dos puntitos de un color verde intenso. Perfectamente circulares. Sabía lo que significaban, lo había visto en la televisión. Puntos proyectados por miras láser. Sin mover un solo músculo de su cuerpo alzó los ojos y buscó a los tiradores. No los halló, pero tampoco se sorprendió. Su trabajo era hacerse invisibles. Como el de ella lo era concluir lo que había venido a hacer. Solo le quedaba un último giro. El corazón empezó a latirle a toda prisa. Al final se decidió y tensó los dedos de la mano que rodeaban la boquilla de seguridad. Justo entonces, sonaron dos zumbidos apagados por la estridencia de la sirena y Gina se derrumbó hacia atrás, como impulsada por un resorte.

James empujó una puerta entornada y accedió a una sala mecanizada. La alarma sonaba ahí con más insistencia. Las paredes se hallaban recubiertas por paneles con etiquetas y luces parpadeantes. En el centro había una enorme tubería con la compuerta abierta. A unos metros, un cuerpo tendido en el suelo. La reconoció en el acto: Susan. A través del plástico de una máscara distinguió sus ojos sin vida. Mirando a la nada. En el pecho dos manchas rojas crecientes.

Aunque buscó por todas partes, no halló ni rastro del patógeno.

****

Epílogo

Un mes después

La tarde declinaba y los contornos comenzaban a desdibujarse. Los colores de la Toscana se ocultaban bajo un vasto tapiz blanco que cubría los alrededores del pueblo de Cortona. Los tejados de la vieja iglesia. El empedrado original de las calles. Los viñedos.

El histórico cementerio emparedado.

James permanecía de pie inmóvil con las manos en los bolsillos de un abrigo azul clásico y exhalando nubecillas de vapor con cada respiración. Sintió frío; sin embargo, soportó el viento helador mientras contemplaba la lápida de granito que esa misma mañana habían terminado de instalar los operarios. Desde que recibiera aquella llamada de la doctora Parisi no era capaz de desprenderse de una insoportable sensación de ahogo. A veces, conseguía olvidarla por un momento, pero siempre lo acechaba. Como aquellos lobos tibetanos…

La campana de la vieja iglesia sonó siete veces. El tiempo.

Era curioso, cuando necesitaba que el reloj se detuviera, volaba; y ahora que deseaba que volara, avanzaba tan despacio que un caracol lo hubiese sobrepasado…

El crujido de unos zapatos sobre la nieve apelmazada lo arrancó de su ensimismamiento. Se volvió un segundo. Avanzando por los senderos del cementerio se acercaba Dave Carmichael, con la cabeza cubierta por un gorro de lana y las manos enguantadas en cuero. En una mano llevaba una bolsa de plástico y en la otra, un ramo de flores silvestres; seguramente adquirido en el quiosco que había a la entrada.

—Hola, James, lamento lo ocurrido —le dijo, cuando estuvo a su altura.

Allen miró el ramo con ojos serenos.

—Siempre le gustaron las flores silvestres.

Carmichael se agachó y dejó el ramo sobre la nieve.

El gesto dio paso a un silencio que se prolongó hasta que el sol desapareció detrás de la pared oeste del cementerio. El viento susurraba mientras se colaba entre las lápidas y el frío se intensificó un poco más, pero a ninguno de los dos pareció importarle.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te *hackeé* el teléfono —dijo Dave con total naturalidad.

James lo miró ceñudo.

—Mientras volábamos desde Mongolia a Roma —terminó de explicarse.

El escocés no tenía ganas de enfadarse.

—O sea, que han seguido mis pasos y escuchado mis conversaciones todo este tiempo. ¿Por qué? ¿Quién? —preguntó, juntando los hombros.

—Oye, lo lamento. No quedaba otra opción. Hay gente en Londres que se puso nerviosa con la historia que me contaste en el avión.

James volvió a fruncir el ceño.

—Verás, hace años, llevé en mi avión a dos personas a Mongolia. Iban a las cordilleras de Khentii. Nunca regresaron. Tras el fracaso resolvieron suspender la operación; pero, desde entonces, los que me enviaron vivieron con el temor de que alguien descubriera qué se ocultaba en aquellas montañas, y cuando me dijiste que un inglés había viajado a aquel monasterio y matado a sus guías y a los monjes, las alarmas se dispararon. Desde que aterrizamos en Roma no te han quitado un ojo de encima. Esperaban que tú les hicieras el trabajo sucio. —Y tras un segundo, añadió—: Yo les aseguré que acabarías el trabajo.

Allen asintió sin decir nada.

—Por cierto. Las habilidades que ha demostrado tu amigo Collins han impresionado a mucha gente. Créeme si te digo que a los mejores analistas del país, con todos los recursos a su disposición, les supuso un esfuerzo ímprobo seguir sus movimientos.

Allen sonrió orgulloso. Jamás podría pagarle a Collins la deuda de gratitud que había contraído con él, y allí mismo, se juró que siempre tendría un hermano mayor a su lado.

—¿Me sacaron tus amigos de la cárcel en Londres? —quiso saber, a pesar de que estaba casi seguro de conocer la respuesta.

Dave no contestó. No hacía falta.

—¿Mataste tú a esa mujer? —preguntó a continuación.

—Por favor, James, yo soy piloto. Tengo mi propio negocio de aerotaxis.

—¿Y el patógeno?

Carmichael encogió los hombros y sacudió la nieve de sus botas, golpeándolas contra una piedra.

—Presumo que en un lugar seguro. Enterrado bajo toneladas de tierra.

—O en un laboratorio de máxima seguridad, donde unos científicos estarán ahora destripándolo —le recriminó.

Dave volvió a encogerse.

—Ya sabes cómo funciona esa gente. Por cierto, *alguien* me ha dicho que *alguien* te está agradecido por encontrar al comandante *Smith* y a su compañero. Han organizado una expedición para recuperar los cuerpos.

Durante un largo rato, ambos permanecieron escuchando el silencio que los rodeaba. Uno al lado del otro mirando la tumba de Victoria, que se iba desvaneciendo en la oscuridad. Las bombillas amarillas de dos farolas se encendieron después de un titubeante inicio.

—No sé como podré olvidarla.

—No lo harás, James, pero un día te levantarás y será lo segundo en lo que pienses.

Allen asintió.

—Por cierto, esto es tuyo —le dijo Carmichael alargándole la bolsa de plástico.

James giró el cuerpo, cogió la bolsa y miró dentro. No le apetecía nada; sin embargo, sus labios volvieron a dibujar una sonrisa.

—Bastaron unas llamadas para recuperar tu Barbour de aquel tren —le aclaró Carmichael.

Los dos amigos se fundieron en un cordial y sincero abrazo. Luego permanecieron otro rato más sumidos en sus pensamientos, y se marcharon juntos.

James se despidió para siempre de Victoria. No le gustaban los cementerios y jamás volvería a aquel lugar.

****

Unos días después

LOS inviernos en las Tierras Altas de Escocia eran duros. Durísimos, en honor a la verdad. James los conocía bien. A fin de cuentas, pasó los primeros dieciocho años de su vida en aquel recóndito y húmedo municipio escocés, a orillas de *Loch Carron*. Mirando el contraste de la tierra yerma en la que se asentaba el antiguo caserón familiar con la espectacularidad de las montañas que lo circundaban, entendió que aquel era su sitio. Siempre pensó que la vida lo llevaría por otros derroteros, y durante más de veinte años así fue, pero allí estaba, de vuelta…

Patricia lo reclamó a gritos a sus espaldas, y él volvió la cara hacia

la casa.

—¡La cena esta lista! ¡Te vas a helar! —le dijo bajo la marquesina, alzando la voz.

Retraído, reemprendió el camino de vuelta. Los tres perros lo siguieron de cerca. Cuando regresó de la Toscana, se trajo consigo a los dos labradores *retriever* de Victoria: Zeus y Diana. Pocos días después, se sumó a ellos Khentii, el mastín tibetano que encontraron abandonado en la cordillera del mismo nombre y de quien Victoria se enamoró a primera vista. Tenerle a su lado, no sé, era como tener un trocito de su alma. Negüi le gestionó el envío por avión, y él pasó a recogerlo al aeropuerto de Glasgow. El pobre animal necesitó algún tiempo para reponerse del viaje, y es que permanecer dos días enjaulado en un espacio minúsculo fue demasiado para un robusto mastín de ochenta kilos habituado a campar a sus anchas. No obstante, ahora, rodeado de frío, nieve y montañas parecía sentirse como en casa; todo lo contrario que los labradores, que, salvo contadas excepciones, se pasaban el tiempo acomodados cerca de la chimenea.

La mesa del comedor había sido preparada para la cena, y Alex, Patricia y Collins lo esperaban sentados a ella.

—Ya era hora, nos morimos de hambre —le dijo Alex, mirando cómo su amigo se unía a ellos.

Allen continuaba con la misma mirada perdida que lo acompañaba de un tiempo a esta parte, y no realizó ningún comentario. Solamente estiró la servilleta y se la colocó en el regazo.

—¿Queréis un poco de vino? —preguntó al resto de comensales.

Todos dijeron que «sí», excepto Alex, que se decantó por el agua. James descorchó la botella que había sacado de la bodega de su padre y llenó las copas hasta la mitad. En ese momento, se abrió la puerta de la cocina y surgió Anne Marie con una fuente colmada del guiso favorito del anfitrión: patatas con costillas. El olor que inundó la estancia le hizo rememorar recuerdos de la infancia que solo sirvieron para incrementar su estado de melancolía. Sin que pasara mucho tiempo, la mujer sordomuda se había habituado a la casa y, a su manera, James comenzaba a verla feliz. Tras la muerte de Victoria, que era para ella como una hija, el mundo que pisaba despareció de un plumazo. Sin más. A la pérdida de la persona más querida se le unió la desesperanza de qué haría con su vida. Cuando James le planteó irse a vivir con él a Lochcarron, Anne Marie no se lo pensó, y tras sus palabras: «Acepto solo para cuidar de Zeus y Diana», él atisbó un brillo de alegría en sus ojos.

—¿Qué tal con ella? —le preguntó Patt a James, en cuanto su ama de llaves volvió de nuevo a la cocina. Aunque no podía oírla, bajó intuitivamente el tono de voz.

—Bien —repuso sin adornos.

—Creí que te detestaba —apuntó Alex, medio bromeando.

Allen respondió con una sonrisa.

—No me odia, lo que sucede es que ambos queríamos a Victoria, a nuestra manera.

En la mesa reinó el silencio solo roto por el tintineo de los cubiertos contra los platos.

—Habrás heredado mucha pasta, ¿no? —dijo Collins, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

—¡Collins! —saltó Patricia.

James le quitó hierro al asunto, acostumbrado a la falta de comprensión que solía demostrar Collins hacia los sentimientos de los demás.

—No pasa nada, Patt. Según nos dijo el albacea de Victoria, Anne Marie y yo fuimos designados en su testamento como herederos. No obstante, convinimos destinar todo el dinero a una fundación que otorga becas de estudio a jóvenes sin recursos. El primer beneficiado ha sido Negüi, un chico mongol que conocimos en nuestro viaje. Recientemente, ha sido admitido en uno de los *colleges* de Cambridge.

—Creo que a ella le habría encantado —dijo Patricia, y se lo quedó mirando pensativa.

James se llevó la copa a los labios y le dio un trago.

—Por cierto ¿qué ha sido del tal Hector, Andrew o como se llamase? —dijo James mirando a Alex.

—Se pasará el resto de su asquerosa vida en la cárcel. En aquel laboratorio que encontraste bajo la biblioteca hallamos pruebas abrumadoras que relacionan a los hermanos con los crímenes. ¡Joder! Los cabrones hasta grababan en vídeo sus experimentos.

—¿Y Gina? ¿Sabéis ya quién la mató? —inquirió Patricia.

—No, y me temo que nunca lo sabremos. Que fue un profesional no hay duda, pero en cuanto quisimos indagar un poco sobre eso y sobre la desaparición de los recipientes con el patógeno, recibimos un portazo de las altas esferas.

El que habló fue Collins:

—Suena a conspiración. Seguro que el gobierno está detrás.

Todos menos James rieron. Collins y sus teorías conspiratorias.

—Lo que aún no nos has contado es cómo sospechaste de Susan y Hector. A mí, no se me hubiera ocurrido nunca —le dijo Alex a Patricia.

Ella se quedó pensativa.

—Sabes que desde el principio me intrigaron los mensajes escritos en las paredes. Uno con la zurda y otro con la diestra. Siempre partimos de la hipótesis errónea de que se trataba de un único asesino, y eso nos llevó a la equívoca conclusión de que debía de ser

ambidiestro. Cuando vi a Susan manejar el móvil con la zurda, no sé, tuve un presentimiento. ¿Y si estábamos equivocados? ¿Y si había dos asesinos, uno zurdo y otro diestro? A partir de ahí, una cosa llevó a la otra. En fin, fue una tontería.

—Sherlock Holmes dijo una vez: «Mi método se basa en la observación de nimiedades» —apuntó James.

—¿Qué crees que buscaban con los escritos en las paredes?

Patrícia sopesó la pregunta durante un instante antes de lanzarse a contestarla.

—Es difícil saber qué pasa por una mente perturbada. Es obvio que Andrew y Gina eran dos víctimas. Durante años, sufrieron abusos de sus padres y eso les afectó emocionalmente. —Se interrumpió y dio un sorbo a su copa de vino, luego prosiguió—: Yo creo que Gina era la mente creativa y no le bastaba con matar, necesitaba notoriedad. De ahí que dramatizara en los escenarios. Buscaba la atención mediática, y vaya si la consiguió.

—Yo diría que diez muertos son bastante notoriedad —apuntó Collins.

—Doce —lo corrigió Alex—. No te olvides de Will Gordon y de la periodista Margaret Hamilton. Encontramos su cuerpo enterrado en el campo cerca de la salida oculta del sótano.

Nadie mencionó a Victoria. Ni siquiera Collins. Aunque también pensaron en ella.

—¿Y qué fue de Graham? —preguntó Patt.

—La prensa estuvo atizándole durante una semana. Lo culparon del suicidio de Will, así que, con las elecciones a la vuelta de la esquina, el alcalde se lo cargó, a él y a McCalley. Ahora estamos a la espera de que nos asignen un nuevo jefe.

—¿Nos? O sea, que piensas seguir allí por un tiempo —quiso saber James.

Alex apuró el vaso de agua.

—Sí —dijo asintiendo—, además… estuve hablando con Lee y vamos a darnos una segunda oportunidad. Pasado mañana llegará a Kyle of Lochalsh, con Mark.

—¡Eso es genial! —gritó Patt, y puso su mano sobre la de él.

—¡Brindemos por eso! —dijo James, alzando su copa—. Te mereces ser feliz.

Los cuatro entrechocaron sus copas. Anne Marie volvió a aparecer y recogió los platos. Después, sirvió un flan de postre.

—Puesto que estamos de anuncios, yo también tengo uno que haceros —intervino Patt.

Todos pusieron sus ojos expectantes en ella.

—En la División me han concedido otro programa de intercambio con el FBI. En un mes me marcho a Estados Unidos.

—Enhorabuena, Patt. Todos te echaremos de menos, pero es un paso genial para tu carrera —la felicitó sinceramente Alex.

—¿Y tú? —le preguntó ella al anfitrión.

James encogió los hombros.

—Creo que me quedaré por aquí, un tiempo. Han reabierto la escuela primaria de Lochcarron y necesitan profesores.

—Me alegro, amigo, este es tu sitio. Siempre lo ha sido —le animó Alex.

Comieron más flan y durante un rato se quedaron callados.

—Yo… debo deciros algo —dijo Collins.

—¿Tú? ¿Un anuncio? —dijo Alex, poniendo voz al pensamiento de todos.

—Un tío de una agencia del gobierno me ha ofrecido un empleo. No pagan mucho, pero me ha garantizado recursos ilimitados.

Todos rieron durante un largo rato. Después se levantaron y se acomodaron en unos envolventes sillones, frente a la chimenea. James no sabía qué sería de sus vidas en el futuro. Todos los que se hallaban en la casa habían sufrido mucho; sin embargo, permanecían juntos y se tenían los unos a los otros, y eso no cambiaría nunca. No si él podía evitarlo.

****

Agradecimientos

Gracias a muchas personas puedo seguir disfrutando de esta gran pasión que supone contar historias. Esta página pretende ser un pequeño homenaje a todas ellas. Quizá me olvide de alguien y, de antemano, pido disculpas porque la omisión no es intencionada.

El Winchester de Las Rozas continúa siendo el lugar donde me inspiro. No tiene vistas ni al mar ni a la montaña, pero sí unas personas que se esfuerzan en que me sienta como en mi propia casa. Gracias a Jerusalem y a Pepi. Acaso en la magia de este sitio, también influya Ronete. No dejo de mirar las esquinas buscándolo. ¡No sabes cómo te añoro, viejo amigo!

Aunque esté mal que yo lo diga, no encuentro las palabras adecuadas de agradecimiento a mis lector@s beta. Su ayuda para mejorar el manuscrito es impagable. A Loles, mi suegra; a mi hermano, Jose Antonio; a Elisa, el amor platónico de James Allen; y a Fany, mi último y valiosísimo fichaje.

Besos a mi madre, aunque es una malísima crítica. Nada de lo que hago le parece mal. A David, siempre mi cuñado, por sus ideas imaginativas. El personaje de Dave Carmichael es un homenaje a él. También gracias a Ángeles. Siempre apostó por mí.

Por último, pero no menos importantes —alguien ha de serlo necesariamente— a cuatro bookstagrammer *que, aún no sé por qué, se han involucrado especialmente en promocionar los relatos de James Allen: @las_novelas_de_naiara; @labibliotecadeamelia; @quientelee; @isra_a.rodrigo.*

RELATOS DE JAMES ALLEN Y PATRICIA BANNER

TAMBIÉN LOS DEMONIOS TIEMBLAN (1)

Las brumosas Highlands sirven de marco ambiental a un asombroso relato de misterio. El espeluznante hallazgo de las vísceras de cuatro adolescentes en los páramos escoceses tiene aterrorizada a la población de la pequeña localidad de Lochcarron, que ve en estas mutilaciones la mano de «el Que Susurra», un espíritu celta ancestral que habita en los lagos.

Un *thriller* ingeniosamente construido en el que el arqueólogo marino James Allen y la agente novata Patricia Banner, de la Policía de Escocia, pondrán a prueba sus creencias en una encarnizada lucha contra un oscuro adversario.

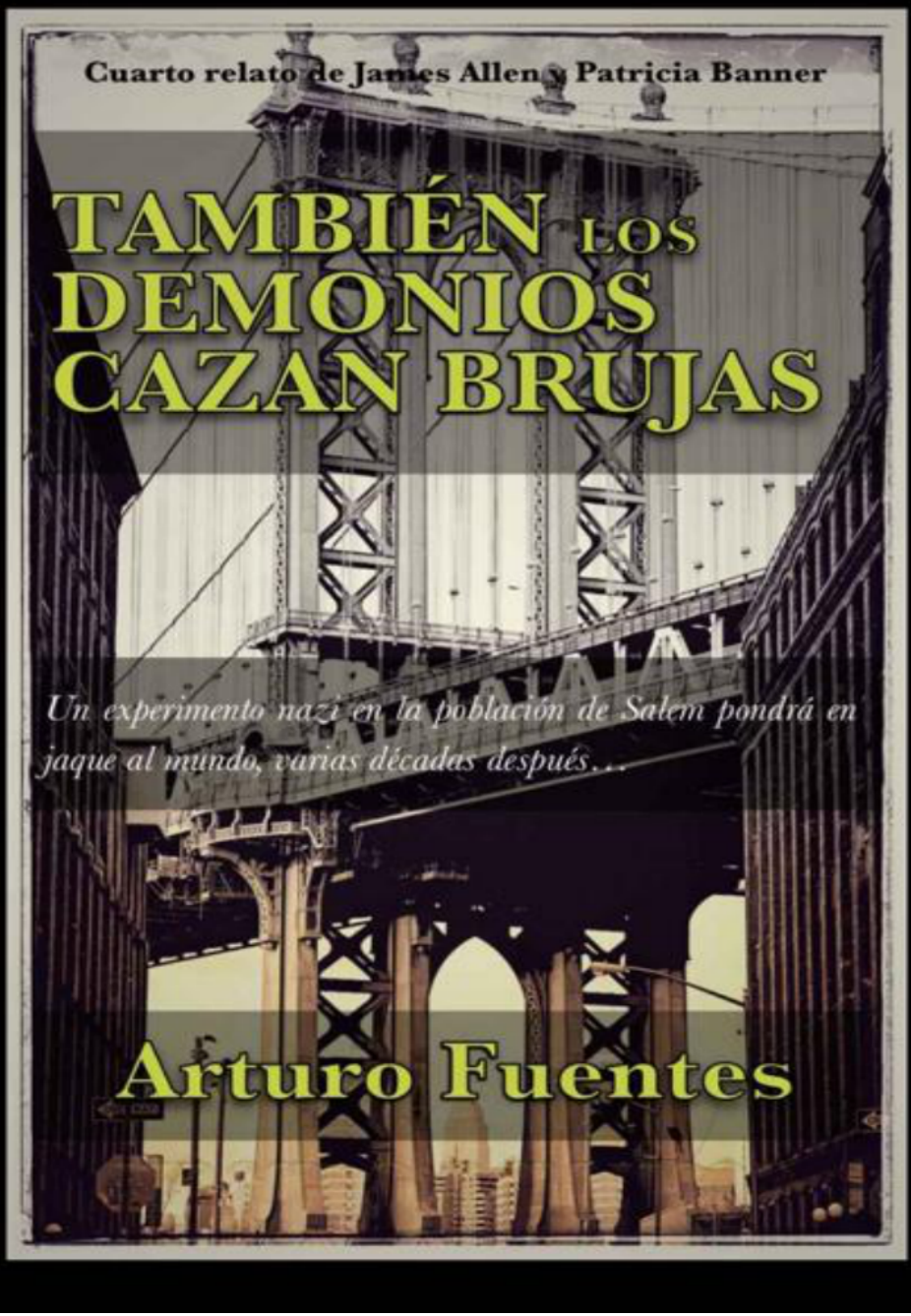
Una misteriosa enfermedad contraída en un monasterio budista. Los lugareños la achacan al *Ulama,* «el Pájaro Diablo». Su espeluznante canto anuncia la muerte.

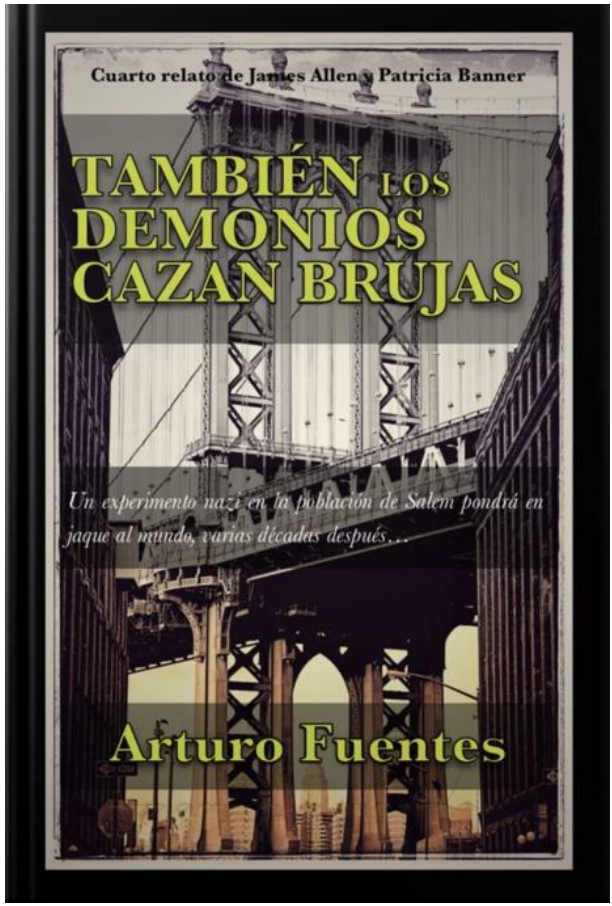
Dos mujeres brutalmente asesinadas en la escocesa isla de Skye. El asesino ha tatuado una cruz en la mano derecha de las víctimas y ha dejado un críptico mensaje grabado con sangre: «Que Dios se apiade de nosotros».

Una terrorífica amenaza olvidada en el Reino Unido desde que la Gran Plaga asolara la capital londinense en 1665.

Un asesino de masas ha regresado del pasado para concluir su trabajo: un patógeno viral llamado «Génesis».

[1] *Moneda oficial de Mongolia (N. del a.)*
[2] *En español: «Lanza Voladora». (N. del a.)*
[3] *Acrónimo de «National Insurance Number». Nº de seguridad social en Escocia. (N. del a.)*


Cuarto relato de James Allen y Patricia Banner
TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS
Un experimento nazi en la población de Salem pondrá en jaque al mundo, varias décadas después...
Arturo Fuentes


Cuarto relato de James Allen y Patricia Banner
TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS
Un experimento nazi en la población de Salem pondrá en jaque al mundo, varias décadas después…
Arturo Fuentes

TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS

Cuarto relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS

Arturo Fuentes de la Orden

Edición octubre 2020

© Arturo Fuentes de la Orden

ISBN: 9798645003036

Diseño de la portada: Arturo Fuentes de la Orden
Imagen: iStock.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

Arturo Fuentes de la Orden nació en Huelva en 1968; casado, actualmente reside en la madrileña localidad de Las Rozas. Se graduó en Derecho por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE) y durante veinticinco años se ha dedicado al mundo de la empresa, ocupando diversos puestos de responsabilidad.

La publicación de su primera novela, *También los demonios tiemblan* (galardonada con el certamen literario «Isla de las letras 2018»), supuso el comienzo de la saga *También los demonios…* (disponible en Amazon), protagonizada por el arqueólogo marino escocés James Allen y la sargento Patricia Banner de la Policía de Escocia.

Twitter: @afuentesorden
Facebook: Arturo Fuentes de la Orden
Instagram: @arturofuentesdelaorden
Email: afuentesdelaorden@gmail.com
Blog: http://arturofuentes.blog

A mi hermano

Tabla de contenido

Prólogo

EL MALETÍN DE LA AHNENERBE

Berlín, 1943

1

Canfranc, 1943

2

Lisboa, 1943

3

Nueva York, 1943

4

Salem, 1943

5

Salem, 1944

6

7

Salem, 1944

8

Salem, 1945

9

CONSPIRACIÓN

10

11

12

13

14

15

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
LA DAMA BLANCA
39
40
41
42
43
44
45

46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
Epílogo
Agradecimientos
Relatos de James Allen y Patricia Banner

Prólogo

Nueva York (EE. UU.)

La furgoneta Chevrolet sin distintivos surgió de golpe de la niebla que cubría el Bronx. Quizá la pintura negra estaba algo desgastada y la carrocería salpicada de excrementos de pájaros, pero los neumáticos eran nuevos, con un dibujo de al menos ocho milímetros en la banda de rodadura. Hizo un giro desde un callejón, siguió unos pocos metros por la calle 225W y frenó en seco en la esquina con Broadway, delante de un edificio decrépito con el bajo ocupado por un restaurante chino. En un abrir y cerrar de ojos se deslizó el portón lateral y un cuerpo fue lanzado sin contemplaciones a la acera, como quien arroja un cubo de agua sucia a una alcantarilla. Antes de que el portón lateral volviera a cerrarse, la Chevy ya había acelerado con un chirrido.

—Sujeto cinco-cero devuelto a su hábitat —dijo el copiloto por un teléfono móvil encriptado.

La sombra andrajosa y maloliente gruñó mientras se ponía en pie penosamente.

—¡¡Mamooones!! ¡¡Hijoputas!! —bramó con el puño en alto al tiempo que veía desaparecer la furgoneta a toda velocidad en el siguiente cruce.

Los insultos que profería se vieron eclipsados por el estruendoso traqueteo de un tren que pasó en ese momento por encima de su cabeza. El convoy tardó apenas unos segundos en esfumarse, devolviendo los ruidos nocturnos de la ciudad que nunca duerme. En la calle no había farolas y todo estaba en tinieblas. El vagabundo miró a su alrededor algo desorientado. Estaba cansado y le dolía todo el jodido cuerpo. Solo quería echarse a dormir lo que quedaba de noche. Entonces, vislumbró a pocos metros el fulgor de la hoguera y, con movimientos errantes, se encaminó hacia ella. Esquivó unas vallas de metal, bajó unas escaleras cubiertas de maleza y se adentró en el

cavernoso pasaje que discurría bajo el puente de Broadway y las vías del tren.

Alrededor de la fogata había cinco figuras silenciosas acurrucadas dentro de sus gastados abrigos, tratando de esquivar la humedad procedente del río. Un par de ellas estaban tendidas en el suelo sobre trozos de periódicos y el resto, encorvadas. Se veía basura desperdigada por todas partes y refugios construidos a base de cajas de cartón, neumáticos y otros deshechos. Mientras el vagabundo pasaba por detrás de ellos medio arrastrándose con la cabeza gacha, un hombre flacucho con los pelos desgreñados y barba enredada le dijo:

—Hombre, Charlie, ¿dónde te has metido todo el día? —Luego se llevó a los labios el cuello de una botella que sobresalía de una bolsa de papel y le dio un buen tiento al contenido.

Sin detenerse, Charlie respondió con un murmullo inaudible.

—Lo vi largarse esta mañana con unos tíos *trajeaos* —añadió una mujer. Le faltaban todos los dientes frontales y, al escapársele el aire al hablar, su timbre sonaba extraño, siseante.

«¿No te habrán hecho guarrerías de maricones?», oyó Charlie que decía el Orejas a sus espaldas. Las palabras provocaron una cascada de risotadas desagradables.

—¡Que os den, cabrones! —graznó, sin volverse.

—No te enfades, macho, solo estábamos bromeando —dijo el puertorriqueño, con tono de disculpa.

Charlie los ignoró y continuó a trancas y barrancas, hasta plantarse en la entrada de su cubil. Nada más agacharse para guarecerse en él, se quedó completamente paralizado un instante y, acto seguido, se desplomó de bruces, cuan largo era. La fractura de los huesos de la nariz hizo un ruido repugnante.

—Vaya hostia que se ha *metío* —dijo el Orejas, dudando entre echarse a reír o correr a auxiliarle.

Los cinco se pusieron de pie con dificultad y se acercaron cautelosamente al cuerpo inerte de Charlie. Estaba tendido bocabajo con la cara hundida en un charco de su propia sangre.

—¿Respira? —preguntó el puertorriqueño.

El tipo flacucho se acuclilló, le puso la mano enguantada en la espalda y lo zarandeó un poco.

—Charlie. Eh, Charlie.

Charlie no se movía.

—Te digo yo que la ha *diñao*, Mickey —dijo entonces Billy.

—Anda, calla y ayúdame a darle la vuelta.

Entre todos le dieron la vuelta. Más abiertos no podía tener los ojos. Estaban vidriosos y miraban al techo sin mirar. Medio rostro estaba lívido. El otro medio lo tenía coloreado de rojo por la sangre que

brotaba a chorros de su nariz amoratada. En general, su aspecto era un tanto siniestro.

—No me queréis hacer caso, tíos, —insistió Billy—, pero el Charlie está frito, que yo sé de esto.

El tipo flacucho se inclinó sobre el cuerpo de Charlie y puso la oreja en su corazón. Luego se quitó las gafas de pasta y acercó los cristales a la boca para ver si se empañaban con el vaho.

No ocurrió.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso, macho? —le preguntó el puertorriqueño.

—¿Qué te crees, que siempre he vivido en la calle? —replicó Mickey.

—Eh, que aquí donde lo ves, el Mickey fue *doctor* —dijo Billy con retintín.

El puertorriqueño soltó un sonido parecido a: «Uuuuuh».

Mickey volvió a colocarse las gafas y le cerró los ojos al cadáver. Ponerse de pie le costó lo suyo; entonces, anunció a los demás:

—Está muerto.

—Pues yo me pido el abrigo —dijo la mujer, sin remilgos.

—Y yo, su choza —se sumó Billy.

—Yo necesito pantalones nuevos —añadió el Orejas.

—Los pantalones y los gayumbos se los dejamos —lo detuvo el puertorriqueño—. Que uno tiene derecho a irse *pa'rriba* con dignidad.

El Orejas aceptó a regañadientes.

—Vale, vale, pues… las botas y los calcetines *pa* mí.

—Eh, eh, que yo también quiero las botas, que las mías tienen más *bujeros* que una raqueta de tenis —protestó el puertorriqueño.

Una hora más tarde, se habían jugado a las cartas todas las pertenencias de Charlie y volvían a estar congregados al calor de la hoguera.

—Habrá que llamar a la pasma *pa* que se lo lleven, si no va a apestarnos esto —dijo Billy, acompañando sus palabras de una risa asmática.

—Mañana, Billy, que ya es muy tarde y los polis están durmiendo —repuso Mickey.

—También podemos tirarlo al río.

—¡No digas barbaridades, Orejas! ¿Te gustaría a ti que te largásemos al río? —le reprendió el puertorriqueño.

El Orejas se encogió de hombros.

—Pues a mí me da mal rollo dejarlo ahí *toa* la noche.

«¡Mátalos a todos!».

«¡Mátalos a todos!».

Charlie abrió los ojos súbitamente, alterado y sudoroso. Al incorporarse por la cintura, le incomodó algo. En un gesto casi mecánico, se llevó la mano bajo los pantalones y cerró los dedos en torno al mango frío de un largo cuchillo de carnicero.

«¡Mata a esos hijoputas!».

Charlie apretó la mandíbula y se alzó entre crujidos de articulaciones. Caminó tambaleándose hacia la fogata. Desprendía un tufo nauseabundo, mucho más del acostumbrado. La hoja del cuchillo brillaba con el resplandor de las llamas.

—¡La hostia puta! —exclamó Billy, dando un respingo—. Eh, tíos, que el Charlie se ha *despertao*.

Todos se volvieron hacia Charlie.

—Pensábamos que la habías *palmao* —le dijo el puertorriqueño—. Ahora te devolvemos tus cosas, pero antes vente a echar un trago…

La frase quedó a medias.

—¿Seguro que te encuentras bien? Tienes mal aspecto.

Billy arrugó la cara.

—¡Joder! ¡Qué peste! ¿Te has *cagao* encima?

—¿Qué haces con ese cuchillo?

—Cuidado, tío, no te vayas a cortar.

—¡Eh, macho! ¿Qué coño haces?

En el sórdido agujero sonó un alarido espantoso, casi infernal, seguido de un prolongado gorgoteo.

—¡*Cagüen* la leche! ¡Le ha *rajao* el pescuezo al Billy!

Los vagabundos saltaron como un resorte, medio adormilados o borrachos y retrocedieron unos pasos, con los ojos desorbitados y los harapos que cubrían sus cuerpos fofos salpicados de la sangre de su colega.

«¡Mátalos a todos! Que no quede ni uno solo».

Dejando resbalones de sangre en el hormigón del suelo, Charlie fue hacia ellos cuchillo en mano. Estaba dispuesto a coserlos a todos a puñaladas. La voz de su cabeza así lo ordenaba.

****

EL MALETÍN DE LA AHNENERBE

«Soy partidario de alentar el progreso de la ciencia; y opuesto a atemorizar a la mente humana con historias de brujas».

Thomas Jefferson

Berlín, 1943

AÚN no había despuntado el día cuando un individuo abandonó el cuartel general de las SS, en el nueve de Prinz-Albrecht-Straße, portando un raro maletín. Antes de subirse al Mercedes-Benz que lo esperaba pegado al bordillo, se detuvo y aspiró el aire húmedo de la ciudad. Media hora después, seguía pensando en la amenaza sombría que se cernía sobre el mundo. Volvió en sí cuando el conductor hizo un giro algo brusco en la Puerta de Brandeburgo y quedó a la vista la Estación de Lehrte, su destino. El hombre del raro maletín se apeó, se movió por la estación y tomó un tren que iba a Zúrich. Horas más tarde, una vez que la brillante locomotora de vapor negra y roja se detuvo en la estación central de la ciudad helvética, un revisor se materializó en la puerta de su compartimento, carraspeó y se dirigió a él con una voz sin rastro alguno de cordialidad:

—Esta es la última parada.

—No para mí —respondió, sin inmutarse.

—¡Para todo el mundo! Documentación.

El hombre del maletín alzó los ojos por encima del periódico que sostenía entre las manos y observó con desagrado, primero al molesto empleado ferroviario con aspecto sofocado; y después, a los dos soldados de la Gestapo que llevaba casi pegados a la espalda. Luego, tomándose su tiempo, descruzó las piernas, dobló el periódico por la mitad y lo depositó en el asiento contiguo. Solo entonces, buscó por los bolsillos de su chaqueta y alargó la mano con la identificación y un salvoconducto.

Mientras aguardaba exasperado, el revisor examinó a aquel tipo insolente con mayor detenimiento. Debía de rondar los treinta y pico, y no tuvo por más que reconocer que era guapo, demasiado, incluso, para un hombre. Además, aquel lunar en la mejilla derecha le concedía un cierto aire distinguido. Vestía con sobriedad. Traje de dos piezas de color gris con rayas de tiza y zapatos a juego. Las prendas no parecían caras, pero en los tiempos que corrían aquello podía no significar gran cosa. Desplazó su

mirada un momento hacia la rejilla portaequipajes y la encontró vacía, pero en cambio, a sus pies, descansaba un baqueteado maletín marrón que se asemejaba más a una caja por su atípica forma rectangular. Con un mal presagio, aguzó la vista para fijarse en el extraño emblema grabado entre los anclajes del asidero de cuero: una runa —irónicamente la runa de la vida— atravesada por una espada y circundada por dos palabras:

Deutsches Ahnenerbe.

Con un respingo, el revisor apartó la vista. Por Berlín corrían todo tipo de leyendas acerca de aquellos siniestros maletines. Tragó saliva, devolvió al pasajero ambos documentos sin siquiera ojearlos y volvió a dirigirse a él, pero, en esta ocasión, el tono impertinente se había vuelto dócil y servil:

—Señor…

—Doctor, doctor Clausen.

—Claro, claro, si es tan amable de acompañarme, doctor Clausen, estamos reubicando a los pasajeros con salvoconducto.

El hombre asió el maletín y siguió al revisor cruzando vagones vacíos hasta la cabecera del convoy. Entretanto, el tren había vuelto a ponerse en movimiento. Lo hacía despacio, balanceándose sobre sucesivos cambios de aguja. Por las ventanillas panorámicas, los elegantes edificios del centro de Zúrich iban dejando paso a las moles grises de los arrabales. Clausen ocupaba ya su nuevo asiento cuando volvieron a detenerse en un apartadero en mitad de la nada. A su alrededor, solo veía vagones en vías muertas, postes de señales y tinglados. Y una gran cantidad de soldados fuertemente armados. Un destacamento entero, tal vez.

Clausen mató el tiempo, que fue mucho, observando intrigado cómo una cuadrilla de operarios sustituía el resto de los vagones de pasajeros por dos de mercancías.

«Esos vagones deben de contener algo muy valioso»*, pensó.*

Y no iba del todo desencaminado. El cargamento consistía en tres toneladas y media de oro. Lo que él no podía saber era que aquel oro procedía del expolio a judíos y a bancos nacionales de los países ocupados, que banqueros suizos blanqueaban y refundían en nuevos y relucientes lingotes. También desconocía el destino final de la carga: pagar a España el wolframio y el tungsteno que Alemania precisaba para el blindaje de los carros de combate.

Con la nueva configuración, el convoy se dirigió hacia el sur. Sin más paradas, cruzó los Alpes y fugazmente la región italiana del Piamonte; serpenteó por la Provenza francesa y la antigua comarca del Rosellón; y al fin, se adentró en los Pirineos cuando ya era de noche. Ocho kilómetros después de cruzar la frontera española por el valle de Aspe, el tren se detuvo con un sonoro resoplido de vapor en la estación de Canfranc.

En mitad de aquel dramático paraje concluía la primera etapa de un largo viaje hacia los infiernos.

****

1

Chicago, Illinois (EE. UU.)
En la actualidad

—¿ALGUNO de ustedes conoce este emblema?

Desde lo alto del estrado la mirada del conferenciante iba saltando por el público —en su mayoría estudiantes—, que casi abarrotaba el aula en forma de anfiteatro. Detrás de él, una pantalla de proyección de tela colgaba del techo.

En la sala transcurrieron varios segundos de silencio.

—¿Nadie? —insistió—. De acuerdo. Es el emblema de la Ahnenerbe. ¿Alguien ha oído hablar de ella?

Más gestos negativos. El orador se puso entonces a caminar en amplios círculos por el entarimado.

—Creada en 1935, fue con toda probabilidad la organización ocultista más secreta de la Alemania nazi. Dependía de las temidas SS y, por tanto, estaba bajo el poder directo de Himmler, considerado la mano derecha de Adolf Hitler. Se dedicaba al estudio de las ciencias ocultas y fuerzas sobrenaturales. —Sin detenerse tocó el iPad que sostenía en la mano. La imagen de la pantalla cambió a una escena de una película, en la cual aparecía en primer plano un aventurero con sombrero y látigo—. Seguro que reconocen a este personaje…

Las risas de los asistentes no le dejaron continuar. El ponente levantó la mano y se aplacaron casi al instante.

—Indiana Jones —prosiguió con tono pedagógico— fue solo una recreación del mito para la gran pantalla, pero lo cierto es que Hitler, en su afán por hallar el origen de la raza aria, desarrolló un fanático interés por lo paranormal y envió expediciones a medio mundo en busca de símbolos cargados de poder, como el Arca de la Alianza, el Santo Grial o la Lanza Sagrada de Longinos.

La imagen del famoso arqueólogo fue sustituida por el pantallazo de una *web* con el siguiente titular: «El aterrador contenido de una maleta Ahnenerbe desconcierta a los científicos».

—Según informaba el prestigioso Canal Historia en 2016, y cito textualmente, «En la región montañosa del Cáucaso ruso, dentro de una maleta con el emblema de la Ahnenerbe, fueron hallados dos cráneos que no se corresponden con ninguna criatura conocida por la ciencia…».

El auditorio quedó dramáticamente en silencio.

—¿De qué eran los cráneos? —preguntó por fin alguien.

—Ah —respondió el orador, separando las manos—. Putin ordenó mantener en secreto las investigaciones y no se ha vuelto a saber nada de aquel hallazgo.

El profesor dejó de andar frente al atril y tomó un sorbo de agua, luego dirigió una mirada a su audiencia con gesto grave.

—Sé que todo esto les resulta muy misterioso e interesante, pero no se equivoquen, la Ahnenerbe no tenía nada de científica. En sus experimentos perpetró innumerables actos de barbarie. Al concluir la Segunda Guerra Mundial fue declarada organización criminal y sus dirigentes condenados a muerte.

Un chico sentado poco más o menos en la mitad del aula preguntó si la Ahnenerbe pisó alguna vez Estados Unidos. Tras el consabido «Buena pregunta», el orador se refugió en la tableta y se movió por la carpeta que había elaborado para la conferencia. Cuando una antigua fotografía en sepia sustituyó a la portada de la *web* del Canal Historia, un murmullo empezó a extenderse por la sala, pero esta vez el conferenciante no lo acalló.

Siguió sin hablar durante los siguientes minutos, paseando la mirada por los reunidos y deleitándose con sus ojos asombrados. Con repetidas pulsaciones fue sustituyendo la instantánea por otras en blanco y negro que mostraban sucesivamente cuerpos humanos desmembrados, policías matando a tiros a una mujer en medio de la calle, el cadáver de un niño en la cocina de una casa, y una estampida a las puertas de un cine. Como colofón, inició el visionado de un vídeo de baja calidad en el que alguien —aclaró que se trataba de un veterano de la Gran Guerra— caminaba por una calle de manera anómala, sujetando un fusil entre las manos de manera amenazante.

—Hicieron falta seis tiros para abatirlo —observó, cuando el vídeo hubo finalizado, sobreponiéndose al coro de susurros que se había instalado en el auditorio.

La pantalla de proyección volvió a cambiar para mostrar la primera plana de un periódico local del 28 de enero de 1945. La mayor parte la ocupaba una de las fotos que había mostrado antes, bajo el siguiente titular: «Horror en Salem».

—Efectivamente, estos sucesos ocurrieron en Salem, Massachusetts, entre octubre de 1944 y enero de 1945, y en ellos fallecieron un total de once personas. Es un misterio que creó una gran psicosis en la ciudad,

pero —separó las manos y esgrimió una mueca— ¿qué decir? Era Salem, la Ciudad de las Brujas.

Estas palabras, pronunciadas con énfasis sarcástico, dieron pie a nuevas risas de los asistentes.

—Sin embargo —siguió diciendo—, algo se pasó por alto. Poco tiempo después, la policía de Salem descubrió entre los restos calcinados de una residencia un trozo de papel con este símbolo…

El conferenciante hizo una parada y dejó transcurrir unos segundos.

—Parece un símbolo esotérico. —La voz salió de alguna parte de entre el público.

—Ni más ni menos. Es un símbolo esotérico compuesto por runas y esvásticas, dos de los elementos claves en el ocultismo nazi. ¿Cuántos de ustedes conocen el significado del sol negro?

»El nazismo —prosiguió cuando ninguno de los asistentes contestó — lo consideraba fuente de poder de la raza aria. En esa residencia de Salem se hallaron los cadáveres calcinados de su propietario, un inmigrante danés llamado Bent Clausen, y de su familia. Y ahí concluyó toda la investigación. Por aquel entonces, el país tenía asuntos más prioritarios en los que pensar, como volver a recuperar la normalidad tras la guerra.

—¿Y usted qué piensa de ese incidente, profesor?

El orador buscó la voz femenina por todo el aula, hasta que localizó su procedencia: una joven afroamericana sentada a su derecha, en la segunda fila. Dio unos pasos apresurados por el estrado y se situó enfrente de ella.

—Perdón, ¿usted es…?

—Louisse Staton.

El conferenciante reflexionó unos momentos.

—Mire, señorita Staton, si algo he aprendido en mis años de estudio es que la línea que separa la historia del folclore es extremadamente fina. Con respecto a la fascinación que sentía Hitler por las ciencias ocultas se han vertido ríos de tinta. La mayoría de estos programas eran secretos y nunca llegaron a conocerse en su integridad. Por ejemplo, se sabe que los nazis exploraron la posibilidad de resucitar a los muertos. Hasta aquí, la historia. El folclore habla de un ejército de muertos vivientes o de que los alemanes entablaron contacto con razas alienígenas.

Algunos de los reunidos intercambiaron sonrisas.

—¿Insinúa entonces, profesor, que lo ocurrido en Salem fue obra de los nazis?

—Yo no he dicho tal cosa, señorita Staton. Verán, solo tienen que teclear las palabras «sol» y «negro» en Google y obtendrán cientos de imágenes del símbolo que tienen a mi espalda. Pero hablamos de 1945; en aquella época, y aunque les parezca imposible, no existía

Internet…

De nuevo, sus palabras dieron pie a murmullos de risas.

—Yo solo pretendo subrayar que el descubrimiento del símbolo de una organización ultrasecreta nazi a unos pocos kilómetros de aquí, es algo que da que pensar. De ahí, a deducir de eso que su portador fuera el causante del excéntrico comportamiento de esas personas y las funestas consecuencias que se derivaron, es ir demasiado lejos. Posiblemente no dejó de ser una terrible coincidencia —añadió con tono irónico—. ¿Alguna pregunta más?

Aquel era un tema que fascinaba a los estudiantes; así que, por descontado, hubo más preguntas antes de que la conferencia terminara entre aplausos. Conforme el profesor recogía sus pertenencias y las introducía en la mochila, observó de reojo la marea de estudiantes ascendiendo por las escalinatas hacia la salida. Cuando el aula se hubo quedado vacía, alzó la mirada y distinguió a un hombre sesentón pisando el umbral de la puerta, con la cadera apoyada en la jamba y los brazos cruzados en el pecho. Hasta él llegaban los brillos de sus zapatos Oxford de piel. En ese momento, sonó el lejano tañido de unas campanas.

—Buenos días, rector Sullivan —le dijo desde abajo, alzando el tono de voz—. Enseguida me reúno con usted.

Una vez estuvo a su lado, se estrecharon la mano con respeto.

—¿Qué le ha parecido la conferencia, rector?

—Interesante.

El profesor no supo discernir el deje con el que lo dijo. Era consciente de que una gran parte del mundo académico consideraba el estudio de los mitos y leyendas como algo indigno y sensacionalista; sin embargo, estos temas despertaban la curiosidad del público y, por tanto, de los patrocinadores; de modo que las instituciones académicas, en un momento u otro, se veían forzadas a utilizarlos como fuente de ingresos alternativos.

—Vamos, le acompañaré hasta la salida.

Hablando de esto y de aquello, el rector lo llevó por el edificio hasta un extenso vestíbulo transitado por ajetreados estudiantes cargados de libros. Volvieron a darse la mano y se despidieron con extremada cordialidad. El invitado abandonó el campus cruzando una interminable pradera verde mientras se impregnaba del magnífico ambiente universitario que lo rodeaba.

****

Canfranc, 1943

Haces de luz oscilantes, provocados por dos focos emplazados sobre la cubierta, conferían un cierto aire espectral a aquella colosal obra de ingeniería. De forma alargada, tejado curvo de pizarra y cúpula central, la estación de Canfranc albergaba instalaciones ferroviarias y un hotel de lujo. Desde su inauguración, catorce años atrás, Francia y España compartían su jurisdicción. Sin embargo, la zona francesa, y de facto *toda la estación, estaba ahora bajo control alemán.*

Cuando estaba a punto de arribar un tren nocturno cargado con oro, en el exterior reinaba una densa tranquilidad. Los nazis recluían a los empleados de la estación y prohibían a los huéspedes abandonar el hotel, mientras una docena de canfraneros trasladaba las pesadas cajas de madera desde los vagones hasta cinco camiones BMW con matrícula suiza. Por la mañana, escoltados por un destacamento de la Guardia Civil, partirían en dirección a Madrid.

El uniforme zaíno bien entallado del SS-Obersturmführer *Schneider estaba repleto de reconocimientos, incluida una Cruz de Hierro ganada en la campaña de Polonia. En la gorra con visera, el distintivo de una calavera de plata. Debajo de la marquesina de la estación, con las manos juntadas en la espalda y lanzando nubecillas de vaho por la boca, recorría diez pasos arriba, diez pasos abajo. Caminaba concentrado, tratando de interpretar los gemidos de la montaña. Él sabía que franceses y judíos cruzaban clandestinamente por ese punto, y que aprovechaban el momento en el que todas las miradas estaban puestas en el traslado del oro.*

Todas menos la suya.

Schneider hizo un breve alto delante de la entrada principal de la estación, a fin de observar el convoy recién llegado de Zúrich. En ese momento, un soldado con galones de sargento accedía al único vagón de pasajeros y les hablaba a los escasos ocupantes —Schneider contó siete—, probablemente para indicarles que permanecieran en sus asientos hasta nueva orden. En eso, Schneider reparó en un hombre junto a la ventanilla,

que miraba en su dirección. Algo en sus ojos no le gustó. El encuentro visual se rompió en el momento en que una pareja de soldados pasó entre ellos recorriendo el andén bajo la luz anaranjada de una hilada de farolas.

Cuando los guijarros comenzaron a caer por la ladera, Schneider movió de golpe la cabeza y puso su vista de águila en los perfiles imprecisos de la montaña. Continuó así un rato, escudriñando la noche cerrada. A pesar de que la primavera ya estaba bien entrada, grandes neveros seguían cubriendo las zonas umbrosas. Empezó a sentir frío y, con un gesto de la mano, le indicó a su ayudante que le trajera el gabán. Según lo abotonaba, advirtió sombras en la distancia moviéndose con torpeza. Recortadas contra la oscuridad se abrían paso hasta la carretera. Dejó dos botones fuera de sus ojales y comenzó a salvar a grandes zancadas la distancia que lo separaba de ellas. Al tiempo que lanzaba al aire órdenes coercitivas, extrajo la Luger de la cartuchera. Al momento, la estridencia de una sirena quebró la quietud que reinaba y uno de los haces de luz se movió y cercó a una joven con un abrigo rojo, que se quedó paralizada igual que un conejo cegado por los faros de un coche.

Schneider aligeró aún más el paso. En el valle reverberaron disparos. Al apagarse el eco de las detonaciones, quedó el ruido del motor de un camión. Al salir de una curva, el oficial de las SS descubrió unas marcas recientes de neumáticos impresas en el barro. No podía perseguir a aquel vehículo. No en territorio español. Sin perder la compostura, escupió una maldición entre dientes y enfundó la pistola. Casi de inmediato, surgieron cuatro soldados con sus fusiles Mauser en alto y se detuvieron a su lado. El oficial, encolerizado, emprendió el regreso a la estación. A la altura de un cuerpo tirado en el camino y envuelto en un abrigo que fue rojo, bajó la vista; sin detenerse, lanzó una mirada desdeñosa a unos dedos que trataban de rascar la tierra.

Para cuando regresó a la estación, el oro ya se encontraba asegurado en los camiones.

Una vez restaurada la normalidad, Bent Clausen abandonó el tren y se encaminó con su maletín a la estación. Bajo la marquesina se cruzó con Schneider e intercambiaron una intensa mirada, sin hacer ademán alguno de saludarse. Después de acceder al vestíbulo, Clausen se presentó al jefe de la aduana y le mostró el salvoconducto. A renglón seguido, enfiló unas amplias escalinatas de mármol que ascendían rectas hasta el hall *abovedado del hotel, donde acordes de Schubert surgían de un brillante gramófono. Preguntó en la recepción por el oficial al mando del destacamento y arregló con él su traslado a Madrid en uno de los camiones. Pese a que el hotel estaba completo, el comandante del puesto le ofreció desalojar alguna habitación para acomodarlo. Clausen rechazó el ofrecimiento y pasó la noche en la fonda Marracó, en las cercanías de la estación, como un viajero más.*

****

2

Chicago, Illinois (EE. UU.)

DEBIDAMENTE era un espléndido martes primaveral. Cielo celeste con jirones blancos de nubes, una suave brisa. La ciudad bullía a su alrededor. Frente a las resplandecientes aguas del lago Michigan, parejas de avanzada edad se retaban al ajedrez a la sombra de olmos y abedules, con la borrosa silueta de la Sears Tower recortada al fondo. Cuando recibió la invitación de la Universidad de Chicago para pronunciar una conferencia en el simposio sobre nazismo y corrientes ocultistas, no se lo pensó dos veces. Consumido por la culpa y los remordimientos, llevaba meses sin poner los pies fuera de Lochcarron, el pueblecito enclavado en las Highlands escocesas donde residía e impartía clases de Historia en una escuela de primaria.

Delante de la entrada principal del campus, en una acera transitada, se colocó los auriculares y telefoneó a Patricia. Deseaba pasar algunos días con ella. Hasta que la conoció, de eso hacía ya casi dos años, jamás pensó que un hombre y una mujer pudieran llegar a tener tanta complicidad sin dejar de ser amigos.

—¿Cómo estás? —le dijo ella a modo de saludo. A renglón seguido, Patricia le comentó que tenía unas prácticas en Filadelfia, pero que podrían verse en Washington el próximo lunes. Finalmente, se puso seria y le anunció—: Hay algo de lo que me gustaría hablarte.

—¿No quieres hacerlo ahora?

—No, prefiero cara a cara.

—Como quieras. Nos vemos, pues, el lunes.

—Intenta no meterte en líos. ¿Podrás hacerlo?

Él fingió reír.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Ya sabes que yo no busco problemas. Los problemas me buscan a mí.

Hacía demasiado tiempo que no reunía bajo el mismo techo a sus tres amigos inseparables —Patricia Banner, Alex Scott y Collins—. Sus ocupaciones laborales lo habían impedido. Alex continuaba en la isla

de Skye. Como caía bastante cerca de Lochcarron, algunos viernes, al concluir las clases, conducía hasta allá y pasaba el fin de semana con él y su familia. Con alegría, veía cómo se recuperaban de la tragedia que los golpeó el verano pasado en la isla griega de Gavdos. En cuanto a Patricia y a Collins, pese a que hablaba regularmente con ellos, no los veía desde hacía meses. A Patricia, en concreto, desde que se marchó a Estados Unidos para completar su formación en el FBI; y al *exhacker*, desde que aceptó en Londres un puesto de analista de sistemas en una agencia gubernamental sin nombre.

Con el objeto de ocupar su tiempo hasta que viajara a Washington para reencontrarse con Patricia, decidió cumplir el viejo sueño de recorrer una parte de la legendaria Ruta 66, que comenzaba precisamente en Chicago y unía el medio Oeste con California. Con creciente excitación, localizó en el iPhone una oficina cercana de Hertz y alquiló una motocicleta de gran cilindrada. Al haber viajado sin una idea clara del tiempo que permanecería fuera de casa, llevaba las mudas justas que cabían en su mochila. Así pues, con ella ajustada a la espalda, salió de la ciudad y tomó la Interestatal 55, en dirección sur.

A unos cien kilómetros de Springfield, abandonó la autopista atraído por el sugerente nombre de un bar de carretera: Devil´s Rope[1]. En el aparcamiento de gravilla había estacionadas un par de rancheras polvorientas con un montón de años encima y varias motocicletas más, algunas de ellas Harley-Davidson. Había sitio de sobra, así que aparcó separado de todos aquellos vehículos y se dirigió al local.

El interior estaba oscuro y permaneció un rato en el umbral acondicionando la vista. Un olor a plancha quemada hacía gala del cartel que prometía las mejores hamburguesas del condado. La decoración era belicista. Los conductores, repartidos entre la barra y el billar, bebían cervezas soltando eructos y groserías. No le habría gustado toparse con ninguno de aquellos tipos en un callejón solitario. Por fin se movió hasta la barra. Un tío rapado con aros en las orejas lo recibió con desconfianza al otro lado del mostrador. Él rondaba el metro ochenta de estatura, pero aquella mole humana le sacaría una buena cabeza. Su camiseta negra sin mangas dejaba a la vista unos tatuajes carcelarios. En aquellos brazos, pensó, podría haberse escrito el *Quijote* entero.

Pasados unos minutos, se encaminaba a una mesa pequeña con una hamburguesa muy pasada en una mano y una Budweiser en la otra. No tenía prisa, y comió y bebió con calma, disfrutando la especialidad de la casa: trescientos gramos de carne de ternera a la parrilla, aderezada con queso, champiñones, cebolla a la plancha y mayonesa. Antes de continuar su viaje, fue al baño. Al regresar a la mesa,

descubrió una servilleta sobresaliendo por debajo del botellín de cerveza. Contenía un mensaje escrito a mano. La letra era inconfundiblemente femenina.

«Sácame de aquí, por favor»

Fue explorando el local con la vista, hasta que se topó con la mirada suplicante de una joven sentada sola en un discreto rincón. Hasta ese momento no se había fijado en ella. Al parecer, en aquel lugar se permitía fumar —tampoco le sorprendió— y un cigarrillo encendido temblaba entre sus dedos. La miró con detenimiento. Le echó unos treinta. Algo más, quizá. Él era muy malo calculando años. De rostro precioso. Gesto dulce. Pelo dorado moldeado sobre los hombros. Labios cincelados con esmero. Un par de enormes ojos que se le antojaron de color castaño. En su mesa no había más que un cenicero y una botella de Coca-Cola sin tocar. Tras hacerle un furtivo gesto con la cabeza, dándole a entender que estaba dispuesto a ayudarla, saldó la cuenta y abandonó el local.

Subido a la motocicleta, se mantuvo a la espera con el motor ronroneando. Transcurridos unos minutos sin que ocurriera nada, y cuando empezaba a inquietarse, vio asomar a la joven por la puerta y colocarse unas gafas de sol negras para esquivar la repentina luminosidad. A renglón seguido, se colgó el bolso en bandolera y corrió hasta él, haciendo ondular tras de sí un vestido con estampado floral que dejaba a la vista dos piernas largas y delgadas. Antes de colocarse el casco, que él le tendió, dio un rápido vistazo en derredor. Nada más sentir el cuerpo de aquella chica pegado al suyo, soltó el embrague y la Triumph salió disparada, levantando mucho polvo.

Durante un tiempo, condujo por la autopista interestatal tenso, concentrado en los espejos retrovisores y evitando en todo momento rebasar los ciento diez kilómetros por hora permitidos —lo último que deseaba era que un poli de carreteras lo detuviera por exceso de velocidad—. Pero cuando se convenció de que nadie los perseguía, se relajó un poco, disminuyó la velocidad y comenzó a disfrutar del amplio panorama rural que lo rodeaba, tratando de imaginar cuál sería la historia de aquella misteriosa mujer agarrada a su cintura.

En los aledaños de la pequeña localidad de Farmersville, con la luz vespertina decayendo, los riñones comenzaron a recordarle el tiempo que había pasado encima de la motocicleta. Como caído del cielo, surgió en la distancia un neón elevado varios metros del suelo. Anunciaba un motel llamado Carlyle. Justo debajo, la palabra «HABITACIONES» en verde. Ella se lo indicó con el brazo estirado. Él dio, entonces, un golpe de gas y redujo una marcha para tomar la salida, una rampa empinada que descendía en una curva a la derecha e inmediatamente en otra, esta más abierta, a la izquierda.

Durante casi un kilómetro, circularon más despacio sobre un asfalto agrietado que corría paralelo a la autopista. Pasaron por delante de un taller con la persiana metálica cerrada y de una gasolinera Shell con un Buick Le Sabre del 66 de color verde anclado al techado. Pocos metros después, hicieron un giro cerrado y desembocaron en el aparcamiento del motel, un edificio largo de una sola planta. Todas las habitaciones estaban dispuestas en hilera como contenedores prefabricados. Las puertas y las ventanas abrían al estacionamiento.

Metió la Triumph en una plaza vacía, bajo una valla publicitaria de Walmart y al lado de un Cadillac cola de pato con pinta de haber pasado por muchas manos. Ambos se apearon y se quitaron el casco. Una hilera de árboles convertía el tráfico de la autopista en un simple rumor constante. El aire que respiraban desprendía un penetrante hedor a establo. El hombre se llevó las manos a los riñones, se estiró hacia atrás formando un arco con su cuerpo y gruñó. Luego miró a la joven:

—Aquí podrás telefonear.

—No tengo a quién hacerlo.

—¿Y tienes adónde ir?

La joven se limitó a menear la cabeza y se apartó de la cara las gafas de sol, que sostuvo en una mano por una de las patillas.

El escocés se la quedó mirando un segundo. Confirmó que sus ojos eran de color castaño, casi avellana. En ese instante, quiso que aquella chica le cayera bien.

—Espérame, vuelvo enseguida.

No tardó en regresar de la recepción. Al hacerlo, se encontró a la joven apurando un cigarrillo. Él le alargó un enorme llavero de metacrilato con el número 18 grabado en dorado y una llave de latón unida a él por una cadenilla.

—Yo estoy en la de al lado.

—No me has dicho tu nombre.

Él exhibió una amplia sonrisa.

—James. James Allen.

—Yo soy Alessia Pratti.

—Bonito nombre. ¿Italiano?

—Mi abuelo era italiano, pero yo soy norteamericana.

No muy lejos del aparcamiento, refulgía la iluminación de lo que creyeron reconocer como una feria. Ella, puso de inmediato la vista allí.

—Mmm. Estoy hambrienta. Desde anoche no pruebo bocado.

—Pues resolvamos eso de inmediato.

Después de que James dejara la mochila en su habitación, persiguieron el ajetreo siguiendo un camino de tierra repleto de excrementos de animales. De vez en cuando, los adelantaban

rancheras que dejaban a su paso un rastro de polvo, y vaqueros a caballo. Tras casi diez minutos de caminata, distinguieron un cartel en alto sujeto con cuerdas a dos postes de teléfono. En él ponía: «Feria del ganado de Farmersville».

El lugar se mostraba concurrido y la música de guitarras, violines y acordeones se entremezclaba con balidos, mugidos y relinchos. Allí, el olor a establo se intensificó. Mientras anochecía, pasaron por delante de cercas con ganado y puestos ambulantes, hasta que terminaron por encontrar una explanada con una barra, mesas de madera, un escenario y gente bailando. Pidieron cerveza él y ponche ella, y doble ración de pastel de carne. Buscaron una mesa y se sentaron al raso en bancos de madera, uno enfrente de la otra.

James apenas probó la comida —su estómago aún no había terminado de digerir el exceso de grasa de la hamburguesa del mediodía— y se dedicó a ir vaciando a sorbos el botellín de cerveza mientras se deleitaba viendo la velocidad a la que desaparecía el pastel de carne del plato de Alessia. ¡Le encantaba ver comer así a una mujer! Tres hombres greñudos, con sombreros de *cowboy* y larguísimas barbas encanecidas tocaban música en directo sobre el escenario. Él no era un experto, pero, desde luego, no sonaban nada mal. Ante ellos, un nutrido grupo de personas con sombreros de vaquero y botas altas bailaban en línea, ejecutando los mismos movimientos de pies.

—¿Huías de algún novio agresivo? —preguntó James, cuando creyó que había pasado el tiempo suficiente.

—Es algo más complicado. —Ella se paró y tomó aire de manera ruidosa—. Mucho más complicado.

Entre ellos siguió un largo silencio. James no la atosigó a preguntas, como probablemente hubiese hecho cualquiera. En lugar de eso, con el tenedor revolvió el pastel de carne en su plato y se refugió en la Bud. Alessia agradeció sin palabras aquella actitud: saber cuándo callar. Toda una rareza en un hombre.

Sonaron dos o tres canciones *country* más.

—Quiero comentarte algo —dijo Alessia, cuando su plato comenzaba a vaciarse y el silencio ya se prolongaba demasiado.

James paró el botellín casi vacío a mitad de camino de sus labios y lo devolvió a la mesa.

—Nuestro encuentro de esta tarde… no ha sido casual.

Allen alzó una ceja, a modo de pregunta, pero no dijo nada.

—En realidad, vengo siguiéndote desde Chicago.

Durante los siguientes minutos, ella le explicó que tiempo atrás leyó en una página *web* su trabajo *Mitos y leyendas del ocultismo nazi*. Él la interrumpió para decirle que debía de ser una de las cinco o seis personas que lo habían hecho. Ella no hizo caso al comentario y

prosiguió con su relato a la vez que terminaba la comida y el ponche. Hablaba con rapidez, pero James apreció un ligero temblor en su voz. Al enterarse de la conferencia en Chicago, no lo dudó y cogió un vuelo desde Nueva York. Después, lo había seguido hasta aquel bar de carretera.

—¿No serás una loca acosadora?

Aquella fue la primera vez que la vio sonreír. En el extremo externo de los ojos se le dibujaron unas patas de gallo que le procuraban, si cabía, más atractivo aún.

—Y ¿a qué vino, entonces, el numerito de la servilleta?

—Con esa gente hay que andarse con pies de plomo.

—¿Con qué gente? ¿De quién hablas?

Entonces ella soltó un resoplido y puso la vista en el escenario y el grupo de personas que bailaba ante él con eléctricos cambios de dirección. La perplejidad de James iba *in crescendo*. Mira que le habían pasado cosas raras en su vida, pero, como aquella, ninguna. No sabía qué pensar ni qué hacer. Y la verdad es que Alessia no daba ninguna sensación de ser una chiflada.

Cuando ella volvió a mirarlo, sus ojos estaban empañados.

—Han secuestrado a mi padre. Dispongo de cuarenta y ocho horas para entregarles algo que perteneció a mi abuelo. Si no lo hago, lo matarán.

Alessia escondió la cara entre las manos mientras una camarera recogía los platos. Tan pronto como se marchó, se inclinó hacia la mesa, dejando a la vista un colgante que llevaba al cuello —un tosco medallón de madera del tamaño de una moneda de dólar—, y agarró las dos manos de James con vehemencia.

—Tienes que ayudarme a encontrarlo. Solo tú puedes hacerlo.

Ella le soltó las manos y volvió a enderezar la espalda. Cruzó una pierna por encima de la otra. Parpadeó deprisa y se pasó las manos bajo los ojos.

—Lo siento. Me he dejado llevar.

El desconcierto había dejado sitio a la curiosidad.

—¿Por qué yo? ¿Qué es lo que tienes que entregarles?

—Una maleta.

James frunció el ceño.

—¿Una maleta? ¿Qué clase de maleta?

Ella resopló.

—James, creo que mi abuelo perteneció a la Ahnenerbe.

****

Lisboa, 1943

A bordo de un DC-3 de Iberia que hacía la ruta Barcelona-Madrid-Lisboa, Bent Clausen aterrizó unos días más tarde en el aeropuerto de Portela. Su prioridad era agenciarse una plaza en alguno de los vapores que zarpaban rumbo a Estados Unidos, pero la capital portuguesa se había transformado por aquel entonces en un puerto franco en medio de una Europa en guerra, y decenas de miles de personas se arremolinaban en sus calles adoquinadas ansiando lo mismo que él.

Clausen sabía que aquella gestión le llevaría días, incluso puede que semanas, conque lo primero que hizo fue buscar alojamiento. Como los hoteles de la ciudad colgaban el cartel de «No hay habitaciones» hubo de conformarse con una modesta casa de huéspedes en Sintra. Durante las siguientes jornadas, visitó todas las navieras de la ciudad, hasta que consiguió un pasaje en tercera clase en la Companhia Nacional de Navegação por el que pagó más de diez veces su valor real. El dinero no suponía el menor inconveniente para él. Su maletín ocultaba cincuenta mil dólares, una pequeña fortuna para una época en la que el sueldo medio anual de un norteamericano rondaba los mil cuatrocientos dólares.

A punto de dar las once de la mañana del 18 de mayo, el Nyassa*, un vapor de pasajeros portugués de nueve mil toneladas, abandonó el puerto de Lisboa rumbo a Nueva York. La previsión de la naviera era que el viaje durara siete días, aunque en el billete se especificaba claramente que el tiempo real dependería del estado de la mar. Los pasajeros de primera y segunda clase apenas sumaban las dos centenas, pero en cambio, los de tercera eran casi dos mil. Aquel hacinamiento resultaba molesto para Clausen, acostumbrado a disfrutar de buenas comodidades.*

Las primeras jornadas de travesía transcurrieron sin ninguna mención digna de reseñar. El buen tiempo favoreció la rápida navegación y el viaje discurrió con placidez. Gracias al pequeño soborno a un oficial, Clausen pasaba la mayor parte del tiempo en la cubierta de primera, incluso comía en sus salones. Al concluir el sexto día, sin embargo, la situación dio un

giro inesperado. Después de la cena —un exquisito menú a base de sopa napolitana, galinha cosida á portuguesa *y* pudding de limão*—, Clausen fumaba cigarrillos apoyado en la barandilla de estribor. Estaba tan embelesado contemplando cómo la línea del horizonte se desdibujaba con el ocaso, que no se percató de la presencia de aquellos dos hombres, hasta que los tuvo a su lado.*

*—*Heil Hitler!, herr Doktor *—le susurró uno de ellos con voz lacerante pero débil.*

Clausen respingó y miró a izquierda y derecha, y finalmente de nuevo al frente. Dos hombres con largos abrigos negros de cuero y sombreros. Aquel atuendo solo podía significar una cosa: Gestapo. Quien había hablado presentaba un semblante sonrosado y mofletes inflados. Unas finísimas lentes redondas cubrían sus pequeños ojos almendrados. A Clausen le estremeció su mirada ladina. El otro, más joven, permanecía un paso atrás, al abrigo de la sombra. Aparentando indiferencia, Clausen sacó una pitillera de plata del bolsillo de su americana y se la mostró.

—¿Un cigarrillo?

—Ya sabe que el Partido condena el acto de fumar. *—La forma en que lo dijo hizo parecer que aquella acción tan rutinaria fuese, en realidad, una debilidad imperdonable.*

Clausen compuso una mueca y volvió a guardar la pitillera. Luego, haciendo caso omiso de sus palabras, continuó fumando un rato en silencio, como si estuviese solo.

—Su presencia me compromete —dijo, sin mirarlos.

El cabecilla sacó un pañuelo y frotó las lentes; cuando confirmó que estaban limpias, volvió a acomodárselas en la nariz.

—Al no embarcar usted en el avión que lo esperaba en Zúrich, algunas personas en Berlín se hicieron preguntas; y cuando eso sucede, me envían a mí en busca de respuestas.

Clausen apuró el pitillo y lo lanzó por la borda de un capirotazo. La brisa marina le agitaba el cabello azabache.

—Decidí cambiar la ruta. Eso es todo.

Una sonrisa cínica cruzó la cara del miembro de la Gestapo.

—Hoy se cumplen seis meses desde que su hermano murió en Rusia. Lástima, con tan solo diecisiete años…

Bent giró el tronco con la mandíbula apretada y apuntó al nazi con un dedo. Alzando la voz, pero entre dientes, espetó:

—No se le ocurra mencionar a Hans.

—¿Sabe, herr Doktor*?, yo también me pregunto si su objetivo sigue estando claro en su cabeza.*

—No se atreva a cuestionar mi compromiso con el Reich.

—¿Dónde está el maletín?

—En lugar seguro.

Estas palabras dieron paso a un largo silencio solo quebrado por el

ruido de las máquinas del Nyassa. *Clausen miró de soslayo a uno y otro lado. La cubierta continuaba solitaria, pero pronto comenzaría el trasiego de parejas buscando el anonimato que ofrecía la oscuridad. Sabía que no se quitaría de encima a la Gestapo. En Estados Unidos, se pegarían a él como una lapa y eso podía resultar catastrófico para el juego que pretendía iniciar. De manera que, si iba a hacer lo que tenía en mente, tendría que hacerlo ya. Sin más dilación. Con una decisión tomada, apoyó la espalda en la barandilla, mostrando una fingida relajación.*

—Miren —rebajó el tono—, sé hacer mi trabajo.

—Pero herr Doktor*, ninguna de sus misiones anteriores fue tan importante como esta. El* Reichsführer[2] *alberga grandes esperanzas. Podría dar la victoria que Alemania tanto ansía.*

Clausen volvió a darles la espalda y se puso a mirar al mar azul, casi negro, que chisporroteaba con los rayos cobrizos del sol crepuscular. Escudriñó por el rabillo del ojo a ambos lados, una última vez. Entonces, respiró hondo al tiempo que ocultaba su mano dentro de la chaqueta y, subrepticiamente, le quitaba el seguro a la Luger. Se dio la vuelta rápido, empuñando el arma, y, ante el gesto de sorpresa de los dos agentes, les descerrajó un tiro en el rostro a cada uno.

Sin perdida de tiempo, Clausen deslizó de nuevo la pistola en la cintura del pantalón y arrojó los cadáveres por la borda. Exhausto, permaneció un rato más en cubierta, reflexionando acerca de las consecuencias que acarrearían sus actos. Resultaba imposible escabullirse del poder nazi. Él era investigador de la sección de ciencias paranormales de la Ahnenerbe y sabía cómo funcionaba la organización, pero hasta que volvieran a dar con su paradero conseguiría algo de tiempo. Cuando oyó rumores de pasos y risitas, se ajustó el nudo de la corbata, se estiró las mangas de la camisa y regresó a su cabina, dos cubiertas más abajo.

****

3

Farmersville, Illinois (EE. UU.)

A ver si lo he entendido bien, ¿me estás diciendo que tu abuelo fue miembro de la Ahnenerbe? —dijo James a mitad de camino entre la sorpresa y la incredulidad.

—Eso fue lo que dijeron los secuestradores. ¡Yo ni siquiera sabía que existió algo así! Y al escucharte esta mañana… —Guardó silencio un instante y soltó un gemido, abatida—. Es imposible que mi abuelo formara parte de algo tan espantoso.

—Empecemos por el principio. ¿Qué hacía durante la guerra?

—Solo sé que era médico en Roma y emigró a Estados Unidos. Poco más. Jamás hablaba de esa época de su vida. Siempre fue un tema tabú en casa. —Hizo una parada, sacó una cajetilla de Camel del bolso, ofreció a James, que le dijo que no fumaba, y encendió un pitillo.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo?

Antes de contestar, echó el humo por la nariz y su rostro se difuminó un fugaz instante envuelto en una liviana nube blanquecina.

—Carlo Pratti

James memorizó el nombre.

—De acuerdo. Volvamos al maletín. ¿Lo viste alguna vez? Tendría forma rectangular, de cuero, marrón y con el emblema de la Ahnenerbe grabado en la parte superior.

—Nunca.

—¿Los secuestradores te dieron alguna pista de su contenido?

Alessia movió la cabeza negativamente.

—No. Eso que dijiste de los cráneos hallados en una maleta de la Ahnenerbe en el Cáucaso, ¿era cierto?

James asintió.

—¿Puede haber lo mismo en el maletín que buscan?

—Es imposible de saber, pero lo dudo. En cualquier caso, te aseguro que no será nada bueno.

Tras un minuto en el que permanecieron callados, James dirigió una mirada a la joven con seriedad.

—Lo siento de veras, Alessia, me encantaría ayudarte…

—Eso suena a que hay un «pero».

—Pues que no sé cómo hacerlo.

—En otras ocasiones, demostraste un talento excepcional para encontrar cosas —insistió ella.

Él soltó una risa forzada.

—No te creas todo lo que lees en Internet. Mira, Alessia, me fijo en detalles que otros han pasado por alto. Ya está. Solo eso. No soy un milagrero.

—Pero esta mañana, en la conferencia, insinuaste que un miembro de la Ahnenerbe pudo haber estado en Salem durante la guerra —alegó.

James resolló, un poco exasperado.

—La Ahnenerbe protegía la esencia de la raza aria. Jamás habría admitido en sus filas a un italiano. Además, el hombre al que me refería se llamaba Bent Clausen y, por si lo has olvidado, también dije que murió en un incendio. —Se interrumpió un segundo—. Mira, Alessia, si han secuestrado a tu padre, ¿por qué no acudes a la policía?

La joven le dio una última calada al cigarrillo y levantó ligeramente la barbilla para exhalar el humo. Luego lo apagó.

—No puedo. Si lo hago, mi padre morirá.

Tras esta sentencia, James volvió la cara a un altercado. Unos tipos con exceso de alcohol se peleaban a puñetazos. La música seguía sonando. A lo lejos veía auténticos vaqueros moviendo bestias de un lado para otro. En una cosa ella tenía razón: le encantaban los enigmas sin resolver, y un maletín de la Ahnenerbe era, sin ninguna discusión, un premio de los gordos. De paso, estaría entretenido hasta el fin de semana. Todo ello sin olvidar el hecho de que Alessia era una mujer de tal belleza que literalmente te cortaba la respiración. Ya solo quedaba salvar un último escollo en su cabeza: el sentido común. Pero la posibilidad de meterse en líos en un país extranjero no lo detuvo en el pasado; de modo que no se lo pensó más y resolvió ayudarla. Aunque iría con pies de plomo.

—No te prometo nada —dijo al cabo, devolviéndole la mirada—. Necesito pensar sobre todo esto. Por la mañana te daré una respuesta definitiva.

La sonrisa abierta y cálida con la que Alessia lo obsequió fue suficiente recompensa.

—Solo una cosa más. ¿Tienes alguna idea de quién puede andar detrás del secuestro de tu padre?

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Una organización supremacista llamada Sol Negro.

—¿Cómo lo supiste? Quiero decir, ¿alguien telefonea y dice: Mira somos de Sol Negro y hemos secuestrado a tu padre?

—Algo así.

Allen movió la cabeza de un lado a otro.

—Mira, Alessia, si quieres que te ayude, has de ser sincera conmigo.

—Tienes razón. Aún me cuesta hablar de ciertas cosas.

A renglón seguido, le comentó que hace muchos años un hombre visitaba con frecuencia a su abuelo. No tenía la más remota idea de qué hablaban. Se encerraban en el despacho y ponían la radio para acallar la conversación, pero se les oía discutir. Nunca olvidaría aquel rostro afilado y esa nariz aguileña. Cuando secuestraron a su padre, puso patas arriba la casa buscando aquel maldito maletín.

—No encontré nada parecido, pero en el escritorio de mi abuelo descubrí esto. —Hurgó en el bolso y puso sobre la mesa una fotografía de dos hombres maduros sonrientes sentados a la mesa de una cafetería.

James se hizo con la foto y la contempló unos segundos. Uno, inconfundiblemente, era el de la nariz aguileña. El otro cabía suponer que sería su abuelo. A pesar de los años, exhibía una elegancia innata que Alessia había heredado. Le dio la vuelta a la fotografía. En el dorso, había escrito de puño y letra:

«Con Sebastian Patterson. 22/07/96»

—Hice una búsqueda en Google de ese nombre —dijo Alessia, anticipándose a la pregunta de James.

—¿Y?

—Aparecía asociado a Sol Negro. James, creo que, por entonces, el tal Patterson ya buscaba el maletín y por eso discutía con mi abuelo.

Para James resultaba imposible hacerse una idea acerca de todo aquello. Había recibido demasiada información en poco tiempo y necesitaba ordenarla y procesarla. Le devolvió la fotografía a Alessia y miró la hora en su reloj de buceo Omega. Echándose las manos a los riñones, dijo a bote pronto:

—¿Nos acostamos?

Alessia se lo quedó mirando con una exagerada expresión traviesa. Allen, pese a ser un hombre seguro de sí mismo, advirtió cómo se le encendían las mejillas.

—Quiero decir…, que es tarde… y todavía he de hacer esa llamada. —Turbado, localizó con la mirada a la camarera y dibujó en el aire la señal universal de pedir la cuenta.

Regresaron al motel andando tranquilamente sobre el polvo del camino, sin apenas intercambiar palabras. La noche estaba fresca y el claro de luna alumbraba sus pasos. James iba con las manos en los bolsillos. Alessia, abrazada a sí misma, observando las estrellas. Él le

ofreció su chaqueta, pero ella la rechazó. Dejaron atrás un par de cobertizos descoloridos por el sol y atravesaron el aparcamiento de hormigón. El viejo Cadillac caramelo seguía en el mismo lugar. Cada uno se dirigió a la puerta de su habitación. Antes de entrar, cruzaron una mirada que se alargó más de lo normal, luego se desearon buenas noches.

Con la habitación en tinieblas, James dejó caer la llave sobre un mueble auxiliar y soltó la chaqueta en un sillón de respaldo bajo. A través de las finas cortinas miraba las siluetas del estacionamiento iluminadas por una altísima farola que zumbaba como un secador de pelo. Con el iPhone y el cargador en la mano se encaminó con cuidado de no tropezar hasta la mesita de noche y se sentó al filo de la cama. Los muelles del colchón saltaron con su peso. Al encender la lamparilla, se fijó en un cartel pegado a la pared con celofán informando de que en la recepción había una máquina expendedora de hielo. En un gesto casi inconsciente, usó el mando a distancia para conectar el televisor. Aquellas paredes serían como el papel de fumar, de manera que bajó el volumen hasta un nivel que resultaba casi inaudible. Entonces, se filtró desde el otro lado de la pared el rumor del agua cayendo, y se imaginó a Alessia en la ducha…

—James, céntrate —murmuró para sí.

Después de telefonear a Collins, comprobó el estado de la batería del móvil y lo enchufó al cargador. A continuación, se desnudó, apartó la ropa de la cama y se metió en ella. Estaba tan extenuado que sucumbió al sueño de inmediato. En la televisión, una locutora hablaba sobre economía ante un gráfico que mostraba el índice Dow Jones en caída libre.

****

Nueva York, 1943

El Nyassa atracó en el puerto de Nueva York la mañana del 25 de mayo. Lo recibió un cálido, aunque ventoso día de primavera. A la sombra que provocaba la gran chimenea central del vapor, Clausen contemplaba desde la cubierta la Estatua de la Libertad brillando bajo los aún tibios rayos del sol. Había leído acerca del simbolismo de aquel coloso de bronce y, en ese momento, experimentó sobre él todo su poder intimidatorio. Daba la impresión de anunciar al mundo que jamás permitiría que Alemania ganara la guerra.

Llegado el momento del desembarco, se enfrentó a un problema que ni un generoso soborno fue capaz de solventar. Los pasajeros de primera y segunda clase abandonaron el buque con prontitud, sin más papeleo que rellenar un breve formulario de inmigración y mostrar sus visados; los de tercera, por contra, acompañados de funcionarios federales, fueron trasladados en barcazas al Centro Federal de Inmigración, en la cercana isla de Ellis.

La puerta de servicio para acceder a Estados Unidos.

Cuando, tras cinco horas de espera sentado en un banco corrido, alguien gritó el número asignado a él, Clausen se incorporó, agarró su maletín, que había camuflado envolviéndolo en tela de estampados florales, y se dirigió con calma a una mesa. Allí, se registró después de negar que fuera un delincuente convicto, retrasado mental, anarquista, epiléptico, promiscuo, y asegurar que sabía leer y escribir. El último trámite en la aduana fue el reconocimiento médico, que, en su caso, apenas duró cinco minutos. Algunos inmigrantes a su lado, marcados en sus ropas con una cruz de tiza blanca, pasaban a cuarentena. Clausen fue más afortunado cuando le analizaron los ojos y los dientes. Parecía sano.

En una lista, su nombre figuraba en cuarto lugar.

Nombre: Bent Clausen; Años: 32; Meses: 4; Sexo: Varón; Profesión: Médico; País de origen: Dinamarca; País de destino: Estados Unidos de América.

Seguía un sello verde en un formulario: ADMITIDO.

Durante las siguientes semanas, Clausen fue descubriendo Manhattan con bullente fascinación. Central Park, el Empire State, la Quinta Avenida, Tiffany, la liga de béisbol, el estadio de los Yankees, Greta Garbo, el Jazz… A pesar de que decenas de miles de estadounidenses morían por aquellos días en el Pacífico y en Europa, dos millones de neoyorquinos colmaban la metrópoli de actividad: mercados ofreciendo toda clase de productos frescos; teatros, restaurantes y clubs nocturnos abarrotados; calles inundadas de vehículos. Para él, que procedía de una Europa en guerra, era como pasar de ver la vida en blanco y negro a hacerlo en Technicolor.

En algún momento de esos días supo que era allí donde deseaba ver crecer a sus hijos.

Una noche estrellada descansaba sobre la hierba recubierta de un fino manto de rocío, a orillas del río Hudson desde el lado de Brooklyn. Comía por vez primera uno de los famosos perritos calientes embadurnado en una salsa colorada llamada kétchup. Desde aquel lugar, contemplaba absorto el mayor puente colgante del mundo. De fondo, un skyline *de rascacielos —el Empire State, el Edificio Crysler y el Rockefeller Center—.*

Reflexionando acerca de cómo el pueblo norteamericano había sido capaz de levantar un distrito como Nueva York de la nada, en apenas cincuenta años, tuvo la convicción de que la guerra no podría durar mucho más tiempo. Con su pequeña fortuna ingresada en el National City Bank, él, un sencillo inmigrante, se había convertido de la noche a la mañana en mister Clausen*, un médico respetable que se había enriquecido gracias a unas acertadas inversiones inmobiliarias.*

Aquello era Estados Unidos de América. El país de las oportunidades, donde no había sueño que no pudiera hacerse realidad.

****

4

Farmersville, Illinois (EE. UU.)

James entreabrió los ojos enredado entre ásperas sábanas blancas de poliéster. El primer sol de la mañana había encontrado un hueco en la unión de las dos cortinas e iluminaba el interior de la habitación. Se desperezó y, desde la cama, la examinó a la luz del día. Con los muebles no quedaba mucho espacio libre para moverse, pero, en general, no estaba mal. Fue a darse una ducha vigorizante en un minúsculo cubículo. Poco después, enfundado en un albornoz del motel y algo de jabón en las orejas, se quedó absorto entreviendo por la cortina medio abierta la penosa vista de un aparcamiento vacío —hasta el Cadillac caramelo había desaparecido—, la autopista y los destellos de la fachada plateada de un *diner*.

MANECO.

Aun sin saber lo que Collins habría logrado averiguar, la información de que disponía acerca del abuelo de Alessia era muy poco para seguir. Casi nada, ciertamente. Embarcarse en aquella aventura sería engañarse a sí mismo, y lo que era peor, despertaría falsas esperanzas en Alessia. Y ella no se lo merecía. Sin embargo, algo dentro de él lo empujaba a no desistir y, en ese preciso instante, fue consciente de que solo buscaba un pretexto. Una excusa, por fútil que fuera, para ayudar a aquella chica.

Necesitaba hacerlo.

Se vistió, salió al pasillo y fue resuelto hasta la habitación contigua. Llamó con los nudillos. La mirilla se oscureció un instante y la puerta se abrió un palmo. El escocés entró mientras Alessia se alejaba de espaldas sobre la moqueta. Por un momento, se quedó fascinado incapaz de apartar la vista de su cuerpo semidesnudo. Su ropa interior era sencilla, sin encajes, blanca. Sin volverse, ella cogió el vestido de estampados florales de la cama y se lo metió por la cabeza. Bamboleó ligeramente las caderas y tiró de él hacia abajo, hasta ajustárselo. Entonces, ladeó la cara y le regaló una mirada risueña. Estaba

hermosísimamente provocadora.

—¿Puedes subirme la cremallera?

James dudó, pero cruzó la habitación de dos largos pasos y se puso detrás de ella. Alessia se subió el pelo para dejar la nuca despejada y evitar un enganchón. Desprendía un suave olor al jabón de ducha. El mismo que él había utilizado, pero, por alguna razón, en ella olía mejor. En un rápido movimiento, tiró de la cremallera y se apartó, como si aquello le quemara los dedos.

—Por la ventana he visto una cafetería en la vía de servicio. Te espero allí —balbució.

Cuando iba a salir por la puerta, ella lo llamó:

—James.

Él se detuvo.

—¿Vas a ayudarme?

—Espero no arrepentirme.

—Te lo prometo.

Al cerrar la puerta tras de sí, Allen se apoyó en ella, aspiró el aire y lo soltó con fuerza. Sin perder la sonrisa, Alessia lo observó marcharse desde la ventana, esperando que volviese la cabeza, cosa que no hizo. James siguió la vía de servicio un centenar de metros. El *diner* estaba instalado en un vagón de aluminio con una hilera de ventanas y muchas luces de neón encendidas. Se llamaba Wesley's. Se preguntó cómo no lo vieron la noche anterior. Quizá estaba cerrado por la feria del ganado.

Allen escogió una de las mesas libres, se deslizó por el banco hacia el fondo y se pegó a la ventana. Olía a huevos con bacon. Mientras esperaba, pidió café y se puso a escuchar la música que salía de una *jukebox*. Por el ventanal contemplaba los coches pasando por la autopista a toda velocidad. Al llegar la hora, se colocó los auriculares e hizo la llamada a Inglaterra.

—He conseguido reunir algo de información, pero te advierto de antemano que no sé si te va a servir de mucho —dijo el expirata informático, directo al grano—. Casi nada de esa época está digitalizado.

—Tú, cuéntame lo que has averiguado.

A través de la línea, James distinguió el sonido de Collins escribiendo en el teclado de un ordenador.

—Buceé por diferentes bases de datos federales y no tuve problemas para encontrar al Carlo Pratti que buscas. Había cuatro italoamericanos médicos que podían encajar por edad, pero solo uno tenía una nieta llamada Alessia. El tío se compró un pisazo en Manhattan, frente a Central Park, en septiembre de 1945. Antes de eso no hay nada. Después, en cambio, hay mucha actividad, declaraciones de impuestos, alquileres, fondos fiduciarios… en fin, ya sabes, lo

normal. Murió en 1999. No constan matrimonios, pero sí un hijo, Henry Pratti, y una nieta.

—¿Alguna actividad ilegal?

—Ni una multa de tráfico.

—¿Tampoco hay nada durante la Segunda Guerra Mundial?

Collins negó, chasqueando la lengua dos veces.

—¿Ni siquiera consta cuándo entró en el país?

—No. Los de primera y segunda clase no solían pasar muchos controles para entrar en Estados Unidos. Todo aquel que podía costearse un pasaje tan caro, era bien recibido. Ya sabes, esto siempre ha ido de lo mismo: de ricos y de pobres. Podría revisar las listas de pasajeros de las navieras, pero no te puedo garantizar que todas estén digitalizadas. Además, sería un trabajo ingente que me llevaría al menos una semana.

Aquello iba a resultar más difícil de lo que creyó en un principio.

—No tengo una semana.

—Lo imaginaba. —Se hizo un breve silencio—. Solo se me ocurre otra posibilidad.

James abrió los oídos.

—Si hubiera viajado en tercera clase, lo habrían llevado al Centro Federal de la isla de Ellis. Fue la aduana para las clases bajas hasta 1954.

—Ya, pero antes me has dicho que Carlo Pratti compró un apartamento frente a Central Park. Debió de costarle una fortuna.

Collins hizo un ruidito con la boca, algo así como un silbido.

—Cuarenta y siete mil dólares. Un fortunón para la época.

—Si contaba con esa pasta, ¿por qué viajar en tercera clase?

—No sé, es posible que ganara el dinero después —aventuró.

—Aun así, hay algo que no cuadra en esta historia.

En la línea volvió a instalarse el sonido de las respiraciones.

—O sea, que estamos casi como al principio —dijo Allen por fin, tras exhalar un largo suspiro. Sentía una gran decepción.

Collins bostezó. Probablemente no habría pegado ojo en toda la noche.

—Lo siento, James. No puedo serte de más ayuda.

—No es culpa tuya, has hecho lo que has podido. Collins —dijo de pronto, cuando ya iba a colgar—, una última cosa.

—Dime.

—¿Pudo Pratti entrar en Estados Unidos por otro puerto?

—En realidad, por cualquiera de la costa Este. Pero la mayoría, en aquella época, lo hacía por Nueva York. Era la ruta más habitual entre las navieras.

—Vale, y si por un casual accedió a través de la isla de Ellis, ¿constaría en los registros?

—Es de suponer que sí. Todas las admisiones se registraban en listados oficiales.

—¿Y se pueden consultar?

—No todos. La isla de Ellis es ahora un museo y, salvo algunas listas de pasajeros expuestas al público; en general, los demás documentos no son accesibles sin un permiso especial.

—Pues necesitaré tu ayuda para hacerlo.

Ambos se quedaron callados, y James intuyó que algo no marchaba bien.

—Collins, ¿qué te pasa?

—Ya sabes que no suelo meterme en tus cosas, pero… el lugar donde pretendes colarte es un edificio federal, y en Estados Unidos eso es un delito grave.

—¿Tu nuevo trabajo te esta convirtiendo en un aguafiestas?

James notó que Collins sonreía.

—¿Por qué es tan importante saber cuándo entró Carlo Pratti en Estados Unidos? ¿Y qué tiene eso que ver con el maletín del que me hablaste?

—Quizá nada. Quizá todo. No lo sé. Necesito saber algo de Carlo Pratti, lo que sea, durante los años de la guerra. No quiero rendirme tan pronto.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

James observó por la ventana a Alessia acercándose a la cafetería. En cuanto lo vio sentado, ella le saludó agitando la mano.

—Lo sé, amigo. Volveré a llamarte desde Nueva York.

Collins no contestó de inmediato, pero, al hacerlo, su voz sonó demasiado seria para él, lo que inquietó al escocés.

—Ándate con ojo. No quisiera verte con un mono naranja de preso.

Más tarde, mirándolo en retrospectiva, aquellas palabras del *exhacker* resultarían proféticas, solo que no por el motivo que hubieran podido imaginarse en ese momento, sino acusado de un delito más grave. Mucho más grave: participar en una conspiración para asesinar al presidente de Estados Unidos.

****

Salem, 1943

LEGADO el momento, Clausen se mudó a Salem, una pequeña localidad costera ubicada al norte del estado de Massachusetts. Lo único que conocía de ella, que por descontado nada tenía que ver con el fasto de Manhattan, eran los juicios masivos por brujería llevados a cabo contra mujeres y niños a finales del siglo XVII. Desde entonces, un halo de misterio envolvía la ciudad como una cúpula infranqueable. El hecho de que Himmler la escogiera como zona cero de la experimentación, no había sido fruto de la casualidad.

De la mano de un agente inmobiliario local, un yanqui sexagenario llamado Howard Arnold, Clausen buscó una propiedad para instalarse. Deseaba una casa apartada de todo y de todos. Una casa donde el ruido del viento y el canto de los pájaros fuesen los únicos sonidos al romper el alba y al caer la noche. El señor Arnold le mostró varias alternativas, pero ninguna satisfizo a Clausen. O resultaban demasiado pequeñas, o demasiado grandes; o estaban demasiado cerca del pueblo, o demasiado alejadas… Pensaba abrir en ella un consultorio médico y los requerimientos eran muy precisos.

Un cálido pero apacible día de verano estaban reunidos en la modesta oficina de Howard, situada en Essex Street, encima de una cafetería recién inaugurada que se llamaba The Witches y que rápidamente había alcanzado gran popularidad. El agente inmobiliario descansaba la cabeza en el respaldo de un sillón apolillado detrás de su escritorio. Clausen, por contra, estaba de pie, moviéndose de aquí para allá en busca del poco aire que esparcía un ventilador de techo, cuando le interrogó por un cartel de «En venta» con el que se había topado esa misma mañana, en la salida norte de la ciudad. A Howard le mudó el semblante, y antes de que Bent acabase de hablar ya estaba incorporándose y negando con la cabeza.

—¿La Mansión de los Siete Tejados? Olvídese. Imposible.

—¿Qué problema hay con ella? ¿Es pequeña, fea…?

—¡Al contrario! —exclamó Howard—, es una espectacular mansión

victoriana con más de tres siglos de historia.

Clausen puso las manos en el otro lado de la mesa, mirando fijamente al que empezaba a ser su amigo.

—Pues a mí me parece perfecta.

Arnold se inclinó sobre la mesa para acercarse más a él, y bajó el tono para hablar.

—Se dice que está endemoniada. —Se calló y, a renglón seguido, añadió con voz susurrante—: En ella se practicaban exorcismos. Lleva vacía desde ni se sabe. Mi abuelo me contaba que él nunca la vio habitada.

Pero Bent se empecinó en visitar la propiedad y Howard finalmente cedió. Esa tarde, se dirigieron al norte por la carretera del estado. Después de cuatro kilómetros, el Ford de Howard se desvió por un sendero umbroso que se internaba en un bosque de secuoyas. Rodaron entre bamboleos otros diez minutos más o así. Por fin, vadearon un riachuelo un poco seco debido a la escasez de lluvias en el invierno, y llegaron a un claro donde los árboles se mantenían a raya de la casa que se erguía en medio.

La claridad crepuscular brindaba un cierto aire fantasmal a la mansión. Era de madera oscurecida por años de sufrir la intemperie. Tenía varias chimeneas y su apodo procedía de los siete gabletes con que se remataba el tejado. El aspecto general era destartalado, con los marcos fuera de sitio, tejas caídas y marañas de matorrales cubriendo un jardín marchito. Pese a todo, Clausen la adquirió al instante por un precio excelente.

Contrató a una cuadrilla que le recomendó el propio Howard y, durante las semanas venideras, se empeñó en su reforma. En la parte más oscura del sótano, levantó con sus propias manos una pared falsa con ladrillos envejecidos y mortero, y tapió tras ella el maletín. Luego cubrió el hueco con un botellero que iba desde el suelo hasta el techo.

Solo hicieron falta unos pocos meses para que la reputación del doctor Clausen se extendiera por todo el condado de Essex. Con la fama, llegaron los cuchicheos: «¿Conoces ya al nuevo médico?, dicen que es bien parecido y está soltero». «Creo que es de Europa o de por allá». «Es judío, y viene huyendo de Hitler». «Pues a mí me da mala espina; si no, de qué iba a comprar la Mansión de los Siete Tejados». «Mujer, ¡qué cosas dices! Son excentricidades de los ricos…». Asimismo se convirtió en objeto de deseo de las solteras de Salem, que exageraban dolencias a fin de pasar consulta con él.

Entretanto, la amistad con el bueno de Howard se fue consolidando. Iban de pesca, recogían setas en el bosque y celebraban las fiestas anuales a la misma mesa. Precisamente fue durante el primer Acción de Gracias que Bent pasó en Salem cuando conoció a Maggie Arnold, una de las cuatro hijas del agente inmobiliario. De ahí en adelante, pasaron mucho tiempo juntos hasta que su relación se consolidó el 4 de mayo del año

siguiente.

Y ahí, todo comenzó a desmoronarse.

Aunque el mundo seguía en guerra —si bien el conflicto había entrado en su fase definitiva con el desembarco aliado en Normandía—, la vida de casado de Bent Clausen discurría con la tranquilidad y monotonía que solo una ciudad pequeña podía ofrecer. Desde su encuentro con la Gestapo a bordo del Nyassa*, de eso hacía algo más de un año, no había vuelto a tener contacto alguno con Berlín. Y aunque acariciaba la idea de que lo hubieran dejado en paz, no se confiaba; intuía que tarde o temprano aquello cambiaría. Pese a ese convencimiento, la visita de mediados de septiembre lo tomó por completo desprevenido.*

Nada más despedir a su último paciente del día, Clausen reparó en que apenas penetraba ya luz natural en el despacho. Las altas secuoyas que los rodeaban ensombrecían la mansión.

«Los días se van haciendo cada vez más cortos»*, pensó. Luego encendió la lámpara del techo y regresó al escritorio.*

Alice, su rolliza enfermera, abrió entonces la puerta del despacho y anunció:

—Acaba de llegar un paciente, doctor. ¿Lo recibirá ahora o le doy cita ya para mañana?

Clausen le respondió que lo hiciera pasar, al tiempo que enroscaba el tapón de la estilográfica y la depositaba sobre un recetario. Tan pronto como vio entrar por la puerta a aquel tipo, tuvo un mal presentimiento. Era un hombre de unos cuarenta que vestía un fino traje marrón mal ajustado. Entre las manos daba vueltas a un sombrero a juego. Hasta ahí, nada fuera de lo común. Echó entonces un intuitivo vistazo por la ventana y advirtió la presencia de un sedán oscuro en la entrada de la casa. Un hombre al volante intercambiaba unas palabras por el hueco de la ventanilla con Maggie, que podaba los parterres de rosales.

A puerta cerrada, el recién llegado disipó las dudas al punto, llamándolo por su verdadero nombre germano:

—Herr Schäfer*, ha pasado mucho tiempo.*

Bent lo estaba observando sin saber bien qué decir. Necesitaba pensar con rapidez una respuesta convincente que le ayudase a ganar algo de tiempo.

El agente de la Gestapo le sometía a miradas escrutadoras mientras daba vueltas por el acogedor despacho, deteniéndose de vez en cuando para curiosear algún recuerdo de los estantes. Cogió una bola de cristal con el Empire State dentro y la sacudió. Conforme caía, la nieve brillaba en su interior.

—Veo que ha estado ocupado acomodándose en el país. Quizá demasiado. —El nazi depositó la bola de cristal en una balda y dio la espalda a un anaquel cargado de libros de medicina.

Bent suspiró de manera exagerada, y se echó para adelante en su

asiento.

—Mire, la guerra está perdida, todo esto carece ya de sentido.

—Herr Schäfer*, eso es traición —le contestó con mirada maliciosa y voz susurrante.*

El médico se pasó las manos por el cabello.

—He ahorrado algo de dinero y puedo ayudarles a usted y a su compañero a comenzar una nueva vida en el país que elijan.

El agente de la Gestapo, sin perder la calma, cubrió la distancia hasta el escritorio y alzó una reciente foto enmarcada de Bent y Maggie, con la Mansión de los Siete Tejados al fondo. A ella, comenzaba a notársele su embarazo. La instantánea había sido tomada desde algún punto del camino de entrada.

—Bonita familia la que va a crear, Doktor. *Tenga cuidado, la calle puede resultar muy peligrosa.*

Con una sonrisa escalofriante, aquel hombre volvió a dejar el marco en el escritorio, se hundió el sombrero en la cabeza y abandonó la habitación y la casa.

Bent quedó sobrecogido. Devanándose los sesos sin apartar la vista apenas de la fotografía, no vio otra salida y adoptó una terrible decisión. Con ese pensamiento, se puso de pie despacio y cruzó con aire taciturno la estancia.

—Alice. Cancele todas las consultas de la semana.

—¿Sucede algo, doctor Clausen? —preguntó con expresión ceñuda, desde su mesa.

—No, no. Todo está bien. Solo necesito un descanso. Ah, y tómese vacaciones. No la voy a necesitar.

También escuchó el coche de Alice alejarse. Entonces echó un breve vistazo por la ventana y vio que Maggie seguía afanada en sus tareas de jardinería, con ambas rodillas en tierra y las tijeras de podar en la mano. Aún quedaría una hora de luz. Tiempo más que suficiente. Salió entonces del consultorio, se deslizó a pasos rápidos por el pasillo y se detuvo ante la puerta del sótano. Con un manojo de llaves en la mano, buscó con impaciencia la que precisaba.

Antes de bajar la escalera tiró de la cadenilla que encendía una bombillita desnuda y soltó un suspiro, preguntándose si, después de aquello, su existencia volvería a ser la misma.

Si en ese momento Maggie le hubiese mirado a los ojos, no habría encontrado ni rastro del Bent Clausen con el que se casó.

****

5

Nueva York (EE. UU.)

Con varios minutos de adelanto sobre el horario previsto, el vuelo DL5972 de la Delta Air Lines tomó tierra sin incidencia en LaGuardia. En las oficinas de Hertz, James y Alessia alquilaron un Honda plateado que aún olía a nuevo. En él, condujeron desde el aeropuerto hasta Battery Park, en la zona sur de Manhattan. Después de aparcar en un estacionamiento al aire libre, caminaron a buen paso hasta la caseta de la compañía Statue Cruises. El taquillero les informó de que estaba a punto de zarpar el último ferri del día, y un bocinazo a sus espaldas corroboró aquella afirmación. Sin esperar el cambio, salieron corriendo hacia el muelle y consiguieron embarcar en el último instante.

Una hora más tarde, llegaron a la isla de Ellis. Mezclados entre turistas, dedicaron el resto de la tarde a echar un vistazo general por la docena de edificios que se levantaban por la atracción. Nada más terminar, buscaron un lugar donde mantener una conversación telefónica alejada de oídos indiscretos. Collins, en su alocado optimismo, les comentó que los sistemas de seguridad eran poco sofisticados y que la intrusión resultaría coser y cantar. Él se ocuparía de desactivar las alarmas y fijar bucles en las imágenes que las cámaras de vigilancia enviaban a los monitores, a fin de que el equipo de seguridad no advirtiese que habían dejado de emitir en directo. El resto, dependería de James y Alessia.

El plan se activaría exactamente a las diez de la noche y sincronizaron los relojes.

Con el crepúsculo, partió de la isla el último barco de turistas, y esta quedó sin un alma. Alessia y James se ocultaron en una oquedad cubierta por matorrales que conformaban un voladizo. Todo lo cómodos que pudieron, con las espaldas apoyadas contra un muro de ladrillo, se prepararon para aguardar a que llegara la hora de entrar en acción. En la espera, llegó el ocaso y el cielo fue cubriéndose con

un palio de estrellas. La luna salió y, aunque no se veía desde su emplazamiento, su reflejo hizo que brotasen sombras a lo largo y ancho del islote. El río Hudson se convirtió en una extensa mancha negra y comenzó a oírse el cricrí de los grillos.

—¿Sabes, James? Carl Sagan sostenía que hay más estrellas en el universo que granos de arena en todas las playas de la Tierra —comentó Alessia, mirando el cielo nocturno por entre las ramas de los matorrales.

James, que también había oído aquella afirmación, se preguntó cómo pudo saberlo; es decir, ¿se había entretenido en contar las unas y los otros? Entonces, se fijó en Alessia. La joven solo llevaba puesto el vestido con estampados florales que tantos quebraderos de cabeza le había traído. Viéndola encogida por el relente que provocaba la proximidad del río, se quitó la *blazer* y se la echó por encima, a modo de manta.

—Gracias, James. Ya no quedan hombres como tú—. Su timbre sonó dulce y sincero.

—¿Cambiar hamburguesas y cerveza en la Ruta 66 por allanar un edificio federal? Debo de estar completamente majara.

Ella se aferró al brazo de él, apretujándose contra su cuerpo, y puso la cabeza sobre su hombro. A punto de dar las diez, Alessia devolvió a James su chaqueta y recogió el bolso del suelo. Con pasos precavidos, salieron de su escondrijo y trotaron agachados a través la isla, guiándose por la luz de la luna. En medio de la noche, el edificio principal se alzaba silencioso, inerte, oscuro. De forma rectangular, estaba construido con ladrillo rojo y ventanales; en cada una de las cuatro esquinas se alzaba una torre coronada en un chapitel que había adquirido una tonalidad verdosa como consecuencia de la oxidación del cobre original. Arrimados al muro de la fachada posterior, se deslizaron rodeando el edificio hasta tener a la vista el puesto de vigilancia. Escucharon. No se oía nada. Solo el leve murmullo de una televisión.

Emplazada a escasos metros de la entrada, la garita estaba iluminada con luces fluorescentes. A través de los cristales, contemplaron monitores que ofrecían imágenes de diferentes rincones de la isla, una televisión encendida y dos personas uniformadas. Una estaba sentada de espaldas a ellos, viendo un partido de fútbol. La otra se movía de un lado para otro. Finalmente, arrastró una silla por el respaldo y asimismo tomó asiento frente al televisor.

—Confío en que tu amigo haya hecho lo que prometió, o ambos acabaremos en la cárcel.

—Yo también —murmuró James para sí.

Ubicados los dos vigilantes que componían el retén nocturno, volvieron sigilosos sobre sus pasos. Oculta tras un seto de boj que

bordeaba el asfaltado camino de entrada, descubrieron una rejilla que protegía un túnel de ventilación. Justo donde Collins había dicho que estaría. Con una navaja suiza, James desprendió con paciencia los cuatro tornillos que la aseguraban a su marco. La apartó con cuidado de no hacer ruido y la relegó a un lado, sobre la hierba húmeda. De lo que James no estaba nada confiado era de que su cuerpo cupiese por aquel respiradero rectangular, aunque el expirata informático le había asegurado que, según los planos registrados, no habría problema para ello.

Y así fue, aunque por poco. Reptando por un tubo claustrofóbico recto de sesenta y tres metros de longitud, perdieron de inmediato la noción del tiempo. Enseguida, el espacio se llenó de fuertes respiraciones. En varias ocasiones, James escuchó a Alessia a sus espaldas gemir y mascullar palabrotas.

—Mis primeras citas no suelen ser así —dijo la voz de Allen.

—Eso espero; si no, te aseguro que aún serías virgen.

Por fin, dieron con otra rejilla. Apartar esta les llevó un poco más de tiempo y maña. Los tornillos estaban por fuera y Allen tuvo que sacar la mano por entre los barrotes y retorcer la muñeca para encararlos con el destornillador. En un par de ocasiones, se le resbaló la navaja y fue a parar al suelo.

Con manifiesto alivio abandonaron aquel angosto espacio y se postraron en un suelo embaldosado bocarriba, sin aliento. Permanecieron así un rato, recuperando el resuello. Ambos estaban sudorosos y despeinados. Los codos y las rodillas desnudas de Alessia estaban cubiertas de rasponazos sangrantes. La chaqueta y los pantalones de algodón, que James estrenó para la conferencia, estaban hechos una pena.

—Recuérdame… por qué… hago esto —susurró James, con la respiración agitada.

—¿Para ayudar a una joven desvalida?

—Pues te aseguro… que ya no estoy… para estos trotes.

Ella puso su mano sucia en el pecho de él, que subía y bajaba a mucha velocidad.

—A mí me parece que solo necesitas hacer más ejercicio. Estás un pelín fofo.

—Cuando llegues a los cuarenta… me lo dices.

A estas bromas siguió un largo silencio mientras terminaban de restablecerse. Luego observaron a su alrededor, sin moverse de su sitio. Estaban en el interior de una extensa sala abovedada de forma rectangular. Dos banderas de Estados Unidos caían flácidas en sus astas a cada lado del pasillo central. Habían estado en aquel mismo lugar apenas unas horas antes: La Sala de Registro.

De puntillas, para evitar arrancar ecos que pudieran alertar a los

vigilantes, cruzaron la estancia hasta llegar a unas amplias escalinatas que conducían a la primera planta. La luz mortecina que se colaba por la hilera de ventanales fue suficiente para mostrarles el camino. Después de ascender las escalinatas y avanzar por un largo pasillo con paredes y suelo de baldosas blancas, les esperaba otra sala. En ella, se guardaban los archivos.

James encendió la linterna y la hizo oscilar en un arco, alumbrando el interior por partes. Había dos mesas con ordenadores para que los visitantes consultaran archivos, y vitrinas de miscelánea flanqueando un largo pasillo. Tras sus limpios cristales, se exhibían maletas, paraguas, encendedores, sombreros, ejemplares de periódicos, cuadernos con anotaciones y muchas fotografías en sepia de familias enteras. Según se podía leer en un cartel, pertenencias de inmigrantes que pasaron por aquel mismo lugar a lo largo de la primera mitad del siglo XX. En un pedestal, reposaba la pequeña estatua de bronce de una mujer desnuda. Al parecer, esculpida por un inmigrante y donada con posterioridad al museo.

Arrimados a las paredes, bordeando todo el perímetro de la estancia, había armarios de madera oscura, tal vez de roble. Según la precisa información que les había suministrado Collins, tras sus puertas hallarían los libros de registro. En la parte superior de cada armario una chapa dorada indicaba el periodo que abarcaba. Desde abril de 1892, hasta noviembre de 1954. Solo les interesaban los años de la Segunda Guerra Mundial. Siete armarios completos. Demasiados.

—Alessia, es preciso que pienses en algo que nos simplifique la búsqueda —dijo James bajando el tono—. Lo que sea, por insignificante que pueda parecerte.

Ella se quedó abstraída un momento, sumida en sus propios pensamientos.

—Recuerdo que mi abuelo comentó en una ocasión que, al poco de llegar a América, los aliados invadieron Italia.

La invasión de Sicilia se produjo en julio de 1943. Eso acotaba la búsqueda. Algo era algo. Se colocaron guantes de látex y se pusieron manos a la obra. James se ocupó de mayo y Alessia de junio. La joven demostró una especial habilidad manejando las ganzúas, y no le costó mucho forzar las frágiles cerraduras de los armarios. Cada media hora, más o menos, Allen detenía su metódico trabajo, se asomaba por la escalinata al Gran Vestíbulo y comprobaba que todo se mantuviera en calma.

Los relojes marcaron las cuatro de la mañana, y aún no habían dado con nada de interés. Necesitaban descansar la vista después de tanta información revisada. Se trataba de libros manuscritos donde constaba un sinfín de entradas con datos personales. Al final, había una casilla con el resultado del reconocimiento médico y un ADMITIDO

en color verde, o DEPORTADO en color bermellón. James leyó en un cartel que, pese al examen concienzudo al que eran sometidos los recién llegados, solo a un dos por ciento de casi doce millones se les denegó el acceso…

De repente, les llegó el sonido de pisadas.

Ambos hicieron alto y se miraron entre sí. Al unísono, desviaron la vista hacia la puerta de entrada y entrevieron una temblorosa luminosidad rompiendo la oscuridad en que estaba sumido el pasillo. Con rapidez, cerraron sendos armarios, apagaron sus linternas y se abalanzaron agazapados cada uno tras una vitrina. Un cono de luz comenzó a barrer la sala, al tiempo que el vigilante recorría el pasillo de norte a sur. Pausada, muy pausadamente, y observándolo todo a conciencia.

A James le dio mala espina. No se comportaba como un vigilante en una ronda rutinaria, daba más bien la impresión de buscar algo… o a alguien. Pasó de largo por la vitrina tras la cual se ocultaba Alessia y esta soltó el aire en silencio. Sin advertirlo, había estado conteniendo la respiración. La radio del vigilante crepitó unas palabras distorsionadas y este la desenganchó del cinturón y se la llevó a la boca. Sin dejar de caminar, pulsó un botón y susurró algo al micrófono. Sus pasos se detuvieron en el acto, devolvió despacio la radio a su cinturón y, con la misma mano, liberó su arma reglamentaria y cerró los dedos en torno a la empuñadura, pero sin llegar a sacarla de su funda.

—Sea quién sea, salga de inmediato. Voy armado.

James trataba de pensar con premura, pero solo se le ocurrían reproches por meterse en aquel lío. Quizá no era más que una treta de poli retirado para comprobar si había alguien escondido, pero aquel tipo estaba armado y no iba a poner a prueba su paciencia. Todo había acabado y, ahora, lo más prudente era entregarse y asumir las consecuencias. En aquella situación tan comprometida, acudieron a su memoria las palabras premonitorias que le dedicó en Londres el inspector Shaw, de Scotland Yard: «Señor Allen —le dijo—, no siga metiéndose en líos. Lo único seguro respecto a la suerte es que siempre cambia». Sabias palabras. ¿Por qué siempre las recordaba cuando ya estaba metido en líos? Al fin, se puso en pie con los brazos en alto y fue hasta el pasillo.

—Por favor, no dispare.

Al instante, se vio deslumbrado por la linterna. Arrugó la cara y se paró. Aquel tipo rudo empezó a gritar órdenes. James las obedeció todas sin rechistar. Se tumbó en el suelo, bocabajo, con las palmas extendidas. En el acto, sintió noventa kilos sobre su espalda. De improviso, escuchó un golpe seco y un ligero crac. El vigilante se precipitó desplomado sobre él. James se lo quitó de encima y alzó la

cabeza. Ante sí tenía a Alessia, sosteniendo con mano temblorosa la estatua de bronce de la mujer desnuda. La cabeza estaba manchada de sangre.

—¡Dios mío! ¿Está…? —preguntó ella, pálida.

Allen puso sus dedos índice y corazón sobre la carótida del vigilante. Respiró aliviado. No. No estaba muerto. Solo inconsciente. Al despertar le quedaría el recuerdo de un fuerte dolor de cabeza, pero nada que no curase un buen descanso y unos analgésicos. Le quitó la pequeña escultura a Alessia de las manos y la devolvió al pedestal, después de limpiarle la sangre con el faldón de su camisa.

—Debemos darnos prisa. No sé cuánto tiempo permanecerá ese tipo inconsciente —dijo James.

Cada uno volvió veloz al armario que estaba revisando en los momentos previos a la interrupción. Desplazando el dedo de arriba abajo en cada página, Allen avanzó por el 22 de mayo y siguió con el 23 y el 24. Tras revisar el 25 paró de repente y volvió un poco atrás. Cierto nombre le había llamado poderosamente la atención:

> Nombre: Bent Clausen; Años: 32; Meses: 4; Sexo: Varón; Profesión: Médico; País de origen: Dinamarca; País de destino: Estados Unidos de América.

¡Clausen era médico! Aquel grito se abrió paso en su cerebro como un fogonazo. Decidió aparcar esa loca idea por el momento y se centró en continuar con el trabajo. La luz del amanecer comenzaba a filtrarse por los ventanales cuando se dieron por vencidos. Pronto el museo reabriría sus puertas.

—James, aquí no hay nada. ¿Tú has encontrado algo?

El rostro de Allen compuso un gesto de derrota.

—Lo siento.

—¿Y qué vamos a hacer? Solo faltan veinticuatro horas para que se cumpla el plazo que me dieron los secuestradores.

Allen se acercó a una alicaída Alessia, la agarró por los hombros y la miró a los ojos con determinación.

—Te prometo que encontraremos una solución.

Aquella promesa, efecto de una intensa reacción emocional, sonó tan falsa como el disparo de una escopeta de atrezo sobre un escenario teatral. Alessia no creyó una sola palabra, pero en aquel momento era todo cuanto ella necesitaba escuchar.

****

Salem, 1944

Nick O'Brien patrullaba la ciudad aquella neblinosa madrugada de octubre al volante de un Chevrolet nuevecito de la policía de Salem. Puesto que era el novato, le tocaban las guardias a deshoras que ningún otro quería hacer. A pesar de que era disciplinado y no ponía objeciones, tampoco él ardía en deseos de estar ahí. No en la calle tan temprano, sino en Salem. Un año atrás, después de unas cuantas birras de más en The Witches, Chuck, Freddy y él acudieron a la oficina de reclutamiento que el Ejército había instalado en el mismo local que, hasta hacía bien poco, ocupó la floristería de la señora Walsh. Un sargento engreído —apellidado Garber, según la etiqueta cosida encima el bolsillo del uniforme caqui— no le permitió enrolarse. Chuck y Freddy, en cambio, salieron de aquella oficina con un papel sellado en el bolsillo y mofándose de él por no dar la talla. Eran del mismo curso, habían jugado en el mismo equipo de fútbol del instituto, e incluso él había perdido la virginidad antes que sus dos amigos; pero, al parecer, para el Tío Sam la diferencia entre un hombre y un crío estribaba en la insignificancia de cinco centímetros.

Detenido ante un semáforo, que la niebla a duras penas le permitía ver, Nick rio solo imaginándose a sus amigos ligando a esas horas con dos guapas francesas mayores que ellos. La realidad, sin embargo, era bien distinta. Las vísceras de Chuck quedaron esparcidas por la playa de Omaha el 6 de junio y Freddy perdió las dos piernas al pisar una mina antipersonal a las afueras de París, solo unos días después. De eso se enteraría a posteriori *por la madre de Chuck, pero, para entonces, el pánico en Salem ya se habría desatado y tendría otras cosas en las que pensar.*

Ruidos de estática sonaron en la radio del coche patrulla, sacándolo de su ensimismamiento.

—O'Brien, ha habido un aviso en casa de los Henderson. Un vecino dice que se han escuchado gritos.

El patrullero echó mano del micrófono.

—Entendido, Millie, me daré una vuelta. Cambio y cierro.

Nick puso los ojos en el espejo retrovisor interior y llevó a cabo un brusco viraje de ciento ochenta grados en plena Main Street. Esa resultaba la parte de su trabajo que más disfrutaba, saltarse las normas cuando le viniese en gana. Era demasiado temprano y la ciudad aún dormía conque evitó poner la sirena, aunque sí encendió las luces estroboscópicas y aceleró un poco. En cuanto dejó atrás el campus universitario giró por Jefferson, una avenida arbolada con cuidadas casitas en ambas aceras. La visibilidad, en esa parte de la ciudad, era más reducida. O'Brien pisó el freno y ralentizó la marcha mientras escudriñaba la niebla con el cuello estirado hacia el parabrisas.

Un perro ladró en el vecindario y lo siguió un coro de réplicas. El alumbrado público todavía seguía encendido, pero la luz que emitía era trémula. Aquello le recordó a las calles londinenses de la película El doctor Jekyll y mister Hyde*, de Spencer Tracy. La había visto en el cine con Jenny… De improviso, una sombra salió de la bruma y se abalanzó sobre el coche. El patrullero dio un rápido volantazo, subió el morro a la acera y chocó con una boca de incendios.*

Una nube de vapor escapaba del capó arrugado por las juntas al tiempo que un géiser mojaba el parabrisas. O'Brien resolló, se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó tropezándose como si estuviera borracho. Sufrió un repentino ataque de vértigo y se apoyó en la carrocería hasta que recuperó el equilibrio. Se llevó entonces la mano a la frente y la retiró con una mancha de sangre. Aún mareado, su primer pensamiento fue para el coche. ¡Buena le iba a caer! Luego miró en todas direcciones. ¿Qué había ocurrido? Un buzón rojo que se alzaba de la acera sobre un poste indicaba que estaba justo enfrente de la propiedad de los Henderson. Había luces en algunas ventanas del piso de abajo.

Algo más repuesto, rebasó la cerca de madera y recorrió el camino de entrada mirando a un lado y a otro. Frente a la puerta, pulsó el timbre y se mantuvo a la espera, oyendo el siseo del agua que escapaba de la boca de incendios.

Nadie acudió a abrir.

El patrullero llamó una vez más. Esta vez, aporreó la puerta con el puño.

Tampoco hubo respuesta.

Rodeó entonces la casa tratando de atisbar entre las cortinas de las ventanas. En el patio trasero, junto a un tendedero repleto de ropa mojada por la humedad nocturna, dio con una puerta sin asegurar. Entró en la vivienda, no sin antes informar a la central de lo sucedido. De pie en la cocina, el agente O'Brien encendió la luz y anunció en voz alta su presencia.

Nadie le respondió.

Un olor a grasa quemada flotaba densamente en el aire. En el fogón

encendido había una sartén humeante con restos chamuscados de tocino y, sobre la encimera de piedra, cáscaras de huevos, unas dentro de las otras. Ni se le pasó por la imaginación desenfundar su arma reglamentaria. ¡Oh, Jesús, era Salem! Él había nacido en ese pueblo y, que él recordase, jamás había ocurrido nada más reseñable que gamberradas las noches de Halloween. Abandonó la cocina no sin antes apagar el fogón. Sus pies le llevaron a lo largo de un pasillo. Largo y estrecho. Fotografías familiares colgaban de las paredes empapeladas. A medida que avanzaba, iba metiendo la cabeza en todas las habitaciones.

—¿Señores Henderson? Soy O'Brien, de la policía de Salem.

La respuesta fue un silencio tan intenso que hubiera despertado a un neoyorquino.

Conocía a los Henderson de toda la vida. Anne le había dado clases en primaria y Alfred, su hijo, había estudiado con él en el instituto. Cayó en la cuenta de que nunca había estado en aquella casa. Tras doblar una esquina, llegó al salón y se asomó dentro. Las luces azules y rojas del coche patrulla se reflejaban allí por las paredes. La escena que vieron sus ojos lo aterrorizó tanto que se trastabilló y cayó de culo contra el suelo, arrastrando una lámpara de porcelana que se hizo añicos. Tartajeando, transmitió unas palabras por la radio que, en la comisaría, no estuvieron seguros del todo de haber entendido correctamente:

—A-alguien se ha c-comido a H-henderson y a s-su h-hijo.

Poco tiempo después, la casa se convirtió en un hervidero de policías. Nick pudo ver reflejado en la cara de sus compañeros el mismo horror que él sentía. La causa inmediata de las muertes del señor Henderson y de su hijo Alfred fue la misma: pérdida masiva de sangre a causa de múltiples heridas de arma blanca. Pero lo más espeluznante del asunto era que les faltaba media cara. Habían sido arrancadas, pareciese que a mordiscos. Tendones, músculos y globos oculares cubiertos de una masa sanguinolenta fue una visión demasiado aterradora para un bisoño O'Brien que, incapaz de reprimir un acceso de náuseas, había vomitado el dónut y el café del desayuno sobre la moqueta del salón. ¡Menudo poli estaba hecho! Avergonzado, había convertido el escenario del crimen en un puto desastre.

Inicialmente, se atribuyó el ataque a un animal salvaje. Cada vez con más frecuencia se oían historias de jabalíes que salían de los bosques para husmear en los basureros de la ciudad. Incluso, en una ocasión, un vecino denunció la presencia de lo que creyó reconocer como un oso grizzly. No obstante, en cuanto la oficina del forense del condado dictaminó que, por el tipo de mordeduras y los restos biológicos hallados, aquel ataque había sido perpetrado por un ser humano, las especulaciones, lejos de aplacarse, se dispararon.

De la señora Henderson no se halló rastro alguno, hasta que dos horas más tarde se comunicó por el canal reservado para emergencias que un agente había abatido a tiros a una mujer, quien, según palabras textuales:

«Vagaba por la calle de manera amenazadora con un cuchillo largo chorreando sangre en la mano». Los testimonios recogidos corroboraron que, entre aquella niebla, vistiendo un camisón blanco y toda manchada de rojo, «Más que una persona parecía un fantasma». Al final, el espectro resultó ser la buena de Anne Henderson y la sangre que manchaba su ropa y su cara coincidía con los grupos sanguíneos de su marido y de su hijo.

Ese Primer Incidente *conmocionó a Salem, y despertó todas las leyendas que la llevaron al sobrenombre de la Ciudad de las Brujas. La policía estaba desconcertada; aquel caso escapaba de toda lógica. Al cabo de las semanas, y no encontrando una explicación razonable a lo sucedido, se decidió dar carpetazo al asunto. «Ataque de locura homicida» fue la versión oficial, refrendada por los informes forenses. Aliviados de tener una explicación plausible, nadie en el pueblo la cuestionó.*

****

6

Nueva York (EE. UU.)

Escondidos en los aseos de la planta baja del edificio principal del Museo de la Inmigración, Alessia y James aguardaron a que comenzara el tránsito diario de visitantes. Antes de que el guardia de seguridad retenido hubiera podido lanzar la voz de alarma, ya habían tomado el primer ferri de la mañana. Nubes oscuras como sombras cubrían el cielo de aquel jueves, anticipando la borrasca que vaticinaban los meteorólogos. El cansancio y la tensión acumulados comenzaban a hacer mella en ellos dos. Alessia se mostró particularmente irritable y encerrada en sí misma durante el trayecto de regreso a Battery Park.

Si bien el tiempo se agotaba, en aquel estado no serían capaces de hilar dos ideas seguidas, de modo que acordaron descansar un poco antes de convenir cuál sería su siguiente movimiento. Camino del hotel donde habían tomado una habitación, recuperaron la mochila de James del maletero del Honda de alquiler y compraron ropa nueva en una modesta tienda de confección.

La habitación no estaba nada mal. Sobre todo, disponía de una bañera de cerámica de color blanco con patas de hierro. Era todo lo que una mujer podía desear en esos momentos, y Alessia se decantó de inmediato por ella. James, por contra, optó por la cama doble. Según oía correr el agua y columnas de vapor se deslizaban por la puerta entornada del cuarto de baño, se tumbó encima de la ropa y se dejó vencer por el sueño, hipnotizado por las vistas que se disfrutaban de la bahía del Hudson.

Una suave caricia lo despertó cálidamente. Por un fugaz instante, creyó que soñaba. La nariz de Alessia estaba casi pegada a la suya y varios mechones de su cabello mojado caían sobre su cara, provocándole cosquillas. Su esbelto cuerpo desnudo, como un regalo,

estaba envuelto en una suave toalla de algodón.

—¿Te molesta? —le susurró ella, con los labios rozando la oreja de él.

James se quedó mirando sus ojos relucientes pensando si aquello era una buena idea. Al final, terminó por ceder a la tentación y no opuso resistencia cuando ella, con la respiración acelerada, casi jadeante, alargó las manos y le arrancó los botones de la camisa.

Un rato más tarde, de costado y con la cabeza apoyada en una mano, James fue recorriendo con la punta del dedo las líneas de un tatuaje poco común grabado en el hombro derecho de Alessia. Representaba una calavera. De entre la dentadura salía una serpiente que se enroscaba por el cráneo y desaparecía por una de las cuencas vacías para volver a surgir por la otra.

—Un poco macabro, ¿no crees?

—Bah, solo es un tatuaje. El error de una noche de excesos.

Alessia estiró el cuello un poco y besó a James en la boca. A continuación, mientras ambos reían, se subió encima, aplastando sus pequeños senos contra el pecho de él.

—¿Crees que dos veces serán demasiadas para un cuarentón fuera de forma?

Un par de horas después, saldaron la cuenta y abandonaron el hotel. El ambiente estaba cargado de humedad. El vestido sucio y arrugado de Alessia se había quedado en la papelera de la habitación; ahora, llevaba puestos unos vaqueros, una camiseta y una cazadora. El bolso le golpeaba la cadera al son de sus andares apresurados, mientras se mantenía al lado de James por el paseo arbolado que cruzaba Battery Park.

—¿Por qué caminamos tan deprisa? —preguntó Alessia.

Un trueno rugió en el cielo.

—¿Quieres mojarte?

En ese preciso instante, comenzaron a caer las primeras gotas y avivaron aún más el paso. No tardaron en llegar al coche y se abalanzaron dentro de él para escapar de la lluvia. James soltó la mochila sobre el asiento trasero. A la vez que se abrochaba el cinturón de seguridad, Alessia le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A Salem.

La joven arrugó la frente.

—¿A la Salem de las brujas?

Por toda respuesta, él asintió. Alessia introdujo el destino en el GPS y arrancó. Sorteando el denso tráfico de Manhattan, enfilaron la I-95 en dirección norte. Antes de tener que volver a cambiar de carretera,

tenían cuarenta y cuatro millas por delante. El tiempo había empeorado y la llovizna se había convertido en una tormenta. Con la que estaba cayendo por entonces no se veía casi nada y la interestatal se había vuelto una pista deslizante.

Desde que se habían montado en el coche, Allen no paraba de darle vueltas en su cabeza a lo ocurrido en el hotel entre él y Alessia. Aquello había sido una idea mala a más no poder. De las peores que había tenido en su vida, que ya era decir…

—¿Estás casado, James?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No es que me importe. Es mera curiosidad. Vi tu alianza.

James se quedó mirando su mano derecha y dio vueltas al anillo de boda en su dedo anular.

—Viudo. —Antes de que su voz se quebrara, carraspeó. Era la primera vez que usaba aquella palabra para definir su nuevo estado civil. Siempre había llevado a gala ser un solterón. Él no era un tipo guapo en el significado literal de la palabra, pero se ganaba a las mujeres por su fuerte personalidad. Luego conoció a Victoria y se enamoró perdidamente de ella, y en un tiempo efímero pasó de soltero a casado, y de casado a viudo.

—¿Cómo murió tu mujer?

James soltó un suspiro. No quería hablar de eso.

—Es una larga historia.

Ella, ahora, sí apartó la vista de la carretera un instante y la posó en su acompañante, que, abstraído, miraba llover por su ventanilla mojada con la barbilla apoyada en la mano. Quizá para no mostrar sus ojos. Los hombres y su orgullo varonil. No dijo nada. En medio del silencio en que se sumió el habitáculo, sonaban el monótono barrido de los limpiaparabrisas y el repiqueteo de la lluvia. Se quedó así durante mucho tiempo. Cambiaron varias veces de carretera y se alternaron al volante. Después de casi cuatro horas de viaje, circulaban por la interestatal 90 en dirección a Maine. Ya no llovía, aunque densos nubarrones seguían cubriendo la autopista de oscuridad tormentosa.

—No me has dicho por qué vamos a Salem —dijo Alessia.

—Una amiga nos ha organizado una cita con el jefe de policía. Un tipo llamado Ewan Jackson.

—¿Para qué?

—Quiero poner a prueba una teoría.

Ella enarcó mucho las cejas, desconcertada, pero no insistió. Conocía a James desde hacía poco tiempo, pero algo en su interior le decía que no obtendría de él ni una sola palabra más al respecto. Aflojó un poco para tomar la salida 25A y, poco después, pasaron por delante de un cartel lustroso donde se leía:

«Bienvenido a Salem. La Ciudad de las Brujas».

****

7

Salem, Massachusetts (EE. UU.)

El mal tiempo siempre empeora la primera impresión que ofrece una ciudad. Todo resulta plomizo, triste y desolado. Y eso precisamente le ocurrió a James con Salem. El reciente chaparrón había vaciado las calles, salpicado todo de charcos y provocado ríos que corrían pegados a las aceras hasta desaparecer engullidos por las rebosantes alcantarillas. Con todo, tuvo la sensación de que se trataba de una población próspera, con edificios nuevos y muchas tiendas con toldos a franjas cubriendo sus puertas. Para cuando circulaban por las calles desérticas de la ciudad, el reloj del salpicadero del Honda marcaba las cuatro y media de la tarde.

Siguiendo las indicaciones del navegador, abandonaron Main Street y pasaron ante el 201 de la calle Rotan, un moderno edificio de ladrillo rojo y molduras blancas. Letras pintadas de color blanco formaban tres palabras: «Policía de Salem». Aparcaron donde pudieron y recorrieron a pie un par de manzanas hasta la comisaría. Bajo una bandera de Estados Unidos, que se agitaba en un mástil, había dos Crown Victoria de la policía local estacionados de morro en sitios reservados.

En el mostrador de la recepción, preguntaron por el jefe Jackson a un agente uniformado que mataba el tiempo rellenando unos crucigramas. Al cabo de unos pocos minutos de espera, el *sheriff* los recibió en su despacho del primer piso con mucha amabilidad y tacto. Que el contacto de Patricia en el FBI, un tal agente especial Ramírez, tenía influencias era algo notorio.

Sorprendía la sencillez y funcionalidad del habitáculo, aprovechado al máximo, como se espera de un cargo público. No había ni el más mínimo signo de despilfarro. Si acaso la luz encendida a pesar de disponer de una amplia ventana a la calle, pero el día nublado lo justificaba. Todo el mobiliario conjuntaba en su simplicidad, y el jefe no era diferente. Sin llegar a los cincuenta, su aspecto rudo y su rostro podrían haber sido el de millones de estadounidenses. En el hombro

de su uniforme negro, una insignia cosida. Azul. Con la silueta de una bruja montando en bicicleta enmarcada en una leyenda: «La Ciudad de las Brujas-Massachusetts». Al parecer, todo en aquella ciudad giraba en torno a lo mismo. Las Brujas. Una placa encima del bolsillo del pecho, justo al lado de unas gafas de sol plateadas que colgaban por la patilla, lo identificaba como Jackson.

Con un conato de sonrisa, daba la impresión de debatirse entre su aspereza habitual y la curiosidad. No era corriente recibir la llamada de un pez gordo del FBI pidiéndole que atendiera a unos civiles. El *sheriff* estaba sentado en una silla de oficina ergonómica, ligeramente echado para adelante y con ambas manos entrelazadas sobre un escritorio de metal recargado con montañas de carpetas de diferentes colores. Las había azules, rojas y verdes. Encima de una de esas montañas, la más bajita, reposaba una gorra de plato.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles —dijo, tras aclararse la garganta.

James fue quien habló.

—Verá, estamos interesados en un incendio de 1945.

Jackson se echó a reír de estupor.

—¿¡Han venido desde Nueva York para preguntarme por un incendio de 1945!?

Incluso Alessia descruzó las piernas para mirar al escocés.

James hizo un gesto afirmativo, como si tal cosa, y prosiguió:

—Fue en la Mansión de los Siete Tejados. Perteneció a un inmigrante danés llamado Bent Clausen.

El jefe dejó de reírse y frunció el ceño mientras se recostaba en el respaldo de la silla. Sin quitarles el ojo de encima se acarició el mentón, notando la incipiente barba. En Salem, todo el mundo conocía la leyenda negra que pesaba sobre aquella casa. Y procuraban mantenerse alejados de ella.

—¿Por qué les interesa?

—Soy profesor de Historia. Antes de ayer… —James calló un momento y buscó en su mochila un iPad; lo desbloqueó con la huella y pulsó varias veces sobre la pantalla hasta dar con un artículo de la sección de cultura de la *web* del *Chicago Tribune*. Acto seguido, depositó la tableta en el escritorio y la deslizó hacia Jackson—, di una conferencia en la Universidad de Chicago y salió a colación esta ciudad y este personaje. Y en fin, ya sabe cómo somos los profesores. Curiosos por naturaleza —dijo con la sonrisa puesta.

Jackson apartó un poco la espalda del asiento y alargó la mano para hacerse con el dispositivo electrónico. En cuanto terminó de echarle un vistazo al artículo, se lo devolvió a James. La desconfianza seguía ahí.

—Sigo sin saber qué quieren exactamente de mí.

—Cualquier cosa que tenga acerca de aquel suceso.

El jefe de policía se lo quedó observando con una mirada indescifrable, luego resopló.

—Vuelvo en cinco minutos.

Los cinco minutos se convirtieron en casi veinte cuando regresó con una carpeta delgadísima entre las manos. No era de ninguno de los colores de las que tenía sobre el escritorio. Esta era de un anodino color caqui. Tal vez, la moda de las carpetas de colores se implantara con posterioridad. Jackson volvió a tomar asiento, se puso las gafas de leer y abrió la carpeta, inclinado sobre la mesa. Mientras leía y pasaba las hojas del expediente, se impuso el silencio en el despacho.

James y Alessia, desde el otro lado del escritorio, pudieron ver que se trataban de un par de folios redactados con una vieja máquina de escribir, varias fotografías en blanco y negro con los bordes amarilleados, y unos recortes de periódicos de la época de un cenizo color apagado. La amplia ventana del despacho se pobló de goterones. Al cabo de lo que no debieron de ser más de dos o tres minutos, Jackson depositó las gafas sobre el expediente y se pellizcó el puente de la nariz con los ojos cerrados. La información era escasísima. Tres cuerpos calcinados. El matrimonio Clausen y un bebé de apenas unos meses. Ascuas de una chimenea mal apagada. Un accidente casero. Poco más.

—¿Se hizo la autopsia a los cuerpos? —quiso saber Allen.

La cara de Jackson se movió de un lado a otro.

—Según tengo entendido, no se hallaron indicios de delito en el escenario y no se abrió ninguna investigación criminal. John Davis, *sheriff* de Salem por aquel entonces, cerró el caso sin más.

—¿Qué fue de los cadáveres? —preguntó el escocés.

El jefe volvió a colocarse las gafas y consultó una vez más el expediente. Luego cerró la carpeta y se encogió de hombros.

—Los enterrarían en el cementerio municipal.

Media hora más tarde, Allen y Alessia estaban de pie en medio de una pradera de césped bien recortado y rodeados de altos y esbeltos cipreses. A su alrededor había innumerables lápidas de granito, pero a ellos solo les interesaba una. La que tenían justo ante sí, ennegrecida con los años transcurridos y parcialmente cubierta de musgo. Protegidos de un chubasco primaveral bajo un paraguas que habían adquirido en una tienda delante de la comisaría, James se preguntó si, en esta ocasión, su intuición sería acertada. En cualquier caso, le traía sin cuidado. No tenían ni tiempo ni motivos para exhumar los cadáveres.

Alessia lo sacó de su mutismo:

—El *sheriff* mencionó tres cadáveres, pero en la lápida figuran cuatro nombres.

Era cierto. James había pasado por alto aquel detalle, pero ella tenía razón. Había cuatro nombres esculpidos en el granito: Bent, Maggie, Henry y Megan. Por las edades, había dos bebés que nacieron y murieron el mismo día.

—¡Clausen tuvo gemelos! —exclamó Allen, que entregó el paraguas a Alessia, sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó el número de la comisaría.

»Jefe Jackson, el cuerpo del bebé que hallaron en la casa, ¿pertenecía a un niño o a una niña?

Allen escuchó una fuerte respiración en la línea. Luego el movimiento de hojas y finalmente nada.

—El informe no detalla ese extremo. El cuerpo debía de estar… ya sabe a qué me refiero.

—Lo capto, pero ¿sabía que los Clausen tenían gemelos? Dos niños llamados Megan y Henry.

—Pues el informe no dice nada al respecto, debió de ser un descuido del agente que lo redactó. —Jackson se quedó callado un segundo—. ¿Sabe? Acabo de recordar que aún vive uno de los policías que por entonces estaba en activo. Nick O'Brien. La semana pasada coincidimos en la entrega de condecoraciones y, a pesar de que debe de andar por los noventa largos, le aseguro que está de lo más lúcido.

James no cabía en sí de gozo.

—¿Y todavía reside en Salem?

—Sí, señor. Vive solo en una casita, en Orange Street.

****

Salem, 1944

El agente O'Brien quedó tan impresionado con lo sucedido a los Henderson que el caso acabó convirtiéndose en una obsesión para él. Aprovechaba cada minuto de su tiempo libre para indagar acerca de tan extraordinario acontecimiento; si bien, sin los recursos del departamento, tampoco avanzó mucho en la investigación.

Tres semanas más tarde, y cuando Salem comenzaba a sobreponerse, ocurrió el Segundo Incidente*. El señor Miller, un agente de seguros de treinta y tres años y una vida a sus espaldas de lo más aburrida, había sorprendido esa tarde a su mujer Katherine con dos entradas para el estreno de la película* Tener y no tener*, que proyectaban en el único cine de la ciudad.*

Justo en el momento en que Lauren Bacall se sentaba seductoramente en las piernas de Bogart y lo besaba, el señor Miller se levantó de su asiento con movimientos pastosos. En medio de la oscuridad, su respiración silbante tenía algo de estremecedora, como un asmático luchando por cada bocanada de aire. Katherine volvió la cabeza hacia él. Aún mantenía la expresión de estupefacción, cuando su marido se abalanzó sobre la mujer que tenía delante y le dio un mordisco en el cuello.

En el acto, se desató el pánico.

Todo el mundo comenzó a abandonar la sala en estampida, chillando presa de la histeria. En medio de la confusión, un anciano fue mordido en un brazo y otra mujer en la pierna. Para cuando la policía hizo acto de presencia, el asaltante ya había desaparecido de la escena.

Durante horas, buscaron a Miller por todos los rincones de la ciudad. Los permisos de fin de semana se cancelaron y todos los agentes participaron en la caza. No fue hasta bien entrada ya la noche, cuando hallaron el cuerpo de Miller en una carretera secundaria cercana, aplastado bajo las ruedas de un camión que transportaba troncos por todo el estado. Ni siquiera su mujer fue capaz de reconocerlo.

Pocos días más tarde, murió en el hospital de la ciudad la mujer a quien

había mordido en el cuello. Una infección generalizada acabó con su vida. Con ella, se elevaba a cinco el número de fallecimientos causados por aquellos insólitos sucesos.

Este Segundo Incidente *terminó por desencadenar la paranoia entre los habitantes de Salem. Ante la proximidad de la noche de Halloween, comenzaron a correr por ahí teorías estrambóticas: que si una invasión de muertos vivientes; que si los japoneses habían contaminado el depósito de agua de la ciudad; incluso, se llegó a especular con que las Brujas de Salem se vengaban por su ajusticiamiento a finales del siglo XVII. Nadie estaba a salvo y cualquier vecino podía convertirse de la noche a la mañana en un potencial asesino.*

Ante circunstancias tan amargas, el jefe de la policía metropolitana, John Davis, viéndose sobrepasado, no tuvo más remedio que pedir ayuda a la policía estatal de Massachusetts. El relato de la oleada de asesinatos de Salem se recibió con gran escepticismo en Boston, la capital del estado. Con todo, enviaron a dos investigadores de la Brigada Criminal para tratar de esclarecer lo sucedido.

Los cuerpos de la señora Henderson —el juez del distrito, el honorable Golding, autorizó su exhumación— y del señor Miller fueron enviados a la oficina del forense de Boston, a fin de practicarles una segunda autopsia, que no arrojó ningún elemento adicional concluyente. Al no haber más pruebas sobre las que indagar, los burócratas resolvieron archivar el caso y los dos investigadores no tardaron en marcharse.

Caso cerrado.

La población acogió con alivio su partida y la tranquilidad fue regresando paulatinamente a Salem. Unos días después, al llegar a oídos del sheriff *Davis que O'Brien estaba realizando pesquisas por su cuenta, lo llamó al orden en su despacho. Si la Brigada Criminal había resuelto dar carpetazo al asunto, ¿quién se creía él para llevarles la contraria? El jefe nunca se tomó aquella decisión como una injerencia en su trabajo. Sentía que le habían quitado un peso de encima, y no podía estarles más agradecido por ello; de modo que no iba a permitir que un agente del cuerpo de patrulla del tres al cuarto le arruinase aquel momento.*

Las Navidades siguientes fueron blancas y plácidas. Un grueso manto de nieve acabó por cubrir la inquietud. Papá Noel regó Salem con sus regalos y las luces de colores brillaron en los hogares. A finales de enero de 1945, varios días después del nacimiento prematuro de los gemelos de Bent y Maggie —un niño y una niña a los que llamaron Henry y Megan—, sucedió el Tercer Incidente.

Fue una mañana fría de sábado. El cielo estaba de un azul invernal, casi cerúleo. Ronald, veterano de la Primera Guerra Mundial, acudió a la armería de su amigo Lincoln para sustituir su obsoleto Winchester. Sin

causa aparente, descerrajó dos tiros en el pecho del propietario y en la cabeza de un cliente que aguardaba junto al mostrador para pagar cinco cajas de munición del calibre 22. Ambos murieron en el acto. En la calle, Ronald acabó con la vida de tres parroquianos más antes de que la policía tuviese que dispararle seis veces para abatirlo. Según varios testigos oculares, el hombre se movía con torpeza y desplegaba un semblante tan pálido como si en el cuerpo no le quedase ni una gota de sangre.

«Enajenación mental transitoria provocada por el reciente fallecimiento de su hijo en el Pacífico» fue el dictamen oficial ante tal comportamiento; no obstante, a esas alturas, nadie en Salem se tragaba esas patrañas.

Algo malvado se había cebado con ellos.

****

8

Salem, Massachusetts (EE. UU.)

La casita de O'Brien resultó ser una agradable construcción de ladrillo rojo —aparentemente muy corriente en Salem— y techo inclinado con aspecto de haber sido levantada en otro siglo. En la parte delantera tenía un pequeño jardín algo descuidado que finalizaba en un porche de madera repleto, sin embargo, de flores colgantes. James llamó al timbre.

—¿Qué desean?

Una voz susurrante a su lado los cogió desprevenidos. La pareja se volvió hacia una esquina del porche y sus miradas se toparon con un anciano arrellanado en una mecedora de mimbre, con una manta a cuadros por las rodillas y un libro sobre el regazo. El índice de la mano derecha impedía que se cerrase del todo. Su cuerpo flacucho y arrugado estaba escondido bajo una camisa de franela y un pantalón de pana; sus ojos, a pesar de la edad, eran vivaces.

—¿Agente O'Brien? —preguntó James.

—Hace años que ya nadie me llama así.

Allen dio un paso hacia el anciano, que no hizo intento de ponerse en pie.

—Mi nombre es James Allen. Y ella es Alessia Pratti.

James tendió su mano y O'Brien se la cogió. El apretón fue flácido.

—Disculpen que no me levante. Tiendo a economizar mis movimientos. ¿Nos conocemos de algo, señor Allen?

James le dirigió una sonrisa y negó con un gesto.

—¿A qué debo entonces esta visita?

—Queríamos hablar con usted acerca de Bent Clausen.

El semblante del anciano se ensombreció. Permaneció así, taciturno, largo rato. Por fin, depositó el libro sobre el alféizar de la ventana y, moviéndose con dificultad, se levantó de la mecedora.

—Vayamos dentro.

Los recién llegados siguieron los pasos artríticos de O'Brien a través

de la puerta mosquitera. En el ambiente, flotaba el olor a rancio tan característico de las casas muy muy viejas. No es suciedad, simplemente es el paso del tiempo, que lo corrompe todo. El cielo color ceniza y unas cortinas gruesas oscurecían el salón, ocultando a la vista una decoración seguramente anticuada. O'Brien fue a la cocina y regresó con una taza de café. Con el cuerpo acomodado sobre el respaldo de su butacón favorito, la taza temblaba en una mano mientras removía su contenido con la otra.

—¿Seguro que no quieren?

—Estamos bien, gracias —contestó James, por ambos.

Arrellanados en un raído sofá de tela, James y Alessia tuvieron que esperar a que el anciano volviera del lugar en el que daba la impresión de haberse extraviado.

—Sí, aún me acuerdo de Clausen, era un tipo raro —dijo al fin, dejando la cucharilla en el plato con un tintineo. La voz del anciano había perdido entusiasmo y sus ojos amarillentos daban la sensación ahora de estar más apagados.

—¿Qué tenía de raro? —preguntó James.

O'Brien dio un primer sorbo al café y torció el gesto, disgustado. No estaba claro si por el sabor, porque estaba demasiado caliente o incluso por sus recuerdos.

—Nunca me gustó. Cuando se instaló en el pueblo un nuevo médico, todo el mundo se alegró mucho.

Allen lo interrumpió y lo dejó a medias.

—Disculpe, ¿cómo era Clausen como médico?

—De los buenos, según decían, aunque he de confesar que yo nunca lo visité —asintió el anciano, esbozando una especie de risita que finalizó en un acceso de tos, que derramó el café. O'Brien apoyó la taza sobre la mesita, sacó un pañuelo de tela del bolsillo de la bata y se lo pasó por la boca; luego prosiguió—: Entonces comenzaron aquellos crímenes tan horrendos, y todo cambió. Fueron momentos difíciles.

Alessia habló por primera vez:

—¿Por qué ha dicho que todo cambió?

—La policía se mostraba desconcertada, pero yo descubrí un punto de conexión entre los *Tres Incidentes*. Todas las víctimas iniciales habían sido pacientes de Clausen. Traté de dar la voz de alarma, pero nadie me hizo caso. Por aquel entonces, yo no era más que un agente novato y Clausen se había convertido en un médico reputado. Luego los incidentes cesaron de pronto y se enterró definitivamente el asunto.

—¿Sabe qué fue del segundo hijo de Clausen, señor O'Brien? —inquirió James, apresurándose a cambiar de tema.

Extrañado por la pregunta O'Brien juntó las cejas.

—Sí, es cierto… —dijo, rascándose una mejilla—. Él y Maggie tuvieron gemelos. Pero, que yo recuerde, ambos murieron en el incendio.

—Sin embargo, según el informe policial, solo se halló uno de los cuerpos —insistió el escocés.

El expolicía encogió los hombros y sorbió del café.

—Supusimos que el niño también habría muerto y que su cuerpecito se habría calcinado. —Hizo otra mueca de disgusto—. Fue una lástima. Les tenía mucho cariño a Maggie y a sus hijos. ¿Saben? Mis padres le compraron la casa al suyo, un agente inmobiliario que se apellidaba Arnold. Me acuerdo de él como si fuera ayer. Era de esas personas que siempre las recuerdas mayores, quizá porque yo, en aquella época, tenía diecinueve años…

—Perdón, señor O'Brien —lo interrumpió James, frunciendo levemente el ceño—. ¿Ha dicho «el niño»? Entonces el cuerpo que hallaron en la casa fue el de…

—Sí, el de Megan. En realidad, solo lo supusimos porque aún tenía una perla en una de las orejitas. Qué pena —dijo y soltó un profundo suspiro.

—¿Le dice algo el apellido Patterson? —le preguntó James, sorprendiendo al anciano con un nuevo giro en la conversación.

—Patterson, Patterson… —O'Brien pareció que rebuscaba algún recuerdo en su fatigado cerebro—. Conocí una vez un Patterson. Lee, creo que era su nombre de pila. Tenía una confitería donde acostumbraba a…

James lo cortó y lanzó una pregunta a Alessia:

—¿Puedes dejarme otra vez esa fotografía?

Alessia metió la mano en su bolso y volvió a entregarla la instantánea de su abuelo y Patterson. James se la mostró a O'Brien.

—¿Conoce a alguno de estos dos hombres?

El anciano depositó otra vez la taza de café sobre la mesita y aprovechó el viaje para hacerse con unas gafas para la presbicia. De nuevo en el respaldo del sillón, se acercó mucho la imagen a la cara. La escrutó durante unos minutos. A medida que el tiempo pasaba, las arrugas de su frente se iban haciendo más y más pronunciadas.

—Ese lunar en la mejilla. Pero no puede ser… —murmuró, perdiendo la mirada.

James lo contempló empalidecer tanto que se preocupó. Pareciese que lo hubiesen abandonado las pocas fuerzas que le quedaban. La expresión que componía le decía todo cuanto quería saber.

—Señor O'Brien, no le robamos más tiempo. —Acto seguido, recuperó la fotografía y se puso de pie.

Alessia cogió su bolso y lo acompañó en el gesto.

El anciano seguía aturdido, casi en estado de *shock*. Ver a aquel

fantasma del pasado fue demasiado para él.

—No hace falta que se levante. Ha sido un verdadero placer —le dijo, estrechándole la frágil mano—. Ah, una última cosa. ¿Sabría indicarnos cómo llegar a la Mansión de los Siete Tejados?

James y Alessia recorrieron el camino de entrada y salieron de nuevo a Orange Street. En ese momento la tormenta había dado una tregua y el cielo comenzaba a abrirse. La mano de la joven lo retuvo por el brazo con cierta brusquedad.

—James, ¿qué ha pasado ahí dentro?

—Demos un paseo.

James le ofreció a Alessia su mano y esta la tomó. Con los dedos entrelazados, comenzaron a caminar por la acera en silencio. Pasaron por delante del Honda, cruzaron la calle Derby entre el tráfico y accedieron a un parque con el rimbombante nombre de Sitio Histórico Nacional Marítimo de Salem. Atravesaron una pradera de césped recién segado. Se notaba porque aún estaban marcadas las zonas de corte. Llegaron hasta un puerto donde atracaba la réplica del *Amistad*, un velero de tres mástiles del siglo XVIII. A un par de metros de la escollera que bordeaba el puerto se detuvieron. Allí se quedaron un rato contemplando el mar agitado. Olía a algas marinas. El viento era cortante y rizaba la superficie del agua, tiñéndola de diferentes tonalidades de gris. Se oía el restallar de las olas contra las rocas que formaban un dique. La espuma saltaba y, a veces, les salpicaba, pero ninguno de los dos hizo ademán de alejarse. Alessia se ciñó la cazadora por el frío y encogió el cuerpo. A unos cuantos metros de ellos dos, un hombre permanecía de pie sosteniendo entre las manos una caña de pescar. A él también le salpicaba la espuma.

—¿Desde cuando sabes que Bent Clausen era mi abuelo?

—Empecé a sospecharlo cuando leí en el registro de la isla de Ellis que Clausen también era médico. Pero claro, no estaba seguro. Esta tarde, en el cementerio, al ver que el hijo superviviente se llamaba igual que tu padre…

—Henry.

—Justamente. Demasiadas coincidencias, ¿no crees? Y todas las dudas terminaron de disiparse en el momento en que O'Brien reconoció en la foto a Clausen.

Alessia aún trataba de aferrarse al recuerdo de su abuelo.

—Pero según me dijiste, Clausen era danés y la Ahnenerbe solo reclutaba germanos de raza aria.

—Tal vez Clausen tampoco fuera su verdadero nombre, ni danesa su nacionalidad. Si pretendía entrar en Estados Unidos en plena guerra, quizá usar un pasaporte alemán no resultaba lo más adecuado.

El viento agitaba sus ropas y alborotaba el cabello dorado de Alessia. Una y otra vez, ella se lo ponía detrás de la oreja, pero rachas de aire lo soltaban.

—Hay algo que todavía no sabes. Mi abuela se llamaba Maggie. Mi abuelo me dijo que murió cuando yo aún era una niña.

Ninguno puso voz a sus pensamientos. No era necesario. Coincidían en una cosa: su abuelo era una mentira. El porqué se cambió el nombre y mintió acerca de su propia muerte y la de su hijo era un misterio que nunca se desvelaría. Y lo que aún resultaba peor, su papel en aquellos horrendos crímenes seguía confuso. Se quedaron allí un rato más viendo cómo el sol se hundía en el mar. Llegó el crepúsculo y siguieron mirando el horizonte. En un momento dado, James reparó en que había caído la noche muy rápido. Las farolas del parque comenzaban a encenderse. El pescador tampoco estaba ya. Entonces consultó la hora en su reloj y dijo:

—Debemos marcharnos, todavía nos queda algo que hacer.

Ella arrastró una mano por su mejilla, se dio la vuelta y emprendió el camino de vuelta al coche, sin esperar a James.

****

Salem, 1945

La felicidad que Maggie Clausen sentía tras el nacimiento de los gemelos, las tertulias vespertinas que los rodeaban no consiguieron aplacar. Por contra, de un tiempo a esta parte, su marido se mostraba cada vez más deprimido y distante; y ni siquiera Howard era capaz de rescatarlo del oscuro agujero en el que había caído. Aunque pudiera parecer imposible, su humor empeoró aún más a mediados de febrero, coincidiendo con la visita que Bent recibió de un policía local llamado O'Brien.

O'Brien había logrado establecer una conexión entre Anne Henderson, Alfred Miller y Ronald Brown, y tenía preguntas que hacer. Los días previos a perder la razón y cometer aquellos crímenes tan execrables, las primeras víctimas —nadie en Salem los consideraba culpables— de los Tres Incidentes*, habían visitado el consultorio del doctor Clausen.*

Bent se mostró muy molesto con la insinuación que escondían aquellas preguntas y amenazó al agente con hablar con el jefe Davis si continuaba por ese camino. La amenaza dio resultado dado que jamás volvió a abordarlo. Si bien, cada vez que se topaba con O'Brien por la calle, notaba su mirada escrutadora clavada en él, como si le estuviera diciendo: «Eh, te estoy vigilando».

Unas semanas después de aquello, un viernes ventoso de finales de invierno, recibió otra infortunada visita que terminó por precipitar una serie de desgraciados acontecimientos. La guerra tocaba a su fin y los dos agentes de la Gestapo que lo vigilaban habían recibido órdenes conminatorias de Berlín de regresar de inmediato a la madre patria. En dos días, en un aeródromo cercano, él y su familia tomarían un avión rumbo a Argentina, donde embarcarían en un submarino con destino a Europa.

Bent no estaba dispuesto a volver a Alemania de ninguna de las maneras. Había llegado la hora de seguir su propio camino; así pues, concibió un plan de acción con rapidez. Habría de ser muy precavido. Cualquier movimiento en falso expondría las vidas de Maggie y de sus hijos. Decidió no poner a su esposa al corriente de nada de aquello. Ella

desconocía su origen alemán, incluso su verdadero nombre: Klaus Schäfer. Para la gente de Salem, él solo era un médico danés que había emigrado a Estados Unidos en busca de mejor fortuna, como tantos otros. Si todo salía bien, por fin podría dejar atrás un nombre y una vida cada vez más difusos en su mente.

El domingo por la tarde, Maggie dormía a los bebés en el piso de arriba cuando un sedán Ford V8 modelo 1941 de color negro se internó por el camino que desembocaba en la mansión. Bent se hallaba sentado tras la mesa de su estudio, con las manos juntas en el pecho, sin hacer nada, solo esperando, y lo oyó llegar. Antes de que llamaran a la puerta, Clausen abrió y los invitó a pasar al salón. Los dos agentes de la Gestapo lo siguieron por la casa ceñudos: no encontraban ni el menor indicio del equipaje. Sentados en sillones, Bent llevó a cabo un último intento desesperado por convencerlos de que regresar a Alemania en semejantes circunstancias carecía de sentido. Pero el intento fue fallido.

—De acuerdo, iré con ustedes —dijo Bent, resignado. Se puso de pie y encaminó sus pasos hasta la camarera. En tanto servía copas de whisky*, añadió—: Pero iré solo. Mi familia permanecerá en Estados Unidos.*

A eso, no pusieron objeciones. Sus instrucciones únicamente incluían a Schäfer y al maletín.

Bent volvió a los sillones y ofreció las bebidas. Uno de ellos, el que parecía mandar, rehusó. El otro, en cambio, le dio un corto trago. La mirada impaciente de Clausen lo delató, aunque ya era demasiado tarde. El agente que había bebido puso los ojos suspicaces en su vaso, y luego en el doctor. Trató entonces de ponerse de pie de un salto, pero se quedó paralizado. El vaso se escurrió de su mano y fue a parar al suelo, derramando el resto del whisky *por la alfombra. Casi inmediatamente, comenzó el intenso dolor y una espuma blanca se formó en su boca, entre convulsiones.*

El otro agente entendió al instante lo que estaba ocurriendo y se prestó a sacar su pistola. Sin darle tiempo, Bent se arrojó encima de él. Volcaron el sillón y rodaron por el suelo, montando una gran escandalera.

—¿Va todo bien, cari…? —Maggie dejó la frase sin terminar y la sustituyó por un grito ahogado. Megan, en sus brazos, comenzó a berrear. Ante la escena que presenciaba, quedó horrorizada. Un desconocido yacía encogido en la alfombra, delante del sofá, agarrándose el estómago y emitiendo un horrible gorgoteo. Su rostro exhibía gestos agónicos de un tremendo dolor. Bent trataba de incorporarse del suelo con contusiones y sangre rezumando de las comisuras. Un segundo desconocido, cerca del ventanal, tirado en el suelo y magullado. No sabía qué estaba sucediendo y lo primero que se le vino a la cabeza fue que estaban siendo víctimas de un asalto. Sin soltar al bebé, se aproximó rápida a una mesita y alargó una

mano en busca del teléfono.

El segundo desconocido empuñó una pistola.

Resonaron dos detonaciones de disparos.

Por un momento pasajero, reinó un espeso silencio. El olor a pólvora sobrevolaba la habitación. Bent pudo ver las balas cruzando a cámara lenta el salón. Los impactos. Las salpicaduras de sangre. Los cuerpos cayendo. En eso, soltó un gemido gutural e, impulsado por la adrenalina, se abalanzó sobre el nazi, derribando una mesita de café y esparciendo todo lo que soportaba por la alfombra. Con sus manos en torno al cuello del intruso, Clausen apretó con denuedo mientras su rostro se congestionaba por la rabia y el esfuerzo.

Cuando todo hubo terminado, Bent se precipitó fuera de sí hacia el cuerpo de Maggie. Estaba tendida de costado. Hincó una rodilla ante ella y le dio la vuelta. Una mancha pardusca teñía su vestido a la altura del corazón. Con los ojos cerrados, su rostro angelical transmitía serenidad. Incapaz de dar crédito a lo que veía, empujó la frente contra el pecho inerte de ella. A continuación, alzó el cadáver de Megan en brazos y lo acunó entre temblores. Estaba conmocionado. Los llantos histéricos de Henry, que bajaban por el hueco de la escalera, lo sacaron de su parálisis. Con actitud reverente, depositó el cuerpo sin vida de su hija encima del sofá, y saltó sobre los escalones de dos en dos. Cantándole una nana logró que al fin se durmiera. En aquel momento de quietud se sintió invadido por un profundo sentimiento de culpa.

Durante horas, lloró echo un ovillo sobre la alfombra aterciopelada del dormitorio de los bebés, junto a la cuna, demasiado inquieto como para quedarse dormido.

Sus ojos enrojecidos volvieron a abrirse al rayar el alba. Se levantó del suelo con una severa opresión en el pecho. En su retina, aún quedaban imágenes muy vívidas de la terrible pesadilla que había sufrido durante la noche. Sangre. Muerte. Sinrazón. Por entre los barrotes de la cuna, el pequeño Henry lo miraba tumbado, haciendo alegres gorjeos y sacudiendo al aire los brazos y las piernas. Tomar conciencia de que sus recuerdos no habían sido un sueño fue un golpe demoledor.

Tras una ducha con agua bien fría, Bent empezó a pensar con propiedad. Más sereno, descendió los escalones uno a uno y se encaminó al salón. Se quedó sin moverse ante las puertas dobles con el anhelo de que, al abrirlas, todo fuera diferente. Deslizó las puertas. Una a la izquierda y la otra a la derecha. Miró con incredulidad y se quedó sin respiración.

Maggie muerta.

Megan muerta.

Dos nazis muertos.

Los muebles alborotados.

En medio de aquel caos, tomó asiento en la butaca que quedaba en pie. Encorvado, se frotó la nuca con ambas manos. Permaneció así un rato. Largo. Reflexivo. Luego, se aferró a los brazos del sillón para ponerse de pie y arrastró por las axilas a uno de los nazis hasta el sótano. Apartó el botellero, desprendió los ladrillos de la falsa pared y escondió el cadáver. Se quedó observando el maletín. Odiaba lo que aquello representaba y se decantó por dejarlo allí y levantar la pared de nuevo.

De regreso en el salón, miró brevemente por la ventana. El sol naciente había rebasado ya las copas de las secuoyas y sus rayos oblicuos bañaban la estancia formando un triángulo de luz. No había tiempo que perder. A esas alturas, el piloto del avión ya habría informado de que nadie había acudido al encuentro. Desconocía si la Gestapo contaba con más efectivo en el país, pero no podía arriesgarse. Del dedo anular de su mano derecha extrajo sin esfuerzos la alianza de compromiso. «Maggie y Bent. 4 de mayo de 1944», rezaba una inscripción en su interior. Necesitaba tener la cabeza fría e intentó en balde dejar la mente en blanco.

«Relájate, Bent».

Inspiró hondo y fue probando el anillo en el cadáver del otro alemán, hasta que encajó en su dedo medio. Durante la hora siguiente, volvió a colocar los muebles en su sitio, barrió las esquirlas de cristales y recogió los dos casquillos Parabellum.

El escenario estaba listo.

Conocía bien el funcionamiento del Departamento de Policía de Salem. Lo había estado observando con detenimiento durante los casi dos años que acumulaba viviendo entre ellos. El jefe Davis no era un hombre con iniciativa. Si le mostraba el camino, lo seguiría a pies juntillas. Sin preguntar demasiado. Solo debía poner ante sus ojos una causa probable. Nada más. Le dio un biberón a Henry y le cambió el pañal. Ahora, únicamente le faltaba hacer su propio equipaje. Metió lo imprescindible para él y el bebé en una maleta con trabillas, que guardó en el maletero del Ford negro en el que habían venido los agentes de la Gestapo. Echó un último vistazo a la casa por dentro, y se despidió de Maggie y de Megan mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Cuando los sollozos remitieron, dio unos pasos hasta la chimenea, escogió unos rescoldos y los aproximó a las cortinas. En un santiamén, aquello se convirtió en un infierno. Con Henry en sus brazos, Bent abandonó la casa.

Desde la carretera, acertó a vislumbrar la espesa columna de humo negro por encima de unas secuoyas que no volvería a ver más en su vida.

Clausen se trasladó a Manhattan, donde se alojó en pensiones con nombres falsos. Pronto descubrió que, si pagabas por adelantado, nadie hacía preguntas. Por la prensa, siguió las noticias de su propio caso. Entre los escombros, la policía había descubierto los cuerpos calcinados del doctor,

de su mujer y de uno de los gemelos; del otro bebé no hallaron los restos, pero supusieron que había corrido la misma suerte. Un incendio fortuito iniciado por unas brasas mal apagadas en el hogar del salón había sido la causa de la tragedia. La maldición que pesaba sobre la Mansión de los Siete Tejados hizo el resto.

Caso cerrado.

Una fotografía granulada del entierro en el periódico, con Howard y sus otras tres hijas en primer plano, le produjo una irrefrenable sensación de pesar. Juntos, él y su amigo, tal vez habrían encontrado consuelo para seguir adelante con sus vidas…, pero aquello no era factible.

El 30 de abril de 1945 Hitler se suicidó en su búnker de Berlín; ocho días después, los aliados celebraron el Día de la Victoria en Europa. Un par de semanas más tarde, Bent leyó la noticia de la detención y posterior suicidio de Himmler. Por fin, todo había terminado. Entonces compró una nueva identidad y, con el dinero que trajo en el maletín, adquirió un bonito y amplio apartamento con ventanas panorámicas a Central Park, donde criaría a Henry y abriría un nuevo consultorio médico.

Ahí, acabó la vida de Bent Clausen y dio comienzo la de un italoamericano de nombre Carlo Pratti.

Durante décadas no volvió a pensar en el maletín…, ni en su maléfico contenido.

****

9

Salem, Massachusetts (EE. UU.)

Cuando se puso a chispear, James activó los limpiaparabrisas del Honda y conectó las luces, que desplegaron de inmediato un abanico de luz por delante del vehículo. Alessia no había vuelto a pronunciar una sola palabra desde que abandonaran el parque, y durante el trayecto se había limitado a mirar por la ventanilla con una pierna recogida bajo su trasero. Conocer la verdad acerca de su abuelo parecía haberla sumido en un profundo estado de abatimiento.

ESCORRIAN despacio una pista forestal rodeados de secuoyas

Exactamente donde les indicó O'Brien hallaron un cochambroso puente de hierro por el que vadearon un riachuelo caudaloso. Siguieron un poco más por un camino sembrado de hojarasca que, desde hacía tiempo, nadie pisaba. El bosque se acabó de golpe y los faros alcanzaron el negro contorno de una ruinosa mansión que aún mantenía, no obstante, vestigios de su pasado. Para entonces, ya era noche cerrada. El vehículo fue perdiendo velocidad hasta detenerse del todo a pocos metros de una verja de hierro terminada en puntas de flecha y llena de herrumbre.

Durante unos minutos, con el motor al ralentí, permanecieron mirándola. No se podía negar que, traspasada por los haces de los halógenos, los restos que seguían en pie exhibían el aspecto de una auténtica casa de fantasmas. La maleza se expandía sin control. Un ala estaba derrumbada casi por completo. La zona de la fachada de piedra que continuaba en pie estaba renegrida, salvo la esquina norte del torreón, que se conservaba más o menos intacta, solo que con evidentes signos de abandono, como cristales rotos, contraventanas descolgadas y cosas así.

James examinó su alrededor a través de los cristales moteados de gotas de agua. Solo vio borrosas masas de árboles rodeando el claro. Según el registro, la propiedad nunca se vendió. Aquello era Estados Unidos de América, la propiedad privada era un bien sagrado. A pesar

de que hubiesen transcurrido más de setenta años, ahí seguía lo que quedaba de ella. Después de formarse una idea general de la mansión, el conductor metió primera y el Honda se puso en marcha de nuevo silenciosamente. Atravesaron la verja de hierro abierta, rodando a poca velocidad. El camino de acceso solo se intuía, de modo que James cruzó el claro en diagonal. El coche se paró definitivamente cerca de lo que fue la puerta principal, ahora convertida en el oscuro agujero de una madriguera. Allen apagó el motor y sacó la llave. Los cierres de las cuatro puertas saltaron al unísono.

—¿Qué crees que vamos a encontrar aquí?

James encogió los hombros.

—Lo ignoro. Pero opino que, si Clausen guardaba en casa el maletín, ¿por qué no iba a seguir aquí?

—¿Después de setenta años?

—Como arqueólogo marino he aprendido que la gente solo encuentra lo que busca.

James y Alessia se quitaron el cinturón de seguridad y se apearon a un tiempo del vehículo, cada uno por su lado. El viento soplaba a ráfagas y zarandeaba las copas de los árboles, haciéndolos gemir. Todo estaba negrísimo. El cielo, el bosque, la casa. Solo la pintura metalizada del Honda refulgía en medio de la oscuridad. El ambiente, sin embargo, olía a limpio y fresco. A pesar de la llovizna se tomaron su tiempo en llegar a la casa.

En el umbral, encendieron dos linternas y orientaron los pequeños haces de luz al interior. Dentro, flotaba un olor a orines y todo estaba cubierto de escombros. Unas escaleras de madera, que se veían poco estables, descendían en dos tramos curvos desde un piso superior.

—Yo iré a la planta de arriba, tú busca por aquí —dijo James, y subió los crujientes peldaños de uno en uno.

Durante una hora, hurgaron entre los restos, examinando todo lo que no había sido reducido por el fuego. Hacía rato que los relojes habían dado las diez cuando volvieron a reunirse en el recibidor. Alessia tenía los ojos lagrimosos.

—Mira lo que he encontrado en el dispensario de Clausen.

James cogió de su mano un marco y lo alumbró con la linterna. Sopló sobre él, provocando una pequeña nube de polvo. Los bordes de la fotografía en blanco y negro estaban chamuscados y el cristal roto formaba una telaraña. Con la casa de fondo, aparecían un hombre apuesto que rondaría los treinta y algo y una mujer embarazada.

Aparte de la foto no habían hallado nada más que latas de cerveza, botellas de cristal rotas, deshechos de comida rápida y colillas de porros, todo reciente. Al parecer, aquella casa se había convertido en lugar de reunión de los jóvenes.

—Se acabó. Tanto esfuerzo para nada. Siento haberte fallado,

Alessia. Creí que esto nos conduciría a alguna parte.

—Al final de ese pasillo, descubrí una puerta, pero está cerrada con llave.

Fueron hacia allí caminando sobre cascotes y escombros. Debían de estar justo debajo del torreón, la parte que había quedado menos dañada por el incendio. James observó la puerta y la cerradura. Corroída. Probó con el pomo, que se le resistió. Efectivamente estaba cerrada. Dio entonces un paso atrás y armando la pierna a la altura del pecho le propinó un puntapié. La puerta se abrió de golpe, rebotó contra la pared y volvió a cerrarse.

Alessia se adelantó decidida y la abrió, revelándose una escalera empinada, sin barandillas, que descendía hacia la oscuridad. Bajaron de perfil tras el haz de las linternas. Ella delante. Él detrás. El olor a moho que desprendía aquel lugar se intensificaba a cada paso. Su presencia provocó movimientos por todas partes. Rasguños cortos y veloces. La escalera desembocó en una vetusta bodega con botellas recubiertas de polvo y muchas telarañas.

—¡Mira, James!

Tras un recoveco, Alessia descubrió una pared que se había venido abajo parcialmente con el incendio y el posterior derrumbe de la casa. Con febril determinación, apartaron entre los dos un botellero. Sin el precario soporte que le brindaba, la pared de ladrillos terminó de venirse abajo y levantó una densa polvareda. Sufrieron un acceso de tos. Cuando las partículas se hubieron asentado, ambos orientaron sus linternas hacia el hueco abierto. Alessia lanzó una exclamación ahogada y James dio un salto atrás. Los círculos de luz delataron la presencia de un cadáver en avanzado estado de momificación. Superado el estupor, James distinguió, junto al cuerpo, una caja rectangular de piel. Se acuclilló al lado de ella y deslizó la mano libre sobre la superficie de la tapa, eliminando parte de la suciedad que la cubría.

El emblema de la Ahnenerbe quedó a la vista de las linternas.

Alessia se asomó por encima del hombro de James.

—¿Es la maleta?

Allen hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza.

—No está nada mal para un cuarentón algo fofo, ¿eh?

—Estaba segura de que lo conseguirías. ¿Quién será ese?

—Ni idea, pero no pienso quedarme a averiguarlo.

Sin más dilación, el escocés se enderezó con el maletín agarrado por el asa y volvieron arriba, dejando el cadáver atrás. Entonces escucharon el lento crujir de la gravilla bajo neumáticos.

—¿Esperabas a alguien? A mí, se me olvidó enviar las invitaciones —dijo James, en tono burlón.

Unos faros potentes provocaron la repentina iluminación del

interior de la mansión, que volvió a sumirse en la oscuridad en el momento en que el ronroneo del motor se esfumó. El ruido de dos portezuelas de automóvil cerrándose de golpe y unos pasos que se acercaban a la entrada fueron audibles en medio de la quietud reinante. James portaba el maletín y estaba inmóvil en lo que fue el recibidor de la mansión. Alessia estaba a su lado. El escocés se llevó el dedo índice a los labios y aproximó su boca al oído de Alessia.

—Deberíamos escondernos.

James miraba alrededor hacia todas partes, buscando desesperadamente un escondrijo. Volvió a mirar a Alessia, y entonces advirtió que el rictus de ella había cambiado. Exhibía una sonrisa sardónica, al estilo de la Mona Lisa, y no hacía el menor intento de moverse. Mientras James se esmeraba en interpretar su gesto, ella se introdujo la mano en el bolsillo de la cazadora, sacó un teléfono móvil y marcó un número. Un timbre musical sonó fuera de la casa durante unos segundos. Ella habló entonces en francés, puso fin a la llamada e hizo desaparecer el teléfono de nuevo en su cazadora.

Dos hombres se unieron a ellos. Eran afroamericanos, altos, con el pelo enredado en rastas y excéntricos tatuajes esotéricos cubriendo casi en su totalidad la piel que quedaba al descubierto, lo que les otorgaba un aspecto harto siniestro. Uno era delgado y el otro tenía una fea e intimidante cicatriz en la cara. James reconoció en ambos hombres uno de los tatuajes. Era la misma calavera dibujada en el hombro de Alessia. No portaban armas de fuego, pero esgrimían sendos machetes tan largos como un antebrazo.

James no trató de huir.

—¿Qué demonios significa esto, Alessia?

Por toda respuesta, ella estiró el brazo y posó la palma de su mano en la mejilla de James. Estaba cálida. La conservó así un segundo. A renglón seguido, fue deslizándola suavemente hacia abajo, recorriéndole el brazo, hasta que llegó a la mano que sostenía el maletín. Él apretó el puño aún más.

—Así que, después de todo, tú sí que mandaste invitaciones.

—James, no te hagas el valiente. Dámelo.

Todo rastro de dulzura en su voz se había desvanecido. El puño de James se aflojó. Con delicadeza, los dedos de Alessia sustituyeron a los de él en el asidero de la maleta. Entonces la alzó y se la entregó a uno de los hombres, el más flacucho, que abandonó inmediatamente la casa con ella. Ignorando adrede al hombre de la cicatriz, la mirada gélida de James seguía clavada en Alessia.

—Tu padre. No lo han secuestrado. ¿verdad?

—No. Hace años que no sé nada de él. ¿Ves? En cambio, lo que no sabía era que mi abuelo fue Bent Clausen.

—¿Qué contiene el maletín?

—La solución final.

—Déjate de chorradas.

—James, tu entusiasmo desbordante es conmovedor, pero también tu perdición. Camina al sótano, por favor.

Él echó a andar en medio de las ruinas seguido por Alessia y el matón de la cicatriz, que seguía blandiendo el machete en una mano y una linterna encendida en la otra. Ella lo llamó Maurice.

—Aunque no lo creas, siento todo esto.

James rio con acritud al tiempo que pisaba los últimos escalones y se adentraba en la oscuridad. De modo que, después de cuanto había vivido, allí acababa todo. Ese iba a ser su final. En un mugriento sótano abandonado.

****

CONSPIRACIÓN

«Ningún hombre es lo bastante bueno para gobernar a otros sin su consentimiento».

Abraham Lincoln

10

Salem, Massachusetts (EE. UU.)

Cringo el último! —vociferó Turner con la cabeza girada hacia el resto del grupo mientras apretaba aún más la pedalada.

Conforme iban llegando a las ruinas de la Mansión de los Siete Tejados, frenaban y derrapaban sobre la gravilla mojada con una pierna estirada para conservar el equilibrio. Los cinco dejaron sus bicicletas apoyadas en el suelo y se quedaron de pie mirando el hueco negro que en su día fue una lustrosa puerta de madera noble. Encima del tejado, una veleta herrumbrosa chirriaba empujada por el viento. De la arboleda llegaba un susurro creciente.

—Tíos, ¿estáis seguros de que esto es una buena idea? —preguntó Harper con voz trémula.

—Será nenaza… No sé para qué has venido —le espetó Turner, descolgándose la mochila de la espalda—. Sacad las linternas.

Cinco haces de luz oscilantes perforaron el interior de lo que quedaba de la mansión, que estaba negrísimo. Por un instante, se miraron los unos a los otros a la espera de que alguno de ellos se atreviera a dar el primer paso. Un búho ululó a sus espaldas y todos brincaron.

—¡Solo es un pajarraco con insomnio! —dijo Turner, desternillándose de risa—. Vamos, gallinas.

Susan, Harper, Helen y Tom siguieron a Turner al interior con pasos vacilantes, sin parar de mirar hacia todas partes. A cubierto de la lluvia, se desembarazaron de las capuchas de las sudaderas.

—Es por aquí —dijo Turner. Encabezando la marcha, dobló a la derecha, cruzó el recibidor, luego el hueco de unas puertas dobles y fue al centro de la estancia.

Los demás caminaban en pos de él en fila india sin decir esta boca es mía. Reunidos en medio del antiguo salón, en un espacio que habían ido limpiando de escombros y cascotes, se deshicieron de sus

Ingo sombras volaban por el claro bajo el aguacero.

mochilas, rebuscaron dentro y cada uno sacó su bolsa de papel del Burger King. Sentados en círculo con las piernas cruzadas, dieron buena cuenta de sus Whopper. Había mucho silencio, solo interrumpido por el tableteo que provocaban las filtraciones de agua. De vez en cuando las maderas crujían y las contraventanas golpeaban contra sus quicios desencajados, provocando ruidos secos y cadentes.

—¡Uuuuuuh! ¡Que mieeeeedo! —susurró Tom, después de sorber ruidosamente la Coca-Cola por la pajita.

Tronchados de la risa, liaron un porro que se iban pasando de uno a otro.

—Pues a mí no me hace ni pizca de gracia —dijo Helen—. Si mi madre se entera de que me he escapado de casa para venir aquí, me matará. Ains —gimió mirando la noche a través de los cristales rotos de una ventana. Un relámpago dibujó una telaraña de luz en medio de la negritud del cielo—. ¿Por qué me dejaría convencer por unos cabezas de chorlito como vosotros?

—¿Qué hora es, macho? —preguntó Tom a Turner.

Turner pulsó un botón en su reloj Casio y una leve luz azulada iluminó los números de la esfera.

—Hora de empezar —dijo. Se volvió a medias hacia su mochila, sacó un tablero de ouija y lo desplegó en medio del círculo que conformaban los cinco. Era un simple cartón marrón, de medio metro por medio metro, en el que alguien había dibujado con un rotulador sin mucho esmero todas las letras del abecedario, los números del 0 al 9, y dos casillas con un «SÍ» y un «NO»—. ¿Has traído el vaso? —preguntó a Helen.

Tras un titubeo, la joven metió la mano en su mochila y extrajo un vaso de cristal, que colocó del revés en el centro del tablero.

Los cincos alargaron el dedo índice y lo pusieron sobre el vaso.

Nadie hablaba.

La pierna de Helen se movía en un tic nervioso.

—¿Hay alguien ahí? —dijo Turner, imitando una voz profunda.

Risitas contenidas.

—Vamos, tomáoslo en serio o no funcionará —protestó Susan.

—Vale, vale. —Turner carraspeó y volvió a preguntar— :¿Hay alguien ahí?

Un espíritu aporreó una puerta.

Los cinco chicos soltaron un grito y apartaron al instante los dedos del vaso, como si hubiesen recibido una repentina descarga eléctrica. Se retorcieron para volver sus cabezas.

Hacia un pasillo.

Los golpes reverberaron de nuevo en las paredes…

Esta vez, acompañados de voces procedentes de ultratumba.

****

11

Salem, Massachusetts (EE. UU.)

CUANDO James Allen abrió los ojos a la oscuridad reinante, estaba hecho un ovillo sobre un suelo terroso y húmedo. La cabeza estaba a punto de estallarle. Puso la mano en la zona posterior y notó la textura de la sangre seca y el pelo apelmazado alrededor de un bulto que dolía horrores. Ignorando aquel dolor palpitante, se incorporó un poco y miró hacia todas partes, algo confuso aún. Los recuerdos no tardaron en tomar forma: Alessia, el maletín, el tío de la cicatriz, el sótano, el golpe en la base del cráneo…

Su mente le hizo regresar al maletín.

Ella se lo había llevado consigo y lo que era peor, él la había ayudado a hacerlo. ¡Cómo había podido dejarse embaucar de aquella manera! ¡Qué ingenuidad, por amor de Dios! Procuró apaciguar su mal genio apartando todo aquello de su mente, al menos de momento. Él no solía olvidar con facilidad las afrentas, pero ahora la prioridad era salir de aquella escombrera. Acostumbró un poco la vista, se irguió y estiró la espalda. Volvieron las palpitaciones en las sienes y, con las manos apoyadas en las rodillas, esperó a que se le pasasen. La esfera luminiscente de su reloj le indicó que llevaba encerrado casi cuatro horas.

«Ya va siendo hora de largarse».

Con los brazos extendidos para no chocar con nada, fue avanzando hacia el pie de la escalera guiado por una pálida línea horizontal de claridad que se vislumbraba en lo alto. Gateando sobre los escalones, llegó arriba y pegó la oreja a la puerta. Al otro lado, creyó escuchar un murmullo de risas y voces. Entonces, aporreó la puerta pidiendo auxilio a gritos. La jaqueca volvió a atacarle la cabeza y cesó los golpes. Tuvo que sentarse en el último escalón y apretar los ojos.

Al poco, escuchó a alguien manipular la puerta desde fuera y volvió a levantarse. Prestó atención. Por su forma de hablar parecían adolescentes.

—¡Eh, abrid! ¡Estoy aquí!

Por fin, aquellos críos lograron desencajar la puerta y la abrieron de par en par. No obstante, ver a un hombre sucio y harapiento —aunque sonriente— materializarse a trompicones desde la negrura de las escaleras debió de ser demasiado para ellos, pues salieron despavoridos, sin ni siquiera darle tiempo para agradecerles la ayuda.

Entre abatido y deprimido, James recorrió torpemente lo que quedaba de la mansión y salió a una noche fría y lluviosa. ¡Oh, maldita sea! Alessia también se había llevado el Honda de alquiler. ¿Es que nada podía salirle bien? En la distancia, observó cinco bicicletas borrosas metiéndose en el bosque de secuoyas. No tenía más alternativas que quedarse allí plantado, regodeándose en su desgracia, o ponerse en movimiento. Entonces, se subió el cuello de la chaqueta y se expuso a una lluvia menuda aunque persistente. Con las manos en los bolsillos y la cabeza escondida entre los hombros, fue poco a poco dejando atrás las ruinas y acercándose también al bosque de aquellas coníferas gigantescas. Por la pista de tierra, convertida en un lodazal, sus pasos fueron lentos y cautelosos. Por contra, cuando enfiló la carretera, avanzó con rapidez por el arcén y su estado de ánimo mejoró de inmediato.

Mientras recorría, chorreando agua y aterido de frío, los cuatro kilómetros que lo separaban de Salem, entretuvo su mente meditando acerca de lo próximo que debía hacer. La opción más tentadora resultaba evidente: tomar el primer vuelo de regreso a Escocia y olvidar cuanto antes aquel lamentable episodio. Pero, en lo más hondo de su ser, algo se rebelaba ante tal idea. La partida aún no había concluido. No hasta que él lo dijera.

Que Alessia hubiese jugado con él, lo avergonzaba. Pero el maletín de la Ahnenerbe le preocupaba sobremanera. No tenía la más remota idea de cuál podía ser su contenido. Alessia se había referido a ello como la «solución final». ¿Habría sido simplemente un juego de palabras lanzadas al azar? Seguramente, fue lo primero que se le vino a la cabeza…

O tal vez no.

La solución final.

Hitler le puso ese nombre al plan para exterminar a los judíos; de manera que, si la Ahnenerbe estuvo detrás de los *Tres Incidentes* de Salem, como los llamó O'Brien, no abrigaba dudas de que lo que contuviese el maletín no sería nada bueno. Y, con cada paso que daba, esa idea le aterraba más.

Cuando por fin pasó por delante de un cartel que le daba la más calurosa bienvenida a la Ciudad de las Brujas, seguía hecho un mar de dudas, aunque una cosa al menos sí tenía clara: no iría con el cuento al jefe Jackson. No disponía de evidencias de lo contrario, pero su

intuición le indicaba que este asunto quedaba muy por encima de las competencias del *sheriff* de una ciudad pequeña.

Hacía rato que la lluvia había cesado, aunque el cielo continuaba cubierto de nubarrones del color del carbón que amenazaban con descargar de nuevo de un momento a otro. Tras la caminata, Allen tenía hambre; así pues, sobreponiéndose a la fatiga que empezaba a acusar, vagó por la ciudad buscando una cafetería que estuviese abierta a esas horas. El día ni tan siquiera había comenzado a insinuarse y Salem aún dormía bajo la iluminación de las farolas. La única actividad que se encontró por las calles fue a dos vigilantes de seguridad trasladando sacas de dinero desde la trasera un furgón blindado hasta una oficina bancaria.

Habría recorrió tres manzanas de Essex Street, la calle empedrada más turística y donde, con más probabilidad, podía encontrar algo abierto, cuando se sintió atraído por la luminosidad que desprendía un amplio ventanal. Según rezaba un rótulo dispuesto encima de la puerta, el café se llamaba The Witches. Ocupaba los bajos de un vetusto edificio de ladrillo y, al parecer, se inauguró en 1943. En el piso de arriba se ubicaba una agencia inmobiliaria: «Arnold e hijos». De su fachada colgaba chorreante la bandera de Barras y Estrellas. James se preguntó si se trataría del mismo Arnold de quien habló el viejo O'Brien.

Mientras cruzaba la calle peatonal hacia el local, observó a través de la cristalera que The Witches tenía la misma distribución que el *diner* del motel Carlyle. Una barra a un lado con taburetes de vinilo delante y una ristra de mesas al otro, pegada al ventanal panorámico que daba a la calle. El suelo, en este caso, era ajedrezado. Negro y blanco. En cuanto entró, haciendo tintinear la campanilla de la puerta, el encargado, un hombre hosco que rondaría los setenta, paró de alinear tazas para los desayunos y lo miró ceñudo de pies a cabeza. James tenía exactamente el aspecto de cualquiera que se hubiera pasado la noche tirado en un mugriento sótano y hubiera recorrido andando cinco o seis kilometros por caminos embarrados bajo un aguacero.

—Buenos días —saludó James, restregando las suelas de sus mocasines en un felpudo sin ningún mensaje hortera. Solo fibra de coco. Aquellos zapatos urbanos que calzaba no estaban hechos para soportar una caminata por el campo y tenía los pies húmedos y cubiertos de rozaduras.

El hombre se limitó a responder con un golpe de cabeza, denotando una fría amabilidad. Sin duda, habría preferido que aquel forastero con pinta de vagabundo no hubiese escogido su local. Allen era oriundo de una minúscula localidad y ya estaba habituado al comportamiento receloso de los lugareños, así que, sin ofenderse,

eligió uno de los taburetes frente a la barra y se encaramó a él, tratando de contrarrestar su terrible aspecto con una sonrisa sincera. Mientras se formaba a sus pies un pequeño charco de agua, lanzó su mirada exhausta por el local. Aún era bastante temprano y él era el único cliente. Tampoco vio más empleados. Se apartó el pelo mojado y aplastado de la cara y fijó la vista en la plancha.

—Me sentarían de perlas un café bien cargado… y unos huevos con bacon.

Sin ocultar el desagrado, el propietario —dedujo que con esa edad solo cabía esa posibilidad— cogió la taza de loza que encabezaba la doble fila que había estado conformando, la puso delante de él y la llenó de una jarra de metacrilato. El escocés se bebió el café de un trago y sintió el recorrido del calor por el esófago. Jamás un mejunje tan malo lo había reconfortado tanto. Mientras los huevos y el bacon chisporroteaban en la plancha, James fue en busca del baño. La puerta al final del pasillo.

El baño estaba limpio. Olía a desinfectante. Cuando regresó de asearse un poco, el chisporroteo había cesado y el local se había llenado de un reconstituyente olor a magro. En una de las mesas pegadas al ventanal se había instalado una pareja. La discusión que mantenían había provocado en la joven, que ocultaba la cara entre las manos, una cascada de sollozos. Allen apuró un segundo café recalentado y engulló con avidez los huevos y el bacon, que le supieron a gloria.

—¿Tiene teléfono?

El encargado le mandó por el mismo pasillo que al baño.

Frente al teléfono, un antiguo aparato negro con disco de marcar colgado de la pared, cayó en la cuenta de que no recordaba el número americano de Patricia. Lo llevaba grabado en la memoria de su propio móvil. Y Alessia se lo había arrebatado junto al resto de sus pertenencias. Consideró la situación por un momento. En Escocia ya sería por la mañana, conque descolgó el auricular y llamó a Alex. Con el número de su amiga memorizado, volvió a marcar. Esperó con impaciencia, tamborileando sobre una guía telefónica del estado de Massachusetts, que reposaba sobre una repisa repleta de arañazos. Un tono, dos, tres… al quinto saltó el buzón de voz. Dejó un mensaje:

«Necesito hablar contigo. No me llames a este número, es de una cafetería. Trataré de localizarte más tarde. Sigo en Salem, pero buscaré la manera de llegar a Washington. Ah, siento no haberte hecho caso en lo de no meterme en líos».

Después de colgar, se retiró al taburete dudando de si la última frase del mensaje no preocuparía a su amiga. El encargado se dispuso a rellenarle por tercera vez la taza, pero James lo detuvo con un gesto de la mano. Para saldar la cuenta buscó y rebuscó la cartera por todos

los bolsillos, pero también había volado. No tanto por robarle, reflexionaría más tarde —Alessia no tenía pinta de una vulgar ratera —, sino probablemente para ralentizar sus movimientos cuando consiguiera salir del sótano. Sea como fuere, se hallaba sin blanca.

De repente, se acordó de lo que él denominaba el «fondo de contratiempos». Desde que empezó a sumergirse por medio mundo con sus expediciones arqueológicas, se acostumbró a llevar quinientos dólares ocultos en la cara interior de su cinturón, tras una cremallera. En cualquier país del mundo, sería una cantidad suficiente para salir de un apuro. Extrajo todo el dinero y lo deslizó dentro de un bolsillo del pantalón, salvo un billete de veinte, que depositó sobre la barra. Dos llamadas, una de ellas internacional, café, huevos y bacon. Total, trece dólares con sesenta centavos.

Mientras aguardaba el cambio, James alzó la vista y comprobó en un reloj de pared que estaban a punto de dar las seis. La discusión de los jóvenes subió de intensidad. Ahora, era ella quien, envalentonada, aleccionaba a su pareja sobre ser adulto y responsable, y que el niño que venía era cosa de dos, o algo así. A veces, no pillaba el acento estadounidense. En ese instante, la puerta del local se abrió con un sonido de campanillas.

****

12

Salem, Massachusetts (EE. UU.)

Un hombre curtido accedió a la cafetería embozado en un chubasquero verde con el escudo del ayuntamiento cosido en un hombro. A través del ventanal panorámico, se veía en la acera desierta un cubo y unos aperos encima de una plataforma con ruedas. El barrendero sopló sobre las manos desnudas, saludó al propietario —que al parecer se llamaba Emmet— con la cotidianidad de los que se ven todos los días y se aupó a otro taburete de vinilo, en el extremo opuesto a James. Sin esperar la comanda, Emmet se situó ante la plancha y se puso a preparar dos tortitas. Con la sartén humeando, sirvió un tazón de café al recién llegado. El olor del local cambió del magro al dulzón del azúcar.

Allen permaneció observándolo. Al cabo, recuperó la vuelta de un platillo, excepto unos centavos para la propina, y fue a sentarse junto a él.

—¿Le importa? —le preguntó haciendo un gesto hacia el taburete vacío que había a su lado.

James había mejorado algo su aspecto, pero no mucho, y el empleado público se lo quedó mirando con aire suspicaz durante un segundo. Al final, se encogió de hombros, como diciendo «este es un país libre», y tomó el primer sorbo de café.

—Me llamo James Allen. —Y extendió el brazo por encima de la barra.

El barrendero dejó la taza en el mostrador y respondió al saludo estrechando tímidamente su mano.

—Arthur Wells.

Se produjo un momento de silencio. El chico sentado con la joven elevó el tono de voz, y James y Arthur se retorcieron hacia la pareja. El joven sostuvo sus miradas un instante y prosiguió con su discusión, bajando el tono. Emmet colocó delante de Arthur un plato con dos tortitas, una montaña de nata montada y un recipiente colmado de

sirope de caramelo. El hombre bañó las tortitas con el sirope, las mezcló con la nata y las atacó.

—¿Conoce la casa que está en las afueras, la que se quemó en el 45? —le preguntó James de golpe.

Arthur asintió con la boca llena. Después de tragar, dijo:

—¿La Mansión de los Siete Tejados? Por aquí, todo el mundo la conoce.

—¿Ha oído hablar de lo que sucedió?

—Fue una autentica tragedia. Qué pena, una familia entera.

—Y ¿sabe algo de su último ocupante? —insistió Allen.

Wells sostuvo en el aire el tenedor cargado de tortita y dedicó una mirada subrepticia a James. Luego completó el viaje y se puso a masticar. Con la boca aún llena, repreguntó:

—¿Por qué hace tantas preguntas, es usted periodista?

—*New York Post* —respondió Allen, improvisando—. Estoy escribiendo un artículo.

—Pues no tiene acento de Nueva York, más bien diría que es… ¿De dónde diantres es?

—Escocés. Trabajo en el periódico desde hace tres años y esta es la primera vez que me dan un artículo. Espero no cagarla.

El barrendero cambió el semblante y pareció relajarse.

—¿Me mencionará?

Allen mostró sus dientes blancos.

—Por descontado, señor Wells.

—¡Eh, Emmet! Voy a salir en el periódico. Este señor —agitó el pulgar derecho en dirección a James— viene de Nueva York.

—Pues qué bien —rezongó el dueño, retirando el platillo con la propina que había dejado James.

El escocés escuchó el tintineo de las monedas cayendo dentro de una vieja lata de conservas con una pegatina adherida que ponía: «Quiero jubilarme». En ese momento, se dijo que tal vez debiera haber sido algo más generoso. Sus exiguos cuarenta centavos no le ayudarían en mucho.

En cuanto Arthur se puso a hablarle de nuevo, devolvió de inmediato su atención a él:

—Me parece que en ella se alojaba un médico danés o sueco, no sé, a mí todos esos países de Europa me parecen lo mismo. Creo que tenía fama de bueno… —Se calló un segundo, lanzó una mirada a Allen y le soltó—: Oiga, ¿no toma notas?

La mirada un tanto desconfiada había vuelto.

—No hace falta, tengo buena memoria —replicó Allen.

La pareja de jóvenes se levantó en ese momento, el chico soltó un par de billetes de dólar sobre la barra y se apresuró a marcharse. La campana de la puerta volvió a tintinear.

—Pero… ¿no se rumoreaba nada extraño acerca de su trabajo? —insistió James—. He estado hablando con el agente O'Brien y no tiene la misma impresión que usted del doctor.

—Puff. O'Brien no es más que un viejo chiflado.

—Pero él sostiene que el médico que vivía allí tuvo algo que ver con los *Tres Incidentes* que ocurrieron por aquella época.

En el local se impuso un repentino silencio. Emmet y Arthur intercambiaron una mirada apagada. Wells chasqueó la lengua y antes de volver a sus tortitas, dijo:

—Crea lo que quiera, es usted quien ha preguntado.

—No, no, si me interesa muchísimo su historia. Solo que… no sé qué pensar.

—Los *Tres Incidentes* fueron cosa de las brujas. Aquella pobre gente estaba poseída.

—¡Venga ya, Arthur, eso no son más que majaderías! —intervino el encargado, desde el otro lado de la barra.

—¡No son majaderías, Emmet! El médico no tuvo nada que ver. Lo sé por mi abuelo. Él lo conoció, incluso fue a su consultorio en alguna ocasión. Decía que era un buen tipo. Lo que cuenta O'Brien es una burda mentira. La casa los mató.

Tras la proclama siguió un largo silencio. El encargado continuó alimentando la hilera de tazas de loza y Wells apuró sus tortitas.

James no creía en brujas y, desde luego, O'Brien le había parecido cualquier cosa menos un loco desmemoriado. Pero aquel lugareño sentado a su lado parecía un hombre de ideas fijas y no quería entablar una discusión con él, que, seguramente, no conduciría a ningún sitio. Sin embargo, sí trató de retener algo que había dicho. ¿Cómo era? Algo acerca de que aquella pobre gente estaba «poseída». El amargo recuerdo del maletín regresó a su mente con intensidad, y sintió un ligero estremecimiento.

—Oiga, señor Wells, ¿sabe si se hablaba de que hubiera nazis por Salem? —preguntó James.

—¿Nazis? ¿En Salem? No señor, ni nazis ni japos —le contestó, sacudiendo la cabeza categóricamente de un lado al otro—. Jamás lo hubiéramos consentido.

Allen le dio las gracias por la información y el hombre le correspondió con una sonrisa. Cosa rara, tenía todos los dientes en su sitio, pero lucían del color de la cera quemada.

—¿Cuándo saldrá el artículo?

—Pronto. Seguramente la próxima semana. ¿Podrían indicarme dónde está la estación de autobuses?

—Claro —dijo Arthur—. Solo tiene que seguir esta calle hasta el final, y luego doblar a la izquierda en el semáforo. Se la encontrará de frente.

Allen se despidió de Arthur y de Emmet y salió a la calle, no sin antes volver a telefonear a Patricia, sin éxito. El alba comenzaba a insinuarse tiñendo las nubes, que ya se dispersaban por el este, del color del fuego. El mal tiempo había quedado atrás y el viernes prometía ser un espléndido día, abierto y soleado. Luces encendidas salteaban ya las ventanas de los edificios contiguos, la calzada comenzaba a poblarse de carretillas de reparto y los propietarios de algunos comercios, casi todos ellos de artículos esotéricos, se preparaban para recibir la avalancha de visitantes.

La ciudad se estaba desperezando.

James echó a andar calle abajo. Recorrerla entera le llevó no más de veinte o veinticinco minutos. Por el camino, poco antes de llegar al final, dio con unos grandes almacenes que estaban a punto de abrir sus puertas. Necesitaba cambiar su ropa, así que decidió aguardar en la acera. Justo al lado, había un local donde leían las cartas del tarot por cinco pavos. En ese momento, una mujer gruesa enfundada en un vestido azul de bambula salió por la puerta y se lo quedó observando a través de unas gafas de sol oscuras que le ocultaban media cara.

—¿Te leo la buenaventura, guapo? —dijo con acento sureño.

—No hace falta, gracias.

La mujer negra, no obstante, se movió con agilidad y antes de que Allen pudiera volver a negarse ya había cogido su mano derecha y puesto la palma hacia arriba.

—Tienes manos de guerrero.

James trató de zafarse, pero la mujer lo sujetaba con firmeza de la muñeca. Entonces, ella dejó escapar un gritito y se llevó la mano libre a la boca.

—La Dama Blanca —dijo súbitamente.

—¿Quién?

—La Dama Blanca necesita tu ayuda. Es una bruja. Espíritus malvados se han apoderado de su voluntad. Ayúdala. ¡Ayúdala! —repitió, elevando el tono de voz.

En ese momento, alzaron el cierre del centro comercial. James retiró la mano con rapidez y se apresuró a entrar. Permaneció un rato parado en el vestíbulo, con la respiración acelerada. Sin percatarse, había comenzado a sudar. Buff. Aquella experiencia le había dejado impresionado. Se tranquilizó. Esa gente se ganaba la vida de esa manera. Engañando y timando a las personas.

«¿La Dama Blanca? —resopló—*, menuda memez».*

Fijó la mirada en un directorio y olvidó rápido el asunto. Por unas escaleras mecánicas, subió derecho a la tercera planta. En la sección de moda para caballeros, sustituyó su ropa estropeada por unos vaqueros, una camiseta verde de mangas largas, una sudadera con capucha del equipo de baloncesto Los Ángeles Clippers y unas

deportivas blancas. Aquello consumió otros ciento quince dólares de su fondo de contratiempos, pero no podía seguir con esas pintas. En la planta baja, localizó un departamento de telefonía y se agenció un teléfono móvil de prepago.

Al salir de nuevo a la calle, no halló ni rastro de la mujer del tarot. La puerta de su negocio estaba cerrada a cal y canto. Ya había amanecido del todo y la acera empezaba a llenarse de viandantes. Anduvo hasta el semáforo. Nada más doblar a la izquierda, tal como le anunció el señor Wells, vio aparecer en la distancia la estación de autobuses.

Llegó en cinco minutos. Como un cascarón, una estructura rectangular de ladrillo albergaba en su interior un hangar de techos muy altos. Esquivando un autobús que se movía despacio entre las personas, llegó a la taquilla y adquirió un billete para Washington. El dinero seguía volando muy deprisa. La megafonía no paraba de lanzar avisos de próximas salidas y llegadas. Aquella no resultaba la forma más rápida de viajar, ni tampoco la más cómoda, pero sí la más económica; y hasta que pudiera hacerse con nuevas tarjetas de crédito más le valía ser precavido con el dinero que gastaba.

En la dársena señalada con el número 2 se subió a un largo vehículo plateado con el logo de un galgo impreso en ambos laterales. El interior olía a moqueta usada. Anduvo por el pasillo hasta el final y ocupó un asiento vacío de ventanilla en la penúltima fila. Aún seguía acomodándose, cuando todo se puso a temblar ruidosamente y la puerta se cerró suspirando. Con dos minutos de retraso, el autobús de la Greyhound abandonó la estación envuelto en una densa humareda negra. Durante unos minutos circularon por la ciudad. Pronto, los edificios de ladrillo se fueron espaciando cada vez más, se incorporaron entonces a la carretera interestatal y el paisaje se transformó definitivamente en extensos campos de cultivo.

Los párpados se le cerraban de puro agotamiento. Necesitaba dormir. Las últimas dos noches las había pasado entre registros en la isla de Ellis y aquel mugriento sótano. Pero, previamente, necesitaba hacer un par de llamadas. La primera fue a Patricia. Volvió a saltar el buzón de voz y grabó otro mensaje con su nuevo número de teléfono. La segunda, a Collins. Le encargó la tarea de investigar a una organización llamada Sol Negro y a un tal Sebastian Patterson, y le describió el tatuaje de la calavera y la serpiente que vio en el hombro de Alessia y en aquellos dos matones. Después de colgar, apoyó la cabeza contra el cristal y cerró los ojos cuando ya se adentraban en las calles de Boston. No tuvo que esperar mucho tiempo para entrar en un profundo y reparador sueño.

La Dama Blanca.

Es una bruja.

Se han apoderado de su voluntad.
Ayúdala.
¡Ayúdala!

****

13

Sierra Leona (África Occidental)

Dave Carmichael subió los ojos gradualmente, trató de moverse y gruñó acometido por punzadas de dolor que se extendían por todo su cuerpo. Tenía la vista nublada y las imágenes que se mostraban ante él estaban desenfocadas.

«¿Qué ha pasado?».

Oyó chisporroteos a su alrededor…

Bajó los párpados y volvió a caer otra vez en una especie de vago sueño. Pasó un tiempo indefinido hasta que recuperó del todo la consciencia y la orientación. Abrió otra vez los ojos. Seguía el dolor punzante, pero las imágenes ya eran nítidas. Estaba bocabajo en la cabina de vuelo del Gulfstream, rodeado de cables lanzando chispas y de amasijos de hierro y circuitos electrónicos. En el hueco que ocupó la ventana delantera de plexiglás solo vislumbró selva y más selva.

«El accidente… ¿Cómo puedo estar vivo?… ¡¡KIERAN!!».

—¿Kieran? —El nombre sonó apenas como un balbuciente suspiro.

No hubo respuesta.

Giró el cuello y encontró al viejo irlandés también anclado a su asiento por el arnés de seguridad. Mantenía los ojos cerrados. Un charco de sangre se había formado debajo de él. El origen de la hemorragia estaba en el extremo puntiagudo de una pieza de metal que sobresalía de su antebrazo.

Se esforzó entonces por hacer memoria. Al fin, a fogonazos, todo lo sucedido fue acudiendo a su cabeza en un *flashback*…

El permiso de la torre de control del aeropuerto de Freetown… Las maniobras de aproximación… Aquel Airbus de Air France alzando el vuelo pesadamente y dejándoles vía libre… El viento racheado y el intenso chaparrón… Y, cómo no, la voz quejumbrosa de Kieran.

—¡Vaya tiempecito! Con lo bien que estaría ahora en casa, pero

nooo… el señorito tenía que aceptar este encargo. —Entonces puso una voz ridícula—: Será un viaje sencillo, Kieran, en un pispás estarás de vuelta tumbado en tu sillón. ¡Ja!

—No seas cascarrabias, Kieran —le reprendió Carmichael en tono de humor, a la vez que observaba acercarse cada vez más la pista de aterrizaje y trataba de contrarrestar el fuerte viento con el alabeo del avión—. En peores que esta nos hemos visto.

El tren de aterrizaje rebotó dos veces contra el firme mojado antes de que el Gulfstream se posase definitivamente en el asfalto, dejando una estela de agua en su avance; de inmediato, se activó el sistema de frenado y perdieron velocidad muy deprisa. Guiado por un operario de tierra, el piloto sacó el reactor de la pista y lo detuvo en la zona asignada.

—Kieran, mantén los motores al ralentí.

En principio, el cometido que tenían ante sí parecía una tarea sencilla: volar a Sierra Leona, recoger a un diplomático británico y a su familia, y llevarlos de regreso a Londres. Pero con los años Dave había aprendido que nada demandado por un *Smith* era lo que aparentaba, y la considerable presencia militar en el aeropuerto le confirmó que, en esta ocasión, tampoco iba a ser diferente. El viejo irlandés, que seguía malhumorado, sacó un habano del bolsillo de la chaqueta y lo encendió en la cabina.

—¿Y ahora? Porque, con la que está cayendo, no pienso mover mi culo irlandés ahí fuera.

—No lo sé, esperar, supongo.

En respuesta a sus dudas, el teléfono de Carmichael vibró en su bolsillo. Un hombre, que no perdió su educado acento inglés en ningún momento, apenas conseguía expresarse debido a los nervios y a la mala cobertura. Así y todo, antes de que la comunicación se cortase definitivamente, a través de la línea lograron entenderse, entre gritos y lamentos, dos frases inconclusas: «diez minutos en el aeropuerto» y «nos están disparando».

Entre nubecillas de humo blanco, Murphy miró con las cejas alzadas a su ahijado y seguidamente rompió a reír con una carcajada desganada.

—No me digas «Ya te lo dije» —le avisó Carmichael, apuntándole con el dedo.

—Pues sí, ya te lo dije. Este servicio me dio muy mala espina desde el principio. Si no, ¿por qué no fletar un avión oficial? —Luego, tras un suspiro resignado, añadió—: Voy a ir preparando este cacharro. —Entonces apagó el puro, aunque lo conservó apretado entre los dientes, e inició la rutina para el despegue.

—Venga ya, Kieran, dime un solo trabajo que no te haya dado mala espina. Y, por cierto, *nosotros* somos el avión oficial.

La relación de Carmichael con el Gobierno británico se remontaba a varios años atrás, cuando un tipo trajeado apellidado *Smith* —apellido obviamente falso que acostumbraban a exhibir todos los que contactaban con él— se presentó en el hangar de Prestwick, donde él y Murphy habían instalado una empresa de vuelos chárter, para encargarle el traslado de dos personas a Mongolia. Desde entonces, entre el escocés y el servicio secreto se había forjado una extraña pero duradera relación pseudocomercial. Esos trabajos no solo representaban una buena fuente de ingresos para la compañía, sino que le permitían apartarse de la rutina por la que a menudo transcurría su vida. Por contra, a Murphy no le hacían ni pizca de gracia y trataba de mantenerse al margen de ellos todo lo posible; si bien, muy a su pesar, no siempre lo lograba.

Los diez minutos ya se habían convertido en casi el doble y la espera comenzaba a hacerse insoportablemente larga. La torre denegó el despegue y les conminaba, una y otra vez, a dirigir el aparato a uno de los hangares vacíos, bajo el pretexto del empeoramiento de las condiciones meteorológicas. Kieran se hacía el loco por la radio. Pero no podría sostener aquella situación por mucho más tiempo.

—Dave, tenemos que salir de aquí cagando leches, o tal vez no lo hagamos nunca.

—Vamos a esperar un poco más, solo cinco minutos —repuso el piloto, mirando por enésima vez su caro reloj de muñeca.

Desde que el diplomático contactara por teléfono, no habían vuelto a tener noticias de él. Carmichael volvió a pulsar la rellamada y, como la última vez y la anterior, una voz grabada comenzó a decir que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Cortó antes de que la alocución terminara.

—¡Maldita sea! —musitó, lanzando su móvil de cualquier manera sobre una consola. Con aire de preocupación, Carmichael apartó la mirada de la lluvia torrencial y la clavó en unos camiones militares aparcados en línea frente a la torre de control—. Vale, tú ganas, larguémonos de aquí.

Justo en ese preciso instante, un sedán negro derribó una verja galvanizada que bordeaba el aeropuerto e irrumpió haciendo eses en la pista de aterrizaje. A lo lejos, dos *jeeps* de color caqui tipo Willys, igualitos que los que empleaba el ejército norteamericano en la Segunda Guerra Mundial, lo perseguían disparando unas ametralladoras instaladas en la parte posterior.

—Sí, señor, un trabajito muy, pero que muy sencillo —dijo Kieran entre dientes.

****

14

Sierra Leona (África Occidental)

Desde la cabina de pilotaje del Gulfstream observaron como uno de los neumáticos traseros del sedán reventó. El vehículo se sacudió bruscamente, zigzagueó y se puso a dar vueltas de campana, hasta que se estampó contra un muro de contención. Las ventanillas estallaron y la carrocería se arrugó echando chispas. El coche quedó detenido bocabajo con las ruedas aún girando y el claxon sonando sin parar. El aguacero apagó al instante cualquier conato de incendio.

Carmichael se deshizo del arnés de seguridad de inmediato y saltó de su asiento con una agilidad impropia de su corpulencia.

—¿Adónde crees que vas? —rezongó el irlandés.

—Tú, ten todo listo para el despegue. —Carmichael salió de la cabina, desplegó la escalerilla del avión, la bajó trotando, se agachó para evitar el ala y salvó a la carrera por la pista los cincuenta metros que lo separaban del sedán accidentado.

Entre cortinas de agua el escocés atisbó en la lejanía cómo los dos *jeeps* caquis acortaban las distancias velozmente. En apenas unos minutos estarían allí, y ni en sus peores pesadillas se había imaginado terminar en una fosa común, o lo que era peor, con sus huesos en una inmunda celda de Sierra Leona.

Medio cuerpo sangrante del conductor sobresalía por el parabrisas del Audi con matrícula diplomática. Daba la clara impresión de estar muerto y no iba a perder el escaso tiempo del que disponía en ayudarle. Lo lamentaba de veras, pero él no era médico. Se concentró entonces en los gemidos procedentes del interior. Sin dilación, abrió una de las portezuelas traseras a tirones y se topó con tres cuerpos entrelazados en medio de un caos de cristales y la flacidez de los airbags laterales.

Primero se ocupó de una niña rubita de unos cinco años que berreaba abrazada a un oso de peluche. Aparte de un pequeño corte en la sien, daba la sensación de estar bien. A continuación, ayudó al

diplomático, que salió por su propio pie. También se le veía ileso. Entre los dos, sacaron a la tercera pasajera. Una mujer. Debía de estar muy elegante con su traje de falda color beis, aunque ahora estaba arrugado y sucio. La tumbaron en el asfalto mojado. Estaba inconsciente. La blusa jironada dejaba a la vista un buen cardenal que ocupaba casi todo el abdomen. Una severa hemorragia interna.

Mal asunto.

—¡Dios mío! —exclamó el diplomático, que trató de reanimarla.

Una lacerante lluvia de balas de grueso calibre pasó por encima de sus cabezas.

—¡No es el momento, suba a su hija al avión. Yo me ocuparé de su esposa!

—¡No pienso dejarla aquí tirada!

Los dos *jeeps* estaban cerca y los soldados del aeropuerto comenzaban a movilizarse. La estridencia de una sirena sonaba ahora por los altavoces.

Carmichael agarró al diplomático de los hombros.

—¡Coja de una puta vez a su hija y llévela al avión o moriremos todos! —Más calmado, añadió—: No se preocupe por ella, yo la llevaré. Se lo prometo.

El diplomático no contradijo esta vez al gigantón mulato, alzó a su hija del suelo y la llevó a la carrera hasta el Gulfstream. Por el camino, la niña perdió su osito.

—¡Papi, es Sammy!

—Déjalo, cielo… En cuanto lleguemos a casa…, te compraré otro.

Carmichael levantó a la esposa del diplomático en peso, casi sin esfuerzo, y se la echó al hombro, como quien carga con un fardo; a renglón seguido, corrió torpemente hacia el reactor.

Kieran Murphy era un hombre muy experimentado en situaciones de estrés —no en vano fue piloto de combate en la Primera Guerra del Golfo—, conque no perdió la calma y comenzó a pulsar botones y a mover palancas. Al instante, innumerables pantallas sofisticadas cobraron vida y los dos turborreactores aumentaron su zumbido. Con alivio, observó cómo los testigos de las consolas iban pasando escalonadamente del rojo al verde.

El diplomático y su hija subieron la escalerilla del avión.

—Siéntense y prepárense, el despegue va a ser movido —dijo Kieran, con la cabeza vuelta desde su asiento.

El hombre no preguntó, fue derecho a la zona del pasaje, acomodó a su hija en un crujiente asiento de piel y le ajustó el cinturón de seguridad.

—Papi, duele —sollozó.

—Lo sé, cariño. —Y le dio un fugaz beso en la frente.

—No te vayas.

El diplomático detuvo la carrera por el pasillo.

—Cielo, voy a buscar a mamá, volveré en un santiamén.

—No te olvides de traer a Sammy.

Sin contestar, el diplomático salió por la compuerta del reactor y descendió la escalerilla mojada hasta la mitad para ayudar a Dave con su esposa, que continuaba inconsciente y con el semblante cada vez más pálido. Entre ambos, reclinaron del todo un asiento y la tendieron con cuidado sobre él.

En ese momento, una bala impactó contra el fuselaje del avión y, a continuación, otra.

Kieran les urgía a voces desde la cabina de vuelo.

—¡Rápido, rápido! Esto se está poniendo feo.

Dave dejó solo al diplomático con su familia. Izó la escalerilla y aseguró la compuerta del avión; seguidamente, con el aeroplano ya rodando, saltó sobre su asiento y se ajustó el arnés de seguridad. La radio no dejaba de escupir órdenes admonitorias en inglés exigiéndoles que apagaran de inmediato los motores.

Los pilotos las ignoraron y colocaron el avión en la pista de despegue.

—¡Flaps en configuración! —gritó Kieran.

Carmichael empujó entonces a fondo la palanca de velocidad y, bruscamente, el sonido de los motores aumentó de intensidad, al tiempo que el avión salía disparado y dejaba atrás a los vehículos armados que ya casi estaban a su altura.

Más tiros dejaron una ristra irregular de agujeros en el fuselaje. El Gulfstream 150 era un reactor que requería menos pista y velocidad que otros de su clase para despegar, lo que lo convertía en ideal si te marchabas sin pagar la cuenta. Y tratándose de un asunto de los *Smith*, siempre era una contingencia a considerar. Confiando en que ningún proyectil hubiese comprometido la presurización de la cabina, continuaron devorando metros de asfalto.

—No lo vamos a conseguir —murmuró Kieran, con un surco de preocupación marcado en la frente.

Carmichael, esta vez, no le contestó. Estaba plenamente concentrado, viendo cómo el muro de árboles que ponía fin a la pista de despegue se acercaba deprisa. Demasiado deprisa.

—¡Sube ya! —exclamó Kieran, lívido.

—Aún no…, un poco más… ¡Ahora! —Dave extendió los alerones y el morro del avión se alzó milagrosamente, desmochando las copas frondosas de la primera hilera de árboles.

Mientras el tren de aterrizaje se recogía, ambos pilotos celebraron el despegue entrechocando las palmas de las manos y riéndose. Asomados cada uno por su ventanilla profirieron todo tipo de insultos y gestos obscenos a los soldados desplegados por la pista que, cada

vez, se hacían más pequeñitos.

Fuera del alcance de los disparos, el avión a reacción sobrevoló una carretera con minúsculos cochecitos moviéndose por ella y viró a la izquierda. Los tejados de las casas de Freetown dejaron de verse en cuanto se esfumaron dentro de unos oscuros nubarrones. Minutos después, las turbulencias sacudían la aeronave cuando una alarma resonó en la cabina.

—Algo va mal —dijo Murphy—. El motor derecho pierde potencia.

En ese preciso instante, sonó una tremenda explosión en el exterior y el reactor se agitó violentamente. Dave lanzó una mirada por la ventanilla lateral y observó la estela de un humo negrísimo.

—¡La turbina del motor está ardiendo!

El Gulfstream se inclinó entonces y comenzó a hundirse entre las nubes a una velocidad escalofriante. Numerosas alarmas se habían disparado y el sistema de alerta de proximidad no cesaba de repetir a los tripulantes que ascendieran la aeronave.

«Terrain, terrain!». «Pull up, pull up!»

En la cabina de pasajeros también se había desatado el pánico y oían los gritos histéricos de padre e hija. Kieran intentaba hacerse con el control de la situación con toda la destreza que poseía; sin embargo, su rostro bañado en sudor transmitía que no lo estaba logrando. El empuje de un único motor resultaba insuficiente para equilibrar la aeronave.

«¡Tierra, tierra!». «¡Ascienda, ascienda!»

Dave encendió entonces la radio y, con toda la calma que fue capaz de reunir, habló por el intercomunicador interno:

—Señor, asegúrense ahí atrás todo lo posible.

Según el radar, continuaban en el espacio aéreo de Sierra Leona, sobrevolando la selva. El altímetro indicaba que su altura era de tan solo mil metros, y bajando.

—¡Dave, el motor izquierdo se esta recalentando! De un momento a otro, también dejará de funcionar.

Dave volvió a encender la radio:

—Señor, prepárense para el impacto.

El *jet* privado salió de los nubarrones y siguió cayendo.

«¡Tierra, tierra!». «¡Ascienda, ascienda!»

De manera abrupta, surgieron las apretadas copas de los árboles y comenzaron a golpear la panza del reactor. Kieran y Carmichael agarraban los mandos con tanto brío que los nudillos se les habían puesto blancos. Transcurrido lo que creyeron un espacio de tiempo interminable, pero que en realidad no fueron más de diez o quince segundos, se vieron dentro de la selva. Cuatro ojos desorbitados de terror veían a través del plexiglás cómo, a su paso, el Gulfstream iba descuajando árboles y asustando a la fauna que huía despavorida ante

el súbito estruendo.

«¡Tierra, tierra…!»

Lo primero que se quebraron fueron las alas y los motores. Escasos segundos después, tras un impacto brutal, la zona de la cabina de vuelo y el morro se separaron del resto del avión. Los pilotos escucharon una fuerte explosión a sus espaldas. Al fin, la parte delantera, convertida en una suerte de torpedo, fue perdiendo velocidad, saltó por encima del caudal de un río, pasó a unos metros de una ciénaga, rebotó contra la maleza del suelo, se dio la vuelta hasta quedar bocabajo y fue a incrustarse en la pared de quince metros de altura que conformaban los manglares…

Lo último que recordaba vagamente Carmichael fue que se instauró un repentino silencio y todo a su alrededor se difuminó, hasta verse envuelto en un manto de oscuridad.

****

15

Filadelfia, Pensilvania (EE. UU.)

PATRICIA Bannier contemplaba con admiración el despliegue del HRT, el Equipo de Rescate de Rehenes del FBI, desde el puesto de mando provisional situado en las confluencias de Vine Street y la calle 20. Al parecer, dos varones armados con cuchillos se habían atrincherado en el interior del edificio de la Biblioteca Central y tomado consigo algunos rehenes. Desde el 11-S, el país estaba inmerso en una guerra global contra el terror y, como aún no estaba descartado el móvil ideológico de los asaltantes, la Oficina Federal de Investigación se había hecho cargo de aquella operación.

Tras superar con éxito las veinte semanas de intensivo entrenamiento en la Academia del FBI, en la base de marines de Quantico, Patricia estaba a punto de convertirse en una Agente Especial de pleno derecho. Y eso era precisamente lo que quería comentarle a Allen. No había viajado a Estados Unidos tan solo para participar en un programa de formación, como le dijo. Nada la retenía en Escocia y quería empezar una nueva vida.

Y el FBI era lo más.

Ella cumplía con todos los requisitos exigidos por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, a excepción de un pequeño detalle. Para ser agente federal se precisaba la nacionalidad estadounidense. Sin embargo, la norma podía flexibilizarse si eras de un país hermano como Gran Bretaña y contabas con un buen aval dentro de la agencia.

Y Patricia no solo tenía una buena mano, tenía todo un póker de ases.

Ramírez, con quien coincidió en su anterior estancia en el FBI, llevaba una carrera impresionante. Número uno de la promoción de 2009 —aún quedaban placas con sus récords en la sala de tiro y en la pista de atletismo de Quantico—, estaba al mando de la oficina de campo del FBI en el Distrito de Columbia, todo un hito en la agencia con tan solo treinta y seis años. Nunca llegó a conocer su nombre de

pila, pero hicieron buenas migas y Banner sabía que se la estaba jugando por ella. Se sentía en deuda y creyó que acabar sexta de su promoción era una buena forma de comenzar a devolverle la confianza ciega que había depositado en ella.

El lunes viajaría a Washington para ponerse a las órdenes de Ramírez. Allí, pasaría seis meses y completaría sus prácticas. Luego la destinarían a alguna de las oficinas que el FBI tenía repartidas por todo el país. Seguramente, por ser extranjera, le vetarían las áreas de Inteligencia y Contraespionaje y la enviarían a uno de esos lugares que solo existen en los mapas. Pero era un precio bajo por pertenecer a la agencia de investigación criminal más reconocida del mundo. Quizá con los años…

El batir de las palas de un helicóptero que daba vueltas en círculo por encima del descomunal edificio columnado la conectó de nuevo con la realidad del momento. La intervención se alargó apenas unos minutos. La unidad táctica redujo a los dos individuos armados y los rehenes fueron rescatados indemnes. Con la operación concluida, Patricia se alejó unos pasos en busca de un poco de tranquilidad. Ella estaba allí como mera observadora, así que nadie la echó de menos.

Con un vaso de papel de Starbucks en la mano encontró a los pocos metros un banco donde tomarse el té, en una verde pradera que había frente al edificio de la Biblioteca. Abstraída, dio sorbos a su bebida, ya tibia, mirando a lo lejos. A una nube rechoncha que se elevaba desde el suelo como un algodón de azúcar. La ausencia total de viento la mantenía inmóvil. De tez sonrosada plagada de pecas y un lacio cabello rubio recogido en una trenza, Patricia, como buena británica, se pirraba por un rayito de sol. Nada más apurar el té, dejó el vaso a un lado. Entonces, revolvió dentro del bolso buscando el teléfono móvil.

Tenía tres llamadas perdidas de números desconocidos. Dos efectuadas desde el mismo teléfono fijo y otra, desde uno móvil. Escuchó los mensajes de voz y puso cara de sorpresa al constatar que todos ellos eran de Allen. Grabó en la lista de contactos su nuevo número, y después lo llamó. En ese momento, su amigo viajaba camino de Nueva York.

—¿En un autobús? —preguntó extrañada Patricia.

—Es una larga historia. Oye, necesito hablar contigo.

El tono de él había sonado de urgencia. Ella resopló.

—Has vuelto a meterte en líos, ¿verdad?

—Ya… me… conoces…

—Allen, te pierdo. ¿Sigues ahí?

—Espera… que… estamos… Ya. ¿Me oyes ahora?

—Alto y claro.

—Pasábamos por un túnel. Mira, Patt, esto es muy serio.

Ella giró la muñeca y consultó de nuevo su reloj.

—Durante quince minutos, soy toda oídos.

—Preferiría contártelo cuando nos veamos el lunes.

Patricia realizó un silencioso gesto de asentimiento.

—Como quieras. ¿Tienes con qué apuntar?

—Dispara —dijo él.

—Quedamos a primera hora en el 935 de la avenida Pensilvania. Es el edificio J. Edgar Hoover, la sede central de FBI. En el mostrador de información pregunta por mí.

Una vez que devolvió el teléfono móvil al bolso, volvió a mirar la hora y se puso de pie. De regreso al puesto de mando, que ya estaba desmantelándose, pasó por una papelera y depositó el vaso de papel. Media hora más tarde, Patricia entraba por la puerta de la galería donde hacía sus prácticas de tiro. Metió el bolso y el abrigo en una taquilla con su nombre. Luego se pasó por la armería y recogió la Glock 19 que tenía asignada. En una confrontación armada, conocer tu pistola podía ser la diferencia entre vivir o morir; por esa razón, procuraba dedicar todas las horas posibles a practicar con ella. Con las orejeras y las gafas protectoras puestas y entre dos mamparas blindadas que la separaban de otros tiradores, apuntaba a la diana y disparaba. Apuntaba y disparaba. Cambió el cargador dos veces. Se consideraba buena tiradora —de hecho, en tiro había sido la tercera de su clase—, pero ese día no se le estaba dando nada bien. Su cabeza estaba en otra parte; en concreto, en un autobús rumbo a Nueva York.

La conversación con Allen la había dejado inquieta.

En los últimos dos años, habían pasado juntos el tiempo suficiente para llegar a conocerse a la perfección. Incluso, por una época, creyó sentirse atraída por él. Pero aquello quedó atrás, sobre todo en el momento en que él se enamoró de Victoria. Allen era transparente y tenía un anticuado sentido de lo correcto, por esa razón sabía de su habilidad innata para meterse en problemas. Desde que la llamó la víspera para pedirle el favor de que le organizase una entrevista con el jefe de la policía de Salem, sabía que aquello no llegaría a buen puerto, y ahora, por el apremiante deje con el cual le había hablado, intuía que algo había salido rematadamente mal. Su única esperanza era que, durante los próximos dos días, fuese capaz de quedarse quieto con las manos en los bolsillos.

****

16

Sierra Leona (África Occidental)

CARMICHAEL retorció el cuello en un esfuerzo para mirar hacia atrás. No había avión. Solo más jungla y rastros humeantes del accidente. Entonces contó hasta tres, pulsó el botón que liberaba su arnés y se precipitó al vacío.

—¡Me cago en la leche! —bramó.

Tras el brusco golpe, se incorporó con lentitud y chequeó su cuerpo en busca de alguna herida o un hueso roto. Lo siguiente que hizo fue ocuparse de Kieran. Localizó su pulso justo debajo de la mandíbula y resopló aliviado. Era fuerte. El arnés que lo sujetaba estaba atascado, de manera que sacó una navaja multiusos de los pantalones y lo sesgó. Con cuidado, sostuvo en peso al expiloto y lo depositó en el suelo.

La herida del antebrazo parecía lo más grave. Aprovechando su inconsciencia, cerró los dedos de la mano derecha en torno al metal puntiagudo y jaló con fuerza. El irlandés se sacudió gruñendo, pero continuó con los ojos cerrados. Acto seguido, se deshizo de la cazadora y se la colocó bajo la cabeza, a modo de almohada. Con la navaja cortó dos trozos de su propia camisa. Con uno taponó la herida sangrante y con el otro improvisó un torniquete. En un momento, los trapos se tiñeron de bermellón, pero al menos cumplieron su misión de reducir la hemorragia.

Carmichael dejó a su amigo postrado en la cabina y fue a echar un vistazo afuera, a fin de evaluar la situación.

Con pasos aún vacilantes, se alejó unos metros de la cabina del avión y se paró a mirar. Había maleza por todas partes. Alta y frondosa. Ya no llovía, pero la humedad atrajo a millares de insectos. Por encima de su cabeza oía pájaros y monos chillando. Los sonidos eran espeluznantes, nada que ver con el soniquete cantarín de un parque urbano. Necesitaba encontrar agua para limpiar la herida de Kieran o se le infectaría, por muy irlandés que fuera.

Hurgó en su memoria. Recordaba con vaguedad haber saltado por

encima del lecho de un río poco antes; así pues, se adentró entre la vegetación siguiendo el rastro del accidente. En poco tiempo, se vio atraído por un intenso rumor. Más animado, lo persiguió unos minutos apartando arbustos y marañas de enredaderas, hasta que abruptamente salió del tupido manglar y descubrió un río, ancho y caudaloso. Según su última localización, debía de tratarse del Little Scarcies.

Las riberas habían sido horadadas por la fuerza de la corriente, dejando a la vista las robustas raíces de los árboles, que se extendían largas como las patas de una araña. Al instante, la sonrisa que Dave esbozaba se desvaneció con el recuerdo de sus pasajeros.

«¿Qué habrá sido de ellos?».

Levantó la cabeza con la mano puesta sobre los ojos. En la otra orilla, oteó el caos absoluto que un accidente aéreo desata a su paso, incluidos algunos pequeños incendios que amenazaban con extenderse. Prestó oídos tratando de atisbar algún grito de auxilio, pero el rugido que profería el agua corriendo deprisa acallaba cualquier sonido que pudiera llegar de la selva. Aun así, se quedó escrutándolo todo un rato más.

Como no podía hacer nada por solucionar lo de sus pasajeros, se rasgó otro trozo de su ya maltrecha camisa y, agarrado a una raíz para evitar que la corriente lo arrastrase río abajo, se inclinó y lo hundió dentro del agua. Por el camino de regreso se detuvo a pensar en la compañía de seguros. ¡Se volverían locos con la pérdida del Gulfstream valorado en doce millones de libras esterlinas!

Las voces le llegaron con total nitidez mucho antes de alcanzar la cabina. Dave se detuvo en seco y se agazapó entre unos densos arbustos, procurando atisbar algo entre sus hojas, grandes y verdes. Escuchaba hablar a varias personas en su idioma, que sonaba como algún tipo de dialecto africano. Abandonó su escondrijo y avanzó encorvado por la cintura tratando de evitar por todos los medios que la maleza crujiera bajo sus pies. Así, logró aproximarse unos metros sin llamar la atención. Desde su nueva posición observó a seis… no, a siete tíos revolviendo entre los restos del avión.

«¡Mercenarios!».

Bastaba con ser un simple aficionado a películas de acción para llegar a aquella conclusión. Vestían ropas de camuflaje para la selva y cintas repletas de cartuchos se cruzaban en sus pechos y espaldas. Obedecían órdenes de un tío, sin exagerar mucho, tan ancho como alto. No llevaba parte de arriba del uniforme, dejando a la vista un pectoral que detendría la embestida de un jabalí o dos. La piel negra de su cuerpo, incluido el rostro, estaba cubierta por piedras deslumbrantes. Uno de ellos apuntaba con un inconfundible AK-47 de fabricación soviética a Kieran, a quien habían incorporado y atado las

manos. Si Kieran aún continuaba con vida era porque creían que, de alguna manera, podía serles de utilidad…

Su mente se quedó en blanco nada más sentir el frío de un cañón apretando su mejilla. Sin hacer movimientos bruscos ladeó un poco la cabeza y se topó con dos ojos oscuros clavados en él. No era más que un crío de doce o trece años, pero la crueldad de su mirada lo asustó. Dave levantó parsimoniosamente las manos, al tiempo que aquel niño profería gritos de advertencia. Unos segundos después, el escocés se vio rodeado de más mercenarios hablándole a la vez de forma apremiante. Antes de advertirlo siquiera sintió un violento golpe en la cabeza.

Un cubo de agua sucia lo reanimó de golpe. De inmediato, le llegó un asqueroso olor y escuchó algunas risas en torno a él. Sintió la repentina necesidad de masajearse la sien, pero sus manos también estaban atadas. En cuanto terminaron de registrarlo todo, el jefe del comando dijo algo y uno de los mercenarios, que llevaba puesta su cazadora, se dirigió a él y a Kieran y los obligó a levantarse. Empujándolos por la espalda con el cañón de su arma, los llevó hasta un grupo de ocho jóvenes de piel oscura, cinco hombres y tres mujeres, también prisioneros.

Formando una fila india, el grupo se internó en la selva por un tortuoso sendero infectado de insectos. Carmichael caminaba al lado de Murphy, rascándose las picaduras.

—¿Cómo está ese brazo?

—No te preocupes por mí, hijo, los irlandeses somos duros como rocas.

—¿Adónde crees que nos llevarán?

Murphy encogió los hombros y alguien lo forzó a callar, golpeándole con la culata en el abdomen. El irlandés gruñó y se dobló por la cintura antes de hincar una rodilla en la maleza y escupir bilis por la boca.

Dave se revolvió de manera instintiva.

—¡Eh! ¡No le toques, capullo! ¡Suéltame las manos y verás lo que hago con tu culo negro!

Del mismo modo, Carmichael recibió otro culatazo, pero su algo más de metro noventa de cuerpo lo absorbió bastante mejor. Repuesto, ayudó a Kieran a ponerse de pie.

Habían aprendido la lección y, durante el resto del camino, se mantuvieron en silencio.

****

17

Sierra Leona (África Occidental)

DURANTE ese día y parte del siguiente no dejaron de andar hacia el noroeste bajo un sol sofocante. La caminata fue larga y extenuante. Dejaron atrás la selva y cruzaron una vasta extensión de pastizales. Por fin, a lo lejos, entrevieron los perfiles ondulantes de una pequeña aldea llamada Bendugu. Allí, les proveyeron de agua de un pozo y algo de comer, y los subieron a la caja posterior de un camión desvencijado.

El vehículo abandonó el pueblo renqueando y atravesó una cordillera por una carretera asfaltada de un solo carril. En un momento dado, volvieron a las irregulares pistas de tierra que cruzaban sin una sola curva un árido paisaje desértico. A juzgar por el movimiento del sol, el viaje duró cuanto menos otras dos horas más; al cabo de las cuales, e inmediatamente después de vadear el lecho de un río seco, surgió en medio del desierto, como si de un espejismo se tratase, una serie de construcciones calcinadas por un sol de justicia.

El camión aminoró la marcha y siguió avanzando más despacio. Dave y Kieran contemplaron intrigados el ajetreo. Excavadoras sobre orugas, *dumpers* articulados y cargadoras de ruedas se movían de un lado para otro en un delirio de actividad y ruido. Se oyeron explosiones de dinamita y grandes nubes de polvo se elevaron al cielo azul, nublándolo temporalmente. Una multitud de personas de aspecto deplorable trabajaba en una cadena, bajo la atenta mirada de una veintena de guardias vestidos y armados de igual manera que los mercenarios que los habían capturado en la selva. Algunos no eran más que críos portando armas más altas que ellos. A la derecha dejaron unos barracones de uralita que se veían sucios y calurosos. A la izquierda, un campamento de grandes tiendas de campaña con máquinas de aire acondicionado. Entonces entendieron por qué los habían mantenido con vida: sus captores requerían de mano de obra.

El camión paró con un estremecimiento y los obligaron a bajar. A

las tres mujeres se las llevaron hacia una de las tiendas con aire acondicionado. A los hombres los condujeron hasta una caseta, donde los registraron y sustituyeron las ataduras que traían por unos grilletes oxidados que unían a los prisioneros de dos en dos por los tobillos. A Kieran, con su sonrojado rostro quemado por el sol, le suturaron la herida del brazo aplicándole un cuchillo candente y le quitaron una cadena de oro que llevaba al cuello. A Dave, el reloj de muñeca.

—Me daréis un recibo, ¿no? Ese reloj vale una pasta.

Un guardia dio un paso hasta él y le hundió la culata en el costado. Carmichael hizo esfuerzos ímprobos por mantenerse en pie. Se quedó un instante inmóvil, recuperando el resuello y con el rostro congestionado. A continuación, los empujaron afuera de la caseta y los llevaron hasta la mina.

Y ahí, acabó su buena suerte.

En cuanto arrastraron con torpeza sus pies dentro de las negras fauces de aquel laberinto, Dave y Kieran escucharon el incesante golpeteo del hierro contra la roca. El escocés, que en sus comienzos con la empresa de aerotaxis había transportado a vendedores de diamantes desde Sudáfrica hasta Amsterdam, reconoció al instante la piedra que los rodeaba.

«Kimberlita».

—Kieran, estos tipos trafican con diamantes de sangre.

El irlandés se lamentó con una mueca.

—Y me da la impresión de que nosotros somos sus esclavos.

—Algo parecido.

Enseguida se unieron a la hilada, les entregaron un pico de minero a cada uno y también ellos comenzaron a golpear aquellas lúgubres paredes grises. Pronto, el tiempo se desvaneció a su alrededor. El calor que hacía era inimaginable. El aire estaba viciado y todo lo impregnaba un hedor nauseabundo. Si existía el Infierno, no les cupo la menor duda de que sería un balneario comparado con aquel lugar. De cuando en cuando, pasaba por la fila un niño de unos nueve años, quizá más, imposible de saber, arrastrando un cubo lleno de agua y un cazo. El agua sabía a rayos y contendría todas las bacterias conocidas y alguna más por descubrir; sin embargo, Dave y Kieran se empeñaron en beberla. La sed era ardiente y debían intentar conservar las fuerzas el mayor tiempo posible.

—¿Crees que el sindicato de esclavos obligará a parar cada ocho horas? —dijo Carmichael, envuelto en sudor.

—Me temo que lo han disuelto. Tú, limítate a picar y no les des motivos para te vuelvan a golpear.

A ambos lados, había otros prisioneros trabajando. Unos picaban, como ellos dos; otros cargaban la kimberlita con palas en unas carretillas, y un tercer grupo las trasladaba a unas vagonetas. En sus

cuerpos famélicos y cubiertos de llagas se evidenciaban los efectos de los castigos y de la desnutrición. En ningún momento, dejaron de pensar en un modo de escapar de allí. No podían dejar pasar mucho tiempo o sus fuerzas también les irían abandonando hasta que les resultase imposible hacerlo.

Después de interminables horas de trabajo, sonó una sirena en la galería y todos a su alrededor dejaron caer los picos y las palas al suelo rocoso. Ellos dos los emularon.

—¿Esto es todo? Pues no ha sido tan duro —dijo Kieran.

Carmichael trató de sonreírle mientras se lo quedó observando unos momentos. No se dejó engañar por las apariencias. Aquel viejo irlandés era para él como un segundo padre y verlo así, al borde del agotamiento, le partió el alma.

Las vagonetas cargadas con la roca brillante comenzaron a deslizarse por unos raíles. Un minuto después habían desaparecido de su vista en la oscuridad del túnel. Aún permanecieron donde estaban durante otro rato más. Al cabo, llegaron nuevos mercenarios y los conminaron a moverse. En fila fueron arrastrando los pies, hasta que al fin salieron al raso. La noche ya había caído y una suave brisa les acarició el rostro, provocándoles una efímera sensación de alivio.

Unos focos iluminaban el campamento.

En la entrada de la mina, más prisioneros trasladaban los bloques de kimberlita desde las vagonetas a motovolquetes articulados. La maquinaria continuaba funcionando y provocaba un estrépito atronador. Moverse con los tobillos unidos por una cadena no resultaba sencillo, y el avance era lento y dificultoso. Por el camino, Dave observó una inmensa nave prefabricada con una abertura por donde asomaba una cinta transportadora. Los camiones *dumpers* paraban allí y descargaban la kimberlita. Más guardias, estos con perros agresivos, vigilaban atentos la maniobra. Esa cinta, conjeturó Carmichael, conduciría las rocas a través de una trituradora que separaría la piedra del diamante.

Según llegaban a los barracones de uralita, dividían a los prisioneros en dos grupos. A ellos les tocó el de la izquierda. Nada más entrar, la sensación de alivio que experimentaron durante el trayecto de vuelta desapareció de un plumazo. Hacía casi más calor que en el interior de la propia mina. Obviamente, no era así, pero no distaba mucho de la realidad. Después de que el ardiente sol la castigara todo el día, la uralita había transformado aquel lugar en una sauna insalubre. Además, una pestilencia a humanidad lo impregnaba todo. A un costado, había una hilera de perolos humeantes que desprendía un olor asqueroso. Al otro lado, unos colchones retorcidos tirados en la tierra con aspecto de mugrientos y con toda certeza llenos de chinches. Unos ventanucos protegidos por barrotes, por los que apenas

cabría la cabeza de un niño, eran toda la ventilación de la que disponía.

Primero hicieron la cola con el fin de agenciarse su ración de comida, luego Dave y Kieran buscaron una esquina y se derrumbaron en el suelo. Todos los huesos del irlandés crujieron con el gesto. Estaban tan agotados que no había espacio ni para las bromas con las que Carmichael contrarrestaba las consabidas quejas de Kieran. El ruido de las cucharas rascando el metal resultaba sobrecogedor. Con las cabezas gachas, los prisioneros devoraban su rancho, consistente en una sopa tibia con tropezones magros.

Aún no habían terminado y entraron ruidosamente en el barracón dos guardias. Escogieron a cuatro mujeres y, entre risotadas lascivas, las sacaron de allí a empellones. Un poco más tarde, se llevaron los perolos y atenuaron las luces. Dave y Kieran yacían con la intención de descansar algo cuando la puerta del barracón volvió a entreabrirse. Las mujeres regresaron sujetándose los vestidos rasgados. En silencio, se desvanecieron en la oscuridad de algún rincón.

Había colchones libres, pero ellos habían preferido el duro e incómodo suelo de tierra. Acaso, con el tiempo, acabarían pareciéndoles una buena opción de descanso, pero ese día no. Nostálgico, Carmichael rememoró el último desayuno que él y Kieran tomaron en el hangar, contemplando cómo el amanecer coloreaba las montañas que rodeaban Prestwick. De aquello no hacía ni cuarenta y ocho horas, pero pareciese que hubiera transcurrido una vida entera. Sin embargo, su presente era mucho más lóbrego y sombrío. Las personas que los rodeaban estaban resignadas a su destino. Trabajar en aquella inmundicia durante jornadas interminables hasta que un día su corazón, sin más, parara de latir; entonces, cual pieza de un engranaje, serían arrojadas al vertedero y reemplazadas por otras. No había más que mirarlos a la cara para comprender que habían consumido sus ganas de vivir.

Y aquello lo llevó a la dramática conclusión de que Kieran tenía razón. Más que prisioneros su condición era la de esclavos.

Con los ojos cerrados, Dave repasó concienzudamente todo lo que había visto, pero no descubrió grietas en el sistema. No es que fuera sofisticado, se basaba en algo tan sencillo como mantenerlos tan desnutridos y agotados que sus cuerpos se negasen a obedecer el impulso de escapar. Además, salvo que se hallaban al noroeste de Sierra Leona, no sería capaz de ubicar la mina en un mapa, y vagar sin rumbo por sabanas y selva no resultaba lo más aconsejable. Un pensamiento dominó entonces a los demás como una certeza descorazonadora:

Jamás conseguirían huir de aquel lugar dejado de la mano de Dios.

Era sábado. Por la noche. A más de siete mil kilómetros, con una diferencia de cuatro horas con el huso horario de Sierra Leona, Mia Rivera abandonaba la morgue de Baltimore, ciudad del estado de Maryland, pensando que no podía haber otra persona en el mundo más desdichada que ella.

Todo era cuestión de perspectiva.

****

18

Baltimore, Maryland (EE. UU.)

El día del partido Cameron llevaba puesta la camiseta con el 23 de Lamar Jackson y cubría su cabeza con una gorra púrpura de los Baltimore Ravens. Sentado en una de las gradas altas del M&T Bank Stadium, al lado de su padre, aplaudía al anunciarse por la megafonía los nombres de los jugadores locales y abucheaba los de los visitantes.

En ese momento, los Rivera aparentaban ser una familia como cualquiera otra.

Pasadas las doce, el árbitro dio inicio al partido bajo un cielo algo encapotado. Los Chargers de Los Ángeles comenzaron atacando y los Ravens defendiendo. Una decisión arbitral por violencia innecesaria provocó las airadas protestas de las setenta mil almas que abarrotaban el estadio. Al poco del comienzo, Tucker pateó el balón picudo, que, girando sobre sí mismo, voló por los aires y se coló entre los dos palos. El tres a cero para los de Baltimore fue celebrado por la grada con una algarabía.

Cincuenta minutos más tarde, entre cánticos del público a favor de su equipo, llegó el descanso. En los dos primeros cuartos, Tucker y Williams habían conseguido dos *touchdowns* más. Total, quince puntos para los Ravens, por ninguno de los Chargers. ¡Vaya paliza!

—Voy al servicio, Cameron. ¿Quieres que, de paso, te traiga algo de comer o de beber? —le preguntó Dylan a su hijo.

El niño se lo pensó.

—Mmm… Un perrito caliente con mucha mostaza. Mmm… Y una Coca-Cola.

—De acuerdo. Vuelvo en un instante. No te muevas. Eh, oiga, amigo —le dijo a un hombre jovial que ocupaba el asiento contiguo al suyo—. ¿le importaría echarle un vistazo al crío?

Cameron vio a su padre de espaldas ascender la escalinata de hormigón y desaparecer por un vomitorio. Doce minutos más tarde, cuando los veintidós jugadores se distribuían de nuevo por el campo,

giró el cuello y lo vio en la distancia. Deshacía despacio el camino, pisando fuerte cada escalón que bajaba mientras hacía equilibrios con la comida y las bebidas.

Cameron devolvió la vista al frente cuando el árbitro autorizó el comienzo del tercer cuarto. El público ya acomodado lanzaba protestas al tiempo que se balanceaba de un lado a otro para conseguir visibilidad entre las piernas de los rezagados. Los gritos viscerales y los aplausos volvieron a llenar el ambiente. Su padre no llegaba y volvió la vista por encima del hombro. Estaba parado en mitad de las escalinatas, hablando con una mujer. Las bebidas y los perritos estaban por el suelo.

Cameron se enfadó cuando lo vio alejarse otra vez en compañía de aquella mujer y meterse de nuevo por el vomitorio. Con diez minutos del tercer cuarto jugados, Dylan estaba de vuelta en su asiento con nuevas bebidas y perritos. El partido se había igualado. Marchaba veintiuno a catorce. En dos bocados se comieron los perritos. Cameron sorbió su Coca-Cola y Dylan acabó con la Budweiser en tan solo dos largos tragos. Estaba sediento.

Fue al sentarse después de celebrar una jugada cuando lo notó por primera vez. En un primer momento, fue como un ligero mareo que atribuyó a los efectos del alcohol de la cerveza. Pero casi de inmediato comenzó a sentirse realmente mal. Incapaz de sostenerse erguido se balanceaba de un lado a otro.

El hombre jovial sentado a su lado le tocó el hombro.

—Eh, ¿se encuentra bien?

Al girar la cabeza hacia él, el hombre se amedrentó y respingó hacia atrás, empujando a su vez a la persona sentada a su izquierda, lo que levantó algunas protestas. Aquel tío sudaba mucho, su rostro estaba pálido y dos manchas anaranjadas circundaban sus ojos enfermizos. De improviso, Dylan Rivera se derrumbó a los pies de su asiento y quedó tendido entre el escalón y la espalda de los espectadores de adelante.

Cameron brincó y pegó un grito. Alrededor se montó un pequeño revuelo. Mientras en el campo Lamar Jackson distribuía el balón entre vítores, dos espectadores agarraron a Dylan por los brazos y las piernas y lo tendieron bocarriba sobre el hormigón, que se había despejado en un momento. Serpenteando entre los espectadores, se abrió paso hacia ellos el médico del estadio acompañado por dos vigilantes de seguridad. El doctor Green enseguida comprobó que Dylan no respiraba. Le arrancó de un tirón los botones de la camisa y le practicó maniobras de reanimación. Una, dos, tres veces. Tras varios minutos de inútil esfuerzo, paró. No había nada que hacer.

Aquel hombre seguía sin respirar.

Estaba muerto.

Del todo.

****

19

Baltimore, Maryland (EE. UU.)

SEGUÍA horneando galletitas de jengibre cuando sonó el timbre de la casa no una, como dictan las normas de cortesía, sino varias veces. Esa insistencia propia de la premura solo podía significar una cosa: malas noticias. Con su hijo y su marido fuera de casa, Mia Rivera cruzó el pasillo casi a la carrera y escrutó ansiosa por la mirilla. Nada más ver en el rellano a un hombre y a una mujer mirando al suelo, ambos con el uniforme de la policía de Baltimore, sintió ganas de llorar.

En cuanto abrió esa puerta, el mundo, tal como lo conocía, se desmoronó como un castillo de naipes.

Veinte minutos más tarde, Mia cruzaba la puerta de la morgue, abatida y desconsolada. La agente uniformada la sostenía del brazo para evitar que se derrumbase. El agente masculino iba delante abriendo las puertas a su paso. Llegaron a una sala fría de acero inoxidable, donde un hombre joven enfundado en una bata blanca los esperaba junto a una pared repleta de neveras para cadáveres. Tan pronto como vio llegar al trío, abrió una de las neveras y deslizó fuera una plancha de acero hasta la mitad del recorrido.

Una sábana celeste cubría un cuerpo inerte.

Conforme el ayudante del forense apartaba la sábana lo suficiente para mostrar el rostro del cadáver, Mia rezó para que no fuese él. Y, durante un breve espacio de tiempo, así pareció ser. Los policías insistieron. La Ley exigía un reconocimiento facial de los cadáveres. El doctor Nelson aclaró que el rictus de la cara cambia con la muerte. El *rigor mortis* tensa los músculos y provoca ese efecto visual. Pero no era eso. Aquel individuo que yacía frente a ella no podía ser su marido. Al final, una marca de nacimiento en el abdomen, la documentación que llevaba consigo, la ropa que le mostraron y el anillo de boda la convencieron de que aquel cuerpo sin vida correspondía al de Dylan Rivera.

Su marido. Muerto. Del todo.

Entonces lo comprendió y lloró.

La mente funciona así. Al principio niega la evidencia y de repente todo se vuelve lúcido por un momento, antes de caer en una especie de letargo del que tardas más o menos en salir. En ese momento de claridad preguntó cuándo podría llevarse el cuerpo para enterrarlo. Hubo un instante de silencio en la sala. Los policías y el médico forense cruzaron miradas. Terminó por hablar la mujer policía:

—Señora Rivera, entendemos su dolor, pero antes hay que practicarle la autopsia. Pese a que el fallecimiento se ha producido por un infarto de miocardio, las leyes federales así lo exigen.

Del depósito de cadáveres, Mia fue trasladada a la comisaría, donde recogió a Cameron, que al ser menor de edad había quedado bajo la tutela de una cuidadora social. Para cuando el coche de patrulla que trasladaba a madre e hijo estacionó junto a la acera delante de su casa, Mia ya había entrado en la fase de letargo. La noticia luctuosa había corrido por el barrio y media docena de vecinos aguardaban cariacontecidos su regreso ocupando el camino de entrada.

¿Qué hacía toda esa gente en su casa? Ella solo quería dormir. Cerrar los ojos y abrirlos dentro de uno o dos años. Puestos a elegir, mejor cinco.

—¡Mamá, ven a ver la tele!

El grito de Cameron desde el salón la pilló hablando por teléfono con su madre, y no hizo ni caso. Su madre vivía en San Francisco y la artrosis le impedía viajar hasta Baltimore. Mia se sentía plenamente agotada y dos negras bolsas asomaban bajo sus enrojecidos ojos, echándole encima diez años más de los cuarenta que en verdad tenía. Los vecinos más allegados, a los que se fueron sumando algunos familiares, habían permanecido toda la noche a su lado. Su cuñado Martin, que era abogado, le había prometido que hablaría con algunos contactos del ayuntamiento para tratar de recuperar el cuerpo de Dylan a la mayor celeridad posible.

Martin metió la cabeza en la salita donde Mia estaba al teléfono, y le dijo serio:

—Mia, tienes que venir a ver esto.

Ella no supo cómo interpretar ni su gesto ni su tono, pero sonaron tan acuciantes que cortó la comunicación al instante y acompañó a su cuñado por la casa. En cuanto asomó por el salón, las conversaciones se silenciaron y varios pares de ojos escrutadores se apartaron del televisor para clavarse en ella.

Durante unos segundos, Mia no supo bien qué estaba viendo. Luego, poco a poco, fue comprendiendo la escena que se desarrollaba

ante ella:

En directo. Domingo, a punto de dar las dos menos cuarto de la tarde. Una última hora de la cadena de noticias CBS.

La pantalla de plasma del televisor estaba dividida en dos. En el lado izquierdo, figuraba el semblante desencajado de una locutora. Impresionada, quizá resultaba la palabra más adecuada. Hablaba con cierto nerviosismo. Insistía con énfasis en que las imágenes que estaban mostrando podían herir la sensibilidad del espectador. En la derecha de la pantalla, se reproducía un vídeo casero. Un titular con letras blancas ocupaba toda una franja roja:

«Fiscal de Baltimore asesinada con brutalidad»

Mia decidió centrarse en el vídeo. Por un contador que se mostraba en la parte superior supo que duraba un larguísimo minuto, luego comenzaba de nuevo, como en un bucle sin fin. La imagen era de una calidad baja y temblaba. Sin la menor duda habría sido grabada desde algún teléfono móvil. No se entendía casi nada. Solo griterío histérico y unos ruidos horribles. Como una cañería atascada. Tuvo que visionarlo tres veces completas para entenderlo del todo. El vídeo empezaba con la imagen de un hombre desnudo. Su cuerpo recubierto de tierra oscura, más como turba. Su cabello apelmazado. A su paso, dejaba un rastro de barro en el suelo embaldosado. Entraba por la puerta de un restaurante. Parecía uno de los caros. Cruzaba con pasos vacilantes el local. Dando tumbos. Chocaba con los objetos que encontraba a su paso. Gruñía y jadeaba como un animal…

Mia juntó el ceño. ¿Quién o… *qué* era eso? Sin embargo, no podía desembarazarse de la espantosa impresión de que algo en aquella escena le resultaba tremendamente familiar.

Por momentos, aquella cosa avanzaba sin detenerse hacia la mesa que ocupaban la fiscal Hargrove y un señor trajeado —la locutora también explicó quién era, pero Mia no prestó atención—. Sin mediar palabra se echaba sobre la mujer. A medida que le desgarraba el cuello con los dientes, esparciendo sangre y pedazos de carne en el mantel blanco, los comensales de alrededor, presa del pánico y del horror, se levantaban de sopetón chillando y abandonaban a la carrera el local. En un santiamén se desataba el caos. El cuerpo de la fiscal se desplomaba inerte. Su cara golpeaba un plato de consomé y el caldo saltaba por los aires.

En un ejercicio hipócrita de puritanismo, la cadena cubría con un círculo borroso los genitales del asesino, pero mostraba con toda su crudeza los restos sanguinolentos de su acción. Los chillidos histéricos se imponían. Entonces el asesino se giraba hacia la cámara y comenzaba a caminar erráticamente hacia ella, mostrando un primer plano de su rostro deformado…

Pero reconocible.

No podía creer lo que veían sus ojos vidriosos. Era *Dylan*. No el Dylan que ella había conocido. Su marido. El padre de Cameron. Sino el *Dylan* que había visto en el anatómico forense la tarde anterior. El mismo semblante enfermizo. Solo que este no estaba muerto, tenía el pelo cubierto de algo pastoso de color pardusco, marcas rojas en torno a los ojos, un círculo color escarlata rodeaba su boca… y esos dientes. Amarillos, mugrientos.

Se le puso la piel de gallina. ¿Era posible?

La cinta terminaba bruscamente, y volvía a empezar con *Dylan* entrando de nuevo por la puerta del restaurante.

En el salón de su casa todo el mundo estaba absorto, alternando las miradas entre ella y la pantalla del televisor.

—¡Mami, es papá en la tele!

Mia, desolada, volvió a centrase en la locutora:

… este hecho tan espantoso ha sucedido esta mañana, en torno a las doce, en el restaurante La Fortuna, situado en North Calvert Street, delante del Palacio de Justicia…

No podía ser. Dylan estaba muerto. Ella lo había visto con sus propios ojos sobre aquella camilla de acero inoxidable.

… la policía ha acribillado a balazos al asesino…

No pudo escuchar más. Se sintió repentinamente mareada. No vio donde apoyarse y, antes de que nadie pudiera acudir en su auxilio, se desplomó sobre la alfombra.

****

20

Sierra Leona (África Occidental)

El ruido de varias toses ásperas lo arrancó del duermevela en que estaba sumido. Dave volvió a cerrar los ojos, pero ya no consiguió dormir. Su propio cansancio le había desvelado. Alzó la mirada hasta el ventanuco más cercano. La posición de la luna le mostró que habría dormitado unas tres horas. Repentinamente los focos del barracón se encendieron en una explosión de luz y varios mercenarios comenzaron a moverse entre cuerpos molidos, golpeándolos sin compasión con las botas.

Así, comenzó el domingo, su segundo día en el infierno.

La delirante jornada de trabajo en el yacimiento transcurrió como la del día anterior: picando kimberlita en la veta envueltos en una especie de lóbrego frenesí de calor, claustrofobia y agotamiento. Al salir de la galería para regresar al barracón, percibieron, sin embargo, mucha más agitación en el campamento que la víspera. Aparcados ante la entrada de la nave donde separaban los diamantes de la kimberlita, vislumbraron dentro de un gran círculo de luz dos camiones que no tenían nada que ver con la chatarra que los trasladó desde la aldea de Bendugu. Estos eran dos Kamaz de fabricación rusa con las cabinas traseras cubiertas con lonas. Auténticas bestias del desierto, con ruedas tan anchas que un hombre fornido no podría abarcarlas con los brazos extendidos. Un grupo de prisioneros cargaba los camiones con cajones que daban la sensación de ser pesados.

A cierta distancia de los camiones, pero aún dentro del cerco de luz que proyectaba uno de los focos, distinguieron a dos hombres en medio de una charla animada. Uno era el tío musculoso que los capturó en la jungla. Al otro, en cambio, era la primera vez que lo veían. También era de piel morena pero no parecía africano, más bien caribeño, e iba vestido de modo completamente diferente. Sus facciones resultaban delicadas, su pelo de color platino y lucía una llamativa camisa amarilla con estampado floral. Por la caída, sin duda

de seda. Sobre su pecho, brillaba una gruesa cadena de oro cerrada en torno a una especie de amuleto y sus pies calzaban unos zapatos de piel de cocodrilo cubiertos del polvo de la sabana.

Sin necesitad de decirse nada, Dave y Murphy habían llegado a idéntica conclusión: Trasladaban los diamantes y tal vez, solo tal vez, aquello les brindara una oportunidad de escapar.

Reflexionando acerca de sus opciones se adentraron en el barracón donde se pusieron en la cola para la ración diaria de comida. Por una vez, la suerte se alió con ellos. Tras hablar por la radio, un mercenario rebuscó con la mirada entre la fila y les hizo señas a ellos dos, que ocupaban los dos últimos lugares, para que fueran con él. Rápidamente, un crío al que le faltaba una mano empezó a gritarles y a empujarles con el kaláshnikov que apoyaba sobre el muñón.

Sin rechistar, abandonaron la fila y fueron en pos del mercenario, que los guio bajo la noche desde el barracón hasta la nave prefabricada. Debido a la cadena que les unía a ambos los tobillos, tenían que hacer un gran esfuerzo para no rezagarse. Nada más acceder a la nave quedaron anonadados. El tráfico de diamantes no eran más que la punta del iceberg. Aquello iba mucho más allá. Por todas partes había esculturas africanas, máscaras tribales, colmillos de marfil y crías de animales salvajes enjauladas —leones, primates, leopardos y aves de llamativos colores—. También había tres niños albinos y una docena de mujeres nativas inmovilizados en un rincón, con expresión aterrada. Según había visto Carmichael en un documental, en muchas zonas de África seguía arraigada la superstición de que el trastorno genético convertía a los niños albinos en endemoniados, y sus cuerpos eran utilizados en rituales de magia negra. En cuanto a las mujeres, seguramente las convertirían en esclavas sexuales.

Un contador sentado tras una mesa escudriñaba cada diamante con una lupa de joyero incrustada en el ojo derecho; a continuación, los medía y pesaba en una balanza de precisión. Su tez era rosada y su cabello, muy rubio. Europeo, a buen seguro holandés, o quizá sudafricano. Por último, hacía anotaciones en un cuaderno y, con sus manos cubiertas con guantes para evitar arañazos que menguaran su valor, depositaba cuidadosamente los minerales en pequeñas cajas con el interior forrado de fieltro azul.

Aquel sitio les resultó repugnante y no les sorprendió descubrir que los diamantes recibían mejor trato que las personas.

Al momento, obligaron a Carmichael y a Murphy a colocarse en la cadena de transporte, donde llegaban los objetos embalados. Comenzaron por trasladar un cajón de madera que pesaría una tonelada, o al menos es lo que ellos creyeron, desde la nave a la trasera de uno de los camiones. Luego siguieron tantos que perdieron

la cuenta. No habría transcurrido una hora, cuando un estrépito recorrió el lugar y los compelieron a parar. El arco biométrico, por donde pasaban todos los trabajadores que salían del interior de la procesadora, aulló con uno de ellos y una centelleante luz naranja se disparó. Los pies de aquel hombre no se movían. Parecían atornillados al suelo. Miraba hacia todas partes con los ojos desorbitados. Entonces, probablemente movido por el pánico, no se le ocurrió otra cosa que salir corriendo.

No llegó lejos.

Uno de los guardias soltó la correa que retenía un pitbull con aspecto intimidante. El animal, viéndose liberado, salió zumbando en pos del hombre que corría. No precisó más que unos pocos metros para darle caza. El perro cerró entonces sus poderosas mandíbulas en torno al gemelo izquierdo desnudo y el hombre salió trastabillado, estampando la cara contra el polvo rojo del desierto. Pocos segundos después, entre aullidos de dolor, se vio rodeado de vigilantes que reían a mandíbula batiente. El sabueso se apartó a un lado y terminó de tragar el trozo de carne arrancada.

Con la algarada, accedieron a la nave los dos hombres que departían afuera, el musculoso y el de la camisa de seda. A una señal del primero, levantaron al hombre con brusquedad y se lo acercaron, dejando un reguero pardusco sobre la arena. Su pierna izquierda era un amasijo de carne sanguinolenta. Aquel pobre diablo se estremecía desencajado, con una mezcla de miedo y dolor. Por encima de sus cabezas, aún resonaba la molesta estridencia de la alarma.

El jefe del campamento cortaba el aire con el machete cuando alguien le habló al oído. Detuvo el movimiento con la hoja a escasos centímetros del cuello del ladrón. Durante un segundo, observó al tipo de la camisa de seda, mostrando una sonrisa sádica. Entonces enfundó el machete y habló a los presentes. Su vozarrón era gutural, intimidante. Nada más terminar su perorata, se dio la vuelta e inició el camino hacia el exterior de la nave. Los esbirros iban detrás arrastrando de los brazos al prisionero. Todos los presentes, incluidos Dave y Kieran, fueron conminados a dejar sus tareas y abandonar el recinto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Murphy.

—A mí, no me preguntes —respondió Carmichael—. Yo, de dialectos africanos ando pez.

Un prisionero joven, que caminaba al lado de ellos dos, chapurreó algo de inglés en voz muy baja, casi susurrando:

—Ser brujo. Llevar Demonio dentro. Por eso robar.

—Y ¿adónde se lo llevan?

El joven, en un tono aún más bajo, hasta convertirlo en un sonido casi inaudible, dijo:

—*Yuyu*.

—¿Cómo?

—Exorcismo. —Luego se calló y se escabulló entre los demás esclavos.

Bajo la luz brillante de una gigantesca luna se había formado un amplio círculo con todos los prisioneros, a los cuales habían sacado de los barracones para asistir al escarmiento. El brujo ocupaba el centro del círculo, rodeado por una jaula invisible hecha a base de huesos y cráneos emplazados de una manera ritual sobre la arena. Despojado de sus harapos, lo habían atado a un poste para que no se desplomara.

En la explanada ningún sonido interrumpía el silencio críptico y un halo inquietante envolvía el lugar.

De improviso, un estremecimiento fue extendiéndose por la multitud al tiempo que se iba abriendo, como un río rodea una roca, al paso de una mujer negra como el tizón vestida de blanco. El brujo la miraba acercarse a él con ojos despavoridos. A pesar de su gordura se desplazaba con movimientos gráciles. Los fetiches que rodeaban su cuello se agitaban al compás de unos timbales que reverberaban al ritmo de los latidos del corazón. Los presentes, incluidos los esclavos, proferían cánticos.

La exorcista alargó la mano negra en la cual portaba un sonajero con forma de calabaza y lo agitó mientras recorría con él el cuerpo del poseído, que no cesaba de temblar y gemir. Acto seguido, extrajo una mano humana embadurnada en sangre de una bolsa de piel, y la sacudió, rociándolo con el espeso líquido rojo. Por último, ofreció al pobre desgraciado beber de un cuenco de barro. Al tiempo que este tragaba el brebaje, a base de hierbas y pedazos de animales, la exorcista susurraba conjuros rituales.

La exorcista se calló y los timbales cesaron. Durante unos instantes, no sucedió nada. De súbito, aquel cuerpo desnutrido se sacudió en espasmos violentos. Los ojos en blanco, ausentes. La mandíbula tensada. El cuello estirado. Entonces apoyó la pierna devoraba por el perro en el suelo, como si tal cosa.

Dave y Kieran se quedaron en un segundo plano, con los sentidos atrapados en aquel siniestro ceremonial de hechicería; observándolo con el embelesamiento hipnótico de quien asiste a un atraco paralizado sin poder mover un dedo.

Volvieron los timbales. El ritmo había enloquecido. Como un corazón desbocado. Varios truenos retumbaron en el cielo como preludio de una violenta tormenta. Entonces, un nuevo rumor nervioso recorrió el lugar. Todos daban un paso hacia atrás, abriendo un pasillo directo al centro del círculo. Con una mueca siniestra dibujada en su espeluznante rostro, el Señor de la Muerte Negra se materializó de entre la multitud congregada. Media cara estaba

recubierta de barro cuarteado de color amarillo. La otra media, de blanco. Sus ojos negros como la muerte. Su pelo del color de la plata. El dibujo de una calavera y una serpiente cubría su torso desnudo. El ofidio salía de la boca, se doblaba para desaparecer por una cuenca y surgir por la otra. El realismo de aquel tatuaje resultaba inquietante.

Una serpiente de coral azul se retorcía entre sus manos. Con la derecha la sujetaba justo por detrás de la cabeza, de un brillante color rojo. El reptil más letal del mundo siseaba mostrando dos mortíferos colmillos. Comenzó a llover. La exorcista continuaba lanzando a la noche sus conjuros rituales.

El Señor de la Muerte Negra penetró dentro del círculo.

El brujo seguía en trance. Su cuerpo brillaba de sudor.

Le aproximó al cuello la cabeza de la serpiente.

Con un ataque rapidísimo, le inoculó su veneno mortal.

****

21

Sierra Leona (África Occidental)

GOTARONES de lluvia golpeando sus cabezas sacaron de su mutismo a Dave y Kieran, que cruzaron entre sí una mirada elocuente.

—Puede que esta sea la oportunidad que estábamos esperando —susurró Carmichael.

Víctimas de la superchería, todos a su alrededor estaban inmersos en una especie de trance colectivo. Además, estaba jarreando y el agua emborronaba el entorno.

—No sé tú, pero yo me muero de ganas por largarme de este maldito lugar, así que no lo pensemos más —dijo Kieran.

Y no lo hicieron. Dando disimulados pasos hacia atrás, pronto se vieron a unos metros de la multitud, sin que nadie los hubiese detenido.

En ese momento, una sonora y horrenda carcajada se imponía al estruendo de la lluvia. Sin dilación, se dieron la vuelta e, inclinados hacia delante, cubrieron lo más aprisa que pudieron la distancia que los separaba de los camiones Kamaz, que continuaban aparcados en el mismo lugar, con los motores apagados y las trampillas traseras bajadas. De los dos, escogieron para refugiarse el que estaba más alejado de la multitud. El otro les hacía de cobertura por si acaso se le ocurría a alguien mirar hacia allí.

—Vamos, a la de tres —dijo Kieran.

Con un salto coordinado subieron a la trasera y se dirigieron hacia el fondo, esquivando jaulas, terrarios y pesados cajones. Terminaron de escabullirse bajo una lona oscura y grasienta que había en un rincón, echa un ovillo. Los animales enjaulados se alborotaron con su presencia, pero, entre el fuerte repiqueteo del agua y el ritual, nadie pareció percatarse del escándalo.

Inmóviles y a la escucha, aguardaron acontecimientos.

En poco tiempo, cesaron los timbales y concluyeron los cánticos. La agitación previa al intento de sustracción de los diamantes no tardó en

volver al campamento. Nadie pareció echarlos en falta. Con la misma brusquedad con que había comenzado a llover, escampó. Oyeron pasos dentro de la cabina y ruidos propios de acomodar la carga. Pronto volvió la calma. Un golpe sordo anunció que alguien había subido el portón trasero. El camión se estremeció ruidosamente cuando el motor cobró vida con un rugido. Luego se mantuvo un rato al ralentí, calentándose. No habrían pasado ni cinco minutos y empezaron a moverse muy despacio; primero marcha atrás y después de frente.

Harto de imaginar lo que estaba sucediendo, Dave apartó un poco la lona que los cubría y atisbó entre las cajas de embalaje. Junto al portón, a la derecha, distinguió a seis jóvenes sentadas en el suelo y encadenadas con grilletes a unos soportes del propio chasis del camión. Antes no se había detenido mucho, pero llevaban puestos sencillos y coloridos vestidos tribales algo maltrechos. En un banco de hierro, frente a ellas, un guardia. El capullo que le había quitado su cazadora.

El camión en el que viajaban ocupaba la última posición del convoy, por lo que tenía una vista más o menos despejada de lo que dejaban a su paso. Las nubes se habían ido y volvían a brillar las estrellas. Aún en el campamento, pasaron a una distancia prudencial de un helicóptero que había levantado un pequeño torbellino de arena roja a su alrededor. El caribeño de la camisa de seda se acercaba a él agachado y con media cara cubierta con un pañuelo. Por su manera de moverse y su pelo del color de la plata, reconoció en él al tío que sostenía la serpiente de coral azul. Un tío al que no olvidaría nunca.

«Lo juro por lo más sagrado».

Al poco, les llegó el batir de las palas de la aeronave pasando por encima de ellos. El sonido fue alejándose y dejó de oírse.

Los últimos vestigios de la mina quedaron atrás y fueron ganando velocidad. La trasera del camión se bamboleaba debido al firme irregular. Los animales enjaulados se mostraban intranquilos; una cría de león daba vueltas sin cesar y un simio no paraba de golpearse violentamente contra los barrotes de acero mientras chillaba emitiendo un sonido molesto. Las mujeres nativas, por su parte, permanecían las unas apretadas contra las otras, quietas y silenciosas. Sus semblantes eran explícitos. Exhibían la viva imagen del terror.

La arena iba secándose y con su avance por aquella recta interminable las descomunales ruedas del vehículo iban arrancando una densa nube rojiza. A causa del traqueteo, el guardia entró en un estado de sopor. De vez en cuando su barbilla tocaba el pecho y se daba una cabezadita. A fin de cuentas, no había riesgo de que ni las mujeres ni los animales escaparan. Cada cierto tiempo, Dave apartaba la lona que los cubría para echar una ojeada. Dio por descontado que

se dirigían a Freetown. Aquello tenía sentido. En la capital podrían embarcar en un avión… o en un barco. Sí, seguro que en un barco. Los controles aéreos resultaban demasiado férreos para una mercancía tan sensible. En cambio, en el puerto podrían estibarlo todo en algún carguero y dirigirse a cualquier parte del mundo. Carmichael se mostraba bastante convencido de que, en un país como Sierra Leona, no resultaría difícil convencer al práctico para que hiciera la vista gorda…

Carmichael barruntaba acerca de todo aquello cuando los bamboleos del camión remitieron y la velocidad comenzó a aumentar progresivamente. Debían de haber dejado atrás el sendero de tierra e incorporado a alguna carretera asfaltada. Volvió a asomarse para confirmar su impresión. Con el cambio de firme, el guardia se despertó. Vio que todo seguía en orden y cerró los ojos de nuevo. Quizá habría transcurrido otra hora más cuando el motor rugió y comenzaron a subir una rampa empinada. De ahí en adelante, el camión no paró de hacer giros a izquierda y derecha. Entonces, los escasos conocimientos que atesoraba de la orografía del país acudieron a su mente y sus sospechas en lo tocante a su destino se vieron confirmadas. Dave comprobó otra vez que el mercenario seguía dormido y acercó su boca al oído de Kieran:

—Opino que estamos ascendiendo el monte Bintumani. Al otro lado debería de estar Bendugu, la aldea por la que pasamos cuando nos trasladaban a la mina. Kieran, es ahora o nunca.

El irlandés asintió con la cabeza.

—Pues que sea ahora, pero tendrás que ayudarme, estoy entumecido. Este cuerpo ya no es lo que era.

Con movimientos sumamente sigilosos, se quitaron la lona de encima y se movieron entre la carga. A punto de dejar atrás el último parapeto, se pararon en seco. Una de las nativas los miraba con un semblante cargado de asombro. El resto dormitaba. Carmichael se llevó de inmediato el dedo índice a los labios. La joven entendió la señal pues miró de soslayo al guardia y bajó la cabeza. Ahora venía la parte más delicada: pasar junto a las jaulas de los animales. Si se alborotaban, adiós al sigilo.

Entre que estaban unidos entre sí por una cadena, lo que dificultada sobremanera sus movimientos, y que el conductor del camión redujo una velocidad, para, acto seguido, pisar el pedal del acelerador a fin de coger impulso, presumiblemente ante un tramo más empinado de la carretera de montaña, Murphy y Carmichael trastabillaron hacia delante, rodaron por la caja y fueron a caer a los pies del guardia, que abrió los ojos sobresaltado y dio un respingo.

Durante un momento, que no fue más allá de un par de segundos, no sucedió nada de nada. Todos se quedaron inmóviles, sin saber qué

hacer. El guardia, mirando anonadado a aquellos dos tipos que habían surgido de la nada. Kieran y Carmichael con esa cara que uno pone ante una situación embarazosa. Los animales cautivos empezaron a chillar en sus jaulas.

El primero en reaccionar fue el escocés.

—Hola, capullo, he venido a recuperar mi cazadora. —Carmichael procuró incorporarse de un brinco, pero olvidó que estaba sujeto a su compañero y, entre palabrotas, volvió a caer de culo en una escena propia del cine mudo.

Aquello actuó como una espoleta. El mercenario quiso recoger el kaláshnikov que descansaba a su lado sobre el banco, pero sus movimientos fueron lentos y torpes. Ahora sí, al unísono, Dave y Kieran se pusieron de pie y comenzaron a forcejear con él. Una curva cerrada tomada a demasiada velocidad volvió a separarlos y a lanzarlos a todos a rodar sobre el metal de la cabina. Los prisioneros aprovecharon para rodear el cuello del mercenario con la cadena que ataba sus tobillos. Incorporados por la cintura, jalaron hacia atrás como si la vida les fuese en ello, impulsándose con los pies sobre los propios hombros del guardia, cuyo rostro no tardó en congestionarse. Con los globos oculares a punto de salirse de sus órbitas, no paró de balbucear y patalear por espacio de un par de minutos. Desesperado, empezó a agarrar con ambas manos la cadena. De repente, cesó la resistencia y su cuerpo quedó flácido.

Kieran y Dave se dejaron caer agotados en el banco de acero, resoplando. La herida del antebrazo de Kieran volvió a sangrar. A pesar de que eran dos contra uno, les había costado lo suyo tumbarlo. Los tres días de agónico esfuerzo y escasa alimentación comenzaban a pasarles factura.

—La próxima vez… recuérdame que… cambiemos de agencia de viajes —dijo Carmichael entre jadeos.

—¿La próxima vez? A mí…, no me volverás a coger en otra.

—Fingiré que no he oído eso.

Entre risas, Carmichael se enjugó la película de sudor que cubría su rostro. De lo que no acertó a desembarazarse fue de la sensación de incomodidad pegajosa que se extendía por todo su cuerpo. Tras un rato hombro con hombro, Carmichael dijo:

—Anda, tú estás más cerca, busca las llaves.

Kieran se inclinó sobre el cadáver y sus manos rebuscaron en los bolsillos del muerto hasta que dieron con un juego de llaves pequeñas recogidas en una argolla, que blandió en alto con una mueca de triunfo.

El camión continuaba el ascenso entre laderas y barrancos a unos treinta o cuarenta kilómetros por hora. A esa velocidad, podrían saltar sin riesgo de romperse la crisma. Solo tenían una idea aproximada de

dónde se hallaban, pero de esa cuestión se ocuparían más adelante. Las seis muchachas serían las primeras en abandonar el camión. Con ridículos gestos y señas, intentaron explicarles sus planes. Dave desalojó el perno de un extremo del portón trasero y Murphy del otro. Lo abatieron despacio acompañándolo con las manos, a fin de amortiguar su caída. A renglón seguido, las seis jóvenes fueron saltando de una en una. Con aire de preocupación observaron cómo, quien lo hizo en último lugar, cayó de mala manera y quedó tirada en la calzada.

A los animales no podían liberarlos. Con la caída, era más que probable que se partieran una pata. Fuera cual fuese su destino, confiaban que fuera mejor que una muerte segura. En cambio, sí abrieron las jaulas de una pareja de loros con el plumaje de colores chillones, que al instante batieron sus alas y se marcharon volando.

El camión se fue alejando. Las jóvenes abandonaron renqueantes la carretera y se escabulleron en la noche.

—Es nuestro turno. Larguémonos de una puñetera vez… —Kieran dejó de hablar; entonces, se quedó mirando fijamente a Carmichael y abortó el movimiento del salto.

Por su expresión supo al instante que Dave no tenía ninguna intención de abandonar el camión.

****

22

Sierra Leona (África Occidental)

—¿Pasa algo? —preguntó Kieran.

Dave le sostuvo la mirada un momento.

—No podemos dejar esto así. ¿Qué suerte les espera a esa gente de la mina?

Kieran soltó el aire de manera exagerada.

—Me temía que dirías algo así.

Durante un rato se mantuvieron en silencio, asimilando la situación. Fue entonces cuando el camión coronó la cumbre. La caja se inclinó en el sentido opuesto y el vehículo rápidamente cobró velocidad. Sin la necesidad de exigir tanto al motor el fuerte olor a gasolina que flotaba en el ambiente fue desvaneciéndose. Kieran forzó una mueca; su oportunidad había pasado.

—¿Me ayudas a subir esto? —preguntó el irlandés resignado, junto al portón abatido.

—Antes, vamos a deshacernos de este. Si no lo ven al llegar, pensarán que ayudó a las chicas a escapar, probablemente a cambio de sexo. —Tambaleándose, Dave dio un paso hasta el cadáver del mercenario y se inclinó sobre él para recuperar su cazadora. Entonces arrugó la cara y se apartó.

»No me jodas, colega, cómo te huelen los alerones. Mejor quédate la cazadora. Ya me compraré otra. —En cambio, le quitó un reloj barato de goma, una cantimplora y el machete.

Dave llevó entonces sus manos a los brazos del cadáver y Kieran a los tobillos, lo levantaron en peso a la de tres, lo balancearon y lo lanzaron a la carretera. El cuerpo rodó unos metros y se quedó inmóvil, junto a la cuneta. Luego subieron el portón trasero y ocuparon el banco de hierro. Tras acabar con el agua de la cantimplora, se echaron a dormir. El tiempo fue pasando y cuando el lunes despuntaba, alcanzaron los arrabales de Freetown. El pelirrojo despertó a Carmichael, zarandeándolo ligeramente por el hombro, en

el momento en que pasaban frente a una cancha de baloncesto cercada por una verja herrumbrosa. Un grupito de niños desnutridos lanzaba un balón a una canasta con cadenas en los aros.

—Ya estamos en la ciudad.

Dave se despabiló. Estirando los músculos agarrotados y soltando un bostezo, dijo:

—Tengo hambre. ¿Qué hay para desayunar?

La cría de león rugió en su jaula.

—Eso mismo está preguntando este chiquitín.

—Muy gracioso.

Durante un rato más el camión los condujo por calles sucias y llenas de baches. A ambos lados, distinguían chabolas y multitud de personas y tenderetes con todo tipo de productos expuestos. Una capa grisácea de polución cubría esa parte de la ciudad. Al cabo, salieron del centro, callejearon por sitios aún peores y llegaron al puerto. El vehículo disminuyó la velocidad entre chillidos de los frenos y se detuvo con el motor al ralentí.

—Esta es nuestra parada —anunció Dave.

Aprovechando la detención, agarraron el AK-47 y el machete, y se apearon. Manteniéndose en el ángulo ciego de los espejos retrovisores, corrieron a refugiarse tras unos contenedores con la basura a punto de desbordarse, ubicados al otro lado de la carretera. El sol matutino ya pegaba con fuerza y el tufo a podrido resultaba insoportable. Un perro que trataba de alimentarse huyó sosteniéndose en tres patas.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que aquí no recogen la basura?

—¿Tienes que quejarte por todo? —le reprochó Dave—. Respira por la boca y ya está.

—Respirar por la boca, no me hagas reír.

Agazapados tras el contenedor pudieron contemplar por primera vez la composición del convoy. Los dos camiones Kamaz y un todoterreno nuevecito. Todos los vehículos estaban detenidos delante de una verja metálica que bloqueaba la vista. Debajo de un cartel que ponía «PORT» había una caseta ocupada por un vigilante displicente, que dio un brinco de su asiento y pulsó el botón de apertura, en cuanto reconoció los vehículos. La verja se apartó a trompicones. Al otro lado, se veía el desorden de un puerto descuidado. El agua de la ensenada estaba cubierta por una capa oleaginosa y repleta de botes de plástico; de ella, sobresalían algunos cargueros de aspecto cochambroso.

—¿Cuándo has aprendido a usar eso? —le preguntó Kieran mirando el manejo que Dave se hacía del fusil de asalto.

—¿Te acuerdas cuando me fui un mes de vacaciones?

Murphy acogió la pregunta con reticencia.

—Claro, hace dos años, me sorprendió. Tú nunca te vas de

vacaciones. Pero ¿a qué viene eso?

—Los *Smith* me llevaron a un campo de entrenamiento y me enseñaron algunos truquitos… Mira, el convoy se pone en marcha de nuevo, vamos.

En cuanto los vehículos comenzaron a desaparecer dentro del puerto, Dave y Kieran abandonaron su escondite, bordearon un ruinoso edificio de ladrillos y recorrieron la valla de tela metálica oxidada que rodeaba las instalaciones. No les fue difícil encontrar un agujero por el que colarse. Corrieron encorvados para disminuir la silueta y buscaron refugio tras unos bloques de hormigón que debieron de servir de contrapeso para alguna maquinaria pesada.

El convoy de vehículos se había detenido a unos cuarenta metros de donde ellos se hallaban. La agitación que les llegaba se debía, posiblemente, al hecho de que hubieran descubierto ya que uno de sus guardias había desaparecido con parte de su valiosísima carga. Cuando finalizaron los reproches y las discusiones, comenzaron a estibar la mercancía que transportaban los camiones en uno de los cargueros atracado en el muelle.

El *Murgash*, con sus más de cien metros de eslora, no daba la sensación de ser un barco capaz de resistir los embates del mar. Su aspecto era un tanto destartalado y su casco negro estaba pintado a rayas verticales de churretes anaranjados de óxido. Sin embargo, los océanos estaban surcados por miles de dinosaurios contaminantes como aquel, y echarlos a pique resultaba más difícil de lo que parecía a simple vista. Su única chimenea desprendiendo negrísimas nubes de humo y sus hélices removiendo con energía el agua, les indicaban que estaba listo para zarpar.

—Tenemos que subir a bordo —dijo Carmichael.

—¿Para qué?

—¿No has visto las películas de polis? *Siempre* hay que seguir el rastro del dinero. Bueno, en este caso, del cargamento.

—¿Por qué no nos limitamos a llamar a la caballería?

—¿Ves por aquí al General Custer? Porque yo solo veo pieles rojas.

Antes de que el viejo irlandés pudiera volver a replicar, Carmichael abandonó los bloques de hormigón y corrió a zancadas hasta un grupo de largos contenedores de mercancías apilados cerca de una grúa portuaria. Kieran fue tras él y le dijo:

—Mira que eres cabezota.

—Ya sabes lo que dicen. Todo se pega menos la hermosura.

Ahora estarían a unos veinte metros de distancia de su objetivo. Desde su nueva posición, observaron cómo cinco mujeres eran sacadas a la fuerza del otro camión y obligadas a abordar el *Murgash* por una pasarela metálica suspendida. Tras recorrer la cubierta, el grupo desapareció en sus entrañas. Solo entonces, el jefe de la mina volvió a

introducirse en el todoterreno. Un instante después, los vehículos maniobraron y se marcharon.

Las dos últimas cajas se balanceaban en el aire tiradas por un cabrestante. El tiempo se agotaba. Kieran y Carmichael seguían discurriendo en silencio acerca de cómo subir al carguero cuando la solución se presentó ante ellos en forma de voces y risotadas. Un grupo de marineros se dirigía resuelto hasta el *Murgash*, quizá después de una noche de alcohol y mujeres en tierra firme. Los había de todas las razas. Dos orientales, tres caucásicos y dos hombres de piel oscura. Una idea descabellada se formó a toda prisa en la cabeza del escocés. Cuando el primer grupo de cinco marineros pasó de largo por delante de los contenedores, le dijo a Kieran en voz baja:

—Tú, sígueme el rollo.

—¿El rollo? Dave, ¿adónde vas? —susurró, mientras miraba a su ahijado incorporarse de un brinco y salir al encuentro de los dos rezagados, dos caucásicos que parecían los más borrachos, a juzgar por sus andares tambaleantes.

Carmichael les apuntó con el AK-47. Los dos marineros, con gesto de incomprensión, abrieron mucho los ojos y alzaron las manos. Sin tiempo para que reaccionaran, el irlandés los rodeó y les golpeó en la cabeza con el mango del machete. Siguiendo una elemental regla de la lucha callejera, primero se ocupó del que daba la impresión de ser más fuerte y, luego, del otro. Ambos cayeron al suelo inconscientes. Cada uno de ellos arrastró por las axilas a un marinero y lo ocultó tras los contenedores. A renglón seguido, les quitaron la ropa y las sustituyeron por las suyas, hechas harapos. En cuanto estuvieron listos, se pusieron en pie y, como si tal cosa, avanzaron charlando tranquilamente hacia la pasarela de metal, y también embarcaron.

Como cabía esperar, la cubierta principal del *Murgash* estaba sembrada de bidones, planchas de acero, contenedores, cabos sueltos y toda clase de deshechos. Caminaron a paso enérgico a lo largo de ella hasta la superestructura, como el que sabe perfectamente adónde va. Dave observó a través del cristal del puente de mando al que creyó reconocer como el capitán ajustando los últimos detalles con el práctico del puerto. Al llegar a una compuerta de metal, la abrieron y se colaron dentro.

—Necesitamos un lugar donde ocultarnos —comentó Dave.

Ocuparon casi veinte minutos en pasar por varios sollados, recorrer pasillos angostos con las esquinas llenas de mugre, abrir más escotillas y descender escaleras de mano. Probaron varias escotillas cerradas, hasta que al fin dieron con una que estaba abierta. Por la otra punta del pasillo se acercaba un hombre vestido con pantalones cargo, una camiseta beis que sujetaba con dificultad sus músculos y botas militares. Dave y Kieran se apretaron contra el mamparo del pasillo

para dejarle hueco, bajaron la barbilla y murmuraron algo mientras el mercenario pasaba a su lado. El hombre ni los miró. Una vez dejaron de oírse las pisadas, Dave abrió la escotilla, asomó la cabeza dentro y, satisfecho, se introdujo por ella.

El compartimento estaba iluminado solo por la luz que provenía del cristal sucio y arañado de un ojo de buey. Carecía de ventilación y el calor era horroroso. La estancia parecía rectangular y los mamparos estaban rodeados de taquillas cerradas con candados y estanterías metálicas repletas de accesorios que iban del suelo al techo. En la zona más oscura, retiraron las taquillas del mamparo como un metro y crearon un hueco por detrás. Con la escasez de luz, si alguien accedía al compartimento, simplemente tendría la impresión de que era un poco más estrecho.

Hasta ese momento, toda su mente había trabajado al servicio de la supervivencia, pero en aquel instante, con la adrenalina por los suelos, Carmichael fue consciente de la locura que estaban cometiendo. No tenían ni idea del destino del barco; no obstante, la experiencia vivida durante los últimos días le llenó de determinación. No era iluso, sabía que África estaba repleta de lugares como aquella mina, incluso peores, y acabar con todos sería una labor tan titánica como contar los granos de arena que cabían en una mano. Sin embargo, él pondría todo su empeño en cerrar «su» mina; de las demás, tendrían que ocuparse otros.

En ese momento, todo el cansancio acumulado se le vino encima de golpe. Con los párpados entrecerrados dirigió una mirada al irlandés y lo halló roncando. En vista de ello, se quitó la camisa, hizo un ovillo con ella y la colocó bajo su cabeza. Lo último que alcanzó a escuchar fue el evanescente sonido de la ronca sirena del barco, seguido del suave bamboleo del movimiento.

****

23

Washington D. C. (EE. UU.)

James se apeó de un taxi amarillo a la altura del 935 de la avenida Pensilvania, y se paró un momento en la acera a contemplar el mazacote de hormigón armado que se erguía ante él, y la leyenda «J. Edgar Hoover FBI Building» colocada encima de una puerta giratoria.

«Vaya, estoy a punto de entrar en la sede central del FBI».

Comprobó otra vez la hora en su reloj de pulsera.

—Respira hondo, James, y vamos allá. —Entonces, echó a andar y cruzó el umbral.

En medio de un gran vestíbulo de mármol hizo un alto pisando un escudo azul del Departamento de Justicia de Estados Unidos que había en el suelo. A su izquierda, distinguió un mostrador de recepción con un directorio colgado de la pared que relacionaba plantas y oficinas. Al fondo, dos arcos de seguridad y, tras ellos, ascensores y unas amplias escalinatas de mármol blanco que conducían a plantas superiores. Hacia donde orientase la vista, miraba personas bien trajeadas moviéndose de un lado para otro.

Resuelto, encaminó sus pasos hacia el mostrador y esperó su turno mientras los empleados se mantenían ocupados con teléfonos y ordenadores.

—Busco a Patricia Banner.

Una señorita uniformada consultó la pantalla de un ordenador, le pidió su nombre, escribió en un teclado y, finalmente, habló por teléfono. Al tiempo que le hacía entrega de una tarjeta azul con una letra V de visitante bien visible, se dirigió a él en tono profesional:

—Espere tras los arcos, la agente especial vendrá a buscarle.

«¿La agente especial?», pensó. ¿Qué se le escapaba?

Colocándose la identificación en lugar bien visible, se dirigió hacia uno de los dos arcos detectores de metales. Vació sus bolsillos en una bandeja y cruzó tan pronto como se lo indicaron. Recuperó sus

pertenencias al otro lado y se limitó a esperar a Patricia, al pie de la escalinata. Le acababa de enviar un wasap indicándole que bajaría en cinco minutos.

Los cinco minutos iban camino de convertirse en quince cuando vio asomar el perfil de su amiga por uno de los ascensores. Parecía despistada y recorrió el vestíbulo con la mirada, buscándolo, hasta que dio con él. Entonces, compuso una gran sonrisa y fue a su encuentro. Nunca la había visto tan radiante. Tan segura de sí misma. Vestía y caminaba como una auténtica agente federal. Tras un prolongado abrazo, se examinaron de arriba abajo, agarrados por la cintura como dos novios bailando una canción lenta.

—Vaya pinta traes —le dijo ella.

—Si yo te contara…

La última vez que se habían visto fue durante una velada en el caserío familiar que el escocés poseía en Lochcarron, después de aquel escabroso asunto de los asesinatos en la isla de Skye, y de eso hacía ya meses. Después de los saludos, Patricia llevó a Allen a la quinta planta por el ascensor.

—Así que «agente especial».

—Provisional —matizó ella, repentinamente ruborizada—. Mira, Allen, me gustaría explicarte algunas cosas.

A pesar de la profunda amistad que los unía, James jamás logró que ella lo llamase por su nombre de pila. Nunca entendió bien el porqué y pensaba que era una barrera que ella interponía entre ambos. Una especie de rollo psicológico.

—Shhh. —Él la mandó callar—. Ya habrá tiempo.

El viaje fue relámpago. En apenas unos segundos, volvieron a abrirse las puertas con un suspiro y un toque de campanilla. Siguieron charlando de nimiedades mientras transitaban por un tranquilo pasillo enmoquetado, con plantas naturales en las esquinas. Ella le iba explicando qué era cada cosa, como una guía turística. El pasillo cambió de sentido y se agrandó, dando paso a una zona más amplia.

De improviso, James ralentizó sus pasos hasta detenerlos del todo. Patricia lo hizo unos metros más adelante, al comprobar que seguía hablando sola. Se giró y acompañó ceñuda la mirada de Allen hasta una sala de cristal donde se celebraba una reunión multitudinaria. La atención de los asistentes estaba enteramente enfocada en el horror que se exhibía en una pantalla de proyección instalada en una pared. Allen no dejaba de sorprenderla con sus acciones espontáneas, pero jamás como aquel día. Habría pagado dinero por verse la cara cuando lo miró ir derecho a la sala y hacer algo desconcertante.

Abrió la puerta y la franqueó.

La primera persona en percatarse de que alguien no autorizado había accedido a la sala fue una mujer latina que estaba de pie al lado de la pantalla. Lucía un cuerpo atlético y podría decirse que era atractiva, aunque la rudeza de su gesto le restaba algo de feminidad. Su chaqueta azul colgaba del respaldo de una silla de oficina. En la solapa brillaba una chapita de metal con Barras y Estrellas. Parecía más atenta a las reacciones de los asistentes que al propio vídeo, al que solo miraba de reojo. Resultaba evidente que ya lo había visionado con anterioridad.

La mujer latina alzó la mano derecha con un mando a distancia y congeló la imagen pulsando un botón.

—¿Quién es usted? —El tono, más que impertinente, sonó a franca incredulidad.

Inmediatamente, catorces cabezas se volvieron también hacia la puerta. Hubo algunos murmullos y cruces de miradas.

—Esta es una reunión confidencial —prosiguió—. Aquí no puede estar, así que, si es tan amable… Ah, agente especial Banner —dijo, mirando por detrás del visitante—. ¿Conoce a este hombre?

Patricia hizo un gesto de asentimiento. Su cara estaba cargada de resignación y venía a decir algo así como «Por desgracia».

Ajeno a las palabras que volaban por encima de él, James siguió dando pasos cortos por la sala y se quedó quieto a dos metros de la pantalla, concentrado en la imagen paralizada de un hombre desnudo en mitad de un restaurante. A esas alturas, las miradas de todos los presentes lo perseguían como si fuera un extraterrestre recién llegado de otro mundo.

—Esto ya lo he visto —dijo James, con el ceño fruncido.

La mujer latina ya no miraba a Patricia. Ahora, sus ojos examinaban a aquel tipo. La incredulidad había dado paso a la curiosidad. Entonces, se dirigió a él:

—Desde ayer al mediodía, todos los noticiarios de aquí a Tombuctú no han dejado de emitir este vídeo.

—No, no me refiero a eso. Lo he visto antes, *mucho* antes. En Salem, en 1944.

Al cabo de unos segundos, durante los cuales la sala se vio sumida en un repentino silencio valorativo, la mujer latina, que obviamente dirigía aquella reunión, se colocó la chaqueta y se dirigió a los presentes:

—Discúlpenme, vuelvo en unos minutos.

Al pasar junto a Patricia Banner y su misterioso acompañante les indicó, con un ademán de la cabeza, que la siguieran. Aquella mujer los condujo a paso enérgico por un intrincado laberinto de pasillos, sin abrir la boca. Patricia y James iban como un metro detrás de ella, tratando de mantener su ritmo. Durante el recorrido pasaron por

delante de oficinas y salas de conferencias. Todo de vidrio. A lo sumo alguna persiana veneciana recogida. Sin secretos. En general, reinaba un ambiente tranquilo.

—¿Qué haces, Allen? —murmuró Banner, en tono bajísimo—. ¿En qué lío me has metido?

Él no dijo nada y siguió andando. Tras doblar a la derecha por una esquina, la mujer latina se paró ante una puerta de cristal con un cartelito intercambiable que ponía: «A. E. Ramírez».

Si James se sorprendió de que Ramírez fuera una mujer, no dio ninguna muestra de ello.

Con la llave que la agente del FBI sujetaba en la mano, abrió a un despacho espacioso y decorado con maderas nobles, si bien un tanto espartano. La única licencia que contradecía dicha apreciación era una fotografía de la propia Ramírez estrechando la mano del presidente Obama. Flanqueando un sillón de piel negro, dos banderas lacias colocadas con esmero en sus mástiles. La estadounidense, con un adorno de flecos dorados, y una azul del Departamento de Justicia. En el aire flotaba una suave fragancia a vainilla, discreta pero perceptible.

—Pasen y siéntense. —La agente del FBI encendió la luz del techo, rodeó el amplio escritorio y ocupó su sillón.

Mientras James y Patricia tomaban asiento en dos sillas de ejecutivo, Ramírez apartó a un lado el teclado de su ordenador y se echó hacia delante, hasta quedar al borde del sillón, con las manos cruzadas sobre el escritorio. Con gesto adusto miró a ambos a los ojos. Primero al visitante y después a Banner, para volver de nuevo al visitante.

—Soy la agente especial Ramírez y estoy al mando de la oficina del FBI de Washington D. C.

—James Allen.

—Muy bien, señor Allen, hechas las presentaciones, quiero que me ponga al corriente de lo que sabe sobre este asunto, sin olvidar ningún detalle.

Durante casi media hora, James les habló sin parar de la conferencia en la Universidad de Chicago, de la Ahnenerbe, de Bent Clausen, de los episodios de 1944 en Salem, de Alessia, del secuestro de su padre, de Sol Negro, de Sebastian Patterson, del maletín, de la intromisión en la isla de Ellis —en este punto, la agente del FBI se rebulló en su asiento—, de la visita al jefe de la policía de Salem —Ramírez desvió la vista y la depositó un segundo en Banner, recordando el favor que le pidió días atrás—. Por último, les refirió la aparición de aquellos dos hombres en las ruinas de la antigua Mansión de los Siete Tejados y cómo, tras propinarle un golpe en la cabeza y dejarle sin sentido en el sótano, se largaron llevándose consigo el

maletín. Por descontado, no mencionó a Collins ni, por alguna extraña razón, tampoco el papel jugado por Alessia.

Patricia no fue capaz de pronunciar palabra alguna. Con la espalda bien recta en la silla se limitaba a mirar de reojo a Allen. Estaba anonadada y no podía parar de preguntarse cómo era posible que una persona tuviera esa capacidad tan alucinante para atraer los problemas y verse envuelta en ellos.

Por su parte, la agente especial Ramírez no tomó ni una nota de lo que James declaraba. Solo se limitó a escuchar con atención, sin exponer sus pensamientos. De tanto en tanto, detenía el relato y lanzaba una pregunta con el fin de aclarar algún extremo que le hubiera quedado confuso; a renglón seguido, volvía a su expresión pétrea. Cuando James concluyó, no hizo ningún comentario, únicamente adelantó la mano para buscar el teléfono de su escritorio y pidió a un tal Kline que acudiera a su despacho.

—Quiero que repita ante una grabadora lo que acaba de contar, punto por punto.

James se encogió de hombros, mostrándose conforme.

—¿Podría enseñarme ese vídeo de 1944? —preguntó Ramírez.

—Me gustaría, pero me lo han robado con el iPad.

—Ya. ¿Y no sabe que fue de la tal Alessia?

—Solo sé que, cuando desperté en aquel sótano, ya no estaba.

Ramírez escudriñó sus ojos, tratando de descifrar su mirada.

—¿Sabe qué contenía el maletín?

—No.

—¿Y tiene alguna teoría?

Allen sacudió la cabeza.

—Pero de algo estoy seguro: preparen un montón de ataúdes.

La oficina quedó en calma hasta que un hombre menudo irrumpió y se llevó a James con él. Cuando las dos mujeres se quedaron a solas en el despacho, Ramírez preguntó directa:

—¿Se fía de él?

Banner fue rotunda en su respuesta.

—Si Allen me dijera que la Tierra es plana, yo le creería.

Ramírez afirmó con un gesto y perdió la mirada mientras se apartaba un mechón rebelde de la cara.

—Quiero que los dos asistan a una reunión. Hoy, a las cinco. Usted es una agente especial provisional y el señor Allen un civil extranjero, así que lo harán en calidad de asesores. —Entonces clavó sus ojos verdes en Patricia y, tras una pausa melodramática, prosiguió—: Arriesgo mucho con esta decisión, Banner, y quiero que ate en corto a su amigo. Una fiscal ha sido asesinada de la manera más horrenda y todo el país está conmocionado. Estamos bajo la lupa. *Yo* estoy bajo la lupa. Y si intuyo que el señor Allen está actuando a mis espaldas u

ocultándonos información relevante, reabriré para él el penal de Alcatraz, lo encerraré en la celda más oscura y arrojaré la llave a las negras aguas de la bahía de San Francisco. ¿Me he expresado con claridad?

Patricia no pudo más que tragar saliva y asentir. Lo que le había quedado meridianamente claro era que acababa de depositar su futuro en el FBI en manos de alguien que consideraba que hacer lo correcto estaba por encima de las leyes.

****

24

Washington D. C. (EE. UU.)

PATRICIA había alquilado un modesto apartamento en el barrio de Dupton Circle, al noroeste de la ciudad. A pesar de que la popular plaza y las arterias que en ella convergían eran ruidosas, su edificio estaba enclavado entre una calle poco concurrida y un estrecho callejón. El puesto de agente federal conllevaba un salario anual inicial de cincuenta y cinco mil dólares, que no estaba mal; sin embargo, durante el periodo que duraban las prácticas, solo percibía la mitad, conque se las veía y se las deseaba para llegar a fin de mes en una de las ciudades más caras del mundo.

Como el apartamento disponía de una sola habitación, James ocupó el sofá del salón, una estancia algo oscura a pesar de disponer de una buena ventana, y es que los elevados edificios de alrededor hacían de pantalla e impedían el paso de la luz solar. Para el escocés constituyó toda una sorpresa la decisión de Ramírez de que asistiera a una reunión de trabajo esa misma tarde en el FBI. Por descontado, no planteó objeción alguna. Al contrario. Tenía un interés personal en llegar al final de aquel asunto.

Aprovechando que Patricia se daba una ducha y cambiaba su indumentaria, realizó algunas gestiones personales. Antes de nada, telefoneó a la escuela primaria de Lochcarron y prorrogó sus vacaciones. A continuación, mandó un mensaje de texto a Anne Marie, su ama de llaves sordomuda, anunciándole sus intenciones de permanecer algunos días más en Estados Unidos y recordándole que a los perros les tocaba la revisión veterinaria. En tercer lugar, contactó con la sucursal de su banco en la ciudad. Una amable señorita le confirmó que ya tenía a su disposición la nueva tarjeta de crédito.

La llamada a Collins la dejó para el final. Cuando subió a aquel autobús en Salem, le pidió que indagase sobre unos cuantos extremos y quería llevar los deberes hechos a la reunión de la tarde. Sabía que aquella conversación le llevaría su tiempo; de manera que, antes de

marcar, dirigió una mirada a la puerta cerrada del dormitorio y se puso cómodo en el sofá.

—No existe Sol Negro, ¿verdad? —fue lo primero que quiso saber. James pretendía discernir qué parte del discurso de Alessia era cierta y cuál falsa.

El analista de sistemas respondió de manera críptica.

—No y sí.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—Verás, lo que voy a comentarte se adentra en el terreno de las teorías conspirativas.

—O sea, de lo paranoico.

—Eh, ah, yo prefiero llamarlas realidades alternativas.

James rio por lo bajo.

—Bueno, tú llámalas como quieras, pero ve al grano. ¿Qué pasa con Sol Negro?

—Nada de nada. Es una quimera. No hay una sola ficha abierta con su nombre en ninguna agencia federal: CIA, FBI, NSA, DEA, Oficina del Tesoro… Sin embargo, en la *darknet* circulan todo tipo de rumores. No contrastados, claro está.

—Claro está. —James había oído hablar de la red oscura. No tenía ni idea de cómo funcionaba, pero sí que era cobijo de delincuentes y piratas informáticos que se aprovechaban del anonimato para campar a sus anchas. Vamos, lo que se dice una fuente muy fiable—. ¿Y cuáles son esos rumores?

—Aaaam, durante la Guerra Fría surgió una organización ultrasecreta en Estados Unidos. ¿Sabes cómo es el símbolo del sol negro? Qué pregunta más tonta, seguro que sí. Dos círculos con rayos. Doce rayos, doce miembros. Hombres y mujeres poderosos que se han convertido en un gobierno invisible. Senadores, congresistas, jueces, multimillonarios… nadie sabe en realidad quiénes son.

—¿Y a qué se dedica?

—A lo que suelen dedicarse estos grupos. Amañar elecciones, derrocar presidentes, nombrar jueces del Tribunal Supremo, conspirar para asesinar a JFK, ocultar alienígenas en el Área 51, el 11-S o mentir sobre la llegada del hombre a la Luna…

James interrumpió a su amigo.

—Vale, lo pillo.

—¿Recuerdas aquel eslogan de *America First*[3] de comienzos del siglo XX?, representa perfectamente su ideología patriótica y nacionalista.

—Y ¿cómo demonios encaja Alessia en algo así?

—Lo ignoro. Pero esa gente suele ser muy escrupulosa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no se manchan las manos, pagan para que otros lo

hagan por ellos.

—Pero… si pagaron a Alessia por conseguir el maletín ¿por qué mencionar Sol Negro? ¿No es como ponerme en su pista?

—Es una vieja táctica de espionaje. Ceñirse lo más posible a la verdad. Se modifica solo lo imprescindible y te aseguras de que la información real que se suministra acabe en una vía muerta. Se puede decir que la Gestapo la inventó en los años treinta y otras agencias la han imitado después. Si lo piensas bien, tiene bastante sentido. No te ofendas, es lo mismo que usar mujeres guapas y sexys para embaucar a un tío. Es un hecho probado que ninguno las consideraría una amenaza.

James volvió a sentirse un completo idiota.

—No me ofendo.

—En cuanto a Alessia Pratti… —prosiguió Collins, sacando a James de su ensimismamiento—, nació en Nueva York, el 9 de noviembre de 1981…, hija de Henry Pratti y Amy Stone…, se matriculó en la Universidad de Columbia, pero nunca llegó a graduarse…, completó los dos primeros cursos con excelentes calificaciones… A partir de ahí, su rastro se esfuma. No hay propiedades a su nombre ni cuentas bancarias. Nada. El último domicilio conocido es el famoso apartamento que compró su abuelo en Manhattan, en 1945.

A continuación, James preguntó al *exhacker* por el destino de aquel apartamento.

En el silencio de la línea llegó el sonido de un teclado.

—Según su testamento, Carlo Pratti lo repartió a medias entre su hijo y su nieta. Hace poco lo compró una estrella de Hollywood por unos ocho millones. Alessia cobró su mitad a través de un testaferro. Lo siento, pero no pude seguirle la pista al dinero.

—Necesito otro favor, localiza a su padre, Henry Pratti. Es preciso que hable con él.

—Vale, pero a cambio quiero una de esas sudaderas que pone «FBI» en letras amarillas. Pero una auténtica, ni se te ocurra comprar una imitación en los puestos callejeros del barrio chino.

James sonrió.

—¿Qué has podido averiguar acerca de Sebastian Patterson? —preguntó James, cambiando el curso de la conversación.

—Otra vía del relato de Alessia que no conduce a ninguna parte. Patterson murió hará unos tres años. En apariencia de muerte natural, un derrame cerebral. Pero hay aspectos que nunca llegaron a aclararse del todo.

—¿Más conspiraciones?

—Ya te dije que estos asuntos desatan las especulaciones.

—Y esas especulaciones, ¿no vincularán, por casualidad, a Patterson con Sol Negro?

—Mira James, estas organizaciones han existido desde siempre. Templarios, Illuminati, masones… Antiguamente, solían ocultar sus identidades bajo máscaras. Hoy en día, se han vuelto más sofisticadas y funcionan atendiendo al principio de las capas de una cebolla. Cada miembro únicamente conoce al inmediatamente inferior y al superior. Esta falta de información hace de cortafuegos. Así, en caso de que la organización se vea comprometida, solo tiene que decidir dónde cortar para salvarla. ¿Viste la película *Guerra mundial Z* cuando Brad Pitt le amputó el brazo a la soldado israelí infectada? Pues, lo mismo.

—Lo he pillado a la primera.

—Vale, me enrollo demasiado, lo sé. Voy directo al grano. Pues eso, aunque jamás se conocerán los nombres de los que manejan los hilos, siempre hace falta alguien que gestione los asuntos. Por decirlo de una manera más fina, es como una empresa con un consejo de administración en la sombra y un CEO.

—Y Patterson fue el consejero delegado de Sol Negro.

—¡Equilicuá! Solo que, cuando en una empresa lo haces mal te destituyen y aquí, te quitan de en medio.

—Pero Alessia me dijo que buscó en Google el nombre de Patterson y venía asociado a Sol Negro… —Se interrumpió—. Claro, otra mentira. Pero si Patterson está muerto, ¿quién ocupa su puesto?

—No he conseguido averiguarlo. Ser el eslabón más expuesto te convierte también en el más frágil; por eso, cada cierto tiempo, lo reemplazan.

Cansado de estar sentado, Allen comenzó a recorrer la estancia. El salón era minúsculo, así que enseguida se topaba con una pared. Permaneció un rato en silencio, sopesando la información. Al fin, se puso a mirar un solitario callejón por la ventana.

—Aún queda otro tema. El del tatuaje que me describiste: la calavera y la serpiente. —Collins guardó silencio—. No sé en qué lío te has metido esta vez, pero sal de él cagando leches.

James se apartó de la ventana y volvió al sofá.

—¿Qué significa el tatuaje?

—Brujería.

James parecía escéptico.

—¿Brujería?

—Magia negra. Una muy oscura. Las mafias la utilizan en países africanos para amedrentar a la población y conseguir así sus propósitos, normalmente delictivos. Incluso los padres entregan a sus propios hijos para oscuros rituales, a cambio de calderilla…

—El tatuaje, Collins.

—Sí, vale, el tatuaje. Una serpiente que entra por la cuenca vacía de una calavera y sale por la otra es la imagen del Señor de la Muerte Negra. Según sus creencias, espera en la encrucijada de la muerte y

deja pasar o no a las almas al más allá.

—La superchería no me interesa. Seguro que hay alguien de carne y hueso detrás de todo esto.

—Tienes razón. Sospecho de un tipo al que apodan el Haitiano. Antes de que lo preguntes, te diré que no he conseguido nada de él. Ni siquiera una imagen borrosa. Solo es un apodo. Es lo que en la jerga de los *hackers* solemos llamar «un fantasma».

—El mismo tatuaje significaría que Alessia y los dos tipos que me robaron el maletín trabajan para ese Haitiano.

—Eso parece, sí. Si lo encuentras, tienes un hilo del que tirar para llegar a Sol Negro. Pero ten cuidado, son personas peligrosas.

—¡Me da igual Sol Negro! Que los yanquis se ocupen de sus conspiraciones. Yo solo quiero recuperar el maletín y, de paso, soltarle a Alessia un par de cosas a la cara.

****

25

Washington D. C. (EE. UU.)

Patricia salió del dormitorio arreglada en el preciso momento en que James concluía la charla con el *exhacker*. Camino del edificio Hoover, pasaron por la oficina bancaria a recoger la tarjeta de crédito de Allen. Aún faltaban diez minutos para la reunión cuando llegaron a la sede del FBI.

Banner rebasó directamente el arco de seguridad, tras mostrar su tarjeta de acceso. James, por contra, hubo de volver a pasar por el engorroso trámite de identificarse ante la señorita de la recepción. Pese a que el pretexto oficial era que, por razones de seguridad, el papeleo de su tarjeta provisional tardaría al menos una semana, el escocés intuía que Ramírez no acababa de fiarse de él y no quería concederle acceso libre al edificio federal. Tampoco se ofendió, es más, lo entendía a la perfección. Le había bastado un cara a cara con ella para advertir que era una mujer capaz que gozaba de un estatus prominente en una de las agencias de investigación criminal más importantes del mundo. Y no se alcanzaban esos niveles siendo confiado.

La sala donde se desarrollaría la reunión era algo más pequeña que la de la mañana. Solo ocho sillas de oficina en torno a una mesa rectangular pulida que dominaba la estancia. Tampoco disponía de luz natural. En una de las paredes largas había un panel informativo del caso repleto de documentos, recortes de periódicos y fotografías. No quedaba un hueco libre e hilos de diferentes colores discurrían de un lado a otro, conectando las pruebas entre sí. Nada más acceder, Banner y Allen localizaron al fondo a la agente especial Ramírez —mismo traje de falda, misma insignia de metal de la bandera de Estados Unidos— departiendo en corrillo con otras dos personas. Tan pronto como los vio, fue a reunirse con ellos y los saludó cortésmente, estrechando sus manos. A punto de dar las cinco, acabaron de entrar en silencio los últimos asistentes y la reunión dio comienzo.

Patricia y James se sentaron una al lado del otro en una esquina, eludiendo cualquier protagonismo. La vista del escocés fue saltando de uno en uno por todos los presentes: al margen de ellos dos, había dos hombres y dos mujeres. Todos cortados por el mismo patrón; como si saliesen de una máquina que fabricaba agentes del FBI. Bien aseados, trajes bien cortados y camisas sin una sola arruga. Estirados en sus asientos, se mostraban serios y concentrados. El ambiente formal que se respiraba contrastaba con los vaqueros y la sudadera de los Clippers que vestía él. Ahora que disponía de tarjeta de crédito, se dijo el escocés, lo primero que haría al levantarse la reunión sería ir de compras…

La irrupción en la sala de una eficiente secretaria silenció sus reflexiones. Mientras distribuía seis botellas de agua y seis vasos de cristal por la mesa, una agente de tez morena sacó un ordenador portátil de un maletín negro de tela, lo colocó ante sí y lo conectó a un cable de red. Entretanto, Ramírez, sentada a la cabecera de la mesa, rompió el precinto de su botella de agua, llenó con ella un vaso y dio varios sorbos; luego abrió la reunión presentando a las cinco personas que la rodeaban. Respecto a Patricia Banner y James Allen anunció su presencia en calidad de asesores especiales. Al escocés aquello le resultó gracioso y rememoró que, cuando se enfrentaron en las Highlands al Demonio del Agua, también Patricia lo presentaba a los parroquianos como «asesor», lo que generó una cierta controversia puesto que nadie sabía bien el significado de aquello. No obstante, en la sala, a ninguno de los presentes pareció sorprenderle, lo que le indujo a pensar que, probablemente, sería algo habitual. Saltaba a la vista que el FBI no escatimaba en recursos y, aunque él no iba a cobrar nada por la colaboración, cabía la posibilidad de que los demás no lo supieran.

Cumplido el trámite de las presentaciones, Ramírez tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Lo que se va a hablar en esta reunión es confidencial. Les recuerdo que divulgar cualquier aspecto de esta es un delito federal.

Aunque habló en general para la sala, sin detener la mirada en nadie en particular, James tuvo la clara impresión de que aquella advertencia iba dirigida a él. A continuación, la agente especial al mando realizó un resumen global de la situación. Breve y conciso. Sin florituras ni palabras inútiles. Propio de alguien acostumbrado a informar a superiores sin mucho tiempo disponible.

—Debido a la repercusión mediática del asesinato de la fiscal de Baltimore, el fiscal general ha considerado la intervención del FBI y, por orden directa del presidente, la investigación se llevará desde esta oficina.

A renglón seguido, lanzó una mirada severa alrededor de la mesa.

»Espero que sean conscientes de la transcendencia del asunto.

Varias cabezas asintieron manteniendo el silencio total.

—Alabi, por favor —dijo Ramírez, suavizando el tono, y dirigiéndose a la mujer que había puesto el ordenador encima de la mesa—, detalle los hechos.

Fariha Alabi era una mujer de origen argelino de algo más de treinta —si acaso treinta y cinco, pero no más—, pelo castaño recogido en una coleta y rasgos afilados; como sus compañeros, exhibía un porte exageradamente profesional. Después del 11-S, la prioridad absoluta de todas las agencias de inteligencia de Estados Unidos fue centrarse en las amenazas procedentes del mundo islámico. Y el FBI no fue diferente. Alabi, como otros muchos agentes de origen musulmán, vieron en aquello una oportunidad para dar un salto en sus carreras. De pasar desapercibidos a ser imprescindibles. Así era la política. Con todo, Fariha, que había nacido en Estados Unidos, no lograba desembarazarse de la sensación de que sus compañeros la veían como una traidora que había cambiado de bando.

Alabi, tras ajustarse unas finísimas gafas de visión, levantó la tapa del portátil e introdujo de carrerilla una contraseña. Un fondo de escritorio con la foto de ella y su hijo en el puerto de San Diego ocupó de inmediato el plasma de la pared. Su hijo, un chaval de unos doce años, llevaba puesta una sudadera de los Clippers igualita a la de James.

Con un gesto automático, la agente del FBI abrió un archivo. Tras pulsar una tecla, el M&T Bank Stadium sucedió al fondo de escritorio en la pantalla. Todas las miradas se centraron en él. Alabi comenzó entonces a hablar con tono muy didáctico, compartiendo su atención entre Ramírez y la pantalla brillante del ordenador.

Si la agente del FBI hubiera podido leer la mente de los asistentes, a buen seguro que todos estarían pensando lo mismo al mostrar la imagen de un cuerpo encima de una camilla de acero inoxidable. La extrema palidez cadavérica que exhibía parecía decir a gritos que aquel hombre, Dylan Rivera, estaba muerto.

****

26

Washington D. C. (EE. UU.)

—Alabi, viaje a Baltimore y tome declaración a todos los que intervinieron: al médico del estadio, a los agentes de policía, al ayudante del forense y a la señora Rivera. La acompañará usted, Mitchell —dijo al agente especial sentado a continuación de Alabi.

Alabi tomó notas, y siguió hablando:

—Aunque el ayudante del forense, el doctor Nelson, aseguró en su declaración a la policía de Baltimore que no perdió de vista el cadáver hasta que lo devolvió a su nevera, lo cierto es que el cuerpo de Dylan Rivera desapareció de la morgue. Estamos investigando qué pudo ocurrir desde las siete de la tarde del sábado, momento en que concluye la identificación, y las doce del mediodía del domingo cuando reaparece, vivo…

Ramírez volvió a cortarla:

—Cox, revise las cámaras de seguridad de la zona y hable con el personal del depósito… lo que sea, pero necesitamos determinar con exactitud cómo logró salir Rivera, si le ayudó alguien o actuó solo, y adónde fue. Prosiga, Alabi, por favor.

—Poco más. El ataque fue explícito y, por tanto, el grado de implicación del señor Rivera no ofrece dudas. —La imagen de la pantalla fue sustituida por una concatenación de fotografías del cuerpo destrozado de Sofia Hargrove, tomadas por la brigada científica en el escenario del crimen. Había salpicaduras de sangre por todas partes. El mantel, las baldosas del suelo, un lienzo en la pared… y un gran charco a los pies de la mesa.

»Hargrove falleció casi en el acto. Desangrada. Literalmente, el asesino le seccionó la yugular a dentelladas. A unas manzanas del restaurante, dos agentes de la policía de Baltimore lo acribillaron a balazos. Hicieron falta siete disparos para abatirlo: dos en la cabeza, tres en el abdomen, uno en la pierna izquierda y uno en el brazo

derecho.

—¿Sabemos ya qué fue lo que dijo Rivera? —preguntó Banner, interviniendo por primera vez.

Todos los ojos se posaron en ella inmediatamente, pero quien formuló la pregunta fue Ramírez.

—¿A qué se refiere?

Patricia aclaró que, en el instante previo al ataque, las imágenes mostraban cómo Rivera movía los labios. Alabi reprodujo de nuevo el vídeo y la pantalla de plasma de la sala volvió a cobrar vida. Lo avanzó deprisa hasta el instante previo al primer mordisco…

—¡Justo ahí, vean! —exclamó Patricia.

Alabi rebobinó un par de segundos y volvió a darle al PLAY. Repitió la misma acción cuatro veces. Rivera mostraba un rostro implorante. Y balbuceaba algo.

—Parece que dice «Lo siento» y algo más —aventuró Alabi.

—Póngalo otra vez —mandó Ramírez.

La agente del FBI obedeció.

—Podría ser, sí. Mándelo a los técnicos. Quiero saber cuáles fueron sus palabras exactas —pidió Ramírez.

—¿Cómo escapó Rivera del restaurante? —preguntó James, separando la espalda de la silla y retorciendo el cuello para mirar a Alabi, que quedaba a su izquierda.

La agente especial se apartó las gafas para devolverle la mirada y las depositó en la mesa. Luego cerró la tapa del portátil y la pantalla de plasma colgada en la pared volvió a fundirse en el negro.

—Según testigos presenciales, abandonó el restaurante sin más y se puso a deambular por los alrededores, hasta que la policía lo cazó.

—Yo soy un lego en la materia, pero… ¿les parece ese un comportamiento normal para alguien que acaba de cometer un crimen así?

—El comportamiento es anómalo, desde luego, pero no sería la primera vez que vemos criminales mostrándose indiferentes, incluso apáticos, tras cometer un crimen como este —contestó Alabi.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Allen? —preguntó Ramírez.

—Pues que es como si quisiera que lo matasen.

Las palabras de James quedaron flotando en el ambiente, hasta que Ramírez retomó el hilo de la reunión.

—Cox, ¿qué sabemos acerca de Rivera?

El agente federal se aclaró la garganta y leyó sus notas:

—Varón blanco…, cuarenta y un años…, estadounidense, aunque de padres inmigrantes venezolanos…, casado con Mia Rivera…, ama de casa…, padres de un niño de diez años, de nombre Cameron…, analista de datos en una compañía constructora… No está involucrado en ningún caso judicial que llevara la víctima… Se han investigado sus

llamadas telefónicas, actividad en Internet, movimientos de GPS del móvil y del coche, y —meneó la cabeza— nada… Dos multas de tráfico en los últimos tres años… Poco más. En su historial no consta nada que lo vincule, ni siquiera remotamente, con la fiscal Hargrove.

A la vez que escuchaba, Ramírez movía la cabeza en lentos gestos de asentimiento.

—No nos fiemos de las apariencias, siga indagando a fondo, Cox. Si hay algo que relacione a Rivera con la fiscal, por nimio que sea, no quiero enterarme por la prensa. —La voz le brotó tranquila y sosegada, pero los asistentes no se dejaban engañar. Sabían que su jefa era intransigente con el error.

»Alabi, ¿cuándo recibiremos los informes de la autopsia de Rivera y de criminalística?

—Aún tardarán unos días, señora. Les he apremiado, pero, como siempre, están hasta aquí de trabajo. —Puso la mano en horizontal por encima de su cabeza—. Creo que para mediados de semana podremos tener los preliminares.

—Los quiero el miércoles, a primera hora. Sin falta. —Ramírez se quedó mirando a los asistentes. A nadie en particular, pero todos sintieron sus penetrantes ojos clavados en ellos como agujas—. Hasta aquí los datos, ahora quiero valoraciones.

Después de un buen rato en que nadie habló, James tomó la palabra sin pedirla.

—¿No es raro que un tío se muera, resucite, mate a la fiscal de Baltimore y se pasee por la ciudad desnudo esperando a ser abatido por la policía?

—De entrada, señor Allen —contestó Ramírez—, no me creo esa patraña de que muriera y resucitara. Hay una explicación lógica para ese incidente y le aseguro que vamos a determinarla. Por otra parte, ya ha oído al agente especial Cox; de momento, no hemos hallado el menor indicio que nos haga pensar que hubo un complot para que Dylan Rivera asesinara a la fiscal. Debemos mantener abiertas todas las hipótesis.

—Puede que simplemente sufriera un trastorno mental transitorio —apuntó Mitchell—. Desde luego, el tío no parecía estar en su sano juicio.

James se rebulló en su asiento y lanzó una pregunta al aire:

—¿Cuánta distancia hay entre el depósito de cadáveres y el restaurante?

Todos sacudieron la cabeza, pero Alabi realizó una búsqueda en Google con su *smartphone*.

—Unas ocho manzanas.

—Ocho manzanas —repitió James despacio—. Eso significa que Dylan Rivera recorrió unos dos kilómetros, escogió de forma azarosa

el restaurante… ¿cómo se llamaba? —Chasqueó los dedos varias veces.

—La Fortuna —apuntó Chester Cox.

—Eso es, La Fortuna. Entró. Avanzó hasta el final del local, evitando a otros comensales, y atacó a la fiscal de la ciudad. ¿De verdad, Mitchell, piensa que todo eso es fruto de un ataque de locura?

La sala la ocupó un silencio incómodo, que rompió la agente especial al mando exhibiendo una mirada desaprobadora.

—Señor Allen, ha sido invitado a esta reunión en calidad de asesor, no de investigador. Esa parte déjenosla a los profesionales.

—Y ¿qué hay de Sol Negro y de que comportamientos similares al del señor Rivera ya sucedieran en la ciudad de Salem en 1944? ¿Es que nadie más que yo ve que la pauta se repite? —se empecinó James.

Ramírez soltó un gemido de hartazgo.

—Señor Allen, le puedo garantizar que hemos investigado a fondo su declaración y los analistas han descartado por completo cualquier vinculación. —Abrió una carpeta blanca dispuesta sobre la mesa, ante ella, y movió unos papeles—. Un reciente informe de la NSA asegura que Sol Negro es una fábula, una invención de grupos antisistema con el objetivo de desestabilizar al país. Y en cuanto al señor… —bajó la vista— Sebastian Patterson, murió de un derrame cerebral, según el certificado médico. Puede que no fuera el hombre más ejemplar del mundo. —Siguió leyendo—. Dos divorcios, demanda por malos de tratos de su segunda esposa y tres hijos de los que no se hizo cargo. Pero era un prominente abogado laboralista sin ninguna vinculación aparente con el crimen organizado.

»Por último, Cox ha buscado en Internet el vídeo sobre los incidentes de 1944 de los que me habló y no ha hallado ni rastro de él. Además, contactó con la policía de Salem.

—Sí, y no han aclarado nada al respecto —dijo el aludido—. Los casos son muy antiguos. Todas las investigaciones que se abrieron, incluida una del Departamento de la Policía del Estado de Massachusetts, se cerraron por falta de pruebas concluyentes.

—¡Pues se equivocan todos, la NSA, la policía de Salem y la policía del estado…! —atajó el escocés con vehemencia, lo que dio pie a una oleada de murmullos y muecas—. Y usted también, Alabi, cuando dijo que no hay dudas sobre el grado de implicación de Rivera.

Los ojos de Ramírez se dilataron mucho, pero no habló.

—Al igual que ocurrió en Salem, Dylan Rivera no es el asesino. Él simplemente ha sido el arma homicida —sentenció Allen.

****

27

Washington D. C. (EE. UU.)

—INTERESANTE teoría —dijo Ramírez—. ¿Y quién sugiere entonces que es el asesino?

—Deberían buscar a un tipo al que llaman el Haitiano y preguntárselo. Fue él quien robó el maletín. Seguro.

Ramírez intercambió miradas con Alabi, Cox y Matthew. Aquel nombre era nuevo para ella, y por los gestos que vio en sus rostros, también para sus colaboradores.

—En resumidas cuentas, señor Allen. En su opinión, ese hombre al que ha llamado el Haitiano robó un maletín de una organización nazi abandonado en las ruinas de una mansión de Salem durante setenta años, e indujo al señor Rivera a asesinar a la fiscal Hargrove en contra de su voluntad. Todo ello auspiciado por una organización secreta de la que nadie a oído hablar llamada Sol Negro. ¿Es eso correcto?

—Sé cómo suena. Pero es lo que creo. —James no pudo por menos de preguntarse si su intuición no le estaría jugando una mala pasada. Quizá, movido por el ansia de venganza, lo había interpretado todo al revés y se equivocaba de medio a medio.

—¿Y por qué querría una organización tan poderosa asesinar a una fiscal de distrito?

James obvió el énfasis sarcástico empleado por Ramírez.

—Mis conjeturas llegan hasta ahí.

Ramírez respiró hondo, exasperada.

—Mire, señor Allen, no sé de dónde cree que ha sacado toda esa información, pero estaremos encantados de cotejarla, si nos aporta las pruebas de que disponga.

James volvió a reclinarse en su asiento y miró al frente.

—No dispongo de pruebas. Soy de la vieja escuela.

—¿Y qué escuela es esa?

—Ya sabe, la que te enseña a cederle el paso a las ancianitas… y a fiarse de las intuiciones.

Cox soltó un resoplido de desdén.

—No se ofenda por lo que voy a decirle, señor Allen —le contestó Ramírez—, pero el FBI no está interesado en sus suposiciones.

James se encendió de nuevo y se inclinó hacia adelante, desafiando a los reunidos con la mirada.

—Si no les importa mi opinión, ¿para qué me han invitado?

Un murmullo recorrió la sala y Patricia le dio un golpe por debajo de la mesa. ¡Basta!

Para un hábil observador, el leve movimiento en la mandíbula de Ramírez habría sido suficiente indicio de que James estaba poniendo a prueba su paciencia. Sin embargo, cuando volvió a hablar para poner fin a la reunión, lo hizo con mucha tranquilidad y el escocés descubrió otra de sus cualidades: tenía un excelente dominio de sí misma.

Con los relojes a punto de dar las siete, los seis abandonaron la sala de reuniones y empezaron a dispersarse por la oficina.

—Bonita sudadera, señor Allen. Mi hijo tiene una igual —le dijo Alabi, nada más pasar por delante de él.

Ramírez apretó el paso hasta ponerse a la altura de James y Patricia, que caminaban por el pasillo hacia el ascensor.

—¡Señor Allen!

La pareja se detuvo junto a un macetón con una kentia.

—Suelo considerar todas las propuestas que oigo, por inverosímiles que puedan sonar. Así que le prometo que, si me aporta alguna prueba fiable de lo que dice, le prestaré más atención.

—Mire, Ramírez, no se lo tome a mal, pero no pertenezco al FBI y me importa un bledo si considera o no mi teoría. Usted consiga sus pruebas que yo seguiré guiándome de mi intuición.

—Señor Allen, deje de jugar a detectives o haré que inmigración lo expulse del país. Y Banner, recuerde lo que le dije en mi despacho. No haga que me arrepienta de incluirla en el equipo. —Sin despedirse, la agente del FBI se alejó de ellos dos y desapareció tras una esquina.

Después de que James y Patricia abandonaran el edificio del FBI, echaron a caminar distraídamente por la avenida Pensilvania. Hacía rato que había asomado el cielo nocturno, pero la contaminación lumínica no permitía ver más que un puñado de estrellas, algo a lo que el escocés no terminaba de acostumbrarse. Los altos edificios de oficinas vomitaban hombres y mujeres con miradas ausentes y expresiones fatigadas. La mayoría de ellos eran engullidos por unas escaleras que desembocaban en la entrada del metro. Otros, sencillamente, continuaban avanzando por la acera, dejándose llevar como si fueran parte del caudal de un río. El envolvente ruido de la calle se les metió en los oídos. Definitivamente, aquella ciudad no era

para él.

James compró algo de ropa en un pequeño centro comercial por el que pasaron. Con bolsas de papel acomodadas en los brazos, se detuvieron en un quiosco ambulante de *pizzas*. Desde la reunión, él y Patricia casi no se habían dirigido la palabra. Entonces, más o menos a la altura del antiguo edificio de correos, James volvió el rostro hacia su amiga y, después de atrapar con la lengua una hebra de queso de su *pizza* de *pepperoni*, le dijo:

—Qué, ¿no vas a soltarme la charla?

Patricia no habló en el momento. Dejó transcurrir otro rato más. Cuando hubo terminado su porción de *pizza*, hizo una bola con el cartón y las servilletas, la tiró a una papelera y se sacudió las manos. A sus espaldas, a lo lejos, como un faro en medio del océano, refulgía la silueta de la descomunal cúpula neoclásica del Capitolio envuelta en luz. Comenzaba a hacer algo de fresco, de manera que la joven cogió a James del brazo y apoyó la cabeza en su hombro. Hiladas de luces rojas y blancas llenaban ambos carriles de circulación de la principal arteria de la capital.

—Háblame de esa mujer… Alessia, ¿no? ¿Cómo es?

A James la pregunta lo cogió desprevenido, y se turbó.

—No sé qué decirte. Es una chica común.

—*Común* —dijo, dándole un golpe en el brazo—. Tal como hablabas de ella esta mañana en el despacho de Ramírez, hubiera jurado que era cualquier cosa menos una mujer común.

—Patt, sé que ella es la clave de este asunto.

Patricia se detuvo.

—¿Ella? ¿Otra intuición o hay algo que no me has contado?

James echó a andar de nuevo y Patricia lo hizo a su lado, pero esta vez separados. El escocés dio el último bocado a su *pizza* y se deshizo de los restos.

—Creo que está atrapada en algo y quiero averiguar qué es.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué hago *qué*?

—Te culpas de su muerte y quieres ayudar como sea a esa otra chica, ¿verdad? —se respondió a sí misma.

—Esto no tiene nada que ver con Victoria, si es lo que crees.

—¿Estás seguro de eso?

Allen se detuvo en seco y se la quedó mirando un instante. Fue a reprocharle algo, pero se lo pensó mejor y se mantuvo callado. Reanudaron el paso lento.

—Allen, hiciste cuanto estuvo en tus manos por salvarle la vida. Mientras no asumas eso, no podrás pasar página.

—¡No quiero pasar página! No aún.

Siguieron caminando en silencio y llegaron al 1600 de la avenida

Pensilvania. A través de una verja alta y cuidada, admiraron el pórtico de la fachada norte de la Casa Blanca. Iluminada. En el otro extremo, en el National Mall, se elevaba al cielo nocturno el obelisco construido en honor al primer presidente de Estados Unidos. En ese momento, Banner rompió el silencio:

—Te mentí cuando vine aquí. Os mentí a todos, en realidad. A ti, a Alex, a Collins… Ramírez me llamó y me ofreció la posibilidad de ingresar en el FBI. ¿Crees que me equivoco?

—Este es tu sitio, Patt. Serás una magnífica agente especial.

—¿Ves? Has vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—Eso que haces. Tenías que enfadarte conmigo, pero, en cambio… Joder, ¿por qué tienes que ser tan perfecto?

James dejó escapar una sonrisa.

—Se llama cargo de conciencia, por arruinarte tu prometedora carrera en el FBI.

—¿Sabes?, en el asunto de Rivera me he hecho el firme propósito de seguirte la corriente desde el principio. Al final, siempre acabo haciéndolo y así me ahorro un montón de disgustos.

—Haces bien. Esa gente del FBI parece competente, pero, como cualquier burócrata, se enreda en formalismos.

Banner volvió a separarse de James.

—No sabes de lo que hablas, Allen. Un tercio de la formación en Quantico son aspectos legales. En este país, si puedes pagarte un buen abogado, el más nimio error en el transcurso de la investigación significa que estás en la calle, absuelto. Por esa razón, *esa gente*, como tú los llamas, no solo tiene que coger al malo, sino también armar una causa judicial sin fisuras contra él.

James consultó la hora en su reloj.

—¿Volvemos a casa? Mañana tenemos que madrugar para tomar un tren.

—Sé que voy a arrepentirme, pero voy a preguntarlo: ¿Adónde vamos?

****

28

Washington D. C. (EE. UU.)

La noche se había vuelto brumosa y los halógenos del todoterreno apenas lograban traspasar unos pocos metros aquella envoltura plomiza. Se movía despacio, conducido con precaución por una irregular pista boscosa. El Haitiano apartó un segundo la vista del camino y la posó en el reloj digital del salpicadero. Llegaba puntual a su cita. Alessia seguía distraída en el asiento del copiloto, con los ojos entrecerrados. De su boca no había salido ni una sola palabra en todo el trayecto. Ante una encrucijada, el Haitiano consultó las coordenadas GPS en el navegador y tomó el camino que salía hacia la derecha.

Más adelante, en un claro, atisbó entre la neblina la débil iluminación de dos faros. El todoterreno aminoró aún más la velocidad y se detuvo frente a la silueta imprecisa de un sedán negro. El Haitiano sabía que se trataba de un Cadillac modelo Escalade; el señor Franz siempre acudía a las reuniones con el mismo vehículo. Antes de desconectar el motor, hizo señas con las luces.

En ese momento, una de las portezuelas traseras del Escalade se abrió y un hombre de pelo cano bajó de él con un sobre naranja en una mano enguantada. Con el cuello de su costoso abrigo alzado para esquivar la intensa humedad, se alejó unos cuantos metros, hasta el borde del claro, y se quedó parado de espaldas. Del lado del copiloto, se apeó otro hombre —alto, fuerte, pelo muy corto, sin duda pertenecería a algún contratista de seguridad privada— y se apoyó contra la carrocería, controlando al todoterreno que acababa de llegar.

—*Attend içi et prete bien attention* («Espera aquí y estate atenta») —dijo el Haitiano.

Alessia no dijo nada. Siguió mirando por la ventanilla. Ahora, siluetas borrosas de árboles. El Haitiano se desabrochó el cinturón de seguridad y fue tras el hombre cano caminando entre la hojarasca desprendida de los árboles por los nuevos brotes. A la altura del

Escalade, el hombre apoyado en el chasis lo interceptó. Le registró a conciencia y le pasó por delante y por detrás un modernísimo detector de dispositivos electrónicos. Satisfecho, guardó el artilugio en un bolsillo y volvió a apoyarse en el coche. Alerta, observó cómo se aproximaba a su jefe y se situaba a su lado.

—¿Quién le escoge estos sitios para las reuniones, señor Franz? —dijo el Haitiano al hombre del pelo cano. El aliento formaba vaho ante su rostro y se arrebujó aún más en su abrigo hortera de cuero marrón con cuello de pelo.

El lugar estaba rodeado de olmos centenarios y reinaba una completa quietud. El hombre cano, impertérrito, encendió un pitillo y se dedicó a dar caladas con la vista puesta en la desvaída línea de árboles. El silencio se prolongó hasta que acabó de fumar, entonces arrojó la colilla al suelo y la aplastó con la puntera de sus lustrosos zapatos. Tras comprobar que se había apagado del todo, habló con voz meliflua, casi susurrando, sin volver la mirada:

—Aunque nunca encontró el maletín, debo felicitarle, en cambio, por el trabajo con Hargrove, señor Diprè.

—Fue un encargo temerario. Si me vinculan con la muerte de una fiscal, todo el jodido FBI se me echará encima como un enjambre.

—Deje eso de nuestra cuenta. Con el asesino abatido por la policía, el FBI no tardará en cerrar el caso. Y en cuanto la ciudad tenga un nuevo fiscal, el asunto se olvidará. Así es Washington.

El Haitiano se frotó las manos mientras soltaba aire sobre ellas.

—¿Olvidarse? Pero… ¿ha visto la que se ha organizado en todo el país? Podría haber liquidado a Hargrove de mil maneras diferentes sin armar tanto revuelo.

—¿No creerá que hemos invertido tanto solo por una fiscal de distrito? Podría decirse que su muerte fue solo una probatura. Una puesta a punto.

—¿Qué hay de mi dinero?

—Le será ingresado como siempre, en su cuenta de las Caimán…, pero antes ha de terminar el trabajo.

El rostro del Haitiano se encendió de rabia.

—¿Terminar el trabajo? ¡Llevo meses haciendo todo lo que me pide! Pero se acabó. Quiero mi dinero.

El hombre cano se giró y, por primera vez, miró a los ojos del Haitiano. Era más alto que él, unos quince centímetros, de manera que tuvo que bajar ligeramente la barbilla para hacerlo.

—Veo que sigue sin comprender la situación, señor Diprè. Esto acabará en el momento en que *nosotros* lo digamos.

En cuanto vio que el Haitiano apartaba la mirada, el señor Franz devolvió la suya a los árboles. Sobresalían por entre la niebla, como el bauprés de un galeón quebrando los bancos de bruma en el viejo

puerto de Londres.

—Nuestro acuerdo fue sencillo, señor Diprè. Nosotros protegemos sus intereses, convirtiéndole en un espejismo, y usted hace exactamente lo que le pidamos. Sin preguntas. —Tras un segundo, añadió—: ¿Le supone esto algún problema?

La conversación se apagó durante un rato.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo el Haitiano, al fin.

El hombre cano le alargó a su interlocutor el sobre naranja que portaba consigo.

—Dentro encontrará una fotografía del objetivo y unas precisas instrucciones. Sígalas al pie de la letra. Es de vital importancia que no se desvíe de ellas ni un ápice. —Sin esperar respuesta, introdujo una mano en un bolsillo del abrigo azul marino y la extrajo con un pequeño estuche metálico rectangular, que también entregó al Haitiano.

—No falle. Después de este trabajo, ya no se requerirán más sus servicios.

Tras esta frase lapidaria, el señor Franz se escurrió entre la niebla.

Había dejado de escucharse el ronroneo del potente motor de gasolina del Cadillac y Leroi Diprè seguía erguido en el mismo sitio, contemplando fijamente el sobre naranja que sostenía en una mano y el estuche metálico que sujetaba en la otra. Las inquietantes palabras lanzadas por aquel tipo aún resonaban en su cabeza: «Después de este trabajo, ya no se requerirán más sus servicios». Apartándolas de su cabeza, se metió el estuche en el bolsillo del abrigo y, con un terrible presentimiento, se atrevió a rasgar el sobre y meter la mano dentro. A medida que una fotografía iba surgiendo por la parte superior, un sudor frío le recorrió el espinazo.

Agarrándose con fuerza el amuleto que llevaba al cuello, adquirió plena conciencia de que había vendido su alma al diablo.

****

29

Washington D. C. (EE. UU.)

La mañana del martes, mientras el *Murgash* seguía surcando plenamente el Atlántico, James y Patricia se presentaron en el vestíbulo de la Washington Union Station, con veintidós minutos de antelación a la partida de su tren. En un panel informativo las letras bailaron hasta configurar las palabras: «Baltimore» y «andén ocho».

—Mira, nuestro tren —dijo James—, aún tenemos tiempo para comprar el periódico y tomar un café rápido.

Después de una reparadora noche de sueño en el mullido sofá del apartamento de Patricia, James volvía a sentirse él mismo. Vivaz y alegre. Con cierta nostalgia, había dejado la sudadera de los Clippers colgada de una percha y vestía con pantalones de algodón, camisa y chaqueta *sport*, un atuendo mucho más apropiado.

—Ramírez se extrañó bastante cuando le informé de que íbamos a Baltimore a entrevistarnos con Mia Rivera, pero finalmente no puso objeción. Y la verdad, es que yo también me estoy preguntando a qué vamos exactamente —dijo Patricia.

—¿No quieres conocer Baltimore?

—Vamos, Allen, no me lo pongas más difícil. Que te dijera ayer que te seguiría la corriente, no significa que tenga que ir detrás de ti como un perrito faldero.

Tras pagar en la cafetería, bajaron unas escaleras y llegaron al andén ocho. Había un tren de Amtrak estacionado en la vía con las puertas abiertas. Buscaron su coche y subieron a él. Recostados en sus asientos, uno al lado del otro, se dispusieron a pasar los cuarenta minutos que duraría el trayecto.

—Quiero hablar con Mia Rivera —comenzó a explicarse James—. Ya sabes que, a diferencia del FBI, considero a su marido una víctima y no el culpable. Ese enfoque, quizá nos dé una perspectiva diferente.

La sensación de que Allen no estaba siendo del todo sincero con ella persistía aún en su cabeza cuando el convoy se puso en marcha y

abandonó la estación. La forma en que eludía hablar de Alessia no hacía más que acrecentar aquella impresión a la que, por otra parte, ya estaba acostumbrada. La noche anterior, nada más regresar del paseo por la avenida Pensilvania, se encerró en su dormitorio para telefonear a Collins y tratar de sonsacarle algo, pero este se mostró hermético y no quiso soltar prenda. «Pregúntale a James», fue cuanto obtuvo de él.

Casi inadvertidamente, al otro lado de la ventanilla se fue perfilando el contorno de un típico paisaje rural. Maizales, postes de teléfono, viejas rancheras, caminos de tierra, prados cercados, cobertizos y tractores. Cuando la vista se volvió monótona, James puso su atención en el *The Washington Post* que había adquirido por dos dólares en un quiosco de prensa de la estación. La primera plana la ocupaba una foto de archivo de la toma de posesión del presidente de Estados Unidos. El titular era demoledor: «¿El peor presidente de la historia?». El artículo de opinión, firmado por un tal L. K. Perry, estaba apoyado por encuestas de diferentes medios de comunicación y explicaba que, desde Gerald Ford, ningún presidente contaba con un índice de popularidad tan bajo. La reciente subida de impuestos, para paliar la caída de ingresos, había creado un profundo malestar entre la población. Los expertos vaticinaban una inminente recesión económica y las huelgas se sucedían a lo largo y ancho del país. Pero no solo las clases trabajadoras se mostraban soliviantadas. Las presuntas injerencias rusas en la Administración, que ya eran *vox populi* en los mentideros de Washington, habían sumido en la preocupación a gran parte del estamento político. Incluso el fiscal especial Sanders había abierto una investigación formal que podría concluir con la convocatoria del Gran Jurado, algo que no sucedía con un presidente de Estados Unidos desde el escándalo *Watergate*.

El panorama, concluía el articulista, era desolador.

—Algo había oído, pero no imaginaba que las cosas estuvieran tan mal en Estados Unidos —comentó James—, doblando por la mitad el periódico y dejándolo a un lado.

Patricia hizo un gesto de aquiescencia.

—Y lo peor no es lo que cuenta la prensa, sino lo que no dice.

James le dirigió una mirada, frunciendo el ceño.

—¿Qué estás sugiriendo?

Patricia miró a su alrededor, se inclinó un poco hacia James y le habló en voz baja.

—Desde que estoy aquí no paran de hablar del tema de los rusos. Incluso percibo la paranoia entre mis compañeros del FBI, solo que, claro, ellos son prudentes con las afirmaciones que hacen en público. La cuerda está tensa y las recientes declaraciones del presidente asegurando que va a aguantar en el cargo contra viento y marea no

han hecho sino avivar el fuego de las delirantes teorías conspirativas.

—¿Qué teorías?

Banner volvió a mirar en derredor y bajó aún más el timbre de su voz hasta sonar casi como un susurro.

—Dicen que, aprovechando la puerta que el presidente le abrió a su homólogo ruso, se han colado espías y se han diseminado por las agencias gubernamentales. Al parecer, los peces gordos de la CIA y de la NSA están que trinan porque todo el trabajo que se llevó a cabo desde el fin de la Guerra Fría para limpiar de espías rusos las agencias de inteligencia, se ha ido al traste. La situación se ha vuelto insostenible.

—¿Y esto te afecta a ti en algo?

—No lo sé, pero no soy estadounidense y eso es un hándicap. Posiblemente me mantengan al margen de los casos relevantes, y no compartan conmigo información clasificada. Al menos mientras no se calmen las aguas.

—Pero Ramírez te ha metido en este caso. Y es relevante.

Banner le dedicó una sonrisa cariñosa.

—No veas en esta decisión de Ramírez un gesto impulsivo o maternal. Ella es cualquier cosa menos impetuosa. Medita una y otra vez cada decisión que va a tomar y mide cada palabra que sale por su boca. Sencillamente es una mujer brillante. Si decidió tenernos cerca de ella en este asunto es porque algo de tu relato le llamó poderosamente la atención.

—¿Insinúas que tú estás en el caso por mí?

Ella no supo que responder.

—No me irás a decir que te han incluido en el equipo para que me vigiles.

Patricia siguió sin contestar, pero su mirada fue significativa.

—¡No puede ser! Ramírez quiere que me vigiles —afirmó muerto de la risa—. ¡Somos como Mulder y Scully![4]

—Allen, baja la voz y no te lo tomes a broma. Ramírez se fía de mí. Es posible que crea que, al venir de fuera, no estoy contaminada con el politiqueo que recorre las venas del FBI. —Se quedó callada y puso una expresión de duda. Entonces agarró su bolso y sacó un teléfono móvil desechable.

Allen se quedó mirando el dispositivo.

—Me lo dio Ramírez el otro día para cuando tenga que contactar con ella. Está encriptado y es imposible de rastrear.

****

30

Baltimore, Maryland (EE. UU.)

Un mantenía James su gesto de preocupación cuando el tren aminoró la velocidad y se internó en la negritud de un túnel. Nada más volver a la luz viva del día, una alocución grabada anunció a los pasajeros que la siguiente parada sería Penn Station, fin de trayecto. La aproximación a la estación discurrió por un tramo de circulación lenta, cambiando varias veces de vías entre chirridos del acero contra raíles, hasta que una gigantesca marquesina cubrió el convoy. Se apearon, subieron unas escaleras mecánicas hasta el vestíbulo y salieron a la calle.

Baltimore se extendía bajo una capota de nubes de tormenta, convirtiendo el día en pálido y melancólico; por contra, la temperatura primaveral resultaba agradable. Delante de la entrada principal de la estación detuvieron un taxi que los llevó a la zona portuaria, donde se vieron envueltos en una frenética actividad; no en vano, el puerto de Baltimore era uno de las más importantes de toda la Costa Este de Estados Unidos. Dándole la espalda al río Patapsco, posaron sus ojos en una serie uniforme de estrechas viviendas adosadas, al otro lado de la calle Boston. Alternando el blanco y el ladrillo viejo, se distribuían en tres plantas, tenían ventanas saledizas y terminaban en chapiteles de pizarra con chimeneas. En el número 114B, la que tenía todas las cortinas echadas, residía la familia Rivera.

Tan pronto como el tráfico se lo permitió, cruzaron la calle. Tras rodear una furgoneta blanca Dodge Ram de la CBS News y esquivar algunos periodistas, que se despertaron de su letargo y comenzaron a lanzar preguntas al aire, James y Patricia rebasaron a paso rápido los escalones de la entrada y tocaron el timbre. Momentos después, una mujer demacrada y vestida íntegramente de negro los invitó a pasar con susurros y señas.

La vida de Mia se había convertido en un infierno en apenas un suspiro. Ni siquiera había podido disponer del cuerpo de Dylan para

enterrarlo como estaba mandado. Cuando se personó en el depósito el sábado para identificar el cuerpo de su marido, todo había sido amabilidad, delicadeza y buena predisposición, pero desde que Dylan había dejado de ser un padre abnegado y un esposo amantísimo para convertirse en un *asesino despiadado*, toda aquella cordialidad se había esfumado como agua derramada. A medida que se iban confirmando las noticias, los familiares fueron desapareciendo de su lado, aduciendo cualquier pretexto; y los vecinos, que tan amablemente la habían arropado, murmuraban ahora a sus espaldas y la espiaban desde sus ventanas. Pero eso no era lo peor, temía el momento en que Cameron volviera al colegio. Los niños podían ser inocentemente crueles. Toda esta situación la tenía abrumada, y no sabía bien cómo enfrentarse a ella. Acaso tuviese que mudarse con su hermana a Ohio. Si, tal vez eso fuese lo mejor…

—Pueden dejar aquí sus chaquetas —les dijo Mia casi en un murmullo, señalando una percha sobrecargada colgada en el zaguán de la entrada.

A continuación, Mia los llevó en silencio a lo largo de un pasillo impregnado de olor a comida que desembocó en una estancia en semipenumbra. El salón estaba decorado de manera convencional. Recargado, pero todo muy ordenado, en su lugar. Patricia y James trataron de acomodarse en dos sillones con orejas, situados justo delante de una vitrina repleta de esos cachivaches inútiles que se acumulan a lo largo de los años.

—¿Quieren tomar algo? ¿Café? ¿Agua?

Ambos rechazaron el ofrecimiento.

Mia tomó asiento enfrente de ellos dos, en un sofá que se notaba cuidado. Su postura, sentada al borde del cojín y con las manos en continuo movimiento, delataba el estado de nerviosismo por el que pasaba.

—¿Nos llevará mucho tiempo? Es que tengo cosas que hacer.

—Serán solo unos pocos minutos —dijo Banner.

—¿Me harán las mismas preguntas que los otros policías?

—Es muy posible, sí —aventuró Patricia.

—Está bien, pero ya he contado todo lo que sucedió.

—Le prometo que será la última vez que la molestemos.

Cuando Mia asintió despacio, Banner continuó:

—¿Notó algo fuera de lugar en el comportamiento de su marido los días previos?

Mia movió la cabeza.

—No, no sé, todo era normal.

—¿Y la mañana del partido? Tómese su tiempo, por favor.

—También. Desayunamos juntos, como siempre.

—¿Tiene alguna explicación entonces para lo sucedido?

—¿Explicación? ¡No necesito explicación! Aquel no era mi marido. Me da igual lo que digan los médicos forenses, o la policía, o la prensa. Dylan y yo nos conocíamos desde el instituto. Era cariñoso y un buen padre. Él no pudo hacer algo así.

—Pero las imágenes… —dijo Patricia.

Los ojos fijos de ella, clavados en la agente, la detuvieron.

—Ese. No. Era. Mi. Marido —repitió, recalcando cada palabra que lanzaba. Mia se levantó apoyándose en las rodillas, dio unos pasos hasta la repisa de la chimenea apagada y regresó con un marco de plata entre las manos, que exhibió ante Patricia y James a modo de proclama. La fotografía había sido tomada al borde de unos espectaculares acantilados y con un mar bravo y oscuro de fondo. Mostraba tres personas. Mia, su marido Dylan cogiéndola de la cintura sonriente y un niño chico subido a los hombros de su padre con los pies colgando en su pecho—. Esta foto la hicimos hace unos años. En un viaje a las Highlands. ¿Han estado alguna vez?

—Alguna.

—Es un lugar precioso. Misterioso. Romántico —continuó ella. Su voz sonaba con una nota de nostalgia—. Dylan tuvo que viajar por trabajo. Lo hacía a menudo. Un día antes nos sorprendió con los billetes. Lo pasamos bien. —Mia echó una última ojeada a la fotografía y la depositó sobre la mesita de café que se interponía entre sus invitados y ella. De pie, apoyada en su soporte y vuelta hacia ellos dos. Luego ocultó el rostro entre las manos un instante y se las pasó por el cabello mientras soltaba el aire con fuerza. Al volver a mirarlos, primero a Patricia y después a James, su semblante transmitía seguridad.

»Créanme, puedo asegurarles que aquel no era mi marido.

—Señora Rivera… —empezó a decir Banner quebrando el silencio embarazoso que se había instalado entre ellos.

—Llámeme Mia, por favor.

—De acuerdo, Mia, ¿tomaba su marido drogas?

Ella meneó la cabeza de un lado a otro, con rotundidad.

—No. Jamás. Ni cuando éramos jóvenes. Nunca vi a Dylan ni siquiera fumar un porro. Odiaba todo eso.

—Mamá…

Las tres cabezas se giraron hacia la puerta corredera del salón. Cameron estaba de pie, en el umbral.

—Hola, cariño, ven —dijo su madre, acompañando sus palabras de un gesto con la mano.

El niño corrió hasta el sofá, se subió en él y se recostó contra su madre, quien lo acogió rodeándole con su brazo y besándole los cabellos. Los ojos de Mia se humedecieron.

—Cameron estaba con él cuando a Dylan le dio el infarto

James se echó hacia delante en su sillón y se agarró las rodillas con las manos.

—Hola, campeón, ¿te gusta el fútbol?

El niño lo confirmó con un gesto de la cabeza.

—¿De qué equipo eres?

Cameron miró a su madre, buscando su permiso para hablar con un extraño. Esta lo animó a hacerlo.

—De los Ravens.

—Los Cuervos de Baltimore. ¿Y tu jugador favorito?

—Jackson. En mi cuarto tengo una camiseta suya, papá me la compró. ¿Quiere verla?

—Quizá luego. Y en el cole, ¿juegas al fútbol?

—Sí.

—¿De qué te gusta jugar?

El crío se encogió de hombros.

—Cameron, ¿quién ganó en el partido al que fuiste con papá?

Volvió a encogerse de hombros.

—No sé.

—¿Te gusta ir al campo?

—Sí.

—¿Has ido muchas veces?

—No.

Demonios, se le agotaban las preguntas; entonces, Patricia acudió en su auxilio y fue directa al grano.

—Cameron, ¿pasó algo antes de que papá se pusiera malo?

El niño desvió la mirada a su madre, dubitativo.

—Hijo, puedes contestar a los señores.

—Papá se puso a hablar con una mujer y se fue con ella.

Los tres adultos pusieron la misma expresión. Juntaron el entrecejo, pero fue su madre quien preguntó:

—Nunca me habías contado eso.

—Mierda. —Un mal presentimiento había asaltado a James.

—Mamá, ha dicho «mierda» —cuchicheó Cameron.

—Es verdad, Cameron, eso no se dice —se disculpó James—. Y volviendo a la mujer. ¿Recuerdas cómo era?

—Mayor.

—¿Mayor como mi amiga o más aún?

El niño se puso a valorar la situación. Al final, torció el gesto.

—Como mamá.

—Lo estás haciendo fenomenal —dijo Patricia entonces.

—Su pelo, ¿también era como el de mamá (castaño) o como el de mi amiga (rubio)?

Cameron señaló a Patricia y añadió:

—Pero corto.

—Genial. ¿Te acuerdas de si era alta o bajita?

En esa ocasión, apuntó con el dedo a su madre.

—Alrededor de metro… setenta, ¿no?

—Metro setenta y tres —confirmó Mia.

—De acuerdo, por último, ¿era guapa?

El niño se encogió turbado.

—No sé.

Mia volvió a besar a su hijo en la cabeza.

—Lo has hecho muy bien, cariño, anda, vete a jugar.

El niño saltó del sofá y abandonó el salón a la carrera, sin siquiera despedirse. Al pasar frente a James, este alargó la mano y le alborotó el pelo. En cuanto desapareció por la puerta, las cortas zancadas de Cameron resonaron por los escalones.

—¿Creen que eso es importante? —preguntó Mia.

—En estos momentos, todo importa —dijo Patricia, poniéndose de pie y echándose el bolso al hombro—. Bueno, no le robamos más tiempo.

James imitó el gesto, concentrado en sus propios pensamientos. Mia los acompañó hasta la puerta. De nuevo en la calle, volvieron la agitación y los clics de las cámaras fotográficas. Mirando al frente y sin intercambiar palabra alguna, Patricia y James se alejaron caminando calle arriba. Nadie los persiguió. Volvían a estar en el paseo marítimo al cabo de unos pocos minutos, sentados en un banco de hierro que miraba hacia la bahía. Como en todos los puertos de mar decenas de gaviotas surcaban el cielo arremolinadas, chillando sobre sus cabezas ajenas al severo viento que soplaba del sur y que parecía decidido a estropear del todo el día. La temperatura había dejado de ser agradable.

—Crees que esa mujer, la del estadio, era Alessia, ¿no?

James se limitó a asentir apartando apenas la vista del ondulante reflejo en el agua de un gigantesco barco contenedor que avanzaba lentamente frente a ellos.

—Si es así, significaría que ella está detrás del ataque a la fiscal. ¿De verdad sigues pensando que solo es una víctima?

James suspiró con fuerza. En ese momento, libraba una lucha interior contra el desánimo.

—Da igual lo que yo piense. No son más que simples conjeturas. Y ya escuchaste a Ramírez en la reunión, a nadie le importa la imaginación desatada de un escocés en América —se lamentó.

—A mí, me importa.

—Pues qué bien, si me dedico a la política, ya tengo un voto.

—No seas tan duro contigo mismo. ¿No vas a contárselo a Ramírez?

—¿Contarle qué? ¿Que un crío de diez años vio a su padre hablando en el estadio con una mujer cuya descripción podría

corresponder a la de un millón de mujeres? Tú misma lo dijiste anoche, necesitará algo más sólido para cambiar el curso de su investigación.

Patricia no insistió. Sabía que estaba en lo cierto.

—Entonces, ¿qué opciones nos quedan?

—¿Volvernos a casa?

En ese momento, sonó el teléfono de James. Lo encontró en el bolsillo interior de su americana y se quedó mirando el número de Collins en la pantalla. Para hablar, se levantó del banco, indicándole a Patricia con el índice que volvería enseguida, y se alejó unos pocos metros. La conversación no se alargó más de tres o cuatro minutos. Luego, se puso a trastear en el móvil y volvió a sentarse en el banco.

—Collins ha localizado al padre de Alessia.

Patricia frunció el ceño.

—¿No lo habían secuestrado?

Él puso una expresión de culpabilidad.

—No exactamente.

Banner se mostró visiblemente dolida.

—Joder, Allen, que me mientas a mí tiene un pase, ya estoy acostumbrada, pero que lo hagas a una agente del FBI…

—No os mentí, te lo juro, simplemente omití cierta información que hacía parecer culpable a Alessia.

—¿Por qué? ¿Por qué la proteges?

James se pensó la respuesta.

—¿Con sinceridad? Porque creo que es inocente.

—¿Vas a contarme qué paso entre vosotros?

Él meneó la cabeza.

—Quizá en otro momento, por ahora tendrá que bastarte mi palabra.

La joven chasqueó la lengua y meneó la cabeza, resignada.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Oye, lo siento de veras, nunca fue mi intención causarte problemas con Ramírez.

—En fin, lo hecho, hecho está. ¿Qué te ha contado Collins?

—Desde hace unos años, Henry Pratti vive en un municipio costero llamado Riverside, en el condado de Harford. Lo he buscado en Google Maps y da la casualidad de que está a unos cincuenta kilómetros al norte de aquí. En tren no tardaríamos más que media hora.

—Entonces, no nos volvemos a casa.

James había recuperado en parte su buen humor.

—Creo que no. El tren a Riverside no sale hasta esta tarde, así que vayamos antes a probar las famosas patas de cangrejo de Baltimore. No sé tú, pero yo estoy que me muero de hambre.

****

31

Washington D. C. (EE. UU.)

MIÉRCOLES, una de la tarde, hora de la Costa Este.

La comitiva presidencial abandonó la Casa Blanca y se incorporó a Pennsylvania Avenue, previamente despejada de tráfico. La limusina blindada que trasladaba al presidente, conocida como la Bestia, era un Cadillac fabricado por la General Motors en su planta de Detroit; sus especificaciones técnicas eran información clasificada que solo el Servicio Secreto conocía. Aquel día, viajaban en ella el presidente y la primera dama, en los asientos traseros, y el chófer y Mike Shore, en los delanteros. Entre los unos y los otros, una mampara de seguridad que solo el presidente podía subir y bajar a su antojo.

Con traje oscuro y peinado estilo militar, Shore comunicó al resto del operativo que POTUS[5] acababa de abandonar el Nido, dando luz verde para que comenzara a montarse el perímetro de seguridad en destino, al que llegarían en diecisiete minutos. Mike Shore era un veterano agente federal del Servicio Secreto. Procedente del Departamento del Tesoro, ingresó en el cuerpo siete años atrás, en los tiempos de Barack Obama. El director le había confiado desde hacía seis meses el puesto de más responsabilidad: cuando el presidente abandonaba la seguridad de la Casa Blanca, debía estar en todo momento pegado a él.

Esa mañana, no obstante, le costaba concentrarse en su trabajo. No había informado de su creciente malestar o lo habrían relevado del servicio. Así eran las cosas en el Servicio Secreto. O estabas al cien por cien o no estabas. Conforme avanzaba la comitiva por las calles de la ciudad, y sin quitar atención a lo que ocurría a su alrededor, repasó minuciosamente todo lo que había hecho en las últimas horas, buscando una explicación racional a su pésimo estado de salud…

La noche anterior, al igual que todos los martes desde hacía dos años, la había pasado con Cristal. Era cierto que el comportamiento de su amante había sido de lo más raro durante toda la velada. Empezó

por mostrarse enfadada con él por la hora en que había llegado. Luego no había querido ir al restaurante de costumbre y le había llevado a cenar a uno de comida india. Por último, se negó de modo tajante a ir a su apartamento con el pretexto de que estaría su compañera de piso, de modo que decidieron alquilar una habitación en un motel de las afueras…

Y, por mucho que se esforzaba, ahí terminaban sus recuerdos nítidos y comenzaban la confusión y la nebulosa.

Lo siguiente que recordaba fue despertar de madrugada entre unos contenedores de basura en un callejón solitario. Estaba envuelto en vómitos propios, desorientado y con una terrible jaqueca. Tras pasar por su casa a hurtadillas para no despertar a su mujer e hijos, a los que no podría explicar la situación comprometida en que se hallaba, accedió a la Casa Blanca poco antes del comienzo de su turno. Debió de tratarse de eso: la comida india. A él, las especias no le sentaba nada bien, pero Cristal cada vez le apretaba más con el tema del divorcio, cosa que él no estaba dispuesto a hacer, y se había propuesto complacerla en todo lo posible…

Un giro cerrado en un cruce y un cambio de carril lo trajeron de vuelta al presente. El agente especial Shore no recordaba cómo habían recorrido el último kilómetro y medio y se recriminó por ello. En su trabajo no se admitían los errores. «Los asuntos personales se dejan en la taquilla» acostumbraba a decirles el director cada mañana. Bruscamente, otra idea se instaló en su cabeza, desplazando a todas las demás.

Debía cumplir las nuevas órdenes que recibía por el *otro* pinganillo que llevaba en la oreja derecha. Era una voz férrea. ¿Pero de quién? Daba igual de quién. Debía obedecerlas y punto.

«*Las demás consideraciones quedan anuladas. Sin excepción*».

Miró de reojo al espejo retrovisor interior y contempló un segundo al presidente, con las piernas cruzadas y el teléfono móvil al oído. Seguramente preocupado por los recientes titulares del *Post* que le vaticinaban una corta carrera presidencial. Él no era ni republicano ni demócrata. Él respetaba el cargo de presidente de Estados Unidos y odiaba sobremanera que los buitres de la prensa se creyeran con el poder de cambiar lo que los ciudadanos habían decidido con su voto. El presidente solo tenía que aguantar la presión y saldría de esta…

Shore cabeceó.

«*Las demás consideraciones quedan anuladas. Sin excepción*».

—Cómo suda, Mike. ¿Seguro que se encuentra bien? —le dijo el conductor.

No hubo tiempo para responder. Doblaron en una intersección con semáforo y llegaron a su destino: el centro de educación secundaria Saint Albans, en el barrio de Georgetown.

—Eagle y Evergreen[6] en destino —informó Shore por el intercomunicador que rodeaba con la mano. Inmediatamente después, se llevó un dedo a la oreja izquierda para escuchar mejor las respuestas que iba recibiendo.

Ante la nada usual visita del presidente de la nación, se había congregado un gran número de personas en el colegio. Se mezclaban los meros curiosos con una multitud vociferante que no desaprovechaba la ocasión de protestar ante las políticas presidenciales, exhibiendo pancartas con todo tipo de reivindicaciones sociales. Los medios de comunicación también habían hecho acto de presencia, y un incontable número de periodistas, reporteros y fotógrafos se apelotonaban esperando su llegada. El director del Servicio Secreto y hasta el jefe de gabinete habían tratado de disuadirlo, pero él se había mostrado inflexible. Necesitaba dejarse ver si pretendía remontar en popularidad, y a los norteamericanos siempre les gustaba ver a su presidente y a la primera dama entre niños. No obstante, la situación que se vivía en el país obligaría al Servicio Secreto a estar particularmente atento. Desde que Ronald Reagan fuese tiroteado en 1981, ningún otro presidente de Estados Unidos había sufrido un atentado.

Y Mike Shore no estaba dispuesto a que volviera a ocurrir en su turno. ¿O sí?

«*Las demás consideraciones quedan anuladas. Sin excepción*».

—Atentos, POTUS va a bajar —volvió a decir por el sistema de comunicación.

Mike abrió su puerta y saltó a la calle. Al hacerlo, sufrió un ataque de vértigo, se tambaleó y aterrizó de morros contra el adoquinado. El federal quedó tendido bocabajo. Inmóvil. Por un instante, manifestantes, periodistas y curiosos enmudecieron y el ambiente quedó envuelto en una tensa calma. En el acto los agentes del Servicio Secreto desenfundaron sus armas y tomaron posiciones. El gentío entonces comenzó a lanzar gritos de histeria y abandonó el lugar en desbandada, provocando el caos.

Dos miembros del Servicio Secreto se reunieron con Mike. Le dieron la vuelta y se llevaron un sobresalto con lo que vieron. El semblante de Shore era espantoso. Desencajado y con aspecto cadavérico. De improviso, abrió los ojos inyectados en sangre y se puso de pie de un salto; con una fuerza inusitada, apartó a sus colegas de un golpe, avanzó hacia la limusina presidencial y adelantó la mano hasta el tirador de la puerta trasera. Mientras desenfundaba su arma reglamentaria, Shore pudo oler el terror del presidente a través del cristal tintado.

Lamentaba faltar a su juramento, pero debía obedecer.

«*Las demás consideraciones quedan anuladas. Sin excepción*».

En ese preciso instante, abriéndose paso a la carrera entre la muchedumbre que huía presa del pánico, Patricia Banner sacó la Glock 19 de su cartuchera. A distancia de tiro se detuvo al tiempo que oía a alguien gritar: «¡Arma!». Sujetando la pistola con las dos manos, apuntó y, sin dudar un instante, la descargó contra el objetivo.

Ocho disparos.

Siete acertaron de pleno en el cuerpo de Shore.

Uno, el último, fue a parar contra la carrocería de la Bestia, a la que apenas descascarilló la pintura.

A pesar de que sabía lo que sucedería a continuación, el primer impacto le supuso una sorpresa. Una bala en el pecho la empujó violentamente hacia atrás. Con una diferencia de milésimas de segundo, le siguió otro impacto. Otro empujón. Se tropezó sin llegar a perder la vertical. La adrenalina por las nubes la mantuvo de pie. Después, le acometió un intenso dolor.

En la lejanía, como un murmullo agitado, escuchaba voces admonitorias. Incapaz de sostenerla, sus dedos dejaron caer la pistola al suelo. Con expresión de perplejidad, bajó la mirada y advirtió dos manchas parduscas que iban propagándose en la camiseta blanca, como el vino derramado sobre un mantel. Acto seguido, cayó de rodillas. Buscó con sus ojos asustados a Allen. Su amigo corría a cámara lenta hacia ella, vociferando algo inaudible mientras trataba de zafarse de dos agentes que terminaron por placarle y arrojarle al suelo. Gritaba su nombre: ¡¡Paaaatt!! Y alargaba inútilmente la mano hacia ella. Durante un fugaz instante, sus miradas coincidieron. Por última vez.

Sus ojos se cerraron y Patricia terminó de caer al suelo.

El FBI, los paisajes escoceses, su padre, sus amigos Alex y Collins, James… Sobre todo, Él. Para ella, todo había concluido.

****

32

Riverside, Harford (EE. UU.)
Cinco horas antes del atentado

Poco después de que el sol comenzara a alzarse por detrás de Riverside como un borroso disco de fuego, James se enjabonaba el cuerpo en la ducha de la habitación 309 de un motel a las afueras de aquel pueblucho. Cuando llegaron la víspera, ya se había hecho demasiado tarde para irrumpir en la vida de Henry Pratti. Las personas solitarias suelen volverse más recelosas al caer la noche, y el último de sus deseos era añadir más incertidumbre a un encuentro ya de por sí difícil. De manera que tomaron una habitación y pospusieron la visita para la mañana siguiente. Esa mañana.

Tras desayunar en una cafetería que se llamaba Grubb's —y que encontraron un par de manzanas calle abajo—, James y Patricia alquilaron un coche e introdujeron en el navegador la dirección que les había facilitado Collins. Una serpenteante línea blanca unió de inmediato dos puntos en una pequeña pantalla de plasma. Cuatro kilómetros exactos. Trece minutos.

En el momento de ponerse en marcha, el reloj del salpicadero marcaba tres minutos por encima de las nueve y media.

Salieron de Riverside por una tranquila carretera secundaria y condujeron por ella un rato, hasta un depósito de agua que dominaba una encrucijada como un gigante con pies de madera. Entonces, siguiendo las indicaciones, doblaron a la derecha y el asfalto parcheado abrió paso a una vía pecuaria rodeada por cercados con ganado. En un paso a nivel cruzaron por encima de unos raíles, dejaron atrás una nueva bifurcación sin señalizar y continuaron de frente por una pendiente que se curvaba suavemente. Enseguida se percataron de que no era por ahí. El camino concluía ante un río caudaloso. En ese momento, unos troncos inmensos se deslizaban arrastrados por la corriente rumbo a algún aserradero. Patricia deshizo marcha atrás el camino hasta el cruce y tomó la otra dirección, un

sendero umbroso que atravesaba un bosque de robles americanos.

Ya pensaban que se habían vuelto a equivocar de ruta cuando, a lo lejos, por entre la exuberancia de los árboles, atisbaron una cabaña de madera construida en dos plantas. Recorrieron los últimos doscientos metros a velocidad muy lenta y se detuvieron envueltos en su propia nube de polvo. El sendero moría allí, en un pequeño calvero en alto en mitad del robledal, entre la cabaña y un lago rodeado de vegetación por todas partes. Un pontón llevaba a un amarradero donde una pequeña barca azul se balanceaba sujeta con maromas. Según las indicaciones del navegador, habían llegado a su destino. Patricia apagó el motor y ambos se apearon.

—Qué sitio más tranquilo —dijo ella.

Un repentino ruido, que les recordaba a alguien golpeando cañas entre sí, captó su interés. Patricia dejó de buscar con la mirada cuando dio con una pareja de cigüeñas americanas en lo alto de uno de los robles. Tras recrearse con el entorno, salvaron una ligera pendiente y subieron al porche de la cabaña. Banner apartó la mosquitera y golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Señor Pratti?

Nadie respondió y volvió a llamar, esta vez con el puño.

—¡¿Señor Pratti?! ¡Soy Patricia Banner, de la Oficina Federal de Investigación! ¡Queremos hablar con usted!

Como seguían sin contestar, James se asomó por una ventana.

—Parece que no hay nadie.

Para cerciorarse, bajaron del porche y fueron a echar un vistazo a la parte trasera. Nada más torcer la esquina, distinguieron una vieja camioneta Chevrolet con las ruedas semihundidas entre matorrales y oyeron unos relinchos de caballos. Un border collie ladró y se aproximó hasta ellos al trote.

—Ven aquí, pequeño —dijo James, hincando una rodilla en tierra para recibirlo.

A escasa distancia de lo que creyeron era una caballeriza con la puerta corredera abierta, había un anciano tocado con una gorra cortando leña. Banner hizo bocina con las manos:

—¡¿Señor Pratti?!

El hombre miró de soslayo a sus visitantes antes de completar el amplio arco con un hacha. De un golpe seco cercenó un tronco, que cayó partido en dos sobre un montón de leña. A renglón seguido, apoyó el hacha en el tocón y, limpiándose las manos y el sudor con un pañuelo que había sacado del bolsillo de una camisa a cuadros, se aproximó hacia ellos andando despacio.

—¿Qué hacen en mi propiedad? —preguntó, aún desde la distancia; su tono sonó poco hospitalario.

—Patricia Banner, FBI.

El hombre cubrió los últimos metros hasta ellos. La gorra resultó ser de los Knicks y bajo la camisa a cuadros abierta llevaba una camiseta blanca.

—¿Tienen alguna identificación?

Patricia hundió su mano en el bolso y extrajo una tarjeta plastificada. El hombre la observó un instante. Se fijó en la fotografía y en las palabras «FBI» y «Provisional». Luego asintió no del todo conforme. En realidad, desconocía cómo eran unas credenciales auténticas, pero había oído que se podían adquirir unas buenas imitaciones en cualquier supermercado de tres al cuarto.

—¿Y ese? —preguntó, apuntando la barbilla hacia James, que seguía hundiendo los dedos entre el pelaje del perro.

—Se llama James Allen y es asesor.

El hombre no dejaba de rascarse la barba cana mal cuidada, en un patente gesto de desconfianza.

—¿Y qué quieren de mí?

Enderezándose, James se sacudió el polvo del pantalón y luego de las manos. Por el camino, él y Patricia habían convenido que, si no era estrictamente necesario, no le revelarían a Henry Pratti que su padre, en realidad, se llamaba Bent Clausen y había formado parte de una de las organizaciones más siniestras del nazismo. Después de tantos años, no tenía sentido provocar más dolor. Por eso, lo que le dijo fue:

—Conocí a su hija, Alessia, cerca de Springfield.

El semblante del anciano demudó y un velo de tristeza pareció dulcificar sus duras facciones; al instante, aquella impresión se esfumó por completo.

—Si son del FBI, sabrán que no sé nada de ella desde hace años, así que me trae sin cuidado con quién se vea.

—Verá, señor Pratti —dijo Patricia—, creemos que de alguna manera su hija está involucrada en el asesinato de la fiscal de Baltimore.

—Pues si la están buscando, han venido al sitio equivocado.

—¿Cree a su hija capaz de hacer algo así? —preguntó Banner.

El hombre le dedicó una mirada indescifrable, pero no respondió. Terminó entonces de secarse el sudor y guardó el pañuelo de nuevo en el bolsillo. Nuevos relinchos salieron de la caballeriza.

—He de dar de comer a los caballos —dijo. Se dio la vuelta y se alejó hacia la cuadra. Después de un cuarto de hora, regresó y sin detenerse les dijo—. Síganme.

Allen y Patricia lo siguieron hasta la casa unos pasos por detrás. En cuanto se vio solo, el border collie arrancó a correr, adelantó a los intrusos y fue en busca de su amo.

Para cuando la pareja de escoceses llegó al porche, el señor Pratti ya estaba liándose un cigarrillo, instalado en una mecedora de madera

precisada de un buen lijado y barnizado. El perro yacía tumbado a sus pies, suspirando. Con el crujido de los escalones, el señor Pratti levantó ligeramente la barbilla y los sometió a un pormenorizado estudio mientras se allegaban hasta él.

—Siéntense —los invitó, solo que en sus palabras no había nada de cortesía.

Patricia miró alrededor y se acercó otra mecedora, que estaba en el lado opuesto del porche. No localizó más asientos, de modo que James se quedó de pie y recostó el hombro contra un pilar de madera. Pratti perdió la mirada.

—¿Saben?, cuando Alessia nació mi padre y yo nos sentimos los hombres más afortunados del mundo.

—¿Qué fue de su madre? —preguntó James.

Con una dilación exasperante, Henry dio una calada a su cigarrillo y aspiró el humo. Se debatía entre continuar hablando o echar a patadas a aquellos dos con credenciales de juguete.

—Murió en el parto. —Dejó pasar unos segundos y continuó—: Era una prostituta que conocí un par de meses atrás.

—¿Sabía Alessia que usted no era su padre biológico?

—Mi padre y yo acordamos ser sinceros con ella, y al cumplir los ocho años se lo contamos.

—¿Cómo se lo tomó?

La boca de Henry compuso una ligera mueca.

—Bien. Nosotros éramos la única familia que había conocido.

—¿Cómo era Alessia de niña?

Al señor Pratti se le escapó una sonrisa melancólica.

—Era un torbellino. Siempre era «papá, más»; «abuelo, más». No paraba quieta un solo instante. En aquella época residíamos en Manhattan, frente a Central Park. Alessia pasaba casi todo el tiempo en él, correteando o montando a caballo… —Dejó vagar sus pensamientos, y se quedó callado.

La voz de James Allen quebró el silencio.

—Y luego… ¿qué pasó?

El padre de Alessia regresó de donde estuviera.

—Se hizo mayor e ingresó en la universidad. Pero entonces, todo cambió. —Dio una calada al cigarrillo apretando con ansia los labios —. Adoraba a su abuelo. Su muerte la sumió en la confusión y la confrontó con el mundo real. Quizá la sobreprotegimos en exceso y no la preparamos para los momentos duros de la vida. Lo cierto es que no volvió a ser la misma. Salía hasta tarde y castigaba su cuerpo bebiendo, fumando y, vayan ustedes a saber con qué más porquerías. Alessia acababa de cumplir los diecinueve y entonces, en el momento en que era más vulnerable, apareció aquel tipo.

Los visitantes intercambiaron una mirada. Hasta ese momento,

Banner había guardado silencio. No tenía claro qué pretendía Allen con aquella visita, ni adónde conducían todas esas preguntas sobre la vida personal de Alessia, así que optó por permanecer en un segundo plano. Sin embargo, muerta de la curiosidad, salió de pronto de su mutismo y preguntó:

—¿A qué tipo se refiere?

—Nunca llegué a conocerlo en persona ni supe su nombre. Solo sé que le llenó la cabeza de pájaros.

—¿Qué quiere decir? —insistió.

—Alessia era una joven muy especial. De su madre heredó un don. Daba la impresión de que siempre sabía lo que pensaban los demás. Era sensible, pero desde que conoció a aquel tipo, se mostró irascible con todo y con todos.

—¿Con usted también? —James recobró la iniciativa.

—Conmigo, con sus amigos, con el Gobierno, con el sistema…; en una palabra, se radicalizó. Poco después, tras una fuerte discusión, se marchó de casa. Lo dejó todo, no se llevó más que la ropa que llevaba puesta.

Cuando terminó de hablar, Henry se levantó. Su movimiento fue respondido por el border collie, que alzó las orejas, atento.

—Empieza a hacer calor. ¿Quieren una cerveza?

—No, gracias, estoy de servicio.

—Yo sí, si es tan amable —respondió en cambio Allen.

El propietario de la cabaña desapareció tras la puerta mosquitera, detrás del perro. Reapareció pasados unos minutos sin cigarrillo en la boca, pero sosteniendo por el cuello dos botellines helados de Heineken. Uno se lo largó a James. Regresó a su mecedora, le dio un generoso trago al suyo hasta dejarlo por la mitad y se limpió la espuma con el dorso de la mano. El perro volvió a tumbarse, pero esta vez cambió de lado de la mecedora. Un segundo después pareció estar dormido.

Allen retomó la conversación en el punto en el que la habían dejado:

—¿Y no volvió a tener noticias de Alessia desde entonces?

—Me telefoneó hará… unos seis meses. No lo recuerdo bien…; aún era otoño, eso seguro. No sé de dónde sacó mi número, pero lo hizo.

James bebió un poco de su cerveza.

—¿Qué quería?

—Me preguntó por un maletín de mi padre. Ni un *hola*, o un *¿cómo estás…?* Después de quince años me llamaba para preguntarme por un maletín de mi padre. —Fingió una risa triste.

Patricia y James volvieron a mirarse. Esta vez durante más tiempo. El escocés fue el que le preguntó:

—¿Y qué le dijo usted?

—La verdad. Que no sabía de qué me estaba hablando.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me colgó. Ni siquiera se despidió.

—¿Y esa fue la última vez que supo de su hija?

Henry se llevó el botellín a la boca, negando con la cabeza.

—No, me volvió a telefonear anoche.

James separó la espalda del pilar de madera en que estaba apoyado, y sin salir de su asombro preguntó:

—¿Alessia lo llamó anoche? ¿Qué quería?

—Discutir, como siempre.

—¿De qué discutieron? —Esta vez, preguntó Patricia.

—Daba igual. Al final, todo se volvió un motivo de pelea entre nosotros. —Permaneció unos momentos callado—. Le reproché que hubiese tirado por la borda la vida que su abuelo y yo nos esmeramos en darle. Y entonces, me soltó que yo era un perdedor, que no tenía agallas para cambiar las cosa, pero ella sí.

—¿Que quería cambiar?

Henry apuró la cerveza y depositó el botellín vacío sobre la madera del porche.

—Estaba enfadada, iracunda. No hablaba, escupía palabras. Solo mencionó que había conocido a nuevas personas y que juntos harían cosas grandes que darían la vuelta al mundo.

—¿Cosas como matar a la fiscal de Baltimore? ¿La cree capaz de hacer algo así? —lo interrumpió Patricia.

Henry separó las manos en gesto de impotencia al tiempo que se balanceaba suavemente en la mecedora, que chirriaba.

—Mi hija era sensible y cariñosa. Pero ya les he dicho. A esta Alessia ya no la conozco.

—¿Y eso fue todo? —le insistió Banner.

—Antes de colgar, me dijo que estuviera hoy atento al televisor y sabría de lo que era capaz.

Un prolongado silencio siguió a aquellas palabras.

—¿Y no tiene ni idea de a qué se estaba refiriendo?

Con la mirada perdida, el hombre se rebulló en su asiento y negó con la cabeza. La conversación había terminado.

Henry Pratti observó con desazón cómo el automóvil enfilaba de nuevo el sendero y se adentraba en el corazón del robledal. Un par de minutos después, la quietud más absoluta volvía a adueñarse del lugar.

****

33

Riverside, Harford (EE. UU.)
Dos horas antes del atentado

Por qué querría Alessia que su padre estuviera atento a la televisión? ¿Qué va a ocurrir hoy? —Patricia lanzaba al aire preguntas mientras conducía de vuelta a Riverside. Ya habían dejado atrás el bosque de robles y recorrían la vía pecuaria.

Desde que dejaran la cabaña, Allen no había abierto la boca. Solo miraba por la ventanilla exhibiendo un semblante preocupado.

—Y luego está lo de que iba a hacer algo que daría la vuelta al mundo. Parece una bravata. El asesinato de la fiscal de Baltimore no me parece algo tan grande —continuó Patricia, hablando sola—. ¿Crees que pretende asestar otro golpe a alguien mucho más importante?

James continuó sin conversación, pero se volvió a mirar a Patricia y la arruga de su entrecejo se pronunció. En ese momento, el coche frenó en el cruce con el depósito de agua y giró hacia la carretera del condado. Como suele suceder, el camino de vuelta pareció más corto que el de ida. En apenas un rato, surgieron a la vista las construcciones bajas de Riverside y poco después ocupaban una mesa en el Grubb's Café. Un ligero olor a amoníaco vagaba por el aire. Banner alzó la mano para llamar la atención de la camarera, una señorita con uniforme rosa y un mandil blanco anudado a su cintura de avispa.

—Aquí les dejo los menús —dijo—. ¿Tomarán café?

James no acaba de acostumbrarse al hecho de que los yanquis tomaran a todas horas ese mejunje aguado al que llamaban café.

—Yo prefiero una cerveza.

—Té verde para mí, por favor.

La joven apuntó en un bloc de notas, arrancó la copia rosa y, tras dejarla sobre la mesa, se fue.

—Desde que hemos dejado al señor Pratti no has estado muy

hablador que se diga —le dijo Patricia a James tendiendo la mano para hacerse con el menú.

—Lo siento, es que vengo dándole vueltas a lo que nos ha comentado Henry Pratti, y no sé… —dijo chasqueando la lengua—, algo no me cuadra.

Patricia cerró el menú sin elegir plato y volvió a dejarlo sobre la mesa con un suspiro.

—¿Qué pasa por tu cabeza? Conozco esa mirada.

James se inclinó sobre la mesa para que ella pudiera oírle sin alzar la voz:

—Esa mujer… vi sus ojos en aquella casa de Salem, mirándome como si fuera un completo desconocido.

—¡Pero si os acababais de conocer…! —Se quedó repentinamente en silencio. Patricia percibió la turbación en el rostro de su amigo y sus labios dibujaron una sonrisa —. Allen, Allen…

Él ignoró su tonillo sarcástico.

—Patt, entiendo a Henry Pratti. Yo conocí a la Alessia con ese aire desvalido, pero también a la mujer fría y calculadora.

—Y ¿qué es lo que no te encaja?

—No lo sé. Lleva años sin saber de su padre y de repente… ¿No te extraña que le llamara precisamente ayer y sin ningún motivo? ¡Solo para decirle que pusiera hoy la tele!

Patricia frunció el ceño.

—¿Crees que trataba de mandarle un mensaje…?

El escocés se puso de pie y dio unos pasos hacia una antigua televisión de tubo colocada sobre un soporte en la pared.

—¿Puede alguien subir el volumen, por favor? —dijo en voz alta.

Banner se volvió en su asiento. El volumen subió un poco y acalló las conversaciones del local.

Una locutora de la CBS anunciaba a bombo y platillo la que sería la primera visita oficial del presidente desde que comenzaran las protestas sociales, unos meses atrás. Justo en ese momento, daba paso a una corresponsal, que estaba a pie de calle:

… según acaba de informar la Casa Blanca en un comunicado exprés, en apenas una hora, el presidente y la primera dama visitarán el lugar en donde nos encontramos, el centro de educación secundaria Saint Albans, en el Distrito de Columbia. Desde que se ha conocido la noticia, varias asociaciones de defensa de los derechos civiles y organizaciones estudiantiles han hecho llamamientos públicos a la movilización pacífica…

—¡Allen…! —Patricia lo llamó por su nombre cuando lo vio pasar a toda pastilla a su lado y salir a la calle. Entonces, agarró el bolso y fue corriendo tras él, mientras la camarera, cargada con las bebidas, los llamaba a voz en grito.

Unos minutos más tarde, volaban en el vehículo de alquiler por las carreteras de regreso a Washington. El reloj del salpicadero marcaba dos minutos por encima de las doce. Por delante, tenían ciento diez kilómetros. Irían muy justos de tiempo.

—Llama a Ramírez y cuéntaselo —le dijo James.

Patricia marcó el número grabado y se pegó a la oreja el teléfono móvil encriptado. Al segundo tono, escuchó su voz.

—Diga… ¿Agente especial Banner? ¿Es usted?

En ese momento, Patricia se dio cuenta de que no sabía cómo contarle a una mujer tan pragmática lo que no era más que otra loca intuición de Allen; así pues, decidió soltarlo sin rodeos:

—Van a atentar contra el presidente. En su visita al colegio.

—Cálmese y dígame dónde está en este preciso instante.

—Saliendo de Riverside, en Maryland. Allen y yo venimos de entrevistarnos con Henry Pratti, el padre de Alessia…

Ramírez la atajó y recondujo la conversación a lo importante.

—¿Por qué piensa que van a atentar contra el presidente?

La línea quedó en silencio.

—¿Sigue ahí, Banner?

—Sí, sigo aquí.

—¿Por qué cree que van a atentar contra el presidente? —repitió.

—En honor a la verdad… —giró la cabeza y su mirada se topó un segundo con la de James. Antes de contestar, soltó una especie de suspiro—. No estamos del todo seguros…

No la dejó acabar.

—¿Quiere que dé la voz de alarma al Servicio Secreto sin estar segura? ¿Está usted loca?

Por vez primera, Patricia vio que Ramírez perdía el dominio sobre sí misma.

James apartó la mirada de la carretera y se puso a gritar para que la agente del FBI la oyera por el auricular.

—¡Déjese de formalismos y dé la voz de alarma de una puñetera vez, o en menos de una hora su presidente estará muerto!

Patricia fue a decir algo, pero la línea ya se había cortado.

—Maldita sea. No estoy segura de que vaya a hacer algo.

James le lanzó una mirada con un rostro cargado de confianza.

—¿Qué? ¿Vamos a salvar al presidente de Estados Unidos?

Cuando ella le devolvió la mirada, James no imaginaba que nunca volvería a ver aquella sonrisa.

****

34

Washington D. C. (EE. UU.)

La agente especial Ramírez lanzó el móvil con rabia sobre el protector de su escritorio. La tapa de la batería saltó por los aires. Estaba enojada. Más que eso, estaba colérica. En una cosa Banner sí que tenía razón. Allen era irritante y con su conducta irracional arrastraba a todos los que tenía a su alrededor. Poco a poco, fue serenándose. Recogió la tapa de plástico y volvió a colocársela al teléfono. En eso, le sobrevino otra sensación diferente. Abrumada por la información que acaba de recibir se frotó los ojos con fuerza. Estaba agotada. Llevaba casi sesenta horas sin pegar ojo y en esas condiciones le costaba encadenar pensamientos.

¿Qué debía hacer?

Estaba atrapada en un callejón sin salida. Si daba la voz de alarma y se equivocaba, sería el hazmerreír. Ser la primera mujer al mando de una oficina de campo era un lastre para ella. Sentía que caminaba por un alambre. Quizás fuese algo exagerada, pero pensaba que no solo se la juzgaba a ella, sino a todas las mujeres que trataban de abrirse paso en el FBI. No se podía permitir un error fatal. Por otra parte, si no decía nada y la alerta era real, su negligencia habría puesto en peligro las vidas del presidente y de la primera dama, o puede que, incluso, causado sus muertes…

En cualquiera de los casos, si tomaba una decisión errónea, su carrera quedaría frustrada. «Pirañas o cocodrilos», acostumbraba a decir resignada en estas situaciones. Vamos, que hiciera cuanto hiciera, tenía las de perder. Salvo que acertara.

En esa tesitura, se decantó por seguir su instinto y alargó la mano hasta el teléfono de mesa.

—Ha contactado con la Casa Blanca, ¿con quién desea hablar?

—Soy la agente especial Ramírez, a cargo de la oficina del FBI de Washington, Distrito de Columbia, querría hablar con el director del Servicio Secreto.

—Un momento, por favor.

Sonó música en la línea. Algo clásico. Bruscamente se interrumpió.

—Willbur al habla.

—Director, soy la agente especial Ramírez, al mando de la oficina del FBI de…

—Lo sé, ¿qué desea? —dijo, sin florituras.

—Es referente a la visita que el presidente y la primera dama están llevando a cabo en estos momentos. ¿Están valorando alguna amenaza real?

—Verá, agente especial, siempre que POTUS abandona la Casa Blanca recibimos cientos de amenazas. ¿Tiene algo?

—No es nada sólido, director.

—Entendido, si averigua más, comuníquemelo de inmediato.

Nada más colgar, Ramírez se sintió una estúpida. Entonces, volvió a coger el teléfono y marcó una extensión interna.

—Alabi, venga a mi despacho, y avise a Cox.

Ni un minuto después, oyó un leve golpeteo de nudillos en la puerta de cristal entreabierta de su despacho.

—Pasen y siéntense.

Los agentes Fariha Alabi y Chester Cox entraron con carpetas bajo el brazo y tomaron asiento en torno a una mesa circular de reuniones. Ramírez salió de detrás de su escritorio y se unió a ellos. Se dirigió a Alabi, preguntándole de sopetón:

—¿Hemos recibido los resultados de la autopsia de Rivera?

—No se lo va a creer, señora. Me acaban de informar de la oficina del forense de Baltimore de que el cadáver de Dylan Rivera ha sido incinerado por error antes de practicarle la autopsia.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

Alabi se encogió de hombros.

—No lo saben, me ha llamado en persona el patólogo jefe, el doctor Stockwell. Están consternados y han abierto una investigación interna para depurar responsabilidades.

—Quiero que esté encima de esa investigación. Quiero saber qué ha ocurrido exactamente.

—Entendido. Aproveché para hacerle algunas preguntas. Desde luego, no encuentra ninguna explicación médica a cómo pudo aparecer Rivera vivito y coleando a la mañana siguiente.

—¿Habló con el doctor Green?

—Sí, señora. Asegura que Rivera mostraba el típico cuadro de infarto de miocardio agudo. No respondió a la RCP que él mismo le practicó, primero en la grada y luego en la clínica del propio estadio. Insistió en que suspendió la reanimación cardiopulmonar cuando, según sus palabras textuales, —abrió una carpeta que tenía ante sí con el emblema del FBI en la portada—: «El paciente presentaba signos

persistentes de fallecimiento». Además, transcurrieron treinta y dos minutos hasta que firmó el acta de defunción, cuando el protocolo médico solo exige vigilar las constantes vitales del paciente durante diez o quince.

—Y ¿qué opina el ayudante del forense?

—A la morgue —comenzó a explicarse Alabi— solo llegan los cadáveres a los que hay que practicarles la autopsia. Sin embargo, al doctor Nelson no le cupo duda alguna de que el señor Rivera estaba muerto. Ya sabe, *rigor mortis*, coloración pálida de la piel, ausencia de latido y pulso, silencio respiratorio…

—Bien, entonces…, si Rivera estaba muerto, ¿quién se llevó su cuerpo de la morgue?

—Verá, señora —el que respondió fue Chester Cox—, exactamente, nadie lo hizo… Tal como me encargó, accedí a las cámaras de vigilancia. —Cox extrajo de un expediente una serie de cinco ampliaciones en blanco y negro y las ordenó sobre la mesa siguiendo una secuencia temporal.

Alabi y Ramírez acercaron sus cabezas a las fotografías y se tomaron su tiempo en la observación.

—Así que, a las tres menos cinco de la madrugada, Rivera abrió la nevera para cadáveres por sus propios medios y se largó como si tal cosa —dijo Ramírez, casi imperturbable.

—Sí, eso es lo que parece —apuntilló Cox.

—¿Adónde fue desde la morgue? —preguntó Alabi, señalando otra de las fotos.

—Seis minutos más tarde —repuso Cox—, la cámara instalada en la fachada trasera del edificio captó esta otra imagen de Rivera saliendo a la calle. No hay duda, es él. El programa de reconocimiento facial lo ha identificado. Las cámaras de tráfico lo siguieron durante un par de manzanas hasta que desapareció en un callejón. —Se quedó callado un segundo antes de concluir—: Puede que, después de todo, no fuera más que una cadena de fatales errores médicos. He oído casos similares.

—Aunque son poco frecuentes —dijo Alabi—, existen casos de personas que se han recuperado espontáneamente después de haber suspendido las maniobras de recuperación, pero el doctor Stockwell lo considera altamente improbable. El doctor Green goza de un gran prestigio dentro de la medicina deportiva y el doctor Nelson lleva ocupando el cargo de ayudante del forense los últimos siete años. Además, no existe en la historia de la medicina un solo caso clínico de recuperación casi trece horas después de una parada cardiorrespiratoria.

—Pero no lo considera imposible —dijo Ramírez, aferrándose a una explicación lógica.

—No, señora, imposible no, pero…

—Algo se nos escapa. Como dijo el señor Allen, todo esto es demasiado complejo para que sea casual —dijo Ramírez, pensativa. Tras un breve silencio, preguntó—: ¿Tenemos algo más?

—Verá —habló Alabi—, he consultado la base de datos del FBI buscando patrones similares; es decir, personas fallecidas que, posteriormente, se vieron involucradas en crímenes.

—No habrás dado con nada —aventuró Cox.

—Efectivamente, no encontré ninguna coincidencia… En cambio, descubrí veinticinco casos muy curiosos que compartían varias similitudes entre sí, y en los que estaban involucrados hombres y mujeres vagabundos.

Ramírez le prestó toda su atención.

—Explíquese.

—Son casos aparentemente aislados repartidos por casi todos los estados. El primero con el que di es de 2005 en Milwaukee y el último de hace tres años en Nueva York, pero podrían haber muchos más. En todos ellos, los asesinos acabaron muertos, pero a ninguno llegó a practicársele la autopsia. —Hizo una pausa dramática—. Agárrese a la silla. Antes de hacerlo, los cadáveres desaparecían en extrañas circunstancias.

—Vaya, qué oportuno.

—Además —continuó Alabi, tras la nota sarcástica de Ramírez—, los testigos afirmaban que los asesinos estaban muertos solo unos minutos antes de perpetrar los crímenes, pero claro, al estar involucrados vagabundos, sus testimonios resultaron poco fiables y los expedientes acabaron archivados.

»Sin embargo, en el caso de Nueva York hallé algo llamativo. Un vagabundo llamado —consultó un momento sus notas— Charlie Brolin mató a cuchilladas a tres personas bajo el puente de Broadway, en el Bronx. Una patrulla de la policía de Nueva York lo acribilló a balazos, solo unas horas después. El cuerpo cayó al Hudson y nunca dieron con él.

»Uno de los testigos presenciales fue un tal —volvió a consultar sus notas— Michael Offer. Antes de convertirse en un sin techo fue médico internista en el Harlem Hospital Center de Manhattan. Un error médico y un seguro mal renovado acabaron con él viviendo en la calle. El señor Offer declaró ante la policía que sin duda Charlie Brolin estaba muerto una hora antes de incorporarse con un cuchillo en la mano y comenzar a atacarlos.

—Buen trabajo, Alabi, quiero que investigue a fondo todos esos casos. Hable con los inspectores que los llevaron y con los testigos, si aún siguen con vida. Cox, ayúdela. Y ténganme informada de sus progresos.

Cox asintió y cogió un folio de una carpeta.

—Otra cosa. La brigada científica ha confirmado las palabras exactas que dijo Rivera antes del ataque a la fiscal. —Leyó en voz alta —: «Lo siento. Lo siento, Mia».

Ramírez cerró los ojos, pensativa.

—Señora —Alabi interrumpió su concentración—, ¿recuerda que el señor Allen mencionó a un tipo apodado el Haitiano?

Ramírez abrió los ojos y asintió con la frente arrugada.

—Verá, lo he investigado… —Alabi hurgó entre carpetas y colocó una muy fina arriba del montón, la abrió pero no repartió copias—. No he descubierto nada en nuestros archivos; sin embargo, tengo un amigo en la Agencia Central de Inteligencia que me debía un par de favores. Da la casualidad de que fue agente de campo en África durante varios años y conoció al Haitiano muy bien. Trata de mujeres, importación ilegal de animales, tráfico de diamantes de sangre…; también se le atribuye casi un centenar de muertes. Tiene estrechos lazos con algunas guerrillas de Sierra Leona. Se cree que tiene su base en Haití, de ahí su apodo, aunque su verdadero nombre es Leroy Diprè. Sus enemigos lo conocen también como el Señor de la Muerte Negra, por su adoración a la magia negra. A mi contacto en la CIA le extrañó este interés repentino del FBI.

—¿Y eso?

—Me comentó que, hasta donde él conocía, el Haitiano nunca ha operado en Estados Unidos.

—¿Puede decirle a su amigo de la CIA que nos envíe una copia del expediente?

—Lo hice. Pero me llamó luego para decirme que había desaparecido. Es la primera vez que le ocurre algo así. Me ha asegurado que hay que tener autorización de seguridad de nivel 1 para eliminar del sistema una ficha abierta, y aún así no lo ve factible.

La agente especial al mando se recostó en su silla de piel mientras se perdía en un torrente de pensamientos. Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas…

—Señora —dijo una voz femenina desde la puerta, sacándola de su mutismo—, ponga la televisión, debe ver algo urgente.

—¿Qué canal?

—Cualquiera.

Acometida por un mal presagio, Ramírez volvió apresuradamente a su escritorio y rebuscó en el primer cajón. Con un mando a distancia en la mano, apuntó hacia una televisión dispuesta sobre un largo aparador negro y pulsó el botón de encendido.

Todo sucedió tan rápido que los presentes tardaron unos segundos en encajar lo que sus ojos les mostraban.

Las imágenes eran muy confusas. La comitiva presidencial. Un

hombre con traje oscuro caía al suelo, se levantaba empujando a otros dos hombres vestidos igual que él y se abalanzaba sobre la Bestia. La agente especial provisional Banner irrumpía en el escenario, pistola en mano. Se oyeron muchas detonaciones. Ninguno de los presentes las contó. Dos personas yacían en el suelo, pareciese que muertas. El tipo del traje oscuro y Patricia Banner.

En los relojes faltaban cinco minutos para la una y media.

****

35

Puerto Príncipe (Haití)

A nadie en el mundo podría haberle importado menos el intento de asesinato del presidente de Estados Unidos que a Kieran Murphy en ese momento. Como quien mira un televisor, contemplaba por el ojo de buey cómo el *Murgash* se deslizaba por una lengua de tierra con los márgenes cubiertos de una vegetación tan tupida que impedía ver lo que había más allá. Pero fue el color del agua, de un turquesa tan claro que las embarcaciones parecían volar sobre ella, lo que le indicó que se hallaban cerca de arribar a algún puerto caribeño.

En esas, sobre un edificio algo destartalado, divisó una bandera roja y azul agitándose en un mástil al compás del viento.

—Dave, ven a ver esto. ¿Reconoces esa bandera?

Rezongando, Carmichael se incorporó en el estrecho hueco abierto tras las taquillas y fue a ocupar el puesto del irlandés en el ojo de buey. Mientras se desperezaba, miró por él. Pese a que era escocés de nacimiento, su madre, Elinor, era oriunda de Barbados, y él se conocía a la perfección todos los países bañados por el mar Caribe.

—Estamos en Haití —Su voz se distorsionó por el bostezo. Entonces su estómago empezó a hacer ruido. No recordaba cuándo habían tomado la última comida decente y sentía un hambre atroz—. ¿Cuándo traen el desayuno?

—¿Es que tú solo piensas en comer?

Carmichael retiró la cara del ojo de buey.

—Comienzo a estar harto de esta dieta malsana. Cuando volvamos a casa no voy a parar de comer en una semana.

—¿Volver a casa? Dios te oiga.

El carguero aún tardó otra hora en atracar. Los dos polizones convinieron que sería más seguro aguardar a la noche para abandonar el barco y esas horas de más que permanecieron a bordo, sin nada que hacer y envueltos en un calor soporífero, les resultaron las más angustiosas de todo el trayecto. Cuando la pobre iluminación del reloj

digital le indicó a Carmichael que eran casi las once de la noche, se dirigió de nuevo hacia el ojo de buey y atisbó a través de él. Por lo general, las noches en el Caribe eran luminosas y aquella no era diferente.

—¿Qué hora es? —preguntó Kieran.

—Hora de abandonar este cascarón.

—Lo primero sensato que dices en estos últimos días.

Carmichael se apartó del ojo de buey y se condujo hacia la compuerta. Primero puso la oreja, y como no se oía nada, la entreabrió y asomó la cabeza con extremo cuidado. Una vez comprobó que no había un alma, abandonaron la cabina y echaron a andar por el pasillo.

Tras varios recodos, el pasillo finalizó abruptamente en una escalera de mano que, a su vez, desembocaba en una escotilla. Treparon por la escalera, cruzaron la escotilla y penetraron en la sala de máquinas, un descomunal espacio que ocupaba al menos dos cubiertas. Envueltos en un ruido ensordecedor, unos cuantos mecánicos con monos cubiertos de grasa se mantenían entretenidos entre motores, calderas, bombas y condensadores. Ninguno de ellos se percató de que dos tipos cruzaban sus dominios con rapidez, sobre una rejilla que dejaba a la vista el piso inferior, y salían por una puerta estanca colocada en el extremo opuesto, justo debajo de una tubería de vapor.

Siguiendo mentalmente el plano del barco que habían memorizado en una salida de emergencias, siguieron recorriendo las entrañas del viejo buque hasta salir a una noche estrellada por la misma escotilla por donde accedieron el primer día.

Como todo a la redonda estaba quieto y sereno, recorrieron con sigilo la cubierta principal encorvados para reducir la silueta. Cuando estaban a punto de cruzar la pasarela de hierro que conectaba la cubierta del barco con el muelle, unos haces de luz la iluminaron. Instantes después, se detuvo una sucia camioneta con la trasera de carga descubierta. Era roja y tenía la pintura desgastada, como todo lo que se veía por los alrededores.

Dave y Kieran se detuvieron en seco, retrocedieron sobre sus propios pasos, y se agazaparon tras una lona que ocultaba una lancha de salvamento. El motor de la camioneta se paró, las dos portezuelas delanteras se abrieron de sopetón y de los asientos se apearon dos tipos de piel oscura. Uno vestía una camisa de manga corta con dibujos de palmeras y un sombrero de ala corta que dejaba entrever un pelo largo recogido en rastas. El otro, una camiseta sin mangas, pantalones cargo marrones y una descuidada barba de tres días. Este último, además, blandía un fusil automático.

Resueltos, los dos hombres subieron a bordo haciendo temblar la

pasarela con sus botas militares. Al pasar a su lado, Carmichael reconoció en sus antebrazos un tatuaje idéntico: una calavera rodeada por una serpiente. Tan pronto como ambos tipos desaparecieron por la escotilla principal, Dave y Kieran se incorporaron y, veloces, abandonaron el carguero.

Sobre el adoquinado del puerto, dudaron. Estaban rodeados de almacenes y tinglados. Las únicas dos farolas encendidas dejaban a la vista restos cochambrosos de embarcaciones varadas sobre bloques de madera, bidones de combustible vacíos y redes de pescar llenas de remiendos. Más allá del puerto, a lo lejos, se filtraba luz a través de las ventanas de multitud de casuchas arracimadas unas sobre las otras, con fachadas multicolores. El aspecto general resultaba deprimente. En el puerto, había otros cargueros anclados con similar aspecto de abandono que el *Murgash* y numerosas barcas de pesca que flotaban quietas en un mar Caribe sereno y de un sorprendente color negro.

—Por fin, estamos fuera de ese barco. No hubiese aguantado en aquel cuchitril ni un minuto más —dijo Kieran.

Carmichael alzó la vista a la luna, cuya claridad los iluminaba como un foco a un artista.

—No cantes victoria aún. Si vuelven esos dos tipos y nos pillan aquí plantados, van a hacer tiro al plato con nosotros.

Escogieron para esconderse un viejo almacén abandonado que tenían enfrente. Una vez a salvo, observaron el puerto a través de las punzantes figuras geométricas del cristal roto de una ventana. Transcurridos lo que debieron de ser treinta minutos, volvió el movimiento a la cubierta principal del *Murgash*. Los dos sicarios que habían llegado en la camioneta roja aparecieron de nuevo por la escotilla, pero, en esta ocasión, llevaban consigo a las cinco mujeres que secuestraron en Freetown.

Desde su escondrijo, Dave y Kieran vieron al grupo cruzar la pasarela suspendida y subir a la camioneta. Tras poner el motor en marcha y encender los faros, el vehículo avanzó con torpeza, viró ciento ochenta grados y embocó la salida del puerto. Si bien no se dijeron nada, por las cabezas de ambos pasaban cosas parecidas, aunque cada uno lo hubiese expresado con sus propias palabras. La vida era cuestión de suerte, buena o mala, y la de aquellas chicas había sido de la peor. Si ellos no conseguían liberarlas, cosa que no imaginaban cómo podrían llegar a hacer, sus días acabarían de manera penosa en algún burdel de mala muerte.

****

36

Puerto Príncipe (Haití)

En cuanto el muelle recuperó la tranquilidad, Dave y Kieran abandonaron su escondite y se apresuraron a la carrera por donde se había marchado la camioneta. Nada más salir del puerto, se detuvieron. Mientras recuperaban el resuello, sudando a mares, vieron sus luces rojas traseras alejarse por la carretera.

—Si la perdemos… de vista —dijo Kieran, entre jadeos—, es muy posible… que no volvamos… a dar con ella.

Del otro lado de la carretera, justo enfrente de donde ellos se hallaban, les llegó la música de una taberna muy cutre que carecía de nombre. Carmichael puso sus ojos en ella. La fachada estaba cubierta de grafitis y la única ventana disponía de barrotes en los que el óxido le estaba ganando la batalla al color verde que un día lucieron.

Carmichael esbozó una sonrisa triunfante.

—Vamos, tengo un plan. Y es muy astuto.

—Tú y tus planes astutos. Estoy harto de ellos. Siempre acaban de la misma manera: dando y recibiendo mamporros.

—Cierra el pico, y no te quejes más, o te dejo aquí solo.

—¿Solo? Y ¿adónde crees que vas a ir tú?

—Pienso largarme en un coche.

—¿Un coche? ¿Qué coche?

Carmichael señaló al otro lado de la carretera.

—*Ese* coche.

A escasos metros de la puerta del tugurio, un tipo de espaldas orinaba contra la pared. Junto al bordillo, un Ford verde repleto de raspaduras aguardaba con el motor en marcha y la portezuela del conductor entreabierta.

Dave y Kieran intercambiaron una rápida mirada.

Para cuando el propietario tuvo conciencia de que le estaban robando el coche, el Ford se lanzaba ya como un poseso hacia delante, entre un chirriar de llantas y dejando una capa de goma en el asfalto.

En su loca carrera, las luces de los faros saltaban arriba y abajo con los botes que daban sobre los baches, mientras avanzaban a toda velocidad ignorando los semáforos en rojo y sorteando con destreza a los escasos automóviles con los que se cruzaban.

Después de varios minutos exprimiendo al máximo el motor del Ford, localizaron en la distancia las luces rojas posteriores de la camioneta. Entonces, Carmichael levantó el pie del pedal del acelerador y el coche fue reduciendo la velocidad paulatinamente, hasta situarse a una distancia prudencial. Siguieron un rato más por ese mismo camino. Poco a poco, fueron quedando atrás las últimas luces de la ciudad. De tanto en cuando, pasaban frente a chabolas con un terrenito cultivado a su alrededor. Cerca de un pestilente vertedero, la intensidad de las luces rojas de la camioneta que perseguían aumentó, lo que les indicó que estaba frenando. Ellos también lo hicieron y Dave, como medida de precaución, desconectó los faros del coche y continuó guiándose por el claro de luna.

Un centenar de metros más adelante, el Ford abandonó la carretera con un giro cerrado y se metió por la misma vereda por la que, poco antes, se había desviado la camioneta. La vía se estrechó y el asfalto dio paso a tierra embarrada con las últimas lluvias torrenciales. Avanzaron entre sacudidas por aquel sinuoso sendero que, cada vez, se hacía más intransitable.

Tras unos minutos, Kieran se inclinó hacia adelante y escudriñó la noche a través del parabrisas delantero:

—Se acerca un cruce.

Unos metros después, Carmichael pisó el freno ante una confluencia de caminos y detuvo el Ford en seco.

—¿Por dónde?

Murphy se bajó y, durante unos largos minutos, inspeccionó cuidadosamente las tres posibles direcciones en busca de rodadas recientes. Sin luz suficiente todo era más difícil, pero no se atrevían a encender los faros. En medio de aquel llano deforestado refulgirían como un incendio de noche. Satisfecho, el irlandés regresó a su asiento.

—Han ido por la derecha.

—¿Estás seguro? Mira que si te equivocas, los perderemos.

—Sí, estoy seguro. Tú, arranca —gruñó Kieran.

Carmichael metió primera y hundió el pie en el acelerador al tiempo que hacia girar el volante. El Ford salió disparado, derrapando como un coche de *rally* al salir de una curva. En un momento dado, el sendero por donde circulaban se vio flanqueado por árboles secos y renegridos por el fuego. Continuaron otro rato más sin ninguna señal de la camioneta. Ya pensaban que la habían perdido definitivamente cuando los árboles secos desaparecieron y el camino terminó ante una

verja de hierro que cerraba un muro. Entonces Dave sacó el Ford verde del camino y desconectó el motor. Por lo que les permitía ver la luz de la luna, la verja era de hierro fundido con arabescos y el muro de ladrillo de unos tres metros de altura, cubierto por hiedra salvaje y coronado por una alambrada de espinos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kieran.

—En casa de los malos —repuso Dave, mientras se hacía con el AK-47 y se bajaba con cuidado de no llamar la atención.

Murphy, a su vez, cogió el machete y lo imitó. Doblados por la cintura, avanzaron sobre el barro unos cuantos metros, acercándose todo lo posible sin exponerse. Por entre los barrotes de la verja, vislumbraron a lo lejos una gran mansión de estilo victoriano colonial, construida en madera de diferentes tonalidades. A pesar de su aspecto decadente, aún mantenía algo de esplendor. Un poco retirado de la puerta, a la derecha del camino de entrada, descubrieron la camioneta roja estacionada de cualquier manera.

Algunas luces encendidas se filtraban por las ventanas de la vivienda y el ritmo sencillo y repetitivo de la música *reggae* les llenaba los oídos. En un anexo columnado de madera se distinguían sofás y sillones. Varios hombres y mujeres descansaban repantigados sobre ellos con remolinos de humo formándose por encima de sus cabezas. Hasta ellos dos llegaban las risas inhibidas que lanzaban. No sabían con seguridad cuántas personas habría en la casa. Desde su posición resultaba del todo imposible determinarlo.

Dave y Kieran recorrieron el perímetro del muro, pero lamentablemente para sus intereses era lo único de la casa que daba la impresión de conservarse en perfecto estado. Al sur, no obstante, dieron con un tramo donde la alambrada de espinos parecía haberse caído. Aparte del muro, no apreciaron otras medidas de seguridad, ni siquiera vigilantes haciendo la ronda. Resultaba evidente que, en aquel entorno, aquellos tipos se sentían del todo seguros. Debía de ser su cuartel general y nadie en su sano juicio osaría importunarles en su territorio.

El calor y la alta humedad convertían el aire nocturno directamente en irrespirable, y ni la ligera brisa que había empezado a soplar conseguía aliviar la sensación de bochorno que reinaba en el ambiente. Dave y Kieran aún llevaban puestas las ropas que les quitaron a aquellos dos marineros en el puerto de Sierra Leona y, a esas alturas, su aspecto físico era lamentable. El sudor pegaba sus camisas al cuerpo como una segunda piel y el olor que desprendían captaría la atención de un depredador a un kilómetro de distancia contra el viento.

Dave era más alto y fuerte que Kieran; de tal manera que se pegó al muro donde no había alambrada de espino y bajó la voz:

—Súbete a mis hombros.

El irlandés lo hizo y consiguió subirse al muro con algo de esfuerzo. Tumbado en la parte superior, recibió el AK-47 de manos de Carmichael y lo arrojó, junto con el machete, sobre un manto mullido de maleza. Con las manos liberadas, ayudó a su amigo a trepar, tirando de él por las muñecas. Saltaron al otro lado, rodaron y permanecieron postrados durante un rato hasta que se convencieron de que solo se oían risas y música.

En la parcela no había un matorral tras el que guarecerse; así que, ocultos en la noche, reptaron unos cuantos metros y se acercaron más al cenador. Ahora podían ver con claridad que había cuatro hombres y dos mujeres acomodados en el sofá y los sillones; por el olor, fumando hierba.

—Esos tíos están tan colocados, que podría reducirlos fácilmente —le susurró Carmichael a Kieran al oído.

—Pero no sabemos cuántos hay dentro.

—Tienes razón, esperemos un poco más, a ver qué pasa.

No habrían transcurrido ni diez minutos y las dos hojas de la cancela de hierro bascularon hacia dentro, como un libro abriéndose. Con el chirrido de las bisagras los cuatro hombres repantingados se pusieron de pie como impulsados por un resorte y agarraron sus armas.

En cuanto reconocieron los faros de un todoterreno, la precaución cedió el sitio a la premura. Inmediatamente, guardaron las armas y apagaron los porros. Uno de ellos, que reconocieron como el tipo de la camiseta sin mangas que pasó a recoger a las mujeres al *Murgash*, lanzó gritos de aviso en su idioma al interior de la casa. Tras un par de minutos, se oyeron fuertes pisadas bajando a la carrera, la música cesó y tres hombres más, incluido el de la camisa de palmeras, salieron al porche y esperaron.

Entretanto, un todoterreno negro con los bajos embarrados enfiló demasiado deprisa el camino de grava y frenó a escasa distancia de la camioneta roja. Dos hombres corpulentos se bajaron con premura de los asientos delanteros y comenzaron a vociferar a sus colegas de la casa, quienes, hechos un manojo de nervios, se miraron un segundo entre sí, sacaron una vez más las armas y comenzaron a dispersarse por la finca.

El Ford.

Lo habían dejado tirado en el arcén del camino y debían de haberlo visto al llegar. De ahí, deducir que alguien rondaba la casa era cosa hecha. De uno de los asientos traseros del todoterreno salió un hombre embutido en un traje de un refulgente color blanco, a juego con su pelo platino. Bajo el brazo, llevaba una caja tallada con esmero. Ajeno a la agitación que lo envolvía, se quedó de pie, aguardando.

—¿De dónde sale ese? ¿De una fiesta para macarras? Y nosotros con estas pintas —se lamentó Carmichael

—¿No es ese el tío de Sierra Leona?

Carmichael aguzó la vista.

—Tienes razón. Es el cabrón que mató con la serpiente a aquel pobre diablo. Y en esa caja llevará los diamantes.

En ese momento, se abrió la otra portezuela trasera del todoterreno y por ella apareció una mujer de esas que han sido bendecidas con el don de parar el mundo con una simple mirada. Con un pelo dorado moldeado sobre los hombros y una tez blanquísima, la joven vestía con elegancia natural un traje pantalón.

—La bella y la bestia —suspiró Carmichael.

La pareja de recién llegados se tomó su tiempo hasta salvar la distancia con la casa. Sin mirar siquiera a las dos mujeres que continuaban tiradas en el sofá, fumando, superó los escalones del porche de uno en uno y cruzó una puerta azul descamada.

****

37

Puerto Príncipe (Haití)

CARMICHAEL y Murphy no sabían qué hacer. En un santiamén había cambiado por completo el *statu quo*. Ya no disponían de la ventaja de la sorpresa. Estaban emboscados y con aquellos hombres merodeando por la parcela pronto darían con ellos.

Tumbados sobre el suelo, Kieran contempló a Dave. Su semblante ceñudo reflejaba la honda preocupación que sentiría. Quería a aquel chaval como si fuera su propio hijo. Ambos estaban solos en el mundo, de modo que se habían convertido en lo más cercano a un familiar que les quedaba. Si él podía remediarlo no permitiría que le ocurriese nada malo, y solo veía una forma de lograrlo.

Entonces sus dedos se cerraron con fuerza en torno al mango del machete y se puso de pie.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿Estás loco? —Dave profirió todo tipo de preguntas lanzadas en voz muy baja, mientras lo veía caminar hacia la casa con la hoja del machete puesta en el hombro y silbando como si tal cosa, igual que si estuviese paseando por las campiñas irlandesas.

Al instante, toda la atención se centró en él y varios hombres lo rodearon apuntándole con sus armas y diciéndole a voces en francés algo para lo que no necesitaba traducción. Kieran no tenía ninguna intención de morir antes de tiempo, de manera que dejó caer el machete al suelo. A continuación, siguiendo las órdenes que recibía cruzó las manos en la nuca. Por último, apoyó las rodillas en el suelo y aguardó acontecimientos.

Los golpes le cayeron de todas partes a la vez. Puñetazos y puntapiés convirtieron su maltrecho cuerpo en un saco de boxeo al tiempo que sus agresores se partían de la risa, escupiéndole y burlándose de él. Pero lo más doloroso fue lo de la nariz. En un momento dado, alguien le agarró por el pelo para levantarle la cara amoratada y sanguinolenta y le asestó una patada con unas botas que

impactó violentamente en su cara. El chasquido recordó al de una rama seca quebrándose y un manantial de sangre comenzó a brotar de su nariz. Kieran soltó un graznido y, aunque le hubiese encantado, no llegó a perder el conocimiento.

Carmichael se agachó aún más, maldiciendo para sí. Cada golpe que recibía le dolía como si se lo dieran a él mismo; pero no podía hacer nada por Kieran, no al menos en ese momento. Su amigo se había sacrificado por él y lo más inteligente sería aprovechar esa segunda oportunidad que le había brindado. Con el revuelo, vio asomarse por la puerta de la casa a la joven que había llegado en el todoterreno. Se había desprendido del traje de pantalón y lucía una camiseta y unos vaqueros negros. Bajo la luz anaranjada de una bombilla desnuda se le antojó más hermosa aún. Bastaron unas pocas palabras suyas para que los golpes cesaran de inmediato; a continuación, dos esbirros levantaron a Kieran sin contemplaciones, y lo introdujeron a rastras en la casa.

El interior de la mansión se mostraba borroso para Murphy y todas las líneas parecían moverse de su sitio. Nada más entrar, giraron a la derecha frente a una escalera de caracol que descendía de plantas superiores y siguieron a la joven por un pasillo de color escarlata alumbrado solo por una ristra de velas encendidas en el suelo.

Fueron dejando atrás puertas cerradas, hasta que llegaron a una estancia decorada con todo lujo de repulsivos detalles esotéricos. Las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas oscuras y el suelo por una alfombra de vivos colores con el dibujo de unos círculos concéntricos y flecos en los cuatro lados; sobre ella había dispuestas más velas encendidas que incrementaban una atmósfera de por sí sobrecogedora.

Presidiendo la estancia, en el centro, como si de un trono real se tratase, se ubicaba un sillón pintado con pan de oro. Estaba emplazado sobre un estrado revestido de madera, a fin de que su ocupante quedase a una altura superior al del resto. Sobre unos cojines bermellón se recostaba el hombre del traje blanco, con una pierna cruzada sobre la otra rodilla y una mano sujetando la barbilla. Miraba fijamente hacia la puerta con un rostro imperturbable. En el ambiente reinaba un olor inusual, mezcla de hierbas y cera quemada. Sin entablar conversación, la chica tomó asiento a su lado, en un sofá dorado.

Los dos esbirros permanecieron en la puerta sujetando a Kieran, hasta que el hombre del traje blanco ejecutó un gesto con la mano.

Entonces lo acercaron, le colocaron una silla como a dos metros de distancia de él y lo sentaron en ella. El irlandés apenas era capaz de sostener la cabeza y tenía el rostro crispado por el dolor; sin embargo, sacó todo su orgullo para levantar la barbilla y mirarle directo a los ojos. El hombre del traje blanco sonrió ligeramente ante el descaro de aquel europeo de piel sonrosada y pelo del color del fuego. Durante largo rato, en la estancia reinó el silencio.

Al cabo, se inició el interrogatorio. Dios sabía que le habría encantado poder contestar a todas aquellas preguntas con sarcasmo, pero él no era un tipo ingenioso y el dolor le nublaba la mente; en vista de ello, optó por quedarse callado. Pese a ello, el anfitrión no perdió la compostura en ningún momento. Solo se lo quedaba mirando: ¿Está solo? ¿Qué busca en mi casa? ¿Pertenece a alguna organización? ¿De dónde viene? Dado que nada resultaba, intercambió una mirada con la chica.

—*Alessia, as-tu la gentillesse…* («Alessia, si eres tan amable…»).

—*Mais, bien sûr Monsieur* («Claro, mi señor»). —Alessia se puso de pie, anduvo hasta un armario repujado situado en una esquina y usó la llave que llevaba colgada al cuello para abrirlo. Con un muñeco de trapo en una mano y una pequeña caja metálica en la otra, regresó a su asiento, no sin antes acercarse a Kieran y arrancarle un trozo de la manga de la camisa.

Carmichael continuaba cuerpo a tierra, escabullido en el exterior. Casi todos los hombres se habían marchado hacia el interior; no obstante, aún quedaban un par de ellos sentados en el porche, vigilantes. Miró su muñeca y comprobó que hacía al menos veinte minutos que se habían llevado a Kieran a la casa. Se sentía impotente, pero no se le ocurría qué podía hacer en aquel momento por ayudarle. Él solo era un piloto. A diferencia de Murphy, no disponía de más experiencia militar que el breve entrenamiento que le proporcionaron los *Smith*, y carecía de los recursos que se precisaban en una situación como aquella.

Entonces le llegó de la casa un alarido tan profundo que un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Luego vinieron más hasta que al fin cesaron. No podía soportar aquello por más tiempo y se decidió a actuar. Entraría en la mansión con el kaláshnikov, disparando a diestro y siniestro. Si había de morir, lo haría llevándose por delante a todos los que pudiera. Justo cuando hincaba una rodilla en tierra para levantarse, la puerta de la mansión volvió a abrirse y el porche se llenó de personas.

Dos hombres se abrieron paso arrastrando a Kieran desde el umbral hasta la parte posterior de la camioneta roja y lo lanzaron dentro,

como si fuera un fardo. Carmichael, que había vuelto a tumbarse, no acertó a ver el rostro de su amigo ya que estaba cubierto con una bolsa de plástico negra. Si bien, no hacía falta. La cabeza caída sobre el pecho y los pies flácidos barriendo el suelo le provocaron un profundo estado de desasosiego. Ante aquel espeluznante espectáculo, se juró a sí mismo que, si estaba muerto, no dejaría a ninguno de aquellos malnacidos con vida.

Inmediatamente, salieron al porche la joven y el hombre del traje blanco y se encaminaron hasta los asientos traseros del todoterreno, que los esperaba con el motor en marcha. Pocos segundos después de que la comitiva franqueara la salida, la verja de hierro volvió a cerrarse. La escena que se había desarrollado ante él, le dio alguna esperanza. Si Kieran estuviera muerto, no habrían montado esa parafernalia. Solo Dios sabía adónde se lo llevaban. No obstante, de una cosa estaba seguro: no le auguraba nada bueno.

Seguía consciente en la parte posterior de la camioneta, con las muñecas atadas en la espalda; sin embargo, Kieran no se atrevía a moverse; la última vez que lo hizo había recibido un puntapié en la mejilla. Sangraba por todos los poros y debía de tener varias costillas rotas porque, cada vez que aspiraba, todo su cuerpo se estremecía. No se veía el rostro, pero le ardía y lo sentía hinchado. En aquel estado estaba seguro de que no lo reconocería ni su propia madre. De cualquier manera, todo eso ya daba igual. Intuía que estaba a las puertas de la muerte y lo único que lamentaba era que fuera de aquella manera. Siempre había soñado morir en su tierra. En las islas Aran. Delante de los acantilados y escuchando el mar embravecido…

Ese pensamiento le procuró cierto consuelo, pero no sirvió para apaciguar su pesar. Entonces advirtió que el vehículo aminoraba la velocidad y hacía un giro cerrado a la izquierda. Rodó sobre la chapa y volvieron los dolores. Un poco más tarde, la camioneta se paró. Con el motor al ralentí, le llegó el chirrido de una verja abriéndose. Tras unos segundos, oyó la caja de cambios quejándose y volvieron a ponerse en marcha. Esta vez, más despacio, dando tumbos sobre un camino de gravilla. Subían y bajaban pequeñas colinas. Por último, un frenazo. El motor dejó de maullar. La parte posterior se abatió y notó manos agarrándolo de los brazos y las piernas. La chapa de la camioneta despareció bajo su cuerpo, voló medio segundo y dio con su cuerpo en el barro. Más gruñidos. Otra mano, o quizá la misma, le retiró la bolsa de plástico de la cabeza.

Se quedó tirado un tiempo impreciso. Al cabo, se arriesgó a entreabrir el ojo derecho. Lo debía de tener tan hinchado que le costó lo suyo separar el párpado apenas unos milímetros. Poco a poco, logró

enfocar la mirada. A lo lejos, pero no mucho, vislumbró multitud de lápidas renegridas y emplazadas sin orden. Él era católico; así que, si lo habían llevado a un cementerio para enterrar su cadáver, al menos descansaría en un camposanto. Luego se adentró en una especie de semiinconsciencia.

No estaba seguro de cuánto tiempo había transcurrido cuando dos pares de brazos levantaron su cuerpo del barro. A continuación, le cortaron las ligaduras de las muñecas y, a empellones, lo condujeron a través del cementerio. Se trastabilló y se precipitó rodilla en tierra, le apremiaron voces graves y volvió a ponerse de pie. Siguió andando entre tumbas hasta que le ordenaron pararse.

Justo delante de él había un agujero rectangular excavado en la turba, de ella sobresalía la tapa de un ataúd abierto. De inmediato se vio acometido por una sensación de pánico que le provocó un estremecimiento.

****

38

Puerto Príncipe (Haití)

Entreabrió los ojos. Primero poco y después del todo. Notaba como se disipaban los efectos de la droga que le habían dado a beber y empezaba a pensar con claridad. Lo envolvían una oscuridad y un silencio apabullantes, solo quebrado por el sonido que hacía su corazón al latir. De inmediato, un nauseabundo hedor a turba podrida le llenó las narices. Estaba postrado sobre la espalda. Aletargado, intentó mover una mano, pero los músculos de su cuerpo habían dejado de responder a su cerebro y se encontraban paralizados por completo. La lengua le colgaba fuera de la boca. Un gusano se arrastró por su cara. Comenzó en la barbilla, rodeó la nariz, trepó hasta la frente y se perdió por el cabello. Sintió un asco infinito. Quiso hacerlo con todas sus ganas, pero seguía sin poder moverse. Entonces, surgió en su cabeza el aterrador recuerdo del ataúd abierto que había dentro de la tumba y su cara se cubrió del sudor frío que provoca el pánico.

Entonces, sepultado a dos metros bajo tierra, adquirió plena conciencia de que aquello no iba a ser tan sencillo como morir.

****

LA DAMA BLANCA

«La magia es solo ciencia que no entendemos aún».

Arthur C. Clarke

39

Washington D. C. (EE. UU.)

—Señor Allen, es para mí un honor hacerle entrega de la Medalla Presidencial de la Libertad en reconocimiento a su contribución a la seguridad del país —dijo con solemnidad el 45.° presidente de Estados Unidos.

De pie ante al escritorio *Resolute* el presidente cogió de un estuche con ribetes dorados, que sostenía abierto un asistente, una estrella esmaltada en oro blanco. A renglón seguido, se giró hacia James, quien agachó la cabeza, y se la colgó al cuello por un listón azul.

—Siento mucho lo sucedido a Patricia Banner —continuó el presidente mientras le estrechaba la mano con firmeza—. Este país tiene una deuda de gratitud con ella que no podrá pagar nunca. También quiero que sepa que, si así fuera el deseo expreso de su familia, he autorizado su entierro en el Cementerio Nacional de Arlington. Su lugar de descanso eterno debe estar entre aquellos que dieron la vida por defender las libertades de esta gran nación.

En ese momento, el escocés no se sentía un hombre feliz. Puede que algo abrumado e intimidado por hallarse en el Despacho Oval ante el hombre más poderoso del mundo, pero desde luego no estaba contento. Todavía no acababa de creerse que Patricia no estaría más a su lado. Aborrecía pensar en ella en pasado y aún sentía escalofríos al hacerlo. Desde el tiroteo a las puertas de aquella escuela, todo se había desarrollado a una velocidad de vértigo. Arrestado en el acto, fue trasladado de inmediato al Centro Federal de Detención, en SeaTac, donde le colocaron un mono naranja de presidiario y lo cubrieron de cadenas. Mientras se aclaraba su grado de participación en los hechos, lo mantuvieron incomunicado. Se sentía perdido, a la deriva.

Tras la muerte de Kennedy el asesinato de un presidente se incluyó en la lista de delitos federales, de modo que el FBI asumió el peso de la investigación. Desde el primer momento, la agente especial

Ramírez, a quien daba la sensación de haber afectado mucho la muerte de Patricia, se mostró con él muy comprensiva. Finalmente, después de tediosos interrogatorios, se concluyó que Patricia Banner y James Allen no solo no supusieron una amenaza clara e inminente, sino que, en realidad, lograron salvar las vidas del presidente de Estados Unidos y de la primera dama, aun a consta de arriesgar las suyas propias; y así, el escocés pasó de una celda en una prisión federal, a ser homenajeado en la Casa Blanca.

El acto, aunque muy formal, solo había congregado a un puñado de personas. El presidente y la primera dama —que solicitó exprofeso estar presente—, el jefe de gabinete, la agente especial Ramírez, un fotógrafo oficial y un ayudante. Se alargó apenas cinco minutos, tras los cuales Allen y Ramírez fueron despedidos con gentileza y acompañados por el corredor principal del Ala Oeste, hasta la salida.

Tan pronto como volvieron a sumergirse en el tráfico de la avenida Pensilvania, el escocés se aflojó un poco el nudo de la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa, recuperando el aire. Luego dirigió una mirada con su acostumbrada determinación a la agente del FBI, sentada al volante de un Chevrolet Suburban negro sin distintivos, y le preguntó por enésima vez:

—¿Cuándo vamos a poder disponer del cuerpo de Patricia?

—Ya se lo he dicho, señor Allen, es un asunto de Seguridad Nacional y eso queda fuera de mi control. Pero le garantizo que estoy haciendo todo lo que está al alcance de mi mano para que sea lo antes posible.

El habitáculo volvió a quedarse en calma. Mientras se movían cada vez más despacio debido a la gran cantidad de vehículos que atestaban aquella arteria de la capital en hora punta, James jugueteaba ausente con el estuche de la medalla que llevaba sobre el regazo. A la altura del edificio Hoover el escocés se quedó mirando cómo dejaban atrás la rampa que descendía hacia la oscuridad del garaje.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó, con el ceño fruncido por la sorpresa.

—A la base aérea de Andrews, nos espera un avión.

James no insistió, sabía que no serviría de nada. En ese momento, el Suburban se encontraba atrapado entre bocinazos de frustrados conductores. El tráfico se movía a paso de tortuga. Detenidos en un semáforo en rojo, la agente del FBI miró primero el reloj y luego el atasco, tamborileando con sus dedos contra el volante de cuero. Conectó entonces una baliza adherida a la parte superior del salpicadero, que comenzó a destellar en azul y rojo y a emitir cortos y graves pitidos. El Suburban se saltó el semáforo y se abrió paso zigzagueando entre los vehículos, que se apretaban aún más para

dejarle vía libre. Durante el resto del trayecto, no hubo más conversación entre ellos.

Una hora más tarde, un Learjet del FBI estaba en el aire, atravesando un frente nuboso como un torpedo las profundidades marinas. James se sentó solo en la última fila de asientos de la elegante cabina, que se sacudía por las turbulencias. Desde su asiento de piel color crema contó seis coronillas asomando por encima de los respaldos. Aparte de Ramírez, solo reconoció a Cox y a Mitchell.

Una vez el reactor esquivó la zona de turbulencias, los cinturones de seguridad se soltaron y los agentes del FBI se reunieron en torno a un mapa que Ramírez había desplegado sobre una mesita auxiliar situada en la parte delantera, justo antes de la compuerta de la cabina de los pilotos. A James no le cabía duda de que estaban organizando una intervención. La agente especial al mando hablaba y los demás escuchaban en silencio. De tanto en cuando, alguno decía algo e indicaba con el índice algún punto del mapa. Durante un rato, las conversaciones no cesaron y los teléfonos móviles no pararon de sonar.

Con aire retraído, James desvió la vista a la ventanilla ovalada pendiente de la luz verde de navegación que parpadeaba en el extremo del ala derecha. A la altitud a la que volaban el cielo se presentaba limpio y de un azul intenso, pero un poco más abajo se veía una liviana capa nubosa. Convertido en una especie de héroe nacional, percibía que aquellas personas lo miraban ahora de manera diferente, con un renovado respeto; no obstante, le ponía enfermo pensar que, si le hubiesen tomado en serio desde el principio, tal vez Patricia aún siguiese con vida. El semblante de James se oscureció con su recuerdo.

En cuanto el ambiente en el habitáculo se relajó y todos volvieron a sus asientos, la agente especial Ramírez recorrió el pasillo hasta él y tomó asiento a su lado.

—¿Va a decirme de una vez adónde me llevan? —le preguntó James con brusquedad, apartando los ojos de la ventanilla.

Ramírez expelió el aire con fuerza y bajó la vista un momento. Al cabo, volvió a alzarla.

—Mire, señor Allen, sé cómo se siente…

—Usted no tiene ni la más remota idea de cómo me siento —dijo alzando la voz entre dientes. Algunos pasajeros volvieron un instante la mirada hacia ellos dos.

Ramírez volvió a lanzar un suspiro y esperó paciente unos minutos a que la mandíbula de James se relajara.

—¿Puedo continuar?

James asintió levemente con la cabeza.

—Volamos a Memphis, en el estado de Tennessee.

Aquella noticia pilló a James por sorpresa. Naturalmente, había oído hablar de Memphis —el asesinato de Martin Luther King, la ciudad de Elvis Presley, los conflictos raciales, el río Mississippi o el *blues*—. Sabía que se encontraba más o menos al sur del país, pero no sabría ubicarlo con precisión en el mapa.

—¿Qué hay en Memphis?

—Verá, encontramos un sofisticado pinganillo en la oreja del agente del Servicio Secreto Mike Shore. Al parecer, un analista de sistemas del MI6 fue capaz de rastrear su señal hasta una casa en las afueras de Memphis. Los servicios de inteligencia británicos trasladaron la información a la estación de la CIA en el Reino Unido, y ellos la enviaron al FBI.

—¿Ya está? ¿Así de sencillo?

—¿Siempre lo pone igual de difícil, señor Allen?

—Lo siento.

Ella agradeció la disculpa con un gesto.

—Es solo que me parece de lo más oportuno —continuó Allen—. Un pinganillo, el rastreo hasta una dirección y el culpable de intentar asesinar al presidente detenido o muerto. Me recuerda a la película *JFK*, de Kevin Costner.

Ella se echó a reír.

—Ese es el problema de los civiles, que ven demasiada televisión. Como suele ocurrir con la mayoría de las investigaciones policiales, la solución es el resultado de una casualidad. Generalmente provocada, pero una casualidad, al fin y al cabo.

—¿Y saben quién ocupa esa vivienda?

—Solo llevamos observando el lugar desde ayer. De todas formas, usted no tiene por qué participar en esto. Ya ha hecho bastante por este país y ha sacrificado demasiadas cosas. Si es su voluntad, en Memphis podrá tomar un avión con el destino que usted desee. El Gobierno federal invita. Piénselo.

Tras estas palabras, la agente del FBI se levantó y regresó a su asiento. Desde luego, James no tenía ninguna intención de abandonar ahora, y probablemente la astuta de Ramírez lo sabía. Le había colocado el cebo y él iba a picar. Había llegado muy lejos para dejarlo todo. En ese momento, otro pensamiento se cruzó por su cabeza y sintió cómo el corazón se le aceleraba.

Alessia.

Desde que lo dejara encerrado en el sótano de la Mansión de los Siete Tejados en Salem, no había anhelado otra cosa que volver a echársela a la cara. Sin embargo, de repente, la idea de que pudiera encontrase en esa casa de Memphis no le resultó tan atractiva. Si

efectivamente ella estaba allí, ¿cómo reaccionaría al verla de nuevo?

Con un nudo formado en el estómago, observó por la ventanilla cómo las nubes altas se disipaban bajo el avión y quedaban a la vista borrosas extensiones de terreno en las que se alternaban construcciones aisladas y vastos campos de algodón. Antes de que el reactor virara noventa grados a la izquierda, en la distancia, logró atisbar las luces brillantes de Memphis y la línea recta gris de una pista de aterrizaje que se hacía cada vez más grande.

****

40

Memphis, Tennessee (EE. UU.)

El tren de aterrizaje del Learjet del FBI levantó nubes de humo al rozar el asfalto del aeropuerto internacional de Memphis. Mientras el piloto llevaba el reactor a una zona reservada, los seis agentes especiales se colocaron chalecos antibalas de kevlar y los cubrieron con cazadoras azules del FBI. Cuando se detuvieron bajo la cobertura de un hangar de techos altos, Ramírez observó por la ventanilla una comitiva formada por una docena de automóviles y un vehículo blindado del equipo táctico SWAT.

Al pie de la escalinata, tres hombres aguardaban a que desembarcase la agente especial al mando. A medida que Ramírez iba estrechando sus manos, se fijaba en sus miradas. Hay quien saca sus primeras conclusiones de la fuerza con que alguien da la mano. Ramírez lo hacía leyendo sus ojos. El primero al que saludó fue a Ralph Lloyd, *sheriff* del condado de Shelby, un hombre corpulento que cubría su calvicie con un característico sombrero de *cowboy*. Su mirada era prepotente, altiva. Se le veía incómodo con el hecho de que una mujer latina —no supo discernir cual de las dos cosas le molestaba más— estuviera al mando del operativo en su propio territorio. No le sorprendió, aquello era Memphis. En segundo lugar, lo hizo al agente especial Cunningham, responsable de la delegación local del FBI; al contrario que Lloyd, se trataba de un tipo fino que lucía un traje oscuro con la elegancia de un hombre de negocios. En sus ojos leyó respeto y colaboración. Por último, le tocó el turno al jefe de la policía metropolitana de Memphis, Stephen Kall, que llevaba puesto su uniforme reglamentario color caqui. A la altura de la barriga, los botones de la camisa apenas lograban mantenerse en su sitio. Su mirada era insegura y, por el rabillo del ojo, no quitaba atención del *sheriff*. Tras una somera evaluación de la situación llegó a la conclusión de que, si quería que todo fuese como la seda, la clave era mantener bajo raya al *sheriff* Lloyd. Investigaban un asunto de

seguridad nacional y todos los involucrados habían recibido una llamada del gobernador Edwards con el fin de evitar una absurda guerra de jurisdicciones.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Ramírez, a los tres.

El que habló, cosa que no sorprendió a la agente del FBI, fue el *sheriff* Lloyd. Su tono rudo exhibía un aire de suficiencia que no trataba de ocultar:

—El jefe Kall lo tiene todo bajo control, Ramírez. Hay un par de hombres suyos vigilando la casa.

—Desde que ayer anunciaron su llegada —dijo Kall a continuación —, no ha habido movimientos. Ni entradas ni salidas.

Aquello era inusual, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

—Pongámonos en marcha. Por cierto, *sheriff* Lloyd, es *agente especial* Ramírez. —Antes de marcharse hacia su vehículo, se volvió a James y le dijo—: Señor Allen, venga conmigo y no se separe de mí.

Todos ocuparon sus asientos en los vehículos asignados y abandonaron el aeropuerto con las luces rojas y azules despuntando y las sirenas puestas. Cambiando varias veces de carretera, la fuerza de intervención llegó a Memphis en apenas diez minutos y avanzó a toda velocidad por Watkins Street. La casa adonde se dirigían estaba ubicada en Frayser, un barrio deprimido situado en el norte de la ciudad.

A través de los cristales tintados del Explorer, James pudo apreciar una ciudad congelada en los años sesenta. Edificios decadentes, suciedad en las calles y mucha pobreza. La diferencia racial existente entre unos barrios y otros era patente, incluso, en los modelos empleados en carteles publicitarios. La comitiva iba despertando la curiosidad de los viandantes, que se la quedaban mirando a su paso. Pese a estar acostumbrados a los continuos incidentes con la policía, no era frecuente ver operativos de asalto tan numerosos.

En cuanto los edificios de viviendas fueron espaciándose más, hasta casi convertirse en casas salteadas con un cierto aspecto de semiabandono, los vehículos policiales cambiaron de carril y enfilaron una estrecha carretera que discurría hacia el norte, y que siguieron durante un par de kilómetros. Finalmente, con el río Mississippi a la vista, se detuvieron tras un coche de aspecto abandonado aparcado en el arcén. Desde hacía horas aguardaba delante de una pintoresca vivienda pintada de azul que se erguía solitaria a pocos metros de la acera. En la parcela, que era un erial, descansaba el esqueleto carbonizado de una vieja furgoneta. Dos Ford Crown Vic negro y blanco de la policía local se cruzaron en mitad de la calle, cada uno en un extremo, bloqueando el acceso.

Sin perder un solo minuto, más de cincuenta agentes con las armas a punto comenzaron a desplegarse rodeando la casa por sus cuatro

costados. Entretanto, de pie, al lado del sedán en el que había viajado, la agente especial Ramírez giró sobre sí misma observando con minuciosa labor los detalles circundantes. Se tomó su tiempo, unos cinco minutos, tratando de memorizar los pormenores y detectar las posibles amenazas. Pronto desaparecería la poca luz natural que quedaba. Habría que actuar a toda prisa. En la calle había un puñado de coches aparcados. Al norte, alejados de la escena, pero no lo suficiente, un par de bloques de apartamentos y un colegio.

Nada más concluir la inspección visual, Ramírez dio la espalda al coche y fue directa hacia la tienda de campaña recién instalada que hacía las veces de puesto de mando provisional. Por el camino, se le unió el responsable de la delegación local del FBI.

—Agente especial Cunningham —le dijo Ramírez, andando con rapidez—, quiero francotiradores en aquellas dos azoteas. También quiero reflectores alumbrando la casa. Y vaya al colegio. Si queda alguien, que no salga al patio ni se acerque a las ventanas hasta nuevo aviso; ah, una última cosa, busque al jefe del equipo SWAT. Quiero verlo. Ya.

Dentro de la carpa, varias personas equipadas con chaquetas azules y las siglas «FBI» bien visibles terminaban de instalar equipos electrónicos sobre tableros con caballetes. Todos los agentes de la policía local estaban distribuidos por el exterior.

—Quiero el dron sobrevolando la casa en cinco minutos —dijo en voz alta con tono imperioso. No se dirigía a nadie en particular. Luego dio los últimos pasos hasta una mesa improvisada cubierta con un plano de la zona extendido y lo examinó en silencio centímetro a centímetro. La escala era tan pequeña que se apreciaban los alrededores con todo lujo de detalles.

—Señora —dijo una voz rasgada a su espalda—, soy el teniente Gaines, de los SWAT, ¿quería verme?

Ramírez se dio la vuelta y se enfrentó a un hombre con uniforme de campaña azul casi tan alto como ella, aparentaba unos treinta largos, con cara aniñada y pelo cortado al estilo militar. Parecía competente. La determinación que vio en sus ojos la satisfizo plenamente.

—Sí, acérquese. —Y volvió a encorvarse sobre el plano.

En ese momento, accedió al puesto de mando el *sheriff* Lloyd y, en pos de él, como un perrito faldero, el jefe Kall. Lloyd sabía que hoy no estaba al mando, eso se lo habían dejado bien claro los mandamases, pero aquella era su ciudad y no iba a permitir que se hiciese nada sin que él estuviera informado.

—No sabemos con exactitud a cuántos hostiles nos vamos a enfrentar —explicó Ramírez al pequeño grupo reunido en torno al plano—. La información de inteligencia no es todo lo precisa que debiera, así que no quiero héroes. ¿Entendido? —Su mirada oscilaba

entre el *sheriff*, el jefe Kall y el teniente de los SWAT.

Los tres asentían en silencio.

—Jefe Kall, que sus hombres monten un perímetro por aquí. —Con un rotulador, dibujó un círculo rojo con el epicentro en la casa—. Asegúrese de que nadie penetra accidentalmente. No quiero exponer a civiles a un fuego cruzado. Y ¡¿dónde está ese maldito dron?!

El jefe de la policía local se apresuró a abandonar la carpa para organizar el perímetro y regresó a los tres minutos, en el preciso momento en que oyó cómo una agente del FBI le gritaba a un monitor de plasma:

—Señora, ya recibimos imágenes del dron.

Ramírez, Lloyd, Kall y el teniente de los SWAT se apiñaron de inmediato a la espalda de la agente que pilotaba el dron. La cámara mostró imágenes de alta calidad de un primer plano del tejado. Miró en los posibles escondites de francotiradores, tras el tubo de la chimenea y las unidades externas del aire acondicionado; después, se situó a la altura de las ventanas y recorrió las cuatro fachadas de la vivienda. Era una casa construida a base de tablones de madera típica de esa zona de Memphis. Con dos pisos, tejado abuhardillado y porche delantero columnado. Su construcción se veía frágil. Todas las luces estaban apagadas y la cámara térmica no delataba ninguna zona caliente.

—Parece deshabitada, señora —apuntó la piloto, que movía la aeronave no tripulada con un *joystick* como el de un videojuego.

Ramírez chasqueó la lengua.

—Esto no me gusta. Mantenga el dron en el aire.

—Francotirador Uno, en posición —escupió la radio.

Casi de inmediato, se oyó una segunda voz:

—Francotirador Dos, en posición.

Ramírez se apartó de los monitores y volvió al plano de la zona.

—Teniente Gaines —lo llamó—, prepárese para entrar.

El teniente examinó concentrado el plano bajo la visera de su gorra durante casi un minuto, en los cuales ninguno habló.

—Entraremos simultáneamente por la puerta principal y por esta ventana de aquí —explicó, marcando un punto en la parte posterior de la casa.

La agente especial al mando asintió, mostrando su conformidad con el plan de acción.

—Señora —dijo una mujer, asomando la cara dentro de la carpa—. Tenemos un problema. Al otro lado del perímetro, empieza a congregarse un grupo de curiosos. Además, la prensa, acaba de hacer acto de presencia. De momento solo es una furgoneta de un periódico local, pero pronto esto será un hervidero de periodistas.

—Lo que faltaba —dijo el *sheriff*—. Será la pesada de Foster, del

Memphis Daily News.

—Yo me ocupo de ella, *sheriff* —intervino el jefe Kall, que abandonó la carpa.

Volviéndose entonces hacia el teniente del SWAT, Ramírez le dijo:

—Acabemos con esto, antes de que se convierta en un circo.

Todos se pusieron en movimiento. James, que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano, se interpuso entre Ramírez y la puerta, justo cuando esta estaba a punto de traspasar el umbral.

—No es un buen momento, señor Allen.

—¿Se acuerda de Alessia? Le hablé de ella.

—La chica del maletín.

—Eso es. Si está ahí dentro, intenten no matarla, por favor.

Ella torció el gesto.

—¿Por qué iba a estar ahí? ¿Hay algo que no nos haya contado?

—Maldita sea, Ramírez, les conté todo lo que sé en los interrogatorios a los que me sometieron. Pero usted sigue sin hacerme caso.

—Mire, señor Allen —empezó a decir con toda la serenidad que fue capaz de reunir—, no puedo prometerle nada. Los SWAT son una fuerza de choque. Se juegan la vida y no se andan con miramientos. Si esa mujer está dentro y no ofrece resistencia, todo saldrá bien. —Dicho esto, se zafó de él y abandonó el centro de mando. Se proponía ver con sus propios ojos el despliegue del equipo táctico.

****

41

Memphis, Tennessee (EE. UU.)

En el momento en que los SWAT empezaron a moverse, divididos en dos grupos de seis agentes cada uno, la tarde ya se había hecho noche y los reflectores iluminaban los exteriores de la casa como un campo de fútbol en día de partido. Equipados con dispositivos de visión nocturna, cascos, pesadas armaduras protectoras y carabinas M4, cruzaron en procesión la verja perimetral y cubrieron con rapidez la distancia que los separaba de la casa.

—Equipo Rojo, en posición.

—Equipo Azul, en posición.

A la orden del teniente Gaines, dos miembros del equipo azul reventaron la puerta delantera con un ariete de acero. Inmediatamente después, otros dos agentes lanzaron al interior sendas granadas aturdidoras y se apartaron del umbral mientras la casa se llenaba con una luz cegadora y un ruido lacerante. Simultáneamente, el equipo rojo hizo lo propio entrando por la parte posterior. Aprovechando la momentánea desorientación provocada, los doce agentes entraron en tropel, con la culata de las M4 en el hombro y atravesando la neblina con los rayos verdes de las miras láser.

En cuanto el equipo táctico se perdió en el interior de la vivienda, la agente especial Ramírez regresó a la carpa para seguir la operación a través de las cámaras instaladas en los cascos de los SWAT. Nadie respondió a la intrusión. Entonces, se percataron de que algo no marchaba bien. Según las imágenes en directo resultaba patente que allí se alojaba alguien: ceniceros con colillas, comida en la nevera, armarios llenos, jabón de mano y toallas en el baño…

—Despejado… Despejado… Despejado…

Así, hasta que se cubrieron todas las habitaciones del piso de abajo. La iluminación de los reflectores que se filtraba por las ventanas aportaba claridad suficiente y los SWAT alzaron sus gafas de visión nocturna. Entonces, a una orden del líder, el grupo de intervención

volvió a dividirse. Tres miembros del equipo rojo se prepararon para ascender las escaleras y los otros tres se dirigieron hacia el sótano. El grupo azul permaneció donde estaba para asegurar la zona. En la planta superior dieron con un pasillo con tres puertas cerradas. Los agentes las derribaron al mismo tiempo y se perdieron dentro de las habitaciones.

—Rojo Uno, despejado…

—Rojo Dos, despejado…

—Rojo Tres, despejado.

—Perímetro limpio. Plantas baja y superior aseguradas —informó el Líder.

La cámara de Rojo Cuatro ofrecía la imagen verdosa de unas escaleras en un entorno difuminado. El SWAT O'Leary encabezaba la marcha para inspeccionar el sótano con el dedo presionando levemente el gatillo de su fusil de asalto. La oscuridad era total y necesitó el equipo de visión nocturno. Enseguida, lo asaltó un olor desagradable.

—Aquí el tufo es insoportable.

Rojo Cinco y Rojo Seis lo seguían de cerca en fila india, bajando los escalones de uno en uno con movimientos ejecutados con suma cautela. El trío llegó al final de las escaleras y se repartió por el habitáculo, que estaba plagado de recodos, armarios metálicos y cajas de embalaje desperdigadas.

El sótano hacía una ele y los tres miembros del grupo doblaron la esquina. Los monitores mostraban una mesa de carpintero cubierta de manchas oscuras, una sierra mecánica, otras herramientas… y una mano amputada. El suelo terroso y las paredes también estaban repletas de salpicaduras oscuras.

—Aquí, Líder. Informe, Rojo Cuatro.

—¡Dios santo! Esto parece un puto matadero.

—Agente O'Leary, le habla la agente especial al mando, ¿ve la puerta que queda a su derecha?, la que está asegurada con un candado.

—Sí, señora.

—Ábrala.

—Entendido. Taylor, pásame la cizalla.

Pocos segundos más tarde, todos en el puesto de mando observaron en el monitor la imagen verdosa de una herramienta, a modo de tijeras grandes acercándose a la puerta. En aquella zona se oía particularmente intenso un zumbido similar al que provocan las líneas de alta tensión.

—¿Qué es ese ruido, hijo? —preguntó el *sheriff*, por un *walkie-talkie*.

Ramírez estaba casi segura de que conocía la respuesta, pero quien habló fue O'Leary mientras cercenaba la cadena sin apenas esfuerzo.

—Moscas, señor. Cientos de putas moscas.

La herramienta desapareció del plano en cuanto la cadena cayó al suelo con estrépito y la sustituyó una mano enguantada avanzando hacia el pomo. La puerta abrió hacia afuera. Los tres SWAT se sobresaltaron y se trastabillaron hacia atrás, chocando entre sí.

—¡Qué cojones!

Bajo el espectral efecto de la luz verdosa que proporcionaban sus gafas de visión nocturna, la imagen que se ofrecía ante ellos era sencillamente espeluznante. En el centro de mando todos se quedaron sin habla, con los ojos clavados en el monitor, tratando de comprender lo que estaban viendo. En un espacio del tamaño de un armario empotrado, había cuerpos sin vida amontonados unos encima de los otros, en una escena macabra. Solo se apreciaban brazos y piernas doblados en posiciones imposibles, como quien retuerce la ropa con la intención de que quepa en una maleta.

Los hombros de la agente especial al mando se hundieron de golpe.

—Alguien se nos ha adelantado —murmuró casi en un susurro.

****

42

Memphis, Tennessee (EE. UU.)

Ames y los seis miembros del FBI volvían a encontrarse sentados en los asientos de piel color crema de la cabina del *jet* del FBI a la espera de la autorización para despegar. Sus semblantes eran bien distintos de los que mostraban apenas cuarenta y ocho horas atrás. La operación, tan minuciosamente planeada, había sido un fiasco. Después de que el equipo SWAT constatase que los ocupantes de la casa habían sido asesinados con extrema violencia, el equipo científico del FBI y la oficina del forense de Memphis dedicaron los dos días siguientes a analizar con meticulosidad la escena del crimen y a examinar los ocho cadáveres amontonados en el armario de aquel sótano.

El reactor se puso en movimiento, llegó a la cabecera de la pista, aceleró súbitamente y se elevó en un cielo parcialmente despejado. Ya en el aire, los pilotos hicieron un viraje de treinta grados hacia el norte y se adentraron en las nubes rumbo al Distrito de Columbia. En cuanto el luminoso indicó que podían desabrocharse los cinturones de seguridad, Ramírez convocó allí mismo una reunión de urgencia entre los presentes.

—Mitchell, ¿qué tenemos de la oficina del forense?

Allen se había acercado unas cuantas filas, quería escuchar, pero manteniéndose en un lugar discreto. A él, lo único que le interesaba era saber si el cuerpo de Alessia estaba entre los cadáveres. Por ese motivo, respiró silenciosamente al oír a Mitchell anunciar que todos eran varones…

—De entre veinte y treinta y cinco años. Costará identificarlos. Les han arrancado los dientes uno a uno y amputado los dedos de las manos. Obviamente, lo hicieron para dificultar su identificación. Se han tomado muestras de ADN de todos ellos y se han enviado al laboratorio de Quantico. Aunque se le ha dado máxima prioridad, el proceso aún llevará una semana o semana y media. La oficina del

forense del condado de Shelby, sin embargo, asegura que, morfológicamente, los ocho procedían de algún país caribeño, pero no puede precisar más su origen. Todos mostraban en sus antebrazos el mismo tatuaje. —De un montón escogió una fotografía y la puso sobre la mesa.

James se echó un poco hacia adelante y observó el tatuaje que ya había visto con anterioridad. La calavera y la serpiente.

Ramírez intervino:

—Envíe las fotografías de sus rostros y de los tatuajes a la policía de los países caribeños, a ver si alguien los identifica.

—De acuerdo, pero le advierto de antemano que son muchos países y no todos se muestran muy colaboradores con esta Administración. La noticia positiva es que creemos que el Haitiano podría hallarse entre los cadáveres, al menos es lo que se desprende del programa de reconocimiento biométrico en el que introdujimos la imagen obtenida de él en el aeropuerto de Freetown. También llevaba el mismo tatuaje que los demás, pero en su caso ocupaba el torso completo. —Puso otra fotografía sobre la mesa.

—Espere, espere. —James saltó de su asiento enfadado y se acercó a la reunión—. ¿Se refiere al mismo Haitiano que ustedes se tomaron a broma?

Ramírez se lo quedó mirando apenas un segundo.

—Ya ve que no nos lo tomamos a broma.

—Y ¿de dónde obtuvieron su foto? Creí que era un fantasma.

—El MI6 se la facilitó a la CIA.

James hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y regresó a su asiento.

La agente especial al mando retomó la reunión:

—Continúe, Mitchell.

—Según los primeros indicios, llevaban muertos unas veinticuatro horas.

La agente especial Ramírez hizo un rápido cálculo mental. Eso significaba que los habían matado pocas horas después de que el FBI recibiera la información de la CIA respecto a la vivienda de Memphis. No dijo nada al grupo. Se guardó para sí sus pensamientos.

—Cox, ¿qué hay del informe de criminalística?

—El escenario era un festival de huellas y restos biológicos; los técnicos aún tardarán semanas en concluir la investigación de campo. En todo caso, sabemos que las víctimas fueron ejecutadas con un tiro a quemarropa en la nuca. Un hombre, una bala. Economizaron la munición y se llevaron los casquillos.

»Según balística, por el tamaño de los agujeros, usaron proyectiles de 9 mm, lo que no dice gran cosa. El noventa por ciento de los delincuentes maneja ese calibre. Las salpicaduras de sangre en pared y

suelo inducen a pensar que las ejecuciones se llevaron a cabo en el mismo sótano. Para la extracción de los dientes emplearon unos alicates que hallamos sobre un banco de trabajo, junto a una tijera de podar con la que cercenaron los dedos de las manos. En el resto de la casa no había signo de violencia.

—Entonces… —intervino Ramírez—, o los cogieron por sorpresa o lo hizo alguien en quien confiaban.

—Yo me inclino por esta segunda hipótesis —aventuró Chester Cox —. Ni la puerta ni las ventanas revelaban indicios de haber sido forzadas. Estoy seguro de que dejaron pasar a sus asesinos.

—O ya estaban dentro —apuntó James Allen.

Las conversaciones se silenciaron repentinamente y el habitáculo quedó en silencio. Todas las miradas convergieron en él. Eso habría una interesante línea de investigación. ¿La banda se había dividido?

James, que había puesto voz a sus pensamientos sin pensar en lo que decía, se vio acometido repentinamente por un mal presentimiento. Hasta ahora, se había preocupado por si Alessia estaba dentro del armario, muerta; pero no había pensado en la alternativa contraria. Que quizá estaba fuera. Francamente, no sabía cuál de las dos posibilidades le aterraba más. En esta ocasión, decidió reservarse para sí sus ideas.

—En una de las habitaciones del piso superior —dijo Cox, rompiendo el momento de silencio— se halló un radiotransmisor de alta tecnología. Usaba la misma frecuencia que el pinganillo que Shore llevaba en la oreja.

—¿Sabemos de dónde salió el equipo? —inquirió Ramírez.

—Fue fabricado por un contratista de Defensa con sede en Corea del Sur. Se llama… —Cox bajó la vista un segundo a un informe que tenía ante él— Aerom Logistics. Hice algunas preguntas y cualquiera puede adquirir uno igual en el mercado negro por cinco de los grandes. Así que el hecho de que el fabricante sea un contratista del Gobierno puede no significar nada.

—O puede significarlo todo —murmuró, más como una reflexión, la agente al mando.

En ese preciso instante, la nota del motor cambió y empezaron las maniobras de aproximación a la base aérea de Andrews. Las luces del cinturón de seguridad se encendieron y el piloto informó por los altavoces de que debían volver a sus asientos.

El teléfono de Ramírez sonó. Alabi.

—Señora, ¿está sola? Necesito hablar con usted, es urgente.

—Espere. —Sin apartar el teléfono de la oreja, Ramírez comenzó a recorrer el pasillo enmoquetado, tomando distancia con los demás agentes. Cuando pasó al lado de James, este la llamó.

»Ahora no, señor Allen. —Continuó hasta el final de la cabina y se

acomodó en un asiento vacío, junto al lavabo. La conversación se desarrolló en voz muy baja, casi susurrante.

—¿Qué ocurre, Alabi?

—Señora, hay tres tíos de la NSA encerrados en su despacho, poniéndolo todo patas arriba.

—¡Joder! —musitó—. ¿Se han llevado algo?

—De momento, mi ordenador y todos los expedientes de los vagabundos que estaba investigando. Pero han bajado las persianas de su despacho y no veo lo que están haciendo ahí dentro. También me han entregado una citación para una vista disciplinaria contra usted. Debo presentarme el lunes a la nueve de la mañana en el despacho del director.

—¡Joder! —En esta ocasión, golpeó con la palma de la mano el respaldo del asiento de delante.

—Hay más malas noticias, señora…

Ramírez expelió el aire con fuerza y se preparó para el golpe.

—Me ha llamado el forense del hospital naval de Bethesda. La NSA se ha presentado allí con un despliegue que no se veía desde el asesinato de JFK, y se ha llevado el cadáver de Mike Shore.

—¿Han tenido tiempo para hacerle la autopsia a Shore?

—No, señora, pero…

—Deme alguna buena noticia, Alabi, por favor.

—Le habían extraído una muestra de sangre y justo antes de que los gorilas de Seguridad Nacional irrumpieran en la sede del FBI, recibí el informe de toxicología.

—Dígame que ha hecho una copia.

—Sí. He tenido tiempo de leerlo en diagonal, y opino que deberíamos hablar con urgencia, en persona.

Ramirez miró el reloj de su muñeca.

—Aterrizaremos en Andrews en unos… diez minutos. Nos vemos en una hora en el Monumento a Lincoln.

Cuando la agente al mando pasaba por delante de James, camino de su asiento, le dijo:

—¿Qué hay, señor Allen?

James se quitó unos diminutos auriculares de la oreja y se movió al asiento de la ventanilla.

—¿Puede sentarse un momento?

La agente al mando lo hizo, barruntando aún acerca de la conversación mantenida con Alabi.

—Hay algo que me ronda por la cabeza desde que salimos de Memphis. ¿Qué pinta una banda de delincuentes caribeños intentando asesinar al presidente de Estados Unidos? Y… ¿quién mató al Haitiano? —dijo Allen.

—No se atormente más. La cadena de pruebas contra el Haitiano es

lo bastante sólida como para dar por cerrado el caso.

James se agitó en su asiento, incómodo por la situación.

—Vamos, Ramírez, usted es más lista que eso.

Ella lo escrutó con la mirada.

—¿Me está usted halagando o trata de manipularme?

En ese momento, sonó el móvil de Ramírez. Miró la pantalla: el director del FBI. Dejó que saltara el buzón de voz.

James pensaba en la teoría de las capas de cebolla que esbozó Collins sobre el funcionamiento de las organizaciones secretas.

—¿Sabe lo que creo? —dijo Allen—, que Sol Negro está soltando lastre.

—Señor Allen, no vuelva a las andadas.

—¿Por qué le dio un móvil encriptado a Patricia?

Si Ramírez se sorprendió por la pregunta, no lo pareció. Permaneció un segundo impertérrita, sin mover un solo músculo.

—Veo que entre ustedes dos no había secretos.

—No ha contestado a mi pregunta.

La agente especial al mando se recostó en el respaldo de piel de su asiento y se quedó con la mirada perdida. James se dio cuenta en ese momento de la presión a la que estaba sometida. Estar al mando de una investigación donde una de las víctimas había sido el hombre más poderoso del mundo era una situación que, desde luego, él no querría para sí.

—Sé que no le he dado motivos, pero ¿confía en mí? —le dijo por fin Ramírez, sosteniéndole la mirada.

Un impulso indujo a James a inclinar la cabeza.

—Pues no siga haciéndome esas preguntas.

James la contempló recorrer el pasillo enmoquetado, detenerse junto a Cox e inclinarse hacia él para hablarle unos segundos. Luego continuó hasta el final y entró en la cabina de los pilotos. Por un fugaz momento, James vislumbró el perfil de la ciudad de Washington a través de la ventanilla delantera del avión.

****

43

Washington D. C. (EE. UU.)

EL Monumento a Lincoln estaba iluminado y desierto. Era un día entre semana y era tarde. El sol ya se había ocultado al oeste de la ciudad. Ramírez subió las escalinatas de mármol mirando hacia todas las direcciones. Una vez en el pórtico columnado, rodeó la estatua de mármol de Abraham Lincoln sentado. Mientras buscaba a Alabi, se detuvo un momento para leer la inscripción de una célebre frase del 16.° presidente de Estados Unidos: «Ningún hombre es lo bastante bueno para gobernar a otros sin su consentimiento». De repente, pensó en Sol Negro…

«Señora».

La voz tímida de Fariha Alabi la sacó de su ensimismamiento. Alzó la barbilla y vio a la agente del FBI asomar la cabeza cautelosa tras una de las columnas dóricas. Se acercó a Alabi a zancadas. Se mantuvieron bajo el pórtico.

—¿Qué está pasando, señora?

—No estoy segura, pero todo esto huele a conspiración.

—¿Hemos hecho algo ilegal?

Ramírez estudió la expresión inquieta de Alabi.

—No, pero será mejor que se busque un buen abogado para la citación del lunes. Esta gente va a por todas y no dudará en amedrentarla con cualquier arma a su alcance.

Se hizo el silencio entre ambas.

—Qué razón tenía en ocultar el cadáver de Shore —dijo Alabi—. Máxime después de la desaparición del cuerpo de Rivera y de lo que ha ocurrido hoy.

—Me costó lo suyo. Ni se imagina las presiones que he tenido que soportar, pero el director del hospital naval de Bethesda es un viejo amigo que me debía un gran favor. Lamento haberlo comprometido.

—¿Cómo lo habrán descubierto?

—Ya no importa, ¿no cree? —Hizo una pausa—. ¿Qué dice el

informe de toxicología?

—Sabíamos que el señor Shore murió a causa de los disparos efectuados por Patricia Banner, pero los análisis toxicológicos han revelado restos en su organismo de un compuesto químico nuevo sintetizado a partir de dos sustancias conocidas: la tetrodotoxina y la escopolamina.

»La segunda es una droga potente. Actúa como depresivo y puede provocar amnesia y sumisión en quien la consume. Está presente en muchas violaciones.

—Háble me de la tetrodotoxina —dijo Ramírez.

—Es poco usual. Provoca insensibilidad, descoordinación y parálisis. Sus efectos en el cuerpo humano son parecidos a la catalepsia, aunque en dosis altas puede llegar a ser letal.

—¿Pudo confundir el diagnóstico de los facultativos en el caso de Rivera?

—Entra dentro de la probabilidad. Pero eso no es lo más importante. Mientras venía hacia aquí, conseguí hablar con el técnico de toxicología que redactó el informe. Precisamente, en Bethesda se encuentra uno de los diez laboratorios de bioseguridad de nivel 4 que hay en el país y contrastó los resultados con uno de sus técnicos. Al parecer, los atributos de ambas sustancias químicas han sido sensiblemente alterados. Me ha insistido en que la mutación es muy sofisticada.

Ramírez frunció el ceño.

—Explíquese, Alabi.

—Hablamos de alteraciones neuronales del lóbulo frontal y parietal del cerebro. Afectan a la razón y a las percepciones sensoriales, provocando un sinfín de mutaciones con el propósito de convertir a un ser humano en una persona completamente sometida. Esto es solo en teoría, sería necesario que un comité de expertos lo estudiara en profundidad. El cerebro humano es un órgano complejísimo y es muy posible que, incluso después de años de estudio, no llegara a conocerse el verdadero alcance de los daños cerebrales que provoca.

En ese momento, Ramírez recordó las palabras vertidas por James Allen: «Dylan Rivera no es el asesino. Él simplemente ha sido el arma homicida».

—Al parecer —continuó Alabi sacando a Ramírez de sus cavilaciones—, en los años treinta ya se practicaban lobotomías para corregir desórdenes psíquicos por medio de *electroshock* y punciones a través de los globos oculares. Mengele también experimentó lobotomizaciones con seres humanos en la Alemania nazi, aunque se desconocen los propósitos reales de estos experimentos. Pero esto es otra cosa bien distinta. Esto es la ciencia ficción de la neurología.

—¿Ha dicho nazis?

—Sí, señora. ¿En qué está pensando?

—Me ha venido a la cabeza el maletín de la Ahnenerbe que mencionó el señor Allen.

—Las mutaciones biológicas de las que le hablo requieren años de estudio y desarrollo, y el maletín de la Ahnenerbe entró en juego hace apenas dos semanas.

Ramírez no pudo por más que darle la razón.

—¿Adónde nos conduce esto?

Fariha Alabi lanzó miradas furtivas a su alrededor antes de posar sus ojos en Ramírez. Cuando habló, lo hizo con gravedad:

—Señora, esto no es cosa de delincuentes de pacotilla jugando a quimijuegos en un laboratorio clandestino. Para realizar una mutación así se requiere uno de bioseguridad de nivel 4, y, aunque algunos son privados, todos están bajo el control del Gobierno federal.

Ramírez dejó de parpadear un par de segundos, tratando de evaluar el alcance de la información. De repente, una alarma se encendió en su cabeza.

—¿Quién sabe esto? —preguntó.

—Solo nosotras dos. Y el técnico de toxicología, por supuesto.

—Qué siga así, de momento. —Ramírez se detuvo un instante y preguntó—: ¿Podría el técnico de toxicología seguir la pista de las mutaciones hasta el laboratorio de bioseguridad en las que se hicieron?

—Se lo preguntaré.

—Hágalo ya —dijo la agente al mando. En ese momento, vibró en el bolsillo su teléfono móvil. Lo cogió y descolgó—: Diga, Cox.

—Señora, acaba de aparcar una furgoneta enfrente del apartamento donde hemos dejado al señor Allen. Es una Dodge blanca, clásica, con rótulos de una floristería. Pero uno de los ocupantes ha encendido un cigarrillo y se ha iluminado la cabina. Dentro había un par de tipos, que yo haya logrado ver.

—Van a por él. Alabi y yo vamos para allá, y Cox, pida refuerzos con discreción.

****

44

Washington D. C. (EE. UU.)

La noche ya había caído completamente sobre la ciudad cuando James se vio a solas en el apartamento de alquiler de Patricia. Pensar en ella, una vez más, lo sumió en un profundo estado de abatimiento, pero en esta ocasión no opuso resistencia y se dejó vencer por él. Retrepado en el sofá del salón, con las luces apagadas y los pies sobre la mesita de centro, mantenía la vista clavada en el interior de un vaso de *bourbon* sin querer contener las lágrimas que recorrían sus mejillas.

Aún no había reunido las fuerzas necesarias para contar lo sucedido ni a Alex ni a Collins. Quizá porque en el fondo estaba seguro de que sus amigos le obligarían a regresar de inmediato a Escocia. Acerca de la familia de Patricia únicamente sabía que su padre vivía retirado en Cornualles, donde adquirió una casita de campo, pero no tenía más idea de cómo localizarlo ni a él ni a ninguno de sus hermanos…

La Dama Blanca.

Es una bruja.

Se han apoderado de su voluntad.

Ayúdala.

¡Ayúdala!

James abrió los ojos de golpe. Algún ruido lo despertó. No sabría decir exactamente qué había escuchado y tampoco le dio importancia. En algún momento se había estirado a lo largo del sofá y se había sumido en un sueño fatigoso. Encima de la mesita había una botella de Jim Bean, a la cual le faltaba una buena cantidad, y un vaso casi vacío a su lado. En una esquina, descansaba de cualquier manera el estuche cerrado con la medalla. De la calle se filtraba la luz blanca de la farola que había justo delante de la ventana. James enderezó la postura sobre el asiento con un áspero gruñido, agachó la cabeza y hundió el rostro entre las manos, tratando de aplacar las palpitaciones

de las sienes.

Entonces volvió a escuchar el mismo ruido. Tardó un poco en identificarlo. Apartó lentamente las manos de la cara y desvió la vista a la puerta de la calle. Oía susurros y pasos precavidos en el descansillo. Su instinto de supervivencia se activó y la somnolencia se esfumó al instante.

Toc toc toc.

En el salón sonó un suave golpe de llamada.

James se puso de pie desperezándose y arrastró su cuerpo hasta la puerta. Antes de abrir, fisgó un segundo por la mirilla.

—Hola, Alessia, ¿te has perdido por el barrio? —dijo, con tono mordaz.

Ella le devolvió el saludo desde el descansillo, alzando la mano derecha a la altura del pecho.

—Hola, James. —Su timbre volvía a sonar tan dulce como el día en que la conoció.

Durante varios segundos, permanecieron mirándose callados. Ella estaba tal y como la recordaba. Sencillamente guapísima. Sin maquillaje, salvo un sutil brillo de labios, iba vestida con una cazadora negra hasta la cintura y unos tejanos ajustados que realzaban su figura. Él, por contra, no atravesaba por su mejor momento: pelos revueltos, ojeras y barba descuidada, que inducían a pensar que últimamente no había descansado mucho.

La luz del rellano se apagó.

—¿Me dejas pasar? —preguntó desde la oscuridad.

Allen dio un paso atrás y la joven accedió al apartamento, sorteándolo. A continuación, él cerró la puerta de la calle y encendió la luz del salón. Las preguntas que deseaba formularle se amontonaban en su cabeza, pero no se hallaba de humor y no iba a darle la satisfacción de parecer interesado.

—¿Qué narices haces aquí, Alessia?

—Creí que te alegrarías de volver a verme.

—¡No juegues más conmigo! —El arrebato despertó un ligero dolor de cabeza. Se calmó—. ¿Qué quieres de mí?

Ella se fijó en la botella de Jim Bean y el vaso vacío.

—¿No vas a invitarme a tomar una copa?

—Alessia, por favor, son las… —James consultó sin disimulo la hora en su reloj—, las tres de la madrugada… No he dormido mucho y estoy cansado.

Ella lo miró de pies a cabeza y luego los cojines deformados del sofá.

—Un día duro.

James resopló, dándose por vencido.

—De acuerdo, siéntate si quieres.

Alessia le sonrió seductoramente a la vez que se desembarazaba de la cazadora y la depositaba en una silla, dejando a la vista una camiseta beis con la cabeza de un felino. Sus pechos pequeños apenas resaltaban en medio de aquel dibujo tan historiado. Un ligero crujido recibió su cuerpo en el sofá. Aún mantenía el calor corporal de James. Desenroscó entonces el tapón de la botella de Jim Bean y vertió un par de dedos en el vaso.

—¿Tú no quieres?

—Ya he bebido bastante. —Allen acercó una silla y tomó asiento enfrente de Alessia, con la espalda encorvada, los antebrazos sobre las rodillas y las manos cruzadas, mirándoselas.

Tras darle un primer trago al *bourbon*, ella reparó en el estuche que había encima de la mesita.

—¿Puedo? —Sin esperar respuesta, alargó la mano con el propósito de atraerlo hacia sí, y lo abrió—. ¡Vaya! Impresionante.

—Deja eso en su sitio, no es algo de lo que ahora me sienta orgulloso.

—Venga ya, bastan dos semanas en Norteamérica y el *gran* James Allen consigue que el mismísimo presidente le entregue una medalla. En tu currículo quedará perfecto: Conseguidor de medallas y otras cosas antiguas —dijo sarcásticamente, alzando la mano y pasándola por una imaginaria cartela.

—Conseguirla costó la vida de una persona muy querida.

—Lo sé. Patricia Banner.

James compuso un gesto de recelo e irguió la espalda.

—La entrega de la medalla se mantuvo en secreto. ¿Cómo sabes que me la entregó el presidente? ¿Y lo de Patricia?

Alessia acabó el *bourbon* de un largo trago y apoyó el vaso sobre la mesita de cristal.

—Dispongo de amigos influyentes.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? Ah, ya, tus amigos influyentes.

—No. Te he estado siguiendo, igual que hace el FBI.

James frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—¿No te lo ha dicho tu *nueva amiga*? La agente especial Ramírez es muy guapa, por cierto. ¿Crees que tengo motivos para ponerme celosa?

James esquivó las preguntas insidiosas. Se limitó a ponerse de pie, apartar ligeramente la cortina de la ventana y examinar la calle. A simple vista, parecía tranquila, excepto por una pareja de novios entretenidos entre sí que se asomó por la esquina para perderse dentro de un portal. Una solitaria furgoneta blanca de una floristería estaba aparcada en la acera de enfrente, en un hueco reservado para carga y

descarga. No pudo mirar en su interior porque los cristales estaban tintados. En ese momento, recordó aquellos libros de Robert Ludlum sobre Jason Bourne. Aquel tipo entrenado, de un simple vistazo a un desconocido, era capaz de calcular la velocidad de su zancada, la intensidad de su golpeo, o si prefería el café tibio o caliente. Él se consideraba un hombre de recursos, pero lamentablemente entre sus cualidades no figuraba esa.

Devolvió la cortina a su sitio y se volvió hacia Alessia.

—Afuera no hay nadie.

—Bueno, no esperarás que estén a la vista.

Él suspiró.

—Ya te conseguí el maletín. ¿Qué más quieres de mí?

Alessia hurgó en un bolsillo de su cazadora y sacó una cajetilla de tabaco y un mechero. Ladeando ligeramente la cabeza, encendió un pitillo. En el silencio que envolvía la estancia, el cigarrillo crepitó con una larga calada. Aquel gesto tan cotidiano le resultó a James extremadamente sensual. Tras expulsar el humo por la nariz, ella anunció:

—No estoy aquí por mí, James. Alguien poderoso te quiere ver muerto.

A James le flojearon las piernas y se dejó caer en la silla.

—Repite eso, por favor.

—Esta vez, has meado en tiesto ajeno, y no en uno cualquiera, sino en el de la mayor cloaca de Washington: la política. Y créeme, esta gente aborrece los cabos sueltos.

James se quedó mudo. De repente, abrió mucho los ojos.

—¿Has venido a matarme?

—Si no lo hago yo, enviarán a otro a que acabe el trabajo. Te entrometiste con lo del presidente, y a ciertas personas les preocupa cómo llegaste a averiguarlo y cuánto sabes de ese complot.

—¿Complot? ¡Yo no sé nada de ningún complot! —dijo subiendo el tono de voz, casi gritando. Sintió otra leve palpitación en la cabeza. Volvió a tranquilizarse—. Fue una intuición. Solamente eso. Lamentablemente, en lo que a problemas se refiere, mi instinto suele funcionar como una brújula que siempre señala el Norte.

Entre ellos hubo un momento de silencio. Tras un rato, James se la quedó mirando fijamente.

—¿Sabes? Hablé con tu padre. Te echa de menos.

Por un instante, apreció en los ojos avellana de ella un brillo nostálgico, que desapareció inmediatamente y fue sustituido por un temblor del labio inferior.

—Mi padre está muerto —le espetó. Sus ojos nerviosos buscaron un cenicero. Al no hallarlo, soltó la ceniza del cigarrillo en la mesa. A continuación, añadió—: Lo siento, James, el tiempo se agota.

—Mira, si te soy sincero no me apetece morir. ¿Qué alternativa tengo?

—Hay un carguero en el puerto de Baltimore que zarpará en una hora con destino a Puerto Príncipe. Vente conmigo, James. Allí, las personas que te quieren ver muerto no podrán encontrarte. Yo te protegeré. Te lo prometo.

—¡Esto es de locos! No puedo marcharme sin más. Tengo una vida en Escocia.

—James, entiéndelo de una puñetera vez, tu vida sin mí no vale nada.

—Necesito ir al baño. —James se levantó y desapareció por el pasillo. Instantes después, sonó la cisterna y el agua del grifo corrió un rato. Al regresar, peinándose con los dedos el pelo mojado, se dio cuenta de que Alessia no estaba sola. De pie, al lado del sofá, había un hombre corpulento disfrazado como si perteneciese a una banda juvenil. Al instante, reconoció su horrenda cicatriz en la cara. Era uno de los hombres que le arrebataron el maletín en casa de Bent Clausen. Recordó su nombre: Maurice.

Justamente en ese momento, les llegó de la calle el estruendo que provoca un enfrentamiento armado.

****

45

Washington D. C. (EE. UU.)

Maurice y Alessia se abalanzaron hacia la ventana. En ambos extremos de la calle, la policía había formado una barricada y sostenía un fuego cruzado contra sus hombres, que se defendían como podían refugiados tras la Chevy blanca. El tableteo del rotor de un helicóptero se entremezclaba con las detonaciones que retumbaban por todas partes. La proyección cónica de un haz de luz se movió temblorosa por las fachadas de los edificios hasta que se quedó fija, envolviendo la furgoneta Dodge. Solo eran tres contra todo un ejército. Estaban acorralados bajo implacables andanadas de disparos, pero aguantarían hasta morir, cosa que no tardaría mucho en suceder.

Alessia le indicó algo a Maurice, que sin dilación fue hasta el interruptor y apagó la luz del salón. Luego ella se apartó de la ventana y se dirigió a James. Había vuelto el semblante hierático.

—Se acabó el tiempo. Te vienes con nosotros.

Allen dudó un segundo. ¿Sería capaz Alessia de matarlo si se negaba? Desde luego, no lo creía de la versión dulce de ella, pero de la mujer fría que volvía a tener ante sí no estaba del todo seguro. Por lo pronto, concluyó, su prioridad debía ser continuar con vida, de modo que resolvió seguirle la corriente.

—De acuerdo, iré contigo, pero deja que me ponga algo más decente. Con estas pintas no puedo salir a la calle —dijo, señalando la camiseta arrugada que llevaba puesta.

Alessia hizo un leve gesto de asentimiento a Maurice, que lo acompañó hasta el dormitorio. No habrían pasado ni cinco minutos cuando los dos reaparecieron en el salón. El escocés había vuelto a ponerse los vaqueros y la sudadera de Los Ángeles Clippers que comprara en Salem. Alessia había apartado un poco la cortina con un dedo para seguir la batalla campal que se había desatado en el exterior minutos antes. El amanecer despuntaba y por encima de los edificios empezaba a clarear. Un altavoz repetía una y otra vez a los

vecinos que se mantuvieran alejados de las ventanas. Uno de sus hombres yacía tirado en mitad de la acera, acribillado a balazos, y el fuego defensivo que procedía de la Dodge había bajado de intensidad. Daba la impresión de tratarse de Claude, pero desde el cuarto piso y con el ángulo de visión que tenía no podía estar segura del todo. Un camión de los SWAT frenó en ese momento. Las puertas traseras se abrieron y, como un avispero agitado, empezaron a salir policías fuertemente armados. Aquello era el final.

—Vámonos —mandó, soltando la cortina. De camino a la puerta recogió la cazadora y se la puso.

El trío salió al descansillo, que estaba a oscuras. Los disparos de la calle llegaban más amortiguados.

—¿Hay escalera de incendios? —le preguntó ella a James.

—Lo ignoro.

Alessia se volvió entonces hacia Maurice y le habló en francés. El hombre se alejó por el pasillo trotando y dobló una esquina, al fondo. Al cabo de un momento volvió a asomarse por la esquina y los apremió.

—*Allez, allez!*

Alessia y James recorrieron el oscuro pasillo hasta el final, saltaron sobre unos escalones y salieron al exterior a través de una puerta galvanizada que Mauricie mantenía abierta con el pie. Había terminado de amanecer y corría un poco de brisa. Se encontraban en la fachada posterior del edificio, sobre la plataforma de hierro negro de una escalera de incendios. En tramos cortos descendía hasta un callejón. Alessia sacó medio cuerpo por encima de la barandilla y exploró a izquierda y derecha. Un par de contenedores de basura y un gato rebuscando entre los desperdicios. Nada más. A unos cinco metros frente a ellos se levantaba una sucia pared de ladrillo con algún que otro ventanuco cerrado y palomas haciendo equilibrio en los quicios. A lo lejos aún resonaba el ulular de sirenas y disparos esporádicos, pero cada vez con menor intensidad. Seguía oyéndose al helicóptero volando en círculos por encima de los edificios.

Bajaron hasta el callejón y se condujeron a través de él a la avenida de Connecticut, una gran arteria de la ciudad que a esas horas ya empezaba a llenarse de coches. Alessia buscó con la mirada el quiosco de prensa y, sin pérdida de tiempo, se encaminaron hacia un Range Rover de color beis aparcado en frente de él, encajado entre una boca de incendios y un contenedor de basura. Una multa aleteaba con el viento bajo uno de los limpiaparabrisas.

A pocos metros de él, Maurice lo abrió con el mando a distancia. Mientras Alessia y James se acomodaban en los asientos posteriores, Maurice rodeó el todoterreno por la parte delantera y ocupó el asiento del conductor. Con un par de maniobras, sacó el vehículo, llevó a cabo

un giro completo para cambiarse de carril, interrumpiendo bruscamente la circulación, y enfiló la avenida hacia el norte entre bocinazos de los conductores cabreados.

****

46

Washington D. C. (EE. UU.)

Eso el fuego que procedía de la furgoneta y casi al instante, también el que salía de las barricadas de la policía. En el inquietante silencio en que se sumió la calle, los últimos casquillos golpeaban el asfalto al tiempo que el olor a pólvora se desvanecía en el aire. Solo el helicóptero Bell negro del FBI permanecía ajeno al desenlace. El rayo de luz cónico que proyectaba su foco seguía como si tal cosa alumbrando la Dodge, y ahora, a tres cuerpos sobre charcos de sangre desperdigados entre la acera y la calzada.

Tras el momento de calma, volvió la agitación. Los agentes federales abandonaron su barrera defensiva e invadieron la calle. Siguiendo el protocolo de actuación, acordonaron la zona con cinta policial y se pusieron a recabar pruebas forenses. Al parecer, uno de los hostiles continuaba con vida y se solicitó la presencia de los servicios de emergencia.

Mientras los agentes de campo cumplían todas esas responsabilidades, Ramírez llamó con ella a Alabi y a tres agentes armados más. Camino del portal del sencillo edificio marcado con el número cinco, hizo una breve parada junto a los enemigos caídos. Los tres eran latinos. Tras un rápido vistazo, encontró en sus antebrazos el mismo tatuaje que en los cadáveres hallados en la casa de Memphis, y aquello la descolocó. A pesar de la muerte de su líder, el Haitiano, estaba claro que la banda seguía en pie.

Un ligero olor a productos de limpieza envolvía el oscuro portal. Algunos rincones todavía estaban húmedos.

—Usted, quédese aquí —ordenó Ramírez a uno de los agentes—. Ustedes dos por las escaleras—. Alabi, acompáñeme en el ascensor. Nos vemos en el cuarto piso. Apartamento C.

Cuando empujaron la puerta del ascensor, los dos agentes especiales que habían subido corriendo por las escaleras ya se encontraban en el descansillo con la Beretta reglamentaria en posición

de disparo. El pasillo estaba silencioso y la puerta del apartamento C estaba abierta de par en par. Con un gesto, Ramírez autorizó a los dos agentes especiales a colarse dentro. Nada más escucharlos decir a gritos que la zona era segura, accedieron ella y Alabi. Uno de los federales encendió la luz del salón. James Allen no estaba y, a simple vista, todo parecía en su sitio. De un paso, la agente especial al mando se colocó frente a la ventana y dirigió una mirada abajo. Desde allí se vislumbraba todo lo que ocurría en la calle. Luego, cavilosa, desvió la mirada a la puerta y lo entendió de golpe.

Una vez más, se les habían adelantado.

—¡Vamos! —soltó y salió corriendo hacia la entrada.

Si por el ascensor y las escaleras habían subido ellos, solo quedaba un camino por donde escapar: el pasillo. Lo recorrieron a toda prisa, sortearon unos escalones y se toparon de frente con una puerta de metal que mostraba signos manifiestos de haber sido forzaba. En cuanto la traspasaron vieron aparecer las escaleras de incendio del edificio. Sin mediar palabra, descendieron por ella lo más rápido que pudieron y esprintaron hasta la entrada del callejón. Casi veinte minutos después de que lo hicieran Alessia, James y Maurice, los cuatro agentes especiales del FBI se vieron mirando el tráfico de costumbre que circulaba por la avenida Connecticut.

—¡Maldita sea! —musitó Ramírez, dando una patada al suelo. Entonces sacó el teléfono móvil del interior de su chaqueta y marcó un número—. Cox, revise las imágenes de las cámaras de tráfico de la avenida Connecticut con… —se dio la vuelta y buscó el nombre del callejón…, pero no tenía—, con la Veinte… Busque cualquier maniobra extraña de un vehículo y dígale al helicóptero que vigile el tráfico de… siete manzanas a la redonda. —A renglón seguido, cortó la comunicación y devolvió el móvil al interior de su chaqueta.

»Volvamos al apartamento, tal vez descubramos algo —dijo, con aire derrotado.

Tres cuartos de hora más tarde, el modesto apartamento era un revoltijo de técnicos criminalísticos enfundados en trajes desechables blancos de polietileno. Mientras terminaban su trabajo, Ramírez y Alabi aguardaban abatidas en el rellano, sentadas en los escalones que llevaban al quinto piso. El móvil de la agente especial al mando vibró en su bolsillo. Otra vez el director del FBI. Se quedó mirando la pantalla hasta que saltó el buzón de voz.

—¿Cree que es buena idea ignorarle? —le preguntó Alabi.

—No, pero necesito ganar algo de tiempo.

Volvió a sonar su teléfono y suspiró. En esta ocasión, se puso de pie y se retiró un poco para responder. La voz de Cox empezó a sonar en

el auricular:

—La cámara de un banco captó a un Range Rover de color beis haciendo una maniobra peligrosa dieciséis minutos antes de que usted me llamara. Se cambió de carril bruscamente y avanzó por la avenida Connecticut hacia el norte, saltándose los semáforos en rojo. En su interior iban tres personas. Una sentada al volante y otras dos en los asientos posteriores.

Ramírez caminaba por el pasillo mientras hablaba.

—¿Ha enviado su matrícula a las demás agencias?

—Sí, señora —contestó Cox—. Las cámaras de tráfico lo han localizado en la I-95, circulando hacia el norte.

—¿Adónde lleva la Interestatal 95?

—A Baltimore.

—Alerte a la policía del estado de Maryland. Le dejo, Cox, llámeme inmediatamente con cualquier novedad.

Ramírez puso fin a la llamada cuando vio salir por la puerta del apartamento al jefe del equipo forense, un tipo bajito y enjuto con las gafas protectoras subidas y apoyadas en la frente. Un velo brillante cubría su rostro. Esperó hasta que se quitó los guantes de látex y hubo firmado en el registro.

—¿Han encontrado algo?

Fariha Alabi se levantó del escalón y también fue a su lado.

—No parece la escena de un crimen. Una botella de Jim Bean casi agotada, un vaso con una marca de brillo de labios, una colilla con la misma marca de brillo de labios… Y lo más curioso de todo: sobre la cama hemos encontrado esta etiqueta —dijo, alzando la mano derecha con una bolsa de pruebas—. Apostaría mi pensión de jubilación a que alguien la dejó ahí intencionadamente.

La agente especial al mandó entrecerró los ojos un poco para ajustar la visión.

—¿Qué es eso?

El forense se encogió de hombros.

—Parece la clásica etiqueta que hay en el cuello de casi todas las prendas de vestir. Pone —se colocó la bolsa ante la nariz—: «Los Ángeles Clippers», «producto oficial», una señal de *copyright* y una «ele» de la talla.

Ramírez frunció el ceño, intrigada.

—Señora —dijo Alabi de repente—. Creo que sé adónde se dirigen: a un puerto de mar.

La agente especial Ramírez y el técnico forense clavaron en ella una mirada atónita.

—James Allen nos ha dejado una pista. Si recuerda, el día que lo conocimos llevaba una sudadera del equipo de la NBA de los Clippers. Me fijé en ella porque mi hijo tiene otra casi idéntica. Es hincha desde

que estuve destinada en San Diego como analista del Departamento del Tesoro.

—Pero la franquicia de los Clippers pertenece a Los Ángeles —apuntó el técnico forense.

—Ahora, pero antes perteneció a Búfalo y luego a San Diego.

Ramírez se mostraba desconcertada.

—No la sigo.

—El puerto de San Diego es famoso por los *clippers* que atracaban en él hace siglos. De ahí el sobrenombre del equipo.

—*¿Clippers?*

—Veleros antiguos que se usaban para el comercio. El *Cutty Sark* y eso…

La mente de Ramírez funcionaba a toda velocidad y, en un momento dado, había dejado de escuchar lo que le decía Alabi.

«Allen, tipo listo».

Aquello cobraba sentido. El coche en el que habían escapado iba a Baltimore. El puerto más cercano y uno de los más grandes del país. De ahí, zarpaban mercantes a cualquier parte del mundo… Entonces, volviendo en sí, sacó de nuevo el teléfono y se puso a hacer llamadas como una posesa.

****

47

Bahía de Chesapeake (EE. UU.)

MIENTRAS la agente especial Ramírez deducía el destino de James Allen, las manos del escocés agarraban con fuerza la barandilla de popa de un roñoso carguero que navegaba por los canales, rumbo a mar abierto. Junto a un mástil en el que se batía una bandera liberiana, miraba empequeñecer la ciudad de Baltimore, envuelta en un banco de niebla matutino. Tan pronto como hubieron abandonado el puerto, Maurice dejó de vigilarlo. La costa quedaba a varias millas náuticas, y en aquellas aguas heladas sería un suicidio intentar alcanzarla a nado. Como a bordo de aquel cascarón de hierro y chatarra no podía escapar a ninguna parte, disponía de libertad para ir adonde quisiera. Y eso hizo.

James disfrutaba en un barco tanto como cualquier viejo lobo de mar. La mezcla del olor a salitre y gasoil era para él como la sal y la pimienta para un chef. El viento se le metía por la ropa y solo con la sudadera sentía algo de fresco; así y todo, prefería estar al aire libre, tratando de ordenar sus ideas, que entre mamparos y tuberías oxidadas. Para protegerse se colocó la capucha, recordando lo que acostumbraba a decir su amigo Carmichael acerca de que el calor corporal siempre se perdía por la cabeza. Pensar en él lo alegró un poco. ¿Por dónde andaría? Seguramente con una belleza exótica o liado en una pelea en algún tugurio portuario.

Cada minuto que pasaba, se alejaba de la libertad y se acercaba a un destino tan incierto como inquietante. El tipo que le vendió la sudadera en Salem, a la vez que le cobraba, le había comentado lleno de entusiasmo la relación de los Clippers con el puerto de San Diego. Arrancarle la etiqueta y dejarla sobre la cama del apartamento fue la única pista que había podido dejar al FBI sin que Maurice se percatase. Por descontado, aquello pondría a prueba la sagacidad de Ramírez, pero era una mujer lista rodeada de personas listas y confiaba que su pequeño ardid condujera a las fuerzas del orden

directas hasta él. Si no a tiempo para impedir que el *Murgash* —nombre que figuraba en la popa redondeada del buque— saliera de aguas jurisdiccionales estadounidenses, sí al menos para descubrir su destino final.

En cualquiera de los casos, la mera esperanza de que así fuera, lo reconfortaba. Esta vez tenía la impresión de haberse metido en un buen lío y ni Victoria ni Patricia, que habían demostrado ser sus ángeles de la guarda en el pasado, estaban ya para ayudarle. Entonces cayó en la cuenta de qué día era: 15 de abril, el cumpleaños de Victoria. En los casi dos años que habían compartido juntos no había tenido ocasión de celebrar ningún cumpleaños con ella…

Unos pasos livianos a sus espaldas lo rescataron de sus atormentados pensamientos. Volvió la cabeza. Alessia se allegó hasta él y se situó a su lado, rozándole suavemente el brazo con el suyo. Para cubrirse el cuello, la chica subió del todo la cremallera de su cazadora. Durante un rato los dos permanecieron en silencio, con la vista perdida en la estela de agua burbujeante que dejaban las gigantescas hélices en las turbias aguas del río Patapsco. Alessia echó mano al bolsillo de la cazadora y sacó el paquete arrugado de cigarrillos. Protegiendo la llama del mechero con la mano, encendió uno y soltó el humo hacia arriba, alargando el labio inferior. Como si le hubiese leído el pensamiento le dijo con voz cálida:

—James, no tienes de qué preocuparte. Te di mi palabra de que te protegería.

Al escocés le sobrevino el recuerdo de lo que le comentó Henry Pratti sobre el don de su hija para saber siempre lo que las personas estaban pensando. A pesar de la inquietante sensación de desnudez que se despertó en él, no tomó en consideración el comentario, en cambio le preguntó con gesto grave:

—¿Ordenaste tú matar a esos hombres en Memphis?

Mientras sopesaba sus palabras, Alessia cubrió el tosco medallón que llevaba al cuello con la mano libre. Había podido matar en dos ocasiones a aquel hombre, pero, por alguna extraña circunstancia, lo había dejado con vida. Y estaba determinada a averiguar el porqué. Un comienzo sería sincerarse con él, así que, sin mirarle a la cara, respondió a su pregunta:

—No, James, no lo ordené. Los maté yo con mis propias manos. Y sabe Dios cuánto disfruté viendo a Leroy gimiendo como una niña al sentir el cañón de mi pistola en su nuca.

Allen apartó los ojos de los humedales que flanqueaban el río y los puso en la joven que tenía a su lado, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. La frialdad de hielo con la que lo había dicho.

Ella correspondió a su mirada e interpretó sus pensamientos.

—¡No te atrevas a juzgarme! —explotó con rabia. Luego miró hacia

otro lado, a las ondulaciones que hacía el agua y que centelleaban bajo el tibio sol—. Tú no sabes nada de mí.

—Pues cuéntamelo para que pueda entenderlo.

Alessia seguía fumando con la mirada perdida cuando se puso a hablar:

—La adoración que yo sentía por mi abuelo es difícil de explicar con palabras. Entre nosotros había una conexión que nadie más podía entender. Cuando murió, imagínate, todo se desmoronó bajo mis pies. Así —chasqueó los dedos—, en un segundo, me encontré sola en el mundo.

—¿Y tu padre?

—Yo no era su hija biológica y Henry nunca me quiso. Si no hubiese sido porque mi abuelo se empeñó en lo contrario, me habría abandonado al instante de morir mi madre.

—Pues no fue esa la sensación que me dio cuando hablé con él. Sentí que añoraba de veras a su hija.

—Bah, Henry no es más que un vulgar embaucador. Siempre le gustó hacerse pasar por víctima.

—¿Sabías entonces que tu abuelo perteneció a la Ahnenerbe?

Ella asintió con la cabeza. Varias veces, despacio.

—Entre mi abuelo y yo no había secretos.

—Sin embargo, no te dijo que se llamaba Bent Clausen.

—Su verdadero nombre alemán era Klaus Schäfer. Lo demás no importa.

—Aun así, no te lo contó todo.

Alessia tiró la colilla por la borda. El fuerte viento la arrastró de nuevo al barco y se fue rodando por la cubierta.

—Me ocultó la vida de Clausen porque no quería que supiera de la existencia del maletín. Siempre fue muy protector conmigo.

—¿De qué quería protegerte?

—Mas bien de quién. De Patterson y la gente que él representaba. Tras la guerra, mi abuelo rompió todo vínculo con su pasado nazi, hasta el punto de olvidar todo aquello y convertirse en un neoyorquino más. Durante muchos años, se dedicó solo a consolidar una nueva carrera como médico y a criar primero a su hijo y más tarde a su nieta.

James se percató de que nunca se dirigía a Henry llamándolo «padre».

—Sin embargo —prosiguió ella mientras se pasaba los dedos entre los cabellos descolocados por el aire—, tendría yo unos diez años cuando Patterson entró en su vida. Desconozco cómo se conocieron, pero así fue. Desde entonces empezaron a verse cada vez con más frecuencia, hasta forjar una relación que duró años. Al principio, los encuentros eran cordiales, pero, a medida que pasaba el tiempo, mi

abuelo fue odiándolos cada vez más. Yo lo percibía. Se volvió taciturno e irascible. Por mucho que insistí, jamás me contó el motivo de su desasosiego. Devorada por la curiosidad, aproveché una de sus reuniones para esconderme en el armario del despacho de mi abuelo.

—¿Que edad tenías?

—Fue unos meses antes de morir, así que tendría… diecisiete para dieciocho.

—Y ¿qué pasó?

—Escuché cómo discutieron durante casi una hora. Solo con los años, comprendí el verdadero significado de aquella conversación. Patterson representaba a una organización secreta llamada Sol Negro. Organizaciones como esas las hay en todos los rincones del mundo. Están conformadas por personas que se creen por encima de los demás y que eso les otorga el privilegio a decidir lo que es mejor para todos nosotros. De alguna manera, llegaron a conocer la existencia del maletín de la Ahnenerbe y Patterson comenzó a presionar a mi abuelo para que se lo entregara.

—Obviamente, no lo hizo.

—Patterson llegó a amenazarle con destapar su pasado nazi. Lo juzgarían por crímenes contra la humanidad y pasaría el resto de sus días pudriéndose en la cárcel. Por aquel entonces, mi abuelo contaba ya con ochenta y muchos años, y aquello no era una opción para él; así que cedió a la presión y les entregó parte del contenido del maletín, pero no fue suficiente. Para esa gente nunca es suficiente. Querían más. Lo querían todo, incluidos los informes de los experimentos y la fórmula. Poco después, mi abuelo murió y el asunto se olvidó.

—¿Mataste también a Patterson?

—Ahórrate la indignación. No sabes cómo hizo sufrir a mi abuelo todos esos años.

James no insistió y decidió que había llegado el momento de abordar la otra cuestión que le carcomía.

—¿Qué había en el maletín? ¿De qué era esa fórmula?

En ese momento, el *Murgash* llegó al estuario de Chesapeake, cruzó bajo el descomunal puente que se elevaba a sesenta metros por encima de sus cabezas y puso proa hacia mar abierto. Seguía sin haber ni rastro de Ramírez, aunque James aún confiaba en que vería aparecer, en cualquier momento, a los guardacostas por alguna de las bordas.

Observando la increíble vista que ofrecía la desembocadura, Alessia empezó a hablar:

—El control de la mente humana era un viejo anhelo de Himmler. Durante años, experimentó con miles de judíos a los que sometió a pruebas inimaginables, llevando los trabajos de Moniz y Freeman sobre lobotomía a cotas desconocidas en la neuropsiquiatría, incluso

hoy en día. En 1943 creyó conseguirlo, sintetizando un fármaco que sustituía las trepanaciones y la cirugía cerebral. La Ahnenerbe, entonces, envió a mi abuelo en una misión secreta a Estados Unidos, a fin de que probara la fórmula sobre el terreno.

—¿Por qué Estados Unidos?

—El plan oculto de Hitler era controlar la mente del presidente Roosevelt, doblegar su voluntad. Con él de su parte, nada detendría al Tercer Reich.

—Hace dos semanas te hubiera dicho que era una locura más de Hitler y sus matones.

—Y en parte, así fue. La fórmula nunca funcionó, claro está. En su afán de poder, Himmler había prometido al Führer el arma definitiva, y entre las virtudes de Hitler no estaba precisamente la paciencia. Acuciado por el curso de los acontecimientos, el líder de las SS ordenó incrementar el ritmo de los experimentos, a costa de su fiabilidad. Tú lo viste en aquel vídeo grabado en Salem. El efecto que provocaba lo hacía totalmente inviable para su propósito. Las víctimas sufrían trastornos psicóticos agudos. No obedecían a nadie, simplemente adquirían una insensibilidad al dolor y mataban por puro instinto salvaje. Mi abuelo lo sabía, por eso se resistió todo lo que pudo a ponerlo en práctica, pero la Gestapo, en aquella época, podía llegar a ser muy convincente.

—Y luego, ¿qué pasó?

—La guerra acabó. Cuando los aliados tomaron Berlín, descubrieron montañas de expedientes con los planes secretos de Hitler. Algunos se hicieron público, por disparatados e irrealizables, pero otros eran tan terroríficos que los dignatarios de la época pensaron que la opinión pública no estaba preparada para conocerlos. Entonces se clasificaron y se ocultaron en algún edificio de alta seguridad.

—Y ahora, alguien ha desenterrado uno de aquellos expedientes.

Alessia asintió con la cabeza.

—¿Y cómo acabaste tú metida en todo este lío?

—Ya te he dicho que cuando mi abuelo murió, todos los lazos que mantenía con mi mundo anterior se rompieron para siempre. Entonces entró en mi vida Leroy y se aprovechó de mi fragilidad. Cuando lo conocí yo estaba en la universidad, era un hombre tan inteligente que me cautivo al instante y me rendí a él, en cuerpo y alma. Al principio, todo fue maravilloso. Junto a él descubrí un mundo nuevo. Lugares exóticos, dinero, placer, diversión, amigos… Imagínate lo que supuso para mí que siempre había vivido enjaulada sin más hombres a mi lado que Henry y mi abuelo.

Allen se apartó un paso de la barandilla, se sacudió la herrumbre de las manos y las guardó en los bolsillos.

—¿Y que ocurrió?

El suspiro de Alessia se perdió en medio del ruido de los motores.

—Un buen día, todo aquello cambió. Leroy dejó de mirarme igual y comenzó a utilizarme en su propio beneficio.

—¿Por qué no se lo impediste?

—Por aquel entonces, yo vivía en Haití. Me sentía atrapada, perdida. No tenía otro lugar adonde ir. Entonces comencé a odiarlo. Con toda mi alma. No tienes ni idea de lo que es sufrir vejaciones durante años. Sentir que no vales nada. Dicen que del amor al odio solo hay un paso. Eso es mentira. El rencor se cocina a fuego lento. Día a día. —Alessia temblaba de emoción.

Guardaron silencio unos segundos. James cambió de postura, sacó las manos de los bolsillos y puso los brazos de nuevo en la barandilla. Cuando Alessia volvió a hablar, el escocés vio un destello de cólera en sus ojos.

—Poco tiempo después de que el actual presidente de Estados Unidos ganase los caucus de Iowa de su partido, se presentó en Puerto Príncipe un burócrata de Washington que se hacía llamar Peter Franz. Le propuso a Leroy facilitarle financiación y protección para sus negocios a cambio de ejecutar algún trabajo para él. Leroy aceptó el trato que le propuso sin titubear. Era su gran oportunidad, decía. La que había estado esperando toda la vida. Un golpe de suerte. Estableció nuevas alianzas con señores de la guerra en Sierra Leona. El poder de Leroy fue creciendo proporcionalmente al pavor que infundía entre sus enemigos mediante la brujería. Pero era un poder cimentado en el barro. Solo yo me daba cuenta de que, a cada paso que daba, se hundía más y más en aquel lodazal.

»En el momento en que Peter Franz le encargó a Leroy que consiguiera el maletín que perteneció a mi abuelo, comprendí que el hombre de Washington era el sustituto de Patterson en Sol Negro y que no había viajado hasta Haití por Leroy. Era yo quien le interesaba en realidad. La nieta de Carlo Pratti. Siempre fue así.

—¿Qué hiciste cuando supiste que Franz te buscaba a ti?

—Dejarme llevar. Un día, Franz me citó a hurtadillas en un hotel de lujo. Pensó que me seducía, pero, de hecho, fui yo quien lo sedujo a él. Esa fue la primera vez que me habló del Proyecto Amanecer. —Hizo un alto y en sus labios surgió una leve sonrisa, que continuó mientras decía—: No puedes ni figurarte lo locuaces que os volvéis los hombres en la cama.

James obvió el comentario sarcástico, no merecía la pena y otra cosa le interesaba más.

—Espera, ¿qué es el Proyecto Amanecer?

—Aquel día supe que lo que mi abuelo entregó a Patterson fue una dosis del fármaco. Como nunca obtuvieron ni la fórmula ni los

informes de los experimentos tuvieron que desarrollar el trabajo a partir de aquel único compuesto y los datos incautados en Berlín en 1945. Les llevó años de investigación en un laboratorio de bioseguridad de nivel 4 que Sol Negro controlaba en secreto en Hamilton, Montana. Luego, lo estuvieron probando en vagabundos por todo Estados Unidos. Pero al final cumplieron el sueño que décadas atrás tuvo Himmler.

James se quedó como ausente, pensando que las consecuencias de aquello podían ser catastróficas.

—Entonces, ¿pueden controlar las mentes?

****

48

Bahía de Chesapeake (EE. UU.)

Lentamente, JESSIA ladeó la cabeza varias veces de un lado a otro,

—Sí, pero solo hasta cierto punto.

—Y ¿cómo funciona el fármaco?

—En dos fases. En una primera, se produce la muerte cerebral. El individuo deja de respirar y su corazón se para. En la segunda, se reactivan las constantes vitales y el sujeto, podría decirse así, vuelve a la vida, pero con la mente doblegada para que su cuerpo ejecute lo que se le manda. Digamos que se produce en el cuerpo humano una especie de reinicio del cerebro, como el borrado del disco duro de un ordenador. Entre una fase y otra pasa un tiempo indeterminado, depende de cada persona.

—Pero…

—El fármaco no funciona para tareas que requieran un mínimo contenido intelectual. Solo es efectivo para acciones primarias, como matar o morir. Además, aunque lo han reducido notablemente, no han conseguido eliminar del todo las alteraciones físicas que sufren los cuerpos tras su ingesta, unos más que otros, y su efecto apenas dura veinticuatro horas, por lo que hay que seguir suministrando el fármaco para mantenerlos en el tiempo.

—Vi el vídeo de Dylan Rivera y hablé con su esposa. Ella insistía en que aquel no era su marido.

—Y en cierta manera estaba en lo cierto. Una vez escapó de la morgue, el Haitiano enterró a Rivera en un ataúd durante horas. Decía que eso incrementaría los efectos del fármaco.

—¿Cómo?

—Mira, James, es cosa de magia que tú nunca comprenderás.

—¿Magia?

—Resucitar a los muertos.

Allen seguía estupefacto.

—¿Resucitar a los muertos? Las personas o se mueren o están vivas. Es así de sencillo.

—En tu cultura occidental puede que sea así, pero en la africana no. Creer en la brujería te hace entender que entre la vida y la muerte hay un estado intermedio. Mi madre era una yoruba. —Hizo un alto—. De ella no heredé el color de su piel, pero sí lo más importante. Sus poderes.

—¿Ese es el motivo de que lleves eso al cuello? ¿Qué es?

—Un talismán. Me protege de los malos espíritus.

—¿Intentas decirme que tras todo este asunto hay magia?

—La magia es solo ciencia que los occidentales no entendéis aún. Según la religión yoruba cada persona nace con un destino, con un propósito en la vida.

—¿Y cuál es el tuyo?

—Ser libre. Una mente libre te convierte en invencible.

—¿Crees que la magia te hará invencible?

Ella sonrió.

—No soy tan ingenua. La fuerza de la magia negra precisa que la persona contra la que se utiliza también crea en ella. Pero magia y ciencia juntas, eso es diferente. Tu poder se multiplica.

—¿Para qué quiere Sol Negro el fármaco?

—Para llegar a comprenderlo, es necesario que pienses como ellos. Todo lo que Franz y los miembros de Sol Negro hacen lo esconden bajo la bandera del patriotismo. Aunque su objetivo inicial era bien distinto, habían dado con un arma de suma eficacia. Habían creado el soldado perfecto. Un soldado al que no había que alimentar ni vestir. Su fuerza era casi inhumana. Y obedecía órdenes sin importar su moralidad. Su actividad cerebral se reducía a una simple cuestión binaria: cumplir o morir. Con un soldado así, podrías acabar con cualquier enemigo de Estados Unidos que quisieras, por poderoso que fuera.

—Incluido el propio presidente, si no gobierna como tú esperas.

—O el de la Federación Rusa, el presidente norcoreano, o la reina de Inglaterra. Los investigadores descubrieron que, una vez el fármaco surtía efecto, el cerebro de la víctima se hacía tan receptivo a influencias externas que se podían grabar en él mensajes sencillos y directos. A este proyecto, Sol Negro lo denominó «Proyecto Amanecer».

Allen seguía pensando que aquello era atroz.

—Hay algo que no entiendo. Si lograron desarrollar el fármaco, ¿para qué empeñarse en recuperar el maletín?

—A esta gente no le gustan los cabos sueltos. Saber que existía en algún lugar un maletín nazi con los fármacos originales e informes de los experimentos era un riesgo excesivo que no podían correr.

—¿Qué fue de Peter Franz?

—Seguimos manteniendo encuentros furtivos un tiempo. Siempre creyó que así me controlaba, pero yo ya no era la misma niña cándida de antaño y, cada vez, aprendía más sobre sus planes. Sin pretenderlo, fue poniendo ante mis ojos la oportunidad que tanto había ansiado: poder vengarme de Leroy y forjar mi propio destino, todo de una vez. De modo que le seguía el juego… a mi manera.

—¿Qué quieres decir?

—Busqué el maletín, como él quería.

—Y ahí es donde entro yo, ¿no? Cuando telefoneaste a tu padre y te mencionó que no sabía nada acerca de ningún maletín, decidiste manipular al *ingenuo* profesor escocés. Debió de resultarte un juego particularmente sencillo —dijo algo molesto.

—No te voy a negar que al principio esa fue mi intención. Cuando agoté todos mis recursos para encontrarlo pensé que todos mis planes tan cuidadosamente estudiados se irían al traste. Entonces, apareciste tú. Fue como un milagro. Pero luego te conocí. Sé mirar en el alma de las personas más profundamente que cualquiera, y no tardé en percatarme de que eras diferente de todos los hombres que había conocido jamás. Tu entusiasmo me hizo aflorar sentimientos que no recordaba desde que era una joven idealista.

—Lo siento, Alessia, pero me cuesta creerte.

—Yo solamente ansiaba mi venganza —insistió ella, con vehemencia—. El fracaso de Leroy sería su final y yo, por fin, recuperaría mi libertad. Era perfecto. Dos pájaros de un tiro. Por esa razón, te puse en la pista del atentado al presidente de Estados Unidos.

Allen abrió los ojos mucho.

—¿Que tú, qué?

—Verás, sabía que irías a visitar a Henry. Por eso, cuando hablé por teléfono con él se lo dejé caer. Estaba segura de que no movería un dedo, siempre fue un cobarde, pero tú…, tú atarías cabos, es lo que mejor sabes hacer, y no podrías dejarlo simplemente estar. Es consustancial a tu forma de ser. De modo que, al impedir el atentado del presidente, firmaste la sentencia de muerte de Leroy.

—Y la de Patricia —añadió él lleno de pesadumbre.

Silenciaron la conversación cuando un hombre realizando tareas de mantenimiento pasó por detrás de ellos dos. Acto seguido, lo observaron quitar los pernos que mantenían cerrada una escotilla y meter su cuerpo por el hueco abierto. Por un instante, Allen se fijó en que por toda la cubierta había planchas de metal levantadas. Aquel viejo carguero precisaba reparaciones urgentes.

—¿Cómo sabías que iría a ver a Henry…? —James se detuvo a media frase—. Por supuesto, tienes un infiltrado en el equipo de

investigación del FBI.

—Hay pocas cosas que unos cuantos dólares no puedan conseguir.

—¿Y si Patricia y yo no hubiésemos llegado a tiempo? ¿Y si…?

—Mi abuelo me enseñó viejos trucos de la Gestapo. Uno de ellos fue que nunca debía poner todos los huevos en la misma cesta. James, tú no eras la única opción.

Allen frunció el ceño. De inmediato lo vio todo nítido, como sumar dos más dos.

—¡Por supuesto! Tú le entregaste al MI6 la imagen del Haitiano y facilitaste que rastrearan la señal de radio del pinganillo hasta la casa de Memphis. Sabías que ellos compartirían la información con los servicios de inteligencia estadounidenses. El Haitiano estaba acabado antes incluso del atentado.

—Hice mucho más que eso. Yo creé la información. La agente especial Ramírez está a punto de averiguar que una corporación fantasma llamada M.A.W.U. es accionista de un laboratorio de bioseguridad de nivel 4 en Hamilton, Montana.

—¿Y quién está detrás de esa corporación?

—Obviamente, Leroy, aunque él nunca llegó a saberlo. Mira, James, si cuentas con las personas adecuadas para hacerlo, es sencillo. A partir de ahí, solo tuve que dejar unas miguitas para que tu amigo Collins las encontrara. Tenías razón, es un genio. Pero tiene el mismo defecto que todos los piratas informáticos. Su arrogancia les impide contemplar la posibilidad de que alguien colocara la información en su camino. Son como ratones de laboratorio. Déjalos en un laberinto y cruzarán las puertas que tú les vayas abriendo. De cualquier manera, es conmovedora la fidelidad que sienten por ti tus amigos. Por esa razón, siempre supe que eras diferente del resto.

—Engañaste a Leroy y a Peter Franz, y para ello nos has utilizado a mí, a Patricia, a Collins, a tu padre y vete tú a saber a cuántas personas más. Tienes que manipular a todo el mundo que está a tu alrededor, ¿no?

No hacía falta que contestara.

—¿Qué impedirá a Peter Franz vengarse de ti? —preguntó él.

Ella hizo una mueca.

—Es tan soberbio que todavía no es consciente de que su final ya se ha escrito. Cuando el FBI irrumpa en el laboratorio, interrumpiendo años de trabajo, ¿a quién crees que Sol Negro hará responsable? Tú ya me entiendes.

—O sea, que con Leroy muerto y Peter Franz fuera de combate, todo ha terminado. ¿No te das cuenta? Puedes empezar de nuevo, dejar todo esto atrás. Es hora de que vuelvas a casa y encuentres la paz.

Alessia puso la vista a lo lejos. A esa distancia, se apreciaba en toda

su magnitud la concavidad que dibujaba la línea de la costa en el estuario.

—Sigues sin comprender nada. Nunca hallaré la paz mientras en el mundo haya un Leroy, o un Peter Franz, o un Henry Pratti que crea que puede disponer de mí a su antojo. No, James. Yo diré cuándo se acaba esto. Ahora, todo el dinero de Leroy es mío. Su organización es mía. Incluso este barco es mío —dijo separando los brazos como si quisiera abarcar todo cuanto había a su alrededor—. Sus hombres me temen y me respetan a partes iguales. Puedo hacer lo que me venga en gana, sin depender de nadie. Por primera vez en la vida, me siento libre de verdad.

Al momento, una intensa oleada de preocupación acometió a James. Estaban en mar abierto y los guardacostas seguían sin aparecer. Entonces miró con semblante interrogador a Alessia, algo se le escapaba en todo aquello.

—¿Pretendes seguir con el negocio del Haitiano? ¿Se trata de eso? ¿De convertirte en una vulgar asesina y traficar con mujeres, droga y no sé con cuántas cosas más?

Ella no pudo evitar una carcajada y Allen se estremeció.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—James, James… —La joven se apartó el pelo de la frente con un movimiento femenino. Se debatió una vez más entre desvelarle o no toda la verdad a aquel hombre. Lo miró directamente a los ojos. Estudió su rostro. Ella nunca se equivocaba. Sonrió para sí. La seguiría. Seguro. Entonces se lo contó—:

»A mí la política no me interesa nada. Si Franz y sus socios quieren jugar a los soldaditos, allá ellos. Los planes que yo tengo son más importantes aún.

Un escalofrío recorrió la espalda de James.

—¿Sabes? —continuó Alessia—, nunca llegué a entregarle el maletín de la Ahnenerbe a Peter Franz, ni tampoco al Haitiano. Simplemente les dije que no lo encontré.

—¿Y te creyeron?

—Siempre me creían.

—Y ¿qué hiciste con él?

—Me hice con la fórmula original. La que se limitaba a convertir a las personas en bestias sin control. Con mi parte de la venta del apartamento de mi abuelo en Manhattan, creé en secreto mi propio laboratorio en Puerto Príncipe. Ahora, James, tengo decenas de miles de unidades del fármaco y pronto tendré centenares de miles. Con el fármaco y la hechicería juntos en una sola mano imagina el caos que se podría organizar en cualquier lugar. El mundo, tal como lo conocemos, desaparecerá.

James no decía nada. No podía. Las palabras se habían atascado en

su boca. Su expresión, no obstante, hablaba por él. Ojos muy abiertos, boca ligeramente abierta. Su frente perlada de un sudor frío.

—No me mires así —dijo ella, acercándose de nuevo y rodeándolo con los brazos—. Piénsalo. Tú y yo. Con tu determinación y mis recursos, nada podrá detenernos. Podremos conseguir todo lo que queramos. El mundo estará a nuestros pies.

Él escapó de sus manos y dio un paso atrás, como si ella le repugnase.

—Tú no estás bien de la cabeza.

El color de las mejillas de la joven cambió y aproximó su rostro a un centímetro del de él, mirándolo con un frío desprecio.

—No vuelvas a decir que estoy loca, ¿comprendes? —masculló—. Ese siempre fue el error de los demás. Subestimar mis habilidades.

James le sostuvo la mirada sin amedrentarse. Volvía a ver aquel gesto pétreo que apreció en la Mansión de los Siete Tejados de Salem.

—Tu padre tenía razón. Tú ya no eres Alessia. Te has acostumbrado tanto a manipular a todo el mundo que ya no eres capaz de distinguir la realidad de lo que simplemente ocurre en tu cabeza.

El rictus de ella se endureció.

—Quizá pasar más tiempo solo te ayude a ver las cosas de otra manera —soltó ella, poniendo fin a la conversación; a renglón seguido, se marchó a zancadas al interior del carguero.

Pronto se perdió de vista cualquier vestigio de tierra y James se vio rodeado de agua por todas partes. La bruma se había disipado y en el horizonte se definía perfectamente la línea que marcaba el fin de la curvatura de la tierra y el comienzo del cielo. Minutos después, aparecieron dos hombres por la cubierta y se lo llevaron a un compartimento oscuro y húmedo, donde pasó el resto del trayecto.

Entretanto, el *Murgash* llegó a aguas internacionales, maniobró poniendo proa al sur y continuó su avance, rompiendo en dos la espumante superficie del agua. Su única chimenea llenaba el cielo azul de una densa y negrísima nube.

De la Guardia Costera de Estados Unidos no hubo ni rastro.

****

49

Washington D. C. (EE. UU.)

El parque zoológico nacional Smithsoniano estaba a punto de cerrar las puertas al público cuando un sedán plateado abandonó una tranquila calle con más árboles que casas y accedió al aparcamiento de gravilla, casi vacío de coches ya a esas horas. El conductor tomó uno de los caminos de la explanada hasta el final, completó una rotonda con parterres floridos y estacionó junto a un Cadillac Escalade de color negro. El conductor del sedán se deshizo veloz del cinturón de seguridad, rodeó por detrás el vehículo y le abrió la portezuela trasera a su pasajero.

En cuanto se bajó del coche oficial, el senador McAdams se quedó un minuto inmóvil bajo el fresco atardecer, abotonando su americana de seda y observando a su alrededor con curiosidad. No dejaba de sorprenderse con los lugares tan peculiares escogidos por Franz para sus reuniones. Su antecesor, el señor Patterson, era, sin duda, mucho mas ortodoxo a ese respecto. El senador exhibía una salud envidiable y un aspecto más propio de los cincuenta que de los sesenta y cinco que, de hecho, tenía. Su pelo completamente cano y las arrugas de la piel eran las únicas muestras patentes de que los años también pasaban por él. El resto era el resultado de sus genes y de las dos horas diarias que dedicaba al *squash*. Senador republicano por California, presidía, por cuarta legislatura consecutiva, la Comisión Permanente del Senado sobre Inteligencia.

—Volveré en quince minutos —le dijo a su chófer. Luego, uno de los hombres con más poder en la sombra de Washington miró al frente y, erguido, recorrió con parsimonia los metros que lo separaban de la taquilla. La entrada era gratis, pero hacerse con un plano guía le costó un dólar.

—Señor, el parque cierra en media hora —le avisó el empleado.

—Gracias, solo es una visita rápida.

Una vez cruzó la entrada principal, abrió el tríptico multicolor y

localizó casi de inmediato la zona de los grandes simios. A renglón seguido, cerró el plano y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Prefirió dar un rodeo. Tenía por costumbre no ser previsible. A esas horas, en el parque no se veía un alma. Pasó por delante de los elefantes, de los pandas gigantes, de los anfibios y, por último, de los insectos. A pesar de que el parque centenario era una de las principales atracciones de la ciudad, no visitaba aquel lugar desde que era adolescente.

En una plaza arbolada, medio oculto por un cartel con una leyenda que indicaba que había llegado al lugar de su cita, distinguió el perfil de un hombre enfundado en un carísimo traje a rayas diplomáticas. Un cigarrillo se consumía en la comisura de sus labios mientras contemplaba a través de una verja de titanio reforzado a una hembra de gorila amamantando a su cría. La zona estaba solitaria, a excepción de un guardaespaldas que permanecía alerta unos metros alejado de él. Con pasos decididos fue a su encuentro, asustando a un par de palomas que comían desperdicios del suelo.

El fumador se dio la vuelta para recibir a su cita. Una sonrisa impostada se dibujó en su cara.

—Senador McAdams, siempre es un placer volver a verlo.

—Señor Franz.

Ambos se saludaron con un apretón de manos. Formal, pero con la sutileza de dos jugadores de ajedrez.

—Demos un paseo —dijo el senador. Su semblante era grave.

Hombro con hombro comenzaron a recorrer pausadamente la avenida principal que cruzaba el parque de este a oeste. El guardaespaldas del señor Franz los seguía a una distancia apropiada para garantizar la privacidad de la conversación, pero suficiente para poder actuar con rapidez en caso de que fuese preciso. Un león de aspecto no tan fiero como el que suele verse en los documentales salió de su letargo para observarlos unos momentos desde su atalaya impostada de hormigón.

El senador McAdams atacó entonces con la torre negra.

—Imaginará que esto no es una reunión de cortesía.

—¿Y cuál es, entonces, el motivo?

McAdams se detuvo un instante y se puso a mirar a Franz, que le sostuvo la mirada. Luego lanzó jaque.

—La muerte del presidente era solamente el primer paso para establecer un nuevo orden, y con su fracaso, señor Franz, años de trabajo y millones de dólares se han ido por el desagüe. Su negligencia ha puesto en peligro el Proyecto Amanecer.

—Cuando tratas de eliminar al presidente de Estados Unidos, hay cientos de imponderables que pueden salir mal…

—¡No me venga con esas! —lo interrumpió bruscamente el senador

—. Todo estaba calculado. Las pruebas en los sujetos fueron un éxito, al igual que las lobotomizaciones de Rivera y Shore. El fármaco funciona. Fue la ejecución lo que salió mal. *Su* trabajo, señor Franz.

El fumador dejó pasar un segundo y decidió proteger su rey. Entretanto, se llevó a los labios la boquilla húmeda del cigarrillo medio consumido y soltó la ceniza en la calzada.

—Senador, los reproches ya no conducen a ninguna parte. Si yo caigo, usted también lo hará. No hace falta que le explique cómo funcionan las cosas. Así que ayúdeme a salir de esta juntos y minimicemos los daños.

—¡Los daños son incalculables y las consecuencias, imprevisibles! El FBI ha puesto patas arriba el laboratorio de Hamilton y, pese a que los experimentos pudieron salvarse a tiempo, tardaremos décadas en poder reanudarlos. Eso, sin contar con la información que puedan llegar a obtener.

Una pareja con un crío de unos cuatro años, que pasaba a su lado, volvió la cabeza a mirarlos. El padre llamó a Félix a su lado, luego, otra vez reunidos, siguieron por el camino buscando la salida del parque.

Mientras se iban reinó el silencio entre ellos.

El laboratorio. Franz estaba contrariado por ese hecho que, sin duda, solo podía haberse producido debido a una filtración. ¿Pero quién se la había jugado? ¿El Haitiano antes de morir o esa zorra de Alessia? Cuando te mezclabas con gente de esa calaña, cuyo único valor era el dinero, podías esperar cualquier cosa. Y ese había sido su error de juicio, no lo había visto venir.

McAdams, entretanto, recuperó la serenidad. Tenía acorralado al rey blanco y no iba a dejarlo escapar.

—Acudimos a usted para reemplazar a Patterson porque disponía de excelentes recomendaciones, pero es posible que su reputación fuera inmerecida.

—Me contrataron para hacer el trabajo sucio, porque usted y sus socios no quieren mancharse sus caros trajes mientras cumplen el sueño americano. Éxito y poder.

—No he venido a que me insulte…

—Ni yo a hacerlo, senador. En cuanto pasen unos meses, todo se calmará, entonces buscaremos una nueva oportunidad.

—El atentado fallido contra el presidente ha obrado el efecto contrario: su popularidad se ha disparado considerablemente. La espera será larga y el país no puede permitirse más tiempo de incertidumbre. El desgaste que supone el cierre de la Administración por la falta de acuerdo con los demócratas en la renovación del presupuesto pronto pasará factura a mi partido. La economía está al borde de la bancarrota y nuestros soldados en el extranjero se quedan

sin recursos.

—Estados Unidos es un país fuerte. Ya ha dado muestras sobradas en el pasado.

El rey blanco logró escapar.

—Antes, hablaba de minimizar daños. ¿Puedo tranquilizar entonces a mis socios, señor Franz?

—Estoy atando los cabos sueltos. Habra seguido las noticias de la operación del FBI en Memphis, ¿no?

El senador McAdams asintió despacio.

—Me he he asegurado de que nadie pueda seguir el rastro del Haitiano hasta mí —prosiguió Franz—, y, por descontado, tampoco hasta usted.

—¿Fue *otro* error la elección de ese tipo para un trabajo tan delicado?

—Le recuerdo que el verdadero motivo por el que escogimos al Haitiano fue acercarnos a Alessia Pratti. Albergábamos la esperanza de que ella nos condujera hasta el maletín.

—Pero al final no lo hizo.

—El maletín de la Ahnenerbe, senador, no es más que una quimera. Nadie lo ha visto en más de setenta años. Dudo mucho, incluso, de que alguna vez haya existido.

—¿Y el ensayo que nos facilitó Carlo Pratti?

El fumador le restó importancia.

—No significa nada. Pudo ser un resto después de probar el fármaco en Salem en 1944. Así que sigo pensando que el Haitiano era el candidato perfecto. Casi todos sus negocios estaban en África. No era un enemigo de Estados Unidos… hasta ahora. Además, lo convertimos en un fantasma. Obviamente, no voy a ocultarle que tenía sus riesgos, pero le aseguro que nadie lo vinculará con Sol Negro.

—Sin embargo, la CIA descubrió su guarida en Memphis.

—Bueno, digamos que la CIA necesitó un pequeño incentivo.

—¿Qué va a encontrar el FBI en esa casa de Memphis?

El señor Franz suspiró para sí. Las fichas blancas habían nivelado la partida, que apuntaba a tablas.

—Una cabeza de turco. Nada más. El intento de asesinato del presidente de Estados Unidos y pruebas abrumadoras que conducen a un culpable muerto: el Haitiano. Un ajuste entre bandas. Y ahí se acaba todo, con un poco de ayuda de su parte, senador.

—Y ¿qué hacemos con la agente especial Ramírez? ¿La desterramos a los fríos inviernos de Dakota del Norte?

—Yo no haría eso, senador. Influya para que el director del FBI cierre la causa disciplinaria abierta contra ella. Ha perdido. Está derrotada. Sin los expedientes de las pruebas con vagabundos, ni la autopsia al cadáver de Shore, y con el caso del presidente cerrado, no

tiene nada con lo que seguir.

—Pero dio con el laboratorio. ¿Y si sabe lo del fármaco?

—¿Y qué si lo sabe? No dispone de prueba alguna. Sin embargo —continuó antes de que el senador pudiera replicar—, esa mujer ha dado muestras de ser muy pertinaz. Insinúele el camino en el futuro y atravesará las capas de Sol Negro como una tuneladora. Yo diría que, ahora mismo, es su mejor defensa… si quisiera pasar al ataque.

Entre ellos se hizo un silencio, que Franz rompió:

—Senador, mantenga cerca a sus amigos, pero más cerca aún a sus enemigos. No lo olvide nunca.

McAdams seguía algo reticente.

—Y ¿qué hay de los dos extranjeros? ¿Cómo es posible que supieran lo del atentado contra el presidente?

Franz gesticuló con la mano, restándole importancia. Pero en el fondo, se la daba. Ese era otro aspecto que lo desconcertaba. Desde hacía tiempo, no podía librarse de la incómoda sensación de que había perdido el control de la operación. Evidentemente, jamás se lo haría ver al senador McAdams. Su actitud demostraba que estaba nervioso. Sol Negro estaba perdiendo la paciencia y cuando eso ocurría cortaba por lo sano. McAdams lo sabía y él también. Necesitaba tranquilizarlo y ganar algo de tiempo mientras ponía los asuntos en orden.

—La mujer está muerta —aseguró, protegiendo la llama del mechero con la mano mientras encendía otro pitillo.

—¿Y qué hay del tal Allen? Hace unos días recibió la Medalla de la Libertad en el Despacho Oval. Parece un tipo listo.

—Bah, no es más que profesor en un remoto pueblucho escocés. No se preocupe, también me ocuparé de él, a su debido tiempo.

Algo en el tono de Franz, le indujo al senador a no seguir preguntando acerca de esa cuestión. Había determinados aspectos que, un hombre de su posición, era mejor que desconociera. Por los altavoces una grabación anunció en varios idiomas que el parque cerraría sus puertas en diez minutos y rogaba a los visitantes que fueran dirigiéndose a la salida. Entonces McAdams consultó su Rolex de oro y detuvo sus pasos delante del pabellón de los reptiles.

—He de marcharme —dijo—. Tengo una cena con el congresista Corker, y no es de los que le gusta que le hagan esperar. Aún he de convencerlo para que mañana vote «no» a la prórroga presupuestaria.

Tan pronto como el senador McAdams desapareció del todo de su vista, Franz se dirigió hacia su guardaespaldas con un gesto indolente y le pidió el teléfono móvil. Llevaba un par de días sin localizar a Alessia, y aquello lo tenía de los nervios.

****

50

Washington D. C. (EE. UU.)

La agente especial al mando Ramírez volvía a estar sentada tras su sobrecargado escritorio en la sede central del FBI, con las dos banderas a su espalda tan lacias como ella misma. Después de varios días de ausencia, el papeleo administrativo se había amontonado y trataba de aligerarlo, aunque sus preocupaciones parecían impedírselo. Era cierto que el director había ordenado cerrar sin mácula la causa disciplinaria abierta contra ella, y que el laboratorio de bioseguridad 4 de Hamilton, Montana, había emitido un comunicado anunciando la cancelación, «por falta de presupuesto», de su programa para la creación de un fármaco contra la esquizofrenia —curiosamente, solo unas horas después de que agentes del FBI irrumpieran en sus instalaciones investigando un soplo anónimo que conectaba el laboratorio con una entidad fantasma llamada M.A.W.U., que pertenecía al Haitiano—.

Sin embargo, la desaparición de James Allen la tenía consternada. Era un civil que estaba a su cargo y, desaconsejando cualquier norma elemental, lo había utilizado como conejillo de indias. Después de lo de Memphis cabía la posibilidad de que fueran a por él, y había puesto su apartamento bajo vigilancia. Con todo, alguien se le había vuelto a anticipar y lo había secuestrado. Pero si la policía de Haití había confirmado que uno de los cadáveres hallados en la propiedad de Memphis pertenecía, como ya sospechaban, al Haitiano, ¿quién había sido? Con un gruñido desesperado, soltó el bolígrafo sobre el montón de papeles y se pasó ambas manos por el rostro…

—Señora. —La cabeza de Alabi asomaba por el hueco de la puerta —. Tenemos información del barco.

Ramírez, que la observaba por encima de la montaña de papeles con expresión fatigada, irguió la espalda en su asiento y la invitó a pasar con un gesto apremiante de la mano. Alabi cruzó el despacho y se quedó de pie al otro lado del escritorio. Bajo el brazo llevaba un

ordenador portátil.

—Verá, señora, las autoridades del puerto de Baltimore nos han informado de que tres cargueros zarparon entre las siete y las nueve de la mañana de ayer. Después, el puerto permaneció cerrado mientras inspeccionábamos sin éxito los buques atracados.

—¿Cuál eran los destinos de esos tres barcos?

—De dos de ellos, Europa: Las Islas Canarias, en España, y Le Havre, en Francia. El tercero es un carguero de bandera liberiana llamado *Murgash* con destino a Río de Janeiro.

—¿Ha alertado a la Guardia Costera?

—Han podido interceptar y registrar los dos cargueros que iban a Europa; en cambio, no localizan al tercero. Su transpondedor fue desconectado nada más salir a mar abierto.

—O sea, que puede estar en cualquier parte.

La mueca de Alabi anticipaba al fin buenas noticias.

—¿Puedo acercarme?

Ramírez asintió y Alabi rodeó el amplio escritorio, emplazó el ordenador portátil en un hueco libre, lo encendió y buscó con el ratón en sus archivos.

—¿Qué estamos viendo?

—¿Recuerda que la policía de Haití ha reconocido hasta ahora a cuatro de los cadáveres de Memphis como ciudadanos de su país?

Ramírez realizó un gesto afirmativo mientras Alabi seguía hablando.

—Pues tuve una idea y cotejé algunas imágenes. A la izquierda, señora —dijo indicando el monitor—, tenemos el *Murgash* visto desde arriba. Esta fotografía fue tomada ayer por una de las cámaras de seguridad del puente de Chesapeake Bay, a las nueve y dieciséis de la mañana. Y a la derecha, tenemos la fotografía aérea de un satélite de Defensa, hecha esta misma mañana, exactamente a las siete y cuatro minutos.

—¿Dónde está tomada?

—Es la zona portuaria de Puerto Príncipe. Si ampliamos aquí —dijo, moviendo el ratón hasta que la silueta de un barco adquirió protagonismo—, podemos apreciar las evidentes similitudes entre ambos buques.

Ramírez arrimó los ojos a pocos centímetros de la pantalla y desplazó la vista de izquierda a derecha comparando ambas imágenes. Sin lugar a dudas se trataba del mismo barco.

—¿Qué significa esa zona colorada?

—Las cámaras de los satélites están dotadas de infrarrojos y detectan las zonas de calor. Eso, señora, significa que las calderas aún están calientes.

—¿A quién pertenece el barco?

—Pertenece a una corporación fantasma domiciliada en Liberia. Su nombre le sonará: M.A.W.U.

Ramírez la miró sin decir nada.

—Pero eso no es lo más curioso —continuó Fariha Alabi—. Hace tres años, el *Murgash*, entonces llamado *Avalos*, fue incautado por la DEA en una operación antidroga.

—¿Y cómo ha terminado otra vez en manos de una organización criminal?

Alabi encogió su diminuto cuerpo.

—Lo comprobé y no consta ninguna venta oficial. Hablé entonces con un federal que trabaja en la DEA y que participó en la operación. Le mandé las fotografías actuales del *Murgash* y está seguro de que es el *Avalos*. Me dijo que haría algunas preguntas.

—Me temo que no vaya a encontrar nada. Alguien está ocultando su rastro.

—¿Alguien de dentro? —dijo Alabi, frunciendo el labio.

Ramírez decidió cambiar de tema y volver al asunto de marras.

—Ya tendremos tiempo de ocuparnos de eso. Ahora la prioridad es centrarnos en el *Murgash* y en qué está haciendo en Puerto Príncipe. Pero antes de desatar un conflicto internacional con Haití debemos estar seguros de que el señor Allen iba a bordo.

Alabi volvió a inclinarse sobre el escritorio y movió el ratón por la fotografía de la izquierda, la tomada desde el puente de la bahía de Chesapeake. Amplió la zona de la popa todo lo que pudo sin que la imagen se distorsionara demasiado. En un recuadro granulado, se veían dos personas de espaldas a la cámara, apoyadas en la borda. Sin atisbo de duda, una era una mujer, por el pelo y el contorno de su figura.

Atenta al monitor, Ramírez adoptó una pose pensativa, con la barbilla apoyada en la mano.

«¿La colilla con brillo de labios hallada en el apartamento de Dupton Circle?, tal vez», pensó.

La otra persona no se distinguía mucho, solo que vestía una sudadera con la capucha cubriendo su cabeza.

—Creo, señora, que ahí tiene usted la sudadera de los Clippers —dijo Alabi.

Al cabo, el rostro de Ramírez se iluminó y la agente al mando volvió a acomodarse en el sillón.

—Gran trabajo, Alabi. Excelente.

****

51

Puerto Príncipe (Haití)

UNA mujer haciendo el amor salvajemente arrancó a Carmichael del sueño en que estaba sumergido. Se encontraba en la habitación contigua, pero sus gritos y gemidos se escuchaban como si la tuviese metida en su propia cama. Con cada empujón que recibía, restos de revoque se desprendían de la pared y caían sobre él.

El escocés gruñó y aporreó la pared.

—¡Ya está bien, coño!

Los jadeos y las embestidas cesaron un momento, dos voces se mofaron de él entre risitas y volvió de nuevo el ajetreo.

—¡Oh, no me jodas! —refunfuñó.

Carmichael se hallaba postrado en el camastro de un antro de mala muerte llamado Lebon, donde, a cambio del AK-47, alquiló un cuchitril por unas cuantas noches. Hecho una calamidad, el escocés se incorporó y permaneció sentado al filo del colchón, con los pies puestos en el suelo de piedra y la mirada perdida en una cucaracha que corría a esconderse tras una grieta en el zócalo.

Llevaba casi una semana buscando sin éxito a Kieran y, en un país sin ley como Haití, aquello comenzaba a ser demasiado tiempo. Apesadumbrado, se quitó los calzoncillos y fue derecho al baño. Para empezar, necesitaba desprenderse de la capa de sudor que cubría todo su cuerpo.

Con las manos apoyadas en unos azulejos churretosos de la ducha, permitió que el torrente de agua fría recorriese su espalda durante largo rato mientras trataba de aclarar sus ideas y sopesar los siguientes pasos a dar… En ese momento, escuchó un golpe. No una, sino repetidas veces. Al principio, pensó que eran los vecinos volviendo a las andadas, pero luego cayó en la cuenta de que alguien aporreaba la puerta de su habitación.

—¡Maldita sea, ya voy! —vociferó Carmichael, asomando la cabeza por entre la ropa que diariamente enjuagaba y colgaba de la barra de

la ducha. Luego, para sí, murmuró—: ¿Es que uno no puede darse ni una puta ducha en paz?

Más golpeteos.

Enojado, Carmichael cerró el grifo del agua, salió del baño y abrió la puerta de la habitación a medio vestir.

—¿Quién demonios…? —se interrumpió tan pronto como vio a Jean-Pierre en el rellano, haciéndole gestos apremiantes con la mano.

—¡Tú, vamos! Yo encuentro amigo.

Carmichael estaba seguro de que, en cuanto un extranjero empezara a hacer preguntas incómodas en una ciudad asediada por las mafias y las bandas, su vida no valdría ni un penique; así que llegó a la conclusión de que necesitaría ayuda local para dar con Murphy. Quiso la casualidad que la encontrara el primer día, en el mercado de la ropa al que había acudido a fin de cambiar su atuendo, hecho harapos y jirones. Como se hallaba sin blanca, se vio obligado a desprenderse del Timex digital de goma que le sustrajo al mercenario en aquel camión. No valía gran cosa y tuvo que poner a prueba todas sus dotes como negociador con aquella «bruja» sin escrúpulos. Tras varios tiras y aflojas, logró alcanzar un acuerdo y lo intercambió por unos tejanos rotos, una camiseta blanca deshilachada y unas playeras de su número con las suelas desgastadas.

En medio de aquella monumental anarquía, con miles de prendas de vestir entremezcladas, se produjo un repentino tumulto en el que se vio envuelto un joven enclenque a quien Dave ayudó a salir de un apuro. Al final, resultó que el joven Jean-Pierre se ganaba la vida haciendo de guía por la ciudad a los cooperantes de las ONG y consiguiéndoles cosas que únicamente se podían adquirir de estraperlo. Además, para fortuna de Carmichael, chapurreaba algo de inglés y era de lo más desenvuelto.

Dave no llevaba dinero encima, pero le ofreció un trato. Si le ayudaba a dar con el paradero de su amigo desaparecido, le recompensaría con mil dólares estadounidenses que le pagaría en cuanto tuviese acceso a sus fondos. El joven se lo pensó. Por un lado, él no trabajaba a crédito. Por otra parte, daba la sensación de que aquel tipo estaba desesperado y con mil dólares podría, incluso, abandonar el país. Sabía que los traficantes le ayudarían a pasar la frontera con la República Dominicana por unos doscientos dólares; y una vez allá, con sus habilidades, le resultaría sencillo encontrar trabajo en algún resort para turistas. De manera que decidió jugársela con aquel mulato gigantón y se estrecharon la mano con vigor.

—Mal asunto. Cosa brujería —le dijo Jean-Pierre tan pronto como Dave le puso al corriente de las circunstancias en que se habían llevado a Murphy.

Dave temió que se hubiese arrepentido del trato porque lo cierto

era que no había vuelto a saber nada de aquel joven enclenque desde aquel día en el mercado. Sin embargo, allí estaba, plantado en la puerta de su habitación, asegurando disponer de información sobre el paradero de Murphy.

—Vamos, tú vienes. Conozco mujer —dijo a Dave.

—¿Mujer? ¿Qué mujer?

—Tú vienes. No tiempo.

Finalmente, Carmichael se rindió, acabó de vestirse con la ropa del mercado y fue con él. Mientras cruzaban entre las carpas de un campamento de refugiados, el escocés observó escandalizado cómo decenas de personas armadas con cubos, botellas y otros recipientes guardaban colas ante camiones cisternas de las Naciones Unidas, esperaban turno para hacer sus necesidades en letrinas improvisadas, o hurgaban entre los montones de basura buscando algo que llevarse a la boca. El hedor inundaba el ambiente y con pudor apartaba la vista de mujeres semidesnudas. Jean-Pierre caminaba a buen paso por delante de él sin prestar más atención a la miseria que los rodeaba que la que un londinense dedicaría al Big Ben.

En cuanto dejaron atrás el campamento se vieron inmersos en un intrincado laberinto de angostas callejuelas de tierra y miles de chabolas milagrosamente amontonadas unas encima de las otras. Las fachadas, pintadas en sus orígenes de colores chillones, se encontraban ahora desgastadas por el sol. A Carmichael le costaba seguir el ritmo del joven haitiano, que de vez en cuando miraba por encima del hombro para asegurarse de que su inversión continuaba detrás de él. En un momento dado, doblaron una esquina y enfilaron un pasaje por el que Dave tenía que moverse ligeramente encorvado para no golpear con la cabeza los techados de madera. En una encrucijada de callejuelas, Jean-Pierre dudó y detuvo sus pasos. Dave lo alcanzó en dos zancadas.

—Tío, ¿adónde me llevas…? —Las palabras no terminaron de salir de su boca.

Carmichael sintió un violento golpe. Luego el suelo se inclinó como si estuviera a bordo de un barco en mitad de una tormenta y perdió el sentido. Cuando volvió a abrir los ojos, enseguida se percató de que no estaba solo. Se enderezó entonces hasta quedar sentado en el adobe del suelo con las piernas cruzadas, y paseó la mirada por su alrededor. Tuvo la impresión de hallarse en el interior de una casa, pero solo lo creyó dado que todo estaba a oscuras y unas velas colocadas en el suelo en torno a él creaban una pantalla de luz que le impedía ver más allá. Le llegaba un olor mezcla de cera quemada y perfume empalagoso, al tiempo que una especie de sonajeros se agitaban cerca de cada uno de sus oídos, provocando un sonido rasgado.

Raca-raca. Raca-raca.

Todos sus sentidos estaban confundidos, como una brújula ante un trozo de hierro. Delante de él, apreciaba las sombras de algunas personas, pero, aunque ladeaba la cabeza y forzaba la vista, no alcanzaba a verlas con claridad.

—¿D-dónde estoy? ¿Jean-Pierre? ¿Q-quiénes son ustedes? —balbuceó.

—¿Qué estás buscando? —lo atajó una voz profundamente viril que procedía de la oscuridad. El acento francés era similar al de Jean-Pierre.

—Busco a un amigo. Irlandés. Sesenta y tantos. Metro setenta de altura, pelirrojo, piel rosada.

Oyó entonces hablar en francés a una mujer. Su timbre era susurrante, casi como si le costase el último aliento cada palabra que vertía. Carmichael se figuró que la voz pertenecería a una anciana. Por fin, cesó la conversación y la estancia se sumió en el silencio.

—Tu amigo, ahora, es un *no muerto* —dijo la misma voz masculina de antes.

La forma en que lo dijo provocó en Carmichael un ligero escalofrío.

— ¿Qué significa «no muerto»? Y ¿dónde está?

—Dama Blanca vende a Blood Skulls.

—¿Dama Blanca? ¿Quiénes son los Blood Skulls? ¿Jean-Pierre? — Dave no paraba de lanzar preguntas que nadie respondía.

—Tú, ve y no regreses.

—Pero…

Una capucha negra le cubrió la cabeza. Lo pusieron en pie cogiéndolo de los brazos y, mientras seguía murmurando palabras incomprensibles, lo arrastraron de nuevo al callejón. Durante unos minutos fue caminando a empellones a izquierda y derecha hasta que se desorientó del todo. De repente, sintió un codazo en la espalda que le hizo perder el equilibrio y rodó pendiente abajo, golpeándose con todo cuanto encontraba a su paso. Al final, algo contundente lo detuvo con un violento golpe seco.

El corpulento de Carmichael jadeó de dolor y se apartó la capucha negra que cubría su cabeza. En cuanto la luz del sol dejó de cegarle, se vio rodeado de montañas de basura. ¡Aquellos cabrones lo habían arrojado a un puto vertedero! Junto a él se topó con el oxidado esqueleto de una lavadora que casi le rompe la crisma. En mitad de la pendiente por donde había caído, vislumbró la figura de Jean-Pierre, que descendía hacia él corriendo de perfil y haciendo eses.

—¡Te voy a matar! —le espetó el escocés, agarrándole del pescuezo y zarandeándolo, cuando lo tuvo a su lado.

El muchacho menudo se encogió y se quejó.

—Yo encuentro tu amigo. Juro. Yo llevo con Blood Skulls.

Carmichael lo soltó.

—¿Quiénes son los Blood Skulls? Vamos, contesta, o te doy un sopapo.

El joven lo miró de soslayo, temiendo una nueva reacción furibunda de su nuevo socio. Al ver que no llegaba, comenzó a calmarse.

—Los Skulls son banda muy peligrosa en Haití. Todo el mundo sabe que tienen almacén de droga en Cité Soleil, pero si santera dice que amigo en poder de ellos… —Siguió una pausa dramática y luego continuó—: Mejor estar muerto.

En un nuevo acceso de ira, Dave agarró a Jean-Pierre de la pechera de su camisa de mangas cortas y se aproximó tanto a él que invadió su espacio personal. Entonces, nariz con nariz, musitó, escupiéndole a la cara:

—Será mejor que esté bien o arrasaré esta maldita ciudad hasta no dejar ladrillo sobre ladrillo. —Soltó al joven y empezó a caminar—. Ahora vamos a buscarlo.

****

52

Puerto Príncipe (Haití)

Jamis se hallaba confinado en una decadente estancia de la torre de la mansión colonial que Alessia poseía en Puerto Príncipe y que hacía las veces de su cuartel general. Las paredes desconchadas de la estancia estaban pintadas de un intenso color burdeos y la cama extragrande cubierta por un dosel. El resto del mobiliario lo componían: una mesilla con una lámpara de pie, un sillón raído, un escabel a juego para apoyar los pies y un robusto armario ropero de madera oscura. También disponía de su propio cuarto de baño, lo cual era todo un detalle.

A través del cristal de un tragaluz con forma ovoide, abierto en la parte superior de una de las paredes, casi en el techo, se veía en la distancia una carretera con poco tráfico que pasaba por delante de la casa y, más lejos aún, el mar turquesa brillando con el sol.

«Una habitación con vistas», gimió.

Desde que Maurice echó la llave a la puerta, de eso hacía varias horas, no había visto a nadie; ni siquiera a Alessia, con quien no había vuelto a cruzar palabra alguna desde que conversaran en la popa del *Murgash*…

El mecanismo de la cerradura funcionando le indicó que la puerta estaba a punto de abrirse. Subido al escabel para mirar por el tragaluz, su única distracción, vio materializarse a Maurice portando una bandeja con un bol y un vaso de agua.

—Ah, hola, Maurice, preferiría agua embotellada, si no es mucha molestia —dijo Allen, como si estuviera en la barra de un bar.

El haitiano se limitó a depositar la bandeja en la cama y volvió a marcharse.

Otra vez a solas, Allen ignoró la comida y se puso, en cambio, a barajar sus opciones. Podría, sin más, esperar pacientemente la llegada de la policía; cosa que no tardaría en suceder si Ramírez había interpretado correctamente la pista que le dejó encima de la cama del

apartamento de Washington. Pero… ¿y si no era así y no acudía nadie en su ayuda? Después de darle muchas vueltas al asunto, llegó a una verdad inmutable: él no era de los que se sentaban a aguardar acontecimientos. Él los provocaba. Su pensamiento recaló entonces en lo que le había comentado Alessia en alta mar. Si era cierto que había en la ciudad un laboratorio secreto con miles de unidades de aquel fármaco tan terrible capaz de provocar que un cerebro humano cortocircuitara, el mundo, aunque pareciese una exageración novelesca, se hallaba en peligro.

Se bajó del escabel y, durante la media hora siguiente, inspeccionó con minuciosa labor la habitación entera. Para su desasosiego, no halló forma alguna de escapar. Sofocado por el bochornoso clima, tomó asiento al borde del colchón y se deshizo de la sudadera, que tiró de mala gana sobre el sillón. En eso, giró el tronco para mirar la bandeja de comida y extendió la mano hacia el bol.

—A ver cómo es el servicio de habitaciones.

El sordo retumbar de una tremenda explosión rompió los cristales del tragaluz, repartiendo esquirlas por todo el dormitorio. James se despertó de sopetón con la impresión de que otro terremoto, como el de 2010, asolaba el país. Enseguida le llegó el alboroto que reinaba en la casa y el sonido de gente pesada trotando escaleras abajo. Se arrojó fuera de la cama, se subió al escabel y dirigió una mirada a la calle por el hueco del tragaluz. Una excesiva claridad casi impedía ver las estrellas. Se arrimó más persiguiendo las voces que oía, con cuidado de no cortarse con los cristales. Miró entonces a un puñado de sicarios saliendo en tropel de la casa, montarse con rapidez en dos vehículos, un todoterreno y una camioneta roja, y abandonar la mansión a toda velocidad.

Alessia se hallaba entre ellos. Maurice, también.

Desvió la mirada hacia la izquierda y distinguió, bien lejos, una brillante columna de fuego y humo que se elevaba en el nocturno cielo caribeño. A los pocos minutos, empezaron a escocerle los ojos y captó un denso olor acre a productos químicos que se le aferró a la garganta. James sufrió un golpe de tos, bajó del escabel y se alejó de la claraboya. Sin la más mínima aprensión, se llevó a la boca el vaso de agua que Maurice había llevado con el almuerzo y lo vació de un generoso trago.

Ya más repuesto, decidió que aquel era el momento perfecto para poner en marcha un plan de fuga. La única pega es que no tenía ninguno.

****

53

Puerto Príncipe (Haití)

—Luchar solos contra Blood Skulls sea locura. Al menos necesitar armas —le dijo Jean-Pierre a Carmichael, tan solo unas horas antes de que la violenta explosión desintegrara la tranquilidad de la ciudad.

Carmichael sabía que el chico tenía razón. Enfrentarse a los Blood Skulls desarmados era una idea descabellada.

—Sé dónde encontrar una —repuso el escocés.

El atardecer decaía cuando entraron por la puerta de la pensión Lebon.

—Tú, espérame aquí —le mandó Carmichael a Jean-Pierre, que se quedó junto al mostrador de la recepción mientras él desaparecía tras una puerta entornada que abría a una pocilga donde el conserje descansaba.

No había nadie y lo revolvió todo a su gusto, sin importarle lo más mínimo que se notase que alguien había estado fisgando. Debajo del camastro localizó el fusil de asalto que canjeara por su habitación, y se hizo con él. Pasados unos minutos, reapareció por el vestíbulo con el arma colgada al hombro.

—Vamos —dijo sin detenerse, camino de la puerta.

En la calle ya había anochecido, pero continuaba la actividad abundante. El almacén de los Skulls caía lejos, de modo que precisarían de un vehículo. A Jean-Pierre no le resultó difícil agenciarse uno. No era exactamente lo que Dave tenía en su cabeza, pero tendría que bastar. Turnándose a los pedales de la bicicleta-taxi recorrieron la Route Soleil 9 de principio a fin. En apenas veinticinco minutos, pasaban por delante del puerto. De entre los buques atracados, Dave reconoció la inconfundible silueta del *Murgash*, y muchos recuerdos se arremolinaron en su cabeza.

—Ya estamos en Cité Soleil —le dijo Jean-Pierre.

A Dave no le pasó desapercibido el cambio de ambiente. Era cierto que todos los rincones de la ciudad se hallaban sumidos en la más

absoluta pobreza, pero en otras partes se escuchaban llantos y risas. En aquel lugar, en cambio, había mucho silencio. Las calles se mostraban desiertas y las contraventanas de las viviendas, cerradas a cal y canto.

Abandonaron la bicicleta-taxi en un callejón que olía a orines y comenzaron a caminar amparándose en la oscuridad que brindaba la ausencia de alumbrado público. Durante el corto trayecto, solo se tropezaron con algunas prostitutas ejerciendo su trabajo. Cuando llegaban al final de una larga callejuela estrecha, escucharon conversaciones en francés. Carmichael levantó la mano para que Jean-Pierre se detuviera y avanzó con el máximo sigilo hasta la siguiente esquina. Con la cara medio asomada, echó una rápida mirada. Delante de él, a unos treinta metros, se alzaba una nave rectangular con paredes onduladas de uralita. Tendría unos cuarenta metros de largo por diez de alto. Al otro lado de la calle, se abría un vasto descampado sembrado de matorrales y viejos utensilios abandonados; al fondo del todo, la irregular silueta de unas dunas de arena en forma de senos que impedían ver la playa y el mar. En el exterior de la nave, una pareja de guardias charlaba animadamente. Iban armados con fusiles.

Dave deslizó por el hombro la correa del AK-47 y le quitó el seguro. Luego volvió junto a Jean-Pierre y le dijo en voz baja.

—Espérame aquí, dame un minuto.

Antes de que el muchacho pudiera protestar, Dave se agachó y salió corriendo encorvado hasta detenerse de nuevo en la esquina, donde se agazapó. Justo en ese instante, una mancha de luz procedente de unos faros iluminaron la acera y la pareja de guardias se volvió hacia ellos. Una vieja camioneta Ford azul de la policía apareció por una callejuela, se acercó a los vigilantes y frenó a su lado con los cristales de las ventanillas bajados. Carmichael podía escuchar las risotadas que intercambiaban. Tras unos interminables minutos de charla animada, la camioneta arrancó y se escabulló entre las callejuelas del puerto. Al rato, todo volvía a estar tranquilo. Dave dio un último vistazo antes de salir de su escondrijo y apresurarse hasta la nave. La rodeó sin hallar forma de entrar. Entonces, en la parte trasera dio con una escalerilla de mano de mantenimiento que descendía desde la cubierta superior. Volvió a colgarse el fusil en la espalda y trepó los travesaños lo más rápido que pudo.

Aún no había terminado de subir cuando la pareja de vigilantes pasó por debajo de la escalera. Dave se detuvo en secó y permaneció inmóvil, sin hacer el menor ruido. Estaría a unos cuatro metros por encima de sus cabezas. Los guardias hicieron alto precisamente allí, apoyaron sus fusiles en la uralita y encendieron cigarrillos. Carmichael soltó una maldición para sí. Si alguno decidía mirar hacia arriba lo vería sin remisión. No había donde ocultarse. En ese momento se pudo

escuchar un ruido sordo metálico seguido del ladrido de un perro de buen tamaño. Los dos narcos arrojaron las colillas al suelo, recogieron sus armas y milagrosamente se alejaron. Dave volvió a respirar y continuó el ascenso hasta llegar al final. Entonces saltó y se dejó caer sobre la cubierta. Bañado en sudor, se quedó postrado sobre la espalda un buen rato, recuperando el aliento a la vez que miraba las estrellas.

Pasados unos minutos, se incorporó a medias. La cubierta no tenía nada de especial. Era lisa y en el centro sobresalía una claraboya de cristal de forma hexagonal. Se condujo hacia ella con el sigilo de un felino y miró a través del sucio cristal. Desde la parte de arriba, varios reflectores iluminaban cada rincón de aquel amplio espacio sin una sola ventana. Lo que vio tenía toda la apariencia de un laboratorio de drogas clandestino como los que había visto a menudo en la serie *Narcos*. Largos tableros llenos de alambiques y otro instrumental químico casero. Bidones de plástico azules apilados en el suelo. Bandejas con montañas de polvo blanco y muchas personas con mascarillas y guantes de látex atareados, yendo de aquí para allá. También contó, siete… no, ocho guardias armados apostados de manera displicente en las esquinas. A unos cinco metros de altura, había una plataforma a la que se accedía por una escalera de metal. Sobre la plataforma había una estancia acristalada con sofás y sillones. Arrellanados con los pies en alto pendientes de la televisión contó otros cuatro hombres más, envueltos en volutas de humo.

Dave dedicó los siguientes diez minutos a observar detenidamente a todos los que trabajaban en el laboratorio. Repasó su aspecto una y otra vez, sin hallar el menor rastro del inconfundible pelo color fuego de Kieran. Decepcionado, volvió a jurar en arameo. Su esfuerzo, después de todo, había resultado inútil. Se le agotaban las ideas. Con cuidado de no ser descubierto, cruzó otra vez la cubierta hasta la escalerilla y descendió por ella. De nuevo en la acera, miró a ambos lados y caminó a hurtadillas sin apartarse de la fachada.

De pronto, creyó escuchar un ruido.

Se detuvo en seco y aguzó el oído. Ahí estaba otra vez. Era un chirrido continuo. Igual que una rueda girando a la que hacía falta algo de lubricación. Sin duda procedía del descampado que había al otro lado de la calle. Dirigió sus pasos hacia allí casi a saltitos y se cobijó tras un matorral, rodilla en tierra. A unos pocos metros en línea recta de donde él estaba, se abrió una trampilla con bisagras en el suelo. Primero apareció una cabeza y luego el resto del cuerpo. El hombre estaba enfundado en una bata blanca que resplandecía con la luminosidad nocturna.

Carmichael no desaprovechó la oportunidad y, en el tiempo en que aquel hombre se encorvaba para volver a cerrar la trampilla, echó a correr y salvó con rapidez la distancia que los separaba. Cuando el

hombre de la bata notó su presencia, un culatazo le rompió la boca y la nariz. Entonces, perdió el conocimiento y fue a parar al suelo. El escocés arrastró el cuerpo sobre los matorrales, alejándolo unos cuantos metros. Mientras registraba rápidamente sus bolsillos buscando algo que le resultara de utilidad, una idea se formó en su cabeza. Le quitó la bata blanca y se la colocó. Carmichael era un tipo corpulento y las mangas le quedaban cómicamente cortas.

Con la linterna que le había sustraído al técnico guardada en un bolsillo, se asomó al agujero por el que este había aparecido. Solo vio el comienzo de una larga escalera de mano. El resto estaba negrísimo.

De súbito, una presencia a su espalda lo sobresaltó.

Carmichael giró el tronco con rapidez con el AK-47 listo para abrir fuego.

****

54

Puerto Príncipe (Haití)

—¡No dispares! ¡No dispares! —susurraba Jean-Pierre, una y otra vez, mostrando las palmas de las manos en alto.

Carmichael resopló y bajó el arma.

—Maldita sea, macho, no vuelvas a hacer eso. Casi te pego un tiro. Te dije que me esperases.

El muchacho se encogió de hombros.

—Mucho tiempo sin saber de ti. Entonces, yo miro. Veo subido a escalera y guardias abajo, y yo lanzo piedra para hacer ruido.

Carmichael esbozó una sonrisa.

—Chico listo, pero ahora debes marcharte.

Jean-Pierre sacudió la cabeza, en señal de negación.

—Yo voy con tú.

—Mira. Desconozco qué habrá ahí abajo —dijo indicando el tubo negro—. Pero no dudo de que será muy peligroso.

El chico se mostró firme.

—Tú eres mi inversión. Mil dólares. ¿Recuerdas? Yo voy con tú.

Carmichael veía en los ojos de Jean-Pierre una severa determinación. Sabía que no sería capaz de convencerlo y no quería perder más tiempo. Mientras siguieran en aquel descampado podrían localizarlos en cualquier momento; de manera que se limitó a asentir.

—Más te vale hacer lo que yo te diga.

Los dientes blancos del joven refulgieron en la noche.

—Yo prometo.

No sabía por qué, pero Carmichael no estaba nada convencido de eso. Sin más dilación, Dave volvió a colgarse en la espalda el fusil y se preparó para descender la escalera de mano. Jean-Pierre lo siguió después de asegurar la trampilla tras de sí. Durante un par de minutos bajaron escalones con cuidado de dónde ponían los pies. En aquel tubo, hacía tanto bochorno que casi no se podía respirar.

Cuando llegaron al final de las escaleras, unos quince metros más

abajo, chorreaban de sudor. Ante ellos se abría una galería horizontal de techo bajo que discurría de un lado a otro. Estaba construida con ladrillos de arena y apuntalada por estructuras hechas a base de travesaños de madera que no parecían muy recias. La iluminación era débil, parpadeante —bombillas incandescentes unidas entre sí por un cable eléctrico—, pero suficiente para ver por donde pisaban. Sin embargo, el aire no estaba demasiado viciado y Dave encontró la explicación en unas rejillas de respiración emplazadas cada metro, en la parte alta de la pared.

—¿Por dónde nosotros vamos? —preguntó Jean-Pierre a su lado.

Dave miró a ambos lados dubitativo, tratando de descubrir alguna pista que le indicase el camino correcto. Más por una cuestión de cara o cruz que de lógica terminó por decidirse por la izquierda. Ligeramente encorvado y con el AK-47 apuntando al frente echaron a andar en paralelo sobre el suelo arenoso, tratando de hacer el menor ruido posible. Al principio el corredor era recto, pero tras unos diez o doce metros dieron con un primer recodo a la izquierda. Dave asomó un poco la cara y lanzó una mirada: despejado. Doblaron y continuaron otros quince metros en línea recta. Algunas zonas estaban sumidas en la penumbra porque había bombillas fundidas que nadie había reemplazado.

Entonces llegaron a un ensanchamiento con una escalera hecha a base de tablones que desembocaba en galerías inferiores. Antes de comenzar a bajar por ella, Carmichael se asomó y vio que descendía en cinco tramos empinados. En ese momento, se escucharon nítidamente los crujidos de la madera y una conversación. En el segundo tramo y ascendiendo, entrevió dos figuras.

Dave miró rápido en derredor. En una esquina del rellano había unos bidones de plástico azul altos, como los que había visto en el laboratorio de la droga. Entonces, alargó la mano por encima de su cabeza y desenroscó una bombilla hasta que se apagó. Cuando los dos mercenarios coronaron el ascenso, Dave los escuchó resoplar sin aliento mientras desaparecían por el corredor por donde ellos habían venido. Tan pronto como todo volvió a serenarse, Dave y Jean-Pierre salieron de detrás de los bidones y se aprestaron a descender las escaleras. Nada más llegar abajo, el camino se bifurcaba otra vez en dos pasillos. En esta ocasión, escogieron el de la derecha y unos metros más adelante se toparon con una puerta metálica cerrada con un grueso candado. Jean-Pierre le tradujo un cartel en francés: «ALMACÉN».

—Me gustaría echar un vistazo dentro, pero está cerrado.

—Tú espera —repuso el joven haitiano, que dio un paso adelante hurgando en uno de los bolsillos de sus pantalones cortos. En su mano apareció una especie de ganzúa y con ella manipuló el candado. Una

vez abierto, y con cuidado de que la cadena no cayese al suelo, liberó la puerta.

—Buen trabajo, colega.

Cruzaron la puerta y la cerraron tras de sí. Dave sacó la linterna que le había arrebatado al técnico y la encendió, haciéndola oscilar lentamente de un lado a otro. El almacén no mediría más de cinco o seis metros de largo por otros tantos de ancho. Estanterías metálicas atestadas de cachivaches y herramientas cubrían las paredes. En el centro había más bidones azules.

—Tú, quédate aquí y estate atento —le susurró Dave a Jean-Pierre, entregándole el fusil.

El muchacho asintió y pegó la oreja a la puerta.

El escocés se adentró en el almacén con cuidado de no tirar nada que pudiera provocar un escándalo, para ello alternaba la luz de la linterna entre el frente y sus pies. En una de las estanterías localizó innumerables estuches galvanizados. Todos eran idénticos y estaban cerrados con abrazaderas. Con la linterna entre los dientes, alargó la mano, sacó uno y lo abrió. Lo encontró vacío, pero en su interior había moldeados en gomaespuma dieciséis compartimentos estrechos y alargados. Cerró el estuche, lo puso en su sitio y se hizo con otro. Lo mismo. Comprobó algunos más y todos eran idénticos. Lanzó su mirada hasta lo alto de la estantería e hizo un calculó mental aproximado. Veinte filas, treinta estuches por fila y dieciséis compartimentos por estuche. Total, casi diez mil compartimentos ¿Para qué los querrían? No halló una respuesta, de manera que lo dejó todo tal como estaba y siguió husmeando.

—Silencio —Jean-Pierre siseó—. Viene alguien.

Dave apagó la linterna inmediatamente y se quedó petrificado.

En el exterior se escuchaban pasos. Si alguien se acercaba al almacén descubriría el candado forzado y daría la voz de alarma.

****

55

Puerto Príncipe (Haití)

Por fortuna quien fuera que se acercaba vino y emitió las escaleras. En cuanto oyó perderse el crujido de los escalones, Jean Pierre hizo una señal a Dave, que volvió a conectar la linterna. Tras una breve búsqueda, el círculo de luz se quedó quieto en unas cajas de madera apiladas en dos montones ordenados. Contó diez cajas. Sin necesidad de traducción, Carmichael entendió una etiqueta escrita en francés: «EXPLOSIVOS». Sus pasos se encaminaron entonces al rincón, buscó una palanqueta, que encontró sobre una estantería, y forzó la tapa de la caja que estaba arriba.

En su interior, halló decenas de cartuchos de dinamita. En todas aquellas cajas habría explosivos suficientes para volar un ala entera del palacio de Buckingham. A su lado, había un par de cajas, estas de cartón y más pequeñas, que contenían detonadores con temporizador ajustable. Entonces, se le ocurrió una idea. Si no lograban salir, al menos morirían a lo grande. En aquella ramificación de túneles, una deflagración así resultaría devastadora. Dedicó los veinte minutos siguientes a conectar los detonadores a la dinamita. En el momento en que todo estuvo listo, activó una cuenta atrás en número rojos y se la quedó mirando.

30:00…

29:59…

29:58…

En aquel instante echó en falta su reloj digital. Tan pronto como apartara la vista de aquel contador no sabría exactamente cuánto tiempo restaría para la explosión, de modo que deberían darse prisa en encontrar a Kieran y largarse de allí.

—¿Dónde estabas tú? ¿Por qué tardas tanto? —le recriminó el joven al ver aparecer a su socio con el semblante brillando por el sudor.

—Vamos —repuso, sin dar más explicaciones. Entonces apagó la

linterna y la guardó en un bolsillo de la bata. Después de arrancarle de las manos al joven el AK-47, entreabrió despacio la puerta del almacén y echó un vistazo. Seguía desierto.

Deshicieron lo andado y regresaron al lugar donde el corredor se bifurcaba. Tomaron el túnel que salía a la izquierda y en poco tiempo dieron con dos puertas batientes con un ventanuco circular cada una en el medio. Carmichael miró a hurtadillas a través del cristal. Aquel laboratorio no tenía nada que ver con el que había visto en la nave de al lado. Todo estaba pulcro y limpio. Los tubos de iluminación del techo estaban protegidos bajo un enrejado pulido y brillante. Sobre las mesas de trabajo había centrifugadoras modernas, mezcladoras de vórtice, soportes con probetas, microscopios electrónicos y balanzas digitales. Contra los azulejos blancos de las paredes había refrigeradores con puertas de cristal, uno al lado del otro, con las baldas repletas de pipetas llenas de un líquido ambarino. Parecían soldados dispuestos para un desfile. Habría miles de ellas y seguramente serían algún tipo de droga sofisticada. Dave pensó que los compartimentos que descubrió en el almacén, quizá estaban diseñados para ellas…

Entonces reparó en los técnicos. Contó hasta trece. También ellos eran diferentes. Para empezar, menos uno o dos, eran blancos, delgados y la mayoría con gafas. Nada que ver con los mastuerzos que manejaban el laboratorio de drogas. Había leído que las mafias empleaban científicos del este en sus laboratorios clandestinos. Kieran tampoco estaba allí, pero al fondo del laboratorio, en el extremo opuesto al que ellos se encontraban, había otra puerta. Barruntando acerca de su siguiente paso, la puerta del fondo se batió y surgió un carrito cargado con pequeños bidones galvanizados. No podía ver quién lo empujaba. Entonces dos técnicos se aproximaron, cada uno rodeó con sus brazos uno de los bidones y los trasladaron a peso hasta una mesa cercana.

Por el hueco que habían dejado en el carrito se distinguía el rojo fuego de un cabello desordenado.

¿Kieran? Su corazón se aceleró.

Otra pareja de técnicos retiró otros dos bidones. Entonces, acertó a ver perfectamente el rostro de su amigo. Estaba cabizbajo y desmejorado, habría adelgazado seis o siete kilos y unas oscuras bolsas bajo los ojos le cubrían casi los mofletes. La ropa hecha harapos. A una orden de que se retirara, Kieran giró el carrito y volvió a cruzar con él la puerta por donde había entrado. Dave, abatido, se fijo en que su amigo se mostraba incapaz de levantar los pies del suelo…

«Que fais-tu ici?», dijo una voz en francés a sus espaldas.

Dave volvió la cabeza al pasillo y vio a un mercenario mirando con recelo a Jean-Pierre, que se puso nervioso.

Carmichael le había pasado desapercibido por su atuendo y eso le permitió ganar unos segundos preciosos. Para cuando el guardia quiso darse cuenta de que el técnico de la bata sostenía un AK-47 entre las manos, fue demasiado tarde. El escocés apoyó la espalda en la pared para mitigar el efecto del retroceso y soltó una ráfaga corta. Observó saltar el polvo de la pared, pero algún disparo debió de dar en el blanco, puesto que aquel tipo pegó un grito y dejó caer el arma al suelo; acto seguido, dio un corto paso vacilante al frente, se le doblaron las piernas y cayó muerto.

—¡A la mierda el sigilo!

Casi de inmediato comenzó a sonar una estridente sirena y a girar centelleando unas luces de color naranja colgadas en el techo. Jean-Pierre no perdió un segundo, salvó de dos grandes zancadas la distancia con el hombre muerto y recogió su fusil.

—¿Tienes idea de cómo usar eso? —le preguntó el escocés.

En respuesta a la pregunta, el joven liberó el cargador, comprobó la munición, volvió a encajarlo de un golpe seco y amartilló el arma.

—Vale, veo que sí.

A la carrera, empujaron las puertas batientes y entraron en el laboratorio soltando más disparos al techo. Los técnicos comenzaron a lanzar gritos de pánico y a esconderse bajo las mesas. La puerta del fondo se abrió de golpe y surgió un hombre de piel morena, camiseta sin mangas y un fusil en la mano. Antes de que pudiera valorar siquiera la situación, recibió un balazo en la frente procedente del arma del Jean-Pierre.

Sorteando mesas y otros obstáculos, atravesaron el laboratorio de extremo a extremo y traspasaron la puerta del fondo, aquella por donde habían visto desaparecer a Kieran momentos antes de desatarse el caos. Al otro lado de la puerta, se enfrentaron a un nuevo corredor, este más corto y recto, en el que se sucedían puertas cerradas a ambos lados. Se dividieron y uno abrió las de la izquierda y el otro las de la derecha. Las que estaban aseguradas las reventaban con sus armas y miraban dentro de la estancia.

—¡Aquí! —dijo a voces Jean-Pierre.

Carmichael se apresuró hasta la puerta que sostenía el joven abierta. Un mes atrás le hubiese horrorizado lo que vio dentro, pero después de permanecer en la mina de Sierra Leona, aquello no estaba tan mal. El lóbrego habitáculo se encontraba en tinieblas, solo iluminado con las bombillas que pendían del techo del pasillo. El aire olía a falta de higiene. Dave encendió la linterna y apuntó a las personas del interior. Una a una. Con desesperación. Buscando a su amigo entre aquellos cuerpos malnutridos envueltos en andrajos. La repentina luminosidad los cegaba y alzaban las manos con la intención de cubrir sus ojos deslumbrados.

—Aquí no está —dijo Carmichael y se apartó para dirigirse a la siguiente puerta, que abrió de un portazo. Detuvo la búsqueda en un tipo acurrucado en un rincón.

Allí estaba Murphy.

Entonces, soltó una exclamación y se precipitó al interior.

Dave se agachó frente a él, poniendo una rodilla en tierra, y depositó el fusil y la linterna en el suelo. Con ternura, puso ambas manos en los hombros de su amigo y lo enderezó.

—Kieran, amigo, soy yo. Dave. Dave Carmichael.

Murphy se lo quedó mirando un largo instante, con la cabeza apoyada en la pared. En un principio como quien mira un fuego arder. Su mirada estaba apagada. Vacía. Pasaron algunos minutos en la misma posición. Jean-Pierre le urgía desde la puerta. Los ojos de su amigo comenzaron de repente a brillar y una sonrisa se expandió poco a poco por su cara, iluminándola. Al final, en un susurro lastimero y poco audible, dijo:

—Daaaaave. ¿Eres tú? —Entonces, en un gesto espontáneo cubrió a su amigo con los brazos y le besó en la mejilla.

—¡Soldados, cerca! —dijo Jean-Pierre desde el pasillo.

Carmichael se separó con delicadeza.

—Vamos, amigo, no hay tiempo para arrumacos. —Y sujetándolo por la cintura lo puso de pie y lo ayudó a salir.

Entre las dos habitaciones habría unas catorce personas retenidas. No podían dejarlas en aquel lugar. De un momento a otro aquello saltaría por los aires y sería un crimen que no se perdonaría en la vida. Carmichael lo tenía meridianamente claro. O salían todos por su propio pie, o no lo haría nadie.

—Ve a por ellos, yo estoy bien —le dijo Murphy.

—Vamos, Jean-Pierre, saca a las personas de aquella habitación, yo me ocupo de estas. —Y volviendo al interior de la estancia donde Murphy había estado encerrado, gritó—: *Allez*, *allez!*

Aún ocuparon unos minutos en juntarlos a todos en el pasillo. Carmichael dudaba acerca de qué hacer. Cargar con aquellas personas malheridas, los ralentizaría; pero si volvían por donde habían venido los atraparían. A esas alturas, las galerías debían de estar infestadas de narcos, buscándolos por todas partes.

—Dave, sé por dónde salir —le dijo Kieran—. Siguiendo este corredor de frente hay una salida de emergencia que emplean a menudo los guardias para salir al exterior a fumar, pero no sé qué vamos a encontrarnos allí.

—Ya nos preocuparemos de eso luego. Ahora, amigo mío, vamos a salir de aquí. Jean-Pierre, tú irás al final; Kieran y yo, delante. ¡Todos en marcha!

El ulular de la sirena seguía sonando por los pasillos y desde el lado

del laboratorio les llegaban ruidos de pisadas y voces en grito; de modo que, sin mas demora, se pusieron en camino. A su favor, jugaba la confusión. A esas alturas habrían descubierto ya al vigilante muerto, pero no sabrían lo que ocurría. Su prioridad sería proteger el laboratorio y lo que en él fabricaban y lo último preocuparse de los prisioneros, por ese motivo debían aprovechar para alejarse lo más posible. Carmichael confiaba en que no advirtieran que los detonadores estaban conectados a los explosivos. Eso le hizo pensar en la cuenta atrás. Calculó que habrían pasado unos quince minutos desde que dejaron atrás el almacén, pero claro, medio minuto más o menos podía significar la diferencia entre vivir o morir. Preocupado, llevó a los prisioneros adelante por el corredor, que se curvaba a la derecha y finalizaba en una encrucijada de pasillos.

—Es por allí —Murphy hizo un gesto con la barbilla, señalando la dirección correcta.

Siguieron andando un rato más por aquel angosto túnel de ladrillos y madera. De repente, se oyó un tableteo de armas automáticas procedentes del final del grupo. Carmichael y Kieran se detuvieron al instante y cruzaron una mirada inquieta.

****

56

Puerto Príncipe (Haití)

KIERAN, ¡cuidado.¿Yo voy a ver lo que ocurre. —Cogió de los hombros a su amigo— ¿Podrás hacerlo?

—No te preocupes por mí; tú, vete tranquilo y ayuda a ese muchacho.

—Vale, nos reuniremos luego. —Dave le dio un golpecito en el hombro y se apartó de él para abrirse paso entre los prisioneros. Corrió unos metros por la galería y viró bruscamente en un recodo. Según avanzaba, las detonaciones retumbaban con más intensidad. Dio con su joven socio agazapado tras una esquina, asomando el cañón del fusil y disparando. Al instante, recibía respuesta desde el otro extremo. La pared a su alrededor estaba acribillada a balazos.

—Un par de malos —dijo el joven, a modo de explicación.

Dave llegó a la esquina y se asomó con cautela. En el otro extremo había dos narcos armados con pistolas. Recargaban y vaciaban en rápida sucesión. Así, una y otra vez.

—Tenemos que abatirlos para proseguir, o al menos ganar tiempo para que Kieran y los demás avancen lo suficiente —dijo Carmichael.

—¿Tú tienes alguna idea? —preguntó el joven haitiano.

Carmichael se echó mano al bolsillo de los vaqueros y sacó un cartucho de dinamita, que sujetó en alto.

—Me llevé un recuerdo del almacén.

—¿Tienes fuego?

Dave torció el gesto.

—Me dejé el encendedor en el palacio. Tú no tendrás cerillas, ¿verdad?

El joven dijo «no» con la cabeza.

—Espera —dijo el escocés—. He tenido una idea. —Depositó el cartucho en el suelo y apuntó su AK-47 a la mecha.

Jean-Pierre abrió mucho los ojos.

—Uy, uy, uy —dijo—. ¿Estas tú seguro de eso?

Él le dirigió una mirada resuelta.

—No, pero si tienes un plan mejor…, soy todo oídos. Venga, a la de tres. Uno… —Y disparó.

La mecha se prendió y comenzó a volatilizarse a toda prisa.

—¡Tú dices «A la de tres»! —protestó el joven.

La mecha ya casi se había consumido del todo y Carmichael agarró el cartucho de dinamita del suelo y lo lanzó al otro extremo del pasillo.

—¡Agáchate!

Un violento estallido pulverizó el corredor en una fracción de segundo, convirtiéndolo en un humeante vertedero de ladrillos, turba y madera. Una gran nube de polvo los cubrió de arriba abajo, al tiempo que la luz se apagó. La oscuridad alimentó el caos.

En cuanto el humo se disipó, aclarando un poco el ambiente, Carmichael tosió, empuñó la linterna y miró con los sentidos aún embotados. Nada más hacerlo, soltó un grito de júbilo. No solo habían acabado con los dos sicarios, sino que también habían cubierto su retaguardia con una montaña de escombros.

—Volvamos con los demás —le dijo a Jean-Pierre.

La pareja empezó a correr y en pocos minutos se reunieron con el grupo. Los encontraron detenidos. Con la explosión y la oscuridad se habían quedado parados. Carmichael los fue sorteando y llegó a la cabecera.

—¿Qué ha pasado, Dave? Me pensaba lo peor —dijo Kieran, cada vez más animado por la descarga de adrenalina.

—Estamos bien… Más o menos bien —respondió, sintiendo una incómoda sensación de oídos taponados.

—Delante debería de haber un montacargas —dijo Kieran.

Carmichael orientó la linterna al frente y alumbró un armatoste de hierro rudimentario accionado mecánicamente por una polea. Calculó que aquel trasto podría soportar unos doscientos kilos, tirando para arriba. Ellos eran dieciséis, pero aquellas piltrafas humanas no pesarían más de sesenta kilos. Eso hacía unos novecientos sesenta kilos. Añadió un margen de seguridad de un diez por ciento. Total, mil cien kilos. Necesitarían seis viajes.

—¡Jean-Pierre! —lo reclamó a gritos.

El muchacho apareció inmediatamente y se quedó inmóvil observando boquiabierto la plataforma.

—Yo subiré primero para cerciorarme de que es seguro —comentó Dave—. En cuanto compruebe la zona, os mandaré el montacargas para que empecéis a subir a la gente. Solo tres personas por cada viaje. ¿Os queda claro?

Carmichael se aupó a la plataforma y avanzó hacia un pequeño control rectangular con tres órdenes muy simples. Subir, bajar y parar.

Apretó el botón con una flecha hacia arriba y, de inmediato, comenzó a elevarse renqueante mientras una cadena mal engrasada se desplegaba. En cuanto cubrió el desnivel de siete metros, Dave pulsó el botón rojo y el montacargas se paró con una brusca frenada. Previamente a empujar la trampilla de metal que se encontró delante apuntó el arma al frente y puso el dedo en el gatillo.

La noche estaba sosegada y el mar calmo. Una ligera brisa marina alivió un poco el calor que Dave había pasado recorriendo aquellos túneles. Nada en aquella vista hacía prever el infierno que se desataría en apenas unos minutos. Regresó de inmediato al montacargas y pulsó el botón de bajar. Por fin los oídos se le destaparon. Mientras cruzaba de nuevo la trampilla y salía al descampado, oyó a sus espaldas los chirridos que provocaba el montacargas en su descenso.

Tumbado en la arena, el escocés examinó los alrededores, ahora con más atención. Había salido al otro extremo del descampado por donde habían entrado, a unos ochenta metros del almacén de la droga, que era el edificio más próximo, y frente a la playa. El acceso estaba entre dunas y matorrales, oculto bajo una pequeña edificación de madera y una red de camuflaje antiaéreo. Comprendió en el acto que por allí introducirían los suministros necesarios, que llegarían posiblemente por mar. Un rectángulo de tierra hundido en mitad del descampado marcaba la zona donde había explotado el cartucho de dinamita.

No halló seguridad en el exterior. Los vigilantes estarían en ese mismo momento recorriendo las galerías subterráneas y tratando de poner orden en medio del caos y la confusión. La forma de ocultar bajo tierra aquellas instalaciones le indujo a Dave a pensar que su propietario no buscaba llamar la atención. Además, tener cerca la nave de los Blood Skulls garantizaba que nadie se topara con ellas por casualidad. ¿Quién en su sano juicio sacaría a pasear su perro por aquel erial? Ni siquiera los Skulls lo hacían. Pese a que la explosión del cartucho de dinamita debió de haberse escuchado en todo el barrio, los guardias del laboratorio de drogas seguían a lo suyo. Debían de estar acostumbrados al hecho de que pasaran cosas así, o quizá pensaban directamente que aquello no era de su incumbencia. Con estas reflexiones llegó a la inevitable conclusión de que el propietario de estas instalaciones debía de ser alguien poderoso…

En medio de aquellas reflexiones, los primeros tres prisioneros asomaron a sus espaldas.

****

57

Puerto Príncipe (Haití)

¡AGACHAOS! —les pidió Carmichael, bajando la voz todo lo que pudo.

Dave les hizo señas con la mano, pero ellos, viéndose libres, prefirieron escapar en dirección a la playa, unos apoyándose en los otros. Carmichael dejó que se marcharan. Les había facilitado una nueva oportunidad en la vida, pero no podía hacer más por ellos. Aquel era su país, sabrían manejarse mucho mejor que él. Pocos minutos después, surgieron tres más, e hicieron otro tanto. Dando tumbos, enfilaron el acceso a la playa y se perdieron detrás de las dunas. Así, hasta que se completaron cuatro viajes.

Solo faltaba un último viaje, y entonces también ellos podrían largarse.

Entonces, Dave escuchó el chirrido de la trampilla por la que él y el joven haitiano habían accedido al laboratorio y, como un hormiguero en primavera, vio salir un puñado de hombres armados que se desplegaron de manera desordenada por el descampado. Carmichael maldijo su mala suerte y echó una rápida ojeada hacia atrás. Escuchaba nítidamente el mecanismo del montacargas funcionando. Pronto llegarían Kieran y Jean-Pierre y se encontrarían atrapados en una ratonera. Kieran le había brindado otra oportunidad entregándose en la mansión colonial; y ahora le tocaba a él devolverle aquel inmenso regalo. Sin perder un instante, se puso en pie y corrió encorvado sobre la arena unos metros para alejarse del lugar. Tan pronto como salvó una distancia que consideró suficiente, se irguió con la adrenalina disparada y soltó ráfagas de tiros a ciegas, que fueron respondidas al instante por gritos seguidos del repiqueteo de armas de fuego.

Con el rabillo del ojo vio caer a dos hombres. Rápidamente, atrajo todo el fuego para sí y las balas comenzaron a zumbar peligrosamente por encima de su cabeza. Era de noche, la iluminación escasa y

aquellos no parecían ser buenos tiradores, o al menos en eso confiaba, pero la ley de las probabilidades le advertía a Carmichael que alguno de los proyectiles acabaría impactando contra su cuerpo, aunque fuera por pura casualidad; de manera que se arrojó cuerpo a tierra y reptó sobre arena y hierbajos, hasta quedar protegido entre dunas.

A unos veinte metros, el escocés vio aparecer por el armazón de madera al último trío. El prisionero siguió las huellas de los demás y huyó hacia la playa. Jean-Pierre y Kieran permanecieron unos segundos erguidos, discutiendo. Finalmente, el irlandés también se fue por donde los demás, con andar renqueante. Tropezó con algo y cayó. Experimentando una intensa sensación de alivio, Dave lo miró incorporarse de nuevo y ponerse a salvo detrás de las dunas.

El joven haitiano localizó a su socio por el resplandor que salía de la boca de su arma, y corrió a su lado. Tumbado junto a Carmichael, se puso a disparar sin apuntar. El contingente de mercenarios no cesaba de abrir fuego al tiempo que se desplegaban en abanico con la intención de rodearlos. La arena saltaba a su alrededor con los impactos de las balas. Carmichael apretó el gatillo y sonó un clic. Soltó un juramento y sacó el cargador: vacío.

Lo que faltaba.

—Vosotros ir, yo aguanto aquí —le dijo Jean-Pierre.

—Ni hablar, chaval. Saldremos juntos los tres.

La media luna que formaban los atacantes comenzaba a cerrarse en torno a ellos y Dave cavilaba con rapidez. ¿Qué posibilidades tenían?

Ninguna…

En ese instante un estampido descomunal agitó violentamente el suelo, que se abrió y, como el cráter de un volcán, escupió una gigantesca bola de fuego de muchos metros de altura. Los cristales de los edificios circundantes estallaron y una tormenta de esquirlas, hierros retorcidos y cascotes cayó por todas partes. La onda expansiva, actuando como una mano invisible, elevó a Dave y a Jean-Pierre por los aires y los lanzó hacia atrás unos metros, arrojándolos sobre la arena.

Aún aturdidos y mareados, con una intensa sensación de ardor en la cara, escucharon alaridos de sufrimiento procedentes del lugar donde estuvo el laboratorio subterráneo, mientras el cielo seguía despidiendo todo tipo de restos candentes y retorcidos. A renglón seguido, se sucedieron otras deflagraciones menores, pero que también provocaron más temblores y desprendimientos. Un hombre envuelto en llamas surgió por encima de la duna corriendo y agitando los brazos como poseído. Buscaba la orilla, pero no pudo más que dar unos cuantos pasos, antes de tropezar y caer. Durante unos segundos interminables se agitó aullando; al final, quedó inmóvil, consumiéndose en el fuego.

Los disparos habían cesado por completo.

Carmichael se puso derecho a trompicones agarrándose el brazo izquierdo, que le dolía horrores por el golpetazo. Los oídos le pitaban y todo a su alrededor sonaba amortiguado. Con la noche bruscamente iluminada, encontró con la mirada a Jean-Pierre. Estaba a unos tres metros de él, tumbado bocarriba, con la ropa humeante y el rostro chamuscado. Se aproximó haciendo eses sobre la arena y le puso la mano en el corazón. No latía. Olvidando el dolor, le practicó una maniobra de reanimación. De repente, el muchacho comenzó a respirar y abrió los ojos.

Aún de rodillas en la arena, la expresión de Carmichael tornó en una de alivio. Sin pérdida de tiempo, se puso de pie y le tendió una mano a Jean-Pierre. El joven se aferró a ella y se levantó con dificultad.

—¡Madre mía! Si haces estas cosas yo no pierdo fiesta en cumpleaños.

—No pienso invitarte a mi cumpleaños mientras no te vuelvan a salir esas cejas chamuscadas. No quiero que asustes a mis invitadas.

Repuestos de la impresión, los dos se quedaron embobados atentos a aquella columna de humo negro y fuego rojo que se alzaba al cielo ante ellos como un grandioso espectáculo pirotécnico…

El sonido de amortiguadores tomando una curva a demasiada velocidad los trajo de vuelta a la realidad. Un segundo después, en la distancia, vieron aparecer por una esquina una camioneta roja con la parte posterior cargada de hombres armados con fusiles y un todoterreno. Carmichael conocía de sobra aquellos vehículos. Los había visto en la mansión colonial. La camioneta era la misma que había trasladado a las chicas desde el *Murgash* y en la que posteriormente se habían llevado a Kieran; el todoterreno era en el que viajaba la extraña pareja: el tío hortera del traje blanco y la joven atractiva.

Caer en la cuenta de que aquellas instalaciones les pertenecían, le hizo inmensamente feliz.

Vencido el momento de euforia, Carmichael empezó a sentir escozor en los ojos y arrugó la cara mientras aspiraba.

—¿Hueles eso? —le preguntó a Jean-Pierre—. Alejémonos de aquí. Es una nube tóxica. —Miró a su alrededor, hacia todas partes—. El mar. Vayamos al mar.

De pie en la orilla, vieron aparecer a Kieran, que se les acercaba por la arena con una suave carrera. Los dos fueron a su encuentro para ahorrarle el esfuerzo titánico que estaba suponiendo para él. También su cuerpo y su ropa delataban los efectos de la onda expansiva. O tal

vez era el aspecto que tenía después de los padecimientos que había sufrido en las últimas semanas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Dave, tras fundirse con el irlandés en un cariñoso abrazo.

—Tú y tus viajecitos —gruñó con los ojos irritados—. La próxima vez que necesites un copiloto, hazme un favor y contrátalo en la calle. Yo mismo te daré el dinero.

Los tres se miraron un momento y arrancaron a reír a carcajadas. Con alborozo, Carmichael constató que Kieran y sus quejas estaban de vuelta. Luego se metieron en el mar hasta que el agua les llegó por la cintura y, buceando, se alejaron cuanto pudieron de aquel infierno.

****

58

Puerto Príncipe (Haití)

James quiso aprovechar el momento de confusión que había provocado esa explosión en la ciudad para intentar largarse de allí. Además, había visto a un montón de aquellos tíos subirse a los vehículos, por lo que, en la casa, seguramente no quedarían muchos efectivos.

El plan de fuga que había pergeñado a toda velocidad era harto arriesgado, más bien temerario; si no salía bien, él mismo podría morir, pero era lo mejor que se le había ocurrido, dadas las circunstancias. No había que ser muy ducho en la materia para saber que estas organizaciones criminales funcionaban por el terror que infundía el jefe en los sicarios; algo parecido a lo que sucedía a bordo de los barcos piratas que surcaron el Caribe durante siglos: el mando de un capitán duraba mientras sus hombres le temieran. No cabían ni la compasión ni las segundas oportunidades. Por tanto, ante las ausencias de Alessia y de Maurice, ninguno de los presentes querría ser el responsable ante ellos de que al prisionero le ocurriese nada malo. O al menos eso era con lo que el escocés contaba.

Decidido a poner en marcha su plan, arrancó una varilla cilíndrica de la estructura de madera del dosel de la cama y una de las patas de la mesita de noche. Acto seguido, frotó la una contra la otra con vigor, hasta que prendió una pequeña llama, que acercó a la ropa de la cama.

— *FEU!! FEU!!* —gritó a pleno pulmón, al tiempo que aporreaba la puerta con el puño.

No habría transcurrido ni un minuto y escuchó sonoras pisadas en la escalera. Alguien corría a ver qué pasaba. Se pegó a la pared, a un lado de la puerta, con los dedos de la mano cerrados con fuerza en torno al pie de hierro de la lámpara de la mesita de noche. Ese alguien usó una llave para abrir y un tipo entró en la habitación. Para entonces, toda la cama ardía, llamas azules trepaban hasta el techo y

una densa humareda cubría la estancia. Su primera reacción fue de sorpresa. Se paró en seco y alzó la mano para protegerse la cara del resplandor y del calor abrumador.

Exactamente la reacción que Allen esperaba. Que la atención del que entrase se pusiera en el fuego y no en él.

De lo que no estaba tan seguro era de si acudiría un solo hombre o lo harían más. En este último caso, su plan se arruinaría antes siquiera de comenzar. Sin perder ni un instante, el escocés dio un paso al frente con el brazo armado y, desde atrás, descargó un golpe tan fuerte como pudo contra su coronilla, que se fracturó como un coco. Con el cráneo hundido, aquel tipo cayó redondo. De espaldas a la puerta, Allen esperó un larguísimo segundo a que alguien lo redujera, pero no ocurrió.

Entonces, sin pararse a comprobar si el mercenario estaba muerto o solo inconsciente —en honor a la verdad, no podía importarle menos —, el escocés abandonó la habitación en llamas, se aproximó a la escalera de caracol de puntillas y se asomó. Desde lo alto, dirigió una mirada al piso principal. En medio del crepitar del fuego, escuchaba voces de charla. Por el momento, no parecían haberse percatado de que la casa se quemaba, pero esa ventaja no duraría mucho tiempo. La mansión estaba construida a base de madera y pronto se consumiría pasto de las llamas. En la parte más elevada del torreón solo se hallaba su habitación, de modo que se agarró a la barandilla y, poniendo todo su empeño en evitar que los peldaños crujieran, descendió al piso de abajo, donde halló cuatro puertas cerradas…

En ese momento, empezó a oírse el jaleo de gritos. Alguien debía de haber olido el humo o visto las llamas.

«¡Adiós a la sorpresa!».

Se asomó de nuevo por entre los barrotes de la barandilla, con precaución y sigilo, y vio dos o tres hombres subiendo las escaleras ruidosamente. En unos segundos estarían allí y se darían de bruces con él. Se apartó del descansillo y probó las cuatro puertas.

Todas estaban aseguradas con llave.

Bramó en silencio. Casi no quedaba tiempo. Oía ya las fuertes pisadas en la planta de abajo. No se le ocurría qué hacer. Entonces tomó carrerilla y se abalanzó contra una de las puertas, la que estaba al fondo del pasillo y, por tanto, más alejada de las escaleras. Con el impacto de su hombro, el quicio se desencajó y la puerta cedió, golpeando violentamente contra la pared. Con el escándalo que había en la casa, confiaba en que nadie hubiese reparado en el estrépito.

Nada más cerrar la puerta tras de sí, sintió un repentino golpe de calor y alzó la barbilla. Aquel cuarto debía de estar justo debajo del suyo, porque los tablones del techo comenzaban a ennegrecerse y el humo a filtrarse por entre las juntas. Se dirigió derecho al cuarto de

baño, abrió el grifo del lavamanos y fue a mojarse la cabeza…

Se quedó parado con la impresión de haber oído toser. Regresó a la habitación, con pasos lentos y el ceño fruncido. Lo que vio lo dejó estupefacto. Acurrucadas unas contra otras había cinco mujeres de piel oscura encima de la cama. Con las rodillas pegadas al mentón, se cubrían la nariz y la boca con parte de sus livianos vestidos sin mangas, que dejaban a la vista heridas y cardenales. Las expresiones de sus rostros delataban el continuo estado de terror en el que vivían, y no solo por el humo.

Lo último que necesitaba James era que aquellas mujeres se pusieran a chillar, de modo que levantó veloz ambas manos y, con el tono más tranquilizador que pudo reunir, les dijo:

—Soy amigo, *ami*. Amigo. Vengo a ayudaros.

No sabía si le entendían o simplemente estaban aterrorizadas, lo cierto es que reaccionaron a su presencia apretujándose aún más. Aquel dormitorio también tenía una ventana con barrotes, que estaba cerrada. Allen fue a abrirla para que entrara un poco de aire de la calle. A esas alturas, el torreón debía de estar ardiendo como una antorcha. Desde la ventana, observó a varias personas partir de la casa a la carrera, detenerse cerca de la verja de entrada y darse la vuelta para apuntar con el dedo índice hacia arriba.

James se apartó de la ventana para que no lo vieran.

—Chicas, no sé si me entendéis, pero tenemos que salir de aquí, ¡ya!

Las jóvenes, que seguían todos los pasos que aquel hombre tan raro daba por la estancia, moviendo solamente los ojos, pero sin hacer ademán alguno de levantarse, dieron un respingo con el grito. Allen probó entonces en francés. Nada. Sin embargo, aquellas mujeres habían desarrollado esa habilidad que poseen las personas que sufren para detectar la calidez y la sinceridad en la voz.

—¡Vamos! —les repitió, acompañando sus palabras de gestos desesperados con la mano.

Las mujeres se miraron entre sí, pero seguían sin bajarse de la cama hasta que lo hizo la que estaba en uno de los extremos. A renglón seguido, la siguieron las demás. El humo ya envolvía toda la habitación como una débil neblina y los accesos de tos empezaron a hacerse más continuados e intensos. James regresó al cuarto de baño y reapareció con dos toallas de mano empapadas de agua. Se las entregó a las mujeres para que se cubrieran con ellas. Aquel simple gesto las convenció de las buenas intenciones de aquel tipo.

—Eso esta mejor.

Allen cruzó la habitación veloz, entreabrió la puerta y se puso a fisgar. La visibilidad en el pasillo era casi nula, pero la suficiente para comprobar que no había moros en la costa. Salió el primero, medio

encorvado y cubriéndose el rostro con el brazo. Las cinco mujeres lo siguieron cogidas de la mano, formando una cadena humana. Entre ellas se iban intercambiando las toallas mojadas que les había entregado Allen y, con ellas, se tapaban la boca y la nariz.

Los cristales comenzaron a estallar y las llamas devoradoras asomaban ya por el tramo de escalera que ascendía al torreón, convertido en un infierno. Allí el calor era intensísimo y el humo asfixiante. Sin más dilación se echaron escaleras abajo, alejándose del incendio. En el segundo piso, antes de comenzar a bajar a la planta principal, hicieron un alto. James miró un momento hacia arriba por el hueco de las escaleras y constató que el fuego invadía ya el tercer piso. Luego desvió la mirada hacia abajo y encontró el vestíbulo despejado.

Era posible que, a esas alturas, los pocos guardias que quedaban en la casa se hubieran puesto a salvo en el jardín. Aun siendo conscientes de que habían olvidado dentro unas pertenencias muy valiosas, esperaba que le dieran más importancia a su espíritu de supervivencia.

****

59

Puerto Príncipe (Haití)

Cuando Kieran, Murphy y Jean-Pierre emergieron a la superficie del mar a unos cien metros de la orilla, la tormenta de fuego atrajo su mirada hacia el este como la gravedad del sol a los planetas. El cielo nocturno seguía embadurnado de naranja y en el ambiente aún se percibía el olor acre a quemado.

Al amparo de la protección que les brindaba la noche, podían ver cómo iban asomando más hombres armados sobre las dunas al tiempo que otros habían llegado ya a la playa y empezaban a recorrerla de un extremo a otro, buscándolos con linternas oscilantes. El trío nadó en paralelo a la costa, alejándose del lugar. A unos cien metros, alcanzaron de nuevo la orilla.

—¿Qué… hacemos… ahora? —preguntó Murphy, con la voz rota por el cansancio. Estaba encorvado, con las manos sujetándose las rodillas temblorosas. Su pecho subía y bajaba deprisa.

—Kieran, nos embarcamos en aquel carguero por una razón y necesito cerciorarme de si aún podemos hacer algo por las chicas que secuestraron en Sierra Leona. Yo voy a volver a la mansión a concluir el trabajo. En cambio, tú has pasado por algo terrible estos últimos días, así que deberías quedarte aquí con Jean-Pierre y esperar mi regreso. Si no lo hago, busca la embajada británica. Él te ayudará a llegar.

Kieran enderezó la espalda y le devolvió una mirada serena.

—No permitiré que digas que los irlandeses nos rajamos.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Voy contigo y no se hable más.

—Yo también apunto. —Se unió Jean-Pierre.

Dave asintió, agradecido.

—Jean-Pierre, necesitamos un vehículo, pero uno de verdad.

—Yo busco en calle.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó Murphy, mirando

marcharse al joven haitiano.

—Es una larga historia, pero sin él no habría conseguido dar contigo ni en un millón de años. Anda, vamos.

No tardaron nada en alcanzar la calle. A lo lejos, se oía el tumulto y por encima de los edificios se veía la luminosidad de las llamas. Sin embargo, en la zona en la que ellos se encontraban reinaba una cierta tranquilidad. No tuvieron que esperar demasiado, hasta que vieron aparecer la silueta de una camioneta que se aproximaba con las luces apagadas. El vehículo frenó delante de ellos con un chirrido estridente de la transmisión. El semblante sonriente de Jean-Pierre asomó por el hueco de la ventanilla.

—¿Gustar este más?

—Dónde va a parar.

Dave y Murphy rodearon el vehículo por delante y subieron a la cabina. La suspensión estaba gastada y la vieja camioneta se hundió de inmediato con el peso adicional de ellos dos. Aún no habían cerrado la portezuela cuando la caja de cambios chirrió y el joven aceleró con fuerza. Lo vieron en cuanto abandonaron la carretera principal para enfilar el camino de tierra que conducía a la mansión. Jean-Pierre pisó a fondo el pedal del freno y la camioneta derrapó unos metros sobre la tierra, hasta detenerse por completo bajo una densa polvareda. Boquiabiertos, los tres observaron pasmados cómo aquella pintoresca construcción ardía sin control convertida en una pira fúnebre.

****

60

Puerto Príncipe (Haití)

En la planta de abajo de la mansión Allen tampoco encontró un alma. El humo lo nublaba todo y el olor a quemado estaba muy presente en cada rincón. Detenidos a los pies de la escalera, James se puso a mirar rápidamente hacia todas direcciones buscando una salida alternativa a la puerta principal, que estaba entreabierta justo delante de sus narices, pero que era el único lugar que tenían prohibido o su patético intento de escapada se truncaría al instante.

A la izquierda comenzaba un pasillo largo y oscuro que llevaba a más habitaciones, unas con las puertas cerradas y otras, abiertas. En el suelo distinguió dos hileras de velas consumidas y, al fondo del todo, dentro de una estancia que intuía grande, un trono dorado elevado del suelo por un pedestal. A la derecha, en cambio, el pasillo era más corto y conducía directo a una cocina. En ese momento, las luces de la casa se apagaron y todo se vio alumbrado de un tembloroso color rojizo. Las chicas gimieron a su espalda.

Tenía que decidirse.

En esa tesitura, optó por la cocina y corrieron hacia allí. Nada más entrar, James celebró su decisión. La estancia tenía un amplio ventanal que daba a la parte frontal de la casa, donde distinguió al instante mucho ajetreo. En el extremo opuesto, había una puerta trasera hacia la que avanzó sin dilación entre las sombras, abrió la puerta y se asomó. Como estaba despejado, la abrió de par en par y la sostuvo así mientras urgía a las cinco jóvenes a que la franquearan.

En cuanto los recibió la noche el aire se volvió más respirable y la temperatura descendió varios grados, pero la sensación de alivio solo fue momentánea. Se hallaban en la parte posterior de la mansión, que ya se quemaba del segundo piso hacia arriba, formando una gigantesca pira. Las jóvenes no podían parar de toser. Un hombre armado, alertado por el movimiento en la cocina a través de la ventana, apareció entonces por la esquina norte y, descubriendo a los

seis prisioneros que trataban de huir, les apuntó con el fusil.

Allen y las cinco mujeres se quedaron quietos.

Aquel hombre iba a disparar cuando resonó una serie de detonaciones que pasaron muy cerca de ellos. El sicario se arqueó hacia atrás y cayó de espaldas, cosido a tiros.

De la oscuridad surgieron tres hombres por el lado sur. La figura alta y robusta que ocupaba el lugar de en medio le resultó de inmediato familiar, pero no podía ser…

O sí.

Los ojos aún irritados de James se abrieron como platos.

—¡¿Carmichael, eres tú?!

—¡¿James?!

Los dos viejos amigos estaban pasmados. No daban crédito. En cuanto estuvieron uno ante el otro, se abrazaron palmeándose ruidosamente las espaldas. No se veían desde que lo hicieran en el cementerio de Cortona, ante la tumba de Victoria; de eso, hacía ya varios meses.

—Siempre tengo que sacarte las castañas del fuego —dijo Carmichael, y soltó una risotada ante la mirada atónita de Murphy y Jean-Pierre.

—Te debo una, colega.

—¿Una? La deuda que tienes no la pagas ni aunque recorramos todas las tabernas del planeta.

—¿Por qué no dejáis este momento íntimo para otra ocasión y nos largamos de aquí? —intervino Kieran.

James puso por primera vez los ojos en el pelirrojo achaparrado que había hablado. No sabía quién era, pero tenía toda la razón del mundo.

—Sabias palabras —le contestó.

Efectivamente, no hubo tiempo para más saludos. Atendiendo a los disparos, se presentaron más hombres con sus armas dispuestas. Ahora, ellos eran nueve. Un grupo demasiado numeroso para pasar desapercibido. No tenían donde ocultarse y solo contaban con un fusil —que portaba el jovenzuelo enclenque que acompañaba a Carmichael — para enfrentarse al menos a media docena de sicarios. Allí plantados resultaban presa fácil, y James lo tenía claro. Entre ellos nadie era prescindible. Todas y cada una de las vidas eran importantes.

—Aquí no podemos quedarnos. Volvamos adentro —sugirió Allen hablando a gritos, para imponerse por encima del bramido de las llamas.

Jean-Pierre apuntó el arma y se lio a tiros, agotando el cargador. Con esos disparos disuasorios ganaron unos segundos preciosos que aprovecharon para refugiarse de nuevo en el interior de la casa. En

cuanto penetraron en la cocina, el calor les echó para atrás y los ojos comenzaron a lagrimarles por efecto de la humareda que lo cubría todo como un lúgubre manto.

—Vale, ya puedes activar el plan B. Porque tendrás uno ¿no? —le preguntó Carmichael a James, viéndose en la cocina, acorralado entre el fuego y un montón de tíos armados hasta los dientes.

Allen le lanzó una mirada desesperada.

—Solo había un plan: quemar la casa y escapar.

Carmichael soltó un bufido.

—Pues vaya birria de plan.

—Ya sabes que yo soy un hombre de ideas sencillas.

La conversación se interrumpió de inmediato. Las balas empezaron a cortar el aire por todas partes, abriendo agujeros en la madera y horadando cuanto encontraban a su paso. Las mujeres chillaban encogidas mientras miles de astillas y esquirlas de cristales caían sobre sus cuerpos como una lacerante lluvia, provocándoles cortes de poca importancia.

—¡¡Agachaos!! —exclamó James, gritando a pleno pulmón.

Al instante, las mujeres gatearon hasta ponerse a cubierto debajo de una recia mesa que ocupaba el centro de la cocina. Encogidas y abrazadas entre sí, gemían y se estremecían con los ojos cerrados. Jean-Pierre se protegió detrás del frigorífico. James, Kieran y Dave optaron por lanzarse al suelo y apoyar la espalda contra los muebles bajos de la cocina. Eran de madera maciza y resultaban una buena opción para detener los impactos.

El tiempo se acababa y no había solución.

James torció el gesto.

—Creo que esto es el fin. Quizá debiéramos entregarnos. No nos matarán. Valemos mucho para ellos.

El irlandés meneó la cabeza al tiempo que sufría un acceso de tos. Le costaba respirar y se llevó la mano al pecho.

—Yo no pienso hacerlo, hijo. Sé de lo que esos tipos son capaces y no podría volver a pasar por ello. Así que yo me quedo aquí. Prefiero morir.

A James no le pasó desapercibido el gesto cariñoso que tuvo Carmichael con él, pasándole su mano por la pierna, y se preguntó qué le habría ocurrido para que su moral se hubiese visto minada de aquella manera. Entonces, se lo quedó mirando con renovado afecto y alargó la mano por delante de Carmichael, que estaba sentado entre ambos.

—Opino que es un buen momento para conocernos. Me llamo James Allen.

—Kieran Murphy. —El irlandés era un tipo orgulloso y, a pesar de estar muy frágil, gastó todas sus reservas de energía en apretarle la

mano con fuerza. Murphy percibió la sorpresa en los ojos de Allen—. Ningún escocés podrá decir que un irlandés no da la mano como un hombre. Aunque he de decirle, que ya nos presentaron en una ocasión. Fue en un vuelo desde Ulán-Bator. Viajaban usted y su esposa enferma. Espero que se recuperara.

James se quedó pensativo. ¡Claro! Recordaba vagamente al copiloto del C-119, pero aquel rudo irlandés no se parecía en nada al tipo demacrado que estaba sentado a su lado. Fue a decirle que su esposa había fallecido, pero en cambio, esbozó una sonrisa y dijo:

—Si salimos de esta, le invito a un buen *whisky* escocés.

El pelirrojo le sonrió abiertamente.

—Los irlandeses inventamos el *whisky*, así que, si no te importa, yo lo elegiré.

James ahora soltó una carcajada.

—Eso no son más que leyendas, Kieran. Pero ¿sabe?, me cae usted bien, así que, irlandés o escocés, disfrutaré de esa copa.

Los tres se mostraban desinhibidos, quizá por la propia situación desesperada en la que se hallaban, y les dio por ponerse a reír. De repente, les cayó encima otra lluvia de balazos. Las risas se apagaron de golpe mientras escondían aún más la cabeza entre los hombros. Un derrumbe en el rellano captó momentáneamente su atención. El ala de la mansión donde estaban la escalera y las habitaciones se había desplomado y pronto sucedería otro tanto con el resto. El crepitar de la madera quemándose se escuchaba con intensidad y el aire, saturado de humo, resultaba prácticamente irrespirable. El calor en la cocina aumentó.

—¡Aguantad la respiración!

En ese preciso instante, una mezcla de sonidos procedente del exterior de la mansión inundó la cocina. El aullido de sirenas, los rotores de helicópteros, detonaciones de armas pesadas…

En la cocina, todos se miraban expectantes cuando la voz potente de una mujer salió del humo.

—¡Señor Allen!, ¡James Allen!

Al instante, reconoció aquel timbre de voz.

****

61

Puerto Príncipe (Haití)

En cuanto vio aparecer ante sus ojos la zona de la explosión, Alessia se sintió invadida por una irrefrenable sensación de ira. Le costaba dominarse para aparentar tranquilidad. Todo por cuanto había luchado y que tanto sufrimiento le había acarreado estaba siendo arrasado, pasto de las llamas. Por un momento, no supo qué hacer. Estaba completamente bloqueada y volvió a sentirse como esa niña indefensa protegida por su abuelo.

De pie, junto a la portezuela abierta del todoterreno, percibía los ojos de sus hombres clavados en ella. Esperaban órdenes. *Sus* órdenes. Aún se oían alaridos desde el interior de los túneles y podían verse cuerpos carbonizados desperdigados por todas partes. Entonces, recuperó el dominio de sí misma y se puso a vocear como una loca:

—¡¡Desplegaos!! ¡¡Y quiero a los responsables vivos!!

Ya había pasado casi una hora sin noticias. Tampoco oía disparos y eso no era buena señal. Alessia y Maurice permanecían junto a los coches, alejados del fuego.

—Han… huido… por… la… playa —dijo un hombre sin aliento, que se había acercado al convoy a la carrera. Llevaba un fusil aún humeante en la mano y el rostro embadurnado de mugre y sangre.

Alessia se lo quedó mirando furibunda.

—¿Los habéis dejado escapar?

El sicario sudoroso agachó la cabeza sin contestar. Su rostro expresaba verdadero temor.

La joven no esperó la respuesta, el semblante de aquel hombre le decía todo cuanto precisaba saber. Miró entonces de soslayo a Maurice y le hizo un ligero asentimiento.

El esbirro sacó una pistola del cinturón. Una pistola negra, de plástico. Le quitó el seguro y cargó una bala en la recámara. Dio un

paso y le descerrajó un tiro a bocajarro en la frente que le salió por la coronilla. El sicario se desplomó bruscamente hacia un lado con la sorpresa aún dibujada en su expresión. Sangre y sesos saltaron por todas partes.

—¡¡Dad con ellos, maldita sea, encontradlos!! ¡¡Y quiero barcas en el agua, ya!! —vociferó Alessia en un arrebato, mientras se limpiaba salpicaduras de sangre de la manga de su cazadora.

Al instante, todos los hombres que la rodeaban echaron a correr en dirección a la playa.

—¡Aquí, un superviviente!

Maurice y Alessia entraron en el descampado y a escasos metros de una zanja, que fue uno de los corredores de acceso al laboratorio, vieron a uno de sus hombres sentado en cuclillas junto a un técnico tendido en el suelo. Llevaba puesta una bata oscurecida por el humo. Le habían dado la vuelta. Media cara no era más que una máscara churruscada y su pelo había desaparecido casi por completo. La sangre le corría por el brazo hasta el puño.

—Tengo sed… —jadeó el hombre con voz agonizante. Desde el suelo, alzó una mano negruzca curvada como una garra, tratando de tocar la pierna de Alessia.

La joven asqueada dio un paso al costado y miró al ojo sano del técnico moribundo.

—Dime, ¿cuántos eran?

—Por favor… agua —volvió a suplicar el hombre, en un tono tan bajo que apenas se le entendía.

—Contesta primero a mis preguntas y luego Maurice te dará agua y te llevará al hospital.

—Dos. Uno era mulato…, pero hablaba en inglés… El otro era… haitiano —dijo. Antes de proseguir hizo un descanso para aspirar aire por la boca. Sonaba como un asmático en busca desesperada de un poco de aire—. Entraron… en el… laboratorio. Se llevaron a los prisioneros…

—Y luego ¿qué pasó?

Tratando de encontrar fuerzas, el técnico se tomó su tiempo antes de responder.

—Oímos disparos…, una explosión. Todo se… vino abajo.

Alessia levantó la barbilla y miró de frente la inmensa llamarada que, sin embargo, comenzaba ya a debilitarse. Tan cerca, el calor era doloroso.

—¡¿Cómo es posible que dos hombres hayan entrado en el laboratorio, rescatado a los prisioneros y volado los túneles sin que nadie los haya detenido?! —dijo Alessia en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

El técnico volvió a mover los labios, farfullando.

Alessia lo ignoró, se dio la vuelta y regresó a los vehículos, seguida de cerca por Maurice.

Unos segundos después, el hombre de la bata blanca paró de moverse.

—Maurice, ven, quiero hablar contigo —le pidió Alessia.

Ambos se apartaron unos cuantos pasos de los demás. Alessia seguía encolerizada.

—¿Quién crees que ha sido? ¿Alguien a quien conozcamos? —solicitó su opinión en voz baja. Maurice era la única persona a la que permitía que le hablara con franqueza.

—No lo creo, Alessia. Nadie osaría enfrentarse a ti.

—Entonces, ¿quién? —dijo contrariada, elevando de más el todo de voz.

En ese instante, se impuso sobre la conversación el creciente tableteo del rotor de helicópteros. Ambos se callaron y permanecieron atentos, rebuscando con las miradas por el cielo oscuro. Detuvieron la búsqueda en dos luces de navegación que se aproximaban por el este, separadas unos pocos metros la una de la otra. En esa dirección estaba la mansión y Alessia tuvo un mal presentimiento.

—No me gusta, Alessia, deberíamos marcharnos —le sugirió Maurice.

Regresaron al todoterreno y se subieron a él. Antes de arrancar, Alessia bajó el cristal de la ventanilla y lanzó las últimas órdenes.

Para cuando empezaron a vislumbrarse fogonazos en las bocas de las ametralladoras de los Black Hawk, ellos dos ya habían puesto mucha distancia de por medio.

****

62

Puerto Príncipe (Haití)

—¡AQUÍ, Ramírez, en la cocina, a su izquierda! —le respondió James también a voz en grito.

—Macho, me rindo ante ti. Eres el único tío en el mundo al que una mujer vendría a buscar a un lugar así, en un momento como este —le dijo Carmichael hablando completamente en serio.

Dos agentes de la unidad de élite del FBI, con máscaras antigás cubriendo sus rostros, se abrieron paso entre el humo y se desplegaron por la cocina. Las miras láser de sus armas tácticas atravesaban el espacio provocando tremulosos rayos verdes que se desplazaban erráticamente de un lado a otro, hasta que quedaron fijos en los tres británicos.

—¡No disparen! —ordenó la agente al mando por el intercomunicador—. Con el perfil desdibujado por la humareda se materializó por el hueco de la puerta de la cocina una mujer enfundada en una chaqueta azul con las letras «FBI» impresas en amarillo. También llevaba una máscara antigás.

James se puso de pie al instante.

—Saquen primero a las mujeres —dijo el escocés, ignorando a Ramírez y dirigiéndose con premura a uno de los HRT, al que señaló la mesa.

Los dos comandos miraron debajo de la mesa, bajaron sus rifles de asalto y ayudaron a las cinco jóvenes a salir por la puerta trasera. Luego los siguieron ellos tres y Jean-Pierre. Por último, lo hizo Ramírez.

Los equipos de emergencia repartieron botellas de agua y se ocuparon de inmediato de las cinco mujeres, a las que tumbaron encima de mantas y colocaron máscaras de oxígeno. De rodillas en el suelo y con las manos entrelazadas en la nuca había seis hombres y tres mujeres bajo la atenta vigilancia de dos policías haitianos y dos agentes del FBI.

La agente al mando se apartó la máscara de la cara y se dirigió a James:

—¿Queda alguien más dentro?

—Que merezca la pena, no.

—Y usted, ¿se encuentran bien?

—Ahora, sí.

—¿Qué ha hecho con la sudadera?

Allen hizo una mueca.

—Entre las cenizas. Por cierto, gracias.

—Déselas a la agente especial Alabi y a su hijo, que es fan de Los Ángeles Clippers. Ella descubrió su juego con la etiqueta.

James inclinó la cabeza.

—Esas mujeres, las que estaban en la casa. No sé de dónde han salido. Pero, por favor, hágase cargo de ellas.

—Las secuestraron en Sierra Leona —añadió Carmichael, uniéndose a la conversación.

—De ellas deberá ocuparse el Gobierno haitiano, pero les prometo que me aseguraré personalmente de que regresen a sus hogares —sentenció Ramírez.

En ese momento, la mansión acabó de derrumbarse con un tremendo estrépito, levantando un torbellino de chispas. Una brigada de bomberos, que se afanaba en sofocar el incendio con una manguera conectada a un vetusto camión, salió en desbandada. Cuando las cenizas se asentaron, volvió para apagar los rescoldos.

—Por cierto —dijo James—, ella es la agente del FBI Ramírez, y ellos son Dave Carmichael y Kieran Murphy. Son buenos amigos. Cómo han llegado hasta aquí es un misterio para mí que espero me aclaren con una pinta de cerveza, pero sin su ayuda esas cinco jóvenes y yo estaríamos muertos.

Ramírez se los quedó mirando un instante con semblante serio. El aspecto de ambos era tan desastroso como el del propio James Allen. Tras el escrutinio, se dieron la mano.

—¿Y ese de ahí? —inquirió Ramírez haciendo un gesto con la barbilla hacia Jean-Pierre, que estaba siendo atendido a unos cuantos metros.

—Yo respondo por él —intercedió Carmichael—. Se ha jugado la vida por nosotros.

James paseó la mirada por los detenidos.

—No están todos —aseguró, después de darle un largo trago a una botella de agua.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ramírez.

—Poco antes del incendio se produjo una descomunal explosión junto al puerto.

—Volando hacia aquí, también vimos las llamas. Las cenizas nos

obligaron a desviarnos.

—Alessia y varios esbirros salieron en sus vehículos, intuyo que hacia el lugar de la explosión.

—¿Alessia? ¿Está ella ahora al mando de la organización?

—Sí. Me equivoqué respecto a ella. En realidad, fue Alessia quien siempre tuvo el control. Ni el Haitiano ni Peter Franz.

—¿Peter Franz? ¿Quién es?

—Si se lo dijera no me creería. Investíguelo por su cuenta y saque usted sus propias conclusiones.

Se hizo un breve silencio.

—Lo que ha saltado por los aires, por si os lo estabais preguntando —dijo Carmichael—, era un laboratorio.

—¿Drogas? Cocaína, heroína… —preguntó Ramírez.

—Lo ignoro. No soy un experto, pero parecía otra cosa.

James les hizo un breve resumen de lo que Alessia le había comentado a bordo del *Murgash*.

—Jesús —suspiró Ramírez—, entonces tenemos que cerciorarnos de que ese laboratorio haya quedado completamente destruido.

Las cuatro palas de los dos helicópteros Sikorsky UH-60 Black Hawk en los que había llegado el contingente del FBI aún giraban.

—Esperen aquí —les dijo Ramírez a los tres. Luego fue al encuentro de un tipo de aspecto caribeño uniformado, con quien estuvo departiendo unos segundos, y regresó—. Vamos.

El trío siguió a Ramírez por la finca hasta uno de los helicópteros. Agachados para eludir las palas, subieron a bordo de él por la puerta corredera, junto con seis miembros de la unidad HRT. Otro equipo de doce comandos se montó en el segundo helicóptero. Ramírez le hizo al piloto un gesto con el dedo, dibujando círculos en el aire. En respuesta, aumentó la velocidad de las turbinas y el ruido de los rotores subió de volumen.

Los dos aparatos se elevaron en vertical con unos segundos de diferencia, agitando las copas de los árboles y los matorrales. Desde su asiento, James observó la cuadrilla local de bomberos recorriendo los restos renegridos y humeantes en que se había transformado la mansión colonial, buscando cadáveres y apagando los últimos restos llameantes. Varios coches de la policía local ocupaban el camino de acceso y un par de ambulancias comenzaban a trasladar a las mujeres a centros hospitalarios. Los detenidos iban subiendo esposados a la parte posterior de un camión del ejército.

Los Black Hawk giraron en el aire y abandonaron la finca.

James supuso que Ramírez no se acaba de fiar y había preferido que algunos agentes del FBI supervisaran el traslado de aquellos tipos peligrosos con toda probabilidad hasta una cárcel de máxima seguridad, donde quedarían recluidos a la espera de que se tramitara

la orden de extradición a Estados Unidos, algo a lo que sin duda accederían las autoridades de Haití, aunque solo fuera para quitarse de encima el engorro que supondría para ellos un largo juicio.

—¿Cuál es su historia? —preguntó Ramírez, dirigiéndose a Carmichael y Kieran por la radio de cascos.

Quien tomó la palabra fue el escocés, que se echó hacia delante en su asiento.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Qué tal por el principio?

—Está bien, le haré la versión corta. Derribaron nuestro avión en la selva de Sierra Leona, nos secuestraron unos traficantes y nos obligaron a trabajar en una mina de diamantes de sangre, nos escapamos, embarcamos como polizones en un carguero, llegamos a Haití y seguimos a esos tipos hasta esa mansión colonial.

—Por ahora no está mal —apuntó Ramírez.

—Pues no ha oído más que el comienzo. A mi amigo Kieran lo atraparon —prosiguió tras la interrupción—, lo drogaron y lo enterraron vivo. A los pocos días lo desenterraron y una mujer conocida como la Dama Blanca hizo correr el rumor de que lo había vendido a una banda llamada los Blood Skulls, pero, en realidad, lo puso a trabajar en un laboratorio clandestino, donde vivía con otras personas en situación de semiesclavitud.

A James le acudieron a la menta las palabras vertidas por aquella médium en Salem —*«La Dama Blanca. Es una bruja. Se han apoderado de su voluntad. Ayúdala. ¡Ayúdala!»*—, y asoció rápidamente los nombres de «Dama Blanca» y «Alessia», pero ya no importaba, así que se lo guardó para sí.

Ramírez entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Me temo que he subestimado su historia. Tendrán que contármela más despacio.

—Cuando quiera.

La agente del FBI cortó la conversación, cogió el iPad y, durante el resto del recorrido, estudió la información de la que disponía. Ante la atenta mirada de los curiosos, que alzaban la vista desde la calle, los dos helicópteros de combate sobrevolaban muy rápido la ciudad por encima de los edificios, montando una escandalera. Los pilotos seguían el trazado de la Route Soleil 9 que llevaba directo hasta las llamas que ardían sin control. Los informes de inteligencia le habían advertido a Ramírez que ni la policía ni mucho menos los servicios de emergencia se atrevían a pisar aquel territorio de bandas; de manera que aquel fuego continuaría activo hasta que no encontrase nada más que abrasar a su paso.

—Señora, dos minutos para destino —dijo la voz metálica del piloto por el auricular.

—Prepárense para recibir fuego hostil.

Inclinados hacia adelante, los Black Hawks llegaron a las coordenadas de destino y comenzaron a dar vueltas de trescientos sesenta grados en torno al perímetro. No podían acercarse más. Las cenizas en el ambiente podrían afectar a los rotores. Asomada a la ventanilla, Ramírez analizó las posibles amenazas sobre el terreno. Se lo había aprendido de memoria y le gratificó comprobar que todo concordaba con las imágenes obtenidas vía satélite. Vio la nave de los Blood Skulls, la calle y el descampado, que ya no era tal, sino un descomunal boquete que escupía fuego y humo como la boca de un dragón. Era como si alguien hubiese abierto la caja de Pandora y desatado el caos. Aparcada en fila, sobre el bordillo, advirtió una camioneta roja modelo *pick-up* norteamericana, esas con la trasera descubierta. Junto a ella había ocho hostiles armados. Al otro lado del descampado, en la playa, vio más hombres desperdigados…

La radio de Ramírez volvió a crepitar al tiempo que el helicóptero hacía un giro vertiginoso.

—¡Señora, nos disparan!

—Comandante, tienen autorización para repeler el fuego hostil. Ah —añadió tras un segundo de pausa—, no olvide reservar un misil Hellfire para aquella nave que se alza al este.

A la orden, las ametralladoras Gatling del helicóptero comenzaron a lanzar proyectiles de 7,62 mm en una cadencia necesariamente mortal. El piloto del segundo Black Hawk imprimió un viraje cerrado y se dirigió hacia la playa. El aparato perdió algo de velocidad y descendió todo cuanto pudo sin llegar a tocar el suelo. Mientras se mantenía suspendido en el aire, doce agentes del HRT se deslizaron al suelo por cuerdas entre nubes de arena, y se desplegaron para hacer frente a los hostiles armados que estaban desperdigados por la zona. Tan pronto como descendieron todos, el helicóptero volvió a elevarse en el aire.

****

63

Bethesda, Maryland (EE. UU.)
Dos días más tarde

—VENIMOS a ver a una paciente —dijo la agente especial Ramírez, mostrando sus credenciales.

La somnolienta enfermera que atendía la recepción del hospital naval apartó los ojos del monitor de un ordenador y los depositó en la tarjeta plastificada del FBI.

—¿Nombre de la paciente? —preguntó, en tono aburrido.

—Sarah Connor.

La mujer escribió con dos dedos en un teclado.

—Habitación dos-cero-cinco. Cojan el ascensor del fondo.

—Ramírez, aún no me ha dicho qué pintamos en este hospital —le dijo James mientras esperaban a que las puertas del ascensor se abrieran.

—Debo confesarle, señor Allen, que nunca he soportado que me llamara Ramírez. Pero como sé que no voy a conseguir que se dirija a mí como «agente especial», le diré que mi nombre de pila es María —dijo, entrando en el ascensor, después de otras cinco personas.

Antes de seguirla, James se la quedó mirando un instante, entre sorprendido y divertido.

—Bonito nombre. María.

La agente especial pidió por favor que alguien pulsara el botón de la segunda planta. El ascensor se puso en marcha con suavidad y se paró en la primera planta, donde las cinco personas, que al parecer eran de la misma familia, se bajaron. Las puertas se volvieron a cerrar y el ascensor continuó su ascenso.

—¿Sabe que en este hospital le practicaron la autopsia a JFK? —dijo ella, a solas con James.

—Creí que había sido en Dallas.

—No. Casi de inmediato trasladaron el cadáver hasta aquí. Imagino que debieron de ser momentos de mucha confusión. Las teorías

conspirativas corrían por el país como la pólvora. Nadie sabía en quién podía confiar.

Una campanilla sonó al tiempo que la puerta se deslizaba en la segunda planta, revelando un corredor de paredes blancas y fluorescentes encastrados en el techo. La conversación quedó interrumpida y no volvieron a hablar del asunto, pero James tuvo la impresión de que Ramírez intentaba decirle algo más que contarle un chascarrillo acerca del asesinato más controvertido de un mandatario en Estados Unidos.

Comenzaron a dejar atrás habitaciones, hasta que doblaron una esquina y llegaron a una puerta blanca con números de latón formando el 205. La agente especial tocó con los nudillos un par de veces y echó mano al picaporte sin esperar respuesta. Antes de abrir, dedicó una fugaz mirada inescrutable a James.

Con la puerta abierta de par en par, el escocés se quedó de piedra en el umbral. Estaba bloqueado. No sabía qué decir ni qué hacer. Su semblante reflejaba el estado de conmoción que vivía. La agente del FBI en cambio cruzó la habitación sin inmutarse y se aproximó hasta la cama, iluminada por una brillante luz blanca que entraba a raudales por la ventana. Encima de ella, había tendida una joven pálida rodeada de aparatos médicos pitando en armonía cadenciosa.

—¿Cómo se encuentra hoy?

Los labios de Patricia solamente esbozaron una débil sonrisa de bienvenida, pero toda su atención estaba puesta en el hombre que permanecía estupefacto a la entrada de la habitación.

—Hola, Allen —le dijo ella, su voz, aunque en un tono bajo, sonó firme.

El rostro del escocés fue cambiando al de alegría desbordante, dio dos pasos rápidos hasta ella y la abrazó contra su pecho.

—Cuidado, cuidado —le advirtió ella, arrugando la cara—. Aún me duele todo cuando respiro.

James se apartó y ella volvió a descansar la cabeza sobre la almohada.

—Verá, señor Allen. Entono el *mea culpa*. Fui yo quien decidió comunicar la muerte de Patricia Banner. Oculté la verdad, incluso en la agencia. Solo dos personas, Alabi y Cox, conocen que su amiga está viva. Decidimos trasladarla a este hospital e ingresarla con un nombre falso.

El rostro del escocés se arrugó.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No sabía si podía confiar o no en su discreción. Conservar el secreto de que había sobrevivido era vital para su propia seguridad.

—¿Sabe que mintió al presidente de Estados Unidos?

Ramírez esbozó una sonrisa y torció la boca.

—Podré vivir con eso.

—¿Por qué tanto secretismo?

—Siempre me tomé muy en serio lo de Sol Negro. No creo que la organización criminal del Haitiano… o de Alessia, quien fuera que mandase en ella, sea la responsable última del intento de asesinato del presidente.

—Le debo una disculpa, María. Una más.

Ramírez las aceptó de buen grado, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Mi impresión personal —dirigió una mirada furtiva a la puerta de la habitación para comprobar que estuviese bien cerrada— es que esta conspiración llega mucho más arriba, y por mi prolongada experiencia, señor Allen, le diré que a esas personas no les gustan los cabos sueltos.

—Pero yo también era un cabo… —Fue entonces cuando lo comprendió, y su expresión cambió—. Por supuesto, yo fui un cebo.

—Lo siento. Nunca fue mi intención ponerle en peligro. Manteníamos vigilado el apartamento de Dupton Circle, pero Alessia y su matón se nos adelantaron.

James asintió.

—Por cierto, ¿dieron con ella en Haití?

—Si estaba en aquel descampado, no creo que sobreviviera, pero tampoco tuvimos tiempo de constatarlo y los informes recibidos de la policía haitiana son confusos al respecto.

—¿Y ahora? —preguntó Patricia, que se había incorporado sobre los codos.

—Hemos acabado con la organización que urdió el asesinato del presidente y de paso se han destruido dos laboratorios de droga que, probablemente, habrían acabado distribuidas entre los jóvenes estadounidenses. El Gobierno haitiano ha dado las gracias al Secretario de Estado, y mis jefes, a su vez, han recibido las felicitaciones de la Casa Blanca. Así pues —separó las manos con las palmas abiertas—, todos contentos. Caso cerrado.

—¿Y qué pasa con el fármaco? Alguien podría volver a fabricarlo —dijo Allen.

—¿Qué fármaco? —respondió ella con ironía.

James se la quedó mirando.

—Claro, ha hecho un trato, ¿verdad?

—Digamos que ahora tengo en mi poder una información valiosa que me permitirá seguir mi lucha desde una posición de fuerza. Si fuera necesario, pondré esa ficha sobre el tapete.

—Entonces… ¿va a permitir que Sol Negro se salga con la suya?

—Lo que yo crea al respecto de Sol Negro, señor Allen, no es relevante —admitió con cierto aire de derrota.

—Antes, en el ascensor —insistió Allen—, me habló del asesinato de JFK. El fiscal del distrito de Nueva Orleans, Jim Garrison, luchó hasta el final para destapar una conspiración del Gobierno.

Ella le soltó una medio sonrisa.

—Le dije una vez que ustedes, los civiles, ven demasiada televisión. Lo que Jim Garrison demostró es que no se puede luchar contra molinos de viento. Hay que saber escoger las batallas y ser conscientes de dónde está el límite de las capacidades de cada uno.

—También usted ve mucha televisión.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Sarah Connor?

—Ah, eso, la saga *Terminator* es una pequeña debilidad. Pero guárdeme el secreto.

Los tres rieron.

—No sé cómo pueden vivir así, María —dijo James Allen—. Siempre mirando a sus espaldas. Siempre desconfiando de todo el mundo.

—Hay quien lo llama «adrenalina», la droga que corre por Washington.

Allen soltó un largo suspiro.

—Alessia me dijo que Sol Negro utilizó vagabundos en las pruebas del fármaco. ¿También va a dejar eso sin remover?

—No, señor Allen. Hemos comenzado a desenterrar ese asunto y opino que la memoria de esas personas merece que se sepa la verdad. Será un camino largo y espinoso.

—¿Y qué pasa con nosotros? —dijo entonces Patricia.

—Creo que no tienen de qué preocuparse. Con la popularidad del presidente por las nubes y su brazo ejecutor desmantelado, los conspiradores se escabullirán por un tiempo en las cloacas de Washington. De todas las maneras, les recomiendo que vuelvan a Escocia. Los médicos opinan que ya está lista para viajar. Así pues, por cortesía del FBI, les traigo dos pasajes en primera para un vuelo comercial que sale mañana del aeropuerto de Dulles a las once de la mañana. —Ramírez introdujo su mano dentro de la gabardina y extrajo dos billetes que tendió a James—. En fin, yo me marcho. El mal nunca descansa.

—María —la detuvo Allen—, a bordo del *Murgash* Alessia me confesó que tenía un infiltrado en su equipo, así estuvo informada en todo momento de sus movimientos y pudo adelantarse a ellos.

La agente federal asintió en silencio.

—Lo presuponía. Empeñaré mi esfuerzo en descubrir a esa rata. —Y dirigiéndose a Patricia le dijo—: Agente especial Banner, lo que hizo fue un gesto de valentía increíble. Cuando se recupere del todo, su puesto en el FBI la estará esperando.

—Gracias, lo pensaré.

—En cuanto a usted, señor Allen… le reitero mi agradecimiento.

Los labios de James pintaron una sonrisa traviesa.

—Sé una forma de compensar lo que he hecho por su país.

Ella se lo quedó mirando fijamente, con una ceja alzada.

—Necesito que me haga dos favores. Que alguien haga una visita a domicilio y un *souvenir* de la tienda de recuerdos del FBI.

—Si están en mi mano, cuente con ellos. Ya me dará los detalles.

James alargó la mano hacia ella, sonriente.

—Ha sido un placer conocerla.

Ella se la aceptó y el apretón fue vigoroso.

—Yo no estoy muy segura de poder decir lo mismo. En cuanto lo vea subir mañana por la escalerilla de ese avión, lo primero que haré será ir a mi apartamento, si recuerdo dónde está, y darme un buen baño. Yo sola y una botella de auténtico tequila mejicano.

Las risas de los tres resonaron por los pasillos del hospital.

****

64

Los siguientes acontecimientos sucedieron con algunas horas de diferencia entre los días 25 y 26 de abril, en tres lugares distintos del planeta. Se cuentan por riguroso orden cronológico.

Puerto Príncipe (Haití)
2:05 p. m.

CARMICHAEL estuvo recorriendo las calles de la capital de Haití, hasta que llegó al campamento de refugiados que buscaba. Conocer que las fuerzas especiales habían encontrado a la hija del diplomático sana y salva en una tribu de la selva de Sierra Leona, le alegró el día. Su infancia no sería fácil, pero al menos sus padres le habían legado dinero suficiente para brindarle la oportunidad en la vida que los niños de ese campamento jamás tendrían. Solo esperaba que supiera aprovecharla.

Con una fotografía en la mano, fue preguntando hasta que dio con una tienda de campaña en concreto. En ella, vivía Jean-Pierre, al cual entregó cinco mil dólares estadounidenses y una tarjeta con su número privado de móvil. A cualquier hora del día o de la noche, siempre estaría disponible para él. El joven se echó a llorar en un primer momento, y luego a saltar de júbilo. También le ofreció una beca de estudio en Inglaterra, gracias a la fundación que James y Anne Marie, su ama de llaves, habían creado con el dinero de la herencia de Victoria. El joven declinó el ofrecimiento, dado que él no estaba hecho para estar encerrado en un aula; pero, si era posible, a su hermana pequeña, Marie, de doce años, le vendría bien salir de ese ambiente y educarse en una sociedad como la británica.

—Vamos, tú entra. Come y habla con padre de beca.

Jean-Pierre presentó a Carmichael a su familia y se quedó a comer frituras de cerdo y arenques.

Una hora más tarde, con el estómago lleno y los datos de Marie en un bolsillo para tramitar el papeleo, se acercó andando al mercado de la ropa y buscó el puesto donde seguía la misma vendedora que le canjeó el reloj digital Timex. Después de otra ardua negociación, lo recompró por quince dólares. Se lo colocó inmediatamente. A partir de ese día, cada vez que levantara la muñeca para comprobar la hora —un gesto que haría unas cien veces al día de manera inconsciente— recordaría lo afortunado que era y las penurias por las que otras personas pasaban a diario en el mundo.

Lago Cayuga, Ithaca (EE. UU.)
4:40 p. m.

EL senador McAdams enrolló el sedal y lo lanzó rotando la cintura. Con el agua cubriéndole hasta las rodillas de los pantalones impermeables, observó cómo el anzuelo y el plomo volaban lejos hasta hundirse con un *plop* en las cristalinas aguas del lago que circundaban su fabuloso refugio con embarcadero. Lo había adquirido por una buena suma hacía cinco años, pero desde la muerte de su esposa Rachel, cada vez espaciaba más las visitas.

Sin embargo, pescar le relajaba. Con el tiempo había aprendido que cuando su mente se despejaba de los inconvenientes habituales de su cargo brotaban las ideas. Y los tiempos que corrían requerían de mucha reflexión.

Aquel momento de relax le trajo un recuerdo entrañable a su memoria. Un día, en los pasillos de la Casa Blanca, su mentor en política, Dick Cheney, le puso las manos en los hombros, lo miró a los ojos fijamente y le dijo con su voz socarrona: «Hijo, si quiere sobrevivir en Washington, recuerde este consejo: golpea a tu enemigo cuando está desordenado y evítale cuando es más fuerte».

Sabias palabras que cobraban hoy más valor que nunca.

El cielo que cubría el lago Cayuga estaba despejado. De vez en cuando, pasaba por encima de su cabeza alguna que otra nube que cubría el sol unos instantes. Entonces, sentía algo de fresco. En la distancia, dos aviones a reacción dejaban estelas blancas. Él fue piloto de la marina de joven, pero había sido tan intensa su carrera profesional que había olvidado por completo aquella etapa de su vida. Soplaba una ligera brisa y los tardíos rayos del sol de poniente bañaban la superficie llana del lago, tiñéndola de un suave color rojizo.

Sin lugar a dudas, estaba siendo un perfecto día de pesca.

Un ligero chapoteo a sus espaldas despertó su curiosidad y volvió la vista, para devolverla al instante al tenso sedal. El lago era un espejo

y, unos segundos más tarde, vio la silueta de un hombre reflejada junto a la suya.

—A usted no lo conozco. ¿Sustituye al señor Franz?

El recién llegado hizo una mueca.

—¿Importa eso, senador McAdams?

—En realidad, no.

—¿Qué pesca? ¿Salmón?

—Veo que no sabe mucho de pesca. Aún es demasiado pronto para el salmón.

Entre ellos se hizo el silencio.

El recién llegado se puso a mirar el horizonte crepuscular. Lago, un bosque y, más al fondo, montañas de perfil aserrado, las copas aún con algo de nieve. Bonito lugar; quizá él también se buscase un sitio así. Miró con pena una zona arbolada oscurecida por un reciente incendio. Tras tomarse su tiempo, habló:

—El Proyecto Amanecer ha sido cancelado definitivamente.

—¿Y la fórmula?

—A buen recaudo.

El senador recogió el sedal y comprobó que el anzuelo y la carnada estaban en orden; entonces volvió a lanzarlos, provocando ondulaciones en la superficie del lago.

—El presidente ha desatado una caza de brujas en Washington. Ve conspiradores en todas partes —dijo el recién llegado—. Y ya sabe que esas cuestiones siempre incomodan.

—Entonces, ha venido a rematar el último cabo suelto, ¿verdad? — En realidad, el senador McAdams solo abrigaba una ínfima esperanza de que no fuese así.

—No es nada personal.

—Mire, soy un patriota y todo lo que he hecho ha sido por mi país. No me arrepiento de nada. Puede decírselo a quien le haya enviado.

En ese preciso instante, el sedal se tensó y el carrete se puso a girar deprisa. McAdams volvió la vista al frente. Sin ponerse nervioso, lo frenó y recogió lentamente la trucha, acercándola a él poco a poco.

República de Sierra Leona
2:55 a. m.

TRES helicópteros de Operaciones Especiales del Ejército Británico rompían la noche de Sierra Leona, a escasos treinta pies del suelo para no ser detectados en el radar. En perfecta formación de ataque dejaron al este la población de Bendugu, rodearon una cadena montañosa y se internaron aún más en la sabana.

—Tres minutos para coordenadas —informó por radio el capitán

Colin Hoffman, al mando del operativo. Acto seguido, inició la secuencia del armamento.

El sistema electrónico de designación de objetivos permitió a los pilotos apuntar sus armas sin margen de error y controlar la operación mediante una cámara térmica de infrarrojos instalada en el panel de mando. Atendiendo a la información precisa suministrada por Dave Carmichael y a los datos recabados por los satélites, la hora del ataque había sido minuciosamente escogida por Inteligencia para evitar bajas civiles.

El tío musculoso al cargo de la mina había salido a fumarse un cigarro a la entrada de su tienda. Quizá, después, se pasase por la carpa de los trabajadores y escogiera un par de mujeres. Esa noche se sentía muy solo y el calor lo ponía cachondo. Sin embargo, no pudo hacer ninguna de aquellas dos cosas. Lo último que vieron sus ojos fueron las fuentes de calor que desprendían los cohetes Hydra-70, que, como una tormenta perfecta, se abatieron sobre los objetivos con una precisión infalible.

Antes de que el eco de las explosiones se desvaneciese, todo quedó devastado y, salvo por unos barracones con el techo de uralita que no sufrieron daño alguno, no quedó rastro de que algún ser humano hubiera pisado aquel maldito lugar.

****

Epílogo

Unos cuantos días después
Lochcarron, Highlands

La primavera a menudo se retrasaba en las Highlands y la noche se avecinaba desapacible en el valle de Glenn Carron. El aire era húmedo y frío y la tormenta, que había estallado al mediodía, seguía creando charcos que salpicaban ya todas las tierras colindantes. De pie, bajo la marquesina de hierro y cristal, James contemplaba con aire meditabundo la silueta negra del Sgorr Ruadh que, ese día, se alzaba más sombrío y amenazador de lo habitual sobre la insignificancia que representaba *Morning Star* en medio de aquel paraje montañoso. Daba la sensación de que la bruma no iba a hacer acto de presencia, aunque por aquellos lares uno no podía estar del todo seguro.

Los tres perros yacían plácidamente en el suelo, a la distancia precisa para controlar todos los movimientos de su amo. Dos labradores retriever de color canela —Zeus y Diana— que pertenecieron a su difunta esposa, y un mastín tibetano negro y fuego —Khentii— que encontró abandonado el año anterior en las montañas de Mongolia, durante su trágica luna de miel. Desde que el escocés regresara de tierras norteamericanas no se apartaban de él ni un solo momento. Allá donde él iba, los tres lo seguían como un rebaño de ovejas al pastor.

Patricia estaba a su lado. En silencio. Acurrucada contra el cuerpo de él, recubierto por un grueso jersey de lana de la isla de Arran. Allen le ofreció que se fuera a vivir con él mientras completaba el periodo de convalecencia, que aún duraría varias semanas. Ella no puso objeciones al ofrecimiento. Con Alex viviendo en la isla de Skye y James en Lochcarron, nadie la esperaba en Glasgow. Patricia le había pedido que mantuviera en secreto lo del ingreso en el FBI. Cuando estuviera preparada, ella misma se lo contaría a los demás.

—Me alegra que estés aquí —le dijo James, envolviéndola con su brazo. Se mostraba relajado. No había un entorno donde se sintiese más a gusto.

Ella le correspondió cogiéndolo por la cintura.

—¿Qué te parece que Alex y Lee vayan a ser papás de nuevo? —dijo ella.

—Espero que esto les ayude a dar carpetazo definitivamente al trauma que supuso la muerte de Miranda.

Sin el repiqueteo de la lluvia contra la marquesina habrían escuchado el ronroneo del motor, pero fue una pareja de faros blancos bajando por la ladera, lo que despertó su curiosidad.

—Debe de ser Carmichael —supuso Allen.

—¿Un viejo amigo? Nunca me has hablado de él.

James midió la respuesta sin apartar apenas la vista de los faros, que se movían a izquierda y derecha siguiendo el sinuoso trazado del camino.

—Creo que es más que eso. Creo que es mi nuevo ángel de la guarda.

Patricia lo miró pensativa. No tenía claro qué quería decir.

Las líneas del Ford Explorer se perfilaron entre el agua nada más rebasar la verja de hierro. A pocos metros del porche disminuyó la velocidad y fue a detenerse al lado de un anticuado todoterreno que perteneció al padre de James. A través de los cristales, y gracias a la luz de cortesía que se había encendido en el interior, vieron al mulato grandullón peleándose con las mangas del impermeable. Cuando se lo hubo colocado, y antes de apearse para meterse en la lluvia, los saludó alegre con la mano.

—Sí, es Carmichael —confirmó James, que se retiró de Patricia para recibir a su amigo en el límite de la cobertura del techado.

A continuación, vieron cómo sacaba una bolsa de viaje del maletero, aseguraba el Range Rover con el mando a distancia y, con la cabeza metida entre los hombros, trotaba hasta ellos dando saltitos.

—¡Menudo tiempecito! ¡Qué forma de jarrear! —dijo sin perder la sonrisa, tras guarecerse bajo el porche. Luego dejó caer la bolsa de viaje al suelo.

—¿Cómo te va, amigo? —dijo James, extendiendo la mano hacia él.

Carmichael correspondió al saludo con un apretón caluroso. Los perros se habían incorporado y atosigaban al recién llegado, como las palomas a un niño con una barra de pan.

—Vamos, chicos, dejadlo en paz —ordenó James, tocando sus cabezas.

Los perros al instante se apartaron y volvieron al suelo, más porque no hallaron nada que llevarse a la boca que por la orden en sí.

—¿No había un lugar más recóndito para levantar una casa? Me he

extraviado tres veces hasta que he dado con un viejo pastor que me ha puesto en el camino correcto.

James respondió al comentario riendo.

—Mira, Carmichael, te quiero presentar a alguien. Ella es Patricia Banner. Patt, este es Dave Carmichael.

La joven, que se había mantenido en un segundo plano, dio un paso al frente y le plantó un beso en la mejilla.

—Encantada de conocerte. Allen me ha hablado mucho de ti.

—De modo que tú eres la famosa Patricia. —Se puso serio repentinamente, borrando la sonrisa de la cara—. James me contó lo que te sucedió en Washington, ¿qué tal estás?

—Los del Servicio Secreto son buenos tiradores, pero estoy mejorando.

—Esperaba a Kieran. Saqué una de las mejores botellas de vino de la bodega de mi padre en su honor.

—¿Lluvia y frío?, no conseguí arrancarlo del sillón. Murphy es como tú, prefiere la tranquilidad del hogar.

James asintió, reticente. En el fondo, percibía que no le estaba contando toda la verdad. No se atrevía a imaginar por lo que habría pasado aquel hombre enterrado durante días en un ataúd. Posiblemente, aquella traumática experiencia le dejaría secuelas que tardarían tiempo en desaparecer, o quizás nunca lo harían.

—Vayamos dentro, los demás estarán preguntándose que dónde estamos —dijo entonces Allen, recogiendo la bolsa de viaje de Carmichael.

James sostuvo el portón mientras entraban los perros, Patricia y Dave, por este orden, y luego la cerró tras de sí, pero previamente echó una ojeada afuera. ¿Había sido fruto de su imaginación o había escuchado el ronroneo de un motor en la distancia? Desechó la idea. El viento que corría por aquellas montañas a menudo provocaba sonidos que desataban la fantasía, como las imágenes que creíamos ver dibujadas en las nubes. Nunca eran la cabeza de un perro, ni una montaña, ni un cisne, ni un león saltando. Solo se trataba de nubes.

El interior de la casa ofrecía una agradable sensación de confort. La chimenea encendida perfumaba la estancia de olor a pino. James depositó la bolsa en el suelo del zaguán y colgó en la percha el plumas mojado de Carmichael. En dos sillones de piel estilo Chester, emplazados uno a cada lado del fuego, estaban acomodados Alex y Collins.

—Ya era hora, ¿dónde estabais? —preguntó Alex, volviéndose hacia la puerta de la calle y mirando al trío.

—Alex, Collins, os quiero presentar a Carmichael, es un viejo amigo —dijo James y los dejó solos para encaminarse hacia la cocina, a ver si Anne Marie necesitaba algo.

Alex abandonó la envolvente comodidad del sillón y fue hasta Carmichael con la mano tendida.

—Alex Scott, encantado de saludarte.

Collins, haciendo un escorzo, asomó el rostro por encima del respaldo del sillón y alzó la mano con una media sonrisa.

—La cena ya está lista, sentaos donde queráis —anunció James de regreso, indicando una larga mesa de pino rodeada de sillas restauradas.

Los perros se escabulleron debajo de la mesa. Al poco, apareció Anne Marie con una botella de vino tinto de la bodega. La descorchó y llenó las copas de los cinco comensales. A James le hubiese encantado que ella también ocupase una silla para cenar con ellos, pero con el tiempo entendió que se sentía más cómoda manteniendo las distancias. Quería a Victoria como a la hija que nunca tuvo y perderla supuso un golpe del que no se repondría jamás. Pasar de la noche a la mañana de vivir con Victoria en la villa de la Toscana a hacerlo con James en las Highlands, resultaba un cambio demasiado brusco al que aún no había acabado de adaptarse; así pues, la dejaba ir a su aire.

—Brindemos por volver a estar todos juntos —dijo el anfitrión, alzando su copa.

Todos siguieron su ejemplo y el cristal tintineó con el choque de las copas.

—¿Cómo es Estados Unidos? —preguntó Alex.

—Odio su café y el ruido de las ciudades —contestó James—. En cambio, he de reconocer que hacen la mejor *pizza* grasienta del mundo.

—Creo que pasas demasiado tiempo en Lochcarron.

Cuando se calmaron las risas, James se dirigió a Patricia.

—María se portó muy bien con lo de Lamar Jackson.

Ella sonrió.

—¿Qué pasó? ¿Quién es ese Jackson? —preguntó Alex.

—Lamar Jackson —comenzó a explicarse James— es el *quarterback* del equipo de la NFL de Baltimore. Ya sabéis, fútbol americano. Es el jugador favorito de Cameron, un chico que Patricia y yo conocimos en Estados Unidos. Lo pasó mal en su regreso al cole. Es una larga historia, pero, resumiéndola, todo el mundo acusó injustamente a su padre de algo de lo que no era responsable. Pedí un favor a la agente del FBI Ramírez y consiguió que Jackson fuese en persona un día a su casa. Salió en todos los noticiarios locales. Y si ahora Cameron no es el chico más popular del cole, poco le falta.

La estancia quedó brevemente en silencio.

—Ah, Collins —dijo James de repente— esto me recuerda que Ramírez también me dio una cosa para ti. Espera. —Se levantó de la mesa, fue a un aparador y regresó a su asiento con una bolsa, que le

entregó.

El expirata informático sacó de la bolsa una sudadera del FBI y su rostro se encendió como el de un niño el día de Navidad.

—¡Alucinante! ¡Qué pasada! ¿Es auténtica?

—Apostaría a que sí —dijo James.

—¿Habéis visto las noticias? —preguntó Dave mientras Collins se colocaba la sudadera, dirigiéndose a James y a Patricia, que estaban sentados enfrente de él, uno al lado de la otra.

Ambos negaron con la cabeza.

—Aquí no tenemos televisión y procuramos mantenernos al margen del mundo exterior —repuso Allen—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Al parecer, el fiscal general de Estados Unidos ha presentado cargos de alta traición contra algunos peces gordos de la administración.

—He oído que incluso un senador republicano implicado se ha suicidado en su casa de campo. Según creo, se ahorcó en un granero —apuntó Alex.

James y Patricia intercambiaron una mirada cómplice.

—Ramírez tenía razón. Esto solo es el comienzo —dijo Patricia—. Por cierto, Allen, no me has contado qué pasó al final con aquella chica.

—¿Te refieres a Alessia?

Ella asintió.

—¿Chica? —dijo Alex—. Esto empieza a ponerse interesante.

—No sé nada más que lo que nos contó María en el hospital. Que, aunque el FBI no está del todo seguro, creen que murió aquella noche en Puerto Príncipe. Carmichael y yo estuvimos allí. Nadie pudo escapar con vida de aquel infierno.

—Ni el mismísimo Satanás —confirmó Carmichael.

—¿Sigues pensando que no era más que una víctima? —insistió ella.

—No sabría decir. Sinceramente, creo que tenía una doble personalidad. Pero en su descargo diré que ha tenido una vida atormentada. Su madre era una prostituta que murió en el parto. Nunca supo quién fue su padre. Se crió rodeada por un viejo nazi y por un hombre que, en realidad, nunca la quiso. De muy joven, se fue a vivir a Haití con un delincuente internacional que la metió en un mundo de drogas y magia negra.

—¿Aún la justificas? —le preguntó Dave. El tono sonó duro.

—James es un anticuado —dijo Alex, quitando hierro—. Todas las mujeres bellas le parecen damiselas en apuro. ¿Dónde has dejado la armadura y el caballo, sir Allen?

—Eso se llama ser cortés, Alex —adujo James—. Y, Dave, no justifico sus actos, que fueron incalificables. Solo digo que quizá

cualquiera de nosotros, en sus circunstancias, también nos hubiéramos trastornado.

En la estancia se hizo un silencio algo incómodo.

—Cuéntanos, Allen, ¿cómo es el Despacho Oval? —dijo Patricia, cambiando a un tema más alegre.

El anfitrión bebió un poco de vino.

—Si os soy sincero, estaba tan abrumado que no recuerdo ni el color de la moqueta.

—¿No hiciste fotos? —dijo Carmichael.

—Ya me hubiera gustado, pero esos tíos te registran a fondo. No nos quitaron la ropa para entrar porque hubiera quedado poco decoroso —dijo, sonriendo—. Por cierto, eso me recuerda una cosa. —James se levantó y subió a saltos las escaleras hasta el piso de arriba.

Anne Marie aún servía la sopa humeante en los platos cuando reapareció Allen en el salón con un estuche aterciopelado y ribetes dorados.

—Toma, Patt, esto es para ti, me lo dio el jefe de gabinete del presidente. Creo que este es un buen momento para entregártelo. Rodeada de tus amigos. No soy el líder del mundo libre…, pero tendrás que conformarte.

Patricia cogió el estuche expectante y lo abrió. Su semblante se iluminó.

—¡Vaya! —fue lo único que salió de su boca. Luego le dio la vuelta para mostrar la medalla a los demás.

—¡Qué pasada! —exclamó Alex—. Espera un momento. No te muevas. —Cogió el teléfono móvil de la mesa, le tomó una fotografía y la envió a su mujer por WhatsApp—. Si no, Lee no me va a creer.

—Debe de molar que el Servicio Secreto te dispare —soltó Collins —. ¿He dicho eso en voz alta?

Todos le miraron un momento con la risa contenida.

—Sí, mola un montón —le respondió Patricia con retintín.

—Toma esto también —le dijo James, tendiéndole un sobre cerrado —. Creo que es una carta de gratitud escrita de puño y letra del mismísimo presidente de Estados Unidos. En teoría era para tu padre. Él creía que estabas muerta y probablemente nadie le haya sacado de su error. Deberías alegrarte. Eres la única persona viva que ha recibido una medalla a título póstumo.

Patricia cerró el estuche y lo depositó en la mesa. Luego extendió la mano para hacerse con el sobre, lo rasgó, desdobló la carta y la leyó unos segundos.

—¿Me dejas ver la medalla? —le pidió Alex.

Ella se la tendió con los ojos húmedos. Carmichael se inclinó sobre Alex para echarle un vistazo y soltó un silbido.

—En eBay deben de darte una pasta por algo así.

—Si no os importa, voy al baño a corregir este desastre —dijo Patricia, levantándose y mostrando los chorretones de rímel corriendo por sus mejillas.

Los cuatro la observaron enfilar apresuradamente el pasillo que desembocaba en el baño.

En ese preciso instante, las luces de la casa se apagaron. El resplandor que desprendían las llamas del hogar rasgaba la penumbra en que se vio sumido el salón. James apartó la mirada de la mesa y la puso en uno de los cristales emplomados. La lluvia arreciaba.

—Debe de ser la tormenta. Por desgracia, la instalación eléctrica está bastante anticuada —se lamentó el anfitrión, al tiempo que se ponía en pie y se dirigía con cuidado de no tropezar hasta un aparador cercano—. Voy a encender unas velas.

El escocés abrió el cajón superior. Buscó una caja de cerillas y dos velas, que encajó a ciegas en unas palmatorias de cobre. Mientras frotaba la cabeza de una cerilla contra el rascador, oía a sus amigos parloteando a sus espaldas. Acercó la cerilla ardiendo a los pabilos de las dos velas y los prendió.

Ya no oía nada. La estancia se había quedado en absoluto silencio, excepto por unas suaves pisadas a sus espaldas.

—Qué callados estáis, muchachos —dijo el anfitrión, tras soplar sobre la cerilla cuando el calor empezaba a quemarle el dedo. Con uno de los candeleros sostenido a media altura, James se dio media vuelta.

—Ya está, todo arreglado… —A James se le congeló el movimiento al tiempo que su voz se iba apagando por momentos.

La figura que tenía delante estaba difuminada por las sombras, pero aun así la reconoció inmediatamente. En medio de la penumbra anaranjada sonó entonces una voz suave y melosa que conocía a la perfección.

—Hola, James.

—Hola, Alessia.

—Dada tu propensión a los incendios —le dijo ella con sarcasmo—, deberías dejar esa vela en su sitio.

Allen volvió a dejar la palmatoria encima del aparador, junto a la otra. No había sido un ruego, sino una orden. Tras pasar un rato contemplando en silencio a Alessia, le dijo:

—De modo que, después todo, sobreviviste a aquel infierno.

La joven le dedicó una mirada severa.

—Un infierno que tú provocaste.

—No me gusta que me encierren bajo llave. Suelo descontrolarme.

Hablaban entre ellos como si no hubiese nadie más en la habitación.

—Me pregunto cómo te las arreglaste para destruir el laboratorio…

—Ejem —el que carraspeó, interrumpiéndola, fue Carmichael—. De

hecho, señorita, fui yo quien tuvo el honor, y no puedes imaginarte el placer que sentí.

Alessia desvió la mirada hasta la mesa y buscó por ella a quien había hablado. Sus ojos coléricos se detuvieron en un hombre mulato que exhibía una blanquísima sonrisa de triunfo.

—Por fin conozco a la famosa Dama Blanca —continuó Dave. Su sonrisa había desaparecido de un plumazo y su labio inferior empezó a temblar de ira—. Torturaste a mi amigo y pagarás por ello.

Ella no sabía a quién se refería.

—Será mejor que pongáis las manos en un lugar donde pueda verlas. Aquí, mi amigo, es un hombre nervioso.

Maurice alzó la mano empuñando un revólver.

—Haced lo que os dice —les instó Alex, colocando lentamente las palmas de las manos sobre el mantel.

—James —le dijo ella con impostada amabilidad—, ten la bondad de volver a tu sitio.

Allen volvió a tomar asiento, enfrente de sus tres amigos.

—Ya estamos donde querías, Alessia. ¿Ahora qué?

—Ahora, mi querido James, vais a pagar con la misma moneda todo el daño que me habéis causado.

—¿De verdad piensas matarnos? Tú no eres así, Alessia. Aún estás a tiempo…

—Mi alma está negra —lo atajó con un deje amargo.

En ese momento, se escuchó un ruido de cacerolas en la cocina. Alessia le hizo a Maurice un gesto con la cabeza y este fue con la debida cautela; pocos segundos después reapareció con Anne Marie del brazo y la condujo hasta una silla vacía que hasta hacía un rato ocupaba Patricia. La mujer sordomuda, con expresión de miedo, tomó asiento. James, a su lado, le cogió la mano para tranquilizarla.

—Por favor, déjalos marchar a todos —rogó James—. Es de mí de quien quieres vengarte.

—Ni loco, de aquí vamos a salir todos juntos —soltó con ímpetu Carmichael.

—Siento decirte que no va a ser exactamente así como sucedan las cosas. —Alessia intercambió unas palabras en francés con Maurice, y este le entregó el revólver—. Ahora, todos, vais a poner las manos en los brazos de vuestros sillones… Tú no, James, para ti tengo reservado otros planes. Pensaba llevarte con unos amigos que tienen una mina en Sierra Leona. Necesitan mano de obra, pero al parecer alguien se nos ha adelantado y los ha borrado del mapa.

—¡Bien por los *Smith*! —gritó Carmichael con espontaneidad.

Alessia clavó en él sus ojos y permaneció así unos segundos. Pronto borraría esa impertinente sonrisa de su boca. Maurice fue de uno en uno, atando cada muñeca al brazo de la silla con unas bridas de

plástico. Cuando hubo terminado, cerró su enorme mano negra en torno al cuello de Allen y lo conminó a levantarse. Luego lo llevó hasta Alessia. Esta le devolvió el revólver a Maurice y fue derecha a la chimenea.

—¿Qué pretendes hacer? —inquirió James.

—Ojo por ojo —susurró la joven mientras caminaba lentamente por el lado en la que se encontraban sentados, por este orden, Collins, Alex y Dave. Al pasar por detrás del *exhacker*, Alessia detuvo su avance, volvió el rostro y dio un paso atrás.

»Acné juvenil, camiseta negra, pantalones sucios y despeinado. Tú debes de ser Collins, el informático.

—Prefiero analista de sistemas. El término «informático» es demasiado amplio y pelín despectivo.

Alessia sonrió con dulzura y le alborotó aún más el pelo.

—Siempre has sido mi preferido de entre los amigos de James.

Collins agitó la cabeza y subió los hombros al sentir el tacto de la mano, como quien intenta evitar el incordio de una mosca.

—James, ¿de dónde ha salido esta puta chiflada? —espetó entonces Alex.

Alessia dejó de tocarle el pelo a Collins y dio un paso al frente. Su sonrisa había mutado a un gesto de dureza. A renglón seguido, agarró a Alex del pelo y jaló de él, obligándolo a levantar la barbilla y estirar el cuello.

Los tendones del cuello del inspector jefe se hicieron visibles y su rostro se congestionó, mitad por el dolor mitad por la impotencia que sentía. En esa postura, le costaba respirar.

—Pelirrojo y larguirucho. Alex Scott. ¿Me equivoco? Siento lo que le pasó a tu hijita en aquella isla griega.

El inspector jefe se rebulló en su asiento y trató inútilmente de zafarse.

Alessia se inclinó entonces hasta dejar su boca a escasos centímetros de la oreja de Alex y en un tono tan bajo que solo él pudo oír, le musitó:

—Creo que tu esposa y tu hijo viven cerca de aquí. Tal vez le diga a Maurice que les haga una visita en cuanto acabemos. —Entonces le soltó el pelo, irguió la espalda y con una sonrisa sardónica continuó su camino hasta la chimenea.

Alex se agitó violentamente en la silla. Se balanceaba como un poseso de un lado a otro, hasta que perdió la verticalidad y aterrizó en el suelo provocando un tremendo estrépito. Su cara estaba roja y una vena recorría su frente. En esta ocasión solo había ira.

—Si les haces algo… maldita zorra —graznó con la mejilla pegada a las baldosas— juro que te mataré. Te buscaré en el agujero en el que te escondas y te mataré.

Anne Marie emitió un gemido.

Los perros brincaron con el ruido y salieron de debajo de la mesa. Viendo a su amo de pie, fueron a reunirse con él moviendo el rabo.

Alessia no prestó atención a los insultos. Frente al vivo hogar se volvió hacia Maurice y le mandó en francés que fuese a por el coche. El haitiano empujó a James por la espalda, obligándole a salir de la casa. Los perros se apelotonaron delante de la puerta de la calle.

Alessia se los quedó mirando.

—La lealtad lo es todo para mí.

—Alessia, deja a los animales en paz. —El tono de James sonó sosegado, pero duro y firme—. Ni se te pase por la cabeza hacerles daño.

—Después de lo que hemos vivido juntos, James, ¿aún crees que soy un monstruo? Yo también tengo mi corazoncito. —Intercambió una mirada con Maurice, que abrió la puerta de la calle.

Los perros se abalanzaron al exterior y James los siguió. Maurice dejó la puerta abierta y, apuntando a la espalda de Allen con el cañón de su arma, abandonó la casa.

Alessia se colocó un guante de amianto, que halló entre los utensilios de la chimenea, y se inclinó hacia la cesta de mimbre donde se guardaba la leña. Cogió un tronco fino y lo acercó a la lumbre, hasta que ardió por uno de sus extremos. Sosteniéndolo en alto se apartó del hogar y pasó la llama por todo aquello que fuera combustible: cortinas, alfombras, cojines… El fuego se extendió por la habitación y la temperatura ascendió rápidamente.

El cuarteto se agitaba y gemía en sus asientos, tratando de soltarse de las ligaduras. La joven se marchó tranquilamente al zaguán y, antes de abandonar la casa se volvió hacia ellos.

—Ha sido un placer conocer a los amigos de James. —Después cruzó la puerta de salida y cerró tras de sí dando un portazo.

Delante del porche, la aguardaba un todoterreno con el motor en marcha y la portezuela del conductor abierta. En el asiento trasero observó a Maurice sentado al lado de James, que miraba con ojos desorbitados el incendio. Alessia rodeó el vehículo, se montó en él, movió la palanca de cambio hasta la posición D y hundió el pie en el pedal del acelerador. Al salir por la verja de la finca, pudo ver por los espejos retrovisores las lenguas de fuego escapando por las ventanas del caserón. Una sonrisa de triunfo se dibujó en su rostro.

Patricia había asistido a toda la escena oculta en el pasillo. Mientras regresaba del cuarto de baño, la casa se había quedado repentinamente a oscuras. Antes de escuchar extrañas voces en el salón intuyó que algo no marchaba bien. De manera que, a tientas

para no tropezar, dio los últimos pasos por el pasillo y se asomó un poco al salón. Entonces vio a aquel hombre armado y a una mujer conversando con Allen. Sin necesidad de escuchar su nombre supo que se trataba de Alessia. Su belleza era irracional y comprendió la fascinación que había despertado en su amigo.

No sabía bien qué hacer y decidió aguardar agazapada, prestando oídos a lo que decían. Alessia no la echaría de menos, pues aún seguiría pensando que había muerto en aquel tiroteo de Washington. Cuando un rato después, Alessia dio un portazo, abandonando la casa, decidió que había llegado el momento de actuar. La humareda era cada vez más densa y escuchaba las toses de sus amigos con más frecuencia. Sin dilación, cruzó a la carrera el salón, esquivando el sofá en llamas y, con un cuchillo que cogió de la mesa, se apresuró a cortar las ligaduras antes de que el fuego y el humo los asfixiaran.

—¡Vamos, por la puerta de atrás!

Los cinco corrieron tambaleantes por el pasillo y llegaron a la puerta trasera de la casa, la abrieron de par en par y salieron a la lluvia. Se alejaron del edificio en llamas unos metros y se arrojaron sobre la hierba mojada, tosiendo. Unos a gatas y otros tumbados, permanecieron así un rato mientras el humo abandonaba sus pulmones. En el acto, aparecieron los perros corriendo. Viendo a los humanos en aquellas posiciones tan extrañas presupusieron que se trataba de un juego y ellos también se sumaron, saltando a su alrededor y lamiendo el rostro de los que estaban tumbados bocarriba.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Carmichael.

—¡Ya basta, Zeus! Anne Marie, ¿cómo está? —se interesó Patricia por ella, ayudándola a ponerse de pie.

La mujer sordomuda asintió con energía al tiempo que alzaba la mano. Aparte, si acaso, de los ojos irritados y un fuerte carraspeo por la garganta seca, parecía efectivamente encontrarse en perfectas condiciones.

—No hay tiempo que perder —dijo Dave con honda preocupación —. Debemos ir detrás de ellos antes de que perdamos su rastro.

—Tiene razón —se unió Alex—. Patt, aún estás convaleciente. Quédate con Collins y con Anne Marie. Alejaos del fuego. Esta casa puede derrumbarse de un momento a otro.

Patricia fue a protestar, pero no lo hizo. Alex sí que tenía razón en una cosa. En su estado podía ser un estorbo.

—Vale. Llamaré a emergencias. Vosotros, marchaos ya.

Scott y Carmichael bordearon la casa corriendo y se montaron en el Ford Explorer de este último. Mientras recorrían veloces el camino de entrada, marcando dos surcos en el barro, Carmichael desvió la vista un segundo al reloj digital del salpicadero y calculó mentalmente que la Dama Blanca no les llevaría más de seis o siete minutos de

distancia. Sin embargo, si llegaban a la carretera principal sin localizarlos, puede que no lo hicieran ya.

A favor de ellos jugaban dos circunstancias: que no se esperarían que los siguieran tan pronto y el hecho de que Alex, que iba de copiloto, se conocía a la perfección la agreste zona de Torridon. De noche cerrada y con el manto de agua que estaba cayendo, aquel sendero montañoso por donde circulaban se convertía en una trampa mortal para conductores confiados.

Durante los primeros kilómetros, no encontraron nada que decirse, aparte de las advertencias de las curvas cerradas que Alex iba anotando al conductor. El olor acre del humo adherido a sus ropas impregnaba el habitáculo. La tensión se palpaba en el ambiente. En un tramo recto, Dave interrumpió el silencio para hacer una llamada por el teléfono móvil. Pulsó en el contacto identificado como *«Tintorería Smith»* y, cuando saltó un contestador automático dijo:

—Quería cita para llevar un traje. Es urgente. Tengo un funeral.

Al instante, desviaron la llamada a una operadora a la que puso al corriente de los acontecimientos. Luego colgó y devolvió la plena atención a la siguiente curva.

Alex se lo quedó mirando boquiabierto.

—¿A qué decías que te dedicabas?

—No lo he dicho. Tengo una empresa de aerotaxis en Prestwick.

—Ah. Ya.

Entre ellos volvió a reinar el silencio. Al salir de la curva, creyeron ver en la distancia la roja intensidad de dos pilotos traseros después de un frenazo. Ahora, se trataba de ser precavidos, si detectaban su presencia se acabaría el factor sorpresa. Dave levantó entonces levemente el pie del acelerador e hizo algo temerario.

Apagó los halógenos del vehículo.

—Es hora de demostrar que puedes conducir por aquí con los ojos cerrados —le dijo Carmichael a Alex.

Al aproximarse al cruce con Main Street, la vía asfaltada que cortaba en dos la población de Lochcarron, observaron que las luces rojas traseras del todoterreno al que perseguían volvían a intensificarse y giraban a la izquierda. Ellos hicieron lo propio. Al entrar en el pueblo, la iluminación mejoró con el alumbrado público. Circulando a una velocidad moderada, dejaron a la derecha la iglesia presbiteriana. A la altura del *pub* Brass Horse se cruzaron con un camión de bomberos y un coche de la policía metropolitana que iban en dirección contraria a todo meter y con las luces de emergencia y las sirenas puestas.

—Creo que sé adónde se llevan a James —dijo Alex, de repente.

Dave apartó un momento la vista de la carretera para lanzarle una mirada interrogadora.

—Creo que se dirigen al embarcadero de Slumbay. Piénsalo, es lo más razonable. En cuanto demos la voz de alarma, estas carreteras se convertirán en una ratonera sin salida. En cambio, por mar, podrán ir adonde quieran. Es la forma más rápida y segura de escapar.

—¿Con este tiempo?

—¿Crees que a esos dos les importará mucho? Hazme caso, ese es su plan de fuga. Venga, te enseñaré un atajo. En el siguiente desvío, tuerce a la derecha. Ahora. A la derecha.

Alessia no había vuelto a decir nada desde que abandonaran el caserón, dejándolo en llamas. El rítmico roce de los limpiaparabrisas contra el cristal era el único sonido del habitáculo. En gran parte, estaba centrada en la conducción por aquel camino peligroso lleno de pendientes pronunciadas y curvas cerradas. Solo apartó las manos del volante un momento para activar las luces largas y atisbar con más antelación entre el aguacero la siguiente curva. Cualquier despiste los mandaría por un talud al fondo de un barranco.

Aunque tampoco tenía demasiado que perder.

Devolver el golpe recibido no la había librado de la sensación de vacío que la abrumaba desde que todos sus proyectos se fueron al traste. Tanto esfuerzo para nada. Los Blood Skulls la responsabilizaban de que su laboratorio hubiese sido destruido por el FBI y, dadas las circunstancias, tampoco sería bienvenida en Estados Unidos. Su organización estaba desmantelada y solo Maurice se mantenía a su lado, pero aún confiaba en poder sumar a James a su causa. Los tres podrían volver a empezar desde cero. Quizá con el tiempo…

Por el espejo retrovisor miraba de vez en cuando el gesto circunspecto que mantenía el escocés en el asiento de atrás. En una de aquellas ojeadas, creyó ver por un fugaz momento dos faros en la distancia, pero casi de inmediato desaparecieron y no volvió a verlos más.

—¿Adónde nos dirigimos? —le preguntó serio James, al abandonar la zona de Torridon para enfilar Main Street.

Las miradas de ambos coincidieron en el espejo interior.

—Al puerto. Nos espera una embarcación —le contestó ella.

Atenta a las indicaciones del navegador debía continuar por la vía principal seiscientos treinta metros antes de torcer a la derecha. El pueblo estaba ya recogido. Las calles se mostraban vacías y las luces cálidas de las casas se filtraban por las cortinas. Sin percatarse de ello, apretó con más fuerza el volante y levantó el pie del acelerador al cruzarse con un camión de bomberos y un coche de la policía. Los ojos de James los persiguieron un trecho con una mirada cargada de esperanza.

—No te hagas ilusiones, James —le dijo ella—. Para cuando lleguen a tu casa, ya será tarde. Sin casa y sin amigos. Exactamente así me dejaste tú a mí. No me guardes rencor, estamos en paz.

—No te creas todo lo que piensas —le replicó él, componiendo una sonrisa de triunfo.

Alessia se inquietó. Ahora era ella quien se encontraba confundida y fue el escocés el que se apuntó un tanto.

—Estabas tan cegada en tu venganza que no te percatarse de que en la mesa había cinco servicios y solo cuatro comensales —apuntilló él.

Para su satisfacción observó cómo el ceño de Alessia se fruncía más e intercambiaba unas palabras en francés con Maurice. James hablaba perfectamente aquel idioma, no en vano había prestado numerosos servicios para el *Ministère de la Culture* en la exploración de restos de naufragios, pero Alessia, que parecía saberlo todo sobre él, debió de pasar por alto aquel pequeño detalle, o acaso no le prestó más importancia. Lo cierto era que Allen entendió que ella le preguntaba a Maurice si había apreciado que faltara alguien en la mesa. Maurice acompañó un gesto de negación con las palabras «Solamente la cocinera».

Entonces, decidió ayudarles:

—Patricia.

El habitáculo se quedó en silencio.

«*En el próximo cruce, gire a la derecha*», se oyó decir a la voz femenina del navegador.

«*Ahora, gire a la derecha*».

Alessia dio un volantazo cuando casi se pasa el desvío, y se adentró por un camino sin línea divisoria ni arcén. Las construcciones se espaciaban más y las farolas desaparecieron, cobrando de nuevo protagonismo los haces de luz cónicos que desprendían los faros del todoterreno. Ella seguía de piedra.

James disfrutó por un momento viendo su expresión exageradamente ausente. «Eso es imposible». «Se está echando un farol». «Está muerta». «¿O no?». Se imaginó que esas preguntas y otras muchas estarían ahora hostigándola en su cabeza. Al fin, ella debió de comprenderlo todo porque su gesto mudó al que se pone cuando una persona asume una evidencia. Relajó los gestos e incluso estiró tímidamente los labios.

—De modo que, después de todo —dijo ella al retrovisor—, Patricia sobrevivió al tiroteo, pero ¿por qué ocultarlo?

Allen decidió satisfacer su curiosidad.

—Digamos que Ramírez no se fiaba de tus amigos influyentes.

—¡Bravo por la agente especial Ramírez! Mujer lista —exclamó con entusiasmo—. Aunque no lo creas, James, me encantan las pelis en las que ganan los buenos. —Pese al nuevo revés que suponía aquella

revelación, volvió a mostrarse confiada y segura de sí misma. Tal vez, después de todo, fuera más fácil conseguir que James la siguiera por propia voluntad si existía una posibilidad de que sus amigos siguieran con vida.

«*A doscientos metros, habrá llegado a su destino*».

Cuando el olor a mar se intensificó, el camino llegó a su fin y Alessia paró el vehículo. Ante ellos se abría el puerto construido al amparo de la dársena natural que formaba la isla de Slumbay. A esas horas y con el chaparrón que caía, no se veía un alma en la zona. Las embarcaciones de pesca estaban amarradas a sus boyas y se balanceaban de un lado a otro empujadas violentamente por unas aguas encrespadas.

—Alessia —le dijo James, inclinado hacia el asiento delantero sin que Maurice le quitara ojo—, conozco mejor que nadie *Loch Carron*. Crecí navegando en él. No te dejes engañar por su nombre. No es un lago, es un mar interior, y su furia puede ser terrible, máxime en el punto en que se une al Atlántico. Navegar con esta meteorología es una auténtica locura.

—Pues ya sabes, tendrás que ayudarnos si no quieres que dentro de unos cuantos años otro arqueólogo marino perturbe tu descanso eterno.

Carmichael siguió en todo momento las indicaciones que le iba dictando Alex a su lado. Tomaron el atajo y se plantaron en Slumbay en un tiempo récord. Más adelante, vieron un Toyota Cruiser metalizado detenido al final del camino y aflojaron un poco la marcha. Siendo sinceros, estaban tan enfrascados en la tarea de alcanzar al coche en el cual iba James secuestrado que cuando lo hicieron cayeron en la cuenta de que no habían planificado su siguiente paso. Scott no iba armado. Al inspector jefe no se le pasó siquiera por la imaginación que fuera a necesitar su arma de reglamento durante un fin de semana de descanso.

—Vale, y ahora, ¿qué? —se preguntó Dave, deteniendo del todo el Range Rover a unos metros por detrás del Toyota.

—Parece que no hay nadie —aventuró Scott atisbando entre la lluvia.

La pareja se apeó entonces despacio y se aproximó al vehículo con movimientos cautelosos. Por encima del murmullo del agua sonó un traqueteo constante. Se detuvieron en el acto e intercambiaron miradas. Tan pronto como se percataron de lo que estaba ocurriendo, sustituyeron la prudencia por el impulso de salvar a su amigo y salieron corriendo hacia el embarcadero.

Para su desasosiego, solo llegaron a tiempo de ver cómo un barco

de pesca con las luces de navegación apagadas se difuminaba en la tormenta y se adentraba en las revueltas aguas de *Loch Carron*.

Dave, apartándose el agua de la cara, rezó para que el mensaje que había dejado llegara a tiempo a las manos adecuadas.

La proa del *Rebecca* hendía penosamente las furiosas aguas del Atlántico que se abrían ante ella, con la torpeza de quien pretende correr entre barrizales. En cada ola de tres metros, la embarcación se sumergía en su seno para casi de inmediato volver a resurgir en la cresta espumosa de la siguiente. El temporal arreciaba azotando la cubierta con violencia y barriendo al mar cuanto encontraba a su paso sin sujeción. Cada golpeo provocaba sonidos de tensión y crujidos en alguna parte de la embarcación.

Con las ropas mojadas, Alessia, James y Maurice se habían cobijado del viento y la lluvia en la timonera. Decorada con paneles imitando la madera, disponía de una radio y de un cuadro de mando repleto de botones y palancas para controlar la navegación. Sobre una consola había un monitor encendido que mostraba la localización del *Rebecca* respecto a la línea de costa. A muchas millas náuticas a la redonda no había ninguna otra embarcación que pudiera auxiliarlos.

James miró al haitiano manejar el timón con cierta pericia. Más le valía. Su vida iba en ello. Navegaban en un palangrero de no más de quince metros de eslora. Aquel barco era de pequeño calado y el escocés sabía que no estaba preparado para sufrir durante mucho tiempo los embates de un mar tan encrespado. Cada vez que cabeceaba entre olas penetraba una buena cantidad de agua salada en la zona de carga, y pronto resultaría demasiado pesado para su único motor diésel de trescientos cincuenta caballos. Entonces dejaría de funcionar, el barco quedaría sometido al vaivén del oleaje y, más pronto que tarde, terminaría volcando.

Eso era exactamente lo que ocurriría, si no conseguía detener esa locura.

Mientras con una mano Alessia se aferraba a un mamparo, con la otra se sujetaba el estómago. El bamboleo del barco de pesca era el culpable de que pareciese que la sangre se había evaporado de su rostro.

—Alessia, por favor —insistió James—. No sobreviviremos.

—Pues que así sea —replicó ella con determinación.

En ese momento, James comprendió que Alessia nunca había tenido intención de salir de aquel barco. Era un viaje hacia ninguna parte.

—Maurice, ¿es que quieres morir? —le preguntó entonces al haitiano en francés, intentando algo desesperado.

El hombre ni se inmutó ante las palabras de James. Seguía

aferrando con denuedo el timón con la vista puesta más allá del ventanal de la cabina. La visibilidad, en aquellas condiciones, era casi nula.

—Vaya, vaya, James. También hablas francés. Nunca dejarás de sorprenderme…

La repentina embestida de una ola de varios metros escoró el palangrero a babor. Un brutal crujido emergió de sus entrañas. Los tres rodaron por la timonera, golpeándose contra los mamparos. Milagrosamente, el *Rebecca* recuperó el equilibrio. No obstante, sin las fuertes manos de Maurice sujetándola, la rueda del timón daba vueltas sin cesar y el barco viró demasiado rápido, ofreciendo el costado a las olas.

Con un gran esfuerzo, James se sobrepuso y logró ponerse de pie. Alessia parecía haber perdido el conocimiento y Maurice gruñó al tiempo que se llevaba una de sus manazas al costado.

—Maurice, tenemos que salir de aquí, ya. Esto se va a ir a pique —le dijo, con premura.

El hombre lo miró un momento mientras trataba de levantarse.

—Márchate tú —le contestó para su sorpresa. Jamás le había dirigido una sola palabra.

James fue a ayudar a Alessia, pero unos dedos robustos se cerraron en torno a su muñeca, deteniéndolo.

—Ella no va a ninguna parte, y yo tampoco.

—¡No la pienso dejar aquí!… ¡Joder, agárrate! —gritó mirando por la ventanilla hacia una gigantesca ola que se elevaba al menos cuatro metros sobre la superficie.

La timonera volvió a oscilar con el golpe, esta vez peligrosamente. El cristal reventó y una mezcla de agua y esquirlas cayó encima de ellos. Justo entonces, el motor dejó de funcionar.

—¡Lárgate ya! —dijo Maurice—. Yo la cuidaré hasta el final.

James vio la determinación en sus ojos. Sabía que no lo convencería. Podía quedarse y morir con ellos, o saltar por la borda. Las opciones de sobrevivir tampoco es que mejoraran mucho. Si no se ahogaba en medio de aquel temporal, moriría de hipotermia en menos de una hora. ¿Qué hacer? La decisión la tomó con rapidez y eligió el mal menor, al menos tendría una oportunidad.

—*D'accord* —dijo al fin. Luego fue directo a la emisora del barco, seleccionó el canal dieciséis de VHF de emergencias, agarró el micrófono y se lo llevó a la boca—: *¡Mayday! ¡Mayday! ¡Mayday!* Aquí barco de pesca *Rebecca, whisky*, kilo, seis, uno, seis. Latitud… cinco, siete, punto, tres. Longitud… negativo cinco, punto, siete. Naufragio inminente. Repito: naufragio inminente. Dos personas a bordo y una en el mar. Aquí *Rebecca, whisky*, kilo, seis, uno, seis. Terminado.

Repitió el mensaje dos veces más.

A continuación, dejó el micrófono y rebuscó en los armarios, hasta que localizó un chaleco salvavidas. Tras ajustárselo al cuerpo, cruzó la timonera camino de la cubierta. Con la mano en el tirador de la puerta, Allen lanzó una última mirada al interior. Maurice estaba sentado en el suelo, con la espalda contra un mamparo y su ancho brazo rodeando los hombros de Alessia, que se había espabilado. Ella tenía los ojos clavados en el escocés.

—Adiós, James —dijo ella, imperturbable.

—Adiós, Alessia.

—James.

Él se detuvo.

—Antes de que te marches, necesito contarte algo. Considéralo un gesto de agradecimiento por lo que hemos vivido.

James aguardó, expectante.

—Tu mujer no murió de aquella enfermedad. La asesinaron.

La noticia dejó a James noqueado.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué estás diciendo?!

—Sabes que digo la verdad. Se lo pidieron al Haitiano. Le dije que no aceptara el trabajo, pero resulta obvio que alguien sí lo hizo.

Los ojos de ella le gritaban que estaba diciendo la verdad y el rostro de James se endureció como la roca.

—¡¡¿Quién fue?!! ¡¡¿Quién lo hizo?!!

En ese momento, el barco maltrecho volvió a escorarse demasiado, mientras se alzaba y caía con una ola. El agua inundaba la timonera. El tiempo se agotaba. Alessia ya no lo miraba. Tenía los ojos cerrados. Comprendió que nunca se lo diría. Entonces, aún apabullado por la noticia, tiró de la puerta y se abalanzó fuera de la timonera.

El sonido del mar y el vendaval lo ocupaban todo. Aferrándose a la barandilla, se condujo por la cubierta contra las rachas de viento de ciento veinte kilómetros por hora hasta llegar a la popa. El barco se hundía. La distancia que lo separaba de la superficie del mar era de apenas un metro. Antes de lanzarse por el costado, activó la radiobaliza del chaleco.

Se hundió en la oscuridad y el frío.

Todo sonido quedó ahogado.

El estado de *shock* al que lo habían sumido las palabras de Alessia desapareció.

La fuerza del oleaje lo volteó varias veces.

La temperatura del agua no superaría los siete grados y solo el buen estado de forma de James evitó que su corazón se parase por el choque del frío. Tras verse arrastrado de nuevo a la superficie, se llenó los pulmones de aire y nadó entre olas y espuma para alejarse todo lo posible de la embarcación. La teoría de que un barco hundiéndose provoca la succión de cuanto está a su alrededor era discutida, pero

no estaba dispuesto a ponerla a prueba… por si las moscas. Además, moverse era la única opción viable para conservar el calor. Enseguida se debilitó. Sintió los primeros síntomas de la hipotermia y perdió el control sobre brazos y piernas. Casi de inmediato, llegaron los calambres. Entonces, dejó de patalear y quedó a merced de las olas, que lo llevaban de un sitio a otro como un tapón de corcho…

La asesinaron…

La asesinaron…

En un estado de semiinconsciencia, James creyó ver una sirena emergiendo de las profundidades envuelta en un cerco luminoso, tenue y difuso. En el cielo, centenares de pájaros blancos y rojos batían sus alas al unísono en un brillante espectáculo de luz.

Todo a cámara lenta. Muy lenta.

A continuación, como en un sueño extremadamente vívido, su cuerpo abandonaba el mar y se alzaba al cielo.

¿Así era la muerte?

Volvió a caer en el abismo…

Entreabrió los ojos…

Estaba confuso…

Todo a su alrededor se movía…

Quiso incorporarse, pero una mano se lo impidió con suavidad pero con firmeza. Alguien habló entre un zumbido. Una manta térmica dorada ocultaba su cuerpo. Estaba pálido. Blanco. Los labios amoratados. Una máscara de oxígeno cubría su nariz y su boca. Sus párpados terminaron de subir y miró hacia todas partes sin poder mover la cabeza. El cuello estaba inmovilizado por un recio collarín. Se hallaba en una cabina estrecha. Tumbado sobre la espalda. El zumbido se transformó en el rotor de un helicóptero S-92. En un soporte de metal había unas palabras escritas en inglés:

«GUARDACOSTAS DE SU MAJESTAD»

La llamada de Carmichael, después de todo, había llegado a su destino.

****

Agradecimientos

Siempre que termino de escribir una novela siento un enorme vacío. Sé que pronto se llenará con el torbellino de ideas que se desata en mi cabeza cuando me pongo a pensar en la siguiente entrega de la saga, pero aun así es inevitable ese sentimiento. He de reconocer que, cuando comencé a contar historias hace cuatro años, nunca pensé que llegaría tan lejos. Un manido proverbio, que creo es africano, viene a decir que si quieres caminar rápido, debes viajar solo, pero si quieres llegar lejos, mejor ir acompañado. Y eso es precisamente lo que siento: que estoy viajando de la mano de un montón de personas a las que, a la mayoría, no conocía de nada.

En un momento de la novela, James hace la siguiente reflexión: «Entre ellos nadie era prescindible. Todas y cada una de las vidas eran importantes». *La verdad es que eso mismo me ocurre a mí.*

Os necesito a todos. Nadie sobra: lectores y colaboradores.

Unos y otros ayudáis desinteresadamente a que James, Patricia, Alex, Collins, Carmichael, Murphy, Anne Marie, Zeus, Diana y Khentii, y otros muchos personajes que van y vienen, puedan seguir danzando por este mundo.

Por eso, en esta ocasión, no voy a nombrar a nadie. No me perdonaría olvidarme de uno solo de vosotros. Así pues, vaya mi más sincero agradecimiento a todos los que viajáis conmigo.

Relatos de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS TIEMBLAN (1)

Las brumosas Highlands sirven de marco ambiental a un asombroso relato de misterio. El espeluznante hallazgo de las vísceras de cuatro adolescentes en los páramos escoceses tiene aterrorizada a la población de la pequeña localidad de Lochcarron, que ve en estas mutilaciones la mano de «el que Susurra», un espíritu celta ancestral que habita en los lagos.

Un *thriller* ingeniosamente construido en el que el arqueólogo marino James Allen y la agente novata Patricia Banner, de la Policía de Escocia, pondrán a prueba sus creencias en una encarnizada lucha contra un oscuro adversario.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO (2)

1540. Una expedición de soldados españoles queda consternada ante los espeluznantes cadáveres mutilados que encuentra en la selva amazónica.

Actualidad. Una idílica y remota isla del Mediterráneo esconde un oscuro secreto. Desde hace siglos sus habitantes son asesinados brutalmente. Sin embargo, los isleños guardan un silencio cómplice.

James Allen y sus compañeros se verán envueltos de nuevo en una realidad aterradora. Lo que comenzó como unas vacaciones para preparar una boda en la isla griega de Gavdos, se convertirá en un episodio trágico de funestas consecuencias. Fuera de su hábitat, no solo deberán hacer frente a un siniestro grupo denominado la Hermandad, sino también a una oleada de asesinatos idénticos a los acaecidos casi cinco siglos atrás, a once mil kilómetros de distancia.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS (3)

Una misteriosa enfermedad contraída en un monasterio budista. Los lugareños la achacan al *Ulama,* «el pájaro diablo». Su espeluznante canto anuncia la muerte.

Dos mujeres brutalmente asesinadas en la escocesa isla de Skye. El asesino ha tatuado una cruz en la mano derecha de las víctimas y ha dejado un críptico mensaje grabado con sangre: «Que Dios se apiade de nosotros».

Una terrorífica amenaza olvidada en el Reino Unido desde que la Gran Plaga asolara la capital londinense en 1665.

Un asesino de masas ha regresado del pasado para concluir su trabajo: un patógeno viral llamado «Génesis».

TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS (4)

Un experimento nazi en la población de Salem pondrá en jaque al mundo, varias décadas después.

Tras impartir una conferencia en la Universidad de Chicago, James Allen conocerá a Alessia, una joven italoamericana que le pedirá ayuda para encontrar a su padre, secuestrado por un poderoso grupo denominado Sol Negro. El rescate: un maletín de la Ahnenerbe, una siniestra organización nazi, que lleva más de setenta años ocultando un terrible secreto en su interior.

Junto con una brillante agente especial del FBI, el escocés y Patricia Banner se enfrentarán a una serie de extraños asesinatos. Sin poder evitarlo, ambos se verán envueltos en una conspiración que implicará al mismísimo presidente de Estados Unidos**.**

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN (5)
EN OCTUBRE 2021

¿Murió Victoria Meier realmente de una enfermedad o fue víctima de un malévolo plan para acabar con su vida?

Dos acontecimientos, en apariencia casuales, conducirán a la respuesta:
1.- Un desconocido dispara a James Allen a las puertas de una escuela de Lochcarron.
2.- El secuestro de Collins, un exhacker que trabaja para una agencia de inteligencia británica.

Egipto, Estocolmo, Bretaña, Suiza, Reino Unido y, finalmente, el Monte Saint-Michel. Un *thriller* que guiará al lector por algunos de los lugares más enigmáticos del mundo.

DESCUBRE LA PRÓXIMA LECTURA DE
ARTURO FUENTES DE LA ORDEN

Sigue al autor en **AMAZON** y recibirás un correo electrónico con sus novedades.

[1] *En español: «Soga del Diablo». (N. del a.)*

[2] *Máximo rango militar de las SS, cuyo cargo ocupaba Himmler. (N. del a.)*

[3] *En español: «América Primero» (N. del a.)*

[4] *Referencia a los personajes principales de la serie de televisión* Expediente X. *(N. del a.)*

[5] *Acrónimo de President Of The United States. (N. del a.)*

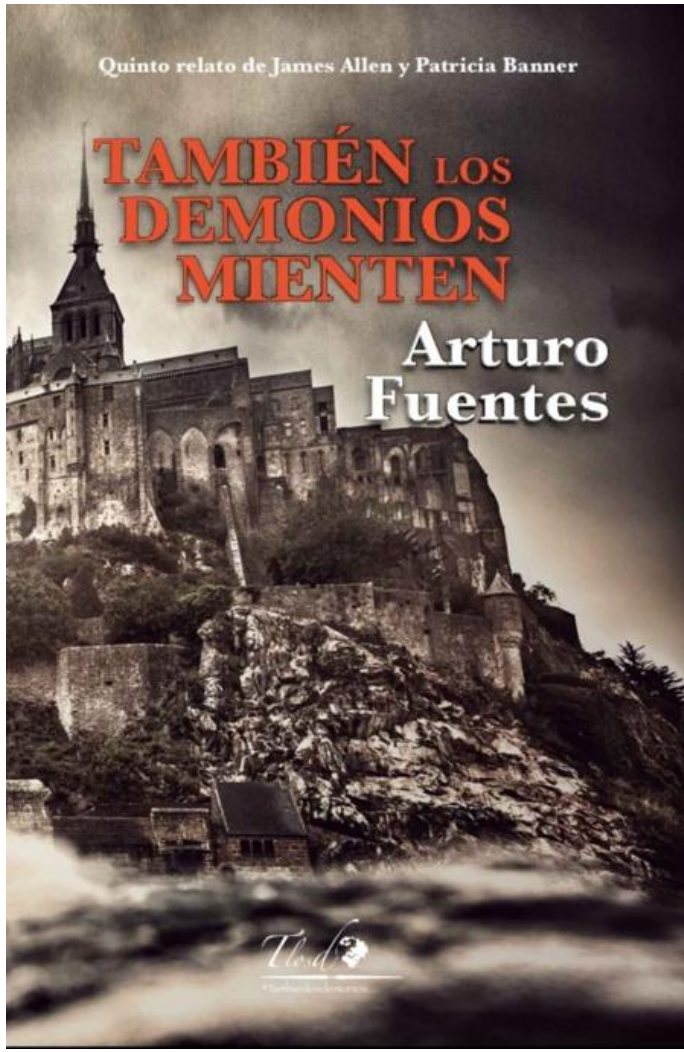
[6] *El Servicio Secreto pone un alias para cada nuevo presidente. Como curiosidad, las iniciales del presidente y la primera dama siempre coinciden. (N. del a.)*

Quinto relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN

Arturo Fuentes

Tlosd


Quinto relato de James Allen y Patricia Banner
TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN
Arturo Fuentes

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN

Quinto relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN

Arturo Fuentes de la Orden

Edición octubre 2021

© Arturo Fuentes de la Orden

ISBN: 978-87-47-24824-3

Diseño de la portada: Arturo Fuentes de la Orden
Imagen: iStock.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

Arturo Fuentes de la Orden nació en Huelva en 1968; casado, actualmente reside en la madrileña localidad de Las Rozas. Se graduó en Derecho por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE) y durante veinticinco años se ha dedicado al mundo de la empresa, ocupando diversos puestos de responsabilidad.

La publicación de su primera novela en 2017, *También los demonios tiemblan* (galardonada con el certamen literario «Isla de las letras 2018»), supuso el comienzo de la saga de aventuras *También los demonios…* (disponible en Amazon), protagonizada por el arqueólogo marino escocés James Allen y la sargento Patricia Banner de la Policía de Escocia.

Twitter: @afuentesorden
Facebook: Arturo Fuentes de la Orden
Instagram: @arturofuentesdelaorden
Email: afuentesdelaorden@gmail.com
Blog: http://arturofuentes.blog

Prólogo.
Un abrazo fraternal…
LA CIUDAD
DE LOS MUERTOS
1.
El tirador…
2.
Nos vigilan…
3.
¡La asesinaron!…
4.
Sufro de aerofobia…
5.
El tren fantasma de Silverpilen…
6.
El hangar de Prestwick…
7.
Una sonrisa de oreja a oreja…
8.
El señor Smith…
9.
El Mayordomo…
10.
Al Qarafa…
11.
Hiğāb, ḥiğāb…
12.
Do you speak english?…
13.
¡Cristal roto, espejo roto!…
14.
Capitán Princess Alyssa…
15.
El mundo de los vivos…

16.
Tenemos que hablar…
17.
Muerte en el Nilo…
18.
Se anuncia un asesinato…
19.
Telón…
20.
Maldad bajo el sol…
21.
Cita con la muerte…
22.
La venganza de Nofret…
23.
La espía que surgió del calor…
24.
Tan ingenuo como un niño…
25.
La habitación 803…
26.
Katya…
LA CUARTA PLAGA
27.
El enjambre…
28.
Una nota y una llave…
29.
¿Qué hacemos en Estocolmo?…
30.
Unos fettuccinne y una pizza…
31.
Allanamiento…
32.

La campanilla del ascensor…
33.
La carcasa de un ser humano…
34.
Ábrete, Sésamo…
35.
El pasadizo secreto…
36.
Unos puntos de sutura…
37.
O, Scarpia, avanti a Dio!…
38.
La caja A-3451…
39.
El contenido de la caja…
40.
El traductor…
41.
Una violenta persecución…
42.
Quid prodest?…
43.
El conejo huyendo del zorro…
44.
Una chica lista de verdad…
45.
Unas instalaciones abandonadas…
46.
El comandante Wells…
47.
Bienvenidos a la Bretaña francesa…
48.
Un fantasma llamado Johann Schmidt…
49.

La historia del comandante Wells…
50.
Un soberano bofetón…
51.
Una cara sonriente con tres corazones…
52.
El toque de campana…
53.
Ahora les pertenezco…
54.
La oscuridad cubrió sus almas…
55.
El hombre de mirada aterradora…
56.
Una bola negra de metal…
57.
Un duelo a espada…
58.
Un par de tarjetas de crédito…
59.
Marina se sincera…
60.
Los hermanos Hans y Malik Schmidt…
61.
Hijo de herrero…
62.
Sin vuelta atrás…
63.
Un paraje desangelado…
64.
Houston, tenemos un problema…
65.
Una voz meliflua y tranquila…
66.

Es hora de hacer una llamada…
67.
Tengo una historia que contarle…
68.
La policía busca a dos extranjeros…
69.
Solo para sus ojos…
70.
Una parada no prevista…
71.
Terroristas peligrosos…
72.
Una pésima idea…
73.
El plan B…
74.
Directo al sol descendente…
75.
Un hierro candente en el pecho…
76.
Un genio moderno…
77.
La tela de araña…
CASTILLO DE HADAS
78.
El gato y el ratón…
79.
El arcángel san Miguel…
80.
La pleamar…
81.
Un nuevo orden mundial…
82.
El individuo cero…

83.
Tuve hambre, y me disteis de comer…
84.
La huida…
85.
Atrapados en el claustro…
86.
¡Un puñetero suicidio!…
87.
Sin tiempo…
88.
Tuve sed, y me disteis de beber…
89.
¡Chúpate esa, caraculo!…
90.
Una lengua de agua…
91.
A vida o muerte…
Epílogo.
Agradecimientos
Relatos de James Allen y Patricia Banner

A James, Patricia, Collins, Alex,
Carmichael, Kieran, Victoria, Anne
Marie, Zeus, Diana y Khentii:
mis personajes.

Doy la bienvenida al universo
También los demonios… *a*
Katya, quien llega para quedarse.

«La vida es aquello que va sucediendo mientras estás ocupado haciendo planes».

John Lennon

Prólogo.

Un abrazo fraternal…

Riga, Unión Soviética
Enero de 1963

Lo que diferencia a un viajero de quien sencillamente se mueve de aquí para allá es el equipaje. Probablemente esa fue la razón por la cual esa mañana de viernes al salir de su apartamento para dirigirse al trabajo, el profesor se limitó a echar en la cartera aquello que más valor tenía para él: un cuaderno. Un cuaderno común de piel algo rozada que contenía las notas de los experimentos que él mismo había realizado durante los últimos veinte años.

Más tarde, cuando el profesor abandonó la universidad a la hora de costumbre, llevando puesta la ropa de siempre y con su vieja cartera de mano colgada al hombro, nada hacía presagiar la catástrofe que se avecinaba.

«Actúa con naturalidad, camina tranquilo».

Esforzándose por reprimir unos andares que pudieran delatar la ansiedad que escondían, burló la berlina de color negro habitualmente estacionada delante del edificio de la universidad y se subió a la bicicleta. Como si tal cosa, se incorporó al tráfico de la ciudad pedaleando con cautela sobre un firme húmedo y resbaladizo.

Uno de los dos hombres vestidos de riguroso negro sentado en el interior del vehículo miró el reloj e hizo una anotación con mala letra, justo debajo de otras notas de seguimiento:

«4/01. 12:35 h. Profesor Schmidt deja universidad».

Aquellos hombres no cometían errores. No se dormían. No se despistaban. Nunca. Jamás. Sus informes eran puntuales y precisos.

Desde otro Volga aparcado ante la estación de autobuses, otro par de hombres contemplaron al profesor llegando a la terminal diecisiete minutos más tarde. Lo vieron asegurar la bicicleta en una farola, encaminarse tranquilamente a la taquilla, y luego subirse a un autocar con destino a la ciudad de Ventspils. Los dos agentes intercambiaron una mirada extrañados. Como impulsado por un resorte, el que ocupaba el asiento del

acompañante abrió la portezuela y se acercó en dos zancadas largas a la cabina de teléfono de una calle transversal. Tras hacer una rápida llamada, volvió al coche.

—Síguelo —*ordenó al conductor, que arrancó el motor y se dispuso a seguir al autobús que acababa de abandonar la dársena, con el característico perfil del profesor Schmidt dibujado en una de sus ventanillas.*

Por supuesto, el profesor sabía que era objeto de vigilancia. Ni un solo día de los últimos dieciocho años habían dejado de seguir todos y cada uno de sus movimientos. De modo que en ningún momento trató de escabullirse. No aún. El autocar dejó atrás la ciudad y tomó la carretera que iba a la costa. De vez en cuando, lanzaba ojeadas por encima del hombro con curiosidad. Ahí continuaba el Volga negro. A unos cien metros por detrás del autobús. A veces quedaba oculto en una curva de la carretera, para reaparecer de inmediato al enfilar las rectas.

El tiempo en el litoral era aún peor de lo que había oído. Azotado por un temporal que iba cobrando fuerza, el mar estaba gris y encrespado. El profesor observaba el cielo por su ventanilla con la frente fruncida. El estado de nervios que padecía dejó paso de inmediato a la preocupación. Temía más a la madre naturaleza que a los toscos métodos de la KGB. Sus agentes resultaban tan obstinados en su labor como infantilmente predecibles. Para ellos todo se reducía a la aritmética: si «un» profesor Schmidt llegaba a Ventspils, «otro» profesor Schmidt debía salir de Ventspils.

Y así sucedería…

Precisamente en ese momento el autobús hizo un giro brusco y se paró bajo una marquesina sujeta por pilares fabricados del material de construcción favorito en la Unión Soviética: el hormigón. En medio de una agitación estertórea se detuvo el motor y con un postrero suspiro se abrieron las puertas. Los pasajeros se diseminaron, tomando diferentes caminos. El profesor se subió el cuello de su abrigo, miró a su alrededor para orientarse y se puso en marcha buscando el mar.

En parte a través de calles y en parte a campo traviesa, llegó a la otra punta del pueblo, a un lugar desolado. Sobre una duna desde donde se dominaba la playa se quedó parado, con los zapatos hundidos en la arena, respirando el aire salado mientras daba de comer a las gaviotas.

Desde la carretera, que quedaba a unos cien metros a sus espaldas, un agente no le quitaba el ojo de encima apoyado contra el chasis de un coche con el motor al ralentí. Aquel hombre apartó la vista del profesor solo un segundo, para hacerse con un cigarrillo y un encendedor que guardaba en el bolsillo de su abrigo. Cuando devolvió la mirada a la duna, no halló ni rastro de él. Schmidt se había esfumado, evaporado como por arte de magia. El agente de la policía secreta dio un brinco al tiempo que, maldiciendo, tiraba el cigarrillo incandescente al suelo. Entonces abrió con

un gesto brusco la portezuela del conductor y habló con tono apremiante a su compañero. Se repartieron por la zona y volvieron a reunirse media hora más tarde. Las huellas llevaban al mar, luego desaparecían.

La expresión que exhibían lo decía todo. Un simple profesor de Física se había burlado miserablemente de ellos.

En cuanto al profesor Schmidt, corrió todo lo rápido que le fue posible por el agua helada, y únicamente cuando creyó estar lo bastante lejos, aflojó un poco la marcha. Sin permitirse un descanso para recuperar el aliento, continuó con paso rápido un trecho más, sin apartarse de la orilla, donde las olas, con sus embestidas, borraban las pisadas que iba dejando en la arena. El temporal arreciaba y volvió a preguntarse si un barco pequeño podría navegar en aquellas condiciones. Ahuyentó aquella idea de la cabeza, procurando no sacar conclusiones precipitadas ni adelantar acontecimientos.

Entretanto, la tarde gris seguía avanzando hacia el anochecer. Poco después vislumbró en lo alto de un acantilado la borrosa silueta troncocónica del faro, resaltando contra el fondo de un cielo cada vez más oscurecido, sin crepúsculo, ni luna ni estrellas. En la punta, una brillante luz centelleaba cada pocos segundos, proyectando rayos de luz al mar. A esas alturas estaba mojado y sentía frío, pero aquella visión animó al profesor.

Tras media hora de huída, dejó por fin la playa metiéndose por un camino pedregoso que le condujo hasta la cima del acantilado, y de ahí, a la puerta de una construcción de forma rectangular adosada al faro. Con el pie derecho hizo un dibujo en la arena y llamó a la puerta pintada de verde. No de cualquier manera. Dos golpes-parada-tres golpes. En respuesta a la llamada, se encendió una luz en el interior e inmediatamente después debajo del dintel apareció un hombre con la cara quemada por el sol. Después de escrutar al profesor, bajó la mirada y la posó en el dibujo hecho en la arena. Entonces, con su pie, completó un pez.

—Pase —*dijo abruptamente en ruso, al tiempo que se apartaba para dejarle paso.*

El profesor entró a una estancia rectangular, con una ventana y sin puertas, aunque a su lado una escalera subía retorciéndose hasta la lámpara del faro.

Antes de cerrar la puerta, el farero removió la arena, borrando el dibujo del pez, y echó un vistazo precavido a los alrededores. Todo parecía seguro y en calma. Nada más cerrar, el ruido del viento se amortiguó bastante; sin embargo, la ventana no paraba de vibrar.

—Estará helado. Acérquese al fuego.

El profesor obedeció con pasividad y, aunque la estancia estaba caldeada, aproximó a la chimenea un taburete de madera. Se arrebujó bajo una manta echada sobre los hombros y, con un tazón de caldo de pescado hirviendo entre las manos, alargó los pies hasta casi rozar las

brasas. En unos minutos el castañeo de dientes cesó.

—A medianoche deberá estar en la playa *—le dijo el farero con su tono seco.*

De repente alguien aporreó la puerta.

Entre el silencio que los rodeaba y el viento, aquel ruido por sorpresa provocó un estremecimiento en ambos hombres, que congelaron sus movimientos súbitamente y se buscaron con la mirada. El farero le señaló al profesor con gestos violentos que guardara silencio y se acercara a él. Mientras lo hacía, apartó una mesa rústica de centro y levantó una raída alfombra, revelando una trampilla en el suelo que escondía una cavidad lo suficientemente amplia para albergar a una persona adulta, aunque sin ninguna comodidad.

Se repitieron los golpes, acompañados esta vez de voces apremiantes. La robusta puerta brincó sobre sus goznes. Los visitantes se impacientaban.

Una vez que el profesor se dejó caer dentro, el farero cerró la trampilla acompañándola con las manos y devolvió todo a su sitio en un santiamén. Se apresuró luego en abrir la puerta. Dos hombres con cara de pocos amigos provistos de abrigos negros mojados y bigote militar lo apartaron de un empujón y rebuscaron por la casa-faro. Naturalmente, aquellos tipos solo podían ser de la KGB; y en efecto, lo eran. Sin decir nada, se dividieron. Uno fue arriba por las escaleras en espiral, dejando en los peldaños sus huellas barrosas. A su vez, el otro agente se puso a dar vueltas por la estancia, sometiéndolo todo a un minucioso escrutinio. El farero permaneció en todo momento sentado en una butaca, estrujándose los dedos sin apartar la mirada del suelo. Podía ser una manifestación de culpabilidad. O tal vez solo nerviosismo. La KGB solía despertar ese sentimiento.

Sonoras pisadas procedentes de la escalera anunciaron la reaparición del agente en la habitación. No había encontrado nada sospechoso. Se situó entonces delante del farero, sobre la alfombra, justamente encima de la trampilla que cerraba sobre la cabeza del profesor, y comenzó a interrogarlo de un modo casi telegráfico.

—¿Dónde esconde al profesor?

—No sé nada de ningún profesor, camarada.

—¿Ha visto a este hombre? *—Le muestra una fotografía.*

—No, camarada. ¿Quién es?

—¿Qué hacen ahí esa manta y ese bol?

—Mucho frío, camarada.

—El suelo está mojado, ¿por qué?

—Hago una última ronda por la playa antes de acostarme, camarada *—dijo, indicando el impermeable mojado que colgaba de un gancho y un farol apagado a sus pies.*

—¿Por qué está removida la arena de la entrada?

—No…, no me he dado cuenta, camarada. ¿Lo está?

—¿No habría un dibujo? ¿Tal vez una clave?

El farero movió la cabeza repetidas veces.

—No sé nada de claves, camarada. Soy un simple farero.

Uno de los agentes le alargó una tarjeta con un teléfono escrito.

—Si ve u oye algo extraño, nos llamará.

No era una pregunta.

—Sí, camarada; por supuesto, camarada.

Los dos agentes de la KGB se marcharon. El farero aún temblaba cuando se precipitó de un salto a la ventana. Se calmó un poco solo al advertir dos luces rojas alejándose por la carretera y desaparecer repentinamente engullidas por la noche tormentosa. Entonces apartó la mesa y la alfombra, y levantó la trampilla. Las bisagras estaban bien engrasadas y no emitieron ningún chirrido. El farero se inclinó sobre el negro agujero, y con timbre aún tembloroso anunció:

—Ya puede salir, profesor.

—Necesito su ayuda, por favor.

El farero se inclinó todavía más. De pronto, dos brazos se proyectaron desde el fondo de la cavidad y lo agarraron por las muñecas. Sintió un repentino tirón y fue arrastrado de cabeza a la oscuridad, quedando grotescamente colocado, con medio cuerpo dentro y las piernas por fuera. Antes de saber qué ocurría, dos manos poderosas rodearon su cuello, estrangulándolo. Por un momento el farero, anonadado, quedó petrificado. Pero luego pataleó, chilló, se retorció… En un principio desesperadamente, pero al cabo de los minutos con más torpeza. El oscuro y claustrofóbico habitáculo se llenó rápidamente de gemidos brutales y expresiones inarticuladas. Dominado por la angustia más atroz y abandonado por las fuerzas, el farero dejó de oponer resistencia, aguardando quizás un milagro que no llegaría. Transcurrido un interminable lapso de tiempo, lo último que se oyó claramente fue un espantoso sonido sibilante; luego todo quedó envuelto en un silencio terrible.

El farero no respiraba; su cuerpo, lánguido y retorcido.

La cabeza y los hombros primero y el tronco del profesor después aparecieron por el agujero. Jadeaba después del brutal esfuerzo. Una vez afuera, abatió la trampilla con un golpe sordo, desenrolló la alfombra y volvió a poner la mesa encima. Todo ejecutado con la máxima frialdad. En ese justo momento, el reloj de carrillón dio la primera campanada de las doce. Una vez calmado, se arregló un poco el pelo y el desaliño de su ropa. Después de echar un vistazo general y encontrarlo todo a su gusto, se dispuso a abandonar el faro, con su cartera de mano colgada al hombro.

Camino de la puerta pintada de verde, se apoderó del farol apagado con un único pensamiento ocupando su mente: para cuando alguien descubriera el cuerpo sin vida del farero, el profesor Malik Schmidt ya habría dejado de existir.

Esa misma mañana, tres personas embarcaron en un cerquero frente a las costas suecas de Nynäshamn, y diez minutos más tarde surcaban las aguas del mar Báltico rumbo al este a una velocidad de veinte nudos. Al principio el mar estuvo plácido y calmo bajo un tibio sol invernal; hacia el mediodía el tiempo comenzó a cambiar: nubarrones cubrieron el cielo y el mar se revolvió; y ya cuando anochecía, a unas pocas millas de la costa letona, se desató la gran tormenta y las aguas que se extendían ante ellos fueron encrespándose hasta el punto de resultar peligrosa la navegación.

Así estaban las cosas cuando en medio del aguacero entrevieron la luz del faro de Ventspils. Milagrosamente la embarcación había soportado los embates del mar, pero aquello todavía no había terminado, ni mucho menos. Aún tenían que recoger al desertor en la costa y dirigirse a las coordenadas de encuentro, donde los esperaba el USS Thresher*, un submarino nuclear de ataque en cuyas entrañas viajarían a Norfolk, Virginia.*

Muchas cosas podían todavía salir mal.

En esto barruntaba el comandante Wells de los Rangers apretujado en la estrecha timonera junto a sus dos compañeros en aquella misión —el sargento Fletcher y Cedergen, su enlace local—. La embarcación empezó a perder velocidad.

—¡Este es el lugar, pero no podemos acercarnos más, o el fuerte oleaje nos arrastrará sin remedio hasta la orilla! —gritó Cedergen para hacerse oír.

El radar no detectaba ninguna otra embarcación en las cercanías.

Wells dejó la cabina con unos prismáticos en la mano y se encaminó a la proa. Tratando de mantener el equilibrio, oteó los difusos contornos de la costa a la luz de los relámpagos, calculando que estarían a unos doscientos metros de distancia. En línea oblicua, frente a él, se extendía la playa en la que desembarcarían. En ambos extremos de esta se alzaban acantilados rocosos, imposibles de soslayar. Luego, apartándose el pelo mojado de la cara, comprobó en su cronógrafo que pasaban treinta y dos minutos de la hora prevista. La noche no es que fuera cerrada, era una auténtica guarida de lobos. Y no solo en el aspecto meteorológico. Aquel emplazamiento escogido por la inteligencia para la extracción lo mantenía inquieto. La playa estaba plagada de dachas para el descanso veraniego de los altos cargos del Partido Comunista, pero era invierno, y deberían de estar cerradas a cal y canto; aún así…

Una embestida hizo cabecear violentamente a la embarcación, y Wells a punto estuvo de trastabillar y caer por la borda. Aún se recuperaba de la impresión cuando percibió a Fletcher colocándose el chaleco salvavidas para bajar a tierra en el bote neumático.

—¡El mar está endemoniado! ¿Seguro que no quieres que te acompañe, sargento? —le gritó en medio de la tempestad.

Fletcher meneó la cabeza.

—¡Me vendrían de perlas un par de manos más, comandante, pero tres pesaríamos demasiado!

Entre los dos bajaron al mar la zódiac, ayudados por un cabrestante. Fletcher se sacó por la cabeza una cadena con sus dos chapas identificativas y se la entregó a Wells. El comandante la sostuvo en el aire en la palma de su mano, como si la sopesara.

—¡Te estará esperando a tu regreso!

Ambos, comandante y sargento, se estrecharon la mano con vigor y respeto.

El sargento John Fletcher vestía completamente de negro, con un traje de neopreno, gorro y guantes. No llevaba encima ningún elemento que pudiera identificarlo como un soldado norteamericano, lo que podría desatar un conflicto internacional si lo atrapaban en territorio soviético. Si ocurriera eso, nadie lo reclamaría. Estaba solo. Y ello llevó a Wells a preguntarse si el desertor al que iban a extraer —de quien únicamente sabía que era profesor de Física— valía la vida de uno solo de sus hombres.

Mientras Cedergen mantenía el barco al pairo afanándose en contrarrestar la corriente y no perder el control, Wells observó desde la amura cómo Fletcher se descolgaba hasta la zódiac y ponía en marcha el motor fueraborda. Cuando estuvo listo para partir, alzó el pulgar y el comandante soltó los amarres. Wells se llevó nuevamente los prismáticos a los ojos y, hasta que el sargento de Wisconsin desapareció de su campo visual, lo vio cabalgar sobre la cresta de las olas, como a lomos de un toro salvaje.

Fue en ese preciso momento, cuando le invadió un mal presentimiento. La premonición de un desastre. No le dio gran importancia, y lo pasó por alto. Fue tan solo la vaga idea de que algo en aquella operación no acababa de gustarle. Poco sospechaba que haber hecho caso omiso a su intuición acabaría costándoles la vida a él y a Cedergen.

Llegando a la orilla, apenas a unos veinte o treinta metros, Fletcher aguzó la vista hasta que la distinguió a su izquierda. La pálida luz de un farol oscilando de un lado a otro desde una duna. La señal. El corazón comenzó a latirle violentamente en el pecho. Varó la zódiac en la playa y saltó a la arena, con la pistola lista para abrir fuego. Miró precavidamente hacia todas partes, asegurándose de no ser víctima de una emboscada.

El profesor asomó medio cuerpo por entre las dunas, y viendo que no había peligro inminente fue al encuentro de Fletcher andando con lentitud sobre la arena. En un primer instante el sargento contempló al individuo sin moverse, pero en cuanto comprendió que no representaba una amenaza, encaminó sus pasos hacia él.

Se detuvieron a un metro uno del otro. Por un momento se observaron en silencio. No se veía ninguna luz encendida en los alrededores, excepción

hecha del cadente centelleo del faro.

—Hallo, Malik —*dijo el comando en alemán.*

—Hallo, Hans.

Fletcher, por fin, guardó el Colt 1911 en el neopreno, extendió los brazos y ambos hombres se fundieron en un fraternal abrazo. Permanecieron así, ignorando el aguacero, al menos un par de minutos más. Se separaron y hablaron en alemán. Como en el entorno había mucho ruido, entre la lluvia y el rugiente oleaje, hablaron sin temor a que alguien pudiera escuchar lo que decían.

—¿Cuánto hace, Hans? —*preguntó el profesor.*

—Treinta años, Malik.

Malik Schmidt borró la sonrisa de su rostro y se puso serio.

—Padre estaría orgulloso de ti. Lo que vas a hacer es un sacrificio extraordinario. No lo olvidaré jamás. Dedicaré el resto de mi vida a honrarte. —*Besó a su hermano en la mejilla.*

Aunque la vida los había llevado a ambos por caminos muy diferentes, seguían siendo casi como dos gotas de agua. Tal vez el rostro de Hans estaba algo más endurecido, y el de Malik, más pálido y surcado por las arrugas.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí —*contestó Hans.*

Tras un prolongado silencio, habló Malik:

—Vamos, no hay tiempo que perder, es perentorio que los de la KGB te vean antes de que terminen de ponerse nerviosos.

Se intercambiaron las ropas. Ahora Hans parecía Malik, y Malik, tras embadurnarse la cara con betún, parecía Hans. El sargento le entregó a su hermano la pistola, y este, que se quedó con su cuaderno de notas, le dio a cambio la cartera de mano y el billete de vuelta a Riga.

—El autobús sale mañana, a primera hora.

—¿Qué va a pasar con ellos? —*preguntó el sargento, con la vista vuelta hacia el horizonte negro y ruidoso. No podía ver al cerquero en la tormenta más que de vez en cuando bajo la fugaz iluminación de algún relámpago, pero lo imaginó sacudiéndose en aquella oscura extensión.*

—Hermano, nadie puede saber que estoy vivo. Nadie. Lo entiendes, ¿verdad?

Hans Schmidt, apesadumbrado, se limitó a asentir con la cabeza.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

«El día tiene ojos, la noche tiene oídos».

Proverbio

1.

El tirador…

Lochcarron, Highlands

UNA CRUZ.

Para los católicos es signo de resurrección. Para los agnósticos, de muerte. Esta no era ni de un tipo ni del otro. Únicamente vestigio de la gravedad de los acontecimientos que se avecinaban. Cuatro líneas rectas que no se unían en el centro puestas en una lente. La retícula de una mira telescópica.

El fusil comenzó a desplazarse muy lentamente. Se trataba de evitar que el objetivo enfocado abandonase las líneas trazadas. Se antojaba sencillo. Pero no lo era. En absoluto. El blanco estaba en movimiento; además, la distancia —ciento treinta y tres metros, según la información digital suministrada por el sistema óptico— agravaba la vibración. Puede que debiera haber adquirido un trípode, pero eso ya no tenía solución. Tendría que apañárselas sin él. El francotirador probó a girarse la visera de la gorra hacia atrás y, tras pasarse la mano por un mechón rebelde, volvió a esconder el ojo detrás de la lente. Ajustó de nuevo el centro de la retícula sobre el pecho de su objetivo.

Ciento treinta y dos metros…

Ciento treinta…

En cuanto él lo decidiera, un proyectil del calibre 7,62 milímetros saldría lanzado a tal velocidad que en un solo segundo recorrería casi seis veces la distancia con el blanco. Solo de pensarlo asustaba. ¡Pum! Y simplemente dejas de existir. A la hora de la verdad, las palabras de su instructor acudieron a su memoria: «El disparo ha de sorprenderte. Aguanta la respiración. Presiona suavemente el gatillo».

Al final, todo se reducía a eso. Respiración y suavidad.

Tensó el dedo en el gatillo y apretó. No una, sino dos veces. ¡No sucedió nada! Dedicó una mirada al fusil. ¡Qué idiota, el seguro! Lo quitó. Volvió a prepararse. Acomodó el cuerpo sobre el duro terreno. ¡Maldita sea! Se estaba empapando con el suelo mojado. Separó las piernas buscando equilibrio. Enfocó de nuevo el blanco.

Ciento quince metros…

Respiración y suavidad…

Esta vez escuchó una detonación y al momento un zumbido se instaló en su oído derecho. Un casquillo dorado humeante rebotó contra una piedra. Por la mira óptica observó cómo todos los gestos de su objetivo se congelaban medio segundo. Después se derrumbó cual marioneta a la que le cortan los hilos. En Amazon había comprado una mira que incluía sistema de grabación. Resultaba más cara; no obstante, si quería que le pagasen, necesitaba una prueba de que había concluido el trabajo. Un leve olor a pólvora impregnó el aire, si bien la brisa se lo llevó enseguida. Transcurrido el momento de tensión, el tirador notó un tremendo dolor en el hombro derecho. El retroceso. También le habían instruido acerca de él. Sabía que le saldría un buen cardenal. Si acaso, se le habría dislocado…

Pero un millón de pavos bien valía cierta dosis de sufrimiento.

Patricia Banner vio caer desplomado a su amigo a las puertas de la escuela primaria donde impartía clases de Historia, y acudió de inmediato a auxiliarlo. Sin pensar en su propia seguridad, solo como una reacción instintiva. Patricia era agente federal del FBI de pleno derecho, después de que hacía pocos meses acabara sexta de su promoción en Quantico. En estos momentos, se hallaba de baja recuperándose de los disparos que recibió del Servicio Secreto de Estados Unidos y que a punto estuvieron de costarle la vida; y es que ella y James Allen se vieron involucrados en una conspiración que personas de las altas esferas de poder de Washington, pertenecientes a una organización ultrasecreta llamada Sol Negro, urdieron con el propósito de acabar con la vida del presidente. En semejantes circunstancias, y hecha un mar de dudas en lo tocante a su futuro —continuar en la Policía de Escocia o dejarlo todo atrás y trasladarse a Estados Unidos para incorporarse al FBI—, había decidido aceptar la invitación de Allen para alojarse con él en Lochcarron, un pueblecito situado en un rincón de las Highlands escocesas.

Buscaba su compañía. En honor a la verdad, ambos disfrutaban con la cercanía del otro. James Allen no era un tipo bien parecido en un sentido ortodoxo del término, pero se compenetraban bien y, por encima de todo, poseía la cualidad más valorada por una mujer: sabía escuchar. Toda una rareza en un hombre. En los dos años transcurridos desde que se conocieran habían vivido demasiadas experiencias juntos. Al enviudar el invierno pasado, Allen decidió mudarse de nuevo a su pueblo natal y ocupar el caserón que heredó de sus padres. Allí vivía con Anne Marie, su ama de llaves sordomuda, y sus tres perros. Dos labradores retriever de color canela que

pertenecieron a su esposa —Zeus y Diana— y un mastín tibetano negro y fuego —Khentii— que él y Victoria encontraron abandonado en unas montañas de Mongolia durante su trágica luna de miel…

Todas esas cosas pasaron por la mente de Patricia durante los siete segundos exactos que tardó en comprender la certeza de lo que ocurría, echar a correr y llegar al lado de Allen. Trató de recordar su aprendizaje sobre los tiroteos.

Fase uno: apartar a la víctima de la línea de fuego. Sin tiempo para titubeos, lo agarró por las axilas y lo arrastró unos metros por el cemento hasta parapetarlo tras un coche aparcado. Haciendo aspavientos a las personas que había a su alrededor, les alertó a voz en cuello de que se pusieran a salvo.

Fase dos: verificar el estado de la víctima y practicarle primeros auxilios. Banner se agachó y examinó el cuerpo inconsciente de Allen, buscando el impacto. Vio sangre por todas partes y soltó un gemido. Descubrió un orificio de entrada en el hombro, hizo un pequeño escorzo para mirarle en la espalda y vio otro junto al omoplato, este de salida. Daba la sensación de que la bala no había dañado ningún órgano vital. Cerró los ojos y exhaló un suspiro de alivio.

Entonces, su mente activó la fase tres: neutralizar la amenaza. Banner volvió a dejar el cuerpo herido del escocés en el suelo y asomó la cara por encima del vehículo que le servía de parapeto. No llevaba encima su arma reglamentaria. Estaba de baja y era Lochcarron, allí nunca ocurría nada. Hasta esa mañana de jueves, claro estaba. Con la mano se hizo sombra a fin de protegerse del sol, y oteó el horizonte tratando de imaginar la trayectoria inversa de la bala. A lo lejos reparó en el destello de un cristal. Sobre una ligera colina carente de vegetación, con matorrales aquí y allá. Instantes después una figura se incorporó con la rapidez de un resorte y salió corriendo en dirección contraria.

Patricia no se lo pensó dos veces y se lanzó en persecución del tirador, no sin antes gritar a un transeúnte que avisara a los servicios de emergencia. Cruzó la calle a toda prisa, pasó por el jardín de una casa para salir por la parte trasera, y corrió a lo largo de la orilla de *Loch Carron* hasta que llegó a la falda de la colina. Se detuvo y miró a lo alto unos momentos mientras recuperaba el resuello. Le costaba respirar. Aún le dolía el pecho cuando lo sometía a un gran esfuerzo. Entonces, arrancó de nuevo a correr, dejó atrás el lago y ascendió renqueante la pendiente.

En la cima del promontorio comprobó que el tirador no estaba lejos y aligeró la carrera a campo abierto. En su torpe huida, el tirador volvió la cara para mirar por encima de su hombro. Una gorra voló de su cabeza. Al verla a ella tan cerca, lanzó el fusil al aire; pero al hacerlo resbaló con el musgo aún húmedo del rocío, y fue al suelo de

bruces. Banner lo alcanzó y le dobló los brazos sobre la espalda de manera firme. El tirador no opuso una seria resistencia, únicamente pataleaba y braceaba como un niño queriendo escapar de los brazos maternales. Con unas bridas de plástico que acostumbraba a llevar encima le amarró las manos mientras le leía sus derechos como una letanía.

Una vez inmovilizado, tiró de él y lo puso en pie. Era un joven enclenque con el rostro sembrado de acné juvenil. De su boca salieron tres palabras balbuceantes, con toda probabilidad aprendidas de antemano: «Quiero un abogado».

En la distancia, Patricia vio aparecer por la carretera dos coches de policía y una ambulancia con las sirenas puestas; se acercaban al edificio de la escuela primaria a toda velocidad, despertando el vivo interés de todos los parroquianos.

2.

Nos vigilan…

Londres

Lo peor de trabajar para el Gobierno era el exhaustivo control al que se veía sometido. En la Policía de Escocia —su anterior curro—, por el contrario, era prácticamente invisible. A menudo, pasaba días enteros encerrado en su cuarto del sótano del edificio de la División en Glasgow sin ver un alma. Sin embargo, su nuevo patrón se tomaba muy en serio aquello del horario y la disciplina. ¡Pero si incluso le obligaban a llevar camisa y corbata! Si sus colegas de hackeo lo vieran, se partirían de la risa. La parte positiva, opinaba Collins, era que su nombre ya no figuraba en la lista negra de piratas informáticos que compartían los países de la OTAN. Él mismo se había ocupado de ello.

Collins se echó al hombro el maletín con el ordenador y abandonó su puesto de trabajo en alguna parte del subsuelo de Londres. Tras montarse en un ascensor y subir unas cuantas escaleras mecánicas, salió a la luz vespertina que aún iluminaba la calle Strand. A su paso habitual, ni lento ni rápido, sino indiferente, anduvo en dirección a Charing Cross, donde tomó el metro que lo trasladó hasta la terminal de London Waterloo. Allí, hubo de esperar poco más de diez minutos el tren con destino a Guildford, capital del condado de Surrey, en cuya zona de aparcamiento recogió su bicicleta.

Había transcurrido exactamente una hora y diecisiete minutos, incluida una parada en una franquicia de BarBurrito, cuando entraba por la puerta de su modesto apartamento de alquiler. Su sanctasanctórum. Pagaba por él la friolera de novecientas libras mensuales. Literalmente medio sueldo. Resignado, no pudo por menos que reconocer que el Gobierno pagaba realmente mal.

Una vez que aparcó el portátil y la bolsa de papel grasiento que contenía su cena sobre la mesa que había frente al sofá, colgó la cazadora en una percha de la entrada, se deshizo de la corbata y dio de comer a Spider. Con todas las tareas domésticas completadas, se

hundió en el centro del tresillo y comenzó a ingerir el burrito mientras el MacBook terminaba de arrancar. En cuanto el mensaje de bienvenida dejó paso al fondo de escritorio, una alerta parpadeó en la pantalla.

Frunciendo levemente las cejas, depositó el resto del burrito encima de una servilleta que había en la mesa y se sacudió las migas del regazo. A continuación, se frotó las manos como diciéndose a sí mismo: «vamos allá», y se puso a teclear comandos a gran velocidad. Minutos después se precipitaba sobre el teléfono con expresión preocupada. En lugar de James Allen, quien respondió a la llamada fue Patricia. Sin saludos previos, soltó:

—Tengo que advertir a James de algo. Es urgente.

Banner le puso al corriente de lo del disparo.

Los hombros de Collins se derrumbaron. Había llegado tarde.

—¿Qué está pasando? —preguntó Patricia.

—Por teléfono no. —Y bajando el tono hasta convertir la voz casi en un susurro apenas audible, agregó—: Nos vigilan.

Ella no estaba para las paranoias conspirativas de Collins. Ese día no. Aun así, se armó de paciencia y preguntó con cierto tonillo:

—¿*Quién* nos vigila?

—Te he dicho que por teléfono no. Tenemos que vernos.

—Eso tendrá que esperar. Estamos en Inverness, en el hospital, y James aún está bajo los efectos de la anestesia…

Collins la dejó a medias con brusquedad.

—Tienes que sacarlo de ahí ahora mismo y no lo dejes solo ni un momento.

—Collins, Allen acaba de salir del quirófano. No podrá moverse en días.

—¡Tú hazlo! Ah, otra cosa. Deshaceos de vuestros teléfonos móviles y comprad uno de prepago en la primera ocasión que tengáis.

Patricia fue a protestar, pero recordó que nunca había visto al exhacker tan fuera de sí.

—Solo puedo prometerte que hablaré con los médicos. Pero por si acaso, ¿dónde quieres que nos veamos?

Se hizo un breve silencio en la línea.

—Donde quedamos James y yo cuando nos echaron del Dorchester. Mañana por la mañana… a las nueve.

—Y eso… ¿dónde… es…?

—Patricia, te pierdo. ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy. ¿Me oyes ahora mejor?

—Ahora te oigo bien. Y deja de moverte.

—Te decía que dónde…

—Pregúntaselo a James.

Después de poner fin abruptamente a la llamada, Collins siguió

frente al ordenador durante toda la noche. Cuando un pálido rayo de luz atravesaba la ventana de su piso, dando algo de color a aquel triste espacio, pudo escuchar pasos en el descansillo seguidos de alguien manipulando la cerradura de su puerta. Habían llegado antes de lo previsto. Era viernes y había estado preguntándose si la semana podía terminar aún peor.

Estaba a punto de descubrirlo.

3.

¡La asesinaron!…

Inverness, Highlands

«Necesito contarte algo. Tu mujer no murió de aquella enfermedad. La asesinaron.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué estás diciendo?!

—Sabes que digo la verdad. Se lo pidieron al Haitiano. Le dije que no aceptara el trabajo, pero resulta obvio que alguien sí lo hizo.

—¡¡¿Quién fue?!! ¡¡¿Quién lo hizo?!!…

La asesinaron…

La asesinaron…»

—Señor Allen, señor Allen…

James volvió a escuchar la misma voz suave que lo había despertado, esta vez acompañada de un frágil zarandeo. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía rodeado de todo aquel instrumental médico? ¿Qué eran aquellos pitidos cadentes?… Sentía la boca pastosa. Intentó incorporarse. Un dolor punzante recorrió su cuerpo como un calambrazo. Se recostó de nuevo. Una cánula conectaba uno de sus antebrazos con un bote de plástico que colgaba bocabajo de una percha metálica.

—No se mueva, señor Allen. Ha tenido mucha suerte, pero tiene que mantener reposo —le dijo una enfermera, inclinada sobre él. Luego comprobó el gotero, le tomó la temperatura, le proporcionó dos pastillas azules en un pequeño vaso desechable, y se marchó.

Los pensamientos inconexos cesaron y todo empezó a cobrar significado para James. El disparo, la ambulancia, el hospital… Volvió la cabeza hacia la puerta. Apoyando la cadera contra el quicio, la figura ligeramente borrosa de Patricia le sonreía.

—Felicidades, Allen.

A pesar de su profunda amistad James no consiguió que Patricia lo llamase jamás por su nombre de pila.

Él arrugó la frente.

—Hoy es 2 de junio. Tu cumpleaños. ¿Cuántos caen?

—Ah, puff, dejé de contarlos hace tres o cuatro.

Ella se sonrió levemente.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiese peleado con un orangután en celo. ¿Qué ha pasado?

Ella se encogió de hombros, y se sentó de lado en el filo de la cama. Cubrió la mano de él con la suya.

—Un tipo te disparó. Ahora lo estarán interrogando, pero me temo que no sacarán mucho de él.

El rostro de James reflejaba todas las preguntas que deseaba hacer, pero solo formuló una que se imponía a las demás:

—¿Crees que tendrá algo que ver con lo de Sol Negro?

Patt meneó la cabeza de un lado a otro, pero antes de hablar fue a cerrar la puerta de la habitación.

—Quien te disparó parecía más un adolescente desquiciado que un sicario.

—¿Se lo has contado a María?

Patricia lo confirmó con un gesto de asentimiento. La agente especial Ramírez, su mentora en el FBI, se mostró bastante segura de que Sol Negro no podía estar implicado. El grupo fue completamente desarticulado y si quedaba algún miembro libre, estaría bajo una piedra rezando para que su nombre no saliese a la palestra. Con todo, prometió investigarlo.

James se mostraba muy confundido.

—Verás, hay otra cosa que ahora me inquieta más —dijo ella.

Las arrugas en la frente del escocés se fueron haciendo más profundas a medida que Patricia le iba contando la llamada que recibió de Collins.

—Patt, tengo que salir de aquí.

Patricia expiró el aire de manera sonora. Si estaba decidido a hacerlo, nada que ella pudiese decir lo haría cambiar de opinión; de modo que no trató de disuadirlo.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Tenemos que vernos con Collins.

James solicitó el alta voluntaria. A pesar de las reticencias iniciales del médico de guardia, este terminó por aceptar con dos condiciones: que se tomara los antibióticos recetados y que acudiera al hospital más próximo al menor síntoma de fiebre.

No había tiempo para regresar a Lochcarron, de modo que compraron algo de ropa en un centro comercial de Inverness, consiguieron un móvil de prepago —siguiendo las precisas indicaciones de Collins—, y alquilaron un coche. Pasaron toda la noche al volante, conduciendo hacia el sur. Antes de llegar a Glasgow y nada más salir de Manchester, pararon a tomar café y a descansar un

poco. Banner no estaba muy convencida de que someter el maltrecho hombro de James a aquel largo viaje fuese una buena idea, pero no podía engañarse a sí misma. La conversación con Collins la había sumido en un profundo estado de intranquilidad del que no lograba desembarazarse.

Mientras su amiga conducía, James se acomodó todo lo que le fue posible con el brazo en cabestrillo y recapacitó acerca del recuerdo que lo atormentaba desde hacía tiempo. No le había dicho a nadie, ni siquiera a Patricia, lo que Alessia le soltó en el pesquero antes de hundirse con ella aún a bordo.

Victoria había sido asesinada.

No estaba seguro de qué hacer con aquella información. Pero hasta que no la asimilara, ahí seguiría. En su cabeza. En cuanto se recuperó de la hipotermia, tras ser rescatado por aquel helicóptero de los Guardacostas, lo primero que hizo fue telefonear a Roma a la doctora Parisi. Esta le aseguró, un tanto reticente por el interrogatorio al que la sometió, que el equipo médico no había hallado nada extraordinario en el caso; si exceptuaban, por supuesto, la misteriosa enfermedad que su esposa portaba y que finalmente pudo con su vida. Durante su ingreso, tampoco recibió la visita de ningún desconocido. Aparte de él mismo, solo estuvieron a su lado Anne Marie y un sacerdote que le administró la extremaunción.

Aun así, algo en su interior le gritaba que Alessia estaba en lo cierto. Él la miró a los ojos. Y no sabría cómo explicarlo, pero en aquella mirada fría no halló un ápice de mentira.

James barruntaba que detrás de aquello podía estar el Consorcio. Victoria le mencionó en una ocasión que, cuando se conocieron, presidía una organización de intercambio de favores. Un *lobby*. Aquel poderoso y secreto grupo se hacía llamar el Consorcio. Tras los siniestros acontecimientos ocurridos en su pueblo natal dos veranos atrás, ella decidió cambiar su modo de vida. Abandonó su puesto y rompió todo contacto con la organización. Los pormenores nunca llegó a conocerlos, pero sí le dijo que había depositado una documentación muy sensible en unos abogados de Zúrich, con las expresas instrucciones de que fuera enviada al FBI y a la prensa internacional si cada tres meses no recibían de ella una prueba de vida.

Conocer aquello, lógicamente, inquietó a James sobremanera, pero jamás volvieron a hablar del tema el poco tiempo que permanecieron casados. Tras la muerte de Victoria, entonces convencido que de una enfermedad misteriosa, acudió a los abogados con el propósito de evitar un escándalo mayúsculo que pudiera afectar a su memoria. Los abogados lo aceptaron sin reticencias, pero James decidió que siguieran custodiando una documentación de la que él no había

querido saber nada. Hasta ahora…

No mucho después del amanecer se sumieron en la abarrotada hora punta de Londres, dejaron el coche en un aparcamiento público y accedieron caminando a Trafalgar Square por Whitehall. Al no presentarse Collins a la hora convenida, lo llamaron al móvil. Saltó una grabación de voz. Con creciente preocupación, decidieron darle un poco más de tiempo. Collins y los horarios no solían ir lo que se dice de la mano. Transcurrió otra hora sin que su amigo diera señales de vida. Por fin, cansados de esperar, convinieron en ir a su casa. Patricia tenía apuntada su dirección por algún sitio. Rebuscó en el bolso hasta que la halló en una libreta. Un apartamento en un pueblo al sur de Londres llamado Guildford. Alresford Road, veinticinco, segundo A.

Por la A3, y pese a que el tráfico había disminuido, necesitaron algo más de una hora para llegar. Dejaron el coche en el mismo Alresford Road y caminaron los últimos metros cuesta arriba atentos a los números de los portales. Pasaron por delante de una tienda de ropa tradicional india, una casa de empeño, una oficina bancaria y varios edificios más antes de dar con el número veinticinco.

Se quedaron de pie delante del portal, observando un momento la fachada. Era el típico edificio de ladrillo oscuro de tres alturas con ventanas en saliente pintadas de color negro. Ni nuevo ni antiguo. Patricia se acercó al portero automático y pulsó un timbre con el «2A» impreso. Al no obtener respuesta, insistió. Seguían esperando a que Collins contestara cuando la puerta del edificio se abrió y por ella salieron una madre joven y un niño de unos cinco años disfrazado de Hulk. James evitó que la puerta volviera a cerrarse, y penetraron en el oscuro portal. El aire que respiraron olía vagamente a desinfectante. No había ascensor, de modo que se dispusieron a subir las escaleras.

En el segundo rellano la puerta del apartamento con la letra A permanecía entornada. Con pasos cautelosos se aproximaron y terminaron de abrirla con un suave empujoncito. Las bisagras chirriaron levemente.

Llamaron a Collins por su nombre.

Nadie contestó.

Desde el umbral, disponían de una panorámica completa del diminuto apartamento. Un espacio diáfano y espartano con un cierto tufillo a cerrado flotando en el ambiente. El amueblamiento era típico de Collins. Un sofá apolillado, una mesa baja con restos de comida mejicana y un acuario. Sobre una mesa auxiliar de gran tamaño reposaban inertes una serie de aparatos electrónicos: un televisor de plasma, un par de monitores, un módem con forma de teléfono de baquelita y una emisora de radio anticuada; de una caja de cartón sobresalían marañas de cables, placas base obsoletas, ratones y otros

componentes para ordenadores. A la izquierda, quedaba una cocina americana con cacharros sucios por todas partes…

James interrumpió la inspección visual.

—¿No ves nada raro? —preguntó con el ceño fruncido.

Patricia miró a James con reticencia.

—¿Raro? Todo en Collins es raro.

—Me refiero a que el apartamento no tiene cama.

Patricia no pudo reprimir una risa cuando observó un perchero de pie de Ikea con algo de ropa colgada a la vista.

—No sé, dormirá en el sofá.

Al fondo había una puerta cerrada. Seguramente daría a un minúsculo cuarto de baño. La risa de Patricia se esfumó tan pronto como se percató de que había algo en aquella escena que no terminaba de encajarle. No se trataba del desorden imperante, así era como esperaría hallar la casa de su amigo. Eran signos tan sutiles como un cuadro desnivelado. Por ejemplo, el MacBook de Collins con la tapa levantada sobre la mesa rodeado por montañas de revistas y papeles. Además, detrás de la puerta colgaba de un gancho su cazadora. Sú *única* cazadora.

—Espera aquí —le dijo a James.

Patricia cruzó el apartamento y abrió la puerta cerrada, encendió la luz y metió la cabeza. Efectivamente era el baño. Ni rastro de su amigo. Pudiera ser que estuviera exagerándolo todo y no fuera más que el fruto de la tensión acumulada durante las últimas horas. James tenía la nariz pegada al cristal del acuario y lo golpeaba insistentemente con un dedo. Solo que no era un acuario, sino un terrario con una araña, negra y peluda. El arácnido ni se inmutó con los golpes.

—Si no localizamos a Collins, tendrás que volver a darle de comer a su mascota —dijo él.

—Ni lo sueñes. Odio las arañas.

James despegó la nariz del terrario y fue hasta el sofá, apartó una corbata y tomó asiento con un gruñido, ayudándose del brazo sano. Un vaso de cartón de Coca-Cola volcado sobre la mesa había provocado una mancha oscura y pegajosa en el cristal. Cierto objeto en el suelo despertó su curiosidad, se agachó para cogerlo y lo agitó en el aire para que Patricia lo viera.

—El móvil de Collins.

Ella le dirigió una mirada desde la cocina.

—Deberíamos llamar a la policía.

—Necesitamos algo más para denunciar su desaparición. Tan pronto como hagas esa llamada, el sistema pondrá en marcha el mecanismo de la burocracia y todo se retrasará.

Banner sabía que James estaba en lo cierto y no siguió por ese

camino.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos?

Guardaron silencio. Patricia encontró un vaso limpio en un armario, lo llenó de agua del grifo y se lo dio a James.

—Tienes que tomarte los antibióticos.

Allen dejó escapar un gruñido, pero cedió a los deseos de su amiga.

—No puede ser una coincidencia. Mi intento de asesinato, la llamada de Collins y, ahora, su desaparición.

A Banner le vino a la cabeza la extraña conversación que había mantenido con Collins. «Nos vigilan», fueron sus palabras. Instintivamente, paseó la mirada por el apartamento buscando inútilmente algún aparato electrónico de escucha. Si lo había, podría estar escondido en un millón de sitios.

—¿Y si acudimos a la gente para la que trabaja? A las agencias de inteligencia no suele gustarles perder a sus analistas.

—Yo no sé para quién trabaja. ¿Y tú? —dijo James.

Su amiga dijo que no, chasqueando la lengua.

—No se puede llamar al 999 y preguntar esas cosas… —De repente Allen se calló—. Espera, se me ocurre otra posibilidad.

—¿En qué piensas?

—En *qué* no, en *quién*. La solución podría ser Carmichael. Al fin y al cabo, fue él quien le consiguió el trabajo.

Dave Carmichael no acaba de caerle bien a Patricia, pero no podía por menos que reconocer que con la poca información de la que disponían parecía la mejor alternativa, a pesar de que ir a visitarlo a Prestwick supondría otro palizón en coche. Recogieron el portátil de Collins y se encaminaron a la puerta. Antes de abandonar el apartamento, echaron un último vistazo general. Todo estaba igual que al llegar, salvo por el arácnido, que había decidido cambiar de posición.

4.

Sufro de aerofobia…

COLLINS no opuso resistencia en su apartamento cuando le taparon la boca con un trozo de cinta americana, cubrieron su cabeza con una capucha negra y le ataron las manos a la espalda con unas bridas de plástico. Inmediatamente después, y sin mediar palabra alguna, le hicieron bajar a la calle y lo empujaron sin miramientos dentro de lo que parecía una furgoneta industrial. Paredes de metal. Suelo de metal. Rápidamente, pudo oír el deslizamiento de una puerta seguido de un golpe seco. El vehículo salió a toda pastilla entre chirridos de neumáticos.

Callejearon un tiempo. Velocidad lenta. Acelerones y frenazos. Dieron giros bruscos a un lado y a otro. Finalmente, después de unos diez o quince minutos, el vehículo fue aumentando la velocidad de manera progresiva, hasta mantener un ritmo constante. Seguramente por debajo del máximo permitido para no llamar la atención. En un principio, Collins se puso a tantearlo todo. Tardó lo suyo. Con las manos en la espalda esa iniciativa resultó una ardua tarea. Al cabo, llegó a dos conclusiones: No encontró nada y estaba solo. Entonces intentó acomodarse. Buscó una pared y apoyó la espalda contra ella. De vez en cuando escuchaba una conversación apagada al otro lado del metal. No alcanzaba a identificar ninguna palabra. Tampoco el idioma, pero desde luego no era inglés. Únicamente que se trataba de dos fulanos. No dudaba de que los mismos que entraron en su apartamento. A pesar de sus apariencias —uno llevaba gafas de visión y el otro los pelos revueltos y hoyuelos en la cara—, eran dos tipos duros que exhibían un cierto porte militar.

Durante mucho tiempo —no supo calcular cuánto, pero incluso llegó a dormitar—, solo distinguió el traqueteo de las ruedas sobre las imperfecciones de un asfalto parcheado. No tenía la más remota idea de adónde se dirigían, pero era de suponer que sus captores estarían evitando las vías principales, vigiladas por cámaras de tráfico. Ya

había cambiado de postura varias veces. La que le resultaba cómoda dejaba de serlo a los pocos minutos. Procuró distraer la mente y pensó un momento en James. En que no había podido avisarle del lío en que estaba metido. Un lío gordo y muy peligroso. Probablemente, nunca se habría visto en otra igual. En cualquier caso, él ya no podía hacer nada por ayudarle.

James Allen tendría que apañárselas solo…

De repente, advirtió que deceleraban, el tictac de un intermitente, un viraje cerrado a la derecha. El firme asfaltado cambió por otro sin pavimentar. La velocidad se ralentizó todavía más, aun así comenzó a bambolearse de un lado a otro. Rebasaron un puente. Por el traqueteo, hecho a base de tablones de madera. La furgoneta se paró un rato después. Intentó escuchar algo. Con el motor en marcha la portezuela del copiloto se abrió. Siguió un silencio. El largo chirrido de las dos hojas de una cancela. Primero una y luego la otra. Otro silencio. La portezuela de la furgoneta volvió a cerrarse con un portazo y el vehículo arrancó entre saltos. Al poco tiempo, se detuvo y el motor se apagó. A la apertura de ambas puertas delanteras siguió un lento crujir de la gravilla bajo el peso de unos buenos pies.

La puerta lateral de la furgoneta se deslizó. Alguien saltó dentro y lo sacó a rastras. Collins echó a andar, tambaleante. Tenía calambres en las piernas y sentía los brazos entumecidos. De pronto, se topó con unas escaleras metálicas y subió por ellas con cuidado de no tropezar. Empezó a temerse lo peor cuando una mano le agachó la cabeza probablemente para cruzar una puerta baja. Dio unos pasos sobre moqueta mientras se golpeaba con asientos a ambos lados. Alguien cortó las ligaduras con un cortacables y lo forzó a sentarse. Volvieron a inmovilizarlo, sujetándole los brazos a su asiento por las muñecas, de nuevo con bridas de plástico. Un sudor frío empezó a poblarle la frente. Le ajustaron un cinturón de seguridad. Sonó un clic. No le cupo la menor duda. Era un avión. A su alrededor oía movimiento, pero nadie hablaba.

—Oiga, sea quien sea… No iremos a volar ¿verdad? Es que sufro aerofobia.

Nadie le hizo ni caso.

El zumbido característico de los motores de un reactor llenaba el habitáculo. Echaron a rodar. Primero muy despacio, marcha atrás. Luego de frente.

—Venga, Collins, piensa en algo divertido…

Poco después, el avión aceleró de sopetón y su espalda se pegó al asiento.

—Oooooooh.

La sensación de estar subido a una montaña rusa duró unos minutos. En el aire, su cuerpo se inclinó ligeramente a la izquierda. Al

punto recuperó la verticalidad.

Collins estaba completamente atenazado por el miedo y la adrenalina le provocaba temblores. En medio del abatimiento un pensamiento sencillo se abrió paso en su mente binaria de unos y ceros. A su modo de ver, si hubieran querido deshacerse de él, ya lo habrían hecho. No descubrió el menor fallo en aquel axioma. Era una verdad inmutable. Entonces su respiración se calmó y sus oídos se destaparon. Cuando logró dominar su propio miedo, se recostó contra el respaldo y abrazó el sueño.

5.

El tren fantasma de Silverpilen…

Estocolmo, Suecia

KLARA ODELL desconectó el ordenador, guardó unos informes en el maletín y se incorporó de la silla con prisas. Si pretendía convencer a la ministra Lövin de los efectos catastróficos de la nueva ley sobre tecnología que se votaría en el Parlamento la semana siguiente, aún le quedaba mucho trabajo por hacer. La noche prometía ser larga. Antes de pasar por el colegio a recoger a Acke y a Berit debía acudir al encuentro con el periodista Magnusson. Y ya iba con retraso. De esa manera transcurría su vida desde el divorcio: a caballo entre el trabajo y sus hijos, y con la permanente sensación de estar desatendiendo al uno y a los otros. Tras despedirse de su ayudante hasta el día siguiente, abandonó a la carrera el despacho y el edificio del Ministerio de Medio Ambiente, en el número 6 de Fredsgatan.

Klara no volvería a pisar aquellos lugares, ni siquiera llegaría a recoger a sus hijos al colegio, pero claro, en ese momento ella no podía ni imaginárselo.

Cuando salió a la calle aún era de día. Apenas se movía una hoja y el sol de poniente se colaba entre las ramas de los árboles, convirtiendo las carrocerías de los coches en brillantes reflejos multicolores. Klara atravesó los jardines de Kungsträdgården y llegó a la boca del metro con el mismo nombre. Línea azul. Unas escaleras que descendían empinadas la engulleron junto con un grupo compacto de otras quince o veinte personas. Frente a los tornos de seguridad esperó cola y pasó la tarjeta de su abono mensual. Como una autómata tomó el pasillo que salía a mano derecha, caminó otro poco a paso ligero, bajó de nivel por unas escaleras mecánicas y volvió a torcer a la derecha. De repente, tenía ante sí un andén. Miró el reloj y se dispuso a esperar. Quedaban quince minutos para su reunión, así que envió a Magnusson un mensaje avisándole de que llegaría un poco tarde. El periodista la había convocado esa misma mañana. Disponía de una inquietante información acerca de Viktor Smedson y la nueva

ley de tecnología que no podía esperar. Aquello la preocupó sobremanera. Smedson era una de las figuras más prominentes de Suecia. Y también más poderosas. Propietario de la empresa tecnológica SyM AB Microsystems y filántropo en su tiempo libre, sus tentáculos alcanzaban todos los estamentos del Gobierno. Y cuando decía «todos», quería decir «todos». En los mentideros de la política se llegaba a decir, incluso, que el mismísimo primer ministro consultaba con él las grandes decisiones del país.

No hubo de esperar mucho hasta que surgió a la vista el convoy. Primero no fue más que una luz cegadora al fondo del túnel, siguió un traqueteo característico y, finalmente, viento y un silbato. Tenía por delante cinco paradas. Se apeó en Västra skogen para hacer transbordo. Con movimientos automáticos siguió las indicaciones que conducían a la línea verde.

Después de varias confluencias de pasillos, la zona se fue despejando de viajeros. Los tubos fluorescentes del techo bañaban el largo corredor de luz fría y sus tacones retumbaban en las paredes acallando unos lejanos acordes musicales. La atmósfera comenzaba a resultarle asfixiante. Klara Odell notó una presencia a sus espaldas y experimentó una súbita sensación de miedo. Ralentizó el paso y volvió la vista aprovechando que se ajustaba el bolso en el hombro. Una pareja caminaba hacia ella cogida de la mano. Sonrió para sí y avivó de nuevo el paso. Al volver una esquina, en la otra punta del pasillo distinguió a un vagabundo sentado sobre un trozo de cartón. Un radiocasete a su lado vociferaba una canción de ABBA. Los acordes la alcanzaron y se le metieron en la cabeza…

«… Gimme, gimme, gimme a man after midnight
Won't somebody help me…»

Mientras seguía avanzando, se descolgó un poco el bolso, lo abrió y extrajo la cartera. A la altura del sin techo, Klara detuvo sus pasos con un billete de veinte coronas en la mano y se dispuso a entregárselo. Resultó que era una mujer en edad crepuscular, con la barbilla pegada al pecho y un vestido cubierto de mugre. Se la quedó mirando un instante, sin soltar el billete, con la vaga impresión de que algo no cuadraba en aquella escena. La pareja estaba ya muy cerca de ella. Podía oír sus cuchicheos y sus risas tontas.

De sopetón, la cara de la mendiga se alzó y sus ojos se abrieron de golpe desmesuradamente. Ojos negros. Zaínos. Repentinamente turbada, Klara Odell dio un respingo hacia atrás. Sus dedos dejaron de hacer fuerza y el billete cayó al suelo, flotando unos instantes empujado por una corriente de aire. La cara de la mujer sentada comenzó a estremecerse primero y a descomponerse después en

diminutos cuadrados, como si fuera una imagen pixelándose. El cambio se extendió por todo su cuerpo hasta completarse la transformación.

Probablemente solo transcurrieron uno o dos segundos, pero durante ese tiempo todo pareció detenerse alrededor de la funcionaria. La mendiga ya no estaba. Una mancha negra compacta ocupaba su lugar sobre el cartón. Entonces comenzó a moverse, a desplazarse por el aire con voluntad propia, formando un remolino, como una especie de tornado. Tras un momento de embelesamiento hipnótico, Klara parpadeó, perpleja ante la visión que aparecía ante ella. La nube se dividió en dos para envolverla desde la cabeza y desde los pies. En un abrir y cerrar de ojos, el cuerpo de la funcionaria desapareció de la vista. Se oían gritos amortiguados, que cesaron bruscamente. El ataque duró muy poco. La nube se alejó por el pasillo a una velocidad incomprensible, dejando tras de sí una grotesca masa sanguinolenta en el pavimento. Un despojo devorado por minúsculos depredadores.

«… Gimme, gimme, gimme a man after midnight
Gimme, gimme, gimme a man after midnight…»

Mientras la música de ABBA seguía sonando en el radiocasete, la pareja de jovenzuelos estaba a tan solo dos metros filmando la tétrica escena con sus smartphones. Un minuto después, el vídeo estaba colgado en sus cuentas de TikTok. Solo entonces se marcharon sin realizar siquiera una llamada de emergencia. Total, no había nada que hacer. Tan solo había transcurrido media hora y el vídeo habían alcanzado ya las sesenta mil visualizaciones. A media noche, se había hecho viral. Las redes sociales se debatían entre la *fake news*[1], o una historia más de terror de las que se contaban sobre el metro de Estocolmo, como la preferida de los suecos: el tren fantasma de Silverpilen.

Noticia falsa o no, la espantosa muerte de Klara Odell estaría al día siguiente en boca de toda la ciudad.

6.

El hangar de Prestwick…

Prestwick, Escocia

Desde la población de Guildford hasta la de Prestwick, al sur de Escocia, hay unos setecientos kilómetros entre autopistas y carreteras convencionales. Y desde ahí, hasta el antiguo aeródromo militar, otros cinco o seis más por caminos secundarios. James y Patricia tardaron alrededor de siete horas en cubrir el trayecto. Para cuando lo hicieron, los relojes estaban a punto de marcar las nueve y el día se desplomaba.

El campo de aviación se terminó de construir en 1936 y estuvo en servicio hasta su desmantelamiento, pocos años atrás. Carmichael adquirió entonces un hangar al Gobierno y obtuvo su permiso para utilizar la pista de aterrizaje. El hangar no solo se convirtió en la sede de la empresa de vuelos chárter que fundó junto con Kieran Murphy —un viejo irlandés que pilotó para la RAF en la Primera Guerra del Golfo—, sino también en el hogar de ambos. Tanto el uno como el otro carecían de familiares cercanos y su relación iba más allá de la de meros socios o amigos.

El Civic de alquiler traspasó la herrumbrosa verja de entrada a la base y Patricia lo llevó despacio por caminos interiores donde los hierbajos se habían abierto paso levantando el asfalto. El abanico de luz que desplegaban los faros iba alumbrando barracones en pésimo estado, tinglados de chapa ondulada con los techos medio hundidos, y esqueletos anaranjados de antiguos aeroplanos de la Segunda Guerra Mundial. Tras rodear una pequeña torre de control en desuso, se toparon con el único edificio cuyas ventanas no se veían rotas. Se acercaron a la inmensa puerta de chapa abierta y, bajo un rótulo con una inscripción que decía: «FLYING SPIKE, EMPRESA DE AEROTAXIS», aparcaron el coche y sacaron el equipaje del maletero. Todo estaba tranquilo en el aeródromo. Caminaron sobre la grava crujiente hasta el gigantesco rectángulo de luz y se quedaron parados, dejando vagar la mirada por el interior.

El hangar era amplio y diáfano. Tal era la altura del techo que ellos dos, plantados en la puerta, resultaban insignificantes. Parte del espacio lo ocupaba un bimotor de fuselaje plateado y remaches a la vista. Una preciosidad. El Fairchild C-119 era una antigualla de los años cincuenta que Carmichael ganó en una partida de póker en Hong Kong, de eso hacía ya unos cuantos años. El resto del hangar lo componían estanterías con herramientas, piezas de aviones y un Ford Explorer manchado de barro. Una escalera de hierro en un solo tramo culminaba en lo que debió de ser una antigua oficina. A través de las cristaleras, se apreciaban dos personas tan diferentes como el día y la noche. Carmichael era un hombre robusto y apuesto que había heredado de su hermosísima madre, Elinor, su piel mulata. Por el contrario, Murphy era un irlandés de pura cepa. Achaparrado y con el pelo y las cejas de un color tan naranja como un fogoso atardecer.

James y Patricia cruzaron el hangar hasta la escalera de hierro y subieron por ella hasta el final. Delante había una puerta de cristal custodiada por dos réplicas de terracota de unos guerreros del Xian vistiendo armadura y pintados de vivos colores. Daban la sensación de estar listos para abandonar su prisión de arena y cerrarles el paso en cualquier momento.

No hizo falta llamar a la puerta, Carmichael y Murphy salieron de inmediato a recibirlos. Se interesaron por el brazo en cabestrillo de James e invitaron a la pareja a entrar. El interior era cómodo a más no poder. Con mucho estilo, habían transformado aquella vieja oficina en un agradable apartamento decorado con esmeradas piezas de artesanía tradicional que Carmichael se había ido agenciando en sus viajes por medio mundo: desde alfombras persas a máscaras rituales africanas, pasando por piezas de alfarería o cestería ricamente talladas.

Los anfitriones acompañaron a los recién llegados al salón y los acomodaron en torno a una mesita traída ex profeso del Camerún. Murphy regresó de la cocina con un aperitivo y cuatro copas de vino blanco.

—Esas esculturas de la entrada son fascinantes. Parecen tan reales… ¿De dónde las habéis sacado? —dijo Patricia, echando mano de su copa.

Carmichael se encogió de hombros.

—Bueno, los clientes no siempre pagan con dinero.

Durante un rato, se enzarzaron en una charla intrascendente sobre sus vidas. Tras dejar la tercera copa de vino vacía sobre la mesa, Carmichael se quedó mirando con expresión grave a sus invitados, y les preguntó:

—¿Qué os ha traído hasta aquí? Vuestro relato por teléfono sonó bastante confuso.

Patricia les puso al día de los últimos acontecimientos. Respecto al secuestro del antiguo pirata informático Carmichael mostró algo de escepticismo, hasta que James empleó el brazo sano en colocar un maletín muy baqueteado sobre la mesa, abrir la cremallera y dejar a la vista el MacBook de Collins.

—Colega, sabes que jamás se separa de él.

Las arrugas de preocupación en la frente de Carmichael se agudizaron.

A la vez que Murphy llevaba los restos de la cena a la cocina, Carmichael se levantó y mantuvo una breve conversación telefónica. Tras colgar, enchufó el dispositivo a la red eléctrica y regresó al sillón con gesto circunspecto.

—Mañana, un *Smith* vendrá a buscar el ordenador. —Y es que, al poco de comenzar a operar con su empresa de aerotaxis, Carmichael y Murphy recibieron la visita de un miembro del Ministerio de Relaciones Exteriores británico. Aquel tipo, que se identificó como Jack *Smith*, les hizo un encargo: trasladar a dos personas hasta un lugar secreto de Mongolia. Dave dio por sentado que ese nombre era falso. Los espías a menudo empleaban apellidos comunes como Smith, Brown, Williams o Jones. Desde aquel entonces, los encargos del Gobierno se habían ido sucediendo, siempre a través de tipos diferentes, pero con un mismo apellido: *Smith*. Distintos perros. Mismo collar. Con el tiempo, se había forjado una próspera relación pseudocomercial basada en la mutua confianza. Carmichael no era un espía, pero agradecía aquellos trabajos esporádicos que lo sacaban de la monotonía de lo cotidiano.

Como ya no podían hacer nada más por ese día, y James y Patricia estaban molidos después de los dos palizones en coche que sus cuerpos soportaban, decidieron irse a la cama. Dave le dejó su cuarto a Patricia, y él durmió con James en el salón. Uno en el sofá y el otro sobre una cama hinchable que guardaban en un altillo para visitas inesperadas.

James Allen y Dave Carmichael se conocían desde sus tiempos universitarios, pero los recientes sucesos vividos en Haití habían estrechado aún más entre ellos los lazos de amistad. Demasiado inquieto para quedarse dormido, James permaneció despierto hasta altas horas de la madrugada mientras oía los ronquidos marsupiales de su amigo.

En ese momento, habría tachado de loco al que le hubiera vaticinado que la noche siguiente estaría durmiendo en la mullida cama de un hotel de El Cairo.

7.

Una sonrisa de oreja a oreja…

Collins abrió los ojos a la oscuridad de la capucha cuando el subconsciente le alertó de un cambio en la nota de los motores. El avión descendía. Poco después, el sonido mecánico del tren de aterrizaje extendiéndose precedió al chirrido del caucho contra el asfalto. El sistema de frenado se activó y el avión fue perdiendo velocidad con gran rapidez; luego rodó un rato y se paró.

Sonaron dos clics y quedó libre de las ligaduras que lo mantenían sujeto a los brazos del asiento. Una mano lo agarró por el cuello de la camisa, conminándole a ponerse en pie. Las manos en la espalda de nuevo. Otra brida demasiado apretada. Le hicieron descender unas escalerillas metálicas. Corría un poco de aire y tuvo un ligero estremecimiento. No sabía si era de día o de noche. No recordaba cuándo había perdido la noción del tiempo.

A su espalda, los motores del avión seguían al ralentí. Sin muchas contemplaciones, lo metieron dentro de otro espacio cerrado. Una portezuela se cerró de golpe tras él. Un instante después, un motor de gasolina cobró vida y el vehículo arrancó. Esta vez no se molestó en investigar. Dio por descontado que hallaría lo mismo que en la anterior furgoneta. Nada. Se sentó por tanto en el suelo de metal, apoyó la espalda y cruzó las piernas por los tobillos.

Circulaban en línea recta sobre asfalto liso. Casi perfecto. Recién echado. No se oía tráfico. La furgoneta redujo de manera brusca la velocidad y viró a la izquierda. Inmediatamente, descendieron muy despacio una rampa e hicieron un alto. Lo obligaron a bajar de un salto.

La humedad se intensificó. Volvió a temblar. Otra vez el cortacables funcionando con un clic. Notó los brazos libres y se frotó las muñecas. Las tenía doloridas. Lo empujaron por la espalda y echó a andar sobre un suelo terroso. En un momento dado metió el pie en el agua y se le mojaron los calcetines. A su alrededor podía oír el murmullo del mar,

chapoteos y susurros. Lo ayudaron a subir a un bote de goma. Durante un rato, permaneció sentado escuchando el zumbido de un motor ligero. Por fin, se detuvieron y abandonó el bote.

Subió andando varias cuestas empinadas. Cuando el aliento empezaba a faltarle, el suelo se enderezó. Realizó giros a izquierda y derecha; a veces, caminaba por lugares cerrados, provocando ecos, y otras, al aire libre. Por último, descendió por unas empinadas escaleras de mano. Al llegar abajo, notó una presencia a su lado, pero olía de manera diferente. A limpio, a colonia cara masculina. Era alucinante cómo los demás sentidos se activan si te ves privado del principal de ellos: la vista. No escuchó actividad a su alrededor. En realidad, no escuchaba el menor sonido. La calma era total. Siguió moviéndose hasta que le cogieron del hombro con suavidad; entonces, se paró.

El hombre que olía bien introdujo un código musical en un teclado y una puerta se liberó con un susurro. La capucha desapareció de su cabeza y una voz lo invitó a entrar. Ese alguien apretó un interruptor y unas luces blancas iluminaron súbitamente la habitación. La puerta se cerró entre él y su acompañante. Collins entrecerró los ojos a la luz deslumbrante.

Apenas su visión se había aclarado cuando observó una habitación casi tan amplia como su apartamento entero. Paredes blancas. Suelo blanco. Techo blanco. Sin ventanas. En una esquina, descansaba una cama pequeña cubierta con una sábana blanca. El mobiliario lo completaban un sillón, una tele y una mesa. Eso era todo lo esencial. Lo siguiente que hizo fue fijarse en los detalles. ¡El sillón se veía supercómodo! ¡Con una palanca de esas que levantan un reposapiés! ¡El televisor era 4K de sesenta pulgadas y había una PlayStation 5! Una puerta abierta por la que se entreveía un cuarto de baño privado. La mesa era redonda con cuatro sillas de director. Sobre ella reposaba un ordenador portátil HP enchufado a un cargador. Junto a él, una cesta de mimbre hasta arriba de chocolatinas Twix, sus favoritas.

¡Hasta había una tarjeta de bienvenida!

Collins no solía mostrar comprensión alguna por los sentimientos de otras personas, y pocas cosas en el mundo, dejando a un lado los ordenadores, despertaban en él un vivo interés. Mostrar las emociones era algo verdaderamente sobrevalorado. Pero ante aquella visión que se abría ante él, únicamente acertó a hacer una cosa: sonreír de oreja a oreja. Si existía un paraíso en el más allá, sin ninguna discusión, aquel lugar debía de ser lo más parecido en la tierra.

8.

El señor *Smith*…

Prestwick, Escocia

Lo primero que advirtió James nada más abrir los ojos en el sofá en el que había dormido fue que el portátil de Collins había desaparecido.

—Un hombre se presentó de madrugada y se lo llevó —le aclaró Carmichael.

En aquella latitud, durante el mes de junio, solía amanecer a las cuatro y media de la madrugada; así pues, cuando Allen y Carmichael fueron a dar un paseo por el recinto un rato después, el día ya había terminado de clarear. Un aire de abandono cubría el vetusto aeródromo, igual que las sábanas blancas los muebles de una casa deshabitada. La temperatura era fresca y el cielo se mostraba casi despejado. James se agachó a fin de arrancar una mala hierba. La miró con indiferencia y la lanzó a un lado de la acera.

—¿Qué tal está Kieran? Anoche lo noté un poco retraído.

Carmichael agitó la mano con el gesto torcido.

—Así, así. Ser enterrado vivo debió ser una experiencia tan traumática que le llevará tiempo restablecerse del todo.

Caminando llegaron a la pista de aterrizaje que Carmichael y Murphy se afanaban en mantener en perfectas condiciones de uso. Allen se interesó por la orientación. Dave le habló de distribución de los vientos, topografía del terreno y contaminación acústica. Todo ello para explicarle por qué la pista discurría de norte a sur. Cuando regresaron al hangar, media hora más tarde, se encontraron un sedán de color negro aparcado en la entrada principal, al lado del Honda Civic de alquiler. Apoyado contra la carrocería, había un tipo con traje oscuro y gafas de sol que no dejó de mirarlos hasta que se perdieron adentro. De pie, al lado de uno de los pilares que sustentaban el apartamento, se hallaba otro individuo observando con curiosidad cómo Murphy manipulaba un motor turbofán despiezado.

James y Carmichael cambiaron de dirección y fueron a su

encuentro. El forastero, que iba vestido con un pulcro traje de Savile Row con rayas diplomáticas y sujetaba un maletín negro con la mano derecha, depositó una pieza metálica con forma de ele sobre una estantería y se presentó ante ellos como John *Smith*. Carmichael guardó la tarjeta de visita que le había entregado y lo invitó a subir. En el saloncito Patricia se sumó a ellos tres, pero no así Murphy, quien prefería mantenerse alejado de los tejemanejes de su amigo con el MI6.

El hombre que se hacía llamar John *Smith*, sin terminar de acomodarse del todo en el sillón que ocupaba, abrió el maletín sobre sus rodillas y extrajo una carpeta. Con una parsimonia rayana en lo exasperante, apartó las gomas que la mantenían cerrada y estuvo un rato ojeando el contenido. Cuando lo consideró oportuno, procedió a informar a los presentes de que la última actividad informática de Collins había sido indagar acerca de un anuncio en la red Tor, en el que ponían precio a la cabeza de un tal James Allen. De repente, cayendo en la cuenta, desvió la mirada a James y frunció el ceño.

James se echó adelante en el sofá bruscamente.

—¡¿Precio a mi cabeza?! ¿Quién? ¿Por qué?

El tipo del traje se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá usted pueda contestar a esa pregunta.

El burócrata aprovechó el momento de silencio que siguió a sus palabras para devolver la carpeta al maletín.

—¿Qué es eso de la red Tor? —preguntó James.

—Es un submundo sin ley en Internet. Es parte de la *darknet* o red oscura —explicó John *Smith*.

La expresión de sus interlocutores le mostraba que no estaban entendiendo nada y decidió aclararles aún más la cuestión.

—Verán, todas las redes wifi del mundo están asociadas a una dirección IP. Cualquier actividad que se realice desde ellas queda registrada y su autor identificado. Sin embargo, la red Tor oculta esas direcciones IP, garantizando el anonimato y la privacidad de la información mediante un complejo sistema de capas y algoritmos de encriptación.

—¿Algoritmos de qué? —James, una persona esencialmente analógica, se mostraba desconcertado con aquellos tecnicismos.

—Cifrados, señor Allen. La información viaja cifrada de un servidor a otro, lo que dificulta en extremo conocer su contenido y su origen. Acceder a este tipo de redes oscuras es muy restringido y requiere un *software* exclusivo que uno no adquiere en el Apple Store. Obviamente, gran parte de los ciberdelincuentes internacionales se mueven por ella como pez en el agua. Es cobijo para basura de todo tipo: terroristas, pedófilos, traficantes de armas, proxenetas…

—¿Y no pueden, simplemente, desactivarla? —preguntó Patricia,

uniéndose a la conversación.

La sombra de una sonrisa apareció en el rostro de *Smith*.

—Veo que sabe muy poco de Internet, señorita Banner. Tor no es más que una de las decenas de redes oscuras que operan de esta manera. ¿Desactivarla? —Torció la boca—. Sería posible, pero es más útil saber que existe. Dicho de otra manera, si usted supiera que hay un bar donde todos los jueves se reúnen los delincuentes más peligrosos del mundo a hacer negocios, ¿lo cerraría o lo vigilaría?

—Y ¿qué pinta Collins en todo esto? —quiso saber James.

—Pensamos que cuando Collins destripó el anuncio activó algún tipo de localizador. Fue así como esos tipos lo encontraron.

La estancia volvió a sumirse en el silencio. Sin necesidad de poner voz a sus pensamientos todos coincidieron en la misma idea. El objetivo era el analista de sistemas. James no había sido más que el cebo. Carmichael, que hasta ese momento había permanecido callado, decidió intervenir:

—¿Por qué precisamente Collins?

El tipo del Gobierno no contestó de inmediato.

—Todos los analistas de la agencia están en estos momentos tratando de responder a esa pregunta. Ustedes son sus amigos, esperábamos que pudieran arrojar algo de luz sobre ese extremo.

—Creen que pudo irse voluntariamente. Es eso, ¿verdad? —manifestó Carmichael, ceñudo.

Smith pareció pensarse la respuesta.

—En estos momentos, no descartamos ninguna hipótesis.

—¡Eso es una estupidez! —soltó James, que se levantó bruscamente de su asiento haciendo aspavientos. Al ver que Carmichael y Patricia no parecían tan afectados, les dijo—: ¿Qué os pasa, muchachos? Es Collins. Vuestro amigo.

—Tampoco están acusándolo de nada, pero debes reconocer que su comportamiento habitual es un tanto… peculiar —dijo Patricia en tono conciliador.

A Carmichael le faltaban elementos de juicio; al fin y al cabo, solo conocía al analista de sistemas desde hacía unos meses, pero la determinación que mostraba su amigo fue suficiente para darle una oportunidad.

—De acuerdo, tío, ¿qué propones tú que hagamos?

James les dio la espalda a los tres y se aproximó al enorme ventanal. En el hangar, contempló a Murphy con un mono embadurnado de grasa trabajando en el motor que había desmontado sobre un tablón sujeto con caballetes. Los destellos que el sol provocaba sobre el fuselaje plateado del Fairchild C-119 captaron su atención y se quedó mirando el avión ensimismado. Aquella visión le trajo recuerdos amargos. En una ocasión, se prometió a sí mismo que

nunca permitiría que a ninguno de sus amigos volviera a ocurrirles nada malo. No si él podía remediarlo. Al cabo, suspiró y giró en redondo. Patricia, Carmichael y *Smith* tenían los ojos puestos en él, expectantes.

—Voy a ir por él —dijo sin ambages. Directo al grano. Como era él. Con ese aire despreocupado y decidido a un tiempo.

Un silencio grave, en el que podía haberse escuchado el zumbido de un mosquito, envolvió la estancia. *Smith* lo escrutaba reservado, tratando de discernir si sus colegas —que le habían hablado maravillas de él cuando logró abortar el vertido de un peligroso virus en la red de aguas de la isla de Skye— estaban en lo cierto, o aquel tipo no era más que un fanfarrón.

El sonido metálico de una herramienta al caer al suelo les llegó desde el hangar, arrancándolos de su mutismo.

—Espero que comprendan que el MI6 no puede involucrarse oficialmente en la búsqueda —apuntó *Smith*, el único de la habitación al que parecieron complacerle las palabras de James—. Sería reconocer que hemos… bueno, que hemos extraviado a uno de nuestros activos, y eso generaría una crisis de confianza que obligaría a responder a un montón de preguntas. —Y tras una pausa, añadió—: Claro que haremos nuestras pesquisas, pero de manera discreta.

—No pienso abandonar a Collins a su suerte —sentenció Allen. Luego miró a Carmichael, quien asintió poco convencido, y a continuación a Patricia, que le respondió con la mirada.

El tipo del Gobierno no puso objeciones, pero les insistió en que nada de apoyo táctico; aunque, eso sí, el MI6 correría con los gastos en que incurriesen.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Carmichael.

El agente del MI6 volvió a echar mano del maletín y extrajo una nota de un pequeño departamento. Se la entregó a Carmichael. Después de leer su escueto contenido se la dio a su vez a James, y este, tras ojearla, a Patricia.

—Los expertos del MI6 —se explicó *Smith*— pudieron seguir el anuncio de Internet, hasta una dirección IP de El Cairo…

—Espere, espere —dijo Patricia precipitadamente—. ¿No ha dicho hace un momento que la red Tor garantizaba el anonimato de las direcciones IP?

El tipo trajeado lanzó una mirada inescrutable. Apoyó la espalda en el sillón, cruzó las piernas y eliminó una pelusilla inexistente de sus pantalones bien planchados.

—Es verdad y no es verdad. Se rumorea que Snowden en 2013 rompió esa privacidad, pero es solo un rumor que no estoy en disposición de confirmar.

—Por supuesto —dijo James—, ustedes *solo* vigilan el bar donde

acuden los delincuentes.

Dando por finalizada la reunión, el señor *Smith* se levantó del sillón, les estrechó la mano cortésmente y se marchó. A través de las paredes de cristal, distinguieron sus pisadas en la escalera, la portezuela de un coche cerrando y el zumbido de un motor eléctrico alejándose. Los tres regresaron a sus asientos e intercambiaron miradas, esperando que alguno dijera la primera palabra.

—¿El Cairo? —dijo finalmente Patricia.

Carmichael trató de disuadirlos sin éxito de que todo esto era descabellado. No tenían ni idea de qué encontrarían en aquella dirección. Podía no ser nada. O una trampa mortal.

—O puede que tengan allí retenido a Collins —dijo James.

En el momento en que Carmichael comprendió que no le haría cambiar de opinión, resopló resignado y fue en busca de Murphy. Los reactores de la compañía estaban en ese momento alquilados, de modo que prepararían el Fairchild y volarían a Egipto tan pronto como la ATC, el control de tráfico aéreo, autorizase aquel loco plan de vuelo.

9.

El Mayordomo…

Dispara… dispara… Joder… Salta… Dispara… ¡Mierda, me han matado!… IRA a la derecha, a la izquierda…! Joder, joder… Mierda…

Estaba tan concentrado jugando a la Play que no se dio ni cuenta. Fue el mismo olor a colonia cara lo que de hecho le alertó de la presencia de alguien más en la habitación. Collins estaba arrellanado en el sillón, con los pies en alto y el mando de la consola entre las manos. Había envoltorios rasgados de Twix por todas partes. Una docena, al menos. En el momento en que distinguió una silueta por el rabillo del ojo volvió la cara con expectante curiosidad. Sus ojos enrojecidos delataban las muchas horas pasadas frente al televisor.

El recién llegado era un hombre alto. Mucho. Su cabeza casi rozaba el dintel de la puerta. Vestía un buen traje y una camisa almidonada que se cerraba en el cuello con una corbata de seda. Tenía ambas manos cruzadas por delante, esperando a que Collins lo atendiera. Transmitía la sensación de ser un tipo afable. Cualquiera no se hubiera dejado llevar por las apariencias, pero Collins no razonaba como una persona corriente.

El visitante alzó un momento la barbilla y aspiró el aire.

—Bueno días, Collins. Permíteme que me presente. Soy el Mayordomo. Te ruego nos disculpes por esta… manera tan poco apropiada de traerte hasta aquí —su timbre de voz sonó melifluo y su tono, hasta cierto punto, fue condescendiente.

Collins seguía sin decir nada. Entonces el recién llegado continuó:

—Prepárate, por favor. En veinte minutos volveré y te enseñaré tu nuevo hogar.

Antes de salir, el Mayordomo se volvió hacia el exhacker desaliñado y le comunicó con el mismo tono neutro y tranquilo:

—En este lugar no hay ventanas y sería de agradecer algo de higiene. Por cierto, en aquel armario encontrarás ropa limpia.

En el pasillo, cuando el Mayordomo se hubo alejado un poco de la puerta, marcó un número en el teléfono móvil y se llevó el aparato a la oreja. La conversación se desarrolló en inglés, aunque ninguno de los dos era británico.

—El señor Collins ya se ha instalado —anunció.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—Buen trabajo, amigo mío. Ponlo de inmediato a trabajar con los demás. Es imperativo que ni él ni Katya sospechen nada. Pronto nos enfrentaremos a dos personas extremadamente inteligentes, a las que más te vale no subestimar.

—No lo haré. Otra cosa. El número Cinco se ha vuelto inestable.

—¿Tiene solución?

—No. Lleva con nosotros ya casi seis años.

—Ya sabes lo que hay que hacer. Y búscale un remplazo rápido, estamos en un momento crucial de la operación y no podemos permitirnos retrasos.

—De acuerdo.

El Mayordomo guardó el teléfono y continuó por el pasillo.

Al rato, probablemente habrían transcurrido los veinte minutos anunciados, la puerta electrónica volvió a abrirse. Esta vez, el Mayordomo venía acompañado de un hombrecillo ataviado con una bata blanca que portaba un pequeño maletín de aluminio en una mano. Sin pronunciar palabra, lo apoyó sobre la mesa y extrajo de él una pistola inoculadora.

—No te dolerá —dijo el tipo de la bata, y apretó el gatillo sobre el antebrazo de Collins.

—¡Au!

—Es un chip de localización, por si te lo estabas preguntando —le aclaró el Mayordomo—. Es microscópico y en estos momentos circula a toda velocidad por tu torrente sanguíneo.

El hombre de la bata devolvió la pistola al maletín, lo aseguró y se marchó. El Mayordomo observó a Collins de pies a cabeza. Se había duchado y vestido con una camiseta negra y unos tejanos azules. Los pelos, aún mojados, estaban enmarañados.

—Eso está mejor. ¿Me acompañas?, pero antes coge una sudadera, donde vamos hace fresco y no queremos que te constipes. —Regresó aquel tono paternalista.

A través de estrechos corredores de ladrillos de adobe, que daban la sensación de tener un montón de años, el Mayordomo condujo a Collins hasta una sala bastante espaciosa que le trajo rápidamente el recuerdo del interior de una iglesia. Por todas partes había arcadas,

columnas y piedra. En el techo, de gran altura, se cruzaban nervios de mampostería. El ambiente era húmedo y efectivamente hacía un frío que pelaba. El centro de la estancia lo ocupaban dieciséis escritorios en forma de herradura, distribuidos en cuatro filas de a cuatro y separados entre sí de manera que la privacidad era casi total. En cada mesa había un ordenador. Sentadas tras doce de los escritorios había otras tantas personas. Ninguna de ellas apartó la mirada de su monitor. La sala estaba en silencio únicamente alterado por el chasquido que provocaban dedos contra teclados. En la última fila no había nadie sentado. El Mayordomo guio a Collins hasta una de las mesas vacías y retiró una silla ergonómica con ruedas.

—Trabajarás aquí.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Lo que te digamos.

Por último, el Mayordomo metió la mano en la chaqueta, extrajo un folio plegado por la mitad y se lo tendió a Collins.

—Es una hoja con diez normas. En tu tiempo libre puedes hacer lo que te venga en gana. No nos metemos en eso. Pero somos inflexibles respecto al cumplimiento de estas normas.

Collins agarró el papel y, tras acomodarse, lanzó una mirada un momento a las espaldas encorvadas de sus compañeros. Entonces se centró en su ordenador. Pulsó el botón de encendido y surgió una pantalla que le solicitaba una clave. Probó con «COLLINS», y aquello funcionó. Estaba claro que estos tíos no habían oído hablar de la ciberseguridad.

Cuando volvió la cabeza para decir algo, su interlocutor había desaparecido, dejando en el ambiente ese olor a colonia cara.

10.

Al Qarafa…

Vuelo Prestwick-El Cairo

Al mismo tiempo que el Mayordomo mostraba a Collins su nuevo hogar, el Fairchild despegaba del aeropuerto de Bari, donde había aterrizado para repostar. James había viajado en una ocasión en el bimotor, así que no le sorprendieron los botones y relojes que poblaban la consola de control y la consecuente ausencia de modernos instrumentos de vuelo. Sentado en el asiento del copiloto de la carlinga, miraba por la ventanilla con aire retraído mientras dejaban atrás los últimos vestigios de tierra y el suelo adquiría la tonalidad azulada del Mediterráneo. Entonces le dijo a Dave:

—¿Sigues teniendo esa botella de Kilbeggan por ahí?

Carmichael, esbozando una media sonrisa pícara, metió la mano bajo un mamparo y sacó una botella del whisky irlandés que Murphy le proveía. Kieran raramente lo acompañaba en sus viajes, el irlandés prefería quedarse en Prestwick enredado con las entrañas de los motores. A menudo decía que un compresor, una turbina o una tobera de escape eran como las piernas de una chica bonita, algo con lo que Carmichael discrepaba.

La noche estrellada de El Cairo los recibió horas más tarde con un calor sofocante. Después de dormir cobijados bajo el aire acondicionado del Four Seasons, un rascacielos de lujo con unas imponentes vistas al Nilo, Patricia, James y Carmichael se reencontraron a la mañana siguiente en el hall del hotel. James se había deshecho del cabestrillo. Apenas le dolía ya el hombro y se sentía un inválido con él. Antes de acceder al comedor para desayunar, contactó por teléfono con Radju. Allen, desde hacía años, dirigía expediciones de arqueología marina por medio mundo. El Mediterráneo oriental era una fuente inagotable de pecios y había buceado en las aguas jurisdiccionales egipcias en varias ocasiones. En aquellas expediciones trabó amistad con Radju, un conseguidor que se movía por El Cairo como un funambulista sobre un alambre. Justo lo

que ellos necesitaban.

Cuando el trío salió a la brillante luz del día, se encontró con una ciudad ruidosa, polvorienta y caótica. Un tipo extremadamente delgado y de piel cetrina aguardaba apoyado contra un Peugeot negro con pinta de haber pasado por no pocas manos. Agitando el brazo en el aire y mostrando unos dientes que clamaban a gritos por un buen dentista, llamó su atención. Tras los pertinentes saludos y presentaciones, ocuparon sin más dilación los asientos de escay del Peugeot. Estaban sucios y rotos. Un ramillete variado de collares colgaba del espejo retrovisor.

Nada más mostrar a Radju la nota con la dirección a la que pretendían ir, su rostro se ensombreció.

—¿Seguro dirección correcta? —dijo chapurreando.

—Sí, ¿por qué? ¿Sucede algo? —le preguntó James.

—*Al Qarafa*.

—¿Qué diablos significa *al Qarafa*?

Aquella pregunta, que creó un momento de tensión, fue seguida de una respuesta críptica:

—Ciudad de Muertos.

11.

Hiğāb, ḥiğāb…

El Cairo, Egipto

Radju. —CIUDAD de Muertos mal sitio, mucho peligroso —aseguró

—¿Por qué de ese nombre? —quiso saber Patricia.

—Ser antigua… ¿cómo llamas?… Necrópolis. Gente vive con tumbas en casa. Antiguos propietarios abandonar, ahora ocupada por personas sin hogar. Nadie quiere ir. Solo pobreza.

—Tú llévanos a esta dirección —le insistió James.

—Vale, vale, tú mandas. Pero yo avisar.

Radju puso el motor en marcha y se hizo un hueco entre el caos circulatorio de la ciudad. Los coches no hacían caso de las señales de tráfico. Se saltaban los semáforos en rojo y los cedas el paso. En las intersecciones de calles quedaban cruzados los que iban en una dirección y en otra. En las amplias avenidas, convivían en armonía todo tipo de vehículos, animales de carga y viandantes portando fardos sobre sus hombros. Entre bocinazos y bruscos acelerones y frenazos, avanzaban con una lentitud desesperante. El coche carecía de aire acondicionado y las cuatro ventanillas estaban bajadas. El ruido de la ciudad llenaba el habitáculo y los obligaba casi a gritar para entenderse entre ellos. En una parada, una niña se asomó por la ventanilla del copiloto e introdujo dos ramos de flores. Radju la ventiló en un pispás.

—¿Queda lejos? —preguntó James.

—No lejos de aquí.

Se movían en paralelo al Nilo, hacia el sur. En un momento dado, el Peugeot viró al este. El tráfico se hizo entonces algo más fluido. En aquella zona de la ciudad, los minaretes se elevaban sobre los tejados como lápices erguidos. Por sus altavoces llamaban a la oración. Las cúpulas de las mezquitas cubrían el horizonte como observatorios astronómicos.

Media hora más tarde, comenzaron a circular por calles terrosas,

entre casas cuadradas de adobe y edificaciones ruinosas. Todo era de color ocre. A menudo se topaban con solares atestados de tumbas. Montones de tumbas. Por todas partes. Seducidos por el entorno, ninguno de los tres europeos lograba apartar los ojos de las ventanillas. Después de dejar atrás una mezquita y un bazar de marroquinería, torcieron a mano derecha, cruzaron bajo un arco de piedra en forma de herradura y entraron en la calle Moustafa Al Khazendar. Radju redujo la velocidad y con parsimonia recorrió la calle atento a los números de las casas que figuraban en placas oxidadas y retorcidas. A la altura del número 10, pisó el freno y detuvo el coche al lado de una furgoneta con los cristales sucios.

—Es aquí.

Echaron un rápido vistazo. Era una casa como las demás: cuadrada, amarillenta, de adobe, dos plantas, contraventanas con rendijas cerradas.

—Sigue adelante, no te pares aquí —le mandó Carmichael, golpeándole en el hombro.

Radju metió primera.

Carmichael siguió guiándolo.

—Tuerce a la derecha. ¡Ahora!

El conductor llevó a cabo la maniobra de manera brusca.

—Para.

Lo hizo y apagó el motor.

—Espéranos aquí, no te muevas —dijo James.

Radju se quedó observando en el espejo la larguísima melena dorada de Patricia.

—*ḥiğāb*, *ḥiğāb* —dijo, tocándose el cabello.

Los tres lo miraban con incomprensión. Entonces Radju se inclinó sobre las piernas de James y abrió la guantera. De ella extrajo un pañuelo de tonos pastel algo deshilachado y lo agitó en alto, echando el brazo hacia el asiento trasero.

—¡Ah!, hiyab —dijo James—. Creo que dice que te cubras la cabeza con eso.

Patricia arrugó la cara.

—Ni de coña voy a ponerme ese trapo mugriento—. Abrió el bolso, rebuscó en él y extrajo una pinza del pelo que empleó en recogerse el cabello en un moño.

Más o menos resuelto el problema, los tres se apearon. En la esquina, se asomaron con precaución y echaron una mirada general a la calle. Era estrecha y estaba tranquila. Había casas a ambos lados, pero no se apreciaba movimiento en las ventanas. Al comienzo de la calle, distinguieron el chasis calcinado de un coche. Luego estaba la furgoneta. Un par de casas más allá, un anciano ataviado con una chilaba y un gorro de punto estaba sentado en un banco de piedra en

un rincón umbrío, mirando al suelo. Pese a que evitaban el sol en todo momento, el sudor cubría sus cuerpos como un traje a medida. El calor era abrumador, insoportable, lo que acrecentaba el tufo imperante.

Los tres echaron a caminar resueltos hasta el número diez. Delante de una puerta estrecha de dos hojas se quedaron un minuto parados, mirándose entre sí. Pegada al bordillo estaba la furgoneta. Vista de cerca parecía aún más vieja que el Peugeot de Radju. En ese momento, cayeron en la cuenta de que no habían planeado el próximo paso. No iban armados y resultaba imposible hacerse una idea de qué se encontrarían al otro lado de aquella puerta de madera ajada. El anciano apartó la vista del suelo, saliendo del letargo, y se los quedó mirando. Su expresión estaba a mitad de camino entre la curiosidad y la desconfianza. Tal vez más cerca de esta última. No podían permanecer allí por más tiempo sin acabar llamando la atención; así pues, James se decidió, lanzó una última mirada a un lado y a otro de la calle, alargó la mano hasta el pomo de hierro y presionó hacia abajo con suavidad.

Una de las hojas de la puerta cedió.

El trío intercambió miradas, probablemente pensando lo mismo. En aquel sitio de lo último que se preocuparían sería de los ladrones. James empujó la puerta lo más despacio que pudo para evitar los chirridos, cosa que no logró del todo. El interior estaba en sombra, acrecentada por el contraste de luminosidad con el exterior. No se veía a nadie, de manera que los tres se adentraron en la propiedad de uno en uno, atentos a donde ponían los pies y procurando por todos los medios no hacer ruido.

Una repentina sensación de frescor los reconfortó, pero fue efímera y sustituida por un intenso hedor a orines. Carmichael, que entró el último, entornó la puerta, sin llegar a cerrarla del todo. Envueltos en una paz inquietante permanecieron otro rato en el recibidor, acostumbrando los ojos a la ausencia de luz.

Del recibidor salían dos pasillos. Uno al frente, por donde se filtraba luz natural y otro a la izquierda, muy oscuro. Sin perder de vista la puerta de entrada, avanzaron despacio hacia la luz. Dieron con un patio abrasado por el sol y bordeado por paredes de ladrillos con la argamasa mal compactada. Las malas hierbas se habían abierto camino rompiendo los azulejos del suelo. Sin una gota de agua. En el centro, ordenadas en dos filas de tres, seis tumbas. James conocía que a los musulmanes que habían vivido de acuerdo con la *sharia*, la ley islámica, se los enterraba sin ataúd. Envueltos en una mortaja y en contacto con la tierra. Con la cabeza en dirección a la Meca. El lugar resultaba sobrecogedor. En ese momento, las llamadas a la oración de los almuecines que traía el aire cesaron.

Allí no había nada y el trío desanduvo sus pasos hasta la penumbra y el frescor. En el recibidor tomaron el otro pasillo, pasaron por delante de unas escaleras que descendían de un piso superior y entraron en una cocina. Pequeña, rústica. Con pila para agua, pero sin grifo ni cañerías. Tampoco había interruptores de la luz. Los rombos de los azulejos del suelo trasladaban una imagen mareante. Obviamente, allí vivía alguien. En la pila había platos y cubiertos con restos de comida. Acomodadas alrededor de una mesa desvencijada había cuatro sillas.

Dejaron la cocina y siguieron husmeando en la última estancia de la planta de abajo. Cuadrada y oscura. James se vio obligado a encender un momento la linterna del teléfono. La movió haciendo un arco. La luz fue revelando otras dos tumbas, similares a las del patio. Por el suelo, unas alfombras y unos cojines de vivos colores. Fue entonces cuando lo comprendieron. No eran tumbas construidas dentro de casas. Sino casas construidas en torno a las tumbas. Los sepulcros eran la razón de ser. El epicentro de aquellas construcciones, cuya finalidad era acoger a familiares que iban a rezar por el difunto.

Dos ojos de color ámbar y un maullido rasgando el silencio les provocaron un respingo. Un gato pardo salió de las sombras, los rodeó y se marchó danzando sin hacer más ruido. Entonces lo oyeron. Una especie de gemido lastimero y, seguidamente, el deslizamiento de las patas de una silla por el suelo. Las miradas de los tres coincidieron en el techo. Sin moverse. Muy quietos. Unos pasos sobre sus cabezas. Al ritmo de las pisadas, una fina capa de polvo se iba desprendiendo por entre la armadura de madera y caía sobre sus cabezas como una llovizna.

Abandonaron la estancia y pasaron por delante de la cocina. Se detuvieron a los pies de la escalera y alzaron la mirada. Comenzaron a deslizarse en procesión por el primer tramo con pasos ejecutados con especial sigilo. Carmichael el primero, Patricia en medio y Allen cerrando la marcha. Un escalón…

Otro…

Otro…

Otro…

Hicieron la curva que dibujaba la escalera y alcanzaron el descansillo. Ante sus ojos se abrió otro pasillo con dos puertas cerradas, una en cada extremo. Una luz natural muy tenue se filtraba por una claraboya con el cristal polvoriento y medio roto. Carmichael señaló a James y a Patricia e, inmediatamente después, una de las puertas. La que estaba más al fondo. Luego se apuntó a sí mismo con el índice y acto seguido hacia la otra puerta. James y Patricia asintieron. Se separaron. Delante de las dos puertas cerradas se miraron una vez más.

Carmichael llevó a cabo una cuenta atrás silenciosa con los dedos.

Tres, dos, uno.

A partir de ahí, todo fue muy confuso y se desarrolló en cuestión de segundos.

12.

Do you speak english?…

El Cairo, Egipto

ENTRARON de golpe en las dos habitaciones. James y Patricia sorprendieron a una joven sentada en el suelo. Con los brazos rodeando una columna de piedra y las muñecas unidas con una cuerda deshilachada. Un hiyab negro cubría su cabello. Su rostro estaba magullado. Con una mueca de dolor, la joven ahogó un grito al verlos.

Del otro lado del pasillo, sonó alboroto. Una puerta abriéndose bruscamente, un gruñido y el ruido seco de algo pesado cayendo al pavimento. A renglón seguido, se oyeron pisadas a la carrera que se perdieron escaleras abajo.

—¡James, Patricia! —los llamó a gritos Carmichael.

James se asomó y miró a su amigo incorporándose del suelo.

—¡Ha escapado por las escaleras!

Allen volvió al cuarto donde estaba Patricia y le dijo que se quedara con la chica. Luego corrió piso abajo, tras Carmichael. Cuando salieron a la solana, se quedaron parados. Deslumbrados, solo alcanzaron a distinguir a alguien en el asiento del conductor de la furgoneta. Inmediatamente, el motor cobró vida y el vehículo salió a toda velocidad calle abajo, levantando a su paso una polvareda.

Sin perder un minuto, comenzaron a correr hacia la esquina donde los esperaba su coche. Irrumpieron en el vehículo de sopetón, despertando de golpe a Radju, quien se llevó un buen susto. Ante las voces atropelladas que recibía el cairota, giró la llave, arrancó y dio marcha atrás, hasta entrar en la calle Moustafa Al Khazendar derrapando un poco mientras giraba. Metió primera y, entre un chirriar de llantas, el Peugeot salió disparado detrás de la furgoneta, dando un bocinazo para ahuyentar un perro tumbado en mitad del camino.

Bastaron unos pocos minutos, girando en cruces a izquierda y derecha por calles de arena y rodeados de casas iguales, para que James se desorientara. Ni aunque le hubieran arrancado las uñas

habría sido capaz de volver a la casa donde habían dejado a Patricia, pero la escocesa era una mujer de armas tomar, y, llegado el caso, sabría defenderse sola.

§

EN cuanto Allen y Carmichael salieron en estampida, Patricia se centró en la joven. Sacó una navajita del bolso, se agachó junto a ella y cortó las ligaduras. La joven separó las manos y se frotó las muñecas enrojecidas. Banner se enderezó, puso la navaja en el bolsillo y ayudó a la joven a incorporarse.

—¿Te encuentras bien?

La joven se la quedó mirando como si no comprendiera.

—¿Hablas mi idioma?

La joven se limitó a negar con la cabeza. El *«do you speak english?»* era demasiado internacional. No se requería saber el idioma para comprender aquello. Patricia miró por la habitación. En el suelo, pegado a la columna, había un plato de latón con un mendrugo y una botella de plástico con algo de agua. Para contrarrestar la escasez de luz que los envolvía entornó un poco la contraventana de madera, lo justo para iluminar el espacio sin provocar deslumbramientos. El aire ardiente entró en la estancia.

A la luz del día se fijó mejor en aquella joven. Era delgada, de menor estatura que ella. Puede que metro setenta. Sus facciones eran sofisticadas. No llevaba nada de maquillaje. Del velo islámico huían mechones de un color castaño oscuro. Sus ojos eran a juego, marrones, intensos. Uno, el izquierdo, estaba un poco amoratado. El estado de una de las mejillas delataba una reciente magulladura.

—¿De dónde eres?

La mujer siguió sin contestar, con la vista clavada en el suelo. Parecía temblar, estaba asustada.

—Bien, vale de atosigarte con preguntas estúpidas —se aconsejó en un murmullo que solo ella pudo oír.

Banner reparó en que la piel de la cara era más bien de un amarillo cálido. Suspiró con fuerza. Podría ser de cualquier sitio. Iba vestida con una túnica azul corriente, con un pequeño bordado dorado en el cuello y en las mangas. Por debajo de las rodillas se apreciaban unos pantalones vaqueros. Calzaba deportivas blancas de una marca desconocida. La única conclusión a la que llegó era que no parecía musulmana. Quién era y qué hacía allí eran preguntas cuyas respuestas deberían esperar. Volvió a su lado. Con movimientos muy lentos, Banner alargó la mano y le quitó el velo. Efectivamente, su pelo era de un castaño oscuro y estaba recogido en un moño. Vertió un poco del agua de la botella que estaba en el suelo y mojó el

pañuelo. Luego se lo pasó por la cara a la joven, limpiando la sangre acumulada en la comisura de los labios.

La mujer dijo algo. Una sola palabra. Sonó cariñosa, era posible que un «gracias» en su idioma. Patricia le correspondió con una sonrisa cálida. Cuando hubo terminado, le devolvió el pañuelo, que la mujer cogió y entrelazó entre las manos.

—Muy bien, salgamos de aquí.

13.

¡Cristal roto, espejo roto!…

El Cairo, Egipto

MIENTRAS tanto, sus dos amigos volaban en el Peugeot que Radju conducía como un loco por aquel intrincado laberinto de angostas callejuelas. A pesar de los cinturones de seguridad, sus cuerpos iban de un lado para otro, como si viajaran en el interior de un tonel rodando cuesta abajo por una pendiente. La furgoneta iba unos cuantos metros por delante, abriendo paso y asustando a los peatones. Entonces, el conductor sacó un brazo por la ventanilla empuñando una pistola y apretó el gatillo varias veces seguidas. Radju movió el volante y el Peugeot se puso a dar bandazos. En uno de ellos, rozó con el guardabarros los muros de piedra, provocando nubes de arenisca. El espejo lateral izquierdo desapareció. Las balas levantaron el polvo del suelo. Solo una alcanzó al Peugeot y una telaraña creció repentinamente en el parabrisas alrededor de un agujero.

—¿Estás bien, colega? —preguntó James desde el asiento del copiloto vuelto hacia Carmichael, sentado detrás.

Este respondió que sí, mirando el agujero abierto en el asiento de escay, a solo unos centímetros de su brazo.

—¡Cristal roto, espejo roto! —protestaba Radju.

—No te preocupes, te lo pagaremos todo —le prometió Carmichael.

Las casas repentinamente se retiraron y el espacio se ensanchó al llegar a una plaza atestada de tenderetes ambulantes de alfombras, artesanía y cestos de mimbre, frutas y especias. Una multitud vociferante ocupaba el espacio entre ellos. La furgoneta no aflojó la marcha y avanzaba tocando el claxon. Aunque el gentío se apartaba a su paso, llegó un momento en que, si no deseaba provocar una masacre, debería detenerse. Desde el Peugeot vieron cómo se encendían los pilotos rojos del freno y la furgoneta se detenía en seco. Acto seguido, se abrió la portezuela del conductor y un tipo saltó afuera, los miró un breve instante y empezó a correr por entre la multitud.

Radju paró el coche justo detrás de la furgoneta. Antes de bajarse, James le mandó que no se moviera de allí. Los dos escoceses comenzaron a perseguir al conductor de la furgoneta. En medio de airadas protestas, se fueron abriendo paso a empellones. A pesar de la muchedumbre, resultaba fácil seguir el rastro del fugitivo a través del mercado. El caos que iba provocando en su carrera era como destellos en mitad de la noche.

§

PATRICIA y la joven recorrieron el corto pasillo hasta la otra habitación; la cual, a diferencia del resto de la casa, resultó estar amueblada. No demasiado, pero sí con lo suficiente para acoger a una persona. Contenía un camastro de hierro sin hacer y una mesilla con una linterna y un ejemplar del *Corán*. Las paredes estaban despojadas de cuadros. El mobiliario lo completaba un escritorio con una silla de madera, ambos desvencijados. Sobre el escritorio descansaba un ordenador portátil con la tapa abierta, un vaso con té y unas gafas de sol con las patillas dobladas. Se centró en el ordenador. No parecía último modelo. Estaba encendido, una bola iba rebotando en las esquinas. Movió el ratón y el salvapantallas dio paso a una pestaña donde ponía algo en árabe. Seguramente, estaría pidiendo la contraseña. Resultaba patente que la irrupción de Carmichael en el cuarto pilló desprevenido a su ocupante y este solo tuvo tiempo para salir corriendo. Eso estaba bien. Como policía sabía que ese era el escenario perfecto. Un delincuente que salía huyendo a la carrera y dejaba todo tal cual estaba.

Patricia le indicó a la joven que se sentara en la cama. La joven obedeció, pero se quedó al borde del colchón, con las manos en el regazo, estrujando el velo. Luego Banner comenzó a dar pasos por la habitación, concentrada en cuanto la rodeaba. Se interesó en una papelera, cuyo contenido iba esparciendo sobre la mesa ayudándose de un bolígrafo. Envoltorios de comida, un par de kleenex y una cajetilla arrugada de tabaco. Nada más. Tras la inspección llegó a una conclusión lógica. El ordenador era lo más valioso, pero ni se le pasó por la cabeza introducir una clave al azar. Sus exiguos conocimientos de informática la alertaban de la posibilidad de que contara con algún sistema de seguridad, y al introducir una contraseña errónea, saltase algún cortafuegos que eliminase el contenido del disco duro. Quizá la gente del MI6 pudiera resolverlo.

En ese momento pensó en James. Marcó su número en el móvil, pero acabó saltando el buzón de voz. Lo intentó seguidamente con el de Carmichael, con idéntico resultado. Soltó un exabrupto. Entonces, percibió una presencia invadiendo su espacio justo detrás de sí. Sin

tiempo para nada, un brazo oprimiéndole la carótida…

Se resistió con toda su alma…

Forcejeó…

Soltó los codos…

Asestó patadas hacia atrás…

Por fin, el flujo de sangre al cerebro se interrumpió y comenzó a sentir que se precipitaba a la oscuridad, al tiempo que una voz rasgada le pedía en un perfecto inglés que dejara de resistirse.

14.

Capitán *Princess Alyssa*…

El Cairo, Egipto

PERSIGUIENDO al conductor, dejaron atrás el mercado y se internaron en callejuelas flanqueadas por cubos de adobe con una pequeña cúpula en el techo. Tres giros a la izquierda, sortearon a unos niños jugando en mitad de una calle sombría y llegaron a unas escalinatas de piedra que iban a morir en el mausoleo de algún notable, a juzgar por su aspecto. En la distancia, vieron a aquel tipo perderse en su interior. Dave y Allen intercambiaron una mirada elocuente y apretaron el paso. Saltaron sobre los peldaños, pasaron bajo una arcada árabe de medio punto y cruzaron el umbral. Entonces se detuvieron en seco y aguzaron el oído, atentos a cualquier sonido.

El interior se hallaba casi a oscuras e inesperadamente fresco. El silencio era sepulcral. Bañados en sudor, permanecieron en el sitio recuperando el resuello por la carrera. A su alrededor, distinguieron columnas, tumbas y un techo artesonado.

—Dividámonos. Tú por allí, yo iré por aquí —propuso James en susurros.

Comenzaron a recorrer el mausoleo, cada uno por un extremo. La nave era alargada. Sin muchos recovecos donde ocultarse. No tardarían en dar con él. Llevarían recorrida media nave cuando James Allen vio una sombra asomar tras una columna y correr hacia la entrada.

—¡Dave, va hacia ti! ¡Córtale el paso!

El corpulento escocés, que había jugado al rugby en la universidad, se movió con agilidad hacia el centro y sin titubear placó a una figura oscura que corría, haciéndola caer. La cara del escurridizo fugitivo se estampó contra el suelo de mármol y rebotó, salpicándolo todo de dientes y sangre. James se les unió enseguida y, entre los dos, doblegaron con facilidad a aquel individuo, que no mediría más de metro sesenta y era muy escuchimizado.

Lo sacaron a rastras a la luz del sol ardiente y lo obligaron a

arrodillarse bajo una umbría arcada de piedra. Sin duda era árabe. Su rostro sangrante conservaba una expresión desafiante y sus ojos furiosos oscilaban de un europeo al otro, taladrándolos con la mirada. Entretanto, por su boca mascullaba una retahíla de amenazas ininteligibles para ellos dos. Carmichael le cacheó las piernas, la cintura y el torso. Le quitó una pistola. Una antigualla. Una Makarov de fabricación rusa. Notó al momento que pesaba poco. Extrajo el cargador y luego miró en la recámara. Sin balas. La dejó en el suelo, al lado del árabe. Le vendría bien disponer de un arma. Pero pasar una temporada en una mugrienta cárcel egipcia no entraba en sus planes vacacionales más inmediatos, y eso era exactamente lo que ocurriría si la policía lo pillaba con una pistola ilegal encima.

—¿Hablas mi idioma? —le preguntó James.

El hombre bajó la mirada y escupió sangre a los pies del extranjero. Carmichael le soltó un puntapié en el estómago y aquel tipejo se retorció de dolor rodando por el piso.

—¡Que si hablas nuestro idioma! —repitió James de manera agresiva. Doblado por la cintura invadía el espacio personal de aquel individuo, que seguía en el suelo, en posición fetal, con las rodillas en el pecho.

No contestó, solo jadeaba. Allen se enderezó y se retiró un tanto. Su sitio lo ocupó Carmichael, que hizo ademán de propinarle otro puntapié. Ver a un tío enfurecido de más de uno noventa y ancho como un ropero surtió su efecto. El hombre gimoteó mientras se protegía la cara con la mano, en un movimiento instintivo. Toda su altivez se había evaporado.

—Sí, sí, yo hablo poco inglés —masculló, sollozando.

Los escoceses se miraron algo expectantes. Aquella declaración de intenciones era un comienzo. James lo ayudó a ponerse de pie. Le dieron un tiempo para que aquel tipo recuperara el aliento después de la patada. James, en su fuero interno, se sentía angustiado por usar aquellos métodos tan expeditivos. Él era un hombre que no hacía uso de la fuerza más que cualquier otra persona normal. Decidido y resuelto, pero pacífico. Además llevaba a gala aquel tópico literario de que la pluma es más fuerte que la espada. Solía localizar cosas que a otros se le habían pasado por alto, pero usando su ingenio, no sus puños. Miró de soslayo a su amigo. De Carmichael no estaba en cambio tan seguro. Al menos de «este» Carmichael. El que conoció en la universidad era un bonachón, y a pesar de que seguía siendo un buen tío con un corazón tan grande como una pelota de fútbol, había cambiado algo desde que empezó a trabajar para el MI6. Murphy lo intuía, y por ese motivo se cuidaba de mezclarse en los encargos en los que la agencia de inteligencia estaba de por medio. Puede ser que temiera conocer otra parte de su ahijado que, a buen seguro, no le iba

a gustar tanto. Una parte más oscura. En cualquiera de los casos, él tampoco era un mojigato recatado. No sabían qué había sido de su amigo Collins, ni si su vida corría peligro inminente, y aquel tipo era la única pista con la que contaban, de manera que no iba a ser él quien lo reprendiera por usar un poco de fuerza bruta…

—¿Dónde está Collins? —Carmichael tenía un vozarrón y sus palabras le arrancaron los pensamientos de cuajo.

Aquel tipo alzó la vista con expresión de desconcierto reflejada en su rostro. Aquello les reveló sin la menor sombra de duda que no sabía de quién le estaban hablando. Así y todo, Carmichael lo intentó de nuevo.

—¡Que-Dónde-Está-Collins! —Sus palabras las acompañó de un gesto amenazante.

El hombre se encogió y arrugó la cara. Esta vez contestó, balbuceando.

—Yo no conozco Colin.

Los dos amigos cambiaron una mirada. Se preguntaban si sonaba creíble lo que decía. Para su desazón, bastó un segundo para que ambos entendieran que la respuesta era que sí.

—Si no sabes quién es Collins ¿por qué su ordenador nos llevó hasta ti? —preguntó James.

—Yo no sé nada de eso. Solo hacer lo que dijeron.

Los escoceses volvieron a mirarse entre sí, esta vez el gesto era más esperanzador. Carmichael agarró por el cuello de la camisa al tipo, lo levantó del suelo un palmo y lo acercó tanto a su cara que las narices casi se rozaban:

—¿Quién te lo dijo?

—Yo no sé quién. Por Allah.

Carmichael lo soltó y se mantuvo a la espera.

—Yo un día recibo mensaje encriptado en ordenador. Si yo quiero ganar diez mil dólares estadounidenses, solo pulsar «aceptar». Hago, y recibo *email* con indicaciones para ver tipo en barco. Él da instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—Yo subir a red Tor encargo de matar tipo inglés a cambio de un millón de euros.

—¿Y por qué lo hiciste?

—¿Has visto dónde vivir yo? No luz, no agua, rodeado miseria. Con diez mil dólares… ¿sabes cuántas cosas yo hacer?

—¿Quién te envió el correo electrónico?

—Yo no sé. Juro. ¿Piensas que esta gente escribir desde una dirección gmail? Son correos lanzados automáticamente desde algún *host* de Rusia, o quizás China.

—De acuerdo, ¿quién fue la persona con la que quedaste en el

barco?

—Yo no sé nombre.

—Capullo, comienzas a hartarme de nuevo —dijo Carmichael, amenazándole con descargar otro golpe contra él.

—No pegues más, por favor. Capitán, capitán *Princess Alyssa*.

Se produjo un momento de silencio forzado. De fondo se filtraba el ingente ajetreo que reinaba en el mercado. El sol se había movido de sitio y ahora penetraba en el pequeño pórtico donde ellos se encontraban. El aire caliente era ya casi insoportable. Ya no tenían más preguntas que formularle.

—Una última cosa —dijo Allen—. La mujer que había en la casa, ¿quién es?

—La pillé husmeando. Yo no sé quién es.

—Anda, márchate —dijo James.

El árabe acogió estas palabras con desconfianza. Cuando comprendió que no le hacían ni caso, se puso a correr como alma que lleva el diablo y lo vieron escabullirse en un callejón.

—Y ahora, ¿qué? —dijo Carmichael.

—Volvamos con Patricia.

Bajaron resueltos los escalones de regreso al mercado, donde Radju los estaría esperando. Más le valía, si pretendía que le pagasen los arreglos de su coche.

15.

El mundo de los vivos…

El Cairo, Egipto

PATRICIA escuchaba una voz muy lejana pronunciando su nombre que se iba aproximando a medida que recobraba los sentidos…

La joven terminó de espabilarse y James y Carmichael se separaron para dejarle espacio y aire. Se incorporó en el camastro. Se pasó la mano por la garganta. Aún le costaba tragar.

—¿Qué ha pasado? ¿Y la mujer que estaba contigo?

Patricia no sabía quién le había hablado. No contestó. Su mirada se abrió camino entre los cuerpos de sus amigos en busca del escritorio. El ordenador había volado. Entonces lo vio claro y maldijo en un murmullo.

—Me hizo perder el conocimiento y se llevó el ordenador que había en la mesa.

—No te tortures. A nosotros tampoco nos ha ido mejor —añadió Carmichael.

—¿Atrapasteis a ese tipo?

Allen asintió.

—Alguien le pagó por subir el anuncio que ponía precio a mi cabeza. No le sacamos más. Es posible que con el ordenador se haya esfumado nuestra última oportunidad de dar con Collins.

La habitación se cargó de repente de un ambiente desalentador. Silencios y miradas al suelo.

—Chicos, ¿cómo seguimos? —dijo al cabo Patricia, que se puso de pie de golpe, se mareó levemente y se apoyó en el camastro.

James la sujetó por el brazo.

—¿Te encuentras bien?

Ella llevó a cabo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Volvamos al hotel. Descansemos un poco. Con la mente despejada, pensaremos mejor [1]—propuso James.

Abatidos, abandonaron la casa cementerio, y Radju los devolvió al

mundo de los vivos.

Para cuando accedían al suntuoso vestíbulo del Four Seasons, la luz del día comenzaba a atenuarse, aunque el calor se resistía a menguar. El sistema de aire acondicionado del hotel reanimó de inmediato sus cuerpos sudorosos. Bajo la luz que desprendía una extraordinaria lámpara de araña, convinieron en darse una buena ducha y volver a encontrarse para la cena.

James mató el tiempo en la piscina, que a esas horas estaba desierta, a excepción de una mujer nadando de manera acompasada de una punta a otra. Envuelta en burbujas, ocultaba su cabello bajo un gorro de baño y sus ojos con unas gafas de competición. Unos minúsculos auriculares sobresalían de sus oídos. Él depositó el albornoz del hotel sobre una tumbona, se introdujo en el agua y asimismo realizó unos cuantos largos a fin de desentumecer los músculos. La piscina tenía forma alargada. Casi olímpica. Estaba iluminada por focos subacuáticos que conferían al agua un color cerúleo. Se alejó todo lo que le fue posible del carril imaginario que ocupaba la nadadora, para no estorbarla en su avance.

Un poco más tarde, James salió del agua por una escalerilla de mano y se dirigió hacia la tumbona, sin aliento. A la vez que se secaba el agua de los oídos, observó a la nadadora. Su braceo no había decaído un ápice. Debía de estar muy en forma; al cabo, se colocó el albornoz y las zapatillas del hotel y se aprestó a marcharse. Cuando iba a desaparecer tras las puertas acristaladas, el escocés se quedó quieto y sintió la imperiosa necesidad de mirar atrás. La joven había dejado de nadar un momento y flotaba grácilmente, ayudada por los brazos y los pies. Por un fugaz instante, sus miradas lejanas coincidieron. Entonces, ella volvió a su ejercicio.

Todavía mojado, James salió del ascensor en la décima planta y caminó a lo largo del pasillo perdido en un torrente de pensamientos. Mientras pasaba por delante de la habitación de Patricia, se quedó mirando su puerta. Entonces se detuvo, dio un paso atrás y, tras dudar, tocó levemente con los nudillos. Un largo minuto más tarde, la puerta pintada de blanco se abrió. Al otro lado surgió su amiga con el mismo pijama masculino que ya le había visto en más ocasiones. Estaba recién salida de la ducha. Una toalla blanca envolvía su largo cabello rubio.

Patricia vio el brillo en sus ojos.

—Se te ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Primero vamos a cenar. Me muero de hambre.

16.

Tenemos que hablar…

AQUEL día, el turno de trabajo fue por la tarde, de modo que Collins pasó toda la mañana pegado al televisor. Él no era ajeno a la situación que lo rodeaba. No albergaba duda de que estaba retenido en una jaula de oro y de que el trabajo que estaba realizando con toda probabilidad fuera ilegal, pero en tanto no hallara un modo de huir o al menos de comunicarse con el exterior ¿qué había de malo en disfrutar de lo que tenía a su alcance? En lo referente a la lista de reglas, las memorizó. Odiaba las normas y odiaba los horarios. Pero, hasta que comprendiera las consecuencias de desobedecerlas, iría con tiento.

Por ese motivo, a la hora fijada (regla primera), estaba listo y duchado (regla segunda) y abandonó la habitación —desde que le implantaron el chip la puerta siempre permanecía abierta—, para dirigirse al comedor. El comedor también era blanco, igual que su dormitorio. Paneles de algún tipo de material cerámico recubrían paredes y suelo, a diferencia de los corredores y la sala de trabajo que eran de ladrillo antiguo, como si estuviesen en el subsuelo de algún vetusto edificio, lo que ratificaba la total ausencia de luz natural. De cuando en cuando llegaban a sus oídos murmullos que alcanzaban su cenit para ir desapareciendo gradualmente hasta dejar de oírse. Resultaba un sonido extraño. A Collins, a menudo, le sonaba como si al otro lado de las paredes hubiese una estación de tren.

En el comedor, como en la zona de trabajo, había dieciséis mesas individuales y un bufé con una amplia variedad de comidas frías y calientes dispuestas en un largo mostrador de metacrilato. Nadie atendía el servicio, lo cual tampoco le sorprendió. Desde que el Mayordomo lo acompañara hasta su escritorio de trabajo, de eso hacía casi veinticuatro horas, no había vuelto a ver a nadie más, excepto a sus otros doce compañeros.

Atiborró su bandeja de pasta, albóndigas, patatas fritas y unos

pastelillos de chocolate que tenían una pinta estupenda. De un refrigerador tomó una botella de agua y regresó a su mesa, haciendo malabares para que el contenido de su bandeja no volcara. Collins era un tipo de constitución delgada, aunque totalmente fuera de forma. Jamás hacía ejercicio y no paraba de comer sin orden ni concierto. Nunca se vio un cuerpo delgado tan blando y desatendido.

Por momentos, las otras mesas se fueron ocupando. Contó hasta once comensales. Doce, con él. Nadie hablaba con nadie si no querían incumplir la regla tercera. También eso le traía sin cuidado. Por lo general, no solía hablar mucho con otras personas. En una ocasión, estuvo siete días seguidos sin cruzar una sola palabra, si no contaban sus charlas con Spidey. Aquel recuerdo le llevó a pensar en su mascota. Las arañas podían aguantar mucho tiempo sin comer, pero pronto debería alimentarla.

Mientras devoraba las albóndigas se fijó en sus compañeros y los clasificó. Había once. Advirtió entonces que faltaba uno. Qué raro. Lo dejó pasar. De los once, ocho eran chicos y tres chicas. Seis caucásicos, dos de raza negra y tres asiáticos. Las tres chicas eran una de cada. Una chica —la caucásica— parecía tener poco más de dieciocho, y un chico— un asiático— estaría cerca de la treintena. El resto, calculó que rondaría una edad similar a la suya, unos veintipocos. Sin un gran esfuerzo imaginativo, presupuso que todos estaban ahí por sus habilidades informáticas.

Las habitaciones de todos ellos estaban distribuidas en dos pasillos paralelos con ocho puertas cada uno —cuatro a cada lado—. En su mente había dibujado un mapa de las instalaciones. Era como una letra h. Los dos ramales inferiores se correspondían a los pasillos de las habitaciones; la línea transversal, la zona de trabajo; y el ramal superior, un pasillo con dos salas: el comedor y el gimnasio.

Tan pronto como una luz roja se encendió en la pared, dando por concluida la hora de la comida, dejaron sus bandejas en una cinta transportadora que se perdía en un rectángulo oscuro. Apuntó en algún lugar de su cerebro que esa cinta debía conducir a algún sitio. No tardaron ni cinco minutos en regresar a sus escritorios. El hecho de estar ubicado en la última de las cuatro filas le proporcionaba una perspectiva completa de toda la sala. Hizo memoria, pero no fue capaz de recordar quién ocupaba la mesa vacía. Se dijo que no le volvería a pasar y, durante los siguientes minutos, creó mentalmente una sencilla regla que asociaba detalles físicos de sus compañeros con el lugar que ocupaban.

Cuando hubo terminado, un mensaje le esperaba en el ordenador con nuevas instrucciones. Las leyó con detenimiento. Trabajaba en un algoritmo criptográfico de estructura secuencial desconocido para él. Con toda certeza, sería parte de un proyecto global. Cada uno de los

hackers desarrollaría una parte autónoma que un ordenador central compilaría para la ejecución definitiva. En una ocasión, leyó que el Airbus A380 se componía de casi cuatro millones de piezas fabricadas en más de mil quinientas empresas de treinta países; finalmente, se ensamblaban en una misma planta, por el sur de Francia. Podría ser que una de las razones de evitar el contacto entre ellos fuera precisamente que no intercambiaran información.

Llevaría un par de horas trabajando cuando se levantó por vez primera de su asiento. Previamente, bloqueó el ordenador (regla cuarta). Contra una de las paredes de la estancia había un mueble largo y bajo. Encima de él reposaban una cafetera de cápsulas y una máquina expendedora de agua. Encaminó sus pasos hacia allí y cogió una botella de agua. Al regresar, desprecintó la botella y le dio un trago. Volvió a introducir la contraseña y frunció el ceño. En su pantalla había un mensaje parpadeante. Pero no como los que usaban para mandarle las tareas. Este era distinto. Rudimentario. Básico. Una regla no escrita del buen hacker sostenía que las programaciones sencillas eran más difíciles de localizar por sistemas de rastreo. Estos solían buscar complejas cadenas de información.

Puso el cursor del ratón encima del mensaje y lo abrió con un doble clic. Surgieron términos cifrados. La clave para la traducción era bastante elemental. Por supuesto, quien lo había enviado subestimaba sus capacidades. Ocho segundos después, en su cabeza se dibujaron tres palabras: «Tenemos que hablar».

Rápidamente, Collins eliminó el mensaje. Sin apartar la cara de su pantalla, miró de soslayo en torno a sí. Los once seguían afanados tocando sus teclados. Trató acto seguido de imaginar quién había podido enviarlo, pero pronto abandonó aquel juego por imposible. Entonces, otra idea sustituyó a la anterior. ¿Y si lo había enviado el Mayordomo para ponerlo a prueba? Si no lo denunciaba, le echarían encima a los perros. No llevó a cabo tal cosa y, transcurridos unos minutos, tampoco aparecieron los sabuesos aullando.

Ahuyentó esa idea de su cabeza —de todas las maneras, era cuestión de tiempo si lo llamaban al orden o no— y se concentró en probar algo para tratar de localizar el ordenador desde donde habían lanzado el mensaje. Introdujo unos códigos a través del teclado y en la pantalla surgieron una serie de caracteres como lanzados al azar, sin un orden lógico. Por fin se detuvieron. Collins se sentía frustrado.

«Eres bueno, muy bueno». Con estos pensamientos, llegó el final de la jornada. Los doce desconectaron sus ordenadores y se marcharon al comedor.

La cena. El horario. Las reglas.

17.

Muerte en el Nilo…

Asuán, Egipto

—Tío, ¿ese es tu plan? ¿Viajar en ese cascarón? —dijo Carmichael con expresión cautelosa.

—Se de allí debe de ser el *Princess Alyssa* —conjeturó Patricia.

—Exactamente ese —repuso Allen, que dejó a sus dos amigos y bajó tranquilamente la calle que conducía hasta el puerto.

Antes de ir en pos de él, Patt y Carmichael permanecieron un rato más contemplando perplejos un antediluviano barco de vapor de aspecto cochambroso. La única chimenea que se elevaba en la superestructura llenaba de humo negro el cielo despejado y una rueda a popa, al estilo de los barcos fluviales que recorrían el río Mississippi, removía las aguas en una explosión de burbujas y espuma. Por un instante se sintieron protagonistas de *Muerte en el Nilo*, solo que ninguno era Hércules Poirot y aquel no era precisamente un barco de lujo.

Descendieron al embarcadero y se unieron a la cola de unos treinta turistas que se había formado ante una pasarela de madera. A pleno sol. El calor vespertino era tremendo. El aire no movía ni una hoja, y cuando soplaba daba la impresión de lanzar bocanadas de fuego contra ellos. La fila avanzaba y la sombra de la única palmera les duró bien poco. Unos viajeros trataban inútilmente de rebajar la temperatura agitando abanicos multicolores.

James aprovechó la espera para retirarse unos pasos y estudiar con detalle a todas las personas que embarcaban. Todo el mundo era de lo más normal y no descubrió nada de particular. Turistas procedentes de diferentes países cargados de maletas y cámaras fotográficas al cuello. Obesos o delgados. Calvos o con bigote. Altos o bajos. Ellos ataviados con pantalones de algodón o bermudas; ellas, con vestidos sueltos de gasa. Y niños. Muchos niños haciendo ruido…

Entonces, algo despertó su curiosidad: una joven viajando sola y sin equipaje. Vestía vaqueros cómodos y una camiseta de tirantes.

Ocultaba el rostro bajo la sombra que le proporcionaba el ala de una pamela de color negro. Aquella silueta, menuda pero estilizada, le resultaba vagamente familiar. No apartó la vista de ella mientras cruzaba la pasarela, recorría la cubierta del barco y, finalmente, se perdía por una escotilla abierta.

—¡James! —lo llamó Patricia.

Su nombre gritado a viva voz sacó al escocés de sus cavilaciones. Llegaba su turno. A rápidos pasos, regresó a la fila.

El *Princess Alyssa* por dentro era todavía peor. Mamparos con la pintura descascarillada, camarotes estrechos con muebles desvencijados, y, por si aquello no fuera suficiente, la máquina del aire acondicionado no funcionaba. Un toque de bocina acalló la oleada de indignación y protestas del pasaje. El barco se apartó lentamente del muelle y empezó a navegar hacia el norte rodeado de falúas de pescadores que cubrían el Nilo de velas blancas triangulares.

Después de deshacer su bolsa, James abandonó su claustrofóbica cabina y salió de nuevo a cubierta, en busca de un poco de brisa. En la barandilla de madera de estribor descubrió a Carmichael observando empequeñecer el puerto de Asuán. Su amigo vestía una camisa de algodón blanca con las mangas recogidas bajo el codo que dejaban a la vista su brazo moreno tatuado. A su lado estaba Patricia con un vestido largo de tirantes, apartándose el pelo de la cara constantemente, en un gesto muy femenino. Se abrió paso hacia ellos por entre los pasajeros que terminaban de instalarse.

Haciéndose hueco, James se colocó entre ambos y también se puso a contemplar el amplio paisaje. El sol bajaba, difuminando los campos de cultivo que comenzaban a quedar a cierta distancia. En un corto espacio de tiempo dejaron atrás las casas de la ciudad, y los márgenes se cubrieron de palmerales. Una familia de búfalos saciaba su sed en las verdosas aguas del Nilo. Bien lejos, en el horizonte, una cadena montañosa iba adquiriendo una tonalidad amoratada.

—Vale, ya estamos en el barco. ¿Cuál es el próximo paso? —preguntó Patricia, apartando la vista de tan bello paraje.

—Lo primero —respondió James— es conocer el barco. Somos tres y hay tres cubiertas. Tú, Patt, te ocupas de esta; Dave, de la segunda; y yo me encargo de la tercera. —Miró el reloj—. En una hora nos vemos en el comedor.

Para cuando volvieron a reagruparse, ya había caído la noche en el Nilo y las riberas se habían desvanecido del todo, transformando la explosión de color y vida en un manto negro y denso. Ocuparon una mesa vacía en un extremo del salón. De los mamparos colgaban una serie de marcos con fotografías en sepia que mostraban templos egipcios y al propio barco navegando por el lago Nasser. Tres ventiladores de techo trataban de aliviar un poco el bochorno que

sumía la sala. Un camarero tomó nota de las bebidas y reapareció poco después con una botella de agua y dos Guinness.

Patricia fue la primera que habló. Explicó que la cubierta primera estaba compuesta por la sala de máquinas a popa, seis camarotes a ambos lados de un corto pasillo y la cocina, ubicada a proa.

—Me he tropezado con dos miembros de la tripulación: Mehmet y Yusuf. Pero ninguno es el capitán.

Volvió el camarero y le puso a cada uno un plato de arroz con pollo sazonado. Carmichael pidió otra Guinness, que le trajeron al momento. Fue el siguiente que habló:

—Pues en la segunda cubierta hay doce camarotes y el comedor… ¿No te vas a comer eso? —le dijo a Patricia, que casi no había tocado su plato.

—No soy muy amiga de las especias.

—¿Te importa? —dijo, masticando a gusto.

Antes de que ella dijera que no, él ya había intercambiado el plato lleno por el suyo vacío.

—Joder, eres un saco sin fondo —dijo James, que fue el último en informar.

La tercera cubierta era la más pequeña. Solo disponía de cuatro camarotes, en cuyas puertas había un letrero que ponía: «SOLO PERSONAL». También estaba el puente de mando.

—Había un tripulante a la rueda del timón —continuó—. Me excusé con el pretexto de que me había confundido, y salí de allí. Tal vez fuera el capitán, pero no podría asegurarlo. Además, a popa, hay una amplia terraza cubierta con una toldilla.

La conversación se silenció en la mesa en cuanto regresó el mismo camarero, que retiró los platos y puso en el centro una bandeja con dulces egipcios. Entretanto, James buscó por la sala sin éxito a la mujer de la pamela.

—Tenemos que dar con el capitán —dijo James, cuando se quedaron solos—. Nos pondremos a ello a primera hora. Ahora, vayamos a dormir. Mañana nos espera un día largo.

Embadurnado de sudor y con la sensación de que era un pavo de Navidad metido en un horno, a James le costaba conciliar el sueño. Harto, se levantó, se cubrió el torso con una camiseta y abandonó el camarote. Necesitaba tomar el aire. Halló la cubierta despejada. Sin turistas. Sin niños correteando y gritando. Se aproximó a la barandilla y se inclinó sobre ella, entrelazando las manos en el aire. La suave brisa nocturna le calmó la respiración agitada. Alzó la mirada al cielo. No había luna y el firmamento se presentaba plagado de estrellas. La Vía Láctea las cubría como si fuera una inconsistente capa de seda.

Desde los márgenes del Nilo le llegaban los sonidos de la noche. Permaneció en la misma posición hasta que unos livianos pasos sobre la tablazón lo desconcentraron.

—¿No podías dormir?

Ante la voz susurrante de Patricia, él no se dio la vuelta. Se limitó a chasquear la lengua y menear la cabeza.

—Recuérdame que ponga una queja en atención al cliente.

Ella sonrió y se pegó a él, hombro con hombro. Quedaron en silencio.

—¿La echas de menos?

Él sabía que se refería a Victoria.

—Constantemente.

Más silencio.

—Alguien me dijo en una ocasión que jamás desaparecería el dolor, pero que llegaría el día en que sería la segunda cosa en la que pensara al despertarme.

—¿Y ha llegado ese día?

James no le contestó.

Patricia alargó la mano hacia el brazo de él y se lo acarició.

—Anda, volvamos dentro, debes tratar de descansar.

18.

Se anuncia un asesinato…

El Nilo, Egipto

No fue el calor lo que lo despertó, sino el ajetreo que procedía de la cubierta exterior. James se dio una ducha rápida, cogió la cartera y el reloj, y salió a la radiante luz de la mañana.

El vapor estaba atracado en el muelle hecho de travesaños de alguna minúscula localidad ribereña de la región de Nubia. Junto a unos cañaverales gigantes unas garzas trataban de pescar en la orilla. La rueda de popa seguía batiendo el agua y la chimenea desprendiendo humo negro que manchaba un límpido cielo azul.

James abordó a una pareja de norteamericanos quemados por el sol y se interesó por lo sucedido. No estaban del todo seguros, pero habían oído decir que alguien había muerto. Preocupado, el escocés regresó al interior del barco y fue directo a buscar a sus amigos. Carmichael dormía como un oso en invierno, y le costó lo suyo despertarlo; Patricia, por el contrario, no se hallaba en su camarote. En el acto, la divisaron por el pasillo, abriéndose paso hacia ellos con gesto muy serio.

—Según parece, anoche murió Mehmet, uno de los tripulantes —les informó.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó James.

—Atragantado. Lo hallaron esta mañana en su camarote.

En ese momento, volvieron a sentir que el barco se movía. James y Patt renunciaron al desayuno, pero Dave no; de manera que lo esperaron haciendo lo único que se podía hacer: mirar el paisaje. Solo que esta vez lo hicieron bajo la toldilla de la cubierta superior, arrellanados en un par de asientos orientados a la ribera. El sol aún estaba bajo y golpeaba de lleno en la terraza.

El vapor salió del pequeño brazo del río y volvía a navegar a favor de corriente. En ese tramo, los márgenes se veían inusitadamente frondosos, casi impenetrables. Una espesa vegetación impedía ver lo que había más allá. Solo desierto. Miles y miles de kilómetros

cuadrados de arena rojiza, infertilidad y desolación. Visto desde el aire, el Nilo era una serpenteante línea verdosa en medio de la nada. Se cruzaron con una motonave que remontaba río arriba. Hacía el trayecto inverso, de El Cairo a Asuán, y varios turistas los saludaron agitando las manos.

—Creo que hay otra jugadora en esta partida —dijo James.

—No te comprendo.

—Bah, olvídalo, solo es una corazonada…

Allen se quedó sin habla. En ese momento, el *Princess Alyssa* salió de un recodo a la derecha y, tras un saliente de roca, se materializó ante ellos una faraónica construcción milenaria con un indiscutible aire de perdurabilidad. Aun gastados por el paso del tiempo, los relieves, columnas y descomunales bloques de piedra seguían ofreciendo un aspecto fastuoso. De las cubiertas inferiores les llegaron expresiones de asombro. La agitación del agua a popa menguó y el barco cambió el rumbo, dirigiéndose a la orilla oriental, hacia un puerto de atraque. Poco después, unos altavoces anunciaron en varios idiomas una parada para visitar el monumento y soltaron una breve disertación acerca del templo construido en honor del dios Sobrek.

Decidieron quedarse a bordo. Su misión seguía siendo localizar al capitán, no hacer turismo. Desde sus asientos vieron al vapor reducir velocidad y atracar con pericia al costado de babor de otra embarcación. El muelle era pequeño y los barcos se pegaban los unos a los otros. Los pasajeros bajaban a tierra pasando por encima de ellos, como un improvisado puente. Un sendero polvoriento, que conducía a la atracción turística, se observaba a rebosar de turistas yendo y viniendo.

Carmichael se unió a James y a Patricia en la toldilla. El sol había subido lo suficiente y comenzaba a hacer sombra.

—¿Y ahora?

El que contestó fue James.

—Nos dividimos y buscamos al capitán.

Patricia y Carmichael bajaron por las escalerillas a las cubiertas inferiores. James se quedó solo en la tercera cubierta, mirando una compuerta desde su silla. Se irguió y fue hacia ella. Con disimulo, echó mano del tirador y la abrió, revelándose ante él el mismo pasillo que ya recorriera la víspera. Revisó tres de los cuatro camarotes. Nada más que efectos personales sin la menor relevancia. Quedaba el último.

Abrió la puerta.

La claridad del día lo iluminaba por completo a través de dos ojos de buey. Era sencillo, como los demás. Todo de madera necesitada de un buen lijado y una capa de barniz. La única diferencia era un televisor muy anticuado. De esos de tubo. Antes de colarse, Allen echó

una última ojeada al pasillo. Cerró la puerta tras de sí y se quedó parado un momento, estudiando el camarote. Luego se puso a revolverlo todo. De un cajón extrajo un objeto y se lo echó al bolsillo. En el armario descubrió un ordenador portátil. Sin apartar la vista de la puerta, tomó asiento a los pies de la cama, se lo puso sobre las rodillas y pulsó el botón de encendido. Al cabo de unos dos minutos, que se le hicieron interminables, una pantalla le solicitó una clave. Masculló para sí, cerró la tapa y con el portátil bajo el brazo salió del camarote y comenzó a recorrer el pasillo de vuelta hacia la escotilla.

—¿Buscaba algo?

Una voz a sus espaldas lo dejó helado. Su acento inglés no era malo del todo. Allen se detuvo en el acto y se dio la vuelta despacio, pensando en un pretexto. Se encontró ante un hombre que no habría resaltado entre un millón. Calvo, con el pelo acumulado en torno a las orejas y una pobladísima barba que le ocultaba todo el cuello. Lucía una chaqueta azul con los puños raídos, una camisa con el nombre del barco en el pecho y unos vaqueros manchados de grasa. Con la mano derecha sujetaba una gorra en la que ponía «CAPITÁN» en letras doradas. Habló con la boquilla de un pitillo pegada con la saliva a sus labios. Con expresión avinagrada, la vista del hombre recaló entonces en el ordenador portátil.

James no fue capaz de decir nada.

—Creo que ese ordenador no le pertenece.

Los ojos de halcón de aquel tipo volvieron a posarse en el intruso, y lo escrutaron con intensidad. Probablemente, trataba de dilucidar si era un simple ratero… o algo más. El aspecto de Allen —aseado, con ropa de marca y un reloj en la muñeca que costaría su sueldo de varios años— lo terminaron por convencer de que se trataba más bien de lo segundo. Entonces, hundió la mano izquierda dentro de la chaqueta y sacó una navaja automática. Pulsó un botón y la hoja salió rauda impulsada por un muelle. El metal destellaba con la luz que se filtraba por la compuerta de acceso al puente, que estaba abierta de par en par. Se encajó la gorra en la cabeza y alargó la mano libre hacia James.

—Devuélvame eso.

Allen estaba atrapado. No podía pensar con claridad con aquel calor. Él no entendía de armas, jamás había tenido una entre las manos, pero sabía de ellas lo suficiente: mataban.

La ceniza se acumulaba en la punta del cigarrillo del capitán.

—Deme eso —repitió enfatizando cada palabra.

James le entregó el portátil.

—Únicamente quiero localizar a mi amigo. Collins. No tengo nada contra usted. Ayúdeme, por favor, y me marcharé.

Componiendo una burla grosera, el capitán empujó la puerta de su

camarote y le hizo un gesto con la navaja, indicándole que entrara. James siguió las instrucciones. Lo único que notó entonces fue un violento golpe en la nuca. Después, no le dio tiempo ni a pensar en cómo se sentía.

19.

Telón…

El Nilo, Egipto

PATRICIA y Carmichael se dejaron caer en sus asientos de la tondilla cuarenta minutos más tarde. Sus rostros apagados revelaban el resultado de sus pesquisas. Confiaban en que James hubiese tenido más éxito. Transcurrida una hora, sin que su amigo apareciese, empezaron a preocuparse.

—¿Crees que habrá bajado a tierra? —preguntó Carmichael.

—¿A tierra? ¿Qué te hace pensar que haya hecho algo así?

El escocés señaló el templo egipcio con la barbilla.

—A él le gustan esas cosas.

—No lo hubiera hecho sin decirnos nada.

—¿Estás segura de eso?

Patricia aspiró el aire y lo espiró de manera sonora.

—Por supuesto que lo estoy.

—Pues yo no.

Los pasajeros comenzaban a regresar pasando de una barcaza a otra. Un bocinazo levantó el vuelo de algunos pájaros por encima de los manglares. De inmediato zarparían. Patricia dedicó una mirada a Carmichael con la que parecía querer decirle: ¿ves? No ha desembarcado.

—Voy a buscarlo. ¿Vienes? —dijo entonces.

Recorrieron de nuevo el barco de arriba abajo. Nada. El vapor empezó a temblar cuando la pala de popa se puso a girar. La chimenea volvía a expeler humo negro. Desde la segunda cubierta vieron a Yusuf desatando los cabos que los mantenían unidos a unas cornamusas de la siguiente embarcación. Luego, los anudaba y los recogía bajo una escotilla.

—Vamos —dijo Patt, que bajó corriendo los escalones y avanzó hasta el tripulante.

Carmichael la seguía unos pasos por detrás.

—¡Espere, espere! No zarpar —gritaba.

Yusuf se encogió de hombros y terminó la maniobra de desatraque. Inmediatamente después, desapareció tras una compuerta. Fueron tras él, pero no lo hallaron. Entonces, subieron a la tercera cubierta saltando los escalones de dos en dos. Pasaron bajo la toldilla, cruzaron el pasillo y entraron en el puente. Vieron a Yusuf y a un tipo de espaldas sujetando la rueda del timón entre las manos, que se giró hacia ellos con aire fastidiado. En su cabeza llevaba una gorra de capitán.

—Ustedes no pueden estar aquí.

Patricia y Dave intercambiaron una mirada elocuente.

—Déjame hablar —dijo Patt—. Tú tienes la sutileza de un elefante.

Un conato de sonrisa surgió en el rostro de Carmichael.

—No sé por qué dices eso.

El capitán, exasperado, ordenó a Yusuf que cogiera el timón. Maldita la gracia que le hacían. Todos los turistas eran igual de arrogantes. Se creían con derecho a todo. Por él, los arrojaría por la borda y dejaría que los cocodrilos se ocuparan de ellos…

De repente, el escocés descargó el puño contra la nariz del capitán con toda la fuerza que fue capaz de reunir. La gorra salió por los aires. Al capitán se le doblaron las rodillas y cayó de espaldas con estrépito, como si fuera un árbol talado con una motosierra. Yusuf, boquiabierto, quedó paralizado.

—Tú, no retires la vista del río —le espetó Carmichael.

Yusuf, que entendió lo que le decían sin necesidad de traducción, volvió los ojos a la navegación. El *Princess Alyssa* se había deslizado al centro del lecho y continuaba su avance río arriba.

—¿Ves? Ya está, problema resuelto.

—¡Estás loco! ¡¿Lo sabes?! —chilló Patricia fuera de sí, inclinándose sobre el capitán y tratando de reanimarlo. Su nariz soltaba chorros de sangre y por segundos adquiría un aspecto preocupante.

El capitán meneó la cabeza, atontado. ¿Qué coño le había pasado? Trató de incorporarse por la cintura, pero el escocés se lo impidió, poniéndole la planta del pie en el pecho ensangrentado.

—¿Está bien? —le preguntó Patricia.

—¿Cómo estar bien? Ese animal partir nariz. Pienso denunciar policía.

Patricia lanzó una mirada a Carmichael con cara de pocos amigos, acto seguido, devolvió la atención al capitán.

—Solo queremos saber el paradero de nuestro amigo Collins.

—No sé de quién me hablan.

Patricia no le creyó.

—Sabemos que le dio instrucciones a un hombre de El Cairo para que colgara un mensaje en la red oscura. Un mensaje que ponía precio a la vida de nuestro amigo James Allen.

El gesto de ladear la cabeza delató al capitán. Carmichael se agachó entonces, echó a un lado a Patricia con cierta brusquedad y volvió a armar su brazo derecho.

—Estás acabando con mi paciencia.

Desde el suelo, el capitán protegió su cara, alzando ambas manos.

—Vale, vale.

Carmichael le devolvió la mirada a Patricia. Su expresión le gritaba: ¿ves? La fuerza bruta es lo que funciona con tipejos de esta calaña…

En ese preciso instante, las cosas comenzaron a torcerse trágicamente.

Yusuf se puso a gritar en árabe.

Patricia y Carmichael se miraron primero y alzaron la vista después.

—¡Qué diablos!… —El escocés enderezó la espalda y se aproximó lentamente al ventanal delantero del puente de mando entre fascinado y asombrado.

Una especie de ondulante nube negra avanzaba en dirección al *Princess Alyssa*. Seguía el curso del Nilo a una velocidad elevadísima. Era tan espesa que los rayos del sol no lograban traspasarla y provocaba una sombra alargada en la superficie del río. Desde todos los rincones del barco comenzaron a llegarles ruidos de confusión.

Sin tiempo para nada, aquel fenómeno los alcanzó y repentinamente se vieron rodeados de oscuridad. Como si los hubieran trasladado al interior más profundo de una cueva. En la timonera no penetraba ni el más mínimo rayo de luz.

Solo sobrecogedora negritud.

Y un ensordecedor zumbido.

El motor del barco dejó de funcionar. En medio de aquel atosigante sonido, como el de una línea de alta tensión, se distinguían los ruidos que provoca el pánico ciego. Voces a gritos, golpes, caídas, carreras alocadas…; en definitiva, histeria colectiva. En apenas unos pocos segundos volvió la claridad.

Patricia y Carmichael intercambiaron una mirada cargada de desconcierto.

Aún no se habían recuperado de la sorpresa cuando súbitamente el puente del *Princess Alyssa* se estremeció abruptamente bajo sus pies. El barco soltó un quejido desgarrador y todo quedó cubierto por un extraño y trágico silencio que duró apenas una fracción de segundo.

20.

Maldad bajo el sol…

El Nilo, Egipto

JAMES despertó con los brazos entumecidos. No sabía cuánto tiempo llevaba en esa misma postura. Tenía frío. Mucho. Temblaba. ¿Frío? Se extrañó. De repente se vio rodeado de hielo y estantes de plástico a rebosar de alimentos cubiertos por una pátina blanquecina. Un refrigerador de uso industrial. El espacio era amplio. Al lado de él, una bolsa negra con forma de cuerpo humano. Mehmet, seguramente. El tripulante atragantado.

Reflexionó. Si estaba cerca de las cocinas, significaba que se encontraba en la primera cubierta. Trabajosamente, se puso de pie y avanzó hacia la puerta. La aporreó pidiendo auxilio. Nadie respondió. Lo intentó otra vez más y otra. Cuando se cansó, volvió a sentarse. Solo tenía que esperar. Patricia y Carmichael darían con él. Aquel barco era pequeño y, más pronto que tarde, lo localizarían…

Una tremenda explosión lo sacudió contra un mamparo, arrancándole todo el aire de los pulmones.

Mientras se recuperaba oía las entrañas del barco desgarrándose. En el acto percibió que algo iba muy mal. Tenía medio cuerpo hundido en el agua, que no cesaba de entrar por las juntas de los mamparos. Volvió a ponerse de pie y fue hasta la puerta. La aporreó una vez más mientras gritaba. Esta vez con más desesperación. El único sonido era el agua alimentando al agua. Hizo un rápido cálculo mental. Disponía de cinco o seis minutos a lo sumo.

Luego se ahogaría.

§

ENVUELTOS en una gran humareda, Carmichael se arrastró hasta Patricia:

—¿Te encuentras bien?

La joven hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza, aún aturdida

por la explosión y el golpe posterior. Le zumbaban los oídos. Tuvo un acceso de tos. Carmichael le hablaba pero ella no acababa de entender lo que le decía. Se incorporó sobre la cintura y luego se puso de pie con la ayuda del escocés.

El cuerpo de Yusuf yacía en el suelo, inconsciente o muerto. La sangre rezumaba de una brecha en la cabeza con mal aspecto. Todo alrededor de ellos dos estaba cubierto de cristales rotos y pertrechos fuera de sus armarios. Del capitán no había ni rastro. Mientras Carmichael comprobaba si Yusuf respiraba, ella avanzó a trompicones hacia el ventanal delantero, convertido en polígonos puntiagudos de cristal con un agujero en el centro. Respiró hondo y limpió sus pulmones. Pertrechos candentes y trozos de madera carbonizados seguían lloviendo del cielo. Luego miró a las cubiertas inferiores y se horrorizó. Era como si alguien hubiese abierto la caja de Pandora y desatado el caos absoluto. Toda la cubierta principal estaba salpicada de restos que habían salido despedidos con la deflagración. Y cuerpos. Decenas de cuerpos mutilados. En honor a la verdad, le sobrecogió el silencio tan aterrador que los envolvía.

Nadie chillaba. Nadie pedía auxilio.

El vocerío procedía del exterior. La orilla se había llenado de personas y el río, de falúas de pescadores que se acercaban al vapor alertados por el alboroto. Desde el puente, Patricia veía sacar del agua cuerpos carbonizados lanzados al mar por la onda expansiva.

Un crujido profundo los sacó de su embelesamiento. Aquella barcaza destartalada se hundía.

—¿Está vivo? —le preguntó la joven a Carmichael, que seguía al lado de Yusuf.

El escocés negó con la cabeza.

Patricia profirió un largo suspiro.

—¿Qué fue esa oscuridad?

—No lo sé. Sonaba como un enjambre.

—¿Un enjambre de qué? Y ¿de dónde ha salido?

El *Princess Alyssa* se hallaba peligrosamente escorado a estribor y a ellos dos les costaba mantener el equilibrio en el puente. Casi de inmediato un pensamiento surgió en la cabeza de Patricia.

—Tenemos que encontrar a James.

Carmichael consideró un momento la idea. James también era su amigo, pero aquello era descabellado.

—Este cascajo se va a pique. No durará a flote ni cinco minutos. Él sabe valerse por sí mismo. Me preocupa más qué va a ser de nosotros.

Patricia lanzó miradas hacia todas partes. Aún debían de quedar personas a bordo. Niños.

—Todavía no podemos marcharnos.

Dejó atrás a Carmichael y fue hacia la escotilla. Bajó a la cubierta

inferior. A ambos lados del corto pasillo había puertas abiertas. Alzando las rodillas por encima del nivel del agua, avanzó gritando a pleno pulmón si quedaba alguien atrapado. Nadie respondió. Se dirigió entonces a la primera cubierta, y repitió la llamada.

Un llanto.

Se precipitó dentro de un compartimento y se tropezó con un cuerpo de mujer flotando bocabajo en el agua. Sentada encima de la cama, con las rodillas contra el pecho y los brazos rodeándolas, había una niña llorando. Patricia le dio la vuelta a la mujer. Tenía un corte sangrante en la mejilla y parte de la cara chamuscada. Estaba muerta. Agarró a la niña en brazos y salió a la luz del atardecer, atenuada por la ceniza que seguía cayendo como si fueran grisáceos copos de nieve.

Carmichael asomó en ese momento por la proa.

—No queda nadie a bordo, ¿podemos irnos ya?

La popa del *Princess Alyssa* estaba completamente hundida. La proa, por el contrario, se había elevado un poco, pero estaba muy inclinada. Los cadáveres que quedaban rodaban por la cubierta delante de ellos. Su aspecto era espantoso. Como si el fuego no se hubiese contentado con abrasarlos. Estaban… como devorados. ¡Mordisqueados! ¡¿Qué diablos…?!

—Patricia Banner, ¿nos vamos? —repitió por segunda vez.

Daba la sensación de que ella no le hacía caso. Tenía los ojos fuera de sí. El rostro desencajado. Carmichael le arrancó a la niña de los brazos y la llevó hasta la última falúa. Una vez a salvo, regresó a por Patricia.

Empujados por el viento, que soplaba a ráfagas rizando la superficie del Nilo, el pescador los llevaba a la orilla. Con la cabeza vuelta contemplaron impotentes cómo el *Princess Alyssa* se hundía irremediablemente en mitad del río. Cuando alcanzaron la orilla, frente al templo egipcio, le dieron las gracias al pescador y saltaron a tierra firme. La costa era un reguero de cuerpos desmembrados sobre la arena y la hierba. Los carroñeros empezaban a congregarse.

Carmichael salió de repente corriendo. Patricia, sorprendida, siguió su espalda con la mirada. Perseguía a un hombre tambaleante. El capitán. Entonces, dejó a la niña al cuidado de una mujer y también salió detrás de él.

21.

Cita con la muerte…

El Nilo, Egipto

JAMES estiró el cuello pugnando por el único resquicio de aire que quedaba en aquel ataúd flotante, esforzándose por conservar la calma, aunque sus nervios se hallaban en un estado de dolorosa tensión. Fue en ese momento cuando una verdad aterradora se abrió paso en su cabeza. Tenía una cita con la muerte. Allí acababa todo. Los fotogramas de su vida se agolparon en su cabeza, y llegó a la rápida conclusión de que, en resumen, se sentía bastante satisfecho.

El agua le alcanzaba ya la barbilla. Se alzó de puntillas.

Su último pensamiento fue para Victoria. El amor de su vida…

Su cabeza no tardó ni un minuto en quedar bajo el agua. Antes, aspiró una última bocanada de aire y sus pensamientos se borraron. Su cuerpo se centró de inmediato en mantenerlo con vida el mayor tiempo posible. Era algo reflejo. Así estaba programado. El cerebro humano simplemente se negaba a dar la orden de respirar debajo del agua. Decidió aferrarse a ese último aliento. Cumplido minuto y medio, el pánico comenzó a apoderarse de él. De inmediato, su fortaleza se quebraría y sus pulmones se llenarían de agua, causándole una muerte muy angustiosa.

Con la vista nublada, le dio la ligera impresión de ver cómo la puerta del refrigerador se abría y alguien surgía buceando hacia él. Con cada brazada, sus cabellos se extendían por el agua como los tentáculos de una medusa. La mujer le puso las manos en las mejillas y le dio un cálido beso. El aire que entró en sus pulmones le supuso un ligero alivio. Se sintió algo reconfortado. Sin titubeos, abandonó el barco por un boquete e, impulsándose con enérgicas patadas, nadó hacia a la tenue claridad.

James rompió la superficie tosiendo y escupiendo agua. Cuando hubo llenado los pulmones de aire, se despojó de los mocasines y los dejó hundirse, luego permaneció flotando bocarriba unos minutos, dejándose llevar por la corriente mientras recuperaba el aliento. Acto

seguido, movió los pies en aspas y comenzó a alejarse del barco, contemplando cómo el Nilo engullía aquel vetusto cascarón.

Tan pronto como se sintió restablecido buscó con la mirada a su ángel de la guarda. No la halló. No estaba seguro de en qué momento de la ascensión se habían separado. Siguió nadando. Una vez ganó la orilla se dejó caer en la arena, con calambres en los músculos. Se vio acometido por un repentino temor, y se llevó la mano al bolsillo. Con alivio notó que la llave que encontró en un cajón del camarote seguía ahí. El capitán se había centrado en lo obvio, el ordenador. Un pequeño truco de prestidigitador. Entonces, empezó a mirar en derredor con la boca abierta de espanto. Estaba rodeado de cuerpos carbonizados. Se puso de pie de un salto, resintiéndose a los dolores. Medio arrastrándose, volvió a la orilla y se puso a observar las falúas de pescadores que regresaban del naufragio.

Vacías. No había supervivientes.

El corazón se le alteró. Los siguientes segundos, o puede que minutos, fueron tensos, hasta que el sol de tarde recortó ante él las siluetas de Patricia y Carmichael sentados en uno de los esquifes. Los siguió con la mirada hasta que desembarcaron. Vio a Carmichael arrancar a correr y, al instante, Patricia salir disparada detrás de él. Perseguían a alguien. Había perdido la gorra y la chaqueta. Pero lo identificó al momento. El capitán. Él estaba agotado. No podría alcanzarlos en esas condiciones; así pues, confió en sus amigos. En ese momento, alguien le echó una manta por los hombros. Agradeció el gesto, pero la devolvió. Lo que no rechazó, en cambio, fue una botella de agua. La abrió y, de un largo trago, la vació hasta la mitad. A renglón seguido, se puso de pie y se quedó contemplando las oscuras aguas del Nilo y el horror de la muerte.

22.

La venganza de Nofret…

El Nilo, Egipto

La época de estar en forma había quedado atrás para Carmichael. Era fuerte y corpulento, pero también pesado. No estaba gordo, ni mucho menos, pero tampoco era un amante de los deportes. Entre eso y el calor horroroso, estaba a punto de perder el conocimiento. Sentía un considerable dolor en el costado y el aire no llegaba a sus pulmones.

Banner le dio alcance en poco tiempo y lo dejó atrás. Ella sí se cuidaba. Corría cuesta arriba por un sendero de arena bordeado por palmeras datileras y que ascendía haciendo una curva. De repente las plantas desaparecieron, abriéndose ante ella una avenida de esfinges y gruesas columnas rematadas con capiteles florales. A su lado, había un quiosco cerrando ya el toldo. Habría matado por una Coca-Cola bien fría. Al final de la avenida, observó una amplia escalinata tallada en la roca. En la cima se erigía un espléndido templo de elevados muros, teñido de naranja con la claridad crepuscular.

Banner había sido la primera en llegar. Sudaba copiosamente. Se quedó quieta un momento para recuperar el fuelle y orientarse. Dio un vistazo general. El capitán, renqueante, acabó de subir las escalinatas y lo perdió de vista. El escocés la seguía unos cuantos pasos por detrás. Decidió no esperarlo y echó de nuevo a correr. Recorrió la avenida, saltó sobre los escalones, rodeó un conjunto de cuatro estatuas sentadas a las que le faltaba la nariz y la barba postiza, y se adentró en el templo a través de una entrada flanqueada por dos altos pilones en forma de pirámide truncada.

Las partes techadas estaban iluminadas con focos. Las que estaban a cielo abierto, por la propia decadencia del sol. Patricia cambió los pasos apresurados por otros sigilosos. El capitán podía estar acechándola en cualquier lugar. Desde luego, sitios para esconderse no faltaban. Entre un bosque de columnas divisó la figura robusta de Carmichael. Se hicieron un gesto en la distancia para dar a entender

que se habían visto el uno al otro.

Ahí dentro, el silencio era total. Tanto que el rechinar de la arenilla bajo las suelas de goma de las zapatillas se oía como si alguien rascase una pizarra con uñas afiladas. Patricia daba unos cuantos pasos. Se detenía. Abría el oído atenta a cualquier ruido y miraba a todos lados. En la distancia, veía a Carmichael aparecer y desaparecer por entre las columnas.

De repente, lo escuchó. Un crujido. Patricia volvió la cara y, por un momento, sus miradas se cruzaron. El capitán salió corriendo. Patricia voló tras él llamando a gritos a Carmichael. El tiempo de la prudencia dejó paso de nuevo a las carreras alocadas. La joven salió por una puerta lateral con dintel. Rebasó un patio columnado. Saltó sobre unos escalones de piedra decorados con relieves. Y terminó por darle caza en una cámara con los tabiques llenos de jeroglíficos. Patricia inmovilizó al capitán, doblándole el brazo a la espalda como enseñan a los policías, y lo condujo al patio exterior por donde había pasado antes.

—¿Qué ha ocurrido en el barco?

El hombre, pálido y sudado, balbuceaba cosas sin sentido. Estaba sin aliento. La nariz amoratada. Se le acercó Carmichael con cara de malas pulgas y le repitió la pregunta.

—No sé nada. Solo recibí un mensaje. Diez mil dólares si me reunía con un tipo en mi barco —farfulló.

—Eso ya lo sabemos. Pero ¿quién te mandó el mensaje…?

El resto de la frase quedó en la boca de Carmichael. Dos certeros disparos con un segundo de diferencia alcanzaron de lleno al capitán. Con un grito ahogado, cayó de espaldas. Murió antes de que la expresión de sorpresa se borrara de su rostro.

Patricia y Carmichael se tiraron al suelo cuando el eco de las detonaciones se apagaba y, sin perder ni un segundo, gatearon hasta esconderse tras unos bloques de piedra.

—¿Por qué quieren matarnos? ¿Algún exnovio cabreado? —dijo él.

Patricia se mordió la lengua para no empeorar las cosas entre ellos dos. Carmichael no acaba de caerle bien, y los comentarios mordaces que solía hacer, como el que acaba de soltar, no ayudaban mucho. Resultaba patente que su relación había comenzado con mal pie, pero Carmichael era amigo de Allen y se había propuesto darle una oportunidad. Permanecieron un rato inmóviles. Atentos. No hubo más disparos. Todo había vuelto a su calma. Una ligera brisa levantaba la tierra en remolinos. Al fondo aún eran visibles algunas columnas de humo negro alzándose al cielo sobre el río. Carmichael asomó la cabeza un poco por uno de los lados erosionados del bloque de piedra. El capitán yacía tendido en el mismo sitio. Inánime.

Desde su posición, Patricia observó a Carmichael salir de su

escondrijo doblado por la cintura, agacharse al lado del cadáver, registrar sus bolsillos y sacarle un teléfono móvil del pantalón, coger el dedo índice del capitán y desbloquearlo. Todo ejecutado en rapidísimos movimientos. Luego regresó a su lado en una veloz carrera. Hacerse con ese móvil había sido muy inteligente y desbloquearlo con el pulgar antes de que el cadáver perdiese su calor corporal, genial. Viendo lo que acababa de hacer Dave, no pudo por menos que reconocer que era tan audaz como insoportable.

23.

La espía que surgió del calor…

El Cairo, Egipto

El vuelo de EgyptAir aterrizó en El Cairo esa misma noche. Deprimidos y fatigados después de la tragedia vivida en el *Princess Alyssa*, pidieron un Uber que los llevó hasta el Four Seasons. Ninguno habló en todo el camino. Las imágenes de aquellos cuerpos mutilados regresaban con una claridad natural. Una y otra vez. Más tarde, supieron que solo ocho personas, incluidos ellos tres, lograron sobrevivir.

James miraba imperturbable pasar las luces de la ciudad por la ventanilla bajada mientras el aire caliente le azotaba el rostro. No lograba quitarse de la cabeza a la mujer que le había salvado la vida. Había desaparecido sin más y Dios sabría cuál sería su paradero en esos momentos. Con el objetivo de dejar de pensar en ella, se concentró en el relato que le habían hecho Carmichael y Patricia de lo sucedido en el puente del *Princess Alyssa*. ¿Una nube negra siguiendo el curso del Nilo? ¿Cómo era eso posible? Sencillamente, no lo era, y aquello no soportaba el peso de la lógica. Soltó un gruñido, abatido. Regresaban con las manos vacías y con el sentimiento de que todas las puertas se habían cerrado ante ellos. Por mucho que se esforzó, no fue capaz de hallar otra salida para continuar con la búsqueda de Collins.

Tardaron poco en llegar al hotel. Como los ánimos estaban por los suelos, Patricia se excusó y subió a su habitación. James no hubiera podido pegar ojo y le propuso a Carmichael tomar una copa. Este no objetó nada y movieron sus traseros hasta un *night club* situado en el propio hotel. Tal vez porque era martes o un poco tarde, o quizás por ambas cosas a la vez, lo encontraron medio vacío. Apenas un par de parejas ocupándose entre sí en rincones discretos y un hombre de negocios bebiendo solo en la barra. El local rezumaba un ambiente íntimo. Con las luces atenuadas y un pianista tocando música en directo.

Se encaminaron al mostrador, pulido y brillante, y se subieron a

dos taburetes giratorios. El barman sirvió dos whiskies. Durante un buen rato permanecieron serios. En las circunstancias actuales no había motivos para bromear. James no paraba de darle vueltas al vaso sobre la barra. Todavía no había tocado la bebida cuando por fin dijo:

—Algo se nos escapa en todo esto. Salimos tan deprisa de Escocia que no nos hemos parado a recapacitar ni un solo momento.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, si Collins era el objetivo, y de eso estamos seguros, ¿qué querría alguien de un tipo como él?

Carmichael se encogió de hombros en gesto de impotencia.

—Es posible que buscaran sus habilidades. El MI6 lo sacó de la Policía de Escocia precisamente por ese motivo. Y eso nos lleva a la siguiente pregunta. ¿Para qué?

—Lo ignoro, pero nos concede algo de tiempo.

—Mientras les sea de utilidad no le harán daño… —Dave reparó en que James no le prestaba atención. Se ladeó entonces un poco para seguir su mirada hasta una mesa con una mujer sentada sola. Llevaba puesto un vestido negro de gasa. Sin adornos ni florituras. Sujetaba algún tipo de bebida incolora. Por la preparación, presumiblemente un gin-tonic. Y lo más interesante, tenía puesta su miraba en ellos. ¿En quién de los dos? Eso era algo que averiguarían pronto—. Guapa chica.

James no le contestó, se limitó a dejar su copa en la barra, bajarse del taburete y aproximarse a la joven caminando sobre la moqueta. Del piano salía la melodía *As Time Goes By*. Mirando un sillón vacío de forma redondeada, le preguntó:

—¿Puedo?

La mujer movió la cabeza afirmativamente.

Carmichael observaba atónito la escena desde la barra.

—Quien pierde paga —dijo para sí, esbozando una sonrisa. Dejó un billete sobre la barra y se marchó sin despedirse.

El sillón resultó tan incómodo como parecía. James no cabía del todo en él y cambió varias veces de postura. Durante un rato ambos se observaron sin hablar. La mirada de ella era enigmática, incluso seductora. Él exhibía una expresión fatigada. Enseguida reparó en las marcas en su rostro que la joven intentaba disimular con una suave capa de maquillaje, confirmando el presentimiento que tuvo nada más verla: era la misma mujer que encontraron en aquella casa de la Ciudad de los Muertos, la que nadaba en la piscina y la que, posteriormente, le salvó la vida.

Todo en ella, en honor a la verdad, era anodino, pero su conjunto resultaba sorprendentemente atractivo. La belleza de lo sencillo. A James le recordaba a esa actriz sueca de moda… Vikander o algo semejante. Pero no dejó que aquella impresión le distrajera lo más

mínimo. La vida de Collins estaba en juego.

Sus sentimientos eran contradictorios. Por un lado, si estaba allí sentado era gracias a ella. Por otro, no tenía claro cuál era su grado de participación en la tragedia del *Princess Alyssa*. Sea como fuere, decidió concederle el beneficio de la duda y optó por la vía diplomática: amable pero cautelosa.

—Gracias por ahorrarme un mal trago…

—Marina —dijo ella, dándole a estrechar la mano.

Dudó, pero Allen terminó por aceptársela.

—James.

El apretón fue delicado y su mano quedó impregnada de un suave olor a crema corporal. Ambos eran inteligentes. Ambos sabían quiénes eran el uno y la otra. Cubierto el cupo de cortesía, James pasó al ataque.

—Pudiste asfixiar a mi amiga en la Ciudad de los Muertos.

Ella se recostó en el respaldo.

—No me conoces de nada, pero créeme, soy buena en mi trabajo —su tono de voz sonó áspero, desgarrado.

—¿Y qué trabajo es ese?

—FSB. Servicio Federal de Seguridad.

El acento inglés de Marina era extraordinario, casi perfecto. Aprendido seguramente en alguna escuela cara, conjeturó.

—Vaya. La CIA rusa. De modo que eres una espía.

—¿Quiere algo, señor? —dijo el barman, que se había materializado a su lado.

—Lo mismo de antes.

El camarero regresó casi de inmediato, colocó un posavasos delante de James y una copa con una bebida de color ambarino.

—*Sukran*.

El barman se marchó.

—¿Qué pasó en el barco? Ha muerto mucha gente inocente —dijo James.

—Lo ignoro. Además, por si lo has pasado por alto, en ese preciso instante estaba ocupada salvándote la vida.

Allen decidió creerla. Hasta ahora parecía sincera, pero era una espía. Les enseñaban a mentir.

—¿Y qué hacías en el *Princess Alyssa*?

—Lo mismo que tú, buscar al capitán.

—¿Lo mataste tú?

24.

Tan ingenuo como un niño…

El Cairo, Egipto

Supuestamente también. Ambos se lo merecían —aseguró Marina, sin vacilar un ápice.

—¿Qué te hace pensar algo así? —quiso saber James.

—Farouk y Mehmet Muhmani. Dos hermanos. El primero violó a una niña de trece años y luego obligó a sus padres a concertar con él su matrimonio. Su hermano, Mehmet, lo ayudó en aquella ignominia.

Al escocés lo desconcertó su frialdad, pero no pudo recriminar su acción. Seguía confuso y trataba de encontrar respuestas. Para ello, decidió cambiar los derroteros de la conversación.

—¿Y qué pinta en esto la inteligencia rusa?

Marina volvió al respaldo y cruzó una pierna por encima de la otra. La falda se subió un poco, dejando a la vista sus piernas hasta la rodilla. James sabía que era una vieja táctica de llamar su atención sobre ellas, y desconcentrarlo. Por un fugaz momento, el escocés las miró y se desconcentró. Había un tatuaje circundando su tobillo derecho. Unas palabras escritas en cirílico.

—Verás, James, en los últimos años han desaparecido expertos en informática por todo el mundo: rusos, americanos, japoneses, coreanos…, incluso *británicos*.

Para Allen no pasó desapercibido el tonillo que empleó en clara alusión a Collins, aunque sin mencionarlo.

—Y ahora vas a decirme quién está detrás de esas desapariciones.

Ella se encogió de hombros y le dijo que no estaba segura.

—Por ese motivo estoy aquí. Quiero averiguarlo tanto como tú.

—Yo no soy policía. No me interesa quién sea.

—Si das con él, darás con tu amigo.

A pesar de que la lógica era aplastante, James no lograba desembarazarse de la sensación de que ella trataba de manipularlo.

—¿Qué sabes de él?

—Si lo mato yo. Y antes de que me lo preguntes, te diré que al

—Casi nada. Es una quimera, un fantasma. —Se detuvo para tomar un delicado sorbo de su copa.

James la acompañó y volvió a dejar su bebida en la mesa baja que se interponía entre ambos.

—Desde hace años —prosiguió Marina— vienen sucediendo ciertos acontecimientos en el mundo que todos los gobiernos han pasado por alto. Pero una entusiasta analista de inteligencia descubrió en ellos un patrón. Aunque nadie le hizo caso, y su informe quedó enterrado bajo una montaña de papeleo.

—¿A qué tipo de acontecimientos te refieres?

Ella volvió al respaldo de su asiento.

—Si cuentas con los recursos adecuados, puedes, sin ir más lejos, contribuir a que el presidente de Estados Unidos gane las elecciones filtrando que hubo injerencias rusas; o hacer explotar un avión en la frontera ucraniana-rusa y cargarle el mochuelo a los separatistas; o hundir la economía de un país y responsabilizar de ello a los mercados, incluso hacer fracasar las misiones espaciales del cohete Taurus XL y falsificar tests sobre el aluminio para que la NASA culpe a dos contratistas por proveer materiales defectuosos… Esto no es una broma, se trata de terrorismo virtual. Piénsalo, es el delito perfecto. Creas un falso culpable y de ese modo nadie busca al verdadero responsable.

A James le vino a la mente la reciente experiencia vivida en Estados Unidos y el complot contra el presidente.

—O quizá solo son una serie de acontecimientos aleatorios. —Esas palabras salieron de su boca sin excesiva convicción. James era un gran defensor de las teorías conspirativas. Él opinaba que casi todas las cosas que ocurrían en el mundo eran provocadas por intereses particulares ocultos.

El rostro de Marina volvió a cubrirse con aquella sonrisa maliciosa.

—Para la mayoría de la gente, la ciberdelincuencia se circunscribe a sustracciones de personalidad en Internet y al hackeo de datos de las grandes corporaciones. Pero es bastante más que eso. El mundo no se gobierna ya con armas o con dinero. La capacidad de crear discordia y confusión mediante la desinformación es un arma muy poderosa.

—Y crees que el responsable de esos *acontecimientos* utiliza a los hackers.

—Sí, lo creo.

—Pero si el Servicio Secreto ruso archivó los informes de… aquella analista, ¿por qué te envían aquí?

Marina alargó la mano con indiferencia hasta un cuenco de loza, removió las gominolas hasta que dio con las que buscaba y se llevó dos de cola a la boca.

—Los dirigentes del FSB no son estúpidos. La Federación Rusa es el

gran chivo expiatorio de muchos de estos sucesos. Si consigo demostrarlo, la madre Rusia salvará el honor.

—¿Y si no?

Ella se encogió de hombros.

—Continuarán como hasta ahora. Defendiéndose en los medios. Mi Gobierno no quiere involucrarse en lo que están seguros será un fracaso.

«Eso me suena de algo», pensó James al instante, recordando la conversación con el representante del MI6 en el hangar de Prestwick. En voz alta, por el contrario, afirmó:

—Y ahí entramos nosotros. Necesitas nuestra ayuda.

Ella dejó escapar una carcajada contagiosa que sonó en todo el local. Las pocas personas que había se volvieron un momento a mirarlos.

—Me encantas. Eres un hombre de lo más… interesante. A veces muestras una decisión inquebrantable que roza la osadía, y en otras ocasiones eres tan ingenuo como un niño.

James se sintió ofendido por el comentario y si en algún momento empatizó con aquella joven, ese sentimiento se esfumó de un plumazo.

—No, James, no preciso vuestra ayuda… sino *tu* ayuda. Tú y tus dos amigos os habéis convertido en un estorbo para mí. Pero también sé que sola me costará más localizar a mi hermana, así que es necesario que enterremos el hacha de guerra.

James frunció el ceño.

—¿Tu hermana?

Ella suspiró, melancólica.

—Mi hermanita pequeña también ha desaparecido. El próximo mes hará un año.

Entre ellos se instauró un silencio. James le perdonó al instante el comentario anterior.

—¿Me lo cuentas?

Ella se lo pensó. Al rato, cuando James creía ya que no le respondería, Marina se puso a hablar:

—Mi hermana tiene un cociente de inteligencia de ciento cincuenta y dos y eso le acarreó un montón de problemas en el colegio. Entonces buscó refugio en los ordenadores, para los que demostró contar con una habilidad extraordinaria. Se acabó convirtiendo en una friki solitaria. Nadie supo verlo. *Yo*, no supe verlo. Y un día, desapareció. Como tu amigo Collins.

James apreció un tono amargo en aquellas palabras y dulcificó un poco el gesto.

—¿Por qué yo?

Marina recapacitó.

—Dave Carmichael es… como decirlo, poco inteligente para este

trabajo que requiere de una gran sutileza de la que él carece por completo. Actúa como si estuviera en el lejano Oeste. —Se quedó pensativa—. Patricia Banner es el polo opuesto. Harían buena pareja. Es intuitiva y lista, pero es joven y demasiado… académica; no sé si, llegado el caso, sería capaz de hacer lo que fuera necesario.

James no tuvo más que reconocer que aquel análisis era conciso y acertado.

—Nos conoces bien, pero en algo yerras.

Ella se lo quedó mirando intrigada.

—Carmichael y Patricia no harían buena pareja.

Ella juntó los hombros.

James se quedó esperando a que lo evaluara a él. Pero no lo hizo. La expresión de ella se había vuelto impenetrable.

—¿Por qué habría de ayudarte?

—Porque vosotros solos jamás encontraréis a vuestro amigo.

James se acodó en los brazos del sillón y entrelazó los dedos mientras observaba a aquella misteriosa mujer y consideraba sus palabras. Una cosa era cierta: estaban extraviados y no sabían cómo seguir. Hacía tan solo una hora estaba a punto de rendirse y de pronto se abría una posibilidad. Por fin, separó la espalda del sillón y suspiró.

—¿Qué quieres entonces?

—Que te deshagas de tus amigos y te vengas conmigo. Tú y yo continuaremos con esto. Nadie más. Míralo de esta manera, les estás haciendo un favor. Esto no es un juego y sus vidas corren serio peligro.

Marina se llevó el gin-tonic a los labios y apuró la copa, luego localizó con los ojos al camarero tras la barra y dibujó en el aire la señal universal de pedir la cuenta. Mientras James barruntaba acerca de las palabras vertidas por ella, la joven abrió la cremallera de su discreto bolso de mano y extrajo un billete de veinte dólares que entregó al barman.

—¿Nos vamos? —le dijo Marina a James, levantándose del sillón y ajustándose el vestido, que volvió a colocarse en su sitio.

Salieron del club juntos y cruzaron el vestíbulo hacia los ascensores.

—¿También te alojas aquí? —preguntó James.

—Sí, habitación 803.

En la octava planta, el ascensor se abrió a un pasillo de moqueta iluminado con apliques. Nada más salir, Marina se dio la vuelta y colocó la mano en el sensor que mantenía la puerta abierta.

Ninguno se movió.

—Si quieres, puedes tomar la última copa en mi habitación —propuso ella.

La última chica con quien James se había acostado fue Alessia, en

Nueva York, y aquello acabó siendo un craso error.

—Aunque tentadora, voy a rechazar tu propuesta. Ahora necesito meditar. —Y añadió—: Siento decepcionarte.

Marina lo observó con sus ojos negros.

—Tienes hasta mañana para darme una respuesta.

—No me gustan los ultimátums.

Ella retiró la mano del sensor. Mientras la puerta se interponía entre ambos como un telón cayendo, le dijo:

—803. Por cierto, lo que me habría decepcionado es que hubieras aceptado.

25.

La habitación 803…

El Cairo, Egipto

La noche tocó a su fin.

James se despertó. Carmichael seguía roncando en la otra cama, y aprovechó para escapar a la terraza. Apoyado en la balaustrada, dejó vagar la mente. Fue abandonar el aire acondicionado y empezar a sudar. No iba a echar de menos aquel calor sofocante.

El cielo estaba tintado con diferentes matices del color naranja. El resultado era abrumador. Claro, despejado, inmaculado. No había ni una sola nube en el firmamento. Soplaba una ligera brisa que movía las cortinas hacia el interior de la habitación. No veía el sol matutino. Su habitación estaba orientada al oeste, al río, pero notaba su efecto sobre multitud de tejados arracimados, cúpulas y minaretes. A lo lejos, algo difuminado por las ondulaciones del calor, distinguía vagamente las siluetas de las pirámides de Guiza, que se alzaban inmortales. Las aguas del Nilo abandonaban su color plateado y comenzaban a coger un claro tono amarronado. Las luces de la ciudad se iban apagando.

Al momento, el ruido del tráfico ocupó el espacio, sacándolo de su ensimismamiento y devolviéndolo al presente inmediato. Había tomado una decisión. Creía que era lo mejor y confiaba en que sus amigos lo comprendieran. Carmichael, seguro. En el fondo, su viejo amigo estaba aquí porque él se lo había pedido. Pero Patricia era harina de otro costal. Ella se enfadaría. Mucho. A más no poder. Collins también era su amigo y lo consideraría una traición. Pero ya se ocuparía de aquello a su regreso.

Volvió al interior de la habitación a través de la puertaventana. Carmichael había cambiado de posición, pero seguía durmiendo a pierna suelta. Las sábanas estaban arremolinadas a sus pies. Antes de entrar en el baño, se lo quedó mirando un largo instante. Haciendo el menor ruido posible, se duchó, se puso ropa de vestir y cerró la puerta por fuera, sin olvidarse de dejar un sobre a la atención de su amigo en la mesilla. Aún podían hacer algo por Collins. Seguir otra pista. No

cogió su equipaje. No quería arriesgarse a despertar a Carmichael. La American Express Centurión que llevaba era una tarjeta de crédito de titanio que abría todas las puertas del mundo. Todas. Podías comprarte un helicóptero, si lo deseabas. Solo un selecto grupo de personas en el mundo la poseía. Fue de Victoria, y ahora era suya. Parte de la herencia.

Camino del ascensor, pasó por delante de la habitación de Patricia sin mirarla siquiera. Un par de minutos después se hallaba delante de la puerta 803.

26.

Katya…

CUANDO esa mañana Collins abrió los ojos, lo primero que se le vino a la cabeza fue que hacía dos días que recibió aquel críptico mensaje de «tenemos que hablar». Lo positivo era que quedaba descartado el que le hubiesen tendido una trampa para poner a prueba su lealtad, motivo por el cual experimentó una fuerte sensación de alivio.

La víspera había desaparecido otro hacker. En esta ocasión, una chica. Uhura. No es que supiera su nombre. Entre ellos no cruzaban palabra. Pero él les había puesto nombre a todos usando los personajes de la serie *Star Trek*. Uhura se sentaba en la primera fila. Pelo corto, piel oscura. Tatuaje en la nuca y los brazos. Le caía bien. Adónde se llevaban a aquellos chicos era todo un misterio para él. Arrastrado por la rutina llegó al comedor sin cobrar conciencia del trayecto. Cómo odiaba eso.

Después de desayunar —batido de chocolate y dónuts— se dirigió a su lugar de trabajo y ocupó su puesto. Contó las espaldas. Diez. Hoy no faltaba nadie. De pronto el sonido de los dedos contra las teclas ocupó el espacio y llenó el tiempo hasta la hora de almorzar —espaguetis con albóndigas y Coca-Cola—. Al final de la jornada, regresó cabizbajo a su habitación.

No sabría decir qué hora sería, pero sí que llevaba ya un par de vidas malgastadas en el Fortnite —y a él le duraban un montón—, cuando se abrió y cerró la puerta de su cuarto. Todo se produjo tan rápido como un suspiro. Collins se quedó mirando a Siete de Nueve desde su sillón reclinable como si el mismísimo Spock estuviese ante él. La más joven de todos sus nuevos compañeros. Flaca, rubia, piel extremadamente blanca, pelo corto, sin tatuajes a la vista. Falda por encima de las rodillas y camiseta blanca. ¿Guapa? No sabría decir. Él

se fijaba más en otras cosas. Había escogido ese nombre para ella —Siete de Nueve— en vista de que en la serie no había demasiadas chicas. También había decidido que Siete de Nueve le caía bien…

—No tenemos tiempo. Si estoy aquí más de cuatro minutos, saltará la alarma —le comunicó ella, sacándolo de su inacción.

Collins apagó la videoconsola y recogió el reposapiés; luego giró el sillón para mirarla de frente.

—¿Qué haces aquí? La regla número…

—Sí, sí, ya sé lo que dicen las jodidas reglas. Tú solo llevas aquí una semana pero yo, un año entero. —A la vez que decía estas palabras, cruzó la habitación a paso rápido y se sentó a los pies de la cama, muy cerca de Collins. Su inglés era estupendo.

—¡Un año! ¡Qué flipe!

—Sí, un flipe. Al principio puede ser. Ahora, estoy en un tris de volverme completamente loca. Por cierto, me llamo Katya.

El mito de Siete de Nueve saltó por los aires.

—¡Tú mandaste el mensaje!

La chica lo confirmó con su silencio.

—Y ¿qué quieres de mí? —preguntó él.

—Que me ayudes a escapar. —Habló más y, antes de que se cumplieran los cuatro minutos, desapareció de su vista.

Collins se quedó dudando si aquella visita había sido real.

LA CUARTA PLAGA

«Y entraron grandes enjambres de insectos en la casa del Faraón y en las casas de sus siervos, y en todo el país de Egipto la tierra fue devastada».

Libro del Éxodo 8:24

27.

El enjambre…

Estocolmo, Suecia

Anna Saga Brorsson se la llevaban los demonios. Su mal humor era legendario en la Säpo —servicio de inteligencia sueco—. Y desde su embarazo, este no había hecho sino empeorar. Ese día de principios de verano amaneció fresco. El cielo casi despejado. La temperatura no superaría los diecisiete grados, pero ella estaba sudando la gota gorda. Encerrada en sí misma, salió del ascensor en la cuarta planta y caminó por el pasillo central en dirección a su despacho. A su paso, las conversaciones se silenciaban y los agentes se apartaban.

Los medios de comunicación llevaban días sin hablar de otra cosa que no fuera de la muerte de una funcionaria del Ministerio de Medio Ambiente en el metro de Estocolmo. Este caso debería haber acabado como uno más en la mesa de la policía. Sin embargo, había que reconocer que las circunstancias que lo rodeaban eran muy poco convencionales; por esa razón, el primer ministro le había pedido a la ministra de Justicia que la Säpo se hiciera cargo de la investigación.

Desde el suceso, Brorsson se veía apremiada por todos los frentes. El vídeo subido a la red por una pareja de jóvenes, en el que se veía con total nitidez cómo se descomponía el cuerpo de una anciana para convertirse en una especie de nube negra que acabó con la vida de Klara Odell, no había hecho sino desatar todas las teorías paranoicas entre la población de Estocolmo, lo que había obligado a las autoridades a cerrar temporalmente el metro. Por supuesto, habían interrogado a la pareja. Y también le habían incautado el teléfono. Los expertos informáticos de la Säpo estaban en esos momentos analizando el vídeo y Brorsson confiaba que aquello pudiera demostrar la manipulación de la grabación y poner fin a toda aquella pantomima.

«¿El Tren fantasma de Silverpilen? ¡Menuda chorrada!».

Ella era agnóstica. No creía en Dios. Y tampoco en los fantasmas. Su manera de pensar al respecto era muy sencilla. Al otro lado no había

nada. Punto. Ni seres angelicales ni espectros. Únicamente polvo y vacío. El Tren Fantasma de Silverpilen era una leyenda urbana que corría de boca en boca por Estocolmo. Desde pequeña, también ella venía oyendo las historias truculentas que se contaban sobre el tren plateado de ocho vagones que se puso en circulación en los años sesenta. Su preferida era la que contaba que estaba en continuo movimiento por el subsuelo y únicamente hacía una parada: la estación fantasma de Kymlinge. Se decía que solo los muertos se apeaban en ella…

Con estos pensamientos hirviendo en su cabeza, Brorsson llegó por fin a su despacho acristalado. Las lamas de las persianas metálicas estaban levantadas. Siempre lo estaban. Antes de sentarse, conectó el aparato de aire acondicionado con un mando a distancia que descansaba en su sobrecargado escritorio. Bajó la temperatura a veinte grados y aumentó la velocidad del ventilador. Un murmullo constante se instaló en el habitáculo. Después apartó el sillón y se desplomó en él entre sonoros resoplidos.

Tan pronto como la vio a través de los cristales, Nilsson saltó del asiento, recogió del escritorio un cuaderno de notas y una carpeta de un anodino color tierra, y fue hasta el despacho. Tocó dos veces el marco de la puerta abierta y asomó la cabeza. Esperó. Su jefa tenía la frente apoyada en la mesa. Con la mano derecha se apartaba el pelo de la nuca, dejando que el aire frío le refrescara un poco el cuello cubierto de sudor. Brorsson se irguió, y con un brusco gesto de la mano mandó a su ayudante que entrase.

—*Siéntate* —le dijo con su habitual tono seco, mientras se retrepaba en la silla haciendo crujir el cuero con el roce violento. Luego desenroscó el tapón de una botella de agua medio llena y bebió hasta vaciarla.

Alexander Nilsson se bajó las mangas de la camisa, se abrochó el botón del cuello y se ajustó la corbata. Con todo, no pudo contener un escalofrío.

—*¿Te encuentras bien, jefa?* —le preguntó, mirando cómo el difusor del aire acondicionado esparcía aire frío.

—*¿Tú que crees? Estoy hasta los ovarios de esta barriga*.

El ayudante no contestó, no era una pregunta. Se limitó a escoger al azar una de las dos sillas de confidente y se acomodó.

—*¿Qué novedades hay?*

El agente Nilsson buscó hueco en la mesa, colocó la carpeta de color tierra y la abrió.

—*Los expertos han concluido el análisis del vídeo*.

—*¿Y?*

—Opinan que es auténtico. No han hallado el más mínimo indicio de manipulación.

—Hay que joderse. ¿Margen de error?

—El diez por ciento. —Sacó un papel de la carpeta, lo sostuvo un segundo entre las manos y se lo alargó a Brorsson, que lo asió, le echó un vistazo y lo dejó caer sobre la mesa.

—Hay que joderse.

Un timbrazo rasgó de repente el silencio que se había instalado en el despacho. Brorsson alargó la mano hacia el aparato y respondió.

—Brorsson al habla… Sí, dígame. —Estuvo hablando un rato largo. Ella solo escuchaba, de vez en cuando contestaba con monosílabos. Finalmente, se despidió y devolvió el auricular a la base de un golpetazo, sin parar de soltar una retahíla de juramentos. Alexander permanecía callado. Veía los ojos furiosos de su jefa y jamás se le hubiera ocurrido interrumpirla.

»*Chupatintas…* —fue lo último que dijo. Luego devolvió la atención a su ayudante—. *¿Ha llegado el informe forense?*

—Sí. El cadáver de Klara Odell estaba tan irreconocible que tuvieron que identificarlo con el ADN.

—¿Se sabe ya la causa de la muerte?

El agente rubio hizo un gesto afirmativo mientras rebuscaba entre los papeles. Cuando por fin encontró el que buscaba lo leyó un momento en diagonal.

—Shock *anafiláctico. Odell era alérgica a los frutos secos. En su cuerpo hallaron una ingente cantidad de trazas de cacahuete. Una dosis inusualmente elevada…*

La inspectora separó la espalda de la silla.

—Los cacahuetes no son un fruto seco, son una legumbre.

—Da igual, eso no cambia que era alérgica a sus proteínas. El colapso cardiocirculatorio le sobrevino por contacto cutáneo, como demuestran las erupciones que tenía por todo el cuerpo. Para cuando llegaron los equipos de emergencia, ya no fue posible hacer nada por ella. El forense dice que jamás ha visto un caso tan agudo de anafilaxia.

—¿Saben qué provocó las erupciones cutáneas?

—No. La científica no halló nada en el escenario. Es el metro. Había cientos de rastros biológicos, sobre todo orines y saliva. Puedo ordenar ampliar la búsqueda por todos los túneles adyacentes, pero será un buen follón… y supondrá un gasto considerable.

Brorsson se lo pensó un momento.

—Hazlo. Es preciso saber qué más había en aquel corredor.

El ayudante tomaba notas en su cuaderno.

—Una última cosa. Una analista halló en la forma de desplazarse de esa nube una coincidencia con…

Brorsson lo miraba expectante.

—*… un enjambre*.

—*Joder, vaya mierda de caso* —repitió por tercera vez.

Brorsson se recostó en su sillón y adoptó un aire pensativo.

—*O sea, Klara Odell sale del trabajo. Coge el metro. En un corredor se encuentra a una mendiga. Se acerca para darle veinte coronas. La vagabunda se convierte en una especie de enjambre que ataca a la funcionaria y le inocula una dosis mortal de trazas de cacahuete. Después, se larga y nadie más lo vuelve a ver*.

Alexander torció el gesto.

—*Es bastante aproximado a lo que parece que sucedió, si nos atenemos al vídeo que filmaron los testigos*.

Brorsson volvió a incorporarse.

—*No me lo trago. Quiero que investigues su entorno. Quiero saber todo lo que hacía Odell, tanto en su casa como en la oficina. Todo. Hasta el más mínimo detalle, por insignificante que pueda parecer. Dile a los peritos que vuelvan a examinar ese vídeo. Quiero saber qué demonios era esa cosa. Y…* —chasqueó los dedos—*… ¿cómo se llaman los que estudian los insectos?*

—*Entomólogos*.

—*Pues busca a uno, enséñale el vídeo, si no lo ha visto ya, y pregúntale si existe algún tipo de insecto en el planeta capaz de hacer algo semejante. Y lo quiero para ayer*.

Nilsson acabó de apuntarlo todo a la carrera en su cuaderno, recogió la carpeta y se levantó en silencio de la silla. Con cierto alivio, salió del frío del despacho. El día había amanecido espléndido, pero unos negros nubarrones estaban dispuestos a echarlo a perder.

28.

Una nota y una llave…

El Cairo, Egipto

HA de poner algo más —insistió Patricia, exasperada, sin parar de dar vueltas por la habitación.

Carmichael seguía en la cama, tendido bocarriba, aún leganoso, con una camiseta blanca y un pantalón de pijama a rayas.

—Que no, ya te lo he dicho. Mira que eres testaruda. Solo hay un «lo siento» y el nombre de un tal Farouk Muhmani. Míralo tú misma. —Y le tendió la nota y la llave que la acompañaba.

Ella se detuvo delante de la cama y alargó la mano para hacerse con ambas cosas. Primero leyó la nota. Saltaba a la vista que la letra pertenecía a James y nada en el trazo indicaba que aquellas cuatro palabras hubiesen sido escritas bajo presión, pero claro, ella no era una experta grafóloga. La hoja había sido arrancada del bloc del hotel que había en todas las habitaciones.

—Farouk Muhmani, Farouk Muhmani… ¿Te dice algo este nombre?

—Nada de nada —confesó.

Como veía que no iba a sacar más de la nota, Banner la volvió a doblar por la mitad y se la guardó en el bolsillo de los tejanos. Luego desplazó la atención a la llave que la acompañaba. La sometió a un estudio pormenorizado. Le dio la vuelta en el aire varias veces. Era de aluminio, lisa, ligera, con dos hendiduras al final en forma de puntos. En la parte superior había una leyenda grabada: A-3451. Desde luego, no encajaría en una cerradura convencional. Finalmente, levantó la barbilla y puso sus ojos en Carmichael. En esta ocasión, el escocés no se guardó sus pensamientos.

—Te dije que no ponía nada más, pero nunca haces caso.

Patricia se desentendió de Carmichael y fue hasta la silla donde había dejado su bolso, buscó su teléfono móvil y marcó el número del desechable de James. De inmediato, una melodía sonó en la habitación. La música condujo a la joven hasta una mesilla. Suspiró y colgó.

—Ha dejado el móvil. —Se sentía derrotada. Volvió entonces la vista a la llave que seguía sosteniendo en la mano. Embelesada, se la quedó mirando un rato más—. ¿De dónde será?

—¿La llave? De una caja de seguridad. Apostaría mi avión a que de un banco suizo.

Patricia frunció el ceño en un gesto de desconfianza.

Él le devolvió la mirada mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos.

—Ya te dije que no todos los clientes me pagan con dinero.

—¿Por qué Suiza?

—Quien tiene algo de verdadero valor que ocultar lo habrá sacado fuera de Egipto. ¿Adónde podría ir? Los países limítrofes son tan inestables como un castillo de naipes en manos de un niño travieso. Además, para los bancos suizos la privacidad de sus clientes es sagrada, y solo está a unas pocas horas de vuelo. —Cuando vio que la expresión recelosa de Patricia había mutado a una de grata sorpresa, volvió a sonreír—. ¿Ves, a que no es tan malo tener a un sinvergüenza en el equipo?

Patricia resopló y se puso a moverse de nuevo por la habitación, mirando la moqueta y esquivando las camas deshechas.

—¿Por qué se marcharía Allen sin decirnos nada? Y ¿por qué nos dejaría la llave? —Buscó los ojos de Carmichael esperando su opinión.

—A mí no me mires, es a ti a la que se le da de coña lo de pensar. Recuerda, yo soy el de los mamporros.

Banner volvió a soltar el aire con fuerza.

—No estás siendo de gran ayuda. Al menos podrás decirme qué sucedió anoche. Te quedaste con él cuando me fui a dormir.

Él frunció la boca.

—Nada, fuimos al *night club* del hotel y tomamos un copa. Luego vimos a esa mujer y James fue a hablar con ella…

—Espera, espera, ¿qué mujer?

—No lo sé, una que estaba sola. Apostamos a ver quien…

Ella agitó la mano, interrumpiéndolo.

—Vale, vale, no me interesan vuestros jueguecitos amorosos. Descríbemela.

—Morena, bajita, pechos pequeños, increíblemente guapa…

—Está bien, lo capto —lo atajó, algo ruborizada—. ¿Y dices que Allen se quedó con ella? Podría ser que se aloje también en el hotel y todavía estén juntos.

Patricia no lo creía, pero anotó mentalmente preguntar en la recepción.

Carmichael tampoco se mostraba muy convencido con aquella nueva teoría y, camino del cuarto de baño, le dijo:

—No le des más vueltas. James ha madrugado, se ha duchado y

vestido y, antes de largarse, nos ha dejado la nota y la llave en la mesilla. Es así de sencillo. Asúmelo.

Carmichael entró en el baño y cerró la puerta, sumiendo la habitación en el silencio. Unos minutos después le llegó a Patricia el sonido de la cisterna y el agua de un grifo corriendo. La puerta volvió a abrirse y vio asomar por ella al escocés, tenía los pelos más o menos en su sitio y la cara y la camiseta salpicadas de agua. Entonces Banner le dijo:

—Centrémonos en lo que tenemos: la llave. —Volvió a sostenerla en alto mientras la observaba—. Decías que es de una caja de seguridad, ¿no?

—Eso creo.

—¿Cómo que eso crees? Hace un momento te mostrabas muy seguro.

—De acuerdo, sí.

—Pues ya tenemos trabajo, indagar a qué banco pertenece y ver qué contiene. Si Allen nos la ha dejado es porque cree que tiene algo que ver con la desaparición de Collins. Vístete y recoge tus cosas. Nos vamos.

Él puso cara de sorpresa.

—¿No volvemos a casa?

Ella negó tajantemente.

—Nos vamos a Suiza. Ese cacharro tuyo estará listo para volar ¿no?

29.

¿Qué hacemos en Estocolmo?…

Estocolmo, Suecia

ESTOCOLMO los recibió con cielo plomizo y una temperatura algo fresca. El contraste con el calor asfixiante de El Cairo resultaba abrumador. Tan pronto como Marina hubo recogido en la zona de consignas un paquete que contenía coronas suecas y un llavero con dos llaves, ella y James tomaron un Uber que los trasladó desde el aeropuerto al centro de la ciudad.

Durante las seis horas y media de vuelo habían hablado poco. El tema que los movía era extremadamente delicado y la cabina de un avión ofrecía muy poca intimidad. A falta de conversación, James tuvo bastante tiempo para poner en perspectiva la situación. No se fiaba en absoluto de su nueva compañera de viaje. Además, amargas experiencias del pasado le habían hecho ser más precavido, en particular con chicas guapas que se presentaban de improviso solicitando su ayuda.

En ese momento, transitaban por una avenida que serpenteaba entre el casco antiguo de la ciudad y la bahía de Riddarfjärden, una balsa azul cubierta por un bosque de mástiles de embarcaciones de recreo. James iba acodado a la ventanilla en el asiento trasero, observando cómo desfilaban ante él exuberantes escaparates. No conocía Estocolmo. Era la primera vez que visitaba la capital nórdica. Le resultó señorial y elegante, con el tráfico ordenado y las fachadas de los edificios limpias y relucientes. Por encima de los tejados se elevaban al cielo chapiteles de hierro cubiertos de una pátina de color verde azulado.

Cuando la avenida llegaba a su final, Marina se inclinó hacia el conductor y le transmitió unas instrucciones. El vehículo frenó un poco y cambió de carril para torcer a mano derecha en la siguiente bocacalle. Dejaron a su izquierda el Palacio Real, para adentrarse en el barrio de Drottninggatan. Tras varios minutos callejeando se detuvieron ante la entrada de un edificio de fachada modesta. La calle

era estrecha, de un solo carril. Marina saldó la cuenta, y ella y James se apearon. Mientras accedían al portal usando una de las dos llaves, el Uber desconectó las luces de emergencia y se puso de nuevo en marcha.

Subieron al tercer piso por unas escaleras medio a oscuras. Con la segunda llave, esta de seguridad, Marina se disponía a abrir un apartamento cuando James se lo impidió.

—No me gusta que me traten como a un monigote. Así que o me dices qué hacemos en Estocolmo, o ahora mismo me largo.

Oyeron ruidos. Marina miró de reojillo en torno a sí y se soltó de la mano de James cuando una pareja de ancianos bajó del cuarto piso con andares dificultosos, los saludaron con un gesto receloso y continuaron escaleras abajo.

—Nadie te retiene —le contestó ella, cuando los pasos de los ancianos no eran más que rumores.

Marina abrió la puerta del piso e introdujo una contraseña en un teclado para desactivar una alarma. Sin encender las luces, atravesó el apartamento y entró en una sala de estar. Recogió un poco la cortina que cubría la única ventana y estudió la calle. Aún quedaban unos minutos para la puesta de sol, pero el cielo color ceniza ayudó a sumir al callejón en una especie de semioscuridad. No se veía a nadie. Justo enfrente había otro edificio de piedra. Todas las ventanas estaban cerradas y apagadas. Las observó una por una.

James la había seguido por el apartamento.

—¿Siempre eres igual de precavida?

Ella se encogió de hombros y se apartó de la ventana.

—Si quiero envejecer con salud…

—Marina, dime de una vez por qué estamos aquí.

Siempre alejada de la ventana, la joven ocupó una de las dos butacas de la sala y dejó caer el bolso en la otra.

—En El Cairo no fui del todo franca contigo.

Él soltó una risotada sarcástica.

—¡Qué novedad!

Ella prefirió ignorar el comentario.

—En el *Princess Alyssa*, aquellas personas ya estaban muertas cuando se produjo la explosión. Es posible que no todas, pero sí la mayoría.

—¡¿Cómo que ya estaban muertas?! —preguntó él con la frente arrugada.

Marina ladeó el cuerpo hacia su bolso y sacó un teléfono móvil, tras activarlo con la huella del pulgar, buscó entre sus imágenes.

—Mira. Estas muertes no las ha provocado una explosión.

Durante largo rato, una serie de fotografías atrajeron la mirada de James como un poderoso imán. Pensar que Patt o Carmichael, incluso

él mismo, podían haber sido alguna de aquellas personas brutalmente mutiladas lo sumió en un profundo estado de inquietud. Invadido por una imperiosa necesidad de sentarse, apartó una silla del comedor y se dejó caer en ella.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo ella.

Allen separó la mirada del teléfono y la puso en la joven. Tenía razón. Hasta un lego como él lo advertiría. Aquellos miembros estaban renegridos y chamuscados, sí, pero había algo más. Esas extrañas laceraciones… Era como si miles de insectos se hubieran cebado con ellos.

—¿De dónde has sacado estas fotos?

Ella se encogió y recuperó el teléfono.

—¿Importa? Está bien, son de la policía egipcia.

—Si no fue la explosión… ¿qué mató a estas personas?

—Lo ignoro.

—Pero tendrás alguna teoría.

—Yo también oí lo de esa nube negra que atacó el barco.

James se levantó de la silla y cruzó la estancia. Se puso a mirar la calle desde la ventana. Un camión de la basura recogía en ese momento un contenedor, reteniendo el escaso trafico. No se fijó. Aunque lo hubiese hecho, tampoco lo habría visto. Era imposible. Pero algo en el edificio de enfrente grababa cada una de las palabras vertidas en la habitación.

—Y crees que la nube negra pudo ser la responsable —afirmó al fin James, devolviendo la cortina a su sitio.

—¿Qué si no? Desde luego, allí ocurrió algo insólito.

—Pero esto no explica qué hacemos en Estocolmo.

Marina volvió a zambullirse en su smartphone y se lo pasó de nuevo a James.

—Mira este vídeo casero, por favor. Dura minuto y medio, poco más o menos.

Allen volvió a hacerse con el dispositivo.

—Lo grabó una pareja en el metro de Estocolmo, no hace ni una semana de eso —le explicó ella—. Observa la foto que viene a continuación.

James pasó el vídeo y se centró en la imagen de un cadáver en una fría sala de autopsias. Miró la instantánea por encima y no pudo reprimir un gesto de asco.

—¿Quién es?

—Klara Odell, una funcionaria de alto rango del Ministerio de Medio Ambiente sueco. Pero lo de menos es quién es. Fíjate en el estado del cuerpo. Las mismas laceraciones que sufrieron los pasajeros del *Princess Alyssa*.

—¿Por qué no me contaste esto en El Cairo? —Se hizo un momento

de silencio, antes de concluir—: Por supuesto, no te fiabas de mí.

Marina se encogió de hombros.

—No sabía si aceptarías o no venir conmigo. Entiéndelo.

James lo entendía. Tampoco él le había mencionado a Marina lo de la llave que encontró en el camarote del capitán del *Princess Alyssa*, y que había entregado a sus amigos dentro de un sobre.

—De acuerdo, ¿dónde nos deja esto?

—El caso de la muerte en el metro lo lleva una tal Saga Brorsson, de la Säpo. Es crucial que conozcamos sus avances.

—Tú eres la espía. Yo un simple profesor de instituto. ¿Cómo pretendes que hagamos eso?

Los labios de Marina dibujaron una sonrisa.

—Muy sencillo. Esta noche nos colaremos en un edificio de la Säpo y nos haremos con los archivos del caso.

30.

Unos *fettuccinne* y una pizza…

Zúrich, Suiza

—Vuelo Charlie-Quebec-Cinco-Ocho-Cinco. Aquí, torre del Aeropuerto Internacional de Zúrich. Pista dos. Autorizado aterrizaje —anunció un controlador.

El Fairchild C-119 empezó las maniobras de aproximación y tomó tierra. Frenó de inmediato y abandonó la pista en dirección al área de estacionamiento que le había indicado la autoridad aeroportuaria. Carmichael ya estaba acostumbrado a que su bimotor plateado fuera objeto de la curiosidad del personal de tierra, que detenía sus actividades para contemplar boquiabierto sus atemporales movimientos a través de la pista. El *handling* lo había contratado con la empresa Swissport. El alquiler del hangar y la preparación del avión para su próximo despegue, incluido el reabastecimiento de combustible, costaría una pasta. Por lo general, la factura iba a cargo de algún cliente, pero en este caso su compañía chárter hubo de anticipar el pago. Solo podía confiar en que el MI6 cumpliera su palabra de asumir los gastos o tendría que soportar los reproches de Kieran durante un mes entero.

Una vez que el avión quedó en buenas manos, alquilaron un coche. Camino de la ciudad, Patricia elaboró una lista de los bancos más importantes con sede en Zúrich.

—Puedes borrar el cuarto —le dijo Carmichael.

—¿El Rothschild Bank? ¿Por qué?

—Créeme, a ese banco no corresponde esa llave.

Banner le hizo caso y lo tachó de la lista.

—Vale, pues empezaremos por estos cuatro. Ahora debemos parecer una pareja respetable.

Aparcaron en el centro y fueron de compras casi al mismo tiempo que James y Marina aterrizaban en Estocolmo. La luz natural comenzaba a decaer y las farolas de las calles se encendían, tiñendo de naranja las aceras. Después de hacer una búsqueda en Google, Patricia

llegó a la conclusión de que en Bahnhofstrasse hallarían todo lo que precisaban. Caminaron unas cuantas manzanas, hasta que llegaron a una avenida con árboles en las aceras, elegantes edificios, tranvías circulando por el centro de la calzada, transeúntes cargados de bolsas y coches de alta gama esperando junto al bordillo. Y lo más importante: boutiques de lujo, a uno y otro lado. Para él eligieron Armani y para ella, Dior. Cuando finalizaron, las tarjetas de crédito de ambos quedaron tiritando. Al cruzar la puerta giratoria del hotel en el que se habían registrado, ya era casi de noche.

El estómago de Carmichael rugió en el ascensor.

—¿Vamos a cenar?

—Tenemos que madrugar mucho.

—No son ni las nueve, y estoy hambriento. Venga, no seas aguafiestas —refutó Dave, después de mirar la hora en el Timex de la muñeca. Aquel reloj de goma tenía para él una considerable carga emocional. Se lo arrebató a un mercenario de la mina en Sierra Leona, donde él y Kieran estuvieron retenidos en situación de esclavitud. Luego lo vendió a una mujer en el mercado de la ropa de Haití a cambio de una camiseta y unos pantalones; días después se lo recompró por quince dólares, tras una ardua negociación. Desde entonces no se lo quitaba. Cada vez que levantaba la muñeca para comprobar la hora, recordaba lo afortunado que era en la vida.

Una vez dejaron las bolsas en las habitaciones, abandonaron de nuevo el hotel y siguieron durante cinco minutos la calle, hasta dar con una pequeña *trattoria* con manteles a cuadros en las mesas. Se quedaron un rato leyendo la lista de precios que había en un atril en la puerta, junto a una fotografía poco esmerada de los platos. Aquel parecía un buen lugar. El encargado, un italiano parlanchín de nombre Alessandro, salió a buscarlos a la calle.

—*Signori, se mi accompagnate*.

Mientras un músico recorría el establecimiento tocando *Il Mondo* con un acordeón, escogieron sus platos. Cuando Alessandro recogió las cartas y se marchó, Patricia asió un trozo de pan de pizza de una cesta que había en el centro de la mesa y se puso a mordisquearlo.

—Cada vez que cierro los ojos, veo aquellos cuerpos calcinados… No consigo apartarlos de mi cabeza.

Él le dirigió una mirada comprensiva.

—Es que fue muy fuerte.

—No sé si debimos quedarnos para ayudar a la policía.

—No hubiéramos aportado nada. Además, no hubiéramos podido explicar la muerte del capitán.

—¿Qué crees que sería aquella cosa?

El escocés, que sabía que se refería a la nube negra, perdió la mirada por un breve instante.

—No tengo ni idea. Jamás había visto nada ni remotamente parecido.

—¿Crees acaso que todo lo sucedido está relacionado con la desaparición de Collins?

Él se encogió de hombros.

—Por muchas vueltas que le doy —continuó ella—, no soy capaz de establecer una conexión. Y ¿quién mataría al capitán?

—¿Qué quieres que te diga, Patricia? No lo sé. Olvídate por un rato de eso y disfruta de la cena. Aquí no encontrarás respuestas a tus preguntas.

En ese momento, Alessandro se presentó ante ellos con una botella de Chianti, le quitó la cápsula de plástico, la descorchó y sirvió dos copas.

—¿Por qué te hiciste piloto? —quiso saber ella, tras unos largos minutos de silencio en los que bebieron un poco.

—Es una larga historia. ¿De cuánto tiempo dispones?

—Hasta que traigan los platos. Me acabo de dar cuenta de que yo también tengo hambre.

—Verás, mi padre tenía una próspera empresa de ganadería en Lanarkshire. Como todos los padres, su deseo era que yo continuara con el negocio familiar…

—Pero tú tenías otros planes.

—Desde niño, pasaba más tiempo en el hangar de Prestwick, aprendiendo a pilotar con Kieran, que jugando. Luego, con la muerte de mis padres, vendí la ganadería y fundé mi propia empresa de aerotaxis. —Dio un sorbo a su copa—. Y tú ¿por qué te hiciste poli?

La presencia de Alessandro los interrumpió. Traía un plato de *fettuccinne* carbonara para ella y una pizza para él.

—No sabría decir. Vivía en París con mis padres. Nos mudamos cuando yo era aún muy niña. Estudié allí Derecho. Al morir mi madre nos volvimos a Escocia. Entonces, un tío mío que era policía me ayudó a ingresar en el cuerpo.

Se sumieron en el silencio. Patricia dio vueltas al tenedor en la pasta y se lo llevó a la boca. El acordeonista tocaba *Volare*.

—¿Están buenos tus *fettuccinne*?

—Deliciosos. ¿Desde cuándo os conocéis Allen y tú?

Carmichael atrapó con la lengua una hebra de queso antes de responder.

—Desde hace mucho. En tiempos de la universidad. Yo estudiaba en Aberdeen y James fue a dar una conferencia acerca de unos bichos que habitan en los lagos de las Highlands.

—Los Demonios del Agua —dijo ella—. Créeme son unos bichos espantosos.

Él no entendió el sarcasmo.

Llegó a la mesa el músico ambulante pasando el platillo. Patricia rebuscó en su monedero y dejó caer unas monedas.

—*Grazie*.

—*Prego*.

—¿Qué tal le irá a Allen? —dijo ella.

—A ese cabronazo siempre le va bien. Es un tío de recursos. No es él quien me preocupa, sino nosotros.

Volvió el silencio y Carmichael advirtió en el acto la mirada perdida de Patricia.

—Te importa mucho, ¿verdad?

Ella se ruborizó, y rápidamente consultó la hora.

—Es tarde, deberíamos marcharnos ya, mañana nos espera un día largo.

Carmichael llamó a Alessandro con la última porción de pizza aún en la mano y le pidió la cuenta.

31.

Allanamiento…

Estocolmo, Suecia

Con el recorrido memorizado, echaron a andar a paso sereno bajo la luz nocturna del barrio de Gamla Stan. Marina colgada del brazo de James. Casi paseando como una pareja más. No querían acabar con la respiración agitada. Los síntomas del cansancio y del nerviosismo eran similares. Y el nerviosismo despertaba suspicacias. El Uber que los había dejado delante del Palacio Real se alejaba silencioso. En una de las zonas más bulliciosas de la ciudad, los holmienses se recogían y las calles empezaban a vaciarse.

El plan de acción concebido por Marina resultaba sencillo de ejecutar. Unas instalaciones de la Säpo serían como un búnker inaccesible, pero unas reformas habían obligado a repartir sus efectivos por todo Estocolmo. Y a Saga Brorsson y su equipo les habían asignado un tranquilo edificio de oficinas de la policía.

Entrar y salir no sería lo más complicado de la misión.

Conocían asimismo la ubicación exacta del despacho de Brorsson. Cuarta planta. Frente a los ascensores abrían dos puertas. Una a la izquierda y otra a la derecha. Les interesaba esta última. Luego un largo pasillo que partía en dos una amplia zona de trabajo con mesas a ambos lados. Por último, al fondo, dos despachos juntos. Según la información que manejaba Marina, el que disponía de una ventana a la calle era el de la inspectora a cargo del caso. El edificio permanecía abierto las veinticuatro horas del día. Lo positivo era que siempre había gente moviéndose por él, lo que permitía pasar desapercibido ante las cámaras de vigilancia. Lo negativo, que podían toparse con alguien haciendo preguntas.

Ahí radicaba el verdadero riesgo de la misión. Para lograr superar ese inconveniente se requerían dos cosas: una coartada convincente y aplomo a la hora de exponerla. El escocés prefirió no preguntarle a la rusa dónde había obtenido toda aquella información. Resultaba obvio que, a pesar de lo que le había dicho, no estaba del todo sola en esto.

Otra mentira. O una verdad a medias. Mismo perro, distintos collares.

Todas esas ideas le hostigaban mientras caminaban por la acera. Quería concentrarse en la tarea que tenía ante sí. Su acompañante estaba habituada a este tipo de trabajos. Probablemente hubiera entrado furtivamente en multitud de lugares como aquel, pero él era un simple profesor de Historia de un instituto de pueblo… sonrió para sí. Bueno, eso tampoco era del todo cierto. Le vino a la memoria cuando recientemente se coló en el museo de la Isla de Ellis en Nueva York, para consultar sus archivos. Pero no solo eso, también había profanado tumbas en la isla griega de Gavdos, saqueado un laboratorio de alquimia del siglo XVII en el subsuelo de Londres, sustraído una campana de un naufragio en los Goodwin Sands —una zona del sur de Inglaterra considerada Área de Relevancia Arqueológica—, cavado un hoyo en el castillo de Strome en Escocia…; en fin, la lista de infracciones que constaban en su currículum también era larguísima.

Pero todas esas acciones habían tenido dos elementos en común: las había cometido por un buen fin y sin preconcebir un plan. En cuanto a lo primero, su escala de prioridades la encabezaba hacer lo correcto, incluso si suponía quebrantar la ley. Esa manera de pensar le había acarreado más de un problema en el pasado y numerosas reprimendas de Patricia, a quien había arrastrado a buena parte de sus aventuras. En lo tocante a lo segundo, él no era mucho de hacer planes. Él prefería improvisar. John Lennon solía decir que la vida es lo que sucede mientras haces planes…

—Te veo muy pensativo. ¿Te preocupa algo?

La voz de Marina rompió el hilo de sus pensamientos.

—Eh, no es nada.

—Todo saldrá bien, tú solo haz lo que yo te di… Atento, es la próxima manzana.

Al momento, el corazón de James se aceleró y recuperó la concentración. Torcieron en una esquina, donde un *bistró* de cocina nórdica echaba el cierre, y continuaron andando por una callejuela adoquinada que bordeaba el edificio de la policía por el lado norte.

Llegaron al final de la callejuela y se detuvieron justo delante de la puerta principal del edificio contiguo al que buscaban. Allen alzó la barbilla y lanzó una mirada general. Era un vetusto palacete renacentista del siglo XVII medio en ruinas. Tenía cuatro pisos de altura construidos en una perfecta simetría. Todas las ventanas, que alternaban friso y dintel sobre los marcos, estaban cerradas con tablones cruzados formando una equis. La arenisca roja de la fachada estaba oscurecida por efecto de la polución. El edificio tenía todo el aspecto de soledad y abandono; con todo, seguía rezumando cierto aire aristocrático.

Les bastó un fuerte empujón para abrir una de las hojas de la puerta de entrada, un portalón alto con la madera ajada y la cerradura oxidada. Se quejó con cierta estridencia. La frágil claridad de la calle se coló dentro. Se condujeron al interior con decisión y se vieron en medio de un amplio vestíbulo de techos altos recubierto con una gruesa capa de polvo y suciedad. Al frente arrancaban unas escalinatas ornamentales de mármol blanco diseñadas en espiral que conducían a los pisos de arriba. A ambos lados del vestíbulo había salidas a otras salas. En su época, posiblemente, una biblioteca y lujosos salones para recibir a los invitados. Allen imaginó arañas colgadas de los techos, grandes jarrones de porcelana y alfombras persas con flecos. Antes de continuar, Marina volvió a encajar la hoja de la puerta. La luz se extinguió.

Con ayuda de linternas, ascendieron despacio los escalones. Dos conos de luz se solapaban para penetrar la oscuridad. Al llegar a la primera planta se detuvieron a echar un vistazo. Había escombros y deshechos por todas partes. En las paredes, el moho ganaba la batalla al revoque. Luego continuaron subiendo a los pisos superiores. En el último tramo de escaleras dieron con una puerta que debía de conducir a la azotea. Estaba cerrada con un candado y una cadena. Marina estudió la cerradura. No parecía muy segura. Se quitó la mochila de la espalda, sacó una ganzúa y la forzó.

Unos segundos después se encontraban al aire libre.

Agachados tras la salida de una chimenea, llevaron a cabo una inspección visual de la zona. La terraza era llana, no como la mayoría de los edificios contiguos, a dos aguas de pizarra gris. Contra el fondo nocturno refulgían los edificios iluminados del barrio antiguo. Por encima de todos, la torre cuadrada de la catedral y el Palacio Real. Ligeramente doblados por la cintura, se deslizaron silenciosamente. Pasaron junto a una claraboya y llegaron al extremo este, donde el antiguo palacete lindaba con la sede de la policía. Ambos edificios tenían la misma altura. Había un muro formado con balaustres de poca altura bordeando el perímetro del tejado. Lo sortearon con agilidad.

En la terraza del edificio de la policía no había cámaras de vigilancia, ni ninguna otra medida de seguridad. James confiaba en que la información de Marina fuera buena, o acabarían con sus huesos en una celda de ese mismo edificio. A una orden de Marina, se agazaparon un momento detrás de una salida de humos. La vio consultar un plano en su smartphone. Un par de minutos más tarde, apartó la mirada del teléfono y la paseó por aquel lugar, hasta que la detuvo en una puerta. Guardó el móvil, se incorporó y corrió hasta ella entre máquinas de aire acondicionado y tubos de ventilación. James fue detrás. A un lado había un teclado. Introdujo la clave y oyó

un débil clic. Sin tiempo para pensar en lo que estaba a punto de hacer, James traspasó el umbral y volvió a cerrar la puerta con mucho tiento.

A ojos de la ley, acababa de convertirse en un allanador.

Durante varios minutos, bajaron escaleras y recorrieron pasillos silenciosos atentos a cualquier ruido. Caminaban con determinación, como el que sabe adónde se dirige. Vestían de manera informal, con ropa barata. Pantalones cargo, cazadora y zapatos cómodos. Sin duda, podrían pasar por un par de polis más que se marchaban a casa. De eso se trataba.

Únicamente había un inconveniente, que se cruzaran con alguien que supiera que no deberían estar allí.

32.

La campanilla del ascensor…

Estocolmo, Suecia

El Saab circuló hasta el final de la calle, hizo la rotonda completa y regresó al edificio. Nilsson advirtió que había olvidado el teléfono móvil en su escritorio, justo en el momento en que salía del garaje y se mezclaba con el ligero tráfico nocturno. Volvió a saludar al agente de la garita, que levantó la barrera, y llevó el coche al sótano por segunda vez en pocos minutos.

§

A mano derecha de la hilera de ascensores vislumbraron la puerta, débilmente iluminada por las luces de emergencia. Sin articular palabra la cruzaron y enfilaron un largo pasillo, hasta llegar a los despachos acristalados ubicados al fondo. Tras ajustarse unos guantes de látex, Marina giró el pomo de la puerta y accedió al de Saga Brorsson.

—Vigila si viene alguien, y no toques nada sin guantes.

Allen se quedó en el umbral agobiado, tratando de recordar si por el camino había dejado sus huellas digitales en algún sitio. Enseguida se calmó y abrió mucho los oídos, prestando atención a cualquier movimiento. La planta estaba despejada. El nivel de delincuencia en Estocolmo era muy bajo. Además, aquel edificio albergaba más tareas administrativas que una fuerza real operativa. La única excepción era el equipo de la Säpo. Pero era bastante tarde y ya se habrían marchado todos a casa. La información de Marina, una vez más, resultó ser precisa.

La espía rusa atravesó el despacho con agilidad y se instaló en la silla del escritorio. Lanzando miradas fugaces a James, encendió el ordenador de mesa y aguardó hasta que Windows terminó de abrirse y le solicitó la contraseña. Entonces extrajo de la bandolera un pequeño artilugio electrónico y lo enchufó en un puerto USB del ordenador. En

la minipantalla del dispositivo fueron bailando cifras y letras en rojo, hasta que configuraron el término «2005KloVsjo». Marina introdujo la clave con el teclado y la pantalla del ordenador se desbloqueó. Con dedos veloces, buscó en el Explorador hasta que halló una carpeta bajo el título de «Klara Odell». Retiró el dispositivo del puerto USB y lo sustituyó por un lápiz de memoria. Dio la orden de copiar los archivos y una barra de progreso comenzó a rellenarse.

Diez por ciento completado…

Treinta por ciento…

Sesenta por ciento…

En ese preciso instante, la campanilla del ascensor resonó en toda la planta cual concierto de violines.

33.

La carcasa de un ser humano…

Estocolmo, Suecia

NILSSON traspasó la puerta silbando y recorrió a paso enérgico el largo pasillo. A unos metros del despacho de su jefa, torció a la derecha, sorteó un par de escritorios y llegó al suyo. Rebuscó con la mirada por entre los montones de informes que enterraban su mesa. Ni rastro del móvil. Abrió a continuación los tres cajones metálicos. Nada.

Extendió el brazo hasta el teléfono fijo y, sin llevárselo a la oreja, marcó su propio número. Identificó el origen de la melodía en el despacho de Brorsson. El agente comprendió entonces lo que había ocurrido, colgó y se encaminó hacia el despacho de su jefa. De inmediato vio el teléfono entre las dos sillas de confidente y se agachó para recogerlo. Apenas si se había dado la vuelta para marcharse, se paró en seco atraído por la iluminación azulada que desprendía el monitor del ordenador. Juntó las cejas y se emplazó tras el escritorio. Un mensaje en la pantalla activó todas sus alarmas. La carpeta con los archivos del caso de Klara Odell había sido copiada. Y no hacía de eso ni un minuto.

§

MARINA y James subieron a toda prisa hasta la azotea, dejando a sus espaldas el tumulto imperante en el edificio. Alguien había descubierto la intrusión y dado la voz de alarma. Pronto el edificio y las manzanas adyacentes quedarían acordonados. No había tiempo que perder. Medio corriendo, atravesaron la azotea, llegaron al linde con el palacete del siglo XVII, saltaron la balaustrada que bordeaba la terraza y regresaron al interior del edificio abandonado a través de la puerta que habían forzado.

Todo estaba a oscuras y, a simple vista, tranquilo. Detuvieron su avance un momento para encender las linternas. La luz llenó de

sombras las escaleras en espiral. Con precaución para no tropezar con los escombros, se dispusieron a bajar. En el descansillo del segundo piso, un ruido sordo les hizo pararse en seco. Intrigados, intercambiaron una mirada. No hacía falta que ninguno de los dos pusiera voz a sus pensamientos.

En ambos extremos del descansillo, a izquierda y a derecha, había un hueco negro donde antaño hubo una puerta que conduciría a otras estancias del palacete. El sonido había procedido de la izquierda y hacia allí apuntaron sus linternas. Marina introdujo la mano en la bandolera y la sacó empuñando una diminuta pistola PSS de diseño ruso. De apenas diecisiete centímetros, efectuaba disparos silenciosos.

—Debemos averiguar qué ha sido ese ruido. No me gustaría dejarlo a nuestras espaldas —susurró Marina al oído del escocés.

James asintió y posó la mirada en el arma. ¿De dónde la había sacado? Desde que estaban en Estocolmo no se habían separado ni un momento. ¿La habría traído de El Cairo? Lo dudaba mucho. Los arcos de seguridad del aeropuerto hubieran aullado como lobos… ¿O no? En verdad, ¿qué sabía él de pistolas? Sí recordaba en cambio lo que le dijo en una ocasión Alex, su amigo de la infancia e inspector jefe de la Policía de Escocia: «James, no te equivoques, la extrema seguridad de los aeropuertos es solo aparente. Únicamente funciona de verdad con aquellas personas predispuestas a cumplir las leyes». ¡Pues qué bien!

Allen siguió a Marina por el rellano hacia el hueco de la izquierda y se detuvo a su espalda, justo antes de cruzar el umbral. Notaba la tensión en Marina. Con la mano derecha sujetaba la linterna y en la izquierda empuñaba la pistola mortífera. La miró quitándole el seguro y colocando el índice cerca del gatillo, lo suficientemente lejos para evitar disparar por equivocación, pero lo bastante cerca para poder apretarlo con rapidez.

Aguzaron el oído.

Silencio.

Marina se introdujo muy despacio a través del hueco. James fue en pos de ella. A un metro de distancia. Dos círculos de luz recorrieron la sala que había aparecido ante ellos. Alargada, amplísima, friso en las paredes, frescos de colores apagados en el techo, escombros repartidos por el suelo —una mezcla de madera, yeso y escayola—. Y más huecos negros que fueron puertas. Dos. Uno en el extremo opuesto a ellos y otro a la izquierda de su posición. Conducirían a más habitaciones. James sabía bien que los palacetes se diseñaban como espacios laberínticos. Carecían de pasillos y todas las cámaras abrían a la siguiente. La pared de la derecha disponía de dos ventanales cerrados con tablones cruzados…

El ataque provino de repente. Sin previo aviso.

Una masa negra fundida con la oscuridad arremetió contra Marina

con el empuje de un camión de trescientas toneladas, estrellándola contra la pared de la ventana. Su cuerpo menudo salió rebotado y cayó desplomado sobre el embaldosado. Marina profirió un grito cuando un dolor agudo recorrió todo su cuerpo. La pistola y la linterna escaparon de sus manos y chocaron con el suelo. La linterna se apagó solo un instante después. Marina quedó tendida bajo la ventana como un saco, luchando por una simple bocanada de aire.

James tardó en reaccionar. Se quedó donde estaba. Completamente paralizado de terror. Para cuando quiso moverse, ya era tarde. Una mano tan grande como su propia cara se cerró en torno a su garganta con la implacabilidad del collar de hierro del garrote vil, y lo elevó un palmo del suelo, como si fuera un mero muñeco de trapo. Sus dedos se aflojaron y dejaron escapar la linterna. Mientras caía al suelo, bailó la iluminación. Por un instante, creyó ver las cuencas vacías de su atacante. Solo dos oscuros agujeros. La boca tampoco tenía dientes. No parecía un hombre. Era como… una carcasa. La carcasa de un ser humano. Este pensamiento desapareció al instante. Tan pronto como su cuerpo empezó a pugnar por el oxígeno. La linterna golpeó la piedra del suelo y la luz se apagó, sumiendo el rincón donde se hallaba en las tinieblas. Comenzó entonces a retorcerse y a soltar las piernas y los brazos, sin mucho éxito.

De la pared de la ventana le llegó un quejido lastimoso, más bien sonó como un jadeo. Contra la pálida claridad que entraba de la calle por entre los tablones de madera, James atisbó con el rabillo del ojo una figura difusa poniéndose de pie lentamente. Luego un destello seguido en una fracción de segundo de una sorda detonación. Amortiguada. Como el descorche de una botella de champán.

Allen notó de inmediato cómo la mano que rodeaba su cuello aflojaba la presión y lo dejaba caer como un peso muerto. Con una rodilla en tierra se acarició la garganta al tiempo que recuperaba el aliento con rápidas inhalaciones.

Otro destello y otra detonación amortiguada.

El atacante cubrió en menos de un segundo la distancia que lo separaba de Marina, y hundió el puño en el pecho de la joven, haciéndola retroceder violentamente. El arma voló de sus manos. Su espalda golpeó contra los tablones de la ventana y estos se doblaron y crujieron. Uno fue a parar a la calle y se pudo oír el estrépito al golpear la acera. La rusa dio de bruces contra el suelo. Estaba en buena forma y entrenada, pero no recordaba haber recibido semejante paliza. Se incorporó de un salto. Ejecutó un giro sobre sí misma con la pierna preparada y soltó una patada a su oponente. Estaba completamente segura de que le había alcanzado en la cara. Sin embargo, notó una extraña sensación. Como si su pie le hubiese atravesado la cabeza. Dolorida, preparó su cuerpo para recibir el

próximo golpe… pero no llegó y se dejó caer al suelo, exhausta.

En su lugar, les llegaron gritos de alerta procedentes del exterior. Rayos de luz atravesaron los ventanales incidiendo en la cámara de manera inconsistente.

—¡James, tienes que largarte! En pocos minutos estará aquí la policía. Tienen que registrar un edificio que es un laberinto, pero acabarán por llegar. —La voz de Marina salió de entre la oscuridad. Sonó débil, sofocada.

Dentro de la habitación todo era confuso. Polvo flotando, luces oscilantes, olores corporales, sangre, sudor…

—No pienso hacerlo.

Encontró a Marina sentada en el suelo. La cara y las manos mostraban magulladuras. La blusa con algunos jirones, una pernera de los pantalones estaba rajada, dejando a la vista el muslo con un feo corte sangrante. El escocés se agachó junto a ella.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió en la penumbra. James irguió su metro ochenta, cogió la mano de Marina y la ayudó a levantarse con un leve tirón. Al apoyar la pierna herida, la joven gruñó.

—¿Adónde ha ido? —dijo él.

—Lo ignoro. Se ha esfumado. Así, sin más. —Chasqueó los dedos—. Estaba aquí y un segundo después no. ¡Es imposible! ¡Le disparé dos veces!

Mientras consideraban lo sucedido, sonaron pasos atropellados en las escaleras. El escándalo del rotor de un helicóptero sobrevolando los tejados inundó la estancia.

—Ya es tarde. Las salidas estarán bloqueadas —dijo Marina.

—Me cuesta creer que una chica tan previsora como tú no haya considerado un plan de fuga.

Ella lo escrutó desde la oscuridad de su rincón. La imagen de James estaba desenfocada por efecto de los focos.

—Lo tenía —dijo al fin.

—¿Por qué no lo usamos?

—Solo incluye a una persona.

—Entiendo.

Entre ellos se instaló un silencio embarazoso.

—¿Y por qué no lo utilizas tú? —preguntó él.

—Antes, pudiste haberme dejado aquí. Pero no lo hiciste.

James asintió en silencio. Entonces se quedó con actitud pensativa, dando forma a una idea que había surgido en su cabeza, y su rostro pareció iluminarse.

—¿Qué ocurre? —dijo ella.

Cuando se volvió a mirarla, en sus ojos había aparecido un brillo burlón.

34.

Ábrete, Sésamo…

Estocolmo, Suecia

SAGA BRORSSON estaba tumbada bocarriba en la cama de su dormitorio, mirando el techo en la oscuridad. Sudorosa, jadeante. Estaba tan gorda que no podía ni cambiar de postura. No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había dormido de un tirón durante toda la noche. Los ronquidos de su marido la exasperaban aún más, si cabía. De vez en cuando le daba un codazo y lo despertaba. Pero Oscar soltaba un gruñido, se daba la vuelta bajo las sábanas y volvía a quedarse dormido de inmediato. ¿No era el embarazo cosa de dos? Al parecer no. Dejando de lado la barriga, las estrías, el hormigueo de piernas, los vómitos, el cansancio… con los que cargaba ella sola, estaba lo del insomnio.

El timbrazo del teléfono fijo en la mesilla le sonó a bálsamo. Lo dejó sonar a ver si Oscar se despertaba, pero su marido estaba más que acostumbrado a las llamadas intempestivas y nada perturbaba su cadenciosa respiración. Giró la cabeza sobre la almohada y miró la hora en el reloj. Faltaban unos minutos para las doce. Antes de responder, alargó la mano hasta la mesilla y encendió la lamparilla de noche.

A medida que su ayudante le contaba lo de la descarga de los archivos de Klara Odell y que los intrusos estaban atrapados en el edificio abandonado colindante con la sede de la policía, Brorsson se fue incorporando en la cama hasta quedar sentada con la espalda apoyada contra el cabecero.

—*En diez…, mejor veinte minutos estaré allí. Rodea el edificio. Pon agentes en todas las salidas. Y Nilsson* —añadió—, *por amor de Dios, que no se te escapen.*

Tras poner fin a la llamada, Saga se bajó trabajosamente de la cama. Sujetándose la barriga, fue hasta su armario y se vistió como pudo con la ropa premamá que le sentaba horrible: pantalones elásticos negros y una blusa azul. Cuando salió de casa, dando un

sonoro portazo, Oscar seguía durmiendo.

§

—NECESITO el plano del edificio —dijo Allen, dando por descontado que Marina dispondría de uno.

—Está en el móvil. Pero lo he extraviado con la caída.

Se dividieron y a gatas se pusieron a buscar el teléfono por el suelo. A través de los ventanales, seguía entrando algo de luz que convertían las tinieblas en mera penumbra. Algo era algo. Unos momentos después el escocés dio con él, junto a la pistola. Marina guardó el arma en la cintura y se hizo con el móvil. Con alivio constataron que aún funcionaba, si bien una telaraña ocupaba la parte superior de la pantalla de resina. Marina abrió un archivo. En cuanto terminó la descarga, apareció la representación esquemática de un edificio.

—¿Y ahora?

—Ahora viene la magia. —James le arrebató el teléfono de las manos y se puso a buscar con la mirada, orientándose entre una sucesión de estancias, núcleos de escaleras y accesos. Pasó una imagen, otra, y otra más. Se quedó quieto. Juntó el ceño concentrado. Volvió atrás. Amplió una zona, la centró en la pantalla y la estudió con sumo interés.

Entretanto, Marina se había apartado del lado de James y se había dirigido a comprobar la calle, y luego la escalera. La calle estaba acordonada. El vestíbulo del palacete, abarrotado de policías distribuyéndose por la planta.

—No pretendo apremiarte, pero debemos darnos prisa.

—Lo tengo —dijo James—. Tenemos que subir un piso.

La cara de Marina se arrugó.

—¿Subir? ¿Adónde vamos?

—Tú, hazme caso.

Marina lo dejó alejarse unos metros y luego tuvo que apretar el paso para alcanzarlo en las escaleras. De los pisos inferiores subía un confuso murmullo de voces propio de una intervención policial. En el descansillo del tercer piso, Allen dobló decidido hacia el hueco de la derecha. Marina fue detrás de él en silencio, dejando sus huellas impresas en el polvo del suelo.

Accedieron a una sala simétrica a la del piso de abajo, solo que con dos pilares de mármol en el centro. Tratando de recordar el esquema que había memorizado, James se introdujo en otra habitación con las paredes revocadas. La atravesó de una punta a otra, en la siguiente hizo otro tanto. De repente, se detuvo a reflexionar unos segundos, cayó en la cuenta de algo, dio la vuelta, rehizo el camino hasta la estancia anterior y fue a coger otra de las salidas. Se encontró el

acceso cortado por una lona transparente de plástico que colgaba del techo. La plegó y la cruzó. Al alejarse de las ventanas, la tenue luz que se filtraba de la calle fue desvaneciéndose hasta sumirlo todo de nuevo en la oscuridad. James se paró a fin de conectar su linterna. Marina volvía a empuñar su pequeña pistola.

—Ni se te ocurra disparar a la policía.

Ella esquivó el comentario.

Él insistió. La agarró del brazo y tiró de ella un poco.

—¡Prométemelo! —dijo, entre dientes.

Sonó un resoplido y Marina devolvió la PSS al cinturón.

Se pusieron de nuevo en marcha e irrumpieron en un cuarto más pequeño. La antesala de un dormitorio, probablemente. En aquella zona del palacete solo llegaba el repiqueteo amortiguado del helicóptero. En dos pasos cruzaron a una nueva estancia, donde destellos azules procedentes de la calle rompían la oscuridad y pintaban las paredes. James barrió el lugar con la linterna, moviéndola de un rincón a otro. Aquel aposento era mucho más grande. También de forma cuadrilonga. Con dos ventanales altos y estrechos orientados a la fachada posterior que ofrecían buenas vistas laterales del Palacio Real y del lago Mälar. Las paredes estaban revestidas de un podrido papel pintado en tonos pasteles. Recubriendo el techo, un deteriorado fresco sobre el dios Baco. Representado como era habitual en la época: entre ménades, odres de vino y racimos de uvas. Sin duda, el dormitorio principal de algún aristócrata varón con vida licenciosa.

—Es aquí —dijo James.

Marina se quedó en la puerta, observando cómo el escocés iba hasta el centro a zancadas, se detenía y comenzaba a girar sobre sí mismo, recorriendo muy despacio la habitación con la mirada. Concentrado, movía los labios murmurando, como un rezo. Ella deshizo el camino y regresó al rellano cojeando. Volvió a mirar por la barandilla de hierro, arrancando una pátina de polvo que se llevó en la maltrecha cazadora. La policía había asegurado el vestíbulo y ya estaba en la primera planta. Aún disponían de varios minutos. El corte de la pierna era profundo y sangraba horrores. Con una navaja seccionó un trozo de tela del pantalón, dejando la herida bien a la vista. Colgó a continuación la cazadora en la barandilla y se quitó la blusa. Con una de sus mangas se hizo un torniquete a fin de contener la hemorragia.

—Ya es… —James asomó la cabeza por el hueco de la puerta y se quedó embelesado con el atlético cuerpo semidesnudo de Marina. La joven estaba doblada por la cintura, con una pierna en alto y el pie entre los arabescos de la barandilla. No llevaba blusa y tenía medio muslo al aire.

Por un momento, ella despegó la mirada del torniquete y la puso en

James. A pesar de las circunstancias que los rodeaban, ver al escocés azorado le resultó divertido, incluso conmovedor. Acto seguido, se enderezó y probó a apoyar el pie en el suelo. En el acto, la tela adquirió un oscuro tono escarlata.

—Me deslumbras —le dijo Marina.

El escocés guiñó los ojos, volviendo en sí.

—L-lo siento… Y-yo… ¿Te encuentras bien? —tartamudeó al tiempo que bajaba la linterna.

—He tenido momentos mejores —dijo la rusa, mientras volvía a cubrir el sujetador con la blusa mutilada, y esta con la cazadora.

Una voz alta procedente de las plantas inferiores les recordó la urgencia de la situación. De inmediato, fuertes pisadas llenando el hueco de la escalera. Debían de haber visto los haces de su linterna. James y Marina cruzaron la antesala a toda prisa y regresaron al interior de la alcoba.

—¿Y ahora? —preguntó Marina, con tono urgente.

James orientó la linterna hacia una pared donde originariamente hubo una chimenea, y corrió hacia ella. Se detuvo delante del hueco, y se puso a observar por los restos de una repisa de mampostería.

—No quiero meterte prisa, James, pero la policía está al caer.

—La paciencia es una virtud…

—No en este momento.

En el pequeño círculo de luz brillaba un tirador de hierro. El escocés alargó la mano, lo agarró y jaló con brío.

—Ábrete, Sésamo.

Piedras friccionando unas con otras provocaron un ruido cadente que ocupó la cámara durante un momento. Por último, el hueco de la chimenea se abrió y expelió una nube de polvo negro que llenó el aire.

Tosieron.

Cuando la nube de hollín se hubo dispersado, James se dobló por la cintura e introdujo medio cuerpo por el boquete. Luego se escabulló en él. Marina se quedó mirándolo absorta un segundo antes de seguirlo de cabeza.

De repente, se hallaban en un habitáculo cavernoso, húmedo y cubierto de telarañas. El aire era tan rancio que costaba respirarlo. Ante ellos, una desvencijada escalera de madera descendía hasta la más absoluta de las negritudes.

35.

El pasadizo secreto…

Estocolmo, Suecia

Otro tirador de hierro puso en funcionamiento el mecanismo que colocó las piedras en su sitio.

—¿Cómo sabías esto? —dijo Marina, mirándolo pasmada.

—Estos palacios solían tener pasadizos secretos. A diferencia de lo que la gente cree, su función era tan banal como facilitar la entrada y salida discreta de las amantes.

Marina y James comenzaron a descender las escaleras, travesaño a travesaño. Un solo tramo. Largo. Tortuoso. Los tablones estaban carcomidos y había que ir con mucho tiento para no caer al vacío. James intuía que conducirían hasta el sótano; luego, a partir de ahí, el pasadizo se nivelaría y se alejaría del palacete. Al cabo de unos angustiosos minutos, la escalera se acabó y se toparon con una puerta de madera. Vieja, estropeada. Con herrajes cubiertos de herrumbre. Trató de imaginar cuándo habría sido la última vez que se utilizó y qué dama casada de alta alcurnia habría cruzado a hurtadillas por ella. Comprobaron que no estaba asegurada y dieron la vuelta al picaporte. La puerta cedió hacia dentro con un chirrido estridente que, en aquel lugar, resonó estrepitosamente.

La linterna enfocó el frente, revelando un corredor toscamente horadado en el subsuelo. La turba estaba contenida con una estructura de madera que la humedad y el paso del tiempo se habían encargado de debilitar, hasta el extremo de que era milagroso que todavía siguiera en pie. Aquel túnel era más angosto incluso que las propias escaleras. El techo se levantaba apenas metro y medio del suelo arenoso. Debió costar una buena suma de dinero y esfuerzo excavar en aquel terreno. Se doblaron por la cintura para adaptarse a un espacio claustrofóbico y comenzaron a adentrarse en él. Delante no había sino oscuridad que ellos iban rompiendo a su paso. Aparte de por el hecho de que el pasadizo discurría zigzagueante por debajo del barrio medieval de Gamla Stan, no tenían ni idea de adónde irían a parar.

La pareja avanzaba en silencio. Solo se oían respiraciones agitadas. El calor era intenso y comenzaron a sudar copiosamente. De improviso otro ruido ocupó el lugar. Provenía de sus espaldas. Tardaron en identificarlo. Era inusual. Era inverosímil. Sonaba como la dinamo de una bicicleta. Aumentando y disminuyendo de intensidad.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, desde atrás.

—Parece… electricidad. Alta tensión.

Alejaron aquella absurda idea de sus mentes cuando sus piernas les avisaron de que comenzaban a ascender. Tras un recodo se tropezaron con una verja de hierro, de apenas un metro de altura, podrida por el óxido. Marina se adelantó a James y la abrió de una patada. Para cruzarla, debieron hacerlo a gatas.

Liberado el obstáculo se toparon con un río subterráneo canalizado en una galería enladrillada de forma abovedada. Dos o tres roedores corrieron alertados por la repentina luminosidad de las linternas y fueron a ocultarse dentro de la negritud. Aquella instalación era relativamente reciente, de comienzos de siglo XX, casi con toda probabilidad. El pasadizo secreto, en sus inicios, habría dado a un callejón trasero alejado de miradas indiscretas. El agua viajaba de derecha a izquierda a mucha velocidad y su olor no era fecal, de manera que serviría para abastecer de agua potable a la ciudad.

Mientras James se alejaba buscando un modo de seguir, Marina aprovechó para desanudarse el torniquete, mojar el trozo de tela en el agua y limpiarse la herida, que seguía sangrando, aunque un poco menos. El escocés regresó de entre la oscuridad.

—A unos veinte metros en aquella dirección, hay una escalera de mantenimiento.

Marina terminó de apretarse el torniquete mojado, se puso de pie con algo de esfuerzo y fue por donde se había ido Allen, que la esperaba al pie de una escalerilla metálica. Ascendía vertical anclada a los ladrillos de la pared y se perdía dentro de un tubo cilíndrico por donde cabría una persona adulta sin problemas.

—¿Podrás?

En respuesta a la pregunta, Marina se aupó a la escalerilla de un salto y se puso a trepar, hasta que su cabeza se topó con la boca de una alcantarilla. Volvieron a escuchar aquel extraño zumbido a sus espaldas.

—Date prisa.

Marina empujó la tapa redonda empleando toda su energía, hasta que se movió un poco. El rozamiento del hierro con los adoquines hizo ruido en la calle silenciosa. Introdujo entonces los dedos por la apertura y desplazó la tapa a un lado. Antes de salir, la joven asomó la cabeza y echó una mirada. Se vio en medio de un callejón, rodeada de altos edificios palaciegos. Oía perfectamente el helicóptero, no

estarían por tanto muy lejos del edificio de la policía. El callejón aparecía solitario y penumbroso. Ya era muy tarde para aquella ciudad y todas las ventanas que miraba estaban apagadas. Impulsándose con las dos manos puestas en los adoquines, saltó afuera y se sacudió la mugre de encima. Cuando James también hubo salido, volvieron a colocar entre los dos la tapa de hierro. A los pocos metros doblaron una esquina y desaparecieron de la vista.

Instantes después una nube vaporosa salió por un boquete ovalado abierto en la tapa de hierro de la alcantarilla. El que empleaban los operarios de mantenimiento para introducir la palanqueta con la que la abrían. A medida que se iba compactando en la calle, aquella forma evanescente adoptaba el aspecto de un ser humano. Una vez estuvo completada la transformación, siguió los pasos de la pareja como un transeúnte más.

§

TAN pronto como la vio aproximarse por la callejuela con andares lentos hacia la puerta principal del palacete, Nilsson fue a su encuentro para ahorrarle el penoso esfuerzo. En una mano llevaba dos instantáneas y en la otra, un vaso de cartón con un café solo bien cargado. Sabía que era una batalla perdida insinuarle siquiera que lo mejor para su salud, y la del futuro bebé, sería que se diera media vuelta y volviera a casa. Llevaba con ella tres largos años y, aparte de que se tuteaban, no habían intimado lo más mínimo. Ni una cerveza al salir del trabajo. Como dos compañeros. La intimidad de Brorsson era una cárcel de máxima seguridad. Impenetrable. Nunca dejaba entrever sus emociones. Pero sí sabía algo de ella: era una poli decente. Y con eso le bastaba.

Se reunieron en mitad del callejón.

—*Tenemos sus rostros. Mira. Son de las cámaras de vigilancia de la comisaría*.

Brorsson no dijo nada. Cogió las dos ampliaciones granuladas que le tendía su ayudante y las sostuvo en el aire, una al lado de la otra. Los rostros no le decían nada. Un varón. Blanco, de media edad, unos cuarenta, barba de tres días, moreno con algunas canas. Rasgos anodinos. Uno entre un millón, o dos. Una mujer. Blanca. De Europa del Este. Más joven que el hombre, superaría por poco los treinta. Pelo castaño oscuro. Guapa.

—*¿Los han identificado ya?* —preguntó, devolviéndole las fotos a su ayudante y cogiendo en su lugar el café.

—*Aún siguen cotejando la base de datos*.

Brorsson dio un sorbo a la bebida caliente e hizo una mueca. Ella sabía que el *software* de identificación facial compartido con Europol

podía tardar horas en terminar de ejecutarse. La base de datos se componía de centenares de miles de rostros de delincuentes de todo el mundo y estaba programado para realizar los análisis por capas. En primer lugar, se cotejaban los de los cien más buscados, luego los de los quinientos… y así se iba ampliando la búsqueda. De modo que, si aquellas dos personas no habían aparecido a las primeras de cambio es que estaban muy abajo en la lista de preocupaciones del Gobierno. No. Algo en su cabeza le decía a gritos que aquello carecía por completo de sentido.

—*En pocos minutos los atraparemos y podrás preguntarles directamente sus nombres* —señaló Nilsson, observando la fachada del palacete.

Sonó el teléfono de Nilsson y Brorsson tuvo un mal presentimiento. A medida que pasaban los segundos, vio desvanecerse el color en el rostro de su ayudante, lo que le confirmó las malas noticias.

—*No te lo vas a creer* —dijo al colgar—. *Los acaban de ver en Nygränd. A unas pocas manzanas de aquí. ¡Hay que joderse! No sé cómo han podido escapar.*

La agente de la Säpo lo escrutó con la mirada.

—*Eso ahora no importa. Vámonos. Que la científica no deje nada sin analizar. Cierra los puentes y pon lanchas en el agua. Que no abandonen la isla.*

El ayudante asintió abatido, luego se dirigió a un policía y le transmitió las instrucciones.

§

—En unos minutos este barrio será una ratonera —dijo Marina, que se detuvo, sacó su smartphone y, con una aplicación de mapas, buscó la ruta más rápida para abandonar la isla donde se asentaba el barrio de Gamla Stan.

Atravesaron una plaza flanqueada por coloridos edificios y en cuestión de minutos llegaron al Palacio Real. Lo rodearon, cruzaron bajo un pasadizo arqueado de piedra, y se apresuraron hasta el viaducto de Strömbron. Lo recorrían lo más deprisa que podían, pero sin llegar a correr para no llamar la atención. Algunos vehículos particulares avanzaban por el puente, entrando y saliendo de la isla. En el otro extremo, las luces de los bloques de viviendas del distrito centro estaban encendidas. Nada más dejar atrás el viaducto, dos coches de la policía pasaron por delante de ellos a toda velocidad con las sirenas puestas, se metieron en el puente y frenaron en seco con un chirrido de neumáticos. Con los morros enfrentados y las luces centelleando bloquearon el tráfico.

Lo habían conseguido por los pelos. Gamla Stan estaba cerrado.

36.

Unos puntos de sutura…

Estocolmo, Suecia

Con alivio, James y Marina dejaron atrás el viaducto de Strömbron y continuaron avanzando. Por un acceso abierto, se colaron en los jardines de Kungsträdgården y enfilaron una vereda de tierra batida bordeada por cerezos. Soplaba una ligera brisa que hacía susurrar los árboles. Conforme se adentraban en el parque, el silencio se iba adueñando aún más del entorno. Únicamente se oía alguna que otra sirena lejana, dirigiéndose tal vez a Gamla Stan. A la izquierda, vieron aparecer una verja de hierro forjado con barrotes terminados en forma de flecha.

—Vamos por allí —dijo Marina.

Torcieron en una confluencia de senderos y enfilaron el camino de salida. Abandonaron el parque por el este y se vieron de nuevo en la calle. Una avenida tranquila con árboles ornamentales en las aceras que bajaba haciendo una curva. Marina se detuvo en seco atraída por el resplandor de una cruz verde de neón. Sentía la pierna palpitante y comenzaba a tener fiebre. Necesitaba antibióticos. ¡Ya!

—Tenemos que entrar en la farmacia.

Esperaron a que pasara un Volvo y cruzaron hasta la acera de enfrente. Marina rebuscó en un contenedor de basura cercano y se agenció una barra de hierro. Con ella en la mano, fue a reunirse de nuevo con James, que la esperaba con las manos ahuecadas contra el cristal del escaparate, mirando al interior de la farmacia. Sin previo aviso, la joven golpeó el cristal de la puerta. Con un tremendo estrépito se deshizo en mil esquirlas. Tal y como esperaba, una alarma empezó a sonar como un alarido terrorífico. Marina consultó su reloj de muñeca. Conocía sobradamente los protocolos de la policía sueca. A lo sumo, dispondrían de cuatro o cinco minutos antes de que hicieran acto de presencia.

Sin pérdida de tiempo pasó por encima de los cristales rotos, sorteó estantes colmados de productos de parafarmacia, rodeó el mostrador y

rebuscó en los cajones hasta que dio con unas tijeras. Con ellas en la mano se dirigió a la central de la alarma, colgada de la pared que había al lado de la puerta. Con la punta de las tijeras forzó la tapadera y cortó el cable azul. Inmediatamente, la estridencia cesó y todo volvió a quedar tranquilo. Entretanto, James se había ido a la rebotica, donde ya había comenzado a registrar los cajones de los dispensadores. En un par de minutos, reunió pomada antibiótica, algodón, gasas, esparadrapo y antisépticos. Lo depositó todo sobre una mesa auxiliar.

—Quítate los pantalones —dijo James.

Marina lo hizo y se sentó en la mesa auxiliar. Meandros de sangre corrían por su pierna. Allen se acuclilló y le echó un vistazo a la herida. Él no era médico, pero el aspecto era bastante feo. Con cuidado, le desanudó el trozo de tela. Estaba húmeda y oscurecida. Marina jadeó.

—Dámelo —dijo ella.

James le alargó el trozo de tela y ella lo guardó en una bolsa de plástico. Limpió la herida con el antiséptico, pero inmediatamente volvió a sangrar.

—Necesitas puntos de sutura para cortar la hemorragia.

Marina se puso a mirar por la mesa. Abrió un cajón, rebuscó con la mano y localizó una grapadora.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó James, que se temió lo peor.

—Me tienes que ayudar. Haz lo que te diga —dijo ella.

James asintió con cara de grima.

—Tienes que cerrar el corte todo lo que puedas. Pon cada mano en una cara del muslo y trata de juntarlas.

El escocés hizo lo que le indicó y ambos extremos del corte casi se unieron. Los labios de Marina se contrajeron en una terrible mueca de dolor. Acto seguido, la joven colocó la grapadora en un extremo de la herida, apretó los dientes y empujó con fuerza. Una grapa. Gruñó. La desplazó unos centímetros por la herida y volvió a apretar. Otra grapa. Otro gruñido. Con lágrimas en los ojos, repitió la misma acción cuatro veces más.

—Ya puedes soltar.

Allen apartó las manos de su pierna y comprobó el resultado. El sistema había sido inhumano, pero eficaz. El sangrado había remitido. Con la respiración aún acelerada, la joven limpió la grapadora de sangre y volvió a dejarla en el cajón.

—Ya puedes seguir.

James no habló. Solo la miraba fascinado por la fortaleza que mostraba. Acto seguido, abrió la pomada antibiótica y cubrió toda la herida de una sustancia blanquecina y viscosa. Por último, rasgó el

paquete de las gasas y rodeó con ella varias veces el muslo de Marina. Cuando hubo concluido, cortó un extremo de la gasa con las tijeras y lo sujetó con esparadrapo. Una vez hubo concluido, enderezó la espalda.

—Ya está. Listo.

Marina se bajó de la mesa.

—Podrías dedicarte a esto. Se te da bien… Espera, ¿qué es eso? —le dijo ella, acercando su cara al cuello de él.

—¿Qué pasa?

Ella lo estudió, con la cara arrugada.

—Tu garganta. Está cubierta de llagas. Como las que vimos en el cadáver de la funcionaria. Pásame la pomada.

James se la dio y Marina le quitó el tapón al tubo y se puso cierta cantidad en la mano.

—Levanta la barbilla.

Para cuando terminaron, habían transcurrido ya tres minutos y medio.

—Debemos largarnos. Guarda estas cosas en la mochila.

James dejó la mochila sobre la mesa auxiliar, abrió la cremallera y lo echó todo dentro… En ese momento, los cristales rotos de la puerta crujieron bajo el peso de unas botas. De repente, silencio. Marina y James se quedaron paralizados por el miedo. Saltaba a la vista que no era la policía. Ellos no eran recatados. Habrían entrado en tropel con estrépito. Marina desenfundó su pistola PSS y la amartilló en silencio, pensando en el tipo que los atacó en el palacete. Eran dos contra uno, pero eso no había sido impedimento para que les diera una soberana paliza.

37.

O, Scarpia, avanti a Dio!…

Estocolmo, Suecia

Escondidos dentro de un armario refrigerador escucharon pasos suaves recorriendo la rebotica. Estaban muy juntos, frente a frente. Casi fundidos uno con el otro. Ocupado de baldas con cajas de medicamentos, el espacio restante era exiguo. Marina daba la sensación de estar tranquila. Seguía sosteniendo la pistola con una mano, y apuntaba con ella al suelo. James, por el contrario, sudaba y apenas si se atrevía a respirar.

Oían abrirse y cerrarse las puertas de los armarios. Aquel tipo no estaba preocupado por el ruido que provocaba. James tuvo una idea. Extrajo una moneda del bolsillo, la introdujo en una ranura del cerrojo y la giró muy despacio, bloqueando la puerta. Solo un segundo después la manija que abría su armario se sacudió violentamente.

Insistieron.

Entonces oyeron cómo se abría el siguiente armario. Allen soltó el aire en silencio. Al cabo, los pasos se alejaron. Los cristales crujieron. Después, nada. Aguardaron un poco más. Marina pulsó un botón de su reloj y la pantalla se iluminó de azul. Habían pasado siete minutos. No se oía llegar a la policía.

La mirada de Marina buscó a James en medio de la oscuridad y se apretó aún más a él. Cuando el escocés sintió aquellos ojos vivos posarse en él, su cuerpo se estremeció. La joven puso su mano libre en la nuca de él y lo atrajo hacia sí para besarlo. Lo hizo con intensidad. Con brío. Sus labios húmedos se abrieron y las lenguas se mezclaron. Marina se quedó quieta de pronto y se apartó ligeramente. Abrió la puerta del armario refrigerador. El cañón de la pistola fue lo primero que asomó. Lo segundo, su cara. Lanzó miradas a izquierda y derecha. Todo estaba quieto. Abandonaron la estrechez del armario.

Sin más demora, salieron de la farmacia y volvieron a la noche estrellada. De fondo, se oía el creciente ulular de sirenas. La policía estaba muy cerca. La estimación inicial de cuatro minutos se había

convertido al final en ocho. Podría ser que el cerco a Gamla Stan hubiera demorado el tiempo de reacción habitual. Se apresuraron a marcharse de aquel lugar. Al pasar por delante del contenedor de basura, Marina se deshizo de la bolsa de plástico con los restos de la cura.

Fue entonces cuando los oyeron a sus espaldas.

Pasos. Tranquilos. Pausados.

Obedecieron al impulso de mirar atrás y distinguieron a un individuo entre la penumbra. Iba tras ellos. Alto, fuerte. No vieron su cara. Estaba oscura. Apretaron aún más el paso. Doblaron por la plaza Gustav Adolfs y se toparon de frente con la fachada neoclásica del Teatro Real de la Ópera. Estaba brillantemente iluminada y llenaba de reflejos multicolores las calmas aguas del lago. Dos inmensos carteles verticales flanqueaban sus puertas anunciando la representación de *Tosca*.

—¿Quieres ir a la ópera? —preguntó James.

Marina le siguió la broma.

—¿Con este atuendo?

Volvieron una vez más la vista atrás. La figura acababa de doblar la calle. Estaría a unos cien metros. Marina y James cambiaron su rumbo y se dirigieron hacia el edificio de la Ópera. Salvaron los escalones de dos en dos. Un hombre con librea y chistera guardaba las puertas de cristal. Al ver a esa pareja tan desastrosamente vestida abrió la boca espantado y se interpuso en su camino.

—*Vart tror de att de ska?*

Marina alzó la mano con la pistola. Ese simple gesto amenazador bastó para que el empleado del teatro se apartara con las manos en alto. Empujaron las puertas de cristal y se enfrentaron a un apabullante *foyer* abovedado con esculturas, techos decorados, arañas de cristal tallado y mármol veteado. De frente, ascendía una magnífica escalinata alfombrada, con balaustres. En un falso rellano, se bifurcaba en dos haciendo una curva.

Sin dudar subieron trotando por la alfombra roja. En el aire flotaban compases de música clásica. El vestíbulo superior era perfectamente simétrico, y de él comenzaban dos pasillos idénticos. De las paredes aterciopeladas colgaban marcos de ricos arabescos dorados con pinturas muy antiguas. Se decidieron por el que salía a su izquierda y lo recorrieron hasta el final, hasta una puerta lustrosa, brillante, de nogal. Desde el interior se oían amortiguadas las voces de los tenores y las sopranos. Marina abrió de par en par. El volumen de la música creció. Por un momento, se quedó quieta impregnándose de aquel ambiente. La sala roja y dorada en forma de herradura estaba completa. No había una butaca libre, ni en la platea ni en los palcos. Hombres y mujeres ataviados con sus mejores galas. Sobre el

escenario, un decorado bajaba del telar mientras se representaba el acto tercero. Se aproximaba la escena del trágico final. Mario Cavaradossi acababa de morir fusilado y Flora Tosca se disponía a arrojarse al vacío desde lo alto del Castel Sant´Angelo…

«… Spoletta: Attenti agli sbocchi delle scale! Attenti agli sbocchi delle scale!

»Sciarrtone: È lei!

»Spoletta: Ah! Tosca, pagherai ben cara la sua vita

»Tosca: Colla mia!…»

—Vamos, no hay tiempo para esto —le dijo James, despertándola de su ensimismamiento.

Entraron en la sala y se quedaron ocultos tras una columna. Mientras los ojos de los presentes, extasiados, estaban puestos en el escenario, ellos comenzaron a deslizarse por un lateral. En ese momento, la puerta por donde habían accedido a la sala volvió a abrirse y una figura gigantesca y negra entró. Si se producía allí una pelea, algún inocente podría salir malherido; entonces Marina entendió que solo podía hacer una cosa.

«… Tosca: O, Scarpia, avanti a Dio!…»

§

El teléfono móvil de Brorsson vibró en su mano. Con gesto circunspecto escuchó mientras le hablaban. La conversación duró un poco. Acto seguido, dio unas cuantas órdenes y cortó la comunicación. Se inclinó hacia adelante e indicó al conductor:

—*Sáquenos de Gamla Stan. Rápido*.

El agente al volante dio un brusco frenazo, cambió el sentido de circulación y aceleró con la sirena puesta y las luces destellando, derecho al viaducto de Strömbron. La inspectora recostó la cabeza en el respaldo de su asiento y suspiró.

—*¿Cuál es el problema?* —quiso saber Nilsson.

—*De alguna manera han escapado del cerco y han conseguido salir de la isla. Acaban de atracar una farmacia, cerca de los jardines de Kungsträdgården*.

—¿Quienes son? ¿Unos houdinis?

El zumbido del teléfono los interrumpió. Brorsson respondió de inmediato. Esta vez, la conversación fue mucho más breve.

—*Entendido* —dijo y colgó. Entonces se dirigió de nuevo a su ayudante—. *En el teatro de la Ópera. Han sonado disparos. Hay un lío de tres pares de narices. ¡Joder!*

El habitáculo se quedó en silencio mientras el vehículo saltaba sobre las juntas del viaducto. A ambos lados, el claro de luna marcaba un camino plateado en medio de las aguas negras del lago Mälar.

§

MARINA levantó el brazo con el cañón de su pistola apuntando al fresco del techo y apretó el gatillo dos veces.

—¡Disparos! —gritó Marina a pleno pulmón.

Las detonaciones, aunque ahogadas por el estruendoso aplauso de los asistentes puestos en pie, fueron perfectamente audibles. El alboroto general se silenció al acto y, por un segundo, todo quedó sumido en una espantosa quietud. Enseguida, se desató el caos y la confusión. La sala entera estalló en gritos. Los espectadores abandonaban de un brinco sus localidades aterciopeladas y huían despavoridos, provocando una avalancha que atascó al instante los pasillos. Los artistas, por su parte, en un sálvese quien pueda, desaparecieron por los laterales del escenario.

—Tenemos que separarnos —le dijo Marina a James, imponiéndose al alboroto—. Dame los medicamentos. Volveremos a encontrarnos en el piso franco. Si alguno no puede llegar, nos vemos en el Museo *Vasa*. Mañana, a las dos de la tarde. En punto. ¿Me has entendido?

Tras asentir enérgicamente James se descolgó la mochila de la espalda sin rechistar y se la entregó. En el momento en que Marina se disponía a alejarse, él la detuvo, sujetándola del brazo. Ella se giró y se lo quedó mirando apenas un segundo. Un segundo interminable.

—Ten cuidado —dijo él.

La multitud histérica empujó a cada uno para un lado diferente. Mientras se separaban, ella le sostuvo la mirada y dibujó en los labios un «tú, también». Pocos segundos después Allen la perdió de vista entre el gentío. Entonces, salió de sus cavilaciones y se centró en lo más perentorio: escapar de aquel infierno. Su ropaje le delataba; pero, por alguna extraña razón, habían saltado los aspersores antiincendios, empapándolo todo. Los peinados emperifollados, los elegantes vestidos y los carísimos trajes de chaqueta se habían echado a perder.

El escocés se sumó a la cola, que avanzaba con una dilación exasperante, hasta que salió del patio de butacas. Una vez en la escalinata principal, todo el mundo bajaba hacia el *foyer* a la carrera. El griterío persistía. La puerta acristalada actuó como un embudo y se produjo un nuevo embotellamiento. La gente salía de poco en poco a la noche en un incesante caudal. Cuando le tocó el turno a James, descubrió una barrera de coches patrulla al fondo, en la calle. Un número considerable de policías escrutaba a las personas que se dispersaban despavoridas por la plaza.

Sentía que la salvación estaba cerca cuando una mano poderosa lo empujó por la espalda. Trastabilló y antes de darse cuenta estaba en el suelo, bocabajo, con las manos en la cabeza. Al momento se vio rodeado de armas encañonándolo y una letanía le recordaba sus derechos. Ya había experimentado aquello en otras dos ocasiones. En Londres y en Washington. Y pese a que no hablaba sueco, sabía lo que le estaban diciendo sin necesidad de traductor. Idiomas distintos, mismas palabras.

Al otro lado de la cinta policial y mezclada entre los periodistas que no dejaban de disparar los *flashes* de sus cámaras, Marina observaba la escena con gran seriedad. Buscó por todas partes a aquel tipo que los perseguía, pero no halló ni rastro de él. Por el contrario, sí reconoció a la agente de la Säpo Brorsson, una mujer embarazadísima abriéndose paso con determinación en medio del tumulto, directa al detenido. En mitad de la plaza que había frente al edificio de la Ópera, un tipo de paisano, rubio y de baja estatura, la abordó y le entregó un vaso desechable. Ella lo cogió sin detenerse y se lo llevó a la boca. Lo lamentaba por James. Había empezado a gustarle, pero había llegado el momento de que tomaran caminos diferentes.

Le deseó buena suerte y, sin mirar atrás, se marchó en sentido contrario por una avenida que discurría paralela al lago Mälar.

38.

La caja A-3451…

Zúrich, Suiza

Dé tiros largos, Carmichael llamó con suavidad a la habitación de Patricia. A pesar de que las mangas de su Armani quedaban algo cortas, el hábito sí que contribuía a hacer al monje y, en resumen, tenía un buen aspecto. Cuando la puerta se abrió, lo recibió una mujer sencillamente espectacular. Maquillada, con el pelo recogido en una coleta lateral y un traje Dior de falda gris, un palmo por encima de las rodillas.

Dave se la quedó mirando con descaro y soltó un silbido.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué has hecho con la soseras que ocupaba esta habitación?

Ella se ruborizó ligeramente. En el acto, recuperó la compostura.

—Deja de mirarme de ese modo. Ya sabes lo que dice el refrán: «No está hecha la miel para la boca del asno». —Le centró a Dave el nudo de la corbata y echó a caminar por el pasillo.

—Vale, vale, lo pillo —dijo, yendo detrás de ella.

Un taxi los llevó a Paradeplatz. Allí se hallaba la sede de varios de los bancos de su lista. Credit Suisse era el primero.

—Recuerda, déjame hablar a mí y atente al plan —le exhortó Patricia frente a la entrada de un monumental edificio.

—Vale, yo seré tu perrito faldero. El *gigoló* que se ha pillado a una rica.

—Bastará con que actúes con naturalidad. ¿Sabrás hacerlo?

—Lo intentaré.

En un extenso vestíbulo de mármol, se encaminaron al mostrador de recepción. La única empleada que lo atendía estaba ocupada con el teléfono. A los pocos minutos colgó.

—*Vous parlez français?* —le preguntó Patricia resueltamente, exagerando un tono altivo.

Una vez que la recepcionista confirmó que por supuesto hablaba francés, la conversación se desarrolló en ese idioma.

—*Quisiéramos hablar con el director, por favor*.

—*¿Tenían cita?*

—*No, somos monsieur y madame Lanusse y queremos alquilar una caja de seguridad*.

Carmichael permanecía un metro atrás, lanzando miradas furtivas a un vigilante de seguridad que paseaba por el vestíbulo. A diferencia de lo que solía ser habitual, este se veía aseado y en buena forma. Al cinto, llevaba una pistola y una porra.

—*Un moment, s´il vous plait.* —La joven descolgó el teléfono y mantuvo una breve conversación. Tras devolver el aparato a su sitio, volvió a dirigirse a ellos—: *El director vendrá enseguida*.

Efectivamente, habrían transcurrido apenas cinco minutos cuando vieron asomar a un hombre con un traje perfectamente acabado y una sonrisa indulgente pintada en el rostro. Se presentó como herr Sutermeister. Su porte era elegante y distinguido. Los condujo en primer lugar hasta su lujoso despacho, donde los invitó a una copa de champán. Después les dio una *tournée* por el banco; por último, los llevó hasta la zona de las cajas de seguridad. Se fijaron en que los números que figuraban en cada una de las portezuelas empezaban por una X. No cuadraba. Se despidieron amablemente y se marcharon, dejando desconcertado al director del banco.

De nuevo en la plaza, sus ojos localizaron un logotipo compuesto por la palabra «USB» y tres llaves cruzadas. El segundo banco más grande del país y su próximo destino. Accedieron al vestíbulo principal a través de una puerta giratoria con perfiles dorados. El protocolo fue el mismo, aunque el director, en esta ocasión, se presentó como herr Weber y su despacho, en lugar de madera noble, estaba sobrecargado de mármol. También la marca de champán era diferente, aunque igualmente caro.

Veinte minutos más tarde, bajaban en el ascensor privado hasta el sótano y recorrían unos pasillos enmoquetados. El director introdujo con disimulo una clave en un teclado y una puerta de acero se abrió hacia fuera tras un largo suspiro. Por ella, accedieron a una cámara diáfana de forma circular. De abajo arriba, las paredes estaban repletas de puertas doradas. En el centro había una mesa de nogal, tipo escritorio decimonónico, y dos butacones de piel. Del techo colgaba una lámpara, cuyos tentáculos proporcionaban sobrada luz a la estancia. Al instante se percataron de que las numeraciones de las cajas empezaban por la letra A.

—*¿Estarán aquí seguras las joyas de mi abuela?* —preguntó Patricia, siguiendo con el francés.

—*Por descontado, madame Lanusse. Desde la fundación del banco en 1862, jamás hemos sufrido un… extravío*.

—*Pero si alguien quisiera abrir las cajas de seguridad* —insistió

Patricia—, *¿cómo lo haría?*

—*Et bien* —el director introdujo dos dedos por el cuello de la camisa y enseñó una llave sujeta con una cadena—. *Para abrir cada caja es imprescindible usar dos llaves a un tiempo. Una la tiene el cliente y la otra, solamente yo…*

En ese momento, el director notó que le agarraban de la cabeza por detrás. Medio segundo después su cara se estampaba contra la pared y caía desplomado sobre la moqueta, inconsciente.

—¡Por Dios, Dave! ¡¿Qué coño haces?!

Él se quedó observándola, agachado al lado del cuerpo inerte del director mientras le arrebataba la cadena con la llave.

—¿Cómo creías que conseguiríamos su llave? ¿Pidiéndosela amablemente?

Evitando a Carmichael, que ya buscaba por la sala la caja A-3451, Patricia se abalanzó sobre el cuerpo inerte del director, y le hizo un rápido reconocimiento. Se tranquilizó observando cómo su pecho subía y bajaba con un ritmo regular. Aparte de un aspecto calamitoso, parecía estar bien.

—Aquí está. Venga, déjalo dormir la mona y trae la llave que nos dejó James —la apremió Carmichael—, no tenemos demasiado tiempo.

Banner extrajo su llave de un pequeño bolso de mano. En ese preciso instante, el teléfono móvil de Herr Weber se puso a vibrar en el bolsillo interior de su americana.

39.

El contenido de la caja…

Zúrich, Suiza

No consigo localizar al señor Weber, herr Brunssen, enviaré a alguien a buscarlo de inmediato. —La recepcionista devolvió el aparato a la horquilla y recorrió el vestíbulo con la mirada. Dio con el vigilante de seguridad, y lo llamó—: *¡Noah!*

El hombre se aproximó con pasos tranquilos.

—*Necesito que localices a herr Weber. La última vez que lo vi bajaba a la cámara de seguridad con unos clientes*.

El vigilante asintió y encaminó sus pasos hasta la fila de ascensores.

§

—Vamos allá —dijo Carmichael, retirando una solapa de la cerradura de la caja A-3451 e introduciendo la llave que le había arrebatado al director.

Patricia hizo lo propio con la otra cerradura y la llave del tal Farouk Muhmani.

A la de tres, cada uno hizo girar su llave media vuelta a la derecha. En el acto escucharon un clic. Patricia extrajo con suavidad del interior una caja de acero de forma rectangular, y la trasladó al escritorio que había en el centro de la sala como quien lleva una bomba de relojería. Una vez abierta, ambos se inclinaron sobre ella y examinaron su contenido.

§

Al llegar al sótano, la puerta del ascensor volvió a deslizarse tras el sonido de una campanilla. Las voces le llegaron al instante del fondo del pasillo largo y recto que se extendía ante él. No habría dado ni dos pasos cuando su radio crepitó. Se detuvo, echando mano al cinturón para descolgarla, y se la llevó al oído pulsando un botón.

—*Ja.*

En el pasillo se oyó ahora la voz de la recepcionista.

—*Noah, ¿has dado ya con herr Weber?*

—*Todavía no, estoy en el sótano y me dirijo a la cámara de seguridad, pero lo oigo hablar*.

—*Está bien. En cuanto lo veas, dile que llame a herr Brunissen de inmediato. Es muy urgente*.

El vigilante volvió a enganchar la radio en el cinturón, y siguió avanzando.

§

EN el interior de la caja A-3451 había cuatro fajos de billetes nuevecitos de cien dólares rodeados de una cinta de papel que los mantenía perfectamente cuadrados. Carmichael los sopesó en el aire y calculó a ojo de buen cubero que habría unos veinte mil dólares estadounidenses. Luego los dejó sobre la mesa y se ocupó de una bolsita de terciopelo negro. Desató el nudo y vació el contenido sobre la palma de su mano. A su lado, Patricia miraba boquiabierta los destellos de un puñado de diamantes de dos quilates. Allí había una fortuna. Solo una de aquellas piedras valdría, *grosso modo*, setenta y cinco mil libras. Contó… una docena. El escocés devolvió los diamantes a la bolsa y la dejó pegada al dinero. Por último, extrajo varios pasaportes de distintas nacionalidades, que desplegó como si de una baraja de cartas se tratase. Escogió uno al azar. Verificó que estaba expedido a nombre de Farouk Muhmani. Inmediatamente reconoció la fotografía y se la mostró a Patricia.

—¡El capitán del *Princess Alyssa*! —exclamó ella.

En el fondo de la caja, como si fuera lo más valioso, hallaron un sobre lacrado. Patricia fue quien alargó la mano para cogerlo. Era de color crema con ribetes marrones. Un texto escrito en francés rodeaba la goma bermellón del lacre. Se lo acercó a pocos centímetros de los ojos para poder leerlo.

—Los gobiernos… del mundo escogerán… cerdos bailando antes… que seguridad, una vez tras… otra.

Rompió el lacre con el dedo y extrajo una hoja que contenía una dirección de correo electrónico, unos números que bien podían ser una contraseña y, por último, unos comandos para un ordenador. Se miraron entre sí y se encogieron de hombros. Banner se guardó la nota en el bolso, y se disponía a devolver el resto de los objetos al interior de la caja cuando Carmichael se lo impidió.

—Espera, ¿no irás a dejar todo esto aquí?

Ella se lo quedó mirando sin comprender, pero al ver a Carmichael cogiendo el dinero y los diamantes y guardándoselos por los bolsillos,

se indignó.

—¿Qué crees que haces?

—Este tío ya no lo va a necesitar y podemos hacer algo bueno con toda esta pasta.

La discusión en ciernes cesó de inmediato en cuanto escucharon ruidos en el pasillo. Se quedaron completamente quietos un par de segundos, luego Patricia reaccionó. Lo más deprisa que pudo introdujo en la caja los pasaportes y el sobre vacío, le puso la tapa y la devolvió de nuevo a su sitio. Carmichael la esperaba en la puerta, y ambos abandonaron la estancia tratando de aparentar calma.

De frente, a unos metros, avanzaba hacia ellos un vigilante de seguridad con una expresión ceñuda en el rostro. Cuando pasaron a su lado, lo saludaron con un gesto altivo de la cabeza. El vigilante echó la vista atrás un momento y continuó cubriendo la distancia que lo separaba de la cámara.

Patricia y Carmichael subieron en el ascensor, atravesaron con pasos apresurados el vestíbulo, se despidieron de la señorita de recepción sin detenerse y, cuando la puerta de cristal se apartó con un silbido, volvieron a la luz del día con un resoplido de alivio.

En ese momento, a sus espaldas, sonó una alarma estridente. Cruzaron una mirada y aceleraron el paso por la plaza, mezclándose con los viandantes.

40.

El traductor…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

Dado que la detención se produjo a una hora tardía y el traductor oficial no estaría disponible hasta la mañana siguiente, Allen fue trasladado directamente desde el Teatro de la Real Ópera a un centro penitenciario de las afueras de la capital. No a una comisaría de barrio. A una cárcel de verdad, con altos muros coronados con alambradas de espino y una torre de vigilancia con guardias armados hasta los dientes.

En el puesto de seguridad dos guardias lo condujeron a una sala desangelada, donde cumplió con las formalidades: le tomaron fotos y las huellas dactilares para la ficha, y le realizaron un reconocimiento médico superficial. Finalizado el trámite de admisión, lo vistieron con un mono carcelario y lo dejaron solo. Mientras esperaba, se miró la ropa descolorida preguntándose quién más la habría llevado y qué delitos habría perpetrado.

Por fin, fueron a buscarlo y le colocaron de nuevo las esposas. Cruzaron puertas, bajaron escaleras y, en último lugar, lo guiaron por un corredor de hormigón con hileras de celdas a ambos lados. Ya era de madrugada y todo estaba a oscuras, salvo por las tenues luces de emergencia que señalaban el camino. Se hacían notar los típicos sonidos de un recinto con multitud de tíos de todo pelaje. Ronquidos, ventosidades, algún gemido y toses. El aire no olía a nada especial, solo a lejía y a un ligero tufo a humanidad. A su memoria acudió el recuerdo de un documental que había visto recientemente en la televisión. El sistema carcelario sueco era un modelo de reinserción. Si podías escoger un lugar en el mundo para ir a la cárcel, sin duda ese era Suecia. Aquello le ofreció algo de consuelo. Pero no mucho.

Cuando el corredor estaba a punto de finalizar, lo obligaron a detenerse. Uno de los carceleros se quedó mirando fijamente a una cámara de vigilancia. La respuesta fue inmediata. Un pitido y una puerta con barrotes se deslizó, liberando el espacio. Le quitaron las

esposas y lo arrojaron de malas formas al interior. Tan pronto como la puerta volvió a cerrarse, los agentes se esfumaron. Por fortuna, no tenía compañero. La celda era alargada y contaba con una litera, una mesa con una silla de plástico, un pequeño lavabo y un retrete. Al verse solo, la adrenalina de su cuerpo cayó en picado y todo el cansancio acumulado le llegó de golpe. Se tumbó en el colchón de abajo. Una vez que consiguió apartar de su mente las funestas consecuencias legales que acarrearían sus actos, durmió como un bebé.

El día trajo ruido y luz. Todo empezó temprano, cuando los fluorescentes que discurrían por el techo del corredor se encendieron. Serían las seis o las siete de la mañana. No tenía reloj. Solo una marca pálida en la muñeca izquierda. Casi enseguida llegó el ruido. En una cárcel es horroroso. Con luz, se fijó en que la celda era algo más grande de lo que creyó la noche anterior. El retrete estaba bastante limpio, dadas las circunstancias. Orinó. Luego fue al lavabo, ahuecó las manos y se salpicó la cara con el hilillo de agua que caía de un grifo. Cuando hubo terminado de asearse, volvió a la litera y se sentó con los pies en el suelo.

Mientras aguardaba acontecimientos, tomó conciencia de la situación y se puso a calibrar sus opciones. Era evidente que lo más imperioso sería contratar los servicios de un buen abogado. Tal vez, la embajada británica pudiera proporcionarle uno. Asimismo, debería contactar con Alex. Su amigo era inspector jefe de la Policía de Escocia. Por aquello de la cortesía profesional, podría ser que consiguiera hablar con alguien u obtener algún privilegio…

Un carraspeo le hizo mirar al otro lado de los barrotes. En el corredor había dos hombres. Uno vestía uniforme de carcelero. El otro tenía la apariencia de un burócrata. Bajo, poco pelo por el centro, lentes de contacto, traje que le caía desastrosamente y un maletín en la mano derecha. Fue este último quien habló, y lo hizo con timidez. Su inglés era bueno, si bien cargado de acento:

—Bueno días. Soy el traductor. El alcaide me ha pedido que le explique en su idioma lo que va a ocurrir a partir de ahora.

Aquello le interesó a James, que se lo quedó mirando desde la cama. Como no dijo nada, el funcionario continuó:

—Van a traerle sus cosas para que se vista y un furgón lo trasladará de nuevo a Estocolmo, donde la agente —extrajo un papel del bolsillo de su chaqueta y lo leyó—… Brorsson, Saga Brorsson, le formulará algunas preguntas. Si ella decide que hay motivos para mantenerlo encerrado, la fiscalía le acusará formalmente y regresará a este lugar. ¿Lo ha entendido todo?

James dijo «sí» moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Quiero hacer una llamada.

—En la comisaría de Estocolmo podrá hacerla.

James volvió a asentir lentamente.

El hombrecillo le dirigió unas palabras al carcelero, y se marchó por el pasillo. El agente le entregó entonces a James su ropa. Debía de haber pasado por la tintorería de la cárcel porque desprendía un desagradable olor a detergente industrial, pero al menos estaba limpia y planchada. Cuando estuvo listo, el agente sacó unas esposas del cinturón y las cerró en torno a las muñecas del detenido. Durante los siguientes minutos recorrieron a la inversa el camino que había emprendido la noche anterior. Por último, le entregaron sus pertenencias y firmó otro recibí.

Después de que varias puertas enrejadas fueran cerrándose a sus espaldas, se encontró bajo un cielo azul. Arrugó la cara y la apartó un momento ante la brillante claridad de un día de verano. Al poco, el traductor dobló la esquina del edificio y se les acercó con paso lento y cansino. Se detuvo a su lado, y sin mediar palabra depositó el maletín en el suelo y se puso a esperar, como si aquello fuera la parada del autobús. Al parecer, viajaría con él a Estocolmo. A lo lejos, James distinguió la entrada principal. Cerrada con una verja de metal galvanizado. Resistente. Al otro lado, una carretera y una explanada. Unas nubes sueltas que se movían lentamente empujadas por la brisa proyectaban algo de sombra. Más allá una verde masa de árboles. Estaban en el campo.

Transcurridos cinco minutos, llegó un furgón policial. El carcelero abrió el portón trasero con una llave y mandó a James que subiera. El hombrecillo del maletín lo hizo detrás. No había más presos, de modo que se sentó en el primer sitio que vio, un banco de metal corrido soldado a uno de los laterales. El traductor lo hizo en el banco de enfrente. El portón se cerró por fuera. La cabina del conductor y la parte trasera estaban separadas por un enrejado que dejaba pasar la luz y les permitía ver por dónde iban. El furgón se puso en marcha y circuló despacio, se detuvo, permaneció al ralentí, volvió a arrancar y volvió a detenerse al poco. Finalmente, aceleró gradualmente hasta alcanzar una velocidad regular.

Durante el viaje, James no paró de preguntarse si Marina iría al Museo *Vasa*. Él, desde luego, no podría hacerlo. Se agitó cuando el furgón aminoró hasta detenerse, posiblemente en un stop. Enseguida el motor rugió y aceleró de nuevo por carreteras rodeadas de campo y lagos de agua cristalina.

El golpe los cogió a ambos amodorrados. La carrocería se hundió un palmo y el furgón se sacudió violentamente. Cuando el conductor perdió el control, comenzaron a dar vueltas de campana mientras caían por una ladera. Entre chillidos histéricos del traductor, los dos cuerpos salieron despedidos, zarandeados de un lado a otro,

rebotando, golpeándose contra el chasis y entre sí.

Se produjeron gruñidos ahogados de dolor.

El habitáculo se llenó del inconfundible quejido del metal arrugándose. Los cristales delanteros se hicieron añicos. Finalmente, se produjo un choque brusco y estruendoso, y todo quedó quieto. El vehículo había terminado del revés. James podía oír el chirrido de las ruedas girando y la bocina sonando. Se quitó de encima como pudo el cuerpo inerte del traductor. Entonces, hasta su nariz llegó el olor penetrante del gasoil.

Debía salir del furgón. ¡Ya! Estaba a punto de explotar.

41.

Una violenta persecución…

Zúrich, Suiza

A la vez que James pugnaba por abandonar el furgón a dos mil kilómetros, Carmichael y Patricia giraron bruscamente por la calle Talacker. En la siguiente manzana, volvieron a hacerlo hacia Bärengasse.

Caminaban a buen paso, pero sin un destino claro. Únicamente trataban de alejarse todo lo posible del follón que habían dejado atrás en Paradeplatz. Por el final de la calle, vieron surgir un coche de la policía con la sirena puesta y las luces de emergencia destellando. Iba directo hacia ellos. A través del parabrisas delantero distinguieron a dos agentes uniformados con expresión concentrada.

Conteniendo la respiración, vieron cómo pasaba de largo a toda velocidad y se perdía en un giro. A esas alturas, el director del banco ya habría dado la voz de alarma y estarían revisando las grabaciones de vigilancia a fin de localizar una imagen nítida de ellos dos. A no mucho tardar, sus rostros estarían en todas las comisarías del país.

—Soy una delincuente. Soy una delincuente —murmuraba Patricia sin parar.

—Tranquila, no te preocupes, saldremos de esta.

—Tal vez deberíamos ir a la policía. Al fin y al cabo, de lo único que pueden acusarnos es de agredir al director…

Carmichael se detuvo en seco delante del escaparate de una galería de arte, y cogió a Patricia por los hombros. La miró con intensidad a los ojos. La joven estaba temblorosa.

—Patricia, espabila. Hemos sustraído el contenido de una caja de seguridad de un banco. Nos caerán de ocho a diez años. Y eso con suerte. No podemos entregarnos.

—Pero tus amigos sacaron a Allen una vez de la cárcel.

—Mira, eso fue diferente. Era Londres y esto Suiza; además, en aquella ocasión, el MI6 tiró de influencias porque les interesaba que James concluyera su trabajo. Pero ahora no lo harán, créeme. Los

conozco. ¿No oíste a *Smith* en el hangar de Prestwick? Fue muy claro al respecto. Estamos solos. ¿Lo entiendes?

Asintió, pero no se movió. Seguía atrapada por el miedo. Miró de reojo el escaparate. Un cuadro enmarcado de un paisaje costero estaba apoyado en un caballete de madera.

—Venga —le dijo Carmichael, tirando de ella—, tenemos que llegar al hotel, recoger nuestras cosas y salir del país, antes de que nos sea imposible.

Ella por fin pareció comprenderlo y se puso en marcha.

Cruzaron Talstrasse entre el tráfico y se subieron en el último momento al tranvía. Se apearon tres paradas después. Luego pararon un taxi que los llevó hasta el hotel.

—Ponte algo más cómodo, haz tu bolsa y nos vemos aquí en cinco minutos —dijo Carmichael, en el pasillo de la planta.

Con el tiempo cumplido, volvieron a bajar a la recepción portando una bolsa de viaje cada uno.

—Voy a pagar la cuenta —dijo Patricia.

—Espera, toma, paga con esto —le dijo él, alargándole dos billetes de cien dólares de los que había sacado de la caja de seguridad de Farouk Muhmani.

Patricia titubeó, pero terminó por aceptar el dinero a regañadientes. Había consumido la totalidad de su crédito con el Dior.

De nuevo en la calle, caminaron apresuradamente hasta el aparcamiento donde habían dejado el Volvo de alquiler. Bajaron hasta el segundo sótano por el ascensor y guardaron el equipaje en el maletero.

—Déjame conducir a mí —dijo Carmichael.

Patricia, en esta ocasión, no protestó, se limitó a entregarle las llaves y ocupar el asiento del copiloto. Unos cuantos minutos después se movían por Feldstrasse rodeados de otros turismos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Patricia en un semáforo. Estaban los segundos de la fila, detrás de un sedán negro con matrícula francesa.

—Mi avión es la mejor opción para abandonar Suiza. La terminal de carga no tiene apenas controles de seguridad…

En ese momento una sirena ululante los sobresaltó. Carmichael desvió la vista al retrovisor y Patricia volvió la cabeza. Cuatro coches por detrás de ellos, un vehículo de la policía trataba de abrirse paso. El escocés no se lo pensó dos veces, giró el volante, aceleró y se subió a la acera para zafarse del sedán negro. Entre furibundos bocinazos y gritos de los peatones, se saltó el semáforo. Luego, hizo un giro a la izquierda y siguió recto varias manzanas más a toda pastilla, tratando de darle esquinazo.

Sin embargo, el coche patrulla se lanzó en su persecución.

El Volvo de alquiler llegó al río, dejaron atrás la estación de tren,

cruzaron al otro lado por un puente y tomaron rumbo sur. Durante un rato circularon de manera agresiva paralelos al río y en completo silencio.

—¿Cómo nos han localizado tan rápido? —masculló Dave, desconcertado.

Patricia lo vio claro al instante, como sumar dos más dos.

—Si la policía busca a alguien, envía sus imágenes a los hoteles de la zona. Con nuestros nombres debió de resultarles sencillo dar con la casa de alquiler de vehículo. Probablemente, este coche esté dotado de dispositivo GPS antirrobo.

—¡Mierda! —Golpeó con la mano en el volante—. Tendremos que conseguir otro medio de transporte, pero antes tenemos que librarnos de ese.

Carmichael se refería al coche patrulla, que se había abierto camino y aumentado la velocidad, acortando la distancia entre ellos. Para desesperación de los escoceses, en una intersección, un segundo vehículo se unió a la persecución. Al fondo, un semáforo se puso de color ámbar. Carmichael cambió de marcha y hundió el pie en el acelerador. El Volvo salió lanzado hacia delante como un caballo de carreras espoleado. Patricia mantenía los ojos muy abiertos y el rostro lívido. Su mano se aferraba al asidero que había sobre la portezuela. Nada más traspasar el semáforo, ya en rojo, Carmichael frenó bruscamente y dio un volantazo a la derecha. El coche ejecutó un violento viraje, poniendo a prueba los amortiguadores, y enfiló una amplia avenida de dos carriles en cada lado y raíles para tranvía en el centro.

Los coches se iban apartando a su camino. A diferencia de sus perseguidores, Carmichael no sabía por dónde circulaba, desconocía la ciudad y todas las calles le parecían iguales. El problema era que, en cualquier momento, podían darse de bruces con una calle cortada por obras que los dejara atrapados. Por otro lado, ellos no eran unos desalmados, de modo que tenía que repartir la atención entre la conducción y los peatones. Por nada del mundo se permitiría que un inocente resultase dañado.

—Llama a Kieran y dile que comience a gestionar las autorizaciones para el despegue. —Dirigió una mirada al retrovisor y descubrió esperanzado que había incrementado algo la distancia con sus perseguidores, entonces redujo a segunda, cruzó los dos carriles contrarios, esquivando en el último momento un tranvía y dos coches, y se metió por un callejón.

Detrás de ellos dejaron el jaleo de frenazos, golpes de chapa y cláxones y sirenas. El ruido desapareció en un corto espacio de tiempo. Únicamente el tableteo de los neumáticos sobre los adoquines llenaba ahora el espacio. Carmichael aminoró mucho la velocidad. Los

edificios estaban muy cerca y transitaban por un espacio tan estrecho y sin aceras que por él solo cabía un coche. Posó los ojos en el retrovisor y divisó, en la distancia, cómo los dos coches policiales accedían al mismo callejón. Entonces, en una intersección giró a mano derecha.

—¡Maldita sea! —gritó.

La calle estaba ocupada por el muelle de carga de un edificio. Varios operarios descargaban el contenido de dos camiones de reparto. Les bastó una fracción de segundo para entender la realidad. No había salida.

Estaban encajonados.

42.

Quid prodest?…

Estocolmo, Suecia

El furgón acaba de salir de la penitenciaría de Österåker. El traductor también viaja en él. En una hora estarán aquí. —Las palabras salieron de la boca de Nilsson con fluidez, sin titubeos. Después de sus dos rotundos fracasos de la noche anterior (la huida de los fugitivos del palacete y de la isla de Gamla Stan), se alegraba de poder transmitir al fin buenas noticias a su jefa. Sabía que ella ansiaba hablar con el detenido y poner algo de luz al asesinato de Klara Odell que tantos quebraderos de cabeza le estaba provocando.

—En cuanto lleguen, me avisas.

—Por supuesto. Otra cosa, jefa. ¿Puedo?

—Claro.

Nilsson accedió al despacho y se dejó caer en una silla vacía.

—Los expertos informáticos han confirmado que lo único que se llevaron de tu ordenador fueron los archivos sobre Odell.

—¿Han identificado ya a los que lo hicieron?

El ayudante meneó la cabeza.

—El detenido no llevaba documentación encima. He enviado sus fotografías a aeropuertos y estaciones de tren y autobuses. Pero sin fronteras en las carreteras… —No terminó la frase y la duda quedó en el aire.

»*Otra cosa interesante.*

Ella esperó con impaciencia a que siguiera.

—En el palacete, la científica halló dos balas del calibre 7,62 incrustadas en la pared de una de las habitaciones, los de balísticas están ahora mismo analizándolas.

Brorsson se echó hacia delante en su silla y arrugó la cara.

—¿A quién dispararon?

—Pronto podrás preguntárselo al detenido tú misma. También había signos de pelea. Además, el equipo halló todo tipo de restos biológicos. Sobre todo, sangre. Son del mismo grupo sanguíneo —siguió una pausa y

consultó sus notas—, *AB+. El mismo que se halló en una bolsa de plástico en un contenedor a pocos metros de la farmacia. El ADN aún tardará una semana*.

»*Sabemos también cómo lograron escapar del palacete. El reguero de sangre nos condujo hasta una estancia con un pasadizo secreto oculto tras la chimenea que conducía hasta la calle*.

Permanecieron un rato callados, enfrascados en sus propios pensamientos. Nilsson pasaba hojas de su cuaderno, releyendo sus notas. Brorsson posó la mirada cansada en su ayudante. Sabía lo concienzudo que era en su trabajo, y no era de extrañar que estuviera torturándose por lo que consideraba errores suyos. Pero ella sabía que era de lo mejorcito del cuerpo. En veinticinco años de servicio, solo una vez había exigido incluir a una persona en su equipo: Alexander Nilsson. Como sabía lo que pasaba por su cabeza, escogió con sumo tacto las palabras para romper el silencio:

—*No fue culpa tuya. Simplemente iban dos pasos por delante de nosotros*.

Nilsson apartó la vista de sus notas y agradeció las palabras con un inexpresivo gesto de la cabeza.

—*¿A quién pertenece el palacete?* —preguntó Brorsson, apresurándose a cambiar de tema.

Nilsson volvió al refugio de sus anotaciones, pasó unas cuantas páginas hacia atrás.

—*Al barón Nills Trolle. Los Trolle son una de las familias nobles más antiguas de Suecia. Se remontan al siglo XIV. El palacete está cerrado desde hace diez años. Ya sabes, falta de recursos para su mantenimiento*.

La inspectora asintió.

—*Habla con el barón, por si acaso*.

—*Vive en un castillo, en Eslöv. Le pediré una cita*.

Brorsson apreció una sombra en el rostro de su ayudante.

—*Te conozco, Nilsson. Dime qué ocurre*.

—*Es muy extraño. Los de la científica también dieron con otra cosa en el palacete. Mira esto, a ver qué opinas tú*.

Brorsson alargó la mano por encima del escritorio para hacerse con una instantánea ampliada que Nilsson había sacado de una carpeta. La estudió de lejos. Pegó la cara. La rotó varias veces para observarla desde distintos ángulos, y finalmente se la devolvió.

—*Parece un botón. ¿Qué es?* —preguntó con el ceño fruncido de incomprensión.

—*Ni idea. Lo que ves es una ampliación. Veinte veces su tamaño real. De hecho, no era más grande que la cabeza de un alfiler. Los muchachos de la científica dieron con él por pura casualidad. Deberías invitarlos a una cerveza*.

Ella se rebulló en su asiento.

—¿Por qué? ¿Por hacer su trabajo? A mí nadie me invita por hacer el mío. ¿Dónde lo encontraron?

—En la habitación donde se desarrolló la pelea.

—¿Y todavía no te han dicho nada?

—Cuarenta y ocho horas es el plazo que me han dado. De todas las maneras, conozco a uno de los forenses y me ha adelantado que al microscopio parece mecánico.

Brorsson suspiró y bebió del café frío que tenía en la mesa.

—De acuerdo. ¿Alguna cosa más?

—Un último asunto. Hablé con un catedrático de entomología. Ya sabes, por lo del enjambre. Dice que no existe ningún insecto en el planeta que tenga un comportamiento semejante. Tampoco es capaz de explicar la presencia de trazas de cacahuete en el organismo de la funcionaria.

—O sea, nada.

Nilsson chasqueó la lengua.

—También me pediste que averiguara en qué trabajaba Klara Odell. Esto es interesante. Era una firme opositora a la nueva ley sobre tecnología que se votará en el Parlamento la semana que viene.

La inspectora frunció las cejas.

—He leído que hay mucha polémica con la privacidad de los datos personales, pero… ¿crees que podría tener algo que ver con su muerte?

El ayudante se encogió de hombros.

La oficina quedó en silencio. Su instinto le emitió señales. Al cabo de unos segundos, Brorsson le encargó la tarea de estudiarse el borrador de ley, y añadió:

—Habla con expertos. Y quiero una lista de a quién beneficia y a quién perjudica.

—Los perjudicados te los digo ya. Los de siempre. Los ciudadanos — pronosticó Nilsson, levantándose de la silla.

§

ALLEN sabía que el tiempo se agotaba. Comprobó el pulso del traductor. Era firme. Trató de despertarlo, dándole golpecitos suaves en la cara. No lo consiguió. Su atención se centró entonces en el conductor a través del enrejado que los separaba. Seguía detrás del volante, con la cara aplastada por el *airbag*. Su cabeza estaba de lado y sangraba. Lo llamó a gritos.

Nada.

El olor a gasoil y el humo se intensificaron en el habitáculo.

Sus ojos llenos de desesperación buscaron por todas partes. Los portones traseros estaban hundidos hacia dentro y fuera de sus bisagras. Manejó ambas piernas para propinarles violentos puntapiés y logró que se abrieran de par en par. Fuera de sus goznes, cayeron

sobre la hierba. La luz entró a raudales. El humo se disipó. James se arrojó afuera sin tiempo para la vacilación y notó un chapoteo. Bajó la mirada. Estaba en medio de una creciente mancha oleaginosa que seguía la pendiente de la ladera.

El furgón estaba hecho un desastre. Empotrado contra el tronco de un árbol descuajado de raíz. Siniestro total. Se quedó mirando su alrededor. Un poco más abajo, en las estribaciones, corría un riachuelo por entre los árboles y más allá se abría una vasta extensión de agua. Se dio la vuelta entonces y alzó la cara hacia la carretera. Habría sus buenos sesenta o setenta metros de caída.

Entonces lo vio.

Un hombre como un armario. Observando hacia abajo. Estudiando el terreno. El mismo tipo que los atacó la víspera en el palacete y los persiguió hasta la Ópera. Mirarlo le provocó el mismo desasosiego que cuando le agarró por el cuello. Algo en él no era normal. Entonces, se puso a bajar la colina hacia ellos pisando con fuerza, sin importarle resbalar.

—¿Qué ocurre con ese tío? ¿Acaso me prestó dinero y no se lo he devuelto?

Sin titubeo, James rodeó el furgón y se plantó ante la portezuela del conductor. Probó a abrirla, pero estaba encajada. Con el codo, terminó de retirar las esquirlas de la ventana y sacó el maltrecho cuerpo del funcionario a través del hueco de la ventana. Los faros seguían encendidos. El claxon sonando. No se desconectarían hasta que la batería se agotase del todo.

Arrastró sobre la hierba el cuerpo inerte del conductor, tirando de sus axilas. Cuando estuvo lo suficiente lejos, lo depositó en el suelo y registró sus bolsillos hasta que dio con un manojo de llaves. Haciendo malabares hizo girar una llave pequeña en la cerradura de una de las esposas, y logró liberarse. Regresó corriendo a la parte trasera del furgón. Repitió la maniobra con el traductor, al que dejó tendido en la hierba, al lado del conductor.

Echó una nueva ojeada a la colina. Aquel tío estaría a mitad de camino. Tendría un par de minutos, a lo sumo. Entonces ocurrió algo insólito. La forma humana empezó a deshacerse formando un remolino. Como una figura de humo disipándose con el viento. Empezó por la cabeza, siguió el torso y terminó con las piernas, hasta quedar convertido en una especie de nube negra con forma de embudo. Se movía por el aire con rapidez. James sacudió la cabeza, observando con cierta fascinación hipnótica aquel fenómeno que se había plantado encima del furgón en menos que canta un gallo…

En ese momento, la tremenda explosión del furgón sacudió la zona con un rugido aterrador. La onda expansiva sacudió a James, lanzándolo despedido. Con una tremenda sensación de ardor en la

cara y las manos, cayó de costado sobre un manto de hojarasca y maleza. Una lengua de fuego subió a la altura de cuatro o cinco metros y varios árboles alrededor comenzaron a arder. Desde el suelo, el escocés observó cómo aquella cosa se desvanecía en el aire, envuelta en un brillante destello. Luego, perdió el conocimiento.

43.

El conejo huyendo del zorro…

Zúrich, Suiza

CARMICHAEL metió la marcha atrás y condujo el Volvo por el callejón con el codo en el respaldo del copiloto y mirando por la luneta posterior. En la intersección, hundió el pie en el pedal del freno y giró el volante. Al derrapar, golpeó el guardabarros contra un vehículo aparcado, disparando su alarma. Metió primera y segunda muy deprisa, exprimiendo al máximo el motor, y aceleró. Las llantas chirriaron y levantaron una nube de humo azul. Para su desesperación, descubrió que la distancia con los dos coches de la policía había vuelto a reducirse.

—¡¿Qué es eso?! —gritó Patricia, mirando al frente con los ojos desorbitados.

Carmichael barajó las alternativas, pero no vio más opción que jugársela. Pisó el acelerador aún más.

—Agárrate con fuerza. Esto va a ser movido.

—¡Tienes que parar! ¡Nos vas a matar! —chilló ella fuera de sí.

Las ruedas del Volvo rodaron en el aire cuando el adoquinado se terminó y los amortiguadores chirriaron nada más volver a encontrar algo a lo que agarrarse, pese a que en esta ocasión eran unos escalones que salvaban un desnivel de unos veinte metros. Patricia y Carmichael daban tumbos violentamente dentro del habitáculo mientras el Volvo seguía rebotando entre golpes del chasis contra la piedra que provocaban una lluvia de chispas. Una señora con un carrito de la compra que salía de un portal tuvo que dar un salto atrás para no ser arrollada.

Patricia ahogó un grito, llevándose la mano a la boca.

—¡Lo siento! —mintió el conductor, que sujetaba con denuedo el volante para evitar que el coche se fuera contra alguno de los edificios que flanqueaban la escalinata.

Al llegar al final, Carmichael detuvo el coche.

—Espero que esté asegurado —dijo, aún con el estómago encogido.

Una pareja que surgió por la esquina no dejó de mirarlos anonadada mientras cruzaba por delante del capó. Carmichael forzó una sonrisa. En el acto, devolvió la atención a sus perseguidores y echó la vista atrás. Se habían detenido en lo alto. Uno de los agentes estaba fuera del vehículo, hablando por radio. Sin perder tiempo, Dave aceleró con fuerza y viró a la derecha, incorporándose al denso tráfico de una amplia avenida. El avance se ralentizó. El escocés, nervioso, alternaba continuamente la mirada entre la calle y los espejos. El sol le daba ahora en la cara, deslumbrándolo.

De frente se aproximaba un Skoda de la policía de Zúrich. Circulaba despacio, igual que el resto de los vehículos, aunque el tráfico en esa dirección era mucho más fluido. Las luces del techo estaban apagadas. Pasó de largo. Carmichael lo siguió por el espejo retrovisor. De repente el Skoda dio un brusco giro de ciento ochenta grados. Enseguida, lo tenían detrás librándose de los coches que se interponían entre ellos. Dave apretó el acelerador, saltó la mediana pintada en el suelo, y circuló en sentido contrario tocando el claxon.

Entre chillidos de Patricia, el Volvo zigzagueaba sorteando con pericia obstáculos que venían de frente, mientras iba aumentando la velocidad. El conductor observó de pronto una señal de garaje y una flecha que marcaba hacía una calle transversal que salía a mano derecha. Sin dudarlo, dio un volantazo y abandonó la avenida, cruzándose por delante de una ciclista que acabó por los suelos. El coche patrulla lo siguió. Pocas manzanas más adelante se encontró con un camión de reparto de bebidas, obstaculizando la vía. Entre el camión y la acera, ocupada por las mesas de una terraza, apenas había espacio para una motocicleta. Carmichael soltó improperios.

—¡Por ahí no puedes pasar! —le gritó Patricia.

Carmichael lanzó una rápida mirada al espejo lateral. La policía estaba al caer.

—¡Agárrate! —El conductor dio un bocinazo con furia, subió las dos ruedas derechas al bordillo y avanzó con medio coche por la calle y medio por la acera. Al principio, las personas sentadas a las mesas no entendían lo que ocurría. Luego lo vieron claro y saltaron despavoridas de sus asientos, chillando y agitándose. El Volvo arremetió contra mesas y sillas, levantándolas por los aires junto con tazas, platos, vasos y cubiertos. El espejo retrovisor del lado que daba al camión se desintegró y la chapa se arrugó con estridencia. Después de recuperar la respiración, Patricia observó por la luna trasera que nadie parecía haber resultado herido.

—¡Para, antes de que mates a alguien!

Carmichael no le hizo caso. Solo estaba concentrado en lo que hacía. Una vez superado el camión, regresó a la calzada. Volvió a ver otra indicación al garaje y la siguió. De repente, a su izquierda,

entrevió con el rabillo del ojo una rampa que descendía. Dio un brusco frenazo y se introdujo por ella haciendo chirriar los neumáticos. El coche perdió velocidad hasta detenerse ante una barrera. Pulsó un botón. Al momento, una máquina escupió un tique y la barrera se alzó. Carmichael llevó entonces el Volvo a la oscuridad.

Mientras descendía por la espiral de aquella rampa, escucharon el sonido de sirenas que se iba apagando, hasta dejar de oírse. Llegaron a la última planta, y circularon muy despacio hasta que dieron con una plaza libre. Patricia saltó afuera del coche y se puso a vomitar. Al cabo, regresó al interior del vehículo. Durante largo rato, ambos permanecieron quietos y callados, recuperando la calma.

Carmichael llamó entonces a Murphy, le puso brevemente al corriente de la situación y le pidió que tuviera listo el papeleo del avión para despegar de inmediato. Con la lividez de su rostro casi desaparecida, Patricia extrajo del bolsillo la nota que habían robado de la caja de seguridad del USB, la desdobló y la leyó una vez más.

—¿Qué hacemos con esto?

Carmichael se ladeó hacia ella.

—Podríamos enviar un mensaje a esa dirección de correo electrónico, y ver qué pasa.

No tenían una idea mejor. Patricia asintió.

—¿Cómo lo hacemos?

Carmichael rompió a reír.

—El cavernícola te va a dar una lección. —Salió del coche, rebuscó un momento en el maletero y volvió a su asiento con un teléfono móvil en la mano.

—¿Es el que le quitaste al capitán? —dijo ella.

Mientras asentía, Carmichael abrió la aplicación del correo electrónico y se lo entregó a Patricia.

—Ya puedes enviar ese mensaje.

Patricia se lo quedó mirando por un fugaz instante y se puso a redactar un texto muy sencillo:

Tenemos que vernos. Es urgente.

Inmediatamente después, siguiendo las instrucciones que figuraban en la nota, añadió la clave e introdujo una serie de códigos. En un momento, el texto se descompuso y se convirtió en símbolos indescifrables.

Una vez hecho, le dio a ENVIAR.

—¿Y ahora? —preguntó el escocés.

—Ahora, esperaremos a ver si funciona.

—De acuerdo, pero aún tenemos que llegar al aeropuerto.

Se apearon a un tiempo del coche de alquiler y cogieron las bolsas

de viaje del maletero. Carmichael miró el costado izquierdo destrozado.

—Los del seguro van a flipar.

Buscaron entre los coches aparcados, hasta que localizaron un Fiat 500 que les pareció discreto. Carmichael forzó la cerradura y le hizo un puente. El motor sonó en el aparcamiento.

—Estupendo, ahora también somos ladrones de coches. Eso quedará genial en mi currículum —dijo Patricia.

No habría transcurrido ni una hora y el bimotor plateado correteaba sobre el asfalto del aeropuerto como un conejo huyendo del zorro.

44.

Una chica lista de verdad…

Desde que Katya se presentara de improviso en su habitación la noche anterior, no habían parado de comunicarse empleando un sencillo pero inteligente sistema de cifrado que la joven había ideado. En un comienzo, para probar su indetectabilidad, se enviaron mensajes intrascendentes acerca de series de televisión. Como nadie les llamó la atención, Katya le acabó contando el plan que había tramado. Él permaneció toda la noche en vela, estudiándolo minuciosamente. Cada acción, cada movimiento. Descubrió algunos puntos débiles, que compartió con su nueva amiga y que esta aceptó sin hacerse de rogar.

Katya era una chica lista de verdad. No es que él hubiera conocido a muchas chicas en su vida, pero estaba por asegurar que ella era la más lista de todas. Había burlado los protocolos de encriptado del código fuente y había conseguido acceder a casi todos los sistemas. Una auténtica pasada.

Ahora, Collins estaba sentado delante de su ordenador, en la sala de trabajo, mirando de soslayo la espalda de Katya cada dos por tres. Desde que esa mañana salió de su habitación, tenía la clara impresión de que todo el mundo lo observaba. Se mostraba nervioso y sudaba más de la cuenta. Si no se calmaba y pronto, daría al traste con la operación, metiéndose en un buen lío y arrastrando a Katya en su desgracia. Agarró la botella de agua del escritorio y le dio un buen trago. Algo más tranquilo, devolvió la atención al trabajo.

Una alerta de correo electrónico ocupó entonces toda su pantalla y el corazón le dio un brinco. Con dedos temblorosos, fue a la bandeja de su servidor de correo e hizo clic en el mensaje. De inmediato, se desplegó un texto encriptado. Respiró hondo. Aquello no tenía nada que ver ni con él ni con Katya. Lo siguiente que hizo fue ejecutar en el ordenador un programa y comenzó la secuencia de descifrado, hasta que el texto fue legible, aunque para él no significaba nada:

Tenemos que vernos. Es urgente.

Constató que la contraseña era válida. ¡Qué raro! Eso no le había pasado nunca. El rastreo de la señal lo llevó hasta algún lugar de Alemania. Se movía. A una velocidad de cuatrocientos kilómetros por hora. Demasiado rápido para un coche o un tren, pero lento para un avión. Siguió el protocolo que el Mayordomo le había indicado el primer día y reenvió la información. Habrían transcurrido menos de diez minutos cuando recibió la contestación.

Sabe que no es el procedimiento. Acordamos que las comunicaciones se realizarían siempre a través de correo electrónico.

Collins pasó por el encriptador el mensaje y lo envió.

45.

Unas instalaciones abandonadas…

Estocolmo, Suecia

En cuanto vio a Nilsson entrar en la sala, Brotsson advirtió en su expresión un aire general de frustración. La agente se levantó trabajosamente de su silla y abandonó la reunión. En el pasillo, su ayudante la abordó:

—*Han perdido contacto con el furgón que traía al detenido.*

—*¿Dónde ha sido?*

—*El dispositivo GPS del vehículo no emite señal alguna. Pero en el teléfono de emergencias han recibido una llamada de alguien que pedía atención médica apremiante para dos varones. Escucha esto. Quien llamó hablaba en inglés. No ha sabido decir dónde se encontraba. Solo repetía que estaba cerca de un lago, pero ha dejado el móvil activado y han podido localizar la llamada en las inmediaciones del lago Ullnasjön. Me acaban de enviar las coordenadas. Salgo para allá.*

—*Voy contigo*.

Nilsson no se opuso, sabía que sería inútil.

§

JAMES se enderezó poco a poco dolorido. El furgón seguía ardiendo y una columna de humo negro se elevaba al cielo. Su interés se centró entonces en los dos hombres tendidos. Precisaban atención médica urgente. Entonces se le ocurrió una idea. Fue hasta ellos y rebuscó en sus bolsillos. En cuanto localizó el teléfono móvil del conductor, marcó el 112 y dio el aviso.

A partir de ese momento, no dispondría de mucho tiempo para alejarse del lugar. No podían volver a detenerlo. Era preciso aclarar aquel embrollo y así tendría algo con lo que negociar. Sin cortar la llamada, dejó el teléfono sobre el cuerpo inconsciente del conductor, y echó a caminar ladera abajo, en dirección al lago.

En la orilla de enfrente distinguió campos verdes y una granja. Tal

vez en ella encontrase un vehículo en el que huir. Rodear el lago a buen paso le llevó otros diez minutos. Cuando ya no podía continuar más, se adentró en un bosque de abedules y abetos muy oscuro, sin sendas ni veredas. Una familia de cervatillos alzó la cabeza de la hierba nada más escuchar los crujidos de ramas quebrándose. Durante un segundo permanecieron inmóviles, atentos a una presencia amenazante, luego se movieron con agilidad y se zambulleron en la maleza. A sus espaldas, James comenzó a oír el débil ulular de unas sirenas.

Tras unos minutos de marcha, se dio de bruces con un riachuelo, cuyas aguas discurrían mansamente. Lo vadeó por un puente de metal cubierto por una pátina cobriza de óxido, y casi enseguida dio con una valla de tela metálica algo roñosa. Unos carteles descoloridos escritos en sueco, en alemán y en inglés alertaban de que aquello era propiedad privada y estaba prohibido el paso. Rodearla le supondría perder un tiempo del que no disponía; así pues, decidió cruzarla por un punto donde yacía en el suelo, arrancada de sus postes de fijación. Pasó por encima, pisándola mientras rechinaba el metal, y continuó andando, envuelto en un silencio sobrecogedor. Incluso el canto de los pájaros que lo había acompañado desde que se internara en aquel bosque había desaparecido.

A los pocos minutos, alcanzó a ver una construcción que desentonaba en medio de aquel paraje como una bailarina de striptease en el Bolshoi. Se detuvo y la observó, picado en su curiosidad. Estaba tan vieja como la verja que la protegía. Se trataba de tres cubos de hormigón armado, sin ventanas y semicubiertos por la hiedra y el musgo. Cada cubo, una puerta de hierro. Un cartel deslucido por años de intemperie estaba adherido a una de las paredes de hormigón. En él, unas letras escritas en sueco. «SMEDSON & SON». Smedson e hijo, tradujo mentalmente. Más advertencias sujetas a estacas podridas e inclinadas. No le cupo duda de que aquellas instalaciones llevaban muchos años abandonadas.

Una serie de monitores Ultra 4k mostraban desde todos los ángulos a James Allen detenido ante la instalación. La única persona que los observaba no dijo nada. Tampoco hizo nada. Únicamente esbozó una levísima sonrisa, casi imperceptible.

James reanudó el camino sin dejar de mirar atrás. Enseguida, aquel misterioso edificio se desvaneció en las tinieblas que proporcionaban las frondosas copas de los árboles. Cuando se acercaba el lindero del bosque, vio atisbos de la granja entre las ramas, frente a uno de los

márgenes del lago. Comprobó en su reloj recién recuperado que estaban a punto de dar las once. Disponía aún de tres horas para regresar a Estocolmo y llegar al Museo *Vasa*. Todo ello, claro estaba, confiando en que Marina cumpliera su promesa y lo estuviera esperando allí. Pero la prioridad era averiguar dónde se hallaba y agenciarse un modo de transporte. Aprovechándose de la protección que brindaban los árboles, estudió el entorno.

Reinaba una sensación de tranquilidad. Un pequeño embarcadero de madera y una lancha amarrada a él. Era una opción, pero desconocía hasta dónde le llevaría ese lago. En su inspección visual divisó una bicicleta y al instante le gustó más esa idea. ¡Dónde iba a parar! Estaba apoyada contra la fachada de madera de un edificio con los portones abiertos. Parecía un cobertizo algo destartalado.

Salió del bosque a hurtadillas, rodeó un cercado con alpacas y se aproximó al cobertizo casi de puntillas. Asomó la cabeza por la puerta y, como solo vio un tractor y balas de heno apiladas, se coló en su interior. A continuación de una colección de herramientas colgadas de unos cáncamos, cuatro chinchetas plateadas sujetaban a la pared un mapa en blanco y negro de la zona.

Dio varios pasos sobre la paja del suelo y se enfrentó al mapa. El lago que rodeaba la granja dominaba el centro como una gran mancha gris. Se llamaba Ullnasjön. En la orilla oriental había una equis marcada y envuelta en un círculo rojo. La granja. También había caminos, carreteras, ríos, más lagos, conjuntos de casas y, en una esquina a la izquierda, Estocolmo. A unos veinte kilómetros. Todo dibujado con meticulosidad y a una escala tan pequeña que se apreciaban los accidentes del terreno con todo lujo de detalle.

—*Vem är du*? —dijo alguien a su espalda.

James apartó el índice del mapa y se volvió con torpeza hacia la puerta. En el umbral distinguió a contraluz la silueta de un hombre robusto. Sostenía una escopeta de caza entre las manos. Un largo cañón apuntaba directamente a su pecho.

46.

El comandante Wells…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

¿HABLA usted mi idioma? —preguntó Allen.

Vio que aquel tipo asentía despacio, pero el arma seguía apuntándole.

—Siento haber entrado en su propiedad. Únicamente pretendo averiguar cómo llegar a Estocolmo.

—¿Inglés?

—Escocés.

El hombre se relajó, bajó el cañón y apuntó al suelo.

—¿Qué le ha ocurrido? Parece que la haya pasado un tren por encima.

Después del accidente del furgón sus prendas, recién planchadas en la lavandería de la cárcel, habían vuelto a quedar algo maltrechas. Una herida en la frente sangraba un poco. Lo que no se apreciaba a primera vista era que aún sentía todos y cada uno de los músculos de su cuerpo.

—He tenido un accidente con la bicicleta, al otro lado del lago —optó por mentir—. Me descuidé en una curva y caí desde la carretera por un terraplén.

Aquella historia improvisada sonó convincente y aquel tipo terminó de relajarse. Apoyó el arma contra el armazón del cobertizo, y le dijo:

—Ande, venga, le invito a un café.

—¿Puede ser una cerveza bien fría?

El hombre le correspondió con una sonrisa franca.

—Empieza usted a caerme bien, una cerveza pues. Pero antes de nada le curaré esa herida. En el campo se le podría infectar.

James fue con él. Atravesaron un huerto con tomateras y lechugas y tomaron el camino privado a la casa, que estaba detrás. De los balcones colgaban macetas con exuberantes matas de geranios. El porche ofrecía una buena vista del lago y del bosque. El hombre le señaló con el mentón dos sillas de madera pintadas de color lavanda y

desapareció tras la puerta mosquitera. Regresó al cabo de un par de minutos con dos botellines de Heineken en una mano y un botiquín en la otra. Su manera de caminar sugería una ligera cojera que procuraba disimular. Depositó las cervezas en el suelo y se puso a curarle la herida a James.

—Perdone que se lo diga, pero no tiene usted pinta de granjero —dijo Allen.

—¿Por qué dice eso?

James torció el gesto.

—No lo sé, su rostro, sus manos… No son los de alguien que se haya pasado la vida entre azadones y guadañas.

—Es usted muy perspicaz. Me llamo Arthur Wells, nací en Tullahoma, un pueblucho de Tennessee en mitad de la nada —dijo con una sonrisa.

—Yo soy Allen, James Allen.

Wells movió la cabeza, pero no hizo amago de ir a estrecharle la mano. Igual aún no se había hecho acreedor de ello.

—No se mueva ahora, señor Allen —le dijo mientras terminaba de colocarle un apósito en la frente. A renglón seguido, se incorporó con un chasquido de las rodillas y recogió las cervezas. Le arrojó una a James y fue a ocupar la otra silla.

—¿Qué hace un yanqui tan lejos de su tierra?

Mientras el señor Wells se planteaba su respuesta, extrajo una pipa de fumar del bolsillo superior de la camisa y, sosteniéndola por la cazoleta, se puso a chupar la boquilla.

—Mi padre George Wells desapareció en el 63, en algún lugar cerca de aquí. Por aquel entonces yo no era más que un mocoso. Treinta años más tarde viajé desde Estados Unidos y pasé casi un año buscando cualquier pista de su paradero.

James desenroscó el tapón de su botella de cerveza y le dio un largo trago que le supo a gloria. Estaba sediento.

—¿Y qué pasó?

—Que no encontré ni rastro de él, pero en su lugar conocí a la mujer más bella que he visto en mi vida. —Sonrió con el recuerdo amargo—. Me casé solo un par de meses después y me quedé aquí a vivir. Era electricista, se me daba bien. Y es un trabajo que podía realizar en cualquier lugar del mundo.

—Y su mujer, ¿dónde está?

—Murió hace cinco años —dijo, espantando una mosca a manotazos. El insecto fue entonces a por James.

—Vaya, amigo, lo siento.

Wells hizo una mueca y, con la mirada extraviada, bebió de su cerveza.

—Cosas de la vida.

—¿Nunca pensó en regresar a Estados Unidos?

Wells bajó la vista al suelo.

—Cuando Selma murió, estuve en un tris, pero al final no lo hice. Aquí dispongo de todo cuanto un anciano puede necesitar para vivir en paz sus últimos días.

James soltó una carcajada.

—Me parece que a usted aún le queda cuerda para rato.

Bebieron cerveza embelesados con el panorama. Decididamente era un magnífico día de verano. Caluroso y seco. De vez en cuando pasaba alguna lancha por el lago y revolvía sus aguas, provocando olas que chocaban con el embarcadero. En el silencio, les llegaba el reclamo de alegres pájaros ocultos entre las ramas de los árboles. James entendía que aquel anciano no quisiera moverse de aquel lugar. Si no estuviera tan apegado a Lochcarron, tampoco él querría moverse de allí.

—¿Puedo preguntarle qué le ocurrió a su padre?

—Mi padre era comandante de las fuerzas especiales. Pertenecía al segundo batallón Ranger. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, decidió quedarse en el Ejército. Durante la Guerra Fría lo pusieron al mando de un equipo de extracción de personas que querían huir del Telón de Acero. Espere un momento.

El anciano se marchó y regresó al instante del interior de la casa con una fotografía en la mano, que le tendió a James. Luego volvió a ocupar su silla y continuó hablando:

—Este era su equipo y su avión. Mi padre es el primero de la izquierda. Fue tomada en el aeródromo de Prestwick, a finales de los cincuenta.

James se quedó mirando una instantánea en sepia de cuatro hombres sonrientes vestidos con uniformes marrones, delante de un Douglas C-47 Skytrain de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Un paspartú de tela color ocre había protegido los bordes a lo largo de los años. Los soldados formaban erguidos con los brazos echados por los hombros de los que tenían al lado. El fondo estaba borroso. Trató de identificar el lugar trayendo a su memoria lo que recordaba del aeródromo. Pero fue inútil. Podía haber sido tomada en cualquier parte. Le dio la vuelta a la foto y observó manuscritos en un pálido color azul los nombres del grupo: Wells (comandante), Forman (sargento/piloto), Bertram (sargento/copiloto) y Fletcher (sargento/navegante).

—Los Ranger son tipos duros —comentó James.

—Los más duros. Siempre los mandaban los primeros. Ya sabe su lema: *«Rangers, lead the way!»*[2]. Desapareció en enero de 1963, durante una misión secreta.

—¿Qué clase de misión?

Arthur se rascó la cabeza, indeciso.

—Lo ignoro. Seguramente extraer a alguien importante para Estados Unidos.

—¿Qué ocurrió?

Arthur permaneció en silencio mientras le daba un sorbo a su cerveza, y siguió contándole:

—La misión fue un fracaso y de los cuatro miembros del equipo solo dos regresaron: Forman y Bertram, los pilotos. Jamás supieron qué fue de mi padre ni de Fletcher. Aquella acción le valió a mi padre una Estrella de Plata. La pensión que conllevaba ayudó a mi madre a sacarme adelante. Al cumplir los dieciocho, también yo me alisté en el ejército. Estuve en el 75.º Regimiento Ranger, pero me licenciaron por una lesión mal curada en la pierna —se miró la izquierda de soslayo —, y eso me obligó a buscar una profesión menos brusca.

—¿Le importa si hago una copia de esta fotografía? Tengo una amiga en el FBI; quizás podría hacer preguntas.

El anciano encogió los hombros. James sacó el móvil que le quitó al traductor y le tomó una instantánea a ambas caras de la imagen en sepia. A continuación, se la devolvió al anciano.

—Viniendo para acá, me he tropezado con unas instalaciones abandonas, ocultas en medio del bosque —señaló James, más que nada para cambiar el tema que había provocado en aquel tipo un profundo estado de melancolía.

Wells chasqueó la lengua y torció el gesto.

—Mal sitio.

—¿Qué es?

—Nadie lo sabe con certeza. Al parecer fue un laboratorio de investigación nazi durante la guerra. Dicen que el mismísimo Ángel de la Muerte visitó ese lugar en varias ocasiones.

—Creí que Suecia había sido neutral en la guerra.

—Está usted en lo cierto. Combates como tal no hubo, pero los alemanes emplearon la red ferroviaria de Suecia para trasladar tropas hasta Noruega y Finlandia, y de ahí, a la Unión Soviética.

—Y ahora… ¿para qué se utiliza ese laboratorio?

—Se supone que está abandonado.

—No le veo a usted muy seguro.

—Veo y oigo cosas extrañas por las noches.

James lo interrogó con la expresión.

—Luces, coches, ya sabe, cosas de esas. Y luego está lo de esa antena.

—¿Qué antena? Yo no he visto ninguna.

—Créame, hay una antena, aunque está bien camuflada.

Una fuerza interior obligaba a James a no seguir mintiendo a aquel hombre que había sido tan abierto con él. Por ese motivo, cerró los ojos un instante, suspiró, y le dijo:

—Señor Wells, debo decirle algo. En realidad, no he sufrido ningún accidente de bicicleta.

El anciano agitó una mano en su silla.

—Lo sé, lo sé. He oído en la radio lo de un fugitivo extranjero que se ha escapado mientras lo trasladaban desde Österåker. ¿Ha hecho lo que dicen? —inquirió, clavando en él los ojos.

—Ignoro lo que dicen, pero sí que soy culpable de algunas cosas. Aunque en mi descargo, le diré que todo lo he hecho por una buena causa.

—Aquel locutor de radio sostenía que la llamada que usted hizo al 112 ha permitido salvar la vida de dos funcionarios. Con eso me basta para saber qué clase de tipo es. Además, hacía años que no mantenía una charla como esta; así que, ¡por el amor de Dios!, termínese esa cerveza y yo mismo le ayudaré a escapar de aquí.

James sonrió para sí, alzó la barbilla y vació el botellín de cerveza. No podía demorarse más. En cualquier momento la policía aparecería por aquella granja.

Wells le explicó cómo llegar a Estocolmo.

—Ha sido un placer conocerlo, Arthur, pero debo marcharme ya.

El anciano se limitó a asentir y se puso de pie trabajosamente, buscando el apoyo de sus dos brazos. Después de estrecharse con brío las manos, James bajó los escalones del porche.

—Señor Allen, llévese la bicicleta. Será más rápido que ir caminando.

—¿Y si le preguntan por ella? —le dijo en la distancia.

El yanqui torció el gesto y en su rostro se pintó una sonrisa burlona.

—Diré que algún gamberro me la ha sustraído.

47.

Bienvenidos a la Bretaña francesa…

Espacio aéreo alemán

—Ya hemos salido de Suiza —exclamó Carmichael con alivio por el micrófono. En la cabina, el ruido de los motores era estrepitoso.

Patricia ocupaba el asiento del copiloto y no le hizo mucho caso. Su atención estaba por entero en el teléfono móvil que le sustrajeron al capitán en aquel templo egipcio. Justo un segundo antes había llegado la respuesta al correo electrónico que enviaron desde el aparcamiento. Debajo del mensaje encriptado parpadeaba una ventana. Banner introdujo la clave y al instante el mensaje fue legible:

Acordamos que las comunicaciones se realizarían siempre a través de correo electrónico.

—¡Demonios!

Carmichael apartó la vista de la ventana delantera de plexiglás y la puso en las manos de su compañera.

—¿Va todo bien?

—No ha colado —dijo. Su tono de voz delataba decepción.

—Inténtalo de nuevo. Dí algo así como… Mmm… no lo sé… «Operación comprometida».

Ella arqueó las cejas.

—¿Operación comprometida? Puff. ¿De dónde has sacado eso, de una peli de James Bond?

—Tú pruébalo —insistió.

Patricia soltó el aire de manera ruidosa y se puso a escribir.

—Ya está.

Mientras aguardaba, dirigió su mirada al cielo celeste. Volaban a seis mil quinientos metros de altura, por encima de algunas nubes blanquecinas que emborronaban la visión. Habían dejado atrás cordilleras blanqueadas y extensas zonas verdes. Del suelo no se distinguía más que ese tono marrón uniforme que indica que

sobrevolaban tierra firme. Nada más despegar, Carmichael había puesto rumbo al norte. Hacia Stuttgart. Según le explicó, la frontera germana estaba bastante más cerca que la francesa.

No tuvieron que esperar demasiado la nueva respuesta.

—¿Qué dicen? —preguntó el piloto.

Patricia siguió el protocolo de desencriptado.

—Locronan. En veinticuatro horas.

Dave la miró desplegando un semblante de suficiencia.

—No digas nada. Ni se te ocurra —se anticipó ella.

—No he abierto la boca.

—Tanto mejor.

—Esto hay que celebrarlo. —Introdujo un brazo bajo un mamparo, sacó la botella de whisky Kilbeggan y le dio un trago.

Ella lo observaba como si hubiese cometido el más execrable de los crímenes.

—¿Es que estás loco? ¿Cómo puedes beber mientras pilotas? Guarda esa botella o yo misma la arrojaré por la ventanilla.

—Vale, vale.

La vio capaz de hacerlo, así que volvió a enroscarle el tapón y la escondió.

—Locronan, Locronan —repetía Patricia—. ¿Dónde quedará eso?

—En Francia.

Aprovechando el viaje bajo el mamparo para guardar el whisky, Carmichael extrajo un fajo de mapas, pasó varios y escogió uno. Acto seguido, lo desplegó sobre sus rodillas y se puso a buscar por él con el dedo.

—Locronan es un pueblito medieval de la Bretaña francesa —comentó Patricia tras hacer una búsqueda en Wikipedia.

Los ojos de Carmichael seguían moviéndose por el mapa.

—Podemos aterrizar en el aeropuerto de Brest. En coche no tendremos más de una hora hasta Locronan.

Cuando dijo esto, contactó por la emisora del avión con el hangar de Prestwick y le trasladó a Kieran sus planes, con el fin de que el irlandés iniciara los trámites administrativos oportunos. Una vez cortó la comunicación, movió el volante en forma de media luna a la izquierda y el Fairchild viró cuarenta y cinco grados para poner rumbo al oeste. Directo a Francia.

Los dos motores turborreactores del avión de doble cola le permitían alcanzar una velocidad máxima de cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora, casi la mitad que un reactor moderno, por ese motivo tardaron casi tres horas en cubrir la distancia que los separaba del Aeropuerto de Brest. En Bretaña les esperaban un cielo nublado y un viento lateral racheado que por poco arruina sus planes de aterrizaje. Al final, la pericia de Carmichael a los mandos hizo el resto

y tomaron tierra a punto de dar las cinco de la tarde.

—Bienvenidos a la Bretaña francesa, espero que los pasajeros hayan gozado de un vuelo confortable y repitan con las líneas aéreas Prestwick.

Patricia, aún pálida por las turbulencias, emitió un gruñido. Una vez que Carmichael acabó con el papeleo burocrático, se encaminaron a la oficina de Avis y alquilaron un Toyota nuevecito con el que llegar a Locronan. Escogieron uno automático. Bastante tenían con preocuparse del sentido de la conducción como para tener también que hacerlo de la palanca de cambios emplazada a la derecha. Antes de que Patricia arrancara, Dave le dedicó una mirada apesadumbrada. Por una vez, sus palabras no sonaron a broma.

—Sabes que esto es una trampa, ¿no?…

Ella dejó de ajustar el espejo retrovisor y le devolvió la mirada, moviendo afirmativamente la cabeza. En ese momento, comenzó a caer una ligera llovizna que llenó de gotas el parabrisas.

—… Y que podemos morir —remató Carmichael.

—También.

—Recuérdame por qué lo hacemos.

—Yo lo hago por Collins. Es más que un amigo. Pero tú no lo conoces tanto como para jugarte la vida por él; así que, si quieres bajarte, ahora es el momento.

—El primer Carmichael se remonta a comienzos del siglo XI. Que yo sepa ninguno fue un cobarde. —Empujó entonces hacia atrás el asiento todo lo que pudo para encajar su cuerpo y cerró los ojos—. Despiértame cuando lleguemos.

Con una medio sonrisa, Patt acabó de acomodarse, introdujo la llave y arrancó.

Al final, el trayecto se alargó más tiempo del esperado. Al parecer, el señor Google Maps no había considerado la tormenta que estalló a mitad de camino. Durante el viaje, casi no hablaron. Patricia seguía enfurruñada por algo que se le escapaba al escocés, quien intentó inútilmente entablar conversación en varias ocasiones, hasta que se dio por vencido y decidió continuar con su cabezadita. Un violento frenazo lo despertó.

—¿Hemos llegado? —preguntó, emitiendo un largo bostezo.

Ella no contestó, solo lanzó un insulto al aire. Carmichael se incorporó en su asiento y se quedó mirando por la ventanilla. Estaban detenidos en medio de una estrecha carretera rural flanqueada por muros de piedra de un metro de alto. Un rebaño de ovejas ocupaba la calzada. El escocés se estiró para desentumecer los músculos agarrotados. En ese momento, llovía a cántaros.

Patricia se quitó el cinturón de seguridad.

—¿Necesitas ayuda? —le dijo él, aún riéndose.

—Puedo yo sola.

Carmichael volvió a recostarse y a cerrar los ojos.

—Vale, pero yo no haría eso.

Con un gesto de exasperación, ella bajó del coche y se metió en la lluvia. Se aproximó al rebaño, azuzándolo para que se moviera.

—Vamos, vamos, apartaos de la carretera… Venga, por favor.

Un gruñido la detuvo. A un par de metros, vio surgir un perro pastor. Era un chucho feo con la piel llena de cicatrices. Su hocico temblaba mientras le mostraba con ferocidad sus colmillos.

—Tranquilo, bonito. Tranquilo.

Banner anduvo de espaldas. Cada paso que daba la alejaba de aquel fiero animal y la acercaba al automóvil. Los gruñidos amenazantes continuaban. Patricia alcanzó la puerta, entró deprisa y cerró de un portazo. Carmichael la recibió con una sonrisa.

—Chica de ciudad, ¿nunca te han dicho que no debes acercarte a un rebaño de ovejas si los perros andan cerca?

—¡Cállate!

Él levantó ambas manos y, sin mediar palabra, se dio media vuelta y volvió a sumirse en una duermevela.

48.

Un fantasma llamado Johann Schmidt…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

CUANDO Nilsson y Brorsson llegaron al lago Ullnasjön, los servicios de emergencia ya estaban desplegados y los periodistas contaban lo sucedido tras la cinta policial. En la carretera había marcas recientes de rodadas que indicaban un brusco viraje hacia el barranco. La carretera estaba cortada y el tráfico había sido desviado en un cruce, dos kilómetros atrás.

—*¿Estás segura de que quieres bajar por ahí?* —dijo Nilsson, mirando la pendiente hasta el furgón.

Brorsson hizo un gesto imperativo y comenzó a descender la ladera de costado, con pasos cuidadosos pero firmes. Para asegurarse, iba sujetándose a las ramas de los árboles que se encontraba por el camino. A mitad de bajada, se cruzaron con policías que subían de tomar fotos e inspeccionar los alrededores. Cuando llegaron al furgón policial, este no era más que un amasijo de hierros retorcidos y humeantes.

—*Brorsson, Säpo. ¿Qué ha pasado?* —le dijo al teniente de la policía de carreteras.

—*Algo golpeó con violencia al furgón. Debió de ser algo pesado. Un camión, tal vez. Lo sacó de la carretera y se incendió*.

—*¿Un accidente?*

—*No lo creo, señora. ¿Ha visto la carretera? Una recta. Buena visibilidad. Costará mucho sacarlo de aquí*.

Brorsson asintió y se alejó, con Nilsson siguiéndole los talones. Los sanitarios terminaban de atender a los dos heridos. Ya habían recuperado la consciencia y estaban tendidos en sendas camillas cubiertos con mantas doradas.

—*¿Cómo están?* —preguntó a uno de los enfermeros.

—*Si no es por el samaritano que alertó al 112, ahora serían fiambres*.

Brorsson prestó atención a cómo cuatro enfermeros comenzaban a subir con dificultad las dos camillas por la ladera.

—*¿Se sabe algo del fugitivo?* —preguntó a Nilsson.

—*No estará muy lejos. Viendo el estado de los accidentados debió de quedar malherido*.

—*Quiero un helicóptero en el aire peinando cada palmo de estos bosques. Registra todas las granjas de la zona. Y que busquen ese camión. Di a los de carreteras que le den máxima prioridad*.

Sonó el móvil de Nilsson y se alejó unos pasos para contestar. Habló unos minutos, cortó y volvió al lado de Brorsson.

—*Por fin buenas noticias. Han identificado al fugitivo. Se llama James Allen. Usó pasaporte británico para entrar en el país. Lo hizo el mismo día de la intrusión en tu despacho, en un vuelo regular procedente de El Cairo*.

—*¿Y qué hay de su compañera?*

La expresión de disgusto de Nilsson le anticipó la respuesta.

—*Aún nada. Siguen investigando al resto del pasaje*.

Brorsson tenía la vista clavada en el lago. Las preguntas se le agolpaban y carecía de respuestas para ellas. En medio del tormento, un pensamiento se abrió camino:

«¿Por qué les ha salvado la vida, señor Allen?».

§

TRAS un rato pedaleando por aquellos caminos boscosos de tierra, James se detuvo ante un paso a nivel cerrado con una barrera. Continuos toques de campana anunciaban que un tren se aproximaba. Mientras esperaba a horcajadas en la bicicleta, sacó el móvil de la cazadora y se puso a escribirle un mensaje a María Ramírez. Había seis horas de diferencia con Washington, así que allí sería muy temprano.

Soy Allen. Le agradecería cualquier información sobre el destino del comandante Wells, del 2.° batallón Ranger. Murió durante una misión en Suecia en 1963.

El wasap lo completó con ambas caras de la fotografía del comando. Deseaba hacer algo por aquel anciano con el que se sentía en deuda, y confiaba en que la agente del FBI pudiera ayudarle en eso. El chirrido de ruedas de acero friccionando por el frenado le hizo levantar un poco la mirada. Vagones de un tren de mercancías traqueteando frente a él levantaron el aire, que lo sacudió ligeramente. Aún no había terminado de guardar el teléfono cuando la pantalla volvió a iluminarse. Abrió la respuesta de Ramírez y la leyó:

Un tipo del Departamento de Defensa me debe un favor. Veré qué puedo averiguar.

Escueto, directo. Como era ella. Él, a su vez, le contestó con el

emoticono del pulgar hacia arriba y guardó el dispositivo. Rebasó los raíles tan pronto como el mercancías pasó de largo y continuó por la ruta que le había indicado Wells. Con veinte minutos de adelanto, llegó a la isla de Djurgården. Dejó la bicicleta en el aparcamiento para bicis del museo *Vasa* y le envió un mensaje al anciano indicándole el lugar donde podía recuperarla. Acto seguido, se puso el último en una pequeña cola que se había formado ante la taquilla.

Antes de entrar al museo, echó una ojeada general, fijándose en las personas que se movían por los alrededores. Pese a que sabía que las probabilidades de que sus caminos volvieran a cruzarse eran ínfimas, no hallar ni rastro de Marina, en el fondo, le decepcionó. En las relaciones personales él se movía con una máxima: prefería ser defraudado que desconfiado. Y en ese preciso instante, en su fuero interno, se sentía muy, pero que muy defraudado.

En el interior, buscó una vez más a Marina sin éxito, luego se centró en el objeto del museo: el *Vasa*. Los sesenta y nueve metros de eslora del galeón de 1628 dominaban una descomunal estancia que se mantenía en penumbra para garantizar la conservación del pecio. La historia de aquel majestuoso navío, que se hundió pocos minutos después de su botadura, era archiconocida. Para él, como arqueólogo marino, aquello era como visitar Disneylandia. Solo había visto pecios sumergidos en un penoso estado. En cambio, aquel era un caso único de un galeón rescatado intacto de las profundidades después de permanecer más de trescientos años bajo el agua. La tecnología y la baja salinidad del Báltico habían obrado el milagro. Obnubilado, fue recorriendo su perímetro con pasos lentos, sin perder un solo detalle de su arquitectura.

—Sabía que no te perderías este espectáculo por nada del mundo.

Esa peculiar voz rasgada lo detuvo en seco en la pasarela por la que se disponía a abordar el navío. Se giró por completo. Incluso en la luz atenuada, reconoció esos ojos brillantes clavados en él. Le entraron ganas de abrazarla, tal vez incluso besarla, pero se contuvo y no realizó ni una cosa ni la otra.

—En cuanto oí lo de tu fuga, estuve segura de que vendrías.

—En cambio, yo no esperaba verte.

Ella hizo un mohín con la boca.

—Puede que tenga más confianza yo en ti que tú en mí.

El escocés endureció el gesto.

—No me vengas con esas. Los dos sabemos que si estás aquí es porque aún crees que puedo serte de utilidad.

Permanecieron unos segundos callados, mirándose. James se apartó de la pasarela a fin de permitir el acceso a una familia.

—Tenemos cosas de las que hablar —apuntó Marina—. Busquemos un sitio más tranquilo.

Se alejaron del museo y se pusieron a caminar por la isla, buscando las zonas umbrías. El sol ya estaba bajando, pero era la hora de más calor del día. Mientras James se quitaba la cazadora y se la echaba al brazo, advirtió que Marina ya no cojeaba. Con indiferencia, la joven extrajo un paquete de cigarrillos del bolso y encendió uno.

—Tienes mal aspecto —dijo ella—. Esas ojeras…

—Prueba a pasar una noche en una cárcel.

—¿Cómo lograste huir? —quiso saber Marina.

—Fue aquella cosa. La del palacete. Sacó de la carretera el furgón que me trasladaba a Estocolmo.

—*¿Cosa?*

James no encontró mejor modo de denominarla.

—Tenía forma humana, pero la vi descomponerse con estos ojos, como en el vídeo que me enseñaste del metro. Ignoro lo que será, Marina, pero te aseguro que *no* es una persona.

Ocuparon un banco a la sombra.

—Cambiando de tema —dijo Marina—. Ya he examinado la información del ordenador de Brorsson.

—¿Y qué? ¿Ha merecido la pena convertirme en el hombre más buscado de Suecia?

Ella ladeó la cabeza, no del todo convencida.

—Ahora sé más cosas que ayer.

—Y eso ¿adónde nos conduce?

—A que nos enfrentamos a alguien extremadamente inteligente. No te lo había dicho antes, pero cuando investigué los ciberataques en Moscú me topé varias veces con un nombre: Johann Schmidt.

—¿Quién es?

—No lo sé. No me mires así, te estoy diciendo la verdad. Nunca he logrado saber más que su nombre. Es muy escurridizo, un fantasma. No existe una sola ficha de él en ninguna agencia de inteligencia del mundo, lo cual no le hace sino parecer nuestro hombre. Si los mejores hackers del planeta trabajan a su servicio, no hay nadie mejor para borrar su rastro.

—¿Y por qué crees que lo hallaremos aquí, en Estocolmo?

—Solo sigo las pistas. Y de momento la más sólida es el enjambre. Y el enjambre nos lleva a los asesinatos de Klara Odell y Sebastian Magnusson.

—¿Quién es Magnusson?

—Es un periodista. Mejor dicho, lo era. Murió anoche en un accidente de tráfico. Su moto se empotró contra el escaparate de una floristería. Oficialmente, las ruedas derraparon en el asfalto. Exceso de velocidad. Firme húmedo por el rocío. No hay caso.

—Pero tú no crees que las cosas sucedieran de esa manera.

—Ni por asomo —dijo, negando con rotundidad.

Allen se la quedó mirando y aguardó a que continuase.

49.

La historia del comandante Wells…

Estocolmo, Suecia

MAGNUSSON dirigía una revista online especializada en temas políticos —continuó comentándole Marina entre caladas al cigarrillo—. Se hizo célebre en los últimos años por destapar asuntos de corrupción en el Gobierno sueco. Recientemente se había convertido en un ferviente activista en contra del nuevo proyecto de ley sobre tecnología.

James seguía sin encontrar las coincidencias, y así se lo hizo ver. Marina cruzó las piernas y tiró al suelo la colilla.

—Klara Odell era funcionaria del Ministerio de Medio Ambiente, el organismo responsable de presentar la ley.

—¿Y Klara Odell también se oponía a la ley?

—Es más que eso, James. Odell y Magnusson se conocían. Que yo haya podido averiguar, habían mantenido al menos tres encuentros secretos en un pequeño bar del centro de Estocolmo. De hecho, la tarde en que Odell murió iba a reunirse con el periodista.

—Resumiendo, tenemos por un lado un fantasma llamado Johann Schmidt que, en tu opinión, está utilizando hackers para provocar el caos en el mundo. Por otro, dos activistas en contra de una ley sobre tecnología muertos en Estocolmo, cuanto menos en extrañas circunstancias. Y por último, una especie de enjambre que es capaz de cambiar de forma y siembra su paso de cadáveres. —Paró un segundo y prosiguió—: ¿Cómo se relacionan estos tres hechos?

—No lo sé. Pero sé a quién preguntárselo: Viktor Smedson.

—¿Viktor Qué? ¿Quién es ese?

—Dirige la empresa tecnológica más innovadora de Suecia. Además, cuenta con los recursos económicos y los apoyos políticos necesarios. Sería uno de los principales beneficiados si la nueva ley de tecnología se aprobara.

A James volvió a asaltarle aquella sensación de que Marina seguía ocultándole información. El sonido de su teléfono móvil, no obstante,

interrumpió sus cavilaciones. Comprobó un segundo la pantalla y se levantó del banco.

—Disculpa un momento. Tengo que contestar.

Marina lo vio alejarse mientras saludaba a un tal Ramírez.

James se metió en un pequeño jardín descuidado. Tras intercambiar frases de cortesía, fueron al grano.

—El tema aún sigue clasificado —dijo ella— y mi contacto no ha podido decirme demasiado. Sí puedo confirmarle que enviaron al equipo del comandante Wells a Nynäshamn, una localidad costera de Suecia, al sur de Estocolmo. Su misión era extraer del Telón de Acero a un prominente profesor de Física de la Universidad de Riga.

—¿Qué importancia tenía ese profesor?

—¿Ha oído hablar del término «Armas Maravillosas»?

James chascó la lengua.

—No me suena. ¿Debería?

—Era un término acuñado por la propaganda nazi para referirse a armas revolucionarias. Capaces de ganar una guerra. La bomba atómica, los cohetes V2…, cosas así. Aquel profesor dirigió durante la guerra un laboratorio secreto en los alrededores de Estocolmo.

James se acordó de las instalaciones abandonadas con las que se topó el día anterior. Arthur le dijo que habían sido un laboratorio de experimentación nazi.

—¿Qué hacían en aquel laboratorio?

—No está claro. Según los informes de los servicios secretos de la época, insertaban en humanos componentes electrónicos para robots.

—¿Cómo pudo salir indemne de sus crímenes de guerra?

—Operación *Paperclip*. ¿La conoce?

James hurgó en su memoria. Era profesor de Historia, pero la Segunda Guerra Mundial no era su especialidad. Caminaba en círculos alrededor de un olmo más viejo aún que el *Vasa*, alzó la vista del suelo un momento y sus ojos buscaron a Marina. Seguía en el banco, a la sombra, ladeando ligeramente la cabeza mientras se encendía otro cigarrillo; por un instante, su rostro se iluminó de un naranja tembloroso bajo la llama del mechero. Demoró tanto la respuesta que Ramírez se vio forzada a decir:

—Señor Allen, ¿sigue ahí?

—Aquí sigo. ¿Operación *Paperclip*? Tampoco me suena.

—Fue un programa secreto que puso en marcha Estados Unidos nada más finalizar la guerra con el objetivo de sacar de Alemania científicos nazis. Recursos y anonimato a cambio de conocimientos.

—Es verdad, algo he leído acerca de eso. Mientras hacían el paripé de juzgar a criminales de guerra suplentes en Nuremberg, por la puerta de atrás americanos y soviéticos se repartían a los titulares.

—No fue nuestro mejor momento.

La línea quedó momentáneamente en silencio.

—Entonces, los soviéticos se hicieron con los servicios del profesor. —Más que una pregunta fue una afirmación.

—Así es —repuso la agente del FBI—. Se le consideraba de vital importancia y Estados Unidos trató en vano de robárselo a los soviéticos. Por esa razón, cuando el profesor contactó con nuestra embajada durante una conferencia en Estambul, tras el verano del 62, y comunicó su intención de desertar, no se escatimaron recursos para traerlo a nuestro bando. Desde ese momento, se estuvo preparando la extracción. Finalmente se ejecutó en la madrugada del 4 al 5 de enero de 1963.

—¿Qué pasó en la misión?

—Fue un rotundo fracaso. Tras recoger al profesor en un punto de la costa letona, un barco pesquero debía trasladarlo a un submarino nuclear de la clase Thresher, que aguardó en vano. Nadie se presentó y no hubo noticias del comando ni del profesor, de quien luego se supo que se ahorcó en sus habitaciones de Riga pocos días después. Esa noche, una fuerte tormenta azotaba la zona, de modo que la teoría más plausible es que el pesquero pudo hundirse con el equipo a bordo.

—¿Qué salió mal?

—Según todas las apariencias, fue una cagada de los Servicios Secretos de la época, si me permite la expresión.

James frunció el ceño.

—Una cadena de errores, en realidad. Uno de los miembros del equipo era un tal Fletcher. Sargento John Fletcher —dijo Ramírez.

James recordaba haber leído aquel apellido en el dorso de la antigua fotografía que le enseñó Arthur.

—Fletcher era alemán de nacimiento —continuó la agente especial del FBI—. Su nombre verdadero era Hans Schmidt…

James no la dejó seguir.

—¿Qué apellido ha dicho?

—Schmidt. ¿Le suena de algo?

Como un fogonazo, James había asociado ese apellido con el nombre de Johann Schmidt que había mencionado Marina. Pero rápidamente lo olvidó. Schmidt debía de ser un apellido tan común en Alemania como Smith o Brown en el Reino Unido.

—No, no, nada, prosiga, por favor, María.

—Hans Schmidt emigró a Estados Unidos en 1933 cuando Hitler ascendió al poder en Alemania. Entonces era un muchacho de apenas dieciocho años. Se alistó en el Ejercito después de lo de Pearl Harbour, como miles de norteamericanos más. Los servicios secretos lo reclutaron en cuanto supieron de su origen alemán. Por aquella época, era muy común utilizar soldados que hablaran alemán nativo para incursiones en tierras enemigas y espionaje. Los Servicios Secretos, no

obstante, les proporcionaban identidades falsas para evitar el rechazo de sus propios compañeros. Lo que inteligencia no sabía era que Hans (o el sargento Fletcher) tenía un hermano gemelo que se quedó en Alemania.

—¿Qué fue de él?

—Acabó dirigiendo un laboratorio secreto nazi en Suecia y tras la guerra ocupó una plaza de profesor de Física en la Universidad de Riga…

—¡No me diga que el profesor que debían extraer era el hermano secreto del sargento Fletcher! —James soltó un silbido.

—Exacto. Un tiempo después se descubrió, además, que Fletcher había retomado contacto con él y lo mantuvo clandestinamente desde finales de los cincuenta. En una de aquellas cartas se mencionaba el nombre de un médico de Londres. Al parecer, algo que también desconocían en Washington era que Fletcher sufría una enfermedad terminal. Apenas le quedaban unos pocos meses de vida al embarcarse en la misión. Para cuando descubrieron aquellos funestos errores, ya era demasiado tarde. La misión había fracasado. Wells y Fletcher habían desaparecido, y el profesor Schmidt se había suicidado.

—¿Y qué pasó entonces?

—Lo que siempre hacen. Tapar la porquería para que no huela. Les concedieron a los dos miembros fallecidos del comando la Estrella de Plata, a título póstumo, y enterraron el expediente entre montañas de burocracia.

—¿Y nunca buscaron los cuerpos de Wells y Fletcher?

—Lo último que querría Estados Unidos sería reconocer oficialmente que habían enviado tropas a un país aliado. Además, era un tema que nadie quería remover. Y eso es todo. Espero que esta información le haya sido de utilidad.

—Mucho. Gracias, María.

—No me dé las gracias. Este país y yo misma tenemos una deuda contraída con usted y con la agente Banner. ¿Me permite preguntarle por qué le interesa este asunto?

—Ya sabe cómo soy. Me gustan los misterios.

Se oyó un suspiro a través de la línea.

—Eso es lo que me preocupa. Tenga cuidado.

Después de cortar la comunicación, James regresó al lado de Marina, que seguía sentada en el banco, observándole. Iba abstraído, con el teléfono apoyado en los labios, pensando en la conversación que acababa de mantener.

50.

Un soberano bofetón…

Locronan, Bretaña francesa

Nubarrones negros se apelotonaban por encima de sus cabezas, cubriendo el pueblo medieval de oscuridad tormentosa.

—Despierta, ya hemos llegado.

En el momento en que Carmichael abrió los ojos, lo hizo con la impresión de haber viajado atrás en el tiempo. Unos cuantos siglos, hasta la Edad Media. El continuo traqueteo del coche sobre el irregular empedrado terminó de espabilarlo. Mientras se estiraba en su asiento, dejó escapar un gruñido.

—Veo que al final conseguiste encontrar el camino.

Patricia no estaba de humor para contestarle y se limitó a enfilar cuesta arriba una calle empinada bordeada de casas solariegas. Al lado de un pozo en desuso que presidía una plazoleta, paró el coche y conectó las luces de emergencia. En el cristal delantero se dibujaba la torre cuadrada de una iglesia gótica, emborronada por el aguacero que seguía cayendo con la suficiente intensidad para provocar riachuelos que corrían cuesta abajo pegado a las aceras. La joven miró a su alrededor y lanzó un suspiro. Locronan se mostraba solitario. No había ni un alma por las calles.

—Deberíamos buscar un lugar para alojarnos —dijo Dave.

Patricia ya lo estaba haciendo en su smartphone.

—Hay un hotel rural muy cerca de aquí. —Desconectó las luces de emergencia, arrancó de nuevo y doblaron a mano derecha en la siguiente esquina. En una angosta callejuela, pasaron bajo un arco de piedra a muy poca velocidad y fueron a dar a una calle solo un poco más ancha que la que acababan de abandonar.

A la derecha, un rústico letrero colgaba ofreciendo habitaciones. La planta de abajo era una *boulangerie*, según rezaba un dintel pintado a mano. La fachada estaba decorada con parterres de petunias de color violeta, ahora desmochadas a causa del viento y la lluvia, y sus ventanas desprendían luz. El Toyota avanzó un poco más y se detuvo

en la puerta. Patricia desconectó el motor.

—Baja el equipaje, voy a ver si consigo habitaciones.

—*Sí, Bwana. Ya me dirá usted adónde lo llevo, massa Banner* —dijo, poniendo acento que había oído en las películas.

Patricia se apresuró bajo la lluvia hasta un portón grueso de madera, y lo abrió hacia dentro con un ligero tintineo de campanillas. El interior desprendía un reconfortante aroma a pan recién hecho. Una mujer regordeta y de pelo rizado la recibió con una extensa sonrisa.

Mientras Patricia le explicaba que buscaban un par de habitaciones para pasar la noche, entró Carmichael y depositó las bolsas de viaje en el suelo. La lluvia lo había empapado y tenía el pelo pegado a la cabeza. Amelie, que así se llamaba la mujer, se asomó por la abertura en forma de arco que daba al obrador e indicó algo a un tipo que horneaba dulces. Acto seguido, le pidió a sus huéspedes que la acompañaran.

Volvieron a la lluvia y entraron deprisa por el portal contiguo. En cuanto Amelie pulsó un interruptor, una angosta escalera se iluminó. Subieron. El agua tamborileaba en el tejado, provocando una sensación un tanto agobiante. En un pasillo corto abuhardillado había dos puertas, una al lado de la otra. La propietaria las abrió con una enorme llave y los invitó a pasar. El ambiente de las habitaciones era casi tan confortable como el de un hogar. Una vez les explicó el básico funcionamiento de las cosas, les mencionó que en Locronan estaba prohibido circular con el coche, deberían por tanto aparcarlo en la entrada del pueblo, si no querían que la grúa lo retirase. En eso, se mostraban inflexibles. Nada de vehículos a motor.

Tras una ducha reparadora, Patricia rebuscó en su bolsa y escogió unos vaqueros y una blusa. El resto lo fue colgando en un ropero macizo. Su equipaje era un auténtico desastre. Cabía imaginar que estaría fuera un par de días a lo sumo y ya llevaba una semana, entre Londres, Guildford, Prestwick, Egipto, Suiza y, ahora, Francia. Sacó el vestido negro de Dior y sus labios pintaron una sonrisa irónica. No disponía de casi nada para ponerse, pero sí de un vestido de cuatro mil libras.

Cuando salió de nuevo a la calle, había escampado. Serían sobre las ocho y Carmichael la esperaba ya en la acera de enfrente, bajo la marquesina de una tienda de recuerdos. Un gato negro se deslizaba pegado a las fachadas de las casas.

—Me ha dicho Amelie que en la calle por la que subimos con el coche hay una tasca, en una placita con una fuente —dijo ella.

Recordaron la advertencia de la casera respecto a la prohibición de circular con el coche por el casco antiguo y lo llevaron fuera del pueblo. Para cuando emprendieron el camino de vuelta andando tranquilamente por la calle empinada, la tormenta se marchaba al

oeste, dejando en el aire un abundante olor a tierra mojada. A lo lejos se dejó sentir el fragor de una cadena de truenos. El borboteo del agua los sorprendió antes de llegar al pilón de piedra y a la placita, un poco más arriba.

En una fachada con una ventana iluminada había un cartel que ponía «TASCA SORALUZE». Entraron. Había bastantes parroquianos que les echaron un vistazo escrutador mientras ellos dos ocupaban una mesa de madera en un rincón. Estaba llena de inscripciones hechas con navaja. Corazones, iniciales y cosas así. De fondo sonaba música instrumental. Aún se acomodaban cuando se les acercó un hombre de aspecto rudo y pelo desaliñado que se manejaba con la desenvoltura de un propietario.

—Puedo ofrecerles un bocadillo. Aquí tienen la lista.

Efectivamente, era el dueño. Jesús, un vasco exiliado en Francia que se expresaba con cierta retranca. Solo el olor a magro que llegaba de la plancha les supo a gloria. Ambos lo escogieron de panceta y queso curado.

Además, tomaron cervezas. Muchas cervezas de barril. Una tras otra. Patricia seguía apagada y melancólica, y ni siquiera el alcohol que recorría sus venas logró animarla. Carmichael se había rendido hacía tiempo a mantener una charla normal que no acabara en discusión.

—¿Qué narices querrá decir el correo electrónico que nos enviaron? «Locronan, en veinticuatro horas» —dijo ella por fin—. ¿Que alguien vendrá a buscarnos?… No saben dónde estamos.

—No te agobies. Yo, en estos casos, siempre hago lo mismo. —Y dio un mordisco indiferente a su bocadillo.

Ella se lo quedó mirando, exacerbada.

—¡¿Qué es lo que siempre haces?!

—Esperar.

Ella agitó la cabeza.

—¿Ese es tu magnífico plan? ¿Esperar?

Carmichael acabó de tragar. Luego apuró la cerveza y alzó su jarra vacía al dueño. Ya estaban discutiendo de nuevo.

—Eso es. Si no nos han dado más datos, no te preocupes. Ellos, sean quienes sean, nos encontrarán.

En ese momento, Jesús colocó otras dos jarras de cerveza en la mesa, recogió las vacías y se marchó. Patricia iba a protestar ante aquella manera de pensar, pero encontró bastante sentido a las palabras de Carmichael, de modo que se limitó a llevarse la jarra a los labios, entre cabreada y ausente. Con el transcurrir de los minutos el ambiente del local se cargó de humo y de voces. Un vetusto reloj de pared dio las diez.

—Te espero afuera. —La joven recogió su bolso y salió.

Cuando Carmichael asomó por la puerta, la encontró apesadumbrada, con los brazos rodeando su cintura. Era noche cerrada. En la placita había un par de farolas que la iluminaban con un fulgor amarillento.

—¿Vas a contarme por qué llevas malhumorada todo el día?

—Tú no lo entenderías.

—¿Por qué? ¿Por que soy un superficial? —Ahora el enfadado era él, que apretó el paso y se adelantó unos metros, algo tambaleante, mascullando cosas ininteligibles.

—¡Vete a la mierda! —dijo Patricia.

Carmichael se giró a medias e, impulsado por el alcohol, siguió diciendo en la distancia:

—James es un tío decente. Él es la razón por la que estoy aquí soportando esto. Pero ¿por ti? ¡Ja! Si fuera por ti, ya me hubiera subido a mi avión y largado de aquí. —Puso la mirada en el frente, introdujo las manos en los bolsillos y se puso a andar de nuevo, a paso enérgico.

—¡No te enteras de nada! Solo vas a lo tuyo.

Carmichael se paró, se dio la vuelta y la apuntó con el índice.

—¿Sabes cuál es tu problema? Lo quieres tener todo bajo control, y la vida no es así.

—Yo no soy una controladora —farfulló.

—¿Ah, no? ¡Para ti todo es una competición! ¡Y siempre tienes que ganar! —Se echó de nuevo a andar.

—Es que… No había vuelto a Francia desde la muerte de mi madre… —Su voz se fue apagando, hasta quebrarse.

Carmichael detuvo sus pasos lentamente y giró el tronco.

Patricia estaba quieta. Encogida por el relente nocturno. Temblaba y hasta él llegaban sus gemidos. Entonces cometió una locura imperdonable. Volvió al lado de ella y la besó. El rostro de la joven se ruborizó primero, luego le dedicó al escocés una mirada furibunda y le soltó un bofetón que resonó en la plaza como un disparo.

51.

Una cara sonriente con tres corazones…

La jornada en aquel lugar comenzaba muy temprano, y el viernes no fue distinto de los demás días, aunque Collins llevaba en pie largas horas; a decir verdad, no había logrado pegar ojo en toda la noche. Simulaba jugar a la PlayStation, pero en realidad ultimaba con Katya la forma de escapar de allí. Al principio se mostró inseguro con la idea, pero la teoría de su nueva amiga, convincente por otra parte, de que se deshacían de los hackers en cuanto estos dejaban de serles de utilidad terminó por convencerlo de que, bajo aquella almibarada apariencia, se escondía un plan malévolo urdido por una mente perversa.

A pesar de que Collins era un tipo que se movía por la vida con bastante desinhibición, no era un aventurero y le incomodaban los cambios bruscos. Él se manejaba con sus propios tiempos. Por esa razón, se mostraba aún algo reticente a las premuras de Katya por escapar esa misma noche. «¿Por qué esperar?», le repetía machaconamente. No obstante, algo que ocurrió esa mañana precipitó los acontecimientos y lo espoleó a cambiar de opinión.

Tratando de convertir su último programa en lenguaje máquina se topó por casualidad con el nombre de su amigo James Allen, y decidió investigar un poco más. Descubrió que desde hacía unos seis meses habían estado confeccionando un completo dosier con todos sus movimientos y actividades. Al parecer, tras recibir el disparo a las puertas de la escuela primaria de Lochcarron, hacía de eso ocho días, había viajado a El Cairo con Patricia y Carmichael, y posteriormente a Estocolmo, acompañado de una tal Marina Semiónov, quien también disponía de su propio dosier. Eso le llamó poderosamente la atención. ¿Qué harían allí? ¿Estarían buscándolo a él? ¿Estaría él en Estocolmo?

Eran preguntas que requerían respuestas y sabía quién podría proporcionárselas. Al instante, le envió un mensaje a Katya, informándola de su hallazgo. La respuesta que recibió, sin embargo,

no fue la que esperaba.

—¡Es mi hermana!

—¿Marina Semiónov es tu hermana? ¿Qué hace con mi amigo James?

—Ni idea.

Durante varios minutos la comunicación entre ellos se silenció. Al cabo, Collins escribió:

—Están en peligro. Hay que ayudarlos. De acuerdo, lo haremos esta noche.

Katya le contestó con un escueto emoticono: una cara sonriente con tres corazones.

52.

El toque de campana…

Locronan, Bretaña francesa

La mañana siguiente algo desveló a Carmichael. Cierto sonido que procedía del exterior. Lejano. Creciente. Continuado. Extraño. Un temporal de viento y olas, lo cual resultaba imposible puesto que la costa quedaba a unos cuantos kilómetros al oeste. Estaba tumbado de lado, con el brazo por debajo de la almohada. Tenía una resaca de mil pares de demonios. Se rebulló entre las sábanas, le dio la espalda a la franja de luz matutina que se colaba entre las dos pesadas cortinas y trató de quedarse dormido otra vez. No tardó en colocarse bocarriba, prestando atención a aquel runrún que se le había metido en el oído. Estaba intranquilo. Finalmente, le pudo la curiosidad y se levantó con cuidado de no hacer ruido.

Desnudo, fue hasta la ventana, apartó un poco una de las cortinas, dejando entrar la luz, y asomó la cabeza. Esperó unos segundos con los ojos entornados antes de ponerse a buscar el origen del ruido. La ventana abarcaba la vista de un extenso campo. Hectáreas y hectáreas de cultivos sin segar. El sol cálido del amanecer dotaba de un tono desvaído a las colinas que rompían la línea del horizonte. Una suave brisa zarandeaba las copas de los árboles. Soplaba de norte a sur. Él reparaba en esas cosas…

De repente, su semblante adquirió un marcado aire de preocupación. La resaca desapareció y la adrenalina ocupó su lugar.

—Tienes que ver esto —dijo, apremiante.

Patricia emitió un gemido largo y profundo, miró sus pequeños pechos desnudos y los cubrió de inmediato con las sábanas. Aún algo mareada, se sintió desorientada. Esa no era su cama, ni esa su habitación. Al momento, reparó en las anchas espaldas de Dave. Miraba por la ventana abierta, en medio de flotantes motas de polvo

que relucían con los rayos del sol. ¡Por Dios, estaba desnudo! Pero ¡¿qué había hecho?! De inmediato, la noche anterior acudió a su mente con nitidez: el alcohol, el beso, el bofetón, y luego… Un intenso rubor le cubrió el rostro.

—¡Ven a ver esto! —insistió él.

Patricia agradeció el tono rudo de Carmichael. No hubiera soportado un «buenos días, cielo»; o algo peor, como un «estuviste fantástica». Rodeó su cuerpo con la sábana y, pasito a pasito, como quien lleva un vestido ceñido hasta los tobillos, fue junto a Dave y también se puso a mirar por la ventana.

Una lejana mancha grisácea se movía uniformemente sobre el cielo raso. A su paso dejaba una sombra negra sobre los campos.

—¿Qué quieres que mire?

—La nube.

—¿La nube? ¿Qué le pasa?

—Fíjate bien en la copa de los árboles. Se mueve contra el viento.

Banner forzó la visión. Tenía razón. Parecía una bandada de cuervos, pero saltaba a la vista que no eran pájaros. Entonces le vino el recuerdo del enjambre del Nilo, y el enrojecimiento de su rostro fue sustituido por un blanco cadavérico. De repente, el enjambre se dividió en dos. Una parte tomó dirección sur. La otra, norte. En el centro de ambas: Locronan.

—Tengo que hacer algo —dijo Carmichael, que dio la espalda a la ventana y comenzó a vestirse muy deprisa.

Mientras se ataba los cordones de los zapatos, Patricia le dijo:

—¿Adónde vas?

—A la iglesia.

Cuando el escocés iba a salir por la puerta de la habitación, se volvió un momento hacia ella.

—Ten mucho cuidado. Ya sabemos de lo que es capaz esa cosa. —A renglón seguido, abandonó la habitación a la carrera.

Patricia se quedó de pronto sola, oyendo los pisotones de Carmichael por los escalones. No sabía qué hacer. Volvió a mirar por la ventana. El enjambre que se acercaba por el norte cayó sobre un prado con decenas de vacas pastando. Unos cuantos segundos dejó de ver a los animales. Luego el enjambre remontó el vuelo, dejando tras de sí un reguero de formas inertes.

—¡Dios mío!

Banner salió de su parálisis y se quitó la sábana que envolvía su desnudez. Sin tiempo para una ducha, se puso a buscar su ropa interior por el cuarto. En ese momento, le llegó el tañido de las campanas de la iglesia.

«Buena idea, Dave».

En los pueblos, el toque de campana ponía en alerta a los

parroquianos. Un método eficaz, aunque arriesgado. A veces, respondían saliendo a la calle atrapados por la curiosidad. Entonces supo qué debía hacer ella: advertirles.

En menos de un minuto, empujaba con brusquedad la puerta de la panadería. Amelie la recibió con un aire cansado. Probablemente, habría madrugado mucho para que las vitrinas estuvieran ya colmadas de dulces.

—*Qu'est-ce qui se passe?* —preguntó la dueña de la tienda, tan pronto como vio la expresión alterada de Patricia.

—*Amelie, no hay tiempo para explicaciones. Asegure la puerta y las ventanas, y no salga a la calle*. —El tono en el que lo dijo no admitía réplica.

A renglón seguido, volvió a la luz del día. Trotó por las calles, todavía salpicadas de charcos por las lluvias de la víspera. Miraba hacia puertas y ventanas, avisando a quien se asomaba del peligro que corría.

No estaba segura de si le harían caso o no. Pero debía intentarlo. Recorrió de principio a fin una calle de tierra batida con tejos a ambos lados. No se tropezó con casi nadie. Aún era temprano. Eso era bueno. Volvió una esquina y llegó a la calle principal. Empinada. Aunque esta vez ella iba cuesta abajo, avanzando por el centro de la calzada. El repique de las campanas quedaba a sus espaldas. Tampoco había nadie. Una tienda de artesanía y otra de muebles de segunda mano levantaban el cierre. Banner se fue en diagonal hacia ellas y avisó a sus propietarios. Ambos, hombres maduros, se la quedaron mirando con suspicacia y terminaron de abrir los locales.

Banner fue a parar a la plazoleta, donde se detuvieron la víspera con el coche. Subió a la pequeña acera que circundaba el pozo en desuso y apoyó la espalda en él, para recuperar el aliento. Comenzaba a hacer calor y estaba sudando. Necesitaba con urgencia una ducha caliente para volver a sentirse limpia, pero eso tendría que esperar…

El toque de campana había cesado.

En eso, reparó en Carmichael, venía corriendo directo hacia ella. Pegaba gritos y gesticulaba como si fuera un poseído. Ella apartó la espalda del pozo y aguzó la vista en su dirección. Ni un minuto después la nube negra surgió arremolinada por encima de la torre cuadrada de la iglesia, la ocultó un segundo y descendió en picado hacia la calle.

—Mierda, mierda, mierda, mierda…

Patricia buscó desesperada un lugar donde ocultarse.

Solo halló uno.

53.

Ahora les pertenezco…

Estocolmo, Suecia

El amargo sonido de un violín despertó a James en el apartamento de Drottninggatan. La estampa estereotipada de los pisos francos era bien distinta de la realidad. Nada de aparatos electrónicos, armas escondidas tras los tabiques, o inviolables sistemas de seguridad. Aquella vivienda era como cualquiera otra de alquiler. Muebles funcionales cubriendo huecos, una nevera, un televisor, cuadros de saldo en las paredes, incluso recordaba haber visto una radio con pilas.

Abandonó la cama desperezándose y persiguió las notas tristes y melancólicas por el pasillo. De camino, hizo una parada en el baño para borrar su expresión de recién levantado. Localizó a Marina en el salón, vestida solo con la parte de arriba de un pijama. Estaba sentada en una silla, agitándose de un lado a otro con los ojos cerrados. Entre su mano derecha y la barbilla sujetaba un violín. Con la otra mano, balanceaba el arco sobre las cuerdas. Embelesado, perdió toda noción del tiempo con el hombro apoyado en la jamba de la puerta.

James sostenía que siempre que una chica había significado algo para él hubo un momento, un instante preciso, en el que cambió la forma en que la miraba. Con Victoria, fue verla tratando de pescar su zapato en el puerto de Slumbay, en Lochcarron; en el caso de Alessia, al entrar en su habitación de aquel motel de Springfield y pillarla en ropa interior. Meses más tarde, cuando pensara sobre ello, no le cabría duda de que, respecto a Marina, ese momento mágico fue precisamente aquel…

La melodía cesó.

—Ah, ya te has levantado. ¿No te habré despertado?

—Que va —mintió—. Pero no pares por mí.

—No, si ya iba a dejarlo.

—¿Suelen haber violines en los pisos francos? —preguntó él, mirándola guardar el instrumento dentro de su funda.

—Viví aquí hace unos años —fue su concisa respuesta.

Dejó la funda sobre el sillón y se dirigió a la cocina. Tras conectar una máquina de café de cápsulas, abrió el frigorífico y se inclinó para mirar dentro.

—¿Quieres uno?

James meneó la cabeza y los pelos desgreñados se movieron.

—Me gusta el café de verdad —respondió, mirando los muslos desnudos de la joven. En algún momento, Marina había retirado las grapas y se había cosido puntos de sutura en la herida.

Ella asomó la cara por encima de la puerta del frigorífico.

—Qué extravagantes sois los ingleses.

Aquello le arrancó a James una sonrisa.

—De hecho, no soy inglés. La gente del continente tiene la manía de confundir las cosas.

La cafetera gorgoteó y la taza se llenó de café. Ella cerró la puerta de la nevera con un tetrabrik en la mano y vertió un poco de leche en la taza. Con la espalda apoyada en la encimera, sopló sobre la bebida humeante antes de darle un sorbo precavido.

El cielo azul aparecía enmarcado dentro de un rectángulo de cristal. Algunas nubes blanquecinas se movían con displicencia.

—¿Cómo acaba alguien como tú siendo… alguien como tú?

—¿Te refieres a por qué me hice espía?

Él asintió.

—Bueno, desde el fin de la Guerra Fría el mundo del espionaje ha cambiado radicalmente. Ahora, la mayoría del tiempo lo pasamos pegados a un ordenador, elaborando informes para nuestros jefes, quienes a su vez lo elevan a los suyos, que a su vez los llevan a comités y que, finalmente, terminan en un cajón, junto con otros informes cubiertos de polvo.

—No suena muy divertido.

—Es que no lo es.

Allen percibió un tono de amargura en aquellas palabras.

—¿Y por qué no lo dejas?

Marina depositó la taza vacía en el fregadero. Abrió el grifo y dejó que el agua cayera sobre ella.

—No es tan sencillo.

—Yo creo que sí, solo tienes que irte. Es tu decisión.

—No lo entiendes. Ellos han invertido mucho dinero en mí. Ahora les pertenezco. Jamás me dejarán ir.

—Tal vez exageras un po…

—¡¿Que exagero?! —Tuvo un súbito arranque de mal genio—. ¿También exageraba Litvinenko, envenenado en Londres con polonio? ¿O Perepilichnyy, al que encontraron muerto en la calle con gesemio en el estómago? No sabes de lo que hablas.

En algún momento algo había dicho James que la había irritado, pero no sabía qué, así que se mantuvo tranquilo. Se apartó del quicio de la puerta y fue hasta el fregadero para cerrar el grifo, que seguía soltando agua y salpicando la encimera.

—Oí ambos casos en las noticias y no tienen nada que ver contigo. El primero creo que era un exagente de inteligencia que huyó de Rusia después de enfrentarse a Putin; y el segundo, un oligarca que vete tú a saber en qué líos andaba metido.

Ella escapó de James y fue hasta la puerta. Antes de abandonar la cocina se dio la vuelta y, más calmada, dijo:

—El mundo real es más complicado. Mucho más.

—Al final, no me has contado por qué te hiciste espía.

Ella tampoco pudo remediar que sus facciones se relajaran.

—Otro día. Ahora tenemos una cita con la esgrima. —Y desapareció por el pasillo, dejando a James intrigado.

Unos minutos después el rumor del agua de una ducha llenó el apartamento.

§

EXACTAMENTE veintidós horas y catorce minutos después de que Allen escapara, la policía continuaba sin noticias del fugitivo. Los perros habían seguido su rastro hasta una granja, a unos tres kilómetros del lugar del accidente. Pero allí se esfumaba. El propietario, un inmigrante estadounidense septuagenario, aprovechó la visita de la policía para denunciar que le habían sustraído una bicicleta.

—*¿Cómo es posible que nadie lo haya visto? Hay cámaras de vigilancia por todas partes* —se quejó Brorsson a las espaldas de su ayudante, que estaba atento al monitor de su ordenador con la barbilla apoyada en la mano. No era más que una pregunta retórica. Conocía la respuesta de antemano. Podía estar en cualquier parte de Suecia, o incluso haber cruzado a Noruega o Dinamarca. El mundo actual sin fronteras se había convertido en una pesadilla para las fuerzas del orden.

Nilsson volvió medio cuerpo en su asiento y se encontró con un rostro a mitad de camino entre la decepción y el enfado.

—*Resulta evidente que está recibiendo ayuda. Mira*. —Movió el ratón por la pantalla y abrió un archivo. Una imagen algo borrosa de dos personas sentadas en un banco ocupó una parte del monitor—. *Una cámara de seguridad delante del Museo* Vasa *la tomó ayer. Este, sin género de duda, es James Allen. La otra persona está de espaldas, pero opino que es una chica.*

—*¿La chica del este?*

—*Apostaría a que sí. La bandolera que lleva es la misma*.

—Seguimos sin ponerle nombre a su cara.

—Debió de usar el pasaporte de otra persona. Es más seguro que falsificar uno —conjeturó Nilsson—. *Los agentes de aduanas tienen ante sí largas colas. Dedican solo un par de segundos a alternar la mirada entre una foto antigua y la persona que tienen delante. Con el pelo de otro color, más corto o más largo, maquillaje, gafas… En fin, ¿qué quieres que te diga?*

Saga se frotó la cara con ambas manos.

—Mantén la alerta, no quiero que nadie baje la guardia.

—Suponiendo que viajara en el mismo vuelo que James Allen, solicitamos a la compañía aérea el listado de pasajeros. Hemos aislado a las mujeres, pero investigarlas una a una llevará tiempo. Son ciento ochenta y tres, de siete nacionalidades diferentes —se lamentó.

—¿Adónde fueron nuestros tortolitos después del museo?

Nilsson puso otra imagen en la pantalla.

—Tomaron un barco para turistas. Las cámaras los perdieron.

En medio del ruido de la oficina permanecieron callados.

—¿Tienes noticias de aquel objeto extraño que hallaron los de la científica en el palacete? —preguntó Brorsson.

Nilsson volvió a ladear el cuerpo para mirar a su jefa.

—¿Te suena el nombre de Viktor Smedson?

Brorsson frunció el ceño, repentinamente preocupada.

—A quién no. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Puedo hablar en confianza?

—Siempre lo has hecho.

—Opino que de alguna manera está implicado.

Brorsson se llevó el índice a los labios para que callara y lanzó una mirada furtiva a su alrededor. Tenían demasiado cerca otras mesas con otros agentes ante sus ordenadores.

—No digas ni una palabra más. Vamos a mi despacho.

54.

La oscuridad cubrió sus almas…

Locronan, Bretaña francesa

CARMICHAEL estaría a unos treinta metros de ella. A causa del empedrado, su carrera no era firme y Patricia temía que, de un momento a otro, trastabillase y cayese, lo que sería su perdición. La velocidad de aquella cosa era increíble. Volvió a mirar en torno a sí. Al momento, sus ojos recalaron en el pozo y una idea descabellada se formó en su cabeza. Sin perder un segundo más, apartó un poco la tapa redonda de madera que lo cubría e iluminó el interior con la linterna de su teléfono móvil. Habría unos dos metros de caída libre hasta el agua, que se veía negra. Luego se volvió hacia el escocés, que ya estaba a tiro de piedra.

—¡Venga, vamos!

En cuanto Carmichael comenzó a tocar las campanas, los dos enjambres cambiaron de rumbo.

Hacia el ruido. Hacia la iglesia. Hacia él.

Entonces, salió de allí pitando. Bajó del campanario saltando sobre los escalones, cruzó corriendo el pórtico y el cementerio que rodeaba la iglesia bretona y se abalanzó hacia la calle. Tan pronto como vio a Patricia haciéndole gestos apremiantes, el escocés modificó la trayectoria de su carrera y se dirigió hacia ella. No necesitaba mirar atrás. Sabía lo que se le venía encima. Oía por todas partes el zumbido, como la dinamo que alimenta las luces de una bici.

Estaba a tan solo unos metros y vio cómo Patricia se ayudaba de la estructura oxidada del pozo para subirse al reborde, y se dejaba caer dentro con los pies por delante. Antes de imitarla, encajó la tapa como pudo haciendo malabares.

Un profundo chapoteo reverberó en aquel claustrofóbico cilindro de piedra. Patricia estaba a su lado con la respiración ajetreada. Se mantuvieron a flote aferrándose a las paredes. Miraron hacia arriba

sin decirse nada. Con las premuras, la tapa no había quedado del todo en su sitio y una media luna de luz marcaba la salida. De repente la poca luz se eclipsó y comenzaron a sentir picotazos en la cara y en los brazos.

—¡Sumerjámonos! —dijo Patricia, fuera de sus casillas.

Contuvieron la respiración y se zambulleron. El ataque cesó al momento. Toda aquella escena macabra duró unos larguísimos segundos. Finalmente, la ondulante media luna de luz volvió. Pero de todas formas permanecieron bajo el agua un poco más. Asomaron las cabezas, y fueron recuperando la calma.

Patricia estudió el pozo hasta encontrar en las piedras una ruta por donde escalar. Agarró entonces un saliente, se impulsó hacia arriba y sacó medio cuerpo del agua.

—¿Adónde crees que vas?

—Tengo que saber qué está ocurriendo afuera. —Paso a paso fue trepando cautelosamente. Cuando llegó arriba, la joven introdujo los dedos por la abertura y arrastró la tapa de madera por la piedra. Una vez hecho, sus ojos recorrieron la plaza.

En ese momento, una mujer con un vestido rosa apareció huyendo despavorida por una esquina. No había sino dado unos cuantos pasos por la plaza cuando regresó el zumbido. La mujer se paralizó en el acto y se puso a dar vueltas sobre sí misma, buscándolo. Patricia también lo hizo, asomando un poco más la cabeza y girándola en un ángulo poco natural.

Ninguna de las dos lo vio venir.

En un visto y no visto, la mujer del vestido rosa estaba envuelta en una espesa y desenfrenada negritud. Banner la vio caer al suelo, retorcerse histérica, elevarse en el aire. Todo ello entre gritos espeluznantes. De improviso, la nube realizó algo que le provocó una sombría inquietud. Abandonó el cuerpo, dejándolo inmóvil, y se dividió en multitud de enjambres más pequeños que comenzaron a lanzarse contra las ventanas de los caseríos que circundaban la plaza. Una cortante tormenta de cristales cubrió el empedrado. El aire se llenó con rapidez de alaridos pavorosos. Del ruido de cosas cayéndose de sus sitios… Aquello era descabellado. ¡No podía ser real!

—¿Qué está ocurriendo? ¡Dime algo! —le dijo Carmichael en un susurro alto, desde el agua. Empezaba a tener frío, de modo que él también escaló la pared.

Ella volvió a meter la cabeza dentro del pozo.

—Dave, tenemos que hacer algo.

—No podemos hacer nada. Solo permanecer escondidos.

—¡No puedes hablar en serio! Ahí fuera esta muriendo gente —insistió ella, sin darse por vencida.

—Entiéndelo de una puñetera vez. Locronan es un pueblo fantasma.

Todo el que no esté bien escondido morirá. Y si salimos ahí afuera, también nosotros la palmaremos.

—Entonces, ¿vamos a dejar a toda esa gente a su destino? —murmuró, descorazonada.

Carmichael no dijo nada, tampoco era una pregunta, solo un pensamiento desesperado revelado en voz alta; ella se limitó a buscar un apoyo para sus dos pies, agachó la cabeza y cubrió del todo la entrada del pozo sin importarle el ruido que hacía. En cuanto la tapa encajó en su sitio, la oscuridad volvió al recinto.

Y a sus almas.

55.

El hombre de mirada aterradora…

Estocolmo, Suecia

CUANDO el alfiler se clavó en la pierna de Viktor Smedson, la Tierra dejó de girar durante unos tensos segundos. El magnate, sin embargo, no pareció percatarse y ni se inmutó. Su aire preocupado desvelaba que su mente estaba en otra parte y todo lo que sucedía a su alrededor le traía sin cuidado. El sastre, un hombrecillo ataviado con bifocales de alta graduación, respiró aliviado y continuó tomando medidas.

—*Únicamente queda el tiro, señor Smedson* —dijo, colocando la cinta métrica en la parte superior interna de la pierna. Nada más terminar, se enderezó con dificultad y apuntó con un lápiz unas cifras que había memorizado—. *Listo. Tendrá su traje la próxima semana*.

Viktor se tomó unos segundos en arreglarse la corbata ante un largo espejo y con un gesto impaciente de la mano pidió su americana. El sastre se la colocó y de paso deslizó las manos con suavidad por ambos hombros, eliminando unas arrugas imaginarias. Tan pronto como su distinguido cliente salió por la puerta, volvió a abrir al público la tienda, las mesas de sastre se ocuparon de nuevo y las máquinas de coser comenzaron a traquetear.

El bullicio del exclusivo barrio de Östermalm le llenó los oídos de inmediato. Viktor se quedó parado un instante bajo la radiante luz del sol buscando con la mirada; acto seguido, cubrió en tres largas zancadas la distancia con el bordillo y se dejó caer en el interior del vehículo. El conductor cerró con delicadeza la portezuela trasera y ocupó su asiento.

—*Tengo prisa* —dijo con un tono de quien está habituado a mandar y a que le obedezcan.

Cuando se aseguró de que el señor Smedson se había acomodado en el asiento de cuero, pulsó el botón de arranque y se sumó al denso tráfico de la ciudad. Aislado de lo que ocurría en el exterior, el cómodo habitáculo permanecía en absoluto silencio. Como cada día,

había memorizado la agenda de su jefe —después del sastre, tocaba ir al club de esgrima, a unas pocas manzanas de allí—. Por lo general, era un hombre déspota y seco, pero esa mañana lo encontró más desabrido de lo acostumbrado. Y aquello solo podía significar una cosa. Problemas. Por propia experiencia sabía que los problemas del señor Smedson no eran como los de las personas corrientes. Cuando se le veía así, es que se avecinaba un auténtico cataclismo.

Al tiempo que el Audi A8 serpenteaba entre los vehículos, el silencio se interrumpió con el sonido de un móvil. El hombre de negocios hurgó en el bolsillo interior de su americana y extrajo el dispositivo. Antes de descolgar lo observó un segundo.

—*Ministra Lövin* —repuso lacónicamente. Su gesto no varió un ápice. Nada de bufonadas serviles. Luego permaneció callado, escuchando imperturbable. Cuando le tocó el turno de hablar, su entonación fue áspera, dura. Nadie diría que al otro lado del teléfono se encontraba una reputada miembro del Gobierno.

»*No toleraré más retrasos. La semana que viene esa ley de tecnología tiene que estar aprobada. No hace falta que le recuerde, ministra, lo que hay en juego*.

Después de hablarle como a un empleado cualquiera, Smedson colgó y realizó una nueva llamada, en esta ocasión a su abogado. En una intersección de calles, el sedán se detuvo en un semáforo y el motor se paró maquinalmente. El silencio era completo. Su interlocutor atendió la llamada antes de concluir el primer timbrazo. Algo a lo que también estaba acostumbrado.

—*Marcus, tengo una llamada perdida tuya* —dijo, y se puso a escuchar.

El semáforo cambió a verde, el motor cobró vida cuando el conductor levantó el pie del freno y el Audi salió disparado.

—*¿Que la Säpo qué?* —soltó Viktor en un tono de voz más alto de lo que era habitual en él.

El chófer apartó la vista de la conducción un segundo y se atrevió a ponerla en el espejo retrovisor.

—*Te veo en el club y lo hablamos. Y quiero toda la información que puedas recabar acerca de esa tal… Brorsson*.

Acabó con la conversación de manera brusca e hizo desaparecer el teléfono en su chaqueta. En un movimiento automático estiró su brazo azul y comprobó la hora. Luego, alzó la vista y sus ojos coincidieron con los del conductor en el espejo retrovisor. La mirada que le dedicó fue aterradora.

—*Lars, vaya más rápido, que no tenga que repetírselo*.

§

UN Uber dejó a James y a Marina frente a la iglesia de Riddarholmen, tan solo media hora después de que el Audi de Viktor Smedson pasara como una exhalación por aquel mismo lugar camino del selecto club de esgrima, cuya junta directiva presidía. El escocés veía a Marina excitada, algo bastante inusual en ella, que por lo general se mostraba fría y calculadora. Alguna circunstancia en la visita que estaban a punto de realizar había despertado en ella un volcán interior. Viéndola caminar de esa manera, siguiendo el trazado de las calles con determinación, tuvo la clara impresión de que no era la primera vez que pasaba por aquel lugar.

Tras cruzar Tryckerigatan sin esperar a que el semáforo estuviera rojo, la joven apretó aún más el paso, hasta el punto de que pareciera haberse olvidado de la presencia de James. El escocés, nada más doblar una esquina con el lucido escaparate de una joyería, miró a Marina de espaldas trotar sobre unas escalinatas que conducían hasta un pórtico columnado y desaparecer por una puerta de perfiles dorados y cristales.

Allen le dio alcance en mitad de un gran vestíbulo. Un bedel uniformado abandonó su puesto tras un mostrador lustroso y se interpuso en el camino de Marina.

—*Ledsen, mina herrar, kan jag hjälpa dig med något?*

—Venimos a ver a Viktor Smedson —contestó la joven en inglés, e hizo el intento de sortear al bedel.

Aquel tipo se movió con rapidez, como un defensa de baloncesto marcando a su atacante, y se situó de nuevo delante de ella.

—Verá… señorita. Esto es un club privado y solo se permite el acceso con invitación de algún soc…

Marina no lo dejó concluir.

—Mire, señor… Boysen —le dijo mirando una placa con su nombre adherida a un traje bien cortado—, no quisiera hacerle daño, pero si no se aparta eso es exactamente lo que ocurrirá.

La dureza de la mirada de Marina y la rigidez de los músculos de su cara intimidó al bedel, que regresó a paso rápido a su mostrador asegurando en voz alta:

—Esto no quedará así, voy a llamar a la policía.

Marina arrancó a andar muy deprisa, pero sin llegar a correr. James la dejó marchar y la siguió a su ritmo, no estaba dispuesto a correr más detrás de nadie. Sin perder su espalda de vista, abandonó el vestíbulo, recorrió hasta el final una larga galería acristalada, y observó a Marina empujar sin detenerse las dos hojas de una puerta batiente de roble, que se abrieron con violencia.

Cuando James abrió esa misma puerta, las hojas aún se balanceaban. Ante sí se encontró una extensa sala alargada, con una hilera de ventanas rectangulares en uno de los lados largos. Muy

luminosa, tanto por la luz natural que entraba a raudales como por la serie de lámparas encendidas que colgaban del techo. El suelo era de parqué y el techo ricamente decorado con artesones de madera. En el extremo opuesto a la puerta, había un par de armarios cerrados, un banco corrido de madera, y un largo soporte con floretes, sables y espadas.

Marina iba directa hacia dos esgrimistas que se batían en el centro. Estos se detuvieron en el acto con el alboroto y volvieron la cabeza hacia la puerta. Uno de ellos, el más alto y robusto, se levantó la rejilla protectora, revelando el rostro sudoroso de un varón de mediana edad. Si estaba sorprendido por aquella brusca intromisión, no lo aparentaba en absoluto. James apreció con cierta envidia que era excepcionalmente guapo. Un tercer tipo, enfundado en un traje oscuro, que le había pasado totalmente desapercibido y que estaba sentado en una esquina, pegado a una de las ventanas, saltó como un resorte de la silla e hizo un amago de ir a acercarse. El esgrimista alto levantó una mano al instante y detuvo de sopetón sus movimientos, como si contara con una fuerza invisible; de inmediato, el individuo del traje regresó a la discreción de la esquina, aunque se quedó de pie, atento.

Viktor Smedson terminó de quitarse la careta y, con ella bajo un brazo y el florete en la mano izquierda, fue al encuentro de la recién llegada con paso solemne. Cuando estuvo a unos pocos metros de ella, se paró e, ignorando la presencia de James, dijo:

—Vaya, vaya, Marina. Eres la última persona a la que esperaba volver a ver en esta vida.

El rostro de Viktor esbozaba una mueca cargada de cinismo.

56.

Una bola negra de metal…

Locronan, Bretaña francesa

En la oscuridad del pozo, Dave y Patricia perdieron rápidamente la noción del tiempo.

—Tenías razón —dijo ella.

—¿En qué en particular? Suelo tenerla en muchas cosas.

Patricia no quería entrar al trapo del comentario sarcástico.

—En que quiero mantenerlo todo bajo control. Pero ¿sabes qué? Me da igual lo que pienses, yo soy así. Y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras ahí fuera están muriendo inocentes.

Sonó un gruñido.

—Si logro llegar al coche —continuó Patt—, quizá el enjambre me persiga.

—¿Por qué hablas en primera persona?

—Tú puedes quedarte aquí, estarás a salvo.

—Ya te dije en el coche que nadie acusará a un Carmichael de cobarde —se indignó.

En la plaza todo parecía tranquilo, así que salieron del pozo con el cuerpo en tensión. A su alrededor, los envolvía un silencio sofocante. De pronto, el escocés recordó algo y dijo en voz muy baja:

—Antes de irnos, he de pasar por el hotel.

Banner alzó una ceja, a modo de pregunta silenciosa.

—Tengo que coger algunas cosas. Son importantes.

Lo vio tan decidido que Patricia no insistió. Se alejaron del pozo y tomaron el callejón hasta el final. Apostados en la esquina, inspeccionaron la calle que se abría ante ellos. El empedrado estaba regado de minúsculos fragmentos de cristales. Costaría caminar sin provocar crujidos. Luego desplazaron la vista a la panadería de Amelie. No se apreciaba ninguna actividad a través de las ventanas, pero el cristal estaba roto y se había esparcido por el aire aquel olor dulzón tan reconfortante. Ojalá la risueña mujer estuviera a salvo.

Accedieron al portal que había al lado de la panadería, subieron la

escalera, enfilaron el pasillo y entraron en la habitación de Carmichael, sin hacer apenas ruido. La cama deshecha volvió a sonrojar a Patricia. Para distraer su pensamiento se concentró en su tarea de vigilancia. Se estremeció entonces al observar la ventana destrozada. El enjambre había estado allí dentro.

—Venga, date prisa.

Dave extrajo del armario su bolsa de viaje y la depositó encima de la cama. Abrió las cremalleras y se agenció la bolsa de terciopelo con los diamantes, uno de los fajos de dinero y el teléfono móvil que perteneció al capitán. Este último lo metió en una bolsa de plástico con cierre hermético. Cuando se hubo repartido las cosas por los bolsillos, dijo:

—Ya podemos irnos.

Con movimientos sigilosos bajaron de nuevo a la calle y echaron a caminar, mirando al cielo de reojo. Sin contratiempos, dejaron atrás las últimas casas de Locronan y llegaron a la explanada donde continuaba aparcado el Toyota.

—Pásame las llaves, yo conduzco —dijo Patricia.

—Ni hablar. Tú lo has dicho antes, te gusta tenerlo todo bajo control, y créeme, lo que vamos a hacer ahora va a ser de todo menos controlado. —Carmichael sacó las llaves del bolsillo y se puso al volante.

Antes de arrancar, cambiaron una última mirada.

—¿Lista para el espectáculo?

Carmichael arrancó el motor y se puso a tocar el claxon como un loco, alterando la quietud del paraje que los rodeaba. Una bandada de pájaros alzó el vuelo por encima de los árboles.

El enjambre no tardó en aparecer en el espejo retrovisor.

—¡Ya está aquí, vamos! —chilló Patricia.

—No hace falta que me lo repitas.

Carmichael pisó a fondo el pedal del acelerador y el coche salió disparado; realizó un arco en el estacionamiento y se incorporó a la carretera derrapando sobre el asfalto. El Toyota empezó a ganar velocidad rápidamente por aquella carretera comarcal que discurría entre campos de girasoles. Al punto, surgió una intersección en el horizonte.

—Sigue de frente —dijo Patricia, consultando el GPS.

Carmichael lo hizo y, sin aflojar la marcha ni obedecer una señal de stop, tomó el ramal que salía hacia el oeste. Directo a la costa. Como era de esperar, el enjambre también los siguió al oeste. Ambos eran conscientes de que no podían seguir aquella ruta por más tiempo. Enseguida llegarían a alguna localidad, donde pondrían en peligro a los lugareños. Entonces, la solución se presentó ante sus ojos.

El Toyota abandonó la carretera de manera brusca, dejando tras de

sí un olor a goma quemada, y se adentró por una pista rural umbrosa, dando tumbos y bandazos. Patricia y Carmichael presupusieron que el enjambre los había seguido, pero no estaban del todo seguros pues el recién estrenado follaje de los árboles impedía ver el cielo. Dave no apartaba la vista de la senda y Patricia la alternaba entre el mapa del navegador y las ventanillas, tratando de orientarse.

—¡A la derecha! —le gritó, ante una encrucijada.

Carmichael giró el volante y el vehículo, haciendo una cabriola, derrapó sobre la capa de hojarasca antes de enfilar una angosta vereda boscosa que serpenteaba entre helechos. A los pocos metros, la claridad del día casi desapareció. Dave conectó las luces y aflojó un poco la velocidad, mientras seguían avanzando sobre aquella tortuosa superficie. De repente, un intenso zumbido llenó el habitáculo.

—¡Acelera!

El conductor respondió pisando de nuevo el acelerador y el Toyota se abalanzó cuesta arriba. En ese momento parecía el coche de un rally, derrapando en las curvas y saltando sobre los badenes. La luminosidad regresó cuando pasaron por una zona calcinada. Los esqueletos de los árboles aparecían torpes entre cenizas y restos renegridos. Patricia estaba girada hacia atrás en su asiento, mirando por la luneta.

—¡Lo tenemos muy cerca!

—¿No tienes buenas noticias?

El enjambre alcanzó el vehículo en una curva cerrada en la que Carmichael se vio obligado a frenar hasta casi detenerse. Un repentino golpe lateral forzó al Toyota a abandonar el camino. El conductor se puso a lanzar improperios, sorteó a última hora el grueso tronco de un árbol descuajado y regresó a la senda. Ambos botaban tras las ventanillas. El rostro de Banner estaba lívido.

—Tenía que haberme quedado en aquel puto pozo —murmuró Carmichael.

Dave volvió a concentrarse en lo que hacía. Por el espejo retrovisor vio la nube reagruparse y comenzar a acortar de nuevo la distancia con ellos. De pronto, dejaron de subir la loma y el camino se niveló. Pasaron por delante de una cabaña y un cercado con animales. Un tipo que cortaba troncos apoyó el hacha en un tocón y se los quedó mirando pasmado mientras pasaban frente a él a toda velocidad.

Patricia mantuvo la vista fija en aquel pobre hombre y observó cómo la nube, en un comportamiento insólito, alzó el vuelo lo justo para superar la cabaña y volver a situarse encima del Toyota. Carmichael movió el volante a la derecha y perdieron de vista la cabaña…

Un pequeño repecho…

Entonces, el bosque se acabó abruptamente.

Y también el camino.

El escocés pisó hasta el fondo el pedal del freno. El vehículo de alquiler recorrió en zigzag los últimos metros envuelto en su propio polvo, y se quedó un poco ladeado frente a un precipicio que caía a plomo unos cinco o seis metros. Más allá, el océano Atlántico. Una infinita superficie de agua chisporroteante por los rayos del sol. Patricia y Carmichael volvieron la cabeza a un tiempo. Con expresión aterrada pusieron los ojos en el cristal trasero. El enjambre estaba a un paso. Los envolvería en cuestión de segundos.

—Dime que tienes un plan —suplicó Banner, viendo que las opciones se acababan.

Hasta ellos llegaba el restallido de las olas contra las rocas.

—Estoy trabajando en ello, pero, créeme, no te va a gustar.

—En esta ocasión estoy dispuesta a abrir la mente.

Carmichael dirigió una última mirada a Patricia, luego al frente y se aferró al volante con todas las fuerzas que fue capaz de reunir.

—Agárrate.

El coche reaccionó inmediatamente a la presión del acelerador. Carmichael jamás había oído tantos insultos saliendo de la boca de una mujer.

Cuando atravesó el aire, el Toyota no era más que una bola negra de metal.

57.

Un duelo a espada…

Estocolmo, Suecia

Si hubiese sido una representación teatral, un círculo de luz envolvería a Marina y a Viktor en el centro de la sala. El resto de los actores sobraban en aquella escena y permanecían en un segundo plano, congelados en la penumbra.

Marina miraba a Viktor sin atisbo de cordialidad pasada.

—¿Dónde está mi hermana Katya?

Smedson puso cara de sorpresa, alzando mucho las cejas.

—¿Acaso la has extraviado?

Ella le apuntó con un dedo amenazador.

—¡No me trates como a una estúpida! —Más calmada, añadió—: Ya no soy la niña ingenua a quien en una ocasión sedujiste.

Smedson rio. Los ecos de su carcajada resonaron por la sala.

—Nunca pensé que fueras una niña, y menos ingenua.

—Sé que la tienes secuestrada en algún sitio. Dime. Dónde. Está. No pienso repetírtelo.

Él continuó imperturbable. Sus labios seguían dibujando una media sonrisa de suficiencia.

—Directa, fuerte, independiente… guapa. Siempre fuiste mi tipo de mujer.

—Pretencioso, ostentoso…, déspota. Tú nunca fuiste mi tipo de hombre.

Por un momento pasajero las facciones de Viktor se endurecieron y su mandíbula se tensó. En un profundo ejercicio de autocontrol, para un hombre que no estaba acostumbrado a que le hablasen de esa manera tan irrespetuosa, recuperó la serenidad.

—*Touché*. Pero te equivocas si crees… —Se detuvo a media frase al contemplar la pistola que empuñaba Marina.

El chófer reaccionó aprisa, solo un segundo después sostenía una Glock 17 con ambas manos y, desde su rincón, apuntaba directamente al pecho de Marina.

—¡Guarda esa pistola, imbécil! Harás que nos maten a todos —ordenó a su escolta, quien, reticente, acabó por obedecer. Acto seguido, la sonrisa regresó a su rostro y Viktor volcó de nuevo la atención en Marina—. ¿Un combate por los viejos tiempos?

A Marina le sorprendió la proposición, se lo pensó y bajó poco a poco la PSS.

—¿A florete? —propuso ella.

—A espada —replicó él, mostrando de nuevo su sonrisa maliciosa. A continuación, giró sobre sus talones y volvió al lado del otro esgrimista. Juntos, se acercaron al soporte para las armas, dejaron los sables que portaban y escogieron con cuidado una de las espadas.

—¿Por qué lo haces? ¿Podrías resultar herida? —le preguntó James a Marina.

—Tengo que hacerlo. No por él. Ni por mi hermana. Sino por mí.

Allen claudicó. Fue el tono de voz lo que terminó por convencerlo. Suave, lleno de sentimiento, pero a la vez firme, resuelto. Era evidente que entre Viktor y ella había un pasado sin resolver. Así pues, no le quitó ojo mientras se encaminaba decidida hasta el fondo de la sala, abría uno de los armarios y escogía una chaquetilla blanca rígida en el pecho. Tras colocársela, la vio colocarse un guante en la mano derecha y coger una careta.

Marina dirigió entonces sus pasos hasta el lugar donde las armas reposaban en sus soportes. Pasó por delante de los floretes y los sables, y se quedó quieta observando detenidamente las espadas. Alargó la mano enguantada y escogió una de algo más de un metro de larga. En dos movimientos eléctricos dibujó una equis imaginaria en el aire. Con el índice en la punta, cimbreó la hoja; la soltó y reverberó, produciendo un sonido parecido a un zumbido. Quedó satisfecha con la flexibilidad que mostraba y regresó al centro de la pista, donde ya la esperaba su oponente.

El guardaespaldas, visiblemente incómodo, permanecía frente a las ventanas. James se percató de que era bueno en su trabajo. Con la cegadora luz de espaldas, cualquiera que se enfrentara a él tendría la visión mermada y todas las de perder. El otro esgrimista que se hallaba con Viktor Smedson cuando ellos llegaron se había retirado a una distancia prudencial, justo a la pared de enfrente al guardaespaldas. Permanecía de pie, con la espalda pegada a una columna y los brazos cruzados por delante. Tamborileaba nervioso con los dedos de las manos, como si estuviese ante un piano. Entre el escolta, el otro esgrimista y él, concluyó James, formaban los tres vértices de un triángulo mortal.

En el centro, Marina y Viktor Smedson.

Sin más protocolo, los ruidos del combate llenaron la estancia. Choques del acero templado. Al principio esporádicos y suaves, luego

constantes y fuertes. Rozamiento de las suelas de las zapatillas con la madera del parqué. Jadeos y gemidos. Unos por el esfuerzo y otros de dolor.

Cinco minutos más tarde, James no hubiera sabido decir en favor de quién se estaba decantando la victoria. Desconocía por completo las normas por las que se regía la esgrima, pero saltaba a la vista que el duelo que se desarrollaba ante sus ojos tenía muy poco de práctica deportiva y mucho de un combate en el cual ambos contendientes procuraban causar al otro el mayor daño posible. El hombro izquierdo de Marina sangraba por un corte, y un desgarro en la chaquetilla de Viktor, a la altura del estómago, dejaba a la vista el refuerzo acolchado…

De repente, Allen dejó de mirar el combate y enfocó la vista en dos retratos que colgaban de la pared larga que quedaba a su izquierda. Un varón y una mujer. Ella debía de ser bellísima cuando se pintó el retrato. Un foco justo encima los bañaba de luminosidad. A su alrededor no había el menor objeto de decoración. Solo pared enfoscada y pintada con esmero de color perla. En cierta medida, podía decirse que aquellos cuadros presidían la estancia, ocupando el centro geométrico. Lo que verdaderamente atrajo su atención, no obstante, no fueron los magníficos marcos dorados, que ya de por sí debían de costar una fortuna, ni su calidad artística —a fin de cuentas, él no entendía de arte más que cualquier persona medianamente culta —. La cuestión era que el rostro del varón le recordó de inmediato a alguien.

Con expresión ceñuda, abandonó su vértice en el triangulo y, con las manos entrelazadas en la espalda, como quien pasea por un museo, ejecutó un amplio círculo para esquivar a los esgrimistas. Cuando estuvo debajo de los cuadros, alzó la barbilla. Un gruñido repentino lo distrajo. Había sonado diferente, animal, primitivo. Lleno de ira y odio. Volvió la cabeza un instante. El combate se había detenido. La espada de Viktor estaba en el parqué. Con una mano se frotaba el brazo izquierdo. La manga blanca de su chaqueta comenzaba a teñirse de color carmesí. Lo oyó soltar una palabrota en sueco. Con rapidez se agachó a recoger su arma y atacó a Marina con ferocidad. Imaginó que aquella media sonrisa tan irritante tal vez hubiese desaparecido de su cara. Disfrutando con la idea, desplazó la vista de nuevo al óleo y se lo quedó observando con detención.

Unos ojos intensos no paraban de mirarlo. Desde luego, el pintor había hecho un trabajo excepcional. Aquel rostro era muy expresivo. Cada arruga, cada sombra y cada trazo delataba a un hombre severo, recto, de otra época. En una placa brillante adherida al marco se podía leer un nombre y unas fechas:

«Malik Smedson (1915-1993)»

Cuando se pintó, el retratado debía de tener unos setenta años. El cuadro de al lado, representaba a una mujer. Parecía bastante más joven, unos cincuenta, calculó. Igualmente, contaba con una placa que decía:

«Agnes Karlsson (1935-2010)»

Volvió al retrato del hombre. No paraba de darle vueltas. Aquella cara le sonaba tanto… Entonces lo supo.

Con el combate desarrollándose a sus espaldas, buscó con torpeza en sus pantalones el teléfono móvil y escogió una de las fotografías guardadas en la galería de imágenes. Se la quedó mirando fijamente durante largo rato. Estupefacto. Le tomó una rápida foto al cuadro.

Pasos apresurados interrumpieron su concentración. Eran pisadas decididas. De tacón contra madera. Apartó la mirada del cuadro y la puso en la puerta de la estancia. Dos policías uniformados entraron acompañados por el bedel del edificio. Este los señaló con la mano. Primero a él, luego a Marina.

El duelo se detuvo. Marina ladeó la cabeza hacia James. A través del enrejado percibió los ojos de ella en él. Seguramente pensaron lo mismo. Era hora de salir pitando de allí.

—*Vad händer här?* —dijo en alto uno de los policías, al tiempo que terminaba de recorrer la distancia que lo separaba del centro de la sala.

Viktor se apartó la careta. Su rostro estaba congestionado. James percibió al instante que no era solo por el esfuerzo. Era de rabia y frustración. A bruscas zancadas sobre el parqué, el anfitrión interceptó a los agentes y comenzó a chillarles a la cara, muy alterado, fuera de sí. El guardaespaldas y el esgrimista del principio también fueron a reunirse con el grupo. Tras unos minutos de discusión, los ánimos parecieron calmarse, hasta cierto punto. Los policías pidieron hablar con las dos personas que habían irrumpido en el club.

Los presentes barrieron la estancia con la mirada, buscándolas. Con expresión de desconcierto reflejada en sus rostros, solo hallaron una espada y una máscara tiradas en el suelo.

58.

Un par de tarjetas de crédito…

Bretaña francesa

CAYÓ del revés y el impacto en el techo fue brutal. Saltaron los airbags mientras las azules aguas del Atlántico se tragaban el vehículo. Al momento, la nube se desvaneció. El agua entraba a chorros por las juntas del chasis.

—¿Este era tu plan? ¿Ahogarnos?

—Bueno, lo de ahogarnos no estaba incluido.

—Vale —dijo Patricia, recuperando el autocontrol—, calmémonos. Lo primero es salir de aquí.

En la superficie solo quedaba un remolino de burbujas.

—Toma aire, voy a romper el cristal —dijo Carmichael.

Ella asintió. Carmichael se giró entonces en su asiento, levantó las piernas y se puso a golpear con los pies la ventanilla de su puerta. Al tercer golpe, el cristal se quebró y el agua terminó de llenar el habitáculo en un mortal instante. Con la respiración aguantada, salieron por el hueco abierto y buscaron la luz, moviendo acompasadamente piernas y brazos.

Cuando rompieron la superficie, se quedaron flotando un buen rato bajo el sol. Abarcaron el cielo con la vista, y no hallaron ni rastro del enjambre. Definitivamente, a aquella cosa el agua no le gustaba un pelo. Una vez repuestos, estudiaron la costa, buscando un lugar por donde poder salir. Pese a que el mar aparecía tranquilo y calmo, los rompientes sonaban demasiado cerca. A la izquierda, vislumbraron una pequeña cala bien abrigada y comenzaron a nadar tranquilamente hacia ella. Media hora después se dejaban caer bocarriba sobre la arena dorada.

—Necesito una copa. O dos —musitó Carmichael y cerró los ojos.

Permanecieron en la misma posición mientras sus cuerpos se secaban al sol. Quietos, sin soltar palabra. Solo escuchando la respiración del mar. Las olas yendo y viniendo, y provocando siseos al arrastrar arena y conchas. De cuando en cuando el viento traía gotas

de agua. Olía a algas marinas. Tal vez habrían pasado quince minutos o así, cuando Patricia movió la mano hasta cubrir con ella la de Carmichael.

—Es posible que tu locura nos haya salvado la vida.

Él se incorporó sobre los codos y se ladeó para mirarla.

—Espera, espera, que aún tengo agua en los oídos. —Hizo el gesto de introducirse un dedo en la oreja—. ¿Podrías repetir eso?

Ella sonrió.

—No pienso hacerlo. Anda, vámonos ya.

Se sacudieron la arena de encima y, con los zapatos en la mano, se dirigieron al pinar que bordeaba la playa. Tras ascender unas dunas y salvar una cerca necesitada de mantenimiento, apareció ante ellos una senda hecha a base de tablones que se adentraba por entre los pinos, y que los llevó hasta una carretera.

No se veía un alma. Ni en un sentido de la circulación ni en el otro. Convinieron entonces en ir hacia el sur, más que nada porque era cuesta abajo. Se calzaron y se pusieron a caminar por el arcén. Cada vez que pasaba un vehículo, algo que ocurría muy esporádicamente, hacían con el pulgar el gesto del autoestopista, aunque sin el menor éxito. Nada proyectaba sombra sobre la carretera y pronto el alquitrán comenzó a adquirir temperatura, y ellos a sudar. Llevarían recorridos un par de kilómetros cuando les rebasó un camión algo destartalado con el remolque descubierto. A unos cincuenta metros de ellos, frenó. La pareja apretó el paso hasta llegar a la altura del conductor. El hombre, un tipo de mediana edad y rostro curtido por el sol, les indicó por la ventanilla que, si así lo deseaban, podía llevarlos a Douarnenez. Les daba igual un sitio que otro, así pues se acomodaron atrás, entre balas de heno y sacos de estiércol.

El trayecto no les llevó mucho, unos quince minutos tal vez. El camionero los dejó frente al puerto y continuó la marcha. Las gaviotas sobrevolaban la bahía mientras forasteros y lugareños deambulaban ligeros de ropa bajo el sol por el paseo marítimo, ajenos al horror que se había producido apenas a unos kilómetros de allí. De repente, se oyó el ruidoso tableteo de rotores. Patricia y Carmichael se pusieron a buscar por el cielo. Dos helicópteros del Ejército pasaron por encima de sus cabezas quebrando la tranquilidad del lugar, giraron en el aire y se perdieron rumbo al este. Hacia Locronan. Volaban tan bajo que las palas removían a su paso las calmadas aguas de la bahía y agitaban toldos y sombrillas. Casi a la misma vez, una comitiva formada por coches de la Gendarmería y ambulancias pasó por delante de ellos con las sirenas puestas.

Cuando se restableció la calma en el puerto, Carmichael se metió la mano en un bolsillo de los tejanos y extrajo el fajo de billetes totalmente empapado e inservible.

—¡Qué pena de dinero! —se lamentó y lo tiró a una papelera.

Patricia se miró y empezó a sacudirse la hierba del pelo enmarañado y de la ropa.

—¡Estoy llena de estiércol! —gimió—. Necesito ropa nueva y darme un buen baño de agua caliente, ¡y estamos sin blanca!

Él le dedicó una mirada juguetona.

—Sin blanca no —respondió, palmeándose el otro bolsillo de los pantalones.

—¿De qué nos sirven ahora un montón de diamantes?

—Diamantes no. —Extrajo una pequeña bolsa hermética y la agitó en el aire.

Patt alzó una ceja.

—¿El teléfono del capitán?

Ella continuó mirándolo sin terminar de comprender, mientras él abría el velcro y sacaba el teléfono móvil.

—Tiene registradas un par de tarjetas de crédito. Pienso que si está muerto nadie las habrá dado de baja.

La expresión de Banner cambió a una más risueña.

—Vaya, no dejas de sorprenderme.

—Ya te dije que no soy solo una cara bonita.

Patricia se puso en marcha en dirección a una calle peatonal con tiendas.

—Anda, cara bonita, vamos a buscar una tienda de ropa y luego a conseguir un par de habitaciones.

59.

Marina se sincera…

Estocolmo, Suecia

MIENTRAS sus amigos buscaban alojamiento, James y Marina abandonaban subrepticiamente el club de esgrima. Antes de bajar los escalones que llevaban a la calle, Marina hizo una breve inspección visual del entorno. Aparte del coche en el que habían llegado los dos policías, la calle mostraba la actividad de un día cualquiera. Sin parar de mirar atrás, cambiaron de acera y se unieron a los peatones que pasaban por allí tranquilamente.

La joven se detuvo de repente y comenzó a deshacer sus pasos.

—Tengo que regresar, aún no he acabado con Viktor.

James la cogió del brazo y tiró de ella para detenerla.

—Ya habrá otra ocasión, ahora tenemos que alejarnos. En cuanto nos reconozcan la isla se llenará de policías.

Marina apartó la mano de James con un brusco gesto.

—¡Vete al diablo! ¡Me trae sin cuidado la policía!

Unos viandantes ralentizaron su marcha por un momento y volvieron la cara hacia ellos.

—Piensa en Katya. No podrás ayudarla si vas a la cárcel.

Marina aprovechó para desembarazarse de la chaquetilla y del guante de esgrima, y arrojarlos a un contenedor. Entonces, más calmada, dijo:

—Tienes razón, busquemos por aquí un lugar donde ocultarnos un par de horas mientras se tranquilizan las cosas.

—¿Qué pasa con el piso franco?

—Queda demasiado lejos. No llegaríamos.

En ese momento, resonaron en la calle las campanadas reverberantes de un reloj marcando la hora. James alzó la barbilla y se puso a mirar por encima de los tejados hasta que fijó la vista en el reloj de la torre de ladrillo rojo de la iglesia de Riddarholmen.

—Venga, se me acaba de ocurrir una idea —dijo.

Volvieron a la plaza andando deprisa. A esas horas, una decena de

palomas picoteaban el suelo entre las piernas de los turistas. James condujo a Marina hacia la iglesia que servía de panteón a los Reyes de Suecia. Entraron. En el interior penumbroso la temperatura descendió unos cuantos grados, cosa que agradecieron. Varias decenas de personas curioseaban entre las capillas funerarias; fotografiaban cada rincón y pasaban a la siguiente, sin más interés que acrecentar el contador de capturas como quien busca *likes* en las redes sociales.

Allen y Marina se pusieron a recorrer la nave, pero su interés era bien distinto. Pasaron la galería del coro, doblaron en el transepto y se detuvieron ante una sencilla escalera de piedra que descendía en espiral. Parecía un sitio prometedor para esconderse. Por ella accedieron a una cripta circular. Rodeados de sarcófagos dorados, se vieron solos de repente. En aquel lugar, la expresión «silencio sepulcral» cobraba todo su significado.

—Este sitio es perfecto —comentó Allen, que tomó asiento en una de las sillas dispuestas en hilera para la oración. Desde que había visto aquel retrato en la sala de esgrima algo le traía de cabeza; de modo que, antes de nada, sacó su smartphone y envió un mensaje a la agente especial del FBI.

¿Cómo se llamaba el hermano gemelo de Hans Schmidt?

Cuando Marina terminó de verificar que aquel era un lugar seguro, se sentó en la silla contigua al escocés. Durante un rato prolongado permanecieron callados, esperando a que la adrenalina de sus cuerpos descendiera. La temperatura era allí aún más baja todavía. El sudor de sus cuerpos no tardó en secarse.

—¿Cuál es la historia que hay entre tú y Viktor Smedson?

Marina se abrazó a sí misma y movió la vista por su alrededor. Las paredes oscuras estaban repletas de estrellas doradas brillando bajo el titilar de unas velas. En algunos rincones quedaban frescos encima del revoque. A causa del avance inexorable de las manchas de humedad, las líneas se habían ido difuminando y los colores, apagando. Cuando James pensaba que ya no le contestaría, Marina comenzó a hablar con la mirada fija en algún punto delante de ella:

—Yo vivía en los arrabales de Minsk. Tras la caída del Muro de Berlín el mundo respiró más tranquilo, pero los cambios que se introdujeron en la Unión Soviética no siempre fueron para mejor. Por aquel entonces, mi padre trabajaba en una mina de hierro. Alguien cortó el grifo y la clausuraron. Mi madre tuvo que ponerse a trabajar en una panadería, pero aquello no daba apenas para alimentar a una familia.

Se hizo un silencio.

—¿Y qué ocurrió después?

—Mi padre se pasaba el día borracho. Con la bebida vinieron los maltratos y los abusos. Un día, cuando me dirigía a la universidad, un tipo me abordó. Más tarde supe que se trataba de un antiguo dirigente de la KGB, en ese momento ya convertida en FSB. Me ofreció una oportunidad: dejar atrás la vida que llevaba y comenzar una nueva.

—¿Qué hiciste?

Se interrumpieron cuando una pareja de japoneses entró en la cripta; dieron una vuelta completa, hicieron fotografías y se fueron. Tan pronto como sus pasos se perdieron, ella continuó:

—En un principio, rechacé la proposición. Me aterraba la sola idea de dejar a mi madre y a mi hermanita pequeña solas con aquel monstruo.

—Sin embargo, trabajas para la inteligencia —señaló James.

Ella asintió. Se inclinó hacia adelante y entrelazó las manos. Con la vista en el suelo, respondió:

—Así es, pero eso sucedió algo más tarde. Una noche, poco después de aquel encuentro, mi padre no regresó a casa a dormir. Las tres lo celebramos en silencio. Pero a la mañana siguiente, tampoco apareció. Al cabo de dos días sin noticias de él, mi madre acudió a la policía. Según le contaron, ese canalla había muerto atropellado por un coche que se dio a la fuga.

»Un par de días después de aquello, *casualmente* —hizo el signo de las comillas—, volví a tropezarme con el mismo hombre. En esa ocasión, subió su oferta. Me garantizó, además, que mi madre encontraría un trabajo digno y Katya sería admitida en una de las escuelas de *ballet* más prestigiosas de Moscú.

—Y aceptaste, claro.

—De la noche a la mañana nuestras vidas dieron un vuelco.

Volvieron a entrar más turistas. Marina y James los miraron un momento con indiferencia y continuaron hablando, aunque bajando el tono de voz hasta convertirlo casi en un susurro.

—Verás, James, para occidente la perestroika que impulsó Gorbachov persistía, pero la realidad era bien distinta. En el país seguían mandando las viejas estructuras del régimen comunista. Podías o vivir muy bien o muy mal. Así de sencillo. Y todo dependía de lo útil que pudieras resultar al Gobierno.

—Y tú resultaste ser muy útil.

—En poco tiempo destaqué en mi entrenamiento. Cumplí con éxito mis primeras misiones y ascendí como la espuma en el escalafón, pasando por delante de algunos veteranos. Y eso no gustó a algunas personas, que me la tenían jurada.

—¿Y Smedson? ¿Dónde entra en esta historia?

Marina volvió a cambiar las piernas de posición.

—Una de aquellas misiones me trajo a Estocolmo. Entonces conocí

a Viktor. Ya lo has visto. Guapo y refinado. Sabía cómo seducir a una joven…, a pesar de su entrenamiento. Por primera vez, alguien me hizo sentir como una mujer. Tras un año en Suecia, reclamaron mi vuelta a Moscú. Les dije que abandonaba el FSB para vivir una vida de ensueño al lado de Viktor.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—Por supuesto, él no conocía mi verdadera profesión. Siempre creyó que yo era hija de un magnate ruso del petróleo gastando su tiempo en viajar por el mundo. Para convencerlo, solo fue necesario una coartada convincente. Y en eso, el FSB es un prodigio. Una noche, me interceptaron dos individuos que salieron de un coche. Me dijeron que si no regresaba a Rusia mi madre sería despedida y Katya expulsada de la escuela de *ballet*. Que volverían al mugriento lugar del que habían salido.

—¿Cómo saliste del embrollo?

Ella no contestó, se lo quedó mirando con el gesto torcido.

—No saliste, ¿verdad? —dedujo James.

—Pedí ayuda a Viktor. Le conté toda la verdad. Con sus recursos podría sacar a mi madre y a Katya de Rusia, y llevarlas a Estocolmo. ¡Qué ilusa fui! En ese momento descubrí que solo le interesaba por el dinero que mi supuesto padre podría reportarle. Me comentó que tenía un gran proyecto entre manos y que necesitaba financiación con urgencia. Me dijo que lo sentía, pero que si no había dinero… fuera tan amable de cerrar la puerta al salir.

—Vaya pedazo de mierda —murmuró James.

Marina, tras un suspiró, sentenció:

—El mundo se desmoronó a mi alrededor. Ahí descubrí al verdadero Viktor Smedson. Y lo que es capaz de hacer.

—Así que regresaste a Rusia.

—Todos ganábamos. Lejos de Estocolmo, podría superar lo de Viktor, mi madre conservaba su trabajo y mi hermanita, su plaza en el colegio.

—Pero a ti te relegaron a tareas administrativas.

—Fue el precio que tuve que pagar. Por eso te dije antes que no es tan sencillo abandonar. —Marina entrechocó las palmas de las manos —. Y esa es mi historia.

—¿Crees sinceramente que Viktor está detrás de los secuestros de tu hermana y de Collins?

—No es nada personal, si es lo que piensas. Y sí, lo creo capaz. Una vez conseguí desembarazarme de la estampa idílica que me había construido de él, comprendí que era un hombre malévolo, megalómano y obsesivo. Dediqué íntegramente mi tiempo libre a investigarlo y fue entonces cuando me topé con las misteriosas desapariciones de hackers por todo el mundo. Llámalo casualidad,

pero por entonces mi hermana también desapareció.

De repente, sonó en la cripta el móvil de James. El escocés leyó el escueto mensaje de María Ramírez y frunció el ceño, acometido por una sucesión desordenada de preguntas para las que no tenía respuestas.

El hermano de Hans se llamaba Malik Schmidt.

—¿Ocurre alguna cosa? —quiso saber ella.

—En la sala de esgrima de Smedson había dos retratos.

—Sus padres. Hasta donde sé, Viktor los adoraba. Tras sus muertes, quedó desolado.

—¿Crees que podrías conseguir una lista de las propiedades que tuvo Malik Smedson en Suecia?

Marina sacudió la cabeza, confundida.

—Supongo que sí. ¿Por?

—Es solo una conjetura, pero creo saber dónde retienen a Katya y a Collins.

El rostro de Marina era la viva imagen de la incredulidad.

60.

Los hermanos Hans y Malik Schmidt…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

¿VAS a decirme qué hacemos en este bosque?

A James le divertía la idea de ir por una vez un paso por delante de Marina, de manera que le respondió de manera críptica:

—Vamos a ver a un amigo que tal vez pueda ayudarnos.

La noche los cogió recorriendo una pista forestal que solo podía adivinarse, a causa de la oscuridad y la maleza que la invadía. Habían llegado al lago Ullnasjön en dos bicicletas que habían abandonado a la entrada del bosque. Marina ni se lo planteó, pero el escocés sintió no poder avisar a sus propietarios de dónde podrían recuperarlas, y lo único que se le ocurrió fue dejar sobre el manillar una nota indicando el lugar de sustracción.

—Creo que es por ahí —dijo él, reanudando la marcha tras una breve parada que aprovechó para orientarse.

—¿Solo lo crees?

—Bueno, cuando pasé ayer por aquí era de día…, pero ese tronco retorcido me suena bastante.

Abandonaron la pista y continuaron campo a traviesa, por entre los abetos. Poco después vieron la granja con las luces apagadas, el cercado con alpacas y el huerto. El claro de luna caía sobre la negra superficie del lago haciendo brotar destellos del color del mercurio.

—Hemos llegado —anunció Allen.

Salieron del bosque, tomaron el camino de acceso y subieron al porche cubierto. James llamó a la puerta impaciente. Primero con los nudillos, y después, como tardaban en abrir, con el puño.

Una de las ventanas del piso de arriba se iluminó.

Transcurridos dos minutos, escucharon pasos suaves en la escalera, la mirilla se oscureció un segundo y sonó el ruido de la cerradura. Arthur Wells los recibió tras la mosquitera en bata y zapatillas de andar por casa. Al reconocer a James, relajó el gesto adusto y abrió la puerta.

—Hombre, señor Allen. ¿Qué le trae hasta mi casa a estas horas intempestivas? No me dirá que ha vuelto a caerse de una bicicleta. —Y, doblándose hacia atrás sin soltar la mosquitera, soltó una carcajada.

James devolvió la sonrisa y estrechó su mano. El apretón fue caluroso. Arthur parecía alegrarse francamente de volver a verlo.

—Me temo, mi querido Arthur, que en esta ocasión tampoco le traigo buenas noticias. Pero antes, permítame que le presente a mi amiga Marina. Marina, el señor Wells.

El norteamericano saludó a la joven con un simple golpe de cabeza mientras sus ojos inquisitivos se posaban en la mancha reseca escarlata de su hombro. El desconcierto era tan patente en el rostro de Marina como en el del anfitrión.

—Pasen, pasen, no se queden ahí como dos pasmarotes —los invitó Arthur tras el escrutinio.

Marina y James abandonaron el porche y accedieron al interior del hogar. Con movimientos ágiles el señor Wells los adelantó por un pasillo a oscuras, cruzó una puerta y encendió la luz del techo de una amplia estancia con olor a naftalina.

—Siéntense, prepararé un poco de café.

James trató de disuadirlo, pero el anciano zanjó el tema con un gesto y se apresuró a desaparecer por el pasillo. Los recién llegados apartaron unos cojines y se acomodaron cada uno en un extremo del sofá. La decoración del salón era rústica y denotaba la mano delicada de una mujer. Porcelana en las vitrinas, cojines florales, visillos en las ventanas y cosas semejantes. Probablemente, aquel viejo no hubiera tocado nada de aquello desde que su mujer falleciera. Pegado a una de las ventanas había una acuarela en un caballete. Solo un televisor ultraplano, que reposaba apagado en un aparador de pino, parecía nuevo allí.

—¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Y quién es ese Arthur Wells? —le susurró ella.

No hubo tiempo para la respuesta. Arthur irrumpió en la habitación con una bandeja en las manos.

—Permita que le ayude —dijo James, saltando de su asiento.

Entre ambos distribuyeron sobre una mesita tres tazas de café y un generoso plato con galletitas de mantequilla. Luego el anciano se dejó caer con un jadeo en uno de los dos sillones de oreja que completaban el conjunto. Por lo desgastado de los brazos resultaba evidente que era su sitio preferido.

Durante unos minutos, se limitaron a beber café y tomar galletas. Hasta ese momento, James y Marina no habían sido conscientes de lo hambrientos que estaban. Pese a que no parecía muy refinado, entre los dos acabaron con casi todo el plato.

—Veo que tenían hambre, si quieren les preparo unos huevos con

beicon —dijo Arthur, separando la nuca de un tapete de croché que protegía el respaldo de su asiento.

Allen y Marina se miraron y soltaron una risa. Algunas migas de galleta volaron por los aires.

—No, no, esto está bien —dijeron casi al unísono.

—De acuerdo, si no vienen por mis huevos con beicon, ¿a qué debo esta visita? —dijo el anciano, con semblante serio.

James se encorvó hacia adelante y colocó los brazos sobre sus rodillas.

—Yendo al grano, creo que el sargento John Fletcher y Malik Smedson eran hermanos.

—¿Quién es Malik Smedson?

—¿Quien es el sargento John Fletcher?

Las preguntas salieron al unísono de Arthur y de Marina, sumidos en el desconcierto.

—Perdón, perdón, culpa mía. He empezado por el final.

Luego James se aclaró la garganta y comenzó a hablarles de John Fletcher, su verdadero nombre alemán (Hans Schmidt) y de su hermano gemelo alemán (Malik Schmidt). El anciano y Marina eran todo oídos. De vez en cuando alguno de ellos intercalaba alguna pregunta. Un cuarto de hora más tarde, terminó de ponerles al corriente de la historia que le había contado María Ramírez. Wells estaba encendido por la rabia.

—¡Malditos hijos de puta! Todo este tiempo, esos bastardos del Departamento de Defensa me han estado tomando el pelo.

Marina seguía en silencio, metabolizando la información. De pronto salió del letargo:

—Y ¿cómo puedes estar tan seguro de que Malik Smedson es el hermano gemelo del sargento John Fletcher… Schmidt, o como diablos se llame? —preguntó, escéptica.

—Nada más ver el retrato en la sala de esgrima supe que esa cara me sonaba de algo. Arthur, ¿tiene a mano la fotografía que me mostró del grupo de su padre?

El anciano se levantó de su sillón y dirigió sus pasos hasta un aparador. Tras abrir y cerrar un cajón, volvió al asiento y le tendió a James la fotografía en sepia que este ya conocía. Allen la compartió con Marina.

—Mira, este de aquí es el sargento John Fletcher —dijo, señalando con el índice al último de los hombres que estaban de pie—. Y mira ahora el retrato de Malik Smedson. —Le mostró la pantalla del móvil, sujetándola en el aire—. Fíjate en los ojos. En su cara. No puede ser una coincidencia. Con muchos más años encima, pero la expresión es la misma… Esta tarde, en la cripta, el mensaje que recibí me confirmaba que el hermano gemelo de Hans también se llamaba

Malik. ¿Casualidad?

Marina se hizo con el móvil de James y pasó un rato intercambiando la mirada entre la vieja fotografía del comando y la pantalla del teléfono. La habitación se envolvió en un prolongado silencio. Las arrugas en su frente reflejaban su estado de profunda concentración. James cedió su sitio en el sofá a Arthur, quien también se incorporó a la observación de ambas imágenes.

El escocés los dejó solos en sus cavilaciones y se aproximó distraídamente a la ventana abierta en la fachada que daba al lago. Con el efecto de la lámpara de techo encendida, únicamente vio su propio reflejo en el cristal. Sin retirarse de la ventana posó los ojos en el caballete que había a su lado, junto a una silla de respaldo alto y una mesita auxiliar en la que había desplegados botes de pintura, pinceles y una paleta multicolor. Un lienzo a medio acabar mostraba con trazos elegantes un ambiente nocturno de árboles, un lago que parecía papel de plata extendido, un pantalán, un cielo estrellado… La fotografía de un paisaje casi idéntico al cuadro estaba adherida al caballete con una pinza. James tuvo la ligera impresión de que había sido tomada en algún paraje cercano, quizá desde el mismo porche.

—¿Lo ha pintado usted, Arthur? Es precioso.

Aquello levantó una sonrisa en el anciano.

—Bueno, por aquí no hay mucho que hacer.

James, dirigiéndose a Marina, le preguntó:

—¿Qué opinas de las fotografías?

—Podrías tener razón…

—Ese tono suena a que hay un pero.

—Tal vez…, la foto es muy antigua y los rostros no se ven del todo nítidos. Además, suponiendo que estuvieras en lo cierto, ¿no te dijo esa agente del FBI que Malik Schmidt se suicidó poco después de que la operación fallara?

Arthur no dijo nada, pero James, desde la ventana, pudo leer en su expresión que tampoco estaba muy convencido. En vista de ello, no se mostró muy optimista en que lo creyeran con lo que venía a continuación.

61.

Hijo de herrero…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

—Dijo Allen, añadiendo más confusión—. Si hubiera sido así, ¿cómo es posible entonces que posara para el retrato?

—En realidad, no creo que fuera Malik Schmidt quien se suicidó

Con una ceja alzada, como tratando de evaluarlo, Marina no apartaba los ojos del escocés. El asombro de su cara no se había borrado aún. James se alejó de la ventana y ocupó el otro sillón de orejas. Se dirigió a continuación a Marina:

—Piénsalo. ¿Y si no fue Malik el que se suicidó en Riga? ¿Y si fue su hermano Hans, al que no le quedaban sino unos meses de vida? ¿Y si la operación de rescate orquestada acabó siendo de intercambio? ¿Y si después de todo no se hundió el pesquero en el mar Báltico, sino que llegó a tierra con un único ocupante?

—Malik Schmidt —respondió Marina.

—Sé que no son más que conjeturas —añadió Allen—, pero tienen bastante sentido.

Marina pensaba si aquello era plausible. Claro que sí. No solo era factible, era brillante. Ni la KGB ni la CIA lo buscarían. Sencillamente, todos lo darían por muerto.

—¿Y crees que se cambió el apellido Schmidt por el de Smedson para terminar de ocultar su rastro? —preguntó Marina, aunque sospechaba la respuesta.

James Allen esbozó una de esas sonrisas enigmáticas que tanto exasperaban a Victoria. Todo su rostro se iluminaba, como el de un niño que acabara de descubrir una nueva manera de torturar una mosca. «Igual que un trueno precede a una tormenta —decía a menudo su difunta esposa—, esa sonrisa es señal de que se avecinan problemas». Él, claro estaba, veía las cosas de otra manera. A juicio de James, simplemente, se enfrentaba a decisiones que iban marcando su destino. Sin ir más lejos, el jueves de la semana pasada salía del instituto de Lochcarron después de impartir una de sus clases… y un

disparo había desencadenado una serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta una granja en mitad de un bosque de Suecia, con una espía rusa a su lado, desentrañando un misterio de los años sesenta. Era de locos, pero así sucedían las cosas.

—Smedson —comenzó a decir James— significa en sueco «hijo de Smed», o lo que es lo mismo «hijo de herrero». El apellido Schmidt significa en alemán…

—Herrero —intervino la joven. En su semblante no quedaba atisbo de la desconfianza que exhibía minutos antes. Ahora sonreía abiertamente.

James asintió despacio.

—Lo siento Arthur, pero creo que su padre, el comandante Wells, no estaba más que en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y eso significa que su cuerpo yace en algún lugar de las profundidades del mar Báltico, entre Letonia y Suecia.

El anciano no dijo nada, seguía abstraído.

La que habló fue Marina.

—Antes me dijiste que crees saber dónde retienen a Katya y a Collins. ¿Tiene todo esto algo que ver?

—Al asociar los nombres Smedson y Schmidt, todo se volvió cristalino. Y el listado de propiedades de Malik Smedson en Suecia que has conseguido terminó de confirmármelo. Malik adquirió a finales de 1963 las mismas instalaciones que ya dirigió durante la Segunda Guerra Mundial, y que posteriormente vendió a una sociedad extranjera de nombre impronunciable. Las instalaciones que hay en el bosque de ahí fuera —con el dedo extendido apuntó hacia la ventana.

Marina volvía a mostrarse desconcertada.

—Espera un momento, ¿a qué instalaciones te refieres?

—Unos antiguos laboratorios abandonados —dijo Arthur, saliendo de su aturdimiento, pero al instante, volvió a derrumbarse en el sillón, sumiéndose de nuevo en el desconsuelo.

La conversación entre James y Marina continuó como si Arthur no hubiese hablado, y ni siquiera se hallase en la habitación.

—Me topé con esos laboratorios por casualidad cuando escapé del furgón que me trasladaba desde la cárcel. En la fachada advertí una inscripción que ponía en sueco: «SMEDSON E HIJO». Al principio no fui capaz de juntar las piezas, pero ahora, si lo piensas bien, encajan a la perfección.

Marina, que seguía pensativa, pareció comprender de repente algo, y, yendo más allá, verbalizó sus pensamientos:

—Esto significa que Viktor Smedson podría ser Johann Schmidt.

—Es la siguiente conclusión lógica. Pudo adoptar el apellido alemán de su padre para crear su *alter ego* criminal —apostilló James.

Volvió a reinar el silencio en la habitación. Esta vez valorativo. Al

cabo de unos momentos, la joven lo rompió.

—Creo que podrías estar en lo cierto, James. Y ese laboratorio abandonado parece el sitio perfecto para que Viktor retenga a los hackers…

Arthur, saliendo de la laxitud, chocó las palmas de sus manos y se puso en pie con una energía inusitada. Parecía haberse desembarazado de un plumazo de la melancolía que lo invadía tan solo un minuto antes. Pero ahí no acabó todo, para sorpresa de Marina y James, soltó:

—Estupendo, subo a vestirme.

James y Marina se miraron, extrañados.

—¿Para qué?

—Ahora mismo vamos a averiguar si eso que decís es verdad —aseguró lleno de entusiasmo.

Acto seguido, el anciano abandonó el salón. En su ágil caminar no había ni rastro de la cojera.

62.

Sin vuelta atrás…

El temblor de su pierna no parecía tener fin. Sentado en el filo de la cama aguardaba acontecimientos desde hacía más de una hora. ¿Hacía lo correcto? Su cabeza le gritaba que sí, pero… Se sentía desorientado. Envuelto en una especie de densa nube gris, repasó una vez más el plan. No descubrió nuevos fallos. Entonces, ¿por qué su pierna no paraba de temblar?…

En ese momento Katya penetró en el cuarto, provocando que Collins diera un respingo, y cerró rápidamente la puerta.

—¿Estás listo? —Bajó el tono voz.

Él fue incapaz de articular palabra y se limitó a decir que sí con la cabeza. Tímidamente, fue hasta el ordenador que reposaba abierto sobre la mesa. Tocó una tecla cualquiera y la pantalla se iluminó. Un mensaje solicitaba unos códigos.

—Cuando quieras —dijo Collins con voz temblorosa.

Violando la seguridad del sistema, Katya había conseguido un plano de las instalaciones. Desde el principio, lo tuvieron claro. Escaparían por el comedor. La cinta que transportaba los platos sucios desembocaba en una sala con una puerta que abría a un pasillo. El pasillo conducía a más salas cuyo destino desconocían, de modo que no se arriesgarían por allí. En cambio, recorrerían los conductos del aire que discurrían por encima de sus cabezas. El destino final era una escalera vertical anclada a una pared, de una altura equivalente a un par de pisos, que los llevaría directamente a la salida. Y ahí radicaba el único punto ciego de la planificación. No tenían ni idea acerca de la verdadera ubicación de aquel lugar. Lo único que tenían claro es que estaba a muchos metros bajo tierra. Pero podría tratarse de algún almacén en los alrededores de una ciudad o de una isla desierta en mitad del océano. En este último caso, estarían jodidos. Jodidos de verdad.

El localizador GPS que llevaban implantado en el cuerpo fue un

duro escollo que sortear, dado que no contaban con los medios para encontrarlo y extraerlo. Fue Collins quien, viendo un documental de animales salvajes en una reserva de Kenia, halló la solución. Con el aire de un mago que está a punto de hacer un truco, le dijo a una Katya expectante:

—¡Eso es! ¡La clave es el camuflaje!

Cómo hacerlo tampoco resultó sencillo, pero en ese terreno ambos eran expertos. El localizador emitía una señal a un receptor. Cuando consiguieron identificar la frecuencia, pudieron aislarla y alterar el sistema con el fin de que transmitiese una ubicación errónea de ellos dos: sus dormitorios.

Otro obstáculo fueron las cámaras de vigilancia, pero resolver ese problema fue coser y cantar. Cualquier hacker de tres al cuarto era capaz de fijar un bucle en la señal de televisión que se emitía por un circuito privado. Aquello, no obstante, resultó un poco más complejo porque la arquitectura de la red disponía de defensas muy sofisticadas contra intrusiones. Con todo, no eran más que parches que acabarían saltando por los aires, como un dique de arena tratando de contener la crecida de un río. Pero contaban con que al menos les proporcionaran el tiempo suficiente para poder alcanzar la superficie.

Katya dio un paso hasta Collins y le cogió de la mano.

—Todo saldrá bien —le aseguró ella con esa peculiar entonación suya. Luego le soltó y suspiró—. Hazlo ya.

Collins colocó las manos sobre el teclado, entremezclando los dedos como en un juego de equilibrio. Entonces pulsó seis teclas a la vez y todo se puso en marcha.

Ya no había vuelta atrás.

63.

Un paraje desangelado…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

MIENTRAS Carmichael y Patricia dormían en dos suites de un lujoso hotel en la localidad bretona, por cortesía del capitán del *Princess Alyssa*, Marina, Arthur y James salieron al raso y se adentraron en el bosque que circundaba la granja. Wells, que encabezaba la marcha guiándolos, llevaba su escopeta de caza colgada al hombro y una mochila que había sacado del cobertizo.

Los tres caminaban envueltos en la oscuridad, provocando con sus pasos el crujido de la hojarasca que cubría el suelo como una tupida alfombra estacional. Tras veinte minutos, hicieron alto, más que nada para que Arthur recuperara un poco el aliento, y continuaron con prudencia por un terreno traicionero que la noche había convertido en peligroso.

Poco después el anciano hizo un gesto con la mano y se agachó. James y Marina siguieron su ejemplo. A unos metros delante de ellos se entreveía una alambrada de tela metálica en precario estado. Permanecieron agazapados un tiempo impreciso. Aguzando el oído. No se escuchaba nada, salvo los sonidos típicos de un bosque por la noche. El cricrí de los grillos y el ululato esporádico de algún búho. A primera vista, todo parecía tranquilo. Demasiado tranquilo.

Abandonado, incluso.

§

COLLINS y Katya llegaron al comedor sin contratiempos. Tenían una excusa ensayada, pero a esas horas no se toparon con nadie. La chica rusa era una veterana de aquel lugar y llevaba tiempo memorizando las costumbres de sus compañeros y poniendo a prueba el sistema de seguridad de las instalaciones. Hacía cosas a deshoras, algunas incluso prohibidas, tales como pasearse por los pasillos o la zona de trabajo… y nunca ocurrió nada. En una ocasión, guardó un poco de mantequilla del desayuno y la untó en la carcasa circular que protegía la cámara

de seguridad ubicada frente a la puerta de su dormitorio. Tardaron semanas en limpiarla. Con el tiempo, llegó a la conclusión de que la seguridad era casi inexistente. Probablemente no consideraran a los hackers una amenaza y que con el localizador GPS era suficiente para mantenerlos bajo control; lo cual, hasta cierto punto, resultaba lógico. El perfil del hacker respondía a una dualidad muy peculiar. Agresivo e intuitivo frente a un ordenador, pero amigo de la comodidad y previsible en la vida real.

En el comedor, Katya se subió sin titubeos a una de las mesas, se alzó de puntillas con los brazos extendidos y apartó de un empujón una de las rejillas de ventilación. Como ella estaba más en forma, hizo un escalón entrelazando sus manos. Collins colocó su pie, tomó impulso y se encaramó hasta el hueco. A renglón seguido, tocó el turno de ella. El escocés le cogió la mano extendida y la ayudó a subir. Una vez en el respiradero, volvieron a colocar la rejilla en su sitio y comenzaron a gatear a oscuras.

§

MARINA señaló un matorral lo sobradamente ancho para cobijarlos a los tres, y se desplazaron con cautela hasta él.

—No os dejéis engañar por la apariencia de abandono —susurró la joven con la cabeza muy pegada a la de sus compañeros—. Puede ser un antiguo truco de camuflaje. Joder, cómo me gustaría tener unas gafas de visión nocturna.

Arthur blandía un extraño dispositivo en el aire.

—¿Como estas? No me fui de los Ranger con las manos vacías —dijo, dando palmaditas a la mochila que llevaba consigo.

Marina se abalanzó hacia las gafas y se las arrebató de las manos como si fueran el antídoto a un veneno mortal que le hubieran inoculado. Durante unos minutos, las examinó con atención tratando de adivinar su funcionamiento. Eran un modelo obsoleto de primera generación, pero eran de uso militar y mucho mejor que cualquiera de las que se podían adquirir en Amazon.

—Señor Wells, le daría un beso ahora mismo —dijo ella, conectando la batería.

—¿A qué dijo usted que se dedicaba? —dijo el anciano, ruborizado.

Marina le dirigió una mirada cómplice.

—No creo haberlo dicho. —Acto seguido, se colocó las gafas y se puso a estudiar el entorno, que había adquirido un tono verdoso por efecto de los filtros—. Arthur, no tendrá por casualidad una cizalla en esa mochila suya, ¿verdad?

La sonrisa del anciano refulgió en mitad de la noche.

—Quedaos aquí —les dijo ella a los dos, con la herramienta en la

mano.

—Pero usted es una mujer y nosotros… No está bien que…

Ella lo miró seria y lo cortó en el acto.

—No me venga con esas, señor Wells. ¿En qué siglo vive? —Los dejó y se adelantó encorvada.

Por entre las ramas del matorral, la observaron aproximarse sin hacer un solo ruido a la verja, que estaría a unos quince metros, quedarse inmóvil unos minutos bajo un cartel decrépito que advertía que aquello era propiedad privada, y comenzar a cortar el alambre. Lo hacía con tal suavidad que no se escuchaba ni el clic de los cortes. Cuando hubo abierto un hueco lo suficientemente amplio para que pudieran pasar por él, lo que le llevó un buen rato, se volvió hacia ellos y les señaló con la mano que podían aproximarse.

Lo hicieron, pero no fueron tan silenciosos como ella y algunas ramitas muertas crujieron bajo sus botas. Una vez dentro del recinto extremaron las precauciones mientras avanzaban. En un corto espacio de tiempo distinguieron el vago contorno de las instalaciones.

—Creo que hemos llegado —susurró James.

Detuvieron sus pasos en el acto, se sentaron en cuclillas y procedieron a estudiar el terreno minuciosamente. El silencio allí era abrumador. Ni grillos ni búhos.

Nada de nada.

El laboratorio consistía en tres cubos de hormigón. Cada bloque disponía de una puerta de hierro. El de en medio era más alto que los otros dos y lucía el célebre cartel descolorido de SMEDSON & SON. Por todas partes había advertencias de no pasar sujetas a postes, en un estado deplorable. Las malas hierbas se habían adueñado de los caminos de acceso y las ramas de los árboles trepaban por los edificios, tapando grafitis ininteligibles.

Viéndose rodeados de aquel paraje tan desangelado, donde se respiraba la quietud más absoluta, los tres pensaron lo mismo. Si aquel estado de abandono era un camuflaje, desde luego, era de los buenos.

Marina recorrió con la mirada los tres edificios modulares y siguió con cada rama de los árboles más cercanos. Buscaba cámaras de vigilancia ocultas, sensores de movimiento…, cualquier cosa que denotara la más mínima presencia humana. Pero no halló nada de nada y llegó a la conclusión de que el argumento de James, aunque sólido, fallaba en algún punto.

64.

Houston, tenemos un problema…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

ENTONCES advirtieron que el viento traía un débil zumbido, como de boleadoras agitándose. Aire. Por supuesto. Sin ventanas, de alguna manera debía purificarse el aire de aquel lugar. Marina se incorporó, cruzó lo más aprisa que pudo el claro con la cizalla en una mano y la pistola en la otra, y se detuvo frente a la puerta de uno de los edificios pequeños, con la espalda pegada a la pared. Con una mano en alto, les indicó a James y a Arthur que permaneciesen donde estaban.

La joven se deslizó despacio hasta la puerta de entrada. Era de hierro y asegurada con una cadena herrumbrosa. Al igual que en el resto del recinto, en la puerta aparecían los efectos de la intemperie y la falta de cuidados. Guardó la pistola en la cintura y, con la cizalla, cercenó la cadena con facilidad.

Cuando Arthur y James la vieron perderse en el interior del cubo, se aproximaron a la entrada y aguardaron hasta que Marina reapareció.

—No es más que un almacén vacío —les dijo ella en una voz tan baja que Arthur no la entendió.

La puerta principal del cubo más alto era casi idéntica. El candado que cerraba la cadena, en cambio, se veía nuevecito. Aquello llamó poderosamente la atención de Marina, de modo que entró con el arma lista para disparar. Las gafas de visión nocturna le mostraron una superficie de hormigón diáfana hasta el techo, que estaría a unos diez o doce metros de altura. En un extremo había un boquete por el cual asomaba la barandilla de una escalera de mano. Fue hacia allí y miró. La luz verdosa únicamente alcanzaba a mostrar los primeros peldaños. Zarandeó la barandilla y aquello vibró.

Finalizada la inspección general regresó al lado de James y Arthur, que aguardaban junto a la puerta principal.

—Señor Wells, quédese aquí y proteja nuestra retaguardia.

—No me trate como a un niño. Sé que ahí abajo no seré más que un estorbo.

Ella sonrió para sí, aquel viejo era un tipo listo.

—De acuerdo, intentaré no olvidarlo.

Marina fue la primera en meterse por el boquete.

—James, evita pisar el centro de los peldaños. Son antiguos y podrían quebrarse.

La joven tanteó con el pie hasta que encontró la solidez del metal y comenzó a descender de espaldas por aquel tubo claustrofóbico. Odiaba ese tipo de escaleras. Si había alguien abajo acechándolos, serían una presa fácil. No dieron con plantas intermedias. Solo la plataforma de la entrada y, al parecer, un piso muy, pero que muy, abajo… De pronto Marina se quedó quieta cuando su pie izquierdo, en lugar de otro travesaño de hierro, pisó suelo firme. Terminó de bajarse de la escalera y rápidamente se situó en posición de disparo, escudriñando la oscuridad del frente. Las gafas revelaron el comienzo de otro pasillo. Recto, angosto y de techo bajo. Más hormigón por todas partes. Tuberías corroídas sujetas con arandelas y tornillos discurrían a lo largo del techo. El aire estaba cargado. No había cámaras de vigilancia ni dispositivos de seguridad. Nada. Todo aquello seguía teniendo pinta de abandonado.

James no tardó en colocarse a su lado. A pesar de que sus ojos se habían acostumbrado a la falta de luz, no veía nada. Ni siquiera sombras.

—Sígueme despacio. Seguiremos las tuberías —dijo Marina.

La presencia de ambos provocó movimientos por el corredor; rasguños cortos y veloces que se iban alejando, hasta desaparecer del todo. Tras un rato sin descubrir nada, doblaron una esquina y Marina se detuvo.

—Esto está vacío, James. —Suspiró—. Siento decirte que en esta ocasión te has equivocado de medio a medio…

En ese momento, una tormenta de balas cortó el aire que los envolvía.

§

KATYA gateaba delante de Collins por aquel estrecho respiradero, donde imperaba la más absoluta de las oscuridades. Ninguno hablaba. El calor comenzaba a ser insoportable y el sudor pegaba sus ropas al cuerpo como una segunda piel. Ante las encrucijadas, Katya se detenía un segundo para orientarse. A pesar de que había memorizado el recorrido, Collins hubo de rectificarla en un par de ocasiones. Cuando comenzaban a estar hechos polvo, el silencio se quebró con el zumbido que provocaban los dos ventiladores encargados de renovar

el aire de la instalación.

—Ya queda poco —susurró Katya—. Cuatro metros por el túnel, giramos a mano derecha y ya estamos.

Cubrieron la distancia y se detuvieron justo encima de una habitación iluminada levemente con dos bombillas de emergencia. Katya extrajo la rejilla de ventilación, introdujo el cuerpo por la abertura y se dejó caer con cuidado. Nada más aterrizar sobre una mesa alargada, se puso a mirar en derredor un poco agachada. La habitación resultó ser un laboratorio con ordenadores, microscopios, armarios con puertas de cristal y una pizarra con garabatos.

Una vez comprobó que era seguro, animó a Collins y se dispuso a ayudarlo con los brazos extendidos. Este se retorció en el túnel y quedó sentado en el borde con los pies colgando hacia abajo. Cuando saltó, lo hizo con torpeza y ambos perdieron el equilibrio. El estrépito de sillas y mesas desplazadas de su sitio resonó con fuerza. Al final, los dos acabaron por el suelo en un revoltijo de brazos y piernas. Permanecieron inmóviles un buen rato, con las caras sudorosas a un palmo una de la otra. Muertos de miedo, esperaban que, de un momento a otro, la puerta se abriese de golpe y la luz se encendiese.

Pero todo siguió quieto. En medio de un silencio de muerte, sus respiraciones agitadas reverberaban como una vieja locomotora de vapor. Al cabo, deshicieron el enredo de cuerpos y se pusieron en pie. Katya se aproximó de puntillas hasta la puerta. Mientras la joven asomaba la cabeza fuera de la estancia, Collins se restregaba los ojos, luego los abría mucho. Repitió la acción varias veces, acercándose la palma a la cara.

—Vamos —dijo ella en voz baja, llamándole con la mano.

Collins dio un traspié al moverse y decidió quedarse quieto.

—Houston, tenemos un problema.

—¿Qué te pasa ahora?

—No puedo ver.

En un primer momento, Katya se quedó paralizada, luego dio un par de zancadas hasta Collins y se lo quedó mirando fijamente. La sien derecha del escocés sangraba copiosamente.

—Te has dado un golpe en la cabeza. ¿Te duele?

—Un poco.

—¿Y no ves nada?

—No lo sé, no hay mucha luz, pero creo que no.

—Vale —dijo Katya, pensando con rapidez—; tú no te preocupes y agárrate a mí. Yo te guiaré.

Pasito a pasito, la pareja abandonó con sigilo el laboratorio y comenzó a perderse en la negritud de un corredor.

65.

Una voz meliflua y tranquila…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

—¡RÁPIDO, atrás! —Marina tiró de James y ambos volvieron al instante al otro lado de la esquina. La pared de enfrente estaba acribillada a balazos.

En el otro extremo se alzaban voces atropelladas. Ninguno de los dos entendió nada, pero tampoco hacía falta. Eran órdenes imperiosas. Marina asomó un poco la cara y creyó ver a dos tipos con uniformes de campaña. Varias detonaciones reaccionaron al gesto. Los destellos llenaron un momento de luz el pasillo. Ella volvió a esconderse. Sacó la mano con la PSS por la esquina y apretó el gatillo tres o cuatro veces. En respuesta, una lengua de fuego cruzó el corredor, rebotó en la pared y cambió de rumbo, justo hacia ellos.

—¡Joder! ¡Tienen un lanzallamas!

Marina empujó a James hacia atrás y ambos cayeron al suelo. La pistola escapó de las manos de la joven y se deslizó por el hormigón. Un calor sofocante cubrió el pasillo, y un intenso olor a gasolina se impuso al de pólvora.

De nuevo un fogonazo acompañado de un rumor, como una ráfaga de aire. En aquella ratonera no durarían mucho.

James no podía hacer gran cosa. Agazapado contra la pared solo podía escuchar lo que pasaba. Entonces tuvo una idea y subió la barbilla. Sin ver, sus ojos se posaron en el techo.

—Marina, las tuberías del techo.

Ella comprendió el mensaje. Localizó su pistola con la mirada. A un par de metros. En plena línea de fuego. ¡Mierda! Tendría que ser muy veloz. Contó mentalmente hasta tres y se arrojó a por la PSS. Consiguió hacerse con ella y, cuando vio la boca del lanzallamas humeante frente a ella, terminó de vaciar el cargador antes de que volviera a escupir fuego. En esta ocasión apuntó al techo. Las tres primeras balas debieron golpear contra el hormigón, a juzgar por el sonido. Pero la última dio en el blanco. En realidad, solo lo supuso pues no se quedó para comprobarlo e, instintivamente, se arrojó de nuevo hacia la esquina.

Una atronadora deflagración convirtió el pasillo en una masa informe de hierros retorcidos y fragmentos de hormigón, y lo envolvió todo en una gran polvareda. La onda expansiva lanzó a Marina contra James, rodaron por el suelo y se agazaparon de inmediato, protegiéndose con los brazos de la lluvia de cascotes.

Tras la explosión se abatió sobre ellos un silencio apabullante. Durante un par de minutos, permanecieron así. Quietos, recuperando los sentidos embotados. Del otro lado del corredor no les llegaba más respuesta que el ruido de algún desprendimiento. Cuando la humareda se hubo disipado, Marina cambió el cargador vacío y se aproximó gateando al recodo. Volvió a asomar la cabeza un poco.

Nadie respondió disparando.

Entonces la asomó un poco más y atisbó por la esquina.

Aquello era un puto desastre en verde. De una tubería colgante no cesaba de caer agua al suelo. Unos cables al aire chisporroteaban. Entre las montañas de trozos de hormigón vio dos cuerpos inmóviles sangrantes con los uniformes hechos jirones.

—Espera aquí —le dijo a James.

Salió de su escondite y avanzó paso a paso. A la altura de los cuerpos comprobó su pulso en el cuello. A uno le faltaba una pierna bajo la rodilla y estaba muerto. El otro aún se movía. Marina lo ejecutó sin contemplaciones de un disparo a quemarropa. Rebuscó con la mirada y encontró en el suelo un Heckler & Koch de culata retráctil.

«*Estos tipos están bien financiados*», concluyó. Aquel fusil de asalto era lo último en armas tácticas.

Guardó su pistola y se hizo con el fusil y un cargador extra. También se apoderó de sus gafas de visión nocturna, que eran de última generación e incluían visión térmica. Una se la pasó a James, que se había unido a ella.

—¿Estaban muertos? —le preguntó él.

—Los dos —le mintió Marina. No esperaba que James comprendiera que no podía dejar hostiles con vida a sus espaldas.

Cuando se puso las gafas, el escocés volvió a ver, aunque le llevó un rato acostumbrarse al modo en que aquellas lentes le mostraban el entorno. Pasaron por encima de los escombros y continuaron. Marina entonces se detuvo en seco.

—James, sé que no sabes usar armas de fuego, pero… ¿sabrías al menos apretar un gatillo?

Él la miró sin comprender.

Con el lanzador entre las manos y una mochila con dos cilindros a la espalda, James se sentía ridículo.

—¿Crees que esto es necesario?

Ella no se molestó en responderle y se alejó andando. Cuando James le dio alcance, estaba detenida con la oreja pegada a una puerta

metálica sin pintar. Encima brillaba una luz verde de emergencia. Del otro lado llegaba una especie de zumbido. Pero no era como el que escucharon en la superficie, este era distinto. En ese instante, la puerta se abrió.

No alcanzaban a comprender lo que sus ojos les mostraban.

§

El avance en aquellas condiciones resultaba lento y penoso. Los ojos de Collins seguían apagados y el dolor de cabeza se agudizaba a cada paso que daba. Las antorchas sujetas a las paredes conferían un aspecto aún más tétrico al túnel por el cual discurrían. Aquello no tenía nada que ver ni con la zona de trabajo ni con la de los laboratorios.

El suelo era terroso, las paredes de irregulares ladrillos de adobe, y el techo abovedado. Parecía como si caminaran por unas catacumbas. A ambos lados, se abrían oquedades en forma de arco ojival que dejaban a la vista un batiburrillo de huesos y calaveras con las bocas abiertas en un rictus horripilante de hilaridad. La primera que Katya vio le provocó un sobresalto, pero acabó por acostumbrarse. Allí abajo, el aire apestaba a rancio y el calor sofocante había dejado paso a una severa humedad. Las ratas hacían notar su presencia. Según el plano de la instalación que había memorizado, debían seguir un poco más de frente.

Al final, darían con una puerta.

Detrás, las escaleras de mano.

Arriba, la libertad.

Al otro extremo del túnel, Katya distinguió una luz verde de emergencia encima de una puerta. A unos quince metros.

—Ya estamos, no falta casi nada.

Ante la falta de visión, Collins se sentía más seguro si no levantaba los pies, y avanzaba deslizándose sobre la arenilla que recubría el suelo. Unos minutos después alcanzaron una puerta metálica galvanizada. Katya apartó su brazo de los hombros de Collins y lo ayudó con delicadeza a apoyarse en la pared.

—Espera un momento. Voy a abrir la puerta. Luego vendrán las escaleras, pero no deberías tener problemas para subirlas. —Katya alargó la mano hacia el tirador y cerró los dedos en torno a él. Hasta ese momento, no había pensado en la posibilidad de que estuviese cerrada. Y efectivamente, no lo estaba.

Empujó la puerta un poco para abrirla. Cuando la ceguera por la repentina luminosidad cesó, se quedó petrificada.

—Katya y Collins. El lazarillo y su ciego.

—¿Qué es lo que ocurre…? —Collins fue bajando el tono a medida

que reconocía esa voz meliflua y tranquila.

66.

Es hora de hacer una llamada…

Alrededores de Estocolmo, Suecia

Un intenso zumbido retumbó en el corredor al instante. Marina se subió el visor nocturno, boquiabierta. James la imitó. Ante ellos se elevaba una cortina negra. En cierto modo, más que una cortina parecía una plancha de algún tipo de aleación. Compacta. Lo más alucinante de todo era que estaba suspendida por sí misma en el aire.

Cuando aquello comenzó a moverse hacia ellos, Marina levantó el fusil de asalto y apretó el gatillo, provocando un ruido ensordecedor. De repente, en una imagen ya vivida, de la masa negra surgió una especie de brazo y una mano rodeó el cuello de Marina, la levantó del suelo un metro y la lanzó contra una pared. Con el golpe, soltó un gruñido de dolor y quedó tendida sobre el hormigón.

James estaba paralizado. Él no estaba entrenado para afrontar situaciones semejantes. Pero con Marina desarmada y fuera de combate, tenía que actuar. Y debía hacerlo ya. O ambos morirían. De pronto, recordó cómo el enjambre se desvaneció con la explosión del furgón.

El fuego.

Aquella cosa aborrecía el fuego.

Se quedó mirando sus propias manos, al lanzallamas que sostenía. Al fin, reaccionó y soltó un alarido. Durante un tiempo indeterminado —más tarde le diría Marina que fue menos de un minuto—, no vio más que una columna de fuego devastador. Roció aquella cosa de arriba abajo y de izquierda a derecha…

—¡James!

No la oyó gritar de dolor. De hecho, no emitió el menor sonido. Simplemente el aire se fue llenando de pequeñas bolitas incandescentes no más grandes que una mosca, que se iban apagando una a una cual estrellas fugaces…

—¡James!

El escocés volvió en sí al oír gritar su nombre. Sus ojos desorbitados enfocaron a Marina, que estaba incorporándose poco a poco, con muecas de dolor en el rostro.

—James… —repitió ella, en un tono más bajo.

Por fin, apartó el dedo del gatillo del lanzallamas y el infierno finalizó. Allen volvió en sí y persiguió la vista de Marina, que estaba clavada en la puerta.

Agolpados en el umbral habría seis, siete, ocho —paró de contar— … chicos. Los miraban a ellos dos con los ojos muy abiertos, como si fueran hombrecillos verdes recién aterrizados de otro planeta. Aquel grupo no resultaba ninguna amenaza, no eran más que jóvenes de distintas razas y nacionalidades de un claro aspecto extravagante. Predominaban las gafas de visión, los cuerpos rechonchos, los pelos desgreñados —alguno de ellos parcialmente chamuscados—, y las camisetas frikis.

James y Marina se pusieron a examinar con ansia los rostros desorientados de aquel grupo tan heterodoxo. Uno a uno. Los ojos de James buscaban a Collins; los de Marina, a su hermana.

No los hallaron, y un jarro de agua fría cayó sobre ellos.

—¿Quiénes sois vosotros? —la voz salió del grupo.

—Volved dentro —ordenó Marina con tono firme.

Poco a poco, todos fueron entrando. Marina fue tras ellos. James tardó lo justo en deshacerse del lanzallamas. El interior le resultó asombroso. Si lo que habían visto hasta ese momento parecía abandonado y cochambroso, aquello era todo lo contrario. Una cámara circular amplia con mesas de trabajo y equipos informáticos modernísimos. La iluminación procedía de lámparas industriales colgadas del techo.

Los hackers estaban agrupados en un lado. Marina volvió a buscar en vano a su hermana. Entonces levantó el teléfono móvil con las fotografías de Collins y Katya, y fue pasándolo por delante de sus caras.

—¿Los habéis visto por aquí?

Todos los jóvenes se acercaban a mirar y se retiraban de igual manera, con silentes movimientos de negación. Marina y Allen se miraron entre sí con un claro gesto de decepción pintado en sus rostros.

—¿Hay más personas? —inquirió Marina, alzando la voz.

—Guardias solo los dos que habéis liquidado. Luego está el Mazinger Z —dijo una joven de rasgos asiáticos.

—¿El Mazinger Z? —preguntó Marina, con una ceja alzada.

—Esa cosa que habéis frito en el pasillo. Yo la llamo de esa manera.

—¿Y hay alguien más?

La joven asiática dudó, pero al final se decidió a hablar:

—Se supone que no deberíamos saberlo, pero por aquel pasillo hay laboratorios.

Marina y James pusieron la vista en el lugar que les marcaba con el brazo extendido.

—Y por aquel otro pasillo ¿qué hay? —quiso saber Marina.

—Los dormitorios y el comedor.

—Y allí, no queda nadie —insistió.

—No. Todos los pirados estamos aquí. —Abrió los brazos como tratando de abarcarlos a todos.

Después del momento de confusión, Marina les dijo:

—Quiero que ocupéis vuestros asientos y os quedéis quietos. ¿Queda claro? —su tono sonó amable pero firme.

Murmullos de aceptación recorrieron el grupo mientras comenzaban a mover los pies de manera displicente hasta sus puestos de trabajo. Por un momento, solo se escuchó el rechinar de sillas contra el suelo. Cuando la chica de rasgos asiáticos pasó por delante de Marina, esta la retuvo, sujetándola del brazo.

—Enséñanos esto.

Ella la miró y encogió el cuerpo. Debía de parecerle más divertido que quedarse sentada ante su escritorio sin nada que hacer.

—¿Cómo te llamas?

—Dai.

—Muy bien, Dai. Yo soy Marina y él es James.

—¿Sois policías?

—No exactamente, pero somos de los buenos.

Tras intercambiar saludos informales, atravesaron la sala y tomaron el pasillo que desembocaba en los laboratorios. La calidez de la sala circular enseguida dejó paso a la frialdad de aquella zona. Todo estaba revestido de blanco e iluminado por paneles de luz incrustados en un techo técnico. A los pocos pasos, se toparon con una puerta de seguridad. A la derecha, en la pared, colgaba un lector de tarjetas. Marina dudaba que pudiera hacer saltar la cerradura con el Heckler & Koch que seguía portando.

—Esperadme aquí —dijo, y volvió sobre sus pasos.

Tardó menos de cinco minutos en estar de vuelta, sosteniendo una tarjeta en alto.

—De uno de los guardas —comentó, antes de deslizarla por la ranura del lector. Se escuchó un leve chasquido y un testigo se puso en verde. Menos de un segundo después la puerta se deslizó y dejó el acceso libre a otro pasillo, que comenzaron a recorrer examinándolo todo. A cada lado había salas acristaladas. Únicamente mesas de trabajo, ordenadores y material de alta tecnología. Allí no había nada de interés.

—¿Sabes para qué sirven? —le preguntó James a Dai.

—Ni idea. No podíamos entrar aquí. La regla octava lo prohíbe.

Fueron dando con más puertas de cristal que se abrían por proximidad, emitiendo leves siseos. Dejaron atrás lo que parecía un vestuario, con dos hileras de taquillas de metal cerradas con candados de combinación, bancos de madera y una ducha; de una percha colgaban un par de batas blancas. Allí tampoco había nadie. De repente, a mitad de camino de aquel largo pasillo, James se detuvo en seco y se puso a mirar al interior de un amplio compartimento.

—Marina, ¿has visto esto?

Marina y Dai dejaron de avanzar y se volvieron de medio lado para mirar también.

Frente a ellos había otro laboratorio iluminado con una luz blanca intensa. A diferencia de lo que habían visto anteriormente, no se distinguían probetas ni refrigeradores, tampoco monitores o microscopios electrónicos, solo miembros robóticos desplegados sobre una mesa alargada. Brazos, piernas, manos, incluso una cabeza. Su tamaño era muy reducido y su aspecto, casi humano. Por un momento, a James le recordó la imagen de C-3PO de *La guerra de las galaxias*. Una pizarra colgada de la pared estaba llena de representaciones de estructuras moleculares e interminables fórmulas químicas y matemáticas. Había símbolos que James no sabía ni siquiera que existían. Arriba del todo había dos términos escritos con letra pulcra y remarcadas dentro de un óvalo de tiza: «Nanopartículas / Microrrobots».

Tras asegurarse de que no había ningún técnico, continuaron avanzando por el complejo. Otra puerta con lector digital puso fin a la zona de laboratorios y abrió a un espacio penumbroso. Marina buscó por las paredes y pulsó un interruptor. Al instante, las luces se encendieron, revelando una oficina administrativa con dos escritorios y archivadores metálicos. Tampoco había nadie. Al fondo había una puerta de madera noble brillante, y se encaminaron hacia ella. Al otro lado, hallaron un lujoso despacho con cuadros caros en las paredes, alfombras en el suelo y mobiliario de madera reluciente.

Ahí terminaba la visita.

Marina suspiró decepcionada y se colgó el fusil al hombro. James no hizo el menor comentario, frunció el ceño y salvó a largos pasos la distancia que lo separaba de una *boiserie*. Uno de los módulos se veía entreabierto. El escocés tiró del canto y terminó de abrirlo, mostrando la puerta oculta de un ascensor.

—Por aquí han debido de escapar los técnicos.

Dai seguía curioseando por las estanterías, manoseándolo todo. James la observó solo un segundo; después, caminó en silencio sobre la alfombra y rodeó un enorme escritorio que parecía de palisandro, a juzgar por las manchas negras en forma de ondas. Seguidamente,

tomó asiento en un envolvente sillón de cuero negro, sin una intención clara. Durante largo rato, permaneció con la cabeza en el respaldo y los ojos cerrados, concentrado o simplemente descansando; en cualquier caso, desanimado.

—Qué chulo, ¿puedo quedármelo? —dijo Dai, con un abrecartas dorado en la mano. El extremo por donde lo sujetaba representaba la cabeza de un dragón.

James subió los párpados, se inclinó hacia adelante y comenzó a abrir y cerrar los cajones del escritorio. No había nada de interés dentro de ellos, sólo material de oficina. Centró su atención entonces en un monitor exageradamente plano. Tanteó con los dedos por la parte trasera hasta que localizó el botón de encendido. Lo pulsó. El ordenador se puso a emitir pitidos mecánicos. Tras unos segundos, apareció una pantalla en la que solicitaba una clave para seguir.

—Dai. ¿Podrías averiguar la contraseña?

La hacker se encogió de hombros, como diciendo: «pues claro», depositó un objeto redondo en una estantería y se aproximó.

—Déjame. Pero te advierto de antemano que no habrá nada. Nuestros ordenadores los borraron hace días.

—¿Hace días? —le preguntó Marina, ceñuda.

—Sí, dos o tres. Desde entonces estamos de brazos cruzados. —respondió al tiempo que James se apartaba del sillón y lo ocupaba ella. De inmediato, los dedos de Dai se pusieron a echar humo sobre el teclado.

Con el codo en el respaldo, Allen miraba por encima del hombro de la chica cómo surgían comandos en el monitor a una gran velocidad.

Marina se situó al otro lado de la joven.

—Si han borrado los archivos, es que nos esperaban —conjeturó la espía—. Algo no encaja.

Ni cinco minutos después Dai soltó un gritito de alegría.

—Ya está —dijo, y la pantalla bloqueada dio paso a otra con un fondo anodino y los iconos de las aplicaciones.

—¡Genial! ¿Dónde pueden estar sus archivos? —preguntó Allen, que se había inclinado sobre Dai, hasta casi rozar su pelo.

Ella detuvo el ratón sobre el icono del Explorador de Windows e hizo doble clic. El programa se abrió y desplegó una cascada de carpetas con nombres variopintos.

—¿Qué es esto? —preguntó James poniendo el dedo en el monitor.

—Son archivos de programación —explicó Dai,—. Ya os dije que habían hecho un borrado masivo de datos.

—¿Y no pueden recuperarse?

—Si están bien borrados no.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Pues porque lo hice yo. Ahora que lo veo, lo sé… —se quedó de

repente callada.

—¿Qué pasa? —quiso saber James—. ¿Qué has encontrado?

—Qué raro. Esta última carpeta parece que contiene documentos. —Dai pinchó sobre la carpeta amarilla y esta desapareció, sustituyéndose por una veintena de archivos docx y pdf.

Los ojos de Marina y James buscaron entre los nombres de los documentos. Ninguno llamó particularmente su atención, aunque tampoco sabían bien qué estaban buscando.

—Abre ese que se llama: «Contrato de traspaso», por favor —le pidió James.

Lo leyó en diagonal. Se trataba del documento de compraventa de las instalaciones en las que se hallaban, firmado entre dos compañías seguramente residentes en paraísos fiscales por un precio de dos millones de dólares estadounidenses. No sabían por qué, pero intuían que detrás de esas empresas pantalla descubrirían a Viktor Smedson, su alias «Johann Schmidt», o a algún testaferro suyo.

Aparte de generarles más preguntas, la información no les servía de mucho. Marina resopló abatida, se pasó las manos por la cara y, apartándose del escritorio, comenzó a caminar por el despacho de arriba abajo en actitud pensativa. James, por el contrario, seguía ojeando aquel documento. La clave estaba allí. Tenía que estarlo. Lo presentía.

—¿Qué más quieres que haga? —le dijo Dai, ladeando la cabeza hacia atrás mientras involuntariamente movía el texto verticalmente por la pantalla con el botón circular del ratón.

—Espera, espera —dijo Allen de pronto—, vuelve arriba.

Dai devolvió la vista al frente, hizo *scroll* en la pantalla y el documento comenzó a moverse de abajo arriba.

—Justo ahí, para. —Y se puso a leer.

Marina volvió a acercarse al monitor.

—¿Has dado con algo?

—Mira, el intermediario en la operación fue Pierre De la Croix. —Tras una pausa, agregó con entusiasmo—: Conozco a ese tío. Pertenece a un *lobby* que se llama el Consorcio.

—Nunca he oído hablar del Consorcio.

—Ese es precisamente su *modus operandi*. El anonimato.

Las palabras de uno y otro volaban por encima de la cabeza de Dai, que alternaba los ojos entre ambos como quien mira un partido de tenis.

—¿Para qué nos sirve esto?

—Puede ser que De la Croix intermediara en otras compras de Viktor. Tal vez otras instalaciones como estas donde puedan estar retenidos Collins y Katya, junto con más hackers. Piénsalo bien. ¿Por qué jugarse un proyecto tan lucrativo a una sola carta?

Marina acabó asintiendo despacio.

—Podrías tener razón. Pero esas instalaciones podrían estar en cualquier parte del mundo. ¿Cómo las localizaremos?

—Se lo preguntaremos a De la Croix.

—¿Sabes cuál es su paradero?

James chasqueó la lengua dos veces, negando.

—No, pero sí sé dónde podemos averiguarlo. En Zúrich.

—¿Zúrich? Es más rápido si vamos a ver de nuevo a Viktor. Le sacaré la información a golpes, si es preciso —acordarse del magnate sueco le había despertado un profundo malhumor.

—Por lo poco que lo he conocido, tengo la impresión de que iba a ser una pérdida de tiempo.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo dejamos irse? Así, sin más —su tono de voz pasó del enfado a la frustración.

Allen sonrió maliciosamente.

—Ni por asomo. Opino que ha llegado la hora de hacer una llamada y desvelar la doble identidad de Viktor Smedson.

67.

Tengo una historia que contarle…

Estocolmo, Suecia

¡D
ING dong!

El timbre se oyó por toda la casa. Brorsson depositó la taza vacía en el lavavajillas y caminó con torpeza a lo largo de todo el pasillo.

¡Ding dong!

—*¡Ya voy, no puedo ir más rápido!* —graznó y alargó la mano para abrir la puerta.

Su ayudante, Alexander Nilsson, apareció en el rellano.

La agente se echó a un lado y, cuando su ayudante pasó, cerró la puerta. En el zaguán, Nilsson se quitó los zapatos y se calzó unas zapatillas para invitados. Luego siguió a su jefa por la casa y entraron en el salón. Una lámpara clásica colgaba del techo, pero Brorsson se decantó por encender una lamparita de mesa, que iluminó la estancia tenuemente.

—*Siéntate, por favor*.

Nilsson escogió un mullido sillón, que lo envolvió al instante. Las cortinas del apartamento estaban echadas. Era muy tarde. Estocolmo llevaba horas durmiendo.

—*¿Quieres un café?*

—*Gracias, estoy bien*.

Saga se sentó enfrente de él.

—*¿Qué te ha hecho venir a estas horas?*

—*Viktor Smedson* —respondió Nilsson, sin ambages.

Estaba en su casa; con todo, la agente alzó la barbilla y miró a hurtadillas hacia el pasillo que llevaba al dormitorio donde su marido dormía.

—*He interceptado un informe de dos agentes de policía. Hoy estuvieron en el club de esgrima que Smedson preside en Riddarholmen*.

Con estas simples palabras, captó la plena atención de Saga.

—*Al parecer* —continuó Nilsson—, *el bedel los llamó porque un hombre y una mujer se colaron sin invitación y montaron un escándalo*.

No hacía falta que le dijera que se trataba de James Allen y su misteriosa compañera.

—*¿Qué querrían de Viktor? ¿Trabajarán para él?* —se preguntó Brorsson.

—*No lo creo. Los agentes encontraron a Viktor desencajado y se puso a discutir con ellos*.

—*¿Y la pareja?*

—*Aprovechó la confusión para esfumarse…*

El sonido del móvil de la agente interrumpió la conversación.

—*Espera un momento* —le dijo, y alcanzó sin levantarse el teléfono que descansaba en una mesita auxiliar. Miró la pantalla y no reconoció el número—. *Diga* —contestó, cauta.

—¿Saga Brorsson?

Silencio. Frunció el ceño. Hizo memoria. No reconoció la voz. El acento sonaba extranjero. Inglés. Ningún sueco pronunciaría su nombre de esa manera. Puso el altavoz.

—¿Quién la llama? —preguntó en el mismo idioma.

—Soy James Allen. Y tengo una historia que contarle que tal vez le interese.

68.

La policía busca a dos extranjeros…

Douarnenez, Bretaña francesa

Completamente ajenos a la aventura vivida por su amigo James Allen la noche anterior, Patricia y Carmichael se reencontraron por la mañana en el vestíbulo del lujoso hotel, ubicado en una calle aledaña al puerto. Aún no era temporada alta, pero una ola de buen tiempo bañaba la zona desde hacía varias semanas y las reservas se habían disparado, motivo por el cual tuvieron que contentarse con las únicas habitaciones disponibles: las dos suites más caras.

Bretaña los obsequió con otro día cálido y apacible; de modo que, siguiendo las señas que les había proporcionado el conserje del hotel, caminaron un rato hasta que dieron con la oficina de cambio. Carmichael había telefoneado a Murphy la víspera para pedirle que le enviara seis mil euros. No sabía lo que darían de sí las tarjetas de crédito del capitán y prefería disponer de efectivo. Con el dinero en el bolsillo, se sintieron algo mejor y fueron en busca de un lugar tranquilo en el puerto donde poder tomar un café y poner en orden sus ideas.

—No sé qué más podemos hacer —mencionó Patricia, mientras pasaban por delante de un quiosco de prensa y echaba una rápida ojeada a las primeras planas de los periódicos. De repente, volvió sobre sus pasos, cogió un ejemplar del *Le Monde* y lo pagó. Buscó un banco apresuradamente y se dejó caer en él. Carmichael lo hizo a su lado. Patricia desplegó el diario y buscó la primera página. Una fotografía en blanco y negro de un lugar que les era conocido. Una plaza con un pozo en primer plano y la torre cuadrada de una iglesia al fondo.

El titular los sobrecogió.

MATANZA EN LOCRONAN
Por Denis Fontaine

Locronan, Bretaña.— Diecinueve fallecidos es el trágico balance provisional,

aunque según han informado los servicios de emergencia, no se descarta que este número pueda ir en aumento durante las próximas horas. Aún se desconocen las causas de la tragedia, pero las espantosas mutilaciones que mostraban los cadáveres hallados en el lugar de los hechos, han consternado a los habitantes de las poblaciones aledañas. Las autoridades no descartan ninguna línea de investigación, incluida la que apunta a un posible atentado bioterrorista.

Según testigos presenciales, Locronan pudiera haber sufrido el ataque de un enjambre. En cambio, un experto entomólogo consultado por este medio, considera ridículas tales afirmaciones. «No existe en la naturaleza ningún insecto capaz de mostrar un comportamiento agresivo similar. Hay casos documentados de enjambres de abejas defendiéndose de un depredador mayor, o incluso de marabuntas devorando pequeños animales u otros insectos, pero nunca a esta escala, y mucho menos tratándose de un ser humano. Es totalmente ridículo». Sin embargo, a pesar de la unanimidad de la comunidad científica al respecto, hace ocho días un joven subió a la red un vídeo, grabado en el suburbano de Estocolmo, del momento en el que supuestamente moría una funcionaria de alto rango del Ministerio de Medio Ambiente. «Supuestamente», dado que aún no existe confirmación oficial de la veracidad de la grabación. El vídeo, retirado de Internet por orden judicial, mostraba cómo una especie de enjambre envolvía a la funcionaria y acababa con su vida.

En declaraciones a este medio, el jefe de policía Clerc ha confirmado que se ha expedido orden de búsqueda y captura para dos súbditos extranjeros, con el fin de interrogarles sobre los hechos ocurridos, aunque ha insistido en que es prematuro considerarles sospechosos. Según parece, una de las supervivientes, la propietaria de una boulangerie cercana al lugar de los hechos, declaró que un hombre y una mujer se alojaron en su casa rural la víspera de los acontecimientos, y que mantuvieron un comportamiento sospechoso el día del suceso. La policía ya ha enviado a la zona a un retratista para realizar un retrato robot de ambos individuos.

Los cadáveres, entre los que no se descarta que puedan hallarse los de las dos personas buscadas por la policía, serán trasladados a París hoy mismo, donde comenzarán las labores de identificación y se les practicará la autopsia; no obstante, dado el estado de deterioro de los cuerpos, se nos asegura que los resultados aún podrían tardar varias semanas […].

Patricia ya había leído bastante. Cerró el periódico, lo dobló con descuido por la mitad y lo depositó a un lado en el banco. Después, se reclinó hacia delante y, con un fuerte resoplido, se cubrió la cara con ambas manos y rompió a llorar por la tensión. En ese momento, nada podía apaciguar la sensación de frustración en que se había sumido, pese a que la noticia de que Amelie estaba sana y salva le procuró cierto consuelo.

A Carmichael no se le ocurría qué hacer, así que pasó el brazo por la espalda de ella y llevó la mano a su hombro.

—Debemos ir a la policía —afirmó Patricia, enderezándose en el banco y secándose las lágrimas—. Estamos metidos en una espiral de destrucción que no parece tener fin. La búsqueda de Collins se nos ha ido totalmente de las manos. —Hizo una pausa y suspiró—. Yo no puedo más.

Carmichael no se mostró de acuerdo. Retiró el brazo. Entendía el momento por el cual pasaba Patricia, pero no estaba pensando con claridad.

—Conozco a los franchutes. Lo único que conseguirás será acabar incomunicada en una prisión de máxima seguridad.

En el fondo, Banner sabía que Carmichael estaba en lo cierto. Después de los atentados terroristas de los últimos años, en Francia se tomaban muy en serio el tema de la seguridad. Y sin duda, la situación de Locronan y el estado de los cadáveres habría despertado todas las alarmas en la inteligencia gala.

—Aunque tuvieras razón… —empezó a decir ella—, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en localizarnos? Ya has leído el artículo, nos están buscando. Y tarde o temprano, el conductor del camión que nos recogió en la playa y nos trajo hasta aquí atará cabos.

Carmichael le cogió la mano.

Patricia la retiró.

Silencio. Enseguida, Dave dijo:

—No lo creo. No saben si estamos entre las víctimas y has leído igual que yo que aún tardarán semanas en identificar los cadáveres. Eso nos da un margen de tiempo para localizar a vuestro amigo Collins y aclarar este embrollo. Pero es preciso que te sobrepongas a esto y recuperes tu fuerza. —Y tras una pausa, añadió—: En cualquier caso, si finalmente decides entregarte… yo no soy de los que abandonan a sus amigos.

Patricia se levantó del banco.

—Necesito pensar. —Dejó a Carmichael en el banco y se alejó andando en dirección al puerto.

69.

Solo para sus ojos…

Zúrich, Suiza

El Airbus de la compañía KLM procedente de Estocolmo tomó tierra cuando el amanecer del sábado no era más que un rumor anaranjado. Durante el vuelo, ambos estuvieron enfrascados en sus propios pensamientos. Aparte de desmoralizado, tener que hurgar entre los papeles de Victoria despertó en James recuerdos aún dolorosos.

Ese día, se sintió más solo y triste que nunca.

La noche anterior, mientras Marina y el señor Wells custodiaban a los hackers en el laboratorio, Allen se reunió con Saga Brorsson y su ayudante en el apartamento que aquella disponía en un acomodado barrio de la capital sueca. La conversación duró apenas una hora y a James no le costó excesivo trabajo convencer a los agentes de la Säpo de que el malo de aquella película tenía un nombre bien conocido: Viktor Smedson.

El magnate era el responsable del asesinato de Klara Odell y, con toda probabilidad, también del periodista Magnusson. En este momento de la conversación, Brorsson y Nilsson se mostraron conmocionados. Por descontado que habían oído hablar del fallecimiento en accidente de tráfico del popular periodista, pero no habían establecido ninguna conexión con Klara Odell, ni con la nueva ley de tecnología; no obstante, prometieron investigar a fondo aquella nueva información. Lo que más impacto les ocasionó, no obstante, fue conocer la existencia de un laboratorio secreto, donde Smedson mantenía recluidos a diez jóvenes de distintas nacionalidades en situación de semiesclavitud.

De manera eficiente, la inspectora de la Säpo puso en marcha dos operativos desde el sillón de su casa. Envió a Nilsson junto con un equipo de asalto hasta los bosques del lago Ullnasjön, para asegurar el complejo y rescatar a las personas retenidas. Otro grupo táctico, encabezado por ella misma, fue al domicilio de Smedson, en el

exclusivo barrio de Östermalm. Ahí, tuvieron menos fortuna. El suntuoso apartamento estaba vacío y no hallaron ni rastro de su propietario, quien había hechos las maletas y huido precipitadamente. Brorsson cursó de inmediato a través de la Europol una orden internacional de busca y captura contra Viktor Smedson y su alias «Johann Schmidt».

Una vez aclarados los hechos, la Säpo retiró la orden que había contra James y Marina a cambio de la promesa de mantenerlos informados de los progresos que obtuvieran. La misma Saga Brorsson, probablemente para asegurarse de que abandonaban el país, los condujo en su coche particular al aeropuerto, donde embarcaron en un vuelo con destino a Zúrich…

Ahora estaban de pie, recorriendo visualmente Paradeplatz. A tan solo unos cuantos metros de la sede del banco USB —el mismo lugar donde cuarenta y ocho horas atrás habían estado Carmichael y Patricia—, hallaron el edificio de oficinas que buscaban. Los rayos del sol rebotaban en su fachada de cristal, arrancando destellos. A buen paso, cruzaron la plaza en diagonal y entraron por una puerta de cristal con una placa donde ponía: «HAYER & HERZOG, ABOGADOS».

En una pulcra sala de reuniones, rodeados de anaqueles con viejos libros jurídicos, los recibió uno de los socios principales. Era fin de semana, y aunque *casual*, vestía una chaqueta con un corte perfecto que contrastaba con las ropas sucias y arrugadas de ellos dos. Tras confirmar la identidad de James Allen y transmitirle en persona sus condolencias, le hizo entrega de una caja de cartón perfectamente conservada y etiquetada. Sin embargo, se mostró inflexible respecto a la presencia de Marina. Las instrucciones recibidas de la señorita Meier habían sido muy precisas al respecto. *Solo* James Allen tendría acceso a aquella información. Viendo que no conseguirían convencerlo de lo contrario, Marina tuvo finalmente que abandonar la sala y regresó a la plaza.

Durante la siguiente hora, James se centró en buscar información que pudiera llevarlos hasta Pierre De la Croix, pasando por alto los documentos relativos a las actividades del Consorcio. Cuando comenzaba a desesperarse, dio con lo que buscaba: un listado de nombres y domicilios. Al lado de cada nombre, Victoria había manuscrito un comentario —a decir verdad, solamente pudo suponer que se trataba de su letra. Esa era solo una de las muchas cosas que no tuvo tiempo de descubrir sobre ella—. Respecto a De la Croix, podía leerse: «No es de fiar, su Dios es el dinero, pero tiene buen corazón». Cuando hubo terminado de anotar las señas en una libreta de publicidad del propio bufete, comenzó a enterrarlo todo otra vez en el interior de la caja.

Quince minutos después, taciturno y cabizbajo por los recuerdos

desencadenados, caminaba de nuevo por Paradeplatz al lado de Marina. En ese momento, una tremenda explosión sacudió la plaza a sus espaldas, lanzándolos varios metros de bruces contra el pavimento. Las fachadas de cristal de los edificios se deshicieron inmediatamente y miles de esquirlas cayeron del cielo como una lluvia lacerante. En unos segundos, todo se cubrió de gritos histéricos y alarmas estridentes.

De la planta donde se alojaba el despacho de abogados Hayer & Herzog salía una lengua de fuego. En medio de la confusión, la plaza se llenó con el creciente sonido de las sirenas.

70.

Una parada no prevista…

Douarnenez, Bretaña francesa

Durante toda la mañana, helicópteros del Ejército sobrevolaron el cielo celeste de Douarnenez. Carmichael miraba el trasiego desde la calle y dio por sentado que estarían trasladando los cadáveres desde Locronan hasta París. Tan pronto como Patricia se levantó del banco y se marchó, contactó con John *Smith* y lo puso al corriente de lo que sucedía, sin omitir el menor detalle. Pese a que, en su reciente visita al hangar de Prestwick, el agente había sido meridianamente claro en lo tocante a la no intervención del MI6 en el asunto de la desaparición de Collins, el escocés percibió cierta preocupación en el tono de voz de su interlocutor ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

Quería dejar a Patricia el tiempo necesario para que tomara una decisión; así que, después de colgar, se levantó del banco y se puso a merodear por los alrededores. El aire proveniente del mar acercaba esa mezcla de salitre y gasóleo tan típica de los puertos. Las tiendas hacía tiempo que habían abierto sus puertas y las aceras se mostraban concurridas de personas con bolsas en las manos. Nunca había estado en aquel lugar, pero se dijo que algún día volvería de vacaciones. Alquilaría una casita con vistas a la bahía y se pasaría unos días pescando y disfrutando de sus playas doradas.

Entre estos pensamientos banales se abrió camino la noche que pasó con Patricia. A pesar de que no habían hablado sobre ello y ambos actuaban como si en realidad no hubiese sucedido nada, no podían seguir negando la evidencia por más tiempo y en algún momento tendrían que abordar la espinosa cuestión. Sobre sus sentimientos él se mostraba bastante confundido. Que aquella chica le gustaba resultaba obvio. Pero también era cierto que esa noche habían bebido demasiado y que llevaban mucho estrés acumulado. Luego estaba James. No acababa de comprender del todo el rollo que Patricia se traía con él, y si de algo estaba seguro era de que jamás

querría molestar a su amigo.

Al cabo de un rato caminando por las animadas callejuelas con las manos en los bolsillos llegó a una conclusión: lo dejaría estar y, si volvía a surgir el tema, lo hablaría con James antes de dar un paso en falso.

En esas, llegó a una plaza con una fuente. La sombra la dividía casi por la mitad con una línea oblicua perfectamente tirada. En los bajos de un edificio divisó una tienda de telefonía, y se dirigió hacia ella a comprar un cargador para el Samsung del capitán, al que solo le quedaba una rayita de batería. De vuelta en la plaza, unos minutos después, pasó entre las mesas metálicas de la terraza de un bar cubierta por parasoles y cogió una bocacalle, que recorrió hasta la esquina del edificio de la lonja. Se detuvo en un semáforo, cruzó cuando el muñeco se puso verde y volvió a verse delante del puerto, contemplando el mar de la bahía que reverberaba con el centelleante sol veraniego.

En ese momento, el móvil despertó en su bolsillo. Otra vez John *Smith*. Ahora que sabían lo que debían buscar —gracias a la información de Carmichael—, un satélite de uso militar había comenzado a seguir al enjambre cerca del Canal de la Mancha. También le comentó que, dada la cercanía al Reino Unido, el interés del MI6 en el asunto había dado un giro. Sin embargo, al tratarse Francia de un aliado de la OTAN, no podrían mandar operativos, pero serían receptivos a cualquier petición de ayuda.

—Que le quede claro, *Smith*. Yo no trabajo para el MI6, y mi prioridad y la de mi compañera sigue siendo encontrar a Collins.

Tras un momento de silencio en la línea, John *Smith* dijo:

—Dave, ¿puedo llamarlo así?

—Es mi nombre.

—De acuerdo, Dave, le seré franco. La policía francesa acaba de lanzar una orden de búsqueda y captura contra usted y la señorita Banner. Su avión ha sido bloqueado en el aeropuerto de Brest y carteles con sus rostros estarán a estas horas empapelando todas las comisarías de Francia, de modo que les recomiendo que salgan de ahí pitando.

—Pero algo podrán hacer. Tal vez, decirles que somos de los buenos.

—¿Y reconocer que estamos en territorio francés? Sabe que no podemos hacer tal cosa, pero les ayudaremos a esquivarlos todo el tiempo que podamos, que no será mucho.

Carmichael percibió el tono apagado con el que había pronunciado aquellas palabras. Sabía lo que significaba.

—A cambio de que nosotros les ayudemos con el enjambre.

Tras un silencio, Carmichael resopló resignado.

—Estupendo —*Smith* había recuperado su tono entusiasta—, el satélite siguió a la nube hasta un punto que no está demasiado lejos del lugar donde ahora se hallan.

—Dónde. —No era una pregunta, sino más bien un «dígamelo de una puñetera vez».

Tras recibir la información, la comunicación se cortó. Carmichael se quedó de pie, inmóvil, mirando el teléfono durante un rato. Aquella partida con el MI6 se estaba empezando a poner dura. Era la primera vez que tenía la impresión de que lo estaban chantajeando. Si nos ayudas, te ayudamos. Incluso se le pasó por la cabeza la idea de que hubiera sido el propio John *Smith* quien hubiera puesto a las autoridades francesas sobre su pista. O quizá todo era un farol. Pero ellos sabían perfectamente que él no estaba en disposición de arriesgarse a comprobarlo.

Después de estas reflexiones que torturaban a Carmichael, se puso de nuevo en marcha, en dirección al hotel. Durante todo el trayecto, no paró de mirar de soslayo, atento a cualquier cosa que se saliese de lo normal. Patricia aún no había regresado; así que, mientras tanto, recogió su habitación, hizo la bolsa y liquidó la cuenta, que ascendía a casi seiscientos euros.

Banner apareció un poco más tarde y se sorprendió de encontrarse a Carmichael sentado en el vestíbulo, con la bolsa de viaje que había comprado la víspera a los pies. Él se levantó del butacón tan pronto como la vio traspasar el umbral y fue a reunirse con ella.

—Recoge tus cosas. Te espero aquí. Tienes cinco minutos.

Banner no hizo preguntas, no a esas alturas. Sabía que detrás del tono imperioso de Carmichael habría una buena razón. De manera que encaminó sus pasos hasta los ascensores y desapareció dentro de uno. Mientras la puerta se deslizaba en silencio, sus miradas se mantuvieron en el otro. Los cinco minutos se habían convertido finalmente en casi veinte cuando Patricia reapareció en el hall. Traía el pelo mojado, se había cambiado de ropa y sujetaba en la mano su propia bolsa de viaje comprada con el dinero del capitán del *Princess Alyssa*. El cuero negro mantenía ese brillo apagado del poco uso. Encontró a Carmichael en el mismo sitio en el que lo dejó, consultando algo en el teléfono móvil.

—Te dije cinco minutos. ¿Qué coño has estado haciendo?

—¿Qué es lo que ocurre? —quiso saber ella.

—Luego te lo explico. Ahora salgamos tranquilamente, sin llamar la atención.

Abandonaron el hotel y caminaron despacio por la acera un trecho; después avivaron el paso.

—¿Vas a decirme adónde nos dirigimos?

—A la estación de autobuses —contestó él.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a una estructura destartalada con el techo muy alto sujeto con larguísimos pilares de hormigón. Un par de autobuses se movían con cautela entre las personas, expeliendo un denso humo negro de gasoil. Buscaron en el panel informativo del hangar. En cinco minutos partía uno con destino a una localidad llamada Quimper. Compraron dos billetes que pagaron en efectivo. Sin demora, se dirigieron a la dársena tres al tiempo que los altavoces anunciaban la inminente salida del autobús. Soltaron el equipaje en el inmenso maletero y subieron a bordo. Seguían acomodándose en dos asientos hacia la mitad del pasillo, cuando el autobús tembló ruidosamente y la puerta se cerró.

Unos minutos después circulaban por las calles de Douarnenez. Cada vez, las casas de veraneo se espaciaban más y pronto el paisaje se transformó en extensos pastizales y apretadas arboledas. Cruzaron un banco de nubes bajas y, durante unos minutos, se vieron envueltos en una mancha blanquecina de poca altura. El autobús incrementó la velocidad gradualmente cuando se incorporó a la D765, hasta alcanzar los noventa por hora. Por la ventanilla miraban los coches que los adelantaban a gran velocidad y un parque eólico lleno de molinos de viento girando. Unos cuantos kilómetros después de haber partido de Douarnenez, ante el rótulo de un área de servicio, el autobús aminoró la velocidad y abandonó la carretera para tomar una vía de servicio. Carmichael se inquietó.

Aquella parada no estaba prevista en el itinerario.

71.

Terroristas peligrosos…

Bretaña francesa

En la vía de servicio, el autobús pasó por delante de una gasolinera TARGO, un motel barato y finalmente llegó a un extenso aparcamiento para camiones. Moviéndose despacio sobre un manto de gravilla, se detuvo frente a la cristalera panorámica de una cafetería, soltó un sonoro resoplido y el motor se apagó entre más temblores. Por los altavoces, el conductor anunció un problema técnico sin más importancia que tardaría solo unos minutos en solventar.

Las puertas delantera y trasera se abrieron con un siseo y el puñado de pasajeros se apeó entre murmullos de protesta. Dave y Patricia siguieron al grupo hasta el establecimiento. En la puerta había un cenicero alto relleno de arena y con decenas de colillas clavadas, enhiestas como estacas. Era el típico bar cutre de carretera. Descuidado. Sucio. Los clientes eran variopintos: camioneros, hombres solitarios y una familia de viaje.

Sentados uno enfrente del otro, Carmichael llamó la atención de la camarera alzando la mano. Era casi la una de la tarde, de modo que Marion, nombre que rezaba en una etiqueta cosida al uniforme rosa, les entregó dos menús para elegir la comida, pasó una bayeta con desinfectante por la mesa y apuntó las bebidas. Patricia abrió el libreto plastificado de dos hojas, y se puso a buscar por él.

Carmichael vio cómo en ese momento llegaba al aparcamiento un Citröen azul de la Gendarmería y cubría de morro un hueco libre justo delante de ellos, al otro lado de la cristalera panorámica. Se encendió la luz interior y de él se apeó fumando un cigarrillo un apuesto agente, joven y delgado. Iba uniformado con un polo color celeste de manga corta. Se colocó la gorra en la cabeza y cerró el coche. La luz interior se apagó. El gendarme dirigió una mirada al autobús detenido y fue a charlar con el conductor. Gesticulaban como si se conociesen. El cielo se había encapotado, puede que debido al propio calor.

Tras unos minutos de conversación, el gendarme se apartó del

autobús y caminó por la gravilla directo al local, sujetando con las manos un cinturón cargado de artilugios para reducir delincuentes. Mirando por detrás de Patricia, Carmichael observó cómo antes de entrar apuraba el pitillo y clavaba la enésima estaca en el cenicero.

El gendarme se quedó de pie en el umbral aún un momento, recorriendo con la vista el interior. Por un fugaz instante las miradas de ambos hombres se encontraron. En sus gestos no había tensión. Se lo veía relajado. Daba la sensación de ser simplemente el acto rutinario de alguien acostumbrado a escudriñar los lugares donde entra, buscando algo fuera de lugar, evaluando posibles amenazas o tratando de identificar a algún delincuente.

Como ellos.

Patricia no lo veía porque lo tenía a sus espaldas y seguía a lo suyo, escogiendo entre los platos del menú. Carmichael persiguió de reojo al poli mientras se desplazaba hasta la barra y se encaramaba a un taburete. Se despojó de la gorra y la depositó sobre el mostrador. Otra camarera, cuyo nombre el escocés no alcanzaba a ver, intercambió con él una sonrisa tonta mientras le servía una taza de café. Los ojos del gendarme se fueron a la pantalla de un televisor que ofrecía noticias.

—Respecto a lo que hablamos esta mañana, ¿has tomado ya una decisión? —le preguntó Carmichael.

Ella se tomó su tiempo para contestar.

Entre medias regresó Marion y les trajo dos botellas de agua, anotó la comanda y se marchó a la cocina. Dave se la quedó mirando mientras se alejaba. La muchacha era joven, unos veinte o puede que más. Estaba maquillada sutilmente y llevaba el pelo recogido en un moño sujeto con un lápiz. Si bien aquel uniforme manchado de grasa no le hacía justicia, Carmichael imaginó que, arreglada, aquella chica acapararía todas las miradas en una fiesta. La de él desde luego…

—Eh, que sigo aquí —dijo Patricia, llamando su atención, luego suspiró—. ¡Por Dios, qué predecibles sois los hombres!

Carmichael se ruborizó un poco. Patricia se puso seria.

—No pienso abandonar a Collins —dijo entre dientes, inclinándose sobre la mesa a fin de aproximarse más a Carmichael para no tener que gritar por encima de las voces que desprendía el televisor. Alguien había subido el volumen—. Pero que te quede claro que, a partir de ahora, vamos a hacer las cosas a mi manera.

—A sus órdenes —repuso él, sin perder la sonrisa que mantenía desde que despidiera a Marion.

—Esto no es un juego, Carmichael. Se acabaron las persecuciones, las muertes, los puñetazos…

Todo lo que aconteció se desarrolló en segundos.

Carmichael saltó de su asiento, tirando las botellas de agua y

derramando su contenido en la mesa, se abalanzó sobre el gendarme, que estaba de pie al lado suyo con la mano en la empuñadura de la pistola, y, cogiéndolo desprevenido, lo derribó de un golpe seco en el pecho.

Patricia se llevó un sobresalto y soltó un chillido. En el local se estableció un silencio repentino. El agente se quedó quieto en el suelo, encogido y peleando por devolver el aire a sus pulmones. Carmichael se inclinó sobre él, le quitó la pistola —una SIG Sauer Pro reglamentaria— y las llaves del coche patrulla. No necesitó verificar el arma. La policía siempre llevaba sus armas listas para abrir fuego. Con las esposas, ató las muñecas del agente en torno a la pata de hierro de la mesa. Dirigiéndose a Patricia, le gritó:

—¡Larguémonos de aquí!

Ella recogió el bolso, pasó por encima del policía y salió corriendo detrás de Carmichael. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, la agitación volvió al interior del local. Carmichael accionó el mando a distancia y las puertas del Citröen azul de la Gendarmería se desbloquearon.

—Entra.

—¿Estás loco? ¿Piensas robar un coche de la policía?

—Haz lo que te digo, y entra —le dijo, mientras abría la portezuela del conductor y se arrojaba al interior.

Patricia obedeció. Carmichael guardó la pistola en la guantera y echó un rápido vistazo a los mandos del Citröen. El coche tenía el aspecto que tienen las cosas que utilizan muchas personas y ninguna es su dueña. Un tenue olor acre a suciedad acumulada durante años en los recovecos les llegó a la nariz. Los asientos delanteros estaban separados de los traseros por una mampara de seguridad de plexiglás. Transparente, duro. Las alfombrillas estaban dobladas por las esquinas. El cuentakilómetros marcaba una cifra cercana al doscientos mil.

Mientras ajustaba el asiento y arrancaba, Carmichael pudo distinguir por la cristalera panorámica al policía gritando a la camarera que estaba detrás del mostrador; esta, con manos torpes, descolgó un teléfono y se puso a marcar. El escocés se concentró entonces en la huida, maniobró marcha atrás con brusquedad, provocando que la gravilla que cubría el suelo saliese disparada hacia todas partes. Metió primera, realizó un giro de ciento ochenta grados y, después de esquivar un gran trailer con varios ejes en las ruedas que entraba en ese momento en el aparcamiento, se unió a la D765 en dirección sureste, provocando una enorme polvareda.

—¡¿Qué ha pasado ahí dentro?!

Dave no respondía. No decía nada. No quitaba ojo a la carretera a través de un parabrisas cubierto de cadáveres de insectos aplastados.

Cada poco, caminos de tierra salían a izquierda y derecha para internarse en campos en barbecho que circundaban pequeñas aldeas.

—La televisión.

—¿Qué pasa con la televisión? —dijo ella, fuera de sí.

—Estaba poniendo nuestros rostros bajo un titular de: «Terroristas peligrosos».

Luego se mantuvieron callados. Sin dirigirse la palabra. Solo oyendo la emisora del coche patrulla escupiendo en francés voces de alarma, y poniendo la vista cada pocos segundos en los espejos retrovisores.

Unos cuantos kilómetros más allá, Carmichael introdujo en el navegador del Citröen la dirección de destino. Activó la opción de las rutas alternativas y fue a escoger la que se le antojó más segura, por carreteras secundarias.

Patricia recuperó la tranquilidad y miró el reloj digital del salpicadero. Las 13:37.

—¿Estás seguro de que ponía «terroristas peligrosos»? Tú de francés no tienes ni idea.

Carmichael apartó un instante los ojos de la carretera y los puso en Patricia. Con una mueca le respondió:

—*Terroristes dangereux* —su acento francés sonó horroroso—. Creo que no hace falta ser bilingüe para entenderlo.

Por toda respuesta, ella se limitó a asentir. Resultaba obvio que estaba concentrada en algo.

—No cojas las vías secundarias, son lentas. Tú sigue por esta carretera todo lo que puedas. Y debemos ir más deprisa.

—Esta carretera se convertirá en una ratonera, pondrán controles más adelante —dijo él.

—No hasta que activen la Operación Jaula.

—¿Qué es eso?

—En menos de cinco minutos el policía del bar dará la voz de alarma. Unos diez minutos después el Ministerio del Interior activará la alerta antiterrorista y alguien con un compás trazará un círculo en un mapa topográfico. Media hora más tarde, todas las carreteras en un radio de unos cien kilómetros desde la cafetería quedarán cortadas. Entonces, nada podrá cruzar el cerco.

Carmichael realizó unos rápidos cálculos mentales. En total, contarían con unos cuarenta y cinco minutos —de los que ya habían consumido diez— para recorrer cien kilómetros. Una simple estimación. Iban muy, pero que muy justos. En ese momento, el móvil que había dejado en la consola vibró. Banner alargó la mano para hacerse con él y miró la pantalla.

—Un mensaje de *tu Smith*. Los franceses han activado la Operación Jaula.

Carmichael consultó un instante el reloj. Las 13:47. Joder, cinco minutos antes de lo previsto. Escapar iba a convertirse en una misión imposible. Ochenta kilómetros en media hora. Pulsó un botón de la consola y puso el cuentakilómetros a cero. Entonces incrementó la presión sobre el pedal del acelerador y la aguja del velocímetro se movió gradualmente.

Banner puso la vista en el mapa del navegador. Una línea blanca sinuosa unía su posición actual, a unos veinte kilómetros de Douarnenez, con un punto situado en el noreste, junto a la costa.

Trescientos diez kilómetros por delante, hasta su destino final. Arrugó la frente cuando leyó un nombre:

Monte Saint-Michel.

72.

Una pésima idea…

París, Francia

Así al mismo tiempo en que Patricia y Carmichael huían en el Citröen de la Gendarmería, James y Marina accedían al piso franco que la inteligencia rusa tenía en el popular barrio parisino de Montmartre. A diferencia del de Estocolmo, que era frío y funcional, aquel dúplex se le antojó al escocés cálido y acogedor. La planta de abajo se recorría en un santiamén, una pequeña cocina, un aseo y un saloncito. Una escalera descendía en una curva desde el piso de arriba. También había otra diferencia. El apartamento solo contaba con un dormitorio.

Aún se encontraba conmocionado por la explosión del despacho de abogados de Zúrich. De haberse producido apenas unos minutos antes, él se hubiera volatilizado junto con todos aquellos libros jurídicos, despachos elegantes y alfombras caras. Al menos le quedó el consuelo de que solo el socio y la secretaria que los recibieron se hallaban en ese momento en el interior, y quizá incluso ya lo hubieran abandonado, aunque lo dudaba. El pensamiento de que los documentos de Victoria habían desaparecido para siempre, extrañamente, le procuró cierto consuelo.

Hasta el momento de entrar en el piso franco de París no fueron conscientes de lo extenuados que estaban. La víspera no durmieron apenas con la incursión en el laboratorio y todo lo que aconteció después. Antes de ponerse a descansar, buscaron en una guía telefónica el número correspondiente al despacho de De la Croix. Su secretaria les concertó una cita para esa misma tarde.

—¿Nos acostamos un rato? —le dijo Marina a James—. Aún disponemos de varias horas y no sé tú, pero yo estoy muerta.

—Yo necesito una cama grande y cómoda.

La joven dejó escapar un suspiro, largo y ruidoso.

—Y yo también. Pero te advierto que solo hay una en el apartamento y estoy dispuesta a pelear por ella.

Él miró un sofá que parecía muy incómodo.

—¿Y si la compartimos? Somos adultos. Sabremos comportarnos.

Avanzaron por un pasillo corto y estrecho y subieron las escaleras que abrían directamente al único dormitorio. Un espacio abuhardillado que contaba con una cama de buen tamaño, dos mesillas y un armario ropero. Los muebles dejaban poco espacio libre para moverse. Olía a cerrado. Marina llegó a la única ventana, del tipo guillotina, y la abrió. Al principio un tanto, pero, como vio que era insuficiente, del todo. Una fresca brisa inundó al instante la habitación, purificando el aire. Antes de cerrar la cortina, echó un breve vistazo a la empinada callejuela, donde pintores y artistas trataban de vender sus obras a los turistas. Acordes vagos de *La vie en rose* tocada en un saxofón llegaban desde alguna plazuela cercana.

Entretanto, Allen se había despojado de la ropa y se había metido en la cama. Con las manos entrelazadas en la nuca disfrutaba de la cúpula de la Basílica del Sagrado Corazón, alzándose blanca y altiva por encima de un mar de tejados naranjas. Por un momento más largo del deseado las miradas de ambos se encontraron en el reflejo del cristal de la ventana. Marina quebró el encuentro y se apartó de la ventana. Camino de la cama, se quitó las zapatillas usando las punteras de los pies, se deshizo de la camiseta, que fue a parar al suelo hecha una bola, y se quedó quieta un momento para bajarse los pantalones vaqueros. Con ropa interior cómoda, echó a un lado las sábanas y se introdujo dentro de la cama. Estaba fría y limpia.

—Mmm —gimió mientras acomodaba su cuerpo—. Qué maravilla.

Los labios de James dibujaron una sonrisa.

Seguía sonando la música del saxofón en la habitación.

—¿Crees que obtendremos alguna información del tal De la Croix? —le preguntó ella, de costado, con la cara apoyada en la mano. El pelo le caía por una mejilla.

James apartó las manos de la nuca y volvió la cabeza hacia Marina. La vio preciosa. Con un gesto casi instintivo, extendió el brazo y le colocó un mechón detrás de la oreja. Ardía en deseos de besarla. Pero se contuvo. La joven respondió al gesto con un esbozo de sonrisa enigmática.

—Lo ignoro. Pero es nuestra última oportunidad. Si no conseguimos nada, tal vez ya no encontremos a Collins y a…

—¡Chist! —Marina lo mandó a callar poniendo un dedo en los labios del escocés.

Él enmudeció al momento y tragó saliva ruidosamente.

Marina retiró el dedo y aproximó la cara a la de él hasta casi rozarse. El pelo escapó de la oreja y volvió a la mejilla. James sintió cosquillas con el roce.

—Creo que esto no es una buena idea —dijo James.

—Es una idea pésima —susurró ella.

Un minuto después se besaban con voracidad a la vez que se terminaban de quitar la ropa enredados en caricias y jadeos.

73.

El plan B…

Bretaña francesa

El cuentakilómetros del Citroën seguía avanzando con una lentitud exasperante. Habían cambiado varias veces de carretera, procurando seguir siempre una línea lo más recta posible. Ya estaba a punto de cumplirse el tiempo para que el cordón policial estuviera completado, cuando se presentó ante sus ojos un cartel azul anunciando con letras blancas una salida a un kilómetro hacia una localidad llamada Lorient.

—No lo conseguiremos —dijo Carmichael, poniendo voz al pensamiento de ambos.

En el hipotético caso de que los astros se aliasen con ellos y lograran escapar al cerco, aún les quedaría por recorrer otro buen trecho por carreteras infectadas de gendarmes… En estas cavilaciones, casi habían consumido el kilómetro y Carmichael era un mar de dudas. La salida estaba a la vista. No había tiempo para convenir una alternativa con Patricia. A unas decenas de metros por delante los vehículos encendían las luces de frenado. Se estaba montando un atasco que obstruía ambos carriles. Más allá, alcanzaron a distinguir destellos azules.

Alguien había echado el candado a la jaula antes de tiempo.

El conductor entonces decidió jugársela y viró de golpe para tomar la salida 43, una larga rampa que descendía haciendo una circunferencia y que pasaba por debajo de la carretera principal. La transmisión del vehículo chirrió en la curva.

Circularon despacio por aquella nueva carretera un rato más. Siguiendo una indicación al puerto, aminoraron bastante la marcha y el Citröen azul de la Gendarmería se adentró por un camino de tierra ondulante que discurría entre una arboleda. El camino era ancho, de tierra rojiza sembrada de hojarasca, y bien señalizado. Durante el trayecto, atravesaron las nubes de polvo que levantaban los vehículos que venían en sentido contrario.

La arboleda desapareció al llegar a una zona poblada. Siguieron avanzando un par de kilómetros más hasta que se abrió ante ellos una hermosa bahía y un puerto deportivo que rebosaba actividad. El sol estaba en su cenit y el Atlántico, de un azul intenso, resplandecía bajo sus rayos como si fuera una estrella de Hollywood sobre la alfombra roja. Decenas de embarcaciones se deslizaban de un lado a otro dejando tras de sí una estela de espuma, con sus potentes motores fueraborda rugiendo o sus velas blancas triangulares hinchadas por el viento.

—Todavía no me has explicado por qué vamos al Monte Saint-Michel —le dijo Banner.

—Ahora no. Antes hay que deshacerse del coche y conseguir un barco.

—¿Un barco?

Dave se apartó a un lado del camino de tierra y detuvo el vehículo junto a un terraplén salpicado de matorrales. Pendiente abajo había una rotonda que conectaba con una calle asfaltada llena de coches. Luego se giró hacia su compañera.

—Por carretera no lo conseguiremos jamás.

—¿Que hay en el Monte Saint-Michel? —insistió ella.

—*Smith* me dijo que un satélite militar siguió al enjambre hasta ese lugar.

—No estoy dispuesta a hacerle el trabajo sucio a tus amigos. Yo estoy aquí para buscar a Collins, ¿y tú? —Se volvió a mirar al frente, con los brazos cruzados y gesto endurecido.

El escocés dirigió una mirada al parabrisas y movió la cabeza, resoplando. Cada coche que pasaba a su lado los cubría un poco más del polvo rojo del camino.

—Mira que eres terca. El enjambre es nuestra única pista.

En el habitáculo reinó el silencio y Patricia se perdió en sus pensamientos con cara larga. Desde que había pisado suelo francés, estaba de muy mal humor y, a la primera oportunidad, acababa pagándolo con Carmichael. Además, acostarse con él, lejos de mejorar las cosas había terminado de empeorarlas. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Dave era tan diferente de Allen… Daba la impresión de tomárselo todo a broma, como si la vida fuera un juego. No soportaba ese comportamiento tan irritante. Le sacaba de quicio. Sin embargo, se involucraba hasta el final. En eso sí que se asemejaban ambos. Tanto Allen como él eran tíos de fiar que no se escabullían con las dificultades. Es más, a pesar de que le costaba reconocerlo, si habían llegado tan lejos era probablemente gracias a la decisión de Carmichael. Entonces suspiró y decidió darle una oportunidad.

—Es posible que tengas razón, pero en el mar habrá guardacostas y quizá algún helicóptero.

—Nos arriesgaremos. El mar es muy grande. —Carmichael arrancó y devolvió el Citröen al camino.

Bajaron la cuesta e hicieron la rotonda, cambiando la tierra roja por el asfalto. En la segunda salida, enfilaron una calle arbolada con badenes para limitar la velocidad. A un lado y otro, se elevaban viviendas de veraneo con piscina y jardines cuidados. No tardaron en localizar un hueco libre y dejaron el coche apretujado al de al lado. Antes de apearse, el escocés abrió la guantera, apartó una caja de pañuelos de papel y cogió la pistola que le había arrebatado al gendarme. Unos minutos después caminaban por la acera entre bañistas ataviados con camisetas y chanclas.

Apoyados en la cerca pintada de verde de un mirador, echaron un vistazo a la bahía. Algunos jirones blancos de nubes ocupaban parte del cielo. Una bandada de golondrinas cambió de rumbo cuando irrumpió un helicóptero de la Policía Nacional recorriendo la línea de costa y rizando la superficie del mar. Sería difícil esquivar la vigilancia. En una lancha de recreo, la travesía les llevaría unas dieciséis o dieciocho horas. Algo más, quizá; así pues, con un poco de fortuna, al día siguiente podrían estar en Normandía.

Descendieron otra calle empinada, pasaron por delante de un aparcamiento abarrotado de vehículos de alta gama y accedieron a una amplia avenida adoquinada que discurría de un extremo a otro de un puerto deportivo diseñado para gente pudiente. Contaba con una variada zona comercial. Había tiendas con todo tipo de artículos náuticos a la venta y restaurantes, cuyas terrazas se veían atestadas de clientes tomándose su tiempo para almorzar. Al otro lado de la avenida, varios pantalanes recubiertos de madera clara de haya y sostenidos con pilares de hormigón se internaban en el mar. Sujetas con cabos a cornamusas, como caballos a sus amarraderos, flotaban plácidamente incontables embarcaciones. Por entre un bosque de mástiles de aluminio se dejaban ver las resplandecientes aguas del Atlántico.

En la zona comercial, buscaron alguna tienda donde poder alquilar por horas una embarcación fueraborda. Hallaron dos, pero ya estaban cerradas. Al parecer, únicamente abrían hasta las dos. Deberían esperar hasta el día siguiente. Demasiado. Patricia no vio otra solución que activar el plan B.

De repente una pareja de gendarmes, cubiertos con protectores antibalas y armados con fusiles de asalto, surgieron de la nada recorriendo el puerto y mirando atentos hacia todas partes.

Por un momento, clavaron sus miradas en ellos.

74.

Directo al sol descendente…

Lorient, Bretaña francesa

CUANDO vieron acercarse a los gendarmes, Dave y Patricia se separaron. El escocés se metió por una callejuela y esperó a que pasasen. Al regresar a la avenida, observó a Patricia salir de una tienda con un mapa turístico en la mano.

—¿Vas a hacer turismo?

Ella le habló con total normalidad.

—Si no podemos alquilar un barco, tendremos que robarlo.

—¡Eh!, ¡Eh! ¿Qué has hecho con mi amiga la controladora?

Patricia rio sin ganas. Nada más llegar al final de la avenida, los gendarmes dieron la vuelta y volvieron a caminar hacia ellos.

—Venga, aquí no podemos quedarnos —dijo ella.

Se adentraron rápido en uno de los pantalanes que, como dedos de una mano, se extendían hacia el mar. A su lado, las maromas que sujetaban los barcos crujían con el movimiento del agua. Detrás de ellos, los gendarmes pasaron de largo. Más o menos a la mitad, una familia descargaba una nevera de una embarcación de las características de las que ellos precisaban. La primera en verla fue Patricia, que dio un codazo a Dave.

El matrimonio y dos adolescentes echaron a caminar por el muelle, alejándose del barco y aproximándose a ellos dos. El hombre llevaba en peso la nevera. Con la mano libre sujetaba las llaves del barco. Patricia reparó en el llavero de corcho. Igual que el que había visto en un escaparate. Ante sus ojos, metió el llavero tras una cremallera de una bolsa de cuero que colgada de su hombro. La mujer andaba a su lado, erguida y distraída. Ocultaba su rostro con unas enormes gafas de sol y una pamela. Los adolescentes iban unos pasos por delante de sus padres, con la vista anclada a sendos teléfonos móviles de última generación. Primero se cruzaron con ellos. Ni los miraron.

Cuando estaban a su altura, Patricia abordó al matrimonio y le solicitó información. Quería conocer de primera mano las mejores

playas que visitar. La mujer se excusó y siguió su camino en pos de sus hijos. El marido se quedó solo. Si llevaba en el mar todo el día, era más que probable que no hubiese visto las noticias. Patricia desplegó el mapa turístico y lo sostuvo en el aire. El marido depositó encima del entarimado la nevera y la bolsa de cuero, se pegó al hombro de ella y le señaló con el dedo lugares que, sin falta, debería recorrer.

Entretanto, Dave se aproximó por detrás con el sigilo de un gato, abrió la cremallera de la bolsa de cuero y extrajo las llaves. Con ellas en el bolsillo, se alejó unos metros y se mantuvo allí, a la espera. Al cabo de unos minutos, la esposa llamó a Bastien por su nombre, desde el final del muelle. Su tono denotaba impaciencia. El hombre levantó la mirada del mapa y la puso en su mujer. Con un gesto de la mano, le indicó que ya iba. Se despidió de Patricia, recogió la nevera y la bolsa de cuero del suelo, y se marchó a paso rápido.

—¿Las tienes? —preguntó Patricia.

Con una sonrisa traviesa, Carmichael agitó en el aire el llavero de corcho. Los escoceses vieron cómo Bastien se reunía con su familia de nuevo y todos juntos se dirigían hacia el aparcamiento. Los intermitentes de un BMW destellaron a la par. El maletero se abrió automáticamente. Cargaron las cosas, ocuparon los cuatro asientos y el vehículo comenzó a maniobrar. Lo siguieron con la mirada, hasta que salió por la entrada principal del puerto en dirección a la calle arbolada con badenes.

Tan pronto como los perdieron de vista, se encaminaron al amarre donde estaba fondeada la lancha de seis metros de eslora. El agua salada que la rodeaba estaba recubierta de manchas arcoíris de combustible. Sin pérdida de tiempo, la abordaron y pusieron en marcha el motor de gasoil para que fuese calentándose. Cuando estuvo listo, Patricia saltó al pantalán, soltó las amarraduras y regresó a bordo.

Mientras caminaba por la bañera hacia la timonera, haciendo equilibrios para no resbalar, el fueraborda empezó a moverse. Al principio marcha atrás, y a renglón seguido avante. Con Carmichael al timón, se deslizaron con suavidad por las aguas mansas del puerto. Con suerte, hasta el día siguiente aquella familia no echaría en falta el barco y denunciaría a la Gendarmería su desaparición. Para entonces, ya estarían muy lejos.

La cabina, abierta por el lado que daba a popa, contaba con dos cómodos asientos de cuero. Patricia ocupó el que estaba libre, echó la cabeza atrás y, relajada, cerró los ojos. Se había levantado algo de viento en el mar y su pelo empezó a revolotear. Al cabo de muy poco, salieron al río Blavet, que recorrieron más deprisa, pero sin tampoco correr demasiado. Cuando llegaron a la desembocadura, Carmichael empujó a fondo la palanca de velocidad y la lancha aceleró al instante

hacia mar abierto, desplegando tras de sí un abanico de espuma. La proa subía y bajaba mientras dejaban el estuario atrás.

En un cuarto de hora, se divisaba la bahía en todo su esplendor. Veinte minutos más tarde, el litoral no era más que una difusa línea amarronada. En ese punto, Carmichael cambió el rumbo. Faltaban tres minutos para las cuatro y media de la tarde cuando el barco viró a estribor y, viento en popa, fue directo al sol descendente.

75.

Un hierro candente en el pecho…

París, Francia

Aunque el despertador sonó a las cuatro y media de la tarde, James llevaba ya despierto un buen rato, acuciado por el recuerdo de la explosión en Zúrich. Dos cuestiones lo atormentaban especialmente. ¿Había tenido algo que ver con ellos o fue simple casualidad? ¿Qué habría ocurrido si se hubiese entretenido un poco más de tiempo revisando aquellos papeles? Para la primera pregunta no tenía respuesta, pero para la segunda, sí: ahora, estaría muerto.

Con el ceño fruncido de preocupación, recorría con el dedo la espalda desnuda de Marina, que abrió los ojos sobre un revoltijo de sábanas, gruñó y alargó la mano para apagar el molesto sonido que desprendía el teléfono móvil desde la mesilla.

—¿Qué es lo que te pasa?

James decidió aparcar de momento el tema de la verdadera identidad de Arthur Wells; un tipo que, por otra parte, le había parecido de lo más auténtico.

—Nada, estoy bien. Más que bien, de hecho —le susurró cuando ella volvió al cobijo de sus brazos.

Besó a Marina en el cabello y se quedó pensativo, mirando el techo. Que la vida debía continuar era algo que él tenía más que asumido, pero no conseguía desembarazarse de la incómoda sensación de estar engañando a Victoria. Desde que su esposa fuera asesinada el año anterior, cada vez que había estado con una mujer —en realidad solo habían sido dos: Alessia y, ahora, Marina— lo hacía con pasión, pero también con tristeza. Esta dicotomía no pasaba desapercibida para sus parejas y eso lo dotaba de cierta dulzura especial que ellas apreciaban sobremanera. De algún modo difícil de explicar, el trágico fallecimiento de Victoria lo había convertido en un mejor amante.

Media hora más tarde, bajo un tórrido sol vespertino, cruzaron el Sena por el Pont Neuf y se adentraron en la isla de la Cité, presidida por la imponente fachada de Notre Dame. La catedral ahora trataba de

sobrevivir oculta bajo un entramado de andamios y redes de obra protectoras. A James le parecieron los vendajes de un hermoso animal herido. En la Place Louis Lépine, pasaron por medio de un pintoresco mercado de flores y entraron en un portal con la puerta de hierro y cristal.

Un golpe de frescor los reconfortó después de una larga caminata bajo el sol. Según se desprendía de los buzones ordenados en dos hileras, aquel parecía un antiguo edificio donde convivían en armonía viviendas y despachos profesionales. El portal de mármol y espejos exhibía un cierto aire señorial que el paso del tiempo iba transformando inexorablemente en decadente. Un vetusto ascensor con puerta de rejilla los trasladó traqueteando hasta el piso tercero. En el rellano había dos puertas de madera, con los marcos cubiertos de raspones y arañazos. En la que quedaba a su izquierda había una placa dorada. Encendieron la luz y se acercaron. La placa indicaba que estaban ante el domicilio de la empresa Investissements internationaux. Tocaron el timbre.

—*Qui est-ce?* —preguntó una voz femenina, a través de un intercomunicador que había al lado de la puerta.

James acercó la cara y contestó en inglés.

—James Allen. Tengo una cita con el señor De la Croix.

Casi al instante un doble pitido corto desbloqueó la puerta y entraron a un vestíbulo de techos altos y molduras historiadas. Segundos después vieron asomar bajo un arco de escayola a una mujer imponente al alcance de muy pocos hombres.

—¿Me acompañan, por favor? —dijo, esta vez en un perfecto inglés, aunque con un sensual acento francés. Luego se dio la vuelta y volvió por donde había aparecido.

James y Marina siguieron el repiqueteo de sus tacones a través de una pequeña oficina bañada de luz natural y diseñada con buen gusto. Obviamente, su propietario no escatimaba en gastos para impresionar a sus clientes, cosa que sin duda lograría. Ante una lustrosa puerta de dos hojas, la asistente tocó una vez con los nudillos y abrió. Apenas los visitantes hubieron entrado, cerró con suavidad a sus espaldas y volvió a sus quehaceres.

James no tenía un juicio preconcebido acerca de qué clase de hombre sería Pierre de la Croix. Sin embargo, el lugar escogido para su oficina —discreto pero exclusivo—, la elección de su asistente —perfecta, profesional—, o la decoración —ostentosa pero refinada—, le cuadraron a la perfección con el individuo que en ese preciso momento abandonaba un pesado escritorio de nogal estilo Luis XVI y cruzaba la estancia con la mano extendida y aire circunspecto. Rubio, esbelto, guapo, traje azul marino confeccionado a medida, zapatos Oxford negros de cordón. Por un fugaz momento, se vio acometido

por un sentimiento parecido al de los celos. De la Croix había compartido con Victoria una parte de su vida que a él le estaba vedada.

—*Bonjour*, *mademoiselle*, encantado de conocerla —dijo, al tiempo que saludaba a Marina con un suave apretón de manos. Cuando llegó el turno del escocés le transmitió sus condolencias—: Victoria Meier era una mujer única en todos los sentidos, me entristeció en sumo grado conocer la noticia de su trágica muerte —concluyó con un tono de sentida amargura.

Aquel tipo con aire de seductor le gustó al instante. Irradiaba carisma. Entonces, el escocés recordó las palabras escritas del puño y letra de Victoria: «No es de fiar, su verdadero Dios es el dinero», y decidió mantener la guardia alta.

—Gracias por sus palabras, señor De la Croix —respondió James con amabilidad.

—*S'il vous plaît*, llámenme Pierre. Señor De la Croix suena demasiado formal —dijo, esbozando una media sonrisa que desapareció inmediatamente—. Soy una persona muy ocupada. Les he recibido con tanta premura en atención a Victoria Meier. *Eh bien*, aún no me han dicho cuál es el propósito de esta visita.

—Queremos preguntarle por Viktor Smedson —quien habló fue Marina, sin rodeos.

De pie, delante de su escritorio, el francés se quedó mirándolos fijamente.

—*C´est bien!* Hace una tarde magnífica, será mejor que demos un paseo. *Allez!*

De nuevo en la Place Louis Lépine, caminaron un rato envueltos en el griterío que emanaba de los puestos de color verde del mercado de flores. De la Croix extrajo con dedos afilados una cajetilla de Philip Morris del bolsillo interior de su americana, la sacudió un poco y la mostró a sus visitantes.

—*Pardon*, ¿fuman?

Ambos rehusaron y él se hizo con un cigarrillo que sobresalía de los demás. Protegiendo la llama del mechero con la mano, lo encendió.

—Este mercado de flores data de 1860, es de los más antiguos de *Paris* —comentó el francés mientras fumaba con indiferencia y se deleitaba ante la explosión de colores.

—No creo que nos haya hecho salir para mostrarnos flores y plantas —dijo Marina.

Si el francés se molestó por el tono desabrido no dio muestras de ello. Siguió andando y fumando en silencio hasta que llegaron a Notre Dame. La maltrecha fachada atrajo sus miradas como la gravedad los objetos. Se pararon a observarla un momento.

—Qué pena lo del incendio —dijo James.

Pierre apartó el cigarrillo de su boca para hablar.

—*Oui*. Para los parisinos fue como si nos clavaran un hierro candente en el pecho. Pero somos un pueblo difícil de vencer. «Chovinistas» creo que nos llaman ustedes los extranjeros. Nos empeñaremos en su reconstrucción.

De nuevo en marcha, comenzaron a bordear la catedral y bajaron unas escaleras para enfilar un paseo que discurría paralelo al Sena.

—Señor De… Pierre —rectificó James, que consideró que ya había transcurrido tiempo más que de sobra—, ¿qué tiene que ver Viktor Smedson con el Consorcio?

No recibió respuesta, al menos no de momento. Luego De la Croix les hizo otra pregunta:

—¿Por qué quieren saberlo?

James miró de soslayo a Marina, que asintió sutilmente. Antes, de camino a la reunión, habían acordado ser todo lo sinceros que pudieran con él.

—Creemos que Smedson retiene contra su voluntad a un amigo mío y a su hermana —dijo, señalando a Marina.

—¿Y por qué creen que yo puedo ayudarlos?

—En un laboratorio de los alrededores de Estocolmo, encontramos su nombre en un contrato de intermediación entre dos empresas fantasma radicadas en las Islas Caimán.

76.

Un genio moderno…

París, Francia

De la Croix caminaba erguido, con una mano en el bolsillo del pantalón. Sin inmutarse dio una calada al pitillo y exhaló el humo por la nariz.

—Debe saber que haré cualquier cosa por arrancarle lo que sepa —lo amenazó Marina, harta de la aparente indiferencia que mostraba aquel hombre.

Pierre soltó una carcajada estentórea y unas palomas sobresaltadas echaron a volar.

—*Oh, mon Dieu!* La creo capaz… *mademoiselle*. Pero le aseguro que no hará falta. Estoy en contra de la violencia. Sobre todo, la que se usa contra mí. —Y tras un silencio añadió—: *D'acord*. Hace tiempo que el Consorcio y el señor Smedson rompieron sus relaciones, de modo que no veo por qué he de guardar la confidencialidad. Pregunten lo que quieran.

—¿Cómo conoció a Viktor? —inquirió Allen.

De la Croix avanzó hasta el borde del río y se lo quedó mirando. Sus aguas adquirían un tono violáceo. James y Marina lo flanquearon por ambos lados.

—Como todos los que contactan con el Consorcio necesitaba dinero. Una ingente cantidad de dinero.

—Creí que ya era rico. *Muy* rico —enfatizó la joven.

El francés se ladeó para mirarla.

—*Mademoiselle*, si algo me ha enseñado la vida es que nunca se es lo suficientemente rico. Y menos para un hombre de la ambición de Viktor.

—¿Para qué necesitaba entonces el dinero?

Cuando comenzó a explicarse, De la Croix tenía la vista puesta en un horizonte cada vez más rojizo.

—Viktor siempre fue un joven extraordinariamente inteligente. Influenciado por su padre, obtuvo una beca en el Instituto de

Tecnología de Massachusetts gracias a una tesis sobre nanorrobótica. —Se quedó callado mientras daba una última calada al pitillo. De un capirotazo lanzó la colilla al Sena.

—¿Qué es la nanorrobótica? —dijo James.

La que contestó fue Marina:

—A finales de los setenta, la manipulación de átomos y moléculas permitió reducir casi todo a escala microscópica. Un nanómetro es la mil millonésima parte de un metro.

—La nanotecnología tiene infinitas aplicaciones —añadió Pierre—. En biología celular, medicina, mecánica… pero también militar. La creación de nanorrobots revolucionaría el modo de entender los conflictos armados y podría cambiar el orden mundial. Imagínese de lo que estamos hablando. Máquinas autosuficientes tan pequeñas que pasarían casi desapercibidas.

James se giró hacia Marina.

—¿Sabías tú todo esto?

—Lo sospechaba.

James resopló incapaz de comprender el alcance de aquello, y volvió la vista al frente. Río arriba navegaba una barcaza alargada transportando vigas de hierro de un considerable tamaño.

—¿Qué pasó después con Viktor? —le preguntó el escocés.

Pierre se apartó del borde del río y reanudó el paseo. Marina y James lo acompañaron. El sol ya había quedado oculto tras los tejados de la ciudad.

—Se graduó *summa cum laude* en el MIT. Cualquier calificativo que se le ponga probablemente no le haga justicia del todo. En resumidas cuentas, ya entonces Viktor era un genio moderno.

—¿Y dónde interviene el Consorcio? —preguntó Allen.

—Llevar a la práctica su tesis requería de un alto coste económico. De ahí que contactara con nosotros. Por aquella época, Mark Meier, el padre de Victoria, presidía la organización y se interesó vivamente por el proyecto de nanorrobótica. Convenció al resto de miembros para que financiaran la idea.

Tras una pausa, prosiguió:

—Cuando Meier murió en compañía de su esposa en aquellas carreteras de Suiza, el proyecto se tambaleó y, durante algún tiempo, quedó relegado a un segundo plano debido a su alto coste y su dudosa rentabilidad. No obstante, cuando Victoria heredó el puesto en el Consorcio que su padre dejó vacante, pronto se sintió atraída por su potencial y lo reactivó.

De la Croix se calló de pronto y saludó con un gesto de cabeza a un hombre con quien se cruzaron. Luego volvió un poco la cabeza y, en cuanto comprobó que se había alejado lo bastante, reanudó la conversación:

—Un día, Smedson fue a ver a Victoria y le contó que había tenido una visión: crear un ejército de nanorrobots. Aquello lo convertiría en el hombre más poderoso del mundo y a los miembros del Consorcio, en inmensamente ricos. Habló con tal vehemencia que Victoria se asustó. Nunca lo expresó con esas palabras. Pero yo se lo noté en los ojos.

—¿Y qué hizo Victoria? —dijo James.

—Suspendió de inmediato la financiación del proyecto de nanorrobótica. Desde ese momento, los caminos del Consorcio y de Smedson se separaron definitivamente.

—¿Logró llevar la teoría a la práctica y crear su ejército de nanorrobots? —Algo le rondaba por la cabeza a James, pero le costaba terminar de creérselo.

De la Croix miró un momento su caro reloj e involuntariamente apretó un poco el paso. Cruzaron bajo el arco de un puente y llegaron a la terraza de un café, semioculta bajo un mar de sombrillas. Todas las mesas estaban ocupadas. Pierre echó un efímero vistazo a las caras. Ninguna le resultaba conocida.

—Nadie lo sabe. Desde luego, cuando el Consorcio rompió con él no lo había conseguido. Pero si fue capaz de hallar otra fuente de financiación… —Dejó la duda en el aire—. Ya les he dicho que Viktor era un genio.

Marina y James pensaron lo mismo. Era posible que hubiese encontrado otra forma de financiarse y como una cascada alcanzaron la misma conclusión: los trabajos de desinformación a través de la red. El secuestro de los hackers. Collins y Katya.

Casi sin darse cuenta, habían vuelto a la plaza Louis Lépine. Los quioscos de flores estaban ya cerrados y la plaza casi desierta, pero un intenso olor dulzón flotaba aún en el aire. Se detuvieron delante del portal de la oficina del francés.

—Señor De la Croix —dijo Marina, volviendo a la formalidad—, ¿conoce a un tal Johann Schmidt?

Se instaló el silencio en el pequeño grupo. James y Marina permanecieron a la espera. Apreciaban una lucha interior en De la Croix. Al cabo de un rato no demasiado largo, comenzó a hablar de nuevo.

77.

La tela de araña…

París, Francia

Monsieur, *mademoiselle*, no me siento cómodo hablando del señor Schmidt. A diferencia de Viktor Smedson, él sigue siendo un buen cliente de nuestra firma.

—¿Y qué diría si le cuento que Smedson y Schmidt son la misma persona? —contraargumentó Marina.

Pierre estaba mirando fijamente a la pareja. Finalmente, escogió con cuidado las palabras a fin de no quebrantar el pacto de confidencialidad.

—No sé nada acerca del señor Schmidt, apenas hemos hablado un par de veces por teléfono, si es eso lo que me preguntan.

—¿Y cómo hacen negocios? —inquirió James.

—A través de testaferros.

—¿Y nunca sintió curiosidad? —quiso saber Marina.

—Miren, mi despacho no es de los que se encuentra en las páginas amarillas. Mis clientes son selectos, acuden a mí bajo recomendación, y pagan muy bien los servicios… y la discreción —añadió, dando a entender que le incomodaban los derroteros que tomaba aquella conversación.

—Y ¿quién le recomendó a Johann Schmidt?… Espere, deje que lo averigüe: Viktor Smedson —adivinó Allen.

—En efecto. Pero sigo sin saber qué desean exactamente de mí.

—Como le he dicho antes, solo buscamos el lugar donde Smedson retiene a mi hermana y a su amigo —dijo Marina, quebrando el silencio que se había hecho en el grupo—. Usted es agente inmobiliario, ¿no?

—Verá, *mademoiselle*, en realidad soy mucho más que eso. Cualquiera puede intermediar en una operación inmobiliaria. Yo encuentro cosas excepcionales para mis clientes.

—¿Le pidió Johann Schmidt que le buscara *algo excepcional*?

De la Croix se quedó en silencio, pensativo, al cabo dijo:

—No sé si con esto que les voy a contar vulnero o no el secreto profesional, pero resultan ustedes una pareja de lo más persuasiva. Verán, con mi mediación, una empresa del señor Schmidt ocupó hace tiempo una propiedad…, ¿cómo se dice en inglés?, fuera de lo común.

—¿Qué significa eso? —preguntó James.

—Una red de catacumbas que recorre el subsuelo del Monte Saint-Michel, una pequeña formación rocosa en Normandía.

James y Marina se miraron entre sí, ceñudos. Conocían aquel lugar de peregrinación mundialmente famoso.

—Las catacumbas —continuó explicándose— datan de los tiempos en que los romanos ocupaban la Galia y el cristianismo llegó a la región de Armórica; mucho antes de que se pusiera la primera piedra en el monte Saint-Michel. No es del dominio público, ni siquiera creo que las autoridades francesas sean conocedoras de su existencia, o ya habrían puesto el grito en el cielo.

La expresión recelosa seguía en el rostro de James.

—Si son tan secretas, ¿cómo supo usted de ellas?

De la Croix hizo una mueca de sorpresa y contestó:

—¡Yo tampoco conocía su existencia! Fue el señor Schmidt quien me habló de ellas. De hecho, esa fue la única vez que hemos conversado en persona, aunque fuera a través del teléfono. ¿Cómo lo supo él?, no lo sé, pero me pidió que intermediara con el Vaticano para que le permitiera utilizarlas.

—¿El Vaticano?

Siguió un silencio entre ellos mientras una pareja salía del portal y se alejaba por la plaza.

—Se suele decir que hay que tener amigos en el Infierno. Mi experiencia me dicta que es mejor tenerlos en el Cielo.

—¿Eso significa que el Vaticano accedió? —dijo Marina.

—*Précisément*. Aunque sería más correcto decir que se mostró receptivo a un intercambio.

—¿Qué les ofreció? —quiso saber James, curioso.

—Ah, secreto profesional, *mon cher ami*. Solo les diré que hace dos años el Vaticano se mostró *muy* interesado por hacerse con un objeto llamado la Cruz del Diablo y el señor Schmidt me puso en la pista de dónde hallarlo.

James se quedó en estado de *shock* con aquella revelación. Precisamente él conoció a Victoria cuando esta buscaba la Cruz del Diablo en las Highlands. ¡Los caprichos de la vida!

—¿Y cómo entramos en las catacumbas? —preguntó Marina.

—En eso, no puedo ayudarles. Únicamente sé que el acceso es por un lugar secreto oculto en la abadía. Como imaginarán, no hay carteles anunciándolo. Me temo que tendrán que preguntárselo al propio señor Schmidt, si es que dan con él.

Marina y James se miraron el uno al otro. No era suficiente. Descubrir la entrada en aquella abadía medieval resultaría una tarea imposible. Un aire de abatimiento se cernió sobre ellos.

—En una ocasión —comenzó a decir De la Croix, captando de inmediato la atención de la pareja—, vi un mapa antiquísimo de la red de catacumbas sobre el escritorio del testaferro del señor Schmidt. En una esquina había una leyenda en latín, bajo el término «INGRESSUM». Una cita del Evangelio de Mateo: *«Esurivi enim, et dedistis mihi edere: sitivi, et dedistis mihi bibere»*.

James se concentró.

—Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber —tradujo—. ¿Sabe lo que significa?

Pierre volvió a mirar el reloj impaciente.

—*Ćest tout*. Es cuanto sé al respecto.

Ambos entendieron que no sacarían nada más de él.

—Adiós, Pierre. Ha sido usted muy amable —se despidió Marina, alargando la mano hacia él.

De la Croix la aceptó y la envolvió con las suyas durante más tiempo de lo que dictaba la cortesía, adentrándose en el flirteo.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos, *mademoiselle*, de modo que prefiero un *au revoir*. Si algún día vuelve a *Paris*, estaré encantado de enseñarle esta magnífica ciudad. Sería *impardonnable* que no lo hiciera. A usted, *messieur*, también, por descontado —le dijo a James, a quien asimismo estrechó la mano, pero cuidándose de mirarlo a los ojos. Luego se dio la vuelta y usó su llave para perderse en el portal. Mientras se adentraba en la penumbra del interior, una conversación acudió a su mente: *«¿Qué les digo para que no sospechen?»*, había preguntado él. *«Sencillamente, De la Croix, cuénteles la verdad»*. La verdad. La verdad era un término muy sobrevalorado…

—¡Espere un momento! —dijo Allen, que se había puesto a correr tras él. Lo alcanzó cuando estaba a punto de desplegar la reja metálica del ascensor—. ¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Ya les he contado todo lo que sé.

—Es acerca de Victoria.

Pierre De la Croix salió de la caja del ascensor muy despacio.

—Usted dirá.

—A Victoria… la asesinaron. —James hizo un esfuerzo para que la voz no se le quebrara. No delante de aquel tipo.

La noticia dejó perplejo al francés. Su rictus jovial se torció y su frente se cursó con dos profundas arrugas paralelas.

—Creí que había muerto de una extraña enfermedad.

—Hasta hace bien poco también yo lo creía. Pero tengo una buena razón para pensar que alguien ordenó su muerte.

El francés suspiró.

—Pierre, necesito saber si el Consorcio tuvo algo que ver.

La luz era escasa en el portal, con todo James notó los ojos de Pierre estudiándolo. Un resoplido acabó con aquel examen.

—Mire, *monsieur*, después de que Victoria entregara la Cruz del Diablo al Vaticano amenazó a Charles Hawkes, uno de los miembros más… —vaciló—, con menos escrúpulos del Consorcio, con hacer públicos todos los documentos relativos a las actividades del grupo si le ocurría algo en un futuro a ella o a algún ser querido. Incluso creo que había una lista que incluía a sus perros. Victoria pensaba que se estaba asegurando un salvoconducto; pero, sin pretenderlo, acababa de firmar su propia sentencia de muerte. Como imaginará, la lista de clientes que quisieran evitar que esa información viera la luz pública no es muy extensa, pero hágame caso si le digo que no querría tener como enemigo a ninguno de ellos. No son de los que acuden a los tribunales a resolver las cuitas. Ya me entiende.

A James se le ocurrió una idea repentina.

—¿Y cree que Viktor Smedson estaría en esa lista?

—Viktor siempre se ha manejado en la discreción. La circunstancia de que se pudieran hacer públicos sus planes sería un riesgo demasiado alto que no podría pasar por alto. Y más si, como ustedes afirman, oculta sus actividades ilícitas a través de la fachada de «Johann Schmidt». Quien la asesinara solo necesitaba una oportunidad que no despertara sospechas y pusiera en marcha el propio mecanismo de autodefensa que Victoria activó al depositar los documentos en un despacho de abogados. La enfermedad contraída en Mongolia pudo brindarle esa ocasión en bandeja de plata. Así que —hizo una mueca con la boca—, si quiere conocer mi opinión, sin duda *él* encabezaría la lista.

Con estas palabras el francés volvió al ascensor. Mientras iba ascendiendo le dijo a través de la rejilla de la puerta:

—*Monsieur Allen*, no subestime a Viktor.

James permaneció en la penumbra del portal, estupefacto. Una aterradora idea crecía en su cabeza como el césped en primavera.

La explosión del despacho de abogados en Zurich.

Los documentos de Victoria destruidos.

Entonces, lo vio nítido. Él había sido el objetivo de Viktor Smedson desde el principio, no Collins como había creído erróneamente. De hecho, el objetivo último había sido eliminar los papeles confidenciales del Consorcio, pero el magnate sueco desconocía el despacho de abogados donde los había depositado Victoria. Él, James Allen, era la única persona que podía llevarle hasta ellos. Y vaya si lo había hecho. Lo había guiado como una correa a un perro. Soltó una palabrota en mitad del portal.

Cuanto más consideraba la cuestión, más sentido le veía a todos los

acontecimientos de la última semana. Viktor orquestó lo del anuncio en la red oscura. Aquel tipo no falló el disparo en Lochcarron por casualidad. Patt le dijo que era un tío con el rostro cubierto de acné juvenil. A esa distancia, resultaba tan difícil acertar en el blanco como encontrar una persona honesta en el Parlamento. Y ese episodio lo desencadenó todo, como una chispa un incendio. Secuestró a Collins. Dejó las miguitas que descubrió el MI6 y que los llevaron a El Cairo. Cabía la posibilidad incluso de que no fuera casual que aquella pareja en el metro de Estocolmo filmara el vídeo de la muerte de Klara Odell que se hizo viral en la red.

La red.

Todo podía conseguirse con desinformación. Eso le había dicho Marina. Y también que Viktor era un maestro en eso. Ese vídeo, en realidad, fue lo que los llevó hasta Estocolmo. Marina ató cabos cuando «alguien» de la policía egipcia le envió aquellas fotos con los cuerpos devorados de los pasajeros del *Princess Alyssa*. Otra pieza del engranaje fue el furgón policial que lo trasladaba a él desde la cárcel. Curiosamente, aquella cosa lo sacó de la carretera justo ante las narices del laboratorio. ¡Viktor pretendía que diera con él!

En ese momento, la lógica le resultó convincente, sin fisuras. Pero ¿qué pretendía?

¡Pues claro! Pretendía que él y Marina dieran con el contrato de traspaso… y con un nombre: Pierre De la Croix. Por eso todos los archivos de los ordenadores del laboratorio habían sido borrados… Todos excepto los relativos a los contratos. Smedson confiaba en que él acudiría a los documentos de Victoria para localizar al intermediario francés. Desde luego, quien había organizado aquello lo conocía bien. Más que bien, a decir verdad. Sabía que haría cualquier cosa, lo que hiciera falta, si había una buena motivación de por medio. Y el secuestro de Collins lo era.

Las puertas de aquel laberinto se habían ido abriendo y cerrando para conducirlos por donde Viktor deseaba. Los había manejado desde el principio como a ratones de laboratorio.

Por último, estaba el enjambre. No estaba seguro y carecía de los conocimientos técnicos necesarios, pero apostaría a que Smedson, después de todo, sí había conseguido crear su ejército de nanorrobots. Sin embargo, ejecutar aquel plan maquiavélico no debía de resultar sencillo. Tal vez lo ayudaban los hackers a los que retenía. Posiblemente sin saberlo.

Aún quedaba un tema por dilucidar. ¿Qué papel representaba Marina en aquella obra? El secuestro de su hermana no podía ser casual. Smedson la quería en aquella partida, puede que para garantizar que él cumplía con su misión… O tal vez para ajustar cuentas pendientes. O por ambas cosas a la vez.

¡Por Dios! Aquello no era una tormenta de ideas, era un auténtico huracán y tenía que ponerle fin de inmediato.

Sin embargo, él y Marina seguían con vida, y eso no le cuadraba. Entonces alzó la barbilla y dirigió una mirada al hueco del ascensor. Acababa de comprender por qué De la Croix había sido tan colaborador.

«No es de fiar, su verdadero Dios es el dinero…».

Debía de haber llegado a algún tipo de acuerdo sustancioso con Smedson para que los condujera hasta su próximo destino, donde poder concluir el trabajo. El temor que le causó la sola idea de ser el objetivo de un tipo como Viktor, dejó paso a la rabia. Con los puños apretados con fuerza, pensó en subir y partirle la crisma al francés. Pero lo pensó mejor y se contuvo. No merecía la pena. Si Patricia hubiera estado a su lado, lo habría disuadido… Patricia y Carmichael. ¿Por dónde andarían? Si la pista de la llave del capitán del *Princess Alyssa* los había conducido a alguna parte, puede que aún tuviesen una oportunidad.

Este pensamiento positivo le ayudó a serenarse. Entonces regresó a la plaza. Marina lo esperaba en un banco, con las piernas cruzadas y el pelo revoloteando con la suave brisa que se había levantado. Mientras se acercaba, ella lo miraba con una bonita sonrisa. Era una buena chica con un pasado difícil y un presente más complicado aún. Había comenzado el ocaso y algunas de las casas que circundaban la plaza ya habían encendido las luces. Decidió que esa noche no le contaría sus sospechas. Disfrutarían de la vida nocturna parisina y harían el amor sin culpas ni remordimientos. Lo necesitaba.

Al día siguiente, todo acabaría. Para bien o para mal por fin pondría colofón a la muerte de Victoria. Viajarían al Monte Saint-Michel, donde Viktor había tejido una tela de araña para atraparlos. En esas circunstancias, se alegró de que aquella espía rusa que había surgido del calor de Egipto estuviera a su lado.

CASTILLO DE HADAS

«Primero lo había visto desde Cancale; era un castillo de hadas erguido sobre el mar. Lo vi confusamente, como una sombra gris que se alzaba en el cielo brumoso».

Guy de Maupassant:
La légende du Mont Saint-Michel

78.

El gato y el ratón…

Monte Saint-Michel, Normandía

—Entrad, por favor.—dijo el Mayordomo, con el tirador de la puerta abierta aún en la mano. Era una puerta de madera antigua, guarnecida con herrajes y finalizada en un arco de medio punto, como las que solían verse en los castillos. El Mayordomo carraspeó para hacer notar su presencia ante el único ocupante de la estancia, luego se echó hacia atrás, dejando el acceso libre.

Con andares vacilantes, Katya traspasó el umbral llevando a Collins colgado de su brazo. Eran auténticas piltrafas. Harapientos, mojados y con los cuerpos llenos de rasguños y moretones. Las últimas veinticuatro horas las habían pasado en un lúgubre agujero; una mazmorra húmeda y maloliente con barrotes, más propia de *El conde de Montecristo* que del siglo XXI. Collins aún no había recuperado la visión y, según le explicó a Katya, al abrir los ojos solo veía una mancha borrosa.

Tan pronto como la puerta volvió a su sitio, Katya giró la cabeza un momento. El Mayordomo ya no estaba, se había esfumado con el sigilo habitual en él. Aunque nadie le habló, ella condujo a Collins con docilidad hasta el centro de una alfombra circular, a tan solo un paso de un sencillo escritorio que no estaba ocupado por nadie. Sobre él, se apoyaban un ordenador portátil con la tapa cerrada y un par de cubiletes forrados de cuero con material de oficina. En un extremo de la estancia, ante una mesa de trabajo de madera llena de cajones, había un hombre con las mangas de la camisa recogidas sentado de espalda a ellos. No se volvió, y continuó su tarea con manos delicadas. Bajo la potente luz de un flexo, tensaba un obenque en una maqueta naval de un antiguo galeón español. Se tomó su tiempo en ello, enmendando el resultado varias veces. Solo cuando quedó plenamente satisfecho, depositó unas pinzas alargadas en una bandeja, irguió la espalda y giró con el sillón, clavando en ellos una mirada indescifrable. ¿Estaba contrariado? ¿O era simple indiferencia?

—Tenía grandes esperanzas puestas en vosotros —dijo.

Decepción. Ese era el término que le vino a la mente a Katya. Ese hombre tenía la misma expresión que vio en los ojos de su madre cuando le dijo que dejaba el *ballet* por los ordenadores.

—Os he subestimado —confesó a continuación al tiempo que extendía las mangas de la camisa y las abotonaba.

Collins era capaz de percibir los temblores en el cuerpo de Katya. Estaba asustada. En honor a la verdad, ambos lo estaban.

—Katya no tiene la culpa —dijo Collins—, yo la metí en esto.

—¡Cállate! —dijo el hombre, golpeando la palma de su mano contra la mesa. El galeón se agitó peligrosamente en su peana.

Collins y Katya se sobresaltaron ante el súbito arrebato de ira.

—No me tomes por idiota. Te aseguro que no lo soy.

Katya vio al hombre levantarse de la silla y encaminarse hasta una pared con dos cuadros colgados en perfecta armonía. El retrato vertical de un tipo con jeta avinagrada y el lienzo horizontal de una barca llena de náufragos en medio de un mar embravecido. Se detuvo ante este último y se lo quedó mirando fijamente. Sus puños se apretaban y distendían, hasta que sus manos se relajaron.

—Contemplar este Aivazovsky es como mirar por un balcón. ¡Qué belleza! —dijo.

—Si le gusta el mar, ¿por qué vive en un sitio sin ventanas?

El hombre soltó una sonora carcajada que retumbó entre aquellas paredes de granito.

—Me encanta tu espontaneidad, Katya. Me recuerdas mucho a tu hermana.

La joven lo miró un momento aturdida.

—¿Conoce usted a Marina?

El hombre se apartó del cuadro sin contestar y se dirigió con calma a un rincón iluminado por una chimenea eléctrica encendida. Delante de ella había dos butacones con el respaldo alto y orejas, uno a cada lado del fuego decorativo. Según parecía, aquella gran estancia hacía las funciones de tres en uno: despacho, taller de manualidades y salita de estar. El tipo estirado tomó asiento en uno de los sillones, el que estaba más cerca de una vitrina de cristal que exponía, como si de un museo se tratase, unos manuscritos que se veían amarillentos, piezas de robótica obsoletas y componentes electrónicos antediluvianos. Cruzó las piernas mientras observaba a la pareja.

—Hice mucho más que conocerla, Katya. La amé.

—Mi hermana jamás se enamoraría de un tipejo como usted —escupió la joven.

El hombre hizo caso omiso al tono en que había vertido las palabras, y señaló con amargura:

—Tienes razón, no lo hizo. Solo jugó conmigo. ¿Sabes? Marina

viene en estos momentos hacia aquí. Por cierto, Collins, la acompaña tu amigo James Allen. Ahora —dijo tras un silencio prolongado en el que gozó del desconcierto creado en la pareja—, es mi turno de jugar al gato y al ratón.

Inmediatamente después de pulsar un botón que tenía a un lado, el Mayordomo volvió a asomar por la puerta de la cámara.

—Ya hemos terminado. Puedes llevártelos de vuelta a su negro agujero.

79.

El arcángel san Miguel…

Monte Saint-Michel, Normandía

CARMICHAEL se desperezó lentamente y su mirada recayó en la espalda de Patricia, que seguía al timón con su larga melena recogida bajo una gorra. El cielo estaba límpido. No había ni una sola nube a la vista y lucía una amplia gama de colores melocotón. El sol de frente significaba que ya habían doblado la Punta de Raz y navegaban frente a las costas de Normandía, cuyas rocas exhibían un inusual color rosáceo.

Se incorporó y fue a reunirse con ella. Se la veía cansada. Con los ojos enrojecidos.

—Anda, vete a descansar, ya sigo yo.

—No tengo sueño. —Le cedió el timón, pero se quedó en la cabina.

El día terminó de abrir y se convirtió en otra fantástica jornada de navegación. Rápidamente el mar se llenó de barcos. Aprovecharon para mezclarse entre ellos. A media mañana, cuando el sol estaba muy arriba, doblaron un accidente topográfico y la costa se cubrió de bajíos de arena dorada. Ante ellos, junto al estuario del río Couesnonse, se les presentó una aparición: el arcángel san Miguel matando con su espada a un dragón.

Aquella escultura centelleante coronaba el campanario de una abadía que se elevaba al cielo sobre una isla escarpada.

Era algo descomunal.

Habían llegado al Monte Saint-Michel.

Una vez atracaron, tomaron un autobús lanzadera que los llevó hasta las cercanías de la isla. El resto del trayecto lo hicieron a pie. Nada más cruzar una puerta de medio arco fortificada, se unieron a miles de turistas. Como un río, abarrotaban las angostas y empinadas callejuelas medievales que se ramificaban por aquel lugar como la cuerna de un venado.

En cierta medida, allí se sentían seguros de miradas indiscretas. La mayoría de las personas que los rodeaban procedían de diferentes

países y probablemente serían ajenas a los acontecimientos ocurridos en Locronan dos días atrás. Al término de la Grande Rue dieron con una gran escalinata de piedra que conducía a lo más alto de la isla. Después de ascender cientos de escalones llegaron jadeantes a un torreón con unas vistas excepcionales de la bahía. Al lado de unas bombardas inglesas —reliquias de la Guerra de los Cien Años, según rezaba en un cartel—, se pusieron a contemplar el horizonte luminoso.

—Todo esto es muy raro. Apenas habían transcurrido unas horas y nuestras caras ya estaban en todos los medios —apuntó Carmichael—. ¿Cómo pudieron identificarnos tan deprisa?

—Lo ignoro, pero el responsable de la filtración sabía perfectamente lo que hacía. Señalándonos como terroristas, la policía disparará primero y preguntará después.

—Pues no dejaremos que eso pase.

—¿Sigues pensando que es mejor no entregarnos?

Carmichael se apartó de la muralla con aire contrariado.

—No me vengas otra vez con eso. Ya lo hemos hablado. No nos escucharán si no tenemos algo que ofrecerles a cambio.

Tras una breve discusión, Banner dejó de insistir. Harta de apartarse el pelo de la cara, volvió a colocarse la gorra y dijo:

—Vale, ya estamos en el Monte Saint-Michel. ¿Qué hacemos ahora?

—Sabemos que el enjambre vino hasta aquí. —El piloto se encogió de hombros—. No sé, quizá debamos quitarnos de la vista hasta que anochezca y, cuando este lugar esté más tranquilo, husmear un poco por ahí.

Patricia resopló.

—Si al menos estuviera aquí James. Él es bueno ideando planes. ¿Por dónde andará?

Entre ellos siguió el silencio. «Husmear por ahí» no parecía ni de lejos un plan muy prometedor, pero no disponían de otro mejor. Haciendo tiempo, volvieron a mirar al horizonte, difuminado ahora por una densa bruma que se iba extendiendo poco a poco. La marea subía y comenzaba a cubrir de agua la extensión de arena que circundaba la isla. Las campanas de la abadía avisaban del acontecimiento a los visitantes para que abandonaran el lugar de inmediato.

Muy pronto aquel promontorio quedaría aislado del mundo.

80.

La pleamar…

Normandía, Francia

DESPUÉS de apearse del TGV en Saint-Malo, al norte de Francia, James y Marina cubrían los últimos kilómetros en un autobús de la compañía BreizhGo.

—Patricia y Carmichael, unos terroristas. No lo puedo creer —dijo Allen, que se había quedado frío mirando su móvil.

Marina se inclinó hacia él y echó un vistazo al *Le Parisien*.

—Viktor.

—¿Qué insinúas?

Ella devolvió la espalda a su asiento y ladeó la cara a la ventanilla. En ese momento, pasaban por delante de la localidad de Cherruaix. El océano se veía de un color cerúleo y brillaba bajo los rayos del sol vespertino como miles de lucecitas encendidas.

—Que tiene la firma de Viktor. Crear una noticia falsa. Desinformar con un propósito.

—¿Cuál?

—Resulta evidente. Por alguna razón que no alcanzo a comprender quiere ver a tus amigos muertos, pero sin mancharse las manos de sangre. Por cierto, ¿no sabrás qué hacen en Francia? —le dijo, con algo de recelo.

James se decidió por fin a contarle lo de la llave que encontró en el camarote del capitán del *Princess Alyssa*, y se disculpó por no haberlo hecho antes. Marina, que no pareció disgustarse demasiado con la noticia, se limitó a obviar el tema diciéndole:

—Le he estado dando vueltas y creo que estás en lo cierto.

—¿Respecto a qué?

—El FSB no me envió a esta misión. Fui a Egipto por un chivatazo anónimo. —Suspiró—. Me dejé llevar por el entusiasmo de encontrar a mi hermanita y no verifiqué la fuente.

James apreció en su tono un deje de culpabilidad.

—No seas tan dura contigo misma, opino que uno de los motivos

por los que Viktor secuestró a Collins y a Katya fue precisamente para que dejáramos de pensar con lucidez.

—Típico de él manipular de esa manera.

—Deja eso ahora a un lado. Debemos concentrarnos en lo que nos espera.

Marina pegó la espalda al cristal y miró de frente a James.

—¿Qué crees que quiere decir lo de: Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber?

—No tengo ni idea, pero estoy casi seguro de que, cuando estemos en la abadía, lo sabremos.

—¿Has estado alguna vez en el Monte Saint-Michel?

—No, pero siempre he querido ir. ¿Y tú? —preguntó él.

—Yo siempre he querido conocer España.

James le cogió las manos y se quedó mirándola con la intensidad con la que nadie lo había hecho jamás.

—Cuando todo esto acabe, iremos juntos a España.

—¿Lo prometes?

En ese momento, el autobús llegó a La Caserne y se detuvo bajo una marquesina de cristal. James apartó las manos de Marina y se unió a la fila que los pasajeros formaron enseguida en el pasillo. Marina lo miró un segundo, soltó un leve suspiro y fue detrás de él. Nada más apearse, buscaron el Monte Saint-Michel con la mirada. Abrazado por las brumas, la iglesia abacial surgía de las aguas como una presencia espectral. El aire traía un repiqueteo de campanas que servía para acrecentar aquella inquietante sensación. Por todos lados, sonaban los clics de las cámaras fotográficas.

En el puente-pasarela que unía la isla rocosa con la península se veía una procesión de autobuses trayendo de vuelta a cientos de turistas. Marina y James se miraron confundidos. Entraron en una oficina de información, hicieron cola y, cuando les llegó el turno, preguntaron la razón por la cual todo el mundo regresaba.

—La marea —les informó una mujer teñida de rubio tras el mostrador—. Hasta mañana a las nueve y media, la isla estará cerrada a cal y canto —añadió con una educada sonrisa. Luego extrajo de un cajón un calendario con las mareas de junio, a la venta por un par de euros.

Junto con un plano guía del santuario, adquirieron aquel calendario y estudiaron un momento las mareas correspondientes al domingo 7: Pleamar, a la 1:41; bajamar, a las 8:42. Coeficiente de la marea, 119 sobre 120. Una nota al pie avisaba de que, por encima de 110, el Monte Saint-Michel se convertía en una isla.

Inaccesible.

Salieron de nuevo al crepúsculo creciente y se vieron arrollados por un torrente de turistas que atiborraban la zona comercial. Con la caída

del sol llegó el fresco y sintieron en sus cuerpos el cambio de temperatura.

—Lo de la marea alta es un contratiempo con el que no contaba —dijo Marina, fastidiada.

—¿Qué podemos hacer…? —James no terminó la frase.

Marina persiguió su mirada hasta un cartel colgado de una fachada de ladrillo rojo: «ARTÍCULOS NÁUTICOS».

—¿No estarás pensando en lo que creo que estás pensando?

Embozados en neoprenos, James y Marina empujaron una barca de goma hasta que el agua les cubrió por la cintura, entonces se subieron a ella y, guiados por una brújula, comenzaron a remar en dirección nornordeste. A su derecha, quedó la pasarela que unía el Monte Saint-Michel con la costa, convertida en un rompiente impracticable difuminada entre la niebla. El chapoteo de los remos al clavarse en el agua era lo único que interrumpía el silencio reinante. En cuanto atisbaron la negra mole granítica, dejaron de remar, y se quedaron al vaivén de la corriente.

—Según esto, al norte hay un antiguo muelle —susurró James, enfocando la linterna hacia una carta náutica.

Tardaron aún veinte minutos en rodear la isla. Del muelle original no quedaba más que un saliente rocoso que se adentraba en el mar y unos cuantos maderos medio podridos. Una placa adherida a la roca explicaba que se construyó en el siglo XVIII cuando la isla fue utilizada como prisión. Anudaron el bote a un amarradero y saltaron a tierra. Delante, unas escaleras de piedra morían en la bruma. Antes de subir por ellas, se deshicieron de los neoprenos mojados y los arrojaron al interior del bote.

Dos minúsculos objetos voladores, de un tamaño no superior a un mosquito, recogían todos los movimientos de la pareja a través de unas lentes microscópicas de alta resolución y las enviaban codificadas a un centro de mando, no muy lejos de allí.

Empuñando la pistola PSS, Marina se deslizaba con total sigilo por estrechos pasajes llenos de recovecos. James la seguía un paso por detrás, con un plano de la isla entre las manos. De vez en cuando se detenían y estudiaban por dónde continuar para llegar a la abadía, situada en la cima del promontorio. No se veía un alma por las calles, que mostraban un aspecto desolador.

De repente, una sombra más oscura que la noche se movió en la

pared de un callejón. Marina se detuvo en seco y se agachó. James la imitó al instante. El lento crujir de unas zapatillas con suelas de goma era perfectamente audible. La espía volvió el rostro hacia James y le hizo una señal con la mano para que se quedara quieto y en silencio. Luego se incorporó solo un poco y se movió pegada a la pared.

Cruzó la calle encorvada.

En la esquina del callejón, se paró y puso el dedo en el gatillo. La sombra crecía bajo la pálida luz anaranjada de una farola encendida que apenas lograba traspasar la densa capa de niebla.

81.

Un nuevo orden mundial…

Monte Saint-Michel, Normandía

VIKTOR, los cuatro ya se encuentran en la isla. El señor Allen y la señorita Semiónov acaban de arribar al muelle sur en un bote —informó el Mayordomo.

Viktor apartó los ojos de un microscopio electrónico de barrido y lanzó una mirada glacial a su subordinado y amigo; luego guardó metódicamente todo el instrumental en un armario, colgó la bata blanca en un perchero, y se dispuso a salir del laboratorio de microbiología.

—El señor Carmichael y la señorita Banner no deberían estar aquí. No estaban invitados a esta fiesta. De modo que no quiero más errores. ¿Queda claro?

Viktor abandonó la zona de trabajo y regresó a paso enérgico a sus dependencias privadas, a través de corredores de ladrillo y adobe. Programados para enfrentarse a grupos numerosos, los nanorrobots se habían mostrado poco eficaces si su objetivo se trataba de individuos aislados. Tanto en el Nilo como en Locronan se habían descontrolado. Él no era un santo, pero tampoco un desalmado, y todos aquellos inocentes no debían haber muerto. Una idea aplastó cualquier conato de remordimiento.

Il fine giustifica i mezzi. El fin justifica los medios.

No obstante, tenía que revisar la configuración.

Pero ahora no había tiempo.

Tenía otras cosas en las que pensar. Por fin estaba a punto de solucionar uno de los mayores errores que había cometido en su vida. Jamás debió contarle sus planes de construir un ejército de nanorrobots al Consorcio. Victoria Meier carecía de visión de futuro, era tan mediocre…

Su muerte fue necesaria. La muy zorra amenazaba con hacer pública una documentación que podía vincular a sus dos «yos» —Viktor Smedson y Johann Schmidt—. Se lo encargó a un asesino a

sueldo llamado el Haitiano. Venía muy bien recomendado por sus contactos en Estados Unidos. Pero, por alguna razón que desconocía, este rechazó el trabajo, a pesar de que le dejó claro a la intermediaria —una hermosa joven llamada Alessia— que el dinero no sería un problema. Entonces se lo pidió al Mayordomo; quien, disfrazado de sacerdote, resolvió el problema de una manera tan sencilla como ingeniosa.

Con aire.

Es extraordinario lo letal —y discretas— que pueden resultar unas simples burbujas de aire en el cuerpo humano.

Ahora, con Meier fuera de juego y la documentación destruida, solo quedaba eliminar de la partida las fichas molestas.

Entró en su despacho dando un portazo y ocupó el sillón ante el ordenador portátil. Mientras aguardaba a que terminase de arrancar, posó su mirada orgullosa en el retrato de su padre Malik que colgaba de la pared, al lado del Aivazovsky. Era idéntico al que tenía en el club de esgrima. Club al que no podría regresar en una buena temporada. Ahora, la Europol lo buscaba.

No era así como tenían que haber sucedido las cosas.

Conocía sobradamente la personalidad de James Allen. Los enigmas lo atraían de igual manera que un tornado succiona todo lo que encuentra a su paso. Sucumbir a ellos era para él algo sencillamente inevitable. Cuando concibió el plan que lo conduciría directamente a los documentos secretos del Consorcio, era plenamente consciente de su complejidad y de que múltiples aspectos podían salir mal, incluso la presencia de Marina le ocupó muchas horas de reflexión. Pero Allen era un tipo con un gran talento. Si no lo hacía de esa manera, comprendería en el acto que el escenario por donde se movía era tan falso como el atrezo en un teatro. Y todo se arruinaría.

No obstante, había subestimado la imprevisibilidad del escocés, y este se las había ingeniado para vincular los apellidos «Schmidt» y «Smedson». ¿Hijo de herrero? Ni él mismo conocía ese detalle. Lo único que él sabía era que su padre se cambió el apellido para iniciar una nueva vida en Suecia.

Allen y Marina no deberían haber llegado tan lejos. Fue una sorpresa para él que se presentaran en la sala de esgrima, donde descubrieron el retrato de Malik y la placa con su nombre. Con esa información en poder de la Säpo, las autoridades no tardarían en atar cabos, ahora que sabían hacia dónde mirar. Un pequeño descuido que podría arruinar su futuro. Pero él estaba dispuesto a pagar un alto precio por conseguir neutralizar la amenaza que suponían para él aquellos documentos. Cuando por fin zanjara definitivamente el asunto que se traía entre manos, ya se ocuparía de desacreditar a Brorsson. Entonces, podría regresar a Estocolmo. Para ello contaba

con el apoyo de personas poderosas en el Gobierno, como la ministra Lövin, quien, con su ayuda, podría convertirse en la próxima primera ministra…

Un pitido emitido por el ordenador volvió a conectarlo con la realidad de su momento. Abrió el programa de comunicaciones con sus nanorrobots. Durante un rato, contempló el vídeo de tres personas abrazándose efusivamente a la entrada de un callejón cerca de la Grande Rue. La neblina dificultaba la transmisión y la imagen no era del todo nítida, pero reconoció en el acto a Marina retirada unos pasos, vigilante. Sonrió maliciosamente con la idea de que aquellas cuatro personas se hallaban atrapadas en la red que conformaban las callejuelas del Monte Saint-Michel. Sin salida. Como insectos adheridos a una telaraña.

Borró la sonrisa de su cara y volvió a concentrarse. Ahora tocaba poner en marcha la segunda parte de su plan.

Con dedos expertos volando por el teclado, introdujo el código fuente de un programa informático que él mismo había desarrollado a partir del trabajo de su padre. De manera instintiva, su mirada se desvió un fugaz instante a la vitrina con el diario de Malik y sus primeras creaciones. Después de años de experimentos en las instalaciones del lago Ullnasjön, fue capaz de conseguir una perfecta simbiosis entre células humanas y robótica. Pero el mundo no estaba preparado para asumir el coste que aquella revolución suponía, y decidió ocultar sus hallazgos.

Excepto a su hijo.

En cuanto conoció los descubrimientos de su padre, tuvo la visión de un nuevo orden mundial, donde no mandarían los politicastros sino una oligarquía de mentes privilegiadas. Y sus nanorrobots pondrían a Viktor Smedson, hijo de Malik Schmidt, a la cabeza. No obstante, para esa ingente labor precisaría ayuda. Y ahí entraba la inestimable colaboración del equipo de hackers.

«Estas criaturitas son como ratones de laboratorio —pensó, al tiempo que seguía pulsando teclas—. *Ponles una rueda en su jaula y comenzarán a correr sobre ella hasta la extenuación. Son tan predecibles…».*

Lástima que, con el tiempo, se volvieran inestables. Entonces era necesario reemplazarlos por otros. Por lo general, se trataban de personas solitarias a las que nadie echaría de menos. En los casos de Collins y Katya hizo una excepción. A ellos dos los necesitaba como cebo. Sin embargo, resultaron ser muy competentes. Demasiado.

En el momento en que terminó de introducir el código fuente, le dio a la tecla ENTER. Nada más hacerlo, comenzaron a surgir líneas con letras y símbolos ininteligibles para un neófito, pero no para Viktor Smedson. Una vez activo el programa de control, introdujo con

detalle las instrucciones. Ya no podía hacer más que esperar, así que para pasar el tiempo buscó entre los archivos los expedientes de sus cuatro «invitados», y los releyó de principio a fin. No quería dejar nada al azar.

§

EN cuanto Viktor apretó la tecla ENTER en su ordenador, en una sala a oscuras del mismo complejo subterráneo, todo se puso en marcha. Comenzó con el parpadeo de una pequeña e insignificante lucecita roja. A la cual siguió otra, otra, otra, y de ese modo hasta un millón de ellas. Como en cualquier enjambre, había una abeja programada para ser la reina. La inteligencia —mitad humana mitad artificial— de la que estaban dotados los chips de memoria de sus microrrobots hacía el resto.

Un minuto después el enjambre letal se desplazaba por un entramado de túneles, con una sencilla misión integrada en sus circuitos de memoria: dar con su presa y eliminarla. Finalmente, por un conducto abierto al exterior, la nube salió a la superficie y se fue difuminando en la densa niebla que envolvía el islote como el sudario de un difunto.

82.

El individuo cero…

Monte Saint-Michel, Normandía

La expresión de sorpresa seguía dibujada en el rostro de James cuando se unió a Marina en la boca del callejón.

Patricia y Carmichael aún tenían la respiración agitada. Menudo susto se habían llevado al ver aquel cañón apuntándolos. Minutos después todo se había relajado.

Marina empezaba a impacientarse y dedicó a los tres una advertencia:

—Esto no es una convención social.

—Patt, Dave, ella es Marina —los presentó.

Los gestos de saludo fueron más bien fríos. Sin apretones de mano. Carmichael acercó la cara al oído de James y le susurró:

—Es la chica de El Cairo. ¡Qué grande! —Acompañó las palabras con un golpecito en la espalda de su amigo.

James le devolvió la sonrisa.

—Marina busca a su hermana. La secuestró el mismo tipo que a Collins.

—¿Entonces Collins está aquí? —preguntó Patricia, que había oído mencionar el nombre del expirata informático.

—Es una larga historia, pero creemos que sí. ¿Y vosotros, cómo habéis acabado en esta roca? Leí que os busca la policía.

Mientras la impaciencia de Marina iba *in crescendo*, los tres amigos resumieron sus últimos días. James les habló de cómo Viktor Smedson estaba detrás de todo aquello, del ejército de nanorrobots, del laboratorio de Estocolmo, de la conversación con De la Croix, y de la trampa que les habían tendido desde el principio —aunque omitió lo de los papeles de Victoria, para lo cual tergiversó un poco la historia —; por su parte, entre Patricia y Carmichael le contaron lo de la caja de seguridad del banco suizo, lo del ataque del enjambre a Locronan, y su posterior huida a través de la Bretaña francesa. Los tres habían recorrido media Europa y todo para acabar en el mismo lugar: un

pedrusco solitario en medio de la nada rodeados de agua y envueltos en la niebla. Aquello, no obstante, corroboraba dos cosas: que el Monte Saint-Michel era el lugar y que iban derechitos a una emboscada.

—Entonces, según el tal De la Croix, en la abadía hay una entrada secreta a las catacumbas —resumió Banner.

—Ni más ni menos. Así que debemos subir hasta allí y buscarla.

—Por favor, ¿podemos ponernos ya en marcha? —los interrumpió Marina.

Los cuatro se juntaron bajo la tenue iluminación de la farola y consultaron el plano para establecer la mejor ruta. Por espacio de algo más de diez minutos, circundaron la desierta ciudad amurallada. Cuando llegaron a los pies de una larguísima escalinata que se perdía en la niebla para finalizar, según el mapa, en la entrada de la abadía, alzaron la vista y se detuvieron pensativos.

—¿Es que en este lugar no saben lo que son las escaleras mecánicas? —protestó Carmichael, y lanzó un resoplido al aire.

Desde que desembarcaran en la isla, a Marina la embargaba una intensa sensación de inquietud. Aquella serenidad que se respiraba no le gustaba un pelo. Antes de comenzar a subir los peldaños, verificó otra vez su pistola.

Las piernas le ardían y, a mitad de la escalinata, Allen hizo un alto para descansar. Se asomó al vacío y observó desde muy arriba la capilla de Saint-Aubert. Nubes de bruma empujadas por el viento se arremolinaban en torno a ella. De la Croix les había indicado que existía una entrada secreta a las instalaciones y les había dado una clave. ¿Sería otra trampa?

«No es de fiar…, pero tiene buen corazón».

Buen corazón. ¿Qué diablos significaba aquello? ¿Que les estaba ayudando? Quería pensar que sí. Se ladeó un poco y vio que se estaba quedando rezagado. Decidió seguir su instinto y aligeró el paso hasta ponerse al lado de Patricia. Su amiga le dedicó una mirada que le costó interpretar. Era una mezcla de cargo de conciencia y alegría por volver a verlo. La mirada fue fugaz. Ella devolvió de inmediato la vista al frente, hacia dos altas torres almenadas que flanqueaban la entrada de la abadía, y continuó ascendiendo.

§

—TENEMOS que hacer algo, no podemos quedarnos aquí quietos mientras ese tío va a por mi hermana y tu amigo —le dijo Katya a Collins.

En la mazmorra hacía frío. Por un ventanuco enrejado, elevado al menos dos metros del suelo, entraba un aire húmedo que hacía

estremecer los huesos.

—¿Y qué quieres que hagamos? Yo sigo sin ver nada —repuso Collins, sentado en su catre con la espalda apoyada en la pared roñosa. Sus ojos fijos miraban sin mirar.

Katya se apartó de los barrotes de la puerta y se acuclilló ante él. Con las manos en las rodillas de Collins, le dijo:

—Necesito que pongas tus neuronas a trabajar y dejes de compadecerte de ti mismo. Verás, cuando descifré el código fuente, descubrí una cosa. En ese momento no le di importancia porque solo me interesaba salir de este maldito lugar.

—¿Qué encontraste?

Katya separó el trasero de los talones e irguió la espalda; a continuación, también se sentó en el camastro.

—Ese tío ha creado una especie de ejército de microrrobots para proteger todo esto. Si lo piensas, es una idea supergenial.

—¿Microrrobots? ¿Cómo son de pequeños?

—Cada uno se compone de miles de piezas de una millonésima parte de un milímetro. El conjunto no debe de ser más grande que un mosquito.

Collins soltó un silbido.

—Ensamblarlos debió de ser una pasada… y muy caro. ¿Cuántos dices que hay?

—Un millón, al menos.

Esta vez, el escocés no emitió el menor sonido. Sencillamente, se quedó boquiabierto.

—Contra esas máquinas —comentó Katya—, mi hermana y tu amigo no tienen ninguna opción. Tenemos que destruirlas.

—¿Y cómo piensas que hagamos eso?

La joven resopló y dejó caer la barbilla contra el pecho.

—Francamente, no lo sé.

—A ver, cuéntame despacio todo lo que viste —le pidió él.

Durante quince o veinte minutos, ella le explicó detalladamente todo cuanto recordaba haber leído acerca de los microrrobots. A sus palabras le siguió un prolongado silencio. Ambos se quedaron pensativos, con la cara apuntando a la pared de roca y argamasa que tenían enfrente. Por fin, Collins dijo:

—Has mencionado que los microrrobots están organizados de manera piramidal, como un ejército. Hay uno que, por así decirlo, ejerce de general. Vamos, quien manda.

—Sí. Lo llama individuo cero.

—Vale. Por utilizar un argot militar, ese individuo cero cuenta con unos oficiales a los que transmite las instrucciones. El resto, los soldados, se limitan a copiar el comportamiento de estos.

Katya frunció el ceño y dirigió una mirada a su compañero.

—Eso es, ¿se te ha ocurrido algo?

—Podría ser. Mira, Katya, en todo modelo de conducta siempre es necesaria la existencia de un líder que guíe al resto. Y este ejército minúsculo no es diferente. Lanzar instrucciones a un millón de individuos requeriría de una programación imposible. Los vectores de comportamiento serían infinitos. Por el contrario, hacerlo a uno solo facilitaría en extremo las cosas. ¿No lo ves? Es una idea tan simple como genial, y con un sencillo ordenador portátil bastaría para hacerlo.

—O sea —dijo Katya—, que si acabamos con el líder…

—Los oficiales no recibirán instrucciones y el ejército no sabrá que hacer.

—¡Guay! —gritó Katya y, eufórica, abrazó a Collins—. Ahora, solo nos falta salir de aquí y localizar un ordenador.

—Salir de aquí. Como si fuera tan fácil —comentó Collins, de nuevo desmoralizado.

Katya puso cara de hastiada.

—Mira que eres pesimista, chico. Esa es la parte más fácil. —Mirando de reojo la cámara de vigilancia, se levantó un poco la camiseta, cogió la mano de Collins y la guio hasta su cintura—. Esto nos ayudará.

83.

Tuve hambre, y me disteis de comer…

Monte Saint-Michel, Normandía

NUNCA tuvo un nombre. Una mujer desconocida lo parió y otra lo amamantó. Pasó su niñez vagando de hospicio en hospicio. Había borrado todo aquello de su mente en un proceso que le había ocupado años de meditación. Aquella parte de su vida sencillamente había dejado de existir. De sus años de reclusión en monasterios benedictinos solo quedó una cosa. Un apodo. El Mayordomo. Significaba sumisión, lealtad. Conoció a Viktor en París, tres años atrás. Congeniaron de inmediato. Smedson, a su manera, también era una persona solitaria y halló en él a su *alter ego*, alguien en quien depositar su plena confianza; por su parte, Viktor había dado orden a su vida y por fin, tras años erráticos, había encontrado un propósito. Servir. Servir a una mente creativa maravillosa.

Entonces, en una de sus largas y frecuentes veladas conversando, le reveló a Viktor la existencia de las catacumbas secretas excavadas bajo el Monte Saint-Michel. Había leído acerca de ellas en los escritos de Gregorio Nacianceno. Antes de concluir la historia, el sueco se sintió fascinado y absorbido por ella, a partes iguales. Estuvieron casi un año buscándolas en secreto, hasta que finalmente dieron con ellas. Poder devolver a Viktor parte de lo que este había hecho por él le procuró un estado de felicidad como nunca había sentido.

Mientras Smedson vivía en Estocolmo y se hacía cargo de las instalaciones del lago Ullnasjön, él recibió el honor de dirigir el laboratorio del Monte Saint-Michel. De cuestiones técnicas sabía poco, pero se demostró a sí mismo que disponía de unas condiciones innatas para la gestión de negocios y el control del trabajo de los hackers. De hecho, fue una ocurrencia suya abrir las instalaciones en las catacumbas, que su mentor acogió con gran entusiasmo.

Ese día lo había encontrado, sin embargo, algo inquieto, cosa inusual en él, pues Viktor no acostumbraba a dejar entrever sus emociones. Estaba más irascible de lo normal y le costaba

concentrarse. Puede que la presencia en la isla de la señorita Semiónov fuese la explicación de aquel comportamiento. Cuando él conoció a Viktor su relación ya había concluido, pero aquella mujer había dejado en él una huella imborrable. En cuanto llegó a conocerlo en profundidad, supo que la herida interior seguía sin cicatrizar. Smedson se sentía humillado y engañado por Marina, quien lo había utilizado en sus propósitos con el FSB. Con el tiempo, los sentimientos que le unían a la joven espía se habían ido transformando en un odio irracional y visceral.

Con estos pensamientos, llegó a la sala de seguridad, un pequeño habitáculo repleto de monitores de vigilancia. Uno de ellos mostraba a Collins y a Katya en el calabozo, sentados en el colchón de paja, uno al lado de la otra. Un segundo monitor, una nube más oscura que la niebla moviéndose deprisa por el aire. Y otros más, estancias y corredores vacíos. Los ojos del Mayordomo, no obstante, se posaron en cuatro personas que subían unas larguísimas escalinatas. Las imágenes estaban siendo tomadas desde una altura de tres o cuatro metros y no eran del todo claras.

—Veo que están subiendo por Grand Degré.

Dos hombres volvieron al unísono la cara hacia la puerta. Uno de ellos empujó sus lentes bifocales hasta ajustarlas en el puente de la nariz aguileña, y contestó:

—Van directos a la abadía.

El Mayordomo frunció el ceño, desconcertado.

—¿A la abadía? No pueden conocer la entrada, imposible.

El hombre de las gafas se encogió de hombros, con indiferencia.

—Id al refectorio y apostaos allí —ordenó el Mayordomo—. Si aparecen, vuestra misión será retenerlos, que no avancen ni retrocedan.

—Los tiroteos se descontrolan —dijo el otro hombre, un tipo greñudo con el rostro lleno de hoyuelos.

—Ni se os ocurra hacerle daño. —Dio un paso hasta el monitor y puso el índice sobre Marina—. Ella es cosa del señor Smedson. ¿Entendido?

Ninguno de los dos contestó. Entonces, el rostro del Mayordomo se transformó. Sus delicadas facciones se contrajeron en un rictus de maldad.

—¿Entendido? —repitió, con los dientes apretados.

Ambos hombres asintieron en silencio con un nudo en la garganta.

§

TRATANDO de no hacer ruido, los cuatro se condujeron intramuros de la abadía. Durante otros diez minutos al menos, caminaron rodeados

de cantería, contrafuertes, columnas y arcos románicos, todo ello bajo la amenaza de gárgolas aladas. Al final, terminaron por detenerse frente al portal norte de la iglesia. Tal vez por la orientación, la piedra allí estaba parcialmente cubierta de musgo verde. Aquel rincón trasero parecía un lugar discreto donde poder hacer un alto y recapitular.

—Tío, repite qué fue lo que os dijo el franchute —le pidió Carmichael a James, con la voz rota de cansancio.

—Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber —respondió.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría significar? —le preguntó Patricia.

Él chasqueó la lengua, negando.

—Y este es un lugar muy grande para buscar al azar. Necesito pensar.

Puso la mano en el hombro de Carmichael y se alejó sin decir nada más. Apenas llevaba unos pasos, echó la vista atrás por encima del hombro, sin dejar de caminar. La niebla lo ocultaba de sus amigos. No los veía, pero notaba sus ojos clavados en su espalda. Sin duda esperaban que agitara la varita mágica y regresara con la solución. A él se le daba bien eso de descubrir las piezas de los rompecabezas y hacerlas encajar. Pero aquello…

Devolvió la mirada al frente para no tropezar y alzó mucho la cara. El cuello no le daba y tuvo que separarse de los muros un poco para observar vagamente el difuminado perfil del campanario. La colosal escultura del arcángel San Miguel sobresalía por encima de la niebla, igual que la proa de un galeón quebrando los bancos de bruma en el vetusto puerto de Londres. La difusa estampa tenía una fuerza hipnótica y al mismo tiempo turbadora. ¿Qué sabía acerca de aquel lugar? Poco más de lo que se podía leer en cualquier libro de Historia. Los orígenes de la abadía se situaban en torno al siglo VIII. Desde entonces, sucesivas modificaciones le habían conferido su aspecto actual. Rodeada de misterios y leyendas, había pasado a la historia como uno de los lugares más enigmáticos del mundo.

«*Porque tuve hambre, y me disteis de comer…*».

«*Hambre. Dar de comer*».

Todas las abadías se dividían en tres zonas. La iglesia, las dependencias donde vivían los monjes y los edificios destinados a la hospitalidad. Desechó la primera opción. La iglesia era el núcleo de la vida religiosa y no guardaba relación aparente con la leyenda del mapa. La tercera opción sí podría encajar, pero entonces recordó que aquel pasaje del Evangelio de Mateo continuaba: «Fui forastero, y me recogisteis». Concluyó que si el acceso estuviera en la zona destinada a acoger a los peregrinos, el cartógrafo que dibujó el mapa habría empleado esta frase para marcar el acceso a las catacumbas. Por tanto,

solo quedaba una alternativa plausible: las dependencias monacales.

Hambre. Dar de comer. La cocina.

Por descontado. Aquello sí cobraba sentido. Extrajo del bolsillo de la cazadora el plano guía del santuario que adquirió en La Caserne, y lo estudió un momento.

—Vale —se dijo en voz baja, dobló el plano en dos y regresó con sus amigos caminando deprisa. Los encontró en el mismo sitio, delante del sencillo pórtico de piedra. El aire era frío y Marina andaba de arriba abajo soplando sobre sus manos entrelazadas para entrar en calor. El solsticio de verano se acercaba, pero Normandía era un lugar con temperaturas diurnas moderadas que se desplomaban al caer el sol. Carmichael y Patricia, por el contrario, estaban sentados en uno de los dos escalones que elevaban la entrada de la iglesia del suelo. En cuanto lo vio aparecer, su amigo se irguió como impulsado por un resorte. Puede que fuera fruto de su imaginación alterada, pero James creyó reconocer un gesto cargado de culpabilidad. Igual que la mirada que le echó Patricia en las escalinatas. No era el momento, y decidió hablar de ello con Dave más tarde.

Los tres se arremolinaron en torno a él

—Creo que la entrada está por la cocina —les dijo, mientras desplegaba el plano guía ante ellos—. Mirad, aquí.

—¿Qué es esto? —preguntó Marina.

—La iglesia. Estos son el claustro y el refectorio —respondió, señalando las estancias más próximas a la cocina.

—¿El refectorio? ¿Qué coño es eso? —quien hizo la pregunta fue Carmichael, que desenfundó la SIG Sauer Pro que le robó al gendarme en la cafetería, introdujo una bala en la recámara y volvió a guardarla en el cinturón.

James miró de reojo a su amigo. No acaba de acostumbrarse a verlo manejar con soltura armas; no obstante, en aquellas circunstancias, hubo de reconocer que cuanto más apoyo tuvieran con más opciones contarían de poder salvar a Collins.

—Es el lugar donde los monjes se reunían para comer.

—La abadía tiene tres plantas. ¿No es así? —dijo Patricia.

James asintió.

—Eso es. La cocina está arriba del todo.

—Pero si buscamos el acceso a un cavidad bajo tierra, ¿por qué hacerlo en la zona más elevada de la construcción? —apuntó Patricia, mostrando sus dudas al respecto.

—Lo sé, no tiene sentido —volvió a intervenir Allen—, pero es lo que creo.

Siguió unos instantes de silencio, que rompió Marina.

—De acuerdo, no perdamos tiempo. Vayamos allá y salgamos de duda…

Carmichael la mandó callar bruscamente

—¿Lo oís?

Un creciente sonido salía de la niebla. Los cuatro se miraron entre sí por un momento y rápidamente comenzaron a buscar con la vista en derredor.

Sabían lo que era. Habían escuchado aquel ruido con anterioridad. Y nunca había augurado nada bueno.

84.

La huida…

Monte Saint-Michel, Normandía

COLLINS tocó por igual la suave piel del vientre de Katya y un objeto metálico alargado y puntiagudo.

—¿Qué es esto?

—Un abrecartas. Aproveché un descuido para cogerlo del escritorio de ese tío estirado.

—¿Pretendes abrir la puerta con un abrecartas?

—¡No seas tonto! Con un abrecartas nunca conseguirías abrir un cerrojo de los antiguos. Esas rejas solo pueden abrirse de dos maneras. O las sacas de sus goznes, o usas las llaves.

—¿Y cómo vamos a hacerlo entonces?

—Ains, ¡qué obtuso eres! Espera y verás. —La joven se levantó del catre y caminó hasta la puerta. Con los brazos por entre los barrotes, se puso a decir a voz en grito:

—¡Eh, Mayordomo! ¡Tengo que mear! ¡Eh, oiga! ¿Me oye alguien?

En poco tiempo, les llegó el creciente rumor de unos pasos por el fondo del corredor. Un minuto más tarde, el Mayordomo estaba ante la puerta, todo lo largo que era.

—Tengo que ir al baño —le repitió, esta vez a la cara.

Los ojos del Mayordomo sondearon el rostro de Katya un momento. Luego miró detrás de ella, por encima de su hombro. Al fondo de la mazmorra, Collins se hallaba cabizbajo sentado en el camastro. El Mayordomo sostenía en la mano un juego de llaves grandes sujetas a una arandela.

—Échate atrás, y no intentes nada.

Katya se apartó y el hombre introdujo una de las llaves en la cerradura. Collins oyó cómo giraba dos veces, luego la pesada puerta se abrió hacia dentro, chirriando.

—Vamos.

Katya abandonó el calabozo y aguardó en el corredor abovedado a que el Mayordomo volviera a cerrar la puerta y echara la llave. Sabía

dónde estaban las letrinas, de modo que se puso a caminar de manera indiferente. Sus andares eran intencionadamente vacilantes. Era cierto que, en los últimos días, su alimentación había sido escasa y sus fuerzas comenzaban a flaquearle, pero Katya pretendía exagerar su fragilidad. Doblaron un recodo y, para salvar tres escalones, la joven se fue apoyando en la pared y resoplando. A mano izquierda, se abría un hueco que antaño debió de estar cerrado por una puerta porque todavía se observaban unas bisagras cubiertas de óxido atornilladas a la pared. El Mayordomo se quedó quieto.

—Entra, y no tardes.

Katya se perdió en el interior. A la izquierda había una hilera de cuatro lavabos de cerámica con las juntas renegridas y a la derecha otros tantos cubículos hechos con tablones de formica con las puertas entreabiertas. Escogió el del fondo y entró. El espacio era tan reducido que no había lugar más que para un retrete. Cerró la puerta, colocó papel higiénico alrededor de la taza, se bajó los *shorts* y se sentó. Mientras hacía pis se fijó en que los paneles de formica estaban repletos de arañazos, palabrotas y frases sin mucho ingenio del tipo: «Me huele el *meao* a coliflor».

—Date prisa.

Las palabras amortiguadas procedían de la entrada del baño.

—¡Ya termino! —Katya se puso de pie y tiró de la cadena. Mientras el agua corría, se subió las braguitas y los pantalones. Entonces una idea afloró en su cabeza. Sacó el abrecartas y, usándolo a modo de palanca, desencajó la tapa de cerámica de la cisterna. Pesaba lo suyo. Guardó el abrecartas en los pantalones. Los paneles laterales del aseo no llegaban hasta abajo del todo. Calculó que cabría por él. Lo más sigilosa que le fue posible, pasó al cubículo contiguo, llevando consigo la pieza de cerámica, y esperó.

No tuvo que hacerlo mucho. El Mayordomo se impacientaba.

—¿Quieres salir de una vez?

Esta vez, ella no dijo nada. Pegó la oreja a la puerta y aguzó todo cuanto pudo el oído. Oyó al Mayordomo resoplar furioso, pasar por delante de su puerta y aporrear la del aseo del fondo. Era el momento. Puede que no se presentase otra oportunidad. Katya murmuró algo para sí. Aterrada, abrió la puerta de su aseo con brusquedad y apareció justo detrás del Mayordomo.

Hasta ese momento, no se había percatado de que aquel tipo le sacaría sus buenos quince o veinte centímetros. Sosteniendo la tapa de la cisterna hacia atrás por encima de su hombro, se alzó sobre las punteras y, en el preciso instante en que el hombre comenzaba a girarse, le golpeó en la mejilla con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. El Mayordomo se tambaleó. Movió los brazos con torpeza, como si estuviese borracho, pero sus manos no encontraron ningún

asidero y cayó desplomado al pavimento. Un manantial de sangre empezó a extenderse por el suelo.

—¡Joder, joder! —murmuró la joven. Incapaz de sujetarla por más tiempo, sus manos dejaron caer la tapa, que se quebró en varios pedazos al golpear contra la piedra del suelo. Katya se echó la mano a la boca para ahogar más gritos. Lanzó una mirada a la puerta. El corazón le aporreaba el pecho. Estaba pálida y su rostro se cubrió del sudor que provoca el pánico.

Cuando se hubo tranquilizado, se agachó al lado del Mayordomo, que seguía inmóvil, puede que muerto, y le registró los bolsillos. Con un manojo de llaves en la mano, abandonó el cuarto de baño y deshizo a la carrera el camino hasta su celda. Nerviosa, probo varias llaves hasta que acertó con la apropiada. La reja volvió a chirriar al abrirse.

—Te dije que sería sencillo.

—¿Katya? ¿Eres tú? —dijo Collins.

—Claro que soy yo, ¿esperabas a alguien más? —Katya cruzó la mazmorra sin perder un segundo, agarró a Collins del brazo y lo guio al corredor—. Ahora debemos buscar un ordenador.

—No *un* ordenador, sino *el* ordenador.

Katya detuvo su avance y con ella, Collins.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Piénsalo, un hombre capaz de diseñar un programa semejante no dejaría que cualquiera pudiera acceder a él. Seguramente, los archivos no estarán en ninguna red o nube, sino en su ordenador personal. Un ordenador a prueba de hackeos.

—¡Claro, Collins! ¿Qué listo eres? Vi un portátil encima del escritorio de ese tío. Tenemos que regresar a su despacho. Pero…, ¿por dónde era? No me acuerdo.

—Yo sí.

Ella lo miraba, extrañada.

—¿Tú?

—Anduvimos rectos diez metros, hicimos dos giros a la derecha y uno a mano izquierda, y bajamos diez escalones… Mmm, caminamos cinco metros, pasamos frente a una ventana abierta… Eso es, bajamos otra escalera, esta vez de siete escalones, y, por último, recorrimos en línea recta otros veinte metros. Es sencillo, solo tenemos que hacerlo al revés.

Ella lo seguía mirando. Esta vez, con un gesto de incredulidad.

85.

Atrapados en el claustro…

Monte Saint-Michel, Normandía

DURANTE el lapso de tiempo en el que los demás seguían paralizados, pensando qué hacer, Marina salvó la distancia que la separaba del pórtico de la iglesia y con determinación descerrajó varios tiros a la cerradura. Los casquillos aún rodaban por los escalones de piedra cuando armó la pierna y le propinó una patada a una de las hojas del portón, que se abrió de golpe, haciendo volar esquirlas de madera. Luego, antes de penetrar en la abadía, se volvió al grupo y los apremió a seguirla, agitando el brazo.

—Tu chica es de armas tomar —le dijo burlonamente Carmichael a James, al tiempo que golpeaba con energía su espalda.

—¿*Tu* chica? —preguntó Patricia.

—No es mi chica —dijo él con tono de hastío.

—Lo que tú digas —repuso Dave, y se lanzó a correr en pos de Marina.

Tan pronto como traspasaron el umbral y se internaron en el templo, la temperatura bajó unos cuantos grados más.

—Hay que asegurar el portón —propuso Patricia.

Rápidamente, se pusieron a acumular delante de la puerta bancos y otros objetos que hallaron por la iglesia. El resultado final de la barricada no les satisfizo demasiado. En ese momento, la puerta comenzó a combarse hacia dentro y se oyeron los chasquidos de la madera quebrándose a causa de la presión. Aquel portón era robusto y seguramente habría sufrido en el pasado el embate de arietes. Carmichael, Patricia y Marina contaban con eso; así y todo, empujaban en sentido contrario con todas sus fuerzas.

Entretanto, James buscaba una salida, alternando la vista entre el plano guía y el penumbroso interior del recinto, iluminado solo con velas que se consumían lentamente sobre palmatorias.

—¡James, tienes que sacarnos de aquí! —le urgió la voz de Marina.

La puerta se estremecía, curvándose peligrosamente y los gemidos

de sus amigos aumentaban de intensidad.

No aguantaría mucho más tiempo.

«¡Céntrate y piensa!».

En la parte norte del transepto, unas escaleras de caracol que conducían hacia arriba le marcaron el camino hacía los edificios donde vivían los monjes.

—¡Lo tengo, seguidme! —gritó James, que salió corriendo por la nave lateral, pasó por delante de una sucesión de capillas, y se detuvo a los pies de la escalera, cuyos escalones de piedra se veían desgastados por el centro. Con abierta preocupación esperó a sus tres compañeros mientras se colocaba una linterna de minero en la frente.

Para sincronizar los movimientos, Carmichael, Marina y Patricia se miraron entre sí. Después de que la rusa hiciera una señal con la cabeza, apartaron las manos de la puerta a un tiempo, y, volando, siguieron los pasos de James a través del templo.

Treinta metros los separaban de las escaleras.

Sin la resistencia que ofrecían los seis brazos, la puerta se quebró en dos al momento y los obstáculos emplazados salieron disparados para todas partes. Multitud de insectos irrumpieron en el interior, se quedaron un momento flotando en el aire y se reagruparon conformando una densa nube negra que no presagiaba nada bueno. Guiado por el estrépito que provocaba la carrera alocada de las tres personas, el ejército de nanorrobots adoptó la forma de una punta de flecha y comenzó a desplazarse aumentando deprisa la velocidad. Muy deprisa. Demasiado.

Carmichael llegó el primero; Marina y Patricia, a la par. Aquellas cosas estaban muy muy cerca de ellos.

—¿Y decís que son microrrobots? —dijo Carmichael, con la respiración alterada—. ¿A qué majara se le ocurre crear algo así?

James se abalanzó sobre los peldaños y comenzó a escalarlos de dos en dos. Sus amigos lo seguían casi pegados a él. La escalera terminó pronto y enfilaron un angosto corredor de piedra que discurría paralelo a la nave lateral norte, a unos tres metros del suelo. El haz de luz que salía de la frente de Allen rompía la oscuridad e iba mostrándoles el camino. En aquel espacio cavernoso el zumbido se amplificó. Las primeras unidades de la vanguardia del ejército de microrrobots alcanzaron enseguida a Carmichael, que cerraba el grupo, provocándole dolorosísimos desgarros en la piel. Mientras gritaba, agitaba airadamente los brazos por encima de su cabeza, como si se tratase de un loco descontrolado.

En la cabeza del grupo, el círculo oscilante de luz enfocó otra puerta, también de madera con herrajes y encajada en un arco apuntado de piedra. Si estaba cerrada con llave sería el final, morirían allí y no quedaría de ellos más que una montaña de huesos, como los

cuerpos devorados por millones de hormigas en aquella película clásica sobre la marabunta.

Pero no. Con ferviente alivio comprobaron que la puerta no estaba asegurada. Tras ella daba comienzo otro tramo de pasillo, este descendente. En cuanto pasaron todos, James cerró con brusquedad. Por ahora, el momento de peligro había pasado. Pero no les cupo ninguna duda de que aquella cosa no tardaría en abrirse camino.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Patricia a Carmichael, con gesto de preocupación. Su rostro mulato estaba cubierto por pequeños regueros de sangre.

—He estado mejor. En cuanto pillemos a ese tal Smedson, pienso romperle la crisma.

Estaban en la zona privada de los monjes.

—Por allí —les dijo James, señalando hacia el otro extremo del pasillo, que hacía un recodo a la derecha.

Sin tiempo que perder, se pusieron en marcha. Doblaron la esquina, bajaron al trote una escalera de caracol simétrica a la anterior y pasaron bajo un arco ojival. Delante de ellos se abrió un recogido claustro rectangular que parecía un remanso de paz. Un cuidado jardín descubierto en el centro se encontraba enjaulado entre cuatro galerías con dobles columnas. Hicieron alto un momento. Mientras James aprovechaba para recuperar el aliento apoyado en una de las columnas de la esquina sudoeste, les dijo:

—Al otro lado, están el refectorio y la cocina…

No tuvo tiempo de terminar de explicarse. Varios sonidos de disparos retumbaron en las paredes. Polvo y esquirlas de piedra salieron despedidos de las columnas que los rodeaban. Las balas procedían del refectorio. No podían avanzar ni retroceder. En ese momento, atrapados entre el fuego de armas automáticas y el ejército de microrrobots, Allen tomó conciencia de que la trampa tendida por Viktor Smedson se había terminado de cerrar sobre ellos.

§

—¡¿QUE lo has matado?! —su timbre estaba a mitad de camino entre el espanto y la admiración.

Cuando Katya terminó de contarle lo de cómo se deshizo del Mayordomo, ya estaban llegando al despacho.

—No me escuchas. Ains. —Suspiró—. ¡Cómo sois los chicos! Te he dicho que no se movía. Y antes de que insistas, no, no sé si respiraba, no me quedé a comprobarlo.

—Y ¿cuál es el plan? —preguntó Collins.

Ella se encogió de hombros.

—Nos asomamos y, si está vacío, nos colamos dentro.

—Vale, genio, y ¿qué pasa si el despacho está ocupado?

Ella volvió a suspirar.

—¿Sabes?, los ingleses sois un coñazo.

Siguieron avanzando con pasos vacilantes sobre aquel suelo de piedra irregular. Collins caminaba agarrado del brazo de Katya, con la mano libre extendida tanteaba la pared.

—Ahora viene la escalera; ten cuidado, está algo resbaladiza.

Subieron los siete escalones de uno en uno y abordaron la recta final. Una luz encendida en el techo del corredor, al fondo, cubría una puerta de una pátina brillante, como si estuviera recién encerada.

—¡Chist! —dijo ella, llevándose el dedo a la boca—. A partir de ahora debemos hablar en voz muy baja.

La puerta resultó que estaba cerrada con llave. Katya soltó a Collins y observó un momento la cerradura. Era normal, nada sofisticada. De repente se acordó de algo. Sacó el juego de llaves grandes que le quitó al Mayordomo y fue probando hasta que una abrió la puerta. Antes de volver a por Collins, metió la cabeza dentro.

La habitación estaba vacía.

—¿Ves? Te dije que no habría nadie.

Él protestó.

—No es eso lo que dijiste.

—Matices.

Se colaron dentro y cerraron la puerta tras de sí. Katya guio a Collins por la estancia hasta el escritorio y lo ayudó a sentarse en el sillón. Ella buscó con la mirada hasta que localizó otra silla, delante de la mesa de trabajo donde reposaba aquel modelo naval en construcción. Fue a por ella, la colocó tras el escritorio y la arrimó al asiento de Collins. Luego Katya alargó la mano, abrió la tapa del portátil y lo encendió.

—Déjame a mí, Katya, esto se me da bien —dijo Collins, mientras escuchaba el sonido del ordenador arrancando.

—Vale, pero ¿podrás?

—Por descontado, estoy ciego pero no soy manco. Quizá necesite tu ayuda en algún momento, pero me las apañaré.

Cuando el ordenador terminó de arrancar se enfrentaron al primer problema: la contraseña. Durante un rato probaron las palabras típicas. No albergaban grandes esperanzas de que diera resultado, y, de hecho, no lo hizo, pero era una rutina habitual, como la de apagar y encender el ordenador para solucionar los problemas. A veces, funcionaba.

El proceso para averiguar la clave les llevó más de la cuenta. El estirado se lo había puesto bastante difícil, pero si sabías cómo —y, por descontado, Collins sabía cómo hacerlo— era posible engañar al ordenador. Descargó un sencillo programa de su propia cosecha que

actuaba como una especie de caballo de Troya, haciéndole creer al sistema que conocías la contraseña, entonces él mismo te la mostraba. Una vez que logró acceder, lo siguiente que hizo Collins fue ejecutar un programilla que repetía por el altavoz todo lo que aparecía en la pantalla. Fue probando con varios idiomas, hasta que dio con el inglés.

Como ya había burlado el sofisticado sistema de seguridad en una ocasión, fue Katya quien localizó el programa de los nanorrobots. Lo que venía a continuación era más laborioso. Reconfigurar la programación para poder inhabilitar al individuo cero. Entonces, cedió el teclado a su compañero.

—Si me necesitas, me lo dices. —Katya se levantó de la silla y se puso a husmear por la estancia mientras oía a Collins teclear velozmente a sus espaldas. Se detuvo delante de la vitrina que contenía un cuaderno antiguo llenos de anotaciones y prototipos de lo que parecían robots, y acercó la cara con curiosidad. En la cubierta, muy desgastada, había un nombre impreso en letras doradas.

«¿Quién será Malik Schmidt?».

Junto al cuaderno había una placa con una frase que Katya leyó en voz alta: «Los gobiernos del mundo escogerán cerdos bailando antes que seguridad, una vez tras otra».

—Bruce Schneier —dijo Collins desde el escritorio.

—¿Qué?

—Bruce Schneier —repitió—, un referente para cualquier hacker.

—Sé quién es Schneier.

—Yo solo digo que esa frase es suya.

Tras la interrupción, Katya y Collins volvieron a lo suyo. Estaban tan abstraídos que ninguno de los dos reparó en que el pomo de la puerta se movía.

—Vaya, vaya, el ciego… ¿Dónde está tu lazarillo?

Como una verdad aterradora, Collins reconoció esa voz melosa. Dejó de teclear al momento y elevó lentamente la cara. No lo podía ver, pero el vano de la puerta lo ocupaba el Mayordomo, empuñando una pistola que apuntaba directamente hacia él. Su carísimo traje estaba cubierto de manchas secas de color pardusco.

86.

¡Un puñetero suicidio!…

Monte Saint-Michel, Normandía

MARINA desenfundó la pistola con rapidez y repelió el fuego sin apuntar, más que nada para ganar unos preciosos segundos. Aprovechando la columnata que discurría a lo largo de la galería, se pusieron a cubierto. Las columnas eran muy delgadas y cubrían apenas un cuerpo adulto, pero estaban dispuestas de cinco en cinco, como los puntos de un dado, lo que dificultaba la línea de tiro de sus oponentes.

Otra mortal lluvia de balas no se hizo esperar.

Más fragmentos de granito volando.

Una bala estuvo a punto de alcanzar a la joven rusa en la cabeza, pero consiguió escabullirse a tiempo. Esta vez la respuesta no solo vino de Marina sino también de Carmichael, el cual empuñaba la SIG Sauer que le robó al gendarme.

—Son dos hombres —indicó Marina, acurrucándose tras una columna—. Están en la galería este, junto al refectorio.

Carmichael asomó solo un instante la cara.

—Ya los veo. Tú ocúpate del de las gafas, yo lo haré del otro.

A cielo abierto, el olor a pólvora se dispersaba con rapidez.

—Patricia —dijo Marina—, comprueba si la última puerta que hemos cruzado aguanta a los nanorrobots.

Las columnas de las cuatro galerías del claustro no estaban montadas directamente sobre el suelo, sino encima de un plinto de aproximadamente medio metro de altura, lo que les ofrecía a los cuatro una cierta protección adicional. Banner se tumbó en el suelo y se arrastró cuidadosamente reptando con los codos. Parapetada tras el arco ojival, se incorporó de un salto y se puso a correr por la escalera de caracol y el pasillo. La puerta seguía en pie, pero una fisura comenzaba a ser visible de arriba abajo. Preocupada, llegó de inmediato a una terrible conclusión: la madera estaba a punto de quebrarse.

Escuchando de fondo las detonaciones, inició el regreso junto a sus amigos. Estaba a punto de llegar al final de las escaleras cuando escuchó un quejido seguido de un silencio tenso. Nada más asomarse por el arco, vio a Carmichael tendido bocarriba en el suelo. Su gesto demudó y, sin pensar en su propia seguridad, se abalanzó sobre él. Con el brusco movimiento, más balas cruzaron el jardín desde el refectorio, acribillando las columnas.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó la joven escocesa.

—¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? —Trató de reír, pero su rostro se contrajo en una mueca—. ¡Cómo duele, joder!

Había herida de entrada y de salida. Respiró aliviada al comprobar que su sarcasmo irritante seguía intacto.

—¿Cómo está la puerta? —preguntó James, sentado contra una columna, a un par de metros de Patricia.

Ella apartó la vista del brazo de Carmichael y la puso en Allen.

—No aguantará mucho.

Se escuchó un ruido metálico contra el suelo.

—Este es el último cargador —anunció Marina, introduciendo uno nuevo por la culata de su PSS—. Es extraño, no hacen nada por avanzar. Es como si se estuvieran limitando a inmovilizarnos aquí con los disparos.

James ató cabos al instante.

—Eso es justamente lo que hacen. En cuanto la puerta de atrás ceda, los microrrobots se ocuparán de nosotros.

Patricia se hizo con la SIG Sauer y se unió a los disparos.

—¡James, déjame el plano de la abadía! —le pidió Marina.

Allen se lo alargó.

La joven apartó unos cuantos casquillos, lo desplegó sobre el suelo y se puso a estudiarlo.

—La única opción sería sorprenderlos por detrás.

Patricia se mostró de acuerdo en que era la única alternativa, pero reticente en cuanto a la ejecución.

—¿Y cómo piensas que lleguemos hasta allí?

—Entrando por alguno de los ventanales del lado norte del refectorio. Estos de aquí. —James señaló el mapa con el dedo.

Las dos mujeres abrieron los ojos como platos, pero quien puso voz al pensamiento de ambas fue Marina.

—Eso es imposible, el lado norte está orientado al despeñadero. No hay ningún acceso.

Hubo un breve silencio, y todos comprendieron el alcance de sus palabras.

—Se podría ir por ahí —dijo Allen, señalando tres arcos a sus espaldas, que rompían el muro y daban al vacío—. Se diseñaron como acceso a una sala que nunca llegó a construirse.

Desde aquella apertura había una vista vertiginosa, aunque en ese momento no se veía nada más que una capa blanquecina en movimiento. La niebla, lejos de disiparse, se intensificaba.

—Tíos… ¡eso es una puta locura! —exclamó Carmichael, que se había incorporado un poco para mirar el plano extendido en el suelo —. Alguien tendría que salir ahí fuera, recorrer colgado parte de la galería oeste del claustro, doblar el recodo y hacer lo mismo con la galería norte hasta llegar al refectorio. Y todo eso con ciento cincuenta metros de caída libre. ¡Es un puñetero suicidio!

—Lo que es un suicido es quedarse aquí. No hay otra opción, Dave —insistió James—, o yo al menos no la veo. Pero si alguien tiene un plan de acción mejor, soy todo oídos.

—¿Quien irá? —preguntó Carmichael, resignado, muy a su pesar—. Me encantaría ir a mí, ya sabes cuánto me gustan los paisajes bonitos, pero este brazo…

Seguían resonando disparos por todo el claustro porticado. A James le costó tragar saliva.

—Yo lo haré —contestó Allen.

—No —intervino Patricia—. Iré yo. Es la mejor opción. Tú no sabes disparar, Carmichael está herido y Marina es imprescindible aquí para mantener a esos tipos a raya.

Sin tiempo que perder y desoyendo las protestas de Dave, guardó la pistola en el cinturón y se puso a reptar hasta los tres arcos. Para cubrirla, Marina agotó medio cargador disparando contra las sombras.

Antes de meterse por la oquedad que formaban los tres arcos, Patricia dedicó una última mirada a sus amigos.

87.

Sin tiempo…

Monte Saint-Michel, Normandía

Cdisparo. Así de inmediato, el sonido del viento ocupó el lugar de los
Patricia se puso de pie lentamente, palpando el muro exterior del claustro. Cuando localizó un agarradero, se aferró a él. Algo más segura, estudió la zona. Bordeando el perímetro distinguió una pequeña cornisa con la anchura precisa para colocar un pie de lado. A unos dos metros de altura, y en paralelo, discurría un pequeño saliente en la piedra. Sin pretenderlo, bajó la mirada y notó un ligero mareo.

Ante ella se abría un abismo negro.

El vacío, las rocas, el mar.

Respiró hondo y comenzó a deslizarse por la cornisa en dirección a la esquina noroeste. Lo hacía de espaldas al despeñadero.

Primero un pie, luego el otro. Y así sucesivamente.

Con los brazos completamente estirados se iba sujetando al pequeño saliente con las yemas de los dedos. La niebla había humedecido la piedra, convirtiéndola en traicionera.

No fue consciente del tiempo transcurrido cuando, esforzándose por mantener el equilibrio, giró en el recodo y enfiló la cara norte del claustro. En ese lado, el viento era cortante y todo su cuerpo se estremeció de frío. La clave era no pensar en lo que había abajo. Pero el empeño no siempre resultaba sencillo. Su mente volvía terca una y otra vez a recordarle lo que le esperaba si daba un traspiés o si venía una racha de aire.

«¿Qué estoy haciendo aquí?».

Llevaría la mitad del recorrido cumplido cuando movió el pie izquierdo por la cornisa y un trozo de piedra cedió bajo su peso, desprendiéndose y cayendo al abismo. Por un momento, Patricia se vio pisando el aire. Con el corazón desbocado por el pánico, dio un paso atrás y se aferró con energía al saledizo mientras recuperaba la calma, con la cara pegada en la húmeda piedra. Al cabo de unos

angustiosos segundos, reanudó el paso, se movió en el aire y llegó al otro lado.

Comenzaba ya a sentir los dedos de las manos entumecidos por la humedad y la tensión, cuando llegó al final del claustro y empezó a trepar por el muro del refectorio. Pasó por delante de un vano, luego de otro, y de un tercero. Eran estrechos y alargados, con vidrieras esmaltadas ensambladas con varillas de plomo. A través de ellas no se apreciaba el interior, únicamente oscuros nudos de plomo.

Únicamente podía deducir dónde estarían aquellos dos hombres. Para asegurarse de que irrumpiría en la estancia por detrás de ellos, decidió seguir avanzando un poco más. Dos vidrieras después entendió que aquel era el lugar. Pensó un momento en cómo hacerlo. Entonces soltó una mano del saliente y sacó la pistola del cinturón para golpear con ella el vitral. Tendría varios siglos de antigüedad y aquello le procuró un cierto desasosiego, pero se reconfortó pensando que se trataba de una cuestión de vida o muerte.

Un repentino golpe de viento la desequilibró, echándola sobre la vidriera. La rompió en mil pedazos y, en medio de un ruido estruendoso, se vio en el suelo de baldosines del refectorio cubierta de esquirlas. Extravió la SIG Sauer en la caída. El interior estaba casi a oscuras y solo llegó a atisbar dos figuras de espaldas a ella, disparando al frente. Un instante de silencio siguió al estrépito. Desconcertadas, las dos figuras se giraron rápidamente. Aprovechándose de la confusión, Patricia se arrastró por el suelo con rapidez y cerró los dedos en torno a la culata de la pistola. La alzó y disparó.

Dos detonaciones sucesivas resonaron en las paredes.

Una de las figuras se retorció antes de caer, muerta o casi. La otra reaccionó a tiempo, se echó al suelo y rodó por él, evitando la bala, que se clavó en la piedra de una pared. Patricia trataba de buscar a su contrincante con la mirada y perdió un tiempo precioso. El suficiente para acabar con el punto verde de una mira láser en el pecho. Decidió no rendirse y, sin pensarlo dos veces, apuntó a la sombra y apretó el gatillo.

Pero el percutor no encontró ningún cartucho. Sonó un clic metálico. Volvió a disparar. Clic. Clic. El cargador estaba vacío.

«¡Oh, joder!».

No podía verle la cara, pero pudo imaginar la mueca de triunfo que se dibujó en la cara de aquel tipo. Entonces, se escuchó otro disparo y todo acabó.

§

—¿DÓNDE está Katya? —repitió el Mayordomo.

Collins, hecho un manojo de nervios, fue incapaz de articular

palabra. El Mayordomo entró en el despacho. Justo al hacerlo, una sombra arremetió contra él desde el costado izquierdo, soltando un grito animal. Al mismo tiempo que sentía algo punzante introduciéndose en su espalda, la pistola se le escapó de la mano y se deslizó bajo el escritorio, para ir a detenerse contra los pies de Collins.

De manera espontánea, el Mayordomo soltó el brazo y golpeó la cara de Katya, quien salió despedida hacia atrás y fue a parar al suelo de culo.

—Maldita cría —farfulló el Mayordomo, con el rostro retorcido por el dolor. Luego se llevó la mano a la espalda, por encima del hombro, cerró los dedos en torno a un mango de metal y jaló con fuerza hacia atrás entre gruñidos y quejas. Antes de soltar el abrecartas chorreante de su sangre, lo miró estupefacto. Inmediatamente después enfocó la vista en la chica y endureció el gesto.

Katya continuaba postrada en el suelo de piedra, retorciéndose de dolor. Entretanto, Collins se agachó bajo el escritorio y se puso a palpar el suelo. Cogió la pistola por la empuñadura y volvió a sentarse con ella en la mano. A renglón seguido, apretó el gatillo y un mástil del antiguo galeón de madera saltó por los aires, como si hubiese recibido un cañonazo enemigo en una batalla naval.

Una risotada estridente llenó la estancia.

—Será mejor que bajes esa pistola si no quieres que alguien salga malherido —dijo el Mayordomo.

—Collins —lo llamó Katya, desde el suelo—, gira un poco la pistola a tu izquierda…, un poco más…, eso es. Quédate ahí sin moverte. Ahora sí que lo estás apuntando. No apartes el dedo del gatillo y, si te lo digo, apriétalo sin titubeos.

—V-vale, p-pero que sepas que a mí esto se me da muy mal.

Katya se puso de pie con esfuerzo. Su ojo derecho se hinchaba y amorataba por momentos. De inmediato, se puso a buscar por los cajones de la mesa de trabajo, hasta que encontró un rollo de cinta americana. Luego obligó al Mayordomo a sentarse en una silla y lo maniató a ella.

—No te muevas o tendré que castigarte —le dijo, redicha, agitando el índice ante su cara, como una institutriz regañando a su pupilo.

El Mayordomo, con expresión irritada, dejó de agitarse y apartó la cara.

Katya lo ignoró y se dirigió al joven exhacker:

—Collins, ya puedes bajar el arma y volver al trabajo.

El escocés soltó el aire con fuerza y depositó la pistola sobre la mesa. Liberados de la empuñadura, sus dedos tantearon por el escritorio hasta que dieron con el teclado, y volvió a la faena. Toda la inseguridad que mostró en el manejo de las armas se transformó en destreza ante el ordenador.

—¿Te falta mucho para desactivar al individuo cero? —le preguntó ella, salvando deprisa la distancia con el escritorio y recogiendo la pistola.

—Mira la pantalla y dime cómo va la compilación.

—Al quince por ciento. Dentro de veinte minutos *ese* ejército de microrrobots será historia.

Collins se echó hacia atrás en la silla, subió los pies a la mesa y cruzó las manos en la nuca.

—¡Estupendo! Entonces, solo hay que sentarse y esperar.

—¿Creéis que podéis acabar de un plumazo con la obra de Viktor? Os tenía en una mayor consideración.

Katya alzó la mirada para encontrarse con la del Mayordomo. Una descomunal sonrisa cubría su delicado rostro, desfigurado por un ojo tumefacto.

—Pues espera y… —Katya dejó de hablar de pronto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Collins, apartando los pies de la mesa. Había percibido el cambio en la nota de voz de ella.

Katya miraba fijamente la pantalla del ordenador. La sonrisa se había borrado de su cara y había sido sustituida por unas profundas arrugas que cruzaban su frente. Sin dilación, se hizo con el ratón y desplegó un menú. Se movió por él y abrió un archivo. De inmediato, una visión aterradora ocupó la pantalla. Una nube negra se movía endiabladamente rápido por el exterior de la abadía.

Y se dirigía directa a una sala llamada «refectorio».

Su hermana y los amigos de Collins no disponían de veinte minutos. En verdad, no disponían ni de diez.

88.

Tuve sed, y me disteis de beber…

Monte Saint-Michel, Normandía

PATRICIA se quitó las esquirlas de encima y buscó por su cuerpo. Aparte de algún pequeño corte, no había herida de bala. Por el contrario, el individuo que la apuntaba yacía tendido en el suelo, bocabajo y despatarrado. Marina apareció en ese preciso instante desde el claustro. La corredera de su PSS estaba retenida en la parte trasera. Había disparado la última bala.

Patricia se puso en pie y las rodillas empezaron a flaquearle.

—Me alegro de que tengas buena puntería.

Marina la ignoró y fue a verificar si ambos tipos estaban muertos. Lo siguiente que hizo fue recorrer el perímetro del refectorio. Mientras la veía hacerlo, a Patricia la asaltó una extraña sensación de ansiedad. Aunque se trataba de un desconocido que intentaba matarlos a ella y a sus amigos, aquel individuo era la primera persona a la que quitaba la vida; no obstante, decidió dejar a un lado sus sentimientos y centrarse en la tarea que tenían por delante.

Tan pronto como la zona estuvo asegurada, llamaron a voces a James y Carmichael, quienes fueron a reunirse con ellas dos rodeando el jardín por las galerías del claustro. Al cruzar la entrada del refectorio dieron con una cámara alargada con columnas y arcos en ambos laterales. La estancia, como el resto de la abadía, era un amplio espacio diáfano. A través de las vidrieras de las ventanas entraba algo de claridad nocturna, aunque su aspecto resultaba inquietante y desolado. James se aproximó a Patricia, haciendo crujir esquirlas de vidrio bajo sus zapatillas, y la abrazó.

—Lo que has hecho no tiene otro calificativo que el de extraordinario —quien habló, por contra, fue Carmichael.

Patricia se apartó de James.

—¿Y tu brazo?

—No podré jugar al tenis en un tiempo.

—Tiene que verte un médico, y rápido —aseguró ella.

—¡Qué escena tan conmovedora! Pero ahora no hay tiempo de ir a un hospital —los cortó Marina, con cierta frialdad, al tiempo que guardaba su pequeña pistola y se hacía con una de las Glock de los atacantes. La otra se la entregó a Patricia—. James, ¿dónde…?

Allen ya se había alejado de ellos y buscaba el acceso a la cocina. Cuando distinguió un rectángulo más negro que la penumbra imperante, trotó hacia él. Al intentar traspasarlo, se golpeó en el brazo con algo duro. Soltó un exabrupto y se detuvo al instante. Incrustado en la pared descubrió un grifo ornamental de latón. Soltó otra palabrota al aire y cruzó el rectángulo negro.

En aquella nueva estancia no había ventanas y la oscuridad era total. Encendió la linterna. Delante de él surgió un pequeño habitáculo. Movió la luz por todas partes, tratando de hacerse una composición del lugar.

—¿Qué debemos buscar? —preguntó Marina, pegada a su espalda.

Allen abrió las manos.

—No tengo ni idea, pero nos dividiremos y revisaremos cada palmo. Si alguno encuentra algo inusual, que diga algo.

Se mostraron de acuerdo. Cada uno empezó por una esquina, buscando con esmero. Como la estancia era pequeña, terminaron en apenas cinco minutos. Se mostraban desmoralizados.

—Aquí no hay nada —dijo James, hablando por todos.

A estas palabras siguió un largo silencio.

—James —dijo por fin Carmichael—, ¿no dijiste que el refectorio era el lugar donde los monjes comían? ¿Quizás…?

Allen se dio la vuelta muy despacio y se quedó mirando fijamente a su amigo. De pronto, su rostro se iluminó.

—Por supuesto, Dave, tienes razón. ¡Eres un genio! —Y se abrió paso a empujones para volver al refectorio—. Dividámonos y busquemos.

Seguían inspeccionando el lugar cuando el viento, que se colaba por la vidriera rota, trajo un largo e intenso zumbido que eclipsó el silencio. Los cuatros detuvieron sus tareas en el acto y alzaron sus cabezas, igual que podencos oliendo una presa. Tras un segundo de quietud, Marina corrió hasta la vidriera rota y asomó la cara. Su rostro cambió al instante.

—Tenemos que marcharnos. En un par de minutos los microrrobots estarán aquí.

Carmichael y Patricia se arremolinaron alrededor de ella, y también miraron al exterior.

—James, ¿cómo vas? —preguntó Carmichael.

—Necesito tiempo.

—¡No tenemos tiempo!

—Pues tendréis que conseguírmelo.

§

COLLINS no cesaba de tamborilear con los dedos en el escritorio.

—Katya, ¿cuánto queda? —preguntó.

Ella resopló y miró el monitor por enésima vez en el último minuto. El progreso era exageradamente lento.

—Faltan seis…, no, cinco minutos.

En ese momento, la compilación se pausó.

—¡Qué demonios! —soltó la chica con los ojos clavados en la pantalla.

—¿Qué ocurre?

La pregunta de Collins quedó sin respuesta. La puerta del despacho se abrió de par en par y Viktor Smedson entró con un dispositivo electrónico portátil en la mano. La sonrisa del Mayordomo se extendió por todo su rostro.

§

JAMES se aisló del mundo. Concentrado, se ensimismó y no fue consciente de cómo sus compañeros preparaban sus armas. Allen adoptó una pose pensativa con la mano acariciando el mentón y mirando los baldosines del suelo mientras caminaba muy despacio en círculos.

«*Tuve sed, y me disteis de beber*».

La primera parte del salmo, que hacía referencia a la comida, los había llevado al refectorio. Pero hasta ahora no había prestado atención a la segunda parte.

«Sed. Beber…».

Una concatenación de detonaciones lo arrancó de sus cavilaciones. Sus amigos estaban disparando sus armas. Unas armas del todo inútiles contra el enjambre. Las balas, sencillamente, lo atravesarían como un rayo de sol el cristal. Sin causar daño alguno. Volvió a sumirse en sus pensamientos…

«Sed. Dar de beber».

Hacía fresco. Hasta ese momento no había sido consciente de ello. Se abrazó a sí mismo y se frotó los brazos. Notó una molesta sensación, como de dolor.

«¡Por supuesto!».

Como un fogonazo en mitad de la noche le vino el recuerdo del grifo con el cual se había golpeado antes. Giró sobre sus talones y regresó a grandes pasos hacia la entrada de la cocina.

Allí estaba.

Aproximó la cara y lo envolvió con un círculo de luz brillante.

Durante un rato, lo escrutó con el mismo detenimiento que un arqueólogo ante un descubrimiento. Sin llegar a tocarlo. En la parte superior tenía una llave de cruceta cromada en dorado. El cuerpo de forma alargada era de color azul y tenía adherido un escudo, con tres flores de lis y tres conchas. La zona inferior terminaba en una rosca.

De fondo comenzó a escuchar los gritos ahogados de sus amigos, como un lejano soniquete. No había más tiempo. James alargó la mano y cerró los dedos en torno a la llave. La giró un cuarto en el sentido de las agujas del reloj y el agua empezó a salir por la rosca. James persiguió con la luz de la linterna el chorrillo de agua. Lo observó llegar al suelo y acumularse formando un pequeño charco. Ya estaba. No pasaba nada más. Ahí finalizaba todo. Suspiró…

De repente, algo cambió.

El nivel del agua embalsado comenzó a descender. O esa impresión le dio. Con la sola idea el corazón se le aceleró. Allen frunció el ceño y se puso de rodillas para comprobarlo más de cerca. ¡Efectivamente! El agua estaba filtrándose entre las juntas de los baldosines. Con el ánimo levantado, se incorporó de un brinco.

—¡Lo he encontrado! —Movió la linterna por la estancia. No vio a ninguno de sus amigos. En su lugar, vislumbró tres vainas negras alargadas y compactas. No le costó imaginarse a Patricia, Carmichael y Marina dentro de ellas. Luchando por su supervivencia. Agitándose con denuedo y desesperación. Inevitablemente, le sobrevino a la cabeza el recuerdo del vídeo de la muerte de Klara Odell en el metro de Estocolmo.

Lo peor fue el sentimiento de impotencia que lo embargó.

89.

¡Chúpate esa, caraculo!…

Monte Saint-Michel, Normandía

KATYA apuntó a Viktor Smedson con la pistola. La sujetaba con ambas manos, aun así, el cañón temblaba.

—No querrás dispararme, ¿verdad? —dijo Smedson, impasible—. Si lo haces, este dispositivo se bloqueará y tu querida hermana morirá.

La chica miraba de reojo la pantalla del ordenador de sobremesa. El ejército de nanorrobots estaba atacando a su hermana y a dos de los amigos de Collins. Necesitaba actuar ya, o los tres morirían. Sus ojos se humedecieron y las lágrimas comenzaron a seguir las imperfecciones de su rostro. Sin dejar de apuntar a Smedson, las secó con el brazo.

—¡Páralo! ¡Ya! —vociferó la joven.

—Katya, cuéntame qué está ocurriendo —le dijo Collins.

—Es ese tío, el estirado, ha detenido la compilación con un dispositivo portátil. ¿Podrías puentearlo?

—Descríbemelo.

La mirada de Katya se centró en el dispositivo. Un atisbo de preocupación surgió en la expresión de Smedson, que trató de ocultarlo; de repente, no parecía sentirse tan seguro de sí mismo.

—Es como una de esas antiguas agendas electrónicas. Alargado, con tapa, teclado… de HP. Parece un miniordenador. Lo siento, Collins, desde aquí no veo más.

—Espera, ¿has dicho de HP?

—Sí ¿por qué? ¿sabes lo que es?

Los dedos de Collins volvieron a aporrear el teclado del portátil a una velocidad de vértigo.

—Se me ha ocurrido algo.

Unas pronunciadas arrugas surgieron en la frente de Smedson. Sin dejar de teclear, Collins se explicó:

—No es un miniordenador, entonces no necesitaría este portátil. Hace un par de años, la compañía Hewlett Packard fabricó para el

Departamento de Defensa de Estados Unidos un prototipo que permitía manejar sobre el terreno dispositivos más complejos (drones, bombas inteligentes y cosas así), pero a cierta distancia, sin poner en riesgo la vida de los soldados. En teoría era imposible de piratear, pero poco después alguien filtró los planos en la red oscura, posiblemente un empleado cabreado, y nunca llegó a fabricarse. De alguna manera, debió de hacerse con uno de los prototipos… Y ya está —pulsó la tecla ENTER—, hecho.

Unos aplausos sarcásticos llenaron la estancia.

—Muy bien, Collins, veo que la fe que el Mayordomo tenía depositada en vosotros dos estaba plenamente justificada.

Ignorando las palabras del tío estirado, Katya volvió a mirar la pantalla. La progresión se reanudó.

—¡Genial, Collins, la compilación del programa está de nuevo en marcha! ¡Completado! —gritó eufórica—. ¡Chúpate esa, caraculo! —espetó a Viktor, desahogándose.

Smedson no perdió la calma. Mantenía una sonrisa forzada que le confería una expresión triunfante, y aquello perturbó a Katya, arruinando su momento de alegría.

—¿Creéis que esto es el final? —En su dispositivo introdujo unas órdenes. Antes de concluir, ladeó la cabeza y puso su mirada compasiva en el Mayordomo, que continuaba atado a la silla—. Lo siento, has sido el mejor de los compañeros de viaje, pero ha llegado el momento de que nuestros caminos se aparten.

—Ha sido un honor, maestro. —El Mayordomo cerró los ojos y alzó la barbilla, adoptando una postura de meditación.

Ese fue el momento en que Smedson pulsó una tecla.

§

MILAGROSAMENTE, los nanorrobots comenzaron a caer al suelo a puñados, como mosquitos abatidos por un potente insecticida. Carmichael, Patricia y Marina quedaron liberados inmediatamente de la mortal cota de malla que los envolvía, aunque mostraban sangrantes laceraciones por todo el cuerpo. Durante un par de minutos no ocurrió nada. El refectorio quedó envuelto en un inquietante silencio, como el que sucede a una gran tragedia. Luego llegaron los gritos jubilosos. James fue hasta ellos, aplastando microrrobots amontonados en los baldosines, y los abrazó como si llevara años sin verlos.

En el suelo, la luz roja del individuo cero fue progresivamente palideciendo, hasta apagarse del todo.

—¿Estáis bien? —les preguntó, en medio de la algarabía.

Los tres asintieron maltrechos, pero alegres de seguir vivos.

—¿Qué les habrá ocurrido? —habló Patricia, sentada en cuclillas con un puñado de robots en la palma de la mano.

Carmichael los observó un momento con curiosidad.

—Cualquiera sabe. Voy a quedarme con uno. Puede que a los *Smith* les interese estudiar estos juguetitos.

A un par de metros de esta escena, Marina y James se mantenían mejilla contra mejilla. Los brazos de ella rodeaban el cuello de él; y los de él, la cintura de ella. Si hubiese sonado música, hubiera parecido que estaban bailando una canción lenta.

—Creí que no te volvería a ver más —le susurró Marina a James. Con sus labios rozaba delicadamente la oreja de él.

El escocés se estremeció.

—Por un momento, así fue.

Pasado el momento de alegría, Marina dijo a todos:

—Todavía tenemos que dar con mi hermana y con Collins.

—He descubierto la entrada. Está allí, bajo aquel grifo —dijo James, apuntando con el índice.

—Al menos no has perdido el tiempo mientras nosotros tres arriesgábamos la vida —dijo Carmichael.

—Ja, ja, ja. ¡Qué graciosillo! —respondió Allen.

Los tres miraron el grifo con escepticismo, hasta que James les hizo una demostración. Abrió la llave y volvió a cerrarla. El agua volvió a desaparecer entre las juntas del suelo.

—Es evidente que la entrada está ahí abajo, ahora únicamente falta averiguar el modo de abrirla.

—Tío, ¿qué pintan estas tres conchas en el escudo? —preguntó Carmichael, y antes de recibir respuesta empujó la que ocupaba la posición central con el dedo. El escudo se hundió un poco en el cuerpo emplomado del grifo.

Los cuatro se quedaron expectantes, aguzando el oído para captar el más leve sonido. Durante una fracción de segundo no ocurrió nada; pero, de repente, en algún lugar se puso en funcionamiento un engranaje y el ruido que provoca el rozamiento de piedras encajando unas con las otras ocupó el espacio. Unos segundos más tarde todo se calmó.

—Indiana Jones a tu lado es un principiante —le dijo James, palmeándole la espalda. Inmediatamente después salió corriendo y regresó a la cocina. En esta ocasión, la luz de la linterna enfocó una abertura en el suelo y unas escaleras empinadas de piedra que descendían hasta las profundidades de la abadía.

En ese preciso instante, el suelo tembló bajo sus pies y el agujero escupió una nube de polvo. Los cuatro se miraron durante un larguísimo segundo, paralizados por un horror inimaginable. Luego, sin decir palabra, se abalanzaron escaleras abajo.

90.

Una lengua de agua…

Monte Saint-Michel, Normandía

CUANDO las ondas expansivas de lejanas y sucesivas explosiones recorrieron el entramado de corredores, amplificando sus devastadores efectos, todo se estremeció. La vitrina con los recuerdos del padre de Smedson se balanceó y se estrelló contra el suelo con estrépito, desparramando un batiburrillo de cosas. La maqueta del antiguo galeón salió disparada de su peana. Katya y Collins se aferraron a los bordes del escritorio para mantener el equilibrio. Al cabo de unos segundos todo cesó.

—¿Qué ha sido eso? ¿Y el tío estirado? ¿Dónde está? —dijo Katya.

—Deberíais saber que siempre hay un plan B —dijo el Mayordomo, que había vuelto a abrir los ojos.

Katya lo mandó a callar, siseando.

—¿Qué es eso?

Un creciente rumor estruendoso ocupó el lugar del silencio.

—El agua, niña, el agua abriéndose paso. Recuperando su espacio —aclaró el Mayordomo.

—Venga, Collins —dijo ella, cogiéndolo del brazo y haciendo que se levantara del sillón—, tenemos que salir de aquí cagando leches.

—Lo siento. Nunca quise que pasara esto —fueron las últimas palabras que salieron de la boca del Mayordomo. Ni siquiera tenía claro que Collins y Katya lo hubieran escuchado antes de marcharse. Nunca se lo había dicho, pero esos dos jóvenes habían sido sus preferidos y, en cierto modo, se alegraba de que hubiesen sido ellos los que hubieran puesto fin a aquello. Acto seguido, cerró los ojos y volvió a su postura de meditación.

Katya y Collins estaban en el pasillo.

—Collins, voy a soltarte. Ahora toca correr. Tú hazlo con todas tus fuerzas. Yo te iré guiando.

—Vale, estoy listo.

Ambos se pusieron a correr por túneles en forma de medio arco

construidos con ladrillos de adobe. La iluminación de bombillas que colgaban desnudas de los cables era escasa pero suficiente para no tropezar. A sus espaldas, se oía de manera cada vez más intensa el ruido del agua inundándolo todo.

—Dos escalones, Collins… ¡Ahora!

El analista de sistemas dio un salto y salvó el obstáculo. Volvieron a verse rodeados de aquellos nichos en arco excavados en la piedra de las paredes que dejaban a la vista restos óseos humanos. Por todas partes había símbolos tallados en la roca, como las letras X y P superpuestas. Aquel sitio le daba mal rollo a Katya y procuró concentrarse en la carrera.

—¿Sabes adónde nos dirigimos? —preguntó Collins.

—Es por… —Sus palabras no terminaron de salir de su boca.

A unos metros por delante, varios haces de luz oscilantes, como espadas de luz de *Star Wars*, provocaban sombras alargadas en las paredes.

—Oh, mierda. Viene alguien, hay que esconderse.

Ayudó a Collins a entrar en una de aquellas oquedades, después de apartar a un lado un montón de fémures, clavículas, costillas y cráneos. Inmediatamente, ella se introdujo en el nicho y se tumbó bocabajo, pegada al hombro de Collins.

—Ahora, debemos mantener silencio —le susurró al oído.

Unos segundos más tarde, justo enfrente de ellos, se detuvieron cuatro personas, jadeantes.

—*Марина, это ты?*

—*¡¿Katya?!*

Katya salió como pudo del agujero que había en la pared, arrastrando consigo algunos huesos que cayeron al suelo. Cubierta de polvo blanco, se abalanzó sobre su hermana, que la recibió envolviéndola con sus brazos y cubriéndola de besos. La interrogó por el ojo morado y ella le restó importancia. Carmichael, James y Patricia observaban atónitos la escena.

—¿Qué ocurre, Katya? —La voz salió del interior agujero.

Los tres volvieron a un tiempo sus cabezas y miraron dentro.

—¿Collins? ¡Collins, es Collins! —Se puso a gritar Patricia, que dio un paso hasta el osario.

—¿Patt?

—Sí, soy yo, y también están James y Carmichael.

El antiguo pirata informático intentó salir del nicho. Katya se le acercó con la intención de ayudar al joven.

—Espera, Collins, no te vayas a hacer daño. No puede ver.

—¿Cómo que no puede ver? —preguntó James, abrazando a Collins y alborotándole el pelo, que escupía nubecillas de polvo.

—Estoy bien, de verdad —dijo el joven.

—No está bien, se ha dado un golpe en la cabeza —les contó Katya —. Pero ahora no tenemos tiempo. Esto se está inundando y hay que sacar a los demás.

—¿Los demás? —preguntó Carmichael.

—Sí, hay más personas secuestradas en este lugar.

—*Katya, где Виктор Смедссон?* —le preguntó su hermana.

—¿Quién es Viktor Smedson? —respondió Katya, en inglés.

—Quien hizo esto.

—Ah, ¿el tío estirado? No sé dónde está, hermanita. Se largó en cuanto detonó los explosivos.

Marina se alejó unos pasos del pequeño grupo y llamó a James.

—Viktor es cosa mía. —Ella habló en voz baja, casi susurrando—. Vosotros id a rescatar al resto de personas. Y, por favor, cuida de mi hermana.

La mano de James la retuvo del brazo en el momento en que ya se marchaba.

—Marina, recuerda que tenemos pendiente un viaje por España.

Ella le sonrió, le apretó un momento las manos y echó a correr por el mismo sitio por donde habían venido.

James regresó con los demás, cabizbajo y pensativo.

—¿Y mi hermana?

—Ha ido a buscar al, ¿cómo lo llamaste antes, «tío estirado?». Ahora, centrémonos. El tiempo apremia.

Nada más decir estas palabras sonó un chapoteo bajo sus pies. Bajaron la vista. El agua les cubría ya los zapatos y el nivel seguía subiendo. No hacía falta decir nada más. Patricia tomó el mando.

—Dave, coge a Collins y sácalo de aquí. James, Katya y yo iremos a buscar a esos chicos.

—¿Por qué yo? —protestó Carmichael.

—Porque estás herido.

—Venga, Dave, marchaos ya —le dijo James.

—¿Tú también, Bruto? —dijo, resignado.

Una vez Carmichael y Collins se alejaron por el corredor en la misma dirección en la que poco antes lo había hecho Marina, Katya los guio por las instalaciones, explicándoles lo que veían como si fuera una guía turística. Después de corregir su rumbo en varias ocasiones, lograron abandonar la zona antigua y se adentraron en la parte donde retenían a los piratas informáticos. La sala de trabajo no mostraba actividad alguna. Los ordenadores estaban apagados; los escritorios, vacíos.

Allí, el agua les alcanzaba la cintura. Cada vez, les resultaba más dificultoso moverse. Katya se puso a llamarlos a gritos. No por sus nombres, que desconocía, sino con alocuciones del tipo: «Eh, tíos, ¿dónde estáis?», «¿hay alguien?» o «somos los buenos».

Nadie contestó.

Fueron entonces al comedor. Nadie. Y, por último, a los dormitorios. Los inspeccionaron todos, uno por uno. Localizaron a los hackers en el último, amontonados entre la cama y la mesa, tratando de escapar del agua. Al principio, se mostraron muy desconcertados y recelosos, pero, tan pronto como reconocieron a Katya, se alegraron mucho de volver a verla. Fue en ese momento cuando las luces se apagaron, dejándolo todo a oscuras. Volvieron a encender las linternas. Katya les explicó que la electricidad la proveían dos generadores y que probablemente el agua los habría alcanzado.

Acto seguido, sin más demora, todos juntos recorrieron las catacumbas, subieron al refectorio por las escaleras, cruzaron el claustro, abandonaron la iglesia, y salieron a la noche estrellada del Monte Saint-Michel; todo ello sin salir de su asombro. Allí, se reunieron con Carmichael y Collins. Ninguno de los detenidos sabía dónde se hallaba su prisión y alucinaron con el espectáculo amurallado que los rodeaba. El banco de niebla se había disipado y en el cielo nocturno, cuajado de estrellas, lucía una luna redonda y brillante.

Lo último que había visto James antes de empezar a subir los escalones que lo conducirían fuera de las catacumbas fue una lengua de agua avasallándolo todo.

91.

A vida o muerte…

Monte Saint-Michel, Normandía

CONTRA lo que suele decirse, en la derrota no hay nada positivo. Solo humillación y vergüenza. Así se sentía Viktor Smedson mientras recorría los solitarios callejones que circundaban la abadía, hundido en sus cavilaciones con la sangre hirviéndole de rabia y frustración. Un dicho militar decía: «Hay que vivir hoy para seguir luchando mañana». Sabias palabras.

Regresaría a Estocolmo a reabastecerse. Era posible que, durante un tiempo, tuviese que vivir en la clandestinidad, pero disponía de amigos influyentes que lo ayudarían a volver a ponerse en pie. Tomó consciencia de que hacer depender todo su ejército de nanorrobots de un solo individuo cero fue un error garrafal que enmendaría en el futuro.

Las ventanas de las casas estaban apagadas y la luna provocaba sombras fantasmagóricas en las paredes de piedra de aquel hermoso lugar. Lo echaría de menos. Igual que al Mayordomo. La noche estaba húmeda y fresca. De repente, el sonido de pasos apresurados se impuso al silencio. A la entrada de un callejón, Viktor hizo un alto con los oídos muy abiertos, atento por si acaso volvía a escuchar aquel ruido o solo había sido fruto de su imaginación alterada.

Pero no. Alguien lo estaba siguiendo.

Detectó unas pisadas livianas aproximándose. Una mujer. ¿Marina? Sonrió irónicamente solo con la idea. Reanudó la marcha, esta vez más cauteloso.

Marina sabía que Viktor le llevaba mucha ventaja, tal vez incluso ya hubiese abandonado la isla, pero su instinto le gritaba que no era así. Sin embargo, las prisas por ganar terreno se habían impuesto al sigilo. No se dirigía a ningún sitio en particular. Con la isla rodeada de agua, hasta que la marea se retirase al rayar el día, no había sitio donde

escapar. Su plan estribaba sencillamente en recorrer las callejuelas e intentar dar con él. Aquel era un lugar pequeño y si Viktor estaba allí, lo encontraría.

Y lo mataría.

No podía dejarlo escapar. Lo conocía demasiado bien y sabía que buscaría venganza con sus seres más queridos: su hermana, su madre. Se empeñaría en ello con tesón, hasta lograrlo. Dobló una esquina con la Glock en ristre y enfiló la calle principal. A la una de la madrugada, todos los comercios tenían los cierres echados. La gente dormía alejada de aquel islote.

De pronto, distinguió un reflejo en el cristal de un escaparate. Se paró en seco. Se agazapó detrás de una papelera y verificó la pistola. Smedson caminaba por la acera de enfrente, mirando a todas partes como un paranoico. Entonces, se puso de pie y cruzó la calle.

—¡No des un paso más, Viktor!

El hombre interrumpió su avance y se giró lentamente hasta quedar de frente a Marina, que iba directa hacia él.

—Eres una mujer tenaz, y eso lo respeto.

Ella lo alcanzó y se detuvo a un metro. Levantó la pistola.

—Me has subestimado, Viktor. Me metiste en esto porque creías que podrías seguir manipulándome. Pero te ha salido mal la jugada.

Él rio con desgana.

—Estás equivocada. Te estabas acercando a mí. Pronto me vincularías con las actividades de mi otro yo: Schmidt. Sabía que lograr que el FSB enterrara tus informes no te retendría, solo te retrasaría.

—¿Por ese motivo secuestraste a Katya? ¿Para controlarme?

—No la secuestré. En realidad, me resultó muy sencillo convencerla de que se uniera a mi proyecto, como a los demás. Estaba bastante asqueada de su vida, ¿sabes?

—¿A Collins también?

—No, con Collins tuve que emplear un poco de fuerza. Sabía que no lo convencería y tampoco tenía tiempo para intentarlo.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué yo? ¿Por qué ahora?

—Cuando puse esto en marcha para cerrar la fisura en mi doble identidad (los documentos del Consorcio que guardaba Victoria Meier), vi la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro y decidí, por decirlo de alguna manera, reclutarte para la causa. Necesitaba garantizarme que el palurdo de James Allen siguiera en el redil. Como así fue.

—¡No soy tu marioneta! —la voz le salió temblorosa por la emoción, mientras ponía el dedo en el gatillo. La mano le temblaba ligeramente.

Los ojos desafiantes de Viktor se clavaron en Marina.

—Si vas a disparar, hazlo ya. ¡Vamos!

En la cabeza de Marina se libraba una lucha. Apretó la mandíbula, el índice acarició el gatillo. Aun con el temblor que sentía en la mano, no podía fallar a esa distancia.

«¡Eh, oiga, no pueden estar aquí!».

La voz los cogió de sorpresa a los dos. Volvieron la cabeza. Un hombre de unos setenta había surgido de la nada arrastrando un carrito de la basura, al otro lado de la calle. Entre sus manos, sostenía una escoba de pelos de cerda y un recogedor metálico.

—Si no se largan ahora mismo, llamaré a la policía… —Frenó el gesto de meterse la mano en el bolsillo de su parka cuando observó la pistola que empuñaba Marina.

Viktor Smedson no permaneció impasible ante aquella oportunidad. A una velocidad de vértigo, se agachó para coger una piedra del suelo y la estampó contra el escaparate de la tienda de artesanía que había a sus espaldas. El cristal desapareció hecho trizas y una alarma se disparó. Sin un momento de duda, Smedson asió la empuñadura de hueso de una espada que blandía la réplica de un centurión romano. Durante unos segundos, la sopesó entre sus manos y la hizo rotar con habilidad. Era una buena arma: corta, equilibrada, de buen acero templado. El maestro espadero que la había forjado sabía lo que se hacía.

—Venga, Marina, un último duelo. Un cuerpo a cuerpo, a vida o muerte.

Ella devolvió la atención a Viktor y meditó la propuesta. ¿A quién quería engañar? Nunca apretaría el gatillo a sangre fría. Así pues, decidida, tiró el arma al suelo, saltó al escaparate y le arrancó una espada de los guanteletes a la armadura de un caballero templario. Esgrimiéndola con ambas manos, cortó el aire con un silbido, y volvió a la acera.

Antes de que la risotada que Viktor había soltado terminara de resonar en la calle, el barrendero desapareció por la entrada de un callejón, abandonando a su suerte los útiles de limpieza.

—No puedes vencerme. Lo sabes. Te conozco mejor que tú misma.

—Ya veremos.

Ambos contendientes empezaron a moverse como un péndulo. Uno enfrente del otro. Mirándose fijamente a los ojos. La punta de la espada de Viktor arañaba la piedra del suelo, provocando un sonido estridente en la noche. Marina atacó con un profundo gruñido. El sueco alzó su arma veloz para repeler el ataque, mostrando sus buenos reflejos. Las espadas chocaron en el aire. Un inconfundible sonido metálico reverberó en la soledad de la calle y los dos volvieron a sus posiciones defensivas.

La espada que había escogido Viktor era del tipo gladius, como la

que, durante siglos, empleó reglamentariamente el ejército romano. Se había decantado por ella dado que era más ligera y manejable. A Marina, por contra, no le fue posible escoger. La suya disponía de empuñadura cruciforme y estaba modificada para poder agarrarse con ambas manos. Era bastante más pesada, aunque tenía la ventaja de que la hoja era más larga.

Smedson sabía que su ventaja estribaba en un combate de larga duración. A medida que pasara el tiempo, la energía de Marina se iría agotando, hasta quedar exhausta. Entonces, tendría su oportunidad y el duelo se decantaría a su favor. La joven tenía plena consciencia de ello, y sabía que le correspondería a ella llevar la iniciativa. Por ese motivo, asestó un golpe con rapidez que cogió a Viktor por sorpresa. La espada de doble filo le provocó un surco profundo en el costado y este pegó un grito de dolor.

—¡Zorra! —le espetó, llevándose la otra mano a la herida. La retiró manchada de sangre.

Ella no le contestó. Necesitaba economizar esfuerzos y no deseaba malgastar energías hablando. El último asalto le había provocado el mismo efecto que un esprint de cincuenta metros. Jadeaba y necesitaba reponerse. Smedson no le dio tiempo, y acometió con ferocidad para recobrar la iniciativa.

Arriba.

Diestra.

Siniestra.

Se oyó entrechocar el acero. Marina se defendió como pudo, retrocediendo un paso a cada golpe. Uno, dos, tres. Viktor aprovechó la proximidad del cuerpo a cuerpo para propinarle un codazo en la cara. A Marina se le nubló la vista. Desorientada, trastabilló, tropezó con el bordillo de la acera, notó que perdía el equilibrio por el peso de su arma y cayó de espaldas, entre gruñidos de dolor. Había sangre de su boca por todas partes. Cuando trató de incorporarse, Viktor le plantó un pie en el pecho, impidiéndoselo. Con la punta del gladio, le acarició la mejilla.

—Estamos en paz.

Ella apartó la espada de su cara de un manotazo y escupió sangre.

—Ese ha sido un golpe sucio y traicionero, incluso viniendo de ti.

Smedson comenzaba a divertirse y dio un paso atrás.

Marina sintió una repentina oleada de rabia. Odiaba esa condescendencia y esa sonrisita de suficiencia que Viktor exhibía. Resoplando con enfado, recuperó su espada de empuñadura doble y se puso en pie. Al hacerlo, se mareó ligeramente. Cuando estuvo lista, descubrió desconcertada que Viktor se había marchado. Barrió la calle con la mirada y lo encontró caminando tranquilamente unos cuantos metros abajo. Torció a mano derecha en una esquina que ocupaba una

heladería y lo perdió de vista. Marina fue, aún renqueante, tras sus pasos. Volvió a localizarlo junto a la muralla exterior, esperándola espada en mano apoyado en uno de los contrafuertes de la abadía. Sonreía sin dejar de mirarla.

—Ah, querida, ya estás aquí. Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo Smedson, enderezándose mientras fingía bostezar. La herida del costado había parado de sangrar. Se puso en guardia, tensando el brazo y apuntando a Marina con el gladio.

Empujada por la adrenalina, la joven acometió con furia. De lo más profundo de su garganta surgió un grito gutural, al tiempo que alzaba la espada sobre su cabeza y caía haciendo un arco en el aire. Viktor esquivó el filo de la hoja a última hora, moviéndose con rapidez a la derecha. La sonrisa se borró de sus labios. El filo de aquella espada había pasado muy cerca de su hombro. Si lo hubiese alcanzado le hubiera cortado de cuajo el brazo, como un hacha un tocón. Debía concentrarse y no subestimar a su contrincante.

—No ha estado mal, ¿eh? —le dijo ella, saboreando su pequeño triunfo con una mueca sanguinolenta. En el fondo, con aquella fanfarronería trataba de ocultar su verdadero estado. Esa última acometida había consumido buena parte de sus reservas e incluso le resultaba doloroso sostener la espada en alto. Sentía la camiseta pegada al cuerpo por el sudor.

Viktor contraatacó con una estocada al centro. Marina la esquivó con rapidez, girando sobre sí misma, y el acero acabó contra una piedra irregular que sobresalía de la muralla, levantando chispas. La hoja de la espada corta romana se melló en un extremo. Los dos habían dado sobradas muestras de su destreza en el manejo de las armas y, durante un rato, mantuvieron la guardia alta, limitándose a amenazarse con las espadas. Recorrieron unos metros de la muralla exterior, hasta que llegaron a unos escalones que ascendían directos hasta la zona almenada, más estrecha. Marina subió por ellos de espalda con cuidado de no tropezar, pero sin bajar la guardia. Sus exiguas fuerzas menguaban cada minuto que transcurría.

En lo alto de la muralla se notaba el viento, lo cual la reconfortó un poco. Sin la niebla, se atisbaban en la distancia las luces de La Caserne, un recordatorio de que, a pesar de las armas que esgrimían y el escenario que los rodeaba, estaban en el siglo XXI. El rugido que provocaba el rompeolas un centenar de metros abajo era perfectamente audible allí arriba.

—Con la inspiración de mi padre y tu audacia, el mundo podría haber sido nuestro —le dijo Viktor.

Marina retrocedía, respirando profundamente por la fatiga, hasta que se paró dentro de la espectral franja de luz que provocaba la luna. Había llegado el momento de arriesgarse. De sacar a Viktor de sus

casillas. Ella lo conocía. Y sabía qué tecla tocar. Antes de hablar, volvió a escupir sangre al suelo.

—Ese fue siempre tu problema, Viktor. Vives de espaldas a la realidad. Tu padre no fue más que un asesino. No era mejor que los genocidas nazis con los que se juntaba.

La vena de la sien de Smedson empezó a latir con fuerza. Su rostro se desencajó completamente fuera de sí.

—Mi padre *no* era un asesino —masculló, apretando la mano en la empuñadura de su espada.

—¡Malik Schmidt experimentó con seres humanos! ¡¡ERA UN MONSTRUO!! ¡¡Y TÚ OTRO!! ¡¡HAS MATADO A DECENAS DE PERSONAS INOCENTES!! —vociferó ella, con la cara enrojecida.

Invadido por una furia ciega, Viktor embistió a Marina y lanzó un tajo al aire. Cuando comprendió su trágica equivocación ya fue demasiado tarde.

La joven se agachó vertiginosamente hasta hincar una rodilla en la piedra. Tan pronto como la hoja del gladio pasó por encima de su cabeza, se irguió de un brincó, ignorando el dolor de sus extremidades, y asestó la estocada mortal.

El pánico a morir se adueñó de Viktor cuando Marina hundió la hoja en su estómago, que había dejado al descubierto. Smedson notó el acero penetrando su cuerpo, avasallando en su avance, y ahogó un grito. Ya estaba muerto, pero su cerebro todavía se negaba a reconocerlo. El gladio escapó de sus manos, rebotó contra el muro y fue a parar al suelo, repiqueteando.

Con un gesto cargado de incredulidad, bajó la mirada a la espada que sobresalía de su cuerpo y la creciente mancha granate que se extendía por su camisa de seda, justo debajo de su caja torácica. Luego alzó la vista y clavó sus ojos muy abiertos en los de ella. Tosió y sus labios rezumaron sangre. El contacto visual se alargó apenas un momento. Cuando Marina recuperó la espada teñida de rojo de un violento tirón, Smedson se tambaleó sobre sus pies y trastabilló hacia atrás. Trató de asirse en el vacío, con ambas manos, y se precipitó al abismo agitando los brazos.

Unos segundos después a Marina, asomada al borde del acantilado, le llegó el lejano sonido de un chapoteo. Profirió un suspiro mientras miraba su espada, que aún sostenía en alto. La sangre de Viktor resbalaba por la hoja hasta la empuñadura. Sin pensárselo dos veces la lanzó con las pocas fuerzas que le quedaban por encima de las almenas. Antes de comenzar a caer dio unas cuantas vueltas en el aire, como las palas de un helicóptero.

Acto seguido, descendió de la muralla y, sucia y ensangrentada, emprendió el camino de regreso junto a los demás. Recorriendo aquellas calles empedradas, se llevó la sorpresa de descubrir que no

estaba pensando en su hermana, como ella hubiera esperado, sino en aquel escocés que lo había revolucionado todo y en ese viaje por España que le había prometido.

Epílogo.

Lochcarron, Highlands

Habían transcurrido casi cuatro meses desde los acontecimientos del Monte Saint-Michel. El albor del otoño comenzaba a vislumbrarse en el espléndido valle que rodeaba el caserío *Morning Star*, en el que aún eran visibles los destrozos causados por el incendió que provocó Alessia. Las hojas languidecían en los árboles y los alrededores adquirían el tono amarronado de las tierras yermas.

Con la ayuda de Matthew, lo más cercano a un familiar que le quedaba en la vida, James terminaba de arrancar malas hierbas, recortar arbustos y podar los árboles que moteaban sus terrenos. En un extremo del prado, alejado de la casa, una pira ardía devorando los restos vegetales y provocando una columna de humo blanco que ascendía al cielo, hasta confundirse con las nubes que se movían lentamente empujadas por una ligera brisa.

Con la espalda cargada del esfuerzo, Allen hizo un alto en el trabajo. Distraído, se llevo las manos a la lumbar y se estiró hacia atrás con un gruñido de alivio. Su cuerpo formó un arco. Acto seguido agarró una botella de agua del suelo y le dio un largo trago, mirando el horizonte escarpado. Las cumbres se difuminaban con el sol. Los tres perros —Khentii, Zeus y Diana— rondaban por los alrededores, persiguiendo conejos. Por su envergadura, el mastín tibetano tenía pocas posibilidades de éxito, pero parecía disfrutar al lado de sus nuevos hermanos, que lo habían acogido como uno más de la manada.

—¿Quieres? —le ofreció a Matthew, alargándole la botella.

Matthew desconectó la sierra eléctrica y la quietud volvió al lugar. Tras apoyar la herramienta en el ancho tronco de un árbol, se enjugó el sudor con el brazo y bebió un poco. Aquel viejo roble estaba allí desde antes de que Kirk levantara la casa en 1919.

—¿Te quedas a comer? —le dijo James, quebrando en dos una rama muerta y echándola a un saco de rastrojos.

—No puedo, Ellen me espera en casa. Además, tú ya tienes invitados y seríamos una molestia.

James le sonrió con cariño.

—Tú nunca serás una molestia.

En ese momento, el aire trajo el rumor de un motor, seguido de un lejano bocinazo. James puso la mirada más allá de la verja de hierro, en el camino de tierra que bajaba la ladera haciendo eses. Un coche se aproximaba, dejando un rastro de polvo tras de sí. Aún estaba lejos.

—¡Patt, viene alguien! —gritó hacia la casa.

Con los pies subidos a una banqueta, Patricia trataba de concentrarse en la lectura bajo la marquesina de hierro y cristal que cubría la entrada del caserío. La joven seguía debatiéndose entre regresar a Estados Unidos e incorporarse al FBI, o aceptar el mando de la pequeña comisaría que la Policía de Escocia había abierto recientemente en Lochcarron. La agente al mando del FBI Ramírez la estaba tratando con mucha paciencia y le había dicho que se tomara el tiempo que precisara.

Miró de reojo a James, de pie al lado del roble hablando con Matthew, y lanzó un suspiro al aire. ¿A quién quería engañar? Aunque había un mundo entre ambas opciones, la única realidad era que no quería marcharse de *Morning Star*. Le gustaba vivir allí. El caserón era grande, y en él únicamente vivían James y Anne Marie; así que había espacio más que suficiente para ella.

¿Era esa la única razón?

Patricia no pudo por menos que reconocer que, como casi todas las personas, también ella solía engañarse a sí misma…

Con el grito de Allen, la joven depositó el libro cerrado sobre una mesita, retiró los pies de la banqueta y se incorporó. Usando la mano a modo de visera, siguió con la vista la marcha del vehículo, tratando de distinguir si era el Range Rover de Carmichael. Tras aquella noche loca que pasaron juntos en Francia, no había vuelto a ocurrir nada entre ellos dos. Después de lo vivido en aquellos días, Carmichael se había convertido en un buen amigo, nada más. Él lo entendió, dejó de insistir y aceptó su amistad. Entre ambos habían decidido hacer un buen uso de los diamantes del capitán del *Princess Alyssa*, y habían donado todo el dinero a la fundación que habían creado James y Anne Marie con la herencia de Victoria, cuyo propósito era conceder becas de estudio a jóvenes sin recursos.

—Tus invitados llegan, es hora de marcharme —le dijo Matthew a James. Entre ambos, guardaron los aperos en el granero—. Mañana vendré al amanecer y continuaremos el trabajo.

James lo observó subirse a su destartalado Land Rover y marcharse. En la verja de entrada se cruzó con el todoterreno que llegaba, que resultó ser el de Alex y Lee. Caminó de vuelta a la casa, andando con parsimonia. Sin detenerse, arrancó una flor silvestre que resistía entre la hierba y se puso a quitarle los pétalos. Uno a uno. Las flores

silvestres eran las preferidas de Victoria… De repente, se percató de que era la primera vez en el día que pensaba en ella. La vida avanzaba y sentía que su recuerdo se desvanecía, como la bruma empujada por el sol. En ese momento, le embargó un profundo sentimiento de tristeza.

Cuando el anfitrión llegó a la marquesina, Alex ya se bajaba del coche y el polvo levantado por las llantas se asentaba. Lee, embarazadísima, y Mark, hecho un hombretón, ya lo esperaban fuera. Se los veía felices. Estaban superando la muerte de Miranda. Aquella estampa alegró a James y arrancó de un plumazo su estado de melancolía. Los tres perros lo adelantaron y fueron a dar la bienvenida a los recién llegados. En el acto, Mark se puso a jugar con ellos.

—El secuestro de Collins, Egipto, Suecia, Francia, un ejército de robots…, no se os puede dejar solos —le dijo Alex a Patricia y a James, abrazándolos a la vez—. Por cierto, ¿qué tal está?

Ambos sabían que se refería al analista de sistemas. Quien contestó fue Patricia.

—Inesperadamente bien. ¿Ciega? Yo me hubiera vuelto loca. El especialista dijo que el golpe en la cabeza le dañó el nervio óptico y le produjo la ceguera. Es posible que recupere la visión, pero nadie puede asegurarlo con exactitud.

El gesto de preocupación se agudizó en el rostro de Alex.

—¿Y qué pasará con él, ahora?

—Nada. Está ciego como un topo, pero se desenvuelve con soltura ante un ordenador. Ahí lo tienes, dentro de casa, pegado a su portátil. Los del Gobierno le han habilitado una zona especial de trabajo en Londres y se están ocupando de todos los gastos.

Lee se les acercó.

—¿Cuándo sales de cuentas? —le preguntó Patricia.

—Por fin, en una semana. No puedo más con esta barriga.

—Vamos dentro, comeremos enseguida —dijo James.

Entraron en casa y James subió a su habitación, a darse una ducha. Mientras el chorro de agua caliente recorría su espalda, recordó el verano que había pasado con Marina en España. Habían sido dos meses estupendos. Tras ellos, ella terminó por regresar a Moscú. Era una mujer de acción y él un simple profesor con una tranquila vida en un recóndito lugar del norte de Escocia. Ambos sabían que aquello no saldría bien. Se llamaban de vez en cuando y se lanzaban falsas promesas de visitas que no llegarían, o sí, quién sabe lo que les depararía el futuro.

También telefoneó a Brorsson y le contó los hechos acaecidos en el Monte Saint-Michel, creía que se lo debía. Ella le informó de que unos pescadores de la zona hallaron el cuerpo sin vida de Smedson enredado entre sus redes. En una especie de justicia poética, había

sido devorado por los peces. En cuanto los trapos sucios del magnate se hicieron públicos, fue tal el escándalo que se desató en Suecia que la ministra Lövin hubo de dimitir, arruinando su carrera política. Por supuesto, la nueva ley de tecnología fue rechazada por el parlamento sueco casi por unanimidad.

Con la espalda algo mojada y una toalla envuelta en su cintura se acercó hacia la ventana de su dormitorio y miró a través de ella. Khentii seguía sus movimientos desde la cama, con la cabeza alzada y la lengua sonrosada fuera de la boca, jadeante, y con dos hilillos de babas colgando de las comisuras, como dos cordones de zapatillas de deporte.

—Como me babees la cama, lo recoges.

El sol apenas calentaba y las gotas del rocío de la mañana aún seguían en el cristal. El Range Rover de Carmichael recorría en esos momentos el camino de entrada. James le dio la espalda a la ventana y se quedó mirando la carta dirigida a Victoria que reposaba en la mesilla del lado de la cama que no usaba.

Había llegado por correo esa misma mañana. Venía reenviada desde la villa que su difunta esposa poseía en Cortona. Tomó asiento en el filo del colchón y, con un mal presentimiento, alargó la mano para agarrar el sobre. Lo examinó. Había sido enviado desde el Castillo de Balmoral. Al lado, un sello circular: EIIR. El franqueo estaba pagado. En el centro, la dirección de Victoria Meier manuscrita en azul. Por fin, rasgó el sobre con el dedo y desplegó la carta.

Leyó concentrado frase tras frase. Su preocupación iba *in crescendo*. Cuando hubo terminado, releyó la carta para terminar de comprender el alcance de su contenido.

Un suave golpe de nudillos lo descentró, recordándole que sus amigos lo esperaban a la mesa. De manera apresurada, Allen volvió a doblar la carta y a meterla dentro del sobre. Antes de levantarse para abrir, tiró del pomo de un cajón de la mesilla y la guardó dentro. No podía ocuparse ahora de un trágico secreto que llevaba oculto desde la época victoriana.

Probablemente por primera vez en su vida, la reina de Inglaterra tendría que esperar.

Agradecimientos

Siempre agradecido a: Beatriz, mi madre, mi hermano, Fani, mi suegra, Elisa, Joaquín, Jesús de Soraluze y su gente.

¿Quién no ha leído alguna vez en su vida (o varias) la novela Muerte en el Nilo*? Los títulos de los capítulos que se desarrollan en el Nilo (del 17 al 22) son un modesto homenaje a Agatha Christie y su prolija obra. Todos se corresponden a títulos de sus novelas.*

Relatos de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS TIEMBLAN (1)

Las brumosas Highlands sirven de marco ambiental a un asombroso relato de misterio. El espeluznante hallazgo de las vísceras de cuatro adolescentes en los páramos escoceses tiene aterrorizada a la población de la pequeña localidad de Lochcarron, que ve en estas mutilaciones la mano de «el Que Susurra», un espíritu celta ancestral que habita en los lagos.

Un *thriller* ingeniosamente construido en el que el arqueólogo marino James Allen y la agente novata Patricia Banner, de la Policía de Escocia, pondrán a prueba sus creencias en una encarnizada lucha contra un oscuro adversario.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO (2)

1540. Una expedición de soldados españoles queda consternada ante los espeluznantes cadáveres mutilados que encuentra en la selva amazónica.

Actualidad. Una idílica y remota isla del Mediterráneo esconde un oscuro secreto. Desde hace siglos sus habitantes son asesinados brutalmente. Sin embargo, los isleños guardan un silencio cómplice.

James Allen y sus compañeros se verán envueltos de nuevo en una realidad aterradora. Lo que comenzó como unas vacaciones para preparar una boda en la isla griega de Gavdos, se convertirá en un episodio trágico de funestas consecuencias. Fuera de su hábitat, no solo deberán hacer frente a un siniestro grupo denominado la Hermandad, sino también a una oleada de asesinatos idénticos a los acaecidos casi cinco siglos atrás, a once mil kilómetros de distancia.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS (3)

Una misteriosa enfermedad contraída en un monasterio budista. Los lugareños la achacan al *Ulama,* «el Pájaro Diablo». Su espeluznante canto anuncia la muerte.

Dos mujeres brutalmente asesinadas en la escocesa isla de Skye. El asesino ha tatuado una cruz en la mano derecha de las víctimas y ha dejado un críptico mensaje grabado con sangre: «Que Dios se apiade de nosotros».

Una terrorífica amenaza olvidada en el Reino Unido desde que la Gran Plaga asolara la capital londinense en 1665.

Un asesino de masas ha regresado del pasado para concluir su trabajo: un patógeno viral llamado «Génesis».

TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS (4)

Un experimento nazi en la población de Salem pondrá en jaque al mundo, varias décadas después.

Tras impartir una conferencia en la Universidad de Chicago, James Allen conocerá a Alessia, una joven italoamericana que le pedirá ayuda para encontrar a su padre, secuestrado por un poderoso grupo denominado Sol Negro. El rescate: un maletín de la Ahnenerbe, una siniestra organización nazi, que lleva más de setenta años ocultando un terrible secreto en su interior.

Junto con una brillante agente especial del FBI, el escocés y Patricia Banner se enfrentarán a una serie de extraños asesinatos. Sin poder evitarlo, ambos se verán envueltos en una conspiración que implicará al mismísimo presidente de Estados Unidos.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN (5)

¿Murió Victoria Meier realmente de una enfermedad o fue víctima de un malévolo plan para acabar con su vida?

Dos acontecimientos, en apariencia casuales, conducirán a la respuesta:
1.- Un desconocido dispara a James Allen a las puertas de una escuela de Lochcarron.
2.- El secuestro de Collins, un exhacker que trabaja para una agencia de inteligencia británica.

Egipto, Estocolmo, Bretaña, Suiza, Reino Unido y, finalmente, el Monte Saint-Michel. Un *thriller* que guiará al lector por algunos de los lugares más enigmáticos del mundo.

DESCUBRE LA PRÓXIMA LECTURA

DE

ARTURO FUENTES de la ORDEN

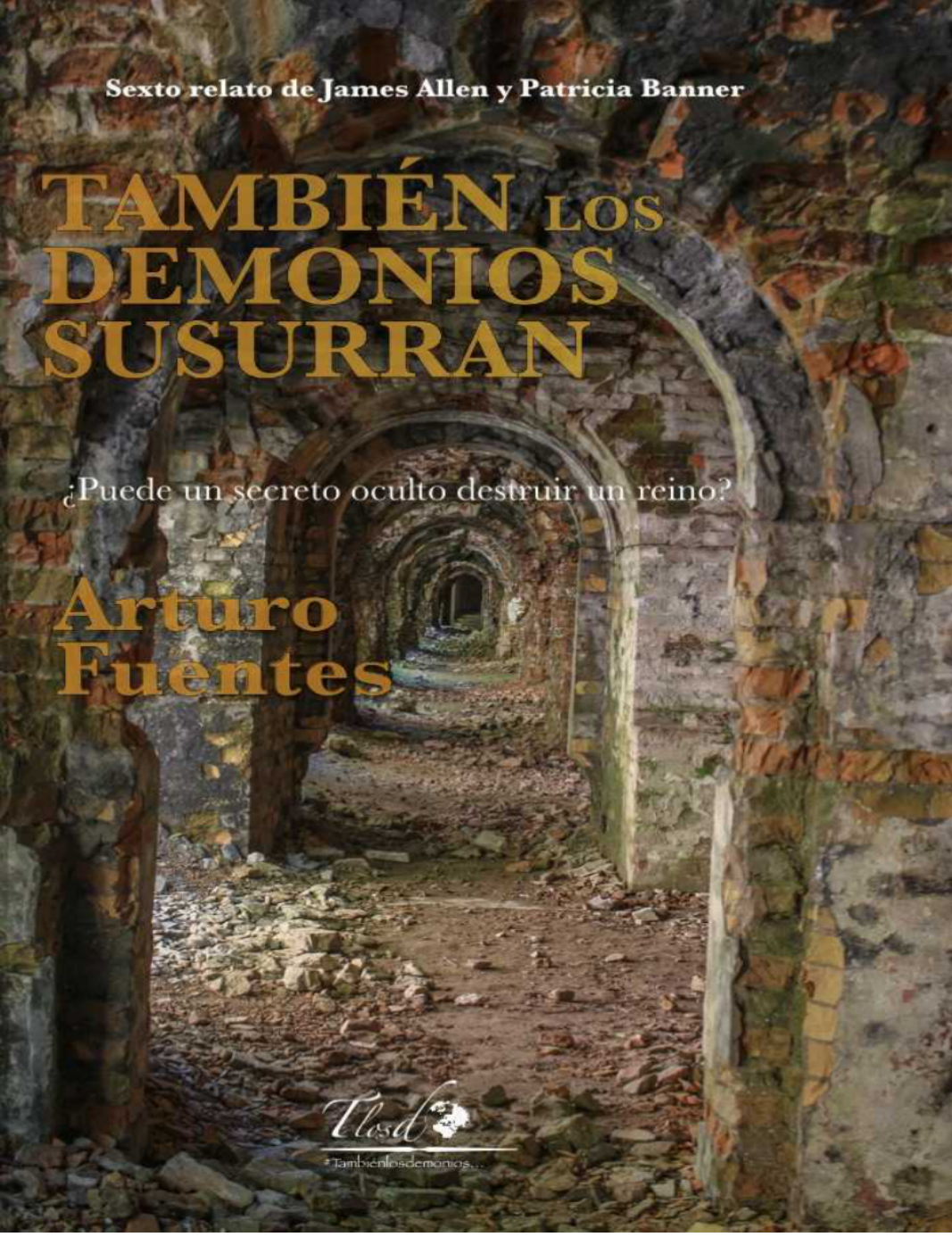
Sigue al autor en **AMAZON** y

recibirás un correo electrónico con

[1] *Bulo difundido a través de Internet. (N. del A.)*

[2] *En español: «¡Rangers, liderad el camino!». (N. del A.)*

[1]


Sexto relato de James Allen y Patricia Banner
TAMBIÉN LOS DEMONIOS SUSURRAN
¿Puede un secreto oculto destruir un reino?
Arturo Fuentes
Ulsd
#Tambienlosdemonios...

TAMBIÉN LOS DEMONIOS SUSURRAN

Sexto relato de James Allen y Patricia Banner

TAMBIÉN LOS DEMONIOS SUSURRAN

Arturo Fuentes de la Orden

Edición octubre 2022

© Arturo Fuentes de la Orden

ISBN: 9798355515416

Diseño de la cubierta: Arturo Fuentes de la Orden
Imagen de la cubierta: iStock.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

Arturo Fuentes de la Orden nació en Huelva en 1968; casado, hoy en día reside en la madrileña localidad de Las Rozas. Se graduó en Derecho por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE) y durante veinticinco años se ha dedicado al mundo de la empresa, ocupando diversos puestos de responsabilidad.

La publicación de su primera novela en 2017, *También los demonios tiemblan* (galardonada con el certamen literario «Isla de las letras 2018»), supuso el comienzo de la saga de aventuras *También los demonios…* (disponible en Amazon), protagonizada por el arqueólogo marino escocés James Allen y la sargento Patricia Banner de la Policía de Escocia.

Twitter: @afuentesorden
Facebook: Arturo Fuentes de la Orden
Instagram: @arturofuentesdelaorden
Email: afuentesdelaorden@gmail.com
Blog: http://arturofuentes.blog

Hace ya cinco años de la publicación de mi primera novela También los demonios tiemblan*. Gracias a muchos sigo escribiendo.*

«Miradme. Os estoy mostrando lo que soy. Me he desnudado. Me estoy exponiendo.»

Stephen King (escritor)

«Están escondidos observando,
solo esperad y lo veréis.
Oh, hay monstruos
para ti y para mí.»

(Canción infantil de autor desconocido. 1902)

Tabla de contenido

LA CAJA
ESMALTADA
1.
El árbol del ahorcado…
2.
Ave atque vale…
3.
Las piezas del juego…
4.
La suerte está echada…
5.
El señor Allen, supongo…
6.
La caja esmaltada…
7.
Gato, secreter y Afganistán…
8.
El Secreto…
Manuscrito de Joseph Hare
9.
El olfato de una periodista…
10.
Un Escarabajo amarillo chillón…
Manuscrito de Joseph Hare
11.
La puja sube…
12.
Una cascada de preguntas…
13.
Un caso grave y desconcertante…
14.
Las piezas del juego…

Manuscrito de Joseph Hare
15.
La catedral de Saint Giles…
16.
Una mujer se arroja por el balcón…
17.
Hic et nunc…
18.
Una risa grave y horrenda…
19.
Unos delincuentes en el hotel…
Manuscrito de Joseph Hare
LA SOCIEDAD
SECRETA
20.
El castillo de Dunnottar…
21.
El símbolo de la sociedad secreta…
22.
Toc…, toc…, toc…
23.
Terror ciego…
24.
Hilvanando la telaraña…
25.
El circo Raley…
26.
Unos pájaros muy esquivos…
27.
El hombre que no era libre…
Manuscrito de Joseph Hare
28.
El muñeco roto…
29.

Memento moris…
30.
William Wallace…
31.
Fugitivos de la justicia…
32.
La discusión…
Manuscrito de Joseph Hare
33.
Una nota de disculpa…
34.
Un pacto con el diablo…
35.
¡Maldito cabronazo!…
Manuscrito de Joseph Hare
36.
La abadía de Dryburgh…
37.
La tumba de sir Walter Scott…
38.
Una relación fría y distante…
39.
Una señal de horror…
Manuscrito de Joseph Hare
40.
Hardy recibe explicaciones…
41.
Hablando del Rey de Roma…
42.
Como una puta cabra…
Manuscrito de Joseph Hare
43.
La decepción…
44.

Bajo vigilancia…
45.
Woodward y Bernstein…
46.
Las cosas de Knox…
47.
Las piezas del juego…
Manuscrito de Joseph Hare
LA CÁMARA
OLVIDADA
48.
Yate Real Britannia…
49.
El apagón…
50.
Dos desapariciones…
51.
Moriens tua mors ero…
52.
Las piezas del juego: jaque mate…
53.
Una cárcel flotante…
54.
«S» de Sharon…
Manuscrito de Joseph Hare
55.
Un Aston Martin DB5 de 1965…
56.
El castillo de Balmoral…
57.
La flor de lis esconde el secreto…
Manuscrito de Joseph Hare
58.
La cámara olvidada…

59.
Un fiel escudero…
60.
La comisión de expertos…
61.
Ni un minuto que perder…
62.
El Palacio Real…
63.
Mister Hyde…
64.
Tempus fugit…
65.
Doctor Jeckyll…
66.
El doctor Jeckyll y mister Hyde…
67.
¡Dios salve a la reina!…
68.
La noticia…
69.
Recapitulando…
70.
El intercambio…
Epílogo.
Nota del autor
(Leer tras la novela)
RELATOS DE JAMES ALLEN Y PATRICIA BANNER

LA CAJA ESMALTADA

«Declaro ante vosotros que mi vida entera, ya sea larga o corta, será dedicada a vuestro servicio y al servicio de nuestra gran familia imperial a la cual pertenecemos todos».

Isabel II del Reino Unido

1.
El árbol del ahorcado…

Cinco días para el referéndum de independencia
Sábado, 12 de octubre
Edimburgo

James Allen recobró el conocimiento acuciado por la desagradable sensación de que había cometido un acto horrible. Tenía la mente en blanco. Tardó un poco aún en comprender incluso que era de noche. Una noche turbia en la que el viento soplaba cortante y un velo de neblina blanca volvía los contornos vagos e imprecisos. Todos los perros del barrio aullaban a un tiempo. Apoyándose en los brazos, se incorporó por la cintura. Tenía el Barbour cubierto de hojas otoñales. Se las sacudió de encima a manotazos. Minutos después, todavía desconcertado, se atrevió a echar miradas nerviosas en derredor, a atisbar entre la niebla.

La primera imagen nítida fue de lápidas. Muchas.

Está bien, se encontraba en un cementerio. Cerca de una losa que cubría una tumba con un monolito coronado con una cruz. De piedra ennegrecida, cubierta de moho y desgastada por el paso del tiempo. Las palabras esculpidas con la maestría de otra época aún podían leerse con claridad. La tumba correspondía a Clara Hastings. Fallecida a la edad de diecinueve años, el 14 de octubre de 1862. Desconocía si el dato tenía alguna relevancia, pero era el lugar al que Ackroyd lo había enviado.

Tras el escabroso sendero
tended el puente levadizo;
que bajo el fuego vengativo
perdura el sacrificio eterno

Esa estrofa transformada en una pista acudía con tozudez a su cabeza; sin embargo, seguía sin encontrarle sentido alguno. Decidió aparcarla en un rincón de su memoria para otro momento. Buscó con

la mirada el maletín del dinero; no halló ni rastro de él. Advirtió en eso un extraño crujido. No supo por qué, pero, incluso antes de verlo, intuyó de qué se trataba.

A unos metros por delante de él, atado a la robusta rama de un roble inglés, un cuerpo se balanceaba del extremo de un cinturón. No hay nada más espantoso que la expresión desfigurada de un ahorcado, pero en esa horripilante estampa había algo más que la convertía en sobrenatural, y esto le provocó un escalofrío de horror supersticioso.

Antes de volver a mirar, Allen respiró hondo. Una vez. Otra vez. Y una tercera.

¿Habría tenido él algo que ver? ¿Habría provocado de alguna manera la muerte de ese hombre? Ese pensamiento le resultaba aberrante. No, por supuesto que no. Él jamás haría algo así. Entonces, ¿por qué no lograba sacudirse de encima esa desagradable sensación?

Estaba tan enfrascado esforzándose por recordar, que cuando percibió el ajetreo lo tenía casi encima. Órdenes susurrantes quebrando la quietud. Dos voces. Masculina y femenina. Una tomaba la iniciativa, la otra respondía. Policías. James movió la mirada agitadamente por las lápidas. Dos siluetas borrosas separadas entre sí unos cuantos metros deslizándose con deliberada cautela, pero sin tratar de ocultar su presencia. Delante de ellas, dos haces penetrando la bruma saltaban de arriba abajo al son de los pasos. Una radio crepitó.

Se aproximaban.

Ráfagas de viento seguían sonando como graves lamentos, agitando hojas a su paso. El cadáver se mecía con más fuerza y el crujido incrementó su cadencia. Lo más sensato en esa tesitura hubiera sido salir al encuentro de los policías, contarles su verdad; sin embargo, por alguna razón indecible, algo en su subconsciente le indicaba a gritos que saliera de allí pitando. Se terminó de levantar y, valiéndose de la niebla y de la oscuridad, comenzó a alejarse con paso renqueante, igual que si estuviera borracho. Aunque no lo estaba. Se sentía algo desorientado, mareado.

Si eso era todo, ¿por qué huía?

Sucumbió a la tentación de rehacer sus pasos y escarbar en los bolsillos del muerto. A la primera, localizó su cartera. La abrió. Tal como sospechaba se trataba de Thornley. No disponía de más tiempo. Oía ya los crujientes sonidos de botas aplastando la hierba apelmazada por la escarcha.

Estaban cerca. Extremadamente cerca.

Un pequeño círculo de luz lo alumbró. Si bien el resplandor que lo alcanzaba era tenue, lo cegó un instante y se cubrió la cara con una mano. En ese momento, James, empujado por la adrenalina, dejó de lado el sigilo y se desvaneció a la carrera entre la bruma.

«Eh, oiga, deténgase». «Policía armada».

Casi a ciegas, sin mirar atrás, Allen sorteó renqueante lápidas que brotaban de la turba y árboles centenarios que se alzaban fantasmales. Voló sobre escalones de piedra bastante desgastados. Corrió y corrió sin un destino claro, hasta que llegó a un camino asfaltado que se ramificaba como los tentáculos de una hiedra. Hizo un alto un instante, exhalando vaho por la boca, y trató de orientarse. De repente, sintió unos ojos que lo acechaban. Luchando contra la angustia, dio un giro lento sobre sí mismo. Atento. El cementerio estaba rodeado de edificaciones, meras sombras desvaídas.

En eso, entrevió una figura negra evanescente que exhibía algo de extraordinario. La persona en cuestión —sin el menor atisbo de duda lo era— estaba inmóvil, escudriñándolo a través de la niebla. Se antojaba grotescamente encorvada y se mantenía en pie gracias a la ayuda de lo que en la distancia le parecieron dos muletas. ¡¿Llevaba en la cabeza un sombrero de copa?! A la vez, escuchó con nitidez una respiración sibilante, ahogada, que le puso la piel de gallina.

La aparición se desvaneció como si fuera una pesadilla, rápido y dejando un poso de inquietud.

James sacudió la cabeza, incrédulo. Después vislumbró las líneas rectas de una cancela de hierro al fondo de una vereda que salía a su derecha. Corrió en dirección a ella. Estaba cerrada. Los cementerios de la ciudad echaban el cierre por las noches. A su espalda, las radios crepitaban voces distorsionadas. Se quedó mirando hacia arriba, considerando sus posibilidades. La verja mediría unos dos metros de alto y terminaba en puntas de lanza. No resultaría difícil de saltar, solo era ornamental, disuasoria. Volvió la vista una última vez sobre el hombro. Ya no oía a sus perseguidores. En ese laberinto de tinieblas era sencillo escabullirse.

Sin tiempo para la duda, escaló la verja y saltó al otro lado.

James Allen permaneció de pie en la acera, sin saber bien qué hacer. La calle trazada en curva aparecía desierta. Las farolas, colocadas cada diez o quince metros, derramaban su resplandor amarillo, haciendo brillar mortecinamente el pavimento húmedo. Las ventanas de los edificios que flanqueaban la calle estaban a oscuras. Todas. Debía de ser tarde. Alzó la muñeca izquierda de manera instintiva, pero no llevaba el reloj. Lo había perdido. Mostró su fastidio con un chasquido de la boca. En aquel Omega de buceo invirtió su primer sueldo hacía ya un montón de años…

Dos detonaciones de disparos casi simultáneas pusieron fin a una mezcla de espeluznantes chillidos y carcajadas demenciales que procedían del interior del cementerio.

James devolvió la mirada al otro lado de la verja. Una placa a su espalda afirmaba que estaba ante la entrada principal del cementerio

de Greyfriars. Naturalmente. Al instante lo entendió, pero ese pensamiento no le procuró consuelo alguno. Más bien todo lo contrario. Si existía un lugar en Edimburgo donde alguien podía sufrir una experiencia semejante a la que él acababa de vivir, sin duda era aquel. El enclave del mundo con más actividad paranormal. Hechos extraños, presencias inexplicables, supersticiones de todo tipo. Una parte del cementerio permaneció un tiempo cerrada a cal y canto después de que decenas de personas desconocidas vieran cómo sus cuerpos eran marcados de manera misteriosa con arañazos, mordiscos y quemaduras. Ni siquiera los que respondían a esta leyenda con expresiones jocosas permanecían en Greyfriars al caer la noche.

James Allen no tenía una opinión formada, se consideraba pragmático, pero mantenía la mente abierta ante aquello que desconocía. Entonces, ¿habría sido todo eso real? Los crujidos, el ahorcado, el tullido, los chillidos, los disparos…

De un extremo de la calle llegaron cortos y graves pitidos, seguidos de destellos en azul y rojo reflejados en los charcos de la calzada. La policía llegaría de un momento a otro. Iba ya a echar a correr cuando un vehículo con el tubo de escape escupiendo nubes blancas se apartó de la acera de enfrente haciendo chirriar los neumáticos y fue directo hacia él. Frenó con brusquedad. La ventanilla del acompañante se abrió poco a poco, a trompicones, y una nube de humo escapó del habitáculo. Una joven inclinada sobre el asiento asomó la cara dirigiéndose a él con aspavientos.

Reconoció al instante el Escarabajo amarillo lleno de raspaduras y ese rostro color té con un pitillo entre los dientes.

Sela.

—¡Vamos, Allen! ¿A qué coño estás esperando? ¡Sube al coche de una puñetera vez!

La conductora tiró de la palanca y la portezuela se entreabrió.

Tan pronto James Allen se precipitó al interior, Sela metió una marcha y pisó a fondo el acelerador.

2.
Ave atque vale…

Cuatro días antes…
Martes, 8 de octubre
Ciudad vieja, Edimburgo

El encontró el lugar que buscaba en los bajos de un edificio de piedra al final de Canongate, en Royal Mile. El Tolbooth Tavern era un local en el que se prodigaban los activistas más radicales. Si existía alguien interesado en pagar una buena suma por la información que obraba en su poder, sin duda serían ellos. La circunstancia afortunada de que faltaran pocos días para el referéndum de independencia no había hecho sino disparar el precio de la mercancía.

Su primer impulso fue vender deprisa; sin embargo, reprimirse y dejar pasar el tiempo había sido una decisión acertada. Ahora, llegado al punto en el que se encontraba, resultaba crucial dar con la persona adecuada para cerrar un buen trato. Y confiaba en que esa fuera el tal Kendrick, o habría desperdiciado cincuenta libras y lo que era peor: un tiempo valiosísimo.

Desde la acera, Robert Thornley se asomó a una ventana emplomada escondiendo la cara entre las manos. En el interior, no distinguió a nadie que se pareciera al individuo al que buscaba; por lo tanto, sin quitar ojo a la puerta del tugurio, abotonó hasta arriba el chaquetón marinero que llevaba puesto y se apostó bajo la arcada de acceso al callejón que había al otro lado de la calle.

No tuvo que esperar demasiado hasta que Kendrick se dejó caer por allí. Caminaba con una mujer en cada brazo y lanzando sonoras risotadas. Pese a que, en la distancia, era incapaz de distinguir su rostro picado por la viruela, desde luego respondía a la descripción que le habían proporcionado: complexión fuerte y barba descuidada cubriéndole el cuello. En lo tocante a sus modales groseros, tendría que esperar para descubrirlo, pero la manera en que agarraba a esas chicas —aunque pareciesen fulanas—, como si fueran pertenencias, ya

decía suficiente sobre un hombre.

Thornley siguió al trío con la mirada y lo pudo ver desaparecer dentro del pub. No había terminado aún de cerrarse la puerta, cuando abandonó la seguridad del refugio y fue tras sus pasos. Cruzó por mitad de la calle y entró también. El Tolbooth Tavern estaba concurrido y el aire olía a una mezcla de humo de cigarrillos y sudor. La música sonaba alta y dificultaba la conversación. Thornley se despojó del gorro y fue a hacerse un hueco en la barra. Tratando de aparentar que tomaba una pinta, dejó pasar otra media hora más. Durante ese tiempo, no quitó ojo al activista, que estaba sentado en un rincón bebiendo como un cosaco y metido en conversación con las dos mujeres que entraron con él. Por fin, y antes de que Kendrick acabara tan perjudicado que no le sirviera para nada, Thornley se decidió y se aproximó a la mesa, estrujando el gorro de lana.

—Y tú, ¿qué quieres? —le espetó el activista a bocajarro, con una pinta en la mano y los labios manchados de espuma.

—¿Eres Kendrick?

—¿Y qué si lo soy?

—Si te llamas Kendrick, tengo una propuesta que hacerte.

—No me interesa. Lárgate. —Y devolvió la atención a una de las chicas, cuyos dedos, bajo la mesa, se movían con agilidad por su entrepierna.

—Si yo estuviera en tu pellejo, querría escucharla.

—Cielo, ¿quién es este tío? —preguntó la otra chica que acompañaba a Kendrick.

—Cállate. —El activista depositó la pinta en la mesa y agudizó su gesto desagradable—. Y tú, si no te largas de una puta vez…

No obstante, Thornley no se dejó amilanar y permaneció de pie pegado a la mesa, plantándole cara. Él también sabía ponerse farruco y necesitaba demostrarle a Kendrick que él no era fácil de intimidar… o el precio disminuiría tan rápido como se consume una mecha.

—Me aseguraron que te encontraría en este sitio y que te interesaría lo que tengo que contarte.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No lo recuerdo bien, lo oí por aquí y por allá. Ya sabes cómo va este negocio.

Kendrick suspiró y con un gesto indolente despachó a las dos chicas, que se levantaron con caras largas y fueron a la barra bamboleándose sobre los tacones.

—Tienes de tiempo lo que tardo en terminarme la pinta. Luego te largo a patadas.

Thornley giró una silla y se sentó enfrente de Kendrick, con los brazos cruzados sobre el respaldo. En medio del ruido y del humo, habló sin parar como por espacio de cinco minutos. Después, la

conversación se alargó durante otros veinte más. Entretanto, las dos mujeres de la barra se aburrieron y se largaron. Al activista no le cupo duda de que la propuesta resultaba interesante; sin embargo, cincuenta mil libras esterlinas era mucha pasta de la que, por descontado, él no disponía. Al cabo de un tenso tira y afloja, Kendrick aceptó.

—Pero necesitaré algo de tiempo para reunir el dinero.

Thornley consideró el asunto con los ojos entrecerrados.

—Hoy es martes. Tienes hasta el sábado por la noche. Yo estaré a las diez y media en el cementerio de Greyfriars, junto a la tumba de, apúntalo bien… —esperó a que Kendrick sacara un bolígrafo y una servilleta de un dispensador—, la tumba de Clara Hastings. Si no estás allí, le venderé la mercancía a otro.

Al tiempo que Kendrick terminaba de tomar nota del lugar y hora del intercambio, Thornley se levantó, acomodó de nuevo la silla bajo la mesa y se marchó encasquetándose el gorro bien hondo. Los ojos del activista acompañaron al vendedor mientras se movía entre la gente camino de la puerta. Cuando lo vio salir del pub, sacó el teléfono móvil y se lo llevó a la oreja. Se tapó el otro oído con el fin de amortiguar el ruido del local.

—¿Knox?… Soy Kendrick… Tenía usted razón respecto a Thornley… ¿Cómo?… Qué va, en el Toolboth Tavern. No hará ni dos minutos que se ha largado… No le oigo bien… Vale, ahora mismo voy… Entendido, por la puerta de servicio.

Nada más colgar, Kendrick fue a la barra y pagó la cuenta.

—Voy a salir por atrás —le dijo al camarero, que asintió para mostrar su conformidad.

Kendrick necesitaba burlar la vigilancia del MI5. Por lo general le traía sin cuidado, dejaba que se divirtieran un poco, pero hoy no. Ahora tenía que darles esquinazo. Cruzó por la cocina, salió a un callejón trasero y por él regresó de vuelta a Canongate. La noche lo recibió con bocanadas de aire gélido. Con las manos en los bolsillos de su zamarra y la cabeza hundida entre los hombros, empezó a caminar calle arriba, hasta desembocar en Jeffrey Street, entonces giró a la derecha. La caminata bajo un frío que pelaba le ayudó a despejarse.

Pese a que Knox era un vejestorio que parecía indefenso, haría bien en no subestimarlo. Unos días atrás, ese tipejo hosco y siniestro hizo correr el rumor de que un tal Robert Thornley trataría de poner en el mercado alguna información crucial para la causa. Si eso ocurría, había prometido una jugosa recompensa a quien le ayudara a conseguirla. A partir de ese momento, Kendrick mantuvo los ojos abiertos y los oídos atentos, y, si bien sus pesquisas no habían dado el fruto esperado, ese parecía ser su día de suerte. No solo tendría la oportunidad de ayudar al movimiento, sino que, de paso, se

embolsaría un buen pellizco que no le vendría nada mal. Lo que se dice matar dos pájaros de un tiro. Al cabo de un tiempo en que todo le salía rematadamente mal, por fin las cosas empezaban a mejorar.

Cruzando el puente sobre las vías del tren que lo llevaba a la otra parte de la ciudad, tuvo un fugaz pensamiento. Esbozó una vaga sonrisa. Era una sonrisa lasciva, de esas de las que se valía para llevarse a las mujeres a la cama. ¿Cómo se llamaba esa periodista? Se detuvo al final del puente y se puso a rebuscar entre los contactos de su móvil hasta que dio con el número de Sela Azmi. Tendría que currársela un poco, pero después de todo quizás sacase de ese asunto algo más que un buen pellizco, y es que un revolcón tampoco le vendría nada mal.

Cuando colgó el teléfono después de la charla, su sonrisa era más abierta y se frotó las manos, como quien está ante un trozo de tarta al que va a hincarle el diente.

—Qué grande soy —se dijo, sonriendo, y prosiguió su camino.

Rebasado el puente, atravesó tramos de Princes Street, Saint David Street y, por fin, George Street, donde hizo un alto con la vista puesta en la fachada del número 16, en busca de indicios de vida; no obstante, las contraventanas estaban cerradas y no se advertían luces encendidas.

Siguiendo las indicaciones que le facilitó Knox por teléfono, pasó por delante de los escalones frontales, rodeó la manzana por la esquina este y accedió a un estrecho y oscuro callejón. Tras empujar una cancela chirriante, bajó unas escaleras y se topó con una puerta. Demasiado recia para guardar la carbonera, que fue su destino original. Llamó siguiendo la pauta acordada.

Dos golpes, pausa, dos golpes.

No tardó en oír desde el otro lado unos pasos arrastrados, seguidos de unas espantosas inhalaciones y exhalaciones, tan ásperas como las de un asmático pugnando por bocanadas de aire. Solo un segundo después, el mecanismo de varios cerrojos en funcionamiento y la puerta se abrió. Encuadrado bajo el marco, surgió un rostro granuloso con unos ojos penetrantes fijos en él. Knox en carne y hueso.

¡Por los clavos de Cristo, qué repulsivo era!

Entró y la puerta se cerró.

Habría pasado una media hora, cuando Kendrick regresó a la luz de las farolas. Durante el tiempo en que había permanecido en el interior de la casa, una densa niebla se esparció sobre la ciudad, sumiéndola en las tinieblas.

Echó a caminar.

Su paso era cansino. En la calle no se veía un alma y únicamente se

distinguía el ruido de sus propios zapatos en la acera. Todavía tenía metido en la nariz ese asqueroso olor a naftalina y en su cabeza resonaban los ecos de una conversación que le había dejado mal cuerpo. De repente se vio incapaz de contener un escalofrío que le recorrió la columna, y no precisamente por la baja temperatura.

«Maldito viejo».

Siguió caminando.

Se arrebujó en la cazadora y avivó el paso, en parte para entrar en calor, en parte para alejarse de ese lugar… Al doblar una esquina notó una presencia detrás.

Se giró de golpe.

Nada. Cortinas de niebla.

Profirió una risita nerviosa, mientras le venían a la cabeza los chismorreos que corrían acerca de Knox. Que si se comía vivos a los niños albinos. Que si se valía de artes oscuras para conseguir sus arreglos. Que si su presencia era demoniaca… El tío podía dar mal rollo, pero todo eso no eran más que memeces.

Sus manos fueron a los bolsillos y siguió caminando.

Lo hacía deprisa. Avanzó por George Street en dirección a Princes Street, donde podría tomar un bus que le dejara cerca de su casa. Los comercios estaban ya cerrados y en esa parte de la ciudad apenas había bares, de modo que todos los edificios grises estaban muertos. Menudo vecindario más aburrido. Todavía seguía dándole vueltas a lo sucedido, cuando volvió la esquina con Saint David Street. A medida que recobraba el ánimo, el nerviosismo que lo invadía iba dejando paso a un creciente cabreo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido para dejarse amedrentar por un vejestorio? Le había sonsacado toda la información y él, en cambio, seguía con los bolsillos vacíos.

«No se preocupe, Kendrick, recibirá su justo precio».

¿Qué coño significaba eso? Con el recuerdo del papel que cubría la pared caído a trozos en el suelo, las cortinas raídas y las manchas de hollín por todas partes, no pudo evitar cuestionarse cómo era posible que Knox, viviendo en semejante cuchitril, dispusiera de cincuenta mil libras. En eso, le asaltó otro pensamiento que le hizo fruncir aún más las cejas. ¿Cobraría su dinero?

«Kendrick, no eres más que un puto pardillo que se ha dejado embaucar por un vejestorio».

Kendrick hizo un alto.

Por un momento, tentado estuvo de dar media vuelta y obligar a Knox a que le pagara, aunque tuviera que sonsacarle cada libra a puñetazo limpio. Sin embargo, esa sibilante respiración que tanto repelús le daba le hizo recapacitar, y terminó por dominarse. Tampoco acababa de comprender el interés del viejo por Sela Azmi. En cuanto le confesó que la había telefoneado de camino a la reunión —otra

cagada, pero no pudo resistirse ante esa mirada—, no se dio por satisfecho hasta conocer, con pelos y señales, qué le había dicho, y eso que él no paró de insistirle en que no era más que una doña nadie que trabajaba en un periodicucho en Ballater, a la que no había sino puesto un anzuelo a fin de intentar llevársela a la cama…

Toc…, toc…, toc…

Unos golpes oídos a su espalda pusieron tenso a Kendrick. Se giró en redondo y escudriñó la bruma, que lo envolvía todo con la lividez de un sudario. En el extremo más alejado de la calle entrevió una sombra negra destacando en un marco gris que le resultaba vagamente familiar, y frunció el entrecejo.

—Qué coño…

La sombra se esfumó.

Palpó el bolsillo de la zamarra. El tacto de la navaja lo atemperó. Si algún ladrón quería vérselas con él, ¡y tanto que lo encontraría!

Reanudó la marcha.

Cada dos o tres pasos, volvía la cabeza.

Toc…, toc…, toc…

Y volvió a hacer un alto.

—¿Quién anda ahí? —dijo a la niebla—. ¿Eres tú, Knox?

Pero era consciente de que eso resultaba imposible.

En el silencio tan absoluto que campaba a sus anchas se hubiera podido escuchar el zumbido de un mosquito.

Kendrick estaba asustado. Metió la mano en el bolsillo de la cazadora y extrajo la navaja. En cuanto presionó el botón, la hoja afilada salió del mango con la pasmosa rapidez de un resorte. Se sintió mejor sosteniendo el arma en alto.

—Me cago en…

Kendrick dio un brinco atrás.

Delante de él, a un par de metros, entrevió a alguien.

Una sombra doblada por la cintura, ¡con sombrero de copa y dos muletas! ¿Quién coño llevaba chistera en el siglo XXI?

—¡Eh, tío! Te advierto que conmigo no se juega.

Cuando esa expresión salvaje, casi primitiva, salió de la niebla y lanzó una mirada implacable a Kendrick, este se quedó sin respiración. En las manos esgrimía las dos muletas convertidas ahora en sendos afilados estiletes. Las hojas brillaban, asesinas.

De repente, su boca negra escupió cuatro palabras.

Cuatro.

Siseantes como una serpiente.

—*Ave atque vale*, Kendrick.

Yo te saludo y te despido.

Kendrick contempló pasmado cómo esa figura espantosa se movía ahora con la agilidad de un esgrimista y abortó un conato de

abalanzarse sobre él, para, en lugar de ello, retraerse. Ese tipejo que mediría la mitad que él le suscitaba un terror paralizante.

A partir de aquí, todo se desarrolló a una velocidad horrible. En un minuto, se desató un pandemonio en el interior de la cabeza de Kendrick, al tiempo que la figura, inclinada hacia él, no paraba de sisearle:

«Deja que el Diablo te susurre al oído».

Kendrick había perdido por completo la razón y el control sobre sí mismo. Su rostro había adquirido el semblante de un perturbado. Enteramente desquiciado, vomitó en la acera, y a continuación se orinó y defecó encima. En medio de un frenesí de demencia, el activista se clavó su propia navaja en un ojo.

Una vez, y otra, y otra…

Y todo ello sin parar de lanzar siniestras carcajadas que rebotaban en las fachadas y se perdían dentro de la niebla. Solo pretendía alejarse de la pura maldad. Huir lo más lejos posible.

Seguía retorciéndose de dolor en mitad de la acera, cuando por toda la manzana las ventanas comenzaron a cubrirse de luz y los curiosos a asomarse a la calle. El bravucón de Kendrick todavía tardaría varios minutos en morir envuelto en la pestilencia que emanaba de sus propios fluidos.

Para entonces el Diablo ya se había desvanecido.

3.
Las piezas del juego…

Kendrick

Thornley

Shaw

Allen

Azmi

Ackroyd

La Vieja

4.
La suerte está echada…

Miércoles, 9 de octubre
Lochcarron, Highlands

JAMES ALLEN nació y creció en Lochcarron, un pueblecito de las Highlands escocesas. Su abuelo Kirk, nada más regresar de la Gran Guerra, levantó con sus propias manos un caserón de dos plantas en plena naturaleza al que, en virtud de una promesa que hizo en combate, puso por nombre *Morning Star*. Tras el fallecimiento de sus padres, la vivienda familiar permaneció en estado de semiabandono, pero al enviudar el invierno anterior, James dejó atrás su vida a medio camino entre Glasgow y la Toscana y regresó a su pueblo natal, donde aceptó la plaza de profesor en su escuela.

En mitad de ese paisaje tan agreste y solitario, James Allen se sentía él mismo. Había tardado años en persuadirse de ello, pero al fin comprendió que el hogar no estaba donde uno va, sino en el lugar a donde uno vuelve. Y Lochcarron era el lugar al que siempre regresaba. Con él convivían Anne Marie —la fiel ama de llaves de su difunta esposa Victoria—, Patricia Banner —la cual seguía deshojando la margarita de su futuro—, y sus tres perros —Zeus y Diana, dos labradores retriever que pertenecieron a Victoria; y Khentii, un mastín tibetano que encontraron abandonado en Mongolia durante su trágica luna de miel—.

La mañana siguiente a la horrorosa muerte de Kendrick, el valle de Glenn Carron amaneció bajo un sol brumoso. El fuerte viento que se había levantado durante la noche disipó el cielo tempestuoso, arrastrando las nubes fuera del valle. Los últimos vestigios podían apreciarse al fondo, sobre la cumbre del monte Sgorr Ruadh. James y Patricia salieron a caminar bastante temprano, como acostumbraban a hacer a diario. Era su momento íntimo. En medio de esa serenidad se tenían el uno al otro. Nada más importaba. Luego, al regresar, se

imbuían en sus propios asuntos. La relación que mantenían James y Patricia resultaba difícil de catalogar. Nunca había pasado de la amistad —y a ninguno de los dos se le hubiera ocurrido dar un paso en otra dirección—, pero entre ellos se había forjado una complicidad que iba más allá. Mucho más allá.

En lo alto de una colina hicieron una parada. A vista de pájaro, se distinguía la inmensidad del valle, un arroyo fluyendo de través por un cauce sinuoso y el insignificante tamaño de la casa construida sobre un promontorio. Los envolvía una sinfonía de silencio que sonaba inverosímil, serena.

Después de un par de sorbos a la botella de agua, Patricia sacó a relucir el tema del referéndum:

—¿Qué crees que pasará el 17?

—No lo sé, y tampoco me interesa demasiado.

—Venga, no puedes vivir ajeno a lo que sucede a tu alrededor.

James no dejó de admirar el horizonte.

—No vivo ajeno, ocurre que me interesan más otras cosas. Observa la belleza que te rodea. Respira este aire. Aspira este olor… Nuestra compañía. Esto es lo único para mí relevante. Y eso nunca va a cambiar.

—Esperemos. Las encuestas predicen un estrecho margen al vencedor. Cualquier circunstancia excepcional podría inclinar la balanza en un sentido o en otro.

Reanudaron la marcha, enfilando una cuesta por un camino de tierra que descendía haciendo pequeñas eses. Permanecieron en silencio, escuchando el rechinar de sus zapatos sobre la gravilla y algún que otro ladrido de los perros. Luego comentaron las obras de reconstrucción de la casa iniciadas después del incendio que provocó Alessia algunos meses atrás. Seguían los andamios, y es que James había aprovechado la coyuntura y se había embarcado en unas reformas para las que nunca encontraba el momento adecuado.

Un conejo se cruzó en su camino y los tres perros se lanzaron en su persecución ladera abajo.

—Y tú, ¿has decidido ya lo que vas a hacer? —le preguntó Allen, cuando tenían a la vista la verja de entrada, una herrumbrosa cancela de hierro que se sujetaba en dos columnas de piedra manchadas de liquen. En el pilar de la izquierda estaba grabada la palabra *«Morning»*, y en el de la derecha, *«Star»*.

—Aún no. Es una decisión difícil de tomar.

Patricia había aprobado el ingreso en el FBI y la agente al mando de la oficina de Washington D. C., María Ramírez, la presionaba para que aceptara el puesto. Ella, sin embargo, no estaba segura de querer dejar todo atrás y trasladarse a vivir a Estados Unidos.

El camino los llevó silenciosos hasta el puente de piedra, vadearon

el río y tomaron el sendero de entrada, jaspeado por piedrecillas. Casi dos horas después de salir. Tres minutos más que el día anterior. Siempre el mismo recorrido. Casi siempre el mismo tiempo.

Cuando salió de la ducha, a James se le despertó un recuerdo en la memoria: la carta que había recibido un par de días antes a vuelta de correo. El remitente la había dirigido a la atención de Victoria Meier a la villa que esta poseía en la localidad toscana de Cortona; pero, al estar cerrada a cal y canto, el servicio postal italiano la había reenviado a la nueva dirección que constaba en sus ordenadores: Lochcarron, Escocia.

Aún envuelto en el albornoz y con el pelo mojado, la extrajo del cajón superior de una de las mesillas de su dormitorio y durante un rato examinó otra vez el sobre con la misma expresión de desconcierto que la primera vez que lo tuvo entre las manos. Franqueado en Balmoral. En el anverso un emblema circular: EIIR. En el centro, la dirección manuscrita en azul con caligrafía cuidada. Sin duda, una mano de mujer.

Allen extrajo la carta del sobre. Papel crema. Grueso. El membrete: el escudo de armas del castillo de Balmoral en color ocre. Escrita del mismo puño y letra que la dirección que figuraba en el sobre. La tinta y el trazo se correspondían indudablemente a una pluma estilográfica. Color azul pálido.

Acomodó el trasero sobre la cama y se preparó para leer por segunda vez su escueto y enigmático contenido.

Estimada señorita Meier:

Es perentorio que contacte con usted por una cuestión personal de primerísima importancia, que requiere de unos servicios extremadamente discretos.
Le ruego envíe un mensaje a través de la cuenta oficial de Twitter «@RoyalFamily», en el que debe incluir las tres palabras siguientes: gato, secreter y Afganistán.

Atentamente

E. R.

Durante un rato permaneció en la misma posición, meditando. Antes de casarse, Victoria presidía uno de los *lobbies* de influencia más importantes y discretos del mundo; no obstante, después de su matrimonio ella dejó atrás esa vida, algo que, a todas luces, desconocía la remitente de la carta.

¿E. R.?

Podía tratarse de una broma de mal gusto, pero desechó la idea. Poner un sello del castillo de Balmoral era algo serio, y en el Reino Unido no se jugaba con esos asuntos. Con la carta en la mano, James fue de la cama al escritorio que había en su cuarto y desde su ordenador personal realizó algunas búsquedas en Google, más que nada para disipar las dudas que aún le rondaban. Al final se terminó por convencer de su autenticidad, aunque debía reconocer que las instrucciones incluidas eran, por decirlo de manera suave, un tanto «insólitas».

A continuación, cogió el teléfono para llamar a Collins y le explicó lo que necesitaba de él.

—¿Quieres abrirte un perfil en Twitter? ¿Tú? —Al exhacker se le escapó una risita guasona.

—¿Qué pasa? Yo también estoy en este siglo.

—Ya, ya. ¿Me lo cuentas o tengo que averiguarlo?

Allen exhaló un suspiro.

—Te digo una cosa, desde que conociste a Katya te has vuelto un listillo de tomo y lomo.

—Ella me ha abierto los ojos… Eh…, en sentido figurado, claro.

—Naturalmente.

Collins, al que quería igual que a un hermano pequeño, todavía no había recuperado la visión después de sufrir un desafortunado accidente cuando trataba de escapar de la cárcel, donde un individuo llamado Smedson lo había encerrado en compañía de Katya y otros cuantos hackers más. Sin embargo, el analista de seguridad de sistemas no había perdido su acostumbrada jovialidad y se había reincorporado al trabajo —en una agencia gubernamental de inteligencia sin nombre—, incluso en contra de la opinión de los facultativos.

James, no obstante, consideraba que con la invidencia Collins había cambiado…, o puede que fuese por esa chica rusa. Sea lo que sea, le agradaba que aún conservase el contacto con ella. Su amigo no sentía ninguna empatía hacia la especie humana en general y que esa relación se alargase ya varios meses, si bien de manera virtual, era un buen síntoma.

Después de colgar, con la cuenta ya abierta en la red social, Allen se preparó para escribir el mensaje. Lo primero fue identificarse; a continuación, informó a quien estuviera al otro lado de que Victoria

Meier había fallecido el año anterior; por último, se brindó a ayudar en lo que hiciera falta. Aunque no le resultó sencillo, en el texto integró con armonía los tres términos que indicaba la misiva («gato», «secreter» y «Afganistán»). Una vez escrito y releído, y después de permanecer una eternidad con el cursor del ratón sobre la tecla ENVIAR, acabó por hacerlo.

La suerte estaba echada.

Después, desconectó el ordenador y abandonó su habitación. Si alguien estaba burlándose de él, pronto lo descubriría. El resto del miércoles James lo pasó subido al tejado de pizarra de la casa, enfrascado en más reparaciones; entretanto, Patricia no se movió de su tresillo predilecto, embebida en los capítulos finales de la novela de un tal Arthur Wells sobre el caso del Demonio del Agua, de título *También los demonios tiemblan*. La redacción era francamente mejorable; sin embargo, no podía negar que hacía tiempo que no devoraba un libro de cabo a rabo a tanta velocidad. En una ocasión en la que James penetró en el hogar, Patricia dejó de leer para preguntarle si había hablado con el escritor, dado que parecía conocer demasiados detalles al respecto, incluso algunos que ella misma, que había llevado el caso, desconocía. Allen se limitó a menear la cabeza con los hombros encogidos, pero Patricia no se mostró muy convencida.

De esa manera, llegó el día siguiente.

Jueves.

James Allen se levantó de la cama con sensación de estómago vacío. La víspera había estado trabajando hasta tarde en el tejado y se fue a dormir sin probar bocado. Antes de salir de su dormitorio vestido para su caminata diaria, se asomó a la ventana y miró hacia el cielo. El color metálico de las nubes no avecinaba nada bueno. Tendría que apresurarse en terminar la impermeabilización. Las primeras nevadas de la temporada estaban al caer.

Recordó de pronto el mensaje de texto que había enviado a través de Twitter. Dio la espalda a la ventana y se colocó delante del escritorio. Aún de pie, levantó la tapa del ordenador y, al cabo de un momento de duda, lo encendió…

Allí estaba la respuesta.

La silla rascó el suelo cuando la retiró descuidadamente con el corazón acelerado, luego tomó asiento y leyó un críptico mensaje que reclamaba su presencia urgente en Balmoral.

Esa representaba la parte sencilla.

La siguiente no lo iba a ser tanto, y James la leyó sin que el gesto de confusión desapareciera ni un solo segundo de su rostro. En resumidas cuentas, el remitente le hacía saber que no habría nadie esperándolo en la puerta; de hecho, ni remotamente cabía esperar que

se anunciara su presencia; por lo tanto, debería ingeniárselas para penetrar en la mansión. «Algo que, a tenor de su pasado, no debería ser un obstáculo insalvable para usted». Por último, había una advertencia: debía mantener el asunto en la más absoluta discreción, «por una cuestión de estado de primerísima importancia».

Allen había quedado tan estupefacto que hubo de releer el mensaje completo dos veces más. Todo esto le sonaba a las novelas de John le Carré en las que se decía eso de: «Está solo. Si lo apresan, este Gobierno negará cualquier conocimiento de sus acciones». ¿Y a qué venía esa mención acerca de su pasado? ¿Qué sabía el remitente sobre él? El asunto comenzaba a ser estresante.

James gastó la mañana del jueves tratando de escapar del laberinto que formaban sus propios pensamientos, y a pesar de que Patricia intentó en varias ocasiones entablar conversación con él, no obtuvo más respuestas que algunos gruñidos descorteses y bruscos cambios de tema.

Por la tarde comenzó a llover sin parar, razón por la cual hubo de suspender los trabajos en el exterior de la casa. El escocés estuvo un buen rato hablando por teléfono con Collins. Tras finalizar la llamada, de nuevo se fue a su dormitorio a estudiar los planos del castillo de Balmoral que le había enviado el antiguo pirata informático a su dirección de correo electrónico.

La fuente de información era Katya —una buena chica, pero que no dejaba de ser una pirata informática rusa—, y no pudo evitar preguntarse si no sería ilegal; si bien, después de la incursión que estaba planeando, preocuparse por esa cuestión era como pensar antes de 1927 que Al Capone acabaría en la cárcel por evasión de impuestos. Vamos, un absurdo.

En el hilo de correos mantenidos entre Collins y Katya, ambos discutían sobre la mejor manera de penetrar clandestinamente en la mansión. «Katya, no sabes lo que dices, en esa parte de Escocia, y en octubre, el agua estará congelada», esgrimía Collins; para de inmediato recibir la réplica: «Ains, cómo sois los chicos de tozudos. Existe ropa para eso». Más réplicas y contrarréplicas. Y así con todo. Eran tal para cual.

James, después de examinar a conciencia los planos, no pudo sino llegar a la misma conclusión que Katya, y a Collins no le quedó otra que dar su brazo a torcer. Sin duda, el plan más viable consistía en tomar un conducto que desaguaba en el río Dee. Las diferentes simulaciones ejecutadas por los dos hackers le otorgaban un margen de éxito de entre el 38 y el 43 %.

Pues qué bien.

Esa noche, durante la cena, se mostró parco en palabras y mató el tiempo jugueteando con la comida; a esas alturas, una sombra de

recelo cubría el rostro de Patricia. Allen tramaba algo. Y, conociéndolo, se temía lo peor.

Viernes.

James despertó cuando aún era de madrugada con la cabeza bullendo como una olla a presión. Tendido boca arriba sobre la cama con los ojos cerrados, escuchando la lluvia estrellarse contra los cristales, visualizó milimétricamente una y otra vez todos los pasos que debía ejecutar durante la incursión. Una vez que estuvo casi seguro de que el plan que había concebido funcionaría, sus pensamientos se dirigieron a Patricia y el dilema que esta cuestión suscitaba. Confiaba en ella ciegamente. Era su perfecto *alter ego*, pero no estaban hechos de la misma pasta. Él era decidido, impulsivo y prefería incumplir la ley que traicionar su conciencia. Ella, reflexiva y juiciosa, medía cada paso que daba. La conciencia de Pinocho era Pepito Grillo, y la suya, pese a que casi nunca le hacía caso, se llamaba Patricia Banner.

Sin embargo, el remitente había sido muy preciso al respecto. Exigía absoluta confidencialidad. No. Esto debía hacerlo él solo.

Conocía a su amiga e inventar una mentira que la convenciera no resultaría nada sencillo. Ella sabía que lo más parecido a un familiar que James tenía en el mundo eran Matthew y Ellen, pero vivían en una granja a pocos kilómetros de allí, por lo cual utilizarlos de pretexto quedaba por completo descartado. Pensó entonces en Alex, su amigo de la infancia. Vivía con su familia en la isla de Skye y hacía pocas semanas que Lee había dado a luz a una preciosa niña: Bonnie. James solía ir a visitarlos a menudo; no obstante, Patricia asimismo era amiga de los Scott y a buen seguro querría ver al bebé. Eso, sin contar con que su amigo lo atosigaría a preguntas…

Al final, después de más de media hora devanándose los sesos, se decantó por lo más sencillo: huir a la francesa. Sin decir nada. Total, si todo marchaba bien, al día siguiente a lo sumo estaría de vuelta y se ahorraría un montón de embustes.

Con una decisión tomada, llenó una bolsa con muda para un par de días y se largó, no sin antes comunicarle su viaje a Anne Marie. Su ama de llaves, a diferencia de Patricia o de Alex, jamás hacía preguntas. Cuando cerró la puerta de la casa a sus espaldas, la tormenta parecía haber concedido una tregua y el sol trataba de asomar por detrás de las montañas.

James fue directo al apeadero de Strathcarron, donde tomó el primer tren de la mañana. En menos de una hora y media llegaba a Inverness, y cuarenta minutos más tarde, a Aviemore. Fin de la primera etapa de su viaje. La estación de ferrocarril de Ballater había dejado de prestar servicio en 1966, convirtiéndose en un museo, de manera que no le quedó otra que alquilar un coche para recorrer los

últimos ochenta kilómetros.

Ballater resultó una encantadora villa victoriana que se veía cuidada y próspera. Nada de casas cerradas o edificios abandonados. La elección de Balmoral como residencia de verano de la familia real constituía una inagotable fuente de turismo para toda la comarca. Era igual que el maná enviado a unas tierras inhóspitas y despobladas.

El día estaba allí claro, solo que las colinas que se alzaban en la lejanía igual que ondulantes montones de arena, todavía se mostraban tamizadas por la niebla. La víspera, una tempestad de nieve había enterrado calles y campos bajo un sedoso manto blanco. Aunque el otoño estaba en su apogeo, resultaba agradable estar al aire libre. James encontró alojamiento en el Alexandra Hotel, un hotelito rural a la salida de Ballater, desde cuyas ventanas se disfrutaba de un bello panorama. Una vez hubo deshecho el equipaje, ingirió un sobrio almuerzo y se echó la siesta en su habitación. Necesitaba estar descansado.

Esa noche haría una incursión a Balmoral.

La noche del viernes.

La noche del 11 de octubre.

5.
El señor Allen, supongo…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

TAN pronto como el ocaso se convirtió en noche, el hombre condujo por una carretera convencional que, por momentos, discurría a través de un bosquecillo de aspecto tenebroso. Las quitanieves habían convertido el trazado en una serpenteante línea gris que cortaba en dos un terreno tapizado de blanco. A un par de kilómetros de adonde iba, el conductor sacó el coche de la carretera y lo dejó oculto bajo un espeso grupo de árboles. Ayudado por dos bastones, continuó a pie. La luz de luna rebotaba sobre la nieve, provocando en el ambiente un extraordinario resplandor azulado, un tanto espectral. Pese a que el terreno era bastante llano, avanzar por la nieve resultaba agotador, lento…

Y peligroso.

Las pisadas debían ser cautelosas. Uno nunca sabe qué hay debajo de la nieve, de manera que un mal paso puede acarrear una luxación o algo peor. Si hubiera previsto la nevada, se habría equipado con un par de raquetas de nieve, pero no había sido así y debía apañárselas con lo que tenía. El individuo llevaba puesto un traje de inmersión y se protegía del aire frío con un impermeable. Al hombro cargaba una bolsa de nailon que se intuía que no pesaba mucho.

El trayecto, que en condiciones normales le habría ocupado menos de veinte minutos, le llevó en realidad algo más de una hora, incluyendo un breve descanso que se concedió a mitad de camino. Poco después de llegarle el ruido de un intenso borboteo, se encontró de frente un río ancho y caudaloso, en cuyas zonas más estancadas comenzaban a formarse capas de hielo. Un sendero plateado relucía en su superficie. Llegó respirando con dificultad. Definitivamente, estaba perdiendo la forma y, a su regreso, debería tomarse en serio esa cuestión.

No muy lejos de la otra orilla, su vista se cruzó con la silueta de la

formidable mansión, bañada parcialmente con la luz argéntea de la luna. Como telón de fondo, un imponente bosque de pinos caledonios que rodeaba el castillo, igual que si se tratase de un ejército de oscuros colosos preparándose para un asedio. Esa visión, emulando una ilustración sacada de una novela de sir Walter Scott, le resultó dramática, casi épica. En la torre del homenaje ondeaba empujado por el aire el estandarte real, una señal que anunciaba la presencia de la monarca en la residencia. El hombre maldijo ante el contratiempo que dificultaría aún más su ya de por sí delicada misión.

Apenas hubo terminado de verificar que no había nadie en los alrededores, dejó caer la bolsa al suelo y abrió la cremallera. Extrajo gafas de inmersión, escarpines, linterna y ordenador de buceo, e hizo desaparecer dentro el impermeable, los calcetines y las botas. Luego cerró la cremallera y cubrió la bolsa con algo de nieve para disimularla a la vista.

Antes de zambullirse en las gélidas aguas del río Dee se preguntó por enésima vez qué diantres hacía allí, y al igual que en las anteriores ocasiones, tampoco en esta halló una respuesta que aplacara su creciente ansiedad.

A pesar de su equipamiento profesional, al contacto con el agua notó de inmediato en su cuerpo el mismo efecto que si recibiese una descarga eléctrica. Nadó a contracorriente una decena de metros y pronto comenzó a notar el cosquilleo del entumecimiento. Verificó el ordenador de buceo, se ajustó las gafas y, tras llenarse los pulmones de aire, se sumergió.

En esas aguas turbias, la linterna no le fue de gran ayuda.

Guiado por el ordenador, buceó en dirección a las coordenadas, donde localizó la rejilla que protegía la entrada del desagüe. Con un destornillador retiró pacientemente los tornillos, luego la rejilla, y se coló por el agujero abierto. Llevaba casi tres minutos aguantando la respiración. Cerca de su límite. Recorrió unos cuantos metros más por el conducto, que iba ascendiendo, hasta que el agua dejó de cubrirle. Se subió las gafas a la frente y llenó de nuevo sus pulmones del aire envejecido que lo rodeaba.

Una vez que se hubo recuperado, continuó avanzando con el agua por la cintura. Cuando el ordenador de muñeca emitió unos cortos pitidos, paró. A su derecha, distinguió una escalerilla anclada a la pared que conducía a una compuerta accionada mediante un volante. Con un impulso se encaramó a ella y trepó mano sobre mano hasta arriba del todo, giró el volante en el sentido contrario a las agujas del reloj y la compuerta cedió, revelando un corredor estanco.

Reptó a gatas por un espacio claustrofóbico y acabó dando con la tapa de hierro de una alcantarilla. El hombre la empujó primero hacia arriba y la desplazó después a un lado, con cuidado de reducir todo lo

posible el ruido de la fricción con el pavimento. Salió por ella y se vio en medio de un seto de boj que bordeaba el contorno de un estanque helado. El viento sobre su rostro mojado le provocó un incesante castañeo de dientes.

Una vez se deshizo del equipo de buceo que ya no necesitaría, comprobó que se hallaba en el parterre. La fachada que se alzaba ante sí, escasamente a diez metros, estaba en parte enterrada bajo una hiedra que amortiguaba las líneas rectas del edificio; las ventanas que se veían justo encima de una hilera de rosales desmochados por el frío nocturno se correspondían con las habitaciones que buscaba. No advirtió ninguna luz encendida.

La sombra rodeó el edificio lo más pegado a la fachada que pudo, hasta dar con una puerta en concreto. Era de madera maciza con herrajes enlucidos y se abría con una contraseña alfanumérica que había que introducir en un teclado. En ese momento, percibió el rumor de pasos acompasados en la nieve y, a gran velocidad, se fundió con la piedra y permaneció inmóvil, aguantando la respiración.

Poco después vio pasar a un centinela armado. Un soldado. Con abrigo gris y gorro alto de piel de oso. Al hombro, brillaba el cañón de un fusil con la bayoneta calada. Su ritmo era lento y cadencioso, y tardó lo suyo en perderse por uno de los ángulos del edificio. Cuando sus pisadas se hubieron disipado, el hombre introdujo en el teclado unos números y la puerta se abrió con un frágil clic. El intruso se precipitó al interior por el arco gótico y cerró, dejando fuera las corrientes de aire frío. Luego permaneció un rato prolongado quieto, mientras el ritmo de su corazón se calmaba y la temperatura de su cuerpo ascendía.

Al tiempo que acostumbraba su vista, un torrente de pensamientos convertían su cabeza en un campo de batalla. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué lío se había metido? No era la primera vez que se planteaba esas mismas cuestiones. Y podía apostar a que esa no iba a ser la última. No obstante, estaba en su naturaleza. Escrito en su ADN como un cromosoma extra. No el meterse en líos, sino dejarse guiar por su propio sentido de la justicia; aunque una cosa condujera inevitablemente a la otra.

Superado el quebradero de cabeza, estudió el lugar. Resultaba obvio el destino de esa pieza que olía a betún y a cuero. Había banquetas de madera para sentarse y estantes con botas de caña alta para montar a caballo y de agua de distintos números. La abandonó por una puerta abierta, ascendió un corto tramo de una empinada escalera, que en el rellano se bifurcaba en dos, cruzó otra puerta y penetró en el ala noble de la mansión.

A partir de ahí, el intruso encadenó corredores, estancias y más escaleras. Eran las doce y pico y el ambiente estaba impregnado de un

silencio solemne. Había estado en otras casas de campo, pero nunca en una semejante. Los suelos estaban alfombrados y las paredes, empapeladas, parecían un álbum familiar de retratos enmarcados. La anfitriona debía de encontrarse de paso, puesto que buena parte del mobiliario estaba cubierto con fundas.

El intruso ejecutaba sus movimientos con el mayor sigilo posible, teniendo buen cuidado de no hacer ruido. De pronto, un sonoro chasquido de la madera lo detuvo en seco. Guiándose por la débil luminosidad que creaban unos rescoldos en la gran chimenea, paseó la mirada lentamente en todas direcciones. Se hallaba en un espacio decorado con cornamentas de muchas puntas y largas vigas de madera de un extremo al otro del techo. Los muebles no eran sino meras siluetas difusas y los ventanales de coloridas y antiguas vidrieras solo mostraban la noche.

Luego de unos minutos en los que no ocurrió nada, se calmó diciéndose que no eran más que los ruidos de un antiguo edificio asentándose. Él, mejor que nadie, que vivía en una vieja morada de piedra y madera, debía saberlo. De nuevo se echó a andar, cruzó la habitación hasta otra puerta y siguió recorriendo un laberinto de pasillos oscuros y silenciosos sin dejar de verificar su ubicación en el ordenador que llevaba sujeto a la muñeca.

Al doblar una esquina con una fantasmal armadura montando guardia, enfiló un largo corredor escasamente decorado que, en cierto momento, se bifurcaba a la izquierda. El corredor rodeaba un patio interior que mezclaba el embaldosado con el césped. En el centro, el agua brotaba con armonía de una fuente. Tomó el camino de la izquierda, enfrentándose con una sucesión de puertas cerradas a un lado. Al otro, había ventanas emplomadas de color ámbar que asomaban al patio.

La siguiente parada fue ante una puerta. La segunda. Miró a un extremo del pasillo y las contó otra vez. Efectivamente, era la correcta. Tenía forma redondeada, de madera, antigua, con engarces de hierro, como se correspondía con un castillo. Reuniendo el valor necesario, asió la manija y la empujó hacia abajo. Chirrió muy poco la puerta al abrirse. Una vez en la habitación, volvió a cerrar tras de sí. Todo ejecutado en un par de segundos y cuidándose de delatar su presencia.

La temperatura ascendió vertiginosamente.

Con la espalda pegada contra la puerta se encontró en una habitación penumbrosa. En una esquina amueblada con sillones miró embelesado las llamas retorciéndose en una estufa empotrada que provocaban un débil brillo rojo. La oscuridad al otro extremo de la habitación era impenetrable. Su respiración se volvió a agitar, a la espera de que, de un momento a otro, alguien soltase un alarido o

sonase una alarma. Si había malinterpretado todo esto lo detendrían por allanamiento y vaya usted a saber por cuántas cosas más. Con esa mera acción —abrir una puerta y entrar a una habitación— debía de estar infringiendo un catálogo de leyes tan amplio como el *Quijote*.

Sin embargo, no sucedió nada de eso.

Lo que ocurrió fue de lo más surrealista. De pronto, en la parte oscura de la estancia se encendió la bombilla de un velador, y la habitación quedó sumida en una luz blanquecina. Una anciana con el ceño fruncido, mitad por la repentina luminosidad, mitad por haber sido interrumpida en el sueño, lo contempló desde el lado derecho de una cama cubierta con dosel y colgaduras de brocado. Su semblante amable, surcado por las arrugas de la experiencia, y su cabello, plateado y ligeramente encrespado. Con serenidad, se acomodó unas bifocales que reposaban en la mesilla y, con voz suave y tranquila, señaló:

—Oh, el señor Allen… Espero.

James se había quedado de piedra. Anonadado. Su expresión de desconcierto era patente. Ni se le pasó por la imaginación la posibilidad de encontrarse cara a cara con *Ella*. En eso, le vino a la memoria la firma de la carta que leyó el miércoles en Lochcarron.

Una firma sencilla.

Dos letras.

E. R.

La «R» de *Regina*.

Seis letras.

«Reina» en latín.

6.
La caja esmaltada…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

No podía dejar de observarla hipnotizado, con una única idea en su cabeza: cada lío en que se metía daba la impresión de ser peor que el anterior. Completamente mudo de asombro, la miró salir de la cama como si tal cosa y colocarse una bata encima del camisón. A James se le antojó un ser majestuoso lleno de dignidad.

—Oh, viste una extraña indumentaria para el campo, señor Allen —le dijo, para, a renglón seguido, invitarlo a sentarse cerca de la estufa, que ardía vivamente detrás de un cristal.

Él, sin embargo, continuaba paralizado.

—Por el amor de Dios, señor Allen, diga algo. Pareciese que hubiera visto un fantasma.

Según dictaba el protocolo, James ejecutó una torpe reverencia. Seguía confundido y dudaba sobre lo que comentar a continuación.

—S-señora, si hubiera sabido…

Ella batió la mano con la que saludaba, restándole importancia al asunto, al tiempo que se dejaba caer en un sillón con brazos ante el hogar.

—Bah, no se preocupe por eso, no estamos en una convención social. Pero vamos, acérquese al fuego, va a coger una pulmonía. En esta casa siempre ha hecho un frío del demonio.

Tímidamente, James cruzó la cámara recargada sobre la alfombra y fue a ocupar el otro tresillo. Permaneció derecho, sin acomodarse por completo. En cuanto los rostros de ambos se tiñeron de un tenue color naranjado, notó en su cuerpo el vigorizante calor que desprendía esa seudochimenea, y aunque ahogó un suspiro de satisfacción, su semblante lo delataba.

Durante el breve trayecto, intentó recordar todo lo que había oído o leído acerca del protocolo a seguir. Algunas reglas de oro acudieron de inmediato a su cabeza: uno nunca inicia conversación, solo responde

evitando los preámbulos y yendo al grano. Bajo ningún concepto la puedes tocar. En el intervalo de la conversación te puedes dirigir a *Ella* como «señora». Si *Ella* se levanta, uno se levanta…

Vale. Empezaba a relajarse un poco. Ya estaba listo, o eso al menos creía. Allen templó sus nervios y recuperó el aplomo. Siguiendo una de las normas protocolarias, continuó callado y erguido en el asiento, sin que su espalda tocara el butacón. La estufa crepitaba en el silencio que imperaba en la estancia; no obstante, en ningún momento James distrajo la atención de su anfitriona.

—Lamento no poder ofrecerle una taza de té caliente, señor Allen, pero si tirara del cordel de la campanilla, una legión de sirvientes asaltarían esta cámara en cuestión de segundos. Y es de *vital* —recalcó con énfasis— importancia que este encuentro se mantenga en total secreto.

No era una pregunta, sino una observación, y James se mantuvo callado.

—Siento auténtica curiosidad, señor Allen, ¿cómo ha logrado entrar en la mansión?

James se aclaró la garganta.

—Por un conducto de desagüe que da al río, señora.

—Oh. Esa es la razón de que esté usted mojado.

Se tomó unos segundos antes de abordar la cuestión, como si no estuviera segura de la manera de hacerlo. La amabilidad sempiterna de su rostro fue borrándose por momentos y tornando a una expresión sombría.

—Lo que me dispongo a revelar, señor Allen, únicamente es de mi conocimiento. Confío en que comprenda su delicadeza extrema.

Lo que James entendió era que el comentario no requería respuesta, de modo que permaneció impasible, aguardando.

—Oh, ya veo. ¿Ha oído alguna vez, señor Allen, eso de que por un clavo se perdió una batalla?

Por supuesto que había escuchado el dicho popular. Por un clavo, se perdió una herradura; por una herradura, quedó cojo un caballo; sin caballo, un caballero no llegó a la batalla; sin caballero, no llegó a tiempo la información crucial que portaba, y sin ella la batalla se perdió. Venía a indicar que cualquier circunstancia, por nimia que pareciese, podía desencadenar una serie de acontecimientos de consecuencias impredecibles.

Era una cuestión retórica, de modo que él continuó mudo mientras *Ella*, ejecutando sus movimientos con la lentitud propia de las personas que pintan canas, se levantaba —James también se puso de pie—, abría un cajón del tocador con una llave que llevaba al cuello y regresaba a su sitio sujetando entre las manos dos cosas: una caja esmaltada con aspecto quebradizo y una especie de libro con tapas de

cuero manoseadas.

—La carta que hallé dentro de esta caja está a punto de desencadenar un acontecimiento catastrófico para la monarquía.

§

Algo más de un año antes…
Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

Dos personas de edad avanzada recorrían los bosques que circundaban la mansión vestidos con ropa de campo, aunque cara y bien acabada: él, con pantalón de pana y un Barbour, y *Ella*, con un pañuelo en la cabeza, falda larga de cuadros escoceses y chaqueta *tweed*. Era finales de junio; no obstante, en esa zona de las Highlands solamente había dos estaciones al año: otoño e invierno. Ese día era martes. Había estado lloviendo toda la mañana; sin embargo, había escampado y el sol volvía a brillar con timidez en el cielo. Apenas se movía una hoja.

En mitad del bosque de Caledonia era el único lugar donde *Ella* encontraba la serenidad. El silencio se interrumpía por el reclamo de los pájaros y las hojas secas crujiendo bajo las botas de agua que ambos calzaban

—Deberíamos ir pensando en regresar, querida. Tu hijo mayor viene a verte. —La voz masculina temblaba por la edad.

Ella inspiró fuertemente el aire con olor a lluvia y turba.

—Aún disponemos de un poco de tiempo.

Ella mandaba y él obedecía. Así había sido desde siempre. Uno de los dos perros corgi que los acompañaban en el paseo se puso a ladrar y se alejó corriendo entre los matorrales.

—¡Willow! —lo llamó a pleno pulmón, que no era mucho.

—Malditos chuchos. ¿Acaso no te cansas de criarlos?

—Si te quedas más tranquilo, ya no habrá más crianza.

—Ah, ¿cuándo lo decidiste?

—Hace cuatro años. Willow y Holli son los últimos de una estirpe de catorce generaciones —añadió melancólica.

—Siempre me entero de todo a posteriori. Y ¿a santo de qué lo has hecho, si te encantan?

—Oh, no vamos a vivir eternamente, y nuestros hijos no han desarrollado esta pasión como yo. Temo qué será de ellos cuando ya no esté.

—No deja de sorprenderme la frialdad con la que hablas de nuestra propia muerte.

—Oh, es mi responsabilidad. ¡Willow!

El perro no regresaba.

—Espérame aquí, voy a buscarlo. Vigila a Holli. —Le entregó la correa a su marido y lo dejó en el camino al tiempo que *Ella* se marchaba por entre los árboles llamando al perro por su nombre.

No habría dado ni cien pasos, cuando descubrió al corgi rascando la tierra y arrancando las hierbas, bajo una inmensa piedra de cantos redondeados y cubierta de musgo. Abordó al perro por detrás, lo apresó por el collar y le colocó la correa.

—Vamos, Willow, por hoy ya está bien.

Giró sobre los talones con el fin de marcharse y, al hacerlo, los rayos del sol vespertino provocaron un destello bajo la piedra en la que había estado rascando el corgi.

—Oh.

Se detuvo, frunció el ceño y se agachó. Al apartar las ramas de un matorral y un poco de tierra, distinguió el borde afilado de lo que parecía una caja.

—Oh.

Siguió cavando con las manos surcadas de manchitas oscuras y extrajo lo que efectivamente resultó ser una pequeña caja esmaltada del tamaño de un libro con apariencia de ser bastante antigua. Sujetándola con firmeza, irguió la espalda con esfuerzo y se apoyó contra la piedra. Se quedó observando la caja largos minutos, absorta igual que un científico ante un espécimen raro.

No hizo caso a la llamada de su marido en la distancia.

La intemperie y el paso del tiempo habían convertido la caja misteriosa en algo amorfo. Con todo, aún se distinguían sus delicados adornos florales en los laterales y los restos, que el óxido no había devorado, de un cuadro de Goya litografiado en la tapadera. No tardó en reconocer con un brillo en sus ojos esa decoración.

Unos minutos después, regresó al lado de su marido con el rostro desencajado y la caja debajo del brazo.

—Ah, querida, ya estás aquí. ¿Qué es eso que llevas?

Ella pasó de largo con caminar enérgico y le entregó la correa de Willow.

—Parece que hayas visto un fantasma.

—Casi. Regresamos a casa.

Él estaba más que acostumbrado a que le respondiera con evasivas y monosílabos, de manera que no insistió. Salieron del bosque y se montaron en el Range Rover. Con los perros en la parte trasera y *Ella*, a sus noventa y cinco años, al volante, en media hora estaban de vuelta en su feudo. En el cuarto de los aperos de montar, un mozo de caballos la ayudó a descalzarse las botas de agua y, sin esperar a su marido, accedió al vestíbulo, una amplia estancia decorada a base de madera y cabezas de venado por las paredes.

A toda prisa, entró a su estudio privado, con los dos corgi

correteando detrás, y se deslizó en un sillón. Permaneció allí un rato largo, recuperando la respiración, con la caja esmaltada aún sujeta entre las manos temblorosas. Durante un instante, se abstrajo contemplando dos cajas hexagonales que tenían los mismos dibujos, y que reposaban tras los cristales de una vitrina esquinera de cantos dorados. Por lo que conocía, fueron un regalo del embajador de España a su tatarabuela Victoria. Según el inventario, el juego original constaba de cinco cajas y siempre se presupuso que las otras tres se habían extraviado. Pues acababa de encontrar una de ellas y se preguntó por el destino que habrían sufrido las otras dos que faltaban…

Una discreta llamada a la puerta la trajo de regreso al presente. Se encaminó hacia el secreter de estilo eduardino que abarcaba el frontal de una cristalera interminable. Ni por un momento se entretuvo en mirar la incomparable visión de la cespedera y las colinas de brezo, contentándose con abrir uno de los cajones y esconder la caja al fondo. Más serena y con una decisión tomada al respecto, regresó al sillón.

Al ruido de una campanilla, un lacayo de librea abrió la puerta del gabinete de par en par, y anunció su visita.

7.
Gato, secreter y Afganistán…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

-A

NTES de continuar, señor Allen, quisiera transmitirle mi más sentido pésame por la pérdida de su esposa. Habrá dejado un hueco imposible de ocupar. No llegué a conocerla; sin embargo, la recuerdo —*Ella* acompañó sus palabras de una cálida sonrisa— y eso es mucho decir para alguien que, en setenta años, ha recibido a un número incontable de personas.

James contuvo las lágrimas respirando hondo. Se rebulló en el asiento y se tomó la licencia de hablar sin ser cuestionado, más que nada para cambiar de tema:

—¿Puedo haceros una pregunta, señora?

—Quiere saber por qué la señora Meier y por qué este enredo de Twitter.

Allen hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza.

—Tenga paciencia, pronto llegaremos a eso.

Ella se entretuvo un momento con la caja esmaltada y luego la dejó en un velador que quedaba al alcance de su mano. A continuación depositó el libro, del que sobresalía un sobre por sus tres lados, encima de la caja. James se fijó por primera vez en la cubierta gastada y una palabra escrita en dorado: DIARIO. De inmediato, le vino a la cabeza un artículo periodístico que había leído acerca de los diarios secretos de la reina. Al parecer existían ciento cuarenta y un volúmenes, escritos ininterrumpidamente desde que tenía quince años, con una pluma estilográfica. Incluso se contaba en los mentideros que mandaba destruir el papel secante utilizado para la tinta, a fin de no dejar rastro alguno de lo consignado. Vamos, un «solo para sus ojos» en toda regla. La noticia versaba sobre la petición que había hecho al heredero de que, tras su fallecimiento, los diarios fueran clasificados como secretos de defensa. Siempre pensó que se trataba de otro mito más en torno a *Ella*; sin embargo, ahora que lo tenía delante…

La anfitriona comenzó a explicarse, sacándolo de su

ensimismamiento:

—Unas semanas después de conocer el poderoso secreto que contenía la caja, las fuerzas políticas alcanzaron en Londres un acuerdo para convocar un nuevo referéndum de independencia en Escocia, que, según le supongo enterado, se celebrará la próxima semana. Conforme se aproxima la fecha, mi preocupación ha ido en aumento. Como le he dicho antes, si el Secreto llega a ser del dominio público, no solo pondrá en jaque a la monarquía, sino que posiblemente decantará la votación en favor de la independencia.

James mantenía la frente fruncida.

—Llegados a ese punto —continuó—, empecé a barajar la idea de pedir ayuda externa. Era una mera posibilidad, por supuesto, todavía no tenía nada decidido.

—¿Y el Gobierno? —se atrevió a platear James.

—Oh, evidentemente siempre podía acudir al primer ministro; no obstante, si tomaba ese camino, resultaría difícil contener el flujo de información. Los gobiernos, señor Allen, van y vienen, pero la monarquía perdura. De manera que decidí aparcar esa opción como último recurso.

Ella cambió de posición en el sillón.

—Sabía que localizar a una persona digna de tal cometido no resultaría tarea sencilla. En esa época no tenía a nadie en mente, claro estaba, pero deseaba estar prevenida por si acaso. Sin embargo, hasta algo tan nimio como contactar con alguien de fuera de Palacio resulta un serio inconveniente para una reina. Todo el correo y las llamadas que van dirigidas a mi persona, sin excepción, pasan por las manos de mi secretario privado, sir Edward Young.

—Y ¿cómo solventasteis el problema, señora?

—Una mañana mandé llamar a uno de mis asistentes…

§

Tres meses antes
Residencia de Buckingham, Londres

CORNELIUS ACKROYD accedió al gabinete privado, después de llamar suavemente a la puerta. Halló a una sola persona en la estancia luminosa. Nada más entrar, carraspeó para hacer notar su presencia y, cuando logró la atención de la ocupante, inclinó la cabeza, en señal de respeto.

—Oh, Cornelius, está ahí. Cierre bien la puerta y acérquese —el tono fue hospitalario.

El asistente obedeció y se quedó de pie, en silencio.

Ella estaba sentada en el sofá, retorciendo las manos sobre las

piernas.

—Sir Edward me ha dicho que sabe usted de ordenadores.

—Así es, señora.

Hubo un momento de silencio mientras *Ella* parecía valorar cómo abordar el tema.

—Verá, Cornelius, la cuestión es que hace tiempo que vengo dándole vueltas a un asunto. Si quisiera ponerme en contacto con alguien de manera extraoficial y rápida…, obviando todos los canales oficiales, ¿cómo podría hacerlo?

—Twitter, señora —respondió el asistente de manera inmediata.

Ella arqueó las cejas.

—Oh, ¿Twitter? Explíquese, por favor.

—Como sabéis, señora, desde 2014, la Corona dispone de una cuenta oficial en dicha red social. Su Majestad en persona ha transmitido algunos mensajes.

—Lo recuerdo. Por mi noventa cumpleaños envié el último.

—Cierto, señora. Por descontado, nadie puede escribir a la cuenta oficial; imagínese, sería una locura. Sin embargo, podría configurarse con un sencillo algoritmo para que, digamos que introduciendo determinadas palabras clave, un mensaje se saltase el cortafuegos. Deberían ser palabras escogidas al azar… —Ackroyd se llevó el índice a la barbilla en busca de iluminación y, al cabo de los segundos, dijo —: Sin ir más lejos, se me ocurren: gato, secreter y… Afganistán. Tanto el mensaje transmitido como su respuesta serían inmediatos y confidenciales. Es igual que esa vieja regla del espionaje en plena Guerra Fría: esconder las cosas a simple vista.

—Oh, y ¿cómo sería eso?

—Muy sencillo, señora; solo tenéis que enviar una carta a la persona con quien Su Majestad quiera contactar comunicándole las tres palabras clave. Como sabéis, señora, el correo que Su Majestad envía no sufre inspección alguna, a diferencia del que se recibe en palacio, que pasa por la mesa de sir Edward. A partir de ahí, sería cuestión de esperar a que esa persona envíe su respuesta a través de la cuenta oficial de Twitter.

—Oh, sí que parece sencillo. ¿Y cómo podré leer el mensaje de texto cuando llegue?

—Señora, ¿conserváis aún la *tablet* que os regaló su alteza real el príncipe?

—Oh, ¿ese horrendo cacharro? Debe de estar en el secreter.

—Ah, sí, la veo. ¿Me permitís, señora?

—Naturalmente.

Ackroyd regresó del escritorio con el dispositivo electrónico en la mano, y abrió la aplicación de Twitter.

—¿Veis, señora?, aquí aparecería el mensaje. Su Majestad solo debe

pulsar este enlace para leerlo y en este otro para responder.

—Oh. Muy bien, Cornelius, dispóngalo todo y ya le avisaré cuando haya enviado esa carta.

—Señora…

—Ah, Cornelius…

Ackroyd se paró cuando ya se disponía a salir de la estancia, caminando hacia atrás para no darle la espalda más que en el último momento.

—Señora…

—No le diga nada a sir Edward. Mantengamos esto como un secretillo entre nosotros dos.

El asistente se inclinó por última vez y salió, cerrando la puerta con suavidad.

§

—Si me permitís preguntároslo, señora —dijo James Allen, tras regresar del viaje en el tiempo—, ¿qué desencadenó que enviarais finalmente la carta a mi esposa?

—A principios del mes pasado, recibí la noticia de que un jardinero de Balmoral llamado Robert Thornley había sido descubierto *in fraganti* hurgando en mi gabinete privado. No le costará imaginarse que esa información me llenó de inquietud y provocó en mí un gran desasosiego. Me trasladé de inmediato a Balmoral, bajo el pretexto de tomarme unos días de descanso. Necesitaba verificar con mis propios ojos si la caja seguía en su sitio.

James la interrogó con la mirada.

—En efecto, allí estaba —prosiguió con un hilo de voz—, en el segundo cajón de mi secreter, donde yo misma la dejé… Sin embargo, hallé la madera astillada y la carta mal doblada dentro de su sobre. Comprenderá que, con la fecha del referéndum tan próxima, aquello me consternó.

Una duda cruzó por el semblante de James, igual que una nube liviana empujada por la brisa. *Ella* interpretó el sutil gesto.

—Sé lo que piensa, señor Allen —comentó—. En estos momentos, se está preguntando por qué no destruí la carta de inmediato, si el contenido era tan perturbador.

James sintió que le invadía una oleada de culpabilidad. No pretendía cuestionarla, ni mucho menos juzgarla; no obstante, si bien esa no era su intención, su mirada lo había traicionado.

—Yo… —titubeó.

Ella alzó una mano con el fin de hacerlo callar.

Allen se calló al instante.

—No he parado de plantearme esa misma cuestión —dijo *Ella* con

tono paciente—. Desde luego me hubiera ahorrado infinitos quebraderos de cabeza, pero el exceso de responsabilidad que me inculcaron en mi esmerada educación ha imperado siempre en todas las decisiones que he tomado. Y algo en mi interior me decía a gritos que no estaba bien destruir un documento que había viajado por el túnel del tiempo desde el reinado de Victoria.

»Con los años, señor Allen, he aprendido que los problemas de palacio se dividen en dos categorías: los que el transcurrir del tiempo debe resolver y los que el tiempo ya ha remediado. Entonces me decanté por aquello que había funcionado en el pasado: enterrar el problema en un cajón. —Su rostro reflejó un gesto a mitad de camino entre la nostalgia y el reproche—. Resulta evidente que me equivoqué, aunque sé por propia experiencia que es más sencillo dar consejos que tomar decisiones.

Ver a esa gran Dama apesadumbrada llenó a James de abatimiento. *Ella* se repuso y continuó:

—Ante tal tesitura me pregunté mil veces qué debía hacer. ¿Había llegado el momento de poner el asunto en conocimiento del primer ministro? Eso dictaba la lógica y, desde luego, es lo que me hubieran aconsejado mis asesores. Pero ya le he explicado antes mis recelos al respecto. Mi primera responsabilidad es para con la monarquía y un escándalo de esta magnitud podría destruirla. «La monarquía es demasiado frágil y deberás cuidarla cada día, igual que se riega una planta para que no marchite», solía aconsejarme con sabiduría mi padre. De modo que tomé una decisión.

—Optasteis por poner en marcha su plan de contactar con alguien de fuera.

—Así es, señor Allen. Pero esa decisión abría ante mí numerosos interrogantes. Era un tema extremadamente delicado y, si escogía de manera inapropiada, supondría el final de todo. En eso, me vino alguien a la cabeza. Una mujer a quien yo había conocido en una recepción por el Jubileo de Zafiro. Indagué acerca de ella. Su reputación de discreta y eficaz la precedían. Las dos cualidades más importantes requeridas para abordar una labor semejante. También tenía otra cosa a su favor. Vivía fuera de Londres, incluso del país. Creía recordar que en Italia.

Ella hizo un fallido intento de colocarse bien el pelo.

—No disponía de muchas opciones y el tiempo avanzaba, de manera que escribí una carta a la señora Meier. La carta que, por azares del destino, acabó en sus manos, señor Allen.

Se hizo el silencio en la estancia. El viento soplaba afuera. Otro gong sonó lejano, amortiguado por las paredes.

—Rara vez he dicho esto en mi vida, señor Allen, pero necesito ayuda, y la necesito desesperadamente.

—Señora, considero que ha llegado el momento de que me digáis qué hago exactamente aquí.

8.
El Secreto…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

-Usted recuperará por mí la información que robó el señor Thornley —aseveró con soberana autoridad.

La expresión de desconcierto que había adoptado James lo decía todo.

—Señora, no sabría cómo hacerlo, ni por dónde comenzar.

—Señor Allen —dijo con suavidad—, me he decantado por confiar en usted porque esto es difícil. Mucho. Sin embargo, sé que hallará el modo de contactar con el señor Thornley.

Se produjo un grave silencio, y *Ella* continuó:

—Si es preciso, pagará el precio que él demande.

—Eso suponiendo que Thornley hubiera robado la información con el fin de conseguir dinero.

—Por el amor de Dios, ¿con qué otro fin podría haberlo hecho?… Oh —exclamó, cuando pareció percatarse de algo.

—Señora, ¿qué relación guardan la carta y el referéndum de independencia?

—Eso no es relevante para su cometido, señor Allen. Deberá confiar en mi palabra, cuando le digo que la relación es *muy* estrecha.

—Con el debido respeto, señora…

Ella interrumpió a James con modales elegantes.

—Detesto esa expresión. Le diré que ni una sola de las veces en que he tenido ocasión de escucharla, quien la empleó, pretendía ser respetuoso.

La sombra de una sonrisa apareció en el rostro de Allen, y, aunque intuía que *Ella* se mantendría en sus trece, insistió:

—Os lo diré sin tapujos, señora. Es tarde y seguro que estaréis fatigada. Si queréis que mi ayuda sea de provecho, debéis contármelo todo. En caso contrario, no sé qué hago aquí.

Tardó en contestar tanto que hizo pensar a James que su

impertinencia pondría fin de inmediato a la entrevista. La expresión circunspecta que *Ella* exhibía, sin embargo, le indicaba al escocés que estaba evaluando seriamente si desvelar a un desconocido esa información que, hasta ese momento, había estado guardándose para sí con tanto celo. Por fin, relajó el gesto, juntó las manos en el regazo, entrelazando los dedos, y regresó a su rostro esa amable sonrisa que la había perseguido toda la vida.

—Las personas que me rodean me dicen siempre lo que creen que yo quiero escuchar. Pero usted es directo y dice lo que piensa. —Se quedó callada, y al fin asintió—. Voy a confiarle el Secreto, espero no errar con usted —dijo, mientras extendía el brazo hacia el velador y atrapaba el diario. Allen notó cómo el peso de la responsabilidad recaía sobre sus hombros de manera abrumadora.

—Antes de proseguir, señora, debéis saber que soy escocés.

—Oh, lo sé. De ahí que sea usted la persona idónea.

Cuando *Ella* se proponía extraer el sobre que sobresalía de entre las páginas del diario, James la detuvo.

—Señora, ¿no vais a preguntarme por mi voto en el referéndum?

Ella lo sometió a una mirada fija y penetrante, casi escrutadora. Allen no pudo por más que sentirse amedrentado por el aire regio que desprendía.

—Lo mismo da, señor Allen. Sé juzgar a las personas y estoy segura de que sabrá hacer lo correcto. —Sacó el sobre de manila del diario y se lo tendió.

James permanecía rígido en su tresillo, mirando el sobre como si contuviera la fecha exacta de su propia muerte.

—¿Estáis segura de esto, señora? —preguntó.

—Oh, su reticencia a coger este documento me confirma que sí. —*Ella* agitó ligeramente la mano que sujetaba la carta—. Cójala, señor Allen, y léala.

James tuvo un momento de vacilación; sin embargo, acabó por alargar el brazo. Nada más hacerse con la carta, no pudo evitar la necesidad de recostarse en el sillón. Deslizó la mirada por el sobre al tiempo que lo sopesaba entre sus dedos. El papel era áspero al tacto. No estaba marcado con ningún texto. El sello de lacre estaba despegado. Observó su interior deseando que estuviera vacío. Antes de continuar, le lanzó una última mirada a su anfitriona con la firme esperanza de que tal vez se arrepintiera del paso dado. Solo vio determinación en esos ojos claros. En ese instante, el escocés no estaba seguro de que quisiese conocer el contenido; no obstante, había llegado ya demasiado lejos para echarse atrás.

Del interior del sobre, Allen extrajo una cuartilla doblada en cuatro por sus pliegues originales. Amarillenta y envejecida. Nada más desdoblarla cuidadosamente se reveló un texto manuscrito con tinta

de un color desvaído. En una estancia sumida en un silencio sepulcral, estudió su contenido con profunda concentración, durante largos e intensos minutos.

Ella, entretanto, había devuelto el diario a la mesita auxiliar. Desde su sillón, no apartó los ojos de su invitado, planteándose muchas preguntas que prefirió guardar para sí.

Allen leyó la carta.

Y la releyó con minuciosidad rayana en la impertinencia.

Cuando hubo terminado buscó la mirada de *Ella*. La encontró. Firme, resuelta.

Siguieron en silencio un rato más.

Ahora, James comprendía que la preocupación de su ilustre anfitriona era fundada. El contenido, interpretado maliciosamente por los enemigos de la Unión, podría resultar demoledor. Durante la entrevista, el semblante de *Ella* había pasado por diferentes estadios de lividez: enojo, indignación, ensombrecimiento, intranquilidad, y sobre todo culpa; no obstante, en ningún momento la vio esconder la mirada; al contrario, como ahora, sus ojos estaban clavados en los suyos. A la espera de una respuesta.

—¿Y bien? —preguntó por fin *Ella*.

—Confío en estar a la altura, señora, solo que todavía no sé cómo voy a lograrlo.

Ella se limitó a ejecutar un silente gesto de asentimiento.

—Señora, ¿sabéis al menos quién escribió la carta?

—Oh, ni idea. Y desde luego, tampoco se me ocurre ningún motivo para que alguien hiciera algo semejante.

Allen volvió la misiva hacia su anfitriona e indicó con el dedo la esquina inferior derecha de la carta.

—Señora, ¿conocéis por casualidad el significado de estos símbolos? —Él se refería a una secuencia de signos a simple vista ininteligibles, si bien no le cupo duda de que habrían sido colocados ahí con algún propósito. Sin embargo, no fue eso lo que le llamó la atención, sino el hecho de que el trazo mostraba que la mano que los había dibujado era diferente de la del autor de la carta. Prefirió guardarse para sí esta apreciación.

Ella realizó un movimiento de negación.

—He pensado mucho en ellos, pero soy incapaz de encontrarles sentido alguno. Diría que son los dibujos de un niño.

—Señora, ¿os importa si los anoto?

El gesto que ejecutó *Ella* fue interpretado por Allen como un «adelante». Extrajo entonces un teléfono móvil de una bolsa hermética que guardaba en un bolsillo del neopreno y se preparó para hacerle una fotografía a la carta.

—Preferiría que no hiciera eso, señor Allen. Ahí, sobre el secreter,

encontrará papel y lápiz.

James se dirigió hacia el buró y regresó con una hoja y un lapicero. En unos minutos, copió los símbolos sin pasar por alto el menor detalle. A continuación, el escocés dobló la carta de nuevo por las marcas y la introdujo en el sobre de manila. Hizo ademán de ir a devolvérsela a *Ella*.

—¿Le importaría echarla por mí a la estufa, señor Allen?

Él la miró sin comprender del todo.

—¿Estáis segura de esto, señora?

Se limitó a asentir con convencimiento.

—Ya ha causado bastantes contratiempos.

Allen se colocó en cuclillas delante de la estufa. Abrió el cristal. El calor le alcanzó el rostro y las manos con más intensidad. Sostuvo el sobre un instante en el aire, antes de arrojarlo al fuego. Mientras el papel se consumía y los fragmentos negros danzaban sobre las llamas, James regresó al sillón. Siguieron callados un rato más, ambos con aire meditabundo. Una racha de viento se hizo sentir en los cristales, que temblaron.

—El tiempo apremia, señor Allen, en cualquier momento puede filtrarse a la prensa el contenido de la carta.

Ella se puso de pie con una dignidad innata. La entrevista había concluido.

James la imitó, preguntándose qué circunstancias habrían llevado a alguien a escribir una carta semejante un 11 de junio de 1862. Nunca lo sabría.

—Señor Allen.

Él se detuvo con el tirador de la puerta en la mano.

—Señora.

—Le supongo consciente de que, aun cuando tenga éxito, no le esperan gloria ni reconocimiento. Pero si logra solventar este entuerto, tendrá el eterno agradecimiento de una reina.

Manuscrito de Joseph Hare

[17 de octubre de 1862]

Mi nombre es Joseph Hare y desde la Tragedia he pasado tres noches con sus tres días cruelmente encerrado en esta prisión, sin cerrojo ni carcelero, en vigilia, atosigado por remordimientos y envuelto en un continuo y desgarrador estado de agitación. ¡Oh, Dios Todopoderoso, que no otorgas paz para los culpables! ¿Acaso existió un suplicio mayor y más merecido? A pesar de mis lamentos, no me crea, lector mío, inocente por completo. He cometido maldades tan ominosas que persíguenme día y noche igual que una obsesión, y no merezco, a fe mía, consuelo ni compasión por su parte; únicamente, ruego al Altísimo que me conserve la cordura el tiempo preciso para revelar al mundo todo el mal que yo causé, y el que otros me causaron a mí.

En ocasiones, dábame la impresión de oír sollozos o suspiros apagados, a los que seguía un silencio impenetrable. ¿No es acaso un indicio de que mi razón se tambalea, que la locura se está apoderando de mi conciencia igual que un veneno mortífero recorre la sangre en las venas? Y, aun cuando parezca cosa rara, desde el mismo momento en que germinó en mí la idea del fatal destino que me aguarda, cuando comprendí que no había de esperarse lo imposible, mi alma, tan decaída como estaba, halló la serenidad, y ese nuevo estado me concedió el valor suficiente para dar a conocer lo que aconteció, aunque lo haga con un peso en el corazón.

Shakespeare, por boca de Macbeth, se expresó de esta manera: «A cada movimiento le tiene que seguir otro para protegerse de las consecuencias del primero y la única forma de escapar de este torbellino es que nuestros remordimientos o actos acaben por delatarnos». Cuánta certeza esconden estas palabras. Cuán sencillez premonitoria para explicar sobradamente cómo he acabado en esta situación tan atroz. No puedo dejar de pensar en ello sin que se me renueve la congoja y un estremecimiento recorra mi cuerpo. Cierto es que de haber seguido el recto camino que predicaba mi buen padre, mi amor se habría librado de un terrible destino y yo de este amargo tormento; pero no puedo menos que reconocer de igual manera que, de no haber escogido una vida de felonías, nunca habría conocido a mi ángel y, aunque someramente, nunca hubiera disfrutado de la bondad del amor verdadero. Cuán irónico es el hado que me pone ante tal contradicción.

Antes siquiera de disponerme a relatar sin reservas lo que no he confiado a nadie hasta ahora, he de hacer una acusación y una confesión; ambas, anverso y reverso de una misma moneda falsa. Al profesor Robert

Knox lo acuso de perfidia, de causar todos los males, de ser el destructor de mi espíritu; al mismo tiempo, yo confiésome culpable de realizar actos deplorables que no solo rebosaron de angustia mi corazón, sino que precipitaron dolor y muerte a otras personas. Knox, tan dado a los aforismos latinos, lo habría definido de esta manera: Homo homini lupus. *El hombre es un lobo para el hombre.*

No es la culpa el propósito que me mueve a divulgar esta historia, sino el deseo de que a ese diablo de Knox le alcance la justicia que viene eludiendo con desenvoltura. Si no puede ser en esta vida [cuestión más que probable, pues es bien sabido que los jueces manifiéstanse con insolente crueldad con el débil, a la par que son complacientes con el poder que confiere el dinero], que sea en la otra. Nadie escapa de los designios de la justicia divina, a la que nada importan el estrato social o la riqueza material que uno posea. Otras personas, asimismo, viéronse involucradas en este crimen, y les aseguro que no he olvidado sus nombres, mas ninguna fue tan canalla como Knox, o eso a mí me pareció; de todos modos, dejo que el lector juzgue por sí mismo…

Hete aquí que debí quedarme dormido sin darme cuenta de ello, pues la vela, de cuya mortecina luz me valgo para alumbrarme, sigue encendida, y de haber sido un acto consciente la habría apagado a fin de evitar que se consuma en vano. No sé cuánto tiempo más durará, y lo único cierto es que cuando se termine de consumir, la oscuridad se cerrará sobre mí definitivamente y todo acabará. Me siento acometido por un terrible agotamiento cerebral, que no es más que un término del que nos valemos los médicos para referirnos a tal estado de extenuación que hasta la mente se le nubla a uno, mostrándose incapaz de discurrir con prontitud y normalidad. Dejo a un lado lo que, a no dudar, comienzan a ser los desvaríos de un loco, y sin tardanza me propongo dar a conocer cuanto mis ojos vieron, mis oídos escucharon y mis manos hicieron durante los tres años que transcurrieron desde que abandoné airado mi hogar hasta el día de la Tragedia. Por último, confieso que no soy narrador y, de consiguiente, pido perdón de antemano si en algún momento mi relato pueda resultar enrevesado o de escaso valor literario. Juro por mi honor que todo sucedió tal cual lo escribo y que no reservo más que aquellos aspectos carentes de interés o que puedan perjudicar a personas que obraron sin mala intención.

En toda catástrofe, una concatenación de hechos insignificantes acaba desatando el caos. Del mismo modo, yo fui víctima del infortunio del destino, y jamás pude figurarme que una trifulca con mi padre, el señor Alfred Hare, en el transcurso del caluroso mes de agosto del año de gracia de 1859, iba a ser el preludio de tan trágicos sucesos. Ay, yo que era un joven tan vital, si hubiera imaginado en aquel momento de zozobra lo poco que quedábame de vida…

Por ese entonces contaba yo con la tierna edad de diecinueve años. No quisiera pecar de presuntuoso, mas, si pretendo ser fiel a la realidad, debo comentar que las señoritas me tenían por un mozo apuesto y sus madres por un buen partido. Yo era hijo único y mi señor padre, propietario de una próspera hacienda en Berwick-upon-Tweed, capital de Berwickshire, un condado anclado en el corazón de esa tierra de nadie entre Escocia e Inglaterra. Este detalle es digno de ser mencionado porque a la postre tendría cierta relevancia, pues a mí nunca me había interesado la política y los moradores de esta región y de los condados limítrofes de Peeblesshire, Roxburghshire y Selkirkshire, si bien por ley pertenecientes a Escocia, se vanaglorian de no ser ni ingleses ni escoceses, sencillamente se consideran «fronterizos».

En este entorno crecí y mi señor padre, hombre estricto, rayano en lo tirano, aunque justo con sus arrendatarios, nunca descuidó mi instrucción. Con el fin de comprender mejor su rectitud, he de comentar que el señor Hare sirvió durante tres años como oficial en el Regimiento 19.º de Infantería de Bengala en Calcuta, y esa etapa de su vida le marcó el carácter sobremanera, convirtiéndolo en un obseso de las reglas y la disciplina. Desde que cumplí los dieciséis procuró inculcarme a fuego el negocio familiar, puesto que, aun cuando gozaba de una excelente salud a sus cincuenta años, era consciente de que no viviría para siempre. Por tal motivo, tomó la firme resolución de que yo, su único y abnegado hijo, continuase con el negocio que tanto se había afanado en construir. No obstante, yo me mantuve sordo ante la propuesta, y no mostraba más curiosidad por las vacas, las aves de cría o los campos de cultivo que el que podía tener por una rara especie de insecto. Esa patente falta de entusiasmo exasperaba a mi padre y era fuente de airadas disputas entre yo y él, y, aunque mi amada madre siempre terciaba en ellas, el resultado solía ser bastante desagradable. Otra causa de enfrentamiento constante entre nosotros fue la religión. Mi padre era papista y yo, que no me inmiscuía demasiado en los asuntos de Dios, tiraba más bien a protestante.

A pesar de esta continua falta de entendimiento con mi progenitor, mi juventud transcurría plenamente dichosa. Comento esto en mi narración para dejar constancia de que no sé lo que me pasó. Todavía hoy no le encuentro explicación a lo sucedido. Pero la realidad de lo que viviría alteró mi alma, que se fue ensombreciendo poco a poco, gradualmente, al igual que el agua va aumentando su temperatura hasta la ebullición, y llegué a un punto en que dejé de reconocer en mí a ese muchacho de buen carácter y afabilidad que por donde iba se labraba el afecto de los demás.

Fue después de una de estas fuertes riñas, en la que perdí los estribos [si bien en mi descargo esgrimiré que mi padre profirió contra mí blasfemias impropias de un caballero de las que no puedo consignar en el papel más que algunas como «zángano» e «insensato»], lo que me impelió a marcharme de casa. A pesar de que han transcurrido más de tres años

desde aquel desventurado día, todavía lo recuerdo con un sentimiento de honda vergüenza. Como es natural, mi partida fue causa de gran padecimiento para mi pobre madre, quien hizo todo cuanto pudo con el propósito de reconciliar a padre e hijo; sin embargo, su intervención solo contribuyó a que ambos nos irritáramos aún más. Ni que decir tiene que fui desheredado al instante y esa tarde bochornosa, tanto por el calor sofocante que caía como por mi deplorable estado de ánimo, abandoné la granja familiar con unas libras en el bolsillo, que, a hurtadillas, me entregó mi desdichada madre.

Vestido con una chaqueta fina y bombachos y con un hatillo al hombro que guardaba las cosas que pudiera necesitar un hombre racional, me dirigí a la estación de ferrocarril de Berwick-upon-Tweed, donde tomé un expreso con destino en Edimburgo. Durante el viaje medité profusamente acerca de mi futuro. En esa época yo era un joven lleno de curiosidad y ávido por aprender todo cuanto el mundo tenía a bien mostrarme; de manera que, cuando el convoy hizo una sonora entrada en la terminal de Waverley, yo estaba más que resuelto a orientar mi profesión a la medicina. Sin embargo, eso no iba a ser tan sencillo como mi joven entusiasmo me había hecho creer. Por de pronto me vi solo y casi sin dinero en una urbe gigantesca. La ciudad de las ciudades. Tan extensa como nunca había imaginado que pudiera ser una ciudad. Sin duda la más sublime del mundo.

Aunque es muy posible, lector, que usted conozca sobradamente Edimburgo, no estará de más explicar lo que mis pueblerinos ojos percibieron en ese momento de excitación. Una fortaleza se erige asombrosa sobre la metrópoli. Desde sus murallas infranqueables se contempla la ciudad en todo su esplendor, alcanzando la vista incluso el puerto de Leith y la bahía: A las faldas de esa roca descarnada sobre la que se yergue tan insigne fortaleza se extienden un sinnúmero de calles empedradas que no parecen alcanzar el fin. Carruajes y caminantes pueblan sus callejuelas, parques y plazas. Los magníficos edificios son tan altos como todos los de mi añorado Berwick-upon-Tweed puestos unos encima de los otros.

Llegado el punto en que la impresión que alteraba mi juicio desapareció, descubrí que las diferencias sociales que existen en el mundo rural se multiplican por cien en Edimburgo. La capital está dividida en dos partes la mar de bien diferenciadas: la ciudad nueva, con amplias avenidas arboladas, elegantes mansiones neoclásicas, y caballeros y nobles de buen placer que se dedican al arte del comercio, la banca o la política; y la ciudad vieja, decrépita, con angostos, tortuosos y hediondos callejones, y atestada de almas que malviven hacinadas en moradas de madera construidas sobre otras casas más antiguas aún, y que emplean su tiempo, las de peor calaña, en la prostitución o la delincuencia, y el resto, en ganarse las habichuelas como buenamente pueden.

Ni que decir tiene que, debido a mi falta de recursos, acabé con la gente del pueblo en la parte antigua. Y de esa manera, viéndome solo en la plaza de Grassmarket el día de mi arribada, entendí que el castillo que tan majestuosamente se alzaba a mis espaldas no extendía su manto protector hacia la parte de la ciudad a la que yo había ido a parar. En aquel instante de zozobra, se despertó en mi memoria el recuerdo de las palabras del escritor Daniel Defoe: «No existe otro lugar en el mundo donde la gente esté tan apiñada como en Edimburgo». No seré yo quien enmiende a tan ilustre escritor; no obstante, siendo realistas, semejante afirmación era quedarse bastante corto. Más tarde supe que la ciudad nueva se planificó en tiempos del rey Jorge III, con el cometido de que las clases adineradas huyeran de la depresión, el hacinamiento y los malos olores que envolvían Edimburgo. Así pues, reflexioné, aquellos que tenían en sus manos cambiar las cosas optaron por dejarlas tal cual y mudar ellos de lugar, abandonando a su [mala] suerte a buena parte de la población.

Como quiera que fuera, allí estaba yo. La noche y la niebla ya habían caído sobre la ciudad, que ya no me parecía tan sublime, y el ambiente que comenzaba a rodearme me escamaba en sumo grado [podía estar criado en el campo, mas no era tonto]. Mientras seguía indeciso, una prostituta desde una esquina me ofreció su compañía. Su aspecto, a fe mía, era fabuloso y su vestido ceñido resultaba demasiado sugerente para, no me avergüenza reconocerlo, un joven virgen como era yo; en eso, la mujer [no cumpliría ya los treinta], con objeto de provocarme, se desabrochó dos botones más de su ajustado corpiño. Esas carnes viejas y sueltas me tentaron por un momento; sin embargo, como yo me cuidaba en mi primer día de tener un altercado, me resolví poner pies en polvorosa. Por consiguiente, con mis 10 libras y tres monedas de 5 chelines en el bolsillo y mi hatillo al hombro, me dejé guiar por la tenue iluminación que procuraban las farolas de gas, y, entre la niebla, que se iba espesando a cada paso que daba, me perdí por un intrincado laberinto de callejuelas adyacentes buscando un lugar donde pasar la noche. Y de esa manera, me vi compartiendo lecho en una mala pensión de un callejón que salía de West Port con un borracho que profería tamaños ronquidos que no me dejó pegar ojo en toda la noche.

El día siguiente a aquel que acabo de narrar las cosas se presentaron ante mí de un modo bien distinto. El borracho y la niebla se habían esfumado y el sol entraba a raudales en el cuchitril donde me alojaba, que en ese momento, confieso, no me lo pareció tanto. Nada hay más reparador que la luz natural de un magnífico día. Con energías renovadas, salté del catre, fui a la ventana y, abriéndola al trajín de la calle, saqué medio cuerpo por ella. El cielo estaba azul y el sol, que me daba en la cara, brillaba del mismo modo en que lo hace un soberano de oro recién acuñado. Recuerdo que el olor pestilente que respiré me echó para atrás al instante,

acostumbrado como estaba yo al límpido aire del campo. Sobrepuesto, permanecí allí quieto por espacio de al menos una hora, viendo pasar gente y carros con mercancías de todo tipo, y barruntando acerca de lo diferente que se vislumbraban las cosas de día y de noche. Tras ese lapso de tiempo, llegué a un principio inmutable: el dinero que tintineaba en el bolsillo del pantalón, y que constituía todo mi capital, no se alargaría más allá de esa jornada. Dicho y hecho. Enardecido por ese aire de resolución que siempre me había caracterizado, volví al interior de la habitación, guardé las cuatro cosas que llevaba en el hatillo, y con una rapidez que honraría incluso a mi padre, abandoné la pensión de mala muerte resuelto a ganarme la vida.

No puedo negar que, después de una mañana ajetreada que me llevó de aquí para allá, no me fue posible hallar ningún oficio que no menoscabase la honra de un joven de mi posición; y no es que yo fuera muy exigente, mis circunstancias personales me obligaban a no ser remilgado; no obstante, salvo un trabajo de cargador, el cual escasamente me procuraba dinero para sobrevivir, y otro de ayudante en una imprenta, que resultaba todavía más patético, mis pesquisas fueron del todo infructuosas. Mis primeros pasos en el sendero de la vida independiente habían sido un completo fracaso y, por un momento, permanecí sin saber qué hacer y con el ánimo decaído. Ante tal tesitura no me quedó otro remedio que reconocer que mis planes para labrarme un porvenir en la medicina se habían desbaratado y deberían, por lo tanto, posponerse indefinidamente.

En este punto de mi relato, quisiera hacer un alto con el fin de exponer a mi querido lector algunas reflexiones propias. Observará la prolijidad de detalles que estoy proporcionándole, y no cesará de preguntarse qué importancia puedan tener (yo mismo, al leer un libro, acostumbro a pasar por alto las descripciones, a menudo tediosas). Pues le aseguro que en esta ocasión las explicaciones son inevitables, y le confesaré el porqué. Algunas de las peores decisiones que tomaría en el futuro se fraguaron en mis primeros tiempos en Edimburgo, que me marcaron sobremanera, hasta convertirme en el ser despreciable que soy ahora. Tampoco sería honesto con usted, lector mío, si no le reconociese que no pocas noches en aquella época, cuando me veía solo en mi mugriento camastro recordando el buen lecho del que disponía yo en casa de mi señor padre y los cuidados que prodigábame mi buena madre, estuve tentado de regresar, en la esperanza de que fuese recibido igual que un hijo pródigo. Cuánto deploro, en las circunstancias en que ahora me hallo, no haber templado mi temperamento y haber marchado nuevamente a mi hogar.

Decía, pues, que había emprendido ya el camino de vuelta a la pensión [a la que había jurado no regresar], como quien dice con el rabo entre las piernas, y en eso me topé por la calle con un pregonero proclamando al aire un ofrecimiento de trabajo, al tiempo que repartía pasquines a todo aquel que se le aproximaba reclamándole uno. El tipo rudo lucía una piel

curtida y manos encallecidas de la manera en que solamente el mar o el campo son capaces de marcar a un hombre. Dado que no tenía nada que perder, me allegué hasta él y me tomé la libertad de hablarle:

—Hola, ¿me dais un pasquín?

—¡Que me parta un rayo! —exclamó el sujeto, que escupió al suelo y me escrutó de pies a cabeza con una media sonrisa socarrona que en ese momento no comprendí a qué venía, mas cuyo significado no tardaría en averiguar.

Tras el examen visual, que a mí me pareció de mala educación, frunció los labios, se encogió de hombros y me largó uno de aquellos papeles. Mientras sostenía la hoja entre mis manos le oí que seguía calle abajo vociferando la perorata que se había aprendido de memoria. Antes de leer la oferta, me vino a la cabeza la ironía que supondría el hecho de que, después de todo, pudiera acabar en el campo trabajando para otro patrón que no fuera mi padre, mas quiso el destino que estuviera del todo engañado, y, el ómnibus primero y mis propios pies después, me guiaron por la ciudad hacia el norte, hasta llegar al puerto de Leith, en la desembocadura del río Water of Leith.

Podrá figurarse, mi querido lector, lo que esa estampa marinera significó para un hombre de campo como yo. Jamás se había visto tanto bullicio ni tal actividad comercial. Fatigado después de la caminata desde Grassmarket, tomé asiento en un banco de madera en precario estado y me puse a contemplar un bosque de mástiles, balanceándose grácilmente resguardados de una vasta superficie grisácea, algo picada, que se extendía hasta donde mi vista era capaz de alcanzar, y más aún. Invadido por una extraña emoción, me resultaba imposible apartar la mirada del mar del que tantas veces leí, mas mis ojos nunca habían llegado a visionar.

Aún fascinado, me levanté del banco resuelto a cumplir mi cometido. Al punto reparé en que todas las calles en Leith llevaban al puerto, empero a mí me interesaba una sola. Cuestionando a unos y a otros, y siguiendo las indicaciones que recibía al pie de la letra, no tardé en localizar la dirección que buscaba: Bernard St, esquina con Shore. Justamente en ese enclave se alzaba un edificio de piedra gris con un letrero de dimensiones considerables sobre la amplia entrada que rezaba: Company P.C. Wood-Leith. Cotejé el nombre con el que figuraba en el pasquín que me había dado ese individuo, y, conforme, crucé la calle y penetré en el edificio. Una vez dentro, me dirigí a un hombre de edad indefinida y amplísimas patillas que permanecía detrás de un mostrador, me despojé por educación de la gorra de paño que cubría mi cabeza, dejé mi fardo en el suelo y le enseñé la hoja que llevaba en la mano.

—Deseo enrolarme —le dije aparentando decisión, aunque sin tener del todo claro en qué consistía la labor de ballenero.

El hombre alzó despacio los ojos de unos documentos y los clavó en mí con el entrecejo fruncido, luego trasladó la mirada al trozo de papel que

yo, firme en extremo, sostenía en el aire a modo de proclama. Finalmente, tras un resoplido desdeñoso, levantose de la silla, rodeó el mostrador y se plantó delante de mí. Yo, que era un buen mozo al que Dios ha dado sus buenos seis pies, le aventajaba bastante en estatura; con todo, el empleado me miró torvamente y me indicó que le enseñara las manos. Así lo hice, y él, a continuación, las aferró con brío y las sometió a examen.

—Estas manos no han sufrido en la vida —me espetó, y me las soltó—. Buscaos otro trabajo. —Con total serenidad, me dio la espalda, regresó a su labor detrás del mostrador y continuó la mascada de tabaco como si yo no estuviera allí.

Yo era algo escuchimizado, y era cierto que no había hecho trabajos manuales [más que algún que otro trabajo esporádico en la granja, pues para eso disponíamos de subalternos, afirmaba mi buen padre]; no obstante, me sentía tan capaz como cualquiera de desempeñar esa faena. Conque insistí, y él me dijo otra vez que no, en esta ocasión sin siquiera mirarme.

—Soy médico —mentí entonces, resuelto a toda costa como estaba yo a allanar los obstáculos que el destino colocaba ante mí.

Las palabras en cuestión despertaron de inmediato su curiosidad, puesto que de nuevo separó la cara de esos documentos que tenía entre manos y me contempló esta vez con renovado interés, pero con un deje suspicaz.

—¿Tan joven?

—Es cierto que aún no soy médico, aunque sé de medicina, y, si me dejáis, vos mismo podréis juzgar de mis conocimientos.—Esa afirmación, antes al contrario, no era por completo falsa. Mi vocación por procurar beneficios al enfermo venía de lejos, solo que mis conocimientos se circunscribían a los animales de la granja del señor Hare. Ese era un pequeño detalle que consideré de interés guardarme para mí.

—Eso es otra cosa —dijo, desvaneciéndose el recelo—. Cruzad esa puerta y decidle a la persona que hallaréis que os mando yo.

—¿Y quién sois vos?

El otro me miró con cara de malas pulgas.

—No seáis insolente.

Aun cuando me dieron ganas de contradecirle, pensé que era mejor no tentar la suerte, en consecuencia tomé en las manos el fardo y con él me di media vuelta, atravesé en diagonal el inmenso recibidor de mármol y traspasé la puerta en cuestión. Prontamente, llegué a un arreglo con la persona que encontré, y como por espacio de diez minutos después salía de allí con un trabajo y un anticipo en el bolsillo resuelto a buscar una posada donde pernoctar mientras la naviera arreglaba los papeles de la partida con Aduanas.

Tan pronto como caía la noche, el puerto de Leith se transformaba en una zona de mala reputación. Tres simples palabras servirán para describir a la perfección ese lugar: licorerías, prostíbulos y peleas. No me resulta

honroso reconocer que, durante esos días en que aguardaba el tiempo para embarcarme, no fui un muchacho demasiado ahorrativo que se dijese y malgasté todo el anticipo que había recibido. Comía y bebía sin mesura, e iba a ser justamente en uno de esos prostíbulos donde perdí la virginidad con una mujer que me doblaría la edad, aunque ese es un episodio trivial que reviste poca o ninguna importancia.

Y fue así como, tres semanas después de mi llegada a Edimburgo, un 23 de septiembre de ese mismo año, yo, junto con otros cuarenta marineros arrojados, acabé a bordo del ballenero de nombre James Duncan*, sin blanca y haciendo rumbo hacia una región remota de la que jamás había oído hablar: Antártida. El* James Duncan *resultó una recia balandra de tres palos con el casco recubierto con clavazón de cobre que hendía las olas con la agilidad de los buques bien gobernados.*

Fin de la primera parte

9.
El olfato de una periodista…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

TOMANDO el camino que siguiera un rato antes, abandonó con movimientos furtivos el interior de la mansión. Recuperó el equipo que había dejado en el parterre, y se introdujo por la alcantarilla hasta llegar al desagüe. Después buceó en dirección a la superficie y pronto se encontró nadando bajo una bóveda cuajada de estrellas centelleantes. Espoleado de nuevo por las dentelladas del frío, se deslizó en el agua tan rápido como sus brazos le permitieron, hasta alcanzar la orilla opuesta del río Dee.

Allen permaneció un momento quieto mirando la cremallera a medio abrir de su bolsa con un semblante ceñudo. Juraría que la dejó cerrada. Dos caminos de pisadas dibujados en la nieve iban y venían hasta y desde la linde del bosque. No perdió más tiempo en especulaciones, estaba congelado, de modo que de nuevo colocó el equipo de buceo en la bolsa y volvió a cambiar el gorro de inmersión por un pasamontañas y los escarpines por botas y calcetines secos. El viento estaba terminando por alejar los cúmulos de nubes. En su rápida huida, cubrían de vez en cuando la media luna, borrando su destello en el río.

Estaba doblado por la cintura, abrochándose los cordones. Una sombra se cernió sobre él y antes de que pudiera reaccionar, ocurrió algo inesperado.

Sintió un golpe en la cabeza.

—¡Au!

Allen trastabilló y, en un acto reflejo, se llevó la mano a la coronilla.

Otro golpe.

—Pare ya.

James se enderezó y se giró con el brazo en alto en un intento por detener la siguiente acometida que de seguro se avecinaba. Delante de

él había una joven de piel color té y grandes ojos negros que por poco no llegaría a los treinta. Se mantenía en guardia sujetando con ambas manos enguantadas una rama gruesa de manera amenazadora, igual que si se tratase de un bateador dispuesto a hacer un *home run* con la cabeza de él.

—¿Quién coño es usted?, y ¿qué hace aquí? —le preguntó la desconocida con tono desdeñoso.

—Podría hacerle la misma pregunta.

Ella alzó la rama aún más y apretó los dientes.

—Vamos, tranquilícese —dijo Allen.

—¡Y un carajo, tranquilizarme! Voy a llamar a la policía. —La joven, sin soltar el arma, amagó con ir a extraer algo del bolsillo de su anorak rojo.

—Yo no haría eso. Pienso que si yo no debería estar aquí, usted tampoco.

—¡Anda y que te jodan!

—Me llamo James Allen y soy profesor de Historia.

—Y yo la reina de Saba.

Los labios de él marcaron una sonrisa.

—Sé que en estas circunstancias resulta difícil de creer, pero lo que le digo es cierto.

El James sonriente era un hombre que transmitía serenidad y confianza, todo lo contrario que el Allen serio y desafiante. La joven pareció relajarse y bajó los brazos hasta que la punta de la rama tocó la nieve, aunque no se deshizo de ella.

—Sela Azmi, y soy periodista.

El rostro de James mantenía su sonrisa más encantadora.

—Podríamos tutearnos. Siempre me ha parecido agotador el hablar de usted.

—En lo que a mí respecta, no hay problema.

—Está bien, Sela, no sé tú, pero yo me estoy muriendo de frío. ¿Qué tal si enterramos el hacha y nos vamos a tomar algo caliente a Ballater?

—Tú primero, y no intentes ningún truco conmigo. Te advierto que sé defenderme bien.

—No lo pongo en duda.

Una hora después, James Allen y Sela Azmi entraron por la puerta de un cafetín coqueto de Ballater. En medio de un agradable aroma a café recién hecho flotando en el aire, ocuparon una mesita redonda de madera, dispuesta en un rincón discreto con una vela en el centro que atenuaba un poco el ambiente penumbroso del establecimiento. A esas horas de la noche, el cafetín se mostraba casi vacío, a excepción de un

matrimonio de españoles. Turistas, a tenor de cómo parloteaban con la camarera, tratando de hacerse entender. Un torbellino de no más de seis años arrancó una risa a la empleada, luego se marchó a encargar la comanda. James escuchó al niño contando a sus padres la historia de un baúl mágico en el que aparecían de la nada juguetes nuevos. El escocés rio, pensando en que un artilugio así le vendría de perlas en estos momentos. Se ahorraría muchos sufrimientos. Sela le habló y James reaccionó. La miró quitarse el gorro y colocarse bien una desordenada mata de pelo largo y negro.

—¿Vas a decirme qué hacías saliendo a hurtadillas de Balmoral?

Por toda respuesta, Allen se refugió en su taza de chocolate.

—¿Eres un ladrón?

Él fingió estar ofendido.

—¿Es que me ves pinta de ladrón?

Sela se encogió de hombros y entrecerró los ojos.

—Si no has entrado a robar… ¿La has visto?… Pues claro que la has visto —se respondió a sí misma, al cabo de un segundo.

James depositó la taza en el platillo con un tintineo y fijó en Sela una mirada penetrante. La joven no había tocado su té.

—¿Quién quiere saber si la *he* visto, a quien quiera que te refieras, tú o la reportera?

—¿Qué diferencia hay?

—No me gustan los periodistas. Se inmiscuyen en la vida de los demás y les importa un rábano el daño que causan.

Una sombra de irritación surcó el rostro de Sela, que miró a su alrededor antes de encenderse un cigarrillo.

—Ya estamos con los topicazos. Yo a eso lo llamo in-for-ma-ción. ¿Te suenan la libertad de prensa o el cuarto poder?

—Creía que el cuarto poder eran ahora las redes sociales.

—¡Bah! Mentecatos jugando a ser periodistas.

—Redes sociales y prensa, mismo perro con distinto collar.

—No me interesa tu opinión, no me vas a convencer —repuso, con acritud.

Siguieron bebiendo un rato en silencio.

—¿Qué tejemanejes os traéis entre manos? —dijo la reportera, volviendo sobre el tema.

—¿Es que no paras nunca?

—¿Qué te creías que íbamos a hacer aquí? ¿Conocernos e irnos a la habitación de tu hotel a echar un polvo?

James se mostró tranquilo ante ese comentario fuera de lugar; aunque, por alguna extraña razón, le iba al pelo a la muchacha mal hablada que tenía ante sí.

—Mi imaginación no había llegado tan lejos. El frío me tenía atenazado y solo pensaba en darme una ducha reconstituyente y en

meterme en el cuerpo algo caliente. Nada más.

Ella cambió de tema.

—De modo que el presidente de Estados Unidos te concedió una medalla. Impresionante.

Allen compuso una expresión de sorpresa.

—Se supone que eso es secreto. ¿Cómo lo has descubierto?

Sela aplastó el cigarrillo en un cenicero y exhaló la última bocanada de humo.

—Soy periodista y hay una cosa que se llama Google. Te he buscado mientras esperaba en el hall del hotel a que te cambiaras de ropa.

—¿En cinco minutos? No tardé más en subir y bajar de la habitación. Además, dudo que hayas encontrado algo así en Google… Ah, caramba, fuiste tú quien registró mi bolsa al lado del río. Cotilleaste mi cartera.

—Te vi llegar y meterte en el agua. Como tardabas demasiado en regresar… Me aburro haciendo guardias. Hay quien le da por comer chocolatinas. Yo curioseo.

—En este país, lo que hiciste es un delito.

—Y lo que tú hiciste también.

—*Touché*. Pero…, si conocías quién era, ¿por qué me golpeaste?

—Por si acaso.

James se llevó la mano a la coronilla.

—Pues que sepas que me hiciste daño.

—Eso pretendía.

Después del duelo dialéctico, volvió el silencio a la mesa. La familia de españoles salió y se quedaron solos en el cafetín.

—De modo que, además de profesor, buscas cosas —insistió Sela.

—No busco cosas. Soy aficionado a la arqueología marina, que es distinto.

Azmi se quedó como ausente. De pronto, interrumpió el viaje de la taza de té a su boca y la devolvió a la mesa con los ojos muy abiertos.

—¡Naturalmente! *Ella* quiere que le encuentres algo.

James no hizo ningún comentario, se la quedó mirando con expresión imperturbable.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? Me lo dice tu cara.

—Me conoces desde hace media hora. Mi cara no te puede decir nada.

—Pero no lo has negado.

James claudicó, aunque solo a medias.

—No te ofendas, pero eres un coñazo de tía. Está bien. Sí y sí.

Sela Azmi lo miró un momento como si no acabara de comprender.

Allen profirió un resoplido.

—Sí, la he visto, y sí, me ha pedido que encuentre algo.

Sela se arrellanó en su silla, sonriendo satisfecha.

—¡Ja, lo sabía! ¿Y qué tienes que buscar?

—No corras tanto. Antes, dime qué hacías tú en Balmoral. Y no me digas que sacar a pasear al perro.

—No tengo perro, prefiero los gatos, van más con mi personalidad.

—¿Independiente y arisca?

—No tienes ni puta idea de cómo soy —dijo.

—Ya estamos empatados.

Silencio.

—Vamos, Sela.

—Soy reportera en el *Ballater Eagle*. No es gran cosa, lo sé, pero no pienso quedarme toda la vida. Hace días que corre el rumor por ahí de que la Corona está ocultando algo y desde Palacio no hacen otra cosa que lanzar balones fuera. Debe de ser algo gordo, y esto —se tocó la nariz— me dice que tiene que ver con el referéndum de independencia de la semana que viene.

—Pero eso no explica qué hacías cerca del río.

—El martes recibí una llamada de un tío que conozco de Ballater. Me dijo que disponía de una información que podría afectar al resultado del referéndum. Quería verme en persona, nada de teléfonos. Lo noté preocupado. Quedé con él en Edimburgo, pero no se presentó. Al principio, creí que se había echado atrás, pero he intentado varias veces ponerme en contacto con él y me salta el buzón de voz.

—¿Piensas que le ha podido pasar algo?

La periodista se encogió de hombros, aunque su rostro decía que sospechaba que sí.

—¿Entonces?

—Pues que esta mañana recibí otra llamada alertándome de que por la noche, en Balmoral, iba a ocurrir algo. Y no me digas que es una casualidad.

Allen la atajó.

—Espera, espera, ¿era otra persona diferente?

—Sí, pero no se identificó.

Un velo de preocupación cubrió el rostro de James.

—Si es una coincidencia, está cuidadosamente calculada. Menudo misterio.

La periodista se encorvó sobre la mesa a fin de aproximarse más a su interlocutor.

—Que te quede clarito desde el principio, si quieres que nos llevemos bien…

James sacudió la cabeza, descolocado, y no la dejó terminar.

—¿Llevarnos bien? ¿De qué demonios hablas?

Ella clavó sus grandes ojos en él y, seria, le dijo:

—Esta podría ser la oportunidad de mi vida y no la voy a cagar. Así que no te hagas ilusiones de darme esquinazo, pienso pegarme a ti como una lapa hasta que averigüe qué te ha pedido que encuentres.

10.
Un Escarabajo amarillo chillón…

Cinco días para el referéndum de independencia
Sábado, 12 de octubre
Ballater, Aberdeenshire

POR la mañana, temprano, James estaba duchado y vestido desde hacía rato cuando sonó su teléfono móvil. Insistentemente. El escocés interrumpió un momento lo que estaba haciendo y se acercó a la mesita de noche. No conocía el número; aun así atendió la llamada, si bien con cierta prevención. Mientras hablaba con el aparato sujeto entre el hombro y la oreja, continuó abriendo y cerrando cajones y echando ropa dentro de la bolsa de viaje. En el otro extremo de la línea se encontró con un tal lord Cornelius Ackroyd III, un tipo petulante que se daba aires y que se presentó como secretario personal adjunto de la reina. La conversación fue breve y se limitaron a concertar una reunión en Edimburgo en apenas unas horas.

No habría transcurrido ni un minuto desde que cortara la comunicación, cuando la melodía del teléfono volvió a sonar. Puso el altavoz. En esta ocasión era Collins que dijo que ya había resuelto el criptograma que James le envió. También comentó, así de entrada, que la próxima vez se lo pusiera más difícil. James, entretanto, terminó de cerrar la cremallera de la bolsa de viaje y se sentó en la cama para poder hablar con más comodidad.

—¿Ya lo has resuelto? ¿Tan pronto?

—Es un código cifrado por sustitución arbitrario.

Cualquier asunto relacionado con la informática escuchado por boca de Collins resultaba tan insultantemente sencillo que le hacía parecer a uno un incompetente.

—¿Qué porras significa eso?

—Cada símbolo se sustituye por una letra del abecedario. La única cuestión es por cuál. Simplemente se trata de jugar a las

probabilidades. Espera, te lo envío al móvil.

Tan solo un segundo después, James observaba la secuencia de símbolos que había copiado de la carta que *Ella* le mostró en Balmoral, y a continuación su descifrado.

TRAS EL ESCABROSO SENDERO
TENDED EL PUENTE LEVADIZO;
QUE BAJO EL FUEGO VENGATIVO
PERDURA EL SACRIFICIO ETERNO

Allen leyó el texto sin encontrarle sentido alguno.

—¿Y dices que descifrarlo ha sido sencillo?

—Bastante, la verdad. Hasta tú, con papel y lápiz, habrías acabado por hacerlo.

—Gracias por la confianza que muestras en mis habilidades, pero me parece que me sobrestimas. Una cosa más, ¿por qué utilizar un código tan sencillo?

—Bueno, es fácil desde la óptica del hombre moderno.

Allen contrajo la cara.

—¿Qué quieres decir?

—Debemos partir de un principio elemental. Todos, y cuando digo todos quiero decir todos, los códigos cifrados pueden desentrañarse. La única pregunta es cuánto tiempo te llevará hacerlo.

—No te sigo.

—En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, Alan Turing tardó años en descifrar los códigos de la máquina nazi Enigma. Las diferentes combinaciones posibles se elevaban a diez mil billones y tuvo, para ello, que crear otra máquina que hiciera los cálculos por él. Hoy en día, un superordenador es capaz de ejecutar doscientos mil billones de operaciones por segundo; así que ya puedes imaginar lo que hubiera dado Turing por disponer en 1941 de uno de estos cacharros.

»Ahora, ponte en mil ochocientos y pico, la época en que se escribió el código que me enviaste. Por aquel entonces, no debía de resultar ni tan rápido ni tan sencillo de resolver.

Cuando James terminó de hablar con su amigo, permaneció unos minutos en la misma posición, intentando procesar las palabras vertidas por el exhacker. Se concentró de nuevo en el texto descifrado buscando alguna inspiración. Su sentido literal estaba clarísimo, lo cual corroboraba que la conversión era acertada. Por el contrario, lo que no alcanzaba a comprender, por muchas vueltas que le daba, era su significado metafórico. Frustrado, echó un último vistazo por encima a la habitación y, tras acomodarse la correa de la bolsa en el hombro, bajó al hall del hotel.

Mientras aguardaba la cuenta tabaleando en el mostrador de recepción, la vio reflejada en el espejo que había colgado detrás del conserje. Estaba sentada en uno de los sillones del vestíbulo, con un jersey de cuello alto color crema, leggings negros y botas de invierno. Por ambos lados de su regazo, colgaba un anorak rojo. No distinguía bien su rostro, la cabeza gacha y el pelo suelto le impedían la visión; sin embargo, estaba por asegurar que se trataba de la joven que conoció la noche anterior.

Sus miradas se encontraron en el espejo en un momento que Sela alzó la vista de su *tablet*. Rápidamente, recogió sus pertenencias y fue a reunirse con él.

—Veo que no hay forma de librarse de ti —dijo James, al tiempo que aproximaba la tarjeta de crédito al datáfono.

—Ya te lo dije, no pienso darme por vencida. Sé que está pasando algo y que se está tratando de ocultar a la opinión pública. Lo presiento. Y voy a averiguar qué es. Con tu ayuda o sin ella.

—Eso ya me lo dejaste claro anoche.

El pequeño aparato que reposaba sobre el mostrador crepitó al escupir un recibo, interrumpiendo la conversación. El conserje lo arrancó, lo grapó a la factura y le entregó ambos a James.

—Muchas gracias, señor. Espero que haya disfrutado de su estancia.

Allen se despidió y salió a la calle por una puerta de vidrio giratoria. Sela fue en pos de él. Ahora que estaba fuera de la vista del empleado del hotel, rasgó la factura en varios pedazos y los arrojó a una papelera. Con los rayos del sol matutino sobre la nieve de tejados y aceras, Ballater brindaba una estampa invernal digna de una obra de Dickens. Únicamente los árboles, que afloraban en el horizonte altos y verdes iguales que lanzas, escapaban de la nieve.

Con la mirada fija en el chapitel de la iglesia que asomaba por encima de los edificios calle abajo, James se debatía sobre qué hacer con Sela. Ante sí, se abría un gran dilema. Por un lado, le había prometido a *Ella* discreción, aunque, por otro, imaginaba que la joven no se detendría, veía la determinación en sus ojos, y concluyó que sería mejor tenerla cerca. «Ten cerca a tus amigos, pero más cerca todavía a tus enemigos». Desconocía quién dijo esa frase por vez primera, pero él se la había escuchado a Michael Corleone en *El Padrino*. Y aunque un mafioso no era un buen ejemplo a seguir, dejó llevarse por su intuición…

—¿Adónde vas a ir ahora? —dijo Sela, sacándolo de su ensimismamiento.

Allen soltó la bolsa de viaje en la acera y se dio la vuelta para mirarla. A continuación, refirió la llamada de Ackroyd.

—Pues, perfecto, vámonos a Edimburgo. Tengo el coche aparcado ahí mismo.

—¿Dónde es ahí mismo?

Sela le señaló el otro lado de la calle con un cabeceo.

—Ese de ahí.

James se quedó mirando un Volkswagen Escarabajo de color amarillo chillón con una gruesa capa de polvo, que estaba aparcado detrás de su nuevecito Hyundai híbrido de alquiler, y esbozó una sonrisa de colegial travieso.

—¿Te refieres a ese montón de chatarra?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Eh! Será viejo, pero me lleva a todos los sitios.

—¿Por qué no vamos en el mío? —objetó.

—No voy a consentir que conduzcas tú para que me dejes tirada a la primera de cambio.

James alzó ambas manos y lanzó un resoplido de rendición.

—No se hable más.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

A cuánto a punto fijo], y mi situación no ha mudado un ápice. Sigo confinado, y en medio de la oprimente oscuridad a la que he sido condenado ad mortem *es fácil entregarse a la desesperación. Preciso una idea que me infunda aliento, y entonces pienso en si el brillo de la aurora se abate ya sobre los muros de esta mansión, dotándolo de ese dorado apagado que tantas veces contemplé con embelesamiento. Quiero pensar que sí. Que mi reloj biológico todavía continúa en funcionamiento.*

El mío no ha sido un sueño reparador, sino vago, letárgico, como si hubiese permanecido todo este tiempo en una constante pesadilla, despertándome cada dos por tres con sobresaltos repentinos. Ahora que he recuperado la consciencia, me siento invadido por un irrefrenable sentimiento de inquietud… He respirado hondo para tratar de conseguir templar los nervios; sin embargo, el aire viciado no llegaba en cantidad suficiente a mis pulmones, de modo que me he levantado del húmedo suelo con dificultad, y he caminado algún tanto por mi celda: a oscuras y con sumo tiento. Ya me siento algo mejor. Con el ánimo y las fuerzas necesarios para retomar mi relato en el punto en que lo dejé [he de revisar mis notas a fin de confirmarlo; no obstante, creo recordar que fue en el momento en que embarqué en el James Duncan*].*

… En ese ballenero pasé un año entero, con todos sus meses y todos sus días, y alguno más. No existen palabras para describir con precisión la lentitud con la que se sucedía el tiempo, o yo, que me tengo por hombre instruido, al menos no las conozco. Había momentos en que las faenas propias del mantenimiento del barco y de la caza de la ballena nos absorbían del todo, y las horas corrían viento en popa; pero en otras ocasiones quedábamos varados entre inmensos bloques de hielo flotantes, sin otra cosa que hacer durante semanas que rezar para que esas paredes hechas a base de tablazón [lo único que nos separaba de millones de metros cúbicos de agua helada] no se quebraran como una nuez bajo el golpe de un mazo. El tiempo era inacabable mientras los crujidos que recorrían las entrañas del barco, como prolongados y tormentosos quejidos lastimeros, nos helaban la sangre y nos procuraban estar a bien con Dios.

Durante aquel periplo trabé conocimiento sobre todo lo que se puede aprender acerca de rumbos y vientos, de jarcias y estayes, de temibles mares encrespados y furiosas tempestades, de arponeros, de

descuartizamiento y de grasa de ballena. Respiré el aire más puro que mis pulmones habían conocido y atisbé parajes inhóspitos, exóticas tribus indígenas y cetáceos de lomo interminable. También pasé un frío inconcebible. En la Antártida el viento es tan gélido que el simple acto de respirar se convierte en una práctica dolorosa.

Con eso y con todo, el 1 de octubre del año 1860 el James Duncan *fondeó nuevamente en el puerto de Leith, yo con el ánimo curtido [y una cicatriz en el abdomen «obsequio» de un arponero poco diestro], y el barco con las bodegas colmadas de carne y aceite de ballena. Alcanzo a recordar que era una noche clara de luna. Y lo recuerdo bien, pues se me ocurrió que, a pesar de que solía comentarse que Edimburgo era una de las ciudades más lluviosas del país, yo, la verdad, es que me había forjado una opinión bien diferente.*

Una vez estibamos la carga en los almacenes, pasada ya con creces la medianoche y avanzando hacia la madrugada, yo y toda la marinería fuimos a las oficinas donde ya había estado el año anterior, y el mismo fulano que me contrató entregome el sueldo convenido. Con ese dinero podría vivir una temporada y afrontar buena parte de mis estudios en la facultad de Medicina. De suerte que, con un propósito, me despedí con franca emoción de los que habían sido mis camaradas en alta mar y, con el saco de marinero [que sustituyó a mi viejo y querido hatillo] al hombro, me alejé caminando del puerto de Leith, lugar que no volvería a pisar jamás.

Dos años ha que regresé, y todavía poseo un grato recuerdo de aquella aventura marinera. El Joseph Hare que desembarcó ese primero de octubre era un hombre baqueteado, bien distinto del joven bisoño que, un año atrás, se había soltado de las faldas de su madre. Mi tez se había tostado por el sol, el trabajo duro me había hecho tomar algo de musculatura, y mis veinte años pasaban ahora por casi treinta. En ese momento, poseído por un espíritu de libertad y disfrutando de una dicha plena, ya sea por ceguera o por soberbia [el peor de los pecados capitales que aquejan al hombre], no podía ni presumir que la Tragedia se aproximaba de manera inexorable, a más velocidad de la que toma una locomotora de vapor dispuesta a arrollarme sin compasión.

Unos meses después de mi regreso, trabé relación con el doctor Robert Knox. Su influencia fue tan perniciosa que me adentré de su mano en un sombrío abismo de tinieblas capaz de ennegrecer el alma más cándida. El primer encuentro, no obstante, ocurrió de la manera más casual y al punto quedé cautivado por su arrolladora personalidad, pese a que su aspecto solo podría describirse de desagradable, y su carácter, de detestable.

Sucedió por enero o febrero del año siguiente; esa fecha, en cambio, está difusa en mi memoria. Sí me acuerdo de que era invierno todavía y yo había comenzado a tomar clases de Medicina en la facultad de Edimburgo hacía bien poco. Por esa circunstancia, aún vagaba despistado por esos

corredores de paredes enjalbegadas que dotaban al edificio de una apariencia institucional, cuando me topé con un hombre que caminaba en dirección contraria a la mía con dos muletas de aluminio apoyadas en las axilas.

A primer golpe de vista, no supe calcular bien su estatura, pues físicamente era algo contrahecho y se movía encorvado [más tarde conocí que esa deformidad se debía a una enfermedad degenerativa congénita]. Tras contemplar su aspecto, llegué a la conclusión de que aparentaba lo menos sesenta años, si bien yo estaba al corriente de que no tendría más de cuarenta. Sus cejas enmarañadas y la nariz aguileña le procuraban a su rostro una permanente expresión antipática. Su atuendo era extravagante para un profesor. No Iba vestido con el acostumbrado traje de tweed*, sino que escondía el cuerpo bajo un amplio gabán fúnebre y un sombrero de copa de color negro azabache. Si no hubiera sabido de quién se trataba, a no dudar lo habría evitado haciéndome el loco; sin embargo, el profesor Robert Knox era harto conocido en toda la facultad, de suerte que atraje su atención y aproveché la ocasión para presentarme.*

Knox detuvo su enérgico avance [a pesar de las muletas] y se me quedó mirando, directamente a los ojos, no cabe ponderar si con curiosidad o es que su fisonomía le dotaba de ese sombrío ceño. Después de mi pobre presentación, y con formidable sorpresa por mi parte, díjome:

—Mister Hare, ¿podríais venir a mi laboratorio cuando acabéis vuestras obligaciones?

Tal era mi estado de confusión que apenas conseguí balbucir un sí.

—De acuerdo, pues. —Sacó un reloj del bolsillo—. Os veo a las tres. No os demoréis, la impuntualidad es marchamo de dejadez. —Y, sin esperar confirmación por mi parte, reanudó su caminar a toda prisa, ayudándose de las dos muletas que manejaba igual que si fueran dos extremidades más de su maltrecho cuerpo.

Como podrá figurarse allí estaba yo antes de que sonaran las tres sobre Edimburgo. Su laboratorio hallábase en el sótano del edificio principal de la facultad. Un angosto tramo de escaleras en espiral, que apenas bastaban a un hombre, y una puerta de madera recia lo comunicaban con el campus. Según conjeturé, el doctor Knox podría acceder al laboratorio a cualquier hora del día o de la noche sin necesidad de atravesar todo el edificio. Bajé la escalera y fui a usar tímidamente el aldabón para golpear la puerta. Desde el otro lado, me llegó al instante el ruido de una silla y unos pasos de muletas que se me aproximaban. En el umbral apareció el mismo doctor Knox, quien había acudido en persona a abrirme y que, con una manifestación de bienvenida poco efusiva [como, por otra parte, bastaba esperar de un profesor veterano], me invitó a pasar a su sanctasanctórum. La agilidad y velocidad con las que se movía me resultaban extraordinarias.

—Ah, mister Hare, veo que la puntualidad es otra de vuestras

cualidades.

Sería un embustero si dijese que el elogio no produjo en mí vivo placer, de modo que, sumamente halagado, traspuse el umbral y me hallé en un recinto de forma rectangular y repleto de sombras, que examiné con gran curiosidad. El olor hediondo que percibí nada más entrar, una mezcla de formol y descomposición de la carne, hubiera bastado para echar atrás al más común de los mortales, mas no a uno que había pasado un año entero en un barco con las bodegas cargadas de apestosas entrañas de ballena y en compañía de una tripulación de cuarenta hombres a los que no vi asearse ni una sola vez.

Siempre se me han dado bien los cálculos a ojo de buen cubero, y de un simple vistazo adiviné que el laboratorio mediría unas siete yardas de largo por cuatro de ancho. No me duele en prendas reconocer que, de partida, el lugar pareciome un tanto truculento, con miembros humanos sangrantes amontonados dentro de una bañera de hierro, y otros diseccionados sobre una mesa quirúrgica, cerca de sierras y otras herramientas de corte, asimismo salpicadas de sangre. En un rincón, bajo la luz de un quinqué de gas, había una mesa invadida de legajos y cuadernos con anotaciones. Suspendidos en las paredes había grabados la mar de convincentes de las distintas partes de un cuerpo humano; y sobre baldas de estanterías descansaban tarros llenos de formol que contenían extravagantes especímenes y miembros que, debido a la luz tan pobre y a mi todavía escasa experiencia, no alcanzaba a determinar si eran humanos o animales.

El doctor Knox había sustituido su sempiterno gabán negro, que advertí colgando lacio de una percha de pie, por una bata blanca y un delantal cubiertos ambos de salpicones de color bermellón, lo cual unido a su revuelta cabellera con la raya en medio y a la sierra sangrante que sujetaba en la mano, de la que se servía para sus trabajos, convertían su estampa en la de un loco sádico. Debió de darse cuenta de la expresión que yo ponía porque intervino al punto:

—No os inquietéis por mi aspecto, un galeno que se precie siempre debe estar manchado de sangre.

—¿Hacéis disecciones, profesor?

—Ah, errare humanum est *y es mejor mutilar a un muerto que a un vivo.*

Con ese panegírico aprendí mi primera lección en serio en la medicina. Una vez superada la impresión inicial, me aproximé a contemplar con fascinación morbosa alguno de los especímenes conservados en formol, a la espera de que fuera el mismo profesor el que me desvelara el propósito de la invitación. Al moverme, mis pasos levantaban crujidos sobre el serrín que cubría el suelo. En ese sótano hacía frío y no me despojé del abrigo de paño que me había comprado con algunos de mis ahorros. Era de segunda mano y el forro estaba algo deslucido; con todo y con eso me costó sus

buenas 3 libras esterlinas.

—Veréis, mister Hare, me sería de provecho vuestra ayuda —soltó por fin.

Yo aparté la vista de un tarro que contenía vísceras y la puse en mi anfitrión, con el rostro alterado por la perplejidad. Para mí era del todo inconcebible que el celebérrimo doctor Robert Knox precisara mi colaboración en sus reconocidos trabajos de disección y anatomía. En esos pocos segundos que transcurrieron, llegué incluso a distinguir en mi cabeza con total claridad el nombre que me pusieron mis adorables padres impreso en un famoso estudio sobre medicina.

—Excelente —me respondió cuando mostré mi plena disposición—, pues preciso más cadáveres para mis disecciones.

Yo creí haberle comprendido mal y nuevamente mi expresión debió de resultarle igual que un libro abierto, porque se apresuró a añadir:

—No hace falta que os explique lo instructivo que podría resultar a vuestra carrera de médico, aparte de que, por descontado, os pagaría un precio justo por ejemplar. En función del estado de descomposición del cuerpo, esa suma podría ir desde las 3 libras hasta las 15. Cuanto más frescos, más valor.

Yo seguía de pie, atónito, y solo alcancé a responder:

—¿De dónde sacaría los cadáveres, profesor?

—Eso no supondrá el menor inconveniente —me contestó él—. En la ciudad vieja fallecen personas cada día. Tendréis que aprestaros a comprar el cuerpo a la familia antes del sepelio. Faltaría más, lo que negociéis con ellos será cosa vuestra.

Pese a su insistencia, yo seguía renuente a aceptar.

—Yo mismo lo haría —agregó él, para tratar de convencerme—; pero comprenderéis que mi condición física me lo impide.

—¿Puedo pensármelo, profesor?

Él dio un paso hacia mí y quedó intimidantemente cerca.

—Como consideréis, mister Hare; sin embargo, permitidme un consejo: habéis escogido una profesión difícil en extremo. Se exigen continuos sacrificios y la recompensa que los acompaña es a menudo exigua. Toda contribución para abrirse camino es poca y sería de necios desperdiciar una oportunidad como la que yo os estoy brindando, una al alcance de un puñado de privilegiados. Mis indagaciones siguen su curso y si no queréis hacerlo, no os quepa duda de que hallaré en la facultad otro alumno que se preste a tal ocupación. —Por último, alzó el dedo y dijo—: Tenéis hasta mañana, al finalizar la clase os demandaré una respuesta.

Me marché de ese matadero con los ojos fijos en el suelo y, durante un tiempo impreciso y a pesar del frío, merodeé por el campus con las manos en los bolsillos barruntando acerca de la propuesta del doctor Knox. Como ante todas las decisiones importantes, escribí en mi mente una lista de pros y contras. En favor de aceptar la propuesta había dos aspectos: el dinero

[que me vendría de perlas para sufragarme la vida al tiempo que cursaba mis estudios, y es que los ahorros que me procuré durante el año que pasé en el James Duncan *mermaban a una considerable velocidad en esa ciudad tan cara]; y el hecho de trabajar con uno de los profesores más reconocidos de la facultad. En contra, sin embargo, también había algunas cuestiones a considerar. La principal de ellas era que no tenía demasiado claro la legalidad del asunto, aunque sí su inmoralidad. Por descontado, yo no entendía nada de leyes; no obstante, tampoco pretendía acabar en una prisión. Hubiera sido deshonroso en extremo para mi madre y causa de un síncope para mi señor padre. Y si bien había roto todo lazo con ellos desde hacía más de un año, Dios sabe que los echaba de menos entrañablemente y tampoco anhelaba ningún mal para su alma.*

Ese pensamiento me recordó que ya iba siendo hora de escribir a mi queridísima madre, de manera que, con el fin de alejar un rato de mi cabeza la disyuntiva en la que hallábame inmerso y elevar así mi ánimo, me regresé a la habitación que tenía alquilada y, durante una hora, redacté una carta poniéndola al día de mis vicisitudes pasadas y presentes. Cuando finalicé con un «Tu hijo que te quiere», comprobé la hora en el reloj, y como era tarde, salí pitando hacia la oficina de correos, a la que llegué tan solo unos minutos antes de que cerrara. Tras franquear la carta, volví a mis habitaciones caminando tranquilamente y, ya que estaba sediento, hice una parada en una licorería a fin de tomar una cerveza.

Cuando amaneció el día siguiente, un día invernal inherente a la estación en que nos hallábamos, había dejado a un lado los prejuicios en mí enraizados y tenía una decisión tomada. «Me alegro de haberos ganado como discípulo, no os arrepentiréis de vuestra decisión», fueron las palabras que Knox vertió cuando le comuniqué la noticia. ¡Y vaya si me arrepentiría! Con creces lo hice. Pero claro, en ese momento yo era la criatura humana más dichosa de la tierra, totalmente ajeno a que el vuelco que daba mi vida me adentraba en un sórdido mundo que traería aciagas consecuencias, para mi propia persona y para otras…

Fin de la segunda parte

11.
La puja sube…

Edimburgo, Escocia

CERCA del mediodía.

Por el camino pararon a echar gasolina y como dos horas después de abandonar Ballater, el color amarillo del Volkswagen de Sela destacaba entre el tráfico que fluía por las calles de Edimburgo. El coche estaba harto sucio y apestaba horrores a tabaco. En cualquier parte que James ponía la vista hallaba porquería. Bolas de kleenex usados, botellas de agua vacías, recibos, juguetes de niño o periódicos atrasados. La calefacción y las ventanillas cerradas contribuían a concentrar el mal olor. Durante todo el viaje, no paró de lamentarse de haber devuelto las llaves del Hyundai de alquiler. No recordaba el modelo exacto, a él los coches no le llamaban la atención, incluso sabía que se trataba de un Hyundai por la H del llavero. Pero sí era capaz de recordar que aún mantenía ese olor tan característico del coche recién salido del concesionario.

—Fumas demasiado —le comentó James a Sela en un momento del viaje en que vio a la conductora haciendo hueco en el cenicero abarrotado para apagar otro cigarrillo.

—¿Qué eres, mi padre? —Y meneando la cabeza frustrada, añadió —: Hay que joderse…

James carraspeó lleno de incomodidad. No volvieron a dirigirse la palabra hasta que se encontraban a punto de llegar. El día en Edimburgo estaba desapacible y persistía la crispante llovizna que los había acompañado desde Perth. La sensación de frío era mayor en Ballater, aunque la humedad era allí más patente.

En estas, rodearon la plaza de St Andrew y la abandonaron aprovechando un hueco en el tráfico. Allen tenía la mirada perdida en la ventanilla salpicada de gotas de agua.

—Ah, ya estamos en la calle. —Por delante de ellos pasaban números en los portales—. Es ahí.

—Buscaré un sitio para aparcar.

Cuando el Escarabajo cubrió ruidosamente un espacio libre entre una moto y una furgoneta de reparto, James se deshizo del cinturón de seguridad y se giró hacia la conductora.

—Entraré yo solo. Tú espérame en el coche.

La periodista dio un golpe al volante.

—No me jodas, Allen. Pensé que te había dejado bien claro que estamos juntos en esto.

—Ackroyd me espera a mí y supongo que no le hará mucha gracia que me presente acompañado de una periodista.

Sela profirió un resoplido de disgusto.

—Está bien, me quedaré aquí como una niña buena, pero te prevengo desde ya: no intentes jugármela. Te estaré vigilando. —La joven apagó el motor, que suspiró aliviado. Unos segundos con los limpiaparabrisas desconectados bastaron para que el mundo exterior se tornara borroso.

James se bajó, comprobó que no venía ningún coche y cruzó la estrecha calle trotando sobre los charcos. La dirección que le indicó Ackroyd se correspondía con una mansión aristocrática de fachada neoclásica, con columnas y pórtico en línea con la calle. En vista de que no había timbre —o él desde luego no lo encontró—, golpeó la puerta con un aldabón de bronce. Mientras aguardaba a que abrieran bajo una pequeña marquesina que asomaba de la fachada, se hizo sentir en el ambiente el atronador estampido de un cañonazo. A James se le pasó por la cabeza que se trataba de un trueno, luego comprendió que, en realidad, el One o'clock Gun[1] había disparado desde las murallas del castillo de Edimburgo, una tradición que se remontaba a 1861.

Volvió la vista atrás. La silueta de Sela dentro del coche se perfilaba vaga e imprecisa. Intuyó que lo estaba mirando. Cuando se giró, la figura de un mayordomo con aire severo lo sorprendió bajo el dintel de la puerta.

—E-eh, buenas tardes, vengo a ver al señor Ackroyd.

—Señor Allen, lo esperan en la sala de estar. Si es tan amable de darme su impermeable y seguirme…

James accedió al vestíbulo, dejando afuera la fina lluvia. Frente a él, unos lustrosos escalones de roble ascendían en curva a una galería con balaustrada. El mayordomo colgó el Barbour mojado en una percha y, antes de desaparecer, lo acompañó por un pasillo hasta un salón decorado con madera y tapices. Haciendo caso omiso de la persona que ocupaba uno de los butacones, James abarcó de una mirada toda la estancia. Con tres amplios ventanales del suelo al techo, resultaba bastante luminosa, incluso en un día cerrado como aquel. En una esquina, descansaba un brillante piano negro. La

banqueta y las partituras delataban que no era un mero adorno. A continuación, comenzó a pasear alrededor de la sala, examinándolo todo lleno de curiosidad. Cosa rara en él, no hizo apenas caso a la excelente biblioteca y aparcó su vista en una pared atiborrada de objetos singulares. Sin duda eran piezas dignas de un museo.

—Fabulosa colección, Ackroyd —señaló sin darse la vuelta.

—Mi tratamiento es de lord, señor Allen —lo corrigió de inmediato el anfitrión. Su voz aflautada tenía cierto deje aristocrático—. Así se lo hice ver esta mañana por teléfono, y no creo que sea mucho pedir que se dirija a mí de manera correcta.

James le dio la espalda a la colección de objetos y miró por primera vez con cierto interés al hombre flacucho que ocupaba el sillón orejero con una pierna descansando sobre la rodilla de la otra y una pipa sujeta por la cazoleta. A pesar de que Cornelius Ackroyd le pareció a primera vista un estiradillo que vestía de manera un tanto extravagante para su gusto —blazer de cachemira color limón, pañuelo de lunares a juego con la pajarita y pantalones de color melocotón—, había algo en él que hizo que le cayera bien, tal vez porque aparentaba una edad similar a la suya, o tal vez por esa manera tan peculiar de alejarse de los convencionalismos tan en boga.

James disfrutaba de situaciones como esa, y decidió provocarlo un poco más manifestando con sorna:

—Es usted un hombre demasiado quisquilloso… *Ackroyd*.

El aristócrata frunció los labios enmarcados en una cuidada perilla y dejó pasar el tonillo. Tenía cosas más importantes en la cabeza que preocuparse por la intolerable arrogancia que mostraba su invitado; de manera que señaló el sofá con la pipa y, con una entonación a medias entre indulgente y servicial, dijo:

—Póngase cómodo, por favor, hay asuntos graves que debemos tratar y el tiempo apremia. Pennyworth —dijo, dirigiéndose a su sirviente—, traiga jerez.

Mientras llegaba el aperitivo, Cornelius le ofreció un cigarrillo de una pitillera de plata que reposaba en una mesita. Allen no fumaba y rehusó.

—He contactado hace una hora con el señor Robert Thornley —señaló Cornelius sin más rodeos—. Me ha enviado el siguiente mensaje de texto.

James se hizo con el móvil que su anfitrión le pasó y leyó:

La puja ha subido. Si quiere la carta, el precio es de £60.000, en billetes pequeños y usados. Traiga el dinero esta noche: 22:30. Cementerio de Greyfriars, junto a la tumba de Clara Hastings.

Allen le devolvió el teléfono a su propietario.

—Si le soy franco, Ackroyd, no acabo de entender qué pinto yo en

este enredo.

Un velo de desconcierto cubrió el semblante de Cornelius, quien descruzó las piernas para enderezar la espalda.

—Creí que su empresa estaba clara. Usted acudirá esta noche a Greyfriars y conseguirá la copia de la carta que el señor Thornley robó de la residencia de Balmoral.

—Sí, eso lo comprendo. Pero…, ¿por qué yo? Yo no soy experto en estas lides. Si solo se trata de un intercambio, ¿por qué no va usted mismo?

Antes de contestar, Cornelius dio una calada a la pipa, dando la sensación de estar midiendo las palabras que iba a pronunciar.

—La cuestión, señor Allen, es que *Ella* lo escogió a usted. Lo demás carece de importancia, ¿no lo cree así? Ah, y evidentemente, dada mi posición, yo no puedo verme involucrado en un asunto tan… espinoso. Sería bastante embarazoso.

—¿Embarazoso para quién? —preguntó James.

—Para todos los implicados.

—Para todos, menos para mí.

—Exacto.

—Claro, yo soy el chivo expiatorio —observó Allen.

—Si quiere verlo así…

En ese momento de la conversación, Ackroyd abandonó el tresillo para aproximarse a una *boiserie*. Regresó enseguida portando por el asa un maletín de cuero con la cremallera abierta —de esos ajados que antaño utilizaban los médicos rurales— y lo depositó en la mesita, al lado del decantador con el jerez.

—Aquí hay sesenta mil libras esterlinas, tal y como ha solicitado el señor Thornley.

James se inclinó sobre el maletín y miró adentro. Nunca había visto tanto dinero junto. Volvió al respaldo de su sillón meneando la cabeza.

—Ackroyd, he de confesarle que no me siento cómodo con esta situación.

En la estancia se hizo un silencio forzado. En ese momento, lord Cornelius, que lo observaba atento con las yemas de los dedos juntas debajo de la barbilla, como si estuviera rezando una oración, despegó las manos y, al tiempo que tocaba una campanilla, alargó el brazo para asir el maletín.

—Comprendo, todo queda dicho, pues. Comunicaré su decisión. —La puerta de la sala se abrió—. Pennyworth, el señor Allen ya se marcha.

—Espere.

El aristócrata interrumpió el ademán de levantarse y, a un gesto, el sirviente desapareció.

—Está bien. Deje ahí ese maletín. Lo haré.

Cornelius respondió con una vaga sonrisa de satisfacción y retiró la mano del asa.

—¡Excelente! Quiero que sepa, señor Allen, que he puesto al corriente a Scotland Yard de la situación. No al completo, claro está, solo de lo que he considerado imprescindible. El tiempo apremia y mi cometido es anticiparme a los acontecimientos. Me consta que el inspector Shaw ha viajado desde Londres. Ni que decir tiene que deberá usted evitarlo en todo lo posible.

¿Shaw? A James le sonaba ese nombre. ¿Sería el mismo que lo detuvo en Londres, tras descubrir el laboratorio de un alquimista del siglo XVII en el subsuelo del The Monument?

—No lo olvide, señor Allen, no habrá segundas oportunidades. Debe hacerse con la carta antes de que caiga en manos equivocadas. No quiero ni pensar que eso pudiese llegar a suceder.

—Pues vaya pensando en un plan B, Ackroyd. Por experiencia le digo que las cosas nunca salen como uno las planea.

Tras estas palabras premonitorias, ambos se levantaron de sus asientos. Cornelius, como correspondía a un perfecto anfitrión, acompañó a su invitado hasta la entrada.

—Ah, señor Allen —le dijo por último en el umbral—, le he reservado una habitación en el hotel Caledonian. Por descontado, nosotros correremos con los gastos.

NADA más ver marcharse a James en dirección a la casa y subir a la marquesina, Sela se sintió una idiota. ¡Cómo había podido dejarse manipular de esa manera! Estaba furiosa consigo misma y desahogó su frustración estampando la mano contra el volante. Mientras se quedara fuera de las reuniones importantes, jamás podría escribir un artículo decente que la sacara del agujero atestado de ponzoña en el que poco a poco estaba enterrando su vida.

Le volvió en eso a la mente lo que sabía acerca de Allen y la imagen que se había conformado de él. Que se trataba de un lobo con piel de cordero. Un tipo frustrante que siempre se salía con la suya exhibiendo con destreza esa cara de no haber matado una mosca.

Pues eso se acabó.

Esa jugarreta había sido la última. Las cosas tenían que cambiar y mucho…

El teléfono sonó. Sela echó mano a su bolso y hurgó en su interior. Su editor. Suspiró.

—Dime, Tony.

Por respuesta al saludo, un resoplido de hartazgo en la línea.

—¿Dónde te metes?

—Es fin de semana. Libro.

—Pero el periódico no. Ayer desapareciste todo el día y hoy he tenido que suplir tu columna con una mierda de noticia sobre la suciedad en las calles de Ballater.

—Lo siento, ando detrás de algo.

—Llevas detrás de algo desde que te conozco. Mira, Sel, sé que este no es un gran periódico, pero tú tampoco eres Woodward, de modo que deja de malgastar tu tiempo buscando el Dorado.

Esas palabras la irritaron.

—¿Vas a soltarme un sermón?, pues ahorra saliva.

Tony lanzó otro suspiro; no obstante, siguió en tono tranquilo, sin dramatismos.

—Soy tu jefe. Va en mi sueldo darte sermones y en el tuyo aguantarlos.

—¡Que te jodan, Tony!

El editor tomó y soltó el aire tres o cuatro veces.

—Sel, eres una buena periodista y me preocupo por ti, pero dirijo un periódico y no puedo consentir comportamientos como el tuyo. Son un mal ejemplo.

—Cuando me abría de piernas no te parecía mal mi comportamiento —replicó con dureza.

—Sel, por favor, sé profesional. Mañana quiero verte en la redacción y con un buen reportaje, o ya puedes ir buscándote otro empleo.

Silencio.

—Lo siento de veras, Sel, así están las cosas…

Sela profirió un bufido y colgó su teléfono, dejando a Tony con la palabra en la boca.

—Capullo. —Con furia arrojó el móvil dentro del bolso. Luego rompió a llorar, paró, sorbió por la nariz, se secó los ojos y con mirada distante giró la cabeza hacia la ventanilla. Había escampado y un resplandor brillaba vivamente a través del vaporoso gris de las nubes.

La puerta de la casa seguía cerrada.

¡Mierda!

Allen llevaría dentro más de media hora cuando lo vio aparecer de nuevo. Durante unos cuantos minutos lo contempló bajo una marquesina departiendo con otro tío que llevaba pantalones de color naranja. Debía de tratarse del tal Cornelius Ackroyd. Menudo nombrecito. A esa distancia no le veía bien la cara, pese a que los cristales estaban ahora ligeramente más despejados de gotas de agua. Al fin, se estrecharon la mano y el tipo hortera regresó al interior. Allen bajó a la acera portando ahora un maletín gastado en su mano derecha, cruzó la calle —ahora en el semáforo— y volvió a subirse de nuevo al Escarabajo. Se colocó el portafolio en el regazo, sin apartar

ambas manos de él.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Sela.

—El dinero.

—¿Qué dinero?

Durante el recorrido al hotel, James la puso al corriente de la conversación con Ackroyd, sin olvidar un detalle. Una vez dejaron el maletín con el dinero en la caja fuerte de la habitación del escocés, se pasaron por el cementerio de Greyfriars y lo recorrieron de arriba abajo hasta localizar el sepulcro de Clara Hastings. Allen fijó la posición GPS en su teléfono a fin de evitar buscar de nuevo la tumba con la oscuridad de la noche.

Luego se dispusieron a esperar a que llegara la hora de la cita con Thornley. Encuentro que resultaría desastroso y que terminaría con Thornley colgado de un árbol por el cuello, James maltrecho, y el dinero y la copia de la carta robada desaparecidos. Efectivamente, tal como predijo James Allen, los planes siempre acaban estrellándose contra la realidad.

12.
Una cascada de preguntas…

Cementerio de Greyfriars, Edimburgo

POR la noche.

James Allen sintió un fuerte golpe en la base del cráneo y perdió el conocimiento…

… Recobró la consciencia poco después, acuciado por la desagradable sensación de que había cometido un acto horrible…

… Se encontró a Thornley ahorcado, huyó de la policía, alguien lo acechó en la niebla, saltó la verja del cementerio…

… En la acera, un coche se aproximó hacia él. Reconoció al instante el Escarabajo amarillo lleno de raspaduras y ese rostro como el ébano con un pitillo entre los dientes.

Sela.

—¡Vamos, Allen! ¿A qué coño estás esperando? ¡Sube al coche de una puñetera vez!

La conductora tiró de la palanca y la portezuela se entreabrió.

En cuanto James Allen se precipitó dentro, Sela metió una marcha y pisó a fondo el acelerador.

—Pero bueno, ¿qué ha pasado contigo?… ¿Por qué demonios has tardado tanto?… ¿Has visto a Thornley?… ¿Tienes la carta?… —Sela, al volante, tenía los nervios de punta y no hacía más que apabullarlo con una cascada de preguntas.

Allen no respondió a ninguna de ellas. Estaba desolado.

—Thornley está…

—¿Thornley está qué? ¡Vamos, di algo!

—Está muerto.

—¡Cómo que está muerto! No digas gilipolleces.

—Estaba colgado de la rama de un árbol. Con su propio cinturón.

—Pero…, ¿qué ha ocurrido?

—¡No lo sé! —bramó, harto. Más calmado, agregó—: Eso es lo más curioso. No recuerdo ni siquiera haber hablado con él.

En ese instante, el ulular de una sirena irrumpió en el espacio cerrado del Volkswagen, y ambos se sobresaltaron. Sela levantó de manera instintiva el pie del acelerador y moderó la velocidad mientras recorrían Cowgate con pocos coches a su alrededor. Ambos contuvieron un momento la respiración cuando un vehículo de la policía pasó como una exhalación en sentido contrario al que ellos llevaban.

El cigarrillo de Sela lanzaba al techo hilos de humo.

—Vale, calmémonos —dijo ella—, y ponte el cinturón, no vaya a pararnos la policía. Solo nos faltaba eso.

A James le costó localizar el anclaje, todavía le temblaban las manos.

—¿Adónde vamos? —pregunto él.

De repente, comenzó a destellar la pantalla del smartphone de Sela, y esta sintió una punzada de emoción. Antes de echar mano al teléfono, apagó el pitillo a medias y le hizo un brusco gesto a James para que guardara silencio.

—Hola, mi cielo. ¿Cómo estás? —Sela había cambiado por completo el tono de voz, adoptando ese soniquete dulzón que utilizan los adultos cuando se dirigen a los niños pequeños.

—Hola, mami. ¿Vas a venir a leerme un cuento?

—Mami está trabajando, pero te prometo que iré en cuanto pueda. ¿Qué has cenado?

—Tortilla. Y yogur.

—¿Te lo has comido todo?

—Sí.

—Pues ahora a la cama, que ya es hora de dormir.

—Quiero ver la tele.

—La tele. Si te deja Rachel. ¿Vale?

—Vale.

—Anda, cariño, dile a Rachel que se ponga, pero antes dame un beso.

—Muac.

—Otro para ti, cielo. Te quiero. Y obedece a Rachel…

«Mamá quiere hablar contigo», se oyó a través de la línea.

James vio que los ojos de Sela se humedecieron.

—Hola, Sel.

—Rachel, siento haberte arruinado tu cita de esta noche. Te lo compensaré, lo juro.

Un resoplido en la línea.

—Tampoco prometía una velada tan interesante. Sarah y yo nos lo pasamos juntas bastante bien.

—¿Cómo están mis gatitos favoritos?

Se oyó a Rachel sonreír.

—En el respaldo del sofá, Bobo estirándose y Jonesy dormitando. Ya sabes cómo se ponen, medio desparramados. También echan de menos a su mami. ¿Te has deshecho ya de ese tío tan insoportable?

Sela carraspeó, visiblemente incómoda, y echó una fugaz mirada de reojo a su acompañante, en cuyos ojos había aparecido un brillo burlón.

—No sé dónde te has sacado eso.

—¿Cómo era?… *Es irritante e insoportable* —dijo Rachel parodiando la voz de Sela.

La periodista cambió de tema.

—Esta noche me quedo en casa de Therese.

—¿No tenías una habitación en el Caledonian?

—Es una larga historia, ahora no tengo tiempo.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Ocurre alguna cosa? —preguntó Sela.

—Hoy ha venido un hombre del juzgado. Traía una citación para ti.

—Joder.

Más silencio. Solo una respiración inquieta.

—¿Va todo bien, cariño?

Otro resoplido.

—Sí, sí, estoy bien.

Rachel no se lo creyó.

—No te preocupes por eso ahora. Lo que tenga que pasar lo afrontaremos juntas.

—Eres una buena amiga. La mejor.

—Tú termina lo que sea que estés haciendo y vuelve a casa.

—Te quiero. Y en serio, te debo una de las gordas.

—Y yo a ti, Sel.

La comunicación se cortó.

—Conque *irritante e insoportable* —le dijo James, tratando de distender el ambiente.

—Déjame en paz.

Sela condujo sumida en el silencio durante un rato, sin parar de sorber por la nariz enrojecida y con un nudo en la boca del estómago. Tal vez para calmar el temblor de los labios, o sencillamente porque le apetecía fumar, se encendió otro cigarrillo. El enésimo. Se sentía un poco mareada y bajó la ventanilla a fin de que circulara el aire de la noche. James se fijó por el retrovisor en una silla para niños anclada en el asiento trasero que, hasta ese momento, le había pasado desapercibida.

—¿Tienes una hija? —dijo Allen preguntando lo evidente, más que nada para entablar conversación y que Sela dejara de darle vueltas a

un asunto a todas luces espinoso. Se encontró por respuesta un exabrupto.

—Mi vida privada no es de tu incumbencia.

Pero James no se dio por vencido.

—¿Tienes problemas?

—No son asunto tuyo —masculló, sin dejar de mirar al frente—. No es tan difícil de entender.

Allen alzó ambas manos. La natural reserva de los periodistas.

—Muy bien. No debo meter las narices en asuntos que no me conciernen.

—Eso es, nadie te ha dado vela en este entierro. —Sela apretó los labios y luego añadió—: Jamás de los jamases vuelvas a mencionar a mi hija. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo, tranquilo—. Nada de vida personal, pero que sepas que solo pretendía ser amable.

—No hace falta que seas amable.

Otro silencio. Este bastante incómodo y prolongado.

—¿Quién es Therese?

—Therese es mi prima y tiene un apartamento en Leith. Algunas veces me quedo a dormir cuando vengo a Edimburgo. Esta noche es mejor que no regresemos al hotel, está demasiado cerca del cementerio y no conviene que en recepción te vean en estas condiciones.

—¿Qué le vas a contar a tu prima?

Sela no apartaba la mirada de un semáforo en rojo en Easter Road que los tenía detenidos.

—Therese no está en la ciudad.

Siguieron conduciendo en silencio un rato más. En algún momento del trayecto, la niebla se disipó y las estrellas volvieron a centellear en el cielo nocturno. Llegaron al barrio portuario de Leith. A esas horas, las únicas señales de actividad provenían de alguna taberna bulliciosa. James no conocía bien esa parte de Edimburgo, de modo que no se dio ni cuenta de que Sela estaba dando un rodeo, por si las moscas. Al pasar por delante de la negra silueta del yate *Britannia*, Allen se fijó en un letrero que rezaba:

MUSEO CERRADO POR ACTO OFICIAL HASTA EL 17/10

Asimismo distinguió una unidad canina de la policía realizando tareas de inspección en las alcantarillas. Por fin, enfilaron The Shore, nada más cruzar el río por un puente e inmediatamente después de girar a la derecha.

A la altura del número 61 aparcaron entre dos coches, a pocos metros de una puerta pintada de color escarlata. El espacio era estrecho y James creyó que no iba a ser capaz de meter ahí el

Escarabajo; no obstante, Sela se manejaba bien al volante y encajó el vehículo sin demasiadas maniobras. Cuando la periodista sacó la llave del contacto, Allen se desprendió del cinturón de seguridad y se dispuso a bajar.

—Espera, ¿qué es eso?

James detuvo su movimiento.

—¿El qué?

Sela encendió la luz cenital.

—Esa mancha que has dejado en el respaldo. Parece sangre.

Allen se retorció en su asiento y se quedó mirando la mancha parduzca un instante; luego se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza. Notó un pinchazo y una protuberancia reciente.

—Es posible que me golpease con algo… —Se calló un instante y agregó con fastidio—: Oh, no, mi sangre estará allí.

Sela sacó un pañuelo del bolso, se lo llevó un momento a la boca para impregnarlo de saliva y frotó el respaldo hasta que la pequeña mancha desapareció a la vista.

—En qué lío te he metido.

—Que te quede clarito de una condenada vez. No necesito una niñera. Yo tomo mis propias decisiones —proclamó Sela con cierta brusquedad.

Ambos se apearon del coche y un golpe de humedad los abofeteó. El río asomaba por la siguiente esquina, serpenteando por el barrio de Leith hasta su desembocadura en el estuario de Forth, donde se juntaba con el mar del Norte. Antes de entrar en el portal de la puerta roja, Sela echó un rápido vistazo a ambos lados de la tranquila calle.

Después de subir los tres pisos por unas escaleras en espiral, la periodista se alzó sobre las punteras mientras tanteaba por encima del alféizar de una de las dos puertas que había en el descansillo. Con una llave que apareció en su mano, junto con un jirón de polvo, abrió el apartamento. Sela llevó a James a una minúscula salita de estar medio a oscuras. La joven no parecía necesitar la luz para orientarse y, sin vacilación, encaminó sus pasos hacia las dos ventanas que daban a la calle. Echó las cortinas, sumiendo la estancia, ahora sí, en la oscuridad total; solo entonces encendió una pequeña lámpara de pie dispuesta sobre una mesa.

James se fijó en la estancia. A pesar de estar amueblada estilo Ikea con lo básico, destilaba el orden y buen gusto que siempre aporta una mujer. Allen interrumpió la inspección visual para desprenderse del Barbour. Lo soltó en el brazo de una butaca.

—Me vendría bien tomar una ducha.

—Por el pasillo, la segunda puerta a tu izquierda. —La periodista dejó caer el bolso sobre un tresillo de dos plazas. A él, se sumaron la bufanda, el gorro de lana, los guantes y el anorak rojo. Todo hecho un

revoltijo.

James Allen permanecía de pie al comienzo del pasillo, vuelto hacia Sela, mirándola. Después dijo:

—¿Estás segura de lo que haces? Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

Azmi movió la cabeza a un lado y a otro.

—No, no lo estoy.

Conversación terminada.

James encontró el baño sin dificultad. Permaneció bajo el chorro reconfortante al menos quince minutos. Cuando regresó a la sala de estar reparó en que, además del reloj, había perdido un botón del Barbour. Sela estaba en el sofá, sentada en la posición del loto y moviendo en círculos un vaso a medio llenar, pero sin beber nada. Él se dejó caer con un gemido enfrente de ella, y se acomodó a sus anchas sobre el respaldo del sillón. James estaba más sereno, solo que algo conmocionado.

—¿Qué bebes?

—Whisky. —Apuntó con la cara a un mueble cerrado.

James se levantó con esfuerzo, se sirvió dos dedos y se los tomó de un trago. No llegaba a ser garrafón, aunque estaba bastante próximo. Dejó el vaso vacío sobre la mesa y volvió a la comodidad de la butaca.

Sela lo sometió a un tercer grado.

—Cuéntame, paso a paso, lo que ocurrió en Greyfriars.

—Ya te lo dije, todo está confuso en mi cabeza. Llegué al lugar que nos indicó Ackroyd, la tumba de Clara Hastings, pero no había nadie. Esperé cinco minutos. Recuerdo que pensé que Thornley quizá no acudiera; y después… nada. Desperté tendido en el suelo y Thornley estaba ahorcado con su propio cinturón.

Su relato estaba cargado de incoherencias.

—¿Estás seguro de que se trataba de Thornley?

Él asintió.

—Encontré su cartera.

—Y ¿no viste a nadie, ni oíste nada?

—No. Aquello es un cementerio. Estaba solitario…

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene esa mirada?

—Ahora que lo mencionas, cuando huía de la policía me pareció ver a alguien en la niebla. Fue solo un instante.

—¿A quién viste?

—No lo sé, una figura difusa con muletas y chist… —Él mismo se interrumpió ante lo descabellado que sonaba—. No me hagas caso, seguramente fue fruto de mi imaginación.

—¿Encontraste la copia de la carta?

—Qué va, pero tampoco tuve tiempo de registrar a Thornley en profundidad. Llegó la policía enseguida.

—¿Y el dinero?

—Ha volado.

—Puff, a Cornelius le va a dar un síncope… Espera. El hecho de que no estuviera el dinero significa que estás en lo cierto y había alguien más en el cementerio.

—¿Recuerdas el mensaje de texto de Thornley acerca de que la puja había subido? Intuyo que estaba subastando la carta. Puede que se citase con alguien más, aparte de con Ackroyd.

—O sea, que seguimos en el punto de partida.

Con aire derrotado, James asintió tímidamente para darle la razón, pero solo a medias.

—Peor todavía. Alguien se ha hecho con la carta y ahora no sabemos ni quién es, ni qué intenciones tiene. Tal vez debería entregarme a la policía. Huir me hace parecer culpable.

—No puedes hacer eso. *Ella* confía en ti.

—Y, de paso, tú te quedarías sin reportaje.

—¿Acaso crees que es lo único que me importa?

La mirada de él le respondió por sí sola.

Sela soltó un resoplido de indignación y se refugió en su bebida.

—¿Y si he tenido algo que ver con la muerte de Thornley? —dijo James, apesadumbrado.

—¿De verdad que no te acuerdas?

Él negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho.

—Si quieres, puedo hablar con el abogado del periódico. Necesitarás uno.

—¿Estás segura de que eso es una buena idea?

—Ahora no estoy segura de nada. Es tardísimo y estoy muerta de cansancio. Tal vez a la luz del día veamos las cosas con más claridad. —Se puso de pie—. Tú dormirás aquí, en el sofá.

Sela retiró los dos vasos vacíos y se fue hacia la cocina. Los enjuagó, los secó con un paño y los guardó en un armario, luego tomó el pasillo. Allen oyó cómo cerraba la puerta del dormitorio. Los relojes de la ciudad marcaban en ese momento la una y media de la madrugada. El inspector Shaw y el sargento Hardy continuaban a esas horas inspeccionando el escenario de los tres crímenes. Allen apagó la lámpara y la estancia quedó casi a oscuras. Se tumbó en el tresillo todo lo largo que era, con los pies encima del brazo y las manos recogidas en la nuca. Cerró los ojos. Al instante, cambió de postura. Recordó la estrofa que figuraba al final de la carta.

TRAS EL ESCABROSO SENDERO
TENDED EL PUENTE LEVADIZO;
QUE BAJO EL FUEGO VENGATIVO

—¿Qué significará?

Eso mismo había estado preguntándose desde que Collins se lo tradujera. Aún lo pensaba y no acaba de creérselo. La imagen suya conversando tranquilamente con *Ella* en su dormitorio le parecía de lo más surrealista. Los mismísimos hermanos Coen se partirían de la risa. Se giró sobre un costado y, como no cabía en el sofá, encogió las piernas. No conseguía dormirse. Estaba desvelado. Bostezó. Demasiado inquieto para conciliar el sueño, se preguntó una vez más cómo diablos había podido acabar en una situación semejante.

13.
Un caso grave y desconcertante…

Cementerio de Greyfriars, Edimburgo

Así mediadanoche.

Shaw se personó en el escenario del trágico e intrigante suceso poco después de que James Allen y Sela Azmi huyeran precipitadamente de él. Había recibido en su teléfono móvil un críptico mensaje de texto del sargento de guardia: «Un asunto paranormal y demoniaco requiere de su presencia urgente en el cementerio de Greyfriars». Nada más leerlo, el inspector de Scotland Yard lanzó un suspiro en la soledad de su habitación del hotel Balmoral. Los escoceses y sus supersticiones.

Shaw era un sujeto apuesto, de porte elegante y caminar erguido. Sin embargo, una característica destacaba por encima de las demás: la expresión zorruna de su rostro. Por mucho frío que hiciera no tenía por costumbre usar abrigo encima de los trajes que en toda ocasión lucía, siempre de un apagado tono ceniza. Tampoco llevaba corbata, aunque sí chaleco a juego. Gramo arriba, gramo abajo mantenía el mismo peso desde hacía veinte años; así pues las vestimentas, confeccionadas evidentemente a medida, le caían como un guante.

Sus modales delataban una excelente educación en Eton, donde obtuvo un currículum sin mancha; no obstante, para sorpresa de sus allegados, no hizo carrera en la política ni en el mundo de los negocios, sino que ingresó en la Policía Metropolitana de Londres. Honesto y perspicaz, ascendió rápido a inspector. Aunque su cargo llevaba aparejada una modesta paga de cuarenta mil libras anuales, Shaw disponía a su antojo de una considerable fortuna familiar.

Tan pronto como le hicieron volar de Londres a Edimburgo, tomó conciencia de que ese asunto iba a ser diferente de cuantos otros había tratado hasta el momento, y que atañían a la Corona. Un presentimiento le indicaba que el robo de la carta del castillo de Balmoral no era más que la punta del iceberg. Era cierto que todos los hechos delictivos habían sido cometidos fuera de la jurisdicción de

Scotland Yard; no obstante, debido a que todas las miras de la Policía de Escocia estaban puestas en el referéndum de independencia y las circunstancias no invitaban a desviar recursos para solventar espinosas intrigas palaciegas, nadie puso objeciones a que Londres enviara a un investigador.

—Recibimos un aviso anónimo —le fue explicando el sargento Hardy de la Policía de Escocia, su enlace en el cuerpo, mientras caminaban entre tumbas—. Los agentes Blake y Evans fueron los primeros en llegar. Ya sabe, en este cementerio siempre hay jaleo por las noches. Y con niebla más. Yo no era partidario de molestarle, y menos a estas horas. Pero, señor, lo que ha ocurrido aquí es de lo más siniestro.

—Ha hecho bien, sargento Hardy, ha hecho bien. Si el crimen no descansa, nosotros tampoco.

Una cinta policial amarrada a los árboles enjaulaba uno de los dos escenarios criminales. Hardy la alzó y Shaw pasó por debajo. El inspector reconoció casi de inmediato en el ahorcado al hombre que aparecía en la fotografía proporcionada por Palacio. Incluso con el rostro deformado y congestionado, resultaba patente que se trataba de Robert Thornley: el ladrón. Shaw caminó hacia el cadáver —todavía seguía colgado de la rama, a la espera de que llegara el juez de guardia— y se puso a observarlo en silencio, dando vueltas en torno a él.

—Todos los indicios apuntan al suicidio —señaló el sargento, ajustándose bien el impermeable.

—Eso invitaría a deducirse, pero no nos precipitemos en las conclusiones, hay algunos elementos ciertamente singulares. ¿Ha observado los rasgos convulsionados que muestra el cadáver? Casi da la impresión de que estaba asustado.

—¿Asustado? Más bien es como si hubiera visto al mismísimo Satanás. Podría ser que por eso se ahorcara.

Ante esa afirmación, Shaw se echó a reír.

—Si el demonio está detrás de este crimen, mal que me pese, poco o nada podremos hacer usted o yo. ¿No cree?… Ah, fíjese en el bolsillo derecho del pantalón de la víctima. Está del revés. Muy interesante, muy interesante.

Hardy le dedicó una mirada sin acabar de comprender; no obstante, Shaw ya había sacado una pequeña linterna del bolsillo y reanudado la inspección del lugar, evitando pisar la zona al otro lado de la lápida, donde la hojarasca aparecía removida y la hierba de abajo aplastada.

—Diría que aquí ha habido alguien tumbado.

—Podría haber sido el mismo Thornley.

—Tal vez, sargento, aunque también existe otra posibilidad.

¿Recuerda el reloj que sus hombres hallaron cerca de la tumba?

—Sí, un Omega. Es posible que se le cayera a Thornley.

—¡Pero fíjese, sargento! Thornley todavía lleva puesto su propio reloj.

Los ojos de Hardy volaron hasta la muñeca izquierda del hombre ahorcado. Era más que probable que el inspector estuviera en lo cierto.

—Hubo una segunda persona.

Shaw sacudió el índice en el aire, al tiempo que añadía:

—Excelente. Hará usted carrera en el cuerpo, sargento. Pero aparquemos esas pruebas, al menos de momento. —Shaw movió en eso la linterna y aplicó la luz a la lápida de piedra que se alzaba entre el cadáver y la hojarasca removida.

—¿Por qué escogerían este lugar en concreto?

Con los ojillos brillando aún por el elogio, Hardy contestó:

—No sabría decirle; sin embargo, la tumba que está justo a su derecha es la de Margaret Blackwood.

Shaw lo miró sin terminar de comprender.

—Blackwood, la bruja —se apresuró a aclararle el sargento.

—¿Ya volvemos a las andadas?… ¡Hola! ¿Qué tenemos por aquí? —Shaw se puso de rodillas y pegó la cara mucho al suelo con el fin de examinar algo con una lupa que había extraído de un bolsillo. Al cabo de un par de minutos, se apartó un poco para dejar la vista—. ¿Qué diría usted que es, sargento?

Hardy entornó los ojos y asomó la cabeza por encima del hombro del inspector, que seguía por los suelos, manchándose su carísimo traje. Dentro de un círculo de luz, había una pequeñísima superficie oscura.

—Diría que es musgo. Lo hay por todas partes.

El inspector chascó la lengua, en señal de negación.

—Fíjese en la textura. Más bien parece sangre.

—Ahora que lo dice… ¡Eh, usted! —llamó a uno de la científica—. Recojan una muestra de esto.

Shaw se levantó, apagó la pequeña linterna y, junto con la lupa, la devolvió a uno de los bolsillos de la chaqueta. Luego, a la vez que se sacudía el exceso de barro de las rodillas, se dirigió de nuevo al sargento, exhibiendo un cierto aire despreocupado.

—¿Llevaba el cadáver algo encima?

—La cartera que encontramos en el suelo, sin nada de interés. Ya sabe, las cosas de costumbre.

—¿No llevaba teléfono móvil?

—No, señor.

—¿Ni llaves?

—Tampoco.

—¿No le resulta algo extraño, sargento?

—¿Qué exactamente, señor?

Shaw se introdujo dos dedos en la boca y emitió un prolongado y agudo silbido.

—Por favor, dejen un momento sus quehaceres y préstenme atención —dijo Shaw a voz en cuello—. ¿Quiénes de ustedes llevan en los bolsillos un teléfono móvil o unas llaves?… Vamos, vamos, no sean tímidos, alcen sus manos. Usted también puede hacerlo, sargento.

Las doce personas que estaban cerca, casi todos policías de la científica, se miraron entre sí con muecas y fueron levantando poco a poco la mano hasta completar la docena.

—Vale, gracias, ya pueden volver a sus tareas. —Luego, dirigiéndose a Hardy, Shaw le dijo—: Sin embargo, Thornley no llevaba teléfono ni llaves, y alguien ha rebuscado en sus bolsillos, ¿qué le sugiere eso?

—Que un ladrón que merodeaba por el cementerio, vaya usted a saber con qué intenciones, le robó —respondió Hardy.

—Eso tiene sentido, sargento, aunque estoy seguro de que no fue eso lo que sucedió. Es de las pocas cosas que me quedaron claras desde un principio. ¿Qué ladrón se dejaría la cartera? No, sargento, podemos descartar el robo como móvil de esta muerte.

—Entonces ¿qué cree que hacía la cartera en el suelo?

—Alguien la extrajo del bolsillo del cadáver para verificar su identidad… o porque estaba buscando algo en concreto.

Hardy lo vio claro.

—¡El dueño del reloj Omega! Pero, ¿qué harían aquí?

—Pasear no, desde luego. La noche no invita a eso. Me apuesto una libra a que Thornley había quedado con alguien. Hubo una fuerte discusión entre ambos, eso también parece más que evidente. Solo así se explican las hojas revueltas y que el segundo hombre misterioso perdiese el reloj. La pregunta adecuada es ¿cómo acabó Thornley colgado del árbol? No es fácil obligar a un tipo tan fornido como él a hacer tal cosa.

—Tal vez lo indujeron a hacerlo y no hizo falta valerse de la fuerza física.

—Interesante apreciación, sargento Hardy.

—Pues espere a ver a los dos agentes caídos. Comprobará que esto no es cosa de un ser humano.

—Entonces vayamos a ver el otro escenario sin perder ni un segundo más.

Hardy condujo a Shaw por el camposanto hasta los cadáveres de los dos agentes. Un hombre y una mujer. Esta última estaba tumbada boca arriba, con la chaqueta y la camisa del uniforme abiertas. A la altura del tórax se veía un orificio de bala. El sujetador deportivo y el

pecho estaban manchados de sangre formando palmas de manos superpuestas, señal de que le habían practicado maniobras de reanimación. El hombre se hallaba tirado de cualquier manera a unos cuantos metros de la mujer. Un disparo le había volado media cabeza. Tenía los puños cerrados y cubiertos de barro y musgo, igual que si, en su última convulsión, se hubiese aferrado al suelo.

Al lado de este cadáver se encontraba el médico forense, sentado en cuclillas examinando el cuerpo. Tan pronto como oyó las pisadas, alzó la cabeza y se subió las gafas sobre la frente para mirar con atención a los dos hombres que se le aproximaban.

—Soy el inspector Shaw, de Scotland Yard. ¿Qué nos cuenta, doctor? —preguntó con el aire de quien da las buenas noches.

El forense se despojó de los guantes de látex mientras enderezaba la espalda soltando gruñidos.

—Diría que es algo… ligeramente siniestro, los agentes Blake y Evans se dispararon el uno al otro. Estoy casi seguro.

Esta afirmación sorprendió bastante al propio Shaw, que preguntó:

—¿Un error fatal?

—Imposible —repuso el doctor—, la visibilidad de ambos era total.

—¿Pudo entonces preparar alguien el escenario? —preguntó Shaw a continuación.

El doctor se encogió de hombros.

—¿Es posible? Sí. ¿Probable? No lo creo, inspector.

—¿Qué le hace mostrarse tan seguro, doctor?

—Preparar un escenario requiere de meticulosidad y dedicación. Sin embargo, los refuerzos se personaron pronto en el cementerio; incluso los agentes, mientras se desplegaban, escucharon los disparos. No tardarían en llegar a la escena más de dos o tres minutos. La agente Evans aún agonizaba. Además, el equipo de ciencia forense halló restos de pólvora en las manos de los fallecidos. Aunque no es del todo labor mía, estoy por asegurarles que los hechos ocurrieron del modo en que les digo.

—Bien, excelente. ¿Sabe si la agente Evans llegó a decir algo antes de morir? —inquirió el inspector.

—Según los agentes que la socorrieron, masculló una frase. —El forense hizo un silencio melodramático y añadió—: Seis palabras. *El diablo me susurra al oído*. O algo por el estilo.

—Se lo dije, inspector, el cementerio de Greyfriars es un lugar maldito —apuntó Hardy.

—Eso es cierto —añadió el forense—. Corren un montón de rumores sobre este lugar.

—*Et tu, Bruto?* —dijo Shaw, dirigiéndose al médico forense con una mueca, seguidamente preguntó—: La tercera víctima, doctor, ¿falleció antes o después de que lo colgaran?

—Al respecto tampoco hay dudas. Murió en la horca.

—Lo que yo le decía, inspector, esto es cosa del diablo.

—No puedo quitarle razón en que estamos ante un caso grave y desconcertante, incluso me atrevería a calificarlo de lúgubre. Pero…, ¿demoníaco? No lo creo, sargento, no lo creo.

Shaw sintió los calcetines húmedos y bajó la vista a los zapatos de setecientas libras. Cuando los vio en ese estado tan deplorable, mojados y cubiertos de barro, fue consciente de que sus días habían llegado a su fin y profirió un suspiro al aire.

14.
Las piezas del juego…

Kendrick

Thornley

Shaw

Allen

Azmi

Ackroyd

La Vieja

[Continuación]

Aquí es sencillo perder toda noción del tiempo. Cada segundo, cada minuto, cada hora son iguales a los anteriores. No hay mañana, ni tarde, ni tampoco noche. Gracias a la intuición de marinero adquirida en el James Duncan *puedo calcular con bastante precisión cuándo se producen la salida y la puesta de sol; y ahora siento que ya ha amanecido y un nuevo día se abre paso. A la vista de lo bien que me sentó el corto paseo de ayer, he decidido repetirlo todos los días. Hablo con mi amor a diario, y eso hace renacer en mi corazón una inmensa alegría. ¿Por qué hago todo esto?, se cuestionará mi querido lector. Pues porque en este lugar tenebroso uno pasa por todos los grados de desventura y es más fácil querer morir, poniendo fin a este tormento, que querer vivir.*

Me he tomado lo de escribir igual que un deber, aparte de que me procura distracción y me activa la mente, mantiene a raya la demencia, aunque en este extremo libro una batalla perdida de antemano y sin remisión. Debo ser riguroso conmigo mismo, y me exijo disciplina y tesón; de manera que voy a consignar con deshonrosa exactitud lo que pasó a partir de que aceptara el encargo que me hizo Knox:

… Con empeño y aborrecimiento, a partes iguales, me apliqué a mi nueva labor. Knox se hacía acopio, sin hacer preguntas, de cuantos cadáveres yo le proveía. Cada medianoche cargaba con un cuerpo hasta su laboratorio, y él, en contraprestación, me permitía observar las disecciones y tomar notas de ello; en ocasiones, trabajábamos con tanto empeño que, casi sin darnos cuenta, nos alcanzaba el primer albor de la aurora enfrascados en nuestras labores. En una ocasión, ya bien entrada la primavera, mientras Knox hacía una incisión en el abdomen del cadáver de una mujer en la senectud, y yo terminaba de hacer las postreras anotaciones que él me había dictado, me dijo:

—Hare, tenemos que hablar. —Desde hacía unos meses, el grado de confianza entre nosotros había crecido, y aun cuando había aumentado la familiaridad de trato, yo seguía dirigiéndome a él en los términos de «profesor Knox», o sencillamente «profesor» [otra cosa me hubiera parecido inapropiado]. Knox, por contra, había adquirido el odioso hábito de llamarme por mi apellido y de tutearme, considerándome un vulgar lacayo más a su servicio.

—¿He hecho algo mal, profesor? —le dije desde el bufete, hundiendo la pluma en el tintero. La forma en que se había dirigido mí, su tono, me

preocupó sobremanera.

—Nada de eso, al contrario. Eres un discípulo de lo más resuelto. La cuestión es que los cadáveres que me traes últimamente son un desperdicio. Preciso cuerpos jóvenes que no hayan empezado a pudrirse.

—Profesor, los jóvenes se mueren menos.

Knox dejó a medias la incisión y, escalpelo en mano, clavó en mí unos ojos oscuros y desmesuradamente abiertos que me helaron la sangre.

—Espero que te atengas a nuestro acuerdo, Hare. Ya es tarde para cambiar de opinión.

Yo ya no era el joven tierno que llegó a Edimburgo, sino que me tenía por un hombre hecho y derecho; sin embargo, no me duele en prendas reconocer que aquella frialdad en su mirada hizo mella en mí, y con voz tremulosa me oí diciéndole:

—Está bien, os conseguiré cuerpos más jóvenes.

Él sonrió despacio [mas no fue una sonrisa cálida, sino más bien ladina, artera], y volvió a hincar el escalpelo en el cuerpo duro y arrugado que yacía desnudo sobre la mesa de trabajo.

Estoy por afirmar que no he contado antes que me hospedaba en una pequeña buhardilla de una casita de fachada amarilla ubicada al fondo del callejón de Tweeddale Court. Esa noche regresé a ella desde el laboratorio de Knox, sin apenas darme cuenta de por dónde me llevaban mis pasos. Misses Birkley, mi adorable y respetable casera, ya se había acostumbrado a mis horarios extravagantes y siempre me dejaba la cena fría en la cocina. Pero esa noche, hice caso omiso al rosbif que había sobre la mesa, cubierto por un mantel de cuadros para evitar las moscas, y subí derecho a mi habitación. Sin quitarme siquiera la ropa, me tendí sobre la cama y con las manos bajo la almohada me puse a contemplar el techo. A pesar de que estaba molido [después de asistir a clases, estudiar, hacerme con el cadáver de la anciana, llevárselo a Knox a su laboratorio y asistir a la disección], me costó conciliar el sueño, y todavía permanecía despierto, aunque algo adormilado, cuando las tempraneras luces del amanecer penetraron por la ventana.

Yo siempre he sido un mozo extrovertido que a todos agradaba y me vanagloriaba de contar en Berwick-upon-Tweed con buenos y abundantes amigos y conocidos. En Edimburgo pasaba ocupado tantas horas del día que, a pesar de llevar en la ciudad ya siete meses, no había trabado amistad con nadie y, salvo con la vieja misses Birkley y algún que otro compañero de facultad con quien iba a tomar pintas terminadas las clases, no solía mantener encuentros sociales de ninguna naturaleza. En consecuencia, no había nadie con quien pudiera compartir mis inquietudes, un amigo leal que acaso me hubiera mantenido en el lado correcto de la vida.

Salí, de consiguiente, esa mañana de abril con las mismas dudas rondando por mi cabeza con las que había regresado la noche anterior. El

día estaba ventoso y las rachas de aire hacían caer flores de los árboles. Resolví no asistir ese día a clase y me dediqué a pasear por la populosa Royal Mile, la calle de aire medieval que se extendía desde el castillo de Edimburgo hasta el palacio de Holyroodhouse, y que constituía la columna vertebral de la ciudad vieja. La víspera había sido día de mercado y las calles, en las que se acumulaban puestos y tenderetes, aún estaban pegajosas por los despojos podridos, que, por si semejante cosa no fuera de por sí molesta, llenaban el aire que respiraba de un tufo pestilente.

Acostumbrado como estaba, ignoré el mal olor y continué caminando sobre la paja que alfombraba el suelo, envuelto en mis reflexiones. Yo siempre había sido dueño de mi propio destino y, si bien lo intentaba con todas mis fuerzas, no acertaba a desembarazarme de la desagradable sensación de que no era por completo libre, que estaba atrapado en medio de un tornado sin ninguna sujeción a la que agarrarme. En ese instante de zozobra, una cuestión me atormentaba por encima de las demás: de dónde sacaría cadáveres jóvenes con los que contentar al profesor. Un niño de la calle surgió de un portal pidiéndome limosna. Tenía la cara sucia de barro y el pelo enmarañado. Casi sin pensarlo, saqué de mi faltriquera unas monedas, que no me sobraban precisamente, y se las di.

—Gracias, señor.

La voz del jovenzuelo me sacó de mis reflexiones y me volví con el propósito de hablar con él. Se me había ocurrido algo.

—Muchacho [no tendría más de diez u once años], ¿cómo te llamas?

—Gordon —respondió, sin parar de contar las ganancias.

—¿Gordon qué más?

—Solo Gordon. Mi padre es el señor Jones, que tiene un almacén de droguería calle arriba, pero está casado y mi madre dice que es un canalla y un sinvergüenza.

Yo me sonreí levemente ante tal modo de expresarse.

—Está bien, Gordon, ¿quieres ganarte un chelín?

Al instante, ese tunante aparcó las cuentas y se apresuró a comentar vivamente:

—No voy a decir que no.

—Bien.

—¿Qué tendría que hacer?

—Conseguir información.

La sonrisa del muchacho se borró de su cara sucia y fue sustituida por un semblante suspicaz.

—No tenéis pinta de detective.

—Es que no lo soy, soy casi doctor —aseguré, mostrándole el maletín de piel de segunda mano cargado de instrumental básico que siempre me acompañaba a todas partes.

—Ah, eso es distinto. ¿Qué clase de información puede requerir un doctor?

—De fallecimientos recientes. Me da igual varón o hembra, pero es preciso que el finado tenga menos de veinte y que todavía no haya sido enterrado. Por cada uno del que me prevengas, te daré un chelín.

—¡Un chelín por cada uno! —exclamó el bribón con un brillo en los ojos—. ¡Contad con ello, señor!

—Cuando sepas de alguien, deja una nota a nombre del señor Joseph Hare en la casa de huéspedes de misses Birkley. ¿Sabes cuál es?

Asintió enérgicamente.

—En el callejón de Tweeddale Court.

—Cierto. —Volví a rebuscar en los bolsillos y dejé caer sobre su mano el primer chelín de muchos que vendrían después.

—Un anticipo.

El pilluelo echó a correr y, culebreando entre el gentío y los vendedores ambulantes, se esfumó como si le fuese la vida en ello. Bien podía ser que no volviera a verlo [encontrar en la calle a alguien de fiar era tarea tan difícil como hallar un hombre honesto en el Parlamento]; de ser así, me hubiera costado la más que razonable cifra de un chelín; no obstante, me daba en la nariz que sería el comienzo de una beneficiosa relación comercial, y mi olfato, como más tarde se demostraría, no solía fallarme.

En lo que a mí respecta, había vuelto a ponerme en marcha, e iba ya por High Street, a la altura de la catedral, cuando vi con sobresalto que se arrojaba sobre mí una mujer, pronunciando mi nombre a viva voz, presa de la angustia. Así, de primeras, no me sonaba de nada; sin embargo, la expresión de desconsuelo que se dejaba adivinar en su rostro me inspiró piedad al instante.

—¡Doctor Hare! —dijo una última vez, jadeante.

—Calmaos, buena mujer, que va a daros un síncope.

A esas alturas, y ante tan tumultuosa expresión, un grupo de calceteras que charlaba a nuestro lado habían dejado sus labores y puesto su atención por entero en nosotros.

—A Dios gracias que os he encontrado. —Tomó aire y siguió hablando de manera atribulada—: misses Dyett, la mujer del panadero, me dijo que una vez ayudasteis a su marido en un cólico.

Debo hacer un paréntesis breve con el propósito de dejar reseñado que, de un tiempo a esta parte, y no negaré que por propósitos no del todo altruistas, ofrecía mis servicios médicos de manera gratuita a personas de baja estofa que no contaban con los medios para costearse un galeno de pago. Por un lado, yo me tomaba muy a pecho el juramento hipocrático y, por otro, esas atenciones me resultaban bastante instructivas y, con la conciencia ya adormilada por entonces, me permitían estar al tanto de las defunciones en la ciudad. Volviendo al momento en cuestión, decía que resultaba tan patente el estado de angustia e inquietud de esa mujer, que no pude menos de conmoverme.

—¿Qué puedo hacer por vos, señora?

La mujer envolvió mi mano con las suyas en un arrebato de espontaneidad.

—Mi hija está muy enferma. Tenéis que ayudarla.

—¿Qué mal la aqueja?

—Tiene unos dolores fuertes aquí. —Se señaló el lado derecho del abdomen.

Al instante, me temí lo peor y mi gesto de extrema preocupación no pasó desapercibido a la atribulada madre, quien, alzando las manos al cielo, exclamó:

—¡Oh, Virgen Santísima, mi niña se va a morir!

—No perdamos más tiempo y llevadme al punto a su lado.

Abandonamos el hervidero de la Royal Mile y me condujo por callejas miserables, ora a la izquierda, ora a la derecha. Tan alocada fue mi carrera, que estuve cerca de ser atropellado por un coche de postas. Entre que no conocía esa parte de la ciudad y que las callejas formaban un tortuoso entramado, enseguida me descaminé; acomodé a partir de ese momento mis pasos a los de esa madre desesperada que corría como perseguida por el diablo, para no perderla de vista. Al cabo de andar un sinfín de callejuelas, en un hediondo callejón donde las ratas se daban un festín con los restos del mercado, se frenó un poco con el fin de meterse por la entrada de una morada con la fachada descascarillada, de igual mal aspecto que las demás que la rodeaban. Yo la seguí por ese agujero, y me hallé en un vestíbulo de techo bajo dominado por unas angostas escaleras de madera que subían. Sin tiempo para cobrar el aliento, salté sobre los escalones que hallé frente a mí, envuelto en el eco de mis propias pisadas.

En el piso de arriba, no tuve más que perseguir los quejidos plañideros para encontrarme en una estrecha alcoba poco iluminada y sin apenas muebles. Acurrucada en medio del lecho, hallé a una joven, como de unos quince años, calculé, resollando con dificultad y profiriendo gemidos. Su rostro bañado en sudor febril había adquirido un preocupante tono mate y su largo cabello cobrizo estaba suelto y desparramado por la almohada, igual que si se tratase de una alga flácida fuera del mar. Así que hube visto el miedo a la muerte reflejado en sus ojos tiernos y apagados, la juzgué al punto en su hora postrera.

—Déjenme espacio —dije despachando a un sujeto [supuse que el padre] y a otras dos mujeres de edad adulta que rodeaban a la enferma, hechas un mar de lágrimas y cuidándola con devoción. Lo primero que hice fue abrir la ventana de la habitación y ventilar un tanto el aire tan cargado. Luego del maletín saqué un estetoscopio y escuché con seriedad la débil respiración de la enferma.

—¿Es grave, doctor? Mirad lo pálida que está. ¿Se pondrá bien, doctor? —me cuestionaban los presentes a una sola voz.

Yo hacía oídos sordos, concentrado como estaba en la enferma.

—¿Cómo os llamáis?

Le costó horrores articular una sola palabra, que sonó igual que un quejido lastimero que procediese de ultratumba:

—L… u… i… s… a —respondió con voz sofocada, antes de volver esa respiración estertórea.

—Señorita Luisa —le dije yo, mirando esos ojitos entrecerrados y rodeados del halo de la muerte. Puse mi mano en su ardorosa frente—. Soy el doctor Hare [mentí acerca de mi profesión; sin embargo, yo había notado que el paciente recibía con más optimismo esas palabras que las de «estudiante de medicina», y, al fin y al cabo, yo era lo único que la separaba del manto negro y la guadaña]. No os inquietéis, trataré de que os pongáis bien. Pero ahora tenéis que ser fuerte. Voy a haceros un poco de daño.

No respondió sino con un resuello dificultoso y unas lágrimas. Su madre le asió con fuerza la mano. Luisa cerró los párpados. Más bien los apretó. Guardé el estetoscopio en el maletín y comencé a palpar la zona abdominal de la joven marchitada. La reacción fue inmediata. Su fisonomía se desencajó, sus miembros se retorcieron por el dolor, y comenzó a gritar del modo en que no había sino visto hacer a las parturientas. De entrada noté bajo la presión de mis manos la inflamación, y mis sospechas se vieron confirmadas: peritiflitis, una enfermedad mortal en un elevado porcentaje. Tal vez no en la ciudad nueva, aunque sí en estos barrios pobres de solemnidad. Había que hacer algo imperiosamente, o esa muchacha dulce, que tras la exploración jadeaba en su lecho, se apagaría en la flor de la vida. En esa tesitura, me puse a reunir con premura todas las ideas que atesoraba al respecto de tal enfermedad, y si bien conocía ciertos antecedentes médicos de extirpación quirúrgica del apéndice, se necesitaría una mano más ducha que la mía para llevar a cabo operación semejante. Me acordé del profesor Knox. Acaso él se prestase a ayudarme. Al momento redacté una nota dirigida a su persona y se la hice llegar con el padre de la niña enferma.

La respuesta no tardó en forma de pisadas fuertes por la escalera y el progenitor irrumpió en la estancia agitando esperanzado un sobre en la mano. Me retiré de la cama y me aproximé a la ventana; por un lado, buscando la luz del día y, por otro, para alejarme de las miradas piadosas de los circunstantes, pues para serles franco no las tenía todas conmigo de que Knox fuera a socorrer a esa joven que se hallaba a las puertas de la muerte.

—¿Malas noticias? —me preguntó el padre con un hilo de voz, viendo en mí a un hombre con el ánimo abatido—. ¡Maldita sea, lo sabía!

—Herman, no ofendas a Dios con tu lenguaje —le reprendió su mujer.

Debido a que había cuatro pares de ojos clavados en mí, no me fue posible hacer otra cosa que asentir, lo cual sumió a los presentes en un estado de consternación. Al demandarme más explicaciones, mentí comentándoles que el doctor Robert Knox había confirmado el peor

desenlace posible [por descontado, les oculté el verdadero contenido de la escueta misiva; solamente tres frías palabras: «Compra ese cadáver»]. Comprenderán el dilema ético en que me hallaba inmerso; sin embargo, tampoco cabía hacer más por esa criaturita que procurarle consuelo y tratamientos paliativos contra el dolor, con el fin de hacerle lo más grato posible el tránsito entre la vida y la muerte. Le inyecté a tal efecto morfina y pedí a los presentes que no turbaran el descanso de la paciente. Luego insistí en mantener unas palabras con el padre en privado, puesto que lo que debía tratar no era asunto para involucrar a una madre aquejada de tal estado de angustia.

—Os compro el cuerpo sin vida de vuestra hija —le dije de sopetón [en esas cosas, mejor ir al grano, pues jamás hallé forma suave de expresarlo], en el piso de abajo. Por el hueco de la escalera nos llegaban los lloros y lamentos.

Como era de esperar, el padre tuvo un súbito arrebato de furia y, ante mis palabras, puso el grito en el cielo, rugiendo de cólera. Aguanté estoicamente su retahíla de vituperios, que transitaron del sinvergüenza al canalla, pasando por el que era una persona sin escrúpulos y un bribón. Todo eso dicho con un marcado desprecio y con ambos puños alzados.

—Y si no os largáis de mi casa, os rompo los huesos.

Yo aguanté inconmovible la embestida de un padre dolido.

—No os acaloréis. Sé que es difícil, no me consideréis una persona insensible, veo cara a cara la muerte día sí y día también. Una vez que muera vuestra hija, su alma irá al cielo y solo enterraréis un trozo de carne inanimado. Pensad que, con el dinero, podréis seguir alimentando a vuestra familia.

Al cabo de un segundo sin decir una palabra, el otro me dijo:

—Me parece amoral tratar de estos asuntos con mi hija tan cerca. A la vuelta de la esquina hay una licorería.

Dejamos la casa de duelo y fuimos hasta la licorería, donde ocupamos una mugrienta mesa para dos pegada a una ventana por la que no se veía más que suciedad y podredumbre. Yo pedí dos whiskies, aunque no me atreví a probar el infecto brebaje que la camarera puso ante nuestros ojos, de modo que ese pobre hombre abatido apuró los dos de sendos tragos.

—¿Cuándo se va a morir? —preguntó más calmado, con el alcohol recorriéndole las venas.

—¡Dios sabe! Pero los moribundos suelen soltar su último aliento durante la noche; a no más tardar con el alba. De manera que yo me apresuraría en llamar a un cura, no sea que vuestra hija se quede sin un réquiem.

—Lo que ha de ser, será —dijo con aire resignado—. ¿Y qué enterraríamos?

—Arena, piedras… no sé, cualquier cosa que pese.

—¿Y qué le digo a su madre? Le romperá el corazón.

—No hace falta que ella lo sepa.

El hombre pareció dudar y, al mismo tiempo que sopesaba mi oferta, se rascaba con su manaza las mejillas sin afeitar.

—¿Cuánto me pagaréis por el cuerpo? Es joven y aún está duro.

—6 chelines —le dije, pensando en las 15 libras esterlinas que, a buen seguro, le sacaría a Knox por ese ejemplar.

—Diez —me contestó.

—Ocho. Pensad que con ese dinero podréis comprar un ganso fresco en el mercado.

El hombre escupió sobre la palma de su mano derecha y la extendió hacia mí. Yo se la acepté, sellando el trato con un fuerte apretón.

—Mandadme aviso así que ocurra el fatal desenlace, a la casa de huéspedes de misses Birkley, en Tweeddale Court.

Esa fue la primera de no pocas veces que pergeñé un acto tan miserable. Tantas, que ya he perdido la cuenta en mi memoria. Es de suponer, lector mío, que le resultará espantoso mi comportamiento y tendrá la tentación de achacarlo a un carácter débil. Ahora, en mi desgracia, yo mismo considero que ese es un razonamiento verosímil, y no he dejado un solo minuto de lamentar esa terrible decisión. Pero, cuando se traspasa la barrera de lo moralmente aceptable una sola vez, los dilemas éticos se hacen pedacitos y se adentra uno en una espiral de decadencia moral en la que ya a todo encuentra una justificación…

Fin de la tercera parte

15.
La catedral de Saint Giles…

Cuatro días para el referéndum de independencia
Domingo, 13 de octubre
Ciudad vieja, Edimburgo

Tras el oscuro episodio vivido la víspera en el cementerio de Greyfriars, James Allen y Sela Azmi se personaron en la mansión de Cornelius Ackroyd III poco después del amanecer del domingo.

—Ackroyd, he venido a verlo y el mayordomo me ha dicho que ha salido temprano —le indicó James al teléfono, bajo la marquesina de la casa del aristócrata.

—Suelo madrugar para ir a dar un paseo. Esta ciudad, libre de turistas, es fascinante. ¿Le he dicho que hace tiempo que no venía a Edimburgo?

James lo interrumpió, alzando la voz para que pudiera oírlo por encima del ruido que hacía la lluvia.

—¿Dónde demonios está?

El aristócrata pasó por alto el tonito.

—En este preciso instante, contemplando obnubilado las vidrieras de la catedral de Saint Giles. ¡Qué maravilla!

—Estoy seguro de que eso es muy interesante, Ackroyd, pero me encuentro en un atolladero y necesito urgentemente hablar con usted.

—Pues aquí le espero.

Poco después, Sela y James divisaban la corona de piedra que remataba la catedral gótica desde la Royal Mile, y en cuestión de cuatro o cinco minutos más cruzaban con prisas la plaza del Parlamento y se metían por el pórtico apuntado. El chaparrón quedó atrás y se hizo el silencio a su alrededor. Sin prestar la más mínima atención a las obras de arte que los rodeaban, la pareja se internó en el recinto umbrío y desangelado buscando a Ackroyd por todas partes. En el ambiente flotaba un ligero olor a incienso. Lo localizaron por fin en la Capilla del Cardo, un rincón rectangular en la nave lateral, cerca

del presbiterio.

El aristócrata se hallaba con las manos entrelazadas en la espalda, observando embelesado la figura de un ángel tocando la gaita. Lucía una chaqueta Teba verde oliva, con unos pantalones que, en esta ocasión, eran de color turquesa. Tan pronto como notó una presencia, lord Cornelius se apartó la pipa apagada de la boca y, sin darse la vuelta para mirarlos, dijo:

—Es exquisita, ¿no le parece? Esta capilla fue mandada construir por los Caballeros de la Orden del Cardo. Contemple su bóveda nervada. ¡Es única!

James había visitado en numerosas ocasiones la catedral y se conocía al dedillo todos sus secretos, de manera que no se sintió impresionado ni lo más mínimo y fue directo al asunto.

—No he podido conseguir la carta… y las sesenta mil libras que me dio han volado.

Lord Cornelius se fue girando lentamente hasta quedar de frente a ellos dos.

—Eso es un grave contratiempo, señor Allen —dijo, con el aire de quien no encuentra su diario habitual en el quiosco. Acto seguido, al percatarse de la presencia de Sela, añadió—: Oh, ¿nos conocemos, señorita?

—Sela Azmi, Cornelius Ackroyd —los presentó Allen.

El aristócrata se inclinó ligeramente al tiempo que alargaba la mano y envolvía con suavidad la de la periodista.

—Es *lord* Cornelius, y es un verdadero placer conocerla.

Sela se sonrojó, más que nada porque no estaba acostumbrada a ser objeto de una atención tan esmerada y, a su juicio, anticuada y machista. Ackroyd devolvió el interés a James:

—La carta podría estar ya en manos de cualquiera.

—No —lo contradijo tajante Allen—. Sigue en el lugar donde Thornley la escondiera—. Únicamente hay que encontrarla.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —preguntó la reportera.

—El periódico de hoy —repuso James Allen—. Habla de las muertes violentas de Robert Thornley y de dos agentes de la Policía, pero ni una sola palabra del contenido de la carta. A propósito, si se lo estaba planteando, Ackroyd, no tuve nada que ver con ellas.

Lord Cornelius ignoró el comentario.

—Y ¿qué piensa hacer ahora, señor Allen?

James sacudió la cabeza, con el ánimo abatido.

—No lo sé.

Daba la impresión de que Cornelius estuviera resignado a la derrota.

—Comunicaré, por tanto, que todo ha terminado. Con el señor Thornley muerto, cabe la posibilidad de que la carta nunca aparezca.

—No corra tanto, Ackroyd. No podemos asumir ese riesgo.

El aristócrata abrió los ojos demasiado.

—¿Es que no piensa rendirse?

—Ni mucho menos.

Hubo una larga pausa.

—¿Conoce usted el contenido de la carta, lord Cornelius, y por qué es tan importante? —quiso saber Sela.

Él le sonrió con ternura.

—Me temo, mi querida niña, que el único en esta pequeña reunión que conoce el contenido de la misiva es el señor Allen. Y si es la mitad de íntegro que presumo, no nos lo desvelará, ni bajo la forma más horrible de tortura.

El gesto firme y decidido de James les dio a entender que estaba en lo cierto. Pero, por si había alguna duda, sus palabras lo confirmaron:

—Si *Ella* no se lo ha contado, Ackroyd, ¿quién soy yo para hacerlo?

—¿Ve? —Cornelius se dirigía a la periodista haciendo un mohín—, se lo dije. No nos contará nada.

—Si al menos supiéramos dónde vivía Thornley, podríamos ir a echar un vistazo —comentó James Allen.

—En eso no puedo ayudarlos, aunque intentaré mantener alejado de ustedes al inspector Shaw de Scotland Yard. Si bien, me temo que la muerte del señor Thornley y, sobre todo, de los dos agentes de la policía le hará seguir el rastro hasta ustedes dos, igual que un perro trufero. —Más serio, sentenció agitando el índice—: Si quieren continuar con esto, allá ustedes; sin embargo, deben extremar las precauciones. Hay demasiado en juego y ya han muerto tres personas.

En la calle, el chaparrón se había transformado en una ligera aguanieve que azotaba los rostros de James y Sela. Lord Cornelius decidió continuar con su visita turística por la catedral. Deprimida, la pareja dejó atrás la plaza del Parlamento y se confundió entre los escasos viandantes que, a pesar de lo inclemente del día y de la hora tan temprana, paseaban ya por la Royal Mile atentos a las tiendas que abrían y a los edificios medievales.

16.
Una mujer se arroja por el balcón…

Barrio de Dean Village, Edimburgo

No mucho después de que Sela y James abandonaran la catedral de Saint Giles.

Cobijado de la fría lluvia bajo un paraguas prestado por el hotel donde se alojaba, el inspector Shaw cruzó el río Leith por un puente y se adentró en Dean Village, una pequeña aldea pobre y decadente adosada a la ciudad de Edimburgo como un barrio más. Se dirigía hacia la casa de huéspedes Baker, en la que, según el registro reportado al Ministerio del Interior, Thornley había alquilado una habitación hacía un mes.

El inesperado ajetreo se dejó notar antes de llegar a la pensión. Con un mal presentimiento, Shaw apretó aún más el paso por callejuelas estrechas y malolientes. Al torcer una esquina vio el revuelo despertado. En mitad de la calle se había congregado una pequeña multitud que profería gemidos de conmoción. Mientras recorría los últimos metros, Shaw cerró el paraguas ignorando el agua que, aunque débilmente, seguía cayendo.

—Abran paso, por favor. Policía.

El enjambre de mirones se fue apartando, mientras todo el mundo seguía haciendo preguntas a todo el mundo: «Qué horror»… «Ha saltado desde el segundo piso»… «¿Estará muerta?»… «Parece la señora Baker, pobrecilla»… «¿Qué habrá ocurrido?»…

Tendido en el empedrado sobre su propia sangre, Shaw distinguió el cuerpo inerte de una mujer ataviada con bata y camisón. Estaba de costado, en una extraña posición que dejaba a la vista una terrible mirada vidriosa. El rostro espantosamente magullado. El inspector se agachó para buscarle el pulso en la carótida, más siguiendo un antiguo hábito que porque concibiera alguna esperanza de que se mantuviera con vida. En el gesto, no le pasaron desapercibidos los músculos de la cara. Estaban contraídos en una distorsión facial que dotaban a la

víctima de un semblante de horror. De inmediato, le vinieron a la cabeza los cadáveres de la noche anterior en el cementerio. Mismas expresiones crispadas.

—Soy médico —dijo un hombre por encima de los murmullos del público, que no hacía más que crecer—. ¿Puedo ayudar en algo?

Toda la calle seguía reuniéndose, al calor de los gritos de espanto.

—El destino de la víctima ya está sellado —dijo Shaw—, pero podría hacer algo por el bien de la investigación, asegurándose de que nadie toque nada hasta la llegada del forense. —El inspector se incorporó, rodeó el cadáver, evitando la mancha de sangre y las esquirlas de cristal, y dedicó una mirada momentánea a la fachada de piedra que aparecía ante él. Era un edificio estrecho de cuatro pisos, sin ningún rasgo arquitectónico de interés. Un pequeño letrero deslucido decía: BAKER GUEST HOUSE. En el segundo piso se observaba una de las dos ventanas destrozadas. Los perfiles de aluminio estaban grotescamente doblados hacia el exterior.

Tan pronto como el inspector cruzó la puerta principal, arrastró las suelas de los zapatos por un felpudo e introdujo el paraguas en un paragüero de metal. La casa de huéspedes aparentaba estar limpia y se veía bien cuidada y atendida. Shaw se metió de inmediato detrás del mostrador y buscó en el libro de registro. Efectivamente, Thornley se hospedaba allí.

Habitación 22, segunda planta.

Evitando ruidos, comenzó a subir la escalera que había frente a él. Dos giros y alcanzó el primer rellano, donde halló sendas habitaciones numeradas con el 11 y el 12. Miró un momento hacia arriba a través de las filigranas de hierro de la barandilla y afrontó el segundo tramo de escaleras. Al efectuar el último giro, fue cuando desenfundó la pistola de reglamento y la amartilló. El silencio reinaba en el descansillo del segundo. La puerta de la habitación 21 estaba cerrada. La otra, entornada. De una llave de latón introducida en la cerradura pendía un llavero de metacrilato con el número 22 grabado en el anverso y el nombre de la pensión en el reverso.

Shaw se pegó a la pared y empujó la puerta con la puntera del zapato. Cuando se movió, las bisagras chirriaron rompiendo el silencio imperante.

Ninguna reacción.

La habitación del otro extremo del pasillo se abrió de pronto y por ella asomó la cara somnolienta de una mujer entrada en años. El inspector le hizo un gesto apremiante, conminándola a que regresara al interior.

De nuevo a solas, Shaw se deslizó dentro con el arma dispuesta para abrir fuego, si fuera preciso. Inspeccionó primero el dormitorio de Thornley y después el cuarto de baño, dejando para el final el

saloncito. Todo se hallaba patas arriba. Con los muebles movidos de sitio, el colchón del revés, los cajones abiertos y toda clase de objetos de ajuar desparramados por el suelo. Por la ventana rota se colaba la lluvia y estaba mojando un buró emplazado justo debajo.

Con el escenario asegurado guardó la pistola en su funda.

Shaw encaminó a continuación sus pasos hacia el hueco destrozado de la ventana, se inclinó sobre el escritorio y bajó la mirada a la calle. Tras observar un segundo el cadáver y al médico, que trataba inútilmente de impedir que los curiosos tomasen fotos, telefoneó al sargento Hardy. A los pocos minutos, la pensión y la calle eran un hervidero de policías.

—¿Cree que la casera pudo descubrir al intruso y este la arrojó por la ventana?

—Es un argumento bien fundado, sargento, aunque en parte errado —apuntó Shaw, dejando de pasear por el saloncito de un lado hacia el otro, e interrumpiendo sus profundas reflexiones—. Resulta palmario que la señora Baker sorprendió al intruso en plena faena, y en esa fatal casualidad pudo hallar su propia muerte. Pero hay al menos tres hechos que refutan la afirmación de que alguien la arrojó por la ventana.

Hardy juntó las cejas en un gesto de concentración. Aunque se estrujó el cerebro, no fue capaz de hallar ni uno solo.

Shaw levantó el dedo índice de su mano derecha.

—Primer hecho: según puede comprobar, justo debajo de la ventana hay un escritorio invadido de los cachivaches habituales. Si se fija, ninguno de ellos está fuera de su sitio. —Shaw añadió el dedo medio—: Segundo hecho: el cadáver no mostraba ni una sola herida defensiva. Si a usted intentaran arrojarlo por la ventana, ¿no opondría resistencia?

—¿Y el tercero?

—Ah, sí, el tercer hecho. —Shaw sumó el anular al índice y al medio—: los gritos.

Hardy mantenía el mismo semblante, que igual podía ser de admiración que de desconcierto.

—¿Los gritos?

—Según los huéspedes con los que he podido conversar, los despertaron gritos procedentes de esta habitación. *Gritos de una loca*, utilizando palabras textuales en la que casi todos han coincidido. Y no albergan duda alguna al respecto: la voz correspondía a su casera. No, sargento, a la viuda Baker no la arrojaron por la ventana. Se *precipitó* por ella.

Hardy se mostró inquieto.

—¿Se suicidó entonces? ¡Por Dios bendito! Dos suicidios y dos agentes que pierden la razón y se disparan el uno al otro. ¿Qué fuerza

antinatural causa tal comportamiento?

—Serénese, sargento Hardy. Perder los estribos no es propio de un agente de la ley.

—Discúlpeme. Es este caso, me tiene de los nervios.

—La forma en que han muerto estas cuatro personas también es un misterio para mí que a buen seguro la ciencia resolverá en un laboratorio. Dejemos a un lado las conjeturas y centrémonos en los hechos que tenemos ante nosotros.

—Mis hombres han descubierto un botón en el suelo del dormitorio. Es de una prenda de la marca Barbour; sin embargo, en el ropero no hemos hallado ninguna, ni tampoco coincide con el abrigo que llevaba puesto Thornley cuando lo encontramos ayer.

—Un reloj en el cementerio y un botón aquí. Por lo visto, nuestro ser paranormal es un tanto descuidado —soltó Shaw, adoptando un tono jocoso.

Al sargento le molestó la falta de entusiasmo del inspector. Al parecer era de esos a los que solo lo que ellos descubrían merecía elogios.

—¡Hola! ¿Qué es esto? —Con un destello en los ojos, Shaw se acuclilló junto a la pata de madera del sofá y se abstrajo de nuevo.

—¿Ha descubierto algo de interés?

—Muy pronto lo sabremos, sargento. —Shaw puso el índice envuelto en látex sobre un montoncito de tierra pardusca, luego se lo llevó a la nariz e inspiró suavemente. En un ágil movimiento, hizo aparecer una bolsa de pruebas en la otra mano y guardó los restos.

—¿Qué es? —preguntó Hardy, inclinado hacia delante y asomándose por encima de uno y otro hombro del inspector.

—Barro, y todavía está húmedo —dictaminó—. No pudo traerlo consigo la casera, calzaba un par de zapatillas de andar por casa. Por la textura y el color juraría que es idéntico al del cementerio de Greyfriars.

—Si usted lo dice.

—No solo lo digo, sargento, lo aseguro. Sin duda el laboratorio confirmará este extremo.

—A mí, el barro me parece solamente barro.

Shaw, aún sentado en cuclillas, alzó la vista hacia Hardy y esgrimió la bolsa hermética en alto.

—Se equivoca por completo. Si se fija con atención, este tiene un tono más claro y está repleto de motitas verdes de musgo, que, como usted me hizo notar ayer mismo, abunda en Greyfriars.

Hardy se quedó callado y pensativo. De repente, su rostro se iluminó.

—Si es como usted dice, el barro y el botón confirmarían que, aparte de la casera, hubo alguien más en la habitación.

El inspector había vuelto al examen de la zona donde había descubierto los restos de barro. De ahí que, cuando le respondió, lo hiciera con la cara pegada al suelo y sin mirarlo.

—Sus conjeturas, una vez más, son acertadas. Si sus hombres buscan por la habitación y por las escaleras del descansillo, seguro que localizarán más residuos del mismo barro. Lástima que la señora Baker no pueda ya contarnos nada; según los huéspedes, tenía un sueño ligero y el oído de un gato. Quizá ambas cualidades la llevaron a la tumba… ¡Vaya! ¿Qué es esto? Venga, sargento, apartemos este sofá —dijo, enderezando la espalda de un brinco.

Hardy lo miró con una arruga en su frente.

—Hay unos arañazos en el suelo —dijo Shaw, a modo de explicación.

—¿Y eso es importante?

—Cualquier mínimo detalle, sargento, podría resultar esclarecedor. Recuerde que el huésped de la doce, la habitación que hay justo debajo, se quejaba de que Thornley caminaba sin descanso de un lado para otro, y eso denota ansiedad y nerviosismo. También nos hizo ver que oía ruido de muebles moviéndose y eso me da que pensar…

Entre los dos cogieron en peso el sofá sin demasiado esfuerzo y lo desplazaron por encima de la alfombra hasta llevarlo al centro de la estancia.

—Ya es suficiente. Podemos bajarlo.

El inspector regresó de una zancada al lugar que había ocupado el sofá, se tiró al suelo y comenzó a examinar a través del cristal de la lupa las señales en la madera.

—Vaya, vaya, estos arañazos son recientes.

Hardy enarcó ambas cejas, poco convencido.

—¿Qué le hace pensar eso? Este suelo está lleno de arañazos.

—Si se fija bien, la madera aún conserva ese color claro tan característico, en tanto que esos otros de allí ya se han oscurecido a causa del polvo y la suciedad.

El sargento asintió igual que un niño ante un truco de magia, mientras observaba al inspector gateando por el suelo y golpeando con los nudillos cada balda de madera que había quedado al descubierto, una vez movido el sofá. En un punto concreto sonó a hueco.

—Vaya, tengo la corazonada de que hemos dado con algo. Deme un cuchillo, sargento —lo apremió, desde el suelo.

Hardy le pasó una navaja suiza que extrajo del cinturón.

Shaw fue introduciendo la hoja entre las junturas de las láminas, hasta que saltó un mecanismo con un sonido seco. La madera se levantó de un lado impulsada por un muelle, dejando a la vista un agujero negro del tamaño de una caja de zapatos.

—¡Ajá! —exclamó Shaw con un brillo en los ojos—. Ahora sabemos

qué estaba haciendo Thornley: fabricar un escondrijo.

—¿Un escondrijo? ¿Para qué?

—Es obvio. Pretendía ocultar algo que era bastante valioso para él. —Tras estas palabras, el inspector Shaw hundió la mano en el orificio y se puso a palpar.

—¿Qué espera encontrar?

El rostro del inspector pasó de la satisfacción al fastidio.

—Está vacío —aseveró. Tras un imperceptible gesto de sorpresa, aprovechó que se ponía en pie con un gemido para guardarse subrepticiamente algo en el bolsillo.

—Este asunto es de lo más extraño.

—No tanto, sargento Hardy; si lo piensa bien, esta incursión nos proporciona un móvil de la muerte de Thornley —apuntó Shaw, desprendiéndose de los guantes de látex.

—No le sigo, inspector.

—Fíjese, Thornley alquila una habitación; según el registro, para un mes. Tiene algo que esconder mientras, de manera que se fabrica un escondrijo debajo del sofá.

—¿Por qué para un mes?

—Ah, eso es de los pocos hechos patentes. Necesitaba tiempo para hallar un comprador.

—El individuo que anoche perdió el reloj Omega en Greyfriars.

—Esa impresión da.

—Claro… Thornley muere ahorcado en circunstancias sin esclarecer y el posible comprador le registra los bolsillos. No lleva encima el objeto, aunque sí una llave que indica el nombre de una pensión y un número de habitación. Entonces espera a que amanezca y viene aquí a buscar sea lo que sea lo que quiere. Se topa con la señora Baker y, de alguna manera, esta acaba arrojándose por la ventana.

—Corre demasiado, sargento; no obstante, lo hace usted con la obstinación y la sagacidad de un bulldog. Ya le dije que llegará lejos, acuérdese de mis palabras. Pruebas, sargento, faltan pruebas irrefutables que conecten los hechos entre sí.

Hardy carraspeó, todavía no tenía claro si aquello había sido un halago o si Shaw se estaba riendo de él en su misma cara.

—¿Y cree que el intruso pudo haberse llevado el objeto que ocultaba Thornley?

—No lo creo. Mire a su alrededor, todo está revuelto. El intruso no llegó a encontrar este escondrijo, o no lo hubiera dejado luego como lo hallamos. No —hizo un ademán de negación y lo acompañó de un chasquido—, Thornley se llevó ayer consigo lo que sea que tuviera y lo ocultó en otro lugar. ¿Dónde?, esa es la cuestión.

—¿Maneja alguna hipótesis, inspector Shaw?

—Con tan pocas pruebas, sería una imprudencia por mi parte.

—¿Por qué? ¿No es bueno trabajar con una hipótesis?

—No siempre, Hardy, no siempre, y menos en un caso que presenta aspectos tan extraordinarios como este. Establecer una hipótesis siempre es especular, y cuando se especula por lo general se yerra.

—O sea, que sigue abierto a la posibilidad del suicidio.

Shaw lo miró con semblante serio.

—No, sargento, no creo que ninguna de estas personas se suicidara. Estoy convencido de que nos enfrentamos a un adversario muy inteligente y sin escrúpulos que está dispuesto a matar a todo aquel que se interponga en su camino, incluso a dos agentes de la ley, sin importarle lo más mínimo las consecuencias. —Chascó la lengua—. Cuanto más nos adentramos en este caso, Hardy, menos me gusta.

Tras un silencio entre ambos, Hardy, mirando el escondrijo ideado por Thornley en las lamas de madera, farfulló:

—¿Qué podría valer la vida de cuatro personas, inspector?

—Nada, sargento, nada vale la vida de una sola persona, ni siquiera la de un sinvergüenza como Thornley.

17.
Hic et nunc…

Cuatro horas antes…
Barrio de Dean Village, Edimburgo

EL inspector Shaw todavía duerme.

La bruma, que impedía ver las fachadas del otro lado de la calle, postergaba la claridad del amanecer. El silencio imperante se quebraba con un doble golpeteo contra el empedrado húmedo. Con paso firme, una figura vestida con un severo gabán fúnebre y tocada con un viejo sombrero de copa surgió de la espesura y atravesó un corto puente sobre el río, ayudándose de dos muletas que sujetaba en las axilas. En esos pocos metros que recorrió se obró una curiosa transformación en el entorno, un viaje en el tiempo, los edificios modernos se convirtieron en construcciones de piedra del siglo XVII.

La figura le haría pensar a cualquiera en un hombre sacado de una película en blanco y negro; no obstante, en esa atmósfera tan tétrica no desentonaba lo más mínimo. Se encontró con un par de noctámbulos, si bien los ignoró y siguió su camino por el entramado de angostas callejuelas, como si supiera a la perfección adónde se dirigía…

Hilda Baker regentaba una respetable casa de huéspedes desde hacía casi una década. Ella se vanagloriaba de que su establecimiento no era un hotel; allí no se alquilaban meras habitaciones, sino pequeños apartamentos, cómodos y confortables. En definitiva, Baker Guest House no albergaba clientes, acogía huéspedes. Y solo por cuarenta libras la noche, una suma al alcance de muchos bolsillos.

La señora Baker enviudó algunos inviernos atrás. Un catarro mal curado que derivó en una neumonía no diagnosticada a tiempo se llevó por delante a su difunto marido. El desventurado Alan no había roto un plato en su vida y no se merecía ese agónico final; sin

embargo, «Cuando a uno le llega la hora, nada detiene a la muerte», solía proclamar su suegra, que un día de viento fue a por el pan a la tienda de la esquina y no regresó, al caerle sobre la cabeza un cascote suelto de una fachada. La muerte del señor Baker pilló por sorpresa a su viuda, y la dejó con una mano delante y otra detrás, si bien al menos con un techo bajo el que cobijarse. Después de unos meses azarosos, Hilda levantó el ánimo y, con sus propias manos y sin apenas ayuda, convirtió su casa en una pensión.

Como era habitual en ella, la víspera cenó temprano y se fue derechita a la cama. Cierto ruido nada frecuente la despertó con un sobresalto en mitad de la noche. Su sueño era ligero y el vuelo de una mosca la ponía sobre aviso. Miró la hora en el reloj de la mesilla y vio que apenas eran las cuatro de la mañana. El eco de los golpes secos regresó en ese momento. Los oía ir y venir por encima de su cabeza.

Ya estaba bien.

Su paciencia tenía un límite y se disponía a poner fin a esa situación embarazosa de una vez por todas. Más valía una vez colorada que ciento amarilla, argüía su madre. La señora Baker, que dormía en la planta de abajo, se levantó, cubrió su camisón con una bata de algodón y subió las escaleras, seguida de cerca por su gato anaranjado. ¡Naturalmente, cómo no! Los ruidos provenían de la habitación 22. Desde el primer instante ese tipo huraño le dio mala espina y sus otros huéspedes se quejaban constantemente de que sus excentricidades no les permitían pegar ojo. Pero pagó al contado un mes entero, y con pensión completa, y la marcha del negocio no estaba para dispendios…

Con los pensamientos alterados, continuó subiendo esforzadamente peldaño tras peldaño. Al llegar a la segunda planta, estaba sin aliento y hubo de tomarse un tiempo a fin de recuperar el fuelle. Cuando retiró las manos de los muslos y enderezó la espalda, se percató en el acto de que la puerta de la habitación en cuestión estaba abierta de par en par, y por ella escapaba el sonido del caos acompañado de resoplidos de decepción. De repente, se le ocurrió la idea de que, tal vez, se trataba de ladrones. ¿Qué otra cosa podía ser? De inmediato, dejó de refunfuñar para sí, y con precaución se asomó a la puerta:

—¿Señor Thornley?

El ruido cesó.

—¿Va todo bien?

Silencio.

La viuda Baker dio un paso y cruzó el umbral. Nada más ver el espantoso desorden reinante, sus sospechas se vieron confirmadas. Decidida a llamar a la policía giró sobre sus talones y se aprestó a abandonar la habitación. En eso, oyó a su lado una respiración aguda, terrible, que le pareció artificial.

Se asemejaba al jadeo de un animal salvaje.

Ladeó la cara justo a tiempo de ver cómo de la nada aparecía en la puerta del dormitorio un hombre que le dio un susto de muerte. Esas largas patillas, el ceño peludo fruncido exageradamente, la mandíbula prominente y la boca entreabierta revelando una dentadura amarillenta le otorgaban, para qué negarlo, un cierto aire diabólico.

Al ver al intruso, al gato se le erizó el pelo del lomo, le creció la cola hasta duplicar su tamaño habitual, y salió disparado.

Con el sobresalto, la viuda Baker ahogó un grito, llevándose una mano a la boca; no obstante, un momento después se aplacó. No se trataba de ningún ladrón, sino de un anciano inofensivo chapado a la antigua que incluso se levantó la chistera, a guisa de saludo. Llevaba abierto el gabán, dejando a la vista un traje negro algo raído que en otra época —demasiado lejana— su cuerpo debió de rellenar. Se mantenía en pie ayudado por dos muletas de aluminio. Viejísimas, oxidadas y algo combadas. Sin embargo, de un primer vistazo no apreció ninguna pierna lastimada, parecía más bien que el anciano estuviese encorvado por alguna lesión de espalda.

—¿Quién es usted? ¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó con voz queda, puesto que no las tenía todas consigo.

Una boca negra escupió cuatro palabras.

Cuatro.

Siseantes como una serpiente.

—*Hic et nunc*, Hilda.

Aquí y ahora.

Con una rapidez abrumadora, el hombre alzó una de las muletas y giró un adorno plateado con la forma de una espantosa figura alada. Por la contera de hierro, apareció una punta afilada.

Destellaba.

… AÚN seguía esa expresión de horror dibujada en su rostro, cuando Hilda Baker perdió por completo la cabeza y se arrojó por la ventana del segundo piso. Necesitaba escapar de esa mirada abominable y esa dentadura abierta como la de una bestia hambrienta.

El domingo 13 de octubre, a las cuatro y trece minutos de la madrugada, llegó su hora, si bien de una manera inimaginable. La muerte no la había encontrado por casualidad, había ido a buscarla en persona.

En eso barruntaba la respetable señora Baker cuando su cuerpo quedó reducido a chatarra.

18.
Una risa grave y horrenda…

Ciudad nueva, Edimburgo

Ajenos al fatal desenlace de la casera de Thornley y tras el breve encuentro con Cornelius Ackroyd, Sela y James caminaron bastante rápido desde la catedral de Saint Giles al hotel. En la recargada habitación, la periodista se había instalado en una pequeña mesa y escribía en la *tablet*.

Allen necesitaba meditar, de modo que se tumbó boca arriba sobre la ropa de cama y recogió las manos bajo la almohada. Se pasó un tiempo contemplando en la media luz a la joven de espaldas mientras tecleaba en el dispositivo. El pelo azabache le caía en ondas sobre los hombros. No podría decir que Sela fuera guapa, aunque sí sexi y, desde luego, endiabladamente lista, de eso no le cabía duda. En lo concerniente a sus intenciones, estaba confundido, aunque algo tenía clarísimo: desconfiaba de ella…

Sintiéndose observada, Sela volvió un momento la cara y vio los ojos de James puestos en ella. Le sostuvo la mirada.

—¿Qué?

—Nada.

—Como me miras así…

—¿Siempre gastas esa mala leche?

—Todavía no me has visto de mala leche.

James soltó un silbido.

Ella dulcificó el gesto, incluso en su rostro se atisbó una incipiente sonrisa, si bien cargada de pereza.

—Lo siento, estoy cansada. Si molesto, puedo irme a mi habitación.

James no pudo dejar de observar que tenía una bonita sonrisa. Natural. De esas que descubrían una dentadura reluciente y encías sonrosadas.

—No me molestas.

—Gracias. En estos momentos, prefiero no estar sola.

—¿No tienes que avisar a alguien de dónde estás, aparte de a la amiga que cuida de tu hija? No sé, a tus padres, al padre de tu hija o puede que a tu editor.

Nada de vida personal. Regla número uno. Ella lanzó un resoplido. Bueno, podía hacer una ligera concesión.

—Con mis padres no me hablo, el padre de Sarah nos dejó y mi editor está acostumbrado a que desaparezca sin previo aviso —soltó, sin más explicaciones—. Y ¿qué me dices de ti? ¿Te espera alguien?

Cuestión sencilla. Respuesta difícil.

Hacía poco más de dos años llevaba una vida sin complicaciones en Glasgow: soltero, con un buen trabajo y junto a su amigo de la infancia Alex. Luego conoció a Patricia y a Collins. Y a Victoria. El amor de su vida. Se casó con ella. Falleció trágicamente en su luna de miel. Ahora estaba viudo con cuarenta y dos años. Pero no podría decirse que estuviera solo. Patricia vivía con él. Igual que Anne Marie, su ama de llaves. Y sus tres perros. Zeus, Diana y Khentii. Puff. ¿Cómo se explicaba eso?

Después de pensarlo, James optó por la respuesta sencilla. Negó con la cabeza.

—A mí tampoco me espera nadie.

—O sea, que mi vida no es la única que da pena.

¿Daba pena su vida? Nunca lo había considerado desde esa perspectiva. Le iba bien, por descontado. El dinero no era un problema, vivía en un paraíso natural y tenía cerca un puñado de amigos de verdad…; no obstante, de algún modo, Sela estaba en lo cierto. Desde la muerte de Victoria, nada había vuelto a ser igual. Se sentía atrapado en la bodega de un barco sin rumbo. Encadenado a sus recuerdos. Solo algunos días conseguía desatar el nudo que le atenazaba el estómago. En definitiva, la echaba mucho de menos.

Todo. El. Tiempo.

Todos. Los. Días.

Sela regresó a su reportaje y James intentó echar una cabezadita. Lo necesitaba. Estaba agotado. Por unas cosas o por otras, el hecho era que llevaba varios días sin dormir decentemente. Sin embargo, nada más cerrar los ojos, y pese a que le había dicho a Sela que nadie lo esperaba en casa, el pensamiento de Patricia se cruzó en su mente. Se marchó de Lochcarron el viernes sin despedirse de ella y, en dos días, lo había acribillado a llamadas perdidas. Tomó conciencia de que no podía seguir ignorándola por más tiempo. Consideraba que a esas alturas ya estaría de vuelta en casa, pero no había sido así, y el asunto en que estaba embarcado tenía pinta de alargarse algún tiempo más, al menos hasta el jueves. Una vez celebrado el referéndum, para bien o para mal, ya todo daría lo mismo. Decidió que más tarde llamaría a su amiga, aunque no tenía sentido seguir torturándose con esto.

Le preocupaba más, en cambio, cómo continuar buscando la carta. Había asegurado a Ackroyd que no tenía intención de rendirse aún, si bien no tenía nada a lo que aferrarse, ni siquiera un clavo ardiendo, y una vez más se preguntó qué pintaba él en todo ese embrollo. Había cumplido con lo que se le había pedido: reunirse con Thornley y tratar de comprar la información robada. Pero ahora Thornley estaba muerto y no había ni carta ni dinero.

Fin de la historia.

¿Qué lo retenía entonces? ¿Por qué sencillamente no hacía el petate y regresaba a Lochcarron? Sus obras de reforma y sus clases en la escuela lo estaban esperando. Le dio vueltas y más vueltas a este pensamiento y siempre obtenía la misma respuesta. Porque si alguien necesitaba su ayuda —daba igual de quién se tratase—, él se la prestaba. Ya está. Era así de sencillo.

«Termina siempre lo que empiezas» era el mantra que, a modo de corolario, repetía su padre.

En medio de sus reflexiones, el cansancio por la tensión acabó por vencerle y sucumbió al sueño…

—Eh, despierta. Vamos.

Allen abrió los ojos con un sobresalto. Sela estaba al lado de la cama, inclinada hacia él, zarandeándolo suavemente.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aún aturdido.

—Llevas durmiendo casi dos horas, y ya tengo hambre.

Mientras terminaba de desperezarse, James se encaminó a la ventana y descorrió la pesada cortina, llenando de luz natural la habitación. Una vez adaptó su vista a la claridad, se puso a mirar a través del cristal los abruptos acantilados y el castillo de Edimburgo, en la cumbre. Había dejado de llover y la capa de nubes era tan débil que provocaba un poco de resol.

—Es este el final, ¿verdad? —preguntó la periodista desde el borde de la cama, donde había tomado asiento. Estaba encorvada, pasándose las manos por las piernas.

James se dio la vuelta y, con la luz a sus espaldas, lanzó a Sela una mirada cargada de decisión.

—Ahora lo veo claro. Sé lo que he de hacer.

—¿El qué?

—Si no puedo conseguir la carta, tendré que resolver el problema de otra manera.

—¿Cómo?

—Solo se me ocurre una: desactivar su contenido, igual que un artificiero con una bomba.

—Pero, ¿de qué hablas?

—Tendrás que confiar en mí.

—¿Y por qué debería hacerlo? Antes, en la catedral, dejaste bien claro que tú no confías en mí.

Recortado contra la ventana, Allen soltó un resoplido.

—Sela, entiéndeme…

—No, no te comprendo. Quieres que te ayude, pero tú no haces nada por mí.

—Ese es tu problema, solo piensas en ti misma.

—Por supuesto, se me olvidaba que estaba hablando con el *salvador del reino* —replicó ella sarcásticamente, alzando la mano y pasándola por una imaginaria cartela.

—Mira, Sela, no quiero seguir discutiendo contigo.

Entre ellos se instaló un denso silencio. Los ojos de James regresaron a la colina veteada de Castle Rock, un extinto volcán de setecientos millones de años. Dudaba si compartir con ella la revelación que había tenido durmiendo. Al fin, se decidió y volvió la vista atrás, aunque fue con tiento.

—En la carta… hallé una especie de acertijo.

Ella mostró una expresión de desconcierto.

—¿Un… acertijo? ¿Como en las novelas de Dan Brown?

James se giró del todo.

—Algo así.

—Y ¿qué decía?

—Aunque estaba escrito en clave, un amigo lo descifró:

TRAS EL ESCABROSO SENDERO
TENDED EL PUENTE LEVADIZO;
QUE BAJO EL FUEGO VENGATIVO
PERDURA EL SACRIFICIO ETERNO

—¿Qué crees que significa?

—Llevo dándole vueltas desde ayer. Lo único que se me ocurre es que los dos primeros versos hacen referencia a un castillo. Sí, tiene que ser eso…

Al fruncir el semblante, una arruga surcó la frente de Sela.

—¿Y opinas que ese acertijo es una pista que conducirá a algún sitio?

—Sí, eso es lo que opino.

—Digamos que estás en lo cierto, ¿qué esperas encontrar allí?

James meneó despacio la cabeza varias veces.

—¿Sinceramente? No sabría decirte.

—Vale, pero en Escocia hay un sinfín de castillos.

—Unos dos mil. Castillo arriba, castillo abajo. Por eso necesito ir a la Biblioteca Nacional e indagar en algunos libros. No pongas esa cara.

Si quieres puedes venir conmigo y ayudarme en esto, o aquí acaba nuestro viaje juntos. Pero si finalmente decides acompañarme, debes saber que no voy a poder responder a muchas de tus preguntas. Tú sola tendrás que hallar las respuestas.

El brillo de la cacería destellaba de nuevo en los ojos de la periodista. Se proponía contestarle que naturalmente iría con él, cuando el teléfono de James se lo impidió.

—Espera un segundo. —Allen se acercó a la mesilla, desconectó el móvil del cargador y se lo llevó a la oreja—. ¿Diga?

James distinguió una respiración sibilante, casi asmática, que le recordó de inmediato al extraño sonido que escuchó después de ver la silueta del hombre de las muletas en el cementerio de Greyfriars. El ceño mostraba su confusión.

—¿Quién es?

En respuesta a su pregunta, desde el otro extremo de la línea alguien dejó escapar una risa grave y horrenda.

—Aaaaallen —dijo una voz cascada en un susurro, con un deje antinatural—, la policía sabe que usted mató a Thornley. *Venatibus incepit*.

La persecución ha comenzado.

El timbre hizo que James se estremeciera.

—Yo no… Oiga, ¿quién es usted? —repitió, serio.

Volvió la risa ronca y la llamada se cortó. Allen se quedó mirando el móvil, con el desconcierto reflejado en su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

—Recoge tus cosas. Nos vamos ahora mismo.

19.
Unos delincuentes en el hotel…

Ciudad nueva, Edimburgo

Un nutrido grupo de agentes uniformados, encabezados por el inspector Shaw y el sargento Hardy, irrumpieron en el vestíbulo del hotel y se dirigieron hacia el mostrador de recepción. El conserje de día, el señor Gielgud, salió a su encuentro alarmado por tal escandalera.

—Señores, por favor, esto es un hotel de lujo y no un burdel de tres al cuarto.

El sargento Hardy se adelantó al grupo y golpeó al conserje en el pecho con un formulario oficial plegado por la mitad.

—Traemos una orden de detención contra uno de sus clientes. De modo que, apártese o mandaré arrestarlo por obstrucción a la justicia.

Gielgud, que mantenía la hoja de papel contra su pecho, abrió mucho los ojos y se hizo a un lado con el rostro desencajado, al tiempo que decía a una empleada instalada detrás del mostrador:

—Alice, colabore con estos señores en todo cuanto precisen.

Una vez hubo consultado el registro, la comitiva se desplazó hasta la cuarta planta, unos por las escaleras y otros por los ascensores. Un par de agentes quedaron apostados en la entrada principal, por si acaso. Shaw y Hardy avanzaban a zancadas por el pasillo enmoquetado, fijándose en los números de las habitaciones. Se detuvieron delante de la puerta que lucía el 417.

—Ábrala —mandó el sargento.

El conserje se hizo hueco con una llave maestra en la mano. Un delincuente alojado en su hotel. Qué pesadilla. El señor Gielgud pasó la tarjeta por el lector que había fijado en la pared y la puerta quedó liberada con un chasquido. Un instante después la habitación estaba llena de agentes registrándolo todo.

—Me parece, mi querido Hardy, que nuestro pájaro ha volado del nido, y a juzgar por cómo lo ha dejado todo, diría que lo ha hecho

precipitadamente —dijo el inspector, mirando la habitación desierta y desordenada.

—¿Cómo supo que el tal James Allen estaba detrás de los homicidios? Casi parece cosa de brujería.

Shaw sacudió la mano, restándole importancia; sin embargo, mostraba un rostro abatido.

—En esto no hay nada mágico. Únicamente torpeza por mi parte, y ahora solo cabe esperar que mi error no resulte fatal.

—¿Qué error?

—Tardé demasiado en recordar una cosa que me dijo uno de mis confidentes.

El sargento lanzó una mirada inquisitiva. En respuesta, Shaw aproximó la cara a la de Hardy, y bajó el tono de voz para hablar.

—Una Dama con mayúscula, y me permitirá que sea discreto al respecto, mandó investigar a un sujeto llamado James Allen. ¿Cuál era el propósito de tal investigación? —denegó con la cabeza—, lo desconozco por completo.

—¿Por qué no se lo preguntamos a… la *dama* en cuestión?

—No se me ocurre la manera de hacerlo.

El sargento Hardy se frotó la barbilla, con aire suspicaz.

—Perdone que se lo diga, inspector, pero noto que me está ocultando algo.

—Veo que es difícil engañarlo, sargento —le respondió Shaw con una gran sonrisa—. Pero sabrá que un buen jugador de cartas no muestra jamás su suerte, al menos hasta el final de la partida.

—¿Ha pensado que podría tratarse de una casualidad?

—En la práctica criminal no existen las casualidades, Hardy. Le apuesto pajaritos contra corderos a que el ADN que se hallará en esta habitación coincidirá con el de las manchas de sangre que encontramos en el cementerio de Greyfriars, al lado de la tumba. Tal vez, en medio de este desastre, todavía pueda salvarse algo… Ah, señor Gielgud, acérquese, por favor.

El conserje, que aguardaba en el pasillo, entró.

—¿Sabe cuándo se reservó la habitación?

—Ambas fueron reservadas ayer mismo por el señor… —sacó una nota de su levita negra— Cornelius Ackroyd.

Shaw alzó las cejas, algo sorprendido.

—Bien, excelente. ¿Ve? Ahí lo tiene, sargento. Nada de coincidencias. El mismo día en que Thornley y sus compañeros del cuerpo fueron asesinados… —Shaw dejó la frase a medias y frunció la frente—. ¿Ha dicho *ambas* habitaciones?

—Sí, señor, dos habitaciones. —El conserje puso otra vez los ojos en la nota—. La cuatrocientos diecisiete a nombre de… James Allen y la cuatrocientos dieciocho al de… Sela Azmi. Justo la contigua…

El inspector no le permitió terminar.

—Rápido, sargento, vaya con el señor Gielgud y llévese consigo a unos hombres. ¡No hay un segundo que perder!

Minutos más tarde, Hardy estaba de regreso con aire desolado.

—También estaba vacía —anunció.

—Lo imaginaba, sargento, lo imaginaba. Llegamos demasiado tarde. Menuda incompetencia la mía. Es imperdonable.

Shaw se puso a mirar por la habitación.

—La forma tan apresurada de huir denota que recibieron un soplo de que veníamos hacia aquí.

—¿Cree que hay un topo en mi brigada? Lo dudo, señor, yo respondo personalmente por cada uno de mis hombres.

Shaw soltó una breve carcajada.

—No se ofenda, Hardy, no se ofenda —dijo, dándole un golpecito tras otro en el hombro—. No estoy acusando a nadie, me limito a constatar un hecho.

—Y ¿quién es ese tal James Allen?, si puede saberse.

—Un auténtico quebradero de cabeza.

El sargento notó algo peculiar en el dejo del inspector.

—¿Ya lo conocía de antes?

—Así es, Hardy, lo detuve el año pasado en Londres, tras un jaleo en el hotel Dorchester y en el The Monument.

—Y ¿cree que el señor Allen es el asesino que buscamos?

—No sabría decirle. Me pareció un aventurero con cierto desdén por las normas, pero, ¿un asesino? —Chasqueó la lengua, en señal de duda—. Ya veremos. Sin embargo, es nuestra mejor pista hasta el momento y cuando nos lo echemos a la cara, usted mismo podrá plantearle cuantas preguntas desee…

»¡Ah! Ya llegan los técnicos de la científica. Los oigo por el pasillo moviendo sus trastos. Son inconfundibles. De todas las maneras, ya hemos terminado aquí, no sacaremos nada más en claro. Ahora, sargento, vayamos a visitar a lord Cornelius Ackroyd III. Tal vez él sí arroje algo de luz sobre este asunto. Y, entretanto, le sugiero que averigüe todo lo que pueda acerca de Sela Azmi. Una nueva y misteriosa jugadora se ha incorporado a esta partida.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

A fin de combatir el desánimo, que se va apoderando de mi ígual que una gangrena, me digo que preciso ocupar la mente; por ese motivo establecí las «reglas», unas normas sencillas que he de seguir a diario para sobrevivir, al menos, el tiempo suficiente. Una vez más, el paseo. Una vez más, tomo el cuaderno de campo entre mis manos. No quiero desviarme del curso de mi relato:

… Pocos días después de la muerte de la joven Luisa, Gordon, quien resultó ser un mozo con la pillería que solo la calle y el hambre despiertan, me habló de un asunto espinoso, como quien no quiere la cosa:

—Señor, que me barruntaba yo que es más sencillo aguardar a los muertos en el cementerio que ir a buscarlos por las casas. Al fin y al cabo, todos acaban allí, tarde o temprano. Además, es bien sabido que otros muchos lo hacen.

Yo asimismo había oído hablar de los «resurrecionistas», calificativo despreciable que recibían los ladrones de cuerpos, y ni que decir tiene que sus actos me repugnaban. Knox no era el único profesor que diseccionaba cadáveres y la demanda era tal en la ciudad, que, según se decía, algunas noches se amontonaban los saqueadores de tumbas en los camposantos. Al principio, pareciome una idea censurable e inmoral, y de ese modo se lo hice saber a Gordon, acompañando mis recriminaciones de un pescozón en la coronilla. Pero bien pensado, su raciocinio no estaba exento de certeza y asimismo me ahorraba el trance, siempre amargo y arriesgado para mi integridad, de negociar con los deudos. De suerte que concebí un plan tan sencillo que no podía menos de salir bien, y lo puse en marcha con la energía que me era característica.

—Pero necesitaré ayuda —me dijo Gordon tras ponerlo al día de mis pensamientos —. Y eso significa más parné.

—¿Tienes a quién recurrir?

¡Y vaya si lo tenía! Gordon no tardó en montar una red de soplones con otros pillastres que asimismo vivían en las calles, y me mantenía al tanto de todos los sepelios que se producían en el cementerio de Greyfriars. Al caer la noche, él y yo nos acercábamos cargando una pala al hombro y exhumábamos [eufemismo para lo que realmente hacíamos: «profanar»] los cadáveres del día. Yo había dado un soborno de una guinea al vigilante nocturno del camposanto con el propósito de que hiciera la vista gorda. Y aquello resultó ser un negocio de lo más lucrativo, con alguna que otra

excepción. Y es que una noche en la que caían chuzos de punta, creí oír cierto ruido y, obedeciendo a un impulso, pusimos pies en polvorosa. Al final, resultó que un agente de policía de servicio haciendo su ronda nos había descubierto y se nos aproximaba sigilosamente para ponernos en un aprieto. Nos persiguió un buen trecho haciendo sonar su silbato y, si bien se incorporaron a la persecución otra pareja de agentes que patrullaban la zona, conseguimos finalmente escapar de sus garras en el laberinto de callejuelas de la ciudad vieja, sin más pérdida que las palas, que tuvimos que dejar abandonadas.

Yo aborrecía ese trabajo, si bien, con el transcurrir de las semanas, uno termina por acostumbrarse a él sin remordimientos, como un verdugo al ajusticiamiento o un matarife a la matanza. A cambio de quedarse con las dentaduras de los cadáveres [los dentistas pagaban un buen pellizco por ellas], Gordon me ayudaba a tirar del carro con que transportábamos los cuerpos desde el cementerio hasta la residencia de soltero de Robert Knox en la ciudad nueva de Edimburgo.

No lo he escrito hasta ahora; sin embargo, cuando empecé a incrementar la producción de cadáveres, el profesor me indicó que dejara de llevárselos al laboratorio que utilizaba en la facultad y lo hiciera a esta nueva dirección, donde disponía de un vasto sótano apartado de la casa, cuyo destino original [carbonera] había reconvertido en sala de disección. Él me justificó su decisión en que la pestilencia de los cuerpos resultaba demasiado molesta para los estudiantes, quienes se habían quejado al decano, aunque yo intuía que eso no era del todo cierto. Aventurándome en el campo de la hipótesis, el verdadero propósito era que en la facultad comenzaban a correr inquietantes rumores, de los que yo hallábame al tanto, sobre las oscuras y poco deontológicas prácticas del profesor.

Un tiempo después de estas experiencias, cierto día del mes de junio, cuando bajé a desayunar después de una noche movida, me encontré muy irritada a la siempre afable misses Birkley, y mientras me servía el té con tostadas reprendiome con gesto severo:

—Mister Hare, ya sabéis que hago la vista gorda con vuestros horarios o vuestros retrasos en la mensualidad, pues ayudáis a personas enfermas sin recursos y sois harto trabajador, pero una tiene sus límites, y esta es una morada decente.

—¿A qué os referís, misses Birkley? —pregunté yo francamente desorientado.

—A ese ladronzuelo que viene a visitaros y a dejaros cartas. No sé qué líos os traéis con él, aunque espero que no vuelva a dejarse caer por aquí.

Creo haber confesado que soy hombre de muchos defectos, si bien entre ellos puedo vanagloriarme de que no está el de la hipocresía. Por tanto, con franqueza, tras el encontronazo con la entrañable misses Birkley, le prometí que no volvería a ver a Gordon, y luego terminé de desayunarme tranquilamente.

En la ciudad nueva descubrí las antípodas de la sucia y maloliente Edimburgo a la que yo estaba acostumbrado: amplias avenidas arboladas, parques con praderas interminables y fuentes ornamentales, mansiones descomunales… Hasta las personas que habitaban en ella eran bien distintas. Llevaban puestas sus mejores galas: caballeros con chistera de raso negro y buenos abrigos; damas con coloridos vestidos de seda y sombrillas con las que cubrir sus acicalados rostros del sol; y hermosas muchachas risueñas a la última moda caminando en compañía de sus carabinas. Unos recorrían las distancias en caballos de pelaje sedoso y otros en carruajes con sirvientes. Se saludaban alegremente entre sí al cruzarse en el paseo, y hasta el sol antojábase brillar con más fuerza y la lluvia caer más despacio y mojar menos.

Por esa época, mi relación con Robert Knox iba madurando. Lo veía a diario. Por las mañanas, en la facultad, y en su casa, en el crepúsculo, donde lo ayudaba en sus experimentos y disecciones, bien con un mandil y un escalpelo de cirujano en mano, bien con una pluma tomando notas de sus trabajos. Yo percibía cómo, día a día, crecía la complicidad entre nosotros, y aquel ligero presentimiento quedó confirmado un miércoles soleado de finales de junio, cuando, al salir de clase, se situó a mi altura y me dijo:

—Joseph, me gustaría que vinieras a almorzar a mi casa. ¿Mañana te viene bien?

Yo acepté la invitación al instante.

—Estupendo. Te espero, pues, a las doce y media. No hace falta que te diga que llegues sin tardanza, sé de buena tinta que eres puntual.

Viéndolo marchar, se me ocurrió que era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Hacía escasamente unos meses que nos conocíamos y en ese período se había obrado una transformación en el modo en que Knox se dirigía a mí: pasando de ser «mister Hare» a sencillamente «Hare» y finalmente «Joseph». [Nota: Yo seguía manteniendo las distancias en el tratamiento, puesto que Knox tampoco me había dado pie a lo contrario].

Degustamos una comida espléndida y Knox se mostró en todo momento atento conmigo. Después de almorzar, me ofreció una copa de jerez. Él mismo asió la botella y haciendo tintinear los vasos los llevó hasta un magnífico saloncito, donde pasamos buena parte de la tarde acomodados en dos sillones de cuero, compartiendo cigarrillos y jerez y platicando como dos colegas sobre los últimos avances en el campo de la medicina y la farmacología.

Estos encuentros se repitieron cada vez con más frecuencia. Había penetrado en el círculo más íntimo del profesor, o al menos eso es lo que yo me figuraba. No poco después, ya por agosto, recibí en la casa de huéspedes donde me alojaba una nota de Knox poniéndome en aviso de que se ausentaría de Edimburgo. Como gozaba, por consiguiente, de unos cuantos días libres aproveché para viajar a Berwick-upon-Tweed. Yo seguía

reñido con mi aún amado padre y la relación con él era distante, de modo que, durante mi estadía en la hacienda, prácticamente no intercambiamos palabra. Con mi queridísima madre, por el contrario, todo era bien distinto y dábamos prolongados paseos por campos y veredas, hablando de nuestras cosas. El amor maternal está por encima de cualquier contratiempo.

No habría transcurrido ni una jornada desde mi regreso a Edimburgo, cuando recibí una nota del profesor convidándome a almorzar.

—No creerás a quién he conocido, Joseph —me dijo en el saloncito de su mansión, envuelto en las blancas nubecillas que expelía la cazoleta de su pipa. Se lo veía demasiado animoso y en su semblante se dejaba traslucir una expresión de agradable complacencia.

—¿A quién?

—A Su Majestad —repuso con petulancia.

—¡¿A la reina Victoria?! —exclamé yo, ardiendo de impaciencia.

—Que yo sepa, la única soberana que tiene Gran Bretaña e Irlanda desde hace veinticuatro años.

—Y ¿cómo fue?

Knox cruzó las piernas y se reclinó en el sillón orejero con aire meditabundo.

—Fue curioso. Un cartero me alcanzó en los pasillos de la facultad e hízome entrega de una misiva. Yo tenía un poco de prisa, conque la hice desaparecer en el bolsillo de la levita sin abrirla y lo despedí con un chelín. En ese momento, cuando me proponía dar el segundo paso, oí un carraspeo a mi espalda y me volví. Ahí permanecía el cartero plantado y mirándome horrorizado. No te costará imaginártelo, Joseph.

Yo solté una risa.

—¿Y qué hicisteis a continuación, profesor? —le interrogué con franco interés.

—Lo único que cabía hacer. Alcé una ceja y le pregunté si deseaba algo más. Y va el cartero y, con la grandilocuencia de quien anuncia un grande acontecimiento, me dice: «Es de Palacio, caballero, preciso llevar una respuesta». Supondrás, Joseph, mi sorpresa. De suerte que saqué de nuevo el sobre, lo rasgué en el acto y leí la carta allí mismo con expresión de desconcierto.

—¿Es mucha indiscreción si os pregunto por el contenido?

—Para nada, Joseph, para nada. La carta me comunicaba que se requerían mis servicios profesionales en Balmoral. Le contesté, por tanto, al cartero real que llevara mi respuesta de inmediato: tomaría el primer tren que saliera de Waverley rumbo a Ballater.

—¿Y de qué manera Su Majestad trabó conocimiento de vos? —Nada más plantear en voz alta la cuestión pareciome que sonaba demasiado impertinente, si bien a Knox, que estaba emocionadísimo participándome de su historia, no pareció percatarse de ello.

—La dama de vestuario de Su Majestad, la duquesa de Ayton, conoce a mi familia. Pero no me interrumpas, Joseph, y déjame mencionarte hasta el más mínimo detalle. Total, que tomé el expreso de la tarde y, al salir de la terminal en Ballater, descubro esperándome un elegante coche coupé *tirado por un hermoso caballo negro, que me llevó a la mansión. Desde la muerte de su madre, la soberana no goza de buena salud, y unas molestias estomacales la traían a mal vivir. De suerte que le procuré un remedio de mi propia invención, que, como suele comentarse, fue mano de santo. Quedó tan encantada que me ordenó que permaneciese en la mansión real unos días más, hasta ver que mejoraba por completo.*

—¿Y cómo es ella?

El rostro enfurruñado de Knox se iluminó igual que un faro.

—Encantadora, soberbia, arrolladora… original. No se me ocurren más epítetos para calificar a tan excepcional mujer.

—¿Y la casa?

—¿Casa, dices, Joseph? A fe mía que aquello es el summum *de las casas. Toda una mansión. ¡Qué digo mansión, es más bien un castillo! Hace unos años, Sus Majestades adquirieron el castillo de Balmoral. Desde entonces, ella y su alteza real el príncipe Alberto vienen todos los años a Escocia a disfrutar del período estival. De ahí la importancia de mi servicio.*

Yo fruncí la frente, sin acabar de comprender.

—Joseph, a veces hay que explicártelo todo. Si Sus Majestades se allegasen cada verano a Escocia, tal vez se requieran de mis servicios profesionales con más frecuencia, y con ello, mi reputación irá in crescendo. *¿Sabes lo que significaría ser el médico de la corte? Los clientes de mi consulta se multiplicarían.*

Abrí la boca anonadado, y presuroso se me ocurrió que si Knox subía como la espuma, acaso yo asimismo lo hiciese, si bien, obviamente, guardé para mí estas reflexiones y apuré la copa de jerez. Las palabras del profesor no podían ser más proféticas. Su Graciosa Majestad quedó tan satisfecha con el remedio casero suministrado que, desde ese momento, se convirtió en su galeno de cabecera y cada vez que alguien de la familia real tenía alguna dolencia durante su estadía en Balmoral, reclamaban la inmediata presencia de Knox. Incluso, en una ocasión, mandósele aviso, pues Dash, la queridísima perra de agua de Su Majestad, se hizo trizas una pata correteando por los campos aledaños a la mansión.

Pese a que ignoro a punto fijo el importe de sus rentas, en virtud de la gracia real, Robert Knox se convirtió en menos que canta un gallo en una persona rica e influyente. Con todo, permaneció soltero; y es que de un hombre de su frialdad y apariencia no cabía esperar que ninguna mujer se enamorara. En lo que a mí respecta, temía que con la fama y el dinero se distrajera de sus experimentos nocturnos, y sin ellos yo me viera privado de mi principal fuente de ingresos; no obstante, en su favor diré, si he de ser

justo, que, a pesar de gozar de una inmensa fortuna, Knox no se entregó a la molicie y continuó implicado en sus quehaceres, tanto de profesor en la facultad como en la redacción del libro que escribía sobre el interior del cuerpo humano. «Joseph [solía decirme], esta va a ser la obra suma de la anatomía humana, y tu nombre, el de un humilde estudiante, figurará en los reconocimientos».

Sin embargo, esa nueva situación operó una profunda transformación en él. Principió a torcerse y su vida se llenó de extravagancias. En su cuerpo penetró el veneno de la avaricia y la presuntuosidad. Sus modales para con los lacayos empeoraron, y mis invitaciones a comer se espaciaron, al tiempo que, para él, volví a ser simplemente «Hare, el proveedor de cadáveres»…

Fin de la cuarta parte

LA SOCIEDAD SECRETA

“A noble hart may have nane ease gif freedom failye”.
«Un corazón noble no puede estar en paz si carece de libertad».

Epitafio de Robert de Bruce (rey de Escocia de 1306 a 1329). Abadía de Melrose.

20.
El castillo de Dunnottar…

Stonehaven, Aberdeenshire

A PENAS dos horas en coche separan el castillo de Dunnottar de Edimburgo. Una carretera o tortuosa o singular. Según se mire. Según estés más o menos acostumbrado a circular por ella. James y Sela eran de los primeros, o acaso tenían tantos quebraderos de cabeza que se mostraban incapaces de disfrutar del inconmensurable paraje que la naturaleza ponía ante ellos. Antes de llegar a Aberdeen hay que abandonar la A90 y tomar la A92. En el desvío, un cartel provisional anunciaba el CIRCO RALEY. A lo lejos, se distinguía, dibujada sobre el azulado del cielo, la carpa puntiaguda. A partir de ese punto, el escaso tráfico desapareció y tuvieron la carretera para ellos solos. Sobre el terreno, los neveros iban dejando paso a las manchas terrosas.

Ninguno de los dos habló mucho durante el viaje. Sela se dedicó a fumar y a conducir, y James, por su parte, pasó casi todo el tiempo con la mirada fija en la ventanilla, tratando de ordenar las ideas. Las horas de estudio en la Biblioteca Nacional de Edimburgo habían sido provechosas y la información obtenida, esclarecedora; si bien aún albergaba muchas dudas sobre las conclusiones a las que había llegado, las cuales consideraba precipitadas y poco fundadas.

La conversación entre ellos se redujo a la ocasión en que, ya llegando, Allen se interesó por la relación de la periodista con sus padres. Nada más formular la pregunta, se dio cuenta de su error. Que creía haberle dejado claro que su vida privada no era asunto suyo fue lo que ella le contestó así de primeras, aunque James advirtió que, mientras lo hacía, apretaba el volante con más fuerza. Cuando se convenció de que Sela no diría nada más al respecto, ella comenzó a sincerarse con voz queda y sentida:

—Mis padres proceden de una familia bastante tradicional. Nunca entendieron mi modo de vida. Los últimos años en casa fueron una pelea constante. Para remate, un día apareció Lou.

—¿El padre de Sarah? —dedujo James.

Ella asintió sin dejar de mirar la carretera.

—A mis padres no les gustaba, y es de las pocas cosas que no puedo censurarles. Yo tampoco querría en la vida de Sarah a un hombre que siempre ande metido en líos con la policía.

—No te pega para nada un tipo así.

Sela apartó un momento los ojos de la conducción y los puso en James.

—Yo atravesaba una etapa de rebeldía. Y a las chicas rebeldes nos atraen los chicos peligrosos. Además, Lou era guapo e inteligente. ¿Qué quieres que te diga? Perdí la cabeza y me negaba a ver que no era buena persona. En aquella época yo estaba cegada por el rencor y solo pensaba en la manera de hacer daño a mis padres, incluso castigándome a mí misma, si ese era el precio a pagar —su voz temblaba con el recuerdo.

—¿Y qué pasó?

—Un día me largué de casa. Sin más. Lou vino a recogerme en su camioneta y nos marchamos a Ballater. Luego llegó un embarazo inesperado. —A Sela se le escapó una sonrisa amarga.

—¿Por qué te sonríes?

—Algunas veces me pregunto cómo pudo salir una criaturita tan maravillosa de un capullo como Lou.

—A lo mejor, heredó los genes de su madre.

Ella ignoró el comentario, aunque Allen observó que los labios de la conductora mantenían una franca sonrisa.

—¿Cómo salió Lou de tu vida?

La sonrisa se borró de su cara.

—Abruptamente.

—¿A qué te refieres?

—Lo maté.

Un frío silencio siguió a la confesión que tomó desprevenido a James.

—¿Quieres contármelo?

—No, no quiero —fue la respuesta tajante. Asunto zanjado.

Durante muchos kilómetros los arbustos del paisaje pasaron por las ventanillas a toda velocidad. En un momento dado, Sela encendió las luces del coche y levantó el pie del acelerador. Moqueaba y sorbía por la nariz y ponía todo su empeño en reprimir las lágrimas: lamentaba el arrebato con James, pero por nada del mundo le daría la satisfacción de verla llorar.

«Ni de coña».

Había bajado la guardia con Allen no una, sino dos veces, y le había confiado aspectos bastante personales de ella. Estaba furiosa consigo misma, y no volvería a suceder.

«Jamás».

«Sela, haz tu puñetero trabajo y vuelve a casa con tu hija».

De modo que apretó los dientes y miró fija al frente, esforzándose por recuperar la concentración en aquello en lo que se había embarcado. Así era su vida. Un carrusel de emociones.

Cuando el viaje tocaba a su fin, el teléfono móvil de James rompió el silencio con una llamada entrante. Para ambos supuso un alivio a la tensión que se palpaba. El escocés conectó el manos libres a fin de que Sela pudiera escuchar la conversación y conducir a la vez. Sonó el tono pedante de Ackroyd.

—Señor Allen, he de informarle de que he recibido la visita del inspector Shaw, de Scotland Yard. Reservé personalmente las habitaciones del Caledonian, claro que eso fue antes de que ocurrieran todas esas muertes violentas.

—Ya le aseguré que no tuve nada que ver con eso…

Mientras James hablaba, a Cornelius se le escapó una risa.

—No se preocupe por mí. Sé mantener la boca cerrada.

—No es eso, Ackroyd, en el cementerio había alguien más.

Allen percibió claramente la turbación de Ackroyd.

—¿Alguien más? ¿Quién?

—No lo sé. Solo vi un segundo su silueta entre la niebla.

—¿Su… silueta?

—Sé que suena vago e impreciso. Y también sé lo que vi.

En medio de la conversación llegaron a donde iban, un lugar despoblado junto a la costa escarpada. Sela llevó el Escarabajo hasta una explanada para coches, que estaba desierta, y desconectó el motor. Ambos permanecieron en sus asientos. El sol despuntaba sus últimos rayos en el atardecer, aunque desde el este se abalanzaban en su dirección nubes de tormenta.

—En todo caso —continuó lord Cornelius—, Scotland Yard no quiere hablar con ustedes dos únicamente por las muertes del cementerio. También por la de la dueña de una pensión.

—¿De qué habla? ¿Por qué quiere la policía hablar conmigo? —soltó Sela, de repente preocupada, inclinándose hacia el teléfono que James sostenía con una mano.

—La señorita Azmi, supongo. Al parecer, esta mañana han hallado el cadáver de la dueña de la casa de huéspedes donde se alojaba el señor Thornley. Por casualidad, no sabrán ustedes nada de eso, ¿verdad?

—¿A qué viene ese tonillo? —dijo Allen, que se estaba enfadando con la insinuación que escondían esas palabras.

—No se irrite. Al menos no conmigo. Recuerdo que, cuando nos despedíamos en la catedral de Saint Giles esta mañana, mencionó algo acerca de buscar el alojamiento del señor Thornley.

—Pero…, después de verlo a usted, regresamos directos al hotel… —empezó a decir Sela.

Lord Cornelius la atajó, alzando la voz a fin de imponerse a la de la joven.

—Prefiero desconocer los detalles, señorita Azmi. Ya me encuentro en una situación bastante comprometida, y conmigo la ilustre Dama que el señor Allen bien conoce.

La conversación no estaba conduciendo a ningún sitio, de modo que James intentó llevarla por otros derroteros.

—¿Sabe si quien accedió a las habitaciones de Thornley encontró la carta?

—Según el inspector Shaw, el ladrón no logró llevarse nada consigo, excepto la vida de la pobre casera, naturalmente. Pero, aun así, insiste en hablar con ambos.

—¿Y qué le ha dicho usted al respecto?

—¿Qué podía decirle? Que no me constaba dónde se hallaban.

—¿Y le creyó?

—Ni por asomo. Miento mal y el inspector Shaw es un sabueso de buen instinto. Pero mi mentirijilla les hará ganar algo de tiempo, aunque no demasiado. Una o dos horas, a lo sumo.

A través de las ventanillas habían ido viendo cómo anochecía y el cielo terminaba de cubrirse de nubarrones. Cuando la comunicación se acabó, ambos permanecieron un rato en silencio antes de apearse del coche. En el lugar no había ni un alma. El viento batía la costa y se oía con claridad el rugiente oleaje estrellarse contra la base de los acantilados.

A escasos cien metros de ellos dos, las ruinas de la antigua fortaleza de Dunnottar aparecían encaramadas a un peñón de laderas escarpadas y tapizadas de musgo. En ese emplazamiento natural, resultaba un castillo de postal. La mirada de Allen recayó en la única manera de llegar hasta la entrada almenada. Un sendero estrecho y serpenteante.

TRAS EL ESCABROSO SENDERO…

Sela se colocó el gorro y los guantes, se abrochó el anorak y se ajustó el bolso mochila a la espalda. A su alrededor quedaban vestigios de la nevada del jueves.

—La policía me busca —murmuró, abatida, mirando al suelo. Para calmar los nervios, se encendió un pitillo.

—No creí que fueras de las que se asustan con facilidad.

—Y no lo soy, pero ya cargo con bastantes problemas.

—Sela, no has hecho nada malo y no te va a ocurrir nada.

—¿Quién te llamó en la habitación del hotel?

James se atrevió por fin a pensar en la llamada. Esa risa y esa voz tan espantosas. Meneó la cabeza.

—Nadie.

—¿Cómo que nadie? Alguien sería.

—No me apetece hablar de eso. Necesito concentrarme.

—Vale, como quieras. Tú tienes tus secretos y yo los míos.

—Quieres saber demasiado y ya te dije que deberías encontrar por ti misma tus propias respuestas.

James apuró el paso por el parking de hormigón y Sela se quedó rezagada, aplacando su enfado con un cigarrillo. Luego tuvo que echar una carrera para alcanzarlo, cuando él enfilaba ya el sendero de tierra ascendente que llevaba hasta el castillo.

—¿Sabías que este es uno de los lugares más embrujados de Escocia? —señaló Sela, lanzando la colilla incandescente al aire.

—Nunca me ha interesado mucho el rollo paranormal.

Llegando a la cima se toparon con un corte profundo en el terreno. Un puente de madera, con visos de haber sido restaurado recientemente, servía para vadear la quebrada.

… TENDED EL PUENTE LEVADIZO

Atravesaron la puerta almenada y se vieron en una explanada de hierba y nieve, rodeados de restos amurallados, junto a un precipicio cortado al mar. La visión de la vasta superficie negra era inverosímil. La periodista se alejó un poco y, hasta que se cansó, el escocés la observó mientras bordeaba arriba y abajo de manera marcial los acantilados grabando en el smartphone notas de voz. De vez en cuando, ella se asomaba al vacío —esquivando con el cuerpo una valla destartalada de madera puesta ahí para evitar las caídas— y se quedaba mirando los rompientes espumosos, unos cincuenta metros más abajo. En un momento dado, se recogió el pelo revuelto por el aire en una cola de caballo, utilizando para ello una goma que llevaba anudada a la muñeca. Cuando hubo terminado, hizo desaparecer el teléfono en el bolsillo del anorak rojo y regresó al lado de James, quien la recibió desalentado.

—Imaginé que cuando estuviera aquí se me ocurriría algo.

—¿Estás seguro de que este es el castillo del poema?

—Todo lo que se pueda estar, dadas las circunstancias.

—Si me explicaras cómo has llegado a esa conclusión, tal vez podría echarte una mano.

—Es complicado… y largo de contar. Shaw no tardará en dar con nosotros. No hay tiempo para explicaciones.

—¿Cómo va a encontrarnos? Mira a tu alrededor, aquí no hay nadie. Estamos en el culo del mundo.

—Sela, es el puñetero Scotland Yard. Créeme, nos encontrará.

Callaron otro rato más.

—¿Por qué no entramos? Podría ser que veas algo que te inspire —propuso la periodista.

—Está bien.

Durante media hora larga, se internaron en varias edificaciones que databan de los siglos XIII y XIV, subieron y bajaron escalones de piedra gastados por el transcurrir del tiempo, pasaron por debajo de arcos de medio punto, volvieron al aire libre para recorrer el perímetro de la muralla semiderrumbada y, finalmente, terminaron sentados en un banco de madera con el rostro cubierto por la decepción y la mirada vagando por un horizonte oscuro, casi negro. Un par de gaviotas graznaron por encima de sus cabezas, mientras se alejaban siguiendo la línea de la costa.

La tardía luz del ocaso tocaba a su fin y la noche, sin luna ni estrellas, terminaba de caer. Estaba nublado. Mucho. Negro sobre negro. En la distancia se oyó el rumor de un trueno, seguido de otro pocos segundos después. James alzó la vista al cielo cerrado.

—Más vale que vayamos a refugiarnos, va a ponerse a llover de un momento a otro.

Nada más pronunciar esas proféticas palabras, empezaron a caer las primeras gotas, que inmediatamente se transformaron en un buen chaparrón. Descendieron por unos estrechos escalones con cuidado de no resbalar y dejaron de correr al verse cobijados en un túnel abovedado con las irregulares paredes de piedra cubiertas de verdín. En ese conducto el aire se notaba más cargado y reinaba el silencio, excepto por el repiqueteo constante de la lluvia que había provocado un pequeño riachuelo que discurría cuesta abajo por esas empinadas escaleras.

—Qué lugar más sombrío —dijo Sela, alumbrando el interior del túnel con una linterna. Su bolso era igual que la mochila de un explorador, parecía contar con un equipo completo de supervivencia.

Un canalillo de agua recorría las irregularidades de la pared para caer al suelo formando un charquito.

James, con el ánimo renovado, ya estaba estudiando las piedras que revestían las paredes con la curiosidad de un investigador. Sentía que se estaba acercando.

De repente buscó a Sela con la mirada. Su semblante reflejaba la emoción del hallazgo.

—¡Este túnel conduce a las mazmorras y justo encima está la capilla! —exclamó lleno de entusiasmo.

—¿Qué importancia tiene eso en estos momentos?

—¿Es que no lo ves?

—Ver ¿el qué?

21.
El símbolo de la sociedad secreta…

Castillo de Dunnottar, Stonehaven

ALLEN apagó la linterna con el fin de ahorrar la batería del teléfono móvil. Sela le apuntó involuntariamente con la suya, cegándolo.

—Aparta eso, por favor.

Ella movió la luz hacia sus pies y James quedó envuelto en tinieblas.

—Lo siento.

Seguidamente, James empezó a explicarse:

—En 1651, los escoceses proclamaron a Carlos II rey de Escocia e Inglaterra. Esta provocación enfureció a Cromwell, que ordenó la invasión del país vecino. Como consecuencia de los brutales saqueos, no demasiado lejos de aquí, se fundó una sociedad secreta destinada a proteger los valores de una Escocia libre del yugo inglés. Sus miembros, para comunicarse sin miedo a ser descubiertos, crearon un símbolo que solo ellos conocían.

—¿Como el del pez que usaban los cristianos en la antigua Roma?

—Algo parecido, sí.

—¿Y eso es lo que estás buscando?

James afirmó sin decir nada.

—¿Por qué?

—Además del criptograma, en la carta que *Ella* me mostró, estaba dibujado el símbolo de la sociedad secreta. Al principio no le di más importancia, no lo relacioné. Pero cuanto más lo pienso, menos considero que fuera una mera coincidencia.

—¿Y cómo es el símbolo?

—Mira, ven, te lo mostraré.

James se sentó en cuclillas e hizo un dibujo con el dedo en la tierra húmeda que cubría el suelo. Dos líneas verticales convergentes en el extremo superior que no terminaban de tocarse, y una pequeña cruz

sobre ellas.

Sela alumbró el dibujo.

—¿Qué significa?

—Los Honores de Escocia. La línea inclinada de la izquierda —continuó James desde el suelo— representa la Espada del Estado; la de la derecha, el Cetro de Escocia; y la cruz del centro, la Corona de Escocia.

—¿Te refieres a las Joyas de la Corona que están en el castillo de Edimburgo?

Allen se incorporó y se sacudió la tierra de las manos.

—Justamente. Pero no siempre fue así. Durante siglos permanecieron ocultas a los ojos de los ingleses, que las buscaron con ahínco a lo largo y ancho de Escocia.

—¿Dónde estaban escondidas?

—Eso no está claro. En el siglo XIX, se fundó la Asociación Nacional para la Reivindicación de los Derechos de Escocia. Seguramente, fue una legalización de esta sociedad secreta creada muchos años atrás. A ella pertenecieron algunos personajes ilustres de la época, como sir Walter Scott.

—¿El escritor?

—El mismo. La primera misión que se concedió la asociación consistió en encontrar los Honores de Escocia.

—¿Lo hicieron?

—¿Encontrarlos? Sí, en un rincón del castillo de Edimburgo, en perfecto estado. Y desde entonces descansan en la Cámara de la Corona del Palacio Real construida dentro del propio castillo de Edimburgo. Actualmente, puedes contemplarlas por diecinueve libras y media.

—Noto un cierto tonillo sarcástico en tus palabras.

—La forma tan repentina en que fueron halladas es un antiguo misterio que ha dado pie a incontables leyendas.

—¿Tanta importancia tenían las joyas?

—Para los tradicionalistas son mucho más que simples joyas. Representan a Escocia. Su historia. Su seña de identidad. El león rampante del escudo de armas de Escocia luce la Corona y sostiene el Cetro y la Espada entre sus garras.

Sela sacó su smartphone y le habló:

—Indagar sobre los tres Honores de Escocia.

—De hecho, hay un cuarto Honor: la Piedra del Destino. En sentido literal es una piedra rectangular, a la que múltiples leyendas ancestrales le otorgan el poder de conceder sabiduría y rectitud a los monarcas. Eduardo I de Inglaterra se hizo con ella en 1296 y se la llevó como botín de guerra a Londres, donde permaneció muchísimos años en la abadía de Westminster, bajo la Silla de la Coronación. La última

monarca coronada sobre ella ha sido Isabel II, en 1953.

—Ahora que lo mencionas…, me acuerdo de cuando la devolvieron a Escocia. Yo tendría seis o siete años. Se montó una buena.

Un trueno retumbó en el exterior. La tormenta seguía encima de ellos.

—Yo también recuerdo ese momento. De hecho, cualquier escocés de más de treinta lo recordará. Fue en 1996. En una maniobra inteligente, el Gobierno de John Major consiguió apaciguar los crecientes movimientos independentistas con este gesto cargado de simbolismo. Todo Edimburgo se echó a la calle para ver el cortejo que trasladó la Piedra del Destino desde el palacio de Holyroodhouse hasta el castillo de Edimburgo.

James apuntó con el dedo al suelo.

—Te cuento todo esto para que seas consciente de la importancia del símbolo que te he mostrado.

—Si tú lo dices, pero yo sigo sin ver la conexión entre el poema y este castillo.

James esbozó una sonrisa enigmática.

—Esto te va a encantar. La última vez que se utilizaron los Honores de Escocia fue en la coronación de Carlos II, y ¿sabes qué? Se celebró precisamente en este castillo. Esa fue la razón de que, en 1652, el ejército inglés lo asediara durante ocho meses, hasta que por fin las defensas cedieron. Cromwell ansiaba encontrar las Joyas. Puso patas arriba el castillo y cuando no halló ni rastro de ellas, ordenó que lo destruyeran. Así que, si hay un lugar en toda Escocia donde encontrar el símbolo de la sociedad secreta, créeme, es este.

Sela pensaba que esa digresión sobre la historia de la coronación de Carlos II no era sino el preludio antes de ir al meollo, pero, para su decepción, no fue así y James calló. La periodista no compartía el entusiasmo de su compañero.

—¿Ya está? ¿Carlos II fue coronado en este castillo? ¿Eso es todo? Es una mera posibilidad entre mil.

—Soy algo más optimista. Además, hay que empezar por algún lado.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú has visto esto? Es inmenso. Tardaremos un montón de tiempo en inspeccionarlo todo. Y en cualquier momento la policía se dejará caer por aquí.

—¿Sabes? No estás siendo de gran ayuda. —James se separó de ella. Trataba de pensar con claridad. Había de admitir que a Sela no le faltaba del todo la razón. Se había dejado llevar por la pasión y el tiempo corría como el temporizador de una bomba a punto de estallar…

De pronto, ralentizó sus movimientos y frunció el entrecejo. Acababa de comprenderlo.

Era tan sencillo que resultaba infantil.

«No puede ser posible…, ¿o sí?».

Allen alzó la barbilla y puso la vista en el techo arqueado del corredor, escudriñando la oscuridad que lo envolvía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sela, calibrando su reacción.

Pero James seguía a lo suyo. Ahora lo veía todo con claridad meridiana. Las palpitaciones de su corazón se aceleraron.

—Naturalmente, qué tonto he sido. Las mazmorras. ¿Recuerdas lo que dicen los dos últimos versos del poema?

QUE BAJO EL FUEGO VENGATIVO,
PERDURA EL SACRIFICIO ETERNO

—Cuenta la leyenda que en la capilla que hay justo encima de nuestras cabezas, William Wallace encerró y quemó vivos a parte de la guarnición de soldados ingleses en 1297. Además, en estas mazmorras murieron muchos patriotas escoceses durante las Guerras Jacobitas.

—Vale. Desde luego suena a «fuego vengativo» y a «sacrificio eterno». Está bien, de acuerdo —dijo Sela—. Eso significa que el símbolo de la sociedad secreta estaría en…

—… las mazmorras —completó James la frase.

La periodista comprobó su reloj.

—Pues manos a la obra. Ya llevamos una hora en este lugar. Nuestro tiempo se agota.

Se internaron por el prolongado túnel abovedado, que los recibió con la negritud de una cueva y un aire cada vez más pesado. Sela nunca había visitado el castillo de Dunnottar, y moverse por esos pasadizos subterráneos una noche lluviosa la tenía impresionada, incluso, por qué no reconocerlo, la hacía temblar. Las filtraciones de agua comenzaban a llenar el espacio sombrío de continuos sonidos cadenciosos.

Plop, plop, plop…

Aquello no era ningún laberinto, de modo que no tuvieron más que seguir avanzando por el único camino posible. En un momento dado, se toparon con otra serie de toscos escalones, que descendían aún más y que los condujeron hasta las entrañas de la fortaleza: una estancia mohosa de paredes negras y sudorosas que los haces de las linternas convertían, si cabía, en más fría y lóbrega. Permanecieron unos minutos quietos al final del túnel, escrutando todo lo que quedaba a la vista.

—Este sitio resulta tan siniestro —comentó Sela, sintiendo un repentino escalofrío.

—Esa era la intención, crear un lugar tan infecto que infundiera terror por sí mismo.

Efectivamente, lo que tenían ante sí era una auténtica oda a la muerte. Constaba de un pasillo alargado con puertas de hierro alineadas a ambos lados. En la parte superior disponían de un exiguo ventanuco con barrotes; en la inferior, de una rendija alargada y estrecha, quizá para introducir por ella la comida.

Las ruinas del castillo de Dunnottar se habían convertido en una de las atracciones más apreciadas por los turistas que visitaban las Highlands en busca de misterios y leyendas, de tal suerte que las puertas de los calabozos estaban abiertas de par en par con el propósito de que los visitantes pudieran penetrar en ellos y sentir en sus propias carnes la claustrofobia y la humedad.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó ella.

—Tú busca en las mazmorras de la derecha, yo lo haré en las de la izquierda —propuso James.

Las mazmorras eran todas iguales. Un espacio diáfano más largo que ancho excavado en la roca viva. Las que estaban a la derecha del pasillo disponían de un pequeño ventanuco al mar. Pudiera parecer una mejora, habitaciones con vistas; sin embargo, en días fríos como aquel, que eran muchos, aportaban un extra indecible de humedad.

El eco de varios golpes secos contra el suelo se dejaron sentir en el recinto.

Toc…, toc…, toc…

—Espera, ¿escuchas eso? —preguntó Sela, cogiendo del brazo a James, cuando pasaba a su lado.

Allen se quedó quieto y abrió el oído, tratando de escuchar.

Dejó de oírse.

—Solo oigo filtraciones de agua.

A ella se le escapó un suspiro.

—Este lugar me da repelús… —Sela extrajo una cajetilla arrugada de Lucky y se encendió un cigarrillo.

James no quería que se le escapara algo importante y la inspección avanzaba a ritmo lento. De cuando en cuando le llegaban los destellos del *flash* de la cámara de la periodista. Seguramente buscando documentación para su reportaje. Por fin, el escocés penetró en el último calabozo de la izquierda sin dejar de preguntarse si no se le estaría escapando algún detalle importante. Pero lo cierto era que la lista de cosas que podía haber interpretado de manera errónea era interminable. No tardó en llegar a la lógica conclusión de que acertar con un castillo en concreto con la información que manejaba era igual que obrar un milagro. Sin embargo, a pesar de todo lo que tenía en contra, algo en su interior se revelaba ante esa terca realidad.

Ese «algo» se llamaba intuición.

Una vez apaciguó sus emociones, se tomó un tiempo en recorrer con la tenue iluminación de la linterna cada centímetro de las cuatro paredes de la última mazmorra. Estaba tan embelesado que ni siquiera reparó en que Sela llevaba un rato en el umbral de la puerta con la vista dividida entre la espalda de él y el pasillo. Había apagado la luz y la punta del pitillo iluminaba su rostro cuando aspiraba.

De repente, James detuvo de golpe su inspección al distinguir un surco profundo, casi invisible, tallado en la piedra, al lado de un aro de hierro lleno de herrumbre anclado a la pared.

No podía dar crédito.

«¡Dios mío!».

James se arrodilló en el suelo invadido por una repentina oleada de excitación y apoyó el trasero en los talones, a fin de poder contemplar su descubrimiento. Puso a continuación la luz en una pequeña hendidura en la pared. Con la yema del dedo índice fue recorriendo respetuosamente su contorno. Hecho por hombres de épocas pasadas que se jugaban la vida por unos ideales. Luego probó sin éxito presionar en la piedra.

Una tímida sonrisa de triunfo se dibujó en su rostro.

Su intuición desafiando a la lógica.

Dos rayas y una cruz.

El símbolo de la sociedad secreta.

22.
Toc…, toc…, toc…

Castillo de Dunnottar, Stonehaven

-¡Lo he encontrado! —exclamó James.

Sela apagó el cigarro contra la piedra de la pared, echó un último vistazo al pasillo, algo inquieta, y se le acercó por la espalda. La lluvia sonaba lejana, igual que un runrún amortiguado.

A la vez que James se encaminaba hacia la esquina opuesta de la mazmorra, esquivando un jergón de paja, y manipulaba un juego de grilletes que formaban parte de la puesta en escena para turistas, ella se encorvó y aproximó la cara a fin de observar el símbolo con claridad.

«Alucinante».

Con una expresión de admiración, se retiró un paso y tomó una secuencia de fotografías con el teléfono móvil.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó al escocés, cuando lo vio aproximar el extremo puntiagudo de un perno de hierro al trozo de pared donde estaba el símbolo.

—Ahora mismo lo verás —dicho esto, comenzó a escarbar la argamasa que había en la juntura de dos piedras, la cual, fruto de la humedad y de los años, se desprendía con bastante facilidad.

—¿Eso es legal?

James detuvo un momento su tarea y volvió la cara.

—¿A ti qué te parece?

James regresó a la faena con apremio. Liberar la piedra que contenía el símbolo grabado no le llevó más de diez o quince minutos de su tiempo. A continuación, la extrajo con veneración y la depositó en el suelo, a un lado. Seguidamente, introdujo la mano por la hendidura que había abierto en la pared.

—Hay un hueco detrás —indicó con entusiasmo, y tendiéndole a Sela otro perno de hierro, añadió—: Ya sabes cómo se hace, ayúdame a quitar las demás.

Aunaron sus esfuerzos, invadidos por una oleada de adrenalina. A

pesar de la humedad imperante, enseguida comenzaron a sudar. En ese momento, aprovechando una pausa de descanso, se despojaron de sus prendas de abrigo. En un rato, lograron acumular en el suelo un buen montón de piedras. En la pared, se mostraba una abertura desigual por donde podrían pasar con algo de dificultad.

Al otro lado, solo se distinguía una mancha negra.

—Creo… que es… suficiente —apuntó James, sin aliento.

Toc…, toc…, toc…

Un eco rítmico volvió a quebrar el silencio críptico en que había vuelto a sumirse el túnel.

Ambos intercambiaron entre sí una mirada.

—Esta vez has tenido que oírlo —dijo Sela—. Ha sonado muy cerca. —Salió al pasillo y alumbró con la linterna—. ¿Falta mucho?…

Algo se movió al comienzo del corredor.

Su expresión quedó congelada cuando en una de las paredes apareció la sombra chinesca de una figura deformada con sombrero y algo semejante a dos muletas en las axilas.

Sela sintió un miedo cerval. Tardó un segundo en reaccionar, y cuando lo hizo, pegó un grito de espanto.

«¿Qué ocurre?», escuchó que le preguntaba James, con tono alarmado.

Toc, toc, toc.

El ritmo se aceleró.

Sela de nuevo se precipitó a la mazmorra. Su expresión aterrorizada lo decía todo.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? —le preguntó James, con medio cuerpo metido en la cavidad. De pronto, notó un empujón.

—Vamos, venga. No te entretengas.

Allen se dio toda la prisa que pudo, apartó unas telarañas y, después de escrutar un segundo el profundo pasadizo, se sumergió en las tinieblas armado con su linterna. Al momento, Sela apareció a su lado, inclinada para no golpear la bóveda de ladrillo con la cabeza y respirando el mismo aire mefítico y nauseabundo que él. Aguantando la tos, James alumbró las paredes irregulares y el techo arqueado. Delante de ellos se extendía un pasaje lúgubre y cavernoso sin fin que los llevaba hasta la profundidad más absoluta.

Mientras la periodista aún metía los brazos por las mangas de su anorak, dijo con el timbre tembloroso:

—Hay alguien en la zona de las mazmorras.

Sus palabras suscitaron un eco reverberante.

—¿A quién te refieres?

En ese momento, el aire arrastró hasta ellos el sonido de una respiración sibilante que James había oído ya en dos ocasiones anteriores, y todo su cuerpo se estremeció.

—Date prisa, corre.

Sin perder un segundo, se adentraron en la negritud. Dado que el suelo era húmedo y resbaladizo, su avance era dubitativo. James iba delante, apartando a su paso telarañas extendidas de una pared a otra.

Toc-toc-toc.

Los golpes secos que se oían detrás de ellos y que retumbaban en las paredes asimismo incrementaron su cadencia. Sin llegar a detenerse del todo, Sela volvió un instante la linterna y echó una mirada por encima de su hombro. Lo que vio, la sumió en un estado de pavor. Dentro del pequeño anillo de luz amarilla quedaron enmarcados unos ojos despiadados y malignos.

«Joder, joder».

En los confines de ese pasadizo desolado, y con la sombra todavía hostigándolos, desembocaron repentinamente en una estancia un poco más pequeña que la mazmorra que acababan de abandonar. Los pasos de ambos se detuvieron. James alumbró el espacio por partes con la linterna. No halló nada.

El escocés se quedó mudo y aturdido.

—Sé que no era esto lo que esperabas —le dijo Sela en un tono inesperadamente comprensivo—, pero hemos de irnos.

James la ignoró, incrédulo. No podía asumir que el viaje no hubiera valido la pena. Había llegado demasiado lejos para rendirse por las buenas. ¡Ni en sueños! Esa estancia, después de un pasadizo oculto detrás de una pared marcada con el símbolo de la sociedad secreta, tenía que significar algo. De eso estaba seguro. Y eso no era intuición, era lógica y de la buena. Mientras su cabeza bullía con pensamientos, seguía enfocando zonas con la linterna. El polvo acumulado en el suelo no mostraba signos de haber sido removido.

De pronto detuvo la mano.

—¡Mira! —exclamó, empinando de nuevo los hombros.

Azmi persiguió el haz hasta que su mirada recayó en otro símbolo idéntico grabado en una esquina del suelo. Allen se abalanzó hacia el lugar y comenzó a apartar la tierra con ambas manos.

Una argolla y una trampilla.

Con el móvil entre los dientes, asió la argolla con firmeza, clavó los talones en el suelo y jaló con fuerza. La primera tentativa resultó inútil. Volvió a intentarlo, redoblando esfuerzos, y en esta ocasión logró mover la pequeña trampilla, que en cuanto se desprendió de la capa endurecida de turba, se deslizó fácilmente, dejando al descubierto una cavidad secreta. Con la ilusión de un niño y las piernas aún temblorosas por el esfuerzo, Allen alumbró el interior.

Estaba vacía.

Sus esperanzas se desvanecieron de golpe.

Rodilla en tierra, introdujo entonces el brazo hasta el codo y tanteó

el interior.

—Hay un recoveco. —Se esforzó aún más y se estiró lo que pudo—. Estoy… rozando algo… con la punta de los dedos.

—¿Puedes alcanzarlo? Déjame si no a mí, soy más flexible.

Los músculos del brazo de Allen se tensaron hasta el dolor.

—No, espera…, casi lo tengo.

Por fin logró que el objeto se moviera lo suficiente a fin de poder agarrarlo y atraerlo hacia sí ansiosamente. En un instante, ambos miraban obnubilados otra caja esmaltada. Cuando Allen le pasó la mano por encima, retirando una legañosa capa de sedimento acumulada durante décadas de olvido, una litografía de vivos colores quedó parcialmente a la vista. James ya había observado con anterioridad una caja similar; sin embargo, esta, a diferencia de la que *Ella* le mostró y que guardaba la primera carta, era más pequeña y tenía forma de óvalo.

James la agitó en el aire. Algo se movió dentro.

Toc-toc-toc.

El sonido que los perseguía estaba a punto de alcanzarlos.

La periodista miró con ansiedad el rectángulo negro que representaba la entrada a la estancia, y después otro idéntico de salida, en el extremo opuesto.

No era momento de entretenerse abriendo la caja.

—Allen, es hora de irse.

—No voy a discutir eso.

Sela cruzó como el rayo el rectángulo de salida y James hizo lo propio detrás. Estaba a punto ya de abandonar la estancia y sintió un golpe seco y fuerte en el omoplato. A pesar del dolor lacerante que recorrió su espalda como un latigazo, Allen trastabilló, pero no se detuvo. Movido por la adrenalina, siguió avanzando por un pasaje que cada vez se cerraba más, en busca de una salida. Tras doblar sucesivos recodos, saltó sobre un corto tramo de escaleras…

… Cruzó bajo un arco ojival…

… Arrastró su cuerpo a través de un zarzal espinoso por el cual penetraba algo de luz…

… Emergió jadeando del agujero y se vio de pronto tumbado boca arriba, contemplando la noche bajo una reconfortante llovizna que arrastraba la capa de polvo y sudor que le cubría la cara.

Ignorando el dolor que causaban las contusiones y los arañazos, logró ponerse de pie con la caja esmaltada en la mano. Lanzó miradas en derredor, que muy pronto se volvieron desesperadas.

Sela no estaba por ninguna parte.

23.
Terror ciego…

Castillo de Dunnottar, Stonehaven

Tan pronto como Sela se percató de que ya no oía detrás los jadeos constantes de Allen, volvió la mirada. Al verse sola en ese laberinto inmundo, detuvo su avance presa de los nervios. Debieron de haberse separado unos metros atrás, donde el pasadizo se bifurcaba en dos. Ella había seguido por el que salía a mano derecha y él debió tomar el que lo hacía a la izquierda.

A partir de ese momento, otra realidad más inquietante aún se abrió paso en su cabeza.

Se había extraviado.

En la oscuridad del pasaje, la periodista permaneció largo rato inmóvil, tratando de oír algo en el silencio, si bien solo escuchaba su corazón saltándole en el pecho por la creciente ansiedad, mientras una negritud agobiante se cernía sobre ella. Le faltaba el aire. Para colmo, la luz de la linterna se debilitó. Sela le dio un fuerte golpe en la base. De inmediato, volvió a brillar con fuerza, aunque apenas durante un minuto. Luego se apagó definitivamente y se vio envuelta en una oscuridad irracional y maléfica.

Toc, toc, toc.

El eco repelente que rasgó el aire de pronto y que costaba saber de dónde procedía, le heló la sangre en las venas.

—¡Joder, joder, joder!

La claustrofobia y el estado de ansiedad la sumían en un miedo que la mantenía agarrotada.

—Venga, Sela, piensa, hazlo por Sarah.

Lo que importaba era orientarse, aunque, para ello, precisaba una referencia.

¿Se había encontrado otras confluencias de pasillos?

Creía que no.

¿Lo creía o estaba segura? Vamos, Sela, espabila.

No, estaba segura. El túnel hacía una curva, pero nada de encrucijadas.

Vale. Luego si deshacía el camino, acabaría por llegar a la bifurcación donde ella y Allen se habían separado. Una vez allí, solo tendría que tomar el otro corredor y saldría de ese agujero sucio y estrecho. Con un propósito determinado, la ansiedad que experimentaba remitió solo un poco.

El aire volvió a fluir a sus pulmones.

«Genial».

Sorbió por la nariz y sacó el mechero del bolso. Lo encendió. La luz era pálida y vacilante, aunque la penumbra que provocaba era mejor que esa siniestra oscuridad. Dónde iba a parar. Tanteando las paredes con las manos extendidas, comenzó a volver sobre sus propios pasos. Cincuenta o sesenta metros. Tal vez veinte. Se deslizó por un pasillo seguido de otro, y quizá de otro más, aunque de este último no estaba segura del todo. Cada cierto tiempo, la piedra de encendedor se calentaba en exceso y sentía cómo le ardía la yema del pulgar. Entonces Sela se veía obligada a apagarlo, detenerse y esperar a oscuras a que se enfriara. Al cabo de un buen rato, por fin, localizó la bifurcación.

Soltó el aire con fuerza y enfiló el otro corredor.

Toc, toc, toc.

De repente, se detuvo en seco cuando escuchó cerca de ella una respiración asmática.

La piel de gallina. El cuerpo empapado en sudor. Los nervios desquiciados. La luz que desprendía el mechero se extinguió. Se esforzó por dominar el pánico que amenazaba con dejarla paralizada.

Solo es el miedo, se dijo. Funcionó. Se sobrepuso. Más o menos.

«Sela, ¡lárgate de una vez!».

No se lo hizo repetir dos veces y se lanzó a la oscuridad todo lo rápido que las piernas le permitían, tratando de escapar de una oscuridad agobiante que se cernía sobre ella. Tropezó y cayó violentamente al suelo, lo cual le costó varios rasponazos. Perdió el gorro y el mechero escapó de sus manos.

«¡Coño!».

«Chica… Te huelo».

Hasta sus oídos llegaba una lánguida voz susurrante, proferida como el siseo de una serpiente. Tendida en el suelo de piedra, fue presa de un terror ciego. Le entraron ganas de hacerse un ovillo y echarse a llorar.

—Sela Azmi, no me fastidies, mueve tu puto culo de una maldita vez. ¡Hazlo por Sarah! —se oyó gritarse a sí misma.

Pensar en su hija obró como estímulo.

Con los nervios a flor de piel logró ponerse de pie con las rodillas palpitantes, y arrancó de nuevo a andar, con pasos erráticos.

Toc-toc-toc.

El viejo tullido se movía con una engañosa agilidad.

En ese instante, una mano la asió del hombro y el aliento escapó de un plumazo de sus pulmones. El espíritu de supervivencia se impuso al terror paralizante del que era víctima. Se zafó como pudo y echó a correr por el pasadizo oscuro e interminable, evitando golpearse con el techo arqueado. Tras un brusco recodo, la periodista advirtió un cambio en el aire.

La vida o la muerte.

El omnipresente hedor putrefacto de la turba y la humedad dejaba paso al límpido aire frío.

«Chica… Te siento».

Justo en ese momento, se topó con un tramo de escalera ascendente y comenzó a trepar los peldaños a gatas, sollozando.

Más allá se filtraba algo de luz nocturna. No mucha, si bien la suficiente para servir de guía.

Cuando llegaba al último de los cuatro peldaños, una sombra se abatió sobre ella igual que una rapaz y una garra la asió del anorak. Notó un desgarrón en la tela. Sela a punto estuvo de doblegarse, aunque recuperó el equilibrio a tiempo. La joven se resistió con todas sus fuerzas…

… Dio patadas…

… Chilló a pleno pulmón…

… Echó los brazos atrás…

… Libertad…

… Arañazos de espinos…

… Perdió la bufanda…

De pronto estaba al raso, sintiendo en la cara las ráfagas de aguanieve. Del hombro del anorak huían plumas blancas. Allen estaba de pie, a su lado. Su rostro, bañado en lluvia y sudor, se había cubierto de alivio. La estrechó entre sus brazos con fuerza.

—¿Estás bien?

Ella lo apartó de un empujón.

—¡¡No!! ¡¡No estoy bien!! —bramó a la lluvia con voz chillona.

—Sela…

—¡¡Déjame en paz!! —La periodista se alejó unos metros, con los puños apretados y los ojos cubiertos de lágrimas. Caminando sin orden ni concierto, haciendo círculos cada vez más grandes, aspiraba y soltaba el aire. «Chica»…, «Chic»…, «C…». A medida que aquel reclamo siniestro se iba apagando en su cabeza, los temblores involuntarios cedían.

James la dejó en paz. Que se desahogara sola. Había visto en su

rostro crispado y sus ojos enloquecidos que no estaba angustiada. Estaba asustada. Mejor dicho, aterrorizada. En su estado, hubiera sido una malísima idea insistir en consolarla.

Unos minutos después la miró aproximarse a él. Entonces le dijo:

—Será mejor que nos marchemos. Necesito una copa de algo fuerte.

Ella se limitó a asentir. Seguían en la roca en cuya cima se erguían las ruinas del castillo, si bien fuera del perímetro de la muralla. Descendieron por el sendero de acceso en silencio y, campo a través, avanzaron hacia donde los esperaba el Escarabajo amarillo de la periodista. Allí seguía, solitario en medio de una mancha gris salteada de matojos que se habían abierto camino resquebrajando el hormigón.

En ese instante, un ruido procedente del cielo los pilló de sorpresa.

24.
Hilvanando la telaraña…

Castillo de Dunnottar, Stonehaven

Toc… toc… toc…

Un dulzón olor a moho era omnipresente; no obstante, por encima y muy sutilmente en el aire se percibía otro: el olor que desprenden las personas en su senectud, un olor que, como había confirmado la química, se debía a la edad.

Algo se movía en el interior del pasadizo, dejando a sus espaldas dos surcos en un suelo terroso, el gabán cubierto de polvo. El techo abovedado apenas llegaba al metro y medio, aunque para él, que estaba condenado a caminar encorvado, no suponía ningún problema. Rasgaba la oscuridad con una vela titilante que pintaba en sepia el adobe de las paredes, mientras iba deslizándose concentrado en la faena que todavía tenía por delante. Una labor que estaba saliendo a la perfección.

Podría haberles dado caza a ambos, aunque de todos modos no había llegado la hora. Aún la situación no se había vuelto suficientemente peligrosa. Y lo haría.

Vaya si lo haría.

Como una reclusa parda, había terminado de hilvanar la telaraña para acorralar a su presa. Ahora tocaba observar y esperar. La paciencia lo era todo en el ancestral oficio de la venganza. Entonces, cuando la *Vieja* quedase atrapada, adherida sin remisión a la seda pegajosa, el mundo entero conocería su verdadera naturaleza. Y lo que verían les horrorizaría tanto como a él mismo.

Sacó la lengua y la pasó por sus labios. Se excitaba con la sola idea. Pero para ello, como astuto depredador, necesitaba cebos vivos. Y mortales. Meras formas de vida que cuando perdían su utilidad, como fue el caso de Thornley o Kendrick, sencillamente eran sustituidas por otras.

Más apetecibles.

Allen, Azmi, Shaw, incluso Ackroyd… Debía hostigarlos, sin

embargo. Nunca podían detenerse. Era imperativo que siguieran en movimiento.

Todos ellos. Hasta cumplir su función y morir.

La sensación de control resultaba embriagadora. Sublime.

Pero él no era un demonio. Él era un soldado. Un sicario al servicio de un Señor muy poderoso: el odio. Un odio cultivado durante generaciones. Su determinación era férrea, y no se detendría ante nada ni ante nadie.

Con estos pensamientos bullendo en su cabeza, la figura deformada que provenía de otro tiempo emprendió el regreso por el corredor hacia la estancia secreta. Tanto daba. Imaginaba que en el escondrijo ya no quedaría nada. Lo que hubiera se lo habría llevado consigo Allen; aun así, echó una rápida ojeada.

Riendo entre dientes, sopló la vela y continuó su marcha en dirección a las mazmorras.

«Ya no queda casi nada, la hora de la venganza está cercana».

Toc…, toc…, toc…

25.
El circo Raley…

Castillo de Dunnottar, Stonehaven

Un helicóptero irrumpió entre la tormenta de aguanieve, volando bajo. Aullaban sirenas y la carretera se convirtió en un momento en un río de destellos rojos y azules. Desde la aeronave surgió una voz amplificada por un megáfono:

«Señor Allen, señorita Azmi, no pueden escapar».

Un enorme círculo de luz buscaba por el aparcamiento, y la pareja se detuvo en seco.

—¿Qué hacemos? —gritó Sela, para que su voz pudiera oírse en medio del estruendo.

—En realidad, no saben dónde estamos. Si no, esa luz ya nos habría rodeado. Dan palos de ciego. —Allen se puso a mirar en derredor. La noche era terrible: profunda, húmeda y fría. Con el fin de proteger la caja esmaltada recién descubierta, la guardó en un bolsillo de su impermeable—. Vamos, por allí.

Se alejaron del aparcamiento en dirección a los acantilados corriendo por la nieve que cubría parte del prado. Con el megáfono lanzando aún advertencias, ellos dos rodearon el risco sobre el que descansaba el castillo de Dunnottar. No podían ver el mar, aunque sí escuchar sus rugidos mientras seguían la costa, en dirección al pueblo de Stonehaven.

El terreno de repente ascendía y James tuvo que esforzarse para no quedarse rezagado de Sela, que le sacó en la carrera una buena distancia. Al alcanzar la cima de la colina, casi sin aliento, hizo un alto. A la falta de resuello, James añadió que empezaba a dolerle horrores la espalda por el golpe que recibió mientras huía por el pasadizo.

La periodista lo esperaba con una media sonrisa.

—¿Qué? —dijo él—. Te… saco… al menos… diez años.

Ella alzó ambas manos.

—No he dicho nada.

—No… hace falta…, esa sonrisita tuya… lo dice todo.

La broma les ayudó a serenarse un poco. Mientras decidían qué hacer, se tumbaron en el suelo para reducir la silueta. Se había levantado un fuerte viento que venía del mar y que alejaba la tormenta, llevándose consigo los truenos y relámpagos. Desde el ventisquero en que estaban emplazados era posible ver la roca con el castillo. La noche lluviosa la había transformado en una inmensa mole que se erguía amenazante sobre el aparcamiento, como una oscura presencia. El helicóptero estaba detenido en el aire, justo encima del vehículo amarillo, convertido en una isla de luz en mitad de la oscuridad.

—Adiós a mi coche —suspiró Sela.

James se incorporó de medio lado para mirar qué había al otro extremo de la colina. En un vasto y desolado páramo, a unos quinientos metros de donde ellos dos se encontraban, surgieron a su vista una serie de siluetas negras contra la noche, formando una especie de campamento. Más o menos en el centro se alzaba al cielo nocturno el perfil característico de una carpa, engalanada con un letrero potentemente iluminado con luces de colores en el que podía leerse: RALEY CIRCUS.

James hizo que Sela reparara en él.

—Es solo un circo.

—Y un lugar perfecto para ocultarse.

Se incorporaron de un salto y continuaron agachados hasta que comenzaron a descender la cara opuesta de la colina. El ajetreo de la intervención policial fue atenuándose gradualmente en sus oídos, hasta casi desaparecer por completo. Cuando se quisieron dar cuenta, habían salvado la distancia que los separaba del circo y se movían entre carromatos, respirando un aire con un penetrante hedor a establo.

Dejaron de correr y sus andares se volvieron más cautelosos.

Ciertos carromatos estaban preparados para las personas y otros no eran más que estrechas jaulas para fieras. Una de ellas la ocupaba un león lánguido y flacucho. Estaba tumbado en un manto de paja, con la melenuda cabeza apoyada sobre las patas delanteras. A James, en ese momento, lo de «fieras» se le antojó un calificativo sin mucha gracia. Estos pobres animales enjaulados estaban atrapados en una vida triste y sin aliciente; aunque, claro estaba, ¿quién era él para juzgar la manera en que estos nómadas modernos se ganaban la vida?…

—¡Eh! No puedzs ezstar aquí.

James y Sela detuvieron sus pasos en el acto.

—¿Quiénezs zsoizs?

El hombre que había salido de la oscuridad subiéndose la bragueta

del pantalón tenía el rostro curtido y un bigote bien poblado que caía desigual por ambas comisuras. Llevaba el pelo oscuro revuelto y vestía unos vaqueros desteñidos y una camiseta interior blanca sin mangas que apenas le sujetaba una descomunal barriga. Pronunciaba las eses de un modo peculiar. Una mezcla de inglés y romaní.

—Por favor, necesitamos su ayuda.

El cíngaro se frotó las manos en los pantalones mientras sus ojos pasaban por encima de la guapa joven que había hablado.

En ese momento, la aeronave comenzó a sobrevolar el campamento circense. Involuntariamente, los tres pusieron sus ojos en el cielo nocturno. La mirada del hombre regresó a los dos forasteros, si bien esta se había vuelto recelosa.

—¿Huyezs polizsía?

Esta vez quien habló fue James.

—Es complicado.

El estruendoso ruido de la turbina disminuyó ligeramente y, en la distancia, el helicóptero empezó a descender en un remolino de nieve y tierra. Casi al instante, el creciente ulular de sirenas terminó de revolucionar al campamento. El cíngaro se mostraba dubitativo, su mirada moviéndose del uno a la otra. Finalmente, escupió al suelo.

—No guzsta pazsma —dijo con hostilidad—. Zsiempre cree nozsotros delincuentezs. Nozs trata pior que ratazs.

—¿Nos ayudará entonces?

Mientras el hombre se frotaba la mandíbula con una mano, el helicóptero terminó de aterrizar y los coches de policía llegaron al recinto. Ellos tres estaban en la parte más alejada; no obstante, se oía perfectamente el revuelo que se había organizado. Las puertas de los carromatos se abrían y sus ocupantes salían al exterior, preguntándose qué diablos estaba ocurriendo. Tras echarles un nuevo vistazo, a la joven con mucho más detenimiento, el hombre dijo por fin:

—Deprizsa, conmigo.

Sela y James acompañaron al cíngaro a través de esa zona del campamento, pasaron por delante de un cercado donde campaban a sus anchas una caballada de percherones, y se detuvieron a escasos metros de un carro grande de madera envejecido, pintado de un pálido color verde. En un costado tenía grabadas en letras doradas las palabras: «RALEY CIRCUS», enmarcando dos ventanucos cuadrados con rejas. En la parte delantera figuraban el pescante y los enganches para dos caballos de tiro. En la posterior, tres escalones salvaban el desnivel que provocaban las cuatro ruedas de madera y daban a un porche tan exiguo que en él solo había lugar para una mecedora desgastada y un *camping* gas.

—Yo, Raley —informó el cíngaro, a la vez que señalaba las letras con su nombre; seguidamente, subió al porche y abrió la puerta sin

usar ninguna llave.

Allen y Azmi no se lo pensaron y fueron en pos de él.

Nada más entrar, les recibió un reconocible olor a humanidad que Raley no pareció apreciar. El anfitrión se apresuró a encender una lamparita de pie, revelando un espacio alargado y estrecho, casi agobiante. Tras esa primera impresión, observaron su división en tres ambientes, sin ninguna separación entre ellos.

El más cercano a la entrada era una especie de camerino, con un tocador y un espejo rodeado de focos apagados. Se veían un batiburrillo de productos de maquillajes y diferentes pelucas, narices rojas postizas y atrezo para disfraces colgados de ganchos. A continuación, se disponían un sofá, una mesita y un mueble bajo sobre el que descansaba un antiguo televisor de tubo. Por último, al fondo, se ubicaba la cama. Donde miraban había ropa desparramada. Aparte de algunas fotografías pegadas en el espejo del tocador, James y Sela no apreciaron ningún otro efecto personal.

Raley movió un poco el sofá y dejó a la vista una trampilla que ocultaba un compartimento.

—Ezsconder aquí, hasta que polizsía haya ido. Y zsilenzsio, no hablar.

James y Sela metieron sus cuerpos en el agujero. De inmediato, la trampilla se cerró sobre sus cabezas y escucharon cómo Raley volvía a colocar el sofá en su sitio. En ese espacio claustrofóbico y asfixiante, esperaron sentados en una posición condenadamente incómoda al menos una hora. Durante ese tiempo, escucharon ruidos en el exterior que iban y venían. En un momento dado, la puerta del carromato chirrió, unos pasos fuertes suscitaron protestas en los tablones de madera sobre sus cabezas, y por último la puerta volvió a cerrarse con firmeza. Unos minutos después de escuchar cómo se alejaba el zumbido del helicóptero, el sofá se desplazó, la trampilla se abrió de nuevo y apareció la cara de Raley con una sonrisa de dientes negros.

—Guzsta engañar pazsma. Creen muy lizstozs, piro nozsotross mázs.

Sela y James salieron del escondrijo.

—Gracias, señor Raley —dijo James estirándose para desentumecer los músculos—. Le debemos una.

El hombre asintió agradecido.

—Mi nombre Zsabo.

—Yo soy James y ella, Sela. ¿A qué se dedica usted, Sabo?

—Abuelo, payazso. Padre, payazso. Yo, payazso.

—Ah, triste profesión.

—¿Por qué dizses?

—Los payasos ríen por fuera y lloran por dentro… Al menos, eso se dice.

Sabo hizo una mueca que podía significar cualquier cosa, puede que no hubiera entendido el comentario.

—Quidar nioche. Aquí zsegurozs. Yo duermo con caballozs.

—No queremos… —empezó a comentar Sela; sin embargo, el cíngaro no la dejó continuar, alzando las manos de manera teatral.

—Vozsotrozs invitadozs. Yo ir. En armariozs, comida y bebida.

—De pequeño me daban un poco de miedo los payasos. Sobre todo esos que llevaban la cara pintada de blanco. ¿A ti no? —dijo James, después de que Raley hubiera salido del carromato.

La periodista colgó el anorak de una percha.

—No. A mí me encantaban… —Azmi se interrumpió. El gesto del rostro de James denotaba el dolor creciente en la espalda—. ¿Qué te ocurre?

—Ese tipo que nos perseguía en las mazmorras de Dunnottar, me golpeó con algo cuando huíamos.

—Espera, déjame ver.

James se despojó despacio del Barbour y Sela le subió el jersey y la camiseta por detrás hasta la mitad de la espalda.

—Tienes un buen golpe. —Ella puso la mano en un moretón.

—¡Au!

La joven le soltó la ropa, que volvió a su sitio.

—¿Quién coño crees que nos persigue?

Allen dio la vuelta para mirarla.

—No lo sé. Solo conseguí ver su reflejo. Fue algo fugaz.

Sela torció el gesto.

—Yo sí lo vi. Un instante. Fue horrible, Allen. Creí que… —su voz se quebró.

James la abrazó.

—Ya pasó.

—Ese rostro…, esas muletas…, esa deformidad.

Él le acarició el pelo. Sela sorbió la nariz y se apartó.

—Estoy bien.

—Mejor, ahora no podemos distraernos con eso.

La periodista se puso a abrir los armarios.

—Vaya, nuestro nuevo amigo Raley sabe cómo pasarlo bien —dijo Sela, meneando en alto una botella abierta de ginebra.

—Pues me vendría de maravilla una copa.

La joven llenó dos vasos y le entregó uno a James. Luego retiró unos pantalones en los que cabrían tres Selas y se acomodó en el sofá, mientras él lo hacía al borde de la cama. Durante largo rato dieron tragos en silencio.

Allen se acordó de pronto de la caja esmaltada que habían encontrado en el pasadizo secreto del castillo. Depositó el vaso medio vacío en el suelo, acercó su cuerpo al impermeable, sin levantarse, y

rebuscó por los bolsillos. Con la caja ovalada entre las manos, se puso a examinarla con aire erudito. Sopló varias veces sobre ella y rascó con las uñas para retirar algunos restos de suciedad adherida en los recovecos. En la parte superior se conservaba en bastante buen estado una litografía del cuadro de Goya *La gallinita ciega*. Un ribete dorado rodeaba su contorno.

Sela no le quitaba ojo a James, mientras este observaba abstraído la caja.

—¿Quieres abrirla de una puñetera vez?

James volvió en sí y cambió una mirada con Sela, que se estaba colocando el pelo detrás de las orejas; luego asintió despacio. Entonces la periodista se levantó del sofá y se sentó a su lado, a los pies de la cama.

Conteniendo la respiración, el escocés empujó la tapa hacia arriba.

26.
Unos pájaros muy esquivos…

Stonehaven, Aberdeenshire

A bordo del helicóptero de la policía, sobrevolando todavía el campamento circense.

—En esta ocasión, nuestros pájaros también han demostrado ser muy esquivos —crepitó la radio de Shaw.

El sargento Hardy, sentado enfrente del inspector, se terminó de colocar el arnés de lona y luego se ajustó los auriculares. Agitando el puño en el aire, dijo:

—Si usted me hubiese dejado, inspector, les habría sacado a esos mequetrefes dónde escondían a los fugitivos, aunque hubiese sido a palos.

Shaw rio, lo cual molestó al sargento.

—Mi querido Hardy, no me opongo al uso puntual de la violencia, si bien hay ocasiones en las que la sutileza es más efectiva.

—¿No cree entonces que estén en el campamento?

—Al contrario. Al contrario. Estoy seguro de que se ocultan en él, y en este preciso instante se estarán burlando de usted y de mí. Pero ni en un millón de años los hubiéramos encontrado. Esos carromatos son igual que las atracciones de magia. Están repletos de recovecos y puertas falsas.

—Yo los habría destrozado con un hacha. Con estas manos. Uno a uno, si hubiera sido necesario.

—No lo dudo Hardy, no lo dudo. Valor y coraje no le faltan. Pero eso nos hubiera llevado toda la noche y se habría armado un buen follón. ¿Y para qué?

Hardy lo miró sin comprender.

—¿Cómo que para qué?

—Sargento Hardy, es usted igual que un buen sabueso de rastreo. Cuando coge el rastro no lo suelta hasta dar con la presa. Yo, por el

contrario, prefiero la pesca, es menos cansado.

El sargento frunció mucho el ceño.

—Ya sabe, soltar un poco de sedal para recoger cuando la pieza muerde el anzuelo. —Y ante la mirada de incomprensión que mantenía el sargento, continuó—: El agujero descubierto en la cámara secreta que se ocultaba en las mazmorras demuestra que nuestros fugitivos han dado con algo. Qué buscan lo desconocemos por completo, aunque tengo la corazonada de que descubrirlo es la clave para resolver este embrollo.

—¿Y cómo pretende hacerlo?

—A la vieja usanza. ¿Le espera esta noche alguien en casa?

—Mujer y seis hijos.

—¡Mujer y seis hijos! —exclamó sonriéndose—. Eso sí que requiere de coraje y valor. Haga una cosa, por favor, Hardy, llámelos y diga que esta noche no regresará a casa.

—¿Acaso pretende que sigamos a los circenses?

—Tal cual. Ya lo ha escuchado de su propia boca. Mañana levantan el campamento y se marchan a Aberdeen. Por favor —dijo Shaw al piloto cambiando el canal—, descienda. El sargento Hardy y yo nos apeamos en esta parada. Si es tan amable, déjenos lo más cerca que pueda de ese Land Rover de color verde que está aparcado junto a esos pedruscos.

Entretanto el piloto realizaba la maniobra, Hardy extrajo una libreta de campo del bolsillo interior de la chaqueta de su uniforme.

—Hemos investigado a James Allen —dijo.

—Le escucho, sargento.

—Tiene cuarenta y dos años… Profesor de secundaria en Lochcarron, un pueblo en las Highlands… Quedó viudo el año pasado. Sin hijos. Hasta aquí la sencilla vida de un ciudadano normal y corriente…

—Sin embargo…

—En los últimos años se ha visto envuelto en algunos altercados con la policía en diferentes países. Como bien sabe, usted lo detuvo el año pasado en Londres, la Säpo lo arrestó en Estocolmo y el FBI lo acusó de participar en el complot que casi se cobra la vida del presidente de Estados Unidos. No obstante, de una u otra manera, siempre se las arregla para salir indemne de todas las situaciones controvertidas. Debe de tener un ángel de la guarda velando por sus intereses.

Shaw se quedó un momento pensativo. Había oído hacía unos meses lo del atentado en Estados Unidos, en el que también estuvo implicado alguien de la Policía de Escocia. Intentar hablar con el FBI iba a ser como darse cabezazos contra la pared. Los yanquis eran demasiado reservados para sus asuntos y detestaban airearlos en

público. Sin embargo, conocía a una inspectora de la Säpo, Saga Brorsson, con quien había coincidido en unas jornadas de la Interpol. La llamaría a la primera ocasión, a ver qué le contaba acerca de James Allen. Junto a lo que él ya sabía, podía ayudarle a conformarse una idea más definitiva.

—¿Qué ha averiguado respecto a Sela Azmi?

Los ojos de Hardy volvieron al maltrecho cuaderno de notas. Pasó una hoja, y otra.

—Treinta y tres años… Reportera en el *Ballater Eagle*, un modesto periódico local… Vive en un apartamento alquilado en Ballater, junto con una compañera de trabajo… Tiene una hija, Sarah, de cuatro años… La muerte del padre de la niña es una historia truculenta. Sela Azmi lo acuchilló.

En ese instante, Shaw, que estaba con los ojos cerrados y los brazos cruzados en el regazo, pareció despertar de un sueñecito y se lo quedó mirando con una mueca de interés en el rostro.

—Ah, ¿cómo fue eso?

—La clásica historia de drogas, violencia y final trágico. Aunque un juez la absolvió al considerar que fue un acto de legítima defensa, la familia de la víctima ha apelado la sentencia.

El inspector volvió al sopor y bajó los párpados.

Hardy continuó con el expediente de Sela Azmi.

—Poco más, es hija única…, sus padres son inmigrantes indios y tienen una granja en Crathie, no muy lejos de donde ahora nos encontramos. Todo indica que no mantiene relación alguna con ellos desde hace tiempo.

—Bien. De modo que periodista. —Ese dato había despertado la curiosidad de Shaw—. ¿Se sabe cuándo conoció a James Allen y cómo se vio involucrada en este embrollo?

—Todavía no. Pero he mandado agentes al periódico, a entrevistar a la compañera de piso y a la granja de sus padres.

Shaw asintió, nada persuadido de que obtuviera algo de interés, aunque es lo que haría cualquier investigador. Él, por contra, solía decirse que si todos los días te subes al mismo autobús, siempre acabarás la ruta en la misma parada. Dicho de otro modo: si haces lo mismo una y otra vez no debes esperar un resultado distinto. Un investigador debía improvisar. Hacer lo inesperado, sorprender.

—En cuanto a la manera en la que la señorita Azmi se vio involucrada y su grado de participación le aseguro, inspector, que no es una inocente que pasaba accidentalmente por allí.

Cuando Shaw le lanzó al sargento una mirada con la que parecía pedirle que se explicara, este fue al final del cuaderno y extrajo dos fotografías de tamaño reducido. Le pasó la primera al inspector, que la cogió y la miró atentamente, interrogándola con sus ojos zorrunos.

—Diría que el de la izquierda es nuestro amigo Thornley, a quien fatalmente hallamos ahorcado en Greyfriars, pero ¿quién es su acompañante?

—En el mundillo independentista se le conoce como «Kendrick» —aclaró el sargento—. El MI5 sigue sus pasos desde hace poco más de un año. Esta fotografía fue tomada el martes pasado en un pub de Edimburgo, el Toolboth Tavern.

—Deberíamos mantener una charla con el tal Kendrick.

—Eso va a ser imposible, señor. Lo encontraron muerto en mitad de la calle la misma noche en que se tomó la fotografía. Debió de ser en una reyerta, pues tenía varias heridas de arma blanca en la cara. Los vecinos, alarmados por los gritos, avisaron a la policía. Se halló el arma homicida en el escenario; sin embargo, solo descubrió las huellas…

—… del propio Kendrick.

—Cierto, ¿cómo lo ha…? —Hardy abrió los ojos de par en par, como si hubiese comprendido algo en ese momento—. ¿Cree que también pudo hacérselo él mismo?

Shaw asintió. Desde luego era una posibilidad a considerar.

—Eso elevaría a cinco las muertes de este caso: los dos agentes de policía, Thornley, la señora Baker, y Kendrick —recordó Hardy.

—Lo que me preocupa en este momento no son las estadísticas, sargento, sino qué relaciona a Kendrick, un activista por la independencia de Escocia, con Thornley, un vulgar ratero.

—Que ambos hallaran la muerte en tan corto espacio de tiempo no puede ser una mera coincidencia.

—Por descontado que no lo es, Hardy. En cualesquiera de los casos, no veo la conexión que pueda existir entre esta circunstancia y la señorita Azmi.

El sargento le entregó la segunda fotografía que sujetaba en la mano. Shaw se hizo con ella y la estudió un momento, al tiempo que la aeronave se mantenía inmóvil en el aire un segundo y comenzaba a descender sobre un manto oscuro.

—Esta otra foto —le explicó Hardy— se tomó en un pub de Ballater, hace unas semanas.

Shaw perdió la mirada en la ventanilla de plexiglás golpeándose la palma de la mano con las dos instantáneas: ¿Qué hacía Azmi tomando una cerveza con Kendrick como dos buenos amigos?

27.
El hombre que no era libre…

Stonehaven, Aberdeenshire

Con las cabezas bastante juntas, James y Sela miraron a la vez el interior de la caja esmaltada y se quedaron igualmente boquiabiertos. Durante un tiempo indefinido, no articularon palabra sin quitar la vista del contenido que se mostraba ante ellos.

—Debe de ser una broma, ¿no? —dijo por fin la periodista.

—Y de muy mal gusto.

A la joven se le escapó un suspiro.

—Necesito otra copa. —Sela abandonó la cama y, sentada en el sofá, llenó por tercera vez su vaso de ginebra y le dio un trago generoso—. ¿Quieres otra?

James cerró la tapa de la caja esmaltada y la dejó en el suelo, a los pies de la cama.

—No, gracias, ya he bebido demasiado.

Ella se puso en pie y se tambaleó un poco.

—Uf.

James se levantó de un salto y la sujetó del codo.

—¿Estás bien?

Asintió, mirándolo a los ojos muy de cerca. Durante un par de segundos, permanecieron en la misma posición, tragando de manera ruidosa. De repente, Sela se alzó sobre las punteras de los calcetines y le dio un beso suave en los labios.

James compuso una expresión de perplejidad.

—¿Por qué has hecho eso?

El rubor asomó de golpe a los carrillos de Sela.

—¿Te ha molestado, Allen?

—Cuando me llamas así, siento como si siguiera en el colegio.

La periodista le quitó a James una mota imaginaria del jersey, a la altura del pecho.

—Vaaaale, James, entonces. ¿Mejor así?

—Mucho mejor, Sela.

—Mis amigos me llaman solo Sel.

—De acuerdo, pues. Solo-Sel.

Los labios de James y Sela se habían ido aproximando tanto que casi se rozaban. Él metió las manos entre el pelo de ella. Ella puso sus manos en la cintura de él y cerró sus grandísimos ojos negros, invitándolo a que la besara. El beso fue dulce y húmedo.

—Hueles muy bien.

Ella rio. Él seguía acariciándole el pelo.

—Dices eso para camelarme. Estoy sudada y asquerosa.

—Pues no me había dado cuenta.

Otro beso. Detrás vinieron más.

Silencio.

—Esto es una idea bastante mala —susurró ella.

—Pues ha sido tuya.

Volvieron a besarse. Pero esta vez no se entretuvieron en decirse cosas sin sentido. En un momento, el carromato se llenó de respiraciones hondas y gemidos. En mitad del frenesí de caricias, ella alzó los brazos y él le sacó el jersey por la cabeza. Al hacerlo, se enredó en la melena oscura. Una risa. El jersey acabó por los suelos. También el de él, hecho un revoltijo con la camiseta. Mientras los labios de James recorrían el cuello de Sela, ella alargó la mano y apagó la lamparita, sumiendo el carromato en una agradable oscuridad. Las manos de él buscaron el primer botón de la blusa de ella…

—Espera. —Sela se separó jadeando, y James se detuvo en el acto.

—¿Qué pasa?

Ella lanzó un gemido a la oscuridad y, al cabo de un silencio, confesó:

—Hace mucho de la última vez que estuve con un hombre. Tanto que ni me acuerdo.

—Sí que es mucho tiempo.

—Cuando tienes una hija…, todo cambia. Después de Lou, no quiero volver a meter la pata. Así que ahora busco a un hombre que me quiera a mí…, y también a Sarah.

Habían bajado la voz a susurros y permanecían agarrados igual que si estuvieran en un baile lento. Él, las manos en la cintura de ella. Ella, en el cuello de él.

—¿Y piensas que yo soy ese hombre?

Sela buscó los ojos de James en la penumbra; sin embargo, el momento ya había pasado.

—¿Lo eres?

Allen retiró con delicadeza las manos de Sela de su cuello y dio un paso atrás.

—Sel, eres encantadora… cuando no estás de mal genio.

Ella rio y le dio un golpe en el hombro.

—Eeeeh.

—En serio, no… —Él se calló. No sabía cómo continuar.

—¿Crees al menos que podrías llegar a amarme algún día? Podría bastarme con eso.

James bajó la vista al suelo y encendió la lamparita. Volvió la luz al carromato.

—Lo siento, Sel. Me encantaría ser libre para amaros a ti y a tu hija —sacudió la cabeza—, pero no lo soy.

Sela se mostraba confundida, casi alterada.

—Estás casado. ¿Es eso?

—No, no, no es esa clase de libertad de la que carezco.

—¿De cuál entonces?

—Es complicado.

—Intenta explicármelo para que yo pueda comprenderlo.

—No soy libre de mi pasado.

Sela volvió a abrocharse el botón de arriba de la blusa. Ya no lo miraba ni confundida ni enfadada. Su mirada era compasiva.

—Alguien dijo una vez que el dolor es el precio que hay que pagar por amar.

—Pues estaba equivocado —replicó James—. ¿Dolor? El amor hiere, y cuando lo pierdes no queda más que una gran soledad… No, no estoy dispuesto a pasar otra vez por eso.

—La mujer que te convirtió el corazón en una roca debió de hacerte mucho daño.

—Ni lo imaginas.

—Lo siento, James. He arruinado este momento —dijo ella con voz quebrada y ojos melancólicos.

—Guarda esas lágrimas para un hombre que lo merezca.

Ella se frotó con el brazo la nariz enrojecida.

—¿Puedo al menos dormir contigo? En este carromato hace un frío que pela.

Él la contempló con un profundo sentimiento de afecto.

—Para mí, será un placer.

Se metieron en la cama. Sela se arrulló sobre el pecho de Allen y este la envolvió con su brazo. Notaba aún la respiración agitada de la muchacha, cuando le besó los cabellos y volvió la vista al techo de madera. Al final de un prolongado y quejumbroso suspiro, cerró los ojos y se esforzó por apartar de su cabeza a Sel. En ese momento de tranquilidad fue consciente del cansancio acumulado y no opuso resistencia cuando comenzó a quedarse dormido.

Mañana sería otro día.

Entonces pensaría en el extravagante contenido de la caja

esmaltada.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Noto cómo el cansancio se va apoderando de mí. Si mi cuerpo va perdiendo el equilibrio, ¿cómo puede mi mente ser capaz de mantener el suyo? He dado cortos paseos por todo lo largo de mi calabozo. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Pero, en esta ocasión, no he podido hacerlo más que tres veces, en lugar de las diez o doce de costumbre. Cada vez los andares son más vacilantes y temo que algún día próximo no seré capaz ni de alzar el cuerpo del suelo. Mantengo la vela apagada [circunscribo su uso para escribir] y me abro camino a tientas. Paso al lado del arcón preguntándome a diario qué secretos atesorará. Está firmemente cerrado y no tengo ninguna herramienta para forzar el candado. Ay, en estos momentos cambiaría todo el oro del mundo por una manta y un poco de comida. Andar me ayuda a equilibrar el cuerpo. Escribir, la mente. Cuando acabo el ejercicio diario, cojo el cuaderno y retomo el relato:

… Debo dar a conocer en este momento de la narración a dos personajes que fueron claves en la Tragedia que sucedería un año más tarde. El hombre es proclive a ver las cosas desde su óptica personal, y yo no soy diferente. De suerte que corresponde a usted, estimado lector, juzgar si su papel fue digno o indigno. Para que conste, aquí dejo los nombres de los otros dos intrigantes: el abogado Archibald Palmer y el arquitecto lord Malcolm Smith.

Pero no pretendo anticiparme en exceso con el propósito de que el lector no se pierda; de consiguiente, mantendré la línea temporal y continuaré por donde lo dejé: las clases se habían reanudado y yo volví a concentrar mis energías en los estudios de medicina. En cuanto a Knox, por mor de su recién adquirido favor real, llenó la mansión de doncellas y lacayos y comenzó a recibir convidados asiduamente, a los que se jactaba de enseñar sus nuevas adquisiciones en el mundo del arte [cuadros y esculturas, particularmente, que le suministraba un marchante norteamericano cuyo nombre no recuerdo, a pesar de haberlo oído en boca del profesor incontables veces].

Comenzó a apostar en las carreras de caballos y los viernes organizaba partidas de naipes [de whist *o* cribbage*], las cuales solían prolongarse hasta altas horas de la noche y en las que se rumoreaba que perdía ingentes sumas de dinero. A pesar de sus denodados esfuerzos, Robert Knox no consiguió penetrar en el selecto club de la alta sociedad, y, durante un tiempo, soportó los desaires de burgueses de groseros modales*

que acudían en tropel a sus fiestas con el único fin de beberse su oporto y ganarle su dinero. Con semejante tren de vida, el dinero escapaba de sus manos a la velocidad que el agua se derrama por un dique abierto. Consecuencia de todo esto, el profesor no tardó en entramparse.

De un tiempo a esta parte, no pude menos de advertir que los viernes mi benefactor se mostraba especialmente inquieto y nervioso, incluso diría que irascible. Cuando llegaba la hora, me dejaba en la sala de disección finalizando el trabajo, mientras él subía a lisonjear a sus invitados. Nada más terminar, yo tenía orden de recoger y marcharme por la puerta de servicio sin hacer el más leve ruido.

Nunca he sido amigo de chismes y cuentos. Esto quiero que quede bien claro. Lo menciono puesto que cierto viernes lluvioso de diciembre [usted, lector, dispensará a uno, pero no recuerdo el día exacto] osé tomarme la licencia de abandonar la sala de disección para, con pasos silenciosos, subir unas escaleras en espiral y recorrer los pasillos que conducían directamente al gabinete del doctor Knox. Este se comunicaba con el saloncito a través de un acceso ingeniosamente oculto detrás de una de las estanterías.

Pues bien, aparté del anaquel con cuidado el voluminoso ejemplar de Mémoires et observations de médecine *de Leroy, del mismo modo que había visto yo hacer a Knox, y la estantería cedió con un clic, entreabriendo una ranura al saloncito. Sin dejarme ver ni oír, para no delatar mi presencia, me agazapé en la estancia casi a oscuras, y con muda contemplación permanecí atento a lo que ocurría en el interior de la sala; para ello, agucé extraordinariamente mis facultades. Mi intención, lo juro por lo más sagrado, no era otra que escuchar con mis propios oídos qué había de cierto en los cotilleos que circulaban sobre la delicada situación financiera de Knox, a la que se había visto arrastrado por las apuestas fallidas y las deudas de juego; sobre todo, para acallar mi creciente preocupación por las sumas que se iban acumulando a mi favor. Y es que el profesor, según los cálculos que llevaba al día en mi cuaderno de notas, me adeudaba la friolera de 60 libras, lo cual había acabado con mi provisión de fondos, colocándome en tal estado de pobreza que me había visto impelido a su vez a pedir dinero en préstamo a personas de mala calaña.*

En estos días de encierro, he reflexionado sobre las diversas ocasiones en las que pude haber tomado un rumbo distinto que no hubiera dado con mis huesos y con los de mi amada en esta prisión de ladrillo y yeso. Esa noche, la noche en que oí hablar por primera vez del «Secreto», fue una de ellas.

Sucedió de este modo: como digo, era viernes, ya anochecido, y me fue posible distinguir a través de la delgada abertura a tres personas en el salón donde yo había estado de tarde en tarde con Knox. No estaban sentadas a la mesa de juego, como yo hubiera esperado, sino cómodamente

arrellanadas cerca del fuego y sumidas en hondas y graves meditaciones. Dos lámparas de gas iluminaban el espacio lo preciso para ver que no sujetaban naipes en las manos, sino copas y cigarrillos. En el aire flotaba el ambiente caldeado que sucede a una conspiración. Los semblantes aparecían tensos y los rostros, enrojecidos. Sin margen al engaño, allí se había producido una fuerte trifulca. Una humareda procedente de los cigarrillos envolvía a los presentes igual que un espeso día de niebla. En la persona que estaba sentada justo de frente a mí, reconocí a Knox. En la que me daba el perfil, distinguí las largas patillas y nariz afilada de Archibald Palmer [a quien ya conocía de antes y al que me referiré más adelante]; el tercero estaba de espaldas y no podía verle la cara, aunque sí escuchar su voz meliflua. Se trataba de un hombre grande que se daba un cierto aire pomposo, y al que se dirigían, ora llamándolo «Lord Malcolm», ora «milord»; en alguna ocasión esporádica, lo llamaron simplemente «Malcolm»; si bien, en este último caso, el tono era respetuoso, no con el desprecio con que los patronos acostumbran a hablar a sus empleados cuando los llaman por el apellido. De inmediato, ese hombre despertó en mí un sentimiento de antipatía. Por el coloquio que se desarrollaría posteriormente inferí dos cosas que justificarían por sí solas ese aire grandilocuente que reflejaba y el parche negro que cubría su ojo derecho [vi su rostro en una ocasión que levantose para rellenar su copa]: una, que era arquitecto, y dos, que había estado en un regimiento de caballería de los Húsares, razón por la cual había recibido la Cruz de la Reina Victoria, que exhibía con altanería.

Alcanzado este punto, se planteará usted por qué no volví al sótano si no había tal partida de naipes. Yo mismo me he hecho esa pregunta un millón de veces y ¿sabe la respuesta? Una irresistible curiosidad se había apoderado de mí. Lo confieso. Por ese motivo, yo permanecía guarecido detrás de la estantería, en una posición poco propicia; en ocasiones, hablaban en voz queda y otras acercaban las caras a fin de que no les oyera algún sirviente cotilla; tamañas circunstancias resultaban para mí un estorbo, de manera que les expongo solo los detalles dignos de ser contados [aunque transcritos literalmente] de lo que logré entreoír esa noche:

«Robert Knox: He dado orden a los criados de que se retiren, así pues, caballeros, descuidad, podéis hablar con absoluta discreción.

»Archibald Palmer: Por tanto, ¿se puede confiar en que el Secreto estará a buen recaudo en…?

»Lord Malcolm: Por completo, mister Palmer. Ejecuté las obras con mis propias manos. Soy arquitecto y conozco bien el oficio. No participó ningún obrero, y en los planos no he recogido los cambios. Os prometo que está seguro.

[Desde mi posición no podía ver el plano que el arquitecto había extendido sobre la mesita de café, si bien, durante los siguientes minutos, lord Malcolm, con un monóculo en el ojo sano, no dejó de señalar con el

dedo lugares y hablar de términos de arquitectura que para mí resultaban incomprensibles: túneles, pasadizos, forjados, entradas y salidas, ventilación, un arcón… Todo aquel secretismo desbocó mi imaginación y me llevó a la conclusión de que escondían un valioso tesoro. Cuán engañado estaba yo y con qué poca indulgencia juzgué en ese momento a algunas personas].

Esa promesa no pareció infundir en Palmer mucha tranquilidad, pues afirmó a continuación:

»A.P.: Es una idea demasiado arriesgada, milord.

»R.K.: No, amigo mío, si me lo permitís, es de lo más genial. Es el lugar perfecto. ¿Quién lo buscaría allí? ¿Cuándo estará el trabajo concluido?

»L.M.: Muy pronto. El orfebre me aseguró que la próxima semana.

[Yo vi que se trataban con suma familiaridad, especialmente entre el profesor y Palmer, y entre Palmer y lord Malcolm, lo cual me indujo a pensar que se conocían hacía tiempo o que la felonía que tramaban los había unido con la camaradería propia de los delincuentes. Sin embargo, el arquitecto mantenía la distancia social con Knox y se dirigía a él siempre anteponiendo el «doctor». Acaso no fue más que una vaga impresión del todo infundada; no obstante, esto me indujo a conjeturar que el tal lord Malcolm no se sentía cómodo en la reunión, mientras que Knox, por el contrario, dominaba la escena como un experimentado actor de teatro. Recapacité. Yo conocía bien al profesor y era consciente de que nada en él era desinteresado o altruista. Yo mismo fui víctima a menudo de su poder de convicción, viéndome arrastrado a la comisión de hechos que, cuando los recuerdo, todavía me horrorizan. Durante el breve lapso de tiempo en que yo estuve pensando en esto, el arquitecto había vuelto a enrollar el plano y lo devolvía al tubo de cartón, al que puso una tapadera y depositó en el suelo, apoyado contra el lateral del sillón. Durante largo rato no conversaron. Los tres se sumieron en un estado de honda cavilación mientras fumaban y bebían de sus copas. Yo estaba en una posición condenadamente incómoda, sentado en cuclillas detrás de la puerta, sin atreverme a mover un músculo de mi cuerpo. Por consiguiente, al cabo de una hora allí, empecé a sentir los síntomas del entumecimiento y del hormigueo en las piernas].

»A.P.: No puedo decir que este asunto acabe de gustarme, Knox. Por no mencionar que he invertido buena parte de mi fortuna. Lejos de mi intención está dudar de vuestra palabra, pero, ¿estáis del todo seguro de que lo que nos habéis contado es cierto?

»R.K.: Apostaría en ello mi vida, Palmer. Los tres, caballeros, nos jugamos algo más valioso que el propio dinero. Si esta pequeña conspiración saliera a la luz, suscitaría indignación general. Y para nosotros traería la cárcel o algo peor todavía. Posiblemente, pesaría una acusación de alta traición y nos ahorcarían como viles malhechores.

[A partir de ese momento, con la preocupación metida en el cuerpo,

comenzaron a hablar de política, y esto fue lo que me pareció escuchar].

»R.K.: … Los unionistas se han confabulado para provocar un enfrentamiento entre Inglaterra y Escocia.

»L.M.: Pero, ¿con qué fin? Los unionistas son partidarios del Reino Unido, y desde 1707 es la situación política que tenemos.

»A.P.: La mayoría sí, milord; no obstante, unos pocos aún ansían una dominación de Inglaterra sobre Escocia no un "acuerdo de unión". Una nueva confrontación bélica entre ambos países arrastraría a Escocia a una fuerte depresión económica, sin contar con las víctimas que ello produciría.

»L.M.: Pero vos, Palmer, sois nacionalista.

»A.P.: Soy nacionalista, mas no anarquista. Yo sí le doy verosimilitud al asunto de la confabulación, y máxime si Knox afirma que es lo que oyó durante su estancia en Balmoral.

»R.K.: Palabra por palabra.

»L.M.: ¿Y por qué no lo denunciáis sin más, doctor Knox?

»R.K.: ¿Denunciarlo? ¿Ante qué instancia? Nadie nos creería. Además…

[bajó la voz a más no poder, si bien me fue posible oír una palabra: "reina"].

»A.P.: Yo estoy con Knox. Solo los tres presentes estamos informados, y de ese modo debe seguir.

»R.K.: Aun así, debemos adoptar medidas a fin de protegernos. Tomad, Palmer.

[Yo observé con ojo avizor que le hacía entrega de una caja esmaltada, que, incluso desde mi posición, se veía de una belleza exquisita, si bien no fui capaz de distinguir a punto fijo el detalle de un grabado que cubría su tapa].

»R.K.: Pertenece a la colección privada de Su Majestad. Contiene una carta donde se inculpa a la soberana de haber maquinado la confabulación…, por si acaso.

Lo escrito antes es el resumen de lo que logré escuchar de la singular conversación entre Knox, Palmer y lord Malcolm, a pesar de que yo me esforzaba por abrir mis oídos. Sin dejar de preguntarme qué tramaría el profesor, y qué clase de plan habría concertado con esos dos caballeros, llegó el final de la reunión. Contemplé a los visitantes tomar sus sombreros y sus bastones, y cómo Knox los condujo fuera de la salita. Yo asimismo aproveché para enderezar la espalda y estirar las piernas. Cuando me proponía marchar escaleras abajo, me percaté de que lord Malcolm se había dejado el tubo de cartón que contenía el plano. Durante una décima de segundo, se me ocurrió que la idea que rondaba mi cabeza no solo era imprudente sino temeraria. La tentación, no obstante, era tan fuerte que acabó por vencerme, y, en un arranque de insensatez, tuve la suficiente presencia de ánimo para retirar por completo el anaquel, cubrir a grandes

brazadas la distancia que me separaba del cilindro y, sin apartar la mirada de la puerta por donde se había marchado el anfitrión con sus invitados, quitarle la tapa y sacar el plano arquitectónico.

Seguía contemplando atónito la representación esquemática a escala de una planta, al decir de la leyenda que aparecía en un recuadro, cuando las conversaciones amortiguadas que procedían del recibidor fueron reemplazadas por fuertes pisadas que se me aproximaban.

«Debo habérmelo dejado en la sala de estar», oí comentar al arquitecto. Superado un ataque de pánico con el que quedé paralizado, reaccioné y devolví el rollo a su lugar. Justamente en el momento en que lord Malcolm penetraba en la sala por una puerta, yo la abandonaba por la otra, profiriendo un suspiro de alivio para mis adentros. «Ah, aquí está», dijo la misma voz al tiempo que yo bajaba las escaleras a hurtadillas, volvía al sótano y abandonaba la mansión por la puerta de servicio.

Esa noche fue la primera y la última vez que vi con vida al arquitecto lord Malcolm. Fue el 14 de diciembre. Se preguntará cómo pudo quedar grabada la fecha en mi memoria. A la mañana siguiente, todos los periódicos de Edimburgo se hacían eco de la muerte del príncipe Alberto, el marido de la reina, aquejado de unas fiebres tifoideas. La luctuosa nueva enlutó a todo el país y tuvo tal impacto que, en los días sucesivos, no se habló de otra cosa…

Fin de la quinta parte

28.
El muñeco roto…

Tres días para el referéndum de independencia
Lunes, 14 de octubre
Stonehaven, Aberdeenshire

Allen despertó en el carromato de Raley, en plena noche y pensando en el contenido de la caja esmaltada. Debía de tener algún significado que la víspera, con el juicio nublado por el dolor y el agotamiento, había sido incapaz de comprender.

Sela seguía durmiendo abrazada a él. Notaba el movimiento acompasado de su respiración. El dolor de la espalda había remitido bastante, hasta convertirse en un molesto runrún. Con cuidado de no despertar a su compañera, le apartó el brazo y se bajó de la cama. La periodista lanzó un gemido inconsciente y se dio la vuelta bajo la manta.

Camino del sofá, recogió la caja esmaltada del suelo.

Encendió la lamparita y, con el fin de atenuar aún más la luz, echó su suéter por encima de la tulipa. Lo siguiente que hizo fue volver a abrir la caja ovalada, sacar su contenido y exponerlo a la vista sobre la mesa. Ahuyentó de su mente todo lo demás y comenzó a concentrarse. Durante diez o quince minutos, se quedó contemplando el muñeco de trapo relleno de algodón con idéntica expresión de perplejidad y misma falta de suerte que la noche anterior. Estaba desmembrado. La cabeza y el tronco, por un lado; los brazos y las piernas, por otro. Como si fuera un puzle en tres dimensiones, compuso la figura juntando las piezas. De uno de los brazos sobresalía una forma alargada y puntiaguda, a modo de espada. En total, no mediría más de veinte centímetros. No tenía a la vista ningún rasgo ni llevaba ropa alguna.

Ni idea de qué podía significar.

Sus ojos volvieron a recaer en la caja.

Vacía…

Inclinó la cabeza y frunció el ceño. Encajado en el fondo había algo más. Puso la caja ovalada boca abajo y la sacudió ligeramente. Del interior cayó un sobre en su regazo. James lo asió con suavidad y lo observó un momento. También era de papel de manila. Pero, a diferencia del que *Ella* le mostró con la primera carta, este aún mantenía el lacre intacto. Separó el sello con cuidado y extrajo del interior un trozo de papel amarilleado por el paso del tiempo. No era una carta. Nada más que una nota con garabatos que parecían estar escritos por la misma mano y con la misma pluma que los anteriores.

Otro criptograma.

Lo siguiente que hizo fue buscar en su smartphone la tabla de conversión que le había proporcionado Collins, y sustituir con paciencia cada símbolo por la letra correspondiente del abecedario. De repente, el texto cobró significado, solo que de una manera literal:

MIENTRAS EL GUERRERO VIGILA LA FRONTERA,
EL CABALLERO DESCANSA EN EL PASILLO DE SANTA MARÍA

La frase no poseía ningún otro sentido para él. La releyó más despacio. Se devanó los sesos hasta verse derrotado por la frustración y la duda. Llevaba un buen rato y no había sacado nada en limpio. Dentro del carromato el ambiente estaba demasiado cargado, necesitaba llenar los pulmones de aire fresco y aclararse. Así pues, volvió a colocar los trozos del muñeco y el fragmento de papel dentro de la caja, se enfundó los pantalones y el suéter, y salió al porche llevándose consigo la caja ovalada.

Después de la tormenta, la aurora era soberbia. Desde los escabrosos acantilados surgía una tenue línea anaranjada que indicaba que el amanecer estaba a punto de alcanzarlos. A los pies de la escalinata del carromato, James estiró los brazos y aspiró el aire frío. A unos pocos metros había tres hombres en torno a una cafetera que pendía de unos hierros encima de un fuego. Estaban sentados sobre sus talones en silencio, envueltos en ropa de abrigo y con gorros en la cabeza y guantes en las manos. Uno de ellos, removió las ascuas con un palo y, en medio del chisporroteo, agregó unas cuantas ramitas más.

—Buenos días —les gritó, para que lo oyeran.

Ninguno se dio la vuelta y únicamente le llegó una especie de murmullo de aprobación. Advirtió en ese momento un gran ajetreo. La punta de la carpa que se elevaba por encima del campamento ya no se veía. Se marchaban. James trató de dejar su mente en blanco. Olvidar toda aquella locura que lo había arrastrado como un tsunami. Se le pasó por la cabeza llamar a Patricia, pero todavía era demasiado temprano. Lo dejaría para más tarde.

Cuando se quiso dar cuenta, su subconsciente había decidido llevarlo a los acantilados. Al doblar la esquina de otro carromato se topó con un niño de unos ocho años que apenas podía con un cubo medio lleno de agua. Era menudo, moreno y tenía las uñas de las manos negras. Su acento era idéntico al de Sabo.

—¿Tú quién erezs?

—Me llamo James, ¿y tú?

El niño dejó el cubo en el suelo con evidente alivio.

—Jani.

—Encantado, Jani.

—¿Tú dónde ir?

—Estaba dando un paseo. ¿Desde dónde traes el agua?

El niño extendió el brazo hacia atrás.

—De río. ¿Qué llevazs ahí? —le preguntó, señalando la caja esmaltada que James sujetaba en la mano.

Allen la abrió y le mostró el contenido al niño, que hizo una mueca de asco, dejando a la vista una dentadura sin incisivos.

—Qué miuñeco mázs feo.

Con aquella expresión, a James se le escapó la risa.

—¿Verdad que sí?

—No zsirve para nada. Ezstá roto.

Ahora, Allen lanzó una carcajada.

—Estás en lo cierto, chaval, está roto.

Una voz femenina llamó a gritos al crío por su nombre y Jani volvió a coger el asa del cubo.

—Encantado de conocerte, Jani —le dijo James a las espaldas del muchacho.

Otra vez a solas continuó con su paseo, dejando atrás el campamento y aproximándose a los acantilados. Durante la noche las temperaturas se desplomaron y había caído una fuerte helada, de manera que los caminillos de tierra por los que transitaba estaban endurecidos como el asfalto. En un peñasco tomó asiento y se quedó oteando el panorama. Una media bola de fuego asomó del mar por la línea del horizonte, que se iba tintando de un color cada vez más rojizo. Decenas de metros más abajo, las olas bañaban suavemente la orilla de una pequeña cala y se retiraban con un prolongado siseo.

La respiración del mar, lo llamaba él.

El enclave resultaba evocador y amenazante a un tiempo. El viento soplaba allí bastante fuerte y le abullonaba el suéter. Un lugar perfecto para sentarse a clarificar sus ideas. Casi sin darse cuenta, sus pensamientos se retrotrajeron a la noche anterior y a lo que había estado a punto de suceder entre Sela y él. Aún le reconcomía ese asunto. Por descontado, no estaba soliviantado con ella, sino consigo mismo. Era demasiado lo que había en juego y no podía permitirse

bajar la guardia con ella. Sela estaba con él para escribir un artículo…

«No lo olvides».

… Sacar a la luz pública lo que él, precisamente, debía mantener en secreto. Lo tenía clarísimo.

¿Seguro?

«Sí, seguro».

James era una persona abierta y disimulaba mal sus emociones. De ahí que su rostro se contrajera cuando su cerebro empezó a alumbrar otra idea. Solo hacía un año de la muerte de Victoria y necesitaba tiempo para pasar página, si es que lo conseguía algún día. Lo único cierto era que estaba hecho un lío. Con esas disquisiciones sufrió una recaída en su estado de ánimo. Cogió una piedra del suelo y la lanzó a lo lejos, perdiéndose por el precipicio. Un tirón en la espalda reemplazó al dolor mental. Inmediatamente después, Sela, Victoria, Patricia y sus problemas amorosos abandonaron su cabeza y volvió a concentrarse en el criptograma, que seguía siendo un misterio para él.

«El muñeco está roto». Le había dicho ese niño.

Sonrió.

Se puso serio.

Está roto…

Contrajo la cara.

James se levantó de un salto, tratando de aferrarse a ese hilo antes de que se desvaneciera como un sueño.

Tiró de él. Al final había una vaga idea. Le dio forma.

De repente, todo lo vio tan nítido como el amanecer que la Naturaleza le descubría ante sí, y las ideas comenzaron a agolparse en su cabeza. La mente de un niño había dado sentido al criptograma. Un hombre roto. Un hombre desmembrado. Exactamente eso era lo que representaba.

James regresó al campamento. El incipiente sol sobre la escarcha del campo causaba el efecto óptico de miles de brillantes multicolores titilando. Mientras recorría la distancia que lo separaba del carromato de Raley, su cabeza bullía como el agua cociendo. Se encaramó de un salto al porche. Abrió la puerta de un tirón.

—Oye, James, lo de anoche… —comenzó a decirle Sela, que ya se había despertado y aguardaba a que volviera encogida en un lado del sofá. Sus ojos enrojecidos e hinchados revelaban que había dormido poco o nada.

—Olvídalo —el tono sonó demasiado brusco.

—No, no, lo siento de veras. El alcohol y la adrenalina no mezclan bien.

Él dejó la caja esmaltada sobre la cama y se puso a abrir los armarios.

—¿Puedes prestarme atención, Allen? —insistió ella, molesta.

Él se detuvo y se la quedó mirando un segundo. Notó que el muro de la desconfianza que los había separado hasta anoche, volvía a alzarse entre ellos. Nada de James y Sel. Habían vuelto a ser simplemente «Allen» y «Sela». Lo dejó correr.

—Ahora no. Necesito un mapa de las Highlands. Ah, mira aquí hay uno. —Con él en la mano, tomó asiento en el sofá y lo extendió sobre la mesita.

En un arranque de furia, la periodista lanzó una especie de gruñido, se levantó de su lado y fue hacia la puerta del carromato, pero justo cuando se disponía a abrirla apareció por ella un sonriente Sabo Raley.

—Mizs nuevozs amigozs. ¿Cómo nioche? ¿Mucho traca-traca? —Acompañó sus palabras de un gesto inequívoco de copulación y de una ruidosa carcajada.

Sela dejó escapar otro gruñido y, esquivando a Sabo, se marchó del carromato.

—Qué carácter —dijo el cíngaro indicando al hueco de la puerta—. Miujerezs, ¿quién entiende?

—¿Cuándo os marcháis? —le preguntó James desde el sofá.

—Ya mizsmo. Diezs minutozs. Vamozs Aberdeen.

—¿Podéis llevarnos hasta Stonehaven?

—Zserá plazser. Nozsotrozs ir ezsta carrietera. —Se inclinó sobre el mapa desplegado en la mesa y fue apoyando el dedo a lo largo de la ruta—. Podiemozs diejarozs ezste cruzse.

—Genial.

Los diez minutos se habían convertido en una hora, cuando por fin se pusieron en marcha. A vista de pájaro, esa serpiente multicolor componía un espectáculo fascinante y poco común. Los más de treinta carromatos de madera —algunos descubiertos portando animales exóticos como elefantes o jirafas— tirados por percherones de largas crines resultaban una estampa evocadora de tiempos pretéritos. A Sabo le complacía viajar en la última posición de la caravana. James y Sela, la cual seguía sin decir esta boca es mía, lo acompañaban algo apretujados en el pescante.

Hasta llegar al pueblo de Stonehaven, el camino secundario de tierra que habían tomado, poco más que un sendero rural, fluía cerca de los acantilados. El día estaba despejado y el cielo y el mar se fundían en un azul cerúleo. Algo más tarde, cruzando por debajo de un puente de piedra, Sabo tiró de las riendas y sus dos caballos se detuvieron en el acto.

—Fin del viaje, amigozs míozs.

James y Sela lo miraron. En sus ojos se leía el desconcierto.

—Polizsía viene zsiguiendo en Land Rover. Tratarié dezspizstarlozs. Ezsperar hazsta que hayamozs marchado.

Los tres saltaron al suelo.

—Muchas gracias, no olvidaremos lo que has hecho por nosotros —le dijo James, estrechándole con fuerza la mano que el zíngaro le presentaba.

Sela le plantó a Sabo los labios en las mejillas.

Con el rostro aún sonrojado y tarareando una canción, el cíngaro subió de nuevo al pescante y, tras hacerles un gesto amistoso con la mano, arreó los caballos.

James y Sela se quedaron mirando cómo la caravana circense se alejaba por el camino, hasta no ser más que un rumor lejano. El Land Rover de la policía fue detrás. No se les ocurrió que nunca volverían a ver a ese payaso nómada, aunque esa misma noche el nombre de Sabo Raley sonaría en todos los rincones del país.

Rompiendo el silencio, la periodista dijo:

—¿Cómo vamos a ir adonde sea que vayamos?

—De entrada, salgamos de debajo de este puente.

El paisaje parecía desangelado y no tardó en cundir el desánimo en la pareja.

—¿Qué? ¿Ahora no tienes otra de tus brillantes ideas? —preguntó Sela, desde una piedra en la que se había sentado al borde de la carretera.

James había captado la ironía de las palabras de ella, y buscaba una respuesta ingeniosa que estuviera a la altura, cuando una autocaravana pasó despacio por delante de ellos. Un segundo después les llegó el chillido de unos frenos gastados.

—Hombre, señor Allen. ¿Es usted de verdad?

La voz sonó a sus espaldas y ambos dieron un respingo. El rostro de James pintó una inmensa sonrisa y se aproximó hasta la autocaravana que se había detenido en el arcén. De pie, junto a la puerta del conductor, había un tipo robusto de setenta años largos.

—Señor Wells.

Los dos hombres se dieron un vigoroso apretón de manos, sin perder un ápice de sus sonrisas.

—No me estará siguiendo, ¿no? —preguntó Allen con sorna.

Arthur Wells echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Le aseguro que es pura casualidad. Después del éxito inesperado de mi primera novela, *También los demonios tiemblan*, decidí que ya iba siendo hora de conocer Escocia. Y aquí estoy, como dicen los modernos de *road trip*.

—¿Qué tal le trata mi país?

—Bien, pero no me gusta esa manía que tienen de tomar la cerveza caliente.

Ambos volvieron a reír. Arthur, entonces, bajó el tono de voz hasta casi un murmullo.

—Esa jovencita no es la misma de Estocolmo.

James volvió la cara hacia Sela, que seguía sentada en la piedra, mirándolos a ellos dos.

—Aquello no salió bien.

Wells asintió con la cabeza, comprensivo.

—Y ¿qué hacen aquí en mitad de la nada? Si me permite que se lo pregunte.

—Tenemos que llegar a Dundee, pero nos hemos quedado sin medio de transporte.

—Yo no puedo llevarlos, tengo una cita ineludible, pero supongo que puedo echarles un cable. —Se adelantó hacia la autocaravana y de un lateral extrajo dos bicicletas.

James había ido detrás de él.

—Con la que me prestó en Estocolmo, ya son tres las bicicletas que le deberé. No sé si podré saldar alguna vez esa deuda.

El anciano hizo un gesto, restándole importancia al hecho.

—Recuperé la de Estocolmo. Estaba donde usted me dijo. Ande, cójalas. No sea tímido. Las necesitan más que yo. Ya me agenciaré otra.

—Como quiera.

—Bueno, yo sigo mi camino —dijo Wells.

A continuación, Arthur le dio de nuevo la mano a James y retrocedió al vehículo. Arrancó, se incorporó a la carretera y desapareció en una curva.

Sela empezó a caminar en dirección a James.

—¿Quién era ese?

—Un viejo amigo.

La periodista miró las bicicletas.

—¿Vamos a ir en esto muy lejos? —preguntó ella. Su humor no había mejorado.

—Mucho.

—¿Y qué pasa con mi coche? No está lejos de aquí.

—Me temo que tardarás en recuperarlo.

—Pues qué bien.

29.
Memento moris…

Alrededores de Aberdeen

ANTE el tocador, Sabo Raley terminaba de perfilarse las pestañas postizas con los ojos cerrados y pensando en la extraña pareja que había conocido.

La función de la tarde comenzaría en apenas un rato, y tan solo habían dispuesto de cinco horas para levantar la carpa. En esta ocasión, habían ajustado el tiempo tal vez demasiado, aunque no era la primera vez que se encontraban en semejante apuro. Y Sabo confiaba en su gente. Se deslomarían para que todo estuviera a punto. No podía estar más orgulloso de las personas que conformaban la gran familia del Circo Raley: zanqueros, malabaristas, domadores, equilibristas y tragafuegos.

Y payasos, naturalmente.

La vida nómada era durísima, llena además de etiquetas y estereotipos. Qué le iban a decir a él. Pero era una vida, al fin y al cabo, afirmaba su padre. Y digna, añadía él.

Sabo nació en un circo en su Corbu natal, cincuenta y dos años atrás. Desde entonces, siempre había vivido entre feriantes. No fue a la escuela y su aprendizaje de la vida había sido a base de palos. Y no precisamente en un sentido figurado. Su padre bebía hasta caer redondo, pero antes soltaba algún que otro mamporro a su madre. Cuando esta murió, la empezó a tomar con él. Por suerte, el viejo no duró mucho y una cirrosis aguda lo fulminó cuando él contaba con trece años.

Fue la época en la que emigró desde Rumanía al Reino Unido, donde vivía su tío Nicusor Raley, dueño por entonces del Circo Raley, un espectáculo con setenta años de tradición. Sabo venía de una estirpe de payasos, de manera que no le costó demasiado aprender el oficio. A los veinticinco, se casó con Lorand, una trapecista de piernas tan largas como su melena cobriza. No tuvieron hijos, y, harta de vivir

de esa manera, ella lo abandonó por un vendedor de seguros de quien aseguró enamorarse durante una estancia en Glasgow, tres años más tarde. Algo después, también falleció Nicusor; de nada especial, sencillamente un cuerpo maltratado y el tiempo, que no perdona.

De la noche a la mañana, Sabo se vio con veinte familias a su cargo. Por fortuna, el trabajo no les había faltado desde aquel momento. Las siete funciones que tenían por delante en Aberdeen iban a ser las últimas de la temporada. Luego se tomarían un merecido descanso y la compañía volvería a reunirse en Navidades. Les esperaba un duro invierno. Blackpool, Manchester, Leeds, York, Middlesbrough…

Cuando despegó al fin los ojos, Sabo se quedó contemplando durante largos minutos la helada máscara que estaba representada en el espejo del tocador. Cara blanca. Mofletes colorados. Mechones alocados de color naranja encima de las orejas. Sonrisa roja pintada alrededor de los labios. Calva de látex cubriendo el pelo.

—¿Quien erezs? —murmuró.

Cada vez le costaba más reconocerse a sí mismo. ¿Cómo había dicho ese tipo? Los payasos ríen por fuera y lloran por dentro. Nunca había escuchado esa expresión, pero cuánta razón tenía. Por un momento desvió la mirada triste a las fotografías en blanco y negro pegadas en el espejo —su madre, Lorand, Nicusor y su mujer, una imagen aérea de Corbu— y experimentó una inmensa sensación de soledad…

«Zsabo, date prizsa, actuamozs en quince miniutozs», dijo una voz desde el otro lado de la puerta de su carromato, devolviéndolo a la realidad del momento.

—¡Ya voy! —respondió, y continuó aplicándose el maquillaje.

En eso, todo comenzó.

§

El inspector Shaw y el sargento Hardy habían seguido a la caravana circense por la carretera de la costa y habían visto a los cíngaros establecerse y levantar la carpa en un tiempo récord. Apostados en el Land Rover con prismáticos de uso militar escudriñaban todos los movimientos que se producían; no obstante, muy pronto fueron demasiados para tan solo cuatro ojos. A través de los sucios cristales del vehículo camuflado habían visto prácticamente pasar todo el día. En ese momento, la luz tardía del lunes pintaba el paisaje de castaño.

—¿Está seguro de que esto es una buena idea, inspector Shaw? —preguntó Hardy, después de soltar un bostezo—. No hay rastro de Allen y Azmi.

El inspector no se mostraba tampoco muy convencido. Apartó los prismáticos de los ojos a fin de responder:

—¿Cuándo fue por última vez al circo, sargento?

Shaw y Hardy se apearon del land Rover y se acercaron sin darse mucha prisa a la explanada donde se elevaba la carpa. Una vez en ella, se mezclaron entre el gentío que acudía a ver el espectáculo. Atentos a lo que ocurría a su alrededor, los dos policías se escabulleron en la zona de acampada de los carromatos. Allí el trasiego también era grande. Puertas que se abrían y cerraban, personas disfrazadas a la carrera y animales exóticos que eran movidos por sus cuidadores… Vamos, un jaleo.

—Aquí no hay nada que hacer, inspector —dijo el sargento, hastiado—. Deberíamos conseguir una orden y registrar a fondo este campamento… si es que a estas horas siguen aquí los fugitivos, que yo lo dudo.

Shaw caminaba al lado de Hardy por un intrincado laberinto de pasillos creados por los carromatos. Se encontraban en una parte bastante más tranquila y solitaria.

—Yo también lo dudo, sargento, yo también lo dudo… *Mea culpa*. Mi estratagema ha sido un completo fiasco. Tal vez tenga usted razón y sea mejor solicitar esa orden…

La pareja se sobresaltó con una sombra oscura que surgió de la nada y pasó de largo, casi rozándolos, con la cabeza gacha. El feriante, que cubría su cuerpo arqueado con una especie de capa negra desastrada y cubierta de polvo, se detuvo solo un instante unos metros por delante. Sin darse la vuelta, apartó la mano de una de las muletas que lo sostenían para llevársela al sombrero de copa en un ademán cortés y pidió amablemente disculpas. Shaw y Hardy se lo quedaron mirando mientras seguía su camino y a punto estuvieron de echarse a reír.

—Pero, ¿de dónde ha salido ese tío?

En ese preciso momento, oyeron los gritos.

§

SABO había comenzado a meterse por los pies el disfraz abolsado de payaso cuando la puerta de su carromato se abrió de golpe, lo cual le provocó un cierto fastidio. Ese acto en que se operaba la magia de la transformación era un momento íntimo para un payaso. Y cualquiera que trabajara en un circo estaba enterado. No se trataba únicamente de ocultar su apariencia bajo una capa de maquillaje y atrezo. Era mucho más que eso. Era un ejercicio de escapismo. Una auténtica metamorfosis de crisálida a mariposa.

La sonrisa triste moría, nacía la risa alegre.

—He dicho que ya voy —dijo en voz alta, casi irritado.

Una voz cascada, asmática, lo sobresaltó.

—Siempre me gustó el circo. Los payasos eran mis preferidos. Me encantaban. —Y por esa boca salió a continuación una risa agria entre dientes, interrumpida por lo que se antojaban accesos de tos.

Sabo no reconoció ese deje y volvió la vista a la puerta. Su semblante expresaba irritación. En el umbral halló a un anciano de aspecto repugnante que a duras penas se sostenía en pie con dos muletas que parecían recién sacadas de la basura. Bien mirado, no daba la impresión de ser tan viejo, o tal vez sí.

—¿Quién erezs? Largo mi cazsa.

El viejo terminó de entrar en el carromato arrastrando los pies, cerró la puerta tras de sí y repartió rápidas miradas alrededor.

—¿Esto es una casa? Más bien diría que es un tugurio maloliente. —Otra vez esa risa antipática.

Sabo le dio la espalda al tocador y miró frente a frente al tipejo fastidioso y maleducado. Su mirada se había vuelto hostil.

—Ya ezstá bien. Váyazsé.

—Uy, me temo que eso no va a ser posible. Tenemos que hablar antes.

—Zsi no larga ya, echar a patadazs.

El jorobado permaneció impasible.

—No está bien que un payaso hable de esa manera, asustará a los niños.

Raley profirió un suspiro de resignación. Saltaba a la vista que no iba a quitarse a ese anciano de encima.

—Ezstá bien. Diga qué quiere y deje en pazs.

—Ah, eso está mejor. Solo quiero formularle una preguntita sencilla y espero igualmente una respuesta sencilla. ¿A dónde se han dirigido los dos forasteros que acogió anoche?

Sabo se quedó helado. ¿Cómo lo había sabido? Bah, daba lo mismo. Él no traicionaba a sus amigos. Deshacerse de ese vejestorio estúpido iba a ser tan sencillo como hacer reír a un niño.

—No zsé qué habla.

El intruso se aproximó un paso más chascando la lengua una y otra vez.

—Me temo que la respuesta es incorrecta.

El tullido blandió las muletas en alto, y siseó cuatro palabras.

Cuatro.

—*Memento moris*, querido payaso.

Recuerda que has de morir.

El viejo echó la cabeza hacia atrás en una posición imposible y profirió una risa chillona. Otra más.

§

SHAW y Hardy intercambiaron una mirada cómplice y desenfundaron sus pistolas reglamentarias.

—Vamos, sargento, los gritos resuenan por allí.

Sus pasos se agilizaron y las voces los condujeron hasta un carromato de madera de un paliducho color verde. Cada uno lo rodeó por un lado. Se asomaron cautelosamente a un tiempo a la esquina que daba a la puerta, justo en el momento en que esta se abría de golpetazo y un hombre disfrazado de payaso salía por ella como alma que lleva el diablo. Lo vieron alejarse a la carrera. Corría con torpeza, haciendo aspavientos con las manos por encima de su cabeza, como tratando de sacudirse un enjambre imaginario.

Lanzaba gritos a la noche.

Igual que un loco.

El inspector y el sargento se quedaron consternados un instante, luego echaron a correr detrás de él.

§

«Si lloras, Sabo, te pegaré otra vez».

La voz de su padre cobró en sus oídos tanta claridad que se sintió angustiado. Seguía con la mente nublada cuando su padre se materializó en el interior del carromato, pegado a la cama. Presentaba un aspecto amenazador que no le gustó un pelo. El mismo que recordaba de las noches en que regresaba a casa borracho. Incluso percibía su aliento a tabaco y alcohol barato que perfumó su infancia. De la mano derecha de la aparición colgaba un cinturón. *El* cinturón. Largo como una serpiente. Tachonado con clavos. El cuero todavía manchado de sangre. Sangre seca. Sangre de su madre. Y sangre de él. Asombrosamente real.

Lo había sacado de las trabillas de un tirón. Con maña. Al hacerlo, culebreó en el aire con un espantoso ruido crujiente.

«Lo siento, hijo, pero tengo que darte una buena zurra».

De pronto, con una nota de convincente realismo, sintió la quemazón de los latigazos en su propio cuerpo.

—Diéjame en pazs, cabronazso de mierda.

Más gritos. Más desquiciamiento.

Sabo levantó las manos para protegerse de la lluvia de golpes que le caía encima. El rímel le corría por las mejillas, como dos meandros de agua negra.

La sonrisa del diablo se acentuó.

Sabo se estremeció al ver que la cara de la aparición cambiaba. Ya no miraba a su padre. Ahora lo hacía directamente a la imagen del niño Sabo. Le vociferó fuera de sus casillas.

—¡¡YO NIO ZSOY COMO TÚ, PADRE!!

«Eres patético».

—¡¡NIO CONZSENTIRÉ MÁZS QUE TÚ ME HABLAZS AZSÍ!!

Todavía no se había disipado el ambiente tétrico que se había apoderado del carromato cuando el rostro volvió a cambiar. Ya no era el niño Sabo, ahora era el adulto Sabo. Con la misma apariencia de payaso que llevaba él en ese instante. Idéntica. Incluidos los churretones de rímel. Sonreía igual que un payaso. Alzaba la mano derecha y la agitaba a modo de saludo.

«Adiózs, Zsabo».

Y hablaba igual que él. En un idioma que ya no pertenecía a ningún sitio.

Necesitaba apartarse de ese horror. Escapar de él. Huir a algún lugar donde no pudiera volver a dar con él. Con ese único pensamiento, Raley abrió la puerta del carromato y salió afuera. Tras salvar de un salto los tres escalones, se perdió en la semioscuridad dorada del crepúsculo como una exhalación, sin mirar atrás. Oía a su padre corriendo tras él. No lo alcanzaría.

En la carrera, se tapó los oídos con las manos al tiempo que, envuelto en un paroxismo desenfrenado, gritaba a pleno pulmón

—¡¡CÁLLATE!! ¡¡CÁLLATE!!

Sabo llegó al borde del precipicio, y no paró.

De repente, el suelo desapareció bajo sus pies.

Ahí abajo estaba el infierno.

Y lo esperaba con las fauces bien abiertas.

§

CUANDO Hardy y Shaw llegaron a los acantilados, no pudieron hacer nada por salvar al payaso que corría con expresión demente. Se asomaron al filo todo lo posible, pero no se veían más que treinta metros de roca. Era imposible que nadie hubiese sobrevivido a una caída así. Su cuerpo se habría estrellado en cualquiera de las aristas afiladas del despeñadero. Si por un casual hubiese llegado vivo al final, las heladas y revueltas aguas del mar del Norte lo habrían engullido como un tiburón a su presa. Difícilmente recuperarían el cuerpo.

A ninguno de los dos les fue ajena del todo la escena que acababan de presenciar, y el recuerdo de los «suicidios» que los venían persiguiendo desde el sábado por la noche ocupó sus mentes y llenó sus almas de inquietud.

—No me dirá, inspector —dijo el sargento, aún sin resuello—, que esto no es cosa de brujería.

En esta ocasión, Shaw no respondió. Armar teorías distaba mucho de ver aquello con sus propios ojos. No tenía respuesta. Solo

cuestiones que no admitían más demora.

—Está bien, señor Allen —farfulló Shaw al vacío—. Subiremos la apuesta. Sargento —recuperó su tono medio—, envíe las fotografía de James Allen y Sela Azmi a la prensa. En una hora, quiero sus rostros en todas las cadenas de televisión del país.

30.
William Wallace…

Alrededores de Dundee

El trazado de la carretera —con trechos de asfalto y otros de tierra, aunque bastante llano por lo general— seguía en paralelo a la costa. El día soleado cubría la superficie del mar de un cálido resplandor. De cuando en cuando, se adentraban en zonas arboladas, y debían tener cuidado. La humedad del aire y la caída de hojas otoñal convertían el firme en resbaladizo y peligroso. Si hubiesen estado de paseo, a James le habría resultado incluso agradable. Pero todo el día subido en esa bicicleta comenzaba a pasarle factura. Aunque por orgullo no se quejaba, lograba imaginarse a Sela sufriendo del mismo modo que él. Ese recorrido, sin embargo, despertó en él infinidad de recuerdos. Cuando era adolescente, solía recorrer esa zona con su padre. Todos los veranos, una semana de pesca. Los dos solos. Lamentó el distanciamiento entre ambos de los últimos años, en los que se centró en su trabajo y su entonces vida en Glasgow.

Con las fuerzas al límite y cuando ya atardecía, un lustroso letrero les anunció a bombo y platillo que encontrarían la ciudad de Dundee, su destino, a no más de quince kilómetros. Allí podría subirse a algún tren que lo llevara al sur de Escocia. Pero lo primero era lo primero, y resultaba imperioso encontrar un lugar para pasar la noche.

Sentir la caja en el bolsillo le recordaba la enorme responsabilidad que cargaba sobre los hombros. Y eso lo agobiaba sobremanera. Podría pedir ayuda a Patricia y a Alex. Ellos eran policías y seguro que sabrían cómo proceder. También estaba la opción de Carmichael. Su amigo colaboraba esporádicamente con el MI6 y en alguna ocasión le había librado de una buena. Entonces recordó la insistencia de *Ella* en la discreción e ignoró ambas ideas.

No. Mal que le pesase, estaba solo.

Y eso le hizo recordar otra cuestión que venía barruntando desde hacía un buen rato. Había llegado la hora de que el camino de Sela y

el suyo se separasen.

Era momento de poner tierra de por medio.

El caos que todas estas dudas suscitaron en su cabeza desapareció de un plumazo en cuanto vio, al final de una larga cuesta abajo, las ventanas iluminadas de un bed & breakfast. Apretó la pedalada hasta ponerse en paralelo a Sela.

—Llevamos un buen tute. ¿Paramos aquí?

La expresión de alivio que compuso la periodista le convenció de que ella también estaba hasta el moño de las puñeteras bicicletas. Dejándose llevar por la inercia, enseguida se presentaron en la puerta del establecimiento, una agradable casita de campo a pie de la carretera y a pocos metros de una solitaria playa de guijarros.

Algo más tarde, a la vez que James tomaba whisky en la sala de estar común, Sela se daba una verdadera ducha en un cómodo cuarto de baño. Desde una pequeña ventana se veía el mar. Tenía agujetas en todo el cuerpo y notaba los músculos entumecidos. Atrás quedaron el tormento y la fatiga.

—No pienso volver a montar en una bicicleta en mi vida.

Con el agua caliente recorriendo su cuerpo, el cansancio pronto dejó paso al decaimiento del ánimo. En ese nuevo estado solo una cosa ocupó su mente: ojalá ese reportaje que se traía entre manos valiese la pena. A su edad, si pretendía hacer carrera, debería tener ya algunos artículos de interés publicados. Sin embargo, por lo pronto, lo único que había conseguido era perder su coche, sufrir la noche más bochornosa que recordaba y una jornada interminable en bicicleta. Y, para colmo, la policía la buscaba. A ella.

Pues qué bien. Sela enjabonaba su cuerpo, alicaída.

Dedicó el tiempo del aclarado a pensar en Tony, su editor. No se había presentado en la redacción el domingo, tal y como este exigió. Es más, ni siquiera habían vuelto a hablar, razón por la que debía de suponer que ya no trabajaba para el *Ballater Eagle*. A diferencia de lo que creía, ese pensamiento no le procuró el más mínimo desconsuelo. Cuando terminara de escribir el artículo sobre el asunto que la Corona pretendía ocultar, tal vez dispusiera de una buena credencial para acceder a los principales medios del país… ¿Cómo que «tal vez»? Sería la bomba informativa del año. Eso es. Se la rifarían en todas las redacciones.

Espoleada por la euforia que le produjo esa idea, cerró el grifo y salió de la ducha. Con los ánimos renovados, la periodista volvió a reunirse con Allen en la salita de estar más o menos a la misma hora en que Sabo Raley, acuciado por sus pesadillas, saltaba por el precipicio en Aberdeen. Pensada como zona común, estaba amueblada con un par de conjuntos de cómodos sillones y sofá, colocado uno delante de la chimenea y el otro ante un televisor. El suelo estaba

cubierto de alfombras y las paredes de ajados anaqueles rebosantes de arriba abajo de libros de lectura y guías turísticas de la zona. Por las ventanas emplomadas de esa acogedora habitación no se veía más que oscuridad. La noche se había vuelto gris y comenzaba a chispear. Los cristales ambarinos se cubrían rápidamente de gotas de agua que, al momento, eran sustituidas por otras.

Allen estaba solo y ocupaba uno de los sillones de orejas arrimado al calor de una viva fogata de leña. Sujetaba en el aire un vaso medio lleno y mantenía los ojos cerrados, pero no estaba durmiendo.

—Tengo hambre —le dijo ella con tono seco, y él subió los párpados al instante. En sus ojos se reflejó el brillo del fuego.

—El restaurante todavía permanecerá abierto una hora más.

Se encaminaron al comedor, una estancia pequeña amueblada con cuatro mesas y una alacena. Las paredes estaban decoradas con un juego de óleos de paisajes costeros de algún pintor local. De cada uno de ellos colgaba una etiqueta con un precio. Poco después de ocupar sus asientos, la misma mujer que los había atendido en la recepción les ofreció el plato del día.

—Sela —empezó a decir James con tono apurado, tan pronto como la camarera se marchó—, quería disculparme por mi comportamiento.

—No hacen falta explicaciones…

—Sí, sí que lo hace. Mi comportamiento fue imperdonable. También debió de ser violento para ti, mostré poca sensibilidad.

La piel oscura del rostro de la periodista disimuló su rubor.

—Vale, disculpas aceptadas —respondió con brusquedad.

James no insistió más, sabía adónde conducía ese camino, ya lo había recorrido antes. A partir de ahí, comieron y bebieron en silencio. Al cabo del rato, James apoyó los cubiertos en el plato y dio un trago final a la cerveza mirando cómo Sela devoraba los últimos trozos de salmón. Resultaba evidente que su malhumor no restaba un ápice a su apetito.

—¿Quieres contarme qué te pasó con el padre de Sarah?

Ella le devolvió la mirada, pero no respondió de inmediato. Sus labios se habían convertido en una línea recta, inexpresivos. Entonces se decidió a hablar:

—Mi vida con él se convirtió en un puñetero infierno. Las drogas lo volvían loco y ya puedes figurarte lo que venía a continuación… Una noche no conseguíamos que Sarah parara de llorar y Lou se puso bastante nervioso. Cuanto más le chillaba, más berreaba ella. Al final, acabó por perder el control.

—¿Y qué pasó?

—No lo recuerdo bien. —Suspiró—. Le clavé a Lou un cuchillo de cocina. Un montón de veces. Luego me dijeron que fueron ocho. El forense dictaminó que murió en el acto con la primera cuchillada. Las

demás sobraban. Me acusaron de homicidio con ensañamiento, pero créeme, el alivio que sentí fue indescriptible. No por mí, yo era mayorcita para asumir las consecuencias de mis propias decisiones, sino por Sarah… —su voz se quebró, luego se pasó las manos por la cara y prosiguió—: Ella no se merecía un padre semejante. Entonces Rachel nos acogió en su casa y las tres empezamos una nueva vida.

—Debió de ser duro.

—Ni te lo imaginas.

—¿Tuviste problemas con la justicia?

—Hacer algo así, siempre te acarrea problemas con la justicia. Sin embargo, el jurado empatizó conmigo y me absolvió del cargo de homicidio. Legítima defensa, sentenció el juez. Pero los padres de Lou no quedaron conformes con el veredicto. Y a partir de ese momento convirtieron mi vida en un infierno judicial. Ahora quieren arrebatarme la custodia de mi pequeña.

James, muy serio, frunció el entrecejo.

—¿Pueden hacer eso?

Sela se encogió de hombros.

—¿Tienes un buen abogado?

La periodista se encogió de hombros otra vez; sin embargo, en esta ocasión acompañó el gesto con un suspiro.

—El que puedo pagar.

—Comprendo… Y ¿qué pasa con tus padres?, ¿no te están ayudando a sobrellevar esto?

—Desde que me fui de casa no he vuelto a hablar con ellos. —Soltó el aire con fuerza—. No saben que tienen una nieta.

Él cubrió con su mano la de ella, por encima del mantel.

—No te conozco de casi nada, pero me da que eres una buena madre. Estoy seguro de que saldrás adelante.

Sela apartó su mano, incómoda.

—No necesito de tu condescendencia. Puedo cuidar de mí misma. Llevo toda la vida haciéndolo. Solo es una mala racha que pasará, ya está. —Tras un silencio interminable, se esforzó por aparentar tranquilidad y cambió de tema—. Y ahora, dime qué coño hacemos en este lugar.

—Vuelve la periodista.

—Nunca se fue.

En eso regresó la dueña del establecimiento y la conversación se interrumpió. Traía dos platos de postre con sendas porciones de tarta de queso con arándanos, que deslizó a la mesa. De nuevo a solas, James echó una mirada a su alrededor y se inclinó para acercarse más a Sela. Entonces, casi en un susurro, dijo:

—El contenido de la caja, después de darle muchas vueltas, me parece que sé lo que significa.

La joven detuvo el tenedor cargado a mitad del trayecto y se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, a la espera de que continuase. De la boca del escocés salió un nombre. El nombre de un héroe local:

—William Wallace.

31.
Fugitivos de la justicia…

Alrededores de Dundee

La mirada de Sela se volvió algo suspicaz.

—¿Opinas acaso que ese muñeco roto hace referencia a William Wallace, el héroe escocés? ¿Estás seguro de eso?

—Lo más seguro que puedo.

—¿Qué no me estás contando?

—Además del muñeco, hallé otro mensaje cifrado.

La periodista, ahora sí, paró de comer la tarta y lo miró directamente a los ojos, con expresión confundida.

—Pero no había nada más. Yo vi la caja.

—Sí, lo había. Un sobre adherido al fondo.

—¿Y qué decía?

Él le recitó:

MIENTRAS EL GUERRERO VIGILA LA FRONTERA,
EL CABALLERO DESCANSA EN EL PASILLO DE SANTA MARÍA

Ella sacudió la cabeza una y otra vez. Su confusión, lejos de desaparecer, se acentuó.

—No entiendo nada.

—Si recuerdas, te comenté que Eduardo I ordenó al ejército inglés invadir Escocia a finales del siglo XIII.

—¿No fue ese quien robó la Piedra del Destino y se la llevó a Londres?

—Veo que logré atraer tu atención. Los nobles escoceses, demasiado preocupados por entonces en mantener sus tierras, se habían sometido al poder inglés. Pero Wallace se rebeló y encabezó la resistencia. Durante varios años, mantuvo en jaque al ejército inglés, convirtiéndose en un auténtico quebradero de cabeza para *Longshanks*.

Sela exhaló un suspiro.

—Conozco la historia de Wallace. Todo escocés que ha ido a la escuela la conoce.

James volvió a lanzar miradas furtivas a su alrededor, antes de continuar.

—Espera, no seas impaciente, déjame acabar. En 1304, un año después de que su ejército fuera aniquilado, Wallace fue traicionado y apresado. Se le condenó a muerte. A mitad de camino entre la venganza y el escarmiento, lo ahorcaron en público. Aún seguía con vida, cuando lo abrieron en canal para sacarle las tripas. Por último, fue decapitado y su cuerpo descuartizado en cuatro trozos. A modo de advertencia, la cabeza, clavada en una pica, se colocó en el puente de Londres. Cada uno de los otros cuatro trozos de su cuerpo mutilado fue enviado a un emplazamiento distinto de Inglaterra y Escocia.

Sela entendió al instante el paralelismo, aunque seguía dudando respecto al argumento general.

—Opinas, por tanto, que el muñeco que hallaste en la caja no está roto, sino que representa el descuartizamiento de William Wallace.

James asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Tiene que ser eso. No veo otra posibilidad. Y la pieza larga y puntiaguda que sobresale de uno de los brazos del muñeco, ¿la recuerdas? —Sela hizo un gesto asertivo—, ha de ser por fuerza una espada. En resumidas cuentas, Wallace es un héroe nacional que evoca la resistencia de Escocia a Inglaterra.

—¿Y cómo encaja en tu teoría el acertijo que acompaña al muñeco?

—Después de darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que nos está indicando un lugar. Mira. —James se retorció en su silla a fin de sacar del bolsillo del Barbour, colgado en el respaldo, un tríptico publicitario, que alargó a Sela por encima de la mesa—. Lo he cogido del mostrador de recepción.

La periodista abrió el folleto y contempló la fotografía parcial de una colosal estatua de arenisca roja en medio de un paraje de árboles y montañas. Según pudo leer, representaba a Wallace con un escudo en una mano y una espada tan larga como la propia estatua en la otra. En las siguientes dos páginas se contaba someramente la historia del monumento y se adjuntaba un plano de cómo llegar hasta él.

Sela cerró el tríptico y lo dejó de nuevo sobre el mantel.

—En Escocia debe de haber decenas de estatuas de Wallace. ¿Qué tiene esta que la haga tan especial?

—Sé que hay muchas, y las conozco todas; hice un trabajo para la Universidad de Glasgow hace unos cuantos años. Pero, entre todas, esta tiene a su favor dos cosas. La primera, su lugar de emplazamiento. Se encuentra en los territorios denominados Scottish Borders, en la frontera entre Escocia e Inglaterra. En la estatua, Wallace está vigilando armado el río Tweed. Recuerda la primera

parte del código:

MIENTRAS EL GUERRERO VIGILA LA FRONTERA

»No estoy seguro, pero creo que es un juego de palabras entre *border* y Scottish Borders.[2]

A Sela le pareció que, sin embargo, tenía sentido.

—¿Qué importancia tiene el río Tweed?

—Este río atraviesa la región de los Scottish Borders. Los invasores que vinieran desde Inglaterra debían cruzarlo.

—Y ¿cuál es la segunda razón?

—El segundo motivo por el cual estoy convencido de que se trata de este monumento es que la estatua se erigió en 1814, en pleno frenesí del nacionalismo escocés. Recuerda que tan solo unos años más tarde Walter Scott encabezó la comisión que acabaría por localizar las Joyas de la Corona de Escocia en el castillo de Edimburgo.

—Y ¿qué significa la segunda parte del código?

EL CABALLERO DESCANSA EN EL PASILLO DE SANTA MARÍA

James meneó la cabeza, con aire dubitativo.

—Es difícil decirlo, tal vez se trate de algún mensaje religioso que adorna el acertijo. Nada más. Acaso cuando estemos ante la estatua logremos descifrar esa parte. —Confiando en haber sido lo suficientemente convincente para que Sela se tragase el anzuelo, Allen recuperó el tríptico de la mesa—. ¿Ya has terminado de comer? Volvamos a la salita y sigamos allí la charla.

Abandonaron el comedor y se encaminaron a la sala de estar común. Nada más acceder a la estancia, ambos se quedaron paralizados cuando se toparon con sus rostros en el telediario, bajo un letrero que los tildaba de «fugitivos extremadamente peligrosos». Transcurridos los primeros segundos de desconcierto, James y Sela se miraron entre sí y después lanzaron miradas a su alrededor. Con ligero alivio constataron que en la sala no había nadie más.

Una locutora del canal BBC News estaba dando la noticia:

«… Busca a dos ciudadanos británicos: James Allen y Sela Azmi, para interrogarlos con relación a una cadena de espeluznantes homicidios acaecidos en los últimos días. Tres de las muertes, las de dos agentes de la Policía de Escocia que se dispararon entre sí con sus armas reglamentarias y la de un hombre que se ahorcó, según todos los indicios, con sus propias manos, ocurrieron el sábado por la noche en el cementerio de Greyfriars, en Edimburgo. Ayer, domingo, una mujer murió al caer por el balcón del segundo piso de la casa de huéspedes que regentaba en el barrio de Dean Village de la capital.

Según fuentes policiales, la última víctima ha sido el dueño del circo Raley. Su muerte se ha producido hace escasamente una hora al arrojarse por un acantilado minutos antes de que diera inicio la primera función que la compañía circense iba a representar en Aberdeen…»

—Nooo, Sabo. No puede ser —la voz de Sela sonó melancólica al tiempo que sus ojos se anegaron. Experimentó una insoportable sensación de ahogo. Le costaba respirar y no podía sostenerse en pie. Sus manos encontraron un sillón y se dejó caer en él.

James permaneció de pie, mudo e inmóvil como una estatua, con gesto preocupado y los brazos cruzados sobre el pecho, incapaz de apartar la vista del televisor.

Entretanto, la locutora seguía hablando:

«… Un aspecto oscuro y siniestro del caso es que las víctimas parecen sufrir momentos antes de morir un arrebato paranoico, cuyo origen se desconoce. El inspector Shaw, de Scotland Yard, quien dirige el operativo policial en coordinación con la Policía de Escocia, no ha querido esclarecer este extremo y se ha limitado a solicitar la colaboración ciudadana. En sus televisores pueden ver los números de teléfono que la Policía ha asignado para este caso. —Hubo una breve pausa en la que cambió el fondo y la locutora miró a otra cámara colocada a su derecha—. En otro orden de cosas, todo está a punto para el referéndum que se celebrará el jueves…»

Allen cambió de canal y silenció el televisor. En la pantalla apareció Spencer Tracy en plena transformación del doctor Jeckyll a mister Hyde. James comenzó a dar vueltas por la sala dando rienda suelta a su cabreo con todo un repertorio interminable de maldiciones y exabruptos. Cuando se desahogó fue a sentarse al lado de Sela. La joven periodista, todavía impresionada por la noticia de la muerte de Sabo Raley, seguía con los ojos clavados en la televisión, mirando sin ver.

—James —dijo, encarándose con él muy seria—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué están muriendo tantas personas?

Allen no tenía respuestas para esas preguntas ni para otras muchas que lo atormentaban. Por lo tanto, había dejado de hacérselas.

—¿Están de broma? ¿De verdad creen en serio —continuó Sela, al ver que su compañero no decía nada—, que tenemos algo que ver con esos crímenes horrendos?

Esto lo cambiaba todo. Que Cornelius Ackroyd les anunciara por teléfono que Scotland Yard pretendía hablar con ellos dos era una cosa, pero que los principales noticiarios del país los tildaran de criminales extremadamente peligrosos era otra bien distinta.

James intentó tranquilizarla. Al día siguiente, todo habría terminado para ella; sin embargo, de momento, la necesitaba centrada

para que no hiciese alguna tontería que pusiera en riesgo *su* cometido.

—Cuando podamos hablar con la policía, algo que tarde o temprano tendremos que hacer, todo se aclarará.

—He de llamar a Rachel… y a mis padres. Estarán preocupados…

James colocó la mano sobre el brazo de Sela. En esta ocasión ella no lo retiró.

—No es una buena idea. Piénsalo detenidamente. No sabemos quién nos está persiguiendo, pero no creo que sea un perturbado. No. Más bien se trata de un asesino implacable y meticuloso a quien le trae sin cuidado arrebatar las vidas que sean necesarias. Por eso considero que si llamas a tus seres queridos, podrías ponerlos en peligro.

Sela revivió la angustiosa persecución en el pasadizo del castillo de Dunnottar y notó que se ponía de nuevo a sudar. Joder, le sobraba toda la ropa.

—¿Tú crees? —preguntó, agrandándose el cuello del jersey para que entrara un poco de aire.

—No solo lo creo, estoy convencido.

La periodista mantenía su inicial reticencia.

—Tal vez debiéramos acudir a la policía. No sé si merece la pena jugarse la vida por un maldito reportaje.

—¿Y decirles qué? Si casi a nosotros mismos nos cuesta creer en lo que vimos. ¿Un individuo encorvado, con muletas y chistera? —James le acarició el brazo y cambió el tono—. Pero entendería que quisieras dejarlo y volver a casa. Yo no puedo. Mi compromiso va más allá de la suerte que corra, pero tú no tienes por qué hacerlo.

Ella se lo quedó mirando en silencio. Su temperatura corporal había recuperado la normalidad y volvía a encontrarse bien, incluso con un pelín de frío.

—Mira, haremos lo siguiente —continuó Allen—, si te parece. Vamos a descansar esta noche, que ha sido un día agotador, y mañana, cuando nos levantemos, decidimos qué hacemos. Si entonces sigues pensando que lo mejor es llamar a la policía, yo mismo te daré la moneda para el teléfono. Te lo prometo.

—¿Y si no?

—A un kilómetro de aquí pasa un bus que nos llevará a la estación de Dundee, donde tomaremos el primer tren a Waverley. Una vez en Edimburgo, haremos transbordo hasta Melrose. Desde allí hasta la estatua de William Wallace hay escasamente quince minutos en coche. En no más de cuatro horas deberíamos estar allí. Y, con un poco de suerte, todo acabará.

Sela retiró el brazo para secarse la nariz.

—Puede que tengas razón. ¿Y si nos detienen antes?

—No creo que eso suceda. Ya es tarde y todos en la casa estarán

durmiendo, o a punto de hacerlo, de manera que es poco probable que hayan visto las noticias.

—Y ¿no deberíamos llamar al menos a Ackroyd para contarle lo que está sucediendo?

James negó tajantemente.

—No. Tenemos que ser cautos y no hacer partícipe a nadie de nuestros planes. No al menos hasta que decidamos cuáles serán los próximos pasos a dar.

—Está bien.

—Vale, ahora vayamos a dormir. Te despertaré temprano y continuaremos esta conversación.

Durante todo el camino emprendido hacia las habitaciones, a James lo acompañó una voz en su interior gritándole que lo que hacía estaba mal. La ignoró deliberadamente. Ese sentimiento tenía un nombre: «cargo de conciencia», y lo sumió en un profundo agujero de tristeza.

32.
La discusión…

Ciudad nueva, Edimburgo

Las voces llegaron a oídos de Pennyworth a través de dos puertas cerradas y un largo pasillo en forma de ele. De inmediato, el mayordomo desenchufó la plancha, colocó la ropa cuidadosamente después de doblarla en el cesto de mimbre y persiguió el sonido por la casa con pasos sigilosos, casi de puntillas. Cuando se enfrentó a la última puerta, que permanecía cerrada, pegó la oreja con precaución de no hacer ruido.

«—¿Por qué tuviste que matar a esas personas? Es la comidilla en todo el país —oyó que decía su principal: lord Cornelius.

»—Ja, ja, ja. —La carcajada del otro sonó falsa y desagradable, igual que su voz, que era aguda y chillona—. Yo no lo hice. ¿No has visto las noticias? Fueron tus nuevos amiguitos. Allen y Azmi.

»—No juegues conmigo. Estas muertes tienen tu firma.

»—No te hagas el remilgado, que a mí no me engañas. Tú empezaste esta partida pagando a Thornley para que registrara el secreter de la *Vieja*.

»—No la llames así, Knox, por favor…

»—*Vieja*, *Vieja*, *Vieja*.

»—Le pagué para que cogiera una fotografía de su escritorio. Un recuerdo, nada más. Yo no le dije que robara la carta; es más, desconocía su existencia. Si hubiera sabido que aquel gesto iba a poner en marcha esta terrible cadena de acontecimientos… Jamás haría nada que pudiera perjudicarla.

»—No sé cómo puedes apreciar tanto a esa *Vieja*.

»—Ni yo cómo puedes tú aborrecerla de esa manera.

»—Te has convertido en un ser patético, ¿lo sabes?

Pennyworth dejó por un momento de oír voces, pero la discusión no parecía haber terminado. Aprovechó para cambiar de postura. La voz áspera de lord Cornelius quebró el largo silencio.

»—Confío en que el Secreto muriera con el señor Thornley.

»—No cantes victoria. Esto aún no ha terminado.

»—¿Qué es lo que pretendes, Knox?

»—Me propongo que la *Vieja* sufra el más amargo de los finales. Y haré cuanto esté en mi mano para lograrlo.

»—No consentiré que le hagas daño.

»—Despojó a tu familia de honor y apellido, y por si no fuera suficiente, arrastró ambos por el fango. A ti te trató como a un perro, ¿y aun así la defiendes?

»—Cállate. *Ella* no tuvo la culpa. Yo me busqué mi propia ruina, mi comportamiento fue inaceptable.

»—Mi comportamiento fue inaceptable. —El otro remedó a Ackroyd poniendo una voz ridícula.

»—¿Y qué pasa con el señor Allen y la señorita Azmi? ¿También piensas acabar con sus vidas?

»—Puedes estar tranquilo… de momento. Allen aún tiene que revelar el Secreto. Mientras no aparezca la copia de la carta que escondió Thornley, él es el único que lo conoce.

»—¿Y si no lo revela?

»—Lo hará, Ackroyd, lo hará. ¿Por qué crees que metí a esa zorra de Azmi en la partida? Ella me ayudará a conseguirlo.

»—Pero si el señor Allen es tan importante, ¿por qué le has echado encima a la policía dejando pruebas falsas que lo acusan?

»—Porque siendo un fugitivo cometerá errores. Y, de paso, la policía me dejará a mí en paz. De modo que escucha bien, si te llama para decirte hacia dónde se dirige, tú me lo dirás.

»—No pienso hacer tal cosa. No me arrastrarás en tu locura.

»—Te lo voy a decir una sola vez. No te interpongas en mi camino, Ackroyd.

»—¿Serás capaz de matarme a mí también?

»—No me pongas a prueba.

»—Tienes que parar, Knox. No sigas con esto. Estás al borde del abismo.

Esas palabras volvieron a provocar esa salvaje risotada.

»—Conozco bien el abismo. He estado en él. Te aseguro que es tan oscuro como alta mar de noche, y tan frío como la mirada de un asesino. —Hubo un silencio, y siguió la voz aguda—: No lo olvides, Ackroyd, o estás conmigo, o estás contra mí.

La discusión, ahora sí, tocó a su fin, y hasta Pennyworth, que no perdía palabra escuchando con la oreja detrás de la puerta, llegó el ruido de un portazo. Su gesto de preocupación era patente. Cada vez se repetían esas feas discusiones con más frecuencia. Ese tipo horrible y con lenguaje poco decoroso entraba y salía de la casa a su antojo por la puerta de servicio.

Tras cerciorarse de que su amo estaba a solas, hizo notar su presencia con la discreción de un mayordomo bien entrenado. Lo halló derrengado en su sillón preferido, con el rostro todavía agitado y la mirada perdida en un punto en el espacio. Justo en ese momento, se llevaba a la boca la copa de jerez y remataba de un sorbito ligero su contenido. Sobre la mesa quedaba una copa con algo de whisky. La lumbre de la chimenea languidecía.

—Señor, ¿va todo bien?

Acariciándose la perilla, lord Cornelius Ackroyd III lo despachó con un ademán prepotente. Pennyworth se retiró, sumiendo la estancia de nuevo en el silencio.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Hoy me he despertado con una impresión espantosa de miedo, aunque no tenga de qué temerlo al gozar de la confianza del desahuciado. ¿A qué o a quién habría de temer más que a la propia muerte? Crece mi debilidad. No ingiero alimento alguno desde que Knox, Palmer y Malcolm me metieron preso. Ya ni siento el aguijoneo del hambre en el estómago. Por mis conocimientos de medicina sé que un cuerpo humano adulto como el mío podría sobrevivir penosamente hasta dos meses sin comer. El agua es otra cosa; sin ella, apenas duraría unos cuantos días. Pero estas paredes, negras y carnosas, sudan humedad de sobra. Dejo a un lado los desvaríos de un pobre loco y me centro en el relato. Nada más me atañe:

… El año de la Tragedia no trajo cambios inminentes. El profesor Knox seguía dilapidando su fortuna recién adquirida y mis deudas, por consiguiente, aumentando, hasta el punto en que me acostumbré a la vergüenza. A misses Birkley le adeudaba ya seis meses de alquiler y, aun cuando la buena mujer no me demandaba las rentas, yo entendía que la situación no se mantendría por mucho más tiempo. Los prestamistas, a los que en mal día acudí, por el contrario, no eran tan pacientes como mi casera, y cierto día, para colmo del infortunio, al regresar de la facultad me aguardaban acechantes en un callejón solitario y me dieron una buena paliza en cobro por lo adeudado. Me robaron todo lo que llevaba encima [unas pocas monedas, el reloj, los zapatos y mi abrigo] y me obsequiaron con un rostro alterado por la hinchazón y unas cuantas costillas contusionadas. Doblado por el dolor y medio desnudo, conseguí a duras penas llegar a Tweeddale Court. Logrando que misses Birkley no me descubriera en tal estado, me encerré en mi habitación, donde pasé seguidos tres días suministrándome ingentes dosis de barbitúricos con el propósito de calmar los dolores, hasta que por fin la cara se deshinchó y los cardenales se convirtieron en manchas desvaídas.

De Gordon, el ladronzuelo, [y, en consiguiente, de su red de soplones] tuve que prescindir y no volví a encontrármelo más, ni supe qué suerte le ha cabido, ni en qué anda enredado. Decididamente, era un bribón listo y despierto este Gordon, si bien, en el tiempo que pasé en Edimburgo había visto no pocos muchachos de la calle muertos de tisis o cólera, hechos trizas por las ruedas de un carro desbocado o desangrados de una cuchillada.

Mi principal fuente de ingresos seguían siendo los cadáveres que

suministraba al profesor, que, si bien no siempre los cobraba, era mejor que nada. Cierto día me fijé en que las obras de arte que llenaban la sala de estar de mi benefactor habían desaparecido. Vertiginosamente, hilé ese hecho con la frecuente presencia del marchante en la mansión, y llegué a la inevitable conclusión de que Knox se había deshecho de ellas. Pensando que tal vez era un momento propicio, puesto que tendría dinero contante y sonante, me armé de valor y le recordé al profesor que me debía ya casi 100 libras esterlinas. «Toda una fortuna», le dije. De repente, se vio dominado por un profundo malhumor y me echó de su casa con cajas destempladas al grito de «insolente» y «desagradecido». Y si bien luego me envió una nota de disculpa, arrepintiéndose por su «imperdonable comportamiento» en tono franco, en ese trozo de papel no me fue posible dar con un solo término en lo concerniente a saldar el dinero que me adeudaba. Ese día, descubrí que Knox era un hombre que no merecía llamarse caballero. Carecía de honor y su palabra valía tan poco como el papel mojado, conque no volví a sacarle el asunto ni a llevar las cuentas de un crédito que jamás cobraría.

Debido a que ya no recibía los informes detallados y puntuales de Gordon sobre los enterramientos, yo tenía que hacer todo el trabajo sucio. Acudía al cementerio con la pala, y escondiéndome del vigilante, al que igualmente dejé de sobornar, leía a la luz de una vela las lápidas buscando las fechas recientes de defunción.

El duro invierno pasó y llegó la primavera a Edimburgo. Los días se alargaron, la temperatura se templó un tanto y las lluvias caían con más frecuencia, llenando los árboles de follaje naciente y los campos del gorjeo de los pájaros. Dije anteriormente que ya había trabado conocimiento con Archibald Palmer, antes de verlo ese viernes de diciembre en casa del profesor Knox. A decir verdad, era un personaje de creciente popularidad en toda Escocia, y Edimburgo tampoco escapaba del influjo seductor de este nacionalista escocés.

Seguidores de la Asociación Nacional para la Reivindicación de los Derechos de Escocia [fundada años atrás por el propio Palmer y otras personalidades escocesas, como el mismísimo sir Walter Scott] repartían asiduamente en la facultad pasquines políticos con proclamas independentistas. Como ya he contado en alguna ocasión, a mí la política nunca me había interesado gran cosa, aunque cierto día del mes de marzo, me resolví a asistir a un mitin multitudinario que se celebró en los jardines de Princes Street, al lado de la recién inaugurada Fuente Ross y con la visión del imponente castillo a nuestras espaldas, esa fortaleza convertida en un símbolo de las guerras entre escoceses e ingleses. Cuando alzabas la barbilla para mirarlo desde tan abajo, literalmente, asemejaba un castillo construido en el aire. Un escenario escogido con todo detalle.

Archibald Palmer era un abogado muy en boga. En ese momento de su carrera rondaría los sesenta [año arriba, año abajo], era de talla mediana

y con el rostro arrugado de un bulldog inglés. Con todo, era un sujeto de aspecto respetable, aunque con un cierto aire extravagante en el vestir que lo hacía más cercano al pueblo llano. A diferencia de Knox [al que ahora que lo conocía bien yo consideraba un hombre mediocre], había sido bendecido con uno de los intelectos mejor dotados de toda Escocia. Por una concatenación de infortunios, su familia quedó sin un céntimo en el bolsillo y desahuciada. Durante un tiempo, sus padres vivieron de la caridad y él en un hospicio, lugar donde, según él mismo me confiaría más adelante en conversación privada, sufrió no pocas felonías, aunque le enseñó a ver de qué madera estaba hecho. Al poco de morir su padre de influenza, allá por el año 18..., su madre volvió a desposarse; si bien, en esa segunda ocasión, lo hizo con un rico hacendado perteneciente a una ilustre familia de Edimburgo. Palmer conoció en aquel momento la otra cara de la moneda. Estudió Derecho y no tardó en convertirse en un excelente jurisconsulto. A la muerte de su padrastro, sin otros herederos legítimos, entró en posesión de la totalidad de un fideicomiso formado por una considerable suma en efectivo y diversas propiedades repartidas por todo el país. Para concluir este breve retrato, diré que Palmer, frente a un púlpito, hablaba con el fervor y la determinación de los que son capaces de mover masas empleando exclusivamente las palabras.

—¿Dónde está la reina? —gritó a grandes voces—. Desde la muerte del príncipe Alberto no se la ha vuelto a ver en público. Y yo me pregunto: ¿es eso cumplir con sus obligaciones?

La muchedumbre que se agolpaba rodeando la fuente, mayoritariamente procedente de la ciudad vieja, si bien asimismo se veía algún que otro caballero, púsose a vociferar al unísono: «Nooooo».

—Dicen que la soberana ha caído en una depresión y vive recluida entre sus propiedades de Windsor y Balmoral —continuó Palmer con el dedo índice de la mano derecha extendido y en movimiento—, reduciendo al máximo sus apariciones públicas. Y yo me pregunto: ¿también ha dejado de recibir la asignación anual del Gobierno a fin de mantenerla a ella y a su numerosa prole?Asimismo afirman que su injustificada ausencia ha dado pie al nacimiento de grupos republicanos y a que se avive la llama del independentismo escocés. Y yo digo que eso es un embuste. Que la llama del nacionalismo escocés siempre ha estado muy viva.

«Síííí», gritaba el gentío, cada vez más enfervorecido.

Palmer aplacó a la muchedumbre y en el lugar se impuso el silencio, a fin de que el orador pudiese continuar.

—¿Qué han hecho la reina y el Gobierno de Londres con el fin de paliar la hambruna de esta tierra?

«Nadaaa».

—¿Y lo vamos a consentir?

«Nooooo», respondieron todos a una.

Palmer repitió otra vez la pregunta.

—¿Lo vamos a consentir?

«Nooooo».

—La enfermedad de la patata ha llevado a la miseria y a la desnutrición a gran parte de la población de las Highlands, que se ha visto obligada a emigrar en masa a Canadá. La falta de respuesta del Gobierno de Londres y de la monarca, recluida en sus palacios, es indignante. Si los que murieran tirados en las cunetas fuesen ingleses, sería un escándalo, mas como son escoceses, no incomoda.

«Nooooo».

—El Acta de la Unión es una infamia y desde este púlpito reivindico el derecho de Escocia a decidir su propio futuro y exijo la ruptura con Inglaterra.

Los asistentes estallaron en gritos de júbilo al tiempo que Palmer, desde el púlpito, se llevaba repetidamente la mano al corazón.

El mitin acabó con una ristra interminable de «Dios salve Escocia», y sin que la policía tuviese que intervenir en ningún altercado de orden público. No podría negar que el discurso que pronunció, bien armado, me impactó profundamente.

—Mister Palmer —le dije, acercándome a saludarlo.

El señor Palmer giró sobre los talones y me dedicó una mirada ceñuda.

—¿Os conozco, caballero?

—No, señor, si bien he quedado harto impresionado con vuestras palabras, y me gustaría colaborar —contesté, con franca y espontánea sinceridad.

El bueno de Palmer esbozó una abundante sonrisa y me dio una recia palmada en la espalda.

—Así me gusta. Jóvenes resueltos en mis filas.

De esa manera tan natural, casi sin pensarlo, me enrolé en la Asociación Nacional para la Reivindicación de los Derechos de Escocia. Desde ese día, me convertí en un miembro activo. Ayudaba a repartir pasquines, movilizaba a los ciudadanos, soltaba soflamas en las tabernas y en la facultad… Knox, sin embargo, por alguna circunstancia que no alcanzaba a entender, se mostraba reacio ante mi repentino fervor patrio.

—Tienes que centrarte en los estudios. Cuando seas doctor, a tus pacientes no les gustará que andes metido en política, créeme, te lo digo por experiencia —me decía, cada vez que yo le hablaba de mis actividades con Palmer. Acaso esas palabras eran dichas con franqueza y me aconsejaba esto en mi propio provecho, aunque lo dudo. Llegué a conocer harto bien a Knox y siempre obraba con miras interesadas. ¿Mi intuición? Le he dado no pocas vueltas a ese comportamiento y llegué a pensar que, de hecho, no deseaba que me aproximase demasiado a Palmer. ¿Celos a perder mi colaboración? Tengo para mí que no, que había algo más, y que ese algo más *estaba relacionado con el secreto que guardaba junto con Palmer y lord Malcolm.*

Relato esto puesto que, más adelante, este comportamiento tendría una influencia determinante en la decisión que tomó Knox de invitarme a que fuese con él a Balmoral, pero no anticipemos acontecimientos.

Fue en el primer miércoles del mes de abril, cuando me enteré de la noticia escandalosa del asesinato de lord Malcolm. La escena dramática que se sucedió fue de la siguiente manera: subí yo al saloncito desde la sala de disección de la mansión del 16 de George Street, a comunicar al profesor que había terminado mis faenas del día. Como ya he dicho, la sala de estar disponía de dos puertas, una oculta detrás de una librería que llevaba al gabinete particular del doctor, por donde yo accedía desde el sótano, y otra que daba al pasillo y al recibidor de la residencia, que era la entrada principal.

Pues bien, yo encontré la estantería entreabierta y me asomé antes de acceder. Estaba Knox arrellanado plácidamente en su sillón predilecto con un periódico entre las manos al calor del fuego, cuando momentos después de oírse la campanilla de la entrada principal, seguida de un confuso murmullo de voces, la otra puerta se abrió de golpe e irrumpió mister Palmer encolerizado, seguido a un paso por el mayordomo. El profesor levantó la vista del periódico y, acto seguido, lo dobló y lo depositó sobre un velador.

«Robert Knox: Está bien, Pennyworth, yo me haré cargo. Ah, y acércate un momento a comprarme una libra de tabaco para la pipa.

[Yo me frené en seco y me eché a un lado, con la espalda pegada contra la pared. Ese día no fue necesario agudizar demasiado el oído, porque Palmer y Knox hablaban en tono tan alto que me resultaba sencillo seguir el coloquio. El recién llegado abordó la cuestión de su visita sin adornos ni florituras, y haciendo aspavientos de desesperación].

»Archibald Palmer: En el nombre del cielo, han asesinado a lord Malcolm.

»R.K.: Vamos, vamos, amigo mío, serenaos. Tomad asiento mientras os pongo un whisky con soda.

[El tresillo crujió bajo el peso del recién llegado, que dejó a un lado los guantes, el gorro y el bastón. Al cabo de un rato de fumar y beber, el afligido abogado pareció contener su indignación, y más tranquilo el color rosado volvió a sus mejillas].

»R.K.: Y ahora, contadme con calma todo lo que ha sucedido, sin olvidar detalle.

[Palmer apartó el puro de su boca para hablar. No me dio la sensación de que estuviera destrozado por la tragedia. Más bien parecía asustado, aunque mostraba el semblante alterado por un molesto ataque de gota —según señaló—, y resultaba difícil interpretar su expresión].

»A.P.: Como sabéis, el malogrado lord Malcolm estaba diseñando la casita de campo que misses Palmer y yo nos estamos construyendo en Saint Andrews. Hasta tal punto nos conocíamos él y yo, que me preciaba en

llamarme su amigo. Esta mañana me he dirigido a su estudio de arquitectura a fin de comentar los últimos planos y me he dado de bruces con la noticia. Ayer lo asesinaron. Por lo visto, fue al teatro y en el camino de vuelta a casa, poco después de la puesta de sol, dos maleantes lo asaltaron, le robaron la cartera y el reloj, y lo acuchillaron…

[Si al profesor le afectó el trágico relato de la muerte de su socio de fechoría, no lo demostró. Siguió repantigado, con las piernas cruzadas y los brazos apoyados en el sillón y, cuando habló, lo hizo con vana emoción].

»R.K.: Qué pena, un hombre de sus capacidades.

[De repente, ocurrió algo extraordinario. Palmer ladeó la cabeza, se echó hacia delante en su asiento y quedose mirando a Knox con aire de franco desafío].

»A.P.: No denotáis mucha preocupación, Knox. Os veo demasiado sereno.

[El aludido se lo tomó como si nada. Le dio un sorbo al oporto y le respondió atisbándose un dejo resentido].

»R.K.: Reza el dicho que "No hay mal que por bien no venga". La muerte de lord Malcolm, aunque desgraciada, es un regalo caído del cielo. Recordad, Palmer, que en nuestro último encuentro, una vez puesto a salvo el Secreto, lord Malcolm nos mostró su arrepentimiento y nos amenazó con acudir a la reina y desvelar la conspiración.

»A.P.: ¿Sabéis, Knox?, lord Malcolm me habló del pequeño… enfrentamiento que tuvisteis vos y él el verano pasado.

[El profesor le restó importancia al asunto, agitando la mano].

»R.K.: Fue una fruslería. Un cambio de pareceres, sin más.

[El abogado lanzole una mirada severa a Knox].

»A.P.: Sin embargo, lord Malcolm no lo vio así. Me llegó a comentar que vos lo chantajeasteis con arruinar su carrera.

El profesor habló con ardor, brincando en su sillón.

»R.K.: ¡De ningún modo! ¡Qué cosa más absurda! —Y tras dejar caer la cabeza sobre su cómodo tresillo, profirió un suspiro. Más sereno añadió a continuación—: Esa, Palmer, es una acusación más propia de un hombre de baja estofa que de un caballero. No me gusta hablar mal de los muertos, pero no tenía por lo primero a lord Malcolm.

»A.P.: No lo era, os lo aseguro. Sin embargo, ¿no le hicisteis la observación de que si no le hablaba de vos al príncipe, con el fin de convertiros en el doctor de la familia real en sus visitas a Escocia, tal vez sus majestades recibirían una carta explicando a qué tipo de hombre le habían encomendado las reformas de su mansión en Balmoral?

»R.K.: No, no es cierto, Palmer, está claro que lord Malcolm malinterpretó mis palabras. Es una cuestión de apreciación. Únicamente le hice saber que si él hacía algo por mí, yo le debería un favor. Do ut des*, según decían los clásicos.*

[Fue de esa manera, por tanto, cómo Knox obtuvo la gracia real, y no a

través de una de las damas de compañía de la monarca, como a mí me hizo creer. En ese instante, me pareció que el profesor se mostraba algo impaciente. Tal vez saqué esa impresión de la manera en que mordisqueaba la boca de su pipa. El visitante, exhalando un resoplido, había vuelto al cobijo de su sillón, e igualmente noté que algo le rondaba por la cabeza, y cuando volvió a hablar me confirmó que yo estaba en lo cierto].

»A.P.: Knox, no os lo toméis a mal, mas debo plantearos una cuestión espinosa: ¿habéis tenido algo que ver con la muerte de lord Malcolm?

»R.K.: No estaréis hablando en serio. A fe mía que nada he tenido que ver con eso. La mera insinuación me ofende. Y no hace falta que os recuerde que, en el futuro, seáis más prudente con lo que afirmáis. Si alguien oyera de vuestra boca esa estrambótica teoría, podría colocarme en una situación controvertida.

[Desde mi posición sentía el ambiente gélido que tamañas insinuaciones vertidas habían propiciado. Por la cara alargada que sostenía Archibald Palmer, albergaba mis dudas de que hubiese creído en la sinceridad de Knox. Yo, por mi parte, no lo hice, aun cuando reconozco que me sorprendió la vehemencia con que se defendió].

»A.P.: Me agrada que así sea, de otra manera el Secreto podría verse comprometido.

[Por primera vez, observé un cambio en el rictus sereno del profesor].

»R.K.: ¿A qué os referís?

»A.P.: Conocía bien a lord Malcolm y era un erudito en el tema de las pirámides de Egipto. ¿Estabais al corriente de que su inspiración fue Imhotep, arquitecto de los faraones que vivió por el 2750 a. C.?

»R.K.: No os sigo.

»A.P.: Lo haréis, Knox, lo haréis; solo os pido un tanto de paciencia. Determinadas insinuaciones de él me llevaron a concluir que había colocado alguna trampa en el lugar donde se oculta el Secreto.

[El rostro del doctor Knox se arrugó aún más. Era la primera vez que lo veía inquieto en toda la velada].

»R.K.: ¿Una trampa? ¿Qué clase de trampa? ¿Con qué propósito?

»A.P.: Desconozco de qué trampa se trata. En lo tocante al propósito, resulta palpable: lord Malcolm no se fiaba de nosotros…

[Dijo «nosotros», si bien los ojos de Palmer gritaban «de vos, Knox»].

»R.K.: ¿Y no tenéis idea alguna?

»A.P.: Trataba de averiguarlo, cuando alguien *truncó su vida. Pero cierto día, en una sobremesa, me contó que el arquitecto que construyó la pirámide de Giza inventó un ingenioso sistema en virtud del cual el corredor que llevaba a la Cámara del Rey quedó sellado automáticamente con seis bloques de piedra, así que los trabajadores hubieron abandonado la pirámide. Como verá, Knox, yo encuentro una gran similitud.*

Con esas palabras todavía flotando en el ambiente, acabó la tensa reunión. El trío de conspiradores se había convertido en un dueto. Esa conversación ha acudido a mi cabeza estos días con la fuerza del cauce de un río procedente del deshielo. En los meses venideros, cuando Palmer asimismo había fallecido, el profesor y yo hablamos en varias ocasiones sobre el asunto, aunque no alcanzamos ninguna conclusión, incluso llegamos a pensar que no había sido más que un farol lanzado al azar por Palmer, con el fin de torturar a Knox. Lamentablemente, yo experimentaría en mis propias carnes la verdad aterradora que escondían esas palabras. Pero todo a su debido tiempo…

Fin de la sexta parte

33.
Una nota de disculpa…

Dos días para el referéndum de independencia
Martes, 15 de octubre
Alrededores de Dundee

SELA salió del sueño bastante despacio, como si de un domingo se tratase. Nada más hacerlo, se notó restablecida. Al final, el agotamiento pudo con el torbellino de pensamientos que amenazaban con hacerle explotar la cabeza y había dormido largo y tendido.

De la cama fue al baño y se dio una larguísima ducha para terminar de despertarse. Con el pelo mojado y envuelta en el suave algodón del albornoz del hotel, volvió a subirse al colchón, donde, sentada al estilo indio, dedicó un rato a completar las notas para su reportaje con todo lo que ella y James habían conversado durante la cena acerca de Willian Wallace y la estatua vigilante frente al río Tweed.

Cuando hubo terminado, cruzó la habitación, recogió la cortina y abrió de par en par la ventana, que daba a la carretera, a una pradera de hierba y al mar. De inmediato, la tibia luz de octubre penetró a raudales en la habitación. Sela asomó medio cuerpo por fuera de la ventana y apoyó los antebrazos en el alféizar, sintiendo el aire frío en la cara. En la misma posición se quedó hipnotizada contemplando los últimos jirones de niebla. La brisa le acercaba el reconfortante olor a mar. El rocío de la noche seguía cubriendo la hierba, que pronto, una vez el sol hubiese subido un poco más, cambiaría el color grisáceo que exhibía por uno verde y brillante. El mar del Norte estaba inocentemente calmo y sereno. Después de pasear la mirada por el horizonte, bajó la vista a la entrada de la casita de huéspedes. A la luz del día, seguía resultando igual de acogedora y bien cuidada. Estaba tan cansada que la víspera no se percató de los tiestos rebosantes de flores que decoraban el caminito de acceso y de las espesas enredaderas que caían sobre la tapia…

Algo había captado su atención y Sela frunció el entrecejo. Al

principio no supo qué era, pero, de pronto, cayó en la cuenta: no había más que una bicicleta.

En eso recordó que James, al despedirse tras la cena, le comentó que la despertaría al alba. La arruga en su frente se acentuó aún más cuando, como un resorte, se le amontonaron en la cabeza todos los acontecimientos de la noche anterior.

Las noticias.

Sus rostros.

Eran fugitivos. Y no unos cualesquiera, sino «extremadamente peligrosos».

Acuciada por una sensación turbadora de que algo no marchaba bien, se apresuró a vestirse y salió al pasillo. Terminando de ajustarse el jersey, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de James.

Nadie contestó y su corazón comenzó a palpitar deprisa.

Bajó casi corriendo los escalones, pasó como una exhalación por el vestíbulo y salió a la calle. Comprobó otra vez que tan solo había una bicicleta, la suya, y encima tenía las dos ruedas pinchadas. Dando vueltas sobre sí misma, sus ojos buscaron por los alrededores. Todo estaba desierto. Ni rastro de Allen.

—¡James! —lo llamó, haciendo bocina con las manos.

Silencio.

—¡Allen!

En ese momento, la dueña la llamó por una de las ventanas del piso de arriba.

—¿Ocurre algo, joven?

Sela alzó la barbilla y la vio asomada, desempolvando una alfombra pequeña con un sacudidor.

—¿Ha visto esta mañana a mi acompañante?

—Pagó la cuenta y se fue… hará cosa de una hora. Me dejó una nota para usted. Aguarde, se la bajo.

La espera comenzaba a hacérsele eterna, cuando la casera apareció enmarcada en el dintel de piedra de la puerta, exhibiendo un ligero tono de preocupación, y le entregó un trozo de papel doblado por la mitad, que se sacó del bolsillo del mandil.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, gracias.

Sela se alejó con la nota en la mano, cruzó la carretera casi sin mirar y se detuvo en la pradera. Volvió un momento la cara: la casera había desaparecido. Desdobló impaciente el trozo de papel y leyó en él un lacónico «Lo siento». Cuando comprendió que Allen se la había jugado a base de bien, se vio invadida por una irrefrenable oleada de furia. Entonces hizo una bola con la nota y la arrojó lo más lejos que pudo con un gruñido.

—¡Maldito seas, James!

En ese momento, un coche de la policía asomó por el cambio de rasante que hacía la carretera al final de la larga recta, robándole la atención. Detrás se dejó ver otro. Y un tercero. Iban directos hacia ella. A todo meter y con las sirenas encendidas.

Cargada de impotencia, descubrió que dejarla tirada en ese lugar no había sido lo peor que Allen podía haberle hecho.

34.
Un pacto con el diablo…

Comisaría de Dundee

Sela no sabía si estaba enfadada o asustada. Probablemente, un poco de ambas. Tras su detención, se encontraba en una habitación entre aséptica y cutre, esposada a una mesa de metal. Su respiración se condensaba en nubecillas y, pese a que llevaba la cremallera del anorak subida hasta el cuello, tenía frío. En realidad, no era la primera vez que pasaba por una experiencia similar. En una ocasión en que viajaba con el padre de Sarah en el Escarabajo, la policía de carreteras encontró una bolsa con anfetaminas en la guantera, cuya existencia ella desconocía, y los detuvieron a ambos. Pero en esa época ella era otra persona, y desde luego no era madre. La mera idea de que Sarah pudiera acabar en Asuntos Sociales le volvía loca.

Transcurrida una eternidad de soledad y silencio, se oyó el ruido de una cerradura y la puerta se abrió. Por ella apareció un hombre alto, rubio y bien parecido con una carpeta encajada bajo el brazo. Ella dejó inmediatamente de restregarse las palmas de las manos contra los pantalones. Aunque el recién llegado tenía buena percha, el chaleco —una prenda en desuso— y la ausencia de corbata le concedían un aire descuidado que lo hacía más atractivo aún. Pese a que se resistió con todas sus fuerzas, a Sela le gustó al instante ese individuo que traía una sonrisa cálida y franca. Por si no fuera suficiente, sus gestos eran amables y condescendientes, justo lo que ella precisaba en esos momentos para no acabar de venirse abajo.

—Supongo que esto no será necesario.

Sin alterarse, el hombre le retiró las esposas, agarró una silla que había al otro lado de la mesa y, tras despojarse de la americana, a pesar del frío imperante, acomodó el cuerpo. Al hacerlo, depositó enfrente de él la carpeta y la abrió. Mantuvo el silencio mientras examinaba su contenido. Sela había visto suficientes series en Netflix como para reconocer de inmediato una actuación, una estrategia con

el único propósito de ponerla nerviosa.

Pues funcionaba. Vaya si funcionaba.

Al cabo del tiempo, el tipo apuesto separó la vista de la carpeta y, con buenos modales, le dirigió de nuevo la palabra:

—Buenos días, señorita Azmi. Soy el inspector Shaw, de Scotland Yard.

Ella se limitó a hacer un gesto vago con la cabeza. No pretendía que se le notara en el habla el nerviosismo que sentía.

—No le descubro nada si le digo que está metida en un buen lío.

No era una pregunta y Sela pensó que no merecía ningún comentario. Bajo la mesa, una de sus piernas no dejaba de saltar en un tic nervioso.

—Usted y James Allen deben responder de seis homicidios.

El rostro de la periodista compuso un semblante de sorpresa.

—La televisión habló de cinco —dijo.

—Bueno, no siempre revelamos toda la información a los medios. Nos gusta guardarnos alguna baza.

—¿Y quién es la sexta víctima?

—Las preguntas las hago yo, señorita Azmi —la atajó Shaw, educadamente pero con firmeza.

—Tengo derechos y mi periódico les va a demandar.

Esas palabras le arrancaron a Shaw una sonrisa, al tiempo que movía la mano en un ademán desdeñoso.

—Puede ahorrarse esa monserga, como también la de la discriminación racial, que supongo viene a continuación. Mire —se puso serio—, las acusaciones que pesan contra usted son muy graves. Podrían acarrearle hasta treinta años de prisión.

La confianza de Sela estaba a punto de quebrarse, pero no iba a rendirse sin luchar.

—¿Qué quieren de mí?

Shaw se echó atrás en la silla esbozando una sonrisa.

—¡Espléndido! Eso está mejor.

El inspector extrajo de la carpeta una serie de ampliaciones que contenían imágenes de enorme crudeza de personas fallecidas. Las fue colocando en orden delante de Sela, quien las contempló con cierta indiferencia. Shaw observó su reacción.

—¿Conoce a alguna de estas personas?

Su respuesta fue categórica.

—No las había visto nunca.

A Shaw le dio la sensación de que sus ojos se mantuvieron más de la cuenta sobre la imagen de Kendrick, y, si bien lo dejó correr, almacenó ese detalle en algún lugar de su cerebro. Seguidamente, sumó otra fotografía a la colección, esta correspondiente al pasaporte de Sabo Raley, en vista de que su cuerpo seguía desaparecido. Al

instante, apreció en los ojos de la detenida un brillo de amargura tan fugaz como evidente.

—Y a este hombre, ¿lo reconoce?

Sela evitó la mirada intensa de Shaw, a la vez que negaba con la cabeza.

—Miente usted fatal, señorita Azmi. ¿Puede mirarlas otra vez?

Ella lo hizo, y volvió a responder cautelosamente que no conocía de nada a toda esa gente.

—¿Está usted segura? Mire que se me está agotando la paciencia —insistió Shaw por tercera vez.

Ella negó de nuevo; sin embargo, en esta ocasión, la respuesta fue más tímida.

Shaw repitió el gesto y extrajo otra instantánea de la carpeta, que colocó encima de las demás. Estaba granulada y tomada con un *zoom* digital, y, a pesar de haber una ventana de por medio, se apreciaban en primer plano dos rostros con cierta nitidez. No se trataba de la cruenta visión de un cadáver, sino de una escena cotidiana: dos individuos sentados a la mesa de un pub.

—Ah, este es un extremo que esperaba que usted me ayudara a resolver. Los señores Kendrick y Thornley, los dos primeros fallecidos, se conocían. Al parecer se vieron en un pub de Edimburgo llamado Toolboth Tavern el martes pasado.

—No sé cómo tengo que decírselo, inspector…

—Shaw.

—Vale. No conozco a ninguna de estas personas. ¿Va a ser todo así? —dijo, apartando la foto y volviendo al respaldo de su asiento—. Me temo que esto va a ser muuuuy largo.

Hubo un silencio.

—Es curioso —susurró Shaw.

—¿El qué?

Como si fuera un pozo sin fondo, el inspector sacó una última fotografía de la carpeta y se la tendió a Sela; debido a que la joven no hizo ademán de cogerla, la depositó con las demás. La periodista bajó los ojos para mirarla, lanzando un suspiro de hartazgo. Sus hombros se hundieron de inmediato. Estaba tomada de lejos, pero reconoció sin dificultad el lugar: el pub Pale Horse de Ballater, y a las tres personas que bebían en una mesa pegada a la ventana: ella, Kendrick y Tay.

«¡No jodas, Sela!».

Pasado el efecto sorpresa, el inspector puso el dedo sobre la foto.

—Yo diría que esta de aquí es usted y este Kendrick. Ya le he dicho que miente usted muy mal.

Sela recordó aquello de la mejor defensa y, para ocultar sus emociones, lanzó un contraataque.

—¿Me espiaban? Tengo derechos constitucionales…

—¡Chist! —Shaw la mandó callar llevándose el dedo a la boca—. ¿En qué hemos quedado, señorita Azmi?

—Lo siento.

—Ah, muy bien. —Regresó la sonrisa al rostro del inspector—. No, no era a usted a quien vigilaban, sino a Kendrick, que es un reconocido independentista escocés involucrado en asuntos…, digamos que un poco turbios. Pero no es eso lo que me interesa, sino saber qué hacía usted con él.

Sela apartó la mirada y la puso en una fisura serpenteante que había en el yeso de la pared. La intuición de Shaw le indicaba que estaba decidiéndose y optó por apretarla un poco.

—¿Señorita Azmi?

Ella volvió la mirada a la foto y soltó el aire con fuerza.

—Está bien. A veces, coincido con él y con Tay, su cuñado, en el Pale Horse. Tay y yo somos viejos amigos. ¿Hay algún delito en eso?

—Desde luego que no. Tomar pintas con amigos es una de las cosas más saludables que puede hacerse en este país. Y de momento es legal, aunque mentir a la policía, no lo es.

—Yo. No. Era. Amiga. De. Kendrick.

—Eso lo ha dejado claro. —Shaw recogió las fotografías, las cuadró contra la mesa y las devolvió a la carpeta.

—¿Ya está? ¿Puedo irme?

—No, señorita Azmi, no está y no puede irse. ¿De qué hablaban usted y el señor Kendrick?

Ella gimió con fastidio.

—Ya le he dicho que lo habré visto un par de veces. Y sí, hablábamos de política, pero nunca me pareció un tipo problemático. Quizá un bravucón y un poco bocazas, nada más. Tengo una hija, ¿sabe? Evito esa clase de personas.

Shaw esbozó una sonrisa de triunfador mientras clavaba en ella sus penetrantes ojos azules.

—¿Podría explicarme, entonces, por qué en el registro de llamadas de Kendrick consta una efectuada a su número el martes (la noche en que murió), y un mensaje de voz de usted el jueves a las 13:33?

Las esperanzas de Sela terminaron de desinflarse.

—Y ahora, señorita Azmi, ¿va a ser franca conmigo de una vez por todas? —dijo Shaw serio, inclinándose hacia la detenida.

—Vale, Kendrick me llamó el martes por la noche, pero todo lo que le he dicho es cierto. Estuve a punto de no cogerle, no reconocía el número y era tarde. Pero ya sabe, los periodistas vivimos con la esperanza de recibir la llamada que cambiará nuestras vidas.

—¿Ve? No es tan difícil. ¿Y qué quería?

—Me dijo que disponía de una información importante que afectaría al referéndum de pasado mañana.

—¿Y usted lo creyó?

Sela se encogió de hombros.

—No tenía nada que perder. De modo que le dije que el jueves bajaría a Edimburgo y, si lo deseaba, podíamos vernos. Quedamos en la fuente Ross, pero no se presentó. Entonces lo llamé y le dejé un mensaje de voz.

—¿Qué hizo después? —quiso saber Shaw.

—Nada. Terminé mis gestiones y regresé a Ballater. No le di mucha importancia. Que un informante se eche atrás es el pan nuestro de cada día de un periodista.

El inspector pareció satisfecho con la explicación y decidió avanzar en el interrogatorio, con otro asunto.

—¿De qué conoce al señor Allen?

Sela le contó el cómo, dónde y cuándo.

—¿Quién le proporcionó el soplo? —preguntó Shaw.

—¡Eh, oiga! —La periodista se echó hacia delante en su silla y apuntó al inspector con un dedo—, no vaya por ahí. No pienso revelarle mi fuente.

—Mire, Sela, ¿me permite llamarla así?, al otro lado de ese espejo está mi colega, el sargento Hardy. Él no es tan paciente como yo, y está como loco por echarle el guante al asesino de sus dos compañeros. De modo que es muy probable que en estos momentos esté llamando a Asuntos Sociales para que se hagan cargo de su hija Sarah. Se llama así, ¿no?

—No metan a mi hija en esto —bramó, mirando al espejo unidireccional.

—Tranquilícese, Sela, no es nuestra intención hacerlo, pero necesito que confíe en mí.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque no tiene otra alternativa. Está al borde de un precipicio y mi brazo es lo único a lo que puede agarrarse.

El inspector percibió su mal disimulado escepticismo.

—Sela, para poder ayudarla, necesito que me lo cuente todo.

La periodista se calmó. ¿Sería esto la vieja técnica de poli bueno, poli malo? Posiblemente. Decidió que lo mejor iba a ser colaborar, aunque iría con cautela.

—No sé quién me llamó. Lo juro por Dios. No me lo dijo.

—Está bien. La creo. ¿No relacionó esa llamada con la que le hizo Kendrick?

—En aquel instante, no; sin embargo, ya estaba al tanto del rumor de que algo se estaba cocinando.

Shaw no deseaba volver sobre eso. Acercó un poco la silla.

—¿Qué buscaban usted y el señor Allen en el castillo de Dunnottar?

—Ya me gustaría a mí saberlo.

El inspector se quedó mirando a la detenida, escrutándola. Se convenció al instante de que no lo estaba engañando. No al menos en todo.

—Aunque opine lo contrario —continuó Sela—, Allen no acaba de confiar en mí, tal vez porque sabe que estoy escribiendo un artículo y tenemos intereses contrapuestos. Lo único que puedo decirle es que se trata de algo que relaciona a la Corona con el referéndum del jueves. —A continuación, ella le hizo un breve resumen de lo que hicieron en el castillo de Dunnottar. También le puso al día de todo lo tocante al viejo deforme que los acechaba. En ese punto de la conversación, el inspector frunció tanto el ceño que parecía que tuviese una sola ceja.

—¿Pudo verle la cara?

Ella movió la cabeza de arriba abajo. Despacio. El recuerdo le provocó un temblor en el cuerpo.

—Pasó todo muy deprisa. No encuentro la manera de describírselo. Su vestimenta era… En cualquier otra circunstancia, me hubiera echado a reír, pero había algo en él… que infundía todo lo contrario. Era igual que un hombre decimonónico… y artificial a un tiempo. No sé. Llevaba muletas, una especie de gabán negro y un sombrero de copa…

A Shaw le asaltó el recuerdo del tullido con el que se toparon él y Hardy en el circo Raley, minutos antes de que Sabo Raley se precipitara por el barranco. También ellos lanzaron entonces una carcajada. Ese detalle lo sobrecogió, si bien se mantuvo impertérrito para no dejar entrever sus emociones.

—Explíquese.

—De niña mis padres me llevaron en una ocasión al Museo Madame Tussauds, en Londres. Aquellas figuras me infundieron tal miedo, que nunca he vuelto a poner un pie en un museo de cera, ni siquiera de adulta. El aspecto de ese tipo me trajo ese recuerdo a la cabeza.

—Por tanto, usted cree que el señor Allen no ha tenido nada que ver con las muertes.

La periodista se puso a recordar lo agitado que estaba James al subirse al Escarabajo en el cementerio el sábado por la noche…

—Sela.

La joven despertó de su ensimismamiento, y se mostró vacilante.

—Si les sirve mi opinión, no lo creo, pero tendrán que preguntárselo a él.

—Nos encantaría hacerlo; sin embargo, se muestra demasiado esquivo. Y eso nos lleva a la siguiente cuestión, necesitamos que nos conduzca hasta él.

—¿Me está sugiriendo que traicione a James Allen? ¿Qué le hace pensar que haría algo así?

Shaw se encogió de hombros.

—*No* es una sugerencia.

Sela se arrellanó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho. No iba a dejarse amedrentar.

—No sé dónde está.

—Ah, esto sí que es interesante.

—¿El qué?

—Esa lealtad por alguien que la dejó tirada como una colilla y previno a la policía acerca de dónde poder localizarla. —Shaw volvió la cara hacia el falso espejo—. Sargento, por favor, haga esa llamada a Asuntos Sociales…

—Está bien.

La periodista quedó callada unos largos segundos, hasta que resopló.

—¿Qué quieren que haga?

—Es bastante sencillo. La dejaremos ir para que se reúna con el señor Allen. A partir de ahí, debe agenciárselas para que no vuelva a darle esquinazo. Solo eso. El resto correrá de nuestra cuenta. Pero Sela, es vital que se mantenga cerca de él.

—¿Y cómo nos encontrarán?

—No se preocupe por eso. Sabemos hacer nuestro trabajo.

—Me pide que firme un pacto con el diablo.

—Curiosa forma de verlo.

—Podría tratar de convencerlo para que se entregue…

El inspector Shaw dijo:

—No se equivoque, señorita Azmi. Cualquier persona en el lugar del señor Allen ya se hubiera rendido; no obstante, él es un hombre con la abnegación de un desesperado al que le han encomendado un desafío imposible. No lo arriesgará por nada del mundo. Ni siquiera por usted. No, no hay otra forma de hacerlo. Debe creer que sigo considerándolo culpable y que lo persigo de manera implacable.

—En cierto modo, así es, ¿no?

—Lo que yo piense, no viene al caso en estos momentos.

—¿Y qué pasa si me niego?

Shaw suspiró.

—La dejaré en manos de la Policía de Escocia. Permanecerá detenida hasta el juicio y perderá temporalmente la custodia de su hija, eso si todo va bien. Porque si resultase condenada…

—¿Me prometen que si les llevo hasta Allen me dejarán en paz a mí y a Sarah?

—Tiene mi palabra, y estoy por asegurar que el sargento Hardy también se la daría, si estuviera aquí.

Sela se sumió en un silencio contemplativo. No sabía si podía fiarse o no del policía. Pero tenía un buen pálpito respecto a él. Además, no

encontró otra opción. Su prioridad era su hija, y para poder reunirse de nuevo con ella no conocía más que un camino…

—Tiene una hora para decidirse, luego retiraré la oferta. Pero señorita Azmi —el inspector mantenía una mirada tan penetrante que ella se sintió intimidada—, no trate de engañarme. No querría tenerme como enemigo. ¿Me ha entendido?

Shaw no la vio asentir. Ya había echado hacia atrás la silla y se había puesto en pie dispuesto a salir de la sala.

—¿Qué hora es? —le preguntó ella a sus espaldas.

El inspector se giró con la chaqueta a medio poner.

—¿Por qué? ¿Tiene usted una cita, Sela?

—¿Qué hora es? —preguntó otra vez, añadiendo un deje de irritación.

Shaw estiró el bazo y quedó a la vista un reloj negro.

—Casi las once.

—Sé dónde estará Allen en dos horas. Luego lo perderán.

—Soy todo oídos.

Azmi soltó el aire con fuerza y se recostó en la silla.

35.
¡Maldito cabronazo!…

Melrose, Scottish Borders

ELA AZMI viajaba en el asiento trasero de un taxi, rodeada de verdes praderas y colinas suaves. Desde la carretera que unía Dryburgh y Melrose la estatua resultaba espectacular. Erguida treinta metros del suelo sobre un pedestal rectangular, dominaba el paisaje desde la distancia. El taxista, un hombre cuyo cabello pelirrojo mostraba grandes entradas pese a su juventud, se había pasado todo el camino dándole cháchara. Así pues, cuando el vehículo paró a los pies de la peña sobre la que se erigía el monumento, ella agregó una generosa propina a la carrera.

—Muchas gracias, señorita. Si sube por el camino que sale a mano izquierda, llegará en cinco o diez minutos. Es todo cuesta arriba, pero le aseguro que el paseo merece la pena.

—¿Podría esperarme, Argyle? —Sela acompañó las palabras de su mejor sonrisa (a pesar de que su aspecto general distaba mucho de ser «aceptable», exprimió al máximo sus encantos).

El taxista miró el reloj del salpicadero y chascó la lengua.

—Tengo que hacer un recado en Dryburgh, pero podría volver a buscarla en una hora.

—¡Genial! Y de paso, si no es mucho pedir, necesitaría otro favor…

Viendo marcharse el taxi, la periodista se subió ligeramente la manga del anorak y comprobó la hora en su reloj de muñeca. Los planes de Allen consistían en tomar un tren hasta Waverley, y luego otro a Melrose. Así pues, no disponía de demasiado tiempo y ya estaría a punto de dejarse caer por allí.

Acordarse de Allen reavivó su sentimiento de rabia. Al cabo de una larga respiración, devolvió la manga del anorak rojo a su sitio y comenzó a ascender por un escabroso camino de grava fina. Al pasar por delante de la estatua hizo alto un momento y alzó mucho la barbilla para mirarla. Wallace estaba representado con aire sereno, en

las antípodas del aspecto amenazador del guerrero cinematográfico. Su actitud, no obstante, no era relajada sino vigilante. El tono rojizo de la arenisca brillaba con el sol, dotando a la imagen casi de vida. Sela se giró a mirar lo mismo que divisaba aquel soldado de piedra. Desde su atalaya, al borde del risco, abarcó con la vista un vasto horizonte frondoso con las verdosas aguas del río Tweed fluyendo lentamente en escorzos.

Reemprendió el ascenso con un pitillo en la boca y en pocos minutos accedió al monumento por la parte posterior. En esa época del año el lugar estaba apagado, sin un alma. El crujido de una rama seca quebrándose, no obstante, le recordó que los hombres del inspector Shaw estarían apostados entre los árboles, observando todos y cada uno de sus movimientos. Puesto que no había ni rastro de Allen se fue a merodear por los alrededores para hacer algo de tiempo.

Allí no había mucho que ver; así pues, harta de vagar de un lado para otro, Sela se sentó en un banco junto a la estatua y dedicaba miradas ausentes al ancho panorama, al tiempo que consumía un cigarrillo detrás de otro. A medida que el día iba avanzando, los rayos de sol que caían sobre ella por entre las ramas de un pino fueron debilitándose cada vez más. Notó la bajada de temperatura y se frotó las manos mientras soltaba aire sobre ellas. Trató en ese momento de recordar en qué lugar había perdido también los guantes, pero el esfuerzo fue inútil.

Al cabo de un tiempo, volvió a comprobar la hora y comenzó a inquietarse. Repasó mentalmente los cálculos y concluyó que Allen había tenido tiempo más que de sobra para haber llegado desde el bed & breakfast, en Dundee. Se figuraba que iría directo, sin interrupciones. Su rostro ya estaba en todos los diarios nacionales y no se expondría a que alguien pudiera identificarlo por la calle. Lo único que podría haber impedido que llegara a tiempo era su detención, circunstancia que le constaba no había sucedido, o ella ya lo sabría.

Claro que existía otra posibilidad…

Con expresión ceñuda, extrajo el teléfono móvil del bolso mochila y se puso a hacer búsquedas en Internet. Cuando Sela comenzó a comprender, se echó a reír como si fuera una loca, a carcajadas.

—¡Maldito cabronazo!

De inmediato, el sargento Hardy se plantó a su lado, la obligó a levantarse del banco por las malas y, mientras Sela no hacía más que reírse, le arrebató el móvil de las manos y le colocó las esposas con los brazos en la espalda.

—Nos ha tomado el pelo y va a venirse con nosotros a la comisaría. Le esperan unos cuantos años de cárcel, señorita Azmi. Entre rejas podrá escribir todos los artículos que quiera mientras otra familia se hace cargo de la educación de su hija.

La periodista dejó de reírse y se revolvió, lanzando patadas sin cesar hacia atrás. La cola de caballo de Sela, en su bamboleo, golpeaba la cara a Hardy, a quien se le metía el pelo en los ojos.

—No se atreva a involucrar a mi hija en esto. ¡Inspector Shaw! ¡Inspector Shaw! —voceaba, loca—. Me lo prometió.

Un hombre comenzó a acercárseles a ellos dos por un caminillo de tierra medio oculto por hojas de pino y matorrales de rododendro. Andaba con pasos despreocupados y sin quitar ojo al paisaje natural tan exuberante que lo rodeaba. Llevaba puesta una sonrisa indiferente. Su cabellera rubia al viento, su rostro curtido y su característico traje gris de tres piezas lo dotaban de un aura romántica que lo hacían parecer un adorno más del lugar donde se encontraban.

—¿Necesita ayuda, sargento?

—No se preocupe, inspector —dijo con esfuerzo—, con peores me las he visto.

—No lo dudo, mi buen amigo, no lo dudo.

—¡Eh, Shaw, sé a dónde ha ido! —le dijo ella, que seguía pugnando por zafarse de Hardy—. Allen se ha burlado de nosotros. ¡Ja, ja, ja! Jodido cabrón de mierda.

—No le haga caso, inspector, esta bruja malhablada diría lo que fuera necesario por verse libre.

Sela no le hacía caso, se había tranquilizado algo y le dirigía una mirada penetrante a Shaw, que ya se les había allegado.

—Sé dónde está Allen. Suélteme y le llevaré directo a él.

—¿Dónde está?

—En la abadía de Dryburgh. Ese es el lugar.

—Pero antes, en la comisaría de Dundee, nos aseguró que era la estatua de William Wallace.

—Pues me equivoqué. ¿Quiere a James Allen o no?

El inspector la escrutó un momento. Luego se volvió hacia Hardy.

—¿A cuánto está Dryburgh de aquí, sargento?

—¿No estará considerando siquiera lo que dice?

—¿A cuánto, sargento?

Hardy se lo pensó un momento.

—Diría que a unas ocho millas.

—¡Excelente! Sargento, suéltela.

Hardy se quedó mirando al inspector como si fuera un extraterrestre recién aterrizado de otro planeta.

—¿Está seguro, señor? Mire que me está usted comprometiendo.

—Me hago cargo de su situación, Hardy. Se encuentra ante un dilema ético, pero solo le pido un poco de confianza. No tenemos nada que perder. Acerquémonos a Dryburgh, no estará a más de cinco minutos desde aquí. Si nos ha vuelto a mentir, nuestro…, ¿cómo lo calificó, señorita Azmi?… «Pacto con el diablo» será papel mojado y

podrá hacerse cargo de ella y de su hija como mejor convenga.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Tengo frío y he pasado la noche tembloroso y aletargado, acaso debido a la fiebre que padezco. Aplicando todos mis conocimientos de medicina, logro entender lo que me está sucediendo. La sensación de frío que experimento es causada por la falta de grasas y proteínas en mi cuerpo famélico. Un presagio de lo que ha de venir. Se ha iniciado el proceso natural denominado [en términos médicos] autofagia. Mi sistema está quemando como combustible mis propios tejidos; básicamente, mi cuerpo se devora a sí mismo para alargarme la vida. Es la fase final de la inanición. Suena terrible, si bien es un sistema de defensa. Su efecto sobre mí es incontrolable. No puedo parar de tiritar y el movimiento compulsivo de mi cuerpo me dificulta el acto de escribir. Mi respiración se condensa en vaho en medio de la humedad envolvente.

Frío, hambre y desesperación. ¿Existe combinación más atroz?… ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Debo alejar estos pensamientos de mi cabeza, que únicamente me procuran tormento, y ocuparme en la narración. Ay, el relato. Si no fuera por él… Me da el último aliento para continuar, aunque me desespera pensar que nadie pueda llegar a leerlo. Voy a escribir unas líneas, después descansaré. Recuerdo que lo último que relaté fue acerca del asesinato del arquitecto, y el modo en que se tomaron aquella luctuosa noticia tanto Knox como Palmer.

… No mucho tiempo después del fallecimiento de lord Malcolm, el calendario nos metió de lleno en el fatídico verano, cuando la Tragedia se desencadenó con toda su fuerza y su maldad. No hacía ni dos semanas que el infortunado mister Palmer también había fallecido atropellado por un coche de punto que huyó del escenario sin detenerse. Fue una noche cerrada en la que llovía a cántaros. Los testigos solo alcanzaron a oír el restallar de un látigo y el traqueteo de los adoquines bajo unas ruedas, alejándose hasta perderse entre los jirones de lluvia. Dado que Palmer se había granjeado no pocos enemigos a tenor de sus actividades políticas [que muchos consideraban subversivas y conspirativas], la policía no abrió ninguna investigación y, después de examinar su cuerpo difunto sin hallar ningún motivo que indujera a sospechar que se trataba de un homicidio intencionado, dilucidó «muerte por accidente» y dio por cerrado el caso. La ciudad nueva de Edimburgo se había convertido en un lugar poco seguro. Punto y final. Yo, sin embargo, albergaba la sospecha, muy fundada a decir verdad, de que Palmer no había muerto víctima de un accidente, sino

asesinado a sangre fría por sórdidos propósitos y a manos de un socio al que yo conocía bien.

Desde el «atropello» de Palmer, Knox volvía a llamarme «Joseph» y a tratarme con suma familiaridad. Incluso me hizo entrega de 50 libras con las que me fue posible saldar una parte considerable de las deudas que yo había contraído. Aunque ahora lo sé, en ese momento desconocía qué se traía entre manos; no obstante, Knox poseía la habilidad de conseguir siempre que siguieras en la partida. No pocas veces me he preguntado si alguien, alguna vez, pudo resistirse a la penetrante mirada de Robert Knox. Decididamente, en el tiempo que yo pasé a su lado, no conocí a tal persona, pues él era un hombre endiabladamente persuasivo.

El día posterior a terminar mis estudios, cierto día bochornoso de mediados de julio, me allegué al 16 de George Street a la una en punto. ¿Que cómo estoy tan seguro de la hora? No cabía equivocación alguna al respecto, puesto que acababa de escuchar sobre mi cabeza el estruendoso cañonazo del One o'clock Gun*, un detestable sistema instalado el año anterior a fin de ajustar los relojes de la ciudad. Knox me había mandado recado de que fuera de inmediato a verlo, a través de un telegrama que yo recibí en la casa de huéspedes de Tweeddale Court, donde seguía hospedado. No estaba yo de humor para verme con él; sin embargo, pareciome que sería descortés rehusar la invitación.*

Dentro de la casa, el profesor se movía por lo general con la ayuda de un bastón, y, si bien sus pasos eran erráticos y vacilantes, no puedo negar que sus movimientos tenían una agilidad extraordinaria. Total, que tan pronto me vio penetrar en el salón, me abordó dándome a estrechar su mano, cosa rara en él. En vista de que esos dedos deformes, según avanzaba su enfermedad, cada vez adquirían más el aspecto de una garra, yo se la estreché con cierta aprensión. Sin embargo, el apretón me resultó tan inesperadamente fuerte que me arrancó una mueca de dolor.

—Mi querido Joseph, tengo excelentes noticias para ti —me soltó, volviendo a la comodidad del sillón.

Yo estaba sobre ascuas. No he conocido persona más egoísta que el profesor Knox, y cada vez que en el pasado escuché esas mismas palabras, incluso sin el «querido», yo había salido trasquilado de la situación. Sin embargo, para mi sorpresa mayúscula, en esta ocasión, solo en apariencia, fue diferente.

—Haz el equipaje, Joseph. ¡Mañana nos vamos a Balmoral!

Al parecer, según me explicó Knox a continuación, la salud de la reina Victoria se había vuelto delicada tras la muerte de su marido, de modo que su primogénito, el príncipe Eduardo, había ordenado la presencia de un galeno que permaneciese cerca de la monarca durante su estadía en Escocia. Ni que decir tiene que la invitación del profesor a acompañarlo a Balmoral despertó vivamente en mí el interés por el viaje, de manera que asentí complacido.

A la siguiente mañana emprendimos camino según todo estaba dispuesto por el doctor Robert Knox. Partimos con puntualidad, si bien el recorrido en tren desde la estación de Waverley hasta el pueblo de Ballater se me hizo largo y tedioso, pese a que el profesor había reservado dos pasajes en un compartimiento de primera clase, y los asientos eran todo lo confortables que cabía esperarse. El profesor se pasó la mayor parte del tiempo enfrascado en la lectura de un pequeño volumen de pasta dura, algo maltrecho, de un tal Pierre Prost sobre medicina y técnicas de autopsia; yo, por el contrario, salvo los primeros minutos en los que miré el paisaje sin hallar nada digno de atención, estuve dormitando.

Me despabilé por completo cuando ya nos habíamos adentrado en Aberdeenshire y, tras intercambiar algunas trivialidades con mi compañero de viaje, quien seguía embebido en la lectura, apliqué mi vista a la ventanilla panorámica del vagón, resuelto a contemplar lo que tenía que brindarnos ese lugar. En aquel instante preciso vadeábamos un valle hondo y verde por un viaducto de pilares de altura considerable. Pegué la nariz a la ventana para mirar hacia abajo y divisé un río discurriendo entre las faldas de dos empinadísimas cadenas montañosas. ¡Qué delicioso era el paisaje en contraposición de los deprimentes arrabales de Edimburgo! En la vida había viajado tan al norte, a la zona que llamaban las Highlands, y, aunque yo estaba habituado a los paisajes algo inhóspitos de Escocia, esas montañas romas, bosques frondosos y yermos páramos, envueltos en espesas nieblas que lo tornaban todo blanco y negro, al punto me sumieron en un profundo estado de melancolía del que no logré desembarazarme durante mi estadía en esas tierras norteñas.

Después de todo este tiempo de viaje, que, como decía, se me hizo por momentos interminable, y al que hubo que añadir una hora más a causa del retraso que sufrió el expreso, Knox cerró el libro que sostenía entre las manos con un plof y, mientras se disponía a guardarlo, anunció solemne:

—Ya llegamos a Ballater.

Yo salí de mi embelesamiento y asimismo comencé a prepararme cuando los frenos del tren chirriaron desagradablemente en una pequeña estación rural. Al punto distinguimos a un lacayo de librea en el andén, el cual, ayudado por un mozo de equipaje, se apresuró a hacerse cargo de nuestros baúles. Knox y yo salimos de la terminal y al otro lado de la valla estaba aguardándonos una soberbia berlina oro y negra tirada por dos bellos alazanes tordos de las cuadras personales de Su Majestad. Daba la entera impresión de que aquel carruaje majestuoso volaba sobre la calle mal pavimentada. Mientras el cochero nos sacaba a las afueras del pueblo fuimos objeto de las miradas curiosas de los aldeanos. Durante unas millas el coche nos llevó por una carretera rural, ancha y firme, de color blanquecino que, según nos informó el jefe de estación, unía del tirón Ballater con el castillo de Balmoral. Por mi ventanilla, veía deslizarse árboles de gran magnitud erguidos sobre una planicie. Según me había

informado, en julio, los días eran tan largos en Ballater como en Edimburgo. Amanecía alrededor de las cuatro y media, y anochecía pasadas las diez. De consiguiente, el atardecer estaba en pleno apogeo y bañaba de luz naranjada los campos cultivados por los que transitábamos.

—Mira, Joseph, esa es la casa de campo que he alquilado —me señaló Knox por encima del repiqueteo de los cascos de los caballos—. Le eché el ojo el verano pasado.

En todo el anchuroso panorama era perfectamente visible desde mi ventanilla una vistosa morada solariega erigida en un ligero promontorio. Era de ladrillo rojo y altas chimeneas, de construcción antigua y de indiscutible estilo Tudor; disponía de un vasto jardín rodeado por un esmerado seto de tejos; muy al fondo, aparecían ondulantes colinas cubiertas de matorrales bajos. A los pies del promontorio había un bosquecillo cruzado por una vereda que llevaba hasta la casa.

En la espesura del bosque no penetraba apenas la luz del sol y, al instante, todo se oscureció a nuestro alrededor al tiempo que un agradable olor a resina de pino envolvió la berlina. Traqueteamos por ese camino boscoso unos cuantos minutos, hasta que nos topamos con una verja de madera que sostenía abierta un hombre de aspecto rudo; conjeturamos [con evidente acierto] que se trataba del señor Symons, el capataz y guardabosques.

No bien cruzamos la verja, nos vimos dentro del jardín rodando por un corto sendero de coches con macetones a uno y otro lado. Cuando llegamos al final, el cochero tiró de las riendas y nos detuvimos con suavidad. El lacayo que viajaba en la plataforma posterior saltó al suelo y, después de abrirnos las puertas de la berlina, cargó los baúles al interior de la vivienda. Al instante mismo que respiré ese aire tan puro, mis pulmones quedaron limpios del humo negro procedente de las chimeneas que crecían igual que setas en los tejados de Edimburgo. La viuda Marker, la respetable ama de llaves, nos recibió en la entrada bajo un voladizo con nidos de golondrinas, y, oyéndose el ruido de cascos y ruedas alejándose, nos condujo a una salita de estar bien caldeada, donde había servido un té de bienvenida.

La morada era bastante vieja [tendría cosa de ciento cincuenta años] y estrecha; no obstante, resultaba harto acogedora. Constaba de tres pisos; en el de abajo había dos piezas [una cocina de piedra y un saloncito con chimenea, sillones, una otomana y una mesa recia]. En el de arriba, dos alcobas [no demasiado espaciosas, aunque bien aireadas y con buenas vistas], un exiguo excusado y un estudio, el cual estaba sin amueblar. El tercer piso disponía de otras dos piezas para el servicio de que, en los tiempos de bonanza, dispuso la casa, pero que ahora se hallaban igualmente desocupadas. El complejo lo completaban sendos anejos independientes: unas caballerizas y un henar, a los que se accedía por unos senderos de losas de piedra. Al parecer, los terrenos próximos eran aptos

para la caza del urogallo y del faisán.

Una vez inspeccionada la vivienda nos aseamos del viaje y pasamos el resto de la tarde estableciéndonos, mientras el ama de llaves se hacía cargo de todos los detalles. Antes de retirarnos a nuestros aposentos, después de una jornada repleta de emociones, disfrutamos de una sabrosa cena y de una agradable velada en el diván al calor que desprendían los troncos recién puestos en la chimenea por el señor Symons.

Yo aguardaba con sumo interés mi estadía en unas tierras en las que se concentraban todas las supersticiones y leyendas que uno pueda llegar a imaginar, y nada en ese momento hacía presagiar los terribles y trágicos sucesos a los que me enfrentaría en los meses venideros. Si hubiera sido conocedor de ello, y del hecho de que no saldría con vida de este lugar, no habría aceptado con tal ilusión el viaje y las aventuras que me ofreció Robert Knox en el salón de su mansión de Edimburgo…

Fin de la séptima parte

36.
La abadía de Dryburgh…

Dryburgh, Scottish Borders

La construcción de estilo normando, levantada en uno de los parajes más despoblados de los Scottish Borders, estaba desierta. Sobre un soberbio tapete verde, cruzado de caminos —unos pedregosos, otros de tierra—, afloraban aquí y allá los restos de la abadía, como si llevaran toda la vida ahí puestos, como si formaran parte de la propia naturaleza. El viento ululando entre los espesos árboles que la circundaban y el brillante río Tweed, en cuya ribera se situaba la abadía de Dryburgh, completaban un entorno sumamente inspirador para los escritores románticos.

Paz.

Ese era el término que acudió a James Allen. Ese espacio destinado a la vida contemplativa de los monjes destilaba una serenidad difícil de encontrar en otro lugar de Escocia. Pero James no estaba allí por la arquitectura, ni por el paisaje. Buscaba una tumba. Una tumba que hallaría en el transepto norte de la iglesia.

La tumba del escritor sir Walter Scott.

Sin oír otros pasos que los suyos, caminaba con deliberada lentitud entre las ruinas bañadas por un sol tardío. Cuando tuvo la iglesia a la vista, decidió encender un momento el teléfono. Tal y como imaginaba, su aparato echaba fuego. En cuanto tuvo cobertura entraron de golpe catorce llamadas perdidas, casi todas de Patricia y alguna de Alex, y ocho mensajes de texto de su amiga, apremiándole cada vez con más ímpetu a que se pusiera en contacto con ella. Asimismo tenía una llamada perdida de Ackroyd. James dejó escapar un suspiro. No estaba para recibir peroratas de nadie, ni para ofrecer explicaciones inútiles, de modo que resolvió desconectar de nuevo el teléfono, y, siguiendo los consejos que un día le dio su amigo Dave Carmichael, le retiró la batería con el fin de evitar que la policía pudiese triangular su posición.

Cuando quiso darse cuenta, el juego de largas sombras que proyectaban los muros de la iglesia de la abadía se abatieron sobre él. Desde ese punto, no le resultó nada difícil dar con la tumba del escritor, que halló en un hermoso rincón al que se accedía a través de un arco gótico apuntado. El sepulcro estaba colocado bajo un espectacular techo nervado de piedra. Las ramas de un viejo roble inglés caían lánguidas al otro lado de una ventana, oscureciendo un poco el interior.

Durante un rato impreciso, Allen recorrió con la vista el lugar, escrutando absorto cada detalle. Llevaba tiempo sin probar bocado y sintió hambre. Sin moverse del sitio y de manera casi mecánica, extrajo un sándwich de la mochila y una botella de agua y se preparó para comer…

Volvió la cabeza aún masticando el último bocado, porque le llegó un ligero murmullo de tierra aplastándose. Lo que vio lo dejó aturdido, aunque se recuperó en un abrir y cerrar de ojos. De inmediato experimentó emociones encontradas. Estaba seguro de haber hecho lo correcto, pero al mismo tiempo sentía el impulso de correr hacia ella y abrazarla. No obstante, se reprimió. El semblante de irritación que Sela exhibía le advertía a gritos que el horno no estaba para bollos.

—Deberías llevar un cascabel al cuello.

—Por tu cara de sorpresa, deduzco que no esperabas volver a verme —replicó ella con frialdad.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido?

—Yo también sé resolver acertijos, ¿sabes? No estaré tan versada en historia como tú, pero sé algo de lengua. «Mientras el guerrero vigila la frontera…» es una frase subordinada. A pesar de que al principio me confundiste y fui a la estatua de William Wallace, en Melrose, al no verte por allí comprendí que la clave estaba en la segunda parte del acertijo, la frase principal: «… el caballero descansa en el pasillo de Santa María». Una vez descifrado eso, lo demás fue coser y cantar. Los que idearon este acertijo en el siglo XIX no contaban con la inestimable ayuda de Internet.

James la miraba con aire confundido.

—El término «caballero» —continuó Sela— no hacía referencia a un guerrero, ¿verdad?, sino a la condición de «sir» del escritor. Respecto al «pasillo de Santa María», esa es la manera en que el mismo Walter Scott denominaba el transepto norte de la iglesia de la abadía, uno de los lugares que más le inspiró para escribir y donde pidió como última voluntad ser enterrado.

James palmoteó sin perder la sonrisa.

—Veo que has hecho los deberes. Aunque en mi descargo diré que, al principio, yo mismo estaba convencido de que se trataba de la

estatua de Wallace, hasta que un momento de inspiración me hizo ver que, después de todo, ese niño del circo estaba en lo cierto y el muñeco de trapo estaba simplemente roto, y la forma puntiaguda que llevaba en un brazo no era una espada sino una pluma.

—Ya te dije en Ballater, la noche en la que nos conocimos, que no te librarías de mí con facilidad.

Entre ellos se produjo un silencio.

—¿No vas a preguntarme por qué me soltó la policía?

—Cuando se conocen las respuestas, huelgan las cuestiones. —La sonrisa se borró del rostro de James y clavó en ella una mirada de disculpa—. Oye, mira, lo siento de veras. No era mi intención…

Las mejillas de Sela ardían de rabia y sus sienes le palpitaban. En ese momento, sentía contra Allen verdadera furia.

—¡¿Que no era tu intención?! ¡Vete a la mierda!

—Cuando lo veas todo en perspectiva, comprenderás que no tenía alternativa.

Lo traspasó con la mirada.

—¡¿Perspectiva?! ¡¿Vas a hablarme de perspectiva?! ¡Me pusieron unas putas esposas y me llevaron a un calabozo! Fue humillante. —Con el rostro crispado por el enfado, Sela estaba chillando fuera de sí.

En medio del silencio que siguieron a estas palabras, se escuchó débilmente el característico ruido que provoca el rotor de un helicóptero. El sonido cada vez se oía con más intensidad, estropeando el ambiente apacible que se respiraba en la zona.

Sela también pareció escucharlo y alzó la vista al cielo azul. Luego posó los ojos en James, que la miraba con expresión indescifrable.

Poniendo los brazos en jarra, la periodista le espetó con ferocidad:

—¡No me mires así! ¿Qué esperabas? No me dejaste más opción.

37.
La tumba de sir Walter Scott…

Dryburgh, Scottish Borders

-TENEMOS que irnos, Allen. La policía está al caer. Puede que ya sea demasiado tarde —dijo Sela, con desazón.

—No podemos marcharnos, no aún. —Regresó de dos bruscas zancadas a la tumba y procedió a realizar una minuciosa observación.

—¿Es que no me has oído? —insistió ella, presa de una impaciencia desbordada.

James paró un segundo y giró la cabeza hacia Sela.

—Te he oído perfectamente. Pero no pienso irme sin averiguar por qué el acertijo que hallamos en las mazmorras del castillo de Dunnottar nos ha traído hasta aquí. Necesito que me ayudes, yo solo no puedo hacerlo. Por favor.

—Mira que eres obstinado, y cabezota.

Sela miró en todas direcciones y lanzó un gruñido. Sin sacudirse el enfado de encima se aprestó en su ayuda.

—¿Buscamos otro símbolo como el de la sociedad secreta?

—Podría ser, pero no estoy completamente seguro. —James circundó el sepulcro en el sentido de las agujas del reloj, llevando a cabo un riguroso examen.

La tumba de sir Walter Scott era una sobria estructura rectangular de piedra rosada que sobresalía medio metro del suelo. Estaba unida a otra tumba igualmente sencilla que correspondía a su esposa, Charlotte Carpenter.

Después de que James y Sela recorrieran todo el perímetro del sepulcro, cada uno en un sentido, sin que hallaran nada de interés, él se mostró frustrado y con el ánimo abatido, preguntándose por vigésima vez si sus elucubraciones habían sido acertadas.

Finalmente, con una decepción infinita, reconoció:

—Aquí no hay nada.

A la vez que Allen buscaba en cada resquicio, Sela había estado

grabando un vídeo con el teléfono móvil de todo el conjunto funerario.

El helicóptero debió de aterrizar en algún claro próximo porque el ruido del rotor fue sustituido por el que suele acompañar a los despliegues policiales: voces apremiantes, radios crepitando y fuertes pisadas.

La periodista se aproximó a James y le puso una mano serena en el hombro.

—Es hora de irse. ¿Sabes por dónde queda la carretera?

Allen se orientó y cabeceó en dirección al este.

—Por allí.

Ella echó a correr y el escocés siguió sus pasos por entre las ruinas, echando unas últimas ojeadas hacia atrás. Se batieron en retirada justo un minuto antes de que los agentes del orden, encabezados por Shaw y Hardy, invadiesen la nave transversal.

§

BAJO el techo nervado de la iglesia, el sargento Hardy gritaba a pleno pulmón, mandando el despliegue de sus hombres por la abadía.

—Condenada cría, nos la ha jugado a base de bien. Y no será porque no le avisé, inspector. No debimos quitarle los ojos de encima. No señor —farfulló, molesto.

Shaw apareció a su lado con toda la tranquilidad del mundo, exhibiendo su sempiterna sonrisa, a mitad de camino entre la indiferencia y la osadía.

—No se altere, sargento, no llegarán lejos. Están en medio de la nada y sin apoyo logístico. Además, una pesada ancla llamada Sarah lastra sus movimientos. ¿Puede conseguirme un mapa de la zona?

Hardy dio la orden y al instante un agente se aproximó corriendo con un plano topográfico. El sargento lo extendió sobre la misma tumba de Walter Scott y lo alisó un poco.

Shaw y Hardy lo consultaron.

—Cierre las carreteras y mande agentes a todas las localidades que hay dentro de este perímetro. —El inspector se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una pluma estilográfica con la que pintó una circunferencia azul.

El sargento plegó el mapa y se fue a repartir nuevas órdenes a viva voz.

—¡Vamos, espabilen!

Contemplando el exquisito conjunto arquitectónico que tenía ante sí, Shaw sonreía con los métodos expeditivos del sargento. Unos minutos más tarde Hardy estaba de vuelta.

—¿Por qué el castillo de Dunnottar primero, y ahora la abadía de

Dryburgh? ¿Tiene idea de qué puede andar buscando Allen?

El inspector no le contestó, estaba distraído. En ese instante, se hizo sentir el ruido del tumulto y la radio que el sargento llevaba al cinto siseó.

«Sargento, los hemos localizado. Se dirigen al este a través del bosque».

—Al fin algo de suerte —dijo Hardy, devolviendo la radio a su cinturón reglamentario.

El inspector se mostró tan risueño como siempre.

—¿Sabe?, cuando los detractores de Napoleón Bonaparte trataban de desmerecer sus éxitos militares apelando a la buena suerte, este, impasible, solía comentar: «Dadme generales con suerte». Volvamos al helicóptero, sargento, desde el aire seguiremos mejor la cacería.

§

JAMES se estaba quedando algo rezagado, de manera que tuvo que hacer un último esfuerzo con el fin de mantener el ritmo de Sela, que ascendía corriendo una loma arbolada. La joven exudaba un aire decidido, como quien sabe perfectamente a dónde se dirige, lo cual escamó al escocés.

En el pinar estaban a salvo del helicóptero, aunque no de los policías a pie, cuyas voces se oían cada vez más cercanas. Sela volaba, agachándose de vez en cuando para evitar las ramas desmelenadas de los árboles. Tras llegar a la cima de la colina, comenzaron a descender por la otra cara, que estaba en sombra y cubierta de más pinos que crecían sobre un manto de musgo, y llegaron a una carretera sin rayas pintadas, ni arcén. La periodista se paró en seco y miró a ambos lados. James la alcanzó medio minuto más tarde. Estaba casi sin aliento.

—Vamos.

Sela reanudó la carrera hacia al norte, donde Allen se llevó la sorpresa de divisar al final de una curva un taxi aparcado a unos veinte metros en un ensanche, nada infrecuentes en las carreteras estrechas escocesas para dejar pasar a otros vehículos. Al volante había un hombre pelirrojo, que soltó un periódico en el asiento del acompañante nada más verlos acercarse. El motor del vehículo cobró vida y quedó al ralentí.

—¡Venga, entra! —exclamó Sela.

—¡¿Has pedido un taxi?! —dijo James, atónito.

Sin dilación, cada uno abrió una portezuela de atrás y se dejaron caer a la vez en el asiento.

—Le confieso que cuando recibí su wasap pensé que se trataba de una broma, señorita —dijo el taxista, con los ojos puestos en el espejo retrovisor.

—Pues ya ve que no, Argyle —respondió Sela, con la respiración agitada y el rostro acalorado—. ¿Podría llevarnos a Melrose todo lo rápido que pueda? Perdemos el tren.

—Usted paga, señorita.

El taxista miró la carretera vacía, metió primera y aceleró, justo cuando hombres armados aparecían en lo alto de la loma.

38.
Una relación fría y distante…

Dryburgh, Scottish Borders

-D

EBE de haber pasado algo —señaló Argyle—, hay mucha policía. Cazadores furtivos, seguro. Son como una plaga.

El taxi avanzaba por la sinuosa carretera forestal a la velocidad de quien ha hecho ese mismo trayecto infinidad de veces y se lo conoce a la perfección. Cada bache, cada curva, cada peralte. Viendo que estaban en buenas manos, Sela y James se dedicaron a mirar por la ventanilla de atrás a fin de comprobar si la policía los perseguía; sin embargo, la carretera seguía solitaria.

Salieron de la zona boscosa y entraron en otra bastante llana y despejada. Media hora más tarde vieron un cartel que anunciaba la localidad de Melrose a un par de millas de distancia. La periodista se inclinó hacia James y le cuchicheó algo al oído. El escocés echó una breve mirada por la ventanilla y asintió con la cabeza.

—Argyle, pare en cuanto pueda, por favor, vamos a bajarnos —indicó la joven, dirigiéndose al conductor.

—Creí que me dijo que los llevara a la estación de tren, le aseguro que aún tienen un buen trecho.

Sela compuso una de sus sonrisas.

—Hemos cambiado de parecer, mejor pasamos un día más en la zona —ladeó el cuerpo para encarar a James—, ¿verdad, cariño? Esto es precioso y aún nos quedan muchas cosas que ver.

El taxista frunció las cejas al retrovisor interior.

—¿Quiere que les deje aquí? ¿En mitad de la carretera? ¿Ni siquiera les acerco hasta Melrose?

—Sí, sí, aquí está perfecto.

—Usted manda, señorita. —El taxista desaceleró y se echó a un lado—. Son cincuenta y siete libras.

Sela se dio la vuelta.

—Paga, cariño, te espero fuera. —Y abrió la puerta y se apeó.

Cuando Allen hubo saldado la cuenta, recogió su mochila del asiento y se unió a Sela en la carretera. La joven agitó la mano en el aire para despedirse del taxista, que se alejaba en busca de la silueta de Melrose recortada contra un fondo de cielo teñido ya de rojizo atardecer. James miró en torno a sí y se vio rodeado de verdes praderas y colinas arboladas. En la lejanía, sobrevolando el bosque que acababan de abandonar, reparó en un puntito negro moviéndose por el cielo como un moscardón. A la intemperie, soplaban rachas de viento y la temperatura había descendido unos cuantos grados.

—Aquí no estamos seguros, salgamos de la carretera —observó James.

Echaron a andar a campo traviesa, alejándose de Melrose. Con la adrenalina por los suelos, Allen sucumbió a la depresión. La fortuna le había dado la espalda en la abadía de Dryburgh y habían tenido que largarse demasiado aprisa sin haber hallado nada, incluso no descartaba la idea de que, cuando se calmaran las cosas y la policía abandonara el operativo de búsqueda, tuviera que regresar.

Sela, probablemente aún cabreada con él, lo seguía un paso por detrás, callada. No la culpaba por haberle soplado a la policía dónde se hallaría. La puso en una situación comprometida y salió de ella como mejor pudo. ¿Por qué, sin embargo, había decidido avisarlo a última hora y escapar con él? Para eso, en cambio, no tenía respuesta y tendría que preguntárselo en algún momento propicio.

Debieron de estar caminando como una hora más y, cuando el sol ya estaba a punto de ponerse, distinguieron detrás de un ligero repecho una columna de humo blanco que se dispersaba en el aire. Siguieron por el campo un centenar de metros en línea recta, hasta que divisaron en una hondonada una casa de piedra con una chimenea ennegrecida, un par de cobertizos construidos a base de tablones de madera oscura y unos cuantos cercados para ganado o caballos. Gruesos cables eléctricos de color negro volaban desde un poste de madera al siguiente, hasta perderse en la lontananza. Justo en ese momento, vislumbraron a un hombre penetrando en la oscuridad de la casa y una ventana de la planta de abajo encendiéndose.

El lugar estaba recorrido por un entramado de caminos de tierra que llevaban a las diferentes edificaciones de la granja. James y Sela se unieron al que desembocaba en el cobertizo más alejado de la casa. Sin quitar ojo de la ventana encendida, aceleraron el paso hasta una puerta asegurada con un cerrojo de hierro. No tenía candado, de modo que lo descorrieron tratando de no hacer ruido y se colaron dentro. Los recibió un penetrante hedor a establo. El recinto resultó ser unas caballerizas con tres cuadras individuales a cada lado de un corredor central, que inmediatamente después se llenó de relinchos, resoplidos

y movimientos nerviosos.

—Tranquilos, tranquilos. —Sela fue pasándose por las cuadras y calmando a los caballos de uno en uno, con caricias y palabras susurrantes. Había un total de tres caballos y dos potrillos.

Transcurridos unos minutos, el recinto se convirtió en un remanso de paz, iluminado por los rayos oblicuos de luz crepuscular, que se colaban por entre los tablones.

—Se te dan bien —dijo James.

—Crecí en una granja. Teníamos caballos.

Quedaba una cuadra vacía al final del pasillo. Era un cuadro amplio, de unos cuatro metros por cuatro. El suelo terroso estaba cubierto de paja y al fondo había una pila con agua, al lado de un par de almohazas colgadas para la limpieza.

—Será un buen lugar donde pasar la noche… ¡Chist! —Tras un ruido inesperado, Sela se llevó el dedo a los labios.

James y ella se escabulleron detrás de unas balas de paja. Desde su escondite, oyeron las bisagras de la puerta de entrada chirriar. Por unos inquietantes minutos, la paja del corredor central crujió bajo unas botas pesadas.

—¿Hay alguien ahí? —La voz atronó varonil, áspera.

Y cercana.

Sela y James contuvieron el aliento. Por fin, las pisadas comenzaron a alejarse, la puerta volvió a chirriar y alguien echó el cerrojo, sumiendo la caballeriza en el silencio.

Seguros de que volvía a imperar la tranquilidad, si no fuera por algún que otro relincho, James y Sela salieron de su escondite y se acomodaron en la cuadra vacía. Cada uno fue a una esquina. Entretanto, la luz natural se había desvanecido, oscureciendo el entorno y desplomando las temperaturas. La tensión entre ellos se había agravado desde el episodio en el carromato de Raley, cuando dejaron el sexo a medias. Y el hecho de que él la abandonara a su suerte, dando pie a que la detuvieran y encarcelasen, no había contribuido a mejorar las cosas. En realidad, a excepción de algún momento en que pareciese que intimaban algo, su relación cabría calificarse más bien de fría y distante. En el fondo, ni Allen ni Sela confiaban el uno en el otro, y esa situación deparaba momentos incómodos como aquel. Los dos en un espacio pequeño sin hablarse y casi sin mirarse.

James no disponía ni de tiempo ni de ganas para pensar en ello. Bastante tenía con la lucha interior que libraba contra el desánimo. En la otra punta de la cuadra, pegada a la puerta, brillaba en mitad de la tenue iluminación la pantalla de alta definición del smartphone de Sela.

—¿Qué escribes? —le preguntó James desde su rincón, donde yacía

boca arriba con los brazos por debajo de la cabeza.

La periodista estaba sentada en el suelo, apoyando la espalda en la pared de madera que separaba una cuadra de la siguiente. Para contestar a James no dejó de escribir en el teclado virtual, ni levantó la mirada de la pantalla del móvil.

—Notas. Recojo todo lo que ha ocurrido hoy y reescribo algunas anteriores.

—¿Como un diario?

—Algo así.

—¿Y la *tablet* que usabas en el hotel?

—En el Escarabajo.

—¿Dónde han quedado el cuaderno y el bolígrafo Bic?

Sela medio sonrió.

—Qué anticuado eres.

El escocés hizo una mueca y señaló el móvil con la barbilla.

—¿Qué pasa si también pierdes el teléfono?

—Hay una cosa que se llama «nube». Guardo mis notas en Dropbox. De esa manera, puedo trabajar en ellas desde cualquier dispositivo con tan solo loguearme.

James era un tipo a mitad de camino entre lo analógico y lo digital. Naturalmente, se valía de dispositivos modernos, pero renunciaba a utilizar cualquier clase de red social y seguía oyendo la música en un Walkman antediluviano que conservaba con afecto desde su juventud.

—Pero en la nube son más vulnerables, ¿no? —Lo poco que conocía sobre hackeo informático lo había aprendido a la fuerza cuando secuestraron a su amigo Collins.

—¿Hablas de pirateo? ¿A quién iban a importarle mis notas?

Allen juntó los hombros.

—Nunca se sabe.

Se quedaron callados. Sela continuó escribiendo y James mirándola mientras tanto. Se había recogido el pelo moreno en un moño y lo sujetaba con un bolígrafo —para eso habían quedado, se dijo—. Concentrada, con el ceño fruncido, estaba muy guapa. Por fin, el escocés volvió a rasgar el silencio:

—¿Por qué has vuelto?

Esa cuestión logró, ahora sí, arrancar la mirada de Sela del smartphone. La desplazó hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué fuiste a la abadía? Podías haberle contado todo a la policía y poner fin de una vez a esta loca huida. A estas horas, estarías en casa con tu hija.

—He de escribir un artículo, ¿recuerdas?

—No es eso lo que te estoy preguntando.

Sela entendió perfectamente lo que le estaba planteando; ocurría

que se negaba a contestarle. Claro que podría haber entretenido a James en la tumba de Walter Scott hasta la llegada del inspector Shaw y sus hombres. Pero había optado por escapar de la policía porque esto era, de lejos, lo más emocionante que le había sucedido jamás. Su vida aburrida y anodina podía esperar. Tenía treinta y tres años, madre soltera, vivía con una compañera de piso y trabajaba en un periódico de mierda. A excepción de Sarah, la suerte le había sido por completo adversa en la vida.

Como no hubo respuesta, Allen y Sela volvieron cada uno a lo suyo. Ya había anochecido del todo cuando a James le llegó el sonido ambiente de un vídeo. Prestó atención y se percató de que era el viento, el reclamo de algún que otro pájaro y, entre medias, su propia voz y la de Sela. En un momento dado, observó a la joven periodista dejar el teléfono sobre la paja del suelo y echar atrás la cabeza, al tiempo que se frotaba los ojos suspirando.

—Estoy hambrienta.

James le entregó el resto del sándwich y la media botella de agua.

—Ten. Lo compré en Waverley. No es nada del otro mundo, pero te ayudará a calmar algo el apetito.

Sela se abalanzó sobre el emparedado, le quitó el envoltorio de plástico y le propinó un buen bocado.

—Mmm —gimió con los ojos cerrados—. ¿Pavo y mermelada de melocotón?

—Exactamente. ¿Qué estabas viendo?

—El vídeo que hice de la tumba de Walter Scott.

James se mostró interesado y le pidió el teléfono a Sela.

—Lo he visto al menos diez veces en el último cuarto de hora —le advirtió ella—, y te aseguro que el símbolo de la sociedad secreta no está por ninguna parte.

—No tengo nada mejor que hacer, así que probaré suerte. ¿Te molesta si me siento a tu lado?

En señal de paz, ella le ofreció una débil sonrisa, que para James fue una liberación. Algo era algo. Tomó asiento sobre la paja con el smartphone de la periodista en la mano.

—¿Me lo desbloqueas?

Sela dejó la botella de agua y puso el dedo índice en el botón de inicio. Automáticamente, la última imagen congelada volvió a aparecer. Durante largos y silenciosos minutos, James se absorbió por completo en la observación de las imágenes, que recorrían muy despacito el rincón del transepto norte. No solo las tumbas de Walter Scott y su esposa, sino las paredes y los textos impresos en ellas. De cuando en cuando, Allen pausaba la imagen y la ampliaba con los dedos. Casi al instante, hacía un chasquido y continuaba con el visionado.

—Te avisé de que no te hicieras muchas ilusiones… —La voz de Sela se fue apagando a medida que contemplaba la repentina expresión del rostro de Allen—. ¿Has visto algo?

James seguía sin dar crédito a sus ojos. Su gesto de honda concentración había desaparecido, y su lugar lo ocupaba uno de sorpresa. Había encontrado justo lo que estaba buscando…

—Escondido a simple vista.

La joven parecía intrigada.

—¿Qué quieres decir? —Se metió en la boca el último trozo del sándwich.

Alentado, James rebobinó un poco el vídeo y le mostró a Sela una secuencia. Llegados a un punto en concreto, lo pausó.

—¿Qué ves aquí?

—Nada.

James agrandó la imagen.

—¿Y ahora?

Mientras masticaba, ella le arrebató el móvil de las manos. De inmediato, sintió un nudo en el estómago y casi se atragantó.

La expresión de la periodista mostraba su estupor total.

39.
Una señal de horror…

Melrose, Scottish Borders

-¡Es la estatua de William Wallace de Dryburgh! Qué casualidad.

—Exacto, aunque no tiene nada de casual —repuso James—. David Erskine, el decimoprimer conde de Buchan, adquirió buena parte de estos terrenos a finales del siglo XVIII. Él encargó la estatua de Wallace y compró las ruinas de la abadía, donde, por cierto, también está su tumba. Él y Walter Scott fueron grandes amigos.

Sela abrió mucho los ojos, igual que si acabase de descifrar un misterio.

—¡Naturalmente! La primera parte de la pista que encontramos en las mazmorras del castillo de Dunnottar: «Mientras el guerrero vigila la frontera…», y cuyo significado desconocíamos, no hacía referencia a la estatua real de Wallace, sino a este grabado en la tumba de Walter Scott.

—Es lo que yo también opino.

—¿Y ahora qué?

—Fíjate bien, porque inmediatamente después de la estatua aparece una inscripción. Supongo que también forma parte del mensaje. Una nueva pista.

Sela aproximó su cara al móvil y leyó en voz alta y bastante despacio las diez palabras que componían la inscripción.

MIRA HACIA ATRÁS,
LA FlOR DE LIS ESCONDE EL SECRETO

—¿Te dice algo? —preguntó a James, ceñuda.

Su compañero le respondió profiriendo un suspiro de desesperación. Luego salió de la cuadra y comenzó a recorrer arriba y abajo el pasillo central de la caballeriza, absorto en sus cavilaciones. Sela, entretanto, había introducido la frase en Google sin nada de suerte. La expresión afligida que James traía al regresar más tarde le

dijo todo cuanto ella deseaba saber. Estaba perdido y tampoco tenía ni idea de qué podía significar esa frase.

—Estoy bloqueado y no puedo pensar —dijo él, con rostro cansado —. Durmamos un poco. Es tarde y ha sido un día largo.

Tumbado en su rincón, a James lo venció el sueño enseguida.

Sela abrió los ojos a la oscuridad y se incorporó por la cintura.

Algo no marchaba bien.

Alzó el puño para mirar la hora en su reloj. Casi medianoche.

En ese momento reparó en qué era. Los caballos. Estaban inquietos. Bufaban en sus cuadras. Se movían agitados. De repente, otro sonido se impuso. Era una especie de débiles rasguños a intervalos. Como si alguien estuviera rascando una pared.

Ras, ras, ras.

La periodista intentó en vano identificarlo. Entonces se terminó de levantar y cubrió la distancia que la separaba de James, quien dormía plácidamente. Lo zarandeó sin miramientos.

—Allen, despierta.

James se desperezó de golpe con la sensación, de sobrecogedor realismo, de que caía al vacío.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sacudiéndose.

—No sé. Pasa algo raro.

Allen entornó los ojos y trató de acostumbrar la vista. En eso, le llegó un olor acre y arrugó la nariz.

—¿Hueles eso?

El escocés notó que sus músculos se tensaban y se puso en pie al instante, justo cuando se empezaron a escuchar unos alaridos desgarradores procedentes del exterior que resultaban a todas luces inhumanos. El relincho de los caballos había aumentado de intensidad. Asimismo la temperatura. Ahora hacía calor dentro de la cuadra. Demasiado calor. A través de las ranuras que había entre los tablones se filtraba un resplandor rojizo y el recinto comenzó a llenarse con una neblinosa capa grisácea que les impedía ver más allá de líneas difuminadas. Con el humo aferrándose a la garganta, en el acto empezaron a toser.

—Sela, tenemos que salir de aquí.

Allen corrió hacia las puertas de la caballeriza y procuró abrirlas; sin embargo, estaban aseguradas con el cerrojo. Los aullidos de sufrimiento agudo se intensificaron y sonaban horripilantes.

—¡James! —Sela señalaba una puerta lateral en el otro extremo del establo, al lado del abrevadero.

Al correr hacia ella, ciertos maderos del techo se desprendieron, alzando en su caída un muro de fuego. A fin de protegerse de las

llamas devoradoras, se cubrieron la cara con el brazo. Los caballos, despavoridos, relinchaban, saltaban encabritados y empujaban las compuertas de sus cuadras en un intento desesperado por escapar. La densidad del humo les impedía respirar. Actuando por puro instinto, James y Sela se pusieron a abrir todas las compuertas de los animales. Seguidamente, hicieron un alto delante del pilón y hundieron sus cabezas en el agua. Luego, fueron hasta la puerta lateral del recinto, que cedió sin dificultad ante la presión, y se precipitaron al exterior.

Con la corriente de aire, el fuego interior se agravó.

Los chillidos agónicos cesaron de golpe después de un postrero y larguísimo grito estremecedor.

Cuando James y Sela se vieron al raso, echaron un esprint espoleados por el miedo a morir. En su carrera, él percibió un ligero tufo en el aire, como a carne chamuscada.

«¡¿Está alguien haciendo una barbacoa?!».

Los caballos y los potrillos se dispersaron trotando por el campo. Reinaba la oscuridad de una noche sin luna, si bien el fuego alumbraba los alrededores como un tempranero amanecer. Allen y Sela corrieron a refugiarse en una pequeña arboleda de pinos que recubría la falda de una colina, la cual no se alzaría a más de doscientos metros de su ubicación.

A medio trepar la colina, la pareja se detuvo y se arrojó al suelo. Les costaba respirar. Durante un rato permanecieron boca arriba, oxigenando sus pulmones con el aire de la noche. Tenían los ojos enrojecidos y cubiertos de lágrimas. Algo más recuperados, se incorporaron. Desde la distancia, contemplaron estremecidos una escena dantesca que les provocó escalofríos. Sus cerebros se negaban a entender lo que sus ojos miraban.

El cobertizo se había convertido en una pira.

Una descarnada pira funeraria.

Una espiral de llamas de un vivo color azulado se elevaba decenas de metros, igual que una demoniaca espada de fuego hendiendo el velo nocturno. Por todas partes, se veían caer trozos de madera incandescentes que se iban desmembrando de la estructura de la cuadra. Pero eso no fue lo que les aterró. Justo delante de la entrada principal de la caballeriza se erguía un poste eléctrico de madera, al borde del camino de tierra.

También estaba ardiendo.

Un cuerpo aupado varios metros del suelo y enganchado al poste con cables negros y gruesos que chisporroteaban sin cesar, se estaba achicharrando. Los gritos espeluznantes que habían estado oyendo no procedían de ningún animal, sino de un ser humano. En ese instante, la instalación se vino abajo, provocando un escándalo de cenizas y llamaradas. Sin embargo, el poste, inexplicablemente, seguía en pie,

como una señal de horror. Quemándose, consumiéndose lentamente. Por suerte, quienquiera que fuese, ya estaba muerto. Aunque el dolor que debió de haber sufrido les resultaba inimaginable. No supo la razón, pero James apuntó esa escena horripilante al tullido que los perseguía. Tenía claramente su firma. Y ese pensamiento lo consternó. Por donde pasaban alguien moría.

Ni cinco minutos después se presentaron los servicios de emergencia. Un camión de bomberos, una ambulancia y tres coches de la policía, todos con las sirenas puestas. Sela, tendida sobre la hierba, pegada a James, miraba la escena con espanto. Estaba temblando.

—No te tortures —le dijo él—. No podríamos haber hecho nada por salvarle la vida.

Se empezaron a oír gritos exaltados.

Entre el gentío que se formó, la periodista distinguió la esbelta figura de un hombre rubio con traje moviéndose en medio del caos con pasos tranquilos y aire imperturbable.

—Mira, James, ese es el inspector Shaw, de Scotland Yard —dijo, con el dedo extendido—. El del traje gris.

Allen no necesitó que se lo señalara. Al instante lo identificó. Lo recordaba perfectamente de su breve encuentro en Londres. Junto con un policía de uniforme, que daba la impresión en cambio de estar desbordado, se mantenía a cierta distancia de los restos renegridos y humeantes en que se había transformado el cobertizo, y que los bomberos trataban de sofocar.

«¿Cómo se las habrá arreglado Shaw para llegar tan deprisa?».

Ese repentino pensamiento que le rondaba por la cabeza le llenó de intranquilidad. En teoría, a nadie le constaba dónde se hallaban; había sido cauteloso al respecto. Mucho. Sin embargo, tanto el viejo tullido como Shaw parecían conocer en todo momento los pasos que daban él y Sela. Pero lo que más inquietud le causó no fue eso, sino la duda de por qué el uno los dejaba a ellos dos con vida, y el otro no lo detenía de una vez.

No querría conocer la respuesta a ninguna de esas preguntas.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Amanece un nuevo día. O eso me digo a mí mismo. Mi intuición de marinero está desorientada, igual que una brújula al lado de un imán. He tratado de levantarme a fin de dar mi paseo de costumbre por la celda, haciendo para ello acopio de las pocas fuerzas que me quedan, si bien me he desplomado en el suelo y he estado a punto de desmayarme. Me tomé el pulso y lo advertí débil pero firme. La resistencia humana ante las adversidades es prodigiosa. ¿Qué puedo hacer? Cojo la pluma y noto los dedos de la mano entumecidos, mitad por la humedad, mitad por las agujetas. Prosigo con la narración donde la dejé ayer [el viaje a Ballater]:

… La mañana siguiente a nuestra arribada, madrugamos más de lo acostumbrado, puesto que Knox pretendía personarse temprano en Balmoral.

—Llegar pronto denota una estampa de seriedad, y en nuestra profesión, mi querido alumno, es esencial transmitir confianza —me dijo mientras se ajustaba la corbata de su traje de tweed *por el pasillo camino de las escaleras.*

Cuando el sol comenzaba a brillar por las lindes del bosque, ya estábamos pronto a sentarnos a la mesa que la hospitalaria misses Marker había cubierto de exquisitas viandas. Desayunamos hasta que no pudimos más, y, con la tripa todavía llena, tomamos el sendero de las caballerizas. Yo me había afeitado con esmero y vestido para la ocasión con lo más granado de mi guardarropía, sustituyendo mi habitual y cómoda gorra de paño [del todo inapropiada] por un sombrero alto de raso negro a la moda. A pesar de los presagios de tormenta que pronosticó la artrosis de la viuda Marker, se presentó ante nosotros una jornada espléndida para montar a caballo. El día no podía estar más radiante y luminoso, aunque el viento que soplaba del norte [y que durante la noche había arrastrado lejos los nubarrones] era fresco y aún mantenía algo de olor a lluvia.

En los establos, el señor Symons ya había dispuesto dos buenos potros. Así que vio aproximarse a Knox con las muletas y ese aspecto contrahecho tan suyo, lo escrutó de hito en hito con aire insolente. Sin embargo, el doctor, muy ducho, apenas requirió de una pequeña ayuda para encaramarse a su montura. El caballo, un animal zaíno de nombre Zalamero, lo recibió con un aparatoso movimiento de cabeza y un resoplido.

Balmoral se encontraría a no más de veinte minutos a caballo por la

misma carretera rural que tomamos la víspera. Igual que una cinta blanquecina ondulante, se extendía a veces entre el verdor de praderas cuajadas de florecillas, a veces entre robledales que lo convertían en umbroso, y las menos entre áridos páramos sin más vida que matas de arbustos colocados aquí y allá. Cabalgaba tan embelesado contemplando los alrededores y metido en una animada conversación que me pasó por completo desapercibida la torre que se erguía, cada vez más grande, por encima de las copas. Cuando quisimos darnos cuenta, ya habíamos llegamos a nuestro destino.

Era tal la sorpresa que me produjo, que recuerdo mandé detenerse a mi caballo, un pura sangre de pelaje marrón que respondía al nombre de Fervoroso, e impactado por la visión que se ofrecía ante mí, permanecí quieto bajo la luz de la mañana, con el cerebro vacío, oyendo en mis oídos nada más que el silbido del viento. La suntuosa mansión que observaba embelesado era impresionante y estaba enclavada en un paraje escogido por los dioses. Bosques interminables, un caudaloso río y montes lejanos cubiertos de brezo.

—Viendo tu expresión, Joseph —me dijo Knox sonriéndose—, se diría que no exageré un ápice cuando te describí la mansión el año pasado en mi salón de Edimburgo.

Espoleamos a los caballos y los dirigimos al paso por un anchísimo camino de entrada ornamentado en ambos lados con setos y macizos de flores, que una cuadrilla de jardineros se afanaba en podar. Le entregamos los dos caballos a un mozo de cuadra y nos dirigimos a la entrada principal, donde un imponente soldado nos interceptó, impidiéndonos el acceso, hasta que el mayordomo real, de aspecto severo, acercose y, tras saludarnos con mucha ceremonia, respondió por el profesor, y este por mí. El mayordomo real nos hizo entrar al amplio vestíbulo de la mansión. Tan obnubilado estaba yo que pasé por alto los buenos modales y Knox tuvo que darme un disimulado codazo al tiempo que me susurraba al oído:

—El sombrero, Joseph.

Yo me apresuré a quitármelo algo sonrojado y se lo entregué a un lacayo que lo esperaba. Luego avivé el paso con el fin de no quedarme rezagado. La mansión solo disponía de salones, uno tras otro, a cual más imponente. Repletos de retratos de familia en las paredes, alfombras persas, armaduras medievales, mantelitos de puntilla en los respaldos de los sillones, y muebles que se veían antiguos y lustrosos a un tiempo. El profesor me puso al corriente de que la soberana se desplazaba a Balmoral con motivo de sus vacaciones y detestaba recibir visitas propias de su rango, acaso eso explicase que la decoración pareciese más propia de una casa de campo que como yo me había figurado un palacio, aunque, al fin y al cabo, yo no estoy versado ni en decoración ni en palacios.

—El caballero puede aguardar aquí —indicó el mayordomo real dirigiéndose a mí con mucha cortesía, pero de modo tajante.

Me sentí decepcionado al instante. Tan cerca y tan lejos. Su Majestad estaba en algún lugar entre esas paredes, no obstante, para mí era como si estuviese en la Antártida. El mayordomo y el doctor salieron por una puerta y yo permanecí a solas en mitad de una antecámara con paredes chapadas en madera. Desconocía cuánto tardaría Knox en volver, de modo que, después de examinarlo todo con curiosidad y pasar un rato mirando el jardín por una antigua y colorida puerta vidriera, rodeada de hortensias, escogí un cómodo sillón de cuero frente a la chimenea y me amodorré viendo el chisporroteo de las llamas a través de la alta rejilla de metal que me protegía del fuego.

Juzguen ustedes cómo el azar afortunado interviene en los asuntos de las personas. Llevaría una hora más o menos en la misma posición, cuando empezó a invadirme el aburrimiento de tal manera que a punto estuve de quedarme traspuesto. A fin de combatirlo, me levanté del tresillo más que resuelto a ampliar mi zona de exploración. Total, ¿qué podía ocurrirme? Salí por la misma puerta por la que lo habían hecho Knox y el mayordomo, y me escabullí sin un destino claro y sin saber que esa música, una música celestial que llenaba el lustroso pasillo en el que me hallaba, me depararía otra grata sorpresa.

Perseguí los acordes entre centenares de velas encendidas, hasta una estancia con paredes revestidas de papel pintado, historiadas molduras, y altos ventanales que permitían la entrada de amplias franjas de la tempranera luz del día. Del techo colgaban dos lámparas de araña, cuyas lágrimas de cristal tallado brillaban como la superficie del mar bajo los rayos del sol. Mas no fue eso lo que paralizó mis movimientos y encogió mi corazón, sino la presencia de un ángel que había bajado del cielo. La criaturita que sentada en una banqueta tocaba el arpa era de una belleza y mostraba un aire de bondad, sobrehumanas. Jamás había visto yo un rostro más hermoso e inocente. Aquellos tirabuzones dorados caían sobre sus hombros igual que una catarata de agua limpia y pura, y sus dedos, largos y delicados, danzaban gráciles acariciando las cuerdas con la suavidad de la seda. Al momento, fui víctima del Amor…

—¿Puedo ayudaros, caballero?

Esas dulces palabras me arrancaron de mi parálisis. La música había cesado sin que yo me percatara de ello y la joven, que posaba sus intensos ojos azules en mí, me estaba hablando.

—Y-yo —balbuceé, sin poder ocultar mi turbación, y luego, incapaz de articular palabra, quedé mudo. Esto pareció divertirla, puesto que sus labios, cincelados por el mismísimo Miguel Ángel, esbozaron una dulce sonrisa.

—¿Os habéis extraviado, caballero? —insistió ella.

Yo debí resultarle un pasmarote idiota, ahí plantado en el umbral, sin decir nada y con el rostro que yo lo notaba ardiendo de rubor. Por fin, me armé de valor y, recuperando mi voz, pregunté:

—¿Era Beethoven lo que tocabais, señorita?

—Es milady, caballero, no señorita. Y no, no era Beethoven, sino el aria de las Variaciones Goldberg *de Bach. Veo que no poseéis las más mínimas nociones de música.*

El bofetón dialéctico fue de muy señor mío, y la entonación en que lo soltó resultaba sumamente redicha, si bien a mí me sonó tan tierno como el canto de una sirena.

—Dispensad, milady. Es cierto que no poseo grandes conocimientos de música, mas sé reconocer la belleza solo con mirarla —respondí yo, con refinado disimulo.

El gesto de mi ángel se tornó serio y se levantó con brío de la banqueta. Antes de marcharse precipitadamente por otra puerta con ademán altivo, me espetó con mirada desdeñosa:

—Tenéis la lengua demasiado larga, caballero.

El recuerdo de su belleza sublime no cayó en el olvido. Desde ese momento, llenó mis días y también mis noches. No hacía otra cosa que pensar en ella. Olía su perfume en cada rincón, oía su voz en cada sonido. Soñaba que paseaba por sombreadas alamedas con ella colgada de mi brazo. Iba a todos lados abstraído y desorientado, vagando hipnotizado. Nada ansiaba más que volver a verla. Tenía la necesidad imperiosa de volver a verla. Por descontado, no hice partícipe a Knox de mis sentimientos, puesto que, a buen seguro, me reprendería por ellos. Yo seguía acompañándole a diario al castillo, concibiendo la esperanza de volver a encontrarme con mi ángel. Me escabullía una y otra vez a la sala del arpa; sin embargo, mis esfuerzos no fueron correspondidos. La caja de música permanecía tan apagada como mi corazón. Hacía el camino de ida a Balmoral con mariposas en el estómago y parlanchín, y el de vuelta, deprimido y silencioso.

Los días iban transcurriendo sin pena ni gloria, y yo me sumía poco a poco en un profundo estado de melancolía y desconsuelo. No comía, no dormía y casi ni hablaba. Ante el tablero de ajedrez me había vuelto un principiante y solo en el punto de cruz hallaba algo de entretenimiento. ¡Me sentía el hombre más desgraciado del mundo! Tal estado de ánimo no pasó desapercibido para Knox:

—No sé qué te ocurre, Joseph —me dijo un ocaso ante el fuego—, pero de unos días a esta parte te noto in albis. *Si no fuera imposible, diría que estás aquejado de la peor enfermedad que puede contraer un hombre: mal de amores.*

Yo no le respondí, aunque no por desconsideración; sencillamente, hallábame abrumado por la melancolía y si bien oía sus palabras ciertamente no escuchaba lo que decía.

Quiso la casualidad, o bien el Destino, que tres días después me volviese a encontrar con mi ángel. Yo seguía alicaído y precisaba un cambio de aires, de manera que esa mañana de miércoles decidí no acompañar a

Knox a Balmoral.

—Tal vez sea lo mejor, Joseph —me dijo él, cuando le comuniqué mi cambio de planes—. A ver si un paseo por el pueblo te arranca de cuajo esa melancolía ñoña que te tiene atrapado.

Puesto que no me proponía ir al castillo, sustituí mi camisón de noche por unos pantalones bombachos, polainas, botas altas y una zamarra de cazador que localicé en mi ropero. Con alivio, dejé en su sitio el sombrero de copa de raso y rescaté mi vieja gorra de paño, que ya debía pensar en sustituir, pues mostraba patentes signos de desgaste. Con ese atuendo volvía a parecer un hombre de campo, circunstancia que nada me importó, en vista de que vestir como un caballero solo me había procurado dolor y desdicha.

Ballater se extendía bajo un manto de nubes tormentosas, cubriendo el día de languidez, lo cual sintonizaba a la perfección con la disposición de ánimo en que yo me hallaba. En lugar de tomar el sendero de las caballerizas, dirigí mis pasos en esta ocasión hacia el cobertizo. En ese recinto, además de las cosas propias, hallé una bicicleta. ¡No montaba en una desde muchacho! Verifiqué de inmediato que estaba en buen estado y la cadena engrasada, y la tomé prestada. Pedaleando, recorrí el sendero de grava del jardín y crucé la vereda boscosa. De nuevo en la carretera rural, giré a la izquierda y puse rumbo a Ballater, la cual hasta ese momento no había tenido ocasión de visitar. Por el camino, no obstante, sufrí un percance. Mitad por mi desacostumbrado manejo de la bicicleta, mitad por un bache con que me topé, lo cierto es que trastabillé y fui a parar al suelo. Salvo el ego, nada en mí resultó herido, aunque había ido a caer sobre un charco y mis ropas se cubrieron de barro. Me limpié lo mejor que pude, enderecé el manillar de la bicicleta y continué como si tal cosa, silbando esa dulce melodía que mi ángel tocaba en el arpa el día en que la dicha la puso ante mí.

Quince o veinte minutos más tarde pasaba por delante de la estación de ferrocarril y me adentraba en las calles de Ballater, que me resultó un pueblo primoroso y un buen lugar para vivir. De hecho, era más pequeño que mi ciudad natal, que era la capital del condado de Berwick, sin embargo, sus calles empedradas aparecían igual de concurridas y no había una casa sin una tienda ocupando la planta baja, ni una calle donde los maestros albañiles no estuviesen levantando un edificio. Resultaba palpable que la presencia de la monarca y su corte revitalizaban aquel enclave, y en casi todos los escaparates por los que pasaba advertía un letrero en el que cabía leerse: BY APPOINTMENT TO HER MAJESTY THE QUEEN[3].

Pues bien, iba yo caminando por la calle principal, cernida por amenazantes nubes de color de pizarra, y me disponía a entrar en la taberna del Cuerno del Ciervo, cuando, por un azar de la fortuna, giré la cabeza y la vi allegarse envuelta en un halo de luz. Comprenderá el lector que quedé petrificado al instante, como víctima de un hechizo, con la

mano cubriendo el tirador de la puerta. Ella concitaba ese efecto en mí. No era capaz de mover un músculo, salvo el corazón, que absorbía toda la energía de mi cuerpo y comenzaba a latir desbocado. Subía por la calle enredada en un floral vestido de corte y flanqueada por dos viejas urracas que ya no cumplirían los treinta y cinco años de edad. Ambas, a buen seguro damas de compañía de la soberana, iban vestidas de riguroso negro y con los rostros cubiertos por un velo, y protegían a mi florecilla de abejas y moscones, igual que una guardia de corps a su general. Las tres mantenían un animado coloquio. Unos pasos por detrás de ellas, caminaba un criado con el rostro oculto en una pila de paquetes, que se mantenían en orden gracias a unas manos negrísimas. De repente, apareció un coche de caballos, de esos tipo brougham, y detúvose al lado de las damas. Un lacayo de librea sacó el peldaño antes de abrir la puerta, y presentó su mano para ayudarlas a subir al carruaje.

Tal vez la fortuna no me deparase otra oportunidad semejante. De suerte que, reuniendo el valor preciso, abandoné mi inmovilismo y anduve hacia ella. En esta ocasión no olvidé descubrirme, y exhibí esa sonrisa que, de mozo, cautivaba a doncellas y señoras [si bien, para gran disgusto mío, no caí en la cuenta de que estaba cubierto de barro de pies a cabeza, ofreciendo un aspecto desastroso, que fue objeto al punto del peso de las miradas de las damas].

—Espero no importunar, milady…, mi nombre es Joseph Hare, ayudante del doctor Knox, galeno de Su Majestad.

Una de las urracas ya estaba acomodándose en los asientos del carruaje; sin embargo, la otra interrumpió el gesto de subir y se me quedó mirando, con expresión de desagrado.

—¡Qué desvergonzado! —me soltó.

—No te inquietes, tía Margaret, puedo ocuparme de este joven yo sola. —Y dirigiéndose a mí, me dijo—: No tengo por costumbre hablar con desconocidos, mister Hare; de modo que, si me disculpáis…

Mi ángel se remangó ligeramente los faldones del vestido con el propósito de no pisárselos y subió el estribo para desaparecer en el interior del coche. Yo seguía ahí quieto, mirándola embobado. En eso, el lacayo se plantó delante de mí y me soltó un vigoroso empujón al tiempo que me espetaba:

—Dejad en paz a las damas, granuja, y largaos.

Yo trastabillé hacia atrás, mas no llegué a caer; entonces, como hubiera hecho cualquier caballero para salvar su honor herido, me enderecé resuelto a responder al agravio. Batirse en duelo estaba ya prohibido en la Gran Bretaña, pero no una buena riña a puñetazos. Las tres damas ya habían subido al carruaje y el cochero alzaba el látigo amenazador contra mí. Además, el sirviente negro ya había descargado los paquetes, uniéndose a la defensa. Eran tres contra uno y, aunque yo me bastaba para defenderme, a pesar de la clara desventaja en que me hallaba, tampoco era

menester montar un escándalo delante de las damas, de suerte que resolví darme por vencido. En ese momento un policía local que hacía ronda por la calle principal nos abordó.

—Buenos días, señores…, señoras… ¿Algún problema?

El agente de policía no se dirigía a mí, sino a los criados.

—Este tunante impertinente estaba molestando a las damas, vaya usted a saber con qué viles intenciones —dijo el lacayo que me había empujado.

El policía volvió el rostro hacia mí. Era una cara de pocos amigos. No me reconoció y debió de predecir que yo era forastero. Mi aspecto, sucio y desaliñado, hizo el resto.

—¡Eh! —me defendí, enojado—. Yo no estaba molestando a nadie, y no soy un tunante.

—En nombre de la ley, daos preso.

En un visto y no visto me vi prendido con dos grilletes que inmovilizaban mis brazos a la espalda y con el ánimo envuelto en pensamientos sombríos.

—Os aconsejo que no opongáis resistencia, solo empeoraréis las cosas.

Mientras yo avanzaba empujado por el policía, los criados volvieron al coche y azuzaron a los caballos. Así fue como iba a finalizar mi segundo encuentro, de esa manera tan descorazonadora, y ya estaba yo entregándome a los rigores a que la suerte me destinaba, cuando una compensación me estaba preparada a la vuelta de la esquina: puse mi vista en el brougham, que se alejaba traqueteando sobre el empedrado, y distinguí el rostro de mi ángel vuelto hacia la ventanilla de atrás. Sus ojos azules como el cielo en invierno estaban puestos en mí y hubiera jurado ante la mismísima Trinidad que su expresión era de preocupación. Esa manifestación, como comprenderá, hizo nacer en mi corazón una esperanza inesperada, y, pese a que iba preso camino de la comisaría, habiendo recibido además un nuevo desdén de mi amada, las personas con las que nos cruzamos pudieron ver una gran sonrisa pintada en mi cara. Posiblemente, me tomarían por un loco o por un sinvergüenza; no obstante, llegados a ese punto, nada podía importarme menos en el mundo, yo me sentía el hombre más afortunado de toda Escocia…

Fin de la octava parte

40.
Hardy recibe explicaciones…

Víspera del referéndum de independencia
Miércoles, 16 de octubre
Melrose, Scottish Borders

RAYANDO el día, el inspector Shaw y el sargento Hardy regresaban de la granja, donde su propietario había muerto de manera inenarrable, y se adentraban en las adormecidas calles de Melrose…

—Nos vendrá de perlas un café bien cargado, sargento. La noche ha sido de aúpa y hace un frío que se le congela a uno la sangre —observó Shaw, frotándose las manos.

—¿Por qué nunca lleva abrigo, inspector?

—El frío es un fiel camarada, mi buen amigo. Le hace a uno mantenerse despierto y alerta. Y estamos ante un caso que está tomando unos tintes verdaderamente dramáticos y que requerirá de toda nuestra audacia.

Un tibio olor a chimenea envolvía las calles, todavía húmedas del relente de la noche. Al paso de los agentes de la ley, las farolas se apagaban y los locales alzaban los cierres. El sol comenzaba a dar colorido a ese pintoresco pueblo del sur de Escocia. Esa paz, sin embargo, se trastocaría tan pronto como se corriera la voz del cruento destino sufrido por uno de sus vecinos.

—No me negará que detrás de todo esto se esconde la mano del diablo. ¡Un hombre calcinado! Lo que faltaba.

—Ya vuelve a las andadas, Hardy, con el dichoso diablo —repuso Shaw, sonriendo.

—¿Quién se sube a un poste de la luz voluntariamente y se quema a lo bonzo? —insistió el sargento—. La sola idea le pone a uno los pelos de punta.

Sus pasos levantaban ecos en las fachadas de piedra.

—Debo confesarle que es un tanto extraño —observó el inspector.

—¿Extraño? Es siniestro.

Shaw rio.

—Lo que usted diga, Hardy.

—De cualquier manera, inspector, aún no comprendo del todo qué hacemos aquí. No me gusta trabajar a ciegas y he tenido esa sensación desde que nos conocimos en Greyfriars —aseguró con tono de reproche, al tiempo que sacaba una cajetilla de cigarros y un encendedor del bolsillo del abrigo.

—Está usted en lo cierto, Hardy, ya va siendo hora de que le ponga al corriente de algunas cosas. —Shaw se detuvo de golpe—. ¿No huele usted? Café recién hecho y azúcar horneado. Vamos, proviene de allí.

Doblaron a la izquierda a buen paso y en una calle adyacente apareció ante ellos un refulgente escaparate repleto de dulces.

—Excelente, entremos.

—Adelántese, yo voy a terminarme el pitillo.

—Ese vicio suyo se lo va a llevar a la tumba.

La calefacción de la pastelería estaba encendida y el contraste de temperatura con la calle resultaba palmario. Shaw dio los buenos días al encargado y localizó la única mesa del rincón que miraba a la puerta de entrada y al escaparate. Buenas vistas. Esa era una manía suya. Le complacían las ubicaciones desde las que tuviese una panorámica completa del local. Acababa de desprenderse de la americana y la dejaba en el respaldo de la silla, cuando se le unió el sargento, que trajo consigo un penetrante olor a tabaco. Ambos tomaron asiento.

—Dos expresos bien cargados —pidió el inspector en voz alta al encargado, que seguía detrás de la barra frotando con un trapo unas curiosas tazas de hojalata—. ¿No quiere usted nada para comer? —le dijo a Hardy, el cual negó con la cabeza—. ¿No? Pues póngame a mí también uno de esos bollitos de canela que tan buen olor desprenden.

Solo unos minutos después, la mesa redonda y estrecha que se interponía entre el inspector y el sargento se llenó con dos tazas de hojalata humeantes y un platillo con un dulce alargado cubierto de azúcar glaseada.

—Debería usted comer algo, Hardy —dijo Shaw con el pastelillo camino de su boca—. Veo que está adelgazando.

El sargento interrumpió un sorbo de café.

—¿Cómo sabe usted que estoy a régimen? No recuerdo habérselo comentado.

El inspector esbozó una sonrisa, y antes de dar un segundo bocado al bollito de canela, dijo:

—No hace falta, amigo mío, a veces las cosas que nos rodean nos dan las respuestas. Únicamente hay que observarlas. —Y ante la cara de pazguato de Hardy, continuó—: Su traje, le va demasiado holgado. Estoy seguro de que no lo compró así.

—Ah —respondió el sargento, como si esa deducción fuese la más

lógica del mundo.

Después, consumieron sin apenas intercambiar palabra, más allá de las acostumbradas fórmulas de cortesía. Entretanto, la cafetería fue llenándose de lugareños. Por fin, Shaw echó a un lado la taza y el platillo vacíos, y se dirigió al sargento con seriedad.

—Llevamos varios días trabajando juntos, Hardy, y me parece que usted pertenece al reducido grupo de personas a las que se le puede confiar un secreto.

Hardy frunció el entrecejo. El comienzo le mosqueaba.

—¿Un secreto?

—Un asunto extraordinariamente confidencial.

El sargento no supo qué decir y titubeó al hablar:

—Le agradezco la confianza.

—Excelente, porque lo primero que he de hacer es disculparme con usted. No he sido del todo franco en este asunto.

Hardy lo miraba a la espera de que continuara. Le hubiera soltado un «menuda novedad», pero no lo vio apropiado y se guardó para sí su pensamiento. Él no era más que el enlace entre Scotland Yard y la Policía de Escocia; traducido al cristiano, los gerifaltes, a los que no hacía ni pizca de gracia que un inspector allegado de Londres anduviera de aquí para allá por su jurisdicción, lo habían escogido a él a fin de que hiciera de niñera. Pero Hardy no se engañaba. Ese no era el verdadero propósito, sino el hecho de que el inspector Shaw, quien al principio le pareció un estrafalario charlatán de feria, comenzaba a caerle bien. Y no solo eso, hasta disfrutaba trabajando a su lado.

—Se habrá estado preguntando qué pinta Scotland Yard en este asunto —continuó Shaw.

Pues claro que se lo había planteado, y más de una vez, por cierto. Fue a abrir la boca para comentar algo, pero descartó en el acto la idea y optó por aguardar callado.

—Por circunstancias familiares que no vienen al caso —empezó a explayarse el inspector—, gozo de una magnífica relación con el palacio de Buckingham, de ahí que me encarguen a mí los asuntos que afectan a la familia real y que requieren de una solución, ¿cómo decirlo?…

—O sea, lo llaman a usted para lavar los trapos sucios.

—Yo no lo hubiera expresado de manera más clara.

—Por tanto, ese asunto sumamente confidencial del que quiere hablarme… ¿concierne a la Corona?

—En gran medida, sargento, en gran medida. Sir Edward Young, secretario particular de la reina, movió hilos para que me asignaran este caso. Por ese motivo, contactó con el primer ministro, el cual llamó al ministro del Interior, quien por último puso sobre aviso a nuestros jefes respectivos.

—¿Y por qué?

—Ah, esa es la cuestión. El comienzo de todo. Parece ser que fue un robo, aunque desde un principio supe que en este asunto había… ¿cómo se dice?… gato encerrado.

Hardy lo miraba aturdido. Esto iba de mal en peor.

—¿Cómo que *parece* —hizo el signo de las comillas— ser que fue un robo?

—Voy a ser con usted todo lo franco que pueda. Y digo todo cuanto pueda porque hay aspectos en este asunto que siguen tan borrosos para mí como una madrugada de niebla londinense. Un hombre de profesión jardinero al que usted ya conoce, Robert Thornley, fue pillado *in fraganti* en unas dependencias privadas de Balmoral. Además de robar bagatelas, sir Edward sospecha que pudo hacer una copia de una carta comprometedora que se guardaba bajo llave en un cajón.

—Y le han enviado a Escocia a recuperarla.

—Se supera a sí mismo, sargento. Otra vez está en lo cierto.

Hardy abrió mucho los ojos, como si de repente le hubiese quedado claro algo.

—¡El escondite en la habitación de Thornley!

—No me equivoqué con usted, es rápido atando cabos. El señor Thornley ocultó la copia de la carta en su habitación de la casa de huéspedes de la señora Baker, mientras trataba de venderla al mejor postor. La transacción, sin embargo, se truncó con su muerte en el cementerio de Greyfriars, y ahora hay alguien interesado en hacerse con ella. Tanto, que está dispuesto a asesinar a quien se cruce en su camino.

—¿De qué va la carta, inspector?

Shaw suspiró de manera exagerada.

—No me duele en prendas reconocerle que lo desconozco. Verá, todo lo que viene de palacio suele ser… vago e impreciso. Los secretarios privados hacen una impagable labor de fontanería para mantener a salvo la reputación real, y sir Edward maneja ese arte con la misma habilidad con la que un funambulista recorre el alambre. Siempre al límite, pero sin caerse ni para un lado ni para el otro.

—¿Y no tiene ni idea? Mira que me sorprende.

El inspector Shaw negó enfáticamente.

—Es un completo misterio para mí, si bien a estas alturas podemos dar por sentado que se trata de algo de extrema gravedad. Tanto que la mera expectativa de hacerse con la copia de dicha carta ha causado un reguero de cadáveres.

—¡Pero alguien debe conocer su contenido! Dada la deriva que ha tomado el caso, podría tratar de hablar con el sir Edward ese de nuevo y sonsacarle la información.

—Es bastante sensato lo que dice, pero, ¿sabe qué opino?, que ni el

mismo sir Edward lo sabe. Y ese es el problema.

—No le comprendo.

—Cornelius Ackroyd III, a quien si recuerda hicimos una visita el domingo, me confió que solo existe una persona en el mundo que conozca el contenido de dicha carta. —Hubo una pausa melodramática—. James Allen.

A esas alturas, Hardy lo miraba con sumo interés.

—Por eso relacionó usted de inmediato el nombre de James Allen con este asunto y fuimos a buscarlo al hotel Caledonian.

—Así es. De nuevo ha dado usted en el clavo. Siento haberle mantenido en la ignorancia; sin embargo, el incendio de anoche lo cambia todo.

Hardy lo vio preocupado por vez primera.

—¿Por qué, señor?

—He tenido tiempo de leer el informe preliminar de los bomberos. Han debido estar trabajando toda la noche. Menuda profesionalidad.

—¿Cuándo lo ha leído? Venimos directos desde la granja.

—Esa es una cuestión secundaria, sargento, lo verdaderamente importante es que se han encontrado trazas de acelerante en la madera que recubría el cobertizo. Gasolina, para ser más exactos. El asesino del granjero, que provocó además el incendio, no tenía el más mínimo interés en ocultar sus huellas. Todo lo contrario. Montó ese espectáculo pirotécnico puesto que se proponía atraer nuestra atención, o la de alguien.

—¿Y eso qué significa?

—Que se siente muy seguro, Hardy. Y se siente seguro porque, hasta ahora, he estado dando palos de ciego. ¡Por amor de Dios, qué torpeza la mía!

El sargento no sabía qué decir. Si por él fuera, el caso se habría cerrado en un periquete deteniendo a James Allen. Pero él no estaba al mando. De ahí que se llevara una sorpresa de las gordas al oír al inspector manifestando:

—La conclusión es evidente. James Allen es inocente.

41.
Hablando del Rey de Roma…

Melrose, Scottish Borders

-¡CÓMO que es inocente! —exclamó Hardy, que no parecía tenerlas todas consigo.

Sonó tan alta la interjección que los otros clientes que animaban la pastelería se volvieron un segundo a mirarlos. El sargento bajó la voz y continuó su alegato:

—Porque a mí me da que Allen estaba compinchado con Thornley y se lo cargó para hacerse con la copia de la carta y venderla él mismo. Tenemos pruebas de su presencia en el cementerio de Greyfriars y en la habitación de Thornley.

—No, sargento, ahí le falla su buen instinto. Un reloj y un botón de un impermeable no son más que pruebas circunstanciales.

—Muy bien, pero ¿de qué manera si no conoce Allen el contenido de la carta?

—Ah, ese es un dato interesante que le añade a este asunto una sobredosis de misterio. Barrunto que Allen conoce el contenido de la carta por boca de otra persona. Una fuente mucho más directa que la mía, por eso nos lleva ventaja.

Hardy no entendía nada. ¿Misterioso? Lo que era este asunto es cada vez más enrevesado.

—¿De quién habla? ¿No dijo antes que Allen es el único que la ha leído?

—En realidad, hay dos personas que conocen su contenido. Y estoy casi convencido de que fue esa otra persona quien pidió ayuda a James Allen.

—¿Y por qué no interrogamos a *esa* —enfatizó— otra persona para que nos diga lo que sabe?

Shaw se echó a reír, y el sargento cabeceó con expresión algo crispada.

—¿Qué he dicho que sea gracioso? Algunas veces no le comprendo, inspector, y pienso que se burla de mí.

—Nada de eso, Hardy. Le tengo en una altísima estima profesional y personal. No podemos interrogar a esa otra persona porque está fuera de la partida, si comprende a qué me refiero.

—No, no le comprendo, inspector.

—¿Recuerda que mientras registrábamos la habitación del señor Allen en el hotel Caledonian le hablé de la implicación de una Dama con mayúscula?

Al cabo de un breve silencio, Hardy abrió los ojos como platos.

—Cierto, sargento. Veo que lo ha pillado. De ahí que no considere al señor Allen responsable de los homicidios. Sencillamente, opino que él solo está tratando de cumplir con un encargo. Al igual que yo. Y pensar que lo he puesto a los pies de los caballos, echándole a la prensa encima. ¡Qué error de juicio!

—Si se refiere a lo que confesó Azmi en la comisaría sobre pistas y mensajes enterrados… ¿Qué quiere que le diga? A mí, eso me suena a novela de masones.

—Espero que, en algún momento, el señor Allen nos ilumine personalmente acerca de esos extremos.

—Cuando lo detengamos… —Hardy se interrumpió, ladeó la cabeza y taladró con la mirada a Shaw—. Usted no quiere detenerlo, ¿no es cierto?

—Sargento, no podían haberme asignado un policía más capaz que usted. Por eso comprenderá la tesitura ante la que me enfrento. Debemos actuar con mucha cautela. Una vez hayamos detenido al señor Allen, todo saldrá a la luz con pelos y señales, y recuerde lo que le he dicho al comienzo de esta conversación.

—Ya sé, es un asunto confidencial.

Shaw asintió, despacio.

—¿Entonces? —preguntó el sargento.

—Entonces solo podemos seguir en la distancia al señor Allen y a la señorita Azmi, mientras volcamos nuestros esfuerzos en ponerle rostro al verdadero adversario.

—Pero no tenemos pistas.

—Esa es la cuestión, que sí las tenemos, lo que hay que hacer es volver a analizarlas bajo una perspectiva diferente. Hasta ahora, habíamos enfocado el asunto pensando en la culpabilidad de James Allen. Sin embargo… la fisonomía del asesino me trae de cabeza, Hardy. Y eso convierte este caso en un asunto extraordinario.

—¿Se cree lo del lisiado? Mire que Azmi ya le mintió en el interrogatorio acerca de su relación con Kendrick.

Shaw agitó la mano, restándole importancia.

—No fue más que el recelo típico de los periodistas. O tal vez obra del miedo. Pero, sinceramente, no creo que hubiera ninguna intención aviesa detrás de esa mentirijilla.

—Pero… ¿Una figura de cera del Museo Madame Tussauds? ¿Muletas, chistera? Suena increíble.

Shaw se rio un momento.

—Si lo piensa bien, sargento, usted mismo no las tiene todas consigo de que el diablo no ande detrás de este asunto.

—Bueno, no me negará que las muertes son espeluznantes.

—*Voilà!* Las muertes. Ese es un tema que me intriga sobremanera, y puede que debiéramos empezar por centrarnos en ese aspecto de la investigación. Pida al médico forense que examine los cadáveres de nuevo.

Hardy se quedó mirando al inspector con extrañeza.

—¿Buscando qué?

—Cualquier elemento que se le haya podido pasar por alto.

El sargento se recostó en el respaldo lanzando un silbido.

—El forense va a flipar —observó en tono sarcástico.

—También debemos intentar despistar a la prensa. Hemos de rebajar la presión sobre nuestros queridos fugitivos.

Al tiempo que Shaw hablaba, en la mano de Hardy aparecieron un bloc de notas y un bolígrafo.

—¿Y cómo piensa hacer eso?

—Del mismo modo en que se confunde el instinto de un perro cazador, poniendo ante sus narices una prenda con fuertes olores. Hay que despistarlos sargento.

Hardy paró de escribir en el cuaderno. Aún se le escapaba algo.

—Hay un aspecto que todavía no me queda claro.

—Pregunte. Hoy soy un libro abierto.

—¿Qué le indujo a pensar que Allen y Azmi estaban en el cobertizo que ardió anoche?

El inspector dejó escapar un suspiro y lanzó a su acompañante una mirada cargada de culpabilidad. Luego hurgó en un bolsillo de su chaqueta, colgada en una percha de la pared, y colocó un teléfono móvil encima de la mesa. Después de desbloquearlo, se vio un puntito rojo parpadeante moviéndose por un mapa.

Hardy enarcó una ceja, en un claro gesto cargado de incomprensión.

—Son nuestros fugitivos, y por la dirección que han tomado, diría que se dirigen hacia aquí, a Melrose.

—¿Está siguiendo sus movimientos? ¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Un técnico colocó por orden mía un transpondedor en el móvil de la señorita Azmi, mientras era interrogada. Se me ocurrió que, si los tenía vigilados, quien ha cometido estos asesinatos lo intentaría de nuevo con ellos. Y allí estaríamos nosotros para atraparlo.

—¿Los utilizó de cebo?

Shaw trató de sacudirse su abatimiento y antes de contestar dejó pasar un prolongado intervalo de tiempo.

—Subestimé al asesino, y como resultas de mi error ha muerto otra persona.

Al terminar con sus notas, Hardy cerró el bloc y lo devolvió, junto con el bolígrafo, a su chaqueta. Entonces cambió la expresión, como si se le hubiese ocurrido de pronto algo, y dijo con aire pensativo:

—Me estaba preguntando, inspector, si no hay otro interés más retorcido en colocar el localizador en el móvil de Azmi.

Shaw seguía impertérrito.

—Esta vez soy yo el que no le sigo.

—Espero que no entienda que le falto al respeto, pero ya le voy calando. Y mi olfato me dice que aquí hay gato encerrado. —El sargento esbozó una media sonrisa excitado—. ¡Naturalmente! Usted no se acaba de fiar de su propia teoría. En el fondo, no las tiene todas consigo de que Allen sea inocente.

—Es usted un hombre astuto, sargento. No hay forma de engañarlo. Permítame un consejo: si no quiere perder su dinero, apueste al rojo y al negro a la vez.

—¿Cómo sabe que Azmi no va a traicionarle contándole a James Allen el pacto al que ha llegado con la policía?

—No hará falta que se lo cuente. James Allen es un tipo inteligente. Solo confío en que no descubran el transpondedor.

Shaw estiró el cuello y discretamente miró por el ventanal.

—¡Pero qué casualidad! Hablando del Rey de Roma… Ahí tenemos a nuestros queridos fugitivos, dirigiéndose hacia esta misma pastelería. Será mejor, Hardy, que pidamos la cuenta y salgamos deprisa por la puerta de atrás o todo nuestro plan se desvanecerá en el aire tan rápido como el humo de una chimenea en un día ventoso.

42.
Como una puta cabra…

Alrededores de Melrose, Scottish Borders

Sela había sido un fisonomista considerable para recordar una cara vista fugazmente en una imagen congelada. Esa fue la razón de que James y Sela se aventuraran a bajar de la colina en la que se habían cobijado tras el incendio de la caballeriza, y se dirigieran a la localidad cercana de Melrose; todo ello sin mencionar que no les vendría nada mal moverse después de permanecer varias horas soportando bajas temperaturas.

Y es que, cuando se cansaron de observar primero a los bomberos sofocando el incendio y luego a los técnicos de la policía científica analizando la que se había convertido en la escena de un crimen atroz, buscaron cobijo en una pequeña cueva donde pasaron el resto de la noche. Nada más despuntar el amanecer, la pareja decidió ponerse en marcha, todavía conmocionada por lo vivido.

Después de una caminata de casi una hora por depresiones y praderas, eludiendo los caminos, llegaron a las vías del ferrocarril, que siguieron largo rato. La noche, lejos de aclararles las ideas, los había confundido aún más, si cabía.

MIRA HACIA ATRÁS,
LA FlOR DE LIS ESCONDE EL SECRETO

La cabeza de los rieles, de acero limpio y pulido, brillaba bajo los tempraneros rayos del sol. Mientras avanzaba entre ellos, James no cesaba de recitar en murmullos, una y otra vez, la inscripción de la tumba de Walter Scott. Él no disponía de ningún método específico para descifrar pistas. Sencillamente, era algo que se le daba bien. Pensaba y pensaba en ellas bajo diferentes ángulos, se perdía en conjeturas, trazaba hipótesis, hasta que se le ocurría alguna cosa, un hilo del que tirar. Sin embargo, la inspiración, como la buena suerte,

no eran dones divinos caídos del cielo, ambas necesitaban para su desarrollo de un sustrato rico en conocimientos y trabajo. Mucho trabajo. La inspiración tampoco se atenía a reglas ni a horarios preestablecidos. Venía cuando le daba la gana. Y ese era el problema, que ese día parecía tener algo mejor que hacer.

Y el tiempo se agotaba.

Sela, que prefería caminar por fuera de las vías del tren, veía a James en un estado de profunda concentración y decidió no interrumpirlo, de manera que se mantuvo en silencio enfrascada en sus propias reflexiones.

Lo primero que hizo el escocés fue tratar de establecer un paralelismo entre las tres pistas a las que se había enfrentado hasta el momento.

—¿Qué tienen en común una carta fechada en 1862 que contiene una estrofa de cuatro versos; un muñeco de trapo y una cita escrita en un trozo de papel; y la imagen de un guerrero con una inscripción, ambos grabados en la piedra de una tumba?

—¿Me hablas a mí? —preguntó Sela.

—No, hablo solo.

—Ah.

Ambos volvieron a caer en el ensimismamiento.

Después de repetirse la pregunta a sí mismo y darle vueltas al asunto durante un par de millas, James no halló ningún vínculo en común entre las tres pistas.

Ninguno, y se frustró.

Sin embargo, las dos primeras pistas mantenían entre sí varias similitudes. La caligrafía en ambos criptogramas era idéntica y el recipiente donde se hallaron —dos cajas esmaltadas— pertenecían al mismo juego litografiado con un cuadro de Goya. Además, en ese momento, se le despertó en su memoria el recuerdo de un dato importante. *Ella* le había comentado que habían desaparecido tres cajas del juego, originalmente compuesto por cinco. ¿Dónde estaba la que faltaba? Por último, estaba el cifrado de los dos primeros mensajes. ¿Por qué este tercero no lo estaba?

Y estas ideas hicieron que le asaltaran toda clase de dudas.

«¿Y si me he equivocado? ¿Y si no era esta la pista? ¿Y si no estoy persiguiendo más que sombras? ¿Y si…?».

Para tratar de sofocar el sentimiento de fatalidad que lo invadía se puso a pensar en los lugares a los que le había conducido la búsqueda. Los dos primeros fueron el castillo de Dunnottar y la tumba de Walter Scott en la abadía de Dryburgh. Ambos tenían una fuerte vinculación con el nacionalismo histórico escocés.

—¿Cuál puede ser el tercero?

Ni idea. Le venían a la memoria decenas de lugares, pero ninguno

que encajara en la frase:

MIRA HACIA ATRÁS,
LA FlOR DE LIS ESCONDE EL SECRETO

Librando una lucha interior contra sus propias dudas, y justo en el preciso instante en que Shaw y Hardy entraban en la pastelería, divisaron al fin en la distancia el contorno elegante de la abadía de Melrose. Esa visión terminó por descentrar a un ofuscado James Allen, quien, rendido a su propia incapacidad, se apartó de las vías con los ojos puestos en esa maravilla arquitectónica construida por la orden cisterciense en 1136. Como si tal cosa, comentó:

—Ya estamos cerca, tomemos ese caminillo.

Sela y él abandonaron la vaguada por donde discurrían las vías del tren y ascendieron un terraplén por un sendero de tierra y hierba salvaje. Cuando lo culminaron quedó a la vista el pueblo de Melrose, una pintoresca villa de dos mil habitantes encajada entre el mar del Norte y la frontera con Inglaterra.

Desde ese punto, no les llevó más de tres cuartos de hora internarse por sus calles.

—Has estado bastante callado todo el camino —le dijo Sela, mientras enfilaban la tranquila calle principal, bordeada de viviendas de piedra, algunas muy antiguas.

James sacudió la cabeza, desolado, descorazonado, abatido. Se hallaba ante un momento crucial, y estaba en un tris de arrojar la toalla.

—No paro de darle vueltas al mensaje y, por mucho que me esfuerzo, sigue pareciéndome un sinsentido.

Ella se mostró comprensiva.

—Estás cansado, hambriento y congelado. Tal vez lo que necesitas es un poco de descanso.

—Tal vez, pero no disponemos de tiempo. Mañana es el gran día y estoy tan lejos de la verdad como al principio.

Ella profirió un gemido.

—Me duelen los pies, no puedo dar un paso más.

En eso, divisaron una pastelería.

—¿Nos arriesgamos a que nos reconozcan y entramos ahí?

—Por favor, hagámoslo. Necesito algo caliente —suplicó ella.

Antes de entrar, Sela se sacudió restos de paja del suelo de la caballeriza que aún tenía por toda la ropa y el pelo. El encargado los evaluó con la mirada. No porque hubiera reconocido sus rostros, sino por su aspecto despeinado y desaliñado. En todo el establecimiento solo quedaba una mesa libre, en un rincón, y fueron a ocuparla de inmediato. Los asientos aún estaban calientes y en una esquina

descansaban dos peculiares tazas de hojalata usadas y un platillo con migas desparramadas. El calor que desprendían dos grandes aparatos colgados del techo los reconfortó en el acto. Al cabo de varios minutos, se deshicieron de sus prendas de abrigo. Sela fue la primera en marcharse al cuarto de baño y asearse un poco. Cuando regresó, la mesa ya estaba limpia.

—Te he pedido un *full english* —dijo él.

—Ahora mismo me comería un buey —añadió Sela.

A renglón seguido, fue Allen quien se levantó para ir al baño. Volvió pasados unos minutos con un ejemplar de la edición escocesa de *The Times*, que halló doblado sobre el mostrador. La mesa estaba cubierta de tazas y platos, y Sela ya daba buena cuenta de su desayuno a base de pan tostado, bacon, salchichas, *beans*, huevo frito y rodajas de tomate natural.

—¡Dios mío…, es celestial! Anda, siéntate y come.

Comieron y bebieron casi sin decir esta boca es mía. De vez en cuando, echaban un rápido vistazo sin que se les notara por el local, aunque nadie parecía mostrar el más mínimo interés por ellos dos.

—¡Buff, soy otro! —dijo James, reclinándose en su silla y echándose la mano a la tripa, que formaba una ligera curva en el jersey. Su rostro, no obstante, aún seguía ojeroso. Entonces asió el periódico y se escondió detrás de él.

Sela rodeaba la taza todavía caliente con sus manos, la mirada perdida en el ventanal.

Allen bajó el periódico, arrugándolo en su regazo y soltando un gemido.

—Tal vez todo esto no sea más que una macabra broma que nos está jugando alguien.

James cerró el periódico de cualquier manera y lo dejó a un lado. Daba la impresión de estar derrumbado, aguijoneado por una profunda sensación de fracaso.

—¿Qué podemos hacer? Llevo todo el día dándole vueltas al asunto y no se me ocurre la manera de continuar. Estoy perdido.

Desde que lo conocía, Sela nunca lo había visto en tal estado de abatimiento, y sintió pena por él. Entonces tomó una mano de James y la apretó entre las suyas. Ella no se prodigaba en gestos cariñosos, de modo que él se lo agradeció con una tímida sonrisa.

—A lo mejor la última pista no es ningún acertijo —dijo Sela, más que nada para tratar de animarlo.

James frunció el ceño y retiró la mano.

—Explícate, por favor.

—A lo mejor el sentido de la frase es literal. ¿Por qué hay que darle vueltas a las cosas?…

Como si hubiese saltado un resorte en la cabeza del escocés, una

imagen empezó a formarse en su mente. Se aferró a ella, aislándose del ruido de la cafetería, para evitar que se desvaneciera. ¡Por supuesto! Sus dudas se habían disipado y tomó conciencia al momento de que estaba en el buen camino. Que el acertijo no estuviera cifrado era de una genialidad aplastante. Quien lo hubiera escrito lo había dejado a la vista de todo el mundo. Y era una forma de comentar que la clave para comprenderlo era su propia literalidad. Entonces una cosa llevó a la otra. Y una vez el telón de la inseguridad cayó, lo vio todo con claridad meridiana. Recordó un aspecto que le confesó *Ella* en su reunión y las piezas del dominó cayeron una detrás de la otra, por pura inercia. De repente, se sentía eufórico.

—¡Eres una genio! Resulta tan evidente…

Sela vio que los ojos de su acompañante brillaban con el hallazgo.

—¿Qué resulta tan evidente? No comprendo nada.

Él se inclinó sobre la mesa, aproximándose a ella.

—La frase —bajó el tono de voz—, efectivamente, es en sentido literal.

La periodista arrugó la cara.

—No te sigo.

—Necesito hablar con *Ella* otra vez.

—¿Con *Ella*? ¿Has perdido el juicio?

—Sí, es de vital importancia.

—Pero, ¿cómo piensas hacerlo? Una cosa es colarte en el castillo de Balmoral, en mitad del campo, y otra bien distinta en el palacio de Buckingham, en pleno centro de Londres. Por no mencionar que toda la policía del país nos está buscando. Y por si lo has olvidado, hoy ya es miércoles. Solo en llegar a Londres gastaríamos el resto del día.

James se la quedó mirando con esa sonrisa traviesa que tanto exasperaba a Sela.

—¡¿Qué?!

—Que no hay que colarse en el palacio de Buckingham. Nada más que necesito una cosa.

—¿El qué?

—Un frac. —James volvió a echar mano del periódico, buscó una página y se la mostró a Sela.

La periodista lanzó un suspiro al aire.

—Coño, Allen, —gruñó—, estás como una puta cabra.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Un día entero sin escribir, no puedo negar que descansando de la fatiga y con el ánimo decaído. ¿Acaso puedo recriminármelo? ¿Acaso alguien podría recriminármelo? La oscuridad y la soledad que me rodean caen sobre mí igual que una pesada losa. Ante tal tesitura, tuve que encender por momentos la vela [si bien había resuelto reservarla exclusivamente para escribir]; y es que la oscuridad me suscita una impresión desoladora y me sume en indescriptibles temores ciegos. ¡Cuán inauditos esfuerzos sufro para mantenerme con vida! Mis pensamientos, durante este día cargado de monotonía, volaban constantemente a los pinares que rodean Balmoral [tan cercanos y tan lejanos a un tiempo], y a los paseos con mi amada. Pero no debo albergar esperanza. No la hay. Aunque lograra hipotéticamente salir de aquí, ¿cómo podría seguir viviendo con la carga que llevo encima? Hace días que ya no escucho ningún murmullo esperanzador y mi abatimiento es inaguantable. Escribir este relato me hace bien, lo sé, y supongo que ya he reunido las fuerzas para proseguir con mi aventura en Ballater, después de que fuera dado preso:

… Una vez me identificaron en la comisaría de Ballater y comprendieron que mis intenciones en ningún caso eran deshonrosas, soltáronme con la advertencia de que, si volvía a meterme en líos, presentarían cargos contra mí por altercado al orden público, y mandaríanme ante el juez, que había tomado por costumbre no ser magnánimo. A pesar de mis desdichas, emprendí el camino de regreso a la casa de campo en mi bicicleta, canturreando una canción y saludando afectuosamente a cuantas personas me cruzaba en el camino. Cuando llegué, ya casi era la hora de cenar. Hallé a Knox donde siempre, delante del fuego con un libro entre las manos. Fui a lavarme y a mudarme de ropa y, poco después, estaba en la mesa presto para la cena. Esa velada me mostré de lo más vivaracho, y hasta el profesor se sorprendió.

—Qué ufano te encuentro esta noche, Joseph —me dijo—. ¿Han desaparecido por fin tus desvelos?

Mitad por el borgoña, que tomé en abundancia, mitad por la euforia que me embargaba por mi encuentro en Ballater de la mañana, me dejé llevar y cometí un terrible error, del que solo algo más tarde me haría cargo, y le hablé a Knox de mi ángel.

—Doctor Knox —dije, después de limpiar mis labios con la servilleta—,

¿conocéis a una joven de Balmoral? Es rubia, ojos azules, hermosa…, y va escoltada por dos viejas urracas.

El profesor paró de comer y, al tiempo que se hacía con el decantador, me echó una mirada inescrutable. De repente, estalló en carcajadas, mientras su copa se iba tiñendo del color rubí que exhibía ese excelente vino añejo.

—No me digas que te has enamorado, muchacho. Si mal no recuerdo, te diagnostiqué mal de amores, y por fin te has confesado: in vino veritas.

Yo estaba harto de los aforismos latinos de los que Knox tanto gustaba servirse. Para cada situación parecía tener uno en la punta de la lengua.

—No os toméis a chanza el amor de un joven, profesor.

Knox púsose serio.

—No me lo tomo a chanza, Joseph, todos hemos sido jóvenes y hemos sucumbido alguna vez a los caprichos de Cupido.

No lograba imaginar al Knox que tenía sentado enfrente de mí ante una situación semejante a la que yo me hallaba, y, mientras misses Marker nos cambiaba los platos, el profesor adoptó una pose pensativa. De nuevo a solas en la mesa, me dijo:

—Por la descripción que me has hecho, únicamente puede tratarse de una persona: lady Clara Hastings. Si mi juicio es acertado, y así lo tengo para mí, he de advertirte que picas muy alto, alumno mío, pero que muy alto. Esa señorita es sobrina de la duquesa de Ayton, una de las damas de compañía preferidas de Su Majestad. Con toda probabilidad sea una de las… ¿cómo las llamaste?, ah, sí, una de las urracas que la escolta. Pero muchacho, desengáñate. Se rumorea que sir Alfred Hanson, vizconde de Sussex, le hace la corte y que el futuro de ambos ya está convenido entre las familias. Por no mencionar que una señorita de esa clase no está al alcance de una persona como tú. No te ofendas, Joseph, has recibido una educación esmerada y eres apuesto, si bien eres un muchacho del pueblo que apenas tienes medios para ganarse la vida, y sir Alfred es un gallardo joven que pertenece a un extenso linaje de caballeros ingleses.

Ese golpe de realidad y el efecto del vino, que empezaba a nublar mi cabeza, enfriaron mi felicidad, sumiéndome en la depresión y el desaliento. Knox estaba en lo cierto. La señorita Hastings no era más que una quimera, pues: ¿qué podía yo ofrecerle? La respuesta era única: nada. De modo que permanecí el resto de la cena sin decir palabra, alicaído y con el ánimo por los suelos.

—Siento haberte echado por encima ese jarro de agua fría, Joseph, pero anímate. Como dice el viejo adagio latino: Carpe diem! *La vida es corta, no la desperdicies en imposibles —aconsejome Knox, cuando la vieja misses Marker había recogido ya la mesa y nos encaminábamos al tablero de ajedrez, resueltos a echar nuestra partida diaria.*

—No es culpa vuestra —le contesté—. No hay nada en lo que habéis dicho que no sea del todo cierto.

Pugné por tranquilizar mi mente alejando ese espinoso asunto de mi cabeza, y decidí concentrarme en la partida. Yo jugaba con blancas y moví un peón al frente. El profesor hizo lo propio con el suyo. Yo moví al punto el caballo, y Knox volvió a imitarme. ¿Que cómo puedo recordar los movimientos con tal precisión? Porque siempre empezábamos igual las partidas. Oímos a misses Marker despedirse hasta el día siguiente y cerrar la puerta por fuera.

Estábamos muy callados los dos. Entonces, después de que Knox se comiera uno de mis alfiles con uno de sus caballos, alzó la barbilla y me sorprendió manifestando:

—Es posible que yo pueda echarte una mano con tu pajarillo.

Bastaron esas simples palabras para que el nubarrón que ensombrecía mi rostro desapareciera en un santiamén.

—¿Podríais hacer eso, señor? Sería muy considerado de vuestra parte.

—Ciertamente, podría interceder por ti ante Su Majestad. Ya sabes que los médicos gozamos de momentos de intimidad con nuestros pacientes.

Yo no cabía en mí de alegría. La llama de la esperanza, que languidecía en mi interior, de nuevo cobraba fuerza.

—¿Haríais eso por mí?

En eso, él me sorprendió con una pregunta:

—Joseph, ¿por qué crees que alquilé esta casita de campo tan apartada y te hice acompañarme a Balmoral?

Por hacer honor a la verdad, hasta ese instante no me había planteado esa cuestión. De partida, mi cabeza estaba nublada con el propio viaje, y después con el asunto de la señorita Clara.

—No sabría decirle, profesor, ¿deseabais tranquilidad y confiabais en mí?

Él esbozó una sonrisa enigmática que anticipaba lo que venía inmediatamente después.

—No solo por eso, Joseph, aunque sabes que aprecio en sumo grado tu punto de vista. Nuestra estadía en Balmoral podría alargarse más de lo previsto. Tal vez hasta el final del verano o el comienzo del otoño, y mi estudio anatómico no avanza como debiera, me hallo en un momento crucial. Sabes que esta enfermedad que padezco no entiende de entretenimientos. Avanza con la seguridad de un ejército triunfante desfilando, y muy pronto estas manos —esgrimió ambas garras en alto— ya no me servirán para nada…

En ese instante entendí dónde se proponía ir a parar y me temí lo peor. El nubarrón regresaba a fin de ensombrecer de nuevo mi rostro.

—… En definitiva, Joseph, preciso cadáveres —finalizó.

—Pero… profesor, esto no es Edimburgo. Aquí no sé de dónde puedo sacarlos.

—Será una ciudad más pequeña, Joseph, sin embargo, las personas también mueren en este lugar. Es una cuestión de pura lógica. No me cabe

duda de que en el cementerio, igual que hacías en Edimburgo, encontrarás algunos todavía frescos.

Me esforcé por convencerlo.

—Pero profesor, el robo de cuerpos es un delito. Querría dejar ese mundo atrás, centrarme en concluir mis estudios, hacerme doctor y abrir mi propio consultorio; acaso, de esa manera, pueda tener algo que ofrecer a lady Clara.

Knox detuvo su reina en el aire y clavó sus ojos negros en mí.

—Me decepcionas, Joseph. Me decepcionas soberanamente. Y siento decirte que no hay cuidado de que te acerques a lady Clara, pues sin mi ayuda vuestra relación es del todo imposible. —Luego se comió un caballo blanco, y anunció cambiando de tema—: Jaque mate.

Nunca había visto a Knox con un rostro tan desafiante. ¿Estaba dispuesto a vender mi alma al diablo por amor? Ya lo había hecho anteriormente y por causas menos nobles, de modo que proferí un suspiro al aire. El profesor debió de advertir mi lucha interior, puesto que para ayudar a que me decidiera, me dijo:

—¿Sabes, Joseph?, los romanos disponían de una locución con el propósito de resolver el dilema en el cual nos hayamos inmersos. ¿Sabes a cuál me refiero?

Yo denegué con la cabeza.

—Do ut des*, mi querido alumno. Tú haces algo por mí y, en correspondencia, yo hago algo por ti.*

Aduje un fuerte dolor de cabeza para no empezar una nueva partida, y subí a mi habitación. Me metí en la cama del tirón, apesadumbrado, y no logré pegar ojo hasta bien entrada la madrugada, cuando ya clareaba el nuevo día. La mañana siguiente no fue diferente. No había parado de llover en toda la noche, y el día amaneció frío y carente de luz. Cuando bajé en busca del desayuno, Knox ya se había marchado. Le oí comentar que ese día no iría a la mansión y que había quedado con el guardabosques en salir a cazar faisanes por los bosques que nos circundaban, valiéndose de un par de lebreles escoceses con fama de ser muy duchos en el rastreo. Aunque me ofreció acompañarle en la partida de caza, no tengo reparos en reconocer que siento cierta antipatía hacia los cazadores, de manera que excusé mi presencia.

Yo tenía ocupaciones a las que dedicarme, y fui al centro de Ballater en bicicleta. En la calle principal, hice un alto un momento delante del escaparate bien surtido de una pastelería, y pregunté a un parroquiano. Con nuevas indicaciones, seguí pedaleando desde allí hasta dejar atrás la ciudad, entré en un camino escabroso en mal estado y, trazando curvas sin parar, llegué ni cinco minutos después al cementerio. Allí localicé al único sepulturero de Ballater cavando un agujero con que cumplía con su fúnebre oficio, y le ofrecí medio soberano si me ayudaba. Inicialmente, opuso algo de resistencia, y serio contestó a mi propuesta:

—Eso es inmoral y no está bien, caballero, no es cristiano.

Pero cuando subí mi soborno a un soberano, cambió de opinión.

—Algo más tarde, a las doce —me dijo mirando su reloj con desgana—, me traen uno. Una mujer que murió ayer pariendo.

—¿Tenemos, pues, un acuerdo?

—Sí, lo tenemos.

—¿Y sois vos hombre de palabra?

—Sí, lo soy.

Nos dimos la mano. Yo me marché, y convine con el sepulturero, de nombre Thomas, en que volveríamos a vernos pasada la puesta de sol. Allí estaba yo, a mi hora, montando un carro que había encontrado en el cobertizo y envuelto en una oscuridad solemne. Con las lluvias recientes la tierra estaba mojada, y entre los dos exhumamos el féretro en un abrir y cerrar de boca. Sacamos el cuerpo amortajado y lo trasladamos al carro. Le di sus 20 chelines y me largué de allí mientras él cerraba el ataúd vacío y volvía a cubrirlo de turba.

Knox había modificado el destino de una de las piezas en el tercer piso con el fin de instalar una sala de disección, y había prohibido a misses Marker el acceso, bajo ningún pretexto. La semana siguiente se mostró propicia y robé otros dos cadáveres. Un niño muerto de tuberculosis y un sujeto con un agujero de bala fruto de un desafortunado incidente de caza. En ambos casos, el bellaco del sepulturero ya había dispuesto de los cuerpos, envolviéndolos en una sábana, de suerte que no tuve que hacer otra cosa que cargarlos en la caja del carro y sustraerlos discretamente a las miradas de los demás. Un sábado por la noche, sin embargo, Thomas y yo sufrimos un contratiempo. Cavábamos con ardor para exhumar un cuerpo, habiendo tomado las acostumbradas precauciones, cuando apareció la policía local [un sargento y dos fornidos agentes], que debían de haber recibido instrucciones y estaban con la mosca detrás de la oreja ante el robo de cadáveres. Tuvimos que dejar todo tal cual y echamos a correr. Dado que era de noche, nos resultó fácil escabullirnos; no obstante, el sepulturero se asustó tanto que me dijo que ya no me ayudaría más, «ni por 10 soberanos de oro».

La mañana siguiente me levanté con el canto del gallo, aún con la conmoción que me provocó el tropiezo relatado.

—Anoche, la policía se topó con unos malnacidos robando un cadáver del cementerio —nos sorprendió diciendo misses Marker, mientras disponía el desayuno en la mesa.

Knox y yo nos miramos de reojo.

—¿Ah sí?—dije, haciéndome el loco.

—Pues ya se ha corrido la voz y es la comidilla en toda la comarca. —El ama de llaves hizo una pausa a fin de añadir—: Cómo se puede ser tan ruin. —Y con voz más calmada, concluyó—: No le dejan a uno ya ni morirse en paz.

—¿Y se sabe algo? —pregunté yo.

—Nada. Los malhechores se escabulleron en la noche; cosa que, por otra parte, no es de extrañar. Ese sargento barrigudo no prendería ni a una mosca posada en la punta de su enorme nariz. Aunque ha asegurado que no descansará hasta ver a esos bellacos bailando al extremo de una cuerda. Me parece que han sido sus palabras literales.

Tras lo cual, misses Marker se fue a la cocina. Knox se inclinó hacia mí, que no paraba de temblar y era incapaz de tragar bocado, y hablando en susurros me señaló con gran cinismo:

—Joseph, a lo hecho, pecho, pero en el futuro ándate con más cuidado. Has pecado de imprudente. Si te pillan estaremos en un buen lío. Yo al menos tengo una reputación y una buena disculpa, con algunas explicaciones de más, podría salir de esta sin mácula. Pero… ¿y tú?

Pasé por alto su comentario y le pregunté, cambiando de tema con el mayor tacto posible:

—Profesor, ¿pudisteis hacer la gestión que me prometisteis con Su Majestad?

—Paciencia, Joseph, ten paciencia. Las cosas de palacio van despacio, como reza el dicho —me dijo, volviendo al respaldo de su silla con la taza humeante en la garra que tenía por mano—. A Su Majestad no puede importunársela como a cualquier otro mortal. Hay que encontrar el momento propicio. Pero no pases cuidado, soy un hombre de palabra.

Knox se levantó de la mesa y fue a abrir la ventana de guillotina que había al lado de la otomana. Se acomodó seguidamente en ella, y se zambulló con indiferencia en la gaceta local del día mientras fumaba en la pipa. Después de la conversación del desayuno, yo, por mi parte, no podía dejar de pensar en otra cosa. Si llegaba a ser de dominio público que yo era el ladrón de cuerpos, no solo se esfumarían mis escasísimas opciones con Clara, sino que acabaría ahorcado en Grassmarket, como tantos otros rufianes que yo había visto en mis dos años en Edimburgo.

El reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea, de esfera redonda y caja chapada en dorado, dio las nueve, y Knox cerró el periódico y púsose en pie.

—¿Vendrás hoy conmigo a Balmoral, Joseph?

Recorrimos el profesor y yo a caballo las pocas millas que nos separaban del castillo, y, mientras dejábamos atrás un carro lleno de cerdos sacrificados, le propuse abandonar por un tiempo lo de los cadáveres, hasta que se calmara un tanto el asunto. Él se manifestó de acuerdo conmigo, y eso me otorgó un tiempo de serenidad en el que me fue posible volver a centrarme en Clara Hastings.

El día, por vez primera en la última semana, estaba claro y soleado, de manera que le dije a Knox que, mientras él atendía a Su Majestad, yo le esperaría paseando por los jardines. Los jardines que bordeaban la mansión eran magníficos y en apenas unos segundos me vi absorbido por la

quietud que se respiraba en ellos. El tiempo detúvose a mi alrededor, vagando como estaba yo por senderos de tierra batida flanqueados por setos altísimos bien perfilados, y plazoletas adornadas con soberbios conjuntos florales dignos de Versalles.

El murmullo del agua de una fuente captó mi atención, proseguí mi avance ahora con un destino y ralenticé mis pasos cuando llegué a un recodo que hacía el seto. En ese instante, me alcanzó el sonido de unos aplausos delicados. Asomé un tanto la cara y lancé una mirada. Ante mí se abrió un estanque de forma rectangular, cubierto de nenúfares en flor y otras plantas acuáticas. Un parloteo de voces femeninas me hicieron mover la cabeza. En una superficie solada, cerca del estanque, había dispuesta una diana sostenida en el aire por un caballete y, unos metros por delante, una pareja de damas. Una de las cortesanas, la más joven, sujetaba con elegante sencillez un arco de tejo y en ese momento montaba una flecha bien emplumada en la cuerda tensada. Su aspecto, indudablemente, era de señoras de la alta sociedad. La de más edad vestía de riguroso negro y de un primer golpe de vista reconocí en ella a una de las urracas. Su acompañante, la que disparaba con el arco, no era otra que mi Clara. Retirado unos cuantos pasos había un criado en posición de firmes.

Yo permanecí escondido, radiante de gozo, contemplando su belleza y su grácil manejo del arco, a lo menos media hora. En una de las ocasiones en que Clara regresaba de recoger dos saetas clavadas en el anillo exterior de la diana, me vio y dio un ligero respingo. Yo me llevé de inmediato el dedo a los labios, rogándole en la distancia que no diera la voz de alarma. No llegó a hacerlo, y eso me dio esperanzas. Diez minutos después, la oí decir:

«Clara: Tía Margaret, ya me he cansado de este juego, voy a dar un paseo.

[La urraca hizo ademán de levantarse con esfuerzo de un banco de piedra en el cual estaba sentada muy compuesta, si bien Clara la detuvo con un gesto delicado].

»C: No hace falta que me acompañe, tía, la veo hoy fatigada.

»Urraca: Bien, pues que te acompañe el criado.

»C: Pero tía Margaret, ¿qué podría ocurrirme aquí? Ten la bondad… Hasta una joven, aun cuando pertenezca a la nobleza, necesita en ocasiones estar a solas con sus pensamientos.

Y antes de que la urraca pudiera replicarle, se alejó de ella con pasos ligeros, y se perdió a la vista en el laberinto de caminos arbolados. Yo la perseguí a cierta distancia, siguiendo el susurro que producían sus faldas. La vi entrar en un invernadero y yo la seguí al interior. De inmediato, bajo esa bóveda de cristal, la humedad del ambiente subió y me vi rodeado de exuberantes flores coloridas y exóticos árboles frutales que llenaban el aire de un aroma dulzón y embriagador. Caminé por pasillos abundantes en

vegetación, fingiendo observar toda esa belleza, pero muy atento a los movimientos de mi ángel y, en una bifurcación, me hice el encontradizo. Ella detúvose en seco, haciéndose igualmente la sorprendida y mostrando en su rostro cierta turbación.

—Buenos días, milady —le dije, alzando mi sombrero e inclinándome ligeramente—. No sé si me recordáis, me llamo Joseph Hare y vengo con el doctor Knox.

—Veo que vuestro aspecto, mister Hare, es hoy más decoroso.

—Milady, es que caí de la bicicleta cuando iba hacia Ballater.

Ella lanzó una sonrisa delicada y comenzó a caminar despacio sobre la tierra de color naranja, invitándome con sus gestos a que yo la acompañara. Salimos del invernadero y del jardín y nos encaminamos por una alameda, de cuyo extremo partía un sendero que se adentraba en las sombras del bosque y que estaba cubierto de agujas de pino. Durante un rato paseamos silenciosos bajo los tilos, oyendo los reclamos de los piquituertos sobre nuestras cabezas y el frufrú que provocaba el vestido de mi Clara con el movimiento. En algún momento, el borboteo de la fuente había sido sustituido por el murmullo del río Dee. No me avergüenza confesar que me sentía plenamente dichoso.

—Siento lo que os ocurrió en Ballater. ¿No tendríais problemas con la policía? —me dijo ella, francamente preocupada.

—Nada que no mereciera la pena por esa mirada que me echasteis desde el coche.

—¡Sois un impertinente, mister Hare!

El tono impostado de sus palabras escondía un gesto de coquetería, y eso alimentó mi esperanza y mi sonrojo.

—Confío en no haberos ofendido, milady.

—Es hora de emprender el regreso —me dijo, sin embargo, bastante seca.

Dimos la vuelta y volvimos a las perfiladas líneas del jardín, sin hablar apenas. Clara volvió a ocultarse del sol bajo una sombrilla.

—No me habéis dicho todavía vuestro nombre, milady —le dije mientras rodeábamos una fuente ornamentada de donde emergían chorros de agua dibujando formas artísticas.

—Lady Clara Hastings. —Sus pasos se detuvieron y se dio la vuelta un instante para mirarme—. Debo marcharme ya, mister Hare. Sería enojoso que tía Margaret tuviera que enviar a la guardia a buscarme.

—¿Volveré a veros? —pregunté con tal angustia que Clara dulcificó su rostro, hasta ese momento, hierático.

—No sé por qué debería desear veros de nuevo, mister Hare; no obstante, al otro extremo del jardín hay una parte del río a la que, en ocasiones, me place ir a dar un paseo. El olor a pino es intenso allí y, si uno se fija bien, puede ver a los salmones nadando contracorriente de una forma muy graciosa y saltando fuera del agua para sortear las rocas.

—¿Tendríais a bien acompañarme mañana?

No me contestó, y la vi recogerse los pliegues de la falda y alejarse con premura por uno de esos larguísimos corredores que formaban los setos y desaparecer al doblar una esquina. Sin poder contener mi júbilo, regresé a la entrada principal del castillo por otro camino, y aguardé allí a que Knox terminara…

Fin de la novena parte

43.
La decepción…

Barrio de Leith, Edimburgo

En el apartamento que la prima de Sela poseía en el 61 de The Shore.

—Acaba de llegar el mensajero con la invitación —le dijo Sela a James, alzando ligeramente la voz y dejando un sobre abierto en la mesa, al lado de un paquete de reducido tamaño y forma cuadrada—. Ackroyd ha cumplido con su palabra.

James le contestó desde el baño con un murmullo apenas audible, solo unos minutos antes de que apareciese en el salón vistiendo un frac negro que había alquilado esa misma tarde.

—¿Qué tal estoy?

El sonrió y ella le devolvió la sonrisa mientras le enderezaba la pajarita.

—Guapísimo.

Lo cierto era que James, con su metro ochenta, lucía esas prendas con elegancia, pese a que, debido a las premuras, las mangas para su gusto quedaban un poco cortas.

—¿A qué hora tienes que estar allí?

Allen comprobó un reloj digital colgado en la cocina.

—Todavía tengo tiempo. El acto es a las ocho y media, pero Ackroyd ha insistido en que debo ser puntual y estar tres cuartos de hora antes. —James alargó la mano y cogió la invitación, la extrajo del sobre y la observó un momento.

—También ha llegado esto para ti —le dijo Sela, señalándole el pequeño paquete cuadrado—. Viene de Londres. ¿Qué es?

James se hizo asimismo con él y ambas cosas desaparecieron en su chaqueta.

—Nada, un par de juguetes que me ha enviado un amigo mío. —Allen se mostraba algo nervioso, tamborileando con el dedo contra su pierna.

—Tranquilízate —le dijo ella—, verás cómo todo sale bien. ¿Sabes ya la manera en que la vas a abordar?

Él movió la cabeza en un lento gesto de negación.

—Una vez que esté allí, tendré que improvisar. Somos cuarenta invitados, de modo que espero que se presente mi oportunidad. —James se dejó caer con un suspiro en el sofá, que se hundió bajo su peso.

—¿Quieres una copa?

—Me vendrá genial. ¿Le queda whisky a tu prima?

—Vamos a verlo. —Sela se dirigió hacia un mueble bar, corrió una puerta y paseó la mirada por el interior. Luego sacó una botella y puso dos dedos de un líquido ámbar en un vaso—. Solo una, no nos conviene que te presentes tambaleándote.

James aceptó la bebida con una media sonrisa y la apuró de un trago.

La periodista, que permanecía de pie, se lo quedó mirando detenidamente. James no supo interpretar su semblante.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—¿No crees que va siendo hora de que seas sincero conmigo?

—¿Respecto a qué?

Sela ladeó la cabeza y puso una sonrisa sarcástica.

—¿A qué va a ser? Lo sabes. ¿Cuál es el Secreto?

—Yo…

Ella le impidió continuar.

—Me han encarcelado e incluso he arriesgado mi propia vida por seguirte. Me lo he ganado.

James se quedó pensativo. Tal vez estaba en lo cierto y había llegado el momento. Aunque seguía asaltándole la duda de si podía confiar en ella o no. Finalmente, decidió hacerlo.

—Está bien. Siéntate, por favor.

Sela tomó asiento enfrente de él, sin acomodarse.

Él se lo contó.

Sus palabras provocaron un silencio en la habitación. En la calle un coche tocó el claxon. La periodista se mostraba desconcertada y James se frotaba las manos, nervioso.

—No, claro que no son chatarra —dijo Allen, respondiendo a una pregunta de Sela—. No hablo de su valor material, que sigue siendo estratosférico.

—¿Quién pudo hacer algo así?

—Esta es la bomba. Fue la reina Victoria, o al menos es lo que da a entender la carta que *Ella* guardaba en su secreter y que Thornley presuntamente fotografió.

—¡¿Qué?! —Más calmada, dijo—: Por tanto, tú estás…

—Exacto. Con la copia de la carta que acusa a la reina Victoria,

desaparecida tras la muerte de Thornley, y el agravio restituido, las aguas volverán a su cauce.

La joven se levantó de su asiento y se puso a dar vueltas por la pequeña habitación. Su cabeza bullía.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Claro que sé lo que implica. Si esta información llega a ser del dominio público, el pueblo escocés no se lo tomará demasiado bien. Lo considerará la última traición de Inglaterra. Se sentirá engañado.

—Y mañana —continuó ella—, la votación podría decantarse por la independencia…

Entonces Allen apreció que el rostro de Sela se transformaba, y eso no le gustó una pizca.

—Pero James, esto debe saberse. La gente tiene derecho a conocer la verdad. No puedes ocultársela —habló con mucha vehemencia y sin ninguna consideración.

James también se puso de pie y caminó en la dirección de la joven, negando con la cabeza.

—No, Sela, no puedes contarlo. Piensa en tu país.

—Ya lo hago. La opinión pública es inteligente. Sabrá discernir el pecado de una reina que lleva más de un siglo fallecida, de la actual monarca. —Se detuvo y miró a James a los ojos con aire desafiante—. Estoy convencida de que es lo correcto.

—La línea que separa la convicción de la terquedad es muy delgada.

—¡Que te jodan! Ni tú ni nadie va a decirme qué debo hacer. ¿Me oyes?

—Sel, tú no eres así, te conozco.

El rostro de ella seguía congestionado.

—¡Tú no sabes una mierda de cómo soy! Los dos queremos algo y haríamos cualquier cosa por conseguirlo. En el fondo, no somos tan diferentes.

—Siento que creas eso.

Sela dejó escapar un resoplido de indignación, le dio la espalda a James y se puso a mirar por la ventana. El sol decaía detrás de los tejados cobrizos de la ciudad y algunas casas de la calle se iluminaban. Después de un largo rato, la periodista se dio la vuelta lentamente, parecía más calmada.

—James, siento de veras haberte decepcionado. —Y encaminó sus pasos, cabizbaja, hacia el dormitorio de Therese.

—Espera.

La joven paró y volvió el rostro.

—Por favor, Sela. Recapacita. *Ella* me pidió que la ayudara.

—Olvidaba que siempre tomas buenas decisiones —dijo casi sin querer.

—Sela, cuando el barco se hunde, yo no soy de los que saltan. Yo cojo un cubo y achico agua. Lo siento, pero no puedo enfrentarme al reto que tengo por delante sabiendo que dejo a mis espaldas este problema. Prométeme al menos que no harás nada hasta que regrese. Entonces continuaremos con esta conversación.

—Lo siento, Allen, no puedo. —Y se perdió tras la puerta del dormitorio, que se cerró con suavidad.

—Más lo siento yo —respondió Allen, para sí.

44.
Bajo vigilancia…

Barrio de Leith, Edimburgo

Tan pronto como James Allen apareció por el portal que vigilaban, uno de los dos hombres que ocupaban los asientos delanteros de un coche sin señales distintivas, puso de inmediato los ojos en él.

—Inspector, ¿ese es Allen?

Shaw cerró de golpe el libro de bolsillo que estaba leyendo y siguió con la mirada la indicación de Hardy.

—¿Adónde irá vestido de esa manera? —se preguntó.

—Parece que vaya a la ópera, o a algún sitio así —contestó el sargento, y echó el humo del cigarrillo por la hendidura superior de la ventanilla del conductor, bajada un par de dedos.

En ese momento, en la acera, James alzó la mano para detener a un taxi libre que pasaba por la calle, y se apresuró a subirse a él.

—No me gusta un pelo. Sargento, quédese aquí vigilando a la señorita Azmi, no me fio de nadie más.

—¿Y usted a dónde va?

—Voy a seguir al señor Allen. —Antes de terminar la frase, Shaw ya se había apeado del coche.

Unos segundos después lo seguía en otro taxi.

[2]

45.
Woodward y Bernstein…

Barrio de Leith, Edimburgo

Cuando Sela salió del dormitorio, con los ojos enrojecidos y el estómago encogido a causa de la congoja, en el apartamento imperaba un gran silencio y en el exterior ya era noche cerrada. James hacía rato que se había marchado. Seguía ofuscada. Demasiado. Allen no entendía nada. Se encorvó por la cintura en mitad del salón y soltó un grito de desahogo. Que pensara en su país. ¿Quién era él para dar lecciones de patriotismo? ¿Acaso Woodward y Bernstein no pensaban en su país cuando destaparon el *Watergate*?

Ella ya había tomado una decisión. De un par de pasos cansinos, llegó a la mesa del comedor y se sentó ante un ordenador portátil. Durante al menos una hora no paró de teclear. Cuando hubo concluido, se echó atrás en el asiento y se pasó las palmas por la cara, al tiempo que dejaba escapar un gemido, mitad por cansancio, mitad por rebajar la tensión. Luego echó atrás la silla y fue a su bolso en busca del teléfono móvil. De entre sus contactos, escogió el número de su editor. Al primer tono, una voz seca contestó:

—Diga.

—¿Tony? Soy Sela.

Un gruñido en la línea.

—¡Maldita sea, Sel! Te dije que si no te presentabas el domingo en la redacción, ni te molestases en hacerlo. Y de eso ya han pasado cuatro días. Fui lo bastante claro. Estás despe…

—Primero escúchame. —Sela levantó la voz y habló por encima de su editor—. Luego si quieres me despides.

Tony lanzó un suspiro.

—Te dije que tenía algo gordo entre manos —continuó la periodista.

—Sé que me voy a arrepentir de preguntarte esto: ¿cómo de gordo?

Sela esbozó una amplia sonrisa de satisfacción.

—¿Qué te parece ser noticia nacional… o más bien mundial?

—¿De qué estás hablando?

Sela notó la ansiedad de Tony en su voz. Había conseguido atraer su atención.

—No puedo contártelo aún, pero guárdame la portada de mañana.

—Sel, no me jodas. ¿Has visto qué hora es? Estamos a punto de cerrar.

—Créeme, te arrepentirás si no lo haces.

El editor soltó un resoplido de resignación.

—Adelántame algo.

Sela se lo pensó un momento.

—¿Qué dirías si hubiera llegado a mi poder una noticia que decidirá el referéndum de mañana?

—Eres un poco pretenciosa. ¿No crees?

—No. Y me quedo corta en las consecuencias.

—Está bien, una hora. Es lo máximo que puedo esperarte.

—Me vale. En una hora tendrás el artículo. Y prepara tus enlaces a los medios nacionales.

La comunicación iba a cortarse.

—Pero oye, Sela Azmi (si utilizaba su nombre completo, mal asunto), si me estás tomando el pelo otra vez —suspiró—, se acabó. No volverás a embaucarme.

—No lo haré.

Sela colgó. Depositó el teléfono en la mesa y se lo quedó mirando un segundo. A continuación se sentó, leyó y releyó el artículo que había escrito. Hizo cambios. Así estaba perfecto. Hacía lo correcto, entonces ¿por qué no desaparecía el nudo en el estómago? Fue a enviarlo, pero detuvo el movimiento justo antes de hacerlo.

Todavía le quedaban veinte minutos del plazo dado por su editor.

En eso, oyó ruidos en el descansillo y alguien llamó a la puerta de la calle con los nudillos. Una vez, discretamente. La joven miró la hora. ¿Qué raro? Tal vez Allen había vuelto a por algo que se había olvidado. Bajó la tapa del ordenador y fue a abrir.

—Ya voy, Allen.

Pero no era Allen.

46.
Las cosas de Knox…

16 de George Street, Edimburgo

El sótano.

Así de entrada podría parecer un sótano cualquiera. Lóbrego y húmedo. Sin rematar. Las paredes cruzadas por tuberías rezumantes. El suelo de cemento. El ladrillo y la argamasa a la vista.

No obstante, junto con los montones de leña, la caja de fusibles, la colección de herramientas o la caldera, también podían encontrarse otras cosas no tan usuales, enmascaradas entre las grotescas sombras de los rincones. Vetustas, polvorientas y herrumbrosas. Anaqueles con montones de objetos que tendrían al menos un centenar de años. Cuadernos con viejas anotaciones garabateadas. Vasos de precipitado. Tarros de formol con etiquetas que ya no se podían leer, conteniendo restos renegridos y acartonados. Barreños de metal oxidado con sierras y otras herramientas de corte en su interior.

En definitiva, sus cosas.

La sala de disección de Knox.

De todo cuanto había, lo único que parecía seguir en uso era una mesa de trabajo. Larga, con la superficie rayada y los cantos ajados.

Entre chirridos infames, abrió la hoja de un armario de madera y de dos ganchos de latón desalineados colgó el gabán y el sombrero de copa. Seguidamente, buscó con la mirada y asió un bote de plástico que llevó a la mesa de trabajo. Sobre ella, reposaban las dos muletas, una al lado de la otra. Perfectamente simétricas. Hechas a medida generaciones atrás. Para su otro yo. Artilugios en desuso que había adaptado para él, convirtiéndolos en armas asesinas. Giró la gárgola alada de una de las muletas y apareció de repente, en la parte inferior, la punta afilada de un estoque que brillaba bajo el foco encendido de un flexo. Con cuidado infinito, la untó con escamas de sapo, una potente droga que se empleaba en ritos chamánicos. Obtenía el alucinógeno del *Incilius Alvarius*, un anfibio que gozaba de su hábitat

en California y México. A continuación, hizo lo propio con la otra muleta.

Ocultó de nuevo las puntas afiladas bajo su envoltorio de aluminio, devolviéndoles la apariencia de unas muletas inofensivas. El báculo de un anciano impedido y deforme. Inmediatamente después cerró el bote de plástico que contenía la droga y lo devolvió al armario, rodeó una sucia bañera con restos de sangre seca, retiró la estantería y cruzó una puerta que abría a un oscuro pasillo de ladrillos. Lo recorrió, enfiló despacio un angosto tramo de escaleras y se encontró ante una puerta de hierro cerrada.

Usó su llave para abrirla.

Penetró.

Allí no podía estar. Ese era el trato con Ackroyd.

Pero ese día, no.

Al encender un quinqué que reposaba en una mesa, las tinieblas se retiraron a las esquinas, mostrando trémulamente una antigua estancia de madera, sin ventanas al exterior. Las paredes cubiertas de arriba abajo de libros que abarcaban distintas disciplinas de medicina y grabados de las incontables partes de un cuerpo humano —con el transcurrir de los años habían ido adquiriendo un tono vainilla—. Todo envuelto en una gruesa capa de polvo.

El gabinete del doctor Knox.

De ese lugar había tomado las muletas, el gabán y la chistera.

Bajo el silencio, encaminó sus pasos hacia un escritorio de madera de palisandro. Había resistido excelentemente bien el paso del tiempo —probablemente gracias al entorno de oscuridad y baja temperatura en el que se ubicaba—, y aún conservaba el hermoso color rojo oscuro original. Lo rodeó y se dejó caer en la silla de bejuco, que se zarandeó con el peso de su cuerpo, emitiendo un ligero quejido. Delante de él había un ordenador, un elemento incongruente que se daba de bruces con el contenido del espacio. Introdujo la contraseña y se puso a leer lo que aparecía en el monitor. La señorita Azmi por fin había escrito su artículo. Estaba terminado. Iba a ser la bomba.

Vaya con la tatarabuela de la *Vieja*.

Ni se le pasó por la cabeza que se tratara de eso.

La *Vieja* desde luego estaba acabada. Se consideraba mejor que los demás porque por sus venas corría sangre azul. Sangre real. Pero él se proponía demostrarle que, cuando finalizaba la partida, todas las piezas, peones y reyes, acababan en la misma caja.

Profirió una tétrica y salvaje carcajada que solo él pudo escuchar, y se deleitó un largo momento con su triunfo.

Luego hizo lo que Sela todavía no se había atrevido a hacer. Escribió un correo electrónico…

Y oprimió la tecla ENVIAR.

Repitió la acción seis veces más y, en cuestión de segundos, *The Times*, *The Sun*, *Daily Mirror*, *The Daily Telegraph*, *The Guardian*, *Financial Times* y *The Herald* recibieron el archivo adjunto con el artículo de una periodista anónima llamada Sela Azmi.

Ya no la necesitaba, ni tampoco a James Allen. Su participación en el juego había concluido. Aunque aún le quedaba algo por hacer. Entonces, se apartó del ordenador, apagó la luz y abandonó esa parte prohibida para él. Emprendió el regreso al sótano, a fin de recoger sus pertenencias, y luego salió de la casa por la puerta de servicio, como siempre hacía. Destinado a esconderse. A vivir postergado por su deformidad. Otra vez en la calle, lanzó miradas precavidas a su alrededor. Con la sonrisa siniestra aún pintada en el rostro, el viejo achacoso de tiempos pretéritos, esa horrenda figura de cera, se ajustó el sombrero de copa en la cabeza y comenzó a caminar encorvado bajo la luz de las farolas. Sus pasos se dirigían al barrio de Leith.

Toc, toc, toc.

La noche había caído sobre Edimburgo.

El final estaba cerca. Muy cerca. Y ya era hora de ir eliminando las piezas que sobraban del tablero. La próxima sería…

… Azmi

Sela Azmi.

47.
Las piezas del juego…

Kendrick
Thornley
Shaw
Allen
Azmi
Ackroyd
La Vieja

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Me nueven blancas… León avanza… Alfil negro come peón… Caballo blanco come alfil negro… Rey y torre negro intercambian posición… ¿O era al revés? ¿Dónde estaba el otro peón blanco? ¿Cómo movía…? Ya soy incapaz de concluir una partida de ajedrez en mi cabeza. He olvidado el juego. Me siento fatigado. Me invade el agotamiento. Puedo notar cómo muda mi situación a peor sin remisión. Los cambios son diarios. Terribles… Tengo que terminar. Es lo único que me queda por hacer antes de perder por completo el juicio.

… Estas citas clandestinas entre Clara y yo se repitieron a diario a partir de ese momento, incluso aunque el tiempo no acompañara [en ese caso, nos refugiábamos bajo las frondosas copas de grandes pinos], y el amor que nos profesábamos se acrecentaba día a día. De esa manera transcurrió el mes de agosto y parte de septiembre. Una vez, incluso, llegué a ver a Su Graciosa Majestad. Estaba en la ancha escalinata del jardín, vestida de luto riguroso. A su alrededor, igual que las gaviotas acechan un barco cargado de pescado, revoloteaba una legión de taciturnas damas de compañía ataviadas asimismo de negro de cabeza a los pies. En ese grupo tan sombrío, solo mi Clara destellaba alegría y color con su vestido de seda bordado.

Entretanto, la enfermedad de Knox pareciese que se aceleraba, quizá este clima tan húmedo es como el gas para la lámpara. Yo lo veía más encorvado y más encogido que nunca. En paralelo, su humor cada vez se hizo peor. Mi ánimo, por contra, había mejorado por completo. Con Clara me sentía vivo, y Knox no me pedía que le consiguiera más cadáveres. En una ocasión en que lo hizo, me allegué una noche hasta el camposanto; no obstante, tuve que dar media vuelta, reconozco que con gran alivio, porque había un policía montando guardia, y no volvimos a hablar del tema en semanas.

Una noche, allá por mediados de septiembre, El profesor me indicó después de la cena: «Joseph, ¿me harías el favor de ir mañana a la oficina de correos y certificarme esta carta? Es menester que la envíe, y yo tengo un día ajetreado».

Yo acepté. No me quedaba más remedio. Aunque esa gestión me privaría de la dicha de mi cita con Clara, que yo esperaba a diario con ansia ardiente. Sin embargo, esa mañana amaneció nublada y ventosa, conque presupuse que ella tampoco habría logrado escaparse de la urraca

para el paseo matutino. Con mejor disposición, me dirigí en bicicleta hacia la oficina de correo. El empleado aprovechó mi visita para entregarme una carta que iba dirigida a Knox. Mientras sostenía el sobre en mis manos, me llamó la atención la caligrafía. Era descuidada y titubeante, como la de un niño; no obstante, la cosa más rara fue el cambio de humor que la misiva operó en el profesor.

Desde ese día me mantuve atento, y observé que las cartas certificadas comenzaron a llegar con más frecuencia, en ocasiones dos en el mismo día, aprovechando los repartos de la mañana y de la tarde. El carácter de Knox se agrió al tiempo que el mío bullía de júbilo. Saltaba a la vista su preocupación. Era como si nos hubiésemos intercambiado nuestros estados de ánimo. A finales de septiembre, un día fresco pero agradable, paseaba con Clara por el bosque de pinos caledonios que rodeaban la mansión. Caminábamos por una senda enterrada bajo los helechos que en otoño adquirían el color del bronce. Por momentos, ella iba colgada de mi brazo y, en otros, andábamos tomados de la mano.

—He oído que a Su Majestad le encantan estos parajes —comenté.

—Su Majestad lo llama «mi querido paraíso en las Tierras Altas de Escocia».

—¿Cómo es estar con la reina? —le pregunté.

—Ay, Joseph, está tan apenada desde que el príncipe, que en paz descanse, la dejó… Tía Margaret me cuenta que era tan jovial y tan bella… —Entonces detúvose, se giró hacia mí, y me dijo con dulzura—: Júrame, Joseph, que tú no me harás sufrir de esa manera.

Yo tomé sus manos entre las mías. Noté que temblaban y, mirándola como nunca lo había hecho, le dije:

—Jamás, mi amor.

Una gran sonrisa le iluminó el rostro y le di un beso, que no eludió. Pero al instante, sentí un ramalazo de celos y me aparté de ella.

—¿Qué te ocurre, mi Joseph?

—El profesor Knox me dijo que estás prometida con un vizconde.

—Bah, no le hagas caso. Son cosas de mi tía, que quiere decidir por mí.

—Entonces ¿por qué no le confiesas nuestro amor a la urraca?

Ella me dio un golpecito en el hombro sonriéndose, y yo fingí una mueca de dolor.

—Ten la bondad de no dirigirte de esa manera a tía Margaret —me recriminó, aunque con encanto—. Si bien está chapada a la antigua, es una mujer juiciosa que solo quiere lo mejor para su sobrina. Lord Alfred pertenece a una familia de rancio abolengo, mientras que tú… —quedose callada de pronto.

—Yo soy un don nadie —observé apesadumbrado.

—Bien sabes que no era mi intención decir eso, mi querido Joseph.

La desilusión había asomado a mi rostro. En razón de ser sincero, en ese instante me sentí como un amante desdeñado.

—Quizá no has hablado obedeciendo al dictado de tu corazón, pero sí al de tu cabeza.

—Pero, Joseph, bien sabes cuánto detesto esa boda. Yo te quiero a ti, eres el único hombre en la tierra con quien ansío desposarme. Es menester que me dispenses.

Clara se precipitó entonces a mis brazos con ojos bobalicones llenos de lágrimas, y se acurrucó contra mí. Yo aspiraba su fragancia a limón mientras sentía su corazón palpitante, su cabeza en mi pecho, cuando con candor me susurró:

—¿Y tú? ¿También quieres casarte conmigo?

—Con ninguna otra. Sabes que te amo con toda mi alma.

—Tus palabras me alegran el día. Repítemelo, te lo suplico.

Imposible no sonreírse ante tal expresión de amor inocente. Puse mi mano en su barbilla y alcé su cara a fin de que me mirara a los ojos. Pausadamente, llenando los espacios entre sílabas con un silencio, dije:

—Tu vida lo es todo para mí. Sería una gran dicha ser tu esposo.

Clara me besó de nuevo, con ardor impropio, y luego continuamos con nuestro paseo por el pinar, cruzamos por un puente de piedra gris que vadeaba un riachuelo ruidoso y llegamos a un promontorio no demasiado elevado desde donde distinguí, medio oculto entre la maleza, un enrejado salpicado de manchas de herrumbre.

—¿Qué es eso?

—Es la entrada de un túnel. Pero Joseph, no puedes contárselo a nadie, es un secreto.

Yo me sentí intrigado.

—¿Por qué es un secreto?

—Con la reforma de la mansión, el príncipe mandó cerrar todos los túneles que accedían a diferentes partes de la casa, aunque mantuvo abierto este por si acaso. Si bien el Reino Unido ama a su soberana, nunca se sabe, mira lo que le pasó al desdichado Luis Felipe de Francia.

—¿Y adónde conduce?

—A los aposentos de Su Majestad.

Después de esta confesión y reafirmarnos en nuestro amor eterno, regresamos cada uno a nuestras ocupaciones.

Si todo transcurría en un estado de plena felicidad, se preguntará usted cuándo comenzaron a torcerse las cosas. Se lo diré: justamente fue el domingo 12 de octubre. Dos días antes de la Tragedia. ¿Cómo puedo borrar de mi memoria tal fecha? Ese día ocurrieron dos circunstancias que aceleraron los acontecimientos hacia el terrible desenlace que nos aguardaba, acechante tras una esquina sombría. La mañana del domingo, decía, creo que apareció templada y el paseo con Knox por ese sendero que serpenteaba cuesta arriba hasta el castillo, y que tan bien nos conocíamos, me resultó particularmente reconfortante y bastante agradable. Nada más llegar nos percatamos de un inusitado despliegue militar, incluso había

agentes de la policía local uniformados allegados ex profeso desde Ballater. Yo me quedé muy inquieto y, puesto que mi amada me había enviado recado de que partía de viaje con su tía hacia Aberdeen, no me aparté de la entrada, aguardando el regreso de Knox con noticias.

Aquellos soldados ataviados con uniformes azules, cascos emplumados, petos de acero, y con sables al cinto que flanqueaban la entrada principal con posados serios, me infundían respeto y temor. Cuando por fin Knox estuvo de vuelta, traía un gesto circunspecto. Caminaba a paso vivo, ayudándose de dos muletas que formaban parte de él como sus brazos o sus piernas. El palafrenero ya tenía listas nuestras cabalgaduras, y nos aguardaba asiéndolas por la rienda. Montamos [como siempre, el mozo ayudó ligeramente al doctor, quien se movía con destreza a pesar de los pesares]. Al salir de la mansión, nos topamos con dos soldados a caballo dibujados sobre el fondo del cielo, en lo alto de una colina. Su aspecto era serio y amenazante. Cabalgamos buena parte del camino de vuelta sumidos en el silencio, hasta que, por fin, el profesor sacó a relucir el tema:

—Al parecer, alguien ha dejado una proclama por la independencia de Escocia en los aposentos de Su Majestad, y ha venido desde Londres un destacamento de la Caballería Real con el fin de reforzar la vigilancia. Confío en que no hayas tenido nada que ver con eso, Joseph.

—No he tenido ni arte ni parte en eso, profesor.

—¿Me dais vuestra palabra de honor?

—Haré más que eso. Os lo juro por lo más sagrado. Desde que mister Palmer, que Dios tenga en su Gloria, falleciera, no he vuelto a tener nada que ver con la asociación ni con otras cuestiones de índole política.

Noté la dura mirada de Knox clavada en mí, y, aunque no me es posible ponderar la razón, puesto que yo era del todo inocente de ese delito, no me atreví a devolvérsela. Él, sin embargo, siempre astuto, se percató de ello y me espetó:

—¡Ay, desgraciado de ti si me mientes!

—¡Diantre, profesor Knox, no lo hago! Tiene mi palabra.

Pero él no me dejó terminar.

—¡Calla, infeliz! Esto no es ninguna broma. Te diré una cosa: dura lex sed lex. *La Ley es dura, pero es la Ley. Lo que ha ocurrido es un delito de alta traición, y aborrezco la mera idea de que te llevaran ante un jurado y de ahí, derecho al cadalso.*

Inmediatamente, mis pensamientos regresaron a los soldados que custodiaban la mansión, y a los que ni de puntillas alcanzaría a mirar a los ojos, y me costó tragar saliva. Sin lograr despojarme de una terrible sensación de congoja, recorrimos al paso de nuestros caballos el camino de vuelta a la casa de campo y entregamos los animales al capataz. Hicimos un tardío almuerzo y pasamos la tarde en la salita de estar, dedicado cada uno a nuestros menesteres y sin mantener apenas conversación. El ama de llaves se despidió hasta el día siguiente, después de recoger los restos del

guiso de cordero y de avivar el agonizante fuego de las chimeneas repartidas por la casa.

Desde mi sillón, donde mataba el tiempo, ora con mi libreta de campo, ora con la calceta, contemplé cómo Knox se tumbaba en la otomana con un libro y abría todavía más la llave del gas de un quinqué. Antes de enfrascarse en la lectura, encendió una llama con un yesquero y, con ella, su pipa. Por la ventana aún se veía la claridad del crepúsculo, y los jirones de nubes repartidos por todo el cielo se teñían de un pálido color rojizo. Poco después el cielo se encrespó y oyose tronar varias veces. El profesor, entonces, cerró el libro, lo soltó en un velador, e incorporándose en la otomana hasta apoyar los pies en el frío suelo de piedra, dirigiose a mí:

—Joseph, desearía hablar contigo de algo.

Esas palabras me confirmaron que Knox barruntaba alguna cosa, debido a que, en contra de lo habitual en él, casi no había abierto la boca en la cena, ni me había retado a nuestra diaria partida de ajedrez. Yo, como es comprensible, cerré la libreta donde llevaba cuenta de todo lo que me ocurría a modo de diario, limpié mi plumín metálico de restos de tinta, y le presté atención. Opinaba que iba a volver sobre lo de la proclama independentista, y yo estaba pronto a defenderme; sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula cuando abordó la cuestión del Secreto.

—Verás, Joseph, yo conocía a los difuntos Palmer y lord Malcolm. Del primero no hace falta que te diga nada, es harto conocido de tu parte; del segundo, te diré que era un arquitecto de renombre que, entre otras obras, remodeló Balmoral de la mano de su alteza real el príncipe Alberto.

Yo ya estaba al corriente de quién era lord Malcolm, mas no podía admitirlo sin reconocer que había espiado a Knox.

—Con el cometido de proteger el honor de una dama de la alta sociedad —continuó explicándose y fumando a un tiempo—, entre los tres tuvimos que esconder algo. El «Secreto», lo llamábamos de manera confidencial. Comprenderás que no te revele más del asunto en cuestión, pues, aunque esos dos caballeros ya no estén en este mundo, quebrantaría la confianza que en vida depositaron en mí. Sin embargo, alguna información que ha llegado recientemente a mis oídos me ha hecho comprender que el Secreto está en peligro.

Yo conocía de primera mano que todo lo que me estaba contando no era más que una sarta de embustes.

—¿Qué clase de peligro? —le pregunté, más que nada para demostrarle que no perdía palabra de cuanto me decía.

—El Secreto podría estar comprometido, y ello me obliga a moverlo del lugar donde lo escondimos, y buscar otro más seguro.

—¿Y qué desea de mí?

—Que me ayudes en esa tarea. —Calló y durante unos segundos su mirada fue penetrante—. Espero que seas consciente de la confianza que demuestro en ti, revelándote este asunto.

En ese momento, con la lluvia repicando en los cristales, se me pasaron no pocas cosas por la cabeza. No había el honor de ninguna dama en juego [era una patraña, una tomadura de pelo bien orquestada para engañar a alguien como yo, que en el pasado ya había dado muestras de ser un crédulo], lo que había escondido era un tesoro [o eso seguía imaginándome yo] y, para apropiárselo, había matado a Palmer y a lord Malcolm, y ahora era plenamente consciente de que de igual manera me mataría a mí una vez le hubiera ayudado a recuperarlo…

Fin de la décima parte

LA CÁMARA OLVIDADA

«El barco está más seguro cuando está en el puerto, pero no es para eso que se construyeron los barcos».

William H. Shedd

48.
Yate Real Britannia…

Puerto de Leith, Edimburgo

«Nombro a este barco *Britannia*. Le deseo éxito a él y a todos los que naveguen en él». Con estas palabras, Isabel II botó en 1953 el que sería durante cuatro décadas el yate oficial de la familia real. El único buque de la Royal Navy cuyo capitán ostentaba el rango de almirante. Cuando fue dado de baja del servicio, se trasladó al puerto de Leith, en Edimburgo, donde se convirtió en un museo flotante.

Todos los relojes a bordo están parados a las 15:01. La hora precisa en que la reina desembarcó por última vez.

§

Todo estaba acordonado y, en un momento dado, el taxi negro se topó con una calle cortada. Se detuvo ante una barrera de seguridad custodiada por policías con blindajes corporales. El conductor, un indio británico de carácter jovial, miró a su pasajero por el espejo retrovisor y le dijo:

—Menudo jaleo hay montado con la visita de Su Majestad. Eh, oiga, vestido de esa manera no será usted un invitado, ¿no? ¡Vaya suerte la suya!

Tras recibir el cambio, James se apeó del taxi. ¿Suerte? En ese instante se consideraba cualquier cosa menos una persona afortunada. Seguían temblándole las canillas cuando, ya en la calle, se puso a observar lo que sucedía a su alrededor con el sentimiento de culpabilidad de quien sabe que va a cometer un grave delito y no está acostumbrado a ello. Frente a él discurría el río, que partía como una cicatriz el barrio donde se asentaba el antiguo puerto de Leith. A una y otra orilla, se alzaban edificios negros de piedra que siglos atrás fueron ocupados en su mayoría por compañías balleneras.

El taxi maniobró para dar la vuelta y se alejó por donde había

venido. Delante de la barrera de seguridad un buen número de curiosos se arremolinaba con la esperanza de ver de cerca a alguna *celebrity*. James Allen se aproximó a un guardia y le mostró la invitación y su pasaporte. El dedo del agente recorrió hacia abajo una breve lista. Se detuvo en un nombre, lo cotejó de nuevo, y finalmente lo dejó pasar al otro lado.

Todavía era temprano y comenzó a recorrer tranquilamente la distancia que lo separaba del nuevo puerto de Leith, tratando de templar los nervios con el aire que, en un anticipo del invierno, envolvía la ciudad. Quince minutos más tarde distinguió el casco azul oscuro del *Britannia*, convertido esa noche en el fastuoso escenario de la cena anual que la monarca brindaba a las autoridades escocesas. La fecha del evento era la misma desde hacía treinta años, pero ese año cobraba una especial relevancia a tenor del referéndum que se celebraría en Escocia al día siguiente.

La actividad en la zona portuaria era frenética y la presencia policial impresionante. Había guardias armados por todas partes, perros policías olisqueando en busca de explosivos, un helicóptero en el aire y una embarcación en el agua barriendo la superficie con un potente reflector. Desde luego, se habían tomado muy en serio la seguridad. Por tierra, mar y aire. Sin embargo, James Allen, un fugitivo en busca y captura por múltiples homicidios, estaba dentro del perímetro de seguridad. Sonrió con la idea de que todos estos policías se volverían locos si se enterasen de quién era él.

Allen pasó de largo frente al centro comercial Ocean Terminal, clausurado ese día, y buscó un lugar tranquilo y poco iluminado. Pegado al borde del muelle permaneció mirando las oscuras y gélidas aguas del mar, como un paseante más. Aunque lo intentaba una y otra vez, no lograba quitarse de la cabeza la discusión con Sela. Si finalmente escribía ese artículo lo arruinaría todo. Sin embargo, él tenía fe en el ser humano y todavía albergaba esperanzas de que recapacitara.

Hizo un último esfuerzo en dejar su mente en blanco y se centró en el desafío que tenía ante sí. Miró a izquierda y derecha y, una vez verificó que estaba a solas en un rincón oscuro, sacó del bolsillo interior de su chaqueta el paquete pequeño que había recibido de Londres esa misma tarde. Lo observó un momento antes de romper el embalaje y dejar a la vista una caja del tamaño suficiente para albergar un anillo. La abrió y descubrió en su interior otras dos cajitas más pequeñas aún. La más grande de las dos contenía un auricular minúsculo de última tecnología y casi invisible. Se lo colocó en el interior de uno de los oídos. La otra cajita, la más pequeña, la devolvió al bolsillo sin abrir.

—Collins, ¿estás ahí?

Silencio. James se colocó la mano en la oreja para reducir el ruido del viento.

—¿Collins?

El auricular chascó un momento. Casi de inmediato se oyó una voz:

—H-hola, J-James, aquí estoy. ¿Me copias?

El sonido le llegó perfecto. Pareciese que tenía a su amigo metido en la cabeza.

—Alto y claro. ¿Seguro que no lo detectará el arco de seguridad?

—Tranquilízate. Los componentes electrónicos de la unidad de comunicación están recubiertos de una capa de resina indetectable.

—Si tú lo dices…

—Por cierto, Patricia y Alex están que fuman en pipa.

—Vieron las noticias, ¿no?

—Eso ya se les pasó. Ese asunto ya está arreglado. Pero no les contestas las llamadas y no saben en qué lío andas metido.

—¿Cómo que se ha arreglado? ¿Qué quieres decir?

—Todos los cuerpos de seguridad recibieron ayer un aviso para desactivar la alerta contra ti y una tal Sela Azmi. A propósito, ¿quién es?

—Una larga historia.

James se quedó un rato en silencio, absorto. Debió de haber sido Shaw. Eso explicaba la facilidad con la que había penetrado el perímetro de seguridad.

—Collins, no les habrás contado nada a Patt y a Alex de lo que nos traemos entre manos, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Ya me conoces, soy una tumba. Además, no me creerían. Únicamente Katya y yo sabemos lo que tramas.

—Vale, que siga así. ¿Está todo preparado?

—Todo. En cuanto me avises, pulsamos el interruptor. Pero recuerda que solo tendrás unos minutos antes de que detecten el fallo.

—¿Cuántos minutos?

—No sabría decir. Depende de lo competentes que sean esos tíos.

—Suponte que lo son mucho —dijo James.

—Supones demasiado, pero calculo que cuatro o cinco minutos a lo sumo.

—No es mucho margen.

—No, no lo es, tendrás que moverte rápido.

Otra cosa preocupaba a James.

—Collins, ¿estás seguro de que es buena idea que involucres a Katya en esto? No hace falta que te recuerde que es rusa y que su hermana Marina es espía del FSB[4].

—Justamente por eso. Créeme. Si abren una investigación y por un casual encuentran un rastro, es mejor que el hackeo proceda de un servidor ubicado en Rusia y no del ordenador de una agencia

gubernamental británica.

James sabía que el analista de sistemas no se equivocaba. Volvió la cara y vio que ya empezaban a llegar los primeros invitados.

—He de irme. Una última cosa. Recuérdame cómo funcionan estas lentillas.

—Es fácil. Incorporan unos sensores de infrarrojos que te permitirán ver en la oscuridad. Solo tienes que colocártelas y se activarán automáticamente. Eso sí, todo lo verás en verde. Y no olvides quitártelas antes de que vuelva la luz o te quedarás tan cegato como yo durante un buen rato.

—No lo olvidaré. Gracias…

—Una última cosa, James, intenta devolvérmelas intactas. Las cogí *prestadas* de un laboratorio de investigación que hay en el subsuelo. Esas lentillas todavía están en fase experimental.

James se imaginó aquel laboratorio y medio sonrió.

—¿No te referirás a la Sección Q?

—Ja, ja. Hablo en serio. Devuélvemelas o me meteré en un buen lío.

James dio la espalda al mar y caminó en dirección a la entrada que la organización había improvisado para acceder al segundo anillo de seguridad. Se colocó en una pequeña cola que se había formado con señoras luciendo vestidos elegantes y joyas carísimas, y caballeros ataviados del mismo modo que él, con frac. Estaba seguro de que ellas estarían pasando mucho frío, pero ese era el precio de la presuntuosidad. No reconoció a nadie. Probablemente, los invitados más ilustres llegarían en el último momento.

De nuevo mostró su invitación a un guardia, que volvió a verificar su nombre en un listado. A continuación, bajo la vigilante mirada de una pareja de policías, Allen depositó el contenido de sus bolsillos en una bandeja y cruzó un arco de seguridad. No pito. Al otro lado, recogió el móvil y la cartera, y avanzó experimentando cierto alivio. Efectivamente, el auricular de resina había engañado al detector.

No había dado ni dos pasos cuando le asaltó una mujer joven de pelo cobrizo envuelta en un carísimo abrigo de noche. Estaba ubicada detrás de una mesa recubierta con un mantel de color carmesí. Encima de ella descansaban montoncitos de libretos del tipo de los que te entregan en el teatro, con las pastas azules y un sello real dorado en la cubierta.

—Su teléfono móvil, por favor. Podrá recogerlo a la salida.

La recepcionista se lo intercambió por una ficha y depositó el aparato en un armario que había a sus espaldas. Luego dijo:

—¿Me muestra su invitación, señor? —su tono era neutro.

James la extrajo de un bolsillo y se la mostró. Ella leyó el nombre y buscó entre los libretos. Le entregó un ejemplar personalizado. Viendo

que había otra persona esperando detrás de él, Allen se apartó para dejar el sitio libre frente a la joven del abrigo carísimo. Mientras se alejaba, se llevó la grata sorpresa de contemplar cómo el archiconocido actor Sean Connery entregaba su teléfono y recibía otro libreto idéntico al que él llevaba entre las manos. El frac le caía tan bien como al agente 007 su pistola Walter PPK.

Con el pulso acelerado, James Allen continuó avanzando por una alfombra roja en paralelo al casco del vetusto buque, hasta los pies de una pasarela por donde ascendió directo a la cubierta real. A bordo, no se veían policías, al menos no uniformados, aunque sí personal engalanado con librea roja que señalaba el recorrido a fin de que ninguna oveja se apartase del rebaño. Sin poder detenerse, Allen se agachó un poco para franquear una compuerta de acero que daba paso al lujoso interior del buque.

§

—Su invitación, señor —dijo un agente uniformado con cara de pocos amigos.

—Soy el inspector Shaw, de Scotland Yard. —En su mano había aparecido de la nada una placa.

El guardia que estaba delante del arco de seguridad ni la miró, mostrándose impertérrito.

—Lo siento, señor, sin acreditación no puedo dejarlo pasar.

—Agente, tengo que entrar.

—Señor, le insisto. Sus credenciales no sirven. Y ahora, he de pedirle por favor que se aparte. Está impidiendo el paso.

Shaw intuía que no cedería a sus pretensiones, sus órdenes eran tajantes. Nadie entra en el perímetro sin un tarjetón de esos de color azul y ribetes dorados. Su placa le había servido para llegar hasta allí. Punto y final.

—¿Dónde se ha instalado el puesto de mando, agente?

—En esa carpa, señor.

El inspector puso la vista en el lugar que el policía señalaba con la cara. Necesitaba hablar con el agente al mando. Había seguido a James Allen hasta allí, y lo había perdido en el primer control de seguridad. No tenía ni idea de cómo se las había agenciado para conseguir una invitación a la cena anual en el *Britannia*, pero aquello no le daba buena espina.

—¿Y quién está al mando del operativo?

—El inspector jefe Jones.

Shaw lo conocía sobradamente y puso cara de circunstancias.

—Estupendo. Esto mejora por momentos.

49.
El apagón…

Puerto de Leith, Edimburgo

En el preciso instante en que Sela terminaba la conversación telefónica con su editor, Allen escogía una copa de champán rosado de una bandeja que vio pasar frente a él. Notaba la garganta seca. La espera en casa de la prima de Sela se le había hecho eterna, luego todo se había desarrollado a tal velocidad que casi no recordaba cómo había acabado allí, en un rincón de un salón decorado años sesenta, rodeado de personas elegantes con las que no tenía nada de lo que hablar. Sujetando la copa en una mano, paseó la vista alrededor. Al margen, por descontado, del celebérrimo actor, alguno de aquellos rostros solo le resultaban vagamente familiares de la televisión.

Con el propósito de parecer ocupado, depositó la copa medio vacía de champán en una mesita auxiliar y se puso a curiosear el libreto que le habían proporcionado en la entrada. Era azul. En la cubierta encontró el mismo escudo circular que venía en el sobre que recibió en Lochcarron (E□R) y un texto impreso en letras doradas que decía: «Cena de gala. *H.M.Y. Britannia*. 16 de octubre. 20:30 horas». Bajo las solapas, halló un tarjetón azul en el que figuraba su nombre en letras cursivas, un plano esquemático de la mesa y la posición que debía ocupar en ella, y el nombre de todos los invitados a la gala y la forma de dirigirse a ellos. Aparte de la monarca y la ministra principal de Escocia, estaban invitados dos o tres miembros más del Gabinete escocés, el secretario de Estado del Reino Unido para Escocia, algunos aristócratas y personas variopintas de la sociedad escocesa. Cuando James terminó de recorrer la lista, no le cupo duda de que él era el que menos méritos había hecho para estar en ese lugar.

Sin embargo, era el único imprescindible.

Volvió a pasar cerca de él otro camarero de los que circulaban por la sala haciendo malabarismos con una bandeja de plata colmada de copas llenas. No quería beber demasiado; así pues, pese a que le

habría venido de perlas otra copa para aplacar los nervios, en esta ocasión se decantó por un vaso de agua con limón. Ya llevaba algo más de media hora en el salón, cuando un hombre de etiqueta abrió unas puertas de madera de doble hoja e indicó a los asistentes que pasasen a un salón contiguo, la antesala del comedor principal, donde se celebraría el besamanos. Se hallaban en un barco, y aunque grande, los espacios no eran tan amplios como los de un palacio, de manera que todos los invitados se encontraban bastante apelotonados.

La entrada en la nueva estancia se hizo de uno en uno.

—Sir Thomas Sean Connery… El señor Archibald Crawford, presidente del Parlamento escocés… Lady Margaret Clifford, presidenta del Tribunal Supremo de Justicia de Escocia… —El jefe de protocolo iba anunciándolos en voz lo suficientemente alta para que, tanto la anfitriona como la ministra principal, que estaba a su lado, lo oyeran con nitidez.

Aproximándose paso a paso al umbral, James esperó su turno. De repente tuvo calor y se abanicó con el tarjetón azul en el que figuraba su nombre. Con el fin de templar los nervios se puso a contemplar el óleo del *Britannia* colgado encima de la chimenea. Un momento después le tocó a él. Como había visto hacer, le entregó el tarjetón al jefe de protocolo.

—Señor… James Allen.

Tal vez fue una sensación de Allen, pero le pareció que la anfitriona volvía ligeramente la mirada hacia él, con un brillo de sorpresa en los ojos. Esa antesala, decorada con igual estilo familiar que el salón donde estuvo antes, era muy corta y no dio más de tres o cuatro pasos hasta que se plantó delante de *Ella*. Lucía un vestido blanco cruzado por una banda azul. Sobre su cabello plateado resplandecía una espectacular tiara de brillantes a juego con el collar. James le dio la mano e hizo una reverencia. A su lado, se hallaba la ministra principal de Escocia, vestida para la ocasión de grana flamante. También la saludó, según las normas del protocolo.

Cumplido el trámite, el nudo que sentía del estómago empezó a ceder. Seguidamente, pasó al comedor, detrás de un hombre aún más alto que él y delante de una mujer ataviada con un vestido azul de gasa que dejaba a la vista un hombro. Una duquesa o algo semejante. Allen fue directo a la silla que le correspondía y permaneció de pie, según indicaba el libreto. La única mesa del comedor estaba dispuesta en forma de U, cubierta con un mantel de lino blanco y decorada con floridos centros de mesa. Todavía hubo de esperar lo menos otros quince minutos hasta que la anfitriona y la ministra principal accedieron al salón. Cuando ambas ocuparon sus asientos en la cabecera de la mesa, todos los comensales retiraron la silla que tenían ante sí y las imitaron.

Durante una hora, dieron cuenta de un espectacular menú servido en platos de porcelana del siglo XIX con las letras «V» y «R» entrelazadas.[5] La velada estaba amenizada por una banda de gaiteros. Mientras retiraban los platos en los que habían servido *tortellini* de langostino, y los iban sustituyendo por el postre —Tatin de manzana con helado de caramelo salado—, Allen observó que accedían al comedor cuatro hombres robustos como armarios, con peinados estilo militar, trajes oscuros y pinganillos en las orejas. Cada uno ocupó una esquina y clavaron los ojos en él.

Justo en ese instante, crepitó el auricular en el oído de Allen y oyó la voz de su amigo Collins.

—James, pasa algo…

—No puedo hablar —farfulló entre dientes con voz cantarina.

—¿Decía alguna cosa, caballero? —le pregunto una señora sexagenaria sentada a su izquierda.

Allen la obsequió con una sonrisa exagerada.

—Eh, la cena. Espléndida.

—Para mi gusto, el confit estaba un poco salado.

James volvió la vista a su plato y prestó atención a su amigo, que no había parado de hablar. Atender a dos conversaciones a la vez era de locos.

—Las alarmas. Tu nombre es *trending topic* en todas las emisoras de seguridad del país.

Solo era cuestión de tiempo que alguien se percatara de su presencia en la cena. Allen se llevó la servilleta a la boca para mascullar sin que se le notase.

—Creí que ya no era el delincuente más buscado.

—Una cosa es que la poli ya no te busque por asesinato y otra distinta que te dejen estar en la misma habitación que *Ella*. Créeme, y te lo digo por experiencia propia, cuando entras en una lista negra, nunca sales de ella.

Allen aún guardaba una baza. Esos seguratas evitarían montar un escándalo. Hubiera sido un bochorno. De manera que el jefe de seguridad había optado por mantenerlo vigilado y sacarlo de allí discretamente, tan pronto como se presentase la ocasión. Cosa que no tardaría en suceder.

Una vez la cena hubo concluido, llegó el momento de trasladar al grueso de los invitados al salón donde los habían recibido. Allí tomarían café y bombones, antes de despedirlos amablemente. La anfitriona y una exclusiva selección de invitados lo harían en la antesala al comedor. Llegaba la hora de separar la paja del heno. Los cuarenta comensales se pusieron de pie cuando la anfitriona lo hizo. *Ella*, seguida de la ministra principal, de Sean Connery, y de un par más de personas, fueron a la antesala. Un lacayo de librea cerró la

puerta tras el último. Otro lacayo abrió en ese momento una puerta lateral y le indicó con amabilidad al resto de comensales que fuesen por allí.

James observó que los cuatro sujetos trajeados se llevaron la mano a la oreja a un tiempo, y se pusieron en movimiento rastreando el comedor con la mirada.

El pulso le latía desbocado.

Era ahora o nunca. La estancia se había llenado de gente en cuanto todos los invitados se pusieron en pie y comenzaron a dirigirse a la puerta abierta.

—Collins. Es el momento.

Las luces se apagaron de repente y todo quedó sumido en la oscuridad.

Sin más dilación, James Allen extrajo del bolsillo la cajita con las lentillas de visión nocturna y se las colocó; mientras, a su alrededor se oían voces de asombro y murmullos de sorpresa, hasta que una voz se impuso:

—Por favor, mantengan la calma y permanezcan en su sitio. Pronto volverá la luz.

Cuando algunos minutos después —cuatro y treinta segundos— volvieron a encenderse las luces, los murmullos de sorpresa se habían tornado en voces apremiantes, ruidos de radios y carreras. En la antesala al comedor principal, cuatro personas se miraban atónitos.

La anfitriona había desaparecido.

50.
Dos desapariciones…

Puerto de Leith, Edimburgo

-¡B

LOQUEEN todas las salidas y registren cada rincón del barco! —La orden procedía del oficial al mando, con el gesto descompuesto.

—Jones —lo llamó Shaw—, ¿le importa si echo un vistazo por mi cuenta?

—Haga lo que quiera, Shaw, pero no moleste a mis hombres.

El inspector Shaw salió a la noche desde la carpa que hacía las veces de puesto de mando. El helicóptero volaba rasante, igual que una avispa enfadada, y multitud de agentes corrían de aquí para allá, dándose voces los unos a los otros. En ese instante, su teléfono móvil vibró en el bolsillo. La llamada procedía de Londres.

—Dígame, comisario.

—¿Qué coño está pasando, Shaw? Lo envié a Escocia para arreglar un problema con discreción y vaya la que ha liado.

El inspector apartó el dispositivo de la oreja mientras su superior voceaba.

—Comisario, la encontrarán. No puede haber ido…

El comisario lo interrumpió bruscamente.

—¿Encontrarla? ¿De qué puñetas me está hablando?

Shaw se mostró confuso.

—¿No se refiere a la desaparición de la reina?

—¡¿Que la reina ha desaparecido?! ¡Joder, vaya follón! —Se quedó callado—. Ese marrón que se lo coma otro. Yo me refiero a los medios *online*. ¿Los ha visto?

—No.

—Pues hágalo de inmediato, y espero su informe en una hora.

Cuando la conexión se cortó, Shaw se aprestó a abrir Internet en su smartphone. Tecleó en Google *«The Times»*, y esperó a que se cargase la web. Con tantos inhibidores de frecuencia, todavía tardó lo suyo. Lo que leyó transcurridos unos minutos lo dejó helado:

La noticia informaba de que la periodista Sela Azmi, del *Ballater Eagle*, había descubierto que las Joyas de la Corona, exhibidas en el castillo de Edimburgo, no eran más que una burda imitación, fruto de una conjura urdida con la inestimable colaboración de la reina Victoria. El propósito de tal acto estaba confuso; sin embargo…

The Scottish Sunday Express era mucho más duro. Junto con una caricatura de la monarca sentada ante una mesa con tres vasos del revés, cual vulgar trilera, se cuestionaba en su titular:

¿Ha engañado la reina a los escoceses?

«Vaya con la "inocente" señorita Azmi», pensó Shaw.

Lo siguiente que hizo el inspector fue telefonear a Hardy.

—Dígame, sargento, ¿alguna novedad en The Shore?

—Ninguna, inspector. Esto está más muerto que un camposanto. Desde que usted se ha marchado solo ha entrado en el portal de Azmi un lisiado con muletas y ha salido al rato acompañado por una joven…

Shaw frunció las cejas y lo atajó.

—¿Ha dicho un lisiado con muletas? ¿Y llevaba chistera?

—¿Cómo lo sabe…? ¡Oh, Caray!

Hardy pareció caer en la cuenta de algo importante, porque Shaw lo oyó golpear con ambas manos el volante maldiciendo.

—Voy a echar un vistazo.

Al inspector le dio mala espina y se vio al instante invadido por un mal presentimiento.

—Hágalo. No se demore ni un solo segundo.

El inspector oyó al otro lado de la línea cómo se abría y cerraba de un golpetazo la puerta del coche. Inmediatamente después el jadeo del sargento corriendo. La molesta bocina de un vehículo, probablemente al esquivarlo en la calle.

—Estoy en el portal.

La puerta se abrió con un chirrido de bisagras mal engrasadas. Luego pisadas fuertes al subir las escaleras. Un piso…, dos… y tres. Por último, Hardy aporreando la puerta de la calle.

«¿Señorita Azmi?».

Silencio. Pasó un minuto, tal vez dos.

—No abre nadie, inspector Shaw.

—¡Por el amor de Dios, Hardy, fuerce de una vez esa puerta!

Shaw escuchó a renglón seguido una fuerte patada, chasquidos de la madera y a continuación un silencio interminable. Diez o quince segundos después volvió a sonar el timbre apagado del sargento:

—Inspector, el apartamento está vacío. Lamento decirle que la

señorita Sela Azmi se ha evaporado.

Esas palabras resonaron en la cabeza del inspector Shaw como un atronador cañonazo.

Ella desaparecida.

El Secreto desvelado.

Sela Azmi secuestrada por un vil asesino.

Y todo, de resultas de su incompetencia.

51.
Moriens tua mors ero…

16 de George Street, Edimburgo

El viejo encorvado había regresado al sótano impulsado por sus muletas. En esta ocasión no lo hacía solo. Llevaba consigo el cuerpo maltrecho de Sela Azmi. Sin contemplaciones, lo dejó caer dentro de una bañera descascarillada y mugrienta. En su caída, la periodista se golpeó contra las paredes de hierro fundido sin soltar más que un lamento sordo y quedo. Después de esto: nada. Silencio.

Los relojes señalaban las 22:03 h. del miércoles.

Apenas lograba dominar la sensación de triunfo que experimentaba. No podía dejar de pensar en que su cometido estaba llegando a su fin. Nada más que faltaba limpiar la basura. Los medios de comunicación de todo el país se habían hecho eco de la noticia y tan pronto abrieran a las nueve de la mañana los colegios electorales, asestaría el golpe definitivo. Observar cómo se iba decantando el referéndum por el sí a la independencia a lo largo de todo el día iba a ser tan gozoso como ver a la *Vieja* desangrarse poco a poco. La muerte sería lenta.

Muy lenta.

Reía entre dientes con la audacia de su victoria.

En eso, de la garganta de la prisionera escapó un ruido, un débil gemido, y su cuerpo comenzó a retorcerse dentro de la bañera. El viejo clavó los ojos en la joven amordazada y con su más despiadada sonrisa verificó que las manos y los pies seguían bien sujetos. Tendría que acabar pronto. El efecto del cloroformo se estaba desvaneciendo y no quería que sufriera.

Salir de la inconsciencia le costó lo suyo, pero, cuando por fin Sela logró entreabrir los ojos y vio las manchas de sangre reseca adheridas a las paredes de la bañera, fue presa de una irrefrenable sensación de pánico, de un miedo irracional y paralizante que le ofuscó los

sentidos. Su respiración atrapada se tornó agitada, si bien solo un hilillo de aire entraba en sus pulmones y eso le procuró además una experiencia angustiosa. Por un momento, no pudo creer lo que le estaba sucediendo. Era como vivir una realidad palpable, una espeluznante pesadilla que olvidaría en cualquier momento para despertar en su cama, junto a su hija Sarah. Pero su esperanza se disipó en el mismo instante en que adquirió conciencia de que no era fruto de su imaginación; entonces la lucha interior que libraba contra el miedo cesó, y se rindió a una verdad atroz.

Esa bañera asquerosa iba a ser su tumba.

En ese momento dio rienda suelta a sus emociones, y se dejó llevar por ellas, sacudiéndose y gimiendo descontroladamente…

El viejo apoyó las muletas contra la mesa de trabajo, se quitó el sombrero de copa y se puso a remover cosas de un cajón sin importarle lo más mínimo el ruido que hacía. Nadie lo escucharía. Con un cuchillo de reluciente acero en una mano fue arrastrando los pies hasta la bañera. Envuelto en ese gabán negro, se asemejaba a la sombra de la mismísima Muerte. Aproximándose, a punto de caer sobre su víctima. Durante unos larguísimos segundos, contempló desde arriba el sudoroso y desencajado rostro de Sela. Las tuberías de la caldera borbotearon en medio del delirio furioso en que estaba sumida la joven.

El viejo sonreía, condescendiente, adoptando la expresión asesina de un psicópata. Los dientes amarillos, el ceño caricaturescamente peludo, la mandíbula prominente, la nariz granulosa…, todos sus atributos juntándose en un rictus diabólico. Ante ese rostro tan repulsivo, Sela se encogió aún más dentro de la bañera, profiriendo gemidos desesperados.

—No me mires de esa manera, chica. No estoy loco. Te aseguro que soy el hombre más cuerdo en la tierra… y puede que hasta del infierno.

El ser abyecto se inclinó sobre ella y de dos sibilantes movimientos le hizo sendos cortes en las muñecas, justo donde comenzaban sus amarraduras. La joven no sintió dolor. Solo un reconfortante calor recorriéndole el brazo. Cuando la mano nervuda de ese ser bajó hasta ella y empezó a acariciarle el pelo, se vio invadida por una intensa sensación de asco.

—Si te lo estabas preguntando —regresó ese escalofriante susurro —, no es culpa tuya que vayas a morir. No me has hecho ningún mal. Eres un ángel. —Seguían las caricias con esas grotescas uñas negras—. Solo estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero consuélate pensando que vas a ser eterna, tu nombre engrosará la lista

de los periodistas más célebres de la historia. Tú sola, con tu pluma, derrocaste desde la tumba a un imperio. *Moriens tua mors ero*.

Muerto seré tu muerte.

Cuando puso fin a sus palabras, el viejo enderezó la espalda y lanzó una última mirada a Sela. Una sola lágrima avanzaba por las imperfecciones de su rostro congestionado. Antes de abandonar el sótano, tachó otro nombre de la siniestra lista que colgaba de la pared. Por último, tiró de la cadenilla que apagaba la bombilla, sumiéndolo todo en la más pavorosa tiniebla.

52.
Las piezas del juego: jaque mate…

Kendrick
Thornley
Shaw
Allen
Azmi
Ackroyd
La Vieja

53.
Una cárcel flotante…

Puerto de Leith, Edimburgo

Tras la conversación con el sargento Hardy, Shaw seguía conmocionado, paralizado en medio de aquel frenesí de actividad en que se había convertido la zona portuaria de Leith. De repente, un grito llenó los oídos del inspector, trayéndolo de golpe a la realidad del momento.

—¡Ha aparecido! ¡Ha aparecido sana y salva!

—¡Eh, agente! ¿Qué ocurre?

Un policía uniformado detuvo su paso precipitado.

—Señor, la han localizado. Al parecer había ido al baño. Menudo susto.

El agente, con gesto aliviado, siguió su camino y Shaw se quedó en medio del puerto, reflexionando. ¿Al baño? ¿Con todo a oscuras? ¿Una anciana de noventa y seis años? Eso no le cuadraba. En absoluto. Le faltaba una pieza del rompecabezas. Entonces, como un fogonazo en mitad de la noche, tuvo una revelación y lo vio todo meridianamente claro. Nítido como el agua.

James Allen.

Él era la pieza que faltaba. Necesitaba hablar con los invitados.

—¡Eh, agente! —interpeló Shaw a otro guardia que pasaba de largo a un par de metros de él. Se identificó como inspector del cuerpo de Scotland Yard—. ¿Sabe dónde mantienen reunidos a los invitados?

El semblante del policía aparentaba confusión.

—No podría asegurárselo, inspector, pero me parece que siguen a bordo.

Shaw se lanzó a correr hacia el *Britannia* y cruzó el arco de seguridad, ignorando el pitido continuo y desagradable. A los pies de la pasarela aguardaba un Rolls-Royce Phantom de color negro con el motor en marcha. Sin detenerse, lo rodeó y ascendió la rampa a toda velocidad. A partir de ahí solo tuvo que seguir por la alfombra roja y

bajar una escalera lustrosa de madera, e inmediatamente después, llegó a un salón abarrotado de personas vestidas de gala y policías, convertido en una auténtica jaula de grillos. Pasando desapercibido, el inspector buscó frenéticamente con la mirada entre los presentes.

Ni rastro de Allen.

Al fondo del salón vio en ese momento una puerta doble cerrada que daba a otra sala adyacente. Se abrió paso entre el gentío, y cuando estaba a punto de echar mano al pomo, dos hombres trajeados y pelo al cepillo aparecieron delante de él, impidiéndole el paso.

—¿Adónde cree que va?

Shaw alzó las dos palmas.

—De acuerdo. —Giró sobre sus talones, abandonó el salón, subió la escalera lustrosa de madera saltando los peldaños de dos en dos, y regresó al pasillo alfombrado, que comenzó a recorrer a zancadas hasta que descubrió lo que buscaba: un plano del buque con las salidas de emergencias.

§

—¿DÓNDE demonios te has metido? —murmuró James Allen para sus adentros.

En ese instante de confusión, se mostraba convencido de que jamás lograría salir de aquella cárcel flotante. Después de conseguir la información que precisaba, recorrió casi a la carrera estrechos pasillos de metal y cruzó compuertas estancas, hasta abandonar la parte destinada a la familia real e internarse en las entrañas penumbrosas del yate. De repente, se vio rodeado de tuberías, remaches y máquinas, todo de un anodino color gris, y detuvo su avance. Alejado del tumulto, lo envolvía el silencio.

—Collins, ¿sigues ahí?

La voz de su amigo volvió a sonar reconfortante.

—No me he movido del sitio.

—Dime, ¿qué está pasando?

—Puff, ¿por dónde empiezo? Has montado una gorda de verdad. Pero ahora todo se está calmando poco a poco. ¿Dónde estás?

—Sigo atrapado en este cascarón, pero me he desorientado. —Allen levantó la cabeza y echó rápidas miradas—. Creo que estoy en la sala de máquinas.

—Espera. Estamos comprobando el geolocalizador implantado en el auricular…

—*¿Estamos?*

James lo escuchó tecleando en un ordenador y diciendo a la vez: «esa no, utiliza la interfaz de nivel dos… Sí, puedes acceder a través del módulo de conmutamiento».

—¿Con quién estás hablando?

En respuesta a su desconcierto, se coló en la conversación una voz juvenil y femenina con una fuerte entonación rusa.

—Hola, James.

Allen, anonadado, intentó soltar una risita.

—¿Katya, eres tú?

—Hola, sí, soy yo.

—¿Estás en Londres?

Quien habló ahora fue Collins. James lo notó algo turbado.

—Bueno, eh…, ah…, es una larga historia. Ya te la contaré. Ha venido con su hermana que tenía que hacer no sé qué de trabajo.

La idea de que Marina estuviera en Londres le aceleró el corazón hasta sentir cada palpitación en la sien. La voz de Collins le trajo de nuevo a su realidad.

—Pues sí. Estás en la sala de máquinas.

—Vale, genio, pero ¿cómo salgo de aquí?

Seguía llegándole el golpeteo de teclas.

—La paciencia es una virtud.

—No ahora.

Durante unos minutos no escuchó nada en sus oídos. James se agachó y aprovechó para descansar un poco y poner en orden sus ideas. Creía que Marina, la espía rusa que conoció en El Cairo durante el secuestro de Collins y con quien mantuvo una breve pero fogosa relación, era agua pasada. Sin embargo, recordarla había removido ascuas en su interior. ¿Ir a Londres a verla? Y tanto que no. Esto no entraba en sus planes. Para nada…

«Ains, Alastair, siempre tengo que hacerlo yo todo, espera, te lo envío a tu terminal», oyó la voz de Katya por fuera de la línea.

«¿Alastair? ¿Qué me estoy perdiendo?». Ni siquiera él conocía su nombre de pila. Para sus amigos siempre había sido Collins a secas…

—Ya lo tengo. James, ¿sigues ahí? —la voz del exhacker atronó en sus oídos. Allen apartó otras consideraciones de su cabeza y recuperó la concentración.

—¿Adónde quieres que vaya?

—Ya, bueno, ah…, la mejor vía de escape es a través del centro comercial Ocean Terminal. Está cerrado por la gala y no deberías encontrarte con nadie.

A James, cualquier opción que no pasase por tener que zambullirse en esas gélidas aguas le pareció excelente.

—Tienes que llegar al centro de visitantes. Para ello, lo primero es abandonar la sala de máquinas por la compuerta por la que has entrado.

Allen fue haciendo lo que le mandaban.

—En el corredor que hay ante ti, ve a mano izquierda, luego a la

derecha. Encontrarás la enfermería y justo delante una escalera de caracol. Sube por ella hasta el final, atravesando tres cubiertas, y llegarás al puente de mando.

—Cuando esté arriba, vuelvo a contactar.

Sus oídos quedaron en silencio.

«¿Katya y Collins? ¿Juntos? ¡Bah, imposible!».

—Céntrate, Allen —se aconsejó a sí mismo, sonriendo.

Localizó la escalera de caracol sin problemas y comenzó a ascender por ella, esforzándose porque sus zapatos no hicieran ruido sobre el metal. Si alguien lo descubría, no tenía más que decir que se había extraviado con el apagón. Vestido de esa manera, colaría. Estaba a punto de enfilar el último giro que le llevaría a la cubierta superior, cuando una voz masculina salió de un recodo.

—Señor Allen, es usted un hombre muy difícil de encontrar.

James se detuvo en seco y se dio la vuelta a cámara lenta.

La voz que había oído le resultaba familiar.

Shaw.

Contra la tenue iluminación que procedía de un camarote, vio la esbelta figura de un hombre rubio dando un paso y emergiendo completamente de la oscuridad. Llevaba puesto un traje gris con cierto aire desdeñoso. Con chaleco pero sin corbata. La sonrisa que exhibía era franca. No parecía una amenaza, si bien Allen tomó conciencia al instante de que lo era. Y grande. Se saltó los saludos.

—Inspector Shaw, volvemos a encontrarnos y en una situación tan incómoda como la última vez. ¿Cuánto hace de eso? ¿Un año?

—Entonces le di un consejo. Que no siguiera metiéndose en líos…, pero veo que no me ha hecho caso.

—Me lo dicen mucho. Suelo ignorar los consejos.

Shaw dio otro paso, acercándosele aún más. Era tan alto como Allen y los ojos de ambos, que se escrutaban mutuamente, quedaban a la misma altura. James se asomó por encima de los hombros del inspector, quien apreció en la mirada de su rival un brillo de inquietud.

—No se apure, señor Allen, estoy solo. En realidad, no lo están buscando. Tal vez, cuando nadie reclame su teléfono móvil en la recepción, alguien espabilado se haga algunas preguntas. Ah, por cierto, me parece que esto es suyo.

James alargó la mano para hacerse con un reloj Omega que Shaw había sacado del bolsillo de su chaqueta. Con un gesto le agradeció el detalle y se lo colocó en la muñeca izquierda.

—En contraprestación espero que me resuelva una duda. ¿Cómo obtuvo la invitación para esta gala?

—Ackroyd.

El inspector asintió despacio.

—Un hombre un tanto peculiar. —Tras los preámbulos, Shaw fue al grano—: Menudo lío han montado usted y la señorita Azmi.

James habló con vehemencia.

—Sela no tiene nada que ver en esto. Ha sido cosa mía. Necesitaba mantener una conversación a solas con *alguien*. —Ya más calmado, añadió—: Siento mucho el revuelo, pero no hallé otra forma de hacerlo.

El inspector hizo un ademán con la mano.

—Yo no me refería a… su pequeña incursión.

El ceño de James, ligeramente fruncido, mostraba su confusión. No entendía nada.

—¿Entonces?

—A lo de las Joyas de la Corona de Escocia. ¿Falsas?

La turbación de James fue evidente.

—¿Qué sabe acerca de eso?

—Lo que todo el país, mi buen amigo.

—No le comprendo.

—Todos los medios se han hecho eco de la noticia de Sela Azmi. El Gobierno de Escocia no ha perdido el tiempo. Ya ha nombrado una comisión de expertos que mañana, a las nueve en punto, se presentará en el castillo de Edimburgo a fin de efectuar una verificación *in situ* de esas informaciones.

Un aire de abatimiento se cernió sobre Allen. En ese momento se sentía muy, pero que muy decepcionado.

«Sela, ¿qué has hecho?».

James se repuso de la decepción y recuperó el ánimo.

—¿Y qué va a hacer ahora, inspector? ¿Detenerme?

—¿Tengo otra opción?

—Dejarme marchar. Sabe que no soy una amenaza. Y todavía puedo arreglar este entuerto.

Shaw se lo quedó mirando un momento con el ceño fruncido.

—¿Pretende hacer lo que creo, señor Allen?

—A fin de cuentas, Sela no dispone de ninguna prueba para soportar su artículo. Así que, con la copia de la carta que hizo Thornley fuera de juego, es posible que aún las aguas vuelvan a su cauce —señaló James.

Si el inspector se sorprendió por el plan tan disparatado no lo demostró, solamente se echó a reír.

—¿Y cómo piensa hacer eso antes de mañana a las nueve en punto? No, mejor no me lo cuente.

Entre ellos se produjo un silencio valorativo.

—Tiene por delante un buen desafío, señor Allen. —Shaw hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza—. Está bien, voy a dejarlo marchar. Espero no equivocarme otra vez.

—¿Otra vez?

—Subestimé el riesgo en el que se encontraba la señorita Azmi, y ahora ha desaparecido.

James abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Cómo que ha desaparecido!

—Creemos que alguien se la ha llevado a la fuerza de su domicilio en Leith.

James salió poco a poco de la escalera y dio un paso más hacia el inspector. Estaban bastante cerca el uno del otro. Aún seguía conmocionado por la noticia.

—Pero… ¿quién ha sido?

—No lo sabemos. Pero el sargento Hardy, que hacía guardia en su puerta, vio a alguien entrar en el portal… con muletas.

—No, no, no… —James dio un paso atrás y se cubrió la cara con las manos un momento—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Es culpa mía —respondió el inspector, con un cierto deje de pesadumbre—. No debí permitirle que volviera al juego.

—Y ¿por qué lo hizo?

—Para poder seguirle los pasos a usted. —El inspector lanzó un suspiro—. Ahora lamento la decisión.

Allen le dedicó una mirada suplicante.

—Por favor, busque a Sela, yo no puedo hacerlo.

—Se lo prometo.

Cuando Shaw fue a desearle suerte, James ya se había dado la vuelta y reiniciado el ascenso saltando sobre los escalones. Enseguida, lo perdió de vista.

54.
«S» de Sharon…

Puerto de Leith, Edimburgo

La última compuerta con la que se topó le abrió al diminuto puente de mando del *Britannia*. James Allen hizo un alto y se tomó su tiempo mirando afuera por los ventanales, con cuidado de no ser visto. El puerto aparecía tranquilo, sin apenas señales de actividad, pero necesitaba confirmar su impresión. Se sentó en el suelo apoyado en el respaldo de la silla del capitán y, agazapado, se tocó el oído.

—Collins, ya estoy en el puente de mando —susurró.

—¿Has tenido algún contratiempo? —le respondió su amigo, casi de inmediato, con la boca llena.

La pregunta hizo que James pensara en su encuentro con Shaw.

—Ninguno.

—De acuerdo. S ya ha abandonado el puerto…

—¿Quién diantres es S? —inquirió Allen.

—Ah, S de Sharon. Es el nombre en clave que utiliza el equipo de seguridad cuando se refiere a *Ella*.

—A mí, háblame para que pueda entenderlo —musitó, a modo de protesta.

—¿Verdad que sí? —intervino la voz de Katya, metiéndose en medio de la conversación—. A mí, me pasa lo mismo, y mira que se lo digo una y otra vez. Ains, siempre está con sus nombrecitos en clave.

—No son *nombrecitos*, es que así no hay confusión entre las agencias —replicó Collins.

—Lo que tú digas, Alastair. A mí me parecen nombrecitos absurdos —contraatacó Katya.

—Chicos, por favor —intercedió—, podríais dejar la discusión para luego. Todavía necesito que me saquéis de este barco.

—Vale, está bien —dijo Collins, para inmediatamente después añadir—: Pero que conste que no son nombrecitos.

James suspiró.

—Parecéis niños. ¿Queréis sacarme de una puñetera vez?

—Vale. *S* —enfatizó con cierto retintín— ya se ha marchado, y a mí no me consta que queden unidades de vigilancia.

—Entendido, voy a dirigirme enseguida al centro de visitantes.

James se irguió y abandonó el puente por una compuerta lateral. Atravesando la cubierta superior pegado a los mamparos, se condujo directo a la pasarela que unía el centro de visitantes y el buque real. Como por arte de magia, todas las puertas de cristal se iban abriendo y cerrando a su paso sin saltar ninguna alarma. Abandonó el centro de visitantes del *Britannia* y accedió al centro comercial Ocean Terminal, que tenía todas las luces apagadas, excepto las de emergencia. Bajó dos plantas por unas escaleras mecánicas detenidas y por último cruzó la puerta de la calle.

Nada más volver al exterior, recibió en la cara todo el frío helador de esa noche casi invernal. Doblando la espalda bajo el cielo nocturno, para reducir la silueta, James se alejó al trote y se escondió detrás de unos contenedores de basura. Procedió a realizar una última inspección visual. Collins estaba en lo cierto. No había rastro de policías, ni de curiosos. El helicóptero se había esfumado, al igual que la embarcación que vigilaba el mar. El arco de seguridad y toda la parafernalia habían sido desmontados y probablemente ya estarían muy lejos. Solo un camión de *catering* y unos operarios cargando cajas rompían la quietud del puerto. Cualquiera diría que una hora antes allí se había celebrado una gala nocturna de lo más formal.

James comprobó en su reloj recién recuperado que ya era casi medianoche. El tiempo apremiaba y no tenía un segundo que perder. Shaw le había confirmado que la comisión de expertos iría a verificar la autenticidad de las Joyas de la Corona de Escocia a las nueve en punto de la mañana. Por tanto, necesitaba llegar a Balmoral y luego regresar a Edimburgo para terminar con el encargo. Y todo ello en menos de nueve horas. En mucho menos, en realidad, si no quería que le diera un infarto. Pero antes, necesitaba hacerse con un coche.

—Collins, ¿sigues ahí?… ¿Collins? —dijo con voz susurrante.

—Dime, James, ¿en qué puedo ayudarte?

—Por ahora en nada más. Pero volveré a requerir de vuestros servicios dentro de unas cuantas horas. Id pensando en cómo puedo acceder a la cámara acorazada de la Sala de la Corona.

—¿En el castillo de Edimburgo? Ya te adelanto que será chunguísimo.

—No le hagas caso —dijo Katya—. De un tiempo a esta parte, Alastair se ha vuelto de un pesimista…

—Pesimista no, lo que ocurre es que…

—Vale chicos, ya está, calmaos —los interrumpió Allen—. Me va a explotar la cabeza. Sé que encontraréis la manera de lograrlo. Confío

en vosotros.

El plan que James había improvisado en su imaginación era bastante sencillo: regresar a The Shore, entrar en el piso de la prima de Sela y coger las llaves del coche de esta. La periodista le había indicado dónde las guardaba. Recordar el peligro en que se hallaba le causó un gran dolor; sin embargo, se esforzó en dejar la mente en blanco y pugnó por librarse de una súbita punzada de culpabilidad. Sela había mostrado una pertinaz determinación en continuar, pero no era menos cierto que él no se había esforzado demasiado en disuadirla. De todos modos, el tema quedaba fuera de su control. Shaw era un buen policía y contaba con los recursos necesarios para encontrarla antes de que pudiera sufrir algún daño. Entraba dentro de lo posible, incluso, que ya hubiera dado con ella. El consuelo que le suscitó ese pensamiento, que ni él mismo se creía, se esfumó en el acto y volvió a sentirse embargado por una inquietante preocupación.

Caminando a buen paso, Allen recorrió los casi tres kilómetros que separaban el puerto del piso de Leith, escasamente en veinticinco minutos. Sin embargo, tan pronto como tuvo el edificio ante sus ojos, sus expectativas saltaron por los aires. El tramo de la calle que incluía el portal de Therese seguía cortado al tráfico por la policía, y varios vehículos de emergencias ocupaban la calzada.

¡Caramba! Todo parecía haberse puesto en su contra.

Manuscrito de Joseph Hare

[Continuación]

Si bien no me corresponde a mí juzgar los logros de la reina Victoria [la historia ya se ocupará de ello], no negaré que, cuando llegué a Ballater, yo no era un gran devoto de ella. Había oído demasiadas veces en boca de Palmer relatar la interminable lista de desaires que el Gobierno de Londres, en nombre de Su Majestad, había cometido contra el pueblo escocés. Clara, sin embargo, la tenía en una alta estima y con vehemencia me decía a menudo que las proclamas de mister Palmer no eran más que patrañas, y que Su Majestad reflejaba una grave preocupación por los asuntos que atañían a su pueblo, fuese inglés, escocés o irlandés, incluso, allende los mares, en las colonias.

Yo no me dejaba ya nublar por los halagos del profesor, y tenía claro que me había contado la historia del arcón escondido en la mansión y el peligro que se cernía sobre el Secreto, por la única razón de que precisaba un porteador; de manera que, aunque fuera solo por la inquebrantable lealtad que mostraba mi amada hacia Su Majestad, no se me pasaba por la cabeza cooperar con Knox en esa intriga.

Esa noche, la noche en la que me contó el Secreto, tampoco logré conciliar el sueño y, la mañana siguiente, puesto que se había estropeado y vuelto tormentosa, aduje una fuerte jaqueca para quedarme en casa.

—Eres demasiado joven para empezar con dolores. Te aventuro una mala vejez —fue lo que me dijo Knox, sin sospechar [considero yo] que, en el fondo, mi verdadero propósito era esquivar su compañía.

Como había tomado por costumbre, el profesor se marchó a la mansión después de desayunar y yo permanecí en la casa de campo, sumido en mis pensamientos. Yo no sufría de dolores, como había dicho antes, y aproveché mi soledad [Clara regresaba al día siguiente de Aberdeen] para recorrer los alrededores, y estuve de vuelta a eso de las doce, cuando la lluvia se había convertido en una buena tormenta, que batía el aire con fuerza. El cartero había pasado por allí [solía hacerlo a las once y media] y dejó otra misteriosa carta para Knox. No me costó identificar la letra del sobre. Era la misma caligrafía infantil que tantas veces había visto desde que llegáramos a Ballater, de eso hacía ya casi dos meses.

Volví a dejar la carta en la bandeja de plata del zaguán y subí a mi habitación a cambiarme la ropa mojada, mientras misses Marker se afanaba en la cocina. Al pasar por delante de la puerta del dormitorio de Knox, una idea se cruzó por mi cabeza e hice un alto. Probé con el tirador y la puerta cedió. Sabía que el profesor no se hallaba en la casa y tardaría

aún un par de horas en regresar; con todo, simulé que llamaba con unos ligeros golpecitos. Como esperaba, no hubo respuesta y yo abrí la puerta, que cedió sin resistencia, nada más que unas líneas, lo suficiente para penetrar. Lo cual hice con sigilo, cerciorándome:

—¿Doctor Knox? ¿Profesor?

Nadie respondió y entré. A fin de que misses Marker no fuera a importunarme, cerré suavemente la puerta y eché la llave, que estaba puesta por dentro. Sus aposentos eran similares a los míos y el mobiliario asimismo sobrio. La cama, el secreter, el armario, la misma lámpara de gas en la mesilla, el aguamanil y el espejo. La chimenea permanecía apagada desde la mañana y unos rescoldos negros eran lo único que quedaba del fuego de la noche. Sin tiempo para la vacilación, comencé a registrarlo todo a conciencia, sin dejar hueco o cajón de la pieza sin revolver; pero, para mi desaliento, tres cuartos de hora después, yo seguía con las manos vacías. En eso, regresó a mi memoria una novela detectivesca que había leído recientemente y me puse a patear el suelo, que en los dormitorios era de lamas de madera. Para ello, moví incluso la cama de sitio, con insistente cuidado de no hacer ruido que pudiera alertar a la buena de misses Marker. Tampoco conseguí resultado alguno y se apoderó de mí un profundo abatimiento. Entonces, casi sin querer, puse los ojos en la chimenea y, con el semblante ceñudo, me acerqué a ella. Después de retirar el salvachispas de hierro, me dispuse a remover las cenizas con el atizador. Para mi gozo, vislumbré los restos carbonizados de un trozo de papel. Me hice con ellos con suma delicadeza, con el fin de evitar su total destrucción, y los llevé a la ventana, donde púseme a examinarlos a contraluz, aplicando los exiguos conocimientos adquiridos de la lectura de novelas de Poe. Si bien bastante deteriorada, todavía era posible leer algunas palabras sueltas. De ellas, inferí que Knox había contraído unas deudas de juego por un valor exorbitante de cinco mil libras esterlinas, y algún prestamista sin escrúpulos lo estaba chantajeando.

Al momento, entendí las urgencias del doctor Knox porque le ayudase a trasladar el tesoro. La respuesta a la cuestión de por qué me había pedido que lo acompañase ese verano a Balmoral hallábase ahora tan clara para mí como el agua cristalina. Desde nuestra llegada, no había hecho otra cosa que utilizarme. Noté cómo la cólera prendía en mi interior y exterioricé mi rabia lanzando un grito ahogado. Seguía caminando por la habitación de cabo a cabo con las manos puestas en mi cabeza, cuando me fijé en el bastón con que Knox solía moverse por la casa en vez de las incómodas muletas, y que antes, a pesar de mi minuciosa inspección, se me había escapado de lleno.

Picado por la curiosidad, lo sostuve en mis manos y comencé a examinarlo. Era de madera noble y la empuñadura representaba la figura de una gárgola alada de plata. De repente, reparé en que giraba y tiré del mango hacia atrás. Dentro de la carcasa de madera quedó a la vista un

documento enrollado tan largo como el propio bastón, que cayó al suelo al ser liberado de su prisión. Comprenderán mi desconcierto, que se apagó con el relincho de un caballo. Me apresuré a la ventana y, agazapado entre las cortinas, vi a Knox recorriendo al trote el camino de entrada. Por momentos, fui víctima del pánico, aunque me sobrepuse al instante y corrí hasta el lecho, donde desenrollé el pergamino, después de agacharme para recogerlo del suelo. Lo que apareció ante mis ojos era un facsímil de la planta baja del castillo de Balmoral, casi idéntico al que ya había visto en la mansión de Knox, cuando Malcolm se lo dejó olvidado. Mis ojos se posaron al instante en una equis pintada con tinta roja sobre una pequeña habitación que no parecía tener puertas. ¡La misma de la que me habló el profesor la noche pasada!

De ese cuarto salía un prolongado túnel que desembocaba en el bosque de pinos caledonios. Yo me conocía a la perfección aquellos parajes, pues, desde hacía tiempo, los recorría casi a diario con Clara, y al instante reconocí el lugar. Era el mismo túnel del que me había hablado mi ángel y cuya entrada permanecía cerrada por una pesada verja de hierro medio oxidada que vi con mis propios ojos la última vez que estuvimos allí. Cómo olvidarlo. Me habló de matrimonio…

El ruido de la puerta de la casa al cerrarse me hizo reaccionar de inmediato y borró la sonrisa tonta de mi rostro. Me apresuré a enrollar nuevamente el plano y fui a meterlo en su carcasa de madera. Pero no encajaba. Oí al doctor Knox intercambiando breves palabras con misses Marker, y en cuestión de momentos sus botas pisando el primero de los dos tramos de escaleras que conducían hasta su habitación, donde yo hallábame espiando. Respiré hondo para templar mis nervios, desenrollé el pergamino y volví a enrollarlo; esta vez, apretándolo más. Por fin ajustó bien en el hueco y el bastón quedó perfectamente dispuesto. Lo apoyé de nuevo en la pared donde lo había encontrado, giré con sumo sigilo la llave de la puerta y salí al pasillo justamente cuando Knox terminaba de trazar el último giro y su inconfundible perfil asomaba ya por el final del pasillo. Fingí que salía de mi habitación, aunque no pude ocultar la turbación que sonrojaba mi semblante.

—Joseph —me dijo, cuando nos cruzamos en el pasillo— te veo alterado.

¡Pensaba que Knox escucharía los latidos de mi corazón!

—No hallo mi cuaderno de notas, profesor —improvisé—. Y ya sabéis lo importante que es para mí.

—No te apures, muchacho; si mal no recuerdo, lo acabo de ver en el sillón donde acostumbras a sentarte. Debió de caérsete de un bolsillo.

Recuperé el color de mis mejillas, y me escapé hacia las escaleras.

—Joseph —me llamó.

Yo me detuve y volví la cara, tratando de sonreírme con amabilidad, y si bien Knox no pudo menos que reparar en la impostura de mi gesto, no

hizo comentario alguno al respecto.

—¿Sí, profesor?

—Después de la cena debemos hablar de algo trascendente.

Saltaba a la vista que le invadía una considerable preocupación y se me ocurrió que retomaría el tema del Secreto. No podía hallarme más lejos de la verdad.

Al día siguiente me desperté casi con el alba y me preparé en un santiamén.

—Cuánto habéis madrugado hoy, mister Hare —me dijo el ama de llaves, con su amabilidad habitual.

—Me aguarda un día ajetreado, misses Marker. ¿Seríais tan amable de servirme ya el desayuno?

Yo no tenía mucha hambre, si bien necesitaba echarme al cuerpo algún alimento. La noche anterior, una vez nos quedamos a solas en la casa, Knox me pidió que hiciera algo imperdonable, que traspasara todos los límites de lo moral y lo humano. Dado que no quise consentir en ello, nos enfrascamos en una fuerte trifulca y me fui al dormitorio sin apenas probar bocado. En tal estado de agitación, el sueño había huido de mí, de modo que en mi insomnio tomé una firme determinación: acabar con la doble vida que cada vez me resultaba más insoportable de llevar. ¡Oh, qué alegría procuró en mí aquella resolución y qué efímera fue! Esa mañana yo tenía la intención de marcharme a Balmoral antes de que Knox se levantara; primero, porque un encuentro con él en las circunstancias relatadas sería enojoso; y segundo, pues anhelaba abordar cuanto antes la cuestión de mis planes con Clara, quien, según yo tenía entendido, ya habría regresado de su viaje a Aberdeen.

Seguía oyendo al profesor vistiéndose, cuando yo salí por la puerta de la calle. Me apresuré por el sendero de las caballerizas, monté a Fervoroso y tomé el camino privado al galope. La modorra que me invadía por la falta de sueño no logró vencer mi estado de ánimo y, no mucho después, caminaba arriba y abajo por el pinar, mordisqueándome las uñas consumido por los nervios y mirando hacia todas partes tan pronto como escuchaba el más leve chasquido de una rama. En ese momento, el trote de cascos me sacó de mi estado de nervios y, por un instante, esbocé una franca sonrisa al distinguir por entre las ramas la yegua blanca de mi Clara, que se acercaba por el sendero boscoso resoplando. Detúvose cerca del árbol donde yo había dejado atado a Fervoroso, y salí precipitadamente a su encuentro con aire risueño. La ayudé a poner pie en tierra con caballerosidad, asiéndola por la cintura. Clara estaba tan bella y alegre como la recordaba, traía el pelo dorado trenzado de una manera que yo nunca se lo había visto y las mejillas le ardían arreboladas de pasión.

Era tal su estado de impaciencia, del que yo también participaba, que, así que se vio en tierra, nos arrojamos en brazos uno del otro sin recato alguno. Por espacio de varios minutos, nos besamos con un deseo ardiente

prohibido y nos cruzamos miradas de amor. Luego nos echamos a caminar a paso lento silenciosos, ella colgada de mi brazo y yo con la vista perdida en el frente, esforzándome por encontrar la manera de contarle la decisión que había fraguado, sin que se burlara de la idea. Durante un rato seguimos distraídos sin decirnos nada; sin embargo, yo escuchaba a Clara proferir suspiros melancólicos a menudo. Muy a mi pesar, me convencí de que algo la atormentaba, y así se lo hice notar con las palabras más delicadas que hallé en mi vocabulario.

—¡Ay, mi Joseph! —me respondió ella, tras exhalar un suspiro ahogado —. Nuestro amor es imposible.

Yo me proponía confiarle mis planes, aunque sus palabras me desgarraron de tal manera el corazón que me dejaron sin habla. Me detuve y la miré.

—¿Qué ocurre?

Su aspecto se había vuelto compungido.

—Durante el viaje a Aberdeen le aclaré a tía Margaret que no interfiriera en mi vida matrimonial, que tenía fundadas razones para oponerme al casamiento orquestado con lord Alfred y le confesé que mi corazón pertenecía a otro hombre. No te figuras, mi amado Joseph, cómo se irritó. Nunca la había visto así. Me dijo que no estaba dispuesta a consentir en ello. Que no te volvería ver más y que mañana mismo me determinaría a ir a una escuela interna para señoritas de la alta sociedad en Glasgow.

Me consterné y me abatí por igual al escuchar esas inesperadas palabras. Pero, de pronto, vi en ello una oportunidad que el destino ponía ante nosotros. Con el corazón aliviado de un gran peso, envolví sus manos con las mías en un gesto protector:

—Amor mío, huyamos. Esta noche. Embarquémonos lejos.

Ella, reaccionando cual si yo hubiese tenido la peor de las ideas, como si no fuera más que un perturbado preso de la locura, se apartó de mí con brusquedad.

—¿Embarcarnos? ¿Lejos? ¿Adónde?

Yo tenía orquestado hasta el detalle más nimio, no en vano me había pasado toda la noche en vela.

—A América. De Liverpool salen constantemente vapores que cruzan el océano. Allí podré ejercer de médico y tú podrás ser lo que desees.

—¿Podré estudiar?

Yo le sonreí y apreté aún más sus manos entre las mías.

—Amor mío, podrás hacer lo que te plazca. Nos casaremos, tendremos hijos… Yo me alejaré de las siniestras garras de Knox y tú del casamiento que te ha organizado tu tía. Te doy mi palabra de honor de que todo acontecerá como te digo.

Esas palabras dichas con exuberante franqueza y alborozo la complacieron y volvió a abrazarme con el corazón palpitante.

—Ay, mi Joseph, cuánto anhelo ser la señora Hare. ¡Vayamos a América! —exclamó ardorosamente, encogida y temblando entre mis brazos.

Cuando se separó, había roto en lágrimas, que yo le enjugué con ternura. Recuperé el temple tras la emoción y le dije, serio:

—Clara, ahora escúchame bien. Tenemos que hacerlo hoy mismo. A medianoche sale el último expreso desde Ballater a Edimburgo, y debemos subirnos a él. A las doce menos cuarto nos encontraremos en la estación. Cuando Knox y tu tía sepan de nuestra fuga, ya estaremos lejos.

Ella se secó los ojos.

—Bien, Joseph, allí estaré.

Volví a estampar mis labios en los suyos.

—Otra cosa, no debes llevar equipaje.

—¡Pero, Joseph, una dama viaja siempre con equipaje! —exclamó en un gracioso arrebato.

Sonriéndome, repliqué:

—Te compraré un ajuar nuevo cuando estemos en América. Recuerda, a las doce menos cuarto en la estación. ¿Tienes reloj?

—No, pero en la mansión los hay por todas partes.

—Pues ya está todo dicho. Ahora regresa antes de que la urraca te eche de menos.

Con esa broma nuestra nos despedimos, en medio de arrumacos y caricias. ¡Ay, si yo hubiese sabido en aquel instante que nunca volvería a besar esos labios, que nunca volvería a disfrutar de la felicidad! Con alegría desbordante aguardé cerca del río un rato, y luego yo también me marché de regreso a la casa de campo. Durante el camino, terminé de pergeñar mi plan. Precisaba estar muy despierto y concentrado, de modo que me esforcé por quitarme a Clara de la cabeza, lo menos hasta que volviera a encontrarme con ella. Era consciente de que no podría seguir esquivando a Knox, pero me bastaba con ganar algo de tiempo, de modo que resolví encontrarme con él. Cuando entré por la puerta, subí derecho a mi habitación y reuní las pertenencias que esa noche llevaría conmigo. Después de pensarlo bien, resolví dejarlo todo atrás menos mi maletín de médico y mi cuaderno de notas, mi plumín y un tintero con los que poder marcar todas las peripecias que, a buen seguro, nos esperaban hasta establecernos en América. Acababa de terminar de recogerlo todo en el armario, cuando escuché el portazo que Knox dio al entrar en la casa. Ni un minuto después tocó la puerta de mi habitación y penetró sin aguardar permiso por mi parte. Ciertamente, su semblante era más sereno que la última vez que nos habíamos visto; sin embargo, venía resuelto a continuar la conversación donde lo dejamos la noche anterior.

—Joseph, por favor, preciso de tu ayuda en esto.

—Os he dicho que no, doctor Knox —rezongué.

—Maldita sea, Joseph, ¡el diablo te lleve! Estoy envuelto en una carrera

contra otros anatomistas donde no hay premio de consolación. Me falta poco para completar un estudio del sistema nervioso como nunca antes se ha visto. ¡Pasaremos a la historia! Tú y yo de la mano. In aeternum.

Yo no me dejé embaucar por esas palabras con las que, una vez más, pretendía lisonjearme.

—Profesor, ¿no os he servido siempre bien?

—No digo lo contrario.

—Pues en esta ocasión, excusadme de mi deber. Comprendo que estéis sorprendido con mi reserva, mas, profesor, no puedo obrar como me pedís. Yo no soy un asesino —aduje con toda la tranquilidad que me fue posible, pues comprendía que si mantenía el tono adusto nada provechoso sacaría de la conversación.

Sin embargo, a pesar de mis esmeros, Knox se mantuvo terco en sus exigencias.

—No admito excusas, Joseph. Ya no hay cadáveres y la policía monta guardia día y noche en el cementerio. Dios sabe cuánto tiempo más me retendrá aquí Su Majestad. No puedo esperar.

Perdí los estribos ante su irracional comportamiento y me entregué a la cólera.

—¡No pienso matar a una persona! ¡No para que escribáis un maldito libro!

Al negarme de manera tan rotunda, desperté su ira. Jamás vi tanto odio como el que se pintaba en ese rostro que me miraba con ojos desorbitados. Inmediatamente después cruzó furibundo la habitación hasta mí con los dientes bien apretados. Con angustioso temor juzgué que se disponía a golpearme, y yo retrocedí de un salto con el brazo en alto para protegerme, pero alzándose sobre las muletas dejó su rostro a un palmo de mí, temblándole las aletas de la nariz. Entonces, con saliva en su boca, me espetó a bocajarro:

—Harás lo que te diga. —Se calló, y acto seguido, mostrando sus dientes en una mueca llena de malicia, dijo—: Sería muy desafortunado que llegara a oídos de la policía que fuiste tú quien dejó el pasquín en los aposentos de Su Majestad.

—Pero no fui yo —protesté, en vano.

—Eso da igual, Joseph. Acabarías en la cárcel y perderías para siempre a lady Clara. ¿Es eso lo que deseas?

Yo di un paso atrás ante su mirada pétrea y, con un brioso y repentino arranque de osadía, le repliqué:

—Tened por seguro que si yo voy a la cárcel, vos igualmente lo haréis. Les contaré a todos lo del robo del cadáver del cementerio.

Una risa siniestra llenó en ese momento la habitación.

—¿A quién piensas que creerá la policía: a un delincuente o al doctor de Su Majestad? —dijo, fatuamente.

—Eso habrá que verlo —repuse yo con cierta arrogancia, aunque

sabedor de que Knox estaba en lo cierto.

—Ahora, vete —me espetó el profesor—, y consígueme ese cuerpo. ¿Lo has comprendido?

Yo seguía de pie, plantado como una estatua, asumiendo que el profesor me tenía a su merced. Debió de leer en mi expresión el mar de dudas en el que estaba sumido, pues, a renglón seguido y sin que yo tuviera tiempo de decir algo, agregó:

—¿¡Lo has comprendido!?

Aunque demasiado tarde, descubrí a mi costa que Knox ejercía sobre mí un extraordinario influjo. Me intimidaba. Era más que eso, mucho más: francamente, me aterrorizaba. De modo que, con pesadumbre, claudiqué ante esa mirada tenebrosa que proyectaba y le contesté:

—Sea, pues.[3] *Mañana lo haré.*

—Ahora estás hablando con juicio, pero sabes que tengo por máxima indiscutible: facta, non verba. *No más palabras, lo harás esta noche. Sin falta —insistió, con enérgica impaciencia.*

Conocía a Knox sobradamente y sabía que me resultaría imposible escapar de él. Entonces recapacité. Cumplir con su encargo me proporcionaría la disculpa perfecta para salir de casa a deshoras, de manera que con el fin de aplacarlo, repuse:

—De acuerdo, doctor Knox, pero será la última vez.

Él sacudió la cabeza lenta y repetidas veces.

—Óyeme bien, Joseph, ya que veo que sigues sin comprender la situación. Quedarás dispensado cuando yo te lo diga…

Fin de la undécima parte

55.
Un Aston Martin DB5 de 1965…

Puerto de Leith, Edimburgo

El escocés maldijo para sus adentros cuando vio el acceso a la casa de la prima de Sela ocupado por la policía.

En ese momento, otra idea se abrió paso entre el abatimiento y le disparó la adrenalina. Con las manos en los bolsillos ralentizó la marcha y fingió pasear por delante del edificio. Pese a que era tarde para la vida en Edimburgo, The Shore era tal vez el barrio más bullanguero de la ciudad; además, vestido con un frac, aunque se hubiese despojado de la pajarita y aflojado el cuello, James pasaba por un distinguido ciudadano. Una vez se metió por Toolboth Wynd, torciendo a la izquierda, se sacó las manos de los bolsillos y apuró de nuevo el paso.

Al cabo de una buena caminata de casi cuatro kilómetros, emergió en la lejanía la monstruosa fachada del castillo de Edimburgo, alzándose en la noche con imponencia. La iluminación artificial de un pálido anaranjado lo dotaba de un aspecto fantasmal. Esa imagen lo acompañó el resto del recorrido, hasta que, poco después cruzó en diagonal la solitaria plaza de San Andrés y se plantó ante la mansión de Ackroyd.

Subió a la marquesina y aporreó varias veces la puerta con el aldabón de bronce. Puesto que nadie contestó, regresó a la acera para mirar la fachada y detectar algún signo de movimiento. En ese momento, se iluminó una ventana en el piso superior; casi a la vez lo hizo otra en la planta baja. James regresó a la puerta, justo cuando un ojo escrutaba por la mirilla. Inmediatamente, oyó el rechinar de los cerrojos, la puerta se entreabrió y apareció en el umbral la achacosa figura del mayordomo, con su uniforme inmaculado, aunque legañoso y con mechones de pelo revueltos. Tras examinarlo de pies a cabeza, con expresión perpleja, preguntó:

—Señor Allen, ¿qué desea?

—Penny…

—Pennyworth, señor —dijo con tono pedante—. ¿En qué puedo ayudarlo a… estas horas?

—Tengo que ver a Ackroyd.

Esa manera de dirigirse a su señor, como en una taberna, incomodó al mayordomo.

—El señor ya está en la cama. Si quiere venir mañana…

—Déjese de monsergas y despiértelo. —James hizo un ademán de entrar en la casa, pero el mayordomo se lo impidió con un lento movimiento.

—Señor, su comportamiento es del todo inapropiado.

James endureció su semblante.

—Si no me deja pasar ahora mismo…

Ante la amenaza, el anciano mayordomo se apartó, y Allen lo sorteó.

—¡Ackroyd! —lo llamó gritando al inicio de la escalera.

—Voy a avisar de inmediato a la policía.

—Déjelo, Pennyworth, ya me ocupo yo. —La voz de Ackroyd sonó de repente desde lo alto de la escalera. El aristócrata se asomaba aferrado a la balaustrada de madera de la galería.

Después de consultar a su señor con la mirada y recibir un gesto de confirmación, el mayordomo dijo:

—Como guste, señor. Voy a preparar té. —Y se marchó a la cocina dignamente, dando pasos cortos e inseguros.

Cornelius, entretanto, había bajado las escaleras, haciendo crujir débilmente los tablones de madera que se escondían bajo una alfombra historiada. Estaba enfundado en un batín de seda de vivos colores ocres. Por debajo de los faldones asomaban las perneras de un pijama y unas zapatillas de estar por casa.

—Señor Allen —dijo, mientras le estrechaba la mano con desganada cordialidad—. Si me hubiese avisado de su visita, habría estado más presentable. Pero pase al salón, por favor, allí podremos conversar más plácidamente de ese asunto tan perentorio que le ha traído hasta mi casa a estas horas de la noche.

Ackroyd condujo a James Allen por el pasillo al salón que ya había pisado el sábado. Cornelius tanteó la pared y encendió una araña que colgaba del techo. En un instante, toda la amplia estancia se iluminó como si fuera pleno día.

—Tome asiento, por favor.

James fue directo al asunto.

—Ackroyd, necesito un coche.

La estupefacción, ante tan singular petición, se dibujó en el rostro del anfitrión, quien, no obstante, se mantuvo callado.

—Tengo que llegar cuanto antes a Balmoral —aclaró.

El aristócrata estaba confundido.

—¿Ha seguido usted las noticias? —insistió Allen.

Cornelius frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Tengo por costumbre cenar temprano, y a las nueve y media ya suelo estar en la cama, dormido como un lirón, si me permite la expresión —explicó, entre risitas.

James le hizo un rápido resumen de lo acontecido en las últimas horas. La gala en el *Britannia*, la publicación del Secreto, la desaparición de Sela… Tal torrente de información dejó conmocionado a Cornelius. Reclinado en el sillón de orejas y con la mano en la frente, exclamó:

—¡Santa Madre de Dios! Me imagino el sufrimiento que debe estar padeciendo *Ella*… —De repente, se vio acometido por un ataque de entusiasmo y, con súbita energía, se puso en pie de un salto—. No hay tiempo que perder. Estaré de vuelta en un minuto.

Con asombro, James Allen lo vio desaparecer como si fuera una culebra por la puerta del salón, y reaparecer tan solo unos minutos más tarde con su uniforme oficial: blazer, en esta ocasión de tonos verde, pantalones de pinza amarillos, pañuelo a juego con la pajarita, y mocasines negros. Pennyworth le ayudaba a ponerse un abrigo azul marino de lana de cachemira. James se dio cuenta de que solo la buena cuna proporcionaba la clase necesaria para llevar esas prendas con elegancia.

—Ya estoy listo.

James se lo quedó mirando con expresión ceñuda.

—¿Listo para qué exactamente?

—Para acompañarlo, claro está. —Desvió la mirada al carísimo reloj de oro Patek Philippe que rodeaba su delgada muñeca y, a renglón seguido, hizo una observación—: Si tenemos tan poco tiempo, deberíamos ponernos en camino sin demora.

Poco después volaban por el centro de Edimburgo subidos en un Aston Martin DB5 de 1965 de color azul sierra. Con pericia, Cornelius cambiaba de carril sorteando los escasos automóviles que se encontraban por el camino.

—No es conveniente que nos detenga la policía —comentó Allen, alzando la voz sobre el fragor del potente motor de seis cilindros.

—Quien vive prudentemente, vive tristemente.

—No imaginaba que esa fuera su divisa, Ackroyd. ¡Y en un coche como este! Es una auténtica maravilla.

—Lo adquirí el año pasado en una subasta en Christie's. Fue una puja interesante. Un yanqui sin educación pretendía arrebatarnos esta joya a los británicos para exhibirla en un rancho de Texas. ¿Imagina

un desatino mayor?

—No, me cuesta hacerlo —ironizó.

—Al final, pagué por él casi trescientas mil libras. Pero vaya si valió la pena.

El deportivo cupé abandonó la ciudad en un periquete y rodaba por la M90 rebasando con creces los límites de velocidad. Aquello vibraba horrores y James tuvo la extraña sensación de que el chasis se desmontaría de un momento a otro. Era bien entrada la madrugada y disponían de la autopista para ellos solos. Ackroyd parecía saber lo que se hacía. Concentrado en la conducción, apenas hablaban. El deportivo ocupaba el centro de la calzada en las curvas y exprimía su velocidad al máximo en las largas rectas.

Más al norte, cuando entraron en zonas montañosas y la carretera se convirtió en estrecha y sinuosa, Ackroyd moderó la velocidad.

—Estas carreteras son traicioneras. La humedad convierte el asfalto en una pista de patinaje —se justificó.

Eso estaba mucho mejor, y Allen se permitió relajarse un poco en su incómodo asiento de cuero y mirar por la ventanilla. La luz de la luna caía sobre el mar haciendo brotar destellos. Constantemente, se sorprendía a sí mismo pensando en Sela, en cuál sería su paradero y en cómo se encontraría. Sin duda la trágica desaparición de la que había sido su inesperada compañera en esa loca aventura no cesaba de mortificarlo.

—De modo que las Joyas de la Corona son a fin de cuentas una farsa.

Cuando Ackroyd le habló, meneó la cabeza, volviendo en sí.

—¿Cómo dice?

—Las Joyas. Una farsa.

—Y lo peor es que esa carta acusa directamente a la reina Victoria de haber participado en el engaño.

—Ahora comprendo la preocupación que *Ella* mostraba de un tiempo a esta parte. —Lanzó un suspiro cargado de melancolía—. Se la veía tan hermética y apagada…

James se giró hacia Ackroyd.

—Aún no está todo perdido. Tengo un plan.

El conductor apartó por un fugaz instante la vista de la carretera y la puso en su acompañante.

—Explíquese, por favor.

56.
El castillo de Balmoral…

Balmoral, Aberdeenshire

Los amortiguadores chirriaron ante una curva tomada a demasiada velocidad.

—Paciencia, Ackroyd, paciencia.

MIRA HACIA ATRÁS,
LA FLOR DE LIS ESCONDE EL SECRETO

Tenía una teoría al respecto. Era descabellada, por descontado, pero ¿no lo era todo lo vivido en los últimos días? Ballater quedó en el retrovisor y siguieron por la carretera que James ya tomara unos días antes. La abandonaron en un cruce y se adentraron en una zona boscosa. Durante algunas millas circularon entre árboles, cuyo opaco follaje no permitía el paso del claro de luna. El camino, alfombrado por hojas marchitas, empeoró por momentos hasta convertirse para el deportivo en una espantosa gincana de socavones imprevistos, curvas cerradísimas y pedruscos arrastrados por la lluvia y el temporal.

Al cabo de media hora de cuidadosa conducción sin contratiempos, el paraje se ensanchó y quedó a la vista el contorno vago de la mansión, gris y amenazante. En el mástil de la torre no flameaba bandera alguna. La propietaria no estaba en casa. Había leído en algún medio digital que regresó a Londres nada más finalizar la gala en el *Britannia*, por consejo del primer ministro. Su permanencia en Escocia durante la celebración del referéndum podría considerarse una inaceptable injerencia en asuntos políticos.

Ackroyd redujo la velocidad todavía más cuando el asfalto dejó paso a caminos sin pavimentar, que más bien semejaban pedregales. Los faros temblaban y las piedrecillas golpeaban los bajos del deportivo como si fuera víctima de una lluvia de granizo. Con todo, era un tramo más seguro que el que acababan de dejar atrás. James

sufría por el coche.

—¿No hubiera sido mejor traer un todoterreno?

Pero Cornelius se mostraba ajeno.

—Estos coches son más duros de lo que piensa, señor Allen.

Finalmente, paró lo más cerca que pudo y apagó el motor, sumiendo el habitáculo en un reconfortante silencio.

—Qué tranquilidad. Sonaba igual que una taladradora —suspiró James, abriendo la portezuela y saliendo con esfuerzo de ese coche tan bajo.

Era una noche ventosa y fría. Los pinos caledonios se zarandeaban provocando gemidos. En el río Dee relucía la luna menguante, convirtiéndose en una tira de papel de plata. En el cielo estrellado, una luz de posición se movía en línea recta de este a oeste. Aunque la nieve que cayera el jueves pasado casi había desaparecido, aún quedaban neveros en las zonas más umbrosas. Solo con el frac, James inmediatamente notó el golpe del aire helador y tiritó un poco. Con algo de envidia miró cómo Ackroyd sacaba del maletero su abrigo y se lo colocaba encima de su extravagante vestimenta.

Hasta ese momento, no se había detenido a pensar en cómo acceder al interior de Balmoral. Había dado por descontado que lo haría de la misma manera en que lo hizo la otra vez. Pero entonces cayó en la cuenta de que no disponía de traje de neopreno ni del resto del equipo de buceo. Meterse con su indumentaria en esas gélidas aguas, sería mortal.

Ackroyd aseguró el coche y se colocó a su lado con una linterna apagada en la mano. Mientras se decidían, llegaban hasta ellos los chasquidos del motor enfriándose.

—Tenemos un problema —dijo James con aire sombrío—. Solo se me ocurre entrar en la mansión por el río.

Cornelius, por contra, se mostraba optimista.

—No pretenderá que nos metamos en esa agua congelada.

—No veo otra forma.

—Sígame, mi querido amigo. —Cornelius comenzó a caminar en dirección al bosque sin perder la sonrisa. De repente se detuvo y volvió la vista atrás—. Vamos, no se quede rezagado.

James permaneció mirándolo un instante y aceleró el paso para ponerse a su lado.

—No olvide, señor Allen, que Balmoral fue un castillo que se construyó en el siglo XIV —dijo enigmáticamente.

Se aventuraron en la negrura impenetrable del bosque y anduvieron serpenteando entre árboles un buen rato, con la única compañía del ruido que provocaban sus propias pisadas. Bajo la tupida cúpula de follaje no se sentía el viento. De cuando en cuando, Ackroyd hacía un alto en el camino para orientarse y luego continuaba. Cambiaron

varias veces de vereda. No se veía casi nada en ese mar de oscuridad que los rodeaba, pero el aristócrata parecía recordar el camino a seguir. De repente se detuvo, y James con él.

—Mire —dijo en un susurro.

Allen miró a su izquierda. Un ciervo solitario alzó la cabeza de la hierba, alertado por un extraño olor. Por un fugaz instante, sus miradas se cruzaron. Luego el cérvido echó a correr y desapareció dentro del bosque.

—Un ocho puntas —comentó Ackroyd—. Muy raros.

Reanudaron el paso.

Unos metros por delante, Cornelius soltó una exclamación de júbilo y se salió del sendero por el que discurrían para aproximarse a un matorral frondoso de rododendro.

—Ayúdeme.

Entre él y Allen apartaron las ramas, dejando a la vista un pasadizo más negro todavía que la oscuridad que los rodeaba.

—¡Un túnel! —exclamó Allen, sorprendidísimo.

—Cuando Victoria adquirió el castillo de Balmoral como residencia de verano —empezó a explicar Ackroyd, tras internarse ligeramente encorvado en el pasadizo, con la linterna encendida—, encargó una profunda remodelación al arquitecto lord Malcolm Smith. Se clausuraron treinta y siete túneles, pero, por algún propósito que desconozco, este se mantuvo abierto.

El sonido de la voz del aristócrata, lanzada en su tono de costumbre, retumbaba en las paredes de ese pasaje que amenazaba con derrumbarse en cualquier momento.

James siguió a Cornelius a la oscuridad del túnel, lamentando que Collins desconociese la existencia de ese pasadizo secreto. De haberlo hecho, se habría ahorrado un baño en esas aguas tan gélidas. El recuerdo del exhacker le trajo algo a la memoria, se palmeó los bolsillos hasta que encontró la caja de las lentillas de visión nocturna, y volvió a colocárselas. El negro que lo rodeaba tornó a verdoso. Eso era otra cosa.

—Qué mal huele —dijo James, arrugando la nariz.

—Es el moho. Seguramente seamos las primeras personas en pasar por aquí en más de cien años.

—¿Adónde conduce este pasadizo?

—Lleva directo a la zona privada de Su Majestad.

Aún tardaron diez minutos en llegar al final. Lo hicieron en silencio, rodeados de piedra y moho. Cuando se toparon con una puerta de madera antiquísima, Ackroyd la empujó y esta cedió entre escandalosos chirridos por la falta de uso. Al otro lado, se vieron en un espacio minúsculo de forma rectangular.

—Es un armario —afirmó Cornelius.

James dio la vuelta al picaporte impaciente. Al principio con suavidad, luego lo sacudió con violencia. La llave estaba echada.

—Habrá que empujar con brío, aunque haremos demasiado ruido —propuso James, en voz susurrante, casi inaudible.

—Aguarde un momento. —Ackroyd se inclinó y pegó el ojo a la cerradura—. No se observa la menor señal de vida —dijo, incorporándose—. Cuando *Ella* no está, el personal de servicio vive repartido entre los anejos que hay por la finca.

—A la de tres, entonces —dijo Allen.

Cuando finalizó la cuenta, los dos se echaron sobre la puerta, que se abrió de golpe entre desagradables crujidos de la madera astillada. Salieron trastabillados hacia adelante y a punto estuvieron de perder el equilibrio y acabar en el suelo. Permanecieron inmóviles un rato, aguzando los oídos. A James le sonaba mucho el pasillo al que habían entrado. Ya había estado en él, solo que la primera vez vino desde el lado opuesto. Tal como recordaba, a su derecha quedaban las habitaciones y a la izquierda unas ventanas que daban a un patio coqueto.

Cinco minutos más tarde se convencieron de que la mansión seguía tranquila.

—Vamos —dijo Cornelius—, es la segunda puerta.

—Ackroyd —le dijo Allen, sujetándolo del brazo antes de que arrancara a andar—. Necesito un plano del castillo.

El aristócrata hizo un gesto afirmativo.

—En la biblioteca hay uno. Voy a buscarlo.

James lo miró marcharse por el pasillo y perderse en la esquina, donde recordaba había una armadura completa. Las sombras que provocaba la linterna que portaba desaparecieron y sus pasos dejaron de oírse. Una vez a solas, Allen se concentró en la puerta que tenía ante sí, giró el picaporte y accedió al dormitorio real. Del mismo modo que le sucediera la primera vez, se quedó un momento petrificado esperando a que alguien diese la voz de alarma; sin embargo, su temor se disipó nada más observar que la cama con dosel estaba hecha y la ropa que la vestía sin una sola arruga.

Guiándose por los contornos verdosos que creaban las lentillas, se movió por la estancia hasta la ventana y corrió los pesados cortinones de terciopelo, cerciorándose bien de que no quedara ninguna rendija, por pequeña que fuera, sin cubrir. Evitado el riesgo de que algún guardés con insomnio diera la voz de alarma al ver luces encendidas, encaminó sus pasos hacia la mesilla de noche y pulsó el interruptor del velador, no sin antes desprenderse de las lentillas.

—Vale, a trabajar —dijo para sí.

Con la habitación sumida en una luz cálida pero débil, dejó vagar la mirada. Cuando conversaron en el *Britannia*, *Ella* le confirmó que el

dormitorio que ocupaba en Balmoral era el mismo que en su día perteneció a la reina Victoria. A excepción de algún pequeño detalle, todo estaba tal cual. La cama, las paredes con la flor de lis, la chimenea, el mobiliario, los cortinones de terciopelo…, hasta los cuadros eran los mismos. Nada había cambiado.

MIRA HACIA ATRÁS,
LA FLOR DE LIS ESCONDE EL SECRETO

Mirar hacia atrás… Mirar hacia atrás…

A la cabecera de la cama.

Una vez lo veías claro resultaba de una sencillez abrumadora, casi infantil. Se descalzó y saltó sobre el colchón. Acto seguido, se puso a examinar la seda con la flor de lis que cubría toda la extensión de pared.

No tuvo éxito. Había tenido la vana esperanza de descubrir alguna señal del símbolo de la sociedad secreta. A medio camino entre la impotencia y la decepción, no le quedó otra que reconocer que se había equivocado. Sufrió un repentino acceso de inseguridad, que solo duró un segundo. Al punto, volvió a intentarlo.

Transcurrieron diez o quince minutos más.

El ruido de la puerta que se abría lo distrajo de sus cavilaciones. Ackroyd surgió por ella portando un largo rollo de papel avejentado. Al ver la luz encendida, apagó la linterna y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Me ha costado lo suyo, pero al fin he dado con ellos. Son los planos definitivos elaborados por el arquitecto lord Malcolm Smith. —Cornelius soltó una exclamación de sorpresa al ver a James subido a la cama rastreando la pared; no obstante, no mencionó nada. A fin de cuentas, todo lo que estaba viviendo esa noche era una… ¡bendita locura!

Allen bajó de un salto, le arrebató el plano de las manos con cierta brusquedad y se puso a consultarlo sobre la cama, aferrándose a la esperanza de descubrir algo que se le hubiese pasado por alto. Llevaba varios días soportando una presión terrible, lo cual invariablemente estaría afectando a su juicio.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Ackroyd.

—Me interesan sobre todo estas habitaciones de por aquí. —Allen remarcó la zona lindante con el parterre, haciendo una circunferencia imaginaria con el dedo.

—Estas cuatro habitaciones conforman su suite privada.

—Así es. Algo no me cuadra, pero no sé qué es.

James empezó a dar paseos por el dormitorio con actitud pensativa y murmurando para sí. De pronto, se detuvo con una idea.

—Ackroyd, ¿su teléfono móvil es un iPhone?

—Sí. ¿Qué importancia podría tener eso ahora?

—Déjemelo un momento.

Cornelius lo desbloqueó y se lo entregó. James abrió la aplicación de Medidas, se calzó de nuevo, salió disparado de la habitación y recorrió el pasillo entrando en las otras tres estancias. Regresó al dormitorio y al plano. Realizó más mediciones y de nuevo se marchó. Veinticinco o treinta minutos después la puerta se volvía a abrir.

La expresión que Allen traía mostraba la satisfacción de un intrincado problema resuelto.

57.
La flor de lis esconde el secreto…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

-C

REO que ya lo tengo, Ackroyd —dijo James.

El aristócrata no acababa de comprender.

—¿Qué es lo que tiene exactamente?

—Mire. —Cornelius se inclinó también sobre el plano, que seguía abierto en cama—. Según esto, el pequeño estudio que está al otro lado de esa pared debería tener de ancho cinco metros; lo he medido una y otra vez y solo tiene tres.

Ackroyd se mostró escéptico.

—Será un error del proyecto. Tal vez sufrió alguna alteración posterior. Han transcurrido ciento setenta años desde que lord Malcolm realizó estos dibujos. Se han podido mover algunos tabiques con posterioridad.

—No lo creo. La medida del pasillo coincide; sin embargo, al sumar los interiores de las habitaciones, faltan dos metros.

—Tal vez esa diferencia corresponda al grosor de los tabiques.

—Lo he considerado.

Cornelius se quedó sin más argumentos con los que replicar, de modo que ambos permanecieron inmóviles, en actitud pensativa. Fue James quien interrumpió el silencio:

—*Ella* me dijo que esta es la misma habitación que ocuparon la reina Victoria y el príncipe Alberto.

—Cierto.

—Y que no había sufrido cambios desde entonces.

Ante esta afirmación, Cornelius vaciló un momento.

—Eso… no es del todo exacto.

Las cejas de James se arquearon.

—¿A qué se refiere?

—La disposición del mobiliario sí ha sufrido una pequeña variación. Aguarde, se lo mostraré. —Cornelius salió como un rayo del dormitorio y regresó al rato con un portarretrato en la mano—. Tenga,

señor Allen, échele un vistazo.

James contempló un primer plano en sepia de la estancia.

—*Ella* —le explicó Ackroyd mientras los ojos de James seguían fijos en la imagen— tomó por costumbre desde niña dormir en el lado derecho de la cama. Al despertarse, gusta de poder mirar por la ventana. De ahí que cambiara la cama de orientación y ordenara ensanchar la ventana.

Efectivamente, en la fotografía que estaba mirando, la chimenea quedaba a la derecha de la cama y la ventana que daba al parterre, que no aparecía por el encuadre, quedaba a la izquierda… Sin embargo, en la disposición que tenía ante sus ojos era justo al contrario. ¡*Ella* había cambiado la cama de sitio! ¡Estaba buscando en la pared equivocada! Rápidamente, depositó la fotografía sobre la cama y cruzó la estancia con un único pensamiento…

MIRA HACIA ATRÁS,
LA FlOR DE LIS ESCONDE EL SECRETO

James pegó la oreja al papel de la pared donde estuvo en un principio el cabecero de la reina Victoria y empezó a dar golpecitos con los nudillos, hasta que notó un sonido diferente…

¡Una oquedad al otro lado!

Con entusiasmo febril, comenzó a retirar cuadros de escenas de caza de la pared y a dejarlos de cualquier manera en el suelo. Ackroyd se le aproximó a largas zancadas con cara de espanto.

—Espere, espere. ¿Qué cree que está haciendo? Estos cuadros son de Edwin Landseer, su valor es incalculable. —Con veneración los fue recogiendo de la moqueta del suelo y depositándolos sobre la cama.

Cuando Allen lo miró embelesado con las pinturas, le dijo:

—¿Va a ayudarme?

Ackroyd terminó de colocar los cuadros y fue a echar una mano a James en la tarea de retirar los objetos que descansaban encima de una consola y llevarlos al otro extremo de la estancia. Por último, levantaron en peso la mesa y la apartaron unos cuantos metros. La pared, forrada asimismo de tela con la flor de lis reproducida innumerables veces, quedó vacía.

—¿Va a explicarme qué pretende?

—Busque un dibujo como este. —Allen pintó en el aire el símbolo de la sociedad secreta.

Dedicaron a ello largo rato.

—Aquí —gritó por fin Cornelius, señalando una esquina.

James cubrió la distancia que lo separaba del aristócrata y se abalanzó sin miramientos al suelo. Efectivamente, confundido con las flores de lis, halló el símbolo en cuestión bordado con hilo de oro, y

dio un grito de entusiasmo. Luego se incorporó de un salto y buscó sin éxito por toda la pared algún tipo de mecanismo de apertura. Cuando llegó a la conclusión de que no quedaba más que una solución, volvió la cara hacia Ackroyd, quien frunció el ceño en respuesta.

—No me gusta esa mirada que está poniendo, señor Allen.

—Y menos le va a gustar lo que voy a hacer a continuación.

Manuscrito de Joseph Hare

[Última entrada]

Hoy he sufrido una caída durante los cada vez más cortos paseos por la celda. La ausencia total de luz y de fuerzas la ha propiciado. Trastabillé con el arca y me fui al suelo. El desenlace podría haber sido peor; a la llama de la vela me he examinado la rodilla, que duele horrores, y, por fortuna, únicamente tengo un fuerte golpe en la articulación, aunque deberé seguir su evolución, pues va adquiriendo por minutos un preocupante color amoratado, indicio de hemorragia interna. Pero al menos a Dios doy gracias de que mi brazo derecho [algo dolorido, pues lo utilicé de modo instintivo para frenar la caída] sigue sano y salvo, y eso me permite retomar la narración. La humedad imperante no es lo más apropiado para articulaciones dañadas y en próximos días, a buen seguro, me provocarán nuevos padecimientos. Si bien el dolor me ofusca la mente, recuerdo que ayer paré en la conversación en la que Knox me determinó a conseguirle un cadáver para esa misma noche, y en ese instante nos hallábamos él y yo.

… Mientras la tarde avanzaba hasta la noche, Knox y yo no encontramos nada más que decirnos después de nuestra última riña, de manera que yo fingí refugiarme en una novela, arrimado cómodamente a la lumbre [aunque en realidad estaba inmerso en mis tribulaciones y apenas pasé de la primera página] y él se marchó después de una cena frugal escaleras arriba, a la sala de disección, con el propósito de ir preparando su instrumental. Subiendo a mi alcoba para vestirme, tuve una idea repentina a fin de hacer pagar a ese canalla por sus crímenes. Fue una idea genial. Entré un momento de puntillas en la habitación del doctor Knox y salí con un alfiler de corbata con diamantes formando una R [de «Robert»], que había visto cuando hice el registro.

Un minuto después estaba en mi propio dormitorio, iluminado con la única claridad del brillo naranja del fuego. En la lejanía oí los once tañidos de la iglesia de Ballater. Todavía disponía de una hora por delante para llegar a la estación; sin embargo, necesitaba salir de esa casa cuanto antes, de consiguiente, me apresté a marcharme. Tomé del armario mi maletín de médico, me vestí con la ropa con la que me iría de viaje, y guardé en el bolsillo de mi abrigo negro mi cuaderno, el plumín y el tintero. Antes de salir a la noche cerrada, me hice con el atizador de la chimenea.

No me despedí del doctor, simplemente me encaminé a las caballerizas a buen paso, dejé el maletín y la herramienta en el carro y me puse a colocar

el atalaje de varas en el caballo…

—¿Pensabas marcharte sin decir adiós?

Proferí una interjección de sorpresa y me di la vuelta. Knox estaba bajo el dintel de madera de la puerta, con sus ojos clavados en mí con expresión ladina, como si pudiese leer en mi cabeza las intenciones verdaderas que me empujaban. No me era posible, sin embargo, replicar a sus palabras sin despertar sospecha; de modo que, sencillamente, continué con mi tarea. El profesor cubrió entonces la distancia que nos separaba y subió al pescante del carro con ayuda de unos escalones portátiles, que ordenó el primer día fabricar al señor Symons.

—He decidido acompañarte esta noche. Vaya, llevas tu maletín de médico.

Ciertamente, aquello trastocaba mis planes. Me obligaría a cumplir con su mortífero encargo y regresar a la casa de campo. Comprobé una vez más la hora. Iría justo pero podría salir del atolladero si la fortuna se aliaba esa noche con nosotros. Me juzgará usted como un vil asesino, y no le quito un ápice de razón por ello, ¡lo soy! Pero, aunque la mera idea de lo que debía hacer me ponía enfermo, entendí que iba a ser completamente inútil disuadir a Knox del propósito de acompañarme, y, en ese momento, yo solo era capaz de pensar en dos cosas: escapar de él y en mi vida futura al lado de Clara. Aparte de algún que otro extravío de la mocedad, igual que cualquier hijo de vecino, jamás había hecho cosas tan execrables como las cometidas por mi mano en los dos años anteriores. Pero estaba del todo resuelto a que esa fuese la última de mis felonías. Dejaría atrás el hado oscuro que me perseguía y desde el día siguiente consagraría por completo mi vida a Clara y a redimirme del pasado. Como en anteriores ocasiones, me convencí a mí mismo de que esa era la única solución.

—Siempre que salgo de casa llevo conmigo el maletín de médico, es una costumbre —le contesté con tono cortante.

—Joseph, nunca me he tenido por un hombre necio.

—Ni yo he insinuado tal cosa, señor.

—Bien, pues no me trates como tal. Haz tu labor y luego podrás hacer lo que te venga en gana.

Cuando terminé con el arreo, subí al pescante yo también y azucé al caballo por la senda cochera. Yo me conocía bien el camino rural que llevaba a Ballater, y sabía que había un tramo arbolado donde era fácil apostarse hasta que alguien pasase. Miré al cielo. Nubes negras corrían a gran velocidad a cubrir la pálida faz de la luna. Traqueteamos un rato por el camino encharcado por lluvias recientes. Cuando llegamos al lugar, saqué el carro del sendero y tomé una cañada del color marrón oscuro de la tierra. A uno y otro lado brotaba la hierba salvaje. Sin alejarme demasiado [puesto que todo ese trayecto debería hacerlo luego a pie cargando un cuerpo inerte] detuve el carro y fue ocultado clandestinamente entre el follaje.

—Yo te espero aquí, procura no tardar. Hace una noche de perros y parece que va a llover —me indicó Knox, arrebujándose en su largo gabán.

Me alejé hasta el borde del camino con el atizador de la chimenea en la mano y me oculté acechante al abrigo de una gigantesca peña, sin temor alguno de que yo fuera visto. Desde mi posición me iba a ser fácil sorprender a un transeúnte que anduviera despistado pensando en sus cosas. Al principio, me llegaba el sonido del fuerte viento soplando entre los árboles que me rodeaban. Pero pronto la noche tornó tempestuosa y comenzó a llover a mares. Yo estaba guarecido bajo las apretadas copas de los árboles y apenas me mojaba; con todo, me sentía temblar. Entretanto, la carretera, oscura como boca de lobo, comenzaba a anegarse y la tierra arcillosa a correr por los laterales en torrentes de color rojizo.

Ya habría transcurrido una media hora y no se veía un alma. Circunstancia normal, por otra parte. Era muy tarde y la inclemencia invitaba a quedarse en casa cerca del hogar. Conforme pasaba el tiempo se acrecentaba mi nerviosismo. El minutero de mi reloj avanzaba tan aprisa cual si del segundero se tratase. No podía menos que pensar en mi dulce Clara plantada en la estación, cuando mi paciencia se vio recompensada al percibir con nitidez el chapoteo de unos pasos apresurados. Siento profundamente decir, si bien ocultarlo sería faltar a la verdad, que me guarecí en el acto invadido por un auténtico regocijo. El rumor de los pasos crecía y yo me puse a atisbar por entre las ramas del matorral que me ocultaban de la vista. Aun cuando tenía los nervios a flor de piel ante la atrocidad que estaba a punto de cometer, me armé de la presencia de ánimo suficiente para saltar a la carretera blandiendo el atizador. No me lo pensé dos veces, solo ansiaba acabar de una condenada vez e ir al encuentro de mi Clara.

Quiero que entienda esto, mi querido lector. Es perentorio que lo entienda.

En medio de una especie de delirio, acometí a una figura embozada en una capa que pasaba justo por delante de mí y comencé a golpearla. Con el primer golpe, cayó al suelo; no obstante, yo seguí aporreándola una y otra vez, hasta que el color rojo se mezcló con los ríos de barro, y el transeúnte quedó inerte. Antes de marcharme, precipité al suelo un guante de la víctima y el alfiler de corbata del doctor Knox. Conjeturé que la sagacidad de un buen inspector de policía haría el resto. Sin más dilación y sin remordimientos, me eché el cuerpo flácido al hombro, como quien carga un fardo, me adentré en el bosque con presteza y lo solté en la parte posterior del carro.

—Ah, ya estás de vuelta, Joseph, y veo que traes un buen ejemplar —dijo Knox, señalando el cuerpo con la cabeza—. Regresemos a la casa con prontitud, tengo demasiado trabajo por delante.

Agité las riendas sin decir palabra, ni en ese instante ni durante el recorrido de vuelta. Cuando cruzábamos la verja de entrada a la casa de

campo, el profesor me hizo una indicación: «Deja el cuerpo en el cuarto de las disecciones, sobre la mesa de trabajo, yo voy a cambiarme»…

Hice lo que me pidió, y al salir nuevamente a la tormenta, como vi la luz del laboratorio de Knox todavía encendida, resolví que era momento de marcharme. Eran casi las doce menos cuarto. Llegaría un poco tarde, pero era ahora o nunca. Conque, con todo el dolor de mi corazón, abandoné mi maletín de médico, agarré la bicicleta y me puse a pedalear por esos caminos encharcados, hasta el límite de mis fuerzas. Casi las doce dieron cuando por fin atisbé entre la lluvia el expreso detenido y las nubes de vapor blanco subiendo por encima del tejado de la terminal. Con el corazón palpitante, dejé la bicicleta de cualquier manera e irrumpí en el vestíbulo mirando por todas partes. Lo primero que hice fue allegarme a la taquilla.

—Dos billetes a Edimburgo.

—Son 17 chelines y 14 peniques. Debéis daros prisa, caballero, el expreso está a punto de partir.

Saldé la cuenta con un soberano, y me apoderé de los billetes de vuelta. En ese momento, tan solo faltaban tres minutos para la partida del tren. Volví a buscar en vano por el vestíbulo, y me fui derecho al andén, el cual estaba casi vacío.

—¡Clara, Clara!

Tampoco la vi por ningún lado y me vi sumido en un profundo estado de preocupación. A fin de templar mi creciente ansiedad, me dirigí tembloroso a un mozo de estación y le hice una detallada descripción de mi amor; no obstante, me contestó con horrible franqueza que no la había visto. Yo le insistí obstinadamente, y él me señaló que una señorita como la que yo le describía no le habría pasado desapercibida. Persuadido de que decía la verdad y con los nervios crispados, subí al convoy por el primer vagón y volví al andén por el último.

—¡Clara, Clara!

Seguía sin verla. Yo empezaba a temer que no fuera a aparecer, y la idea de que se hubiera retractado en el último momento, que le hubiesen faltado las fuerzas, comenzó a obsesionarme. Mis presentimientos se hicieron realidad cuando escuché el reloj de la iglesia dando las doce campanadas. Como el disparo de salida en una carrera de caballos, no pude hacer otra cosa que observar con impotencia cómo el maquinista y el fogonero volvían a la locomotora y esta se ponía en marcha y se alejaba ruidosamente arrastrando tres vagones tras de sí. En ese momento, con el andén despejado, crucé las dos vías preso de la agitación y pasé al otro lado.

—¡Clara, Clara!

De repente, sentí una punzada de optimismo. De la misma manera que yo había tenido un contratiempo que me había retrasado, di por seguro que ella también lo habría sufrido. La abnegación que mostró mi amada para

escapar conmigo, dejando atrás su vida, merecía por mi parte un poco de temple y paciencia. Con la sangre aún hirviendo en mis venas, resolví aguardar su llegada bajo la marquesina del andén, a fin de cobijarme de la lluvia, que ya amainaba, pero que aún calaba hasta los huesos. Cuando apareciera Clara, alquilaríamos por esa noche dos habitaciones en la fonda El Sabueso y el Faisán, que yo había oído era limpia y decente, y al día siguiente tomaríamos el primer expreso con destino a Edimburgo. En mi bolsillo, yo disponía de 10 libras esterlinas y 3 coronas. Recordé con una sonrisa que era justamente la misma cantidad de dinero con que yo contaba cuando llegué a Edimburgo un jueves 1 de septiembre de hacía tres largos años, y consideré esa coincidencia un presagio de bien.

—Caballero, ¿sois vos mister Hare?—me preguntó el jefe de estación, acercándoseme por detrás.

Yo le contesté que sí y entonces me dio una misiva que, según afirmó, le había entregado en mano un mozo esa misma tarde, con el encargo de hacérsela llegar «en persona» a un tal mister Hare, que esperaría el tren de las doce en actitud de buscar a alguien. Yo tomé la carta, y a renglón seguido él me indicó con palabras corteses que debía marcharme de la estación.

—Ya no hay más trenes de pasajeros por hoy, caballero —me aclaró—. El de medianoche era el último, y vamos a cerrar la estación hasta las dos y media que pasa uno de mercancías.

Yo miré otra vez el enorme reloj redondo que colgaba de un anclaje de hierro y me di por vencido. Ni por una fracción de segundo dudé en ese momento de zozobra del amor que Clara me profería. A buen seguro, el contratiempo con que se había enfrentado le habría imposibilitado escaparse de la mansión. Por la mañana, me encaminaría al pinar de siempre en Balmoral y lo aclararía todo. Con este pensamiento reparador, salí de la estación y, al lado de la bicicleta, abrí el sobre. En el interior había una misiva manuscrita con el sello del castillo de Balmoral. Al instante, el corazón comenzó a latirme con más brío. No reconocí la letra [sin duda de mujer, lo que me confirmó la postrera firma de la duquesa de Ayton], pero escuetamente me apuntaba que Clara no acudiría a la estación, que nunca más volvería a verla y que los guardias de la mansión tenían orden de Su Majestad de prenderme tan pronto me vieran merodeando por los alrededores. Barrunté que la urraca debió de descubrir los planes de Clara, y cual pajarillo, la encerró en la jaula y echó la llave de la puerta. Mi ánimo cayó por los suelos y con ademanes desesperados y tormentosos, me subí de nuevo a la bicicleta y regresé a la casa de campo.

Cuando llegué, no tardé en advertir que seguía encendida la luz en una de las ventanas del tercer piso, subí y entré sin llamar. Knox, que hablaba solo, soltando una sarta de maldiciones y palabrotas que no puedo reproducir aquí, se calló al punto y giró la cabeza para mirarme, y, aunque en cuestión de momentos regresó a lo suyo [preparar el terrible

instrumental de disección], no pudo disimular su disgusto por ser importunado, exhibiendo una mirada torva y agria.

—No te voy a necesitar —me dijo brusco.

Con todo, permanecí un segundo más echando una mirada de reojo, mientras el profesor reanudaba su soliloquio. La habitación era semejante a las demás, con suelo de madera [que Knox había sembrado con un manto de serrín con el propósito de que absorbiera la sangre] y techos altos con vigas. En el centro, percibí un tablero con dos caballetes que hacía las veces de mesa de trabajo. Cerca de él había una lámpara de gas esparciendo claridad sobre el cadáver. Inspirado por augurios de mal, lancé una mirada más detenida al cuerpo postrado cubierto por un hule. Entonces ocurrió algo extraordinario, que todavía hoy, en medio de mi desdicha, considero una señal del destino, que me aborrecía con toda su alma y pronto lo vería atraparme con fiereza entre sus garras.

El cadáver movió el pie derecho.

Confieso que esto me impresionó al punto de quedarme sin respiración. Al principio, se me ocurrió que era mi imaginación. Pero entonces volvió a moverlo otra vez, como presagio de la desgracia que se avecinaba.

—Doctor Knox… Profesor. —Atraje su atención, con las cejas tan juntas sobre mi nariz que al punto se tocaban.

—¿Qué ocurre, Joseph? —repuso.

—El cuerpo se mueve —señalé.

El profesor dedicó una mirada rápida como el relámpago a la camilla y devolvió la atención a su trabajo.

—No digas sandeces. No son más que espasmos cadavéricos.

Pero yo sabía que no era eso; de suerte que, con el pulso latiéndome tan aprisa que sentía las palpitaciones, di varios pasos hasta situarme pegado al cuerpo yaciente, donde al fin, temeroso, pude contemplarlo con la mayor de las cautelas. Al momento me percaté de otro detalle. De varios, en realidad; todos ellos se sucedieron en mi mente en cuestión de un instante, acechándome como un francotirador abriendo fuego contra mí.

La persona tendida en la camilla era una mujer… joven. Los tirabuzones dorados caían flácidos sobre la mesa de madera manchados de sangre. Sus brazos y sus manos delicadas colgaban inertes por debajo de la cobertura de caucho. Invadido por un temblor frío reuní fuerzas y retiré el hule de un tirón. Fue tal la angustia que me embargó que se me paralizó el corazón y el semblante empalidecido se me cubrió de sudor frío. Durante unos interminables momentos permanecí por completo quieto, inánime. El retablo que pasaba ante mí brindaba una maldad diabólica muy propia de Knox.

Imagínese el estado de agitación extrema que padecía al ver tendido ante mí el cuerpo desmadejado y sin vida de Clara; el mismo rostro hermoso que había iluminado mi existencia suscitaba ahora en mí un intenso espanto. ¡No podía ser! Yo la hacía durmiendo en su cama, velada

con firme devoción por su tía más querida; sin embargo, saltaba a la vista que, de alguna manera, mi amor consiguió zafarse de su tiránico designio y acudir a mi encuentro. Al instante, me eché sobre ella cargado de impotencia y acuné ese cuerpo frío contra mi pecho, al tiempo que profería quejidos profundos y sentidos que manaban como un torrente de lo más hondo de mi ser. Lleno de desesperación y temor, volví a tenderla sobre la camilla y la cubrí con el hule, más que nada por recato y decoro. Dejar a la vista su virginal desnudez me resultaba una idea deshonrosa. ¿No había sufrido acaso suficientes oprobios y profanaciones? Luego permanecí largo rato mirándola absorto. Entonces sucedió un postrero hecho abrumador: los párpados de esa dulce criatura, a quien yo no podía menos que creer muerta, comenzaron a agitarse, cual si sufriera una pesadilla, y, repentinamente, sus ojos se abrieron. Su expresión reflejaba honda confusión, terror y dolor, todo a un mismo tiempo; y su mirada amarga, como si yo no fuera ya su amado, sino un ser turbio y maléfico que abrigaba malos designios contra ella, me traspasó el corazón. Jamás el rostro de un hombre fue mirado de esa manera por una mujer. Confieso a usted que me resulta imposible explicar lo que sentí…

¡Un momento! En este punto me dispongo a interrumpir el relato. Escucho un murmullo al otro lado del tabique. Son voces varoniles fuertes. ¡Qué júbilo! ¿Será posible que por fin alguien se apiade de mí?

El mismo día, más tarde. *Ya no oigo las voces. Se han callado del todo hace largo rato. No he podido alertar a quien fuera de mi presencia. Estoy tan débil que no puedo hablar; abro la boca para intentarlo y apenas salen murmullos que resultan poco audibles. Tampoco he podido reunir las fuerzas necesarias para levantarme de este suelo que pronto se convertirá en mi tumba. Hice un esfuerzo ímprobo por sobreponerme, pues me iba la vida en ello, si bien me fue por completo imposible. ¡Oh, pobre de mí! Este sí que es el final. Mi última esperanza desvaneciéndose igual que un sueño. Pues, ¿cómo podría nadie saber dónde me hallo? Un último aliento para escribir el final de mi relato:*

… No conservo vivos recuerdos de los sucesos que vinieron a continuación. Todo es una nebulosa, vaga y confusa en mi cabeza. Únicamente me acuerdo de que, lleno de consternación, dominado por la locura y con los ojos refulgentes de ira, proferí un grito animal, desgarrador, que retumbó en la casa y en los campos circundantes. Nada más. Luego, todo ocurrió como una sucesión de imágenes pasando a gran velocidad por la ventanilla de un tren, mientras yo corría de firme. Esa sonrisa maliciosa y miserable de Knox, forcejeos, más gritos, empellones, amenazas, yo cargando con el cuerpo de Clara al hombro con energía desesperada, la noche, la tormenta, el carro, el camino forestal, Balmoral, el pinar, el río, la reja cubierta de

herrumbre…

El túnel.

Me aventuré en su interior sin darme cuenta.

Y ahí me vuelven los recuerdos. Yo no había recuperado el dominio de mí mismo y no pensaba racionalmente, preso de la desolación como hallábame. Mis pasos eran torpes y me pregunté si esto había ocurrido en realidad. Solamente el anhelo de encontrar un lugar donde el malnacido de Knox no pudiera localizarnos, donde no pudiera mutilar el cuerpo de mi Amor, me mantenía con vida. La bóveda carecía de luz y esa circunstancia la dotaba de un aspecto un tanto cavernosa. El aire estaba cargado de un hedor malsano y nauseabundo. Una mezcla de humedad, olor a cerrado y excrementos de ratas, pero, a esas alturas, mi nariz estaba demasiado acostumbrada a los malos olores y no le presté la más mínima atención. Saqué una caja de cerillas del bolsillo y prendí una, alumbrando tenuemente un par de metros a mi alrededor. Cuando la llama estuvo a punto de alcanzar mis dedos, la apagué y encendí otra. Bajo la débil iluminación e impelido por la rabia, seguí a trompicones las revueltas de un pasadizo lúgubre, que a cada uno de los innumerables pasos que di se cerraba más sobre mi cabeza, hasta que me topé con una piedra de forma rectangular delante de mí que se me antojaba una puerta sin tirador alguno.

Depositéconextremocuidadoa Clara en el suelo y encendí una vela de cera que alguien había dejado en un rincón. Alcé la palmatoria y me puse a palpar el bloque de piedra, lo empujé, lo tanteé. Todos mis esfuerzos resultaron inútiles. A partir de ese momento cambié de estrategia y permanecí quieto, observándolo. En un lateral localicé una señal grabada en la piedra. Se trataba del símbolo secreto que emplearon los escoceses para ocultarse de Cromwell y su ejército. ¿Que cómo lo sé? Pues porque Palmer me hizo partícipe de él.

Recorrí su contorno con la yema de mi dedo índice dos veces, la segunda apretando más. No había ningún propósito en mi gesto, solo barruntaba. Entonces, sin llegar a enterarme del mecanismo, se puso en funcionamiento un engranaje y, en mitad del profundo silencio, oí el ruido que suscita el rozamiento de piedras movidas por un resorte y un contrapeso. Impulsada por alguna clase de ingeniosa máquina, la piedra de forma rectangular que ocupaba la entrada se alzó lentamente, como por arte de magia, dejando libre el paso ante mí. Sin tardanza, alcé el cuerpo de Clara del suelo y crucé el umbral. Al instante, el bloque de piedra volvió a caer detrás de mí y escuché más sonidos de piedra contra piedra. No disponía de tiempo en ese momento para averiguar lo que estaba sucediendo. Con la conciencia llena de remordimientos, volví a depositar el cuerpo de Clara en el suelo arenoso y dejé la luz encendida a su lado, con el fin de poder examinarla. Puse en práctica todos mis conocimientos sobre medicina; pero mis esfuerzos fueron en vano y muy pronto se borró en mí

cualquier señal de esperanza. Mi Amor no respondió. Su cándido rostro estaba macilento como un espectro.

Los hombros se me derrumbaron y me vi acometido por un inmenso pesar, un dolor desgarrador como jamás creí posible sentir. Al instante, mis mejillas se cubrieron de lágrimas, igual que un río desbordado. Sin embargo, en medio de mi dolor, fui consciente de que la rabia y la ira devoradoras que sentí en el laboratorio improvisado de Knox no iban dirigidas contra nadie más que no fuera yo mismo, y entonces temblé hundido en el abatimiento, consciente de que había sido despojado de todo afán por la vida. Me convertí a partir de ese instante en un ser únicamente movido por un interés reparador. Cumplido este, podré morir. Apagué la luz a fin de que no se consumiera inútilmente. Debí permanecer en la misma posición durante horas, envuelto en el olor a cera quemada y con la cabeza hundida entre las manos. Cuando por fin reaccioné, encendí nuevamente la vela con una cerilla y, en medio de una trémula iluminación, miré a mi alrededor, con la terrible sensación de haber profanado una cámara mortuoria.

Sin embargo, esa debía de ser la estancia secreta que había diseñado lord Malcolm para guardar el tesoro. Era diáfana, estrecha y húmeda. En las paredes nada más que había ladrillos y yeso. Al fondo, distinguí un arcón. Con dificultad me incorporé del suelo y me adelanté hacia él. Era recio, de madera de roble, guarnecido con tiras de hierro formando un enrejado y con remaches de latón. Mediría algo menos de dos metros de largo por medio de ancho y casi un metro de alto. A cada lado había una argolla de hierro para su transporte. La tapa estaba asegurada con un pasador, un cerrojo y un candado. No disponía de herramientas para abrirlo, de manera que lo dejé en su sitio. Fui entonces hasta la entrada donde un bloque de piedra me impedía el paso. Busqué con ahínco una forma de abrirlo; sin embargo, todo mi esfuerzo fue de poco provecho. En eso, como si cayeran sobre mí a un tiempo todas las plagas bíblicas, me vino a la cabeza la conversación entre Palmer y Knox aquel día en la mansión de este último.

«Archibald Palmer: Conocía bien a lord Malcolm y era un erudito en el tema de las pirámides de Egipto. ¿Estabais al corriente de que su inspiración fue Imhotep, arquitecto de los faraones que vivió por el 2750 a. C.?

»Robert Knox: No os sigo.

»A.P.: Lo haréis, Knox, lo haréis; solo os pido un tanto de paciencia. Determinadas insinuaciones de él me llevaron a concluir que había colocado alguna trampa en el lugar donde se oculta el Secreto.

»R.K.: ¿Una trampa? ¿Qué clase de trampa? ¿Con qué propósito?

»A.P.: Desconozco de qué trampa se trata. En lo tocante al propósito, resulta palpable: lord Malcolm no se fiaba de nosotros…

»R.K.: ¿Y no tenéis idea alguna?

»A.P.: Trataba de averiguarlo, cuando alguien *truncó su vida. Pero cierto día, en una sobremesa, me contó que el arquitecto que construyó la pirámide de Giza inventó un ingenioso sistema en virtud del cual el corredor que llevaba a la Cámara del Rey quedó sellado automáticamente con seis bloques de piedra, así que los trabajadores hubieron abandonado la pirámide. Como verá, Knox, yo encuentro una gran similitud.*

Comprendí en ese preciso momento que hallábame atrapado sin remisión en este espacio que, irónicamente, tiene la forma rectangular de las tumbas que yo tantas veces había profanado; entonces, ante esa aterradora idea, me vi invadido por una especie de desenfreno y caí en un paroxismo que me dejó exhausto. Grité y grité hasta perder la voz, y golpeé las paredes hasta hacerme sangrar los puños. Todo fue en vano. Inútil. Desafortunado. En ocasiones, me daba la sensación de escuchar al otro lado del tabique murmullos de voces. Yo sabía que me hallaba en algún lugar de la mansión, y que esta se encontraba habitada. Clara me dijo que el túnel desembocaba en los aposentos privados de Su Majestad. Entonces gritaba y aporreaba la pared hasta quedarme sin aliento. Pero, debido a que no obtenía respuesta, al cabo de un tiempo en que dejé de oír sonido alguno, se adueñó de mí el desánimo.

Aquí termino mi confesión. El final está cerca. He prendido la última cerilla y el cabo de vela languidece en la palmatoria. Cuando el cirio termine de consumirse llegará el final. ¡Ya oigo al Ángel de la Muerte aproximándose! ¡Muy pronto estaré a solas con él! Empieza a invadirme un miedo obsceno. En ocasiones, pienso que se trata solamente de una pesadilla de la que voy a despertar en cualquier momento; pero esas reflexiones no son más que los desvaríos de un perdido sumido cada vez más en una terrible desesperación. He sentido a diario cómo mi cuerpo se iba debilitando. Mi mano a duras penas consigue sostener la pluma y el trazo de mi caligrafía se hace más inseguro y tembloroso. Tal vez sea lo mejor, puesto que el cuerpo sin vida de mi Clara comienza a descomponerse. De nada sirve ya pedir perdón. Estoy preparado. Mi espíritu ha alcanzado la paz. ¡Adiós, mi Clara amadísima! ¡Adiós, mis queridos padres! ¡Que Dios os guarde y guíe a todos!

Yo, que abandoné al Todopoderoso, imploro a su clemencia para que salve mi alma. ¡Ya veo cómo se abren ante mí las puertas de la muerte! Detrás de ellas, me aguardan las más negras tinieblas.

¡Pronto!

Fin

58.
La cámara olvidada…

Castillo de Balmoral, Aberdeenshire

-¿Qué quiere decir con que no me va a gustar lo que va a hacer? —preguntó Ackroyd con tono de duda.

James ya se había alejado de la pared y buscaba frenéticamente por todo el dormitorio real. Cogía cosas, tanteaba en el aire su peso y, disgustado, volvía a dejarlas en su sitio. Se paró con un brillo en los ojos. Acababa de recordar la armadura con la que se topó la primera vez que se coló en el castillo. Estaba en el pasillo largo. Salió de la habitación.

Para estupor del aristócrata, Allen reapareció portando una pesada hacha de hierro con ambas manos.

—¿Qué piensa hacer con eso?

—Lo verá ahora mismo. —Con paso enérgico, James se encaminó hacia el tabique que previamente él y Ackroyd habían despejado de adornos y, para espanto del aristócrata, comenzó a descargar el hacha contra él, con mucho brío.

—¡Por Dios, pare de una vez! —vociferaba Cornelius fuera de sí, en medio del atronador ruido.

Después de tres o cuatro golpes, la pared cedió y fue abriéndose un tosco boquete cada vez más grande, al tiempo que una tormenta de esquirlas de yeso y fragmentos de listones de madera caía sobre la habitación, esparciendo restos por todos los rincones.

James cesó de golpear y, jadeando, apoyó el arma sin mella en la pared. Se asomó por la hendidura abierta y no vio más que oscuridad.

Ackroyd dejó de gritar. El estupor inicial de ver a James Allen destrozando la pared se diluyó en una nueva sensación a mitad de camino entre la sorpresa y la curiosidad.

—¿Qué ocurre, señor Allen? ¿Ha descubierto algo?

James sacó el brazo y se giró hacia el aristócrata, que lo observaba atónito.

—Deme la linterna, rápido.

Con ella en la mano, Allen aproximó la cara al boquete y orientó la luz de izquierda a derecha. El haz de luz atravesó débilmente una cortina blanquecina de polvo. El corazón le empezó a palpitar más deprisa.

—¡Una cámara olvidada! —exclamó con incontenible entusiasmo.

—¿Una qué? ¿Qué es lo que ha visto? ¡Por el amor de Dios, no me tenga en ascuas! —decía Ackroyd, quien, impaciente, se había aproximado a la espalda de Allen, invadiendo su espacio personal.

—Échese atrás. Déjeme sitio. —James volvió a hacerse con el hacha y redobló sus esfuerzos. En quince minutos más de trabajo apremiante, terminó de agrandar el hueco lo suficiente para poder pasar a través de él.

La luz del dormitorio se filtró de inmediato a la cámara astutamente oculta, llenándola de luz, aunque dejando los rincones en la vaguedad de la penumbra. Allen y Ackroyd permanecieron un tiempo impreciso de pie, hombro con hombro y llenos de estupefacción, mientras iban acostumbrando poco a poco la vista y el polvo se asentaba. Delante de ellos se abría una pequeña cámara rectangular de unos dos metros de ancho y seis de longitud.

Estaba desamueblada.

Pero no vacía.

Envueltos en un silencio abrumador, dos pares de ojos se detuvieron en un arcón de madera arrinconado contra la pared del otro extremo de la cámara. James, seguido a la zaga por Cornelius, quien había perdido su usual locuacidad, se adentró con pasos cortos y precavidos. Los restos de yeso crujieron bajo sus pies a medida que avanzaban. El aire, ya de por sí viciado, seguía lleno de partículas de polvo en suspensión, lo cual provocó algunos accesos de tos. El aristócrata extrajo un pañuelo del bolsillo y se cubrió con él la boca y la nariz.

En el haz de luz apareció el arcón con nitidez. Se conservaba en un magnífico estado. Se lo veía recio y estaba reforzado con tiras de chapa de hierro forjado con remaches de latón. De largo abarcaba casi todo el ancho de la pared, y de alto, como medio metro. A cada lado había una argolla de hierro para su transporte. La tapa, que se veía pesada, estaba cerrada con un candado. James lo examinó un momento y finalmente estiró el brazo y lo sacudió. Con el paso del tiempo habían ido adquiriendo un oscuro tono cobrizo, pero, aunque maltrecho, seguía sirviendo a su función.

Allen volvió a recurrir al hacha para romper el candado. Luego corrió el cerrojo y abrió el arcón. Lo que vieron fue un trozo de satén grana envolviendo algunas formas. Con aire reverencial, James Allen alargó la mano y tiró de él con cuidado. La plata dorada, el oro, las gemas y las piedras preciosas brillaron a la vez con el golpe de luz de

la linterna.

Un temblor sacudió el cuerpo del aristócrata.

James, en cambio, experimentó una abrumadora sensación de alivio, y la tensión acumulada desde días pasados cedió ligeramente.

—¿Es lo que creo que es? —dijo Cornelius con voz vibrante de emoción.

Todavía en estado de *shock* por el descubrimiento, contemplaban el tesoro inclinados sobre el arcón inmóviles, respirando el mismo aire añejo. Los ojos de Ackroyd seguían vidriosos.

—Los Honores de Escocia.

Estas palabras, dichas por James Allen con mucha solemnidad, provocaron un grave silencio en el estrecho habitáculo. Sobre un fondo de terciopelo púrpura reposaban delicadamente una espada, un cetro y una corona. Tres reliquias sublimes de una brillante exquisitez. Su mera presencia los mantenía abrumados. Cornelius Ackroyd no lo pudo evitar y se santiguó.

—¿Por qué ocultarlas aquí?

—Piénselo detenidamente, Ackroyd, no hay lugar más seguro en toda Escocia.

—Pero esto… —El aristócrata no terminó la frase, en su lugar lanzó un suspiro.

—Lo sé, Ackroyd, esto implica todavía más a la reina Victoria en la trama, y por ende, coloca a su sucesora en una posición insostenible. Nadie en su sano juicio creerá que Victoria desconocía que estuvieran ocultas detrás de un tabique de su propio dormitorio. De ahí que sea vital que nunca llegue a saberse.

Cornelius seguía descolocado. Como si un mito hubiese saltado por los aires.

—Pero, ¿cómo pudo verse implicada en un acto tan execrable?

—Es difícil decirlo, y lo más probable es que no lleguemos a saberlo nunca. Consuélese pensando que tendría un buen motivo para hacer lo que hizo.

—Debió encargarle a lord Malcolm, el arquitecto, que crease esta cámara durante las obras de reforma de la mansión.

Entre ellos se produjo un silencio cargado de gravedad.

Entonces en una esquina dentro del cofre distinguieron otra cosa.

James se inclinó aún más y alargó la mano para hacerse con una caja esmaltada con la litografía del cuadro de Goya *La gallinita ciega* en la tapadera. La que faltaba del juego. La tercera en discordia. Estaba en perfecto estado de conservación. La abrió y halló en su interior un trozo de papel ocre escrito indiscutiblemente por la misma persona que los anteriores mensajes. Dos voces superpuestas leyeron al unísono: «Un corazón noble no puede estar en paz si carece de libertad».

—Es el epitafio que el poeta John Barbour escribió al rey Robert de Bruce —comenzó a explicar Ackroyd—. Está en un pedestal de piedra en la abadía de Melrose. ¿Qué cree que significa? —preguntó a continuación, con el entrecejo fruncido.

—Es un mensaje para una reina… Ahora es libre.

James se quedó mirando embobado el contenido de la caja. Entretanto, Ackroyd se dio la vuelta y fue alumbrando el resto de la cámara con la linterna. La luz se detuvo en una esquina.

—¿Qué es…? —La voz de Ackroyd se fue apagando, y, en su lugar emitió un gritito, al tiempo que se llevaba la mano libre a la boca.

James salió del letargo y giró medio cuerpo de manera brusca. En el lado opuesto, enmarcados dentro de un círculo de luz vacilante, aparecían dos cadáveres grisáceos en un evidente estado de momificación natural. Dejó la caja esmaltada dentro del arcón y se aproximó a los cuerpos. Por el camino, le arrebató la linterna a un Ackroyd que seguía paralizado y con los ojos muy abiertos por la impresión.

Allen se acuclilló y examinó las momias.

Una de ellas estaba recostada contra la pared. Su rictus, con la boca abierta mostrando los dientes, resultaba estremecedor. La otra yacía en el suelo, con la cabeza sobre el regazo de la anterior. Él no era forense; sin embargo, saltaba a la vista que tenía un fuerte golpe en la sien. James sabía que era una leyenda urbana el hecho de que el pelo y las uñas crecen después de la muerte. «No es más que un efecto óptico fruto del encogimiento del cuerpo», le explicó en una ocasión Patricia; por consiguiente, llegó a la lógica conclusión de que el cadáver tendido en el suelo debía de pertenecer a una mujer, a juzgar por los mechones de pelo largo que todavía tenía adheridos a la cabeza gris acartonada.

—¿Cómo habrán llegado hasta aquí? No hay ninguna entrada, no al menos a la vista —murmuró James, más como una reflexión que como una pregunta en sí. Y eso le hizo pensar en dos posibilidades. O los emparedaron (vivos o muertos) o existía una entrada secreta a la cámara que aún no habían descubierto.

Ackroyd, que ya había reaccionado, se aproximó con paso torpe y vacilante a James.

—¿Quiénes serán y qué relación mantendrán con las Joyas?

Allen alzó un poco la barbilla para mirar un momento al aristócrata, y, como respuesta, se limitó a menear la cabeza. Luego se incorporó ayudándose de las manos y dio golpecitos al reloj en su muñeca.

—Es hora de irse, Ackroyd. Esto es muy interesante, pero todavía queda algo que hacer en Edimburgo.

—Qué misterios ocultará este lugar —exclamó Ackroyd mientras se

daba la vuelta para seguir a James, que ya abandonaba la cámara. De repente, se detuvo y frunció el ceño—. Mire. En el suelo, junto a los cadáveres.

James asomó la cabeza de nuevo por el boquete a tiempo de ver a Ackroyd agacharse y recoger un cuaderno de notas forrado en piel. En el suelo terroso dejó lo que se asemejaban a un antiquísimo plumín de mental y una palmatoria herrumbrosa. El aristócrata abrió el cuaderno y pasó ligeramente las páginas, como quien hojea una revista. La caligrafía al principio era buena. Temblorosa pero legible. Hacia mitad del cuaderno, sin embargo, se volvía irregular y las líneas se entremezclaban a veces, similar a la escritura de un niño. Desvió la mirada al suelo, a la palmatoria. Tal vez el escritor se quedó sin luz… Ackroyd volvió al principio y comenzó a leer en silencio.

—Cornelius, no tenemos tiempo para eso —la voz de Allen sonó cálida, aunque apremiante.

El aristócrata apartó un momento la vista del cuaderno y la puso en James. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

—Un segundo, escuche. —Bajó la mirada y prosiguió con la lectura —: «Mi nombre es Joseph Hare y desde la Tragedia he pasado tres noches con sus tres días cruelmente encerrado en esta prisión […] A pesar de mis lamentos, no me crea lector mío inocente por completo. He cometido maldades tan ominosas que persíguenme día y noche […] En ocasiones, dábame la impresión de oír sollozos o suspiros apagados, a los que seguía un silencio impenetrable. […] Al profesor Robert Knox lo acuso de perfidia, de causar todos los males, de ser el destructor de mi espíritu […]

James lo interrumpió.

—¿Ha dicho Robert Knox?

—¿Sabe de quién se trata?

—Fue un médico edimburgués tan controvertido como famoso en la segunda mitad del siglo XIX. Diseccionaba cadáveres para sus estudios de anatomía; sin embargo, los cuerpos que utilizaba eran de dudosa procedencia. A pesar de su fulgurante carrera, cayó en desgracia cuando se le acusó de la desaparición de una joven de la nobleza, y aunque llegó a publicar un libro sobre anatomía, tuvo muy poca aceptación y supuso su expulsión del Colegio de Médicos de Edimburgo. Se supone que murió hacia finales de 1862, desacreditado, amargado y en la más absoluta pobreza.

Ackroyd frunció el entrecejo.

—¿Se *supone*?

—Sí, es un pequeño misterio. Nunca se halló su cuerpo.

Hubo una larga pausa antes de que Ackroyd se exaltase repentinamente.

—¡Claro, las fechas encajan! Aquí está el fantasma que afirmaba oír

la reina Victoria.

Ahora, James se mostraba interesado.

—¿Qué fantasma?

—No es más que un chismorreo cortesano. Una leyenda. La muerte de su esposo, su alteza real el príncipe consorte Alberto, en diciembre de 1861 sumió a la reina Victoria en una profunda depresión. A partir de entonces vivió autoconfinada en Balmoral, limitando sus apariciones públicas a lo estrictamente necesario. Sin embargo, después del verano de 1862, abandonó precipitadamente la residencia real y se recluyó en Windsor. Afirmaba que, por las noches, oía gritos y lamentos. Por descontado, se hicieron toda clase de investigaciones en la época sin hallar ninguna explicación plausible, y se achacaron las visiones a su delicado estado emocional.

—Si la reina Victoria desconocía que esta pareja había sido emparedada con vida detrás del tabique de su dormitorio, eso la excluye de responsabilidad en su muerte…

—Y puede que tampoco supiese nada de las Joyas. —Ackroyd pareció haber recuperado el buen humor—. Podría haber sido un gran investigador victoriano, señor Allen. A la altura de *Auguste Dupin*[6] —concluyó con un suave acento francés.

Con creciente desazón, James volvió a comprobar su reloj, aunque estaba enterado de la hora que era.

—Todo esto está bien para una novela, Ackroyd, pero el plazo se acaba. Aún hemos de devolver los Honores de Escocia al lugar al que pertenecen. La comisión de expertos llegará al castillo de Edimburgo en apenas tres horas.

Ackroyd, asintiendo, cerró el cuaderno y se lo entregó a James, quien lo guardó en el bolsillo del frac.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? El arcón, de por sí, ya debe de pesar una tonelada.

—No exagere, Ackroyd, pero tiene razón. —Allen regresó al cofre —. Va a ser mejor que nos llevemos solo las piezas.

—Pero no podemos ir por ahí con estos tesoros en la mano. Voy a ver si encuentro algo.

—Apresúrese, y, antes de irse, déjeme de nuevo su teléfono, he de hacer una llamada.

Después de que Ackroyd saliera de la cámara oculta y Allen lo oyera abrir la puerta del dormitorio, volvió a comunicarse con Collins y Katya. Entre ambos le explicaron el plan urdido.

—Solo hay un problema —dijo Collins, por último.

—¿Solo uno? No está mal. Nada mal.

—Bueno, uno que no sabemos cómo remediar, pero seguro que a ti se te ocurre algo. Mañana, el castillo de Edimburgo permanecerá cerrado al público mientras la comisión de expertos realiza su trabajo.

Si no eres un policía o un operario, no podrás acceder a él.

—Tengo una idea al respecto. Voy a hacer una llamada. Cuando llegue a Edimburgo vuelvo a contactar con vosotros.

A continuación, James marcó el número de Dave Carmichael en el teléfono de Ackroyd. Su amigo tardó en contestar y su voz sonaba somnolienta. Durante unos segundos tuvo que escuchar sus recriminaciones por la hora.

—Lo sé, y lo siento, pero necesito tu ayuda. Si no fuera importante no te lo pediría… No hagas caso a lo que dice la tele… —Sonrió—. Ya sabes cómo soy, me atraen los líos como a ti las mujeres… Cállate de una vez y escúchame. ¿Tienes algún amigo que pueda hacerme un favor? Es para ayer… Sí, esa clase de amigos… Ja, ja, ja… Mira, esto es gordo, demasiado gordo… No, no puedes hacer preguntas… Gracias, hermano. Necesito dos uniformes de policía… Te he dicho que nada de preguntas. Tendrás que confiar en mí… Sí de hombre. Uno para mí, el otro para una persona de uno setenta de estatura y complexión delgada… Diría que bastante flaco. En un par de horas estaré en Edimburgo, en Johnston Terrace… Te debo una… Ja, ja, ja. No tantas.

Justo cuando James acababa la conversación, el rostro de Ackroyd se asomó por el hueco de la pared. Entró portando una bolsa en cada mano. Una era la clásica de nailon para deporte, la otra, de piel de forma alargada. Las dejó en el suelo y cogió el móvil que James le devolvía.

—A su alteza real el príncipe le gusta jugar al golf cuando viene por aquí.

—Son perfectas. —James introdujo con delicadeza la Corona en la bolsa de nailon, cerró la cremallera y se la ofreció a Ackroyd. La Espada y el Cetro fueron a parar a la bolsa de golf, no sin antes envolverlos en el satén grana a fin de evitar rozamientos. Allen se la colgó del hombro por el asa y, con las manos libres, se apoderó de la caja esmaltada del fondo del arcón.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Devolvérsela a su dueña.

Con estas últimas palabras los dos abandonaron la cámara olvidada, y regresaron al dormitorio real. Antes de marcharse definitivamente, Allen anduvo hacia la mesilla del lado derecho y depositó sobre ella la caja esmaltada con la nota en su interior.

59.
Un fiel escudero…

Día del referéndum
Jueves, 17 de octubre
Cementerio de Greyfriars, Edimburgo

EL inspector Shaw y el sargento Hardy llegaron al camposanto con las primeras horas del alba, cuando todavía reinaban las sombras. Shaw caminaba a zancadas y Hardy a duras penas lograba mantener su ritmo.

—Todavía no me ha indicado qué hacemos aquí, inspector. ¿No deberíamos estar buscando a la señorita Azmi?

Shaw no le contestó, solo murmuraba para sí: «qué torpeza la mía, qué torpeza la mía»; así, una y otra vez. El inspector hizo un brusco cambio de dirección a la izquierda. El sargento iba un metro en pos de él, esquivando lápidas. Para él, resultaba del todo incomprensible de dónde obtenía ese hombre la energía. Por fin, vio al inspector detenerse frente a la tumba de Clara Hastings, el lugar donde todo comenzó.

—Rápido, ayúdeme —le apremió Shaw.

Hardy entornó los ojos.

—¿Exactamente a qué?

Shaw detuvo un segundo su frenética búsqueda.

—El teléfono móvil de Thornley, ¿qué va a ser si no? Contiene la copia de la carta que robó de Balmoral. Hay que encontrarlo.

—Lo hemos buscado por todas partes sin el menor resultado.

—Pero no en el lugar acertado. Usted busque entre las tumbas.

La conducta rayana en la locura del inspector Shaw sobresaltó al sargento, a pesar de estar ya acostumbrado a las excentricidades de su impuesto compañero. ¡Había comenzado a encaramarse a todos los árboles que se alzaban en los alrededores, igual que si de un simio se tratase!

Unos quince minutos después, Hardy escuchó al inspector lanzar

una interjección de triunfo, seguida de unas palabras:

—Aquí está. —Shaw se bajó de un castaño de aspecto imponente que se elevaba a un par de metros de la tumba. Blandiendo en la mano un dispositivo móvil, agregó—: Había un agujero en el tronco.

—¿Es el teléfono de Thornley?

—Estoy seguro de ello. Ya tenemos otro eslabón en la cadena de pruebas, y este es fuerte como el acero.

Hardy seguía atónito, estupefacto.

—¿Y cómo supo que lo encontraría aquí?

—Sargento, si lo que busca no está en ninguna parte, es que ya obra en su poder.

¿Qué diablos significaba eso? Hardy miraba con la boca entreabierta al inspector. Cada vez lo entendía menos.

Shaw interpretó al instante la confusión que exhibía el sargento.

—Piénselo por un momento, resulta de lo más evidente. El contenido de este móvil era lo más preciado que Thornley poseía, hasta el punto de que estaba resuelto a venderlo por la suma de sesenta mil libras esterlinas. Mientras encuentra un comprador, fabrica un escondite en la habitación de la pensión donde se hospeda y lo guarda allí a buen recaudo. Cuando llega la noche de la transacción, una duda asalta a Thornley. ¿Qué hacer con el móvil? Obviamente, necesitaba llevarlo consigo para efectuar el intercambio, aunque, por otra parte, ¿cómo estar seguro de que el encuentro orquestado no era una trampa? Ya sabe usted, sargento, que el delincuente por naturaleza es hombre receloso, incluso paranoico, diría. Pues bien, entonces decide esconderlo en un lugar próximo al que poder acceder con facilidad, una vez comprobado que el pago estaba en orden.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no ha hecho otra copia de la copia?

—Deducción y observación, Hardy. Esas son las armas de un investigador. En su habitación de la pensión no hallamos ningún ordenador. Además, si hubiese hecho una copia, ¿por qué esconder el móvil en el árbol y no uno de esos chismes minúsculos que sirven para guardar archivos? Ah, mire, aquí está —dijo el inspector, observando el dispositivo.

—¿Me permite?

Shaw lo meditó un segundo.

—Es lo menos que puedo hacer por usted. Ha sido un fiel escudero, mi querido Sancho, y sé que sabrá guardar un secreto como corresponde.

El sargento se hizo con el móvil de las manos del inspector y leyó el contenido de la carta.

—¡Dios bendito!

El semblante de Shaw palideció de repente.

—Esto aún no ha terminado, Hardy. Aún tenemos que dar con la desdichada señorita Azmi. —Perdió la mirada—. Y mucho me temo que el tiempo para ser optimistas ya ha concluido

El 17 de octubre el sol salió a las 7:54. Sus rayos, que comenzaban a asomar por encima de las copas de los árboles, provocaban en las gotas de rocío matices de colores tan diversos como si se observase el interior de un caleidoscopio.

En el silencio sepulcral que reinaba en mitad del camposanto, vibró un teléfono móvil.

—Buenos días, inspector Shaw. —En el auricular, sonó el tono grave de sir Edward.

60.
La comisión de expertos…

Ciudad nueva, Edimburgo

La berlina negra rodeó despacio, casi ceremoniosamente, la plaza ajardinada y fue a detenerse delante del número 16 de Charlotte Square, un edificio de piedra gris de estilo neoclásico de finales del XVIII. Bute House había sido la residencia oficial del máximo mandatario de Escocia desde 1999.

Eran las 8:00 h.

De los asientos traseros del vehículo, se apearon dos mujeres y un hombre.

En un claro acto propagandístico convenientemente orquestado, Iona Fraser, ministra principal de Escocia por el Partido Nacional Escocés, que había abogado durante la campaña por la independencia, aguardaba delante de la puerta negra para recibir en persona a los miembros del recién constituido comité de expertos. Una nube de periodistas se apretaba detrás de una improvisada barrera de seguridad, con los micrófonos en ristre y las cámaras al hombro. Aunque no había habido una convocatoria oficial, decenas de ciudadanos se habían congregado en el lugar «espontáneamente».

Con aire solemne, los tres recién llegados ascendieron los cinco escalones que separaban la residencia de la acera. La ministra principal, que había abandonado el flamante vestido de la gala en el *Britannia* para sustituirlo por un traje gris de pantalón mucho más formal, los fue saludando de uno en uno. Luego se dirigió hacia un atril y, micrófono en mano, hizo una declaración oficial:

—Señoras y señores. Pueblo de Escocia. Hoy es un día transcendental para nuestra nación. En poco menos de una hora, los colegios electorales abrirán sus puertas y cinco millones y medio de escoceses decidirán su futuro. Pero hoy no estamos aquí para eso —añadió con gran cinismo—. Anoche, los medios de comunicación se

hicieron eco de una noticia de considerable impacto. Según dichas informaciones, las Joyas de la Corona de Escocia, *¡los Honores de este país!* —enfatizó con vehemencia—, que se conservan en el castillo de Edimburgo, serían una artera falsificación. Ese complot, que procedería del reinado de Victoria, sería del conocimiento de la Corona, que lo ha ocultado a sabiendas durante todo este tiempo. De ser ciertas las informaciones, estaríamos ante el mayor acto de agravio sufrido por Escocia a manos de Inglaterra en los últimos doscientos años —aseveró con ímpetu.

La ministra hizo un deliberado silencio que se llenó al instante con una salva de aplausos. Desde el lado de los periodistas se disparó una nueva andanada de *flashes*. Al cabo de unos minutos, la oradora aplacó los vítores alzando ambas palmas.

—Es mi responsabilidad como ministra principal de Escocia —volvió el timbre sosegado y con él el silencio de los asistentes—, esclarecer la verdad a la mayor brevedad posible, a fin de que los escoceses puedan decidir su voto en plena conciencia y libertad. Es por eso por lo que anoche mismo puse los hechos en conocimiento del fiscal general de Escocia, y ordené a mi gabinete que nombrase de inmediato una comisión de expertos, a la que se le ha encomendado la difícil pero crucial tarea de dilucidar la verdad.

»Ahora, voy a presentarles a las tres personas que hay a mi derecha. En primer lugar, y más cerca de mí, la doctora Angela Thompson, doctora en Historia de Escocia por la Universidad de Saint Andrews; ella presidirá la comisión. A su derecha, el rector Paul Wheelhouse, rector de la Universidad de Glasgow y reputado historiador. Y por último, la doctora Keith Ewing, doctora *honoris causa* por la Universidad la Sorbona, y titular de la cátedra de Historia de Escocia en la Universidad de Edimburgo.

Mientras los presentaban, convirtiéndose en el objetivo de las cámaras, los tres aludidos se mantuvieron impasibles y en posición de firmes. Una repentina racha de viento agitó los cabellos y la ministra principal tuvo que sujetar los papeles de su discurso para que no saliesen volando. Cuando el aire se hubo calmado, continuó:

—Entre los tres atesoran todos los conocimientos posibles para dilucidar, sin margen de duda, si los Honores de Escocia son los auténticos. Si el Cetro es el mismo que el papa Alejandro VI regaló a Jacobo IV en 1494. Si la Espada es la que el papa Julio II entregó al rey Jacobo IV en 1507. Y Si la Corona es la que Jacobo VI ordenó reformar en 1540.

Nuevos aplausos, aunque más tímidos. No hizo falta aplacarlos, se fueron apagando solos casi de inmediato.

—Para finalizar esta breve comparecencia, quiero agradecer a estas tres eminencias que hayan aceptado el encargo con abnegación y

responsabilidad. Tan pronto como tengamos noticias, las haremos públicas. Muchas gracias.

Dejando en el aire la avalancha de preguntas que la prensa vociferaba desde la acera, la ministra principal, exhibiendo una amplia y triunfal sonrisa, fue a reunirse con los tres miembros de la comisión. Departiendo con ellos amistosamente, los condujo al interior de la residencia.[4]

61.
Ni un minuto que perder…

Castillo de Edimburgo, Edimburgo

El Aston Martin DB5 de Cornelius Ackroyd estacionó con una sencilla maniobra en la cuesta de Johnston Terrace, a continuación de un contenedor de obra lleno de cascotes y cubierto con una malla verde.

El cielo quedaba envuelto en una bruma matinal que caía como la telilla de un sudario, convirtiendo las lejanas fachadas de los edificios en meras formas etéreas. El ligero viento arremolinaba en la calle los montones de hojas secas y otros desperdicios. Allen y Cornelius permanecían apoyados de espaldas contra el chasis del deportivo, acechados por una sombra de incertidumbre. El aristócrata inusitadamente callado. Allen con las piernas cruzadas por los tobillos mirando al sol, que comenzaba a asomar al este de la ciudad con un apagado resplandor, mientras consideraba su improvisado plan.

Llevarían unos diez minutos sin decirse nada, cuando atisbaron la borrosa silueta de un hombre solitario que venía de frente, en su dirección, bajando la cuesta pronunciada a unos cien metros de donde ellos se encontraban. Caminaba a un ritmo engañosamente apacible. A medida que se les aproximaba, su contorno se iba definiendo. Estaba embozado en un oscuro chaquetón para el frío, la cabeza cubierta con un gorro de lana, calado hasta las cejas, y en la mano derecha enguantada cargaba una bolsa negra.

Allen apartó la espalda del coche y siguió su avance con expresión ceñuda.

—Parece que conozca a ese individuo —observó Ackroyd.

James no respondió. Cuando estuvo a su altura, el hombre, para sorpresa mayúscula del aristócrata, se dirigió a ellos:

—¿James Allen?

—Soy yo.

El desconocido soltó la bolsa en la acera, a los pies de quien había

hablado.

—Un obsequio del señor Carmichael. —Sin decir nada más, los esquivó y continuó su camino cuesta abajo. Dos minutos más tarde no había ni rastro de él.

James se puso en cuclillas y abrió la cremallera de la bolsa.

—¿Qué es eso? Y ¿quién es ese tal Carmichael? —preguntó Ackroyd, desconcertado.

Allen extrajo un uniforme negro de la Policía de Escocia, comprobó la talla y se lo alargó a Ackroyd.

—Póngaselo.

Cornelius miró a James con gesto huraño.

—¿Ahora? —inquirió.

—Ahora —respondió serio, concentrado—. Se lo explicaré por el camino.

Ackroyd parecía a punto de protestar; sin embargo, no lo hizo. Siguió a James Allen al interior del minúsculo deportivo. Uno fue a la parte posterior y el otro, a la delantera. Reaparecieron en la calzada unos minutos después, uniformados de policías. Se corrigieron mutuamente las vestimentas desordenadas. A pesar de la premura de tiempo, Carmichael había cumplido. Los uniformes no eran perfectos, pero darían el pego.

—Si mi difunto abuelo Peregrine Ackroyd II me viera en estos momentos… —suspiró el aristócrata, mirándose la ropa.

—Está muy guapo, Ackroyd —ironizó Allen, colgándose al hombro la bolsa de golf—. Vamos, no hay tiempo que perder. —Antes de echar a caminar cuesta arriba, alzó la barbilla y colocó los ojos en la escarpada pendiente. A medida que el sol ascendía y barría de luz los acantilados, la roca iba saliendo de la oscuridad y adquiriendo un tono violáceo. Levantó aún más la vista. En la cima del volcán, se erguía la fortaleza igual que un coloso de piedra.

Esperándolos desafiante.

§

En el cementerio de Greyfriars

El inspector Shaw continuaba al teléfono.

—Sir Edward, sabe que siempre es un placer hablar con usted, pero le aseguro que este no es un buen momento…

El secretario privado no dio muestras de haber oído el aviso y continuó con tono suave y calmado:

—La declaración oficial que ha hecho la ministra principal de Escocia hace tan solo unos minutos, como puede suponer, ha alterado sobremanera a Su Majestad.

Shaw no la había oído, si bien cabía imaginar su contenido.

—Comprendo.

—Cuando Scotland Yard puso este caso enteramente en sus manos —continuó sir Edward—, y se le envió a Edimburgo, usted me prometió que esto no sucedería.

—Sir Edward, si usted me hubiese contado la verdad, ahora no estaríamos en este embrollo.

El secretario privado carraspeó, en un ademán de incomodidad. Shaw sospechaba que tampoco él conocía el verdadero *leitmotiv* de lo que estaba sucediendo. *Ella* únicamente había confiado esa información a James Allen; aunque claro, por prurito profesional, sir Edward jamás lo reconocería.

—Esa no es la cuestión —continuó con el rapapolvo—. Lo que quiero saber es qué se puede hacer para solventar el problema.

—Estamos en ello, aún hay esperanzas.

En la línea se hizo un silencio tenso.

—En eso confío, inspector Shaw, le presupongo consciente de la gravedad de lo que hay en juego.

—Lo soy, y, con el debido respeto, no es necesario que me lo recuerde, sir Edward. Ah, una última cosa. He recuperado la pareja de pendientes robados. —Hardy, que seguía a su lado, se lo quedó mirando—. Si quiere, puedo entregárselos a Cornelius Ackroyd, y él se los hará llegar a usted.

—¿A quién?

—A Cornelius Ackroyd. Está aquí, en Edimburgo.

—No mencione el nombre de ese infame.

Shaw se vio de repente invadido por el presagio de una desgracia.

—¿Qué ocurre con él?

—Palacio prescindió de sus servicios hará cosa de tres meses debido a una sucesión de comportamientos psicopáticos. No es pecar de falsa modestia si le reconozco que, desde un principio, advertí que algo no funcionaba bien en la cabeza de aquel tipo; sin embargo, decidí hacer caso omiso a las señales porque venía avalado por unas extraordinarias recomendaciones.

El gesto de Shaw se había ido apagando.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Transcurrido el tiempo, no tuve más remedio que rendirme a la evidencia, y es que bajo esa fachada impostada de amabilidad se escondía una personalidad manipuladora y cambiante. Y el colmo fue cuando llegó a mi poder la información de que el señor Ackroyd había abierto una escuela de mayordomos bajo el nombre de Escuela Real de Mayordomos. No hay nada que le moleste más a *Ella* que se haga uso de un cargo real en beneficio propio. Le obligué a cerrarla y, por descontado, lo despedí de inmediato. ¿Y dice usted que está en

Edimburgo?… ¿Inspector? ¿Señor Shaw? ¿Sigue ahí?…

Shaw nunca le respondió. Ya había cortado la comunicación. El inspector seguía inerte, paralizado. Su rostro era la viva estampa de la derrota. Los errores cometidos en el caso habían sido tan numerosos como imperdonables, pero ninguno como aquel. La vida de una persona que estaba a su cargo… Se negó a llevar su razonamiento hasta el final. El viento frío le azotaba la cara, que había adquirido un tinte rojizo en la nariz y las mejillas.

—Inspector…, inspector. ¿Se encuentra bien?

La voz del sargento lo trajo de regreso a su desastrosa realidad temporal. Shaw meneó la cabeza y se lo quedó mirando, como distraído. De repente, sus ojos se movieron y recuperaron su habitual vivacidad.

—¡Rápido, Hardy, no hay un minuto que perder! —Shaw ya se había puesto en marcha, deshaciendo a grandes pasos el camino que lo conduciría de nuevo a la calle. El sargento corrió hasta alcanzarlo —. Avise a la central, que manden un equipo de intervención al número 16 de George Street.

—¿Por qué?

—Tengo fundadas razones para creer que allí encontraremos a la señorita Sela Azmi. ¿Con vida? —chascó la lengua—, esa es la cuestión. Pero me temo que no hay tiempo para explicaciones.

A la vez que caminaba con presteza, Hardy sacó la radio de su cinturón y dio el aviso. Mientras lo hacía, trataba de recordar de qué le sonaba esa dirección, hasta que de repente cayó en la cuenta. Era el domicilio de Cornelius Ackroyd, el individuo tan extravagante al que visitaron el domingo y que los envió al hotel Caledonian.

62.
El Palacio Real…

Castillo de Edimburgo, Edimburgo

El castillo de Edimburgo fue erigido en la cima de un volcán. Protegido por imponentes paredes verticales de roca, la única forma de penetrar en él es a plena luz del día y por el mismo lugar en que lo hacen miles de personas a diario: cruzando un puente y atravesando una puerta de medio arco fortificada y con rastrillo, que abre a una extensa explanada. Una vez dentro, un muro perimetral recoge diversas edificaciones aisladas —cuarteles, museos, la casa del gobernador y la capilla de Santa Margarita—, conectadas entre sí por una serie de ramificaciones de caminos asfaltados. Todo en cuesta arriba. Finalmente, en la parte más alta del castillo, en una plaza —la Plaza de la Corona—, se sitúa el Palacio Real, lugar donde se custodian los Honores de Escocia. En concreto, dentro de una sala acorazada denominada la Cámara de la Corona.

Su destino final.

Un destacamento de caballería de los Royal Scots Dragoon Guards protege día y noche los edificios.

En ese momento, faltaba poco para las nueve.

En la explanada por la que se accedía a la fortaleza encontraron mucho trasiego. Aparte de la numerosísima presencia policial, desde un tráiler, un grupo de profesionales trasladaban al interior del castillo cajas metálicas, que, por la forma en que las movían, debían de contener material muy delicado. James y Cornelius, disfrazados de policías, se fueron acercando a buen paso a la entrada principal. Allen había vuelto a colocarse el auricular que lo mantenía en contacto con Collins y Katya. La pareja de exhackers se hallaba en ese instante en un modesto apartamento del condado inglés de Surrey, a casi setecientos kilómetros de distancia; sin embargo, cuando le hablaron, el sonido vía satélite le llegó con tal nitidez que pareciese que los tenía susurrándoles al oído.

—No te preocupes, James —le dijo Collins—, estamos ultimándolo todo. Para cuando llegues a la Cámara de la Corona, estaremos listos… creo.

—Me infundes mucha confianza.

—¿Habla con alguien? —le preguntó Cornelius caminando a su lado.

James, sin saber por qué, había preferido ocultarle lo del auricular.

—No, hablo solo.

Rodeados de operarios que iban y venían, atravesaron el arco de piedra y se internaron en el castillo sin que nadie los detuviera. La neblina había terminado de levantar y el sol ya derramaba su luz cándida sobre los edificios de piedra, que habían adquirido ahora un tono dorado. A partir de ahí, se movieron intramuros con discreción.

No tardaron casi nada en cruzar toda la fortaleza al aire libre —tal vez diez o quince minutos caminando en cuesta—, y llegar a la cúspide, su punto más alto.

La Plaza de la Corona.

Accedieron a la plaza por la entrada situada al noroeste, entre los dos edificios que contenían museos. Esa había sido la parte más sencilla del plan, ahora venía lo complicado de verdad. Allen y Cornelius, bolsas al hombro, se quedaron quietos e hicieron un barrido visual de la plaza cuadriforme. En cada uno de sus cuatro costados se alzaba un edificio; sin embargo, el único que ese día les interesaba era el de piedra gris con un alto torreón central y un reloj.

El Palacio Real.

En medio del patio, unos operarios terminaban de levantar una carpa, al tiempo que otros, ataviados con monos azules, introducían las cajas metálicas que habían trasladado desde el tráiler aparcado en la explanada. James imaginó que estarían improvisando una especie de laboratorio para que los miembros de la comisión pudiesen trabajar, y, dado todo lo que había en juego, no le cupo duda de que el Gobierno no habría escatimado en gastos.

Finalizando la inspección visual, sus ojos tropezaron con el primer obstáculo, y serio. La entrada del Palacio Real estaba custodiada por dos centinelas armados. Convencerlos de que los dejaran pasar sin delatar el contenido de las bolsas que portaban no iba a ser tarea nada fácil. Esos soldados tenían órdenes. Y las cumplirían hasta el final.

§

La comitiva formada por un coche negro y una escolta de dos motoristas de la policía llegó a la explanada y se detuvo. Los tres expertos se apearon del vehículo y, entre *flashes* de cámaras, se encaminaron resueltos en dirección a la entrada principal del castillo.

Los relojes de la ciudad marcaban las nueve en punto. Los colegios electorales de todo el país abrían sus puertas en medio de la incertidumbre reinante.

63.
Mister Hyde…

16 de George Street, Ciudad nueva

SELA AZMI estaba a punto de entrar en un irreversible estado de inconsciencia, o tal vez ya lo había hecho. Intentó abrir los párpados, pero caían pesados. Cada movimiento que trataba de ejecutar le suponía un esfuerzo sobrehumano y solamente lograba empeorar todavía más su propio cansancio. Estaba helada. Más bien congelada. Tiritaba sin parar. Y ya no pensaba con claridad, tenía la mente confusa. Sentía que la invadía una irrefrenable somnolencia.

En ese abismo negro y tenebroso transcurrieron varios minutos…, tal vez horas…, o tal vez un día entero…

—Señorita Azmi. Señorita Azmi. Sela.

La joven no respondía. Su tez traslucía una palidez cadavérica y sus labios un preocupante tono amoratado que no hacían presagiar nada bueno.

—La perdemos, sargento. Vamos, cójala por los pies.

Entre Shaw y Hardy sacaron a la muchacha de la bañera y la tumbaron boca arriba en el suelo arenoso. Después el sargento extrajo su navaja suiza y le cortó ligaduras de manos y tobillos. Con las mangas de la camisa del inspector improvisaron un torniquete y detuvieron casi del todo la hemorragia de ambas muñecas. Shaw cubrió con su chaqueta el delicado cuerpo de la periodista.

—La ambulancia llegará en dos minutos, señor —anunció un agente uniformado, desde la puerta del sótano.

El inspector musitaba una y otra vez: «dos minutos, dos minutos. Demasiado tiempo».

Los párpados de Sela se alzaron a cámara lenta y dos ojos apagados los miraron a ambos. Tragó con dificultad e intentó abrir la boca; sin embargo, Shaw, de rodillas a su lado, le impidió hacerlo, llevando los

dedos a sus labios amoratados.

—Ahorre fuerzas, Sela, que no le sobran precisamente.

Hardy, nervioso, no dejaba de moverse, circundando a Shaw y a la joven. En eso, escucharon pasos atropellados bajando por los escalones desde la cocina y dos sanitarios surgieron de la nada. El inspector se apartó, dejándoles sitio, y al instante empezaron a cubrir a la muchacha de atenciones.

Al cabo de unos angustiosos minutos, uno de los sanitarios se giró hacia los policías y pronosticó:

—Ha perdido mucha sangre y sigue inconsciente, pero sobrevivirá. —Después de una pausa, añadió meneando la cabeza—: Resulta toda una ironía.

—¿Irónico de qué manera? —preguntó Hardy.

—La propia cinta americana que sujetaba a la víctima por las muñecas ha actuado de torniquete, ralentizando el desangramiento —indicó el sanitario—. Sé que sonará raro en estas circunstancias, pero es una mujer afortunada.

Ambos policías lanzaron al unísono un suspiro de alivio, y poco faltó para que se dieran un abrazo.

—Dios templa el viento a fin de proteger al cordero esquilado —proclamó Shaw.

—Esa me la sé. —Chasqueó los dedos, tratando de arrancar un nombre de la punta de la lengua—. William Burton.

—¡Qué sorpresa! También es usted un hombre sumamente instruido, sargento Hardy.

Resultaba patente que el buen humor había regresado a la pareja.

Aparecieron en el sótano otros dos sanitarios transportando una camilla. Colocaron cuidadosamente sobre ella a la señorita Azmi, la cubrieron con una manta térmica, le conectaron un gotero y se la llevaron escaleras arriba, dejando el sótano despejado, excepto por un huraño agente uniformado haciendo guardia en una esquina. Shaw conocía que las mansiones como esa contaban con un acceso a calles laterales. Se empleaban para los aprovisionamientos, y una puerta en el pasillo del sótano con varios cerrojos echados se lo confirmó. Un ventanuco, que quedaba por debajo del nivel de la calle y por donde entraba una luz muy pobre, estaba asegurado con barrotes de hierro y cubierto con un cristal esmerilado. No obstante, pese a que aguzó el oído, no escuchó la sirena de la ambulancia alejándose, de modo que supuso que el espacio estaría insonorizado.

Una vez a solas, Shaw se cubrió las manos con guantes.

—Olvide todos los consejos que le he dado estos días, Hardy —dijo el inspector, con expresión agotada pero risueña—, y quédese con este: «No hay mal que por bien no venga». Si no me hubiese dejado engañar de esta manera tan burda por Cornelius Ackroyd, jamás

hubiéramos llegado a tiempo de salvar a esta joven. Fue justamente la llamada de sir Edward la que me puso en guardia. Y ahora, antes de que lleguen los de la científica y nos pongan de patitas en la calle, echemos un vistazo.

Hardy se aguantó la tos.

—¿Ha visto este lugar? Da repelús. Será difícil encontrar algo útil entre tanta basura y desperdicio.

—Decisión más perseverancia es igual a tesón, mi querido sargento.

Durante diez minutos, o más, escudriñaron cada centímetro cuadrado del pestilente sótano que Ackroyd había convertido, más bien, en una cámara de los horrores. Sobre un mueble, reposaba un terrario con un montón de sapos vivos. Contra una pared había un vetusto anaquel de madera colmado de tarros de vidrio cubiertos de polvo, que no estaban exactamente vacíos. El aire había penetrado en ellos, descomponiendo sus contenidos hacía mucho y convirtiéndolos en simples masas renegridas. En la bañera había restos de sangre reseca por los bordes, con apariencia de llevar allí un tiempo.

—Me temo que la señorita Azmi no ha sido la única persona que ha visitado este horrendo lugar.

—Mire, inspector. ¿Ha visto esta foto? —preguntó Hardy.

Shaw ya se había fijado en ella. Se trataba de una colorida imagen de la reina luciendo sus mejores galas, recortada probablemente de alguna revista del corazón. Un dardo estaba clavado justo en su frente.

Hardy abrió un armario viejo con las puertas desvencijadas. El chirrido que levantaron las bisagras fue fantasmal.

—Qué extraño. Venga a ver esto, inspector Shaw.

Shaw se aproximó.

Miró las dos baldas. En la inferior reposaban dos muletas muy cortas, como para un niño o un adulto demasiado encorvado. La superior estaba repleta de lo que parecían productos químicos colocados de manera ordenada. Desvió la mirada entonces a las puertas. En una de las hojas pendía de un gancho de latón un gabán negro; a su lado, un sombrero tipo chistera; y lo más extraordinario de todo: una máscara de silicona. Shaw se hizo con ella e introdujo la mano por dentro con el fin de darle algo de volumen. Era de gran calidad, suave al tacto y no le faltaba un detalle. Simulaba un viejo de aspecto espantoso.

El sargento sacó una de las muletas del armario. La sostuvo en el aire con ambas manos mientras la estudiaba un momento. Era de aluminio, ajada y llena de óxido y de arañazos. La contera de hierro estaba desgastada por el uso y en la mitad destacaba una gárgola alada que un día fue plateada. Movido por el instinto, Hardy hizo girar la figura y, en un instante, convirtió la muleta en un estoque.

—Menudo juguetito.

—Tenga cuidado, sargento. No toque la punta. —Shaw colgó de inmediato la máscara en su gancho y le prestó a Hardy toda su atención—. ¿Ve esos productos químicos? Con un poco de suerte nos explicarán esas muertas tan extraordinarias que usted achacaba al diablo.

El sargento volvió a girar la gárgola y la punta del estilete se retrajo hasta desaparecer dentro de la contera. Luego dejó de nuevo la muleta en el armario, donde la habían encontrado.

—¿Qué significa todo esto, inspector?

—Sargento, le presento a su asesino —dijo con teatralidad, señalando la máscara, el gabán, el sombrero y las muletas.

Hardy arrugó la frente.

—No le entiendo.

—Ah, este siempre fue un caso que mostraba trazas inusuales. Aún faltan piezas por encajar, por descontado, pero todo comienza a estar claro en mi cabeza… —de repente, paró de hablar y frunció el ceño—. ¿Ha visto eso?

—¿El qué?

Shaw se dirigió al policía que hacía guardia en una esquina y señaló una balda con el dedo.

—Agente, acérqueme esa vela.

El policía acercó la vela.

El inspector la encendió con un mechero que le procuró el sargento, y recorrió con ella una pared de mortero metiendo la mano entre las baldas de una estantería de resina casi vacía. En un momento dado, la llama se agitó.

—¡Esto es extraordinario! Una corriente de aire. Pero no se queden ahí como pasmarotes. Ayúdenme.

Entre los tres apartaron la estantería, dejando a la vista un tirador. Antes de abrir la puerta, intercambiaron una mirada cargada de sorpresa.

64.
Tempus fugit…

Castillo de Edimburgo, Edimburgo

James y Ackroyd, cargados con los Honores auténticos, permanecían inmóviles en el acceso noroeste de la Plaza de la Corona, mirando de frente a los dos soldados armados que montaban guardia a las puertas del Palacio Real.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Cornelius—. Esos caballeros de uniforme no tienen aspecto de ir a dejarnos pasar.

Efectivamente, con las miradas perdidas y expresión seria, no lo tenían. Ninguno. Hasta ese momento, James y Cornelius habían pasado desapercibidos. En el patio de armas, con los operarios preparando la carpa para el comité de expertos, el ajetreo era enorme, de modo que dos policías con bolsas al hombro tampoco desentonaban. Pero la fortuna no duraría eternamente. En algún momento, alguien repararía en que a uno el uniforme le llegaba por los tobillos y al otro le caía desastrosamente ridículo; entonces comenzarían las preguntas y todo el plan se iría al traste.

—Collins, Katya, ¿alguna idea?

Ackroyd volvió a fruncir el ceño.

—¿Habla con alguien, señor Allen?

James lo mandó callar con un brusco ademán de la mano, para oír por el auricular.

—Desde el Gran Salón hay un acceso al palacio —dijo la voz de Katya.

La mirada de James se desvió a su derecha, sorteó la carpa y recaló en la fachada del edificio colindante con el Palacio Real. Piedra negra, ventanas emplomadas, tejado inclinado. Lo conocía sobradamente. Su interior albergaba un vasto salón del siglo XVI destinado a ceremonias reales. Katya tenía toda la razón. Aunque ambos edificios no estaban conectados, el rey utilizaba un acceso privado para no tener que salir

al exterior los días de lluvia.

La mirada de James fue de la fachada a la entrada, un estrecho portalón de madera oscura al lado de un letrero en forma de escudo que rezaba: GREAT HALL (1503-1513). Enseguida, evaluó la situación:

Contra: para ir hasta ella, Ackroyd y él tendrían que cruzar la plaza de armas y pasar por delante de al menos una docena de personas.

Pro: no había soldados custodiándola.

—Comprendo, una vez dentro, ¿hacia dónde me dirijo?… —Un pequeño revuelo a su alrededor lo dejó con la palabra en la boca—. Esperad, ocurre algo.

Súbitamente, accedieron a la plaza —por el lado noreste— dos mujeres y un hombre que destilaban un indiscutible aire académico. Alrededor de ellos, como un enjambre de moscas molestas, una pequeña comitiva formada por agentes de la policía y un cóctel de políticos y periodistas.

Esto se complicaba. Debían moverse. ¡Ya!

—Vamos, Cornelius, el tiempo apremia —dijo James, recogiendo la bolsa de golf del suelo y echándosela al hombro. Su acompañante permanecía inmóvil.

—¿Por qué sin más no nos acercamos a ellos y les decimos que tenemos las auténticas Joyas de la Corona? Yo no estoy acostumbrado a hacer esta clase de cosas. Míreme, señor Allen. ¡Disfrazado de policía!

James se aproximó a él mucho, y habló bajando la voz, casi entre dientes.

—No podemos hacer eso, Ackroyd. *Ella* seguiría en entredicho; por no mencionar que no deseo pasarme los próximos cien años en la cárcel, que es justamente lo que sucederá si hacemos lo que sugiere. Pero usted haga lo que le venga en gana. Si no quiere seguir, entrégueme su bolsa ahora mismo —extendió el brazo para hacerse cargo de ella— y lárguese.

El aristócrata se irguió en toda su estatura como un pavo real.

—Es usted un grosero, señor Allen, y sus modales vulgares. Pero los Ackroyd no somos unos cobardes. Si hago este sacrificio, que quede claro que no es por usted, sino por *Ella*.

—Hágalo por quien más le plazca, pero vámonos.

Aprovechando el revuelo levantado con la llegada de los miembros de la comisión, que acaparaban todas las miradas, los dos esquivaron el esqueleto de la carpa, pegados a la fachada de uno de los museos, y se deslizaron al penumbroso interior del Gran Salón por el portalón de madera que permanecía abierto. La sensación de frío era allí más intensa que en el exterior. Antes de continuar, James realizó un rápido reconocimiento visual.

El recinto era un espacio rectangular de buen tamaño con la

apariencia de un salón medieval, tal y como solía recrearse en el cine. La pared corta del fondo estaba presidida por una espectacular chimenea de mármol blanco. El techo, altísimo, estaba forrado con entramados de madera. Cuatro vidrieras polícromas daban luz a los paneles góticos de madera oscura de unos dos metros de altura que cubrían las paredes. Todo el amplísimo espacio central estaba diáfano.

No había ninguna otra puerta. Desde allí no se podía ir a ningún lugar, más que volver a la plaza. Cualquier otro día el recinto estaría atestado de turistas; sin embargo, en ese momento estaba solo para ellos dos.

—James —la voz de Collins sonó en sus oídos—, a la izquierda de la chimenea hay una puerta.

—No la veo.

—Ese es su propósito, pero créeme, está ahí. Uno de los paneles de madera de la pared no es lo que parece.

James se encaminó a largas zancadas hacia el fondo de la sala, en dirección a la chimenea. Ackroyd seguía sus pasos como podía.

—¿Cómo la abro?

—Busca un resorte. No deberías de tener problemas para encontrarlo. Estará a la vista. Detrás de esa puerta no hay más que pasillos y escalera. Nada de tesoros escondidos.

§

Los dos centinelas que custodiaban el Palacio Real se pusieron firmes al paso de los tres reputados historiadores y su corte.

En diez minutos mal contados, llegarían a la cámara acorazada donde se conservaban las Joyas de la Corona.

Entonces todo acabaría…

Tempus fugit.

65.
Doctor Jeckyll…

16 de George Street, Ciudad nueva

El inspector Shaw alargó la mano para agarrar el tirador que había quedado a la vista, y lo giró muy despacio. No opuso resistencia y la puerta cedió con suavidad. La luz pasó de una estancia a la otra, mostrando más pasillos que huían hacia la oscuridad.

—Este sótano parece un laberinto, inspector.

—No se deje embaucar por las apariencias, mi querido amigo, todo laberinto cuenta con una entrada y, por tanto, también con una salida.

Dicho esto, Shaw traspasó la puerta y, seguido de cerca por el sargento, se deslizó por una confusa y enredada maraña de corredores y escaleras que terminaron por dar con ambos ante una puerta de hierro. Como por arte de magia, apareció en la mano del inspector un juego de ganzúas con las que forzó la cerradura. En un santiamén, se incorporaron dentro de una nueva habitación rodeados de tinieblas.

—Rápido, Hardy, su linterna.

Shaw buscó por la estancia, apuntando el haz.

—¡Ah, vaya sorpresa! Deme un mechero.

Cuando encendió la mecha del quinqué y ajustó la luminosidad al máximo, la tenue luz amarillenta reveló una estancia de otra época. El inspector tuvo la repentina impresión de estar en una cápsula del tiempo. La presencia de un ordenador sobre un escritorio y una serie de aparatos electrónicos que emitían sonidos cortos y continuos resultaban una discordancia incomprensible en ese entorno decimonónico.

El inspector seguía concentrado, y, a pesar de la luz reinante, aún tardó un poco en apagar la linterna y devolvérsela al sargento. Si el espacio en que hallaron a Sela era lóbrego y frío, con tintes tétricos, el que se abría ante sus ojos resultaba todo lo agradable y acogedor que otorga la madera, pese a carecer de luz natural. Shaw rodeó el escritorio, que parecía de palisandro, y pulsó una tecla al azar de un

teclado. El monitor del ordenador cobró vida al instante y se llenó con el artículo de Sela Azmi.

—Vaya, vaya —murmuró con aire pensativo.

—¿Ha encontrado algo de interés, inspector?

—Respuestas, Hardy, respuestas.

A esas alturas, los dos policías estaban fascinados. Pero lo que más llamó su atención fue una vitrina de cristal que abarcaba una pared entera. Estaba atestada de fetiches de todo tipo de la familia real: fotografías, recortes de periódicos y revistas, muñecas vestidas igual que la reina, billetes de tren a Ballater, ceniceros, cajas de madera, un botón, un bolso, un jersey… ¡Hasta mechones canosos de cabello!

Hardy era incapaz de apartar los ojos de los cristales de la vitrina. De repente, recordó la fotografía del sótano atravesada por el dardo y mencionó:

—¿En qué quedamos, la aborrecía o estaba obsesionado?

—Me temo que ambas cosas, Hardy.

—Pues a mí me parece que ese tío está como una chota.

—Y es peligroso. Demasiado. Debemos dar con él.

—¿Y qué pasa con el tullido? ¿El de las muletas?

Shaw hizo aspavientos con las manos en un gesto teatral.

—¿Es que aún no lo ve? El tullido no existe, sargento. No es más que una representación, un títere. Un atributo de un buen investigador es no dejarse engañar por un disfraz, y yo he fracasado estrepitosamente.

—No sé adónde quiere ir a parar…

—Ahora no, sargento. Volvamos al salón, necesito hablar con — chasqueó los dedos—. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Pennyworth, creo. — Se calló de pronto—. ¿Escucha eso?

Hardy aguzó el oído.

—Parecen voces.

—Y proceden de detrás de esa librería. Qué interesante.

Shaw se abalanzó sobre un viejo anaquel y comenzó a apartar libros cubiertos de polvo secular, como si llevaran largo tiempo sin tocarse, y los fue arrojando al suelo. Al sacar de su lugar un voluminoso tratado sobre medicina se escuchó con claridad un clic, y al instante, impulsada por un resorte, la estantería cedió. Solo un momento después, él y Hardy se hallaban de nuevo en el salón.

—Vaya, vaya —susurró el inspector—. Muy ingenioso.

El anciano mayordomo aguardaba sentado con solemnidad, envuelto en un cierto aire de abatimiento y perplejidad. Aquello era una ignominia. Todos esos hombres con las botas sucias moviéndose por la casa igual que si estuvieran en el campo. Le llevaría semanas arreglar aquel desaguisado y ventilar la mansión. Cuando vio aparecer a dos hombres por el hueco de la estantería que daba al gabinete de su

amo, experimentó una súbita e inmensa oleada de indignación.

Un agente de policía de pie, que no le quitaba la vista de encima al mayordomo, dio un respingo con la entrada melodramática del inspector y el sargento.

Shaw fue directo al criado.

—Pennyworth, ¿no?

El mayordomo no vio inconveniente en responder a esa simple pregunta y asintió con un gesto.

—Curiosa decoración —dijo el inspector, con la mirada clavada en una pared cubierta de singulares objetos amerindios. La misma pared ante la que Allen se detuvo la primera vez que pisó la mansión.

Ese comentario también parecía inofensivo.

—Son de los viajes del señor por América. Recuerdos.

—¿Dónde está el señor Ackroyd? —inquirió el inspector, yendo al grano.

—No es costumbre de un mayordomo interrogar a su señor.

—¿Y no tiene ninguna idea aproximada?

Hubo un silencio. Por las ventanas entraban ruidos de la calle.

—Anoche, vino el señor Allen y ambos se marcharon. Es cuanto sé y es cuanto voy a comentarle. Cuatro generaciones de Pennyworth han servido a algún Ackroyd, y antes Knox, y no seré yo quien pase por chismoso. —El mayordomo, estirado en su asiento, apartó la mirada de Shaw y apretó los labios.

La tozudez que observó en su pose le indicó al inspector que no lograría vencer su resistencia a hablar con desconocidos acerca de asuntos domésticos.

—Muy bien, agente, llévense a este pajarraco.

Entre protestas airadas, la gran estancia fue quedándose vacía de nuevo. Shaw se paseó observando ahora con más detalle el salón. Al pasar por delante de un piano, en el que reconoció en realidad un clavecín del siglo XVIII, toqueteó varias teclas consecutivas produciendo una escala musical, pero sin llegar a componer una octava. A pesar de las apariencias, no curioseaba, sino que meditaba profundamente. Cuanto más indagaba, más raro e inexplicable le resultaba el caso. ¿Sería Cornelius Ackroyd su adversario, o habría alguien más involucrado?

La mansión estaba simétricamente dividida en dos con una invisible pero infranqueable línea. De la puerta principal a la derecha, todo resultaba colorido, luminoso y dorado. Ese salón y la habitación hallada al otro lado de la estantería del sótano eran un buen testimonio de ese razonamiento. Por el contrario, de la entrada principal a la izquierda, era todo bien distinto. Estancias lúgubres, oscuras y pobremente iluminadas. ¡Pero si hasta la alfombra que recubría los escalones que ascendían al piso de arriba, caía lustrosa en

su mitad derecha y raída y descolorida, en la izquierda!

Verdaderamente extravagante e interesante a un tiempo.

Presentía que entre esas cuatro paredes vivían dos personas bien diferentes. Un rico opulento que profesaba una obsesión rayana en lo enfermizo por la reina; y un malnacido descuidado que, por el contrario, la odiaba…

No obstante, las ropas encontradas en el sótano sugerían otra cosa bien distinta.

—¿Qué se me está escapando?

Estas palabras, lanzadas al aire como un simple murmullo, despertaron de su letargo al sargento, obnubilado con una colección de flechas de sílex decoradas en vivos colores.

—¿Decía algo, inspector?

Shaw mostraba un aire despistado.

—Aquí hemos terminado —dijo, soltando sobre un velador una campanilla, que produjo un ligero tintineo—. Por el momento, no podemos hacer mucho más por esclarecer los enigmas que aún rodean este caso…

—¿Qué pendientes son esos? —le preguntó Hardy de sopetón, sacándolo abruptamente de sus meditaciones.

—¿Pendientes? —preguntó Shaw, algo desconcertado.

—Sí, cuando habló en el cementerio con el tal sir Edward, le dijo que había encontrado «los pendientes».

Shaw cayó en la cuenta y esbozó una media sonrisa.

—Ah, me temo, sargento, que le volví a engañar. Espero que no me guarde excesivo rencor. En la pensión de Thornley, recordará que hallamos un escondrijo entre las lamas del suelo.

—Que estaba vacío.

—No exactamente. Encontré unos pendientes que Thornley también había sustraído de Balmoral.

—¿Por qué no me lo dijo? —le recriminó Hardy.

El inspector puso una mano en el hombro del sargento.

—No tengo excusa, debí sincerarme en ese momento, pero tenía mis razones para no hacerlo. Esos pendientes no guardaban relación alguna con el caso y entonces no sabía si usted iba a ser capaz de guardar un secreto.

—Aun así, no debió ocultármelo.

—Y le pido mil disculpas por ello.

Durante un segundo, permanecieron callados. Shaw apreció la duda en el semblante del sargento.

—Pero yo no le vi sacar nada de aquel agujero.

—Ah, me serví de un viejo ardid, un truco de magia. —Con una sonrisa extrajo una bolsa transparente del bolsillo de su chaqueta con los pendientes, hizo un rapidísimo movimiento con las manos y la

bolsa desapareció súbitamente a la vista.

Hardy abrió los ojos como platos.

—¿Dónde está?

Shaw soltó una carcajada al tiempo que hundía la mano en el bolsillo de su chaqueta y la sacaba con la bolsa.

El sargento lanzó un gruñido.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Ah, un mago nunca desvela sus trucos. —La sonrisa se borró de un plumazo—. Y ahora marchémonos. El señor Allen, se halla en un grave peligro, aunque él aún no lo sabe.

—¿Ha podido localizarlo?

—No, pero sé exactamente dónde se encuentra en este preciso instante, y no hay un minuto que perder.

Shaw abandonó el salón como una exhalación, perseguido por Hardy. Mientras, las tres altas ventanas de la estancia, igual que si de un *collage* se tratase, enmarcaban en trozos la imponente silueta del castillo de Edimburgo y la aserrada colina de Castle Rock.

66.
El doctor Jeckyll y mister Hyde…

Castillo de Edimburgo, Edimburgo

James y Ackroyd hallaron finalmente el mecanismo que abría la puerta secreta en el Gran Salón, y ahora subían jadeantes por unas escaleras de piedra en forma de espiral, que, conforme ascendían, se iban estrechando más.

Allen nunca supo por qué, si bien días más tarde seguiría dándole vueltas a ese aspecto. Acaso fuera por el olor. Es consabido que a través del olfato se activan recuerdos perdidos en la memoria. Y el angosto espacio por el que se deslizaban olía de la misma manera que las escaleras del centenario hotel Caledonian. No a moho ni a humedad. Sino a piedra envejecida por los años. Lo cierto es que en ese momento las Joyas de la Corona pasaron a ocupar un segundo plano, y afloró en su cerebro un recuerdo que había permanecido latente, dormido. Entonces, sin imaginar las funestas consecuencias que esto acarrearía, lanzó una pregunta al aire. Sencilla y directa:

—¿Cómo lo supo, Cornelius?

James no pudo ver la cara que compuso Ackroyd dos o tres escalones por detrás.

—No le comprendo, señor Allen.

—El sábado pasado, cuando nos conocimos en su casa, ya había reservado dos habitaciones en el Caledonian. Una para mí y otra para Sela.

—Me gusta ser eficiente en el trabajo.

James se paró y volvió la cara. Cornelius también detuvo su avance. El ruido que provocaban con las suelas de sus zapatos en la piedra, como de lijado, cesó al instante.

—Pero… ¿cómo llegó a saber que Sela estaba conmigo?

—No sé, no me… —Hubo una breve vacilación—. ¿Adónde quiere ir a parar?

Se produjo un silencio gélido y Allen chasqueó los dedos cuando al

fin lo comprendió.

—¡Ah, caramba! Qué tonto he sido. Usted le dio el soplo a Sela. La previno para que fuera a Balmoral el viernes por la noche. La cuestión ahora es *¿qué* le llevó a hacerlo?

La señal que le advirtió de que algo marchaba realmente mal fue la inquietante reacción de Cornelius Ackroyd. En ese estrecho espacio de silencio y semioscuridad, el aristócrata se puso a aplaudir.

—Bravo, señor Allen, es usted una persona de una perspicacia por encima de la media, de modo que no le ofenderé tratándole como lo que no es: un ignorante. Pero en algo se equivoca. No fue por mi voluntad que la señorita Azmi se convirtiera en una pieza más de esta partida.

James se mostraba confuso; sin embargo, el timbre de voz empleado por Ackroyd lo hizo ponerse en guardia.

—Él me obligó a hacerlo.

Allen frunció las cejas con total desconcierto.

—*¿Él?* ¿Quién?

—Usted no lo conoce, señor Allen, pero cuando se enfada puede llegar a ser tan… persuasivo.

La sorpresa y la confusión dejaron sitio a una inefable expresión de inquietud. James habló con dureza.

—Ackroyd, déjese de jueguecitos, si conoce dónde está Sela, dígamelo ahora.

—No sé dónde la retiene, se lo juro. —Entonces, con voz queda, agregó—: En cualquier caso, me temo que ya sea demasiado tarde para ella. Knox es un ser implacable. Lo sé por experiencia propia.

—¿Knox?

Según hablaba, Cornelius iba bajando escalones casi descuidadamente hasta que James dejó de ver su silueta opaca en la curva de la escalera, aunque seguía escuchando su voz.

De pronto, sucedió algo extraordinario. Una tercera voz, precedida de una risa maliciosa, irrumpió en la conversación. Allen la reconoció al instante. Era la misma voz cascada, antinatural, que le provocó un estremecimiento por teléfono en su habitación del Caledonian. Sin embargo, no acertaba a ver quién estaba con Ackroyd. Y, aunque entrecerró los ojos para forzar aún más la vista, el entorno seguía demasiado oscuro.

»—No eres más que un mequetrefe, ¡idiota! —le decía la voz aguda al aristócrata—. No tienes valor para terminar el trabajo.

»—¿Qué has hecho con la señorita Azmi? —James reconoció la tímida voz de Ackroyd.

Una carcajada siniestra resonó en la piedra.

»—¿Qué has hecho con la señorita Azmi? —repitió la voz antinatural forzando un falsete—. ¿Eso es lo único que te importa?

Dame esa bolsa. Yo terminaré el trabajo.

La conversación cesó con un ruido de forcejeo y, a continuación, oyó pisadas fuertes descendiendo las escaleras. Tan pronto como murieron los últimos ecos de los pasos, James regresó del estado de confusión que lo mantenía inmovilizado y, asumiendo lo comprometido de la situación, se miró la bolsa de golf colgada al hombro.

—No, no, no…

Y echó también a correr escaleras abajo.

—Collins —gritó mientras procuraba no tropezar.

Su amigo contestó casi al instante, si bien en esta ocasión la comunicación se llenó de interferencias y estática.

—¿Qué… ocurre…, James?

—Tienes que detener a la comisión.

—No te oigo bien. ¿James?… ¿James?… ¿Estás ahí?

—Malditas escaleras —protestó Allen—. ¿Me oyes?

De pronto, sonó otro tono. Los parásitos seguían invadiendo la línea, pero ya no entorpecían la conversación.

—Hola, James, soy Katya. He aplicado un filtro, pero no he logrado más que reducir un poco el ruido. Es difícil escapar totalmente de él. ¿Dónde estás?

—Eso no importa, tenéis que retrasar a la comisión.

Ahora fue Collins quien habló:

—¿Qué? ¿Tú estás loco? Ya están llegando a la cámara acorazada. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Ya se os ocurrirá algo… ¡Chist! —mandó callar a Collins—, luego hablamos.

Antes de cortar la comunicación, lo último que Allen oyó fue a Katya diciendo: «Alastair, mira que estás hoy obtuso, tengo una idea», y no pudo evitar sonreír. La sonrisa se borró de su rostro al instante y volvió a concentrarse. Ralentizó el descenso y bajó tres o cuatro escalones más, dibujando una nueva curva de la escalera. Se paró. Aguzó los sentidos, escrutando cualquier ruido, pero no se oía nada. Entonces lo invadió una profunda sensación de desasosiego. Ackroyd había desaparecido con la Corona.

§

Los tres miembros del comité de expertos estaban a punto de llegar a la cámara acorazada. La doctora Angela Thompson encabezaba la marcha y las piernas empezaban a pesarle. ¡Por Dios! Esas escaleras eran interminables. Pero la emoción que la embriagaba era abrumadora. Aún no podía creer lo que le estaba sucediendo. Cuando la víspera recibió la llamada personal de la ministra principal, aceptó

el encargo sin hacerse rogar. Desde entonces no había dejado de pensar en él con entusiasmo. Ni siquiera pegó ojo, planificándolo todo. Había demasiado trabajo por hacer y poco tiempo. También era muy consciente de su responsabilidad. Todo el mundo, y no solo el académico, revisaría con lupa cada uno de sus pasos.

No había lugar para el error. Su trabajo de verificación de las Joyas de la Corona debía ser perfecto. La historia la juzgaría. A ella.

La doctora Thompson dejó a un lado esas reflexiones que por momentos amenazaban con atenazarla e hizo un giro para enfilar el último tramo de esas amplias escalinatas. Detrás de ella se escuchaban un sinfín de pasos, jadeos y murmuraciones. A esas alturas del ascenso ya nadie tenía fuerzas para hablar. Thompson dejó de mirar un momento hacia abajo y, a unos diez o quince peldaños de distancia, distinguió por fin la puerta enrejada de la cámara acorazada y al director del museo delante de ella, esperando a la comisión con un juego de llaves, de considerable tamaño y sujetas con una argolla, colgando flácidas de la mano. En un marcado contraste con ella, se encontraba sonriente, como si lo que estaba sucediendo supusiese para él una ruptura de la monotonía por la que debía de discurrir su trabajo. Casi pegado a él, había un soldado.

La doctora hizo un breve alto para tomar aliento y se preparó para enfilar los últimos escalones. De repente, el espacio se llenó con las estridencias de una alarma. Al cabo de un momento de confusión, la doctora Thompson, inmóvil y agarrada al pasamanos, observó con creciente preocupación cómo el director, al que le había desaparecido del rostro la sonrisa complaciente, miraba inquisitivamente al soldado mientras este atendía a un *walkie-talkie*. Acto seguido, el soldado se volvió hacia el director, y ambos comenzaron a bajar bastante rápido las escaleras. A su altura, y con gesto compungido, el director atinó a decir:

—Lo siento, doctora Thompson, nos han ordenado que desalojemos el edificio de inmediato.

§

SHAW y Hardy corrían cuesta arriba por los caminos interiores del castillo en dirección al Palacio Real, cuando oyeron la alarma. Entonces el inspector hizo una parada a pocos metros del cementerio canino, cosa que el sargento agradeció, y, con la placa en la mano, preguntó a un soldado de la guarnición que venía en dirección contraria.

—¿Qué ocurre, soldado?

El soldado se detuvo y miró un momento la identificación.

—La alarma antiincendios de la cámara acorazada, señor.

—¿Qué ha pasado?

—No sabría decirle, señor; lo siento, señor, voy a la entrada a recibir a los bomberos. —Y continuó su carrera.

Inspector y sargento intercambiaron una mirada pensando lo mismo: Allen.

67.
¡Dios salve a la reina!…

Castillo de Edimburgo, Edimburgo

La alarma antiincendios, que atronaba por todas partes, sacó a James Allen de su parálisis.

—Chicos listos —murmuró en medio de la carrera. No le cabía duda de que había sido una ocurrencia de Collins y Katya. Suponía que desalojarían el edificio, y con ello al comité de expertos. Hasta que llegaran los bomberos, inspeccionaran el palacio y corroboraran que era seguro reabrir sus puertas conseguiría, como poco, media hora extra.

Escuchaba las pisadas de Ackroyd unos metros por delante. Le estaba ganando terreno, solo que en ese recinto claustrofóbico por el cual se movía, con un sinnúmero de corredores, escaleras y puertas cerradas resultaría difícil atraparlo.

Y el tiempo corría en su contra.

Tic-tac, tic-tac.

§

—SOLDADO, ¿ve usted el humo? Porque yo no —le decía con severidad la doctora Angela Thompson a uno de los dos guardias que custodiaban la puerta del Palacio Real.

El soldado, no obstante, mantenía su aire impasible.

—Lo siento, señora, no puedo dejarla pasar.

Una intensa sensación de desesperanza se había apoderado de la doctora, que se notaba cada vez más alterada y su timbre se volvió más agudo y grosero.

—Hijo, ¿sabe quién soy yo?

El soldado se abstuvo de contestar. Se limitó a mirar al frente con una expresión indescifrable, lo cual enfureció aún más a la doctora Thompson.

—¿Quién es su superior?

—El sargento Philipps, señora.

—¿Y dónde está?

—No sabría decirle exactamente, señora.

La doctora profirió al aire un grito de exasperación y se alejó por el patio de armas haciendo aspavientos. A unos diez o doce metros, dio media vuelta, alzó la barbilla y protegió los ojos del sol con la mano. Acto seguido, regresó a la puerta; sin embargo, en esta ocasión, se dirigió al otro soldado, que era casi tan alto y espigado como su compañero y llevaba unas botas de caña alta igualmente pulidas y brillantes.

—A ver si usted es más comprensivo que *su* compañero —dijo en tono despectivo—. ¿Ve?, no hay humo por ninguna parte.

—No sé nada de eso, señora.

—Cortados por el mismo patrón… ¿Y dónde están los bomberos?

—Esa no es mi responsabilidad, señora.

—¿Y cuál es entonces?

—No dejar entrar a nadie hasta que me lo autoricen, señora.

—Pero es que yo no soy «nadie». ¿Entiende?

—Lo comprendo, señora, aun así no puedo dejarla pasar.

Thompson volvió a soltar el aire con fuerza.

—¿Ve esto? —dijo, agitando el teléfono móvil—. Voy a llamar a la ministra principal de Escocia. Tengo su número, ¿sabe?, ella misma me lo dio esta mañana.

—Haga lo que considere oportuno, señora, yo solo cumplo órdenes.

—Y no me llame señora, es doctora, doctora Thompson.

—Como usted diga, señora doctora.

La doctora soltó un bufido y, refunfuñando, dejó a los soldados en la puerta. En ese momento, irrumpió en el patio de armas un camión de los bomberos con la sirena puesta. Se detuvo en seco con un frenazo y de él saltaron una docena de hombres equipados con gruesos trajes ignífugos y máscaras antihumo.

—Por fin, ya era hora —espetó la doctora, observando cómo todos esos hombres desaparecían en tropel por la puerta del palacio. A todas luces, resultaba evidente que era una falsa alarma. Ocurría constantemente en la universidad por falta de mantenimiento adecuado. Vaya pérdida de tiempo. Estos ineptos no eran conscientes de la transcendencia de la tarea que se traía entre manos…

Entonces lo vio. Y se puso a gritar como una energúmena, señalando con el dedo.

§

SHAW y Hardy llegaron a la Plaza de la Corona y se encontraron

mucho alboroto. En ese momento, una señora de edad avanzada y pelo encanecido gritaba como una posesa y señalaba con el dedo hacia una de las ventanas del palacio. Los agentes de policía se aproximaron a ella.

—Scotland Yard, señora, ¿por qué grita de esa manera?

—¿Qué pinta Scotland Yard en Escocia?

Shaw no supo qué contestar ante esto, de modo que optó por fingir no haber oído el comentario.

—¿Por qué grita? —dijo otra vez Shaw.

La doctora Thompson dejó correr el asunto de las jurisdicciones. De todas formas, ella tampoco era ducha en la materia.

—Ahí dentro, he visto a dos personas corriendo. Una y después a otra —dijo atropelladamente, para rematar con un agudo chillido—: ¡Y a mí no me dejan entrar!

—¿Dónde ha sido?

—En el segundo piso.

Shaw y Hardy se dispusieron a marcharse en dirección a la puerta.

—Ah, ni lo intenten —les dijo la mujer a sus espaldas con tono irónico—, esos soldados de ahí parecen puestos por Stalin. No les dejarán pasar.

Efectivamente, se allegaron hasta ellos, departieron unos segundos y los agentes se dieron media vuelta.

—Esa señora tan desagradable estaba en lo cierto —dijo Shaw.

—¿Entonces, nos rendimos? —sugirió Hardy.

—Tenacidad, sargento. Ah, se me ocurre una idea, acerquémonos a ese hombre uniformado como un guía de museo.

El tumulto había atraído hasta la Plaza de la Corona a todo un elenco de trabajadores del castillo que, al estar cerrado al público, no tenían nada mejor que hacer que asistir al espectáculo. El hombre en cuestión al que se refería el inspector era bajo y rechoncho y observaba obnubilado la escena desde lo alto de las escalinatas del National War Memorial escocés, el edificio que ocupaba el lado norte de la plaza, justo enfrente del Gran Salón.

—Oiga, buen hombre. Me llamo Shaw y soy inspector de Scotland Yard. Mi acompañante es el sargento Hardy, de la Policía de Escocia.

El empleado quedó satisfecho de merecer tan importante atención.

—Siempre servidor de las fuerzas del orden —respondió cortésmente al tiempo que hacía una ligera reverencia.

Hardy hizo un ruido que pasaba por un amago de carcajada.

—Bien, bien —continuó Shaw—, asumo que se conoce usted el castillo de pe a pa.

—Sí, señor.

—Excelente. Nos preguntábamos el sargento y yo, si no hay otra forma de acceder al Palacio Real que no sea por esa puerta que hoy

parece tan infranqueable.

—Sí, señor. La hay.

—¿Y sería usted tan amable de indicarnos cuál es?

El guía de museo miró de soslayo a un lado a otro, y como quien hace una confidencia, acercó la cara a los agentes.

—Hay una entrada secreta desde el Gran Salón. Si quieren puedo mostrársela.

El rostro del inspector se iluminó con una afable sonrisa.

—Vamos detrás de usted…

§

JAMES ALLEN corría como un poseído. Hacía rato que se había extraviado. Y no solo eso, estaba desorientado. Para regresar a la cámara acorazada, necesitaría la ayuda de Collins y Katya. Pero de eso se haría cargo a su debido tiempo. Además, la bolsa al hombro lo estaba matando y oía el continuo entrechocar del metal de la Espada y el Cetro.

«Lo único que falta es que se arañen».

Llegó a un exiguo descansillo con ventanas al patio de armas y vio una sombra reflejada en la pared blanca de una escalera que ascendía.

«Más escalones no, por el amor de Dios».

Allen se abalanzó sobre ella. Oía a Ackroyd no más de cinco o seis escalones por delante. Cuando llegó al final del tramo, dio con otro descansillo, este amplio y cruzado por un pasillo de suelo embaldosado.

Entonces se frenó en seco.

Delante de él estaba Ackroyd, quieto. Su rictus había cambiado hasta transformar su expresión por completo. Sudaba copiosamente, tenía el ceño tan fruncido que ambas cejas, peludas igual que las patas de una araña, se juntaban en un gesto huraño y grotesco. Su boca exhibía una desagradable mueca de triunfo. Ese no era el remilgado lord Cornelius Ackroyd que conoció no hacía ni una semana. Por un momento, y aunque resultaba del todo imposible, James llegó a pensar que se trataba de otra persona. Otra persona cuyo rostro estaba cubierto por una máscara de odio.

—Llega demasiado tarde, Allen —dijo con tono funesto, remarcando el final de cada palabra, casi como si las escupiera—. Siempre llega tarde.

Detrás de Ackroyd, ocupando toda la pared del suelo al techo, había una amplia cristalera formada por ocho vidrios rectangulares grabados con dibujos heráldicos y ensamblados mediante varillas de plomo. A través de ella, les llegaba el tumulto del patio de armas. De entre el vocerío destacaba uno especialmente agudo y chillón.

«Ahí, en el tercer piso, donde la vidriera. He visto a una persona».

James dejó la bolsa de golf en el suelo y alzó ambas manos, pidiendo calma.

—No lo haga, Ackroyd.

—No me llamo Ackroyd.

—Usted no quiere perjudicarla.

La transformación de Cornelius profirió una carcajada estentórea que retumbó en la piedra irregular de las paredes. Luego dio un paso más atrás, hacia el vitral. Cuando estuvo lo suficientemente cerca lanzó el codo y golpeó la cristalera, haciendo añicos al instante uno de los vidrios rectangulares. El aire entró al rellano.

—Es el fin de la *Vieja*.

James seguía aproximándose con pasos muy pero que muy lentos.

—No se acerque más. —Ackroyd alargó la mano y acercó la bolsa de deporte que contenía la Corona al hueco de la ventana, convertido ahora en un agujero de formas puntiagudas.

James paró su avance.

—Está bien, no lo haré. Pero, por favor, deje la bolsa en el suelo y aléjese de esa ventana.

Ackroyd lo miraba con una máscara impenetrable.

—Me temo que no.

Entonces ocurrió algo demasiado deprisa. Tanto que Allen no supo en realidad qué había sido. Ackroyd se echó de espaldas contra la vidriera de colores, rompiendo los cristales, y se precipitó al vacío. Al hacerlo, la bolsa de deporte quedó enganchada por un asa en un perfil de plomo de la ventana y Ackroyd colgando en el aire. Solo la correa de su reloj impedía que se soltara de la otra asa de la bolsa.

En esa posición, pataleaba y chillaba, tratando de liberarse. Del patio de armas le llegaron enseguida voces de alarma y gritos histéricos que se entremezclaban entre sí. James corrió hasta la ventana y se asomó. Muchos habíanl aparcado sus ocupaciones para arremolinarse debajo de la ventana, mirando y señalando. Los bomberos comenzaron a salir por la puerta y un grupo de policías se abalanzó en su lugar al interior.

—Deme la mano, Ackroyd —imploró Allen, extendiendo el brazo todo lo que podía hacia el aristócrata.

Ackroyd reía, a carcajada limpia. Entonces con la mano libre extrajo un cuchillo reluciente del bolsillo del uniforme de policía y, con un fuerte impulso, fue a asestar un tajo en el brazo de James. En ese instante, alguien tironeó de él hacia atrás y le hizo retirar el brazo justo a tiempo. Con el brusco movimiento, la muñeca de Ackroyd terminó de soltarse, y cayó al vacío.

Cuando la bolsa también caía arrastrada por el aristócrata, milagrosamente un brazo envuelto en una manga gris salpicada de

sangre salió de la nada y la agarró de una costura. Por un segundo, Allen y su salvador pensaron que la perderían, pero no fue así. Con esfuerzo el recién llegado subió la bolsa de nailon y, con un fuerte resoplido, la devolvió a la seguridad del rellano.

—Me alegro de verlo, Shaw —dijo Allen, recuperándose, luego dedicó una mirada a un sargento de la Policía de Escocia que permanecía retirado, si bien dispuesto a echar una mano.

—No hay tiempo. Termine su trabajo.

—¿Sela?

—A salvo. Márchese. Ya llegan.

Las pisadas de hombres apremiados se escuchaba perfectamente.

La noticia de que su compañera de andanzas estaba bien le procuró una inmensa alegría. Con el ánimo renovado, James se incorporó de un salto, cogió ambas bolsas del suelo y, antes de salir corriendo, lanzó a Shaw una última mirada de agradecimiento.

—Va a tener que tirar esa ropa, inspector —dijo Hardy, de nuevo a solas.

Shaw se miró el jirón de la chaqueta y la camisa, con cuyas mangas hizo los torniquetes a Sela, y soltó una risotada.

—Han cumplido su misión. Igual que nosotros, mi buen Hardy. Aunque no negaré que, en muchos momentos, dudé de que lo lográramos —respondió el inspector con la respiración aún agitada.

—Menuda aventura. Pero esto no ha terminado aún. Debo pedirle un último favor. Necesito que entretenga a sus colegas y le demos tiempo al señor Allen.

—¿Por qué habría de hacerlo? Mire que ya me ha comprometido demasiado.

—Por la reina —fue su respuesta.

El sargento se lo quedó observando mientras los ruidos de pisadas fuertes aumentaban. Luego volvió la cara hacia el hueco de la escalera por donde aparecerían los policías de un momento a otro, y dijo:

—¡Dios salve a la reina, inspector!

Y ambos se echaron a reír.

68.
La noticia…

THE HERALD

LAS JOYAS DE LA CORONA DE ESCOCIA
¡SON AUTÉNTICAS!

Un exempleado del palacio de Buckingham
urdió el engaño en venganza por su despido

Por Lindsey Rogerson

EDIMBURGO, ESCOCIA.— «A la luz del resultado de la datación por radiocarbono y demás pruebas científicas practicadas a la Espada del Estado de Escocia, al Cetro de Escocia y a la Corona de Escocia, determinamos que los Honores que se hallan en custodia en la cámara acorazada del castillo de Edimburgo son los auténticos». En estos términos la doctora Angela Thompson, presidenta de la comisión de expertos constituida ad hoc para la verificación de las piezas históricas, se ha dirigido a la nación a fin de zanjar la polémica creada a raíz de unas informaciones que alertaban de su posible falsedad.

Minutos después desde Bute House se emitió un comunicado oficial en el que Iona Fraser, ministra principal de Escocia, manifestaba su satisfacción por el resultado de un «minucioso y profesional examen», y, después de agradecer públicamente el esfuerzo de los miembros de la comisión de expertos, invitaba a los escoceses «a acudir a las urnas en libertad para decidir el futuro de Escocia».

Sin embargo, el caso ha resultado ser más sórdido que el de un simple y malintencionado bulo. Según la versión oficial expuesta por Scotland Yard, que ha trabajado en este asunto en coordinación con la Policía de Escocia, un exempleado del palacio de Buckingham, cuyo nombre no ha transcendido, andaría detrás de los hechos delictivos. El autor, despechado después de su despido algunos meses atrás al considerársele culpable del robo de unos pendientes de la reina, habría urdido un complejo plan con el propósito de minar la popularidad que la Corona goza en Escocia, valiéndose, con engaños, de una joven periodista del Ballater Eagle llamada Sela Azmi. Ítem más, la policía lo responsabiliza de seis espantosos crímenes, incluidos los de dos agentes del orden ocurridos el pasado sábado por la noche en el cementerio de Greyfriars.

El caso finalizó de manera dramática, cuando el autor de los hechos, acorralado por la policía, se precipitó al vacío desde una ventana del tercer piso del Palacio Real, en el castillo de Edimburgo, falleciendo en el acto. El inspector Shaw de Scotland Yard halló en el descansillo desde el que saltó dos bolsas de deporte cargadas con una réplica casi

idéntica de las Joyas de la Corona de Escocia. La policía sospecha que las intenciones eran aprovechar la confusión creada para robar las auténticas e intercambiarlas por unas falsas […]».

69.
Recapitulando…

Sábado, 19 de octubre
Edimburgo, Escocia

ALLEN entró en la habitación 315 del Chalmers Hospital, y sintió un gran alivio al encontrar a Sela tan mejorada.

—Lo siento, James —dijo ella con consternación nada más verlo en la puerta—. Te juro que yo no…

Él no la dejó continuar. Cruzó la habitación y se acomodó al borde de la cama. El semblante de la periodista aún seguía pálido.

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal. Te he defraudado y mi carrera se ha ido al garete.

—No me refiero a eso, sino a tu salud.

Ella exhaló un suspiro.

—Los médicos dicen que perdí mucha sangre y que es un milagro que siga viva, pero que me pondré bien.

—Eso es lo que importa. El resto es agua pasada. —Le asió la mano, evitando la vía, y se la apretó entre las suyas—. Por un momento, pensé que no te volvería a ver.

Sela se incorporó por la cintura con un gemido de dolor.

—Te juro que yo no envié el artículo.

Él le puso una mano en el hombro y la obligó a reclinarse de nuevo.

—Lo sé, fue Ackroyd. A estas horas, es *vox populi*.

Sela ahora se mostró desconcertada.

—¿Ackroyd? ¿Nuestro remilgado y estirado Ackroyd? Bromeas.

Allen meneó la cabeza.

—Es una larga historia. Mira, te he traído un ejemplar de *The Herald* de ayer. Léelo tú misma.

Durante un par de minutos, la periodista leyó y releyó la noticia. Al terminar, le devolvió el periódico a James, que lo dobló y lo soltó en un sillón de escay puesto ahí para las visitas.

—¿Es esto cierto? —preguntó la joven con un grado de excitación

en su tono.

En ese momento entró la enfermera en la habitación con una bandeja y Allen le cedió el sitio.

—¿Cómo te encuentras hoy, Sela? —le preguntó, mientras le entregaba un vaso pequeño de papel con dos pastillas y otro con agua.

—Mejor.

La enferma se tomó la medicina y dio un sorbito al agua.

—¿Quién es este chico tan apuesto, Sela, tu novio?

La paciente se vio forzada a sonreír.

—Que va. No es más que un amigo. Uno muy obstinado que además quiere a otra.

La enfermera le tomó la temperatura y comprobó los sueros.

—Él se lo pierde —dijo, marchándose sin quitarle a James los ojos suspicaces de encima.

De nuevo a solas, él dijo:

—En esencia, sucedió tal cual. Pero ya sabes cómo funciona esto. Se conoce que los gabinetes de comunicación del palacio de Buckingham y del 10 de Downing Street acordaron un mensaje para la prensa que resultara convincente y que excluyese a *Quien-tú-sabes*.

Sela asintió. Era bastante habitual lavar la ropa sucia en casa. El pueblo crédulo se lo tragaba todo.

—¿Lo de Cornelius, por tanto, es verdad?

—Sí, él lo urdió, y también asesinó a todas esas personas.

—¿Qué? —Soltó un suspiro—. Me cuesta creer eso.

—En la salita de estar de la mansión de Ackroyd hay una pared con una magnífica colección de objetos amerindios. La primera vez que la vi quedé bastante impresionado.

—¿Qué clase de objetos?

—Aljabas de cuero llena de flechas, arcos de cazar… Cosas así. Parece ser que, hace años, Ackroyd pasó mucho tiempo entre tribus que habitan una zona desértica de California llamada el Valle de la Muerte.

—Ackroyd, ¿un doctor Livingstone? Vaya sorpresa.

—Estaba documentándose para un estudio sobre rituales tribales, cuyas notas la policía halló entre sus pertenencias. De aquellos viajes, sin embargo, se trajo algo más que recuerdos. Los investigadores también descubrieron en el sótano de su mansión un alucinógeno muy potente llamado escamas de sapo que se obtiene de una especie de rana del sur de Estados Unidos y México. Según todos los indicios, impregnaba un estoque que escondía bajo la apariencia de unas muletas con la droga y lo inoculaba en sus víctimas. Estas sufrían terribles alucinaciones que les provocaban tal estado de ansiedad que ellas mismas acababan con sus propias vidas para ponerles fin.

Sela se incorporó por la cintura.

—¿Por qué?

James se encogió de hombros.

—Puede que nunca se sepa, aunque me aventuro a pensar que era una forma sádica de acabar con sus víctimas, al tiempo que se creaba una tapadera perfecta para los cadáveres que dejaba por el camino: el suicidio. También hallaron propranolol en poder de Ackroyd. Se trata de un fármaco para combatir la ansiedad, pero que en dosis elevadas puede provocar alteraciones de la memoria.

—¿Crees que pudo utilizarlo contigo en el cementerio de Greyfriars y por eso tenías esos recuerdos tan borrosos?

James frunció los labios.

—Puede ser. Me han hecho pruebas toxicológicas en el hospital que han resultado negativas, pero eso tampoco es significativo, dado el tiempo transcurrido.

Sela volvió a la almohada con un suspiro.

—No imagino a *nuestro* Ackroyd haciendo algo tan terrible.

—Puede que ni el mismo Cornelius supiera lo que hacía. Ackroyd sufría lo que los psiquiatras denominan trastorno de identidad disociativo. Significa que la misma persona está bajo el control de dos identidades distintas de forma alternativa. Ni siquiera su apellido original es Ackroyd. Su familia se apellidaba Knox. Por alguna razón, cayeron en desgracia en tiempo del reinado de Victoria y tuvieron que cambiarlo como lavado de imagen.

—Entonces… ¿qué pasa con el viejo encorvado que nos perseguía?

—No existe tal viejo lisiado. Era el propio Ackroyd. Un poco de atrezo y una doble personalidad. El resto, lo que vimos, fue una jugarreta del subconsciente.

—Es flipante. —Seguía sin dar pábulo a la historia—. Era una especie de doctor Jeckyll y mister Hyde moderno.

—Algo así.

—¡Qué fuerte! Conque Cornelius estaba como una cabra.

James no pudo evitar sonreír ante el modo de expresarse de Sela.

—El propio Ackroyd, en sus notas, dejó escrito que participó asiduamente en rituales chamánicos en los que se empleaban escamas de sapo. Los indígenas lo mezclan con raíces de belladona para potenciar el efecto de las visiones. Los médicos forenses de la policía sospechan que el abuso continuado de la sustancia le pudo provocar lesiones cerebrales irreversibles. Por decirlo de otra manera, es como si el viejo lo hubiese poseído y, cuando esta parte tomaba el control, hablaba y obraba de forma completamente diferente. A la vez que Ackroyd era un hombre educado y remilgado, el viejo lisiado era artero y malicioso. Hasta la mansión de George Street estaba dividida entre dependencias de Cornelius, lujosas, y del viejo, abandonadas.

—Me cuesta entenderlo. ¿Por qué nos ayudaba al tiempo que

pretendía acabar con nuestras vidas?

—Bueno, eso también está bastante claro. Mientras la personalidad del viejo detestaba a la soberana con todas sus fuerzas, a la que culpaba de las desgracias que sufrió su antepasado Robert Knox, la de Ackroyd sentía una adoración enfermiza por ella.

—O sea, que en cierto modo, Ackroyd no era responsable de lo que hacía su otro yo.

—No me atrevería a decirlo, aunque con Ackroyd muerto ya poco importa.

—¿Y por qué esperar hasta el final? Ackroyd tuvo muchas oportunidades de pararnos los pies.

—Para responder a tu pregunta, hay que entender las intenciones que movían a Ackroyd, o más bien, a su *alter ego* Knox. La teoría que maneja el inspector Shaw es que el viejo te metió en esto porque Kendrick le habló de ti cuando fue a venderle la información de Thornley. Enseguida vio la oportunidad. En la mansión de Ackroyd encontraron un equipo informático profesional. Cornelius era un experto, de hecho, hasta su despido llevó los asuntos informáticos de Palacio, y empleó sus conocimientos para hackearte la nube y poder de esa manera leer todo lo que ibas escribiendo en el tiempo en que estuviste conmigo. Necesitaba conocer el Secreto, por eso le interesaba sobremanera que tú y yo, a fin de cuentas, siguiéramos con vida. En cuanto escribiste el artículo y el Secreto fue del dominio público, dejamos de serle útiles e intentó eliminarte.

—Y ¿qué hay de ti? ¿Cómo supo que estabas metido en esto?

—También había pirateado la tableta de *Ella* y la cuenta oficial de Twitter. De esa manera, tomó conciencia de en qué momento yo entraría en escena, presentándome en Balmoral.

Sela profirió un suspiro.

—Fue él quien me dio el soplo.

—Exacto.

—Me siento tan utilizada…

—No te tortures. En parte, todos fuimos títeres en un guiñol creado por la mente perversa de un loco.

La periodista suspiró y miró hacia el techo.

—Adiós a mi reportaje.

—Eso no es del todo cierto. Tal vez no puedas escribir sobre las Joyas de la Corona de Escocia; sin embargo, tengo otra historia para ti que tal vez te interese. —Entonces le entregó a Sela el cuaderno de notas de Joseph Hare y le contó lo de la cámara olvidada, lo de las momias del muchacho y Clara Hastings y, someramente, la declaración que aquel había dejado escrita.

—¿De qué me suena el nombre de Clara Hastings? —preguntó ella.

—Es el nombre que figura en la tumba donde me citó Thornley el

sábado para el intercambio.

—Menuda coincidencia.

—Sí, una macabra coincidencia.

—¿Puedo? —preguntó Sela, alzando el cuaderno.

—Todo tuyo.

Durante largo rato, se mantuvieron callados mientras la periodista hojeaba el cuaderno de piel. Al principio pasaba las páginas deprisa, pero no tardó en verse embebida por entero y se enfrascó en una lectura detenida. James la dejó que continuara.

—Es alucinante —dijo Sela, que no salía de su asombro, cerrando el cuaderno—. ¿Lo has leído?

Él hizo un gesto afirmativo.

—¿Y qué opinas?

—¿Qué opino? —suspiró—. Opino que Joseph Hare, pese a verse arrastrado por las circunstancias a cometer muchos actos moralmente rechazables, incluso para la época que le tocó vivir, no era más que un muchacho que en todo momento trató de demostrarle a su padre que era capaz de abrirse camino en la vida, sin él y su dinero. En lo que respecta a Clara Hastings, ella fue la verdadera víctima de todo este enredo. Tal vez es hora de hacerles justicia y que el amor que se profesaban ambos jóvenes, aunque trágico, sea de la opinión pública.

Sela asintió en silencio; sin embargo, algo en su expresión revelaba que estaba pensando en otra cosa.

—Entonces ¿quién escondió las cajas y escribió los mensajes? ¿Palmer?

El rostro de James mostraba su estado de duda.

—No es tan sencillo.

—Pero tendrás una teoría. Siempre la tienes —apuntilló Sela.

James ordenó sus pensamientos.

—Mi teoría es que los tres implicados en la conspiración: Archibald Palmer, Robert Knox y Malcolm Smith, en el fondo, no acababan de fiarse los unos de los otros. Y los hechos, si nos atenemos a la palabra de Joseph Hare, apuntan en esa dirección, al menos en lo que a Knox se refería; dado que, según la impresión del joven Hare, fue el médico quien urdió las muertes, primero del arquitecto Smith y después del abogado Palmer.

—Pero, ¿cómo sabes que Palmer no fue quien mató a Smith?

—Por el propio Joseph Hare. La reacción furibunda de Palmer ante el fallecimiento de Smith demuestra que lo tomó por completo desprevenido, lo que, a mi modo de ver, lo exculpa de cualquier vinculación con el crimen. Tampoco pases por alto que salió del propio Knox la idea de convencer a Palmer y a Smith de la existencia de una conjura de unionistas que ponía en peligro las Joyas de la Corona de Escocia.

—¿Entonces no lo estaban?

James frunció los labios.

—Me da que eso también fue una invención de Knox urdida a partir de unas palabras sueltas que quizá oyó en Balmoral. A diferencia de las arteras intenciones del médico, me parece que Palmer y Smith se movían guiados por su corazón y no pretendían más que proteger las Joyas de la Corona de los unionistas.

—¿Con qué fin? Knox era un médico que gozaba de gran reputación, aparte de un hombre rico en su época.

—Solo en apariencia. Aquí es donde entran las cuantiosas deudas de juego que acumuló Knox. Recuerda la amenazante carta del prestamista que Hare encontró en la habitación del médico de la casa de campo que alquilaron en Ballater. Y no creo que Knox temiera por su vida. Tenía una obsesión mayor que acabó por devorarlo interiormente: concluir su tratado de anatomía. Sin embargo, estaba aquejado de una enfermedad degenerativa que le robaba la vida a pasos agigantados. Si la amenaza del prestamista se hubiese hecho efectiva, y Knox hubiera perdido su casa y sus posesiones, le habría costado años, que no tenía, reanudar sus trabajos de disección.

—¿Las Joyas de la Corona? No sé, parece un poco pretencioso, ¿no crees? ¿No era más fácil robar un banco?

James soltó una carcajada.

—Un amigo me hizo ver hace poco que hay que tratar de pensar como un hombre del siglo XIX. Si lo consideras detenidamente, la cosa, vista en retrospectiva, tiene bastante sentido. Es muy posible que tres hombres reputados como Knox, Palmer y Smith no tuvieran ningún problema para acceder a la cámara de seguridad. Nadie sospecharía que, en el fondo, planeaban cometer una fechoría. Hablamos de un tiempo en el que quién eras valía su peso en oro.

»Probablemente, el plan de Knox era hacerse con los Honores de Escocia y llevárselos a algún perista, que desmontaría las piedras preciosas de sus engarces y fundiría el oro y la plata. Pero lo que ni Palmer ni Knox conocían era que Malcolm Smith al construir la cámara ideó astutamente un mecanismo de poleas en virtud del cual un bloque de granito clausuraría de manera automática la cámara secreta. ¿Qué pretendía? Quizás proteger los Honores del propio Robert Knox. Si intentaba acceder a la cámara por su cuenta, quedaría atrapado dentro de ella. Ya te he dicho que mi impresión es que no confiaba en él. El arquitecto sería el único que conocía cómo desactivar el mecanismo, pero se llevó el secreto a la tumba cuando Knox, presuntamente, lo ordenó asesinar. La verdadera tragedia de esta historia es que fueran dos jóvenes inocentes los que cayeran en la trampa, truncándose sus vidas para siempre.

—Por tanto, si tú encontraste el arcón cerrado, Joseph Hare nunca

supo su contenido.

—En efecto, no llegó a saber que, en realidad, el arcón guardaba unas reliquias mucho más valiosas que cualquier tesoro; aunque, francamente, dada su penosa situación, tampoco creo que le interesase demasiado.

—No soy capaz de imaginar la desesperación de ese pobre muchacho. Encerrado sin esperanzas con el cadáver de su amada a la que él mismo había arrebatado la vida. —Se hizo un largo silencio—. Ya solo me queda por comprender del todo el tejemaneje de las cajas y las cartas —señaló a continuación Sela.

—Si la maquinación para ocultar las verdaderas Joyas de la Corona de Escocia hubiese salido a la luz, Knox, Palmer y Smith se habrían visto arrastrados a una situación controvertida, que con seguridad habría dado al traste con sus prestigiosas carreras profesionales, algo mucho más valioso en el siglo XIX que el propio dinero. ¿Cómo evitarlo? La mente perversa de Knox ideó un sencillo plan: ocultar en los terrenos de Balmoral una carta, que yo creo redactó el propio Knox, inculpando a la reina Victoria.

»Utilizar la caja con el grabado de *La gallinita ciega*, que había sido un regalo del embajador de España a la propia soberana y que probablemente sustrajo de alguna vitrina durante sus estadías en Balmoral, demuestra que el canalla de Knox había pensado hasta en el último detalle. Esa prueba, junto con el hecho de que el arcón con las Joyas de la Corona estuviera acumulando polvo en un adosado oculto al propio dormitorio real, sería suficiente para implicar a la reina en la conspiración, y desviar la atención de los verdaderos culpables. A pesar de que Hare tenía a Robert Knox como "un hombre de intelecto mediocre", no creo que fuera así; al menos no para el crimen.

—¿Por qué Knox no lo haría solo? Quiero decir, ¿por qué aliarse con Palmer y Malcolm? —reflexiono Sela en voz alta.

—Knox era un hombre egoísta al que solo interesaban las personas que podían proporcionarle alguna cosa. Analizando lo sucedido desde esa perspectiva, me aventuro a especular que de Palmer necesitaba sus contactos para acceder a las Joyas de la Corona, y por supuesto su dinero para costear las réplicas. De Malcolm, su acceso al castillo de Balmoral y su libertad para construir el escondrijo perfecto. Sin la estimable ayuda de ambos, jamás podría haber llevado a cabo tamaña empresa.

—De modo que la predisposición de Ackroyd para cometer atrocidades le viene de familia —intervino Sela, que seguía la historia con toda atención.

—El Knox del siglo XIX y la versión funesta de Ackroyd a la que nos hemos enfrentado tenían muchas cosas en común, pero una especialmente macabra. Ambos utilizaban a las personas y, cuando

dejaban de serles de utilidad, acababan con sus vidas. El propio Joseph Hare era consciente de que él iba a ser el siguiente de la lista.

—Entonces, si no lo he entendido mal, fue Palmer quien escondió las cajas en los terrenos de Balmoral, en el pasaje oculto en las mazmorras del castillo de Dunottar y en el arcón que contenía las Joyas —continuó Sela—, pero añadió a los mensajes de Knox las claves que descifraste con ayuda de tu amigo hacker, para que, si le ocurría algo, como así fue, quedara constancia del Secreto y alguien pudiera recuperarlo.

—No exactamente. Recuerda que Joseph Hare menciona en su manuscrito que la primera vez que espió a Knox, reuniéndose con Palmer y Smith, observó cómo Knox le hacía entrega al abogado de *una* caja. Solo una. La que contenía la carta y que estaba predestinada a ser enterrada en los campos aledaños a Balmoral.

—¿Y las otras dos cajas?

James comenzó a dar vueltas por la habitación.

—He estado pensando mucho sobre ello, y aunque nada más que tenemos la visión parcial que nos ha dejado Joseph Hare, es posible que Palmer, que pretendía protegerse de las intenciones no demasiado claras de Knox, se hiciera, a espaldas de este, con las otras dos cajas (quizá con ayuda del propio Smith, quien, como arquitecto real, se movía por el castillo de Balmoral con total libertad). Después las rellenó con las pistas que hemos ido encontrando.

Sela seguía sin comprenderlo del todo.

—¿Por qué las pistas? ¿Por qué no escribir sin más lo que pasaba y guardar el mensaje en una de las cajas?

—Pues porque tanto Palmer como Smith no estaban seguros de si, en el fondo, Knox estaba en lo cierto respecto a la confabulación de los unionistas. Ninguno de los dos se habría perdonado ser el responsable de que los Honores de Escocia cayeran en manos inapropiadas.

James echó a un lado el periódico y tomó asiento en el sillón.

—Si ni Palmer ni Smith se fiaban de Knox, ¿por qué no se plantaron y le cantaron las cuarenta? ¿Por qué seguirle el juego? —preguntó Sela, cambiando de posición en la cama para mirar de frente a James.

—Bueno, Joseph Hare nos ha ayudado a comprender un poco ese extremo. Knox debía de tener la persuasión de los tipos despiadados. Incluso el propio muchacho dejó escrito algo así como que él nunca conoció a nadie capaz de decirle que no a Robert Knox. Es evidente que Palmer y Smith tampoco fueron capaces, aunque en sus fueros internos estuvieran deseando hacerlo.

La periodista asintió. Ella también había llegado a la misma conclusión, pero quería saber lo que Allen pensaba al respecto.

—Si Palmer era independentista, no le profesaría mucho afecto a la

reina Victoria. ¿Por qué protegerla, dejando las pistas y arriesgándose a que Knox descubriera su juego?

—No creo que fuera esa su primera intención, sino salvar los Honores de Escocia de las sucias manos de Knox.

—En resumidas cuentas, Robert Knox, un reputado médico y anatomista, acuciado por las cuantiosas deudas de juego contraídas, embaucó a Archibald Palmer con la historia de que las verdaderas Joyas de la Corona de Escocia estaban en peligro de ser robadas por los unionistas, y sustituyeron las auténticas, que estaban en el castillo de Edimburgo, por unas réplicas que encargaron a un orfebre.

»Ahora, había que buscar un lugar seguro para ocultar las auténticas Joyas de la Corona. Y ahí entra en juego Malcolm Smith, arquitecto que estaba al cargo de unas reformas en Balmoral. Entre Knox y Palmer, convencieron al arquitecto para diseñar una cámara adosada a la pared del dormitorio real, y allí depositaron las Joyas en un arcón cerrado. Sin embargo, el arquitecto se la jugó a Palmer y a Knox e inventó en secreto un mecanismo en virtud del cual la cámara con las reliquias quedaría sellada automáticamente la segunda vez que alguien tratase de acceder a ella.

—¿Por qué la segunda? —preguntó James.

—La primera sería para guardar los Honores.

—Claro, tienes razón. Sigue, por favor.

—Palmer, en cierto modo, también se la jugó a Knox y escribió unos mensajes crípticos que conducirían, al que los descifrara, directo a la cámara y, por ende, a los Honores. Al final, Knox hizo que matasen a Palmer y al arquitecto; sin embargo, un muchacho llamado Joseph Hare, de manera trágica e involuntaria, bloqueó el acceso a la cámara, privando a aquel del tesoro. Un siglo y medio después, *Ella* encontró la caja y, como un *déjà vu*, un descendiente de Robert Knox llamado Cornelius Ackroyd urdió otro plan de engaños y embustes que desencadenaron una nueva tragedia.

—Eres una gran periodista, Sela Azmi. Has hecho un resumen perfecto, aunque deberás omitir algunos detalles, si finalmente decides escribir el artículo.

—¿Un artículo dices? Creo que voy a escribir una novela. Siempre quise hacerlo.

—Me parece una idea excelente —apuntó James, sonriendo.

—Tú que sabes tanto de historia, ¿qué fue de Robert Knox?

—Probablemente Knox, una vez calmado el tema de la confrontación con Hare, iría a por las Joyas. Imagino su cara de sorpresa al encontrarse el acceso cerrado. Luego la policía debió de interrogarlo por la desaparición de Clara Hastings (hallarían en el camino la sangre, el guante de Clara y el alfiler de corbata de Knox, que Hare dejó intencionadamente), y aunque no encontraron pruebas

concluyentes para enviarlo al cadalso, cayó en desgracia, y murió poco después, solo y arruinado.

En la habitación se hizo un silencio valorativo.

—James, ¿te has parado a pensar que nosotros pudimos ser los Joseph Hare y Clara Hastings modernos?

—Por poco no lo fuimos.

—¿No vas a contarme qué decía la carta? —preguntó Sela, en tono zalamero.

James chasqueó la lengua meneando la cabeza.

—Prometí no hacerlo y…

—Olvidaba que tú siempre cumples tus promesas.

—Me vas conociendo. Pero lo esencial ya lo sabes, rellena el resto con tu imaginación.

—O sea, que después de todo, el más listo fue el arquitecto, que se la jugó a Knox.

—No, Sela, el más listo fue Knox, que los sobrevivió a todos. En fin…

—Hay algo que aún no me queda claro —dijo Sela, mientras James se ponía de pie—. Si tú transportabas las Joyas auténticas en las dos bolsas de deporte, y las réplicas estaban expuestas en la cámara acorazada del castillo de Edimburgo, ¿cómo, según *The Herald*, acabaron las réplicas en las dos bolsas de deporte y estas en el rellano desde donde saltó Ackroyd?

70.
El intercambio…

Dos días antes…
El día del referéndum
Castillo de Edimburgo, Edimburgo

James aprovechó la confusión creada por la muerte de Ackroyd para moverse por aquel intrincado laberinto de pasillos y llegar hasta la cámara acorazada, donde se custodiaban las Joyas. Los bomberos habían ya abandonado el edificio después de la falsa alarma de incendio, y ahora era la policía la que tomaba el control de la situación, y, para desesperación de la doctora Angela Thompson, el sargento Hardy, enviado por Shaw arteramente, tampoco permitió a los miembros del comité de expertos que accedieran al Palacio Real, al menos hasta que no hiciese acto de presencia la científica y determinase que el edificio, convertido ahora en el escenario de un delito, resultaba un lugar seguro.

—Señora —le dijo Hardy a la presidenta del comité de expertos—, ¿desde cuándo dice que las Joyas están en el castillo de Edimburgo?

—Desde 1819, y no es *señora*, es *doctora* Thompson.

El sargento profirió un silbido.

—Eso es mucho tiempo. Digo yo que no irán a ningún sitio durante la próxima media hora, ¿no cree, *señora doctora*?

Mientras Angela Thompson protestaba enérgicamente por la incompetencia que parecía abatirse ese día sobre todo el mundo, James Allen utilizó un teclado, cuyo código le facilitaron Katya y Collins, para sortear una puerta acorazada. Al instante, se halló ante una urna de vidrio blindado en la que reposaban, sobre un manto azul, las que él sabía eran las réplicas de las Joyas de la Corona. Introduciendo otra clave en otro teclado, que también le facilitaron los jóvenes hackers desde el apartamento de Surrey, pudo acceder al interior de la urna y sustituir los Honores falsos por los genuinos.

Una vez hecho esto, guardó las réplicas en las dos bolsas de

deporte. Entonces se planteó una nueva dificultad. ¿Qué hacer con ellas? La solución al contratiempo se le ocurrió de inmediato. Regresó rápidamente al descansillo desde donde había saltado Ackroyd y halló al inspector Shaw aún a solas. Le entregó las dos bolsas y desapareció unos minutos antes de que la policía reabriera el edificio a la comisión.

Abandonar el recinto uniformado de agente del orden fue coser y cantar.

§

En la habitación 315 del Chalmers Hospital

JAMES ALLEN nunca llegó a contarle a Sela cómo intercambió las Joyas. Cuando se proponía hacerlo, el toque en el marco de la puerta de la habitación del hospital los distrajo. El escocés volvió la cara y vio en el umbral a una pareja adulta de origen indio que rondarían los sesenta. La mujer, cuyo rostro aún mostraba un notable atractivo físico, llevaba de la mano a una niña de cuatro años.

—Alguien ha venido a verte. Yo me marcho ya. —Se acercó a la cama con una tarjeta de visita en la mano y le dio a Sela un beso en la frente—. Toma.

—¿Qué es?

—La tarjeta de un buen abogado en Edimburgo. Fue uno de los albaceas testamentarios de mi esposa. Ya lo he arreglado todo con él y espera tu llamada. Créeme, no hay otro mejor en Escocia.

—Pero… no puedo… —balbució.

—Guárdate el orgullo. Si no lo haces por ti, hazlo por Sarah. Se merece estar con una buena madre. Pero prométeme que también intentarás arreglarlo con tus suegros. No es saludable que la niña crezca alejada de ninguno de sus abuelos.

Sela recuperó el aplomo, y su rostro, surcado por las lágrimas, adquirió un semblante de agradecimiento.

—Yo…

—Calla. No digas nada.

Entonces Sela recordó algo cuando James ya se estaba marchando.

—Te olvidas del cuaderno de Joseph Hare.

—Quédatelo, no podría estar en mejores manos.

—James…

—Dime.

Ella lo escrutó.

—Si alguna vez consigues ser un hombre libre, búscame.

—Dalo por hecho —dijo sonriendo—. Te deseo mucha suerte. Te la mereces. Hasta siempre, señor y señora Azmi.

Allen salió a continuación de la habitación y de la vida de Sela.

§

Un día antes del encuentro en el hospital…
Crathie, Aberdeenshire

JAMES desaceleró para abandonar la A93 y tomar el desvío que, según un letrero, iba directo hasta la iglesia de piedra. En el asiento de atrás del anticuado Escarabajo de Sela, que recuperó gracias a la rápida gestión de un sargento muy amable apellidado Hardy, viajaba una niña de cuatro años dormida en su silla. Tal vez se estaba metiendo donde nadie lo había invitado, pero no estaba bien que unos abuelos no conociesen a su nieta; además, sentía que necesitaba hacer esto por Sela.

—En el próximo cruce, gira a la derecha.

En el asiento del acompañante iba sentada Rachel, la compañera de piso de Sela, que cuidaba de la niña cuando la madre faltaba. Desde el principio, la propuesta de James le pareció una gran idea; sin embargo, no estaba dispuesta a dejar a Sarah sola en manos de un desconocido, de modo que decidió acompañarlos. A los pocos metros, Allen vio la iglesia y la encrucijada, frenó aún más hasta casi detenerse y tomó el camino que salía a la derecha y se adentraba en los páramos. Circularon por él unos diez minutos, hasta que no fue más que un sendero estrecho y sinuoso, con dos líneas paralelas de rodadas marcadas en la maleza. El Escarabajo se balanceaba de un lado para otro. Por fin, en la distancia, distinguieron una casa de piedra circundada por una cerca de madera. La chimenea expelía un humo blanquísimo que tardaba lo suyo en desvanecerse en el aire carente de viento.

Hicieron alto momentáneo para abrir la cancela y el Escarabajo amarillo enfiló el largo camino de entrada jalonado, a uno y otro lado, por algunos viejos robles. A pocos metros de la puerta, se detuvieron.

—Yo me quedo en el coche —dijo Rachel—. Sus padres no me tienen en una buena consideración, y es mejor no complicar más las cosas.

—¿Estás segura?

—Lo suficiente para fiarme de que llevarás a esta niña a casa de sus abuelos. De todas formas, no te quitaré los ojos de encima.

James sonrió para sí, esa niña tenía una suerte inmensa. No tenía padre, pero sí dos madres estupendas. Dejó el motor del Escarabajo en marcha para mantener la calefacción encendida y fue a la parte trasera. Despertó con cuidado a Sarah y la sacó de su prisión. Puesto que todavía estaba medio adormilada, recorrió los últimos metros

hasta la casa con ella en brazos.

Nada más verlos, la mujer que les abrió la puerta secándose las manos en un mandil se deshizo en lágrimas.

Epílogo.

Una semana después…
Lochcarron, Highlands

-Q

UÉ chucho más feo… y más asqueroso —señaló Carmichael, limpiándose en los Levi's las manos de babas.

—Eh, no te metas con ella —respondió James, mientras acariciaba a su nueva mascota.

—¿*Eso* es una perra? —insistió Carmichael.

—Es una señorita y se llama Elizabeth Queen. Es un regalo muy especial.

—Ah, ¿y de qué raza es?

—Es una corgi galesa.

—¿No es esa la raza que cría la…? —Carmichael cambió su expresión por una guasona—. Serás canalla…

James enderezó la espalda sonriendo.

—Anda, vamos dentro. Como siempre eres el último en llegar.

—Es que soy el que vivo más lejos.

—Quien vive más lejos es Collins, y él llega puntual.

Los dos amigos entraron en la casa rodeados de los cuatro perros y ocuparon su sitio en la mesa del comedor, dispuesta por Anne Marie con el gusto acostumbrado.

—Vamos, ya era hora —protestó Alex—. Me muero de hambre.

El ama de llaves comenzó a servir la mesa.

—¿No habrás tenido nada que ver con el follón que se ha montado con las Joyas de la Corona? —le preguntó Carmichael a James, recordando quizá el favor que le pidió de conseguirle dos uniformes de policía.

—No os dirá nada —habló Patricia—. Yo llevo días intentando sonsacarle en vano.

—¿Es cierto que viste a la reina? —preguntó Alex Scott.

James dejó de comer.

—No me atosiguéis —dijo con vehemencia—. Nada de eso es cierto,

chicos. No sé de dónde os lo habéis sacado. Solo quise hacer un poco de turismo. Ya está.

—¿Una semana entera sin contestar al teléfono? —dijo Patt.

—Uno necesita su intimidad.

—¿Y por eso apareciste en la televisión en compañía de esa chica como un asesino?

—Eso fue un malentendido.

Se hizo el silencio en la mesa. James, que se sentía observado, suspiró mirando a Patricia.

—Se llama Sela Azmi…, y entre nosotros no pasó nada.

Patricia se hizo la sorprendida.

—No te lo he preguntado.

—No hacía falta, tu mirada era como un libro abierto.

—Collins, ¿y tú que tienes que decir? —le cuestionó Alex.

Katya, sentada a su lado, le cortaba el filete para que le resultase más fácil comerlo.

—Estoy masticando y con la boca llena no se habla.

Todos estaban ansiosos por conocer los detalles de su relación con Katya, pero sabían de sobra que Collins era tremendamente reservado con su vida personal. Conque, simplemente, se mostraban contentos por él. Después de quedarse ciego, y a expensas de que algún día pudiese recuperar la visión, tener una compañera en casa como Katya le vendría de perlas.

—Pero tú sí viste a James.

—Sí, estuvo en Guildford unos días. Katya recibió la visita de su hermana.

—Granuja —dijo Carmichael—. ¿Estuviste con Marina?

Los colores subieron al rostro de Patricia, y casi sin pensarlo, dijo:

—¿Ha estado Marina aquí? No estaba enterada.

—Bueno —titubeó Allen—, tenía…

En ese preciso instante, alguien aporreó la puerta. No una, sino tres veces. Con impaciencia.

—Salvado por la campana —bromeó Carmichael.

Extrañado, el anfitrión dejó la servilleta sobre la mesa y fue a abrir, dejando a sus invitados en el salón. En el umbral, esperaban dos policías uniformados. Ambos jóvenes y cortados por el mismo patrón, solo que uno era pelirrojo y el otro, moreno. Habló este último:

—¿El señor Allen?

James juntó las cejas en un gesto de recelo.

—El mismo —respondió.

—¿El señor James Allen?

—Sí, yo soy.

En la mano del agente moreno se materializaron unas esposas.

—Queda usted detenido en nombre del Gobierno de Su Majestad.

Dese la vuelta, por favor.

La expresión de extrañeza del anfitrión se agudizó.

—¿Detenido? ¿De qué se me acusa?

—Señor, no me obligue a repetírselo: dese la vuelta —insistió el policía, con tono apremiante, mientras el pelirrojo se llevaba la mano a la pistola, que seguía en la cartuchera.

Ante el revuelo, Patricia, Alex y Carmichael se habían acercado hasta la puerta.

—Soy el inspector jefe Alex Scott —anunció, mostrando su insignia —. ¿Qué ocurre?

—Buenas noches, inspector jefe, venimos a detener al señor James Allen.

El policía pelirrojo se apresuró a añadir:

—Traemos una orden.

Patricia Banner dio un paso al frente.

—¿Puedo ver esa orden?

El agente metió la mano en la chaqueta del uniforme y le pasó un papel doblado.

—Aquí tiene.

Patricia echó mano de la orden y fue directamente al final del texto, obviando los formalismos habituales que se conocía al dedillo.

—¿Asesinato?

En ese momento, James exhibía un gesto de completa confusión.

—Pero yo no he matado a nadie.

—Lo sabemos, señor —dijo el otro policía—. Pero va a hacerlo.

—¿Hacerlo? ¿Están ustedes locos? ¿A quién voy a asesinar?

—Se le detiene por conspiración para asesinar a… —el agente pelirrojo consultó una libreta de campo—, para asesinar a Patricia Banner.

Nota del autor

(Leer tras la novela)

Queridos lectores:

Algunos de los hechos históricos que se mencionan no sucedieron tal cual los relato, habiendo sido acomodados a la ficción narrativa. Sin embargo, sí me resultó fuente de inspiración el robo de la Piedra del Destino (también conocida como Piedra de la Coronación) por cuatro estudiantes en 1950. Su «casual» recuperación apenas unos meses antes de la coronación de Isabel II no hizo más que acrecentar la leyenda de que, en realidad, lo que se exhibió en aquel acto fue una réplica. También es un hecho el interés que despertó entre los escoceses la devolución de la Piedra del Destino a Escocia en 1996.

Las Joyas de la Corona (también conocidas como Honores de Escocia) fueron empleadas por primera vez en la coronación de María I de Escocia, en el castillo de Stirling, en 1543. Tras la coronación de Carlos II, en 1651, y una vez que Cromwell ordenara su destrucción, permanecieron en paradero desconocido durante mucho tiempo. Entre los escondrijos de los Honores se conoce el castillo de Dunnottar, de donde fueron sacadas a hurtadillas durante el asedio de las tropas inglesas. Desde 1818, gracias a la intervención de sir Walter Scott, se exponen en el castillo de Edimburgo. Desde entonces, siempre han permanecido en el mismo lugar, salvo durante la Segunda Guerra Mundial, que volvieron a esconderse por miedo a una invasión nazi. La sociedad secreta y el símbolo asimismo son una invención narrativa.

Respecto a las disecciones, fueron bastante comunes en el siglo XIX en Edimburgo. Los médicos compraban a los más desfavorecidos miembros y cadáveres de familiares. Se consideraba una actividad inmoral aunque no ilícita. Pero pronto se convirtió en un lucrativo negocio que provocó la aparición de los llamados «resurrecionistas». Estos ladrones exhumaban los cuerpos y obtenían por ellos un buen precio en el mercado negro. Por aquel entonces, si robabas un anillo de una tumba eras acusado de saqueo; no obstante, el robo en sí del cadáver no estaba tipificado en las leyes penales, y los ladrones salían impunes. Más tarde aparecería el delito de «robo de cuerpos», que llevaba aparejada la condena a muerte y la entrega del cadáver del ladrón para su disección. Estas nuevas leyes, sin embargo, no detuvieron a los resurrecionistas, y los familiares de los fallecidos se las valían de otros medios para evitar las profanaciones de sus seres queridos. Si visitáis alguno de los muchos cementerios históricos que hay repartidos por Edimburgo, os encontraréis con algunas tumbas rodeadas de un enrejado de acero, a modo de jaulas. El cometido era protegerlas, aunque este remedio solo quedaba al alcance de las clases más pudientes. Los más pobres se limitaban a dejar los cadáveres en casa hasta que comenzaban a pudrirse, entonces, inservibles ya para las disecciones, los enterraban en el cementerio. Los edimburgueses aún se preguntan cuántas tumbas de sus cementerios del último tercio del XIX, en realidad, estarán vacías.

Las localizaciones existen. En Edimburgo: la catedral de Saint Giles, Bute House, Royal Mile, el castillo, Leith (hoy en día un barrio urbano; en el siglo XIX, un puerto de mar convertido en la cuna de las empresas balleneras) y el Yate Real Britannia, actualmente un museo. En el resto de Escocia: Los castillos de Dunnottar y Balmoral, la abadía de Dryburgh, el monumento a Wallace, y la tumba de Walter Scott. He tratado de mostrárselos al lector tal cual son, aunque me he permitido algunas licencias.

El malo. Necesitaba uno a la altura de las circunstancias, y de pronto apareció en mi cabeza el viejo tullido Knox, *alter ego* del honorable y no menos extravagante lord Cornelius Ackroyd III. Siempre lo imaginé como un modesto homenaje al extraordinario y siniestro «mister Hyde», recreado magníficamente en el cine por Spencer Tracy e inspirado, a su vez, en el personaje de otro celebérrimo escritor escocés, Robert Louis Stevenson, en su novela *El extraño caso del Doctor Jekyll y mister Hyde*.

Me preguntáis muchos por el resultado del referéndum. Es una omisión intencionada. El resultado no es importante, solo un escenario perfecto para poner contra las cuerdas a los personajes.

Habréis echado de menos a otros personajes de la saga. Volverán pronto. En cuanto a James Allen, me preguntáis si tiene tiempo para dar clases. Os aseguro que sí, y muy bien al parecer. Entre aventura y aventura pasa su tiempo en Lochcarron, paseando por las montañas junto con Patricia e impartiendo clases en el instituto local. Acaso, para compensar esa vida serena y tranquila, siempre esté resuelto a sumergirse en una buena aventura.

También soléis preguntar hasta cuándo va a durar la saga *También los demonios*… La respuesta es sencilla: hasta cuando vosotros queráis. A mí, aún me queda cuerda para rato.

Por último, deseo mostrar mi reconocimiento a Escocia, fuente inagotable de inspiración. Edimburgo es una ciudad fascinante, llena de misterios y rincones escondidos donde acechan fantasmas (los que habéis visitado la ciudad sabéis a qué me refiero). Las Scottish Borders es una región poco conocida repleta de abadías y restos normandos. Y cómo no, a sus escritores románticos, que nos llenaron nuestra infancia de tan buenos ratos. Vaya mi más sincero y modesto homenaje a sir Walter Scott, Robert Louis Stevenson y sir Arthur Conan Doyle.

También mi humilde reconocimiento a la reina Isabel. En *Ella* hallaréis el ejemplo de una Mujer que durante más de setenta años ha llevado en soledad el cumplimiento de su deber para con su país y su regia estirpe a cotas más allá de lo exigible, anteponiéndolo en todo momento a cualquier interés personal o familiar, aún a costa de profundos sufrimientos y de gran incomprensión. Desde aquí me uno al grito de Hardy y Shaw: *God save the Queen!*

Sean Connery: D. E. P.

Jueves, 8 de septiembre de 2022. 19:30h.
Comunicado oficial de Buckingham Palace:
«La reina murió en paz esta tarde en Balmoral»
D. E. P.

Próxima entrega de la saga en octubre 2023.

RELATOS DE JAMES ALLEN Y PATRICIA BANNER

TAMBIÉN LOS DEMONIOS TIEMBLAN (1)

Las brumosas Highlands sirven de marco ambiental a un asombroso relato de misterio. El espeluznante hallazgo de las vísceras de cuatro adolescentes en los páramos escoceses tiene aterrorizada a la población de la pequeña localidad de Lochcarron, que ve en estas mutilaciones la mano de «el que Susurra», un espíritu celta ancestral que habita en los lagos.

Un *thriller* ingeniosamente construido en el que el arqueólogo marino James Allen y la agente novata Patricia Banner, de la Policía de Escocia, pondrán a prueba sus creencias en una encarnizada lucha contra un oscuro adversario.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIRAN AL PASADO (2)

1540. Una expedición de soldados españoles queda consternada ante los espeluznantes cadáveres mutilados que encuentra en la selva amazónica.

Actualidad. Una idílica y remota isla del Mediterráneo esconde un oscuro secreto. Desde hace siglos sus habitantes son asesinados brutalmente. Sin embargo, los isleños guardan un silencio cómplice.

James Allen y sus compañeros se verán envueltos de nuevo en una realidad aterradora. Lo que comenzó como unas vacaciones para preparar una boda en la isla griega de Gavdos, se convertirá en un episodio trágico de funestas consecuencias. Fuera de su hábitat, no solo deberán hacer frente a un siniestro grupo denominado la Hermandad, sino también a una oleada de asesinatos idénticos a los acaecidos casi cinco siglos atrás, a once mil kilómetros de distancia.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS OCULTAN SECRETOS (3)

Una misteriosa enfermedad contraída en un monasterio budista. Los lugareños la achacan al *Ulama,* «el pájaro diablo». Su espeluznante canto anuncia la muerte.

Dos mujeres brutalmente asesinadas en la escocesa isla de Skye. El asesino ha tatuado una cruz en la mano derecha de las víctimas y ha dejado un críptico mensaje grabado con sangre: «Que Dios se apiade de nosotros».

Una terrorífica amenaza olvidada en el Reino Unido desde que la Gran Plaga asolara la capital londinense en 1665.

Un asesino de masas ha regresado del pasado para concluir su trabajo: un patógeno viral llamado «Génesis».

TAMBIÉN LOS DEMONIOS CAZAN BRUJAS (4)

Un experimento nazi en la población de Salem pondrá en jaque al mundo, varias décadas después.

Tras impartir una conferencia en la Universidad de Chicago, James Allen conocerá a Alessia, una joven italoamericana que le pedirá ayuda para encontrar a su padre, secuestrado por un poderoso grupo denominado Sol Negro. El rescate: un maletín de la Ahnenerbe, una siniestra organización nazi, que lleva más de setenta años ocultando un terrible secreto en su interior.

Junto con una brillante agente especial del FBI, el escocés y Patricia Banner se enfrentarán a una serie de extraños asesinatos. Sin poder evitarlo, ambos se verán envueltos en una conspiración que implicará al mismísimo presidente de Estados Unidos.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS MIENTEN (5)

¿Murió Victoria Meier realmente de una enfermedad o fue víctima de un malévolo plan para acabar con su vida?

Dos acontecimientos, en apariencia casuales, conducirán a la respuesta:
1.- Un desconocido dispara a James Allen a las puertas de una escuela de Lochcarron.
2.- El secuestro de Collins, un exhacker que trabaja para una agencia de inteligencia británica.

Egipto, Estocolmo, Bretaña, Suiza, Reino Unido y, finalmente, el Monte Saint-Michel. Un *thriller* que guiará al lector por algunos de los lugares más enigmáticos del mundo.

TAMBIÉN LOS DEMONIOS SUSURRAN (6)

¿Puede un secreto de la época victoriana destruir un reino?

Un viejo tullido de otro tiempo, cazador implacable y meticuloso, al servicio de un Señor muy poderoso: el odio.

Un ingenioso inspector de Scotland Yard dispuesto a resolver una cadena de crímenes atroces que azotan Escocia de un extremo a otro.

Con el telón de fondo de un referéndum por la independencia, James Allen y la periodista Sela Azmi recorrerán la Escocia de las guerras contra Inglaterra, siguiendo las pistas dejadas en 1862 por un célebre abogado. Una voz del pasado será la clave para resolver el misterio.

«Un corazón noble no puede estar en paz si carece de libertad»
Epitafio de Robert de Bruce (rey de Escocia de 1306 a 1329). Abadía de Melrose.

DESCUBRE LA PRÓXIMA LECTURA DE

ARTURO FUENTES de la ORDEN

Sigue al autor en **AMAZON** y recibirás un correo electrónico con sus novedades.

[1] *En español: Cañón de la Una en punto. (N. del A.)*

[2] *En inglés, el término* border *significa «frontera». Scottish Borders da nombre a una región fronteriza con Inglaterra. (N. del A.)*

[3] Mensaje que viene a significar que se es proveedor oficial de su majestad la reina. (N. del A.)

[4] *Una de las agencias de inteligencia rusas herederas de la antigua KGB. (N. del A.)*

[5] *VR: anagrama de Victoria Regina (N. del A.)*

[6] Célebre detective parisino creación de Edgar Allan Poe, en Los asesinatos de la calle Morgue, El misterio de Marie Rôget *o* La carta robada. *(N. del A.)*

[1]

[2]

[3]

[4]